ALAN MOORE

JERUSALÉN



minotauro

ÍNDICE

SINOPSIS

En la media milla cuadrada de decadencia y escombros que antaño fue la capital sajona de Inglaterra, Northampton, la eternidad se cierne sobre unas viviendas sociales propensas al incendio. Enclaustrada en el mugriento ámbar de la cotidianeidad del barrio, entre sus santos, reyes, prostitutas y vagabundos, discurre una cronología humana diferente; una sucia simultaneidad que no distingue entre los charcos aceitosos y los sueños quebrados de aquellos que los surcan.

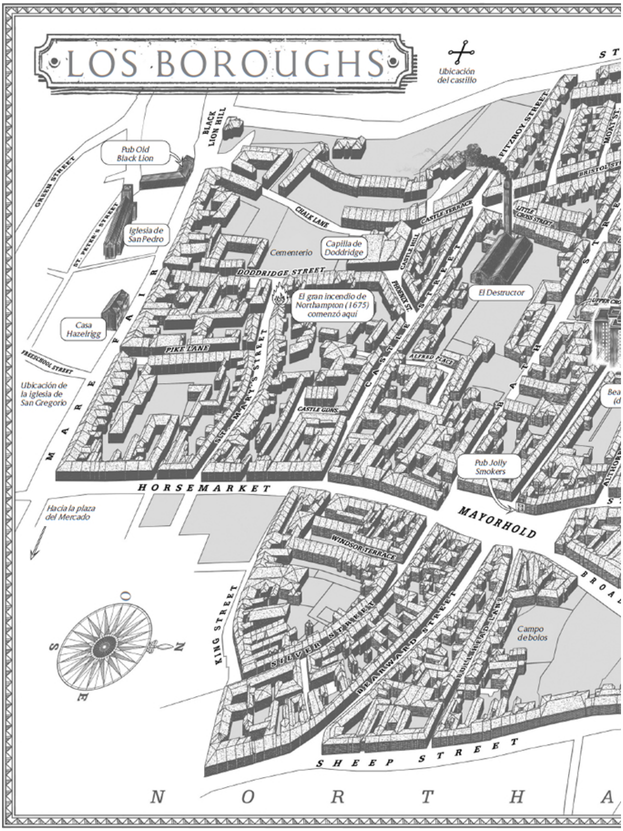
Componiendo una opulenta mitología para quienes no tienen ni donde caerse muertos, a través de las laberínticas calles y páginas de *Jerusalén* pululan fantasmas que cantan sobre la riqueza y la pobreza; sobre África, sobre himnos, y sobre nuestro raído milenio. Debaten sobre la lengua inglesa tratándola como un idioma visionario que abarca desde John Bunyan a James Joyce, peroran sobre la ilusión de la mortalidad tras Einstein, e insisten en considerar tan marginal barriada como la eterna ciudad santa de Blake.

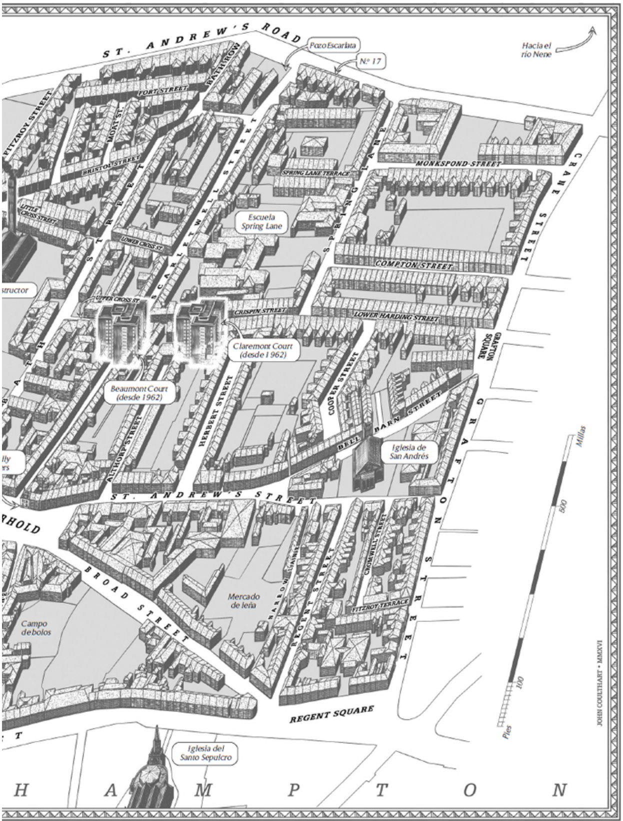
ALAN MOORE

JERUSALÉN

Una novela

minotauro


LOS BOROUGHS
Ubicación del castillo
BLACK LION HILL
Pub Old Black Lion
GREEN STREET
ST. PETER'S STREET
Iglesia de San Pedro
Casa Hazelrigg
FREESCHOOL STREET
Ubicación de la iglesia de San Gregorio
MARE FAIR
CHALK LANE
Cementerio
Capilla de Doddridge
DODDRIDGE STREET
El gran incendio de Northampton (1675) comenzó aquí
PIKE LANE
ST. MARY'S STREET
CASTLE GDNS.
CASTLE TERRACE
CASTLE HILL
PHOENIX ST.
CASTLE STREET
ALFRED PLACE
El Destructor
FITZROY STREET
LITTLE CROSS STREET
BRISTOL ST.
BATH STREET
Pub Jolly Smokers
HORSEMARKET
MAYORHOLD
Hacia la plaza del Mercado
WINDSOR TERRACE
KING STREET
SILVER STREET
BEARWARD STREET
Campo de bolos
SHEEP STREET
N O R T H A



ST. ANDREW'S ROAD
Pozo Escarlata
Nº 17
Hacia el río Nene
FORT STREET
FITZROY STREET
BRISTOL STREET
LITTLE CROSS STREET
LOWER CROSS ST.
UPPER CROSS ST
SCARLETWELL STREET
SPRING LANE
SPRING LANE TERRACE
MONKSPOND STREET
CRANE STREET
Escuela Spring Lane
COMPTON STREET
LOWER HARDING STREET
CRISPIN STREET
Claremont Court (desde 1962)
Beaumont Court (desde 1962)
GRAFTON SQUARE
HERBERT STREET
ALTHORP STREET
COOPER STREET
Iglesia de San Andrés
GRAFTON STREET
ST. ANDREW'S STREET
BROAD STREET
Mercado de leña
CROMWELL STREET
FITZROY TERRACE
REGENT STREET
REGENT SQUARE
Campo de bolos
Iglesia del Santo Sepulcro
H A M P T O N
Millas
500
100
Pies
JOHN COULTHART • MMXVI

A mi familia, a la gente de los Boroughs y a Audrey Vernon,
la mejor intérprete de acordeón de piano que nuestras
agrietadas calles han visto jamás.

PRELUDIO

OBRA EN MARCHA

Alma Warren, de cinco años, pensó que tal vez habían ido de compras; ella, su hermano Michael en el carrito, y su mamá, Doreen. Quizás habían ido a Woolworth's. No el que está en Gold Street, que es el de abajo, sino el Woolworth's que está arriba, en mitad de la cuesta de Abington Street que tanto iluminan las tiendas, el que alberga una lechería con baldosas de color verde menta, el mismo que tiene un peso con una aguja enorme de un reafirmante rojo vivo junto a la escalera trasera de madera.

La cría, rechoncha y tan fornida que casi parecía de hierro forjado, no recordaba sostener las engrasadas puertas batientes de bronce y cristal de la tienda para que así Doreen pudiera enfilar el cochecito hacia el melodioso bullicio que predominaba fuera, en la calle principal. Se devanó los sesos intentando evocar algún punto conocido de tan trillada ruta, como tal vez el rótulo luminoso que sobresalía en Kendall's, la tienda de artículos para lluvia en la esquina de Fish Street, con la inexorable ***K*** cerniéndose aguerrida hacia delante contra el viento y sosteniendo de algún modo, en la manquedad de su extendido brazo tipográfico, un icónico paraguas abierto, pero no le sonaba haber pasado por allí. De hecho, pensándolo bien, Alma se reconoció incapaz de recordar ni el más mínimo detalle de aquella expedición. Todo lo que precedía al tramo iluminado de pavimento que ahora se percataba de estar recorriendo, al compás del chirrido del carrito de Michael y del rítmico taconeo de su madre, todo lo anterior a eso, se hallaba envuelto en una misteriosa nebulosa.

Con la barbilla embozada en el cuello abotonado de su impermeable para así evitar el penetrante frío del atardecer, Alma contempló la centelleante sucesión de

baldosas que se desplegaba bajo el vaivén hipnótico de sus robustos zapatos de hebilla. Le pareció que la explicación más probable para aquel período en blanco era el simple y llano ensimismamiento. Lo más seguro es que tan aburrido paseo la hubiera dejado embobada, y que hubiera visto las mismas cosas de siempre sin prestar atención por hallarse absorta en el perezoso discurrir de sus propios pensamientos; en una deriva íntima de fantasía y confusión que había tenido lugar entre sus bamboleantes trenzas, bajo sus pasadores de mariposa, tan frágil y de color de rosa como el jabón carbólico. Prácticamente, todos los días despertaba de un trance similar, emergiendo de su cascarón de planes y recuerdos para encontrarse una o dos hileras de casas más allá del último lugar en el que había reparado. Así pues, la falta de detalles memorables durante estas compras no representaba, en absoluto, motivo alguno de preocupación.

Abington Street, pensó, era la zona por la que a buen seguro había estado, y explicaría por qué ahora avanzaban por el lado inferior de la desierta plaza del Mercado hacia la calleja anexa a Osborn's: para sudar tinta subiendo por Drapery, empujar a Michael a través de las losas de ladrillo con olor a playa del Mercado de Pescado, con sus altas ventanas veladas por el polvo, bajar luego por Silver Street, cruzar el Mayorhold y, ya en los Boroughs, llegar a casa por los dédalos y cuestas de sus pasajes angostos.

Por reconfortante que esta idea pudiera resultarle a Alma, aún tenía la molesta sensación de que algo fallaba en su explicación. Si acababan de dejar Woolworth's, entonces no podían ser mucho más de las cinco de la tarde, y las tiendas del centro deberían seguir abiertas, así que ¿por qué no había luces en el mercado? No veía el pálido fulgor verdoso procedente de la entrada con forma de boca de las galerías Emporium Arcade filtrándose hacia el extremo superior de la plaza, y además, en el lado oeste, el escaparate de Lipton's estaba apagado, sin su habitual calidez de color corteza de queso. Ya puestos, ¿los tenderos no tendrían que estar aún embalando sus mercancías,

cerrando sus puestos, intercambiando alegres gritos mientras pateaban la fruta pasada y sus envoltorios de papel, o plegando los mostradores para cargarlos, entre estrepitosos ruidos sordos, dentro de voluminosas y renqueantes furgonetas con forma de ambulancia, con los marcos de hojalata sonando cual gongs al apilar cada nuevo montón?

Pues no. La vasta extensión estaba despejada, y sus corrientes de aire soplaban cuesta arriba hacia la oscuridad vacía. Alzándose entre la frialdad de los húmedos adoquines solo había postes que delimitaban los puestos vacíos: maderos empapados, gastados en un extremo cual lápices mordisqueados, sobresaliendo desde hendiduras cuadradas y oxidadas, excavadas entre aquellas piedras jorobadas. Un toldo hecho jirones había quedado atrás, demasiado ajado para que nadie lo robara, con la faldilla chorreante de su única lona restallando a intervalos sobre el lento y apagado murmullo del viento en un sonido amplificado por la altura de los edificios que cercaban el recinto. Cernido en su centro, negro sobre el gris hollín, el monumento de hierro del mercado destacaba en el sucio aguacero nocturno con su intrincado tallado victoriano elevándose hasta florecer en un capitel festoneado, coronado por una esfera de cobre como una flor prehistórica, monstruosa, solitaria y petrificada. Alrededor de su plinto escalonado, Alma sabía que había pequeños e inadvertidos brotes de hierba esmeralda despuntando obstinadamente de entre las grietas y los recovecos, y que tal vez esas fueran las únicas otras cosas vivientes, además de su madre, su hermano y ella misma, que rondaban la plaza aquella tarde, aunque no pudiera verlas.

¿Dónde estaban las madres que deberían estar arrastrando a sus hijos a casa, para tomar el té, a través de los brillantes e incitantes charcos que había más allá de los escaparates? ¿Dónde estaban los hombres agotados y de rostro infeliz que deberían estar arrastrándose solitaria y parsimoniosamente en su regreso desde las fábricas, con una mano en el raído bolsillo de sus pantalones azul marino

y la otra en la desgastada correa de una bandolera? Sobre los tejados de pizarra que bordeaban la plaza no había ningún aura nacarada desvaneciéndose en la negritud del cielo, y el estilizado letrero del cine Gaumont no despedía sus blancos rayos eléctricos. Era como si Northampton se hubiera apagado de repente; como si estuviera en mitad de la noche. Pero, entonces, ¿qué hacían tan tarde en el centro, con todas las tiendas cerradas, y con los oblongos ojos de buey de las puertas encajadas escudriñándolos hostiles, distantes, fijos y perdidos, como si no los reconocieran, como si no los quisieran allí?

Trotando junto a su madre, con una mano cálida agarrada a la fría barra del manillar del cochecito, y arrastrando un poco los pies para que Doreen tuviera que remolcarla, empezó a preocuparse. Si las cosas ya no iban como debían ir, ¿no significaba eso que ahora podía pasar cualquier cosa? Al alzar la mirada hacia la silueta de su madre, que iba envuelta en una bufanda, Alma no halló asomo de preocupación ni en sus agudos y sensatos ojos azules, fijos en el pavimento ante ellos, ni en la línea tranquila que sellaba su pequeña boca rosada. Si existía alguna razón para asustarse, si de verdad corrían peligro, seguro que mamá lo sabría, ¿no? Pero ¿y si había algo horrible, como un fantasma, o un oso, o un asesino, y nadie se lo había dicho a su madre? ¿Y si los capturaba? Se mordió el labio inferior e hizo un nuevo esfuerzo por recordar dónde habían estado los tres antes de llegar a este adoquinado recinto embrujado.

Un poco más adelante, en las sombras congregadas hacia el extremo inferior del mercado, la corpulenta chiquilla observó con alivio que había, al menos, una luz que alumbraba aquella tiniebla aparentemente desierta: un rectángulo de brillo marfileño que caía desde la gran ventana frontal de la papelería de la esquina con Drum Lane y que incidía oblicuamente sobre las baldosas amarillas exteriores, desgastadas por las pisadas. Como si hubiera estado escuchando secretamente la creciente aprensión de su hija, la madre de Alma bajó la vista, la

observó, sonrió y señaló con la cabeza el escaparate de la tienda, que ya estaba a poco más de unos tres carritos de distancia.

—Arfín. Un endito lugaque jigabierto, ¿eh?

Alma asintió, satisfecha y calmada, mientras Michael daba patadas contra el panel inferior de su crujiente sillita en señal de aprobación. Sus rizos dorados, semejantes a los del cuadro *Burbujas*, bamboleaban arriba y abajo. A medida que llegaron a la altura de la tienda, la pequeña curioseó, a través de los altos y limpios cristales, el fulgor de su interior expedito, en donde parecía que había una obra en marcha; una renovación que los carpinteros ejecutaban en mitad de la noche, sin duda, para no interferir en los habituales horarios comerciales del establecimiento. Junto a las cabrillas, martilleando y lijando bajo una bombilla sin tulipa, cuatro o cinco hombres se afanaban sobre unos tablones bastos y con aspecto de nuevos, y percibió que andaban con los pies desnudos entre las virutas y el serrín, cuyos cúmulos semejaban lascas de mantequilla. ¿No se clavarían las astillas? Todos vestían unas túnicas blancas que les llegaban hasta los tobillos. Todos llevaban las uñas muy cortas, y tenían la piel lisa y radiante de quien acaba de bañarse a conciencia, con el talco de lavanda dibujando formas similares a continentes sobre los hombros aún húmedos. Todos parecían serios y fuertes, pero no adustos, y muchos llevaban sueltos los cabellos, sobre sus hábitos recién lavados, mientras sus cabezas se inclinaban sobre tan vigorosa y ardua tarea.

Uno de los hombres de la cuadrilla se apartó de sus cuatro colegas para observar cómo trabajaban. Alma supuso que sería el encargado. Observó que, a diferencia de los otros, su túnica terminaba en una capucha, de forma que su rostro quedaba oculto por encima de la nariz. El pelo no se le veía, pero, de algún modo, supo que era oscuro, y más corto que el de sus compañeros, y que su cuello luciría despejado bajo los pliegues de su capucha de color paloma. Iba bien afeitado, como el resto, y lo intuía virilmente atractivo, al menos a juzgar por los pocos rasgos que podía

vislumbrar bajo la mancha sombreada que la capucha arrojaba, cual antifaz de ladrón que ocultara su mirada, sobre sus órbitas. Como si hubiera sentido el interés de la niña a través del cristal, el hombre en cuestión se volvió para dedicarle una sonrisa y levantar la mano en señal de saludo informal, y entonces, tras sentir en algún lugar de su interior una sacudida de incredulidad y asombro, Alma comprendió quién debía ser.

El leve chirrido del carrito y la ráfaga de pistola de feria que eran los tacones de su madre cesaron poco a poco cuando también Doreen se detuvo a mirar, a través de la ventana iluminada, a los operarios nocturnos y a su encapuchado capataz.

—Eno, pojavé qué je cueje. Mira, ejer Frit Burr con jujángulos.[1]

Alma pensó que lo de «sus ángulos» sería, seguramente, una expresión propia de los Boroughs para referirse a los carpinteros y los ebanistas, pero el otro término le resultaba ajeno, así que miró a Doreen frunciendo el ceño inquisitivamente. Su madre, en respuesta, le dirigió una amable mirada burlona, como si pensara que Alma estaba un poco verde y que a aquellas alturas ya debía saber lo que era un «*Frit Burr*».

Doreen entonó una suave reprimenda.

—Jí querejimple, hija. Ejejer Frith Borh. Er Tercer Boro. Hablodé atoajoras, y onají me miraj coneja caradatontá.[2]

Alma había oído hablar del Tercer Borough, o al menos eso le parecía. Las palabras le resultaban punzantemente familiares, y sabía que constituían una manera de referirse a la persona que ella había comprendido que era el encapuchado en el momento en el que la había saludado; algo que la gente decía cuando deseaba evitar su otro nombre. «Tercer Borough», hasta donde sabía, significaba algo así como «casero» o «policía», solo que mucho más amable y respetado, más majestuoso que incluso el conde Spencer, alias el Rojo, a quien en cierta ocasión había visto ondear en el rótulo de un pub. Apartó la vista de su madre

y volvió a centrarla en el retablo de aquella papelería parcialmente reconstruida, con las figuras en la plenitud de su quehacer y bañadas en tan intenso fulgor, y con aquel frente de cristal, que hacía que la tienda pareciera un tanque para peces en el que los hombres trabajaran bajo un agua cálida y luminosa. El encapuchado, el Tercer Borough, seguía sonriendo en dirección a Doreen y los niños, pero ahora no tanto en señal de saludo, sino como gesto para invitarlos a entrar.

Sobre el pavimento que bordeaba el silencioso y vacío mercado, la madre hizo girar el carrito de Michael un cuarto de circunferencia para enfilarlo hacia la entrada de la tienda, precedida de una rampa de mugrientas teselas beige y turquesa situada entre el quicio y la resbalosa calle. Propulsada por el empuje de su mamá y con la mano rechoncha aún asida al manillar del cochecito, Alma hizo fuerza hacia atrás, intranquila, arrastrando los pies. Había oído por ahí, o tenía la poderosa impresión, de que uno solo comparece ante un público así cuando está muerto, y la muerte era una noción que aún no había asimilado del todo pero que sabía que no le iba a gustar. Uno de los hombres de pelo suelto, tan rubio que casi parecía níveo y con afables arrugas en el rabillo de los ojos, soltó su sierra para abrirles y sostenerles la puerta. Sintiendo las renuencias de la niña, la madre de Alma se volvió para alentarla.

—Ay, Almamía, qué cobardona tajecha. No tevacerná, pero nojtá cojtumbrao a ver gente. Amoja jaludá, o nojvatomá por grojeros.

Con la cabeza inclinada hacia adelante, los rizos castaños de la permanente ocultos bajo los cuadros oscuros de la bufanda, y las solapas de su abrigo de invierno arrebujadas sobre su busto en una especie de mascarón, los gestos de Doreen tenían algo que a Alma le hizo pensar en las palomas y su descuidada tranquilidad, en sus cuellos moteados cual estuche de pinturas, en la gorjeante música de sus voces. Recordó haber tenido, en cierta ocasión, un sueño en el que estaba sentada junto a su madre en el salón de su casa de Andrew’s Road, en el extremo oeste de los

Boroughs. En el sueño, Doreen planchaba mientras su hija se arrodillaba en el sillón para chupetear distraídamente el raído relleno del respaldo y contemplar el ocaso a través de la ventana del patio trasero. Cernido sobre la medianera con la casa contigua estaba el establo abandonado, con sus boquetes negros, semejantes a las tachaduras de un documento, allí donde faltaban las tejas de pizarra en la techumbre. A través de ellos, las fugaces siluetas de las palomas se elevaban y descendían como pálidas volutas de humo, apenas visibles, contra la oscura masa del colegio que se alzaba a lo lejos en la colina. Tras apartar la vista de la tabla de planchar, su madre se dirigió a Alma para explicarle solemnemente la naturaleza de los pájaros que allí anidaban.

—Pertenejen ar lugarar que van loj muerto.

La chiquilla se había despertado antes de poder preguntar si eso significaba que las palomas eran espíritus humanos, formas que los muertos experimentan y adoptan, o si de algún modo existían simultáneamente en el Cielo al que van los muertos y entre las vigas de la destartalada caballeriza del patio del vecino. No tenía ni idea del motivo por el que se acordaba ahora de ese sueño, justo cuando se disponía a seguir a Michael y a su madre a través de la puerta —aún pacientemente sostenida por el carpintero de cabellos plateados y túnica de cuerpo completo— para pasar de la oscuridad de la noche exterior a aquella tienda bañada de luz.

Con una entrada que daba al mercado y otra a la vuelta de la esquina, en Drum Lane, el interior del lugar parecía mayor de lo que había pensado, si bien Alma cayó en la cuenta de que, en parte, se debía a que no había revisteros, ni cajas registradoras, ni mostradores, ni clientes. La estancia estaba impregnada de un perfume a madera recién lijada a medio camino entre el olor del melocotón en almíbar y el del tabaco; bajo sus pies, notó con satisfacción que los tablones del nuevo entarimado eran tan resistentes como un arco largo, y también vio el serrín acumulado en los rincones sin barrer. Cuando mujer, niña y bebé hubieron

pasado, el peón de blancos cabellos que les había sostenido la puerta se dirigió a su tablón a medio cortar, pero, antes de volver a su interrumpida tarea, saludó a Alma y a su hermano con un guiño repentino que los incluyó en algún tipo de conspiración tácita, aunque a buen seguro fabulosa.

No muy convencida de cómo responder gestualmente, Alma esbozó una sonrisa desganada que pareció caer en tierra de nadie, y luego se volvió hacia Michael. Entusiasmado en la sillita, el niño tiraba hacia delante de las correas mordisqueadas de su arnés, las mismas que Alma había llevado hacía apenas unos años, hechas de cuero rojo, y con la rascada y desvaída silueta dorada de un caballo desapareciendo gradualmente de su superficie. Con los brazos en alto, reía de alegría y abría y cerraba los dedos en un intento de capturar la luz albar, el aire, la excitante atmósfera navideña de aquel peculiar instante en la esquina de una plaza fantasmagórica a medianoche, como si quisiera apoderarse de él por entero, metérselo en la boca y engullirlo. Su cabezón se inclinaba hacia atrás sobre el zangoloteante cuerpo infantil para componer un perfil parecido al del niño del jabón Fairy; miraba hacia arriba, parpadeaba y balbuceaba ante todo, y lo hacía con tal regocijo que su hermana, para sus adentros, caviló que lo veía demasiado superficial para tener dos años, demasiado preocupado por pasárselo bien como para tomarse la vida en serio. Tras él, más allá de la ventana de la tienda, solo estaba la negrura del mercado desmontado, en el que nada quedaba salvo la proyección de sus reflejos en la tiniebla, como si el local de periódicos, revistas y objetos de escritorio estuviera cayendo, solitario, en la nada del espacio. Sobre ella, en la charla adulta que transcurría cerca del techo de yeso de la papelería, Doreen y el encapuchado parloteaban mientras su madre le agradecía el detalle de haberles hecho pasar y se disponía a presentarle a sus hijos.

—Ejte del carritoj nuejtro Michael, y ejajAlma. Yavalajcuela, arriba, a Spring Lane, ¿verdá? Vena jaludá ar Tercer Boro.

Alma observó tímidamente al Tercer Borough y articuló un débil «hola». Visto de cerca, era un poco mayor que su madre, puede que rozara la treintena. A diferencia del resto de operarios, que eran tan blancos como el mármol de una capilla, su tez era mucho más atezada, curtida por trabajar duro a plena luz del sol. También es posible que fuera de algún lugar cálido y lejano, como Palestina, uno de los parajes sobre los que había oído cantar a los niños mayores en el salón de actos de la escuela, que era a donde iban a rezar, y que estaba tres tramos de escalones de piedra más arriba que el vestuario infantil de los de primero, que era el de Alma, con las perchas identificadas por locomotoras, cometas y gatos en vez de por los nombres de las niñas y los niños. «Quinquerremes de Nínive y la distante Ofir…» decía la canción, que nombraba sitios y palabras que sonaban fascinantes, tristes, y perdidos hacía tiempo.[3]

El Tercer Borough se agachó a la altura de Alma manteniendo su gentil sonrisa, y ella sintió el olor de su piel, un poco como a tostada y nuez moscada. Pudo ver el hoyuelo de héroe vaquero de su mentón, como si alguien le hubiera lanzado un dardo, pero siguió sin atisbar los ojos que se ocultaban bajo la tira sombreada que caía desde el borde picudo de su capucha. Cuando se dirigió a ella, fue incapaz de recordar luego si sus labios se habían movido, ni el tono de su voz. Estaba segura de que era una voz de hombre, profunda y honesta, y de que no había sonado afectada, aunque tampoco había exhibido el acento lento y susurrante de los Boroughs. Fue más bien como una entonación radiofónica y, más que escucharla con los oídos, la sintió en el estómago, cálida y grata como un asado de domingo. *Hola, pequeña Alma. ¿Sabes quién soy?*

Alma se estremeció, y sus pensamientos se llenaron, de repente, de truenos, estrellas y gente sollozando desnuda. Demasiado tímida como para pronunciar su nombre en voz alta, pero deseosa de que él supiera que lo reconocía, empezó a cantar el primer verso de *Todas las cosas brillantes y hermosas*, que siempre la hacía pensar en margaritas, con

la esperanza de que él captara este extraño, insignificante e inocente chiste, y de que no se cabreara.[4] Cuando su sonrisa se acentuó muy levemente, ella supo, aliviada, que lo había entendido. Aún inclinada, la entunicada figura volvió su cabeza cubierta para estudiar a Michael durante un momento, y después extendió la mano, bronceada por el sol, para pasar sus dedos por el mullido cabello dorado del niñito. Su hermano aplaudió y se echó a reír con el trino complacido de un periquito, tras lo cual el Tercer Borough se enderezó del todo para continuar hablando con su madre.

Alma escuchó a medias el diálogo entre adultos que tenía lugar por encima de su cabeza mientras observaba distraídamente a los cuatro trabajadores de la tienda, aún ocupados con sus martillos, tornos y sierras. Pese a las túnicas blancas idénticas y los cabellos rubios de corte similar, los hombres no se parecían entre sí... Uno tenía un gran lunar en medio de la frente, mientras que otro exhibía porte de marinero, era más moreno, y tenía un aire extranjero... Con todo, parecía que fueran familia... Hermanos o, al menos, primos cercanos. Se preguntó de qué estarían hechos sus hábitos. El material era liso y resistente, como el algodón, pero se diría más suave y creaba sombras celestes en los pliegues, así que puede que costara más. Estos debían ser los delantales típicos de los maestros carpinteros, o «ángulos», razonó Alma, que recordó vagamente haber oído en cierta ocasión una palabra, o marca, que identificaba tal tejido. ¿«Seda resistente»? ¿«Seda poderosa»? Algo así, en cualquier caso.[5]

Doreen conversaba cortésmente con la encapuchada eminencia mientras exclamaba, a intervalos, unos incisos alentadores que a Alma le sonaban de esas veces en las que había intentado explicarle a su madre sus dibujos más complejos; sonidos que implicaban que mamá no entendía realmente lo que le estaban contando, pero que no deseaba dar una impresión de desaire o desinterés. A esas alturas, calculó Alma, ya debía haberle preguntado distraídamente al Tercer Borough por la marcha de la obra, así que ahora

se veía obligada a atender y replicar con la sorpresa, la apreciación o la preocupación debidamente apropiadas mientras él respondía. Pese a la profusión de la charla de sus mayores, Alma solo captó una mínima fracción de su cariz, y la mayor parte del tiempo no estuvo segura ni siquiera de eso. Un puñado de frases extrañas y expresiones sueltas quedaron alojadas en algún rincón de su mente, formando un tablón de precarias chinchetas que luego servirían para clavar conjeturas alocadas, hilar conexiones tentativas y atar cabos imposibles que enlazaran una idea con otra, bien hasta tener una leve noción de lo que había oído a hurtadillas, bien hasta asumir un malentendido enmarañado y ridículo con el que seguir obsesionada durante años.

A este respecto, escuchando de pie las variadas interjecciones guturales que su madre intercalaba en el monólogo del Tercer Borough, Alma se abrió paso entre los escollos del lenguaje adulto e intentó con mayor ahínco hacerse una composición de lugar del tema de conversación. Era como uno de sus dioramas hechos con lápices de cera, solo que en su cabeza; como una escena que reuniera todos aquellos retazos en una disposición de cierta sensibilidad. Entendió que su madre había preguntado qué construían aquellos hombres, y por la respuesta se diría que preparaban algo llamado «Porthimoth di Norhan», que eran palabras que Alma estaba segura de no haber escuchado nunca antes, pero que aun así le sonaron bien dichas, como si las conociera de toda la vida. Era una especie de tribunal, ¿no? El Porthimoth di Norhan, en el que se exponían las disputas y se le concedía a la gente lo que en justicia se le debía. En este caso, sin embargo, Alma pensó que el Tercer Borough las empleaba con otro sentido, con una acepción más relacionada con la carpintería, como si «Porthimoth di Norhan» fuera el nombre de un tipo de juntura complicada e inteligentísima. En algún momento, se dijo que era el lugar donde convergían las líneas ascendentes, y Alma pensó que aquello equivalía a decir «donde se unían», razón por la cual supuso que tal vez sería una unión de ocho

brazos como la que uno podría encontrarse en la cúpula de madera de una iglesia; una que llevara todas las curvadas vigas barnizadas a un ingenioso nexo central. Por algún motivo, imaginó que, dispuesta en el corazón de palisandro pulido de la estructura, habría incrustada una cruz de piedra basta.

Como si pretendiera confirmar la interpretación de la niña, el Tercer Borough dijo entonces que era bueno que el centro estuviera repleto de robles, porque servirían para soportar el peso y la tensión. Mientras hacía el comentario, puso una de sus manos bronceadas sobre el hombro de Doreen, lo cual hizo que Alma pensara que la frase iba con segundas. ¿Se refería a todos esos robles que cubrían los prados de la ciudad, o estaba haciéndole a Doreen algún tipo de cumplido al compararla con un roble, con un pilar de madera que soportara la presión sin quejarse? Su madre, por su parte, pareció complacida por la observación y frunció los labios en tono de modesta disculpa, como ridiculizando el pensamiento de que fuera digna de tal elogio.

El encapuchado retiró la mano de la manga de Doreen y prosiguió con su explicación de la labor que supervisaba, que requería ser completada en un cierto tiempo, y que por ello exigía que sus hombres trabajaran día y noche para cumplir el contrato. A Alma le pareció que aquello era un poco contradictorio. Estaba segura de que el negocio del Tercer Borough era uno de los más longevos de la ciudad, más antiguo que las firmas afincadas en Bearward Street, con portones astillados sobre los que aún se veían parcialmente los rótulos descascarillados de sus antiguos propietarios, y que conducían a misteriosos patios de perímetros arcanos. Algunos pubs, le dijo su padre una vez, llevaban ahí desde los jacobitas, y ella intuía que la construcción de este Porthimoth di Norhan bien podía llevar en marcha el mismo tiempo. Más aún, tenía la impresión de que el Tercer Borough podría tirarse otros cien años revisando cada detalle de la obra para asegurarse de que quedara bien. ¿Por qué todo sonaba, entonces, tan

urgente?, se preguntó. Si para terminar el trabajo aún quedaban siglos, ¿a qué venía tanto hincapié en las acuciantes fechas de entrega? Lo que Alma dedujo fue que, dado que sus responsabilidades a largo plazo eran más serias, el hombre de la capucha debía planificar las cosas con mayor antelación que el resto de la gente.

Se quedó allí parada sobre los nuevos y apretados tablones del suelo de la tienda, que la hacían recordar la cubierta de un barco, uno como el de la canción que había oído entonar a los de primaria en el salón de actos, la del majestuoso galeón español que navegaba desde un istmo, o algo así. Con una mano aún asida al manillar del carrito de su hermano, observó a los cuatro laboriosos carpinteros, afanados en su dura y ruidosa tarea, y pensó que, aunque sus largos delantales blancos la hicieran pensar en panaderos, también tenían cierto aire de marineros. Ya apenas prestaba atención a la conversación del capataz con su madre, pues tras un tiempo había empezado a percatarse de que todas las sierras, martillos y brocas de los peones parecían estar hechas de oro de verdad, y que los mangos presentaban diamantes centelleantes allí donde debían estar las cabezas de los tornillos. Perpleja por no haberlo notado antes, Alma solo volvió a centrarse en la presencia del Tercer Borough y su madre cuando en el calmo murmullo de la plática afloró un nombre que le era conocido.

Estaban hablando de algo a lo que se referían como la «Pesquisa de Vernall», que, por lo que dedujo, era una especie de comisión para determinar los canalones, esquinas, muros y límites del mundo, ese que todos habitaban y al que todos pertenecían. Por lo que Doreen y el gobernador encapuchado comentaban, se diría que dicha pesquisa constituía el único acto que el tribunal que construían allí, el Porthimoth di Norhan, iba a albergar —el único motivo por el que lo estaban erigiendo—, pero fue el nombre de la susodicha pesquisa, y no su importancia, lo que atrajo la atención de la niña. Vernall era un apellido de la rama paterna de Alma. May, que era la madre de papá y, por tanto, la rígida y feroz abuela de Alma y Michael, había

sido una Vernall antes de casarse con Tom Warren, el abuelo de Alma, que llevaba ya muerto algunos años cuando ella nació. Ahora que lo pensaba, su otro abuelo, el padre de Doreen, también había muerto antes de que ella naciera... Se llamaba Joe Swan, un hombre jovial, gordo como un tonel y con un bigote estilo morsa, fallecido de tuberculosis de tanto trabajar en las barcazas, y al que conocía únicamente por la descolorida fotografía oval que pendía en el salón de su casa en Andrew's Road, en la penumbra que caía desde la moldura para colgar los cuadros. Dado que jamás llegó a conocer a sus abuelos, estos no tenían influencia alguna en su vida y tampoco la echaba en falta, pero no podía decir lo mismo de sus abuelas: ni de su abuelita Clara, la madre de Doreen, que vivía con ellos, ni por supuesto de May, su abuela, que estaba en su casa, al final del jardín de la iglesia de San Pedro y entre la maleza que marcaba el límite suroeste de los Boroughs.

May Warren, apellidada Vernall de soltera, era una mujerona robusta y pecosa que casi todos los sábados dejaba caer su forma de barrilete por las losas cubiertas del Mercado de Pescado, abriéndose camino y ganando impulso con sus pesados andares como una bola de nieve que acumulara malevolencia jocosa, con la papada moteada en la que se hundía su barbilla temblando a cada paso, y con las grosellas oscilantes que eran sus ojos hundidas en un rostro que, amoratado cual pudin, relucía ante la perspectiva de cualquiera de las detestables adquisiciones que procuraba en el lugar. Podían ser vísceras, o moluscos de concha hipertrofiada y babosa naranja, o anguilas troceadas en manteca. Alma creía que su abuela era capaz de comerse cualquier cosa, puede que incluso fuera de esa clase de gente que se come a sus semejantes llegado el caso, pero aquí conviene indicar que May era la amortajadora de Green Street y sus aledaños.[6] Las amortajadoras eran mujeres que ayudaban a las personas a venir al mundo y que las preparaban una vez habían muerto, así que seguro que habrían visto de todo. May había nacido, según la

leyenda, en la propia Lambeth Walk, entre los escupitajos y despojos de sus desagües. Ahora vivía sola en la esquina de Green Street, en una casa mohosa con lámparas de gas y con las puertas repartidas a lo largo de una escalera inimaginablemente tortuosa; era allí donde se habían criado tanto el padre de Alma, que se llamaba Tommy, como la mitad de sus tíos y sus tías. La opinión de la familia era que, tras una vida de sinsabores, May se había vuelto una ogresa mezquina con la edad, pero la familia también decía que la locura abundaba entre los Vernall.

Snowy Vernall, padre de May y bisabuelo de Alma, fue una de esas personas a las que la familia llamaba «esquinadas», y había acabado sus días comiendo flores, algo que a Alma le sonaba suculento y colorista, pero no del todo alarmante. La gente decía que, de niño, Snowy había sido pelirrojo, pero que luego perdió el color hacia el final de la infancia, más o menos por la época en la que Ernest, padre de Snowy y tatarabuelo de Alma, se había vuelto cano y majareta mientras trabajaba en Londres como pintor y restaurador en la catedral de San Pablo, allá por el siglo XIX. Ernest legó su locura a Snowy y a la hermana de este, Tursa Vernall. Al parecer, pese a su trastorno, Tursa había gozado de gran éxito como acordeonista, al igual que Audrey Vernall, la guapísima prima del padre de Alma e hija de Johnny, otro de los hijos de Snowy. Tras finalizar la guerra, Audrey había tocado en el conjunto musical que dirigía su padre, pero ahora estaba encerrada en el manicomio que está a la vuelta de Berry Wood.

La vuelta, la esquina, el recodo, el chaflán... en la familia de Alma, unos cuantos la habían enfilado.[7] Ella imaginaba que sería como un giro súbito del pensamiento; uno que, a diferencia de las esquinas que te topabas por la calle, no se podía prever. Era invisible, o casi transparente, como un invernadero o un fantasma. La trayectoria de estas esquinas discurría de un modo completamente distinto a la de las demás, pues en vez de ir hacia delante, hacia abajo o hacia el lado, partían hacia otro lugar en una dirección imposible de dibujar o incluso de imaginar, y cuando

doblabas esa esquina oculta, te perdías para siempre. Ibas a parar a un laberinto imperceptible que antes ni siquiera sabías que estaba ahí, y aunque todo el mundo se compadeciera de ti al verte mal de la azotea, lo más probable era que nadie quisiera seguir manteniendo la misma amistad contigo.

Pese a las muchas personas que habían doblado esa esquina, Alma estaba convencida de que, hubiera lo que hubiese tras aquel ángulo oculto, debía ser un sitio yermo, aislado y siempre vivido en soledad. Puede que uno no tuviera la culpa, pero aun así sería algo vergonzoso, algo que no le gustaría a su abuela Clara, un bochorno para la familia. Ese era el motivo por el que nadie mentaba a los Vernall y, también, la razón por la que Alma se sobresaltó tanto al oír a su madre y al Tercer Borough hablar en un tono tan reverencial de esa Pesquisa de Vernall que él tenía planeada, de esa audiencia que serviría para determinar fronteras, y que era el objetivo de toda su labor. ¿Acaso aquella rama de la familia de Alma era secretamente especial de algún modo? ¿O tal vez el nombre de la pesquisa era una mera coincidencia? Y más aún: si las palabras no se referían a la familia de Alma, entonces… ¿qué era un «Vernall»?

Pensó que antaño pudo haber sido un término que describiera algún tipo de profesión anticuada que la gente soliera tener, y que con el paso de los años podría haber pasado a ser un apellido. Por ejemplo, Tommy Warren, padre de Alma y antiguo operario de una fábrica de cerveza, le había dicho en cierta ocasión que *cooper*, antes, era como se llamaba a las personas que hacían toneles, así que los ancestros de su mejor amiga, Janet Cooper, bien podrían haber sido toneleros. Ni que decir tiene, nada de esto le servía para determinar qué era un Vernall o qué trabajo te correspondía si eras uno. ¿Era factible que el nombre estuviera relacionado con una pesquisa sobre límites por ser justo esta labor, la de trazar fronteras y ángulos, la que le correspondiera a un Vernall? Alma se preguntó si, entre los ángulos de los que se ocupaban,

estaría el de la esquina que doblaron Ernest, Snowy, Tursa y la pobre Audrey Vernall, pero, como no sabía a dónde quería ir a parar con semejante cábala, la dejó en el aire.

Por alguna razón que no pudo determinar, el nombre Vernall también la hizo pensar en vegetación, en cómo olía el desaliñado y pequeño prado de Andrew's Road, cerca de Spencer Bridge, cuando las hojas verdes recién segadas brotaban de la negrura subyacente hacia el soleado mundo de la superficie, aunque el modo en que todo eso podría relacionarse con límites y ángulos se le escapaba. En sus evocaciones, vio la casa de su abuela en el destartalado tramo final de Green Street, con briznas e incluso amapolas salidas de entre las juntas y enraizadas en ese hollín ferroviario que parecía empapelar los Boroughs, en esos pegotes negros que caían a jirones desde los ladrillos naranja oscuro como si fueran el velo de una barriada viuda. Al otro lado de la calle, tras un murete de piedra, el verdor avanzaba hacia la trasera de la iglesia de San Pedro, ubicada junto a la puerta posterior del patio del Black Lion. Aquella era la ladera cubierta de hierba en la que se imaginaba a Jesús caminando cuando la gente cantaba el himno de la tierra plácida, con su larga túnica y sus luces alrededor de la testa, descalzo, paseando cuesta abajo desde la puerta del pub hacia el fondo de Narrow Toe Lane y la confitería de Gotch, sita en la otra punta de Green Street desde la casa de su abuela. Mientras intentaba determinar si Jesús tendría alguna golosina favorita, se dio cuenta de que su mente discurría desbocada, así que volvió a posar su incansable concentración en lo que decían su madre y el hombre de la capucha blanca.[8]

El Tercer Borough se encontraba concluyendo su relato del estado de las cosas y asegurándole a Doreen que labrar la madera había sido el negocio de su familia desde tiempos inmemoriales. Le decía que, aunque el trabajo fuera largo y les hiciera sudar sangre antes de finiquitarlo, marchaba bien, y que sin duda estaría a tiempo. Alma no pudo explicarse por qué dicha aseveración la colmó de tal regocijo. Fue como si nadie tuviera que preocuparse más

por cómo habrían de salir las cosas, en tanto en cuanto al final todo estaría bien; una sensación parecida a la de cuando sus padres le aseguraban que el héroe no iba a morir porque se recuperaría antes de que la historia terminara.

A su alrededor, en el resplandor de la tienda, los carpinteros se afanaban a conciencia en sus incesantes garlopas cepillando los listones hacia arriba en contra de la veta, pero Alma los sorprendió mirándola de reojo para ver si había entendido lo que esta buena nueva significaba para todos y sonriéndole con callada satisfacción tras constatar orgullosos, aunque sonrojados por la vergüenza de su propia vanidad, que sí. El Porthimoth di Norhan sería construido, pues en cierto modo ya estaba allí. Observó que Michael se incorporaba, excitado, en su sillita. Como si fuera consciente de que sucedía algo especial, cruzó con su hermana una mirada expectante, y sus enormes ojos azules se llenaron de destellos danzarines en señal de un deleite privadamente silente subrayado por el entusiasmo con el que tiraba de las riendas del cochecito. Alma estaba segura de que, aunque su hermano no fuese lo bastante mayor como para dar nombre a las cosas, conocía de alguna manera quién era el capataz encapuchado. Era imposible toparte con él y no saberlo, por más que uno fuera un bebé. Michael era, por naturaleza, un crío risueño, pero en aquel instante parecía a punto de estallar a causa del asombro que lo henchía, como si entendiera exactamente lo que esta gran realización significaba para todos. De la nada, se le ocurrió que, algún día, cuando Michael y ella fuesen mayores, puede que se sentaran juntos contra una pared, en alguna parte, para echarse unas buenas risas a cuenta de todo el asunto.

Sin dejar de agradecerle al Tercer Borough su invitación, Doreen se preparó para partir, comprobó que Michael estuviera bien sujeto, y le indicó a Alma que se abrochara el cinto del impermeable. O las luces interiores de la tienda se habían vuelto más brillantes, pensó Alma, o la tiniebla de la vacía plaza exterior había virado a un color

peor que el negro. No tenía gana alguna de marcharse a casa, de sentir el temor vago y sordo que a veces la invadía en Bath Street, o de pasar por las lóbregas quijadas de la entrada al callejón, o bocacalle, que discurría entre las hileras de casas adosadas de Spring Lane y Scarletwell Street, pero estimó que expresarlo en voz alta sonaría ingrato. Por más que ahora implicara una caminata glacial, Alma no se habría perdido esta experiencia por nada en el mundo, aunque desearía poder saltarse los siguientes veinte ventosos minutos de su vida para estar ya arropada en la cama.

Mientras se las veía para atar raudamente el engorroso cinto del impermeable, decidió que, sin duda, las luces de la tienda estaban ganando fulgor. Ante ella, o tal vez sobre ella, había brillantes rectángulos de una mayor limpidez flotando en el aire, y Alma pensó, mientras se ajustaba la prenda junto al carrito, que debían ser los reflejos de los ventanales que tenía detrás. Pero erraba. En ocasiones, una estancia iluminada puede reflejarse en una ventana, pero es imposible que unos ventanales se reflejen en mitad de una estancia, suspendidos en el aire, y más blancos y cegadores a cada instante. Cerca de ella, Doreen la apremió a terminar con el cinto para dejar a los caballeros con sus cosas, pero a Alma se le había escapado la hebilla, que a su vez se había hundido en unas embarulladas costuras que ella ni siquiera sabía que estuvieran allí. Cuanto más trataba de sacar el cinto, más se sumergía este en los pliegues adicionales de la gabardina, surgidos de unos recovecos que solo entendería el mejor de los sastres, y que tenían a Alma enredada entre dobleces de un color a juego con los cordones de sus zapatos. Sobre ella, o quizás ante ella, los paneles de luz levitantes redoblaron su resplandor. Junto a ella, su madre le dijo que espabilara, pero el asunto del impermeable cada vez iba a peor. En plena lucha sin cuartel contra aquella interminable tela envolvente, se percató de que las centelleantes figuras oblongas que flotaban ante ella exhibían un par de cortinas cruzadas. Estampadas con rosas grises, lo cierto es que resultaban parecidísimas a las que

Alma tenía en su dormitorio.

*

Este fue, en suma, el sueño que Alma Warren, que creció hasta llegar a ser una artista moderadamente famosa, tuvo a los cinco años durante una noche de febrero de 1959. En menos de un año, su hermano Michael se ahogó hasta morir, pero, de algún modo, consiguió recuperarse y volver con los suyos a Andrew's Road tras un día o dos, algo que ni Alma ni él mentaron luego, pero que por entonces los asustó mucho.

Su padre, Tommy Warren, murió en 1990, y Doreen lo siguió poco después durante el sofocante verano de 1995. Tras poco menos de diez años, Mick Warren sufrió un accidente laboral mientras reacondicionaba unos bidones industriales. Inconsciente por aquel trompazo de película, y reanimado a la fuerza por los gélidos chorros de agua que sus compañeros usaban para aclararse el polvo cáustico de los ojos, Mick volvió a la vida esta segunda vez con varios pensamientos inquietantes metidos en la cabeza, pues unos extraños recuerdos habían emergido a la superficie durante su desvanecimiento. Algunas de las cosas que creyó rememorar eran tan anómalas que resultaba imposible que hubieran sucedido, y empezó a preocuparse por la posibilidad de estar expresando el tan temido —y, por tanto, innombrable— rasgo que bullía en la sangre de su familia. Es decir, que temió estar volviéndose «esquinado».

Cuando al fin reunió el valor para comentarle estos miedos a su esposa Cath, esta no tardó en sugerirle que hablara con Alma. La familia de Cathy, como la de Mick, había sido desahuciada de los mugrientos prados de los Boroughs, esa milla cuadrada de podredumbre que se extendía más allá de la estación de tren, cuando el Ayuntamiento hizo despejar los últimos vestigios de la zona a principios de la década de 1970. Estable y sensata, y aun así orgullosa de sus excentricidades, Cath reunía todas las cualidades que Mick recordaba en las mujeres de los Boroughs: determinación y una fe inquebrantable en la

intuición, en la propia capacidad para saber cuál era la mejor decisión en cualquier circunstancia dada, por más singular que esta fuese.

Cathy y Alma eran uña y carne a pesar de, o tal vez debido a, sus grandes diferencias, pues Cathy consideraba abiertamente que Alma era una bruja loca que vivía en un estercolero, y Alma a su vez se mostraba muy mordaz con la afición que tenía su cuñada por Mick Hucknall, de Simply Red. En todo caso, las mujeres no se profesaban más que respeto en sus respectivos ámbitos, de modo que, cuando Cath le recomendó a su marido que charlara con Alma si creía estar perdiendo un tornillo, Mick supo que era porque su esposa consideraba a su hermana mayor una autoridad, no solo por no haberse perdido ni un solo punto de la trama, sino por haber arrojado a conciencia todo el guion a la puñetera letrina antes de tirar de la cadena. Además, él también sabía que era lo mejor. Se citó con Alma para tomarse una copa al sábado siguiente y, sin saber muy bien por qué, eligió quedar en el Golden Lion de Castle Street, uno de los pocos pubs que quedaban de las decenas que en su día florecieron en los Boroughs y, casualmente, el lugar donde trabajaba Cath cuando él la conoció, allá por la época previa a vivir el sueño dorado de casarse con la camarera.

A su llegada a la reunión con Alma, descubrió que, a esas horas, pese a ser sábado, el establecimiento estaba vacío. Como era lógico entre los residentes de las casas bajas que quedaban en aquel ruinoso vecindario, quienes no hubieran sido recluidos en sus dormitorios por una orden de restricción[9] preferían, por lo general, encaminarse al zoo del centro de la ciudad —imán de tarados, guarros y navajeros— antes que soportar la quietud mortecina de los locales cercanos a sus hogares. Sentada en una mesa de esquina, su hermana vestía el habitual conjunto negro: vaqueros, botas y cazadora de cuero. Su nuevo iPod, le había explicado Alma hacía poco, también era negro. Se hallaba dando buena cuenta de una botella de agua mineral con gas mientras trataba de equilibrar sobre el canto un

posavasos redondo de cerveza Strongbow, todo bajo la atenta mirada, propia de una verdadera depresión clínica a juicio de Mick, del tipo que había tras la barra. La única clienta que había entrado en toda la noche había resultado ser una graja fea y abstemia.

Rostro aparte, Mick habría calificado a Alma de llamativa, más que de fea, incluso a aquellas alturas de la partida. Porque, ¿cuántos tenía ya? ¿Cincuenta? ¿Cincuenta y uno? Llamativa, definitivamente, por no decir realmente desasosegante. De metro ochenta, medía dos centímetros menos que su hermano, pero con tacones superaba el metro ochenta y cinco, y su larga melena castaña, con apagados reflejos cobrizos aquí y allá, le caía cual telones cortafuegos sobre los altos pómulos de su alargado rostro en un estilo que Mick le había oído describir en cierta ocasión como de «esqueleto con helechos». Luego, claro, estaban sus ojos, enormes y espeluznantes cuando no estaban guiñados por la miopía, con un fulgor amarillo cítrico extraterrestre llameando alrededor de la pupila, como un eclipse total, contra unos iris de color pizarra cálida, y con las gruesas pestañas chasqueando a cada parpadeo por el peso del rímel.

A lo largo de los años no le habían faltado admiradores, pero lo cierto era que la gran mayoría de los hombres encontraban a Alma «alarmante en su totalidad», en palabras de un conocido, o «una puta pesadilla menopáusica», por citar la contundente frase de otro, aunque incluso esto último fue dicho con lo que pareció ser casi un tono elogioso. En ocasiones, Mick pensaba que su hermana no era más que el lado oscuro de la belleza, pero resultaba más divertido insistir en que se parecía al Lou Reed de la carátula de *Transformer* o a un «Frankenstein *glam* solarizado», que era como a Alma le gustaba reformularlo antes de añadir que lo utilizaría en la biografía del catálogo la próxima vez que hiciera una exposición de sus pinturas. Deleitándose en tales chanzas con igual verbo con el que repartía pullas, Alma se las bastaba para defenderse sola, y solía exponer con sinceridad inexpresiva

que su apuesto y angelical hermano menor había tenido esa sonrisa boba y ese aspecto afeminado desde que lo habían parido, que en realidad había nacido niña, y que incluso había llegado a ser elegido para Miss Pears,[10] pero que luego lo habían sometido a una operación de cambio de sexo porque, tras ella, papá y mamá querían un niño. La primera vez que le largó esta retahíla, cuando ella tenía nueve años y su hermano seis, este acabó estallando en lágrimas de mortificación y desconcierto. En otra ocasión, después de que Mick le soltara, no sin precisión, que a ojos de la gente ella era como un homosexual atrapado en un esbozo aproximado de cuerpo de mujer, ella le respondió que efectivamente, pero que él también, y después empezó a carcajearse hasta toser y, al fin, vomitar, por haberse jactado de su propia frase lapidaria más de lo usual.

Tras detenerse en la barra para envolver el puño alrededor del agradable glaciar de su primera pinta, cruzó una raída moqueta de estampado floral a modo de diagrama suicida y enfiló hacia la mesa de su hermana, previsiblemente ubicada en el rincón opuesto a la puerta del local, el más apartado de la desierta sala, el que un misántropo elegiría como retiro. Alma alzó la vista mientras él arrastraba una silla para sentarse frente a ella, al otro lado del disperso archipiélago de posavasos de cerveza de aquella chapa húmeda. Alma desplegó su habitual sonrisa de bienvenida y él entendió que quería dar la impresión de que su rostro se iluminaba al verlo, pero, dado que la tendencia de Alma a exagerarlo todo redundaba en una galería de expresiones más propia de un *Grand Guignol*, lo único que consiguió fue parecerse a una asesina ritualista religiosa o a una pirómana, efecto acentuado por el fulgor incendiario del centro de sus ojos.

—¡Pero si es Warry Warren! En el nombre de Dios, Warry, ¿cómo te va?

La voz de Alma había sido curtida por el humo hasta igualar los acordes más graves de un órgano que reverberara en una iglesia gótica, y a veces incluso sonaba un poco más profunda que la del propio Mick. Pese a las

preocupaciones por su estado mental, este sonrió con genuina felicidad por ver a su hermana, por recuperar su arcana sintonía común, y también por estar con una persona que, reconfortantemente, estaba mucho más pirada que él. Mick sacó el mechero y los cigarrillos, los colocó junto a su vaso perlado de gotas para preparar la velada, y entonó su respuesta mientras tanto.

—Pues, si te digo la verdad, un poco harto, Warry.

Por alguna razón que ninguno de ellos podía recordar de manera clara y fiable, se llamaban «Warry» mutuamente desde 1966. Puede que fuera Alma, que por entonces tenía trece años, quien empezara con la broma al usar «Warry» como un mote ridículo con el que dirigirse a su hermano, y quizás él se lo devolviera por ser, como ella siempre había sospechado en privado, demasiado frívolo en su actitud hacia la existencia como para inventarse un apodo propio, aunque fuera uno tan simplón como «Warry». Adoptada la costumbre de referirse el uno al otro de esta manera, se desató una estulta pugna de voluntades en la que ninguno sabía a ciencia cierta por qué estaba involucrado, pero en virtud de la cual ninguno era capaz de llamar al otro por su nombre sin sentir que concedía una impensable derrota. Este partido de tenis nominativo había proseguido, patéticamente, por el resto de sus vidas, mucho después de que hubieran empezado a considerar afectuoso tal sobrenombre y de que hubieran olvidado por completo su improvisado origen. Cuando les preguntaban por qué se llamaban «Warry» entre sí, Mick solía responder que, procedentes como eran de un entorno tan deprimido como los Boroughs, mamá y papá no habían podido permitirse un nombre para cada uno, así que habían tenido que compartir ese. «A diferencia de los niños pijos», añadía ocasionalmente con un verídico tono de amargura. Si Alma rondaba por el lugar, miraba a los presentes con una acusadora mirada de cordera degollada y los conminaba con solemnidad a no reírse, aduciendo que, aquel año, dicho nombre había sido su único regalo por Navidad.[11]

A continuación, su hermana plantó el cuero gastado de

sus codos en la capa de líquido que cubría la mesa, encajó la barbilla entre sus largos dedos y, con gesto inquisitivo, se inclinó hacia delante a través de aquella atmósfera en la que reinaba un aroma a té aguado, ladeando la cabeza de tal forma que los mechones más largos acariciaron el húmedo menisco de la chapa y las puntas se afilaron hasta convertirse en pinceles de pelo de marta cibelina.

—¿La verdad? ¿Y para qué quiero yo la verdad? Solo estaba entablando conversación, Warry. No te he pedido que me cuentes la *Ilíada*.

Tras elogiar ambos esa insensibilidad tan suya, Mick le relató el accidente laboral, su desvanecimiento, las quemaduras de su rostro, la ceguera que le había sobrevenido durante una o dos horas, y su miedo a estar volviéndose loco. Alma lo observó con compasión, sacudió su cabeza desproporcionadamente grande y suspiró.

—Oh, Warry. Tú siempre mirándote el ombligo, ¿eh? Yo me he tirado años siendo un callo medio ciego y asocial, y nunca me habrás oído quejarme. En cambio, tú te llenas la cara con productos corrosivos de limpiar acorazados, y te rompes en pedazos.

Mick arrojó el cigarrillo al orificio del cenicero azul marino y se encendió otro.

—No tiene gracia, Warry. Desde que me recobré en aquel solar, con todo el mundo intentando darme manguerazos, he estado teniendo ideas muy raras. No tiene que ver con la porquería que se me metió en los ojos o con el golpe en la cabeza, sino con ese despertar. Por un momento, fue como si no recordara tener cuarenta y nueve años o trabajar en la nave industrial. No me acordaba de Cathy, ni de los chicos, ni de nada.

Hizo una pausa y dio un sorbo a su *lager*. Sentada al otro lado de la mesa empapada, Alma lo miraba fijamente, prestando genuina atención ahora que sabía que hablaba en serio. Mick continuó.

—El caso es que, cuando volví en mí, se me había metido en la cabeza que tenía tres años y que me estaba despertando en el hospital; que había vuelto a cuando se

me irritó la garganta y me tomé aquel caramelo para la tos.

Las desafiantes cejas sin depilar de Alma se fruncieron en un ademán interrogativo.

—¿A cuando te ahogaste? ¿A cuando Doug, el vecino de al lado, te sentó en su camión de verduras para subir por Grafton Street y cruzar los Mounts hasta el hospital? Todos creímos que fue entonces cuando sufriste el daño cerebral. O, al menos, eso creí yo.

—No sufrí ningún daño cerebral.

—Oh, venga ya. Tuviste que sufrirlo por fuerza. Bastan tres minutos sin oxígeno, y todos dijeron que no diste ni una sola bocanada desde Andrew's Road hasta Cheyne Walk. En una antigualla herrumbrosa como la de Doug, eso serían diez minutos. Diez minutos sin respirar es muerte cerebral pura y dura, compañero.

Mick se carcajeó en pleno trago y acabó con la nariz salpicada de espuma.

—¿Y tú te tienes por intelectual, Warry? Intenta dejar de respirar una sola vez durante diez minutos y ya verás como no vuelves de ninguna parte.

Aquello los dejó mudos y los hizo cavilar unos instantes sin que llegaran a conclusión práctica alguna. Al final, Mick reanudó su relato.

—Lo que digo es que, cuando me desperté en el hospital a los tres años, no tenía ni idea de cómo había llegado allí. No recordaba haberme ahogado, ni haber ido en el camión de Doug, aunque me dijeron que había tenido los ojos abiertos todo el rato. Esta vez, al despertar, fue distinto. Como digo, únicamente por un minuto, pensé que volvía a tener tres años y que estaba en el hospital, solo que esta vez sí recordaba dónde había estado.

—¿Te refieres al patio trasero, con el caramelo y tal, o al camión de Doug?

—No, nada de eso. Recordé haber estado en el tejado. Haber pasado allí una quincena entera, comiendo hadas. Supongo que sería algún tipo de sueño que tuve estando inconsciente, pero no lo percibía como un sueño. Era más real, pero también más estrambótico, y estaba totalmente

centrado en los Boroughs.

Llegados a este punto, Alma intentó interrumpirlo para preguntarle si sabía que acababa de decir que recordaba haber estado en el tejado comiendo hadas durante una quincena o si, por contra, pensaba que solo lo había dicho para sus adentros, pero Mick la ignoró y pasó a contarle enteramente la aventura cuyo recuerdo tanto lo había perturbado. Al concluir, Alma estaba boquiabierta y muda, contemplando anonadada a su hermano con ojos de panda drogado. Por fin, se atrevió a hacer su primer comentario serio en toda la noche.

—Eso no es un sueño, compañero. Eso es una visión.

Solemne por una vez, la pareja prosiguió su charla en la penumbra del destartalado salón del pub, reponiendo sus bebidas a intervalos y con Alma apegada a su agua mineral, pues sus drogas preferidas eran la media docena de chinas de hachís, del tamaño de una chocolatina Bounty, que tenía desparramadas por su descomunal piso en East Park Parade. A su alrededor, el Golden Lion se hallaba inmerso en lo opuesto a un alboroto; en un anticlamor dominado por los mortecinos golpeteos del reloj de la pared. El resplandor de la barra brillante fluctuaba sutilmente a ratos, como si las ausencias de todos los clientes perdidos batieran la estancia, marrones y translúcidas como el celuloide antiguo, y solaparan ocasionalmente el suficiente número de sus no cuerpos moteados como para ocluir la luz, aunque solo fuera de manera imperceptible. Los hermanos pasaron horas hablando de los Boroughs y de sus sueños, y Alma le contó a Mick el de la tienda encendida en mitad del mercado desierto, con los carpinteros martilleando a lo largo de la noche. Le habló incluso de cómo, en mitad del sueño, había pensado en otro sueño que había tenido antes, ese en el que Doreen le había dicho que las palomas pertenecían al lugar al que van los muertos, si bien Alma admitió que, tras despertarse, no había podido dilucidar si era algo que había soñado de verdad, o solamente algo que había soñado soñar.

Al final, cuando un poco después se adentraron en las

ráfagas de viento que azotaban Castle Street, Alma vibraba con una energía exultante y Mick parecía iluminadamente cabreado. Las cosas habían mejorado mucho tras hablar con su hermana y aguantar sus desvaríos entusiastas. Mientas bajaban por Castle Street hacia Fitzroy Street a través de aquel vecindario fantasma, Alma le contó sus planes para hacer toda una nueva serie de pinturas a partir de las experiencias cercanas a la muerte de Mick (para entonces, ya se había convencido de que sus recuerdos recién adquiridos no eran más que eso) y de sus propios sueños. Se burló del temor de su hermano a estar perdiendo la cordura calificándolo como una nueva muestra de su afeminamiento y de su inexperto recelo hacia todo lo que sonara a creatividad.

—Tu problema, Warry, es que cuando se te ocurre una idea te crees que tienes una hemorragia cerebral.

Mientras la oía farfullar conceptos pictóricos imprácticos y trascendentales cual teletipo hiperventilante, sintió que sus pesares lo abandonaban bajo la forma de un dulce y pútrido pedo con olor a cerveza que flotó hasta disiparse bajo el enorme y estrellado cuenco de obsidiana típico de la hora de cierre, puesto del revés sobre los Boroughs como si lo hubieran colocado allí para mantener alejadas a las moscas.

Bajando desde la puerta principal del Golden Lion por unas cariadas baldosas verde salvia aptas para el tropiezo, y pasando de largo por una calle a su derecha que hasta los vehículos habían olvidado, el ajado puzle imposible de la década de 1930 que era la promoción de viviendas de St. Peter’s House, con sus ladrillos texturizados a base de roña ocupando la trasera de los pisos de Bath Street, abría el murete bajo de la calle para permitir el acceso a unas escaleras de piedra triangulares que, a ambos lados de la manzana, como las de los zigurats, descendían desde la cúspide hasta la base. Más allá estaban las viviendas en sí, con acanaladuras de reminiscencias Bauhaus, puertas dobles empotradas bajo voladizos, y ventanas cegadas por visillos, la mayor parte apagadas. Mientras las sirenas de los

coches de policía ululaban como *banshees* radiofónicos desde el llano de St. James's End, al oeste del río, Mick reflexionó sobre su reciente revelación y se dio cuenta de que, pese al ánimo infundido por la ferviente y casi fanática reacción de su hermana, aún albergaba un núcleo de desasosiego en lo más profundo de su interior, ahora ya casi sumergido bajo un lago de líquido sopor ambarino. Pareciendo intuir este cambio de humor, Alma interrumpió la exquisita descripción de los paisajes que aún tenía por captar y extendió su mirada en la misma dirección que él, hacia la parte de atrás de los callados y penumbrosos apartamentos.

—Vale. Ese es el problema, ¿verdad? No tanto la posibilidad de que Warry, aquí presente, se esté volviendo esquinado, como la posibilidad de que no. Si lo que viste significa lo que creo que significa, entonces es a eso a lo que nos enfrentamos —dijo Alma, señalando con la cabeza las ensombrecidas viviendas y, por extensión, Bath Street, que discurría oculta al otro lado.

—El asunto que viste mientras estabas con esa pandilla de niños muertos, el Destructor y demás... Con eso debemos lidiar. Y, por tanto, será mejor que los cuadros los haga colosales, para así cambiar el mundo antes de que termine de joderse del todo.

Mick miró a Alma con escepticismo.

—Es demasiado tarde, hermanita, ¿no te das cuenta? Mira todo esto.

Gesticuló borracho a su alrededor mientras llegaban al fondo del tosco trapecio de terreno desnivelado conocido como Castle Hill, que era justo donde se unía con lo que quedaba de Fitzroy Street. Esta última era ahora una calzada ensanchada que bajaba hacia las cajas de zapatos habitables que, desde los años sesenta, ocupaban el antiguo espacio de los pasadizos feudales de Moat Street, Fort Street y demás. La calle terminaba en un claustrofóbico aparcamiento sin salida, con dos de sus lados cercados por bloques de pisos y, el tercero, salpicado por unos setos oscuros y desaliñados que representaban el último y

desesperado intento de los Boroughs de no dejarse domeñar.

Cuando este exiguo paisaje irrumpió por primera vez en la preadolescencia de Mick y Alma, la explanada cerrada se convirtió en un punzante remedo de parque infantil en virtud del reducido laberinto de ladrillo azul de su centro, sin duda construido por *leprechauns* de seso reblandecido, y del caballo de cemento que, erigido bajo una noción autista del cubismo, pastoreaba eternamente por el lugar, demasiado aguzado e incómodo para que un niño lo montara, y con los ojos conformados por dos agujeros horadados bajo las sienes. Aunque aquella estatua abstracta fuese más propia de un patio de recreo que de un espacio urbano, era preferible al paraje actual, propicio para el escándalo público y las violaciones, y con una capa de alquitrán rociada a la carrera como rancio caviar barato sobre las baldosas rosas peatonales, las señales pintadas y los baches subyacentes. Los márgenes de aquellas cunetas, donde los estratos se habían descamado en jirones abrasados por el sol, eran los únicos que informaban de las capas de historia humana allí comprendidas, como anillos que dataran los tocones de cemento, talados tiempo atrás, de los Boroughs. Por el valle más allá del aparcamiento, rebasados los sobrios carteles de sus promotores de vivienda protegida, sonaba el lastimero traqueteo de un tren de mercancías, cuyos gañidos y quejas se elevaban ladera arriba desde las cicatrices cruzadas autoinfligidas con los raíles inferiores.

Observando el panorama que Mick había señalado, Alma entrecerró sus emplastadas pestañas en una mirada desdeñosa que, más propia de un *spaghetti western*, convirtió sus ojos en arañas saltadoras crispándose antes de un fatal ataque.

—Y una leche va a ser demasiado tarde, nenaza. No tiene sentido provocarte una visión si no se puede hacer nada al respecto, ¿no? Y, verás, yo soy un genio. Lo dicen en la revista *NME*. Así que voy a pintar esos cuadros y lo vamos a arreglar. Confía en mí.

Implícitamente, lo hacía. Aunque hasta para un ciego resultara obvio que la hermana de Mick era tan presuntuosa como quimérica, la cuestión era que, en su experiencia, Alma solía estar siempre en lo cierto. Si decía que podría solventar un cataclismo con unos tubos de pintura, Mick se sentía proclive a apostar el dinero por su hermana, y no por el impacto de meteorito, o lo que fuese, que hubiera acaecido en los Boroughs. Alma llevaba toda su vida tomando decisiones obstinadas que, contra todo pronóstico, le habían funcionado, y nadie podía decir que, para ser de los Boroughs, las cosas le hubieran ido mal. Mick tenía fe en ella, mas tampoco la fe ciega de sus devotos fieles, muchos de los cuales parecían situar sus orígenes en las regiones de lo sobrenatural o el campo de la investigación genética clandestina, como si fuera una mutante enviada por un dios para hablar con las piedras y alzar a los nonatos, amén de a los muertos.

Más de un admirador de los cuadros de Alma le había llegado a decir que no podía creer que él fuese su hermano; la mayoría habían sido compañeras de su mujer, tías de las que Alma estaba convencida de que la identificaban más como un «icono lésbico mal entendido» que como una artista. A veces, si conocían el bagaje de Mick, se sentaban a observarlo con una mirada pensativa antes de preguntarle cómo alguien como Alma Warren había podido emerger de un entorno urbano tan notoriamente opresivo para el alma como los Boroughs. Él lo consideraba una cuestión estúpida, como si hubiera otro lugar del que hubiera podido provenir, ya fuera este el infierno, Narnia o uno de tal palo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde los últimos vestigios genuinos de la clase obrera, ahora que incluso sus legados más conspicuos resultaban tan irreconocibles como un ave extinta? ¿Qué había sido de esa cultura? Aparte de los estratos a los que habían seducido hacia las ramas bajas de la clase media y los que habían desechado hacia la jungla de los cartones, ¿cómo se las habían arreglado para evaporar al resto de tal modo que, en aquellos días, aunque surgiera uno, nadie tuviera ni idea de lo que estaba viendo?

¿A dónde habían ido? ¿Por qué nadie se había quejado?

Giraron a la izquierda y empezaron a bajar por el margen inferior de Castle Hill hacia los muros de la iglesia de Doddridge, en dirección a Chalk Lane, Marefair y la parada de taxis de la estación del fondo, al final de su amada Andrew's Road. Alma volvió a conjurar otra de sus aún inexistentes obras maestras, con los ojos fijos en el entintado vacío que tenía ante sí como si ya la estuviera viendo ahí, colgada y enmarcada.

—Mientras hablábamos se me ha ocurrido una idea, ¿vale? Podría pintar mi sueño, el de los carpinteros de la esquina inferior del mercado en mitad de la noche. El cuadro sería bastante grande, como los de Stanley Spencer, con enormes figuras arqueándose sobre los tornos, dándonos la espalda. Algunas partes las detallaría con esmero, pero el resto lo dejaría inacabado, con los trazos a lápiz. Lo titularía *Obra en marcha*, y...

Alma paró y se mantuvo en el sitio para elevar la vista hacia la iglesia inconformista del siglo XVIII junto a la que estaban pasando. En mitad del piso superior de su fachada de piedra color caramelo destacaba un barnizado portón cerrado tras el que solo había aire, claramente algún tipo de muelle de carga, excepto por el hecho de que a saber por qué querría nadie tener uno a media altura en una iglesia. Se diría que su propósito era dirigir hacia algún inédito piso superior de aquel barrio empobrecido, uno que hubiera sido demolido sin dejar rastro tiempo atrás, o bien hacia una ampliación planificada aún por edificar. Apartó la mirada de aquella insensata puerta para ángeles con el fin de posarla en su hermano, y, cuando habló, su voz de locomotora arrolladora sonó bajita y maravillada, más parecida a la de una cría que a la que tenía cuando había sido una.

—Este es uno de los lugares, ¿verdad, Warry? Uno de los de tu ataque, o lo que fuera.

El hermano de Alma así se lo confirmó, y luego, tras reanudar la marcha por Chalk Lane, señaló el erial lleno de maleza a su derecha, más allá de otro aparcamiento

distinto.

—Sí, es uno de ellos. Pero aquí había una especie de terraplén. Solo que mucho más grande, y antiguo, y los charcos se habían extendido, de algún modo, hasta formar una laguna.

Su hermana asintió lentamente, abarcando con su inspección todos los hierbajos del terreno erigido tras aquella guardería de coches, con su cámara de vigilancia infantil monitorizando sus ademanes desde una papelera de esquina. Un árbol bifurcado, o tal vez dos muy juntos, sobresalía del montículo cerniendo su silueta contra el haz de la lámpara de sodio de la estación cercana. Los árboles eran los elementos perennes de un paisaje, su verdadero rostro bajo el maquillaje mímico de los centros de ocio y los carriles de doble sentido, meros afeites cosméticos enjuagados a intervalos. El roble y el olmo definían el horizonte a lo largo del tiempo; eran elementos estructurales vitales, constantes como las nubes y, como las nubes, en su mayoría inadvertidos.

Tras dejar atrás la iglesia de Doddridge, llegaron a la cima de Chalk Lane, desde cuya loma de hierba contemplaron, al este, los pisos y casas de St. Mary's Street que fueron foco principal del gran incendio; más allá, el ajetreado tráfico de Horsemarket corría cuesta arriba para desaguar en el mortecino nudo de monóxido sobre el que antaño reposaba el Mayorhold. Ante ellos, la continuación de Chalk Lane se sumergía en la penumbra para bajar en dirección sur hacia el ribete de farolas de Marefair, salpicada por los diablos que decoraban las cornisas de la iglesia de San Pedro y, a la izquierda, por un Hotel Ibis anexo a un complejo de ocio que se abría a la ciudad. Este último, un tumor de neón que parecía diseñado por Fabergé, había sido edificado en el terreno de las ya demolidas oficinas centrales de Barclaycard, que antes alojaba un entrañable laberinto de pequeños comercios y angostas callejuelas como Pike Lane, Quart Pot Lane o Doddridge Street y, mucho antes de eso, la residencia real desde la que se gobernaban Mercia y la mayor parte de la

gutural Inglaterra sajona. Allí no había fantasmas: había estratos fósiles de fantasmas, apilados los unos sobre los otros hasta comprimirse en un evocador carbón, o bitumen, oscuro e incendiario.

Alma trató de imaginar el barrio entero, de Peter’s Way a Regent Square, de Andrew’s Road a Sheep Street y el Santo Sepulcro, como el costado petrificado de un jabalí del que aún sobresalieran las flechas de las torres de apartamentos que lo habían empalado hasta derribarlo, los pelos de sus farolas, y el sebo de sus cervecerías; intentó imaginarlo todo en el contexto de la visión de Mick, como si la topografía herida y el horizonte roto aún estuvieran conectados a algo sonoro e impalpable, a algún tipo de maquinaria legendaria largo tiempo desaparecida pero que, tal vez, siguiera en condiciones de funcionar. Era maravilloso, y la hizo ansiar un buen porro. Los partidarios de su legalización decían que era imposible volverse adicto al hachís de toda la vida, pero, a juicio de Alma, eso debía ser porque no lo estaban intentando a conciencia.

Salieron de Chalk Lane hacia Black Lion Hill, una cuesta de millones de años presidida por un pub de cuatro siglos sito en el remoto culo de Marefair. La boca de este callejón había albergado en tiempos la papelería en la que a Alma, desde los siete años, le gustaba comprar cómics solo por ver sus dibujos, restos chillones traídos en barco desde América a modo de lastre, con páginas con aroma a rascacielos y cabeceras electrizantes: *Journey into Mystery*, *Forbidden Worlds* y *My Greatest Adventure*. Sobre la calle repavimentada había existido una melancólica casa de huéspedes parapetada tras una barrera de saucos, y había fotos de una época más pretérita que mostraban una estructura similar a la de un molino, coronada por la linterna de una cúpula, dominando la misma esquina. Allí, tras el muro alto que daba a la carretera principal, había ahora una anodina hilera de casas de los años sesenta cuyos habitantes aguantarían hasta que la zona se gentrificase algún día como parte de una «milla cultural» que los expertos del consistorio habían filosofado y ensalzado antes

de vender alto y retirarse en favor de sitios menos acusadores, sitios sin tantos malos sueños atrapados, como humedades astrales, en sus cimientos. Alma había sacado de alguna parte que un concejal había llegado a ocupar uno de los edificios, pero no tenía ni idea de si seguía viviendo allí. Tras doblar a la derecha en la esquina, bajaron hacia las luces, cruzaron St. Andrew’s Road y siguieron hacia los accesos de Castle Station.

Allí era adonde las trabajadoras sexuales arribaban los fines de semana: equipos de prostitutas frescas procedentes de Milton Keynes o Rugby[12] que se montaban en un tren de la Silverlink en pos del publicitadísimo barrio rojo de los Boroughs y del nocturno ajetreo laboral en la concurrida parada de camiones de su extremo noroeste, donde la elevación de Spencer Bridge se encuentra con Crane Hill a los pies de Grafton Street para marcar el límite septentrional de la zona. Estos vectores andantes de VIH y sus proxenetas fluían por sistema a través del atrio de la estación, del atrio del antiguo castillo medieval en el que comienza *El rey Juan* de Shakespeare, en el que supuestamente se celebró la primera asamblea legislativa de la historia durante el siglo XIII y se proclamó la subida de impuestos que desató la revuelta de Wat Tyler en 1381, en el que se planificaron varias cruzadas y en el que condenaron a Becket, todo allí, al final de la calle embadurnada de hollín en la que Mick y Alma habían crecido, en aquella su ruinosa Arcadia. Mientras descendían hacia el enjambre de taxis públicos desplegados alrededor de la estación desde su entrada principal, Alma caviló sobre la enorme magnitud de lo que había prometido llevar a cabo. No solo iba tener que hacer esos cuadros. Iba a tener que dejarse los putos ovarios en ellos.

*

Y se los dejó. Catorce meses después, durante un frío y primaveral sábado de 2006, Mick se tomó un piscolabis con su mujer e hijos en su casa de Whitehills, bajó andando por Kingsthorpe hacia Barrack Road, y entró en los Boroughs

por el borde noreste y el cráter de lo que antes había sido Regent Square. Pese a tener el carnet de conducir, prefería ir a pie, pues compartía la antipatía de su familia por los vehículos a motor. Ni su hermana, ni sus padres, ni ninguno de sus muchos tíos, salvo uno, habían tenido jamás un coche, y él seguía sintiéndose incómodo en las raras ocasiones en las que debía ponerse al volante por la ausencia de Cathy, su conductora de elección.

Alma había llamado unas semanas antes para decirle que acababa de terminar los cuadros ideados tras su encuentro en el Golden Lion del año anterior. Planeaba lanzar la exposición con una pequeña muestra montada en la guardería que ocupaba el solar de la antigua escuela de danza Pitt-Draffen, justo sobre una de las abruptas esquinas de Castle Hill. Su hermana lo había invitado a ver las pinturas inspiradas por su visión, entre las que se contaban *Obra en marcha*, con sus carpinteros nocturnos, una pieza titulada *Collar insigne* que tenía especial interés en que él viera, y otra obra que Alma decía que era «tridimensional» y que solo se exhibiría en la inauguración.

En pantalones informales y mocasines, y con una camiseta deportiva color canela bajo una chaqueta que seguía sin saber si iba a necesitar, paseó contra la brisa de Grafton Street como un apuesto y atractivo hombre de cincuenta años que aún retenía cierta chispa de viveza infantil en sus pálidos ojos azules, que al menos eran de un color normal y no como los de Alma, más bien salidos de *El pueblo de los malditos*. Por supuesto, su hermana diría que ella al menos aún tenía pelo, porque el de él se había retirado dignamente hacia las cimas de su atezada frente en una nube de pelusas doradas no muy distintas de los dispersos rizos bruñidos de su infancia. En sus días más dichosos y temerarios, él podría señalar en respuesta que aún conservaba todos los dientes, punto débil literal de una Alma que, propensa a los piscolabis y asediada por la periodontitis, se limitaría seguramente a clavarle la mirada con venenosa calma antes de dar todo por zanjado. Concluyó que ensayar lances fraternales y escenificar pullas

que bien podrían no llegar a darse nunca no dejaba de ser una muestra de inseguridad, pero, por su experiencia previa con Alma, siempre era bueno ir preparado.

El cauce de Grafton Street canalizaba un reverberante torrente de acero y caucho, con el flujo de vehículos engrosado por una lluvia de bebedores meridianos, compradores de fin de semana y publicistas de verga excitada que amenazaban con desbordar sus orillas. Ante Mick, la anaconda laminada de neumático fundido que serpenteaba por la calzada atestiguaba una infracción que debía haber ocurrido hacía poco, probablemente durante la noche del viernes previo. Surcando aquellas aguas turbulentas, un muñeco de simulación de accidentes que exudaba Burberry y parecía salido del Netto Fabulous saltaba los rápidos del tráfico insular a bordo de su kayak tuneado en dirección a Jimmy's End, al otro lado del río y hacia el oeste, con la cabeza rebosante de *GTA: San Andreas* y sedante equino, las pupilas puntiformes, y los ojos guiñados para evitar las salpicaduras de los faros que se le aproximaban.[13]

Mientras descendía a paso tranquilo por aquella ventosa cuesta bajo un cielo panorámico, Mick dejó atrás el edificio Sunlight de la acera contraria, antaño una lavandería china que exhalaba solitarios chorros de vapor y, ahora, un aceitoso taller mecánico que todavía conservaba el incongruente logotipo solar en relieve del establecimiento precedente en lo más alto de su blanca fachada *art déco*. Un poco más abajo, en el mismo lado, se erguía el tétrico esqueleto de la vieja oficina de empleo en la que tanto Mick como Alma, y la inmensa mayoría de sus conocidos, habían tenido que hacer cola, en un momento u otro, entre las lentas y vagamente contritas procesiones de aquel matadero, todos alineados para ser inspeccionados por un despiadado chico de diecinueve años armado con una pistola de invectivas eléctricas. Sintió una satisfacción apesadumbrada al constatar que hasta aquel severo árbitro de las fortunas laborales carecía de trabajo en aquellos días, con la indiferente mirada de carcelero que solían ofrecer

sus ventanas reemplazada por el aspecto de esa trémula y desorientada congoja que sobreviene al hacerse viejo en un barrio en declive. Cuando les afectaba a ellos, ya no les gustaba tanto, pensó al pasar por St. Andrew's Street, dejar el edificio a su izquierda y proseguir pendiente abajo en contra del viento.

St. Andrew's Street, ya a su espalda, guiaba antaño al cerro elevado en el que se erigía la iglesia de San Andrés, derribada tiempo ha y construida a su vez sobre los restos del priorato de San Andrés, que había estado emplazado allí cientos de años antes, y que justificaba la preponderancia de espíritus cluniacenses entre la supuesta fauna fantasmal del barrio. En cierta época, recordó, se llegó a afirmar que la práctica totalidad de los pubs de aquella media milla cuadrada de terreno —¿cuántos habría? ¿ochenta y tantos?— contaban con apariciones que vociferaban en pos de la absolución por sus acogedoras estancias, y que incluso dibujaban vergas de minucioso sombreado y dorados ornamentos en las paredes de sus meaderos. Mick se preguntó a dónde habrían ido todos esos espectros hacia 1970, cuando los últimos trechos de la zona fueron arrasados. A los vecinos mortales de los Boroughs los escupieron hacia los pisos de King's Heath, en el caso de su abuela May, o hacia letrinas genéticas como Norman Road, en Abington, que fue donde terminó Clara, su abuela por parte de madre, todo con la circunstancia añadida de que ambas ancianas fallecieran pocas semanas después de que las desarraigaran de los Boroughs, lugar en el que habían enterrado a maridos y despedido a hijos. Si nunca fue una gran prioridad reubicar debidamente a la escoria de los Boroughs a la que pertenecían Alma, su familia y él, quienes, aunque sin duda desaliñados, al menos estaban vivos y coleando, ¿cuán exiguo debió ser el esfuerzo realizado para trasladar a los espectros de la región, todos ellos muertos, y podridos, hacía años? ¿Acaso las ánimas de los pubs derruidos empuñarían y agitarían ahora sus rutilantes sábanas bajo las galerías comerciales del centro de Northampton, como el resto de sus desahuciados?

¿Contarían los sin cuerpo con refugios parecidos a los de los sin techo? ¿Se sacarían los resucitados un dinero vendiendo revistas como *Te Dead Issue*, tal vez?[14]

Fue en St. Andrew's Street donde Alma y él se toparon por primera vez, hacía ya cuarenta años, con un barbero que respondía al improbable nombre de Bill Badger. Entre ellos, jugaban a identificarlo como uno de los compañeros del oso Rupert, solo que crecido, afeitado por su propia mano para parecer más humano, y obligado por la coyuntura a buscarse un trabajo de verdad. Su tienda era un museo de las rarezas con las paredes abarrotadas hasta el techo de productos tan insondables y extrañamente carismáticos como la malagueta o los lápices hemostáticos cicatrizantes, de los cuales Mick solía pensar, siendo niño, que eran una cosa muy útil que convenía llevar en lo alto por si a uno lo guillotinaban y tenía la oportunidad de volver a pegarse la cabeza. Ni que decir tiene, el local había desaparecido ya, reemplazado junto con la iglesia por los mismos bloques de pisos con los que llevaban enlosando el barrio, firmemente y sin descanso, desde 1921 o por ahí. El año anterior, la policía armada había tenido que cercar a un trastornado joven somalí que amenazaba con suicidarse en plena St. Andrew's Street, mientras que, en fecha mucho más reciente, un primo de Cathy —la encantadora y formidable esposa de Mick, benigna descendiente del célebre y policéfalo clan Devlin de la ciudad— había vuelto a poner St. Andrew's Street en los titulares al estrangular a su mujer. «Me estaba taladrando la cabeza», había declarado.

Aquel lugar estaba condenado. Ese mismo día, durante la hora de comer, Mick había leído un extenso artículo en el *Chronicle & Echo* que informaba de que, a altas horas de la madrugada previa, habían violado y golpeado a otra prostituta antes de darla por muerta en la base de Scarletwell Street, y que solo había sobrevivido gracias a la intervención de una vecina. Tales sucesos llegaban a las noticias cada mes, pero acaecían cada semana. La última cosa buena que había pasado en los Boroughs había sido

cierto episodio del que solía hablar la señorita Starmer, antigua directora de la oficina de correos. Bajando por Grafton Street hacia Crane Hill vivía una mujer que, un buen día, estaba parada en su puerta cuando un desconocido que pasaba le arrojó a los brazos un recién nacido antes de salir corriendo sin que nunca más se le viera el pelo. La mujer acogió y crio como a uno de los suyos a aquel niño, que llegó a luchar en la Primera Guerra Mundial. La señorita Starmer siempre decía que aquel gesto solo había sido una muestra de lo entrañable que resultaba aquella familia, y luego añadía que, siendo de los Boroughs, era lo lógico, porque esa era la clase de familias que había en los Boroughs por aquel entonces. Y era cierto. Aun enfrentado a la cruda realidad del devenir del vecindario, convertido en un puñetazo sociológico en el que el asombroso acto de altruismo de la mujer sería impensable hoy en día, Mick sabía que era cierto. Antes, allí, había un tipo distinto de gente que parecía de otra raza, que tenía unos modos distintos, un lenguaje distinto, y que ahora resultaba tan improbable como los centauros.

Abandonó Grafton Street torciendo a la izquierda por Lower Harding Street, una calle larga y recta que lo llevaría por la ruta más directa a la exposición de Alma, sita en el extremo más alejado de los Boroughs. Aquí era donde vivía el activista izquierdista colega de su hermana, Roman Tompson, otro kamikaze insumiso salido de los sesenta igual que Alma. Tompson el Nivelador, como lo llamaba ella con afecto en una de sus referencias de sabelotodo, vivía junto a su novio sinuoso y respondón en Lower Harding Street. Roman se había vuelto un agitador durante la huelga de los astilleros UCS de hacía cuatro décadas, y entre sus logros estaban el romper un cordón policial para arrearle a uno de los líderes del Frente Nacional durante una de sus marchas por Brick Lane, o llegar a infligir terribles estragos sobre una unidad de mercenarios borrachos que habían cometido el error de pensar que este cascado terrier no suponía, por sí solo, una amenaza inmediata que ellos, en grupo y con formación militar, no

pudieran manejar. Siendo diez años mayor que la hermana de Mick, Rome debía estar ahora a principios de la sesentena, pero aún era capaz de dar dentelladas en los traseros de los opresores con idéntica ferocidad. Actualmente, pertenecía al ala militante de la asociación local de los Boroughs, y hacía campaña para evitar la venta y demolición de las pocas viviendas sociales que quedaban en la zona. Según le había dicho a su hermano, Alma había consultado una o dos veces a su viejo amigo durante la ejecución de su última serie de pinturas, razón por la que a Mick no le sorprendería mucho que Tompson y su novio aparecieran por la exposición hacia la que se encaminaba.

En una angosta vía, el patio de un concesionario había reemplazado el descampado sobre el que Alma y él solían jugar de pequeños, ora gateando con alborozo por los Ladrillos, que era como llamaban a aquel improvisado parque temático apocalíptico, ora trepando por recovecos en los que, antes, los hombres y las mujeres discutían, yacían y engendraban. Un poco más adelante estaban los recintos comerciales que habían pertenecido a Cleaver's Glass, la compañía estatal en la que su bisabuelo, el chalado de Snowy Vernall, había rechazado el puesto de codirector durante los albores de la empresa, desdeñando así una vida de millonario, por razones que nadie pudo desentrañar, para volver al tugurio de su familia al final de Green Street, en donde unas décadas después terminaría sus días preso de alucinaciones, comiendo flores, y sentado entre el interminable callejón de reflejos de dos espejos en paralelo.

Más allá del borde meridional de la fábrica, Spring Lane discurría hacia Andrew's Road a través de la parte trasera de la escuela Spring Lane y la incólume casa de su conserje. Mientras, al fondo del concesionario, cerca del final de la calle, florecía una desconcertante y precaria espiga de ladrillo que equilibraba en su cima una sola oficina que, al ser un poco más extensa que el cuerpo de la torre propiamente dicha, precisaba que unos recios pilares de madera sostuvieran su voladizo. A Mick, esto le hizo pensar en los recuerdos sobrevenidos del año anterior y en

el absurdo portillo a media altura de la iglesia de Doddridge. Como quiera que ambos asuntos estaban envueltos en un leve velo de incertidumbre, dirigió su atención a la ladera de la escuela en sí, cuyo extremo superior vallado discurría ahora, lentamente, a su derecha.

Era una visión lamentable, pero carecía de los matices malsanos de aquel inexplicable mástil de ladrillo. A fin de cuentas, Alma y él habían sido alumnos suyos, al igual que su madre, Doreen, antes que ellos. Todos habían amado el apiñado edificio de ladrillo visto que había cargado, a su manera, con el deber de educar a varias generaciones de aquella provincia a buen seguro ingrata, y se habían cabreado al ver la instalación original desmantelada y reemplazada, al fin, por un sustituto prefabricado. La escuela seguía siendo buena, no obstante, y aún conservaba esas cualidades que Mick recordaba de su niñez. Jack y Joseph, los dos hijos de Mick y Cathy, habían cursado y disfrutado allí su primaria, pero Mick echaba de menos los empinados tejados de pizarra, los ojos de buey que hacían guardia bajo un caballete de ángulo agudísimo y las ligeras barreras de bronce que precedían a los postes de piedra de la entrada.

Al fondo de la colina, más allá de la escuela y sus patios de recreo, se extendía el prado de Andrew's Road sobre el que solía estar la casa de Mick y Alma, una franja pasmosamente estrecha, apenas una tira, en la que, como mucho, habrían llegado a vivir unas ciento treinta personas, allí, entre Spring Lane y Scarletwell Street. Bajo la grama que predominaba ahora, aún podían verse los cotos de ladrillo del jardín de alguien, y también quedaban unos pocos árboles en la ubicación aproximada de su antigua casa. Su tamaño y robustez siempre le habían sorprendido, pero llevaban ya, a poco que uno cavilase, más de treinta años creciendo sobre aquel terreno.

Enigmáticamente, hacia el extremo sur de aquel solar abandonado, dos casas de la vieja hilera de los Warren permanecían inmaculadas, fusionadas en una sola, orientadas hacia Scarletwell Street, y con todo a su

alrededor nivelado y retrotraído ochocientos años atrás hasta un verde pasto conventual sin identidad alguna. Era probable, pensó Mick, que las viviendas se hubieran construido con posterioridad al resto de la hilera, quizás en el espacio de un antiguo patio, y que pertenecieran a otro propietario que hubiera resistido allí tras la venta y ulterior derribo de los inmuebles circundantes en las mismas narices de sus habitantes. Había oído que la anómala casa superviviente había llegado a usarse como vivienda social, tal vez para las personas bajo cuidado de la mancomunidad, pero no sabía si era cierto. La solitaria estructura que aún se cernía desde la superficie herbosa en la que había nacido siempre lo había sobrecogido de modos indefiniblemente insólitos, pero, desde su fatal experiencia, ese desasosiego nebuloso había cobrado una nueva dimensión. Ahora, concluyó, el lugar le recordaba al incongruente portón elevado de la iglesia de Doddridge, o al increíble tumor de ladrillo que protruía desde la fábrica de Spring Lane; a cosas sepultadas en el pasado que brotaban de manera inconveniente en el presente, a esos hogares de reinserción con zaguanes que no iban a ningún sitio, que solo guiaban hacia una nada apacible.

Tras el cruce con Spring Lane, Lower Harding Street pasaba a llamarse Crispin Street. Delante, a la izquierda, se erigían los dos titánicos monolitos que, como si de las altas siluetas de los hermanos Kray se tratara, conformaban las torres de Beaumont Court y Claremont Court, dos lápidas moteadas de cagadas de pájaro y veteadas de cal que se descomponían lentamente sobre la comunidad que había sido disuelta para alzarlas. Impresionables por naturaleza, e ignorando que pronto serían desplazadas, las gentes de los Boroughs se habían deshecho en hurras y vítores al tomar aquellas dos moles de doce pisos por algo propio del dinamismo de la era espacial, sin comprender, por tanto, lo que los rascacielos eran en realidad: dos sarcófagos verticales con olor a meado que reemplazarían las ocurrentes charlas vecinales y los idílicos porches veraniegos por disposiciones más verticales, un aislamiento

alienante, y la tensión de ver progresar los botones iluminados del ascensor cuando se cogía tras el toque de queda. En suma, una panorámica suicida e ineludible de lo que se le había hecho a la zona aledaña.

Hacía dos o tres años, en lo que podría haberse percibido como un instante fugaz de lucidez, la ciudad había deplorado tardíamente la mísera insensibilidad apiñada de las construcciones y había propuesto derribarlas, lo cual hizo que el corazón de Mick palpitara, aunque brevemente, ante la perspectiva de que Alma y él pudieran sobrevivir a los monstruosos bloques de hormigón que habían sido empleados para reducir los paisajes de su niñez a esos cubiles atestados de drogatas y prostitutas y al polvo desesperanzado que se había posado por doquier en los sentimientos de la gente. Su irracional optimismo terminó por demostrarse efímero, dado que algunos concejales se decantaron, en su lugar, por la opción de ceder esas aberraciones gemelas a un consorcio inmobiliario privado por sumas que, según había oído Mick, ascendieron a un penique por cada uno. Roman Tompson, el compañero activista de su hermana, llegó a realizar oscuras insinuaciones sobre acuerdos bajo mano con exconcejales que ahora habían escalado hasta la junta directiva del consorcio, pero Mick jamás había vuelto a saber del tema y supuso que habría caído en saco roto. Tras adquirirlos a bajo precio, Bedford Housing había remodelado los edificios, y ahora aguardaba a que la prometida afluencia de funcionarios de sectores esenciales, policías, enfermeras y demás profesionales, llegara a la ciudad para ocupar los apartamentos. Con una población depauperada y preocupada por no tener un sitio digno en el que vivir, la solución preferida no parecía ser la de gastar dinero en mejorar sus condiciones, sino la de contratar más policías en caso de que las cosas se pusieran feas y la de alojar a tales mirmidones en propiedades de las cuales todas esas sarnosas y contrariadas manadas humanas ya hubieran sido, casual y felizmente, purgadas.

Tras el revalorizado y atroz monumento a la Viagra de

aquellos ominosos gigantes, desde las residencias de proporción más humana diseminadas entre ellos y el runrún constante del Mayorhold, que quedaba a su espalda, Mick captó una especie de sonido trémulo seguido de inmediato por un portazo, todo ello amortiguado por la distancia y la nula acústica de las fachadas de cemento. Corriendo o, mejor dicho, carenando por el césped marchito que rodeaba ambas torres, venía una desgarbada y aterrorizada figura que Mick, con los ojos ligeramente entrecerrados, identificó como la de un adolescente castaño, pálido y de unos diecinueve años, un poco más adulto que su hijo mayor. Aquel joven agitado iba descalzo, embutido en unos vaqueros que parecían diseñados para fusionar entrepiernas y tobillos, y con una camiseta de la marca FCUK que le quedaba muy grande, que probablemente sería prestada y que encajaba en el alterado chaval como un camisón eduardiano. Atragantado y jadeante, no hacía más que repetir un soniquete de horrorizada negación que articulaba como «nnogh», al tiempo que lanzaba frenéticos vistazos hacia atrás mientras se apresuraba.

Si tal cúmulo de farfulleros balbuceos había oteado a Mick y había virado hacia él, o si sus distintas trayectorias se habían limitado a converger por casualidad, fue algo que no pudo discernirse *a posteriori*. El caso es que la huida del joven desde los espantos que lo perseguían terminó en una bocanada sibilante a un par de metros por delante de Mick, lo cual obligó a este, por su parte, a pararse en seco para escrutar tan súbita e insondable venida. El asustado muchacho se acuclilló con las manos plantadas en las rodillas, clavando los ojos desorbitados en la tierra bajo sus pies mientras intentaba resollar y gemir simultáneamente, sin que ninguno de estos esfuerzos pudiera calificarse como un éxito sin paliativos. Mick se sintió obligado a decir algo.

—Tío, ¿estás bien?

Alzando la vista asustado, como si no se hubiera dado cuenta de que Mick estaba ahí hasta oír una voz, el rostro del chico se convirtió en el baúl de una corista fisonómica que intentara vestir todas sus expresiones al mismo tiempo.

La piel blanquecina de las comisuras de sus ojos y labios se retorció y estremeció a través de una sucesión de tentativas de exhibición emocional, vergüenza, asombro, pasmo distanciado, todas ellas sin convicción, y cada una abandonada de inmediato conforme el tembloroso individuo rebuscaba frenéticamente en un guardarropa de respuestas claramente impostadas. Drogas de algún tipo, decidió Mick, probablemente pastillas sintéticas de nuevo cuño que se hallarían en las antípodas de la limitada variedad de sustancias con las que él mismo estaba lejanamente familiarizado, en su mayor parte, gracias a Alma, quien se había pegado sus buenos viajecitos siendo una colegiala. No podía ser ácido, eso sí, porque entonces hubiera transpirado con el brillo de un pavo real en celo, y tampoco eran setas mágicas, porque no presentaba la típica sonrisa de iluminado. Era algo distinto. Canalizadas por la deflexión de las torres, las rachas de viento azotaban aquel césped pocho hasta perderse, dispersas, en remolinos frustrados que giraban sobre sí mismos. Cuando la recuperó, la voz del chico sonó como un gemido agudo que Mick pareció recordar de alguna parte, y también empezó a detectar insistentes aires de familiaridad en los lechosos rasgos del adolescente y su aroma a canela.

—Sí. No. Joder. Oh, joder, yo estaba en el pub. Un pub que sigue ahí arriba. Yo estaba dentro. El pub sigue ahí arriba, y el resto sigue dentro. Mi colega sigue allí. Me he tirado toda la noche ahí arriba, en el pub. No dejaban que nos fuéramos. Joder. Joder, tío, échanos un cable. Era un pub. El pub sigue ahí arriba. Y yo estaba en el pub.

Todo esto lo dijo con una urgencia desaforada y una aparente inconsciencia de sus tics y sus obsesivas reiteraciones, de su conspicua carencia de sentido. Mick se encontró con que no podía sacar nada ni del incoherente lenguaje corporal de aquel muchacho, ahora ya inquietantemente familiar, ni de su verborrea balbuceante. En el extremo más alejado de la calle, una mujer con aspecto de gnomo y tocada con un fular pasaba junto a los dúplex de Upper Cross Street con sus dedos asidos, a prueba

de isquemias, en torno a las asas de su bolsa de plástico. Dedicó a Mick y a su espontáneo invitado un ceño reprobatorio que lo dijo todo, y el primero deseó tener a mano un conveniente letrero para poder explicar que, sencillamente, aquel delirante desconocido lo había abordado en plena calle. Aparte de señalarse la frente y apuntar al chaval de pelo castaño, no se le ocurría nada más, así que apartó la mirada de la anciana para volver a dirigirla hacia los ojos suplicantes de su incomprensible compañero. A renglón seguido, intentó extraer algo sólido del caótico parlamento inicial del joven.

—Espera, tío, que me pierdo. ¿Qué había en ese pub en el que te han retenido toda la noche? ¿Una juerga a puerta cerrada? ¿Cuál es, por cierto? ¿Y dónde es «ahí arriba»?

El chaval, de no más de dieciocho años, decidió Mick, lo miró implorante tras la barrera de su propia incapacidad para comunicarse. Agitó un antebrazo flaco, con la manga holgada y ondulante, en dirección al Mayorhold, ubicado más arriba, tras ellos. Hacía décadas que no había pub alguno en la zona del Mayorhold.

—Ahí arriba. Arriba, en el techo. Es decir, en el pub. El techo es un pub. Y el pub sigue ahí arriba, en el techo. Todos siguen allí. Mi colega sigue allí. Me he tirado toda la noche ahí arriba. No dejaban que nos fuéramos. Oh, joder. Yo estaba en el pub, en el pub del techo. Oh, joder, ¿y qué ha pasado? Ha pasado algo.

Mick se sobresaltó. Pudo sentir cómo se le erizaban los vellos de la nuca, pero hizo el esfuerzo de que no se le notara. No tenía sentido alterarse cuando lo que intentaba era que alguien volviese a sus cabales, pero la parte del techo lo había dejado tocado. Se parecía en exceso al modo en que le había descrito sus recuerdos espontáneos a Alma como «aventuras en el tejado». Obviamente, debía de ser mera coincidencia, una estrafalaria expresión espacial que, por azares del destino, rimaba ominosamente con su propia experiencia infantil; sin embargo, sumada a la aún persistente sensación de que ya conocía de algún sitio a aquel joven, lo perturbaba. Por supuesto, también le generó

una identificación con el chaval que, aunque imaginaria, le otorgó la capacidad de responder compasivamente al desvalido galimatías del pobre chico.

—¿Arriba, en el techo? Sí, yo también he pasado por eso. Como gente en los rincones que intentara tirar de ti hacia arriba, ¿verdad?

El joven se quedó estupefacto, con sus hinchados ojos abiertos y la boca desencajada. Todo el pánico y la confusión lo abandonaron para ser sustituidos por algo parecido a un asombro casi incrédulo con el que contempló, paralizado de repente, a Mick.

—Sí. Sobre los rincones. Estirándose hacia abajo.

Mick asintió mientras rebuscaba en su chaqueta el nuevo paquete de cigarrillos que había comprado media hora antes en la cuesta de Barrack Road. Retiró a conciencia la cutícula de celofán que mantenía en su sitio el envoltorio de plástico, desprendió su parte superior, tiró de la hoja bajo la que se ocultaban los colbacs de celulosa de aquellas líneas tan compactas, y aplastó la arrugada funda transparente y el inservible papel de plata en un amasijo que introdujo descuidadamente en uno de los bolsillos de su pantalón. Tras coger un cigarrillo, le ofreció otro al agradecido adolescente extendiéndole el paquete con la tapa aún abierta, y encendió ambos utilizando la llama vacilante de su maltrecho Zippo. Mientras exhalaban monstruos de Gila retorcidos y translúcidos, hechos de un humo marrón azulado, a la atmósfera de los Boroughs, el chico se relajó un poco, lo cual permitió que Mick reanudara su arenga.

—No dejes que esto te hunda, tío. Yo he estado arriba, en el mismo sitio que tú, así que sé cómo es. No te crees lo que ha pasado y piensas que vas a volverte loco, pero no es así, tío. Estás bien. Lo que pasa es que, cuando se vuelve de allí, pasa un tiempo antes de que todo esto parezca tan real y consistente como antes. No te preocupes. Se pasa. Ve con calma, dale un par de vueltas, y verás como, poco a poco, las piezas vuelven a encajar en su sitio. Puede que te lleve un mes o dos, pero todo irá a mejor. Toma.

Mick sacó del paquete un puñado de cigarrillos, aproximadamente una media docena, y se los dio a aquella descalza víctima de los psicotrópicos.

—Si fuera tú, tío, iría a buscar un lugar tranquilo en el que poder sentarme a aclarar las ideas, un sitio al aire libre sin puertas, sin tejados, sin rincones y sin nada. Es más, si bajas hacia la otra punta de Scarletwell Street, hay un buen césped con árboles que dan sombra. Ahora mismo estarán en flor. Vete allí, tío, que te va a sentar bien.

Incrédulo de gratitud, el joven contempló a Mick con la adoración que dedicaría a algo mítico que jamás hubiera visto, como Pegaso o una esfinge.

—Gracias, tío. Gracias. Gracias. Eres un tipo cojonudo. Un tipo cojonudo. Voy a hacerte caso. Voy a hacerte caso ahora mismo. Eres un tipo cojonudo. Gracias.

Se dio la vuelta y se alejó trastabillando, descalzo, por la grava y los cristales de faros rotos de la esquina de Scarletwell Street con Crispin Street o, mejor dicho, Upper Cross Street, pues, técnicamente, había llegado al punto en el que la una se convertía en la otra. Mick vio cómo se marchaba, recorriendo entrañablemente el pavimento rugoso que bordeaba la valla metálica de la escuela Spring Lane como un flamenco conmocionado, mientras se metía los cigarrillos que le había regalado en un torcido bolsillo de sus pantalones caídos. Antes de enfilar cuesta abajo hacia el lugar calmo que le había recomendado, se detuvo junto a las puertas de la escuela y echó la vista atrás. Mick se sorprendió al ver que el joven parecía tener lágrimas recorriendo sus mejillas. El chaval lo miró con agradecimiento y, no sin cierta dificultad, esbozó en su rostro una especie de sonrisa. En su desamparo, se encogió de hombros.

—Yo solo estaba en el pub.

Con resignación, siguió alejándose y no tardó en desaparecer. Mick sacudió la cabeza. A saber qué coño significaba todo aquello. Al retomar su propia caminata a través de Upper Cross Street, dando ocasionales caladas cortas a su cigarrillo, se dio cuenta de que aquel encuentro

lunático lo había hecho sentirse extrañamente exaltado. Y no solo por la cuestionable y cálida satisfacción de haber hecho lo que estaba en su mano por ayudar a un necesitado, sino por esa cotidianidad, tan difícil de explicar, que el chico loco le había aportado. Un auténtico chalado de los Boroughs, justo como los que se topaba cuando era niño, cuando ver por la calle a un demente era habitual, cuando el hecho de que alguien fuera recto hacia ti, abroncando al aire en mitad de una vía solitaria, era signo inequívoco de psicosis paranoica, y no de que llevara un auricular Bluetooth. Mick pensó que ojalá pudiera recordar dónde lo había visto antes.

Todo el asunto de haber estado en el techo lo descolocaba un poco, pero debía ser una coincidencia o una «sincronicidad», que era como Alma le había intentado explicar esa noción a los veintitantos, cuando aún estaba enamorada de Arthur Koestler y desconocía que hubiera sido un violador bipolar que había maltratado a su mujer, cuestión que le sentó como un jarro de agua fría. Hasta donde Mick alcanzaba, el concepto definía las coincidencias como hechos que albergaban cierta similitud o que parecían enlazados, pero que no estaban conectados de forma racional como en el caso de una relación causal. Pese a ello, la gente que había acuñado el término «sincronicidad» seguía considerando que podía haber algún tipo de vínculo entre dichos sucesos intrigantes; algo que no pudiéramos ver o entender desde nuestra perspectiva y que, sin embargo, resultara obvio y lógico en sus propios términos. Él se lo imaginaba como una carpa koi que alzara la vista desde el fondo de su estanque para ver un puñado de dedos humanos oscilantes sumergiéndose a través del techo de su universo. El pez los tomaría por un cebo hecho de varios gusanos individuales inusualmente carnosos, y jamás se le ocurriría que esos seres inconexos y sinuosos formaran parte de una misma e inconcebible entidad. Ignoraba cómo relacionar esto con su encuentro con el chico descalzo, o con la coincidencia en general, pero, por algún motivo, le pareció confusamente apropiado. Tras dar una última

calada al cigarrillo, arrojó hacia delante la colilla encendida en una parábola que simuló la ardiente reentrada atmosférica de alguna chatarra espacial y, luego, sin aminorar el paso, extinguió la brasa aterrizada con la suela del zapato. Con la coincidencia y la carpa rondándole aún en la cabeza, levantó la vista de golpe para encontrarse con que había llegado a Bath Street.

Se había equivocado. Se había equivocado muchísimo al pensar que había dejado atrás aquel inquietante sueño, aquella estancia en el tejado. Se había equivocado al decirle al desquiciado adolescente que todo iría a mejor, porque no era así. Las cosas, simplemente, se desvanecían en un profundo acorde sostenido, en un grave pedal de órgano enmascarado por el ruido de la vida normal, como algo de lo que te olvidas hasta creer que lo has superado para siempre, pero que sigue ahí. Porque ahí seguía.

Al otro lado de la calle, observó los pisos de Bath Street; eran las fachadas, no la parte de atrás que había visto con Alma, en plena oscuridad, un año antes. Como no había tenido motivos para aventurarse en los Boroughs desde aquella noche, se percató de que esta debía ser la primera vez que se enfrentaba al lado oscuro de su visión desde que la recordara, cegado e inconsciente, meses atrás. El doloroso puñetazo que sintió, directo al estómago hasta dejarlo sin aire, fue mucho peor de lo esperado. Pesadamente, como camino del cadalso, Michael Warren cruzó la calzada.

Por supuesto, no tenía por qué atravesar los pisos por aquel ancho sendero central con césped a ambos lados para llegar a las amplias escaleras de obra que lo guiarían, prácticamente, hasta las puertas de la exposición de su hermana. Podía torcer a la derecha, bajar por Little Cross Street a través del borde inferior de las indeseables viviendas unifamiliares, y llegar a Castle Street tras eludir el meollo de la cuestión, pero eso solo demostraría la aseveración de Alma de que ella siempre había sido más hombre que él, y no estaba dispuesto a tener que encajarla. Además, lo suyo no eran más que zarandajas, porque Mick

ni siquiera estaba seguro de que todo lo que había recordado fuese lo que realmente pasó cuando se atragantó aquella vez, o si solo era un sueño que había soñado que soñó, una espasmódica oleada de imágenes que le había sobrevenido mientras yacía en el suelo del área de reacondicionamiento con los ojos ardiendo. Incluso Joseph, el hijo menor de Mick, llevaba ya largo tiempo sin dejar que las pesadillas invadieran su vigilia, pues había aprendido que ambos reinos estaban desligados y que los seres de la noche no podían atraparlo a plena luz del día ni aunque cerrara los ojos. Todo eso, a sus doce años recién cumplidos. Adoptando una actitud indiferente, Mick entró pausadamente por la abertura central de la valla baja y subió por la espaciosa vereda en dirección a los escalones, que se encontrarían a unos dieciocho metros de distancia, es decir, a apenas veinte pasos. ¿Qué problema había? Solo era un puto bloque de pisos, joder, y en muchos aspectos resultaba más agradable que el resto de los que se había cruzado aquel día.

Tras un par de pasos, el horrible hedor a basura quemada le hizo flaquear y volver la cabeza, escudriñando infructuosamente las chimeneas de terracota circundantes en busca de la fuente. Alma le había dicho en cierta ocasión que el olor a quemado era un síntoma que sufrían los esquizofrénicos, pero luego había apostillado que, como también solían quemar cosas con bastante frecuencia, dicho criterio no dejaba de ser algo tramposo. Curiosamente, se encontró prefiriendo la idea de la esquizofrenia y las alucinaciones olfatorias a la horrible alternativa que se le había ocurrido. Y es que, como bien le había apuntado Alma durante su encuentro del año anterior, la principal causa de sus preocupaciones no era poder haberse vuelto loco, sino la alarmante posibilidad de que ese no fuera el caso. Tapándose las fosas nasales contra esa penetrante peste mórbida, prosiguió hacia las escaleras, pero, al acercarse, resultó que durante los últimos años debían haberlas sustituido por una rampa más accesible para las sillas de ruedas.

Ante él, un pegote negro que había en la grava se fragmentó en vibrantes motas color carbón como en la antesala de una migraña, pero luego atisbó brevemente las ondas ocres de un zurullo, con una huella que rompía su sección media en cresta y valle, antes de que la nube de moscas se reagrupase y se volviera a posar. Optar por ese camino había sido un error. Las frondosas hileras a ambos lados estaban cercadas en sus extremos más alejados por altas paredes que corrían en paralelo a la senda central y a las tiras de hierba que la bordeaban. Las paredes, edificadas con el mismo ladrillo rojo oscuro que el resto de la construcción, quedaban aligeradas por ventanas de medio punto de falso estilo Bauhaus abiertas a una panorámica intermitente de los amplios y vacíos tramos de hormigón a dos alturas que, al otro lado, hoscos y desprovistos de pájaros, componían los jardines de los pisos. La primera vez que oyó hablar del Limbo visualizó esos patios: un lugar deprimente en el que los muertos podían pasar la eternidad, sentados en tramos de escaleras de granito, bajo un anodino cielo blanco. Los semicírculos de las ventanas habían sido adornados recientemente con ventiladores de aspas de hierro que, cual radios negros formando lagunas en mitad de un iris de espacio negativo, los asemejaban a los ojillos de los dibujitos animados. Vistos en parejas, parecían las mitades superiores de las estatuas de la isla de Pascua, con el rostro enterrado en el suelo hasta las orejas, pero vivas aún, lanzando sofocadas miradas de auxilio. Los tiernos árboles de los márgenes, adiciones más contemporáneas, arrojaban sus lustrosas sombras negras sobre aquellas máscaras ahogadas como arácnidas gotas de tinta líquida que, sopladas por un niño con pajita, formaran patrones de rímel corrido.

Pese a la rapidez con que la ola de angustiosa depresión se precipitó sobre él, Mick no fue consciente de su llegada, y se convenció al instante de que los vapores tóxicos que ahora enturbiaban su mente siempre habían formado parte de su punto de vista, de que su habitual optimismo no era más que un fraude, un frágil velo tras el

que ocultar lo que él sabía que era la inevitable verdad. Nada tenía sentido. Nada tenía sentido, como nunca habían tenido sentido ni la pena, ni la trampa, ni la denigración de vivir. Cuando el corazón falla o el cerebro muere, él siempre había sabido, en su interior, que dejamos de pensar. En lo más profundo y recóndito de sí mismos, sin importar lo que pudieran decir luego, todos lo sabían. Todos dejamos de ser quienes somos; simplemente, nos apagamos, y no hay sitio alguno al que trasladarnos después, sea este el cielo, el infierno o la reencarnación en una persona mejor. Tras la muerte solo aguarda la nada y nada más que la nada, y el universo desaparece para todos en el instante de exhalar el último aliento, como si ni él, ni ellos, hubieran estado nunca ahí. La cruda realidad era que no sentía la cálida presencia de sus padres a su alrededor, sino que se engañaba, de vez en cuando, con sentirla. Tom y Doreen habían muerto, su padre de un ataque al corazón y su madre de un cáncer de intestino que tuvo que dolerle horrores. Y no volvería a verlos jamás.

A esas alturas, Mick había alcanzado el pie de la rampa, y el aroma a incineradora lo impregnaba todo. Intentó infundirse un hálito de resistencia ante la irrefutable certeza que lo sojuzgaba, intentó convocar todas las razones que, estaba seguro, antaño había esgrimido contra esta negrura desesperanzada. Amor. Su amor por Cathy y los niños. Ese había sido, ciertamente, uno de sus mantras protectores, solo que el amor hacía las cosas aún más crueles, porque te daba mucho más que perder. Un compañero muere, y el otro pasa sus últimos años solo y destrozado. Amas a tus hijos y los ves madurar hacia algo maravilloso, pero luego debes dejarlos y no volver a reunirte con ellos. Y todo dura muy poco, setenta años o así, y él ya rondaba los cincuenta. Le quedaban, con suerte, veinte años, menos de la mitad de lo que ya había transcurrido, y daba por sentado que esas décadas finales se esfumarían con inexorable fugacidad.

Todos se marchaban. Todo se desvanecía. Gentes y lugares, convertidos en dolorosas sombras de lo que habían

sido para, después, ser sacrificados del mismo modo que los Boroughs. Siempre había sido un barrio un poco estúpido, de todos modos, incluso en el nombre. Los Boroughs. Un solo lugar, descrito mediante un plural. Además, ¿a qué venía? Nadie sabía por qué se llamaba así, aunque había quien sugería que el nombre debía escribirse «*Burrows*»[15] porque su red de calles daba esa impresión desde el aire y sus habitantes procreaban como conejos. Menuda sarta de gilipolleces. En la generación de sus abuelos podían tener seis o siete hijos, sí, pero los engendraban para que alguno llegara a adulto. Siempre era mala señal que los tipos acomodados trazaran comparaciones entre las antiestéticas poblaciones de un gueto y tal o cual animal, especialmente si se trataba de especies que allí tuvieran que envenenar, a regañadientes, con cierta periodicidad. ¿Por qué no se aplicaban esas personas sus suposiciones de mierda a sí mismas?

Mick se dio cuenta de que había dejado de pensar en la muerte justo en el mismo momento en que se dio cuenta de que había llegado a la cima de la rampa, y de que ya se estaba adentrando en Castle Street. Se detuvo, asombrado por el repentino cambio activado en su interior, y volvió la vista hacia Bath Street y el soleado sendero inferior que discurría entre los dos sectores de pisos, ese mismo que acababa de cruzar. La hierba resultaba exquisita y seductora, y los arbolitos siseaban y susurraban con el arrullo de la brisa. Se quedó embobado contemplando aquel paisaje.

Un puto infierno.

Guiñando los ojos exageradamente, como si quisiera sacudirse la somnolencia, dio la espalda a los pisos y empezó a bajar por Castle Street hacia la base de Castle Hill, con el rectángulo de grama de su esquina mucho más reducido que en los días de su niñez. Allí mismo, en cierta ocasión, un hombre y una mujer intentaron meter a su hermana, de siete años, en un coche negro, y solo la soltaron cuando se puso a gritar. Ahora, esperaba que los cuadros de Alma fueran lo bastante buenos como para

obrar lo que ella se proponía, porque lo que acababa de pasarle había sido una demostración de la fuerza que amenazaba con devorar todo lo que les importaba y, más allá de su hermana y su dudosa estrategia de respuesta, no conocía a nadie que tuviera otro plan.

Al doblar la esquina de Castle Hill con Fitzroy Street, vio que la pequeña exposición estaba ya en pleno apogeo. Su hermana, ataviada con un gran suéter de angora color turquesa y apoyada en el marco de madera de la puerta abierta de la guardería, oteaba ansiosamente para comprobar si él aparecía al final, y, tras verlo, se iluminó y empezó a saludar como una marioneta televisiva de infantiles colores pastel. De pie, junto a ella, se hallaba un flacucho entrecano que Mick identificó como Roman Tompson, y acurrucado sobre él había un treintañero de aspecto felino, suntuoso y tunante con un chaleco color crema y una lata de cerveza abierta, que sin duda sería Dean, el novio de Roman. Al lado de su hermana, sentado en el escalón, estaba Benedict Perrit, el poeta itinerante de ebria sonrisa y ojos trágicos que había compartido clase con Alma en Spring Lane, ambos dos cursos por encima de él. Había algunos otros a los que también reconocía. Calculó que el apuesto tipo negro de cabellos grises sería Dave Daniels, un viejo amigo de Alma con el que ella compartía un longevo entusiasmo por la ciencia ficción, y también vio que el recio y tostado Bert Regan, antiguo cómplice de su hermana durante los sesenta, andaba cerca de una añosa aunque fornida anciana que Mick pensó que sería su madre, o quizás una tía. Había otras dos mujeres de edad similar, pero eran unas gárgolas genuinas y vetustas relegadas a los márgenes del grupo, así que era improbable que fuesen amigas de la venerable dama que acompañaba al bueno de Bert Regan. A su paso hacia la entrada de la exposición, los saludó a todos con la mano y le devolvió a Alma su sonrisa de bienvenida. «Oh, hermana mía —pensó Mick—. Oh, Warry».

Más les valía que aquello fuera mucho mejor que bueno.

Libro uno

LOS BOROUGHS

En cierta ocasión, [Ludwig Wittgenstein] me recibió con la siguiente pregunta: «¿Por qué dirá la gente que pensar que el Sol gira alrededor de la Tierra es más natural que pensar que la Tierra gira sobre su eje?». Yo repliqué: «Supongo que porque da la impresión de que el Sol gira alrededor de la Tierra». «Muy bien —me respondió—, pero, entonces, ¿qué impresión tendría que dar la Tierra para dar la impresión de que gira sobre su eje?».

ELIZABETH ANSCOMBE,
Introducción al «Tractatus» de Wittgenstein

UNA HUESTE ANGULAR

Era la mañana del 7 de octubre de 1865. La lluvia y su luz acompañante chocaban contra la ventana entornada de la buhardilla cuando Ern Vernall se despertó hacia su último día de cordura.

Abajo, su cría recién nacida gimoteaba, y oyó a su mujer, Anne, ya levantada, gritándole a John, su hijo de dos años. Las sábanas y el almohadón, heredados de los difuntos padres de Anne, se le habían enredado en torno al pie, atrapado en un agujero que se abría en la colcha. El lecho olía a sudor, a poluciones ocasionales, a pedos, a él mismo y a su vida allí, entre las chozas de Lambeth, y todo ese olor emanaba a su alrededor como una música fatalista y deprimente mientras él se frotaba las legañas de los ojos y se preparaba, desperezándose, para soportar todas las cargas de su mundo.

Sintiendo una punzada bajo el pectoral izquierdo que esperaba que solo fueran meros retortijones, se incorporó, y tras desenredar de entre la ropa de cama el pie enganchado, los colocó ambos, desnudos, sobre la alfombra de confección casera situada junto al catre. Durante un breve instante, solazó sus dedos en los jirones cosidos de lana trenzada, y luego se levantó de la cama con un gruñido de fastidio. Medio adormilado, volvió el rostro hacia la colcha caída y la grisácea horda de sábanas revueltas bajo la que roncaba momentos antes, y entonces se arrodilló sobre la jaspeada estera del dormitorio como si fuera a decir sus oraciones del mismo modo que la última vez que lo había hecho, hacía ya un cuarto de siglo, a los siete años.

Extendió ambas manos hacia la penumbra bajo la cama y, cuidadosamente, deslizó un orinal goteante hacia los tablones del suelo, colocándolo ante sí como si fuera la pila

bautismal de un mendigo. Se rebuscó el miembro entre la urticante portañuela de sus calzoncillos largos de franela gris, contemplando embobado el líquido de color siena y sanguina que ya humeaba desde la mellada bacinilla de porcelana, e hizo el esfuerzo de recordar si había soñado con algo. Al soltar un firme y rígido chorro de orina contra el receptáculo a medio llenar, creyó rememorar algo sobre acechar como actor, entre bastidores, durante una suerte de melodrama o cuento escénico sobre fantasmas. La obra, según se iba acordando, versaba sobre una capilla encantada, y el pícaro que él encarnaba se ocultaba tras uno de esos retratos con orificios en los ojos tan propios de este tipo de lances. No se dedicaba a espiar, eso sí, sino más bien a hablar con voz jocosa y espeluznante a través de la pintura para asustar al tipo que la contemplaba al otro lado, todo con el fin de hacerle creer que era un cuadro embrujado. El objeto de su engaño onírico había dado tal respingo que Ern se echó a reír allí mismo, aún arrodillado junto a la cama y en plena meada.

Cuantas más vueltas le daba, más dudaba de si era una representación teatral con la que hubiera soñado o una trastada real que le hubieran jugado a un hombre de verdad. Seguía teniendo la sensación de haber estado tras el escenario durante una pantomima, de haber declamado sus frases como miembro de algún tipo de compañía de repertorio, pero ahora ya no creía que la víctima de la función fuera también un actor. Aquel viejo jubilado de cabellos blancos, mas tez aún juvenil, se había asustado tanto con el birrioso cuadro encantando que Ern se había compadecido de él y le había susurrado un aparte desde detrás del lienzo, diciéndole al pobre hombre que le tenía simpatías y que era consciente de que el asunto debía resultarle muy duro. Luego, se había puesto a recitar sus líneas, un material espeluznante que al parecer se había aprendido de memoria, que no entendía del todo y que ahora era incapaz de recordar, aunque incluía un pasaje, recapacitó, que iba sobre rayos, y otro sobre cálculos y albañilería. A partir de ahí, o se había despertado o había

olvidado el final de la historia. Tampoco es que concediera a los sueños el mismo crédito que otras personas, y mucho menos el que su propio padre, John, solía otorgarles, pero a menudo ofrecían un solaz estupendo a cambio de nada, y eso era algo que no podía decirse de cualquier cosa.

Al sacudirse de la punta las últimas gotas, contempló con sorpresa la enorme nube de vapor que rebosaba de la bacinilla, y fue consciente, con algo de retraso, de lo helada que resultaba aquella buhardilla a principios de octubre.

Tras volver a empujar el recipiente, ahora cálido, bajo el somier de la cama, se puso en pie e hizo crujir el suelo del ático discurriendo hacia el lavabo, que era una reliquia familiar sita en la pared opuesta a la ventana. Agachado, para así adaptarse al brusco descenso de altura en los extremos de la estancia, Ern vertió un poco de agua fría desde la jarra de su madre, adornada con la imagen de una lechera, a una jofaina esmaltada de borde oxidado, y entonces la acopió con las manos ahuecadas para refrescarse la cara, frunciendo los labios y resoplando como un caballo al notar el aguijonazo astringente. Tan vigoroso lavatorio logró que el matorral seco y árido que eran sus patillas con forma de chuleta se tornara una rizada fronda recién regada que goteó bajo sus orejas sobresalientes. Se secó la cara con una toalla de lino y se detuvo un instante a escudriñar el débil reflejo que lo observaba desde la acuosa superficie de la palangana. Curtido y enjuto, con mechones rojizos dispersos por la frente, adivinó en sus primeras líneas de expresión las fatigadas arrugas y estrías del rostro que una vez creyó que podría tener de mayor, un gato flaco y atigrado en mitad de un diluvio.

Cuando se vistió, las ropas raídas estaban tan heladas que al ponérselas le parecieron empapadas, y luego bajó desde el ático hacia los pisos inferiores de la casa de su madre por escalones tan escasos y empinados que uno necesitaba trepar por ellos de cara a la escalera, ayudándose de la mano para subir o descender, como si fuera una escala o el talud de una cantera. Intentó pasar de puntillas por el rellano del dormitorio de su madre sin que

ella lo oyera, pero no tuvo suerte. Al igual que esos inquilinos prestos a encogerse y correr las cortinas ante la llamada del casero, él jamás tenía suerte.

—¿Ernest?

La voz de la mujer, que sonaba como un enorme motor industrial destartalado, detuvo en seco a Ern, cuya mano estaba ya en el pomo redondo del final de la barandilla. Se volvió hacia la puerta abierta del dormitorio de su madre, con su olor a mierda mezclado con agua de rosas, más nauseabundo aún que el olor a mierda por sí solo. Todavía en camisón, y con sus finos cabellos sujetos con pasadores, la madre se agachó junto a la mesita de noche para vaciar su orinal en un cubo de zinc, el mismo con el que después haría ronda por el de la habitación de los críos, el del cuarto de Annie y el del suyo propio para terminar depositando toda la carga en el retrete del fondo del patio. Ernest John Vernall era un hombre de treinta y dos años, nervudo y de ánimo fiero, un hombre que nadie querría tener enfrente en una pelea, con mujer e hijos, con un oficio en el que se le respetaba sin aspavientos, pero aun así se adecentó las botas frotándolas contra el zócalo barnizado, como haría un niño, bajo el ceño displicente y reprobatorio de su madre.

—¿Hoy no trabajas? Es que si no via tené que ir a la casa de empeños. La niña no se alimenta del aire, y tu Anne está como una tabla de planchá. No pue alimentarlos, ni a la pequeña Tursa, ni a tu John.

Ern cabeceó y agachó los ojos hacia la desgastada alfombra color papel matamoscas que cubría el rellano desde el piso superior hasta la puerta de su ático.

—Tengo trabajo pa toa la semana en San Pablo, pero no me lo pagan hasta el viernes. Si has pignorao alguna cosa, te la devuelvo a la que me den el estipendio.

Ella apartó la mirada y sacudió la cabeza con desdén antes de seguir decantando ruidosamente el rancio líquido dorado en el cubo. Sintiéndose amonestado, Ern se marchó encogido, escaleras abajo, hacia los desconchones ocre oscuro del pasillo, y luego torció por la puerta a su

izquierda para pasar a la atmósfera viciada y agobiante del salón, en donde Annie tenía encendidas las brasas del hogar. Agachada junto a la sillita de la cría para intentar que tomara leche de vaca caliente de una botella de gaseosa de jengibre que le habían adaptado, su mujer apenas alzó la cabeza cuando apareció tras ella en la estancia. Solo el chico, John, sentado junto al fuego y batiendo sus gachas, miró hacia arriba para reconocer, sin sonreír, la presencia de su padre.

—Hay un poco de pan frito haciéndose en el hornillo pa que desayunes, pero no sé si habrá algo cuando vuelvas a casa. Amos, venga, toma un poco leche. Hazlo por mamá.

Anne le dirigió esta última frase a su hija Tursa, quien, enrojecida y rugiente, rehuía con tozudez la desgastada tetina de goma que su esposa trataba de introducirle entre sus labios gimientes. Eran poco más de las siete de la mañana, así que el papel oscuro que revestía la sala estaba en su mayoría aún en penumbra, con el resplandor de bronce bruñido de la chimenea convirtiendo los cabellos del joven John en metal fundido, destellando en las lágrimas que surcaban las mejillas del bebé, y recubriendo la mitad del demacrado rostro de su mujer con una luz de cariz grasiento.

Ern pasó de largo y bajó dos escalones hacia la estrecha cocina, con paredes encaladas y desniveladas que lucían apiñadas y espectrales en la penumbra del alba, y con un vestigio de cebollas y pañuelos hervidos aún patente en su atmósfera azulada, tan densa como una costra jabonosa. El fogón de leña estaba encendido, con dos corruscos de pan haciéndose sobre los quemadores. La manteca clarificada chisporroteaba en una sartén negra como un meteorito caído de las estrellas, y saltó sobre sus dedos cuando trató de recuperar los panecillos ayudándose esmeradamente de un tenedor. En la habitación contigua, su hija recién nacida, agotada, dejó que su furioso llanto se desvaneciera en hipidos acusadores a intervalos mohínos. Halló un platillo de cristal descascarillado, huérfano de taza por accidente, que tomó como plato, y entonces se encaramó a un taburete

junto a la mesa de la cocina, marcada por el uso de los cuchillos, para comer, masticando con el lado derecho de la boca a fin de evitar los dientes cariados del izquierdo. Al morder, el sabor a grasa churruscada lo inundó desde los esponjosos alveolos de aquel mendrugo quebradizo, escaldando y salando su lengua, despertando en su estela los sabores espectrales de las frituras de la última semana: el burbujeo crujiente y amargo de la col, el dulzor sutil de la carrillera de cerdo, el epitafio crepitante de la memorable salchicha de ternera del martes. Cuando se tragó el último bocado, descubrió para su satisfacción que la saliva se le había ido espesando hacia una sabrosa emulsión en la que el resucitado regustillo de cada comida seguía disfrutando de su propia ultratumba culinaria.

Al cruzar el ahora calmado salón, se despidió de todos y le dijo a Anne que volvería sobre las ocho de la noche. Era consciente de que había quienes daban un beso de despedida a sus esposas cuando se iban al trabajo, pero, como la inmensa mayoría, pensaba que esa clase de cosas eran muy sensibleras, y lo mismo creía Anne. Mientras apuraba laboriosamente el último grumo de avena del cuenco, su hijo de dos años, John, su pequeño pelirrojo, observó estoicamente cómo Ern desfiló por la estancia a la luz de la lumbre hacia el destartalado pasillo, cómo pescó su sombrero y su chaqueta del perchero de madera y cómo partió a ejercer su oficio en la ciudad, un lugar del que el niño había oído hablar vagamente, pero que nunca había pisado. Se escuchó el sonido del vociferante adiós de Ernie a su madre, que aún se encontraba recolectando las excreciones de la noche, seguido de una pausa expectante fruto de la falta de respuesta de la mujer. Poco después, Anne y los niños oyeron el cierre de la puerta principal, vibrante por su reticencia a encajar a empujones en unas jambas mal ajustadas, y esa resultó ser la última vez que la familia pudo afirmar, honestamente, haber visto a Ginger Vernall.[16]

Cuando Ern se dispuso a atravesar Lambeth hacia el norte, el estigio dosel arbóreo que era el firmamento se

agitaba sobre el millón de troncos de humo alquitranado que brotaba desde las chimeneas, una negrura tiznada y celestial que solo empezaba a diluirse en los confines orientales de la zona, por encima de los antros de Walworth. Tras salir a East Street desde la casa de su madre, torció a la derecha al final de la hilera de casas, pasó por Lambeth Walk y Lambeth Road, y subió hacia St. George's Circus. A su izquierda dejó Hercules Road, en donde había oído que llegó a vivir el poeta Blake, un tipo curioso a juicio de todo el mundo, pero del que él jamás había leído, obviamente, ni una obra; ni suya, ni, ya puestos, de ningún otro, pues nunca había sido capaz de pillarle el truco a la lectura. En la calle, la lluvia azotaba los desagües combados de los exteriores, inusualmente calmos, de Bedlam, lugar en el que el señor Dadd, pintor de hadas, había permanecido hasta hacía un año o así, y en el que habían temido tener que internar a John, el padre de Ern, antes de que la muerte del anciano lo hubiera hecho innecesario. Tal circunstancia había acaecido hacía ya diez años, recién llegado de Crimea y cuando aún no conocía a Anne. Gradualmente, papá había ido dejando de hablar, pues sostenía que sus conversaciones estaban siendo «atalayadas desde las cornisas». Él le llegó a inquirir si se refería a las palomas, si aún creía que podía haber espías rusos, y por qué alguien se subiría a las cornisas para escuchar a hurtadillas, pero, ante esto, John se había limitado a bufar, a preguntarle de dónde pensaba que venía la expresión «atalayar», y a guardar silencio.[17]

Al pasar por la acera opuesta a la del chorreante psiquiátrico, especuló fríamente con la posibilidad de que hubiera algún grotesco espíritu engendrado en Bedlam, cernido sobre Lambeth con sus ojos en blanco, que imbuyese la atmósfera del distrito con vapores excéntricos que volvieran locas a personas como su padre o el señor Blake, aunque al final concluyó que no, que la vida, en general, bastaba para explicar que la gente se volviera majara. Bajando por St. George's Road en dirección a Elephant and Castle, empezaban a pulular, ya, un gran

número de coches de caballos, carretillas, carretas de carbón y vendedores de patatas al horno que arrastraban sus anafes como si fueran cómodas de hojalata calientes apiladas en sus carros, y a todo ello se le sumaba la vasta multitud de figuras con abrigo y sombrero negro que, como Ern, marchaban con ojos abatidos bajo un cielo criminal. Mientras se subía el cuello, se sumó a la carne de manicomio que componía aquel lento tropel para dirigirse hacia St. George's Circus, donde emprendería un largo ascenso por Blackfriars Road. Según los rumores, ahora había líneas de tren subterráneas circulando desde Paddington, y una cosa así, conjeturó vanamente, podría llevarle a San Pablo con mucha mayor rapidez, pero no tenía dinero suficiente, y el mero pensamiento le ponía los vellos de punta. ¿Cómo iba nadie a acostumbrarse jamás a ir bajo tierra de aquella de manera? Como reparador de tejados, él tenía fama de encaramarse a las alturas sin pensárselo dos veces, con pie firme y bastante despreocupación, pero trajinar bajo el suelo era otra historia muy distinta. Eso solo era propio de los muertos y, además, ¿y si allí abajo se desataba un incendio o algo parecido? No le gustaba nada aquella idea, y determinó que una cosa así le haría dejar de ser quien era, al menos como peatón.

Viandantes y vehículos se arremolinaban en aquella convergencia de media docena de calles como la espuma en un desagüe. Rodeando la glorieta en el sentido de las agujas del reloj mientras esquivaba las ruedas retumbantes y los caballos relucientes de Waterloo Road, sorteó a un vendedor de periódicos y a la cuchicheante manada embobada que había congregado. De los retazos que captó al pasar por la periferia de esta turbamulta envuelta en humo de pipa, extrajo viejas nuevas de América sobre la liberación de los negros y sobre cómo habían matado de un tiro al primer ministro americano, justo como habían hecho con el bueno de Spencer Perceval cuando el padre de Ern aún era un chaval. Según recordaba, Perceval era de Northampton, una pequeña urbe a sesenta millas al norte

de Londres, dedicada a la confección de botas y zapatos, y en la que él aún tenía familia por parte de padre, sobre todo primos y demás. Robert Vernall, uno de estos primos, se había dejado caer el pasado junio de camino a la recogida de lúpulo en Kent, y le había dicho que la industria zapatera que daba trabajo en las Midlands se había ido al garete porque los casacas grises de América, cuyo ejército era al que Northampton proveía de botas, habían perdido su guerra civil. Ernest notó que, para Bob, aquello era una lástima, pero, tal y como él lo veía, los casacas grises eran los que tenían esclavizados a los negros, y eso él no lo aprobaba. Estaba mal. Solo eran tan pobres como cualquier otro. Dobló una esquina incómoda cuyo diminuto solar formaba un ángulo demasiado agudo como para edificar otra casa y, luego, torció a la izquierda para subir por Blackfriars Road y discurrir a lo largo de las humeantes hileras de Southwark hacia el río y el puente.

Trotando a buen paso, tardó tres cuartos de hora en llegar a Ludgate Street, sita en la orilla opuesta del Támesis y conducente a la fachada occidental de la catedral. Este tiempo le dio para pensar en todo tipo de cosas, en los esclavos liberados en América, algunos marcados por sus amos como si fueran ganado, según había oído, y también en los negros y los pobres en general. El socialista Marx y su Primera Internacional llevaban en boga más de un año, aunque a la vista estaba que los obreros seguían en idéntica situación. Quizá las cosas mejoraran ahora que Palmerston estaba en su lecho de muerte, pues era Lord Palmerston quien había frenado las reformas, pero, siendo franco, no albergaba muchas esperanzas al respecto. Por un instante, se recreó pensando en Anne, en cómo había dejado que la tomara sobre las marcas de cuchillos de la mesa de la cocina mientras su madre estaba fuera, con ella sentada en el borde, sin bragas, con los pies enlazados a su espalda, un recuerdo este que bastó para que su verga se empalmara bajo el pantalón y los calzoncillos de franela mientras se apresuraba a través del aguacero por el puente de Blackfriars. También pensó en Crimea y en la suerte de

haber vuelto a casa sin un rasguño, y luego en la Madre Seacole, de la que había oído estando allí, y cuya remembranza lo devolvió al asunto de los negros.

Lo que le preocupaba eran los niños, nacidos como esclavos en una plantación sin que los hubieran llevado allí como hombres o mujeres adultos, algunos de ellos liberados ahora al otro lado del océano, zagales de diez o doce años que nunca habían conocido otra vida y que no sabrían qué hacer. Se preguntó si también los marcarían y, en tal caso, a qué edad lo harían. Deseando no haber pensado en eso y desterrando la indeseable y atroz imagen de Tursa o el joven John expuestos al hierro candente, remontó Ludgate Street con el majestuoso himno hecho edificio que era San Pablo acrecentándose a cada paso, hinchándose allende la línea de tierra de la pendiente.

Por más a menudo que la viera, nunca cesaba de maravillarse ante el hecho de que algo tan perfecto y hermoso pudiera yacer entre tal proliferación de callejones sucios, posadas y pasajes estrechos, prostitutas y pornógrafos. A lo largo de las losetas plateadas por los charcos, sus dos torres florecían como manos alzadas en un hosanna hacia aquellos cielos borrascosos, más sombríos que cuando había partido hacia el trabajo, pese a que el día hubiera ganado claridad natural desde entonces. Las gotas de lluvia danzaban sobre la ancha escalinata de la catedral, dividida en dos tiros que recordaban las dobleces de un jaretón sobrepuesto, con los seis pares de columnas dóricas que sostenían la portada cayendo en pliegues ondulados y arrugados en mitad de la humeante fogata de la ciudad. Las torres que flanqueaban la amplia fachada a cada lado, de sesenta metros de altura o más, parecían cobijar a todas las palomas de Londres, guarecidas del clima en sus salientes bajo rezumantes voladizos tallados.

Acurrucados entre los pájaros, como si también ellos hubieran bajado de unos cielos hostiles para refugiarse en las cornisas de la catedral, estaban los apóstoles de piedra, con el propio san Pablo aupado a la acrótera del frontón y recogiendo en torno a sí sus esculpidos ropajes para

prevenir que la mugre y la humedad los calaran. En el extremo derecho de la torre más meridional había sentado un discípulo, Ern ignoraba cuál, que tenía la cabeza inclinada hacia atrás y que parecía observar atentamente el reloj de la torre, esperando a que su turno concluyera para así poder marcharse a casa a través de la llovizna bajando por Cheapside hacia Aldgate y el East. Mientras subía los resbaladizos escalones mojados y notaba las gotas frescas tamborilear en el ala de su sombrero, Ernest no pudo sino refocilarse ante la iconoclasta noción de que las estatuas estuvieran deponiendo, a intervalos, heces de mármol líquido, cagarrutas de santos que los amargados operarios municipales rasparían luego a cambio de un jornal. Antes de deslizarse entre los pilares de la izquierda hacia la entrada de la nave norte, echó un último vistazo a la convulsa masa de nubes amoratadas y concluyó que la lluvia estaba arreciando, si cabía, aún más, y que lo mejor aquel día sería, sin duda, quedarse dentro. Estaba sacudiéndose las botas y escurriendo su chaqueta empapada en el umbral de la catedral cuando oyó el primer redoble sordo de la tormenta que se avecinaba, a lo lejos, en el horizonte, lo cual vino a confirmar sus sospechas.

Comparada con el chaparrón de octubre que estaba cayendo fuera, San Pablo era cálida, y Ern se sintió levemente culpable ante la idea de que Anne y sus dos hijos estuvieran tiritando junto a un fuego escaso en la casa de East Street. Bajo el ceño suspicaz del clero concurrente, atravesó la nave norte hacia las labores de alarifazgo del fondo, y solo en el último minuto se acordó de quitarse el húmedo sobrero para portarlo, humilde, entre ambas manos. Con el repique de cada paso, sintió los planos y los volúmenes ocultos del asombroso edificio desplegarse sobre y en torno a él, especialmente cuando dejó a su izquierda los recovecos curvos de la nave norte para virar hacia las enormes columnas de sustentación y la nave principal.

Enmarcados por los descomunales pilares que el espacio central del transepto de San Pablo presentaba bajo la cúpula, había esforzados trabajadores, como el propio

Ern, cuyos astrosos abrigos y pantalones componían una apagada paleta otoñal de grises y marrones polvorientos que palidecía ante la riqueza de las pinturas que los cercaban y la compostura de los monumentos y estatuas. Algunos eran tipos a los que conocía de antaño, y precisamente por ponerse en contacto con ellos cuando los contrataron para limpiar y restaurar el lugar fue como consiguió, para empezar, aquel apreciado encargo remunerado. Mientras los hombres refregaban con paños suaves la suntuosa talla de la sillería del coro, decorada con uvas y rosas labradas en los estalos de los extremos, otros compañeros aplicaban una suerte de lavado y cepillado a los mosaicos de los profetas y los cuatro evangelistas, ubicados arriba, en las enjutas de los arcos inferiores a la barandilla anillada de la galería de los susurros. No obstante, a sus ojos, la mayor parte del esfuerzo se centraba en el mecanismo que ensombrecía la superficie de casi treinta metros de ancho situada bajo el vano de la cúpula. Tal vez fuera la cosa más ingeniosa que hubiera visto jamás.

Colgado del centro superior del domo, fijado a la base de la linterna que lo remataba en un punto que supuso que debía ser el más firme de la vasta construcción, cuyo tonelaje ascendería a decenas de miles, habían suspendido a plomo un eje central de unos veinte pisos de alto que tenía, a un lado, un ensamblaje de palos y tablones casi del mismo tamaño y, al otro, pendido de un travesaño colosal para hacer contrapeso, el que debía ser el costal de arena más grande de todo Londres. El saco caía desde una maroma a la izquierda, mientras que, a la derecha, el pesado armazón amarrado que aquel equilibraba exhibía la forma de una enorme porción de tarta que tuviera la punta orientada hacia dentro para unirse firmemente al eje vertical. Este apabullante andamio contenía una cuña de aproximadamente un cuarto de circunferencia que, a modo de plataforma, podía izarse o bajarse con poleas dispuestas en las esquinas para, así, alcanzar las superficies que requirieran atención a cualquier nivel de la cúpula. El

pivote central, casi un mástil que decorara la brújula solar ornamental del suelo del crucero, tenía acoplado su extremo inferior a lo que parecía la versión reducida de una rueda de molino horizontal, engranaje que permitía que el chasqueante conjunto pudiera rotarse a mano para trabajar sobre cada uno de los cuadrantes abovedados. Si todo marchaba bien, sería sobre esa superficie operada mediante poleas, en medio de todos aquellos puntales y vigas de soporte, donde Ern pasaría afanado el resto del día.

Un grueso cilindro perlado de luz mortecina coloreada por la recrudecida tormenta exterior cayó desde las ventanas de la galería de los susurros hacia el subyacente suelo de la catedral, y el polvo levantado por la concurrida empresa quedó atrapado en suspensión en su haz transparente. La tenue iluminación filtrada desde arriba bañaba a los obreros con el grano y la calidez de un lápiz Conté mientras estos se esmeraban diligentemente en sus diversos quehaceres. Se hallaba casi hipnotizado por la admiración de este efecto cuando, desde delante a la derecha, proveniente de las escaleras de la nave sur que daban a la galería superior del triforio, llegó a grandes zancadas una figura rotunda y reconocible que lo llamó por su nombre.

—Eh, Ginger. Ginger Vernall. Aquí, so mentecato.

Era Billy Mabbutt, con el que Ern alternaba en varios pubs de Kennington y Lambeth y quien le había dado aquella oportunidad de ganar un poco de dinero, un gran tipo. De tez tan rojiza que parecía recocida, Bill Mabbutt constituía una visión capaz de animar a cualquiera, con el raquítico cabello pajizo recogido como unas cortinas dobles tras las orejas y alrededor del final de su calva color cereza, y con los tirantes de los pantalones surcando una camisa abotonada hasta el cuello y remangada para exhibir, con descaro, los jamones que tenía por brazos. Como los pistones de una locomotora, estos últimos bombeaban enérgicamente a ambos costados mientras él se precipitaba hacia Ern serpenteando entre los demás obreros, que generaban acústicas ecoicas y rumorosas vagando de acá

para allá en mandados dispares. Sonriendo por el placer que siempre sentía al toparse con Bill, pero también por el alivio de que el trabajo que tanto necesitaba no hubiera quedado en nada, Ernest enfiló en dirección a su viejo conocido para encontrarse con él a medio camino. El tono agudo de la voz de Bill nunca dejaba de sorprenderle, viniendo como venía de esos rasgos atocinados curtidos por sesenta años, una campaña en Birmania, y otra en Crimea, que era donde ambos se habían conocido. Allí, el viejo veterano, como intendente, había adoptado a Ernie, que diríase un repelente para balas y obuses, como su amuleto pelirrojo de la suerte.

—¡Mecachis! Que me aspen, Ginger, dichosos los ojos que te ven. Justamente estaba arriba, en la galería de los susurros, viendo to el trabajo que queda por hacer y a punto de sufrir un ataque, pero lo cierto es que me la había jugao apostando a que no ibas a aparecer y, sin embargo, aquí estás, haciéndome quedar como un mentiroso.

—Hola, Bill. No habré llegao mu tarde, ¿verdad?

Mabbutt sacudió la cabeza y gesticuló hacia los titánicos pilares, entre los cuales un grupo de hombres bregaban con el ajuste del inmenso ingenio que, en pleno corazón de la catedral, se sustentaba de su cúpula.

—No, llegas justo a tiempo, muchacho. La grúa móvil nos ha dao muchos dolores de cabeza. Estaba to patas arriba, y si hubieras llegao antes habrías estao esperando cruzao de brazos. Pero, por la pinta que tiene, diría que ya la tenemos más que lista, así que, si te apetece, ven conmigo y te ponemos manos a la obra.

Ambos hombres, uno gordo y el otro delgado, uno pálido y pelirrojo, y el otro todo lo contrario, caminaron nave abajo, sobre las losas resonantes y relucientes, y pasaron entre sus últimas columnas hasta llegar a donde se estaba llevando a cabo el trabajo. A medida que se acercaron a ese monstruo colgante al que Bill se había referido como «la grúa móvil», Ern recalculó con cada paso la estimación del tamaño que tendría. De cerca, los veinte pisos del andamio serían más bien treinta, de lo cual infirió

que realizaría sus tareas a unos sesenta o noventa metros del suelo, una perspectiva de lo más desconcertante pese a su célebre tolerancia a las alturas.

Dos obreros en camiseta, uno de ellos identificado por Ernest como el pendenciero Albert Pickles, de Centaur Street, giraron la rueda de molino con forma de engranaje que estaba en el medio hasta avanzarla una o dos muescas más, rotando sobre su eje toda aquella proeza de ingeniería mientras describían una suerte de órbita en torno al mosaico solar del centro del transepto, cuyos rayos llameaban hacia las direcciones cardinales. Con su esfuerzo, fueron situando la chirriante estructura a la derecha del eje hasta dejarla alineada exactamente con una de las ocho grandes secciones de color naranja en las que se dividía la cúpula superior. El movimiento del enorme andamio se acompañó del de la descomunal saca de arena que lo contrapesaba, desplazada hacia la izquierda del mástil axial y pendida del travesaño de arriba. A su alrededor, cuatro o cinco peones iban escoltándola con el fin de estabilizarla, pues su bamboleo cubría un diámetro de treinta o sesenta centímetros sobre el suelo de la iglesia.

Ern notó que la bolsa tenía una fuga, un pequeño agujero en la parte inferior de la tela que obligaba a un aprendiz de unos catorce años a ir arrastrándose de rodillas junto al saco, sudando y juramentando mientras trataba de remendar el desgarro con aguja e hilo. El chico estaba afeado por lo que coloquialmente se conocía como una marca en fresa, que le surcaba la piel desde la mejilla de un ojo hasta la frente como si fuera la mota de un cachorro mestizo, y que Ern dudaba de si era congénita o por escaldadura. Desde arriba, como en las tragedias griegas, un resplandor blanquecino filtrado por las nubes de la tormenta caía sobre el joven, postrado sobre su apaño mientras los granos de aquel reloj de arena se le escurrían entre sus atareados dedos para caer, en un fino chorro, sobre las lustrosas losas inferiores. Mientras Ern contemplaba distraídamente esta escena, pensando sin poder evitarlo en las arenas del tiempo, la iluminación del

escenario destellaba y centelleaba a intervalos, seguidos no mucho después de la salva de cañón de un trueno. Era evidente que el ojo de la borrasca se estaba acercando.

Billy Mabbutt le guio más allá del caballete al que los hombres estaban atando las cuerdas tensoras de la grúa para asegurarla tras haberla colocado debidamente, situado entre las estatuas de Lord Nelson y Lord Cornwallis, el difunto virrey de Irlanda que, si Ern recordaba bien la historia, se había rendido ante el general Washington en la guerra de la independencia yanqui. Dios sabría por qué habrían decidido honrarlo con un monumento tan preeminente. El equipo que iba a necesitar para sus labores de restauración estaba dispuesto en una mesa improvisada sobre la que otro joven aprendiz, un poco mayor que el anterior, ya había empezado a separar las yemas de los huevos pasándolas de una cascada taza de té de porcelana a otra. Los trabajadores aguardaron junto al caballete, dispuestos a comenzar sus tareas, y Billy lo presentó gritando a los cuatro vientos que era el nuevo compañero enrolado en la tripulación.

—Todo en orden, muchachos, el decorador ya ha llegao. Este es mi viejo camarada Ginger Vernall. Ginger se lo tiene mu callao, pero es un auténtico Rembrandt.

Ern estrechó las manos de todos los hombres esperando que no le tuvieran inquina por ser la mano de obra cualificada en aquel asunto y, por tanto, ganar más que ellos. Con un poco de suerte, serían conscientes de que los trabajadores fornidos siempre estaban solicitadísimos, mientras que él bien podría no gozar de un encargo así en meses, aunque, en todo caso, los salarios eran tan miserables que ninguna de las partes tenía motivos para la envidia. Parlamentó brevemente con Billy Mabbutt sobre los pormenores de lo que iba a hacer y, luego, procedió a trasladar los materiales y herramientas requeridos desde la superficie de la mesa hasta la plataforma de madera con forma de cuarto de queso que colgaba dentro del armazón del artilugio móvil.

Seleccionó un juego de pinceles de pelo de ardilla del

bote repleto que les había cedido el clero de San Pablo, y también la tapa de cartón de una vieja caja de zapatos que le serviría de bandeja para las antiguas latas de barniz que contenían la carta de pigmentos de la catedral. El púrpura y el verde esmeralda, en concreto, habían absorbido humedad hasta quedar coagulados en gemas terrosas, pero él no esperaba tener que utilizar esos colores, y el resto parecían conservarse en mucho mejor estado. El joven hosco al que habían puesto a cargo de separar los huevos estaba terminando con el último de una media docena cuando le preguntó si le podía dar las yemas. Estas se hallaban intactas en un cuenco, mientras que otro albergaba las claras desechadas, una porquería viscosa que guardaba una semejanza asquerosa con babas recolectadas y a la que, sin duda, le darían otro uso para no desperdiciar nada. Tras transportar cuidadosamente el receptáculo, con los seis glóbulos amarillos deslizándose unos sobre otros en el fondo, y colocarlo en la plataforma elevable junto a los pinceles y colores, Ern fue a buscar varios boles para mezclas, un saco de yeso de un kilo y una botella de sidra de dos litros que había sido enjuagada y rellenada con agua. Añadió papel de lija y tres o cuatro trapos limpios, trepó a la cubierta de la cuña oscilante junto a los aparejos de su oficio y, después de agarrar con fuerza una de las cuerdas del vértice, indicó a los hombres de Bill Mabbutt que lo izaran con el cabrestante.

Con la elevación, la sacudida inicial de su pie se vio acompañada de otra momentánea salpicadura plateada en el exterior y de su ulterior cortejo, un subsiguiente estallido sostenido que sobrevino apenas un instante después mientras la tormenta seguía acercándose. Cuando uno de los tipos corpulentos que estaban tirando de la cuerda con gestos de campanero soltó el chiste de que Dios estaba moviendo el mobiliario allá arriba, otro de ellos adujo protestonamente que tal comentario constituía una falta de respeto ahí, en la madre de todas las iglesias, pero Ern llevaba oyendo el dicho en cuestión desde la mocedad, y no vio nada de malo en él. La frase hacía gala de un

pragmatismo con el que conectaba mucho, pues, aunque en el fondo de su corazón no estaba muy seguro de creer en Dios, le gustaba la noción de que el Señor fuera alguien práctico que, ocasionalmente, como cualquiera, pudiera tener la necesidad de reorganizar las cosas para que sirvieran mejor a Sus propósitos. Las poleas chirriaban con cada uno de los tramos calculados, cincuenta centímetros cada vez, que ascendía Ern, y cuando un rayo volvió a destellar súbitamente para contornear todas las siluetas con su tiza, la ensordecedora explosión que lo siguió resultó casi inmediata.

La amplia curvatura del borde exterior de su plataforma eclipsaba más y más suelo con cada rechinante medio metro que ganaba en altura. La mayor parte de su cuadrilla de colegas ya había desaparecido bajo la oscilante balsa de tablas sobre la que se hallaba, y Bill Mabbutt, al fondo del grupo, levantó una rubicunda palma en señal de despedida antes de quedar, también, fuera de su campo de visión. Ahora que ponderaba el entarimado bajo sus pies, se dio cuenta de que era mucho más extenso de lo que había supuesto, casi tan grande como el escenario de un teatro, con su pequeña dotación de botes, cuencos y pinceles luciendo ridícula y aislada allí, en el centro. Cuando acabara de subir, pensó, toda una sección del transepto le resultaría invisible, y viceversa. Las testas de Cornwallis, primero, y de Lord Nelson, después, se desvanecieron al ser tragadas por el perímetro ascendente del podio, y entonces se quedó solo. Al levantar la cabeza, vio los ocho vastos frescos pintados por sir James Tornhill para el interior de la cúpula, y siguió alzándose a trechos hacia su compañía.

En la década de 1840, siendo aún un crío, Ern había aprendido a dibujar someramente dejándose las almorranas en un frío escalón de piedra mientras observaba fascinado, día tras día, cómo Jackie Timbles recreaba la muerte de Nelson en Trafalgar a base de pintarla con tiza sobre las baldosas de la esquina de Kennington con Lambeth. Por aquel entonces, Jackie era un veterano sesentón de las guerras napoleónicas que había sacrificado dos falanges de

la mano izquierda a la gangrena y que ocultaba los muñones bajo un par de dedales de plata. El viejo, que malvivía como artista callejero, pareció alborozarse grandemente con la compañía diaria del joven Ern, y resultó ser toda una mina de información en cuanto a pintura. Obsequió al chico con largas peroratas, surcadas de anhelos, sobre los nuevos y fantásticos óleos disponibles para quien pudiera pagarlos, como los brillantes amarillos de laburno, o unos malvas y violetas tan ricos como los de un soto al atardecer. Jackie le enseñó a conseguir un color carne realista a partir de tonos que jamás habría pensado que estuvieran en el rosa de la piel, y también le mostró cuán útiles podían ser los dedos a la hora de cohesionar composiciones, algo que ejemplificó manchando con suavidad la mejilla del general moribundo y la cubierta pulida del *Victory* con el fulgor albugíneo emitido por los buques en llamas del fondo. Ernest había llegado a considerar a su mentor el más talentoso de todos los hombres, pero, ahora que veía las obras maestras de Tornhill, comprendió que estas pertenecían a un reino mucho más elevado que el de los incendiados tablones ensangrentados de Jackie Timbles, y concluyó que, a buen seguro, los salones del cielo debían residir sobre las calles de Lambeth.

Los pasajes de la vida de san Pablo lo iban rodeando a medida que viajaba en su destartalado ascensor hacia ellos, desde la conversión de Damasco hasta la vívida representación de un naufragio, con los distintos discípulos iluminados desde abajo por una especie de forja o cofre del tesoro abierto, mientras un celaje traspasado por rayos se agolpaba detrás. El fresco que planeaba limpiar y retocar aquel día, dispuesto sobre el lado sudoeste de la retumbante concavidad, era uno que no le sonaba de las Escrituras. El fondo estaba dominado por un lugar hecho de piedras cálidas y ásperas que podría haber sido una cárcel, y delante había un hombre mísero con los ojos muy abiertos, cuyo sobrecogimiento parecía estar al borde mismo del terror, y que tenía los ojos clavados en unos santos o

ángeles aureolados que, con la cabeza vuelta, exhibían una mirada baja y unas sonrisillas reservadas.

El estrado de madera superó a continuación la galería de los susurros, en la que no era difícil imaginarse siglos enteros de plegarias aún reverberando en sus muros, y cuyas ventanas le ofrecieron un último vistazo a aquel Londres empapado y a la torre de la catedral de Southwark, al sudeste, antes de que siguiera desplazándose hacia arriba para adentrarse en la cúpula propiamente dicha. Alrededor del cerco inferior de esta última, en el tambor circular justo encima de la galería, le consternó notar que los detalles del borde inferior de cada fresco presentaban franjas enteras cubiertas por pintura de color piedra, sin duda para disimular con facilidad y baratura los daños por humedad descubiertos durante restauraciones previas. Se encontraba despotricando para sus adentros contra la vergonzosa falta de orgullo profesional que se intuía tras semejante chapuza cuando un brillo cegador y un estruendo clamoroso, tan cercanos que parecieron la misma cosa, estallaron a su alrededor al tiempo que la plataforma caía, para su horror, cuatro o cinco centímetros, pues los sobresaltados operarios habían dejado escapar las maromas por el susto antes de volverlas a recuperar. Con el corazón aún en un puño, el soporte, súbitamente precario, reanudó su quejumbroso avance, y él se aproximó cautelosamente al borde trasero derecho pensando en arriesgarse a otear de pasada si todo seguía bien.

Al asir fuertemente una de las cuerdas, se encontró con que sus manos chorreaban de la transpiración, así que supuso que, pese a la eterna opinión popular, las alturas sí que debían darle miedo, al fin y al cabo. Escudriñó más allá de los toscos cantos cortados de la tablazón y, aunque no vio a sus compañeros, se quedó asombrado por lo lejos que estaba. Los clérigos de San Pablo parecían tijeretas que se arrastraran sobre el distante suelo blanco, y observó con cierta diversión cómo dos de ellos anadearon inadvertidamente el uno hacia el otro por las adyacencias de un pilar hasta chocar en una esquina entre una

convulsión de faldones negros. No fue la mera visión de dos clérigos por los suelos lo que le hizo carcajearse, sino saber antes que ellos que iban a colisionar, y saberlo únicamente en virtud de su encumbrado punto de vista. En cierto sentido, había sido capaz de percibir los destinos terrenales de unos seres que iban de acá para allá por una superficie plana gracias a la perspectiva superior de una tercera dimensión que los sobrevolaba y a la que rara vez prestaban pensamiento o atención. Supuso que ese era el motivo por el que a los romanos les había ido tan bien, pues, al tomar durante sus conquistas las cimas más altas para usarlas como puestos de observación o torres de vigilancia, tanto sus percepciones como sus estrategias se habían visto maravillosamente favorecidas por la superioridad terrenal.

En ese punto, el soporte llegó al nivel que había acordado con Billy Mabbutt, así que, sesenta metros más abajo, Ernest esperaba que ya lo hubieran parado para afianzarlo firmemente. Se hallaba alrededor del extremo superior del primer fresco que le habían asignado, con el latir vacilante y percutido de las nubes como una presencia ahora constante sobre él. Una vez que la extensión de su suelo se hubo detenido, decidió empezar la restauración por la zona superior izquierda de la pintura, ocupada por una figura aureolada cuyo rostro, que desconocía si era de un ángel o de un santo, había perdido color tras décadas de fumaradas de incensario y humo de velas. Comenzó a pasar los paños suavemente y se quedó allí, en el borde de la plataforma, limpiando las manchas y las capas de polvo de una faz que, al verla de cerca, para su sorpresa, notó que medía por los menos metro y pico de coronilla a mentón, con sus rasgos casi femeninos girados un poco a la derecha, la mirada apartada recatadamente y los pequeños labios fruncidos en una consabida sonrisa de complicidad petulante. Un ángel, concluyó Ern, bajo el supuesto de que todos los santos que era capaz de recordar tenían barba.

Estaba totalmente solo en lo que parecía el ático entarimado del mundo, mucho más espacioso y con una

decoración más elaborada que el de la casa de su madre en East Street. Una vez que hubo limpiado tanta mugre superficial como pudo de un cuarto de perfil que era casi tan grande como él, se dispuso a acometer la esencial tarea de obtener un tono que coincidiera exactamente con el del gastado cutis color melocotón de la figura sacra. Con el mango menos asqueroso que pudo encontrar entre los pinceles que tenía a su disposición, batió las seis yemas en su cuenco, y luego vertió una minúscula cantidad de la crema cobriza resultante en uno de sus boles de mezcla. El mango de otro pincel hizo las veces de esbelta cucharilla a la hora de extraer de las latas de barniz diminutas porciones de los colores que estimó necesarios, limpiándolo debidamente con un trapo después de cada medida mientras revolvía las distintas cantidades de aquellos polvos vívidos entre los huevos batidos del bol de mezcla.

Empezó con un rico y terroso ocre tostado, añadió amarillo de Nápoles por sus toques a tarde estival, y siguió con una moderada pizca de rosa laca granza. A continuación, mezcló vigorosamente la combinación con una llovizna hemática y translúcida de carmín de alizarina, aplastando las ínfimas cuentas de yema salpicadas de pigmento con los turbulentos pelos de ardilla. Complementó la mixtura, de por sí satisfactoria, con su ingrediente secreto, un truco que había aprendido de Jackie Timbles y que consistía en aplicar un leve rocío de azul cobalto para simular el apagamiento de la sangre venosa que circulaba justo bajo la epidermis humana. Si se excedía con los rojos y azules, le bastaría con compensarlos con una gota de blanco, pero por el momento parecía complacido con el resultado de la amalgama, y se dispuso a preparar una ligera capa de *gesso* sacudiendo el yeso blanquecino de su bolsa en un poco de agua, aglutinándolo, e incorporando luego el temple color carne al estuco. Tras meterse en el bolsillo del pantalón una conveniente gama de pinceles, cruzó las tablas de su proscenio aéreo sosteniendo con ambas manos el cuenco que contenía tan esmeradísima miscelánea, y regresó al margen suroeste de la plataforma

para empezar a trabajar, con la cabeza inclinada hacia atrás y extendiendo ligeramente los brazos hacia la imagen de la pared cóncava que tenía enfrente, en el gigantesco semblante.

Primero, aplicó una delgada capa de *gesso* color carne sobre el largo trazo que marcaba, iluminándola de lado, la línea mandibular del ángel, y luego esperó a que estuviera seca para pulirla finamente con papel de lija antes de disponerse a dar una segunda mano. Apenas había empezado a aplicar esta última con movimientos ágiles y experimentados sobre aquella cara de un metro de largo cuando percibió, para su consternación, que los colores del extremo más alejado habían comenzado a correrse sin que él los hubiera tocado todavía. Mientras la tormenta exterior alcanzaba su cénit con un escalofriante aluvión de truenos, Ern guiñó los ojos, aturdido y alarmado por el incesante código Morse de los relámpagos, para atisbar cómo las gotas de pintura se escurrían sobre la cabeza y los hombros ligeramente inclinados de aquel ángel plano.

Las retorcidas gotitas, cada una de un tono diferente, recorrían arriba y abajo y de lado la superficie interior de la cúpula alrededor de la tez angelical, describiendo trayectorias que contravenían flagrantemente todas las leyes de la razón. Es más, a Ern no le pareció que aquellos riachuelos embravecidos lucieran el brillo típico de lo mojado, sino que eran como arroyos secos de granos de arena que, infinitesimales y desbocados, avanzaran sobre las pinceladas siguiendo la curvatura interna cual limaduras fulgentes que flotaran sobre un imán débil. Aquello no solo era imposible, sino que, encima, se lo iban a descontar del sueldo. Vacilante e involuntariamente, dio un paso atrás, y al hacerlo amplió su perspectiva, mas no su comprensión, de la frenética y goteante actividad movediza que se estaba desarrollando ante él.

Los neutros grises y ocres oscuros que contorneaban el extremo derecho de la ladeada cara gigante se estaban arrastrando en una escarpada diagonal hacia la zona superior izquierda, condensándose en una mancha

sombreada parecida a la que se crearía a un lado de la nariz de alguien que estuviera de frente. El radiante amarillo cromo y el blanco plomo exudados por el halo formaron un brillante borrón irregular de un contorno similar al que tendría la mejilla derecha del ángel si esta se moviera ligeramente hasta quedar iluminada. Con un escalofrío de terror gélido propagándose por su columna vertebral, cayó en la cuenta de que, sin que sus volúmenes rasgaran el área casi plana en la que habían sido trazados, y sin que se quebraran los confines de su reino bidimensional, el titánico rostro del ángel se estaba volviendo poco a poco, aún contenido en la superficie del fresco, para poder observarlo de tú a tú. En los rabillos de sus ojos se formaron nuevas arrugas de gris de Payne coagulado, y sus párpados, del tamaño de una hoja y antes tímidamente abatidos, se abrieron de par en par, con pequeñas costras de pintura cayendo desde sus pliegues recién creados hacia la boca de Ern, que seguía allí de pie, inmóvil, contemplando el espectáculo con la quijada desencajada. Sus circunstancias eran tan del todo increíbles que ni siquiera se le ocurrió gritar, pero sí que volvió a retroceder otro paso, llevándose esta vez la mano a sus fauces demudadas. En las comisuras de la épica boca de la figura, también emigrada ahora hacia arriba y a la izquierda, los agrietados hoyuelos de negro marfil mezclado con carmín cobraron arrugada vida cuando aquellos pálidos labios de treinta centímetros se separaron para que el ángel pintado pudiera empezar a hablar.

—Ipso tes resultere muiid durot —dijo con tono preocupado.

El «es» o la razón de ser de este advenimiento, que, desde tu punto de vista, aparentemente transcurre, será un giro súbito y brusco en el sendero de tu corazón, porque las cosas que has oído concernientes a un cuarto ángulo de la existencia provocan el surgimiento de dificultades dentro de tu vida mortal, que es concluida en un cementerio en el que brotan tejos, y eso te resultará muy duro. Este complejo mensaje fue el que infirió Ern, quien también dedujo que, de algún modo, había sido comprimido en tan solo cinco palabras mayormente

irreconocibles, y que estas se habían desenrollado y desplegado por sí mismas en el interior de su mente como si alguien hubiera desdoblado un poema chino o un rompecabezas infantil de papel. En pleno esfuerzo por asimilar el contenido ligado a esta frase expansiva, su mera resonancia le hizo desistir. Comparar la plenitud y envergadura de su sonido con el de una orquesta sinfónica en una sala de conciertos habría sido como comparar el de esta última con el de una flauta irlandesa tocada en un armario acolchado. Cada una de sus notas parecía prolongarse en una espiral de incontables repeticiones más débiles y distantes, con los mismos tonos reproduciéndose a una escala cada vez menor hasta dividirse en una miríada de ecos aún más reducidos que desataban minúsculos torbellinos hechos de un sonido disipado, y finalmente desvanecido, en la persistente tormenta de fondo.

Ahora que había terminado de volverse noventa sobrecogedores grados, aquel rostro del tamaño de una mesa parecía casi asentado en su nueva disposición. Solo en sus bordes y en los contornos de sus ojos y labios móviles quedaban partículas reptando, pizcas de pigmento deslizadas por pequeños regueros arenosos alrededor de la curvatura del fresco para realizar mínimos ajustes que lo adaptaran a los suaves ademanes naturales de la testa de la figura y a los cambios de luces y sombras del entreabrir de sus labios.

En el corto período que había transcurrido en realidad desde el comienzo del episodio, Ernest había adoptado, y descartado al instante, varias racionalizaciones desesperadas de su situación. Todo era un sueño, pensó, pero entonces supo de inmediato que no lo era, que estaba bien despierto, que los dientes del lado izquierdo de su boca aún le dolían, y que los del lado derecho aún albergaban restos del pan frito del desayuno. Decidió luego que era una broma, tal vez posibilitada por una linterna mágica, pero entonces recordó de inmediato que las imágenes generadas por esos dispositivos no se movían. Sería un fantasma de Pepper, pues, como el que tenían en el

Highbury Barn para que el espectro del padre de Hamlet pareciera caminar sobre el escenario, pero no, no, porque ese efecto requería una lámina de cristal dispuesta en ángulo, y en su lugar de trabajo solo estaban él y sus materiales.

Con cada nueva explicación desmoronada entre sus dedos, la oleada de pánico fue acrecentándose en su fuero interno hasta que no pudo soportarla más. Su garganta colapsada ahogó un sollozo que hasta a él le sonó femenino, y, dándole la espalda a la aparición, echó a correr. Sin embargo, al sentir cómo el pie le vacilaba al primer paso, la terrible conciencia de dónde se hallaba, solo y a gran altura, regresó con una fuerza abrumadora. Arriba, la tormenta había llegado a su clímax de destellos y explosiones, y aunque hubiera podido sobreponerse a la rígida parálisis que atenazaba sus cuerdas vocales el tiempo suficiente como para gritar, allí abajo nadie le hubiera oído.

Vale. Pues entonces saltaría, terminaría con todo aquello, era preferible la caída en picado, el impacto pulverizador, hasta eso sería mejor que esa… esa cosa, pero ya era tarde, ya había titubeado demasiado, sabía que no sería capaz de hacerlo, sabía que, en última instancia, era, y siempre sería, un cobarde en todo lo relativo a la muerte y el dolor. Retrocedió para encarar al ángel, esperando contra toda esperanza que el truco lumínico y auditivo se hubiera resuelto, pero la colosal fisonomía seguía mirándolo de frente, y sus trazos periféricos continuaban retorciéndose levemente, y el realce de sus párpados aún se deslizaba con presteza para dar paso al blanco de sus ojos cuando parpadeaba, y entonces volvió a parpadear. Los tonos rosados que habían servido para representar sus labios se arremolinaron antes de cuajarse cuando intentó esbozar un amago de sonrisa reconfortante, y la respuesta de Ern fue echarse a llorar calladamente, del mismo modo en que lloraba cuando, siendo niño, no había otra cosa que pudiera hacer excepto llorar. Se sentó sobre los tablones y hundió su rostro entre las manos justo cuando la voz petrificante volvió a hablar de nuevo, con su hondura desplegada y sus

florituras reverberantes escurriéndose hacia la fulgurante nada.

—Hustisia iesta super le callii.

Solo yo, sí, yo, solo mi firme presencia y mis ojos justos contemplando desde lo alto, a la vuelta de una doblez o una esquina de los cielos en donde vuelan las palomas, entre las jerarquías y los hierofantes de esta alta Hierusalem, sobre los rectos y honestos senderos angostos que sirven de éter a los pobres, allí donde he edificado mi gran tribunal, en virtud del cual anuncio ahora que hay Justicia sobre la calle.

Ern había cerrado sus ojos escocidos y tenía las palmas presionadas contra la cara, pero descubrió que, pese a ello, seguía viendo al ángel, y que no lo hacía a través de las rendijas de sus dedos o de sus párpados como con una luz intensa, sino como si los rayos hubieran sorteado esos obstáculos por alguna ruta imposible de determinar. Sus intentos de bloquear la visión se demostraron inútiles, así que optó por taparse las orejas con las manos, con idéntico resultado. En lugar de verse amortiguada por el aislamiento interpuesto de cartílago, hueso y grasa, la cascada de voz de la entidad pareció esquivar tales impedimentos para sonar con una claridad cristalina, casi como si la fuente estuviera dentro de su cráneo. Recordó la locura de su padre, y no tardó en llegar a la conclusión de que bien podría ser su caso. El fresco parlante solo era una alucinación, y él se había vuelto tan «esquinado» como su antecesor. La otra opción era que siguiera estando cuerdo y que aquella inaudita intervención fuera real, que de verdad estuviera teniendo lugar allí, en el balanceante ático de San Pablo, en el mundo, en su vida. Ninguna de estas alternativas le resultaba soportable.

La chispeante música de cada palabra del ángel, con sus trémulas frondas armónicas y sus arabescos en desintegración, estaba diseñada para que los sonidos se subdividieran sin cesar en copias sucesivamente menores de sí mismos, justo al igual que una rama es en sí misma un árbol en miniatura y, cada vástago, una reproducción a escala de sus ramas. Como un río fragmentado en arroyos y

luego en riachuelos sobre su delta, cada sílaba se filtraba a través de un millar de fisuras y capilares en las entrañas de Ern, en el mismo tejido que le daba forma, y todos sus significados lo saturaban de tal manera que ni el más mínimo matiz podía malentenderse, malinterpretarse o perderse.

«Hay Justicia sobre la calle», había dicho la descomunal cara plana, al menos en parte, y en sus pensamientos halló una súbita y potente imagen visual para acompañar la frase. En los ojos de su mente vio, en suma, una serie de balanzas colgadas sobre un sinuoso trecho de calzada, pero la tosca crudeza de la imaginería lo desconcertó, pues siempre había pensado que gozaba de cierta habilidad para esas cosas. No eran refulgentes balanzas suspendidas de un cielo glorioso que manara sobre una vereda rústica como en una ilustración bíblica, sino el burdo bosquejo de un niño o un imbécil. Los platillos pendidos y sus cadenas de sostén no eran más que triángulos escalenos unidos cerca de su ápice, pero no exactamente en él, por un cuadrilátero oblongo dibujado con mano inexperta. Bajo este último había un rectángulo vacilante y alargado que, más que una calle, podría haber sido una tira de serpentina.

Con tan pocas líneas para su gestación como palabras tenía el discurso del ángel, ese simple croquis descargó todas sus diversas implicaciones por los mismos medios empleados por la voz del ente, implantando modestos paquetes de conciencia que se desplegaron por sí mismos hasta formar algo mucho más grande y complicado. Al estudiar la descuidada imagen mental, Ernest comprendió que se relacionaba, para su perplejidad, con todos los pensamientos sueltos que había ido teniendo de camino al trabajo aquel día, como si dichas nociones hubieran sido recuerdos retroactivos y nebulosos de la presente revelación, recuerdos que, de algún modo alambicado, podría haber tenido antes de que su contenido hubiera sucedido. La imagen de su cabeza, entendió, poseía cierta conexión con sus reflexiones previas acerca de las

dificultades de los pobres y con sus consideraciones sobre la industria zapatera de Northampton, e incluso parecía relevante respecto a los rudos pensamientos inflamados que le había suscitado su esposa. También evocaba las ponderaciones que había dedicado a su descendencia, John y la pequeña Tursa, y a lo que sería de ella, así como a la fugaz idea de que el cielo estuviera ubicado a gran altura sobre las calles de Lambeth. Pero, sobre todo, le sobrevinieron los negros de América, los esclavos libertos y la horrible visualización de los niños marcados. Sentado y desamparado sobre los mugrientos tablones del suelo, siguió llorando, pero ahora sus lágrimas no eran ya solo por él.

Tras haber conseguido captar su atención, el gran rostro pintado procedió a impartir su lección allí mismo, en medio de una furia rabiosa y tronante que se diría aprisionada en un curso que circundara el chapitel de la catedral. Por los continuos y sutiles cambios en su conducta, se le notaba ansioso por transmitir instrucciones de profunda importancia acerca de una pasmosa variedad de temas que parecían ser, principalmente, de índole matemática y geométrica, campos estos en los que Ern, pese a ser analfabeto, siempre había tenido cierto instinto. El conocimiento, en todo caso, se decantó hacia su interior sin que él tuviera la elección de aceptarlo o no.

La visión explicó en primer lugar, mediante su sopa de palabras compactadas y mutiladas, que la tormenta circundante era el resultado de que algo, en este caso el ángel en sí, se hubiera trasladado de un mundo a otro. En el interior de este mensaje, Ern oyó la aclaración de que las propias tormentas poseían una geometría imperceptible para los sentidos humanos, de que los rayos que caían sobre distintos lugares en distintos días podían formar parte, aun así, de la misma descarga, solo que refractada, y de que dichas refracciones incluso se dispersaban por el tiempo hacia el pasado y el futuro. La frase con la que expresó estos saberes fue «Iaquid les raius marcam nostros transitus». *Ya que los rayos marcan nuestros tránsitos*…

Ernest alzó sus relucientes mejillas iluminadas para contemplar con desesperación el cuarteto de arcángeles representado en azul y oro en el solideo de la cúpula, justo sobre los frescos. Quietos e inexpresivos, no ofrecieron ayuda alguna, ni tampoco consuelo, pero al menos no se movieron. Al dejar que su mirada volviera a hundirse en la extensión de lentas motas retorcidas que era la faz de su interlocutor, se dio cuenta, desde la distancia, de que ese era el único sector del fresco, y también el único fresco, afectado por el fenómeno. En cierto sentido, aquello empeoró las cosas, porque, si se estaba volviendo loco, ¿no deberían las visiones estar borboteando por doquier, en vez de hacerlo únicamente en un lugar? Deseó poder desmayarse, o incluso padecer un ataque cardiaco y morir, con tal de que aquel horror insufrible parara en seco, pero, en lugar de eso, siguió, y siguió, y siguió. Admirándola con parsimonia a lo largo de las tablas que la cercenaban a la altura del pecho, la tremenda cabeza pareció encoger sus entunicados hombros en un gesto de simpatía, con la onda cinética de malvas y ocres tostados desplazándose a través de los pliegues de la prenda para volver a asentarse antes de que la rutilante imposibilidad reanudara la educación de Ern Vernall, relativa en gran parte al campo de la arquitectura.

—… y les rinkns dedlaetternittat tstan apiertos.

Y ahí, en la alta convergencia de los eones, que es cuádruple en los oscuros y tenues márgenes de nuestro cielo, en el «o» de las cosas, en la dorada encrucijada de la posibilidad de que en esta hora cuando el pueblo negro está libre y alzado del yugo de un eterno aquí y ahora de la historia que ya ha sucedido, que ya se ha resuelto, que ya se ha terminado felizmente con esperanza y admiración o está a tu parecer irresoluto y abierto, regocíjate aun así, pues hay Justicia sobre la calle, ya que los rayos marcan nuestros tránsitos y los rincones de la eternidad están abiertos.

Siguió así durante dos horas y tres cuartos.

La conferencia fue polifacética, y le descubrió puntos de vista en los que nunca antes había reparado. Se le invitó

a considerar el tiempo y cada instante de su discurrir en términos de geometría plana, y se le indicó que la comprensión del espacio por parte de los seres humanos resultaba parcial. Se puso un gran énfasis en que las esquinas poseían una significación estructural que pasaba inadvertida, pues se localizaban en los mismos puntos de un objeto tanto si se este se consideraba sobre el plano como si se observaba en altura, y permanecían constantes ya fueran expresadas en dos o tres dimensiones. Lo siguiente fue una disertación sobre topografía, aunque fue una en la que la materia se llevó a sus extremos más metafísicos. Se le dejó claro que Lambeth resultaba adyacente a la lejana Northampton cuando el mapa que las contenía se doblaba de determinada manera, y que, en cierto sentido, ambas localizaciones, si bien distantes, podían concebirse como si estuvieran en el mismo lugar.

Abundando más en la topografía, Ern se vio iluminado con una nueva comprensión del «toro», o «salvavidas», que fue como él lo bautizó para sus adentros por parecerse a un círculo inflado con un agujero en medio. Se le remarcó que tanto el canal alimentario del cuerpo humano como el tiro central de una humilde chimenea no eran sino variaciones de esta forma básica, y que una persona podía ser vista como una chimenea invertida que consumiera combustible por su extremo superior para expulsar, por el inferior, nubes marrones de humo sólido que luego se dispersaban por el mar, por la tierra o por cualquier medio, salvo el cielo. Llegado a este punto, pese a las lágrimas que aún bañaban sus mejillas, y pese a la sensación de ahogo, Ern se echó a reír. Imaginarse a un hombre o a una mujer como una chimenea puesta del revés le resultó tan cómico que no pudo evitarlo, y encima se le ocurrió pensar en un caudal de largos zurullos emanando sobre Londres desde las torres de fundición de la ciudad.

Ern se carcajeó, y el ángel hizo lo propio al oírle, y entonces todas sus centelleantes entonaciones pasaron a estar repletas de gozo, de gozo, de gozo, de gozo, de gozo.

Bill Mabbutt se dio cuenta de que la tormenta había pasado cuando notó que podía oír el repique meridiano de las iglesias cercanas. Su mortero seguía cubierto por los últimos raspones de la lechada que había estado empleando para tapar las juntas de ciertas baldosas problemáticas, pero aun así lo bajó, se volvió, y dio una palmada con los bistecs crudos que tenía por manos para que los hombres le prestaran atención. Su aguda voz de tenor reverberó en las galerías cuando fue carenándose por las naves, cual gaviota perdida, anunciando un descanso para tomar té y algo de pan.

—Mu bien, muchachos, parada de media hora. Amos a llevarnos algo a la boca y a calentar la tetera.

Acordándose del decorador, Mabbutt hizo un gesto con su rosada y brillante cabeza hacia el andamio.

—Será mejor que bajemos al bueno de Ginger. Alguna que otra vez lo he visto cabreao, y creedme, no es algo agradable.

El fortachón de Albert Pickles avanzó pesadamente a través del damero pulido, con su reflejo pelicular e incompleto titilando en el lustre bajo sus botas, miró a Bill, y sonrió al tomar posiciones junto a uno de los cabrestantes de la esquina de la estructura.

—Pos sí. Es pelirrojo y está chalao, y su padre sigue siendo soldao.

Algunos de sus compañeros rieron a mandíbula batiente con esta antigua rima burlona mientras se preparaban para operar el resto de las maromas del armazón, aunque Bill no se sumó al alborozo. Puede que fuera un tipo rechoncho con voz de pito, pero había ganado una medalla luchando contra los birmanos, y todos aquellos hombres, Albert Pickles incluido, sabían que no convenía contrariarlo.

—Su padre ha muerto, Bert, así que ya basta de tonterías, ¿eh? Es un tipo decente que ha tenío mu mala suerte y al que le acaba de nacer una cría. Así que amos a bajarlo de una vez pa que tos podáis descansar.

Los hombres aceptaron la reprimenda de buen grado y,

luego, soportaron la tensión de los cables mientras Bill aventuraba un grito hacia la gloriosa cavidad superior para decirle a Ginger que se preparara, más que nada con el fin de que sus botes no volcaran ni se cayeran cuando la plataforma empezase a descender. No hubo respuesta, pero, con los tablones suspendidos a tal altura, Mabbutt tampoco esperaba que hubiera oído la advertencia. Alzó su rubicunda barbilla hacia los peones y estos comenzaron a dejar caer el amplio arco de madera desde el susurrante y dorado firmamento de la catedral hasta el musculoso vaivén y el suave runrún de su bullicioso suelo.

Arriba, las poleas entonaron sus alaridos mesurados e intermitentes como una horda de mujeres que se estuviera sumergiendo centímetro a centímetro en las gélidas aguas de un baño público. Tras sacarse un pañuelo del bolsillo trasero, Billy Mabbutt retiró de su coronilla rosada el líquido glaseado de la transpiración y pensó en el período que había compartido en Crimea con Ginger Vernall, quien había llegado a machacar en los barracones a uno de sus compañeros de batallón cuando este último había soltado una pulla sobre el entorno del que provenía Ginger. Lo cierto era que Bill sentía lástima por su amigo, sobre todo al ver cuán orgulloso había sido durante la guerra y cuán apaleado parecía ahora en todos sus frentes. Nada más regresar de luchar contra los rusos, el viejo John, su padre, se había vuelto majareta antes de morirse no muchos años después. Claramente aún conmocionado por aquello, Ginger se arrejuntó con su chica, se casó con ella y, enseguida, tuvieron un hijo, y luego otro. Billy nunca había tratado mucho con mujeres y, de hecho, se sentía más a gusto con otros hombres, pero había visto a un montón de camaradas sobrevivir a la mugre y las balas de mosquete solo para que sus esposas y familias les cortaran después las alas. Ginger debía lidiar con muchas bocas que alimentar sin ni siquiera tener un sitio en el que vivir, pues seguía en Lambeth con su madre, y esa vieja bruja miserable, por lo que había podido deducir de un solo encuentro, era para echarle de comer aparte.

Veinticinco o treinta metros más arriba, el envés del soporte de Ginger seguía acercándose bajo el rítmico acompañamiento de los quejidos de las cuerdas, los gruñidos de los trabajadores y los chirridos de las garruchas. Guardándose el moquero allí de donde había salido, Bill se dio la vuelta para enfilar hacia la borriqueta en la que había dejado el mortero, pues deseaba adecentarlo antes de tomarse su taza de té. Tras un indecoroso tira y afloja, habían conseguido persuadir al cabildo de San Pablo para que les dejaran hervir una gran tina de agua en las calderas de la catedral, todo con la intención de poder llenar las dos voluminosas teteras de loza que los operarios habían traído consigo. En aquel instante, las susodichas se hallaban humeando en el extremo más alejado de la mesa junto al juego más sucio de tazas de estaño que Bill hubiera visto jamás, también prestadas a regañadientes por los clérigos. Melladas y abolladas, lucían manchas mucho más extensas que la fresa del pobre Sam, el joven aprendiz que había llevado a San Pablo. En sus bordes se había incrustado un óxido color mierda, y una estaba tan roída por la corrosión que se podía ver la luz del día a través de ella. Mientras retiraba las últimas costras de lechada de su aparejo, Bill tomó nota mental para asegurarse de que ni a Ginger ni a él les tocara la taza que tenía el agujero, so pena de que les meara un chorro de té hirviendo sobre el regazo.

Gradualmente, notó que a su espalda se estaba montando un buen jaleo, y se volvió hacia el andamio justo cuando la plataforma descendía por debajo del nivel de la cabeza, a un metro o dos por encima del suelo. El viejo Danny Riley, con una barba como la del señor Darwin y la misma boca simiesca de dicho caballero, no hacía más que repetir la misma frase:

—¿Quién es ese? Pero, por la Virgen María, ¿quién es ese?

Insistía una y otra vez, como si fuera el tonto del pueblo, así que Bill oteó a ver si a algún arzobispo u otro hombre de igual importancia le había dado por aparecer

desde detrás de una columna para dirigirse hacia ellos. Como no vio a nadie, volvió a mirar hacia la nao de tablas, ahora ya deslizada a apenas unos centímetros de las losas a falta de que un último berrido de las cuatro poleas terminara de atracarla.

Proveniente de la figura acuclillada en el centro de la construcción, oyó un «uh-uh-uh» tartamudo que solo le resultó audible una vez los cabrestantes quedaron en reposo, pero que aun así no supo si atribuir a una risa o al sonido de un sollozo. Había lágrimas agolpadas, ciertamente, en las tiznadas mejillas del individuo, pero confluían en las líneas de una aparente sonrisa gozosa, tan solo refutada por aquellos ojos cargados de confusión y dolor. Sobre los tablones que tenía delante, escrita con un dedo empapado de amarillo veneciano en letras tan fluctuantes como las de un niño pequeño, aparecía la palabra toro, que Bill reconoció como un término astrológico por el hecho de que él mismo había nacido en mayo. Lo que Mabbutt no pudo desentrañar, sin embargo, fue cómo había llegado la palabra a escribirse en el tablaje, cuando sabía a ciencia cierta que el hombre que había enviado allá arriba a retocar los frescos no podría ni escribir su propio nombre. Como mucho, habría sido capaz de copiar la forma de las letras si alguien se lo hubiera encomendado, aunque, obviamente, ese no podía haber sido el caso estando a solas en lo alto de la cúpula.

Como cuando uno sueña que lo persiguen, Billy se apresuró hacia la apiñada jaula del andamio apartando a cuanto inmóvil y boquiabierto peón se encontró a su paso. Entre los jadeos de los gritos ahogados que lo rodearon, oyó a Bert Pickles:

—¡Joder! ¡Joder, coño!

Casi al unísono, escuchó los ruidosos pasos de los sacerdotes, congregados a la carrera para ver a qué venía tanto follón. Junto a la figura naufragada allí en su balsa, alguien había empezado a llorar. Por el sonido, Bill creyó identificar al joven Sam.

Alzando la vista desde los botes y pinceles dispersos

entre los que se había sentado, así como desde el inexplicable garabato chillón, la persona descendida desde el pináculo de aquella enorme grúa observó a Mabbutt y al resto de sus colegas, y luego exclamó unas risitas mezcladas con una suerte de llanto. Su expresión no carecía de reconocimiento, sino que más bien era la de alguien cuya larga ausencia le hubiera llevado a tomar por mero sueño a sus antiguos compañeros y su viejo trabajo, y que ahora, por tanto, se sorprendiera al descubrir que seguían allí. Al devolverle la mirada a aquellas pupilas destruidas y desconcertadas, Billy pudo sentir cómo sus propios ojos se colmaban también de lágrimas cálidas. Trató de hablar, y su voz se tornó una octava más aguda de lo normal. No pudo evitarlo.

—Oh, amigo mío. Pobre, pobre viejo camarada… ¿qué ha sido de ti?

Una cosa era segura. Durante el resto de su vida, cuando se hablara de Ernest Vernall, nadie jamás volvería a llamarlo «pelirrojo».

Tras guiar a su maltrecho amigo de vuelta a casa por el puente de Blackfriars, Billy se quedó un rato con sus desconsolados familiares después de que estos reconocieran al extraño que había regresado antes de tiempo del trabajo. Le sorprendió comprobar que hasta la madre de Ern lloró. Nunca hubiera pensado que albergara ni una pizca de piedad, aunque la condición de su hijo habría hecho llorar incluso a una piedra. Lo peor no era la pinta que tenía ahora, sino los asuntos de los que hablaba —pájaros, palomas, rayos, esquinas, chimeneas—, un batiburrillo de cosas corrientes y molientes que mencionaba con el mismo tono secretista que se emplearía para hablar de una sirena. La única persona en toda la casa que no lloriqueó fue el crío de dos años, el joven John, que permaneció sentado, examinando con sus enormes ojos oscuros a su padre transmutado, mientras su madre, su abuela y su hermana pequeña plañían, y en todo ese tiempo jamás llegó a hacer

el más mínimo sonido.

Ernest siempre se negó a contar lo que le había sucedido allí, entre las tormentosas nubes de Londres, salvo en cierta ocasión en la que se dirigió a John y Tursa cuando su hijo contaba diez años y su hija solo ocho. Los hijos de Ernest, por su parte, jamás revelaron lo tratado, ni a su madre, ni a los hijos que tuvo John cuando se casó y engendró descendencia diez años más tarde, a finales de la década de 1880.

Al día siguiente, y de hecho durante todos los días de aquella semana, Ern Vernall, tras haber vuelto en cierta medida a sus cabales, acometió el audaz intento de recuperar su trabajo en San Pablo, insistiendo en que no le pasaba nada malo. Cada mañana, llegaba al pie de Ludgate Street y se quedaba allí un buen rato, incapaz de seguir adelante, antes de desandar el camino, abatido, y regresar a Lambeth. Tuvo varios trabajos esporádicos aquí y allá, aunque no en iglesias, y jamás a altura alguna. Anne le dio otros dos hijos, primero una niña llamada Appelina y luego otro chico al que Ernest insistió mucho en que debían bautizar con el nombre de «Mensajero». En 1868, la esposa y la madre de Ern se pusieron de acuerdo por primera vez en la vida y consintieron su internamiento en Bedlam, donde Tursa y John, y en ocasiones sus otros dos hijos pequeños, siguieron haciéndole visitas, al principio mensuales y luego anuales, hasta julio de 1882, que fue cuando Ern, durmiendo y a la temprana edad de cuarenta y nueve años, pereció de un ataque al corazón. Excepto sus dos hijos mayores, nadie llegó a descubrir jamás qué quiso decir con la palabra toro.

ORDEN DE RESTRICCIÓN CONTRA EL DESEO

Lo que Marla creía era que todo se había ido al traste después de que la familia real matara a Diana. Tras aquello, solo habían pasado cosas malas. Se sabía que la habían matado por la carta que había escrito, esa en la que decía algo así como que lo iban a hacer con un accidente de coche. Esa era la prueba. Diana se esperaba lo que le iba a pasar. Marla se preguntaba si habría tenido una cosa de esas, una premonición, una especie de predicción, la noche en que ocurrió. Se intuye algo cada vez que uno ve las grabaciones del hotel, cuando ella, Dodie y el chófer salen por las puertas giratorias del Ritz. Debía saberlo de alguna forma, pensaba Marla, pero ese era su destino, y no podía cambiarlo. Marla creía que Diana tuvo que presentirlo al enfilar hacia el coche.

¿Cuántos años tenía ella? ¿Diez? Diez cuando sucedió el accidente, sí. Lo recordaba, recordaba haberse pasado todo el domingo llorando, tirada en el sofá con una manta en la puta casa de mamá en Maidencastle. Lo recordaba, pero en cierta ocasión había caído en la cuenta de que también podía recordar haber visto por la tele, siendo una cría, la boda entre el príncipe Carlos y la princesa Di en San Pablo. Lo recordaba tan claro como el agua, y se lo llegó a contar a sus colegas, pero, entonces, Gemma Clark adujo que aquello había sucedido en 1981, y que Marla tenía diecinueve años, que debía haber nacido en 1987 o por ahí, y que no podía haberlo visto en directo, debía haber sido un vídeo. Eso, o se había confundido con Eduardo y Sofía, pero Marla no dio su brazo a torcer. En esferas tan altas, tales asuntos podían amañarse. Anda que no habían falseado cosas. El 11-S, el aterrizaje en la Luna y tal, o lo

de… ay, ¿cómo se llamaba?… Kennedy. ¿Quién podía probar que no se hubieran casado después de 1987 y que luego lo hubieran encubierto modificando las imágenes con efectos en plan CSI? Nadie podía estar seguro de saber nada a ciencia cierta, y quienes afirmaban lo contrario no eran más que unos putos mentirosos.

Lo que la hizo volver a pensar en Di fue regresar a su piso desde Sheep Street, que era donde estaba; decidió pasarse un momento por su piso porque había recordado dónde podía haberse dejado algo de mierda y, cuando fue a mirar al lado del sofá, se topó, en su lugar, con todos los álbumes de recortes de Diana. Lo que había allí eran sus libros sobre Jack el Destripador y todo el material sobre Diana, que eran cosas que creía haber perdido o prestado a alguien. Aparte, no encontró lo que andaba buscando, aunque, eso sí, cogió la envoltura de celofán de un paquete de cigarrillos pensando que podía ser otra cosa, la cogió del mismo modo que tantísima gente cuando ve un leve brillo en la alfombra y piensa que se le puede haber caído algo, a ellos o a cualquier otra persona. Pero en el piso no había otra cosa que no fuera lo de Jack el Destripador y lo de Diana. En fin, si tantas ganas tenía, tendría que esforzarse.

Había chocolatinas Snickers gigantes, pero también hirvió un poco de agua para hacerse unos fideos instantáneos Pot Noodle y poder decir que había comido sano, aunque, ahora que Keith y el resto la habían dejado de lado, ¿a quién se lo iba a decir? Qué puta mierda, joder. No tenía más que pensar en el tema para notar esa especie de nudo en el estómago, y acababa de hacerlo, había vuelto a empezar a pensar en todo lo que podría haber pasado, y en lo que habría hecho y tal, en todo lo habitual, y al hacerlo sintió la acuciante necesidad de colocarse. Se sentó en el sillón, que tenía los muelles desvencijados bajo el cojín de gomaespuma, a cucharear esa especie de lombrices y cartílagos en aguachirle caliente mientras contemplaba la esquina en la que el papel de la pared había empezado a desprenderse como si fuera un libro abierto. Fuera cual fuese el plan, no iba a salir de noche, no por los Boroughs.

Saldría dentro de un rato y volvería surcando el tráfico un poco más tarde, pero no por la noche. Se lo prometió a sí misma. Se iría pronto, aun sin haberla encontrado, antes que arriesgarse a eso.

Por darle vueltas a algo hasta ponerse a revolver el piso, intentó recordar cuándo había sido la última vez que había disfrutado colocándose. Desde luego, no había sido el jueves pasado, ayer, que técnicamente había sido la última vez, y que había sido un asco. Tampoco se refería a los últimos cinco meses, porque durante todo ese tiempo las había pasado putas sin importar lo mucho que se metiera, sino a la última vez que había estado bien. Debió ser en enero, justo después de Navidad, cuando su amiga Samantha, que había estado trabajando en Semilong, más allá de Andrew's Road, se pasó por casa a hacerle trenzas africanas. Por entonces, aún se juntaba con Keith —ambas se juntaban con Keith— y las cosas aún iban bien.

Tras arreglarle el pelo a Marla, en lo que había tardado una eternidad aunque quedó genial, se hicieron una pipa y se la repartieron a medias. Ella no era lesbi, ni Samantha tampoco, pero era archisabido que las pipas ponían a cien. Fumarte una mientras alguien se arrodillaba para comértelo enterito, y luego cambiar las tornas, era una pasada. Lo hicieron sobre la puta bandera jamaicana de la alfombra raída que su madre le había dejado tras mudarse, la misma que seguía allí, a quince centímetros de donde ahora tenía el dedo del pie, mientras se comía los fideos. Era enero, pero, como tenían puestas las dos barras de la estufa, iban sin bragas, solo en camiseta. Marla dejó que Samantha fuera la primera porque había ido a hacerle las trenzas, así que, cuando esta inhaló el humo con un sonido siseante, parecido al de soplar por la caña de un boli vacío, ella se echó al suelo y empezó a lamérselo. Sabía a limón de *gin-tonic*, y Franz Ferdinand estaba en la radio, la minicadena, o lo que fuera, cantando *Walk Away*. Cuando le llegó su turno, Samantha iba tan colocada que hundió el rostro como un perro que se lanzara a por comida, y Marla se levantó, y empujó con fuerza, y fue perfecto, joder; no tanto

como la primera vez, pero bastante mágico.

Cuando la mierda te sentaba bien era como estar a gusto con uno mismo, como sentir lo que se suponía que uno debía sentir, como experimentar la vida que uno se merecía, y no todo esto, esta adormecida existencia por la que uno deambula como un cadáver. Allí, colocada, se sintió a tope, capaz de hacer cualquier cosa, aunque estuviera en camiseta junto a una estufa de dos barras, con marcas rojas en las piernas y los vellos púbicos de otra persona bajándole por la garganta. Se sintió como la puñetera Halle Berry o alguien del mismo palo. Se sintió como el puto Dios.

Aquel recuerdo no la ayudó en nada, sino que aumentó sus ganas de meterse algo. Tras dejar el bote de plástico vacío sobre la mesita, bajo cuyo cristal había puesto papel de regalo después de haberlo visto en un programa de redecoración, decidió pasar del tema y coger el álbum de Diana, colocado sobre el sofá junto a los libros del Destripador. Enorme, y con cartulinas de colores a modo de páginas, Marla había empezado a recopilar los artículos del álbum a los diez años, poco después de la muerte de Diana. La portada lucía una fotografía que había adherido con una barra de Pritt, razón por la que estaba llena de bultos y arrugas. Se trataba de una vieja imagen que había recortado de un semanario dominical; un paraje africano al atardecer, con las nubes iluminadas en tonos dorados, sobre cuyo sol había pegado el rostro de Di, extraído de otra página, para que pareciera que era ella la que estaba iluminándolo todo desde el cielo. Era tan bonita que ahora apenas podía creer que la hubiera hecho ella, y que encima la hubiera hecho a los diez años, especialmente porque, desde entonces, no había visto en ningún otro sitio una foto que hiciera gala de una idea la mitad de inteligente que la suya. Lo más probable era que por aquella época, antes de que todo el mundo empezara a ponerla verde, fuera un auténtico genio o algo así.

Volvió a mirar junto al sofá, por si acaso, y también debajo, y luego se sentó de nuevo en el sillón, suspirando,

mientras se pasaba la mano por la cabeza, donde notó que las trenzas se estaban convirtiendo en mechones rizados. Eso era porque Samantha ya no rondaba por allí. Había oído que, tras salir del hospital, había vuelto a casa de sus padres en Birmingham, así que nadie cuidaba ya de las trenzas de Marla. Como no tenía dinero suficiente para hacérselas, pensaba dejar que se desenmarañaran hasta poder adecentárselas en condiciones. Sabía que la hacían parecer una pordiosera y que eran malas para el negocio, pero ¿qué podía hacer? El diente que se le había caído hacía tres semanas por comer tantos caramelos y demás tampoco ayudaba, pero eso al menos podía seguir disimulándolo a base de sonreír sin abrir la boca.

Lo de Samantha había sido una pena. O se había metido en el coche equivocado, o la habían obligado a hacerlo. Marla no la había visto desde entonces y no le había podido preguntar al respecto. Luego, los dos tipos se la habían llevado por Spencer Bridge para hacerlo en la parte de atrás de Vicky Park antes de dejarla medio muerta entre los arbustos, los muy cabrones. Cada semana le daban una paliza a alguna chica, pero solo una de cada cuatro salía en los periódicos. Tampoco es que llamaran mucho la atención, como sí fue el caso de la banda de violadores en BMW del pasado agosto, que asaltaban a mujeres de Doddridge Street y Horsemarket, y que llegaron a atacar a una chica cerca del billar de Horseshoe Street para llevársela a rastras por Marefair hasta el césped que está junto a la iglesia de San Pedro. Cinco violaciones en diez días que salieron en todas las televisiones y demás, y que provocaron que todo el mundo dijera que había que hacer algo. Los seis meses previos a lo de Samantha habían sido buenos, eso sí. Marla se recostó en el destartalado sillón pensando en cómo Samantha se había levantado del suelo, limpiándose la mejilla, después de que ella se corriera, y cómo habían compartido un pequeño beso, aún excitadas, para saborear el humo y las secreciones sexuales en sus bocas respectivas. Como acababa de ser Navidad, volvieron a hacerlo aquella misma noche, pero no fue tan brutal, y

ninguna de ellas se corrió esa segunda vez; simplemente, se afanaron hasta que las mandíbulas empezaron a dolerles a base de satisfacerse la una a la otra.

Pensándolo bien —era una de las pocas cosas que no le asustaba pensar—, Marla estaba segura de que, en aquellos pisos, no quedaba una sola habitación en la que alguien no hubiera follado. No había cocina, ni cuarto de baño, ni nada, en el que alguien no se hubiera bajado los pantalones para hacer algo o para que se lo hicieran. Aún podía verse a sí misma comiéndole el coño a Samantha sobre aquella bandera jamaicana, y, con un poco de esfuerzo, incluso era capaz de imaginarse a otras personas en la misma estancia en la que estaba, solo que quizás hace tiempo, como en 1950 o por ahí. ¿Acaso no podía una putilla cuarentona como su madre haber aprovechado la ausencia del viejo para subirse de la calle a algún desarrapado que la hubiera empotrado bien a gusto contra la pared? A Marla no le costó figurarse a la vieja gorda tambaleándose de pie, con las manos sobre la pared de la repisa que cubría su estufa de dos barras, la falda levantada y su enorme pandero al aire, mientras el cómico fulano andrajoso en cuestión, sin ni siquiera quitarse el sucio sombrero de fieltro que le cubría la calva, le daba bien fuerte por detrás. Tras carcajearse, se quedó pasmada ante la viveza que le había imprimido a los detalles, porque normalmente no podía evocar imagen alguna ni recordar sus propios sueños. Lo poco que dormía era como una oscuridad yerma, semejante a una humareda negra y grande, en la que cayera para salir, al rato, sin acordarse de nada. Todavía estaba imaginándose a la gorda con el pordiosero en pleno acto contra la pared de la estufa cuando el timbre le hizo dar un respingo.

Recorrió el pasillo hasta la entrada, pasando por las puertas del baño y su desastroso dormitorio, mientras se preguntaba quién sería. Quizá Keith hubiera vuelto para darle más trabajo, pensó, pero también podía ser que lo hubiera hecho para decirle que le debía pasta antes de abofetearla por la habitación. Cuando retiró la cadenilla y abrió la puerta, se sintió tan aliviada como defraudada al

constatar que solo era Tompson, el tipo de Andrew's Street, el viejo mariquita con pinta de hurón que no hacía más que despotricar sobre política. Era buen tipo, siempre hablaba con amabilidad y nunca caía en la condescendencia de casi todos los políticos, fueran negros o blancos. En el último año o año y medio habría tocado un par de veces, ya que solía ir puerta a puerta recogiendo firmas para alguna petición o informando a la gente de las reuniones que iban a celebrarse con el fin de detener la venta especulativa de las viviendas municipales y cosas así, y Marla siempre le aseguraba que asistiría, pero nunca lo hacía, bien porque estuviera trabajando, bien porque estuviera colocándose.

Esta vez venía para hablarle de una exposición de pintura que una artista conocida suya estaba montando en la pequeña guardería de Castle Hill, a cinco minutos a pie. No echó mucha cuenta a sus explicaciones, pero la cosa iba de que la pintora estaba apoyando una de sus campañas políticas en los Boroughs y de que la tía en cuestión era de la zona, como si eso significara algo. Los Boroughs eran un pozo de mierda que estaba lleno de cabrones malfollados como sus vecinos de al lado, que le habían puesto una orden de restricción, y si no fuera porque era donde le habían dado un piso y donde trabajaba, le habría dado igual que echaran todo el puto barrio abajo y lo quemaran. El tal Tompson le dijo que la exposición se inauguraría al día siguiente, sábado, por la tarde, y Marla le respondió que, sin duda, se pasaría, algo que ambos sabían que era mentira, pero que le permitiría cerrar la puerta sin ofender al tipo. Al día siguiente, por la tarde, Marla podía estar bien, en cuyo caso se quedaría en el piso a pasar de todo, o podía no estarlo, pero bajo ningún concepto le iba a apetecer mirar unos cuadros. Esas cosas no eran más que putas estafas en las que la gente afirmaba ser capaz de ver cosas muy profundas cuando quería parecer inteligente.

Mientras le cerraba la puerta al viejo, Marla deseó estar bien a la tarde siguiente en lugar de no estarlo, significara lo que significase eso. Probablemente, no estaría peor que dando vueltas por Grafton Street y Sheep Street para hacer

la calle durante el almuerzo, que era lo que había hecho hoy. Ese era su límite, se dijo. Tenía claro que, por muy mal que fueran las cosas, no iba a bajar por Scarletwell aquella noche, ni hablar, así que esa era una opción por la que no tenía que preocuparse.

Después de librarse de Tompson y de que este se hubiera ido a la puerta contigua o lo que fuera, volvió al salón a sentarse en el mismo sitio de antes, y entonces se dio cuenta de que ya no podía imaginarse a las dos personas follando junto a la estufa. Se habían ido. Comprobó de nuevo el lateral del sofá y los bajos, regresó a su asiento una vez más y pensó que todo aquello era culpa de la puta de su madre, Rose, una blanca esquelética, guarrilla y con rastas que andaba siempre detrás de algún negro, hablando como si fuera Ali G y con Bob Marley en la boca todo el puto día. Incluso le llegó a poner «Roberta» de segundo nombre a su puñetera hija mulata. Marla Roberta Stiles, se llamaba, y que conste que Stiles era el apellido de la madre de Marla, no el de su padre. Para entonces, él hacía tiempo que se había ido, y Marla no lo culpaba ni por un puto segundo. Sin zorras no hay sufrimiento.[18]

Marla creció con una madre que no hacía más que preparar puto curry con los cascos puestos, siempre canturreando para animarse a sí misma o a algún tío, y eso cuando no estaba pegada a la tele liándose porros de hierbajos baratos que decía que eran puta maría. Luego estaban sus novios, todos ellos negros de mierda que se esfumaban a las seis semanas o a los seis minutos, en cuanto descubrían que tenía una cría. A los quince años, Marla se folló a uno de ellos, a uno de los novios de Rose, el del ojo bizco, Carlton, solo para devolverle a Rose todos los… los… para devolverle todo, joder. Todo. Aún hoy seguía sin saber si su madre había llegado a averiguar lo de Carlton, pero el caso es que lo echó de la casa de Maidencastle en menos de un mes, y el clima se enrareció tanto tras aquello que Marla no aguantó mucho más y se largó al cumplir los dieciséis. Fue por aquella época cuando conoció a Samantha, a Gemma Clark y al resto, y también a

Keith.

Desde que Marla consiguiera el piso, su madre solo se había pasado una vez. No tuvo otra que sentarse en el sofá con un porro escuchimizado —era como si la estuviera viendo ahora— a decirle a su hija lo que a su juicio estaba haciendo mal, y también lo mucho que estaba tirando su vida por la borda. «Es por toas esas drogas. No son una miaja de hierba, sino que vas a acabar siendo su esclava». Claro, como si tú no fueras esclava del alcohol casero y de las pollas de los negros, puta hipócrita. A eso, Rose hubiera respondido con algo como «Pues no soy yo la que sale a hacer la calle por Grafton Street». Y sí, ya, pero tú no podrías, mamá. No podrías hacer la puta calle. Ni por dinero, ni gratis. No podrías, coño. «No hay amor en lo que haces». Ay, joder. Estúpida de los cojones… ¿acaso te piensas que hay amor en lo que haces tú? ¿O en lo que hace cualquiera? No son más que PUTAS CANCIONES y PUTAS TARJETAS DE CUMPLEAÑOS, zorra, puto vejestorio. no me eches sermones, ¿vale?, no me los eches, joder, porque tú, tú no tienes ningún puto derecho, ninguno, joder. Te sientas ahí con tu puto porro, con tu puñetera ganja, que ni siquiera dejas de sonreír de lo colocada que vas, a decirme que me relaje. ¿qué te crees? ¿qué coño te crees? Yo sí que te voy a relajar, vieja de los huevos. Te voy a dejar la cara llena de puntos y las costillas molidas a patadas, a ver si eso te gusta, so hija de la gran, de la gran...

Allí no había nadie. Estaba sola. Te lo digo en serio, tía, háztelo mirar. En serio. Gritaba a todas horas, y no solo para sus adentros, sino en voz alta. Para Marla, lo de gritar se estaba convirtiendo en una costumbre. Le gritaba a la señorita Pierce, su antigua profesora en Lings. Le gritaba a Sharon Mawsley, de primero, le gritaba a su madre, le gritaba a Keith. Ajá, sí. Como si estuvieran allí. Al menos, era gente real y que ella conocía; al menos, en su mayor parte. Al menos, hasta ahora. En una ocasión, no, miento, en dos, Marla había llegado a gritarle al Diablo, aunque a mucha gente le daba por ahí. Samantha solía hacerlo también. Decía que, para ella, era como un dibujito

animado rojo con un tridente, aunque Marla no se lo imaginaba así.

Había sucedido en mitad de una noche de hacía tres meses, después del percance de Samantha. No había fumado mierda porque no tenía mierda que fumar, pero un tipo —¿quién sería?— le había dado unas pastillas, a saber de qué, para ayudarla con el mal trago. Estaba en el piso, en el mismo sitio de siempre, sentada en la cama en plena oscuridad y fumando tabaco con tal de poder fumar algo. Se hallaba contemplando la brasa del cigarrillo como lo haría cualquiera cuando, en la punta, apareció una especie de rostro diminuto: el rostro de un viejo con mejillas sonrosadas, boca rojiza y dos motas negras por ojos. Las pizcas de ceniza blanca y gris daban forma a su pelo, sus cejas y su barba. Había dos brasas incandescentes en lo alto, de color rojo intenso, que semejaban los cuernos de aquel diablo aparecido en el extremo de su cigarrillo, y el ente parecía sonreír. Las hebras encendidas del final ardían a través del papel del envés simulando una boca que se curvara hacia un lado, y Marla estaba en plan «¿Ah, sí? ¿De qué te ríes, feo cabrón?». Y él estaba en plan «¿De quién te crees? Me río de ti, mujer. Porque, cuando mueras, como no tengas cuidado, vas a ir al infierno».

Con eso solo consiguió que Marla soltara una carcajada, o si acaso un bufido. «¿En qué coño consiste el infierno, estúpido cara de ceniza? Yo te lo diré. Para mí, el infierno consiste en quedarme atrapada aquí, en Bath Street, para siempre», pero él contestó «Precisamente», y eso la acojonó cosa mala. ¿De dónde había salido aquella palabra? Cuando conversaba con gente imaginaria, sus interlocutores hablaban como ella, y ella no había usado «precisamente» en su puta vida. Así que lo apagó; aplastó sus pequeños sesos en combustión en el cenicero de al lado de la cama y se quedó tumbada hasta el amanecer dándole vueltas en su cabeza, pensando en lo que le había dicho. Ni lo comprendía, ni comprendía por qué le había afectado de aquella forma. Hostia puta, pero ¿qué iba a saber él? Solo era la brasa de un puto cigarrillo.

Marla había vuelto a verlo por segunda vez haría una o dos semanas, después de que Keith le dijera que ya no quería saber nada más de ella. Estaba en el piso, en el cuarto de baño, adecentándose una boca que no estaba tan mal como parecía. Pero estaba tan depre que empezó a pensar en el diablillo del cigarro y en las cosas que le había dicho, en el puto «precisamente» y tal, y se obsesionó tanto que, en su cabeza, se convirtió en una persona real, como la señorita Pierce o Sharon Mawsley, como toda esa gente que la ponía verde en su fuero interno. Era como si estuviera allí sentado, en el borde de su pequeña bañera, a su lado, mientras ella se curaba la barbilla con Dettol delante del lavabo. Solo que, esta vez, y pese a que de algún modo tuviera la misma cara, no se le apareció con la forma de la puntita roja de un cigarrillo. Era una figura de tamaño completo, como su madre, o como el desarrapado calenturiento de antes. Iba vestido con lo que parecían ser los hábitos de un monje, o quizá solo fueran viejos harapos, y exhibía un color rojo, o verde, o ambos. Tenía los mismos rizos, cuernos, barba y cejas que cuando estaba hecho de cenizas, y Marla lo vio en su cabeza como si aún le estuviera sonriendo, y se carcajeó cuando el escozor del Dettol la volvió a hacer llorar ahora que acababa de parar de hacerlo, ahora que ya se había recompuesto.

El viejo Diablo se descojonó vivo, y a ella se le inflaron los ovarios. Se le inflaron a lo bestia, hasta que al fin le gritó «¿Por qué no me dejas en paz?». Él se limitó a mirarla y a esbozar una mueca, a mofarse, a remedarla diciendo aquella misma frase con un antipático tono llorón con el que ella supo que pretendía imitarla. Cuando él dijo «¿Por qué *no* me *dejas* en paz?», ella empezó a llorar, y, cuando paró, él ya se había ido. No había vuelto a verlo desde entonces, y de hecho no quería volver a verlo, pero la gente que tenía demonios decía que, con el tiempo, se volvían más habituales, no menos. Aquel era su diablo profético de los cigarrillos, e incluso le había puesto un nombre. Moisés Ceniza, lo llamaba[19]. A veces, cuando notaba el olor a quemado que a menudo detectaba en el piso, un olor que

ella atribuía a tener fritos los sentidos, se reía y decía que seguro que Moisés Ceniza andaba cerca. Aunque eso solo pasaba cuando se metía mierda, y se ponía de buen humor, y todo le parecía más divertido.

Marla se hallaba rebuscando una vez más en el costado del sofá cuando constató, al atisbar el reloj de sobremesa de la repisa, que llevaba allí más de hora y media, pese a que lo único que había pretendido era pasarse a ver si, por casualidad, encontraba algo de la mierda que podía haber extraviado. Joder. Si no se ponía las pilas, iba a perderse a todos los clientes de la hora de salida, a todos esos tipos que volvían a casa para pasar el fin de semana desde Milton Keynes, o Londres, o dondequiera que trabajaran. Más le valía que el ajetreo fuera infinitamente mayor que el que había visto a la hora de comer por Regent Square, Sheep Street y demás, porque, como no consiguiera algo de dinero pronto, iba a tener que, en fin… que quedarse. Quedarse, leer su álbum de lady Di y sus libros del Destripador, y aguantarse, eso es lo que haría. Porque ni de coña, ni de puta coña, iba a hacer la calle aquella noche, ni hablar. Ni hablar.

Se repasó el maquillaje lo mejor que pudo, aunque por el pelo no fue capaz de hacer mucho. Tras poner los recortes y los libros del asesino en los cajones de la ropa limpia de su dormitorio para así recordar dónde estaban, salió a través de su pequeña cocina y de la puerta de atrás a los enormes jardines de cemento de los pisos. No hacía mal día, pero la mera visión de los senderos de grava, de los arbustos, de los escalones que se extendían hacia la trasera de los pisos del lado opuesto o hacia los grandes arcos de ladrillo del camino central siempre le bajaban la moral, y casi siempre le suscitaban el olor de Moisés Ceniza, aunque hoy no fue el caso. Aquello era un asco. Seguro que nunca había existido una época en la que todo lo que ocurriera allí no fuese horrible.

Una de las chicas que rondaba por el lugar tenía trece años y, durante el último mes, la pobre hija de puta había tenido la suerte de causar sensación entre los somalíes. Pero

aquello no iba a durar mucho. O, mejor dicho… la que no iba a durar sería ella. Luego estaba el viejo espasmódico que solía vivir al otro lado del caminito central, en el siguiente edificio o así, y cuya incapacidad mental se había corrido por todo el barrio. Al parecer, va y conoce a un fulano en un pub, el tipo se invita él solo a ir a su casa, le dice al cascado que vaya piso que tiene y le comenta que podría traerse a unos amigotes de su bloque para hacerle un poco de compañía, ¿vale? Pues bien, lo que pasa luego es que los muy cabrones se mudan a la casa, la ocupan y le dicen al pobre tipo que, como se le ocurra joderlos, lo liquidan, y el cascado no dice ni pío, porque está muy fastidiado y, también, porque se asusta. Al final, los tipos acaban cocinando mierda y empleando chicas en la casa, y el impedido termina en la calle. Esos pisos de Bath Street eran un lugar al que el Ayuntamiento podía mandar a todos los chiflados, kosovares y albaneses de los que quisiera librarse; un lugar en el que podían poner a toda la morralla hasta que, simplemente, desapareciera, hasta que se esfumara como lo habían hecho Samantha y las demás chicas, Sue Bennett, y Sue Packer, y la que tenía un hueco entre las paletas, esa a la que llamaban la Limpiafrenillos. ¿Kerry? ¿Kelly? Era la que habían encontrado por Monk's Pond Street, la rubia de los dientes. Ninguna había muerto hasta ahora, pero habían estado a punto, joder. Samantha había estado claramente a punto. Así que ni de coña iba a hacer la calle por la noche.

Además, estaba su orden de restricción. Incluso sin lo otro, lo de Samantha y tal, era una razón estupenda para quedarse en casa. Los putos Roberts, los de la puerta de al lado, eran los culpables. Hacía tres o cuatro meses, Keith le había procurado más trabajo. Durante dos o tres noches, cinco a lo sumo, se había traído a los puteros a casa. Ni siquiera hasta tarde, solo hasta las dos o así, pero los putos Wayne y Linda Roberts no se habían despegado nunca de la puta mirilla, siempre abroncándola por el ruido y dándole la coña con su puto crío, y todo con los clientes mirando, escuchando cómo la llamaban puta mil veces, no es de

extrañar que más de uno se largara. Cinco putas veces. Seis, como mucho, y luego hicieron que le impusieran la restricción.

Putas restricciones. Solo servían para poder controlar sitios como los Boroughs sin gastar dinero en más policías. Con imponerles una restricción a todos esos hijos de puta y dejar que las putas cámaras los vigilaran, listo. Y con las cámaras, como suele decirse, puta tolerancia cero. Si alguien aparece rompiendo las condiciones dictadas, entonces ya está, a encerrarlo. Poco importa que lo que esté haciendo sea o no un delito penal. Marla sabía de una mujer a la que le habían puesto una restricción contra tomar el sol en su propio patio trasero. Como lo oís. ¿Que de qué coño iba aquello? Pues de que una puñetera vecina, alguna momia que no soportaba que alguien se lo pasara bien, que alguien llevara las tetas al aire, no había tenido otra, la muy cerda, la muy cabrona, que solicitar una puta restricción en su contra, y entonces ellos…

Kenny el Gordo. Ese era el que le había dado las pastillas la noche en la que había visto a Moisés Ceniza por primera vez, el chaval gordo y calvo que vivía en los pisos del Mayorhold que estaban detrás de las Torres Gemelas, que era como llamaban a Claremont Court y Beaumont Court. Ella se había pasado por su casa a hacerle una paja y él le había dado las pastillas. Era curioso que los detalles esquivos vinieran por sí solos en cuanto uno dejaba de intentar recordarlos y se olvidaba de ellos. Cruzó el patio hacia uno de los arcos de ladrillo de los extremos; uno cuya puerta había notado que estaba abierta y que no precisaba llave, dado que la suya la había perdido o la había puesto en un sitio del que no se acordaba. Vestida con la gabardina corta y sexi que no había llegado a quitarse en todo el tiempo que había estado en la casa, subió hacia la rampa por el sendero central y mandó a tomar por culo al perro que se topó a mitad de camino, básicamente porque estaba soltando un mojón enorme.

Al avanzar por el rellano superior de la rampa y atravesar el pequeño murete de salida hacia Castle Street,

notó un ligero subidón venido de la nada cuando el sol destelló durante un minuto desde detrás de una nube. Se sintió más positiva y tal, y pensó que aquello era una buena señal, un signo de buena suerte o lo que fuera. No como un augurio, pero algo parecido. Todo iría bien. Se toparía con alguien por Horsemarket o Marefair y, luego, quién sabe, tal vez las cosas mejoraran en general. Si conseguía echar un par de polvos puede que Keith le dijera que volviese con él, aunque, a tomar por culo, quizá se fuera con otro, con uno de los kosovares y tal, qué más le daba. Eran sobre las cuatro y media cuando pasó por la señal de prohibido el paso del final de Castle Street hacia Horsemarket. Fenomenal. A ver quién andaba por allí.

Había mucho tráfico, pero muy rápido y con prisa por llegar a casa, nadie que fuera a veinte por hora con un ojo puesto en la acera. Al otro lado de la bulliciosa carretera, bordeando el último tramo de College Street y aquella iglesia de aspecto tenebroso, pudo ver la parte de atrás de Katherine's Gardens, conocidos entre los veteranos del lugar como los «Jardines del Reposo». En los pisos de Bath Street vivían unas viejas que habían ejercido el oficio en tiempos pretéritos y que ahora tendrían unos sesenta o así. Joder, Marla ni siquiera se imaginaba cumpliendo los treinta. El caso es que estas maduritas decían que en St. Katherine's Gardens y la parte superior de College Street era donde se partía todo el bacalao en los años cincuenta y sesenta, allá por la guerra o lo que fuera. Arriba, donde College Street se unía con King Street, había un pub que se llamaba Criterion, y justo en el lado contrario de la calle había otro, el Mitre. Era en ellos donde las chicas se dejaban caer por aquel entonces, y hacían los negocios bien en los arbustos de Katherine's Gardens, bien gracias a una compañía de taxis que operaba junto al Mitre. Los vehículos las llevaban con sus puteros hasta los pisos de Bath Street, esperaban fuera unos cinco minutos a que los tipos terminaran, y luego los devolvían a ambos al pub. A Marla, esas cosas le sonaban de escándalo, todo confort y cordialidad. Incluso había gente que se dedicaba a rondar para velar por las

muchachas.

Ni que decir tiene, la pasma era muy distinta por aquellos días. El plan era concentrar cada negocio en un pub distinto, así que tenían a todos los hippies y los drogatas en un local, a todos los moteros en otro, a los maricas y las tortilleras en Wellingborough Road, y a las chicas por aquí, en el tramo superior de College Street. Estaba claro que funcionaba de puta madre, pero luego entraron nuevos policías con nuevas ideas y con la más que probable intención de que se notara que hacían algo para, así, quedar bien en los periódicos. Llegaron, cerraron los pubs y dispersaron a todo el mundo por todas partes, de forma que ahora tenías todas estas problemáticas repartidas por casi todos los pubs de la ciudad. Marla supuso que era un poco como Afganistán, donde todos los terroristas estaban en un solo sitio antes de que enviaran a los soldados a esparcirlos por todas putas partes. Vaya resultado de mierda. Marla elucubró cómo debían ser las cosas cuando Elsie Boxer y las viejas de los pisos ejercían el oficio allá por la década de 1960, con todo tan dickensiano y tal. Debía ser de lo más agradable.

Elsie le había dicho que cerca del Criterion, en los límites de Katherine's Gardens, solía estar la estatua de una mujer con las tetas al aire sosteniendo un pez, pero que la gente andaba todo el día fastidiándola, pintándole las tetas y demás, y que al final le habían arrancado la cabeza. Después de aquello, lo más probable es que pensaran que la gente de por allí no se merecía una estatua, porque la trasladaron a Delapré, la abadía de Delapré, donde el clima era de lo más pijo y carca, para ponerla en la parte de atrás de Beckett's Park, antes conocido, según Elsie, como Cow Meadow. Marla pensaba que lo de la estatua había sido de auténtica vergüenza. Típico de cojones, además. Siempre le tocaba a lo sexi, ¿eh? A una mujer, o en este caso a una estatua con sus tetas y demás, nunca le iban a faltar cabrones que quisieran destrozarla. Destrozaban todo lo que fuera hermoso, como la princesa Diana o Samantha. Lo liquidaban. Le arrancaban la puñetera cabeza, joder. Así

eran las cosas y así habían sido siempre. Algunos hijos de puta no sentían ningún puto respeto por nada.

Se detuvo un instante a sopesar sus alternativas. Cuesta arriba, a su izquierda, estaba el Mayorhold, otro lugar que Elsie decía que solía estar muy bien, una especie de antigua plaza mayor en la que ahora solo había un cruce. Ese podía ser un buen sitio para conseguir clientes, o al menos lo había sido en el pasado, pero solo después del anochecer, no a aquellas horas del día. Su mejor opción era ir cuesta abajo hacia los semáforos del fondo, los de la esquina en la que Gold Street y Horsemarket se unían a Horseshoe Street y Marefair. Allí pescaría a todos los puteros que subieran por Marefair desde la estación y tendría a tiro a cuantos bajaran en sentido contrario desde Horsemarket y Horseshoe Street hacia Peter's Way y la salida de la ciudad. Además, a la derecha, bajando por Marefair, justo donde habían echado abajo el Barclaycard, estaba el Ibis. Con los forasteros de los hoteles nunca se sabía. Así pues, tras meterse las manos en los bolsillos de su pequeña gabardina de PVC, enfiló pendiente abajo.

Al final del todo, Marla cruzó Horsemarket a la altura de la pizzería de la otra acera, luego atravesó Gold Street hacia la esquina en la que esta se unía con Horseshoe Street, y finalmente se quedó allí fumándose un cigarrillo. Eso era lo único bueno de todas esas leyes antitabaco. Había tantas oficinistas saliendo a la calle para tomarse un descanso y encenderse un pitillo que, ahora, si te parabas en una esquina a fumar con pinta chunga, nadie suponía automáticamente que estuvieras haciendo la calle o algo así. Observó a la multitud, a las personas que iban y venían por el paso de cebra tras salir del trabajo o de camino a casa para hacerles el té a sus hijos. Marla se preguntó qué se les pasaría por la cabeza, y concluyó que seguro que sería algo aburrido, como el puto fútbol o la puta mierda que daban por la tele, y no como las cosas en las que pensaba ella, que eran una puta maravilla llena de imaginación y tal, porque a nadie más se le iba a ocurrir pegar a la princesa Di encima del sol. Escudriñando el

gentío en busca de posibles clientes, empezó a soñar despierta pensando en quién le gustaría que la abordara si pudiera tener a quien quisiera, al hombre que le diera la gana.

No sería un tipo corpulento, y tampoco sería excesivamente masculino. Gay no, pero sí guapo. Un poco femenino, aunque por aspecto, no por ademanes. Ojos bonitos. Pestañas bonitas y demás, y atlético de cojones, fibroso, de esos a los que se les da de muerte bailar y follar. Pelo moreno y rizado, con una pequeña barba… no, no, con un pequeño bigote… con ese BSDH que la gente ponía en sus perfiles, es decir, con un buen sentido del humor que la hiciera reír un poco, porque no se había reído en meses, joder. Con BSDH y NF, no fumador. Y blanco. Por ninguna razón en especial, pero sería blanco. Se pararía justo aquí, en la esquina, junto a ella, charlaría un rato, flirtearía un poco, no le preguntaría cuánto le cobraría por una mamada. Parpadearía juguetonamente, soltaría un par de bromas y la miraría como si ambos supieran de qué iba la cosa, una mirada sucia, obscena de verdad, no como en los DVD. Oh, hostia puta. Estaba mojando las bragas. Le dio una larga calada al cigarrillo y bajó la vista hacia el suelo. Al tipo este, a este maromo tan fibroso de cojones, ni siquiera le cobrarías, ¿verdad? Tú misma le pagarías, coño. Se lo llevaría a su piso y, por el camino, la besaría, la besaría en el cuello, y puede que lo sintiera rozarle el culo, y, cuando le dijera que no, él se limitaría a mirarla, ¿eh? La miraría bajando las pestañas, como un niño pequeño, y diría algo gracioso de cojones, y entonces ella le dejaría hacer lo que fuera, tío. Lo que fuera. Cuando llegaran a los pisos, probablemente, la empotraría contra la puerta de su casa, ahí en medio, en el pasillo, deslizaría la mano hacia su pubis y empezarían a besarse, y ella le diría no, por Dios, déjame al menos abrir la puerta.

Y entonces los Roberts conseguirían enchironarla.

Al oír cómo el reloj de Todos los Santos daba, desde la cima de Gold Street, los tres cuartos, es decir, las cinco menos cuarto, tiró el cigarrillo y lo aplastó con la suela. Le

dio otra ojeada al gentío, pero allí no había una mierda. Una chica blanca y pelirroja, bastante guapa y con un bebé precioso de cojones en brazos, pasó por delante. Muy bonito, querida. Hermosas tetas. Qué bien te va, ¿eh? Lo más probable es que ni siquiera te merezcas a esa cría. Lo más probable es que la jodas viva y que crezca deseando no haber nacido, o haber muerto siendo pequeña y feliz, porque esa es la pinta que tienes y eso es lo que suele pasar. Eso es lo que siempre suele pasar, joder.

Un tipo viejo y negro de aspecto amable, de barba y pelo blancos, recién salido de trabajar y de camino a casa en su bici, se había parado allí, con un pie en el suelo, a esperar al semáforo, y también había unos quinceañeros con monopatines bajo el brazo, pero nadie prometedor. Marla oteó hacia Horseshoe Street, a su izquierda, y se preguntó si valdría la pena acercarse a los billares que estaban a medio camino del pub aquel, el Jolly Wanker o como se llamara, el que Elsie Boxer decía que antes era el pub de los moteros, el Harborough no sé qué. El Harbour Lights. Buen nombre, sonaba acogedor, mucho más que el puto Jolly Wanker. Quizá pillara al típico soltero de los billares, uno que hubiese ganado algo de pasta y que se sintiera con suerte.

Por otra parte, los billares no le hacían excesiva gracia. No porque fueran oscuros o sórdidos, sino porque… Oh, mirad, puede que esto fuera de locos de atar, sí, pero la única vez que había estado allí había sido una ¿tarde? en la que apenas había gente, y todo estaba oscurísimo, con aquellas lámparas gigantescas iluminando las mesas con enormes haces de luz, de luz blanca, y a Marla le dio tanta grima que, sencillamente, se fue. Tardó un poco en ser capaz de describir la sensación, ese escalofrío que sabía que había notado, y al hacerlo se dio cuenta de que había sido como la primera vez que había entrado en una iglesia siendo niña. Al comentárselo a Keith una noche en la cama, él le soltó que no eran más que desvaríos, que eran putos disparates. «Son disparates, tía. Solo son disparates que tienes en la cabeza». Odiaba las iglesias. Dios y todo eso,

todos esos pensamientos sobre la muerte, sobre cómo vivir su vida, todas esas gilipolleces eran mierda morbosa. Si quería una experiencia religiosa, le bastaba con pensar en la princesa Di. Cualquier cliente que hubiera en aquellos santos billares podía irse a la mierda, decidió, y luego se metió las manos en los bolsillos, se embozó la barbilla y esperó a que el semáforo volviera a ponerse en verde para poder cruzar desde lo alto de Horseshoe Street hacia Marefair. Ya tendría más suerte en la estación.

Marla se tomó con calma su descenso por Marefair a lo largo de la acera opuesta al hotel, el centro de ocio y lo que fuera. No tenía sentido ir con prisas, porque eso daba una sensación desagradable, como si a uno le importara pararse con alguien a charlar. Pasó junto a todos los pequeños restaurantes de aspecto alicaído y demás, y al llegar a Freeschool Street, una de las bocacalles de Marefair, se cruzó con una pareja que parecía casada, los dos cuarentones y con unas caras de aúpa. Miserables a tope, como si el mundo entero se les hubiera caído en lo alto a su paso por Freeschool Street hacia Marefair, la cuesta y el centro de la ciudad. No iban cogidos de la mano, ni hablando, ni mirándose, ni nada. Marla ni siquiera sabía por qué creía que estaban casados, pero tenían toda la pinta, ambos caminando juntos y mirando hacia la nada como si algo horrible de cojones acabara de pasar. Preguntándose qué sería y ensimismada con ellos, casi se topó con un tipo que estaba parado en mitad de la calle, al principio de Freeschool Street, escudriñando como si hubiera perdido algo, su perro o lo que fuera.

Era bastante alto, blanco, madurito aunque en buena forma, y con una mata de pelo morena y rizada que aún no había encanecido, pero hasta ahí llegaba su parecido con el hombre ideal de Marla. Ni rastro de pestañas bonitas o de bigotito, pero sí de una gran nariz, unos ojos tristes con unas cejas que se arqueaban a la mitad y que parecían pegadas, y una enorme sonrisa afligida que le surcaba el rostro. Aparte, vestía de un modo muy curioso, con una especie de chaleco naranja, amarillo, rojo o lo que fuera

sobre una camisa vieja de cojones que llevaba remangada y una de esas cosas en el cuello, no una corbata, y tampoco una pajarita, sino una suerte de pañuelo chillón como el de los granjeros de los libros. Con esa nariz y ese pelo moreno, tenía aspecto de gitano, y estaba parado en Freeschool Street como si buscara a su mujer, su perro, o lo que fuera que hubiera perdido. No era ningún caramelo, y era más viejo de lo que a Marla le hubiera gustado, pero más viejos habían caído, y más feos también. Al apartarse para no chocar con él, lo miró y esbozó una sonrisa, pero luego recordó lo del diente y la tornó en un mohín, en una suerte de morritos que puso antes de hablar.

—Ooh, lo siento, amigo. No sé ni por dónde voy.

La miró de arriba abajo con sus ojos tristes y una sonrisa de oreja a oreja. Ella se dio cuenta de que llevaba una o dos copas encima, pero tanto mejor. Cuando respondió, lo hizo con una graciosísima voz aguda que exhibía cierto gangueo. El tono agudo ni siquiera estaba ahí todo el tiempo, porque a veces bajaba en una especie de «arrrr» como el de Egidio el granjero, todo muy a tono con el pañuelo del cuello, muy rural y tal, Marla no sabía explicarlo, pero luego volvía a elevarse en una risa extraña, una risita, una especie de tic nervioso. Definitivamente, iba borracho.

—Aah, no pasa nada, encanto. Todo bien. Ah, ja, ja, ja.

Oh, mierda puta. Hizo lo que pudo por no descojonarse, como cuando intentaba no reírse con las lecciones de algún profesor de Lings y acababa produciendo un sonidito con la nariz que intentaba disimular tosiendo. Aquel tío era la hostia. Claramente, le faltaba un tornillo; no en el sentido peligroso de la expresión, como era el caso de los tarados que soltaban por el barrio, pero sí en el de que no parecía estar en el mismo mundo que el resto, como si pudiera ser el siguiente Doctor Who o algo así. Fuera lo que fuese, no había mordido el anzuelo, así que optó por tirarle los tejos directamente.

—¿Te apetece un poco de marcha?

Su reacción fue lo nunca visto. En un giro de los

acontecimientos de lo más cachondo, no pareció conmocionarse con el tema, sino más bien interpretar una conmoción a base de exagerar. Tensó el cuello, echó la cabeza hacia atrás y abrió mucho los ojos, arqueando sus grandes cejas negras, como si estuviera desconcertado. Era como un personaje de esas películas que ella nunca veía, o incluso más anticuado aún, como alguien salido de una pantomima o lo que fuera, de un vodevil y tal. No. No, no era eso lo que hacía. Se parecía más bien a los tipos de las películas de antes, las que no tenían palabras, esas en las que todo era música, y blanco y negro, y demás. Esas en las que forzaban las expresiones para que supieras lo que querían decir sin que dijeran nada. Empezó a sacudir ligeramente la cabeza para acompañar su cara de sorpresa y parecer aún más conmocionado. Era como si estuvieran interpretando una obra de teatro en un colegio, o al menos como si él pensara que lo estaban haciendo, con todas las distintas cosas que uno debía decir escritas y aprendidas de antemano. Su modo de actuar, en cambio, era como si las cámaras de la tele los estuvieran enfocando para rodar una nueva comedia. Y actuaba como si ella también formara parte de la serie. De pronto, abandonó la expresión de sorpresa y sus ojos volvieron a tornarse tristes y amables, del todo comprensivos, y luego volvió la cabeza hacia un lado como si quisiera saludar a un público o a unas cámaras que ella no veía por ninguna parte, y volvió a soltar una carcajada, una con la que pareció estar riéndose de la cosa más graciosa del mundo. Por algún extraño motivo, o quizá porque hubiera pasado bastante tiempo desde su última carcajada, Marla pensó que tal vez llevara razón. Desde cierta perspectiva, todo aquel asunto resultaba gracioso de cojones.

—Ah, ja, ja, ja. No, no, no, todo bien, encanto, gracias. No, bendita seas, todo bien. Estoy bien como estoy. Ah, ja, ja, ja.

La risita del final fue muy aguda. Sonó como si le diera vergüenza, pero el tipo era tan extravagante que… a saber. Se sentía como un pez fuera del agua con él. Aquel asunto

era como… uuuuuf. Volvió a intentarlo, por si acaso no le había pillado el punto y tal.

—¿Estás seguro?

Inclinó la cabeza hacia atrás, exhibiendo una descomunal nuez de Adán, y luego la sacudió de lado a lado mientras soltaba su risita. Lo de «inclinar la cabeza hacia atrás y reírse» lo había visto antes, pero solo en libros. Nunca había visto a nadie intentarlo o hacerlo. Era de lunático absoluto.

—Ah, ja, ja, ja. No, encanto, estoy bien como estoy, gracias. Todo bien. Ya que estamos, te hago saber que soy un poeta publicado. Ah, ja, ja.

Y esa era la cuestión, pareció decir. Eso lo explicaba todo, punto final. Ella medio asintió ante la frase con una sonrisa fija en plan «Sí, vale, tío, muy bien, nos vemos», y prosiguió su camino por la acera de San Pedro, dejando atrás los edificios marrones de piedra, sus ventanas de vitrales, la casa de la puta Hazel-no-sé-qué y demás. Echó la vista atrás una sola vez, y el tipo aún seguía en la esquina, escudriñando la pequeña callejuela a ver si su perro, o lo que quiera que se le hubiera escapado, volvía cuesta arriba. Levantó la mirada, la vio observando y volvió a hacer lo de la cabeza. Incluso a aquella distancia, pudo ver que también entonó su risita. Se volvió y enfiló más allá de la iglesia de San Pedro en dirección a la estación, donde ya se podía ver a la gente de camino a casa; multitudes enteras marchando hacia el centro de la ciudad, que quedaba al otro extremo de Marefair, sin mirarse los unos a los otros, ni a Marla

A la izquierda, con su barandilla negra y el césped circundante ya atrás, San Pedro parecía una puta antigualla, ¿verdad? Una auténtica mierda Tudor, o eduardiana, o lo que fuera. Miró a ver si había alguien durmiendo bajo el pórtico de la entrada, pero no vio a nadie. Marla supuso que estarían a punto de dar las cinco o así, porque por la noche no dejaban que nadie durmiera allí, solo lo permitían de día. De noche, te echaban, lo cual era una puta estupidez. Ayer mismo se había pasado por San Pedro a la hora del almuerzo y había visto a un par de

tipos tumbados en la fachada. Oh, no, un segundo, no había dos, ¿verdad? Solo uno. Había tenido su gracia, ahora que caía.

Había visto a dos personas recostadas en la entrada, o al menos había visto dos pares de pies sobresaliendo de entre los sacos de dormir y demás. Los dedos apuntaban los unos a los otros, hacia dentro, por lo que había deducido que los tipos estarían yaciendo cara a cara y se había olvidado del tema. Pero, al llegar a la altura de la puerta, al volver a mirar, solo pudo ver un par de plantas asomando. Las otras habían desaparecido. Se devanó los sesos intentado figurarse a dónde habrían ido aquellos pies. Puede que, al mirar por primera vez, solo hubiera un par de pies descalzos, y que el tipo se acabara de quitar los zapatos de tal forma que hubieran quedado punta con punta. Luego, antes de mirar otra vez, el tipo se los habría vuelto a poner, con lo que ella ya solo vio un par de pies y no hizo más que pensar en una desaparición o un fantasma. No es que Marla creyera en fantasmas, pero, si existían, seguro que San Pedro sería un lugar idóneo para alternar, ¿eh? Un sitio de su época, la de los Tudor, los Eduardos y demás.

Ahora, al pasar por la puerta, Marla no pudo evitar echar una pequeña ojeada solo por curiosidad, pero la zona bajo el arco exterior del cerrado portón negro estaba vacía, excepto por los carteles de esa otra religión que tenía alquilado el lugar, la de los chipriotas griegos o los pakistaníes, una de esas. Siguió hacia delante hasta la puerta del Black Lion, donde se detuvo para contemplar el tráfico que atestaba en hora punta el gigantesco cruce cercano a la estación. La gente seguía manando en tropel en dirección a Black Lion Hill, Marefair y el centro, y a ella se le sumaban los taxis de todos los colores que venían desde la entrada que tenía la estación a este lado del puente Oeste, todos esperando en los semáforos junto a las furgonetas y los camiones. Esto era, en fin, absurdo. ¿Qué coño hacía aquí? La probabilidad de que pudiera poner un pie en el atrio de aquella estación era idéntica a la de poder llegar allí volando.

Era noche de viernes. Las chicas estarían llegando de Bletchley, Leighton, Buzzard y, hasta donde sabía, del puto Londres, ellas y sus putos chulos, todas con mejor aspecto que Marla, porque las cuidaban y demás, y la mirarían, y sabrían lo que era, sabrían que era una de ellas, pero no tan buena. Esa puta miradita, ¿eh? Y luego estaba Keith. Keith también podía estar allí abajo, fichando nuevos talentos. Se pasaba algún que otro viernes, y ella sabía que no podría soportar eso, que Keith la viera desesperada. Además, joder, nadie hacía la calle en la estación, no con las cámaras. ¿En qué coño estaba pensando? Es decir, ¿hola? La Tierra llamando a Marla. No pensaba bajar allí, pero, entonces, sería una noche en blanco, aunque, vaya, tampoco le importaba, así que no pensaba bajar allí. Pero, entonces, sería una noche en blanco. Oh, joder.

Lo que sí podía hacer era ir a ver a Kenny el Gordo. No iba a solventarle la papeleta, pero le gustaban las drogas, así que tendría algo que meterse. Si la abastecía, podría aguantar el tirón hasta mañana, aunque volviera a pasarse la noche sentada y hablando consigo misma. Había formas peores de pasar la noche. Esperó a que el semáforo se pusiera en verde y, entonces, trastabilló entre los coches que se habían detenido y a través de Black Lion Hill para llegar a la otra acera de Marefair, desde donde Chalk Lane subía hacia Castle Street y los pisos de Bath Street en los que ella vivía.

Chalk Lane siempre le traía a la memoria a Jack el Destripador, al menos desde que había leído sobre el tema hacía unos años en el *Chronicle & Echo*, donde un lugareño decía que el Destripador podía ser de por aquí. Mallard, se apellidaba el fulano, tanto el que firmaba la pieza como el tipo al que este atribuía los asesinatos. Al parecer, rebuscando en su árbol genealógico, había encontrado a otra familia llamada Mallard. Mismo apellido, aunque sin relación, residentes en la zona de la iglesia de Doddridge, Chalk Lane y demás, y marcados por la locura. Después del suicidio de uno de sus miembros, uno de sus hijos se había marchado a Londres a trabajar como carnicero en el East

End por la época de los crímenes. Marla había leído todas las teorías y no creía que aquella se sostuviera mucho. Pero tenía su gracia que ella estuviera obsesionada con Jack el Destripador y que un tipo pensara que procedía de su barrio.

Algunas de las otras chicas pensaban que, en fin, que a qué venía leer todo aquello, y más siendo del gremio, pero Marla creía que, pues… en fin… lo cierto es que no sabía muy bien qué creía. No sabía por qué Jack el Destripador le interesaba casi tanto como la princesa Di. Quizá se debiera a que todo era histórico, como *El Señor de los Anillos* y tal. O quizá se debiera a que no guardaba mucha relación con 2006 y a que era como pillarse una curda. Algo en plan evasión. La época victoriana, *El lustre de la perla* y todas esas cosas. No eran la vida real. Y por eso le gustaban. Además, los entresijos del tema resultaban muy pero que muy interesantes cuando se conocían, y que la familia real hubiera ordenado los asesinatos de todas aquellas mujeres había sido igualito que lo de Diana. No en el sentido de degollarla, pero sí en el fondo.

Ahora que caía, en el caso del Destripador había otros sospechosos vinculados con Northampton, no solo ese tal Mallard del periódico local. El duque de Clarence llegó a pasarse por aquí a inaugurar una vieja iglesia, la de San Mateo, en Kinsgley. Luego estaba el desviado aquel, el poeta desviado que odiaba a las mujeres. J. K. no sé qué. J. K. Stephen. Había muerto en el manicomio de Billing Road, el manicomio pijo, ese en el que decían que habían estado Dusty Springfield, Michael Jackson y demás. El tal Stephen fue el que escribió todos esos poemas que insultaban a las mujeres. ¿El de Kaphoozelum también era suyo? Decía algo así como «alaben todos a Kaphoozelum, ramera de Jerusalén». Se le había quedado porque el nombre era muy gracioso. Joder, ojalá se llamara ella Kaphoozelum, y no Marla.[20]

Subió hacia la entrada de Chalk Lane desde Black Lion Hill y, por unos segundos, pensó en rondar las puertas de las casas que había a su izquierda en la desembocadura de

la calle. En ocasiones, si no había clientes o si los camioneros del aparcamiento del Super Sausage no mostraban interés, sus conocidas no tenían otro remedio. Iban en plan puerta a puerta por casas en las que sabían que había solteros, viudos o lo que fuera, o simplemente se la jugaban tocando a cualquier portal, como gitanas que vendieran baratijas, para preguntar si a alguien le apetecía un poco de marcha. Una vez, Samantha le había contado que, llamando a las puertas de Black Lion Hill, solo por probar y sin conocer a nadie de allí, se había topado con un gallito que no era otro que el concejal ese cuya mujer también era concejal. La esposa estaba en casa, y todo el mundo se puso a decir, en plan indignado de cojones, que iban a investigar a Samantha y al resto, así que ella no tuvo otra que quitarse los tacones y salir por patas.

No, Marla iba a pasarlas canutas como rondara por Black Lion Hill. Mejor pajear a Kenny el Gordo. Tal vez tuviera alguna pirula de sobra o algo.

Estaba dejando atrás el aparcamiento de su izquierda cuando, desde la lejanía, oyó el ruido de una voz, o voces, que la hicieron alzar la vista. En la esquina superior, cerca del caminito que subía hacia el trozo de césped que bordeaba la trasera del muro alto de Andrew's Road, donde decían que antaño se erguía el viejo castillo, había unos niños saliendo del estacionamiento hacia el pedacito de hierba. Cuando miró, solo atisbó a la última del grupo, así que no pudo ver cuántos eran, pero se había acostado con clientes en aquel césped, y le sentó un poco mal saber que allí jugaban niños. Solo tendrían ocho putos años o así, muy pequeños como para pensar que sus madres y sus padres los dejaran salir solos a la calle en aquellos tiempos, con tanto pervertido suelto. Además, en una hora sería noche cerrada, porque al pasar por Marefair le había dado la sensación de que el sol ya estaba poniéndose tras la estación.

La última niña del grupo, esa que ella había visto, era una chiquilla con la cara muy sucia, pero bastante bonita, que parecía una puta elfo o así, con su flequillo alborotado y unos ojillos avispados con los que había mirado, por

encima del hombro y a través del aparcamiento, directamente hacia Marla. Lo más probable era que, por estar muy lejos y por haberla visto durante solo un segundo, Marla se hubiera confundido como en el caso del par de pies de la entrada de San Pedro, pero le había dado la impresión de que la cría llevara un abrigo de pieles. No un abrigo, sino solo el cuello, como si fuera una estola de visón. Estola, eso es. La chiquilla parecía llevar puesta una estola, una cosa peluda sobre sus pequeños hombros, pero Marla solo la había visto durante un segundo antes de que desapareciera, y luego había proseguido hacia la iglesia de Doddridge. Fijo que solo era un top de esos suavecitos, concluyó.

La iglesia de Doddridge estaba bastante bien: como no tenía aguja, no resultaba tan canallesca como el resto de las iglesias, sino que era un edificio de aspecto decente. Aparte, tenía una puerta en mitad de la pared que siempre la desconcertaba. ¿De qué iba aquello? Había visto puertas a media altura en viejas fábricas y demás, para poder entregar mercancías, pero ¿quién podría necesitar entregar cosas así en una iglesia? Los libros de himnos y demás podías meterlos, sencillamente, por la puerta.

Subió por Castle Street, la recorrió hasta el final y, justo como antes, pasó por la señal de prohibido el paso hacia Horsemarket, solo que esta vez tiró en dirección opuesta, subió por el Mayorhold, dejó atrás las bocas de metro y el edificio de Reino de Vida, y torció hacia los pisos situados tras las Torres Gemelas, que era donde vivía Kenny el Gordo. Estaba en casa, preparándose un plato de alubias con tostadas que aún tenía en la mano cuando fue a ver quién tocaba a la puerta. Llevaba puesta una sudadera de marca que le cubría su enorme panza y a la que, como poco, le faltaba una talla. Y lo mismo podía decirse de su cara, que era demasiado pequeña para su cabezota afeitada y sus grandes orejas, pendientes incluidos en una de ellas. Se puso en plan «Oh, hola…» y entonces como que se retrajo un poco para que ella se diera cuenta de que no tenía ni idea de cómo se llamaba y de que apenas la

recordaba, pues gracias, joder. Termina una con agujetas tras veinte minutos sacudiéndole esa polla enana que tiene y así se lo agradece. Aun así, sonrió y flirteó un poco con él, arrimándosele cuando se echó para atrás con el fin de recordarle quién era y lo que había hecho por él aquella vez.

Le preguntó si tenía algo que pudiera animarla un poco, pero él se limitó a sacudir su gran cabeza calva y a decirle que solo mierda legal, mierda que se podría pedir en la sección de anuncios de una *Bizarre*,[21] y otra mierda distinta que cultivaba él mismo. Había quedado un poco más tarde con un colega del barrio para ver qué tal les iba con la susodicha mierda legal. Marla le dijo que andaba desesperada, y que, si le daba un poco de lo que fuera para venirse arriba, lo iba a tratar de puta madre, mejor aún que la última vez. Se refería a una mamada, pero él lo sopesó un minuto antes de decir que vale, que si lo hacían en plan anal podría darle algo, y aquí ella lo mandó a la puta mierda, vete a la mierda y a ver si te mueres, gordo cabrón. Que se pase tu colega y te la meta hasta el fondo, que yo me largo, aunque sea sin nada. Él se encogió de hombros y volvió adentro a zamparse sus alubias con tostadas, mientras que ella giró en redondo para circundar la fachada de las Torres Gemelas y marcharse subiendo por Upper Cross Street hacia Bath Street.

Joder. Cruzó la entrada de la valla a media altura y atravesó el caminito central que surcaba el césped. Joder. Joder, ¿qué coño iba a hacer ahora? Toda la puta noche sin nada, ni siquiera un Moisés Ceniza en las brasas del cigarrillo con el que poder hablar. Joder. La puerta de hierro negra por la que había salido seguía abierta bajo el arco de ladrillo. Tras franquearla y bajar los tres escalones que la separaban del patio, notó el olor, ese olor a Moisés Ceniza que era como el de la basura en combustión, como si alguien estuviera quemando pañales llenos de mierda, seguro que eran los putos roberts. Joder. Más allá de los putos arbustos grises y de otros cuantos escalones, bajo el pequeño soportal al que daban las puertas traseras, Marla

vio la nuca de Linda cara-de-estreñida Roberts asomando por la ventana de su cocina, pero se deslizó por su propia puerta trasera hacia su piso antes de que aquella puta se volviese y la viera también. Joder. Menuda puta mierda. Toda la puta noche. Toda la puta noche y más aún, porque nadie le aseguraba que pudiera pillar algo a la mañana siguiente.

Por su naturaleza, al engancharte, era la primera vez que la probabas cuando te veías transportado, en cuerpo y mente, a ese sitio al que creías pertenecer y en el que te sentías como se suponía que te debías sentir, como un puto ángel, o lo que fuera. Tras aquello, la cosa nunca volvía a ser tan buena, y al final era mala de cojones; al final, sentirte como antes de probarlo por primera vez era el nivel al que soñabas con volver. Y no hablo de sentirte como un puto ángel en llamas, olvida eso, porque a eso no vas a volver nunca, no, no, hablo de volver a sentirte durante diez putos minutos como la puta persona que solías ser, esas son tus putas aspiraciones ahora. El cielo al que fuiste la primera vez ya no está disponible. El mundo cotidiano en el que solías vivir tampoco está disponible la mayor parte del tiempo, así que te quedas atrapada en otro lugar, uno que reside bajo todo eso, y que se parece a estar sepultada.

Como le había comentado a Moisés Ceniza durante su charla, Marla suponía que así debía ser el infierno. Estar atrapada de esta guisa en Bath Street, pero para siempre.

El olor de su piso, que era su propio olor concentrado allí dentro, le revolvió el puto estómago al entrar. Era consciente de que, de un tiempo a esta parte, no se lavaba con frecuencia, y siempre creía que sus ropas le podían servir para otro día, pero allí olía a rayos. No habría podido distinguir ese olor suyo del olor a mierda quemada de Moisés Ceniza. El olor y ella eran la misma cosa. ¿Qué coño iba a hacer aquí toda la noche? Porque era aquí donde se la iba a pasar, joder, era una puta certeza. No iba no vas a salir, PUTA IMBÉCIL. Se quedaría allí. Toda la noche. Sin nada de nada, joder.

Haría lo que había dicho. Leer sus libros del

Destripador, leer su álbum de Diana y… oh, vaya idea. El libro de Diana, la imagen que le había hecho en la portada, la puta mejor imagen que había visto en su vida. Era una puta obra arte, vaya. La gente compraba obras de arte a todas horas, y algunas eran una puta mierda, como latas en conserva o camas sin hacer. Su imagen de Diana debía ser, como poco, igual de buena, debía valer, como poco, tanto como aquello. Que viviera en Bath Street no significaba que no pudiera ser una artista. Ese Tompson que se había pasado antes, el marica de la política, le había dicho que una artista que conocía iba a estar en Castle Hill al día siguiente inaugurando una exposición, y también le había dicho que la tipa era de los Boroughs, justo como ella, joder. Que el tipo se hubiera pasado a plantar esa semillita en su cabeza tenía que haber sido cosa del puto destino y tal, algo así como una coincidencia. Este era su futuro, coño. Porque, hostia puta, por ahí se decía que la gente llegaba a pagar miles de pavos por una foto. Y millones también, joder.

Piensa en todo lo que podrías comprar con eso. No tendrías que hacer la calle nunca más, ni ir a casa de Kenny el Gordo a rogarle, y a Keith podían darle por culo. Sí, eso es. Como lo oyes. Vete a tomar por culo. ¿Qué puedes importarme tú, ahora que tengo toda esta pasta, pequeño cabrón? Toda la pasta contante y sonante. Podría hacer que te liquidaran, colega. Así de simple, un puto sicario, bang, y luego me iría de juerga con Lisa Mafia. Y ella vendría en plan «¿Tú eres Marla? ¿La puñetera artista que ha hecho la foto de Diana en el sol y tal? Un puto alucine. Una puta maravilla, ¿a que sí? Eres la hostia, tía». Iba a ser la leche, coño. Fue a buscar el álbum con la foto en la mesita en la que lo había dejado y, entonces, se dio cuenta de que la habían desvalijado.

¿Pero qué coño? Se habían colado en la casa, pero no había nada roto. ¿Había llegado a cerrar la puerta de atrás, la había llegado a cerrar al marcharse? ¿Había tenido que abrir la cerradura para entrar? Hostia puta. Se habían colado durante su ausencia. Se habían colado, y no se

habían llevado ni la tele, ni el cacharro de *beatbox*… ni siquiera el reloj de la repisa. No, ahora que miraba a su alrededor, no se habían llevado otra cosa que no fuera el álbum de Marla. Y sus libros del Destripador. También los había dejado ahí, en la mesita, para acordarse de dónde estaban. Oh, joder. Se habían colado y se habían llevado su foto de Diana, y lo peor de todo es que ella llevaba razón. Llevaba razón en lo de la foto. ¿Para qué iba nadie a birlarla si no tenía valor? Oh, mierda puta, la de millones que podría haberle sacado. Miradla ahora. Miradla ahora. Está llorando. Llorando, joder. Keith piensa que es una imbécil, y Lisa Mafia piensa igualmente que es una imbécil. Hasta la princesa Diana piensa que es una imbécil.

Llora cuanto quieras. Llora cuanto quieras, so imbécil, puta imbécil de los cojones. Llora cuanto quieras, porque no vas a salir de aquí.

Había luna nueva, que es como aguda y afilada, sobre Scarletwell, que discurre cuesta abajo hacia Andrew's Road. Aquel era el único lugar en el que había clientes sin que hubiera cámaras observando, aunque no paraban de decir que iban a poner algunas. A la izquierda de Marla, cruzando la vía, se hallaban las viviendas cuyas fachadas daban a Upper Cross Street. La mayoría tenían los balcones a oscuras, aunque había algunas luces encendidas que brillaban tras las cortinas de distintos colores. A su derecha, al otro lado de los alambres entrecruzados que conformaban la valla, estaba el césped de la zona superior de la escuela Spring Lane. Marla creía que las escuelas siempre parecían estar encantadas cuando era de noche y no había niños. Suponía que se debía a que, como las escuelas exhibían a lo largo del día tal cantidad de ruido y niños corriendo, se hacían notar más cuando estaban a oscuras, en calma y sin movimiento.

Pasó por las puertas de la escuela y continuó bajando a lo largo de los patios de recreo subsiguientes. Ahora, en la acera contraria, había otros pisos, ¿era posible que hubiese

oído mentarlos como los «apartamentos Greyfriars»? Parecían idénticos a los del edificio de Marla, casi igual de viejos, quizás en mejor estado, de noche no sabría decir. Sin embargo, algunos balcones eran curvos, y eso los hacía parecer mejores que los de su bloque. Dejó atrás el final de los apartamentos Greyfriars y el recodo mediante el que Bath Street se unía a Scarletwell Street, y también superó el extremo inferior de la valla que, a su derecha, acotaba los patios de recreo vacíos. Aparte del tráfico en lontananza de Spencer Bridge, no oía más que sus propios pasos sobre los baches de la acera, de entre cuyas losetas sobresalía toda clase de hierbajos.

Justo en el remate de la tira de césped con la que Scarletwell Street desembocaba en Andrew's Road se alzaba, solitaria, una pequeña casa exenta de ladrillo visto. No era grande, pero daba la impresión de que podían ser dos casas aún más pequeñitas que se hubieran unificado. A Marla la acojonaba, la acojonaba cada vez que la veía, y no tenía ni idea de por qué. Tal vez fuera porque no podía descifrar el motivo de que siguiera allí, pues parecía como si el terraplén sobre el que había sido construida hubiera sido derribado hacía años. Vio una luz encendida tras las gruesas cortinas, así que debía haber alguien viviendo allí. Se levantó el cuello de la gabardina, siguió taconeando más allá de tan curiosa vivienda, y torció a la derecha en la esquina para recorrer St. Andrew's Road a través del margen que separaba la carretera de la larga tira de césped que subía hacia Spring Lane; la misma sobre la que, tiempo atrás, seguro que se habían erguido otras casas. Arriba, en el firmamento, entre los intervalos del fulgor ambarino del alumbrado, pudo atisbar la práctica totalidad de las estrellas.

Lo supo. Supo exactamente lo que iba a ocurrir, pudo sentirlo en las tripas. De un momento a otro, aparecería un coche. El coche. No había nada que pudiera hacer para evitarlo, nada que pudiera hacer para estar en otra parte. Era como si ya hubiera ocurrido, como si estuviera escrito en el guion de aquel tipo del chaleco ridículo y ella no

pudiera hacer nada que no fuera seguir la corriente, dar uno tras otro los pasos que se suponía que debía dar, bordear el césped hacia Spring Lane y torcer a la izquierda en el cruce para circular en sentido contrario por Scarletwell Street, con la casa de la esquina esta vez a oscuras, y sin ninguna ventana encendida en su lado de la acera.

Durante su regreso hacia Scarletwell, los ruidos del patio de maniobras de la estación se elevaron desde detrás de los muros de St. Andrew's Road, pero, entre los sonidos de los cambios de vía, pudo oír voces de niños, voces de niños riéndose. Provenían de la enorme y oscura hilera de arbustos que, a su izquierda, más allá de la tira de césped, corría paralela al cercado de los patios de recreo de la escuela. Debía ser el mismo grupo que había visto antes en Chalk Lane, el de la niña con la estola de pieles. ¿Que estarían haciendo allí, ahora que era incluso más tarde? Aguzó el oído, pero las voces no volvieron a sonar tras el seto. Lo más probable es que se las hubiera imaginado.

La pequeña casa se recortaba, oscura, contra un cielo gris que predominaba sobre la colina que había detrás, sobre la estación de tren y sobre Peter's Way. Desde el extremo de la estación, el coche avanzó por St. Andrew's Road hacia ella, aminorando la marcha y con los faros acercándose lentamente. Sabía lo que iba a ocurrir, pero era como si tuviera que ocurrir de una forma u otra. Todo había sido dispuesto desde el minuto en que había dejado el piso. Estaba grabado en piedra, como en una iglesia o cualquier otra cosa que ya hubiese sido erigida y nadie pudiera alterar. El coche frenó, se desvió y se detuvo en la esquina de la otra acera de Scarletwell, justo enfrente de la casa. Marla no podía oír ya a los niños. Allí no quedaba nadie.

Enfiló hacia el coche.

ERRANTES S

En cierto sentido, habían pasado cuarenta años desde que Freddy Allen abandonara su vida. Puede que algún día volviera a ella, siempre cabía la posibilidad. Tal y como andaban las cosas, esa puerta siempre estaba abierta, pero, por el momento, se sentía cómodo con su situación. No feliz, pero sí entre rostros familiares y circunstancias familiares que acaecían en lugares a los que estaba acostumbrado. Cómodo. Un lugar en el que siempre había algo que llevarse a la boca si uno sabía dónde mirar, y en el que más o menos podías echarte una copa al coleto e incluso también, de vez en cuando, tener algo de lo otro, por más que ese «de vez en cuando» fuera un fastidio. Dicho esto, siempre había partidas arriba, en la sala de billares, y no había nada en el mundo que a Freddy le gustara más que observar una buena partida de billar.

Aún podía recordar cómo había salido de su vida, de su negocio, de sus proverbiales «veinticinco mil noches», según había oído llamarlas. Por lo que a él concernía, bien podría haber pasado ayer. Estaba bajo los arcos de Foot Meadow, pernoctando como solía hacerlo por aquel entonces, cuando se despertó de repente. Fue como si se hubiera espabilado a causa de un estrépito, o como si acabara de recordar algo que fuera a acontecer aquella mañana y ante lo que más le valiera estar alerta. Dio tal respingo al desvelarse que, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, se puso en pie y echó a andar a través de la hierba desde debajo de los arcos del ferrocarril hacia la orilla del río. A medio camino de la ribera, pareció despejarse lo suficiente como para pensar, espera, ¿por qué he dado este brinco? Se detuvo en el acto y se dio la vuelta para observar la arcada, en donde vio que otro vagabundo, un tipo mayor, ya le había afanado el sitio

junto a la pared en el que había estado durmiendo allí, bajo la bóveda de ladrillo, y que hasta le había birlado la bolsa de plástico llena de grama que había estado usando como almohada. Típico de cojones. Dio un par de pasos hacia al arco solo para ver quién era el tipo y poder reconocerlo luego. Le llevó un minuto fichar a tan desagradable fulano, pero, una vez lo hizo, supo que jamás recuperaría su sitio. No valía la pena ni intentarlo. Lo habían desahuciado, y tendría que habituarse a ello.

Y, tras un tiempo, o en nada de tiempo, según se viera, eso había hecho. Habituarse. Su situación, ahora, tampoco constituía una existencia tan mala, por mucho que dijera o intentara su colega de la esquina inferior de Scarletwell Street. Sabía que tenían buenas intenciones cuando le decían que le convendría trasladarse a un sitio mejor, aunque lo que no comprendían era lo cómodo que estaba. Se había deshecho de todas las preocupaciones de su vida anterior, pero Freddy no creía que lo entendieran, dada la situación en la que se encontraban por el momento. Como bien había llegado a entender, aquí abajo no se vivían las cosas con la misma perspectiva.

Ahora estaban a viernes, 26 de mayo de 2006, según el calendario que había tras la barra del Black Lion, al que había entrado solo por ver si se topaba con alguien. Antes se había pasado un rato por el veinticinco o el veintiséis, o por ahí, del Anexo de San Pedro, donde esa mujer de color tan famosa por la zona, la de la cicatriz fea, trabajaba con las prostitutas y tal en temas de drogas, y también con todos los refugiados que venían del Este. Aquel ambiente le gustaba, porque la gente parecía más constructiva y dispuesta a superarse, pero, como allí nunca había nadie que Freddy conociera, se había dejado caer por este paraje en el que ya estaba sentado, con Mary Jane enfrente al otro lado de la mesa. Estaban repantigados con las barbillas apoyadas en las manos, observando con ojos un poco abatidos los vasos vacíos de la superficie laminada que se interponía entre ellos, ambos deseando que hubiera algún modo de tomarse una copa en condiciones, pero, también,

conscientes de que no podían y de que lo que tendrían, en su lugar, sería una charla en condiciones. Mary Jane alzó su mirada, siempre entornada y suspicaz, para contemplarlo a través de la oquedad de los vasos.

—¿Y dices que te has pasado por el veinticinco y tal? Yo nunca me he dejado caer por allí, porque he oído que no tienen ningún pub. ¿Es eso cierto?

Mary Jane tenía la voz bronca de un hombre, pero Fred la conocía desde hacía el tiempo suficiente como para saber que no era más que una impostura. Lo cierto era que tenía una voz muy aguda que hacía parecer más profunda para que nadie pensara que era presa fácil, aunque Freddy no tenía ni idea de por qué creía ella que la gente podía pensar eso. Una mera ojeada a Mary Jane, con ese rostro y esos nudillos llenos de costras, bastaba para que la mayor parte de los tipos supieran que lo mejor era guardar las distancias. Además, las posibilidades de que se enzarzara en una riña se habían esfumado con los años. No había necesidad de que siguiera asustando a la gente. Freddy suponía, no obstante, que debía de ser el hábito de toda una vida, y que, si Mary Jane no había cambiado a aquellas alturas, ya no lo haría jamás.

—Pues sí, no hay pubs. Solo tienen eso que llaman el Anexo de San Pedro, donde se dedican a cuidar de la gente. Si te digo la verdad, no creo que te pueda gustar mucho. ¿Sabes esas zonas en las que el clima siempre es pésimo? Pues esta es una de ellas. La gente de por allí es bastante amable, y hay verdaderas buenas personas, como en los viejos tiempos, pero por allí nunca se pasa nadie conocido. Bueno, dejando de lado las bandas de niños y tal, pero esos pillastres campan por todas partes. Calculo que la gente como nosotros se queda en la mugre que siempre ha definido su propia parcelita de los Boroughs y nunca se aventura mucho más allá del catorce o el quince.

Ella escuchó lo que Freddy tenía que decir y entonces torció el gesto en una expresión similar al rostro que un niño dibujaría en un guante de boxeo, y lo miró fijamente. Así es como era con todo el mundo. Con Mary Jane, no

podías tomártelo por lo personal.

—El quince es una mierda. Ni siquiera me agrada en exceso la pinta que tienen aquí.

Ondeó una de sus manos de nudillos costrosos para indicar la placidez de esa pequeña parte del local, separada de la otra por un leve tramo de escalones cercano a su mesa. Había dos hombres que charlaban de pie con la chica que los atendía tras la barra, y una pareja de veintitantos sentada en un rincón y parloteando, pero no había nadie que Mary Jane o Freddy conocieran. El Black Lion, en esta versión, seguía siendo un sitio decente, pero era imposible discutir con Mary Jane cuando estaba de semejante humor y, dado que siempre estaba de semejante humor, siempre era imposible discutir.

—Si quieres mi opinión, estos sitios nuevos son una puta pérdida de tiempo. Se está mejor en el cuarenta y ocho y el cuarenta y nueve, porque allí hay individuos de mejor calaña, con más energía. Y, si eso no es de tu agrado, ¿por qué no te pasas una noche por el Smokers, el que está en lo alto del Mayorhold? Por allí sigue dejándose caer la vieja guardia, todos los que te conocen, así que no andarías corto de compañía.

Freddy se limitó a sacudir la cabeza.

—No es mi tipo de sitio, Mary Jane. Ese grupito, con Mick Malone y demás, me resulta un poco hosco. No digo que yo sea la alegría de la huerta, pero estoy acostumbrado a ser más discreto. A veces me paso por Scarletwell para ver a alguien que tengo por allí, pero suelo mantenerme alejado del Mayorhold, sobre todo en estos tiempos.

—No digo ahora, digo por la noche. En el Jolly Smokers nos lo pasamos en grande. Y, por supuesto, si estoy de humor, siempre me queda el Dragon, justo enfrente.

Una sonrisa sucia y lasciva irrumpió en el rostro de Mary Jane justo al decir esto, y Freddy se sintió aliviado cuando la mujer de la barra los interrumpió para llevarse los vasos sucios y los hizo dejar de lado el tema. La camarera fue tan veloz que apenas pareció un borrón, limitándose a retirar los vasos y a salir disparada hacia la

barra sin prestarles la más mínima atención. Así trataban siempre a la gente como Mary Jane o él, a los errantes. A duras penas se fijaban en ellos. Su mirada los esquivaba.

Cuando Mary Jane retomó el hilo, abandonó el Dragon y su vida amorosa, que seguía igual de bien, para pasar a rememorar, en ausencia de una copa que le cerrara la boca y sin salir del tema general que suponía el Mayorhold, las peleas que había tenido allí.

—Dios, ¿te acuerdas de Lizzie Fawkes y de cómo nos enzarzamos ella y yo fuera del Green Dragon en plena calle, allá por el Mayorhold? La bronca que tuvimos a cuenta de Jean Dove fue tan bestia que los polis ni siquiera se atrevieron a separarnos. He de reconocerlo, la vieja Lizzie era dura como ella sola. Iba con un párpado caído, y no podía hablar porque yo le había desencajado la mandíbula, pero aun así no lo dejaba estar. Yo tampoco es que estuviera mucho mejor, porque me había abierto la cabeza y, según me di cuenta luego, me había roto un pulgar, pero la pelea estaba siendo tan cojonuda que ninguna de las dos quería que terminara. A la mañana siguiente subimos al Mayorhold para zurrarnos un poco más, pero ella llevaba un tornillo escondido en la mano, así que, cuando me dio un tortazo en la cabeza, me desplomé como un saco. Fue una puta gozada. Me entran ganas de volver allí solo para revivirlo. ¿Te gustaría venirte ahora conmigo, Freddy? Fue una puta delicia, te lo aseguro.

Hubo una época en que Freddy le habría seguido la corriente a Mary Jane por miedo a cómo podría haberse tomado su negativa, pero esos días habían quedado atrás hacía largo tiempo. Mary Jane ladraba mucho y mordía poco, sin herir a nadie. Ninguno de ellos lo hacía ya a tales alturas. La pasma llevaba eones sin interesarse por ninguno de ellos, ni por Freddy, ni por Mary Jane, ni por el viejo Georgie Bumble, ni por nadie de esa quinta. Es más, la pasma ni siquiera tenía jurisdicción en las zonas por las que Fred y Mary Jane se movían a todas horas en aquellos días, y era muy pero que muy raro ver a un poli por allí, no digamos ya a uno que tuviera el más mínimo interés en

gente como ellos. El único al que Freddy conocía lo suficiente como para saludarlo era Joe Ball, el superintendente Ball, pero era un buen tipo. Un poli de otra era, muy chapado a la antigua, y que hacía mucho que se había retirado, por más que siguiera yendo de uniforme siempre que uno se topaba con él. Dedicaba muchos ratos a hablar con maleantes como los que antaño solía encerrar, y eso incluía a Freddy, que en cierta ocasión le había llegado a inquirir por qué no se marchaba a pasar la jubilación a pastos más verdes, a algún sitio como el que la persona que Freddy conocía en Scarletwell Street le había sugerido a él mismo alguna que otra vez. Tras sonreír, el viejo superintendente se había limitado a decir que a él siempre le habían gustado los Boroughs. Le venían de perlas, y de cuando en cuando le daban la oportunidad de hacer algún bien. Al viejo Joe Ball le bastaba con eso. No perseguía a nadie; no a Freddy, y ni siquiera a Mary Jane. Esta había sido un horror en su día, pero las fuerzas la habían abandonado después de que su antigua vida se hubiera ido al traste abruptamente al caer fulminada por un infarto. Tras aquello, había tenido que reevaluar las cosas y cambiar sus hábitos, así que a Freddy no le preocupó lo más mínimo declinar, cortésmente, su amable invitación a revisitar los escenarios de sus glorias pasadas.

—Si no te importa, Mary Jane, prefiero pasar. Eso te va más a ti que a mí, y yo mismo tengo algunos viejos asuntos a los que debería volver. Pero ¿sabes qué? Si mantienes alejados de mí al viejo Malone y a su horda de animales rabiosos, tal vez rompa esta costumbre mía que llevo tantos… en fin, que llevo tanto tiempo manteniendo… y me pase por el Smokers después de ver la partida de billar de esta noche, ¿te parece?

Eso pareció complacerla, pues se levantó y alzó una de sus manos callosas para que Fred pudiera estrechársela.

—Me vale. Ten cuidado por el camino, Freddy. Aunque, pensándolo bien, supongo que a la gente como nosotros ya no nos puede pasar nada peor. Luego te cuento cómo me metí en aquella pelea si te veo por el Smokers. Tú

asegúrate de estar allí.

Ella soltó su mano, y luego se fue. Él se quedó allí sentado un rato, solo, observando a la camarera. Era imposible, Freddy lo sabía. Ya sin pelo, parecía más viejo, y pese a que aún retenía lo que había podido conservar de la buena planta de su juventud, en lo que concernía a la camarera rubia bien podía no estar allí. Cogió el sombrero desde donde descansaba en el asiento de al lado, se lo encajó en la calva y se levantó para marcharse también. Cuando atravesó la puerta hacia Black Lion Hill, únicamente por educación y por costumbre, se dirigió a la chica para desearle un buen día, pero, tal y como había supuesto, ella ni se dio cuenta. Se limitó a darle la espalda y a seguir limpiando vasos, actuando como si no lo hubiera oído. Salió del pub y enfiló hacia la derecha hasta la iglesia de San Pedro, donde las nubes se movían tan rápidamente que la luz titilaba sobre la vetusta piedra como si procediera de una vela monstruosa.

Al pasar junto a la iglesia, miró hacia la entrada solo por ver si algún jovencito o jovencita… Siempre eran jóvenes en aquellos días, y había igual número de muchachas que de muchachos… Dormía bajo el pórtico, pero allí no había nadie. A veces, si se sentía solo o simplemente necesitado de compañía humana, se escurría a escondidas entre ellos mientras dormían, lo cual era del todo inofensivo, pues se limitaba a yacer a su lado cara a cara y escuchándolos respirar, fingiendo poder sentir su calor. Por si acaso, aunque todos estuvieran durmiendo la mona o demasiado borrachos como para advertir que hubiera alguien allí, él se levantaba y se iba antes de que despertaran, solo por la improbable eventualidad de que uno pudiera abrir los ojos y verlo. Lo último que pretendía era asustarlos. No causaba perjuicio alguno, y jamás los tocaba ni les birlaba nada, nunca, ni a uno solo. Era incapaz. Él ya no era así.

Desde Marefair, Freddy subió por Horsemarket. Mientras cruzaba St. Mary’s Street, que se extendía a su izquierda, oteó su trazado. A veces, aún era posible ver allí

a las hermanas, un auténtico par de arpías del que mucho se llegó a hablar en su época de esplendor: salvajes, impactantes y excitantes. Fue célebre la ocasión en la que, desnudas, echaron una carrera a través de la ciudad, saltando y pirueteando, escupiendo y abalanzándose por los tejados, hasta alcanzar Derngate en apenas diez minutos, ambas tan peligrosas y hermosas que la gente lloraba solo con verlas. Freddy las atisbaba de cuando en cuando en Mary's Street, rondando alicaídas las pilas de desperdicios y hojas secas arrastradas contra la pasarela del aparcamiento, atraídas de vuelta aquí, al lugar en el que hacía tiempo comenzaron su memorable galopada. Por el brillo de sus ojos, uno adivinaba que, de tener la oportunidad, incluso a su edad, volverían a hacerlo. Lo harían sin pensarlo siquiera. Caray, menudo espectáculo sería ese.

Hoy, salvo por un perro con pinta de gorrón, St. Mary's Street estaba vacía. Freddy pasó de largo, como había hecho otras veces, ahora que caía, hacia lo alto de Castle Street, y luego torció a la izquierda para bajar hacia donde ahora estaban los pisos.

El quid había estado en el comentario de Mary Jane acerca de sus devaneos en el Dragon, en el Green Dragon del Mayorhold, que era donde se juntaban las lesbianas. Por indeseable que hubiera sido la imagen mental, había estimulado a Freddy, había provocado que volviera a pensar en tener sexo. Ese era el motivo de que le hubiera echado una ojeada a la camarera del Black Lion. Para ser francos, el sexo conllevaba a día de hoy tantas molestias y frustraciones como cualquier otra cosa, pero, en cuanto se le metía en la cabeza, lo hostigaba hasta haber satisfecho su voz persistente y todas sus fastidiosas demandas. No obstante, dándole vueltas, la situación no era tan distinta a la de su vida previa. No era justo que achacara a sus actuales circunstancias todas las cosas que le hacían sentirse harto. Teniendo todo en cuenta, no podía quejarse, pensó Freddy. Nadie excepto él tenía la culpa de cómo había llevado sus asuntos, y consideraba justa la tesitura a la que había llegado. Justicia sobre la calle.

Justo se encontraba pensando en que hoy no había visto a ninguno de los clérigos que solían rondar por aquella zona, esos hermanos, o como quiera que prefirieran llamarse entre sí, cuando vio a uno de ellos subiendo trabajosamente por la calle hacia él: un tipo fornido que parecía acaloradísimo bajo su túnica y demás vestiduras, y que iba sudando la gota gorda a causa de un viejo saco que llevaba a cuestas sobre el hombro. Freddy se carcajeó un poco para sus adentros al cavilar que era más que probable que el saco contuviera unos candelabros robados de la iglesia, o una vajilla completa, o tal vez las cubiertas de plomo del techo, porque así de pesado parecía.

Al acercarse el uno al otro, el viejo sacerdote alzó su enrojecido rostro sudoroso y percibió a Freddy, al que brindó una enorme y cálida sonrisa que consiguió que, al final, el hombre le cayera simpático. Se parecía a ese joven actor de la tele que hacía de Fancy Smith en *Z-Cars*,[22] solo que mayor, con el aspecto que habría tenido con cincuenta o sesenta años, con la barba y todo el pelo cano. Sus caminos se cruzaron a mitad del trecho entre Horsemarket y el sendero, o rampa, o escaleras, o lo que fuera, que daba a las casas del lugar, a los pisos. Cuando ambos se detuvieron para saludarse educadamente, aquel rubicundo y avejentado fraile Tuck resultó tener una gran voz retumbante y una especie de acento que Freddy no pudo identificar. Sonaba algo añejo, como los acentos rurales cuando uno no está acostumbrado a ellos, y Freddy pensó que el tipo podía ser de Towcester o por ahí, con sus antiquísimos arcaísmos.

—Caluroso día aqueste para trotar por ahí, discurría para mis adentros hará un periquete. ¿Cómo van hoy las cosas, mi buen y honesto compañero?

Freddy se preguntó si aquel fulano había oído hablar de él, de sus muchos robos de leche y hogazas de pan en los buenos tiempos, y si eso de «honesto compañero» podía ser algún tipo de pulla clerical. Sin embargo, por su actitud general, se diría un tipo sencillo y directo, así que consideró que debía confiar en esa primera impresión.

—Oh, pues sí que es caluroso, sí, y las cosas creo que van tirando. ¿Qué hay de usted? Ese saco suyo parece pesar como una cruz.

Apoyando su saco en el suelo con un pequeño gemido de descanso por el alivio, el eclesiástico sacudió su frondosa cabeza y sonrió.

—Dios os bendiga… No lo es, no; y si lo fuera, no sería una que yo envidiara. Se me ha dicho que debo llevarlo al centro. ¿Sabéis por ventura dónde se emplaza eso?

Freddy se quedó absorto por un momento, cavilando sobre el tema. El único centro que conocía era el de ocio y deporte a media bajada por Horseshoe Street, donde tenían lugar las partidas de billar y al que Freddy acudiría un poco más tarde si todo iba bien. Tras decidir que ese debía ser el lugar al que se refería el viejo, procedió a darle las debidas indicaciones.

—Si es el que estoy pensando, entonces debe girar a la derecha al llegar al árbol que hay allí al fondo —dijo Freddy, señalando hacia el final de Castle Street—. Descienda en esa dirección hasta llegar al cruce que hay abajo del todo. Y luego, si sigue recto hacia abajo, lo verá a la izquierda a mitad de la cuesta, al otro lado de la calle.

El rostro del anciano, ya brillante por el sudor, se iluminó al oír esta nueva. Debía haber recorrido un largo camino arrastrando aquel saco, pensó Freddy. El presbítero se lo agradeció profusamente, henchido de dicha al oír que los billares estaban tan cerca como el final de la calle, y luego inquirió sobre el destino de su interlocutor. «Confío en que la vuestra caminata tenga asimesmo una meta pura y santa», fueron sus palabras. Freddy había planeado pasarse por las viviendas de Bath Street para echarle un casquete a Patsy Clarke por los viejos tiempos, pero no habría sido apropiado explicarle eso a un hombre de Dios. En su lugar, improvisó que había salido para ver a un antiguo amigo, un viejo jubilado sin familia que vivía al final de Scarletwell Street. Esto era una verdad a medias, pues su intención original había sido la de acercarse por allí tras su habitual encuentro con Patsy Clarke. Pero, en fin,

cambiar de rutina tampoco es que fuera a hacerle daño. Tras desearle lo mejor al robusto sacerdote, partió a paso ligero y dejó atrás la entrada a los pisos de Bath Street en dirección a Little Cross Street. En su periplo, se detuvo a echarle un último vistazo al clérigo, que había vuelto a echarse el saco sobre el hombro para subir por Castle Street hacia Horsemarket y que estaba dejando un considerable rastro tras de sí. Todo el mundo dejaba un rastro, discurrió Freddy. O, al menos, eso era lo que decían siempre los polizontes que habían llegado a pillarlo cuando aún ejercía el oficio.

Podría haber vuelto a los apartamentos de Bath Street una vez que el viejo se hubiera esfumado, pero, tras sus palabras, eso lo habría hecho sentirse deshonesto. Por tanto, seguiría su camino hacia Scarletwell, donde no cabía duda de que su visita despertaría alegría. De hecho, en lo que a atender a Freddy se refería, era el único sitio posible allí abajo, así que haría el esfuerzo. Cayendo en la cuenta de que Bristol Street no era fácil de atravesar en aquellos días, optó por subir a través de Little Cross Street hacia su unión con Bath Street al otro lado de la manzana, girar a la izquierda y bajar hasta el final, donde la calle viraba a la derecha hacia Scarletwell Street.

Sumido en una especie de ensimismamiento, torció la esquina a su derecha y pasó por el lugar en el que antes, años atrás, Bath Row se extendía hacia Andrew's Road. Ahora, cerca de donde antaño estaban Fort Street y Moat Street, solo había la entrada a unos garajes. Al pasar a su lado, oteó la rampa asfaltada que daba al recinto, un rectángulo irregular únicamente contemplado por las grises puertas cerradas de los garajes. A diferencia de la mayoría de los tipos como él, Freddy no se aferraba a premoniciones o cosas así, pero había algo allí abajo, en los garajes situados donde una vez se erigieron los adosados de Bath Row. O algo había ocurrido allí hacía mucho, o algo estaba a punto de pasar. Reprimiendo el primer amago de escalofrío que había sentido en largo tiempo, prosiguió hacia Scarletwell Street y cruzó de acera al llegar al final de

la calle, justo a la altura de los patios de recreo de la escuela Spring Lane. Aún podían verse algunos adoquines de la vieja callejuela que discurría tras las viviendas hacia Andrew's Road, pero poco más había pervivido. Le pareció como si los espesos arbustos del borde inferior del patio hubieran invadido el espacio en el que antes se extendía aquel pasaje, con su negro follaje cubriendo las pulidas piedras grises. Al menos, pensó, seguían pareciéndole grises, si bien casi todo por aquí le parecía gris, negro o blanco, como una vieja foto en la que todo se ve claro y bien iluminado, pero en la que no hay colores. Freddy llevaba cuarenta y tantos años sin ver colores normales mundanos, como los que percibe la gente que aún se gana la vida. El daltonismo era parte de su condición. Y apenas le importaba, excepto por las flores.

Descendió unos cuantos pasos hacia los terrenos de la casa, que se erigía solitaria en la esquina de la calle principal con nada que no fuera un trecho de hierba extendiéndose por detrás hacia Spring Lane, donde previamente se alzaban los adosados en los que habían morado un montón de sus conocidos, como Joe Swan y demás. Se acercó al umbral y entró. Allí, las puertas nunca estaban cerradas para Freddy, y él sabía que siempre sería bien recibido, así que recorrió el pasillo hacia la puerta que daba al salón, en donde quien habitaba aquella casa de esquina se había sentado a la mesa, junto a una pared, para hojear un álbum de fotos lleno de instantáneas a la orilla del mar y demás. Con sorpresa, alzó la vista ante la inesperada aparición de Freddy, pero se relajó de inmediato en cuanto vio de quién se trataba.

—Hola, Fred. Diantres, vaya susto me has dado. La edad me está haciendo caer en la chochez, no hay duda. Pensé que era el viejo. No es que me dé problemas, pero sí que da un por culo tremendo. Aparece por aquí todas las semanas, disculpándose por esto y aquello. Está poniéndome de los nervios. Espera, que enciendo la tetera.

Fred ocupó la silla vacía que había al otro lado del álbum de fotos y dirigió su voz hacia la cocina mientras su

camarada preparaba una taza de té.

—Bueno, el viejo Johnny es un buen pájaro. Veo lógico que busque cierto perdón.

La voz de su camarada emergió vociferante desde la cocina para así superar el borboteo de la tetera, que era de esas eléctricas que hierven en un minuto.

—Sí, pero ya le he dicho, al igual que te lo he dicho a ti respecto a otras cosas, que es a sí mismo a quien debería pedir perdón. De nada sirve que venga a visitarme. Yo no le guardo ningún rencor, y así se lo he expresado. Para mí, todo eso sucedió hará una eternidad, aunque soy consciente de que a él debe de parecerle que fue ayer. En fin…

La figura septuagenaria de ojos acerados salió de la cocina con una taza de té humeante en una de sus manos, huesudas pero firmes, y se sentó enfrente de Freddy junto al álbum de fotos abierto, dejando el recipiente en lo alto de la mesa desvaída.

—Siento no poder ofrecerte una, Freddy, pero sé que es mejor ni preguntarlo.

Freddy se encogió de hombros en señal de desconsolada conformidad.

—Bueno, tal y como tengo las tripas últimamente, saldría nada más entrar. Aunque te agradezco el ofrecimiento. Dejando eso a un lado, ¿cómo te van las cosas, camarada? Aparte del viejo Johnny, ¿te ha visitado alguien más desde la última vez que te vi?

La respuesta llegó precedida de un sonoro sorbo de té.

—Déjame pensar. Esos malditos críos irrumpieron por aquí hará, eh, hará unos meses. Diría que estaban intentando atajar hacia los adosados de Spring Lane como si esto estuviera igual que hace años. Dichosos pillastres. Como los niños de hoy día, piensan que pueden salirse con la suya solo porque no puedes ponerles la mano encima.

Freddy pensó en el último té que había degustado: sin demasiado azúcar, solo dos terrones, en reposo hasta después de que el primer chorro de humo hirviente se hubiese disipado. Ese es el instante en el que hay que tragárselo. Porque el té no es una bebida que se deba

paladear. Hay que tragárselo y sentir el calor esparciéndose por el estómago. Ah, aquellos sí que eran buenos tiempos. Al responder, se le escapó un suspiro.

—Antes me los he cruzado por el Anexo de San Pedro en el veinticinco, que es donde tienen a esa mujer negra con la cicatriz en el ojo cuidando de ellos y de las prostitutas, amén de los refugiados. Son esa panda de diablillos de Phyllis Painter. Después de irrumpir a través del Old Black Lion cuando este tenía enfrente los huertos de cerezos del final del gueto de Doddridge, les dio por subir hasta el veinticinco como una horda de monos. Tendrías que haberles oído hablar, en serio. Phyllis Painter me llamó viejo mamón, y sus pequeños compinches se echaron a reír ante la ocurrencia.

—Bueno, seguro que te han llamado cosas peores. Por cierto, ¿qué es eso de los refugiados del veinticinco? ¿Vienen de alguna guerra o algo? Me incomoda un poco, la verdad. Eso queda ahí al lado.

Tras compartir su parecer, Freddy le explicó que no venían de la guerra, sino de la inundación, y que por el acento diría que todos los refugiados procedían del Este. Su camarada asintió al entender la situación.

—Bueno, no puede decirse que me pille de sorpresa, pero, como suelo decir, todos pensamos que no va a suceder tan pronto. El veinticinco, ¿eh? Pues menuda noticia.

Tras una pausa que aprovechó para dar otro sorbo al té, cambiaron de tema.

—Dime, Freddy, ¿has visto al viejo Georgie Bumble últimamente? Solía presentarse por aquí para charlar un rato, para que yo pudiera decirle que debería mudarse a un sitio mejor, y para que él pudiera no echarme cuenta alguna; justo lo que hacéis todos vosotros, viejos rufianes, de vez en cuando. Pero, desde hace un año o así, no le he visto el pelo. ¿Sigue en su despacho del Mayorhold?

Freddy tuvo que pensarlo a fondo. ¿De veras había pasado ya un año, o incluso varios, desde la última vez que había visto a Georgie? Tendía a perder la noción del

tiempo, cierto, pero ¿en serio no había visto a aquel pobre sinvergüenza en tanto tiempo?

—Pues lo cierto es que no te sé decir. Supongo que seguirá allí, aunque no suelo subir mucho por esos lares. Para serte sincero, ya no es más que un pozo de mierda, pero, mira, cuando salga de aquí me paso y así veo qué tal le va al viejo Georgie.

Fred sintió ganas de darse él mismo un puntapié, aunque no literalmente. Ahora que había dicho que lo haría, se sentiría obligado a cumplirlo, lo cual implicaba que no se pasaría por donde Patsy Clarke hasta mucho después de lo que tenía planeado, más o menos a media tarde. Está bueno. Seguro que ella esperaría. Tampoco es que fuera a salir pitando a ninguna parte.

Su conversación viró, como Freddy había previsto, hacia su obstinación por quedarse allí, en las zonas más bajas de los Boroughs.

—Freddy, con solo pensar un poco mejor de vosotros mismos, tú y los tuyos podríais progresar un poco. Y, si hicierais lo mismo que mi bisabuelo, podríais progresar un montón. No hay más límite que el cielo.

—Ya lo hemos hablado varias veces, camarada, y acepto mi lugar. Allí arriba no soy bien recibido. Lo único que haría sería robar pan y leche de los portales o meterme en líos de faldas. Además, la gente como yo… Yo no podría plantarme allí y decir, con el corazón en la mano, que me lo he ganado, ¿cierto? A lo largo de mi vida jamás me he ganado nada. ¿Qué he hecho yo para demostrar mi valía o para poder decir, al menos, que he marcado la diferencia en algo? Nada. Si lo hubiera hecho, si pudiera mantener la cabeza bien alta entre los que son mejores, tal vez recapacitaría, pero a estas alturas no lo veo probable. Debería haber optado por actuar con decencia cuando tuve la oportunidad, porque ahora veo difícil volver a tenerla de nuevo.

Su colega acudió a la cocina a por más té y siguió la conversación elevando la voz para que Freddy pudiera oírla, cosa que en realidad no era necesaria. Freddy observó

que, contrariamente a lo que la pasma le solía decir, no había quedado rastro alguno entre el salón y la cocina. Obviamente, con gente como su camarada eso era de esperar, pero Freddy se quedaba a veces tan absorto en sus conversaciones que olvidaba la diferencia esencial que existía entre ellos: que Freddy ya no vivía allí, en Scarletwell Street. Por eso él dejaba un rastro irregular a su paso y ellos no. Tras unos instantes, su camarada regresó de la cocina y volvió a sentarse a la mesa frente a él.

—Freddy, nunca se sabe cuál será el curso y el devenir de los acontecimientos minuto a minuto y día a día. Es como las casas que solía haber por aquí: cada puerta y cada recodo sorpresivo guiaba hacia Dios sabe dónde, pero cada escalera y cada diminuto recoveco albergaban un propósito en los planos de sus constructores. Dirás que soy como Phil el Fogoso dando un sermón, pero lo que te estoy diciendo es que tú nunca has sabido lo que iba a ocurrir. Solo hay un tío que lo sepa todo. Si alguna vez te cansas de vagar por ahí, Freddy, que sepas que siempre vas a poder pasarte por aquí y subir directamente hacia arriba. Mientras tanto, intenta no ser tan duro contigo mismo. Los hay mucho peores que tú, Fred. Como el viejo, por ejemplo. A la hora de la verdad, las cosas que has hecho tú no tienen tan mala pinta. Cada cual ha jugado sus cartas como podía, Freddy. Y hasta las escaleras más torcidas pueden terminar llevando a alguna parte. ¡Por cierto! Ahora que caigo —dijo saltando de la silla como un resorte—, no puedo hacerte té, pero sí que podemos salir atrás para que veas si han salido nuevos brotes desde la última vez. Así, al menos, podrás llevarte algo a la boca.

Eso ya sonaba mejor. Hablar de crímenes pasados siempre le deprimía, pero no había nada que un poco de manduca no pudiera solucionar. A través de la cocina, siguió a su inseparable camarada hasta un pequeño patio trasero enladrillado en el que no tardó en señalarle la unión entre el muro norte y el occidental.

—La otra noche, mientras metía la basura en el incinerador, me pareció ver por el rabillo del ojo que algo

se movía. Como sé lo que significa eso, supongo que querrás echar un vistazo entre los ladrillos para ver si hay raíces ahí.

Freddy observó de cerca el lugar indicado. La cosa prometía. A su altura, emergiendo de una grieta en el mortero, había una protuberancia rígida y arácnida que reconoció como el bulbo radicular de un sombrero de Puck, aunque la variedad fue incapaz de concretarla por el momento. La gris oscura no era, eso al menos lo tenía claro. La voz de su colega llegó desde atrás, alta y trémula por la edad, pero aun así con carácter.

—¿Ves alguno? Tienes mejor vista que yo para estas cosas.

—Ajá, hay uno. Lo que viste la otra noche eran sus flores. Aguarda un segundo, que lo arranco.

Fred hurgó en la grieta con sus mugrientos dedos y agarró el espeso tallo blanco del bulbo allí donde se introducía entre los ladrillos. Una de las peculiaridades del sombrero de Puck era que tenía el bulbo radicular en lo alto, de tal forma que luego cada brote crecía hacia abajo por los espacios que pudiera encontrar. Al tirar, oyó un leve quejido, una especie de zumbido metálico que se elevó por un instante antes de desaparecer. Luego, lo extrajo para poder inspeccionarlo más de cerca.

Del tamaño de una mano adulta, se trataba de una variedad casi enteramente blanca, con cada una de sus rígidas excrecencias radiales de un tamaño distinto y surgiendo como rayos desde el centro. Al ahuecarla bajo la nariz, le complació descubrir que era un ejemplar aromático de esencia dulce y delicada; una de las pocas cosas que podía oler en aquellos días. De hecho, así de cerca, incluso podía apreciar los colores.

Lo que parecía desde arriba era un conjunto de trece mujeres desnudas, todas de cinco centímetros y con las coronillas unidas en el centro del vegetal, donde se apreciaba una mata de pelo naranja, un pequeño punto brillante que señalaba el centro con las cabezas enanas brotando como pétalos. Las pequeñas féminas parecían

superponerse de tal modo que cada par de caras poseía tres ojos, dos narices y dos boquitas. Con esa disposición, en torno al centro naranja se distinguía un anillo de minúsculos ojos azules, como flecos de cristal. Separados de ellos estaban los bultos blanquecinos del anillo de narices, y luego las rendijas de color rosa oscuro, casi inapreciables, que eran las bocas. Los cuellos se ramificaban por separado para dar lugar a los hombros de aquellos contornos femeninos en hilera, dejando a su paso un pequeño hueco entre las orejas y las cinturas escapulares fusionadas. De nuevo, para cada pareja de cuerpos había tres brazos, también dispuestos como un anillo concéntrico periférico y con cada delgada extremidad dividida al final en dedos microscópicos. A partir del cuello, los cuerpos de las mujeres componían las secciones más largas de la planta, a razón de una por cabeza, y daban forma a la banda más externa de pétalos, cada uno bifurcado en diminutas piernas onduladas, con esponjosas briznas rojas en las articulaciones que daban lugar al último círculo decorativo de aquel exquisito diseño simétrico.

Le dio la vuelta para poder ver tanto el anillo de nalgas como el racimo de pétalos transparentes que, cual alas de libélula, se disponían allí, alrededor del centro del troncho que había descuajado. Desde atrás, su camarada volvió a preguntarle.

—Sé que no me lo puedes enseñar, pero, si me hicieras saber de qué tipo de sombrero de Puck se trata, te lo agradecería. ¿Es astronáutico, feérico o de otro tipo?

—Este es feérico. Toda una belleza, por cierto, con sus buenos veinte centímetros de extremo a extremo. Me dará para una temporada y, al ser de esta clase, no hay que preocuparse por poner a hervir un huevo pasado por agua solo para descubrir que, de repente, se te ha ido la mitad del día. Ya sabes lo que pasa con estas cosas en lo que concierne a las pérdidas de tiempo. Se debe enteramente a su forma de crecer.

Le dio un mordisco. La textura era la que recordaba que tenían las peras, pero el sabor era maravilloso, un

regusto perfumado a rosa mosqueta, aunque con más cuerpo, que despertaba papilas gustativas que antes ni siquiera sabía que estuvieran ahí. Sintió su energía, esa especie de ánimo que te recorría a la par que su delicioso zumo. Gracias al cielo, se trataba de un sombrero de Puck feérico, rico y turgente, y no uno de esos astronáuticos de color ceniza, que eran correosos y amargos, y que había que poner a endulzar entre los feéricos, que estaban más maduros. Era un alimento exquisito, asumiendo que a uno no le importara tener que escupir las dos docenas de pepitas duras e insípidas que hacían las veces de ojos. Con un poco de suerte y sembrando las pepitas en el lugar adecuado, sería posible tener allí todo un jardín de sombreros de Puck en apenas seis meses, pero consideró que mejor no decirle eso a su colega.

Regresaron juntos al interior para preparar otra taza de té mientras él terminaba de devorar su sombrero de Puck. Continuaron charlando de esto y de aquello, y Fred tuvo la ocasión de ojear el álbum de fotos. Algunas de las viejas instantáneas, con sus pequeños fijadores negros en los bordes, eran en color, pero no pudo determinar cuáles. Había una muy bonita con una joven de veintitantos de pie sobre un césped, con pinta de estar un poco deprimida y con unos edificios al fondo que podían ser de un hospital o una escuela. Hablaron hasta que el reloj de la pared del pasillo dio las dos, y entonces Freddy le agradeció a su colega el tiempo dedicado y el bocado ofrecido, atravesó de nuevo la puerta principal y volvió a salir a Scarletwell Street.

Sintiéndose mucho mejor tras comer un poco, Fred salió disparado por Scarletwell Street, dejó atrás los pisos increíblemente altos de su extremo superior y se dirigió hacia el Mayorhold. Un sombrero de Puck de tal tamaño bastaría para mantenerlo atento y vigoroso durante una quincena. Con cierta arrogancia, hizo caso omiso de la barandilla que cercaba la amplia intersección de tráfico, se la saltó y atravesó el flujo de coches embalados. Que les den a los automóviles, pensó. Era ya muy mayor como para

quedarse vacilando en la acera como un niño pequeño, aunque, cuando el carro y el caballo de Jem Perrit pasaron en dirección a Horsemarket, sí que dio un paso atrás, pues estos, al igual que el propio Freddy, iban dejando un rastro a su paso; imágenes desdibujadas de sí mismos, fijas en distintas etapas de su movimiento, generadas a medida que trotaban a lo loco entre camiones y vehículos de cuatro ruedas. El carro y el caballo eran parte de su mundo, y pese a que la colisión con ellos no podía provocar fatalidad alguna, existían otras complicaciones que era mejor evitar. Freddy permaneció quieto en mitad de la corriente de vehículos y observó al caballo de tiro avanzar pendiente abajo hacia Marefair, con Jem Perrit borracho y grogui a las riendas, confiado en que el caballo lo llevaría a su casa de Freeschool Street antes de despertarse. Sacudiendo la cabeza en señal de admiración y divertimento por la veteranía del caballo a la hora de realizar ese truco, Fred continuó hacia la esquina en la que el ensanche curvo de Silver Street descendía para confluir en el cruce.

En el antiguo emplazamiento de las mayores tiendas y locales del Mayorhold, como la cooperativa y las carnicerías, o como el quiosco de Botterill y demás, había ahora uno de esos nuevos aparcamientos en altura, y sus paredes de hormigón estaban pintadas, según había oído Fred, de un amarillo sucio. Alrededor de la base del lugar, por el lado del Mayorhold, había un enorme seto de zarzas justo en la esquina donde antes podía verse la oficina del pobre Georgie Bumble. La zona había proliferado en exceso desde los tiempos de Georgie, así que Fred se tendría que arremangar si pretendía adentrarse allí para remontarse atrás. Después de apartarse de la bulliciosa carretera e internarse en los matorrales, y con las capas de la tarta de bodas que era el aparcamiento cerniéndose sobre él, empezó a retirar a un lado los elementos actuales con el fin de poder pasar. Primero las trepadoras, disipables como el humo, y luego la maquinaria: compresores, hormigoneras y excavadoras que fue capaz de aplastar y doblar como si estuvieran hechas de plastilina de colores. Finalmente,

cuando se hubo deshecho de todo esto, descubrió la enorme puerta abierta de granito que daba a la oficina de Georgie, con el nombre del establecimiento elegantemente tallado en piedra sobre la entrada: CABALLEROS. Cepillándose los restos de tiempo anquilosado que inevitablemente le habían salpicado las mangas del abrigo durante su extracción de materia, Fred deambuló por el damero de húmedas losas agrietadas que yacía bajo sus pies y lanzó un grito que resonó con un eco maloliente.

—¿Georgie? ¿Hay alguien en casa? Vengo de visita.

Había dos cubículos que partían de la zona urinaria central, con sus muros goteantes y un rasgado cartel de advertencia contra enfermedades venéreas en el que figuraban un hombre, una mujer y unas temidas iniciales de silueta negra en contraste con lo que Fred recordaba que era un fondo de color rojo llaga. Uno de los dos cubículos tenía la puerta cerrada, y la del otro, abierta, revelaba un inodoro inundado, lleno de zurullos y de papel higiénico en el suelo. Ese, sabía, era el modo en que la gente soñaba con este tipo de lugares. Él mismo, durante una de las veinticinco mil noches de su vida anterior, había soñado con lavabos espantosamente rebosantes como este, con buscar un sitio en el que poder mear solo para toparse con agujeros inmundos de corte similar. En lo que a Freddy concernía, el modo en que las ideas oníricas de la gente tendían a formar una especie de sedimento a lo largo de los años era lo que hacía de este lugar tal desastre. No podía culparse a Georgie. Desde la puerta cerrada llegó el sonido de alguien que escupía, luego el de la cisterna del retrete, y luego el del repiqueteo del pestillo deslizante de la puerta de zinc al abrirse desde el interior.

Surgió de allí un monje demacrado, lastimero, barbilampiño y con su consabida calva en la coronilla, es decir, con su tonsura. Desde donde estaba Freddy, se parecía a uno de los clunis, o como quiera que se llamaran los tipos esos de San Andrés.[23] Dejó atrás a Fred sin advertir su presencia y enfiló hacia la entrada de los servicios públicos para internarse en la maraña de años e

instantes que bloqueaban el acceso cual enredaderas. El monje se fue, y solo dejó a su paso unas imágenes en blanco y negro de sí mismo que quedaron reducidas a la nada en cuestión de segundos. Fred volvió la mirada hacia el cubículo, ahora abierto, que el hombre acababa de abandonar, y vio allí a Georgie Bumble, quien, con una media sonrisa apologética, salió arrastrándose en la estela del monje y generando su propio reguero de autorretratos.

—Hola, Freddy. Cuánto tiempo sin verte. Siento el jaleo, por cierto. Me has pillado haciendo un negocio. Bueno, si a esto se le puede llamar negocio, claro. ¿Has visto lo que me ha dado? Será tacaño el puñetero viejo sodomita…

Georgie extendió la mano y abrió sus dedos rechonchos de uñas mordisqueadas para mostrarle a Fred un pequeño sombrero de Puck de siete centímetros de ancho, como máximo. Distaba mucho de estar maduro, pues el círculo de formas fetales grises azuladas, parecidas según la gente a astronautas, apenas se veía formado. Las grandes perlas negras que eran los ojos componían un anillo rutilante e incomestible alrededor del hoyuelo central, donde ninguna mata de pelo coloreado había crecido aún, mala señal a la hora de evaluar plantas vasculares de este tipo. Era lo que determinaba si estaban listas para su ingesta. Si Georgie le había hecho un favor a aquel viejo monje por un bocado de este tamaño, se lo había hecho en más de un sentido.

—Tú lo has dicho, Georgie. Es una insignificancia ridícula. De todas formas, esos de San Andrés son todos franchutes, así que ¿qué podías esperar? Si fueran la mitad de santos de lo que afirman ser, no seguirían aquí abajo con todos nosotros, ¿verdad?

Georgie contempló con tristeza y grandes ojos llorosos el poco apetecible manjar de su palma. El lastimero goteo de la cisterna, amplificado por la inusual acústica, sonó con un eco que pareció precipitarse en más direcciones y regresar desde distancias mucho mayores que las que resultaban evidentes en aquel húmedo y reducido espacio.

—Sí. Buen apunte ese, Freddy. Muy buen apunte. Pero,

por otra parte, son los únicos dispuestos a comerciar en estos días. Los monjes, digo.

Ataviado con un traje brillante y con una cuerda pasada por las trabillas a modo de cinturón, el pequeño y andrajoso crápula mordió una fibrosa porción del agrio vegetal gris e hizo un mohín. Durante el rato que le llevó masticarlo, sus penosas facciones gomosas se afanaron cómicamente con tan amargo pedazo, y luego escupió al urinario un duro y vidrioso ojo negro del tamaño de una pepita de manzana que, con pereza, flotó por la espumosa canaleta hasta encallar en las pastillas blancas de desinfectante apostadas junto al desagüe, desde donde contempló con indiferencia a Fred y Georgie.

—Pero tienes razón, sin embargo. Unos malditos hipócritas es lo que son. Es la teta de bruja más infame que he probado jamás.

Georgie le dio otro bocado y lo masticó, repitió su mohín, y volvió a escupir otra perla azabache al esmaltado mingitorio blanco. Teta de bruja era otro nombre que a veces recibían los sombreros de Puck, igual que locas de Bedlam, susurros del bosque o dedos del diablo. Todo significaba lo mismo y, por malo que fuera su sabor, Freddy sabía que Georgie Dumble se empeñaría en acabárselo sin desperdiciar nada, ya que provocaban un estímulo descomunal. El motivo de ese efecto lo desconocía. Tenía la impresión de que estaba relacionado con el modo en que los brotes del bulbo parecían interferir con el tiempo, pues las personas podían perder horas o días enteros mientras imaginaban estar bailando con hadas o cualquier otra cosa. Si las plantas de suelo succionaban los nutrientes del sustrato o de aquello en lo que crecieran, ¿sería posible que los sombreros de Puck succionaran el tiempo o, al menos, el tiempo tal y como lo concebía la gente? Si la suposición era cierta, quizá fuera eso lo que proporcionaba tamaño empuje a errantes como Georgie o el mismo Freddy. Quizá, para los suyos, el tiempo humano fuera como una vitamina que les faltara de un tiempo a esta parte, desde que dejaran su vida. Y quizá fuera esa la causa de que sufrieran aquella

dichosa palidez. Fred había cavilado sobre todas estas cosas durante momentos de ocio e inactividad, y de esos estaba claro que había tenido más que unos pocos.

Georgie, que había masticado y tragado el trozo final, así como expectorado el último globo ocular astronáutico, se hallaba ahora limpiándose sus labios sonrosados, ya más vívidos. A través del cartel de enfermedades venéreas, Freddy, que estaba empezando a sentirse enclaustrado en aquellos lóbregos retretes, pudo atisbar vagas imágenes borrosas de coches modernos alineados bajo un tubo fluorescente. Decidió sacar a colación el motivo que le había llevado a la oficina de Georgie para, así, descargarse de sus responsabilidades y salir de allí cuanto antes.

—La razón por la que me he pasado, Georgie, es porque acabo de visitar la esquina de Scarletwell Street, donde me han indicado que no te ven el pelo desde hace un tiempo y que hay preocupación. Así las cosas, he dicho que iba a dejarme caer por aquí para asegurarme de que todo marchara como miel sobre hojuelas.

Georgie frunció los labios en una sonrisita, y sus ojos líquidos destellaron al empezar a sentir el suave efecto del sombrero de Puck inmaduro que había ingerido.

—Bueno, pues benditos seáis los dos por velar por mí, pero estoy bien, igual que siempre. Debido al tráfico que presenta el Mayorhold en esta época, ahora ya no salgo mucho de aquí. El exterior se ha convertido en una pesadilla para mí, pero, con un poco de suerte, en unos pocos cientos de años o así, la mayor parte será un páramo o un cráter. Los bolardos y las indicaciones de mantenerse en el carril izquierdo serán pasto de las adelfillas[24] y, entonces, quizá, me aventure fuera más a menudo. Eres muy amable por pasarte, Freddy, y da recuerdos míos en la casa de la esquina, pero estoy bien. Sigo chupándosela a mis monjes, pero, aparte de eso, no tengo queja alguna.

No parecía que Freddy tuviera mucho más que añadir, así que le dijo a Georgie que no dejaría que pasase tanto tiempo antes de su próxima visita y ambos se dieron la mano lo mejor que pudieron. Fred se abrió paso hacia la

entrada del servicio a través de los volquetes y máquinas articuladas, a través de zarzas de meses y años repletas de espinas hechas de momentos dolorosos, y salió al humeante barullo del Mayorhold, dominado por la sombra del edificio de aparcamientos que quedaba a su espalda. Con el recuerdo del hedor de la oficina de Georgie aún presente, y pese a la atmósfera viciada por los tubos de escape de los coches que circulaban por la intersección, Freddy anheló poder suspirar a pleno pulmón. Resultaba descorazonador ver el modo en que algunos subsistían en aquellos días, aferrándose a sus pequeños cuchitriles o a las sombras de los lugares que dichos cuchitriles ocuparon antiguamente. Pese a todo, con ello había concluido sus tareas, así que ahora podría cumplir con la cita de Bath Street. Vería a Patsy, y dejaría bien atrás a Georgie Bumble y el día que había tenido. Aunque eso, reflexionó, era imposible, ¿verdad? Nadie podía dejar atrás las cosas, trazar una línea y fingir después que habían desaparecido. Ni hechos, ni palabras, ni pensamientos. Seguirían allí, en el camino, por siempre. A su paso hacia la corriente de vehículos, y arrastrando tras de sí una cola con imágenes grises de sus instantes previos, ponderó el asunto hasta quedar absorto por la perspectiva de echar un polvo.

Al otro lado del Mayorhold, en la esquina sudoeste, atravesó la barandilla y bajó por Bath Street sintiendo en los remanentes fantasmales de sus pantalones unas punzadas suscitadas bien por el sombrero de Puck, bien por pensar en Patsy. Cuando llegó a la entrada de los jardines, aminoró, pues sabía que regresar al lugar en el que lo esperaban requeriría cavar otra vez. Su mirada sorteó la avenida desierta que separaba las dos manzanas de pisos, con sus márgenes de hierba, sus muros de ladrillo y sus verjas arqueadas a cada lado, para elevarse hacia el sendero, o rampa, o escaleras, o lo que fuera que hubiera allí al fondo en el presente. El chucho con pinta de gorrón que había visto un poco antes en St. Mary Street seguía por allí, olisqueando las cunetas que bordeaban el césped. Fred se armó de valor y empezó a profundizar hacia los

cincuenta empujando las pilas de basura. Se abrió paso a través de los días de gloria de Mary Jane y más allá, remontándose al apagón y las sirenas, echando a un lado tendederos y cestas de berberechos de antes de la guerra como si fueran juncos, hasta que la fetidez repentina y la falta de visibilidad le indicaron que había llegado a su destino: los primeros veinte, en los que la esposa de otro se hallaba aguardándolo.

El olor, al igual que el velo de humo que apenas le permitía ver su propia mano a un palmo de la cara, procedía del Destructor, que se enclavaba justo al final de la cuesta, a la derecha de Freddy, y que se elevaba sobre él hasta el punto de que no soportaba ni mirarlo. Con la vista fija hacia el frente, comenzó a recorrer el caminito de un área dedicada al recreo con sus columpios, su tobogán y su cucaña; una que ocupaba la misma extensión que la avenida central de los pisos de Bath Street momentos antes o, en función de la perspectiva, la que esta ocuparía unos ochenta años después. Sabía que ese siniestro parquecito era llamado, siempre con cierta amargura e ironía, «El Huerto». A ambos lados, los bloques de pisos de ladrillo rojo oscuro habían desaparecido y, donde antes estaban los muros de separación y las verjas arqueadas, ahora aparecían, uno frente al otro, dos grupos dispersos de casas adosadas separados entre sí por los matorrales del suelo y por aquella asfixiante cortina de humo.

Aproximándose hacia él por la vereda trillada que discurría entre el terreno duro y tosco que se extendía de Castle Street a Bath Street, una tenue silueta humana empujaba un carrito. Freddy sabía que, cuando se hubiera acercado más a través del hollín, resultaría ser la joven Clara, esposa de Joe Swan. Menuda potra tenía el tío. Fred sabía que sería Clara porque siempre rondaba por allí, empujando el cochecito entre los columpios y el carrusel de madera, cuando él iba a ver a Patsy. Siempre rondaba por allí porque había estado allí por la tarde la primera vez que había tenido lugar lo suyo con Patsy Clarke. La única vez que había tenido lugar, de hecho. Al emerger del acre

banco de niebla, empujando el carrito en su dirección a lo largo del sendero de tierra prensada, Clara Swan no dejó imágenes tras de sí, y tampoco lo hizo su hija. Allí nadie lo hacía. Allí, todo el mundo seguía vivo.

Clara era hermosa, una mujer preciosa de treinta y tantos años, delgada como un palo y con una cabellera castaña tan larga que Joe Swan había llegado a decir que su mujer podía sentarse sobre ella cuando no la llevaba recogida en un moño; uno como el que lucía ahora, rematado por un pequeño bonete negro con flores artificiales en la banda. Al ver a Freddy y reconocerlo como amigo de su marido, detuvo el carrito, dejó caer la barbilla y elevó la mirada desde debajo de la frente con unos ojos de desaprobación no exentos de humanidad. Él sabía que era un gesto que fingía para diversión mutua, pero solo en parte. Clara era una mujer íntegra que jamás se prestaba a frivolidades e imprudencias. Antes de casarse con Joe había trabajado de criada para el Conde Rojo en la Casa Althorp o en algún sitio de esos, y allí, como tantos otros habitantes de los Boroughs hasta ser despedidos, había asimilado la compostura y los modales que los más acomodados esperaban de ella. No es que fuese estirada, pero sí honesta y recatada, y en ocasiones, aunque no de forma desagradable, bajaba un poco la mirada ante quienes no lo eran. Sin embargo, también sabía que la mayor parte de las personas tenían motivos para ser como eran, y por esa razón nunca las juzgaba.

—Vaya, pero si es el pícaro de Freddy Allen. ¿Qué tramas por estos lares? Seguro que nada bueno.

Era lo que siempre decía Clara cuando se cruzaban allí, en el punto de Bath Street donde acababa el camino de tierra que venía de Castle Street, sumidos en aquel humo vespertino.

—Oh, ya me conoces. Probando suerte, como es habitual. Pero bueno, ¿a quién llevas ahí en el carrito? No me digas que es la pequeña Doreen…

A Clara se le escapó una sonrisa a su pesar. Freddy le caía realmente bien y, pese a toda aquella desaprobación

victoriana, él lo sabía. Inclinando la cabeza hacia un lado como un pajarillo, lo invitó a acercarse al carrito para poder ver el interior, donde Doreen, la hija de un año de Joe y Clara, yacía dormida con el pulgar en la boca. Era una criaturilla lindísima y, por el modo que tuvo de llamarlo, se adivinaba que Clara estaba muy orgullosa de ella. La felicitó por el bebé, como siempre, y luego charlaron un rato, para no variar. Finalmente, llegaron a la parte en la que Clara decía que no todo el mundo podía desatender las tareas del hogar, que le deseaba una buena tarde y que lo dejaba seguir con los oscuros negocios que estuviera maquinando.

Freddy la vio alejarse empujando el cochecito hacia una humareda que, lógicamente, era más espesa sobre Bath Street, donde se alzaba la torre del Destructor, y entonces se volvió y prosiguió su camino hacia Castle Street para esperar a que Patsy lo llamara igual que lo había llamado aquella primera vez, igual que lo llamaba siempre.

—¡Fred! ¡Freddy Allen! ¡Aquí!

Patsy se hallaba en la entrada de la callejuela que discurría por el lateral de las casas que quedaban a su derecha cerca del final de Bath Street; la misma que guiaba hacia los patios traseros de los edificios, que daban a una plaza enorme ubicada a espaldas del Destructor. Por lo que Fred intuyó a través de las volutas ondulantes, Patsy venía hecha un bombón: una rubia curvilínea, menuda y entradita en carnes, que era como le gustaban. Era mayor que él, aunque eso no lo desanimaba en absoluto, y resultaba en cierto modo sugerente allí parada, sonriendo en la bocacalle. Bien por la humareda, bien por la dificultad de mantener el control de las cosas cuando uno se remontaba tan atrás, Freddy observó un débil centelleo alrededor de Patsy, y, por un segundo, la vía pasó a convertirse en una escalera exterior con una barandilla cuyos barrotes de hierro traspasaron la cabeza y el torso de la mujer; no obstante, no tardó en volver a ver las paredes de los jardines traseros de las casas, con sus ladrillos de un naranja más brillante y, aun así, mucho más sucios que los

de los pisos de Bath Street. Aguardó a que la visión de ella se solidificara antes de enfilar en su dirección lleno de garbo, con las manos hundidas en los bolsillos de su andrajoso pantalón y el sombrero encajado en la cabeza para ocultar su calvicie. Allí, en 1928, varios de sus defectos se habían atenuado. No tenía barriga cervecera, por ejemplo, pero el pelo había empezado a perderlo en la veintena, razón por la que vestía sombrero desde entonces.

Cuando estuvo lo bastante cerca de Patsy para que ambos se vieran claramente, se detuvo y le sonrió igual que la primera vez, aunque ahora con más matices. Aquella primera vez solo había significado un «sé que me atraes», pero ahora era más bien un «sé que me atraes porque he vivido esto mil veces y ambos estamos ya muertos, y no deja de ser divertido el modo en que seguimos volviendo aquí, a este preciso instante». Así es como acaecía cada detalle de su interacción: siempre igual, palabra por palabra, pero con ironías inéditas tras cada frase y cada gesto, todas derivadas de su nueva situación. Fijaos, mismamente, en lo que estaba a punto de decir:

—Hola, Patsy. Tenemos que dejar de vernos así.

La primera que lo dijo había tenido su gracia. Lo cierto era que se habían visto una o dos veces en el salón de algún pub o en los puestos del mercado, pero expresarlo así y comentar que tenían que dejar de verse, como si ya tuvieran una aventura, había sido una forma de bromear sobre el tema y de sacarlo, a un tiempo, a colación. Ahora, en cambio, la observación poseía otras connotaciones. Patsy sonrió encantada y contestó jugueteando con uno de sus mugrientos rizos.

—Tú mismo. Pero deja que te diga algo: como vuelvas a pasar de largo, perderás tu oportunidad. No voy a quedarme aquí esperándote por toda la eternidad.

Helo ahí de nuevo, otro doble sentido del que ninguno fue consciente al pronunciar aquellas palabras por primera vez. Fred le sonrió ampliamente a través del humo.

—Diantres, Patsy Clarke. Deberías avergonzarte. Eres una mujer casada. Casada hasta que la muerte os separe y

tal y cual.

Ella ni perdió la sonrisa ni apartó los ojos de él.

—Oh… él. Está fuera de la ciudad, trabajando. Lleva un buen tiempo, así que no me acuerdo ni de la última vez que lo vi.

Originalmente, al decírselo a Fred, aquello no había sido más que una exageración, pero ahora había dejado de serlo. Frank Clarke, su marido, no vagaba ya por las zonas inferiores de los Boroughs del mismo modo en que lo hacían Fred y Patsy. Frank había accedido a una vida mejor. Había ascendido la escalera, por así decirlo. Y se lo merecía. No había nada que hostigara su conciencia y que lo mantuviera allí abajo, mientras que a Fred, como él mismo había explicado en Scarletwell Street, lo retenían toda clase de cosas. Patsy, por su parte, se había liado con Fred y con otros tantos del lugar. Se había mostrado muy generosa con su generoso cuerpo, y sus incontables tardes sudorosas, con sus placeres culpables, eran como ruedas de molino que, lastrándola, evitaran su partida. Cuando alzó la vista hacia Freddy, deshizo su sonrisa y la tornó en una expresión más seria que resultó casi desafiante.

—En su ausencia, no he podido alimentarme bien. Hace años que no pruebo una comida caliente.

En su ironía involuntaria, no dejaba de ser una posible referencia a los sombreros de Puck, un alimento básico para residentes inferiores de los Boroughs como Fred y Patsy. Ella continuó hablando.

—Estaba pensando en la de tiempo que llevo sin sentir algo caliente dentro de mí. Y, conociéndote, seguro que también tienes hambre ahora mismo. ¿Por qué no te vienes a la cocina, a ver si podemos dar con algo que satisfaga nuestras necesidades?

Fred tenía ya una erección de la hostia. Al oír pasos en el camino de tierra a su espalda, volvió la cabeza justo a tiempo de ver a la joven Phyllis Painter, de ocho años de edad, salvando los terrenos del parquecito hacia la parte de Bath Street. Les dedicó a ambos una sonrisa cómplice y, luego, prosiguió por el sendero hasta desaparecer en las

ondulantes nubes sepias que asediaban su casa en Scarletwell Street, justo al lado de la escuela. Fred no supo determinar si la sonrisa de la chica se había debido a intuir lo que tramaban Patsy y él, o si la pequeña Phyllis era una no muerta que, revisitando la escena igual que él, hubiera sonreído de aquel modo por reconocer el bucle en el que estaban atrapados, aunque fuera voluntariamente. Phyll Painter y su panda campaban a lo largo, ancho, alto y temporal de los Boroughs. Pululaban por el veinticinco, donde operaba esa mujer negra del peinado estropajoso y la fea cicatriz sobre el ojo, esa a la que llamaban santa, y cuando ella y sus gamberros no rondaban por allí, se dedicaban a atajar por la casa de su colega en dirección a los adosados de Spring Lane durante sus aventuras nocturnas. También podría ser que hubieran bajado hasta allí a saquear todos los sombreros de Puck del veintiocho, pero, por otro lado, Phyll Painter tendría ocho años de vida normal en aquella época, y no iba seguida de su banda cuando la había visto. Era más probable que fuera Phyllis Painter de niña, o que fuera el recuerdo que tenía de ella por haberla visto la pasada tarde, y no que se tratara de la pequeña alborotadora en la que se había convertido desde que abandonó la vida.

Al volverse de nuevo hacia Patsy, su rostro quedó orientado hacia el mismo punto que su polla. Pronunció su última indirecta involuntaria —«Nunca digo que no, ya me conoces»— antes de que ella lo arrastrara, entre las risas de ambos, hacia la callejuela y el patio trasero de la tercera casa a su derecha, contigua al corral de matanza que el carnicero, el señor Bullock, tenía en su tienda, situada bajo el Destructor. Por el sonido, se diría que allí al lado estaban colgando y desangrando a algunos cerdos, lo cual, como siempre, camuflaría los ruidos que harían Patsy y Fred. Ella se lanzó contra la puerta abierta de atrás y, una vez dentro, lejos de miradas indiscretas, lo empujó hacia la cocina para tantearle la entrepierna y empezar a dirigirlo tirando de su pene rígido a través de la aspereza de sus calzoncillos y pantalones. Avanzaron de esta guisa hasta un salón

mortecino y estrecho en el que Patsy tenía algunas brasas ardiendo en el hogar. Según recordaba Fred, aquel día de marzo había hecho algo de fresco.

Fue a darle un beso sabiendo que ella diría que su mal aliento olía a muerto. El doble sentido no solo afectaba a algunas de las cosas que se habían dicho aquella tarde. Afectaba a todas por igual. En cualquier caso, con respecto al beso, Patsy se mantuvo tan firme como todas las demás veces.

—No te lo tomes por lo personal. Nunca he soportado ese tipo de cursiladas. Sácatela, métela, y punto. Es lo que te digo siempre.

Ambos respiraban agitadamente, o al menos eso parecía. Fred conocía a Patsy desde los tiempos en que iban con sus calcetincitos grises a la escuela Spring Lane. Con el rostro sofocado, se levantó la falda hasta la cintura y encaró la chimenea para pasar a mirar a Fred por encima del hombro. No llevaba bragas bajo la ropa.

—Vamos, Fred. Pórtate como un diablo.

Fred supuso que eso debía ser. Bastaba con verle allí. Ella volvió a dejar de mirarlo y extendió sus manos a cada lado del espejo que colgaba en la pared de la repisa de la chimenea. Él podía ver tanto su rostro como el de ella, ambos reflejados en el cristal, y ambos excitados. Se desabrochó a tientas los botones de la bragueta y liberó su miembro tirante. Escupió una sustancia gris sobre su palma grasienta y la frotó contra aquel apéndice bulboso y reluciente antes de empujarlo en toda su dimensión hacia el lubricado coño de Patsy, ya empapado de sus propios fluidos espectrales. La agarró más o menos por la cintura, para hacer palanca, y empezó a lanzar las acometidas más bestiales de las que fue capaz. Todo era tan maravilloso como lo recordaba. Ni más, ni menos. No obstante, la experiencia había ido marchitándose con cada repetición hasta quedar desprovista de casi todo aliciente, como un viejo paño de cocina que hubiera sido escurrido una y otra vez hasta desdibujar sus diseños. Era mejor que nada, pero poco más. En el mismo instante de siempre, retiró la mano

derecha de la cadera de Patsy y se chupó el pulgar para humedecerlo antes de introducirlo, hasta el nudillo, en el ojete de ella. Los gritos de la mujer sobrepasaron los quejidos del patio de al lado.

—Oh, Dios. Oh, fóllame, que me siento en el cielo. Fóllame, Freddy. Fóllame hasta joderme la vida. Oh. Oh, joder.

Desde el reflejo del rostro de Patsy, contorsionado y afanado, Freddy desvió la mirada hacia allí donde su grueso órgano enhiesto, que por entonces vivía sus mejores días, relucía con un color gris similar al de la arena mojada en una foto costera, todo ello mientras entraba y salía del peludo y gorgoteante agujero de la mujer. No estaba seguro, ni siquiera después de tantos años, de qué vista le gustaba más, así que siguió alternando entre una y otra. Se alegró de que nunca pudiera contemplarse en el espejo desde aquella perspectiva, pues era consciente de que, con el sombrero puesto, parecería un chalado de tal calibre que se echaría a reír y sufriría un gatillazo.

Fue entonces cuando Freddy percibió algo por el rabillo del ojo. No podía volver la cabeza para indagar directamente porque, en aquella primera ocasión, no lo había hecho. Fuera lo que fuese, no era algo que hubiera sucedido entonces, sino una especie de innovación que quizá podría añadir algo de chispa a su vieja rutina.

No tardó en determinar que se trataba del efecto centelleante que había notado antes, cuando el callejón se había convertido en una escalera con barandilla al ir a saludar a Patsy. Era algo que ocurría a veces al abrirse paso hacia el pasado, como si el presente te tuviera atado con un elástico que, al intentar tirar de vuelta, te hiciera ver algunos de sus fragmentos invadiendo o interfiriendo la época a la que te hubieras remontado. En este caso, por el rabillo del ojo, Freddy pudo ver a una mulata menuda, bonita y delgaducha que estaba sentada en un sillón desvencijado. Llevaba el pelo en crestas que le dejaban calvas en medio, y vestía una especie de gabardina brillante a pesar de estar bajo techo. Lo más extraño era que estaba

allí sentada mirándolos con una sonrisilla y con la palma de la mano descansando despreocupadamente sobre el pubis, así que no solo parecía que pudiera verlos, sino también que estuviera disfrutándolo. La idea de ser acechados por una joven le infundió un poco más de entusiasmo, aunque sabía que eso no haría que se corriera precozmente antes de la hora. Además, su sentimiento de culpa por la edad de la joven de color compensó el leve pico de excitación que esta le había suscitado. Pese a su lamentable estado, parecía recién salida de la infancia… No tendría más de dieciséis o diecisiete años. Por suerte, cuando volvió a salir de la puñetera Patsy lo suficiente para echar otro vistazo, la chica ya se había esfumado, así que pudo concentrarse en rematar la faena como era debido.

¿Dónde había visto recientemente a aquella muchacha? Su cara le sonaba de algún sitio, eso seguro. ¿Se había topado con ella aquel día? No. No, ahora se acordaba de dónde. Había sido el día anterior, alrededor de la hora de la comida. Él estaba en el pórtico de la iglesia de San Pedro. Había un chaval allí, uno vivo, dormido y borracho, y él se había deslizado hasta quedar a su lado. Era un mozalbete joven, de pelo castaño claro, con un enorme suéter suelto de lana y con esos zapatos a los que llaman *bumpers*, y Freddy pensó que al durmiente no le importaría que se tumbara junto a él con la mera intención de escucharlo respirar, sonido este que echaba de menos. Al cabo de una o dos horas, oyó unos tacones altos acercándose desde Marefair y cruzando por delante de la iglesia. Se sentó y observó caminar a la chica, que era la misma que acababa de estar en aquel sillón espectral, observándolos. Al pasar por la iglesia bamboleando sus piernas morenas y desnudas, no creyó que hubiera reparado en él, pero luego algo le hizo pensar que sí podría haberlo hecho, de modo que decidió irse antes de que volviera a mirar. Era ahí donde la había visto. Y había sido ayer, no hoy.

Se acercaba el momento. Patsy empezó a gritar al alcanzar el clímax.

—¡Sí! ¡Oh, sí! ¡Oh, joder, me muero! ¡Me voy a morir,

joder! ¡Oh, Dios!

Al disparar tres o cuatro chorros de frío ectoplasma dentro de Patsy, Freddy pensó en la muchacha atezada de largas piernas y escandalosa minifalda. Ni bajo amenaza de muerte, por así decirlo, podría haber recordado en qué había pensado la primera vez que eyaculó aquellas emisiones, cuando su semilla aún era caliente. Sacó el pulgar del culo de la mujer y deslizó su pene fláccido y goteante hacia fuera, poniendo de relieve que, aunque lo que emanaba de su polla en aquellos días era un líquido mucho más gélido, el aspecto era en cambio muy similar. Devolvió el armatoste brillante y pocho al interior de sus calzoncillos y pantalones, y luego se abotonó la portañuela mientras Patsy se bajaba las faldas y se adecentaba. Entonces, ella se volvió, dejando la repisa y el espejo a su espalda. Solo quedaban por decir una o dos líneas más de diálogo.

—Dios, ha estado genial… Aunque no te pienses que vas a poder venir todas las tardes. Ha sido cosa de una sola vez. Ahora, espabila… Es mejor que te vayas antes de que los vecinos empiecen a husmear. Ya nos veremos por ahí.

—Pues vale… Nos vemos por ahí, Patsy.

Eso fue todo. Fred salió a través de la cocina al patio trasero, donde el escándalo del matadero contiguo había finalizado. Abrió la cancela, se metió por el callejón y se encaminó hacia el parque cubierto de humo, hacia el Huerto. Era allí donde siempre desembocaba en sus recuerdos, y en su existencia presente, para detenerse a la salida de la bocacalle y contemplar la brumosa zona de recreo infantil, con el tobogán y la cucaña cerniéndose tenuemente entre la agitada calima. Su propia «cucaña» particular no parecía ya tan impresionante como la última vez que había estado allí hacía unos minutos. Y, al bajar la mirada, descubrió que su tripa cervecera estaba regresando. Con un gesto de resignación, dejó que el escenario que lo rodeaba saltara bruscamente al aspecto que tenía el 26 de mayo de 2006. Tras una vertiginosa ráfaga de muros y columpios derretidos, de ladrillos de color rojo oscuro que

brotaron de la nada para edificar los pisos, Freddy se vio una vez más junto a la escalera exterior de obra, desde donde distinguió el césped, la vacía avenida central y el mismo chucho zarrapastroso de antes, que seguía trotando de acá para allá con aspecto nervioso, como si llevara bastante tiempo sin hacer de vientre.

Freddy se solidarizó con él. Aquella era, sorprendentemente, una de las cosas que más echaba de menos: la bendita sensación de alivio cuando todos los apestosos venenos y toxinas de una persona se precipitaban de golpe para poder ser evacuados. Lo que él padecía ahora, caviló, era una suerte de estreñimiento del espíritu. Lo que lo retenía allí abajo y le impedía mudarse era eso, el hecho de no poder desahogarse de aquella manera y librarse de toda su pestilencia. La situación de tener que llevar dentro toda aquella mierda lo había convertido, década a década, en un ser cada vez más perezoso e irritable. Otro siglo más así, y dudaba de que fuera capaz de reconocerse a sí mismo.

Al desplazarse a través del césped y flotar hacia la cuesta por la avenida, Freddy dejó atrás al perro sarnoso, que retrocedió de un salto y le ladró dos veces antes de decidir que no suponía peligro alguno y de retomar su desasosegado trote arriba y abajo. Entró en la zona superior de Castle Street, prosiguió hacia el cruce entre la calle sin salida y Horsemarket, y torció a la derecha. Aunque le hubiera prometido a Mary Jane una visita al Jolly Smokers, eso podía esperar. Primero iría a los billares, a media bajada por Horseshoe Street; el mismo lugar al que había remitido al viejo capellán.

Planeó pendiente abajo por Horsemarket y recordó, con una punzada de oprobio, las elegantes propiedades de médicos, abogados y demás que solía haber allí antes de aquella vía de doble carril. Su vergüenza dimanaba de las adorables hijas que habían criado varios de los caballeros que residían en la zona. Por una en particular, llamada Julia e hija de un doctor, llegó a sentir un profundo amor, aunque siempre se limitó a observarla desde la distancia sin

decirle nada. Sabía que ella no le habría dirigido la palabra ni en un millón de años. Y, por ese motivo, pensó en violarla.

Evocarlo ahora le quemaba por dentro, aunque lo cierto es que nunca lo consumó. Sin embargo, barajó la idea, y fue tan lejos que llegó a planificar cómo esperar por la mañana a que ella hubiera cruzado Horsemarket en dirección a su trabajo en Drapery y cómo asaltarla durante su ruta habitual por St. Katherine's Gardens. Un día, al alba, incluso se plantó en la acera a esperar, pero, nada más verla, recobró el juicio y huyó, llorando para sus adentros. Él tenía dieciocho años. Aquella era una de las heces más duras y compactas que retenía sin poder expulsar. La más pesada… y la más dolorosa.

Cruzó Marefair por la parte inferior, esperando a que el semáforo cambiara de gris a gris, pese a que no era necesario, para poder caminar a través de los demás peatones. En Horseshoe Street, recorrió la prolongación de la rugiente cascada de metal que fluía desde Horsemarket y, luego, torció a la derecha en dirección al centro y su sala de billar. En el transcurso, pasó junto a, y también a través de, un tipo rechoncho con el pelo blanco y rizado, barbita y una mirada que parecía virar constantemente, tras sus anteojos, entre la arrogancia y el disimulo. Freddy lo reconoció, pero tuvo que volver a esforzarse para recordar de dónde. Lo había visto unas cuantas noches atrás, sobre las cuatro de la mañana. Había estado vagando sin rumbo por el Marefair antes del amanecer, disfrutando simplemente de su vaciedad, cuando, de la nada, había oído a un hombre que lo llamaba con voz trémula y asustada.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Se me escucha? ¿Estoy muerto o qué?

Al volverse para descubrir quién había interrumpido sus deambulares nocturnos, vio al mismo hombrecillo gordo que acababa de traspasar a plena luz del día en la esquina de Gold Street. Aquel cincuentón de gafas y barba se había plantado en la desierta loma peatonal de Black Lion Hill, de madrugada, únicamente ataviado con su camiseta, su reloj

de pulsera y sus calzoncillos. Estaba mirándolo ansiosamente, con aspecto extraviado y espantado. Por un momento, Freddy llegó a pensar que el tipo acababa de abandonar su vida, y que por eso parecía tan confundido allí, entre la luz de la farola y las sombras, con la calle y los edificios cuajando en distintos siglos a su alrededor. Pero, entonces, cuando hubo reparado en la vestimenta de aquel pobre imbécil en ropa interior, supo que se trataba de un sonámbulo. Los errantes que uno se encontraba por allí abajo iban todos vestidos con la indumentaria más presentable que recordaban, y ni siquiera aquellos que no llevaran ni diez minutos muertos se habrían dedicado a vagar por ahí con ropa interior vieja y manchada. Si alguien iba desnudo, en calzoncillos, o en pijama, entonces lo más seguro es que fuera una persona que siguiera viva y que, accidentalmente, hubiera terminado allí en sueños.

Freddy desarrolló entonces una antipatía por el sujeto que había interrumpido su agradable y solitario paseo, así que decidió ponerle los vellos de punta. Era muy poco habitual tener la oportunidad de dejar huella entre quienes aún sufrían los ahogos de la existencia, pero es que, además, aquel presumido mierdecilla lo había pedido a gritos. Ponderando estas circunstancias ahora, mientras bajaba la cuesta de Horseshoe Street hacia la sala de billar, pensó que la jugarreta que le había hecho al sonámbulo aquella noche, eso de precipitarse hacia él en una terrible y convulsa nube de postimágenes, había sido cruel. Sin embargo, aún le hacía sonreír, y al final concluyó que así era la vida. La gente no debería embarcarse en ella si no podía soportar una broma.

Se deslizó inadvertidamente en el salón de billar, se abrió paso hacia el fondo y subió a la planta superior. Desde allí, se dirigió al verdadero piso de arriba a través de lo que los de su clase llamaban una puerta curva; una que, en este caso, se escondía, sin el conocimiento de los propietarios vivos del establecimiento, en la esquina de un trastero de la primera planta. Justo tras las bisagras acodadas de la puerta curva había una escalera jacobita

de viejos y gastados peldaños de madera que Fred sabía que conducían, en última instancia, a las áreas de descanso. De todas formas, empezó a remontarla, pues era consciente de que el lugar que buscaba solo quedaba a mitad de camino. No tendría que aventurarse a quedar a tiro de los balcones superiores, de los Áticos del Hálito. No tendría por qué sentir que se había superado a sí mismo.

Subir la escalera jacobita, una construcción que se diría deliberadamente incómoda, a medio camino entre una escalera de mano y una de ida y vuelta, resultó tan agotador y fastidioso como siempre. Los peldaños tenían unos ocho centímetros de profundidad, mientras que todas las contrahuellas medían su buen medio metro. Eso significaba que había que encararla como si se tratara de una escala, usando manos y pies como si se fuera a cuatro patas. Para más inri, uno quedaba encerrado entre rugosas paredes de yeso blanco a cada lado, pues el ancho de la escalera no tendría más de metro y pico, y el techo, también de yeso blanco, quedaba en fuerte pendiente justo encima de la testa. La ridícula impracticabilidad de tal ángulo hacía que la escalera pareciera salida de un sueño, aunque Fred creía que así era. El sueño que tuvo alguien, alguna vez, en algún sitio. En la delgada huella de los escalones de madera que yacían bajo sus dedos y yemas se había encajado, en un nuevo detalle onírico, una vieja alfombra marrón en la que las oscuras contorsiones de los patrones florales se habían decolorado hasta casi la invisibilidad, y que se hallaba fijada por soportes de latón desgastado. Exhalando resoplidos que él atribuyó al esfuerzo espiritual, Fred ascendió sin parar.

Al final, alcanzó la verdadera superficie superior del lugar, la sala de billar de arriba, y trepó a través de una trampilla hacia la desordenada, polvorienta y pequeña estancia, que se ubicaba a un costado de la planta superior y de su única mesa de billar gigante, más larga y ancha de lo habitual. Por la cantidad de huellas visibles en el polvo lunar levemente fosforescente de los sucios tablones del suelo, así como por el alboroto que oyó en el salón

principal una vez superado el crujido de la puerta de la estancia, supo que había llegado tarde. La partida de aquella noche ya había empezado. Procurando no distraer a nadie de su tiro, Freddy pasó de puntillas por el borde de la enorme y oscura sala de juegos y se unió a la pequeña multitud de espectadores reunidos en el área destinada a observar a los profesionales, ubicada en el extremo superior del sitio.

Así era como funcionaba el asunto. Esas eran las reglas de la casa. Los errantes como Freddy eran más que bienvenidos para observar y animar, pero no para jugar. Aunque, a decir verdad, ninguno de ellos querría hacerlo; no con apuestas como esas. Ya era lo suficientemente crispante contemplar, a través de los dedos, la pugna que se disputaba allí, sobre la amplia mesa, bajo el pilar brillante de luz blanca que caía desde arriba. Alrededor del tapete, los albañiles en liza iban y venían con confianza, entizando sus tacos de alabastro, inspeccionando con cautela los ángulos más difíciles y paseando arriba y abajo a lo largo de los bordes de la mesa, que tenía siete metros y medio de largo por tres y medio de ancho. Solo a los albañiles se les permitía jugar al *snooker*, o como se llamase la arcana modalidad que estaban practicando. La gentuza como Freddy se limitaba a estar allí de pie, en silencio, arrastrando los pies en el confín más apartado mientras procuraba no suspirar o gemir en un tono demasiado alto.

Aquella noche había entre la multitud varios curiosos a los que Freddy reconoció. Por ejemplo, Tres Dedos Tunk, que tenía un puesto en el Mercado de Pescado, o Nobby Clark, que iba ataviado con la misma vestimenta a lo Dirty Dick[26] que había llevado en tiempos a los desfiles de bicicletas y que sostenía su viejo letrero promocional de jabones Pears: «Hace diez años probé vuestro jabón y, desde entonces, no he usado otro». Fred se preguntó cómo habría sido capaz de subirlo por la escalera jacobita. También pudo ver, en el perímetro de la muchedumbre y observando con entusiasmo la partida, a Jem Perrit. Decidió escurrirse entre la concurrencia para unirse a él.

—Hola, Jem. Justo hoy te he visto por el Mayorhold a la hora de comer. Tu Bessie te estaba llevando a casa, y tú ibas roncando.

Bessie era el caballo espectral de Jem.

—Ah. Enía e trincá aguariente e jombreo e Puck en er Ejmokers. Jupongo jería tol trabajo de antej lo que me ejó ají. Y jería ahí cuando me vijte por el Maiojol.

Jem habló con el timbre característico de Northampton, con ese genuino acento de los Boroughs que ya no se oía por ningún lado. Vender madera había sido su forma de ganarse la vida cuando aún tenía una vida que ganarse, y era un tipo fibroso, dotado de una nariz ganchuda y una triste tez oscura que le conferían aspecto de gitano, y que siempre iba encaramado en su carro, tras las riendas del caballo. Su actual línea de trabajo, por no decir de vida, pasaba por ser una especie de chatarrero fantasmal inusualmente emprendedor. Bessie y él recorrían los territorios menos favorecidos del condado con el fin de acaparar los objetos espectrales que hallaran en su camino. Podían ser viejas ropas fantasmagóricas desechadas, el vívido recuerdo de un cofre de té procedente de la juventud de alguien, o incluso cosas sin sentido alguno que alguien hubiera abandonado después de soñarlas. Freddy recordaba cierta ocasión en la que Jem había encontrado una especie de trompa de los Alpes enrollada que había sido fabricada para asemejarse a un pez alargado e intrincadamente detallado, pero con un tronco que se parecía más al de un elefante y unas cosas que parecían ojos de cristal dispuestas en franjas a los costados. Intentaron tocar algo, pero el tubo estaba lleno de unas extrañas baratijas de plástico enterradas en serrín compacto. Lo más seguro es que pasara a engrosar la colección de curiosidades del cuarto delantero del fantasma de la casa de Jem, a medio camino del fantasma de Freeschool Street. En aquellos momentos, fueran cuales fuesen, dado que allí arriba nunca se sabía, la trompa-pez estaría expuesta casi con toda probabilidad en la ventana de la fachada de Jem, junto a la casaca de granadero fantasma y las reminiscencias de algunas

butacas.

El aguardiente de sombrero de Puck que había mentado Jem era justo lo que parecía: una especie de licor que podía destilarse de tales plantas e ingerirse. A Fred nunca le había atraído, y había oído historias de algunos exvivos que habían enloquecido tras probarlo, así que mejor dejarlo estar. La idea de volverse chaveta y de apenas ser capaz de conservar una identidad real durante el resto de su existencia casi infinita provocó que un escalofrío le recorriera la columna vertebral que ya no tenía. Aunque Jem parecía cuerdo. Tal vez, si le quedaban ánimos cuando se pasara por el Jolly Smokers más tarde, como le había prometido a Mary Jane que haría después de salir de aquí, le diera un tiento al aguardiente a ver qué tal. Un solo vaso no iba a hacerle ningún daño. En cualquier caso, hasta entonces, podía relajarse y ver la partida.

Fred permaneció entre las sombras junto a Jem y los demás, participando del silencio reverencial de la andrajosa congregación. Al mirar de soslayo la amplia mesa del local en todo su radiante esplendor, vio de inmediato por qué los espectadores parecían inusualmente absortos aquella noche. Los cuatro jugadores reunidos en torno al tapete no eran albañiles corrientes, dentro del supuesto de que un albañil pudiera calificarse como corriente, claro. Aquellos eran los cuatro mandamases, los Maestros Albañiles, y eso implicaba que la partida de la noche era importante. Era asunto del campeonato.

A medida que se desplazaban alrededor del enorme tablero con sus pies descalzos y sus largos sayos blancos, aquellos albañiles veteranos iban dejando rastros tras de sí, pero no como los de Freddy y sus amigos. A diferencia de la sarta transitoria de leves fotos grises que ellos arrastraban, los albañiles dejaban a su paso por el aire níveos remanentes en combustión, postformas flameantes como las que aparecen cuando uno cierra los ojos tras haber entrevisto el sol o contemplado el filamento de una bombilla. Eso, en el caso de albañiles «corrientes», porque en el del cuarteto de aquella noche era diez veces más

potente, especialmente alrededor de sus cabezas, donde el efecto resultaba más pronunciado. A decir verdad, mirarlos provocaba dolor.

La mesa descomunal sobre la que jugaban solo tenía cuatro troneras, una en cada esquina. Dado que estaba alineada en paralelo a las paredes del club, Fred sabía que sus esquinas coincidían con lo que vendrían a ser, más o menos, las esquinas de los Boroughs. Sobre cada tronera, en el barnizado maderaje de la mesa, había un símbolo distinto. Estaban tallados toscamente sobre el centro de los discos de madera que decoraban los cuatro vértices de la mesa, labrados en un estilo rudo que los hacía parecer garabatos, pero aun así con incrustaciones de oro, como si fueran el manuscrito sagrado más amado y adorado. El símbolo de la esquina sudoeste era el contorno infantil del torreón de un castillo, mientras que la noroeste lucía una enorme polla muy parecida a la que uno podría encontrarse dibujada en la puerta de un retrete. La vaga silueta de una calavera señalaba la nordeste, y Fred atisbó un amago de cruz inscrito en la sudeste, la esquina más cercana a donde estaban Jem y él. Como la mesa era muy grande, había muchas más bolas de lo normal, y era una suerte que los albañiles pudieran cantar el color de las bolas que pensaban embocar, dado que todas ellas eran grises, negras o blancas a ojos de Freddy y los suyos.

Por ser francos, Fred nunca había entendido realmente el juego de los albañiles, e intelectualmente no podía explicar las reglas ni nada, pero emocionalmente sabía, en las tripas por así decirlo, lo que entrañaba. Participaban cuatro jugadores a la vez, cada uno con su propia esquina, y su objetivo era colar tantas bolas como pudieran en su tronera al tiempo que dificultar que los oponentes embocaran las suyas. Parte de la emoción de mirar provenía de los rastros que dejaban las bolas al rodar sobre el tapiz o al chocar unas con otras, rebotando desde los bordes de la mesa para formar agudos pentáculos puntiagudos de trayectorias superpuestas. La otra parte del disfrute, más desasosegante, derivaba de que cada bola

poseía su propia aura; de que uno sabía que representaban algo, o a alguien. Mientras las veías colisionar y deslizarse por la mesa, su significado calaba en tu cabeza. Freddy se concentró en las jugadas en curso.

La mayor parte de la acción parecía concentrarse en el lado este de la mesa, el mismo que, por suerte, quedaba junto a Freddy y el público que lo acompañaba. Los albañiles de la zona oeste, situados cerca de las troneras de la polla y el castillo, no parecían tener mucho que hacer en aquel instante, y se hallaban inclinados sobre sus tacos para observar atentamente la pugna que libraban sus colegas de las esquinas orientales. Con la respiración permanentemente contenida, Fred percibió que el albañil de la tronera sudeste, el de la cruz, estaba a punto de golpear. De los cuatro Maestros Albañiles que estaban jugando allí aquella noche (que eran todos, pues Freddy sabía que solo había cuatro en todo el mundo jugando en esa liga), el del sudeste era el más popular entre los lugareños, ya que los otros tres, al parecer, venían de fuera y no solían dejarse caer mucho por los alrededores. El favorito local era un tipo robusto e imponente que tenía el pelo blanco, aunque su rostro era juvenil. Se llamaba Mike el Poderoso, o eso creía haber entendido al oírlo nombrar. Era tan famoso por su forma de jugar que hasta los tipos vivos de más abajo habían escuchado hablar de él, e incluso le habían erigido una estatua en el tejado a dos aguas de su consistorio.

Ladeado ahora sobre el paño, se inclinó y recorrió con la mirada toda la longitud de su taco hacia lo que incluso Fred pudo distinguir como una bola blanca. Esta bola blanca representaba, a juicio de Freddy, a una persona blanca; a alguien a quien él no conocía y que lo más probable es que no fuera de por allí. El albañil de níveos cabellos conocido como Mike el Poderoso cantó que iba a embocar la bola negra en la esquina de la torre y, luego, dio un único golpe seco que envió la bola blanca a toda velocidad a lo ancho de la titánica superficie, generando como rastro un collar abarrotado de brillantes perlas

blancas. La esfera impactó contra el lado oeste de la mesa haciendo que Freddy pensara que podía representar a todos los que partieron hacia América tras la guerra civil con Cromwell, y después colisionó con la bola negra tal y como el artesano de pelo blanco había pretendido, rebotando con un clac sordo que resonó por aquella sala mal iluminada en el instante del choque. Freddy entendió con súbita claridad que la bola negra era Charley George, Charley el Negro, y sintió un alivio enorme e inexplicable cuando la vio colarse limpiamente por la tronera sudeste, la que tenía grabada la tosca cruz dorada en el umbo del vértice de la mesa.

El héroe local, con el pelo blanco como la tiza, hizo lo que hacían todos los albañiles cada vez que uno de ellos acertaba el tiro: alzar los puños por encima de la cabeza, con el taco aún asido en la mano, y gritar un exultante «¡Sí!» antes de dejarlos caer hacia los lados. Dado que ambos brazos emitieron al espacio circundante albugíneos trazos incandescentes en su ascenso y descenso, el efecto final fue el de unas rémiges ardientes que se batieran hasta formar la silueta de unas alas brillantes totalmente desplegadas. Lo raro del asunto era que todos los albañiles en liza hacían eso cada vez que uno acertaba un tiro, como si la naturaleza del juego no conllevase que estuvieran compitiendo unos con otros. Así pues, todos ellos, desde las cuatro esquinas de la mesa, levantaron las manos en el aire y gritaron un jubiloso «¡Sí!» cuando la bola negra cayó por la tronera de la esquina sudeste. Luego, al parecer, llegó el turno de que el albañil de la tronera nordeste lanzara hacia la esquina decorada con la calavera.

Este albañil era extranjero, y ni por asomo tan querido por la concurrencia como Mike el Poderoso. Fred había oído que se llamaba Yuri-loquesea, y en su rostro atisbó una severidad y una determinación que le hicieron pensar que bien podría ser ruso. Era moreno, y su pelo se reveló más corto que el del favorito de la zona al dar un largo rodeo hacia el borde que le ofrecía la posición más favorable, inclinarse sobre su taco y centrarse en la bola blanca. Como sucedía con todos los albañiles, su voz resonó con un eco

inusual que se estremeció y se hizo añicos hasta reducirse a una vibrante nada.

—La gris a la esquina de la calavera —fue, más o menos, lo que vino a decir.

La cosa se ponía interesante. Freddy no sabía muy bien con quién identificar la bola gris. Era alguien calvo, más calvo que él mismo incluso, y también alguien gris, gris en un sentido moral, tal vez hasta más gris que el propio Fred. El albañil de aspecto ruso y rostro sombrío ejecutó su tiro. La bola blanca veteó la mesa con su pálida cola de cometa hasta golpear sonoramente con otra bola de la que no supo decir el color. ¿Era la gris que había cantado Yuri-loquesea, o era otra? Fuera del color que fuese, esta segunda esfera salió disparada hacia la esquina marcada con la calavera.

Oh, no, pensó Freddy de pronto. Había caído en la persona a la que representaba la bola embalada. Era la mulata menuda de preciosas piernas y tez estropeada que había visto en la iglesia de San Pedro la otra tarde y también aquel día, sentada y observante mientras Patsy y él cumplían con su cita de Bath Street. Iba recta hacia la tronera de la calavera, y él sabía que eso no significaba nada bueno para la pobre chiquilla.

A un palmo del cráneo, la bola propulsada impactó con otra. Esta, caviló Freddy, debía ser la gris que el jugador con aspecto de ruso había cantado como objetivo. Cayó en el hoyo anunciado por Yuri-loquesea, y tanto él como el resto de los Maestros Albañiles alzaron los brazos en un deslumbrante despliegue de rayos plumíferos antes de gritar al unísono un «¡Sí!» que llegó acompañado de todas sus fraccionadas reverberaciones decrecientes. Sin embargo, con idéntica brusquedad, dicho alborozo enmudeció cuando todo el mundo se dio cuenta de que la bola que Yuri había utilizado para colar la gris en el agujero se hallaba ahora posada al filo de la tronera nordeste. Era la misma esfera que Freddy había asociado con la mulata que había visto antes, y no tenía buena pinta. El participante de rostro adusto que acababa de tirar bajó la vista hacia la bola, tambaleante y a punto de caer en la tronera que había

escogido como suya, y entonces dirigió sus ojos a través de la mesa hacia Mike el Poderoso, el albino campeón local. El fulano con pinta de ruso esbozó una gélida sonrisita y empezó a tizar la punta de su palo. Fred sintió odio. Y también la multitud. Era como un villano de lucha libre a lo Mick McManus; alguien al que el público pitaría, por más que en este caso, y pese a los sentimientos, nadie lo hiciera. Nadie le pitaría a un albañil.

Era turno otra vez del recio favorito de pelo blanco, pero parecía preocupado. Estaba claro que, a menos que Mike el Poderoso pudiera ponerla fuera de peligro de algún modo, su oponente colaría la bola amenazada en la tronera de la calavera cuando volviese a tocarle participar. Estaba muy cerca del hoyo, y el más mínimo toque podría hacerla caer. Menuda putada. Fred estaba tan agitado que casi se imaginaba poder sentir su propio corazón latiéndole en el pecho. El héroe local rodeó lenta y deliberadamente la monstruosa mesa de billar hasta un punto del extremo más alejado de la misma, y allí se arqueó para efectuar su tensa y crucial jugada. Justo al hacerlo, recorrió el tapiz con la mirada hasta cruzarla con la de Freddy, que se sobresaltó. Fue una ojeada sobria, severa y claramente intencionada, pues consiguió que incluso Jem Perrit, situado junto a Fred, se volviera para comentarla entre susurros.

—Joé, Fred. Er gran hombre tejtá miando. ¿Caj jecho aora?

Fred sacudió la cabeza, aturdido, y respondió que él no había hecho nada, ante lo cual Jem echó la testa hacia atrás y contempló a Fred con suspicacia y desconfianza.

—Güeno, ¿y qué va jé aora tu *artillero*?

Cuando Fred no supo contestarle a la pregunta, los dos hombres se volvieron para ver al albañil lanzar su tiro. Ya no miraba a Freddy, sino que sus ojos estaban fijos y firmes en la bola blanca a la que apuntaba. Entre el gentío de curiosos podría haberse oído la caída de un alfiler. Freddy pensó que todo aquello tenía que ver con él. La forma en que lo acababa de mirar y demás. Todo tenía que ver con él.

—La marrón a la cruz —dijo aproximadamente el Maestro Albañil albino, por más que lo que realmente dijera fuera un poco más complicado.

Propinó su certero golpe —todo un derechazo de boxeador— y precipitó la bola blanca por la mesa con una estela de postimágenes cual flujo de burbujas estallando. Al final, chocó explosivamente con otra bola cuyo gris, ligeramente cálido, hizo pensar a Freddy que podía tratarse de una roja, y esta última fue a impactar como un cohete entre la marrón y la tronera mortal, provocando un ruido que sonó como si doliera y que hizo que todo el mundo diese un respingo simultáneo. A continuación, la bola marrón relampagueó hacia la tronera sudeste, que era la de la cruz, y entonces no solo los cuatro entunicados, sino también todos los de la sala, alzaron las manos sobre sus cabezas y gritaron «¡Sí!» con una sola voz. La única diferencia entre espectadores y jugadores consistió en que las formas aladas generadas por estos últimos al levantar los brazos fueron de un blanco cegador, mientras que las del público, grises, semejaron más bien las extremidades de una paloma. Tras su espectacular logro, el albañil de cabellos blancos volvió a desplazar los ojos hacia el otro lado de la mesa para clavarlos directamente en los de Freddy, pero, esta vez, sonrió antes de apartar la mirada. Freddy sintió un estimulante calambrazo recorriéndolo de arriba abajo.

Con las posibilidades de juego aparentemente agotadas en el lado oriental de la mesa, fue turno ahora de que los dos Maestros Albañiles del lado oeste retomaran la partida. Freddy no tenía ni idea de lo que había pasado entre el jugador de pelo escarchado y él, pero se sintió igualmente emocionado. Tenía tiempo de sobra para ver el resto de aquella prueba del campeonato antes de enfilar hacia el Jolly Smokers, en el Mayorhold, y cumplir con la palabra dada a Mary Jane, así que sonrió y observó a los harapientos difuntos de su alrededor, que también sonreían al darse codazos unos a otros mientras cuchicheaban su asombro por la carambola que acababan de presenciar.

Todo indicaba que iba a ser una noche estupenda.

LA X MARCA EL LUGAR

Tras arribar a los acantilados blancos de Dover durante su regreso, había recorrido la calzada romana a pie o traqueteando en carretas allí donde había tenido esa suerte. Junto a un río, había visto una hilera de horcas, semejantes a cañas de pescar, con sus presas colgando. Había contemplado un gran caballo de paja seca ardiendo en mitad de un campo lóbrego, y también una agradable cantidad de tetas desnudas cuando las rameras de una posada de Londres se habían burlado de él. En otra posada exhibían, inmóvil en el barro donde yacía enfurruñado, un dragón; una especie de serpiente acorazada que hubiera sido aplanada, con unos ojos y dientes terribles, pero con patas, aunque no más largas que las de un escabel. Había visto una ribera represada por esqueletos. Había visto una congregación de un centenar de grajos caer sobre uno de los suyos para masacrarlo entre aquiescentes espigas de cebada, y le habían enseñado un tejo que mostraba el rostro de Jesús en su corteza. Se llamaba Peter, pero antes de eso había respondido al nombre de Aegburth, y en Francia le llamaban Le Canal por su manera de sudar. Su peripecia acaecía en el año ochocientos diez de nuestro Señor, alrededor del equinoccio vernal.

Había explorado medio mundo antes de volver, había pisado los confines de Bizancio y caminado en la cautivadora estela de Carlomagno, había buscado la sombra de las cúpulas paganas en España, con sus entrañas llenas de una miríada de estrellas azules sin cruz alguna a la vista. Ahora volvía a estos horizontes encapotados y envolventes, a esta tierra negra y este cielo gris, a esta región mal moldeada. Había regresado a Mercia y llegado a Spelhoe, pero no aún a Medeshamstede, a su prado natal entre los

cenagales de Peterboro, donde a buen seguro ya lo habrían dado por muerto y habrían traspasado su celda en favor de otro. No tardaría en llegar, pero en sus viajes había contraído una obligación que tendría que honrar primero. El contenido del saco de arpillera que colgaba de su hombro derecho, en donde le había salido un callo de tanto acarrearlo, debía ser llevado a su justo y legítimo destino. Tales eran las instrucciones dadas por el amigo que había conocido durante su odisea, y era su decisión de cumplir con ellas la que le había conducido por aquel camino de barro seco, circundado de hierba y grama afiladas cual lanzas, en dirección a un puente distante.

El rocío de la mañana le caló los dedos de los pies, levantando un olor a lanolina desde el empapado dobladillo de su hábito. Subió el camino, sin quejarse, entre un zumbido batiente de alas atareadas, atravesando el verde hedor de una vegetación que le llegaba a la altura del pecho. Frente a él, la pasarela de madera que lo llevaría al extremo meridional del asentamiento de Hamtun se acercaba y agrandaba lentamente, y sus pies cubiertos de ampollas, apretados por gruesas sandalias de cuerda, redoblaron sus esfuerzos ante la perspectiva de que su viaje estuviera al fin a punto de concluir, con sus diez pequeños soldados de rostro enrojecido, exhaustos por esta marcha forzada, avanzando a un tiempo como una falange marcial, paso a paso, milla a milla. El día estaba dominado por nubes bajas, así que bajo sus ropajes no hacía más que sudar; un barniz salado que le cubría el vientre y la espalda como cintas calientes que gotearan por los pliegues de su ingle hacia sus carnosos muslos. Y así, asado en su propio jugo, continuó avanzando hacia la orilla del río, que lucía gris como una piedra en contraste con el verdor circundante.

No lejos del puente, bordeado por los restos de un foso, había un montículo cuadrado cuyos límites y ángulos yacían suavizados por siglos de hierba y matojos. El terraplén ofrecía un lecho atractivo para el descanso, pero optó por negarse dicha indolencia. El lugar, caviló Peter,

mediría unos cinco pasos por veinte, y le dio la impresión de que en tiempos podría haber constituido el cimiento de un fuerte ribereño; quizás incluso datara del período romano, pues entonces era habitual que tales bastiones pendieran cual cuentas alrededor del collar que constituía el río Nenn. Colmando la trinchera había una colección de baratijas que conformaban una sinuosa veta: una calavera de carnero por aquí, un pequeño zapato de cuero roto por allá, algunos fragmentos de un barril por acullá, un alfiler de poco valor sin su broche al otro lado… Todo ello, entre algarrobas y charcos de agua estancada. *Sic transit gloria mundi*, discurrió, aunque en el fondo de su corazón dudaba de que el nuevo Sacro Imperio Romano durara, pese a sus aspiraciones, lo mismo que había aguantado su homólogo secular. Llegaría un día, opinaba, en que los manuscritos iluminados y las vestiduras principescas yacerían allí abajo entre las duelas astilladas y los rosarios de mierda de conejo; un día en el que el tiempo se habría encargado de reducir el mundo a un mantillo uniforme.

Tras franquear los altos postes de roble del puente, caminó sobre los troncos colgantes con una mano firmemente asida a la gruesa maroma de la barandilla, para así equilibrarse, y la otra aferrada más que nunca al cuello de su saco de arpillera. En mitad de aquella bamboleante y crujiente construcción, se detuvo un momento a contemplar el calmo cauce marrón que se extendía hacia el oeste, donde serpenteaba entre una arboleda de sauces llorones antes de escapar a la vista. Los niños que parecían estar jugando a orillas del meandro eran las primeras personas que había visto en dos días de caminata, pero estaban demasiado lejos como para decirles nada, así que se limitó a levantar la mano, y ellos le devolvieron el saludo como si lo estuvieran alentando, o eso consideró. Al avanzar, la nube de mosquitos concentrada en un malicioso halo alrededor de su frente solo se dispersó cuando pasó el extremo opuesto del puente y se alejó un poco de la ribera, tras lo cual se encontró con un camino que atravesaba unas cuantas casas dispersas y que iba a dar a la puerta sur de la

aldea.

Excavadas en el suelo, y con un techo de zarzo suspendido a cierta altura sobre las acogedoras trincheras, cada una de estas cabañas se hallaba sumergida en las sucias nubes que emanaban de los agujeros de sus chimeneas, de modo que más semejaban estar construidas de humo que de ramas y adobe. Surgiendo al exterior desde uno de estos nidos de humo apareció una anciana, que esbozó al verlo una sonrisa con los pocos dientes que le quedaban, y que iba subiendo trabajosamente las tres o cuatro losas de piedra que, colocadas sobre escalones de arcilla, se elevaban desde el agujero cubierto. Su piel lucía agrietada como el lecho de un estanque durante una sequía, y sus trenzas cenicientas, que le llegaban a la cintura, le recordaron los sauces llorones de antes. Todo esto la hizo parecer, a sus ojos, una criatura más propia del río; alguien más dado a vivir bajo el puente que en los fosos de un sendero tan polvoriento. Al hablar, también su voz sonó espesa y flemosa, evocando el son del agua al escurrirse entre las piedras, y sus ojos, minúsculos caracoles maliciosos, relucieron húmedos.

—¿Traeislo con vos?

Cabeceó dos veces, para así enfatizar, hacia el saco que él llevaba sobre el hombro, y pudo ver algo saltando entre las pálidas sortijas de su cabello. Perplejo, creyó que, de algún modo, la mujer sabía de su misión, pero luego cambió de parecer y pensó que lo habría confundido con alguien encargado de llevarle algo a su humilde choza; eso, o estaba loca. Sin saber cómo reaccionar, se quedó mirándola y sacudió la cabeza en señal de desconcierto, a lo cual ella respondió exhibiendo otra vez su espantosa mueca desdentada por hallar diversión allí donde él no encontraba ninguna.

—Lo que reside en los cuatro confines y aun así marca el medio. ¿Traéislo con vos?

No pudo extraer sentido de aquello; solo le evocó una vaga imagen que, para él, no significaba nada: la de la página de un manuscrito cuyas esquinas se hubieran

doblado hacia dentro. Se encogió de hombros, incómodo, pensando que debía de parecer lerdo.

—Ignoro, buena mujer, aquello de lo que habláis. He llegado aquí desde muy lejos a través del puente. No he visitado antes estos lares.

Fue turno ahora de la vieja bruja de negar con la cabeza, cuyos rancios mechones se balancearon como una cortina de perlas moriscas mientras aquella estropeada sonrisa suya permaneció en su lugar.

—No habéis cruzado mi puente. Aún no. Ni siquiera habéis dejado atrás mi fuerte. Y, además, os conozco desde hace largo tiempo —dijo la mujer, antes de alzar una mano cual garra titubeante y asestarle un bofetón en su mejilla reluciente y sonrosada.

Peter se espabiló.

Se hallaba descansando al borde de la zanja que discurría alrededor del antiguo fuerte fluvial, con el extremo sur del puente no muy lejos a su izquierda. Un escarabajo o araña le había picado en la cara al dormitar con la mejilla apoyada en la grama, y sintió un bulto hinchado bajo el dedo al inspeccionar la fuente de la sensación pulsátil que tenía. Aunque se asustó por un momento cuando se percató de que ya no sostenía el saco de arpillera, se calmó tras verlo junto a él en la ladera, si bien seguía perplejo por todo lo sucedido. Se puso en pie quejosamente, con la túnica mojada a la altura de la espalda por la humedad de la hierba, luego frunció el ceño ante los restos de la fortaleza y los del puente cercano, y finalmente soltó una carcajada.

Así era Hamtun, pues. Aquel era el disfraz que adoptaba en su idea de gastarle una broma a los viajeros que pensaran que habían calado el cariz del lugar. En el viejo corazón del país, esta rara naturaleza esencial se ocultaba envuelta en el secretismo, astutamente fascinadora y peligrosa en su capricho, como si no fuera consciente de su fuerza aterradora o, al menos, como si fingiera no serlo. Tras el fulgor demente de su ojo, tras su sonrisa cariada, pensó, existía un conocimiento que había decidido ocultar a

base de engaños, terrores y espectros. A un tiempo monstruosa y juguetona, grotesca incluso en sus horrores, su carácter exhibía una cualidad que Peter creyó que podía llegar a admirar o a temer, por más que ahora siguiera riéndose por el asombro que le causaba su desafiante extrañeza. Sacudiendo su rizada y canosa cabeza en amable reconocimiento de cuán divertidamente lo habían engañado, se echó una vez más el saco al hombro y se dirigió hacia el puente en lo que le pareció un segundo intento.

Esta vez, la estructura era enteramente de madera; un arco sólido que describía una curva sobre la fangosa corriente, sostenido en su base por puntales resistentes en lugar de colgar de cuerdas como en el sueño. Pudo hallar cierto consuelo, sin embargo, en el hecho de que aún hubiera una nube de mosquitos a su alrededor, y cuando se detuvo a mitad del puente y miró hacia el oeste, siguió habiendo sauces en los recodos del río, por más que ningún niño jugara a sus sombras. Arriba, el gran disco de los cielos se convirtió en un vellón mugriento deshilachado en jirones hacia el horizonte, y él siguió cruzando el río con la procesión de rugientes mosquitos tras de sí.

A orillas del camino de tierra que se extendía entre el puente y la puerta sur no había chozas enterradas, sino solo campos de nabos con olmos y abedules en los extremos. Intercalados entre ellos había tocones podridos, así que la hilera de árboles arrojaba una semejanza fantasmal con la sonrisa de la arpía de su sueño, cuya burla cómplice se insinuaba ahora a lo largo del paisaje que lo rodeaba, o al menos tal fue su impresión. Peter consideró que sería mejor no dar más pábulo a ese juego mental de sombras chinescas, así que dirigió su atención hacia la pradera real, libre de misterio, que estaba cruzando. Sobre tallos trémulos se agitaban las prímulas, verdes y doradas como la mierda de vaca que les daba su nombre,[27] y oyó a las alondras arrullar en la hierba junto a los campos cultivados. Era un día hermoso para concluir su viaje, y no había más apariciones que las que él mismo había traído consigo para

tener compañía.

Esta parcela de tierra marcaba el lugar en el que el río, que corría de oeste a este, trazaba un meandro pronunciado para virar hacia el sur, dejando emerger, antes de retomar su curso, una loma de tierra que le recordaba a la protuberancia del picotazo de su mejilla. A lo largo del promontorio se habían excavado, probablemente para irrigación, cuatro angostas zanjas coronadas por recios troncos que tuvo que cruzar lo mejor que pudo, con una mano asegurando su preciosa carga y la otra extendida hacia el suelo para equilibrarse, antes de llegar a la puerta sur de Hamtun. Esta se hallaba entreabierta en mitad de la alta y sólida empalizada de troncos que formaba la pared sur de la villa, y contaba con un hombre delgado y de aspecto siniestro, provisto de una lanza, como único guardia. Una barba grisácea de apenas un día salpicaba los alrededores de su boca, confiriéndole un vago aspecto de perro indiferente y sarnoso. No entonó saludo alguno, sino que se quedó apoyado sobre la puerta a observar con mirada apática la aproximación del monje para obligarle a presentarse.

—Buen día tengáis, compañero. Pertenezco a la orden de los benedictinos, y mi sede radica en Medeshamstede, cerca de Peterboro, no muy lejos de aquí. He viajado infinidad de leguas por mar y vengo ahora a Hamtun cargado con un presente que…

Rebuscando estaba en la bolsa, a punto de sacar el objeto para ilustrar su afirmación, cuando el vigía ladeó la cabeza a un lado, escupió un gargajo brillante y verdoso en el mantillo que yacía a sus pies, miró a Peter y lo interrumpió abruptamente.

—¿Es un hacha?

La voz del guardia fue plana y carente de interés, y sonó como si en parte la hubiera emitido por el largo pico que le servía de nariz. Peter apartó la vista del negro espacio interior de su saco para dirigirla, desconcertado y sorprendido, a su interrogador.

—¿Un hacha?

El guardia suspiró manifiestamente, como si tuviera que explicarle algo a un niño.

—En efecto, un hacha. Y si os dejo entrar, ¿acaso no iréis por ahí machacando la testa de aquestas gentes y violentando mujeres o niños antes de prender fuego a todo?

Peter parpadeó aturdido, y luego notó por primera vez que la pared y el poste más cercanos a la puerta exhibían lenguas onduladas de hollín que corrían irregularmente desde la base hasta la parte superior. Se volvió hacia el despreocupado guardián y negó vehementemente con la cabeza mientras introducía nuevamente la mano en su saco, dispuesto a mostrar su tesoro, esta vez no para ilustrar nada, sino para tranquilizarlo.

—Oh, no. No, no es un hacha. Soy hombre de Dios, y lo único que traigo aquí es…

El centinela, con expresión angustiada, cerró sus hastiados ojos y elevó la mano que no sujetaba la lanza hacia el peregrino, agitándola de lado a lado desdeñosamente para indicarle que declinaba ver lo que quiera que contuviera la bolsa de Peter.

—Me importa un bledo que llevéis ahí la pierna izquierda de Juan Bautista, siempre y cuando no abráis cabezas por aquí y no fagáis un fuego para quemarnos con esos harapos. El mes pasado tuvimos por aquí a uno como vos que afirmaba traer el cráneo del Señor, y cuando le pregunté por qué era tan pequeño, me contestó que era de cuando Cristo era niño. He oído que las buenas gentes que viven junto a la iglesia de San Pedro lo brearon hasta las trancas antes de enviarlo a casa sollozando.

Tenía los ojos abiertos de par en par y miraba al monje sin pestañear, como si sus palabras fueran un hecho aséptico que no requiriera de Peter más respuesta que la de pasar y dejar que el centinela siguiera vigilando aburridamente aquel campo de nabos.

—Me considero pues agradecidamente advertido. Procuraré no vender reliquias aquí y, en la misma línea de acción, no romperé cabezas, ni violaré a nadie, ni incendiaré nada hasta dejar atrás Hamtun, ni siquiera por

genuino error. Bienaventurado seáis.

El centinela desvió la mirada intencionadamente hacia los distantes olmos y musitó algo incomprensible que concluyó con las palabras «largaos a ordeñad un buey», así que Peter volvió a echarse la saca sobre su hombro encallecido y atravesó la puerta entreabierta siguiendo el sendero que ascendía desde el puente hacia las cotas más altas del asentamiento. Aquí vio, a cada lado de la oblicua calle, unas hileras de casas con techos de paja no muy diferentes de la madriguera onírica de la bruja, aunque no tan impregnadas de humo. Tampoco las personas que habitaban el poblado parecían exhibir la singularidad de la susodicha, sino que, por el contrario, resultaban hombres y doncellas muy normales, con sus sombreros y pañuelos, tirando de sus hijos, sus carretas y sus perros a través de las vías, o montados en yeguas que no hacían más que defecar. No obstante, aún bajo la influencia de la visión onírica, decidió no considerar comunes a estas gentes hasta tenerlas más frecuentadas. Avanzó pesadamente por el sendero, bordeando en su extremo una hondonada que la reciente lluvia y los caballos de paso habían conspirado para convertir en nauseabundo atolladero, y vio que, a su derecha, allende unas cabañas, los maderos de la empalizada oriental acompañaban su ascenso hacia la loma de la prominencia septentrional.

Junto a las casas enterradas, un poco más arriba en aquella ladera natural, había otras edificaciones más altas, aunque también más escasas, y no mucho después de pasar el recinto amurallado se topó con una cabaña de cuarentena en la que había quien gemía y, peor aún, también quien no lo hacía, todos ellos entre pequeñas hogueras dispuestas para purgar el aire de sus humores nocivos. Algunas siluetas se intuían incompletas por las extremidades gangrenadas o incluso amputadas accidentalmente, y entre las camas iban y venían viejas esposas que hacían las veces de cuidadoras, con los rostros marcados por males de antaño que habían dejado su huella. Pese a que notó con alivio que el viento soplaba desde el oeste, apartó la cara al

pasar junto al campo pestilente, y luego continuó subiendo la colina entre un gentío de decenas de campesinos, un número de personas que, de hecho, llevaba semanas sin ver. El lento ascenso lo estaba asfixiando, y el calor sofocante de aquel día encapotado de nubes bajas no hacía sino bañar el sudor que ya tenía en más sudor aún, pero, pese a ello, se sintió feliz de estar una vez más en compañía de sus semejantes y caminó entre ellos de buen ánimo, maravillándose de todo, como si no estuviera acostumbrado a tanta diversidad.

Los ancianos, cuyas narices del tamaño de pimientos casi tocaban la prominencia de sus mentones, tiraban de trineos en los que llevaban atadas pilas de cortezas de roble de color rojo oscuro repletas de hormigas. Peter tuvo que esperar pacientemente en la esquina de una encrucijada, junto a una taberna de altos muros de piedra, a que un carro tirado por un caballo y lleno de artesas de creta recién molida pasara trotando, y todo ello tras dejar una estela blanca cuyos remolinos parecieron aumentar la edad de los viandantes en, al menos, diez años. Finalmente, pudo cruzar y seguir subiendo, aunque luego se volvió para contemplar la calle tras el paso del caballo y su carga. Más allá de no pocas viviendas miserables, Peter vio unos setos de zarzas negras en torno a los que una mujer y su caterva de hijos andaban trasteando para recoger cosas y meterlas en una bolsa que llevaba ella. Supuso que lo más probable era que estuvieran recogiendo restos de lana, y que tal vez estuvieran emparentados con algún comerciante local de ese tejido, pues la ciudad parecía bulliciosa y emprendedora.

De hecho, mientras ascendía la cuesta hacia otra encrucijada superior, se sorprendió de tanta actividad. Cuando aún era un muchacho llamado Aegburth que crecía en Helpstun, cerca de Peterboro, e incluso luego, siendo un monje llamado Peter que vivía enclaustrado en aquel mismo recinto, había oído hablar de Hamtun, aunque no muy a menudo. Tenía la impresión de que la ciudad siempre había existido sin existir, notable únicamente por

no albergar nada notable. Resultaba evidente que los romanos habían llegado a asentarse en la zona, y puede que también los salvajes antes que ellos, pero Hamtun siempre había sido de esos lugares a los que se decía que nunca iba nadie. Verla ahora tan atestada y boyante le hacía preguntarse a uno, y con razón, de dónde había salido. Era como si, tras la finalización de la noche invernal que la caída de Roma había precipitado sobre aquellas tierras, Hamtun hubiera aparecido allí por arte de magia para desarrollarse en su forma actual, emergiendo de la nada para ocupar esa próspera situación desde entonces. Y, pese a eso, nadie hablaba de ella.

Sabía que el rey Offa, cuando no había estado ocupándose de construir su gran dique alrededor de Mercia en la frontera con Gales, había establecido en estos territorios nuevas ciudades a las que les iba muy bien, aunque Hamtun no se hallaba entre ellas, porque tenía todas las características de una urbe antigua. Offa también había erigido una residencia campestre, o *thorpe*, más allá del extremo norte de la ciudad, y Hamtun era la villa comercial más cercana, pero Peter era de la opinión de que la importancia de Hamtun se remontaba a antes del reinado de Offa. Recordaba que, en Helpstun, su abuelo mencionaba que el lugar había poseído cierta relevancia en los tiempos de Ethelbaldo, predecesor de Offa, y que incluso antes, en las brumas de la antigüedad perdida, había existido allí un lugar de renombre entre los hombres, aunque a saber a causa de qué. Tal vez fuera como los círculos que se dibujaban con una tiza atada a una cuerda, en los que uno veía el perímetro sin reparar en el centro del que dependía la forma o considerándolo un mero agujero, como en las rosquillas. Sin embargo, ¿cómo era posible que en un agujero vacío acaeciera una actividad tan intensa?

Durante su reciente paso por Woolwych, al sur de Londres, había conocido a un arriero local que aseguró haber oído hablar de Hamtun después de que Peter le dijera que era el destino de su viaje. El hombre la conocía, básicamente, por los rebaños de ovejas que llegaban de la

zona, pero también le dijo que un pariente de Offa residía en una casa señorial del asentamiento, y que este contaba con una hermosa iglesia de nueva construcción. Si aquello era cierto, Peter discurrió que debía de estar en alguna zona distante que él no había visto todavía, aunque era probable que las viviendas a su alrededor dependieran de tal lugar y que tuviesen que pagar una pequeña parte de sus ingresos al señorío a través de una figura conocida como el Frith Borh, que era una especie de recaudador de impuestos. Su intuición había resultado fiable, caviló, hasta aquel punto del camino, pues las únicas indicaciones que había recibido junto con sus instrucciones le habían sido dadas en una lengua extranjera que no estaba seguro de haber entendido; apenas un mandato vago, aunque urgente, de devolver el objeto contenido en la bolsa «al centro de vuestra tierra». Sabía que Mercia era, sin lugar a dudas, el centro de Inglaterra, y, al ver a la multitud que trabajaba u holgazaneaba en torno a él, quedó convencido de que había llegado al mismísimo corazón de Mercia. Pero, aun así, se preguntó cuál sería el corazón de Hamtun.

Acababa de llegar al gran cruce al que conducía el sendero del puente, una zona en donde la pendiente se allanaba un poco antes de reanudar la empinada subida hacia el norte. Soltó su carga y miró en derredor para recuperar el aliento y la orientación, momento que también aprovechó para limpiarse el sudor de la frente con una de sus mangas de lana. Frente a él, tras la extensión plana, el camino que había tomado continuaba, más empinado que nunca, entre chozas y patios en los que, por el olor, se adivinaba la actividad de los curtidores, mientras que, a su izquierda y al pie de la colina, conformando el otro ramal del cruce, había cobertizos con fraguas humeantes desde los que surgía el estrépito de los metales al rojo vivo que se martilleaban. A su derecha, tras casas con corrales llenos de cerdos, gallinas y cabras, se alzaba la puerta oriental del asentamiento, abierta de par en par hacia una explanada boscosa que culminaba en una suerte de iglesia de madera más allá de los límites de Hamtun. Le sonrió a una mujer

que pasaba y, cuando ella le devolvió el favor, le preguntó si sabía algo acerca de la iglesia, y si acaso esta quedaba cerca de alguna casa señorial. Notó que llevaba colgada al cuello una runa consagrada, según reconoció, al demonio Tor, aunque pensó que no sería más que la superchería de una campesina para protegerse de las tormentas. En cualquier caso, ella negó con la cabeza.

—Creo que os referís a San Pedro, que está allí abajo.

Su manó recorrió el cruce, el camino por el que había venido y, luego, las chispeantes fraguas incandescentes. A continuación, dirigió la vista hacia el edificio que quedaba más allá de la puerta oriental, que era por el que Peter le había preguntado.

—Aquesto otro es los Fieles Difuntos, construido siendo mi madre una niña. Pero si lo que buscáis es una iglesia, tenéis la de San Gregorio, cerca de la de San Pedro, o el viejo templo del camino ovejero, no mucho más arriba en la dirección que seguíais.

Peter dio las gracias a la mujer, la dejó seguir su marcha y permaneció en el cruce ponderando si aquel sería el centro que andaba buscando, pues una encrucijada en sí misma, pensó, podría ser lo más adecuado para el objeto crucial que portaba en el saco. En voz baja, para que los que le circundaban no pensaran que estaba loco de remate, preguntó si aquel era lugar, pero, como no obtuvo respuesta, elevó el tono, causando risa entre los niños desocupados del otro lado de la calle.

—¿Es este el centro?

Nada pasó. Peter no tenía muy claro mediante qué clase de signos le sería dado a conocer el lugar que buscaba o si tales signos acaecerían, pero su instinto le decía que dichos signos no los hallaría allí. Con la gente mirándolo con cierta perplejidad, notó que sus mejillas se ruborizaban aún más, así que recogió el hatillo y siguió su rumbo. Atravesó el cruce a toda prisa para evitar el estruendo de los carros y escaló la colina, donde los curtidores y tejedores de la ciudad estaban haciendo su agosto.

Tras una larga peregrinación en la que las novedades

habían sido escasas o del todo ausentes, encontraba allí una inmensa cantidad de cosas que le llamaban la atención. Además de los mefíticos bombos de las curtidurías, cuyo hedor ya había captado en la base de la cuesta, estaban las mesas que exhibían los zapatos, los guantes, las botas y los calzones de cuero, todos ellos en más estilos, colores y tamaños de los que jamás hubiera pensado que existieran en el mundo. Solo el olor acre de los mismos bastó para intoxicar su esforzado ascenso entre aquellos mostradores y puestos, con la pesada bolsa rebotando de cuando en cuando sobre su espalda encorvada.

Sus ojos y oídos parecían a punto de saturarse por todo lo que veía y escuchaba en las charlas y conversaciones. La gente se congregaba febrilmente frente a una tienda entre cuyas prendas expuestas se mezclaban los artículos más mediocres y asequibles con una armadura de cuero negro adornada con cráneos de pájaros labrados en plata. Peter dudaba que el traje encontrara comprador o usuario, pero, por la multitud que lo rodeaba, calculó que su coste ya habría sido sufragado por innumerables ventas de menor valor. Ahora que los lugareños estaban distraídos y que tenía la oportunidad de observarlos sin que se ofendieran, vio que los rostros ordinarios y feos abundaban más que los hermosos, y se sorprendió al descubrir que muchos hombres lucían en la piel de los brazos, descubiertos para resistir la humedad del día, elaborados diseños a base de pigmentos punzados. No solo se adivinaban patrones dibujados de esta forma en la carne, sino también representaciones toscas de rameras, del Salvador o incluso de ambos a la vez, juntos ahí en el mismo hombro, vistiendo el mismo taparrabos de lino. Se rio entre dientes y ascendió la cuesta, donde hombres con las manos manchadas de tinte vendían telas con un rojo aún más vívido que el que había visto en Palestina.

Después de un trecho, dejó atrás el mercado y llegó a un terreno muy elevado, mas no el más alto, pues hacia el sudeste había crestas que lo sobrepasaban. La muralla oriental, que tenía brechas aquí y allá, seguía subiendo la

colina junto a él, no muy lejos a su derecha, mientras que a su izquierda había varias vías y pasajes que corrían cuesta abajo. Reconociendo que vagaba sin rumbo, Peter pensó que, tal vez, si seguía la muralla de la ciudad, acabaría por hacerse una idea de su extensión y tamaño, lo cual le permitiría determinar su centro con información más certera. Su plan era, pues, tan vago e incierto como sus intenciones allí, y encima ahora sentía una presión en la vejiga y una punzada en el estómago que lo distraían de tales asuntos. Aún transitaba el mismo sendero en dirección norte que había tomado tras cruzar el puente, pero había llegado a unos terrenos en los que el suelo ofrecía una planicie situada justo en lo alto de la loma que soportaba la pañería. Había allí un lanudo rebaño que estaba siendo guiado a los corrales por hombres silenciosos que mascaban tallos y por perros de lo más ruidosos, y él pensó en la mujer que llevaba la piedra consagrada a Tor, la que lo había aconsejado hablándole de un viejo templo en el camino ovejero de más arriba. A juzgar por el barullo que reinaba en dichos lares, y aunque seguía sin ver una iglesia, estaba seguro de haber seguido la dirección indicada.

Mientras se encaminó hacia una leve hondonada, las bestias balaron por doquier, criaturas traídas allí desde Mercia, Gales y más allá en grandes hordas que desafiaban la imaginación y que volvían blanco todo el paisaje, en pleno verano y no en invierno, de un horizonte a otro. Ahora que lo pensaba, Peter había sabido desde la mocedad que la trashumancia occidental terminaba en lugares no muy lejanos a Helpstun o Peterboro, pero jamás hubiera pensado que entre esas aldeas medianas del país se encontrara Hamtun. A partir de allí, los pastores llevarían los rebaños a otras regiones empleando la vía romana que él mismo había seguido desde Londres y los acantilados blancos de la costa; eso, o irían más allá de Saint Neot, hacia Norwych y el este, abasteciendo de carne a todo el país. ¿Acaso, se preguntó, todos los enmarañados cordones de Inglaterra se hallaban pinzados en Hamtun por una gran comadrona como si fuera el ombligo del país? Peter vadeó

la marea de lana y las cagarrutas negras que pavimentaban la vía y avanzó una vez más hacia el norte, con su bolsa colgando ahora de una mano para que su hombro dolorido pudiera reposar un poco.

Cuando casi finalmente hubo sorteado la vasta estupidez de los animales, vio en la cima de una eminencia a su derecha una especie de iglesia pobretona hecha de piedra, y tuvo la esperanza de que fuera el templo del que la mujer le había hablado por más que pareciese abandonado y desierto. Pensando en parar a echar una meada y comerse el queso y el pan que llevaba escondidos, junto a unas monedas, en un bolsillo secreto del sayo, dejó atrás la nauseabunda pátina del camino ovejero y dio un pequeño paseo, hermosamente salpimentado por las flores que caían desde las arbóreas ramas que lo sobrevolaban, hacia la supuesta iglesia, sita en el extremo superior de la cuesta.

Algunas de las necias, lanudas e indiferentes ovejas se hallaban pastando al cobijo de los amplios árboles, y Peter decidió soltar su equipaje para remangarse el hábito y eyectar un chorro, menos caudaloso del que había previsto, sobre el agua de lluvia estancada entre las raíces de un haya. Sus efluvios fueron escasos y de un fuerte color naranja, señal de que la mayor parte de los fluidos ya los habría perdido por los poros. Se sacudió el pene para escurrir las últimas gotas de tan exigua meada y buscó un sitio en el que poder comer. Al final, se decidió por el exuberante y verde montículo de la base de un viejo roble, pues allí podría sentarse, apoyar la espalda y descansar a pocos pasos de la erosionada silueta del templo.

Ahora que tenía tiempo de observarla, sentado en la hierba con el saco junto a él y mordisqueando el corrusco que había recuperado del bolsillo de su hábito, comenzó a dudar del origen cristiano de construcción tan lamentable, y fue más consciente de su rara peculiaridad. Recostado en aquel trono de roble, y masticando lentamente el pan con queso de cabra hasta formar entre los dientes un húmedo e indistinguible bocado, consideró la naturaleza que podría

tener, o haber tenido, el solitario edificio. Las columnas de piedra a ambos lados de la puerta tenían tallados en espiral unos dragones mucho más grandes que la pobre criatura que había visto inmóvil en el barro cerca de Londres. Si efectivamente se trataba de un lugar de culto cristiano, Peter era consciente de que debía pertenecer a una tradición más antigua que la suya, a una que se remontaría, por lo menos, a trescientos años atrás, cuando sus predecesores en la orden se habían visto obligados a buscar la paz con los seguidores de los dioses rurales mezclando las enseñanzas de Cristo con su folclore tosco y supersticioso, así como predicando en montículos antaño dedicados a altares demoníacos. Las tallas que descendían por los pilares evocaban la serpiente que envolvía el disco terrestre en las viejas religiones, las cuales creían en que el reino de los mortales era el intermedio en un conjunto de tres, con Hel abajo y el cielo nórdico arriba, al otro lado de un puente.

Dejando de lado el detalle del puente, no difería demasiado de su propia fe en una vida que se extendía más allá de aquel breve intervalo y que, de algún modo, se prolongaba hacia una altura superior desde la que era posible distinguir y entender mejor las trampas y los ardides de este mundo. Aunque nunca lo hubiera dicho en el monasterio de San Benito, poco le importaba a él que fuese un puente o una escalera lo que conducía al paraíso, que los nombres de los personajes que moraban allí le fueran conocidos, o incluso que los dioses hubiesen sido creados a partir de distintos relatos. A su juicio, era un fracaso del cristianismo imperante ahora en Inglaterra que la gente estuviera tan obcecada con la veracidad de unos escritos que, en otras tierras, serían admirados únicamente como parábolas, y sin que por ello pasara nada. Por lo que sabía, la biblia de los mahometanos no era más que una colección de fábulas destinadas a iluminar e instruir con el ejemplo, y de ninguna manera podían tenerse por crónica de los acontecimientos históricos. Así era como entendía Peter la Biblia cristiana y así era como la había leído en su

totalidad: del mismo modo en que había leído la historia de Beda o también, secretamente, el poema de ese monstruo danés del que todo el mundo hablaba. Y, sin embargo, él mismo debía enfrentarse cada vez que intentaba enseñar la doctrina cristiana a la estrechez de miras de quien preguntaba con estulticia si la Creación había tenido lugar, verdaderamente, en tan solo seis días.

La fe de Peter se basaba en el valor de un ideal radiante encarnado en Cristo, que era una figura ejemplarizante. La fe, en su mente, era la afirmación volitiva de lo sagrado. Si la convertían en algo más o algo menos, pasaba a ser mera creencia, y ya se sabía que los cuentos de duendes no duraban en la cabeza de un niño más que el tiempo que uno tardaba en contárselos. Creer en hechos materiales no era más que una vanidad que podía quebrarse fácilmente; el ideal, en cambio, conformaba una verdad eterna independientemente de cómo se expresara. Bajo su peculiar punto de vista, las creencias servían de poco. Lo importante era el ideal eterno e insustancial, la luz que órdenes como la suya habían protegido de las tinieblas para difundirla ahora en un mundo roto y sombrío. No creía en los ángeles como formas sustanciales, y no tenía necesidad de creer en ellos como ideales, porque de hecho los conocía. Se había topado con ellos en sus viajes y los había visto, y poco le importaba que hubiera sido con sus ojos mortales o con su vaga noción de visión contemplativa. Se había topado con ellos. No creía en ellos, sino que tenía la certeza. Y esperaba que su fe no se hundiera en los próximos cien años en un cenagal de creyentes. ¿Sería algo así lo que les había sucedido a los viejos dioses, esos cuyo templo tenía ahora a un tiro de piedra de donde se encontraba recostado, dando buena cuenta de su pan y su queso?

Concluidas sus reflexiones, se limpió las migas de la barba para aprovechamiento de las palomas que rondaban las ruinas. De nuevo en pie y con la bolsa a cuestas, bajó el montecito que daba al camino ovejero, con sus gastadas alpargatas levantando nubes de pétalos caídos de las copas

superiores. Salvo por la capa de excrementos y por la olla picada a la que se asemejaban las huellas de los cascos, el paso para el ganado había quedado desierto. Tras una caminata insignificante, llegó a la muralla norte y a los postes embreados de su puerta, que, al igual que su contrapartida ribereña en el flanco meridional de la ciudad, se encontraba entreabierta

En esta parte de la ciudad reinaba un aire diferente, imbuido de una malicia dañina a la que probablemente habrían contribuido las cabezas cercenadas y clavadas en picas que se veían sobre la puerta. Dado que los cráneos en descomposición aún exhibían sus largas cabelleras rubias, supuso que habrían pertenecido a matarifes venidos de Dinamarca, o por ahí, sorprendidos de que allí, en Hamtun, también hubiera matarifes de igual catadura. Al ver borrosa una de las cabezas pensó que sus ojos le estaban jugando una mala pasada, pero en realidad solo eran las moscas carnívoras que pululaban alrededor de los restos, salidas incluso de su boca desencajada.

Así pues, había recorrido el asentamiento de sur a norte. No era una gran distancia. Al verse frente a la empalizada, torció a la izquierda, hacia el oeste, y empezó a bajar la cuesta para llegar a algún confín de Hamtun que aún le quedara por explorar. En su descenso por el valle, de vuelta hacia el río según constató, vio la gloriosa extensión de tierra que se extendía a lo lejos, con las columnas de humo aflorando para señalar un barrio que daba al extremo occidental de Hamtun y al tramo distante del Nenn. Se trataba de una trenza gris y plateada que discurría entre campos verdes y amarillos al amparo de los árboles, atravesada por el arco de madera de un puente que, a su juicio, debía de ser por el que llegaban todas esas ovejas de Gales. También vio un cercado alto, no muy distante de la orilla más cercana del río, construido con postes similares a los de las puertas de la ciudad. Tal vez fuera un claustro o un recinto nobiliario cuya linde oriental marcara, a su vez, el límite occidental de la ciudad.

Por improbable que fuera, la perspectiva de encontrar

monjes en las cercanías le trajo a la memoria su monasterio en las calmas praderas de Peterboro; ese que llevaba tres años, o más, sin poder visitar. El recuerdo de su celda y su catre en Medeshamstede le hizo sentir una punzada en el corazón, y lo mismo le provocó pensar en quienes tenía por amigos dentro de la hermandad, así que se decidió a regresar allí en cuanto la conclusión de su misión en Hamtun le liberara de sus obligaciones. Lo cual no sucedería, se dijo, hasta hallar el centro del asentamiento y entregar allí el talismán que contenía el saco. Sin embargo, la añoranza de su idílico hogar no le haría avanzar en este cometido, y solo contribuiría a demorar su pronta culminación.

A su izquierda había angostos pasajes entre hileras de casas pegadas, callejuelas que de repente torcían y desaparecían a la vista para enredarse en el nudo que Peter sospechaba que se correspondía con las entrañas de Hamtun, fétidas pero repletas de color, a diferencia del tegumento pigmentado y decorado que había visto a su paso por las murallas. Sintió la tentación de adentrarse en este laberinto de callejuelas confiando en encontrar el lugar que buscaba en virtud de su instinto, pero prevaleció su precaución. Recordó aquí otra de las cosas que le dijo el arriero que había conocido en Woolwych, aquel que había oído hablar de Hamtun: «Alberga los cruces y recovecos de una madriguera de conejos. Si entrar no resulta fácil, os aseguro que salir es más difícil que perpetrar un asesinato». Lo más probable era que se perdiese entre tanto pasadizo, así que lo mejor sería determinar primeramente los límites del asentamiento tal y como había planeado y, luego, actuar en consecuencia.

Siguió bajando pues la colina hasta llegar casi a la empalizada que había visto desde arriba, anotó para sus adentros que la distancia de este a oeste era menos de la mitad que la de sur a norte, e imaginó la villa como un estrecho rectángulo de pergamino o corteza. Si había un mensaje escrito en él o si contaría con ingenio suficiente como para descifrarlo fueron cosas que ya no pudo

discernir.

La muralla de troncos discurría a lo largo de la ribera más próxima del río y concluía junto al puente que partía hacia Gales desde el asentamiento. Bajo su arco de madera, el curso del Nenn también seguía dicha dirección, y la linde entre el río y la orilla, que igualmente viraba hacia el oeste, se veía reemplazada por imponentes arbustos negros que servían de fortificaciones. Llegado a este otro confín de Hamtun, Peter dio media vuelta y emprendió una caminata, ciertamente más larga, hacia el límite sur, el mismo por donde había entrado unas horas antes. Arriba, a su derecha, vio la plateada capa de nubes grises que ocultaba el sol, a punto ya de comenzar su largo descenso hacia la noche. Por estos indicios, dedujo que debían de ser las últimas horas de la tarde.

Dirigiéndose hacia el sur, se dio cuenta de que no había muchas casas en el flanco inferior del asentamiento, solo pequeñas parcelas, cada una con su propia casita. En las elevaciones de las suaves pendientes que tenía ante sí, brotaban delgados hilillos de humo que tejían una manta, razón por la que pensó que las praderas superiores debían estar más pobladas. Sin embargo, en su bajada hacia la orilla del río, solo pudo ver una casa que parecía estar construida en la esquina de una vía, la más distante de las dos que se bifurcaban hacia el este, separadas por campos de pasto vacíos.

Se acercó al más cercano de estos caminos para detenerse y atisbar a lo largo. Subía cuesta arriba, densamente transitado y con un aire antiquísimo que compartía con la zanja que, extendiéndose junto a él, albergaba un caudaloso arroyo cuya fuente o manantial dedujo que estaría en lo alto de la colina. Con el saco colgando a la espalda, cruzó la base de la calle y se dirigió a la casa de piedra ubicada junto a la esquina de la que partía la segunda vía. El achaparrado edificio parecía abandonado, totalmente solo en el borde occidental del asentamiento y sin signos de que hubiera fuego alguno calentando su hogar. A la derecha de Peter, en el lado

opuesto del camino embarrado, había un acogedor círculo de piedra coronado por una estructura de madera con una carrucha, una soga y un cubo colgando. No había bebido agua fresca desde el estanque que había encontrado hacia el mediodía a varias leguas al sur de Hamtun, así que viró en dirección al pozo silbando una cancioncilla que recordaba a medias.

De cerca le pareció más grande de lo que pensaba, pues el anillo de piedra le llegaba a la altura de la cintura y tenía un diámetro de, al menos, dos pasos. Giró la manivela de la polea para soltar cuerda y el cubo de madera, brillantemente pintado, cayó al fondo de aquel agujero insondable. Tras un instante, oyó un chapoteo, y luego empezó a subir el cubo, ahora mucho más pesado que cuando lo había dejado precipitarse. La húmeda maroma crujió, y oyó y sintió el vaivén del líquido contra el bamboleante perímetro del recipiente a medida que lo fue sacando de aquel hoyo negro hacia la luz del día. Tras desatar la cuerda, se acercó el cubo y miró su interior, sediento y ansioso.

Estaba lleno de sangre.

El sobresalto fue de tal grado que lo desorientó, haciendo que todo girara y dejándolo sin raciocinio. Se sintió arrollado por una estampida de pensamientos contradictorios que pisotearon su intelecto en una carga pavorosa y desconcertante. Debía de ser su propia sangre… Le habrían cortado la garganta sin que se diera cuenta. Debía de ser la sangre de generaciones enteras de Hamtun, filtrada cuesta abajo hacia aquel embalse enterrado. Debía de ser la sangre de los santos, la misma que san Juan el Divino anunció que habría de beberse cuando el fin del mundo acaeciera doscientos años más tarde. Debía de ser la sangre del Salvador, signo inequívoco que le anunciaba a Peter que aquella tierra y su sustrato eran la carne misma de Jesús, pues, ¿acaso no estaba destinada a ser cortada para volver a crecer, de igual modo que el grano y los frutos de la tierra? Debía de ser la savia de un misterio sagrado y temible, uno más carmesí que las bayas de acebo,

una maravilla de tal magnitud que los cristianos de las eras venideras sabrían de él, y de Peter, y dirían que en verdad había sido bendecido por la voluntad de Dios para contemplar semejante milagro, semejante visión…

Pero lo cierto es que era tintura.

¿Cómo podía ser tan estúpido? Había visto los vívidos colores de los ropajes que se vendían en la calle de los pañeros, pero no se había preguntado de dónde provendrían. Había echado el balde al pozo pensando que lo habrían pintado así para que se viera bien, pero no había caído en que podía haberse teñido a base del uso. Salvo para un idiota, estos indicios habrían sido claros como la luz del día, pero el fervor lo había cegado hasta el punto de llegar a darse por santificado. Decidió no contar descuido tan vergonzoso a sus hermanos de Medeshamstede ni aun para hacer mofa de sí mismo o de su inflamada y loca vanidad, pues sin duda lo considerarían imbécil de remate.

Carcajeándose por el modo en que Hamtun se había burlado de él por segunda vez, vertió el contenido en la negra y gorgoteante garganta desde la que lo había alzado. Recordó al hermano Matthew, un iluminador de manuscritos cercano a Peterboro que solía hablar con él sobre su técnica, y estableció que lo más probable era que el color del agua se debiera al óxido de hierro presente en el suelo. Aunque esto no entrañaba excesivos perjuicios para la salud, se sintió más que feliz por no habérselo echado al coleto sin antes mirar. Al fin y al cabo, el ocre no era lo único capaz de crear esa coloración roja. También lo hacía, por ejemplo, el óxido de mercurio, y en el prado del monasterio benedictino había oído hablar de lo que les sucedía a los monjes que chupaban pinceles aún impregnados de pigmento rojo para humectarlos y afinarlos. Día tras día, inadvertidamente, repetían aquel gesto hasta envenenarse. Según se decía, los huesos de uno se volvieron tan frágiles que, tras acostarse moribundo, el mero peso de la sábana con la que lo taparon para confortarlo se los rompió todos, de tal forma que murió aplastado. Peter desconocía si la historia era verídica, y no

creía que el agua del pozo allí presente estuviera envenenada, pero se alegró de no haber puesto a prueba si un descuido tan menor podía llegar a convertirse en un error fatal.

Tras la reflexión que siguió al susto del descubrimiento, Peter no se juzgó a sí mismo tan estúpido. Por más que la sangre sagrada hubiera resultado no ser más que tinte en lo relativo a la verdad material de las cosas, ¿acaso no existía también una verdad ideal que considerar, una en la que la tintura terrenal se había convertido en figurada para encarnar un concepto sobrenatural y, por ende, carente de forma mundana? ¿Acaso no podía algo albergar más de un aspecto, de tal forma que fuera óxido de hierro a la luz de la razón y, al tiempo, la sangre de Cristo a juicio del corazón? Nunca había oído hablar de pozos cuyas aguas tuvieran tal tono, así que no habría sido más sorprendente que el líquido hubiese sido el que dictó su primera impresión. Fuera cual fuese la fuente, estaba claro que aquel signo merecía ponderarse.

Mientras aupaba la saca por enésima vez, caviló que había sido demasiado precavido y laborioso tanto en su razonamiento como en su búsqueda. Al bordear con esmero los límites de la ciudad, Peter había considerado Hamtun como un mapa esbozado sobre un pergamino plano, pero ahora lo veía, más bien, como algo vivo con humores y fluidos propios; no tanto como un terreno que recorrer, sino como un extraño con el que ponerse a conversar. ¿Lo habría encontrado más acogedor si hubiera sido menos rígido y distante al abordarlo? De regreso hacia el sendero que guiaba hacia el sur, pensó en ello y decidió ir hacia el este, más allá de la vivienda solitaria de la cuesta, para adentrarse en el asentamiento propiamente dicho; en aquel laberinto de casas achaparradas que lo sobrepasaba a su derecha y cuyas chimeneas a pleno rendimiento hacían que las nubes bajas parecieran aún más sucias de lo que eran de por sí.

Pasó junto a la casa de piedra y empezó a subir, y en cuanto lo hizo le sobrevino esa sensación que había oído

definir en cierta ocasión como «familiaridad inédita», es decir, cuando un hecho nuevo inducía la extraña certeza de revivir un instante ya vivido. Según observó, no solo consistía en la noción de haber vivido un momento similar al de pasar junto a una vivienda solitaria mientras subía una pendiente en un lugar desconocido. Era la convicción de haber vivido aquel instante hasta en el más ínfimo detalle: las sombras pálidas y elusivas proyectadas sobre los campos por un sol velado más allá de su cénit; el musgo con forma de mano humana junto al portal de la silenciosa cabaña; el canto de los pájaros desde los setos oscuros situados al oeste, con tres agudos trinos y un grave lastimero; el hedor agrio y porcino del sudor que se le evaporaba desde los ropajes; sus pies doloridos, los aromas del río distante y aún invisible, y los recios golpes del saco rebotando sobre su encorvada columna.

Se quitó el pensamiento de la cabeza y avanzó más allá de la estructura caliza para ascender la colina. No pudo ver nada a través de las oscuras rendijas que hacían las veces de ventanas, pero tuvo la inexplicable y vaga sensación de estar siendo espiado. Con el propósito de asustarlo, el lado más perverso de su personalidad le sugirió que era la vieja arpía de su sueño la que vivía sola en la penumbra de aquella casa silente y, también, la que lo estaba vigilando. Pese a saber que aquello no era más que un espectro que había conjurado para atormentarse a sí mismo, lo cierto es que se estremeció, y no tardó en disponerse a dejar bien atrás la dichosa cabaña. A continuación, se desvió del camino que subía hacia el este y torció hacia el sudeste a través de una callejuela que no era más que una franja yerma en un mar de malezas.

Lo que más lo había perturbado al pasar por el cuchitril era la idea de que su tránsito junto a él no fuera un hecho único, sino una de muchas repeticiones, lo cual le había hecho imaginar a su vez una interminable hilera de semejantes, de copias de sí mismo pasando junto a aquel maldito chozo, todas conscientes en aquel preciso momento de la existencia de las demás y del anómalo asunto de su

recurrencia, así como de que el mundo y los acontecimientos a su alrededor también resultaban recurrentes. Era como si a veces se considerara un fantasma, un muerto que estuviese revisando las aventuras de su vida tras haber olvidado que no merecían ni una segunda ni, de hecho, una centésima lectura, y que, de repente, se topara con un pasaje que reconociera por la descripción de una casucha aislada, el graznido de un mirlo o un trozo de liquen con forma de mano. Estos pensamientos eran nuevos para él, así que no estaba seguro de comprenderlos por completo. Como un ciego, asía sus extraños bordes y protrusiones, pero era consciente de que sus formas auténticas quedaban más allá de su alcance.

Mientras ascendía trabajosamente la cuesta, doblando de nuevo hacia el este, Peter tuvo la impresión de que las peculiares ideas que lo asaltaban eran una atmósfera o miasma que emanaba de la localidad, y que sus efectos se potenciaban cuanto más se sumergía en ella. Le daban a su ánimo un carácter que no podía nombrar, como si fuera un matiz nacido de la mezcla de muchos otros, de miedo y también asombro, de alegría y gozosa esperanza, pero también de una tristeza y congoja que le costaba describir o situar. La misión contenida en su saco de arpillera parecía arrojar sobre su alma tanto una escalada de júbilo como una gravedad tal que lo quebrara y aplastara bajo ella. En estas contradicciones residía esa sensación que parecía componerse de todas las sensaciones humanas, y se colmó tanto de ella que a punto estuvo de desbordarlo. Esta impresión emocionante y desagradable a un tiempo, concluyó, era la que debían sentir todas las criaturas cuando actuaban bajo los designios de Dios.

Tras vadear los altos tallos de hierba, llegó a otro camino de tierra que, aunque ascendía la colina tal y como lo hacía la calle del pozo de tintura, llegaba más lejos. Este nuevo sendero conducía a un grupo de casas que no eran sino agujeros cubiertos por ambos costados, y en ellos había perros desaliñados olfateando entre hombres que se carcajeaban o mujeres enojadas que arrastraban a niños

pequeños. Arriba del todo, pudo ver los edificios más altos del lugar, así como el bullicioso tráfico de las carretas, y concluyó que el paraje debía ser la plaza principal del pueblo. Un poco más arriba, entre las casas bajas y el gentío a su derecha, contempló la preparación de una quema en una parcela desnuda y ennegrecida. Cargada con carritos y sacas, la gente iba a estos sitios a destruir cosas demasiado grandes o sucias como para quemarlas en casa. Vio pesados montones de ropa, tal vez contaminados por la plaga, siendo descargados de las carretillas con horquetas. Y también vio una carreta llena de basura cuyo cochero conducía hacia atrás entre gritos y avisos para que los viejos que se ganaban el pan en el quemadero se afanaran con las palas. Como había poco viento, el hedor y los vapores se elevaron en una espesa columna sobre las llamas, pero Peter sabía que un clima distinto hubiera envuelto las apretujadas viviendas en una niebla pestilente.

Con la intención de eludir la mayor parte de semejante asquerosidad, abandonó su camino hacia el este torciendo por la primera callejuela que encontró. Había varias chozas a cada lado, aunque sin mucha gente y sin ningún fuego. Un poco más abajo vio un gran tejado de paja perteneciente, supuso, a un gran salón; uno protegido en su lado posterior por un muro de piedra que daba hacia él. La región más despejada del cielo volvió a quedar a su derecha, y aunque dedujo por ello que se dirigía nuevamente hacia el sur, no tardó en toparse con un nuevo obstáculo. A pocos pasos, había una cerca de la que se elevaba una gran nube similar a la del quemadero, pero donde allí los humos habían sido negros, aquí eran blancos. Vio a continuación un carro desde cuyos portones se estaban descargando bloques de creta para colocarlos en el montículo central del patio cercado, y recordó haberse cruzado con él cerca del puente meridional aquella misma mañana; de hecho, aún tenía residuos de polvo blanco en el pelo y en los pliegues de su hábito. Por la preferencia de mantener el color con el que había llegado a Hamtun en lugar de volverse rojo por los tintes, negro por el humo o

blanco por la caliza, se detuvo abruptamente a ponderar las cosas y elegir otra ruta.

Una vez más, se encontraba en una especie de esquina, con un sendero que discurría hacia el este desde la calle por la que deambulaba. El cruce se hallaba señalado mediante una especie de mojón cuadrangular con uno de los lados más corto que el resto. A su alrededor había una zanja excavada hacía largo tiempo y que a día presente estaba cubierta de hierbajos, justo como el fuerte ribereño romano que había visto en las afueras. No obstante, pese a ello, el montículo parecía investido de cierta importancia, aunque no se veía por allí ningún edificio; tan solo penachos dorados de dientes de león que aún no se habían transformado en vaporosas bolas de semillas.

Mientras observaba la prominencia, Peter percibió cierta agitación por el rabillo del ojo, precisamente entre los bloques de creta y él. Aguardando a la vera del camino había un carro tirado por un caballo y con un hombre realmente feo a las riendas. Tenía el rostro ancho y ojos muy espaciados, y parecía robusto y redondo a la vez, como si lo hubieran comprimido. Encaramado al pescante, charlaba con un niño de no más de doce años, o quizá fuera una niña, que estaba sobre la franja de grama circular y que miraba al cochero con vacilación e incertidumbre. Parecía asustada por el tipo, como si no lo conociera, y, al negar con la cabeza y hacer el ademán de marcharse, el fornido carretero la agarró por la muñeca rápidamente para evitar que escapara.

Peter se concedió un instante para decidir qué hacer. Si se trataba de una disputa entre un padre enojado y su díscola retoña, era mejor no intervenir, aunque dudaba de que tal fuese el caso, y además en su viaje había visto suficientes violaciones como para que no pudiera, en conciencia, dejar estar las cosas esperando que se arreglaran solas.

Pese a sus reticencias a utilizarla, Peter tenía una voz estruendosa, razón por la que sus hermanos de Medeshamstede no lo dejaban cantar en el coro por más

simpatías que le profesaran. Fue este rugido el que empleó para interpelar al hombre que retenía a la doncella, y su eco se precipitó como un trueno a través de la grama que los separaba.

—¡Eh! ¡Teneos, compañero! ¡Quisiera intercambiar unas palabras con vos!

Enfiló hacia el carromato a grandes zancadas y balanceando el saco pesadamente con la mano, de modo que fuera imposible no advertir la pavorosa maza que constituiría si lo hiciera girar a gran velocidad. Era un hombre pacífico, pero sabía la impresión que sus gruesas extremidades y su rostro rubicundo podían dar cuando era necesario. No había sobrevivido a un viaje por medio mundo sin emplear aquel semblante amenazante en beneficio propio. En el pescante, el hombre cuyo cuerpo parecía constreñido volvió la cabeza bruscamente para mirar a Peter, que avanzaba directamente hacia él a través de las juncias blandiendo el improvisado mangual. Tras soltar a la niña, el bribón pareció desconcertado y ansioso por huir. Dio un alarido para espabilar a la yegua, salió escopetado colina abajo con su carga botando, dobló un recodo, se detuvo en la esquina a mirar, preso del pánico, al monje, y entonces se esfumó por completo.

La doncella rescatada, parada en el borde de la zanja circular, observó la partida de su atacante antes de volverse hacia Peter, que se hallaba detenido a mitad de camino, encorvado y jadeante por el esfuerzo, y que elevó una mano en su dirección para calmar a la asustada chiquilla. Ella aprovechó la situación para calar a su rescatador, cuya cara, roja cual remolacha, chorreaba sudor mientras emitía una monstruosa sibilancia respiratoria. Luego, decidió huir en dirección opuesta a la de su asaltante, corriendo colina abajo como si se encaminara hacia el sendero meridional en el que se ubicaban la casa solitaria y el pozo sanguinolento. La vio marcharse mientras recuperaba el aliento entre aquellos tallos pochos, y pensó que no podía culparla en absoluto por temer a su libertador. No todos los monjes eran como él, y aunque sabía que las cancioncillas obscenas

sobre frailes en celo eran esencialmente falsas, también conocía a hermanos de desagradables apetitos que contribuían al crédito de dichas calumnias. La niña mostraba sabiduría al escabullirse y no confiar en nadie en aquellos tiempos nuevos y perturbadores, así que no se ofendió por su marcha; es más, le agradeció a Dios el haberlo puesto allí a tiempo de prevenir una injusticia.

Animado por este buen humor, decidió volver al camino de trayectoria oriental, a ese que había abandonado para rodear la pira y sus vapores. Después de recuperar el aliento, se dirigió hacia la calle que ascendía por el lado norte del montículo, y mientras andaba meditó sobre lo que acababa de suceder. Si al llegar al pozo hubiera optado por un sendero distinto, la niña podría haber sido víctima de un asesinato antes de ser horriblemente arrojada a los setos. ¿Quién sabía, a día de hoy, qué hijos o nietos podría engendrar, o qué cambios en el devenir del mundo hubiera forjado tal incidente? Si los motivos que lo habían llevado allí resultaban no ser más que un mero espejismo alimentado por el sol de tierras lejanas, al menos este suceso le permitiría afirmar que había servido a la voluntad del Señor. Pese a estar latiendo como un tambor, su corazón bulló de alegría durante su ascenso por el pedregoso camino, con el saco al hombro y el sudor cayéndole en cascada sobre la frente.

Se encontraba pensando que el día estaba llegando a su fin cuando, al levantar la vista, vio a otro fornido peregrino que venía hacia a él, uno no tan viejo como Peter y que iba tan extravagantemente ataviado que resultaba cómico. Llevaba un bonete que parecía un molde de pudin puesto del revés cuyo borde fuera sobresaliente, y sus prendas no combinaban unas con otras; era como si hubieran sido descartadas por otros, aunque, dada la rareza de las piezas, a saber qué otros serían esos. Lucía un pequeño abrigo y unos pantalones sueltos de tela ligera, y sus pies iban calzados con botas de cuero trabajadas de un modo que Peter no había visto en la vida, ni siquiera en los puestos de curtidores cercanos a la puerta oriental de Hamtun. Tan

bufonesco era el aspecto del lamentable caminante que el monje no pudo evitar sonreír cuando se acercaron el uno al otro. A diferencia del carretero que había querido raptar a la pequeña de antes, y aunque tuviera una apariencia pálida y gris, el hombre no se veía malintencionado. Puede que fuera un desdichado dado a ciertas transgresiones, pero parecía de buen corazón, y al cruzarse ambos se detuvieron y se sonrieron, aunque ninguno habría sabido decir si en señal de amistad o porque los dos encontraran humorístico el aspecto del otro. Peter fue el primero en saludar y hablar.

—Caluroso día aqueste para trotar por ahí, discurría para mis adentros hará un periquete. ¿Cómo van hoy las cosas, mi buen y honesto compañero?

Aquí, el otro hombre echó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos para observar a Peter como si se preguntara si se estaba burlando de él, pero finalmente decidió que no y respondió alegremente.

—Oh, pues sí que es caluroso, sí, y las cosas creo que van tirando. ¿Qué hay de usted? Ese saco suyo parece pesar como una cruz.

Las palabras llegaron acompañadas de un guiño pícaro y un movimiento de cabeza hacia el saco que Peter llevaba al hombro, como si pensara que fueran bienes valiosos que hubiese robado. Divertido por la observación, el monje puso la bolsa en el tosco sendero, junto a sus pies. Luego, suspiró aliviado y negó con la cabeza.

—Dios os bendiga… No lo es, no; y si lo fuera, no sería una que yo envidiara.

El sujeto enarcó una ceja como si le interesara, o como si esperara un añadido, y Peter pensó entonces que ahí tenía la oportunidad de que le guiaran hacia el lugar que buscaba. Los improvisados encuentros de aquella tarde parecían haber sido resultado de la voluntad de un poder superior, así que este podía serlo también. Envalentonado por dichas consideraciones, planteó la pregunta que hasta entonces pensaba que solo él podía responder, gesticulando al hacerlo hacia el paquete depositado en el suelo.

—Se me ha dicho que debo llevarlo al centro. ¿Sabéis

por ventura dónde se emplaza eso?

La duda de Peter provocó un gran fruncimiento de labios y numerosos murmullos pensativos en su reciente camarada, que se quitó su estrambótico bonete para revelar una coronilla calva y comenzó a escudriñar los cielos como si el lugar por el que le habían preguntado residiera en alguna parte allá arriba. Justo cuando el monje se preparaba para una nueva decepción, recibió su respuesta. El otro hombre se volvió y señaló el camino que quedaba a su espalda, el mismo por el que Peter ya discurría. En aquel punto, la cuesta quedaba nivelada, y la vía cruzaba algunos chozos y pastizales hundidos hasta llegar a una calle más ancha un poco más allá, una que surcaba la colina de norte a sur y que bullía de carromatos y animales. En el centro del cruce entre ambos senderos, se alzaba un olmo vigoroso que captó la atención del monje.

—Si es el que estoy pensando, entonces debe girar a la derecha al llegar al árbol que hay allí al fondo —dijo sorbiéndose los mocos y escupiéndolos luego en una suerte de signo de puntuación—. Descienda en esa dirección hasta llegar al cruce que hay abajo del todo. Y luego, si sigue recto hacia abajo, lo verá a la izquierda a mitad de la cuesta, al otro lado de la calle.

Peter se sintió desbordado de alegría y admiró la divina providencia al ver el enigma tan rápida y simplemente resuelto. Al final, lo único que se requería de él era que preguntara. Miró con gratitud al pobre harapiento que lo había liberado y, entonces, fue cuando entendió realmente lo que era inusual en el hombre. No era ya que fuera pálido o grisáceo, que era lo primero que había pensado, sino que carecía de color alguno y parecía más un boceto al carboncillo que un ser vivo de sangre caliente. Más aún, no solo era pálido, sino acuosamente turbio, pues cuando se acercó a estudiarlo con más detenimiento descubrió que podía ver borrones oscuros moviéndose a través de su figura, y que estos no eran sino el tráfico que discurría tras él colina abajo, como si el pobre hombre estuviera moldeado para que uno pudiera ver a

través de él, aunque no con claridad. Con un escalofrío que sintió como un chorrito de agua helada que le recorriera la columna, Peter se dio cuenta de que estaba charlando con un espectro.

Se cuidó mucho de que aquel súbito espanto aflorara en su rostro, pues no tenía motivos para afrentar a quien, hasta entonces, se había mostrado amable y dispuesto. Por otra parte, no estaba seguro de con qué clase de ser se hallaba conversando, si bien dudaba de que fuera malicioso. Tal vez se tratase de un alma errante, ni bendecida ni condenada, que residía en un estado intermedio allí, en aquellos lugares antiguos. Se preguntó si tendría que vagar por siempre o si el espíritu sabría de algún destino al que acudir, fuera el cielo u otro, y a fin de solventar esta duda le preguntó a dónde iba.

—Confío en que la vuestra caminata tenga asimesmo una meta pura y santa…

Ahora, el fantasma pareció primero culpable, luego furtivo y, por fin, recompuesto. Mentalmente, Peter anotó que las expresiones del espectro resultaban tan transparentes como su forma. La criatura titubeó un poco al entonar su réplica.

—Bueno, pues… eh… a decir verdad, he salido a ver a un amigo. Un pobre viejo que vive solo en la esquina de Scarletwell Street y que no tiene familia que lo visite. Le deseo que tenga un buen día, padre, o como prefiera que lo llamen. Buena suerte portando su saco al centro y tal, ¿de acuerdo?

Dicho eso, la aparición superó a Peter y prosiguió cuesta abajo hacia el lugar en el que este había intervenido entre el bellaco carretero y la niña. El monje permaneció quieto y lo vio alejarse, preguntándose qué extraña circunstancia llevaría a tan desaliñado espíritu hacia la solitaria cabaña de piedra cercana al pozo de tintura, puesto que, por cómo la había descrito, solo podía ser esa. Desde que había llegado a Hamtun, nada había sucedido por casualidad. Al contrario, diríase que los acontecimientos llevaran largo tiempo prefijados en todos y

cada uno de sus detalles y coyunturas. Si en la esquina del pozo había sentido estar contemplando una narración cien veces leída, ahora lo veía más bien como el diseño que un carpintero hubiera esbozado sobre un pergamino. El más nimio de sus pasos trazaba líneas en un esquema del que formaba parte pero que no podía adivinar. El fantasma errante que lo había ayudado iba siendo más y más difícil de atisbar, así que Peter volvió a echarse al hombro su saco antes de recorrer el camino que guiaba al olmo. Ya frente a él, viró hacia el sur y descendió por una amplia calle por la que venían muchos caballos, y a partir de ahí se encaminó a la encrucijada de su extremo inferior, aquella que el fantasma le había indicado.

A su alrededor, en los cercados que bordeaban el camino o trotando para seguirlo a lo largo de la mugrienta pendiente, vio toda clase de potros y yeguas, e imaginó que esa sería la zona que concentraba la actividad de los criadores de caballos. El olor del estiércol era dulce, como el de un puré de frutas, aunque no tan agradable, amén de complementado por una nube de moscas negras que zumbaban por doquier. El aire viciado y la atmósfera atosigante aumentaron la secreción de líquido salino en sus piernas y brazos, e hicieron que su corazón y su respiración se aceleraran, o al menos tal fue su impresión. Levantó la vista hacia la capa de nubes, cada vez más cercana y, peor aún, más oscura, y esperó que su búsqueda terminara pronto para así poder encontrar a la mayor brevedad un techo bajo el que resguardarse de la lluvia.

Cuando llegó al cruce, Peter volvió a sentir que ya había estado allí, y notó un mareo seguido de una especie de zumbido chirriante en sus oídos. Pese a la cantidad de orina y sudor que había evacuado, sus labios no habían probado una gota de agua desde el amanecer. Se detuvo en la esquina noroeste de la encrucijada y contempló la nueva calle que se extendía hacia el este. La escena que tenía ante él, toda humo y centellas, le hizo comprender al instante dónde se encontraba. Había llegado al final de la calle de las fraguas, la que había visto aquella misma mañana al

subir desde el puente. Si el genuino centro de Inglaterra se hallaba cerca del lugar, ¿cuántas horas había pasado deambulando a tan poco trecho de él? Claro que, si hubiera llegado directamente, no habría visto el antiquísimo templo del camino ovejero, ni el pozo sanguinolento, ni habría estado allí para salvar a la niña. Oteó aturdido la chisporroteante e incandescente vía y se maravilló de los vericuetos por los que lo había guiado el destino.

Observó a los hombres que, llenos de hollín, trabajaban en el oro derretido, así como a los viejos, casi ciegos ya a su edad, que se inclinaban sobre las filigranas de plata. Un sujeto que parecía enano soplaba con las mejillas hinchadas y los labios fruncidos en la boquilla de una larga pipa, o trompeta, de cuyo extremo surgía una pompa similar a las del jabón, solo que ardiente, y Peter se dio cuenta de que era una bola de cristal al rojo. Vio las sonrisas de los mercaderes, cuyos ojos brillaban más que todas las gemas que, atesoradas en sus bolsas, habían derramado como una lluvia de gotas brillantes sobre sus arácnidas palmas. Y, al ver la forja de las riquezas del mundo, supo que, entre tales esplendores, lo que llevaba en su saco de arpillera era una perla incomparable.

Se volvió hacia el otro lado y miró hacia el oeste, a lo largo de la calle por la que ahora guiaban a muchos de los caballos que había visto colina arriba. Más allá, en el lado donde se encontraba parado, observó el imponente techo de paja de un edificio, y pensó que debía de tratarse del gran salón cuya parte trasera había contemplado cerca del solar de la sofocante nube de caliza. Al final, en el lado opuesto de la calle, la torre de una iglesia se alzaba entre los edificios. Puede que el gran salón perteneciera a la casa señorial de la que había oído hablar, esa que habitaba el principesco pariente de Offa y que poseía una iglesia adyacente. La buena mujer con la que había hablado en la calle de los herreros había mencionado la existencia por aquellos lares de una iglesia dedicada a san Pedro, así que bien podía ser esa la construcción que admiraba ahora.

El fantasma le había dicho que descendiera hasta el

cruce y que luego siguiera recto hacia su destino, sito a la izquierda, al otro lado de la calle. Con el corazón aún acelerado, e iluminado por los haces mortecinos que se filtraban entre las nubes de lluvia congregadas sobre él, atravesó la bulliciosa vía con paso vacilante, pues debía tener cuidado de llegar ileso al otro lado evitando los carros que pasaban. Desde esta nueva atalaya, oteó ansiosamente colina abajo hacia el este, para ver si vislumbraba algún signo del centro al que lo había guiado tan depauperada alma. No vio más que pastizales y un patio cercado que, por el ruido, podía ser el de un herrero, aunque lo cierto es que la mitad de la cuesta, que era donde le habían hecho creer que estaría el centro, se hallaba más lejos. Cada vez más preocupado, siguió bajando la pendiente con sus cansados ojos escudriñando, expectantes, los terrenos que había ante él.

Tal y como pensaba, el patio del herrero estaba casi al principio, mientras que, al otro lado del cruce, en la esquina de la calle de los metales, también había una herrería. Entre las ennegrecidas forjas no había más que un campo vacío y yermo. De pronto, sintió en la mejilla una incipiente, gruesa y gélida gota de lluvia.

Al llegar a lo que estimó como la mitad de la cuesta, se detuvo en la cuneta y miró a campo abierto, pero solo encontró un paisaje silvestre. El martilleo en su pecho era ahora más intenso, y tuvo la certeza de haber llegado allí una y mil veces antes para obtener siempre el mismo resultado. Seguía yendo allí una y otra vez, y nunca hallaba nada. Nada, salvo los carreteros y sus monturas de acá para allá por el ancho camino a través de una lluvia ahora más intensa. Nada, salvo el holgazán que estaba parado frente al patio del herrero en la esquina con la calle de los orfebres. Nada, salvo unos cardos, un árbol y un solar baldío allí donde esperaba hallar, entronizada, el alma de todo un país. Ignoraba si era llanto, sudor o lluvia lo que sintió gotear sobre su rostro, inclinado con desesperación hacia aquel cielo grávido, al volver a preguntar lo mismo que en una de las encrucijadas precedentes; una duda que, en esta

ocasión, planteó con una voz llena de ira y cansancio, como si ya no le importase quién pudiera oírla.

—¿¡Es este el centro!?

Todo quedó en suspenso en aquel momento. En sus oídos, el eco se convirtió en una suerte de zumbido, como si el instante detenido fuera en sí mismo reverberante y resonara con todas las preciosas coyunturas que lo componían. La lluvia permaneció inmóvil, o cayendo muy lentamente, con sus gotas cual infinitos botones de ópalo clavados en el aire por doquier, y en la crin de los caballos cada pelo fue un fulgurante filamento de cobre. El estiércol brillaba como si fuera el genuino tesoro de aquella tierra, el maná de los campos, y las alas de las moscas que revoloteaban a su alrededor semejaban las ventanas de la más esplendorosa de las iglesias. En el terreno baldío allende la áurea rampa paralizada que era la calle, entre matojos de hierba mutados en llamas esmeralda, aguardaba un hombre vestido de blanco con un cayado labrado de buena madera. Su cabello era como la leche, al igual que su túnica, y permanecía allí como un faro en mitad de la escena, pues era la fuente de toda su luz, la cual recubría de un matiz exquisito los ojos de toda criatura. Su amable mirada se cruzó con la del monje, y Peter supo que era el amigo que se le había aparecido en Palestina, el que le había encomendado su tarea y dirigido en su odisea. El alfa de su viaje se convirtió en su omega, y en sus oídos resonó ahora un bramido, como el batir de grandes alas, que interpretó como su propio pulso amplificado. Su pregunta le fue entonces respondida.

En el encantamiento paralizante que reinaba en la calle, la silueta llameante levantó los brazos en señal de júbilo, extendiendo sus grandes alas cegadoras a los costados. Exultante, habló con una voz poderosa, como un eco entre grandes montañas que resonara a su vez en mil direcciones a un tiempo. Era la misma lengua extraña que Peter había escuchado aquella primera vez, con palabras que explotaban como esporas en su mente para diseminar en ella las semillas de nuevas ideas.

—Exsiiiiest.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí, es aquí, soy yo! ¡Sí, existo! Sí, es en este lugar de excesos donde con una cruz ha de ser marcado el centro. Sí, es aquí donde yace la salida a tu viaje, en donde tú y yo nos reunimos. ¡Sí, sí, sí, hacia los mismísimos límites de la existencia, sí!

La criatura blandió el cayado como si lo apuntara hacia Peter. Largo y pálido, como si estuviera hecho de pino, vio que su extremo había sido afilado y decorado con un tono azul aciano. Desconcertado por este detalle, y sin saber por qué lo estaba señalando de esta manera, el monje observó entonces que el palo no lo apuntaba a él, sino al lugar que había tras él. Y, cuando se volvió, su movimiento pareció romper el hechizo. El zumbido de sus oídos no cesó, pero el mundo comenzó a moverse otra vez, y la lluvia volvió a caer rápidamente en lugar de descender con parsimonia.

Tras él, entre lo que parecía un establo para caballos y el enésimo patio de herrería, vio una pared de piedra con algunas violetas naciendo de las grietas y una puerta de madera con herrajes metálicos ligeramente entreabierta. A través de ella, vislumbró un claro de tumbas protuberantes con sus lápidas enhiestas, y, un poco más allá, un humilde edificio hecho de piedras pardas e irregulares junto al que había dos monjes charlando de pie. Se trataba de una iglesia. La mujer del colgante dedicado a Tor le había hablado de otra iglesia cercana a San Pedro y consagrada a san Gregorio. El brazo izquierdo, con el que sostenía el saco, empezó a dolerle, así que decidió cogerlo con el derecho, si bien esto no mitigó la punzada. Casi en estado de aturdimiento, se adentró en lo que ya era una lluvia torrencial y cruzó la puerta que daba a los terrenos de la iglesia, no muy lejos de donde se encontraba. Al verlo, los clérigos dejaron de hablar y caminaron hacia él, primero lentamente y luego apretando el paso, con una expresión preocupada en su rostro. Peter había caído de rodillas, aunque no para orar en agradecimiento por su liberación, sino porque ya no podía mantenerse en pie.

Los dos frailes hicieron todo lo posible por ayudarlo y

sacarlo del diluvio, pero, jóvenes y escuchimizados, lo hallaron demasiado pesado. Solo lograron acostarlo para que se aliviara, y apoyaron su testa contra el saliente de una tumba. Se agacharon sobre él con los hábitos desplegados como para protegerlo de la lluvia, aunque con esto solo consiguieron parecer cuervos y no lo guarecieron en demasía. Sobre ellos, Peter atisbó el ojo de la tormenta, una masa de perlas negras que pululaban y bullían para convertirse en un formidable y cambiante océano de plegaduras.

En aquel momento, todo se iluminó, y enseguida se escuchó un trueno aterrador que hizo que los atentos monjes gritaran, y que lo acuciaran de manera más urgente con cuestiones tales como de dónde venía o qué lo había traído hasta allí. Los relámpagos ahogaron el cielo con su fulgor, y Peter levantó el brazo derecho, pues el izquierdo lo tenía entumecido, para señalar el saco que yacía junto a él sobre la hierba empapada.

Cuando lo entendieron, abrieron la bolsa de arpillera y sacaron el objeto que estaba dentro, sometiéndolo así al viento y la lluvia. Medía palmo y medio por ambos lados, estaba toscamente tallado en piedra de color marrón, y resultaba demasiado pesado como para levantarlo con una sola mano. La lluvia plateada goteaba de sus esquinas, y los monjes se quedaron tan perplejos como maravillados ante su visión.

—¿Qué es, hermano? ¿Podéis decirnos dónde lo encontrasteis?

Peter habló, aunque con dificultad, y por las expresiones de los monjes diríase que tomaron sus palabras por delirios. Según entendieron, el hombre había cruzado los mares hasta llegar a un osario en el que había encontrado un tesoro enterrado. Una vez extraído, se le había aparecido un ángel para conminarlo a que entregara la reliquia en el centro de su país. Les pareció oírle añadir que acababa de volver a encontrarse con dicho ángel hacía poco, y que este le había confirmado que aquella pequeña iglesia era el destino de su peregrinaje. Gran parte del

discurso del pobre desgraciado se perdió en el bramido de los cielos, y al final le suplicaron que revelara qué tierras eran esas en las que había un osario con reliquias sagradas que brotaban del suelo.

Sin embargo, sus voces habían pasado a formar parte de la palpitación omnipotente que lo colmaba, como si vinieran de un punto tan lejano que le fuese casi imposible escucharlas. Se estaba muriendo. No volvería a ver Medeshamstede, ahora lo sabía. Arriba, las empapadas y ondulantes telas del firmamento eran como una seda negra de Oriente que hubiera sido tejida hasta conformar un mantel rasgado lleno de pliegues y arrugas cambiantes. Y comprendió lo que antes no había podido: que las nubes adquirían tan grotesca forma al ser dobladas y compactadas con enorme habilidad. Desplegadas, habrían asumido una forma más regular y, también, más compleja de aprehender por la mirada. No tenía la más mínima noción de lo que esta extraña ocurrencia podía significar, ni tampoco del motivo de que sintiera que sus años de odisea no habían sido sino un mero y breve paso que ahora acababa de culminar.

En aquellos momentos finales, descubrió que podía ver aun con los ojos cerrados, pero tal vez solo fueran sueños o recuerdos atrapados en sus párpados batientes. Miró a los consternados monjes que se inclinaban sobre él y hacia la pequeña iglesia que había tras ellos. Y, al igual que había sucedido con su recién descubierta comprensión del agitado y torrencial cielo, fue consciente por vez primera del esmero con el que se habían construido las esquinas del edificio, dispuestas para que su interior quedara desplegado hacia fuera. Del mismo modo, lo que antes había tomado por tallas en los pretiles de las ventanas eran en realidad personas diminutas cual mosquitos, aunque él sabía que eran de su mismo tamaño y que, sencillamente, estaban muy lejos. Cuando los homúnculos lo saludaron con una reverencia, tuvo la sensación de conocerlos desde siempre. A su lado, a los dos monjes ya no los podía ver, pero sí oía cómo le hablaban para preguntarle, nuevamente, desde

dónde traía aquel signo perfectísimo.

La última palabra que pronunció fue «Jerusalén».

TIEMPOS MODERNOS

Sir Francis Drake se apoyó sobre una pared cubierta de carteles en los alrededores del Palacio de Variedades y dejó que su cabello engominado reposara sobre los gigantescos letreros con los nombres, impresos en letras rojas y negras. Según su reloj de bolsillo, aún quedaba media hora larga para que tuviera que embadurnarse la cara con corcho quemado a fin de interpretar su papel de Beodo, así que podía permitirse el lujo de perder el tiempo en la esquina viendo cómo pasaban los coches de caballos, las bicicletas y las chicas guapas, e incluso el de fumarse otro cigarrillo Woodbine para aligerar la espera.

Llevaba respondiendo al nombre de Sir Francis Drake desde que sus compañeros de colegio en Lambeth lo apodaran así a los seis años de edad. Después de que su madre cayera en la pobreza, se había visto obligado a usar sus medias rojas como calcetines, y aunque estaban recortadas para parecer tales, sus plisados y brillos carmesíes eran tan evidentes que terminaron por granjearle el susodicho mote. Bajo su punto de vista, no había escapado mal. Sydney, su hermano mayor —o, mejor dicho, su «antecesor», que era como llamaban a los hermanos mayores en la Escuela Hanwell para Pobres—, había tenido que usar como *blazer* una vieja chaqueta de terciopelo con franjas rojas y negras en las mangas, también de su madre. Con diez años, y por tanto ya más consciente de su propia imagen, empezaron a llamarlo «José, el de la túnica de muchos colores».[28]

Apostado en el cruce con la calle principal, se descubrió sonriendo al recordar esos apodos, o al menos el de Sydney, si bien en su momento no le habían parecido

tan divertidos. Sin dejar de reír, se consoló diciéndose a sí mismo que Francis Drake tenía fama de atractivo, heroico e impetuoso, mientras que José había acabado arrojado a un pozo por sus hermanos, totalmente indignados con su forma de vestir. Además, Sir Francis Drake era mucho mejor que otros sobrenombres que le habían dado con el paso de los años y que había tenido que aguantar durante más tiempo. Oatsie, por ejemplo, era uno de ellos, una fusión absurda entre *oats* y *barley*, avena y cebada. Lo soportaba sin problemas, pero no le gustaba demasiado. Siempre había pensado que le hacía parecer un paleto, y esa no era exactamente la imagen que deseaba transmitir.

Un carromato cervecero con el distintivo de Phipps subió la cuesta tintineando entre los bufidos de un caballo shire moteado cuyos fregoniles cascos, grandes como platos, se detuvieron al llegar a la intersección en la que estaba él. La cadena del ajado portón trasero mantenía la carga en su sitio: viejas cajas sometidas a los rigores del clima en los exteriores de los pubs, con la madera húmeda salpicada de moho y los huecos ya ocupados por nuevos recipientes de brillante líquido ambarino destinados a otra taberna, a otra ventosa esquina de un empedrado patio bañado en alcohol. El vehículo aguardó en el cruce a que pasaran una carreta y un joven en bicicleta, y luego reanudó su ascenso. Contemplaba la escena ociosamente, apoyado aún en los carteles, cuando se le ocurrió lo hilarante que sería meterse allí mismo en el papel de Beodo.

Entrecerró los ojos, bajando los párpados para parecer medio grogui, y esbozó una sonrisilla bobalicona. Aun sin maquillarse con el corcho, el ademán le arrugó el rostro hasta aparentar diez años más de los que tenía, que eran veinte. Emitiendo con la garganta un sonido profundo, deglutorio e incoherente, clavó su mirada borrosa en el carromato cervecero y emprendió una marcha insegura y borrachina, aunque en realidad resuelta, en su dirección, como si tratara de caminar en línea recta con piernas que no rigieran. Dio tres pasos cuesta abajo, se recompuso, volvió a otear su presa, se bajó de la acera y se acercó al

carromato a través de la casi desierta vía adoquinada. Finalmente, extendió las manos como si quisiera agarrar las traqueteantes botellas y exclamó que debía estar en el cielo, ante lo cual el sorprendido cochero se giró, lo miró, azuzó el caballo, esquivó la parte trasera de la carreta, que aún no había terminado de cruzar la calle, y se alejó tintineando calle arriba tan rápido como le permitió su transporte. Tras el lance, regresó tranquilamente hacia la esquina en la que estaba instalado mientras observaba cómo se alejaba el carromato, orgulloso de su puesta en escena y, al tiempo, avergonzado por la misma razón. Lo de hacerse el borracho se le daba demasiado bien.

Por supuesto, el modelo en que basaba todos sus papeles de borracho era su padre, Charles, cuyo nombre había heredado y que había muerto de hidropesía diez años antes, en 1899. Dieciocho litros. Esa era la cantidad de líquido que habían llegado a drenarle a su padre de la rodilla y también el motivo de que, cuanto mayor fuera su éxito interpretando al Beodo, mayor fuese su sensación de culpabilidad. Observó cómo el sol de septiembre descendía oblicuamente sobre los viejos edificios de Northampton, encorvados sobre las esquinas del cruce, y cómo teñía sus ladrillos tiznados de un fulgor naranja, y pensó en la última vez que había hablado con su padre. Había sido en un pub, recordó sin gran sorpresa. ¿En el Tree Stags de Kennington Road, tal vez? Sí, en el Stags, el Horns, el Tankard, o en uno de esos. Había sido a aquella misma hora del día, a última hora de la tarde o primera de la noche, de regreso a la casa de Pownall Terrace en la que vivía junto a su madre y Sydney. Al pasar frente a aquel pub, había sentido el extraño impulso de empujar las puertas batientes y asomarse al interior.

Su padre estaba a solas en un rincón, así que, a través de la estrecha rendija que había abierto, tuvo la rara oportunidad de poder observar inadvertidamente al hombre que lo había criado. El espectáculo era desolador. Charles padre estaba sentado sobre la desvaída tapicería del lugar sosteniendo un vaso de oporto en una mano. Como si

quisiera controlar la irregularidad de su propia respiración, tenía la otra descansando sobre el chaleco, así que se daba un aire a Napoleón, que era lo que siempre decía su madre, pero en versión hinchada, como si lo hubieran inflado con una bomba de aire. Lo que antes habían sido unas facciones torneadas y saludables, ahora eran una bolsa acuosa y temblorosa en la que su antiguo atractivo se había sumergido hasta perderse. Antaño había tenido un rostro suave y ovalado parecido al de Sydney, aunque el padre de Sydney no era él, sino alguien totalmente distinto, un lord desplazado a África y demás, o eso decía su madre. Aun así, su hermano se parecía a Charles padre mucho más que Charles hijo, quien, con sus rizos morenos y sus hermosos ojos expresivos, había salido a su madre. Los ojos de su padre, por contra, se hundían en la masa fermentada que era su cara, pero aquella tarde, en el Tree Stags, se iluminaron de lo que pareció ser una súbita alegría cuando vio al crío curioseando desde la puerta entreabierta, a través de las volutas de humo que flotaban en el aire que los separaba.

Incluso ahora, parado al final de Gold Street o como se llamase aquella calle, en el pudridero sin salida que era Northampton, a mitad de otra decepcionante gira de la obra de Karno *Pájaros silenciosos*, en aquel día, era incapaz de olvidar la mirada de felicidad que había puesto su padre al verlo en aquella última ocasión. Sabía Dios que no había mostrado mucho interés por su vástago antes de aquello, hasta el punto de que Charles hijo no llegó a darse cuenta de que tenía padre hasta cumplir los cuatro años. Sin embargo, aquella tarde, en el Stags, el viejo y carismático actor de vodeviles se había deshecho en sonrisas y palabras dulces, preguntando por Sydney y su madre e incluso aupando a su niño de diez años para besarlo por primera y última vez. Unas semanas después, el anciano moría en el hospital de St. Tomas, donde ese maldito predicador, ese cabrón desalmado con cara de perro apellidado McNeil, solo había dicho como consuelo que uno recoge lo que siembra. Charles hijo sonrió tristemente y cabeceó. Su

padre había muerto con treinta y siete años, y fue enterrado en el cementerio de Tooting envuelto en un sudario de satén blanco, con su pálido rostro enmarcado por las margaritas que su amante, Louise, había dispuesto alrededor del ataúd.

Quizá su padre fuera consciente, allí en medio del humo y el ruido del Tree Stags, de que estaba abrazando a su hijo por última vez. Quizá todos intuyeran a su manera, como si estuviera prefijado, cuál iba a ser su final. Levantó la vista hacia una bandada de pájaros moteados que voló, revoloteó y planeó como una llama gris contra la puesta de sol, apiñándose sobre las tabernas y las ferreterías antes de posarse de nuevo, y pensó que era una lástima no saber de antemano cómo iba a ser la vida para no tener que preocuparse por la muerte. En su caso, por ahora, las cosas podían ir en cualquier dirección, pues el curso de los acontecimientos era tan impredecible y aleatorio como el discurrir de aquellas palomas. Había revoloteado sin descanso por las ciudades del norte hasta que sus sueños se habían desvanecido, demostrando así que, desde el principio, solo habían sido castillos en el aire. Lo único que podía hacer era asumir la ominosa profecía que le lanzaba su madre cada vez que él llegaba a casa con el aliento oliendo a alcohol: «Terminarás en el arroyo, como tu padre». La de aquella calle solo era una de las muchas encrucijadas en las que se hallaba.

Ahora había más carros y carretas, así como algunos transeúntes más, surcando la intersección en un sentido u otro, pues la gente regresaba a casa después del trabajo para tomar el té. Mujeres empujando cochecitos, hombres cargando mochilas, chicos ruidosos que, a la espera de la temporada de castañas, iban dejándose los nudillos en crueles juegos de resistencia…[29] todos ellos avanzando por calles que guiaban hacia los cuatro puntos cardinales, cruzando allí donde estas se unían, y apretando el paso entre vagones de carbón, atolones de estiércol de caballo y un tranvía rojo coronado por un gran anuncio de la marca de guantes Adnitts. Con el henchido sol del crepúsculo

hundiéndose tras él, el tranvía avanzó desde el oeste a lo largo de la calle que Charles tenía ante sí, pasó a su lado y torció a la derecha sobre sus rieles para seguir traqueteando por Gold Street. Vivía en un mundo moderno, sí, aunque a veces no creía que encajara en los primeros años de aquel siglo nuevo e intimidante. Estaba seguro de que los demás debían sentirse tan ansiosos y fuera de lugar como él, y que esos nuevos optimistas eduardianos de los que tanto oía hablar solo eran carne de titulares. Por las personas que vio al otear a su alrededor, por sus caras y sus ropas, nadie habría dicho que la Reina hubiera muerto hacía ocho años, aunque lo cierto era que la omnipresente pobreza no sabía de épocas o reinados. La pobreza era atemporal e infalible. La pobreza jamás pasaba de moda.

Y jamás lo haría, al menos en Inglaterra. Bastaba con pensar en toda esa historia del Presupuesto Popular, que supuestamente deducía un porcentaje de los impuestos para mejorar la sociedad, pero que había quedado liquidado por la Cámara de los Lores.[30] A ellos sí que había que liquidarlos, pensó mientras rebuscaba el paquete de tabaco en los bolsillos. Inglaterra se iba al traste, y dudaba mucho de que el siglo XX fuera tan indulgente con el país como lo había sido el XIX. Para empezar, estaban los alemanes, con sus gritos y sus barcos de mierda. El año anterior se habían jactado de la cantidad de amoníaco producido, y ahora se jactaban de la cantidad de bombas. Luego estaba la India, armando jaleo y exigiendo reformas propias. No los culpaba, pero para él era una señal de que, en el futuro, los atlas de los colegios señalarían en rosa, el color de los dominios británicos, muchos menos territorios. Por increíble que fuera, el Imperio se iba a pique. En su opinión, había muerto con Victoria, y ahora había comenzado el largo y lento proceso de aceptar su deceso antes de quebrarse silenciosamente en pedazos.

Mientras pensaba en los viejos tiempos y observaba cómo un chatarrero maldecía a un dependiente cuya bicicleta acababa de cortar el paso a su carreta y su caballo, recordó la primera vez que había estado en Northampton.

Él tenía nueve años, así que debió ser en… ¿1898? Sacó del bolsillo la cajetilla de diez Wills's Woodbines, extrajo uno de los seis restantes, y se lo puso sobre el labio inferior al tiempo que devolvía el paquete al abrigo. Su debut en el escenario había tenido lugar en aquel mismo teatro hacía diez años con Los Ocho Muchachos de Lancashire, la compañía de claqué infantil del señor Jackson. En aquel cruce, él y su mejor amigo en el grupo, Boysie Bristol, habían ideado el dueto con el que pensaban romper la taquilla; uno que interpretarían con el nombre artístico de Los Millonarios Harapientos y para el que irían engalanados con falsos bigotes y grandes anillos de diamantes. Por entonces, el teatro era conocido como el Gran Salón de Variedades y aún tenía a Gus Levaine al frente, pero pocas diferencias más había. Boysie y Oatsie solían saltarse los ensayos para echar el rato en aquella esquina y fantasear sobre la fama y fortuna que les aguardaban, lo cual era más o menos lo que, tantos años después, estaba haciendo él justo ahora. Contrariamente a la idea de que su padre sabía a ciencia cierta que iba a morir, su impresión actual era que la gente solo era capaz de hacer vagas conjeturas respecto al devenir de las circunstancias. Y es que, aunque no había visto a Boysie Bristol en cinco años y no podía hablar por él, estaba bastante seguro de que, fueran cuales fuesen los papeles que le deparaba el futuro, el de millonario harapiento no era uno de ellos. Encontró una caja de cerillas en el otro bolsillo, se resguardó un poco y se levantó el cuello del abrigo para protegerse del viento y encender el cigarrillo.

Exhaló una nube de humo azul, y el viento del oeste que venía de frente la arrastró por encima de su hombro hacia Gold Street. Se hallaba contemplando un pequeño trecho baldío que había cuesta abajo, en la otra acera, y pensando distraídamente en Los Ocho Muchachos de Lancashire —cuatro de ellos no eran de Lancashire y uno era una niña con el pelo corto, pero al menos eran ocho—, cuando le asaltó un recuerdo repentino. Enciclopedias aparte, allí era donde habían visto por primera vez a un

hombre negro.

Boysie y él estaban pasando el rato, debatiendo la logística del número y decidiendo que sus anillos de diamantes serían de imitación hasta ser verdaderos millonarios, cuando el tipo enfiló en su dirección a través del cruce y montado en una extravagante bicicleta. Su piel era tan negra como el carbón, sin una pizca de marrón, y por su barba salpicada de canas dedujeron que debía superar la cincuentena. El vehículo que conducía era de una extrañeza tal que los comediantes no lo habían visto nunca antes. Se trataba de una bicicleta con un carro de dos ruedas enganchado detrás, pero lo que la hacía rara eran los neumáticos, tanto los del transporte como los del remolque. Estaban hechos de cuerda. Dispuesta sobre las llantas de hierro había trozos de la misma guindaleza blanca utilizada para tirar del carro, solo que había pasado por tantos charcos sucios que el color apenas era ya más claro que el del propio ciclista.

El negro, consciente del asombro de los zagales que lo veían llegar, sonrió y detuvo la bicicleta en la acera, poco después de haberlos rebasado. A tal fin, empleó pequeños patines de madera sujetos a la suela de los zapatos para poder frenar, de modo que retiró los pies de los pedales e hizo que rasparan los adoquines hasta pararse. Mirando por encima del hombro, el tipo sonrió a los niños que tan descaradamente lo habían observado antes de dirigirles unas amigables palabras de presentación.

—Espero, chavales, que no andéis metíos en problemas.

La voz del tipo era maravillosa; no se parecía a nada que hubieran escuchado. Tras trotar hacia donde se hallaba detenido, le comentaron que estaban esperando su turno para poder bailar, lo cual era casi cierto, y luego le preguntaron de dónde venía. Ahora, pensó, tenía sesera suficiente como para no acercarse a un hombre negro a preguntarle eso a bocajarro, pero los niños hablaban sin pensar. El hombre tenía la piel oscura y un acento raro, por lo que era normal preguntarle de dónde procedía; de hecho,

así se lo tomó él, sin ofenderse ni nada. Les dijo que era de América.

Obviamente, la revelación les suscitó una inagotable ristra de preguntas sobre indios y vaqueros, y también sobre si los edificios allí eran tan altos como decían. Se echó a reír y respondió que Nueva York era «mu grande», aunque no parecía impresionarle tanto como a los dos chicos. Agregó que llevaba viviendo en Northampton un año o así, «en Scarlut Well», donde quiera que estuviese eso, y luego charló un rato antes de zanjar la conversación para volver al trabajo. Se despidió con un guiño, les advirtió que no se metieran en líos, levantó los patines de madera y se alejó cuesta abajo hacia el enorme cilindro gris del tanque de gas que se recortaba en el horizonte. Cuando el negro se hubo ido, se entusiasmaron con América y empezaron a imitar su acento, y él lo hizo con tanto acierto que Boysie llegó a quitarse el sombrero. A continuación, volvieron a fantasear con todo el tema de Los Millonarios Harapientos, y lo cierto es que jamás había vuelto a pensar en tan curioso encuentro hasta el presente día.

Dio una larga calada a su cigarrillo y expulsó el humo por las fosas nasales, como había visto hacer a otros, creyendo que le aportaba cierto toque estiloso. Ahora había mucha gente cruzando la intersección, ya fuera a caballo o a pie, y él se preguntó qué otras vivencias podría haber olvidado. Desde luego, no la cara cadavérica de la señora Jackson, la esposa del antiguo maestro de Lancaster que había fundado la compañía, quien se sentaba a amamantar a su hijo mientras supervisaba los ensayos de los números de claqué. No olvidaría esa visión ni viviendo cien años. Haciendo memoria, no había muchas anécdotas que, como las de ese negro, hubiera olvidado inadvertidamente, pero sí una multitud de cosas que había olvidado a propósito, por así decir.

Tampoco es que se avergonzara de sus orígenes, pero en su trabajo la apariencia era muy importante. Tenía muy claro cómo quería que hablaran de ciertas cosas si alguna vez alcanzaba el éxito. Sus orígenes humildes no eran

ningún problema; a todos les encantaba la clásica historia de alguien que se había abierto paso desde el arroyo. Pero la parte del arroyo precisaba cierta perspectiva, cierto adorno que la hiciera más pintoresca y que omitiera los detalles más sórdidos. Nadie derramaría una lágrima por la pequeña Nell si muriera dando a luz o a causa de la sífilis.[31] El público tenía querencia por la tristeza y la emotividad, y disfrutaba del retrato de la pobreza, pero a nadie le gustaba el sabor de la auténtica miseria. Su número tenía éxito siempre y cuando el Beodo se abrazara a una farola para hablarle como si fuera su mejor amigo, pero jamás llegaba al punto de mostrar cómo se cagaba en los pantalones, o cómo llegaba a casa para brear a su mujer con el cinturón hasta enviarla al hospital con las piernas rotas.

Las peleas y las palizas eran otro elemento del que debía deshacerse si quería presentar sus orígenes humildes bajo una luz favorable. En el improbable caso de que en un futuro alguien le pidiese que evocara esos recuerdos para, digamos, un artículo en una revista teatral, les hablaría sobre *Pájaros silenciosos* o *El partido de fútbol*, en donde había actuado junto a Harry Weldon, e incluso diría lo de Los Ocho Muchachos de Lancashire, pero de los años que Sydney y él habían pasado como mascotas de los Elephant Boys no diría ni mu. Nada de nada.

Una repentina ráfaga de viento procedente del ramal occidental del cruce hizo que el humo del cigarrillo se le metiera en los ojos, que comenzaron a lagrimearle hasta impedirle ver. Aguardó un poco antes de secárselos con la manga, esperando que los transeúntes no se pensaran que andaba llorando a causa de una ruptura o algo así.

De niño, las pandillas callejeras abundaban por todo Londres. No era necesario formar parte de ellas, y de hecho era mejor no hacerlo si uno quería evitarse problemas, pero estar en buenos términos con una y frecuentarla de vez en cuando tenía sus ventajas. Con suerte, si escogías una que tuviera cierta reputación, las otras te dejaban en paz. Y, dado que no había ninguna tan temida en la ciudad y sus

alrededores como la de los chicos del barrio de Elephant and Castle, optaron por hacer migas con ellos.

Su hermano y él ya sabían cantar y bailar a esa edad, y solían actuar en la calle para sacarse unos peniques cada vez que su madre atravesaba una mala racha, cosa que era frecuente. Los Elephant Boys, capaces de desfigurar o atracar a hombres adultos sin pestañear, se quedaron impresionados con las funciones y no tardaron en apreciar su obvio valor comercial, así que empezaron a llamarlos para que fueran sus monos de feria, bien para obtener fondos en períodos de escasez, bien para elevar la moral antes y después de sus reyertas con grupos rivales, como los Bricklayer's Boys de Walworth y otros tantos. Su especialidad consistía en deslizar sus delicados pies por las asas de un par de tapas de contenedores de basura para, acto seguido, saltar sobre unas rejillas de metal a fin de provocar un ruido ensordecedor. «La Patada de Oatsie», lo llamaban. De hecho, ahora que caía, fueron los Elephant Boys los primeros en llamarlo Oatsie.

Era horrible. Durante el número Sydney se le unía con cucharas, con peine y papel, o con lo que hubiera a mano, y delante tenían a los peores matones de la panda sentados en la acera, afilando cuidadosamente sus ganchos de mercado contra los adoquines y alzando a ratos la cabeza para silbar o aplaudir cuando la actuación les parecía buena. Por la época, a su hermano lo llamaban Stakey, juego de palabras entre *steak* y *kidney*, bistec y riñón. De modo que allí estaban Oatsie y Stakey, escondidos en la esquina viendo las escaramuzas y masacres antes de que los volvieran a llamar para ejecutar su danza de la victoria, lívidos por todas las desgracias que habían visto —chicos corriendo a casa con las orejas colgándoles de la cabeza, un chaval de catorce años gritando por la sangre que le caía por la pierna a causa del gancho que tenía clavado en el culo—, y sin poder sacarse las imágenes de la cabeza mientras él pisoteaba las rejillas de hierro, con las tapas de los contenedores unidas a las plantas de sus pies, haciendo un ruido propio del día del Juicio Final, y salpicando chispas

incandescentes sobre sus rodillas desnudas. ¿Cuántos años tenía por aquel entonces? ¿Siete? ¿Ocho?

Si algo había aprendido de aquella experiencia era que no podía soportar la idea de sufrir daño, de que le dejaran secuelas permanentes en el cuerpo o, sobre todo, en el rostro, pues en esas dos cosas confiaba para salir de toda aquella miseria y ganarse la vida. Si padecieran algún menoscabo, sería su final. Una vez se quedó atónito, muerto de la vergüenza, mientras un curtido miembro de la banda le pegaba a Sydney justo después de ofenderse por algo que este había dicho. Él sabía, y así se lo había confirmado Sydney más tarde, que no podría haber hecho nada para ayudarlo, pero aún se sentía cobarde por no intervenir. Al menos podría haber dicho algo en su defensa, pero entonces habría sido el siguiente en recibir leña, razón por la que se quedó inmóvil mientras a Stakey le partían la cara. En el improbable caso de tener que escribir sus memorias algún día, nada de eso aparecería tampoco.

Con las discusiones y los gritos no tenía problemas, pero haría cualquier cosa para evitar una pelea. Algunos de los actores veteranos con los que se había topado durante la gira habían coincidido en que las relaciones entre Inglaterra y Alemania estaban muy deterioradas, y en que pronto estallaría una guerra. En el próximo abril cumpliría veintiún años, la mayoría de edad, una edad soñada y tal, pero también suficiente como para que lo alistaran en el ejército si llegaba el caso. No le gustaba la idea en absoluto, y esperaba poder hallar refugio en el extranjero si sucedía algo. A principios de año lo habían contratado para actuar con Karno en el Folies Bergère durante un mes, y se lo había pasado tan bien que no había querido volver a casa. Allí había visto a mujeres más bellas de lo que jamás habría soñado, lo cual decía mucho sobre sus sueños. Había conocido al señor Debussy, el compositor, y había tenido la primera gresca de su vida, nada menos que con el boxeador profesional Ernie Stone, tras pasarse con la absenta en la habitación de hotel de este último. Obviamente, ganó Stone, pero en general no le fue mal, y solo se rindió

después de que el peso ligero le hiciera temer la posibilidad de perder algunos dientes propinándole un derechazo en la mandíbula. Retomar *Pájaros silenciosos* y recorrer las lúgubres ciudades del norte después de aquella experiencia había resultado de lo más desolador, y esperaba volver pronto al extranjero, pero preferiblemente sin un bombín de lata en la cabeza y sin el uniforme militar como atuendo. Karno hablaba de Estados Unidos, pero lo cierto era que Fred Karno hablaba de infinidad de cosas, y solo algunas de ellas llegaban a fructificar. Solo podía seguir cruzando los dedos y ver qué iba sucediendo.

Oatsie le dio varias caladas rápidas al cigarrillo, arrojó la colilla al suelo y la aplastó con el talón antes de darle un puntapié hacia la calle. Las cunetas del cruce estaban llenas de paquetes vacíos de Woodbines o Passing Clouds, así como de una ensalada de hojas mustias muy poco apetecible. Tuvo que entrecerrar los ojos para vislumbrar los árboles de los que presumiblemente habían caído, un poco más abajo en el camino que partía del cruce hacia el oeste, pero solo pudo ver las copas, doradas por la luz del ocaso. Ahora que se fijaba, vio también algunos arbustos brotando de las chimeneas más cercanas y enraizados en los ladrillos sucios, como era el caso del que podía observarse en los tejados del pub que quedaba al otro lado de la calle, el Crow and Horseshoe. O sea, El Cuervo y La Herradura. Por el letrero que habían atornillado en la esquina más alejada, casi ilegible por el hollín y el óxido, supo que la cuesta que pisaba se llamaba Horseshoe Street, lo cual explicaría, al menos, la segunda parte del nombre del local. Y, si los árboles de los que solo veía la cima se erigían sobre un cementerio, eso a buen seguro explicaría la primera, supuso. Imaginó entonces unos rechonchos cuervos posados en las ramas, todos ellos graznando sobre lápidas con los nombres borrados por el musgo, e inmediatamente lamentó haberlo hecho.

Al fin y al cabo, solo tenía veinte años. No tendría que prestar atención a asuntos tan pesimistas hasta dentro de mucho tiempo, por más que chicos muy jóvenes, más de lo

que él lo era ahora, hubieran muerto durante las guerras de los Bóer. En ese sentido, había críos en Lambeth que no habían llegado a cumplir la decena. Desearía poder seguir creyendo en Dios como lo había hecho durante aquella noche en Oakley Street, recuperándose de una fiebre en el sótano y con su madre entonando los pasajes más dramáticos del Nuevo Testamento para mantenerlo distraído. Ella empleó todo el talento que había adquirido durante la carrera escénica que acababa de abandonar, y fue tan convincente que, en algún momento de la noche, él incluso llegó a ansiar que una recaída febril se lo llevara de este mundo para poder encontrarse con ese Jesús del que tanto había oído hablar. Tal fue la pasión de su madre que ni por un instante se le ocurrió dudar de la veracidad de aquellas historias. Por supuesto, todo eso acaeció antes de que su hermano y él terminaran en el hospicio junto con ella, y antes de que la internaran en el sanatorio durante un tiempo. Ya no estaba tan seguro del paraíso que había oído describir aquella noche, tan vívido que no podía esperar a palparlo.

En la actualidad no tenía miras tan amplias, y si pensaba en lo que habría tras la muerte solo era para preguntarse cómo sería recordado, o cómo sería olvidado. Lo que deseaba era que su nombre le sobreviviera, y no solo como un habitual de los pubs de Walworth y Lambeth, que era el sambenito póstumo que le habían colgado a su padre. Quería que lo apreciaran, que cuando muriera hablaran de él tan bien como lo harían de Fred Karno. Bueno, dada la talla de Karno en el oficio, puede que eso fuera pecar de ambicioso, pero al menos, aunque el público jamás llegara a tenerlo en tan alta estima como a Fred, le gustaría que lo incluyeran en esa liga. En el futuro, cuando la población se hubiera multiplicado por doquier, suponía que el mundo del *music hall* sería mucho mayor y más importante que en la actualidad, y Oatsie estimaba que ahí residía su oportunidad para figurar como uno de los pioneros de aquella tradición, al menos si se las apañaba para que no lo mataran en una guerra antes de triunfar.

Las ideas que barajaba comenzaron a deprimirlo. Con sus largas pestañas femeninas, echó un vistazo al gentío con la esperanza de que unos buenos pechos o una cara bonita lo distrajeran de su propia mortalidad, pero no tuvo suerte. Había algunas mujeres guapas, pero ninguna que resultara notable. Y respecto a los pechos, la misma historia. Así que, sin nada digno de mención, volvió a sus desasosegantes reflexiones.

Lo que le preocupaba de la muerte era que le hacía sentirse atrapado en un tranvía que discurría en una sola dirección, con los raíles ya dispuestos en el camino que tenía ante sí, inevitables, aunque lo cierto es que, tras considerarlo, esa noción también afectaba a la vida. A veces, la vida parecía una sátira escrita de antemano cuya traca final resultaba de lo más previsible. Todo lo que podías hacer era sobrellevar los giros y derroteros de la historia mientras la inercia se encargaba de arrastrarte de una escena a otra. Nacías, tu padre se largaba, bailabas y cantabas en un escenario para mantener a la familia fuera de los albergues, terminabais allí igualmente, a tu hermano le salía trabajo en la compañía de Fred Karno, viajabas a París, volvías a casa, te perdías un papel estelar en *El partido de fútbol* de Harry Weldon por culpa de una laringitis, en vez de eso te encasillabas en *Pájaros silenciosos*, acababas de nuevo en Northampton y, entonces, un tiempo después, mucho tiempo después si tenías suerte, morías.

Todo se reducía a un «y luego, y luego, y luego» que lo aterraba, a una escena tras otra, a acciones que determinaban el modo en que se desarrollarían todos los actos posteriores justo como una enorme y larguísima hilera de fichas de dominó, y no parecía que uno pudiera hacer nada para evitar su caída, la precisión predeterminada de ese proceso, tan exacto como un mecanismo de relojería. Era como si la vida fuera una inmensa maquinaria impersonal, como uno de esos cacharros que tenían en las fábricas, que seguían funcionando pasara lo que pasara. Nacer equivalía a que el forro del abrigo se te quedara

enganchado entre sus engranajes. La vida te arrastraba y, luego, poco más, quedabas a merced de sus circunstancias, de sus trabazones, hasta que alcanzabas el otro extremo y te escupían, con un poco de suerte, hacia un bonito ataúd de madera. No parecía haber mucho donde elegir. La mitad de su vida la había marcado la situación económica de la familia, y la otra había quedado dictada por sus propias compulsiones, por la necesidad de que todos lo adoraran igual que lo había hecho su madre, por el inquieto frenesí de marcharse a otro sitio y llegar a ser alguien.

Pero la verdad no era tan simple, ¿cierto? Oatsie era consciente de que eso era lo que los demás pensaban de él en privado, todos esos supuestos colegas de profesión, que lo veían como un arribista, como alguien que siempre andaba detrás de algo —detrás de mujeres, detrás de cualquier papel de mierda que hubiera olfateado, detrás de fama y fortuna—, pero también sabía que nadie lo había calado bien. Claro que ansiaba todas esas cosas, las ansiaba desesperadamente, como cualquiera, pero lo que lo impulsaba no era tanto la búsqueda de reconocimiento como la enorme y explosiva negrura de sus orígenes rugiendo a su espalda. Una madre muerta de hambre hasta la locura, un padre hinchado como un apestoso y tembloroso globo de agua, y todas esas imágenes que se remontaban hacia la percusión de los puños sobre la carne, de las tapas sobre las rejillas, martilleando y resonando entre las chispas resultantes. Lo que lo mantenía activo, sin duda, no era la meta que perseguía, sino el destino del que huía. Puede que los demás lo vieran trepar, pero en realidad solo intentaba frenar la caída.

El flujo de vehículos y transeúntes del cruce se movía como las lanzaderas de un telar, primero adelante y atrás de norte a sur, surcando arriba y abajo la pendiente que tenía ante él, y después traqueteando de oeste a este por la calle del Crow and Horseshoe y por Gold Street. Los olores del día se mezclaban allí, en aquella esquina, recalentados por un sol vespertino impropio de la estación y condensados sobre la intersección ahora, al atardecer, como

la manta de un perro. El estiércol de caballo predominaba en aquella mezcla de aromas para conferirle su base al perfume, pero había otras esencias mezcladas en el *bouquet*: polvo de carbón con un vago olor a electricidad y pimienta, cerveza rancia proveniente de los patios de las cervecerías, y una fragancia a medio camino entre la muerte y las golosinas de pera, de carácter dulce, aunque pernicioso, que al principio no supo ubicar pero que, finalmente, atribuyó con toda probabilidad a las muchas tenerías de Northampton. Sea como fuere, no tardó en olvidarse de todo aquello, porque justo en ese momento, ascendiendo por Horseshoe Street a este lado de la acera, vio algo que definitivamente no le iba a hacer torcer la nariz.

Incluso a aquella distancia, adivinó que jamás dirían de ella que era una belleza clásica, no al menos como las que había visto en los Campos Elíseos, pero aun así irradiaba cierto esplendor. A medida que ascendió la cuesta casi desde el final de la calle, pudo notar una constitución regordeta que tal vez podría aumentar con la edad, pero que por el momento se manifestaba como una irresistible disposición de curvas voluptuosas y armoniosas. Sus formas resultaban tan generosas y cautivadoras a la vista como un exuberante jardín, y parte de la promesa de ese pequeño vergel, o huertecito, residía en el compás con el que se balanceaba bajo su suelta, fina y barata falda de verano, con sus gruesos muslos, estrechados en unas pantorrillas robustas y unos pies de porcelana, meciéndose perezosamente de un lado a otro bajo el vaporoso dobladillo durante todo el largo rato que tardó en subir la colina.

Sus ropas estaban desteñidas y eran básicamente marrones, pero iban en sintonía con la paleta del paisaje que atravesaba: hojas que obstruían los husillos con un popurrí de chocolate y fuego, y desvaídos carteles sepia rasgándose en la fachada de un antiguo teatro rival a los pies de Horseshoe Street. Lo que remataba la composición, eso sí, era el cabello de la mujer. Castaño rojizo como un bol de castañas tostadas, y con reflejos de lava allí donde la

luz de la tarde lo bañaba, sus rizos le caían sobre las mejillas sonrosadas en una oscilante cascada de barquillos de brandy. En resumen, una diosa en miniatura de metro y medio de alto, ígnea como la llama de una lámpara baja, pero aun así capaz de iluminar los ahumados espacios que iba transitando.

Tan pronto como la joven beldad estuvo más cerca, notó que portaba algo cerca de su hombro izquierdo, algo que sujetaba con una mano contra la curva de su pecho y que envolvía con la otra para mantenerlo próximo, justo como uno haría con una bolsa de la compra si ambas asas se hubieran roto. A medio camino de la empinada cima en la que se hallaba Oatsie, la mujer se detuvo para acomodar su carga y la alzó un poco antes de seguir. De repente, de la parte superior del objeto surgió un espeso mechón que pareció pivotar en su dirección, y se dio cuenta de que era una niña recién nacida.

Para ser más precisos, pese a su tamaño y edad, tal vez podía ser… no, no tal vez… era sin ninguna duda la criatura humana más encantadora que jamás hubiera visto. No debía tener más de un año, con unos rizos de oro blanco que caían en una lluvia de anillos ensortijados y unos grandes ojos azules que relucían como tranquilizadoras linternas de policía en una noche peligrosa. Parecía una especie de cisne angelical, y sus ojos se clavaron en los suyos sin pestañear, encaramada como estaba en el abrazo de la mujer que se aproximaba. Si Oatsie pensaba que su apostura podría algún día elevarlo sobre el cenagal de sus orígenes, la de aquella pequeña era una belleza que seguramente haría que la gente hablara de ella como de la mismísima Helena de Troya. No había nada que pudiera evitar que esa niña se convirtiera en la joya de su época, en uno de esos rostros que con solo mirarte desde un cartel te cautivan para siempre. Nunca conocería la indiferencia o el rechazo; era algo que se adivinaba en el aire sereno y seguro que ya exhibía, la inviolable confianza de una orquídea celestial crecida entre tréboles y hierbajos. Si de algo estaba seguro era de que aquella cría iba a alcanzar

mayor fama que Karno y él juntos. Era inevitable.

El hecho de que la pequeña fuera en brazos de aquella rotunda mujercita no implicaba necesariamente que fueran madre e hija, pensó para animarse, aunque incluso a esa distancia era difícil no darse cuenta del parecido. Aun así, existía la posibilidad de que semejante hermosura solo fuera la tía de tan diminuta visión, de que la estuviera cuidando mientras sus padres trabajaban, y de que por tanto estuviera soltera, pese a las apariencias. Dicho esto, poco le importaba el tema, pues lo único que pretendía era gozar de diez minutos de agradable flirteo, no huir con ella y dejar a Gretna, pero charlar con una chica casada siempre le hacía sentirse incómodo.

En su avance por la calle, la mujer dirigió la mirada hacia la otra acera y la explanada en la que él se había fijado antes, contemplando ensoñada los lilos de verano que emergían de entre los escombros de viejos ladrillos derrumbados e ignorando, aparentemente, su presencia. Sin embargo, sí que había captado la atención de la niña, así que pensó que podría partir de ahí y ver cómo iban las cosas. Bajó la barbilla hasta rozarse la camisa y el grueso nudo de su corbata, y entonces alzó los ojos hacia la cría bajo sus largas pestañas curvadas de avestruz y esos guiones azabache que tenía por cejas. Le concedió a la pequeña ricura de adusta mirada la que sabía que era su sonrisa más traviesa, acompañada de un breve y avergonzado parpadeo. Acto seguido, improvisó sobre los adoquines desgastados una estruendosa serie de expertos pasos de claqué que no duró más de tres segundos, y después se paró en seco y miró en lontananza, simulando desentenderse de su interludio danzarín como si nunca hubiera sucedido.

Inmediatamente, a intervalos, atisbó tímida y furtivamente por encima del hombro para cerciorarse de que el angelito estaba pendiente, aunque él ya sabía que lo estaría. Cada vez que se topaba con sus ojos, que ahora parecían ligeramente más divertidos y maravillados, él torcía la cabeza durante un momento en dirección opuesta

como si lo hubiera pillado, y después volvía pausadamente a echarle un vistazo por encima del hombro fingiendo reticencia, como en el juego del cucú. La tercera vez que lo hizo vio que la preciosidad que la llevaba se había percatado de los gorgoritos de la niña, y que ahora también ella lo miraba; lo hacía con una sonrisa cómplice que sugería un asomo de reconocimiento pero, también, de desafío, como si lo estuviera evaluando bajo unos criterios que él desconocía. Con el ocaso del día se levantó una brisa que lamió los dientes de león del campo abandonado esparciendo sus semillas a la deriva. De paso, también agitó los amentos bruñidos que eran los rizos de la mujer, quien parecía estar estudiándolo para decidir si aprobaba o no lo que había visto.

Diríase que lo hizo, aunque quizá con algunas reservas. Y, cuando estuvo a apenas unos pasos de Oatsie, le dirigió alegremente la palabra desde la distancia restante.

—Te has ganao una admiradora. —De manera obvia, se refería al bebé.

Extrañamente, su voz le recordó a la mermelada de grosella negra, una de sus más recientes pasiones. Su dulzura, animadamente trivial y, al mismo tiempo, provista de sugerentes matices afrutados, prometía una plenitud húmeda y oscura e insinuaba la posibilidad de un regusto ácido. Su acento, en cambio, no tenía nada que ver con la peculiar tonalidad de Northampton que esperaba oírle. Si no conociera el acento del sur de Londres como la palma de su mano, podría haber jurado que era de allí.

Para entonces, ella había llegado a la esquina y se encontraba a un palmo de él. De cerca, evaluando a la mujer y a la niña con mayor detalle, podía decir sin temor que no decepcionaban en absoluto. Si la pequeña hubiera sido más hermosa o perfecta habría estallado en lágrimas, mientras que su acompañante adulta, que ahora centraba su atención, poseía un brillo y una calidez tales que no hicieron sino reforzar la primera impresión que ya le había causado colina abajo. Debía de tener su edad, y el caluroso verano que estaba llegando a su fin le había salpicado los

brazos y el rostro de unas pecas que le recordaban a versiones en miniatura de las motas de los lirios. Consciente de que se había quedado mirándola, decidió que mejor sería decir algo.

—Bueno, pero que sepa mi admiradora que yo ya estaba admirándola desde aquí antes de que ella me admirara a mí.

En esta ocasión, no era tan obvio que la frase se refiriera necesariamente al bebé, pero a él le complació esa ambigüedad. La risa de la mujer fue pura música; más parecida a la del piano de un pub un viernes por la noche que a Debussy, pero música, al fin y al cabo. El cielo del atardecer, salpicado ya de otros colores, mostraba sobre el tanque de gas una melancólica capa de tonos dorados más propia de un tesoro perdido, manchas violetas de color pastel y un malva hemático en sus contornos. La mujer replicó:

—Ooh, deja de echarle tanta cuenta. Se va a volver una creída, se va a echar a perder, y luego nadie querrá na con ella.

Aquí se la cambió de brazo para descansar y para que él viera el anillo de casada de su mano izquierda. Vale. Estaba disfrutando de la compañía, así que poco le importaba que la charla no condujera a nada. Varió el cariz de sus cumplidos para dedicárselos exclusivamente a la niña y, libre de la necesidad de causarle una buena impresión a la mujer, se sorprendió al descubrir, por una vez, la sinceridad de sus propias palabras.

—No creo. Por la pinta que tiene, seguro que hace falta algo más que una lisonja para malcriarla, y apostaría cinco chelines a que nunca le faltará gente alrededor allá donde vaya. ¿Qué nombre le habéis puesto?

La morena se volvió hacia la cría que tenía en brazos y le sonrió con orgullo y afecto, rozando suavemente su frente con la de ella. Unos gansos sobrevolaron el gasómetro.

—Se llama May, como yo. May Warren. ¿Y tú, que estás aquí parao junto al Vint's Palace con esa mirada de

proxeneta que gastas, tú cómo te llamas?

Aquello lo pilló tan desprevenido que se quedó con la boca abierta. Nunca antes le habían descrito de aquella manera lo que él creía que era su mirada más ardiente. Aun así, tras un instante de silencioso desconcierto, se echó a reír con genuina admiración por la perspicacia y la brutal honestidad de la mujer. La difamación se hizo aún más graciosa cuando, al poco de haber sido dicha, la niña volvió la cabeza para mirarlo directamente con un aire intrigado y comprensivo, como si mimetizara la pregunta de su madre y también se estuviera preguntando que hacía allí en aquella esquina con esa mirada de proxeneta. La situación lo hizo reír más fuerte y durante más tiempo, de tal modo que la mujer acabó por soltar una carcajada deliciosa antes de que su minúscula hija se uniera también, como si no deseara aparentar que no se enteraba de nada.

Cuando se serenaron, notó con cierto asombro lo bien que sentaba, tras meses y años de comedia guionizada, soltar una risotada espontánea y real, y más aún por un chiste hecho a su costa. Un chiste que no dejaba de insinuarle que se estaba volviendo muy fatuo y que las serias preocupaciones a propósito de su carrera que lo aquejaban hacía apenas cinco minutos no eran más que henchida vanidad. Le habían puesto las cosas en perspectiva. Y para eso servía la comedia, concluyó.

Haciendo un esfuerzo para no resultar demasiado petulante, señaló su nombre con la cabeza en el cartel que había detrás, pero rápidamente añadió que podían llamarle Oatsie. Al fin y al cabo, todos sus amigos lo hacían, y pensó que «Charles» resultaría muy pomposo para una chica así. Cuando Sydney y él eran pequeños, a su madre le iba bien al principio, y gustaba de pasearlos por Kennington Road vestidos con ropa que sabía que nadie de los alrededores habría podido permitirse ni en sus sueños más descabellados. Por supuesto, cuando cayeron en la miseria, aquello solo contribuyó a hacer aún más insoportable la necesidad de vestir medias carmesíes como calcetines, y desde entonces temía que la gente pensara que se daba

aires, porque entonces serían aún más crueles si acababa estrellándose. Oatsie bastaría, caviló. Juntos, además, sus nombres sonaban a fiesta de la cosecha: Oatsie y May, cereales y mayo.

Intrigada, la mujer lo miró entornando los ojos en diminutos abanicos cuyas arrugas decorativas se abrían y cerraban en los rabillos.

—Oatsie. Como en *oats* y *barley*. ¡Tú eres de Londres![32]

La mujer inclinó un poco la cabeza hacia atrás y hacia un lado para observarlo con lo que pareció un ceño de profunda sospecha, gesto que le preocupó por un segundo. ¿Tendría algo contra Londres aquella chica? Entonces, el rostro de ella volvió a relajarse en una sonrisa cómplice con una cierta cualidad felina.

—De Lambeth. De West Square, cerca de St. George's Road en Lambeth. ¿Verdad?

La niña dejó de interesarse por Oatsie y pasó a entretenerse abriendo y cerrando sus pequeños puños, con bastante laboriosidad, en torno a los rizos cobrizos del cabello de su madre. Él volvió a quedarse con la boca abierta por segunda vez, pero no para preludiar una risotada en esta ocasión. Francamente, el asunto lo superaba. ¿Quién era esa mujer y por qué sabía cosas que no podía saber? ¿Una gitana? ¿Podría ser que aún tuviera seis años y que solo estuviera soñando en su cama sobre el extraño mundo que le aguardaba cuando fuera mayor, que se hallara en un duermevela, con la cabeza afeitada descansando sobre la rugosa funda de la almohada del hospicio? Aquí y allá, sintió que la realidad se le escurría entre los dedos, y una momentánea sensación de vértigo se apoderó de él, de modo que las calles que partían del cruce parecieron girar como la aguja de una brújula rota, con la humareda de las chimeneas y las nubes doradas rotando en círculos cada vez más amplios, atrapadas por la fuerza centrífuga del horizonte. Ya no sabía ni dónde estaba ni qué estaba sucediendo entre la joven y desconcertante madre y él. Ya a cierta distancia había sospechado que iba a ser una mujer llena de energía, pero sus predicciones se habían

quedado muy cortas. Eran sobrecogedoras. Tanto ella como su hija ultraterrena.

Al ver el pánico y la confusión de sus ojos, la mujer se carcajeó de nuevo con una risa gutural que sonó astuta y levemente lasciva. Le dio la impresión de que la chica disfrutaba metiéndole el miedo en el cuerpo a la gente de vez en cuando, tanto por puro regocijo como para demostrar su poder. Y aunque su respeto por ella no hacía sino aumentar por segundos, el deseo que había sentido al verla por primera vez se estaba evaporando en directa proporción. Estaba tratando con una persona que, pese a su modesta estatura, era mucho más imponente que él. Aquella chica, pensó, sería capaz de comérselo vivo, eructar estridentemente y proseguir su camino sin vacilar.

Finalmente, sin embargo, se apiadó de él. Aprovechando que la pequeña May andaba distraída con el enésimo paso de un tintineante tranvía, liberó sus rizos de entre los dedos del bebé y procedió a demostrarle que no era ninguna hechicera profesional explicándole cómo había conseguido leerle la mente.

—Yo también soy de Lambeth. Vivía en la pequeña hilera de casas de Regent Street, justo al lao de Lambeth Walk. Vernall. Ese era mi apellío de soltera. Recuerdo que, de niña, papá y mamá solían llevarme de paseo por la zona. Había un pub por London Road al que les gustaba ir, y al volver a casa acortábamos por West Square. Te vi allí un par de veces. Tenías un hermano mayor que tú, ¿verdá?

Se sintió aliviado, pero no menos asombrado. La prodigiosa memoria de la mujer, si bien superior a la suya, no era inusual entre quienes crecían en pequeñas barriadas atestadas, pues allí la gente parecía conocer los nombres de todos los vecinos que vivían en tres kilómetros a la redonda, los nombres de sus hijos y sus padres, sus vidas y milagros, y todas las banalidades que conectaban las distintas generaciones. Quizá por haber ansiado siempre salir cuanto antes de dichos lugares, jamás se había parado a aprender ese truco, pero ahora, en aquella ciudad lejana, en aquel improbable paraje, le habían pillado con la

guardia baja por no haberlo hecho. A diferencia de ella, ni aun con su vida en juego hubiera recordado un encuentro acaecido durante su infancia.

—Pues sí, llevas razón. Tenía un hermano que se llamaba Sydney. Aún lo tengo, por cierto. Pero ¿cuánto tiempo hace de aquello? ¿Qué edad tienes tú ahora?

Ella enarcó una ceja en señal de reproche por la falta de modales que entrañaba el preguntarle por su edad, pero al final respondió:

—La misma edad que mi lengua, pero mayor edad que mis dientes. Aunque, si de veras necesitas saberlo, tengo veinte años. Nací el diez de marzo de 1889.

Cuanto más lo tranquilizaba el hecho de que hubiera una explicación racional para que ella supiera su dirección durante la infancia, más le espeluznaba la extrañeza de su encuentro fortuito. Aquella mujer sorprendentemente imponente y él habían nacido con un mes de diferencia, y habían crecido a unos doscientos metros de distancia. Ahora, ambos estaban ahí, a cien kilómetros y veinte años de donde habían empezado, parados en una esquina entre cientos de una ciudad entre cientos. El asunto le hizo regresar a sus reflexiones previas respecto a la predestinación, respecto a si la gente intuía la senda que tenía trazada ante sí. Pero entonces comprendió que se trataba de dos preguntas distintas que requerían dos respuestas diferentes. Sí, tal vez hubiera un patrón preestablecido que determinara cómo sucedían las cosas, o al menos esa era la impresión que daba a veces, pero también pensó que un diseño como ese, de existir, sería demasiado extenso e intrincado como para poder ser leído o aprehendido, de tal modo que nadie podría predecir, excepto por casualidad, cómo habrían de resolverse sus arabescos. Sería como intentar prever todas las formas que una nube púrpura puede adoptar antes de disolverse en el ocaso, o qué carretas iban a darse paso mutuamente al llegar a la intersección. Era en exceso complejo como para tratar de desentrañarlo, por más que profetas y taseomantes fingieran poder hacerlo. Negó con la cabeza y replicó

murmurando frases inespecíficas sobre la pequeñez del mundo.

La niña se había puesto incansablemente revoltosa, y Oatsie temió que su madre lo aprovechara como excusa para llevársela a casa y zanjar la conversación, pero en cambio le preguntó qué estaba interpretando en el Vint's Palace, que era como ella insistía en llamar al Palacio de Variedades. Le dijo que hacía un poco de todo, pero que aquella noche iba a interpretar el papel de Beodo en *Pájaros silenciosos*, de Fred Karno. Ella contestó que sonaba muy divertido, y que siempre había creído que trabajar en el mundo del entretenimiento debía de ser estupendo.

—De toas formas, ese mundo le atrae más al chico, a nuestro Johnny. Él es el que siempre anda soñando con los escenarios. Es mi hermano pequeño. Está convencío de que terminará en un teatro o en una banda de música, pero no hace na más que hablar. Ni va a clases, ni lo haría aunque pudiéramos pagárselas. Demasiao esfuerzo pa él.

Él asintió mientras seguía con los ojos la carreta de un lechero que se dirigía de vuelta al almacén del final de la calle, al pie de la cuesta que había tras ella. Desde donde se encontraba, el vehículo parecía medir un par de centímetros de alto, tirado como iba por una yegua desconsolada y miniaturizada que avanzó por el hombro derecho de la muchacha para perderse durante un rato en el bosque otoñal de su cabello antes de emerger por el lado izquierdo hasta desaparecer cansinamente.

—Bueno, si tu hermano no quiere echarle horas, no llegará muy lejos en este trabajo. En cualquier caso, podría hacer fortuna como representante o empresario, y entonces podría holgazanear tanto como quisiera.

Ella se rio del comentario y dijo que le transmitiría la sugerencia, y él aprovechó la pausa para preguntarle por qué se refería al local como «Vint's Palace».

—Oh, le han puesto muchos nombres a lo largo de los años. Nuestro padre ha tenío familia en Northampton desde que puedo recordar, y siempre ha estao a caballo entre Lambeth y esta ciudad, así que se mantenía al corriente de

toas las modificaciones. Por lo que cuenta, empezó como el Alhambra Music Hall, y luego se lo cambiaron por el de Grand Variety por la época en la que nací. Según nuestro padre, atravesó una mala racha después de aquello, y por un tiempo ni siquiera fue un teatro. Durante unos cinco años estuvo cambiando de actividad cada mes. Un día era una verdulería y, al otro, una tienda de bicicletas. También hubo un pub, el Crow, pero luego lo trasladaron al otro lao de la calle y lo convirtieron en el Crow and Horseshoe, y hace diez años, cuando yo aún era pequeña, recuerdo que había una cafetería. Todos los librepensadores, como solían llamarlos, tenían por costumbre venir aquí, y algunos eran unos auténticos estiraos, te lo aseguro. De toas formas, el año en el que murió la reina lo reformaron y lo rebautizaron como Palacio de Variedades. Pero luego el viejo señor Vint lo compró hace un año, por más que aún no le haya cambiao el letrero.

Oatsie asintió y observó el viejo establecimiento bajo una nueva luz. Por haber llegado allí desde Lancashire siendo muchacho, hacía ya tantos años, y haberse encontrado con un teatro de variedades, había supuesto que lo seguía siendo desde entonces, que siempre lo había sido y que, con toda probabilidad, siempre lo sería. La lista de actividades a las que, según el desglose informal de la joven, habían dedicado el local a lo largo de todo aquel tiempo le hizo sentir incómodo, aunque no habría sabido decir por qué. Oatsie supuso que era porque el mundo en el que había crecido, por horrible y sofocante que le resultara, al menos había seguido siendo el mismo de un año a otro, cuando no de un siglo a otro. Incluso en aquella destartalada esquina de Northampton, un lugar a punto de irse al traste del mismo modo que el Lambeth en el que había nacido, uno podía constatar que la mayoría de los edificios que lo rodeaban seguían alojando los mismos negocios que habían alojado cien años atrás, aunque los nombres y los dueños fueran ahora diferentes. Ese era el motivo por el que el relato de la chica a cuenta de los altibajos del teatro le había afectado tanto; porque seguía

siendo una historia relativamente rara, por más que hubiera empezado a escuchar una parecida cada semana. ¿Qué pasaría, se preguntó, si los teatruchos como aquel, que cambiaban de nombre y actividad de un día para otro, fueran la regla, y no la excepción? ¿Y si volvía allí en, digamos, cuarenta años y se encontraba con que el lugar ya no era un teatro de variedades, sino una tienda dedicada a, por decir algo, la venta de armas eléctricas? Puede que para entonces ni siquiera existieran ya los teatros de variedades. Bueno, eso era exagerar, claro, pero la improvisada narración de May había hecho que se sintiera inquieto por el modo de funcionar que tenían las cosas en el mundo moderno de aquellos días. Para cambiar de tema, decidió preguntarle por su vida.

—Lo cuentas como si te conocieras el sitio al dedillo, chica. ¿Cuánto llevas aquí?

Mientras reflexionaba, alzó la vista hacia los restos de un cirro lila recortado sobre un fondo cada vez más azulado. Su hija, asombrosamente educada y paciente, se dedicó entre tanto a chuparse un pulgar y a mirar a Oatsie con aparente indiferencia.

—Fue a los seis años, en el noventa y cinco, creo, cuando llegamos aquí, pero nuestro padre siempre está yendo y viniendo pa buscar trabajo. Va a pie hasta Londres, el viejo cabrón, y luego vuelve. Es habitual que no lo veamos ni tengamos noticias suyas durante seis semanas, y que luego aparezca achispao, con regalos, detalles y dinero pa tos nosotros. No, no se vive mal aquí. Este barrio se parece un montón a Lambeth. Por la gente y eso. A veces, ni siquiera me da la sensación de que estemos en otro sitio.

Algunos negocios pequeños de la otra acera de Horseshoe Street habían encendido sus luces; tenues destellos ribeteados de verde se derramaban por los escasos y lúgubres expositores de los escaparates. Tras dejar que sus ojos vagaran entre las chimeneas, la May adulta miró con orgullo a la joven, acurrucada en sus robustos brazos iridáceos.

—Creo que me quedaré aquí. Eso espero, al menos, y

espero que la pequeña también. En general, la gente del sitio es honrá, y hay personajes que valen mucho la pena. Además, es donde conocí a mi hombre, mi Tom, con el que me casé en el consistorio. Tos sus parientes, los Warren, son lugareños, y nosotros también tenemos un montón de Vernall por la zona. Francamente, Northampton es estupenda. Hacen un pastel de carne de cerdo mu bueno, y tiene unos parques espléndidos. El Victoria, el Abington, el Beckett… precisamente a este, que está allí abajo, junto al río, es al que la acabo de llevar. Hemos visto cisnes y hemos visitao la isla, ¿verdad, patito mío?

Esto último se lo dijo a la niña, que al fin empezaba a mostrar signos de inquietud. Su madre hizo un puchero con el labio y alzó las cejas en un ademán trágico para imitar la descorazonada expresión de su hija.

—Creo que tiene hambre. De camino al parque me pasé por la tienda de Gotcher Johnson pa comprar un par de onzas de chucherías, pero, como yo también he comío unas pocas, hace rato que se nos han acabao. Vivimos en Fort Street, así que lo mejor será que me la lleve a casa pa darle de comer. Lo que más le gusta es el puré de carne. En fin… encantá de haberte conocío, Oatsie. Y buena suerte con el espectáculo.

Llegados a aquel punto, se despidió de las dos May y declaró que también había sido un placer para él. Apretó la manita sudada de la cría y le dijo que esperaba ver su nombre en una gran cartelera algún día. A su madre le dedicó un simple «cuídala», y cuando la mujer sonrió y le aseguró que eso haría, él se preguntó por qué le habría dicho algo así. Menuda estupidez eso de sugerir que a lo mejor no iba a cuidar a una niña como aquella. Hija y madre aguardaron a que no viniera nadie antes de cruzar a pie Gold Street, y luego se marcharon cuesta arriba hacia el norte. Él se quedó en la esquina admirando el trasero de la mujer, que iba bamboleándose bajo la ondulante falda a medida que avanzaba y que permitía imaginarse sus nalgas como si fueran los rostros de dos personas en pleno baile íntimo. Eso, o quizá dos luchadores musculosos practicando

una llave, ora ganando el primero unos centímetros a su contrincante, ora perdiéndolos, y todo en un abrazo tan intenso que les hiciera parecer una sola figura. En ese instante, se dio cuenta de que la niña lo estaba observando muy seria desde el hombro de la mujer, que ya iba perdiéndose en la distancia. Extrañamente mortificado por la idea de que la cría lo hubiera pillado mirándole el culo a su madre, desvió enseguida la vista hacia el solar abandonado en mitad de la colina, y, cuando apenas un minuto después volvió a otearlas, ya se habían desvanecido.

Miró la hora, sacó otro Woody de su menguante paquete y lo encendió. Ahora que lo pensaba, había sido una charla de lo más rara. Hasta aquel instante no había empezado a asimilar el impacto que le había causado. May, una mujer nacida pocas semanas después que él y criada a menos de media docena de calles, se lo había encontrado veinte años después en una esquina de otra ciudad. ¿Quién lo hubiera pensado? A su juicio, era una de esas casualidades que acaecían contra toda probabilidad a veces, pero que siempre se percibían como asombrosas cuando se daban. Las cosas sucedían de tal modo que siempre parecían sugerir la existencia de un patrón susceptible de ser casi entendido, pero, para cuando uno intentaba desentrañar su significado o su naturaleza, todo había acabado, y al final te quedabas igual de confundido que antes.

Puede que los hechos no tuvieran más sentido que el que nosotros les otorgábamos, pero saber que esa era la razón más probable no es que fuera, francamente, de mucha ayuda. No evitaba que siguiéramos buscando esos sentidos, rastreando como hurones por las laberínticas madrigueras de nuestros pensamientos hasta perdernos, de cuando en cuando, en la oscuridad. Y, así, no pudo evitar pensar en la mujer que acababa de conocer, en cómo el encuentro había agitado veinte años de sedimentos sepultados, y en cómo le había hecho eso sentir. La clave del asunto, concluyó, radicaba en cómo la similitud de sus orígenes había resaltado, con igual nitidez, todas sus

diferencias.

Para empezar, él estaba a punto de escapar, o eso esperaba, de la fuliginosa prisión que constituían tanto sus orígenes como los de su esposa, de la pobreza y la oscuridad de calles como aquella, sobre la que el cielo estaba ahora siendo tallado en diamantes de un intenso color azul por los férreos jabalcones del gasómetro. Si pudiera, incluso escaparía de Inglaterra. En caso de conflicto inminente con Alemania, Sir Francis Drake esperaba poder estar en una hamaca a miles de kilómetros de allí. En cuanto a la enérgica y joven madre, May, ella no tenía esas oportunidades. Sin el talento que él había heredado o aprendido de sus padres, ambos actores, la suya era una vida más limitada tanto en términos de expectativas como de posibilidades, y sus horizontes, los cuales no tenía ningún interés en sobrepasar, resultaban mucho más estrechos que las fronteras que lo contenían a él. Ella misma había dicho que tenía la intención de quedarse toda la vida en aquel barrio, y que esperaba que su hija pequeña lo hiciera también. No tenía sueños o esperanzas que perseguir, y Oatsie sabía muy bien por qué. En vecindarios como aquel, tales asuntos no eran prácticos, solo eran dolorosas y pesadas losas. La vivaracha mujer se había resignado a vivir y morir, al parecer, en la pequeña jaula de sus circunstancias; ni siquiera parecía identificar la jaula o ver sus sucios barrotes. Dio gracias a su ángel de la guarda, quienquiera que fuese, por haberle dado, al menos, la remota oportunidad de evitar la cadena perpetua a la que la habían condenado a ella. Cada hombre, mujer y niño que surcaba a su alrededor aquel ocaso cochambroso con olor a tenería era, bajo todo aspecto e intención, un preso que cumplía sentencia en condiciones inhumanas, y que lo hacía sin ninguna expectativa de reducción o indulto. Todos parecían preferir el refugio de la mortaja.

Sin embargo, May no parecía en absoluto resignada, sino feliz. De hecho, parecía más feliz que el propio Oatsie.

Pensó en ello exhalando un sinuoso helecho humeante de color pizarra y sepia por sus coquetos labios fruncidos.

Algunos de los carruajes que atravesaban el cruce habían prendido sus faroles, pues el lapislázuli del cielo iba acentuándose gradualmente. Cual caracoles encandilados, se arrastraban cuesta arriba rutilando en el polvo cegador.

Consideró que ser pobre, no tener nada, ni siquiera ambiciones, constituía un arma de doble filo. Era cierto que May y los suyos no tenían su motivación, su talento o sus posibilidades de progresar, pero, al mismo tiempo, tampoco compartían sus dudas, su miedo al fracaso o su acuciante culpabilidad. Eran personas que, con la cabeza gacha, iban pisando aquel ajado pavimento otoñal sin huir de nada, ni siquiera de las calles de las que procedían, y por eso no estaban sintiéndose como desertores todo el rato. Sabían cuál era su sitio —el peor de todos— en más de un sentido. Eran perfectamente conscientes de su posición social, pero también sabían a dónde pertenecían: conocían el mortero y los ladrillos circundantes de una manera tan íntima que casi bordeaba el amor. Muchos de los pobres diablos que pululaban por los desagües de aquel cruce provenían de familias que, a buen seguro, llevarían viviendo allí generaciones enteras por la única razón de que las distancias que uno podía salvar antes de que hubiera trenes eran mucho más limitadas. Se arrastraban por esas calles sabiendo que sus abuelos y sus bisabuelos habían hecho lo mismo cien años atrás, que habían ahogado sus pesares en los mismos pubs, y que luego habían ido a confesarlos en las mismas iglesias. Por sus venas corrían los detalles más nimios e irrelevantes del vecindario. Esa maraña de calles y tienduchas conformaban el cuerpo despatarrado que los había parido. Conocían al dedillo el moho de cada callejón, las roídas canaletas oxidadas de cada cuneta. Los hedores y las manchas de cada esquina les eran tan familiares como los lunares de una madre, y por más que su rostro estuviera arrugado y sucio, jamás podrían abandonarla y marcharse. Aunque ella perdiera la cabeza, nunca serían…

Las lágrimas anegaron sus ojos. Las contuvo y dio tres rápidas caladas al cigarrillo antes de limpiarse la floreciente humedad con las yemas de los dedos, fingiendo que era el

humo lo que lo había cegado. En todo caso, ninguno de los transeúntes lo estaba mirando. Bruscamente, se cabreó consigo mismo por ese meloso sentimentalismo que aún albergaba y por la facilidad con la que había cedido al llanto. Ahora era un hombre, tenía veinte años, pero en ocasiones sentía que tuviera treinta, así que ya no debía gimotear como un mocoso. Ya no tenía seis años. Ni era 1895 ni estaba en el Hospicio de Lambeth, sollozando por sus rizos recién cortados. Aunque aún no lo hubiera asimilado por completo, se hallaba en el siglo XX, una época que necesitaba personas brillantes, avanzadas y con ideas innovadoras, no gente que se aferrara al pasado en un mar de lágrimas. Si quería hacer algo con su vida, sería mejor que se recompusiera y que afilara su ingenio. Dio una profunda calada al cigarrillo que sostenía, escudriñó en derredor hacia la paulatina oscuridad del cruce, e intentó considerarlo desde un punto de vista moderno y pragmático, en lugar de nostálgico y sensiblero.

Sí, era capaz de entender que alguien viera una madre en esa destartalada colección de moles erosionadas. Pero, como una madre, no era algo que fuera a durar eternamente. Los estragos de la edad la habían cambiado, y ni por asomo habían concluido su acción. Al igual que hacía unos momentos se hallaba reflexionando sobre cómo las generaciones previas se habían visto coartadas por la dificultad de viajar, también entendía que las cosas habrían de ser muy diferentes en esta nueva era de iluminación. La máquina de vapor lo había cambiado todo, y por las calles de Londres podían verse ahora unos carruajes de motor que, en el futuro, se multiplicarían por doquier. Las comunidades como la que lo rodeaba, en pie desde tiempos inmemoriales, puede que no fueran tan cohesivas cuando sus reclusos tuvieran a su alcance una fuga sencilla y barata, una oportunidad de buscar trabajo allí donde fuese abundante sin tener que recorrer cien kilómetros, como el padre de la chica. Aun sin una guerra que diezmara a su juventud, dudaba que los vínculos que conectaban a las personas a sitios como aquel duraran otros cien años. Los

barrios así se estaban muriendo. Y no era traición alguna querer saltar a tierra firme antes de que se fueran a pique. ¿Por qué desearía alguien que hubiera visto mundo, que hubiera experimentado la libertad de ir y venir a placer, quedar atrapado en un poblacho, o una ciudad, o incluso un país como aquel? Cualquiera con algo de sensatez y medios saldría disparado como un tiro tan pronto como pudiera. Allí no quedaba nada que los retuviera, y además…

A través del crepúsculo recortado sobre la cuesta, un viejo negro en bicicleta, con cuerdas enrolladas sobre las llantas a modo de neumáticos y un carro provisto de ese mismo tipo de ruedas, apareció traqueteando sobre los adoquines como el esqueleto fantasmagórico de un cuento de terror.

Por segunda vez en media hora, Oatsie se preguntó si estaría soñando. Era el mismo hombre, montado sobre el mismo alucinante cacharro, que había visto doce años atrás en aquella misma esquina, por la tarde, junto a Boysie Bristol, dilucidando por qué habrían de vestirse como harapientos si sus personajes eran millonarios.

El negro detuvo su extraño artilugio en la cima de Horseshoe Street, justo en la esquina opuesta a la de Oatsie, y esperó a que pasara un ómnibus tirado por caballos antes de cruzar. Por supuesto, había envejecido con los años, y su pelo y su barba se habían vuelto completamente blancos, pero era indudable que se trataba del mismo hombre. Esta vez no reparó en Oatsie, sino que aguardó a horcajadas en el sillín a que el vehículo le dejara proseguir pendiente arriba. Sus rasgos robustos y gruesos exhibían una expresión abstraída y algo inquieta, y no parecía gozar del ánimo comunicativo de la última vez, cuando la vieja reina aún vivía y el mundo era muy diferente. A juzgar por su aire reflexivo y distraído, Oatsie dudaba de que el negro lo hubiera percibido aunque aún fuera aquel niño impresionable y entusiasta de ocho años.

Cuando el ómnibus superó la intersección y el hombre elevó los pies, Oatsie vio que bajo sus zapatos seguía habiendo bloques de madera. Los situó sobre los pedales, se

incorporó, se inclinó hacia adelante y propulsó con vigor la bicicleta hasta alcanzar gradualmente el impulso necesario para que el vehículo y su remolque salvaran el cruce y avanzaran colina arriba en la oscuridad del ocaso, en la que pronto se esfumó.

Mientras veía desaparecer al negro en el horizonte, le dio otra chupada al cigarrillo sin darse cuenta de que casi se lo había terminado, y cuando la pava le quemó los dedos lanzó un grito de dolor, dejó caer la cruel colilla y la aplastó en airada venganza. Al maldecir y exponer la mano a la brisa para aliviarse el escozor, le asaltó una sensación de asombro ante lo que acababa de ocurrir, ante la atmósfera de un lugar como aquel, en el que parecía que tales casualidades sucedieran a todas horas. Pensó que, durante los doce años que habían transcurrido desde la última vez que había estado allí, mientras recorría Inglaterra de cabo a rabo, vivía sus aventuras parisinas y pasaba cada noche en un pueblo o ciudad diferente, el negro había seguido ahí todo ese tiempo, yendo arriba y abajo cada día por la misma ruta. No supo decir por qué eso lo maravillaba tanto. ¿Acaso creía que la gente se esfumaba cuando él dejaba de mirarla?

No obstante, y de nuevo, que un tipo como aquel, que ya había visto esa América por la que Oatsie suspiraba, hubiera decidido pese a ello permanecer en la zona… en fin… tal vez no fuera una maravilla, pero sin duda era un enigma. Enarcando al unísono cejas y hombros en un ademán teatral de asombro sobreactuado que no dirigió a nadie en particular, echó un último vistazo al cruce, ahogado ya en índigo, y salvó los pocos escalones de la diminuta puerta de entrada del Palacio de Variedades. La empujó hacia el interior, donde se estaba un poco más caliente, y pasó por la taquilla dedicando un gesto de asentimiento y un gruñido al indiferente tipo gordo que había dentro. Se preguntó si tendrían lleno aquella noche, si la multitud abarrotaría el local, pero eso era algo que nunca se podía adivinar. Más valía rezar a los dioses que depender de su favor.

El trastero encalado que le servía de camerino se hallaba al final de una corta pero intrincada sucesión de pasillos sin entarimado y de un patio estrecho de aspecto viejo, con un retrete en la esquina y lleno de unos charcos estancados que habían tomado posiciones en las grietas de sus losetas hundidas. Había visitado el vestidor un poco antes para dejar sus bártulos, pero todavía no lo había inspeccionado a fondo. Para su enorme sorpresa, la estancia, aparentemente inhabitable, contaba en mitad de una de sus desconchadas paredes con un manguito incandescente, y no tardó en arrimarle una cerilla con el fin de arrojar algo de luz sobre el lugar.

Los había visto peores. En un rincón había un fregadero de piedra amarilla con un grifo de latón que, doblado hacia un lado, goteaba sobre el metal un verdín de color espinaca en hililllos que recordaban al queso podrido. Enmarcado en madera, encontró un espejo roto de pequeño tamaño que colgaba de un clavo torcido en el panel interior de la puerta, y se detuvo frente a él a rebuscarse un trozo de corcho en el bolsillo interior de la chaqueta. Cuando lo encontró, encendió otra cerilla y la sostuvo junto al extremo ya ennegrecido por las llamas, para que así estuviera recién chamuscado y fuera bien visible desde las últimas filas. Mientras disipaba el humo y esperaba unos segundos a que su improvisado maquillaje se enfriara, observó el espejo roto. Ignoró la fisura negra que discurría en diagonal por su rostro reflejado y dejó que los rasgos se relajaran hasta adoptar la flácida expresión de sabueso adormilado del Beodo, su sonrisa soñolienta y caída, esos ojos legañosos que apenas podía mantener abiertos.

Primero, desmenuzó el oleoso corcho carbonizado con las yemas de los dedos y empezó a aplicárselo sobre la línea de la mandíbula, extendiendo el polvo negro alrededor de la boca fruncida y los carrillos, sin llegar a pasar a las mejillas, para así simular la barba propia de quien ha estado bebiendo unos cuantos días sin lavarse ni afeitarse. Con la propia punta del corcho, enfatizó las arrugas que había bajo su mandíbula contraída con el fin de crear una

papada, trabajó las bolsas de los ojos para conseguir el aspecto demacrado de un borracho, y pasó luego a definir las espesas cejas arqueadas. Se marcó un bigote caído y descuidado sobre el expedito labio superior y dejó que las puntas descendieran despeinadas hacia las comisuras de la boca. Casi satisfecho con el resultado, se limpió el carbón de los dedos pasándoselos por el pelo y enmarañándolo deliberadamente, de tal modo que se le pusiera de punta y los rizos se le revolvieran como olas grasientas sobre un mar tempestuoso.

Examinó su aspecto en el espejo quebrado y se mantuvo su propia mirada. Ya casi lo tenía. Al rematar los pequeños detalles acentuando las arrugas de las comisuras de la boca y los ojos, su rostro empezó a adquirir una cierta palidez grisácea a causa de la generosa aplicación de hollín. A veces había algo inquietante en el hecho de estar solo en una habitación vacía, silenciosa y desconocida mientras te mirabas a los ojos y te convertías en otra persona. Te hacía darte cuenta de que la conciencia que uno tiene de sí mismo, de su personalidad, se debe en gran medida al semblante.

Observó que la personalidad que tan cuidadosamente se había construido desaparecía ante sus ojos. La mirada penetrante que empleaba para granjearse la simpatía de las mujeres o para transmitir su pasión e inteligencia se esfumó, por completo, en los vidriosos ojos de un borracho. El consumado arte de expresar con sus facciones la vivaz confianza de un joven moderno en un siglo nuevo quedó emborronada, tiznada por un pulgar ennegrecido en la perezosa lascivia del Lambeth victoriano. Todos los logros de su formación, todo el empeño que había puesto en mejorar, en elevarse sobre su cenagal ancestral, se fueron al traste. En el rostro demediado que le devolvía la mirada desde el cristal partido, su encorsetado presente y su gran futuro habían claudicado ante el asfixiante y castrante lodazal que era su pasado. Ante su padre, ante todos los pubs por cuyas puertas asomaba la cabeza cuando lo mandaban a buscarlo de niño. Ante los pequeños capilares

que se le rompieron en sus mejillas sonrosadas cuando solo tenía una acera helada por almohada. Ante la sangre seca enjugada en los abrevaderos. Ante todo aquello, todo lo que le seguía esperando en cuanto torcía esa sonrisa alegre y jovial por un instante, por una sola fracción de milímetro.

Un hedor a humedad y abandono impregnaba la habitación. Iluminado por aquella luz tan tenue e irregular, ya no distinguía el color de su piel bajo la ceniza que había obtenido y aplicado. La negrura de su pelo y sus ojos destacaba contra la plateada tez grisácea. Contenida por los confines del marco, contemplaba la fotografía evanescente de alguien atrapado para siempre en un cierto tiempo, en un cierto lugar, en una identidad de la que no se podía escapar. El retrato de un pariente, o de un ídolo del teatro, procedente de esa época perdida en la que tus padres habían sido jóvenes. Una imagen congelada eternamente entre pálidas emulsiones.

Se puso la chaqueta grande y arrugada que vestía para el papel del Beodo y llenó en el grifo su botella verde de Bodegas San Diego. En algún lugar no muy lejano, esperaba que hubiera un público aguardándolo. El manguito siseó un augurio sombrío.

CIEGO, PERO AHORA VEO

Según Henry, lo que caracterizaba a un gran hombre era su modo de comportarse en vida y la reputación que dejaba tras morir. Por ese motivo, no le sorprendió que Bill Cody pasara a la eternidad bajo la forma de un mugriento ornamento de piedra en un tejado sobre el que los pájaros hacían sus necesidades.

En un principio, al alzar la vista y ver el rostro que se elevaba sobre los ladrillos de color naranja en la última casa de la hilera, esculpido como estaba en una especie de placa cercana al techo, había pensado que se trataba de Cristo. Tenía la barba y el pelo largos, y un halo que después entendió que era el ala de un sombrero de vaquero vista justamente desde abajo, como si el tipo tuviera la cabeza inclinada hacia atrás. Fue ahí cuando se dio cuenta de que era Buffalo Bill.

La fila de casas, comúnmente llamadas «adosados», daba por delante a la calle; por detrás, había un montón de acres de pradera en los que se celebraban carreras y demás. Un pequeño callejón unía el lado de las fachadas con los terrenos, y era bajo uno de los tejados de pizarra que sobrevolaban ese pasaje donde se hallaba el muro que exhibía la cara tallada. Henry había oído que el Show del Salvaje Oeste de Cody se había representado en aquellas pistas de carreras de Northampton cinco o diez años antes de que él llegara a la ciudad, lo cual había sucedido en el año ochenta y siete. Annie Oakley había participado en el espectáculo, y se decía que también habían llevado a varios guerreros indios. Supuso que alguno de los ricachones de la zona se entusiasmaría con Cody hasta el punto de pensar que su efigie quedaría bien en el tejado de su casa. No es

que hubiera nada malo en ello. Tal y como Henry lo veía, la gente podía hacer lo que le viniese en gana siempre que no se le hiciera daño a nadie.

Dicho eso, la talla no se parecía mucho a Cody; no, al menos, al que Henry recordaba por haberse cruzado una o dos veces con él. Cierto era que había sido hacía mucho tiempo, en Marshall, Kansas, en la trastienda de la lavandería de Elvira Conely. Debía de correr el año setenta y cinco o setenta y seis, porque Henry aún era un veinteañero que se habría definido a sí mismo como atractivo. Tampoco era que le hubiera prestado mucha atención a Buffalo Bill por entonces, porque él solo tenía ojos para Elvira, pero no creía que el William Cody que había conocido pudiera confundirse con Nuestro Señor Jesucristo por mucho que uno lo estuviera mirando desde abajo o que llevara el sombrero inclinado hacia atrás. A decir verdad, había sido un hombre vanidoso, o al menos esa era la impresión que le había dado a Henry. Dudaba mucho que Elvira hubiera alternado con Cody de no haber sido determinante para ganar reputación en Marshall. A las mujeres de color no les sobraban los amigos blancos famosos.

Henry impulsó la bicicleta y el carro por el camino de adoquines que se alejaba de las pistas, y las cuerdas que había dispuesto alrededor de las llantas aplastaron las hojas apiñadas en las cunetas. Miró por última vez al coronel Cody, cuyo sombrero parecía arder a causa del humo de una chimenea cercana, y se incorporó sobre el sillín, con los bloques de madera bajo sus pies, para recorrer las bocacalles en pos de la vía principal que partía de Kettering y que lo llevaría de vuelta al centro de Northampton.

Su intención original no había sido la de pasar por allí aquel día, porque su plan era recorrer las aldeas al sudeste de la ciudad. Sin embargo, un tipo con el que se cruzó le dijo que había buenas baldosas de pizarra en el cobertizo derrumbado de un cercado próximo a las pistas, pero el tipo debía de ser imbécil, porque las baldosas estaban rotas y no valían nada. Henry suspiró, pedaleó más allá de Hood

Street, se alejó colina abajo hacia la ciudad, y pensó que más le valía ponerse a trabajar y dejar de quejarse. Aún había mucho día por delante. Al este, el sol se mostraba grande y escarlata, suspendido en una niebla lechosa que se evaporaría tan pronto como aquella mañana de septiembre terminara de despuntar y cogiera fuerza. Tenía tiempo de sobra para ir a donde quisiera y regresar a Scarletwell antes de que anocheciese.

En realidad, por Kettering Road ni siquiera necesitaba pedalear. Bastaba con dejarse llevar cuesta abajo, arañando el pavimento con sus patines de vez en cuando para que la velocidad no esparciera la carga del remolque por los adoquines. Las casas, los letreros y los escaparates de las tiendas fluían a ambos lados como troncos a la deriva a medida que avanzaba traqueteando hacia el centro. A una hora tan temprana, prácticamente tenía toda la calzada para él solo. Un poco más adelante, un tranvía con apenas un par de pasajeros se dirigía a la ciudad siguiendo el mismo camino, y en dirección contraria, subiendo la pendiente, venía un tipo con un carro lleno de cepillos para chimeneas. Aparte de eso, vio a una o dos personas ocupadas en la acera con sus asuntos. Una anciana se sobresaltó cuando la adelantó pedaleando, y dos hombres tocados con gorras que parecían ir de camino al trabajo lo miraron de mala manera, pero Henry conocía demasiado bien el lugar como para echarles cuenta. Scarletwell le gustaba bastante más. Mucha de la gente de por allí era incluso de peor condición que él, así que nadie lo miraba por encima del hombro, y cuando pasaba montado en su bici se limitaban a saludarlo y poco más. Lo conocían como Charley el Negro.

La ligera brisa que se había levantado hacía que los cables del tranvía resonaran sobre su cabeza. Giró a la derecha en la esquina de la iglesia de Grove Road y viró para evitar la mierda de caballo que había en mitad de la calle próxima a la plaza. Volvió a torcer cuando llegó a la altura de la capilla unitarista de la otra acera, y luego ya todo fueron tiendas, pubs y el viejo almacén de cuero que

había detrás de la estatua del señor Bradlaugh. El cuero era importante para el comercio de la zona y siempre lo había sido, pero aun así Henry sacudió la cabeza al constatar que, por lo demás, la ciudad se componía básicamente de bares e iglesias. Tal vez coser zapatos fuera tan duro que hacía que la gente tuviera que pasarse su tiempo libre bebiendo o rezando.

Incluso vio a un tipo durmiendo la mona a su izquierda, en el parterre vallado sobre el que se erigía la estatua. Si el señor Charles Bradlaugh estaba viendo aquello desde el cielo, raro sería que lo aprobara, y menos él, tan tajante en cuanto al alcohol; aunque, claro, dado que el señor Bradlaugh no había tenido ninguna fe en el Altísimo, lo más probable es que tampoco aprobara eso del cielo. Bradlaugh era una figura a la que jamás había podido calar ni enjuiciar. Por una parte, había sido ateo, y el ateísmo, para Henry, era una forma distinta de referirse a la estupidez. Pero, por la otra, estaba su modo de oponerse a las bebidas fuertes, lo cual era algo que podía llegar a admirar, o de dar la cara por la gente de color en la India, y eso cuando no se había dedicado a darla por todos los pobres de Inglaterra. A su juicio, había sido alguien que decía lo que pensaba y que hacía lo que consideraba justo. En definitiva, un buen hombre al que seguro que el Señor le perdonaría su ateísmo cuando llegara la hora, razón de más para pensar que él también debía dejárselo pasar. Sí, se merecía esa hermosa estatua en la que su dedo apuntaba al oeste, hacia Gales, el océano Atlántico, América y más allá, tanto como Buffalo Bill se merecía su mísero trozo de piedra. Que un fulano dijera no ser cristiano no le impedía actuar como tal, y, aunque no le gustara pensar en ello, sabía que a veces lo contrario también era cierto.

A continuación, pasó la tienda que tenía chocolate Cadbury y que exhibía, pintado en lo alto de la fachada, el anuncio del bálsamo de pulmonaria de Storton. Últimamente tenía ataques de tos, así que pensó que tal vez podría irle bien probarlo, si no era muy caro. Luego, estaban la tienda que vendía artículos de mujer y el local

del señor Brugger, con el escaparate lleno de relojes de pared y de bolsillo. Como casi había alcanzado el tranvía, pudo ver que se trataba del número seis, el que bajaba hasta St. James's End, conocida popularmente como Jimmy's End. En la parte trasera llevaba un anuncio de lentes que magnificaban la vista, y bajo la marca en cuestión había dos grandes ojos que daban la impresión de que el tranvía tuviera una cara en la cola. Al llegar a la intersección más cercana, el transporte la cruzó haciendo tintinear sus campanas y el rostro del anuncio pareció mirarlo con sorpresa o espanto, pero él giró a la izquierda y se dejó llevar por York Road en dirección al hospital, raspando de vez en cuando los adoquines del suelo con los tacos de madera para aminorar la marcha.

A medio camino del hospital, la vía se cruzaba con la carretera que iba hacia Great Billing. La ignoró y siguió bajando en línea recta. En la esquina del patio delantero del hospital, cerca de la estatua de la cabeza del rey que tenían allí, varios chicos se rieron de las cuerdas de sus ruedas. Uno de ellos le gritó que se diera un baño, pero Henry fingió no oír nada y enfiló hacia Beckett's Park, antes llamado Cow Meadow. Solo eran meros ignorantes criados por personas ignorantes. Como no les prestó atención, fueron a buscar a otro tonto del que reírse. Y, dado que no iban a colgarlo ni a pegarle un tiro, le daba igual que gritaran lo que diablos quisieran. Mientras no lo molestaran, lo único que conseguían con ello era quedar como imbéciles, al menos a su parecer.

Al final de la calle giró a la izquierda, bordeó una vieja pared de piedra amarilla, salió a Bedford Road, justo al lado del parque, y tocó tierra con sus bloques de madera para detener la bicicleta y el carro junto a la fuente de agua potable que había en un recodo. Bajó del sillín, apoyó el conjunto contra las viejas piedras desgastadas y los dientes de león que crecían entre ellas, y fue a beber del manantial. No era que tuviera sed, pero cuando bajaba por allí le gustaba tomar unos cuantos sorbos de agua, solo por si le daba suerte. Se decía que aquel era el lugar en el que,

tiempo ha, santo Tomás Becket había saciado su sed al cruzar Northampton, y solo por eso merecía la pena probar.

Inclinado sobre el recoveco, Henry presionó el desgastado caño de bronce con una palma pálida y ahuecó la otra para recoger el rizado chorro plateado y llevárselo a los labios, acción que repitió tres o cuatro veces hasta llenarse el buche. Estaba rica: tenía el regusto de la piedra, y el del bronce, y el de sus propios dedos. Sin duda, un sabor divino. Se limpió la mano mojada en una de las perneras de sus brillantes pantalones, se enderezó, y volvió a montarse en el sillín de la bicicleta para ponerse en marcha. Se dirigió al sudeste por Bedford Road, primero rodeado por el parque y los árboles y, luego, por los campos expeditos que se extendían hasta la abadía de Delapré. Los muros y esquinas de Northampton quedaron atrás como pesos que se quitara de encima, y lo único que tenía ya por delante era la verde pradera que lo separaba de los pequeños villorrios que había inmersos en la neblina del horizonte. En el cielo, las nubes se amontonaban como patatas majadas en salsa azul, y Charley el Negro se dio cuenta de repente de que iba silbando una marcha de Sousa mientras pedaleaba.

La melodía marcial le hizo pensar de nuevo en Buffalo Bill, contagiado esta vez de la pomposidad del tema, y de ahí pasó a Kansas y Elvira Conely. Santo cielo, menudas agallas tenía esa mujer, capaz no solo de abrir su lavandería allí en Marshall mucho antes del gran éxodo,[33] sino también de salir luego adelante. La mujer también había llegado a conocer a Bill Hickok, pero este ya estaba bajo tierra cuando Henry y sus padres recalaron en el Medio Oeste a finales de la década de 1870. Por cómo Elvira hablaba del tipo, uno diría que Wild Bill había albergado una gran bondad, y que su reputación era merecida. Dicho eso, en privado y entre los suyos, admitía que Britton Johnson, al que también había conocido y que también yacía muerto por entonces, podría haberle quitado los pantalones a Wild Bill Hickok de un solo disparo. Para acabar con Britton Johnson se habían necesitado

veinticinco guerreros comanches, no la chiripa de un borracho solitario disparando en un salón. Pese a ello, hasta los niños de por allí conocían a Buffalo Bill y a Wild Bill Hickok, mientras que nadie había oído hablar de Johnson. Y no había que devanarse los sesos para saber por qué.34 Parecía un faraón, según Elvira. En sus palabras exactas, estaba muy guapo sin la camisa.

Colina arriba y a su izquierda, tras el campo cercado y las negras extensiones de bosque, Henry casi era capaz de distinguir los techos del lujoso hospital que habían construido allí para la gente que estaba mal de la cabeza y que podía pagar la estancia. Para los que no podían, estaba eso que llamaban «asilo» en la vieja parroquia de San Edmundo, por Wellingborough Road, o bien el manicomio de Berry Wood, justo en la curva del camino de Duston. Dejó todo atrás y pedaleó con más fuerza para cruzar un puente construido sobre el afluente de un río, y al precipitarse cuesta abajo en la otra orilla hacia Great Houghton sintió una especie de cosquilleo en el vientre, como si estuviera vacío. Con Elvira aún en la cabeza, se dio cuenta de que ahora la admiraba con mayor respeto y entendimiento que cuando la había admirado siendo él joven.

Ni que decir tiene, ella solo fue una de las muchas chicas excepcionales que hubo por allí en aquella época, pero fue la primera, pues llegó a Kansas por su cuenta en el sesenta y ocho, y Henry era de la opinión de que muchas de las buenas mujeres que vinieron después solo siguieron su ejemplo, dicho esto sin restarles mérito. Por ejemplo, estaba la señorita St. Pierre Ruffin, que ayudaba a los necesitados con el dinero de su Asociación de Socorro. O la señora Carter, que había convencido a su esposo, Henry Carter, de acompañarla a pie desde Tennessee cargando con sus utensilios mientras ella llevaba las mantas. Pensándolo bien, habían sido las mujeres las que impulsaron la migración, y lo hicieron incluso cuando sus compañeros se limitaban a encogerse de hombros y fingir que estaban bien donde estaban. Henry veía ahora lo que no había sido capaz

de ver en su momento, el hecho de que todo se había debido a que las mujeres eran las que se llevaban la peor parte en el Sur, como las violaciones, el tener que criar a los hijos y demás. Incluso mamá le había llegado a decir a papá que, si no era lo bastante hombre como para buscarle a su mujer y a su hijo un lugar seguro y decente, entonces sería ella misma la que cogería a Henry y se iría a Kansas por su cuenta. Añadió que, de ser necesario, se irían andando, como los Carter, pero papá cedió y al final se fueron en carreta, igual que todos los demás. Como siempre, pensar en aquellos tiempos hizo que a Henry le picara el hombro, así que levantó una mano del manillar para rascarse lo mejor que pudo a través de la chaqueta y la camisa.

A su derecha apareció un molino de agua, y oyó que los patos graznaban al elevarse desde un estanque cercano que reflejaba del tal modo la aurora de la mañana que era imposible mirarlo. Sheridan, cerca de Marshall, era donde se había establecido Elvira Conely después de romper con el soldado con el que estaba casada en St. Louis. En aquellos días, Sheridan tenía aún peor reputación que Dodge City en lo concerniente a casas de juego, asesinatos y mujeres de mal vivir, pero Elvira se desenvolvía como una reina, siempre erguida, y alta, y negra como el ébano. Cuando más tarde se convirtió en la gobernanta del viejo señor Bullard y su adinerada familia, los niños de este último dijeron que se debía a que pertenecía a la realeza africana o algo así, y Elvira nunca dijo o hizo nada que pudiera refutar esa explicación. Lo último que había sabido de ella es que vivía en Illinois, y Henry esperaba que le estuviera yendo bien.

Con el sol naciente a su espalda y deslumbrado por el destello de los charcos de las cunetas, continuó su ascenso. Las sombras de las nubes movedizas se deslizaban poco a poco sobre unos campos descuidados en los que el verano parecía actuar como si fuera un mendigo acabado, tambaleante y sin afeitar. Las hierbas de las zanjas habían proliferado hasta extenderse hacia la carretera y englobar

los postes de las vallas, y las abejas moribundas trasteaban en las mustias madreselvas intentando estirar la estación un poco más, asiéndola para no dejarla escapar. A su derecha, pasó el angosto sendero que lo habría llevado a Hardingstone antes de seguir pedaleando por la loma de Great Houghton, donde se cruzó con un par de carretas de granjeros que iban en dirección contraria cargadas de paja. El fulano sentado en el pescante de la primera apartó la mirada como si ni siquiera desease reconocer que lo había visto, pero la segunda iba guiada por un granjero de rostro rubicundo que ya conocía a Henry de sus visitas anteriores y que, con una sonrisa, tiró de las riendas para detenerse a saludar.

—Charley, viejo negro, ¿ya estás aquí otra vez pa robarnos nuestros bienes? Con to lo que ya nos has birlao, es un milagro que aún tengamos donde caernos muertos.

Henry soltó una carcajada. Le caía bien aquel tipo, que se llamaba Bob, y sabía que a Bob le caía bien él. Burlarse de ti era la forma que tenían por allí de decirte que había confianza suficiente como para reír juntos, así que le devolvió la chanza.

—Bueno, ya sabes que le tengo echao el ojo a ese trono de oro tuyo, ese grande en el que te sientas pa que los criaos te sirvan el ciervo asao y demás.

Bob se rio tan fuerte que asustó a su yegua. Una vez calmada, ambos hombres se interesaron por el estado de sus mujeres, sus familias y tal, y luego se dieron la mano antes de retomar sus respectivos caminos. En el caso de Henry, eso implicaba girar a la derecha no mucho después hacia la calle principal de Great Houghton y dejar atrás la escuela, que lucía zarzamoras colgando de la fachada. Bordeó la iglesia y luego torció hacia la plazoleta cerrada de la rectoría, donde la anciana que cuidaba del lugar le daba a veces las cosas que ya no servían. Al bajar del sillín, Henry pensó que la rectoría se veía majestuosa, sobre todo por el modo en que la luz incidía sobre la rugosa piedra marrón y sobre la hiedra de la pérgola esmeralda de la entrada. El recinto estaba guarecido por la sombra de un roble, y los

rayos de sol caían entre sus hojas como piezas ardientes de un rompecabezas que se dispersara por los adoquines y senderos. Los pájaros que allí arriba saltaban de rama en rama no se sobresaltaron ni dejaron de cantar cuando levantó la aldaba de hierro con forma de cabeza de león para dejarla caer sobre la enorme puerta pintada de negro.

La mujer, a la que conocía como señora Bruce, acudió a su llamada y pareció contenta de verle. Lo invitó a pasar al salón, siempre y cuando tuviera la bondad de dejar sus botas en el umbral, para tomar una taza de té aguado y un plato de emparedados, todo mientras ella se dedicaba a buscar los trastos que le había apartado. Desconocía por qué consideraba una anciana a la señora Bruce cada vez que pensaba en ella, pues lo cierto era que no podía ser mucho más vieja que el propio Henry, cercano ya a los sesenta. Su cabello era blanco como la nieve, pero también lo era el de él, quien creía que quizá la veía de mayor edad por su manera de tratarlo, un tanto parecida a la de su madre. La mujer sonrió al servirle el té y preguntarle por cuestiones religiosas, cosa que siempre hacía. Ambos acudían regularmente a la iglesia, aunque ella como miembro del coro. En aquellos momentos, iba y venía por la habitación recogiendo la ropa gastada que iba a darle y contándole cuáles eran sus himnos favoritos.

—Otro que me gusta mucho es *El día que nos diste, Señor, toca a su fin*.[35] ¿Allí en su tierra también cantaban himnos, señor George?

Apartando la taza de porcelana de sus labios, Henry le respondió afirmativamente.

—Sí, señora. Aunque, como no teníamos iglesia, los míos cantaban durante la faena o alrededor de una hoguera durante la noche. Me encantaban esas canciones. Solía escucharlas para dormir por la noche.

La señora Bruce le dedicó una expresión afligida mientras alisaba los tapetes, o como se llamase aquello que tenía puesto en los brazos del sillón.

—Pobre hombre. ¿Tenía alguna favorita?

En pleno gesto de dejar la taza sobre su platillo blanco,

Henry se rio y asintió.

—Señora, pa mí solo existía una canción en este mundo, y esa era *Sublime Gracia*.[36] Era la que más me gustaba. No sé si habrá oído hablar de ella.

La anciana sonrió encantada.

—Oh, sí, es una canción preciosa. «Cuán dulce el sonido que salvó a un miserable como yo». La conozco, sí. Preciosa.

Alzó la vista hacia los retratos que había colgados cerca del techo y frunció el ceño como si estuviera tratando de recordar algo.

— ¿Pues sabe qué? A menos que lo esté confundiendo con otro, creo que el hombre que escribió esa canción vivió no muy lejos de aquí. John Newton, ¿podría ser? ¿O lo estoy mezclando con el que cortó el manzano y dijo que era incapaz de mentir?

Después de descifrar la pregunta y de reflexionarla durante un momento, le explicó que, a su entender, fue un hombre llamado Newton el que, sentado bajo un manzano, dedujo por qué las cosas caen en lugar de subir. El tipo que afirmó ser incapaz de mentir fue el presidente George Washington y, hasta donde Henry tenía conocimiento, lo que cortó no fue un manzano, sino un cerezo. La mujer lo escuchó asintiendo.

—Ah, por eso me habré confundido. La familia del general Washington también procedía de estos lares. Entonces, el que escribió *Sublime Gracia* debió de ser el señor Newton. He oído decir que era párroco por la zona de Olney, pero tampoco lo juraría.

El descubrimiento lo conmocionó de un modo que le resultó sorprendente. Había sido sincero al confesar que era su canción favorita; no lo había dicho para agradar a la anciana. Al evocar a las mujeres cantándola en los campos, su mamá incluida, tenía la sensación de que el estribillo llevara acompañándolo media vida. Debió de escucharlo por primera vez en la cuna, y siempre había pensado que era una canción tradicional de los negros, algo que siempre les había pertenecido. Saber de la existencia del tal pastor

Newton le puso la cabeza patas arriba por el simple hecho de que el largo camino recorrido desde la primera vez que oyera la canción hubiese servido solo para terminar, por pura casualidad, en el umbral del hombre que la había escrito.

Nunca había sabido exactamente por qué su Selina y él habían sentido la imperiosa necesidad de establecerse en Northampton y de tener hijos allí tras llegar junto a aquel enorme rebaño de ovejas desde Gales, abriéndose camino entre un grisáceo mar de bestias mucho más numeroso que cualquiera del que hubiera oído hablar en su tierra natal. Hasta entonces, la propia vida había guiado sus pasos, y nunca había pensado que obedeciera a otros planes que no fueran los del Altísimo; planes cuyo propósito no tenía por qué saber. No obstante, al acceder por Sheep Street, bajar la calle, ver los Boroughs y sus tejaditos por primera vez, y llegar directamente al emplazamiento de Scarletwell Street que acabarían convirtiendo en su hogar… al hacer todo eso, en fin, les pareció como si algo hubiera encajado en su sitio, como si bajo el humo de sus chimeneas residiera un corazón palpitante. Ahora, tras averiguar lo del señor Newton, *Sublime Gracia* y demás, las cosas cobraron cierto sentido. ¿Era posible que aquello fuera una especie de lugar santo, y que por eso tantas personas santas provinieran de allí? Fue consciente de estar exagerando tanto como de costumbre, tanto como un verdadero bobo, pero las buenas nuevas le habían causado un estado emocional que no había sentido desde la niñez, y decir lo contrario habría sido mentir.

La señora Bruce y él hablaron de todo un poco en la sala de estar mientras se terminaban el té y los panecillos, con las motas de polvo brillando en la luz que se filtraba por las cortinas y el reloj de pie que había en un rincón destilando su mortecino tictac. Luego, ella le dio las ropas de lana que ya no quería y que le había apartado, lo condujo a la salida, y él las puso en el remolque. Le agradeció calurosamente las dádivas, el té y la charla, y le aseguró que volvería a pasarse cuando regresara por la

zona. Tras intercambiar gestos de despedida y desearse lo mejor, Henry reanudó el pedaleo de su bicicleta con ruedas de cuerda a lo largo de la calle principal, dejando tras de sí el tarareo de *Sublime Gracia* entre las hojas que caían y los rayos de sol vespertinos.

Tras abandonar la calle principal y volver a Bedford Road, continuó hacia el este. Jadeando mientras pedaleaba y cantando mientras se deslizaba, ahora tenía el sol prácticamente encima y apenas proyectaba sombra alguna. Al dejar Great Houghton, pudo ver a su derecha el cementerio de la población, con lápidas blancas y relucientes, cual fundas de almohada erigidas sobre una manta de hierba. Poco después dejó a su izquierda la senda que lo habría llevado a Little Houghton, pues allí no tenía asuntos que atender, y siguió la curva que describía la vía hacia el sudeste, en dirección a Brafield. Los arbustos que se alzaban a la vera del camino eran tan altos que en ocasiones, cuando atravesaba una depresión, la penumbra lo envolvía por completo, y aquí y allá atisbó entre las paredes de helechos unos agujeros que a buen seguro conducirían a madrigueras excavadas por animales, niños de la aldea o seres salvajes de similar condición. Algo con sangre en el hocico y barro negro en las patas, en cualquier caso.

La mayoría de las tierras circundantes eran parcelas de cultivo bastante llanas, y aunque eso podría llevar a pensar que el paisaje se parecía al de Kansas, en absoluto era así. Para empezar, Inglaterra era mucho más verde y aparentaba tener más tipos de flores, tal vez porque a sus gentes, incluso a las que vivían en sitios como Scarletwell Street, con sus pequeños patios de ladrillo, les gustaba practicar la jardinería. Otra razón era que en esas zonas tenían mucho más tiempo para ponerse meticulosamente ingeniosos hasta con la más simple de las cuestiones, como por ejemplo el modo de apilar un almiar, el de hacer un techo de paja, o el de levantar una pared que durara trescientos años colocando piedras sin emplear cemento. A todo lo largo de la extensión que alcanzaba a ver podían

observarse tales detalles, cosas que el trastatarabuelo de alguien había pensado cómo hacer allá por cuando la reina Isabel, o alguien parecido, se sentaba en el trono. Pozos, puentes y canales con esclusas en los que hombres con botas que les llegaban a los muslos vadeaban el barro para reparar las vías fluviales allí donde se hubieran resquebrajado. Incluso en lugares como aquel, sin rastro visible de acción humana, resultaba evidente la experiencia ganada por el hombre. Henry sabía que los solitarios árboles que iba dejando atrás, frutos aparentes de una naturaleza azarosa y salvaje, habían sido plantados años atrás por una razón bien ponderada. Tal vez como cortavientos para proteger una cosecha que ya no estaba allí, o puede que para obtener pequeñas y duras manzanas verdes con las que alimentar a los cerdos de la matanza. Ante él se extendía un edredón hecho de campos, y todas las fibras de hierba que lo componían albergaban un propósito.

Atravesó Brafield justo cuando la campana de la iglesia de San Lorenzo daba la una, y se detuvo unos minutos en las afueras antes de proseguir porque, dado que un rebaño de ovejas obstruía la carretera, tuvo que esperar a que las condujeran hacia los pastos. El hombre que acompañaba a las bestias balantes no entonó un saludo propiamente dicho, pero esbozó una especie de gesto con la cabeza y se tocó la visera de la gorra para mostrar su aprecio por la paciencia de Henry, quien sonrió y cabeceó a su vez, como indicando que no era molestia alguna, lo cual era verdad. El tipo contaba con la ayuda de un *collie* inglés para controlar a los animales, y Henry pensó que daba gusto observar a tales perros. No podía evitarlo; se había enamorado de esos sabuesos desde que los viera por primera vez a su llegada a Gales en el noventa y seis. Su único ojo azul y la forma de entender lo que uno les decía lo maravillaban siempre. No había perros así allí de donde venía, que era de Nueva York, y antes de Kansas, y antes de Tennessee. Se rascó el hombro mientras aguardaba de pie a que las últimas ovejas arrastraran sus fangosos traseros desde la carretera hacia la

cancilla de la cerca a la que pertenecían, y luego siguió su camino. En Brafield no había nadie a quien pudiera afirmar conocer, y antes de que el día tocara a su fin pretendía salvar el largo trecho que lo separaba de Yardley, mucho más halagüeño según sus previsiones.

Las nubes, sobrevolando el cielo cual naves, fluían como lo harían su bicicleta y su carro si él fuera inmune al ahogamiento y estuviera pedaleando sobre el lecho de un mar cristalino. Lo acompañaban el ritmo silbante de las ruedas y el clic constante, tranquilizador, del radio que llevaba suelto. El trayecto hasta Denton era mucho más recto y no exigía concentrarse en la conducción, así que podía distraerse escuchando el rumor de los árboles o el graznido de un cuervo distante que, movido por alguna iniquidad, reía con un tono similar al de los disparos de un rifle.

No había disfrutado de su travesía oceánica de Newark a Cardiffa bordo del *Orgullo de Belén*. La había acometido bien entrada ya la cuarentena, una edad poco apta para enfrentarse a las olas. Pero así habían surgido las cosas, y punto. Sus mejores años, por así decirlo, los había pasado en Marshall cuidando de papá y mamá hasta el fin de sus vidas, y no lo lamentaba ni un solo día. Tras morir ambos, sin embargo, nada lo retuvo en Kansas, donde no contaba ni con familia ni con nadie por quien albergara sentimientos. Por aquel entonces, Elvira Conely estaba trabajando para los Bullard y pasaba gran parte del tiempo acompañándolos en sus vacaciones, así que Henry no la veía nunca. Migró hacia al este en vagones de tren tan chirriantes como traqueteantes, alcanzó la costa y, en cuanto tuvo oportunidad de pagarse un pasaje en el sucio y viejo carguero que recalaba en Inglaterra, la aprovechó. Ni se lo pensó dos veces, aunque no por valentía, sino por no entender cuán lejos resultaría estar Gran Bretaña.

No sabía a ciencia cierta cuántas semanas llegó a pasar en alta mar, tal vez solo fueran un par, pero le parecieron una eternidad, y a veces se sintió tan enfermo que pensó que moriría allí antes de volver a pisar tierra firme. A fin de

evitar la visión de las interminables e irrompibles crestas, permaneció bajo cubierta lo mejor que pudo, cargando carbón en las calderas y con unos compañeros blancos que no hacían más que preguntarle si no se quitaba la camisa como ellos o si no tenía calor y tal. Henry se limitaba a sonreír y a decir que no educadamente, que no tenía calor y que estaba acostumbrado a lugares mucho más calurosos, aunque aquella no era, obviamente, la verdadera razón de que no trabajara a pecho descubierto. Luego, alguien hizo correr el rumor de que tenía un tercer pezón del cual estaba muy avergonzado, y él pensó que lo mejor era dejarlo estar, pues el tema pondría fin a todas aquellas preguntas.

El *Orgullo de Belén* llevaba chapas de acero y un lastre que incluía de todo, desde chocolatinas hasta novelas baratas, pasando por folletines. Por entonces, Estados Unidos producía más acero que Gran Bretaña, lo cual significaba que podían venderlo más barato aun con los gastos de transporte. Además, a su regreso irían cargados con lana de Gales, así que los armadores obtendrían pingües beneficios en ambos sentidos. Por su parte, cuando no estaba trabajando o mareado, Henry pasó el tiempo leyendo relatos del Salvaje Oeste en las páginas, ya amarillentas, de los folletines destinados a los baratillos. Ora disparando a forajidos, ora protegiendo trenes de bandidos, Buffalo Bill era el héroe de varias historias, cuando lo cierto era que no había hecho otra cosa que hacer el payaso en su circo ambulante. William Cody… Si alguna vez había existido un hombre más merecedor de terminar como una dura cara de piedra con una chimenea de humo caliente como compañera, Henry aún tenía que conocerlo.

Negros por los rastrojos recién quemados, a su derecha había ahora unos campos que sabía que pertenecían a Grange Farm,[37] sita un poco más adelante. Los pájaros blancos que saltaban entre los surcos chamuscados le parecieron gaviotas, pero aquella era la zona de Inglaterra que más lejos estaba del mar. La carretera se bifurcaba un poco más arriba, y uno de los ramales resultantes, conocido

como Northampton Road, llegaba hasta la plaza mayor de Denton, un lugar apacible, mas poco prometedor para los buhoneros. Para que el viaje le valiera la pena a Henry, lo mejor era pasarse una o dos veces al año, así que se mantuvo en el carril de su derecha para bordear el pueblo en dirección sur y continuar hacia Yardley, diminutivo coloquial de Yardley Hastings. Al poco de pasar Denton, cayó un aguacero tan breve que apenas sintió más que una o dos gotas en la frente cuando lo atravesó de parte a parte. Entre las blancas nubes superiores destacaban dos moles de un marmóreo color gris suave, pero en el cielo predominaba el celeste, y dudaba mucho que aquel chaparrón pasara a mayores.

A lo lejos, a su izquierda, pudo atisbar el oscuro mosaico de árboles que rodeaban el castillo Ashby. La única vez que había estado allí se topó con un hombre deseoso de contarle con pelos y señales los entresijos de la zona, y este le dijo que, en la antigua Londres, cuando quisieron tallar dos gigantes de madera para guardar las puertas de la ciudad, los llamaron Gog y Magog, y que fue del castillo Ashby de donde sacaron los árboles. El tipo, orgulloso de su hogar y su historia como tantos lugareños, añadió que creía que aquel era un lugar santo, y que por eso quiso Londres que los árboles fueran de allí. Henry no quedó muy convencido por entonces de la santidad de Northampton, y ni siquiera ahora, tras saber del reverendo Newton y *Sublime Gracia*, las tenía todas consigo. Sin duda era un lugar especial, aunque Henry no habría empleado el término «santo». Por un lado, la santidad, para él, era un concepto un poco más puro que Scarletwell Street. Por el otro, pensaba que el fulano llevaba razón en cierto modo: si algo santo había en aquel paraje eran, probablemente, los árboles.

Recordó el árbol que vio la primera vez que llegó a la zona junto a su reciente esposa, todo ello apenas seis meses después de arribar a Gran Bretaña. Tras desembarcar en Cardiffy decidir que sería incapaz de afrontar otro viaje por mar para regresar a casa, halló alojamiento en un lugar

llamado Tiger Bay en el que vivían algunas personas de color, pero aquello no era lo que quería. Allí habrían terminado igual que en Kansas, con toda la gente de color recluida en un barrio depauperado cada vez más parecido a Tennessee. No tenía nada en contra de los suyos, pero tampoco le agradaba que lo hacinaran como en un maldito zoo. Así las cosas, partió a pie hacia el centro de Gales, y de camino se encontró con Selina en un pueblo, Abergavenny, a orillas del río Usk. Pensándolo ahora, se enamoraron y casaron tan rápidamente que casi sentía mareos, y a eso se le sumó el hecho de que partieran de inmediato hacia Builth Wells durante la trashumancia. Sin darse cuenta, se había casado con una guapa chica blanca a la que le doblaba la edad, y allí estaba ella, acostada a su lado bajo una lona estirada mientras las cien mil ovejas que estaban ayudando a pastorear hacia Inglaterra balaban inquietas en mitad de la noche. El viaje duró casi tanto como el del *Orgullo de Belén*, pero al final llegaron a lo que ahora ya identificaba como Spencer Bridge, subieron por Crane Hill y Grafton Street hacia Sheep Street, y se encontraron el árbol.

Henry se había abierto paso entre el rebaño que atestaba la amplia calle hasta toparse con el pastor jefe a las puertas de lo que llamaban el Santo Sepulcro, la iglesia más antigua y extraordinaria que hubiera visto jamás. El tipo le dio una nota y le indicó que lo llevara a un edificio conocido como la Casa Galesa, en la plaza del mercado, para que le pagaran el trabajo. Su Selina y él subieron entonces por Sheep Street hacia el centro de la ciudad, y fue en un patio abierto a su derecha donde vieron el imponente árbol: un haya gigante tan alta y tan vieja que por fuerza tuvieron que detenerse a admirarla pese a lo deseosos que estaban de cobrar el recibo que Henry llevaba en los pantalones. El diámetro del tronco era tal que fácilmente habrían hecho falta cuatro o cinco hombres para rodearlo con los brazos, y más tarde supo que tenía setecientos años o incluso más. Contemplando un árbol tan antiguo, era imposible no pensar en todo lo que habría visto, en todo lo que habría acaecido a su alrededor a lo

largo de las eras. En los caballeros de antaño, y en todas las batallas de la guerra civil inglesa, librada mucho antes que la de América. Nadie habría sido capaz de permanecer allí como lo hicieron Selina y él sin preguntarse por el origen de cada marca y cada corte, sin intentar adivinar si se deberían a una pica o a la bala de un mosquete. Apenas estuvieron un rato observándolo antes de ir a cobrar el salario de Henry y de vagar por la ciudad hasta dar con un hogar en Scarletwell, zona que tampoco carecía de visiones fabulosas, pero, aun así, más allá de las consideraciones prácticas, él creía que aquel árbol había jugado un papel crucial a la hora de que Selina y él decidieran establecerse allí. Había algo en él que hacía que la ciudad pareciera sólida y arraigada. Y, además, no había nadie colgando de sus ramas.

De vuelta al presente, Henry llegó a Yardley pasadas las dos de la tarde. Tomó la primera calle a la izquierda, bautizada como Northampton Road, como la de Denton, y siguió hacia la plaza del pueblo, donde estaba la escuela. Era un hermoso edificio pétreo de color mantequilla con un bonito arco que daba al patio de recreo, y a través de una de las ventanas inferiores pudo atisbar a los niños en clase, pintando hojas de papel de estraza en una larga mesa de madera. Henry se proponía hacer negocios con el conserje, así que detuvo la bicicleta en la acera opuesta a la del edificio principal, cerca de su casa. El tipo era unos años más joven que él, pero tenía la desgracia de haber perdido casi todo el pelo y parecía más viejo. Tras acudir a la puerta al oír la llamada de Henry, no le invitó a pasar, pero depositó en la entrada una bolsa llena de cosas que había apartado y le dijo que eran suyas si las quería. Había dos marcos vacíos que consiguieron que Henry se preguntara qué habrían contenido en el pasado, un par de zapatos viejos, y unos pantalones de pana desgarrados por atrás de tal forma que casi se dirían partidos por la mitad. Le dio las gracias educadamente, puso todo en el carro junto a lo que ya había recogido en Great Houghton, y a punto estaba de darle la mano y partir cuando se le ocurrió preguntarle

cuán lejos quedaba Olney.

—¿Olney? Pues está a un tiro de piedra.

El conserje se sacudió del mono que vestía el polvo de los marcos, y entonces señaló hacia la izquierda, más allá de la plaza del pueblo.

—¿Ves allí Little Street? Lo que tienes que hacer es bajar por ella hasta High Street, que te llevará de vuelta a Bedford Road. Sigue por ahí hasta salir de Yardley y al poco verás a tu derecha un desvío de la carretera principal. Se llama Yardley Road, y llega cuesta abajo hasta Olney. La pendiente es tan empinada que lo que a la ida son cinco kilómetros, a la vuelta te parecerán ocho.

No parecía estar excesivamente lejos, y menos teniendo en cuenta lo rápido que había llegado hasta allí. Henry le agradeció la información y, al tiempo que volvía a montarse en la bicicleta, le dijo que volvería a pasarse por Navidad. Ambos se despidieron y él comenzó a pedalear con energía por Little Street pasando entre mujeres paradas frente a las tiendas y demás, apenas unos bultos negros que, coronados por bonetes, se deslizaban a través de aceras iluminadas por el dorado sol de la tarde.

Giró a la derecha en High Street y regresó a Bedford Road, justo como le había dicho el conserje. Salió de la aldea y dejó atrás el pub cercano al recodo, el Red Lion, con granjeros sedientos que acababan de regresar de los campos y que lo observaron en silencio cuando los superó. Quizá se debiera a las cuerdas que llevaba por ruedas, y no a su color de piel. Le pareció gracioso que la gente de por allí, tan ingeniosa a la hora de levantar muros o podar setos, reaccionara como si unas llantas con cuerdas fueran lo más estrambótico jamás visto. Si en lugar de soga hubiera utilizado serpientes de cascabel, el resultado no habría sido distinto. Tan solo era un truco que le había visto a hacer a otros tipos de color en Kansas. La cuerda era más barata, no se gastaba tanto como el caucho ni se pinchaba, y a él le iba bien. Ya está.

A lo largo de Bedford Road, en la acera opuesta a la esquina con High Street, el terreno se hundía, y donde el

afluente del río hacía lo propio había una cascada. La espuma resultante capturaba los rayos inclinados de luz y proyectaba un pequeño arcoíris cuyos colores, suspendidos en el aire, resultaban tan tenues que no dejaban de aparecer y desaparecer. Torció a la izquierda en la carretera principal y se alejó medio kilómetro de Yardley, momento en el que se topó a la derecha con el desvío, indicado con un cartel que rezaba «Olney». Describirlo como «empinado» no le hacía justicia. Se precipitó sobre él como el viento, dispersando sábanas de agua cristalina allí donde no pudo evitar los charcos, como de hecho fue el caso de un barrizal que se encontró a un tercio del camino y que estaba repleto de una nube enfermiza de mosquitos. A tal velocidad, no creyó tardar ni cinco minutos en ver un poco más adelante los tejados del pueblo. Antes de llegar a destino, dejó que sus patines de freno rozaran la tierra del sendero para ralentizar la marcha y evitar accidentes. En su cabeza ya anidaba el pensamiento de lo mucho que le costaría remontar aquella colina al volver, pero trató de ignorarlo a fin de concentrarse en la gran aventura de ir disparado como un cohete pirotécnico mientras sus ruedas chisporroteaban estiércol seco.

Ya en Olney, descubrió que el lugar era más grande de lo que imaginaba. De todo lo que vio, lo único que se asemejaba al campanario de una iglesia estaba al otro lado de la ciudad, así que allí se dirigió. Todas las personas que se iba cruzando por la calle se quedaban mirándolo, pues nunca había ido por allí antes y no cabía duda de que, a sus ojos, debía constituir una tremenda novedad. Mantuvo la cabeza gacha, mirando hacia el pavimento que surcaba y procurando no ofender a nadie. Las calles estaban en calma, sin excesivos carruajes a aquella hora de la tarde, y sintió un poco de apuro por el estruendo que hacía el carro al precipitarse por los adoquines. Alzó la vista un instante y captó en el escaparate de un ferretero su veloz reflejo: un hombre negro de barba y cabello blancos, subido a una extraña máquina, que atravesaba las ollas y sartenes expuestas como si no fuera más consistente que un

fantasma.

Sin embargo, cuando al fin llegó, sintió que todo había valido la pena. En los límites inferiores de Olney, y con el río Gran Ouse y sus lagos extendiéndose hacia el sur, la iglesia resultaba una visión tan imponente como inspiradora. Naturalmente, al ser viernes no estaba abierta, así que Henry apoyó la bicicleta contra un árbol y rodeó el edificio una o dos veces, admirando los ventanales con sus viejas vidrieras y oteando la aguja, tan elevada que la había divisado desde el otro extremo del pueblo. El reloj de la torre marcaba casi las tres y media, o como decían en Scarletwell, «las tres y veinticinco pasás». Calculó que tenía tiempo de curiosear un poco y aun así regresar a casa antes de que oscureciera y de que Selina empezara a preocuparse.

En cualquier caso, al no ver en la iglesia ninguna mención al pastor Newton o a *Sublime Gracia*, sintió algo de decepción. Tal vez fuera por su ingenua concepción de cómo se hacían las cosas en Inglaterra, seguro que sí, pero esperaba que al hombre le hubieran dedicado una estatua o algo; una en la que apareciera pluma en mano, por ejemplo. Sin embargo, no tenía ni un mal semblante cerca de una chimenea. Justo al otro lado de la calle, en cambio, había un cementerio. Aunque desconocía si al pastor Newton lo habían enterrado allí, pensó que cabía esa posibilidad, así que cruzó la calzada y entró por la puerta superior, de la que partía un senderito que bordeaba un prado. En la hierba alta cercana a sus pies había cosas saltando y peleando. No estaba seguro de si eran ratas o conejos, pero, al igual que en los Boroughs, le dio igual.

Salvo por Henry y los muertos del pueblo, el camposanto parecía desierto. Por ello, al doblar por una de las veredas que atravesaban las hileras de lápidas, le sorprendió ver, justo al lado de un ángel al que, cual veterano de alguna guerra, le faltaba media nariz y la mandíbula, a un hombretón en mangas de camisa, con un chaleco y una gorra sobre sus sienes plateadas, que estaba arrodillado desbrozando una tumba. El hombre alzó la vista, más sorprendido de ver a Henry que Henry de verlo a

él, y este último pudo apreciar que era viejo, más viejo que él, quizá cercano a la setentena. Era robusto, eso sí, y lucía unas patillas en forma de chuleta a ambos lados de un rostro ruborizado por el sol. Bajo la visera llevaba unas pequeñas gafas de alambre sostenidas en la punta de la nariz, aunque se las subió para poder inspeccionar mejor a Henry.

—Santo Dios, chico, vaya susto me has dado. Ya creía yo que el viejo Nick[38] venía a llevarme. No te he visto antes por estos lares, ¿verdad? Deja que te eche un vistazo.

Henry notó que le costaba incorporarse desde la tumba y le ofreció una mano que el viejo aceptó con gratitud. Una vez en pie, observó que medía cerca de metro setenta, un poco menos que él. Al examinarlo, los ojos azules del hombre centellearon a través de las lentes de las gafas, como si se sintiera complacido con lo que veía.

—Bueno, pues pareces un tipo decente. ¿Qué te trae a Olney, si no te importa que te lo pregunte? ¿Buscabas a alguien enterrado aquí?

Henry le confirmó que así era.

—Vengo de Scarletwell Street, señor, en Northampton, y allí la mayoría me conoce como Charley el Negro. Hoy mismo he sabío de un reverendo que antes predicaba aquí en Olney, de apellido Newton. Parece ser que es el hombre que escribió *Sublime Gracia*, una canción que admiro mucho. Estaba buscando en la iglesia de enfrente algún rastro suyo cuando se me ha ocurrío que bien podría yacer en los alrededores. Si conoce este cementerio, señor, le estaría agradecío si pudiera guiarme hasta su tumba.

El anciano hizo un puchero con los labios y sacudió la cabeza.

—Bendito seas, pero no está aquí. Creo que el reverendo Newton descansa en Santa María Woolnoth, en Londres, que es adonde fue tras dejar Olney. Pero, mira, resulta que soy el capillero de la iglesia. Dan Tite, me llamo. Estaba adecentando las tumbas por distraerme un rato, pero estaría encantado de acompañarte a la iglesia y dejar que pasaras para echar un vistazo. Tengo la llave aquí

mismo, en el bolsillo del chaleco.

Sacó una gran llave de hierro negra y la sostuvo para que Henry la observara. Desde luego, era una llave. No había duda. Del mismo bolsillo, el capillero extrajo una pipa de arcilla y una tabaquera. Mientras volvían a la entrada, rellenó la pipa y la prendió con una cerilla, de modo que un dulce aroma a madera y coco quedó flotando entre los tejos y las tumbas. Tras aspirar vigorosamente la boquilla de la pipa hasta estar seguro de haberla encendido, Dan Tite reanudó la charla con Henry.

—¿De dónde es ese acento? No creo haberlo escuchado nunca.

Henry asintió al tiempo que Dan cerraba la puerta del cementerio, y luego reanudaron la marcha hacia Church Street. Ahora ya pudo constatar que lo que se movía en el suelo eran conejos, pues sus hocicos asomaban aquí y allá en los hoyos que habían cavado en el césped, y sus orejas sobresalían entre el rocío como patucos de bebé.

—No, señor, no esperaba que lo hubiera escuchao. Llegué de América hará unos doce o trece años. Nací en Tennessee, y después viví un tiempo en Kansas. Yo creía que ya hablaba como la gente de Northampton, pero mi mujer y mis hijos me dicen que no.

El viejo guardés se rio. Avanzaron por la calle adoquinada hacia la iglesia, en donde la bicicleta y el remolque de Henry seguían apoyados contra el árbol.

—Pues hazles caso, porque tienen razón. Ese acento que tienes no suena para nada como el de Northampton, y yo digo que es mejor así. Son muy descuidados hablando por allí. No se molestan en pronunciar el final de las palabras, y a veces ni siquiera el medio, así que lo que les sale es un auténtico desastre.

El hombre se detuvo, a medio camino del portón del edificio, y volvió a subirse las gafas desde la punta de la nariz para estudiar la bicicleta de Henry y el carro que había detrás, inclinados sobre el álamo. Miró el artefacto, luego a Henry, luego el artefacto otra vez, y entonces sacudió la cabeza y fue a abrir la puerta para que pudieran

entrar.

Lo primero que notaron fue el frío que ascendía desde las losas del suelo, así como el ligero eco que provocaba cualquier sonido. Allí, en la sala delantera de la iglesia, esa que llamaban «vestíbulo», tenían puesto un enorme despliegue de flores, gavillas de trigo, botes de mermelada y demás, y Henry se figuró que los niños lo habrían traído para la fiesta de la cosecha. El lugar era frío, gris y sombrío, pero aquello hacía que reinara en el aire una suerte de perfume matutino. Colgado y enmarcado sobre las flores había un retrato, y pese a que la pintura era oscura y estaba situada en una estancia más oscura aún, Henry supo de quién se trataba en cuanto lo vio.

La cabeza del hombre era casi cuadrada y demasiado grande para su cuerpo, aunque Henry concedió que podía ser un fallo del pintor. Llevaba una túnica eclesiástica y una de esas pelucas que se estilaban en la época dieciochesca, muy cortas por arriba y con trenzas grises de lana enrolladas a ambos lados cual cuernos de carnero. Uno de sus ojos transmitía angustia, pero también estaba lleno de una suerte de esperanza cautelosa; el otro, el del perfil que quedaba en sombras, parecía muerto y vacío, con el aspecto de quienes soportan cargas penosas sin poder deshacerse de ellas. Quizá por tener el alzacuellos muy apretado, la grasa de la mandíbula le sobresalía hacía arriba en una pequeña papada rolliza, y la boca que había justo encima aparentaba no saber si reír o llorar. John Newton, nacido en mil setecientos veinticinco, fallecido en mil ochocientos siete. Henry clavó sus ojos en el retrato; unos ojos que sabía que eran del mismo color que las teclas de un piano, amplios y casi luminosos allí, en la penumbra.

—Ah, sí, es él. Ahí tienes al reverendo Newton. Siempre he pensado que parece un alma vieja y cansada, un poco como esas pobres ovejas que dejan de sacarse a pastar.

Mientras su visita apreciaba el lóbrego retrato de Newton, Dan Tite fue a rebuscar en la pila de himnarios que había en un rincón. Luego, se volvió y cruzó las sonoras losas susurrantes que lo separaban de Henry al tiempo que

sacudía la tapa de un viejo libro.

—Toma, échale un vistazo a esto. Es un ejemplar de *Himnos de Olney*, impreso por primera vez antes de mil ochocientos. Aquí tienes todos los que escribió junto al señor Cowper, poeta y gran amigo suyo, y del que tal vez hayas oído hablar.

Henry confesó que no sabía quién era. Aunque no veía la necesidad de pregonarlo a todas horas, jamás había aprendido a escribir, y era un hecho que tampoco leía muy bien, salvo por los rótulos de las calles y los himnos cuya letra ya conociera. En cualquier caso, a Dan no le preocupó su falta de familiaridad con el tal «Cooper», pues siguió pasando las hojas amarillentas del libro hasta dar con lo que buscaba.

—Bueno, tampoco es que importe, aunque conste que el señor Cowper también era de Olney y que todo esto lo escribieron juntos, por más que fuera el señor Newton el que se ocupara de la mayor parte. Este de aquí, el que tanto te gusta, estamos casi seguros de que lo escribió Newton en solitario.

El anciano le pasó el libro de himnos a Henry, que lo alzó cuidadosamente con ambas manos como si fuera la reliquia sacra que él creía que era. La página por la que estaba abierto exhibía un encabezado que le tomó un tiempo descifrar, pues no rezaba lo que él esperaba, que era «Sublime Gracia». En su lugar, lo que decía era «Expectativa y Revisión de la Fe», y luego había algunos versículos bíblicos del primer libro de las Crónicas, esos en los que el rey David preguntaba al Señor: «¿Qué es mi casa para que me hayas hecho llegar hasta aquí?». Finalmente, bajo esa cita, aparecía la letra impresa de *Sublime Gracia*. Henry la ojeó tarareándola en su cabeza para que así le fuera más fácil reconocerla, e iba bastante bien hasta que llegó a la última estrofa, que no era a la que estaba acostumbrado. Esa, la que él se sabía, decía que, cuando lleváramos diez mil años cantando alabanzas a Dios bajo el sol brillante y reluciente, no habríamos hecho más que empezar. La del libro, en cambio, no mencionaba los diez mil años por

ninguna parte, y tampoco hablaba de nada brillante o reluciente:

> La tierra pronto se disolverá como la nevada,
> el sol cesará de brillar;
> pero con Dios, que aquí convocó mi bajada,
> siempre podré contar.

Tras considerarlo, Henry decidió que prefería los versos que conocía, aunque entendió que no eran los que el reverendo Newton había escrito. Lo más probable, pensó, era que el de los diez mil años y el sol reluciente lo hubiera escrito en Estados Unidos, que era un país más joven que Inglaterra y con una visión de las cosas más luminosa. Aquí la tierra era más vieja, y había visto ir y venir toda clase de grandes reinos; era un país en el que el Juicio Final diríase cercano, en el que el suelo que se pisaba podía reducirse a polvo por su edad, y en el que el sol se veía capaz de churruscarse sobre sus cabezas en cualquier momento. A Henry le gustaba más la versión que le habían enseñado, pues daba la impresión de que todo iría bien, pero en su corazón sabía que la del señor Newton era, posiblemente, la más próxima a la verdad. Permaneció quieto durante unos minutos mientras terminaba de leerlo todo, y luego le devolvió el libro a Dan Tite murmurando que el señor Newton fue un gran hombre, un gran hombre.

El guardián cogió el *Himnos de Olney* de sus manos y lo puso de nuevo donde estaba. Miró a Henry inquisitivamente por un momento, como tratando de averiguar algo, y, cuando habló, su voz sonó más suave e íntima, como si ahora ya estuvieran hablando de los asuntos realmente importantes.

—Lo fue, sí. Fue un gran hombre, y creo que es muy cristiano por tu parte el decirlo.

Henry asintió, aunque sin saber muy por qué. No entendía el motivo de que hacer un simple cumplido fuera un acto cristiano, pero tampoco quería que Dan Tite lo tomara por un negro analfabeto, así que no dijo nada. Se quedó parado, balanceándose de un pie a otro, mientras el

hombre lo calibraba a través de sus pequeñas gafas redondas. Dan notó la esquiva e insegura mirada de Henry y dejó escapar un suspiro.

—Charley… te llamabas Charley, ¿verdad? Bien… déjame preguntarte algo, Charley. ¿Hasta qué punto oíste hablar del señor Newton, de su vida y demás, allí en tu tierra?

Henry admitió, para su vergüenza, que no había oído el nombre de Newton antes de aquella tarde, y que ignoraba que hubiera escrito *Sublime Gracia*. Él capillero le aseguró que no tenía importancia, y luego continuó con lo que estaba diciendo.

—Lo que debes comprender es que el señor Newton no escuchó la llamada de la fe hasta tener casi cuarenta años, y que a esa edad andaba algo maleado, no sé si me explico.

Henry no estaba muy seguro, pero Dan Tite prosiguió igualmente.

—Verás… su padre era capitán de un barco mercante, siempre estaba en el mar, y el joven John Newton era un chaval de once años cuando se le unió. Hizo varios viajes con él, por así decirlo, antes de que se retirara. Y creo que no llegaba a los veinte años cuando lo alistaron a la fuerza en un buque de guerra. Luego, desertó y lo azotaron.

Henry sintió un escalofrío y se rascó el brazo. Había visto azotar a otros hombres. Cuando Dan Tite retomó su relato, el eco de sus palabras murmuró desde la esquina del vestíbulo como procedente de algún pariente viejo y senil.

—Entonces pidió servir en otro barco. Era un barco de esclavos con destino a Sierra Leona, en la costa occidental de África. Se convirtió en criado del comerciante y recibió un trato brutal, como podrás imaginarte siendo un muchacho de esa edad. Sin embargo, tuvo suerte, porque un capitán que conocía a su padre acudió en su ayuda.

Henry entendió por qué Dan Tite le contaba todo aquello por más doloroso que fuera. Le había sorprendido descubrir que *Sublime Gracia* la hubiera escrito un blanco, pues siempre había creído que el dolor descrito en esa canción solo podía haberlo sufrido un negro, pero ahora

todo cobraba sentido. El señor Newton había sido prisionero en un barco de esclavos, justo como mamá y papá. Igual que los suyos, había padecido en manos de rufianes y diablos. Y así es como había llegado a escribir aquellas palabras sobre la dulzura de hallar consuelo en el Señor tras tales suplicios. El capillero quería hacerle saber que las convicciones contenidas en *Sublime Gracia* provenían de las duras experiencias del señor Newton, era evidente. Y Henry se lo agradecía en el alma. Le había suscitado más respeto por el buen hombre que había tras los versos. En adelante, cuando cantara *Sublime Gracia*, podría pensar en el pastor Newton y en las tribulaciones que había soportado. Sonriendo, le tendió la mano a Dan Tite.

—Señor, le estoy muy agradecío por esta información y por el hecho de que se haya tomao la molestia de desgranármela. Parece ser que el señor Newton las pasó canutas, sí, pero gracias a Dios vivió para contarlo y escribió una canción hermosísima. Después de oírle a usted, mi estima por él es aún mayor.

El guardés no le estrechó la mano. Por el contrario, levantó la palma de la suya como en señal de advertencia. El rostro rosado del viejo adoptó entonces una expresión realmente seria. Al sacudir la cabeza, sus blancas patillas ondularon cual velas.

—Aún no lo has oído todo.

El reloj de una iglesia dio las cuatro y media, bien en Olney, a su espalda, bien en Yardley, más adelante, después de que su bicicleta y su carro hubieran sorteado los penosos charcos que tan velozmente habían salpicado con anterioridad al bajar por la empinada cuesta de Yardley Road, cuya cima al fin había vuelto a alcanzar.

Se sentía roto, no sabía qué pensar. Tras pedalear otro poco, se había detenido a frotarse los ojos con el dorso de la mano para secarse las lágrimas de las mejillas y poder ver algo más que una mísera neblina marrón y verde. Pero, al

oír el reloj, volvió a subirse al sillín para retomar el largo periplo que lo devolvería a Scarletwell.

John Newton se hizo esclavista. Eso decía Dan Tite. Pese a haber sido rescatado de un tratante, pese a saber cómo eran aquellos barcos, volvió y consiguió un navío para dedicarse él mismo al negocio. Se hizo rico, se enriqueció con la esclavitud, y luego se arrepintió enormemente, se metió a pastor y escribió *Sublime Gracia*. Dios mío, Señor misericordioso… *Sublime Gracia* era obra de un esclavista. Tuvo que hincar sus patines de madera en el suelo para volver a limpiarse las lágrimas.

¿Cómo era posible? ¿Cómo pudo un chico que fue azotado a los diecinueve años, que sufrió Dios sabe cuántas penurias como criado de un esclavista, y que pasó por todo aquello, ir luego a hacérselo a otra persona por dinero? Ahora comprendía esa mirada, esos ojos que había visto en el retrato. John Newton era un pecador, un hombre con sangre, brea y plumas en las manos. Lo más probable era que estuviese en el infierno.

Se había recuperado un poco, así que empezó a pedalear de nuevo. Subió por Bedford Road y volvió a pasar junto al Red Lion, ahora a su derecha. A juzgar por el alboroto que subía por la calle, el lugar parecía abarrotado esta vez, con la risa de la gente y las canciones que entonaban diseminándose por los campos desiertos. A su izquierda, el arcoíris que había sobre la tumultuosa cascada había desaparecido. El sol declinaba al oeste frente a Henry, quien tomó la segunda curva de Yardley en dirección a Denton mientras su corazón quedaba atribulado por pensamientos de todo tipo.

Le dio un par de vueltas y pudo ver que no solo era cuestión de cómo Newton había sido capaz de pasar de un extremo del látigo al otro. En retrospectiva, consideraba probable que otros muchos hubieran hecho lo mismo. No en vano, él mismo conocía a personas maltratadas que después se habían cebado con los demás. Así que no, John Newton no era excepcional por eso, por haber empezado casi como un esclavo para luego tomar las riendas del

negocio. No había nada raro en ello, o al menos no demasiado. Lo que le devanaba los sesos era cómo había sido capaz de ejercer un oficio tan cruel y escribir luego *Sublime Gracia*. ¿Acaso eran una impostura las líneas que tanto conmovían a Henry y a los suyos? ¿Acaso no se diferenciaban en nada del Show del Salvaje Oeste de Buffalo Bill, más allá de celebrarse en una iglesia y de sustituir a los pieles rojas de Cody por un puñado de buenos sentimientos?

A su derecha, hacia el norte, una bandada de pájaros salpicó de motas negras los oscuros bosques del castillo Ashby como cenizas que se elevaran de un suelo recién quemado. Continuó por Bedford Road, cerniéndose como un cuervo sobre el manillar. Visto desde arriba, pensó, debía guardar cierta semejanza con uno de esos artilugios de hojalata que había visto, esos en los que accionabas una manivela y un tipo diminuto montado en una bicicleta avanzaba centímetro a centímetro sobre una guía moviendo los pedales arriba y abajo únicamente con las rodillas.

Incluso sabiendo lo que ahora sabía sobre Newton, no entendía cómo unas palabras tan sinceras podían fingirse de principio a fin. Dan Tite decía que la mayor parte de la gente pensaba que la canción se había escrito a raíz de una terrible tormenta que Newton había atravesado, a bordo de su barco de esclavos, durante un viaje de regreso emprendido en mayo de mil setecientos cuarenta y ocho. Él lo consideró su «gran liberación», el día en que la gracia de Dios descendió sobre él, aunque tardó casi siete años en dejar el negocio. Dicho esto, según el capillero, empezó a tratar decentemente a sus esclavos, aunque Henry no sabía cómo podía usarse la palabra «decentemente» en la misma frase que «esclavos». A su juicio, habría sido como decir que las arañas trataban bien a las moscas. Sea como fuere, reconoció que el hecho de que el tipo no se hubiera convertido de la noche a la mañana, tal y como él afirmaba, no descartaba que su conversión hubiese sido sincera. Era posible que, llegada la hora de escribir *Sublime Gracia*, Newton se hubiera arrepentido de muchas de las cosas que

había hecho, y que por eso en la canción se describiera como un miserable. Henry siempre había pensado que por «miserable» se refería a un «desgraciado» cualquiera, pero ahora se daba cuenta de que Newton podría haber introducido ahí un doble sentido, uno de carácter personal. Un miserable como yo. Un miserable esclavista, fornicador, bebedor, putero y blasfemo como yo. Henry nunca había interpretado el himno de esa forma; se había limitado a escuchar las hermosas palabras que contenía sin percibir la violencia o el dolor. Antes de aquel día, jamás había percibido la vergüenza.

A medida que se aproximaba a Denton, su sombra se alargaba tras él. El camino se bifurcaba en este punto igual que en el otro extremo del pueblo, y Henry cogió la ruta más a su izquierda para así sortear el lugar. Tomó el camino lateral que bajaba hacia Horton y pasó junto a los montículos de paja de Grange Farm, que quedaban un poco más lejos. Los negros surcos arados que colmaban los campos estaban espolvoreados de oro en sus cimas, tocadas por los rayos del sol crepuscular. Los músculos y nervios de su espalda, quejosos, le hicieron notar la edad durante su avance hacia Brafield, con los caballos contemplándolo, indiferentes, desde el otro lado de los setos.

Según Dan Tite, John Newton dejó los mares y el esclavismo unos años después de casarse en mil setecientos cincuenta. Pero, incluso entonces, pareció ser más la mala salud, y no la convicción, lo que enmendó su trayectoria. Luego, alrededor de mil setecientos sesenta, fue ordenado sacerdote en Olney, donde conoció a su amigo poeta, el señor Cooper, cuyo apellido se escribía Cow-per y que había llegado al pueblo unos años antes. Por lo poco que Tite le había contado sobre Cowper, Henry deducía que el poeta era un hombre de mente y corazón atribulados, e intuía que tal vez ese fuera el motivo por el que John Newton se congració con él. Juntos escribieron himnos para misas, reuniones de oración y demás, pero fue Newton el que se encargó de la mayor parte, pues por cada cuatro que ideaba, Cowper solo producía uno. Diríase que al pastor

Newton se le daba muy bien escribir, y no solo por los himnos, sino también por sus diarios y su correspondencia. El capillero decía que, de no ser por las obras de Newton, nadie sabría ahora cómo había sido la esclavitud en el siglo XVIII. Henry supuso que se refería a «nadie que fuera blanco».

En teoría, Newton no escribió *Sublime Gracia* hasta mil ochocientos setenta, más o menos a la edad de cuarenta y cinco años y una década después de haberse mudado de Olney a Londres, donde fue párroco de un lugar llamado Santa María Woolnoth. Allí dio sermones muy apreciados, y luego perdió la vista antes de morir a los ochenta y dos años. Tal vez pensara que había expiado sus pecados, pero Henry no conocía peor crimen que el de esclavizar a otros. Incluso el Señor, en toda su misericordia, llegó a mandar sus plagas a Egipto por la esclavización de los hebreos, y Henry no estaba muy seguro de qué habría que hacer para expiar un pecado de tal gravedad.

Estaba tan absorto en sus propios pensamientos que, casi sin darse cuenta, había cruzado Brafield e iba ya en dirección oeste, hacia los Houghtons, con el sol del ocaso a punto de prender los árboles del horizonte como si fuera una tea incandescente. Cavilaba sobre la singularidad de que Newton se hubiera quedado ciego tras afirmar justo lo contrario en *Sublime Gracia*, pero también sobre otra cosa que Dan Tite le había dicho respecto de su labor como párroco de Santa María Woolnoth en Londres. El viejo guardés le había comentado que entre la congregación del lugar se hallaba el señor William Wilberforce, abolicionista convencido y uno de los mayores promotores del fin de la esclavitud. A este respecto, Wilberforce consideró de lo más inspiradores los sermones del pastor Newton. Genuino o no, de no haber sido por la gran contrición de Newton era posible que la esclavitud no hubiera sido abolida tan pronto, o incluso que no hubiera sido abolida en absoluto. Las luces y las sombras de la cuestión se arremolinaron en su cabeza al abordar las curvas de Little Houghton, a su derecha, y la de Great Houghton, que apareció un kilómetro

y pico después a su izquierda. El cielo de Northampton era como un tesoro en mitad de un lecho de rosas.

Henry sabía que lo más cristiano sería perdonar al señor Newton por lo que había hecho, pero la esclavitud, para él, no solo era una palabra sacada de esos libros de historia que no podía leer. Se rascó el brazo y pensó en lo que recordaba de aquellos días. Calculó que debía rondar los trece años cuando el señor Lincoln liberó a los esclavos tras ganar la Guerra Civil. Por entonces, él llevaba seis años siendo esclavo, desde los siete, pero no se acordaba del día en el que lo marcaron como tal, excepto por las lágrimas de su madre mientras le decía que se calmara. Lo que tenía grabado a fuego era lo mucho que se asustaron todos al saber que se habían emancipado. Fue como si, en sus corazones, supieran que las personas de color tendrían problemas una vez liberadas, cosa que ocurrió. A los viejos capataces de las plantaciones les gustaba señalar que los esclavos eran más felices antes de que los soltaran, pero fueron esos capataces y sus amigos los que se aseguraron de que así fuera. En la década que Henry y los suyos pasaron en Tennessee antes de partir a Kansas, no hubo más que violaciones, palizas, ahorcamientos, matanzas e incendios; se ponía malo solo con evocarlo. Los castigaron por el mero hecho de haber sido liberados, esa era la cruda realidad.

Mientras las llamas del horizonte morían en los bancos de nubes de poniente y el azul oscuro de las nubes teñía el cielo a su espalda, Henry bordeó Midsummer Meadow en dirección a Beckett's Park. Las gentes de Scarletwell mentaban aquellos campos como Cow Meadow, aunque pronunciaban «Medder», no «Meadow». Por lo que sabía, allí había concluido otra de las guerras de Inglaterra. No era la Guerra Civil, cuya última gran batalla acaeció no obstante en algún lugar cercano, sino otra, referida como la de las Dos Rosas, de la que él desconocía el motivo o incluso el período. No pudo evitar pensar que, si Inglaterra fuese Estados Unidos, en un lugar en el que hubieran terminado tanto la guerra de la Independencia como la Guerra Civil habría sin duda algún monumento enorme. Tal

vez aquí fuera esa la costumbre, no hablar mucho de las cosas, pero siempre había tenido la impresión de que a los ingleses les encantaba jactarse de su pasado tanto como a los demás y con mayor frecuencia que la mayoría. Era como si los tipos que escribían los libros de historia fueran incapaces de ver Northampton, bien porque tuviera un velo alrededor, bien porque ellos llevaran anteojeras y la ciudad quedara en el ángulo muerto de su visión.

Cuando llegó al cruce, con el hospital a su derecha y lo que se conocía como Dern Gate frente a él, se detuvo cerca de la fuente del pozo de santo Tomás Becket, apoyó la bicicleta contra la tosca pared y bebió un poco, justo como antes. El agua no le supo tan buena como por la mañana, aunque admitió que sus sentimientos podían tener algo que ver. Ahora tenía un matiz más amargo. Podía notar el regusto metálico.

Volvió a la bicicleta, dobló a la izquierda en el cruce y recorrió Victoria Promenade, que discurría hacia el norte por un lateral del parque. Esquivó carretas, tranvías y demás, así como a la gente que volvía a casa desde el trabajo bajo aquel cielo casi púrpura, y fue aplastando las hojas de las cunetas a medida que dejaba atrás los prados para internarse en el hedor familiar de los corrales de animales. Estos quedaban a su izquierda, y de vez en cuando dejaban escapar mugidos y balidos desde la penumbra. Al pasar a su lado, recordó la impresión que las ovejas, vacas y demás bestias causaban de día, marcadas en el lomo con pequeñas salpicaduras de tinte rojo y azul. Ahora que caía, jamás había visto un animal marcado a fuego en todos los años que llevaba allí. Rumió la idea mientras pasaba junto al Hotel Plough, a su derecha en el cruce de Bridge Street, y siguió en dirección a la férrea silueta del gasómetro que afloraba entre la luz grisácea de Gas Street. Al llegar, extendió la mano derecha para indicar que iba a girar y enfiló hacia el norte por Horseshoe Street con el corazón en un puño.

El pastor Newton seguía hostigándolo. No estaba seguro de poder seguir disfrutando de *Sublime Gracia* igual

que antes, no después de lo que había averiguado. Ni siquiera estaba seguro de ser capaz de volver a una iglesia creyendo que los clérigos podrían haberse enriquecido Dios sabía cómo. No había llegado al punto de dudar de su fe, pues eso sería imposible, sino que más bien dudaba de los pastores que la proclamaban. Podría ser que, en un futuro, volviera a rezar sus oraciones en graneros y cobertizos, en cualquier lugar tranquilo, como solía hacer en Tennessee junto a su familia. Cuando uno se arrodillaba en un establo, percibía a Dios igual que en una iglesia. La única diferencia era que, en un establo, estabas seguro de no tener al diablo en el púlpito.

Reconocía que no era justo juzgar a todos los sacerdotes por los pecados de uno, pero, aun así, su confianza en dicho gremio había mermado. Ni siquiera estaba seguro de poder juzgar justamente a John Newton por todas las contradicciones que contenía su historia, pero sí sentía que tenía derecho a estar muy decepcionado con el hombre. El criterio con el que Henry ponderaba tales asuntos era el de la conducta de la gente corriente, y ni él mismo ni nadie que conociera habían esclavizado jamás a otra persona.

Por supuesto, nadie que él conociera había escrito *Sublime Gracia*, influido en el señor William Wilberforce ni nada de eso. También había que tenerlo en cuenta. Mientras subía a duras penas por los adoquines de Horseshoe Street, los argumentos bulleron en su cabeza sin arrojar ninguna conclusión satisfactoria. Una vez en la parte superior de la calle, en el cruce con Gold Street, vio un viejo y enorme ómnibus proveniente de Marefair que le obligó a clavar sus patines de madera en el suelo para dejarlo pasar.

Por el rabillo del ojo, mientras esperaba, vio a un joven flaco que holgazaneaba en la esquina del Palacio de Variedades. Este último miró a Henry, quien, con el humor un tanto hosco que gastaba, asumió que lo hacía por ser negro, por llevar cuerdas en las ruedas, o por alguna tontería como esa. Fingió no darse cuenta del

escudriñamiento del chaval y, cuando el ómnibus hubo pasado hacia Gold Street, reanudó la marcha cuesta arriba más allá del cruce, a través de lo que llamaban Horsemarket. La negrura caía sobre los Boroughs como una fina capa de hollín al tiempo que Henry pedaleaba por su extremo oriental, y las lámparas de gas ardían ya tras alguna ventana. Todos los carruajes llevaban las linternas encendidas, así que se alegró de que su barba y su pelo fueran blancos, pues la gente lo vería y no correría el riesgo de ser arrollado.

Más empinada de lo normal, Horsemarket lucía las acogedoras casas de los médicos a su izquierda y la gran arboleda que sobresalía de Katherine's Gardens al otro lado. En el siguiente cruce, torció hacia Mary's Street. Entre chasquidos y traqueteos, se zambulló en la madeja canosa del viejo barrio, que antaño fue la ciudad misma.

Por mucho que a Henry le gustara el barrio en el que vivía, no podía decir que al anochecer le apeteciera mucho contemplarlo. Era el momento en el que todo perdía su contorno y su forma, en el que lo que durante el día se diría irreal pasaba a ser posible. Duendes, monstruos y cosas así, esa era la hora en la que se veían, en la que la pintura descascarillada de una puerta de madera se convertía en algo que aguardaba allí, en la que las sombras de una mata de ortigas componían un enorme rostro que mutaba en el viento, con los ojos entrecerrados llenos de malevolencia. El crepúsculo jugaba esas malas pasadas a cada instante, sí, aunque a veces le daba la sensación de que los Boroughs se hubieran edificado de forma especialmente retorcida para poder albergar la tiniebla y la zozobra entre sus esquinas, nidos auténticos de fantasmas tristes y harapientos. Las cuerdas de sus ruedas vibraron sobre las piedras a medida que se deslizaba por las penumbrosas callejuelas, a buen seguro repletas de hadas sumergidas en depósitos de agua y de necrófagos agazapados en las alcantarillas. La inclinación hacía que las casas y las tiendas se cernieran sobre él, pálidas en el ocaso cual estalagmitas de piedra caliza que crecieran en una cueva. Hermoso por las

mañanas y perezoso por las tardes, aquel lugar resultaba radicalmente distinto por las noches.

No por ello corría uno el riesgo de ser atacado o asaltado, un temor respecto a los Boroughs que Henry sabía que estaba muy extendido entre los vecinos de los mejores barrios de la ciudad. En su mente no había sitio más seguro que aquel, en el que nadie robaba a nadie porque todos sabían que estaban en la miseria. Las palizas y los ataques no podía negarlos, pero no había ni punto de comparación con Tennessee. Lo que había en los Boroughs eran personas tan cabreadas interiormente que lo único que querían era emborracharse y pelearse para desfogarse un poco. No era agradable verlo y resultaba difícil sentarse a mirar cómo los chicos, y también las chicas, se echaban a perder de aquella manera, pero no era como Tennessee. Allí, un puñado de hombres concentraban el poder y castigaban a un montón de gente indefensa. Aquí solo había gente pobre que únicamente era capaz de hacerse daño a sí misma, aunque Henry reconocía que ese daño podía llegar a ser realmente atroz.

No, los Boroughs no estaban llenos de navajeros. No era eso lo que hacía del lugar un paraje aterrador al caer la noche, no era algo tan racional. Sobrenatural; así era cuando faltaba la luz del día, una luz que mantenía a distancia ese otro mundo en el que todo era potencialmente posible. A los críos, por supuesto, les encantaba, y era usual que camparan en ruidosas pandillas por aquellas calles mortecinas, a la luz de gas, para jugar al escondite y cosas así. Henry no dudaba de que los niños y las niñas sabían, al igual que los adultos, que el barrio estaba embrujado. Pero la infancia era una época en la que los fantasmas resultaban tan naturales como cualquier otra experiencia. Para un zagal, los fantasmas eran parte de la diversión. Para los mayores, en cambio, más cercanos a la tumba y más dados a sopesar la vida y la muerte, los fantasmas y todo lo que aparejaban eran algo muy distinto. A su juicio, ese era el motivo de que nadie saliera mucho por los Boroughs después del ocaso, salvo por los borrachos, los niños y,

claro está, la policía. Cuanto más vieja era la gente, más fantasmas había alrededor, más sombras había de los lugares y las personas que ya no estaban. Como bien sabía, aquellas calles se remontaban a tiempos ancestrales, así que no cabía sorprenderse de que la presencia espectral, como una suerte de sedimento, se hubiera vuelto más espesa.

Subió por Saint Mary's Street, foco principal del gran incendio un par de siglos atrás, pasó por Pike Street y se adentró en Doddridge Street, donde desmontó para empujar el vehículo a través de los baches del enterramiento que discurría colina abajo desde la iglesia de Doddridge. Maniobró con la bicicleta entre los montículos de hierba y los húmedos socavones del descampado, preguntándose por enésima vez por qué se referirían a aquel sitio como enterramiento, y no como camposanto o cementerio. Quizá fuera por la ausencia de cruces y lápidas, pero era esa misma ausencia la que le extrañaba, pues, por lo que sabía, allí yacían seres humanos. La única explicación que se le ocurría guardaba relación con el señor Doddridge, que fue pastor en Castle Hill, así como eso que la gente llamaba «inconformista».[39] Henry había oído que en Inglaterra abundaban los cementerios inconformistas, y que en ellos había fosas comunes para los pobres que no podían pagarse una sepultura en condiciones, con lápida y eso. Tal vez fuera el caso. Tal vez su carro estuviera rodando sobre los huesos entremezclados de unas personas que ya ni siquiera tuvieran nombre. Consciente de los fantasmas que podía sentir en aquella luz tenue, murmuró unas disculpas a cualquier esqueleto al que pudiera estar ofendiendo, únicamente para que supiese que no era nada personal.

Había cruzado el terreno y se encontraba ya en Chalk Lane, cerca de las casas situadas tras la calle a la que llamaban Long Gardens, cuando volvió a montarse en el sillín para subir hacia Castle Terrace y la propia iglesia de Doddridge, sita a su derecha. Al pasar junto a la capilla y notar la extraña puerta que, ubicada a media altura en el viejo muro de piedra, no daba a ninguna parte, se puso a reflexionar sobre lo que sabía acerca del señor Doddridge,

lo cual, por supuesto, le hizo volver sobre el señor Newton.

Conforme a lo que contaban los lugareños, el señor Philip Doddridge fue un hombre de salud frágil que quiso que los más pobres sintieran que la fe cristiana no les era ajena. Tras llegar allí, a Castle Hill, y hacerse cargo de su parroquia, empezó a atacar a la Iglesia anglicana diciendo que la gente debía tener derecho a manifestar su devoción como deseara, y no únicamente como impusieran los obispos. Llegó a Northampton como un joven de veintitantos años alrededor de mil setecientos treinta, y permaneció allí los veinte años que tardó su salud en obligarle a trasladarse. No duró mucho más tiempo, pero a lo largo de su vida cambió por completo la concepción de la religión en su país, y puede que en el resto del mundo cristiano. Todo ello lo logró desde el pequeño montículo de tierra sobre el que Henry se hallaba ahora pedaleando. Doddridge también llegó a escribir himnos, aunque no tan famosos como *Sublime Gracia*, y en uno de los viejos retratos que Henry había visto de él exhibía unos ojos diáfanos, y brillantes, y honestos como los de un niño. No había vergüenza en ellos, ni culpa. No había nada de eso; únicamente gentileza y una gran determinación.

Henry podía imaginarse al señor Doddridge paseando por allí una tarde, inspirando el mismo aire, mirando las mismas estrellas incipientes, probablemente preguntándose, igual que él, qué hacía aquella estúpida puerta en mitad de la pared. Como cualquier otro hombre, probablemente sentiría que su vida había sido larga; y, como a cualquier otro hombre, le costaría imaginarse que las cosas pudieran ser distintas, que pudieran existir sin él estar vivo para apreciarlas. Ahora, el señor Doddridge llevaba muerto más de ciento cincuenta años, pero ahí estaba él, junto a una iglesia bautizada con su nombre que seguía allí, obrando el bien para con los pobres. John Newton jamás llegó a tener una iglesia que conmemorara sus acciones, y William Cody solo tenía una placa junto al tiro de una chimenea. Tras ponderarlo, Henry pensó que quizás hubiera justicia, al fin y al cabo. Su conclusión general fue que, a buen seguro, lo

mejor era asumir que el Todopoderoso sabía llevar a la perfección tales asuntos.

Se impulsó por Castle Terrace hasta pasar el cruce que unía Castle Street, Fitzroy Street y Little Cross Street, y luego bajó por Bristol Street, que ofrecía la ruta más directa a casa. Delante, a su izquierda, vio a una mujer con una falda corta de la que pensó que iba sola hasta que vio el bebé que llevaba en brazos. A la luz de gas, los rizos de la criatura brillaron como una mina de oro en plena explosión, razón por la que supo que eran May Warren y su mamá, que también se llamaba May Warren. Clavó un patín en los adoquines para aminorar suavemente hasta llegar a su altura.

—¡Vaya! ¡Pero si son la señora y la señorita May! ¡Apuesto, señoras, a que vuelven ahora a casa tras estar tol día deambulando por la ciudá!

La May adulta se detuvo y se giró, sorprendida, antes de echarse a reír al reconocer a Henry. Fue una carcajada profunda, desde lo más hondo de lo que Henry admitía con seguridad que era un pecho de lo más generoso.

—¡Charley el Negro! ¡Menudo respingo he dao, viejo canalla! Tendría que haber una ley que te obligara a usar bengalas por la noche. Mira, May. Mira quién ha venío a darle un susto a mamá. Es el tío Charley.

La cría, que sin duda alguna era la niña blanca más linda que Henry hubiera visto jamás, alzó la vista y dijo «Char» un par de veces. Él respondió sonriendo a su madre.

—Es un ángel lo que tienes ahí, May. Un ángel caído del cielo.

La May joven sacudió la cabeza con cierto desagrado, como si hubiera escuchado el cumplido tantas veces que estuviera empezando a incomodarse.

—No le digas eso. Todo el mundo se lo dice.

Tras intercambiar unas palabras, Henry le dijo a May que mejor sería que llevara a su hija pequeña a la calidez del hogar. Se despidieron, y luego ambas May partieron calle abajo por Fort Street, donde vivían al lado del padre de la May adulta, Snowy Vernall. El pelo de Snowy era aún

más blanco que el suyo, y se decía que estaba chalado, pero Henry solo sabía que al hombre le gustaba beber y que sus manos tenían cierto talento a la hora de dibujar. Madre e hija se alejaron por Fort Street, que era más un sendero pavimentado que una calle, y en la que todos sostenían que antaño había habido un fuerte. La calle tenía un cierto aire a mazmorra, al menos a sus ojos. Aunque uno supiera que al fondo daba a un callejón, siempre parecía una calle sin salida.

Prosiguió hasta toparse con el señor Beery, que era lo que en los Boroughs llamaban un farolero y que estaba intentando alcanzar con su pértiga las lámparas de gas que había en Bristol Street. Saludó a Henry con alegría y este le devolvió el saludo. Esperaba que los niños de la zona no se encaramaran al poste para soplar la llama en cuanto el señor Beery se hubiera ido, aunque las probabilidades de tal eventualidad eran bastante altas. Bajó por Bristol Street hasta llegar Bath Street, torció a la izquierda, dejó atrás Bath Row y se adentró en Scarletwell Street, que era su calle. Estaba sumida en una profunda oscuridad, pues el señor Beery aún no había llegado a la zona. Era como si la noche hubiera goteado colina abajo hasta formar un gran charco negro al final. Las pocas lámparas que había brillaban a través de cortinas corridas, y parecían los bulbos luminiscentes de esos peces enormes y horribles que a veces veía la gente, traídos directamente de las simas abisales por las redes de los arrastreros y demás.

Había entrado a Scarletwell desde Bath Street pasando frente al callejón, o bocacalle, como decían allí, que había detrás de Scarletwell Terrace. La amplia Saint Andrew's Road quedaba a poca distancia a su izquierda, pero se bajó de la bicicleta y la empujó cuesta arriba en dirección contraria. La casa en la que vivía con Selina y los niños estaba un poco más arriba, enfrente de un pub bautizado como Friendly Arms. Se acordó de su primera visita al barrio junto a Selina, justo después de llegar de Gales y de cobrar la paga en la Casa Galesa. No estaban seguros de cómo iban a tomarse los vecinos que hubiera un hombre

negro casado con una chica blanca viviendo allí. Tal vez nadie aceptase a una pareja de distinto color. Pero, entonces, llegaron al Friendly Arms de Scarletwell Street y vieron una auténtica señal. Atada en el exterior del pub y bebiendo cerveza de un vaso, se toparon con la que más tarde descubrirían que era la mascota de Newt Pratt. La visión fue tan estrambótica, tan inusual, que decidieron que aquel, entonces, en ese momento, era un lugar en el que podrían fundar un hogar. Poco importaba lo raro que fuera que dos razas vivieran juntas como marido y mujer, porque nadie en Scarletwell Street iba a quedarse mirándolos, no con la extraordinaria criatura de Newt Pratt atada y borracha como si tal cosa al otro lado de la calle.

Sonriendo al recordarlo, empujó la bicicleta y el carro por la loma, con los patines de madera retirados de los zapatos y guardados ya en los bolsillos de la chaqueta, que era donde siempre los llevaba cuando no los tenía puestos. Llegó a un callejón que había a su derecha y que lo llevaría directamente al patio trasero de su casa. Abrió el cerrojo de hierro de la verja y luego, como era habitual, montó un escándalo horroroso para meter el vehículo en el recinto. Selina salió a la entrada con Mary, su hija mayor, que tenía la piel blanca, revoloteando entre sus faldas. No muy alta y con un cabello cepillado que le llegaba casi hasta las rodillas, su esposa permaneció allí de pie en la puerta de atrás, sonriéndole con la cálida lámpara de gas detrás de ella.

—Hola, cariño. Pasa y cuéntanos cómo te ha ido hoy.

La besó en la mejilla antes de recoger del remolque todas las cosas que le habían dado para ponerlas a buen recaudo en el patio.

—Diablos, he estao en mil sitios. Traigo algo de ropa vieja y unos cuantos marcos. Si quedara algo de agua caliente, confieso que me vendría bien asearme un poco antes de cenar. Ha sío un día agotador en tos los sentidos.

Selina ladeó la cabeza para inspeccionarlo mejor cuando pasó adentro con todos los objetos obtenidos.

—Pero ha salío to bien, ¿no? No has tenío problemas ni

na de eso, ¿verdad?

Henry negó con la cabeza y la tranquilizó con una sonrisa. No quería hablarle todavía de lo que había averiguado en Olney a propósito del pastor Newton y *Sublime Gracia*. Ni siquiera estaba seguro de cuáles eran sus opiniones al respecto, y supuso que ya se lo contaría más tarde, cuando hubiera tenido tiempo de rumiarlo un poco. Cogió los marcos y los llevó a la habitación que daba a Scarletwell, los puso junto a los otros artículos que había allí, y luego regresó al salón, donde estaban Mary y Selina. Su hijo pequeño, que se llamaba Henry, como él, y que era tan negro como su papá, dormía arriba en su cuna, pero iría a verlo antes de acostarse. Dejó a Selina sirviendo el té en la mesa y fue a lavarse a la pequeña cocina que tenían.

Aún quedaba agua tibia en la caldera de cobre, así que vertió un poco en un cuenco de esmalte blanco y lo colocó en el fregadero de piedra. El seno estaba bajo la ventana de la cocina y daba al patio trasero, tan oscuro que ya no se veía nada. Echó la chaqueta al cesto de la ropa sucia, junto a la puerta, y comenzó a desabotonarse la camisa.

No se quitaba al pastor Newton de la cabeza. A su parecer, el hombre había hecho un bien tremendo, pero también había cometido un pecado tremendo. Henry no estaba seguro de tener la talla necesaria para juzgar a un hombre cuyos vicios y virtudes eran de tal magnitud. Pero, al tiempo, ¿quién habría de exigir responsabilidades a hombres como aquel sino Henry, los suyos y los que hubieran sufrido su injusto trato? A todos esos hombres importantes cuyos himnos, estatuas e iglesias les sobrevivían por años para decirle a la gente cuán buenos habían sido. Para Henry, todos esos monumentos eran como la placa dedicada al coronel Cody que había visto junto al tejado aquella mañana. Que a un tipo lo recordaran bien no significaba que hubiera hecho algo para merecerlo. Se preguntó dónde quedaba la justicia en todo aquello. Se preguntó quién decidía en última instancia cuál era la marca que distinguía a un gran hombre, y cómo podía uno estar seguro de que esa marca no fuera la de Caín. Su

camisa y su chaleco ya estaban haciéndole compañía a la chaqueta en la cesta que había junto a la puerta de la cocina. Afuera, en la negrura de la noche, a través del vapor que se elevaba desde el cuenco esmaltado y tras los cristales de la ventana, vio su propio reflejo detenido en la oscuridad del patio trasero, desnudo hasta la cintura y observándolo.

Ahí, en su hombro izquierdo, estaba su propia marca, la que le habían grabado a fuego a los siete años. Mamá y papá llevaban una idéntica. No recordaba la noche en la que le habían puesto el hierro, y ni siquiera tras tantos años tenía la más mínima idea de por qué se ponía. Según recordaba, a diferencia del ganado, los negros no se robaban.

Resultaba divertida, la marca, pues no era mejor que el dibujo que podría haber hecho un niño pequeño. Consistía en un par de colinas con lo que parecía ser un puente entre ellas, aunque bien podrían ser los platillos colgantes de una balanza de pesar oro. Debajo había una voluta, o tal vez un camino sinuoso. Sobre la carne púrpura de su brazo, las líneas eran pálidas y violáceas, suaves como la cera. Alzó la otra mano y recorrió el diseño con sus dedos. Anheló la sabiduría y el entendimiento necesarios para responder a todas las preguntas que albergaba su corazón, concernientes a John Newton y a todo lo demás. Anheló la gracia de poder dejar de lado sus rencores, aunque para eso reconocía que la gracia tendría que ser verdaderamente asombrosa.

En el exterior, en el cielo azul cobalto que envolvía la capilla de Doddridge, las estrellas comenzaban a brotar y los pájaros nocturnos entonaban su canto. Su esposa y su hija estaban en la habitación contigua sirviendo el té. Ahuecó las manos para tomar un poco de agua tibia con jabón y se refrescó la cara y los ojos, enjuagándolo todo en un velo gris y misericordioso.

ATLÁNTIDA

Yace su pedo en lo hediondo, y sus sesos son adoquín.[40] Ah, ja, ja, ja. Oh, joder, dejadlo aquí abajo en la calidez subacuática, barrido por sudorosas corrientes de lino, levado junto a cadenas de ancla, y pinzas de cangrejo, y sirenas sireneando con sus teléfonos de concha y sus peines de raspas, no le hagáis nadar hacia la luz todavía, todavía no. Cinco minutos, solo cinco minutos más, porque aquí abajo no hay tiempo en absoluto, podría estar en mil novecientos cincuenta y ocho y ser un crío de cinco años con toda la vida por delante, intacta, desembrollada, aquí abajo, en la calidez de las algas y los caracolillos, con sus pensamientos pululando como brillantes y coloridos pececillos tetras entre bustos hundidos y cofres de marinos muertos, pero ya es tarde, ya es demasiado tarde. Del arenoso lecho oceánico aflora un colchón que choca contra su espalda, siente los tentáculos de medusa que son sus brazos y piernas ondulando a su alrededor con una estela salina, y entonces, con cierta reticencia, flota a través del limo onírico en suspensión hacia esa superficie moteada y cegadora en la que su madre se encuentra abajo, hablando por el inalámbrico en la cocina. Joder. Que le den a todo.

Benedict Perrit entreabrió los ojos en lo que fue su primera mueca del día. No estaba en 1958. No tenía cinco años. Era el 26 de mayo de 2006. Era un naufragio tosigoso y pedorro de cincuenta y dos, un vestigio de la realeza exiliada del siglo XX zarandeado por el vaivén del oleaje en las costas de otra centuria extranjera y hostil. Ah, ja, ja, ja. Lo de naufragio tal vez fuera un poco fuerte. A decir verdad, estaba en mejor forma que los de la mayoría de su edad. Lo que ocurría es que acababa de levantarse y se había pasado con la cerveza la noche anterior. Durante el

día se recuperaría, claro, pero las mañanas siempre le parecían un horror. A esas horas, aún andaba con la guardia baja. Recién despierto y sin desayunar, los pensamientos que más tarde podría descartar, o ignorar, lo asaltaban como una jauría de perros. A la luz de la mañana, la fría y cruda realidad de su propia vida siempre era como un puñetazo en la cara: su encantadora hermana Alison había muerto en un accidente de moto hacía más de cuarenta años. Su padre, el viejo Jem, estaba muerto. La casa en la que vivían, su vieja calle y su barrio estaban también muertos. La familia que había fundado con Lily y los niños, la había fastidiado y estaba finiquitada. Había vuelto a vivir con su madre en Tower Street, el antiguo tramo superior de Scarletwell Street, justo tras los bloques de pisos. En su opinión, su vida no había salido tal como esperaba, pero el pensamiento de que en treinta años podría haberse acabado lo horrorizaba. O, al menos, lo hacía cuando acababa de despertarse. Todo lo horrorizaba cuando acababa de despertarse.

Permitió que sus demonios lo acosaran durante otro par de minutos y luego los apartó, junto con la sábana y las mantas, para desplazar sus fibrosas piernas peludas hacia el suelo contiguo a la cama y sentarse. Sus manos recorrieron los relieves montañosos de su rostro y los remolinos de su cabello, aún moreno. Al toser y peerse se sintió algo maleducado por hacerlo en presencia de sus estanterías, sitas al fondo de la estancia, y pudo notar la mirada acusadora que lanzaron Dylan Tomas, H. E. Bates, John Clare y Tomas Hardy con la intención de que lo reconociera y se excusara. Musitó una disculpa mientras alcanzaba su batín, que estaba colgado de una silla junto a su viejo escritorio, y al instante se puso en pie, caminó descalzo hacia el rellano, volvió a peerse para reafirmar su independencia antes de cerrar la puerta del dormitorio, y dejó que aquellos poetas pastoriles percibieran lo novelesco de su flatulencia. Ah, ja, ja, ja.

Una vez en el baño, empezó a evacuar, operación que, gracias al alcohol de la noche previa, fue miserablemente

angustiante pero bastante rápida. A continuación, se quitó el batín para asearse y afeitarse frente al lavabo. Sin duda, la calefacción central era uno de los avances del mundo moderno que más agradecía. En Freeschool Street, la calle en la que había crecido, hacía demasiado frío como para lavarse a diario todo lo que no fuera la cara y las manos. A lo máximo que llegaba, con un poco de suerte, era a darse unos buenos restregones en una bañera de zinc los viernes por la noche.

Admitiendo a regañadientes que el agua caliente también podía verse como un logro del progreso, vertió un poco en el seno, se la echó por lo alto y se frotó con la pastilla de Camay de su madre, haciendo espuma con ese estropajo improvisado que era su vello púbico. Para el aclarado no quiso empapar la alfombrilla, así que tiró al suelo una de las toallas de mano, se colocó encima, se inclinó hacia delante hasta poner sus genitales sobre el esmalte blanco del lavabo, y empezó a verterse agua por el pecho y el vientre a fin de arrastrar los restos de jabón. Empleó una esponja para retirarse la espuma de los sobacos, y luego se restregó piernas y pies con poco más que agua antes de secarse con otra toalla algo más grande. Finalmente, volvió a ponerse el batín y cogió del armarito tanto la vieja brocha de su padre como su navaja.

Las cerdas, que nunca había sabido si procedían de tejón o de jabalí, eran suaves y relajantes, y extendieron por sus mejillas la crema de afeitar. Al mirarse en el espejo del baño se topó con unos ojos tristes, así que ejecutó con la navaja una pasada recta a unos cinco centímetros de su tráquea, emitió un gorgoteo moribundo, puso los ojos en blanco y sacó su larga lengua, tan solo ligeramente pastosa. Ah, ja, ja, ja.

Tras afeitarse, limpió la navaja bajo un chorro de agua fría y vio un rastro de pelillos alrededor de la línea de flotación del lavabo. Eran como posos de hojas de té, solo que más pequeños, y se preguntó si podría leerse el futuro en aquellas motas aleatorias. En los Boroughs siempre solían decir que, si los posos del té se asemejaban, por

ejemplo, a un barco, eso significaba que a uno le aguardaba una travesía por mar, cosa que, por supuesto, nunca sucedía. Guardó los útiles de afeitado, se secó la cara, e incluso se atrevió a aplicarse el Old Spice a manos llenas. En la adolescencia, su olor afrutado le había parecido un tanto femenino al principio, pero ahora le gustaba. Olía a años sesenta. Examinando su rostro afeitado en el espejo, esbozó una sonrisa engolada, propia de un ídolo de matinés, y arqueó sus espesas cejas una y otra vez en ademán sugerente, como un chapero achispado que intentara seducir a su propio reflejo. Dios, ¿quién querría despertarse al lado de eso, al lado de Ben Perrit, y de la nariz de Ben Perrit? Él no, desde luego. Si hubiera tenido que confiar en su aspecto para ligar, daba por hecho que a aquellas alturas ya estaría hundido en la miseria. Su mayor baza, por encima de otros encantos y virtudes, era la suerte de ser un poeta publicado.

Cuando volvió a su dormitorio para vestirse, no se acordó del pedo de antes hasta que fue demasiado tarde. Joder. Se puso camisa y pantalones respirando por la boca, pero luego agarró chaleco y zapatos, salió disparado hacia el rellano, y terminó de ataviarse fuera de la habitación, ya de vuelta a una atmósfera terrestre. Tuvo que limpiarse las lágrimas. Por Cristo, esas cosas eran de las que le hacían saber a uno que seguía vivo.

Bajó las escaleras a pisotones. Su madre, Eileen, estaba en la cocina alrededor de los fogones, asegurándose de no quemarle el desayuno. Había empezado a prepararle sus tostadas con huevos revueltos nada más oírlo trastear en el baño de arriba. La mujer estudió el color de la rebanada blanca levantándola un par de centímetros de la parrilla y atizó con su cuchara de madera el espeso cúmulo color yema de la sartén. Miró a su hijo con sus ojos castaños, tan amorosos como reprobatorios, y contrajo su pequeña barbilla puntiaguda frunciendo los labios y chasqueando la lengua, como si tras todos aquellos años siguiera sin entender a Benedict, o sin saber qué hacer con él.

—Buenos días, madre. ¿Me permites decirte que te veo

particularmente radiante esta mañana? No todos los hijos son tan galantes, ¿eh? Ah, ja, ja.

—Sse, y no toas las madres los aguantan. Amos, cómete el desayuno antes de que te se enfríe.

Eileen extrajo la tostada, la untó con margarina y le vertió encima la humeante masa revuelta en lo que pareció ser un único movimiento. Al darle el plato y los cubiertos a Benedict, se apartó de la cara un mechón canoso que se le había soltado del moño.

—Ahí lo tienes. Intenta no mancharte la camisa.

—¡Serenidad, madre! Ah, ja, ja, ja.

Se sentó a la mesa de la cocina y empezó a devorar, pues estimaba que debía asentar el estómago. No tenía ni idea de por qué todo lo que decía le salía como si fuese una frase ocurrente o un latiguillo cómico inédito. Por lo que todos recordaban, siempre había sido así. Tal vez fuera porque la vida se sobrellevaba mejor si uno se la tomaba como un episodio inusualmente largo de *Te Clitheroe Kid*.[41]

Terminó el desayuno y se echó al coleto la taza de té que su madre le había hervido en el ínterin. Se tragó el brebaje… un segundo, que estoy bebiendo y no puedo hablar… con uno de sus brillantes ojos de erizadas pestañas agitanadas puesto en el perchero del pasillo, donde su sombrero y su pañuelo parecían listos para la huida que estaba tramando. Huir, sin embargo, excepto hacia poemas y buenos recuerdos, era lo único en lo que Benedict nunca había tenido éxito. Y, así, antes de que posara la taza en el platillo vacío para emprender su carrera hacia la libertad, Eileen lo abatió de un plumazo.

—En fin, ¿hoy vas a buscar trabajo o qué?

A bastante distancia de pensar en la muerte al despertar, aquel era otro de los aspectos mañaneros que veía problemáticos. Porque eran dos, de hecho, las cosas en las que nunca había tenido éxito. Huir y encontrar trabajo. Por supuesto, el mayor escollo a la hora de encontrar trabajo era que no se ponía a buscarlo, o al menos no con ahínco. Lo que le desanimaba no era trabajar, sino los empleos: todas las formalidades y toda la gente que

conllevaban. No creía tener cuerpo para presentarse ante una galería de caras nuevas, de personas que no supieran nada de poesía o de Freeschool Street, y que no tuvieran ni idea de cómo entenderle. No era capaz de hacerlo, no a su edad, no con extraños, no a fin de explicarse. Para ser completamente franco, jamás había sido capaz de explicarse a ninguna edad, ni ante nadie; no de un modo satisfactorio para su interlocutor. Así pues, tres cosas. Huir, encontrar trabajo, y explicarse adecuadamente. Solo en estos campos tenía problemas. Todos los demás los llevaba muy bien.

—Siempre ando buscando. Ya me conoces. La vista nunca descansa. Ah, ja, ja, ja.

Su madre ladeó la cabeza para observarlo, en parte con afecto, en parte con una extenuada incomprensión.

—Ah, bueno. Pos, en ese caso, es una pena que tu culo no descanse tan poco como tu vista. Ten. Toma algo pa la cena. Ya nos veremos cuando vuelvas, si sigo despierta.

Eileen le puso diez cigarrillos Benson & Hedges y diez libras en la mano. Él sonrió rebosante de alegría, como si ella no hiciera lo mismo cada mañana.

—Mujer, ahora mismo podría plantarte un beso en la boca.

—Sse, bueno, pos como lo intentes también te vas a llevar esto.

«Esto» era el puño de su madre, alzado como si fuera un terrible afloramiento rocoso aborigen. Ben se echó a reír, se guardó el billete y el tabaco, y se dirigió a la entrada. Guiñando los ojos por la luz que se filtraba a través del panel esmerilado de la puerta principal, se anudó el pañuelo naranja oscuro alrededor de la botella de Carlsberg atorada que era su nuez de Adán y decidió que hacía un día lo bastante bueno como para dejar el abrigo en casa, pero no tanto como para necesitar su sombrero de paja. El chaleco ya parecía hecho a partir de las cortinas de un burdel. Mejor no exagerar.

Se pasó los pitillos del bolsillo del pantalón a la bandolera de lona, donde también llevaba algunos pañuelos Kleenex, una naranja y un ejemplar de *A Northamptonshire*

Garland, editado por Trevor Hold y publicado por Northampton Libraries. Solo era el libro con el que se estaba entreteniendo en aquellos días, nada más. Con la bandolera cruzada sobre un hombro, se despidió de su madre, dio una vigorizante bocanada de aire frente al espejo del zaguán, abrió la puerta de entrada de par en par, y se lanzó valientemente, una vez más, hacia el ajetreo de aquel ajetreado mundo.

Unas nubes de color escupitajo discurrían sobre Tower Street, el antiguo tramo superior de Scarletwell. La calle había sido rebautizada en honor a Claremont Court, la torre residencial que tapaba medio cielo a su derecha, hacia el oeste, y que era uno de los dos bloques que había enclavados en el corazón no muerto del barrio. Recientemente reformado, sobre la pasta de cangrejo que eran sus ladrillos destacaban dos palabras que quizá solo fueran una: newlife, un logotipo plateado puesto de costado que, a su juicio, resultaba más propio de una marca de telefonía móvil o de baterías inagotables que de un rascacielos. Benedict hizo un aspaviento para no mirarlo. En general, veía reconfortante seguir residiendo allí, pero en ocasiones se notaba que su amado barrio llevaba muerto treinta años y que ya estaba pudriéndose. Entonces uno se sentía como alguien salido de un artículo de *Fortean Times*,[42] uno de esos viudos de corazón roto y enloquecido que seguían ahuecando almohadas para esposas momificadas tiempo ha. *Newlife*, vida nueva: una regeneración urbana que habían tenido que explicitar literalmente para paliar su conspicua ausencia. Como si el mero hecho de atornillar esas letras espejadas la hiciera realidad. Además, ¿qué tenía de malo la vida antigua?

Se aseguró de haber cerrado la puerta, pues su madre se iba a quedar sola, y al hacerlo vio a ese drogata gordo y calvo, Kenny Lo-que-fuera, arrastrándose por Simons Walk, que discurría más allá de Tower Street por detrás de Claremont Court. Vestía camiseta y pantalón grises, y a aquella distancia parecían conformar una sola pieza, una especie de mono infantil enorme, como si el camello fuera

un bebé gigante hasta las cejas de paracetamol. Benedict fingió no haberlo visto, torció a la izquierda y apretó el paso hacia el otro extremo de la calle, una confluencia de vías desniveladas y apiñadas tras el vórtice de tráfico del Mayorhold. ¿Cómo podía alguien ponerse tan gordo a base de drogas? A lo mejor se las zampaba en sándwiches de pan frito. Ah, ja, ja, ja.

Las hojas amarillas habían formado un linóleo parcial sobre el macadán húmedo que pisó al pasar junto al edificio del Ejército de Salvación, unos barracones prefabricados en los que juraría que nunca había entrado. Dudaba de que en aquellos días siguieran tocando sus panderetas, por no hablar de distribuir té y panecillos gratis. El siglo XX había sido más acogedor con los pordioseros. Por aquel entonces, la pobreza venía acompañada de una banda de viento metal y los carrillos llenos de un bollo disuelto en cálidas tazas con bolsitas de Brooke Bond; de pechos gentiles que suspiraban bajo uniformes de sarga azul marino y grandes botones dorados. Ahora exigía conformarse con los adustos supervisores adolescentes de ese deslumbrante e inexpugnable campo de concentración que era la Oficina de Empleo, así como con la canción que hubieran puesto ese día en el distrito comercial anexo; por lo usual, *I'm not in love*. La callejuela terminaba al llegar al sendero del paso inferior, donde un muro alto bordeaba ese tanque de tiburones robóticos conocido como el Mayorhold. Decorado con una suerte de código de barras naranja, ocre y ámbar, era probable que estuviera diseñado para proporcionar una atmósfera latina, pero lo único que conseguía evocar era un chorro de vómito montado con piezas de Lego. Benedict se detuvo un instante para admirar, en toda su enormidad histórica, el pasaje que estaba atravesando.

Por una parte, cerca de allí había estado uno de los pubs favoritos de su padre, el Jolly Smokers, aunque el pedigrí histórico del lugar no se reducía en absoluto a eso. En los siglos XIII y XIV acogió el primer ayuntamiento, o *Gilhalda*, de Northampton, al menos según el historiador Henry Lee. Ricardo II lo designó en sus estatutos como el

sitio en el que debían reunirse tanto los alguaciles como el alcalde. Los alguaciles seguían viéndose por allí de vez en cuando, pero lo de los alcaldes era mucho menos habitual en la actualidad. Para finales del siglo XIV, no obstante, el poder y la riqueza se habían trasladado al lado oriental de la ciudad, y un nuevo consistorio se erigía en la base de Abington Street, no muy lejos de donde el Caffè Nero se hallaba ahora. Esa era la fecha más adecuada para datar el principio del fin de la zona: durante más de setecientos años, los Boroughs no habían hecho más que precipitarse cuesta abajo. A la vista estaba que esa pendiente era larga, pero, al contemplar allí parado tan emético alicatado, Benedict concluyó que al fin podía divisarse el fondo.

En cualquier caso, Ben sostenía que la presencia de aquel primer consistorio no había sido la responsable de que a la antigua plaza mayor de la ciudad la bautizaran como el Mayorhold. Su teoría era la de que eso sucedió luego, en la década de 1490, cuando el Parlamento puso a Northampton bajo el control de un alcalde todopoderoso y de un consejo compuesto por cuatro docenas de tipos ricachones, señoronas tristonas y acaudalados burgueses conocidos como «los Cuarenta y Ocho». Según él, fue entonces cuando los habitantes de los Boroughs, al igual que la gente de la cercana Leicester, iniciaron la gloriosa tradición de elegir un alcalde de pega para pitorrearse de las mismas labores de gobierno de las que habían sido excluidos. Esas elecciones remedadas las celebraban en aquella plaza, de ahí su nombre, e incluso imponían un insigne collar de hojalata a un sujeto que hubieran escogido al azar, generalmente un borracho, un tonto, un tullido de alguna guerra o, en casos extremos, todo lo anterior. Benedict albergaba la sospecha de que su propio abuelo paterno, Bill Perrit, había sido uno de los agraciados, pero las únicas pruebas al respecto eran el apodo del anciano, al que llamaban «el Sheriff», y el hecho de que pasara sus días beodo perdido en una vieja carretilla a modo de trono frente a la Misión del Mayorhold. Se preguntó brevemente si podría reclamar algún título en calidad de descendiente

del Sheriffy por haber vivido en el emplazamiento del primer ayuntamiento de la urbe. Se imaginó como un nuevo demandante Tichborne, como un Gran Pretendiente, uno de esos tipos que aspiraban a tener una corona sobre la cabeza y no tanto una cabeza sobre los hombros. Lambert Simnel, Perkin Warbeck y Benedict Perrit. Nombres de postín.[43] Ah, ja, ja, ja.

Recorrió el paso a desnivel con el horizonte puesto en los escalones que conducían a la esquina en la que el extremo superior de Bath Street desembocaba en Horsemarket. Incluso desde aquella posición tan baja, seguía viendo los últimos pisos de los bloques de Claremont Court y Beaumont Court, que sobresalían de entre la tortilla de patatas azulejada que era el terraplén que se alzaba a su derecha. Para Benedict, las torres siempre habían marcado el auténtico final de los Boroughs; una saga milenaria que se había visto enfáticamente concluida con aquel doble signo de exclamación. Newlife. Hasta entraban ganas de vomitar. Dos o tres años atrás, ciertas voces habían propuesto la demolición de aquellos monstruos apenas habitables, un reconocimiento tácito de que, para empezar, jamás debieron haberse construido. Por un breve momento, creyó que podría sobrevivir a esos abrumadores y opresivos cuadrángulos, pero entonces llegó Bedford Housing, pactó con el consistorio –aún compuesto por cuatro docenas de acaudalados cabrones, como los Cuarenta y Ocho de hacía cinco siglos–, y compró los dos edificios por la rumoreada cantidad de un penique cada uno. Tras acicalar a las horribles hermanas y quitarles el hedor a orín, las remodelaron, supuestamente, para acomodar a los «profesionales esenciales» que Northampton parecía necesitar, casi todos ellos asociados con sirenas: enfermeros, bomberos, policías y demás. Newlife. Una vida nueva que había de ser desplegada para contener a los antiguos habitantes cuando estos enfermaran, se apuñalaran o se prendieran fuego a sí mismos. Lo que sucedió, en cambio, fue que las torres quedaron colmadas por una corriente de despojos humanos… pacientes

extrahospitalarios, drogatas, refugiados… gente no muy distinta de la que había vivido allí con anterioridad.

El izquierdoso de Roman Tompson, de St. Andrew's Street, le había mostrado en cierta ocasión una lista con la junta directiva de Bedford Housing, que incluía al exconcejal laborista James Cockie. El precio de un penique por pieza tal vez viniera de ahí. Antes de alcanzar los escalones de la esquina de Bath Street, Benedict torció a la izquierda para seguir las indicaciones del paso subterráneo de Horsemarket en dirección al centro. Aquí, el bilioso mosaico naranja y marrón acabó de rodearle por completo al ascender hacia el techo arqueado del túnel, donde unas lúgubres lámparas de sodio emitían, a intervalos, su inútil resplandor ambarino.

La silueta larguirucha y escasamente iluminada de Ben avanzó por la nauseabunda catacumba, que parecía susurrar los fantasmas de futuros asesinatos. Un carrito de compras abandonado rodó hacia él de forma amenazante durante un cuarto de metro, pero luego cambió de opinión y chirrió en hosco detenimiento. Solo al pasar bajo una lámpara de techo cobraron vida sus facciones de proporción heroica y su fatigada sonrisa resignada, como si fuera un busto esbozado de Boz[44] que hubieran alumbrado con una cerilla. Tal vez por haberse combinado con aquel entorno subterráneo, la indeseable evocación del concejal Jim Cockie pareció desbloquear un sueño olvidado en el que había hecho acto de presencia; uno que Ben había tenido la noche anterior y que, de repente, recordó como un hilo inconexo de fragmentos crípticos.

En él, se hallaba vagando por viejas hileras genéricas de adosados de ladrillo rojo y páramos de arcos ferroviarios, una configuración que parecía predeterminada para sus vivencias oníricas. En algún lugar de este sobrecogedor paisaje familiar había una casa, una inestable y antigua vivienda de los Boroughs con escaleras y pasillos que no tenían sentido alguno. Las calles eran oscuras. Se hallaba en mitad de la noche. Sabía que unos amigos o familiares lo estaban esperando en las profundidades del

edificio, pero él sufría las habituales frustraciones de las ensoñaciones, era incapaz de acceder, y no paraba de disculparse con la gente por cuyos pisos y baños estaba intentando abrirse paso, bajando a través de conductos de lavandería que estaban parcialmente obstruidos por anticuados pupitres de madera que reconoció como procedentes de la escuela Spring Lane. Al final, llegó a una especie de sótano o sala de calderas con el suelo lleno de sangre, paja y serrín, como si la estancia se hubiera empleado recientemente como matadero. Reinaba una atmósfera de puro horror, pero la extraña conexión con su infancia resultaba casi reconfortante. Entonces, se dio cuenta de que el concejal Jim Cockie, alguien a quien apenas conocía, estaba de pie en la truculenta bodega, a su lado, corpulento, provisto de unas gafas, con el pelo blanco, en calzoncillos, y con el rostro petrificado en una máscara de pavor. Lo que le dijo fue que aquel lugar era lo único con lo que soñaba, y acto seguido le preguntó por la salida. Ben se sintió poco inclinado a ayudar al aterrado individuo, miembro de esos Cuarenta y Ocho que, históricamente, habían destruido los Boroughs, así que lo único que le dijo fue: «Ah, ja, ja. Pues yo estoy tratando de adentrarme aún más». Llegados a este punto, Benedict se despertó de algo que aún le seguía pareciendo la pesadilla de otro. Emergió del túnel sacudiéndose los malos sueños junto con la oscuridad del pasaje y, a continuación, resopló al subir la pronunciada pendiente hacia Silver Street.

Al otro lado de la calle de doble sentido en la que se había convertido Silver Street afloraba el aparcamiento municipal, con sus cinco pisos y su condimentada coloración rojiza y mostaza. Bajo aquel rancio pastel de Battenberg gigante sabía que yacían las tiendas y locales que antaño salpicaban el Mayorhold. El quiosco de Botterill, la carnicería, la barbería de Phyllis Malin o la fachada verde y blanca de la Sociedad Cooperativa, construida en 1919, sucursal número 11. También estarían los lavabos públicos que hacían esquina y que, por alguna razón, mamá y papá conocían como la oficina de Georgie

Bumble, así como el puesto de pescado con patatas, el Club de Electricistas de Bearward Street y otros cincuenta sitios de interés, todos ellos reducidos ahora a un sedimento indiferenciado bajo el peso de los todoterrenos y los Vulgowagen apilados arriba. A su derecha se alzaba la parte trasera del viejo Mercado de Pescado, erigido a su vez sobre la sinagoga a la que acudían los plateros que habían dado nombre a la vía: Silver Street, la calle de la plata. En su mente, añadió una rutilante filigrana de estrellas de David a las ruinas imaginarias que languidecían bajo las plantas del estacionamiento. *Ford Transit Gloria Mundi*. Ah, ja, ja, ja.

De la pared de ladrillo cercana al restaurante chino que había en la unión de Silver Street con Sheep Street sobresalía una solitaria flor silvestre que exhibía el color y la fragilidad de la malva, aunque no creía que fuera una. Mustio, pálido y de un verde nosocomial, su tallo presentaba unos pelillos de grosella tan finos que apenas eran distinguibles al ojo humano. Fuera cual fuese su variedad, era de una estirpe humilde y prehistórica, como el mismo Benedict. Por más delicada y precaria que fuera, había atravesado el mortero del mundo moderno para afianzarse, inextirpable, en el rostro de un McSiglo desflorado y gris. Sabía que no era una gran visión poética, no si uno la comparaba con Dylan Tomas y su verso sobre «la fuerza que por el verde tallo impulsa a la flor», pero a aquellas alturas se inspiraba con lo que tuviese más a mano, y tal era el caso de las flores silvestres. Torció por Sheep Street y se dirigió al Bear, en donde procuraría afrontar, una vez más, los rigores de su desafío diario, que consistía en intentar emborracharse con lo que le dieran por un billete de diez.

Ruidoso pese a la relativa escasez de clientes a aquella hora del día, el Bear bullía al son de sus propias máquinas tragaperras: eléctricos *glissandi* de varitas mágicas y un croar de ranas locas; teselas luminosas reordenándose en los borrosos confines de su visión con una paleta de dorados, rojos y púrpuras extraídos de *Las mil y una noches*. Recordó la época en la que los bares matinales eran lugares de un

murmullo calmo y una luz lechosa decantada por visillos, con apenas el repiqueteo triunfal del dominó.

El camarero era un joven al que Ben le doblaba la edad, un chaval al que reconoció vagamente y al que, sin embargo, le dedicó su risita habitual, llamándolo «viejo granuja» y «viejo camarada» con una decente imitación de la voz antaño asociada al ahora olvidado mayor Walter Gabriel, del serial radiofónico *Archers*, para enmascarar hábilmente, o eso creyó, el hecho de que no recordaba el nombre del muchacho.

—Hola, Benedict. ¿Qué te pongo?

Ben le echó una ojeada a la media docena de clientes que había en el local, inmóviles en sus taburetes cual horrendas piezas de un ajedrez temático, todos ellos alineados y huraños. Se aclaró la garganta teatralmente antes de hablar.

—¿Alguien desea pagarle una pinta de amarga a este poeta publicado, a este tesoro nacional? Ah, ja, ja.

Ninguno alzó la vista. Uno o dos esbozaron una media sonrisa, pero en clara minoría. En fin. A veces funcionaba si había gente que lo conociera, gente como Dave Turvey, que solía encorvarse caballerosamente en una esquina con su sombrero tirolés y con aspecto de venir de un día de otoño en el barrio bohemio de Dodge City. En aquella aciaga mañana de viernes, no obstante, el asiento habitual de Dave estaba vacío, así que Ben se sacó con cierta reticencia el billete de diez libras del bolsillo y lo puso sobre la barra para pagar, por adelantado, la pinta de John Smith's que siempre había ambicionado. Adiós pues, Darwin en sepia. Adiós, colibrí verde y escarlata en 3D, atravesado todo tú por ondulantes patrones hipnoscópicos. Adiós, arrugado y pequeño compañero de la última y ya concluida media hora. Apenas pude conocerte. Ah, ja, ja.

Una vez servido, se dejó cautivar por la mullida curva del respaldo de los taburetes, portando en una mano el empañado botín helado y, en la otra, su arrugado cambio de ocho libras. Hola, azulada Elizabeth Fry, y hola también a vosotras, que pareceríais un refugio para mujeres

maltratadas del siglo XIX de no estar presente, burlándose a la izquierda, el desaprobatorio espectro de John Lennon. O quizá solo fuera un atildado activista del Movimiento por los Derechos de los Padres.[45] Junto al billete de cinco había dos monedas de una libra y algo de calderilla. Hizo una mueca y sacudió la cabeza. No era ya que echara en falta los cuartos de penique, las medias coronas, los florines, los medios chelines y el resto de las antiguas monedas, cosa que hacía, sino que echaba aún más en falta poder referirse a las monedas predecimales sin sonar como un viejo que hubiera confundido el bonobús con el carnet de donante de riñón. A la hora de caer en la autoparodia, resultaba sorprendentemente cohibido.

Sorbió la mitad de su pinta zambulléndose, complaciente, en la corriente olfativa de la memoria y la asociación: queso y cebollas aliñadas, cinco colillas rosadas de Park Drive en el cenicero verde de un pub, estar de pie junto a su viejo en los urinarios insalubres y probablemente precámbricos del Black Lion con el sentido del privilegio de un crío de seis años. Los rápidos tragos posteriores fueron una dilución de praderas ya desaparecidas, la sofisticada recreación de una extinta rusticidad evocada con sumo cariño. Apoyó el vaso medio vacío, intentando persuadirse de que aún estaba medio lleno, y se limpió casi cuatro décadas de tradición oral pasándose por los relamidos labios el puño de su camisa de rayas.

Levantó la solapa de la bandolera de lona, que estaba a su lado en un asiento todavía caliente, y extrajo *A Northamptonshire Garland* del interior. A falta de Dave Turvey y de una discusión poética con los vivos, Benedict pensó que bien podía entablar una charla con los muertos. El económico mamotreto en cartoné surgió de la bolsa con la cubierta trasera de frente. Dentro de un ornamentado marco dorado, y contra un fondo rojo oscuro con fingidas manchas de betún, figuraba el retrato que Tomas Grimshaw le había hecho a John Clare hacia 1840. El cuadro nunca le había parecido gran cosa, sobre todo por la curva desproporcionada de la frente. De no ser por la acicalada

mata castaña de la nuca y las patillas, podía ser el rostro de un hombre pintado sobre un huevo de Pascua. Un Humpty Dumpty con la yema y la cáscara derramadas por los jardines del hospital St. Andrew sin nadie a la vista para recomponerlo.

Clare aparecía en una pose incómoda sobre un fondo rural inespecífico y difuminado, un sendero boscoso de Helpston, Glinton, o lo que fuera, captado justo antes del ocaso o, tal vez, poco antes del alba, con un pulgar colgando de la solapa de la chaqueta en ademán de estadista. Miraba hacia las sombras de la derecha con una sonrisa vagamente atribulada, las comisuras de la boca elevadas en un saludo inseguro, y un ligero aire de aprensión asomando en unos ojos decepcionados. Benedict se preguntó si sería de ahí de donde había sacado esa expresión suya, entre divertida y desamparada, que le era tan característica. Había ciertas similitudes, concluyó, entre su sempiterno héroe y él mismo. John Clare tenía una nariz aguileña no muy distinta de la de Ben, al menos a juzgar por el retrato de Grimshaw. Y luego estaban la mirada tristona, la sonrisa vacilante e incluso el pañuelo al cuello. Si alguien le afeitase la cabeza y lo cebara un poco, Ben podría emerger de entre el humo del hielo seco de *Lluvia de estrellas* con un pulgar enganchado en la chaqueta y unas alocadas rebabas en las patillas. Esta noche, Matthew, me meteré en la piel del poeta campesino.[46] Ah, ja, ja.

Bajo el logotipo estrigiforme de la esquina inferior derecha de la portada había una pegatina adherida con etiquetadora quince años atrás: librería volume1, 6.00 £. Para su consternación, durante un instante fue incapaz de recordar dónde solía estar volume1. ¿Quizá donde ahora estaba Waterstone's? Antes, Northampton tenía tantas librerías que a uno le hubiera costado visitarlas todas en el mismo día, pero la mayoría se habían reconvertido en inmobiliarias y tascas de vino. En sus años mozos, incluso grandes almacenes como Adnitt's contaban con sección literaria. Había expositores de libros de bolsillo en los dos locales de Woolworth's, tanto en el de arriba como en el de

abajo, y en las tiendas de viejo, regentadas por dueños invariablemente enjutos y decrépitos, existían cestas con descoloridos ejemplares de segunda mano, en ocasiones clásicos pornográficos de los años sesenta cuyas amarillentas portadas se atisbaban a través de las oscuras y polvorientas ventanas. Ictéricos desnudos de Aubrey Beardsley mezclados con las abofeteadas putillas en tecnicolor de Hank Janson, todos ellos añadiendo un poco de picante a los estofados de Dennis Wheatley, Simenon y Alistair MacLean. ¿A dónde habían ido a parar aquellos cochambrosos y babeados archivos?

Alzó el vaso para brindar en memoria de todo aquello y sorbió un trago equivalente a un octavo de pinta. Extrajo de su bandolera el paquete de Benson y un mechero de los que vendían en la calle a tres unidades la libra, posó un cigarrillo entre sus labios eternamente irónicos, y lo encendió con aquella varita de amatista rellena de líquido. Ben escudriñó la sala a través de las primeras volutas de humo azulado. Se había llenado, aunque no con nadie que conociera. En algún lugar a su izquierda, una burbujeante cascada auditiva de monedas virtuales quedó matizada por los punteados de una cítara de ciencia ficción. Con un suspiro inespecífico, abrió la antología de poetas locales por la sección dedicada a John Clare, esperando que *Reloj de campo*, escrito desde el punto de vista de una mariquita, constituyera un antídoto contra el tintineante destello contemporáneo que tanto lo alienaba. El imaginario miniaturista era ciertamente cautivador, aunque, para su desgracia, no pudo evitar leer el poema que le seguía, escrito por Clare en el manicomio y titulado *Yo soy*.

> En la nada del desprecio y el tumulto,
> en el vívido mar del soñar despierto,
> donde no hay sentido de la vida o las alegrías,
> sino solo el vasto naufragio de mis simpatías;
> incluso los más queridos entre los queridos,
> me son ajenos, más ajenos que los desconocidos.

Los versos acertaron de tal modo en la diana que hundieron

al instante los maltrechos ánimos de Benedict, que ya de por sí estaban bajo el nivel del agua. Devolvió el libro a la bolsa mientras apuraba los tres sorbos que le quedaban a la pinta y pidió otra casi sin pensarlo. Aquello lo aligeró de monedas sueltas y expuso a su reina, Elizabeth Fry, a un peligro inminente. Sus acuosos ojos turquesa lo observaron desde el billete que le quedaba, con un atisbo de la misma resignación atribulada que mostraba su madre cuando evaluaba a Ben o a su hígado injustamente castigado.

Antes de darse cuenta, ya era mediodía y se encontraba emergiendo hacia Drum Lane desde el angosto local del Shipman's, básicamente un pasillo que tenía la barra donde cualquier persona hubiera dispuesto el perchero. Al fondo de la calle a su derecha vio la iglesia de Todos los Santos en la otra acera, con el bullicio desvaído de la plaza del Mercado resonando a su izquierda. Al parecer, Elizabeth Fry lo había dejado por otro hombre, a buen seguro algún mesonero. Lúgubremente, notó que aún custodiaba unas monedillas, varias huérfanas de plata y cobre por valor de ochenta y siete peniques. Una tímida protesta de sus ahogados instintos de supervivencia le aconsejó invertirlas en una empanada. Torció a la derecha y bajó por el siempre sombrío pasaje de Drum Lane hacia la panadería de Mercer's Row, justo enfrente de Todos los Santos.

Diez minutos después estaba engullendo el último trozo de lo que estimaba que sería su almuerzo, con la lengua sondeando optimistamente las arcanas simas de su boca en busca de la carne más persistente, el hojaldre más tenaz y la patata más recalcitrante. Limpiándose con lo que pensó que bien podían ser las maneras de un dandi del siglo XIX, Benedict dejó la marca de sus grasientos labios en la servilleta que le habían dado junto al aperitivo y la tiró en una de las papeleras de Abington Street, que era la calle por la cual subía. Estaba casi a la altura de la tienda de fotografía que había cerca de la entrada a Peacock Place, la galería comercial más reciente de la zona. Dicho palacio de cristal había reemplazado a Peacock Way, un recinto abierto que daba al Mercado y en cuyas cafeterías y

pastelerías había dado buena cuenta, en su juventud, de las reconfortantes magdalenas que acompañaban sus cavilaciones amorosas, sus ensoñaciones con chicas arrebatadoras de Notre Dame o Derngate que le acabaran de decir que solo les gustaba como amigo. Originalmente había sido el emplazamiento del Hotel Peacock, una posada u hostal con más de quinientos años. La gente aún hablaba de sus vidrieras con pavos reales,[47] una decoración interior del establecimiento que, sin duda, habría sido presa de los chatarreros durante la insensata demolición del hotel en noviembre de 1959. En la actualidad, las cristaleras que daban paso a la galería no eran sino una pálida imitación adhesiva, un estiloso producto prefabricado ideado por un equipo de diseñadores sobrevalorados.

Al pasar por Jessop's, la tienda de equipamiento fotográfico, se preguntó si todavía tendrían, enmarcada y a la venta en una pared, la instantánea que Pete Corr le había tirado a Benedict. Corr, que según decían vivía ahora felizmente casado en Canadá, era un fotógrafo local que empleaba el jocoso pseudónimo holandés de Piet de Klicqe. Antes conocido como Pete el Clic, se había especializado en retratar a la fauna más estrafalaria de la ciudad: Alma Warren, antigua compañera de Ben en Spring Lane, posando malhumorada con cazadora y gafas de sol como una madurita que imitase a Olivia Newton John; la corpulencia y gravedad jovianas de ese añorado dios trovador que había sido Tom Hall, vestido con el pijama infantil a medida y el fez escamoteado a los otomanos que componían su indumentaria habitual; y Benedict Perrit, sentado señorialmente sobre las sinuosas raíces del haya de ochocientos años de Sheep Street y sonriendo con contrición. Como si hubiera otra forma de sonreír. Ah, ja, ja, ja.

Siguió deambulando por el meandro rosa y peatonal de Abington Street. Sin bordillos que contuvieran y diesen forma a la frenética actividad que llevaba derramándose por aquella vía principal durante, al menos, quinientos años, diríase que, en la actualidad, la calle atraía sobre todo

a personas igualmente desprovistas de rumbo y motivo. Lo cual era, pensándolo bien, su propio caso. No tenía ni idea de a dónde se dirigía, no con los veintisiete peniques que le quedaban tras la impulsiva empanada, esfumada ahora salvo por el regusto de sus ocasionales eructos. Quizás un largo paseo hasta Abington por Wellingborough Road le viniera bien. En todo caso, no le costaría nada.

Agradablemente anestesiado de la existencia por una cálida envoltura brumosa, prosiguió cuesta arriba y dejó a la izquierda la entrada al Centro Grosvenor. Intentó conjurar la angosta apertura de Wood Street, que era lo que había allí hacía treinta años, pero encontró que la cerveza había mermado sus poderes de evocación. La ya casi olvidada bocacalle adosada era un espectro demasiado frágil como para prevalecer frente al panel de cristal de las puertas giratorias o el centelleante bulevar cubierto por el que vagaban todos aquellos sonámbulos, alumbrados cual ornamentados animales de cristal por el aura del comercio que atravesaban. Todos tenían un aire decorativo en mitad de la omnipresente iluminación. Todos tenían un aire precario.

Veintisiete peniques. Ni siquiera estaba seguro de tener bastante para una chocolatina Mars, pero aún podía saborear la autocompasión. Aceleró un poco el paso al llegar al Woolworth's de la zona alta —el único que quedaba, en realidad— con la esperanza de que el aumento de velocidad despejara sus quebraderos. Tras unos treinta segundos, se dio por vencido ante la falta de resultados y retomó su ritmo melancólico. ¿Qué sentido tenía ir más rápido cuando no se iba a ninguna parte? Eso solo conseguiría precipitar los problemas, y en su estado podría llevarle a cruzar la difusa línea que separa la embriaguez de la enajenación. La súbita visión de imaginarse hecho un basilisco en mitad del Marks & Spencer's, gritando y corriendo desnudo a través de una granizada de púdines de chocolate semilíquidos, debería haberlo espabilado, pero solo le hizo reírse de sí mismo. Más aún, se percató de que esa risita no contribuía en nada a su táctica de fingir

sobriedad. Así las cosas, las tareas para las que no servía eran ya cuatro: huir, encontrar trabajo, explicarse adecuadamente y fingir sobriedad. Cuatro deficiencias triviales sin relevancia en la vida de un hombre, se consoló.

Se resguardó contra el viento de levante y prorrumpió en carcajadas intermitentes al atravesar la amplia fachada de la Galería Cooperativa, ahora abandonada y desierta, con unos escaparates vacíos que, aún aturdidos por la noticia de su clausura, exhibían una mirada perdida. Los grandes almacenes de las afueras drenaron la actividad comercial del centro de Northampton, cuyo atractivo, a su vez, había ido mermando desde hacía unos cuantos años. En lugar de detener la desecación, el consistorio había permitido que las principales venas de la urbe se atrofiaran y marchitaran. Spinadisc, la longeva tienda de discos independientes a la que Benedict se aproximaba desde la otra punta de la calle, había cerrado para dar paso a un centro de rehabilitación, o algo así. Pero, como era previsible, el número de consumidores de sustancias había caído considerablemente en la zona desde que no había música ni coleccionismo.

Durante las vacaciones escolares o los fines de semana, la fenecida gramola del antiguo emporio del pop aún congregaba pandillas de jóvenes vestidos de negro alrededor de los bancos públicos que tenía enfrente. Ben creía que debían ser patinadores góticos o gangsta-románticos. Neopunkis o algo de eso. Le resultaba difícil estar al día. Apartó la vista de la bandada de grajos con sudadera que había posada al final de Abington Street y la dirigió atrás, hacia la acera que acababa de recorrer. Una tenue corriente de transeúntes fluyó hacia él desde la aún magnífica fachada de la biblioteca municipal, y sintió una sacudida sináptica, un leve trastorno y reajuste de la realidad, cuando se dio cuenta de que Alma Warren iba inmersa en ella. Ah, ja, ja.

Alma. La mujer que siempre le hacía retrotraerse al pasado; un estímulo ambulante que le recordaba las décadas que habían pasado desde que se conocieran, a los

cuatro años, en la clase de la señorita Corrier de la escuela Spring Lane. Ni siquiera entonces habría sido posible tomarla por una niña. O por un niño, ya puestos. Era demasiado grande, demasiado obcecada, demasiado alarmante para ser otra cosa que no fuera Alma, un género en sí mismo. Raritos ambos a su manera, habían sido inseparables durante la mayor parte de la infancia y adolescencia. Noches de invierno tiritando en el desván de la leñera de su padre en Freeschool Street, con el telescopio de Ben escrutando las estrellas a través de una ventana sin cristal para avistar platillos volantes. El peliagudo período pospuberal en el que él empezó a escribir poemas y ella a pintar, con Alma cabreándose y dejándole de hablar cada quincena a raíz de sus diferencias artísticas, según ella, pero más probablemente por la conversión comunista de la chica. Se habían puesto en ridículo en los mismos pubs, en las mismas revistas artísticas mimeografiadas, pero ella, a diferencia de Ben, se las había ingeniado para convertir su monomanía en una carrera próspera y reputada. Últimamente, ni él ni nadie se la solía cruzar más que en ocasiones como aquella, cuando marchaba sobre la ciudad vestida como una motera o, en caso de que llevara su pretenciosa capa, como una monja del siglo XV suspendida de sus votos por masturbarse sin parar, todo ello con más ojeras bajo los párpados que anillos en sus ostentosos dedos enjoyados.

Estos últimos los había desplegado en una araña vascular de gemas y esmalte de uñas para apartar el envejecido telón antiincendios que era su pelo de la pantomima que era su rostro. Su mirada, saturada de kohl y aparentemente desdeñosa, barrió la zona describiendo un calculado arco, como si Alma fingiera ser una cámara de seguridad que estuviese capturando el imaginario más deteriorado de Abington Street en busca de inspiración para algún futuro mamotreto. Tan fijos que parecían no tener párpados, cuando el lento recorrido de sus faros antiniebla alcanzó a Benedict, una chispa de antracita brilló súbitamente en la profundidad de sus órbitas incrustadas de

maquillaje, y sus labios pintados se tensaron en una sonrisa cuya probable intención sería la de resultar cariñosa, no depredadora. Ah, ja, ja, ja. Su querida Alma de toda la vida.

Benedict inició su numerito en cuanto sus miradas se toparon, primero adoptando una expresión de horrorizada consternación y, luego, girando en redondo para retroceder por Abington Street con el fin de simular frenéticamente que no la había visto. Al fin, convirtió su trayectoria en un círculo que la encaró de nuevo con ella, pero esta vez se desternilló en silencio para que Alma supiera que su terrible intento de salir pitando solo había sido una broma. No quería que pensara que realmente estaba tratando de esquivarla, porque era capaz de perseguirlo y derribarlo en menos de cinco zancadas.

Sus caminos se cruzaron en el pórtico de la biblioteca. Ben le tendió la mano, pero Alma lo sorprendió con una súbita embestida, un beso escarlata que le plantó en la mejilla, y un breve achuchón durante el que casi lo desnuca con un solo brazo. Debía de ser, concluyó, una afectación copiada de los galeristas americanos que le montaban las exhibiciones. Unos exhibicionistas, en definitiva. De lo que estaba seguro era de que eso no lo había aprendido en los Boroughs. En el barrio en el que ambos habían crecido, las demostraciones de afecto jamás eran físicas. Ni verbales. Ni relativas a los cinco sentidos tradicionales. En los Boroughs, el amor y la amistad eran subliminales. Se separó un poco de ella y empleó el dorso de uno de sus largos dedos para limpiarse el carrillo cual gato avergonzado.

—Aléjate de mí. ¡Ah, ja, ja, ja, ja, ja!

Alma sonrió, aparentemente encantada de haberlo incomodado con tamaña facilidad. Como si quisiera facilitar la conversación, inclinó la cabeza y se encorvó un poco al hablar, pero en realidad solo le estaba recordando su estatura, algo que hacía con todo el mundo. Aquella era una de las armas del sutil arsenal de manierismos intimidatorios que ella, y solo ella, creía poseer.

—Benedict, menudo Lotario zalamero estás hecho. Verte ha sido toda una sorpresa. ¿Cómo te va todo? ¿Sigues

escribiendo?

Su voz no fue profunda, sino infraprofunda. Ben se echó a reír ante la pregunta sobre su producción, ante la absoluta ridiculez de que se lo hubiera inquirido siquiera.

—Siempre, Alma. Ya me conoces. Ah, ja, ja. No hago más que pergeñar versos.

No había escrito una línea en años. Era un poeta publicado en sentido pretérito, no en presente. De hecho, en presente no estaba seguro ni de ser poeta, lo cual era su miedo más íntimo. Satisfecha con la respuesta, Alma asintió amigablemente.

—Bien. Me alegra oírlo. Precisamente el otro día me dio por leer *Zona de derribo* y estuve dándole vueltas a lo cojonudo que fue ese poema.

Hum. *Zona de derribo*. También él se sentía orgulloso de aquel trabajo. «¿Quién diría ahora / que aquí pudiera haber existido / algo más que un descampado / poblado por perros callejeros / y niños rompiendo botellas a pedradas?». Dando un respingo, se dio cuenta de que aquello lo había escrito hacía ya casi dos décadas. «Hierbajos, perros y niños / que todos esperaban / ver desparecer. / Los hierbajos, enterrados. / Los perros y los niños, / abortados sin nacer». Inclinó la cabeza hacia atrás sin saber si debía encajar el cumplido con algo más que una sonrisa, como si esperara que, en cualquier momento, ella se retractara del elogio para exponer la cruel broma posmoderna que sin duda era. Finalmente, aventuró una vacilante respuesta.

—No estuve mal, ¿verdad? Ah, ja, ja.

Querría haberse referido a la poesía, pero no atinó con las palabras y dio la impresión de estar refiriéndose a sí mismo en pasado, lo cual no era en absoluto su intención. O no creía que lo fuera, al menos. Alma frunció el ceño en aparente reproche.

—Ben, eso de «no estar mal» siempre se te quedó tremendamente corto. Lo sabes de sobra. Eres un buen escritor, compañero. Te lo digo en serio.

Esto último lo dijo para replicar a la risa abochornada

de Benedict. Realmente, él no tenía ni idea de qué decir. Alma era, como poco, una celebridad menor de cierto éxito, y Ben no pudo evitar sentir que estaba siendo tratado con condescendencia. Era como si ella pensara que una palabra amable por su parte podría aliviarlo, inspirarlo, elevarlo de entre los muertos y enderezarlo con una mínima pincelada de aliento. Actuaba como si todos sus problemas pudieran solucionarse con solo escribir, lo cual solo ponía de manifiesto, según la opinión de Ben, la noción superficial que tenía Alma de dichos problemas. Con todo su dinero y sus reseñas en *Te Independent*, qué iba a saber ella lo que era andar por ahí con veintisiete peniques en el bolsillo. Vale, sí que lo sabía. Su trasfondo social era el mismo, así que no estaba siendo del todo justo, pero eso daba igual. La atribulada conciencia de su estado económico, al menos en relación con Alma, había surgido de los sedimentos cerveceros recientemente asentados en lo más hondo de su mente, y no iba a sumergirse de nuevo. Así pues, incluso antes de saber que iba hacerlo, rompió el hábito de toda una vida y le pidió dinero.

—Eh, no tendrás un par de monedas de sobra, ¿verdad?

Lamentó aquella frase, aquella terrible transgresión, en cuanto salió por su boca. Al instante, deseó no haberla pronunciado, pero ya era demasiado tarde. Ahora estaba en manos de Alma, y lo más probable es que encontrara el modo de agravar la situación. Sorprendida, las escobillas limpiachimeneas de sus pestañas se separaron un ápice, pero enseguida adoptó una mirada inexpresiva de neutra preocupación.

—Claro que sí. Voy a tope de pasta, joder. Toma.

Se sacó un billete… un billete… de sus vaqueros de pitillo y, evitando mirarlo para así no determinar su valor, lo apretujó contra la palma abierta de Ben. Eso, eso era a lo que se refería cuando decía que Alma siempre empeoraba la incomodidad de las cosas de un modo que, encima, obligaba a agradecérselo. Como ella no había mirado cuánto dinero le había dado, Ben consideró que sería una

falta de clase el hacerlo, así que se guardó el arrugado billete en el bolsillo del pantalón sin echarle ni un mísero vistazo. Ahora se sentía verdaderamente culpable. Sin pretenderlo, el centro de sus cejas circunflejas se elevó hacia su pico de viuda al cuestionar aquel excesivo gesto de caridad.

—¿Estás segura, Alma? ¿Estás segura?

Ella sonrió para aligerar la inconveniencia de la situación.

—Claro que estoy segura. Olvídalo ya. ¿Cómo te va, compañero? ¿A qué te dedicas últimamente?

Benedict agradeció el cambio de tema, pero iba a pasarlas canutas intentando dar con algo que pudiera afirmar, legítimamente, haber hecho.

—Oh, a esto y aquello. El otro día fui a una entrevista.

Alma pareció interesarse, aunque solo por educación.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo te fue?

—Ni idea. Aún no me han dicho nada. Durante la entrevista, ardía en deseos de salir por la tangente y decirles que soy un poeta publicado, pero me contuve.

Alma trató de asentir sabiamente, pero quedó claro que también intentó no reírse, y el resultado fue que ninguno de sus esfuerzos logró ser un éxito sin paliativos.

—Hiciste bien. Cada cosa tiene su momento y su lugar.

Ladeó la cabeza y guiñó sus rapaces ojos negros como si acabara de recordar algo.

—Anda, acabo de acordarme, Ben. Tengo unos cuadros que he estado pintando, todos ellos dedicados a los Boroughs, y voy a presentarlos en Castle Hill mañana a la hora del almuerzo, en la guardería donde solía estar la escuela de danza Pitt-Draffen. ¿Por qué no te pasas? Sería estupendo poder verte por allí.

—Tal vez lo haga, sí. Tal vez lo haga. Ah, ja, ja, ja.

En el fondo de su amargo corazón, estaba casi seguro de que no iría. Para ser honestos, lo cierto es que apenas la estaba escuchando, pues seguía intentando dilucidar qué cosas había hecho, aparte de la entrevista, que fueran dignas de mención. De repente, recordó sus visitas al

cibercafé y se animó. Alma era célebre por no aventurarse jamás en internet, lo cual significaba, para su sorpresa, que, al menos en ese campo, existía una persona menos adaptada a la modernidad que él. Le dedicó una sonrisa triunfal.

—¿Sabes que he empezado a navegar por internet? —le soltó, pasándose una mano coqueta por sus rizos negros y ajustándose una pajarita imaginaria con la otra.

Alma se echó a reír abiertamente. De mutuo acuerdo, ambos parecieron finiquitar la charla para empezar a alejarse lentamente; él hacia arriba y, ella, hacia abajo. Fue como si, tras llegar al final predestinado para su encuentro, ahora tuvieran que irse, tanto si habían terminado de hablar como si no. Debían darse prisa si querían cumplir con sus horarios; si deseaban ocupar, acorde a los tiempos preestablecidos, los huecos que aún quedaran por rellenar en sus respectivos futuros. Todavía riendo sin disimulo, Alma le dirigió una última frase a través de la creciente distancia entre ellos.

—Estás hecho todo un chico del siglo XXI, Ben.

La carcajada le propulsó la cabeza hacia atrás como si fuera un saco de boxeo que acabase de recibir un directo. Varias zancadas después, Ben se volvió a medias hacia ella sin abandonar su avance hacia el extremo superior de Abington Street.

—Estoy hecho un Cyberman. Ah, ja, ja, ja.

Su breve lazo de mutua hilaridad e incomprensión se deshizo en dos extremos sueltos y risueños que se arrastraron en direcciones opuestas. Tras llegar al lado superior de la calle, y mientras cruzaba por el semáforo de York Road, Benedict pensó en sacarse del bolsillo el dinero arrugado que Alma le había obsequiado. Rosa, ciruela y violeta, el billete presentaba un ángel azul cuya trompeta arrojaba una radiante lluvia de notas. La catedral de Worcester se hallaba bombardeada por una jubilosa tormenta de rayos cósmicos con Santa Cecilia reclinada más abajo, bañándose en sus rayos ultravioletas. Era uno de veinte. Bienvenido a mis humildes pantalones, sir Edward

Elgar. En el pasado solo nos habíamos cruzado de pasada, y usted no se acordará, pero ¿me permitiría decirle que *El sueño de Geronte* es una obra maestra de la música pastoral? Ah, ja, ja.

Aquello era un regalo de Dios. Gracias, Dios; envíale mi agradecimiento a Alma, a la que claramente has convertido en tu embajadora en la Tierra. Le ruego a Dios que… bueno, te ruego a Ti que sepas lo que estás haciendo con ella, no vayas a sorprenderte. En cualquier caso, mil gracias. Decidió continuar su saludable paseo subiendo por Wellingborough Road hacia Abington Park, aunque lo cierto era que ya no necesitaba hacerlo, pues tenía suficiente dinero para divertirse donde quisiera. Cuando estaba de humor era capaz de divertirse sin conocimiento, pero, por el momento, se volvió a guardar el billete en el bolsillo y comenzó a silbar de camino hacia Abington Square. Solo aminoró la marcha cuando se dio cuenta de que estaba interpretando el tema de la serie de televisión *Emmerdale*. Afortunadamente, nadie pareció haberse dado cuenta.

El tramo que estaba recorriendo ahora había sido, antaño, la puerta oriental de la urbe, bautizada en el siglo XIX como Edmund's End en honor a la iglesia de San Edmundo, sita un poco más adelante en Wellingborough Road hasta su demolición hacía un cuarto de siglo. A Ben le gustaban los edificios de la zona cercana a la plaza principal en sí, siempre y cuando uno ignorara las horteras modificaciones de sus plantas bajas. Justo en la acera de enfrente estaba el espléndido cine de la década de 1930, que según el período se había llamado el ABC o el Savoy. Allí, armado con un palito de helado con el que arrojar bolindres, él mismo había sido un excelente tirador, aunque, pese a las muchas advertencias, nunca había llegado a saltarle el ojo a nadie. En la actualidad, al igual que la tercera o cuarta parte de los principales inmuebles de la ciudad, el cine era propiedad del Ejército de Jesús, una comunidad evangélica que había empezado como un pequeño refugio para pobres en la cercana Bugbrooke, pero

que había terminado extendiéndose como una pegajosa y feliz enredadera, hasta el punto de que sus autobuses arcoíris capturaban ya vagabundos por todo el centro de Inglaterra. No obstante, lo de Northampton con la manía religiosa venía de lejos. Paseando hacia Abington Square, recordó que el último Ejército de Jesús que habían visto aquellas tierras había sido el de Cromwell, que llevaba picas en lugar de folletos. Cierta mejora sí que había, pensó.

A la luz de primera hora de la tarde, la plaza se diría casi hermosa, a menos que uno la hubiera conocido en su juventud y pudiera hacer comparaciones dolorosas. La fábrica de zapatillas había desaparecido en favor de un concesionario de Jaguar llamado Guy Salmon. El Centro Irlandés se había convertido en el Urban Tiger, un club de *striptease*. Benedict nunca había entrado en el local desde el cambio de nombre, que le hacía imaginarse a la clientela como un grupo de tamiles en plena clase de artes marciales.

Charles Bradlaugh, de un blanco cegador, parecía estar allí dirigiendo el tráfico desde su pedestal. Aquel paladín de la igualdad social, ateo y abstemio, nunca le había dado la impresión de estar apuntando al oeste, sino la de estar empezando una pelea de bar. Sí, eso. A ti. Feo de los cojones. ¿A quién te crees que estoy señalando? Ah, ja, ja, ja. Ben dejó la estatua a la izquierda y, a la derecha, un pub nuevo e inhóspito llamado Te Workhouse, el hospicio. Enseguida lo pilló: subiendo por Wellingborough Road, frente al recinto vallado donde antaño se erigía la iglesia de San Edmundo, estaba lo que quedaba del antiguo hospital homónimo, que en la época vitoriana había sido el hospicio de Northampton. Era como abrir un pub temático llamado El Latigazo en una barriada negra, u otro llamado Eichmann en una judía. Denotaba poca sensibilidad.

Ben notó que caminaba a buen paso incluso con el borrascoso viento en contra. En apenas unos segundos, la mole abandonada del propio hospital St. Edmund se cernió a su izquierda, un palacio embrujado cubierto de enredaderas grimosas y de ventanas rotas llenas de fantasmas. De fantasmas y, si los rumores eran ciertos, de

solicitantes de asilo rechazados; refugiados a los que se les había negado el permiso y que habían preferido acampar en aquellos antiguos pabellones terminales antes que arriesgarse a volver a casa, junto al déspota o esbirro amante de los electrodos del que habían huido en primer lugar. En casa solo había dolor. Cuán cierto era eso. Se le ocurrió entonces que el hospicio, aun ruinoso, debía sentirse dichoso en su vejez. Los parias asustados y hacinados de antaño habían vuelto para aliviar, en secreto, sus demonios internos.

En la otra acera, tras el muro que estaba bordeando, sintió la palpable ausencia de la iglesia de San Edmundo, un solar verde y yermo con lápidas esporádicas, cariadas, descollantes y descoloridas que sufrían el sarro de la mierda de pájaro y el retroceso incipiente de sus herbosas encías. Como nota positiva, Benedict pudo escuchar el son de una alondra bajo el murmullo del tráfico de la calle principal; un burbujeo de notas que estalló en una brillante efervescencia para distraer a los gatos de los polluelos escondidos entre la vegetación del cementerio. Hacía un día precioso. El sentido de lo eterno seguía allí; oculto, prometedor y sugerente tras las raídas cortinas del presente.

Mientras salía de la ciudad hacia el este a través de aquella hilera de tiendas y pubs, pensó en Alma. En la escuela secundaria para chicas, a los diecisiete años, había sido una alumna tan huraña y gigantesca que daba la impresión de estar resentida por tener veintinueve y no encontrar un uniforme de su talla. Colaboraba en una publicación artística estudiantil, llamada *Androgyne*, para la que realizaba ilustraciones estarcidas algo movidas que salían junto a unos quintetos pasables. Por entonces, él estaba en la escuela secundaria para chicos, pero, pese a la distancia que separaba ambos centros, seguían confraternizando. Como se veían de vez en cuando, Alma, que atravesaba un período de arrogante desdén futurista para con el romanticismo de Ben, le llegó a preguntar a regañadientes si podía mandar algo a su revistilla grosera y tontorrona.

Estimulado por esa petición tan poco entusiasta, Benedict escribió varios pasajes de lo que acabó siendo una obra épica juvenil, pero Alma, claramente decepcionada, solo aceptó los fragmentos más cortos antes de descartar el resto, que acorde a su madura opinión crítica no era más que «puta basura afeminada y sentimental». Le mortificaba constatar que, casi treinta y cinco años después, todavía pudiera recordar su rechazo palabra por palabra. En aquellos tiempos, él tenía aún menos sentido de la proporción que ahora, y se indignó tanto que resolvió ejecutar una terrible y paciente venganza: rescatar las partes del ciclo poético que Alma había suprimido y edificar algo nuevo con ellas, una obra que sacudiera los cimientos de la época. Más tarde, cuando le dieran la bienvenida al Olimpo literario, revelaría la falta de visión de Alma a la hora de apreciar su obra magna y haría que su reputación cayera por los suelos. Sería el hazmerreír de todos, una paria. Y eso le enseñaría la lección a ella y a todo su arte migrañoso a la manera de Andy Warhol y Bridget Reilly. Su gran proyecto iba a ser un himno desgarrador que serviría para conjurar el mundo perdido, el paisaje rústico de John Clare, esos caminos dorados que Benedict, por haber nacido demasiado tarde, no podía recorrer más que en sueños. Se tiró casi dos años trabajando en ello antes de darse cuenta de que no iba a ninguna parte y abandonarlo. Y lo tituló *Atlántida*.

Benedict alzó la vista y descubrió que había avanzado un buen trecho desde el último lugar de Wellingborough Road en el que había reparado: el edificio descascarado del Spread Eagle, en la esquina posterior al hospital St. Edmund. A punto de llegar a la desembocadura de Stimpson Avenue, empezó a pensarse dos veces lo de pasear por el parque, pues los pies ya le estaban doliendo. Clare, que había llegado a recorrer ciento treinta kilómetros para volver de Essex a su hogar en Northamptonshire, se hubiera reído probablemente de él. Los chalados líricos de su época estaban hechos de otra pasta. Pensó que ya tendría tiempo de vagar por Abington Park algún otro día y se contentó,

por el momento, con visitar el Crown & Cushion, situado un poco más arriba en la concurrida calle. Caminar por un paseo arbolado tenía sentido cuando no había otra cosa que hacer, pero, tras toparse con Alma, las cosas habían cambiado. Ahora tenía planes.

Llevaba tiempo sin ir al Crown & Cushion, aunque durante una época, justo después de romper con Lily, había sido su pub habitual. Consideraba que su relación con la clientela era, cuando menos, ambivalente, pero el lugar en sí le resultaba cómodo. Sin cambios relevantes, el establecimiento conservaba su denominación histórica, y no se había rebautizado como el Jolly Wanker, el Workhouse o el Vole & Astrolabe. Con una ligera mezcla de orgullo y bochorno, aún podía recordar la vez en que irrumpió en el bar exigiendo satisfacción tras sentir que sus camaradas bebedores no se tomaban en serio su condición de poeta publicado. Ben acababa de publicar uno de sus poemas en el periódico local *Chronicle & Eco*, y, nada más atravesar las puertas batientes del Crown & Cushion cual pistolero dispuesto a disparar al pianista, arrojó al aire treinta copias que casualmente llevaba encima con un grito de victoria: «¡Ahí tenéis! ¡Ah, ja, ja, ja!» Naturalmente, lo echaron enseguida, pero habían pasado años; con un poco de suerte, los camareros y clientes de aquel entonces estarían todos muertos o desmemoriados.

En caso de que no fuera así, el pub siempre había mostrado una tremenda tolerancia, por no decir orgullo, para con los muchos excéntricos que cruzaban su umbral. Concluyendo que esa era otra de las razones por las que le gustaba el lugar, Ben empujó la puerta del salón y abandonó la brillante y cegadora luz exterior en favor de su afable penumbra. Además, allí trataban con gente mucho peor que él. Según una persistente anécdota que se remontaba a principios de la década de 1980, el gran sir Malcolm Arnold, trompetista y arreglista orquestal de éxitos como *Coronel Bogey*, había vivido loco y alcoholizado en el piso superior del Crown & Cushion. Invitado según unos, cuasi prisionero según otros, todas las noches lo arrastraban

para que entretuviera a la beoda y abusiva concurrencia. Aquel era el hombre que había escrito *Tam o' Shanter*, un delirante acompañamiento para el ebrio sudor nocturno de Robert Burns, el héroe juerguista de las Tierras Altas que era perseguido durante una feérica cacería salvaje a través de una negrura de madera y viento metal. Si no recordaba mal, sir Malcolm Arnold había sido antiguo Director de Música de la Reina, título este que era el equivalente musical del de Poeta Laureado, pero había terminado tocando notas al piano para una manada de bramantes y agresivos matones. Viejo y atormentado, ambisextro, y recién entrado en la sesenta por la época, nadie sabía cuántos duendes y diablos, cuántos *djinn tonics*, habrían brincado por su cráneo febril mientras golpeaba, brillante por el sudor y encorvado, las amarillentas teclas de marfil.

Benedict permaneció allí parado, en el quicio de la puerta, hasta que sus pupilas se dilataron lo suficiente para localizar la barra. El personal y la decoración, observó, se habían renovado desde su última visita. Tanto mejor, y más en el caso del personal, pues, hasta donde sabía, a la decoración jamás la había ofendido. Aunque algunos podrían objetárselo, claro. Ah, ja, ja, ja. Con cierta fanfarronería, se acercó y pidió una pinta de amarga mientras ponía su billete de veinte sobre la barra, recién limpiada y aún húmeda. El gesto, sin embargo, quedó socavado por su honda reticencia a decirle adiós a Elgar. Parte de esta reticencia dimanaba exclusivamente del propio Ben, pero iba mezclada con una genuina desazón por sir Edward, cierta inquietud por dejar al compositor en el Crown & Cushion. Mirad lo que le habían hecho a Malcolm Arnold.

Tras sentarse con el vaso en una mesa libre, de las cuales había muchas para aquella época del año, Ben se entregó fugazmente a una mórbida fantasía en la cual, como castigo por el incidente del periódico, lo encarcelaban allí del mismo modo que, según los rumores, habían hecho con Arnold. Cada noche, unos hampones ebrios entrarían en su habitación para conducirlo hasta el local, en donde lo

someterían con licores y le harían recitar sus sonetos más preciados y emotivos ante una sala repleta de filisteos burlones. Para ser sincero, no sonaba tan mal. Había pasado alguna que otra noche de viernes de esa manera, y encima sin la ventaja de beber gratis. Ahora que lo pensaba, había pasado años enteros así. Cuando Lily le dijo que se buscara otro apartamento y él se fue a vivir a una casa de vecinos en Victoria Road, el período posterior fue como *Tam o' Shanter* puesto en bucle durante meses. Llegaba a casa a las tres de la mañana sin llave, exigía que le abrieran por ser un poeta publicado y, luego, en su Dansette, reproducía a todo volumen grabaciones de Dylan Tomas leyendo *Bajo el bosque de leche* hasta que los inquilinos amenazaban con matarle. ¿A qué venía aquello? Una noche llegó a escabullirse escaleras abajo hasta la cocina comunitaria para devorar las porciones de pollo que la pareja tatuada del piso de arriba, malhumorada y abusona, había preparado para cenar al día siguiente, y luego no tuvo otra que despertar a los vecinos de otro piso para poder contárselo. «¡Ah, ja, ja! ¡Me he zampado la cena de esos cabrones!». En retrospectiva, Ben cayó en la cuenta de que tenía suerte de haber sobrevivido a aquellos días no solo sin que lo lincharan, sino totalmente ileso.

Le dio un sorbo a la cerveza y, aprovechando la luz del sol que atravesaba la ventana bajo la que estaba sentado, sacó *A Northamptonshire Garland* de la bolsa y empezó a leer. La primera pieza en la que se fijó fue *La canción del pescador*, de William Basse, un poeta pastoril del siglo XVII cuyo origen local era discutido, pero probable.

> Como el interior fluye al exterior en la pasión,
> unos jalean al galgo, y otros tantos al halcón,
> otros cuantos, prefiriendo el discreto deporte,
> se dan al tenis, o a una amante de la corte,
> pero estos placeres no deseo en verdad,
> ni los envidio, mientras pesco en libertad.

A Ben le gustaba el poema, aunque nunca había vuelto a pescar mucho desde que sus primeros intentos juveniles se

saldaran enganchando a otro niño por accidente al soltar carrete y lanzar el anzuelo. Recordaba la sangre, los gritos y, peor aún, su nula capacidad para evitar reírse, inapropiada y embarazosamente, durante los primeros auxilios. Por más que le atrajera la idea, su relación con la pesca había terminado allí mismo. El pescador dormitando junto al arroyo y la corriente fluvial de la tarde formaban ahora parte, junto a faunos y pastoras, de su particular mito de la Arcadia, y su experiencia práctica al respecto, al igual que con las pastoras, era escasa.

Reflexionando un poco, quizá fuera esa la razón de que Ben hubiera dejado *Atlántida* inconclusa tantos años atrás: la sensación de que carecía de autenticidad, de que había errado con el tema. En el momento de su concepción, él era un estudiante que vivía en una lúgubre casa de Freeschool Street y que abominaba de aquellas sucias fábricas justo como creía que lo habría hecho John Clare: llorando el bucólico edén que, en su mente, las perversas calles contemporáneas de los Boroughs habían desplazado. Sin embargo, cuando las chimeneas salpicadas de árboles y los tejados de pizarra fueron igualmente erradicados, reconoció tardíamente que aquellas vías angostas eran las que componían el hábitat en extinción que debería haber conmemorado. Las chapas de cerveza, no las caléndulas. Así pues, descartó esa metáfora básica —los sumergidos setos susurrantes de un continente que sabía perdido pero que, en verdad, nunca había sido el suyo— y escribió *Zona de derribo* en su lugar. Tras la desaparición del barrio que Ben había conocido, al menos encontró una voz que era genuina y oriunda de los Boroughs. Visto en perspectiva, creía que el poema versaba más sobre las ruinas de su propia desilusión que sobre el solar derruido en el que se había convertido su vecindario, aunque lo cierto era que una cosa y la otra podían ser, en suma, la misma.

Tras encenderse un cigarrillo y notar que quedaban otros seis bailando en el mermado paquete, pasó las hojas del compendio alfabético para dejar atrás a Clare y aterrizar sobre una de las voces más indiscutiblemente auténticas de

los Boroughs: la de Philip Doddridge. Aunque la pieza se titulara *El mensaje de Cristo* y estuviera basada en un pasaje del Evangelio de Lucas, constituía la letra del himno más celebrado del autor: «¡Oíd el alegre son! ¡Ya llega el Salvador! ¡El Salvador que se nos prometió!». A Ben le gustaban los signos de exclamación, que parecían anunciar la parusía con la misma narración retumbante que el tráiler de una secuela cinematográfica. En lo más hondo de su corazón, no podía decir que creyera en el cristianismo… el accidente de moto que se había llevado a su hermana cuando él tenía diez años lo imposibilitaba… pero podía oír y respetar las potentes inflexiones de los Boroughs contenidas en los versos de Doddridge, su preocupación por los pobres y los necesitados, sin duda agudizada durante su estancia en Castle Hill. «Él viene a sanar el corazón roto, a curar el alma sangrante. / Y, con los tesoros de su gracia, a enriquecer al humilde sollozante».

Aquello merecía un brindis. Alzó el vaso y se dio cuenta de que el menguante nivel de la espuma ondeaba a media asta. Solo le quedaban cuatro sorbos. Pues vale. Con eso le bastaría. Se los tomaría con calma. Pese a las diecisiete libras que más o menos le quedaban, no pensaba tomarse otra ronda allí. Empleó el pulgar para avanzar por el libro hasta recalar en la familia Fane de Apethorpe: Mildmay Fane, segundo conde de Westmoreland, y su descendiente Julian. Se detuvo en ellos por la atracción que le causaron nombres como «Mildmay» o «Apethorpe», pero enseguida se vio cautivado por la descripción que Julian hacía de la hacienda familiar, igualmente admirada por ese apasionado de Northampton que había sido John Betjeman. «El musgoso palacio gris de mi padre se erige, / sito en un pastizal inglés tan espléndido / como todos los que ofrece esta verde isla herbosa. / Arriba, se alza una gran llanura boscosa; / abajo, un arroyo que por tierras plácidas se dirige…». El arroyo continuó su curso y él vació su pinta, pero al instante pidió otra sin pensárselo siquiera.

De repente, eran las tres y diez y estaba a casi un kilómetro de distancia, emergiendo de Lutterworth Road

hacia Billing Road justo por debajo de donde antaño estaba la escuela secundaria para chicos. ¿Qué hacía allí? Tenía el vago recuerdo de haber estado en los servicios del Crown & Cushion, una especie de sueño fantasmagórico en el que se miraba en el espejo atornillado sobre el lavabo, pero por su vida que no se acordaba de haber salido del local, y mucho menos del amplio trecho que claramente había recorrido desde Wellingborough Road. ¿Podía ser que, con el ánimo de volver al centro, hubiera elegido una ruta un poco más pintoresca de lo habitual? Bueno, «elegido» tal vez fuera una palabra demasiado fuerte. Su paso por la vida no se regía tanto por la elección como por las poderosas corrientes de su propia fantasía, que a veces lo arrastraban hacia calas tan inesperadas como aquella.

En la otra acera, un poco más arriba a su izquierda, estaba la fachada de ladrillo rojo de la antigua escuela de secundaria, separada de la calle principal por franjas de césped y un patio delantero de gravilla sobre el que se levantaba un mástil desnudo, sin una bandera que señalara el emplazamiento de las instalaciones. Benedict comprendía esa reticencia. En la actualidad, las escuelas no eran un objetivo al que aspirar, sino uno al que disparar. Más allá de la plácida fachada y de la mirada distante de sus ventanales blancos, había clases, aulas de pintura, laboratorios de física y patios de recreo, un soto y una piscina, todos intentando ignorar la sombra patibularia arrojada por los tablones con las clasificaciones deportivas. No es que hubiera razones para preocuparse por ella. El centro había pasado de exclusivo a interclasista a mediados de la década de 1970, pero había explotado su prestigio en declive y su reputación residual como señas de identidad con las que sobrevivir en el competitivo mercado en el que se había convertido la enseñanza. Invocar el espíritu elitista previo y el fantasma del esnobismo pretérito parecía haber funcionado, y con gran éxito, además, entre los padres más acomodados e indecisos del presente. Por lo que había oído, incluso empleaban como reclamo la segregación monástica de su enfoque educativo. Cualquiera que deseara matricular

a su hijo debía redactar, primero, un breve ensayo que explicara los motivos precisos por los que creía, desde un profundo nivel ideológico y moral, que el muchacho se iba a beneficiar de formarse en una atmósfera de estricto *apartheid* de género. ¿Qué pretendían que dijera la gente? ¿Que deseaban que el pequeño Giles creciera como alguien rarito e incomprendido en todas sus relaciones con las mujeres, en el mejor de los casos, o como un asesino en serie gay en el peor de ellos? Ah, ja, ja, ja.

Cruzó la calzada y torció a la derecha, hacia la ciudad, para alejarse de la escuela. No guardaba buen recuerdo de los años que estudió allí. Por una parte, tras desperdiciar su primera década en el planeta dedicándose a eso que mamá llamaba «hacer el ganso», no aprobó la reválida de los once años a la primera. Mientras que Alma y los demás niños listos entraron en secundaria, Benedict tuvo que asistir a la escuela Spencer, en el ahora temible barrio de Spencer, junto con los torpes y los matones. Él era igual de inteligente que Alma y el resto, pero no se sentía inclinado a tomarse en serio cosas como los exámenes. Sin embargo, tras pasar uno o dos años en Spencer, su intelecto empezó a brillar entre la escoria circundante, y solo entonces lo pasaron a secundaria.

Allí se sintió estigmatizado incluso entre la evanescente y pequeña minoría del resto de los niños de clase obrera, que al menos habían sido lo suficientemente brillantes como para pasar el susodicho examen de tipo test a los once años. Con la mayoritaria clase media, especialmente con los profesores, jamás creyó tener una mínima posibilidad. Los otros chicos eran casi todos amables, y se comportaban y hablaban prácticamente como él, pero aun así se burlaban cuando alguien levantaba la mano para preguntarle al maestro si podía ir «al baño», en lugar de «al servicio». En retrospectiva, eso sí, consideraba que los prejuicios sufridos por su parte habían sido mínimos. Él, al menos, no era negro como David Daniels, un chico del curso superior, bondadoso y sereno, al que había conocido principalmente a través de Alma, quien compartía su pasión por los libros y

cómics americanos de ciencia ficción. Ben aún se acordaba de un profesor de mates que siempre enviaba al único chico no blanco de la escuela a sacudir los borradores en el patio interior al que daban las clases, para que así, ante la atenta mirada de sus compañeros, los entrechocara hasta que su piel negra quedara tan pálida como el polvo de la tiza. Era un espectáculo ignominioso.

Recordó cuán injusto era el sistema educativo por aquel entonces, con las vidas y carreras de los críos decididas por un examen que debían aprobar a los once años. Aunque, ¿no había sido el año pasado cuando Tony Blair había fijado unos objetivos de rendimiento para los menores de cinco años? Ya pronto establecerían evaluaciones fetales, para que uno se sintiera presionado y retrasado si sus dedos no se separaban del todo antes del tercer trimestre. Los suicidios prenatales por estrés académico se volverían habituales, y los deprimidos embriones se ahorcarían con sus cordones umbilicales tras dejar una nota de despedida garabateada en la placenta.

Benedict reparó en la cerca que se sucedía estroboscópicamente a su izquierda y a su espalda, así como en las oscuras coníferas que había al otro lado, y se dio cuenta de que estaba pasando junto al hospital St. Andrew. ¿Podía ser que aquella ruta a casa la hubiera tomado como una especie de peregrinación impulsiva hacia el lugar en el que John Clare había estado internado durante más de veinte años? ¿Acaso en su estado de confusión había creído que pensar en Clare, su héroe, como un chiflado aún más desesperanzado que él mismo podía llegar a levantarle la moral?

Pues más bien al contrario. Al igual que antes había anhelado la cautividad tabernaria de sir Malcolm Arnold —alumno de otra escuela segregada, y también antiguo interno del St. Andrew, ahora que caía en ello—, Benedict empezó a imaginarse a sí mismo en los amplios terrenos de la institución, más allá de la valla, y a envidiar a John Clare. Ciertamente, St. Andrew no le habría resultado tan suntuoso a mediados de la década de 1850, cuando aún era

el Sanatorio General de Northampton, pero para las perdidas y magulladas almas poéticas seguro que constituía un refugio mucho más agradable que lugares como, por ejemplo, Tower Street. A Ben no le habría importado trocar sus actuales circunstancias por un manicomio del siglo XIX. Allí, si alguien le preguntase por qué no buscaba trabajo, podría explicarle que ya le habían dado empleo como chalado arcaico. Podría vagar todo el día por sus campos elíseos, o bajar a la ciudad para sentarse en el pórtico de la iglesia de Todos los Santos. Con los gastos pagados por algún mecenas literario, tendría tiempo de escribir tantos versos como quisiera, la mayoría sobre lo mal que se sentía por cómo lo estaban tratando. E incluso si ese esfuerzo poético le resultase agotador (seguro que un tiempo allí afectaría a cualquiera, pensó), siempre podría abandonar su cansina personalidad y ser cualquier otra persona, como el padre de la reina Victoria, o Byron. Francamente, si uno había perdido un tornillo, había peores lugares para ir a buscarlo que bajo los arbustos del St. Andrew.

Claramente, Ben no era el único con esa opinión. En los años transcurridos desde los días de Clare, la sala de recreo del sanatorio, con sus carcajadas y sollozos, se había convertido en un distorsionado paseo de la fama. El poeta misógino J. K. Stephen. Malcolm Arnold. Dusty Springfield. O Lucia Joyce, hija del aún más célebre James, cuya delicada psicología empezó a descollar mientras trabajaba como ayudante en la obra maestra más ilegible de su padre, *Finnegans Wake*, por entonces titulada *Obra en marcha*. La hija de Joyce llegó a aquel costoso pero justamente reputado retiro a finales de la década de 1940, y tuvo que gustarle tanto que se quedó durante más de treinta años hasta su fallecimiento en 1982. Con todo, ni siquiera la mortalidad alejó de Northampton a Lucia. Pidió ser enterrada allí, en el cementerio de Kingsthorpe, y de hecho seguía descansando en el mismo lugar, a unos pocos pasos de la tumba de un tal señor Finnegan. Siempre le resultaba raro pensar que Lucia Joyce hubiera estado allí todo el rato mientras él estudiaba secundaria en la escuela de al lado. Al

preguntarse ociosamente si la mujer habría llegado a conocer a Dusty o a sir Malcolm, no tardó en imaginárselos a los tres en un escenario formando un trío por motivos terapéuticos, con la mirada melancólica y cantando a grito pelado *I just don't know what to do with myself*. «No sé qué hacer conmigo mismo». Ah, ja, ja, ja.

Benedict había oído que Samuel Beckett fue uno de los visitantes regulares de Lucia, tanto en St. Andrew como, más tarde, en Kingsthorpe. Parte de la locura de la mujer consistía en creer que Beckett, que la sustituyó como ayudante en *Obra en marcha*, estaba enamorado de ella. Pese a lo desastroso que debió haber sido aquel equívoco para todos los implicados, estaba claro que ambos siguieron siendo amigos, al menos a juzgar por las visitas. Dave Turvey, buen amigo de Ben y entusiasta compañero del difunto Tom Hall en sus partidos de críquet, le había informado de la presencia de Beckett en el *Anuario Wisden*, donde figuraba que este último había jugado contra el Northampton en el estadio del condado. Como parte del equipo visitante, Beckett se distinguió no tanto por su juego como por el pasatiempo que eligió para después. Pasó la noche recorriendo él solo las iglesias de Northampton mientras sus compañeros se deleitaban con otros de los atractivos por los que la ciudad era famosa, léase pubs y putas. Sobre el papel, Benedict lo consideraba una conducta admirable, aunque Beckett, como autor, nunca le había interesado mucho. Sus largos silencios y sus monólogos atormentados le resultaban, todos, demasiado cercanos a la realidad.

Tras dejar atrás St. Andrew y cruzar a la altura de Cliftonville, continuó su fastidioso y lento periplo bajando por Billing Road en dirección a la ciudad. Aquella era la ruta que solía tomar desde el colegio para volver las noches de entre semana a su casa en Freeschool Street, siempre pedaleando al ocaso en su bicicleta como si cada día fuera una película, lo cual era muy habitual en su caso. En concreto, *Sopa de ganso*, con Ben interpretando simultánea e innovadoramente los papeles de Zeppo y Harpo como si

fueran las personalidades de una mente disociada. Una miríada de recuerdos, en su mayoría agradables y puntualmente horribles, similares a pasear en vagoneta por una juguetería decorada a intervalos con entrañas de caballo, lo acompañó a su paso hacia el centro. Cuando Billing Road terminó en el cruce con Cheyne Walk y York Road, cerca del Hospital General, Ben cruzó el paso de cebra y siguió por Spencer Parade.

Los árboles del cementerio de San Gil sobrevolaban el pavimento proyectando jirones de luces y sombras sobre los agrietados adoquines, que parecían así salpicados por un punteado movedizo. Más allá del murete que tenía a su derecha, había un césped tenue con recias lápidas de mármol, unos bancos ajados con las iniciales grabadas de cientos de relaciones breves, y las piedras color caramelo de la iglesia en sí, sin duda inspeccionada por Sam Beckett durante su solitaria excursión nocturna. San Gil era vieja; no tanto como San Pedro o el Santo Sepulcro, pero sí bastante, pues llevaba allí más tiempo del que cualquiera podía recordar. No en vano, ya estaba presente en el plano de la ciudad trazado por John Speed en 1610, del cual Benedict poseía una edición facsímil que conservaba enrollada detrás de alguna estantería en Tower Street. Aunque por la época había sido toda una proeza técnica en el campo del grafismo, sus hileras isomórficas algo torcidas podían parecer, a ojos modernos, la labor de un niño prodigio posiblemente autista. Fuera como fuese, esa imagen de Northampton a principios del siglo XVII, toscamente dibujada como la sección transversal de un corazón con ventrículos adicionales, resultaba cautivadora. Cada vez que el actual paisaje urbano le resultaba insoportable, cosa que sucedía un día de cada cinco, se imaginaba caminando a través de la sencilla y despoblada planilandia del diagrama de Speed, con los edificios más señalados, ahora desaparecidos pero identificados a plumilla en el mapa, cobrando garabateada vida a su alrededor. Calles blancas delimitadas por bordes de tinta, ajenas a las complicaciones humanas.

Al seguir bajando por St. Giles Street, Benedict pasó por la parte inferior de la Galería Cooperativa, aún abierta, medio vacía y casi desmantelada, con sus redundantes pisos superiores oteando desoladamente la calle paralela, Abington Street, a poca distancia de la suave pendiente del flanco sur de la ciudad. Un poco más adelante, tras esa boca de pez que era Fish Street, estaba el Wig & Pen, la versión desinfectada y rebautizada de lo que antes había sido el New Black Lion, distinto del pub homónimo, mucho más veterano, que había en Castle Hill. En la década de 1920, el Black Lion de St. Giles Street había constituido un refugio para los bohemios de la localidad, reputación esta que el lugar sufrió y disfrutó hasta finales de los ochenta, cuando lo renovaron con su aspecto actual. Según expertos como Elliot O'Donnell, otra de las reputaciones que soportaba aquel antro era la de ser uno de los lugares más embrujados de toda Inglaterra. Cuando Dave Turvey era el encargado del lugar, allá por la misma época en la que Tom Hall, Alma Warren y la mayor parte de los retratados en la estrafalaria galería de Piet de Klicqe componían la clientela del Black Lion, llegaron a oírse pasos en las escaleras y a verse objetos movidos o cambiados de sitio. Durante la gestión de Turvey, abundaron las presencias y las mascotas asustadas, y lo mismo había pasado con todos los propietarios anteriores. Ben se preguntó si las apariciones habrían cambiado de imagen en consonancia con el pub;[48] si ahora, cuando sonara una cadena repiqueteando o un alarido afligido, habría algún espectro que apartara el plato combinado para sacarse el móvil de la chaqueta y descolgar. «Perdón, chicos. Es el mío. ¿Hola? Ah, hola. Sí, sí, estoy en el plano astral». Ah, ja, ja, ja.

Seguidamente, a su derecha, una amplia escalera imperial ascendía hacia ese inmenso palacio de cristal que, aunque reminiscente de una catedral salida de las aventuras de Dan Dare, en realidad era a donde uno iba a pagar los impuestos locales. Por dicha razón, sin importar lo refinado o majestuoso que fuera su diseño, el lugar siempre daba la sensación de ser una plaza de ejecuciones, al igual que

pasaba con la vieja Oficina de Empleo de Grafton Street. Tasas, y facturas, y responsabilidades adultas. Los sitios como aquel no eran sino facetas de una piedra de afilar que laminaba a las personas, que las despojaba de sus dimensiones. Ben aceleró el paso y dejó atrás el consistorio anexo, cuyo edificio no estaba seguro de si habría sido limpiado hacía poco o de si, sencillamente, habría acabado con las piedras blanqueadas a costa de innumerables andanadas de *flashes* e incontables bodas civiles. La caspa matrimonial que era el confeti se había ido acumulando en las esquinas de sus grandes peldaños de piedra hasta formar auténticos estratos geológicos.

Aquel era el tercer lugar, y probablemente el último, que ocupaba el ayuntamiento de la urbe, tras el olvidado Mayorhold y su estancia pasajera al pie de Abington Street. Ben alzó la vista allende los santos y regentes que decoraban la elaborada fachada y se fijó en la cima de la torre central, donde, entre dos chapiteles, descansaba el santo patrón de la ciudad, cayado en una mano, escudo en la otra, y alas desplegadas tras él. Jamás había llegado a entender cómo era posible que el arcángel Miguel se contara entre los santos, quienes, a menos que se equivocara, tan solo eran seres humanos que habían alcanzado la santidad gracias al trabajo duro, la piedad y la ejecución de varios milagros mañosos. ¿Acaso no habría tenido un arcángel una ventaja injusta, al ser su naturaleza milagrosa de por sí? En cualquier caso, hasta los colegiales sabían que los arcángeles superaban a los santos en la jerarquía celestial. ¿Cómo había conseguido Northampton reclutar a uno de los cuatro lugartenientes de Dios como santo patrón? ¿Qué incentivos podría haberle ofrecido la ciudad para animarlo a asumir un puesto mucho menos eminente en la escala de los salarios celestiales?

Atravesó Wood Hill y recorrió la fachada norte de Todos los Santos, donde John Clare solía sentarse antaño en un receso que había bajo el pórtico cual oráculo délfico en día de asueto. Tras llegar al frente de la iglesia y cruzar, Ben prosiguió bajando por la miríada de escaparates de

Gold Street como cuando la surcaba en bicicleta a los dieciséis años. Al final de la calle, mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde para cruzar Horsemarket, miró hacia la desembocadura de Horseshoe Street en St. Peter's Way, a su izquierda, y atisbó la vieja ubicación de la compañía de gas. La mitología local sostenía que, cerca del antiguo salón de billar, a escasos metros de la esquina en la que Benedict se encontraba, estaba el lugar al que, en la época previa a la invasión normanda, había llegado un peregrino procedente del Gólgota, la colina a las afueras de Jerusalén en la que se suponía que habían crucificado a Cristo. Al parecer, el monje había hallado una vetusta cruz de piedra enterrada en el escenario de la crucifixión, y un ángel le había indicado que transportara la reliquia al «centro de su tierra», que supuestamente era Inglaterra. En mitad de la actual Horseshoe Street, el ángel se le volvió a aparecer, confirmando así al viajero que, en efecto, había dado con el lugar correcto. La cruz en cuestión se integró en la mampostería de la iglesia de San Gregorio, que estaba al otro lado de la calle en tiempos de los sajones, y los restos del monje se enterraron justo debajo para hacer de su tumba un lugar de peregrinaje. Lo llamaron «el crucifijo en la pared». Allí, en aquella mugrienta excrecencia de los Boroughs, residía el centro místico de Inglaterra, y Benedict no era el único que creía eso. También lo creía Dios. Ah, ja, ja, ja.

Las luces del semáforo cambiaron, y el luminoso hombre verde pasó a indicarles a los trabajadores de la industria nuclear que podían pasar sin peligro. Él bajó por Marefair, vía que siempre había considerado como la calle principal de la ciudad, y se dirigió en línea recta hacia la iglesia de San Pedro, al oeste. Tras ver el arcángel posado sobre el consistorio y el que le había señalado al monje dónde plantar su cruz en Horseshoe Street, Ben siguió dándole vueltas al asunto de los ángeles, y recordó que, al menos, existía otra anécdota de intervención seráfica relacionada con la calle que estaba recorriendo. En la iglesia de San Pedro, justo un poco más adelante, había

tenido lugar un milagro en el siglo XI. Cuando los ángeles encomendaron a un joven campesino llamado Ivaldo que recuperara los huesos perdidos de san Ragener, que yacían ocultos bajo las losas de la nave, su desenterramiento llegó acompañado de una luz cegadora y de unas gotas de agua bendita rociadas por el Espíritu Santo, que se manifestó en forma de pájaro. Entonces, una mendiga tullida que había sido testigo del incidente se puso en pie y caminó, o eso decía la historia. Todo ello alentó en Ben la clara impresión de que, en los años oscuros de la Edad Media, era casi imposible mover un dedo sin que unos ángeles te mandaran a Marefair.

Había llegado a la parte superior de Freeschool Street, que partía de Marefair hacia la izquierda, sin darse cuenta de habérselo propuesto. Sin duda, su excursión por Billing Road lo había incitado a seguir la ruta ciclista que tomaba desde la escuela hasta su casa de entonces, demolida hacía eones. Propulsando jovialmente su agujereada canoa a través de una corriente de conciencia saturada de algas, había conseguido obliterar treinta y siete años de existencia posterior para que sus pies adultos retrocedieran, sin esfuerzo, hacia las marcas dejadas en el pavimento por la versión pretérita y más pequeña de los susodichos. ¿Qué le estaba pasando? Ah, ja, ja, ja. No, en serio, ¿qué le estaba pasando? ¿Era el principio de la humedad pantalonera de la senilidad? ¿De los intentos por recordar cuál era su cuarto en el asilo? Francamente, todo lo que le estaba sucediendo en aquella tarde soleada era bastante inquietante, tanto como darse cuenta de que uno había llegado sonámbulo a la tumba de su padre en mitad de la noche.

Mientras el tráfico peatonal de Marefair se bifurcaba para sortearlo igual que haría un arroyo con un carrito de la compra abandonado, Benedict permaneció quieto, mirando la callejuela, ajeno al farfullante movimiento que lo rodeaba. Freeschool Street le era, por fortuna, apenas reconocible. Los minúsculos detalles que aún podía identificar eran lo único que le encogía el corazón. Los adoquines faltantes que todavía no habían reemplazado,

con las grietas abiertas por el musgo subdividiéndose en un delta dolorosamente cotidiano. Los cimientos supervivientes de la pared de una fábrica que se extendía hasta la mismísima Gregory Street, con helechos y ramas incipientes desbordando los marcos podridos de lo que antes habían sido ventanas y, ahora, ni siquiera agujeros. Sintió cierta gratitud por el recodo que le impedía ver el antiguo hogar de la familia Perrit, donde un solar industrial ocupaba el lugar en el que habían reído, y discutido y orinado en el fregadero si hacía mucho frío fuera, juntos en una sola habitación, con el vestíbulo de la entrada utilizado como vitrina para exhibir las posesiones más vistosas de la familia. Aquella, concluyó, era la verdadera Atlántida.

En su pretenciosa adolescencia, había lamentado la pérdida de establos y arados que jamás había conocido, que solo le correspondía a John Clare llorar. Había compuesto elegías por la desaparecida Inglaterra rural ignorando la fecunda jungla de ladrillo en la que vivía, pero lo cierto era que aún quedaba grama, aún quedaban flores y prados si uno sabía dónde buscar. Los Boroughs, en cambio, habían supuesto un sotobosque singular de vidas humanas; uno podía buscarlo todo lo que quisiera, pero ese hábitat en peligro de extinción, ese en concreto, hacía tiempo que había desaparecido. Aquel continente de media milla cuadrada se había hundido ante un maremoto de pésimas políticas sociales. Primero llegó el creciente murmullo *santorinio* de que los terrenos de los Boroughs serían más valiosos sin sus gentes, y luego vino el tsunami *mcalpino* con sus buldóceres.[49] Una marea amarillenta de cascos de protección avanzó por el vecindario para romper contra las costas de Jimmy’s End y Semilong, y los restos humanos quedaron dispersos por los pisos para la tercera edad de King’s Heath o por Abington. Cuando el oleaje inmobiliario retrocedió, solo dejó a su paso percebes de varios pisos, pecios de negocios hundidos, y algún viejo residente varado, exhausto y casi ahogado en pasos subterráneos reemergidos. Benedict, náufrago antediluviano, se convirtió en el Viejo Marinero de un mundo desaparecido, en su

Ishmael, en su Platón, en el catalogador de unas criaturas y unos hechos tan fantásticos que resultaban, hasta para él mismo, cada vez más increíbles. ¿Realmente había habido en su bodega una entrada amurallada a la antigua red de pasadizos medievales? ¿En serio había existido el caballo que todas las noches traía a casa a su padre, Jem, cuando este se quedaba dormido a las riendas? ¿Habían sido reales las amortajadoras, las vacas en el rellano de los primeros pisos de las casas o las carretas que se llevaban a los enfermos?

Alguien estuvo a punto de chocarse con él. La persona empezó a disculparse pese a que la culpa había sido claramente de Ben, que estaba allí parado escudriñando la nada y bloqueando media calle.

—Ooh, lo siento, amigo. No sé ni por dónde voy.

Era una joven mulata, lo que hoy en día llamarían «de raza mixta», demacrada pero bonita, y de veintitantos años largos, según calculó. Al interrumpir el Edén sumergido con el que Ben soñaba despierto, adoptó un aura de ondina, al menos en su imaginación. La ligera palidez que exhibía su piel, pese a su evidente parentesco, parecía una fosforescencia abisal, y el pelo peinado en trenzas de coral, junto con el brillo húmedo de su gabardina de plástico, reforzaban esa ilusión submarina. Frágil y exótica cual caballito de mar, Ben no tardó en reasignarle el papel de sultana de Lemuria, pues sus pendientes se dirían hechos a partir de doblones birlados de algún galeón hundido. Que aquella sirena bronceada se estuviera disculpando con el desastrado y feo arrecife con el que se había topado, y sin que por su parte hubiera culpa alguna, hizo que Ben se sintiera doblemente culpable, doblemente avergonzado. Así pues, le respondió con una risa aguda, ahogada, con el fin de tranquilizarla.

—Aa, no pasa nada, encanto. Todo bien. Ah, ja, ja, ja.

Sus ojos se agrandaron un poco, y sus acuosos labios pintados se retorcieron en una contorsión reprimida cual caramelos libados. Lo observó con una mirada inquisitiva, con una métrica y una rima en su expresión que Ben

desconocía. ¿Qué querría? El hecho de que su encuentro casual hubiera acaecido en la calle en la que había nacido, la misma a la que había acudido aquella tarde por ebrio accidente y nada más, empezó a adoptar el peligroso cariz del destino. ¿Sería posible que… ah, ja, ja, ja… sería posible que lo hubiera reconocido, que de alguna manera hubiera percibido toda la poesía que encerraba en él? ¿Acaso habría atisbado su sabiduría bajo aquella superficie de aliento a cerveza y nerviosismo? ¿Podría ser que el momento predestinado en el que debía conocer a su reina de Saba le hubiera llegado allí, merodeando por el Hotel Ibis de Marefair, atrapado por los rayos de un sol eterno junto a la pálida constelación de chicles que yacía pisoteada cerca de la tienda de Dr. Martens? Los pequeños músculos de las comisuras labiales de la chica se pusieron en marcha mientras ella se preparaba para hablar, para decirle algo, para preguntarle si era algún tipo de artista o músico, o incluso ese tal Benedict Perrit del que tanto había oído hablar. Sus pétalos refulgentes bañados en Maybelline se despegaron, al fin, para separarse sin remedio.

—¿Te apetece un poco de marcha?

Oh.

Con algo de retraso, lo entendió todo. No eran dos espíritus afines reunidos por el hado inexorable. Eran una prostituta y un idiota borracho, tan simple como eso. Ahora que había descubierto su oficio, notó su rostro cansado y las ojeras de sus ojos, el diente mellado, la ansiosa desesperación. Cambió los veintitantos largos que había calculado por unos quince y pico. Pobre cría. Debería haberlo sabido nada más oír sus primeras palabras, pero los Boroughs de su niñez aún distaban mucho de convertirse en el barrio rojo de Northampton; siempre tenía que recordarse que, ahora, su función principal era aquella. Nunca había empleado los servicios de una profesional ni había llegado a pensar en ello; y no por un sentido de superioridad, sino porque siempre había creído que era un hábito de la clase media, sobre todo. ¿Por qué iba un hombre de clase obrera, excepto por incapacidad o

implacable soledad, a pagar por tener sexo con una mujer de clase obrera que se asemejase a las del barrio en el que hubiera crecido y a la que, por tanto, apenas considerara excitante? Ben creía que era algo más propio de los Hugh Grant de este mundo, de quienes se sentían atraídos por adjetivos como «tosca» o «sucia»; él, por contra, se había criado en una comunidad que solía reservar tales términos para bandas de pesadilla, como los O'Rourke o los Presley.

Se sintió incómodo. Jamás había experimentado una situación así, una en la que su torpeza quedara agravada por una decepción sostenida. Por un momento, se había sentido al borde del amor, de la epifanía, de la inspiración. No, no había llegado a tomarse en serio lo de que fuera una sultana de Lemuria, pero sí había barajado la posibilidad de que se tratara de alguien sensible y empático, alguien que hubiera atisbado al bardo que había en él, que hubiera adivinado madrigales y sextinas sueltas en su porte. Sin embargo, era todo lo contrario. Le había tomado por otro putero necesitado cuyas ansias románticas no iban más allá de una paja rápida en un soportal. ¿Qué la habría llevado a tan tremenda equivocación? Creyó que debía hacerle saber lo mal que le había calado, cuán absurdo era que lo hubiese considerado un cliente potencial entre toda aquella gente. Sin embargo, como sentía pena por la muchacha y no deseaba que pensara que lo había ofendido, prefirió comunicarle sus sentimientos a la manera de una comedia de la Ealing. La experiencia le dictaba que era el mejor enfoque para lidiar con casi cualquier circunstancia social delicada o peliaguda.

Benedict contrajo sus facciones de gomaespuma en una expresión de escándalo moral victoriano, una suerte de señor Pickwick consternado ante un vendedor de consoladores. Luego, fingió una mueca ofendida tan vociferante que sus empastes le rechinaron, lo cual le obligó a parar. Llegados a este punto, la chica empezó a mostrarse un poco asustada, así que Ben pensó que mejor sería subrayar la intención cómica y exagerada de su comportamiento. Torció la cabeza, apartó la mirada, y la

dirigió hacia donde habría estado el público si la vida fuera realmente la broma con cámara oculta que a veces sospechaba y pudiera proporcionarle su propia risa enlatada.

—Ah, ja, ja, ja. No, no, no, todo bien, encanto, gracias. No, bendita seas, todo bien. Estoy bien como estoy. Ah, ja, ja, ja.

Al menos, su interpretación pareció quitarle de la cabeza la viabilidad de que fuese un cliente potencial. La chica lo miraba ahora como si, genuinamente, no tuviera ni la menor idea de quién podía ser él. Visiblemente desorientada, y con la frente fruncida en un ceño de incomprensión, trató de calarlo de nuevo.

—¿Estás seguro?

¿Pero qué hacía falta para que aquella mujer captara el mensaje? ¿Acaso iba a tener que hacer el numero completo, con tablón, cubo de pintura y piel de plátano incluidos, para que entendiera que era demasiado poético como para querer acostarse con nadie detrás de un contenedor de basura? Una cosa era segura: la sutileza y la alusión no habían funcionado. Tendría que deletreárselo con gestos más explícitos.

Inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada burlona que habría hecho las delicias de John Falstaffsi el susodicho hubiera sido famoso por ser un tenor larguirucho.

—Ah, ja, ja, ja. No, encanto, estoy bien como estoy, gracias. Todo bien. Ya que estamos, te hago saber que soy un poeta publicado. Ah, ja, ja.

La técnica surtió efecto. Por su expresión, la chica ya no albergaba dudas respecto a la naturaleza de Ben Perrit. Con una sonrisa fija, comenzó a retroceder por Marefair sin apartar sus cautelosos ojos de él, claramente asustada de darle la espalda antes de alcanzar una distancia prudencial, no fuera que la atacara. Pasó a trompicones por la Casa Cromwell en dirección a la estación de tren, y se detuvo al llegar a la iglesia de San Pedro para arriesgarse a mirar a Benedict de soslayo. Evidentemente, pensaba que era un

psicópata, así que él soltó una carcajada aguda y despreocupada para demostrarle que no lo era. En ese momento, ella superó la fachada de la iglesia y desapareció entre la multitud que regresaba a casa desde Black Lion Hill. Su musa, su sirena, se evaporó con un coleteo en un destello de escamas esmeralda.

Cinco cosas, pues. Solo había cinco cosas en las que no tenía éxito. Huir, encontrar trabajo, explicarse adecuadamente, fingir sobriedad y hablarle a una mujer que no fuera su madre o Alma. Lily había sido una excepción, la única que de verdad había percibido su espíritu y su lírica. Siempre había tenido la sensación de que podía hablar con Lily, aunque, echando la vista atrás, le dolía admitir que la mayoría de lo que le decía eran chorradas de borracho. Ese era el motivo principal de que lo suyo hubiera terminado. La bebida y, para ser honesto, la insistencia de Ben en que las reglas de su relación con ella fueran las que habían convenido a sus propios padres, Jem y Eileen, treinta años antes; sobre todo, las que habían convenido a Jem. Por entonces, Ben no asimilaba que todo estaba cambiando, no solo las calles y los barrios, sino también las actitudes de la gente, lo que la gente estaba dispuesta a aguantar. Creía que, al menos, en su propia casa podría preservar un fragmento de la vida que había conocido allí, en Freeschool Street, donde las esposas toleraban la perenne embriaguez de sus maridos y se consideraban dichosas solo con que un hombre no les pegara. Él fingió que el mundo aún era de ese modo, y se quedó pasmado hasta la médula cuando Lily cogió a los niños y le demostró que no, que ya no lo era.

El embarazoso encuentro con la prostituta se desvaneció en una leve punzada de nostalgia. Su mirada se remontó a Freeschool Street, a aquel paraíso juvenil que se hundía en su propio futuro, uno en el que el nivel del agua subía día a día, momento a momento. Deseó poder sumergirse en el revestimiento de los edificios de pisos y oficinas, casi todos ellos vacíos, para ver las gotas de ladrillo rojo salpicando allí donde hubiera perforado su

superficie. Con una sola bocanada de aire, nadaría como un perrito a lo largo de cuarenta años. Bucearía hasta la leñera de su padre para recuperar todos los recuerdos que pudiera conseguir y los traería de vuelta a arriba, al presente. Tocaría a la ventana del salón y le diría a su hermana que no saliera aquella noche. Y, finalmente, emergería medio asfixiado desde el menisco del Marefair contemporáneo con sus brazos llenos de tesoros perdidos, asustando a los viandantes, y sacudiéndose gotas de historia de su empapado cabello.

Empezó a sentir la ligera necesidad de comer algo. Pensó en volver a casa subiendo por Horsemarket y, tal vez, hacer una parada en la freiduría de St. Andrew's Street. De repente, recordó que le quedaban poco más de quince libras: Darwin y Elizabeth Fry, fundidos en un abrazo pasional en algún profundo recoveco de sus pantalones. Eso le daría para algo de pescado con patatas y, también, para salir a tomarse una copa por la noche si le apetecía, pero no creía que fuera a ser el caso. Lo mejor que podía hacer era comprar comida y volver a Tower Street para pasar la noche sin gastar dinero. De ese modo, al día siguiente lo conservaría casi todo, y no tendría que pasar por la humillante pantomima de aceptar la caridad matutina de Eileen. Decidido pues. Eso haría. En preparación para dejar el lugar y dirigirse a Horsemarket, intentó refrenar su mente divagatoria, que se hallaba recreándose entre las destrozadas ruinas de Gregory Street. Encallados en los restos de unas cornisas situadas a ochos metros de altura, los solitarios dientes de león, vacilantes suicidas de cabellos dorados como Chatterton…

Eran las once y media pasadas. Se encontraba saliendo del Bird In Hand de Regent Square hacia la rugiente y vociferante oscuridad de una noche de viernes. El flujo arterial de las luces de tráfico se reflejaba en las losetas de Sheep Street, sobre las que parecía haber diluviado en algún momento de la velada.

Vio chicas con minifalda en grupos de cuatro o cinco que iban apoyándose unas sobre otras para tenerse en pie,

una multitud de piernas embutidas en *denier* 15 que servían de soporte a una estructura, convertidas inadvertidamente en componentes de un solo insecto gigante y risueño o, quizá, de una pieza de mobiliario tan bellamente tapizada como poco práctica. Los chicos se movían cual caballos de ajedrez conmocionados, cual ratones danzantes con síndrome de Tourette, y los corros que formaban al andar estallaban de repente en una bonhomía mortífera, o en una bienintencionada pelea a botellazos, sin que ni siquiera fuera la hora de cierre. Aunque, de hecho, no había hora de cierre. Un decreto del Gobierno había ampliado los horarios de las licencias hasta el infinito, en teoría para evitar las borracheras exprés pero, en la práctica, para que los desorientados turistas americanos no sufrieran las inconveniencias de las curiosas costumbres inglesas. Las borracheras exprés no se habían erradicado, como era obvio. Tan solo se habían eliminado los períodos de lucidez entre la primera y la siguiente.

Ben pudo recordar haber comido platija con patatas unas horas antes, así como la penumbra del interior de un pub en los instantes intermedios —¿había estado charlando con alguien?—, pero, aparte de eso, acuclillado como estaba, era como si acabara de nacer en aquella calle ventosa, en aquella cloaca, totalmente ignorante de cómo había llegado allí. Observó con gratitud que, al menos en esta ocasión, no estaba ni llorando ni desnudo. Un poco desvestido, tal vez, y con el fresco de la noche empezando a permear el desenfrenado atardecer de su chaleco, a penetrar el letargo distante de la cerveza para erizarle la piel de un modo no muy grosero. Ah, ja, ja, ja.

Al rebuscarse a tientas en el bolsillo, le tranquilizó saber que la ramera de Elizabeth Fry no lo había abandonado por ningún tabernero chabacano, que simplemente la habría usado sin amarla o necesitarla tanto como Ben. Dicho eso, la circunstancia de encontrarla despertó de inmediato la tentadora posibilidad de volver al pub a pedir algo para el camino, solo unas cuantas latas, pero no. No debía. Vete a casa, Benedict. Vete a casa, hijo,

si sabes lo que te conviene.

Dobló a la derecha y se arrastró por Sheep Street hasta los semáforos de la esquina con Regent Square, el horrible entramado de carreteras que, siglos antes, había sido la puerta norte de la ciudad. Allí, los cráneos de los traidores solían clavarse en picas, cual troles adornando un lápiz, por simple decoración. Allí habían quemado a herejes y hechiceras. Ahora, el cruce del final de Sheep Street solo destacaba por un club nocturno pintado de un escabroso azul lavanda, color heredado del Macbeth's de hacía uno o dos años, un local gótico que había intentado crear una atmósfera afín en un lugar ya famoso por las cabezas cercenadas y los gritos de las brujas. Era como llevar carbón a Newcastle o acónitos a Transilvania. Ben fue tambaleándose por las distintas intersecciones que necesitó superar para subir sano y salvo hasta la cima de Grafton Street, y luego procedió a descenderla con paso titubeante. Un poco más abajo vio destellos azules, unos fogonazos de zafiro que se batían como polillas en los edificios anexos y a los que no dio gran importancia por ir demasiado atontado por la bebida.

Echó un vistazo a la parte superior del taller mecánico del otro lado de la calle, donde el logotipo solar de la lavandería Sunlight Laundry aún podía verse, bien alto y en relieve, pese a la luz de sodio de color amarillo orín que lo bañaba todo. Fijo en aquel lugar, brillaba felizmente sobre días de veinticuatro horas de ebriedad largo tiempo ansiados, días en los que no necesitaba superar los penoles para señalar la hora de beber.[50] Al volver a centrar su atención en las losetas desniveladas que tenía justo delante, notó por primera vez el solitario coche de policía detenido en la acera, fuente de aquellas luces discotequeras. Había habido un accidente y estaban recuperando los restos de un vehículo de marca incierta, izándolos por sus intactas ruedas traseras con una grúa remolque. Unos hombres de rostro adusto y chalecos reflectantes barrían de la calzada atestada los trozos del parabrisas destrozado, y el patrullero estaba allí, lógicamente, para señalizar su presencia a los

conductores. El asfalto presentaba un desconcertante reguero de objetos que incluía juguetes infantiles y guantes de jardinería, todos ellos probablemente despedidos desde el machacado maletero. Había aerosoles para plantas, gorros de ducha y una chancla solitaria. De pie junto a su coche, e iluminado intermitentemente por la sirena, el agente al mando observaba con aire taciturno las huellas de neumático que el desintegrado automóvil había dejado sobre el pavimento, tal vez en un intento de esquivar algo que se le hubiera cruzado, antes de estrellarse contra el muro, la farola, o lo que quiera que hubiera sido. Al ver que él se acercaba, el joven y rollizo policía dejó de contemplar las marcas de caucho derretido y alzó la vista. Para su sorpresa, Ben se dio cuenta de que era un conocido del barrio.

—Hola, Ben. Vaya puto lío se ha montado —dijo el agente, cuyas rosadas mejillas de monaguillo habían enrojecido a causa del follón, mientras gesticulaba hacia el cristal pulverizado y el surtido de objetos que alfombraban el suelo—. Tendrías que haberlo visto hace media hora, antes de que los médicos sacaran a ese pobre cabrón de entre los restos del volante. Lo peor es que ni siquiera debería estar de servicio esta noche.

Benedict miró a los trabajadores que estaban barriendo los escombros. No veía sangre en el suelo, pero quizá la escabechina se hubiera limitado al interior del amasijo.

—Ya veo. Un accidente mortal. No preguntes por quién doblan las campanas, ¿eh? Ah, ja, ja, ja. Un ladronzuelo de coches, ¿a que sí?

Mierda. No era su intención la de reírse, no de una muerte trágica, y menos aún la de preguntar por quién habían doblado las campanas justo tras soltar la admonición de Donne. Por suerte, la cabeza del policía parecía estar a otras cosas, o tal vez estuviera acostumbrado y tolerara las excéntricas maneras de Ben. En cierto modo, más le valía, porque el chaleco policial color sorbete de limón era más extravagante que el suyo.

—¿Ladronzuelo? No. No, era un treintañero largo.

Hasta donde sabemos, iba en su propio coche. Un coche familiar —añadió, señalando tristemente con la barbilla los llamativos objetos intergeneracionales esparcidos por la vía desde el maletero abierto.

—Cuando lo sacaron del interior, no olía a alcohol. Giraría para esquivar algo y se saldría de la carretera. —Su aire abatido pareció mejorar por un instante—. Al menos no me han mandado a decírselo a su esposa. En serio, odio tener que hacer eso, joder. Los gritos y los llantos acaban conmigo. Puedo decirte que la última vez que tuve que ir a una cosa de esas casi… Espera un segundo…

Lo que lo había interrumpido era un estallido de estática de la radio que llevaba en el chaleco, del cual la desenganchó para poder contestar.

—¿Sí? Sí, aún sigo en la cima de Grafton Street. Están terminando de limpiar, así que estaré libre en un minuto. ¿Por qué? —Hubo una pausa durante la que el querúbico agente se quedó contemplando el vacío, inexpresivo, antes de responder—. Vale. Iré para allá en cuanto termine con el accidente. Sí. Vale, de acuerdo.

Volvió a prenderse la radio, miró a Benedict, y puso cara de resignado desdén ante la situación que le había caído en desgracia.

—Han tirado a otra puta por la zona de Andrew's Road. Un vecino la ha hecho pasar a su casa, pero quieren que le tome declaración antes de que se la lleven al hospital. ¿Pero por qué siempre tiene que pasarme esto a mí?

Benedict estuvo a punto de preguntarle si se refería a que la hubieran golpeado y violado, pero se contuvo. Dejó que el amargado policía supervisara la conclusión de las labores de limpieza y continuó cuesta abajo, curiosamente espabilado por aquella charla informal. Al torcer hacia St. Andrew's Street, pensó en la prostituta a la que habían atacado y en el hombre que, aún vivo hacía una hora, iba conduciendo a casa para ver a su familia sin sospechar en absoluto su inminente deceso. Ese era el quid de la cuestión, caviló Ben: la muerte o el horror podían

aguardarle a uno a la vuelta de la esquina, y nadie tenía forma de saberlo hasta los últimos segundos fatales. Empezó a acordarse de su hermana Alison y de su accidente de moto, pero fue tan doloroso que Ben decidió centrarse en otras cosas. Al hacerlo, su cabeza se topó inadvertidamente con el difuso recuerdo de la joven prostituta que se le había acercado antes, la que llevaba el pelo peinado con trenzas. Sabía que ella, justamente ella, no podía ser la última chica asaltada a los pies de Scarletwell Street, pero también sabía que podría haberlo sido. Es más, la chica en cuestión sería una muy parecida.

¿Cómo podía haberles pasado eso a los Boroughs? ¿Cómo podían haberse convertido en un lugar en el que personas de constitución tan hermosa, personas que podrían ser la musa de un poeta, terminaran violadas y medio asesinadas cada quincena? La ola de secuestros y ataques sexuales acaecidos el pasado agosto durante un solo fin de semana se había producido, sobre todo, en aquel barrio. Al principio creyeron que una única «banda de violadores» era la responsable de los crímenes, pero la inquietante conclusión fue la de que uno de los ataques más graves, al menos, carecía de relación con el resto. Ben suponía que, cuando hechos de ese calado ocurrían con la alarmante frecuencia de la que hacían gala allí, lo natural era asumir la acción coordinada de una banda o una conspiración. Por amenazante que fuera, la idea resultaba más reconfortante que la alternativa, a saber: que esas cosas sucedían a menudo y por puro azar.

La chica que había conocido en Marefair, su probable destino y el fatal accidente cuyas secuelas acababa de contemplar hacía cinco minutos seguían siendo objeto de su desconsuelo cuando torció a la derecha por Herbert Street, desierta en los albores de la medianoche. Silueteadas en el oscuro firmamento de iridiscentes tonos Lucozade que tenían detrás, Claremont Court y Beaumont Court resultaban tan negras como los monolitos de Stanley Kubrick, teletransportados por una insondable inteligencia alienígena para suscitar ideas entre peludos y piojosos

primitivos. Ideas como «¡Salta!». Desde esa posición concreta ni siquiera podía verse igual que antes lo que quedaba de la escuela Spring Lane, pues la «vida nueva» de newlife se interponía en toda su rotundidad. Bajo una noche naranja y sin estrellas, Ben fue dando tumbos hasta Simons Walk. Al torcer a la izquierda hacia aquel tramo flanqueado de maleza que lo llevaría hasta la casa de su madre, se sintió irritado, como siempre, por Simons Walk y su apóstrofo ausente. A menos que existiera algún benefactor de la zona llamado «Simons» del que nunca hubiera oído hablar, Ben suponía que el nombre de la calle se refería a Simon de Senlis, caballero normando y constructor de castillos e iglesias, y en tal caso debía llevar genitivo sajón y construirse como «Simon's Walk», porque… oh, ¿pero qué sentido tenía pensar en ello? A nadie le importaba. En manos de un doblador de cucharas o de un publicista competente, cualquier palabra podía pasar a significar lo contrario de lo que significaba. La historia y la lengua se habían vuelto tan flexibles, tanto las habían retorcido para que se adaptaran a cada nueva política, que era como si, sencillamente, pudieran llegar a partirse en dos, a dejarnos a la deriva en un mar de disparatados revisionismos creacionistas con ortografía de verdulería.

Mientras se tambaleaba por Althorpe Street pudo escuchar las explosiones de risa y la extraña música discordante, más distorsionada si cabe por el volumen, provenientes del almacén de drogas de ese idiota de Kenny Lo-que-fuera, sito al final de la calle. En la penumbra ocre, los motores de los coches rugían a través de la ensombrecida sabana de cemento. Tras torcer hacia Tower Street, caminó hasta la casa de Eileen, y estuvo cinco minutos riéndose para sus adentros cuando intentó abrir sigilosamente la puerta de entrada encajando la llave en el timbre. Ah, ja, ja.

La casa estaba en silencio y con todo apagado, pues su madre ya se había ido a la cama. Pasó junto a la puerta cerrada del salón, también repleto, al igual que en la casa de Freeschool Street, de reliquias familiares más pensadas

para la exhibición que para el uso. Luego, se sirvió un vaso de leche en la cocina antes de subir.

Su cuarto, el único lugar del planeta que sentía que fuera suyo, le estaba esperando con indulgencia, listo para recibirlo una vez más pese a lo mucho que lo descuidaba. Allí seguían su cama individual, algo a lo que seguía refiriéndose ridículamente como su «escritorio», y las filas de poetas a las que había intentado gasear aquella mañana. Se sentó en el borde de la cama a desatarse los zapatos, pero no terminó de hacerlo y avanzó por la alfombra con los cordones un poco sueltos. Seguía pensando en el accidente de Grafton Street, lo cual significaba que seguía pensando en Alison y en su novio motero, ambos intentando adelantar aquel camión que iba sin señalizaciones de carga pesada. Pensaba en morir, que era lo que hacía al despertarse cada mañana, solo que ahora no había esperanzas de que esos morbosos pensamientos se esfumaran con la primera cerveza del día; no cuando la última acababa de expirar horriblemente en su garganta. Estaba a solas con la muerte en su cuarto; su cuarto, su muerte, su inevitabilidad, y nada que pudiera defenderlo de todo ello.

Pronto estaría muerto; bien reducido a cenizas, bien alimentando a los gusanos. Su mente alegre y divertida, su ser, se detendría sin más. Ya no estaría allí. La vida proseguiría con sus idilios y sus emociones, pero no para él. Él no se enteraría de nada, como si fuera una fiesta espléndida en la que le hubieran hecho saber que ya no era bienvenido. Lo tacharían de la lista de invitados, lo borrarían como si nunca hubiera estado allí. Lo único que quedaría de él serían unas cuantas anécdotas exageradas, algunos poemas enmohecidos en las copias supervivientes de sus revistas de pequeña tirada, y luego ni eso. Todo se echaría a perder, y entonces…

Entonces, de repente, aquella sombría epifanía lo golpeó de lleno y lo dejó sin aliento. Pensar en la muerte era algo que solía hacer como alternativa a pensar en la vida. La muerte no era la clave del problema. La muerte no

le exigía nada a nadie, excepto una cómoda descomposición. La muerte no era la que tenía expectativas, o desilusiones, o un miedo constante por lo que pudiera pasar. Era la vida. La muerte, aterradora desde el asustado punto de vista de la vida, se encontraba, de hecho, más allá de todo miedo y todo dolor. La muerte, como una madre cariñosa, te liberaba de las preocupaciones, de las responsabilidades y de las decisiones, te daba un beso de buenas noches y te arropaba bajo una cálida colcha de hierba. La vida, en cambio, era la prueba, el test, el examen que tenías que averiguar cómo responder antes de que tocara a su fin.

Pero Benedict ya lo había hecho. En los románticos días de su juventud, había optado precipitadamente por ser poeta o no ser nada. Y lo que no ponderó bien, entonces, fue la posibilidad de tener que asumir la peor parte de esa alternativa, la posibilidad de acabar siendo nada de nada. Nunca había llegado a experimentar el éxito que pensaba que podría alcanzar cuando era más joven, y poco a poco había ido perdiendo toda esperanza. En la práctica, había dejado la escritura, pero era una parte tan crucial de su identidad que no podía admitir, ni siquiera ante sí mismo, que se hubiera dado por vencido. Fingía que su inactividad era meramente sabática, que estaba en barbecho, documentándose, cuando en el fondo sabía que solo estaba acumulando polvo.

Como a través de una neblina, fue consciente del grave error que había cometido. Había perseguido el éxito y el reconocimiento con tal ansia que había llegado a creer que, para ser escritor, había que ser escritor de éxito. En un instante de claridad sin precedentes, supo que aquella idea era un sinsentido. Solo había que fijarse en William Blake, ignorado y sin reconocimiento alguno hasta años después de su muerte, y considerado por sus coetáneos como un lunático o un tonto. Benedict estaba seguro, sin embargo, de que Blake, en sus setenta años de vida, jamás había dudado ni por un momento de su condición de artista. El problema de Ben, examinado bajo aquella luz nueva y

brutal, era una simple falta de agallas. Si de algún modo hubiera encontrado el valor de seguir escribiendo, poco habría importado que todas y cada una de sus páginas hubieran sido rechazadas por todos y cada uno de los editores, porque él habría podido seguir mirándose a los ojos sabiendo que era un poeta. Excepto la sorteable gravedad de la Tierra, nada le impedía volver a coger su pluma.

Aquella podía ser la noche en la que le diera la vuelta a la tortilla. Todo lo que tenía que hacer era cruzar la habitación, sentarse en su mesa y escribir algo. ¿Quién sabe? Podía acabar siendo la pieza que cimentara su reputación. Y, si no era así, si su talento para la poesía se había vuelto torpe y anodino por la falta de uso, siempre podía ser su primer y titubeante paso hacia el sendero del que se había apartado para caer en esa ciénaga amarga y paralizante. Aquella podía ser la noche de su redención. Y le asaltó la cruel impresión de que también podía ser su última oportunidad de lograrla.

Si no lo hacía ya, si daba con una excusa para postergarlo hasta la mañana siguiente, con la cabeza más fresca, era muy probable que nunca lo hiciese. Seguiría hallando razones para dejar la poesía de lado hasta que fuera demasiado tarde y la vida le recordase que su hora había llegado, hasta que no fuera más que una estadística en lo alto de Grafton Street, con un indiferente agente de policía quejándose de que le había arruinado la noche. Ben tenía que hacerlo de inmediato, en aquel momento.

Trastabillando con los cordones sueltos, se levantó y acudió tambaleándose hasta el escritorio. Se sentó, sacó su cuaderno de un cajón, se detuvo, avergonzado, a limpiar con la mano el polvo que se había acumulado sobre la tapa, y lo abrió por una página en blanco. Extrajo el bolígrafo que le pareció más viable de un tarro de mermelada que había en el estante superior de la mesa, le quitó el capuchón y posó su punta de color índigo, pegajosa y sucia, sobre el papel inmaculado. Tras más de diez minutos allí sentado, llegó a la agonizante conclusión de que no se le

ocurría nada que decir.

Seis cosas, pues, en las que Ben Perrit era un completo inútil: huir, encontrar trabajo, explicarse adecuadamente, fingir sobriedad, hablarle a una mujer y escribir poesía.

No. No, eso no era cierto. Eso solo era rendirse otra vez, quizá para siempre. Estaba decidido a escribir algo, aunque fuera un haiku, aunque fuera una línea o una mera frase. Para inspirarse, buscó entre los empañados recuerdos de la jornada insustancial que acababa de tener, y se sorprendió al ver la cantidad de imágenes e ideas sueltas que fluyeron hacia él. El hospicio, el sanatorio de Clare, Malcolm Arnold y la sirena bronceada, los cuatro motivos del trébol artístico que se estaba formando sobre la espuma superficial de su oscura y turbulenta conciencia. Pensó en el doloroso declive de Freeschool Street y en el continente ahogado, en el paisaje que había desaparecido. Pensó en dejar todas aquellas naderías ebrias e irse a la cama.

Afuera, en la oscuridad, había sirenas, ritmos tecno, vítores salvajes. Su mano derecha tembló a unos centímetros de la página en blanco, cegadora como la nieve.

HAZLO COMO TE SALGA DE LAS NARICES[51]

En su interior, bajo esa blanca tarta helada que era su cabello, había iglesias-burdel en las que tras una puerta rugía el vasto Atlántico y, tras otra, se agolpaba el bullicio de un circo ambulante en una feria de pueblo, con payasos y tigres, chicas con penachos, atractivos carteles en los paseos, una marea tornasolada de sonidos e imágenes, de luminosos retratos esbozados en tiza por el caricaturista febril de un salón del Oeste, viñetas de melodrama cargadas de truculencia que se reproducían más allá del rosado y mullido telón de sus párpados, con las horas de esparcimiento, los siglos de enfermedad y los momentos picantes de todo el mundo ocurriendo a la vez, cada segundo de vigilia dilatado sin cesar en mil años de acontecimientos y fanfarrias, una eterna conflagración de los sentidos sobre la que él, Snowy Vernall, se erigía con los ojos abiertos de par en par, impertérrito ante el brillante corazón carnavalesco de su propio fuego infinito.

En el libro ilustrado que era su vida, revisado y orgullosamente releído hasta la saciedad, la narración había alcanzado una página, un instante, un pasaje cautivador que, pese a hallarse experimentándolo, sabía que ya había vivido antes. Cuando oía hablar a la gente de esos raros y perturbadores hechizos que eran los *déjà vu*, siempre fruncía el ceño por la sensación de estar perdiéndose algo, pero no porque nunca los hubiese tenido, sino porque no conocía otra cosa. De niño nunca lloró por rasparse las rodillas, ya que casi siempre podía prever cuándo ocurriría. Tampoco sollozó el día en que su padre, Ernest, volvió a casa del trabajo con el pelo encanecido. Aunque impactante, por entonces el pasaje ya se había convertido

en una de sus historias favoritas, tantas veces escuchada que había perdido su capacidad de sorpresa. Para Snowy, la existencia era una arquería tallada a partir de una única joya congelada, un emocionante paseo en un tren de la bruja que pasaba entre apreciados dioramas y familiares escenas de terror con el brillo del luminoso letrero de salida bien visible desde que pisara por primera vez la entrada.

El episodio específico que revivía en aquel momento era la famosa secuencia en la que se hallaba sobre un tejado con vistas a Lambeth Walk, en una ruidosa y radiante mañana de marzo de 1889, mientras su Louisa daba a luz a la primogénita de ambos en la cuneta de abajo. Habían salido a pasear por St. James's Park en un intento de precipitar a base de ejercicio el feliz acontecimiento, pues su esposa, llorosa y exhausta por el peso que tanto tiempo llevaba soportando, había salido de cuentas. El ardid funcionó demasiado bien, y su esposa rompió aguas a orillas del lago con un chorro repentino que hizo que, del susto, los patos conformaran una estatua fugaz, una borrosa mancha marrón, gris y blanca que se retorció hasta componer, como cuentas de diamante detenidas en una constelación efímera, una silueta mitad tobogán, mitad pagoda. Trataron de volver a East Street precipitándose a duras penas por Millbank, el puente de Lambeth y Paradise Street, pero, ya en Lambeth Walk, las contracciones se agudizaron a cada paso, y quedó claro que no conseguirían ir más allá. Habría sido imposible, vaya. Aquel caótico alumbramiento al sur de Londres no podía evitarse; estaba grabado en el futuro. Llegar a su casa de East Street sin incidentes no era un verso que formase parte de su leyenda escrita. En cambio, que él trepara a la pared más cercana al ver aparecer la cocorota de la niña, dejando a Louisa gritando en mitad de un creciente grupo de curiosos, era uno de los cúlmenes más memorables de la saga, y estaba destinado a suceder. Snowy no pudo sino subir aquella escalera invisible de grietas y asideros diminutos hasta los tejados de pizarra azul, pues intentar evitarlo habría sido como intentar que el sol no saliera por el este cada día.

Con la campana doble de una chimenea detrás, se encontraba sentado a horcajadas sobre el caballete como un Atlas cincelado que cargara un gigantesco globo de cristal celestial, lechoso y luminoso, sobre sus hombros. Su gastada chaqueta negra caía a plomo incluso en mitad de la brisa marceña, lastrada como iba por la carga que portaba en los bolsillos: unos pesados pomos de cristal que había comprado aquella misma mañana de cara a unos trabajos de decoración programados para el martes siguiente. Abajo, en la calle, alrededor de su aullante y despatarrada esposa, los nerviosos transeúntes se apiñaban en un revoltoso círculo de ropajes oscuros que exhibía los espasmos súbitos y erráticos de una nube de moscas. Ella estaba tendida sobre el pavimento helado, con el rostro rubicundo inclinado hacia atrás y devolviéndole una mirada incrédula y cabreada a su marido, que la observaba desde aquella altura de tres pisos cual águila en su nido.

Aun con las facciones de Louisa reducidas por la distancia a un cúmulo de confeti rosa, Snowy sintió que todavía era capaz de descifrar los muchos sentimientos conflictivos que había agolpados allí, los estallidos de ímpetu apenas esbozados que iban reemplazándose unos a otros. Había incomprensión, ira, traición, desprecio, incredulidad y, subyacente a todo ello, un amor que resistía y se estremecía al borde del asombro. Pese a sus ruinosos caprichos, sus terribles arrebatos, sus excusas increíbles y las muchas mujeres que él sabía que surgirían, su esposa jamás lo dejaría. Era consciente de que iba a asustarla, a desconcertarla y a herir sus sentimientos muchas muchas veces a lo largo de las décadas que vendrían, aunque jamás sería esa su intención. Sencillamente, iban a suceder ciertas cosas que sería imposible evitar en el caso de Louisa, y en el de Snowy, y en el del resto. Louisa no sabía exactamente lo que era su marido, como tampoco él, pero había visto lo suficiente para saber que, fuera lo que fuese, constituía una anomalía que rara vez se daba en el curso de los asuntos mundanos, y que jamás en la vida podría toparse con otro igual. Se había casado con una criatura heráldica, con una

quimera salida de una mitología indeterminada, con un animal sin límites capaz de escalar paredes, capaz de dibujar y pintar, y que era reconocido como uno de los mejores artesanos de su campo. Aunque habría veces en las que el monstruoso aspecto de Snowy haría que no soportara posar sus ojos en él, ella nunca rompería el hechizo apartando esa mirada.

Con los rizos albugíneos que le habían valido su apodo ondeando al viento de una tercera planta, John Vernall alzó la cabeza y dirigió sus pálidos ojos grises más allá de Lambeth, hacia Londres. Su padre les había explicado en cierta ocasión a su hermana Tursa y a él que, al cambiar de altitud, al alterar la propia posición sobre el eje vertical de aquella aparente existencia tridimensional, era posible atisbar ese elusivo cuarto plano, ese cuarto eje, que era el tiempo. El tiempo o, al menos, por lo que Snowy había entendido de los delirantes discursos de su padre, lo que la mayor parte de la gente percibía como tal desde la perspectiva de un mundo frágil, perecedero, desvanecido en la nada y recreado desde la nada a cada momento, y cuya sustancia desaparecía en un pasado que, al resultar invisible tras cada angulación, parecía dejar de estar allí. Para la mayoría de la gente, concluyó, el instante previo se había ido para siempre y el siguiente aún no existía. Estaban atrapados en la delgada y transitoria hoja del Ahora: una membrana pelicular que podía quebrarse a cada segundo y que estaba tensada entre dos ausencias pavorosas. Esa noción de la vida y el ser como cosas frágiles, delicadas y a punto de evaporarse no coincidía en absoluto con la de Snowy Vernall, y lo hacía aún menos desde una perspectiva tan gloriosa como la actual, con la inmundicia de la natividad abajo y los raudos arrecifes de nubes arriba.

Proporcionalmente, con su ascenso había mermado y encogido el paisaje, aplastando los edificios de tal manera que, si por algún medio hubiera conseguido elevarse todavía más, habría comprimido casas, iglesias y hoteles hasta reducirlo todo a dos dimensiones, hasta prensar las cosas como un mapa o un plano, un mosaico humeante en

el que caminos y calles adoquinadas no fueran más que rugosas líneas plateadas que conectaran las negras placas cerámicas de las fábricas en un retablo *miltónico*.[52] Desde el caballete en el que estaba posado, con los pies curvados hacia dentro para sujetarse a las tejas mojadas, el ondulante Támesis se diría inmóvil, apenas una veta de hierro entre los polvorientos estratos de la ciudad. Lo que podía ver desde allí era un río, no una mera masa de líquido moviéndose en volúmenes pasmosos. Podía ver la historia de su curso a partir de la forma del cauce, el sinuoso camino de menor resistencia que había trazado a través de un valle creado por el colapso de una gran falla de piedra caliza situada en algún punto al sur de donde él se encontraba ahora mismo; unas laderas blancas que, millones de años atrás, se habían derrumbado entre columnas de polvo a cientos de metros colina arriba. La loma de Waterloo, al norte, solo era el punto en el que el corrimiento de roca y barro se había detenido y consolidado para, posteriormente, ser pisoteado por los mamuts hasta terminar convirtiéndose en un prado en el que florecerían miles de chimeneas, gusanos de tracto alquitranado congregados alrededor del cálido miasma que era la estación de tren. Snowy veía allí la huella dactilar de un gigantesco poder matemático, uno que hubiera atrapado a incontables generaciones en los patrones magnéticos de sus bucles y espirales.

En la orilla opuesta del cordón desatado que era el río se hallaba varada la chamuscada metrópoli, con sus edificios rigiéndose piso a piso por distintos patrones cronológicos: la perdurable continuidad arquitectónica frente al barullo humano del suelo, dependiente de los relojes. Mediante las torres y los puentes de Londres, con sus distintos estilos y su erosión desigual, podía establecerse una conversación entrecortada con los muertos, con los trinovantes, los romanos, los sajones y los normandos, cuyos oscuros y olvidados parlamentos habían sido inscritos en la piedra. En los monumentos más famosos, Snowy escuchaba solitarios y engreídos monólogos de reyes y

reinas obsesionados con su propia importancia, de vidas dilapidadas en pos de un legado, de una ilusión óptica del mundo transitorio que habían habitado. Las avenidas y los hitos que contemplaba eran barricadas contra el olvido, parapetos ornamentados erigidos para repeler un futuro en el que no existirían ni aquellas gloriosas estructuras ni el recuerdo de quienes las habían construido.

La idea le hizo reír, aunque no literalmente. ¿Cómo pensaban esos prohombres que iba a terminar todo, ellos incluidos? Snowy solo tenía veintiséis años en aquel momento de su existencia, y suponía que podría haber quien dijera que aún no había visto lo suficiente, pero él sabía, aun así, que la vida era una construcción espectacular mucho más estable de lo que en general creía la gente, y que dejar de existir era bastante más difícil de lo que todos se imaginaban. Los seres humanos terminaban estableciendo sus prioridades sin conocer la historia al completo, sin tener una perspectiva general. Pero los cenotafios acabarían siendo menos importantes que los días soleados empleados en construirlos. Snowy sabía que lo bello debía ser creado únicamente para el propio deleite, que no tenía sentido plasmarlo en lápidas elaboradísimas con la intención de dejar constancia de que alguien había pasado por allí. Sobre todo, porque nadie iba a ninguna parte.

Con la sirena de un remolcador de fondo, el imperturbable hombre-pájaro sonrió ante sus magníficos dominios mientras los aullidos de Louisa quedaban, abajo, salpicados de gritos ahogados. «¡Snowy Vernall, eres un cabrón, un puto cabrón!», decía. Oteó más allá de Westminster, Victoria y Knightsbridge hacia la borrosa extensión verde que reconocía como Hyde Park, cuyos árboles encarnaban otro aspecto del paso del tiempo. Los álamos y plataneros apenas se movían respecto a los tres ejes más obvios del mundo, pero la crónica de su avance en relación con ese cuarto eje oculto estaba petrificada en su forma. La altura y el grosor de sus ramas no se medían en centímetros, sino en años. Sus horquetas cubiertas de

musgo eran instantes de indecisión solidificados, sus ramitas no eran más que antojos prolongados, y estaba seguro de que en la profundidad de sus gruesos troncos habría puntas de flecha y balas de mosquete disparadas contra la corteza en el pasado, alojadas en una época pretérita, en un anillo pretérito, sepultadas para siempre en las vetas de la eternidad como en última instancia sucedería con todo.

Si el señor Darwin merecía algún crédito, era del follaje atemporal que conformaba ese dosel arbóreo de donde provinieron los primeros hombres, y las raíces del bosque bebían de los cuerpos de los hombres cuando estos morían, devolviendo así sus sales vitales a aquellas copas prehistóricas en virtud de dorados ascensores hechos de savia. Los parques, enclaves edénicos verde aceituna asentados entre las fauces de las casas residenciales, eran la avanzadilla de un eón esmeralda, lagos indómitos abandonados por un océano embravecido, ahora retirado, que algún día volvería a romper contra aquellas costas urbanas para ahogar sus tranvías y sus organillos bajo un susurro silencioso. Dilató las narinas intentando captar la esencia de un futuro sito a medio millón de años sobre un presente que hedía a fundición. Cuando Londres estuviera desierta, con sus habitantes erradicados por un Napoleón aún por nacer, los lilos de verano no tardarían en revelarse como los conquistadores más tenaces de la ciudad. De entre bancos de mármol y concheros quebrados brotarían arbustos fragantes de blancas y frágiles lenguas florales, emplazados allí donde Julio Agrícola plantara unos pocos estandartes ondulantes y la reina Boudica sus llamas.

La embriagadora dulzura de los burdeles atraería mariposas en acuarelas tumultuosas, los periquitos huirían de los zoológicos para comer mariposas, y los jaguares devorarían a los periquitos. Las rarezas y los esplendorosos monstruos de Kew Gardens serían libres para reinar en los confines de la ciudad caída, de los devastados bulevares surgirían columnas de eucalipto, y los palacios sucumbirían ante helechos colosales. El mundo terminaría igual que

empezó: como una pérgola beatífica. Y si algún blasón familiar, busto insigne o placa institucional siguiera resultando visible entre colmenas zumbantes y madreselvas, carecería para entonces de significado alguno. Los significados eran como la llama de una vela, que oscila y titila ante las brisas de cada instante, siempre distinta según la coyuntura. Los significados eran un fenómeno del Ahora, y no podían confinarse en una urna o un monolito. Eran un ciclón exclusivo del presente, un perenne vórtice de cambio incesante, y allí posado, escudriñando los límites de la ciudad a través de graníticos campos de tiempo y hacia los extremos más alejados del calendario, se sintió como un pararrayos, crepitante y triunfal, en mitad del peligroso y brillante ojo del huracán.

Quince metros más abajo, el torrente de alaridos angustiados de Louisa, mezclado con su indignada diatriba, ascendió hacia él como una música humana, trillada pero asombrosa, en la que el tormento desatado del viento metal era ahora tan insistente, tan cadente, que dominaba el arreglo ahogando el flautín de sus insultos, sus palabrotas y sus blasfemias. Al bajar la vista, observó alrededor de su esposa un suave y emotivo acompañamiento de cuerda ejecutado por una banda improvisada que también dirigía un redoble de timbales desaprobatorios al marido que se cernía desde el tejado, animando y abucheando a la pareja en perfecta alternancia. Ninguno de sus miembros parecía capaz de ofrecer a la consternada parturienta mayor ayuda que el propio Snowy, tanto allí arriba como si se hubiera quedado en la acera junto a ella. El cordón de transeúntes no era sino una orquesta de aficionados que, en perpetuo estado de afinación, tratara de imponer a duras penas algún tipo de armonía en su desdén farfullado y sus arrullos alentadores, una cuyas ruidosas disonancias se extendían por Paradise Street para bajar hacia Union Street, sumarse a los platillos incidentales de Lambeth, y ascender gradualmente a lo largo de las eras como un toque de trompeta, con el redoble de los cascos, las canciones de los beodos y los avisos de los traperos combinándose en el

crescendo de un preludio eterno.

Cual regidor presuroso, un viento enérgico despejó del cielo la decoración nubosa y, por el ángulo de los súbitos rayos de luz, Snowy dedujo que debía rondar el mediodía, pues el sol estaba alto y aún ascendía con creciente confianza por los últimos peldaños azules que lo conducirían a su cénit. Sin perder la calma, dejó que sus córvidas atenciones ignoraran los trinos agónicos de su asistido bebé para centrarse en el revoltijo intestinal de las calles aledañas, por las que hombres y perros discurrían arriba y abajo inmersos en sus propias experiencias como hilos de acontecimientos que corrieran por el telar del barrio, ora librándose del nudo de un suceso potencial, ora convergiendo inadvertidamente en el siguiente. Por Lambeth Road, apenas visible a su derecha sobre los tejados de algunas casas bajas, una embarazada hermosa y bien vestida emergió desde Hercules Road para cruzar la calle a través de carros pesados y bicicletas serpenteantes. Un poco más cerca, vio a varios chicos de unos doce años pegándose con sus gorras, jugando a guerrear mientras avanzaban pausadamente por la mugrienta costura de un callejón trasero a fin de atajar entre los humeantes tejados y los pañales que ondulaban en los patios de Newport Street. Snowy aguzó los ojos y asintió. La mecánica del instante era la prevista.

A juzgar por la luz y el creciente clamor de Louisa, aún le quedaban otros treinta minutos allí arriba, así que permitió que sus sentidos reanudaran su fosforoso escrutinio de la ciudad. Londres se extendía en derredor como un tiovivo de feria del que Snowy fuese el encargado, inmóvil entre los rayos y cometas que adornaban el poste central. Al girar la cabeza hacia el nordeste, oteó Lambeth, Southwark y el río hasta la blanca tonsura cupular de San Pablo, propia de un teólogo soñoliento que, indiferente a los cargos por mala conducta, siguiera pecando por doquier con sus siestas y cabeceos. Precisamente restaurando los frescos del interior de la cúpula había sido como Ernest Vernall, el padre de Snowy, había encanecido hasta la

locura hacía casi un cuarto de siglo.

Su hermana Tursa y él solían acudir al hospital de Bethlehem cuando visitaban a papá, que no era muy a menudo. A Snowy no le gustaba llamarlo Bedlam.[53] En ocasiones llevaban a los otros hijos de su padre, Appelina y el pequeño Mens,[54] aunque, como al hombre lo habían internado siendo ellos muy pequeños, nunca habían llegado a conocerle de verdad. Lo cierto era que ni siquiera su madre, Anne, había llegado a conocer a Ern Vernall de cabo a rabo, pero John y Tursa siempre habían sentido cierta cercanía, sobre todo a raíz de que se volviera loco. Con el joven Mensajero y Appelina no tuvo esa clase de relación, y sus visitas al extraño del manicomio nunca hicieron más que asustarlos. Al crecer y ganar confianza empezaron a acompañar a Snowy y Tursa algunas veces, pero siempre desde el sentido del deber. Snowy no culpaba ni a su hermano ni a su hermana menor. El hospital era un horror lleno de orines, mierda, gritos y risotadas; de tipos desfigurados con una cuchara por sus compañeros de mesa durante la cena. Si Tursa y él no hubieran quedado tan fascinados por las disertaciones divagatorias que su padre les reservaba en exclusiva, ni siquiera ellos se habrían acercado jamás a aquel lugar.

Papá les había hablado de religión y geometría, de acústica y de la verdadera forma del universo, de la multitud de cosas que había aprendido tras retocar los frescos de San Pablo en plena tormenta allá por una distante mañana de 1865. Les había contado lo acaecido aquel día, siempre en la medida de sus posibilidades y con la advertencia de que jamás le dijeran a su madre o a cualquier otro ser viviente la sagrada visión que le había costado tanto su raciocinio como el color caldera de su cabello. Según él, se encontraba en su plataforma a una gran distancia del suelo de la catedral, mezclando el temple y preparándose para comenzar su labor, cuando se percató de que había un ángulo en la pared. Eso era lo que les había dicho en su momento, pero sus hijos averiguarían con el tiempo que la expresión poseía, al menos, dos posibles

significados, buen ejemplo de los juegos de palabras y los términos inventados que salpimentaron el discurso de Ernest desde su colapso mental. En primer lugar, podía entenderse de manera literal; es decir, que Ernest hubiera descubierto un nuevo ángulo que, de algún modo, se hallara *en* la pared, y no en relación con dos superficies. La segunda interpretación del término, más arcana, guardaba una relación específica con el país y con su antiguo pasado, porque los «anglos» eran los miembros del pueblo que había invadido y dado nombre a Inglaterra después de la partida de los romanos. Esta segunda acepción se asociaba, a su vez, con una cita susurrada por el papa Gregorio mientras examinaba en Roma a unos prisioneros ingleses: «*Non Angli, sed Angeli*», retruécano que terminaría conduciendo a los hijos mayores de Ern hacia una comprensión gradual de lo que su padre había encontrado en los confines superiores de San Pablo aquel fatídico día.

El lunático relato de su padre, o quizás el recuerdo del mismo que Snowy evocó mientras avizoraba Lambeth Walk y los quejidos de su pobre esposa, conjuró el olor de la fría piedra catedralicia, de los pigmentos, de las plumas chamuscadas por el rayo y el fuego de San Telmo. A tenor de la historia que Ernest le había transmitido a su descendencia en las entrañas del infame manicomio de Lambeth, aquel ente maravilloso se había escurrido y deslizado por el interior de la cúpula para hablar con frases aún más asombrosas que el extraordinario semblante que las entonaba, con una voz reverberante e inagotable que resonó en una especie de espacio, o distancia, que papá había sido incapaz de describir. Snowy creía que aquel era el detalle que más había impresionado a su hermana Tursa, que sentía inclinación por la música y cuya imaginación quedó cautivada al instante por la noción de una resonancia y un eco amplificados hacia agudos vertiginosos y graves insondables. En cambio, John Vernall, con su propio pelo rojizo tornado ya blanco al cumplir los diez años, se había sentido más intrigado por el nuevo paradigma matemático esbozado por Ernest, colmado de aterradoras y

sensacionales implicaciones.

Abajo, el grupo de niños emergió del callejón en un maremoto de gritos y empellones que inundó Lambeth Walk. Atraídos por la frenética e inactiva multitud que rodeaba a Louisa, se acercaron al perímetro a fisgar y burlarse, claramente desesperados por atisbar un buen coño pese a la sangrienta pelota pálida que amenazaba con irrumpir a través de él. Los chavales, que tendrían unos doce años, se pusieron entonces a abuchear como locos y a intentar ver algo brincando tras los adultos presentes, entregados a la concienzuda tarea de fingir que no oían sus ignorantes y vulgares bromas.

—¡Mira esa raja, joer! ¡Ni que se la hubiera hecho Jack el Destripador!

—¡Y tanto, joer! ¡Justo en tol coño! ¡Como un tajo bien dao!

—Pandilla de holgazanes miserables. ¿Pero qué clase de padres os habrán criado así? ¿Se sentirían orgullosos sabiendo que rebuznáis y maldecís como hijos de ramera ante una mujer que está sufriendo más de lo que nunca habéis sufrido o sufriréis? ¡Respondedme!

Este último comentario, pronunciado con voz autoritaria y precisa, provino de la elegante embarazada que Snowy había visto llegar desde Hercules Road, la cual luego había cruzado Lambeth Road y dado un rodeo a través de una serie de callejones hasta situarse a uno o dos pasos de la banda de gallitos. De impactante belleza, con su pelo azabache recogido en un moño y provista de una penetrante mirada oscura, todo indicaba que se trataba de una chica del mundo del teatro, desde sus ropas caras hasta su dicción y modales, por no hablar del temperamento con el que parecía hacer frente a los alborotadores de la platea. Asustados y sorprendidos, los niños se giraron para encararla, se arredraron, y empezaron a mirarse de reojo como intentando dilucidar sin palabras cuál era la política pandillera que debía aplicarse en trances tan inéditos. Sus desorbitados ojos se cruzaron en la tensa atmósfera del momento sin iluminarse con solución alguna. Desde su

elevada perspectiva, Snowy dedujo que podían ser los Elephant Boys de Elephant and Castle, más que capaces de pelearse con porras y navajas entre ellos, e incluso de sacárselas a policías y marineros.

Sin embargo, aquella mujer menuda y, por tanto, de embarazo aún más ostensible, diríase que representaba un desafío inabordable para los susodichos patanes, o al menos uno al cual no podían enfrentarse sin que se les cayera la cara de vergüenza. Con la cabeza gacha, se desentendieron unos de otros y de sus pretensiones en Lambeth Walk y comenzaron a dispersarse en silencio por las calles aledañas como volutas de niebla que se disiparan. Actriz, cabaretera o lo que fuese, la salvadora de Louisa observó la desbandada con la cabeza inclinada a un lado, impasible satisfacción y sus delgados brazos cruzados sobre la infranqueable barricada defensiva de su vientre distendido, que sobresalía como un polisón vuelto del revés. Segura ya de que aquellos jóvenes bribones no pensaban volver, pasó a centrar sus atenciones en el grupo de espectadores desperdigados en torno al parto callejero, testigos de la escena anterior en avergonzado e ineficaz silencio.

—En cuánto a ustedes, ¿se puede saber qué diantres hacen alrededor de esta pobre chica si ninguno está capacitado para ayudarla? ¿Ni uno solo ha acudido a un portal en busca de mantas y agua caliente? Apártense y déjenme pasar.

Humillada, la multitud le abrió paso para que se acercara a Louisa, que jadeaba abierta de piernas entre colillas y otros desperdicios. Uno de los curiosos amonestados siguió la sugerencia de la recién llegada y fue a pedir agua caliente, toallas y pertrechos obstétricos por las casas de la calle, mientras que ella se agachó al lado de Louisa lo mejor que pudo, teniendo en cuenta lo engorroso de su propia situación. Con una mueca de incomodidad, apartó de la frente de la sofocada mujer uno de sus lacios mechones sudados y le habló.

—Esperemos que no me ponga de parto yo también, porque entonces estaríamos aviadas. ¿Cómo te llamas y

cómo has llegado a verte en tal apuro, querida?

Entre resoplidos, la mujer de Snowy le dijo que se llamaba Louisa Vernall, y que se había puesto de parto mientras trataba de llegar a su casa en Lollard Street. Con sus finos rasgos de repente pensativos, la rescatadora asintió dos o tres veces en señal de respuesta.

—¿Y dónde está tu marido?

Como la pregunta coincidió con una nueva contracción, la pobre Louisa solo fue capaz de contestar levantando acusadoramente una mano húmeda y temblorosa hacia el cielo que las sobrevolaba. Expectante, la buena samaritana dedujo inicialmente por el gesto que se trataba de una viuda cuyo marido había pasado a mejor vida, pero luego caviló y alzó sus largas y oscuras pestañas en la dirección que le había indicado la gimiente muchacha. A horcajadas sobre el caballete de la azotea, quieto como una estatua sobre la escena salvo por su cabello arremolinado, e incluso con la chaqueta extrañamente inmóvil en la brisa, John Vernall podría haber pasado por una veleta encalada a juzgar por la expresión que había en su rostro cuando respondió a la atónita inspección de la mujer con una mirada fija e indiferente. Tras observarlo durante unos segundos, ella se dio por vencida y volvió a hablarle a su joven y afligida esposa, que boqueaba y se retorcía como pez fuera del agua junto a la partera improvisada que había acuclillada a su lado en los adoquines.

—Ya veo. ¿Está loco?

La pregunta sonó franca y objetiva, sin reproche. La esposa de Snowy, en un brevísimo receso entre las oleadas de dolor, asintió desesperadamente y musitó una afirmación.

—Sí, señora. Eso me temo.

La mujer bufó.

—Pobre hombre. Supongo que a todos podría pasarnos lo mismo. Por el momento, eso sí, propongo que nos olvidemos de él y que nos ocupemos de ti. Veamos cómo va la cosa.

Dicho eso, pasó a arrodillarse para atender con mayor comodidad las necesidades de su hermana en la maternidad, más inminentes que las suyas. Para entonces, el tipo que había ido a buscar mantas y agua caliente por los portales ya había vuelto con una bacinilla humeante entre las manos y unas toallas colgadas de un brazo como si fuera el camarero de un hotel atildado. Pese a la creciente frecuencia de los alaridos de la pobre Louisa, la situación parecía bajo control, aunque, por supuesto, en realidad nunca había dejado de estarlo. Justo como John había previsto, todas las cosas sucedían a su tiempo. Sonriendo por el aforismo involuntario, sin duda heredado de su padre, echó la cabeza atrás y reexaminó el cielo. Las sábanas raídas que eran las nubes se habían multiplicado, traídas a toda prisa para medio tapar un sol desnudo que, por las sombras encogidas y fugaces que generaba, debía estar exactamente en su cénit. Quedaban todavía unos veinte minutos largos para que su hija naciera. Iban a llamarla May, como la madre de Louisa.

Era como si él fuera el polo ártico de Lambeth y el barrio estuviera rotando bajo sus pies. Hacia el norte, más allá de las chimeneas, se extendía el hollín de Waterloo. Hacia el sur, a su izquierda, estaba la iglesia de María, o Santa María en Lambeth más exactamente, en la que yacían enterrados el capitán William Bligh y los dos botánicos apellidados Tradescant, padre e hijo. Al oeste, frente a él, se alzaba el palacio de Lambeth, mientras que al este, naturalmente, y nunca lo bastante lejos de él, estaba Bedlam.

No había visto el lugar en siete años, desde que su padre muriera siendo él un chaval de diecinueve y su hermana Tursa una chica de diecisiete. Tras recibir la notificación del hospital, dieron por entonces un corto paseo calle arriba para verlo antes de que lo enterraran; una caminata de diez minutos que, por haberse vuelto más larga y difícil con cada visita, había pasado de una cadencia mensual a una anual, generalmente en Navidad, un período este que Snowy terminó considerando espantoso.

Aquella lluviosa tarde de julio de 1882 fue la primera vez que Snowy y su hermana vieron a un muerto, pues su abuela paterna no fallecería hasta unos años después. Los dos adolescentes, inusualmente tranquilos y sin llorar, fueron conducidos hasta el cobertizo trasero donde colocaban los cadáveres, un lugar helado y lúgubre en el que el cuerpo de alabastro de Ernie Vernall parecía casi la única fuente de luz. Boca arriba sobre una mesa de mármol pálido más propia de una pescadería, y con los ojos aún abiertos, el padre de John y Tursa tenía la expresión de un recluta en posición de firmes durante una especie de desfile definitivo: cuidadosamente neutral, resueltamente concentrado en la distancia, procurando con todas sus ganas no provocar el escrutinio de un oficial superior. Su piel blanca y fría, dura como la piedra bajo la cautelosa exploración dactilar de John, se había vuelto del color de su pelo, el mismo que el de la sábana de pliegues caídos y cuasi esculpidos que cubría aquella forma desnuda hasta superar el ombligo. Ya era imposible determinar con precisión dónde terminaba la blancura de su padre y dónde comenzaba el plinto mortuorio que lo sostenía. La muerte lo había cincelado, lijado y pulido, transformándolo en un relieve hermoso y austero.

Así fue el final de su padre. Y ambos lo asimilaron, aunque no en el mismo sentido que la mayoría de la gente, que consideraba «final» un mero sinónimo de «muerte». Para John y Tursa, instruidos por el difunto Ern Vernall, «final» era un término geométrico, como cuando uno hablaba del final de una línea, una calle o una mesa. Codo con codo, examinaron asombrados su notable quietud, conscientes por primera vez de estar viendo la estructura de una vida humana acabada. Era enteramente distinta de la perspectiva que uno tenía de las personas mientras aún estaban vivas, mientras aún estaban inmersas en la dilatación y el movimiento aparente de existir en ese eje oculto de la Creación que era el tiempo. Snowy y su hermana permanecieron observando a su padre muerto, sabedores de que admiraban la maravillosa y aterradora

estasis de lo eterno. Tursa empezó a murmurar una pequeña y frágil melodía de su propia cosecha, una sucesión de notas ascendentes e inconclusas con unos intervalos inusualmente largos que Snowy adivinó que, en la mente de ella, formarían una intrincada cascada de ecos subdivididos que estarían rellenando los silencios. Inclinó la cabeza, se concentró hasta oír lo mismo que ella, asió entonces la mano húmeda y cálida de Tursa, y permanecieron juntos en aquella mortaja susurrante hecha morgue, vibrando ante una música implícita tan magnífica como inescrutable.

Al pensar en ello ahora, elevado en su atalaya sobre Lambeth, se percató de que Tursa y él siempre habían tenido una cosmovisión distinta de la que su padre les había inculcado. Por su parte, Snowy había elegido sumergirse por entero en la tormenta de la experiencia, zambullirse en aquella nueva vida explosiva del mismo modo que, de niño, se zambullía sin vacilar en el férreo muro verdoso de las olas que rompían contra la costa amarilla de Margate. Cada instante de sí mismo era una rugiente infinidad áurea en cuyo tempestuoso corazón podía girar, mareado y refulgente, más allá de la muerte y lejos de toda razón.

Por otro lado, y como ella misma le había confesado no mucho después del deceso de su padre, Tursa veía en el glorioso huracán de su hermano una fuerza devoradora que solo podría conllevar la desintegración de su propia personalidad, más frágil que la de él. Así pues, no lo adoptó, sino que eligió suprimir las amplias implicaciones que entrañaban las alocadas lecciones de Ern Vernall para fijar su atención en un solo detalle: la aplicación de la nueva concepción geométrica de su padre al sonido y su transmisión. En lugar de arriesgarse a ser engullida por la fuga de la personalidad que había consumido a Snowy, se entrenó para oír una única voz en toda la coral, aferrándose con todas sus fuerzas a sí misma y a la correa de su acordeón de piano, una ajada bestia veterana de color marrón y beis que llevaba a todas partes. En el presente,

tanto ella como su chirriante instrumento se alojaban con unos parientes en Fort Street, Northampton, mientras que su hermano mayor oscilaba entre aquella ciudad y Lambeth a razón de cien kilómetros el viaje.

Abajo, la mujer de entonación teatral urgía a Louisa a empujar más fuerte. La esposa de Snowy, con sus muslos robustos y su cara ancha reluciendo por el sudor, bramaba.

—¡No me digas que empuje, coño, que ya estoy empujando! Ay, perdón. Por favor, lo siento. No quería decir eso. De veras que no.

Adoraba a Louisa, la quería con cada fibra de su ser, con cada extraña y tortuosa idea que se le pasaba, cual serpentina en pleno vendaval, por su cabeza coronada de escarcha. Amaba su bondad, amaba su físico rotundo, tan llano y agradable a la vista como un pan recién horneado. La suma de su personalidad hacía de su esposa una criatura terrenal, asentada en el sólido mundo de la calle, las facturas y la maternidad, en su cuerpo y su biología. No le importaban en absoluto las torres, el cielo o la incertidumbre, y prefería el calor de un hogar, unas paredes y un techo a las alturas de su marido, a las obsesiones de restaurador de campanarios que había heredado de su difunto padre. Ella permanecía fiel a esa gravedad que Snowy era consciente haber intentado derrotar durante toda su inusual existencia, y por ello se había convertido en su contrapeso, en el ancla vital que evitaba que se precipitara hacia el firmamento como una cometa a la deriva.

A cambio, Louisa podía disfrutar, apartada y un tanto más segura, de las emociones que entrañaba volar esa cometa, de modular cada uno de sus ascensos con el corazón en un puño o presa de la alegría, temblando y entrecerrando los ojos empáticamente al imaginar sus brillos y ráfagas. John sabía que, cuando él muriera dentro de cincuenta años, ella apenas volvería a aventurarse fuera de casa, que rehuiría esos cielos en los que su dragón de papel pintado haría tiempo que se habría perdido para dejarle únicamente el recuerdo del viento que con tanta

insistencia tiraba de su cuerda, una fuerza elemental que al fin habría ganado su batalla arrebatándole a Snowy Vernall de sus dedos vacíos y anhelantes.

Por supuesto, todo aquello pertenecía al presente lejano, porque en la calle del presente inmediato podía oír, tras los gritos de su esposa y el murmullo apagado de los curiosos, el grave y estruendoso retumbar de la futura vida de su niña, a punto ya de llegar a aquella estación mundana. Pensó en la cruz de rumores cuchicheados que su hija llevaría siempre a cuestas, una historia de locura familiar que se diría salida de una novela gótica. Primero su bisabuelo John, del que Snowy tomaba el nombre, y luego el pobre Ern, el abuelo que nunca conocería, ambos internados en Bedlam. Él sabía que no compartiría ese destino, pero su reputación de chalado no sería menor por ello, como tampoco lo sería la pesada herencia que su hija en ciernes tendría que soportar. Al ver el rectángulo en el que pronto haría acto de presencia el fruto de su amor con Louisa, recordó el espeluznante esplendor que le había hablado a su padre en la catedral de San Pablo años atrás; las palabras con las que, según Ern Vernall, había empezado la extraordinaria conversación. Snowy sonrió divertido, pero aun así sintió unas lágrimas cálidas aflorando en sus ojos cuando susurró la frase, para sus adentros, mientras supervisaba la frenética actividad de Lambeth Walk.

—Eso te resultará muy duro.

El ángel no solo se refería a su padre, sino también a su hija, a su mujer, a él mismo; se refería a todo aquel que hubiera penado a través de un útero hacia un lugar más luminoso, más frío, más sucio y no tan bondadoso. Ese, ese, ese lugar, ese remolino en la sopa de la historia, era lo que iba a resultarles muy duro. No hacía falta que un ángel bajara a decirlo. Iba a ser duro para todos porque vivían en un mundo mutable de muerte, duelo y fugacidad, un mundo en constante cambio aparente que bullía de ametralladoras, de esos carruajes con motor de los que había oído hablar, de pinturas garabateadas, libros

obscenos y novedades de todo tipo a todas horas. Iba a ser duro para Snowy porque vivía en un mundo en el que todo existía por siempre sin acabar jamás, sin alterarse jamás. Vivía el mundo tal como el mundo era, tal como su difunto padre le había explicado. Y así, pese a sus reconocidas habilidades, se había vuelto tan lunático como inútil. Se había convertido en la clase de hombre que se encaramaba a un tejado con pomos en los bolsillos.

Sin embargo, en general, Snowy se sentía más bendecido que castigado. Lo contrario no habría tenido sentido, no en un mundo en el que cada instante, cada sensación, duraba por siempre. Prefería vivir una vida de bendición infinita a una de maldición imperecedera y, al fin y al cabo, era la elección del propio punto de vista lo que trazaba la fina línea entre el infierno y el paraíso. En parte heredada, en parte adquirida, su condición le había reportado muchos sinsabores en términos materiales, pero no eran nada en comparación con los casi inconcebibles beneficios. Ignoraba totalmente el miedo, podía trepar muros empinadísimos sin temer por su vida o por sus huesos por la sencilla razón de que sabía que no estaba destinado a perecer en una caída. Su muerte le llegaría en un largo pasillo de habitaciones similares a los compartimentos de un tren, y su boca estaría desbordada de colores. Aún no tenía idea de lo que significaba aquello, pero así sería. Hasta entonces, podía arriesgarse sin preocupación alguna. Podía hacer lo que le saliera de las narices.

Esa libertad era, a un tiempo, la faceta que más valoraba de su estado y también su mayor contradicción. Era libre de hacer las cosas más escandalosas precisamente porque dichas acciones ya estaban fijadas en lo que para los demás era el futuro, y porque no tenía otra opción. Cuando lo examinaba objetivamente, se percataba de que la verdadera naturaleza de su libertad consistía en ser libre de la ilusión del libre albedrío. No estaba sojuzgado por ese reconfortante espejismo en el que los otros hombres depositaban su fe, esa vana ilusión que les permitía dar

paseos, pegar a sus mujeres o atarse los zapatos cuando aparentemente lo desearan como si tuviesen elección; como si ellos y sus vidas no fueran la más minúscula y abstracta de las pinceladas, un toque puntillista fijo e inerte en el barniz del tiempo, eternamente dispuesto en un lienzo inconmensurable, y partícipe de un diseño demasiado vasto como para que sus elementos lo comprendieran o lo atisbasen. El terror y la gloria de la situación de John Vernall eran los de una mancha de pintura que, de repente, fuera consciente de su posición en la esquina de una obra maestra; los de un trazo que supiera que ocupaba un lugar imperecedero sobre una superficie pintada, que jamás podría irse a ningún sitio, y que aun así proclamara cuán pavorosa y cuán fabulosa resultaba su situación. Él se conocía a sí mismo, sabía lo que era y sabía que por ello gozaba de cierta ventaja sobre sus pintarrajeados semejantes, no tan lúcidos a la hora de percibir su auténtica coyuntura, su majestuosidad, o sus muchas posibilidades.

Más allá de la impavidez que lo elevaba por las tejas de pizarra de la ciudad, lo suyo eran poderes mágicos. Gracias a la aplicación de las técnicas que había aprendido de su padre, era capaz de dar caminatas inabarcables o de salvar cualquier larga distancia sin fatigarse. Ernest les había explicado a Tursa y a él que existía una manera de plegar nuestra percepción del espacio para unir dos puntos distantes, como por ejemplo los Boroughs de Northampton y las calles de Lambeth, con la misma facilidad con la que uno podía doblar un mapa. De hecho, aproximar dichos lugares era inusualmente sencillo, pues, dado que muchas otras personas habían realizado antes ese viaje, su doblez había quedado marcada y acentuada. Snowy se aprovechaba de ello para alternar entre Tursa, en los Boroughs, y su madre, que vivía en Lambeth con Appelina y el joven Mensajero. Tal y como papá le había enseñado, lo único que tenía que hacer era ponerse en marcha para, a continuación, adoptar cierto estado mental distintivo en el que los sucesos acaecían, como en sueños, ajenos al reino de los minutos, las horas y los días. Entonces, el tiempo se

ajustaba a ese viejo pliegue familiar y lo siguiente que sabía era que había llegado a su destino con ampollas en los pies, pero sin fatiga, sin el recuerdo de haberse aburrido y, en verdad, sin recuerdo alguno. Como Ernest ya había advertido a sus hijos, a la hora de viajar era más cómodo desplazar la propia conciencia por el eje de la duración que por el de la distancia, pero las suelas de las botas se desgastaban igualmente de un modo u otro.

No obstante, sus habilidades no acababan ahí. Snowy conocía el futuro veladamente; es decir, no en el sentido profético del término, sino más bien en el de reconocerlo cuando lo veía, en el de saber cómo se desarrollarían las cosas en el instante en el que se le presentaran, como si fuesen pasajes escritos en un libro en el que se hubiera embarcado sin recordar haberlo leído antes, durante un verano olvidado, pero ante el que sintiera la punzante premonición de saber lo que le esperaba al pasar la página.

Además, tenía el don de ver fantasmas. Los más comunes eran los espíritus de edificios y hechos pretéritos que había encastrados en el eje invisible del tiempo, unas estructuras y escenarios espectrales que el resto de la gente tomaba por recuerdos. Pero también había sido testigo de esas apariciones, más célebres e insólitas, que eran los muertos sin reposo: almas en pena que vagaban en la reiteración de sus dolorosas vidas y que, aun así, se sentían poco listas o dispuestas para pasar a un nuevo estado de la existencia. En ocasiones, las captaba por el rabillo del ojo como formas de color ahumado que erraban sin fin por sus viejos barrios en pos de charlas fantasmales, de apareamientos fantasmales, de alimentos fantasmales. Justo hacía un año había visto la sombra del señor Dadd, el pintor de hadas, que había asesinado a su propio padre tras volverse loco y que había muerto a principios de 1886 en el hospital Broadmoor, una institución para criminales dementes. Cuando se topó con él, la silueta espectral del artista estaba de pie, contrita, a las puertas de Bedlam, de donde también había sido interno. Vislumbró su borroso contorno mientras el ser se hallaba recogiendo algo

igualmente indefinido de las desgastadas columnas de piedra de la entrada para, supuestamente, comérselo. Por su postura y actitud, el fenecido pintor no le pareció ni tan poseído ni tan maníaco como en vida, sino lúcido e imbuido de un hondo remordimiento. La doliente aparición permaneció allí unos pocos segundos, masticando hurañamente su hallazgo arcano mientras contemplaba el lúgubre edificio, y luego no fue más que una descolorida mancha de humedad en el muro de ladrillo del manicomio.

El artista William Blake, que había vivido en Hercules Road casi un siglo antes, veía y hablaba igualmente con criaturas del otro mundo, con fallecidos, ángeles, diablos… y con el poeta Milton, que llegó a pasarle por la planta de su pie izquierdo como una corriente eléctrica. Empezando por el número de dimensiones descritas, la urbe cuádruple y eterna ideada por el visionario de Lambeth se diría a veces tan cercana a la óptica de Snowy que este se preguntaba si habría alguna cualidad en Lambeth que alentara tales percepciones. A menudo se decía que quizás existiera algún aspecto en la forma o situación del barrio que, al ser considerado en más de tres planos, lo hiciera especialmente proclive a una determinada actitud, a una perspectiva única, aunque sabía que, en su caso, lo hereditario también había constituido una influencia decisiva. Él era un Vernall, y Ern se había asegurado de que Snowy y su hermana mayor supieran lo que eso significaba.

«*Nomen est omen*», solía decir su padre. Pese a ser iletrado, le encantaba citar proverbios latinos, y esa era la supuesta razón, por así decirlo, que lo había llevado a bautizar a sus hijos menores con los nombres de Mensajero y Appelina, el primero en referencia a un heraldo angelical y, el segundo, a Eva, nuestra madre caída.[55] *Nomen est omen*. El nombre es presagio. Ern les había explicado a John y Tursa que, «arriba», existía un lugar en el que lo que abajo pensábamos que eran nuestros nombres resultaban ser, en muchos casos, nuestras profesiones. Los Vernall, según él, eran los responsables de guardar los límites y los confines, las fronteras y las márgenes. Aunque fuera un

cargo modesto dentro de las jerarquías etéreas, resultaba muy necesario, y confería cierta autoridad numinosa. Según entendía Snowy las extrañas leyes lingüísticas del plano superior al que Ernest se refería, *Vernall* era una palabra de connotaciones similares a *verger*, que ahora identificaba a los sacristanes anglicanos, pero que antiguamente definía tanto a quienes cuidaban de las márgenes de los caminos, o *verges*, como a los maceros que portaban la *verge*, es decir, el cetro, bastón o vara de mando de la tradición eclesiástica. Sin embargo, Ern Vernall solía decir que el lenguaje de «arriba» era una forma de comunicación ramificada, una en la que cada frase se desplegaba en un hermoso y complejo entrelazado de asociaciones. Las varas eran bastones de mando, pero también eran unidades de longitud, así que era lógico suponer que ese fuera el motivo de que, originalmente, a las márgenes de terreno situadas junto a las fincas se las llamase *verges*: franjas de hierba que bullían de vida en primavera tras el equinoccio vernal, que era otra voz que pivotaba sobre el apellido familiar. Esta referencia a la fertilidad se remontaba, a su vez, al inglés antiguo, donde *verge*, o verga, era una palabra malsonante para lo que el hombre tenía en la entrepierna, o al menos esa era la etimología que su padre, que no sabía ni leer ni escribir, les había contado. En suma, un Vernall cuidaba de los límites y las fronteras, de las márgenes del mundo y de las agrestes periferias del raciocinio mundano. Y esa era la causa, insistía Ern siempre, de que los Vernall tendieran a caer en la locura y la bancarrota.

Mientras presenciaba la llegada del nuevo portador de la afección, dejó que su conciencia temporal cristalizara alrededor del medio centímetro que ocupaba ese momento en el eje de la duración para que las cosas se ralentizaran al máximo, para que la progresión de los hechos apenas fuera perceptible. Era otro de los males, o talentos, que Tursa y él habían heredado: el de hechizar el universo hasta la parálisis. «Ojos de paloma», llamaba papá a aquel don, aunque nunca les explicó por qué. Al detenerse, las nubes cuajaron en la salsa azul que era el cielo, enmascarando un

sol que acababa de superar su cénit y que estaba prácticamente tras él, derramando su escasa calidez sobre su coronilla y sus hombros.

Bajo su bastión en Lambeth Walk, la vía pública pasó a ser un jardín escultórico en el que el barullo del mediodía quedó inmóvil. El polvo y los desperdicios levantados por la brisa de marzo parecieron congelarse en su confuso ascenso y suspenderse en el aire a distintas alturas, y las invisibles ráfagas de viento salpicadas por dichos escombros se hicieron patentes como una gran escalera de cristal elevada sobre la calle. El chorro de orín de un caballo creó un ingrávido collar de topacio y diminutas coronas doradas allí donde las gotas se vieron atrapadas en el proceso de desintegrarse contra los limosos adoquines. Los peatones petrificados en mitad de una acción posaron como bailarines de un ballet asombroso, equilibrándose de maneras imposibles sobre un pie y descargando su peso hacia adelante en una zancada inconclusa. Flotando a un palmo de las casillas de su rayuela, unos niños aguardaron impacientes a que sus interrumpidos saltos concluyeran. Las bufandas de los chicos y la melena de las mujeres, ladeadas por una súbita ventolera, permanecieron tan fijas como los indicadores de madera de un poste de ferrocarril.

El sonido también se enlenteció, y el coro de voces de Lambeth Walk empezó a generar unas ondas perezosas, como propagadas por un medio más viscoso, que acabaron siendo un balbuceo grave e indistinto, un cenagal auditivo. El castañeteo incesante de los cascos se convirtió en el martilleo espaciado, infinitamente reverberante, de un herrero exhausto y apático, mientras que el veloz e indescifrable trino de los pájaros adoptó una cadencia reminiscente de las agradables y triviales conversaciones que tenían los mayores al jugar al dominó. Los gritos de los vendedores ambulantes, procedentes de Prince’s Road, crujieron como las puertas de un cuento de fantasmas, esas que se abrían con exasperante languidez para revelar algún horror encadenado. La pelea de dos perros en Union Street semejó el ruido de fondo de la maquinaria industrial, con

sus ladridos prologándose hacia un rugido de motores enterrados, hacia un zumbido tenue y violento, hacia una continua vibración del suelo rara vez advertida, pero siempre presente. En mitad de todo aquello, alargado hasta componer un aria, predominaba el contrapunto lírico del último grito de la pobre Louisa. A su lado, la partera preñada, arrodillada sobre la mugre del suelo, se había quedado detenida en mitad de otra exhortación a empujar, bramando como un minotauro para emitir lo que Snowy dedujo que era una vocal henchida a punto de estallar.

Su esposa parecía igualmente inflada y al borde de la explosión. El bebé tenía fuera casi media testa, una hernia azulada y sangrienta que emergía de los tensos labios íntimos de Louisa, dilatados hasta lo imposible en un doloroso círculo, un cuello de jersey. Un toro.

En las horribles estancias de Bedlam, Ernest Vernall, con los mechones que le quedaban en la cabeza blancos y desgreñados como los arbustos de una cañada, se había inclinado en cierta ocasión hacia sus hijos. Con la voz reducida a un susurro dramático tan urgente como conspiratorio, les había enfatizado la suprema importancia de aquella palabra para ellos ignota, un término que solía emplearse tanto en arquitectura como en geometría del espacio. Según su padre, un toro se parecía a un neumático, y era la forma generada por la revolución de un disco cónico alrededor de un círculo dibujado en un plano adyacente, o también el volumen contenido por dicho movimiento espacial. El toro, creía Ern, era la forma más importante de todo el cosmos. Toda criatura viviente con más de una célula en su nombre era, esencialmente, un toro, al menos desde una perspectiva topográfica; en concreto, un toro irregular en el que la masa se disponía alrededor de un agujero central, o canal alimenticio. Considerada sin la ilusión de la progresión temporal, la órbita del mundo alrededor del sol describía un toro, al igual que el resto de los planetas y sus lunas. Las propias estrellas, que rotaban con el vórtice espiralado de la galaxia, eran toros de una magnitud excepcional cuyos

diámetros tardarían cien millones de años en cruzarse. Ernest había insinuado que incluso el rutilante universo en su totalidad pivotaba sobre un punto en la nada increada (aunque no existían medios para detectar ese movimiento, ya que, literalmente, no había punto de referencia) y que, si el espacio y el tiempo se veían como una sustancia indiferenciada, entonces toda la creación de Dios podía ser toroidal.

Al parecer, ese era el motivo de que una humilde chimenea ofreciera una configuración tan poderosa e inquietante. Y, en parte, por eso pasaba tanto tiempo el hijo mayor de Ern Vernall entre aquellos conductos hediondos de los tejados: porque había que vigilarlos.

La chimenea, que en esencia no era más que un toro alargado cuando se la consideraba topográficamente, constituía la materialización de esa forma en su faceta más terrible y destructiva, la manifestación del gran vacío aniquilador que contenía, pues su tubo central era un crematorio en el que deshacerse fácilmente de lo que ya no resultaba de utilidad; cadáveres, somieres rotos y periódicos viejos eructados como un fétido miasma hacia un cielo ultrajado por esas letales bocas de piedra o terracota. Las ennegrecidas chimeneas servían así de fosas comunes, de incineradoras en las que apiñar a los miembros de las clases bajas, niños a la cabeza. En ellas, la nada los consumía con su atroz aliento. Las cuatro chimeneas que sabía alineadas en el caballete detrás de él eran frágiles caparazones que rodeaban los abismos de esa misma inexistencia de la que provenían y a la que regresaban los humanos, una inversión siniestra de ese otro toro que estaba abierto entre los muslos de Louisa, vertiendo vida allí donde ellas vertían lo opuesto.

Atrapada allí abajo en un huracanado ímpetu de sibilancias, la mujer que estaba ayudando a nacer a la hija de Snowy aún no había concluido la orden de empujar, pero la cabeza del bebé ya había emergido por entero. Como resultado, su esposa exhibía el aspecto de esas populares muñecas reversibles que presentaban una

segunda cabeza en la entrepierna. Al atisbar el sangriento cráneo de su hija cuasi parida a través de la reluciente melaza del momento, entendió que la perspectiva era una inversión de la que su hermana y él habían compartido, tiempo ha, al ver a su padre muerto en la morgue del hospital. Nunca antes había podido observar la vida desde su extremo opuesto. Y si algo le transmitía ahora, a este otro lado de su sobrecogedor telescopio, era mayor hermosura y fatalidad.

Escudriñó el largo y opulento cilindro que era el envidiable lapso mortal de su hija, y vio cuán brillantes y hermosas resultaban las cercanas raíces de su estructura coralina en comparación con la retorcida oscuridad de sus tallos más distantes. Vio el crecimiento embrionario de su descendencia, media docena de brotes que partían desde la rama madre a lo largo de un cuarto de su longitud total. Los seis retoños, con sus gemas engastadas, hacían gala de un lustre magnífico que la haría sentirse orgullosa, pero, cuando vio la exquisitez y brevedad del brote más cercano, el primero que nacería, sintió un nudo en la garganta y una quemazón salada en los ojos. Tan precioso, y tan pequeño. Snowy notó entonces que una de las ramas finales, la penúltima, también se truncaría unas décadas antes del deceso de su madre, y se preguntó si acaso serían esas pérdidas las responsables de la profunda coloración melancólica que distinguía al fondo de aquel túnel humano.

La vida de su hija abarcaba más de ochenta años en lo que la mayoría llamaba futuro y que él consideraba, sencillamente, como «eso de allí». Su turbio y descolorido extremo distal yacía en una Inglaterra que le resultaba irreconocible, un lugar de bloques, y cubos, y luces cegadoras. Moriría sola, en las afueras de Northampton, en una casa monstruosa que diríase contener la calle entera en un solo edificio. La vio tendida boca abajo en un pasillo deslumbrante, flácida, llena de livideces, con los rasgos amoratados por la sangre acumulada. Trataría de alcanzar la puerta principal en busca de aire fresco, pero el infarto decisivo llegaría antes y la haría desplomarse. A ella, a la

hermosa niña que había tenido con Louisa. Un revoltijo de trapos viejos era lo que iba a parecer ahí tirada, a escasos centímetros de un felpudo sin letras, hasta que la descubrieran dos días más tarde.

No podía soportarlo. Era excesivo. Snowy había asumido que entregarse al maníaco esplendor de las teorías de su padre le otorgaría, en cierto modo, la divinidad; que le daría la sabiduría y la fortaleza necesarias para enfrentarse a sus percepciones, que lo volvería inmune a los asaltos de las emociones comunes. Pero no parecía ser ese el caso. Entonces creyó recordar, como si ya lo hubiera vivido antes, que esa experiencia, la de estar en un tejado contemplando el nacimiento de May en una cuneta mientras percibía, integrada, su muerte solitaria, sería la que le haría comprender por primera vez los pesados rigores de la profesión de un Vernall. La desgarradora panorámica de una vida escorzada no era más que su perspectiva desde un vértice, desde una esquina, y lo mejor sería que se fuera acostumbrando. Al fin y al cabo, no tenía mayor don, o mayor maldición, que cualquier otra persona. ¿No solía hablar la gente de cómo el tiempo parecía ralentizarse cuando alguien se sentía en peligro? ¿No había testimonios acerca de premoniciones, intuiciones, o de esa rara impresión de estar viviendo algo que hubiera sucedido antes? ¿No era cierto que todos conocían esas sensaciones y que elegían ignorarlas en gran medida, quizá por presentir a dónde podrían conducir en última instancia? ¡*Todos saben llegar allí, oh sí, oh sí*! Sí, todo padre sabía que el nacimiento de un hijo conllevaría, algún día, su muerte, pero en su interior, tal vez inconscientemente, tomaba la decisión de no asomarse en exceso a ese pozo trágico y maravilloso que Snowy estaba ahora escrutando.

No podía culparlos. Para el común de los mortales, el nacimiento debía asemejarse a un crimen capital castigado con una sentencia invariable. Era natural que la gente intentara nublar su comprensión de tan terrible circunstancia, bien con alcohol, bien con una cálida, mullida y confortable vaguedad. Solo de almas tan

inflamadas como la de Snowy Vernall resultaba razonable esperar la capacidad de resistir la ventisca de la existencia sin abrigo o sin un cristal velado desde el que limitarse a curiosear su fulgor, desnudas y orgullosas en el inhóspito rugido inmortal de su plenitud. Allí y entonces, decidió no transmitirle a su hija el esotérico conocimiento de los Vernall, no del modo en que su padre se lo había legado a Tursa y a él. La niña que estaba a punto de nacer gozaría de unas dos décadas de felicidad y despreocupada belleza antes de que la vida empezara a cargarla de sinsabores, así que la dejaría disfrutar de los buenos años que le debía sin ensombrecérselos con el vaticinio de su desenlace postrero. Las restrictivas limitaciones de su condición le impedían cambiar lo que les aguardaba a ambos, pero al menos podría concederle a su primogénita el bendito bálsamo de la ignorancia.

Relajó ahora su inquebrantable concentración y dejó de agarrar el tiempo por las solapas, para que así el momento pudiera proseguir, el caballo terminar de mear, y los chicos continuar su rayuela. Cuando el congelado clamor del instante se derritió de forma súbita, el barullo ordinario de Lambeth Walk se aceleró desde su sopor susurrante como un cilindro de fonógrafo que se hubiera enlentecido, pausado y vuelto a reproducir, libre de nuevo para que la behetría girase en un *crescendo* tambaleante hacia su tumulto habitual.

—¡…puja! —gritó la comadrona—. ¡Empuja más fuerte, que ya está saliendo!

El gemido final de Louisa ascendió hacia una cúspide entrecortada antes de desvanecerse en un jadeo exhausto y aliviado. Resbaladiza y plateada como un pez, la niña llegó sin mucho esfuerzo al mundo, a los brazos de la partera improvisada, y a las mantas y toallas que la esperaban. Un cálido murmullo apreciativo recorrió la multitud de los peatones como una brisa que ondulara en un estanque calmo, y entonces fue la cría la que anunció su propio advenimiento con un lamento hiposo, progresivo. Louisa lloró de emoción, le preguntó a la mujer que había

arrodillada a su lado si todo estaba bien, si era normal, y se vio tranquilizada de inmediato por la suave voz que le dijo que era una niña preciosa con todos sus dedos en manos y pies. El sol descorrió sus cortinas nubosas e impactó en su nuca a unos grados tras él, arrojando sobre los adoquines de Lambeth Walk una amplia franja de sombra y frialdad, un triángulo achatado con la oscura silueta acrobática de Snowy Vernall recortada en su vértice apical. Despreocupadamente, como si la acción no estuviera sincronizada al milisegundo, hundió las manos en los pesados bolsillos de su chaqueta y cogió los dos plomizos pomos de cristal por los gélidos pedúnculos de latón.

Alzó los brazos a ambos lados justo como su padre le había dicho que hacían los ángeles cuando deseaban reafirmarse o mostrar regocijo: con el movimiento de una paloma que desplegara sus alas antes de despegar en el momento decisivo. Los rayos de luz cayeron del cielo y se refractaron en tiras al tocar las facetas de las esferas de cristal. Cual lascas de una brillantez multicolor, los haces quedaron tan finamente laminados que el oropel de sus estratos, el azul, y el sanguino, y el esmeralda, fueron gotas de pintura sobre Lambeth Walk, plumas de luz teñida que revolotearon en los bordillos y aceras con la tonalidad de mayor refulgencia cubriendo a su mujer e hija. Al entregar la recién nacida, ya limpia y envuelta, a su inquieta madre, la mujer arrodillada que había asistido el parto frunció el ceño, desconcertada, ante el iridiscente moteado de jaguar que planeaba sobre las mantas de la niña y sobre sus propios dedos estilizados. Rociada de tales gemas, alzó la cabeza para identificar el origen del fenómeno y suspiró, sorprendida, al conseguirlo, lo cual provocó que tanto Louisa como los congregados en la natividad urbana siguieran su ejemplo y dirigieran la mirada hacia aquella lluvia constelada de ocelos.

John Vernall, el loco de John Vernall, era una figura sin rostro erguida en el borde de un tejado con el sol a su espalda, el pelo blanco como el fuego de San Telmo o el lucero del alba, y los brazos extendidos hacia el cielo; un

demacrado pájaro venido tras la tormenta del diluvio con un arcoíris en cada una de sus garras enhiestas, radiantes serpentinas que se le escurrían de entre las bolas de fuego que apretaba con sus zarpas. El espectro cromático se derramó sobre el enmudecido gentío como vívidas y luminosas alas de polilla que, hechas jirones, aún revolotearan por canalones, umbrales, mejillas y bocas estupefactas. La recién alumbrada dejó de llorar y entornó los ojos por el desconcierto de su primer contacto con la existencia, mientras que su esposa, liberada de su ordalía y mareada en su alivio, empezó a reír. Varios espectadores se unieron a ella, y un hombre hasta comenzó a aplaudir, pero se contuvo, avergonzado, debido a su soledad entre la hilaridad general.

Al rato, Snowy dejó caer los brazos y devolvió los pomos de cristal a los bolsillos de la chaqueta. Desde la calle de abajo, oyó que Louisa le decía que dejara de hacer el tonto y que fuera a ver a su hija. Recuperó de detrás de una de sus orejas de soplillo un trozo de tiza amarilla oculto allí, se puso de espaldas al borde del tejado, y dio tres cuidadosos pasos por el caballete hacia la espigada chimenea de obra que se cernía sobre él. Con un trazo ondulado y generoso, escribió una frase en los ladrillos y retrocedió un poco para contemplar su trabajo: «Snowy Vernall brota eterno».[56] El próximo aguacero vendría del este y no lo borraría, pero el que le seguiría después no dejaría ni rastro.

Snowy suspiró, y sonrió, y sacudió la cabeza, y entonces bajó a enfrentarse a aquella música infinita.

LA BRISA QUE AGITA EL DELANTAL

La amortajadora de Fort Street era la señora Gibbs, y la primera vez que la llamaron llevaba un delantal almidonado e impoluto con mariposas bordadas en el dobladillo. May Warren solo tenía diecinueve años por aquel entonces y estaba muerta de miedo por los estadios finales del parto, pero, entre la imprevisión del dolor y la calidez de las lágrimas, fue consciente de no haber visto nunca antes a una mujer como aquella.

Seguía haciendo muchísimo frío y el lavabo exterior se hallaba bloqueado por el hielo, lo cual significaba que, durante los dos días previos, habían tenido que quemar sus necesidades en la chimenea. El salón aún hedía, pero la señora Gibbs no lo hizo notar y se quitó el abrigo para exhibir el espléndido mandil que vestía debajo, blanco como una linterna en la lóbrega estancia inferior, y con un patrón de palomillas estivales de color rosado y naranja ascendiendo por sus robustos muslos y su panza hibernal.

—Muy bien, querida, veamos qué tenemos aquí.

Su voz sonó cálida y espesa como un pudin recién horneado, y mientras Louisa, la madre de May, preparaba el té, la amortajadora sacó una tabaquera tan pequeña como una caja de cerillas y con una miniatura esmaltada de la difunta reina en la tapa. Al doblar el pulgar hacia atrás, hizo aparecer un hueco allí donde los huesos del dedo se unían a la muñeca, y a continuación, con gran precisión, vertió un poco de polvillo rojizo y acre en la oquedad recién formada. Con la mano alzada y la cabeza gacha, aspiró aquel montículo de pólvora en dos sonoras inhalaciones, una por fosa nasal, antes de detonarlo explosivamente en un pañuelo ya de por sí sombrío y

marrón. Sonrió a May, apartó la cajita de latón y se puso manos a la obra entre las piernas de la chica.

La joven que estaba a punto de ser madre nunca había visto a una mujer aspirando rapé, y se disponía a preguntar por el hábito cuando las contracciones le apartaron de la cabeza la indagación. May gruño y gimió, y su madre apareció en el umbral de la cocina con el té de la señora Gibbs. Dirigió a su hija una mirada cargada de solidaridad, pero no pudo evitar señalarle que su propio nacimiento constituyó, años atrás, una ordalía mucho peor.

—Chica, si piensas que eso es pasarlo mal, no tienes ni idea de lo que yo pasé contigo. No estás en la cama porque no hay chimenea arriba, pero da gracias por estar aquí tumbá en un sofá, y no en la acera de Lambeth Walk con tu padre subío a un tejao.

May jadeó, se enfurruñó y torció la cara hacia la pared empapelada que había tras el sofá, tan curtida por el humo que las rosas granuladas de su estampado habían quedado transformadas, a la luz cetrina de la habitación, en leonas parduzcas de rostro alicaído. La historia de cómo había venido al mundo entre adoquines salpicados de gargajos y cáscaras de naranja, con su padre posado en un tejado como si fuese una gárgola, la había oído tantas veces que parecía como si su madre se sintiera casi orgullosa de haber fundado un árbol genealógico que hundía sus raíces en hospicios y manicomios por igual.

Escuchó un golpe sordo proveniente de la sala de estar: sus hermanos y hermanas estarían jugando, muy probablemente hartos de que siempre los relegaran al vestíbulo. Cora, la hermana de May, acababa de cumplir los dieciséis y tenía interés por las implicaciones del embarazo, mientras que Jim sentía más curiosidad de la debida. El joven Johnny, en plena edad del pavo, no tenía mayor pretensión que la de ver ropa interior de mujer.

Su madre, que también había oído el ruido, salió protestando del salón en busca de la fuente, lo cual dejó a May a solas con la señora Gibbs. La amortajadora exploró sus partes privadas como si fueran un delicado libro de

cuentas, meticulosa cual abogado o juez. A juicio de la chica, parecía tan indiferente a la carne y la sangre como impasible se habría mostrado un druida durante el sacrificio de un cordero al amanecer. Las llamas del hogar, verdosas cuando se quemaba mierda, no conseguían alumbrar la habitación, sino que más bien le otorgaban la luz sombría de una apagada cámara de torturas mientras proyectaban sombras desde debajo de las sillas. Con una mejilla ya de por sí rubicunda iluminada por el fuego, la anciana miró a May, concluyó la inspección íntima, se lavó las manos y se las secó con un trapo, todo con una sonrisa tensa que indicaba que las cosas iban bien.

—Vamos a iluminar esto un poco, ¿vale, querida? No es agradable traer un crío al mundo sin un poco de alegría.

Tras coger una lámpara de aceite de la repisa de la chimenea y levantar su lechoso cristal, la amortajadora sacó y encendió una cerilla. Al tocar con ella la oruga negra y mustia que era la mecha, obtuvo una llamita de un místico color azul y un aroma a maquinaria segura y eficiente. El alto cilindro del quinqué, atigrado por el hollín en su base y deslucido por una grieta espectral, quedó colocado de tal forma que la habitación se llenó de un pálido resplandor amarillo cálido. Las cortinas desgastadas parecieron de terciopelo vinoso. Las superficies de cristal brillaron como doblones, produciendo un espléndido centelleo en el espejo y el barómetro, en la esfera del acompasado reloj de numeración romana. El pelo rojo oscuro de May ardió como la aulaga al ocaso, incluso allí donde lo tenía pegado a la frente o caído sobre sus pechos húmedos y relucientes. El sombrío paritorio se convirtió en una pintura de Joseph Wright de Derby, en su *Experimento con un pájaro en una bomba de aire* o su *El taller del herrero*. May hizo el amago de comentar dicho cambio, pero fue interrumpida a medio camino por la siguiente contracción, la más dolorosa hasta el momento.

Cuando la ola de su alarido rompió en la siseante playa de sus lágrimas sollozantes, la asustada joven fue paulatinamente consciente de que la señora Gibbs estaba a

su vera, asiendo su mano, susurrando y murmurando un arrullo compasivo tan reconfortante y natural como el de las abejas. Sus dedos eran ásperos y apergaminados, y también fríos, al menos comparados con los de May. Oír su voz la llevó de vuelta a la guardería.

—Cielo santo, querida, eso ha tenido que doler. A mi entender, de todas formas, no queda mucho ya. Intenta descansar mientras salgo un momento a hablar con tu madre. Creo que va a ser mejor que se quede fuera para tranquilizar a tu hermana y a tus hermanos, y así podremos lidiar con esto nosotras solas sin que nadie ande husmeando. A menos, claro, que prefieras que esté presente. ¿Es así?

Fue como si la señora Gibbs le hubiera leído el pensamiento. May quería a su madre con la misma fiereza y agresividad con la que amaba a toda su familia y sus amigos, pero aquellos momentos podría pasarlos sin que Louisa le contara que su sufrimiento había sido mayor y su rotura de aguas más copiosa, sin que pareciera que su dolor y vergüenza estuvieran compitiendo con los de su hija. Dirigió una mirada ansiosa a la señora Gibbs.

—Oh, no, déjela fuera, si no le importa. Como vuelva a escucharla contándole a alguien cómo me parió en Lambeth Walk mientras nuestro padre miraba desde un puñetero tejao, juro por Dios que le retuerzo el condenao pescuezo.

La señora Gibbs soltó una carcajada que sonó de lo más agradable, como a manzanas rodando escaleras abajo.

—Bueno, pues tendremos que evitarlo, ¿verdad, querida? Aguarda ahí quieta, que vuelvo en un periquete.

Dicho lo cual, la amortajadora se escabulló del salón, y con ella desapareció una ligera y picante esencia a rapé que hasta entonces le había pasado desapercibida. May permaneció tumbada en el sofá, respirando fuerte y oyendo la conversación apagada de la habitación contigua: un único quejido de protesta que reconoció como propio de Johnny y, luego, la voz de la señora Gibbs alzándose alta y clara pese al yeso y los ladrillos interpuestos.

—Si yo fuera tú, querido, aprendería a saber cuál es mi

lugar. Si una amortajadora te dice que hagas algo, asegúrate de hacer lo que dice. Acompañamos la vida. Conocemos sus vaivenes. Sentimos cómo fluctúa hacia un lado y otro. Tus peores temores son el pan nuestro de cada día, y no podemos perder el tiempo con niños ignorantes y maleducados. No te atrevas a moverte de allí hasta que haya terminado.

Tras un rendido farfullo de anuencia, seguido de un ruido de pasos y puertas cerrándose en el pasillo, la señora Gibbs regresó al salón con una sonrisa arrugada y unas mejillas de polichinela, como si no acabara de ponerle la piel de gallina a un revoltoso de doce años. Su voz, severa y gélida hacía un minuto, fue dulce y añeja como un licor de barrica.

—Ya está. Creo que ya hemos enderezado las cosas. A tu hermano menor no le ha hecho mucha gracia y me ha replicado, pero yo he sido firme.

—A nuestro Johnny le gusta montar numeritos. Tiene muchos pájaros en la cabeza y se le llena la boca con eso de llegar a los escenarios y a los teatros, pero de lo que vaya a hacer en ellos… de eso aún no tiene ni idea —asintió May.

—Pues montar espectáculos sí que sabe ya —respondió entre risas la señora Gibbs.

En ese instante, las oleadas de dolor regresaron, y sintió que sacudían sus huesos como troncos a la deriva antes de retroceder con una fuerza que supo que podría arrastrarla más allá de este mundo. Una de cada cinco madres seguía muriendo durante el parto, y May notó un mareo al pensar cuán frecuente era que aquellos espasmos de agonía fueran el último soplo de vida sentido por una mujer. Pasar de tal delirio a la muerte sabiendo que el bebé que una había gestado durante tanto tiempo seguiría con toda probabilidad el mismo camino, sabiendo que el linaje de la familia sería aplastado por los implacables engranajes del mundo, por esa maldita rueda de molino que giraba por toda la eternidad, le infundió tal pavor que apretó los dientes. Gimoteó y apretó hasta que su rostro se puso rojo, las pecas casi le reventaron en las mejillas, y la señora

Gibbs le regañó severamente.

—¡Estás empujando! No te conviene empujar todavía. Le harás daño al bebé y te lo harás a ti misma. Respira, niña. Respira y nada más. Respira como los perros.

May trató de obedecer, pero estalló en lágrimas en cuanto la contracción menguó hasta un mero dolor residual. Estaba segura de que iba a morir en aquella habitación… Ella, la hermosa May Warren, al filo de los veinte años, respirando excrementos incinerados. Tuvo el terrible presentimiento de que un hecho prodigioso se cernía alrededor, de que lo preternatural se aproximaba, y lo interpretó como una señal de su propia muerte. Pero, muy poco a poco, se fue dando cuenta de que solo estaba sosteniendo la mano de la amortajadora, y de que la señora Gibbs estaba allí, inclinada sobre el sofá, enjugando el rocío de su ordalía, cantándole y susurrándole con voz suave.

—Tranquila. Lo estás haciendo bien. No te va a pasar nada. Mi madre fue amortajadora antes que yo, y su madre y su abuela lo fueron antes que ella. No podría jurarte que nunca hayamos perdido a una madre o a un crío, pero no han sido muchos. Yo, a ninguno. Estás en buenas manos, querida, en las mejores. Además, de menuda pasta estás hecha. Según tengo entendido, eres la hija de Snowy Vernall.

May hizo una mueca y se encogió de hombros. Su padre la avergonzaba. Estaba medio chiflado y no era ningún secreto, no desde que, el año pasado, lo hubieran llevado a juicio después de pasarse toda la mañana en el pub y de plantarse en el tejado del consistorio borracho como una cuba, rodeando con un brazo la cintura del ángel de piedra que tenían arriba, y declamando tonterías ante la extrañada multitud congregada en Giles’s Street. Lo que se le pasara por la cabeza, nadie lo supo. Había estado trabajando en el ayuntamiento no mucho antes, retocando desde un andamio los viejos frescos de las molduras del techo, pero, desde que sus correrías por las alturas invadieran los periódicos, había quedado claro que no volvería a obtener encargos. A la gente le encantaban sus

disparates, pero no eran los demás los que se veían condenados a la pobreza por su actitud.

Sus proezas le garantizaban que rara vez encontrara trabajo, pero eso no era lo que más molestaba a May. Las locuras del hombre apenas obstaculizaban su prosperidad si se las comparaba con sus principios; unos principios que nadie, excepto papá y la chalada de la tita, podía entender. Dos años antes, en mil novecientos seis, un tipo que admiraba su talento le había ofrecido ser socios en una empresa de cristalería que acababa de montar. Había acabado ganando un dineral con ella, pero lo peor era que, por aquel entonces, le había prometido al padre de May dividir las acciones a la mitad con una sola e insistente condición: la dirección, a cambio de que Snowy no pisara un pub en dos semanas. Papá no se lo pensó ni un segundo: dejó claro que nadie le iba a decir lo que tenía que hacer. Condenado idiota. Le entraban ganas de escupirle solo con pensar que ella ahora estaba pariendo en Fort Street, cuando el cristalero tenía una casa de tres pisos en Billing Road. Si alguna vez había pasado por delante con mamá, seguro que le había caído un buen rapapolvo por aquella decisión, que probablemente iba a condenarles a la pobreza durante generaciones. May musitó parte de estas reflexiones delante de la señora Gibbs.

La amortajadora negó con la cabeza sin perder la sonrisa.

—Se le respeta mucho por la zona, aunque entiendo que vivir con él a todas horas pueda sacarte de quicio. La cuestión es que es un Vernall. Como tú. No es un término que uno oiga fuera de los Boroughs, y lo mismo pasa con lo de «amortajadoras». Incluso aquí, ni la mitad saben lo que significa. Son viejos nombres que desaparecerán pronto, querida, al igual que todos los que los hemos acuñado. Respeta a tu padre y respeta a tu tía, esa que no se separa de su acordeón. Pertenecen a una especie que dudo mucho que volvamos a ver, sobre todo en lo que respecta a rechazar tanto dinero. Sí, ahora podrías ser una niña rica, pero piénsalo bien. Con tanto dinero, no te habrías casado

con Tom, y entonces, ¿dónde estaría este niño? Las cosas pasan por una razón. Al menos, por estos lares.

La mención a su marido le llegó al corazón. Tom Warren la trataba con más respeto que cualquier otro hombre que hubiera conocido. La había cortejado como si perteneciera a la realeza, como a la hija del rey, no a la del tonto del pueblo. La amortajadora estaba en lo cierto. Si fuera rica, habría pensado que Tom solo iba a por el dinero. Si hubiera vivido en Billing Road, él jamás se habría acercado ni a diez metros de distancia. Aquel niño, al que May tanto deseaba, no sería más que otra página no escrita de la historia humana.

No obstante, tales hechos no iban a sacar a Snowy del atolladero. Él no había obrado por el bien de May, sino impulsado por su maldita sinrazón. A menos que se lo hubiera dicho una adivina, no podría haber sabido que iba a casarse con Tom. Como siempre, el muy condenado había pensado en sí mismo y en nadie más. Era igual que cuando se esfumaba de Londres para irse andando hasta Lambeth, donde desaparecía durante semanas sin que nadie tuviera la más mínima idea de sus asuntos. Bueno, ciertamente trabajaba, porque siempre enseñaba un sobre con la paga, pero May era consciente de que su madre creía que mantenía a otra mujer. Y probablemente llevaba razón. Era un fulano viejo y lascivo muy capaz de irse de juerga con sus amigos mientras se mostraba excitado como una cabra con una esposa y ardiente como un mono con otra.[57] May esperaba que nada de eso se le hubiera pegado a su Tom, que había hecho muy buenas migas con su suegro. De hecho, los dos se habían ido juntos al pub aquella misma mañana para quitarse de en medio. Ante la insistencia de May, por cierto, que no quería que Tom la viera de esa guisa.

La chimenea emitía una luz que, dulce como la mantequilla, se extendía densamente por los pomos de bronce que coronaban los morillos. La sombra encorvada que proyectaba la señora Gibbs sobre el empapelado rosa de la pared parecía enorme, propia de una giganta o una

parca. Ensoñada por el agotamiento, May percibió un advenimiento grandioso, una presencia que se acercaba, pero, entonces, la garra brutal que oprimía su vientre desgarró cada uno de los hilos de su pensamiento como si fueran finos y frágiles cabellos.

Esta vez, aunque la agonía fue peor, May se acordó al menos de exhalar; de suspirar y jadear, que era justo lo que recordaba haber hecho al concebir a la fuente de su dolor. La idea le resultó tan cómica que empezó a reírse, pero luego se preparó para volver a gritar. La señora Gibbs murmuró palabras de ánimo. Le dijo que era valiente, que lo estaba haciendo muy bien, y luego le apretó la mano hasta que la avalancha hubo remitido.

Sus pensamientos eran piezas de un rompecabezas desordenado que se hallaba esparcido sobre el tapiz de su mente, formas vagamente distinguibles, de mil colores distintos, que se sintió obligada a ordenar y escoger para determinar las esquinas y luego los bordes, para distinguir en cada fragmento el azul del cielo y el moteado pascual del suelo. Con paciencia, pudo reconstruir una imagen de sí misma, de quién era, dónde se encontraba y qué estaba pasando, pero el rinoceronte del alumbramiento retomó su estampida sin que ella lo esperara, demasiado pronto tras la embestida previa, y con una recia sacudida de su cuerno desbarató todos sus esfuerzos por recomponerse. La amortajadora soltó su mano y se colocó abajo, en el extremo del sofá, entre las rodillas de May. La voz de la señora Gibbs sonó firme y marcial, cargada de urgencia, pero no de alarma.

—Ya puedes apretar y empujar. Prácticamente está fuera. Aguanta y empuja, querida. Nos queda muy poco.

May selló sus labios para contener el grito y desviarlo hacia sus entrañas. Se sintió como si estuviera intentando cagar el mundo entero. Apretó y empujó pese a estar convencida de que se le iban a salir todas las tripas. El dolor aumentó con la brecha de su pelvis, que se ensanchó hasta límites que May ni siquiera creía posibles. Iba a estallar, a reventar, a partirse en dos; iba a necesitar que la

cosieran desde el gaznate hasta el culo. El alarido que retenía tras sus atenazados dientes siseaba en sus oídos como una tetera que colmara con su silbido la dorada y estrecha habitación mientras ella hervía con espumeante furor.

La señora Gibbs ahogó un suspiro. La cabeza estaba fuera, y si May hubiera bajado la vista más allá del horizonte de su cintura, habría visto unos pegajosos rizos pelirrojos, unas llamas mucho más brillantes que las suyas. La amortajadora puso los ojos como platos, y por un segundo pareció quedar petrificada. Tras recobrarse, cogió una toalla doblada y la inclinó para recibir al bebé. ¿Por qué estaba tan pálida? ¿Acaso pasaba algo malo?

Su perspectiva del instante pareció titilar, desplazarse de lo real a lo onírico y viceversa. ¿Llegó un fuerte viento a recorrer la casa en un momento dado, pese a que puertas y ventanas estuvieran bien cerradas? ¿Qué fue lo que agitó las cortinas, y el mantel, y las mariposas bordadas que revolotearon en el ondulante dobladillo del delantal de la amortajadora? La voz de la señora Gibbs, oída como a través de una tormenta, le indicó que con un último empujón bastaría, y luego las incomodidades de los últimos nueve meses se escurrieron hacia el sofá, hacia un alivio más dichoso y absoluto que cualquiera de los que se hubiera imaginado en este mundo. La señora Gibbs se dirigió a la maceta del alféizar para recuperar el cuchillo afilado que había hundido en su fresca tierra marrón, cerca de las raíces de un geranio ya marchito. Cortó el cordón resueltamente, de un solo tajo.

May se incorporó con dificultad y recordó la cara que había puesto la señora Gibbs al ver asomar la cabeza del bebé.

—¿Va to bien? ¿Qué pasa? ¿Pasa algo malo?

Su voz fue irregular, apenas un débil graznido. La amortajadora la observó con rostro sombrío y alzó el cuerpo envuelto en toallas que tenía acunado en sus brazos.

—Mucho me temo que sí, querida. Tanta hermosura resulta terrible.

Cuando extendió los brazos, May entornó la vista contra la lámpara y la chimenea para evitar mirar el bulto, cuyo extremo iluminado era cobrizo por un lado y crema por el otro. ¿Qué habría querido decir aquella mujer? En un súbito ataque de pánico, se dio cuenta de que el bebé no había llorado, pero entonces lo oyó maullar. Sintió luego como el envuelto bulto se movía entre sus manos, así que se arriesgó a abrir los ojos con cierta reticencia, como si fuera a contemplar un horno o el resplandor del mediodía.

Su cabeza parecía el capullo de una rosa: aunque estuviera apelmazada y aplastada, May sabía que al florecer sería gloriosa. Sus ojos, que exhibían el azul espectral de los huevos de los petirrojos, eran grandes como broches, y estaban clavados en los de May. Su color combinaba perfectamente con el llameante cabello naranja del recién nacido; tenían la claridad de un cielo estival recortado sobre el final de los adosados, enmarcado por los ladrillos de Northampton cuando eran iluminados por los últimos rayos del sol poniente. La piel del bebé era de un blanco columbino, refulgía como si se hallara bajo un talco de perla molida espolvoreado con primor sobre muslos y pies, un lienzo imprimado a la espera de la suave pincelada del tiempo, las circunstancias y la personalidad. La atónita mirada de la joven madre vagaba por las extremidades de su primogénito, pero siempre regresaba, embelesada, a sus ojos, a su rostro extraordinario. Era como si el universo se hubiera condensado en el tubo de un caleidoscopio, en un refulgente pozo en el que, de extremo a extremo, las miradas de adoración de madre y retoño hubieran quedado engarzadas, reflejadas y suspendidas por toda la eternidad en el ámbar de aquel instante. May observó cómo el monedero rosa que eran los labios de su polluelo se contorsionaba en pos de sus primeros gorgoritos, con un hilillo de reluciente saliva mercurial cayendo desde uno de sus extremos. El aura que parecía rodear el acontecimiento lo impregnaba de una barnizada pátina renacentista. Besó la coronilla rosada, que olía igual que un último vaso de leche caliente justo antes de dormir, y supo que lo que tenía

allí era un tesoro. Comprendió que, de algún modo, había traído al mundo una visión de una belleza sobrenatural tan exquisita que había perturbado a la señora Gibbs.

Solo entonces, como si fuera una conclusión tardía, se dio cuenta de que era una niña.

Cuando la señora Gibbs preguntó cómo iban a llamarla, May oteó en derredor con la mirada extraviada, pues casi había olvidado que hubiera alguien más en la habitación aparte de su diminuta hija y ella misma. Había acordado con Tom que, si era niño, se llamaría Tomas, como él, mientras que, si era niña, la bautizarían con su propio nombre.

—Hemos decidío llamarla May, como yo —respondió.

Al oír su nombre, las orejas de la niña parecieron erguirse en su cabeza redonda, que se movía y balanceaba sin cesar bajo el halo amarillento que la lámpara arrojaba sobre la toalla. La señora Gibbs asintió con una sonrisa contenida, como si todavía no se hubiera repuesto del encantamiento petrificante de la niña, de su hermoso resplandor meduseo. ¿Le tendría miedo? May descartó la idea. ¿Qué habría que temer de una flor tan preciosa como aquella? Era una tontería, un producto de su imaginación desenfrenada, de todas las paparruchas supersticiosas en torno a la natividad que había heredado de su madre. Aún no habían pasado tantos siglos desde que a las que eran como la señora Gibbs las obligaban a jurar no practicar magia con los recién nacidos, no pronunciar palabra alguna durante sus partos, y no sustituirlos por hadas en sus cunas. Eso fue antes de que las empezaran a llamar «amortajadoras», en tiempos en los que aún se referían a ellas con otros nombres. Pero eso fue entonces. Ahora era 1908. La señora May Warren era una joven moderna que acababa de dar a luz a un prodigio. Lo alimentaría, lo mantendría limpio y lo cuidaría, y con eso le haría mayor bien que confiando en cuentos de viejas o adivinando profecías en tazas de té e inflexiones de comadrona.

La niña, acunada sobre el generoso busto de su madre, estaba medio dormida. May se volvió hacia la señora Gibbs.

—Mi hija es toa una visión, ¿no cree?

La señora Gibbs se rio entre dientes mientras recogía sus cosas.

—Desde luego, querida. Es toda una visión. Una que recordaré toda la vida. Pero, ahora, cúbrete antes de que vengan todos desfilando a descubrirla por sí mismos.

La amortajadora extendió la mano hacia los muslos de May y, con un único movimiento diestro y discreto, tiró del cordón umbilical, sacó la placenta, y la hizo desaparecer antes de que la joven se diera cuenta de que estaba allí. Mientras la señora Gibbs se deshacía de ella, May se recompuso lo mejor que pudo. Entonces, justo como la señora Gibbs había predicho, la familia se apelotonó para echar un vistazo.

May se sorprendió de sus modales, pues caminaban de puntillas y hablaban con susurros. Louisa, su madre, estaba nerviosa y embelesada con el bebé, mientras que Jim se diría rojo de alegría o vergüenza, sonriendo y asintiendo encantado. Cora se mostraba aturdida por el aspecto de la cría, y su cara le recordó mucho a la que la amortajadora había puesto antes. Incluso su John parecía haberse quedado sin palabras.

—Es preciosa, hermanita. Espléndida —se limitó a decir.

Louisa preparó más té para todos, e incluso May se sirvió una taza. El néctar estaba caliente, fuerte y azucarado, y mientras su madre y su hermana se pasaban con cuidado a la niña, ella lo fue sorbiendo de buen grado. La atmósfera de aquel tenue murmullo, punteado por los escasos gimoteos adormilados de la recién nacida, era como la de una función eucarística, y ni siquiera la vuelta a casa de su padre y Tom consiguió alterarla.

Snowy olía a cerveza, pero el aliento de Tom, que no se había tomado ni media pinta en toda la mañana, era fresco. May apartó la taza para que pudiera besarla y abrazarla antes de coger a su hija. Estaba pasmado, con la mirada alternando sin parar entre sus dos May. Por su expresión, se habría dicho que no terminaba de creerse la suerte que

habían tenido al concebir a aquella obra de arte. Tras devolvérsela a su esposa, salió a comprarle flores.

Su padre, medio borracho, declinó sostener al bebé, lo cual les libró de la inconveniencia de prohibírselo. Se había tomado seis pintas antes del mediodía y dos comiendo, todas pagadas con los bocetos, las caricaturas y los retratillos cómicos que hacía a la gente, que correspondían a aquellos insultos invitándolo a cervezas. Pero, por más prolífica que hubiera sido la mañana, May veía extraño que su padre hubiera pillado tal cogorza para el nacimiento de su nieta, e igualmente raro era el humor melancólico que parecía haberle suscitado el alcohol. Pese a la consternada lente de lágrimas que se le interponía, el muy sensiblero no podía apartar los ojos de la pequeña May. Jamás había creído que su padre albergara una vena tan sentimental en aquella constitución escuálida, absorta e ingenua. Notó que hacía que le cayera mejor. Pensó que ojalá fuera así todo el tiempo.

Snowy pasó a observar a la May adulta. A aquellas alturas, los pliegues de los párpados se le habían desbordado, y la humedad corría por sus mejillas.

—No lo sabía, pequeña. Jamás lo hubiera soñado. Sabía que iba a ser un bombón, como tu madre o tú, pero no una preciosidad como esta. Es muy duro, hija. Porque es lindísima.

Alzó una mano, la puso sobre el brazo de May e intentó disimular, sin éxito, su voz quebrada.

—Quiérela mucho, May. Quiérela con todas tus fuerzas.

Tras aquello, su padre salió disparado de la habitación. Le oyeron subir las escaleras a pisotones, probablemente para dormir la mona de tanta cerveza. A lo largo de toda la escena, la señora Gibbs permaneció sentada y callada, bebiéndose su té y hablando cuando se le hablaba. Louisa, la madre de May, le deslizó subrepticiamente dos chelines, el doble de la tarifa habitual, pero la amortajadora le devolvió uno de ellos firmemente.

—Con todo el respeto le digo, señora Vernall, que, si

hubiera salido fea, yo no le hubiera cobrado la mitad.

Entonces, se encorvó sobre el sofá para decir adiós a May, que le agradeció todo lo que había hecho.

—Ha sío usted una bendición de Dios. Cuando venga la siguiente, me aseguraré de que vuelvan a buscarla. Me he hecho a la idea de que quiero dos niñas, y luego se acabó, así que supongo que ya nos veremos cuando vaya a dar a luz a la segunda.

En respuesta, la joven solo obtuvo una sonrisa tenue.

—Ya veremos, querida. Ya veremos —dijo la señora Gibbs.

Se despidió de la familia, deteniéndose un poco más con la pequeña May, y dijo que no hacía falta que la acompañaran. Se puso su sombrero y su abrigo. Pudieron oírla avanzar por el pasillo, forcejear brevemente con el pestillo, y encajar la puerta principal tras salir.

*

El gemido discordante de un acordeón se deslizó sobre la superficie del río para mecer, junto a la luz, aquella tarde de septiembre. Con su hija de dieciocho meses en brazos, May se encontraba en el puente de hierro forjado que unía la isla fluvial con el parque, y desde allí distinguió a su tía Tursa como un pequeño punto marrón que, en lontananza, caminaba por el extremo más alejado del césped hacia el mercado de ganado.

Aunque estaba demasiado lejos como para verla claramente, pudo imaginarse con todo detalle cada uno de los penosos rasgos de su tía, a la que consideraba la mayor vergüenza de la familia junto con su propio padre, Snowy. Pudo figurarse su cabeza con forma de pájaro y su pico altanero, sus ojos pálidos y fijos, ese pelo gris que afloraba en mechones y que daba la impresión de que sus sesos debían estar derritiéndose. Llevaría sus zapatos marrones, su abrigo marrón, y el condenado acordeón colgado al cuello como el albatros de un viejo marino. Vagaba día y noche por las calles, improvisando, con los dedos revoloteando sobre las teclas grises del pesado instrumento.

Si hubiera mostrado el más mínimo indicio de talento musical, el sonrojo que le provocaba no habría sido tan grande. Pero su tía producía un ruido nefasto, unos breves chirridos de acorde ascendente o descendente que se mezclaban en estridente alarido para luego detenerse, de golpe, al borde de esos súbitos precipicios que eran los frecuentes y aleatorios silencios de Tursa. Los siete días de la semana, desde el mediodía hasta la medianoche, uno podía escuchar aquella pavorosa cacofonía reverberando por patios y chimeneas, asustando a gatos y despertando a niños en cunas, espantando pájaros y mostrando lo mejor de los Vernall. Detenida sobre en el puente, May observó la ruidosa mota sepia que era su tía mientras la muy chiflada avanzaba, como una garza, por la orilla de Beckett's Park, desde donde las hojas rompían contra Victoria Prom. Cuando Tursa y su lúgubre melodía se hubieron desvanecido en la distancia, May se volvió hacia la niña rubia que acunaba en sus brazos.

El cabello rojo que su hija exhibía al nacer se había caído y había vuelto a crecer en tonos de oro blanco, un halo llameante de luminosos amentos que llegaba a ser incluso más glorioso que el cobrizo cálido con el que había venido al mundo. Ciertamente, resultaba aún más sobrenatural. Para asombro e inquietud de sus padres, la pequeña May se volvía más encantadora cada día. De seguir así, hasta mirarla iba a ser difícil. Al principio, May y Tom supusieron que la niña solo les maravillaba a ellos, que sus amigos solo intentaban halagarles, pero, poco a poco, por la unánime reacción de cuantos se cruzaban con ella, se fueron dando cuenta de que era una belleza que no tenía precedentes, una belleza que dejaba sin aliento y que producía un asombro desasosegante, como si sus espectadores estuvieran ante un jarrón Ming o ante el primer ejemplar de una nueva raza.

May ronroneó y arrimó su frente a la de su hija hasta que ambas chocaron cual guijarro contra piedra, con sus pestañas rozándose al parpadear como polillas en pleno cortejo. La niña gorjeó con desenfrenado deleite, que era

como reaccionaba ante casi todo. Parecía regocijarse con el mero hecho de vivir, y estaba claro que el mundo le suscitaba el mismo asombro que ella le provocaba a él.

—Ea, ea. Ya se ha pasao el mal trago. Esa era tu tita Tursa, que está medio esquiná y no hace más que armar escándalo con ese fuelle del demonio. Pero ya se ha ío, así que tú y yo vamos a dar un paseo por el parque. En la isla podría haber cisnes. Cisnes. ¿Quieres verlos? Mira, ¿sabes qué? Si dejas que mamá busque en el bolsillo, tendrás otra golosina.

Hurgando con los dedos a través de una abertura lateral de la falda, encontró el pequeño cono de papel marrón con los bordes doblados hacia dentro que había comprado en la tienda de Gotch, en Green Street, de camino al parque. Mientras sostenía a la niña con una mano, May empleó la otra para abrir el cucurucho y coger tres lágrimas de chocolate recubiertas de millares de virutas; una para su hija y dos para ella. Sostuvo la primera entre los labios del bebé, que procedió a abrirlos con cómico entusiasmo para permitir que May la depositara en su minúscula lengua, y luego aplastó las otras dos piezas de chocolate hasta obtener una especie de lente moteada, con las virutas de color salpicando su superficie como las pinceladas de los antiguos pintores franceses. Se la metió en la boca y la chupó para alisarla, que era su forma favorita de degustar aquellas golosinas.

Con la pequeña May acurrucada sobre el hombro como una gaita en reposo, la mujer cruzó el ligero arco del puente hacia el escaso césped amarillento de la isla. De hectárea o hectárea y pico, la ínsula hacía que el Nene se bifurcara, al norte, en dos cauces que volvían a confluir en el extremo sur del terreno. Un desgastado sendero bordeaba la isla y cercaba su centro, que unos días acogía un estanque y otros, como aquel, una ciénaga. En cuanto dejó atrás la barandilla del puente, May torció a la derecha para recorrer la orilla fluvial en sentido antihorario, con la brisa azotando su oscuro cabello rojo y las babas de su hija manchándole el cuello de chocolate. La sombra de May

apareció y reapareció cuando un banco de nubes surcó el cielo azul, pero, por lo demás, hacía un día perfecto.

Paseó con el agua a su derecha y la amplitud de Beckett's Park al fondo, donde el musgo había teñido de lima los bancos, arbustos y lavabos públicos del viejo pabellón, y donde los árboles abrasados por el otoño parecían a punto de incendiarse. Una oscura bóveda de ramas sobrevolaba el río, cuyo espejado ribete reflejaba una umbría dispersa, una salvia borrosa y jirones de un cielo azul pavorreal bajo el reluciente medallón de su pecho ondulado.

Si hubiera sido domingo, habrían visto jóvenes alquilando botes en la destartalada cabaña erigida entre los frondosos olmos de la ribera, no muy lejos del mercado de ganado. La mayor parte de los fines de semana, si hacía bueno, uno podía encontrarse allí a la mitad de los Boroughs paseando del brazo con sus mejores sombreros, vociferando y riendo mientras remaban corriente arriba, a través de las flores de los sauces, por pura diversión. El señor Paine, el deshollinador de Green Street, poseía un gramófono manual que solía llevar consigo en el bote alquilado. Era agradable escuchar música al aire libre; ver al señor Paine reproduciendo sus viejas cancioncillas mientras navegaba por el río entre el chapoteo de los tortolitos y las familias. Le hacía pensar a uno que no corrían tiempos tan funestos.

May se llevaba bien con el señor Paine. En cierta ocasión, el hombre le había mostrado las flores que cultivaba en su patio trasero, que estaba un poco más abajo de la tienda de Gotcher Johnson. Apelotonados en aquel rectángulo de ladrillo había más colores de los que jamás hubiera visto, todos ellos brotando desde una apabullante galería de macetas improvisadas. Clavelinas floreciendo en latas. Frascos de boticario acogiendo caléndulas. Orinales cascados emitiendo el fragante rocío de un jazmín. En general, a May le caían muy bien los vecinos de Green Street. Solía pensar que, algún día, Tom y ella bien podrían buscar un alquiler decente allí, lejos de Fort Street y de

papá y mamá, quizá no muy lejos del deshollinador que cultivaba aquel edén en las cacerolas de su jardín, el mismo cuya murmurante Victrola amenizaba los multitudinarios paseos dominicales por la ribera. Además, la pequeña May lo tenía embobado. Aunque, ¿a quién no?

El sendero de la orilla describía una curva a la izquierda en la que el césped era una alfombra raída, una mata aplastada por el paso de ancianos, amantes y niños haciendo pellas. May lo siguió hasta la otra punta de la isla sin prisa alguna, con el dobladillo de la falda abombándosele en los tobillos a causa de la brisa. La pequeña May tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de su madre e iba parloteando fluidamente, ajena por completo a detalles tan irrelevantes como el sentido de las frases o la pronunciación de las palabras.

May era claramente consciente de que, aunque la admiración que concitaba su hija era casi universal, ciertas personas podían manifestarla de maneras cruelmente intolerables. Hacía unos cuantos meses, Tom y ella salieron un domingo por la tarde a dar una vuelta con la joven May por aquel mismo parque. La llevaban ora en brazos, ora trotando entre ellos, cogiéndola cada uno de una mano y suspendiendo sus saltos en el aire para evitar los charcos y los ranúnculos. En un momento dado, pasó a su lado una pareja muy bien vestida de esas que procuraban mantener las distancias con las gentes de los Boroughs sin por ello dejar de curiosear. La mujer, ataviada con guantes y sombrilla, se quedó mirando a los Warren y a la niña pequeña, y entonces le comentó a su marido lo mucho que le molestaba ver a una niñita tan monísima criarse entre personas de semejante calaña.

Menudo descaro. Menudo, menudo descaro tuvo la mujer al decir aquello. Tom les pidió una aclaración, pero los dos siguieron andando sin volverse, como si no lo hubieran oído. May aún podía recordar que aquella noche lloró hasta quedarse dormida, con el rostro ardiente y enrojecido por la vergüenza. Como si Tom y ella fueran animales a los que no pudiera confiárseles una niña

pequeña. Por el tono de voz de la mujer, sabía que, si la pareja hubiera hallado una forma de arrebatarle a su hija, lo habrían hecho sin pensárselo dos veces. El incidente había desatado una determinación feroz, un fuego que le ardía en la garganta y le aguijoneaba los ojos. Les daría toda una lección. Cuidaría a la pequeña mucho mejor que cualquier ricacha estirada como aquella.

Madre e hija habían bordeado ya el extremo septentrional de la isla, con su mercado de ganado, y caminaban a la vera del río hacia Midsummer Meadow y el sur. Los ojos de la niña, celestes como un cielo invernal, contemplaban fascinados la ciénaga central, en la que patos de cabeza esmeralda semejante a un casco de cerveza seguían picoteando y graznando cerca de nidos casi vacíos. A lo lejos, la sirena de una fábrica emitió un breve quejido.

En torno a los zapatos de punta redonda de May había hojas de un verde espectral con extrañas vainas que sobresalían de sus tallos caídos. Si las hubiera desmenuzado, habría hallado larvas en su interior, la progenie (como su padre las había llamado en cierta ocasión) de unas pequeñas moscas negras que, al depositar sus huevos en el brote, provocaban unas deformaciones conocidas como «agallas». Por más desagradable que resultara el pensamiento, era mejor que la primera conclusión a la que había llegado, que era la de que había gusanos y lombrices creciendo en los árboles, signos de muerte que florecían de forma antinatural en aquellas ramas frondosas que representaban la vida. Además de hojas enfermas, la ribera exhibía otros muchos desechos aquí y allá: cacas de perro blanqueadas a partir de una dieta de huesos muy roídos, o un paquete vacío de diez cigarrillos Craven «A», con el emblemático gato negro de centímetro y pico de su empapado cartoncillo ahora a merced de los pájaros de la isla.

Aparte, también había unos pantalones, unos bombachos de mujer, blancos y arrugados, tirados en el césped entre las raíces de los árboles. Algunas parejas iban allí a bajárselos lejos de las farolas de gas de Victoria Prom,

ahogaban el murmullo del río bajo sus gemidos, y luego no recogían lo que habían tirado. May chasqueó la lengua en señal de desaprobación, aunque ella y Tom solían hacer lo mismo antes de casarse, allí, por la noche, a la vera del río, él encima de ella, y luego se sentaban a hablar, abrazados bajo un árbol. Apoyaba su cabeza sobre el pecho de Tom y escuchaba los latidos de su corazón, y luego se dedicaban a admirar, a lo lejos, el extremo más alejado del cauce, los montes y raíles de tren que se extendían hacia la abadía de Delapré. Ella lo escuchaba, callada y maravillada, mientras él le contaba relatos de historia, la asignatura que mejor se le había dado en el colegio. Según le contó, el conflicto entre la casa de Lancaster y la de York, llamado la guerra de las Dos Rosas, se había decidido en el terreno que quedaba justo en la orilla contraria a la que May se encontraba recorriendo en aquellos instantes. El rey fue capturado en el vertedero que los Boroughs aún tenían por patio trasero. Tendida allí, y medio dormida, solía fantasear con todos los hechos relevantes que habrían visto aquellos campos, mecida por los susurros de un prometido cuya semilla colgaba, fría, de los dientes de león cercanos. El recuerdo le causó tal ardor entre los muslos que May tuvo que pararse y sacudir la cabeza para ahuyentarlo, y solo entonces pudo concentrarse en la tarde de viernes que iban a pasar su hija y ella. Siguió avanzando, bordeando la curva que describía la isla en su extremo sur, para regresar en dirección al puente.

De vuelta en la zona principal del parque, echó un vistazo para ver si Tursa andaba cerca. Sin embargo, su tía se había marchado hacía un rato, al igual que el resto de los presentes. Quizá los hubiera hipnotizado con una disparatada melodía de su acordeón cual flautista de Hamelín, con las solapas de su abrigo marrón al viento y su pelo gris alborotado como el humo de una chimenea. May soltó una carcajada, y su hija la imitó.

Las únicas personas que pudo atisbar se hallaban cerca de Derngate y el hospital, madres o institutrices que iban empujando carritos por Becket's Well, sito en una de las

esquinas del parque. Gente cursi. Hasta sus sirvientas la ponían nerviosa, vaya, porque la miraban como si fuera a robarles el bolso pese a no ser de mejor cuna que ella… Aunque, bueno, estrictamente hablando, eso no era del todo cierto. May había nacido junto a desagües llenos de mierda, así que cualquiera tenía mejor cuna que ella.

No por ello era una mala madre, desde luego. Y no hacía que aquella dichosa mujer llevara razón. Cuidaba de su pequeña mucho mejor que aquellas repipis de las suyas. Por lo que decía el médico, tal vez incluso se preocupara en exceso. Resultaba que la joven May no paraba de resfriarse. Un poco de tos y unos estornudos, como cualquier bebé. Y el médico que solía visitarla, el doctor Forbes, harto de que lo llamaran tan a menudo, había terminado teniendo unas palabras con la May adulta. En el transcurso, la condujo hasta el umbral de la casa y señaló, a lo largo de Fort Street, hacia la niña pequeña de los vecinos, que estaba sentada a la intemperie, con un juego de té de juguete desplegado sobre los baches de la acera, y compartiendo el agua negra de los charcos con sus muñecas.

—¿Ve usted? Esa niña está más sana que la suya, porque su madre la deja jugar fuera. Su hija, señora Warren, anda siempre demasiado limpia como para desarrollar resistencia a los gérmenes. ¡Deje que se ensucie! ¿Acaso no ha oído decir que lo que no mata engorda?

Para él, con su casa de médico en Horsemarket, era fácil decirlo. Nadie iba a acusarlo a él o a su esposa de no ser aptos para criar a un niño, que era lo que aquella vieja vaca les había soltado a ella y a Tom. May estaba segura de que sus hijos podían ir con las rodillas embarradas sin que nadie pensara mal del doctor. Nunca cotillearían sobre él, y su mujer jamás tendría que llorar en la cama por la humillación. Tener algo de dinero le ahorraba a uno todo eso. El médico no tenía ni idea de lo que se sentía.

Llegados a aquel punto, May se revolvió entre los brazos de su madre e hizo una mueca. Era la más fea que tenía, pero habría hecho palidecer a cualquier obra de arte. Si el viento hubiera cambiado y su hija se hubiese quedado

paralizada con dicha cara, habría seguido ganando de calle el concurso para convertirse en Miss Pears, la imagen de esa marca de jabones. Lo más probable era que la inquietud de la niña obedeciera a su deseo de más golosinas. May rebuscó en el cucurucho a través del bolsillo de la falda y descubrió que solo quedaban tres. Le dio una a su hija y volvió a compactar las otras dos para comérselas ella misma. Con la beldad en miniatura aferrada al codo, la mujer cruzó la verja y los servicios públicos para proseguir hacia las boñigas de Victoria Prom. El sol estaba más bajo. El tiempo corría. Pese a los consejos del viejo Forbes, no quería que su hija estuviera mucho tiempo fuera de casa. La pequeña acababa de pasar su último resfriado y un poco de aire fresco siempre venía bien, pero tampoco tenía sentido exagerar. Lo mejor sería llegar a la calidez del hogar mientras aún hubiera algo de luz; además, el paseo ya había durado bastante. Dejó atrás el cobijo de aquellos árboles con color de hoja de té, torció a la izquierda por el serpenteante paseo, y atravesó el mercado de ganado en dirección a la rotunda mole del gasómetro de hierro.

Pasó junto al Hotel Plough, emplazado al otro lado de la calle, en la desembocadura de Bridge Street, y continuó hasta alcanzar la base de Horseshoe Street, donde torció a la izquierda para encarar la larga subida que la llevaría, a través del extremo oriental del barrio, hacia el alegre y mugriento abrazo de los Boroughs, hacia sus acogedores brazos tiznados. El sol era un globo Montgolfier que descendía sobre la explanada de la estación de trenes. La brisa agitó la cuajada pálida que era el cabello de su hija, y May se sintió contenta por haberla paseado aquel día. Había una atmósfera en el aire, quizás impulsada por el ocaso o el fresco otoñal, que redoblaba la perfección y belleza de aquellas horas al hacer que parecieran el último y preciado vestigio de algo, tal vez del verano o del día. Incluso los Boroughs, con su desgastado ladrillo basto, parecían querer dar lo mejor de sí mismos. Un raudal de luz dorada recién acrisolada se deslizaba por tejas y canalones para extender una cegadora capa sobre los colectores de

aguas pluviales. Sobre Bellbarn, los retazos lilas de una nube eran como fragmentos de un folleto rasgado y pegado en el enorme toldo azul del crepúsculo. El mundo parecía tan rico y expresivo como un óleo que May estuviera atravesando con una niña pintada por Gainsborough en brazos.

Al otro lado de la bulliciosa y concurrida Horseshoe Street, con sus adoquines engrasados por fibrosos pegotes verde oliva, estaba el solar que antaño ocupaba la iglesia de San Gregorio, o eso le había contado su padre en cierta ocasión. Según la leyenda, un monje venido de Jerusalén había traído consigo una vieja cruz de piedra para señalar el centro del país. La colocaron en un nicho de la iglesia y, durante siglos, constituyó un santuario para peregrinos y demás. «El crucifijo en la pared», lo llamaban. «Crucifijo» significaba «cruz», aunque, en la mente de May, la palabra estaba asociada a algo más tosco, a una cruz de piedra sencilla y basta, tallada burdamente con utensilios rudimentarios a partir de un bloque de piedra gris, áspero y bíblico. El monje había sido enviado por los ángeles, decían. Unos ángeles que debían de ser muy comunes en los Boroughs, pero que ahora, a menos que uno contase a la pequeña May, brillaban por su ausencia. La propia iglesia hacía largo tiempo que había desaparecido, y solo la cercana Gregory Street dejaba constancia de que alguna vez hubiera estado allí. Ahora, los lilos y las ortigas habían invadido el lugar, los primeros con pétalos caídos tan gruesos como filetes y, las segundas, estirando sus blancos y seniles ápices para atrapar los últimos rayos de sol, que iluminaba sus yemas con un ardor citrino. Y pensar que aquel era el centro del país…

La niña soltó una carcajada, aferrada como estaba al costado de May, y su madre se volvió para descubrir por qué. Un poco más arriba, donde Gold Street y Marefair se cruzaban con Horsemarket y Horseshoe Street, en la esquina del Palacio de Variedades de Vint, un joven delgado se hallaba apoyado contra una pared, apartando la mirada y luego volviendo a mirar a hurtadillas para jugar al

cucú con la pequeña May.

Su hija estaba hechizada con él y, tras una inspección, May se vio obligada a admitir que había buenas razones para estarlo. No era alto, pero tenía cierta esbeltez, una estilización distinta a la escualidez de su Tom. El pelo del fulano era más negro que sus zapatos, casi un nido vaporoso de regalices sueltos. Sus ojos, de largas pestañas afeminadas, eran aún más oscuros, y parpadeaban coquetamente para bromear con la niña. El tipo parecía estar encantado de conocerse, pensó. Y ella estaba encantada de conocerlo a él.

Tenía calados a esa clase de hombres y sus tácticas con los bebés: entablaban conversación a través de los críos para que las insinuaciones no resultaran tan obvias. Durante el último año y medio, había sido de lo más frecuente durante sus paseos con la pequeña May. Con una heredera tan fascinante, a veces era agradable ser el centro de atención. Los silbidos y los guiños la traían sin cuidado siempre que no provinieran de un borracho o un matón. Cuando así era, no tardaba mucho en ahuyentarlos, porque era lo bastante dura como para cuidarse solita. Pero si el fulano era presentable, como aquel, no creía que flirtear un poco o pararse cinco minutos a charlar pudiera hacer daño alguno. No era que no quisiera a su Tom o que tuviese ojos para otro que no fuera él, pero ella solía ser un bombón, y echaba de menos las miradas y los cumplidos. Además, al aproximarse al maromo le dio la impresión de que le sonaba su cara, aunque habría jurado por su vida que no sabía de qué lo conocía. Si nunca lo había visto, entonces debía ser un *déjà vu*, la sensación de vivir algo que ya había sucedido antes. Por su parte, a la hija de May parecía gustarle el sujeto, que poseía un don especial para hacer reír a los niños.

Cuando el hombre volvió a girarse con fingida timidez para entrever a la pequeña, se encontró con que su madre también le devolvía la mirada. May habló primero, para tomar la iniciativa, y le dijo que con su hija se había ganado una admiradora, a lo cual respondió con la tontería

de que él había admirado a la niña antes que la niña a él. Sabía como ella que eso eran paparruchas, pues en quien tenía puesto el ojo era en la May adulta, pero ambos siguieron con el juego. Además, ahora el tipo podía ver que estaba casada.

El fulano se deshizo en zalamerías hacia la pequeña May, pero en general pareció hacerlo con sinceridad. Dijo que iba a acabar en los escenarios, que iba a convertirse en la mayor belleza de su tiempo y demás. Él mismo era cómico, iba a actuar en el Palacio Vint más tarde, y estaba pasando el rato en la esquina mientras calmaba los nervios fumándose un pitillo o dos. Fumando, y viendo pasar mujeres, añadió May para sus adentros, aunque lo dejó correr porque estaba disfrutando de la charla. Le dijo su nombre y el de su hija, y él contestó que se llamaba «Oatsie», un apodo que ella no había oído desde la infancia, cuando vivía con su familia en Lambeth. Aquello pareció poner en marcha los engranajes de su mente, y al final cayó en la cuenta de dónde lo había visto con anterioridad.

Era un chaval de su edad que vivía en West Square, cerca de St. George’s Road. Lo veía cuando salía de paseo con mamá y papá, y lo había reconocido por los ojos bonitos. Tenía un hermano que, por lo que recordaba, era mayor, pero cuando se lo dijo pareció mirarla como si hubiera visto al fantasma de un pasado que creyera haber dejado atrás. Como si lo hubieran pillado. La confusión del hombre y sus ojos de sorpresa la hicieron reír. El tipo no se lo esperaba. En ella había encontrado a la horma de su zapato. May jugó con él un poco más, y luego, apiadada, dejó de chincharle y le confesó que también había nacido en Lambeth. El hombre pareció aliviado. Evidentemente, la había tomado por una sibila o un oráculo, y no por una forastera salida de los barrios bajos londinenses igual que él.

Tras haberlo puesto en su sitio, el hombre empezó a comportarse como si ya no tuviera que actuar, y la charla fortuita se volvió más cálida y relajada, sin necesidad de aparentar. Hablaron de todo un poco, de las aspiraciones

escénicas de su hermano John, de la propia historia del Palacio Vint, y así siguieron él, ella y la niña, todos en alegre plática mientras el cielo de los Boroughs pasaba de brocado a zafiro sobre sus cabezas. Al final, su hija empezó a revolverse en sus brazos, y ella, consciente de que no quedaban más golosinas, decidió que lo mejor sería llevarla a casa para prepararle sus emparedados de carne antes de la hora del té. Se despidió del apuesto payaso y le deseó suerte en el espectáculo de aquella noche. Él le dijo que cuidara a la pequeña May. En el momento, no le sonó raro.

Aunque la subida por Horsemarket no le llevó mucho tiempo, la niña empezó a pesarle en los brazos tras tantas horas de caminata. Al pasar junto a las majestuosas viviendas que servían de residencia a los médicos, todas ellas cálidas e iluminadas, se preguntó cuál sería la del doctor Forbes. Más allá de sus cortinas descorridas vio niños recién llegados del colegio, sentados en mullidos sofás junto a chimeneas arrebatadas, comiendo magdalenas y leyendo libros edificantes. Sintió un breve resentimiento hacia su padre. Si no hubiera desdeñado el cargo de director, si alguna vez hubiera pensado en otra cosa que no fuera su obstinado ego, ella y su pequeña May habrían podido estar ahora allí dentro, cómodas y bien alimentadas, con su hija leyendo en su regazo un libro ilustrado de cubiertas estampadas y brillantes pliegos. Resopló, y luego torció hacia St. Mary's Street.

Frente a ella, el cielo de poniente exhibía los moratones propios de los rigores del día, un púrpura que salpicaba la oscuridad sobre los tejados de Pike Lane y la contigua Quart Pot Lane. A May la sobrecogía el modo en que caían las noches a finales de año. St. Mary's Street parecía embrujada en la penumbra. Los umbrales de las casas succionaban la tiniebla, y las puertas astilladas de los patios de trabajo restallaban sus cadenas. La niña iba en su pecho como una vela rubia en mitad de un crepúsculo concurrido.

Debía decir que no le sorprendía en absoluto que el gran incendio se hubiera originado allí hacía ya más de

doscientos años. El lugar resultaba opresivo, como una olla que fuera a estallar en cualquier momento antes de que uno pudiera decir ni pío. Sin duda, el clima se remontaba a la Guerra Civil, cuando los parlamentaristas acamparon cerca de allí para que Cromwell y Fairfax pasaran la noche en Marefair, paralela a Mary's Street, antes de ir a Naseby al día siguiente a sellar el destino del rey Carlitos y el del país. ¿No era en Pike Lane donde habían hecho sus picas? Eso era, al menos, lo que contaba el padre de May. Prosiguió por Doddridge Street y atravesó el enterramiento que discurría desde la iglesia de Doddridge hasta Chalk Place. El reverendo Doddridge, que solía predicar allí, no había exhibido la terrible fuerza destructiva del viejo Oliver Cromwell o la del incendio, pero también había sido incendiario, a su manera, en la defensa de los inconformistas y de los pobres, así que contribuía a la atmósfera agitada del paraje. May aceleró el paso a través de las malezas del camposanto con la esperanza de que su hija no se enfriara.

En Chalk Lane, junto al muro occidental de la capilla, la pequeña empezó a alborotarse mientras señalaba la extraña puerta a media altura, como si quisiera saber para qué servía.

—A mí no me preguntes, cariño, que no tengo ni idea. Venga, vámonos a casa a encender la chimenea pa cuando papá vuelva del trabajo.

Excepto por un eructo, la joven May no emitió réplica alguna a su paso de Castle Terrace a Bristol Street. Las farolas estaban encendidas al final de la calle, lo cual significaba que el señor Beery debía estar recorriendo los postes de la zona, inclinando su pértiga hacia las lámparas de gas para arrimar la llama y prender los quemadores. A veces, parecía estar pescando la oscuridad con un pequeño gusano de luz como cebo. La hija de May vitoreó los distantes brillos verdosos como si se tratara de un espectáculo de candelas romanas.

Mientras proseguían hacia la esquina de Fort Street, escucharon un repiqueteo similar al cierre de un tendedero;

un traqueteo que se acercaba desde los adosados en penumbra que tenían detrás y que sonaba como si alguien estuviera arrastrando unos tablones por los adoquines. Al instante, se vieron interpeladas por una voz tan espesa como un caldo:

—¡Vaya! ¡Pero si son la señora y la señorita May! ¡Apuesto, señoras, a que vuelven ahora a casa tras estar to'l día deambulando por la ciudá!

Era Charley el Negro, de Scarletwell, que iba por ahí con su carro de chatarra y una bici que tenía cuerdas en lugar de neumáticos. El ruido que había escuchado procedía de los bloques de madera que llevaba atados a los pies para poder frenar. May se rio al verlo y le regañó por asustarlas, aunque lo cierto era que no lo había hecho. El hombre era una de las maravillas locales, y a ella le caía bien. Aportaba un toque de magia al lugar.

—¡Charley el Negro! ¡Menudo respingo he dao, viejo canalla!

Añadió que tendría que haber una ley que obligara a los negros a usar bengalas por la noche para que uno pudiera verlos acercarse, pero enseguida se dio cuenta de la estupidez de la frase. Por un lado, allí no había negros. Solo estaba él, Charley el Negro, Henry George. Por el otro, sabía que la ocurrencia resultaba tan absurda como decir que los blancos tendrían que tiznarse de negro para que uno pudiera verlos al mediodía. De todas formas, el hombre no se ofendió. Se limitó a reírse y a soltar las habituales alharacas en favor de la niña, de la que dijo que era un ángel y tal; un comentario, este, que May rechazó con brusquedad. Para ella, los ángeles constituían un tema espinoso, formaban parte de la locura del clan Vernall. Su padre, su abuelo y la chalada de su tía insistían en que tales seres eran reales, lo cual, en su opinión, lo decía todo. Nadie se tomaba esas cosas en serio; nadie que estuviera en su sano juicio, al menos. No desde los tiempos en los que aquel viejo monje trajera la cruz desde Jerusalén. Excluida la pequeña May, el único ángel que había era el de piedra blanca que estaba en el tejado del consistorio, ese que su

padre había estrechado estando borracho. Además, consideraba alarmante la idea en sí: grandes tipos alados que observaban las vidas de la gente y que sabían lo que iba a pasar antes de que sucediera. Era como lo de los fantasmas y demás, asuntos que le hacían pensar a uno en la muerte o en el hecho de que la vida era un lugar vasto, nebuloso y abrumador que podía matarte a las primeras de cambio. Procuraba no profundizar en lo ultraterreno. Más aún, estaba segura de que, en caso de existir, los ángeles serían unos repipis, y que la juzgarían como aquella pareja de Beckett's Park.

Durante el rato que estuvieron charlando con Charley el Negro, la niña, Dios la bendiga, se entregó al máximo, pues lo llamó «Char-Char» y hasta le agarró la rizada barba blanca que le había crecido en el mentón. Llegado el momento, dejaron que se fuera pedaleando, y el hombre les dijo adiós con su grave acento yanqui mientras bajaba por Bristol Street en dirección a su casa en Scarletwell, que era una calle que May prefería evitar. Lisa y llanamente, le ponía los pelos de punta, aunque no había motivos para ello. Los domingos solía retozar en ella, borracha junto al Friendly Arms, la extraña criatura de Newt Pratt, pero no era eso lo que la asustaba. Tal vez fuera la condenada sonoridad del nombre de la vía, o quizá fuera que era allí donde estacionaban el carro de la fiebre, con esas elevadas ventanillas de cristal esmerilado que dejaban pasar la luz pero no permitían ver a los infelices que hubieran metido dentro, todos con escarlatina u otras enfermedades que no estaba segura de cómo pronunciar, antes de llevarlos a los lazaretos de las afueras de la ciudad. Fuera lo que fuese lo que la ponía de los nervios en aquella vieja colina, podía afirmarse con rotundidad que Scarletwell Street no era su sitio favorito. Suponía que eso podía llegar a cambiar cuando, dentro de unos años, la transitara a diario para llevar a la pequeña May a la escuela Spring Lane, pero, hasta entonces, prefería mantenerse alejada.

May torció a la izquierda por Fort Street, que no era una calle adoquinada, sino enlosada de extremo a extremo.

Aunque sabía que al final describía una curva para discurrir en paralelo a Moat Street y desembocar en Bath Row, su calle siempre le había parecido un callejón sin salida vedado a los vehículos, y en cualquier caso tampoco llevaba a sitios de gran importancia. La niña no hacía más que botar arriba y abajo con frenética emoción en los pecosos brazos de su madre, pues acababa de reconocer la querida y familiar hilera de casas por la que avanzaban. May taconeó por las toscas losetas desniveladas y pasó junto a la vivienda de sus padres, que era la número diez. La luz de gas del pasillo de la entrada se filtraba a través de las grietas de una puerta mal montada; el vestíbulo estaba a oscuras, sin mayor presencia que la de los enseres domésticos.

A esas horas de la tarde, lo más probable era que Johnny, Cora, mamá y papá estuvieran sentados en el salón alrededor de la mesa del té, comiendo pan con mermelada y un poco de tarta. Ella se dirigió a su propia casa, que estaba en el número doce y tenía la puerta solo encajada, y abrió con una mano sin bajar a May hasta que estuvieron dentro. Prendió el manguito y luego la chimenea, colocó a la niña en la trona, y fue a buscar el puré de carne al cofre de latón que había sobre las escaleras del sótano. A continuación, hizo el té, retiró con cuidado las cortezas del pan y se lo sirvió todo a la niña. La pequeña May se zampó los emparedados sin prisa alguna, tomándose su tiempo y armando bastante jaleo. Su madre aprovechó la oportunidad para preparar un buen pastel de hígado y cebollas, y luego lo puso en el horno para cuando Tom llegara a la hora de la cena.

Tras aquello, el resto de la tarde se pasó volando. Tom volvió de la fábrica de cerveza en la que trabajaba con la paga del viernes en la mano, justo a tiempo para darle las buenas noches a la niña antes de que su esposa se la llevara a dormir arriba, duérmete niña, duérmete ya, que viene el coco y te comerá. Después, Tom y ella cenaron y hablaron un poco antes de retirarse también. Al apagarse la vela, se acurrucaron juntos, y May le dijo que le levantara el

camisón, que se pusiera encima y que se la metiera. Las noches de los viernes eran su momento preferido. Al día siguiente no había que levantarse temprano y, con un poco de suerte, su hija seguiría durmiendo el tiempo suficiente como para que ellos pudieran volver a follar tras despertarse. Con su hombre en lo alto, May apenas le dedicó un pensamiento al joven que había conocido junto al Palacio Vint.

El sábado por la mañana, su hija volvía a tener tos, y parecía que le costaba respirar. El sábado por la tarde, en lugar de salir a pasear por el parque, llamaron al viejo Forbes. El doctor apareció como de costumbre, quejándose de que le hubieran fastidiado el fin de semana, pero luego, al ver a la pequeña, enmudeció. La piel de la niña había adoptado un tono amarillento que ellos esperaban que solo fuera cosa de su imaginación.

El médico dijo que la cría tenía difteria.

El coche de la cima de Scarletwell hizo acto de presencia. Metieron dentro a la pequeña May y allá que se fue, oculta tras las elevadas ventanillas laterales de cristal esmerilado. En aquella calzada sin adoquines, las ruedas y los cascos del carro de la fiebre apenas hicieron ruido al llevarse consigo el único rayo de luz que iluminaba el corazón de May.

*

En su segunda visita, la señora Gibbs llevó un delantal de un color distinto: negro, en lugar del blanco prístino de la ocasión anterior. Al hacer memoria después, May creyó recordar que, en vez de mariposas, el dobladillo iba decorado con escarabajos egipcios bordados en esmeralda. Pero solo fue su imaginación. El delantal era negro y sin adornos.

May se encontraba sentada en la sala de estar, a solas. El pequeño ataúd, que descansaba entre dos sillas como el voluntario de un espectáculo de mesmerismo, estaba junto a la ventana del extremo más alejado de la estancia. El rostro dormido de su hija parecía gris, bañado por una luz

polvorienta que se filtraba a través de los visillos. Estaba segura de que recobraría el color en cuanto se despertara. «Oh, basta ya», se dijo para sus adentros. Basta de una vez. Entonces, comenzó a temblar y a llorar de nuevo.

Lo peor había sido que la trajeran a casa. Tras una semana en aquel lazareto perdido, a su hija la devolvieron a Fort Street, así que May y Tom pensaron que estaba bien. Pero ¿qué sabían ellos sobre la difteria? Ni siquiera podían pronunciar bien el nombre; la llamaban «garrotillo», como todo el mundo. Ignoraban que tuviera dos fases, o que la mayoría de la gente superaba la primera solo para sucumbir ante la segunda. Debilitados por el inicio de la afección, los enfermos no tenían defensas cuando volvía a por ellos. Sobre todo, los niños, decían. Sobre todo, pensó May, aquellos cuyas madres se empeñaban en tenerlos siempre demasiado limpios. Madres preocupadas de que cierta gente les dijera que no eran aptas para cuidar a un hijo, y que luego demostraban que esa gente llevaba razón.

Había sido culpa suya. Sabía que sí. Había pecado de orgullosa. El orgullo precede a la caída, decían, y así había sido. May sentía que la vida, la encantadora vida que llevaba hasta hacía dos semanas, se había derrumbado. Como sus sueños y sus esperanzas. En aquella habitación, en aquel aciago instante, acompañada del ataúd y del condenado ruido del reloj, la mujer que creía que era se hallaba derrumbada por completo.

—Oh, pobrecita mía. Pobre corderito mío. Estoy aquí, preciosa. Mamá está aquí. Te vas a poner bien. No voy a dejar que na malo te…

May dejó la frase en el aire. La había empezado sin saber lo que iba a decir, odiaba el sonido inútil de su propia voz al pronunciar una promesa que ya había incumplido. Tras consolar a su hija innumerables veces, tras decirle que siempre la cuidaría, tras hacerle los juramentos sagrados de cualquier madre, luego la había defraudado miserablemente. Solía decirse que siempre iba estar ahí para la pequeña May, pero ahora ni siquiera sabía dónde estaba. Dieciocho meses; ese era el tiempo que habían

estado con ella, el tiempo que habían conseguido mantenerla con vida. Se habían unido a un trágico y exclusivo club del que la gente cuchicheaba con compasión, pero del que todos preferían guardar las distancias, como si el luto de May la hiciera estar en cuarentena.

Sentada allí, ni siquiera era capaz de pensar. Sus pensamientos carecían de consistencia, la llevaban a lugares para los que no estaba preparada. Lo único que sentía era un dolor informe e indescriptible; eso, y la enormidad de aquel pequeño féretro.

La alfombra contigua a la chimenea exhibía unos agujeros negros que no había notado antes de aquel día. El escabel de mimbre se estaba deshaciendo. ¿Por qué resultaba tan difícil preservar todo lo nuevo?

Como la puerta nunca estaba cerrada, May no oyó entrar a la amortajadora. Levantó la vista de la alfombra y, sencillamente, se encontró a la señora Gibbs de pie junto a la silla, con su delantal salpicado de unas motas de polvo que la hacían parecer una polilla negra que tuviera plegadas sus alas moteadas. Fue como si los últimos dieciocho meses jamás hubieran transcurrido, como si la señora Gibbs jamás hubiera llegado a abandonar la casa aquella primera vez. Solo había un cambio de tonalidad, un cambio de delantal, unas mariposas que se habían ido y un bordado día veraniego que había dado paso a la noche. Era como jugar a buscar las diferencias. El bebé de May también había cambiado. Su preciosa niñita cobriza había desaparecido, y en su lugar solo quedaba una rígida muñeca rubia. La propia May representaba otro cambio. No era la misma que había dado a luz.

De hecho, tras una inspección rigurosa, May se dio cuenta de que las imágenes estaban mal, pues la diferencias reinaban por doquier. El único elemento en común, por más que llevara un mandil nuevo, era la amortajadora. Sus mejillas, cual mandarinas en calcetines navideños,[58] no habían cambiado ni un ápice, y su expresión seguía siendo inescrutable, abierta a cualquier interpretación que uno deseara darle.

—Hola de nuevo, querida —dijo la señora Gibbs.

El «hola» que le contestó May pareció hecho de plomo. Nada más dejar sus labios, cayó sobre la alfombra como un cúmulo de palabras, contundente y mortecino, que no daba pie a conversación alguna. La amortajadora lo sorteó y continuó hablando.

—Si no te apetece hablar, querida, no lo hagas. A menos que necesites hacerlo y no sepas cómo, en cuyo caso puedes decirme todo lo que quieras. Ni soy tu pariente ni soy tu juez.

La única reacción de May fue mirar hacia otro lado, aunque admitió, al menos en su fuero interno, que la señora Gibbs había dado en la diana. En los últimos dos días no había podido sincerarse con nadie que no fuera ella misma, reflexionó. A Tom no era capaz de decirle dos palabras seguidas sin romper a llorar. Era recíproco, y ambos detestaban llorar. Lo veían como una debilidad. Además, Tom no estaba allí. Estaba en el trabajo. Louisa, su madre, tampoco era de ayuda, pero no porque fuera de llanto fácil, sino porque May la había decepcionado. Al llegarle su turno, había fracasado en su papel de madre, no había estado a la altura de las vicisitudes de la maternidad. Había fracasado y había fallado a sus familiares. No podía mirarlos a la cara, y ellos no podían ayudarla. El intento de su tía había conducido a una escena tan lamentable que May prefería ni recordarla.

En consecuencia, May se había aislado. Como con todo lo demás, la culpa era suya, pero se había quedado sin nadie a quien explicarle lo que sucedía en su interior, los aterradores pensamientos e ideas que tenía, todos demasiado terribles como para decírselos en voz alta a alguien. Sin embargo, ahí estaba ella y ahí estaba la señora Gibbs, una extraña que era ajena a su círculo más próximo y, de hecho, a cualquier círculo que pudiera imaginar, excepto quizás el de las propias amortajadoras. La señora Gibbs parecía externa a todo, tan cuidadosamente imparcial como el firmamento. Su delantal, profundo e íntimo como una noche, o como un pozo, era un receptáculo al que May

podía arrojar todo aquel horror sin hostigar a su prole durante años. May alzó sus ojos hinchados y enrojecidos, y enfrente solo encontró, devolviéndole la mirada, los ojos grises de la otra mujer.

—Lo siento. No sé qué hacer. No sé cómo voy a superar esto. La entierran mañana por la tarde y, después de eso, no me va a quedar na.

La voz de May sonó quebrada, ronca por el desuso; era la voz de una vieja bruja, no la de una joven de veinte años. La amortajadora acercó el destartalado escabel, se sentó a los pies de la muchacha y la cogió de la mano.

—Mira, querida, escúchame bien. No digas que no te queda nada. Ni siquiera los pienses. Si eso fuera cierto, ¿que valor tendría la vida de tu hija? ¿O la de todos nosotros, ya puestos? O todo tiene valor, o nada lo tiene. ¿Acaso desearías no haberla tenido? ¿Preferirías no haberme visto nunca si hubieras sabido que ibas a tener que verme dos veces?

La escuchó atentamente y se dio cuenta de que llevaba razón. Al preguntarle en términos tan directos si prefería que la pequeña May no hubiera nacido nunca, solo alcanzó a negar con la cabeza. Sus largos y despeinados mechones pelirrojos le cayeron sobre la cara. No era cierto que no le quedara nada. Le quedaban dieciocho meses de comidas, eructos, paseos por el parque, risas, llantos y mudas de ropa diminuta. Sin embargo, el hecho de que ya no tenía a May resultaba indiscutible. Conservaba los recuerdos de la pequeña, sus expresiones favoritas, sus gestos, sus gorgoritos preferidos, pero le dolía saber que no iba a poder añadir nada más a la lista. Y conste que aquello solo era la parte más egoísta del duelo, la autocompasión por lo que había perdido. Su hija, que se había adentrado sola en la oscuridad, merecía aún más compasión. May miró a la señora Gibbs con desesperación.

—¿Y ella qué? ¿Qué hay de mi May? Quiero creer que está en el cielo, pero no es así, ¿verdá? Eso es lo que se les dice a los niños cuando uno se encuentra al gato o al perro con el espinazo roto en mitá de la calle, pero na más.

Contra sus deseos, volvió a llorar. La señora Gibbs le tendió un pañuelo y le apretó la mano entre sus palmas, que eran ásperas como el papel, una Biblia cerrada sobre sus dedos.

—Personalmente, no le doy mucho crédito ni al cielo ni a lo otro. Me suenan a tonterías. Lo único que sé es que ahora tu hija está arriba, y ni a mí ni a ella nos importa que te lo creas o no. Es un hecho, querida. Es algo que sé, y no lo diría si no estuviera segura. Está arriba, que es donde estaremos todos tarde o temprano. Supongo que tu padre te habrá dicho lo mismo, me atrevo a añadir.

La mención a su padre la sobresaltó. Sí que se lo había dicho. Y con la misma expresión: «Está arriba, May. No te preocupes, que ahora está arriba». De hecho, a poco que lo pensara, nunca le había oído hablar de la muerte con otras palabras. Ni a él, ni a lo suyos, ni a nadie de los alrededores. Nunca decían «en el paraíso» o «con Dios», ni siquiera «en el cielo». Decían «arriba». Como si el más allá fuera un piso enmoquetado.

—Pos sí, me lo ha dicho. Pero ¿qué significa? Usted lo dice como si no fueran el cielo y las nubes. ¿Qué es «arriba»? ¿Dónde está? ¿Cómo es?

Ella misma se dio cuenta de que su voz sonaba cabreada, contrariada porque la señora Gibbs mostrara esa petulancia en un asunto tan terrible como aquel. No había sido su intención emplear ese tono, y pensó que la amortajadora se lo tomaría como una ofensa. Pero, para su sorpresa, la señora Gibbs solo soltó una carcajada.

—Si te soy sincera, se parece mucho a esto, querida —señaló el sillón y la habitación—. ¿Cómo esperabas que fuera? Es como esto, solo que un peldaño más arriba.

El cabreo se le había pasado. Lo que notaba ahora era extrañeza. ¿No había oído antes aquellas palabras? «Es como esto, solo que un peldaño más arriba». Le sonaba familiar y auténtico, aunque no tenía ni idea de lo que significaba. Se sentía como en esas ocasiones en las que, siendo niña, le habían dejado caer alguna revelación, como cuando Anne Burk le contó los misterios de la vida

diciéndole que los hombres se ponen semen en el pito para metérselo a las mujeres en la raja. Aunque en su momento pensó que el semen era jabón en polvo que se introducía con un pene en forma de cuchara, también supo que la idea en sí era cierta; daba sentido a cosas que antes no comprendía. Otra vez, mamá la llevó aparte y le explicó muy seriamente para qué servían las compresas. Ahora, sentada con la señora Gibbs, sentía lo mismo. Era uno de esos instantes de la existencia en los que descubrías algo que todo el mundo sabía, pero de lo que nunca se hablaba.

Le echó un vistazo al ataúd que había en el extremo más alejado de la habitación y supo, de inmediato, que todo era una patraña. «Arriba» solo era un nombre distinto para mentar el cielo, la misma vieja historia recitada de memoria para consolar a los afligidos y que se callaran de una vez. Era la atmósfera creada por la señora Gibbs, su forma de ser, lo que la hacía parecer casi verdadera. ¿Qué iba a saber ella sobre la otra vida? Era una vecina de los Boroughs, como May. Salvo que era amortajadora, claro, lo cual confería mucho más peso a las naderías que decía. La señora Gibbs le apretó la mano y volvió a hablar.

—Como te decía, querida, poco importa que nos creamos o no estas cosas. La Tierra es redonda aunque creamos que es plana. Lo único que cambia somos nosotros. Si sabemos que es esférica, la posibilidad de caernos por sus bordes deja de asustarnos. Pero dejemos de hablar de tu hija, querida. Lo que ha ocurrido no tiene remedio, pero lo tuyo sí. ¿Estás bien? ¿Cómo te está afectando todo esto?

De nuevo, May tuvo que pararse a reflexionar. Nadie le había preguntado eso en los dos últimos días. Tampoco era algo que se hubiera cuestionado, o atrevido a cuestionarse, en ese retumbante pozo de lamentos que eran ahora sus pensamientos íntimos. ¿Estaba bien? ¿Cómo le estaba afectando todo aquello? Se sonó en el pañuelo limpio que la mujer le había dado y notó que lo que tenía bordado no eran mariposas, sino una abeja solitaria. Al terminar, arrugó el pañuelo y se lo metió en la manga del suéter, y aunque el gesto obligó a la señora Gibbs a soltarle la mano,

en cuanto May hubo completado la maniobra volvió a deslizar sus dedos, voluntariamente, entre los de la amortajadora. Le gustaba su tacto; era seco, cálido y reconfortante en mitad de los remolinos de papel que tapizaban la estancia. Sorbiéndose los mocos, May trató de responder.

—Es como si el suelo se hubiera derrumbao bajo mis pies y ahora estuviera cayendo por un túnel como si fuera una piedra. Ni siquiera sé si soy yo misma. Soy incapaz de hacer otra cosa que no sea sentarme a llorar. No le veo sentido a las cosas, a peinarme, a comer, a nada; y no sé cómo va a acabar to esto. Lo cierto es que querría morirme. Así podría enterrarme con ella en el mismo ataúd.

La señora Gibbs negó con la cabeza.

—No digas eso, querida. Sería lo más fácil y lo más estúpido, y lo sabes. Además, si no me equivoco, tú no quieres morir. Lo que te pasa es que no quieres vivir porque la vida es dura y no tiene sentido. Son dos cosas muy distintas, querida. Harías bien en averiguar a cuál de las dos te estás refiriendo. Una de ellas se puede arreglar, pero la otra no.

Mientras reflexionaba, el reloj siguió sonando, y las motas de polvo flotaron a la deriva en los rayos de sol que incidían sobre el suelo. La señora Gibbs llevaba razón. Realmente no era que quisiera morir, sino que ya no le veía sentido a vivir. Peor aún, había empezado a sospechar que la vida, la existencia de todos los seres que caminaban sobre la Tierra, carecía de sentido en sí misma. Aquel era un mundo caótico y accidental, y no había plan divino que guiara sus asuntos. Dios no escribía derecho con renglones torcidos, sino que no escribía en absoluto. ¿Qué sentido tenía seguir con la raza humana? ¿Por qué la gente tenía hijos, sabiendo que iban a morir? Se les daba vida y se les arrebataba solo por tener algo de compañía. Era cruel. ¿Cómo había sido capaz de verlo de otra manera?

Intentó describirle esa futilidad universal a la señora Gibbs.

—La vida no tiene sentido. Pa mí, dejó de tenerlo

cuando el doctor Forbes nos dijo que May tenía el garrotillo. El caballo de la fiebre, que generalmente se para más abajo, en la calzada, llegó trotando por las losetas de la calle. Luego, ya no estaba. Se la llevaron por Bath Row en aquella calesa negra y punto final. Yo me quedé en mitá de la calle, tan cabreá que tuve que morder el pañuelo. Jamás olvidaré ese momento, allí de pie…

La señora Gibbs ladeó el moño que coronaba su cabeza y, sin decir nada, asió con mayor fuerza la mano cálida de May para alentarla a continuar. La joven no había reparado hasta ahora en lo mucho que necesitaba contarle aquello a alguien; expresarlo con palabras y sacárselo de dentro.

—Tom estaba allí. Tuvo que agarrarme pa que yo no saliera corriendo detrás del carro. Mamá, en su casa del número diez, se quedó dentro pa calmar a nuestra Cora y a nuestro Johnny, pa que no salieran fuera y se unieran al alboroto.

La señora Gibbs frunció los labios inquisitivamente y lanzó la pregunta que le rondaba la cabeza.

—Si me lo permites, querida, ¿dónde estaba tu padre?

May pareció ponderar aquello por un instante antes de proseguir.

—Estaba de pie en el escalón de su puerta y… no. No, estaba sentao. Sí, sentao. Entonces apenas me di cuenta, pero, ahora que lo pienso, estaba sentao en el escalón como si fuera un domingo de julio. Como si no pasara na grave. Parecía cabizbajo, pero no estaba ni alterao ni sorprendío como los demás. A decir verdad, parecía más afectao cuando nació.

Hizo una pausa. Le clavó la mirada a la señora Gibbs.

—Y ahora que caigo, Usted estaba igual. Estaba blanca como una sábana el día que la parí. Le tuve que preguntar si pasaba algo malo, y usted dijo que eso temía. Dijo que era por su hermosura, que tanta hermosura resultaba terrible. Me acuerdo perfectamente. Y luego, antes de irse, tardó lo suyo en despedirse de ella.

Entonces se dio cuenta. May la miró incrédula. La amortajadora, impasible, le devolvió la mirada.

—Usted lo sabía.

La señora Gibbs ni pestañeó.

—Llevas razón, querida. Lo sabía. Y tú también.

May ahogó un grito e intentó soltarle la mano, pero la amortajadora no la dejó. ¿Qué estaba pasando? ¿A qué se refería la mujer? May no sabía que su hija fuera a morir. La idea jamás se le había pasado por la cabeza. Aunque…

Aunque sí que se le había pasado. Miles de veces, además, y todas ellas pavorosas por muy distintas razones. Lo peor era sentir que había habido una equivocación, que aquella preciosa niña que le había tocado en suerte estaba destinada a la realeza. Debía de ser una equivocación, un descuido. Tarde o temprano, como si fuera un enorme paquete postal que hubieran entregado en la dirección incorrecta, se descubriría. Alguien vendría a recuperarla. Sabía que no iba a salirse con la suya, no con una niña tan esplendorosa como aquella. En lo más profundo de su interior, May siempre lo había sabido. Ahora comprendía que esa era la auténtica razón por la que había reaccionado tan mal al comentario de aquella mujer en Beckett's Park. En el fondo, le había dicho algo que ella sabía y que se resistía a admitir: que iban a arrebatarle a su hija. Que, algún día, tocarían a su puerta y sería alguien del Ayuntamiento o de la policía, o una de las mujeres de Barnardo's,[59] alguien cariacontecido. Pero nunca había pensado que sería el doctor Forbes.

El reloj seguía sonando, y May se preguntó fugazmente cuánto tiempo había transcurrido desde su último repique. La señora Gibbs la observó en silencio hasta que estuvo segura de que May había asimilado sus palabras, y luego continuó.

—Sabemos mucho más de lo que nos decimos a nosotros mismos, querida. O, al menos, eso es lo que nos pasa a algunos de nosotros. Además, si te hubiera dicho entonces lo que vi cuando May nació, ¿me lo habrías agradecido? No tiene sentido decir cosas como esas. Si hubieras sido consciente de las premoniciones que tú misma podrías haber tenido, lo único que hubieras evitado

sería la felicidad de estos dieciocho meses.

La amortajadora se inclinó sobre el escabel y su almidonado mandil negro casi crujió.

—Ahora tendrás que perdonarme por lo que voy a decir, querida, pero tengo la impresión de que te culpas a ti misma. Piensas que has sido una mala madre, cuando no es así. La difteria no escoge a quien golpear ni viene a por las familias en función de cómo viven, aunque es cierto que los pobres son los más vulnerables. Es una enfermedad, querida, no un castigo. No es culpa tuya ni de tu hija, y tampoco es fruto de cómo la criaras. Esto hará de ti una madre mejor, no una peor. Has aprendido cosas que no todas las madres aprenden, y las has aprendido pronto y a las malas. Has perdido a esta, pero no perderás al siguiente ni a los que probablemente vengan después. ¡Mírate! Tú has nacido para ser madre, querida. Todavía tienes muchos niños que traer al mundo.

Cuando May desvió la mirada hacia el zócalo, la amortajadora entrecerró los ojos.

—Disculpa si me he excedido, o si he dicho alguna inconveniencia.

La joven se sonrojó y volvió a mirar a la señora Gibbs.

—Usted no ha hecho na. Solo ha acertao con algo que tengo en la cabeza. Muchos niños que traer al mundo, ha dicho. Es una locura, pero creo que ya hay uno en camino. No tengo na en lo que basarme, y la mitá del tiempo creo que solo lo he soñao pa sobrellevar lo de May. No he notao ningún indicio, pero tampoco tiene por qué haberlos. Si estoy en lo cierto, debo haberme quedao embarazá hace dos semanas. Es un sinsentido, sí. Lo más probable es que me lo haya inventao pa pensar en algo bueno y no estar to'l rato llorando.

La amortajadora empezó a frotar la mano de May con unos movimientos que oscilaron entre la caricia y el masaje terapéutico.

—Si no es demasiado personal, ¿qué te hace pensar que estás en estado?

May volvió a sonrojarse.

—Como le decía, es una locura. Sencillamente, en fin… fue la noche del viernes previo a que el carro de la fiebre se llevara a May. Habíamos estao to'l día paseando por el parque, y la pobrecita mía estaba agotá. La acostamos pronto y pensamos que, como era viernes, bien podíamos acostarnos nosotros también. Así que… bueno, ya sabe. Lo hicimos. Pero, de algún modo que no sé explicar, fue especial. El día había sido estupendo, y yo quiero mucho a Tom. Aquella noche, cuando nos acostamos, fui consciente de lo mucho que lo quiero y de lo mucho que él me quiere a mí. Nos quedamos tumbaos después, hablando y susurrando como cuando la primera vez, y fue maravilloso. Y le juro que, antes de que el sudor se secara, pensé que de aquello iba a salir otro niño. Oh, señora Gibbs, a saber qué va a pensar usted de mí ahora. No debería haberle contao to esto. No se lo he contao a nadie, de hecho. Usted ha venío a hacer su trabajo y aquí estoy yo, contándole asuntos de alcoba. Pensará usted que estoy hecha una verdadera zorrilla.

La señora Gibbs le dio unas palmaditas en la mano y sonrió.

—Déjame decirte que he oído cosas peores. Además, va incluido en mi tarifa, querida. Escuchar y hablar es la parte más importante. Los partos y las muertes son lo de menos. Y respecto a lo de si estás embarazada o no, confía en tus instintos. Generalmente, suelen acertar. ¿No decías que querías tener dos hijas antes de parar y no tener ninguno más?

May asintió.

—Sí, así es. Y aquella noche, en la cama, pensé que ahí estaba la segunda. Aunque no lo es, ¿verdá? Vuelve a ser la primera.

Reflexionó brevemente sobre ello antes de continuar.

—En fin, da lo mismo. Como le dije, sigo queriendo dos niñas. Si acaba resultando que ya viene una en camino, luego tendré otra más y se acabó.

May escuchó atónita sus propias palabras. Su querida niña yacía fría en un ataúd del tamaño de media pinta al

fondo de la sala de estar, a menos de dos metros de donde se encontraba sentada. ¿Cómo podía considerar tener otra hija tras lo que había pasado con ella? ¿Por qué no estaba sentada, deshecha en lágrimas e intentando recomponerse como en los dos días previos? Era como haber hallado la llave de paso de su corazón y haber cerrado, al fin, el caudal. Con asombro, se dio cuenta de que ya no estaba derrumbándose. No se sentía repleta de felicidad y esperanza, pero tampoco se sentía cayendo por un agujero sin fondo ni luz exterior. Había aterrizado en una veta sobre la que descansar, un suelo que no cedía bajo el dolor. Existía la remota posibilidad de que saliera de esta.

Sabía que se lo debía a la amortajadora. Ellas lidiaban con la muerte, el nacimiento y todo lo que viniera como consecuencia de ambos. Era su trabajo. Aquellas mujeres —siempre mujeres, obviamente— residían al margen de esos aspectos. Los altibajos mortales no les afectaban. Los alumbramientos no animaban sus vidas, y los fallecimientos no las quebraban en pedazos. Permanecían impasibles e inmutables ante los terremotos de la existencia, invulnerables a la alegría y a la tragedia. May aún era joven. El nacimiento y la muerte de su hija habían constituido su primer contacto con tales nociones, su primera experiencia con las vicisitudes de la vida, con su gravedad y su aterradora brusquedad, y lo cierto era que había quedado devastada. ¿Cómo surcar la vida, cuando la vida era así? Observó a la señora Gibbs y atisbó un modo, femenino, de apuntalarse, pero la amortajadora comenzó a hablar de nuevo antes de que May pudiera dar pábulo a ese pensamiento.

—De todos modos, querida, te he cortado. Estabas hablándome del día en que el carro de la fiebre se llevó a tu pequeña. Te he interrumpido para preguntarte por tu padre y…

Por un segundo, May la miró confundida, pero luego recordó su crónica inacabada.

—Ah, sí. Sí, ahora lo recuerdo. Durante la escena entera, nuestro padre se quedó sentao en el escalón como si

estuviera resignao de antemano mientras yo rabiaba en la calle al lao de Tom. Apenas me fijé en él en aquel momento, pero ni siquiera ahora sería capaz de echárselo en cara. Sé que me cabreo mucho con mi padre, y que es un viejo tonto que nos deja en evidencia cuando se encarama a las chimeneas, pero se ha portao mu bien conmigo desde que se murió nuestra May. Con mamá y los demás no puedo hablar sin que nos echemos a llorar, pero papá, en cambio, es una roca. Ha dejao el pub y sus excursiones, y ha permanecío a un tiro de piedra en todo momento. No se entromete. Aparece de vez en cuando para ver si quiero algo, y por una vez en la vida me alegro de que esté ahí. Dicho esto, aquel día se quedó sentao en el escalón sin hacer na.

May frunció el ceño. En su cabeza, intentó remontarse a la noche de aquel sábado en Fort Street, al instante en que se estremeció en brazos de su marido mientras veía a la pequeña May alejarse en el carro de la fiebre a través de las losetas de listas. Trató de evocar los sonidos y los hedores que conformaron aquel momento, desde las salchichas al fuego en algún hornillo hasta los chirridos de los cambios ferroviarios provenientes del oeste.

—Me quedé allí viendo cómo se alejaba el carro, llorando en mi interior por el mero hecho de perderla, de perder a mi pequeña May. Noté aflorar las lágrimas y aullé, aullé como nunca antes en la vida. El grito que di no lo habrá escuchao usted en la vida. Era un sonido como nunca antes se había oído, capaz de romper botellas y de cuajar la leche. Entonces, detrás de mí, oí un sonido similar pero distinto, un eco con un tono diferente, pero tan potente como mi lamento. Dejé de gemir y me di la vuelta, y allí, calle abajo, estaba mi tía con su acordeón. Estaba allí, de pie, como un… bueno, no sé como qué, pero su pelo lanudo era como arbustos que coronaran su cabeza, y estaba tocando la misma nota que yo había gritao. Bueno, no la misma nota, sino una más baja. Igual, pero de un registro inferior. Era como un trueno, y se extendía a lo largo de Fort Street lentamente, como el humo. Y allí estaba Tursa,

sin dejar de presionar las teclas, con sus dedos esqueléticos y sus ojos enormes, mirándome, y su cara era inexpresiva, como si fuera sonámbula y no supiera lo que estaba haciendo, y mucho menos dónde se encontraba. No le importaba lo que yo estaba pasando, o que a mi niña se la hubieran llevao. Solo estaba en uno de sus sueños absurdos, y la odié por ello en aquel momento. Pensé que era una mierda insensible e inútil, y toa la rabia que sentía en mi interior, por lo que le había pasao a mi pequeña, la desaté contra Tursa allí y entonces. Cogí aliento y grité, pero esta vez no por pena. Fue por rabia. Chillé como si quisiera comérmela viva, exhalé to'l aire en una única y larga explosión de genio. Pero mi tía se quedó quieta y no se le movió ni un pelo. Esperó a que yo hubiera acabao y, entonces, cambió la disposición de los dedos sobre el teclao y los apretó pa tocar un acorde más grave. De nuevo, imitó mi grito: emitió la misma nota pero en una escala más baja, como si estuviera acompañándome. Aquello fue otro estruendo, solo que esta vez sonó más cercano y más desagradable. Entonces, me rendí. Me rendí y lloré, y que me aspen si aquella maldita mula idiota no se puso a intentar tocar conmigo una vez más, porque empezó a imitar con pequeños acordes tanto mis sollozos como esos ruidos que hace la garganta. No estoy mu segura de lo que pasó después. Creo que Snowy se levantó y fue a callar a su hermana. Solo sé que, cuando me giré y volví a mirar hacia la otra punta de Fort Street, mi May ya se había ido. Lo peor fue el acordeón de Tursa. Me hizo pensar que na tenía sentido, que el mundo estaba tan chiflao como mi tía. Que to es inútil. Que las cosas no albergan más justicia, estructura o propósito que sus melodías. Porque el caso es que sigo sin saberlo. Sigo sin saber por qué ha muerto May.

Dicho aquello, se hizo el silencio. La señora Gibbs la soltó, pero luego alzó la mano para asirle el hombro suave y firmemente.

—Ni yo, querida. Nadie sabe cuál es el propósito de las cosas o por qué los hechos acontecen de determinada manera. No me parece justo que algunos indeseables vivan

hasta el fin de los días y que tu preciosa hija se haya ido tan pronto. Lo único que puedo decirte es lo que creo. Y lo que creo es que hay justicia sobre las calles, querida.

¿Había escuchado antes aquella expresión, o estaba confundida? ¿Era un falso recuerdo? Tanto si la había escuchado como si no, le resultaba familiar. Sabía lo que significaba o la comprendía más o menos, tanto monta. Poseía el mismo matiz que «arriba», el matiz de un lugar más elevado y, al tiempo, más terrenal, sin esa pompa y circunstancia religiosa que tanto alejaba a la gente. May pensó fugazmente que era una de esas verdades que muchos sabían sin saber que la sabían. Planeaba inadvertida sobre sus mentes y, en ocasiones, la sentían aletear una o dos veces, pero en general olvidaban que estuviera ahí, justo como la propia May estaba haciendo ahora. A su paso, solo quedaba la impresión de una noción cálida, la vaga deformación en un sillón tras levantarse, una breve sensación de gran autoridad que, de algún modo, se sintetizaba en la señora Gibbs. May retomó la idea de que las amortajadoras eran una raza aparte que se había granjeado una cornisa desde la que otear la sociedad, desde la que situarse por encima de ese tumultuoso flujo de la vida y la muerte con el que se ganaban el sustento, impasibles ante las feroces corrientes de un mundo que, en los últimos días, casi había acabado con May. Habían encontrado un punto fijo en una vida que, alarmantemente, parecía no tener ninguno. Habían hallado una roca tras la que refugiarse del puro caos. Flotando a duras penas en un mar de lágrimas, May vio en la señora Gibbs un atisbo de tierra firme. Consciente de lo que debía hacer para salvarse, actuó rápidamente antes de cambiar de opinión.

—Quiero saber lo que sabe usted, señora Gibbs. Quiero ser una amortajadora como usted. Quiero ser parte de la vida y la muerte para que ambas dejen de asustarme. Tanto si tengo otro hijo como si no, debo tener un propósito ahora que May ya no está. Si los niños se convierten en el único propósito que tienes, no te queda na cuando la vida, la policía o la madurez te los arrebata. Quiero aprender un

oficio que sea útil para ser alguien por mí misma, para no ser solo la esposa o la madre de alguien. Quiero permanecer al margen de to esto, convertirme en alguien que no se vea afectao por ello. ¿Es algo que se pueda enseñar? ¿Puedo convertirme en una de ustedes?

La señora Gibbs soltó su hombro para poder reclinarse en el escabel y estudiarla. No parecía sorprendida por la petición de la joven, pero, en cualquier caso, nada parecía sorprenderla en absoluto, excepto tal vez la pequeña May cuando nació. Respiró profundamente y exhaló poco a poco por la nariz, con un sonido pensativo pero exasperado.

—No lo sé, querida. Eres muy joven. Aunque tu cabeza sea de anciana, reposa sobre unos hombros de niña. Ganarás en madurez tras todo esto, en cualquier caso. Pero lo que debes entender es que te equivocas. No hay lugar en el que puedas abstraerte de la vida sin ser afectada por ella. No hay lugar en el que sea imposible sufrir, querida. Lo siento, pero así son las cosas. Lo único que puedes hacer es encontrar un sitio desde el que observar la agitación de la vida, los niños que nacen y los viejos que mueren. Tomar una posición cercana a la muerte y el nacimiento, pero lo bastante alejada como para gozar de una panorámica desde la que comprenderlos mejor. A través de la comprensión se pierde el miedo y, sin miedo, el dolor no es ni la mitad de duro. Eso hacemos. Y eso somos.

Hizo una pausa para asegurarse de que May lo asimilaba.

—Ahora bien, teniendo esto en cuenta, querida, si crees que mi oficio ha despertado tu vocación, no hay mal alguno en mostrártelo un poco. Si te sientes con ánimo, ¿te gustaría ser, quizá, la que le cepille el pelo a tu hija?

May no se lo esperaba. Hasta ahora, solo eran conjeturas. No creía que fueran a poner a prueba tan pronto sus nuevas aspiraciones, y no de aquella manera. No con el cadáver de su propia hija. Pasar un peine por aquellos pálidos mechones apelmazados. Cepillarle el pelo a su pequeña por última vez. Se ahogó solo de pensarlo, pero luego le echó un vistazo al ataúd que había al fondo de la

estancia.

Afuera, una nube dejó de cubrir el sol, y este arrojó una luz intensa y oblicua que incidió en la salita, se filtró a través de los visillos encanecidos, y se difuminó en una neblina lechosa sobre el féretro y la niña que lo ocupaba. Desde su posición, May ya podía ver los rizos de su hija, pero ¿sería capaz de soportarlo? ¿Podría peinarlos, sabiendo que no volvería hacerlo jamás? Aun así, más desalentadora resultaba la idea de dejar que otra persona se encargara de aquella tarea sagrada. Su pequeña estaba a punto de irse y debía estar guapa, y si hubiera podido preguntarle si quería que su mamá la preparara, estaba segura de lo que le habría contestado. ¿De qué tenía miedo? Solo era pelo. Dejó de mirar el ataúd, contempló a la señora Gibbs y asintió hasta encontrar la voz.

—Sí. Sí, creo que podré arreglármelas, siempre y cuando tenga usted la paciencia de esperar a que encuentre su peine.

May se levantó, y la amortajadora hizo lo propio para esperar serenamente a que la joven rebuscara entre las baratijas amontonadas sobre la repisa de la chimenea. Al final, dio con el peine infantil de madera, con flores pintadas, que estaba buscando. Lo cogió, tomó aliento con determinación y se dirigió hacia el final de la sala de estar, donde reposaba el pequeño ataúd. La señora Gibbs la detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Veo, querida, que muestras mucho interés, pero quizá podríamos esnifar un poco de rapé primero.

De un bolsillo del delantal, sacó la tabaquera con el emblema de la reina Victoria en la tapa. May se quedó blanca y boquiabierta, y entonces sacudió la cabeza.

—Oh, no. No, gracias, señora Gibbs, no me apetece. Excepto en su caso, siempre lo he considerao un mal hábito. No está hecho pa mí.

La amortajadora sonrió con afecto cómplice e insistió en tenderle la latita con la tapa esmaltada abierta.

—Hazme caso, querida. Es imposible ocuparse de los muertos sin inhalar un poco.

May asimiló la frase y, luego, extendió la mano para que la señora Gibbs pudiera verterle un poco de aquel penetrante polvo rojizo en el dorso. La amortajadora le aconsejó que, si era capaz, aspirara medio montículo por cada orificio. Con delicadeza, May inclinó su rostro e inhaló de golpe ambas dosis directamente hacia su garganta. Fue la experiencia más alarmante de su vida. Pensó que se iba a morir. La señora Gibbs la calmó a este respecto.

—No te asustes. Mi pañuelo aún lo tienes en la manga. Úsalo si lo necesitas. No me importa en absoluto.

May tiró del arrugado cuadrado de lino que le abultaba en la manga del suéter y lo apretó contra su detonante nariz. Como resultado, la abeja bordada de la esquina quedó cubierta por una enorme flema. Tras unos pequeños temblores, logró recomponerse. Se limpió con gesto distinguido y volvió a deslizarse el arruinado pañuelo en la manga. La señora Gibbs llevaba razón en lo del rapé. Ahora mismo no podía oler nada, e incluso dudaba de que pudiera volver a hacerlo jamás. Sobre la marcha, tomó la firme resolución de hallar otro modo de enmascarar los olores si finalmente acababa siendo amortajadora. Quizás un caramelo de eucalipto pudiera ser un buen sustituto.

Despaciosamente, las dos mujeres caminaron juntas hacia el extremo opuesto de la sala y se detuvieron un instante, junto al ataúd, para observar a la niña, inmóvil y luminosa. El reloj seguía sonando, y ambas se pusieron manos a la obra.

Primero, la señora Gibbs desvistió a la pequeña. May se sorprendió de la flexibilidad del cuerpo, y comentó que esperaba encontrarlo rígido.

—No, querida. El rigor dura un tiempo, pero después se pasa. Ahí es cuando se sabe que hay que enterrarlos para que descansen.

A continuación, le pusieron su vestido más bonito, que ya estaba preparado en una silla. La amortajadora le retocó el rostro y las manos con polvo blanco y otro poco de rojo.

—No demasiado. Apenas se debe notar.

Por último, May pasó a peinarla. Le sorprendió lo

mucho que duró la tarea, aunque quizá la prolongara un poco por no querer terminar. Lo hizo suavemente, como siempre, pues no deseaba arrancarle ni un cabello. Al terminar, parecían hebras hiladas.

El funeral del día siguiente transcurrió sin sobresaltos. Por destacar algo, congregó a una gran multitud. Luego, todos volvieron a sus vidas, y May descubrió que llevaba razón con respecto a su segundo embarazo. Tuvieron otra niña en 1909, la pequeña Louisa, bautizada así por la madre de May. Ella seguía decidida a tener dos hijas, pero se tomó uno o dos años después de parir a Lou para recobrar el aliento. El siguiente niño tuvieron que posponerlo más de lo previsto, porque alguien le disparó a un duque austriaco y el mundo entero fue a la guerra. May y Lou, de cinco años, se despidieron de Tom en Castle Station rogando que volviera. Lo hizo. May salió airosa de la Primera Guerra Mundial, y después el sexo incluso llegó a mejorar. Tuvieron cuatro hijos más, uno detrás de otro.

Pese a sus intenciones de parar tras tener otra niña, su segundo hijo, nacido en 1917, fue niño. Lo llamaron Tom en honor a su padre, al igual que la pequeña May había heredado en su momento el nombre de su madre. En 1919, buscando una hermana para Lou, tuvieron otro varón. A este le pusieron Walter, luego vino Jack, después Frank, y ahí decidieron rendirse. Llegados a aquel punto, la pareja y sus cinco hijos se habían mudado al tramo final de Green Street, y durante todo este tiempo May había ejercido de amortajadora, una reina del alumbramiento y el deceso capaz de abarcar ambos extremos de la vida. Se había vuelto ancha de piernas, y arisca, y robusta, y había perdido toda su belleza juvenil. Su padre murió en 1926, y su madre diez años después, en 1936, tras no haber puesto un pie en la calle durante dos décadas. La madre de May tenía problemas para caminar, pero ese no era el motivo de que jamás saliera al exterior. Lo cierto era que se había vuelto esquinada. Jim, el hermano de May, llegó a sacarla una vez en silla de ruedas, pero antes de llegar al final de Bristol Street se puso a gritar y a suplicar que la llevaran a

casa. La alteraron los coches, que fueron los primeros que vio en su vida.

Tom, su marido, murió dos años después de aquello, y fue un golpe que a ella terminó de cortarle las alas. Su hija Lou era adulta y se había casado, así que May tenía dos nietas pequeñas. Ya no ejercía como amortajadora. Tras todos los sobresaltos y sinsabores por los que había pasado, lo único que quería era una vida tranquila. No parecía mucho pedir. Pero, al poco, empezaron a correr los rumores de que habría otra guerra.

!OÍD EL ALEGRE SON!

Una arácnida melodía de piano se abrió paso por la fría niebla desde la biblioteca de Abington Street hasta el hospicio de Wellingborough Road. Con los pies congelados en sus botas de trabajo, Tommy Warren dio una última calada al Kensitas y arrojó al suelo su incandescente colilla, una minúscula bola de fuego que se precipitó hacia la marmórea oscuridad para esparcir sus chispas entre el pavimento helado.

Remotas y tintineantes, las notas reptaban por aquella noche de noviembre como una hilera de carámbanos de cristal extendidos desde el Carnegie Hall, sito en los altos de la biblioteca. La fuente era Marie la Loca, una maratoniana concertista de piano que el local había programado aquella tarde para uno de sus eternos recitales. Podían llegar a durar horas, e incluso días. A Tom le sorprendió poder escucharla en el exterior del hospital St. Edmund, antiguo hospicio y lugar en el que su esposa, Doreen, se hallaba dando a luz a su primer hijo. Aunque resultaba débil e inidentificable, la fluctuante cadencia era audible pese a la distancia y la neblinosa amortiguación.

A esas horas —calculó que debía de ser la una de la madrugada— no había mucho tráfico por Wellingborough Road y reinaba el silencio, pero, aun así, Tommy se vio incapaz de concretar la pieza que la mujer estaba pulverizando en aquellos momentos. Se parecía a *Roll Out the Barrel* y a *Men of the North, Rejoice*. Por lo tarde que era, supuso que la falta de sueño podía estar provocando que Marie la Loca cambiara de un tema a otro sin conciencia de lo que tocaba o de la ciudad en la que se encontraba.

Esperar en mitad de una ondulante oscuridad mientras una vieja canción sonaba a lo lejos le recordó a algo, pero

estaba demasiado preocupado como para ponerse a tratar de determinarlo. Lo único que tenía en mente era el hospital que había tras él, donde Doreen sobrellevaba un parto que parecía estar durando años, casi tanto como el jaleo que tenía montado Marie la Loca. Tom dudaba de que el vientre de Doreen se hubiera hinchado a base de música durante los últimos meses, pero, a juzgar por el son gaitero que su esposa había emitido hacía diez minutos, bien podía ser el caso. Probablemente la escala de sus alaridos hubiera sido más melodiosa que la brusca estridencia que la pianista estaba ejecutando ahora, pero le había hecho preguntarse qué tipo de tema se habría compuesto en las entrañas de su esposa durante el embarazo: ¿una balada melosa o una marcha atronadora? ¿*We'll Gather Lilacs* o *Te British Grenadiers*? ¿Niña o niño? Le traía sin cuidado, siempre y cuando no fuera una de las estrafalarias improvisaciones de Marie la Loca, esas que nadie tenía ni la menor idea de cómo iban a desarrollarse. Nada de *Men of the North Rolling Out Barrels*. Nada de *Te British Grenadiers Gathering Lilacs*.[60] Nada de rompecabezas. Ya había habido muchos entre los Warren y los Vernall a lo largo de los años; los había habido en exceso, más que en proporción. ¿No podrían Doreen y él tener, por una sola vez, un crío normal que no fuese un loco, un genio o ambos? Y si el destino obligaba a repartir un determinado número de niños problemáticos por el mundo, ¿no podría alguna otra familia pasar a soportar tamaña carga en otro lado? Porque, hasta donde Tommy sabía, la gente que tenía parientes normales no parecía estar arrimando el hombro en absoluto.

Un coche grande, gris y solitario, preludiado por unos faros de color charco de orín, asomó brevemente entre la gran nube gris bajo la que Northampton parecía haberse sumergido antes de volver a desaparecer. Tom creyó que podía ser un Humber Hawk, pero no estaba seguro. En realidad, no sabía mucho de motores, salvo el hecho de que le parecía que había demasiados en aquellos días y que la cosa iba a ir a peor. El carro de caballos estaba en declive, y no iba a volver. Tommy trabajaba en la fábrica de cerveza

Phipps, en Earl's Barton, donde seguían conservando las viejas carretas y sus enormes yeguas shire, que bufaban y resoplaban cual húmedos motores de vapor más que como animales. Watney's y otras grandes compañías habían pasado a distribuir en todo el país gracias a sus camiones, pero Phipps seguía operando a nivel local. Como se descuidasen, preveía que en unos diez años la habrían asfixiado. Para entonces, tal vez no quedaran muchos caballos de tiro en Earl's Barton. No creía que fuera la época más propicia, ni la más estable, para que Doreen y él trajeran un hijo al mundo.

Al girar su engominada cabeza para contemplar el patio delantero del hospicio en el que se hallaba, reconoció, para ser justo, que los tiempos distaban mucho de ser los peores. Aunque seguía habiendo racionamiento, la guerra había terminado, y en los ocho años transcurridos desde el Día de la Victoria en Europa, había habido señales alentadoras respecto a la recuperación de Inglaterra. Tras echar a Winnie Churchill casi antes de que las bombas dejaran de caer, votaron a Clem Atlee para que pudiera enderezar las cosas de nuevo. Sí, cierto, Churchill volvía a estar ahora en el poder, y decía que quería desnacionalizar las fundiciones, los ferrocarriles y demás, pero en los años posteriores a la guerra por fin se había hecho un buen trabajo, y las cosas ya no podían volver atrás. Ahora tenían sanidad pública, seguridad social y demás, y los niños podían ir gratis a la escuela hasta… ¿hasta cuándo?, ¿los diecisiete o dieciocho años? Si aprobaban los exámenes, quizás incluso más.

Ya no era como cuando Tommy obtuvo su beca de matemáticas; teóricamente, podría haber ido a la escuela secundaria, pero sus padres, los viejos Tom y May, jamás pudieron permitírsela. No con los libros, el uniforme, los materiales y, sobre todo, con el gran agujero económico que sus estudios habrían dejado en el presupuesto familiar. A los trece años tuvo que dejar el colegio, buscar trabajo y empezar a llevar un sueldo a casa cada viernes por la noche. No sentía rencor, y nunca había dedicado ni un solo

segundo a preguntarse cómo habría sido su vida si hubiera aprovechado la beca. Ante todo, se debía a su familia, así que había hecho lo que tenía que hacer y había seguido adelante. No, no estaba lamentándose de la oportunidad perdida. Solo estaba contento de que las cosas pintaran mejor para su hijo. O su hija. Era imposible saberlo, aunque, siendo honesto consigo mismo, esperaba que fuera un chico.

Dando pisotones, caminó arriba y abajo frente al hospital para asegurarse de que la sangre siguiera circulando. Al contacto con el aire gélido, cada aliento se tornaba una señal de humo indígena, y la mole negra que era la iglesia de San Edmundo se cernía en la niebla, al otro lado de la calle, como salida de un cuento de fantasmas. Las lápidas inclinadas de sus terrenos cercados sobresalían en la bruma cual rocosas cabeceras de piedra en un dormitorio exterior, y unos edredones de vaho, húmedos y plateados, se extendían entre ellas. En mitad de la noche, los tejos eran tendederos que exhibían, colgadas y secándose, unas empapadas sábanas grises hechas de puro frío. No había luna, ni estrellas. Del centro de la ciudad llegaba un estribillo vacilante que sonaba como una versión cervecera de *Varsity Drag* mezclada con *Old Bull and Bush*.

El motivo de que prefiriera un chico era que su hermana y sus hermanos ya habían tenido varones con los que perpetuar el apellido familiar. Su hermana Lou, seis años mayor que él y un cuarto de metro más baja, había tenido dos hijas, pero ella y su marido, Albert, engendraron después un niño que ahora debía rondar los doce años. Walt, hermano pequeño de Tom y toda una figura del mercado negro, se había casado poco después de la guerra y tenía dos hijos. E incluso Frank, el menor, que había precedido a Tom en el altar, se había convertido en padre de un varón el año anterior. Si Tommy, que al fin y al cabo era el hermano mayor, no conseguía descendencia de algún tipo antes de cumplir los cuarenta, se ganaría una tremenda bronca por parte de May, su madre. May Minnie Warren era una anciana arrugada y obstinada con una voz tan

implacable como el puño de un estibador, y no dudaría en utilizarla mortalmente contra Tom si Doreen y él fracasaban en su intento de prolongar el linaje de los Warren. A Tommy le aterraba su madre, pero a todo el mundo le pasaba lo mismo.

Aún podía recordar el modo en que los había arrinconado en un pasillo a Frank y a él durante el convite de la noche de bodas de Walt, celebrado en la sala de baile de Gold Street en 1947 o por ahí. De pie junto a la puerta giratoria, y gritando por encima de la gente que pasaba y de la música ensordecedora que salía del interior (era la banda que dirigía Johnny, hermano menor de May y tío de Tommy), no tuvo otra que ponerse a cantarles las cuarenta. Había cogido del bufé un pastel de carne de cerdo, y al hablar llevaba la mitad en la mano y la otra en la boca, a medio masticar; pedazos de masa, trozos de puerco rosado y una amarillenta gelatina reducidos a una espuma de carne con los pocos dientes que le quedaban, rociados sobre Tom y su hermano mientras ellos temblaban de miedo ante el pudin navideño de estricnina que era su madre.

—Oídme bien, Walter y Lou se han casao y han dejao de estar agarraos a mis faldas, así que más vale que os aclaréis las ideas y que os busquéis una mujer que os aguante ya mismo. No voy a dejar que piensen que he criao a un par de idiotas que necesitan que su mamá los cuide. Tú tienes treinta años, Tommy, y tú casi veinticinco, Frank. La gente va a empezar a preguntarse qué carajos pasa con vosotros.

Aquello había tenido lugar hacía seis años. Ahora, Tommy tenía treinta y seis, y antes de conocer a Doreen dos o tres años atrás, había empezado a preguntarse si le pasaría algo. Había tenido sus novias, una o dos, de hecho, pero nunca había llegado a nada con ellas. En parte, se debía a que era tímido. No era tan pícaro y atrevido como su hermana Lou. Tampoco era capaz de convencer a los pájaros de que se bajaran de las ramas para venderles apartamentos en las nubes, como Walter, ni podía desplegar las picardías indecentes y facilonas que Frank repartía entre

las chicas. Según sus propias estimaciones, él era el más culto de los hermanos. No era intuitivo como Lou, ni ingenioso como Walt, ni siquiera artero como Frank, pero sabía mucho. Lo único que no sabía era cómo emplear ese conocimiento en beneficio propio, y con las mujeres siempre había estado perdido, sin tener idea de cómo acertar aunque la vida le fuera en ello.

Del banco de niebla emergió otro automóvil que, a juzgar por su morro respingón, posiblemente fuera un Morris Minor, solo que esta vez se dirigía al oeste y viajaba en dirección opuesta a la del vehículo previo. Al pasar tronando junto a él, sus acuosas luces se derramaron a lo largo de la oscura y rugosa piedra caliza que delimitaba los terrenos de San Edmundo, y luego solo quedaron los brillantes ojos de rata de sus faros traseros, que parecieron alejarse de Tom hacia la esquina brumosa que constituía el centro de Northampton. Como para darle la bienvenida, Marie la Loca tocó una audaz interpretación de *O Little Town of Burlington*, o quizá fuera *Bethlehem Bertie*.[61]

Tommy seguía dándole vueltas a su suerte pretérita con las mujeres, o más bien a su falta de ella. Durante su mocedad en la década de 1930, no mucho antes de que su padre muriera, estuvo enamorado por un breve período de tiempo de la hija de Ron Bayliss, que era su capitán en la Boy's Brigade.[62] Su compañía, la 18.ª, solía reunirse semanalmente para practicar en la enorme sala superior de la vieja iglesia de College Street. Como Tommy no solo era el más tímido y discreto de la familia, sino también el más religioso, la asistencia regular a la iglesia y los desfiles mensuales de la banda le venían muy bien; sin embargo, tras poner los ojos en Liz Bayliss por primera vez, tuvo aún más incentivos para acudir. Era muy guapa y de mejor posición social que Tom, pero él se sabía atractivo, y en Green Street, que era de donde provenía, hasta lo consideraban elegante. Así las cosas, reunió el valor y, una mañana de domingo, al salir de la iglesia, le preguntó si le gustaría ir al teatro con él.

Solo Dios sabía a qué vino lo del teatro. Tom no había

ido al teatro en su vida; solo quería sonar culto para impresionarla. Sea como fuere, no esperaba que ella le dijera que iría encantada, y solo alcanzo a musitar que muy bien, que entonces la vería el jueves, sin tener ni idea de lo que había en cartelera aquella noche. Al final resultó que actuaba Maxie Miller, y el número elegido por el comediante para aquella función en particular no se atuvo precisamente a las reglas del buen gusto.

Maldita sea. Para Tommy fue la media hora más divertida y embarazosa de su vida. Tan pronto como vio el nombre de Miller en los carteles, supo, horrorizado, que aquel era el último lugar del planeta al que debía llevar a una fervorosa baptista como Liz Bayliss, pero ya había comprado las entradas y no había forma de echarse atrás. Por otra parte, había oído que Max Miller hacía funciones inocentes de vez en cuando, así que pensó que existía la posibilidad de salir airoso. Confió en ello hasta que Max salió al escenario embutido en un traje blanco repleto de grandes rosas brocadas, con su cara de querubín malicioso sonriéndole al público bajo el ala de su níveo bombín.

—¿Les gusta la playa, señoras? Seguro que sí. A mí me encanta, vaya. La semana pasada estuve en Kent, damas y caballeros, y fue espectacular. Di un paseo por los acantilados e hizo un día maravilloso. Recorrí un sendero estrechísimo con una ladera escarpadísima a un lado y, oh, menuda altura, damas y caballeros, las olas rompían contra las rocas a decenas de metros más abajo. El sendero, pues, en fin, no era muy ancho, lo suficiente como para que cupiera una persona, pero no para que cupieran dos, así que imaginen, damas y caballeros, tan solo imaginen mi alarma cuando vi aproximarse en sentido contrario a una joven vestida de verano. Era una preciosidad, damas y caballeros, no me importa decirlo. Así que entenderán, pues, mi dilema. Me detuve, la miré, miré las rocas de más abajo y no supe qué hacer. En serio se lo digo, no estuve seguro de si debía cascarme allí abajo o cascármela allí arriba.

Sentada a su lado, Liz Bayliss se puso tan blanca como

el bombín de Miller. Mientras el teatro estallaba en carcajadas, Tom tuvo que esforzarse por poner una cara tan mortificada como la de su acompañante y por ahogar una hilaridad contenida que amenazaba con estallar como una olla a presión. Veinte minutos más tarde, cuando las lágrimas que corrían por las mejillas de Tom alcanzaron las comisuras de su rígida y desesperada mueca, Liz le pidió con un tono más frío que una lápida que la llevara a casa. Esa fue, más o menos, la última vez que la vio, porque durante mucho tiempo se sintió demasiado avergonzado como para volver a la Boy's Brigade o a la iglesia.

Wellingborough Road se extendía a ambos lados, y sus tenues luces eléctricas, como faroles masteleros en un muelle pesquero, se hallaban suspendidas en la arremolinada oscuridad a largos intervalos. En un tramo de carretera como aquel no eran de mucha utilidad, y menos aún en noche de niebla, pero eran mejores que las lámparas de gas que se seguían usando en ciertas zonas de los Boroughs; zonas como Green Street, en donde su madre vivía sola y sin electricidad. Se la imaginó pelando guisantes a la vera de la chimenea, sentada como una mole ceñuda en su crujiente sillón, con su gato Jim junto a sus pequeños pies llenos de abscesos, y con la siseante lámpara de gas tiñendo la habitación de sombras de un color verde oscuro idéntico al de las ortigas muertas. La próxima vez que la viera, esperaba poder evitar su ataque utilizando a su nuevo nieto como escudo. O a su nueva nieta, obviamente, aunque, a buen seguro, un niño sería más grande y, por tanto, repelería a su madre durante más tiempo.

Al otro lado de la amplia calle desierta, la campana de San Edmundo repicó una vez, aunque no estaba seguro de si eran la una o la una y media. Al escudriñar la torre del edificio a través de las espirales de niebla, pensó que no se arrepentía de haber dejado de pisar la iglesia desde el incidente de Liz Bayliss. Tom seguía creyendo en Dios, la otra vida y demás, pero en la guerra había llegado a la conclusión de que no se trataba del mismo Dios ni de la misma otra vida de los que hablaban en los ritos religiosos.

Ese parecía tan estirado y creído como la vestimenta, el comportamiento y el modo de hablar de quienes acudían a la liturgia. De niño, lo que más le gustaba de la Biblia era que Jesús ejercía de carpintero; uno que tenía callos en las manos, olía a serrín y decía palabrotas si se pillaba el dedo con el martillo, como cualquier otro. Si Jesús era el hijo de Dios, le resultaba fácil imaginarse a su padre comportándose del mismo modo al regir planetas y estrellas. Era un tipo trabajador —el más trabajador de todos, de hecho— que favorecía a los trabajadores y a los pobres en los pasajes más queridos de la Biblia. Era el mismo Dios recio y dispuesto que solía predicar Philip Doddridge en Castle Hill hacía unos años. Tommy no percibía esa alegre tosquedad en el tono piadoso de los vicarios, y tampoco sentía esa calidez popular en los bancos pulidos. Aunque su fe no había menguado ni una milésima en términos de convicción, ahora prefería orar en privado frente al altar primitivo de sus propios pensamientos. Solo iba a la iglesia en funerales, bodas y, si las cosas iban bien aquella noche, bautizos. Ni siquiera se permitía mover los labios al rezar.

Por supuesto, en gran parte era consecuencia de la guerra. De cuatro hermanos, solo tres volvieron a casa. Todavía le afectaba pensar en Jack, y en su momento pensó que la familia Warren jamás lo superaría, aunque al final lo hicieron, claro. Había que hacerlo. Era como la guerra en sí. Durante el conflicto, a todos los implicados les resultaba inconcebible que pudiera haber otro modo de vida, que recuperarse de las bombas y los familiares fallecidos fuera a ser posible. Nadie era capaz de imaginar un mundo distinto al del sufrimiento presente, solo uno peor. El futuro, por entonces, era algo en lo que Tommy no podía pensar; un lugar que, honestamente, no esperaba ver.

Sin embargo, allí estaba ocho años después, casado y esperando el nacimiento de su primer hijo. En cuanto al futuro, Tommy no paraba de pensar en él. Las cosas ya no eran como antes de la guerra. Nada tenía el mismo significado, e Inglaterra era un país distinto ahora. De reina

tenían a una joven guapísima que los periódicos comparaban con la Buena Reina Bess,[63] e incluso los trabajadores más humildes tenían televisiones en las que ver su coronación. La época parecía salida de un serial radiofónico como *Journey into Space*, porque la embestida del mundo moderno había sido fulminante, como si el final de la guerra hubiera eliminado un obstáculo gigantesco y el siglo XX hubiera podido, al fin, ponerse al día consigo mismo. El primer hijo de Tom y Doreen —y ya habían hablado de tener otro— sería uno de esos «nuevos isabelinos» de los que todo el mundo hablaba. Llegarían a vivir una vida con la que Tom jamás había podido soñar, una que se beneficiaría de todo lo que los científicos descubrieran e inventaran de allí a pocos años. Gozarían de todas las oportunidades que Tom nunca había tenido y de aquellas a las que las circunstancias lo habían obligado a renunciar.

A través de aquella cuajada grisácea, Marie la Loca siguió amenizándolo con *My Old Man Said Onward Christian Soldiers*, pero su piano sonaba débil y distante, como una caja de música rota que alguien hubiera accionado por error en otra habitación. Tom volvió a pensar en su beca de matemáticas, esa que había dejado pasar en favor de un empleo en la fábrica de cerveza. Aunque era cierto que no lamentaba habérsela perdido si con ello había podido ayudar a su familia, seguía echando en falta lo mucho que le divertían las cuentas y los números cuando aún representaban una novedad.

Era de su abuelo, Snowy, de quien había heredado su talento para el cálculo. El viejo había muerto en 1926, después de haberse vuelto loco y de, según su madre, haberse puesto a comer flores de un jarrón. Él solo tenía nueve años por entonces, pero había hecho buenas migas con el anciano durante sus dos últimos años de vida y había pasado muchos sábados por la tarde en casa de sus abuelos, en esa grieta sombría y estrecha que era Fort Street. Mientras su abuela Lou se entretenía en la cocina, Snowy y el joven Tom recitaban tablas de multiplicar sentados en el

salón. Además, también le enseñó geometría: círculos bosquejados en torno a la base de las botellas de leche, hojas de papel de estraza que cubrían la mesa de té hasta tapar por entero el mantel burdeos. Snowy le decía a su nieto que la mayoría de sus conocimientos provenían de su propio padre, Ernest Vernall, bisabuelo de Tom y restaurador de los frescos de la catedral de San Pablo en la era victoriana. Las lecciones se las había impartido a él y su hermana Tursa, la tía abuela de Tommy, estando internado en un sanatorio. Solo años después, tras darle la lata a su madre, averiguó que el sanatorio no era otro que Bedlam, el antiguo manicomio que había en Lambeth.

Mientras rebuscaba el paquete de Kensitas en el bolsillo del chubasquero, recordó la tarde en la que se pusieron a revisar las tablas del ocho y el nueve. Su abuelo le indicó que los dígitos de los múltiplos del nueve siempre sumaban nueve: uno más ocho, dos más siete, tres más seis, y así siempre, hasta donde uno quisiera seguir. El recuerdo olía a tarta de frutas, así que dedujo que se abuela debió hornear una durante la clase en cuestión. Aquella propiedad del nueve le hizo gracia en su momento, así que hizo lo mismo con la tabla del ocho por pura diversión. Primero, evidentemente, estaba el ocho, y luego el dieciséis, cuyos dígitos, uno y seis, sumaban siete. Luego venían el dos y el cuatro del veinticuatro, que daban seis, mientras que el treinta y dos quedaba reducido a cinco mediante el mismo método. Con una creciente sensación de intriga, Tommy se percató de que aquella columna de sumas descendía del ocho al uno (ocho por ocho eran sesenta y cuatro, seis y cuatro daban diez, y uno más cero era uno) y que luego emprendía otra cuenta regresiva empezando por el nueve (ocho por nueve, setenta y dos; es decir, siete y dos, que sumaban nueve). A partir de ahí, ese descenso del nueve al uno se repetía en bucle una y otra vez, presumiblemente hasta el infinito. Entonces, su abuelo señaló que seguía la misma secuencia que la tabla del uno, solo que al revés, y aquello los dejó a ambos reflexionando al respecto.

Tom sacó un cigarrillo corto y sin filtro del paquete, que lucía un mayordomo pulcro y adulador, en blanco, negro y rojo, sobre la tapa, y lo encendió con un fósforo Captain Webb que arrojó descuidadamente hacia algún desagüe invisible, perdido en la bruma helada que envolvía sus pies. Luego, volvió a meterse al mayordomo del paquete de tabaco y al nadador bigotudo de la caja de cerillas en el bolsillo del impermeable. Allí dentro también estaban los cinco críos de una tableta de chocolate Fry's, todos ellos exhibiendo distintos registros emocionales en pleno envoltorio. La publicidad y los envases de la época lo obligaban a transportar en el bolsillo a siete personas diminutas tanto para poder fumar como para llevarse algo a la boca en caso de hambre.

En aquella memorable tarde de hacía treinta años, Tom y su abuelo repasaron a la carrera el resto de las tablas de multiplicar para comprobar las sumas de sus dígitos. Al recordar su excitación, sintió que la pura y vertiginosa emoción del descubrimiento volvía a golpearle con un aroma a tarta especiada, a la fruta confitada de su abuela y al linimento de Snowy Vernall. En la tabla del dos, la suma de los dígitos recorría los números pares —dos, cuatro, seis y ocho— y luego los impares: uno (uno más cero), tres (uno más dos), cinco… y así hasta el nueve (el dieciocho; es decir, uno más ocho). Teniendo en cuenta que las tablas del uno y el ocho seguían progresiones numéricas que eran versiones invertidas la una de la otra, Snowy y el joven Tom analizaron la tabla del siete, en la que averiguaron que la suma de los dígitos descendía a través de los números impares —siete, cinco (uno más cuatro), tres (dos más uno), uno (dos más ocho, que daban diez, y por tanto uno)— antes de hacer lo propio con los pares: ocho (tres más cinco), seis (cuatro más dos), y así hasta que la cuenta regresiva de los impares volvía a empezar. La tabla del siete parecía funcionar exactamente igual que la tabla del dos, pero con una secuencia regresiva en lugar de progresiva.

El número tres, en el que la suma de los dígitos de los múltiplos repetía eternamente la misma secuencia (tres,

seis, nueve, tres, seis, nueve…), parecía estar hermanado con el número seis, que seguía una secuencia parecida cuando se hacía lo mismo (seis, tres, nueve, seis, tres, nueve…). El número cuatro generaba un patrón que, a simple vista, parecía complejo, ya que descendía en paralelo por dos secuencias numéricas que se iban alternando: primero, cuatro; luego, ocho; luego, tres (uno más dos); luego, siete (uno más seis); luego, dos (dos más cero), seis (dos más cuatro), uno (dos más ocho daban diez, y uno más cero daban uno), cinco (treinta y dos, o tres más dos), etcétera, etcétera. Previsiblemente, la tabla del cinco arrojaba los mismos resultados, solo que al revés. Alternaba igualmente entre dos secuencias que eran progresivas en lugar de regresivas: cinco, uno, seis, dos, siete (dos más cinco), tres (tres más cero), ocho (tres más cinco) y así. Tommy y su abuelo se miraron el uno al otro y soltaron tal carcajada que Louisa, su abuela, tuvo que salir de la cocina para ver qué pasaba.

Lo que pasaba era que parecía haber un patrón oculto en las sumas de los dígitos generados por las tablas del uno al ocho. Todas resultaban simétricas: el uno invertía al ocho, el dos invertía al siete, el tres operaba igual que el seis, y el cuatro era como el cinco. El único número que eludía sus pesquisas, el nueve, se distinguía del resto de guarismos en que no poseía un gemelo; una cifra que siempre arrojara un resultado invariable independientemente de lo mucho que se multiplicara.

Tom, a sus ocho años, intentó explicarle todo aquello a su atónita abuela, pero, de repente, su abuelo gritó de alegría, agarró un pequeño lápiz y empezó a trazar en el delgado y brillante papel de estraza que había en la mesa, con línea tenue, dos círculos inscritos, uno dentro del otro. Con un índice amarilleado por el Capstan que solía fumar, Snowy golpeó significativamente el dibujo, y luego alzó la vista desde detrás del mechón invernal que cubría su frente para observar a su nieto y constatar si lo había entendido. Entre la humareda de la fruta horneada y la camaradería de aquellos juegos matemáticos que compartían juntos, los

ojos del viejo centellearon de un modo que le hizo recordar que la locura de su abuelo era reconocida por muchos, incluida su madre. Por ella y, ahora que lo pensaba, por todo el mundo. Snowy sonrió y volvió a señalar su desconcertante garabato con dedo urgente. Lo único que había allí eran dos círculos concéntricos, como la rueda de un coche o el halo de un ángel visto de lado. Tuvo que contemplar aquel simple dibujo durante unos minutos para darse cuenta de que lo que estaba mirando no era una figura geométrica, sino un cero.

Fue como si las luces se le encendieran de golpe. El cero, junto al nueve, era el único número que no cambiaba si se multiplicaba. Cuando se sumaban los dígitos de sus múltiplos, todos los números entre el cero y el nueve seguían secuencias en perfecta simetría. Para subrayar el hecho, el abuelo de Tom volvió a coger el lápiz y escribió los diez guarismos en el anillo formado por ambos círculos, como si fueran las horas de un reloj. El número cero quedó, aproximadamente, donde estaría la una, y el resto los ubicó en sentido horario alrededor del dial, excluyendo las posiciones de las seis y las doce. De este modo, cada número quedó en la horizontal de su gemelo especular, con el nueve arriba a la izquierda y el cero justo enfrente, arriba a la derecha. El ocho y el uno rivalizaban en las posiciones de «menos diez» e «y diez». El siete y el dos se oponían diametralmente en las marcas de «menos cuarto» e «y cuarto», seguidos después por el seis y el tres, y con el cinco y el cuatro justo abajo, en las marcas de «menos veinticinco» e «y veinticinco». Era hermoso. De un solo vistazo, un patrón secreto que había estado allí todo el tiempo, oculto bajo la superficie, quedó revelado.

Tom y su abuelo no comprendieron el significado de su descubrimiento, y tampoco fueron capaces de verle alguna aplicación útil. No en vano, resultaba tan patentemente obvio una vez desentrañado que ambos asumieron que alguien, sin duda mucha gente, habría dado con aquella noción antes que ellos. Pero les dio igual. En aquel momento, Tom tuvo una sensación de triunfo y revelación

mística como ninguna otra que hubiera vivido o fuese a vivir. Su abuelo esbozó una media sonrisa más atribulada que eufórica, y entonces volvió a golpear con una uña ennegrecida el espacio en blanco delimitado por el anillo interior de aquel enorme cero.

—El cero es un toro. Es como un salvavidas con un agujero en el centro. O como una chimenea vista desde abajo o desde arriba. En medio del cero, o en el tubo de la chimenea, es donde se contiene la nada. Debes vigilar la nada, muchacho, porque, de lo contrario, lo invade todo. Entonces desaparece la chimenea y solo queda el agujero. Y te quedas sin chimenea, sin salvavidas, sin toro. Sin nada.

Después de aquello, Snowy Vernall pareció caer en el enojo o la tristeza, así sin más. Arrugó el trozo de papel que contenía la esfera de reloj modificada y arrojó la bola a la chimenea. Tom no entendió nada de lo que dijo su abuelo, y debió de parecer asustado por el súbito cambio de humor del anciano. Su abuela Louisa, que se diría habituada a tales altibajos, anunció que ya estaba bien de cuentas por aquel día, lo conminó a volver a casa antes de que su madre se preocupara, y le aseguró que ya volvería a ver a su abuelo otro sábado por la tarde. Debió prever algún arrebato inminente, porque ni siquiera lo acompañó a la salida. Al poco de cerrar la gastada puerta de entrada y de poner el pie en Fort Street, oyó un estallido de furia, y al momento escuchó romperse un cristal. Con toda probabilidad, sería una ventana o un espejo, pues era sabido que su abuelo recelaba de estos últimos. Tom salió pitando de Fort Street a media tarde, aunque, al evocar ahora la escena, se la imaginaba inmersa en una ominosa oscuridad. No obstante, recordó rápidamente que el incidente había ocurrido en la década de 1920, mucho antes de que demolieran el Destructor de Desperdicios de los Boroughs para hacer sitio a los pisos de Bath Street. Aquel misterio, al menos, estaba resuelto.

Tom dio una calada al Kensitas y sopló un involuntario anillo de humo que, casi al instante, resultó indistinguible de la bruma gélida y ensortijada que lo rodeaba allí, en

Wellingborough Road. Deseó poder repetirlo delante de la gente. Delante de Doreen.

En el centro de la ciudad, hacia el oeste y a su derecha, la resonante y serpenteante actuación de aquella concertista maratoniana seguía su curso, pues sus notas llegaban suspendidas en las esporádicas ráfagas de brisa cual rombos de cristal en una lámpara de araña. Seguía recordándole a algo. ¿A otra noche en la que una melodía vagara por la niebla, tal vez? El recuerdo, como la niebla, era esquivo, así que lo dejó correr y se preguntó cómo le estaría yendo a Doreen. Aunque hubiera visto su anillo de humo, lo más probable era que no estuviera de humor para apreciarlo. Sin duda, ahora mismo tendría otras cosas en mente.

Mejor volver adentro. Uno o dos pitillos más y volvería adentro para sentarse allí, en la pequeña sala de espera beis, cerca de la puerta del hospicio rehabilitado, donde al menos podría entrar en calor. Vestido con su impermeable y con el traje de soldado desmovilizado, se pondría a dar golpecitos con el pie sobre el suelo barnizado, como tantos otros hombres que se hallaban esperando, sentados dentro y expectantes, a que sus esposas dieran a luz en aquella noche del día diecisiete. Tommy había estado un buen rato con ellos después de conducir a Doreen al hospital y de que se la hubieran llevado al paritorio, pero el silencio empezó a ponerlo de los nervios al poco tiempo, así que se inventó una excusa para salir. No tenía nada en contra de dichos tipos, aunque, salvo el hecho de haber pasado una buena noche hacía nueve meses, tampoco tenían nada en común. No iban a ponerse a hablar de sus miedos, sus esperanzas y sus sueños como si fueran actores en una película. En la vida real no pasaban esas cosas. En la vida real, la gente no tenía miedos, esperanzas y sueños en el mismo grado que los personajes de una película o un libro. En la vida real, al contrario que en la literatura, esas cosas no eran relevantes para la trama principal. Los sueños y las esperanzas no contaban, y, si alguien intentaba sacarlos a colación, los demás solían preguntarle al sujeto si se creía Ronald Colman, con sus largas y afectadas pestañas agitándose en

blanco y negro a través del humo de un cigarrillo durante una matinal.

Flotando en una corriente de tiniebla, los sucios retales de lana vaporosa surcaban el lecho fluvial que era Wellingborough Road en dirección este, hacia Abington, el parque y Weston Favell. Las tiendas y los pubs en penumbra eran como madrigueras de campañoles que, excavadas en la orilla bajo el nivel del agua, ocultaran una oscura mercancía. Ante la mirada de Tommy, un Ford Anglia surgió como una pica de entre la bruma y volvió a zambullirse en ella de camino al centro, nadando en contra de la corriente de niebla y del interminable recital de Marie la Loca. El Ford Anglia era un coche que podía reconocer, pues lucía una angulosa cabina en cursiva, término este que había adoptado tras aprenderlo en clases de caligrafía. Su carrocería color crema y aciano se esfumó entre las olas perladas que cubrían Abington Square y la estatua de Charles Bradlaugh, y entonces Tommy volvió a quedarse solo, golpeando sus botas contra la piedra y el lecho arenoso de aquel convulso torrente, aspirando el vaho a través del último centímetro de su Kensitas y exhalándolo con elegancia por la nariz.

Sabía que los treinta y seis eran una edad tardía, comparativamente, para empezar una familia, pero no demasiado tardía. Tom había conocido fulanos que habían tenido a su primer hijo con muchos más años. Pero, como sus dos hermanos menores ya habían sido padres, tampoco creía que pudiera postergarlo más. Si después de todo lo vivido no era lo suficientemente maduro como para criar a un hijo, entonces jamás lo sería. Aunque la guerra le hubiera arrebatado a Jack, el asunto le había otorgado una suerte de confianza que nunca antes había experimentado: la sensación de que, si había conseguido sobrevivir a todo aquello, era porque debía ser tan válido como cualquier otro. Había vuelto de Francia con un brillo distinto en los ojos y una actitud diferente en la elegancia de sus andares. Ni ostentación, ni alarde. Sencillamente, elegancia.

Aún podía recordar su vuelta a casa, su llegada a Castle

Station en un tren lleno de niños, matronas, hombres de negocios y decenas de veteranos de uniforme como Walt, Frank y él mismo. Sus dos hermanos y él habían tenido que viajar de pie en el pasillo desde Euston Station junto a otras dos docenas de personas, todas balanceándose y quejándose mientras pasaban por Leighton Buzzard, Bletchley y Wolverton. Hasta donde tenía memoria, él iba intercambiando anécdotas con Walter; una competición, esta, que nadie podía esperar ganar. Le estaba contando la noche en la que unos estúpidos oficiales británicos totalmente borrachos acabaron empotrando un tanque contra la puerta del almacén de municiones que él guardaba, de tal modo que ni siquiera pudo pegarles un tiro a aquellos risueños y sobrevalorados imbéciles por miedo a darle a las ojivas. Estaba en ese punto del relato cuando, justo después de Wolverton, se les unió en el abarrotado y traqueteante pasillo un yanqui enorme, un soldado que había subido al tren en Watford y que se dirigía a Coventry.

Los yanquis, a veces, eran buenos tipos con los que uno podía reírse, pero en general le caían mal, como a casi todo el mundo que los conocía. En el frente solían decir que los ingleses salían por patas ante la Luftwaffe igual que los alemanes ante la RAF, pero que, ante los americanos, todos salían pitando. Los muy gallitos estuvieron respaldando a Hitler hasta 1942, se unieron tarde a la guerra y acabaron llevándose todo el mérito, y eso tras caer de bruces en una trampa teutona que probablemente retrasó el fin de la guerra: la batalla de las Ardenas, a la que los germanos se referían, henchidos de orgullo, como «Operación Niebla de Otoño». Los soldados estacionados en Inglaterra eran los peores, al menos los blancos. Los oscuritos eran puro oro, resultaba imposible encontrar tipos mejores, y Tommy aún podía recordar que, estando de permiso, llegó a ver al dueño del Black Lion echando a unos soldados blancos por haberse quejado de tener que compartir el local con ellos. «Esos negros de ahí atrás», los llamaron. Algunos americanos podían ser auténticos idiotas, y el tipo que se les unió en el tren a él y a sus hermanos era uno de ellos.

Para empezar, el sujeto se jactó de que la paga de los yanquis era mucho mejor que la de los ingleses, al igual que sus raciones y demás. Walter asintió con ironía y le contestó que era justo, pues tenían más bocazas que alimentar, pero el soldado siguió su perorata como si no se hubiera dado cuenta de que Walt le había lanzado una pulla. Con voz baja, para que las damas que viajaban en el pasillo no lo oyeran, les contó la extraordinaria cantidad de condones que el ejército americano había distribuido en su cuartel. Teniendo en cuenta que el fulano había sido destinado a Inglaterra, aquello era como decir que se los habían dado para que los emplearan con chicas inglesas, lo cual no era algo que un británico se tomara bien. Tommy percibió las expresiones de sus hermanos, probablemente equivalentes a la suya. Walter exhibió una gran sonrisa de ojos brillantes, lo cual no era nada tranquilizador, mientras que Frank ladeó la cabeza, se quedó mudo y puso una sonrisita tirante, signo inequívoco de que, sin importar lo grande que fuera, al yanqui le esperaba un buen directo a la mandíbula si no tenía cuidado. Aquel tipo estaba dirigiéndose a los hermanos Warren, que se habían hecho un nombre liberando un pequeño trozo de Francia, que habían perdido al hermano más majo de todos ellos, y que a cambio solo habían recibido un montón de medallas que no querían. Interpretando su silencio como signo de respeto o asombro, el soldado optó por demostrar su bravata enseñándoles la lata de conservas en la que guardaba los condones, y luego retiró la tapa para revelar dos docenas de preservativos. Tom le preguntó despreocupadamente si los americanos solían escribir en los laterales de los condones las mismas frases chistosas que en las bombas. «¡Aquí estoy apuntándote, princesa Isa!» y cosas así. Walter observó la lata abierta y apuntó, con socarronería, que le habían sobrado un montón. Frank apretó los dientes y levantó el puño para partirle la cara, pero, justo en aquel momento, el tren dio un bote, traqueteó y osciló.

Los condones salieron disparados cual chispas en una traca y cayeron como una lluvia de caucho sobre hombros

de banqueros, mochilas de colegiales y sombreros de señoras. El yanqui se puso más rojo que Rusia y fue recogiéndolos a cuatro patas, disculpándose con las mujeres mientras rebuscaba entre sus tacones para volver a guardar los paquetitos en la lata. Cuando Walter empezó a cantar *When johnnies come marching home, hurrah*,[64] todos los presentes en el vagón, con la sola excepción del yanqui, disfrutaron de la mejor carcajada que hubieran soltado desde 1939.

Tom se arriesgó a quemarse el labio con una última calada al pitillo antes de arrojar la pava al mismo desagüe invisible de antes. Vivieron muy buenos tiempos cuando volvieron a casa tras la guerra. Cada viernes por la noche, los célebres hermanos Warren salían de juerga ataviados con sus trajes, aunque el único que llevaba un pañuelo a juego en el bolsillo del pecho era Tommy, el mayor. Mientras recorrían los pubs, el destellante tintineo de las tragaperras derramaba frutas y campanas a su paso, y las voluptuosas camareras les lanzaban sonrisitas de admiración por ser héroes de guerra; lástima que el guapo de su hermano se las perdiera. Conseguían copas gratis, y Walter contaba chistes e intentaba venderles medias de segunda mano a las señoritas afirmando que solo habían sido usadas una vez, y por una monja. Frank lanzaba miradas lascivas. Y Tommy se puso rojo tratando de no reírse aquella vez que tuvieron que separar a un par de bolleras pendencieras en el Mayorhold, bajo una luna hecha de espuma de Guinness que sobrevolaba los Boroughs como salida de una pantomima.

Aquella blanca Navidad, Walt se topó en el mercado con un cajón de manzanas, se lo amarró a Frank y a Tommy con un cordel, y luego encajó dentro su culo rechoncho para que lo pasearan por el centro como dos renos remolcando a Papá Noel. ¡Jo, jo, jo, mamones! ¡Arre! Cuando se metieron en el Grand Hotel a pedir una ronda para los tres, les cobraron más de una libra. Entonces, con Walt al mando, Frank y Tom se fueron cada uno a un extremo del gran salón del hotel y empezaron a enrollar la

carísima y enorme alfombra que tenían allí, todo mientras les pedían a los clientes que levantaran sus sillas y sus mesas para poder pasarla por debajo. El gerente, o quien fuera, llegó echando leches y preguntó a Walt que a qué demonios se creían que estaban jugando, y el primero le respondió que iban a llevarse la alfombra porque la habían pagado. Tuvieron que salir por patas y sin alfombra, pero, por suerte, su caja de manzanas seguía atada a una farola fuera del hotel. Con la cara teñida de amarillo y azul por las luces navideñas, fueron cantando por Gold Street y luego por Marefair, de vuelta a casa en Green Street junto a su madre, que los estaba esperando. Hitler había muerto, y todo era condenadamente maravilloso.

Excepto por lo de Jack, claro. Con una extraña oleada de nostalgia y penuria, Tommy recordó el transcurso del ritual navideño de la familia Warren en el primer año tras la muerte de Jack. Como hacían desde tiempos inmemoriales, se reunieron en la salita de estar. Con esfuerzo, su madre cogió el elegante orinal de porcelana —de unos treinta centímetros de ancho, pues había sido fabricado en una época en la que los culos eran más grandes— de lo alto del viejo armario con puertas de cristal que tenían entonces. Luego, ante la mirada de Frank, Walt, Lou y Tommy, lo llenó hasta el borde con una indiscriminada y grotesca mezcla de licores, para lo cual drenó la asombrosa y variada colección de botellas que abundaban en aquella casa de bebedores empedernidos. Colmado con una reluciente combinación oro pálido de whisky, ginebra, ron, vodka, brandy y, según les pareció, trementina, aquel cerámico cáliz blanco, con suerte sin estrenar, fue pasando solemnemente entre los distintos familiares, que solo podían sostenerlo con ambas manos y no sin cierta dificultad. Era notoriamente imposible beber de un receptáculo que estaba clarísimo que no había sido diseñado para dicha función, no sin empaparse la pechera, y la cosa fue empeorando con cada ronda a causa de la creciente incapacidad y descoordinación de los individuos reunidos en la salita. En todas las celebraciones previas, el

ritual había exhibido cierta gloria en la desdicha; había resultado cómico y valiente, como si se sintieran orgullosos de ser los monstruos sucios y repulsivos que las clases altas veían en ellos. Esa especie de grandeza terrible había desaparecido tras la muerte de Jack. Y aquello era la prueba de que, al fin y al cabo, no eran ogros poderosos e inmortales, invencibles en su embriaguez. Solo eran una panda de borrachos llorando y vomitando tras la pérdida de un hermano, o de un hijo. Tom era incapaz de recordar si habían llegado a repetir aquel ritual navideño después de tan infausto año de victoria.

Al otro lado de Wellingborough Road, la campana de San Edmundo dio las dos, y al hacerlo debió asustar y despertar a algún pájaro allí posado, al menos a juzgar por las sustanciosas lágrimas de cagarrutas que cayeron silenciosamente desde las brumas superiores para mancharle de caviar y tiza líquida la solapa del chubasquero. Tom gruñó, maldijo, sacó un pañuelo limpio del bolsillo que no tenía cerillas, ni cigarrillos, ni tabletas de chocolate, y frotó raudamente la mancha blanquecina hasta convertirla en un churrete húmedo y difuso. Tras tomar nota mental de que debía lavarlo antes de volver a sonarse las narices en él, volvió a guardárselo en el impermeable.

Obviamente, aquella euforia de posguerra no duró mucho. Las cosas no les fueron en absoluto mal, pero los tiempos cambiaron, como siempre. Primero, Walt conoció a una pequeña belleza y se desposó con ella, lo cual condujo a que su madre les leyera la cartilla a Frank y a él durante el convite, a que les gritara por encima del jaleo que la banda del tío Johnny tenía montado en la sala de baile de Gold Street, y a que les dijera que se buscaran un par de chicas, o lo que fuera. Frank, con su cháchara irónica, aguda y descarada, fue más rápido que Tommy a la hora de satisfacer el ultimátum de su madre. Se buscó a una pelirroja tan fresca como él y se casó con ella en 1950, lo cual convirtió a Tom en el único blanco de la ruda desaprobación de su madre.

Tommy recordó cómo buscó refugio y consejo durante aquel período en su pequeña hermana mayor: a la menor ocasión, se pasaba por Duston a ver a Lou, a su cuñado Albert y a sus hijos. Lou era un encanto que siempre le servía una taza de té en su preciosa y aireada salita antes de ponerse a escuchar sus quebraderos con la cabeza ladeada, como un peluche o un búho.

—Tu problema, hermanito, es que te lo callas todo. No digo que tengas que volverte tan charlatán como nuestro Walt, ni tan descarado como nuestro Frank, pero, como no te espabiles, las chicas ni siquiera van a saber que estás ahí. No es bueno esperar a que ellas se fijen, porque las chicas no son así. Además, eres un tipo atractivo, vas siempre hecho un pincel. Incluso bailas bien. No veo que tengas ninguna pega.

La voz de Lou, grave y risueña, resultaba adorablemente ronca; exhibía una especie de zumbido o reverberación que, en conjunción con su complexión compacta, hacía que Tommy pensara en colmenas, en miel y, por asociación, en el té del domingo. Siempre podía contar con ella para obtener una opinión sincera y echar, de paso, unas buenas risas. A veces veía en Lou un atisbo de cómo debió de ser su madre de joven, antes de que la pérdida de su primogénita a manos de la difteria la volviera una amargada, antes de que se convirtiera en amortajadora.

El único incidente que recordaba relativo a los negocios de su madre con el nacimiento y la muerte se circunscribía a una sola mañana de su niñez, una que había bastado para dejarle huella. El señor Partridge, un tipo grande y corpulento que vivía en Green Street a unas cuantas casas de las suya, había fallecido, pero era demasiado gordo como para caber por la puerta del dormitorio. Desde Elephant Lane, en uno de los extremos de Green Street, Tommy vio a su madre en mitad de la calle, dirigiendo la retirada de la ventana del primer piso y el descenso de un señor Partridge amoratado e inmenso hasta la carroza fúnebre que le aguardaba pacientemente abajo, todo ello con la mediación de una polea y un caballete. Ni

que decir tiene, las agencias de servicios funerarios terminaron desplazando a las amortajadoras, y su madre colgó el delantal a finales de 1945. Él supuso que, tras la pérdida de Jack, ya habría visto suficientes muertes, y quizá la inminencia del Servicio Nacional de Salud le hiciera darse cuenta de que el tema de los nacimientos tampoco iba a tardar en quedar cubierto.

En la actualidad, la mayoría de las mujeres tenían a su primer hijo allí, en el hospital. Los partos tardíos y la gente de campo seguían contando con matronas, claro, pero eran matronas del Servicio Nacional de Salud. No ejercían por libre como su madre, y tampoco las llamaban amortajadoras. Tom lo veía mucho mejor así. Él era un tipo moderno, y también el primero en estar contento de que su esposa tuviera a su hijo en un pabellón moderno con médicos alrededor, y no en un oscuro dormitorio trasero con una horrible vieja cotorra como su madre inclinada sobre ella. Tal y como estaban las cosas, Doreen ya albergaba ciertos recelos hacia su madre, y si May hubiera metido las narices en el nacimiento de su primer hijo habría colmado el vaso. Tommy tembló solo de pensar en ello, aunque tal vez únicamente fuera aquella fría noche de noviembre.

Fue Doreen quien lo rescató de la soltería y de la desaprobación de su madre. Y fue toda una suerte cruzársela. Como decía Lou, él era demasiado comedido con las chicas; no podía desplegar el encanto de Walt o Frank. Su única esperanza era toparse con una mujer aún más tímida que él, y en Doreen encontró justo eso, el complemento perfecto. Su media naranja. Como en el caso de Tom, su timidez no procedía de la cobardía o la debilidad. Bajo su retraimiento había valentía, pero aun así prefería una vida tranquila y sin mucho alboroto, justo como él. Al igual que Tom y que cualquiera que hubiese visto una trinchera por dentro, prefería agachar la cabeza y sobrellevar las cosas sin llamar la atención. Que se fijara en ella fue casi un milagro, pues siempre se ocultaba tras compañeras de trabajo más ruidosas y sonrientes, como si

tuviera miedo de que alguien viera lo preciosa que era, con sus acuosos ojos azules, su cara ligeramente alargada y su cabello color corteza peinado con ondas. Tenía un brillo cinematográfico, una especie de halo que se diría salido del cartel de una película. Nada más conocerla, le dijo que parecía una estrella de cine. Ella se limitó a esbozar una sonrisa y a decirle, chasqueando la lengua, que no debía ser tan indulgente.

Se casaron en 1952, y aunque lo más lógico en términos de espacio habría sido irse a vivir con su madre a Green Street, nadie lo quiso así. Ni la madre de Tommy, ni Tommy, ni, sobre todo, Doreen. De todas las personas que Tom conocía, su esposa, pese a su naturaleza tímida y retraída, era la única que no se doblegaba ante el talante abrupto e intimidatorio de May Warren. Por tanto, decidieron mudarse a St. Andrew’s Road con Clara, la madre de Doreen, y con los familiares que residían allí, si bien algunos se habían marchado recientemente. La perspectiva de irse con la madre de Tom les había parecido una pesadilla, pero vivir al final de Spring Lane y Scarletwell Street durante aquellos dos últimos años no había sido mucho mejor.

Al contrario de lo que habría pasado con May en Green Street, la culpa no había sido de la madre de Doreen. Clara Swan había trabajado como sirvienta y seguía siendo, con sus maneras tranquilas, una mujer religiosa y muy educada, y aunque podía ser estricta y severa si las circunstancias lo requerían, era distinta a May Warren en todos los sentidos, delgada y esbelta allí donde su madre era baja y fornida. Así que no… Tommy se llevaba bien con la madre de Doreen, con su hermana y sus dos hermanos, y con sus respectivos hijos y cónyuges. Lo único que sucedía era que, hasta hacía poco, habían sido demasiados para una casa tan rematadamente pequeña.

Justo era decir que James, el hermano mayor, se había casado y mudado antes de la llegada de Tom, pero, aun así, hacerle hueco a tanta gente era complicado. Primero estaba la propia madre de Doreen, que era la dueña de la casa o, al

menos, la persona que figuraba en el contrato de alquiler. Después estaban la hermana de Doreen y su marido, Emma y Ted, con sus dos hijos, John y la pequeña Eileen. Emma, mayor que Doreen, era la primera conductora de ferrocarriles de toda Inglaterra, y fue en un tren donde conoció a su apuesto esposo, que era maquinista y siempre andaba hasta las cejas de hollín. Luego estaban el hermano pequeño de Doreen, que se llamaba Alf y era conductor de autobuses, su esposa, Queen, y su hijo pequeño, Jim. Contando a Tom y a Doreen, eran diez personas apiñadas en un adosado de tres dormitorios.

Durante los primeros meses, Doreen y Tom durmieron como pudieron en un sofá de la sala de estar. Emma, Ted y sus dos hijos tenían el dormitorio principal, a Clara le tocó el pequeño cuarto anexo a este último, justo sobre el salón, y Alf y Queen se quedaron con la habitación más reducida, en la parte de atrás y sobre la cocina. El pequeño Jim dormía en un cajón del armario. Las noches eran molestas e incómodas, pero las tardes eran aún peor, con todos apelotonados en el salón para oír la radio tras llegar del trabajo y tomar el té. Entre Ted y Emma solía instaurarse un silencio hostil que los llevaba a estar días enteros mirándose fijamente entre emparedados de salmón enlatado y latiguillos del programa de humor *It's Tat Man Again*: «Funf al *aparrato*», «Cuidado con la bici», «No te olvides del buzo», etcétera. Alf, que llegaba exhausto por las noches tras estar trabajando desde primera hora de la mañana, caía redondo sobre la alfombra y se ponía a roncar delante de la chimenea, como si fuera un gato enorme con forma de hombre y uniforme de conductor de autobuses. Su mujer, Queen, que curiosamente era hermana de Ted, el marido de Emma, se pasaba la mayor parte de las noches allí sentada, llorando junto al fuego. Nadie podía culparla. Arriba, el pequeño Jim bajaba del cajón de su armario y se ponía, a veces durante horas, a darle golpes a la puerta del dormitorio. Nadie podía culpar tampoco al pobre mamón por no querer vivir en un ropero. Cualquiera se habría vuelto esquinado en dicha coyuntura, pero el problema

radicaba en que el pequeño Jim era muy listo. Ningún miembro de las familias Swan y Warren merecía el calificativo de tonto, pero Jim formaba parte de una nueva generación que se adivinaba, ya desde la cuna, más aguda que la punta de un cuchillo, sobre todo en su caso. Con tres años se las había ingeniado para escaparse dos veces, y en una hasta consiguió recorrer cuatro bloques antes de que la policía lo encontrase y lo llevara a casa. Dicho esto, teniendo en cuenta lo peligrosa que podía llegar a ser la casa de St. Andrew's Road para un niño, lo más probable era que el crío hubiese estado más seguro si los agentes lo hubieran dejado donde estaba.

Nuevamente, la cuestión no era que los mayores del hogar fueran negligentes, sino que eran siete adultos y tres niños dándose por saco y poniéndose de los nervios a todas horas, así que los percances resultaban inevitables. A John, el hijo mayor de Ted y Emma, le gustaba sentarse sobre el respaldo del sillón hasta el día en que perdió el equilibrio y volcó, a resultas de lo cual se cayó hacia el patio trasero a través de la ventana del salón junto a una lluvia de cristales rotos. Otra vez, Eileen, la hija menor de Ted y Emma, se precipitó de bruces contra las ascuas de la chimenea, con lo que tuvieron que salir corriendo a Broad Street en busca del médico de la familia, el doctor Grey. Doreen y su hermana mayor, Emma, atravesaron a la carrera la oscuridad del Mayorhold llevando a la niña, milagrosamente ilesa, envuelta en una manta.

Por fortuna, durante el último año todo había salido bastante bien. Primero, Ted y Em se mudaron a una casa ubicada más allá de St. Andrew's Road, en Semilong. Luego, Alf y Queen se trasladaron a Birchfield Road, en Abington. Naturalmente, se llevaron con ellos al pequeño Jim, pero, por alguna razón, el crío de cinco años decidió fugarse de su nuevo hogar y atravesar tres kilómetros de calles atestadas para regresar, él solo, a la vivienda de su abuela en los Boroughs. Tom supuso que Jim, al igual que les sucedía a los patitos recién nacidos con su nido, habría confundido el apego que le tenía a su madre con el que le

tenía al armario. Sea como fuere, el resultado de todo ello fue que, ahora, en St. Andrew's Road solo quedaban Clara, Tom y Doreen. Estos últimos habían ocupado el dormitorio vacante de Ted y Emma, y como quiera que ya no había tanta gente alrededor, el bebé que su esposa estaba dando a luz crecería en un hogar y un mundo más seguros. Eso, al menos, era lo que todos esperaban.

Tom levantó su hirsuta barbilla y se miró las solapas. Observó la mancha dejada por la cagarruta y, con desánimo, se resignó a tener que frotarla con bórax al llegar a casa.

En general, pensaba que el mundo era más seguro, aunque estaba claro que aquello no se aplicaba a las cagadas de los pájaros. La guerra había terminado, y no creía que los teutones tuvieran intención de emprender otra, no tras haber perdido la mitad de su país a manos de los comunistas. Estaba lo de Corea, cierto, pero su hijo, si es que era niño, no crecería para tener que enrolarse forzosamente, como Tommy, ni para pasar las noches temblando bajo una mesa del salón durante los bombardeos, que era como Doreen, diez años menor que su esposo, había pasado la guerra. En todo caso, después de que los yanquis lanzaran la bomba atómica sobre Hiroshima, se decía que una hipotética tercera guerra mundial acabaría en unos cinco minutos. Tampoco era un pensamiento muy alentador, la verdad. Le entraron ganas de fumarse otro Kensitas, pero, al constatar que solo le quedaban cinco y que no sabía durante cuánto tiempo iba a tener que racionarlos, decidió que lo mejor sería esperar.

Churchill había dispuesto que Gran Bretaña probara su primera bomba atómica el año anterior, y Francia se mostraba impaciente por tenerla. Los rusos y los yanquis tenían cientos, pero Tom no podía decir que le inquietara mucho. A su juicio, era como las bombas de gas que tanto pánico causaron durante la guerra, las mismas que habían llevado a la pequeña Doreen, la pobre, a volver corriendo a St. Andrew's Road desde la Escuela Spencer por haberse olvidado la máscara. Al final, nadie estuvo tan loco como

para utilizarlas, ni siquiera Hitler, y con la bomba atómica pasaría lo mismo. Nadie estaría tan loco. Los yanquis ya la habían usado, cierto, pero Tom estaba esperando a su primer hijo y ya tenía bastantes preocupaciones en mente, así que lo dejó correr.

En aquel instante, la ligera brisa del oeste repuntó de improviso y agitó fugazmente el chubasquero de Tom. Por un segundo, despejó la niebla que cubría el Spread Eagle, un pub clausurado que quedaba a su izquierda, al otro lado de la calle. Atornillado a la fachada, el pico naranja del tucán de hojalata que figuraba en el anuncio de Guinness emergió entre la niebla antes de volver a desaparecer. La ráfaga también trajo consigo la renovada cascada de notas ejecutada por Marie la Loca en el Carnegie Hall, una melodía híbrida que se deslizó alrededor como muebles sobre ruedas que ascendieran, enloquecidos, por Wellingborough Road. La música parecía la mezcolanza habitual —«*Don't sit under the old rugged cross with anyone but me, no, no, no*»—, pero, de repente, se transformó en un tema concreto y distintivo que, sin embargo, no tardó en derivar hacia un sinsentido pianístico tras unos cuantos acordes.

El tema era *Whispering Grass*.

Entonces, lo supo. Supo qué era lo que aquella música peculiar, arremolinada en plena oscuridad, había estado recordándole todo el tiempo: la vez que estuvo bebiendo en el viejo Blue Anchor de Chalk Lane hacía cinco o seis años, a principios de 1948, no mucho después de que Walter se casara. Le vino todo a la memoria bajo la forma de borrosas instantáneas de color sepia empañadas en cerveza; momentos aislados de una borrachera trastabillante, bajo el salvaje acompañamiento de un brumoso acordeón de piano, que le hicieron sorprenderse de que no se hubiera acordado antes. ¿Cómo había olvidado aquella extraña y desasosegante ocasión, con todos los miedos y preguntas que había arrojado hacia él mismo y su familia? En su defensa podía alegar que la preocupación por Doreen y el bebé lo habían distraído, pero, aun así, jamás habría

pensado que una noche como aquella pudiera desvanecerse tan fácilmente.

Se encendió otro cigarrillo antes de acordarse de su plan para racionarlos y se levantó el cuello del impermeable como si fuera un hampón o el amante torturado de una película, un estado de ánimo ambiguo inducido por la niebla y la remembranza. A la altura de la oreja, las puntas rígidas de las solapas le rozaron la línea del pelo, cortado al cepillo una vez a la semana siguiendo un hábito que había adquirido en el ejército. Tommy podía arrancar el papel de plata de un paquete de tabaco, envolverlo alrededor de un penique marrón y pulirlo contra los cabellos de la nuca hasta hacerlo parecer un florín; un truco, este, que le había enseñado Walt. A diferencia de su hermano, eso sí, jamás había tenido agallas para intentar colarle a nadie una moneda acuñada en el cogote. Falta de agallas o exceso de honestidad, una de dos.

Aquella noche de hacía unos años, Tom y su hermano menor, Frank, fueron al Blue Anchor, que estaba en Chalk Lane tras pasar la iglesia de Doddridge, casi llegando a Bristol Street. El pub era uno de los favoritos de la familia, pues los dueños anteriores habían sido bisabuelos suyos por parte de madre. En la década de 1880, su abuela Louisa, fallecida a finales de los años treinta, era la voluptuosa hija del dueño, y se hallaba sirviendo copas cuando un joven Snowy Vernall entró al local durante una de sus largas caminatas desde Lambeth. Si el abuelo de Tom no hubiera tenido tanta sed, o si hubiera recorrido otros veinte metros hasta el Golden Lion, no hubieran existido ni May, ni Tom, ni el bebé que ahora se abría paso hacia la existencia en el hospital que estaba tras él. Aquello explicaba el cariño que la familia le había profesado al local hasta su demolición hacía unos años. En cualquier caso, Frank y él fueron allí a vaciar una pinta tras otra, y aunque todo resultaba normal, reinaba un aire apagado y mortecino, al menos a juicio de Tom. En parte, obviamente, se debía a que echaban de menos a Walt, cuyo casamiento seis meses antes había hecho que los tres mosqueteros se redujeran a dos. Sin su

inagotable ristra de chistes, resultaba más natural sentarse a llorar a su cuarto mosquetero, su Jack, su fenecido D'Artagnan, con su tumba en Francia y su nombre grabado en el monumento de la iglesia de San Pedro.

Fuera cual fuese la verdadera razón, Tommy no se sintió cómodo en el Blue Anchor aquella noche. Se toparon con unos tipos que Frank conocía del trabajo, pero Tom no estuvo a gusto con ellos, se sintió un poco excluido y decidió probar suerte en otro pub. Tras disculparse con Frank y dejarlo charlando con sus colegas, se puso el abrigo y salió a Chalk Lane por la puerta principal. Hacía una noche muy parecida a la de ahora, con niebla y demás, pero, al estar en los Boroughs en lugar de en la próspera Wellingborough Road, la atmósfera resultaba mucho más espeluznante. Ni siquiera la iglesia de San Edmundo a medianoche, con sus siniestras lápidas al otro lado de la calle, lo hacía temblar a uno como ciertos parajes de los Boroughs a plena luz del día.

Libre y sin compromisos, Tom decidió dirigirse al local más cercano, el Black Lion de Castle Hill, donde sin duda habría algún conocido. Aunque el lugar carecía de los lazos familiares del Blue Anchor, para el clan Warren también había constituido un lugar de peregrinaje constante durante años. Al menos, desde que la madre y el padre de Tom se mudaran a Green Street, pues su casa estaba un poco más abajo, cruzando el césped al que daba el patio trasero adoquinado del Black Lion. Erigido junto a la iglesia de San Pedro desde tiempos inmemoriales, el pub proporcionaba un asueto de lo más conveniente tras funerales y bautizos, y, como estaba a dos minutos andando desde casa, también era ideal para tomarse unas rondas a casi cualquier hora del día o la noche. En verano, sus viejos portones se abrían a la loma de hierba y ranúnculos que había más allá del patio trasero de San Pedro, y era allí donde la madre de Tom solía sentarse en un banco resquebrajado, teñido de verde esmeralda por el moho, para tomarse una copa con las compañeras que aún siguieran vivas: ancianas de ánimos, abrigos y bonetes tan negros como los suyos. La mejor

amiga de su madre, Elsie Sharp, murió ante los ojos de May durante uno de aquellos largos y dulces ocasos: dio un sorbo directamente de la botella y, sin pretenderlo, se tragó el avispón que pululaba por el gollete del envase marrón. Al picarle por dentro, la garganta de Elsie se hinchó hasta obturarse, y luego, tras un desagradable minuto, murió entre el trino de las aves y la agradable luz alimonada que manaba desde la estación de trenes.

Después de salir del Blue Anchor, torció a la izquierda y bajó por Chalk Lane hacia Castle Hill. En la iglesia de Doddridge había una ventana encendida, quizá por algún grupo reunido en sus dependencias, y, al alzar la vista hacia el alto muro de piedra, atisbó los portones de carga que había a media altura en el lateral del edificio. Aparte de su pertinaz amor por las matemáticas, otra de las cosas que había heredado del chalado de su abuelo había sido una profunda fascinación por los hechos históricos, sobre todo en la vertiente local. Pese a ello, nunca había obtenido una explicación satisfactoria para la altura impracticable de aquellas puertas. Lo más parecido era la suposición de que, antes de que el reverendo Philip Doddridge llegara a Castle Hill y convirtiera el edificio en una congregación inconformista, tal vez este último hubiese tenido otro uso, algún negocio que requiriera cargar las mercancías a través de la primera planta mediante un cabrestante. No obstante, en esa respuesta había algo que a Tom no le sonaba verídico, así que las puertas seguían marcadas con un perenne signo de interrogación en su mapa mental de la ciudad y de su nebuloso pasado.

Al pasar junto a la capilla y su cementerio, pensó que el propio Doddridge resultaba tan enigmático como su iglesia. No en el sentido de que albergara facetas ocultas, sino en el de que lograra un cambio tan duradero en la conciencia religiosa del país, y de que lo hiciera desde una minúscula parcela en esa ratonera que eran los Boroughs.

Fue la muerte de la reina Ana en 1714 la que allanó el terreno, la que hizo posible que Philip Doddridge, por entonces un muchacho de veintisiete años, llegara a Castle

Hill tres lustros después, en Nochebuena, para asumir su ministerio. Durante su reinado, Ana Estuardo había intentado aplastar a los inconformistas. Cuando murió, el clérigo que anunció su deceso dijo, citando los Salmos: «Id ahora a ver a esa maldita mujer y enterradla, pues es hija de rey». Fue una señal para que disidentes e inconformistas empezaran a celebrarlo, pues implicaba que Jorge I, que era hannoveriano y apoyaba su causa, no tardaría en acceder al trono. Todos aquellos grupúsculos —los vestigios de los independientes, la hermandad de Moravia, los herederos de los lolardos de John Wycliffe del siglo XIV— debieron descorchar botellas de vino ante la perspectiva de los grandes cambios que podrían acometer, y la llegada de Doddridge a Northampton fue parte de ellos. De hecho, visto en perspectiva, fue el más importante de todos.

Al pasar aquella noche junto al descuidado enterramiento, Tommy supuso que la urbe, con su larga tradición como refugio de agitadores insurrectos y locos religiosos, debió resultarle muy atractiva al joven pastor disidente. El viejo Robert Browne, que yacía enterrado en el cementerio de San Gil, había fundado el movimiento separatista a finales del siglo XVI, y la ciudad había quedado colmada a lo largo del siglo siguiente por puritanos de la Nación de los Santos y por *ranters* de fogosos opúsculos. Desde cada tejado, feroces radicales cristianos proclamaban multitud de herejías, como que no había más vida que la actual, que el cielo y el infierno no existían más que aquí, en la Tierra, o peor aún, que la Biblia decía que Dios era el pastor de los pobres, no el de los ricos. Cuando Philip Doddridge se plantó en mitad de la nieve durante la Nochebuena de 1729, frotando sus manos con frío y júbilo, Northampton ya contaba con una sólida reputación como hervidero de disturbios espirituales.

El evangelismo de Doddridge, propuesto nueve años antes que el del celebrado John Wesley, fue el motor que transformó, durante el reinado de Victoria, tanto la práctica totalidad de las sectas disidentes como la maldita Iglesia anglicana. Dicho objetivo lo alcanzó desde el que era,

incluso entonces, uno de los lugares más humildes del país, y lo hizo en poco más de veinte años, antes de que la tuberculosis se lo llevara cuando aún no había cumplido la cincuentena; todo ello con sus palabras, sus enseñanzas, sus escritos y sus himnos. Según Tom, ¡*Oíd el alegre son*! era de los mejores. «Ya llega el Salvador, el Salvador que se nos prometió». Siempre se imaginaba a Doddridge contemplando Castle Hill al componer esos versos; o quizá soñando con la trompeta del Juicio Final sobre los cielos de la iglesia de San Pedro, ubicada más abajo; o tal vez figurándose a un Jesús resucitado y harapiento que recorriese Chalk Lane hacia su pequeña congregación, con las palmas sangrientas totalmente abiertas para proclamar la absolución universal. Desde su creación hacía un milenio y pico, el barrio había conocido muchos hombres extraordinarios. Ricardo Corazón de León, Cromwell, Tomás Becket y un sinfín más. Pero, a su juicio, Philip Doddridge se hallaba entre los más meritorios. Era el hijo más heroico de los Boroughs. Era su propia alma.

Al dar las dos y media, la campana de San Edmundo lo devolvió a la realidad, a su espera en el exterior del hospicio reconvertido, con el Kensitas ardiendo, olvidado, entre sus dedos teñidos de nicotina. Menudo desperdicio. Arrojó la humeante colilla a ese otro humo más extenso que lo rodeaba y dejó que su mente se remontara a febrero de 1948, a una noche igual de gris y opaca que la que experimentaba.

Tras pasar junto al quiosco de Chalk Lane —en el que a veces compraba el diario de los domingos y que antaño formaba parte del hotel Propert’s Commercial—, cruzó el asfalto que recubría los adoquines y las viejas líneas de tranvía de Black Lion Hill en dirección al pub homónimo. Al empujar la puerta principal, notó una bofetada cuasi sólida de cháchara, hedor y calidez, el calor corporal de cuantos se hallaban apiñados en el Black Lion aquella noche helada. Antes de quitarse el impermeable para abrirse paso entre la multitud, se alegró de haber optado por ir allí en lugar de quedarse con Frank en el Blue

Anchor. Siempre había rostros familiares en el Lion.

Uno de ellos era el de Jem Perrit, que vivía con su esposa Eileen y su hija recién nacida en una pequeña leñera en Freeschool Street, justo doblando la esquina del Black Lion y saliendo por Marefair, y cuyo padre, el Sheriff, tenía una carnicería equina en Horsemarket. Según recordaba ahora la escena, Jem estaba en una esquina jugando una partida de bola 9 con Tres Dedos Tunk —dueño de un puesto en el Mercado de Pescado de Bradshaw Street— y Freddy Allen. Fred era un granuja que en ocasiones se dejaba caer por los Boroughs, que dormía bajo los arcos de Foot Meadow, y que salía adelante escamoteando pintas de leche y hogazas de pan de los portales de la gente. Entrecerrando su turbia mirada para apuntar mejor, el fulano le pegó a la bola de madera, pero a Tom le pareció que Jem Perrit o Tres Dedos Tunk iban a darle una paliza. Apoyado contra la atestada barra se hallaba Podger Someo, famoso organillero retirado, y adonde quiera que mirase se topaba con mugrientas leyendas depositarias de míticos rencores, un Olimpo caído lleno de titanes ebrios que, farfullando chistes guarros entre sorbos de espumosa ambrosía, rebañaban con torpeza minotáurica el papel vegetal azul de sus bolsas de patatas fritas en pos de las sobras de sal.

La propia familia de Tom también gozaba de representación en el pub aquella noche, al menos por parte de los Vernall. Johnny, hermano menor de su madre y tío suyo, estaba allí con la tía Celia, y sentada sola en un rincón, con media pinta de Double Diamond y su destartalado acordeón en el regazo, estaba su tía abuela Tursa, bien entrada en la ochentena y más ida que nunca. Tommy la saludó y se ofreció a invitarla a una copa, pero ella lo miró alarmada, como si no supiera quién era, antes de asentir igualmente. A Tursa le gustaba tocar su acordeón al aire libre mientras vagaba por los Boroughs, aunque unos años antes, durante la guerra, había empezado a actuar únicamente de noche. Más concretamente, solo salía a la calle a tocar su instrumento durante los apagones, con los

bombarderos alemanes planeando en el firmamento y los oficiales de protección antiaérea amenazando con detenerla si no entraba en un refugio y cesaba sus condenados soniquetes. Como estaba destinado en el extranjero, Tom jamás llegó a oír las improvisaciones de su tía abuela con la Luftwaffe, pero su hermana mayor, Lou, se las había descrito con lágrimas de risa surcando sus mejillas:

—Me encargaron traerla a casa y, la verdad, te juro que estaba allí parada en mitad de Bath Row, mirando los enormes aviones negros que se recortaban contra el cielo y tocando pequeños acordes y notas largas en el acordeón, como si el bombardeo fuera una película muda a la que ponerle banda sonora. Por un lado, tenías el horrible ruido de los motores resonando en el cielo; por el otro, a Tursa intentando tocar al unísono sus melodías, que sonaban como si alguien fuera silbando o dando saltitos. No puedo describírtelo bien, pero sus pequeños tra-la-las, superpuestos al apabullante estruendo de los aeroplanos, te daban ganas de reír y llorar al mismo tiempo. Sobre todo, de reír.

Tom se imaginó entonces a aquella escuálida vieja loca, con su algodonoso birrete de canas, maullando en una calle a oscuras con el ataque de la fuerza aérea alemana en pleno apogeo. Y, sí, también le entraron ganas de reír.

Después de servirle la bebida a la chiflada de su tía abuela, se sentó junto a su callada tía Celia y su animado tío Johnny, con el que se llevaba bien y en quien podía confiar para tener compañía hasta la hora de cierre. Aún recordaba cierta noche antes de la guerra en la que estaba con Walt, Jack y Frank en el Criterion de King Street. Vieron entrar a su tío Johnny Vernall, se tomaron algo con él y este les cautivó con relatos de cómo era el pub antes de convertirse en un local casi desierto, cuando había jamón, pan, pepinillos en vinagre y una lasca de queso gratis en cada mesa. El aumento de la clientela, les dijo, compensó de sobra la compra de las viandas, y como todo el mundo tenía en el buche algo con lo que empapar el alcohol, no había ni borrachos ni peleas. A los cuatro hermanos les

pareció el edén, una edad de oro perdida.

Sentado con sus tíos en la acogedora sala del Black Lion, Tommy les preguntó qué tal estaban y cómo le iba a su prima Audrey, por quien toda la familia sentía debilidad y que tocaba el acordeón de piano en la banda de música que dirigía su padre, es decir, el tío Johnny. El conjunto era el mismo que había actuado hacía unos meses durante el banquete nupcial de Walt en Gold Street, y mientras su madre les cantaba las cuarenta a Frank y a él, su prima Audrey, que a su juicio nunca antes había estado tan guapa o tocado tan bien, dio todo un recital de temas de *swing* a los tambaleantes invitados que abarrotaban la pista de baile. Audrey era un pequeño bombonazo, toda la familia lo sabía, pero aquella noche, cuando preguntó por ella, su tío sacudió la cabeza y le dijo que estaba en casa, aquejada de los típicos cabreos y cambios de humor de las chicas de su edad. A Tom le sorprendió, pues Audrey siempre se mostraba radiante y feliz, pero supuso que sus rabietas podían estar relacionadas con los altibajos propios de las mujeres, de los cuales, por entonces, él no tenía ni la menor idea, gracias a Dios. Así pues, asintió con conmiseración y les dijo a sus tíos que seguro que la chica se recuperaría en uno o dos días. A ese respecto no pudo estar más equivocado.

Codeándose con ellos, Tom reflexionó sobre lo bien que le caía su tío Johnny, del que pensaba que añadía un toque de color a la familia en virtud de sus pajaritas chillonas, su chaqueta a cuadros color mostaza y su aire farandulero. En su forma de hablar de la banda, de sus contratos y de sus actuaciones exhibía una cualidad moderna, como si aceptase el desafío que planteaba el mundo presente y futuro, el de la posguerra, con la energía y las ganas necesarias para afrontar una nueva vida. La madre de Tom solía decir que, desde niño, su hermano Johnny no había hecho otra cosa que hablar de los escenarios, de formar parte de ese universo de bulla y lentejuelas, aunque también añadía que nunca había mostrado ningún talento propio. Sin duda, ese debía ser el motivo de que hubiera

optado por dirigir una banda en lugar de tocar o cantar en una. Cuando la joven Audrey resultó ser un prodigio del acordeón, un gusto, este, que evidentemente había heredado de su tía abuela Tursa, su tío tuvo que sentirse más feliz que una perdiz. Tommy pensaba a menudo que, cuando Johnny veía embelesado a su hija Audrey entre bastidores, para él sería como verse a sí mismo de joven, con todos sus sueños y esperanzas, desfilando al fin bajo la luz de los focos. Bien por él. Quizás el hijo que Tom estaba esperando ahora allí, en Wellingborough Road, acabara dedicándose a algo que él siempre hubiera anhelado, como, por ejemplo, el fútbol. Si tal cosa sucedía, no podía jurar que no fuera a vitorear a su hijo desde la banda al igual que el tío Johnny sonreía, orgulloso, en la cableada penumbra de las bambalinas.

La tía Celia era harina de otro costal, pues resultaba tan callada como Johnny ruidoso y no mimaba a Audrey tanto como él. Siempre se mostraba amistosa, e incluso alegre a su modo, pero nunca parecía tener nada que decir. No era por ser estirada o creída; simplemente, si el tío Johnny soltaba uno de sus chistes verdes, se limitaba a sonreír y a centrarse en su tónica de limón. A la madre de Tommy poco le importaba su cuñada, a la que le reprochaba su falta de agallas, pero, claro, a ella no le importaba nadie.

Aquella noche de febrero de hacía cinco o seis años estuvo en compañía de sus tíos hasta que el encargado anunció la última ronda, la cual declinaron. Mientras Tommy empezaba su última pinta, ellos se terminaron las suyas, se pusieron los abrigos y se dispusieron a volver a casa. No tenían que caminar mucho. Johnny y Celia vivían con Audrey en Freeschool Street, un poco más arriba que Jem Perrit y su familia, así que solo tenían que doblar la esquina y pasar la iglesia. Tommy recordó que el tío Johnny, al levantarse de la silla en mitad del salón y encajarse el sombrero, se asemejaba a un corredor de apuestas. Tras ayudar a la tía Celia a incorporarse, Johnny suspiró y dijo, en referencia a Audrey y su mal humor, que,

en fin, ya era hora de volver a casa para enfrentarse a la música, lo cual le pareció entonces un comentario de lo más inocente.

Después de despedirse, Tom los vio salir del humeante pub, cuyo interior estaba tan cargado como la neblinosa calle que revelaron al abrir la puerta y adentrarse en la noche. Mientras terminaba tranquilamente la media pinta de amarga que le quedaba, sus ojos escudriñaron la barra por si cabía la posibilidad de atisbar una mujer medio decente allí dentro. No hubo suerte. Aparte de la perra del dueño, la única fémina que había en el Black Lion era Mary Jane, una camorrista que era más asidua del Jolly Smokers y el Green Dragon, ambos por el Mayorhold. Llevaba un ojo amoratado y cerrado, hinchado al máximo, y su rostro parecía tener una forma totalmente distinta. Allí sentada, mirando al vacío, sacudía ocasionalmente la cabeza como para aclararse las ideas, pero era imposible saber si se debía a una pelea o a los efectos del alcohol. Incluso su tía abuela Tursa se había largado mientras no miraba. Se encontraba a solas en un ambiente enteramente dominado por hombres con la nariz rota, valoración esta que incluía a Mary Jane. Por su trabajo, estaba acostumbrado a situaciones en las que predominaran los hombres, y aunque las consideraba mucho menos agotadoras que un acompañamiento mayoritario de mujeres, también le resultaban mucho más aburridas. Apuró el culo de la pinta, dio las buenas noches a la gente que conocía y se dirigió igualmente a la puerta mientas se abrochaba el abrigo.

Fuera del Black Lion, con el frío quemándole la garganta, dudó de qué camino sería el más rápido para volver a casa de su madre en Green Street. Al final, optó por bordear la iglesia de San Pedro y atajar por la callejuela que daba a Peter's Street, la que marcaba el límite superior del prado. Sería un trayecto ligeramente más largo que tirar por Elephant Lane, pero, como la borrachera lo había puesto sentimental, decidió que le apetecía pasar junto al cementerio para darle las buenas noches a Jack o, mejor dicho, al monumento. Los restos de Jack seguían

descansando en algún lugar de Francia.

Tras dejar el pub atrás, salió a Marefair a través de Black Lion Hill, donde vio que la niebla se ensortijaba, a su derecha, alrededor de la verja de hierro del camposanto. Medio avergonzado, saludó con la cabeza hacia el ondulante lecho de lana del que sobresalía el monumento a los caídos y se preguntó quién estaría tocando la melodía que escuchaba, procedente de la taberna que acababa de abandonar. Aturdido por la cerveza, tardó unos segundos en darse cuenta de que ni era el piano del Black Lion ni venía de su espalda, sino que era un sonido débil y vacilante que emergía de entre las sombras conjuradas un poco más adelante, en la propia Marefair.

Intrigado, Tom pasó de largo el callejón por el que se disponía a atajar hacia Peter's Street, entre la iglesia y la sastrería para caballeros Orme's. Quería saber quién estaba montando semejante escándalo a aquella hora de la noche y asegurarse de que no sucediera nada indecoroso en el barrio. Además, a la altura de la Casa Cromwell pudo oír con mayor claridad la ligera y frenética melodía, y con cierto estupor incluso creyó reconocerla. El obstinado estribillo parecía provenir de la boca de Freeschool Street, justo delante de él, y fluía sobre el pavimento, junto con la niebla, como si pretendiera enredarse entre sus achispados pies para hacerlo tropezar.

Tras detenerse junto al edificio de piedra marrón que había acogido al Lord Protector durante la noche previa a la batalla de Naseby, apoyó una mano contra aquel muro basto para estabilizar la marcha. Fue entonces cuando vio al tío Johnny y a la tía Celia llegar a Marefair desde Freeschool Street, ambos conmocionados, con la boca desencajada, llevándose las manos al rostro como si estuvieran llorando y aferrándose a las mangas del otro como dos supervivientes de un descarrilamiento que estuvieran remontando el terraplén de la vía férrea. ¿Qué demonios había pasado?

Visto ahora en perspectiva mientras se frotaba las manos en el exterior del hospital, lo que tendría que haber

hecho era llamarlos y preguntarles qué les pasaba. Pero no fue lo que hizo. Oculto por la niebla, se quedó parado observando a sus tíos, que parecían haber envejecido diez años en los últimos diez minutos y que iban tambaleándose en aquel húmedo miasma agarrados el uno al otro, aullando como animales heridos. A su paso hacia Horsemarket, los sollozantes alaridos de su sufrimiento fueron volviéndose cada vez más vagos. Desde su escondite, atenazado por la culpa de haber asistido al padecimiento de sus familiares sin hacer nada, de haber permanecido allí como un auténtico imbécil sin ni siquiera ofrecerles ayuda, los vio marcharse.

Tom solo podía decir en su defensa que el dolor del tío Johnny y la tía Celia le pareció muy íntimo. Le habían enseñado a ayudar a los demás en momentos de necesidad, pero también a no meter las narices en los asuntos privados de la gente, y la línea que separaba ambas cosas era, en ocasiones, demasiado fina. Ese fue el caso de sus tíos aquella noche. En aquel instante, sus vidas parecieron derrumbarse y hacerse añicos, y lo que fuera que los agobiaba se diría tan humillante y personal que cualquier intromisión solo habría empeorado las cosas. Pensando ahora en ello, quizá lo que le disuadió fue el hecho de que Celia y Johnny no pidieran ayuda para lo que les hubiera ocurrido. No aporrearon la puerta de ningún vecino para que alguien llamara a los bomberos o a una ambulancia. No torcieron la esquina para acudir a casa de la madre de Tom en Green Street, que al fin y al cabo era la hermana mayor de Johnny. No buscaron auxilio en los Boroughs, sino que enfilaron hacia Gold Street y el centro. Más tarde, Tom se enteró de que el tío Johnny y la tía Celia estuvieron sentados hasta el alba en la escalinata de Todos los Santos, abrazados y devastados bajo su pórtico.

Volviendo a la noche en sí, después de ver marcharse a sus tíos, él se encaminó hacia Freeschool Street para averiguar lo que había pasado. Avanzó sigilosamente por el oscuro callejón, antigua ubicación de la escuela libre en el siglo XVI, y caminó en pos de aquella música triste y

conmovedora, más alta a cada cauteloso paso que daba entre la bruma. Las notas bajas resonaban en las fuliginosas ventanas de los negocios que había a izquierda y derecha, cuyos paneles de cristal zumbaban como moscas atrapadas. Fue entonces, más o menos, cuando reconoció la obstinada melodía, que se deslizaba por la oscuridad desde algún viejo piano hacia lo que solía ser Green Lane. Al empezar a tararearla para sus adentros, se acordó de algunas palabras familiares antes que del título, aunque la identificó como una canción que conocía bastante bien. ¿Cómo era la letra? Ah, sí: «*Why tell them all your secrets*…».[65]

Descendió por la negrura de la calle con gran vacilación, tanto por miedo a tropezarse con algo en mitad de la niebla y lastimarse como por lo que podría encontrar cuando llegara al final. A esas alturas ya sabía que la melodía venía de la casa del tío Johnny y que era Audrey quien estaba tocándola. En Freeschool Street no había otra persona capaz de ejecutar una pieza tan arrebatadora. «*Tey're buried under the snow*…».[66] Por más bien que se lo supiera, seguía sin recordar el nombre del tema. Con el título casi en la punta de la lengua, siguió sumergiéndose en su invisible armonía.

Veinte pasos después, cuando llegó al cruce con St. Peter's Street, ya tenía claro que la vieja canción procedía, en efecto, de la casa de su prima, que estaba casi llegando a la esquina de Gregory Street al otro lado de la calle. También se había dado cuenta de que Freeschool Street estaba desierta excepto por él y otra persona más: parada en mitad del vapor rampante que ascendía por la puerta de entrada del tío Johnny, rígida y tiesa como una escoba, y con su alborotada cabeza inclinada hacia atrás para otear la ventana cortinada de la salita que emitía la música, estaba su tía abuela Tursa. Al tiempo que abrazaba su acordeón como si fuera un niño mudo y monstruoso, los dedos pálidos y translúcidos de una mano pasaban arriba y abajo por las teclas con el fin de acariciarlas, de calmar al instrumento silente y disiparle los miedos provocados por tan alarmante situación. Tursa no estaba tocando ni una

nota, pero escuchaba tan atentamente la música que se filtraba desde el interior que uno casi podía oír su propia interpretación. En su transcurso, el tema enhebró el hilo de sus letras a medio recordar en la brumosa manta de su memoria. «*Whispering grass, don't tell the trees…*».[67]

Evidentemente, Tommy recordó al fin el título que tanto anhelaba: *Whispering Grass*. Con los años se había convertido en todo un clásico, e incluso se había integrado en el argot popular como sinónimo de soplón, pues de ahí era de donde Tommy creía que provenía la expresión «*grass*». Hasta aquel momento, consideraba que la canción era cautivadora, pero también algo melosa e infantil, con todo ese asunto de la hierba y los arbustos hablando unos con otros como salidos de una película de Walt Disney. Sin embargo, al escucharla en mitad de la niebla reptante de Freeschool Street durante aquella noche de febrero, no le pareció en absoluto infantil. De hecho, sonaba terrible. Y no porque fuera mala o estuviera mal tocada, sino por hablar de algo terrible, de un daño demasiado terrible como para enmendarlo o de algún tipo de traición. También sonaba plagada de ira, pues las notas de sus acordes parecían restallar, casi astillarse, ante el impacto de unos dedos invisibles. Y sonaba, al fin, como una acusación, como un desahogo, como una confesión agónica que jamás podría retirarse y después de la cual nada volvería a ser igual. Era una música que acompañaba el final de algo.

«*… 'cause the trees don't need to know*».[68] Vergüenza. Otro matiz, concluyó Tom, que la melodía arrojaba a la empapada atmósfera de la noche junto al daño y la ira: una abrumadora sensación de vergüenza. Incluso la espantosa jovialidad del estribillo sonaba a ratos sardónica, vengativa, inmoral. A Tommy lo perturbó, sobre todo porque en la vida habría podido imaginar que alguien tan recatado y retraído como su prima Audrey desatara aquel inesperado torrente de emociones confusas. ¿Qué podía estar pasándole por la cabeza para desquiciarse de un modo tan inquietante y febril? ¿Qué tipo de emociones desembocaban en un sonido tan estomagante y fragmentado?

Solo Dios sabía cuántas veces habría tocado ya el tema frente a Tom o cualquier otra persona que se hubiera aventurado en Freeschool Street para oírla, pero, tras haberlo repetido cuatro veces de principio a fin desde que su tía abuela y él se detuvieran en la niebla para escucharla por separado, paró de golpe en un silencio clamoroso que, de algún modo, resultó aún más inquietante que la melodía precedente.

Después de dejar pasar unos segundos de tensión, tal vez para asegurarse de que el recital hubiera concluido, su tía abuela Tursa tocó, de repente, cuatro notas en el acordeón que colgaba de su fibroso cuello merced a una ajada correa de cuero; cuatro notas graves y despaciosas que él reconoció, con una leve punzada de alarma, como el principio de la *Marcha fúnebre*, o al menos eso fue lo que pensó en aquel momento. Sin embargo, tras ejecutar aquella lúgubre apertura, su tía abuela quedó en silencio y permitió que sus dedos apergaminados abandonaran las teclas. Luego, abruptamente, Tursa giró en redondo y se marchó por Freeschool Street, como si, más allá de su breve contribución musical, no hubiera nada más que añadir. Al poco tiempo, su demacrada figura se desvaneció en las heladas volutas de la noche.

Allí de pie, en el atrio del hospital St. Edmund, se dio cuenta de que esa fue la última vez que vio a su tía abuela Tursa, que cayó enferma de los bronquios y murió dos meses más tarde. La imagen mental de verla adentrándose en el ondulante misterio de aquella niebla era la última que podía recordar de ella. Quizá su corta interpretación de la *Marcha fúnebre* fuera una profecía, aunque, ahora que caía, aquellas cuatro notas bien podían corresponder a *Oh Mine Papa* y a un sinfín de temas.

Cuando su tía abuela se hubo marchado, Tom permaneció allí unos cinco minutos más observando la casa, ahora silenciosa, y la suave luz de gas que se filtraba a través de las cortinas de la ventana de la salita. Luego, salió de Freeschool Street hacia Green Lane para dirigirse a casa de su madre en Green Street. Al llegar a su destino, vio que

May se había acostado ya y que Frank no había vuelto todavía del Anchor, así que prendió la chimenea, se encendió un cigarrillo con la misma cerilla y se sentó en el sillón durante unos minutos antes de irse la cama.

Al otro lado de la pequeña habitación, empequeñecido por la luz de gas y emplazado junto a una pared, estaba el piano de la familia, negro y pulido como un ataúd. En lo alto había un enorme jarrón vacío y una brillante fotografía enmarcada de veinte por veinticinco. La instantánea era publicitaria, claramente profesional, y retrataba al grupo que representaba el tío Johnny. De pie en el centro, para destacar al que sin duda era el miembro más atractivo de la banda, estaba su prima Audrey, con su acordeón de piano casi tan grande como ella. Sus manos esbeltas se apoyaban sobre las teclas con una elegancia que resultaba artificial; era evidente que el fotógrafo le había dicho que posara de ese modo con el instrumento. Tom se imaginó la escena, la cháchara y las palmaditas de la sesión, la actitud de flirteo que los tipos como aquel solían desplegar ante el mundo. Seguro que el fulano habría pedido una sonrisa bien grande de parte de la deslumbrante jovencita, y que Audrey le habría respondido poniendo los ojos en blanco, que era como salía en la foto, y fingiendo una cómica exasperación mientras se reía del cumplido —«¡Oh, por favor!»—, halagada aun así, contenta de que el fotógrafo solo hubiera dicho aquello, precisamente, para hacerla sonreír. Su cabeza estaba ligeramente inclinada hacia atrás, como si estuviera rogándole al cielo que perdonara los estúpidos halagos de los hombres, y uno podía apreciar la angulosa forma de su barbilla, la recta inclinación de su nariz, el rostro finamente esculpido y la oscura cascada de cabello que le caía sobre los hombros de su planchada blusa blanca. Su prima tenía unos dieciocho años, y calculó que esa foto se habría tomado unos dos o tres años antes, cuando Audrey tenía quince o dieciséis. Parecía tan animada e irónica que Tom tuvo que permanecer una media hora allí sentado, a la luz de gas que iluminaba la estancia, para reconciliar a la joven de la instantánea con la acongojante

actuación que acababa de presenciar en Freeschool Street.

A lo largo de los dos o tres días posteriores averiguó más destalles sobre lo acaecido aquella noche. Según su madre, que para entonces había escuchado el relato completo de boca de su hermano menor, el tío Johnny y la tía Celia salieron del Black Lion, volvieron a su casa de Freeschool Street y descubrieron que su única hija no solo había asegurado la puerta antes de sentarse a tocar el mismo lamento una y otra vez en el piano, sino que además ignoraba sus llamadas y sus ruegos para que los dejara entrar. A medida que esos ruegos se fueron convirtiendo en plegarias angustiadas, su prima Audrey empezó a intercalar líneas vocales de su cuño sobre la avalancha de su propio concierto: «*When the grass is whispering over me, then you'll remember*».69 Al final, sus padres se rindieron, se esfumaron entre la niebla hacia Gold Street y se refugiaron toda la noche bajo el pórtico de Todos los Santos, destrozados ante la conciencia del terrible acontecimiento que acababa de ocurrir. Su única hija, su brillante, preciosa, joven y talentosa hija, de la que esperaban que portara el testigo de sus sueños de cara al futuro, había perdido la cordura: se había vuelto esquinada. A la mañana siguiente llamaron a los médicos y la internaron en el manicomio St. Crispin, a la vuelta de Berry Wood, a donde llegó entre patadas, forcejeos y gritos delirantes, según contó el tío Johnny. En la actualidad seguía en el sanatorio, y era muy probable, para desgracia y oprobio de la familia, que no saliera de allí en la vida. Ya apenas la mencionaban.

Obviamente, cundió la opinión general de que el problema de Audrey era heredado, una consecuencia de esa maldición que se transmitía entre los Vernall y que ya había afectado tanto a su abuelo Snowy como a su tía abuela Tursa.

Ahí estaba. La locura de la familia. Un pensamiento de lo más alegre mientras uno esperaba el nacimiento de su primer hijo. Para Tom, sin embargo, no tenía sentido ignorarlo. Era un simple hecho, parte de esa intricada lotería de la vida en la que se decidía si el bebé sería

castaño como Doreen, o moreno como Tom, si sus ojos serían azules o verdes, si sería alto o bajo, robusto o espigado, cuerdo o loco. Nadie sabía cómo iba a salirle el niño, pero también era cierto que, sobre las cosas importantes de la vida, nadie sabía nada. Lo único que se podía hacer era sacarle el máximo partido a lo que a cada uno le caía en gracia. Jugar con las cartas que a uno le tocaban.

Miró hacia los alrededores, hacia la gasa neblinosa que envolvía la penumbra y la ruinosa iglesia del otro lado de la calle, cuya imponente presencia resultaba más perceptible que visible. A su izquierda, un collar de tenues farolas se extendía durante kilómetros, disperso en la oscuridad, hasta alcanzar Wellingborough. A su derecha, las rapsodias mezcladas de Marie la Loca se entrelazaban alrededor del centro de la ciudad en ligeros y caprichosos cordeles de guirnaldas, y tras él, como un alguacil violento al que se le hubiera dado un trabajo y un uniforme nuevos después de haber jurado que se había reformado, se cernía el hospicio rehabilitado. Para su sorpresa, Tom cayó en la cuenta de que el siglo XX había entrado ya en su segunda mitad.

También empezó a ver que la sangre y la herencia no eran lo único que determinaba el desarrollo de un niño. Todo influía. La suma de todas las zonas del planeta y su historia, cada hecho e incidente que hubiera hecho al mundo tal como era, aquello que hubiera afectado a los padres de la criatura… Todos esos componentes iban a parar a un niño concreto en un útero concreto. Mientras su propio retoño flotaba en el vientre distendido de Doreen a la espera de salir al exterior, Tommy entendió que no habría elemento en la vida de su esposa o en la suya que no condicionara a aquel niño, pues las circunstancias de sus propios padres los habían marcado a ellos igualmente.

Por ejemplo, el trabajo como director que rechazó Snowy Vernall jugó un importante papel en el tipo de familia y educación que se encontró su primogénita. Que la madre de Tom perdiera a su primera hija a manos de la difteria provocó que no parara tras tener dos niñas y que

diera a luz a cuatro varones. Y si esos hechos no se hubieran desarrollado tal cual, no existirían ni Tommy ni el hijo que este iba a tener.

Luego estaba la guerra, claro, y también la política que la había precedido. Todos esos elementos condicionarían la educación de las generaciones venideras, el planeamiento de casas y calles cuando estas crecieran y la existencia de trabajo cuando llegaran a la edad adulta. Y aquello solo era lo más obvio; hechos cuyos efectos sobre la vida de los críos podría intuir cualquiera. Pero ¿qué pasaba con esos otros hechos, pequeños e invisibles, que influían en que alguien tomara un camino u otro, en la gestación de las coyunturas que impactarían, positiva o negativamente, en el mundo y en su hijo?

En aquel torbellino de pensamientos, Tom se preguntó por las vidas, las muertes y los recuerdos que se estarían canalizando a través de las contracciones de Doreen para dejar su huella sobre el bebé que pugnaba por venir al mundo: bombardeos nocturnos, colas de paro, programas de radio, edificios demolidos. Un atisbo a las pantorrillas de una mujer con falsas medias de rejilla pintadas a base de lápiz de ojos, una lluvia de condones de caucho sobre los sombreros de los pasajeros de un tren. La tumba de un francotirador alemán de quince años en una carretera francesa. Su abuelo arrugando un cuidadoso anillo de números para arrojarlo, cabreado, al fuego de la chimenea. El agujero negro que dispersó por el centro ese mismo papel mientras ardía. La foto de Audrey enmarcada sobre el piano, con sus manos posando, su sonrisa despreocupada y la mueca de los miembros de la banda que estaban tras ella con sus pajaritas, sus guitarras y sus clarinetes. La niebla, la cagada del pájaro y Marie la Loca. De alguna manera, todo aquello se estaba filtrando hacia un feto que, si todo iba bien, tardaría aún una o dos horas en inspirar su primer aliento y gimotear sus primeros llantos.

Envuelto en los tramos superiores de niebla, el reloj de San Edmundo dio las tres. Los dedos de sus pies estaban tan helados que ya ni podía sentirlos en las botas. Maldita fuera

la espera, diablos. Con las manos hundidas en los bolsillos del impermeable, Tommy Warren dio media vuelta y empezó a pasear por el largo sendero del hospital hacia las luces distantes y borrosas del pabellón maternal, levemente titilantes en la tiniebla. Doreen no podía haber dado a luz todavía, o de lo contrario habrían enviado a alguien a buscarlo. Durante el paseo, notó que el ondulante piano ya no era audible, aunque ignoraba si se debía a que Marie la Loca hubiera parado o a que el viento hubiese variado de dirección. Empezó a tararear para llenar aquel silencio repentino, pero se detuvo en cuanto se dio cuenta de que lo que estaba cantando era *Whispering Grass*. La sustituyó por ¡*Oíd el alegre son*! y siguió andando. El porche iluminado de la sala de espera se aproximaba poco a poco. Intentando levantar el ánimo, Tommy aceleró el paso y fue a darle la bienvenida a su primer hijo.

O hija.

ATRAGANTADO CON UN CARAMELO

Pese a que su hermana mayor llevara años insinuándolo, y por mucho que una vez se lo llegara a escribir en la frente con rotulador indeleble mientras dormía, Mick Warren no era estúpido. Si el bidón hubiera tenido alguna señal de peligro, como una calavera amarilla o un monigote gritando con la cara quemada, entonces, casi con total certeza, se habría dado cuenta de que aporrearlo tan fuertemente con aquel enorme y puñetero mazo no era la mejor idea del mundo.

Sin embargo, por alguna razón, no había ningún adhesivo fosforescente, ni etiquetas oficiales en blanco y negro, ni siquiera insulsas advertencias sobre el envejecimiento de la piel o el riesgo reproductivo. Por tanto, se echó al hombro su gran martillo y lo descargó, despreocupadamente, con gesto jubiloso y familiar. El satisfactorio repique resultante, propagado por todos los ventosos rincones de St. Martin's Yard, solo encontró rival en el tremendo aullido que soltó al notar que su rostro, que siempre había considerado su punto fuerte, quedaba rociado por un polvo nocivo.

La frente y las mejillas se le llenaron inmediatamente de ampollas. Dejó caer la pesada herramienta e intentó dispersar la nube tóxica exhalada por el misterioso bidón, y lo hizo como si fuera un enjambre de abejas, batiendo las manos alrededor de la cara y rugiendo de rabia, que no «llorando como una nenaza», como diría luego una pariente cercana. Pariente a la que, en cualquier caso, más le valía estarse callada, porque él iba a tener mala pinta durante unos días como resultado de un accidente industrial, pero ella había nacido con un aspecto semejante y no gozaba de

la misma excusa.

Según los pintorescos testimonios de sus colegas, Mick dio media vuelta y cargó de cabeza, cegado y entre alaridos, contra una barra de acero que sobresalía de entre las titánicas básculas que empleaban para pesar los bidones previamente aplanados, todo ello con el ritmo cómico de un Harold Lloyd desfigurado por la radiación posnuclear. Más tarde, al saber que se noqueó él solito, se felicitó por la celeridad con la que fue capaz de improvisar, en tan compleja coyuntura, un analgésico de efectos expeditivos e inmediatos. Difícilmente podía considerársele estúpido, concluyó con petulancia al cabo de uno o dos días, cuando los peores moratones hubieron menguado.

Debió de permanecer tendido boca arriba en el suelo apenas un segundo, pues Howard, su mejor amigo en el taller de reacondicionamiento, no tardó en darse cuenta de lo que pasaba y acudir en su auxilio. Tras abrir el grifo de la única manguera del negocio, dirigió el chorro hacia la cara comatosa de Mick y le enjuagó aquel polvo cáustico anaranjado, que le cubría las irritadas facciones como el maquillaje de esos cantantes que se disfrazaban de negros aunque solo fuera para aparecer en la radio. Como el propio Howard contaría después, Mick se recobró al momento, pero con los ojos inyectados en sangre y una expresión de absoluta confusión. Al parecer, mientras recuperaba la conciencia, se puso a murmurar ciertas cosas con suma urgencia, pero las dijo en un tono tan bajo que su preocupado compañero solo llegó a distinguir una o dos palabras. Oyó algo sobre una chimenea, o tal vez un chimpancé, que no paraba de crecer, pero luego Mick pareció recordar súbitamente dónde se hallaba y, también, que su enrojecido y abrasado rostro parecía un cuenco agonizante de Choco Krispies. Como empezó a gritar de nuevo, Howard limpió todo lo que pudo con la manguera y obtuvo de la nerviosa dirección permiso para llevárselo. Sortearon Spencer Bridge, pasaron Crane Hill, Grafton Street y Regent Square, cruzaron los Mounts, callejearon hacia Billing Road y llegaron a Cliftonville, que era por

donde se entraba a urgencias ahora. Y aunque Mick se pasó todo el trayecto profiriendo juramentos bajo la toalla húmeda que le habían puesto en la cara, la ruta seguida le resultó desagradablemente familiar.

Tuvo la suerte de llegar al hospital a una hora tranquila y de que lo trataran enseguida, si bien tampoco había mucho que hacer. Limpiaron la zona y le echaron gotas en los ojos, le dijeron que la vista volvería a la normalidad al día siguiente y que la cara se recuperaría en una semana, y luego Howard lo llevó a casa. A lo largo del trayecto, con los párpados hinchados y lacrimosos, Mick contempló silenciosamente desde la ventanilla del coche los borrones de Barrack Road y Kingsthorpe, y se preguntó por qué sentía aquel subrepticio e insidioso pavor. Le habían dicho que se recobraría. No tenía que preocuparse por secuelas a largo plazo, y con los días de baja a cuenta de la empresa podía incluso decir que había salido ganando. ¿Por qué tenía, entonces, la sensación de que una nube de perdición se cernía sobre él? Debía de ser por la conmoción, caviló. Las conmociones tenían efectos extraños. Estaba bien estudiado.

Howard lo dejó en un recodo al pie de Chalcombe Road, apenas a un minuto andando de la casa que Mick compartía con Cathy. Tras darle las gracias por el paseo y despedirse, Mick subió el corto trecho que lo separaba de su puerta trasera. La armonía del jardín, con el patio, el porche y el cobertizo que él mismo había construido, lo calmó tras aquel día de caos y confusión, y eso a pesar del filtro empañado de su actual visión borrosa. El interior, con la cocina reluciente y el salón ordenado, le resultó igualmente metódico y reconfortante, y como Cath estaba en el trabajo y los niños en el colegio, lo halló a su entera disposición. Inquietamente consciente de la precaria cotidianidad de las cosas, se preparó una taza de té, se hundió en el sofá y se encendió un pitillo.

Aunque Mick llevaba a cabo no pocas tareas, la fuerza motriz tras la prístina pulcritud de su hogar era Cathy. Eso no implicaba que su esposa estuviera obsesionada con la

limpieza y el orden, sino más bien que tenía una profunda aversión hacia el desaliño, la mugre y todo lo que representaban, una condición adquirida por haber crecido en el cuchitril de los Devlin. Lo que para él era mancha apenas visible en la alfombra, para ella era una grieta en el muro que había levantado entre su pasado y su presente, entre su cómoda vida doméstica actual y una infancia no precisamente feliz. Si los juguetes de los niños se quedaban esparcidos por el suelo, si no se recogían debidamente, era como si la próxima vez que mirara fuesen a estar allí su difunto padre y sus tíos, todos borrachos y tirados, con un negocio de chatarra en el patio de atrás y más policías que lecheros en la puerta. Ambos sabían que ese pánico no era racional, pero Mick comprendía que criarse como un Devlin podía marcar de esa forma a una persona.

Él se llevaba bien con todos sus familiares políticos, en algunos casos incluso muy bien, y pensaba que en general eran agradabilísimos, al menos los que había conocido. Por ejemplo, Dawn, la hermana de Cath, era trabajadora social en Devon, razón por la que Mick y su familia solían pasar allí muchas vacaciones. A Harriet, la hija menor de Dawn, la había visto decir a la tierna edad de cuatro años lo más gracioso que jamás hubiera oído de boca de cualquier niño o adulto. Al preguntarle su padre si sabía por qué los cangrejos caminaban de lado, no había tenido otra que responder, con muy mal humor, que porque eran tontos del culo. Tal vez fuera por el bagaje similar de la familia Warren, pero Mick siempre se había sentido muy a gusto entre los Devlin.

Aun así, seguían siendo los Devlin. Las andanzas de los miembros más salvajes de la extensa prole aún tenían el poder de preocupar y alarmar a Cathy. Hacía unas semanas, se había celebrado un funeral al que Mick no pudo asistir por motivos laborales. Su esposa, en cambio, sí acudió, y de su crónica se infería la típica ceremonia alborotada que los funerales de los Devlin tendían a ser. En un momento de la homilía, Dawn le dio un codazo a su hermana para preguntarle si había visto a Chris, un primo lejano al que

Cathy había atisbado entre la multitud que ocupaba el fondo de la capilla. Tras contestarle que sí, Dawn insistió en si *lo* había visto, y aclaró que se refería al tipo que iba con él. Entonces, Cathy escudriñó por encima del hombro, y justo al lado de su primo vio a un fulano tan alto como él que parecía estar haciendo todo lo posible por contenerse ante tan triste ocasión. Solo más tarde, en el velatorio, comprendió por qué estaba tan cerca de su primo Chris. Iban esposados el uno al otro. Aquel desconsolado sujeto, el mismo que había avergonzado a todo el mundo gritando a los cuatro vientos cuán maravillosa era la familia Devlin y lo mucho que le había conmovido el acto, era un funcionario de prisiones con ropa de civil, así como el encargado de vigilar a Chris durante aquel día de permiso. Robo a mano armada, al parecer.

Los parientes de su mujer componían una tribu pintoresca y variada que había crecido en el suelo negro y tiznado de los Boroughs, justo como los Warren. Ese era, sin duda, el motivo de que Cath no tolerase que la tierra autóctona desluciera sus moquetas. Las paredes de color pastel y la pulida mesa del comedor eran una barrera contra el fango acumulado en los orígenes de Cathy, pero Mick disfrutaba de esa serenidad esmerada y fiable. El único problema que se le planteaba ahora era verse reflejado en las puertas acristaladas de la vitrina. Sentado allí con la cara desgraciada, sorbiendo su té entre aquellos muebles decorosos, parecía un personaje salido de una película de George A. Romero, un zombi nostálgico que intentara recordar las costumbres de los vivos.

Aquella idea fugaz trajo consigo la vuelta de las erráticas e inexplicables ansiedades de antes. Seguía sin saber de dónde venían. ¿Le habría pasado algo en la cabeza mientras estaba inconsciente? Un derrame o algo, o tal vez uno de esos sueños que no podían recordarse pero que lo dejaban a uno sumido en un clima de malestar todo el día. ¿Qué se le habría pasado por la mente durante unos segundos tras volver en sí en St. Martin’s Yard? ¿Qué naderías había balbuceado mientras los ojos le ardían como

un volcán? ¿Cuál había sido su primer pensamiento al despertarse?

Con un escalofrío, cayó en la cuenta. Sencillamente, había pensado en mamá.

Su madre, Doreen Warren, de soltera Swan, había muerto hacía diez años, en 1995, y Mick seguía recordándola con cariño cada día porque aún la echaba de menos. Pero la echaba de menos como lo hacían los adultos, no con los matices de la voz interior que había escuchado nada más recuperar la conciencia. Esa había sido la voz de un niño perdido llamando a su madre, y no había sentido algo así desde que…

Desde que se despertara en el hospital a los tres años.

Dios santo. Mick se levantó de un saltó y volvió a sentarse nuevamente en el sofá sin saber por qué se había incorporado. ¿Por eso sentía aquella insidiosa zozobra? ¿Por un hecho intrascendente acaecido hacía más de cuarenta años? Aplastó su cigarrillo en el cenicero que había traído de la cocina y volvió a levantarse, esta vez para abrir una ventana y dejar que el humo se dispersara antes de que Cathy y los niños volvieran a casa desde el trabajo y el colegio. Con el objetivo ya cumplido, volvió a sentarse y a levantarse, y luego se sentó otra vez. Mierda. ¿Qué demonios le pasaba?

Todavía podía recordar la experiencia vivida a los tres años, cuando abrió los ojos en mitad de una sala de paredes grises y penetrante olor a desinfectante sin tener ni idea de dónde estaba o de cómo había llegado allí. Pieza a pieza, se obligó a reconstruir el olvidado incidente a partir de los retazos de información que se le escaparon a su madre en los días posteriores: cómo se atragantó con un caramelo en el patio trasero, cómo se quedó sin respirar, y cómo su vecino en St. Andrew’s Road lo llevó, inerte y sin vida, al hospital, donde le desobstruyeron la tráquea y le extirparon las amígdalas inflamadas, solo por prevención, antes de devolverlo a casa como nuevo para el fin de semana. Entonces pudo averiguar lo que le había pasado, pero solo de segunda mano. Al despertarse en presencia de una

enfermera extraña y de un doctor inclinado sobre él, no tuvo ningún recuerdo de las horas previas, de estar sentado en el jardín sobre las rodillas de su madre, de atragantarse, o de correr al hospital. En lo que a él concernía, aquella sala inhóspita y acre, llena de carteles de Mabel Lucie Attwell[70] clavados a las paredes con chinchetas, bien podía haber sido la de su llegada al mundo.

Aquello, sin embargo, había pasado hacía mucho tiempo. Esta otra vez, al despertarse tras el accidente laboral, hubo un instante en que su mente distó mucho de quedarse en blanco; un instante en el que Mick, de la nada, recordó un montón. El problema era que, en los segundos de pánico transcurridos al recobrar la conciencia, la súbita avalancha de recuerdos no fue la de un hombre de cuarenta y nueve años. Ni siquiera tuvo claro que esa fuera su edad, y al principio no entendió qué hacía en aquel solar repleto de barriles de acero. No pensó ni en Cathy, ni en los niños, ni en ninguna de las referencias que lo habrían anclado a su identidad en circunstancias normales. En aquellos segundos de ofuscación, fue como si las últimas cuatro décadas y pico de su vida nunca hubieran existido. Fue como volver a 1959 para despertarse con tres años en el Hospital General, solo que esta vez, pese a tener tres años, se acordaba de todo.

Todos los detalles del incidente en el jardín de atrás que había borrado de su memoria en la niñez resurgieron después de más de cuarenta años. Cierto era que adoptaron una forma comprimida y desordenada que se manifestó, sobre todo, como una vaga sensación de inquietud, pero, si se sentaba ahora a pensar, estaba seguro de que sería capaz de desentrañarlos, de poner a un lado aquella angustia para hilar el relato. Cerró los ojos tanto para evitar que le picaran como para concentrarse en la evocación. Vio el patio y el viejo establo que había al otro lado del murete de metro y medio, con los huecos negros de la cubierta formando una especie de crucigrama expedito allí donde faltaban las tejas. Los cojines del sofá que tenía debajo emularon el regazo de Doreen, y su huesudo eje de madera

sustituyó sus rodillas. Al hundirse en esa calidez ancestral sin dificultad o resistencia alguna, el espacioso salón que lo rodeaba se contrajo hasta formar un estrecho cercado de obra, y las partes traseras de los adosados se elevaron a izquierda y derecha bajo una descolorida y cochambrosa franja de cielo azul.

Por aquel entonces, los Boroughs eran un lugar completamente distinto, con un olor y un aspecto que no se parecían en nada a los del matadero de esperanza y alegría que era hoy. A decir verdad, el hedor del vecindario era mucho peor en aquellos días, al menos en el sentido más obvio y literal. En St. Andrew's Road, al norte, había una tenería que acumulaba en el patio grandes montones de unas misteriosas virutas color turquesa, una especie de golosinas carcinogénicas de fuerte aroma químico. Eran el resultado de la perniciosa sustancia azul con la que untaban la piel de las ovejas para quemar los folículos y que la lana saliera más fácilmente, pero el olor no era ni la mitad de malo que el que provenía del sur, donde una planta fabricaba cola a partir de desechos animales en St. Peter's Way. El viento del oeste portaba el perfume a aceite quemado propio de los ferrocarriles, así como un férreo regusto a antracita procedente de la compañía carbonera Wiggins, situada justo enfrente. De la dirección opuesta, cuando el sol del alba se elevaba sobre el húmedo tejado del establo, las ricas esencias de los Boroughs afloraban de las mismísimas calles en una avalancha olfativa que se precipitaba cuesta abajo desde el este: efluvios humanos hirviendo en un centenar de calderos de cobre, buena comida, mala comida, comida para perros, perros muertos, polvo de obra, flores silvestres, desagües rancios y chimeneas varias. Asfalto ardiente en verano, hierba helada de olor astringente en invierno y, predominando sobre todo, el río Nene, con su buqué verdoso y frío deslizándose desde Paddy's Meadow. En la actualidad, los Boroughs carecían de una fragancia distintiva que pudiera captarse con la nariz, pero, en los cilios de su corazón, sabía que apestaban.

En cuanto a St. Andrew's Road, el pequeño tramo de calle que le concernía ya no existía, pues había sido reemplazado por una tira de hierba que se extendía entre la base de Spring Lane y la de Scarletwell, únicamente adornada por unos pocos árboles y ocasionales carritos de la compra. Antes la ocupaban doce casas, dos o tres negocios y solo Dios sabía cuántas personas, todas en una explanada que ahora parecía un reino de jaulas rodantes volteadas. Fríos y rígidos, los garantes del sustento empaquetado de tres generaciones enteras yacían esparcidos por la zona como obsoletos muñecos de alambre que hubieran dejado de interesar, al fin, a los monos de aquel laboratorio.

Sentado en el sofá de su salón en Kingsthorpe, Mick dejó que su mente goteara sobre calles perdidas y canaletas desvanecidas para empaparse del pasado. Vio el estrecho callejón que discurría tras los patios de los adosados en paralelo a St. Andrew's Road, con una única y caduca farola de gas a medio camino. Los adoquines de la antigua bocacalle y la base truncada de la vieja farola —un irregular anillo de hierro, colmado de tubos y cables mal cortados, que parecía el cuello de un robot decapitado y enterrado— persistieron entre la grama durante los años posteriores a la demolición de las casas. Ahora habían desaparecido, engullidos por la vegetación o por la enorme valla que delimitaba el patio de recreo de la escuela Spring Lane; un perímetro, este, que había avanzado ligeramente hacia el oeste en los treinta años, o así, que habían pasado desde que derribaran la calle de su infancia y dispersaran a sus habitantes al viento. Ya no quedaba nadie que pudiera oponerse a la imparable invasión del campo de juegos. En unos veinte años, aquella itinerante cerca metálica llegaría al arcén de la propia Andrew's Road, donde tendría que esperar otros pocos siglos antes de cruzar.

La calle, bautizada así por el priorato homónimo que antaño se alzaba al norte, en el extremo colindante con Semilong, llegó a marcar el límite occidental de la ciudad en el siglo XIII, cuando el área de lo que ahora eran los

Boroughs constituía la totalidad de Northampton. Por la época, los lugareños y la «Bachelerie de Northampton» —la población estudiantil de la urbe, notoriamente radical y antimonárquica— apoyaron a Simón de Montfort y a sus barones rebeldes contra el rey Enrique III y las cuatro docenas de ricos burgueses que, desde la firma de la Carta Magna cincuenta años antes, habían gobernado el lugar, saqueado su riqueza y servido de predecesores para los cuarenta y ocho concejales que todavía manejaban el cotarro en la actualidad, en 2005. Sin embargo, en la década de 1260, el airado rey Enrique envió un contingente de soldados a aplastar la revuelta con extrema crueldad. El prior de San Andrés, un francés de la orden cluniacense, se alineó con la familia real normanda y dejó entrar a los hombres del rey a través de un pasaje de la muralla del priorato, más o menos situada en la calle donde la casa de los Warren se construiría después. Las tropas saquearon e incendiaron la hasta entonces próspera y agradable ciudad, mientras que, en represalia contra los alborotados estudiantes, se decidió que fuera Cambridge, y no Northampton, la que acogiera los centros de enseñanza. Según Mick, el castigo y la alienación de su tierra natal empezaron entonces, y el proceso había continuado hasta el presente. Niégate una sola vez a comer mierda, y los poderes fácticos se asegurarán de que cenes una humeante ración doble durante los ochocientos años siguientes.

En aquel día de 1959, el barrio parecía una manta mohosa extendida en pleno verano, con briznas de hierba desvaída parcheando su particular forro deshilachado. Tras las ventanas de plexiglás ahumado, las fábricas repicaban a intervalos y arrojaban chispas de acetileno en breves y abruptas sacudidas. Los vencejos gorjeaban en las cornisas al rojo de aquellas calles empinadas, atravesadas por mujeres tocadas con pañuelos a cuadros que iban cargando estoicamente con sus bolsas de la compra y, también, por ancianos que a las tres y diez aún estaban tratando de llegar a casa, aturdidos tras un almuerzo rápido y unas partidas de dominó en el Sportsman's Arms. La escuela que había

más allá del amarillento patio de recreo, desierta por las vacaciones, resultaba ensordecedoramente silenciosa a causa de los no gritos de sus doscientos alumnos ausentes. La tarde transcurrió agradable y anodina. Los bloques de pisos no se habían construido aún. Y, a pesar de las demoliciones, la capa de polvo color rubio arena que cubría el vecindario solo evocaba el estío y la playa.

El frente de la casa adosada estaba vacío, pues su padre, Tommy, aún se encontraba trabajando en la fábrica de cerveza de Earl's Barton, y los demás miembros de la familia se hallaban en el patio trasero disfrutando del buen clima. El hueco que encuadraba la descolorida puerta roja de la entrada quedaba separado del desgastado pavimento de St. Andrew's Road por tres escalones, y junto al primero de ellos, en la pared, había un limpiabarros de hierro negro cuya utilidad no entendió hasta que tuvo unos diez años. A la derecha de la puerta, según se llegaba, había una rejilla de metal al nivel del suelo que servía para ventilar el oscurísimo almacén de carbón del sótano, y justo encima estaba la ventana del salón, con un cisne de porcelana que observaba desconsoladamente los solares de Wiggins, las vías férreas cubiertas de herrumbre y correhuelas que se extendían más allá, y los pocos coches que pasaban. A la izquierda de la puerta principal había un bajante colectivo, y luego estaban la entrada y las ventanas de la señora McGeary, que tenían al lado un ajadísimo portón de madera que daba acceso a un patio adoquinado y a los destartalados establos de la parte posterior.

Después de subir los escalones y de cruzar el umbral del número diecisiete estaban el felpudo de color coco y el pasillo, con sus espectrales flores ocres desvaneciéndose en el papel de la pared y donde una luz de tonos papel matamoscas caía sobre los abrigos que colgaban del perchero. La primera puerta a la derecha daba a la solitaria sala de estar, con el rotundo reloj de pie, el sofá de crin de caballo, el sillón, la estufa de parafina, una reluciente vitrina para una vajilla muy elegante que apenas se usaba y una enorme televisión alquilada, del tamaño de un mantel,

que estaba alojada en un mueble cuyas puertas disimulaban la pantalla. La segunda salida del pasillo conducía a un salón igualmente vacío y, justo al fondo, las escaleras que ascendían hacia el piso superior aparecían enmoquetadas con un retorcido diseño marrón que recordaba a un pudin de Navidad con forma de amento. La primera planta de la vieja casa albergaba la habitación que compartía con Alma en la parte de atrás, justo al final de la escalera; luego, tras torcer y pasar al rellano, estaba el cuarto de su abuela, también orientado hacia el angosto patio trasero semicubierto con forma de «L». El dormitorio de Tom y Doreen, que era el más espacioso de la casa, corría en paralelo al otro extremo del rellano, de modo que sus ventanas dominaban Andrew's Road y se situaban justo encima de la del resignado cisne blanco de porcelana. Deshabitado durante gran parte del día, Mick consideraba que la naturaleza nocturna de aquel piso le infundía un aire siniestro y ligeramente escalofriante. Cuando sus pesadillas infantiles se ambientaban en casa, las partes más aterradoras siempre tenían lugar allí arriba.

La planta baja era demasiado acogedora como para inspirar miedo, pese a las sombras de una cocina casi siempre en penumbra y las del salón, que daba al lúgubre pasillo. El espacio allí era escaso, ocupado como estaba por una mesa de comedor extensible con dos sillas a juego, un taburete y una resistente silla de madera que completaba el conjunto. Dos cómodos sillones (uno de ellos había provocado que John, el primo de Mick, se cayera por la ventana hacía unos años) flanqueaban una chimenea de hierro con aspecto de cráter meteórico (Eileen, la hermana de John, se había caído de bruces contra ella por la misma época), y la diminuta estancia también albergaba un enorme aparador con aspecto de sarcófago. Una moldura de yeso, dispuesta en su día como presumible decoración, bordeaba los extremos del techo y lo hacía parecer aún más bajo de lo que era. En el mural de fotos de la pared opuesta a la chimenea había viejas fotografías desvaídas insertadas en marcos muy pesados, imágenes en beige y sepia que

retrataban a hombres de sonrisa cómplice, ojos vivarachos y cejas muy pobladas: William Mallard, bisabuelo de Mick, y Joe Swan, marido de su difunta abuela y, por tanto, su abuelo por parte de madre, con un mostacho que parecía más ancho que sus hombros. Había una tercera foto en la que aparecía otro hombre, pero Mick nunca se había molestado en preguntar quién era y tampoco nadie se había molestado nunca en decírselo. Cada vez que oía hablar de la muerte de algún pariente desconocido, se le venía a la mente el rostro de aquel extraño. Una semana podía ser el tío Cecil, hermano de su abuela, y a la siguiente el primo Bernard, ahogado durante la guerra al intentar rescatar a sus compañeros en un buque hundido. Durante una desconcertante quincena llegó a ser Neville Chamberlain, pero Mick se acabó percatando de que el ex primer ministro que había intentado aplacar a Hitler no era ningún familiar cercano.

En el muro que separaba la sala de estar del salón había una abertura con una vidriera policromada; un emblema floral amarillo intenso, verde esmeralda y rojo oporto. Algunas tardes, cuando el sol se ponía tras las vías de St. Andrew's Road a la hora del té, un haz de luz casi horizontal atravesaba la ventana del vestíbulo, se reflejaba en la cabeza gacha del cisne de porcelana, refulgía a través del cristal tintado, penetraba en el salón y derramaba una asombrosa y titilante franja de colores intangibles sobre el anodino frontal de la radio, colgada entre la ventana del patio y la puerta de la cocina.

La diminuta cocina, con sus paredes blancas pintadas al temple y sus gélidas losetas rojas y azules, estaba separada del salón por un pequeño escalón. Justo al entrar, la puerta del sótano quedaba a la izquierda, y en lo alto de sus escaleras podía verse una fresquera para la carne. A la derecha estaba la puerta trasera, que daba a la mitad superior del patio, y un poco más allá había un fregadero de piedra basta con un único grifo de latón para el agua fría, lleno de verdín y ubicado bajo una ventana solitaria. En el lado opuesto se hallaban la estufa de gas, una vieja

mesa de cocina devorada por la carcoma y un traicionero escurridor de ropa, a lo que se sumaba, colgado de un clavo, el barreño de zinc de tamaño universal que la familia usaba para sus abluciones. Cuando era menester, lo llenaban hasta la mitad con el agua caliente de la caldera de cobre, un cilindro de color plomizo, cubierto de gotas de condensación, que estaba en el extremo de la habitación, junto a una chimenea tapada con tablones. Mick recordó que, al lado de la caldera, había una vara de madera que se empleaba para remover la colada a fuego lento, con un extremo empapado y romo por el uso continuado, con las fibras convertidas en un limo cadavérico, y con un tinte cianótico a causa del exceso de Reckitt's Blue, un producto zafirino que venía en bolsitas de tela y que se añadía a la ropa para que las sábanas y las camisas exhibieran siempre un blanco ártico. Evocó los estantes, que no eran más que unos inmundos tablones sostenidos con soportes y combados por el peso de cacerolas, sartenes y un molde para púdines que presentaba, solidificado en el mosaico agrietado de su fondo, un turbio pegote ambarino.

El día en cuestión, Clara, la abuela de Mick, se encontraba trabajando silenciosa y metódicamente en la cocina, ocupándose de varias tareas al mismo tiempo tal y como había aprendido a hacer cuando era sirvienta. Clara Swan, que murió a principios de la década de 1970, debía de rondar los sesenta años por aquella época, pero sus nietos la percibían tan vieja y autoritaria como un papiro bíblico. Lo que le faltaba en estatura le sobraba en porte, hasta el punto de que nadie notaba que no fuera alta. Se mantenía erguida como una marfileña pieza de ajedrez marcada por años y años de torneos, y era tan impasible como paciente y decidida. En sus fotos de juventud siempre salía delgada y sobria, y hacia 1959 estaba hecha un verdadero palo, con su largo pelo plateado, que le llegaba hasta la cadera, recogido en un pulcro moño. Su esbelta figura y el cabello lanoso que la coronaba la hacían parecer una fregona, pero solo si uno consideraba las fregonas como objetos de una dignidad sencilla, eternamente útiles y

fiables, y venerables como un cetro, y no tanto como esas herramientas domésticas de baja estofa que podían encontrarse en la mayoría de las cocinas.

La casa del número diecisiete era suya, era su nombre el que figuraba en los recibos, y por tanto la gobernaba sin discusión. Nunca se imponía porque nunca lo necesitaba. Todos sabían dónde estaban los límites, y a nadie se le ocurría traspasarlos. Su poder era menos obvio, pero a la postre más impresionante, que el que ejercía May, la otra abuela de Mick. May Warren era un rinoceronte hecho mujer, uno que se abría paso a base de gruñidos de advertencia, bofetadas amagadas y una conducta que, en general, se fundamentaba en el matonismo. La sutil Clara Swan, por contra, jamás necesitaba alzar la voz o amenazar. Sencillamente, actuaba de manera rápida y eficiente. A los dos años, Alma ya era la más imprudente e impetuosa de la casa, y cuando una vez intentó morder a Clara, la mujer ni gritó ni le levantó la mano. Se limitó a devolverle el mordisco hasta rasgarle la piel, y lo hizo con fuerza suficiente como para que a la hermana de Mick no se le volviera a ocurrir nunca, jamás, matar a dentelladas a otra persona. Ojalá la hubiera curado también de sus ansias estranguladoras, caviló Mick. O de sus intentos de utilizar gas venenoso, como aquella ocasión en la que persuadió a su hermano menor de quedarse con ella en la cocina mientras prendía un trozo de azufre amarillo mostaza. O de sus pinitos como cazadora pigmea, que la llevaron a lanzarle un dardo con una cerbatana. En serio. Por ser honestos, debía reconocer que hasta las técnicas de modificación de la conducta de su abuela tenían sus limitaciones.

El caso era que, durante aquella tarde soporífera, Clara estaba en la cocina cortando tocino, horneando un pudin de pan, hirviendo pañuelos y pasando de una tarea a otra sin quejarse, sola allí entre el aroma de sus caldos y cocciones. La puerta de atrás, mal encajada, se hallaba abierta para aprovechar el buen clima y airear la casa, de modo que a la anciana le llegaba flotando la cháchara entre su hija Doreen

y los niños, que estaban sentados fuera, en el fino damero resquebrajado de azulejos rosas y azules que conformaba el nivel superior del apretado jardín trasero de la casa.

Sentado ahora en la serena y relativa amplitud de su salón en Kingsthorpe, y afligido por unas punzadas que le llegaban desde la línea del pelo —en honorable repliegue, que no en retirada— hasta el hoyuelo de la barbilla, intentó reconciliar los abarrotados confines de su niñez con el entorno funcional de su madurez, más propio de cómics como *TV Century 21*. Volvió a observar el reflejo de su cara desollada en los cristales de la vitrina y decidió que, dada la gravedad de su aciago aspecto, el héroe que mejor se le amoldaba era el Capitán Escarlata, capaz de recuperarse de cualquier herida. Luego, trató de conectar al adulto moderadamente feliz en el que se había convertido con el niño insoportablemente feliz que solía ser a los tres años, y se sorprendió de que el vínculo fuese tan continuo y fluido, de que sus recuerdos de juventud no estuvieran ni empañados por la desdicha ni aquejados de esa lamentable nostalgia que percibía en los demás cuando hablaban de su mocedad. La vida era estupenda entonces y seguía siéndolo ahora. Simplemente era una vida distinta, pues distintos eran los ojos que la contemplaban y distinta, o casi, la persona que la experimentaba.

Lo más llamativo del pasado, al menos tal y como Mick lo recordaba, no radicaba en las evidentes diferencias en el modo de vestir, en las cosas que hacía la gente o en la tecnología que empleaban para ello. Era algo que no podía captarse o describirse con precisión, una agradable y perturbadora sensación de extrañeza que lo asaltaba cuando veía fotos olvidadas o cuando, de repente, se acordaba de momentos particularmente vívidos. Le sobrevenía como un vago aroma fugaz en el aire, un estado de ánimo irrepetible que resultaba tan singular y específico respecto a un tiempo y lugar como lo eran el clima o la forma de las nubes en un día concreto. Supuso que esa cualidad singular que intentaba verbalizar no era más que la extraordinaria textura del pasado, el tacto que tendría si hubiera podido

rozar su superficie con las yemas de su memoria. Era el tapiz de su experiencia, compuesto por una incontable gama de espirales y relieves, de detalles casi indistinguibles. El zurcido del deshilachado paño de cocina que colgaba de la puerta trasera, seco, almidonado y con su perenne forma acodada, impregnado de agua sucia y jamón cocido. Los hoyos del tamaño de dedos en los bloques que delimitaban los arriates de la abuela, justo al lado de los desvaídos azulejos rojos y azules del sendero. Un hormiguero secreto excavado en el cemento suelto de los dos tabiques exteriores de la cocina, junto a los escalones que conducían al nivel inferior del patio cerrado. El sutil perfume a tierra mojada, lluvia reciente y ladrillo recalentado por el sol que imperaba en aquella tarde.

Con un leve sentimiento de rencor, concluyó que el incidente que estuvo a punto de costarle la vida aquel día en el patio trasero fue consecuencia directa del hecho de ser pobre. Si no hubiera nacido en los Boroughs, no se habría sentado al sol en el jardín, sobre el regazo de su madre, a chupar un caramelo para la tos potencialmente letal.

Mick —o Michael, que era como lo llamaban por entonces— llevaba una semana con la garganta inflamada. Cuando el remedio casero de Doreen, consistente en nueces de mantequilla rociadas de azúcar en polvo, se demostró ineficaz, su madre lo arropó y lo llevó a la consulta del doctor Grey en Broad Street, cerca del Mayorhold. Aunque ni él ni su familia reparaban en ello por la época, Mick comprendía ahora que los médicos que se ocupaban del vecindario odiaran cada minuto de trabajo, pues atender un área tan pobre e ignorante resultaba ingrato y poco reconocido. Los Boroughs eran lo que eran, y la propensión a la enfermedad de sus gentes les obligaba probablemente a esforzarse mucho más que sus distinguidos colegas. Seguro que acabaron detestando la aparición de todas esas madres alarmistas, vestidas con abrigos de color tofe y con trapos por pañuelos, que ponían a sus escuálidos mocosos a desfilar por los consultorios al primer estornudo. Dedicar cinco minutos de fingido interés a aquellos críos sibilantes

debía de ser agotador. Tal fue la actitud que adoptó el doctor Grey con Mick y Doreen en aquella ocasión. Tras apuntar una linterna hacia el enrojecido e inflamado gaznate de Michael, dio un gruñido y expuso su diagnóstico.

—Tiene la garganta irritada. Dele caramelos para la tos.

La madre de Mick no dudó en asentir seria y obedientemente. Era un médico el que le hablaba, y los médicos habían estudiado y sabían latín. Ella le había traído a un niño con la garganta dolorida y una sensación de irritación, y él era alguien que, de solo un vistazo, había visto claramente que aquel era un caso casi de libro, una irritación de garganta que requería la aplicación inmediata de una bolsa de caramelos mentolados. Comparada con cuando la laringitis se curaba con exorcismos, la medicina pública de la década de 1950 parecía todo un avance. Sea como fuere, los padres de Mick y Alma daban gracias por ella, y Doreen reconoció los consejos del buen doctor con emotiva sinceridad antes de embutir a Mick en su trenca para llevarlo de vuelta a St. Andrew’s Road. Por el camino, probablemente, pararía en el quiosco de Botterill, en el Mayorhold, para comprar las golosinas medicinales que les habían prescrito.

Y así fue como acabó en el patio trasero, vestido con su pijama y su bata de tartán, retorciéndose en el regazo de Doreen mientras ella se recostaba en la silla de madera de respaldo curvo que había traído del salón. Su madre estaba sentada justamente bajo la ventana de la cocina, dándole la espalda y con las patas traseras de la silla apoyadas en el borde del desagüe de la cocina, unos treinta centímetros de tubería que corrían por debajo de la ventana hacia un sifón cercano al hormiguero y oculto junto a los tres escalones del jardín. El reino de las hormigas era propiedad de su hermana mayor, y, tal y como ella solía explicar, lo era por derecho de primogenitura. En su defensa, no obstante, debía decir que, el día que Alma se puso a jugar a Sodoma y Gomorra con los insectos, dejó que Mick fuera una

especie de ángel becario vengador a las órdenes de Jehová, que por supuesto era ella. Su misión consistió en reunir a los huidos de las «ciudades de la vega», pero Alma lo despidió por aplastar con medio ladrillo a uno de los reos de seis patas para evitar que huyera. Su hermana, que hasta el momento había estado ahogando o incinerando hormigas, se volvió hacia él totalmente indignada.

—¿Por qué has hecho eso?

El pequeño Mick parpadeó ingenuamente.

—No dejaba de escaparse, así que la he aturdido.

Medio cegata ya por entonces, Alma bizqueó hacia la hormiga en cuestión, que había perdido por completo una de sus dimensiones, y luego bizqueó hacia su hermano con horrorizada incomprensión antes de marcharse a jugar sola dentro de la vivienda.

Alma estaba en casa aquella tarde en virtud de las vacaciones escolares, aunque quizá deseara estar en el parque o en el prado en lugar de allí, recluida en el jardín trasero con su madre y con los graznidos del inútil de su hermano. Mientras Doreen y Mick se hallaban sentados en la zona superior, su hermana mayor, por entonces una cría rechoncha de cinco o seis años, no dejó de pulular enérgicamente por los confines enladrillados del patio como una polilla atrapada en una caja de zapatos. Con sus rodillas blancas oscilando arriba y abajo cual bolas de masa rellena, bajó y subió los tres escalones de piedra una docena de veces, y luego se puso a correr en círculos por el recinto de tres por tres metros, la mitad de pavimento y la mitad de tierra negra, que era el jardín inferior. Sin nadie que la persiguiera, se escondió dos veces en el retrete exterior y una vez en el estrecho rectángulo de cemento adyacente, que no tenía salida y quedaba a la izquierda si uno se sentaba en la taza mirando hacia afuera.

En la mente de Mick, aquel pequeño cobertizo y su tejado de pizarra, sin cisterna ni luz eléctrica, destacaba entre los signos de pobreza de la familia Warren. A los seis años o así, se dio cuenta de que el váter trasero suponía una vergüenza incluso en un vecindario poco sospechoso de

nadar en la abundancia. Hasta su abuela, que vivía en una casa de Green Street iluminada con gas, disfrutaba de una cisterna en el lavabo. Sus viajes al baño tras la puesta de sol no requerían llevar un titilante candelabro a lo Wee Willie Winkie[71] ni llenar hasta el borde un enorme cubo de latón en el grifo de la cocina, circunstancias que sí eran habituales en St. Andrew's Road.

De niño odiaba tener que ir al retrete exterior por la noche y evitaba hacerlo; prefería aguantarse o usar el orinal de plástico rosa que había bajo su cama y la de Alma. Por un lado, él era de constitución débil, no una enorme mole torpona como su hermana. Ella podía recorrer el sendero del jardín con paso firme y seguro mientras sostenía el cubo lleno de agua con una mano y la vela con la otra, pero él apenas podía levantar ese cubo con las dos manos; solo habría conseguido tambalearse cómicamente hasta los peldaños del jardín antes de verterse encima su helado contenido y/o chamuscarse los rizos rubios con un movimiento imprudente del candil.

En cualquier caso, si en su embrionario estado querúbico se las hubiera apañado para transportar con éxito el pesado balde, el patio por las noches era un territorio distinto e ignoto, demasiado escalofriante para afrontarlo solo. El desdentado establo que había al otro lado de la pared posterior era una misteriosa pendiente de tejas plateadas por la que las susurrantes aves nocturnas iban y venían aprovechando las aberturas. Su inclinación destartalada y gris, llena de alhelíes y dientes de león emergiendo de entre sus grietas, era una abrupta rampa que guiaba hacia la noche. La diminuta franja de metro por metro y medio que había entre el baño y la pared del jardín era lo bastante grande como para albergar un fantasma, una bruja o un verdoso Frankenstein, y aun así habría sobrado sitio para esos diablillos negros y puntiagudos, parecidos a castañas churruscadas, que solían aparecer en las tiras del oso Rupert. Durante la niñez, Mick siempre tuvo la impresión de que el patio trasero de St. Andrew's Road se convertía, por las noches, en una avenida repleta de

monstruos y fantasmas, aunque tal vez fuera porque así se lo aseguraba su hermana. Ciertamente, era la sensación que daba.

Alma no tenía problemas. No solo era lo bastante grande como para levantar el cubo, sino que siempre se había sentido muy muy cómoda con todo lo escalofriante. De hecho, Mick creía que era una cualidad a la que aspiraba activamente. Nadie acababa como su hermana si no era a propósito. Aún recordaba cuando a él, con ocho años, le dio por coleccionar minúsculos batallones de modelismo: soldados británicos de dos centímetros hechos de plástico ocre, francotiradores del tamaño de hormigas arrastrándose sobre sus vientres, otros a bayoneta calada con una pierna en alto, e infantería prusiana de color gris azulado congelada en el acto de arrojar unas graciosísimas granadas con forma de rodillo. Las cajas de cartón, con su frontal transparente, traían unas cinco peanas de consistencia cérea, y en cada peana habría unos doce soldados que venían pegados por la cabeza y que había que girar y liberar antes de poder jugar con ellos. En mitad de una de sus elaboradas campañas —Legión Extranjera Francesa contra Confederados de la Guerra Civil— cayó en la cuenta de que ambos ejércitos se hallaban inusualmente diezmados. Descartada la deserción, acabó averiguando que su hermana mayor le había estado robando soldados a puñados para llevárselos por las noches (junto con la vela y el cubo) al retrete de fuera. La niña había descubierto que, si quemaba las cabezas de las figuritas con la llama, las bolitas azules de polietileno caliente se precipitaban espectacularmente sobre el cubo, produciendo a su paso un sonido sobrenatural —*vvwip*, *vvwip*, *vvwip*— que concluía con un siseo cuando el plástico al rojo impactaba contra el agua helada. Se la imaginó allí, sentada en la gélida taza de madera, rodeada de paredes encaladas, al lado del clavo doblado del que colgaba su improvisado papel higiénico (hojas sueltas de tabloides como *Tit-Bits* o *Reveille*), con las bragas azul marino bajadas hasta sus balanceantes tobillos, y con una cara de entusiasmo iluminada por los siniestros

reflejos añiles de algún diminuto centurión convertido en candela romana. ¿A quién podía sorprenderle que no le importara toparse con acechantes espectros de jardín? Seguro que estos salían corriendo en cuanto oían sus pisotones y el repiqueteo del cubo.

Aquella tarde en particular, con su hijo enfermo de tres años en el regazo, Doreen no tardó en hartarse de que las estampidas de su hija mayor quebraran la paz y el sosiego que, por lo demás, reinaban en el patio.

—Ay, Alma, ven y siéntate, que nos vas a volver a tos locos. ¿Ta dao el baile de San Vito o qué?

Al igual que Mick, su hermana solía hacer caso de lo que le decían sin rechistar, pero había llegado a la conclusión de que obedecer con excesivo entusiasmo podía ser bastante más divertido que desobedecer y mucho más difícil de demostrar o castigar. Dócilmente, subió los escalones y se sentó con las piernas cruzadas sobre los cálidos y polvorientos azulejos que había bajo la ventana del salón. Acto seguido, sonrió a su madre y al bebé convaleciente con unos ojos que irradiaron sinceridad.

—Mamá, ¿por qué está Michael ronco?

—Ya sabes por qué. Está ronco porque tiene la garganta irritá.

—¿Va a convertirse en rana?

—No. Te he dicho que tiene la garganta irritá. No va a convertirse en ninguna rana.

—Si Michael se convierte en rana, ¿me la puedo quedar?

—Que no va a convertirse en rana, te digo.

—Pero, si se convierte, ¿lo podría guardar en un tarro?

—No va a… ¡No! ¡Claro que no! ¿¡Cómo que en un tarro!?

—Papá podría coger un destornillador y hacerle unos respiraderos en la tapa.

Las conversaciones entre Alma y Doreen siempre llegaban a un punto en el que su madre cometía el enorme error estratégico de empezar a discutir acorde a la lógica de su hermana, lo cual la llevaba irremediablemente al

desconcierto.

—¿Cómo vas a guardar una rana en un tarro? ¿Qué iba a comer?

—Hierba.

—Las ranas no comen hierba.

—Sí que lo hacen. Por eso son verdes.

—¿En serio? Pos yo eso no lo sabía. ¿Tas segura?

En aquel momento, Doreen agravó el error táctico previo dudando de sus capacidades intelectuales como adulta en favor de las de su hija pequeña. La madre de Mick no se consideraba ni cultivada ni muy lista, así que confiaba constantemente en cualquiera que pudiera tener, a su juicio, una comprensión más elevada de las cosas. Para su desgracia, en esa categoría incluía a Alma, y lo hacía porque su hija, aun con cinco años, no solo fingía saberlo todo, sino que lo afirmaba con tal seguridad que era más sencillo seguirle la corriente que contradecirla. Todavía recordaba aquella ocasión en la que su hermana, a los ochos años, llegó de la escuela pidiendo alubias sobre pan tostado, un plato que había oído mencionar a sus compañeras de clase pero que era desconocido para Doreen. La mujer le preguntó cómo lo preparaban las madres de sus amigas, a lo que Alma respondió insistiendo en que se untaban alubias frías sobre una rebanada de pan que, luego, se ponía a tostar en la chimenea con ayuda de un tenedor. Lo increíble fue que Doreen acometió el experimento basándose únicamente en las palabras de su hija, y no cayó en aplicar la primacía de su sentido común hasta haber llenado el hogar de alubias horneadas, salpicones de salsa de tomate y hollín en suspensión. Eso, o algo similar, era lo que pasaba cuando la gente se tomaba en serio a su hermana. Si no hubiera tenido la garganta tan áspera como un papel de lija, se lo habría explicado a su madre allí mismo, entre los claroscuros del patio superior. En su lugar, cambió de postura sobre sus resbaladizas rodillas, gimoteó un poco y la dejó proseguir con la ridícula discusión en la que se había empantanado. Presa de la emoción, Alma asintió con vehemencia y argumentó su absurda

aseveración.

—¡Claro! Todos los animales que comen hierba se vuelven verdes. Nos lo han dicho en la escuela.

La mentira era tremenda, pero jugaba con las inseguridades de una persona consciente de haberse educado con las carencias de la década de 1930. En 1959 se oían ideas de lo más asombrosas, como lo de los Sputnik y tal, así que ¿cómo estar al tanto de los hechos increíbles e inéditos que se enseñaban en las escuelas modernas? Decimales, divisiones largas y un montón de cosas que Doreen apenas había tratado en sus días de colegio. ¿Quién era ella para dudar de nada? Aquel asunto de los animales verdes que comían hierba podía ser un hallazgo reciente. En todo caso, albergaba dudas. Al fin y al cabo, fue Alma la que le dijo que vertiendo limonada en leche hirviendo podía obtenerse una especie de batido de fruta caliente.

—¿Y qué pasa con las vacas y los caballos? ¿Por qué no son verdes, si comen hierba?

Alma, impasible, disipó aquella vacilante apelación a la lógica.

—Algunos son verdes. Y los que no lo son se vuelven verdes cuando comen hierba suficiente.

Con algo de retraso, la madre de Mick se dio cuenta de que estaba adentrándose en las absurdas arenas movedizas que había bajo la coleta, la raya al medio y el pasador de mariposa que adornaban la cabeza de Alma. Entonó un ligero grito de protesta al sentir que la realidad se hundía bajo sus pies.

—¡Nunca he visto una vaca verde! Alma, ¿no te lo estarás inventando to, verdá?

—No —respondió, con tono dolorido y lleno de reproche.

Doreen seguía sin estar convencida.

—¿Y por qué no he visto ninguna? ¿Por qué no he visto vacas o caballos verdes?

Sentada bajo la ventana del salón, Alma miró a su madre asépticamente, sin dejar que sus grandes ojos de color gris amarillento parpadearan ni una sola vez.

—Nadie puede verlos, porque se camuflan con el campo.

A pesar del severísimo tono de la afirmación, o tal vez a causa del mismo, Mick fue incapaz de contener la risa. Por suerte, su garganta destrozada lo hizo por él, pues la carcajada emergió como un chirrido seco que, hacia la mitad, estalló en una serie de toses cuasi pirotécnicas. Doreen clavó la mirada en su hija.

—¡Mira lo que has conseguío con tus dichosas vacas verdes!

Sorprendida por la súbita maniobra dialéctica de su madre, Alma se sintió perdida por vez primera y no supo cómo reaccionar. Controlaba su propia irracionalidad, pero no la ajena. Doreen se centró en su hijo pequeño, que tosía y lloraba sobre su rodilla.

—Ay, pobrecillo. ¿Te duele la garganta, patito mío? Enga, ten, tómate el revitalizante que ta mandao el médico.

«Revitalizante» era como llamaban a los caramelos en los Boroughs; una equivalencia que, ahora que lo pensaba, jamás había oído fuera del barrio o, más aún, de las casas de la gente que se había criado en él. Mientras sostenía a Michael en el regazo con un brazo alrededor de la cintura, Doreen hurgó en su bolsillo en busca del tubo cuadrado de papel de aluminio que había comprado en Botterill, y al final consiguió sacar el paquete de caramelos de cereza y mentol. Con las largas uñas de una mano y algo de destreza, logró abrir el extremo del envoltorio, extraer una pastilla y retirar el papel encerado que la preservaba, donde la palabra «Tunes» aparecía repetida en letras diminutas de un rojo medicinal.[72] Se disculpó por el manoseo y puso la pegajosa gema carmesí sobre los labios de Michael, que había abierto la boca como un pajarillo para que ella pudiera colocarle el cuadradito cristalino en la lengua. Lentamente, el niño chupó la golosina apretando las esquinas romas contra el paladar y las encías, sobre todo contra las del fondo, blancas e irritadas por la incipiente aparición de los dientes.

Doreen permaneció sentada y observó a Michael cariñosamente, con su enorme rostro ocultando casi toda la franja de cielo azul que resultaba visible entre los tejados de los Boroughs. Debía rondar los treinta años por aquel entonces, porque seguía guapa y esbelta, con sus facciones alargadas y su cabello ondulado y negro. Había perdido esa belleza espectral y ultraterrena, propia de una estrella del cine mudo, que lucía en las fotografías que Mick había visto de su juventud, pero aquellos ojos grandes, acuosos y soñadores los había reemplazado por una cualidad más cálida y menos frágil; por la apariencia de alguien que había crecido satisfecha de ser quien era y que ya no tenía que llevar dolorosos pendientes de clip. Él le devolvió la mirada mientras chupeteaba una y otra vez el caramelo, que fue desgastándose por la acción de su saliva tintada de cereza hasta transformarse gradualmente en una delgada lámina rosada. Sonriendo, su madre le apartó un mechón rebelde de su frente roja y sudorosa.

Fue entonces cuando tosió. Tosió hasta que la falta de aire le obligó a dar una gran bocanada para llenar de nuevo los pulmones. En algún momento de esta farfullante y confusa actividad bronquial, Mick aspiró el caramelo. Y, como un tapón a la deriva que bloqueara la corriente tras verse arrastrado hacia el desagüe, la golosina se quedó atascada justamente en la estrechura de su tráquea inflamada.

Con una horrible nitidez que le hizo apretar el brazo del sillón en su pacífico salón de Kingsthorpe, Mick evocó la terrible sensación de saber que había dejado de respirar, un recuerdo del que se había librado hasta volver a la vida durante el accidente del día anterior. Rememoró la súbita y desconcertante conmoción, la comprensión de que algo iba tremendamente mal y la incertidumbre de desconocer la causa. El acto de respirar era algo que pasaba inadvertido hasta que uno dejaba de hacerlo.

El pánico de aquel momento fue abrumador, pero Mick se abstrajo de él y se refugió en lo más profundo de su ser. Los sonidos y movimientos del jardín le parecían muy

lejanos, al igual que la opresión angustiosa y atenazante de su pecho. Sus ojos vidriosos se clavaron en el rostro de su madre, cuya expresión pasó del desconcierto a la ansiedad en cuestión de segundos. Desde su perspectiva disociada, sabía que la causa de su zozobra era él, pero ignoraba qué había hecho para agobiarla de tal modo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Mamá, ven corriendo! ¡Michael se está asfixiando!

El menguante ojo de buey que era el campo visual de Michael oscilaba frenéticamente de un lado para otro, pero, de repente, el rostro demudado de su abuela apareció en el encuadre, con la tensión reprimida por el brillo de su mirada de rapaz. Desde lejos, notó unos impactos fuertes y repetitivos, propios de alguien que estuviera aporreando la televisión para recuperar la señal. Su madre o su abuela debían de estar dándole golpes en la espalda para intentar, sin éxito, sacarle el caramelo. Tuvo la sensación de que un animal de sabor metálico, parecido al de los peniques, intentaba subir por su garganta, así que mordió instintivamente los dedos de su madre mientras esta intentaba retirarle el cuerpo extraño. Unas voces de mujeres gritando y gimoteando emergieron en la distancia, aunque no creyó que tuvieran nada que ver con él.

En un instante dado, la imagen del jardín se puso del revés, lo cual, según le contaron luego Alma y su madre, debió coincidir con el momento en que Doreen lo colgó de los tobillos con la esperanza de que la gravedad obrara el milagro que sus esfuerzos no habían logrado. Mick recordó haber visto una cara roja e invertida, algo del todo anómalo e inédito, a medio camino entre un perro y un tomate, que se asemejaba a una careta diablesca y que no reconoció como el rostro consternado y sollozante de su hermana. A medida que se desvanecía, su corta vida y todas sus anécdotas le parecieron un extraño cuento ilustrado que hubiera estado leyendo por encima, uno cuyos personajes y situaciones hubiera olvidado incluso antes de devolver el libro a la estantería. Recordó vagamente que los objetos que aparecían llorando en aquella ilustración evanescente

se llamaban «personas». Eran como los juguetes y los conejos, porque siempre andaban haciendo cosas divertidas. Estaba bastante seguro de que a los ladrillos que las rodeaban, agrupados en formas planas o abultadas, los llamaban «partines traseros» a lo largo del relato. Eso, o algo parecido, aunque no tenía ni idea de para qué servían o cómo se usaban tales estructuras. En la sábana azul de más arriba había unas formas blancas y móviles que se llamaban «leones». No, «leones» no. ¿«Coles», tal vez? ¿O «generales»? Daba igual. No eran más que estúpidos detalles de un sueño del que se estaba despertando. Nada de eso era real. Jamás lo había sido.

Mientras flotaba en el aire, probablemente suspendido por su madre, vio cómo se desplegaban las formas de todos los leones y generales que había más arriba. En su salón, ahora, supuso que la voz bronca que oyó entremezclada con el barullo de las mujeres debió de ser la de Doug McGeary, el vecino de al lado, el del portón de madera en Andrew's Road y el establo destartalado en la parte trasera. Según las crónicas posteriores, sobre todo la de Alma, en cuanto le explicaron rápidamente la situación, Doug el verdulero se ofreció de inmediato a llevar a Mick al hospital en su camión de reparto, que estaba aparcado en el establo desvencijado. El relato afirmaba que Doreen depositó al niño de tres años, inerte y con los ojos vidriosos y fijos, sobre las firmes manos del hijo mayor de la señora McGeary, y que lo hizo por encima de la pared medianera del patio. Sin embargo, conforme se fue acordando, Mick creyó que Alma debía de estar equivocada, al menos en esa parte. Su madre lo levantó para mostrárselo a Doug, no para pasarlo por encima de la pared. De hecho, esta versión tenía mucho más sentido que la de Alma. Doreen estaba demasiado alterada como para entregarle su bebé asfixiado a nadie, y, además, ¿de qué habría servido? Doug tenía que arrancar el camión, sacarlo del cobertizo, maniobrar en el estrecho patio con forma de «L», cruzar la ajada y penosa puerta principal y salir a St. Andrew's Road. Para encargarse de todo eso, lo último que necesitaba era un crío

medio muerto en la cabina.

No, según su reconstrucción actual del incidente, lo que realmente pasó fue que Doug le dijo a Doreen que la vería en la calle en medio minuto, en cuanto hubiera logrado arrancar su asmático y traqueteante vehículo. Por Dios, ¿qué habrían hecho su madre y su abuela si Doug McGeary no hubiera estado en casa? En St. Andrew's Road y los alrededores de los Boroughs no había nadie que contara con medios de transporte, ya fueran motorizados o a caballo, y en cuanto a llamar a una ambulancia, en fin, mejor olvidarse. Nadie del barrio tenía teléfono, la única cabina estaba junto a los viejos baños públicos victorianos, al pie de Spencer Bridge, y además no había tiempo. En su estimación retrospectiva, debía llevar más de dos minutos sin respirar.

Recordó flotar sobre los escalones de piedra de la parte superior del patio; ser llevado por una suave nube de manos, de rostros enrojecidos y llorosos que ya no reconocía, una corriente de voces asustadas que resultaba indistinguible de los pájaros que trinaban al fondo en los tejados, de la brisa que agitaba las antenas de televisión, del roce de los delantales. El mundo al que se había acostumbrado durante sus tres años de vida se deshacía poco a poco; sus sonidos, sus sensaciones y sus imágenes volvían a convertirse en palabras planas de una narración que alguien le había estado leyendo y que ahora tocaba a su fin. El personaje que más le gustaba del cuento, el niño pequeño, se estaba muriendo en una graciosa casita de una calle de la que nadie había oído hablar. Recordó sentirse decepcionado por el hecho de que la historia no tuviera un final mejor, porque hasta aquel momento la había disfrutado mucho.

Un torrente de dedos desiguales lo hizo pasar de la luz, el espacio y el azul del jardín a la súbita penumbra gris de la cocina y el salón. Dedujo que Doreen debió llevarlo boca arriba, porque recordaba las variaciones del friso del techo: primero, la blancura irregular y descascarillada de la cocina; luego, la extensión beige del salón, con sus

molduras decorativas en los bordes. Su madre y él pasaron entre la chimenea, apagada por el verano, y la mesa del comedor, y a continuación se dirigieron a la puerta principal para encontrarse con Doug. Sin embargo, en el ínterin, pasó algo. Su mirada vidriosa recorrió la moldura ornamental de los niveles superiores de la estancia y se clavó en la densa lobreguez de una de las esquinas. Y esa esquina estaba… ¿doblada? ¿O tal vez era reversible y sobresalía allí donde cabía esperar que se hundiera hacia dentro? A aquella esquina le sucedía algo raro, se acordaba perfectamente, pero había otra cosa. ¿Qué era? Era algo aún más extraño. En aquella esquina había…

En aquella esquina había una persona diminuta que le gritaba con una voz que sonaba muy lejana, y también le hacía señas, le decía que subiera, sí, eso, sube, sube aquí conmigo, no te va a pasar nada, estarás bien. Sube. Sube. Sube.

Ahí fue cuando murió. Murió en el salón, ni siquiera llegó vivo al pasillo o a la puerta principal, y mucho menos al camión de reparto de Doug, del que no recordaba nada. Ni siquiera pudo reconstruir el frenético viaje al hospital, que transcurrió por la misma ruta seguida por Howard hacía unas horas. Si no se había dado cuenta hasta el momento era porque… aquella vez, no llegó a recorrerla. Ya estaba muerto.

Sentado en el sofá como una gárgola aquejada de insolación, intentó asimilar el hecho, digerirlo, pero, como en el caso del proverbial caramelo, descubrió que era incapaz de tragárselo. Si realmente murió allí, ¿qué eran todos esos detalles que se le agolpaban en la cabeza, esos nombres e imágenes que recordaba vagamente y que pertenecían al período que acaeció después de su deceso, a la altura de la chimenea o de la mesa del comedor, pero antes de que se despertara, desorientado, en el hospital? Más aún: si murió allí, ¿cómo pudo despertarse en el hospital? Mick sintió que una pesada nube se precipitaba sobre su corazón y sus tripas, y también notó, con apática sorpresa, que ahora, en su pulcro y soleado salón, se sentía

muy muy asustado.

Fue en aquel instante cuando Cath y los niños llegaron a casa. El primero en entrar al salón desde la cocina fue Jack, su hijo mayor, un quinceañero taciturno y robusto, aspirante a monologuista, del que todos solían decir, con el tono grave de quienes hacen premoniciones ominosas, que era la viva imagen de su tía Alma. Nada más entrar en la habitación, se paró en seco y contempló, inexpresivo, la limpieza de cutis acidificante que se había hecho su padre. Mirando hacia atrás por encima del hombro, se dirigió a su madre y a su hermano menor, Joe, que seguían en la cocina.

—¿Quién ha pedido pizza?

Cathy se asomó por la puerta para ver a qué se refería su hijo, observó a su marido como si tal cosa durante un segundo y remató con un chillido.

—¡Ahhh! Maldita sea, joder. ¿Pero qué has hecho?

Tras lanzarse sobre Mick, sostuvo su cara entre las manos con extremo cuidado y la giró de lado a lado para ver el alcance de las heridas. Joe, el hijo menor, avanzó serenamente desde la cocina y se bajó la cremallera de la cazadora. Rubio y delgado, aquel crío de once años resultaba mucho más guapo que su hermano mayor y se parecía bastante a cómo había sido su padre de pequeño, al menos según las mismas fuentes que decían que Jack se daba un aire a Alma (Doreen, la difunta madre de Mick, estaba entre ellas, así que algo sabría del tema). Joe, al igual que Mick en su juventud, era más discreto que el primogénito de la familia, lo cual no resultaba nada difícil, porque la voz de Jack no solo se había cascado hacía poco, sino que era un reactor que se había fundido para avanzar derechito hacia el centro de la Tierra. Aunque Joe no hablara con una voz tan alta o con una frecuencia tan rechinante como la de Jack, uno siempre entendía lo que se le pasaba por la cabeza, que en este caso sería una chaladura igual de grande que la de su hermano, pero en un tono más bajo. Mientras colocaba la cazadora en una silla, ojeó las facciones deformadas de su padre desde el

otro lado de la habitación, sonrió y sacudió la cabeza con exasperación.

—¿Otra vez has vuelto a confundir el soplete con la navaja de afeitar?

Cuando Cathy les sugirió encarecidamente que se largaran al piso de arriba si no tenían nada más que aportar, Mick se esforzó por no socavar tan seria reprimenda con una carcajada, si bien pensó que ese sarcasmo inteligente y puñetero con el que sus hijos se protegían estupendamente de cualquier desastre potencial era, con gran probabilidad, culpa suya y de Alma. Aún se acordaba de lo que pasó cuando a su madre, Doreen, le diagnosticaron el cáncer de colon. La mujer reunió a sus apenados hijos para ponerlos al tanto de sus últimas disposiciones, pero Alma, que con tacones de cuña era más alta que Mick, se inclinó sobre él y, con conspicua teatralidad, le dijo al oído: «¿Has oído, Warry? Al fin ha llegado el momento de decirte que eres adoptado». Todos empezaron a reírse, en especial Doreen, que sonrió a Alma antes de contestarle: «No tienes ni idea, a lo mejor la adoptada eres tú». Mick creía que a veces, en la vida, la respuesta más inapropiada era la única realmente apropiada. No obstante, podía ser que los únicos que pensaran así fueran Alma y él. Sobre todo, Alma.

Después de asegurarse de que el nuevo aspecto de Mick no era permanente ni lesivo para su salud, Cathy reajustó su termostato interno, que pasó de la compasión solícita a la indignación moral. ¿Por qué no había advertencias en el bidón? ¿Por qué no lo habían llamado sus compañeros para interesarse por su estado desde que Howard lo trajera a casa? Tras bufar durante una hora, llamó por teléfono al jefe de Mick, que al menos supo de primera mano, en virtud de la charla, lo que se sentía cuando un bidón lleno de veneno te estallaba en plena cara. Cuando Cathy terminó de desfogarse y colgó el auricular al rojo vivo en su base, decidieron sentarse a cenar y no variar, en lo posible, la rutina de todas las noches. Pese al hecho de que la deformidad de Mick daba a la escena un aire a película

familiar del Hombre Elefante, el plan funcionó bastante bien.

Suculenta y apreciada, la cena transcurrió sin incidentes. Durante el plato principal, Cathy se volvió hacia Jack y le reprochó sus hábitos alimentarios.

—Jack, me gustaría que te comieras las verduras.

Su hijo mayor le dedicó una mirada irónica y condescendiente.

—Mamá, me gustaría que las mujeres cayeran rendidas a mis pies, pero ambos sabemos que no es algo que vaya a pasar. Es mejor asumirlo y dejarlo correr.

Con el pudin a medio comer, el pequeño Joe —Mick se arrepintió súbitamente de no haberle puesto «Hoss»[73] a su hermano mayor— rompió su introvertido sigilo habitual para anunciar el ciclo de prácticas laborales[74] que solicitaría el año siguiente: quería trabajar como nevera. Mick, Cath y Jack intercambiaron miradas de preocupación antes de pasar al postre. Tal y como estaban las cosas, fue una cena bastante normal.

Después de lavar los platos, Jack dijo que tenía los DVD de la segunda temporada de *Shameless*, de Paul Abbott, y preguntó si podían verla. Como no daban nada interesante en abierto ni en Sky, Mick le dijo que adelante. Además, él madrugaba mucho y nunca tenía tiempo de ver la tele, y aunque había oído hablar a Alma y Jack de aquella nueva comedia social, todavía no había podido verla. Como resultado de la llamada de Cathy, era probable que tuviera libre el resto de la semana, así que podía permitirse coger una cerveza y tumbarse a verla. En el peor de los casos, lo distraería del tren de la bruja mental en el que se hallaba inmerso antes de que su familia llegara a casa y lo interrumpiese. Aunque el sentido del humor de la serie tenía fama de ser muy crudo, no creía que fuera peor que el recuerdo de morir en los Boroughs a los tres años.

Pusieron el último episodio de la temporada, que era el único que no había visto Jack. Cathy sacudió la cabeza en señal de desaprobación y se fue a hacer faenas domésticas, pero a Mick le pareció muy bueno. Por lo poco que había

oído del feroz debate crítico entre Alma y Jack, a su hermana no le había gustado o lo había hecho con reservas, aunque ella parecía tener por principio ponerle pegas a todo lo que no fueran sus propias obras. La desdeñó bruscamente diciendo que era como *Bread*, pero con enfermedades venéreas. Si lo había entendido bien, su reparo principal se basaba en que no le hacía gracia que la serie retratara a la clase obrera como depositaria de una reserva inagotable de energía y humor; una característica esta que hacía que pudieran reírse de las condiciones más atroces y las privaciones más espantosas.

—En la vida real, en una familia como esa —dijo en referencia a los Gallagher, el clan protagonista de la serie— el padre no sería un borracho repugnante al que uno terminaría adorando, y los desastres a los que arrastra a su familia no terminarían con una conmovedora risotada colectiva. La niña de trece años, con su capacidad sobrenatural para sobrellevar el estrés, acabaría follándose a la mitad de los hombres casados del barrio para pagarse la priva. La cuestión es que la gente ve series así, y… a ver, está bien hecha, bien escrita, es divertida y está bien interpretada. Eso no lo discuto… pero, de forma irónica, mitiga ciertas cosas que no deberían ser mitigadas. No está bien que la gente tenga que vivir así. No está bien que términos como «barrio deprimido» sean habituales. Y esa valerosa y alborozada entereza de los marginados es un mito. Uno que los propios marginados quieren creer para no sentirse tan mal con su situación y que las clases medias quieren creer por la misma y exacta razón.

Mick recordó que, en aquella ocasión, la diatriba de su hermana (dirigida, conviene señalar, a su sobrino de quince años) terminó cuando Jack dejó caer su contrarréplica:

—Por Dios, tía Warry, relájate, que solo es ficción.

Más o menos, Mick coincidía con Jack. El retrato de la exclusión social que ofrecía *Shameless* era, como poco, mucho más honesto que el de series como *Bread*, con o sin enfermedades venéreas. Además, ¿en serio creía Alma que una comedia televisiva iba a reflejar su funesta y, por tanto,

enfurecida visión de la sociedad? Eso sería como ver un episodio de *Are you being served*? escrito por Dostoievski.

—Señor Humphries, ¿se siente usted libre?

—Querida señora Slocum, solo se es realmente libre durante el acto de matar.

Paparruchas. Su único problema con la serie era que, cuanto más la veía, más le traía a la memoria las extrañas ansiedades que había intentado olvidar con la tele. Esa pequeña figura que lo había llamado desde la esquina superior del salón en el número 17 de St. Andrew's Road… ¿qué otra cosa podía significar excepto que había sido arrastrado a una especie de más allá por algún tipo de ángel después de morir?

Cierto, también podía significar que se hubiera vuelto esquinado. Que hubiera perdido un tornillo. En el clan Vernall y sus ramificaciones, como la de los Warren, siempre era una posibilidad que tener en cuenta. ¿No se habían vuelto locos el abuelo de su padre y también su prima Audrey? Todo el mundo decía que era hereditario en la familia, y desde el punto de vista lógico era una causa más probable para esos recuerdos y sensaciones singulares que la de haber ascendido al cielo por obra de un ángel. En cualquier caso, cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que esa persona diminuta que había visto allí, posada en la esquina, no se parecía en absoluto a los ángeles de los que había oído hablar. Era demasiado pequeño, y llevaba ropas muy normales: una rebeca rosa, una falda azul y calcetines cortos. Era una niña. Ahora, al fin, pudo recordar que el homúnculo en cuestión era una niña pequeña con flequillo rubio. No podía tener mucho más de diez años, y definitivamente no se parecía a ningún ángel. No tenía ni alas ni aureola, aunque sí llevaba algo extraño anudado alrededor del cuello… ¿una bufanda larga, quizá? Una estola de piel, eso era. Empapada en sangre. Y con pequeñas cabezas brotando de ella. Oh, joder.

No quería volverse loco, no quería que su mujer, sus hijos y sus amigos tuvieran que verlo en ese estado, ni que se sintieran mal cuando empezaran a espaciar sus visitas a

la institución en la que lo tuvieran encerrado. La locura estaba muy bien si uno era como Alma, que tenía una profesión en la que las chifladuras resultaban un adorno deseable, una suerte de psicoalhaja. En Martin's Yard, en cambio, suponían un inconveniente. En el negocio del reacondicionamiento no existía el concepto de «excentricidad cautivadora». Allí, uno acababa con una lobotomía farmacológica por cortesía de la sanidad pública, y el resultado final era una expansión de los esfínteres inversamente proporcional a la capacidad de pensar, hablar y reaccionar a los estímulos. No era una idea que Mick encontrara agradable, ni siquiera soportable, pero, en aquel momento, le pareció una posibilidad muy seria. Sintió que una miríada de detalles improbables, todos tan inquietantes e imposibles como la estola ensangrentada de la niña, surgían bajo el parqué de su memoria para irrumpir desde las profundidades y aplastar su vida cotidiana y feliz. Esos pensamientos eran incompatibles con la existencia de Mick. Solo contribuirían a deformarla, a destruirla. Con renovada determinación, centró su atención en el episodio de *Shameless* que estaba viendo. Cualquier cosa hubiera valido con tal de evitar la pertinaz y persistente visión de aquella niña pequeña y su estola de piel hecha de muerte.

El capítulo de una hora estaba a punto de acabar. Reunidos en su salón, los Gallagher intentaban arrullar a los dos bebés gemelos que les habían confiado. La madre, víctima de las alteraciones emocionales del Seroxat,[75] había dejado consignado que la mejor forma de dormirlos era cantándoles himnos, y que el favorito de los críos era el *Jerusalén* de Blake y Parry, admirado en casi todo el mundo. Sin ningún efecto aparente sobre los aullantes bebés, la familia se había puesto a graznar la enésima repetición de tan querido tema, pero, de repente, la madre llegó a casa. Pese a tener los ojos como platos y sufrir TOC, la mujer procedió entonces a dormir a sus hijos con una interpretación sorprendentemente etérea de *Jerusalén*, cantada, además, con una hermosa voz de soprano experimentada. «*And did those feet, in ancient time…*».[76]

Las lágrimas surgieron sin previo aviso en los ojos de Mick, que tuvo que parpadear para contenerlas antes de que sus hijos las vieran. No tenía ni idea de a qué venía aquello. Había algo en la melodía, en la simplicidad con la que subían y bajaban sus notas, que le rompía el corazón. Peor aún, la causa parecía radicar en el modo de introducir el himno en aquel episodio de *Shameless*, donde constituía un rayo de luz entre sofás reventados, síndromes de Tourette y cercos de tazas de té, donde su pureza y su energía resultaban más brillantes y cegadoras a causa de la desesperanza que las rodeaba. Esa sacralidad salvaje y ardiente en mitad de tamaña miseria fue lo que lo afectó. La escena poseía un cariz que armonizaba perfectamente con los perturbadores recuerdos infantiles que, hasta el momento, había intentado reprimir. Entre aquellos molinos satánicos,[77] se alzó como una visión prístina, y encajó como una llave en todas las cerraduras mentales de Mick. El sótano de su subconsciente se abrió de par en par, y de dentro surgió una enorme oleada ultraterrena e hirviente, mucho más grande de lo que jamás hubiera imaginado, que lo colmó de imágenes, de palabras y de voces, todo con el lenguaje propio de una abducción extraterrestre.

Destructor, locas de Bedlam, largo y ancho y tiempo y perduración, Porthimoth di Norhan, puertas curvas y una escalera jacobita. «Es una vieja lata de alubias, pero todas las burbujas que hayas soplado seguirán estando en su interior». Humánima,[78] *los ahogos, la Banda de los Muertos Muertos. Destructor. Las canicas de los albañiles se llaman trillar. Presta atención a las chimeneas y a las esquinas intermedias. Algunos lo llaman las veinticinco mil noches. Juntura fantasma. Destructor. Astronáutico significa que no está maduro. Una santa del veinticinco, en donde el nivel del agua ha subido. Ángulos de los reinos de la Gloria. «Todos vosotros os plegáis en nosotros, y todos nosotros nos plegamos en él». Una balanza que cuelga sobre un camino sinuoso. Alma del Agujero, lo ves en su mirada furiosa. Chicas desnudas bailando sobre barriles de taninos, menudo día. «Podemos saquear el manicomio», y Destructor y Destructor y Destructor. Todos los lugares y*

personas que amaba, absorbidos y aniquilados. El crucifijo está roto, por eso el centro no puede sustentarse. La viola en el aparcamiento en el que antes estaba Bath Gardens, y nosotros salimos corriendo para buscar a los fantasmas que hemos fastidiado. Revestimientos de madera y estrellas pintadas en los rellanos, sombreros de Puck asomando de entre las grietas.

Mick se levantó de repente con la excusa de ir al baño. Joe le preguntó si quería que parara el DVD, pero él le respondió a mitad de la escalera que no se preocupara. Luego, cerró la puerta y se sentó sobre la tapa del váter durante cinco minutos hasta que dejó de temblar. No le sirvió de ayuda. No podía guardarse aquello para sí. Tenía que contárselo a alguien.

Se puso en pie, subió el asiento del inodoro, orinó un poco antes de volver a bajar y se lavó las manos, como de costumbre, en el pequeño lavabo contiguo. Cuando se miró en el espejo del armarito del baño, se asustó al ver su rostro despellejado y abrasado, ya que había olvidado el accidente laboral. Sus rasgos evocaban el maquillaje de una peli de terror cutre, y dadas las visiones sobrenaturales que poblaban su cabeza en aquellos momentos, no pudo evitar reírse. No obstante, la carcajada sonó inapropiada, así que la reprimió y bajó las escaleras para reunirse con su familia.

Se las arregló para pasar el resto de la noche actuando con normalidad y sin mostrar sus aflicciones, pero Jack y Cathy le señalaron que estaba más callado de lo habitual. Hasta estar en la cama con su esposa no dio rienda suelta a su relato, que fue tan confuso e inconexo que ni siquiera tuvo sentido para él. Cath siguió escuchándolo calmadamente cuando le dijo que tenía miedo de estar volviéndose loco, y entonces le sugirió que llamara a su hermana mayor, que quedaran para tomarse una copa y que le preguntara qué opinaba ella de todo el tema. En cualquier asunto práctico que concerniera al mundo real, Cathy no habría confiado en el buen juicio de su cuñada ni por un segundo, pero en las cuestiones de la dimensión desconocida, que eran las que aquejaban a Mick, no había persona en la que confiara más. El fuego se combate con

fuego. Hace falta un ladrón para atrapar a otro ladrón. Una pesadilla acaba con otra.

Mick siguió el consejo de Cathy. Quizás estuviera loco, pero no era ningún estúpido. Quedó con su hermana en el Golden Lion de Castle Street para el sábado siguiente, aunque no supo muy bien por qué decidió elegir ese pub en particular, que no era más que un antro maloliente y cochambroso situado en el devastado corazón de los Boroughs. Sencillamente, le pareció el lugar ideal: un local asombroso y ruinoso para contarle a su vieja hermana la asombrosa y ruinosa historia de un niño pequeño que se atragantó hasta morir, hasta morir de verdad, cuando solo tenía tres años.

La historia de una niña con una rebeca rosa y una estola truculenta que, desde una esquina del techo, extendió una mano cálida y pegajosa para decirle que subiera…

… y llevarlo arriba.

Libro dos

HUMÁNIMA

Me conmueve sobre todo la luz del ocaso que al incidir sobre viejas casas de labranza contra colinas cimentadas, pintan de vida las formas que aún persisten, agazapadas, de siglos menos hermosos que los que nos toca vivir. Bajo esa extraña luz me siento no en exceso distante de la masa inmutable para la que las eras son instante.

H. P. LOVECRAFT
«Continuidad», *Hongos de Yuggoth*

ARRIBA

Genial, genial, fue genial. El pequeño ascendió acompañado por un estruendo atronador que lo envolvió como una banda de viento metal que no hiciera más que subir y subir. Era el sonido que hacía el mundo cuando uno lo abandonaba.

Bajo el techo amarillo ahumado del salón, Michael tuvo la impresión de estar suspendido en un flotador de goma. No estaba muy seguro de cómo había acabado allí, y no sabía si debía temer al hada esquinada que lo saludaba con la mano desde su sombrío rincón, a solo un par de metros de altura. Aunque le resultaba familiar, no estaba seguro de poder confiar en ella. Tampoco estaba seguro de haber visto hadas esquinadas en su casa con anterioridad, ni de haber oído a sus padres comentar dicha cuestión, aunque supuso que así debía de haber sido. El hecho de que hubiera gente diminuta en las esquinas no le parecía inusual, no en la refulgente oscuridad por la que se elevaba lleno de asombro.

Al tratar de averiguar dónde estaba, se dio cuenta de que no podía recordar ni quién era ni dónde se encontraba antes de hallarse a la deriva entre centellas y címbalos. Era posible que le estuvieran contando un cuento, uno de esos viejos y famosos cuentos que todo el mundo se sabía, sobre un príncipe ahogado con una cereza. O tal vez, por improbable que pareciese, él mismo fuera un personaje del cuento, quizás incluso el príncipe, y que todo aquel asunto de flotar a través de notas musicales y turbiedad fuera la continuación de la historia. Ninguna de las hipótesis le pareció cierta, pero decidió que no era el momento adecuado para ponerse a cavilar. En su lugar, prestó atención a la esquina, que parecía estar aproximándose.

Eso, o él se estaba volviendo cada vez más grande.

No pudo determinar si siempre había sabido que todas las esquinas sobresalían a la vez hacia fuera y hacia dentro, como aquella, o si tal noción acababa de irrumpir en sus pensamientos. A su juicio, las esquinas funcionaban como los trampantojos de las cajas de tiza del colegio, cuyos cubos formaban una pirámide que uno nunca sabía si sobresalía o si se hundía. Sin embargo, ahora que tenía la oportunidad de observar una de cerca, comprendió que hacían ambas cosas. Lo que había tomado por un hueco era, en realidad, una protrusión, y no se parecía a la esquina de un salón, sino más bien a la de una mesa que tuviera labrado un elaborado ribete allí donde el techo exhibía sus molduras en relieve. Naturalmente, si era como una mesa, eso significaba que la estaba mirando desde arriba, no desde abajo. Significaba que iba a hundirse hacia ella, no a chocar de cabeza contra ella. Y también significaba que al salón le habían dado la vuelta como a un guante.

La idea de descender y aterrizar sobre la esquina de una mesa gigante daba más sentido a todo lo que sucedía, pues otorgaba un punto de apoyo al hada esquinada, que antes parecía pegada de manera harto improbable más allá del mural de fotos. No obstante, si ella estaba abajo, ¿por qué lo llamaba con su voz de abejita y le decía que subiera?

Tras estudiarla con suspicacia para dilucidar si estaba intentando engañarle o gastarle una broma pesada, decidió que sí, que probablemente fuera su intención. De hecho, cuanto más se acercaba al hada, más le recordaba esta a cualquier niña de diez años de su barrio, lo cual quería decir que era muy posible que fuera una auténtica gamberra, una de esas crías de Fort Street o Moat Street que lo noqueaban a uno con una bolsa llena de botellas de Corona vacías antes de ir al depósito a devolver los cascos.

Al igual que la esquina sobre la que se encontraba —o *en* la que se encontraba—, el hada creció gradualmente hasta que Michael pudo apreciarla mejor, de manera que dejó de ser un mero punto azul y rosa, ondulante y chillón, entre las cagadas de mosca que cubrían el techo. También

vio que no era un hada de verdad, sino una niña de tamaño normal que, a lo lejos, parecía mucho más pequeña de lo que era en realidad. Su cabello era rubio, con unos sutiles reflejos cobrizos unos pocos centímetros por debajo de las orejas, y el flequillo que llevaba parecía que se lo hubieran perfilado colocándole un cuenco para púdines en la cabeza. Si era de los Boroughs, sin duda sería el caso.

Despreocupadamente, se dio cuenta de que empezaba a recordar fragmentos sueltos de la vida, o la historia, de la que había sido protagonista hasta hacía unos instantes, antes de descubrir que estaba flotando entre las corrientes beis de los altos del salón. Sabía lo que eran los cuencos para púdines, las botellas de Corona, los Boroughs, Moat Street y Fort Street. Sabía que se llamaba Michael Warren, que su madre era Doreen y que su padre era Tom. Tenía una hermana, Alma, que le hacía reír y cagarse de miedo al menos una vez al día. Tenía una abuela llamada Clara a la que no le tenía miedo, y otra llamada May que le inspiraba franco pavor. Tranquilizado por contar, al menos, con unos pocos retazos de su identidad, dirigió de nuevo su atención hacia el asunto de la niña, que ahora saltaba arriba y abajo, agitadísima, a apenas cuatro o cinco centímetros sobre él. O bajo él.

Había calculado que rondaría los nueve o diez años, lo que a sus ojos casi la convertía en adulta, y cuanto más se acercaba, más convencido estaba de que llevaba razón. Era una niña huesuda y fibrosa, un poco mayor y más alta que su hermana Alma, más guapa y esbelta, con una boca ancha y sonriente que parecía estar siempre a punto de prorrumpir en una carcajada más grande que ella misma. También había estado en lo cierto al pensar que era de los Boroughs, o al menos de un barrio similar. Se notaba en su aspecto, en el modo en que vestía, en las costras de sus rodillas. Su tez blanca, curtida únicamente por la llovizna de los Boroughs, lucía en sus arrugas el esmalte gris del polvo ferroviario que lo cubría todo y a todos en el vecindario. Vista de cerca, en cambio, determinó que se trataba del mismo gris pálido que las nubes de tormenta

exhibían en ocasiones, cuando dejaban entrever leves destellos de arcoíris que intentaban atravesarlas. A decir verdad, pensaba que la mugre le quedaba bastante bien, como si se tratara de un colorete o maquillaje carísimo que solo pudiera obtenerse en las islas más distantes y extrañas del globo.

La nitidez de su agudeza visual lo sorprendió. No es que antes tuviera problemas de vista, como era el caso de su madre y de su hermana, pero ahora veía más claramente, como si alguien le hubiera quitado un velo neblinoso de los ojos. Cada minúsculo detalle de la niña y de las ropas que llevaba resultaba tan cristalino como un anillo de compromiso, y los colores apagados de su vestido, sus zapatos y su rebeca no solo eran ya más brillantes, sino también más vívidos, y provocaban sentimientos más intensos en él.

Su cárdigan rosa, deshilachado en los codos hasta formar una red de hebras paliduchas, emanaba el brillo del helado de fresa en las tardes de verano a la hora del té, cuando los últimos rayos del ocaso atravesaban el cristal empañado de la ventana para incidir sobre las paredes del salón. Combinado con su vestido azul marino, parecía acertado y natural, como pensar en alegres marineros comiendo algodón de azúcar en un paseo iluminado. Sus embarrados calcetines blancos estaban tan arrugados como el muelle de un acordeón o la piel de una oruga, uno sensiblemente más caído que el otro, y sus maltrechos zapatos estaban teñidos, o pintados, de un añejo y profundo turquesa, con un mapa de grietas anaranjadas en las que se adivinaba el cuero subyacente. Sus tiras desgastadas, con unas hebillas de plata mate, se dirían llenas de historia, como bridas provenientes de un pasado de caballeros y castillos, y luego estaba esa estola de duquesa fanfarrona que llevaba sobre los hombros. Al examinarla más de cerca, Michael dio un buen respingo.

Estaba hecha de veinticuatro conejos muertos que colgaban de un cordel sanguinolento, todos ellos destripados y vacíos como marionetas, unidos por sus patas

y sus cabezas, sus orejas aterciopeladas y sus colas algodonosas. Tenían casi todos los ojos abiertos, negros como bayas de saúco, o como esos tenebrosos orificios que las personas exhibían en los negativos fotográficos. Aunque la idea de una bufanda de cadáveres peludos le resultaba horrible, también le pareció algo adulto y electrizante. Seguro que era ilegal, o al menos reprochable, pero otorgaba a la pequeña un matiz aventurero y glamuroso.

Lo único que le repelía de aquella guirnalda de pieles era el hedor, lo cual le hizo darse cuenta de que, además de la vista, se le habían aguzado otros sentidos. Los olores nunca le habían causado una gran impresión, no en comparación con el intenso y amargo aroma que percibía ahora. Era como tener una orquesta en cada fosa nasal, ambas tocando sinfonías nauseabundas. La vida de la chica y las de los veinticuatro conejos que llevaba alrededor del cuello eran historias escritas con un perfume invisible, y él las leía con solo aletear la nariz. Su piel despedía un cálido aroma a nuez, mezclado con la fragancia cáustica del jabón carbólico y con otra más delicada, como a caramelos de violeta, que emanaba de su aliento. Todo ello iba envuelto en el tufo de su truculenta estola, que olía a madriguera y excremento de conejo, al jugo verde de la hierba masticada y a los restos mohosos de las desolladas pieles colgantes, con una discreta nota a casquería y putrefacta dulzura que se elevaba en tibias oleadas desde la carne escuálida y putrefacta. La peste de semejante combinación era tan penetrante y embriagadora que no necesariamente se le hacía nauseabunda. Era, más bien, como un caldo acre obtenido de cocer el mundo entero a fuego lento, con todos sus pesares y alegrías. Era como inhalar la acidez de la vida y de la muerte al mismo tiempo.

Michael podía ver, oler e incluso pensar mucho más claramente de lo que recordaba haberlo hecho cuando era un renacuajo de tres años; por comparación, le pareció que sus sentidos y pensamientos habían estado hasta entonces atenuados, como percibidos a través de un cristal sucio. Ya no se sentía como si tuviera tres años. Se sentía mucho más

inteligente y maduro, como siempre pensó que se sentiría cuando tuviera siete u ocho años, que era la edad más avanzada que podía imaginar. Se sentía completamente adulto. Tal y como esperaba, esto lo llevó a creerse más importante, pero también trajo consigo la inquietante impresión de que ahora había más cosas de las que preocuparse.

La más urgente de estas nuevas preocupaciones era, con toda probabilidad, averiguar por qué estaba allí, avanzando hacia aquella cría maloliente del techo. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué estaba ahí arriba, y no allá abajo, como antes? Recordaba vagamente tener la garganta irritada y encontrarse en el reconfortante regazo de su madre, al aire libre y con unos raquíticos alhelíes enraizados entre los viejos ladrillos, y luego hubo una suerte de conmoción. Todo el mundo empezó a correr y a hablar con voz asustada, como cuando su abuela se soltaba el moño para cepillarse su largo cabello gris acero frente a la chimenea y acababa chamuscándoselo. Esta vez, no obstante, había sido mucho peor, peor que ver a la abuela de Michael con la cabeza en llamas. Lo había notado en los gritos de pánico de las mujeres. Desde la distancia, se le ocurrió que eran ellas las que producían el agradable estruendo que lo rodeaba: era como sonarían los agudos aullidos de su madre y su abuela si se ralentizaran al máximo, con los otros ruidos suspendidos y vibrando en el aire.

De repente entendió, con un siniestro gong que resonó en su vientre, que el nerviosismo de su madre y su abuela podía estar conectado con sus extrañas circunstancias actuales. Era Michael el que las preocupaba, y el hecho le resultó tan obvio que se preguntó por qué no había caído de inmediato. Debía de haber sufrido un trauma, por eso había necesitado algo de tiempo para reordenar sus pensamientos. Y era razonable suponer que ese mismo trauma fuera el causante de que su madre y su abuela sufrieran un susto de muerte…

Tan pronto como la palabra se le pasó por la cabeza,

Michael entendió exactamente, en un desesperanzado ataque de terror, dónde estaba y qué le había sucedido.

Había muerto. Era algo que incluso los adultos como su madre y su padre se pasaban toda la vida temiendo, eso era lo que le había pasado, y Michael lo estaba encarando solo, justo lo que siempre le había inquietado. Estaba solo, y todavía era demasiado pequeño para afrontar una eventualidad tan enorme con la entereza que le presuponía a la gente mayor. No había brazo alguno que lo salvara de aquella caída. Ni labios que lo aliviaran con su beso. Sabía que estaba adentrándose en un lugar en el que no había madres, ni padres, ni alfombras junto a la chimenea, ni refrescos Tizer, ni nada reconfortante o acogedor; únicamente Dios, y los fantasmas, y las brujas, y el diablo. Había perdido a cuantas personas tenía y todo lo que había sido, todo por un momento de descuido en el que había se distraído por un instante antes de, pum, tropezar y caerse de su propia vida. Gimió al ser consciente de que en cualquier momento sentiría un horrible dolor que lo dejaría hecho trizas, y de que luego vendría una nada que sería aún peor, porque él ya no estaría allí, y jamás volvería a ver a su familia y a sus amigos.

Comenzó a patalear y a retorcerse con la esperanza de despertarse y reducir aquello a un sueño terrorífico, pero su esfuerzo solo sirvió para acentuar la terrorífica anomalía de las cosas. Por una parte, el espacio vacío que lo rodeaba tembló ante su desenfreno como una enlentecida película de gelatina; por la otra, de pronto vio que tenía más brazos y piernas de lo normal. Cuando los movía, sus miembros, que para su consuelo seguían ataviados con su pijama azul y blanco y su bata de tartán rojo oscuro, iban dejando atrás réplicas perfectas de sí mismos suspendidas en el aire. Con un breve y súbito espasmo, se volvió un arbusto de lo más vívido, con ramas de franela a rayas y docenas de capullos rosa pálido brotando de sus múltiples tallos. Al llorar, vio que su lamento se extendió como una onda centelleante y tronante a través del pegamento cristalino del aire adyacente.

Sus acciones parecieron irritar a la niña rubia que estaba en —o sobre— la esquina, como si descubrir que estaba muerto y demás lo hubiera hecho olvidarse de que estaba allí. La cría estiró sus sucias manos hacia él, extendiéndolas hacia arriba o hacia abajo en función de la perspectiva con la que uno enfocara la ilusión óptica. Cuando estuvo lo bastante cerca como para que él pudiera oírla, le gritó con una voz que ya nada tenía que ver con grillos metidos en cajas de cerillas. Casi al final, Michael pudo reconocer en su acento las inflexiones de los Boroughs, chirriantes como un parqué sucio o una verja oxidada.

—¡Amos! ¡Sube aquí arriba, que no te va a pasar na! ¡Dame la mano y deja de menearte! ¡Así solo lo vas a empeorar!

No sabía qué podía ser peor que estar muerto, pero como apenas podía verla a través de aquel bosque de árboles de tartán y de arbustos con pantalones a rayas, pensó que mejor seguir su consejo. Trató de mantenerse lo más quieto posible, y al cabo de un momento se tranquilizó al ver que el exceso de codos, rodillas y zapatillas terminaría por desvanecerse gradualmente si le daba tiempo. Con sus extremidades superfluas evaporadas, y sin nada que le impidiera ver al hada esquinada, se estiró cuidadosamente para agarrar la mano que ella había proyectado hacia abajo —o hacia arriba—, y lo hizo moviendo el brazo muy lentamente, para que el rastro de postimágenes se redujera al mínimo.

Los dedos extendidos de la niña se aferraron a los de él, quien quedó tan sorprendido por cuán físico y real resultó el contacto que casi llegó a soltarlos. Al igual que pasaba con la vista y el olfato, su tacto se había vuelto, de repente, mucho más sensible. Era como si le hubieran quitado un par de mitones acolchados que hubiera llevado atados a las muñecas desde su nacimiento. Sintió la palma de la cría, tan caliente como un pastel recién horneado y tan sudorosa que parecía que la hubiera tenido en el bolsillo, manoseando peniques, durante una eternidad. La piel de

entre los dedos resultaba pegajosa, como si hubiera estado comiendo peras maduras con las manos y no hubiera tenido tiempo de lavárselas, y eso si alguna vez se las lavaba. No podía concretar lo que había previsto —tal vez que, al estar muerto, sus yemas vaporosas lo atravesaran todo—, pero, desde luego, no esperaba una sensación tan férrea y verídica como la de aquellas húmedas patas de cangrejo arañando su muñeca y atrapando las holgadas mangas de su bata.

Su agarre no solo resultaba asombrosamente real, sino que también era mucho, mucho más fuerte de lo que había pensado al verla. Al tirar de su brazo, lo atrajo hacia arriba, no, hacia abajo, como quien agarra un pez frenético que no parase de aletear. Sufrió un cierto mareo cuando sus ojos y sus tripas tuvieron que volver a acostumbrarse a no percibir la escena como si estuviera bajando hacia la esquina prominente de una mesa, sino subiendo hacia la esquina hundida de una habitación, mientras la niña extendía su mano para tratar de ayudarlo a salir de una piscina desde la seca y segura unión de dos de sus lados. Mientras se veía arrastrado hacia una especie de bisagra, la estancia volvió a revertirse como un guante, de modo que todo lo que iba en un sentido apuntó de repente hacia el contrario. Lo siguiente que supo fue que estaba de pie, con las rodillas temblando, en el mismo saliente de madera pintada que ocupaba la cría pequeña.

Esta angosta plataforma discurría a lo largo de lo que parecía ser un gran tanque cuadrado de unos diez metros de lado, con el precario saliente en cuestión situado en el nivel más bajo de un anfiteatro de varios pisos que, provisto de unas escaleras que subían desde sus cuatro costados, servía de marco gigante al amplio vacío con forma de acuario del que lo habían rescatado. De diez metros de largo, los tramos de peldaños que ascendían desde los bordes de aquella especie de piscina eran, dejando aparte su estado de confusión, claramente impracticables y absurdos. Las huellas eran profundísimas, con varios metros desde el frente hasta el fondo, y las contrahuellas eran minúsculas,

de no más de siete centímetros de alto; sería más difícil sentarse allí que en una acera plana. La armoniosa estructura escalonada parecía hecha de tablones de pino blancos, cuyas agudas esquinas habían sido redondeadas, y estaba recubierta de una gruesa y descascarillada capa de pintura, un amarillo crema brillante cuya última mano se diría de antes de la guerra. Para ser sinceros, cuanto más miraba el entorno, más le recordaba a las viejas molduras curvas que delimitaban el techo del salón en Andrew's Road, solo que más grandes y puestas del revés. Mientras permanecía de espaldas al foso rectangular del que había sido extraído, llegó incluso a detectar una franja de madera en la que la pintura se había desprendido, y la forma resultante, que recordaba a la de Gran Bretaña en un mapa, era idéntica a una que había notado en cierta ocasión sobre la chimenea en el susodicho reborde ornamental. Esta última no era más grande que un sello de correos, mientras que la que veía ahora constituía un charco infranqueable, pero estaba seguro de que, bajo una inspección minuciosa, sus ondulantes contornos coincidirían perfectamente.

Después de admirar con asombro aquella labor de carpintería durante unos segundos, Michael se giró sobre sus pantuflas a cuadros hasta ponerse cara a cara con la chiquilla recia que estaba a su lado, sobre los tablones de pino, ataviada con su collar de conejos rancios. Era ligeramente más alta que él, lo cual, sumado al hecho de que ella iba vestida con ropa de calle y él aún llevaba puesto el pijama, le hizo sentirse en inferioridad. Al darse cuenta de que aún estaba agarrando su mano, la soltó rápidamente.

Quiso decir algo como «¿Hola?» o «¿Tienes idea de lo que me ha pasado?», pero lo que oyó cuando las palabras salieron de su boca fue «Olé», seguido casi instantáneamente por «Las tierras se pliegan a mi paso». Alarmado, se llevó los dedos a los labios, y luego los palpó para asegurarse de que su boca funcionaba correctamente. Al alzar el brazo para hacerlo, notó que ya no iba dejando rastros de imágenes cuando se movía. Tal vez fuera algo

que solo sucediera en el espacio flotante del que lo acababan de pescar, pero ahora lo que lo preocupaba eran los sinsentidos que salían de su boca cuando intentaba hablar.

La niña lo miraba divertida, inclinando la cabeza a un lado y apretando sus gruesos labios hasta formar una delgada línea para evitar estallar de risa. Michael hizo un nuevo intento por preguntarle dónde estaban y qué carajos le había pasado.

—¿Hondo soy qué tan concierto si entro? ¿Qué caramelo me ha ahogado canción?

Aunque la sarta de tonterías seguía siendo perturbadora, descubrió con cierta perplejidad que casi entendía lo que estaba diciendo. Le había preguntado dónde estaba, que era su intención, pero las palabras habían surgido alteradas y retorcidas, con otro significado atrapado en sus sílabas. Tenía la impresión de que la traducción aproximada de sus frases decía así: «¿Dónde estoy, que tan consciente me siento, que tantas ganas tengo de gritar de entusiasmo, pese a lo cansado, consumido e inquieto que me noto? ¿Y qué carajos me ha pasado? Era feliz allí, pero creo que me he atragantado con un caramelo y que este ha ahogado mi jubilosa canción». Dicho así, sonaba un tanto pedante y enrevesado, pero supuso que las líneas también contenían los sentimientos que intentaba expresar.

La granujilla no pudo contenerse más y emitió una fortísima, pero en absoluto ofensiva, carcajada. De su boca surgieron minúsculas cuentas de saliva opalina que, tras reflejar el entorno, fueron a parar a la nariz de Michael. Sorprendentemente, la chica pareció captar el espíritu de lo que había querido decir, y cuando su risilla remitió, hizo lo que fue, a su juicio, un sincero esfuerzo por responder a todas sus preguntas lo más claramente posible.

—Olé tú también. Me llamo Phyllis Painter. Soy la jefa del cotarro.

Las palabras que utilizó no fueron exactamente esas, pues los intríngulis de las sílabas le hicieron pensar en

voces como «graja» o «cotorra», tal vez una referencia a lo mucho que hablaba o a lo profunda que era su voz para ser una chica, pero, aun así, la entendió sin mucha dificultad. Claramente, dominaba su boca mucho mejor que Michael la suya. Ella continuó hablando y él la escuchó con tanta admiración como atención.

—Lo que ha pasao es que el mundo se ha plegao bajo tus pies, así que te has caío, como le pasa a tol mundo. Te has desternillao con un caramelo —eso parecía indicar que había muerto ahogado o atragantado, pero la expresión añadía ciertas connotaciones cómicas, como si la muerte o el ahogamiento no se tomaran muy en serio por allí—. Así pues, te he sacao de la joyería, y ahora estamos Arriba. Esto es Humánima, el segundo Borough. Pero, bueno, en fin... ¿quieres ser parte de mi banda o no?

Michael apenas entendió otra cosa que no fuera aquella última frase, que le hizo dar un salto hacia atrás como si la niña le hubiera picado. Su enérgico rechazo quedó arruinado a causa de no poder emplear las palabras correctas.

—¡Vi un cono! ¡Fíname crecer a mi cuatro!

Ella volvió a reírse, solo que en tono menos alto y, a su entender, menos amable.

—¡Ja! Sigues sin Lucy-labios. Por eso lo que dices te sale mal. Espera un rato y ya verás como fantasmeas en condiciones. Y respecto a lo que pedirarías antes, te digo que no hay vuelta posible. La vida la has dejao atrás.

Cuando la niña señaló con la cabeza hacia un punto que estaba a su espalda, Michael comprendió que esa última observación había sido mucho más que una mera frase hecha. Lo que quería decir era que su vida estaba, literalmente, detrás de él. Con el vello de la nuca erizado, se giró cautelosamente para ver lo que le había indicado.

Descubrió que se hallaba justamente en el borde del enorme tanque cuadrado del que lo habían sacado, un abismo inquietante que ahora yacía bajo sus zapatillas. La extensión que contemplaba no era mucho mayor que la laguna para barcas infantiles que había visto en el parque

en cierta ocasión, pero ciertamente era mucho más honda, hasta el punto de que ni siquiera podía determinar cuán profunda era. Aquella amplia piscina a ras estaba llena del mismo cristal maleable y tembloroso por el que había flotado. Su superficie seguía vibrando un poco, sin duda a causa de la violenta sacudida de su extracción.

Al escudriñar la tambaleante sustancia, atisbó unas formas rígidas que se extendían a través de las simas vidriosas, unos troncos retorcidos e inmóviles, con la intricada textura de las gemas, que iban entrelazándose a medida que penetraban en el espacio subyacente. Michael pensó que se parecían ligeramente a los jardines de coral, aunque en realidad no tenía una idea clara de lo que significaban esas palabras. La filamentosa trama, con sus muchas ramas y superficies, parecía hecha de un material translúcido, como una suerte de cera sólida y transparente. Estos hilos enredados y abigarrados carecían de color propio, pero en su interior se distinguía el vaivén de unas luces de todos los tonos imaginables. Pudo diferenciar, al menos, tres de estos largos y retorcidos tubos, cada uno con su propio matiz cromático interior y todos serpenteando entre ellos por aquel abismo gomoso, que palpitaba en lontananza como un nudo formidable tallado en hielo.

La rama más gruesa y desarrollada, iluminada desde el interior por un resplandor sobre todo verde, fue la que le pareció más hermosa, aunque no habría sabido precisar por qué. Su esculpido tallo esmeralda, que emanaba una extraña calma, surcaba la titánica caja de luz titilante, se hundía luego en un rectángulo altísimo que ocupaba la pared más alejada del tanque, y terminaba envolviendo la monstruosa pecera antes de enfilar hacia Michael, doblar a su izquierda y salir de su campo de visión a través de otra imponente abertura.

Encontró interesante que ambas aberturas guardaran entre sí la misma relación que las puertas que, en Andrew’s Road, llevaban del salón a la cocina y de esta al pasillo, aunque las que veía ahora eran mucho más grandes, parecidas a las que se encontrarían en una catedral o, tal

vez, en una pirámide. Al estudiarlas más de cerca con su visión mejorada, notó que incluso había un túnel oscuro excavado a media altura en la pared de la derecha, justo en el punto exacto donde habría estado la chimenea si esta hubiera sido muchísimo más grande y si Michael la hubiera contemplado desde un punto elevado.

Mientras ponderaba la improbable similitud, observó que su fronda preferida, la verde, presentaba un poco más arriba, cerca de la cima, una atractiva ondulación que le recordó a las laminillas en abanico de los champiñones. El lugar donde el intrincado cable de jade translúcido torcía a la izquierda, que era también el punto más cercano a él, le ofrecía la oportunidad de inspeccionar en detalle estas laminillas, y al hacerlo se dio cuenta, lleno de asombro, de que estaba ante una hilera infinita de orejas humanas duplicadas. Hasta que no vio que todas ellas llevaban un facsímil idéntico del pendiente favorito de Doreen, su madre, no entendió de una vez y por todas lo que había estado contemplando.

La cámara inundada de gelatina, tan extraña como un planeta desconocido, era en verdad su querido y trillado salón, solo que agrandado hasta unas dimensiones tremebundas. Los luminosos ejes de cristal, contorsionados y enlazados, eran los cuerpos de sus familiares, con sus formas repetidas y proyectadas a través de la melaza reflectante de su atmósfera del mismo modo que los brazos y las piernas de Michael cuando se encontraba flotando en la viscosidad de la nada. La diferencia radicaba en que aquellas figuras alargadas se hallaban inmóviles, y en que las imágenes que las componían no iban desvaneciéndose como sus miembros fotocopiados. Era como si la gente que aún seguía viva estuviera paralizada, inmersa en la cremosa espesura del tiempo y convencida de poder moverse, cuando, en realidad, lo único que se movía era su conciencia, que fluía a través del túnel preexistente de su vida como una esfera de luz coloreada. Aparentemente, solo al morir, que era lo que se diría que Michael acababa de hacer, eran capaces de liberarse del ámbar que los contenía

para ascender, farfullando y revolviéndose, por la jalea de las horas.

La estructura más grande y más verde, esa por la que había expresado preferencia, era su madre, que corría a gran velocidad por el salón desde la puerta de la cocina hasta la del pasillo. Calculó que, en circunstancias normales, eso solo debería llevarle un instante, así que la porción de tiempo exhibida de manera permanente en aquel tanque colosal cubría, como mucho, unos diez segundos. Sin embargo, por el tortuoso entrecruzamiento de las masas sumergidas, podía adivinarse que muchas cosas acaecían simultáneamente.

La veta curva de color verde botella que era su madre —ahora podía distinguir sus rasgos color lima en la protrusión más alta de la cresta, amontonados como una pila de máscaras transparentes— parecía albergar una mácula brillante en la parte más voluminosa de su extraordinaria longitud. Allí donde penetraba en el extremo distal del recinto a través de la faraónica abertura que había bajo la línea de flotación —que no era más que la enorme puerta de la cocina—, la masa verde contenía una forma más pequeña, una mancha más o menos estrellada con una radiación primulácea discurriendo por su centro como el relleno de una barra de regaliz. Este resplandor interno aparecía dentro de la configuración con tono grosella desde el punto en que esta surgía del abismo de la puerta, y se mantenía con ella cuando esta última viraba brevemente hacia la derecha de Michael para, luego, retomar su camino hacia él, una maniobra, esta, necesaria para evitar el obstáculo de una mesa sumergida, sin duda la correspondiente a la que había en el salón. Era allí, justo entre la mesa y la abrumadora caverna de la chimenea, donde el brillo amarillo parecía abandonar su aceitunado contenedor. Después, una difusa voluta dorada se dispersaba por el gelatinoso espacio negativo circundante; una hebra nebulosa, deshilachada y alimonada que se elevaba por el cristal chicloso de la superficie del tanque hasta quedar muy cerca de las zapatillas a cuadros de

Michael, quien se hallaba situado en el marco de madera. Parecía una bañera de agua clara en la que alguien se hubiera meado. La suave silueta estrellada, con sus cinco puntas romas, permanecía dentro de la ensortijada mole cuando esta giraba hacia un lado para salir por la colosal puerta del pasillo, emplazada a la izquierda, pero a esa altura ya no era más que un depósito vacío e incoloro en mitad del envolvente y cálido verdor. Había quedado absolutamente drenada de su luz estival.

Después de un instante de reflexión, Michael se dio cuenta de que debía de ser él: una frágil caléndula de cinco pétalos que, a primera vista, parecía estar dentro de la disposición cristalina de mayor tamaño que era su madre. Lo llevaba en brazos, así que sus amplios contornos parecían engullirlo mientras se precipitaban hacia delante en su corriente de repeticiones. Y el punto de la trayectoria situado entre la mesa y la chimenea, ese en el que la lucecita se había apagado, era en el que había muerto, en el que su vida se había roto para que su conciencia se filtrara hacia el espeso consomé del tiempo coagulado. Los rastros amarillos que ascendían trabajosamente por el sirope prismático eran los que había dejado su ser en pijama a medida que había ido chapoteando hacia el techo.

Oteó las torsiones submarinas de la gruta en busca de los otros dos helechos iluminados, una zarza rojiza con forma de refresco de naranja helado que asumió que era su abuela, y luego un tubito de color malva, más cercano al suelo, con una llamarada violeta danzando en su interior. Supuso que era su hermana, con sus titilantes pensamientos purpurados.[1] Teniendo en cuenta la exquisita paleta de colores y la transparencia de las capas acuosas, Michael entendió por qué la desconcertante niña que lo había izado denominaba a aquello «la joyería». Era delicada y hermosa, pero también pensó que, en cierto modo, resultaba triste. Pese a sus rutilantes y mutables chispas, aquel diorama ornamental recordaba a los escombros olvidados del fondo de un río, de modo que parecía algo trivial, abandonado.

La voz de la niña se alzó tras los hombros de Michael

para recordarle abruptamente que seguía allí.

—Es una vieja lata de alubias, pero toas las burbujas que hayas soplao seguirán estando en su interior.

Extrañamente, comprendió lo que quería decir. Era una lata vieja, oxidada y desechada, pero todos sus anhelos y deseos habían pasado por ella. Y habían nacido en ella. Era un cofre del tesoro que se convertía en cubo de carbón cuando se veía desde fuera, pero aun así no pudo evitar la añoranza de esa hulla que, en su inexperiencia, había tomado por gema. Pensativo, admiró un momento la majestuosa alfombra fluvial con filigranas de malaquita que era el cabello de su madre, y luego se volvió hacia la niña. Estaba sentada, golpeando sus talones contra los gastados escalones de color crema apelotonados en torno al sumergido salón. Michael empezó a aceptar que, efectivamente, el marco de madera era la moldura que bordeaba su techo, solo que puesta boca abajo, o del revés, e inflada hasta la exageración. Ella lo miraba inquisitivamente, así que se sintió obligado a decir algo.

—¿Es siete el juego?

Su lengua seguía gastándole malas pasadas con la pronunciación, pero también sentía que estaba mejorando poco a poco. El truco parecía residir en decir cada palabra de manera pura y precisa, sin dejar espacio para la ambigüedad. Aquel parecía ser un lugar en el que el lenguaje surgía repleto de connotaciones y enigmas a la menor oportunidad, sin provocación alguna. Había que tener cuidado. Al menos, cuando le contestó esta vez, su nueva amiga póstuma no soltó ninguna risita ante sus dificultades orales.

—Sse, o el infierno si lo prefieres. Es Arriba, y punto. Estamos más allá de la colina de madera, en el segundo Borough, en lo que llaman Humánima. Estamos entre los ángulos, y no tardarás mucho en acostumbrarte. Tienes suerte de que estareviese pasando, porque aquí no había nadie de tu familia para darte la bienvenida a bordo.

Michael consideró esta última y despreocupada observación. Ahora que lo pensaba, lo de su muerte y

posterior ascensión al cielo le había parecido un tanto mal organizado. No es que tuviera muchas expectativas en cuanto a ángeles, trompetas, puertas perladas y tal, pero tampoco creía que hubiera sido mucho problema haber reunido a un par de parientes fallecidos como comité de bienvenida a aquel más allá tan estrafalario y chapucero. No obstante, siendo justos, todos sus antepasados fenecidos estaban ya muertos antes de que él naciera, así que no habían llegado a conocerlo, y mucho menos a hablar con él. En cuanto a los miembros de su familia que le eran cercanos, él mismo había fastidiado el asunto muriéndose antes de la cuenta. Según el orden natural de las cosas, imaginaba que las personas iban muriéndose acorde a la edad que tenían, así que su abuela May debía haber sido la primera, luego su abuela Clara, su padre, su madre, su hermana mayor, él mismo y, finalmente, su periquito Joey. Si no hubiera muerto saltándose su turno, todos ellos, excepto el pájaro, habrían estado allí para izarlo de su vida, para darle a conocer la Eternidad con una palmadita en la espalda. Y de ese modo tamaña tarea no le habría sido consignada a una cría cualquiera, a una completa extraña que casualmente pasaba por allí.

Dadas las circunstancias, sin embargo, lo que le tocaba ahora era organizar por su cuenta la recepción de su aterradora abuela. Además, ¿y si luego pasaban años hasta que muriera otro pariente, años vagando los dos solos, juntos en aquellos quebradizos y escalofriantes tablones? Con una mirada desesperada y acuciante, intentó transmitirle algunas de esas cavilaciones a la cría pequeña. ¿No había dicho que se llamaba Phyllis? Habló lenta y cuidadosamente, asegurándose de la intención de cada palabra antes de que estas salieran de su boca y procurando evitar la súbita traición de la homonimia y los dobles sentidos.

—He muerto siendo aún pequeño. Por eso no había otros elfos miliares para recogerme.

Definitivamente, iba mejorando. La frase había ido perfecta hasta el instante en que, inadvertidamente, se

había referido a su joven y pelicorta benefactora como «elfo miliar». Aunque, ahora que lo pensaba, tampoco había sido totalmente inadecuado, y la propia niña no parecía habérselo tomado a mal. Estaba sentada sobre la vieja superficie pintada, ajustándose los pliegues azules de la falda a sus sucias y polvorientas rodillas mientras arañaba distraídamente los amarillentos bordes descascarillados del añejo revestimiento. Lo observó casi con compasión, y entonces meneó la cabeza.

—No es así como funciona. Aquí está ya tol mundo. Toas las madres están ya aquí. Los tiempos y las horas solo se confunden allá abajo.

Al decir esto, señaló con la cabeza hacia la fulgurante cavidad del viejo salón de Michael, que estaba tras él.

—Las páginas que leemos tendrarían un orden al leerse. Cuando el libro se cierra, toas sus hojas se comprimen juntas en unos centímetros de papel que no van, en realidad, ni en un sentío ni en otro. Solo se limitan a estar ahí.

No tenía ni idea de lo que le estaba diciendo. Lo cierto era que él seguía en un estado de pánico creciente por la perspectiva de verse convertido en el escolta de May Warren en aquel paraíso quebradizo. De hecho, notó que la reacción de horror y consternación causada por su estado actual, esa que había estado reprimiendo, se estaba intensificando subrepticiamente de maneras un tanto inquietantes. Justo cuando creía que ya la había aceptado, la atroz realidad de su propio fallecimiento salió a flote, y entonces notó que le temblaban las manos. Cuando intentó hablar, descubrió que su voz también lo hacía.

—No querrería estar muerto. Las cosas no iraban bien. Si las cosas irasen bien, habría algún conocido espercuatroándome.

¿Iraban? ¿Irasen? Michael se dio cuenta de que estaba usando las mismas palabras que la cría, y que era como si siempre las hubiese entendido a la perfección. Por ejemplo, sabía que «iraban» era un término que englobaba «iban», «van» e «irán», como si dividir los tiempos en pasado,

presente y futuro fuese una complicación innecesaria por aquellos lares. El hallazgo solo sirvió para que se sintiera aún más perdido y preocupado de lo que ya estaba. Aunque permaneciera allí hasta el fin de los tiempos, sabía que jamás llegaría a comprender nada de lo que pasaba. Sintió la urgente necesidad de huir de todo aquello, pero lo retuvo la certeza de que en aquel mundo no habría ningún refugio al que huir.

Sentada en los escalones planos mientras jugueteaba con la estola de conejos podridos, la cría lo observó ahora con una mirada más cautelosa y vacilante, como si hubiera dicho algo que ella no hubiera comprendido, o bien como si acabara de caer en algún hecho inédito. Al guiñar sus *malteserianos*[2] ojos castaños en ademán interrogativo, el puente de su pecosa nariz se arrugó de improviso.

—Ahora que lo pienso, esto resultaraba un tanto pecurioso, incluso los Jitlers tienen a sus abuelos esperándoles, y dudo mucho que hayas tenío tiempo de ser peor que ellos. ¿Cuántos años tendrarías? ¿Seis, siete?

Por primera vez desde que aterrizara allí, Michael revisó la integridad de su cuerpo. Le complació descubrir que, bajo aquella nueva luz, la textura y los pliegues de su ropa resultaban tan fascinantes como los de las vestimentas de la niña. El tartán de su camisón, de un rojo tan intenso que bordeaba el granate, estaba empapado de sangrientas historias de orgullosos clanes trágicos. Su pijama con rayas de tumbona, que alternaba nubosas bandas de color helado y cielo de julio, evocaba el descanso de unas vacaciones junto al mar. También se alegró de ver que era más alto: seguía siendo flaco, pero había crecido su buen cuarto de metro. Era el cuerpo de un retaco de ocho años, y no el del niño pequeño que era hasta hacía unos instantes. Intentó responder honestamente a la pregunta de la niña, aunque eso pudiera llevarla a pensar que no era más que un bebé.

—Creo que tendrería tres años, pero con este crecilucimiento parece que tengo siete.

La chiquilla asintió.

—Tiene sentío. Supongo que siempre has querío tener

siete años, ¿verdad? Aquí funciona así. Tenemos el aspecto que preferimos. La mayoría rejuvenece, o se contenta con seguir igual, pero los infantasmas como tú preferirarían dejar atrás la edad a la que están ligaos.

Antes de seguir, adoptó una expresión más seria.

—Pero ¿cómo es posible que un niño de tres años no tendra familia que lo reciba aquí Arriba? Tus transpariencias engañaraban, pequeño niño muerto. ¿Cómo te llamarabas cuando estarabas vivo?

Semejante charla no contribuía precisamente a calmarlo, pero tampoco creía que decirle su nombre fuera a empeorar las cosas, así que respondió lo mejor que pudo.

—Me llamo Michael Warren. Puede que no hubiera nadie esperándome por la sencilla razón de que no me tocarase venir todavía a Muertfordshire. Tal vez sea un horror.

Quiso decir «error», y lo de «Muertfordshire» no sabía de dónde venía. Como pasaba en los sueños con ciertas voces y expresiones, le pareció que era una palabra que rondaba en el aire. En cualquier caso, la niña pareció entenderlo sin problemas, lo cual indicaba que su dominio del esperanto mortuorio seguía mejorando. Con una expresión atribulada, la niña meneó la cabeza, ondeando su flequillo rubio como una cascada en miniatura.

—Aquí no hay horrores. Debería haber sabío que mi paso por los Áticos del Hálito coincidiendo con tu aparición no esera casual. Yo creía haber tomao un atajo desde el hospital, a donde había ido a recoger manzanas locas, para volver a los Viejos Edificios, pero ahora me doy cuenta de que lo hice con superintenciones que desconocía. Como se suele decir por aquí, el personaje no da un pasito sin que el autor escriba un poquito.

Lanzó un suspiro de profunda exasperación antes de levantarse con gesto decidido, y luego se alisó mecánicamente la pesada tela de su falda azul medianoche.

—Será mejor que te quedes conmigo hasta que averigüemos de qué iraba todo esto. Lo suyo es ir a las Obras a preguntar a los albañiles. Venga. Estareba aburrida

de tanta plasta de pasado.

Dicho esto, giró sobre sus talones y comenzó a subir decididamente los planos escalones de madera pintada, esperando obviamente que la siguiera en su ascenso por la taraceada cavidad del anfiteatro. Michael no sabía qué debía hacer. Phyllis… ¿Painter, había dicho que era? Sí, eso. Por un lado, Phyllis Painter era la única compañía que tenía en aquel ecoico y solitario más allá, aunque no estaba seguro de si podía confiar en ella o no. Por el otro, el cubo gelatinoso de quince metros que había tras él era la única conexión que le quedaba con la querida e inocente existencia que había tenido. Esos recargados dragones estateleuarios de allá abajo, esmaltados diamantinamente en un instante, eran su madre, su abuela y su hermana. Aunque su nueva conocida lo encontrara aburrido, a él le inquietaba dejarlas atrás y marcharse. ¿Y si nunca hallaba el camino de vuelta? Eso era lo que solía pasarle con los lugares que visitaba en sueños, y aquella experiencia se le parecía mucho. ¿Y si aquel suponía su último atisbo al número 17 de St. Andrew's Road, a su salón beis, a su familia, a su vida? Con vacilación, volvió la vista hacia el gigantesco tanque, hacia su momento postrero, congelado y galvanizado como un par de zapatitos de bebé. Entonces, alzó los ojos hacia las escaleras bajas que su rescatadora, a punto de perderlo de vista sin ni siquiera mirar atrás, iba remontando más allá del borde de la concavidad.

«Espesa», gritó. Notó que el alarido reverberó en las distintas arquitecturas que había allí como un susurro que se propagara por distancias inimaginables, y luego corrió tras ella. Trepó por las esquirlas de las cremosas capas del maderamen, desesperado y asustado por la posibilidad de que ya se hubiera ido cuando llegara a la cima. No fue así, pero cuando emergió de la hondonada cuadrada para contemplar, por primera vez y sin obstáculos, el paisaje en el que se hallaba, sintió la misma impotencia que si la hubiera perdido.

Era una pradera llana, aunque el término no reflejaba adecuadamente ni su inmensidad, ni el hecho de que estaba

compuesta enteramente de listones bastos, sin lijar. De hecho, tampoco hacía honor a su forma. Pasmosamente larga y relativamente angosta, se parecía más a un enorme pasillo que a una tundra, pues, pese a que tendría un kilómetro y medio de ancho, era tan larga que la vista no podía abarcarla ni hacia delante ni hacia atrás, ni siquiera tras la mejora de sus sentidos. En la práctica y para todo propósito, la longitud de la pradera de madera era infinita. Además, su desorbitada extensión se hallaba dominada por el inabarcable tejado de una antigua estación de trenes: un elaborado forjado de hierro y un ominoso cristal tintado que se elevaba a unos trescientos metros de altura. Diría que en sus titánicas vigas había nidos de palomas, meras motas de polvo gris contra la pintura de color verde oscuro del metal. Sobre todo ello, más allá de la translucidez submarina del cristal tintado, había... había algo que Michael no deseaba mirar todavía.

Sobrecogido, se tambaleó sobre las pantuflas en el borde mantequilloso de su antigua sala de estar —o de expirar— antes de obligarse a bajar la vista desde las alturas cegadoras hacia la gran extensión entarimada que lo rodeaba. Al contrario de lo que había pensado inicialmente, el panorama no era uniforme. Según podía ver ahora, el marco escalonado sobre cuyo margen oscilaba era, de hecho, uno de los muchos rectángulos de madera casi idénticos que había allí, todos cercando hendiduras sumergidas iguales a la suya. Estaban dispuestos en una extensa cuadrícula con amplios paseos dorados discurriendo entre uno y otro, como si fuera un mantel de kilómetro y medio de ancho. Le recordó a una fila de ventanas que, por algún insondable motivo, se hubiera construido sobre el suelo en lugar de sobre una pared. Dado que este patrón tan pulcro y ordenado cubría todo el terreno que había entre él y el lejano e invisible horizonte, los escotillones más distantes parecían una pantalla con una enorme densidad de puntitos, un efecto parecido al de mirar muy de cerca las impresiones de los cómics americanos que atesoraba su hermana.

Pensó que lo más probable era que sufriera una migraña si se quedaba mirando mucho tiempo los evanescentes extremos de la galería ridículamente grande en la que se hallaba. «Galería», decidió, era un término que definía la atmósfera de aquel inmenso salón acristalado en mayor grado que «estación de trenes», su elección inicial. No en vano, cuanto más lo observaba, más se daba cuenta de que el lugar era casi idéntico a las viejas galerías Emporium Arcade de la plaza del Mercado de Northampton, solo que a una escala más gloriosa y titánica. Si miraba a izquierda o derecha hacia la arrolladora amplitud del inmenso pasillo, podía constatar que los muros que lo limitaban no eran más que una mezcolanza de edificios de ladrillo apilados uno encima del otro, conectados por unos precarios tramos de escalera con balaustradas y balcones. Entre ellos distinguió una suerte de escaparates decorados, aunque más bien destartalados, que se asemejaban a los que discurrían por la pendiente en perpetua penumbra que acogía al centro comercial. La desteñida barandilla de madera noble que bordeaba los balcones parecía ser gemela de la que ribeteaba la primera planta de su galería mundana, pero estaba muy lejos de las paredes más cercanas del mayúsculo pasillo como para asegurarlo indubitadamente.

El olor era intenso, olía al aire ligeramente cargado de una nave de iglesia en una mañana de mercadillo, con la humedad de los abrigos viejos, la frescura de los rosados dulces de coco caseros, la cualidad estornutatoria de los viejos anuarios infantiles y el agrio regusto metálico de los coches en miniatura Dinky Toys cuando caían en desuso.

Al sobrepasar con su mirada los puntos más cercanos, y sin olvidar que incluso los más alejados constituían aberturas de decenas de metros cuadrados, Michael vio que, aquí y allá, en uno o dos hoyos rectangulares remotos, crecían unos árboles tremendamente alargados. Contó hasta tres, y quizás hubiera un cuarto al fondo de la inabarcable vastedad de la galería, uno que era tan distante que podía ser otro árbol o, también, una columna ascendente de

humo. Un par de aquellos frondosos ejemplares, con sus ramas y hojas ampliamente magnificados, llegaban hasta una altura pasmosa, casi rozaban el techo de cristal. Vio palomas moteadas revoloteando arriba y abajo por los enormes y prominentes troncos, todas posándose por doquier y sin que su tamaño se hubiera visto acrecentado de igual forma que el del follaje, de tal manera que no parecían aves, sino más bien mariquitas grisperladas. Comparadas con la inmensa estructura arbórea en la que anidaban, resultaban tan pequeñas que algunas incluso se refugiaban en las grietas de la corteza. Su alborotado zureo, reproducido y amplificado por la inusual acústica del techo acristalado y curvo de la galería, resultaba audible pese a la distancia abrumadora, y él lo percibía como una especie de murmullo sutil y plumoso bajo el susurro general que predominaba en aquel extraordinario lugar. La presencia de los árboles, junto a la escala insólita de todo lo que había alrededor, le impedía determinar si él estaba dentro o fuera del recinto.

Ya que tenía los ojos puestos en esos manteles de mesa que eran las hojas superiores de aquellos inconmensurables gigantes, Michael pensó que bien podía arriesgarse a lanzar otra cautelosa ojeada al inverosímil firmamento, allende los tirabuzones de hierro forjado y los paneles de color botella de Coca-Cola que formaban la cubierta de la gran galería.

No era tan malo como se esperaba, pero, una vez lo mirabas, resultaba difícil apartar los ojos. Su color, o al menos el color que lucía sobre la gigantesca franja de pasillo en la que se encontraba, era el azul más oscuro y precioso que jamás hubiera imaginado. Más abajo, allí donde su vista se perdía en el imponente corredor, ese azul majestuoso parecía inflamarse, fundirse en una caldera de rojos y dorados. Oteó por encima del hombro hacia el otro confín del pasillo y vio que, en sus extremos más remotos, aquel cielo inagotable parecía arder en llamas más allá de los paneles de cristal del techo de la galería. Al igual que el azul de arriba, los tonos cálidos que veía refulgir en lontananza se dirían cuasi fluorescentes en su brillantez,

como esas gamas cromáticas irreales que a veces se daban en el cine. Sin embargo, aunque los chisporroteantes colores de las alturas resultaban ciertamente arrebatadores, eran las figuras sobrenaturales que surcaban el paisaje las que captaban su atención. Eran ellas las que hacían casi imposible mirar hacia otro lado.

No eran nubes, aunque exhibían la misma variedad en su tamaño e idéntica gracilidad y despreocupación en su movimiento. De hecho, pensó, se asemejaban más a unas nubes que alguien hubiera abocetado. Por un lado, podía distinguir el pálido grafito plateado de sus líneas, pero no sus contornos. Por el otro, todas esas líneas eran rectas. Era como si a un listísimo estudiante de geometría le hubieran asignado la tarea de perfilar todos los pliegues y circunvoluciones de aquellos cúmulos a la deriva con el fin de que cada nube estuviera hecha de un millón de facetas diminutas. El efecto era similar al de arrugar al azar una bola de papel, un papel transparente en el que pudieran discernirse las líneas y ángulos de sus complejidades internas. Eso también implicaba poder ver los llameantes colores del cielo a través del intrincado y espectral delineado de tales diagramas flotantes.

A través del tejado de la galería pudo observar su desplazamiento gradual a lo largo de aquella franja azul cielo de kilómetro y medio, pero también se percató de que las formas se movían y contorsionaban lentamente, como nubes de verdad, a medida que avanzaban por las alturas. No obstante, en lugar de formar lenguas de vapor difuso y lánguido, el movimiento aquí era, de nuevo, el de una vitela toscamente arrugada cuya bola se abriera paulatinamente tras haber sido arrojada a una papelera de mimbre. Sus afloramientos facetados crepitaban y crujían mientras las imponentes masas abocetadas se desplegaban con parsimonia, y en esa actividad interior de sus líneas y ángulos había algo que encontraba fascinante, por más que le costara definir exactamente en qué consistía.

Era como estar frente a un cubo geométrico de papel: visto de frente, los lados del cubo no se percibirían, y solo

se vería un cuadrado plano, pero si uno giraba el cubo y variaba ligeramente la perspectiva, su verdadera profundidad saltaría a la vista, y el espectador entendería que lo que miraba era un cuerpo compacto, no una mera sección.

El efecto aquí se asemejaba, solo que iba un paso más allá. En los cambios del entramado geométrico que observaba, a Michael le daba la sensación de estar mirando directamente algo que interpretaba como un cubo, pero entonces la figura rotaba o variaba de algún modo su posición, y como resultado se tornaba una forma mucho más complicada, tan diferente de un cubo como un cubo lo sería de un cuadrado de papel. Para empezar, era algo mucho más cúbico, pues sus líneas discurrían en una nueva dirección, como poco, que no estaba presente en los cubos normales. Balanceándose en el borde enmarcado del tanque que tenía a su espalda, echó la cabeza atrás y permaneció allí, admirando el espectáculo de más arriba con los ojos como platos e intentando desentrañarlo.

Michael era incapaz de dar nombre a los extraños y nuevos cuerpos que florecían en las almenas de aquellos diagramas nubosos, pero descubrió que tenía un pálpito acerca de cómo se habían construido. Se percató de que, si desplegaba el cubo de papel de antes, lo que obtenía eran seis cuadrados de papel, todos ellos unidos formando la cruz de Jesús. Las figuras que fluían por la tira infinita del cielo eran, sin embargo, lo que obtendría si pudiera coger seis o más cubos y plegarlos limpiamente en un gran supercubo.

¿Cuánto tiempo llevaría petrificado en el filo de la cisterna examinando aquel revoltijo matemático? De repente alarmado, bajó la vista hacia la llanura de ventanas de madera que lo rodeaba, pero luego se sintió lastimeramente aliviado al ver que Phyllis Painter seguía allí, esperándolo paciente a dos o tres metros en los tablones lisos del suelo de la galería, cerca de otro agujero taraceado. La niña le lanzó una mirada de reproche, y lo mismo hicieron los mortecinos ojos conejiles que

tachonaban su repulsiva estola, los cuales más parecían cuarenta y ocho perdigones incrustados en una bufanda de terciopelo.

—Si ya has terminao de pasmarte con la cantidad de casas tan grandes como la tuya que hay de aquí a Bugbrooke, bien podríamos ponernos en marcha. Se me ocurren mejores maneras de malgastar mi muerte que guiando a críos traumatizaos por la mortaja.

Estremecido por la repentina sequedad de su tono, Michael saltó obedientemente desde el borde elevado de su antiguo, escalonado y enmarcado salón, y aterrizó sobre los suaves tablones de pino en los que la niña estaba parada. Con el desanudado cordón de su bata de tartán rozándole las zapatillas, caminó con diligencia hacia ella, y luego la miró como si aguardara nuevas instrucciones. Teatralmente, Phyllis volvió a suspirar y a menear la cabeza. Era un manierismo muy adulto que contrastaba con su edad, pero todas las niñas de los Boroughs actuaban así, como si fueran muñecas rusas que hubieran salido del interior de unas madres desatornilladas para ser iguales que ellas, solo que más pequeñas.

—Muy bien. Andando.

Como si bailara alrededor de un mayo, la niña dio un giro con sus balanceantes pieles de conejo y empezó a cruzar la anchura del titánico corredor en dirección a la pared que había a la derecha de Michael, con sus balcones, tiendas y edificios apilados sin orden ni concierto a poco menos de un kilómetro de distancia. Tras un instante de vacilación, salió trotando tras ella, y al hacerlo escudriñó casualmente el gran hoyo cuadrado junto al que ella lo había estado esperando; es decir, el que estaba justamente al lado del suyo.

Era una réplica casi perfecta que contenía todos los detalles de las molduras superiores, esas que habían sido agrandadas e invertidas y que servían de escalinata para salir del cubo gelatinoso que ocupaba el centro del tanque. Incluso podía ver la silueta de pintura descascarillada que se parecía a Gran Bretaña, siempre jugando con Irlanda

como haría un gatito deformado con una madeja de lana. Aquel era su salón, pero cuando bajó la vista hacia las profundidades del retablo central, descubrió que la joyería era distinta. La maternal figura verde que contenía su amarilla forma infantil había desaparecido, y solo quedaban los descomunales helechos cristalinos que representaban a su abuela y a su hermana. El brazo de gitano de color amatista que era su hermana se arrastraba por la habitación hacia una especie de altiplano que Michael supuso que debía ser el sillón, instalado justo al lado de la chimenea. Allí, la figura entraba en un bucle estacionario en el que sus chispas violetas lucían pálidas y deprimidas, como unos fuegos artificiales desconsolados. Mientras tanto, el enorme y espinoso animal de cristal que era su abuela, iluminada desde dentro por una hoguera otoñal, oscilaba arriba y abajo, en un bucle fijo, a través de la colosal puerta de la cocina. La impresión que daba era que su hermana se había echado a llorar en el sillón de la chimenea, y que su abuela no paraba de ir de la cocina al salón para ver si el pobre infeliz de su nieto se encontraba bien. Concluyó que aquel debía ser el fragmento subsiguiente en la continuidad temporal de su salón, apenas unos instantes después de que su madre se hubiera precipitado por el pasillo con un niño en brazos que aún no sabía que estaba muerto. Todas las enmarcadas ventanas hundidas de aquella inabarcable hilera en particular debían estar, pensó, abiertas al mismo lugar, solo que en distintos puntos cronológicos. Sintió el impulso de correr a lo largo de las aberturas para seguir la secuencia temporal de su salón como si fueran las viñetas de la revista *Dandy*, pero su acompañante, envuelta en sus bichos muertos, había recorrido ya un buen trecho en su afán por cruzar a lo ancho —que no a lo largo— el eterno corredor. Así pues, contuvo la curiosidad y se apresuró a alcanzarla.

Al llegar a su altura, Phyllis Painter le echó una larga ojeada y bufó con desdén, como si le reprimiera por haberse vuelto a rezagar.

—Sé que te maravilla, pero vas a poder explorar y

admirar las vistas por cuatrisiempre. To esto va a seguir aquí cuando vuelvas. La reternidad no va a irse a ninguna parte.

Más o menos sabía a lo que se refería, pero él seguía queriendo entender al máximo aquel nuevo territorio a medida que lo atravesaba. No creía que fuera poco razonable, así que se arriesgó a irritar a su morbosa compañera con preguntas que juzgó enteramente normales en un joven difunto de su posición.

—Si estas hileras mostraraban nuestro salón una y otra vez, entonces ¿qué habrabía en las huecadyacentes?

Con una pequeña mano sobresaliéndole de la holgada manga de tartán, señaló el tanque enmarcado que estaban dejando atrás. En lugar de bordes de madera, los rectángulos de aquella hilera en concreto parecían limitados por un enyesado blanco en, al menos, casi tres de sus cuatro lados, así como por unas puntiagudas albardillas de ladrillo azul en la porción restante. La cría cabeceó apáticamente hacia la abertura más cercana, a su izquierda, mientras avanzaban por una de las avenidas de kilómetro y pico que discurrían entre los tanques hacia el pandemonio amontonado de la pared más cercana de la galería.

—Puedes verlo tú mismo, pero no te entretengas.

Para convencerla de que no se iba a entretener, acudió más que raudo al tanque de diez metros de lado y echó una ojeada. Tardó unos segundos en discernir qué estaba mirando, pero al final comprendió que era una perspectiva ampliada del primer piso del número diecisiete de St. Andrew's Road, o al menos de la parte trasera. Unos escalones de yeso, junto con una suerte de revestimiento de papel, sustituían los maderos pintados que antes enmarcaban su salón, pero solo en dos lados y pico del perímetro escalonado del cuadrángulo. Esto se debía a que la mayor parte del espacio abierto contenido por el marco se hallaba ocupado por una inmensa «L» compuesta de dormitorios, escalones y una sección del rellano vista desde arriba. El trazo vertical de la «L» lo formaban su cuarto y el de Alma, con la cima de las escaleras y parte del rellano

cerca de la base, allí donde se unía a la línea horizontal que era el dormitorio de su abuela. Esta porción interior del área casi cuadrada contenida por el marco era la que proporcionaba el aspecto enyesado y empapelado a los dos bordes y pico que había visto al llegar, mientras que el resto del polígono estaba tomado por una vista a ras del suelo de los altos de su patio trasero. Se le ocurrió entonces que las albardillas azules que delimitaban la esquina superior derecha del tanque eran una versión ampliada de las piedras que coronaban el murete de su jardín.

En la escena inferior no había rastro alguno de las recargadas joyas reptantes que había reconocido como su familia; ni en las escaleras, ni en los dormitorios vacíos, ni en el patio. Seguía divisando, sin embargo, la silla de madera en la que había estado sentado con su madre antes de ahogarse. Aquellos debían ser los momentos posteriores, después de que todos hubieran dejado atrás el patio y la silla para salir pitando al interior. Toda la actividad humana estaba concentrada entre la cocina y el salón, en la escena que acababa de ver, con su hermana llorando sentada y su abuela sin quitarle ojo a su nieto, así que sus cuartos estaban vacíos. El único ser vivo que titilaba en aquel escenario cristalizado era una asombrosa columna iridiscente que parecía estar compuesta de unos hermosísimos abanicos. La figura se sumergía en el aguado jugo temporal desde un punto cercano a la cornisa del tejado, y luego describía una elegantísima y apabullante trayectoria hacia las simas del jardín trasero. Se le ocurrió que tal vez fuera una paloma, pues el movimiento de sus alas se acababa transformando en un exquisito ornamento tallado en cristal.

Consciente de que podía caer en el ensimismamiento si no prestaba atención, Michael apartó la vista de aquella hechizante naturaleza muerta y se apresuró, a regañadientes, a reunirse con la chiquilla. En lo que a él concernía, el problema de aquel lugar era que no había nada que no lo fascinara. Hasta los detalles más nimios parecían invitarle a una contemplación embelesada durante

horas. De hecho, si bajaba la mirada, incluso el entarimado de madera de pino por el que caminaba lo…

… lo envolvía en un fluctuante universo cartográfico de vetas, de estrías casi invisibles que oleaban desde los vórtices de los nudos como un plumaje ocelado, como el impulso detenido de un campo magnético. El corazón de los huracanes reverberaba, labrado, en las líneas concéntricas y centrífugas de aquella fuerza vegetal; los rostros fortuitos de unos babuinos locos y pútridos yacían atrapados en los crujidos de la madera; manchas con forma de trilobites patudos se alejaban reptando por las isotermas. El dulce y paternal aroma del serrín lo embriagaría completamente con su atmósfera a trabajo honesto, lo sumergiría en largas historias silentes de bosques empapados y tiempo medido en musgo, y para ello solo tenía que posar la mirada más allá de sus trastabillantes zapatillas y…

Michael se espabiló y corrió al encuentro de Phyllis Painter, que no había aminorado el paso para inspeccionar la nueva abertura y estaba claramente harta de consentirle su tardanza. Continuaron, pues, por la vía lignaria que atravesaba los tanques en dirección al lateral apilado del gran centro comercial, un precario y deslavazado montón de edificios desiguales, más alto que una ciudad, que se iba haciendo más y más grande a medida que se acercaban. Se preguntó qué inaprensibles nuevas formas estarían adquiriendo sobre su cabeza las nubes de papel arrugado, pero decidió, prudentemente, que no iba a volver a mirarlas. En su lugar, resolvió que sería mejor concentrarse en su pícara guía turística antes de que ella perdiera el interés por él. A tal fin, la asaltó con nuevas preguntas.

—¿Esera todo Northampton lo que vemos aquí, dispuesto para que los habitantes de Arriba puedan contemplarlo?

Condescendientemente, la niña lo miró de reojo, como haciéndole saber que pensaba que era idiota.

—Claro que no. Esto solo soneran los Áticos del Hálito, justo encima de Andrew’s Road. En este camino que recorremos, las puertas del ático se abren a distintas

estancias y plantas, no solo a las casas de tu calle. Esta línea de aquí da a distintos lugares puestos en hilera, y se prolonga durante dos o tres kilómetros, pero no es infinita. En cambio, esa otra dirección, la que discurre a to lo largo de la galería...

Estiró su huesudo brazo izquierdo hacia la inconmensurable longitud del vasto corredor, apuntando al lugar en el que los tanques de diez metros eran meros puntos apiñados bajo la sangrienta y dorada luz de forja que se filtraba a través del acristalamiento superior.

—Esa dirección es la que aquí llamamos la perduración, o temporalidad, de algo, y *sí* que es infinita. Si este camino que recorremos ahora equivale a las distintas estancias de tu tramo de Andrew's Road, esa otra dirección, la de la perduración, equivale a los distintos momentos de esas estancias. Por eso el cielo que nos sobrevuela aquí es siempre azul, porque está en mitad de un día de verano. El del fondo, cobrizo y lleno de fuegos artificiales, es el del ocaso, y si siguieras verías un trecho púrpura y luego otro negro, y después verías el amanecer de mañana estallando como una bomba, con to lleno de rojos y doraos otra vez. Si te pierdes, recuerda: el oeste es el futuro, el este es el pasado, to perdura, to permanece. Ah, y ten cuidao si alguna vez acabas en el veinticinco, porque está inundao.

Aparentemente satisfecha con la respuesta, siguieron caminando uno junto al otro por el mullido entarimado sin mediar palabra, pero, al rato, se le ocurrió una nueva pregunta. No creía que fuera una duda tan buena como la anterior, pero la planteó igualmente, pues lo cierto era que los intervalos entre sus charlas solo servían para que pensara en lo que le había ocurrido, en su nuevo estatus de niño muerto y tal, y eso le daba mucho miedo.

—¿Cómo esera que nuestro dormitorio y el piso de abajo parecerarían estar aquí en la misma planta?

Sí, obviamente era una pregunta estúpida. Phyllis puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua, y al contestar apenas se molestó en disimular el desesperado hastío de su voz.

—¿Tú qué crees? Si tuvieras en la misma hoja los planos de un sótano y los de un ático, ¿te resultaría extraño verlos al mismo nivel sobre el papel? Claro que no. ¡Usa la sesera!

Reprendido, aunque no más sabio, Michael paseó en silencio junto a aquella cría un poco mayor y más alta que él, acelerando el paso de vez en cuando para mitigar la disparidad de sus zancadas. Un vistazo a la cavidad bordeada de madera que estaban dejando a la derecha le reveló un panorama desconocido: un salón inédito, con muebles distintos a los que había en el número diecisiete y con puertas y ventanas que quedaban al otro lado de la estancia, como si fuera un reflejo especular. Extendidos por las profundidades de la habitación ampliada había más gorgóneos tentáculos glaseados con luces en su interior, pero sus tonos —rojos oscuros y marrones cálidos— pertenecían claramente a una paleta diferente a la de su familia. ¿Serían, tal vez, los de los May o los Goodman, cuyas viviendas estaban un poco más abajo en la misma hilera de adosados?

Mientras caminaba al lado de Phyllis Painter, barajó la idea, no del todo desagradable, de que, si alguien los veía pasear juntos de aquella manera, iba a tomarla por su novia. A sus tres años, nunca había experimentado aquel envidiable estado, así que el pensamiento animó su marcha durante unos cuantos pasos, justo hasta que recordó que aún iba vestido con un pijama, una bata holgadísima y unas pantuflas. El pijama, ahora que caía, podía incluso tener alguna manchita de pipí, pero si intentaba comprobarlo únicamente iba a atraer la atención sobre el asunto. Era poco probable que quien los viera tomara a Phyllis por su novia; si acaso, por su joven niñera. Sea como fuere, estaban los dos muertos, lo cual hacía que la perspectiva de ser el novio de alguien resultara menos romántica y atractiva.

Frente a ellos, la abigarrada amalgama de muros, escaleras, balcones y ventanas resultaba ya mucho más cercana y enorme que la última vez que la había avistado.

Pudo ver que había personas moviéndose por las pasarelas y las escaleras antincendios, pero Phyllis y él seguían estando demasiado lejos como para distinguirlas en detalle. Creyó que era lo mejor, porque varias de estas figuras paseantes no parecían del todo normales, bien por su tamaño, bien por su forma. Entonces, se dio cuenta de que el lugar en el que se hallaba no se correspondía en absoluto con lo que solía imaginar que se encontraría al fallecer. No tenía nada que ver con el cielo que sus padres le habían descrito someramente en cierta ocasión, con sus escalones de mármol, sus altos pilares blancos y sus aires a anuncio de la compañía publicitaria Pearl & Dean. Tampoco era el infierno del que le habían advertido, aunque nunca había esperado terminar allí. Su madre le había dicho que, a menos que hiciera algo tan malo como cometer un asesinato, jamás iría al infierno, razón por la que las probabilidades de acabar en él, suponiendo que pudiera vivir la vida sin matar a nadie, le parecían escasas. Por suerte, había muerto a los tres años, así que no había tenido que ponerse a prueba durante mucho tiempo. Si se hubiera hecho mayor, pensó aliviado, podría haber matado a Alma al alcanzar la fuerza suficiente. Entonces habría ardido en ese fuego especial que tan sombríamente le había descrito su madre, ese que ni mataba ni consumía a la gente, pero que estaba más caliente de lo que nadie podía imaginar.

En general, se alegraba de no estar en el infierno, aunque eso no lo ayudaba a determinar la naturaleza de aquel lugar. Como creía que ya había pasado tiempo suficiente desde su última y vacilante pregunta, volvió a probar suerte con otra.

—¿Arriba pertenece a alguna religatura? ¿Tiene puertas Pearladas & Deamasquinadas, o dioses togados jugando al ajedrez y escudriñando desde las nubes como en las películas?

Aunque sus ojos no se animaron ante el renovado interrogatorio, al menos esta última pregunta no pareció agravar la animosidad que le profesaba.

—Toas las religaturas llevan algo de razón, lo cual

significa que ninguna la tiene, pues toas creerarían estar en lo cierto. De todas formas, poco importa lo que creyeras abajo, aunque es mejor que creyeras en algo. Aquí a nadie le preocupa eso. No hay matones que vayan a preguntarte la contraseña, o a echarte porque allí abajo no te unieras a la banda correcta. Lo único que de verdad importa esera que serases feliz.

Michael caviló sobre el asunto mientras la acompañaba por la tarima solada de puertas. Si la chica llevaba razón y lo único que importaba en vida era la felicidad, entonces no le había ido mal, pues había disfrutado de tres años en los que apenas había podido parar de reír. De todas formas, ¿qué pasaba si la felicidad de la gente se había basado en hacer cosas desagradables, o incluso horribles? Sabía que en el mundo existían personas así, y se preguntó si se les aplicaría el mismo criterio. ¿Y qué sucedía con aquellos que habían llevado vidas miserables sin tener la culpa? ¿Se les volvería en contra allí, como si no lo hubieran pasado ya lo suficientemente mal? No creía que fuera justo, y estaba a punto de jugarse el cuello pidiéndole a Phyllis que se lo explicara cuando unos movimientos en los elevadísimos balcones a los que se aproximaban captaron su atención.

La pareja había llegado casi al borde proximal de la cavernosa galería, y estaban ya lo bastante cerca como para que Michael apreciara en mayor detalle a las distintas personas que iban de acá para allá por sus niveles. Sobre la plataforma que había captado su atención, una pasarela abalconada a unos dos o tres pisos de altura, dos hombres adultos se hallaban conversando. Ambos le parecieron muy altos, y juzgó que debían ser bastantes viejos, de unos treinta o cuarenta y tantos años. Creía que uno de ellos llevaba barba y que el otro tenía el pelo blanco, aunque no habría podido asegurarlo.

El hombre canoso y rasurado iba ataviado con un largo camisón, y se diría recién salido de una pelea. Tenía un ojo cerrado y amoratado, y la sangre de un labio partido le había manchado las vestiduras, por lo demás inmaculadas. Su rostro reflejaba una furia temible, y si en una mano

tenía una vara larga, con la otra agarraba la balaustrada de madera como si hubiera salido al balcón a serenarse, algo en lo que su barbudo amigo no estaba siendo de mucha ayuda. Esta segunda persona, vestida con una enorme maraña de trapos verde oscuro, parecía estar carcajeándose de los apuros del primer tipo. Con la barba bifurcada y una masa de rizos castaños bajo su sombrero de cuero de ala ancha, era como si estuviera dándole codazos al fulano de la túnica blanca mientras le palmoteaba la espalda, y ninguna de tales actividades parecía aliviar el mal humor de su abofeteado camarada.

Justo entonces, una ráfaga de brisa azotó la pasarela, y los harapos verdes del barbudo ondearon salvaje y confusamente en consecuencia. A Michael le sorprendió descubrir que el forro de cada uno de los agitados jirones iba bordado con una brillante seda carmesí. Cuando el viento removió los andrajos de la risueña figura, parecieron refulgir hacia arriba, mecidos en el caos, por lo que el efecto se asemejó al de un frondoso arbusto que, de repente, ardiera en llamas. Fue un milagro, pensó, que su sombrero de cuero no saliera también volando. Era probable que lo llevara atado con un cordón a su poblada barbilla, como esos tocados que vestían los sacerdotes españoles y que tanto se parecían a aquel.

Michael se dio cuenta de que corría el riesgo de volver a ensimismarse con los detalles del lugar, así que apartó la vista de aquellas cofas superiores para volver a centrarla en Phyllis Painter. La chica había avanzado ya un buen trecho, y Michael sintió una oleada de pánico al salir corriendo para alcanzarla. Sabía que, si la perdía de vista, sería como en los sueños, en los cuales nunca era capaz de encontrar a la gente con la que había quedado.

Se reunió con ella justo cuando la niña estaba a punto de llegar al final del larguísimo entarimado, con la última hilera de tanques encastrados extendiéndose a ambos costados. Una rápida ojeada a uno de ellos reveló otra vista aérea de un jardín que, pese a algunas similitudes superficiales, era distinto al suyo. Dado que estaba al final

de aquella fila de kilómetro y pico, se preguntó si sería el patio trasero de la casa de la esquina, allí donde Andrew's Road se cruzaba con el arranque de Scarletwell Street. No tuvo tiempo de cavilar mucho más, porque Phyllis Painter había dejado atrás la interminable red de aberturas y marchaba ya hacia el abrupto final de los tablones: una acera elevada hecha de unas maltrechas piedras grises, seguida de una gran franja de losetas maltrechas y agrietadas, justo iguales que las que discurrían por St. Andrew's Road.

Al otro lado de las mismas, frente a la niña del collar de conejos y él mismo, se extendía el nivel más bajo de la pared que delimitaba la monstruosa galería, una larga hilera de edificios de ladrillo cuya disparidad indicaba que, obviamente, no habían sido diseñados para estar unos al lado de los otros. Dos o tres se parecían a las casas de su calle, solo que modificadas, como si las hubieran recordado incorrectamente, de tal manera que una tenía la puerta de entrada en mitad de la primera planta y presentaba casi veinte escalones de piedra para llegar hasta ella en lugar de los tres habituales. Otra tenía una madriguera bordeada de ortigas donde debería haber estado el recoveco enladrillado del limpiabarros, justo al nivel del suelo y a un lado de los escalones. Entre estas fachadas, distorsionadas pero espeluznantemente familiares, había otras construcciones casi reconocibles, aunque los lugares que le recordaban a Michael no estaban en Andrew's Road. Una guardaba una fuerte semejanza con la casa del conserje de la escuela, la del extremo superior de Spring Lane, con su reja de hierro negra guareciendo una ventana baja a un palmo de la calle. Al lado había una sección del muro de la escuela, el que bordeaba la entrada arqueada, y siempre cerrada, que conducía el patio de recreo de los más pequeños.

Emplazada en el estrambótico surtido de localizaciones, que al menos parecía extraído del mismo vecindario, había una puerta semiacristalada con un escaparate anexo que, a su juicio, procedía del centro de la ciudad. Concretamente, de la rampa mal iluminada del

auténtico Emporium Arcade, con sus pretenciosas volutas de hierro decorando su entrada en la plaza del Mercado. Aquel local, insertado incongruentemente entre otras viviendas desubicadas, era un duplicado casi perfecto de Chasterlaine's, la tienda de juguetes y artículos de broma que estaba situada en la mitad derecha del centro comercial según se subía. Con el nombre de la tienda rotulado arriba en una tipografía dorada y antigua, el amplio escaparate era, allí, más grande de lo debido, y las letras parecían barajarse en un orden distinto, con alguna que otra adición, cada vez que las miraba; sin embargo, tenía claro que era Chasterlaine's, o si acaso una versión aproximada. «Guías Realistas» era el nombre que lucía en aquel momento, aunque, cuando volvió a mirar, leyó «El Gesto del Ancestro». En todo caso, le chocó encontrarse una tienda tan familiar en un entorno tan poco familiar, así que pensó que, mientras recorrían los últimos metros de tablado hacia los límites del gigantesco corredor, bien podía preguntar al respecto.

—¿Esto es el Euforium Arcade del mercado? Esa tienda se parece a la asfixietería.

Phyllis entornó los ojos en la dirección señalada por la holgada manga de Michael.

—¿Qué tienda? ¿El Caracol Veloz?

Volvió a mirar la tienda en cuestión y descubrió que, efectivamente, su actual nombre comercial era «El Caracol Veloz», un anagrama mucho más trastocado. Phyllis y Michael se subieron a la acera que bordeaba los listones de los Áticos del Hálito, que era como ella se había referido al gigantesco salón, para que él pudiese ver de cerca los artículos del escaparate, iluminados por una bombilla de cuarenta vatios. Lo que había tomado por coches en miniatura Matchbox dispuestos en un expositor con sus embalajes rojos y amarillos —justo lo que habría en el verdadero Chasterlaine's— eran, de hecho, réplicas de caracoles a tamaño real. Venían en cajitas individuales como los coches y camiones de juguete, pero lo que indicaban sus etiquetas de cartón era el modelo de caracol

correspondiente a la figura. Las réplicas de los moluscos iban personalizadas y pintadas a imitación de los genuinos coches Matchbox, de modo que, si en la concha de una podía leerse la palabra «Pickford's» en letras blancas sobre fondo azul marino, en otra era el propio caracol el que había sido pintado de rojo brillante, con una diminuta manguera de bombero emplazada en su espalda en lugar de la habitual concha en espiral. Al alzar la mirada hacia el letrero del escaparate, vio que este seguía rezando «El Caracol Veloz», así que quizá se hubiera confundido al creer que las letras cambiaban. Era probable que el rótulo siempre hubiera sido el mismo en cada escrutinio. Aun así, eso no anulaba lo esencial, que era la semejanza de aquel local con esa cueva de Aladino que era el Chasterlaine's del Emporium Arcade. Mientras recorrían la ancha franja de pavimento resquebrajado, Michael se giró hacia Phyllis Painter y repreguntó con tozudez.

—El Caracol Veloz, sí. Se da un aire a la timidi-tienda que hay en la galería del mercado. ¿Esera ahí donde estamos?

Con un profundo suspiro que sonó falso y forzado, Phyllis se paró en seco y le dio una explicación que, por su tono de voz, quedó claro que iba a ser la definitiva.

—No. Sabes bien que no. La galería a la que te refieres está Abajo. Por encantadora que serase, es un bosquejo plano de esta de aquí.

Phyllis señaló la llanura de ventanas encastradas que se extendía tras ellos y el alto techo de cristal que los sobrevolaba, con sus desconcertantes nubes de papiroflexia desplegadas contra un manto azul perfecto e iridiscente.

—De hecho, to lo que hay Abajo es un bosquejo plano de lo que hay Arriba. Esta galería que ves aquí sobre los Áticos del Hálito está hecha del mismo material que esos Viejos Edificios a los que vamos.

La niña balanceó su brazo huesudo para que su collar de trofeos se agitase de manera repulsiva, y tras eso señaló la larga y confusa hilera de construcciones que había enfrente, al otro lado de las losetas agrietadas.

—To esto estaraba hecho de sueños que se han ido apilando. La gente que vive por los alrededores allí Abajo, más tos los que pasan por aquí, sueñan siempre con las mismas calles, con los mismos edificios. Pero tos ellos sueñan de un modo distinto esos lugares, y cada sueño deja aquí una especie de residuo, una capa de mugre que acaba formando una costra onírica hecha de casas, tiendas y avenidas que la gente no ha recordao bien. Es como cuando los camarones muertos acaban formando arrecifes de coral y demás. Si ves por aquí a alguien que parezca estar hipnotizado, andando en ropa interior o en pijama, casi seguro que está dormido y soñando.

Hizo una pausa para estudiar detenidamente a Michael, que seguía vestido con su bata, su pijama y sus zapatillas.

—Si no te hubiera visto morir asfixiado, podría decir lo mismo de ti.

Oh. Eso. Él ya casi se había olvidado del desagradable incidente, y deseaba con todas sus fuerzas que Phyllis no fuese tan brusca a la hora de referirse a su reciente deceso. Era un tanto deprimente, y pensar en ello seguía asustándolo. Phyllis ignoró su mueca de angustia y siguió desarrollando su morboso monólogo.

—Es decir, si estaravieses muerto, tendrías que estar vistiendo los recuerdos de tus ropas favoritas. A menos, claro, que fueran los pijamas, puñetero vago.

Se quedó pasmado. No por las referencias a su haraganería —en efecto, los pijamas eran sus prendas favoritas—, sino por el hecho de que ella hubiera dicho una palabrota en el cielo, cosa que no pensaba que estuviera permitida. Alegre y flemática, la cría continuó.

—Pero, aún más importante... si estaravieses muerto, ¿por qué no habrabía nadie más que yo para tirar de ti y sacudirte el polvo? Eres un muerto matao de lo más curioso. Hay algo mu raro en ti. Enga, amos. Será mejor que te llevemos a las Obras pa que los albañiles te echen un vistazo. Mantén el paso y no te pierdas en este escenario de ensuementerio.

«Matao». La misma pronunciación que su madre

empleaba en palabras como «perdío», «helao», «costao» y otras tantas similares. «Podías haberte matao». «Cómete un poco de helao». «Espero que el soldadito no te haya costao mucho». Su acompañante no solo era de los Boroughs, sino que era, casi con total seguridad, de la parte baja, la de Andrew's Road. Pero cerca de su casa no vivía ninguna familia Painter, a menos, claro, que Phyllis fuera de una época muy anterior a la suya. Michael no pudo dedicarle ni un segundo a aquel pensamiento, pues, fiel a su palabra, la niña estaba ya acelerando por las mohosas losetas sin molestarse en mirar atrás para ver si la seguía. Michael se deslizó en su estela diligente y parsimoniosamente, incapaz de correr por temor a perder sus pantuflas.

Mientras trastabillaba torpemente por el enlosado, vio que en el extremo más alejado del pavimento delimitante había unas aberturas que guiaban hacia los edificios, unos pasajes que quizá se adentraran en la confusa amalgama de aquella arquitectura onírica. Su cicerone, con su estola-hidra conejil al viento, estaba a punto de desaparecer por uno de esos oscuros resquicios, un callejón que partía desde las fachadas y que se abría paso entre el escaparate remozado de la juguetería y el edificio con la puerta a media altura. Guiado por el pendón ondeante de su vestido rosa y azul, apretó el paso para alcanzarla.

Cuando llegó a la bocacalle, Michael descubrió que era exactamente igual que el angosto corredor que conectaba Spring Lane con Scarletwell Street por detrás de los adosados en los que vivía. Los adoquines y sus matojos eran idénticos, e incluso pudo distinguir, solo que vista desde atrás, la techumbre gris y mellada del establo del patio contiguo, donde Doug McGeary guardaba su camión. La gran diferencia quedaba a su derecha, pues, allí donde debía estar la valla de alambre y seto que delimitaba los patios de recreo de la escuela Spring Lane, había una nueva hilera de casas con sus cancillas, sus patios y sus correspondientes ventanas traseras de ladrillo rojo. Le vinieron a la mente las palabras «Scarletwell Terrace», pero las olvidó enseguida. Phyllis Painter se había alejado por el

callejón distorsionado y no parecía dispuesta ni a aminorar la marcha ni a preocuparse por dejarlo atrás. Así pues, salió pitando por los adoquines de la sombría travesía, que tanto en la vida real como en los sueños siempre le había causado una gran aprensión.

Lo envolvió un pasadizo de muros negros un tanto chocantes: los de su derecha le eran completamente desconocidos, mientras que los de su izquierda resultaban muy distintos a sus contrapartidas de la parte trasera de Andrew's Road. Al echar una ojeada al cielo que sobrevolaba el callejón, descubrió que ya no lucía ese celeste irreal, como sacado de una postal, que había admirado a través del techo acristalado de la galería, y que tampoco había nubes de rara geometría arrugándose sobre él. En su lugar, atisbó una franja del firmamento gris de los Boroughs, ese que hundía el espíritu en cuanto cumplía con la habitual predicción pesimista. El cambio de color afectó de manera repentina al ánimo con el que estaba viviendo la experiencia, y eso lo asustó. Dejó de verse como el partícipe de una desconcertante aventura y pasó a sentirse huérfano, desamparado y lastimero; un niño en pijama, perdido en mitad de la noche, que iba tropezando por un mísero callejón mientras temía que lloviera. Solo que no estaba meramente perdido. Estaba muerto.

Angustiado, apartó la mirada de aquel cielo inhóspito repleto de canaletas y chimeneas para constatar, con horror, que se había entretenido. La cría debía estar a una distancia mucho mayor que la de antes, pues tenía el mismo tamaño en aquel callejón que cuando la había visto en la esquina de su salón, algo que tenía la impresión de que hubiera sucedido hacía horas. Se calmó pensando que, si corría más rápido y conseguía no volver a perderla de vista, entonces tendría que acabar alcanzándola forzosamente.

Sin embargo, correr mirando al frente implicaba no saber por dónde iba. Así las cosas, una de sus zapatillas a cuadros escoceses trastabilló con el inoportuno agujero que había dejado un adoquín suelto e hizo que cayera a cuatro patas. Aunque notó el impacto de los pedruscos redondos a

través de la fina tela del pijama, se sorprendió agradablemente al descubrir que su caída no le había hecho daño alguno. Se asustó y se disgustó un poco, pero no sintió ningún dolor, y ni siquiera detectó rasguños aparentes. Sus pantalones a rayas se le habían mojado y ensuciado en una rodilla, pero el tejido no se había roto, así que, en general, creyó que había escapado del percance bastante bien.

Phyllis Painter, eso sí, se había esfumado.

Supo que no iba a encontrarla allí incluso antes de alzar los ojos para constatar que estaba solo en el callejón; lo supo con el mismo fatalismo que solía sentir en sus pesadillas, en esos sueños en los que lo único seguro era toparse con aquello que más le asustaba.

Estaba rodeado por los ladrillos desgastados y tiznados de la callejuela, y a su derecha se cernía la pared trasera de algún tipo de fábrica, o almacén, que interrumpía la larga serie de patios festoneados. ¿Serían esas las «Obras» que la niña había mencionado como destino? A través de la espesa capa de polvo de las altas y aisladas ventanas del local pudo vislumbrar una maraña de cables negros, y en el exterior atisbó la rueda de una polea oxidada junto a una plataforma de madera provista de una puerta cerrada; sin duda, un acceso de carga, pensó. La desierta bocacalle se extendía ante él con una longitud mucho mayor que la que recordaba en su contrapartida mortal, así que no creyó posible que Phyllis Painter hubiera llegado al final antes de que él levantara la vista, ni siquiera contando su torpe tropezón. Lo más probable era que hubiera salido de la lúgubre travesía a través de una puerta o umbral conducente a la fábrica que tenía a la derecha.

Con esta esperanza en mente, se adentró un poco más en el callejón, que a la luz del cielo encapotado parecía un arroyo de adoquines, hasta alcanzar la zona en la que creía haber visto a la niña por última vez. Entre los bordes romos de las piedras brotaba una hierba de color salvia, y también vio algunos desperdicios que habría considerado normales en otras circunstancias: la colilla de un cigarrillo sin filtro, la chapa de una botella de cerveza, mellada en el medio por

un abridor, y algunos fragmentos de cristal. La chapa lucía impresa la expresión «Oculta-Oculta» allí donde debería haber estado la marca de la empresa cervecera, y los trozos de cristal, examinados de cerca, parecían restos de pompas de jabón, pero Michael se negó en redondo a prestar atención a tales asuntos. En vez de eso, avanzó cautelosamente y buscó alguna entrada en la pared, una puerta o cancela por la que Phyllis hubiera podido desvanecerse, y al final encontró una.

Tras los barrotes de una puerta de hierro forjado que se abría a la desierta callejuela había una escalera cubierta, hecha de piedras viejas y gastadas, que ascendía por la fachada posterior de la fábrica o almacén. Aquella extraña estructura le resultaba familiar, y de hecho le recordaba a una escalera enrejada que había visto en Marefair en cierta ocasión, frente a la iglesia de San Pedro. Al preguntarle a su madre al respecto, la mujer le contó con cierta aprensión que, durante su infancia, ella y su mejor amiga, Kelly May, llegaron a subir aquellos viejos escalones de piedra solo por ver si se atrevían, y que lo único que hallaron al final fue un ático repleto de hojas marchitas y «un gran nido de tijeretas». A Michael no le gustaban las tijeretas, pues su hermana le había explicado una vez que se metían por los oídos de la gente para comerse su cerebro, y que luego no paraban hasta alcanzar la cálida y rosada luz diurna filtrada por el tímpano del lado opuesto. Alma había empleado unos efectos sonoros de lo más práctico para ilustrar lo que oiría durante la semana, o así, que tardaría el resuelto insecto en excavar un túnel bajo su alborotada cabeza infantil: «Ñum, ñum... cri, cri, cri... ñum, ñum, ñum... cri, cri, cri».

Por otro lado, la intimidante escalera representaba su mayor baza para alcanzar a Phyllis Painter, una persona que no le agradaba demasiado pero que era la única a la que conocía por su nombre en aquel ruinoso paraíso. Si no fuera capaz de encontrarla, estaría perdido *y* muerto. Con eso en mente, reunió todo su coraje y empujó la puerta entreabierta un poco más, lo suficiente para poder colarse

dentro. El barrote que agarró con los dedos era arenoso y abrasivo al tacto, y su textura resultaba un tanto punzante. Al abrir la mano, descubrió que había dejado una mancha de óxido en su palma. Olía a té quemado.

Tras encoger la barriga para no mancharse de mugre y herrumbre el pijama, se deslizó a través de la rendija que había abierto entre la puerta y el hueco de ladrillo. Una vez dentro, cerró la cancilla sin saber muy bien por qué. Tal vez para ocultar el hecho de que hubiera irrumpido en el edificio y estuviera allanándolo, o quizá por la simple cuestión de que se sentía más seguro sabiendo que nada iba a poder reptar por las escaleras tras él sin que antes oyera el chirrido de la puerta. Se giró y escudriñó, inseguro, la oscuridad que se cernía sobre el lugar a apenas seis escalones desde el suelo. En circunstancias normales, seguro que su respiración habría sido trémula, y que su corazón se habría desbocado, pero, con un poco de retraso, se dio cuenta de que su corazón no palpitaba, y que solo daba bocanadas de aire cuando se acordaba de hacerlo, más por hábito que por necesidad. Antes de empezar a remontar las escaleras se dijo, para consolarse, que al menos había dejado de tener la garganta irritada. Eso habría sido de lo más enervante.

Tras unos minutos de ascenso a oscuras, se dio cuenta de que su incursión por aquellas escaleras había sido una pésima idea. Con cada escalón, las pantuflas de sus pies pisaban un detrito de algo que a él le parecían hojas marchitas y quebradizas, pero que bien podía ser una negra capa de cutículas de tijereta. Para empeorar las cosas, la escalera no era tan recta como había esperado, sino que se elevaba en espiral, lo cual le obligaba a avanzar en la penumbra más lentamente, entre traspiés, palpando con su mano izquierda la pared del torreón para seguir su contorno, pero solo rozándola, eso sí, pues no quería tocar accidentalmente las babosas o los bichos que pudiera haber arrastrándose por allí.

Con la esperanza de llegar pronto a la cima, Michael superó el punto en que la idea de girarse y volver atrás

habría resultado concebible. Cinco minutos más aplastando cosas crujientes lo convencieron, sin embargo, de que no había cima, de que no iba a volver a ver a Phyllis Painter y de que aquella era la condena que le tenía reservada la eternidad: subir, a solas, por una interminable negrura en la que se intuían tijeretas. Ñum, ñum. Cri, cri, cri. ¿Qué habría hecho en sus tres años de vida para merecer un tormento así? ¿Sería por haber matado hormigas con Alma aquella vez? ¿El asesinato de una hormiga era reprochable en el más allá? Preocupado, reanudó su titubeante ascenso sin saber qué otra cosa podía hacer. El único plan alternativo era echarse a llorar, pero pensó que sería mejor reservárselo para más tarde, cuando la desesperación cundiera de verdad.

Tal eventualidad sobrevino nueve escalones más arriba. Añoraba a su madre, a su abuela, a su padre. Añoraba incluso a su hermana. Añoraba el número 17 de St. Andrew's Road. Añoraba su vida. Mientras decidía en que escalón iba a sentarse a llorar hasta el fin de los tiempos, notó que, un poco más arriba, la oscuridad parecía virar a gris. Podía deberse, pensó, a que sus ojos se estuvieran acostumbrando gradualmente a la oscuridad, pero también podía deberse a que hubiera luz un poco más adelante. Envalentonado, reanudó su ascenso por aquella tiniebla perlada que había sustituido a la completa opacidad. Para su regocijo, no tardó en distinguir la escalera en espiral por la que estaba ascendiendo, y observó con alivio que los cuerpos crujientes que había estado pisando no eran ni hojas ni tijeretas. Eran los envoltorios cerosos propios de los caramelos para la tos, cientos y cientos de ellos alfombrando los escalones, y todos ellos con letras diminutas de color cereza repitiendo varias veces la palabra «Tunes» en cada uno de los papelillos.

Tras un último giro, a apenas unos pasos, vio una luz matutina filtrándose a través de una abertura con forma de puerta. Con los medicinales pétalos rosados de las pastillas para la tos revoloteando en sus talones, subió a la carrera los últimos peldaños, ansioso por pisar suelo firme y por

recuperar, al fin, la visión de lo que había a un palmo de sus narices.

Descubrió un largo pasillo interior con amplias paredes pintadas de verde hasta la mitad y un suelo de tablones barnizados y manchados. Era el tipo de pasillo que él asociaba a las escuelas y los hospitales, solo que era muy alto; tanto que incluso un adulto se sentiría del tamaño de un niño. A ambos lados había ventanas que dejaban entrar la pálida luz del día, aunque estaban demasiado elevadas como para que Michael pudiera asomarse por ellas. Si miraba hacia arriba a través de las de la derecha, solo atisbaba ese cielo plomizo y apagado que ya había visto en el callejón de fuera. La fila de su izquierda, por su parte, parecía orientada a una especie de clase o sala. Una estancia interior, en todo caso, de la que solo podía vislumbrar los cabrios y tablones que formaban su tejado a dos aguas. En el corredor únicamente había dos o tres radiadores metálicos de gran tamaño, pintados del mismo verde oscuro que las cajas de conexión eléctrica y distribuidos por el silencioso lugar. Olía al aroma ahumado y penetrante del caucho, y también a pintura en polvo, como si en el ambiente reinara una harina tóxica. Fuera lo que fuese aquel sitio, no parecía ser la fábrica o almacén que había intuido en el exterior; de hecho, tras los giros y recodos de aquella escalera a oscuras, ni siquiera estaba seguro de que se tratara del mismo edificio. Lo único que sabía a ciencia cierta era que no había ni rastro de Phyllis Painter.

Probablemente, lo mejor que podía hacer era descender la escalera en penumbra, regresar a la calle y tratar de encontrarla allí, pero fue incapaz de afrontar otro engañoso periplo a través de la tiniebla, sobre todo porque esta vez tendría que bajar y correría mayor riesgo de tropezar y caer. Lo único que quedaba era seguir adelante hasta el final de aquel silencioso pasillo que olía a kit reparapinchazos de neumáticos.

Por el camino, se le ocurrió que podía silbar para mantenerse animado, pero entonces se percató de que no

conocía melodía alguna. Además, tampoco sabía silbar. Como alternativa para romper aquella quietud opresiva, pasó los dedos por los macizos tubos verticales del primer radiador con el que se topó. Su frialdad al tacto indicaba que el sistema de calefacción del que formaba parte había sido desconectado a causa del verano. En todo caso, y para su sorpresa, se dio cuenta de que alguien se las había arreglado para afinar los conductos de metal con el fin de producir notas concretas. Cada radiador estaba equipado con siete tubos y, al dejar que sus dedos se deslizaran por la primera hilera, sonaron las primeras notas de *Estrellita, ¿dónde estás*?, una de las pocas canciones que había aprendido en su limitada formación musical. Intrigado y encantado a un tiempo por el efecto, se apresuró hasta el siguiente radiador del pasillo, que resultó estar configurado para reproducir la siguiente línea de la nana: «Me pregunto qué serás».

Para cuando llegó a «En el cielo o en el mar», Michael ya se hallaba al final del pasillo, donde había una esquina que torcía abruptamente a la izquierda. Cauteloso y sigiloso como un explorador indio, escudriñó el nuevo tramo, pero solo vio otro corredor desierto que no se diferenciaba en nada del primero. Tenía el mismo entarimado, el mismo verde pálido en la parte inferior de las paredes y el mismo blanco tiza en la parte superior. La hilera de ventanas altas que había a su derecha se abría a un cielo lóbrego y lanoso, mientras que las de su izquierda mostraban las vigas de la sala, o clase, que no había podido ver por ser demasiado pequeño. Lo bueno, no obstante, era que había otros tres radiadores, y también que aquel trecho de pasillo no parecía terminar en otra esquina, sino en una puerta blanca de madera que, aunque estaba cerrada, con un poco de suerte no tendría echada la llave.

El primero de los radiadores tocó «Un diamante de verdad» cuando Michael pasó por él sus tensos y rígidos dedos, cosa que hizo como si acariciara un arpa industrial. Como suponía, los dos restantes repitieron la rima inicial del estribillo, así que oyó el definitivo «Me pregunto qué

serás» a apenas una docena de pasos de la puerta cerrada con la que concluía el pasillo. Nerviosamente, se acercó de puntillas, alzó la mano y giró la manija plana de bronce para averiguar qué había al otro lado. ¡Cómo se preguntaba qué sería!

No tenía la llave echada. Eso obró en su favor, pero tuvo que dar un paso atrás ante la ráfaga de aire fresco y la inesperada luminosidad que brotaron a través de la puerta abierta para envolverlo. Parpadeó, se adentró en la leve brisa refrescante y se encontró en mitad de un balcón cuya balaustrada de madera negra, cubierta de una especie de brea protectora, discurría de izquierda a derecha frente a él. Al acercarse para mirar a través de la barandilla, Michael descubrió una sala enorme cuya pared posterior, dispuesta a varios niveles, se hallaba a más de un kilómetro de distancia. El suelo de la sala estaba formado por una vasta red de aberturas sumergidas, semejantes a ventanas que, por error, se hubieran instalado en la superficie incorrecta. Sobre esta llanura de agujeros, a través del techo acristalado de una galería de estilo victoriano, vio nubes facetadas desplegándose lánguida e imposiblemente contra un fondo de un celeste sin par. Se hallaba de nuevo en los Áticos del Hálito, o al menos en las pasarelas abalconadas que los dominaban. ¿Acaso era posible? No creía que tantas vueltas le hubieran hecho girar en redondo, pero la larga escalera en espiral había sido tan confusa que había perdido el sentido de la orientación.

Al otear hacia la izquierda el otro extremo de la pasarela elevada, vio una figura distante que marchaba resueltamente por el entarimado alejándose de él. Por un breve instante, esperó que fuera Phyllis Painter, pero la ilusión se desvaneció enseguida. Por un lado, la persona en retirada era mucho más alta que la niña. Por el otro, pese a la longitud de su cabello y el largo vestido que llevaba, estaba claro que era un hombre; un hombre robusto y descalzo que caminaba con una mano sobre la cara, como si fuera curándose una herida. Con un leve sobresalto, se acordó del hombre cabreado del labio partido y el ojo

morado que había atisbado desde abajo mientras cruzaba con Phyllis. Era la misma persona, ¿verdad? Sí. Él, o alguien que se le parecía mucho.

Recordó entonces que había visto a otra persona conversando con el fulano pendenciero de la túnica blanca, una persona barbuda que vestía unos harapos verdes con un bordado rojo y brillante. Sintiendo un escalofrío en la nuca, supo que sería este último tipo el que estaría tras él cuando se diera la vuelta, y lo supo incluso antes de que su voz agrietada y correosa hablara por encima de su hombro tapizado de tartán.

—Vaya, vaya, pero si es un renacuajo fantasmal.

Michael se volvió con renuencia, arrastrando sus zapatillas como si fueran las agujas de un reloj desorientado.

Aquel gigante rubicundo e hirsuto, que mediría fácilmente medio metro más que el ya de por sí corpulento padre de Michael, tenía un codo apoyado en la barandilla breada y fumaba en pipa de barro. Su ancho sombrero eclesiástico proyectaba un halo de sombra sobre sus ojos hundidos y arrugados, y Michael observó, con una creciente sensación de inquietud, que estos eran de colores distintos, pues uno parecía un rubí incrustado y el otro era de un verde reptil. Brillaban con el fulgor imposible de unos viejos adornos navideños bajo la umbría de unas cejas gruesas y alborotadas, sobre una nariz torcida y curva que caía en línea recta como si fuera el pico de un águila. La piel de su cuello y de sus brazos desnudos, allí donde se adivinaba bajo su abrigo de jirones, era tostada, y estaba salpicada aquí y allá por unas manchas que se dirían de alquitrán o aceite de motor. Olía a carbón, a vapor, a caldera, y bajo sus ondeantes guiñapos llevaba unos pantalones de montar de color verde oscuro y unas botas de cuero bien curtidas. Aunque su boca no se veía a causa de la maraña broncínea que eran la barba y el mostacho, su sonrisa podía intuirse por las venas rotas y los brillantes pómulos de piel requemada que exhibía en sus hinchadas mejillas. Cuando aspiró una bocanada de la pipa de barro,

Michael vio que la cazoleta reproducía las facciones de un hombre gritando. Antes de volver a hablar, exhaló una retorcida voluta de humo violeta que se elevó sobre el balcón.

—Pareces perdido, pequeño. Oh, pobrecito, pobrecito. Eso no podemos consentirlo, ¿verdad?

La voz del hombre resultaba preocupantemente profunda, y crepitaba como un gran monstruo prehistórico al abrir sus alas. Michael decidió que lo más prudente era comportarse como si se tratara de una conversación normal con alguien que se hubiera ofrecido a orientarlo. Al darse cuenta de que a su derecha había unas ventanas altas como las que había visto en el pasillo, fingió interesarse por ellas con una voz que, comparada con el gruñido del hombre, sonó embarazosamente aguda y chillona.

—Eso es. Me he perdido. ¿Podría mirar por esas ventanas de ahí y decirme dónde estoy?

El barbudo frunció el ceño, perplejo, y fue a hacer lo que le había pedido: mirar por las ventanas que daban al balcón. Satisfecho, volvió a girarse para estudiar a Michael.

—Es como el taller de costura que hay arriba en la escuela Spring Lane, solo que mucho más grande. Suelo venir por aquí, pues me gustan las labores de artesanía. Es una de mis grandes especialidades. También soy bastante bueno haciendo cálculos.

Ladeó su rizada y poblada cabeza hacia un lado para que el ala del sombrero se deslizara un poco y, acto seguido, volvió a darle una chupada a la pipa, de manera que una niebla gris brotó de sus carnosos labios cuando abrió la boca para hablar.

—Contigo, sin embargo, no me salen las cuentas. Ven, chavalín. Dime cómo te llamas.

No tenía muy claro si debía confiarle su nombre a aquel extraño, pero fue incapaz de inventarse sobre la marcha un alias convincente. Además, si lo pillaban mintiendo podía meterse en problemas.

—Mi fama es Michael Warren.

El gigante dio un paso atrás, y sus ojos disparejos se

abrieron de golpe en lo que pareció un genuino gesto de sorpresa. Aunque Michael no sintió ninguna ráfaga de viento, los colgajos triangulares que conformaban la ropa del hombre se elevaron de repente, y al revelar el bordado de seda roja del forro parecieron arder por un instante. Con la creciente sensación de que las cosas iban rematadamente mal, entendió que no había sido la brisa la que había agitado aquellos harapos, sino una acción parecida a la de los pavos reales cuando exhibían su plumaje. Eso implicaba, no obstante, que los trapos de dos tonos distintos que llevaba puestos aquel individuo eran parte de él.

—¿Tú *eres* Michael Warren? ¿Tú *eres* el culpable de este desaguisado?

¿Cómo? Michael se quedó aturdido: no solo conocían su nombre allí arriba, sino que ya le habían acusado de algo que, por cómo había sonado, era bastante serio. Brevemente, barajó la idea de salir corriendo antes de que el hombre lo agarrara para someterlo a algún castigo por su ignota transgresión, pero aquella mole echó atrás la cabeza y empezó a reírse efusivamente, lo cual lo desconcertó. Si había causado los problemas que había mencionado aquel mendigo, ¿qué era lo que tenía tanta gracia?

Conteniendo la risa por un momento, el pordiosero miró a Michael con una especie de perverso brillo de diversión destellando en sus ojos de color jade y granate.

—Espera a que se lo cuente a los muchachos. Se van a partir de risa. Oh, esto es genial. Verdaderamente genial.

Dicho esto, volvió a gruñir del regocijo, pero esta vez, al echar atrás la cabeza para lanzar aquella carcajada sonora y gutural, el sombrero cayó sobre sus hombros y se quedó colgando del cordón que llevaba anudado bajo la barbilla.

El hombre tenía cuernos. Gruesas protuberancias de color marrón claro, como el marfil sucio, que sobresalían unos pocos centímetros de entre los rizos y mechones de su pelo. Aquel era el momento de echarse a llorar, decidió. Contempló las cornudas apariciones mientras las lágrimas afloraban a sus ojos, y al hablar su voz sonó como un

gimoteo herido, acusador, ofendido por la perversa treta que el hombre le había jugado.

—Eres el diablo…

Aquello pareció ahogar su risa burda y tabernaria. Al mirar a Michael, el fulano alzó sus cejas con un desconcierto casi cómico, como si el hecho de que Michael pudiera haberlo confundido con cualquier otro le resultara espantosamente sorprendente.

—Bueno… sí. Sí, supongo que lo soy.

El hombre cornudo flexionó las rodillas para que su enervante mirada quedara a la altura de la del pequeño, que seguía allí de pie, petrificado por el miedo. Entonces, con una sonrisa apática, se inclinó un poco más sobre Michael y guiñó inquisitivamente las gemas que eran sus ojos.

—Pero bueno… ¿qué te pasa? ¿Dónde creías que estabas?

EL VUELO DE ASMODEO

El diablo era incapaz de recordar la última vez que se había divertido tanto. Se estaba riendo a lo grande, y lo de «grande» iba aquí en su sentido más grandioso: grande como una guerra, como un tiburón blanco o como la Muralla China. Oh, por el amor de los condenados, aquello no tenía precio.

Todo había empezado allí mismo, con él apoyado en un balcón surgido de algún viejo sueño mientras fumaba de su pipa favorita. La había modelado a partir del alma de un diabolista francés del siglo XVIII, un espíritu especiado y sazonado con la locura. Le gustaba pensar que aquella pipa le confería a su mejor tabaco un regusto a París, a relaciones sexuales y asesinato, a matices que estaban entre la carne y el regaliz.

El caso era que estaba allí, haraganeando sobre los Áticos del Hálito, cerca de la *crux* de Anglolandia, cuando vio llegar a un albañil —perdón, al *Maestro* Albañil— con el labio partido y un ojo morado, como recién salido de una pelea. ¿Con qué frecuencia se le presentaba la oportunidad de pitorrearse a una escala tan escatológica?, pensó.

—¡Pero chico! ¿Te la has pegado contra una puerta perlada o qué?

Dada la situación, no era una mala frase para romper el hielo: estaba cargada de una falsa preocupación muy obvia, como cuando alguien se interesa por la salud de un sobrino insoportable al que claramente desprecia. A los albañiles —al Maestro Albañil, en este caso— les pasaba una cosa muy curiosa: podían arrasar ciudades o dinastías enteras sin mayor problema, pero odiaban que se les tratara con condescendencia.

El Maestro Albañil —un tipo de níveos cabellos que se había ganado cierta reputación jugando al billar y que, por cierto, iba con el taco en ristre en aquellos momentos— se detuvo y se giró para ver quién se dirigía a él. Al descubrirlo, naturalmente, frunció el ceño como un monaguillo al que acabaran de toquetear; un gesto, este, muy típico de los albañiles, que gustaban de hacer centellear los ojos unos milisegundos antes de calcinarlo a uno. Aquel Poderoso Lechoso estaba de *muy* mal humor, vaya que sí.

A decir verdad, era un cambio de lo más refrescante en esa mirada de piedad gratuita e infinito perdón que solían exhibir. A punta de taco, los albañiles podían condenarte a abismos indecibles, más sórdidos aún que los reservados a los tiranos sifilíticos, y a esa herida añadían luego la insultante sal del perdón. Toparse con uno que parecía a punto de sufrir un berrinche degradante era un auténtico placer, y la perspectiva de componer una sátira incendiaria al respecto hizo que al diablo le temblara el escroto.

El albañil —disculpad, el *Maestro* Albañil— sonó entretenidamente bobo al responder, pues el labio hinchado obstaculizó la fluidez de su discurso.

—No te furles de filafentafle estado, festia infunda...

Era la jerigonza ampulosa y profunda que solían emplear todos los albañiles, con esas palabras extrañas, resonantes y abrasivas que reverberaban como susurros en la gama de rincones sobreañadidos que había allí. Para su deleite, no obstante, debía decir que incluso las expresiones de furia apocalíptica sonaban ridículas con un labio partido.

Ignorante de que todo lo que decía sonaba a beodo hilarante, el indignado Maestro Albañil empezó a justificar su deplorable estado explicándole que acababa de tener un altercado con uno de sus mejores amigos durante una partida de billar. Al parecer, su camarada había hecho peligrar, a conciencia, una bola en la que todos sabían que el Maestro Albañil de blancos cabellos tenía interés. Técnicamente, estaba permitido, pero era una treta deleznable. Como siempre, la bola iba asociada al nombre

de un ser humano, aunque el diablo no había oído hablar de él. No aún, en cualquier caso.

Al final, los albañiles se enzarzaron en una rencilla indecorosa alrededor de la mesa de billar, y el canoso terminó insultando terriblemente a su colega antes de sugerir que salieran fuera a arreglar sus diferencias. Dejaron la jugada en el aire, se ausentaron y pelearon, y ahora se disponían a regresar a la sala de juego para retomar su inacabada competición. Menuda manera de ponerse en evidencia. Los ociosos fantasmas de los Boroughs llegaron a formar un círculo para jalearlos, como si se tratara de un altercado de patio de colegio animado por colegiales de cara desencajada. «¡Amos! ¡Métele una hostia en la aureola!». Vaya forma de agitar las plumas. El asunto le resultó tan maravillosamente patético que el diablo no pudo sino mofarse.

—No es culpa tuya, viejo amigo. Los deportes de competición en barrios como este funcionan así. Sacan al matón que todos llevamos dentro. He visto rajar gargantas por un quítame allá esa rayuela. Lo que deberías hacer es tirar el taco y volver a organizar bailes en la cabeza de los alfileres. No es ni la mitad de violento, y te daría una buena excusa para ir vestido de largo a todas horas.

El diablo propinó un amistoso codazo en las costillas del albañil, se echó a reír y le dio una palmada en la espalda. Si algo les molestaba más que la condescendencia era la excesiva familiaridad, especialmente cuando iba asociada al contacto físico. En opinión del diablo, todas esas fotografías de albañiles tomando de las manos a granaderos heridos o a chavales enfermos no eran más que artimañas con fines propagandísticos.

En general, los albañiles tardaban lo suyo en entender las bromas, pero el tipo canoso terminó captando que se estaba burlando de él, algo que odiaban casi tanto como la condescendencia o los tocamientos. Acompañando su jerga sagrada con coágulos de sangre, le dijo algo que podría traducirse como que se dejara de sandeces si no quería vérselas con él, pero con matices adicionales que

implicaban meterlo en un baúl de bronce y arrojarlo a las entrañas de un volcán durante mil años. Latigazos, escorpiones, ríos de lava… lo habitual. El diablo alzó sus espinosas cejas en ademán de dolida sorpresa.

—Ay, querido. Ya te he vuelto a cabrear. Estabas en tu momento de relax femenino y he tenido que venir yo a soltar mis comentarios insensibles. Justo cuando estabas, sin duda, intentando serenarte para esa jugada tuya tan crucial. Debí haberlo sabido. No podría perdonarme a mí mismo que estuvieras a punto de tirar, te diera por acordarte de mí, y acabaras rasgando el tapete o rompiendo el taco en dos. O lo que sea.

Con la súbita llamarada de un fuego de San Telmo resplandeciendo alrededor de su albugínea cabeza, el Maestro Albañil se irguió y exclamó algo multifacético y bíblico, una especie de refutación esencial de que estuviera en su momento de relax femenino. Sin embargo, la segunda parte de la parrafada del diablo, esa que hablaba de estropear su jugada a causa de un arranque de cólera, pareció hacer mella en él, así que se recompuso, inspiró profundamente y exhaló su aliento. A continuación, entonó un monólogo celestial de paparruchas poéticas allí donde una disculpa simple y parca habría bastado. El diablo meditó la posibilidad de seguir chinchándolo, pero prefirió no poner a prueba su proverbial buena suerte.

—Tampoco te pongas así, viejo amigo. Es culpa mía, pues tiendo a llevar las bromas demasiado lejos y al final les fastidio las cosas a los demás. Ya sabes, en privado me duele en lo más hondo no ser un tipo genial. ¿Por qué resulto agresivo todo el rato, aun cuando pretendo ser jovial? ¿Por qué hago gala de tantos defectos desagradables en mi personalidad? En ocasiones, me engaño diciéndome a mí mismo que es por este trabajo, como si haber sido condenado al tormento eterno de este infierno sensorial fuera una excusa adecuada para mi lamentable comportamiento. Buena suerte con el campeonato de billar. Tienes toda mi confianza. Estoy seguro de que podrás dejar atrás este nimio arrebato de furia asesina, y de que no vas a

fastidiar irrevocablemente la vida mortal de ninguna persona actuando como un bufón petulante.

Sin saber cómo tomarse aquello, el otro guiñó con suspicacia su ojo sano. Al final, desistió de intentar descubrir cuál de los dos se había propasado y se limitó a esbozar una mueca, como indicando que su conversación había llegado ya a una conclusión satisfactoria. Tras asentir secamente para despedirse del diablo —que le correspondió con galantería tocándose el ala de su sombrero de cuero—, el Maestro Albañil reanudó la marcha a lo largo de la pasarela, alzando la mano de cuando en cuando para palparse con cuidado los hematomas que bordeaban su ceja contusa.

Por sus andares rígidos, podía adivinarse que el fulano de la túnica blanca seguía enrabietado. Provocar ira, junto con la artesanía y las matemáticas, constituía una de sus especialidades. Las tres cosas estaban exquisitamente vinculadas, lo cual encajaba a la perfección con la admiración que el diablo profesaba a la complejidad. Podía entretenerse durante horas con cualquiera de ellas. Ah, y la holgazanería. Eso también le gustaba. Y las buenas intenciones.

Tras prender una chispa con uno de esos caparazones de escarabajo que eran las uñas de sus pulgares, reavivó su pipa y observó al malhumorado albañil alejarse hacia el punto de fuga del extenso balcón. Pobres criaturas. Vagando todo el día con sus aires románticos, sintiéndose engranajes de un universo cuádruple en el que todos cantaban canciones en su honor. Con todas esas felicitaciones navideñas a las que procuraban hacer justicia, y esas túnicas blancas que debían lavar sin descanso para que siempre estuvieran inmaculadas. ¿Cómo podían soportar tanto aquellas ricuras?

Estaba apoyado en aquella balaustrada breada, preguntándose con qué podía divertirse a continuación, cuando, de repente, como en respuesta a sus casi siempre ignoradas plegarias, oyó el crujido de una puerta en el largo muro de sueños apilados que había detrás, seguido de la

visión de un crío en pijama, batín y zapatillas que se adentraba de manera vacilante en el maderamen del balcón. Resultaba adorable, y lo cierto era que el diablo tenía debilidad por los niños pequeños. Se asustaban por todo.

Con sus rizos rubios y sus líricos ojos azules, el diminuto sonámbulo no pareció darse cuenta en un principio de la presencia del diablo, pues la puerta de la que emergió se hallaba situada a varios metros de donde se encontraba el maligno. Sin abandonar ni su mirada aprensiva ni el perpetuo asombro de sus cejas alzadas, el joven se dirigió hacia la ennegrecida barandilla de la pasarela para otear la vastedad de los Áticos del Hálito a través de sus barrotes. Tras contemplarlos un rato con aire perplejo y desorientado, giró la cabeza y miró hacia el otro extremo de la plataforma, en donde aún se divisaba en lontananza al maltrecho albañil, que seguía hurgándose el ojo mientras se alejaba.

El niño no se había dado cuenta todavía de que el diablo estaba detrás, pero la gente no solía percibirlo. Como estaba en pijama, el diablo se preguntó si el chaval estaba muerto o simplemente dormido. Era concebible incluso que no fuera un niño humano. Podía ser una fantasía escapada de un sueño ajeno, o quizás el personaje de un cuento de buenas noches, una ficción que se hubiera corporeizado allí a partir del imaginario acumulado de muchos lectores a lo largo de muchas lecturas.

A su juicio, no obstante, el chico parecía ser real. Los sueños y los personajes de ficción exhibían una cualidad metodológica en su construcción, como si los hubieran simplificado, mientras que aquel chiquillo lucía en su personalidad un desconcierto descuidado que olía a autenticidad. Por la actitud con la que estaba allí parado, posado en el lugar y admirando al albañil en retirada, se intuía que no tenía ni idea de dónde estaba o de lo que debía hacer a continuación. La gente onírica o ficcional, por el contrario, siempre estaba llena de férrea determinación. Por tanto, el hombrecito era definitivamente mortal,

aunque si soñaba o si estaba muerto era un asunto más difícil de dilucidar. El pijama indicaba que era un soñador, pero los niños pequeños morían, por lo general, en un hospital o en la cama, así que la mortalidad infantil seguía siendo una posibilidad. El diablo decidió investigar el asunto.

—Vaya, vaya, pero si es un renacuajo fantasmal.

Listo. En su opinión, no fue una entrada excesivamente terrorífica. Aunque algunas veces se entretenía asustando a humanos indefensos, hasta el punto de enloquecerlos o incluso matarlos, eso no significaba que lo hiciera indiscriminadamente. Los niños, según su experiencia, ya estaban asustados como consecuencia natural de ser niños. Estallabas una bolsa de patatas y daban un respingo. ¿Qué sutileza o deportividad había en ello?

Cuando el pequeño se volvió para mirarlo, puso una expresión ridícula en su rostro de elfo, con los ojos muy abiertos y la boca estirada hacia ambos lados, como si fuera un buzón de goma. Se diría que estaba intentando ocultar su verdadera expresión, que sin duda sería de puro pavor, para no ser grosero. Probablemente, su madre le habría enseñado que gritar ante lo deforme o monstruoso era descortés. Para ser francos, esa mezcla infantil de miedo paralizante y genuina preocupación por los sentimientos de los demás le resultó tan cómica como dulce. Ahora que había captado la atención del crío, por así decirlo, decidió proceder con otro comentario amable.

—Pareces perdido, pequeño. Oh, pobrecito, pobrecito. Eso no podemos consentirlo, ¿verdad?

Aunque el tono del diablo fue claramente el de un infanticida paternalista, el chavalín despeinado pareció tomárselo literalmente, pues, en cuanto empezó a escuchar su voz comprensiva, pareció asumir que estaba fuera de peligro y se relajó. Sin duda, aquel mocoso confiado era todo un hallazgo. En los implacables mecanismos del mundo de los vivos no habría durado ni cinco minutos, pensó el diablo, pero luego concluyó que lo presumible era que no lo hubiera hecho. No en vano, cuanto más tiempo

pasaba en compañía del niño, más inclinado se sentía a creer que era alguien que estaba muerto, y no soñando; alguien al que un extraño habría atraído hacia su coche, o que se habría metido en la nevera abandonada de algún descampado en el que nadie le oía gritar.

Bastaba con observar las facciones del niño para intuir lo que estaba pensando, para entrever esas ruedecitas dentadas que giraban en su mente inmadura. Aunque parecía creer que estaba allanando aquel lugar, pensaba que el diablo no iba a darse cuenta si actuaba con naturalidad. Aunque parecía estar buscando una excusa para estar allí, dada su juventud no podía dar con ninguna, pues era inexperto en el arte de contar mentiras. El resultado de su intento por encontrar una coartada fue un tono de voz que habría sonado trémulo y culpable aunque su endeble pretexto hubiera sido cierto.

—Eso es. Me he perdido. ¿Podría mirar por esas ventanas de ahí y decirme dónde estoy?

El niño señaló con la cabeza los relucientes recuerdos con forma de ventana que había en la pared onírica de la que había salido. Estaba claro que apenas le importaba lo que hubiera al otro lado, y también que, en cuanto se lo dijera, fingiría saber dónde estaba, le daría las gracias, y saldría corriendo hasta donde pudiera tan rápido como sus cortas piernas le permitieran, sin importar la dirección. Era obvio que estaba asustado y que intentaba disimularlo, como si el diablo no fuera más que un perrazo inquietante.

Frunciendo el ceño en señal de afable desconcierto, el archienemigo de la humanidad echó un vistazo rápido a través del panel de cristal que le había indicado el crío. Al otro lado no había nada de gran interés, tan solo el espectro agrandado de un aula de la escuela local, extraído de los pensamientos nocturnos de algún vecino. Era un lugar que el diablo conocía bien, aunque era evidente que no había lugares que el diablo no conociera. El mundo del espacio y la historia era vasto, no cabía duda, pero también lo era *Guerra y Paz*, y ambos eran finitos. Con tiempo suficiente —o en ausencia de tiempo, si se prefiere— era sencillo

hacerse una idea bastante detallada de cualquiera de los dos. Para el diablo, la omnisciencia no era gran cosa. Si uno releía las cosas el número suficiente de veces durante períodos de ocio casi infinitos, acababa convertido en un experto. Volvió entonces a mirar al niño aprensivo.

—Es como el taller de costura que hay arriba en la escuela Spring Lane, solo que mucho más grande. Suelo venir por aquí, pues me gustan las labores de artesanía. Es una de mis grandes especialidades. También soy bastante bueno haciendo cálculos.

Ni que decir tiene, todo aquello era cierto. Uno de los errores más frecuentes que la gente cometía a la hora de juzgar al diablo, y también uno de los más hirientes, en su opinión, era el de pensar que siempre andaba contando mentiras. De hecho, era justo al contrario. No podía mentir ni aunque le pagaran, aunque... bueno, tampoco nadie le había pagado nunca por hacer nada. Además, la verdad era una herramienta mucho más sutil. «Diles la verdad y deja que se descarríen ellos solos», ese era su lema.

Sin embargo, la verdad que encerraba aquel niño era incierta. Si estaba muerto, y no simplemente soñando, no podía haber fallecido hacía mucho tiempo. Parecía alguien que acabara de llegar allí, al segundo Borough, a Humánima; alguien que aún tuviera que orientarse. Pero, si ese era el caso, ¿qué hacía merodeando por los sedimentos oníricos? ¿Por qué no había buceado automáticamente por su corta vida hasta el momento de su nacimiento? ¿Por qué no había dado otra vuelta en su pequeño tiovivo particular? Cierto, podía haber dado ya un millón de giros en esa atracción, tantos como para haber terminado absorbiendo todo lo que ofrecía antes de optar por subir a la ciudad desplegada, pero, entonces, ¿por qué no iba acompañado? ¿Dónde estaban las ebrias multitudes de sus jolgoriosos ancestros? Aunque hubiera implicada alguna circunstancia sin precedentes, lo lógico sería que la gerencia hubiese dispuesto una escolta. De hecho, la gerencia era tan meticulosa que una negligencia así resultaba impensable. Lo cual era una gran observación, pensó el diablo. Una que

sugería que las cosas que estaban acaeciendo no eran lo que parecían a primera vista.

Dio una calada a su pipa y contempló al fascinante ejemplar, del tamaño de media pinta, que se agitaba nerviosamente ante él. Era evidente que intentaba enunciar una última frase con la que zanjar la charla, pero él no podía consentirlo, así que extrajo la pipa de su ardiente mandíbula y se aseguró de tomar la delantera antes que el niño.

—Contigo, sin embargo, no me salen las cuentas. Ven, chavalín. Dime cómo te llamas.

En aquel instante, el expósito soltó su asombrosa revelación.

—Me llamo Michael Warren.

Oh, por todos sus queridos primos azufrados, ¿quién lo hubiera imaginado? Era mejor que aquella vez en la que engañó a ese siniestro petulante de Uriel para que le revelara la ubicación del jardín secreto (estaba en un charco gaseoso de Pangea). En términos cómicos, sobrepasaba la cara que puso su exnovia, con sus facciones perfectas, cuando su séptimo marido en un año murió durante la noche de bodas, justo después de que el diablo le parase el corazón un segundo antes de la consumación. Maldita sea, incluso superaba a aquel momento de hilaridad durante la Caída, cuando uno de los diablos de bajo rango, Sabnock u otro de esos marqueses, al hundirse más que los demás en el insoportable atolladero de la conciencia material, gritó aquello de: «Cierto es que este mundo sensorial está más allá de todo aguante, pero me alegra informar de que mis genitales han empezado a funcionar». Los albañiles y diablos, encarnados como estaban en una suerte de desechos psíquicos, tuvieron que soltar los llameantes tacos de billar hasta parar de reír. Aquel mocoso aturdido dejaba todo eso a la altura del betún: se llamaba Michael Warren. Eso era lo que acababa de decir. Lo había dejado caer como si no tuviera importancia, el muy modesto cabroncete.

Michael Warren era el nombre asociado a la bola de

billar en precario equilibrio que había desencadenado la pelea de los albañiles.

Y llevaban sin pelearse desde… ¿desde cuándo? ¿Gomorra? ¿Egipto?

Los hechos que orbitaban alrededor del ignorante niño emanaban el embriagador hedor de la complejidad, pues eran tan intrincados como el mecanismo de un hormiguero o las ecuaciones de un huracán. La gama de retorcidos pasatiempos que le ofrecía aquel alma pequeña y boba eran un regalo tan inesperado que, sin darse cuenta, dio un paso atrás. Entonces, los flecos dragontinos que adornaban la imagen que vestía se agitaron con expectación, ostentando así sus colores heráldicos: rojo y verde, masacre y celos.

—¿Tú *eres* Michael Warren? ¿Tú *eres* el culpable de este desaguisado?

Oh, cuán boquiabierto se quedó el pequeñín. Prueba de que era la primera vez que oía hablar de su súbita notoriedad. Aquel asunto se volvía más y más delicioso a cada instante, y el diablo rio tanto que pensó que iba a herniarse un testículo. Se enjugó las alegres lágrimas clorhídricas de sus peculiares ojos y volvió a centrarse en el chaval.

—Espera a que se lo cuente a los muchachos. Se van a partir de risa. Oh, esto es genial. Verdaderamente genial.

Pensar en la reacción de sus camaradas diablescos cuando les informara de su último e inmerecido golpe de suerte le hizo volver a carcajearse. Belial, el sapo de diamantes, haría parpadear su anillo de siete ojos e intentaría fingir no haberlo oído. Belcebú, esa masa reluciente de odio porcino, se recocería a buen seguro en su propia furia. Y en cuanto a Astaroth… él se limitaría a fruncir esa boquita embadurnada de carmín que lucía en su cabeza humana, le dedicaría un depravado mohín, y le clavaría la mirada durante los próximos trescientos años. El diablo se desternilló sin parar. Se rio tan fuerte que su sombrero de ala ancha se le resbaló hacia el cuello, y en ese momento el niño abandonó los buenos modales que su madre le había inculcado para empezar a gritar como un

aviario electrocutado. Los ojos del infante manaron lágrimas de terror.

Ah, sí. Los cuernos. El diablo se había olvidado de los cuernos de aquel conjunto en particular. Por alguna razón insondable, los cuernos siempre los asustaban, cuando en realidad deberían alegrarse de encontrárselos. Los cuernos no eran nada. Los cuernos solo eran su atuendo de trabajo. Tendrían que verlo vestido de gala en las ceremonias oficiales y demás, cuando llevaba su imaginario textil más fino y esmerado. La coruscante combinación arácnido-lagartada, por ejemplo, era una joya de la regresión infinita. Si la llevara puesta sí que habría motivos para gritar, caramba.

Tartamudeando profusamente, el chaval alzó la mirada con esa expresión acusadora, herida y ofendida con la que la gente solía saludarle. La había visto por igual en los rostros de los alquimistas renacentistas y en los de los diletantes del nazismo. En esencia, el mensaje que transmitía era sencillo —«No es justo. Se supone que no existes de verdad»—, y ese fue el subtexto principal de lo que aquel agraviado y sollozante querubín le dijo a continuación.

—Eres el diablo...

Niños. Pero qué perspicaces eran, ¿verdad? Probablemente fueran los cuernos los que lo habían delatado. Sintió un leve atisbo de irritación por el hecho de que la gente lo identificara continuamente con un diablo sin saber cuál de ellos era. Era como cruzarse a Charlie Chaplin por la calle y decir: «Oye, eres ese actor que he visto en el cine». Era insultante, pero no dejó que lo afectara. Estaba de muy buen humor como para eso. Dejó de reírse y, amablemente, bajó la vista hacia el crío.

—Bueno... sí. Sí, supongo que lo soy.

Pobre chiquitín. De tanto estirar el cuello para contemplar entre lágrimas al príncipe demonio parecía que le estaba entrando tortícolis. Por simple desvelo y consideración, el diablo flexionó sus piernas de macho cabrío y se inclinó hacia delante, para que las luces de

semáforo que tenía por ojos quedaran a la altura de los charcos azules del pequeño. Entonces, se le ocurrió la travesura de chinchar al niño. ¿Qué mal podía haber en ello? Con tono de desconcierto, enunció la más inocente de las preguntas.

—Pero bueno... ¿qué te pasa? ¿Dónde creías que estabas?

En retrospectiva, ese debió ser el comentario que terminó de desmoronar al pequeño bribón. «Pero solo eran hormigas», creyó oírle chillar, y luego lo vio salir pitando por aquel balcón infinito, desbocado, con una mano agarrada al pantalón del pijama para evitar que se le cayera hasta los tobillos al correr.

Ay, qué larga tenía la lengua. Pese a la inocente intención de su inofensiva pregunta, se diría que Michael Warren había inferido a partir de ella que lo habían mandado al infierno, probablemente por un crimen relacionado con hormigas. ¿De dónde sacarían sus ideas aquellos micos con ínfulas? Tampoco pretendía decir que aquello *no* fuera el infierno, eso sí, sino más bien que la situación actual era mucho menos simplista de lo que entrañaba ese término. Cuando se trataba de aquel diablo en concreto, simplificar en exceso era algo que solo debía hacerse asumiendo ciertos riesgos.

Sea como fuere, allí estaba él, con el famoso Michael Warren corriendo a toda prisa por la pasarela, ululando como una *banshee* recién eclosionada e intentando sostenerse los pantalones. ¿Acaso era tan asombroso que fuera incapaz de recordar la última vez que se había divertido tanto?

El diablo se irguió, y entonces flexionó sus harapos de dos colores para alisárselos. El fugitivo había salvado ya un buen trecho del monstruoso balcón, y sus zapatillas iban pisando el entarimado de una forma muy cómica. Se preguntó a dónde pensaría ir.

Pausadamente, vació el rostro humano y gritón que adornaba su cazoleta chocándolo contra la balaustrada, y luego se guardó la pipa en un bolsillo de su propio cuerpo.

Estaba claro que su descanso para fumar había terminado. Además, no podía quedarse allí todo el día. Oteó en la distancia la ya diminuta figura del crío, que seguía en desbandada por la pasarela elevada, y decidió que era hora de ponerse a trabajar.

Dio un paso corto y sosegado hincando su bota sobre los tablones, primero el tacón y luego la suela, lo cual provocó un doble golpetazo percutiente parecido al latido de un corazón: *pum-pum*. Luego dio otro paso más largo, para así cubrir más terreno, que pareció introducir una pausa prolongada antes de que la pisada volviera a oírse: *pum-pum*. Finalmente, dio otro paso más. Esta vez, la pausa continuó y continuó. El doble topetazo que debía anunciar el final de la zancada jamás llegó a oírse.

Suspendido a un par de metros sobre el suelo, el diablo se propulsó lentamente hacia delante aprovechando el impulso de los pasos que había dado para elevarse. Guiñó sus ojos disparejos, similares a maléficas gafas de 3D, y los fijó en la figura menguante del niño huido, que estaba ya al otro extremo del balcón. Entonces, sonriendo, dejó que sus alas de color escarlata y esmeralda se batieran tras él como banderas en plena tormenta, y empezó a ganar velocidad. Crepitó, ardió y soltó su risa característica.

Como si llevara un cometa en el culo, y dejando una estela de chispas coloreadas más propia de una candela romana, el diablo chisporroteó por el balcón carcajeándose del pequeño fugitivo, y salvó sin esfuerzo la distancia que los separaba. En cierto modo, el intuitivo intento del chico por tratar al maligno como si fuera un perrazo inquietante no había sido tan improcedente. Efectivamente, jamás había que correr de los diablos. Darles la espalda solo contribuía a que te percibieran como una presa a la fuga, y eso, a los perros y a los demonios, los incitaba a la persecución.

Al oír tras él la ráfaga de fuegos artificiales que se acercaba, mezclada con el cacareo creciente y burlón del diablo, el chico miró por encima del hombro, pero al instante se arrepintió de haberlo hecho.

Fiuuuu. El diablo alzó sus chamuscadas y ampolladas manos para apresar por debajo de los sobacos, desde atrás, a aquel fugitivo gritón, y luego lo elevó velozmente por el aire sibilante más allá de la balaustrada, hacia las alturas de hierro y cristal que dominaban los Áticos del Hálito. El chillido del niño aumentó en proporción a la elevación, trazó las mismas espirales que ellos y resonó entre titánicas vigas pintadas, desencadenando un febril revoloteo de plumas cenicientas entre las palomas anidadas allí. Pedaleando frenéticamente con sus pies enfundados en las zapatillas, el chaval rogó al demonio que lo soltara, pero luego, al darse cuenta de cuán alto habían subido, le imploró lo contrario.

—Bueno, pues decídete —dijo el diablo, que acabó descartando la idea de dejarlo caer unas cuantas veces para atraparlo justo antes de que se estrellara. Habría sido una sobreactuación excesiva. Mejor no pasarse de rosca.

Flotaban en el aire a unos cientos de metros, o incluso más, del vasto mantel a cuadros conformado por la rejilla de agujeros de más abajo. Tras ponderar todos los ángulos y matices de aquella circunstancia inédita, el diablo optó por un enfoque más amable en sus comunicaciones con el muchacho. Más moscas se cazan con una gota de miel que con un barril de vinagre, pero soltando mierdas se atrapan más aún. Inclinó su cornuda testa y le susurró al zagal al oído, para que así pudiera oírlo por encima del aleteo y la agitación de sus estandartes rojos y verdes, del color de las brasas y la absenta.

—Algo me dice que hemos empezado con el pie izquierdo, ¿verdad? Por tus gritos y carreras, me da la impresión de que he dicho algo que te ha alterado, pero no era esa mi intención. ¿Te parece que dejemos todo esto a un lado y empecemos de cero?

Con su aterrada mirada puntiforme clavada en el terrible abismo que se abría bajo sus pantuflas, Michael Warren contestó con un balbuceante falsete que sonó estúpido, asustado e indignado al mismo tiempo.

—¡Has dicho que esto esera el infierno! ¡Has dicho que

eseras el diablo!

Hum. Cierto era. Había insinuado ambas cosas, sí, pero procuró no mostrarse afligido o lastimeramente incomprendido al responder a la acusación del chico.

—Oh, vamos, eso es injusto. Nunca he afirmado que esto fuera el infierno. Solo te pregunté dónde creías que estabas, y fuiste tú el que sacó sus propias conclusiones. En cuanto a que yo sea un diablo, bueno, sí que lo soy. Eso no puedo evitarlo. Aunque no soy *el* Diablo, o al menos no el que probablemente estés pensando. No soy Satanás. Además, él no tiene estas pintas. Te sorprendería saber el aspecto que tiene, porque te prometo que no serías capaz de reconocerle ni en, eh, ¿nueve mil millones de años?

Tranquilizado por el hecho de que no lo fuera a dejar caer, la colgante criaturita trató de girar la cabeza para responder al villano mirándolo por encima del hombro.

—Entonces, si no eres él, ¿quién eres? ¿Cómo te llamas?

Era una cuestión peliaguda. Las leyes que regían lo que él era — en esencia, un campo de información viviente— dictaban que estaba obligado, más o menos, a responder con sinceridad a cualquier pregunta directa. Eso no significaba, por supuesto, que tuviera que facilitarles las cosas a sus interpelantes. Dado que los diablos eran reacios a revelar sus nombres por el riesgo de que los utilizaran para someterlos, él solía recurrir a algún tipo de código o a plantear acertijos a sus contertulios humanos. Con Michael Warren, decidió proporcionar la respuesta en forma de definición de crucigrama.

—Oh, me han dado docenas de apodos, pero, en lenguaje sencillo y trocado, soy Sam O'Day. ¿Por qué no me llamas Sam? Trátame como a un tío tuyo. Un tío libertino que pudiera volar.

Ajeno al anagrama, el chico pareció conformarse con la respuesta, aunque de mala gana. A su corta edad, era obvio que estaba más que familiarizado con el concepto de «tío libertino», pero era probable que aún fuera lo bastante joven como para no saber si sus tíos podían o no volar. En

todo caso, dejó de forcejear en vano y se quedó allí, colgado y aquiescente. Cuando el chiquillo volvió a hablar, el diablo se percató de que había cerrado los ojos para evitar el horrible vacío situado bajo sus dedos inquietos.

—¿Por qué has dicho que esera culpable de un desaguisado?

Dichosas preguntitas. ¿Qué había sido de los días en los que la gente te exorcizaba o se ponía a regatear un buen precio por su alma? Tras suspirar, el diablo adoptó el tono ligeramente ofendido que había empleado antes.

—Yo no te he acusado. Solo he dicho que has causado algún desaguisado. No ha sido adrede, claro, y nadie va a echarte la culpa. Simplemente, creí que te gustaría saberlo, nada más.

El crío insistió. Ese era el gran problema de aquellos tiempos: todo el mundo se sabía sus derechos.

—Bueno, si no soy culpable de nada, ¿te importararía bajarme, por favor? Como me sigas agarrando así, los brazos se me van a salir.

El maligno sonrió con gesto tranquilizador.

—¡Qué se te van a salir! Es más, apuesto a que ni siquiera te duelen. No sé cómo has podido confundir este sitio con el infierno. Aquí somos ajenos al dolor físico.

Los tormentos agónicos del corazón y el espíritu, en cambio, eran bien conocidos por aquellos lares, pero obviamente no iba a mentárselos. En su lugar, el villano prosiguió con su cháchara persuasiva y su meloso disimulo.

—En cuanto a bajarte, ¿estás seguro de que es lo que quieres? Porque los brazos no te duelen realmente, ¿verdad? Y, cuando *estabas* en el suelo, no parecía que supieras a dónde ir. Devolverte allí y dejarte en paz solo te llevaría a estar perdido de nuevo. Además, soy un diablo bastante famoso. Puedo hacer toda clase de cosas. Recházame y te estarás perdiendo la oportunidad de toda una muerte.

El niño abrió los ojos, pero solo una rendija.

—¿A qué te refieres?

El diablo echó un vistazo hacia los Áticos del Hálito de

más abajo. Una buena parte de los fantasmas y espectros que erraban por allí estaban mirándolos, a Michael y a él, que flotaban justo bajo la cubierta de cristal verde de la gran galería. El maligno atisbó un grupo de golfillos, muertos o soñando, que parecían estar prestándole una atención especial. Sin duda, podían ver que tenía apresado al niño, y se estarían preguntando si ellos serían los siguientes. No temáis, pequeños. Hoy, al menos, estaréis a salvo. Tal vez otro día. Torció la cabeza para volver a observar la rubia nuca del crío suspendido y respondió su última pregunta exhalándole su cálido aliento sobre el cogote.

—Me refiero a que hay muchas cosas que podría contarte. Y otras tantas que podría mostrarte. Es archisabido. Prácticamente, soy una leyenda. De hecho, me mencionan en la Biblia... bueno, en los Apócrifos, pero no deja de ser impresionante, ¿verdad? También fui el segundo marido de la primera mujer de Adán, aunque eso se quedó fuera del Génesis. En realidad, pasa lo mismo que con cualquier otra adaptación. Los personajes menores se omiten para abreviar la historia, las situaciones complejas se simplifican... en fin. No se les puede reprochar, supongo. En otra ocasión, me volví un íntimo del rey Salomón, aunque, de nuevo, no vas a encontrarte eso en el Libro de los Reyes. Shakespeare, sin embargo, bendito sea, porque me dio su debido crédito allí donde lo merecía. Él habla de una especie de viaje al que puedo invitar a la gente. Se llama «el Vuelo de Sam O'Day», y resulta más alucinante y asombroso que cualquier atracción de feria que jamás hayas soñado. ¿Te apetece dar uno?

Inerte en los brazos de diablo, el pequeño Warren no pareció muy entusiasmado.

—¿Cómo puedo estar seguro de que me va a gustar? Podría no hacerme gracia. Y, si no me la hace, ¿cómo puedo estar seguro de que pararás si te lo pido?

El Quinto Duque del Infierno se percató de que aquello no era una negativa, así que acercó la cabeza a la rosada oreja del chaval para cerrar el trato.

—Si te oigo pedirme que pare, lo haré de inmediato. ¿Qué te parece? Y en pago por el viaje, bueno, veo que eres un vástago de los Boroughs, por lo que supongo que no tendrás suelto, ¿verdad? Vale, da igual. ¿Sabes qué? Me has caído bien, jovencito, así que lo haré como un favor. Si más adelante resulta haber algo útil que puedas hacer por mí, entonces me lo cobraré. ¿Te parece justo?

Llegados a aquel punto, el chiquillo había abierto los ojos, al menos en el sentido más literal del término. En su intento de no mirar directamente hacia abajo, giró su rizada cabeza para escudriñar la geometeorología que se desplegaba más allá del techo de la galería. El diablo alcanzó a contemplar una encantadora estructura barroca compuesta por varias docenas de teseractos, todos ellos plegados en una formación semejante a una esfera décupla, o incluso dos veces décupla. No era de extrañar que el chaval pareciese hipnotizado, o que sonara ausente, cuando finalmente decidió responder.

—Bueno... sí. Supongo que sí.

No necesitaba más. Cierto, la confirmación verbal de un menor no era, técnicamente, un contrato vinculante, pues no había nada escrito, nada puesto en rojo sobre blanco, pero, aun así, el diablo sintió que podía interpretarse como un acuerdo para proceder.

Entonces, cayó en picado.

Cayó en picado como un bombardero teledirigido con el motor destrozado, como una piedra o como un búho que avistara su cena; se desplomó como el magnífico escote de su exmujer, descendió las alturas abovedadas de los Áticos del Hálito como si solo pudiera bajar, con sus pendones de colores rugiendo en una ensordecedora cacofonía. El niño gritó algo, pero, con el viento del descenso, era imposible escucharlo. Por tanto, el diablo podía afirmar, con total honestidad, que no lo oía pedirle que parase.

En el último momento, a unos quince metros de los enormes tanques del entarimado, el diablo viró su trayectoria en un brusco ángulo recto, lo cual los llevó a planear por la inmensa galería comercial. Los desaliñados

zagales, que hasta hacía unos instantes seguían espiando al diablo y a su cautivo, corrían ahora en busca de refugio, tal vez convencidos de que se había lanzado para capturarlos con sus garras. Se precipitó por el gigantesco corredor como una peligrosísima centella, despidiendo ascuas, orgulloso de su propio proceso de combustión y de estar dispersando a las pobres almas errantes que vagaban por los Áticos en esa precisa coyuntura del siglo, del año y de la tarde, todo mientras acarreaba al crío en sus brazos sofocantes. El grito del chico, reducido por el efecto Doppler y la velocidad de su nebuloso avance al silbido de un tren en aproximación, surcó cientos de metros sobre los pálidos tablones de pino, iluminados por el diablo brevemente de color rojo y verde, de amapola y putrefacción.

Se dirigían al oeste, hacia la erupción sangrienta del crepúsculo de ese día en particular, con la luz fluyendo como oro fundido a través de los paneles de vidrio del techo de la galería. El diablo sabía que los ojos del niño permanecerían abiertos durante toda la travesía. A tales velocidades, con los pliegues de la piel estirándose hacia la parte posterior del cráneo, era imposible cerrarlos. Decir cualquier cosa, incluso dos simples sílabas como «para», estaba fuera de toda discusión.

La cabeza del chico estaba inclinada hacia abajo, y podía ver los enormes tanques cuadrados que se desplazaban por debajo. Esta experiencia, como el diablo bien sabía, era muy similar a ver una película abstracta sorprendentemente cautivadora. Las hileras de aberturas que discurrían por el vasto corredor ofrecían la perspectiva de una sola habitación individual en diferentes etapas de su progresión en la cuarta dirección. Los seres que vivían en esas habitaciones parecían piedras preciosas estáticas y tentaculares, iluminadas desde dentro e inmóviles como estatuas entrelazadas entre sí, fugitivos destellos de conciencia que solo exhibían una ilusión de movilidad y progresión. Sin embargo, al otearlos desde las alturas, los tanques se convertían en fotogramas de una infinita película de celuloide. Las formas retorcidas se mostraban

congeladas en los confines de la habitación inmutable que las contenía, retirándose a veces durante breves momentos en los que el espacio aparecía vacío para, a continuación, reaparecer y reanudar su extraña danza fluorescente. Las fluctuaciones de estas formas coloreadas dibujaban piruetas azarosas y mortales en aquellas estancias seculares, y lo hacían de una manera hipnótica y sorprendentemente hermosa en ocasiones. El niño, al menos, pareció fascinarse, porque su grito agudo se convirtió en un gemido grave. Tal vez significara que era hora de pisar el acelerador, pues el diablo no quería que su pasajero se durmiera de aburrimiento Tenía una reputación que mantener.

El redoble de un trueno múltiple marcó el punto en el que superaron la barrera del sonido, seguido poco después por un zumbido bajo cuando sobrepasaron incluso la velocidad de silencio. El diablo refulgente y el crío para el que hacía de niñera se precipitaron a través de la infinita garganta de la galería, con los colores del cielo allende el techo de cristal cambiando cada segundo por la velocidad con la que surcaban los días. La roja puesta de sol se volvió violeta en primer lugar, y luego púrpura, y finalmente se derritió en un profundo negro moteado por el perfil plateado de las formas estructurales de las que se componía aquel hiperclima. Luego, otra vez púrpura, y otra vez cereza y melocotón hacia el amanecer. Las mañanas azules y las tardes grises se sucedían en ondas estroboscópicas. Las largas noches de insomnio duraban segundos, devoradas como eran por el brillo fugaz de otro ardiente amanecer. Se precipitaron más y más rápido, hasta que fue imposible distinguir el límite exacto de los días. Todo se convirtió en un túnel de brillos prismáticos.

Dando un giro brusco sin reducir su velocidad, el diablo viró repentinamente y se puso en rumbo de colisión contra uno de los enormes árboles que se elevaban desde su correspondiente hoyo de diez metros de lado al final de la galería: un olmo expandido al tamaño de una secuoya centenaria por la variación de las dimensiones. El grito ensordecedor de Michael Warren le indicó al diablo que,

como poco, su presa había despertado del aburrimiento adormecido en el que parecía haberse sumido.

La franja de pasillo que contenía el olmo gigantesco que brotaba del suelo estaba en el área nocturna que puntuaba la vastedad de los Áticos a intervalos regulares. El firmamento, visto tras el cristal tintado de más arriba, era de un ébano brillante. Una baba de caracol de color cromo perfilaba los contornos mutables de los cúmulos suprageométricos del exterior, y el resplandor de estas enormes masas proporcionaba a los confines de la inabarcable galería una apariencia crepuscular bañada en luz de luna. El sibilino Sam O'Day, el rey de la ira, el asesino de maridos, el diablo, en definitiva, cruzó las sombras y la luz de las nubes en dirección a la frondosa torre de madera que se elevaba, aterradora y plateada en la tiniebla, ante ellos.

Las palomas, casi microbios en comparación con las ramas colosales que las acogían, se despertaron de sus sueños ralentizados y despegaron, alarmadas, ante el estruendo de fuegos artificiales que anunció la llegada del villano. El diablo sabía que aquella especie avícola en particular era más o menos única por su capacidad para pasar de Arriba a Abajo, y a menudo se refugiaba en las grandes dimensiones de los árboles, donde se sentía a salvo de los gatos. Cierto era que los gatos, en ocasiones, lograban colarse en los Áticos del Hálito a través de las aberturas —el maligno suponía que habrían aprendido el truco a fuerza de trepar persiguiendo palomas—, pero los reinos superiores aterrorizaban a todo felino vivo. Por lo general, evacuaban ruidosamente sus intestinos y saltaban por la abertura más cercana con el fin de regresar al mundo. Para ellos, la maniobra era tan estresante que solo parecían acometerla para pasar de una estancia a otra sin tener que atravesar el espacio intermedio. Esta habilidad, sin embargo, resultaba inútil a la hora de cazar, así que las palomas podían sentirse seguras. Del diablo no, por supuesto, sino de casi cualquier otro depredador del que pudieran esperar que surgiera de la oscuridad escupiendo

fuego. Ahora mismo, las había pillado dormidas y por sorpresa. No era poco logro, pensó el diablo, pillar a las palomas por sorpresa. Sin duda, esa era la razón por la que estaban tan agitadas.

Una fracción de segundo antes de que Michael Warren y él se estrellaran contra aquel tronco de diez metros de sección, el diablo ejecutó una de sus piruetas más llamativas, un quiebro en espiral que, combinado inteligentemente con una sección áurea y una secuencia de Fibonacci, siguió una ajustada trayectoria en sacacorchos que los hizo girar alrededor del árbol, a unos pocos centímetros de la piel de elefante de su corteza agrandada. Este zigzag, esta cabriola demencial, fue morbosa y trepidante. Giraron cinco veces alrededor de aquel Goliat de madera, y, en un punto de su electrizante descenso, el diablo sintió que su brújula interna apuntaba hacia una nueva dirección situada en el mundo tridimensional inferior. Su pasajero y él se zambulleron en la tenebrosa gelatina del Tiempo, carenándose en sentido levógiro alrededor de un olmo que ahora parecía de tamaño natural. Escaparon de su caída circular a solo un palmo de los herbosos nudillos que eran las raíces, y luego salieron disparados hacia el centelleo intermitente del nublado cielo nocturno que los sobrevolaba. Nadando como estaban en la sopa secuencial de los minutos, las horas y los días, dejaron atrás un verdadero caos en tecnicolor, una estela exuberante, una procesión requemada de imágenes superfluas. Los colores predominantes eran los de la gama de rojos y verdes que caracterizaban al diablo, una enredadera de rosas salvajes que brotaron de la nada para rodear el árbol antes de arder espontáneamente en la oscuridad estrellada.

A diez metros del suelo, el diablo frenó en seco y se detuvo, quedando suspendido en la fresca brisa nocturna y las sombras perfumadas del verano, con los harapientos banderines extendidos a su alrededor como un susurrante racimo de claveles. Aún atrapado por las tiznadas garras del diablo, el chico tenía los ojos como platos, y, nada más dar

su primera bocanada de aire en el último medio minuto, gritó «Para»; algo del todo innecesario, dado que ya estaban parados. Al darse cuenta, torció la cabeza tanto como le fue posible para mirar por encima del hombro al diablo. Era una de esas miradas que ponen los niños cuando fingen estar traumatizados: temblor en los labios inferiores, ojos atormentados y una agitación tan obvia como afectada.

—¡Nunca! ¡Nunca dije que quisiera apuntarme a tu Vuelo! Solo quería irme a casa.

El diablo hizo todo lo posible por parecer sorprendido.

—¿De qué hablas? ¿De la pequeña excursión que acabamos de hacer? Eso no era mi Vuelo. Solo era un poco de calentamiento. Confía más en mí, pequeño amigo. Ha sido rápido, pero no fabuloso. El verdadero viaje es mucho más lento y más misterioso. Te prometo que te va a gustar. Y, en cuanto a lo de irte a casa, quizá deberías mirar a tu alrededor y descubrir dónde estamos antes de empezar a quejarte.

Albricias. Había conseguido enmudecer al renacuajo.

Estaban suspendidos en el aire nocturno sobre el cruce entre Spencer Bridge y Crane Hill con St. Andrew's Road. Bajo ellos, mientras flotaban aproximadamente de cara al sur, se extendía el prado en el que los viejos baños victorianos se habían convertido en lavabos públicos. Una amplia vía pavimentada corría oblicua a través de la franja de césped, conectando Spencer Bridge con el depósito de carbón de Wiggins, en la parte superior de la calle. Entre los árboles que bordeaban el suelo se encontraba el discreto olmo alrededor del cual el diablo y su reacia carga acababan de girar en su descenso desde el reino superior. A su izquierda, una corriente de faros ascendía lentamente por Grafton Street, remontando el valle que separaba las fábricas y los pubs de un lado y el erial de tierra y ladrillos que hasta hacía diez años acogía las viviendas de la gente.

Un poco más lejos, a su derecha, estaba la iluminada telaraña cuyo centro era Castle Station, con hilos de luz que iban y venían por la oscuridad circundante. De los muchos lugares devastados que ofrecían los Boroughs, aquel quizá

fuera el favorito del diablo. Recordaba con especial cariño el castillo al que la estación de trenes había sustituido. Unos siglos antes, el diablo había gozado de un asiento en primera fila para ver la traicionera ruindad espiritual que el rey Enrique II dedicó a su viejo amigo Tomás Becket. Primero, convocó al santo huido justo allí, al castillo de Northampton, y luego lo sorprendió con un tribunal de ejecución compuesto por barones ebrios que no hicieron más que exigir la cabeza del arzobispo (y también sus tierras, aunque el maligno no recordaba que las hubieran reclamado alta y claramente en aquella ocasión).

El sigiloso Sam O'Day —un nombre que cada vez le gustaba más— guardaba más buenos recuerdos del castillo; en concreto, los que se remontaban a los días en los que intimaba sin ser visto con Ricardo Corazón de León. Apenas pudo reprimir la risa cuando el rey partió para su cruzada, la tercera para ser exactos, uno de los primeros grandes contactos del mundo cristiano con el islam, y que habría de sentar las bases para las divertidísimas fechorías que aguardaban en el futuro. ¡Por así decirlo! El castillo también le había brindado la oportunidad de sentarse en el primer parlamento del mundo occidental, el Parlamento Nacional de 1131, para poder burlarse de las muchas dificultades que iba a causar. Y, por favor, que no le hicieran hablar de la subida de impuestos que tanto cabreó a Walter Tyler y su ejército de campesinos en 1381. La enrevesada naturaleza de los quebraderos que habían florecido allí, junto a la *crux* del país, convertían el lugar en uno de sus preferidos para organizar pícnics, y no solo en Anglolandia, sino a todo lo largo y ancho de aquel mundo en 3D.

Acurrucado en los tiernos brazos del diablo sobre la encrucijada, Michael Warren contempló con asombro y añoranza las calles que había conocido en vida. Para solaz del niño, el diablo realizó una lenta pirueta aérea, giró en sentido levógiro y reveló el centelleante panorama nocturno que los rodeaba. Mientras se movían poco a poco, el inquietante rastro de copias que iban dejando atrás se

redujo. Sus ojos observaron los Boroughs y se desplazaron hacia la esquina sudeste, la que los albañiles representaban en su mesa de billar con una cruz de oro. Más adelante, Grafton Street ascendía por el este hacia la cegadora tiara de cafeterías y escaparates de Regent Square. Entonces, el aristocrático diablo se volvió hacia el doble tobogán asfaltado de Semilong, con sus tejados de brillo granítico coronando la hilera de adosados que bajaba por el fondo del valle hasta St. Andrew's Road y el meandro distal del río. En su silente exploración, Michael Warren y el maligno observaron el oscuro césped de Paddy's Meadow, con el Nene formando una cinta niquelada que se desplegaba allí y los árboles reflejándose en las turbias profundidades de su cauce como negros desechos sumergidos.

Si la memoria del suspicaz Sam O'Day no lo engañaba, era allí, hacia el norte, donde solían alzarse los muros del priorato de San Andrés. En la década de 1260, el rey Enrique III envió un contingente de castigo compuesto por caballería para aplastar los disturbios y la insurrección que cundían en aquella pequeña y belicosa urbe, y, gracias a un prior cluniacense francés que simpatizaba con la monarquía de su país, el ejército entró a través de una brecha en la vieja muralla. Prácticamente, destruyeron el lugar a base de violar y robar, y el incendio que provocaron al final señaló la esquina noroeste de los Boroughs como el punto de penetración. En la mesa de billar de los albañiles —o, dicho más apropiadamente, en su mesa de trillar— el lugar estaba representado por una tronera con un pene dorado tallado en la madera anexa. Por contra, Regent Square, al nordeste, era la esquina de la muerte, pues las cabezas cercenadas de los traidores solían exhibirse allí antaño; por consiguiente, su correspondiente tronera en la mesa de billar estaba blasonada con una calavera dorada.

Pivotaron luego sobre el cruce para divisar el distrito comercial que seguía a Spencer Bridge y las nuevas barriadas de Spencer y King's Heath, sitas más allá. Spencer. Otro apellido local, caviló el diablo, con interesantes repercusiones a lo largo de la historia. Como

figuras que giraran en una desvencijada caja de música, el diablo y su pasajero viraron sigilosamente para otear Jimmy's End, Victoria Park —bonito y melancólico como una novia abandonada— y, por último, las lejanas luces de Castle Station, momento en el que concluyeron su órbita. Tintineando y traqueteando en la noche, la terminal ferroviaria brillaba en la esquina sudoeste de los Boroughs, y en la mesa de billar de los albañiles aparecía, en señal de recia autoridad, como una torrecilla dorada grabada en la madera de la tronera correspondiente. Revolviéndose en los brazos del diablo, el niño pareció recuperar al fin el uso de la palabra.

—Allí está. Allí es donde estareba mi hogar. Allí es donde vivo.

Una pequeña mano emergió de la manga ancha de su bata para señalar la hilera de casas adosadas parcialmente iluminadas que había a su izquierda, un poco más al sur por St. Andrew's Road. El diablo rio entre dientes antes de corregirle.

—No. Allí es donde vivías. Antes de morir, claro.

El chico ponderó la frase y asintió.

—Oh. Sí. Me había olvidado. ¿Por qué ha oscurecido de repente? Antes habrabía más luz, y no llevo fuera tanto tiempo. No puede haberse hecho de noche tan pronto.

Estaba claro que su joven amigo también necesitaba aclaraciones a ese respecto, pensó el diablo.

—Bueno, en realidad, sí que puede. De hecho, ni siquiera estamos en el mismo día de tu partida. Al volar por los Áticos del Hálito habremos sobrepasado unos tres o cuatro ocasos, lo que significa que hemos avanzado unos cuantos días en la misma semana. Por la de coches que hay en Grafton Street, diría que parece noche de viernes. Ahora mismo, tus familiares deberían de estar tomando el té. ¿Te gustaría verlos?

Por el prolongado silencio que siguió, podía adivinarse que el crío estaba meditando su respuesta. Claro que quería ver a sus seres queridos por última vez, pero verlos de luto por él iba a resultarle un panorama deprimente.

Finalmente, pio.

—¿Me los podrías mostrar? ¿Serán siluetas con luces dentro, como eseran Arriba?

El diablo resopló con afabilidad, de modo que unas volutas de humo azul surgieron de los tubos de escape que tenía por fosas nasales.

—Claro que te los puedo mostrar. De hecho, es la parte esencial del Vuelo de Sam O'Day. Es por lo que soy famoso. Y su aspecto no será el mismo que tenían arriba. ¿Sabes lo que significa la palabra «dimensión»?

El niño sacudió su cabeza rizada en gesto de negación. Aquella iba a ser una noche muy larga, concluyó el diablo.

—Bueno, básicamente es otro término para referirse a un plano, entendiendo por tal los distintos planos que presenta un objeto sólido. Cuando algo tiene una longitud, una anchura y una profundidad, decimos que tiene tres dimensiones, y que por tanto es tridimensional. Sin embargo, lo cierto es que, en este universo, las cosas tienen más de tres dimensiones, pero los seres humanos solo parecen percibir esas tres. Para ser honestos, las dimensiones son diez, o casi once, pero solo hay cuatro que te interesen en este momento. Están los tres planos que te acabo de mencionar más un cuarto que es tan sólido como los otros aunque los mortales lo perciban como el paso del tiempo. El verdadero cariz de esta última dimensión es el que vemos en Humánima, en el reino de Arriba, que se encuentra en una dimensión aún más elevada. Visto desde arriba, el tiempo no existe. Los cambios y los movimientos están representados por esas formas cristalinas y serpentinas llenas de luz que viste antes, las cuales siguen un camino predeterminado. Pero, recuerda, eso solo pasa cuando las miras desde arriba. Ahora mismo ya no estamos allí. Hemos bajado a ese mundo tridimensional en el que existe el tiempo, pero, aun así, seguimos viendo las cosas con una visión mejorada. Este detalle menor es, con mucho, el que sustenta y da sentido a mi proverbial Vuelo, y eso mismo, si me permites, es lo que pasaré a demostrarte ahora.

El niño que tenía en brazos, que había escuchado el monólogo del diablo sin entender casi nada, emitió un sonido ambiguo con una inflexión vagamente animada que podía interpretarse como una afirmación condicional. Calmadamente, para no alarmarlo sin motivo y también para limitar el reguero de imágenes, el diablo empezó a avanzar por el aire hacia la corta hilera de adosados apenas iluminados que le había indicado el crío, situados frente al depósito de carbón del tramo más alejado de St. Andrew's Road. Vagaron hacia el sur sobrevolando los viejos baños rehabilitados y el prado sin labrar, con los trapos del diablo, de color rubí y esmeralda, crepitando y crujiendo como una radio maligna. Al acercarse a la esquina con Spring Lane dejaron a la izquierda la imponente curtiduría, con su elevada chimenea de ladrillo, sus patios vallados, sus pieles secas de color turquesa apiladas como un montículo de tesoros, y sus muñones blancos y desollados de colas cortadas tirados en los adoquines para que se disolvieran en un magma de jabón y cartílago. Desde su altura, los charcos cercanos a los cobertizos de trabajo parecían fragmentos de madreperla, brillantes y laminados.

Tras detenerse sobre el patio del carbonero, Michael Warren y el diablo encararon el este y bajaron la mirada, obteniendo así una vista ligeramente inclinada de la hilera de adosados que conectaba los arranques de Scarletwell Street y Spring Lane. El diablo inclinó su cabeza cornuda y cobriza para susurrarle al niño al oído.

—¿Sabes? Siempre que describen este viaje que ofrezco, lo malinterpretan. Cuentan cómo ese enorme y escurridizo diablo que es Sam O'Day te hace sobrevolar el mundo, si así se lo pides, para permitirte ver los hogares y las casas como si no tuvieran tejado, con todos sus habitantes a la vista. En cierto modo, no deja de ser cierto, pero no capta lo que ocurre realmente. Sí, hago que la gente sobrevuele el mundo, pero solo en el sentido de que puedo elevarla, si así lo decido, a una dimensión matemática superior como esas de las que hemos estado hablando. En cuanto a mi supuesta capacidad de hacer

desaparecer los tejados de los hogares para que los brujos puedan espiar a las mujeres de sus vecinos a la hora del baño, ¿cómo podría hacer eso? Y, si pudiera, ¿por qué iba a molestarme en hacerlo? Aparte de los asesinatos, este Vuelo es mi atributo más legendario. ¿Qué se creen? ¿Que no tengo nada mejor que ofrecer que un mero vistazo a un pezón? Observa las casas por ti mismo y cuéntame lo que crees que ves. ¿He hecho desaparecer los tejados de las casas o no?

Por supuesto, el diablo sabía que no era una pregunta directa. Justamente para eso la había planteado, para ver una expresión perpleja e indecisa en el rostro del chiquillo cuando intentara responderla.

—No. Los tejados siguen ahí y puedo verlos, pero…

El crío se calló por un momento, como si debatiera para sus adentros, antes de seguir.

—… pero también puedo ver a la gente en sus habitaciones. En la casa de la señora Ward, al final, puedo ver a la señora Ward en el piso de arriba, pasando un calentador por las sábanas, y el señor Ward se encuentra en el piso de abajo. Está escuchando la radio. ¿Cómo es posible que pueda verlos a los dos si están en plantas diferentes? ¿No debería haber un techo en medio? ¿Y cómo puedo verlos si el tejado sigue ahí?

Pese a sus intenciones, el diablo se quedó impresionado. A veces, los niños podían sorprenderlo a uno con sus observaciones. Con su cháchara y sus sandeces, uno tendía a olvidar que sus percepciones y sus mentes trabajaban mucho más que las de sus contrapartidas adultas. Aquel infante había planteado, con la más honesta curiosidad, una pregunta más incisiva que todas las que el subversivo Sam O'Day había oído de boca de los últimos quince nigromantes que habían mandado al averno. Así las cosas, hizo lo posible por honrar la inteligencia de la cuestión con una respuesta en consonancia.

—Oh, creo que un joven avispado como tú puede resolver esa pregunta por sí solo. Observa bien. En realidad, no estás mirando *a través* del tejado y el techo, ¿verdad?

Michael Warren aguzó la vista obedientemente.

—No. No, es como si los estuviera bordeando.

El diablo abrazó al niño hasta hacerlo gritar.

—¡Buen chico! Sí, eso es justo lo que estás haciendo: espiar una casa cerrada a través de un ángulo que normalmente no podrías ver. Es como si hubiera personas planas, o bidimensionales, que vivieran en una hoja plana de papel. Si dibujaras un cuadrado alrededor de una de ellas, esa persona plana quedaría aislada de ese mundo plano y de sus habitantes. Ellos no la verían, ya que estaría oculta por los muros lineales que hubieras trazado a su alrededor, y la persona en cuestión, encerrada en su cuadrado plano, tampoco podría ver al resto. Sin embargo, tú eres el que has dibujado las líneas, y tienes tres dimensiones. Comparado con esa gentecilla plana, tienes una dimensión más en la que puedes operar, y eso te otorga una gran ventaja. Puedes mirar a través de la abertura superior del cuadrado que has dibujado; es decir, puedes mirar a través de una dimensión que la gente plana no puede ver y de la que no sabe nada. Así las cosas, puedes espiar al fulano plano que has encerrado en el cuadrado porque lo miras desde un ángulo que, a sus ojos, no existe. Por tanto, ¿entiendes ahora cómo puedes ver a la vez la planta superior y la inferior de la casa de tus vecinos, pese a que hay un tejado y un techo de por medio? Es una simple cuestión de perspectiva. ¿Acaso no es más lógico que imaginarme conspirando para hacer desaparecer los tejados mediante algún método inconcebible? ¿Dónde iba a meter yo tantas tejas?

El niño miró los adosados con expresión aturdida, pero asintió lentamente, como si al menos hubiera entendido las nociones básicas de lo que acababa de explicarle. Los niños asimilaban sus ideas sobre la realidad con una flexibilidad y una entereza que los adultos, en general, no poseían. Según el sangriento Sam O'Day, quebrar el espíritu o la cordura de un niño requería tal esfuerzo que no valía la pena. ¿Por qué molestarse? Había adultos por doquier, y los adultos se rompían como ramitas. Reconfortando con cierta reticencia

a su pasajero, que resultaba asquerosamente adorable y hacía gala de una lindeza de postal, el diablo prosiguió con su soliloquio de guía turístico.

—De hecho, si miras a tus vecinos más de cerca, descubrirás que puedes ver sus órganos internos y su esqueleto bajo los bordes de la piel. Si te acercas más aún, podrás ver la médula a través de una esquina escondida entre sus huesos, aunque no te lo recomiendo. Si te soy sincero, es la razón principal de que permanezca suspendido sobre los tejados durante mi vuelo. Si estuviéramos más cerca, te distraerías en exceso con la sangre y las vísceras y no asimilarías apropiadamente los aspectos más relevantes de esta experiencia educativa. ¿Te apetece otear la casa en la que vivías?

Michael Warren miró al diablo por encima del tartán de su hombro. Su expresión denotaba impaciencia, aprensión y bastante tristeza. El diablo pensó que era un aspecto muy adulto, demasiado complejo para un rostro tan joven.

—Sí, por favor. Pero, si están llorando, ¿podríamos irnos? Si no fueran felices, eso me hararía llorar a mí también.

El sesgado Sam O'Day se abstuvo de comentar que difícilmente iban a estar soplando matasuegras con sombreros de fiesta al poco de su deceso, así que se limitó a llevar al niño muerto unos cuantos portales más abajo por la misma calle, en dirección sur. Una brisa que sopló desde el oeste trajo consigo el perfume del hierro y los hierbajos de las explanadas ferroviarias, donde los olvidados ténderes se pudrían y oxidaban, y donde las luces blancas aparecían atenuadas, esparciendo una capa de azúcar glas por la borrascosa oscuridad de los Boroughs. El diablo se detuvo en el número 17.

—Ya estamos. Veamos qué acontece.

El diablo se quedó tan boquiabierto como el niño. Lo que atisbaron dentro de la casa fue, francamente, lo último que cualquiera de ellos podría haber esperado. Es más, el diablo se quedó aún más perplejo que el niño, pues estaba

mucho menos acostumbrado a las sorpresas. Su conmoción fue enorme, no cabía duda, como cuando siglos antes consiguieron expulsarlo de Persia a base de quemar hígados de pescado e incienso. Al igual que aquello, esto de ahora había sido del todo imprevisible.

El primer piso del número 17 estaba desierto, al igual que la habitación delantera y el pasillo. Solo el salón y la cocina estaban iluminados, y a juicio del diablo debía de haber una media docena de personas allí. Una delgada anciana con un moño de cabellos cenicientos estaba de pie en la pequeña cocina trasera, esperando a que hirviera la tetera abollada que tenía en la estufa de gas. Los demás holgazaneaban en torno a la mesa del salón adyacente, a la espera del té. En un extremo, cerca de la puerta abierta de la cocina, una pequeña de cinco o seis años se hallaba sentada en una trona que era demasiado pequeña para ella. Tenía colocado un cuenco para púdines en la cabeza, y el hombre que estaba tras la sillita, un tipo moreno de unos treinta años, estaba cortándole el flequillo. Entre la mesa y la chimenea había otra mujer que también estaría en la treintena. Había sacado un platito de mantequilla del hogar, y se disponía a colocar aquel derretido aceite dorado en el centro de un amplio mantel blanco. Mientras lo hacía, miraba de reojo la puerta del pasillo, que se abría para que alguien entrase. Se trataba de un tipo fornido y larguirucho de tez roja que vestía un pesado chaquetón de trabajo con hombreras de cuero. En sus brazos sostenía…

—Soy yo —dijo Michael Warren en un sobresaltado tono de incredulidad.

Y lo era, sí. Tal hecho no habría podido sortearse ni en la cuarta dimensión.

El imponente trabajador que acababa de entrar al salón exhibía una amplia sonrisa en su rostro rubicundo, y llevaba en sus brazos a un niño de unos tres años, un niño con unos rizos rubios y unas facciones de elfo que resultaban inconfundibles. Era una versión ligeramente reducida de la personita que el maligno tenía suspendida sobre los tejados. Era Michael Warren, vivito y coleando,

ignorante de que su propio fantasma lo estuviera estudiando, en aquel instante, con gesto de absoluto desconcierto.

—Me la voy a ganar —predijo con firmeza el silábico Sam O'Day.

¿Cómo habría conseguido el albañil albino acertar el tiro con un ojo morado y una ligera conmoción? ¿Cómo se las habría arreglado su colega para escapar de la treta de su oponente? El diablo intentó concebir un tiro con efecto capaz de provocar el insólito resultado que se hallaba contemplando, pero, para su sonrojo, fue incapaz de hacerlo. En un momento dado, la bola de trillar que representaba a Michael Warren debía de haber impactado contra la tronera de la calavera dorada, contra aquel agujero letal de la esquina nordeste. De lo contrario, su alma no habría estado carenándose en pijama por los Áticos del Hálito. Pero también estaba claro que, de algún modo, la bola debía de haber rebotado o, como poco, vuelto a la partida y, por tanto, a la vida. Porque, si no, ¿quién era el granuja de rizos dorados que volvía al seno de su familia allí abajo, en ese libro desplegable que era el número 17 de Andrew's Road? El diablo resolvió que aquello merecía una investigación en profundidad.

—Desde luego, es un novedoso giro argumental. Aquí arriba estás muerto, y allí abajo has revivido. Me pregunto por qué. ¿No serás por casualidad alguna especie de zombi salido de una película de vudú? En un caso más improbable, supongo que podrías ser el mesías. ¿Qué opinas tú? ¿Hubo algún signo o augurio que coincidiera con tu nacimiento? ¿Nubes con forma de corona, rayos de luz sobrenatural o cosas así?

El jovenzuelo meneó la cabeza, aún perplejo por la alegre escena que tenía lugar más abajo.

—No. Somos personas normales. En Andrew's Road somos todos normales. ¿Qué significa que esté allí abajo? ¿Significa que no voy a estar muerto mucho más tiempo?

El diablo se encogió de hombros.

—Eso parece, aunque te aseguro por mi vida que no sé

cómo es posible. En torno a ti se están desarrollando acontecimientos muy complicados, jovencito, y soy un diablo que ama la complejidad. Puede que tus orígenes nos proporcionen alguna clase de pista. A ver, dime quiénes son esas personas, esas que gritan de alegría ante tu regreso y que pululan por la estancia inferior. ¿Quién es la anciana que está en la cocina?

Michael Warren respondió en un tono cauteloso y orgulloso, tierno y protector.

—Esa es Clara Swan, mi abuela. Posee el pelo más largo del mundo, y lleva un moño porque se le quema en la chimenea cuando lo tiene suelto. Trabajaba de sirvienta para la gente de la gran mansión.

El diablo alzó una de sus erizadas cejas con aire meditabundo. Por aquellos lares había un buen número de mansiones. No creía que la abuela del niño hubiera servido en la de los Spencer o los Althorp, pero a saber. El niño prosiguió con el inventario.

—La otra señora es mi mamá, y se llama Doreen. Cuando esera pequeña, hubo una guerra, y mi tía Emma y ella vieron estrellarse un bombardero en Gold Street desde la ventana de su habitación. El señor que me lleva, el que acaba de entrar, es mi papá. Se llama Tommy, y hace rodar enormes barriles en la fábrica de cerveza. Todo el mundo dice que viste muy bien, y que es buen bailarín, pero nunca lo he visto bailar. El otro señor es mi tío Alf, que conduce un autobús de dos pisos y que suele venir en bicicleta para ver a nuestra abuela cuando vuelve del trabajo. Nos corta el pelo, y ahora mismo se lo está cortando a mi hermana Alma, que es esa chica mandona de la trona.

Sin que su pequeño pasajero lo advirtiera, los iris del diablo se tornaron negros a causa de la sorpresa, y al cabo de los segundos recobraron sus colores habituales: rojo o verde, los rastros de la guerra o los del amor al aire libre. Su joven cargamento tenía una hermana llamada Alma. Alma Warren. El soberbio Sam O'Day había oído hablar de Alma Warren. Iba a convertirse en una artista moderadamente famosa gracias a sus portadas para libros y

discos, y tenía espasmos visionarios intermitentes. Durante uno de ellos, dentro de treinta años o así, intentaría pintarle un retrato al Quinto Duque del Infierno con sus mejores galas, con el atuendo visual de reptil arácnido y los elegantes ocelos eléctricos de pavo real. La pintura no sería fiel, y ella ni siquiera se molestaría en captar los patrones alagartados de su aura hecha a medida, pero el diablo se sentiría halagado pese a ello. La artista lo consideraría un modelo hermoso y, en caso de sentir lo mismo por ella, él podría revivir los días de su gran romance persa. Por desgracia, Alma Warren iba a convertirse en un mastín horroroso, y el seductor Sam O'Day era muy selectivo en lo referente a mujeres. En Persia, la hija de Ragüel, Sara, había sido de lo más seductora. Y Lilit, su exmujer, que fornicaba con auténticas abominaciones, jamás se había dejado ir de la forma en que iba a hacerlo Alma Warren. Aunque el diablo llegaría a admitir su querencia por la mujer, también estaba destinado a señalar que no era *ese* tipo de querencia, no fuera que alguien confundiera las cosas.

Por tanto, Michael Warren era el hermano guapo de la perturbadora Alma Warren, quien de algún modo lograría convencer a los rufianes de que posaran para ella. Y también había que considerar ese extraño acontecimiento de relevancia críptica que tendría lugar casi cincuenta años más tarde, en 2006; uno en el que la artista jugaría un papel crucial. En el trillón de piezas de puzle que era la intrincada mente del rey diablo, los fragmentos empezaron a encajar en unas disposiciones nuevas e intrigantes. Cada vez tenía más claro que estaba acaeciendo algo evidentemente bizantino. Buscando pistas y conexiones, repasó todo lo que podía prerrecordar del laberíntico patrón de sucesos que sobrevendrían a principios del siguiente siglo. Estaba el asunto de esa santa del veinticinco, en el que el diablo tenía un interés personal. El tema tenía ciertos vínculos con los sucesos de 2006, vínculos relacionados con el linaje de Alma Warren...

Y el de su hermano.

Oh, eso sí que era interesante. Eran hermanos, así que su linaje era el mismo.

Eso significaba que Michael Warren también era un Vernall. Poco importaba que lo supiera o no, y que le gustara importaba aún menos. Estaba ligado por lazos de sangre a ese antiguo oficio, a esa arcana tradición.

El maligno sabía que la mayor parte de la terminología privativa de Humánima provenía de los normandos y los sajones. Voces como «Frith Bohr», «Porthimoth di Norhan» y cosas así. «Vernall», en cambio, era más vetusta. El diablo recordaba haber escuchado el término por aquella zona en... ¿en tiempos de la invasión romana, tal vez? Además, tenía la impresión de que la palabra podía derivar de culturas más antiguas, de los druidas o de los hombres-duende con cornamenta de ciervo que los precedieron, figuras extrañas agazapadas en las brumas de la antigüedad. «Vernall» también describía un oficio, pero la ocupación en cuestión era propia de una visión arcaica del mundo, una que llevaba sin mostrarse desde hacía dos mil años y que consideraba la realidad bajo unos términos que el mundo moderno jamás reconocería.

Los Vernall cuidaban de los límites y las esquinas, pero el término adquirió en los Boroughs un sentido más mundano durante el medievo, que fue cuando se introdujo como sinónimo de «alguacil». No obstante, los deslavazados confines que componían la jurisdicción de un Vernall no se limitaban únicamente, en origen, a las malezas que infestaban los márgenes de aquel mundo mortal y material.

Tradicionalmente, las esquinas que un Vernall medía, marcaba y cuidaba eran aquellas que doblaban hacia la cuarta dirección; eran las uniones que existían entre la vida y la muerte, la locura y la cordura, entre el Arriba y el Abajo de la existencia. Los Vernall supervisaban la encrucijada de dos planos muy diferentes, como si fueran centinelas apostados en un golfo que nadie más pudiera ver. Como tales, eran propensos a ciertas inestabilidades, pero también eran depositarios de extraordinarios talentos, visiones y habilidades. Solo en el linaje más reciente de

Michael Warren y su hermana Alma, al sonoro Sam O'Day se le ocurrían tres o cuatro ejemplos, todos ellos sorprendentes, de estas anómalas tendencias hereditarias. Estaba Ernest Vernall, quien, mientras trabajaba en la restauración de San Pablo, entabló conversación con un albañil. Venían luego Snowy Vernall, el impávido hijo de Ernest, y Tursa, la hija de este último, con su dominio preternatural de la acústica de los espacios superiores. Y no había que olvidarse ni de la feroz May, la amortajadora, ni de la magnífica y trágica Audrey Vernall, que ahora languidecía en un manicomio ruinoso colindante con Berry Wood. Los Vernall observaban los ángulos de la mortalidad, y admiraban esas esquinas tan a menudo que ellos mismos acababan volviéndose esquinados.

Suspendido sobre St. Andrew's Road con la minúscula esencia de Michael Warren atrapada entre sus garras, el diablo enumeró los ases de información contenidos en la mano que le habían tocado en suerte. El pequeño incauto, muerto en la actualidad, pero aparentemente vivo en unos cuantos días, había sido la causa de la reyerta colosal de los Maestros Albañiles. Más aún, pertenecía al linaje Vernall, y estaba emparentado con una artista que sería esencial en el crucial asunto que acaecería en la primavera de 2006. Este acontecimiento futuro era conocido en Humánima como la Pesquisa de Vernall. De él dependían infinidad de cosas; entre ellas, y de no poca importancia, el destino final de ciertas almas condenadas en las que el maligno tenía especial interés. Debía de haber algún modo de que el sutil Sam O'Day pudiera retorcer los entrelazados hilos de semejante narrativa en su propio beneficio. Tendría que pensar en ello.

Entusiasmado por aquella maraña repleta de posibilidades, el diablo se las arregló para sonar indiferente al dirigirse a su pequeño cautivo.

—Hum. Tus familiares parecen muy felices de tenerte de vuelta con ellos, pero tengo la impresión de que ha ocurrido un desastre terrible. Obviamente, vas a resucitar en algún momento de los próximos días, por lo que

supongo que ni siquiera deberías estar correteando por Arriba. Será mejor que detenga mi Vuelo y que te lleve de vuelta a los Áticos del Hálito, al menos hasta que decida qué hacer contigo.

El mocoso astral se retorció en las garras del diablo. Tranquilizado por el hecho de que la muerte no iba a ser permanente en su caso, Michael Warren parecía haber empezado a disfrutar el viaje que el maligno le había prometido, y ahora era reacio a concluirlo. Asintió con un profundo suspiro, como concediendo un enorme favor.

—Creo que será lo mejor, aunque no vayas tan rápido esta vez. Me has dicho que ibas a responder a mis preguntas, pero, con la boca llena de aire, no puedo hacer ninguna.

Seriamente, el diablo inclinó sus cuernos hacia el infante que colgaba debajo de él.

—Me parece justo. Será un viaje tranquilo y agradable, para que puedas preguntarme cualquier cosa que se te ocurra.

Tras describir una gran espiral con sus aspas roja y verde, empezó a avanzar hacia el norte por St. Andrew's Road, en dirección al prado situado en la base de Spencer Bridge. Apenas habían alcanzado las alturas con aroma a chimenea que sobrevolaban la carbonería cuando el chaval formuló su primera e irritante consulta.

—¿Cómo funcionan entonces la vida y la muerte?

Genial. Tenía de compañero a un pequeño Wittgenstein. De espaldas al niño, el diablo abrió sus fauces repletas de colmillos y amagó con arrancarle la cabeza de uno o dos mordiscos; luego, hizo el gesto de escupirla sobre los montones de cisco que había en las plataformas de más abajo. Mientras paladeaba aquella fantasía fugaz, dejó que sus facciones volvieran a su habitual sonrisa malévola antes de contestar.

—En verdad, lo único que existe es la vida. La muerte es una perspectiva ilusoria que aflige a la tercera dimensión. Solo en el mundo mortal y tridimensional se percibe el tiempo como algo que pasa, que se desvanece

atrás en la nada. El tiempo se concibe como un recurso fungible que, algún día, se agotará. Sin embargo, visto desde un plano superior, el tiempo no es más que otra distancia, como la altura, la anchura o la profundidad. En este universo de espacio y tiempo, todo sucede a la vez, todo acaece en un glorioso superinstante que alberga el albor del tiempo a un lado y su fin al otro. Los minutos intermedios, incluidos esos que marcan las décadas de la vida, se hallan suspendidos por toda la eternidad en la enorme burbuja inmutable de la existencia.

»Imagina tu vida como un libro, un objeto sólido en el que la última línea está escrita antes de que empieces a leer la primera página. Tu conciencia progresa de principio a fin por la narración, así que caes en la ilusión de creer que los hechos se suceden y de que el tiempo discurre a medida que los personajes experimentan las vicisitudes del drama. No obstante, lo cierto es que todas las palabras que articulan el relato están fijas en la página, y esas páginas están encuadernadas en un orden invariable. En el libro nada cambia, ni se desarrolla. Nada avanza en el libro, salvo la mente del lector al fluir por los capítulos. Cuando acabas la historia y cierras el libro, la novela no arde en llamas de repente. Sus personajes y dilemas no desaparecen sin dejar ni rastro como si nunca los hubieran escrito. Las frases que los describen siguen ahí, en ese tomo sólido e incólume, disponibles por si te apetece volver a leer el relato completo.

»La vida es igual. Cada segundo de la misma es un párrafo que revisarás infinidad de veces para hallar nuevos significados, pero las palabras jamás variarán. Cada capítulo permanecerá inalterado en un lugar prefijado del texto, y cada momento perdurará, pues, para siempre. Instantes de dicha exquisita e instantes de profunda desesperación, todos ellos suspendidos en el interminable ámbar del tiempo; un infierno, o paraíso, que ni el más ardoroso de los predicadores podría concebir. Cada día y cada acto son eternos, pequeño. Vívelos sabiendo que tendrás que soportar su vivencia eternamente.

Flotaron entre las copas de los árboles en dirección al otro extremo del oscuro prado, más o menos hacia los viejos baños victorianos reconvertidos en servicios públicos. Un reguero de instantáneas efímeras ardía en su estela. El niño colgado se quedó un rato callado para digerir la respuesta del diablo, pero ese rato no duró mucho.

—Bueno, si mi vida es una historia y cuando llego al final vuelvo a empezar a vivirla, entonces ¿qué esera ese lugar en el que me encontraste? ¿Qué es Arriba?

A punto de empezar a hartarse de sus responsabilidades parentales, el diablo esbozó una mueca.

—Arriba solo es un plano superior con más dimensiones que esas tres o cuatro a las que estáis acostumbrados aquí abajo. Considéralo una especie de biblioteca o sala de lectura; un lugar en el que podéis existir fuera del tiempo, releer vuestras asombrosas aventuras o, si lo deseáis, seguir adelante y explorar nuevas posibilidades en un contexto notable e imperecedero. Hablando de lo cual, ese olmo que se acerca es el que nos permitirá ascender hacia los Áticos del Hálito. Si lo prefieres, esta vez iré más lento, para que así puedas comprender todo lo que sucede.

Mecido por una brisa perfumada de carbón y clorofila, y suspendido como el lastre de un extravagante dirigible pirata, Michael Warren profirió un receloso murmullo afirmativo. Mientras navegaban hacia el olmo en cuestión, el diablo saboreó el desconcierto que los cambios perceptuales debían estar provocándole al crío. Como era de esperar, el árbol parecía estar haciéndose más grande a medida que avanzaban, pero, sin embargo, no daba la sensación de que estuvieran acercándose a su destino. De hecho, parecía que fueran ellos los que estuvieran haciéndose más pequeños al aproximarse al tronco. En un esfuerzo por adelantarse a la avalancha de preguntas de su pasajero, el maligno optó por explicarle ya el proceso.

—Probablemente, te estarás preguntando una de estas dos cosas: por qué parece que nos estemos volviendo más pequeños, o por qué el olmo parece estar volviéndose

monstruosamente grande a medida que nos acercamos a él. La explicación reside en la discrepancia que presentan las dimensiones al interactuar unas con otras. Antes hemos hablado de unas hipotéticas personas planas, con solo dos dimensiones, que vivirían dentro de los límites de una hoja de papel. Pues bien, imagínate que doblásemos esa hoja en la que viven para formar un cubo de papel. Los seres planos pasarían a vivir en un mundo tridimensional, pero, como sus percepciones seguirían limitadas a solo dos dimensiones, jamás podrían verlo o entenderlo de esa manera. A los humanos les pasa lo mismo, pues son seres tridimensionales que viven en un universo de cuatro dimensiones, y por tanto no pueden percibirlo correctamente.

»Así pues, a ti te han elevado a un plano superior, sí, pero es como si trasladáramos a ese hombrecillo plano a un espacio en el que no solo pudiera ver su mundo plano de dos dimensiones, sino también el cubo del que este forma parte. ¿Cómo se interpreta un cuerpo de tres dimensiones en la mente y las percepciones de un ser que solo tiene dos? Ajeno al concepto de «cubo», ¿no te parece que nuestro amigo aplastado lo vería de una forma muy parecida a ese mundo plano y cuadrado al que está acostumbrado, solo que agrandado, alargado de un modo imposible de describir? Ese es el efecto que estás experimentando ahora; el mismo que experimentarías al mirar atrás en el portal por el que subiste a los Áticos del Hálito. ¿No te dio la impresión de que la habitación en la que falleciste era más extensa que cuando estabas vivo? De hecho, ignoro si en vida llegaste a sufrir algún tipo de fiebre o delirio en el que las paredes de tu cuarto parecieran alejarse pavorosamente. ¿Alguna vez lo padeciste? Eso es lo que sucede en ocasiones cuando los humanos vagan por los sudorosos territorios que separan la vida y la muerte. Atisban la verdadera escala del entorno como si hubieran subido un plano o dos. Es decir, échale un vistazo al olmo ahora. Está enorme.

En efecto, así era, y lo mismo le ocurría al antaño pequeño prado que los rodeaba. Al describir una espiral

alrededor del escarpado paisaje vertical que ofrecía el tronco, el diablo repitió la maniobra ejecutada para trasladar a Michael Warren a aquel mundo, solo que esta vez lo hizo hacia arriba, en vez de hacia abajo, y a una velocidad mucho más reducida. Mientras trazaban un primer y lento giro para bordear el árbol y volver sobre sus pasos, la franja espectral de imágenes ralentizadas que iban dejando atrás se hizo más evidente, con su predominio de rojos y verdes serpenteando a lo largo de la franja de hierba para ascender por un olmo ahora gigantesco. Su tirabuzón los condujo hacia un enclave oculto en el que el sedicioso Sam O'Day sabía que había una puerta curva, un acceso a los Áticos, pero, antes de alcanzarla, su cada vez más irritante pasajero planteó otra de sus molestas preguntas.

—Si las raíces del árbol están aquí abajo, junto a los servicios públicos, ¿cómo es que su copa llega hasta Arriba? ¿Y qué pasa con las palomas que estaraban posadas en las ramas superiores? ¿Cómo es que van y vienen sin estar muertas como yo?

Sam el Anagrama se alegró de que su relación con Lilit no hubiera producido hijos. A decir verdad, ella había dado a luz a grandes monstruos lodosos, criaturas semejantes a perros con las tripas hacia fuera y seres aplanados de un metro de ancho parecidos a cangrejos de un chicloso color rosa pálido. Tales horrores, no obstante, se limitaban a balbucear insensateces o a aullar, hasta que su madre acababa harta y se los comía durante sus depresiones posparto. Nunca llegaban a tener conciencia de su propia existencia grotesca, y mucho menos la capacidad de formular preguntas irritantes, así que esa era la razón de que los prefiriese a chiquillos humanos como aquel, pese a que este tenía dos ojos azules, y los suyos no tenían ojo alguno o tenían varios, todos de color rojo, agrupados en el centro de sus rostros en arácnida disposición. El diablo procuró mantener un tono civilizado al exponer su respuesta.

—¡Diantres, pero qué aplicado eres! En fin, la respuesta es que los árboles y otras formas de vida vegetal poseen una

estructura que ya expresa a la perfección una vida atemporal en más de tres dimensiones. Quietos como están, su único movimiento es el del crecimiento, que deja atrás una estela de madera sólida muy parecida al flujo de imágenes espectrales que producimos nosotros. La forma de un árbol *es* su historia, y cada rama es la curva de una magnífica estatua temporal que nosotros, los de Arriba, te aseguro que apreciamos con el mismo entusiasmo que vosotros los humanos.

»En cuanto a las palomas… ellas no son como el resto de las aves, y por tanto se les aplican reglas distintas. Por un lado, sus percepciones son cinco veces más rápidas que las de las personas y la mayoría de los animales. Eso quiere decir que asimilan el tiempo de un modo diferente, pues su mente acelerada percibe de manera enlentecida cualquier cosa que no sea su propio vuelo. Más interesante resulta el hecho de que son el único pájaro, y de hecho el único ser vivo aparte de los mamíferos, que alimenta a sus crías con leche. Tampoco voy a fingir que sé con exactitud por qué a la paloma se la favorece sobre el resto de las bestias en su relación con el reino superior, pero supongo que ese asunto de la leche tiene mucho que ver con el tema. Lo más probable es que realce su valor simbólico a ojos de la gerencia, y que por eso tengan una dispensa especial para ir de acá para allá comportándose como psicopompos, entre los pastos de los vivos y los muertos y demás. No tengo muy claro su papel, pero apunta lo que te digo: las palomas son más importantes de lo que la gente se cree.

Se elevaron a un ritmo majestuoso alrededor del tronco, que ahora tendría unos diez metros de ancho y treinta metros de circunferencia. Consciente de que la puerta curva que los guiaría a los Áticos del Hálito se encontraba a apenas una vuelta de la espiral, el simbólico Sam O'Day decidió que, antes de cruzarla, haría bien en informar a su joven y aburrido compañero de viaje acerca de dicha entrada, pues así evitaría la altisonante indagación que sin duda acompañaría tal iniciativa.

—Antes de que lo preguntes, tras el próximo giro

llegaremos a algo que llamamos «puerta curva». Posee una especie de bisagra tetradimensional de cuatro direcciones que nos devolverá a Arriba, a Humánima. La mayor parte de las estancias terrenales disponen, al menos, de una puerta curva en una de sus esquinas superiores, y con gran parte de los espacios abiertos ocurre igual, aunque en ellos solo puedes discernir la posición de las esquinas cuando los oteas desde Arriba. A menos, claro, que seas una criatura que haya hecho el viaje una infinidad de veces, como un demonio o una paloma, y que te sepas de memoria la ubicación de la entrada. Ahora, prepárate. La puerta curva está ahí delante, y al atravesarla notarás un cosquilleo en la barriga a causa del cambio de perspectiva que entraña pasar de este mundo inferior al plano superior.

El maligno aceleró un poco y se elevó hacia la esquina oculta que percibía, invisible, no muy por encima de ellos. Al arremolinarse cada vez más cerca de aquella abertura secreta, la procesión de imágenes de su estela pareció un reguero de agua tintada que girara alrededor de un desagüe estelar invertido, con todos los ruidos del barrio dilatados y amplificados hasta asemejarse al sonido de afinación de una orquesta de cuerda. Los coches de Spencer Bridge, los mercancías que traqueteaban por debajo, el murmullo del río cercano... todos esos estímulos quedaron reducidos a una nota baja y cavernosa por la acústica del mundo de Arriba, que los esperaba allende sus cabezas.

Justo como había predicho esa ensalada silábica que era Sam O'Day, cuando cruzaron la puerta curva y atravesaron la unión de los dos planos hubo un momento en el que fue como si el estómago se les revolviera en plena cabeza. Entonces, en una brillante ráfaga de colores manzana, traspasaron una abertura cuadrada de diez metros de lado enmarcada por un reborde de corteza enormemente magnificado, giraron una última vez alrededor de aquel olmo titánico e irrumpieron en las resonantes alturas de los Áticos del Hálito acompañados por un revuelo columbino.

Más allá del techo de cristal, unas líneas plateadas

sobre fondo negro marcaban las facetas de un dodecaedro primorosamente desplegado que surcaba, plácido como un galeón de luz, la tranquila e infinita oscuridad que dominaba la inmensa galería. El diablo revoloteó un instante apretando al niño en pijama contra su pecho, contra el repique del poderoso yunque que era su corazón, y luego emprendió un vuelo firme por la vastedad del emporio en dirección al ocaso púrpura y bermellón que había al este. Devolvería al crío a su franja originaria en aquel corredor colosal, a esa tarde de hacía unos días en la que se habían conocido. Una vez allí, decidiría qué hacer con su pequeño enigma, muerto ahora y vivo al momento; un rompecabezas que había conseguido enzarzar a los albañiles en un estupendo concurso de bofetadas.

Esperaba aprovechar el viaje para repasar íntimamente todas las opciones, todas las jugadas que podía hacer en el ajedrez trastemporal que era su compleja existencia, su variopinta telaraña. Idealmente, también tendría tiempo para considerar las maneras en las que su oportuno encuentro con aquel chaval flacucho, con ese Vernall al que había conocido en su tradicional esquina entre el acá y el más allá, podía redundar en su propio beneficio futuro. Por desgracia, sus expectativas resultaron ser demasiado optimistas, pues no habían avanzado ni un centenar de metros cuando aquel pillo colgante la emprendió con un nuevo concurso de preguntas y respuestas.

—Entonces, ¿por qué llaman Humánima a este sitio?

El niño empezaba a agotar la paciencia del diablo, ya de por sí legendariamente corta. Sí, había prometido responder todas sus preguntas, pero se estaba pasando de castaño oscuro. ¿Acaso el chirriante renacuajo no se cansaba nunca de tanto interrogatorio? El saboteador Sam O’Day iba a tener que reevaluar sus conclusiones respecto a la muerte de Michael Warren. Donde antes había supuesto que la naturaleza confiada del crío podía haberlo conducido a las manos de un asesino o a una nevera abandonada, ahora consideraba más probable que su propia familia hubiera acabado con el infante en un intento de cerrarle el

pico. Obligado por las reglas de la demonología a ofrecer una respuesta, el diablo no puedo evitar, aun así, que aflorara un asomo de antipatía.

—Lo llaman Humánima porque así se llama. Es como si alguien te preguntara por qué te llaman Michael Warren. Te llaman así porque ese es quien eres, y a Humánima lo llaman Humánima porque eso es lo que es. Es decir, no podría ser más definitorio. Se explica por sí solo, y cualquiera con algo de sentido común lo aceptaría tal cual, pero veo que tú no caes en esa categoría.

»Uno de vuestros mejores poetas humanos, Bunyan el de los pies doloridos, John el encarcelado, solía acercarse a pasear por la ciudad terrenal de Northampton desde su casa en la cercana Bedfordshire, y al hacerlo también vagaba por las altas instancias de la urbe en virtud de su visión poética. Algún espíritu errante le diría el nombre del lugar y al regresar a su conciencia mortal debió recordarlo de pura chiripa, al menos lo suficiente como para anotarlo y emplearlo en uno de sus opúsculos, *La guerra santa*.

Al planear por aquel salón eterno, los colores del firmamento exterior retrocedieron en el tiempo a través del azabache de la medianoche, el violeta del crespúsculo y ese auténtico matadero en llamas que era el atardecer. Más abajo, las vertiginosas hileras de tanques se sucedían unas tras otras como perforaciones en el rollo desplegado de una vieja pianola. Mientras surcaban el cielo azul plomizo del día precedente hacia la refulgente concha ostrera del amanecer, el diablo notó, por el cariz pensativo del silencio de Michael Warren, que el crío estaba a punto de formular otra de sus necias cuestiones, y a este respecto no lo decepcionó en absoluto.

—¿Por qué dices que el hombre lo recordó de pura chiripa? ¿Yo tampoco recordareba nada de esto después de revivir?

Cuando refunfuñó su respuesta, el diablo escupió accidentalmente algunas gotas de veneno cáustico en el cuello de la bata del chiquillo, lo cual dejó en el tartán de su tela un rastro corroído y humeante de quemaduras

amarillentas.

—Claro que no, ricura. Es una de las condiciones inmutables que rigen la auténtica estructura de eso que percibes como tiempo. Como este lugar es ajeno al tiempo, nada de lo que acaece aquí tiene tiempo de fijarse en la memoria de los mortales. Si leyeras mil veces la narración de tu vida, cada pensamiento y suceso sería exactamente igual que la primera vez. No recordarías haber dicho o hecho tales cosas, salvo por esos lapsos momentáneos del olvido que la gente conoce como *déjà vu*. Excepto por algún fragmento que pueda recuperarse de los sueños o anomalías como la visión de John Bunyan, nadie tiene ni el más leve recuerdo de lo que pasa en estos lares tan elevados. Así pues, hacerme todas estas puñeteras preguntas carece de sentido, ¿no crees? Vas a olvidar toda esta experiencia en cuanto resucites, lo cual implica que serán una pérdida de tiempo para ti y, más tristemente, para mí. Si tuvieras la más mínima idea de lo que un diablo tiene que soportar a lo largo del curso habitual de su existencia, no me hostigarías con estas trivialidades, que a la postre serán fútiles.

A través de la atmósfera perlada y frambuesa del amanecer del viernes, viajaban hacia el negro túnel hilado de luz que era la noche del jueves. Estirando el cuello para mirar al diablo por encima de la baba corrosiva de su hombro, Michael Warren puso tal rostro querúbico que uno habría dicho que trataba de capear el exabrupto del diablo a base de astucia, solo que, en su caso, era una astucia demasiado torpe y transparente.

—Bueno, ¿por qué no me cuentas qué es lo que los diablos tenéis que soportar? Y por cierto, ¿qué eres tú? ¿Eras alguien que se portaraba muy mal, o siempre has sido un diablo? Dijiste que ibas a responder todas mis preguntas, así que respóndeme esta.

El diablo apretó sus brillantes colmillos como si quisiera afilarlos contra una piedra pómez, aunque, mirando el lado positivo, si estaba absolutamente obligado a charlar con aquel insufrible y alegre lechón en pijama,

bien podía hacerlo de algo de lo que nunca le avergonzaba hablar largo y tendido; es decir, de él mismo.

—Pues, ya que lo preguntas, no. No siempre he sido un diablo. Cuando el halo luminiscente que es el espacio-tiempo emergió repentinamente de la inexistencia, vi la totalidad de mi ser inmortal, incluido este aciago período de servidumbre que debo pasar como humilde demonio. Pero no soy como era al principio de las cosas, ni como seré cuando haya avanzado en mi camino. En mis albores, antes del advenimiento del mundo y el tiempo, no era más que una gloriosa parte en la miríada conformada por una entidad mucho más grande que se deleitaba con el mero hecho de existir. Lo creas o no, era un albañil. Tenía mi túnica blanca, mi taco de billar y el conjunto completo.

»Debes tener en cuenta que esto sucedió antes de que el tiempo existiera tal y como lo conocemos hoy, y antes de cualquier tipo de universo material. Por aquel entonces, no había problemas de ningún tipo, aunque esa situación no perduró. Los de arriba decidieron que parte de ese gran ser del que yo formaba parte debía descender dos o tres dimensiones para crear un plano de existencia física. Así las cosas, a varios de nosotros nos degradaron desde un mundo que solo era luz y dicha hasta esta nueva construcción, este nuevo reino de sensaciones corpóreas, de emociones, y del eterno torrente de placeres y tormentos que tales conceptos entrañan. A regañadientes, podría admitir que esa desastrosa reorganización obedeciera a necesidades que nosotros, los trabajadores de menor rango, no comprendiéramos. Aun así, nos dolió una barbaridad.

»Conste que no me quejo, ojo. Otros tantos terminaron mucho peor que yo. Quizá recuerdes que antes, al mentar a Satanás, te dije que no serías capaz de reconocerle ni aunque lo vieras. Se debe a que él fue el primero y más grande en ser desterrado a este vacío, en ver sus feroces energías enfriadas y condensadas en materia y su sublime magnificencia reducida a relleno. Echa un vistazo a los tanques que sobrevolamos, a las aberturas que dan al plano mortal. En las profundidades, advertirás esas retorcidas

ramas de coral que son, en realidad, los seres vivos vistos fuera del tiempo. Entre la población espiritual de Humánima, su aspecto luminoso y preciado les ha granjeado a tales excrecencias el nombre de «la joyería». Pero los diablos no las llamamos así. Las llamamos «las tripas de Satanás». No es otro que él, que se halla contenido en cada oscilante y misteriosa partícula de este universo corpóreo. Eso es lo que ha sido de él, de su inmortal cuerpo llameante. Como decía, lo mío no fue nada en comparación.

Como una cometa de batalla oriental empleada con fines amenazantes, el desplegado Sam O'Day planeó en silencio durante unos instantes por los Áticos del Hálito, justo en el tramo de pasillo en el que la noche del miércoles se acercaba a su occiduo final. Se había cabreado bastante al hablar del héroe reluciente que tuvo que convertirse en el mundo sólido, en Satanás, en el gran obstáculo y la piedra en el camino. Aun así, su doloroso relato había evitado que su pasajero de pago montara un escándalo... porque, sí, según lo acordado, Michael Warren pagaría el viaje en algún momento; el diablo se aseguraría de ello. Todavía no sabía cómo, pero era un hecho. Preocupado de que una pausa demasiado larga desencadenara otra andanada de preguntas y quejas, el maligno reanudó la narración.

—La cuestión es que allí estábamos, en el amanecer de un mundo construido a partir de la sustancia viva de nuestro antiguo gobernador, aún aturdidos por la arremetida de nuevas emociones y percepciones, absolutamente abandonados a nuestra suerte en la medida en que podíamos estarlo en un universo predeterminado. Eran buenos tiempos para estar vivo, te lo aseguro. Y lo siguen siendo. Si volara lo suficiente en dirección este a lo largo del eje temporal de mi ser, me toparía de lleno con aquellos días formidables, en los que aún éramos jóvenes, irritables e invencibles.

»No tardamos en descubrir, de boca de uno de los albañiles más ingenuos, el objetivo de este nuevo plano terrenal. Resultó ser algo llamado «vida orgánica». A

nuestros ojos, no era más que una delicadísima y excepcional charca de barro, aunque vosotros tal vez la veáis como una especie de tatarabuela de un trillón de años. Mucho antes de que surgiera algo remotamente parecido a un ser humano, nos dimos cuenta de que el único juego disponible por estos lares era el de la carne. Aunque debo reconocer que, hasta que de aquella sopa genética empezó a salir gente empapada y temblorosa, no supimos que habíamos ganado la lotería. Naturalmente, para entonces ya habíamos visto un adelanto del asunto reproducido a nivel simbólico, con el hombre y la mujer en el jardín y demás, pero el sórdido desastre que era la realidad resultó aún mejor.

»Tampoco pretendo faltarle al respeto a la versión simbólica, porque esa también tuvo sus puntos álgidos. La encantadora joven que interpretaba a la mujer de Adán antes de que Eva consiguiera el papel era una auténtica belleza llamada Lilit. Yo mismo me casé con ella después de que abandonara a Adán durante el primer divorcio de famosos de la historia, con la incompatibilidad de caracteres como razón principal. Lo que ocurrió fue que Adán, al estar aquí arriba en el plano simbólico, tenía una visión capaz de percibir el mundo en cuatro dimensiones. Podía hacer lo mismo que hiciste tú antes al observar tu casa, cuando viste su interior sorteando las paredes mediante un ángulo que no suele estar ahí. Eso fue lo que pasó con Lilit y Adán. La primera impresión que tuvo de ella fue una desgracia. Profundizó en su piel, sus músculos y sus entrañas, y vio cómo el quimo circulaba lentamente por sus tripas. Vomitó sobre el Árbol del Conocimiento hasta dejarlo hecho un asco. Lilit se ofendió, con motivo, y se marchó a copular con una infinidad de monstruos, y yo tuve la suerte de estar entre los primeros.

El Rey de la Ira y Michael Warren surcaron la vastedad del miércoles bajo su bóveda de cristal curvado, dominada por un cielo gris nublado y nacarado, con los trazos y los ángulos de sus hipercúmulos realzados por un rosa espectral. El despreocupado lastre de tartán que acarreaba

Sam O'Day parecía absorto en la detallada autobiografía del maligno, así que la infernal eminencia, agradecida por el silencio, decidió continuar aquel cuento de eternas buenas noches.

—Si nos remontásemos al principio, habría un trecho en el que Lilit y yo estaríamos casados, pero aquello no duró. Ella se pegaba como una lapa, y mis muchas cabezas me hacían muy testarudo. Además, la raza humana estaba a punto de llegar, y vendría repleta de auténticas beldades. Tras lo de Lilit, las mujeres humanas me parecieron toda una revelación, te lo aseguro. Los vertebrados son un mundo aparte, y en cuanto posas los ojos en un ser con columna vertebral ya no quieres otra cosa. Eres muy joven, así que no lo puedes entender, pero confía en mí. Soy el diablo, y sé de lo que hablo.

»De todos los demonios del infierno, me gusta pensar que soy el más romántico y el mayor admirador de los encantos femeninos. Hace mucho tiempo, en Persia, hubo una ocasión en la que perdí los cuernos y la cola por una florecilla exótica llamada Sara, hija de un tipo llamado Ragüel. Tendrías que haber visto cuán tímido fui al cortejarla. La colmaba de preciosos presentes sin apenas dejar que me atisbara, pues me limitaba a dejar meros signos de mi presencia: un collar en un cojín de seda, por ejemplo, tal vez con parte de la alfombra en llamas. Cuando al fin me presenté ante ella con cierta vacilación y unos modales sacados de *La Bella y la Bestia*, su exagerada reacción no fue propia de un idilio de cuento de hadas, te lo aseguro. En cuanto le dije que la quería con una de mis muchas bocas, mi amada sufrió eso que los humanos llamáis apoplejía, creo. No fue nada serio, porque a los pocos días, cuando recuperó el habla, empezó a describir su encuentro conmigo en unos términos muy poco halagadores.

»Aquella mujer ni siquiera me conocía, pero fui calificado de horror y de destructor. Ignoró completamente los muchos valores admirables que poseo y, en su lugar, me retrató como un estereotipo violento e inhumano. Y lo peor

fue que restregó la herida anunciando a la carrera su inminente casamiento con otro pretendiente. Por supuesto, lo asfixié durante su noche de bodas, pero cualquiera hubiera hecho lo mismo ante tal provocación. Además, pese a lo que ella dijera después, te prometo que solo flirteaba con aquellos hombres con el fin de cabrearme. Si no pretendía ponerme celoso, ¿qué sentido habría tenido anunciar su desposorio con un segundo novio incluso antes de que hubieran enterrado al primero? A este también lo maté, claro. Lo arrojé desde un balcón. Para ahorrarte el tedio, te diré que hice lo mismo con los cinco siguientes. En total, liquidé a siete tipos mediante la asfixia, la caída, el ahogamiento, la calcinación, una simple decapitación, una hemorragia interna y, finalmente, un ataque al corazón. Para mí, casi equivalía a mandarle flores. Creía que estaba interesada en mí. ¿Qué otro motivo, excepto el de insistir en captar mi atención, la habría llevado a anunciar un himeneo tras otro? A buen seguro, cualquier mujer normal, al ver la cabeza de su quinto marido rebotando por los escalones del dormitorio, habría renunciado al matrimonio para confinarse en algún convento.

»Sin embargo, al final, resultó que andaba errado. No se estaba haciendo la dura. Su rechazo era genuino. Allá que fue a ver a un invocador —una clase de gente a la que desprecio, por cierto— para pedirle que me impusiera eso que hoy día llaman «orden de restricción». Quemó ciertas sustancias en un brasero para impedir que me acercara, y de este modo me deportó de Persia a Egipto. ¡Menuda ingratitud! ¿De dónde creía esa gente que había salido su noción de los números y los diseños exquisitos? ¡De mí! Como vi que no era querido, recalé en Egipto y me llevé mis matemáticas conmigo. Así aprenderían la lección, pensé. O, para ser más exactos, así dejarían de aprenderla.

Más allá del techo de cristal, el alba del miércoles refugió brevemente antes de dar paso a los oscuros kilómetros de la noche del martes. Entre tanto, el mocoso colgante siguió escuchando atentamente el monólogo del diablo.

—En Egipto, de todos modos, me metí en algunos líos. Llegados a aquel punto de la historia, el lugar tenía fama de hervidero de demonios, así que pululábamos a docenas por allí. Con tan malas compañías, era inevitable que se armara un buen jaleo.

»Las cosas se precipitaron cuando uno de los diablos menores se puso a atormentar a varios albañiles mortales en la cercana Jerusalén. Sus alteradas víctimas buscaron la protección del rey Salomón, que utilizó la magia para atrapar al demonio responsable. La cuestión es que Salomón era un fulano bastante listo, no cabe duda. Tras capturar al diablo, lo presionó y amenazó para que le diera los nombres de las seis docenas de miembros que componíamos la banda, desde Bael hasta Andromalius. Yo fui el único que dio algo de guerra, pero el esfuerzo fue en vano. Salomón nos pilló con las manos en la masa y nos obligó a construir su templo en una especie de condena a servicios comunitarios. Pero nos tomamos nuestra revancha, eso sí. Tanto en el templo como en su emplazamiento, introdujimos una serie de problemas de escala que, a ojos de la gente, habrían de hacerlo inextricable durante tres mil años o más.

»Desde entonces, hemos vagado por los mundos superiores e inferiores sin ninguna supervisión, y hemos vivido aventuras, condenado a ocultistas, practicado algunas aficiones y demás. En términos mortales, quizá se nos podría definir como patrones vivientes hechos de muy distintas y variadas pulsiones, de diferentes energías. Y nos hallamos una dimensión por debajo del reino humano tridimensional, de manera que, comparados con vosotros, somos planos como un suelo de parqué, aunque las teselas de nuestros mosaicos son, naturalmente, mucho más elaboradas.

»Hemos tenido tiempo, desde que nos depusieron, de aceptar nuestra condición, de entender nuestro lugar en los designios divinos. Creemos que, como cualquier criatura de la Creación, tenemos la capacidad de cambiar y crecer. En unos mil años mortales, esperamos poder reconquistar la

condición ilimitada y sublime en la que nacimos. El único impedimento para nuestras ambiciones es la humanidad. Para poder alcanzar el reino superior desde nuestra actual situación inferior, el reino medio debería ascender antes que nosotros. De lo contrario, me temo que nuestra única alternativa para ver el sol de nuevo será la de abrirnos paso, con nuestras garras, a través de vosotros.

En el exterior, los cielos cambiaron de negro a malva, de malva a oro y de oro a gris a medida que surcaron la noche del martes en dirección al alba. Mientras el singular Sam O'Day retrocedía por los días con Michael Warren en sus crepitantes brazos, uno de los compartimentos de esa caja china que era su intelecto seguía calculando una manera de explotar su encuentro con el crío. A unas décadas de distancia, aguardando en los Boroughs sin sospecharlo, había una persona a la que el archidemonio quería muerta y otra a la que quería a salvo. Quizás hubiera algún modo de persuadir a aquel chico tan crédulo para que lo ayudara en una de esas dos tareas, o tal vez en ambas.

Remontando las heladas corrientes de aquel corredor interminable, surcaron el pálido amanecer hacia la negrura de la madrugada y los nocturnos kilómetros del lunes. Al este se cernía ya el atardecer durante el que había muerto su pasajero. Tras adivinar que la historia del diablo había llegado a su evidente final, su viajero de dorados rizos mantequillosos no tardó en pergeñar otra pregunta mordaz.

—Bueno, lo que no entiendo es qué haracías en los Boroughs si eres tan importante. ¿Por qué no estás en algún sitio famoso, como Jerusalén o Egipto?

El cielo que dominaba la galería empezó a fundirse en cuanto salieron de la gradación de lilas que había sido el anochecer. Aunque ligeramente irritado por el tono escéptico del mocoso, el diablo reconoció que la pregunta estaba fundada y merecía respuesta.

—Francamente, pensé que sería obvio, incluso para ti, que alguien con acceso a estas alturas atemporales pudiera estar en casi todos los sitios a la vez. No *solo* estoy en los Boroughs, pues en este día concreto de 1959 también estoy

enredando en eso que la gente solía llamar Tierra Santa, además de estar presente en otros lugares volátiles y soleados. Pero, si te soy honesto, y por fuerza debo serlo, me siento muy orgulloso de cómo le ha ido a este kilómetro cuadrado de mugre a lo largo de los siglos.

»Por una parte, hace más de mil años, los Maestros Albañiles eligieron esta ciudad para que su crucifijo, su cruz de piedra, marcase el pilar estructural de este país. Allí abajo, en la humilde esquina sudeste del barrio, está la *crux* de Inglaterra. Desde ese centro esencial parte una vasta red de líneas, de pliegues conectivos en el mapa del espacio-tiempo dedicados a hilar un lugar con otro, de caminos impresos en el tejido de la realidad por múltiples trayectorias humanas. La gente ha peregrinado hasta esa juntura crucial desde América, desde Lambeth y, si incluimos al monje que siguió las instrucciones de los albañiles para hacer entrega de la cruz de piedra, también desde la mismísima Jerusalén. Aunque todas estas regiones se encuentran muy alejadas entre sí en el plano material, vistas desde los niveles matemáticos superiores se hallan unidas del modo más evidente y grosero. De hecho, son casi el mismo lugar.

»Los destinos de estos lugares se entrelazan de un modo que los vivos no pueden ver. Actúan y se afectan entre sí, pero de forma remota, a distancia. Si el monje que acabo de mencionar no hubiera llegado aquí en el siglo VIII procedente de Jerusalén, de ese terreno sagrado cercano a donde mis camaradas y yo erigimos el templo de Salomón, entonces no habría habido nada que canalizara las energías de las cruzadas cuando estas partieron de aquí a Jerusalén unos trescientos años más tarde. Y, por supuesto, tras una de las primeras cruzadas, uno de vuestros reyes normandos fue lo bastante ingenioso como para levantar aquí, en Sheep Street, una réplica perfecta del templo que el rey Salomón nos hizo construir para él en la Ciudad Santa. En el entramado de causas y consecuencias, tu precaria barriada es una encrucijada vital en la que la guerra y la maravilla se topan la una con la otra para darse la mano. Así que

escucha bien mis palabras: este vecindario alberga pugnas y fuegos que lo hacen fascinante tanto para seres de mi catadura como para presencias mucho menos innobles.

»Aparte de todo eso, ya sabes… también he acabado cogiéndole cariño a la gente de estos lares. «Cariño» quizá sea una palabra muy fuerte, pero digamos que siento cierta simpatía y afinidad. Míseros y sucios, borrachos tanto como les es posible, y evitados con asco y disgusto por cualquiera de buena cuna, ellos, como los míos y yo mismo, saben lo que es la degradación y la demonización. Pues muy bien, les deseo lo mejor. Que todos nosotros, diablos de mala fama, gocemos de la mejor de las suertes.

Desde las alturas de color magnetita del ocaso, Michael Warren y el maligno empezaron a descender lentamente, como las vainas de un sicomoro, sobre la lánguida atmósfera estival de la tarde del lunes. A través del techo transparente de la galería, líneas de un blanco polar definían los contornos facetados de un cirro algebraico que se desplegaba contra el sobrecogedor fondo cerúleo. Abajo, la partitura de pianola del suelo de los Áticos comenzó a acercarse, con sus hileras de grandes mirillas cuadradas abiertas al mundo y al tiempo, a la maraña enjoyada que eran las tripas de Satanás.

En el extremo norte del corredor, el desarticulado Sam O’Day atisbó el balcón de madera breada en el que había apresado a su pequeño peregrino en pijama, seguido por los pisos inferiores de esos sueños coalescentes que, como estalagmitas de guano psíquico, se habían alzado hasta formar una larga y surrealista hilera de adosados y escaparates. Uno de estos establecimientos, un revoltijo de disparates subconscientes llamado «El Caracol Veloz», quedaba cerca de una bocacalle en la que una anciana algo rechoncha —y que debía estar muerta, soñando o, tal vez, siendo soñada— había colocado un brasero de vigía nocturno para, aparentemente, ponerse a asar castañas. Inclinada sobre sus carbones incandescentes y ajena al diablo o a su joven rehén, la vieja se hallaba sola en los Áticos del Hálito, desiertos en las inmediaciones de aquel

momento concreto del día. Lo más gratificante era que no había albañiles con ojos morados yendo y viniendo con sus tacos de trillar para agredir al Duque del Infierno, perverso secuestrador de niños, a su regreso. Parecía un sitio seguro en el que depositar al chaval hasta que Sam el Espiralado resolviera qué hacer con él.

Como una flor perniciosa cuyos pistilos ondearan al viento con los tonos rojo y verde de un mecano, el diablo aterrizó suavemente sobre los mullidos tablones de pino. Luego, para que el crío se sintiera mal por haber dudado de las honorables intenciones de su benefactor infernal, hizo alarde de haberlo devuelto sano y salvo a tierra firme.

—¡Listo! Hemos regresado a donde te encontré, y todo sin que se te haya despeinado ni un solo rizo rubio de la cabeza. Apuesto a que empiezas a apreciar lo decente que puedo llegar a ser. Y también apuesto a que estás preocupado por cómo vas a pagarme esta maravillosa excursión que hemos hecho. Bueno, pues no te preocupes. Tengo en mente un pequeño recado que podrías hacer por mí. Después estaremos en paz, justo como acordamos. Porque recuerdas nuestro trato, ¿verdad?

Los ojos del niño oscilaron de un lado para otro mientras consideraba y descartaba posibles rutas de escape. El giro de los pequeños engranajes de su cabeza casi podía entreverse, pero al final llegó a la desoladora conclusión de que no había ningún lugar hacia el que pudiera correr sin que el diablo no lo pillara antes de dar tres pasos. Con su elusiva mirada aún revoloteando, asintió a regañadientes a la pregunta del diablo.

—Sí. Dijiste que me ofrecerías gratuitamente tu viaje a cambio de un favor en el futuro. Pero eso fue hace apenas un rato. Por cómo lo dijiste, creí que no tendría que devolverte el favor hasta dentro de mucho tiempo.

El diablo sonrió con indulgencia.

—Si recuerdas mis palabras, dije que quizá podrías hacerme un favor «más adelante», lo cual equivale a «en algún punto del futuro». Y justo ahí es a donde te llevará mi pequeño recado. Hay una persona con la que no estoy muy

contento y que vive a unos cuarenta años al oeste de aquí, en el próximo siglo. Te estaría muy agradecido si organizaras la muerte de esta persona tan antipática. En concreto, quiero que reduzcas su esternón a lascas de tiza. Quiero que tritures su corazón y pulmones en una pulpa informe. Haz por mí esta sencilla tarea y cancelaré, magnánimamente, cualquier deuda impagada entre nosotros. ¿No te parece atractiva mi propuesta?

Boquiabierto y mudo, Michael Warren sacudió la cabeza de lado a lado y empezó a alejarse con vacilación del sinuoso Sam O'Day. El diablo suspiró con pesar y dio un paso hacia el chico. Tal vez una cicatriz lívida y permanente en su estómago espiritual lo convenciera de que no había mucho especio para la negociación.

Fue en aquel momento cuando la aguda voz de la castañera resonó tras el demonio.

—Hacia allí no, querido. Ven hacia mí. No dejes que ese viejo adefesio te dé órdenes.

El diablo se volvió indignado hacia la fuente de tan grosera interrupción. Erguida junto a su brasero humeante, aquella viejecita onírica o espectral exhibía unas mejillas sonrosadas, pero sus ojos de acero miraban fija e impertérritamente al maligno. Sobre su falda negra vestía un delantal que también era negro, y en su dobladillo llevaba bordados unos escarabajos iridiscentes y unos discos solares alados. La mujer era una amortajadora, y algo le decía al diablo que su presencia allí no auguraba nada bueno para el propósito inmediato que le había asignado a Michael Warren. Sin que sus ojillos negros se apartaran del demonio ni un instante, la vieja volvió a llamar al niño.

—Buen chico. Rodéalo y ven hacia mí. No temas, querido. Yo me ocuparé de que no te haga daño.

Por el rabillo de su rojizo ojo izquierdo, el diablo vio al crío corriendo que se las pelaba en dirección al tenue resplandor del brasero. Enfurecido, lanzó su mirada más devastadora hacia aquella achacosa trasnochada antes de hablarle directamente.

—Ah, ya veo. Así que te ocuparás de que no le haga daño, ¿eh? Y, concretamente, ¿cómo piensas hacer eso desde la fosa séptica de mi tracto digestivo?

La anciana entrecerró los ojos. De entre las sombras del callejón que había tras ella apareció, tímidamente, una panda de niños bastante sucios con pinta de delincuentes; posiblemente, los mismos sobre los que se había precipitado al emprender su vuelo con Michael Warren. Cuando la amortajadora volvió a hablar, lo hizo pausadamente y con un tono de gélida determinación.

—Soy una amortajadora, querido. Nosotras conocemos todos los viejos remedios, e incluso tenemos uno para ti.

Tras alzar la manita que ocultaba a su espalda, arrojó un puñado de sustancia viscosa a sus carbones grisáceos. Luego, sacó un frasco de perfume barato de un bolsillo del delantal y le dio la vuelta sobre su brasero de vigía. El añejo perfume siseó sobre las rancias entrañas de pescado que acababa de echar a las ascuas incandescentes, y entonces el diablo gritó. No pudo... ¡ah! No pudo soportarlo. Un espasmo anafiláctico recorrió su ser, y los harapos se le pusieron rígidos por las arcadas. Era como ese maldito invocador persa, sentía lo mismo que en la apestosa Persia, y de nuevo, como en Persia, podía notar que su aspecto empezaba a desintegrarse. Bulló hasta adoptar otra forma, la de un enorme dragón de bronce montado por un hombre aullante de tres cabezas; un dragón que bramó y resopló con su cabeza de toro, que bajó la cabeza como un carnero, y que embistió y embistió hasta que las vigas del Ático atemporal temblaron como la paja, como el agua. A sus pies vio que la sucia silueta de Michael Warren, envuelta en tartán, corría a esconderse tras las faldas de la amortajadora.

La náusea de aquel horrible tormento amenazaba con desgarrarlo, y acabó tragándose su propia saliva volcánica. Al toser, su nariz humana expulsó mocos ardientes, sangre negra y una mezcolanza de partículas subatómicas exóticas, mesones y antiquarks. El diablo sabía que no podría mantener aquella forma durante mucho tiempo, pues estaba

a punto de colapsarse en un flujo piroclástico de rabia y lamento. Con sus ocho ojos hinchados e irritados, clavó su mirada en el niño en retirada, y su voz, que sonó como una bomba atómica en plena catedral, rompió cinco paneles de cristal sobre los Áticos del Hálito.

—¡TENÍAMOS UN TRATO!

Sus dos pellejos de imitación, tanto el humano como el de escamas de dragón, se llenaron de unas ampollas gigantescas con superficies semejantes a las de las burbujas cuando agonizan, cuando flotan con la untuosa gama cromática de la gasolina poco antes de estallar. Al perder de golpe una dimensión entera, su forma y sus contornos se desvanecieron en el éter. Entonces, tras darse cuenta de que aún tenía poder suficiente como para adoptar un aspecto plano, se retorció en una monstruosa aurora boreal, en un rutilante telón de luz arácnido-lagartado que pareció colmar la pasmosa inmensidad del emporio. Por un instante, fue como si todas las vigas y tablones ardieran con él, con sus ojos rapaces brillando cual juegos de luces a cada retorcida llamarada, ora rojo, ora verde; ora camión de bomberos, ora cámara de gas.

Finalmente, nada quedó de él, salvo unas pocas chispas que se dispersaron por aquel corredor eterno en una brisa con aroma a pescado.

CONEJOS

Oh, ¿quién no había oído hablar Arriba de la Banda de los Muertos Muertos, de sus correrías y travesuras por los desagües imperecederos o de las costras que sus famosas proezas les habían granjeado como medallas? Gozaban de gran estima en los bajos fondos del Elíseo, los buscaban para interrogarlos en cuatro o cinco dimensiones, y eran admirados por multitud de chicos y chicas en todo el tiempo y la perduración de aquel brillante y desgastado siglo. Eran una manada de animalillos sucios y veloces, eran muy numerosos y estaban todo el día correteando por el mundo.

Allanaban los sueños de los recién nacidos y atajaban por los pensamientos de los escritores, eran la inspiración y el ideal de todo club secreto y todo misterio de la Children's Film Foundation,[3] de todo libro, de toda variante de los sigilosos Siete Secretos o los audaces Cinco.[4] Eran el molde, el modelo, con sus juramentos a base de salivajos y su aspecto de vagabundos, con sus guaridas destartaladas y sus pruebas de iniciación, las cuales, por cierto, eran notoriamente duras: solo quienes hubieran sido enterrados o incinerados podían unirse a la Banda de los Muertos Muertos.

Su jefa era Phyllis Painter, en parte porque ella así lo decía pero, también, porque la banda a la que había pertenecido en vida gozaba de mayor reputación y pedigrí que las pandillas de las que podían alardear los demás. Aunque vivía en Scarletwell Street, la niña había pertenecido a las Pícaras de Compton, muy superiores a la Banda Verde, los Chicos de los Boroughs u otros grupos de similar ralea. Obviamente, no era una cuestión de músculo, sino mas bien de pensar antes de actuar, que ya era más de

lo que podían decir los demás. *Pícaras de Compton somos, Pícaras de Compton somos, cuidamos nuestras maneras, gastamos nuestras monedas, respeto encontramos allá donde vamos, bailar podemos, cantar sabemos, y nada desconocemos, ¡porque, eh, Pícaras de Compton somos*! Por supuesto, eso había sido hacía tiempo, pero Phyllis seguía siendo alguien a quien confiarle el mando cuando surgían problemas.

Así las cosas, mientras se resguardaba tras la adusta amortajadora y su brasero para observar a una distancia prudencial cómo aquel demonio tan importante explotaba en chispas refulgentes cual accidente en la noche de Guy Fawkes, sus labios fruncidos y sus ojos entornados esbozaron un atisbo de amarga satisfacción. Era una pena, pensó Phyllis, que aquel diablo de alto rango fuera a consumirse enteramente más allá de toda existencia visible. Si al menos dejara atrás un trozo humeante de su cola espinosa o, mejor aún, una calavera cornuda, ella podría clavarla en el espectro de la puerta norte del casco antiguo. Entonces, las seis docenas de demonios, a los que veía como una banda rival más crecidita y correosa, sabrían que aquel barrio de Humánima era el territorio sagrado y ambarino de la Banda de los Muertos Muertos, y que había que dejarlo en paz. Los únicos diablos que permanecerían por allí serían tan pequeños como ella, su pequeño Bill o John el Guapo; como Reggie Bowler o Marjorie la Ahogada. Y no tendrían nada que hacer excepto jugar sobre los amodorrados días de su dulce y decrépita eternidad hasta una hora de dormir que no llegaría nunca.

Había perdido a Michael Warren un poco antes, tras salir por el extremo opuesto del largo callejón onírico y darse cuenta, en mitad de Spring Lane, de que ya no la seguía. Por un momento, ponderó si el esfuerzo que entrañaba volver a buscarlo merecía la pena, y al final decidió que, seguramente, sería lo mejor. El tema de que nadie hubiera ido a los Áticos del Hálito a darle la bienvenida tras su fallecimiento olía a sospechosa chamusquina, cuando no a triquiñuela pura y dura. Distinguirlo siempre era difícil. Aquel mequetrefe en pijama

podía acabar resultando importante, pero, si no era así, siempre podía constituir una novedad entretenida o un nuevo recluta en potencia. Con eso en mente, reunió con un silbido a los demás miembros de su panda y comenzaron a peinar aquella barriada cambiante en busca del mocoso *post mortem*. Bill y ella rebuscaron entre los recuerdos de las tiendas. Los otros tres recorrieron los Áticos por si al crío le había dado por montar una escena y esconderse.

Finalmente, Marjorie la Ahogada avistó al niño perdido cerca del techo arqueado y transparente de la galería, aparentemente prisionero de uno de los demonios más pérfidos que alguien podía toparse por la zona. Cuando aquel horror llameante pareció descubrirlos y lanzarse a por ellos, corrieron como locos hasta estar seguros de que no los seguía, y luego se reagruparon en El Caracol Veloz para discutir qué debían hacer. Phyllis prefería acudir a las Obras para notificárselo a los albañiles, que era su plan inicial, pero su Bill indicó que estos, por ser albañiles, debían saberlo ya. Tras quitarse el sombrero y rascarse sus rizos morenos en busca de inspiración, Reggie Bowler sugirió esperar al rey demonio para tenderle una emboscada. Sin embargo, cuando Marjorie la Ahogada cuestionó prudentemente la siguiente parte del plan —es decir, cuando preguntó qué harían si el archidiablo acababa presentándose—, Reggie volvió a ponerse el sombrero y guardó silencio con aire taciturno.

Como colofón, John el Guapo, a quien Phyllis admiraba en secreto, comentó que debían buscar a una amortajadora. Si los albañiles no estaban disponibles para ocuparse de aquello o se hallaban muy atareados en otro sitio, y si tampoco había santos por los alrededores, entonces las amortajadoras eran las figuras de mayor autoridad. Marjorie la Ahogada recomendó tímidamente a la señora Gibbs, quien, en vida, había realizado un trabajo estupendo con la propia Marjorie cuando a aquella niña rechoncha y con gafas la habían sacado, a los seis años, del río lodoso y helado que pasaba por debajo de Spencer Bridge. Phyllis y John el Guapo afirmaron haber oído

hablar de la señora Gibbs durante sus vidas mortales en los Boroughs, lo cual hizo que la decisión fuera más o menos unánime. Los cinco partieron pues a rastrear a la respetada y veterana amortajadora por las inmediaciones de Humánima, y en última instancia la localizaron a principios de los años treinta en una ensoñación trasnochada del salón-bar Green Dragon, cerca de los Áticos del Hálito que sobrevolaban el Mayorhold. La señora Gibbs alzó la vista sobre su media pinta fantasmal de cerveza negra y les sonrió con fastidio.

—Muy bien, queridos, ¿qué puedo hacer por vosotros?

Le hablaron de Michael Warren y del maligno. Bueno, en realidad fue Phyllis quien lo hizo, dado que era la única que llevaba embarcada en aquella aventura desde su inicio. John el Guapo y la señora Gibbs parecieron sobresaltarse al unísono cuando oyeron el nombre completo del niño, y la amortajadora, súbitamente seria y grave, preguntó a Phyllis por las características del diablo al que habían visto secuestrar al chico. ¿Cuál era su coloración? ¿A qué olía? ¿Qué podían recordar de su temperamento general? Las frases que obtuvo como respuesta fueron, respectivamente, «roja y verde», «a tabaco» y «extremadamente cabreado», así que la amortajadora no tardó en emitir su diagnóstico.

—Diría que se trata del trigésimo segundo espíritu, querida. Es uno de los más feroces e importantes, y no se conforma con un asqueroso mordisquito. Es perverso, y habéis hecho bien en buscarme. Llevadme a donde lo hayáis visto con el chico, que pienso leerle la cartilla y decirle que se meta con alguien de su tamaño. Voy a necesitar un brasero o alguna clase de estufa, así como otras cosas que yo misma podré recoger por el camino. Vamos. Espabilémonos sin demora.

A juicio de Phyllis Painter, pocas cosas había que fueran más impresionantes que una amortajadora, tanto viva como de otra manera. Entre todos los habitantes del mundo, aquellas mujeres impávidas eran las únicas que se ocupaban de los umbrales situados a ambos extremos de la vida, y también las únicas que ejercían los oficios eternos

de Humánima mientras aún estaban entre los vivos. Ninguna otra profesión presentaba un vínculo tan estrecho entre las labores que exigía de las personas cuando estaban abajo, en sus veinticinco mil noches, y las que les demandaba después, cuando todo había terminado ya. En vida, las amortajadoras siempre tenían un aspecto que sugería que eran medio conscientes de estar existiendo simultáneamente en un nivel superior. De forma póstuma, algunas de ellas regresaban a funerales que hubieran organizado durante su mortalidad para recibir a los difuntos en su desorientada llegada al mundo de Arriba, y esa vocación de servicio continuado era algo que a Phyllis siempre la asombraba. Cuidar de la gente desde la cuna hasta la tumba era una cosa, pero hacerse responsable de su bienestar más allá de ese punto era otra muy distinta.

Después de hallar el brasero ardiente de la señora Gibbs en la pesadilla abandonada de un tendero, John el Guapo y Reggie Bowler lo transportaron cuidadosamente entre ellos con las manos protegidas por viejos trapos. La amortajadora invocó el espíritu de la pescadería Perrit, situada en Horsemarket, y le pidió algunas vísceras de pescado a un hombre al que se refirió como «el Sheriff». De nariz ganchuda y amplio mostacho, el pescadero le extendió por encima del mostrador un nauseabundo paquete envuelto en periódico, y al hacerlo gruñó una simple pregunta —«Diablos, ¿eh?»— a la que la señora Gibbs respondió con un asentimiento y un leve, fatigado y afirmativo «ajá».

Cuando la Banda de los Muertos Muertos y la señora Gibbs volvieron a la tarde de 1959 en la que Phyllis y Michael Warren se habían conocido, apenas quedaba gente en ese tramo de los Áticos. Vieron la imagen onírica de una mujer de rostro severo y unos cuarenta años que, tras observar asombrada el inagotable mar de aberturas, sacudió la cabeza y bajó por la galería. Sus manos eran rojas como el beicon cocido, y Phyllis pensó que podía ser una persona que hiciera muchas coladas. Además, iba desnuda. Al notar que Reggie Bowler y su Bill se reían a cuenta de este último

detalle, Phyllis les dijo que crecieran de una vez, aunque era muy consciente de que jamás lo harían.

Mientras tanto, la amortajadora les indicó a los dos chicos mayores que colocaran el caldero de brasas allí mismo, en la embocadura del callejón adoquinado que partía de los Áticos para adentrarse en esos bloques de recuerdos desordenados que Phyllis y sus camaradas conocían como «los Viejos Edificios».

—Podéis ponerlo ahí, queridos. Si este es el lugar en el que esa despreciable criatura raptó al niño, podéis apostar a que aquí lo traerá de vuelta cuando haya acabado con él. El Sheriffme ha dado entrañas de pescado, y creo que llevo un frasco de esencias en uno de los bolsillos del delantal, así que ya estamos listos para cuando aparezca.

En Humánima, los delantales de la señora Gibbs eran casi tan famosos como la propia amortajadora. Tenía dos, al igual que Abajo: el blanco con mariposas bordadas en el dobladillo, para las bienvenidas, y el negro, para las despedidas. En el reino superior vestía el mandil cegador adornado con mariposas cuando recibía a las almas recién fallecidas que, jadeantes, cruzaban las ventanas edáficas de los Áticos del Hálito hacia aquella existencia más allá del tiempo. Por su parte, el delantal negro, que en vida había sido liso y sin ornamentos, tenía ahora un aspecto que denotaba que la señora Gibbs siempre se lo había imaginado de un modo más elaborado. Sus bordes lucían escarabajos tejidos con un hilo verde e iridiscente, estiletes egipcios, y ojos con kohl cosidos en oro metálico. Solo lo llevaba cuando tenía que espantar a alguien, y Phyllis se preguntaba cómo habría sabido la amortajadora cuál era el que debía ponerse hoy. Lo más probable era que lo hubiera sentido en el agua que la constituía, en su polvo, en sus átomos. De alguna manera, uno siempre sabía que los diablos andaban cerca. Con solo olerlos, la gente se ponía en guardia y les profesaba su hostilidad.

Los seis esperaron un rato agazapados en el callejón. Marjorie la Ahogada y el pequeño Bill robaron unos trozos de cisco del depósito de carbón de Wiggins, cuya versión

onírica estaba allí al lado, para que la señora Gibbs pudiera alimentar el brasero hasta que Michael Warren y el maligno se presentaran (si es que lo hacían). Apoyados contra el escaparate de El Caracol Veloz, Phyllis y John el Guapo contemplaron los diagramas climatológicos desplegados por el emporio más allá de la cristalera de la galería. Delineadas en blanco sobre un azul perfecto y refulgente, las nubes facetadas se arrugaron con formas imposibles. Ninguno de los dos abrió la boca, y Phyllis creyó por un instante que John iba a cogerle su mano sudorosa. Sin embargo, en vez de eso, el chico se giró para escudriñar el escaparte en pos de uno de los caracoles decorados: el blanco con una cruz roja pintada en su concha de metal, el que se parecía a una ambulancia de juguete. Cuando John le pidió su opinión acerca de la figura, la niña trató de camuflar la decepción de su voz y le respondió que esera muy chula. A veces se preguntaba si sería su bufanda de conejos la que ahuyentaba a la gente.

No mucho después de apostarse allí, Reggie Bowler, que había partido hacia el oeste a explorar el corredor en solitario, llegó presuroso y excitado, sorteando las aberturas de diez metros de lado con una mano alzada para sostenerse el sombrero gastado y con su sobretodo del Ejército de Salvación ondeándole en los tobillos mientras corría.

—¡Se acercan desde el ocaso! ¡Acabo de verlos! ¡Y anda que no es grande el diablo!

Siguiendo la dirección indicada por la agitada manga de Reggie, la niña escudriñó la vastedad del techo acristalado de la galería hacia la erupción broncínea y anaranjada del sol poniente. Entre aquella profusión de luz sanguínea, distinguió una silueta puntiforme y parpadeante, un ennegrecido trozo de papel que parecía acrecentarse sobre los confines superiores de los Áticos como si volara hacia ellos desde el futuro. Reggie llevaba razón. Antes, cuando se había abalanzado en picado, no había podido verlo bien por estar ocupada corriendo, pero, ciertamente, no era un demonio menor.

Tras suponer que el diablo podía haber tenido más tiempo para estudiarlos a ella y a sus amigos del que ellos habían tenido para estudiarlo a él, Phyllis ordenó que todo el mundo se refugiara en la bocacalle para no desvelar la trampa dejándose reconocer.

—Amos, ocultaos en el callejón tras la señora Gibbs pa que no nos vea. Dejádselo a ella.

Nadie pareció dispuesto a discutir aquella idea tan eminentemente sensata. Mientras tanto, el maligno se había acercado hasta evidenciar su alarmante tamaño y sus llamativos colores rojo y verde, similares al efecto de arrojar un puñado de sal a una hoguera. Incluso Reggie Bowler acató sin protestar la instrucción de esconderse tras la señora Gibbs. Era evidente que había reconsiderado su idea original, consistente en saltar sobre la espalda del demonio para pillarlo desprevenido.

Sorprendente y gratificantemente, John el Guapo tomó a Phyllis de uno de sus flacos bracitos y la guio hasta la seguridad del callejón. Al mirar atrás, el resplandor rosado del ocaso incidió sobre su rostro ladeado y sus ondas de cabello pajizo. Entonces, frunció y arrugó la tiznada y poética franja de sombra que rodeaba sus ojos pálidos, de un gris luminoso que los asemejaba a haces de antorchas reflejándose en el agua.

—Maldita sea, Phyll. Es como un biplano germano descendiendo sobre las trincheras. Pongámonos a salvo en la callejuela.

Se refugiaron en la entrada del callejón y contuvieron el aliento, pegando la espalda contra la pared de ladrillo rojo con tal ahínco que Phyllis pensó que, cuando se separaran, verían sus colores y siluetas impresos allí como calcomanías. Su Bill, que era el que estaba más cerca de la esquina, asomaba y retiraba circunspectamente su cabeza pelirroja para no quitar ojo a los progresos del demonio que se aproximaba. La señora Gibbs, apostada en mitad de la calle y enteramente visible desde el enorme corredor, siguió avivando el fuego con calma, sirviéndose de un atizador que ya venía dentro del brasero cuando lo habían

encontrado. Al ventilar los carbones atenuados, un resplandor propio de fraguas iluminó desde abajo su rostro impasible, cuya piel era como la de las uvas pasas. Desde el otro extremo de la fila de niños, Bill les informó de los acontecimientos tratando de ocultar el nerviosismo de su voz.

—Está volando en círculos antes de aterrizar, y su aspecto es terrible. Tiene cuernos, y sus ojos son de distintos colores.

Phyllis levantó una de sus manitas e hizo el signo del conejo con sus dedos: el anular y el corazón flexionados contra el pulgar simulando la nariz, y el índice y el meñique alzados como orejas. Sigilosos cual conejos en la hierba, los miembros de la banda avanzaron de puntillas para unirse a Bill en la esquina, que ofrecía una perspectiva desde la que se apreciaba mejor el entarimado de kilómetro y medio de ancho de los Áticos. Aunque iban sobre aviso, todos ellos, a excepción de la señora Gibbs, dieron un respingo cuando la criatura infernal apareció finalmente ante sus ojos, planeando lentamente desde las alturas como un inmenso pétalo chillón de color papagayo y sosteniendo firmemente en sus churruscados brazos al crío en pijama.

El monstruo extendió una pierna para que la punta de su bota de cuero se posara ágilmente, grácil como la de un bailarín, sobre los tablones de pino que cercaban los tanques encastrados. Pese al volumen que aparentaba, el ser aterrizó casi en silencio y de espaldas a ellos, con sus harapos relucientes, de tonos rojo cresta de gallo y verde manzana envenenada, flameando hacia arriba por la corriente del descenso.

La magia que vestía lo hacía parecer un hombre, aunque uno de unos dos metros y medio. El sombrero eclesiástico de cuero que llevaba atado a su mentón barbudo se le había deslizado sobre los hombros, revelando una larga melena rizada y rojiza de la que sobresalían dos cuernos de macho cabrío. Desde su posición junto a John, Phyllis no podía ver su rostro, y daba infinitas gracias por ello. Nunca antes había visto un diablo tan de cerca, y,

francamente, ya le estaba costando aguantar su enervante hedor como para añadir el estrés de tener que pensar en qué haría si se giraba y la miraba.

Con sorprendente delicadeza, aquel desastrado meteoro hecho de aviesas intenciones coaguladas depositó a Michael Warren en el suelo de los Áticos frente a él. El pobre chaval temblaba dentro de su pijama a rayas y su batín, que se diría en peor estado que la última vez que Phyllis lo había visto. La tela de tartán presentaba pequeños desgarros allí donde las garras del monstruo se habían clavado, y el cuello y los hombros lucían parches descoloridos aquí y allá, como si alguien les hubiera echado ácido de batería. El tejido aún humeaba levemente en algunos lugares. Pobre crío… parecía que lo hubieran matado de un susto y resucitado de otro. Aunque se hallaba de cara a Phyllis y al callejón, estaba claro que era incapaz de apartar los ojos del diablo que se cernía sobre él y, por tanto, de darse cuenta de que ella estuviera allí.

El ente pareció hablarle al asustado niño inclinándose hacia él con aire amenazante y condescendiente. Como el rugido gaseoso de un incendio forestal a quince kilómetros de distancia, su voz sonaba demasiada baja para oírlo desde donde estaba, pero sus intenciones eran transparentes. Phyllis había visto aquella postura intimidante y encorvada en infinidad de matones de los Boroughs, aunque, a diferencia de ellos, y contrariamente a todo lo que su madre le había dicho, aquel abusón no parecía ocultar un cobarde en su interior. Dudaba que existieran cosas peores capaces de asustarlo a él, y, por primera vez, se preguntó si la señora Gibbs estaría a la altura del desafío.

En aquel instante, a Phyllis le dio la impresión de que el horror susurrante debía estar sugiriéndole algo terrible al crío, pues este empezó a retroceder agitando su rubísima cabeza. Fuera cual fuese el cariz de la propuesta, el maligno no parecía estar de humor para tolerar una negativa. Con su abigarrado follaje tremolando amenazadoramente, el monstruo se acuclilló hacia delante para imponerse al niño huidizo, alzó una de sus manos callosas para mostrarle el

afilado marfil de sus uñas, como si Michael Warren fuera una vaina de franela que se dispusiera a abrir, y Phyllis Painter cerró los ojos. Lo siguiente que esperó oír fue el grito ahogado de una liebre perseguida, pero, en su lugar, escuchó la voz de la señora Gibbs, reconfortante como el crujido de una cuna.

—Hacia allí no, querido. Ven hacia mí. No dejes que ese viejo adefesio te dé órdenes.

Con cautela, Phyllis dejó que sus párpados entornaran una rendija difusa y borrosa.

Le sorprendió descubrir que Michael Warren no estaba muerto; o, al menos, no más muerto que hacía unos instantes. Alertado por la interrupción de la amortajadora, el pequeño percibió a Phyllis y a la banda. Dejó de retroceder hacia la pared opuesta de la vasta galería y empezó a virar hacia un lado en su intento de dirigirse hacia ellos y el callejón, todo mientras trataba de alejarse del maligno lo máximo posible.

Tras permanecer inmóvil durante un tiempo excesivo, el diablo se giró lentamente hacia la señora Gibbs y sus cinco niños acobardados. Excepto la amortajadora, todos contuvieron el aliento ante el primer atisbo de sus facciones arquetípicas, en las que el mal puro se expresaba con tal perfección que hacía que aquella caricatura horrible, grotesca y terrorífica bordeara la comicidad sin caer del todo en ella. Su rostro era una máscara rabiosa en la que las cejas y las patillas de color castaño rojizo se agitaban en un espeso vapor químico. Sus orejas acababan en puntas retorcidas, pero, a diferencia de las de los elfos en los cuentos ilustrados, eso les otorgaba en la vida real un aspecto enfermizo y deforme. Los cuernos eran de un color blanco sucio, con unas manchas de óxido alrededor de la base que podían ser de sangre seca, y los ojos, tal y como Bill había señalado, eran de tonos dispares. Cada uno contaba una historia diferente, incluso parecían tener personalidades distintas. El rojo irradiaba pasajes en cámaras de tortura, rencillas de miles de años y guerras de desgaste inmisericorde, mientras que el verde hablaba de

romances aciagos, niñeces magulladas y pasiones más fieras y agotadoras que la malaria. Juntos eran como un par de dianas pintadas, y el demonio los tenía clavados, inquebrantablemente, en la señora Gibbs.

La amortajadora no pareció muy impresionada. Sostuvo la mirada de la criatura y se dirigió a Michael Warren en un tono casi distraído.

—Buen chico. Rodéalo y ven hacia mí. No temas, querido. Yo me ocuparé de que no te haga daño.

Claramente aterrorizado pese a los ánimos de la amortajadora, el mocoso (que, según había concluido Phyllis Painter, era un poco blando) respondió aun así a la señal para huir. Tan asustado estaba de acercarse a su torturador que trazó una amplia parábola a la izquierda del diablo y a la derecha de todos los demás, en una ruta que lo llevó hasta El Caracol Veloz antes de hacerlo virar hacia el callejón y sus rescatadores. Tímidamente, Phyllis y sus cuatro adláteres se despegaron de la pared de ladrillo rojo de la bocacalle y formaron un semicírculo irregular tras la señora Gibbs, a una distancia prudencial de unos metros. Jugueteando nerviosamente con la estola de conejos, Phyllis repartió su atención entre Michael y el demonio, así que captó a la perfección el momento en el que la atroz mirada del maligno siguió de soslayo al crío fugado antes de volver a posarse, con renovada sed de venganza, en la anciana del delantal de escarabajos, que continuaba atizando su brasero. Lo que los ojos de la criatura prometieron a la señora Gibbs fueron cosas que la niña no quiso nombrar o imaginar. Al hablar, su voz viscosa sonó engolada y tóxica, como una calcinante lisonja sulfurosa.

—Ah, ya veo. Así que te ocuparás de que no le haga daño, ¿eh? Y, concretamente, ¿cómo piensas hacer eso desde la fosa séptica de mi tracto digestivo?

Si Phyllis hubiera seguido siendo capaz de hacerlo, sin duda se habría meado encima. El ente había dicho que iba a zampárselos, aunque de forma un tanto rebuscada. Y no solo a zampárselos, sino también a digerirlos, a abrasar sus esencias inmortales, aún conscientes, en la oscuridad de sus

entrañas monstruosas. Por un instante, estuvo a punto de decirle al archidiablo que podía quedarse con Michael Warren para hacer con él lo que quisiera siempre y cuando no los devorara y los convirtiera en caca de demonio. La amortajadora, sin embargo, estaba hecha de una pasta mucho más dura. Contempló el agreste y sanguinario caos que eran los iris dispares de aquella pesadilla sin ni siquiera parpadear, y respondió en un tono sencillo y tranquilo.

—Soy una amortajadora, querido. Nosotras conocemos todos los viejos remedios, e incluso tenemos uno para ti.

Lo que vino después fue la típica sucesión de acontecimientos cuya velocidad hacía que nadie pudiera recordar el orden exacto de los hechos sin repasarlos luego una docena de veces. La señora Gibbs, que había estado ocultando a su espalda un puñado de despojos de pescado, los exhibió de repente antes de esparcirlos sobre las ascuas con gesto dramático y munificente. Aquellos corazones, intestinos e hígados rancios sisearon y chisporrotearon al consumirse, y la amortajadora recuperó entre tanto de su delantal una pequeña botella con forma de lágrima que parecía un frasco de perfume barato comprado en el Woolworth's de abajo, o quizás en una versión onírica y nostálgica del mismo. Con entrenada facilidad, retiró el tapón e invirtió el recipiente sobre el brasero para que su contenido rociara los carbones encendidos. El humo brotó en una columna ascendente que olía absolutamente vomitiva, como a flores silvestres crecidas en una taza de váter nauseabunda. La experiencia hizo lagrimear incluso a Phyllis, que llevaba ya un tiempo acostumbrada al hedor de su estola de conejo, pero la reacción del maligno a aquel rico y singular aroma fue mucho peor.

Arqueó la espina dorsal como un gato con arcadas, y todos sus harapos de colores se tensaron en triángulos aplanados como las púas de un erizo de juguete. El regente infernal escupió y se estremeció, y los contornos de su imagen empezaron a cuajarse biliosamente, a fundirse en manchurrones blancos como si fuera una fotografía mal revelada, afligida por un acné de magnesio ardiente. Al

contacto con los humores nocivos del brasero de la amortajadora, la sustancia del diablo pareció volverse igualmente vaporosa, reducirse a un denso y pesado gas cuyas volutas retorcidas, pese a conservar las formas básicas de la criatura, adoptaron parte de la textura intrincada y laminada de una coliflor. Semejante a un gasoducto que acabara de estallar, aquella nube de niebla venenosa de dos metros y medio se convirtió en un pilar de humo rojo y verde de cientos de metros. Con espantada fascinación, Phyllis observó cómo aquel cúmulo titánico pareció remendarse a sí mismo en una nueva configuración, una tan enorme y compleja que no le fue posible identificarla a primera vista.

Ay, caray. Era horrorosa, diantres.

Era un dragón gigantesco recubierto por un millón de escamas chillonas de color rojo y verde, grandes como los platillos de una batería. Lascivamente desnudo y sentado a horcajadas sobre el vasto lomo de aquella mole rugiente y piafante había un ser que, pese a su tremendo tamaño, tenía las proporciones de un bebé o un enano. La cola de una serpiente se retorcía tras él, aunque Phyllis no pudo determinar si pertenecía a la enfurecida montura o a su jinete. Supuso que daba igual, ya que eran la misma cosa. De izquierda a derecha, sus cabezas, pues tenía tres, eran las de un toro embravecido, un furibundo tirano homicida con corona de rubí y un carnero negro con los ojos en blanco, como si estuviera en celo. En un puño blandía una lanza de hierro que, alta como la Torre Eiffel y bañada en sangre seca y excremento, parecía haber atravesado a alguien del pompis a los sesos. De ella pendía un estandarte verde con un emblema rojo formado por flechas, bucles y cruces, y el agonizante y colérico demonio golpeó el puño de la lanza contra el suelo de los Áticos preso de una bramante y aullante exasperación. Según Phyllis, lo peor de todo eran los pies de la figura que cabalgaba a aquel prismático y abrasador corcel. Los talones y pantorrillas del rey del infierno se estrechaban repulsivamente en unos tallos afilados y rosáceos, y desde ellos brotaban las patas

palmeadas de un pato monstruoso. Las membranas de sus dedos amarillentos eran de un desagradable color gris, con unas decoloradas franjas blancas que hacían pensar en algún tipo de enfermedad aviar, y a Phyllis le entró asco solo de mirarlas.

Los Áticos del Hálito retumbaron por las pisadas del dragón y el incansable estruendo producido por aquella lanza atroz, que impactó repetidamente contra el entarimado hasta hacer pensar a Phyllis que el colapso de Arriba era inminente, que todos sus sueños, fantasmas y arquitecturas iban a derrumbarse sobre el alarmado mundo mortal inferior a través de un gran agujero en el cielo. Desde donde estaba situada, apiñada junto a John el Guapo mientras se tapaba los ojos con sus dedos entreabiertos, distinguió vagamente a Michael Warren como un borrón de tartán que entró en su campo de visión correteando desde la derecha, con su llanto aterrado semejante a la bocina de un tren en aproximación, para trastabillar hacia el callejón y esconderse tras los amplios faldones negros de la amortajadora. La niña apenas reparó en él, ya que tenía puesta toda su atención en el apabullante espectáculo que se cernía sobre ellos, el mismo cuyas tres cabezas casi rozaban la cubierta de cristal de la inmensa galería.

Asistir a su ira y angustia era horrible. Sufrió una gran convulsión y pareció vomitar o expectorar algo por su boca central y cuasi humana, una ráfaga ardiente de fuego, sangre y alquitrán, junto con otros desechos ignotos, cuyos fragmentos garabatearon un rastro de líneas de luz que se desvanecieron en espiral. El diablo parecía a punto de desmoronarse y, más aún, parecía ser consciente de ello. Invocando lo que Phyllis esperaba que fueran sus últimas reservas de energía y concentración, el ente enfocó la totalidad de sus ojos empañados —los del toro, los del carnero, los del tirano aullante y los del dragón que todos ellos montaban— sobre el pequeño en pijama, que en aquel instante lo espiaba, espantado, desde la envergadura azabache de las caderas de la amortajadora. El demonio señaló a Michael Warren con el dedo índice de la garra en

la que no llevaba la lanza, y cuando exclamó su maldición de despedida lo hizo con el grito más horrendo que Phyllis Painter hubiera escuchado jamás, ya fuera en la vida o en la muerte. Sonó como un montón de aviones a reacción despegando a la vez, o como la estampida desbocada de todos los elefantes del mundo. Cuando la cabeza coronada central abrió su enorme boca como si quisiera hablar, surgió un poderoso exabrupto llameante y azul, y Phyllis y la Banda de los Muertos Muertos, que hasta entonces habían empleado las manos a modo de vendas, pasaron a taparse los oídos en lugar de los ojos. No les sirvió de mucho, pues todos pudieron oír con precisión lo que el diablo le gritó al renacuajo despavorido que se ocultaba tras la señora Gibbs.

—¡TENÍAMOS UN TRATO!

Justo lo que Phyllis esperaba de Michael Warren. Lo había perdido de vista durante medio segundo y no había tenido otra que irse a firmar pactos con una criatura salida del caldero eterno. ¿Era medio tonto o qué? Ni siquiera a su pequeño Bill, que a veces podía ser más idiota que el que asó la manteca, se le habría ocurrido algo tan estúpido. Tuvo que obligarse a recordar que Michael Warren había muerto a los tres o cuatros años, más joven aún de lo que aparentaba ser ahora y con menos edad que Bill o ella. Por otro lado, la inexperiencia juvenil no bastaba para excusar al crío: el hecho de que hubiera fallecido con menos de cinco años y de que, encima, se las hubiera arreglado para cabrear a una de las grandes fuerzas bíblicas minutos después de haberlo hecho, sugería que el niño no solo era torpe, sino que bordeaba lo catastrófico. ¿Cómo podía alguien con esa pinta de *ovaltiney*[5] alterar de aquel modo, y en tan poco tiempo, a un horror de la sima? Tendría que haber seguido su impulso inicial y haber dejado que aquel adormilado mocoso vagara en pijama por los Áticos del Hálito, pensó.

Pero no lo había hecho. Tenía debilidad por el patetismo genuino, eso era lo que le pasaba. Constituía uno de sus peores defectos. Recordó aquella vez en la que, aún

viva, fue a Vicky Park a jugar con Valerie y Vera Pickles y su hermano menor, Sidney. Los tres pertenecían a una familia de catorce hijos que vivía al final de Spring Lane, justo más allá de Spring Gardens, y Sidney Pickles, que tenía tres años, era de lejos el más feo de todos ellos. Más aún, el pobre desgraciado era el niño más feo que jamás hubiera visto. Vale, no debería burlarse de eso, pero es que Sid Pickles era un caso aparte. Su cara no parecía tener rasgos, sino que era como si él mismo se los hubiera pintado con ceras de colores. Era zambo, y ceceaba, «corto de lengua» le llamaban, y cuando fue con andares de pato a ver cómo sus hermanas mayores y ella construían tiendas de campaña con los retazos de arpillera que había en el arroyo de Victoria Park, el olor delató el problema incluso antes de que el zagal lo enunciara orgullosamente.

—Me he cagao encima.

Vera y Valerie se negaron en redondo a emprender una caminata por Spencer Bridge para devolverlo a Spring Lane, lo cual dejó a Phyllis sin otra opción que la de llevarlo ella misma a pesar de la peste. Porque apestaba cosa mala. Lo peor de todo fueron las miradas que les echaron los transeúntes entre el parque y Spring Lane cada vez que el niño anunció triunfalmente que se había «cagao» encima, algo que insistió en recalcar aunque Phyllis le rogase lo contrario y por más que la confesión, a juzgar por las caras de la gente, no revelara nada que no pudiera intuirse de por sí. Solo se ofreció para la tarea cuando quedó claro que nadie más iba a aceptarla, y por idéntico motivo, más o menos, había ayudado a Michael Warren en su ascenso desde la vida hacia los paseos de Humánima. Por eso, y por el hecho de que le resultara tan preocupantemente familiar. Además, aunque en el ínterin se hubiera granjeado la ira implacable de un demonio, al menos no lucía la cabeza de nabo deforme que gastaba Sidney Pickles, y tampoco tenía noticia de que se hubiera cagado encima.

Procuró extraer un exiguo consuelo de tan dudosos beneficios y contempló paralizada al enorme demonio, que se retorcía en el aire viciado del brasero de la amortajadora

mientras su pellejo se llenaba de pompas y verdugones del tamaño de ruedas de tractor. Al estallar, las ampollas pulverizaron su pus cálida y dorada en un fino aerosol, como si fueran emanaciones de polen ardiente o esporas fúngicas. Gracias a la visión mejorada de la otra vida, notó que aquellas gotitas infinitesimales eran, en realidad, una atomización de números llameantes, de símbolos matemáticos y letras iluminadas, de un intrincado alfabeto extranjero que Phyllis identificó como arábigo. El alborotado revoltijo de notaciones destelló y chisporroteó por un instante, y luego se desvaneció. Se diría que el diablo estuviera perdiendo los hechos y las sumas que lo componían. Casi parecía que estuviera desinflándose, aunque Phyllis era consciente de que esta expresión no se ajustaba exactamente a lo que estaba viendo.

Por ser más precisos, la fuga de aquellos caracteres y guarismos de neón no parecía estar provocando que el maligno se aplanara como un neumático, sino revelando que siempre había sido plano. Quizás a causa de sus cabezas de toro y carnero, Phyllis se acordó de las figuras con las que jugaba a las granjas cuando era pequeña. Consistían en hermosas ilustraciones coloreadas de vacas, cerdos y gallos orondos, todos ellos impresos en papel satinado, pegados en paneles de madera y perfilados con una sierra. Erguidas sobre las ranuras de sus peanas de madera, eran muy realistas cuando se las miraba de frente, pero bastaba con variar levemente el ángulo de visión para que empezaran a aplanarse y a mostrar sus incoherencias. Con sus colas siempre elevadas y enhiestas, la tridimensionalidad de las bestias apenas era perceptible cuando se las veía desde atrás. Eso mismo pasaba ahora con aquel monstruo colosal de muchas cabezas, que escupía álgebra fosforescente a través de espinillas de un metro mientras se colapsaba en un detallado, recargado y concienzudo dibujo de sí mismo.

Las expresiones de sus cuatro enormes rostros indicaban que incluso aquel estado empequeñecido le resultaba difícil de mantener. Después de emitir un último

gruñido atronador de asco y frustración, la descomunal presencia se fracturó en incontables lenguas de una brillantez navideña que lamieron las vigas y tablones de los Áticos del Hálito como si el emporio entero ardiera en las llamas de la imaginería dispersa y descompuesta del maligno. En cada destello se repetía el mismo patrón, una filigrana intrincada y retorcida que ora evocaba tritones verde lima, ora remedaba el encaje escarlata de las tarántulas asesinas. Multitud de formas arácnidas y lagartadas se entrelazaron a distintas escalas en el empapelado más trastornado que Phyllis pudiera concebir, reiterado en cada enroscada flama a lo largo de la retumbante galería.

Entonces, todo acabó. Los fuegos artificiales del maligno se extinguieron en la nada, y solo dejaron en aquel pasillo monumental un penetrante hedor a entrañas de pescado sahumadas y una atmósfera traumatizada. El rey diablo se había ido.

La señora Gibbs se limitó a menear la barbilla una sola vez en un ademán de satisfacción silencioso y profesional, y luego sacó un pañuelo con una abeja bordada en una esquina para limpiarse de sus dedos rosáceos el brillo a eglefino. Educadamente, indicó a John el Guapo y Reggie Bowler que cogieran el brasero, ya apagado, pero aún maloliente, y que lo arrastraran hasta algún punto lejano del callejón, donde, si nadie soñaba con él en una o dos semanas, se disolvería en ese homogéneo residuo mental que conformaba las calles y avenidas de Humánima, el segundo Borough. Mientras los muchachotes volvían a envolverse las manos con harapos para acometer la tarea a regañadientes, la amortajadora dobló con cierto fastidio su pañuelo, ahora manchado de pescado, antes de guardárselo en la misma oscura esquina de su delantal funerario de la que había salido. Ya limpia y aseada, giró la cabeza y examinó lo mejor que pudo a Michael Warren, quien, pese a la desaparición del archidemonio, seguía refugiándose tras las negras cataratas del Niágara que eran sus faldas.

Phyllis seguía recuperándose de los hechos acaecidos

en los últimos minutos. Se le ocurrió que, por más temible que hubiera sido el visitante del averno, aquella anciana de mejillas sonrosadas era el auténtico terror del que todos debían protegerse. Las amortajadoras vivas ya eran formidables, pero muertas eran una visión aún más impresionante. Con su aspecto de bolo negro y su bonete, la señora Gibbs arrojaba ahora una forma rotunda, casi una silueta recortada contra el azul pasmoso que dominaba la galería, y Phyllis, Michael Warren y los demás niños de la banda la observaron con atención. Parecía estudiar al pequeño mocoso rubio que estaba allí parado mirándola con indecisión, vestido con un pijama y una bata de tartán de color ciruela que se diría embadurnada de algo amarillo y sulfuroso, probablemente baba demoniaca.

—Así que ese Michael Warren del que tanto he oído hablar eres tú. No te escondas detrás de mí cuando te hablo, querido. Sal aquí para que pueda verte mejor.

Nerviosamente, el niño salió de detrás de la amortajadora y se colocó delante de ella según lo solicitado. Sus ojos azules de muñeca danzaron por doquier de la señora Gibbs a Phyllis Painter, y de ella a su Bill y a Marjorie la Ahogada. Los miró a todos como si fueran su pelotón de fusilamiento, sin una palabra de agradecimiento por el hecho de que lo hubieran salvado de la condenación y el fuego eternos hacía un instante. Cuando volvió a posar su aprensiva mirada en la señora Gibbs, intentó saludarla con una sonrisa, pero lo que le salió fue una extraña mueca. La amortajadora pareció dolida.

—No debes tenerme miedo, querido. Dime, ¿te ha hecho ese monstruo algún daño mientras te tenía entre sus garras? ¿A qué se refería con eso de que habías hecho un trato con él? Espero que no le hayas prometido nada a un tipo tan perverso como ese.

El niño recién muerto se balanceó sobre sus zapatillas a cuadros y jugueteó, inquieto, con el cordoncillo de su bata.

—Me conticobró que iraba a tetraserpentearme para un paseaqueo y que luego podía pagapresárselo sentenciándole un febrifavor.

Su Bill se rio con rudeza de la desbaratada pronunciación del chaval, que lo señalaba en Humánima como un forastero del mismo modo que un acento rural lo habría traicionado en una ciudad. Phyllis notó que la habilidad del chico de los Warren para hacerse entender había dado algunos pasos atrás desde la última vez que lo había visto. Tras escoltarlo por los Áticos hasta el callejón en el que se hallaban, pareció adquirir Lucy-labios y empezar a hablar claramente sin trocar el significado de cada frase. Sin embargo, por su dicción actual, se diría que asistir al arranque de rabia del diablo gigante lo había hecho empeorar. Sus oraciones salían dispersas, como cerillas de una caja que se hubiera abierto del revés. Por suerte, la señora Gibbs, en virtud de su labor a ambos lados de la aguda esquina de la muerte, estaba versada en la declamación del nuevo difunto, así que pudo captar el galimatías de Michael Warren.

—Ya veo. ¿Y llegó a darte ese paseo que te prometió, querido? ¿A dónde te llevó en su vuelo, si me permites preguntártelo?

Como si un adulto le hubiera pedido que describiese su atracción favorita en el parque que acababa de visitar, el rostro del renacuajo se iluminó ante la pregunta.

—Me sacullevó a la noche del próximo no-viernes para sobrevolar mi casinstante de Andrew's Road. Me dolí con mis propios ojos, ¡y estareba vivo otra vez!

El asombro con el que lo miraron fue generalizado, y no ciertamente por su explosiva elocución. Lo que acababa de decir los había asustado tanto que ni siquiera repararon en su modo de decirlo. ¿Acaso podía ser cierto? ¿Lo había transportado el archidiablo hasta un futuro inmediato en el que el crío se había visto devuelto a la vida? Excepto por un milagro, aquello no tenía ningún sentido, así que Phyllis intentó elucubrar una explicación más plausible para la improbable historia del niño. Al contrario de lo que obviamente creía, quizás el maligno lo hubiera llevado a la noche del viernes pasado, y no a la del siguiente. Luego, lo habría engañado a sangre fría mostrándole un atisbo de sí

mismo en el seno de su familia y le habría dicho que la escena acaecería en unos días, cuando en realidad sería algo sucedido una o dos semanas antes de que muriera ahogado. Todo había sido una treta cruel y deleznable concebida para quebrar el alma infantil de Michael Warren con falsas esperanzas. Phyllis prefería esta interpretación cínica a su alternativa más milagrosa, pero había algo en ella que no le cuadraba.

Por un lado, ella y su banda habían contemplado con sus propios ojos cómo el diablo se precipitaba con Michael hacia la rojez del oeste, la misma dirección de la que los habían visto regresar. *El oeste es el futuro, el este es el pasado, todo perdura, todo permanece*. Por el otro, era bien sabido que la capacidad de mentir de los diablos era idéntica a la de un informe estadístico. Como las estadísticas, lo único que podían hacer era inducir al error. Además, aunque por lo general odiaba a los demonios, debía admitir con cierta reticencia que rara vez eran tan mezquinos. Seguramente, gastar bromas desalmadas a niños de tres años no debía estar a su altura; no, al menos, a la de los malignos de mayor rango, que era lo que parecía el que había secuestrado a Michael Warren. Por supuesto, este hilo de razonamientos llevaba a concluir, de un modo absolutamente inaceptable, que el niño llevaba razón, y que en el plazo de un par de días volvería a estar vivo junto a su familia en St. Andrew's Road. Cuando Phyllis miró a la señora Gibbs, dedujo por su actitud que la amortajadora había llegado al mismo atolladero que ella tras escrutar por su cuenta al renacuajo.

—Pues vaya enredo. Pero me pregunto por qué se interesaría por ti esa vieja serpiente en primer lugar. Piénsalo bien, querido, y dime si hay alguna pista que puedas darme.

El niño en pijama, que evidentemente no era consciente del tremendo impacto de su parloteo, simuló reflexionar durante un rato antes de sonreír, solícito, a la señora Gibbs.

—Me conticobró que yo había oculticlausado una suma

de problemas aquí Aterriba.

La amortajadora se quedó en blanco al principio, pero luego arrugó poco a poco su ajada frente en señal de esclarecida comprensión.

—Ay, querido. ¿No serás el niño que ha causado la pelea entre los albañiles, verdad? Alguien me ha dicho antes que estaban teniendo una buena trifulca en el Mayorhold, y que era a cuenta de que uno de ellos había hecho trampas durante una partida de trillar, pero en la vida habría soñado que en el fondo del asunto estuvieras tú.

¿De qué iba eso? ¿Una pelea entre albañiles? El asunto la dejó con la boca abierta y, a juzgar por los suspiros de Bill y Marjorie la Ahogada, también para ellos resultó ser una novedad. ¿No debería una pelea entre albañiles haber provocado que el mundo entero se partiera por la mitad o alguna otra cosa terrible? Emocionado por semejante perspectiva, Bill le transmitió su obvio entusiasmo a la amortajadora.

—¡Jo! ¿Dónde se están pegando los ángulos? Me encantaría verlo.

No era la primera vez que Phyllis se avergonzaba de ese incorregible rufián que era su pequeño. La señora Gibbs desaprobó al joven Bill chasqueando la lengua.

—No es ningún juego, querido. Si los albañiles están a las malas, sería irrespetuoso plantarse allí a curiosear. Y, por supuesto, también sería muy peligroso, en absoluto aconsejable para unos niños, así que sácate esa idea de la cabeza.

Aunque Phyllis sabía que no iba a obedecer, Bill adoptó una expresión cabizbaja y contrita para que la amortajadora se diera por satisfecha. Entonces, la señora Gibbs le dio la espalda y reanudó la evaluación del desventurado Michael Warren.

—Querido, me da la impresión de que te hallas en el centro de unos curiosos sucesos. Dado todo lo que sé a propósito de la gente y la familia de la que provienes, tampoco me sorprende. Aun así, nunca había oído nada semejante. Has atraído la atención de un maligno… de uno

de los treinta y dos diablos, que no son una panda agradable… y has hecho algo que ha provocado una discusión entre albañiles. Para rematar, si te damos algún crédito, estás muerto en este instante y vivo en el siguiente.

»En cualquier caso, volvamos al diablo. Cuando te dijo que quería que le hicieras un favor a cambio del paseo, ¿comentó por casualidad qué favor era ese?

El niño dejó de sonreír y empalideció muchísimo, tanto como para no desentonar en compañía de los fantasmas presentes.

—Dijo que debía ayudarlo a matar a alguien.

Para Phyllis, que Michael Warren hubiese podido pronunciar la frase sin embrollar ninguna palabra era muestra de lo mucho que lo conmocionaba aquella idea. Desde luego, era una idea aterradora, lo bastante pavorosa como para curar un tartamudeo. Cuando Bill exclamó un «hostia puta», Phyllis se adelantó a la señora Gibbs dándole un cachete allí donde el muslo le asomaba por sus pantalones cortos. La amortajadora le lanzó al jovenzuelo una fulminante mirada de reojo y volvió a centrar su atención en el mocoso, que de repente había adoptado una expresión atribulada.

—Pues eso estuvo muy feo por su parte, querido. Si quiere que alguien muera, que lo mate él mismo. Por lo que he oído, a esa cosa no le falta práctica. Francamente, me sorprende que se le permitiera capturarte y decirte tales monstruosi…

La anciana interrumpió su discurso y ladeó la cabeza. Phyllis tuvo la impresión de que la señora Gibbs acababa de comprender las implicaciones de las palabras que acababa de pronunciar, lo cual impulsó a la niña a reexaminarlas. «Permitir», ese era el quid de la cuestión. ¿Por qué se habían permitido, para empezar, tantas y tan descabelladas desviaciones de los protocolos habituales? Tal y como había observado al ayudar a Michael Warren a subir a los Áticos del Hálito, en Humánima nada pasaba por accidente: ni el hecho de que no hubiera nadie para recibir al chico, ni tampoco que ella estuviera atajando por allí para volver a

casa después de una expedición de recolecta. Al sentir el suave roce de una mano más importante en tales asuntos, el recuerdo de su piel se erizó brevemente. Por el rostro de la señora Gibbs, se diría que la amortajadora compartía muchas de sus consideraciones. Finalmente, volvió a hablar.

—Honestamente, querido, no sé qué hacer contigo. Tengo la sensación de que nada es lo que parece a primera vista, pero, si los albañiles están implicados de algún modo, el asunto será demasiado complejo como para que lo resuelva yo sola.

Llegados a este punto, John el Guapo y Reggie Bowler reaparecieron frotándose las manos para reunirse con la banda, dado que ya se habían deshecho diligentemente del brasero onírico en las profundidades de la callejuela. La señora Gibbs los recibió con un leve asentimiento y reanudó su alocución.

—Como te decía, querido, esto me supera. Te sugeriría que no volvieras a corretear por ahí tú solo, pues quién sabe lo que podría pasar. Si te quedas con estos niños mayores, estoy segura de que procurarán evitar que te metas líos. Mientras tanto, intentaré intercambiar unas palabras con alguien de mayor autoridad, alguien que sepa lo que está pasando. Creo que llamaré al señor Doddridge y veré qué me cuenta. Tú haz lo que te digo y no te alejes de estos chicos. Nos veremos de nuevo más adelante, cuando haya desentrañado este lío. Cuídate mucho hasta entonces.

Dicho eso, la amortajadora giró sobre sus talones y se deslizó por el gran emporio en dirección este, hacia el alba, a lo largo de la franja pavimentada que bordeaba el mar de madera y ventanas de los Áticos, con su kilómetro y medio de ancho. Callados e inmóviles en la embocadura del callejón, los niños vieron marcharse a aquella enorme almohada negra, que menguó hasta el tamaño de una cabeza de alfiler a medida que se alejaba por los confines de la galería hasta desaparecer en el ayer.

Sorprendida por la abrupta partida de la anciana, Phyllis no supo qué pensar. Por un lado, comprendió que la señora Gibbs solo estaba ocupándose de las tareas que

debían llevarse a cabo con su habitual metodología abrupta y eficiente, pero, por el otro, no pudo esquivar cierta sensación de abandono. Aparte de evitar que se metiera en problemas, ¿qué podían hacer la Banda de los Muertos Muertos y ella con Michael Warren? Por lo que había dicho la amortajadora, se diría que aquella ricura en pijama constituía un problema mucho más espinoso de lo que parecía en un principio. Si la señora Gibbs, que acababa de dar buena cuenta de lo peorcito del infierno sin ni siquiera parpadear… si la anciana decía que Michael Warren era un dilema demasiado grande para ella sola, entonces, ¿cómo se suponía que Phyllis Painter y su banda iban a cuidar de él? Mientras deliberaba al respecto, jugueteó nerviosamente con uno de los raídos extremos de la cuerda doble sobre la que colgaban sus pieles de conejo.

Sin embargo, tras un momento de reflexión, le vio más sentido a la decisión de la amortajadora de poner al niño bajo su responsabilidad. Tenía la sensación de que había una mano más elevada implicada en todo aquello, y sabía que la señora Gibbs también la había percibido. En Humánima, nada pasaba por accidente, y dado que ella había sido la primera en recibir al chico a su llegada, eso significaba que ya estaba envuelta en el devenir de los acontecimientos. Aquel crío dependiente e indefenso estaba claramente destinado a permanecer con Phyllis, y no porque se hubiera «cagao encima» ni porque la señora Gibbs lo hubiera dicho. Era un designio de las altas instancias, de la gerencia, y Phyllis sabía que sus cuatro camaradas y ella se empeñarían al máximo. Mirándolo bien, era todo un honor, así que resolvió allí y entonces que la Banda de los Muertos Muertos demostraría ser digna de la tarea encomendada. No permitiría que por los Áticos del Hálito corriera el rumor de que no habían estado a la altura, de que habían resultado ser esos pequeños gamberros que la gente creía que eran. Entre los cinco, convertirían su labor de niñeros en una verdadera gesta, y se lo demostrarían a todos. Para ello pondrían en juego sus muy variados talentos, que no eran pocos.

En virtud de la gran libertad que aguardaba más allá de la vida y la sustancia, los miembros de la Banda de los Muertos Muertos eran capaces de ir a donde quisieran. Podían escurrirse entre las matas y las calles de la Eternidad y ser azote de fantasmas y diablos, valientes mirmidones, salvajes sigilosos o genios del crimen. En el caso de Michael Warren y los misterios que lo rodeaban, Phyllis pensó que podían ejercer de detectives y espías secretos con igual facilidad. Averiguarían quién era y de qué iba todo el asunto, y luego… en fin, se asegurarían de que todo saliera bien con medios que la niña aún no había calculado. Sabía que eso se alejaba un poco del estricto papel de canguro que la señora Gibbs le había asignado, pero también creía que obraba acorde al espíritu, que no la letra, de las instrucciones de la amortajadora. Si los poderes superiores no hubieran querido que Michael Warren se mezclara con una pandilla de niños desaliñados, no la habrían puesto a acortar por los Áticos mientras el chaval ascendía por la trampilla de la otra vida. Que aquel suceso tan improbable hubiera acaecido significaba que a Phyllis Painter la habían puesto a cargo del niño en pijama y de la gran aventura que, al parecer, aparejaba. El comentario de despedida de la señora Gibbs solo había servido para confirmarlo. Phyllis seguía siendo una líder del Más Allá, y sabía que la Banda de los Muertos Muertos contaba con ella para pergeñar algún tipo de plan, justo como hacía siempre en sus juegos de muertos muertos.

Para entonces, la silueta de la amortajadora se había perdido en la húmeda luz salmón que bañaba el extremo alboreado del corredor eterno. Phyllis giró en redondo para ojear a Michael Warren y se preguntó, no por primera vez, a quién le había recordado en su primer encuentro, a quién se parecía de un modo tan martirizante. Al principio pensó que se daba un aire a John el Guapo pese a los cinco años que mediaban entre sus edades irreales, ya que Michael Warren aparentaba siete años y John unos doce, pero, ahora que los veía juntos, no apreciaba la semejanza. El mocoso rubio carecía de la heroica y esculpida delgadez

que exhibía el rostro de John, y tampoco lucía la sombra tiznada que rodeaba sus ojos hundidos, esa que le confería su aspecto triste y romántico. No; aunque le fuera imposible caer en los detalles, estaba convencida de que lo recordaba de otra parte. Ya se acordaría, pero por el momento tenía asuntos más importantes de los que ocuparse. Vestido como estaba con una bata malograda por el mismo demonio que le había llenado el cuello de babas, Michael Warren le devolvió la mirada con un asomo de desesperación en sus ojos. Ella le correspondió inicialmente con una expresión severa, pero enseguida la suavizó.

—¿Y bien? ¿Cómo te va con tus ensimismamientos? Apuesto a que ese viaje con el demonio te ha debío poner los pelos de punta.

El infante asintió con gravedad.

—Sí. No ha sido muy agradable, aunque él quería que pensarase lo contrario. Gracias por volver a buscarme y rescaparme.

Phyllis resopló y asintió una sola vez, modesta y desdeñosa. Sus pútridos conejos se agitaron con el movimiento. Le complació descubrir que las habilidades lingüísticas de Michael volvían a mejorar gradualmente tras el relapso producido por su encuentro con el demonio. Tal vez hallara sus Lucy-labios, después de todo.

—De na. Y ahora, ¿qué vamos a hacer contigo? ¿Te parecería bien venirte a nuestra guarida hasta que decidamos nuestro siguiente paso?

El niño sonrió de alegría.

—¿Significaraba eso que soy de la banda?

Ah, así que *ahora* quería ser miembro de la banda, ¿eh? Pues sí que había cambiado de opinión. Pese a que al fin estaba empezando a desarrollar una cierta simpatía por aquel extraviado en pijama, debía mostrarse firme con él. Phyllis era una líder, y si forzaba las reglas por cualquiera que le diera lástima, ¿qué sería de ellos? Puso una cara seria y meneó su mechón rubio fresa de un modo decisivo, aunque no antipático.

—No, lo siento. Por ahora no puedes unirte. Después

de decir que el viernes volverás a estar vivo, no puedes. En la Banda de los Muertos Muertos tenemos ceremonias de iniciación y cosas de esas. Pruebas que no podrías superar.

Dolido y un poco indignado, Michael Warren la miró como si pensara que solo estaba siendo desagradable.

—¿Y cómo lo aúllosabes? Puede que fuera el mejor en esas pruebas. Poderosía ser un gigacampeón.

En aquel instante, y para sorpresa de la niña, John el Guapo intervino para darle la razón a ella, pero también colocó una amistosa y reconfortante mano sobre el hombro de tartán del crío, aún salpicado de espumarajos de demonio.

—Vamos, chico. No es nada personal. Solo te está contando cómo funcionan las cosas por aquí arriba. Para estar en la Banda de los Muertos Muertos, las reglas dicen que tienes que haber sido enterrado o incinerado. Yo cumplo casi ambas condiciones, pero la cuestión es que tú no cumples ninguna si para el viernes has revivido. Mira, te diré algo… mientras estés aquí, vamos a nombrarte miembro honorario, como si fueras la cabra de un regimiento o una especie de mascota. Y algún día, si te las arreglas para morir como es debido, te incorporarás a tiempo completo. ¿Qué te parece?

Al inclinar la cabeza hacia atrás para escrutar a su interlocutor con mayor propiedad, el pequeño exhibió un poco de apaciguamiento, una cierta inclinación a confiar en el gallardo aspecto de John y en su tono de voz sensato. En el chico nuevo solo persistió un leve rastro de incertidumbre, quizá debido a que nadie le había presentado a la persona que le estaba hablando. Phyllis decidió reparar este descuido.

—Se me olvidaraba que no conoces a la banda. Este es John, y ese de allí, el del sombrero, es Reggie. Es el miembro más veterano tras Bill y yo, porque lleva fiambre mucho tiempo. Esta es Marjorie, que se ahogó en Paddy’s Meadow, y este es nuestro Bill. Somos la Banda de los Muertos Muertos, así que salimos a jugar tras el atardecer y tras la muerte, y solo vamos a casa cuando nos llaman. Y,

ahora, ¿te gustaría ver nuestra guarida? Solo hay que cruzar el callejón y avanzar un poco por Spring Lane.

Sin acceder oralmente a ninguna de las propuestas realizadas, Michael Warren se unió a la dispersa pandilla de niños muertos cuando estos empezaron a serpentear por la bocacalle para alejarse de los Áticos del Hálito. Situado entre la propia Phyllis y John el Guapo, trotó con docilidad por los húmedos adoquines de color niebla, ora mirando a un miembro, ora estudiando a otro, hasta que frunció un poco el ceño en señal de las muchas preguntas que claramente lo acuciaban.

—¿Por qué os garabateáis la Banda de los Muertos Muertos? Decirlo dos veces es muy raro.

La risa que soltó John, cálida y encantadora, fue una que a Phyllis no le habría importado oír todas las mañanas si pudiera.

—Bueno, en vida estarébamos en distintas bandas. Mis hermanos y yo solíamos salir con la Banda Verde, Phyllis militaraba en las Pícaras de Compton, y el viejo Reggie esera de la Panda de Gas Street antes de meterse en los Chicos de los Boroughs. Creo que Marjorie la Ahogada pertenecerarír a un club secreto de Bellbarn. El único de nosotros que no creció en los Boroughs es Bill, el pequeño de Phyll, que alternaba con un grupo de niños de… Kingsthorpe, ¿no, Phyll?

Tras echarle un vistazo a Bill, que se había adelantado junto a Marjorie y Reggie Bowler por la lúgubre grieta urbana de la calleja, Phyllis entonó una breve corrección.

—Kingsley. Estaba en los Chavales de Kingsley.

—Kingsley, eso es. En fin, el caso es que, en lugar de discutir sobre cuál de esos viejos nombres debíamos ponernos, Reggie sugirió que nos llamásemos la Banda de los Muertos Muertos. Por lo que recuerdo, esera de un sueño que tuvo cuando aún estaba vivo. En él se hallaraba en el colegio, en mitad de una clase, y la profesora sostenía el libro que iraban a leer. Tenía una cubierta de tela verde con un estampado dorado que mostraba a un porrón de niños, y uno de ellos llevaba un bombín y un sobretodo que

le llegaba a los tobillos, justo como el que viste Reggie. El libro se llamaba *La Banda de los Muertos Muertos*.[6] Cuando Reggie planteó que fuera nuestro nombre, todos pensamos que tenía gancho, así que secundamos su propuesta.

Mientras caminaban por la estrecha calle, bordeada de ladrillos a un lado, cancelas negras al otro y el recuerdo de un cielo plomizo arriba, John sonrió a Michael.

—En cuanto a su significado, no sabría decirte. Lo único que se me ocurre es que hay gente mortalmente lista y gente mortalmente afortunada, pero nosotros no. Nosotros somos los muertos muertos porque, sencillamente, estamos mortalmente muertos.

Un poco después, aún en la bocacalle, el joven Bill debió lanzar una pulla que hizo que Marjorie la Ahogada se cabreara. Empezaron a empujarse mutuamente, y Phyllis se preocupó cuando Marjorie se quitó las gafas con una mueca de determinación para que Reggie Bowler se las guardara. En su caso, eso nunca era buena señal, así que la niña pensó que sería mejor intervenir antes de que el asunto se les fuera de las manos.

—John, ve a ver qué pasa. Haz que Marjorie se vuelva a poner las gafas. Y dile a Bill que, como no se comporte, voy a patearle el culo hasta enterrarlo en otro cementerio.

John sonrió y asintió, y luego se alejó de Phyllis y el mocoso a paso tranquilo, con sus largas piernas embutidas en calcetines grises pulcramente subidos. Al alcanzar a Bill y Marjorie, se colocó entre ellos para evitar gestos bruscos, les pasó un brazo por el hombro a cada uno, y fue guiándolos por el callejón adoquinado mientras los calmaba cambiando de tema. Con una pizca de orgullo ajeno derivado del mero hecho de compartir banda con él, Phyllis pensó que John el Guapo era alguien en quien siempre se podía confiar para resolver las cosas sin que nadie se sintiera ofendido. Pese a su arrojo, era un apaciguador nato, y la niña no podía ni imaginárselo en una guerra.

Michael Warren, que seguía caminando a su lado, señaló de repente un recoveco en el muro derecho, donde una verja de hierro daba paso a una oscura escalera.

—Ahí, en esas escaleras, es donde pensé que te habías metido cuando te perdí. Los tramos estaraban oscuros, y en el suelo habrabía algo crujiente que tomé por tijeretas, pero que solo eran envoltorios de caramelos Tunes. Arriba había un horredor, y un radigador que tocaba *Estrellita, ¿dónde estás*?, y luego me pilló el diablo.

Phyllis asintió al pasar junto al hueco enrejado. Como jefa de la Banda de los Muertos Muertos, conocía todos los atajos y pasajes secretos de la otra vida.

—Sí. Si no recuerdo mal, va a parar a un sueño de la escuela Spring Lane. Abajo, en las veinticinco mil noches, es un colegio precioso, pero en sueños es un lugar siniestro en el que pueden suceder cosas siniestras. Sobre to por la noche, aunque ni siquiera de día suele haber mucha luz. No me sorprende que ese monstruo te encontrara allí.

Dejaron atrás una hermosa farola de gas imaginaria que, según Phyllis, constituía el detalle más bonito del callejón. Lo que en el mundo sólido inferior no era más que un simple cilindro con un soporte, arriba se transformaba en una escultura de bronce: un dragón de aspecto oriental, deslustrado hacia una coloración aguamarina pálida, cuyas rutilantes escamas de metal dorado bajaban alrededor del alto poste hasta formar un bajorrelieve espiralado en su base, donde la nostalgia de los prados brotaba en matas de hierba sobre una arenilla veraniega y unos charcos grasientos. En lo alto de aquel mástil serpenteado, la farola en sí presentaba vidrieras de cristal en sus cuatro caras. Solo tres de ellas resultaban visibles, pues la trasera siempre quedaba oculta, pero ni siquiera esas tres eran fáciles de distinguir con la luz apagada.

Mirando de frente, la de la izquierda estaba decorada con el retrato de un caballero del siglo XVIII; uno que, pese a su rostro contundente y matonesco, vestía una peluca de clérigo, una túnica y un alzacuellos. El panel derecho mostraba la imagen translúcida de un tipo de color con el pelo blanco, montado en una especie de bicicleta que tenía cuerdas alrededor de las llantas en lugar de neumáticos. Phyllis sabía que se trataba de Charley el Negro, que vivió

en Scarletwell Street durante su mortalidad y que, en ocasiones, aparecía pedaleando por allí Arriba. El panel central carecía de color, y solo exhibía unas plomizas líneas negras sobre el cristal pulido. En lugar de una imagen, lo que mostraba era un símbolo muy tosco: un tramo de camino o carretera sobre el que se cernía una balanza simplificada, compuesta solamente por dos triángulos y dos líneas rectas que los unían. Aquel era el escudo de Humánima, presente allí en todas partes, aunque la niña nunca había estado muy segura de lo que pretendía representar.

A su lado, Michael Warren no le prestó atención alguna a su farola favorita, pero por su expresión adivinó que estaba a punto de maquinar otra de sus estúpidas preguntas.

—¿Qué son esas veinticinco mil noches a las que te has referido antes? Me ha sonado a alfombras voladoras, genios embotellados con turbante e historias así.

Phyllis oteó el cielo de color agua sucia que sobrevolaba la callejuela y frunció los labios por un instante mientras meditaba la respuesta.

—Bueno, esas *eseran* historias sobre cosas asombrosas que pasaron hace tiempo y que jamás volvieron a ocurrir, pero cuando la gente dice «las veinticinco mil noches» se refiere a *nuestras* historias, a las historias de nuestras vidas. Ese es, más o menos, el número de noches que a la gente le toca en gracia, unos setenta años o así. Por supuesto, algunos acaban teniendo más, y otros… especialmente los de estos lares… acaban teniendo muchas menos. El pobre Reggie Bowler murió congelao mientras pernoctaba en el viejo enterramiento de la iglesia de Doddridge, y eso fue en los sesenta o setenta del siglo XIX, cuando tenía unos trece años. Unas cuatro mil noches en total, cien arriba, cien abajo. Después está Marjorie, que a los nueve años se cayó al río en Paddy's Meadow mientras intentaba sacar a su perro. El desgraciao salió como el rayo, pero Marjorie no pudo hacer lo mismo. La corriente la arrastró hasta las aguas superficiales de Spencer Bridge. No la encontraron

hasta el día siguiente. Tres mil noches o así; eso es lo que tuvo. Cuando dicen veinticinco mil, solo es una media.

El niño pareció pensarlo por un momento, y en el ínterin quizás intentó calcular cuántas noches había vivido. Según las cuentas de Phyllis, apenas habrían sido más de mil, lo cual no era en sí mismo una razón para deprimirse. Alguna gente moría al poco de nacer, bebés de tan solo una docena o unos pocos cientos de días… Y ellos, a diferencia de Michael Warren, no iban a volver a la vida para disfrutar de a saber cuántos miles de noches más hasta su fallecimiento final y permanente. El mocoso no era consciente de la suerte que tenía. Los niños fantasmas de hoy en día, pensó Phyllis no por primera vez, ni siquiera llegaban a darse cuenta de que estaban muertos.

Situado frente a Michael y ella contra la pared izquierda del callejón, la joven vio el brasero del que John y Reggie se habían deshecho por orden de la señora Gibbs. Estaba empezando a descomponerse en ese mantillo onírico que se acumulaba en las curvas y esquinas de Humánima, a perder su forma y función a medida que su rejilla oxidada se retraía en pétalos corroídos desde su ennegrecido núcleo de escoria. Las patas del trípode estaban amalgamándose y fundiéndose en un solo pie que hacía que el objeto se asemejase a un girasol metálico y carbonizado, como si hubiera crecido demasiado cerca del sol. En el segundo Borough no convenía quedarse mucho tiempo parado, pues las cosas cambiaban y mutaban, y uno nunca sabía en qué podía acabar convertido.

Mientras trotaba a su lado, Michael Warren le dedicó la que probablemente fuera la expresión más inquisitiva de la que era capaz.

—¿Cuántos años tendrarías tú antes de morir? ¿Llegaste a gozar de muchas noches?

La mirada de Phyllis fue tan fulminante que podría haber frito un huevo.

—No seas tan fresco. A una dama no se le pregunta cuándo murió. Tenía la misma edad que mi lengua, pero mayor edad que mis dientes. Eso es to lo que vas a sacarme.

El niño pareció mortificado y un poco asustado. Phyllis decidió darle algo de tregua.

—Muy distinto sería que me preguntases cuándo nací. Lo hice en 1920.

Claramente aliviado por la reversibilidad de su transgresión, el crío optó por volver a terrenos menos espinosos para continuar con su interrogatorio.

—¿Naciste por aquí? ¿En los Boroughs?

Phyllis murmuró una afirmación.

—Nací en lo alto de Spring Lane. Cuando llegaba tarde a la escuela, trepaba por la pared de mi patio trasero y caía en el patio de recreo. En nuestro sótano podías quitar un tablón del suelo y atisbar, en la oscuridad, el manantial del que Spring Lane toma su nombre.[7] Nunca tuvimos dinero, pero mi infancia fue la época más feliz de toas. Por eso ahora tengo este aspecto. Este es el mejor recuerdo que tengo de mí misma.

Delante, sus cuatro compañeros llegaron al cruce del extremo opuesto del callejón con Spring Lane. Reggie Bowler y su Bill no estaban ya a la vista, pues aparentemente habían torcido a la derecha para empezar a remontar la cuesta, pero John el Guapo y Marjorie se habían quedado atrás con el fin de asegurarse de que Phyllis y su pequeño colega supieran a dónde ir. John los saludó desde la desembocadura y señaló hacia arriba para indicarles que allí es a donde Marjorie y él se dirigían, y Phyllis le sonrió y alzó uno de sus bracitos en señal de respuesta. Mientras arrastraba sus zapatillas junto a ella, el niño pareció atribulado por su última afirmación, esa que había revelado que el aspecto actual de la joven se correspondía con su mejor recuerdo de sí misma.

—Si así es como mejor te recuerdas, ¿por qué llevas esos conejorapos malolientes alrededor del cuello?

Si hubiera querido, Phyllis podría haberse ofendido por la mención al olor pútrido de su estola, un olor que ella apenas notaba ya. Sin embargo, empezaba a considerar que la compañía de Michael Warren era, cuando menos, tolerable, y no quiso fastidiar las cosas ahora que iban bien.

Por tanto, evitó que esa leve molestia aflorara en su réplica.

—Hay muchas razones. Palomas aparte, los conejos son los únicos animales mágicos que pululan por aquí. Hay quien dice que por eso los Boroughs se llaman así… porque sus vecinos se reproducen como conejos y sus calles se retuercen como madrigueras, que en inglés se dice *burrows*. Naturalmente, el origen del nombre no es ese, pero deja a las claras la forma de pensar de la gente. Uno de los motivos por los que llevo esto es porque, aquí, los conejos representan a las niñas y las palomas a los niños. En el norte de la ciudad, a Abington Street solían llamarla el Paseo de los Conejitos por toas las trabajadoras de las fábricas, que al pasar hacían que los hombres se pusieran en las esquinas a silbar y guiñar el ojo. Tengo entendío que «conejito» era una expresión de los Boroughs pa referirse a las jovencitas, porque «conejo» viene del latín *cunnus*, y de ahí «coñ… en fin, es lenguaje malsonante que no debería pronunciar, así que tendrás que fiarte de mí. Además, aunque en la luna nosotros nos imaginamos a un hombre,[8] dicen que los chinos ven a una mujer que porta un conejo, así que he ahí otra razón por la que los conejos representan a las chicas.

»En cuanto a los Boroughs, los conejos representaban nuestro modo de vida. Habrabía muchos en los praos y eriales de la zona, hasta el punto de que los considerábamos una plaga, que era lo que los habitantes de las partes nobles de la ciudad pensaban de nosotros: tos correteando entre la hierba en busca de restos de comida, tos de color gris, marrón, negro, blanco, y tos con muchas crías, pa que la naturaleza dejara alguna cuando viniera a por ellas. A los conejos los veíamos como una plaga o como alimento pa la cena, y nuestro padre salía a cazarlos, y luego los traía a casa y los desollaba junto al fuego. Nos comíamos su carne y colgábamos sus pieles de una cuerda; y, cuando teníamos suficientes, nuestra madre nos mandaba al mercadillo pa venderlos por unos peniques. Colgaban en una hilera larga, como estos.

»Una vez, en lugar de ir directamente al mercao, me

los eché al hombro pa fingir que era una duquesa con su estola de piel. Luego, me fui con otras Pícaras de Compton a jugar por Bellbarn, Andrew's Street y demás, y en la iglesia de San Andrés estaban celebrando una boda. Pensarébamos, claro está, que era mu glamuroso, así que nos colamos en la capilla y nos sentamos juntas en un banco de atrás pa verlo to bien.

»El olor de las pieles de conejo esera tan malo que tuvieron que parar la ceremonia pa que los ujieres nos echaran. Me dio igual. Los conejos me encantaron, y aún lo siguen haciendo. Tras to este tiempo, ni los huelo. Espera un rato y te pasará lo mismo.

Habían llegado casi al final del callejón, allí donde este se cruzaba con la pendiente de Spring Lane en una unión con forma de «T». Phyllis notó que Michael no paraba de mirar el viejo letrero de metal que indicaba el nombre de la calle, con sus letras negras pintadas sobre un fondo blanco y un moteado fecal que convertía los oxidados bordes de la placa en una oblea de hierro friable. Ninguna de las dos palabras de la señal resultaba enteramente visible, pues la herrumbre las había reducido a un mensaje de lo más críptico: SCAR WELL RACE.[9] Phyllis lo descifró para satisfacción del crío.

—Scarletwell Terrace. Así se llamaraba el callejón antes de ser un callejón. Esto era la parte de atrás de una hilera de adosaos, de ahí las cancelas negras que hemos dejao a nuestra derecha. Abajo, en el mundo tridimensional de tu época, to esto ha quedao sustituío por los límites del patio de recreo de la escuela Spring Lane, pero aquí arriba, en la costra onírica, sigue existiendo tal como era.

Michael no comentó las últimas palabras de Phyllis, pero pareció comprenderlas. En la esquina con Spring Lane, torcieron a la derecha y empezaron a subir la cuesta. El panorama dejó paralizado sobre sus pantuflas al diminuto compañero de la niña, cuya exhalación la obligó a recordarse que todo aquello era nuevo para él. Salvo los Áticos del Hálito y la bocacalle que habían dejado atrás, el mocoso no conocía Humánima. Al contemplar la pendiente

onírica, el demudado rostro del chaval quedó azotado por una oleada de emociones y reacciones, y la joven intentó ponerse en su piel evocando lo que sintió ella cuando pisó el segundo Borough por primera vez.

Claramente, lo que había sobrecogido al pequeño no era la cuantiosa y acostumbrada fantasmagoría de Humánima: excepto por una viveza aumentada, aquella Spring Lane era muy similar a la que Phyllis había conocido en vida. De hecho, carecía de los toques ensoñados que caracterizaban el mundo superior… las rejillas de los sótanos no lucían dientes en lugar de barrotes, y los adoquines del pavimento no tenían pelo. En su lugar, lo único que podía verse allí era su reconocible pendiente, solo que inflamada y rebosante de su propia identidad, de su desgastada historia, de todas las luces que la habían saturado a lo largo de mil años de existencia.

Spring Lane bullía en la mitología de sus desvaídas baldosas de color azul pálido, ajadas y resquebrajadas en las junturas. Diluido en el millón de litros de cielo que sobrevolaba la tenería inferior del antiguo gradiente, el fulgor amarillo del inminente amanecer estival se difuminaba por la angosta vía a la que Phyllis y Michael habían emergido desde el callejón. La tenería, con sus altos muros de ladrillo marrón y sus ventanales cubiertos por una oxidada malla de alambre, no exhibía el aura brutal que presentaba abajo en el reino de los vivos, sino que emanaba el leve lustre iridiscente de un pasado orgulloso —los claustros de una estructura medieval ya desaparecida— y un aroma acogedor a abono y caramelos. Más allá de unas torcidas puertas de madera descascarillada había patios con charcos teñidos de un vívido tono mandarina, y todos ellos albergaban los reflejos oscilantes, negros y metálicos de los tubos de las chimeneas. Entre estos acuosos ópalos de fuego se alzaban montones de virutas de cuero tintadas de un zafiro corrosivo, cúmulos de azur con forma de nido fabuloso en los que los pájaros del trueno incubaban a sus legendarias crías. Roídas por el tiempo, las canaletas rezumaban gotas de diamante desde sus agrietados labios

de latón, y su eterna existencia era cantada por cada esquirla y cada hundido adoquín.

Michael Warren se quedó fascinado, y Phyllis Painter siguió a su lado participando del hechizo, observando el embriagador panorama a través de sus ojos. En sus oídos, los sonidos veraniegos del barrio se redujeron a un rico repertorio. Los largos intervalos entre el confuso zumbido de los vehículos distantes, la gorjeante filigrana de trinos que caía desde las canaletas de las cornisas, el borboteo plateado de un torrente subterráneo que resonaba en la tenebrosa garganta de una alcantarilla… todo ello, concentrado en un solo susurro, en una sibilancia, en la tintineante reverberación de un címbalo golpeado por un pincel suave. El instante cascabeleó en la brisa.

Más arriba, los otros cuatro miembros oficiales de la Banda de los Muertos Muertos atravesaron una tímida niebla prismática que parecía cubrir —deliciosamente— cada alféizar y bordillo de la calle inclinada. Afanadas en ello, sus formas encorvadas lucían tan arrebatadoramente pintorescas como los umbrales desgastados por los que pasaban, e igualmente indispensables en la cautivadora composición de la escena. Bill y Reggie Bowler estaban más cerca del final, mientras que John el Guapo y Marjorie iban bromeando a la altura de Monk’s Pond Street, situada a su izquierda al otro lado de Spring Lane. Con un cruce de miradas, Phyllis y Michael compartieron lo mucho que les maravillaba todo, y luego siguieron a sus camaradas por aquella calle perfecta.

Después de apretarse el cordón de su batín vino tinto alrededor de la cintura, el niño empezó a dar grandes zancadas para mantener el paso de Phyllis, y lo hizo sin dejar de mirar con cara de asombro la larga hilera de casas que se extendía desde la base de la cuesta hasta su cima, con una serie de puertas de madera pintada que discurría a su derecha casi sin interrupciones. Al poco rato, no pudo contener más la curiosidad.

—¿Qué son todas estas casas? Spring Lane no esera así cuando estareba vivo.

Mientras sus zapatitos azules se iban sucediendo trabajosamente sobre el erosionado pavimento rosa de la pendiente, el semblante pálido de Phyllis adoptó una expresión nostálgica cuando escudriñó las viviendas que iban dejando atrás.

—Sí, cierto, pero en mi niñez esera así. La mayor parte de la zona fue derribá poco antes de la guerra, luego se convirtió en un descampao en el que los niños jugaban, y por último dio paso al patio de la escuela. Tu pequeña fila de casas en St. Andrew’s Road es to lo queda de una manzana mucho más grande. Se extendía por Scarletwell Street y Spring Lane, por Crispin Street allí arriba y por otras tantas calles intermedias que ya han desaparecío. Scarletwell Terrace, que es por donde hemos salío, esera una de ellas, y un poco más adelante, en esta misma acera, tienes Spring Lane Terrace.

Sin dejar de escuchar, Michael Warren dejó que sus ojos vagaran por el extremo opuesto de la calle hacia la entrada de Monk’s Pond Street, que se dirigía al norte desde el eje este-oeste que era Spring Lane. Phyllis le comentó que, bajo su punto de vista, esa bocacalle también iba a parecerle muy alterada. Cerca de ellos, en el lado izquierdo de Monk’s Pond Street si la miraban de frente, se alzaba la pared oriental de la tenería, que Michael reconoció sin problemas. Enfrente y a la derecha, sin embargo, había un par de docenas de puertas bien cuidadas que se prologaban hacia el norte hasta conectar con Crane Hill y el arranque de Grafton Street. Dos docenas de familias numerosas, quizá doscientos vecinos en viviendas orgullosamente conservadas, que en tiempos de Michael no serían más que esa franja de escombros que los niños del lugar conocían como «los Ladrillos», o si acaso parte de los terrenos de alguna fábrica cercada por vallas de chapa corrugada. Solo allí arriba, en los magnéticos campos del sueño y la memoria, podían manifestarse aquellos viejos domicilios.

Al final de la calzada, a lo largo del costado izquierdo y occidental, yacía el elemento que claramente había captado la atención del joven. El extenso estanque que daba nombre

a la calle,[10] seco en el mundo temporal desde finales del siglo XVII, relucía allí bajo una luz de origen incierto. Dos o tres figuras con hábitos de color marrón charlaban tranquilamente junto a su orilla, y una de ellas sostenía una caña de pescar.

—Son monjes —le explicó Phyllis—. Monjes que vivieron tiempo ha en el priorato de San Andrés, que estaraba cerca de la actual iglesia de San Andrés, la misma de la que me echaron por la peste de mis pieles de conejo. La mayor parte son gabachos, creo, y hace ochocientos años fue uno de ellos el que dejó entrar a las tropas del rey pa que saquearan por doquier. En general, aquí está to perdonao, pero son mu suyos y no se mezclan con los fantasmas locales. Como mucho, los más borrachos se aparecen a veces en algún pub, aunque sea por la compañía. Muchas de las tabernas de por aquí albergan el espectro de un monje en la bodega trasera o en la trastienda, pero solo conozco por su nombre a uno de ellos, el viejo Joe, que suele deambular por el Jolly Smokers del Mayorhold. El tipo se llamará de otra manera, porque lo de «viejo Joe» no suena mu francés, pero así es como lo menta la gente de Abajo.

Michael Warren la miró con perplejidad.

—Entonces, ¿los vivos pueden ver a los fantasmas?

Phyllis se encogió de hombros.

—Algunos sí, pero solo si están mal de la azotea, como los místicos o los locos. La gente que bebe mucho, o que fuma opio y tal, también puede verlos. Por eso los pubs son los edificios más embrujaos… porque a los muertos les gusta ir a donde pueda haber gente lo bastante beoda como pa percibirlos. Eso sí, las pocas personas capaces de ver a los fantasmas solo pueden hacerlo vagando por la juntura fantasma.

Tras ellos, a su izquierda, Monk’s Pond Street fue desvaneciéndose a medida que progresaron por la agradable y centelleante ensoñación de la ladera. Envuelto en su bata de tartán, el mocoso centró en Phyllis toda su atención.

—¿Qué es una juntura fantasma?

Phyllis no pudo evitar responder con un viejo chiste de Humánima; uno que el niño, obviamente, desconocía: «Algo que resulta muy divertido hasta que te acostumbras». Acto seguido, volvió a contestarle con mayor seriedad.

—La juntura fantasma es justo lo que parece. Una juntura inestable que une el mundo de Arriba con el de Abajo y en la que alternan los fantasmas de verdad, que son los que no se sienten cómodos por estos lares. Si el segundo Borough está encima y el primer Borough debajo, lo que hay en medio es la juntura fantasma, como cuando vas a un pub y tol humo de los cigarrillos flota en el aire formando una manta gris que fluctúa si la gente se mueve o hay corriente. Eso es la juntura fantasma. Ah, mira ahora a la derecha. Es Spring Lane Terrace, la calle que te decía, una de las muchas que derribaron pa hacer el patio de recreo de la escuela.

Habían llegado a una esquina en la que la hilera de adosados torcía a la derecha y se esparcía hacia el sur, con sus fachadas alineadas a ambos lados de unos adoquines polvorientos, untados de una fina margarina de luz matutina. Sin embargo, en lugar de otear aquel afluente urbano, Michael Warren se interesó por la esquina contraria a la que Phyllis y él acababan de dejar atrás, la misma a la que se estaban aproximando ahora al cruzar la calzada de Spring Lane Terrace. Los umbrales, visillos y ventanas inferiores que podían atisbarse más adelante en la calle se veían allí sustituidos por muros bajos de ladrillo y tejas de pizarra, una construcción que Phyllis sabía que se correspondía con la parte de atrás de una fila de establos. Cuando la pareja dejó atrás aquel esqueje de adosados y continuó remontando Spring Lane, se topó a la derecha con el patio cercado al que daban las cuadras. El cálido y peludo aroma equino, semejante al del caldo Bovril,[11] se mezclaba con un fuerte olor a desinfectante que a Phyllis, aunque no le agradaba, siempre le despertaba el sentido del olfato.

Mientras proseguían su ascenso, el niño miró

pensativamente la puerta cerrada. Tras décadas de descuido, el intenso rojo caldera que antaño cubría la madera roída había quedado reducido al color de un beso. Phyllis se lo explicó antes de que lo preguntara.

—Creo que este patio sigue aquí en tu época, pero como parte de una fábrica. En la mía, en cambio, esera el sitio en el que estacionaban el carro de la fiebre.

Su sustancia espectral tembló con solo pronunciar las palabras. Desde pequeña, siempre había considerado que el carro de la fiebre pertenecía al lado tenebroso de los Boroughs. Con su traqueteo por las atestadas callejuelas, era uno de esos fenómenos siniestros, como las amortajadoras o los monjes fantasma, que creía típicos del lugar. Esas cosas denotaban la relación entre la barriada y la muerte, una tierra extraña y peligrosa para las niñas que disfrutaban tomando regaliz y deshojando margaritas.

Sin dejar de trotar a su lado, el pequeño en pijama la miró con incomprensión.

—¿Qué es el carro de la fiebre?

Phyllis suspiró teatralmente y puso en blanco el recuerdo de sus ojos infantiles. Obviamente, había acertado al asumir que el mocoso era un blando. Supuso que la mayor parte de los nacidos en los años cincuenta debían de haber crecido entre algodones, sin duda a causa de toda la ciencia y la medicina que tenían a su alcance en aquella época, al menos en comparación con cuando ella era joven.

—Tú no tienes idea de na, ¿verdad? El carro de la fiebre esera un vagón enorme en el que ponían a los niños cuando pillaban la viruela, la difteria y demás. Los trasladaban a un lazareto cercano a la cruz de piedra que hay a las afueras de Hardingstone, la que marca el lugar en el que descansaraba el cuerpo de la reina Leonor[12] cuando lo llevaron de vuelta a Londres. En el lazareto, donde yacían al aire libre con otros niños enfermos, se morían o se ponían mejor. Lo más normal era que se murieran.

Los ojos azules del crío, con sus largas pestañas, cambiaron de expresión. Sobre ellos, la evocación del cielo de los Boroughs viró de un amarillo pascual a un rosa

diluido.

—¿Tantas enfermedades habrabía cuando vivías aquí? ¿Por eso moriste?

La joven sacudió la cabeza para sacarlo de su error.

—No. Habrabía muchas enfermedades, sí, pero ninguna de ellas me liquidó.

Dicho esto, se subió una de las mangas de su jersey rosa con el ademán brusco y profesional de un estibador en miniatura, estiró el brazo huesudo hacia la nariz de Michael Warren y le mostró dos zonas blanquecinas que tenían la forma y el tamaño de una moneda de seis peniques, ambas muy juntas sobre su bíceps suave y pálido.

—Recuerdo que estaba jugando en los Boroughs con nuestra hermana. Tendría ocho años, porque aún eseran los años veinte. Vimos una gran cola de gente que salía por la puerta de la misión de Spring Lane, el sitio donde nos impartían catequesis. Justo allí.

Señaló hacia la otra punta de la pendiente, en la que las piedras tostadas de la sencilla fachada de la misión exhibían su humildad y modestia con un orgullo casi luminoso.

—Al ver la cola, pensé que estaraban dando algo, así que nuestra hermana y yo nos pusimos al final. Quizá fueran juguetes o algo bueno pa comer, porque en aquellos días, a veces, la gente pudiente daba paquetes pa que los repartieran en los Boroughs. Resultó que eseran vacunas pa la viruela y la difteria, y nos las acabamos poniendo.

Volvió a bajarse la manga del jersey para tapar las señales de la inoculación. Su joven acompañante echó la vista atrás, hacia el patio que acababan de pasar, antes posarla de nuevo en ella.

—¿En todos los barrios de Northampton había un carro de la fiebre?

En esta ocasión, Phyllis ni resopló ni alzó los ojos ante su ingenuidad, pero sí pareció entristecerse un poco. El crío no era estúpido, decidió. Solo era inocente.

—No, patito mío. Solo en los Boroughs había carro de la fiebre. Porque solo en los Boroughs era necesario.

Continuaron subiendo en silencio. Enfrente, a su izquierda, rebasaron la entrada de Compton Street, que discurría al norte hacia un recuerdo difuso de Grafton Street y una versión brumosa de Semilong. El lustre bruñido de Humánima lo bañaba todo con el encanto ligeramente errado de las fotos postales coloreadas a mano: las puertas que se extendían por ambas aceras parecían recién pintadas de rojo manzana o azul pastel, unas frente a otras como dos filas de guardias reales que aguardaran su inspección sacando pecho. Sus pomos eran más áureos que broncíneos, y en el polvoriento menisco beis de la calzada estival, las motas de mica anunciaban la promesa de una mina de piedras preciosas. *Pícaras de Compton somos, Pícaras de Compton somos…*

Phyllis las recordaba a todas y cada una de ellas. Cath Hughes. Doll Newbrook. Elsie Griffin. Las hermanas Evelyn y Betty Hennel, y Doll Towel. Era capaz de ver sus rostros con una agudeza absoluta, se acordaba de ellas más claramente que de la gente junto a la que se sentaba en la iglesia y las clases de la escuela cuando estaba viva. Tal era la fuerza de las relaciones pandilleras. Las forjabas cuando tu alma era pura, así que pesaban mucho más que la religión, el partido al que votabas cuando te hacías mayor, o la francmasonería y cosas así. Reprimió el deseo de correr hacia el espectro del número 12 de Compton Street para llamar a Elsie Griffin y centró su atención en Michael Warren. Al fin y al cabo, era la labor que ahora tenía entre manos.

Los otros cuatro, más adelantados, habían alcanzado la cima, en donde la línea norte-sur de Crispin Street y Lower Harding Street cruzaba en perpendicular el extremo superior de Spring Lane. Reggie y Bill estaban torciendo por la esquina izquierda, la de la fábrica, para desaparecer por Lower Harding Street, y Marjorie y John el Guapo los seguían a corta distancia. Phyllis eran consciente de que John se había rezagado para acompañar a la niña ahogada, que tenía las piernas más cortas y no podía subir la cuesta tan rápido como él. John el Guapo era un encanto, pensó.

Un poco más arriba, a la derecha, el sacrosanto peldaño que marcaba el umbral de la propia Phyllis sobresalía dos o tres centímetros en la acera. Al llegar a su altura, rodeó con la mano el tartán que cubría el brazo de Michael y se detuvo para observarlo. No podía pasar por el lugar sin pararse a rendirle homenaje, ya fuera en silencio o de otra manera. Era un hábito que tenía, o si acaso una afectuosa superstición que alimentaba.

—Aquí era donde vivía yo cuando estaba viva.

Sobre los cuatro escalones de piedra del número 3 de Spring Lane, el sol había decolorado la puerta verde oliva hasta conferirle el tono gris de la salvia mustia. La casa era estrecha, y estaba claro que antaño formaba parte de un edificio mayor junto con el número 5, situado a la derecha un poco más abajo. En esa misma dirección, justo al lado, se hallaban la puerta y el muro traseros de la escuela Spring Lane, de modo que por las mañanas, si se levantaba tarde, la cría podía franquear su cancilla posterior, descender al jardín que compartían con el número 5, trepar por la pared y aterrizar directamente en el patio de recreo. Por ese motivo, la niña solía destacar en puntualidad en su boletín de notas, aunque tanto ella como sus padres siempre fueron conscientes de que esas calificaciones, estrictamente hablando, eran inmerecidas.

Phyllis sabía que, más allá de la puerta deteriorada, donde la pintura quebradiza se desprendía en lascas para revelar los continentes imaginarios de la desnuda madera subyacente, no había ningún pasillo o zaguán. Se entraba sin preámbulos al salón de la familia Painter, que era la única habitación de la casa en la planta baja. Un sinuoso tramo de escaleras partía de allí a la estancia de arriba, el cuarto de sus padres, y sobre él, en el ático, era donde dormían sus hermanas y ella. Los viernes por la noche, si hacía calor, se sentaban en el alféizar de la ventana a observar las peleas del pub de enfrente a la hora del cierre. Los gritos y destrozos se alzaban en un aire templado que olía a lúpulo y cobre, a sangre y cerveza. Era la década de 1920, y no había televisión.

Con la planta baja ocupada enteramente por el salón, era obvio que no había espacio para una cocina, y lo más cercano que tenían era un grifo de agua fría y un viejo cubo de hojalata, ambos sobre un húmedo y lustroso bloque de cemento situado al principio de los escalones de ladrillo azul que guiaban a la bodega. Al igual que el patio trasero, esta última también la compartían con el número 5, y por tanto era cavernosa, con un montón de giros, vueltas y recovecos por los que uno podía perderse. En el suelo de uno de los rincones ubicados bajo el número 5 —es decir, técnicamente perteneciente a sus vecinos, y no a Phyllis— había una losa de piedra que podía moverse entre dos personas. Si uno se tendía barriga abajo contra el helado y fuliginoso piso de la bodega, podía escudriñar a través de un corto y negro tubo de chimenea, con pálidos anillos plateados y gotas danzando alrededor, el punto en el que el manantial que daba nombre a la calle bajaba pendiente abajo mientras rugía en la oscuridad. Aunque aquel torrente secreto producía una espuma blanca similar a la saliva, Phyllis siempre se imaginaba como una médica que observara a través de una rendija, maravillada, el flujo de una vena abierta, de una sección de ese sistema circulatorio de los Boroughs que también irrigaba Monk's Pond y Scarletwell. Bajo el vecindario había una gran cantidad de agua oculta, y ella estaba convencida de que contenía trazas de recuerdos y emociones, y de que eran estos los que otorgaban a la corriente su penetrante y evocador aroma; el rocío fresco y frío que humedecía el aire de la bodega.

Phyllis bajó la cabeza y miró de reojo a Michael Warren, aún a su lado.

—¿Sabes? Cuando estareba viva y me encontraba mu enferma o mu precupá por algo, siempre tenía el mismo sueño. Me hallaba en plena calle aquí, en Spring Lane, donde estamos ahora, justo antes del anochecer. Tenía los mismos años que ahora, los de una niña pequeña, y en lugar de entrar en casa me quedaba aquí, mirando cómo la lámpara de gas del salón teñía to de verde y rosa cuando su

luz se filtraba hacia el ocaso por las cortinas de la ventana de abajo. En el sueño siempre tenía la misma sensación: sin importar dónde hubiera estao, durante cuánto tiempo o cuán duro hubiera sido el viaje, me bastaba con poner un pie aquí y contemplar los rayos de luz a través del rosa de las cortinas pa saber que estaba en casa. Siempre tuve claro que, cuando muriera, este lugar estaría aquí esperándome, y que to sería estupendo. Como es habitual, resulté estar en lo cierto. Ningún minuto de nuestras vidas cae en el olvido, y toas esas casas derribás que añorábamos siguen existiendo en este sitio, en Humánima, por siempre. Ni siquiera sé pa qué me preocupaba tanto por aquel entonces.

La joven resopló y echó un último vistazo a su antigua residencia antes de que ambos retomaran su camino. La siguiente puerta a su derecha, la que estaba a la izquierda del número 3, era la de la confitería de Wright, provista de una campanilla y seguida por su rotundo escaparate en voladizo con paneles de cristal de culo de vaso, siempre repleto de género. Dado que aquel paisaje superior se componía de una acumulación de capas oníricas, las filas de tarros que la tienda lucía en sus estantes, relucientes como un candelabro y vistosos como un collar, no estaban llenas de golosinas, sino de golosinas soñadas. Había pequeños terrier escoceses hechos de azúcar de cebada ambarina, todos con el lomo retorcido y muchos de ellos fundidos por el calor hasta formar pegotes caninos de nueve cabezas, y en los tarros de sorbete arcoíris —que servía para hacer Kali Water y otros refrescos— se distinguían estratos de colores adicionales; unas franjas dulces que, a diferencia de las habituales, eran fluorescentes. En lo alto había una capa purpúrea que apenas podía verse, y en el fondo aparecía otra capa rosada, igualmente difícil de divisar, que hacía que la lengua aparentara cocerse con solo probarla. Lo único que parecía normal eran las lágrimas de chocolate, al menos hasta que Phyllis se dio cuenta de que dos o tres de ellas trepaban por el interior del recipiente y de que eran, en realidad, mariquitas gigantes recubiertas de cientos de miles de virutas rosas, blancas y azules. Aunque su

movilidad la disgustó, las hermosas pintitas de sus élitros sugerían que seguían siendo apetecibles. No podía culpar al crío que escoltaba por entretenerse en la confitería a admirar con nostalgia sus vitrinas, pero aun así le tiró de la manga del pijama y le dijo que espabilara.

Antes de darse cuenta, estaban en la cima atalayando la larga calle que acababan de remontar. Ella sabía que Spring Lane no era tan inmensa en el mundo de los vivos, ni tan empinada, pero también sabía que así era como la recordaban los niños pequeños, siempre colgados de los bajos de los abrigos de sus madres en un intento de que los auparan durante el fatigoso ascenso. Desde la cima de Spring Lane, Phyllis y Michael recorrieron con su mirada el fondo del valle, al oeste, y los recuerdos de la carbonería de St. Andrew’s Road, veteados por los rayos del sol poniente. Más allá estaban las explanadas ferroviarias, donde las columnas de humo espectral de los trenes salientes vagaban, cual espíritus, por las vías muertas y los lechos de ortigas, y el alba verde de Victoria Park, que teñía el ancho confín célico de un tono lima casi bebible. Tras admirar la suave rutilancia de aquel panorama de ultratumba, torcieron a la izquierda y siguieron a John el Guapo, Bill, Marjorie y Reggie por Lower Harding Street.

En su trayecto hacia Grafton Square, bautizada así por la antigua propiedad que el conde de Grafton tenía en la plaza, la resucitada Lower Harding Street gozaba de una atmósfera distinta a la de sus aledaños en el barrio onírico. Mientras que otros parajes exhibían juntas y ladrillos de un color naranja brillante que parecía recién pintado, a aquella calle no la habían evocado en un estado prístino, sino que estaba reconstruida con gran cariño a partir de su declive en épocas posteriores. Salvo por la embocadura de Cooper Street, que subía a la derecha, la vía solía presentar dos hileras simétricas de casas adosadas sin solución de continuidad, pero allí, en el lado izquierdo, había huecos con viviendas abandonadas a punto de ser demolidas. De hecho, una parte de aquellos edificios vacíos estaba medio en ruinas, pues era evidente que sus techos, tuberías y pisos

superiores habían desaparecido. En mitad de una pared desnuda cuyo empapelado era ya un palimpsesto de varias generaciones, la puerta de un antiguo dormitorio colgaba sobre sus bisagras sin abrirse a la promesa de una buena noche de reposo, sino a una súbita caída entre los escombros. La media docena de casas que había frente al extremo inferior de Cooper Street apenas se distinguía, dado que sus líneas se hallaban meramente sugeridas por unos cuantos afloramientos de ladrillo dispuestos como piezas de un rompecabezas disperso, esparcido entre la hierba y los matojos que habían suplantado a las queridas alfombras de sus salitas de estar.

En el fulgor elegíaco que bañaba toda Humánima, esa dejadez no resultaba fea o mísera; muy al contrario, se asemejaba más bien a una poesía triste y conmovedora. A Phyllis, el efecto le era extrañamente reconfortante. Parecía significar que incluso los estados más deplorables de aquel lento deterioro se evocaban con cariño en los sueños o los recuerdos de alguien. La visión de Lower Harding Street le confirmaba la sensación de que los Boroughs habían conservado su hermosura en el transcurso de su indigna y gradual rendición. Aunque la contrapartida inferior de la zona fuera un erial durante la vida de Michael Warren en 1959, la niña confiaba en que aún tuviera un hueco en los corazones de los lugareños, o al menos en los de los más jóvenes.

Mientras seguían a sus cuatro cómplices finados por las viviendas redivivas, Michael echó atrás su rubia cabeza para observar, junto a ella, las fachadas medio derruidas a las que se aproximaban. El chico parecía absorto en la sección expuesta de una pared divisoria, o tal vez fuera en una chimenea ornamental que flotaba en un primer piso carente de suelo. Cuando se giró y le dedicó a Phyllis una mirada confidencial, la niña ahuecó la mano alrededor de la oreja y se acercó para averiguar qué tenía que decirle.

—El aspecto de estas casas se da un aire al que tenía la mía en Andrew’s Road cuando el demonodiablo me la enseñó. Podía ver su interior bordeando las paredes.

Phyllis nunca había emprendido el viaje diabólico del que hablaba Michael Warren; solo conocía testimonios de undécima mano procedentes de esos raros individuos que lo habían realizado. Por tanto, dado que apenas tenía una vaga idea de lo que el niño le estaba contando, se limitó a responderle con un indefinido gruñido de complicidad. Para desalentar más comentarios al respecto, dejó de prestarle atención y se centró en el resto de su Banda de los Muertos Muertos, que estaba agrupada frente a la entrada de Cooper Street, en el soleado exterior de las casas en ruinas, con la clara intención de esperar a los rezagados. Como pasatiempo, Reggie y Bill estaban golpeándose los nudillos en un juego que dolía solo con verlo, mientras que John el Guapo permanecía de pie, con los brazos cruzados, sonriéndoles a ella y al niño en pijama a lo largo de la calle. Marjorie la Ahogada se había sentado en el bordillo a otear la cuesta de Cooper Street en dirección a Bellbarn, que era donde residía antes de lanzarse al Nene, sin saber nadar, con el fin de salvar a un perro que obviamente sí sabía hacerlo.

Con Michael Warren trotando en su estela, Phyllis marchó hacia los demás y reafirmó su autoridad.

—Oh, venga ya… ¿cómo va a ser esta nuestra guarida secreta si siempre estamos rondando los alrededores y dejando que tol mundo sepa su ubicación? Lo que hay que hacer es bordear los patios traseros, donde nadie puede vernos, y luego, si es seguro, mostrarle al crío nuestro cubil. Bill y Reggie… dejad ya ese estúpido juego y haced lo que acabo de decir antes de que os dé una buena tunda. Y Marjorie, espabílate ya, que de tanto sentarte en esa acera te van a salir almorranas.

Tras distintos grados de murmurada insubordinación, los niños muertos se colaron por el hueco de la antigua puerta del número 19 de Lower Harding Street para avanzar, en fila y entre crujidos, por los escombros que una vez fueron el vestíbulo, el salón y la cocina de la casa, todos colonizados por caracoles. El muro posterior de la cocina faltaba al completo, por lo que era difícil determinar dónde

terminaba el interior de la vivienda y dónde empezaba el jardín trasero. La única demarcación visible era el oleaje de basura doméstica que arremetía contra la escasa línea de ladrillos restantes, un cerco de residuos que resultaba conmovedor, íntimo y familiar. Había una cabeza de muñeca hecha de plástico duro y anticuado, marrón y quebradizo, con un ojo muerto y cerrado y el otro abierto por completo, como si la moneda que solía poner el funerario se hubiera resbalado. Se le sumaban un cajón de cervezas roto y el armazón de un cochecito para bebés, así como zapatos sueltos, el cuello letal de una botella de leche y un empapado ejemplar del *Daily Mirror*, desintegrado y con un titular que hacía referencia a Zeus pese a que el cuerpo versara sobre la crisis del canal de Suez.

Superado ese precario circuito de obstáculos que era el interior de aquella casa sin techo, la banda se reunió en lo que quedaba del antiguo patio comunal de los números 17 a 27 de Lower Harding Street. Cubierto de una maleza alta y parcheada, se trataba de un espacio de unos treinta metros de ancho que bajaba en pendiente hacia un muro derruido situado a veinte metros. Los restos de dos baños dobles descansaban contra este límite inferior, que se encontraba desmoronado a intervalos en pedregales de ladrillo color salmón, y aquí y allá, por todo el reciento cubierto de maleza, había pilas de basura descomponiéndose hacia restos oníricos entre raíces amarillentas. Phyllis se permitió una tensa sonrisa de autosatisfacción. Si no sabías que estaba allí, el cubil de la Banda de los Muertos Muertos resultaba imperceptible.

A través de la pendiente, la niña guio a la banda y a Michael Warren más allá de una desordenada pila de láminas de hierro corrugado, puertas de armario tiradas y cajas de cartón aplastadas. Más o menos a medio camino, hizo un alto y le indicó a Michael, con orgullo, los matorrales de la propia cuesta.

—¿Qué opinas?

Perplejo, el mocoso inspeccionó la manta de hierba mustia y miró a Phyllis.

—¿Que qué opino de qué?

—Pos de nuestra guarida. Amos, acércate y échale un buen vistazo.

Justo como le habían dicho, el crío se subió afectadamente los pantalones del pijama y se agachó un poco más. Al momento, emitió un leve suspiro ante el descubrimiento realizado, aunque, por su tono de decepción, tampoco pareció muy impresionado.

—Oh, ¿te refieres a esta mugrimadriguera de conejo?

Señaló un hoyo pequeño de unos centímetros de ancho y Phyllis se echó a reír.

—¡Eso no! ¿Cómo íbamos a pasar por ahí? Mira un poco más a tu derecha, anda.

Dejó que hurgara un poco por la zona yerma que había a la izquierda de la madriguera antes de explicarle cuál era su derecha. El niño reanudó la búsqueda y halló casi de inmediato lo que debía hallar, aunque al hablar no sonó como si supiera lo que era.

—Es la cronocabina de un aeroplano sepultado, ¿verdad?

Obviamente, no lo era, pero la suposición no carecía de lógica. De hecho, lo que el niño estaba mirando era el parabrisas de Perspex[13] verde de un sidecar de motocicleta, primero enterrado en la loma y luego ensuciado con barro ocre para ocultar cualquier reflejo sospechoso. Ese inteligente toque militar había sido idea de John el Guapo.

—No, es la ventana de nuestra guarida. Un día estarébamos jugando por aquí y vimos los túneles, y pensamos que podrían conducir a una gruta más grande. Los chicos se hicieron con unas palas y cavamos bajo la pila de láminas de metal de ahí atrás. Nos tomó un tiempo, pero llegamos a una antigua madriguera de conejos que estaba vacía. Derribamos a patás las viejas paredes del túnel, ahondamos un poco más y llegamos a una fosa enorme que parecía el cráter de una bomba. Luego, ensanchamos la conejera pa tener una ventana y pusimos en lo alto el parabrisas de un sidecar que habíamos encontrao. Arrastramos algunas puertas viejas de alrededor y las

encajamos en la fosa pa tener un techo, pero las camuflamos como escombros que alguien hubiera tirao.

Cuando la joven asintió con la cabeza, Reggie Bowler retrocedió a la carrera unos pocos metros de hierba alta hacia la aparente pila de desperdicios del patio inclinado. Una vez allí, se agachó tanto que su ajado sombrero se le cayó de la cabeza, y entonces se puso a hurgar entre los escombros hasta palpar con sus dedos el borde de un maltrecho panel de madera contrachapada. Gruñendo por el esfuerzo —aunque, a decir verdad, Phyllis pensó que sobreactuaba un poco—, deslizó aquella tabla manchada de brea sobre el hierro corrugado para revelar la oscurísima entrada de un túnel. Después de recuperar el bombín caído, se sentó en el borde del hoyo, agitó sus piernas pálidas en la negrura y, luego, con una soltura muy similar a la de un armiño, desapareció.

Phyllis le dio tiempo para encontrar y encender la única vela que poseía la Banda de los Muertos Muertos, y a continuación envió a Bill y Marjorie la Ahogada al cubil subterráneo. Michael Warren y ella entraron a renglón seguido, y John el Guapo lo hizo el último, puesto que era el único lo suficientemente alto como para alcanzar, deslizar y encajar el tablón de madera una vez que todos hubieran pasado.

La fosa era más o menos redonda, de unos dos metros y medio de ancho por uno y medio de largo, con suelo y muros de tierra compactada. En la curvatura de la pared se había excavado un saliente a media altura en el que todos podían sentarse, aunque resultaba un poco incómodo. Extendido a lo largo del perímetro del cubil, ese mismo alféizar presentaba un nicho socavado en la sección sur de su arco. Allí se custodiaban las posesiones de la banda, que no eran muchas: dos copias malogradas por el agua de la revista *Health and Efficiency*, con sus arrugadas portadas en blanco y negro llenas de rubias y pelotas de playa, y al parecer incluidas en aquel tesoro ante la insistencia de Bill y Reggie Bowler; los tres cigarrillos restantes de un paquete de diez Kensitas muy mal recordado, pues el pomposo

mayordomo del emblema alzaba su mano enguatada para taparse la nariz junto a las palabras *Sea Stink* —es decir, «hedor marino»— donde debería figurar el logotipo; una caja de cerillas con la efigie del Capitán Webb, célebre por atravesar a nado el canal de la Mancha; y, finalmente, la vela, cuya cera derretida la fijaba a un platillo agrietado y que constituía la única fuente de iluminación de la guarida subterránea, a menos que uno contara el verdoso resplandor submarino que se filtraba por el embarrado parabrisas de la pared oeste.

Cuando se sentaron en círculo sobre aquel reborde estrecho y envolvente, la luz de la vela titiló sobre sus caras alegres, y las piernas de Michael Warren se revelaron como las únicas demasiado cortas para tocar el suelo. Sus zapatillas se balanceaban adelante y atrás a escasos centímetros de la alfombra mohosa que ocultaba la mayor parte del suelo negro y pisoteado. Parecía tan pequeño que Phyllis sintió una oleada de ternura por él, y al hablarle lo hizo con una sonrisa tranquilizadora.

—Bueno, ¿qué opinas ahora?

Ni siquiera esperó a oír la respuesta, pues no tenía duda de que opinaría lo mismo que habría opinado cualquiera. Aquella era la mejor guarida de Humánima, y ella lo sabía. El crío estaba alucinando, caramba, y eso que ni siquiera le habían mostrado el detalle más impactante del lugar. La niña prosiguió con su perorata entusiasta y confusa.

—No esera poca cosa pa una banda de críos, ¿eh? O sea, pa haberlo hecho nosotros. Bien, ahora llamo al orden a esta sesión de la Banda de los Muertos Muertos pa poder decidir qué hacemos contigo. Reconozco que eres un misterio que necesita resolverse, porque eso de alternar con diablos, desatar grescas entre albañiles y revivir el viernes es una locura. Tienes suerte de haber caío en nuestras manos. Tanto aquí Arriba como Abajo, somos los mejores detectives de los Boroughs.

Marjorie la Ahogada soltó un asombrado «¿Ah, sí?» que Phyllis se limitó a ignorar.

—En fin, lo primero que hay que determinar es quién eseras. No tu nombre, que eso ya nos lo has dicho, sino quién es tu gente y de dónde vienes. Y no me refiero a St. Andrew's Road, sino a to lo que vino antes. To lo que pasa en el mundo, tos los que nacemos en él, somos parte de un patrón; un patrón que se remonta a mucho antes de que estuviésemos aquí y que se prolongará mucho después de que nos hayamos ido. Si quieres descubrir de lo que va la vida, tienes que observar ese patrón claramente, y eso requiere ver los giros y pliegues del pasao que han hecho que tu patrón sea el que es. Hay que seguir sus trazos hacia atrás, ¿entiendes? Eso implica años, y a veces incluso siglos. Puede que tengamos que viajar mucho antes de averiguar quién eseras.

El mocoso se desanimó en el acto.

—¿Tendremos que caminar por la galería a lo largo de los años? Pero si los días ya abarcan de por sí kilómetros y kilómetros…

Sentada a su lado en la repisa de tierra compacta, Marjorie la Ahogada se giró para consolarlo. La oscilante luz de la vela empañó el cristal de sus nada favorecedoras gafas de la sanidad pública, y su mirada seria y saltona se perdió en el acuoso reflejo de la llama.

—Eso no serviría de mucho. Aquí arriba, en el segundo Borough, el mundo no es como abajo. Esto es una especie de versión ensoñada de cómo solían ser las cosas, así que podríamos recorrer los Áticos hasta el final y no llegar a averiguar nada de valor. Solo pensamientos y ocurrencias sin relación alguna con la vida real de nadie.

Mientras rumiaba aquello, los engranajes mentales del niño resultaron casi audibles.

—¿Y no podríamos visitar todos esos enormes agujeros cuadrados y observar lo que realmente pasaraba en todos ellos?

Al inclinarse hacia adelante para meter baza, John el Guapo enmarcó sus heroicas facciones en el halo de la candela.

—Lo único que veríamos sería la joyería, las formas

sólidas que la gente deja a su paso al moverse por el tiempo. Si las estudias lo suficiente se puede intuir lo que pasa, pero se tarda una eternidad, y te garantizo que a veces no se saca nada en claro.

El pequeño empezó entonces a devanarse los sesos de tal manera que Phyllis temió que su cabeza rubia se inflara y estallara en pedazos.

—¿Y si bajamos por los agujeros del ático como hice con el diablo? De ese modo, podríamos ver las cosas normalmente.

En ese instante, Phyllis resopló con desdén.

—Claro, porque ver a la gente con las tripas y los huesos por fuera esera de lo más normal, ¿verdad? Además, no tol mundo puede llevarte a sobrevolar Abajo de esa manera. Hacen falta poderes mágicos que solo los demonios y los albañiles tienen. Así que no; si queremos recabar pistas y pruebas sobre el crío, solo hay una forma de hacerlo. Tendremos que usar uno de nuestros pasadizos especiales secretos, uno de los que discurren entre Humánima y lo que hay debajo. Haz tú los honores, Reggie.

Pese a que el larguirucho golfillo victoriano se puso en pie adoptando una postura medio agazapada, su bombín rozó igualmente el techo corrugado del escondite, lo cual, sumado al sobretodo del Ejército de Salvación que ondeaba sobre sus blancas y huesudas rodillas, redundó en una fantástica y extraña figura recortada a la luz de la vela. Tras acuclillarse de un modo muy similar al de una araña saltadora, comenzó a enrollar el mohoso trozo de extremo a extremo. Antaño, la pieza debió de estar decorada con un patrón diamantino en dos tonos de marrón, pero ahora, roída y en penumbra mientras Reggie Bowler la recogía, apenas exhibía un atisbo de ese diseño. En el transcurso de estas labores, Phyllis notó que Michael Warren y los otros miembros de su banda se apartaban poco a poco de ella a lo largo de la repisa negra y dura en la que estaban sentados. Al cabo de unos segundos, se dio cuenta de que era el olor de sus conejos, concentrado en un espacio tan reducido, lo que los estaba ahuyentando, así que zarandeó la cabeza y se

echó al hombro uno de los extremos del collar como haría una actriz airada con una estola de pieles. Que se aguantaran uno o dos minutos más. Muy pronto, estarían en un lugar en el que nadie podría oler nada.

Cuando los retazos de la alfombra quedaron enrollados como un cigarro mojado en el límite de la fosa circular, revelaron la estropeada caoba de la puerta de un armario, hundida en el suelo subyacente y previamente oculta por aquella moqueta podrida.

—Échanos una mano, John.

La solicitud provino de Reggie, que intentaba agarrar la puerta encajada afanando sus sucias uñas sobre la tierra suelta que la bordeaba. Tras incorporarse como pudo bajo aquel techo menudo, John el Guapo hincó la rodilla junto al otro extremo del ajado rectángulo de madera y deslizó los dedos por el resquicio que había entre la puerta y la mugre circundante, justo igual que Reggie. Contaron hasta tres y, con un quejido de esfuerzo simultáneo, elevaron la puerta limpiamente sobre uno de sus cantos.

Fue como encender un televisor en una habitación a oscuras. Un torrente de luz nacarada inundó la angosta guarida y extendió un abanico de haces afilados desde el hoyo andrajoso situado bajo la puerta del armario, antes oculta por la alfombra empapada. Como el novato que era, Michael Warren ahogó un grito. La luminosidad que ascendía hacia los rostros de los niños muertos se diría procedente de una estrella sepultada, y hacía innecesaria la vela. Para no malgastarla, Phyllis la apagó de un pellizco, y a cambio de su dolor se granjeó una segunda piel de cera caliente en el índice y el pulgar. La Banda de los Muertos Muertos y su miembro honorario en pijama descendieron de sus asientos de tierra prensada, se arrodillaron en círculo alrededor de la rutilancia perlada de la abertura y la otearon en silencio.

De un metro de diámetro, el hueco era como una mirilla abierta a un fabuloso reino luminiscente inferior, un detallado paisaje preservado en una caja de música mágica cuya tapa se acabase de abrir. No había colores. Todo

estaba en blanco, en negro, o en uno de los sutiles matices neutros intermedios, que se contaban a docenas.

Lo que contemplaban era la vista cenital de una franja plateada de terreno baldío, un suelo arcilloso e irregular lleno de ranúnculos y adelfillas en vibrante monocromo. Una hierba de hojalata alzaba sus briznas entre una húmeda diseminación de ladrillos grises, y el agua de lluvia acumulada en un tapacubos invertido únicamente reflejaba las agitadas volutas de un humo sombrío y las plomizas nubes superiores. Era justo como si un fotógrafo aficionado hubiera accionado el disparador con la cámara apuntando al suelo, como si hubieran tomado por accidente una instantánea muy detallada, pero azarosamente iluminada, de la nada más absoluta. Aunque a sus ojos fuera tridimensional, ese mundo era tan fotográfico que incluso estaba surcado a lo largo y ancho por estrías en blanco y negro, unas rayas que lo asemejaban a un retrato de bodas que hubiera sido olvidado en el atestado cajón de un aparador. Phyllis sabía, no obstante, que un examen atento las revelaría como las estelas dejadas en su trayectoria por los insectos fantasmales, y que desaparecerían en cuestión de segundos.

Michael Warren inspeccionó aquel paisaje de platino quemado, aquel álbum de fotos que iluminaba desde abajo su barbilla respingona, antes de mirar a Phyllis en busca de respuestas. Apartó sus ojos para observar la película muda que tenía lugar más allá del agujero con forma de manchurrón y, luego, volvió a clavarla en la niña.

—¿Qué esera eso?

Phyllis Painter se recolocó sobre los hombros su sanguinolenta bandolera de pieles de conejo y fue incapaz de reprimir una sonrisa petulante al contestar. En la vastedad de aquel cielo, ¿qué pandilla de micos enjutos podía presumir de un refugio que fuera la mitad de bueno que el de la Banda de los Muertos Muertos?

—Es la juntura fantasma.

Más abajo, la brisa gris propulsó el envoltorio blanco y grasiento de unas frituras hasta hacerlo entrar en escena

por una esquina del hoyo. Sobreexpuesta en sus bordes, la imagen granulada y nostálgica se veló hacia un blanco cegador, y los niños muertos descendieron, uno tras otro, hacia la bicromía cebrada, dálmata, torda de la juntura fantasma; hacia el daguerrotipo decolorado de un mundo recordado que no era sino el entresuelo de la muerte.

EL POZO
ESCARLATA

Por la madriguera de conejo y a través de la puerta del armario: a Michael le resultó el modo más apropiado y oportuno de adentrarse en otro mundo, aunque ni por todos los años de su muerte habría sabido decir por qué. Quizá le recordara escenas similares en viejas historias que le hubieran leído, o tal vez se estuviera acostumbrando a los usos y maneras de ese lugar tan novedoso y singular en el que se había ido a perder.

Tras todo el escándalo y el jaleo de su secuestro a manos del horripilante Sam O'Day, y después de su posterior rescate por parte de los pícaros espectrales de la Banda de los Muertos Muertos, decidió que sería mejor tratar todo aquello como si fuese un sueño. Cierto era que ese sueño estaba prologándose de forma desagradable, como si uno bajara al patio trasero y se topase en la rejilla del desagüe con media docena de pompas de jabón sopladas tres días antes, y a eso se le sumaba que, en el fondo de su corazón, sabía que no era un sueño. No obstante, con tantos colores y rarezas, fingir que soñaba no solo parecía fácil, sino que era preferible a tener que asumir a cada momento su situación actual: que se hallaba muerto en un mugriento aunque acogedor más allá plagado de demonios y niños fantasma, al menos por ahora. Considerarlo todo como una pesadilla o un cuento de hadas era mucho menos desasosegante.

Por supuesto, del dicho al hecho iba un trecho. Notaba lo mucho que debía esforzarse por ignorar todos los detalles que le sugerían que aquello era más que un simple sueño pasado de rosca, como por ejemplo lo real que era la gente. Las personas oníricas, a su juicio, distaban mucho de ser tan

complejas como la gente real, y además no eran ni la mitad de impredecibles; en general, hacían lo que uno esperaba de ellas, y bajo su punto de vista carecían de sustancia. La gente que había conocido en Humánima, en cambio, se diría tan caótica y genuina como sus propios vecinos y familiares. La anciana que lo había salvado del demonio, esa tal señora Gibbs, esa que se llamaba a sí misma «amortajadora», podía ser tan real como su abuela. Más aún, ahora que lo pensaba, era probable que la señora Gibbs fuese, a sus ojos, la más creíble de las dos. En cuanto a la Banda de los Muertos Muertos, sus miembros eran tan reales como una rodilla raspada, y lo mismo pasaba con sus señas especiales, sus atajos o su guarida secreta… con todas las particularidades que los caracterizaban. Aunque aquello acabara siendo un sueño, concluyó que sería bueno quedarse con los críos muertos, que aparentaban saber qué hacer y que, claramente, sabían desenvolverse por la zona.

Eso sí, cruzar la juntura fantasma, cuyo centelleo ascendía desde el suelo de la guarida por aquel agujero del tamaño de una puerta de armario, daba la sensación de ser una suerte de allanamiento. Era como cuando los niños mayores te animaban a hacer algo para que te metieras en problemas. ¿A los fantasmas del lugar no les importaba tener a una panda de gamberros correteando e incordiándolos aun después de muertos?

A una señal de Phyllis empezaron a descender por el resplandeciente rectángulo, y el primero en hacerlo fue el chico apuesto y crecido al que llamaban John. Supuso que debía de ser porque John era el más alto, y por tanto el que podía saltar con mayor agilidad a aquel mundo inferior en blanco y negro. Luego, con los pies ya asentados, estaría en posición de extender los brazos y de ayudar a los miembros más pequeños de la banda a trepar tras él. Lo siguieron el chaval de aire anticuado, con sus pecas y su bombín, y esa chiquilla sensata y con gafas a la que llamaban Marjorie la Ahogada. El niño pelirrojo, que a todas luces tenía pinta de ser el hermano pequeño de Phyllis Painter, fue después, lo cual provocó que Phyllis y él se quedaran rezagados en el

parpadeo catódico del escondite, con ese tono descolorido que surgía de la tierra para infundir un gris metalizado en las chicas de portada del *Health & Efficiency*.[14]

Michael creía que estaba encariñándose de aquella cría muerta muerta tan mandona, sobre todo a raíz de que hubiera regresado a salvarlo del odioso diablo en lugar de abandonarlo, que era lo que esperaba. Para ser niña, era muy apañada, decidió. Sin embargo, pese a los puntos que había ganado en la última hora, y aunque empezaba a habituarse poco a poco al olor de su estola de conejos, veía raro estar a solas con ella en un espacio tan reducido como el de la guarida. Por ello, no se preocupó en exceso cuando Phyllis le dijo que ahora le tocaba a él colarse por el agujero. Francamente, volver a dar una bocanada de aire fresco iba a ser un verdadero alivio, por más que respirar no fuera ya una necesidad tan perentoria como antaño. Permanecer en el escondite con ella era como estar enterrado en un ataúd lleno de comadrejas.

La niña le aconsejó que se pusiera boca abajo y que dejara que ella lo bajase poco a poco hacia atrás, sosteniéndolo fuertemente de sus mangas de tartán para que no se resbalara. A medio camino, y con el tronco aún metido en el refugio, sintió que unas manos fuertes lo sostenían desde abajo. Confió lo suficiente en ellas como para dejar que su cabeza se hundiera bajo el nivel del suelo del escondite, pero no dejó de aferrar con sus manos sudorosas la tierra compacta que bordeaba el agujero.

Fue como zambullirse en el agua. La luz era distinta, y cambiaba la forma en que uno veía las cosas, pues todo era más diáfano y cristalino, pero sin colores. Aquel nuevo piso del más allá también suscitaba otras sensaciones diferentes: era un poco más frío, aunque no creía que esa fuera la descripción precisa. Si el mundo de Arriba parecía inmerso en el recuerdo pegajoso de una calidez estival, allí no había una temperatura discernible. No hacía ni frío ni calor. Reinaba una especie de entumecimiento. Lo mismo pasaba con el olor de las cosas. El horrible hedor de los conejos de Phyllis Painter se desvaneció en el momento en que la nariz

de Michael se hundió bajo el nivel del suelo de la guarida, y entonces descubrió que era incapaz de oler nada. El entorno sobre el que colgaba no tenía mayor aroma que el de un vaso de agua del grifo, e incluso los ruidos de fondo de la juntura fantasma, al alzarse a su alrededor, sonaron como lo haría el viejo gramófono de su abuela metido en una caja de cartón.

El firme agarre de lo que resultaron ser las manos de John ascendió por la cosquillosa cintura de Michael, y lo siguiente que supo fue que se hallaba sobre la hierba color hueso que crecía en aquella tierra de fantasmas. Todo parecía estar dibujado con tinta china o carboncillo y, para su sorpresa, notó que al moverse volvía a dejar un rastro tras de sí, aunque ya no era el elegante penacho de tartán vino tinto producido durante su vuelo con el diablo. Las imágenes evanescentes que dejaba ahora en su estela se asemejaban al plumaje suave y gris de las palomas. Tras parpadear, inspeccionó el extraño lugar en el que se encontraba e intentó determinar si le gustaba. Los dientes de león incoloros, caviló, eran muy inquietantes, mientras que las avispas blancas, con rayas que evocaban los caramelos de dos colores, le revolvían un poco el estómago.

Entre tanto, Phyllis Painter procuraba mantener extendida su falda azul marino, ahora solo negra, para que John la bajara desde la guarida hasta el empinado erial en el que la esperaban los demás, todo ello desviando la mirada con gesto caballeroso. En su descenso, Phyllis arrastró un pico de la ajada alfombra para colocarla sobre la abertura superior, presumiblemente porque la puerta del armario era demasiado pesada como para que una sola persona la moviera. Dado que el revés de la alfombra poseía de por sí un tono mugriento e indistinguible, la entrada al escondite quedó perfectamente camuflada en mitad de ese cielo nublado de los Boroughs sobre el que aparentaba estar suspendida: un agujero irregular recortado en el aire a unos palmos de la hierba rala y el terreno desnivelado. Mientras John ayudaba a Phyllis a tocar suelo, el crío siguió inspeccionando el alarmante reino de color

periódico que lo rodeaba.

Michael y los otros niños parecían estar en el mismo punto que la guarida de la Banda de los Muertos Muertos ocupaba en Humánima, pero la versión que admiraba ahora era muy distinta del mundo ensoñado y colorido que acababan de dejar, y no solo por el blanco y negro omnipresente, el sonido amortiguado o la ausencia de olor. Lo más chocante era la disparidad del ambiente. Hacía casi imposible mantener la ficción de estar soñando, pues no se asemejaba en nada a un sueño. El paisaje que se extendía ante él por la colina resultaba demasiado triste e inhóspito como para no ser real.

Las viviendas edificadas entre Monk's Pond Street y Lower Harding Street se habían esfumado. Nada quedaba de los nostálgicos y rutilantes recuerdos urbanos que habían atravesado en su ascenso por Spring Lane, y tampoco de las casas medio derruidas que habían tenido que sortear en el patio comunal abandonado que ocultaba la guarida de la Banda de los Muertos Muertos. Todo ello, desaparecido, reemplazado por una maleza descuidada y marchita, por arbustos tiznados que sobresalían entre pilas de escombros. Michael ni siquiera podía identificar las líneas tenues que señalaban la ubicación de los antiguos muros y las lindes de separación.

La totalidad de Compton Street, que comenzaba aproximadamente hacia la mitad de aquella pendiente desolada, se había desvanecido por completo. En su lugar, al mirar cuesta abajo, vio una vereda de barro gris y brillante, sin asfaltar, que discurría de izquierda a derecha a través del páramo. Allí donde las relucientes calles de Humánima le habían resultado desconocidas, ahora era capaz de identificar la zona: el lugar tenía el mismo aspecto que cuando Michael estaba vivo. Eran los suburbios de los Boroughs, la explanada arrasada por las bombas, ese paraje al que su hermana Alma iba a jugar y al que solía referirse como «los Ladrillos».

Tuvo la extraña sensación de encontrarse en una fotografía borrosa del año 1959; una vieja imagen arrugada

que estuviera siendo observada por alguien de un siglo ulterior en el que nadie, ni siquiera él mismo, existiría ya. Casi le entraron ganas de llorar solo de pensar en ello, en lo rápido que acababa todo, en el hecho de que las vidas de la gente parecían llegar a su fin al minuto de nacer. Aquel paisaje daltónico descendía hacia el oeste, donde un conjunto de ortigas prácticamente negras crujía y se mecía en lodosas laderas soleadas de un blanco cegador. Inquieto, Michael se giró hacia los miembros de la Banda de los Muertos Muertos, todos ya sobre tierra firme.

A su izquierda estaba Phyllis Painter, acariciándose el mentón mientras pasaba revista a sus tropas como si se creyera Napoleón o algo así. Su manita, alzada sobre el rostro, era un abanico de plumas de avestruz que dejaba en el aire un rastro blanco y gris.

—Mu bien, tropa. Volvemos a Spring Lane y la cruzamos hacia Crispin Street. Amos a darle a nuestro miembro honorario una vuelta por Scarletwell Street hasta su casa en Andrew's Road. John, tú encabezas la marcha y vigilas a los errantes. Bill y Reggie, vosotros hacéis lo mismo en la retaguardia, no sea que un fantasma loco nos ataque desde atrás. Recordad… a muchos de ellos les hemos jugao muchas malas pasás a lo largo de los años, y ahora no les caemos bien. La mayoría son inofensivos, pero si veis a Mary Jane o a Tommy el Mutilagatos, corred como locos. Si nos separásemos, el punto de encuentro sería el Mayorhold, donde estaraban las Obras.

Michael pensó que aquello sonaba mucho más perturbador que el agradable paseo que esperaba. ¿Quiénes serían los errantes?, se preguntó. ¿Y por qué habrían apodado a alguien como «el Mutilagatos»? En cualquier caso, se unió a los otros niños para subir por aquel erial empinado, con sus tonos de carta de ajuste, en dirección a lo que quedaba de Lower Harding Street en 1959. En un tramo particularmente escarpado, intentó agarrar un matojo de correhuela para impulsarse, pero constató que sus dedos atravesaban los pétalos blancos de sus trompetas y las gruesas venas grises de la enredadera como si no solo

tuvieran el color del humo de un cigarrillo, sino también su consistencia. Supuso que, si los hierbajos eran reales y él espectral, tenía sentido, pero, entonces, ¿qué pasaba con el suelo que pisaban? ¿Por qué sus nuevos amigos muertos y él mismo no se hundían hasta llegar a Australia o un sitio similar? Decidió preguntarle a Phyllis, que iba un poco más adelante avanzando a duras penas.

—¿Por qué el suelo es solidiexcepcional si todo lo demás es misteriovaporoso?

Consternado por las nuevas jugarretas de su lengua, hizo una mueca. El efecto parecía acentuarse cuanto más nervioso estaba, así que dedujo que lo más probable era que la charla sobre fantasmas locos y mutilagatos lo hubiera alterado. Phyllis le dedicó una mirada de reproche por encima del hombro de su pálido suéter de lana, cuyo gris exhibía un tono cálido a pesar de que él sabía que en realidad era como un batido de fresa. Una humeante voluta de postimágenes brotaba de su espalda.

—Pero qué preguntas más tontas me haces. Toas las cosas que crecen sobre la tierra, y con ello me refiero no solo a las plantas y a los árboles, sino también a la gente y las casas, permanecen poco tiempo en el lugar. Tras un mes, un año, un siglo, o lo que sea, desaparecen. Su perduración apenas les da la oportunidad de dejar huella en los mundos que nos sobrevuelan. Algunos lugares, como San Pedro o el Santo Sepulcro, se quedan donde están durante eones y cuesta más atravesarlos, porque sus muros se han consolidao con el paso del tiempo. En Sheep Street hay un haya que lleva ahí ochocientos años, así que puedes darte un buen trompazo en la cabeza con ella. Comparao con eso, traspasar los muros de las fábricas o los de las casas de la gente es coser y cantar. Puedes atravesarlos como si estuvieras hecho de humo. Esta cuesta que subimos, en cambio, lleva aquí millones de años, así que incluso a los fantasmas nos resulta sólida. Y, ahora, mantén el pico cerrao hasta que hayamos subío la colina.

Tras uno o dos minutos de ascenso, la banda se reagrupó sobre las agrietadas losetas de piedra de Lower

Harding Street. A Michael le agradó descubrir que todas las casas del final de la calle se conservaban habitadas y en buenas condiciones, y que la suave cuesta de Cooper Street seguía allí, en dirección a Bellbarn y la iglesia de San Andrés. No obstante, el extremo más próximo de la vía, que era donde se había reunido con los demás niños fantasmales, estaba derruido. Sobre ellos, la tapadera de plata pulida que era el sol llameaba en la vastedad de un cielo gris y gélido, aunque Michael caviló que, a ojos de los vivos, bien podía ser azul y veraniego. Aquí y allá, unas nubecitas blancas moteaban el escenario como gotas de peróxido caídas sobre papel secante.

Dejando a su paso un reguero de duplicados evanescentes, la banda de niños fantasma bajó en tromba hacia Spring Lane por ese telediario añejo y agrietado que era la calle. Según las instrucciones recibidas, Reggie lo-que-fuera y el pequeño Bill se colocaron en la retaguardia, mientras que Phyllis y Marjorie la Ahogada, emplazadas en mitad de la fila, se enfrascaron en una alegre charla femenina salpicada de rápidas y furtivas miradas al chaval alto, John, que iba en cabeza ajeno a tales atenciones.

Michael intentó alcanzar a Marjorie y Phyllis para poder hablar con alguien conocido, pero esta última, tras girar la cabeza y agitar su flequillo y su estola de conejos, le dijo que estaban tratando un «asunto privado». Entonces, como aún no sabía qué esperar de las travesuras de Bill o de la pinta de tío duro de Reggie, se apresuró hacia John, que avanzaba con porte heroico al frente de aquel grupo tan variopinto. El miembro más adulto de la Banda de los Muertos Muertos le parecía un muchacho decente y confiable. Cuando el crío en pijama llegó correteando desde atrás para trotar a su vera, lo observó por encima del hombro y le dedicó una sonrisa amistosa.

—Hola, zagal. ¿No te ha dado Phyllis tu posición en la línea? En fin, da igual. Hazme compañía si quieres. Nunca se sabe… quizás aprendamos algo el uno del otro.

Michael tuvo que redoblar el paso para aguantar el ritmo de las largas piernas de John y sus grandes zancadas.

Aquel chico mayor le caía muy bien. Por de pronto, era la primera persona que había conocido allí a la que sus preguntas no parecían molestarle. Así las cosas, decidió poner a prueba esa impresión.

—¿Quiénes eseran esos errantes de los que hablaba Phyllis? ¿Hay fantasmas malos que vienen a por nosotros? ¿Esera eso lo que estarabas vigilando?

John le sonrió para tranquilizarlo.

—No. En realidad, no son fantasmas malos. Solo son personas que, por una u otra razón, no encuentran reposo permanente en el más allá. No les entusiasma volver a recorrer sus vidas, y tampoco ven adecuado ascender a Humánima. Algunos no creen ser lo bastante buenos, y hay otros a los que les agrada la familiaridad de este sitio, aunque todo esté en blanco y negro y no haya olores ni nada.

El apuesto rostro del chaval adoptó ahora una expresión más seria.

—La mayoría son inofensivos, a excepción de un par de ellos. Hay algunos a los que el tiempo que llevan aquí los ha dejado un poco sonados; eso, o ya estaban sonados de antes. Y luego están los que se han aficionado al bebercio fantasma… aguardiente de sombrero de Puck, lo llaman. Esos son los más desagradables a la vista. No pueden mantener la coherencia, así que sus caras y sus formas se mezclan como los trapos de un mercadillo, y siempre están cabreados. El viejo Mutilagatos es uno de ellos, y no está de más decirte que, si un fantasma te arrea una bofetada, vaya si la vas a notar.

Como ejemplo, extendió un dedo y le dio a Michael un suave toque en el hombro izquierdo, y aunque no le dolió, el niño comprobó lo que podía pasar si le golpeaban con más fuerza. Satisfecho con la demostración, el muchacho se sacó los bajos de su camisa fosforescente por encima de la cintura de sus pantalones cortos, se subió la tela y el jersey que vestía, y le mostró la barriga. En el lado derecho, justo debajo de la caja torácica, exhibía una luz tenue y grisácea que parecía palpitar a intervalos bajo su piel, como si

tuviera una farola diminuta parpadeándole en el estómago

—Hace ya un tiempo, mientras le gastábamos una broma, Mary Jane me propinó una patada justo aquí. Estos moratones fantasmales acaban sanando, pero, como te salgan varios a la vez, los daños que podría sufrir tu espíritu no serían fáciles de reparar.

Se alisó la camisa para volver a remetérsela. El gesto dejó alrededor de su cadera un tormentoso remolino de manos y mangas espectrales que se dispersó al cabo del rato.

En la otra acera de Lower Harding Street, una puerta se abrió con un chirrido sordo, y de ella surgieron una mujer de unos cuarenta años con aspecto contrariado y el breve murmullo musical de una radio situada en el interior de la casa. Michael la identificó como una canción americana. Creía que se titulaba *What Did Della Wear*[15] o algo así, pero dejó de oírla en cuanto la señora cerró la puerta para avanzar por los adosados hasta quedar a corta distancia, con sus brazos cruzados en ademán malhumorado y su permanente oscilando como un mirlo en pleno almuerzo. Tras bajar unas pocas casas y llamar a otra puerta del vecindario, una mujer alta y con el pelo corto, rubia o tal vez canosa, la dejó pasar inmediatamente. Ninguna de las dos dejó rastro al moverse, y tampoco repararon en la pandilla de críos que caminaba por el otro lado de la calle.

—Aún están vivas, así que no pueden vernos —le explicó John en tono cómplice—. Se nota porque, al moverse, no dejan la misma estela que nosotros. —Hizo un gesto con la mano para que su rastro se desplegara como una baraja de naipes, como una gama de extremidades adicionales que desapareció al instante—. Si te da la impresión de que alguien que no deja rastro puede verte, lo más probable es que sea una persona que esté dormida y soñando. En la juntura fantasma no hay tantos como Arriba, pero de vez en cuando te topas con un par de extraviados que se han puesto a soñar por aquí en blanco y negro. Suelen llevar camiseta y calzoncillos o ir desnudos. Sin embargo, también te toparás con gente vestida y sin

rastro que puede verte… son esos raros personajes capaces de ver cosas en vida. Si van borrachos o drogados, o si están algo chalados, te vislumbrarán a veces. Chalados o poetas, una de dos. Por lo general, no estarán seguros de haberte visto y apartarán la mirada.

Mientras Michael se esforzaba por mantener el paso y permanecer a su lado, John contempló el pavimento que se tambaleaba bajo sus pies y frunció el ceño, como si hubiese recordado algo que le disgustara.

—Los médiums y los *swamis*[16] son todos unos cantamañanas. Nunca te ven, pero aun así le dicen a tu madre lo plácido y feliz que estás, lo poco que sufriste. Aunque te plantaras allí y le gritaras a tu madre que te estalló una bomba y lo pasaste fatal, ella no te oiría. Y esos malditos impostores, tampoco.

»Hablo con conocimiento de causa. Una vez fui a la sesión de espiritismo de una señora mayor y me presenté en su sala de estar. Lo fingiraba todo, le decía a la gente que sus seres queridos estaban junto a ella, cuando no esera así. Solo estaba yo, yo esera el único fantasma presente, así que fui y me puse delante de ella, ¡y entonces vaya si me vio! Me miró y se echó a llorar. Justo entonces, canceló la sesión y mandó a todo el mundo a casa. Acto seguido, guardó la mesa de espiritismo y se acabó. Jamás volvió a celebrar otra reunión. Creo que esera la única médium genuina que he conocido.

Frente a ellos, la cima de Spring Lane se encontraba cada vez más cerca. La antigua calle, que partía de la cuesta para bajar hacia la derecha, marcaba el punto en el que Lower Harding Street se convertía en Crispin Street. El erial por el que caminaban pasó a estar cercado por una valla de alambre, y más allá divisaron los primeros pisos de un nuevo edificio. Tras la valla, sobre un andamio de tubos de acero, había un letrero enorme cuyas palabras indicaban que todo el terreno cercado era propiedad de un tal Cleaver, y que este señor iba a abrir una fábrica dentro de poco.

John procuró mantenerse en compañía de Michael, e

incluso redujo sus zancadas a propósito para que el niño pudiera seguir su ritmo más fácilmente. De vez en cuando, lo observaba con una leve sonrisa, como si en su fuero interno se divirtiera con algo que, por el momento, prefería guardarse para sí. Al final, volvió a hablar.

—Me han dicho que te llamas Michael Warren. ¿De quién eres hijo, entonces? ¿Cómo se llama tu padre? ¿Walter?

Confundido, Michael se preguntó si el muchacho se estaría burlando de él con bromas demasiado adultas para su corta edad. En cualquier caso, sacudió la cabeza.

—Mi padre se llama Tom.

El rostro de John se iluminó con una expresión incrédula que también fue, a la vez, de alegría y admiración.

—¿Me estás diciendo que eres el hijo de Tommy Warren? ¡Que me aspen! Con lo que tardó en espabilar, creíamos que jamás llegaría a casarse. ¿Y cómo estaraba? ¿Esera feliz? Tras sentar la cabeza y tal, habrá dejado de vivir con su madre en Green Street…

Michael se quedó atónito y lo miró con estupefacción, como si el mozalbete hubiera hecho aparecer de la nada una bandada de loros.

—¿Conociste a mi padre?

El muchacho soltó una carcajada y amagó con darle una patada a una chapa que había en el suelo, pero su pie la traspasó limpiamente.

—Caray, ¡y tanto que sí! Tommy, sus hermanos y yo íbamos juntos a jugar al parque cuando eséramos niños. Es un buen tipo, tu padre. Si finalmente revives, y todos aquí parecen pensar que así eserá, no le des muchos dolores de cabeza, ¿vale? La familia de la que provienes es muy decente, así que no los decepciones.

John hizo una pausa y observó con aire meditabundo la zona cercada por la que estaban pasando. Una lluvia gris se escurría por la malla gris de la valla.

—Como sabrás, tu abuelo… Miento, me refiero al abuelo de tu padre, a tu bisabuelo. Ese viejo tremendo al

que llamaban «Snowy». Tu bisabuelo rechazó una oferta del hombre cuya compañía esera dueña de este edificio. Le ofreció ser socios a partes iguales, y la condición que le puso fue no pisar un pub en una quincena. Por supuesto, Snowy le dijo por dónde podía meterse su puesto de codirector, y ahí acabó el asunto. Snowy Vernall esera un viejo loco, pero, desde luego, también esera poderoso. Por más pobre que serase, tuvo el poder de mandar a paseo toda una fortuna. Así sin más.

Desde el punto de vista de Michael, ese supuesto «poder» no era muy impresionante; no si lo comparaba, por ejemplo, con el de volar o el de convertirse en gigante. Quiso pedir más explicaciones, pero justo entonces llegaron a la esquina de Spring Lane, que se extendía desde allí hacia el depósito de carbón y el lado oeste, y John sugirió que esperasen a los demás. Para pasar el rato, Michael se puso a escudriñar la cuesta.

Aun sin sus colores polvorientos y desvaídos, aquella era la Spring Lane que Michael conocía, la de los meses estivales de 1959, y no la de los recuerdos idealizados de Phyllis Painter y de quienes habían vivido allí hacía tiempo. Para empezar, casi todas las casas de la otra punta de la calle habían sido derruidas. Los edificios que solían ocupar la zona alta habían desaparecido, y eso incluía la vivienda de Phyllis Painter y la tienda de chucherías anexa, ambas demolidas para hacerle sitio al largo tramo de césped que discurría por Crispin Street en paralelo al límite superior de la escuela Spring Lane, a solo unos escalones de piedra de su patio de recreo de cemento. El lugar estaba tranquilo y desierto debido a las vacaciones escolares.

Los hogares de la zona baja, esos que había entre la base y la mitad de la cuesta, entre Scarletwell Terrace y Spring Lane Terrace, respectivamente, también se habían esfumado, así como sus jardines. El patio de recreo inferior de la escuela Spring Lane se extendía ahora desde la vieja fábrica, en donde antaño guardaban el carro de la fiebre, hasta el callejón que discurría tras las casas de St. Andrew’s Road. Aunque el panorama resultaba acogedor y familiar,

Michael se percató de que ahora lo veía con otros ojos, pues era consciente de lo que antes había allí y de cuánto se había perdido. Al contrario de lo que creía, los huecos entre un edificio y otro no eran fruto de la planificación, sino que se asemejaban, más bien, a los vestigios de un gran desastre.

Comprendió por primera vez que vivía en un país que aún no había tenido tiempo de recuperarse de la guerra, aunque tampoco lo atribuyó a que en Northampton hubieran caído muchas bombas alemanas durante el conflicto. Solo daba esa impresión, o una incluso peor. Era curioso. Si no hubiera visto Humánima y el aspecto que tenía Spring Lane en el corazón de su gente, todo aquello no le habría parecido yermo y desolado, sino normal. Sería como si siempre hubiera sido así, con todos sus vacíos y ausencias.

Cuando los demás niños los alcanzaron a John y a él, Phyllis y Marjorie la Ahogada seguían cuchicheando y sonriendo con picardía. Con su maltrecho bombín, Reggie había vuelto a jugar a golpearse los nudillos con Bill, el hermano menor de Phyllis, y ambos se habían retrasado respecto al resto de la Banda de los Muertos Muertos. Allí, el cabello pelirrojo de Bill era igual de rubio que el de Michael, pues la juntura fantasma resultaba tan desvaída como un cuento para colorear al que todavía no se le hubiera pasado el pincel. Al agitar sus manos para golpearse los nudillos, los puños de Bill y Reggie se multiplicaron como los de los monstruos furiosos, o tal vez como los de esos extraños dioses venerados en otros países. Michael se preguntó brevemente si aquella sería la razón de que tantas criaturas legendarias tuvieran cabezas y brazos adicionales, pero, justo entonces, una brillante mariquita gris pasó volando y captó su atención, de modo que la idea cayó en el olvido sin llegar a desarrollarse.

Una vez reagrupados, los pillos espectrales cruzaron Spring Lane y se adentraron en Crispin Street, paralela a la malla de alambre que delimitaba el pelaje blancuzco del césped superior de la escuela. Hasta que Bill y Reggie no

traspasaron la cerca para continuar su pugna sobre aquella hierba pálida y rala, Michael no recordó que ahora poseía la habilidad de atravesar muros y cosas. Se preguntó por qué estarían siguiendo tan estrictamente los límites de la valla, pero lo achacó a la costumbre y decidió no ponerlo a prueba uniéndose a Bill y Reggie. Si evitaba atravesar objetos, podría seguir fingiendo que todo era normal, siempre y cuando ignorara la falta de coloración o la veintena de manos que debía desplegar para hurgarse tranquilamente la nariz.

A medida que se acercaron a la desgastada barrera de metal plateado que franqueaba la puerta superior de la escuela, Michael oteó Crispin Street en dirección a Herbert Street, ubicada entre dos franjas ascendentes de hierba alta y escombros que antaño parecían haber acogido casas. En su rutina cotidiana, cuando Doreen lo paseaba por allí en su carrito, él solía pensar que Herbert Street era una calle andrajosa habitada por gente andrajosa, aunque esa impresión podía deberse al nombre de la calle. Estaba medio convencido de que Herbert Street era la cuna de todos los Herbert,[17] y eso incluía no solo a los Herbert desarrapados o a esos otros Herbert vagos que su papá mencionaba a todas horas, sino también a sus parientes de apelativo triunfador, los Herbert habilidosos. Al igual que su osito de peluche sin ojos, era más que probable que aquella idea la hubiera heredado de su hermana mayor.

Mientras reflexionaba ociosamente sobre familias y procedencias, así como sobre las cosas que le habían dicho acerca de su padre y su bisabuelo, John lo agarró de repente por el cuello de la bata y aplastó su cara contra los adoquines veteados de hierba. Lo hizo con tanta fuerza que, por un segundo, su rostro se hundió bajo la superficie de la calle, lo cual fue de lo más alarmante hasta que descubrió que no era especialmente incómodo, por más que allí no hubiera mucho que ver aparte de gusanos. Al echar la cabeza atrás, captó el final de la frase gritada por el muchacho, que también se había agazapado junto a él sobre el pavimento.

—¡… mundo al suelo! ¡Malone a la diez en punto, sobre Althorp Street! Somos casi tan grises como la calle. Si permanecemos quietos, no podrá vernos desde el cielo.

Aunque temía mover el más mínimo músculo, Michael alzó la cabeza lentamente para escudriñar el firmamento que los sobrevolaba.

Al principio lo confundió con una nube de hollín, un cúmulo de humo industrial a la deriva que se cernía más allá de las chimeneas entre su zona y el Mayorhold, situado colina arriba hacia el este. Se deslizaba sobre los tejados de pizarra como un temporal pequeño aunque feroz, y Michael empezaba a cuestionarse por qué iba nadie a llamar «Malone» a un nubarrón cuando atisbó los dos furiosos terrier que llevaba en brazos.

Era un hombre y, a juzgar por la retahíla de autorretratos que iba dejando a su paso por aquel cielo descolorido, estaba muerto. Vestía botas claveteadas, un traje gastado, un largo abrigo negro y un bombín como el de Reggie, solo que mucho más elegante y de cariz empresarial. El rastro de postimágenes efímeras de su atuendo anodino era el causante de que Michael lo hubiera tomado a primera vista por mera polución, por una condensación aérea de mugre procedente de alguna quema de neumáticos. Sin embargo, cuanto más a fondo lo estudiaba en virtud de la visión mejorada que le había otorgado la muerte, más y más detalles horribles quedaban al descubierto.

Para empezar, estaba la cara del tipo, una máscara blanca suspendida en el convulso vapor negro de su cabeza y su cuerpo. Pálido y con pequeñas arrugas grises allí donde debían estar los ojos, el semblante espectral lucía un afeitado apurado de consistencia casi correosa, propia de un hombre de sesenta años bien conservado y absolutamente inexpresivo. Michael pensó que sus rasgos impasibles resultaban más aterradores que estrafalarios. No parecían capaces de reaccionar ante nada, por más dulce, terrible o súbito que pudiera ser. El color de su pelo quedaba oculto bajo la estela de bombines, pero se adivinaba blanco y

grasiento, como el plumaje de un albatros.

No muy alto, pero de complexión nervuda, el hombre surcaba el cielo en posición erguida, y sus piernas pedaleaban como si fuera montado en una bicicleta invisible o caminando por el aire. Las cabriolas y sacudidas de su abrigo largo dejaban tras él una lengua de vapor alquitranado. Sostenía un perro debajo de cada brazo, uno negro y el otro blanco, como los de la etiqueta del whiskey de su abuela, y en los bolsillos de su chaqueta bullían las cabezas retorcidas de algo que en un principio tomó, despavorido, por serpientes, pero que en realidad eran hurones (un detalle no menos perturbador). La juntura fantasma aislaba y absorbía el eco de cada sonido, pero aun así distinguió la amenaza y el pánico de sus gritos distantes entre los ansiosos ladridos de los terrier.

—¿Quién esera ese? —le susurró Michael a John mientras ambos yacían boca abajo, juntos, sobre las baldosas de Crispin Street. El joven le respondió sin apartar su atenta y poética mirada de la figura humeante que pasaba sobre sus cabezas.

—¿Ese? Es Malone, el exterminador de ratas de los Boroughs. No te equivoques, es un hombre espeluznante. Dicen que uno de sus trucos consiste en atrapar y matar ratas con sus propios dientes, pero yo nunca le he visto hacerlo. En cierta ocasión, Phyllis le robó el bombín y se lo puso a una rata enorme. Solo se veían el sombrero y un rabo que iba coleando calle abajo, todo mientras Malone corría tras él con su cara gris. Estaraba muy cabreado. Amenazó con colgar a Phyllis de su estola de conejos si la pillaba, y por el tono parecía que iba en serio. A juzgar por su trayectoria, diría que acaba de salir del Jolly Smokers. Es el pub del Mayorhold en el que suelen aparecerse para tomar una copa. En cualquier caso, esté borracho o sobrio, lo mejor que puedes hacer es mantenerte alejado de él. Con un poco de suerte estará volviendo a su casa de Little Cross Street, que es donde vivía, así que se habrá ido en un minuto.

Resultó que John tenía razón. Lento como la melaza, el

exterminador muerto avanzó por el cielo ceniciento de los Boroughs en dirección sudoeste, cruzó de Crispin Street a Scarletwell Street atajando por la esquina superior del césped de la escuela, surcó los dúplex y sobrepasó Bath Street hacia la maraña de patios y pasajes que había más allá. El aullido de los sabuesos se desvaneció a medida que el manchurrón que era su amo se tornó en una mota, en una partícula al viento de las que se meten en los ojos, no muy distinta del polvo negro que emanaba la estación de trenes.

Cuando estuvieron seguros de que el hombre no iba a virar en la quietud del aire estival para lanzarles sus perros, la Banda de los Muertos Muertos volvió a ponerse en pie cautelosamente. Bill y Reggie estallaron en risas al evocar el incidente de la rata y el bombín mencionado por John, pero Phyllis adoptó una expresión de gran inquietud y se puso a juguetear nerviosamente con su larga estola de pieles de conejo pútridas. La única que parecía indiferente a la experiencia era Marjorie la Ahogada, quien, tras incorporarse, se sacudió el polvo de la falda con briosa eficiencia y se limpió de sus rodillas rechonchas los restos de tierra espectral. Michael empezaba a creer que aquella niña con gafas era la más estoica de la banda, pues aceptaba sin quejarse todo lo que se cruzaba en sus andares paticortos. Pensó que debía ser la actitud natural en alguien que se había ahogado antes de los siete años. Después de algo así, seguro que uno tendía a relativizar las cosas, aunque fueran exterminadores voladores de ratas.

Era evidente que la aparición de Malone había descentrado a Phyllis, pero, aun así, se las arregló para mantener un tono calmado y autoritario cuando se dirigió a sus tropas.

—Amos. Si queremos descubrir toas las pistas y pruebas que conciernen a la mascota del regimiento, será mejor que lleguemos a Scarletwell antes de que pase alguien más.

Michael se integró en la banda para atravesar Crispin Street. En los huecos cuadrados de las baldosas faltantes

había charcos que brillaban como el vestido espejado de una princesa de pantomima. Mientras arrastraba sus pantuflas para seguir el ritmo de John, fue incapaz de quitarse de la cabeza la reciente aparición de Malone el exterminador.

—¿Cómo volaraba por el aire de esa manera?

La mirada del chico mayor adoptó una expresión tan socarrona que Michael pensó que debía haberse vuelto a equivocar con la pronunciación de las palabras.

—¿A qué te refieres? Malone es un fantasma, y los fantasmas no tienen peso porque carecen de eso que llaman masa. Por tanto, la atracción del mundo tridimensional no existe para ellos. O, al menos, no del todo. Lo mismo nos pasa a nosotros. Mira, dame la mano y salta muy alto, como si estuviéramos en una competición.

Michael obedeció. Para su estupor, John y él describieron en el aire una lenta parábola que, en su cénit, los elevó más allá de la cerca que delimitaba a su derecha el patio de la escuela. Ligeros como dientes de león en flor, volvieron a aterrizar en la calle unos metros más abajo, con sus postimágenes trazando colas de cometa tras ellos. El niño enmudeció de alegría ante aquel novísimo y emocionante descubrimiento, pero, aun así, volvió a andar normalmente junto a John, que ya le había soltado la mano.

—Puedes hacer muchas cosas parecidas. Saltar de un tejado y caer pausadamente para no hacerte daño, o volar como el viejo Malone, aunque hay muchas formas distintas de hacerlo. La mayor parte de la gente levanta los pies del suelo hasta flotar en el aire, y luego se impulsa con el pecho como si quisiera nadar. Otros nadan al estilo perrito como Malone, y algunos se limitan a planear como papeles al viento. No obstante, descubrirás que la inmensa mayoría de los fantasmas no se molesta en volar para ir de un sitio a otro. Para empezar, es condenadamente lento. El aire es tan espeso como la mermelada. Llegas antes andado. O corriendo a la manera especial de los fantasmas: deslizándote a un centímetro del suelo, como en una pista

helada, o mediante eso que llamamos «el trote del conejo», en el que vas a cuatro patas raspando el suelo con los nudillos. Si la gente está de humor, resulta muy gracioso, pero andar es siempre lo más seguro. Tienes tiempo de ver a los errantes antes de que ellos te vean a ti.

Habían llegado al final de Crispin Street, donde esta se cruzaba con Scarletwell Street para dar paso a Upper Cross Street. John insistió en que volvieran a pararse en aquella unión para que el resto los alcanzara, así que Michael se puso a practicar su salto hasta que empezó a alcanzar alturas de varios metros, momento en el que el chaval le pidió amablemente que se detuviera. Desde la esquina en la que se encontraban, Scarletwell Street bajaba hacia St. Andrew's Road a su derecha, mientras que a su izquierda ascendía entre dos filas de adosados en dirección a la agradable senectud del Mayorhold. Michael siempre había considerado que aquel recinto tan familiar era una suerte de plaza mayor exclusiva de la gente de los Boroughs, aunque era consciente de que la auténtica plaza del Mercado se hallaba un poco más al norte de la ciudad.

En mitad de aquella copia de su barrio con colores de damero, y aún vestido con su bata requemada por baba de demonio, el pequeño examinó las desgastadas casas de ladrillo de la cima de Scarletwell Street y reparó, por primera vez, en que todo aquello ya existía desde mucho antes de su nacimiento. John le había dicho que, cuando era niño, solía jugar con su padre en el parque trasero de la iglesia de San Pedro. Nunca antes había considerado que su padre hubiera tenido infancia, aunque ahora entendía, con sorpresa y conmoción, que todo el mundo había sido niño alguna vez. Incluso su abuela May, madre de su padre, había empezado su vida como un bebé diminuto en algún lugar. Y, al igual que ella, también su padre, ese bisabuelo de Michael al que John había mentado, el que se volvió loco y tuvo el poder de no tener dinero. Snowy, ¿no lo había llamado John así? Pues eso… Snowy debió tener antaño, hacía ya mucho tiempo, su misma edad, y él tendría una madre y un padre, y así hasta el infinito, hasta

esa época en la que decían que «vivíamos en los árboles», árboles que él se imaginaba que serían los de Victoria Park. Michael contempló Scarletwell, con sus adosados y pisos modernos a un lado y los patios de recreo de la escuela Spring Lane al otro, y se sintió como si estuviera escudriñando un pozo[18] genuino, uno que caía bajo sus pies a través de madres, y padres, y abuelas, y bisabuelos, a lo largo de días, y años, y siglos, hasta un lugar oscuro y maloliente, húmedo y retumbante, misterioso e insondable.

En cuanto los otros niños muertos se unieron a ellos en la esquina, John y Michael retomaron su descenso por Scarletwell Street. Desde la cima de la pendiente, si uno oteaba las chirriantes vías férreas hacia Victoria Park y Jimmy's End, el panorama era muy parecido al de Humánima, salvo por el hecho de que ahora parecía propio de una vieja película muda, plateado como la piel de un pescado y desprovisto de la colorida calidez de la evocación. Hasta que no meditó acerca del aspecto que habrían tenido las cosas hacía unos pocos años, durante la juventud de sus padres, no comprendió la ingente cantidad de cambios que había atravesado el barrio en ese ínterin.

A juzgar por las descripciones de su madre y su abuela, aquel terreno rectangular, que se extendía de Scarletwell Street a Spring Lane y de St. Andrew's Road a Crispin Street, había sufrido una enorme simplificación. Donde antes se erigía una laberíntica manzana de casas, patios y tiendas, ahora solo existían las clases de la escuela Spring Lane, cobijadas en una hondonada de cemento en la cresta de la pendiente, y una sola hilera de adosados en la base de St. Andrew's Road, esa que Michael habitaba en vida. La superficie intermedia estaba ocupada por patios de recreo hundidos, con la única excepción de una fábrica superviviente situada en Spring Lane. Habían erradicado un centenar de almacenes, cobertizos, pubs, hogares generacionales, callejuelas, rincones íntimos para parejas, retretes exteriores y atajos para faroleros, y todo ello con el fin de alojar aquellos prados grises, aquellos campos de fútbol cuyos bordes blanqueados perduraban como viejas

cicatrices. Aunque sabía que aquello era Scarletwell, un lugar que siempre le había parecido incólume y que acogía sana y salva su propia casa, sintió una punzada repentina al pensar en todos los nombres e historias que habían sido suprimidos para que los niños de la escuela jugaran a las carreras de sacos en los días de gimnasia. En las gentes que ya no estaban, y en la de cosas que podrían contar.

Michael permaneció junto a John en su tranquila bajada por la desvaída reproducción de la colina. No muy atrás, Phyllis y Marjorie la Ahogada volvieron a soltar sus risitas cómplices, así que se preguntó si se estarían burlando de él, una duda que siempre le suscitaban las chicas. O los chicos. En la cola, Bill, el hermano pequeño de Phyllis, departía en tono susurrante con Reggie, el zagal del bombín; se figuró que debía estar contándole al muchacho victoriano un chiste verde y explicándole después las partes que, obviamente, no podía entender. En un momento dado, los escuchó decir: «Bueno, vale, Elsie Tanner no es la protagonista de la chanza. ¿Y si fuera la señora Beeton?». La primera no le sonaba, pero creía que la segunda era cocinera o enfermera, o tal vez asesina. Se esforzó por oír el final de la historia, que parecía situar a Elsie Tanner, o quizás a la señora Beeton, abriéndole la puerta a un joven repartidor tras haber salido desnuda del baño, pero Phyllis Painter se volvió hacia su hermano menor y le dijo que se callara si no quería que le diera un tortazo. Su voz exhibió una tensión que Michael no creía haber notado antes del tropiezo con Malone. Sonaba un poco asustada, pero, teniendo en cuenta las bromas temerarias que Phyllis solía gastarles a los fantasmas, aquello lo dejó un tanto confundido. Así las cosas, decidió preguntarle a John.

—Si a Phyllis le asustan los fantasmas, ¿por qué les toma el pelo? Si desearaba que la dejarasen en paz, quizá deberaría hacer lo propio.

John meneó la cabeza y, por un instante, fue como si tuviera tres. Tras sobrepasar el extremo meridional del césped superior de la escuela, el crío y él se encaminaron hacia los postes de piedra de la puerta principal, ubicada un

poco más abajo.

—Dejar en paz a los fantasmas no encaja con la naturaleza de Phyllis. Lo suyo es el rencor, y lo alberga más allá de la tumba si es necesario. De hecho, cuando Phyllis esera pequeña, lo único que la asustaraba eran los fantasmas. Aunque no estaraviesen allí, la ponían tan nerviosa que prometió vengarse algún día. Juró que, si alguna vez llegaba a convertirse en fantasma, les daría su merecido a todos los demás por asustar a los niños pequeños. Sería tan tremenda que los fantasmas acabarían temiendo a los críos, y no al revés. Debo decir que, hasta ahora, ha hecho un buen trabajo, aunque hay sitios de los Boroughs que no podemos pisar por el riesgo de que la linchen.

John y Michael se aproximaban a la entrada de la escuela, con su barrera de hierro al frente y las puertas cerradas a causa de las vacaciones de verano. En la acera opuesta, la embocadura de Lower Cross Street se abría hacia el sur, a lo largo de los bajos de los dúplex, para cruzar la cuesta de Bath Street en dirección a la iglesia de Doddridge, situada en borrosa lontananza. Por la bocacalle, con un rugido que ascendía hacia su unión con Scarletwell, venía una desconcertante mezcolanza de ruedas y miembros corporales fundidos; algo tan confuso que Michael no supo interpretarlo al principio. Parecía un hombre tocado con un sombrero negro de fieltro y montado en una bicicleta, pero las imágenes que dejaba en su estela presentaban una inversión de sus tonos blancos y negros, como los negativos de una fotografía. Debía ser, pensó, algún célebre —y quizá peligroso— errante. Tiró fuerte de la manga de John y tartamudeó una alerta, pero el chaval alto no manifestó excesiva inquietud ante la aparición. Tras unos instantes, Michael entendió la razón, o al menos creyó entenderla.

El hombre de aspecto hosco y sombrero de fieltro torció a la izquierda en la esquina y se dejó caer por Scarletwell Street a lomos de su bicicleta, una antigualla destartalada que a Michael le pareció del tamaño de un

poni. Cuando el tipo se puso a pedalear cuesta abajo, no dejó rastro alguno tras de sí, lo cual significaba que aún seguía vivo. Sin embargo, el objeto al que el niño había atribuido las peculiarísimas postimágenes en negativo permaneció inmóvil al final de Lower Cross Street.

Resultó ser un hombre de color con el pelo cano, también montado en bicicleta, que al pequeño le era vagamente familiar. ¿Acaso habría visto por ahí recientemente alguna foto del anciano, un dibujo en algún cartel circense, una vidriera con su efigie o algo así? Cuando el negro varió su postura sobre el manillar, Michael percibió un breve barullo de dedos adicionales, así que dedujo que el fantasma era aquel ciclista, y no el otro. Al verlo acercarse por Scarletwell Street la primera vez, su bicicleta fantasma debía estar avanzando superpuesta a la del hombre blanco con sombrero de fieltro, de tal modo que se habían mezclado. Examinada más de cerca, también se dio cuenta de que la bicicleta del negro (que remolcaba un carro de dos ruedas) llevaba neumáticos blancos hechos de cuerda, a diferencia de las gomas oscuras que lucía el vehículo del ciclista vivo. Ahora que lo pensaba, era probable que ese detalle hubiera contribuido a la percepción de que uno de los ciclistas constituía la copia inversa del otro.

Mientras llegaban a la entrada de la escuela, con su barrera metálica desgastada por el roce de los dedos, John inclinó la cabeza y le susurró algo a Michael, que avanzaba a su lado con gran diligencia.

—De esos dos, al que debes temer esera al fulano vivo con sombrero de fieltro que acaba de bajar por la cuesta. Se trata de George Blackwood, dueño de la mitad de las casas de los Boroughs, así como de la mitad de sus mujeres. El tal Blackwood esera una especie de gánster que cobra alquileres y se lleva una tajada de las ganancias de las prostitutas. Paga a un montón de tipos para que le cubran las espaldas. A los de su clase los llamamos «almas del Agujero». Es de esas personas en las que se adivinan los primeros signos de una especie de vacío que se asienta en

los lugares y los pudre.

Michael no tenía ni idea de lo que John le estaba hablando. Se limitó a asentir seriamente —lo cual provocó que sus rizos pálidos florecieran hacia un níveo amento lanudo a causa de la doble exposición— y a dejar que el muchacho desarrollara su explicación.

—Todo el mundo teme a Blackwood. Curiosamente, la única excepción esera tu abuela May. May Warren lo trata igual que al resto, es decir, lo regaña y lo pone firme con un buen rapapolvo y luego le ofrece una taza de té. Al viejo Blackwood le cae bien. Desde luego, la respeta. Y me extrañaría mucho que él y sus damiselas no hubieran necesitado una buena amortajadora a lo largo de los años, ya me entiendes.

Lo cierto era que no, pero se esforzó para que no se le notara. John siguió hablando.

—El tipo de color, por otro lado, es más bueno que el pan. Se llama Charley el Negro, y no encontrarás a nadie tan querido en toda Humánima. El alcalde de Scarletwell, lo llaman. Si te fijas bien, podrás ver que lleva su collar insigne alrededor del cuello.

Michael siguió sus instrucciones, aguzó la vista y observó que el tipo negro portaba, en efecto, una especie de medallón tosco sobre su camisa blanca. A su modo, era un complemento tan memorable como la bufanda de pieles de conejo de Phyllis. Se asemejaba a una tapa de hojalata sujeta por una cadena de váter, pero el metal gris claro estaba tan pulido que resultaba cegador cuando captaba los plateados rayos del sol. El viejo de color miró sin hostilidad alguna a la banda de críos que se aproximaba al cruce, y era obvio que los estaba esperando allí, montado en su pintoresca bicicleta, para poder hablar con ellos. A la manera de esos americanos recios de las películas que echaban por la tele, Michael musitó unas palabras por la comisura de la boca.

—¿Él esera un errante?

John descartó la idea no con un gesto de la mano, sino más bien con una docena de manos grisáceas que se

superpusieron como las páginas de un libro al hojearlo.

—Para nada. Charley el Negro no. Los errantes, en su mayoría, vagan por la juntura fantasma porque no creen que estar en Humánima, en el segundo Borough, vaya a gustarles. He oído que algunos consideran que la juntura fantasma es el purgatorio, pero, aun si lo serase, es la propia gente la que lo elige. Para Charley es diferente. Él es como nosotros: va y viene justo cuando le apetece. Allí Arriba es tan feliz como lo esera aquí abajo, y si ahora está surcando esta capa es porque así lo quiere, justo como nosotros. Más aún, es uno de los pocos fantasmas, junto con la señora Gibbs, a los que Phyllis les muestra respeto, así que, aunque sea por variar, no existen cuentas pendientes entre Charley el Negro y la Banda de los Muertos Muertos.

Se hallaban ya junto a la barrera, en el exterior de las puertas cerradas de la escuela Spring Lane. John levantó la mano y llamó al anciano negro desde el otro lado de la calle. Tuvo que gritar un poco para que su voz superara la atmósfera mortecina de aquel inusual semimundo, en el que ni siquiera el sonido tenía matices.

—¡A las buenas, Charley el Negro! ¿Cómo te va la muerte hoy?

En aquel instante, los otros niños se reunieron con John y Michael en las puertas de la escuela y saludaron igualmente al ciclista fantasma. El negro se echó a reír y sacudió sus tupidos rizos blancos en un borrón fosforescente, como si la visión de los pícaros muertos le suscitase una afable resignación. Propenso al despiste, Michael notó que la hoja suelta de un periódico, arrastrada por el viento, iba dejando tras de sí a lo largo de Scarletwell Street una revista entera de postimágenes. Supuso que debía de ser un periódico fantasma, un despojo fantasma impulsado por el leve fantasma de una brisa, y entonces también creyó sentirla en su cuello desnudo y sus tobillos. Sea como fuere, dejó a un lado todo aquello y volvió a centrarse por completo en el viejo hombre de color, sentado a horcajadas en la acera opuesta sobre su vehículo de aspecto casero.

—La vida eterna me va de perlas, amo John, se lo agradezco. Ando por aquí afanao con las tareas que me corresponden como alcalde de Scarletwell, advirtiendo a los lugareños muertos del mal tiempo que se avecina y diciéndoles que se refugien en sus casas, pero los que más me preocupan ahora son ustedes, pillastres, siempre en líos a toas horas. Señorita Phyllis, no vaya a bromear con los caballeros que beben en el Jolly Smokers. Son pendencieros. Siga mi consejo y manténgase alejá de ellos.

Repasó a los demás niños como si pretendiera contar sus cabezas para asegurarse de que estuvieran todos allí, presentes y dispuestos.

—Saludos pa la señorita Marjorie y el amo Bill, y pa Reggie allí atrás, siempre con su sombrero puesto. ¿Quién es este jovencito al que sin duda lleváis por el mal camino?

Con algo de tardanza, Michael se dio cuenta de que aquel fantasma amable se refería a él. Phyllis habló en su lugar para presentárselo a Charley el Negro.

—Este esera Michael Warren, que según dice se ahogó con un caramelo. Lo encontré en los Áticos del Hálito sin nadie que lo recibiera, así que lo acogí. Desde entonces no ha dao más que problemas. Primero lo raptó un diablo, luego descubrimos que ha provocao una gran trifulca entre albañiles, y ahora resulta que va a resucitar pal viernes. Es un verdadero fastidio, pero la Banda de los Muertos Muertos se ocupa del caso. Lo hemos traío aquí, a su hogar, pa investigar el misterio de su asesinato.

Michael intervino para protestar.

—No esera ningún asesinato. Me atraganté con un caramelo para la tosasfixia.

Phyllis se giró y le clavó la mirada. Desde luego, no le gustaba que la interrumpieran.

—¿Y eso tú cómo lo sabes? Con toas las molestias que causas, lo sorprendente sería dar con alguien que *no* planeara librarse de ti. ¡Si yo fuera tu madre, te hubiera metido los caramelos por el gaznate sin quitarles el envoltorio, o incluso sin sacarlos del paquete! Además, aquí los detectives somos nosotros; tú solo eres el cadáver del

asesinato que intentamos resolver, así que cierra el pico y no te metas en nuestras pesquisas, o te arrestaremos por malgastar el tiempo de la policía e irás al trullo.

Pese a que había muerto aquella mañana, Michael no había nacido ayer, y empezaba a intuir que casi toda la autoridad de Phyllis era pura fachada, pura pretensión. No le echó cuenta y prefirió centrarse en lo que interpretó como una bandada de palomas fantasma que volaba hacia la base de Scarletwell. Cada ave muerta iba dejando en su estela unas huellas de color gris patata, docenas de largas volutas humeantes que se extendían hacia poniente, donde el sol blanqueado caía lentamente sobre el grabado bruñido de las explanadas ferroviarias. Le intrigaba más la idea de que los pájaros y los animales fueran Arriba tras morir que la posibilidad de replicarle a Phyllis, pero, en cualquier caso, Charley el Negro intervino en aquel instante para replicar por él.

—Amos, señorita Phyllis, no chinche al niño de ese modo. ¿Ha dicho usted que ha provocao un gran follón entre albañiles?

El fantasma negro miró a Phyllis muy seriamente. Ella asintió. Una criatura con alas nervadas que bien podía ser un enorme murciélago pasó volando, botando en cortos saltitos por la cuesta y dejando postimágenes tras de sí, y Michael dio un respingo hasta que se dio cuenta de que era el espectro de un paraguas perdido. Satisfecho con que Phyllis no estuviera burlándose de él, Charley el Negro reanudó la charla.

—Entonces debe ser el chico del que he oío hablar. ¿Michael Warren, decís? Por lo que sé, tiene algún papel en esa gran ceremonia crucial que preparan los albañiles, eso que llaman Porthimoth di Norhan. Ese es el motivo de que los jugadores de la mesa se pusieran nerviosos cuando la bola de trillar del niño quedó en una posición de peligro atroz, y así es como dos de ellos acabaron peleándose. Su batalla en el Mayorhold es la causante de la ventolera que se avecina, y de ella estoy advirtiendo a la gente.

Todos los niños fantasmales, excepto Michael,

parecieron preocuparse de repente. Lleno de ansiedad, Reggie se quitó el bombín, como si estuviera en un funeral, y le hizo una pregunta a Charley el Negro con su peculiar acento y su voz gangosa.

—Que Dios nos ampare. ¿No eserá una tormenta fantasma, verdad?

Charley asintió con un grave énfasis.

—Eso me temo, amo Reggie, y ustedes llevan por estos lares más tiempo que yo, así que ya saben lo que pasa cuando soplan los vientos fantasmales. Mi consejo es que se refugien y vuelvan Arriba, o a algún sitio con un clima menos malo. Y procuren cuidar del amo Michael aquí presente, porque si los albañiles se ponen así cuando corre peligro, no quiero ni pensar cómo se tomarían que se lastimara con ustedes.

Un gato negro pasó maullando a su lado, seguido de un calcetín de imágenes medio deshilachado y del tintineante fantasma de una botella de cerveza. Unos cordones entrelazados zumbaron en el aire, pero Michael concluyó que solo eran un par de moscas. Charley el Negro alzó un pie del suelo y lo colocó con decisión en el pedal. Le sorprendió ver que el hombre de color llevaba bloques de madera bajo los zapatos.

—Bueno, aún debo advertir a los muertos de Bellbarn y la iglesia de San Andrés de que hay una tormenta en ciernes, así que no puedo quedarme más tiempo. Protéjanse y cuiden del pequeño. Hay muchas expectativas puestas en él.

Dicho eso, el resuelto fantasma pisó el pedal más elevado y propulsó su bicicleta y su remolque por la subida de Scarletwell Street, todo mientras las evanescentes copias de sus ruedas blancas dejaban atrás una larga cadena de anillos olímpicos. Charley el Negro se alejó en mitad de una ventolera claramente en alza que ahora alborotaba ya el pelo fantasma de todos los presentes. A Michael, aquel viejo de color le resultaba extrañamente heroico, pues tiraba del carro de chatarra, con sus ruedas de cuerda, como si fuera el heraldo oscuro y corvino de la inminente tormenta. Tras

su partida, la Banda de los Muertos Muertos se quedó allí plantada unos segundos, intercambiando miradas ansiosas con los ojos desorbitados. Se vieron sobrevolados por un estampado estático de líneas oscuras y graznadoras —un periquito fantasma, posiblemente—, así como por el sombrero de copa espectral de un sepulturero, con su cinta de color gris columbino ondeando en su estela entre ráfagas de postimágenes. Al final, Phyllis Painter rompió el silencio con un alarido tan temeroso como autoritario.

—¡Una tormenta fantasma! ¡Ya lo habéis oío! ¡Tos a trote de conejo hacia la casa de la esquina!

Con una brusquedad que a Michael lo dejó verdaderamente atónito, Phyllis se puso a cuatro patas y correteó colina abajo con los andares más desconcertantes que jamás hubiera visto. Aprovechando la densidad melosa del aire de la juntura fantasma, la niña era capaz de correr con solo rozar la pendiente: mientras raspaba su superficie con los nudillos, se impulsaba mediante el movimiento circular de sus piernas sin apenas tocar el suelo. Supuso que el nombre de la técnica se debía a que recordaba al trote de un conejo, aunque él la veía semejante al modo de correr de los babuinos, excepto por la larga locomotora de flacuchas piernas rotatorias que la cría parecía ir dejando a modo de rastro fotocopiado. Para su inquietud, Marjorie primero, y Bill y Reggie después, siguieron el ejemplo de Phyllis, se agazaparon y echaron a brincar cuesta abajo a velocidades sorprendentes. Empezaba a preocuparse de que los niños muertos lo hubieran dejado atrás cuando se dio cuenta de que John se había quedado a velar por él, y de que además lo estaba animando a realizar el trote del conejo.

—Venga, si es fácil. Vas a pillarle el tranquillo enseguida. Solo tienes que agacharte, elevar los pies y caminar con las manos.

Michael alzó la cabeza para escudriñar la ventolera. En la cima de Scarletwell, el cielo que se cernía sobre el Mayorhold estaba salpicado por algo que identificó, con una punzada de horror, como detritos fantasmales; un

maremágnum que incluía personas y animales y que avanzaba rápidamente hacia ellos. No necesitó que le insistieran más. Tras ponerse en cuclillas y elevar los pies según las instrucciones recibidas, pronto se vio convertido en una planta rodadora de franela a rayas. Sus manos eran lo único que acariciaba la mugrienta superficie de la calzada, y de esa guisa se precipitó cuesta abajo tras los otros chiquillos, en dirección a la esquina en la que St. Andrew's Road se cruzaba con Scarletwell Street al final de la calle.

John llevaba razón. Aquel método para correr no solo era sencillo, sino que también resultaba tremendamente divertido. Era un modo de viajar de lo más natural: fluir sin esfuerzo alguno por las calles, con las piernas crepitando como una rueda de fuegos artificiales y levantando polvaredas fantasmales en una lluvia de chispas de soldadura. La técnica de desplazamiento le pareció tan intuitiva y sorprendentemente familiar que se preguntó si no tendría un don instintivo. ¿Sería así como caminaban sus parientes antaño, cuando en teoría «vivían en los árboles», quizás en Victoria Park? Desde luego, aquello convirtió su descenso por Scarletwell en una montaña rusa; una en la que los pisos deslucidos y sus balcones curvos trepidaban a un lado, como en un cine, mientras los yermos patios de recreo de la escuela se difuminaban al otro.

Estaba comenzando a disfrutarlo cuando el fantasma de una vieja silla desvencijada le aguó la fiesta al pasar rodando en pleno aire sobre él, seguida de dos monjes fantasma impertérritos, aunque claramente avergonzados, y de un auténtico chaparrón de nidos de pájaro espectrales, hamacas rotas, lápices, colillas, hormigas, libros con mujeres desnudas en portada, azulejos de baño rotos y pastillas fantasmales de jabón, todos ellos acompañados de sus consabidas estelas de postimágenes vaporosas, similares a un enjambre de abejas cabreadas y ardientes. La idea de verse arrollado por aquella marejada de metralla encantada le hizo recordar, a la fuerza, la borrasca fantasmal que arreciaba tras ellos, esa de la que trataban de alejarse.

Decidió pues que más les valía tomarse en serio el trote del conejo, y por ello redobló su esfuerzo y se embaló cuesta abajo hacia los otros niños, reunidos cerca de la esquina inferior de Scarletwell Street.

Mientras aminoraba y daba un traspiés para detenerse junto a ellos —con ceniza, envoltorios de caramelos y zapatillas de lona fantasmales silbándole en el oído—, vio que no estaban congregados en la esquina de St. Andrew's Road, que era donde se hallaban los adosados en los que él había vivido y muerto, sino una o dos puertas más abajo, al lado del largo murete de ladrillos de un patio que pertenecía a la pequeña hilera de casas situada entre la callejuela y la vía principal. Los cabellos y las ropas de los miembros de la banda fenecida oscilaban y se arremolinaban como banderolas grises, y los niños se agarraban de los jerséis para evitar ser arrastrados.

Sobre ellos, entre volteretas de cubos y canotieres, el hollín del más allá formó una nube que ennegreció el cielo, aunque la tarde calma y soleada de los mortales seguía intuyéndose detrás. A través del miasma, Michael distinguió decenas de residentes que habían sido arrancados de la juntura fantasma, todos maldiciendo o gimiendo, forcejeando o resignándose, rendidos e inertes ante la ferocidad del viento espectral que los había empujado desde el Mayorhold por los cielos oscurecidos del lugar, con la estela de sus últimos instantes enarbolada a modo de pancartas publicitarias baratas, demasiado precarias como para costear una impresión a color. Vio a varios monjes cogidos de la mano mientras planeaban en formación, y a una anciana cabreada con uniforme de enfermera local que intentaba detener su desbocado vuelo aferrándose a la antena de televisión de la casa de la esquina. Sus dedos incorpóreos atravesaron la H de metal sin efecto alguno, y entonces se vio impelida por el huracán etéreo hacia la foto sobreexpuesta de la explanada ferroviaria y el descolorido parque en lontananza. De pie frente a Michael, con su estola de conejos podridos convertida en un caos imposible de orejas, colas y ojos repetidos, Phyllis le gritó algo a

través de la acústica mortecina de la juntura fantasma y del ululante soplido del vendaval.

—¡... por la pared! ¡Hay que entrar en la casa de la esquina pa subir y huir del viento!

La furia desatada tras él lo sacudió a intervalos, y deslizó sus pantuflas a cuadros por las baldosas del suelo en dirección a Phyllis. Extendió la mano al azar y se aferró a algo sólido, pero enseguida se dio cuenta de que era el brazo de John, que se había colocado a su espalda para resguardarlo de la espeluznante ventisca. Alto y protector, el chaval evitó que siguiera resbalando, y entonces Michael miró a Phyllis con cara de desconcierto. Detrás pudo ver a Marjorie la Ahogada. Siempre con sus gafas puestas, la niñita rolliza se precipitó hacia el muro que los cobijaba para hundirse en el barniz nacarado de sus ladrillos —o, quizás, atravesarlo— y desaparecer de la vista. Bill, el hermano menor de Phyllis, fue el segundo en traspasar el muro hacia el supuesto patio del otro lado, seguido por el desgarbado y pecoso Reggie, que iba agachado, con el sombrero apretado contra su pecho para que el tifón no se lo llevara. Todavía confuso, Michael interpeló a Phyllis por encima del bramido de la tempestad fantasma.

—Pero esa nudo es la casa de la esquina. Eso es el humedipatio del vecino. La quina extrá cuesta abajo, a tu comportilado.

Phyllis le dirigió una mirada encendida, a medio camino entre el cabreo y el reproche, mientras encaraba la destellante tormenta de espíritus afligidos que volaban hacia ellos por la antigua colina.

—A mi lado es donde estaraba la esquina. Nosotros nos dirigimos a donde estabará dentro de diez o veinte años, y allí, con suerte, podremos refugiarnos de esta tormenta. Tú decides: o atraviesas el muro con nosotros, o te vas volando hacia Vicky Park con estos pobres idiotas. No puedo quedarme aquí a perder el tiempo debatiendo contigo.

Dicho eso, saltó hacia el mosaico de ladrillo gris y se esfumó en el mortero blancuzco de la pared. Aun así, Michael vaciló durante un segundo, hasta que John lo

agarró por la solapa babeada y corroída de su batín para espolearlo contra la solidez de la linde.

—Haz lo que te dice por una vez, hijo de Tommy. Es por tu propio bien.

John lo empujó hacia y a través de la pared. Aunque cerró los ojos de forma instintiva justo antes del impacto esperable, eso no le impidió vislumbrar su aspecto interior, con todos los pequeños cilindros huecos allí donde yacían las hileras perforadas de los ladrillos. Tras emerger al otro lado del muro entre soplidos y jadeos, vio llegar a John calmadamente acto seguido, y entonces descubrió que se encontraba en un patio cerrado, amplio, liso, adoquinado en su mayor parte y más bien expedito, provisto únicamente de un cobertizo, un arriate estrecho y un cordel sostenido por estacas que presentaba varias sábanas tendidas. Las altas paredes de obra, que llevarían allí entre ochenta y cien años, bastaban para contener una fracción del furioso tornado fantasma que azotaba los Boroughs, pero poco más que eso. La mugre y la basura espectral giraba en remolinos frenéticos por las esquinas del jardín, y sus consabidas postimágenes se solidificaban con forma de dónuts debido a la rotación.

Phyllis Painter había empezado a organizar a la Banda de los Muertos Muertos para una acción que a él le resultaba insondable. Situada en el centro del patio, la niña se hallaba encaramada sobre los hombros de Reggie en una suerte de número circense, y este último asía sus tobillos para equilibrarla mientras Marjorie la Ahogada le sostenía el bombín. La aguerrida cría muerta, con su jersey y su bufanda de conejos pútridos, bamboleaba ambos brazos por encima de la cabeza y daba zarpazos en un intento de cavar hacia arriba, hacia la nada, como si fuera un topo sin sentido de la orientación. Al aguzar la vista, Michael notó que el aire que rodeaba sus dedos curvados pareció doblarse y zozobrar. Pudo distinguir unas bandas blancas y negras semejantes a las de las interferencias de la tele, unas tiras relucientes y dinámicas que se aplastaron a un lado ante la ardorosa excavación de la chiquilla fantasma. Por

las palabras previas de Phyllis, alcanzó a intuir que estaba escalando en el tiempo hacia donde la esquina «estabará dentro de diez o veinte años», y supuso que las franjas oscilantes en blanco y negro serían los días y las noches que ella debía socavar, albas de vitela intercaladas entre tinieblas de papel carbón. A medida que apartaba esas capas de cebolla que eran los minutos, las horas y los años, sus manos titilantes se tornaron una anémona de dedos grises. Michael se dio cuenta de que cuanto más conocía a la autoproclamada, hostil y casi siempre mandona líder de la Banda de los Muertos Muertos, más la apreciaba y admiraba. Era alguien con quien se podía contar, alguien con recursos.

En la ventisca del patio, los otros miembros del grupo contemplaban agitadamente cómo se tambaleaba Phyllis sobre los hombros de Reggie, cómo cavaba en pleno aire mientras un torrente huracanado de desperdicios sobrenaturales asolaba y colmaba el rectángulo de cielo que sobrevolaba aquel refugio de ladrillo. Los soportes de tijera de unas anómalas tablas de planchar dejaron un reguero de marcas evanescentes en la luz vespertina; el despliegue de ecos visuales de un juego completo de fichas de dominó se propagó como un manojo de barritas de regaliz moteadas; había millones de astillas de madera fantasma, o de cristal fantasma, y árboles fantasma cuyas raíces expuestas despedían restos de tierra espectral en una tenue lluvia de serpentinas; había animales, y mujeres, y hombres zarandeados, hechos jirones… todos los espíritus desgarrados de Northampton estaban allí, carenándose como un quejoso confeti de siluetas sombrías.

Entre tanto, Bill, el hermano pequeño de Phyllis, pareció descubrir algo en un oscuro resquicio de la mampostería.

—¡Bingo! ¡Aquí hay algunas manzanas locas!

Su voz sonó débil, sofocada por la juntura fantasma y ahogada por el estrepitoso coro de *banshees* de la tormenta. Al escudriñar las uniones que el granujilla de pelo rojizo —ahora ceniciento— había señalado en la pared del patio,

Michael vislumbró dos supuestas florecillas de color gris pizarra que brotaban desde una fisura en el mortero desmenuzado. Al fijarse mejor, pudo constatar, no sin cierto desasosiego, que cada pétalo exhibía la desagradable forma de una pequeña figura cabezuda de grandes ojos negros. Mientras se mantenía en torpe equilibrio sobre los hombros de su camarada, Phyllis lanzó una mirada de cabreo sobre Bill y su hallazgo.

—¡Déjalas en paz, so bobo! Son élficas. Te van a dar dolor de estómago. Hay que dejarlas madurar hasta que sean feéricas. Además, creo que acabo de tocar fondo aquí, así que ya puedes trepar por la espalda de Reggie y venir a ayudarme.

Bill se olvidó de las horrorosas flores grises y obedeció a su hermana a regañadientes, pero a Michael le resultaba difícil apartar los ojos de las cosas que atraían su atención. Desde el lóbrego ángulo del patio, sintió que los bulbos humanoides lo observaban, y notó que, de algún modo desagradable, eran conscientes de sí mismos. Fue incapaz de idear qué tipo de conciencia sería esa, qué turbios pensamientos o deseos vegetales podrían pasar por aquellas cabezas adheridas, y al cabo concluyó que tampoco le entusiasmaba tener que imaginárselo. Con reticencia, ignoró la inquietante fruta de la esquina y procuró concentrarse en la actividad de la Banda de los Muertos Muertos.

Mientras la esencia de un ropero trazaba complejas piruetas en la vorágine salpicada de escombros que arrasaba Scarletwell Street, el joven Bill obedeció las instrucciones de Phyllis, trepó por la espalda de Reggie y dejó tras de sí un humeante reguero de copias similar a la cola de una ardilla. Michael se dio cuenta de que, justo encima de Phyllis, en el punto donde la niña acababa de escarbar la nada con tanto ahínco, había ahora un pegote redondo de negrura sólida ligeramente más ancho que la tapa de un cubo de basura. Tras subirse a los hombros de Reggie, Bill empezó a encaramarse sobre Phyllis, que permaneció allí de pie. Michael se estaba preguntando

cómo podía soportar tal carga aquel pillo victoriano de nariz chata cuando recordó las palabras de John respecto al escaso peso de los fantasmas. Bien pensado, supuso que esa debía ser la causa de que los feroces vientos que discurrían colina abajo desde el Mayorhold hubieran podido arrastrar cosas tan plúmbeas como… —alzó la vista hacia las ráfagas de aquel cielo convulso para inspirarse— como carritos, carretas, camas dobles o atónitos caballos espectrales propulsados boca abajo, todos ellos en un vórtice que surcaba las bruñidas explanadas ferroviarias hacia la fuliginosa blancura del ocaso. Aupado sobre la espalda de su hermana e inmerso en un revoltijo de postimágenes, Bill siguió escalando a través del agujero negro hasta desparecer por completo en mitad del aire.

Sin dejar de mecerse sobre los hombros de Reggie, Phyllis Painter inclinó la cabeza hacia los otros niños muertos y los adoquines de más abajo.

—Marjorie, tú primero y el niño nuevo detrás.

El patio entero retumbó de repente con el ruido aciago de las botellas de leche cuando se parten por el cuello, un sonido quejumbroso que, al mezclarse con el ensordecedor bramido de la borrasca fantasma, tornó las órdenes de Phyllis en algo casi inaudible. Pese a ello, Marjorie la Ahogada apretó el bombín de Reggie entre los dientes, trepó obedientemente por su larguirucho amigo y por Phyllis, y se esfumó a través de la misma abertura negra que había engullido a Bill momentos antes. Ahora le tocaba a Michael.

Tras dirigir una mirada dubitativa a John y percibir el lacónico asentimiento de este, constató que subir era mucho más sencillo de lo que esperaba. Con una ingravidez casi total, auparse con las manos apenas requería esfuerzo, y el único motivo para agarrarse al húmedo abrigo de mercadillo de Reggie era el de no salir flotando hacia la aullante marea de espectros a los que la tempestad sobrenatural había arrastrado por el barrio. Cuando aferró sus manitas al jersey fantasma de Phyllis, pudo observar que la franja negra de más arriba no era completamente

negra, sino solo oscura, como si guiara a un ático sin iluminación. En los bordes del agujero celestial se atisbaba el patrón de líneas blancas y negras que había detectado previamente; unas bandas diurnas y nocturnas que se hallaban comprimidas contra el filo gris, luminoso y rutilante de aquella brecha aérea excavada. Sin embargo, lo más llamativo fue llegar a la cabeza de la niña y ver emerger cuatro manos de la abertura opaca, un torrente de mangas, dedos y uñas sucias que descendió hacia él para atraparlo.

Antes de entender lo que sucedía, aquellas extremidades elevaron las copias de su explosivo y retorcido pataleo más allá del centelleante umbral de la negrura. No tardó en descubrirse en el rellano superior de una casa oscura y desconocida, sentado entre Bill y Marjorie la Ahogada. Desde el hoyo que había frente a ellos en la descolorida alfombra del descansillo, la radiación color peltre de la juntura fantasma se reflejaba en una barandilla de madera y en un papel mural atestado de rosas entrelazadas, e iluminaba desde abajo las caras de los tres niños, arrodillados o sentados en torno al pozo llameante del suelo. La débil voz de Phyllis Painter llegó a través del agujero.

—Ahora subidme a mí. Así podremos ayudar a John y Reggie entre tos.

Siguiendo el ejemplo de Bill y Marjorie la Ahogada, Michael se inclinó sobre el borde del hoyo y escudriñó más allá del resplandor. Abajo, en el patio adoquinado, Phyllis extendió ambos brazos con rostro demandante mientras se equilibraba sobre Reggie. Agachados en aquel rellano nocturno y silencioso, los tres infantes espectrales la agarraron de las muñecas y alzaron su forma liviana hacia la brecha refulgente, los tablones y la alfombra en la que se encontraban acuclillados.

Phyllis examinó entonces la penumbra circundante.

—Maldición, me he pasao cavando. Hemos llegao a la nada. En fin… no importa. Ya veremos lo que hacemos cuando hayamos ayudao a trepar a John y Reggie.

En el patio inferior, John se subió a los hombros del estoico Reggie. Con una facilidad que nunca dejaba de sorprender, los cuatro miembros menores de la banda de muertos lo arrastraron hacia el parqué. Luego, los cinco cogieron al pecoso chaval victoriano, que tuvo que saltar hacia la radiante abertura ante la falta de un andamio humano.

Una vez reunidos en la jaspeada alfombra gris, dedicaron un instante a recobrar el nostálgico recuerdo de su aliento. Colmada a intervalos por los golpes sordos de quien habitara en la planta baja, la vieja oscuridad de aquella casa extraña crujía, crepitaba y resonaba alrededor, así que Phyllis Painter se llevó un dedo a los labios y dirigió una mirada admonitoria a sus camaradas. Cuando habló, lo hizo con un susurro urgente.

—No hagáis ruido. Os he traío a la nada por error, y hay un vigilante viviendo en la esquina. Cubramos el agujero y planeemos nuestros próximos movimientos.

Con el ceño fruncido por la concentración, Phyllis procedió a hundir su repentina multitud de dedos en los bordes relucientes de la abertura. Tras extraer largas hebras de humo color alfombra del perímetro del hoyo, las cardó cuidadosamente sobre la brecha espacial, a través de la cual aún podía verse el recinto cercado de 1959, con su iluminación de película de Laurel y Hardy manando por el rellano y haciendo que el anillo de rostros infantiles se iluminara como un juego de extrañas máscaras teatrales. Abajo, el tifón fantasmal seguía azotando el patio desierto, y lanzaba por el aire una asombrosa profusión de despojos fantasmales multiexpuestos que incluía aparejos de pesca, gatitos mortinatos que sollozaban en una cesta de pícnic, posavasos de cerveza con decoración diversa y el espectro cabreado de un cisne que pasó bajo sus pies en un sibilante torbellino de explosivas escarapelas blancas. Marjorie la Ahogada y John se sumaron a los esfuerzos de Phyllis por extender aquellas fibras llameantes desde el borde de la abertura, así que, en pocos segundos, la luz inferior quedó segmentada en una serie de triángulos y polígonos a causa

de la tupida red de filamentos humeantes que emplearon para taparla. Después, a medida que cubrían estos últimos resquicios dispersos, los delgados haces de brillantez que rutilaban en la oscuridad del rellano se fueron apagando uno tras otro. Al finalizar el proceso, los seis niños se encontraron agazapados sobre un tramo de alfombra cuyo rudimentario patrón floral se extendía ininterrumpidamente, sin rastro alguno de la masa de zarcillos etéreos de hacía unos instantes. A ojos de cualquiera, el túnel que daba a 1959 nunca había existido.

Pese a que la única fuente de luz había sido obliterada por la sustancia compacta de la nueva época en la que se hallaban, Michael descubrió que, en aquella oscuridad implacable, aún podía ver la imponente balaustrada y las caras de sus compañeros con una definición sorprendente, como si la escena estuviera bordada en un refinado hilo plateado sobre terciopelo negro. Dado que los fantasmas solían vagar por las noches, era lógico suponer que la visión nocturna se contara entre sus muchas y singulares habilidades. Phyllis habló entonces en voz baja y conspiradora, con su mueca astuta y su estola de conejos colgantes dibujadas en la negrura por delgadas líneas de oropel.

—Vale. Calculo que habremos subío hasta el nada-cinco o nada-seis. Si quisiéramos, podríamos volver a cavar hasta los años cincuenta, pero no creo que debamos hacerlo aquí, en la casa de la esquina. Este sitio es especial, y abajo hay un habitante al que han apostao al cuidao de las tareas de vigilancia. Recordad lo que pasa con los vigilantes: pueden vernos, y pueden oírnos. Los problemas que son capaces de causarnos son tan tremendos que me castañetean los dientes solo de pensar en ellos.

Como si fueran especialmente dirigidas a él, Phyllis pronunció la mayor parte de estas palabras con los ojos clavados en Michael Warren, así que el crío se sintió obligado a decir algo o, al menos, a susurrarlo.

—¿Por qué cómo esta casesquina esera un sitio-escenario espacio-espacial?

La tormenta fantasma de la que la Banda de los Muertos Muertos acababa de escapar lo había puesto de los nervios, y tal vez fuese la causante de que las sílabas volvieran a jugarle malas pasadas; no obstante, todos parecieron captar el sentido de la pregunta, en particular Phyllis. Tras comentar de pasada que seguía sin hallar sus Lucy-labios, la niña respondió con una versión dramática y murmurante del tono despectivo que la caracterizaba, del que Michael empezaba a creer que ocultaba cierto afecto.

—Es un sitio especial porque hace de bisagra entre el primer y el segundo Borough. Se debe a que esta casa se halla en la esquina inferior izquierda de Scarletwell Street, mientras que las Obras de los albañiles estaraban en la esquina superior derecha, en el emplazamiento del viejo ayuntamiento. En el mundo tetradimensional, la zona está plegá de tal forma que ambas ocupan el mismo espacio. Desde aquí se puede subir a Humánima directamente. Cuando los errantes reúnen el coraje necesario para dejar la juntura fantasma y ascender Arriba, este es el lugar al que suelen acudir.

Al ver la expresión inquisitiva de pura incomprensión que invadió la cara de Michael, la niña dejó escapar un suspiro y se incorporó con una repetitiva profusión de rodillas y calcetines. Los otros miembros de la banda la imitaron obedientemente, lo cual hizo que Michael captara la idea y se irguiera, a su vez, con uno o dos segundos de retraso. En la curiosa tiniebla translúcida del descansillo, Phyllis volvió a dar la impresión de hablarle solo a él. En torno a su boca, los fulgentes trazos de lápiz que marcaban sus supuestos hoyuelos titilaron en la negrura con cada mohín de sus labios susurrantes.

—Bueno, ya que estás aquí, supongo que dará igual que sepas cómo funciona. Si la memoria no me falla, hay una escalera jacobita en el dormitorio del fondo, en paralelo al rellano. Ahora estamos sobre la salita, en donde es muy probable que el vigilante esté sentado viendo la tele, así que no hagas ni el más mínimo ruido y ve de puntillas. Echamos un vistazo, bajamos, y salimos por la

puerta antes de que nos descubran.

Dicho lo cual, la niña fantasma se dio la vuelta y empezó a dirigirse hacia el final del rellano con unos andares cautelosos exageradamente cómicos, similares a los de un gato de dibujos animados. Michael siguió el ejemplo de los otros cuatro miembros de la Banda de los Muertos Muertos, fue tras ella, y echó una ojeada a su alrededor para reconocer el entorno. Desde los peldaños superiores de las escaleras, a su espalda, el pasillo guiaba a una puerta cerrada situada al fondo, que era hacia donde Phyllis caminaba con paso sigiloso. A su derecha había una baranda de madera que se cernía sobre la escalera mortecina, mientras que, a la izquierda, su nueva visión nocturna y espectral pasó ahora a percibir el desvaído patrón del papel mural como una hermosa filigrana dorada de rosas entrelazadas. Delante, Phyll Painter avanzaba de puntillas a la cabeza de una corta columna evanescente de muchas Phyll Painters. Sin romper la marcha, la niña atravesó la puerta cerrada y despareció del mapa, arrastrando su ristra de duplicados como una cola gris. Marjorie la Ahogada fue la siguiente en franquear el panel de madera y esfumarse, y luego fue el turno de Bill y Reggie. Con un suave empujón por parte de John, que iba tras él, Michael se hundió durante una fracción de segundo en un fugaz panorama de vetas retorcidas, y luego emergió en la habitación contigua. La puerta debía de tener pocos años, pues apenas la había sentido al cruzarla.

Al otro lado, la luz tenue que se filtraba por las cortinas teñía la estancia de colores pálidos; unos suavísimos tonos rosas, verdes y violetas que eran los primeros que veía desde que entraran en la juntura fantasma. Solo entonces, turbado ante ese resplandor submarino pictórico en compañía de los otros niños fantasmales, notó lo mucho que había añorado los azules y naranjas al vagar por las calles en blanco y negro de aquel mundo intermedio. Fue como toparse con amigos a los que no hubiera visto en siglos.

Era obvio que Michael y la panda espectral se hallaban

en el dormitorio, uno no muy distinto al de mamá y papá en 1959, salvo por la ausencia de orinal bajo la cama y el hecho de que los muebles y enseres parecían un poco raros. La mesita de noche era preciosa, pero, donde uno esperaría encontrar un despertador de latón emitiendo su reconfortante tictac, solo había una caja plana. Tenía el tamaño aproximado de un libro, y en el frontal negro lucía unos números compuestos por rectas blancas, todos semejantes a los que la gente solía hacer con cerillas para distraerse. Lo que podía leerse allí era «23:15», y los dos puntos intermedios parpadeaban… No. No, ponía «23:16». Debía de haberse confundido. Tras observar aquel mensaje críptico y cavilar un rato sobre su significado, se le ocurrió mirar hacia arriba, hacia el origen del arcoíris pálido que bañaba el cuarto en el que sus amigos muertos y él se habían colado.

En la esquina derecha del techo había una abertura de medio metro cuadrado que tal vez diera a un ático. Irradiaba un color puro y sin diluir, similar al de una pintura moderna y chillona, que arrojaba un eco pálido de matices vívidos sobre los rostros grises y elevados de los niños espectrales reunidos abajo. Justo debajo de este panel radiante había un tramo de escalones tremendamente estrecho que descendía hacia el piso del dormitorio, y tanto la orientación como la poca profundidad de sus peldaños evocaba más una escalera de mano que una de obra. Michael pensó que aquella ventana a otro mundo, junto con su extraño vuelo de travesaños, parecían hechos de un material distinto al de la habitación corriente y moliente en la que estaban situados. Se dirían construidos con materiales fantasmales, y dudaba que fueran visibles a ojos de la gente normal. De pie a su lado, con los angulosos contornos de su cara bañados en haces titilantes de acuosos colores rosa y turquesa, Phyllis le explicó la naturaleza de la trampilla fluorescente con una voz tan susurrante que apenas resultó audible.

—A eso lo llaman puerta curva, y lo que hay debajo esera una escalera jacobita. Da directamente a las Obras, en

Humánima. Por eso hay colores por toas partes. Lleva en esta esquina, o en sus cercanías, desde que el lugar se convirtió en un asentamiento durante la época de los sajones. Constituye una de las entradas principales al segundo Borough, y ese es el motivo de que siempre haya alguien apostado aquí, vigilando y defendiendo la puerta. Quienes cuidan de las esquinas entre un mundo y el otro son los Vernall, un puñado de tipos bastante aterradores. Se parecen a las amortajadoras: son humanos, pero tienen un pie Arriba mucho antes de estirar la pata.

Embelesado con el incandescente portal de Humánima, Michael aventuró un inciso ensoñado.

—La mamá de mi papá se apellidaba Vernall cuatriantes de entremetecasarse.

Fue como si alguien hubiera arrojado una bola de nieve contra la espalda de la rebeca gris de Phyllis. La niña olvidó el silencio que con tanto ahínco había aconsejado y lanzó un chillido de puro asombro.

—¿¡Tu *qué*!? ¡Pos entonces esa es la causa de to este lío! ¡La causa de que vayas a resucitar después de haber muerto! ¡La causa de que los albañiles se hayan peleao, la causa de que el diablo te secuestrara, la causa de que Charley el Negro mencionara el Porthimoth di Norhan y la causa de que tu familia viviraviese cerca de Scarletwell! Son tus ancestros. Lo llevas en la sangre. ¿Por qué no me lo habrabías dicho antes?

Totalmente inmóviles bajo la extraña luz del cuarto, y sumidos en el radiante confeti cromático que caía a su alrededor, los miembros de la Banda de los Muertos Muertos miraron a Phyllis con aire nervioso. Preso de una timidez leve y de origen incierto, John alzó una maraña de mangas de jersey y posó su mano sobre el hombro de la cría.

—No le eches la culpa, Phyll. Si te soy sincero, yo también sabía que su abuela se apellidaba Vernall, pero no se me había ocurrido traerlo a colación. Además, no todos los de la familia sienten esa vocación, ¿verdad? La mayoría son gente normal.

Phyllis lo miró indignada y se preparó para responderle, pero Marjorie la Ahogada, situada junto al tocador, siseó con gran urgencia. Michael advirtió que ni la radiación tintada ni la rechoncha niña espectral de las gafas se reflejaban en el espejo.

—¡Callaos los dos! Me parece que he oído movimiento.

En el tenso y exagerado bisbiseo que siguió al anuncio de Marjorie, todos percibieron el rítmico crujido de los tablones, sin duda indicativo de que alguien estaba cruzando lentamente la estancia inferior. Luego, escucharon el chirrido de una puerta al abrirse y una voz atiplada y aguda, pero aun así escalofriante, que ascendió por las escaleras.

—¿Quién hay ahí arriba? ¡Ay de vosotros, desgraciados, como seáis unos pequeños mamoncetes muertos con la pretensión fantasmal de alborotar mi casa!

Desde el pasillo inferior, unas pisadas lentas y deliberadas comenzaron a avanzar hacia el rellano, y cada zancada llegó acompañada del sonido de un jadeo trabajoso. Envuelto junto a sus nuevos amigos en los colores pastel que emanaban de la abertura superior, Michael carecía de una piel que pudiera ponérsele de gallina o de sangre que se le helara en las venas, pero eso no le impidió sentir un equivalente póstumo de ambas sensaciones, un pellizco enfermizo en la sustancia espectral de su ser. Cada vez más próxima al otro lado de la puerta cerrada del dormitorio, la presencia ultraterrena que se acercaba era ese extraño guardián de las esquinas que le habían mencionado, una criatura de naturaleza no enteramente humana que lograba que los dientes de la gallarda Phyllis Painter se pusieran a castañetear con solo pensar en los apuros que podía provocarles. Aunque estaba acostumbrado a oír la expresión «ay de vosotros, desgraciados» de boca de sus padres, nunca antes la había oído con una entonación que transmitiera tan fielmente su intención: la de infligir un cúmulo de desgracias, un temporal de tribulaciones con un horizonte encapotado. Pensó que era imposible estar más asustado, pero entonces

recordó, tardíamente, que el rellano y las escaleras que estaba surcando aquel vigilante sobrenatural constituían la supuesta ruta de escape de la Banda de los Muertos Muertos. *Ahora* sí que le era imposible estar más asustado.

Los otros niños y Phyllis parecieron darse cuenta del aprieto casi al mismo tiempo que él. A través de aquel reconfortante arcoíris lumínico de tonos sorbete, los ojos de la chiquilla vagaron por el dormitorio en busca de escondites o de algún tipo de salida, hasta que al final se entrecerraron con implacable determinación.

—¡Rápido! ¡Por la pared!

En lugar de molestarse en indicar a qué pared se refería, la autoproclamada jefa de la banda fantasmal dejó que su ejemplo hablara por sí mismo y corrió a toda prisa hacia las cortinas echadas de una ventana opuesta a la puerta del dormitorio, perseguida por un rastro evanescente de niñas y estolas de conejo. Sin vacilar lo más mínimo, Phyllis se lanzó contra las telas colgantes, que ni siquiera temblaron cuando las atravesó para desaparecer del mapa. Michael dio un respingo y recordó que estaban en un primer piso. Al otro lado del muro no había suelo, sino una caída en picado hacia Scarletwell Street. Ya puestos, la cría podría haber saltado desde el tejado. Pero lo más alarmante fue que los demás siguieron sus pasos. Con la intención de precipitarse hacia la pared, la caída y la noche, el pequeño Bill, Reggie y Marjorie la Ahogada cargaron en este orden contra la ventana cortinada o el anodino papel mural que la enmarcaba. Según la tónica habitual, John se quedó rezagado para asegurarle que todo iría bien.

—Vamos, zagal. Que no te asuste la altura. Ya te he dicho que aquí las cosas no caen rápidamente.

Allende la puerta, el crujido de los pasos bajó por el rellano, cada vez más cerca junto con la respiración entrecortada que los acompañaba. Tras llegar a la clara conclusión de que no había tiempo para que Michael se decidiera, John cogió al niño en pijama bajo un brazo y corrió hacia el muro por el que sus amigos acababan de desaparecer. Inmerso en un borroso ciempiés de tartán en

movimiento, Michael creyó oír a su espalda el giro del pomo justo en el instante en que John saltó hacia las cortinas.

Captó un breve destello de lino insustancial y cristal vaporoso antes de que ambos se hundieran cual pétalos incandescentes en la oscuridad veteada de farolas. Tal y como el muchacho había prometido, el descenso fue inusualmente lento, como si estuvieran sumergidos en pegamento. Aunque los otros niños se habían zambullido en la pared y la noche hacía unos cuantos segundos, pudo ver que Marjorie, la última en saltar, no había alcanzado aún el suelo. Cayó hacia Scarletwell Street en una cascada de fotos veladas y arrugadas, y luego sus piernas fornidas se flexionaron en una amalgama de rodillas rechonchas al aterrizar sobre las baldosas de más abajo. Supuso que John y él debían estar dejando el mismo reguero pirotécnico de instantáneas gastadas a medida que se desplomaban por aquellas sombras viscosas, con las largas extremidades del primero ya preparadas para un impacto previsiblemente insignificante.

Al abandonar la neblina coloreada del dormitorio se habían vuelto a sumergir en el paisaje negro, gris y marfileño de la juntura fantasma. Sin embargo, a Michael le daba la impresión de que la luz de las farolas exhibía un matiz enfermizo, distinto de la blanca limpidez eléctrica a la que estaba habituado. John y él se hallaban casi al final de su lánguido trayecto y a punto de rozar la mugrienta pendiente de Scarletwell, en donde sus cuatro amigos aguardaban el descenso de la pareja con ojos nerviosos e impacientes. Cuando las puntas de los ajados zapatos de John tocaron suelo, Michael sintió una leve sacudida, y después se encontró sobre el pavimento en compañía de los otros niños. Un poco aturdido por el frenesí de la fuga, todavía no había tenido ocasión de recomponerse, pero Phyllis Painter no parecía inclinada a concedérsela.

—Amos. Salgamos de aquí por si acaso nos persiguen. Ya habrá tiempo de pensar en ese asunto de los Vernall. Podríamos ir al Mayorhold por los pisos y los callejones.

Así, si el vigilante sale a husmear, no nos verá escapando por Scarletwell Street.

Entonces, agarró al desorientado Michael de una de sus mangas a cuadros y empezó a arrastrarlo por la calle hacia la fábrica de PRESS KNIVES, situada en la curva de Bath Street (y cuyo familiar letrero estaba ausente por algún motivo). Los otros críos espectrales se dispusieron alrededor dejándolos a Phyllis y a él en el centro. Algo no iba bien.

Oteó la calle nocturna en busca del lugar al que se dirigían y, por un breve momento, se sintió perdido. ¿Por qué el final de Scarletwell Street se había vuelto tan ancho de repente? Era como si se hubiera expandido sin límites, y justo empezaba a preguntarse cómo era posible que su vista abarcara el largo y oscuro discurrir de Andrew's Road hasta la estación de trenes cuando se dio cuenta, súbitamente, de que los adosados de la acera contraria a la de su fuga no estaban allí. Lo único que había era una franja de hierba que se extendía entre la calzada y un largo muro desnudo pendiente arriba. Aquel inesperado erial de vegetación, en el que unas cosas semejantes a monstruosas jaulas con ruedas aparecían a intervalos volcadas de costado miserablemente, resultaba un tanto horrible. Amagó con preguntarle a Phyllis qué estaba pasando, pero ella se limitó a espabilarlo con mayor urgencia a lo largo de la calle desierta.

—No es na de lo que debas preocuparte. Date prisa y ven con nosotros… y no mires atrás, porque el vigilante podría asomarse a la ventana y verte la cara.

Esto último sonó como una adenda excesivamente meditada, lo cual quería decir que era mentira o que Phyllis tenía otra razón para no desear que él mirara atrás. Junto con el modo en que los miembros de la Banda de los Muertos Muertos se habían apiñado en torno a él —como si quisieran tapar algo y que no lo viera—, aquel tono mandón lo convenció más que nunca de que algo no iba bien. En plena oleada de pánico, se liberó del firme agarre de la mano de Phyllis y se volvió hacia la casa cercana a la esquina inferior de Scarletwell Street, la misma de la que

acababan de escapar. ¿Qué tipo de espantos debía de haber allí como para que nadie quisiera que los viera?

Solemnemente, Reggie y Marjorie la Ahogada se hicieron a un lado para que Michael pudiera atisbar por el hueco el edificio que habían desocupado. Se erguía en silencio, con una luz débil filtrándose por las cortinas entornadas de la ventana baja. Si uno ignoraba el hecho de que parecía más grande, como si se tratara de dos casas unidas, el único detalle fuera de lo común era que estaba ubicado en un espacio que Michael habría identificado en 1959 como un patio vacío. En aquella residencia no había nada extraño o terrible que saltara a la vista. Lo extraño, anómalo y terrible era todo lo que no era la casa, pues nada más había allí. Todo había desaparecido.

La hilera de adosados que se extendía por St. Andrew's Road entre Spring Lane y Scarletwell, esa en la que vivían Michael, su familia y todos sus vecinos, se había volatilizado. Solo quedaban la valla inferior y los setos de los patios de recreo de la escuela Spring Lane, así como otra franja de hierba yerma antes de llegar a la acera y la calzada de la calle inmediatamente posterior. Salvo por unos cuantos arbolitos, la casa doble de la esquina era lo único que se cernía en aquel sombrío trecho de terreno; un colmillo solitario que permanecía incólume incluso cuando la propia mandíbula se había podrido hasta esfumarse. En mitad de Scarletwell Street, desde su posición entre los otros niños espectrales, Michael pudo distinguir el pequeño prado del otro lado de Andrew's Road, cobijado a los pies de Spencer Bridge. O mejor dicho: lo que pudo distinguir fue el espacio que ocupaba el prado la última vez que lo había visto. Con la excepción de los árboles que lo delimitaban, ahora solo había hileras e hileras de unos camiones gigantescos amontonados en la tiniebla, mucho más grandes que el camión de verduras en el que el vecino de al lado había intentado llevarlo al hospital. Eran tan altos como dos tanques apilados uno encima del otro, o quizá como lo serían los almacenes Woolworth's si fuesen móviles. Espaciadas a lo largo de la vía principal en la

titilante negrura de la distancia, percibió unas siluetas que evocaban las farolas de un sueño; tallos de metal imposiblemente altos en cuya cima florecían dos lámparas oblongas bien diferenciadas. La cualidad demacrada que había intuido antes en el alumbrado se diría concentrada en una aureola insalubre alrededor de aquellas luces, lo cual sugería que debían de ser su origen. Sus haces mortecinos caían sobre los vehículos oníricos, sobre el asfalto reluciente de la calzada vacía y sobre la alfombra susurrante que había brotado entre los tablones perdidos de su hogar natal, de su calle evaporada. Del lugar en el que había vivido. Del lugar en el que había muerto.

Eso era lo que Phyllis y los otros no querían que viera. Excepto por la única vivienda que quedaba incongruentemente en pie, su tierra prometida había sido arrasada. Pese al estancamiento de las corrientes sónicas en la juntura fantasma, los no vivos podrían haber oído su llanto devastado a manzanas de distancia. Colmado por un sentimiento de pérdida eterna, su grito desgarrador quebró de extremo a extremo la noche de aquel mundo fenecido, mientras que la versión viva de los Boroughs siguió durmiendo y soñando a su alrededor, ignorante de las aciagas ruinas de su ignominioso futuro.

PLANILANDIA

El nombre que figuraba hermosamente escrito en los dos únicos títulos que le habían concedido —los dos que conseguía todo el mundo por el mero hecho de asistir— era el de Reginald James Fowler.

Lo llamaban Reggie Bowler desde que la señorita Tibbs tergiversara su apellido al leerlo en la lista de clase durante su primer día de colegio. El sombrero en sí[19] había llegado mucho después, y solo empezó a llevarlo para que encajara con el apelativo. Junto con su enorme y siempre húmedo sobretodo, lo había encontrado entre los desperdicios del enterramiento cercano a la iglesia de Doddridge, lugar en el que dormía desde su duodécimo cumpleaños. Por aquel entonces ya había tenido el sueño en el que la señorita Tibbs sostenía un libro titulado *La Banda de los Muertos Muertos* con la estampación dorada de un golfillo vestido con un sobretodo y un bombín en la portada, pero, para cuando se topó con tales artículos en la vida real, esta premonición estaba ya más que olvidada y ni se le pasaba por la cabeza. Tan solo sintió el regocijo de conseguir ropa gratis: su primer golpe de suerte desde la pérdida de papá y mamá.

Justo en aquel momento intentó animarse pensando que el abrigo y el sombrero eran regalos, persuadiéndose de que su padre había regresado para dejárselos allí, colgados sobre las zarzas, en el hueco de un muro de piedra ya de por sí veteado de verde por la edad. Siendo honesto consigo mismo, sabía que lo más probable era que las prendas pertenecieran a un anciano llamado Mallard que vivía en Long Gardens, cerca de Chalk Lane, y que se había suicidado por una depresión. Lo más seguro era que su hijo, que muy poco después encontró trabajo en un matadero de

Londres, se hubiera deshecho de las viejas ropas del suicida tras hartarse de verlas. Según los cálculos de Reggie, aquello debió acaecer en torno al setenta y uno o setenta y dos, más o menos un año antes de que la congelación acabara finalmente con su vida.

A lo largo de los años, en los Boroughs se había suicidado muchísima gente. El viejo Mallard se le había quedado grabado en la memoria por ser un hombre, pues casi todas las demás eran mujeres. Las mujeres lo pasaban peor, o al menos eso oía decir a sus maridos en los pubs cuando el tema surgía entre pintas de cerveza.

—Algo hay en esas viejas casas —solían opinar por lo general—. A los hombres no nos afecta tanto porque salimos a trabajar, pero las mujeres, en cambio, se quedan dentro soportándolo, así que para ellas no hay escapatoria posible.

A menudo, en sus ratos libres, se preguntaba qué sería ese «algo». Si se trataba de una cosa que estaba «en» las casas, entonces bien podía ser humedad o podredumbre, algún tipo de presencia miasmática que se filtrara por las vigas y los ladrillos y que fuera capaz de infectar a las personas hasta el punto de hacerles desear quitarse la vida, aunque lo cierto es que jamás había oído hablar de su existencia. Además, por la forma en que los adultos hablaban del tema, siempre asintiendo solemnemente sobre sus pintas de cerveza aguada, Reggie tenía la impresión de que se referían a un ser vivo, una criatura que se colaba en las residencias un buen día y que luego se negaba a marcharse. Un ser tan escalofriante y miserable que uno prefería morir a quedarse en casa soportándolo, intentando acometer las tareas domésticas con el bicho sentado en un rincón retorciéndose, chasqueando, mirándote con sus inteligentes ojillos negros. Reggie siempre se imaginaba ese «algo» como una tijereta gigante, por más que una parte de él supiera bastante bien que solo era desesperación pura y dura.

Era el mismo horror solapado que había asediado a su madre, razón por la que le daba vueltas a menudo. La

mujer había tratado de suicidarse tantas veces que su tercer intento incluso le resultó divertido. La primera vez quiso ahogarse en el Nene a su paso por Foot Meadow, pero desistió al ver que el río no podía satisfacerla por no ser lo bastante profundo en ese punto. Luego, saltó desde la ventana del dormitorio de su casa en Gas Street, lo cual redundó en un par de tobillos rotos. A la tercera ocasión, se arrodilló con la cabeza metida en el horno, pero el gas se acabó antes de liquidarla sin que ella tuviera un penique con el que reactivar el contador. Fue el detalle de ser tan pobre como para ni siquiera poder gasearse el que consiguió que su madre terminara riéndose de sus propias desgracias. Tan sorprendidos se quedaron Reggie y su padre al volver a verla reír que se unieron ella, y juntos se carcajearon allí, en aquella cocina congelada, con las ventanas abiertas para disipar el aroma acre y sintético. El que más se rio fue él, pese a que en realidad no entendió la situación y solo lo hizo por imitar a los demás. Aparte, creía que sus risotadas también debieron ser de alivio y gratitud, del convencimiento de haber cerrado un oscuro capítulo de su historia familiar.

Por supuesto, en cierto modo llevaba razón: pocas semanas después de la hilaridad de aquella cocina fría y maloliente, su madre se lanzó de nuevo por la ventana del primer piso, y esta vez se las arregló para lograr su objetivo estampando su cabeza contra los antiguos e indiferentes adoquines de Gas Street. Ciertamente, eso cerró un capítulo de su vida, pero los que habrían de seguir serían aún más oscuros, e incluso peores.

Tras el cuarto y definitivo intento de autodestrucción de su esposa, el padre de Reggie empezó a darse a la bebida, a echarse al coleto las cervezas como si la vida le fuera en ello, y luego se volvió un pendenciero. Sus noches siempre terminaban igual: sangre brotando de narices estampadas contra la pared de un retrete, dientes saltando sobre los desagües de Gas Street como cohetes de hueso en miniatura con una lluvia de chispas rojas detrás, y las inevitables llamadas a la policía. Tras su primer altercado,

le dieron una tunda. Tras el segundo, lo encerraron sin que Reggie supiera siquiera a qué cárcel lo habían mandado. Abandonado, el niño pasó una semana viviendo solo en la casa de Gas Street, comiendo y durmiendo en la enorme cama de sus padres solo por darse el lujo, y no acudió a la puerta cuando el casero se presentó por primera vez. En su segunda visita, sin embargo, el tipo acudió acompañado de un alguacil que se limitó a abrir la puerta de una patada, pero, antes de que se percataran, Reggie huyó hacia el descuidado patio trasero, se encaramó a la tapia inferior y se escabulló por el callejón.

Su siguiente vivienda fue ese páramo conocido como el «enterramiento», frente a la iglesia de Doddridge. Estaba satisfecho con la casita que se construyó allí contra el muro perimetral que dominaba Chalk Lane. Pese a que no era más que una caja de madera contrachapada, se enorgullecía del ingenio desplegado para convertirla en un hogar. Después de ponerla de costado y retirarle los caracoles, le colocó a la abertura una vieja cortina abandonada a modo de puerta. La camufló luego con algunas ramas caídas, justo como pensó que haría un explorador indio, y decidió fabricarse una lanza con la que poder defenderse, pero, tras afilar un palo largo con su oxidada navaja de bolsillo, cayó en la cuenta de que la navaja en sí constituía un arma más apropiada. Por entonces era un poco corto, aunque, en fin… solo tenía once años.

Dicho esto, descubrió que tenía un talento natural para encontrar comida y buscarse la vida, cosas que, dadas las circunstancias, cabía esperar que hubiesen sido un calvario. Rondaba los aledaños de la plaza en las noches de mercado y hallaba frutas y verduras despachurradas entre pajas, envoltorios y cajas vacías. A la hora del cierre, las puertas traseras de las panaderías solían granjearle hogazas no aptas para su venta pero no del todo rancias, y en las de la carnicería conseguía a veces huesos para un buen caldo.

Después de vagar por las calles con la cabeza gacha durante una larga tarde, descubrió la cantidad de suelto que podía llegar a perder la gente, especialmente en las tiendas

grandes. Aparte de lo que recogía, era habitual que mendigara un penique o dos, y una vez incluso le hizo una paja a un viejo vagabundo que le prometió una moneda de tres peniques y que luego incumplió su promesa. Ocurrió en la yerma ribera selvática que había entre Victoria Park y Paddy's Meadow, una espesura solo accesible si se vadeaba la zona inferior de Spencer Bridge y en la que aquel vago con olor a moho había dispuesto una modesta fogata con trozos de cartón, madera y dobladillos de alfombra recortados. Aún recordaba con escalofríos el chisporroteo que emitió el esperma de aquel fulano bigotudo al trazar un viscoso arco líquido para precipitarse sobre las llamas amarillas, y todo para no sacarle nada, ni un mísero cuarto.

Aun así, pese a tales decepciones, logró sobrevivir. Ni carecía de suerte ni era débil de cuerpo o espíritu. No fue la falta de sustento lo que lo mató, sino el invierno inglés, algo que no podía evitar por más fuerte, listo o hábil que fuera. Cuando lo encontraron acurrucado en su caja uno o dos días después, uno de sus párpados seguía congelado y adherido al globo ocular. Así concluyó su vida, aunque ciertamente no su existencia.

A decir verdad, la muerte le sentó mucho mejor que la vida; se sintió como pez en el agua en aquel nuevo medio. Pese a ello, aún recordaba lo sorprendido y perdido que estuvo en las primeras horas tras su deceso. Sucedió un domingo por la mañana. Lo despertó el extraño sonido amortiguado de las campanas de la iglesia, y enseguida lo asaltó la alarmante sensación de no tener frío. Intentó descorrer el trozo de cortina que le servía de puerta, pero entonces pasó algo raro y se halló a gatas fuera de su casa-caja improvisada, con la tela inmóvil e intacta aún colgando del borde de la entrada.

En retrospectiva, el primer detalle que lo descolocó fue que la hierba sobre la que estaba arrodillado era de color gris perla en lugar de verde, aunque la capa de escarcha seguía siendo de un blanco granulado. Al incorporarse y mirar alrededor, vio que todo era blanco y negro y gris, incluido el tenue estampado floral de su cortina, que sabía

que en realidad lucía un azul anodino. Evocarlo ahora le hizo sonreír: el tañido sordo de las campanas y el ubicuo blanco y negro lo llevaron a la alarmante deducción de que se había quedado sordo y daltónico en pleno sueño, como si esas fueran las peores cosas que podían pasarle a uno en una noche de invierno. Solo al percibir las copias de sí mismo que dejaba cada vez que se movía empezó a sospechar la gravedad de la situación; una gravedad que ni unas gafas o una trompetilla podrían remediar.

Por supuesto, después de aquello trató de experimentar el tacto de los objetos, pero se descubrió incapaz. Al intentar retirar la cortina de la entrada de su parco refugio, constató que su mano atravesaba el tejido como si no estuviera allí, y que desaparecía hasta que volvía a sacarla. Así las cosas, concluyó que para ver el interior de la caja tendría que traspasar la tela con su cabeza al igual que lo había hecho con sus dedos.

El chico de la caja daba mucha lástima. Yacía helado en la postura en la que se había dormido: rodillas desnudas elevadas, una mano pegada a su oreja aplanada y cejas blancas escarchadas. Un polvo cristalino brillaba sobre el vello de su mejilla pecosa, y de uno de sus orificios nasales colgaba un carámbano de moco gris. A diferencia de muchos residentes de la juntura fantasma que conocería luego, Reggie identificó su cadáver de inmediato. Por un lado, el niño muerto vestía un abrigo largo y un bombín idénticos a los que él mismo parecía seguir llevando. Por el otro, en la pantorrilla izquierda, sobre los rígidos pliegues del calcetín congelado, lucía su misma marca de nacimiento, una mancha color té con una forma parecida a la de Irlanda. Las comillas que vio saltar por el rabillo del ojo resultaron ser unas pulgas sobrias y pragmáticas en el acto de abandonar a su huésped. Gritó un extraño sonido plano con muy poca reverberación y sacó la cabeza a través de la cortina colgante sin estremecerla lo más mínimo.

Al echarse a llorar, unas gotas de ectoplasma insípido recorrieron su rostro, más como el recuerdo de unas lágrimas que como lágrimas de verdad. Finalmente, cuando

quedó claro que nadie acudiría a consolarlo por mucho que sollozara, se sorbió los mocos sonoramente y se puso en pie, decidido a mostrar coraje. Con la mandíbula prieta y la barbilla alta, marchó lleno de resolución a lo largo del enterramiento en dirección a la iglesia de Doddridge, con el suelo endurecido por la helada pero, aun así, mullido, blando como el musgo bajo su paso insustancial. De su espalda brotaron unas réplicas grises que lo siguieron en fila india sobre aquel páramo de enero, con las figuras postreras desvaneciéndose a medida que otras nuevas surgían en vanguardia.

Dado que era domingo, vio a algunas personas y parejas cruzando las cuestas de los Boroughs para ir a la iglesia, aunque, debido al frío extremo, no eran tantas como otras veces. Mientras franqueaba el enterramiento hacia la vieja iglesia y su creciente feligresía, se percató de que nadie más iba dejando tras de sí un rastro de autorretratos evanescentes. Tuvo un incómodo presentimiento de lo que eso implicaba, pero, pese a ello, interpeló a los fieles dándoles los buenos días. Por error, lo que dijo fue «lutos dioses», aunque no creía que una pronunciación distinta hubiese alterado la respuesta de aquella pía multitud. Abrigados con sus ropas de invierno mientras se encaminaban hacia las gastadas puertas de hierro del edificio, se limitaron a ignorarlo y a intercambiar las cortesías de rigor. Incluso cuando se puso a bailar alrededor en sus narices y a exclamar sus nombres —con una dicción embrollada que hasta a él le sonó rara— no hicieron más que mirar a través de él. Más aún, una niña regordeta que estaba entre ellos llegó a caminar a través de él, lo cual le proporcionó un breve y desagradable panorama de sus venas chorreantes, sus huesos y una materia titilante que pensó que bien podían ser sus sesos. Convencido de su condición por este último incidente, aceptó al fin que aquellas personas no podían verlo ni oírlo, pues aún seguían entre los vivos mientras que él, al parecer, se encontraba ya entre los muertos.

Llevaba un tiempo parado junto a la puerta asimilando

esta amarga verdad cuando oyó unas levísimas vocecitas estridentes sobre su cabeza que le hicieron alzar la vista hacia los aleros de la iglesia de Doddridge.

Desde su muerte, habría oído mil veces la explicación a aquel fenómeno, lo coherente que resultaba con cierta versión especial de la ciencia geométrica, pero por su vida que seguía sin pillarlo. Ni siquiera comprendía la geometría ordinaria, así que aquella nueva variedad estaba destinada a escapársele. Dudaba de que alguna vez pudiera entender de verdad lo que vio al otear las altas instancias de la humilde estructura.

Todos los contrafuertes y elementos que uno esperaría que sobresalieran desde los muros superiores parecían, en su lugar, encajarse hacia dentro, como si estuvieran del revés. En las cavidades y recovecos ficticios causados por dicho efecto había colgadas unas personitas de no más de siete centímetros, todas saludándole frenéticamente y conminándole a subir hacia ellas con sus gorjeantes voces quirópteras.

Por aquellos tiempos, a los doce años, probablemente habría estado casi dispuesto a aceptar que fuesen hadas, pero sus ropajes eran demasiado desaliñados y descuidados, y sus facciones muy feas. Vestidos con gorras en miniatura, anchos pantalones sujetos por tirantes diminutos, delantales y bonetes negros, pululaban arriba y abajo por los pequeñísimos balcones formados por los huecos invertidos. Señalaban, gesticulaban y movían sus labios infinitesimales, y sus caras lucían las mismas verrugas, ojos bizcos y narices porronas presentes en la turba depauperada del mercado. Los abrigos de las mujeres exhibían broches microscópicos, deslustrados y baratos que habían prendido de sus solapas. Los botones de los chalecos masculinos, allí donde no se habían caído, bordeaban lo invisible. No eran las hadas de finos vestidos y orejas puntiagudas de los cuentos, sino más bien gente normal, en toda su sencillez y tosquedad, que de algún modo había encogido hasta alcanzar el tamaño de horribles escarabajos parlantes.

Al observar a aquellos homúnculos risueños con una

mezcla de fascinación y repulsa, notó que ninguno de los dispersos feligreses que convergían sobre la iglesia hacía lo propio. Nadie alzaba la cabeza hacia los extraños salientes cóncavos en los que gesticulaban, silbaban y trinaban aquellos gnomos barriobajeros, y a él se le ocurrió que los vivos no eran capaces de verlos. Concluyó que solo los muertos podían; almas desplazadas que, como la suya, irían dejando un rastro de imágenes grises en lugar de las leves bocanadas de vaho que caracterizaban a los vivos en aquel duro día de enero.

En aquel instante ignoraba la naturaleza de tales criaturas, y tampoco quiso indagarla. Tras ver el interior de la caja, había comenzado a asumir que estaba muerto, pero aun así no parecía estar en el cielo. Según sus exiguas nociones de teología, eso solo dejaba dos lugares con los que identificar aquel reino fantasmal, y ninguno de ellos sonaba halagüeño. Presa del pánico, sorteó —o atravesó— a los absortos vecinos de los Boroughs que acudían a orar y se alejó de allí sin apartar los ojos de las tiznadas apariciones de los aleros, no fuera que aquellos hombres y mujeres con aspecto de rata se abalanzaran de repente por las paredes de la iglesia para caer en tropel sobre él.

Al final giró en redondo, corrió perseguido por un inseparable rastro de postimágenes igualmente aceleradas y bordeó el flanco izquierdo de la iglesia hacia Castle Terrace, donde le aguardaba una visión aún más desconcertante. Se trataba de la vieja puerta situada a media altura en la fachada occidental de la iglesia de Doddridge. En vida solía escamarle y siempre había intentado dilucidar su propósito, pero fue ahora, al doblar la esquina y pararse en seco con todos sus dobles fantasmales apiñados detrás, cuando al fin obtuvo la respuesta, por más que fuera una del todo insondable para él.

Aunque su primer e incomprensible atisbo al Ultraconducto le hacía ahora sonreír, lo cierto era que, tras muchos años, tantos que habían alcanzado un número absurdo e incalculable, seguía sin tener claro qué era o cómo funcionaba. Recordaba el asombro ahogado y el

aturdimiento que sintió al echar atrás la cabeza para recorrer la blanca extensión de sus excelsas pilastras hacia la vítrea superficie inferior de aquel muelle de arquitectura imposible. Más allá del alabastro translúcido de su suelo, unas franjas fosforescentes se movían resueltamente arriba y abajo sobre Castle Terrace y él mismo; una luz fugitiva que caía a través de puntales cincelados hasta tocar, como esa nieve que todos afirmaban que era muy fría, las facciones de su rostro inclinado.

Después de caminar bajo la gloriosa y pasmosa construcción en un trance embobado, acabó llegando al extremo opuesto junto con sus etéreas réplicas trastabillantes. Libre del embrujo paralizante del Ultraconducto, lanzó un hondo gemido de asombro ante la sobrecogedora extrañeza de su situación. Aterrado y sin mirar atrás, se precipitó por Bristol Street con su sombrero espectral encajado en la cabeza y su sobretodo fantasmal rozándole los tobillos desnudos. Desprovisto de rumbo, se adentró en ese eco cetrino de los Boroughs que parecía destinado a ser, por aquel entonces, su nueva y eterna morada; un lugar horrible al que lo habían condenado. Surcó la descolorida cuesta tiznada de Bath Street como una locomotora que arrastrara copias de sí misma en lugar de ténderes y vagones. Y allí abajo, en las pálidas entrañas del barrio, decidió hacer un alto para sentarse en mitad de la calzada y ponderar su coyuntura.

Por supuesto, no tardó en encontrarse con sus primeros errantes: un pequeño grupo de hombres borrachos con una dicción y un aspecto propios de distintas épocas. Lo pusieron al tanto de la naturaleza de la juntura fantasma o, como ellos lo llamaban, del purgatorio. Al igual que otros muchos espectros de los Boroughs, en el fondo eran de lo más sentimentales, y lo acogieron en su seno para instruirle acerca de una amplia variedad de útiles habilidades. Le enseñaron a escarbar las circunstancias acumuladas para cavar a través del tiempo y a rastrear las mejores locas de Bedlam, que eran las que brotaban en grietas demasiado elevadas como para que la gente con pulso pudiera verlas.

Incluso le buscaron el fantasma de un viejo balón de fútbol, aunque conviene señalar que sus primeros chutes se toparon con las limitaciones de dicho deporte en su versión póstuma: por una parte, el bote de la pelota se veía mermado en aquel lugar del mismo modo que la resonancia del sonido. Por la otra, al ser insustancial, el balón fantasma siempre tendía a atravesar las paredes de las casas de los vivos. Tener que rescatarlo constantemente de los bajos de la mesa o la butaca mientras una inadvertida familia cenaba se convirtió rápidamente en un fastidio excesivo.

Reggie le agradecía a aquellos viejos redivivos su amparo y su camaradería, pero, aun así, *a posteriori*, consideraba que no le hicieron mucho bien. Aunque le ayudaron a adaptarse a su nuevo estado, también le inculcaron la creencia de que aquel lóbrego semimundo, aquel purgatorio desvaído e inquietante, era todo cuanto merecía. Adoptó como propia su deprimente y derrotista perspectiva y asumió todas sus afirmaciones. Le dijeron que, si quería, podía volver a revivir su vida, pero su modo de decirlo siempre lo hizo parecer una pésima idea. Por entonces, se sintió inclinado a compartir ese punto de vista, y en cierto modo aún lo hacía. Evocar los intentos de suicidio de su madre no era algo que le entusiasmara, como tampoco la perspectiva de reiterar los ebrios arrebatos de su padre. Idéntico incentivo le suscitaban la masturbación de aquel vagabundo o morir congelado en el interior de un embalaje. Ahora que la veía desde fuera, al fin podía admitir que su existencia había sido una pesadilla y un tormento. Pensar en recorrerla de nuevo, ya fuera mil veces o solo una, le resultaba insoportable.

La descorazonada pandilla de espectros que había tenido por mentores de ultratumba también le aconsejó en contra de ir «Arriba», al lugar al que llamaban «Humánima». Según le explicaron, aquello era para muertos de mejor clase con vidas respetables y despreocupadas, no para despojos como Reggie y sus recientes amigos. La pésima opinión que tenían de sí mismos estaba en consonancia con su titubeante autoestima, y eso le hizo

pensar que él bien podría seguir en su compañía en la actualidad, arrastrándose por tristes callejuelas de la juntura fantasma junto a ellos, escuchando sus quejas y pesares en ese paisaje ensordecido en el que todo sonido y esperanza caía en saco roto. Sería muy probable que aún perteneciera a esa desdichada comunidad, concluyó con aplomo, de no haber sido por la gran tormenta fantasma de 1913.

Fue tan atronadora e inesperada como las trompetas del Juicio Final. En comparación, fue mucho peor que la pequeña borrasca de la que acababa de huir junto a la Banda de los Muertos Muertos en 1959, aunque ambas tenían su causa en el mismo fenómeno: una violenta actividad de las fuerzas sobrenaturales superiores en la zona de Humánima que correspondía al Mayorhold, en donde había un lugar al que llamaban «las Obras». En 1913, esos poderes elevados, ya fueran albañiles o antiguos albañiles reclasificados como demonios, tuvieron una trifulca acerca de algo relacionado, según los rumores, con la guerra que se avecinaba. Sus airados devaneos provocaron un viento de terrible ferocidad que azotó el vecindario fantasma y arrastró hacia Delapré a todos sus colegas fatalistas. Ese era el motivo de que le hubieran entrado escalofríos, por así decirlo, al oír de boca de Black Charley que había una tormenta fantasma en ciernes: Reggie ya se había enfrentado a una con anterioridad.

En aquella ocasión no hubo ninguna advertencia, tan solo una súbita ráfaga de polvo y escombros espectrales que bajó por St. Mary's Street antes de que un cubo de basura fantasmal surgiera de la nada, carenándose, para golpear sus omóplatos y tirarlo de bruces al suelo. En retrospectiva, fue aquello lo que lo salvó. Al caer hacia delante y aplastar su bombín —que, de alguna manera, había aterrizado antes que él—, trató de protegerse instintivamente con ambas manos, pero, al hacerlo, acabó hundiéndose hasta los codos en el suelo de los Boroughs, vetusto y parcialmente sustancial. Luego, sus inquietos dedos incorpóreos, ocultos bajo medio metro de tierra, alcanzaron una raíz lo bastante

vieja como para tener agarre, así que pudo afianzarse con relativa firmeza cuando el grueso de la impetuosa ventolera fantasma llegó instantes después.

El viejo Ralph Peters, un tendero arruinado de mediados del siglo XVIII que guardaba ciertas semejanzas con John Bull,[20] lanzó un gritó de miedo y angustia cuando se vio impelido como una ligerísima pluma hacia la iglesia de San Pedro. Todos intentaron asirse a los árboles y arbustos situados entre el enterramiento en el que Reggie había muerto (y en el que yacía sepultado) y Marefair. Cuando el feroz viento del nordeste propulsó hacia los cielos al pobre y desesperado Ralph, el hombre procuró aferrarse a las ramas superiores de un olmo con la esperanza de frenarse, pero los brotes eran recientes, y las robustas manos del espíritu los atravesaron como si no estuvieran allí. Lo siguiente fue salir disparado, y de culo, hacia el horizonte meridional, todo con la pavorosa velocidad y el funesto sonido de un globo gris que se estuviera desinflando, así como con un rastro de postimágenes espiraladas de su rostro demudado. Fue como ver un centenar de carteles de John Bull emergiendo de una imprenta.

Mientras estaba allí despatarrado, lanzando gritos inaudibles en mitad de la tempestad y agarrando con todas sus fuerzas la raíz enterrada, Reggie observó cómo los demás miembros de su desastrado grupillo —Maxie Mullins, Ron Case, Cadger Plowright y Burton Turner— fueron carenándose uno a uno, más allá de las nubes, a través de chimeneas industriales, verjas de metal oxidado y casas de ladrillo. Oyó el alarido de agonía de Ron Case cuando el encorvado fantasmita, que siempre andaba sorbiéndose los mocos, chocó a toda velocidad contra el chapitel de novecientos años de la iglesia de San Pedro, un edificio lo bastante venerable como para haber adquirido presencia sólida incluso en la juntura fantasma. Según le contaron años después, Ron golpeó la torre de la iglesia y se quedó colgando a su alrededor como un lazo al viento atrapado por un clavo. Luego, el azote del tifón tiró de su

cuerpo insustancial como si fuera una serpentina, y el resultado, acorde a las habladurías, fue que se elongó hasta doblar su altura y adquirir una delgadez tal que era imposible mirarlo sin estremecerse. En cuanto al resto, Reggie no tenía ni la menor idea de dónde habrían acabado: desde aquel aciago día hasta el presente, jamás se había vuelto a topar con aquella amable y desdichada tropa. Por lo que sabía, podían seguir allí arriba entre gimoteos y sollozos, entre giros y cabriolas, mecidos eternamente por las corrientes de aire del planeta.

Así las cosas, se quedó a solas en el ojo del huracán espiritual, boca abajo y hundido hasta los hombros en los estratos de los Boroughs, con sus pies alzados sobre el suelo, pataleando en vano y dejando en el aire embravecido un reguero fotocopiado de botas y calcetines zurcidos más propio de un equipo de fútbol. Según recordaba, se debatió entre seguir aferrado a la raíz del árbol hasta que la tormenta pasara —si es que lo hacía— o dejarse ir para unirse a sus colegas. Estaba a punto de decidirse por esta última opción cuando detectó un hecho singular a menos de un metro de su cara. En la hierba del descampado había unas bandas concéntricas blancas y negras que parecían ondular de manera centrífuga desde un punto central oscuro y reluciente, y de él vio emerger unos gusanos gruesos y cadavéricos que no tardó en identificar como dedos infantiles; unos dedos que escarbaban desde las profundidades de la tierra. Dado que en un momento llegó a contar hasta treinta dígitos, dedujo que el dueño de las manos debía de ser un crío fantasma como él, y eso le suscitó un prudente optimismo.

Al apartar aquellas fluctuantes tiras de regaliz con movimientos similares a los de las patas delanteras de un topo, las manos misteriosas abrieron a gran velocidad un portal lo suficientemente ancho como permitir el paso de miembros mayores. De este modo, con sus brazos hundidos en la tierra, sus mejillas agitándose y sus ojos incrédulos lagrimeando por la fuerza del viento, se encontró con que la cabeza y los hombros de una niña surgieron de repente en

aquel erial a escasos palmos de él. En torno al cuello vestía un collar de pieles de conejo que le conferían el aspecto de alguien que acabara de emerger de un tonel de animales muertos. Cuando su pelo con corte de tazón se arremolinó ante el bramido de la tormenta, los mechones formaron una cortina de postimágenes que veló sus facciones ceñudas con una máscara de vapor opaco. Así fue como conoció a la feroz, deslenguada, valiente e irritante Phyllis Painter.

Sin dejar de insultarlo y de tratarlo como si fuera idiota, Phyllis se las arregló para extender la mano y agarrarlo de una muñeca en cuanto consiguió sacar un brazo. Mientras alguien que luego averiguaría que era Bill la sostenía por los tobillos, la cría logró arrastrar a Reggie y su aplastado sobrero hacia la abertura que había horadado, y entonces los introdujo en la titilante oscuridad translúcida de un túnel que discurría desde San Pedro hasta el Santo Sepulcro, o que al menos solía hacerlo en el siglo XIV, que era desde donde la niña había estado excavando cuando se topó con Reggie. Se precipitaron sobre Bill y cayeron hacia un suelo de tierra compacta salpicado de monedas sajonas y esqueletos de perros normandos, todo ello entre risas y chillidos, como si el nefasto lance hubiera sido de lo más divertido. Tras incontables años de asociación con unos viejos resignados que ni siquiera contaban con la perspectiva de morir, Reggie redescubrió la eufórica sensación de ser un chaval bobo y ajeno a los remordimientos. Finalmente, en la penumbra del siglo XIV, tomaron asiento y dejaron de reírse para estrechar sus manos y hacer las debidas presentaciones.

Desde aquel instante, Bill, Phyllis y él se volvieron casi inseparables: jugaban al escondite celestial, al corre que te pillo fantasmal y a deslizarse por el polvoriento tobogán de las décadas. A medida que se fueron familiarizando, Reggie captó algunos detalles aquí y allá, como que pertenecían a la misma familia o que ambos habían vivido y muerto mucho después que él. Averiguó que Phyllis se apellidaba Painter, que ya era más de lo que sabía de sus otros jóvenes colegas. Asumía que Bill también debía llamarse así, pero

no tenía ni idea de cuáles eran los apellidos de Marjorie la Ahogada o John, miembros que llegaron después de que los Painter y él se conocieran bajo el enterramiento en pleno medievo. Al igual que los niños vivos, los muertos preferían tratarse casi exclusivamente por sus nombres de pila, o eso creía Reggie.

Bill y Phyllis le habían refutado hacía ya mucho tiempo la deprimente filosofía que había adquirido de Maxie Mullins, Cadger Plowright y el resto. Cuando lo llevaron a Humánima, allá arriba en el segundo Borough sobre el reino mortal, la reverberación del sonido y la saturación de los colores le hicieron caer de rodillas, y lo mismo pasó con el olor de la estola de conejos muertos de Phyllis en cuanto se liberó del dominio odorífero de la juntura fantasma al subir. Tras conocer a los desastrados y aun así gloriosos individuos que poblaban mayoritariamente aquel mundo superior, a gente como la señora Gibbs, el viejo SheriffPerrit o Charley el Negro, se vio obligado a reevaluar su propia condición. Resultó que la vida después de la muerte —que, en cierto modo, también transcurría antes y durante la vida— no era ese sitio altanero y despreciativo que Burton Turner y los otros le habían descrito, sino un lugar lleno de horrores y maravillas, el patio de recreo más emocionante que un niño como él pudiera imaginar, y todos sus ilustres residentes, comprendió, no eran sino personas que habían vivido sus vidas y que habían hecho lo que tenían que hacer, justo como el propio Reggie. Concluyó pues que los desanimados espíritus con los que se había tropezado previamente solo estaban condenados al purgatorio a causa de la vergüenza que sentían, de la inmisericorde y pésima opinión que tenían de sí mismos.

Durante los primeros días de su asociación, quizá tras la «Aventura de la vaca fantasma» y justo antes del «Misterio de la ciudad de la nieve», llegó un momento en el que los tres amigos decidieron montar oficialmente una banda. Fue por esa época cuando Reggie recordó el antiguo sueño de la señorita Tibbs y propuso bautizarla como la Banda de los Muertos Muertos, nombre que a todos les hizo

tilín. Llevaban juntos desde entonces, aunque él desconocía cuánto tiempo había pasado desde la fundación de la alegre pandilla o cómo calcular siquiera una cosa así en el plano atemporal de Humánima.

Dado que el tiempo era el que era en el segundo Borough, Reggie estructuraba los hechos recordándolos en el orden en el que los experimentaba, como hacía casi todo el mundo. Tenía entendido que los albañiles y los diablos percibían las cosas de modo distinto, pero eso estaba ligado al tema de la geometría especial, las matemáticas y las dimensiones, por lo que tendía a no profundizar mucho en ello. Acordarse de años y fechas siempre le había dado dolor de cabeza, así que lo mejor que se le ocurrió fue llevar al día una lista mental de hitos en la secuencia correcta. Por ejemplo, al poco de bautizar la banda se embarcaron en lo de la ciudad de la nieve, que los guio a explorar la década de 2050, y justo después se enfrentaron al «Caso de las cinco chimeneas». En su siguiente peripecia —«La Banda de los Muertos Muertos contra la bruja del Nene»— reclutaron a Marjorie la Ahogada, y ocho o nueve aventuras después, durante «El asunto del aeroplano subterráneo», conocieron a John, con su pinta de héroe de revista juvenil. Aunque habían pasado semanas, años, décadas y tal vez siglos desde aquello, Reggie lo veía igual que los niños veían sus vacaciones de verano: como una tarde eterna que solo podía medirse en base a juegos compartidos y amistades forjadas.

Aquel período, con «El acertijo del brazo arrastrado», «El incidente de la delirante camisa negra» y demás, fue en gran medida apacible y feliz. En cambio, la actual misión («El enigma del niño sensiblero») le hacía preguntarse si esa época despreocupada no estaría tocando a su fin, si no le pasaría lo mismo que con sus días junto a los errantes. En primer lugar, estaba el percance con el diablo, el primer demonio verdaderamente famoso con el que se había cruzado desde su llegada a Arriba, y luego venía el tema de que aquel mocoso hubiera desencadenado una trifulca entre Maestros Albañiles. Si le sumaba la alarmante tormenta

fantasma, su última hazaña se estaba convirtiendo en un completo desastre. Antes solía creer que nada podía ser peor que morirse de frío en una caja, y que, en comparación, el resto de la eternidad iba a estar chupado. Sin embargo, aquel asunto de Michael Warren, con sus demonios y sus peligros, le hacía pensar que había sido demasiado optimista. En su fuero interno, opinaba que cuanto antes arrojaran al rubito recién llegado al pozo escarlata y al siglo V, mejor.

Bastaba con ver el escándalo que había montado al girarse y descubrir que su casa y su calle habían desaparecido, pensó con sorna. El dichoso crío acababa de saber que iba a resucitar y allí estaba, con un ataque de histeria a cuenta de unos pocos edificios derruidos. Tendría que saber lo que es morirse de frío en una caja. De hecho, en su opinión, todos esos niños modernos tan melindrosos tendrían que saber lo que era morirse de frío en una caja. Seguro que les vendría muy bien.

Reggie se hallaba de pie junto a sus camaradas y el recién llegado en la intersección de Bath Street con Scarletwell, en algún punto del nada-cinco o el nada-seis del siglo veintipico. Michael Warren seguía gimoteando y señalando la antigua ubicación de su casa, John trataba de consolarlo y Phyllis le decía que no fuera tan bobo. Con desdén, carraspeó un gargajo de ectoplasma y lo escupió en los husillos. Tras ladear el ala del bombín hacia un ángulo que creyó más propio de un tipo duro como él, bajó la vista hacia St. Andrew's Road y la casa solitaria cercana a la esquina, la misma de la que acababan de huir. Para ser justos con el crío sollozante, a él tampoco le hacía mucha gracia haber subido tanto por la escalera de las décadas. Aunque su propio siglo, el XIX, le había dispensado un pésimo trato, a él le resultaba agradable, y la primera mitad del XX era razonablemente presentable si uno dejaba las guerras a un lado. Los períodos temporales posteriores, sin embargo, se volvían muy raros. Este en el que estaban ahora, el XXI, prefería evitarlo desde el episodio de la ciudad de la nieve. Pese a ser un fantasma, aquella época le ponía

la carne de gallina.

Lo peor eran las casas que exhibía el lugar: los pisos. Allí donde Reggie recordaba sinuosas callejuelas abarrotadas de viviendas unifamiliares, ahora solo había bloques enormes y horrorosos, centenares de residencias compactadas en cubos como coches viejos aplastados en el desguace. Por supuesto, adaptarse a esa vida hacía que la gente fuera distinta. En aquellos días, las familias se repartían cual huevos en un cartón, cada una en un compartimento, y las personas no solían relacionarse del mismo modo que cuando sus calles desordenadas y sus vidas desaliñadas se enmarañaban juntas en una única madeja. Era como si la sociedad se hubiera puesto a su nivel, como si ahora la inmensa mayoría de la gente se sintiera satisfecha viviendo y muriendo sola en una caja. Al contemplar distraídamente la solitaria estructura de ladrillo rojo que se cernía sobre la hierba nocturna en el cruce de St. Andrew's Road, notó con estupefacción que allí arriba, en el siglo veintipico, aquella singular reliquia era la única casa genuina que quedaba en los Boroughs. Las demás habían sido sustituidas por moles de hormigón.

Tras él, Michael Warren le reprochaba a Phyllis, entre sollozos y jadeos, el haberlo llevado a aquel terrible lugar. Le decía que no creía que estuviera velando por él en absoluto, que estaba haciendo lo que le daba la gana y que era una egoísta, lo cual, a ojos de Reggie, podía encerrar cierta verdad, aunque tampoco creía que señalárselo a Phyllis fuera a venirle bien al crío. Naturalmente, la jefa de la Banda de los Muertos Muertos se puso a la defensiva de inmediato, y luego reafirmó su autoridad moral echándole en cara sus méritos al pequeño sollozante, a quien le recordó a gritos lo mucho que le había ayudado en los Áticos del Hálito y el gesto de haberlo salvado de las garras del rey diablo. Ignorando el debate, Reggie escupió de nuevo hacia la tiniebla y, al hacerlo, la flema espectral dejó una línea de puntos pálidos en la negrura, una suerte de tira perforada en su parábola hacia el pavimento. Cuando volvió a centrar su atención en la franja desvaída de St.

Andrew’s Road, que se extendía en la oscuridad hacia el norte y Semilong, pudo detenerse a inspeccionar el escaso tráfico rodado que iba y venía bajo las enfermizas luminarias grises de sus ominosas farolas.

Los coches lo asustaron mucho la primera vez que se los encontró mientras jugaba al corre que te pillo fantasmal con Bill y Phyllis en la década de 1930; sin embargo, a medida que se familiarizó con ellos, acabaron por fascinarle. Le gustaba creer que se había convertido en una especie de experto atemporal en vehículos de motor, y les tenía un cariño especial a los de las décadas de 1940 y 1950. Sus favoritos eran los autobuses de dos pisos, sobre todo después de que Phyllis le informara de que, a ojos de los vivos, eran de color rojo brillante. Los transportes de mediados del siglo XX le agradaban mucho por sus formas agradables, sus voluminosos parachoques y sus guardabarros curvos. Además, pensaba que los coches de aquellos años exhibían caras de felicidad: no podía evitar que la disposición de los faros, el escudo del capó y la rejilla del radiador le recordaran a unos ojos, una nariz y una boca.

Los esporádicos coches modernos que rugían en la noche a toda velocidad por St. Andrew’s Road eran menos de su gusto, como casi toda la parafernalia de la época. O lucían el chasis estilizado de un gato malicioso que se abalanzara sobre su presa a través de la maleza, o se asemejaban a un tosco tanque militar al que hubieran pasado de revoluciones para que fuese más rápido. Pero lo peor de todo, en su opinión, eran las gélidas y perversas expresiones de sus frontales, aplastadas bajo la frente de sus capós como el rostro rotundo y sanguinario de un depredador marino. Los faros eran ahora ranuras inescrutables situadas sobre la hosca dentadura del radiador, y el cráneo metálico de su chasis de cuatro ruedas era el de un belicoso bull terrier. En cierta ocasión, le comentó a Phyllis que parecían estar cazando algo en plena oscuridad, y entonces ella sorbió por la nariz y le dijo: «Por estos lares, seguro que cazan chicas».

La bronca entre Phyllis y Michael Warren seguía su curso a espaldas de Reggie y su sempiterno sobretodo. «Si eso es lo que piensas, tendría que haberte abandonao allí mismo», le dijo Phyllis, a lo que Michael contestó con un «Mete a tocar por taco» que carecía totalmente de sentido. En cualquier caso, así era como solían hablar los recién fallecidos antes de habituarse a las nuevas posibilidades del lenguaje de Humánima, tan amplias como la riqueza de sus sonidos y colores, y hallar lo que llamaban «Lucy-labios». Al recordar la ininteligible y primeriza diatriba que dedicó a los inadvertidos feligreses de la iglesia de Doddridge en la década de 1870, sintió una punzada de simpatía por aquel zagal desorientado, aunque tampoco muy excesiva. Dado que no pasaban coches en aquel instante, pensó en girarse hacia los críos fantasma que reñían tras él para meter baza en la discusión, pero vio que algo extraño emergía de los anodinos muros de ladrillo que delimitaban los aparcamientos de los pisos, situados un poco más abajo de donde estaban ellos, cerca del cruce entre la penumbra de Scarletwell Street y la franja de lámparas de sodio de St. Andrew’s Road.

Era una mancha moteada que surgía de la valla alta de los garajes para extenderse por la penumbra del césped como un reguero de pintura derramada o, más bien, como un chorro de esa asombrosa pasta de dientes veteada que Phyllis le había mostrado en la novedosísima década de 1960, salvo por el hecho de que este glóbulo desparramado lucía cuadrados en lugar de franjas. Además, a juzgar por los sonidos apagados que emitía a intervalos, se diría que estaba llorando. Tras unos segundos de perplejidad, notó que se trataba de un errante, un fulano corpulento con una llamativa chaqueta a cuadros que, como era lógico, iba dejando una estela de postimágenes de lo más llamativas. El pelo del fantasma era negro, al igual que el bigotito que exhibía sobre el labio, aunque a Reggie le dio la impresión de que ambos estaban teñidos, como si el mejor recuerdo que el espíritu tuviera de sí mismo fuera el de un anciano que aún quisiera aparentar juventud. Vestía una pajarita

gris y una camisa blanca abombada en la barriga como un saco de harina y, por su trayectoria a través de la grama seca en dirección a St. Andrew's Road, sospechó que podría haber salido de algún cruce con Bath Row desde varias décadas atrás, desde tiempos en los que aún existiera ese atajo estrecho. Tras encajarse un poco más el bombín —pues, para sus adentros, creía que eso contribuía a aguzar sus pensamientos—, Reggie observó al fantasma sollozante mientras bajaba por la cuesta y, entonces, tardíamente, se dio cuenta de que su destino era la aislada vivienda próxima a la intersección con Scarletwell Street, la misma casa embrujada ultraterrenal de la que acababan de escapar. Decidió pues que lo mejor sería alertar a sus camaradas de aquella nueva circunstancia, no fuera que tuviese algún tipo de significado. Cuando habló, lo hizo con un susurro presuroso.

—Eh, mirad a ese tipo. Va hacia la casa de la esquina, y parece un poco ido.

Cuando todos se giraron para ver a lo que se refería Reggie, contemplaron en silencio cómo el triste espectro surcaba aquella maleza que reemplazaba a las decenas de casas de antaño, todo con su vistosa chaqueta, sus manos regordetas tapándole el rostro y unos gemidos que ganaban volumen conforme se acercaba al solitario edificio erigido en la otra punta de Scarletwell. Era factible que no fuera a ciegas pese a las lágrimas ectoplásmicas y los dedos rechonchos, ya que la Banda de los Muertos Muertos lo vio alterar el rumbo recto seguido hasta el momento con un repentino viraje en redondo.

—Está evitando el pozo escarlata. No quiere caer por siglos de tierra y encontrarse chapoteando en mitad de un depósito de tinte sanguinolento.

Con gruñidos y asentimientos, el resto de los niños muertos asumieron calladamente la explicación de Reggie. Solo el joven John se decidió a hablar.

—¿Sabéis qué? Creo que lo conozco. Juraría que es mi tío. Llevo sin verlo desde que fallecí, y nunca hubiera imaginado que acabaría convertido en un errante, pero

estoy seguro de que es él. Me pregunto qué habrá hecho para sentirse ahora tan mal.

—¿Por qué no se lo preguntas?

Fue Phyllis, con sus rasgos agresivos destacando en la oscuridad como bordados de plata junto a John, la que dijo esto último. El alto y apuesto muchacho, que a Reggie le suscitaba a un tiempo envidia, resentimiento y una tremenda simpatía, oteó en la tiniebla los vistosos ropajes del lloriqueante fantasma y negó con la cabeza.

—No estarébamos tan unidos en vida. No por nada, sino porque nunca encajé bien ciertos aspectos de su actitud. Además, parece que ya tiene bastantes problemas. Cuando la gente gimotea de esa manera, generalmente prefiere que la dejen en paz.

Sin apartar las manos de su rostro bañado de lágrimas, el cuadriculado espíritu se deslizó por Scarletwell hacia la entrada de la única casa que quedaba en la calle. Tras pasarse una de sus estridentes mangas por sus ojos ojerosos, el orondo hombre vaciló por un momento en el umbral, pero luego se fundió con la puerta cerrada y se esfumó.

Cuando se dieron la vuelta, Michael Warren había hecho lo propio.

—¡Ay, madre mía, ya no está! Rápido, ¿por dónde se ha largao?

Reggie se asombró levemente ante la reacción de pánico de Phyllis, que empezó a dar vueltas como una loca y a escudriñar ansiosamente la oscuridad argentada en busca de alguna señal del crío fugado. Así las cosas, se ladeó el bombín en un ángulo que a su juicio transmitía mayor empatía y puso todo su brusco empeño en procurar calmarla.

—No te preocupes, Phyll. Ya volverá. Y, si no lo hace, tampoco es nuestro problema. Además, según dicen todos, no va a tardar en resucitar. ¿Por qué no dejamos que las cosas sigan su curso? Así podremos volver a birlar sombreros de Puck en los manicomios y seguir con nuestras aventuras y demás. ¿Qué ha pasado con el plan de Bill de cavar un agujero enorme hasta la Edad de Piedra con el fin

de capturar el fantasma de un elefante lanudo y domesticarlo para que sea nuestra mascota?

Phyllis lo miró fijamente, como si estuviera consternada por su estupidez. Reggie se recolocó el sombrero en una posición más defensiva para soportar la réplica explosiva de la cría, que llegó acompañada de una ducha de saliva espectral multiexpuesta.

—¿Has perdío el juicio? ¡Ya oíste lo que contaron la señora Gibbs y Charley el Negro sobre la pelea de los albañiles! ¡Y hay una conexión con los Vernall y el Porthimoth di Norhan que aún no hemos resuelto! ¡Ve a cazar mamuts si quieres, pero yo prefiero no entrar en la lista negra del Tercer Borough si puedo evitarlo!

Dicho esto, Phyllis se giró para abalanzarse por Scarletwell Street hacia la entrada inferior —y cerrada— de los apartamentos Greyfriars, el único sitio por el que Michael Warren podía haber desaparecido mientras no miraban Al hacerlo, la cría y su estola de conejos dejaron un rastro de imágenes con forma de roñosas banderolas colgantes. Los demás miembros de la Banda de los Muertos Muertos la observaron atónitos por un segundo, tan conmocionados por su descarada mención al Tercer Borough —en el que Reggie apenas se atrevía siquiera a pensar— como por su apresurada partida. Recuperados ya de su asombrado estupor, formaron una ruidosa turbamulta de cuatro, doce, dieciséis e incluso ochenta niños fantasmales que se lanzaron tras ella por el corto y angosto pasaje que daba al patio interior de Greyfriars, y luego traspasaron con sus sustancias fantasmales las negras rejas de hierro de una puerta que, por llevar allí pocos años, no fue óbice alguno. Pisando los multiplicados talones de Phyllis Painter, irrumpieron en el nivel inferior de los dos que constituían aquel amplio recinto de cemento, y fue allí, rodeados por aquellos pisos silenciosos de la década de 1930, donde se detuvieron a evaluar su alarmante y repentina coyuntura.

De las sombras recortadas en oro de la zona superior del patio brotaron los quejidos asustados de los perros y los

gatos, animales estos que no eran nada torpes a la hora de detectar presencias fantasmales, así como los gritos contrariados de sus dueños humanos, que claramente sí lo eran. Junto con sus fenecidos compañeros, Reggie pasó a otear los tenebrosos niveles del cuadrángulo. Al final del extremo inferior en el que se encontraban, los crujidos de una vegetación moribunda se alzaban desde una franja pequeña y descuidada, concebida originalmente como una modesta pérgola. Tras tres escalones de granito, el piso superior del patio comunitario lucía un par de medias de señora olvidadas en un tendedero, mientras que los nichos de ladrillo de los cubos de basura acogían unas bolsas negras, rotas y desparramadas, un prolapso de desechos muy típico del siglo XXI, con sus viscosas bandejas de plástico y sus mondas de frutas ignotas. De quien no había ni el menor rastro era de Michael Warren.

Como si hubiera conjurado una renovada determinación para afrontar la adversidad, los ojos pálidos de Phyllis adoptaron un tono acerado y resuelto.

—Vale. O ha subío la cuesta pa tirar hacia los dúplex por Lower Crorse Street o ha atajao por aquí abajo pa salir a Bath Street. Si nos dividimos en dos grupos tendremos más posibilidades de encontrarlo. Marjorie, John y yo buscabaremos por los dúplex. En cuanto a vosotros dos…

La expresión de Phyllis fue un tanto gélida al mirar a Bill y Reggie.

—Vosotros dos podéis peinar Bath Street, Moat Street y los alrededores… o bien iros a buscar elefantes lanúos, tanto me da. Y ahora, más nos vale salir pitando, porque a saber lo lejos que podrá llegar ese pequeño incordio.

Dicho y hecho, Phyllis, John y Marjorie se alejaron presurosamente por los escalones de piedra para desaparecer en la reluciente oscuridad argentada de Greyfriars, mientras que Bill y Reggie permanecieron en el turbio sendero que unía Scarletwell con Bath Street a través de los confines del patio. Cuando Bill se rio, su carcajada sonó mucho más adulta y lasciva de lo que correspondería a su agudísima voz infantil.

—Lo que pretende esa vieja fulana es quedarse a solas con Johnski, y no le importa llevarse como convidá de piedra a la pobre Marge la Ahogá. En fin… parece que nos quedamos solos, querido compañero. ¿Por dónde te apetecería empezar a husmear?

Reggie siempre se había llevado bien con Bill. El zagal tenía buen fondo, pero era un fondo con ciertas aristas, mucho menos intimidante que el aura de nobleza bruñida que nutría el brillo heráldico del gran John. El niño pelirrojo era cercano y divertido, depositario de un repertorio de bromas groseras que Reggie jamás hubiera imaginado que pudiera ser tan amplio, y además resultaba asombrosamente culto para ser un crío de ocho años, aunque fuera un crío muerto. Reggie se encogió de hombros.

—Por una vez, admito que sería mejor hacer lo que dice Phyllis, al menos para no indisponernos más con ella. Ya habrá tiempo de cazar a ese elefante lanudo. Peinemos los pisos nuevos que han sustituido a Moat Street y veamos si el pequeño bribón anda por allí. Así podremos salir de este condenado siglo y bajar a pastos más agradables.

Codo con codo y con las manos en los bolsillos, ambos siguieron la senda del borde inferior del sombrío recinto para franquear tranquilamente otro pasaje cerrado y salir a Bath Street. Dado que Bill seguía asintiendo en señal de conformidad con la última frase de Reggie, las postimágenes que su rostro iba dejando se estiraron en una suerte de zanahoria a juego con el color de su cabello, aunque el efecto fue fugaz.

—Por mucho que me duela reconocérselo a un cabrón victoriano muerto como tú, no andas errao, Reg. Yo mismo he vivío en este puto siglo en el que estamos ahora; viví aquí mucho más tiempo del que esperaba, pero hasta yo opino que es una puta mierda. A los años cincuenta o los sesenta voy cuando quieras. Sé que este tipo de sitios ya eseran una ruina por entonces, pero es que fíjate en to esto. Este lugar es un puto chiste.

Con un gesto que dejó una miríada de manos en el aire,

Bill señaló la vasta explanada asfaltada llena de desperdicios a su izquierda, la franja de setos medio muertos a su derecha y, por extensión, la totalidad del vecindario devastado que los rodeaba. Al traspasar los barrotes negros de la verja de Bath Street y abandonar la umbría del patio, Reggie estudió a Bill y se preguntó si podría confesarle su ignorancia casi plena respecto a ese mundo en el que existían, si podría hacerlo sin parecer estúpido o hacer el ridículo. Pese a que Bill aparentaba mucha menos edad que él, daba la impresión de haber vivido mucho más y ser mucho más sabio, pues al fin y al cabo Reggie había muerto con doce míseros años. Por extraño que resultara, tomaba a aquel crío bajito por un adulto de notable experiencia, y por ello era reticente a exponer su humillante carencia de conocimientos bombardeándolo con esas preguntas para las que siempre le habría encantado tener respuestas; esos detalles esenciales de su intrigante vida en el más allá que nunca le habían explicado y que le daba reparo consultar. Su política siempre había sido la mantener una fachada de sabiduría, un silencio sofisticado que evitara cualquier pulla acerca de esa ignorancia atontada y analfabeta suya, propia de un siglo atrasado, que siempre había temido tener. Aun así, Bill jamás parecía juzgar a la gente, así que, mientras se aventuraban por la oscura pendiente de Bath Street, decidió arriesgarse a sacar el tema aprovechando que se habían quedado a solas.

—¿Espererarabas que las cosas serasen así al morir? Los albañiles, el blanco y negro, las imágenes que vamos dejando atrás al movernos…

Mientras vagaban por aquella calle tenebrosa en dirección a los pisos de Moat Place, Bill sonrió y meneó la cabeza, que quedó brevemente multiplicada.

—Claro que no. No creo que nadie lo esperase. Ninguna de las principales religiones lo intuyó, y no recuerdo oír hablar a ningún *maharishi*, o lo que sea, de postimágenes o locas de Bedlam, ni siquiera de revivir la misma vida una y otra vez, de que toas tus cagás vuelvan a

hostigarte sin poder hacer una mierda pa cambiarlas.

Comenzaron a recorrer una vía que discurría por una hondonada, con los garajes de los sótanos de los pisos a su izquierda y un muro de monótonos ladrillos grises a su derecha. Bill parecía pensativo, como si estuviera reconsiderando su última frase.

—Dicho esto, había una pájara con la que solía salir de parranda y, coño, aquella tía sabía un montón de cosas, e incluso te las contaba toas si le dabas pie. Recuerdo que, en cierta ocasión, me dijo que creía que vivíamos las mismas vidas una y otra vez. Según ella, era algo que tenía que ver con el tema de la cuarta dimensión.

Reggie refunfuñó.

—Oh, no… ¡otra vez la dichosa cuarta dimensión! Mil veces he procurado que me la expliquen y sigo igual de ignorante. Phyllis dice que la cuarta dimensión es la longitud de lo que duran las cosas y las personas.

Bill arrugó la nariz con cierta sorna amable.

—No sabe de lo que habla. Es decir, en cierto modo lleva razón, pero el tiempo no es la cuarta dimensión. Tal y como me la describió la pájara aquella, el paso del tiempo solo es nuestra forma de percibir la cuarta dimensión mientras estamos vivos.

»Ella solía hablar de los tipos que describieron por primera vez la idea de la cuarta dimensión; unos fulanos no mu posteriores a tu época. Uno de ellos, un tal Hinton, tuvo que dejar el país tras meterse en un lío enorme, porque se montó un trío con su parienta y otra pájara. Decía que lo que vemos como espacio y tiempo esera, en realidad, un puñetero bloque sólido con cuatro dimensiones. Luego había otro tipo llamao Abbott que lo explicó to en una especie de cuento infantil titulao *Planilandia*.[21]

Mientras remontaban los escalones de cemento que había en un lateral del muro en el que terminaba aquella hondonada sin salida, Reggie se preguntó si los «tríos» serían esos episodios picantes que se estaba imaginando, pero entonces, con cierta reticencia, volvió a centrarse en el tema que debatía con Bill. Estaba seguro de que, para

asimilar de una vez aquel asunto de la geometría especial, su única esperanza residía, sin duda alguna, en una explicación que hasta un niño pudiera comprender. Puso pues todo su empeño en escuchar atentamente lo que Bill le decía.

—En lugar de hablar de la cuarta dimensión mediante conceptos que volvían tarumba a la gente, este viejales de Abbott desarrolló to el asunto con personajillos planos que habitaraban un mundo de dos dimensiones, como si vivirasen en una hoja de papel. Según lo explica él, estos cabrones planos solo tienen anchura y altura, ¿vale?, así que ni siquiera pueden imaginarse la profundidad. Ignoran lo que significa arriba o abajo. Solo van adelante o atrás, a la derecha o a la izquierda. Esta tercera dimensión en la que vivimos tiene tan poco sentío pa ellos como la cuarta pa nosotros.

A Reggie le sonó prometedor. No le costaba figurarse cosas bidimensionales, seres aún más planos que las larvas de mosquito que solía detectar en los charcos de lluvia al examinarlos de cerca con la visión ultramejorada de los muertos. Se los imaginó como gotitas informes capaces de avanzar, retroceder o hacerse a un lado sobre una delgada hoja de papel, y esa idea le hizo sonreír. Debían de ser como fichas de damas maniobrando en un tablero de ajedrez, solo que mucho más finas, obviamente.

Al final de los escalones había un aparcamiento abierto al cielo nocturno y cercado al sur por unos altos setos negros, aunque Reggie recordaba vagamente que, al pasar por allí con la Banda de los Muertos Muertos en la década de 1970, de camino a la ciudad de la nieve, el lugar era un extraño y horroroso parque que desconcertaba a los críos. Lo que había allí ahora era una docena aproximada de coches de morro respingón y aire predatorio, todos agazapados en la oscuridad como si se estuvieran echando una siestecita entre dos matanzas. Al crío de los Warren no se lo veía por ninguna parte.

El aparcamiento se había construido medio siglo más abajo en el área que solía ocupar Fitzroy Street. Reggie y

Bill discurrieron cuesta arriba bajo un negro edredón celestial parcheado de nubes grises y unas pocas estrellas aisladas, astros tan tenues que apenas podían atisbarse. La explanada de edificios cuadrados que estaban abandonando —los monótonos bloques descascarillados de Fort Place y Moat Place, con sus balcones, sus barandillas y sus pasajes hundidos— se había erigido en la década de 1960 sobre los escombros de Fort Street y Moat Street, y a ojos de Reggie resultaban incluso más deprimentes que las moles abandonadas de Greyfriars, cuyas estructuras de la década de 1930 exhibían, al menos, alguna que otra curva. Mientras sus copias surcaban la oscuridad de la rampa del aparcamiento en dirección a Chalk Lane y la loma inferior de Castle Street, Reggie distinguió unos rudimentarios dibujos infantiles pegados a las ventanas del edificio de una planta que había en la colina. Tenía la vaga idea de que el lugar había sido, en tiempos, una especie de escuela de danza, pero que a lo largo del titilante paso de los años se había transformado en una guardería. Desde luego, había destinos peores. Desde las hebras plateadas de la tiniebla que tenía a su espalda le llegó la voz de Bill, que prosiguió con su descripción de esa gentecilla plana que creía que su mundo aplastado era lo único que existía en el universo.

—Así las cosas, si un fulanito plano desea construirse una casa paislarse del resto, le basta con dibujar un cuadrao en su hoja plana de papel pa tener una vivienda, ¿cierto? Que les follen a los demás fulanos planos. Nuestro amigo solo tiene que entrar en su cuadrao y cerrarlo, y así nadie más podrá verlo. Ahora bien, lo que ignora es que tiene encima una tercera dimensión que nos permite a nosotros verlo a él, sentao sano y salvo, dentro de esas cuatro líneas que él llama paredes. Ni siquiera puede concebir que haya algo por encima de él porque no es capaz de concebir ningún arriba, ya que para él solo existe lo que hay delante y detrás, a la derecha y a la izquierda.

»El pobre mamón está ahí sentao sin saber que podríamos extender la mano, agarrarlo y soltarlo fuera de su casa. ¿Qué pensaría si lo hiciéramos? Él solo vería una

forma rara de cojones que aparece de la na y que lo arrastra fuera de su casa o algo así. Se quedaría a cuadros. Pues bien… cuando nosotros estamos en los Áticos del Hálito y vemos las quelis de los vivos, pasa lo mismo. Los sobrevolamos de un modo que ellos ignoran y que ni siquiera pueden concebir, porque su mundo es plano comparao con el nuestro, al igual que el mundo de la hoja de papel es plano comparao con el suyo.

Tras emerger frente a la guardería en la calzada desierta de la esquina de Little Cross Street con Chalk Lane, los chicos espectrales penetraron en la noche de Northampton, donde reinaba un sordo alboroto de vítores ebrios, gritos airados y chillidos de horror, el resuello permanente y acatarrado del tráfico rodado en lontananza, o los enervantes e insistentes berridos de unos instrumentos extraños e inquietantes que Bill identificó como alarmas, teléfonos y sirenas, sonidos todos ellos que quedaban reducidos a un murmullo peculiarmente apremiante por la acústica mortecina de la juntura fantasma. Reggie se dio cuenta de que en el nada-cinco o el nada-seis había muchos más ruidos desafinados y ofuscantes, y muchas menos estrellas, que en las décadas inferiores, en las que el equilibrio entre estos dos fenómenos era más de su gusto.

Cuando su tranquilo discurrir empezó a virar gradualmente hacia la izquierda y Little Cross Street, Bill reanudó su plática sobre la cuarta dimensión, y Reggie se sorprendió enormemente al descubrirse capaz de seguirla, salvo por cierta jerga que ni reconocía ni podía deducir por sí solo. «Pájara», por ejemplo, parecía ser una forma de referirse a las chicas o a las mujeres, así que supuso que equivaldría a «polluela», término este muy usado por los hombres cuando estaba vivo allá en el siglo XIX. «Queli», por otra parte, no tenía ni idea de lo que implicaba, y aunque le sonaba a unidad de medida o a celda, no sabía a qué venía. Por el contexto, debía de ser un sinónimo de «cuarto» o algo así. Prefirió no darle más vueltas y concentrarse en lo que Bill estaba diciendo ahora.

—De tos modos, la pájara aquella decía que los tipos

como Abbott o Hinton fueron los que levantaron la liebre de la cuarta dimensión en la década de 1880 o por ahí. En la de 1920, sin embargo, tol mundo estaba ya enterao. Tos los artistas, como los cubistas, Picasso y demás, trataban de determinar, por ejemplo, cómo pintar a alguien que los mirara de frente y que al mismo tiempo les ofreciera el perfil. Si lo piensas, así es como solemos vernos por aquí los unos a los otros a toas horas.

Para demostrarlo, Bill meneó la cabeza y le sonrió. Reggie no sabía realmente quiénes eran los cubistas o los Picasso, pero comprendió lo que quería decir: la postimagen del perfil del niño pelirrojo se quedó suspendida en el aire aun cuando pasó a mirarle de frente, de tal modo que su oreja fantasmal translúcida apareció fugazmente sobrepuesta a su ojo derecho. Tal vez los picubistas pintaran ese tipo de cosas.

—Y no solo los artistas. Los espiritistas, con sus fraudulentas sesiones, adoraban el asunto. Estaraban encantaos, porque creían que la cuarta dimensión explicaría toas las anomalías que se suponía que hacían los fantasmas, como ver dentro de cajas cerrás y demás memeces. Para la década de 1920, los cerebritos, los científicos y no digamos ya los médiums estaban tos metíos en el negocio de la cuarta dimensión. Pero entonces estalló una guerra o algo así, y sospecho que eso les hizo olvidarse del tema.

Reggie asimiló aquello en silencio. Aunque no era la revelación que esperaba obtener, al menos daba cierto sentido a sus circunstancias. No había caído en que el reguero de imágenes que seguía a los muertos pudiera tener algún tipo de relación con la cuarta dimensión, pues consideraba que el fenómeno era una mera molestia aleatoria. Ahora que conocía su base científica, probablemente ya no le fastidiaría tanto.

Mientras escuchaba las divagaciones de Bill —acerca de un tipo llamado Einstein, sin duda otro pintor—, Reggie escudriñó el oscuro vecindario que los rodeaba, pues parte de su atención seguía obstinadamente dirigida a la tarea de hallar al fantasma fugado. Al mirar a su derecha por encima

del hombro, vio la guardería de la loma y, justo al otro lado de la embocadura de Castle Hill, las desgastadas esquinas de arenisca de la iglesia de Doddridge. Desde la posición en la que estaban no podía distinguir bien la extraña puerta ubicada a media altura en la pared de la iglesia, y tampoco el terrible y abrumador esplendor del Ultraconducto que brotaba de ella, curvado de manera insondable hacia el sur, hacia los manicomios de las afueras de Humánima y, más allá, hacia Londres, Dover, Francia y Jerusalén. Aunque la estructura en sí resultaba invisible desde su perspectiva actual, era capaz de divisar la luz que se dispersaba y asentaba, cual polvo de tiza, sobre el destartalado final de Little Cross Street.

En la otra acera, frente a los dos niños espectrales y a su izquierda, se cernía el adusto frente occidental de los pisos de Bath Street, con sus ladrillos amoratados de la década de 1930 reluciendo como la baba de caracol a la intermitente luz de las farolas. Pese a que Reggie dudaba de que hubieran pasado muchos años entre la construcción de aquellas imponentes residencias y la de sus homólogas en Greyfriars, la atmósfera de ambas zonas era absolutamente dispar. Los apartamentos de Greyfriars solo exhibían miseria y decaimiento, mientras que el desalmado abandono de las ventanas de Bath Street manifestaba un horror genuino, como si aquellos edificios hubieran visto ya lo peor de la existencia y ahora se limitaran a esperar su propia muerte.

En la juntura fantasma, los ladrillos monocromos de los pisos eran de un gris carbón casi negro, pero él había oído que en verdad lucían el rojo parduzco de la sangre seca, como si fueran bloques de carne picada escurridos de sus latas y unidos por un mortero de manteca amarillenta. En mitad del frente occidental, unas puertas dobles más propias de unos baños públicos clausurados se alzaban, con mirada amenazadora, bajo el ala inclinada de su pórtico. El único panel de cristal que quedaba intacto estaba agrietado, y los otros tres se habían sustituido por placas de pladur moteadas. Dos muretes bajos de ladrillo, uno de ellos

recubierto de un musgo blanquecino reptante, bordeaban el estrecho sendero de cemento que discurría, a través de una franja de césped, desde la marquesina de la entrada hasta las baldosas de Little Cross Street. Había palabras ilegibles garabateadas en tonos desvaídos sobre los rotundos remates de obra, y en los ángulos entre la pared y la grama se acumulaba un lastimero lecho de condones, colillas apagadas, pájaros muertos, abisagradas y boquiabiertas ostras cuadradas hechas de plástico mullido con copiosas hemorragias de patatas fritas frías, un solitario zapato infantil de hebilla, seis endebles latas de cerveza aplastadas en un arranque de ira o aburrimiento, varias… Reggie volvió en sí de repente. «El musgo no repta», pensó. Al volver a mirar aquella acumulación de pelillos cenicientos, observó que incluso ahora parecía avanzar lentamente, como si fuera una gran oruga albina que se arrastrara por la superficie superior del murete más cercano. Sin embargo, en realidad, no era un ser esponjoso que estuviera surcando el borde del murete, sino más bien la mata de pelo rubio de una persona que iba andando agachada por detrás de él.

—¡Bill! ¡Lo veo! ¡Mira, está ahí mismo!

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, se arrepintió de haberlas dicho y deseó haber optado por un enfoque más sutil. En la otra acera de Little Cross Street, Michael Warren se incorporó tras la pared en la que estaba escondido y abrió la boca, horrorizado, al ver que las imágenes multiplicadas de Bill y Reggie empezaban a correr hacia él en borrones difuminados. Con un breve gañido de pánico, el niño en pijama dio media vuelta y se lanzó hacia los paneles de cristal y pladur de las puertas cerradas, y lo hizo sin el menor rastro de esa vacilación que había mostrado antes respecto a atravesar objetos sólidos. Reggie lo persiguió a la carrera por la desierta calzada mientras Bill juramentaba a su lado, ambos conscientes de que el crío nuevo solo había echado a correr porque su rudeza lo había asustado. Si John o la propia Phyllis hubieran estado presentes, muy probablemente Michael Warren hubiera desistido de su huida para sumarse a ellos, agradecido de

no seguir perdido en aquel siglo hostil. Con su grito exagerado, en cambio, Reggie solo había conseguido ponerle la piel de gallina al zagal. Si le diera por cavar hacia otra época, o incluso media hora hacia delante o hacia atrás, seguramente jamás lo encontrarían, y entonces acaecerían las nefastas consecuencias que todos les habían anunciado si perdían al aciago infante.

En tal caso, no podría soportar tener que mirar a Phyllis y explicarle hasta qué punto había liado las cosas. Frenéticos ante la idea de que Michael Warren pudiera huir de nuevo, los chicos y sus séquitos fotocopiados cargaron como una conga de vándalos, atajaron en diagonal por el césped y se precipitaron contra el muro occidental de los pisos de Bath Street sin molestarse en atravesar las puertas dobles por las que se había esfumado el fugitivo rubio. Tras zambullirse imprudentemente en el pudin de ladrillos carmesíes, Reggie y Bill emergieron en el asombroso e inesperado reino del otro lado.

El primer apartamento en el que irrumpieron estaba a oscuras, salvo por la siseante luminosidad de una televisión sintonizada en un canal vacío. Sentado en la única silla de la estancia, un hombre de mediana edad contemplaba aquella estática incoherente mientras se enjugaba las lágrimas con un sombrero de paja femenino que apretaba contra su cara. Los dos chicos fantasma lo dejaron atrás, traspasaron la pared del fondo y una cocinita vacía y fueron a parar a otro piso, también oscuro salvo por los arácnidos hilos cromados consustanciales a su visión nocturna. Esbozado en líneas metálicas, Reggie pudo distinguir un bebé mugriento que dormía un sueño inquieto en una cuna desvencijada, pero el resto del apartamento estaba desierto, excepto por cinco gatos famélicos y sus cagarrutas. Bill y él surcaron tugurio tras tugurio como un violento vendaval que azotara pasillos y rendijas: tres negros entusiasmados jugando a las cartas mientras un cuarto lloriqueaba, lleno de sangre, en un rincón; una anciana regordeta de ojos perdidos y en ropa interior que contaba pacientemente latas de comida para perros mientras las disponía en una

pirámide sin que hubiera allí perros a la vista; una chica joven, esquelética y de piel morena, con el pelo trenzado en hileras, que alternaba entre aspirar humo níveo de un papel de plata con un tubo de plástico y pegar fotografías recortadas de una mujer rubia en un libro bastante voluminoso…

Finalmente, la pareja de jóvenes aparecidos fluyó a través de un muro exterior y salió, agradecida, a un aire fresco del que hubieran disfrutado en caso de aún poder respirar. Se hallaban en el paseo central que dividía los pisos en dos mitades; un sendero recto con una franja de césped a cada lado, cercado por muros con extraños arcos en forma de luna creciente, que Reggie sabía que noventa años más abajo solía ser ese parque desolado conocido como «el Huerto». Por supuesto, el lugar había cambiado mucho desde entonces. De hecho, al menos por la noche, resultaba totalmente distinto de aquel por el que recordaba haber atajado en la década de 1970. Aunque la estructura básica de los edificios era idéntica, le sorprendió notar que los mugrientos balcones y las escaleras visibles tras los arcos de ladrillo que bordeaban el camino estaban todos iluminados desde abajo, de modo que sus detalles flotaban en la tiniebla y conferían a los pisos el aspecto de una fabulosa ciudad futurista caída en el abandono, llena de faroles llameantes pero carente de personas. En su extremo sur, antes de abrirse hacia Castle Street, la senda daba paso a una amplia escalera de hormigón con paredes de obra. En el centro del escalón inferior estaba sentado el espectro de Michael Warren, con los hombros de tartán temblando y llorando sobre sus manos alzadas.

Esta vez, Reggie y Bill se acercaron a aquel crío claramente asustado con mayor tacto, moviéndose tan lentamente que apenas dejaron un solo duplicado en sus estelas. Para evitar que el niño levantara la vista súbitamente y pensara que lo estaban acechando, Reggie lo llamó con el tono más amable y reconfortante que fue capaz de modular.

—No te asustes, compañero. Somos nosotros. No has

hecho nada malo.

Michael Warren miró hacia arriba, espantado, y por un momento pudieron ver cómo se debatía entre volver a correr o quedarse allí. Evidentemente, optó por quedarse, bajar la cabeza y reanudar su llantina. Avanzaron y se sentaron en el escalón de piedra a ambos lados del niño, y entonces Reggie rodeó con el largo sobretodo que envolvía su brazo los agitados hombros del infante espectral.

—Venga. Suénate la nariz y recomponte un poco, ¿vale? No es para ponerse así.

Con el ectoplasma aún brillando en sus mejillas, el crío miró a Reggie.

—Quiero regrerrelucir a casa. Este no esera el lugar que habidejé.

Eso no podía discutírselo. Aquellas masas negras y angulosas, con sus islas flotantes de luz cerniéndose alrededor, tampoco eran ni el lugar que él había habitado ni el que había dejado. En su caso, además, la calidez del hogar se hallaba inmersa en el suelo de los Boroughs a unos ciento cincuenta años bajo sus pies. A través del tartán de su bata espectral, le dio al atribulado niño fantasma un amistoso apretón en el brazo.

—Lo sé. Si te soy sincero, a Bill y a mí tampoco nos gusta mucho subir a este siglo, ¿verdad, Bill?

Al otro lado de Michael, Bill sacudió la cabeza en una hidra despeinada y fugaz.

—Na de na, cero total, y cuanto más subes, peor se pone. Aquí hay cámaras por tos laos, de ahí tantas luces, pero si vas al nada-siete o por ahí, las putas cosas empiezan a hablarte. «Recoge lo que has tirao», te dicen. Hablo en serio. La buena de Phyllis ha cavao hasta aquí por accidente pa sacarnos de la tormenta. Apuesto a que, en cuanto nos reagrupemos, querrá cavar de nuevo a tiempos más civilizaos. Así que no vuelvas a escaparte, ¿vale? Somos colegas. Tenemos tantas ganas de sacarte de aquí como tú.

Michael sorbió por la nariz y se limpió un hilillo de ectoplasma gasterópodo con una de sus mangas de tartán.

—¿Qué ha hechizosido de nuestra casa?

Por el tono aflautado de su pregunta, el pipiolo parecía cautelosamente dispuesto a que lo consolaran. Reggie intentó responder a la cuestión comprensivamente, y a tal fin dejó a un lado la opinión previa de que al crío de los Warren solo le hacía falta madurar y seguir adelante. Todos tenían una cruz que soportar, concluyó, pero a Michael Warren le había llegado a muy corta edad. Se merecía un voto de confianza.

—Mira, Phyllis ha cavado unos cincuenta años, y nada dura eternamente, ¿verdad? Las casas en las que crecimos nosotros las demolieron casi todas antes de finales del XX, pero siguen bajo nuestros pies en el pasado, así que no te preocupes. Podemos cavar de vuelta a 1959 y llevarte allí en un periquete.

Aquello no pareció tranquilizar tanto como esperaba al zagal, que sacudió sus rizos rubios con aire contrito.

—Pluru yo no quiero que las cosas sean así. Todoébano es horroroso, y me encantaba que mamá atajara por estos pisos para llevarnos a casa. Recuemurmuro que una vez me bajó por estas escaleras en mi carripeluche. Tardó un buen rato, y mientras tanto mi hermagata se sentó en aquel murete de allí a leer un cometic. En la portada ponía «*Forbidden Worlds*», y había planetas junto a las letras…22

Al darse cuenta de que aquellas divagaciones no transmitían su enorme sensación de pérdida, el chico fantasmal abandonó su evocadora crónica y se limitó a señalar el oscuro pasaje en el que estaban sentados, flanqueados por balcones mal iluminados que colgaban suspendidos en la noche.

—No me gusta que todo eso se haya encanticonvertido en esto de aquí.

Con un suspiro profundo y el chasquido percutivo de sus rodillas espectrales, Reggie se puso en pie y le indicó a Bill que hiciera lo propio. Darse cuenta de que los otros chavales se habían levantado provocó que el niño de los Warren los imitara. Entonces, Bill y Reggie cogieron a Michael de la mano, ambos esperando no parecer maricas, y procedieron a guiarlo por el sendero bordeado de césped

que dividía los pisos en dos mitades, todo ello con una férrea columna de fotocopias en fila de a tres que los siguió hacia Bath Street como una banda de música. Reggie miró al pequeño y le habló.

—A ninguno nos gusta el ser que ha hecho esto con este sitio, compañero. Alma del Agujero, lo llamamos. Si seguimos bajando por aquí, ya verás por qué.

Llegaron al extremo norte del largo paseo y salieron a Bath Street. Los dos jóvenes se detuvieron allí, y cuando Michael Warren los miró inquisitivamente, Reggie cabeceó en tono grave hacia un punto inferior de aquella cuesta alumbrada por farolas.

La visión resultaba tan inaudita como un primer atisbo al Ultraconducto, y Reggie estaba seguro, por propia experiencia, de que al principio Michael Warren no tendría muy claro qué estaba contemplando. A diferencia del Ultraconducto, sin embargo, el fenómeno que se arremolinaba en plena noche sobre Little Cross Street no inspiraba un asombro sobrecogedor, sino más bien un terror opresivo.

Era un agujero ennegrecido y carbonizado que ardía en el tejido sobrenatural de la juntura fantasma. De unos veinte metros de diámetro, flotaba y giraba pausadamente a unos cuantos palmos de las losetas listadas y hundidas de Bath Street. Estaba claro que no pertenecía al mundo material, pues sus bordes más alejados atravesaban los ladrillos color beicon del extremo septentrional de los pisos, y al hacerlo provocaban que sus muros fuesen transparentes. Cuando el límite chamuscado del disco rotatorio alcanzó uno de los apartamentos por los que Bill y él habían pasado momentos antes, Reggie pudo ver, sentada en las estancias interiores, a la mujer de piel oscura y pelo trenzado, que seguía fumando del papel de plata y pegando fotos en su álbum. El contorno rodante del agujero cortó el cuerpo translúcido de la chica como una sierra circular negra, y entonces las esquirlas churruscadas de su molienda revolotearon y se posaron en sus entrañas expuestas sin que ella se diera cuenta. Al otro lado de Bath Street, el margen

opuesto de la abertura giratoria ejercía el mismo efecto sobre el ángulo superior de los dúplex de Crispin Street. Un tipo gordo y transparente, sentado en un váter también transparente, cayó inadvertidamente en el perímetro fuliginoso de la monstruosidad que se cernía sobre su baño. Como una terrible rueda dentada que atrapara entre sus fauces a especímenes anatómicos descuidados, aquel horror rotaba sobre el corazón nocturno de la ignorante barriada con el poder ineludible de un engranaje titánico, de un reloj devastador. Michael Warren se quedó boquiabierto ante aquel espectáculo infernal por unos segundos, y luego, consternado, alzó su mirada perdida hacia Bill y Reggie en busca de explicaciones.

—¿Qué esera eso? Huele raro, como a alcantagatilla podrida.

El niño llevaba razón. Incluso en la juntura fantasma, donde los hediondos conejos de Phyllis carecían de aroma, podía olerse el perfume crematorio de aquel despacioso abismo arremolinado, que superó sus contraídas fosas nasales espectrales para atacar, punzante y desagradable, la mucosa de sus gargantas fantasmales. Apretando fuerte las manos de Michael, los dos muchachos lo arrastraron velozmente por Bath Street para dejar atrás el terrible bostezo de esa lánguida y espiralada nebulosa negra que se alzaba a apenas una docena de pasos calle abajo. No querían que se volviera a asustar y que le diera por correr derechito hacia aquella maldita cosa.

—Es como el espectro de una chimenea gigantesca que hubieran colocado aquí para incinerar toda la mugre de Northampton. En el mundo tridimensional, la derribaron hace setenta años, pero en el mundo espectral nadie pudo sofocar sus llamas. Lleva ardiendo desde entonces, y cada vez se hace más grande. Si su aspecto y hedor te resultan malos en este sitio, tendrías que verla Arriba. La llamamos «el Destructor».

Para Reggie, pronunciar el nombre equivalía a golpear con ambas manos las teclas del lado izquierdo de un piano, y hacerlo ahora pareció tener el mismo efecto sobre el trío

de espíritus, que marchaban en silencio por Bath Street hacia la plaza, con su franja de césped recortado al cepillo en el extremo posterior. Por encima de su hombro tapizado de tartán, Michael lanzaba ojeadas hacia el remolino levitante. Reggie sabía que el niño se estaría preguntando lo mismo que todo el mundo cuando posaba los ojos sobre el Destructor por primera vez: ¿qué ocurría con los espacios mortales y la gente viva que se cruzaba con él?, ¿qué efecto tenía sobre las personas que no sabían que existía? La cruda realidad era que nadie lo sabía, pero no había que ser un cerebrito para concluir que, muy probablemente, no sería nada bueno. Ahora bien, los fantasmas que por accidente se acercaban demasiado eran harina de otro costal. Todos sabían lo que les pasaba: se calcinaban y se hacían pedazos; quedaban pulverizados en átomos por las corrientes de su vórtice, y sus restos se veían arrastrados hacia aquel implacable torbellino de ónice. Según todos, las esencias de esos desdichados bien podrían seguir vivas y conscientes en aquella vorágine horrenda y eterna. Reggie no quería ni pensar en ello, así que urgió a Michael Warren a cruzar la sombría extensión de grama.

Justo cuando los dos muchachos mayores empezaban a creer que su joven carga no iba a despegar nunca sus ojos del Destructor, entonces, como suele ser habitual en los niños pequeños, resultó que su atención se centró de repente en algo que claramente le pareció más remarcable, y así fue como el arremolinado destructor de almas que se cernía a sus espaldas sobre Bath Street cayó instantáneamente en el olvido.

Fueron los bloques de pisos de Claremont Court y Beaumont Court los que fascinaron al crío. Las doce plantas de cada monolito se elevaban hacia aquel cielo encapotado y casi carente de estrellas como enormes páginas negras de un álbum filatélico, y en sus sellos rectangulares surgían, aquí y allá, algunas luces tamizadas por cortinas. Aunque Reggie esbozó una sonrisita al constatar cuán impresionable era el niño, en justicia debía reconocer que él había gozado de más tiempo para habituarse a aquellas lápidas colosales.

La primera vez que las vio se quedó igual de estupefacto que Michael Warren ahora. Eran las casas más altas que jamás había visto, cajones verdaderamente gigantescos arrojados en unos matorrales verdaderamente vastos. Las grandes letras de metal ubicadas como añadido reciente en la cima de los titánicos bloques rezaban «NEWLIFE», y su disposición vertical, moderna e inteligente, hacía que las torres le recordaran aún más a embalajes puestos de lado. Alrededor de la base de hormigón de los edificios gemelos, los desperdicios amontonados relucían cual lirios fúnebres en las hebras plateadas de la tiniebla. Michael estaba tan perplejo como asombrado.

—Creía que habían arrasademolido todas las casas de la zona. ¿De dónde han salido estas dedocosas?

Reggie se rio sin desdén. Era muy cierto. Nunca antes había reparado en ello, pero las torres se asemejaban a dos dedos ciclópeos alzados en un titánico signo de la victoria dirigido a los Boroughs. Soltó la mano de Michael para acariciarle su cabello lechoso.

—Buena pregunta, pequeñajo. ¿Cuándo pusieron aquí a estos cabrones tan feos, Bill?

Bill arrugó el rostro en ademán pensativo.

—A principios de los sesenta, diría. Cuando revivas en 1959, lo más probable es que pasen uno o dos años antes de que veas cómo ponen los cimientos. Lo que contemplas ahora es un avance del que no te acordarás cuando vuelvas a la vida.

Reggie se tocó el sombrero y asintió en solemne conformidad. Era algo archisabido. Llevarse recuerdos de la juntura fantasma o Humánima era tan imposible como volver de una ensoñación avariciosa con un cofre del tesoro. Cuando regresara al dominio tridimensional de los mortales, Michael Warren sería absolutamente incapaz de acordarse del más mínimo detalle de sus aventuras en el reino de Arriba junto a la Banda de los Muertos Muertos, salvo quizá por algún *déjà vu* pasajero que no tardaría en olvidar. Reggie se hallaba ponderando la ligera decepción de este hecho cuando Phyllis, John y la valiente Marjorie

irrumpieron de entre el muro pedregoso de los dúplex de Crispin Street para surcar la calle hacia la amplia franja de hierba en la que se encontraban los otros dos niños y él, todo acompañado de unos fugaces bocetos de sí mismos que iban quedando atrás como recién salidos del cuaderno de un artista.

—Pos habéis encontrao al escurridizo mocoso. ¿Cómo se te ha ocurrío salir corriendo de esa manera?

Cabreadísima, Phyllis se plantó delante de Michael Warren para apabullarlo con su altura —aunque apenas le sacaba diez centímetros—, sus zapatos de hebilla separados férreamente en el suelo y sus brazos en jarras arremangados sobre su cintura flacucha. Incluso los vidriosos ojos negros de su estola de conejos parecieron lanzar una mirada de reproche hacia el pobre crío. Reggie, que había reconsiderado su opinión sobre el pequeño niño fantasma, no creía que Phyll estuviera siendo justa. Estaba a punto de intervenir, pese a su reticencia a enfrentarse a la autoproclamada líder de la Banda de los Muertos Muertos, cuando el gran John se entrometió y le ahorró el mal trago.

—No te preocupes, enano. Solo demuestra su alivio por haberte recuperado de una pieza. Tendrías que haberla escuchado hace un momento, cuando estaba convencida de que algún errante te habría liquidado y de que tus restos habrían terminado en el Destructor. Estaba tan nerviosa que hasta le temblaban los labios.

Phyllis se giró y miró a John con mala cara. Entonces, intentó propinarle un pisotón al apuesto y alto espectro, pero él se carcajeó y apartó el pie justo a tiempo. Ella procuró mantener su cara de indignación ante la hilaridad del chico, pero las risas empezaron a propagarse entre los otros niños fantasmales. Incluso Reggie soltó una risita al ver su aspecto contrariado, si bien la camufló con una tos por si acaso lo oía.

—¡Eso no esera así! ¡Solo me preocupareba que tuviera un accidente o que lo agarrara otro diablo, porque eso sí que nos hubiera metío en problemas! ¡Si se hubiera caío de cabeza en el pozo escarlata, o si nos hubiéramos encontrao

un mojón con rizos rubios salío del culo de los terrier de Malone, eso me hubiera dao igual!

La propia Phyllis arruinó su compostura riéndose de aquella última frase. De pie sobre el césped en plena noche, todos se troncharon, y al poco recobraron la camaradería.

Mientras Michael Warren y los demás hacían las paces y se contaban las aventuras vividas desde la separación al pie de Scarletwell Street, Reggie y Bill se entretuvieron despreocupadamente en la umbría de la hierba recortada. Bill sugirió que volvieran a jugar a golpearse los nudillos, pero, al examinarse las manos, ambos descubrieron que las articulaciones de sus dedos aún emitían una débil y grisácea luz pulsátil a causa de los moratones provocados por la sesión anterior, motivo por el que decidieron hacer alguna otra cosa. Tras un rato, acordaron correr en círculos cerrados alrededor de una bolsa de patatas arrugada para ver si podían hacerla volar sobre la grama. A veces resultaba posible si el grupo era numeroso. Solo había que correr y correr en torno al objeto como un tren de juguete que circulara por una vía diminuta, tan rápido como se pudiera, y al final, si se alcanzaba la velocidad adecuada, se creaba un surco temporal en eso que Reggie había oído mencionar a los otros como el «tiempo-espacio», o «espacio-tiempo», del plano mortal. Las corrientes de aire se dirigían entonces a llenar ese pequeño vacío, y si corrías lo bastante rápido durante el tiempo suficiente, entonces acababas provocando tornados minúsculos en el modesto aparcamiento de Silver Street con Bearward Street en la década de 1960 o haciendo florecer remolinos en miniatura sobre la paja y las cáscaras de naranja de las esquinas de la plaza del mercado. En esta ocasión, sin embargo, solo estaban Bill y él para contribuir al efecto, y eso apenas les bastó para elevar la bolsa un par de centímetros. Cuando Phyll les dijo que dejasen de hacer el idiota y que se prepararan para marcharse, abandonaron el vertiginoso pasatiempo con callados suspiros de alivio mal disimulado, agradecidos por contar con una excusa para suspender aquellos esfuerzos tan improductivos.

A través de la suave cuesta de hierba que bordeaba los bloques de pisos en paralelo a Bath Street, los seis niños fantasmales y su turbamulta de copias subieron en dirección a la hilera de casas que discurría por la zona superior del césped, cercana a un sendero que Reggie creía que se llamaba Simons Way. En apariencia, Phyllis había decidido atajar por la parte trasera de los apartamentos NEWLIFE hacia Tower Street, que era como habían rebautizado el antiguo extremo superior de Scarletwell. Con casi total seguridad, la niña se encaminaba hacia las Obras, aunque Reggie esperaba que no pretendiera visitarlas allí, en el nada-cinco o nada-seis, o donde demonios estuvieran.

Aunque calculaba que debía ser primera hora de la mañana, había una o dos personas vivas ocupándose de sus asuntos, ajenas a la cadena de réplicas que Reggie y su grupo póstumo iban arrastrando en su estela. Un fulano gordito de ojos pequeños y con la cabeza afeitada emergió de una puerta de Simons Walk para dejar un par de vaporosas botellas de leche en el umbral de su casa antes de volver adentro. Cuando se agachó para depositar los recipientes, los niños se pusieron a darle palmadas con sus manos grises e insustanciales en su cráneo calvo, pero el hombre no pareció percatarse de su presencia en absoluto, que era como debía ser. No fue este el caso del viandante nocturno con el que se toparon a continuación al torcer a la derecha por Tower Street, con los dos ominosos monumentos de hormigón ahora ya detrás de ellos.

Era un tipo alto y delgado, de pelo moreno y rizado, que debía rondar la cuarentena o cincuentena, y que claramente había empinado el codo en exceso. Bajaba por Tower Street muy lentamente y dando tumbos en dirección a los chavales espectrales, tal vez tras haber descendido a aquel nivel desde uno de los tramos de escaleras del extremo superior de la calle. Con voz trabada, iba recitando para sus adentros una especie de poema, algo acerca de amigos que le eran «ajenos, más ajenos que los desconocidos». Reggie y Bill se echaron a reír, y justo estaban empezando a chotearse de aquel beodo cuando el

buen hombre se detuvo en seco para mirarlos directamente.

—¡Puedo veros! ¡Ah, ja, ja, ja! Sé que os escondéis ahí, al doblar la esquina y subir por la chimenea. ¡Ah, ja, ja, ja! Os veo perfectamente. Soy un poeta publicado.

Los niños muertos se quedaron boquiabiertos y petrificados del asombro. Sí, cierto, siempre existía la posibilidad de que algún vivo pudiera percibirlos ocasionalmente, pero casi siempre acababan por apartar la mirada tras concluir que, en realidad, no habían visto lo que creían haber visto. Que un alma viviente tratara de interactuar con ellos era algo inaudito, pero que encima recibiera sus apariciones con ese cachondeo, en fin, eso no había pasado jamás. Incluso Phyllis y el gran John contemplaron con cara de pasmo, como si no supieran cómo reaccionar, a aquel fulano ebrio.

Por fortuna, los serios aprietos que podrían haberse suscitado se vieron abortados por la oportuna apertura de la ventana de un dormitorio en la planta superior de la primera casa de la hilera, situada a la izquierda a espaldas de la pandilla espectral. Sobre ella se inclinó una ancianita en bata, menuda aunque de aspecto increíblemente recio, que siseó bruscamente al fulano borracho, aún tambaleante a la luz de las farolas.

—¡Estúpido gandul! ¿Tas vuelto tarumba? Entra de una vez antes de que te dé pal pelo. ¿¡A quién se le ocurre ponerse a hablar solo en mitá de la noche!?

Con sus pobladas cejas enarcadas por la sorpresa, el achispado clarividente alzó los ojos hacia la ventana. Acto seguido, le dedicó a la mujer la misma risa socarrona, de lo más característica, que le acababa de dispensar a los pequeños.

—¡Serenidad, madre! ¡Ah, ja, ja, ja! Solo estaba charlando con estos… oh. Se han ido. ¡Ah, ja, ja, ja!

El hombre volvió a dirigir la vista hacia Tower Street y miró directamente a los críos fantasmales, pero entonces parpadeó y bizqueó inseguro, como si ya no fuera capaz de distinguirlos. Las consiguientes reprimendas de la mujer, que al parecer era su madre, le hicieron trastabillar hacia

delante, burlarse de sí mismo y buscar a tientas las llaves de la casa, todo mientras atravesaba distraídamente la media docena de jóvenes espíritus que se interponían en su camino. La fenecida banda se giró para observarlo forcejear con la cerradura Yale de la casa de la esquina, siempre sin dejar de reírse de sí mismo y ahora ya sin las murmuraciones de la anciana, que había optado por bajar la ventana sonoramente para dejar que su alcoholizado vástago se las arreglara solo.

Phyllis sacudió la cabeza, la banda se giró para reanudar su ascenso por Tower Street y el borracho, aún afanado en abrir la puerta de su morada, quedó atrás.

—¡Me cago en la leche! ¡Vaya tela la que estaraba liando ese diablo en la puerta de su casa! ¡Y pensar que los vivos se asustan de nosotros!

Con un escalofrío cómico y exagerado, la niña agitó los hombros para insinuar que los vivos eran mucho más raros y bastante más espeluznantes que los fantasmas. Reggie estaba de acuerdo. En su experiencia, los muertos eran mucho más cabales.

La banda se detuvo en los exteriores de una suerte de empresa moderna propiedad del Ejército de Salvación. Sus instalaciones, cerradas de noche, quedaban a la izquierda de los chavales, mientras que frente a ellos se cernía el horrible mosaico en gris sobre gris del muro divisorio de la intersección en la que se había convertido el Mayorhold. Al mirar de soslayo a Michael Warren, Reggie notó que el joven estaba desorientado por aquella arquitectura desconocida, y que por tanto no tenía ni idea de dónde estaba. Teniendo en cuenta la transformación del Mayorhold, era muy lógico. Solo había que pensar en la que había liado el niño por la desaparición de una única hilera de casas.

El cruce elevado brillaba bajo las farolas de sodio, que Reggie sabía que a ojos de los mortales serían de un amarillo pis de caballo. A la juntura fantasma, en cambio, la teñían de un mórbido tono monocromo, de una luz insalubre que manaba del elevado carrusel motorizado para

derramarse sobre las calles y los pasajes inferiores, donde la Banda de los Muertos Muertos había hecho un corro en torno a su líder. Phyllis les estaba explicando los movimientos que prefería acometer a continuación, sobre todo en beneficio de Michael Warren, no fuera que el niño sufriera otra espantosa sorpresa.

—Vale. He estao dándole vueltas al tema. Sabemos que el mocoso aquí presente es un Vernall, que son personas con tareas mu importantes que mu a menúo les resultan desconocías. Sabemos que va a revivir, y que eso se relaciona, de alguna manera, con la gran obra que los albañiles se traen entre manos, el Porthimoth di Norhan. Ahora bien, el niño es tan importante pa ese contrato que los albañiles han tenío una riña a su costa en 1959. Creo que deberíamos volver Arriba, a Humánima, pa ver esa pelea. Así podríamos averiguar algo más acerca de la implicación del crío.

Incómodo, Reggie se revolvió en su abrigo gigantesco y protestó.

—No vayas Arriba aquí, Phyll. No en este siglo. Él ya ha visto la pinta que tiene el Destructor aquí abajo, flotando en Bath Street…

Phyllis se molestó.

—¿Acaso parezco idiota? ¡Pos claro que no vamos a ir Arriba aquí! Pa empezar, habría que patearse cientos de millas por los Áticos del Hálito pa llegar hasta la riña de los albañiles. Cavaremos primero hasta 1959 y luego subiremos Arriba desde ahí.

Bill, que estaba en la periferia del corrillo propinando puntapiés a unos dientes de león y unos guijarros que ni siquiera alcanzaba a rozar, frunció el ceño.

—Eso nos va a llevar de nuevo a la tormenta fantasma, ¿no?

Tras echarse al cuello su larga estola con un gesto dramático que habría sido propio de una estrella de cine de no haber implicado conejos pútridos y postimágenes, Phyllis le dedicó a su joven pariente una mirada de impaciencia.

—Utiliza la mollera por una vez, Bill. ¡La evitaremos si cavamos hasta una o dos horas antes de que comience! Con algo de atención, sabremos que hemos llegao al estrato con viento, y luego solo habrá que cavar una o dos capas más. Pero amos… quien quiera ayudarme, que lo haga; y quien no, que se aparte de nuestro camino.

Dicho eso, marchó hacia el muro prefabricado del edificio del Ejército de Salvación en una columna de colegialas cabreadas, y entonces empezó a escarbar con ambas manos el tiempo acumulado. Unas bandas relucientes de color blanco y negro, que Reggie identificó como un entrelazado de días y noches, comenzaron a acumularse en una espiral desordenada alrededor de las yemas de sus zarpas, todo mientras los otros miembros se acercaban de mala gana para ayudarla. Solo Michael Warren y Marjorie la Ahogada declinaron las tareas de perforación, él por su probable ineptitud y ella por el miedo general a que el niño volviera a huir si nadie se sentaba a acompañarlo.

Tras uno o dos minutos de intensa excavación de la pared, Phyllis anunció que podía sentir las ráfagas ventosas de la tormenta fantasma corriendo por sus uñas. Avanzando con mayor cuidado, apartó los bordes textiles que representaban la duración de la borrasca, y luego los arrastró hacia las ondulantes rayas de cebra que rodeaban la boca del túnel, cada vez más ancha. Al cabo de un instante, les informó de que era capaz de notar un lugar sin brisa, e invitó a sus camaradas a colaborar en la ampliación de la abertura ahora que había realizado por ellos todo el trabajo duro.

Al tirar junto a los demás del borde del agujero para expandirlo, a Reggie le chocó ver más oscuridad al otro lado del portal en vez de la luz diurna de la década de 1950 que cabía esperar. Sin embargo, cuando el orificio fue lo suficientemente ancho como para que la banda pudiera trepar, descubrió que habían ido a parar a un sótano, lo cual explicaba la umbría. Apiladas contra una pared había cajas llenas de revistas y libros picantes, junto a otra se

acumulaba un gran montón de cisco y carbón, y el escenario entero estaba delineado en punto de plata por la visión nocturna de los niños muertos. Uno a uno, los chavales fueron trepando hacia 1959 a través de la brecha, con Phyllis en la retaguardia para ayudar a pasar a Marjorie la Ahogada y Michael Warren. Una vez reunidos en el tenebroso sótano, su líder los conminó a sellar el hueco que lindaba con el nada-cinco o el nada-seis. Diligentemente, estiraron las fibras ahumadas del día presente a lo largo del conducto, y al final no quedó ni rastro de Tower Street o de los bloques de apartamentos que se recortaban sobre aquel cielo sin estrellas. Después de cumplir con el protocolo de sellado de portales de la juntura fantasma, Phyllis volvió a dirigirse a la banda. Al contrario que en la casa solitaria del final de Scarletwell, allí no había vigilantes a la vista, así que no había ninguna necesidad de susurrar.

—Por si os lo estáis preguntando, esto es la papelería de Harry Trasler, que está justo al salir del Maiojol y antes de llegar a Althorp Street. Estamos en el sótano. Solo hay que subir las escaleras y torcer la esquina pa llegar a la entrá de las Obras.

Encontraron las escaleras de la estancia tras un montón de ejemplares de *True Adventure* atados con un cordel; la revista parecía estadounidense y exhibía en casi todas sus portadas mujeres semidesnudas, vestidas únicamente con ropa interior y brazaletes nazis, y que acosaban con sus dientes apretados y homogéneos, sus hierros al rojo y sus fustas a hombres maniatados. Los niños subieron los peldaños uno a uno, franquearon la puerta de la bodega, cerrada con pestillo, y salieron a la luz del día en un pasillo que conducía a la tienda de periódicos en sí: un viejo salón delantero con cómics, libros y revistas colgados de enormes clips de pinza metálicos en un mirador reconvertido en escaparate. Allí, tras un viejo mostrador de madera negra y acanalada que dividía la salita en dos espacios a lo largo, un hombre medio calvo y barrigón de piel cetrina y mirada ojerosa se hallaba de pie, apuntando sus beneficios en los diarios matutinos durante una breve tregua de clientes.

Reggie supuso que debía ser ese tal Harry Trasler al que Phyllis había identificado como el propietario de la tienda. Con aire taciturno y atribulado, ni siquiera apartó la vista de la columna de sumas cuando los chavales espectrales se fundieron con el extremo superior del mostrador, que por lo visto, y pese a las apariencias, no era lo bastante antiguo como para impedírselo, antes de fluir hacia el sol de junio que bañaba aquel sereno rincón del Mayorhold.

Al corazón fantasmal de Reggie le sentó de maravilla ver de nuevo aquella extensión aproximadamente rectangular que servía de nexo de unión a ocho calles, todas ellas ocupadas por patios comerciales, cinco pubs, una docena de acogedoras tiendecitas y la imponente fachada de pilares de la Sociedad Cooperativa de Northampton. En su época, él había visto nacer esta última en Horsemarket bajo el nombre de «Sociedad Cooperativa Industrial del West End», así que le alegró constatar que aquella digna empresa siguiera boyante más de setenta años después. Flanqueada a un lado por una carnicería y al otro por los viejos baños públicos victorianos que torcían hacia Silver Street, la zona de la cooperativa parecía la más concurrida del Mayorhold en aquella mañana de verano. Cargadas con bolsas de la compra de rafia y tocadas con pañuelos, las mujeres charlaban en el receso de la puerta principal, y de vez en cuando se hacían a un lado para permitir la entrada y salida de los clientes del establecimiento.

Una plácida luz arenosa espolvoreaba tanto las duras facciones de las mujeres que entraban a aquellas horas en el Green Dragon, al comienzo de Bearward Street, como los autobuses que había parados en el lado occidental de la antigua y olvidada plaza principal, cerca del Currier's Arms. Tres zagales ataviados con pantalones cortos de sarga gris y cinturones elásticos con hebillas en forma de S salieron de la confitería que había junto a la tienda de Trasler compartiendo lo que parecía ser una bolsa de gominolas, y entonces avanzaron a través de la banda fantasmal sin reparar en ella.

Al dejar a la derecha el Old Jolly Smokers, Reggie y

compañía fueron conscientes de que, en el plano astral del pub, allá por los confines elevados en los que se reunían los errantes, ese matón de Mick Malone estaría apurando su aguardiente de sombrero de Puck y pensando en volver a casa por los cielos de Little Cross Street acompañado de los hurones de sus bolsillos, justo como lo habían visto antes. Después de pasar casi de puntillas por las puertas batientes de la taberna, los críos espectrales cruzaron la intersección entre el tramo superior de Scarletwell Street y el Mayorhold.

Frente al Jolly Smokers, en la otra esquina de la decadente avenida, había un viejo y ruinoso edificio de tres plantas con el maderamen y la mampostería tan ennegrecidos que casi se dirían ahumados. Las ventanas del lugar estaban tapiadas con tablones clavados a sus ajados y astillados marcos, y sobre la puerta principal, también cegada, había un letrero pintado al que le quedaban muy pocas letras como para adivinar el antiguo nombre del dueño o lo que este soliera vender. Aunque Reggie recordaba haberla vista abierta a principios del siglo XX, en la muerte habría podido recordar qué clase de tienda era. Solo sabía que mucho antes de su nacimiento, antaño en el siglo XVI, aquella reliquia había acogido el primer ayuntamiento de Northampton.

Los chicos franquearon la puerta principal hacia un interior lúgubre y desmantelado en el que los rayos de sol se filtraban por las rendijas de los tablones clavados a las ventanas. Un papel tapiz de cuatro generaciones de espesor caía rasgado, cual piel fofa, del húmedo enlucido del que se había despegado, y en uno de los rincones más alejados había una decoración a base de botellas vacías de cerveza Double Diamond y de algo que parecía ser el resultado de un retortijón humano. Flotando sobre las muescas mohosas de unos peldaños carcomidos, subieron a la primera planta por una escalera derrumbada, y luego continuaron hacia el piso superior. Allí, la falta de una docena de tejas había abierto el edificio a las aves y la lluvia, transformándolo en un laberinto de cámaras sombrías alfombrado por

estalagmitas de mierda de paloma y charcos sucios.

La puerta curva y su correspondiente escalera jacobita se hallaban en la estancia del final, donde una luz coloreada caía en festivas serpentinas a través del portal radiante para bañar los rostros inclinados de los niños, la fusión de los tablones, alfombras y papeles húmedos del entorno, y los estrechísimos peldaños de la escalera celestial.

Reggie sintió un nudo en el recuerdo de su garganta y un afloramiento de fluidos espectrales en sus ojos. Aquel era el lugar al que Phyllis y Bill lo habían llevado en su primer encuentro, no mucho después de haberse conocido en las catacumbas del siglo XIV mientras se refugiaban de la tormenta fantasma de 1913. Allí fue donde acabaron de convencerlo de que era tan buena persona como cualquier otro, de que su derecho a ir al cielo o al infierno era idéntico. No sabía por qué lo asaltaban esas sensaciones cada vez que veía aquella escalera hacia Humánima. Simplemente, era lo que sucedía. Al limpiarse la humedad de los ojos con una de las toscas mangas de su sobretodo, lo hizo furtivamente, pues no quería que nadie lo viera de esa guisa.

Con su collar de conejos balanceándose y sus postimágenes evaporándose como la niebla matinal, Phyllis fue la primera en subir por el refulgente colorido de la escalera jacobita. La siguieron Michael Warren, el larguirucho de John, Bill y Marjorie.

Tras echar una última ojeada en derredor al emborronado esbozo a lápiz de la juntura fantasma, Reggie terminó imitándolos. Admitía que se sentía un poco asustado ante la idea de asistir a una trifulca entre albañiles. Después de haber contemplado el vendaval huracanado que habían provocado, no tenía muy claro si estaba listo para la pelea en sí, pero eso solo era cuestión de agallas y de sentido común. No era la única razón de la lagrimosa reticencia que lo embargaba cada vez que trepaba por esos travesaños para aventurarse en las colinas lignarias de Muertfordshire.

Lo cierto era que seguía sin creérselo, concluyó. Incluso

después de incontables años, seguía sin aceptar que existiera un mundo maravilloso en el que fuera bienvenido, uno que le tuviera reservado un lugar que no fuera la tumba sin lápida del enterramiento de la iglesia de Doddridge. Mientras disolvía el agüilla de sus ojos con un parpadeo y se sorbía un grueso moco de ectoplasma, reunió gallardamente el valor necesario para reanudar su ascenso, para dejar el gris en favor del oro, y el azul, y el rosa, y el violeta.

Con el sombrero estilosamente ladeado para ocultar el hecho de que había estado llorando, Reginald James Fowler cruzó la puerta curva hacia las Obras, donde se vio inundado de repente por una cascada de sonidos y una rica paleta de colores, por un aroma sagrado a madera lijada y a honesto sudor de albañiles. Por así decirlo, al final sí que consiguió retirar la cortina de su caja de embalaje.

Y al hacerlo, llegó a casa.

PUGNAS MENTALES

Tras salir por la puerta curva precedido por Phyllis Painter, Michael Warren se quedó aturdido ante el estruendoso alboroto de las Obras, ante su escala y su color y, sobre todo, ante el tufo putrefacto de la estola de la niña. La Banda de los Muertos Muertos había emergido en un taller tan grande como un aeródromo, bañado por una luz perlada que caía desde unos ventanales increíblemente altos e inmerso en una resuelta laboriosidad. Había albañiles por todos lados: trabajando sobre escaleras y caballetes, yendo y viniendo con rollos y fajos de documentos, e intercambiando instrucciones en un lenguaje en el que cada sílaba florecía como un jardín lírico e intrincado.

Calzados con sandalias de madera y vestidos con unas túnicas lisas de un suave gris columbino matizado de verde o púrpura en pliegues y dobladillos, parecían albañiles de un rango distinto al del hombre de toga nívea y brillante, blancos cabellos y pies descalzos que Michael había visto anteriormente. Aquel tenía el porte de un artesano, mientras que las varias docenas de individuos afanados aquí, en el vasto recinto, se dirían peones; peones que se comportaban, eso sí, con más gracia y dignidad que cualquier emperador que el crío hubiera visto en ilustraciones o conocido de oídas.

Uno de ellos, enjuto y de aspecto piadoso, con facciones levemente alargadas y unas entradas pobladas por rizos cenicientos, pasó junto a la banda de niños fantasmales, ahora un poco acobardados, al atravesar la susurrante catedral que le servía de espacio de trabajo. A Michael, que acababa de salir de la juntura fantasma, lo

descolocó en un principio que aquel peón hacendoso no fuera dejando tras de sí una estela de copias efímeras, pero entonces recordó que se hallaban en un lugar diferente. El trabajador de rasgos ahusados se detuvo en mitad de las amplias e intrincadas losetas para escrutar a la panda de pillos espectrales con una mirada brillante, esmeralda e infinita.

—¡Nos los auream oosbien venid! ¡Nos placet plano infinitas!

Pronunciadas con una voz cargada de ecos y neutra como la brisa, estas palabras (si es que eran tal cosa) se agolparon como un equipaje pesado y voluminoso en la mente de Michael Warren; unas maletas que, a continuación, procedieron a deshacerse por sí solas en paquetes semánticos cada vez más compactos e ingeniosos.

—*¡Nosotros los áureos, nosotros los labradores de este valle velado, nosotros los que pisamos la vendimia en estas gloriosas viñas de sabiduría imperecedera, nosotros los grises guardianes de esta tarea, os damos la bienvenida, sed bienvenidos a nuestro prodigio, a nuestro mundo, a nuestra abundancia, a nuestro dominio, al lugar donde se realizan nuestras Obras! ¡Es por ello que nos complace grandemente, si también a vosotros os place, presentaros aquí un plano y esquema de nuestros pastos tal y como fueron en épocas pasadas y tal y como deberán perdurar hasta el confín más postrero de la eternidad, para que así os colme de amparo, guía y gran libertad entre estos muros, estos salones, estas moradas consagradas al alma y la existencia infinitas*!

A su juicio, aquel discurso se reducía a algo tal que así: «Bienvenidos a las Obras. Sed tan amables de aceptar esta guía». Del desordenado montón de papeles que llevaba bajo el brazo, el peón extrajo media docena de cuartillas y entregó una copia de tan escuálido folleto a cada uno de los seis niños fenecidos, todo ello antes de asentir con ademán cortante y de marcharse presuroso, con su túnica color borrasca destellando en rosa y malva al agitarse sobre sus tobillos, hacia una pared divisoria demasiado lejana como para distinguirse claramente en aquella bulliciosa

explanada.

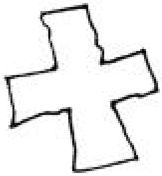
Al igual que sus compañeros, Michael observó el opúsculo que le habían obsequiado. Impresas en tinta dorada sobre un grueso papel color crema, las dos hojas dobladas en cuartillas presentaban un texto muy denso, aparentemente redactado con los pequeños símbolos ondulantes de un alfabeto extranjero. Con sus tres añitos, él apenas sabía reconocer una o dos palabras en inglés escrito, así que creyó que tendría que pedirle a alguien que se los descifrara. Sin embargo, no hubo necesidad: al examinarlos con mayor detenimiento, los minúsculos e ignotos caracteres parecieron transmitirle su significado mediante ideas y palabras inteligibles, o al menos mediante conceptos que le resultaban entendibles ahora, en su actual estado. Notaba que se había vuelto más listo desde su muerte, como si su alma hubiera seguido desarrollándose por sí misma aunque su mente y su cuerpo ya no existieran. Así las cosas, contempló aquellas letras sinuosas y diminutas con sus ojos espectrales mejorados y comenzó a leer.

LAS OBRAS

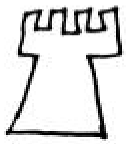
> Las Obras se fundamentan en el año 444 d. C. del mundo inferior, que es donde está establecido el primer Borough. En origen, su manifestación material es un mojón de piedra situado en el extremo superior de un sendero que conduce al pozo escarlata de los tintoreros. En el segundo Borough, sin embargo, los cuatro Ángulos Maestros se las ingenian para desplegar hábilmente ese único bloque de granito toscamente tallado en la imponente fortaleza que alberga su magnífico taller manufacturero. El lema principal de la empresa es «La Justicia está por encima de la calle» y, para que todos así lo reconozcan, la piedra presenta este signo y sello:

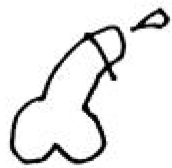


La situación aproximada del mojón se corresponde con el centro del primer Borough, aunque se halla ligeramente desplazado hacia el Este para ajustarse con mayor exactitud a la intersección de las diagonales que unen las esquinas del barrio. Estas cuatro esquinas constituyen los confines del edificio y canalizan sus cuatro energías distintas, y cada una se distingue por su emblema. De este modo, la esquina sudeste se simboliza con la cruz, ya que este cuadrante representa el fuego del alma, mientras que la esquina sudoeste exhibe la imagen de un castillo, signo del cuadrante aéreo que rige la majestad material. Pese a ser el cuadrante acuático y femenino, la esquina noroeste aparece adornada con un falo rudimentario, pues se trata de un lugar de invasión y penetración. Por último, la esquina nordeste muestra una calavera, dado que constituye el área terrenal del proyecto y aquella a la que se le atribuye la muerte. Esbozados en la piedra de granito, cada símbolo fue tallado por un Ángulo Maestro en función y señal de su temperamento y humor. Con estos glifos proclaman sus dominios:









Actualmente, el taller está embarcado en la construcción de un Porthimoth, «un punto o portal ilustre que equilibre adecuadamente el borde o ribete de la psique inmortal con el arte de nuestro estilo, nuestra senda y nuestra venia» y que se describe, comúnmente, como una piedra angular de doblez cuádruple que debe emplazarse en el pináculo de una estructura cronológica superior para hacer confluir todas las líneas morales y las ramificaciones factuales que compongan esa inmensa arquitectura temporal. Mientras se ejecuta dicha tarea, la Gerencia lamenta que no haya albañiles disponibles para acompañar a los visitantes en sus excursiones por el establecimiento, y aconseja respetuosamente que las personas se atengan en todo momento a esta guía práctica como fuente de información.

En la planta baja encontramos la entrada principal, abierta a los Áticos del Hálito sobre el actual Mayorhold. En los extremos del sendero del siglo v que guía al pozo hay dos puntos de acceso con bisagra cuádruple acodada, o «puertas curvas», que sirven igualmente de entrada a la mencionada planta baja, lugar en el que se ensamblan ciertos componentes específicos del proyecto y desde el que se distribuye y coordina a los peones. Los visitantes podrán advertir que el suelo se compone de setenta y dos grandes losetas, de cien pasos de lado cada una, dispuestas en un damero de nueve por ocho. Examinadas de cerca, estas amplias baldosas presentan un patrón teselado decorativo, peculiaridad debida al…

Michael apartó la vista de aquel absorbente folleto y descubrió, sorprendido, que sus cinco camaradas fantasmales habían empezado a caminar en tropel hacia la pared más cercana, situada a medio kilómetro en dirección este. Así pues, enrolló el opúsculo, se guardó el cilindro en uno de los bolsillos de su bata de tartán y corrió a alcanzarlos tan rápido como le permitieron sus zapatillas. Quedarse solo tras huir al pie de Scarletwell Street lo había asustado mucho, y no quería separarse de ellos otra vez.

Admitía que eso había sido una estupidez, un arrebato suscitado por la conmoción repentina de contemplar St. Andrew's Road en aquel estado, de ver un descampado de hierba allí donde solía estar su vecindario. Era algo pernicioso, pero lo peor había sido la impresión de que nada iba a salir como la gente esperaba, de que todos los sueños de papá y mamá iban a acabar en una franja de árboles, de maleza, de carritos de la compra abandonados. Había sido incapaz de aceptarlo. De hecho, aún se resistía. Y justo eso, su negativa a asimilar esa explanada descarnada y su descarnada realidad, fue lo que le hizo precipitarse en plena noche por un barrio que ya no reconocía.

Mientras los otros niños se centraban en el espectro doliente que vagaba con su traje a cuadros hacia la ominosa y solitaria casa de la esquina, él se ofuscó con la desolada extrañeza de sus circunstancias, incapaz de aguantar un segundo más la espeluznante tristeza de aquel más allá, de aquel terrible y ruinoso futuro. Por tanto, se escabulló en silencio hacia la reconfortante familiaridad de los recovecos de Greyfriars, y aunque la cancela de hierro negro que guardaba su angosta entrada lo hizo dudar —¿por qué habrían enrejado el viejo y oficioso parque infantil de los pisos?—, eso no le impidió atravesar los barrotes cual vapor de tetera y pasar, así, al callado y tenebroso recinto.

En general, el patio interior de Greyfriars seguía siendo el mismo que recordaba de sus paseos en carrito durante la década de 1950, aunque, obviamente, nunca antes lo había visto a medianoche. Cancelas aparte, la única diferencia

relevante era un cierto descuido fatigado, como si el lugar se hubiera rendido. Recorrió el sendero del nivel inferior del recinto en dirección a otra puerta cerrada que había al fondo y salió a Bath Street. Y solo entonces se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba.

Al otro lado de la calle, la agradable pendiente de edificios de ladrillo rojo había desaparecido, incluida la confitería de la señora Coleman y sus tarros de golosinas. Lo que había sustituido a aquel paisaje tan familiar eran unos horribles bloques de pisos con escalones de obra, barandillas oxidadas y unas ventanas rectangulares negras que se cernían gélidamente desde sus muros prefabricados, pintados de blanco en algún momento del pasado para realzar aún más la mugre de los Boroughs.

Desconsolado, Michael se deslizó cuesta arriba seguido por la fila india de sus propios duplicados, todos igual de furtivos que él. Tuvo que llegar hasta nada más y nada menos que Little Cross Street —donde la vieja hilera de viviendas que antaño solían apoyarse entre sí como boxeadores ebrios también se había visto reemplazada por los muros blancos de aquellos modernos edificios— para toparse con un lugar conocido: la mole sorprendentemente reconfortante que componían los pisos de Bath Street.

Un examen cuidadoso reveló, sin embargo, que tampoco se conservaban enteramente iguales. Bajo su pórtico estilo sala de cine habían claveteado unos paneles baratos de madera tosca y veteada allí donde las patadas de la gente habían roto los cristales. Se agachó entonces junto a uno de los muretes de obra que bordeaban el sendero de la destartalada entrada, gimoteó un poco e intentó dilucidar qué hacer a continuación. Ahí fue cuando atisbó a Bill y Reggie Bowler, que iban paseando por la pendiente asfaltada dispuesta sobre la antigua Fitzroy Street y que no tardaron en avistarlo.

Si no hubieran gritado y echado a correr por la calle hacia él, con su maraña de ojos, brazos y piernas adicionales, quizá se hubiera quedado allí sentado a esperarlos. Pero, como no fue así, puso pies en polvorosa y

se adentró en los pisos por la puerta medio tapiada. Atravesar aquellas estancias estrafalarias llenas de gente horrible inmersa en tareas incomprensibles le resultó pavoroso. Al salir al claro del sendero central y sus peldaños sintió un alivio inmenso, pese a las extrañas luces que flotaban por doquier.

Esta vez, cuando Bill y Reggie traspasaron la monótona mampostería de ladrillo rojo y se acercaron, concluyó que ya había tenido bastante, e incluso se alegró de verlos. Escarmentado por su fracasado intento de independencia fantasmal, permitió que los chicos mayores lo cogieran de la mano para guiarlo más allá del aterrador agujero espectral del tramo superior de Bath Street y llevarlo en dirección a los terrenos de las dos pasmosas torres, que fue donde se reunieron con John, Marjorie y Phyllis. Aunque la jefa de la Banda de los Muertos Muertos lo abroncó por su deserción, Michael ya la conocía lo suficiente como para entender cuán calmada estaba por haberlo encontrado sano y salvo. Llegó a preguntarse si no estaría enamorándose en secreto de él, un sentimiento que, según sus incipientes sospechas, podía ser recíproco. Fuera o no el caso, no quería volver a perder de vista ni a la niña ni a la pandilla, así que ahora, de vuelta al presente, cruzó presurosamente el bullicioso taller para ponerse a su altura.

Mientras alcanzaba al puñado de pícaros, el amistoso grandullón que era John se giró y le dedicó una sonrisa.

—¿Sigues con nosotros, zagal? Ya pensábamos que te habíamos vuelto a perder. En fin… ¿qué me dices de todo esto? Menudo espectáculo, ¿eh?

El esbelto muchacho señaló la afanada algarabía que los rodeaba, el incesante vaivén de los solemnes albañiles en sus relucientes túnicas grises, que solo dejaban en el aire un enjuto brazo y no la docena que Michael aún esperaba ver. El interior de las Obras era, desde luego, un espectáculo. Sobre unas losas gigantescas de patrones intrincados y complejos que parecían moverse y destellar por el rabillo del ojo, los ceremoniosos albañiles ejecutaban sus muchas tareas, dominados desde las alturas por un

emblema desplegado en un enorme saliente del muro al que se aproximaban, y que no era sino el extraño símbolo que el niño había visto en el folleto: una cinta o pergamino que parecía desenrollarse hacia la derecha y, justo encima, dos triángulos unidos por una línea doble. Tosco e impreciso, más daba la impresión de ser el garabato de un crío de tres años como él que la obra de aquellos enigmáticos «Ángulos Maestros». Mientras trotaba a su lado, Michael miró a John con cara de perplejidad.

—¿Qué esera ese símbolo grande de ahí arriba? ¿Un anuncio?

John rio entre dientes.

—Bueno, sí, supongo que lo esera. Significa «La Justicia está por encima de la calle», que esera una suerte de lema por aquí, como el «Y del fuerte salió dulzura» que sale en las latas de melaza.[23] Se explica en la guía que nos acaba de dar el albañil. ¿La has leído?

Michael respondió que la había leído un poco antes de guardársela en el bolsillo de su bata por miedo a quedarse atrás. John sonrió y meneó la cabeza.

—Nadie va a perderte de vista, y menos después de lo nerviosa que se puso Phyllis cuando huiste. Deberías echarle otro vistazo al folleto. Aprenderás muchas cosas, como lo de los diversos diablos que tienen atrapados en las losas de este suelo.

Al oír eso, el niño se paró en seco y bajó la vista hacia la losa de cien metros de largo por la que pasaban en aquel momento.

En efecto, cuando uno se paraba a examinarla en condiciones, la decoración allí dispuesta resultaba esplendorosa. El intrincado e ingenioso patrón se componía de dos formas repetidas hábilmente diseñadas para entrelazarse, pues la una encajaba en los espacios negativos dejados por el cuidadoso trazado de la otra. Las dos figuras diferenciadas que creaban aquel efecto de papel mural eran harto desagradables: la primera lucía el aspecto de un lobo

que tuviera una serpiente viscosa allí donde debía estar su cola, y de sus fauces desencajadas brotaban unas goteantes llamas carmesíes; la segunda, por su parte, era la de un cuervo gordo e inquietante que exhibía los colmillos de un enorme perro de presa en su pico abierto.

El modo en que se articulaban los contornos de esas dos monstruosidades tan dispares era una maravilla de la delineación, ya que las llamas que surgían de la boca del lobo-serpiente no solo bañaban su cuerpo cánido en un aura de fuego rojo, sino que además entretejían exactamente sus bordes festoneados con las hendiduras negras de las alas del perro-cuervo, orientado a su vez hacia el lado opuesto. En un efecto hipnótico, las líneas irregulares en las que se intersectaban ambas imágenes parecían hallarse en perpetuo movimiento, como si los halos flamígeros de los lobos-serpiente cabrillearan titilantes y como si las plumas de los perros-cuervo se agitaran furiosas. Tras sacar el folleto informativo del bolsillo, y con el anhelo de averiguar el sentido de la convulsa animación del solado, Michael reanudó la lectura justo por donde la había dejado.

> Los visitantes podrán advertir que el suelo se compone de setenta y dos grandes losetas, de cien pasos de lado cada una, dispuestas en un damero de nueve por ocho. Examinadas de cerca, estas amplias baldosas presentan un patrón teselado decorativo, peculiaridad debida al exhaustivo catálogo de antiguos empleados que son aplanados y compactados en aras de su manufactura.
>
> Estos exalbañiles, comúnmente llamados diablos, son comprimidos en un plano bidimensional de la existencia por los Ángulos Maestros y sus ejércitos durante la fundación del reino mortal y material. Una vez subyugados, quedan a merced del toro dorado que el Ángulo Maestro Mikael porta en un dedo a modo de anillo de predominancia sagrada con el fin de controlarlos. En el estrato simbólico que sobrevuela el mundo sustancial, el Ángulo Maestro Mikael entrega esta prenda al rey Salomón para que también pueda triunfar igualmente sobre estos mismos demonios y conminarlos a construir su templo en Jerusalén. Dicha estructura se reproduce en el primer Borough mediante la iglesia redonda del Santo Sepulcro, y el mismísimo

> Ángulo Maestro Mikael, asimilado con el afamado san Miguel, preside esta ciudad terrenal desde su atalaya en el gran Gilhalda de San Gil.
>
> Las seis docenas de demonios se hallan encarceladas por entero en estas losas y, comenzando por la esquina sudeste, se describen y nombran tal como sigue:
>
> El primer espíritu es un rey que cabalga al Este y que se llama BAEL. Hace que los hombres se tornen invisibles. Gobierna sesenta y seis legiones de espíritus inferiores. Adopta diversas formas, a veces un gato, a veces un perro y a veces un hombre, aunque en ocasiones muestra todas ellas simultáneamente…

Venía luego una larga lista de estas terribles criaturas y sus atributos, que en su mayor parte sonaban atroces. Al darse cuenta de que la esquina sudeste del cavernoso recinto era la que quedaba delante de ellos a su izquierda, Michael contó las enormes baldosas para averiguar cuál de ellas pisaba la Banda de los Muertos Muertos en aquel instante, en concreto la séptima desde el final. Pasó el dedo por la columna de duques y príncipes demoníacos hasta localizar el pasaje correspondiente y empezó a leer.

> El séptimo espíritu se llama AMÓN. Es un marqués de gran poder e inmensa fuerza. Se manifiesta como un lobo con cola de serpiente que vomita por su boca llamaradas de fuego, aunque a veces se manifiesta como un cuervo con dientes de perro en su cabeza. Relata todas las cosas pasadas, y presentes, y por venir; procura el amor; y reconcilia cualquier desavenencia entre amigos y enemigos. Gobierna cuarenta legiones enteras de espíritus inferiores.

Y eso era todo lo que decía sobre Amón, el lobo-cuervo con cola ofidia y dientes perrunos cuya figura mayormente roja, negra y gris se movía bajo sus zapatillas a cuadros. Michael bajó la vista hacia los dos ojos visibles del retrato de las criaturas, uno en un perfil del cuervo y el otro en el lado contralateral del lobo. Ahora que sabía más acerca del funcionamiento atemporal de Humánima, la habilidad de

«relatar todas las cosas pasadas, y presentes, y por venir» no se antojaba muy llamativa, la verdad, aunque suponía que la capacidad de suscitar amor podría haberle impresionado más si hubiera tenido más edad. Dicho esto, dado que se sentía mucho mayor de lo que era, ya alcanzaba a pensar que sonaba bastante bien. Tras enrollar de nuevo el folleto y guardárselo en el bolsillo, frunció el ceño y miró a John con ademán interrogante.

—¿Qué esera lo que hace moverse a estos dibujos?

John le dedicó un gesto comprensivo.

—Esto que pisamos no son dibujos, zagal. Estos son los propios interesados. Deberías dar gracias por lo poco que pueden moverse.

Michael volvió a observar la losa que atravesaban y sus tortuosos adornos. Emitió un leve chillido y, entonces, ejecutó un complejo baile en un intento aparente de levantar del suelo al mismo tiempo las dos zapatillas que enfundaban sus pies, como si temiera una contaminación infernal. Al final se quedó de puntillas, que evidentemente era lo máximo a lo que podía aspirar. Procurando no reírse, John camufló el sonido de su hilaridad con un estornudo ahogado en los confines de su nariz.

—No te preocupes… no pueden hacerte daño. Cuando están así aplanados, no son más peligrosos que Keyhole Kate o cualquier otro personaje de cómic.[24] Además, ya vamos a llegar al final de la planta. Pronto estaremos en las escaleras, y allí no hay diablos.

Tal y como había indicado, la inmensa pared no tardó en alzarse ante ellos con una escalera de madera surcándola en diagonales, un enorme zigzag que conectaba los cuatro estratos de la balconada hasta llegar al más alto, situado casi al mismo nivel que el tosco sello de las Obras y su titánica placa. Los escalones en sí eran anchos y resistentes, y la proporción entre su huella y su altura se diría relativamente normal, a diferencia de los que había sufrido hacía un rato al trepar por la escalera jacobita para salir de la juntura fantasma. Ansioso por dejar aquella retorcida moqueta de horrores entrelazados, prefirió no correr el

riesgo de volver a distraerse hasta que la pandilla y él no hubieran alcanzado sanos y salvos el lateral más cercano del taller poseído.

Vistas de cerca, las escaleras tenían varios metros de ancho, y estaban delimitadas por el imponente muro desnudo a un extremo y por una barandilla magistralmente labrada y pulida, casi con total probabilidad de roble, al otro. Cada escalón estaba tallado en alguna ignota variedad de mármol, una piedra translúcida de un rico y profundo color azul oscuro cuyos reflejos de mica, en lugar de limitarse a brillar de manera uniforme desde su superficie, parecían suspendidos a lo largo de su espesor. Eran como bloques sólidos extraídos del cielo nocturno, y Michael descubrió que aquí y allá, entre esas motas de mica centelleante, había nebulosas rizadas y colas de cometa. Se trataba de una escalera de incendios construida a partir del universo, aunque en realidad, si uno se paraba a pensarlo, todas las demás también se componían de la misma materia.

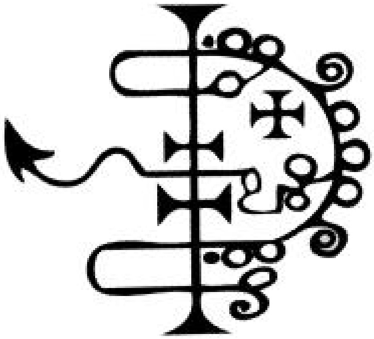
La Banda de los Muertos Muertos comenzó a subir la estructura desde el murmurante arrullo del taller, con Phyllis Painter en cabeza y un poco adelantada al resto. Mientras ascendía en la retaguardia junto al gran John, el crío oteó los escaques menguantes del suelo del taller por encima de la balaustrada de roble. Desde esa perspectiva elevada, casi fue capaz de advertir un patrón unificador en el movimiento de los albañiles y en su apresurado vaivén de trayectorias inescrutables, como si cada operario fuera una esquirla de hierro atrapada en los bucles y espirales irradiados por un imán invisible.

Gracias a su visión fantasmal, ahora podía ver claramente las seis enormes docenas de losetas endemoniadas que conformaban el solado, dispuestas como una baraja de naipes de pesadilla. A continuación creyó recordar que la amortajadora, la señora Gibbs, le había dicho que, de todos los diablos que existían, el que lo había raptado a él, el sibilino Sam O’Day, era el número treinta y dos. Si estaba en lo cierto, la losa pertinente debía yacer

contra la pared izquierda, a cuatro hileras de distancia. Erguido sobre el pasamanos de madera, Michael escudriñó en la distancia balbuceando con los labios, meneando en el aire su rosado dedo índice para asegurarse de contar bien. La baldosa en cuestión, cuando al fin pudo ubicarla, se demostró inconfundible.

Por una parte, era una de las tres o cuatro losas del conjunto que los albañiles parecían preferir evitar a su paso por el afanado taller. Por la otra, a diferencia de su cómplice Amón, Sam O'Day solo exhibía una única forma en su placa, en concreto la de ese ser tricéfalo a lomos de un dragón cuya furia había quedado de manifiesto en los Áticos del Hálito hacía ya un día o así, al menos aparentemente. Esa compleja representación se repetía unas cien veces a lo largo del área de la baldosa, y las irregularidades de sus contornos idénticos estaban dispuestas al milímetro para ensamblarse juntas, a la perfección, y con un rebuscamiento genuinamente infernal. Los espacios vacíos entre las muchas cabezas de la criatura, por ejemplo, servían para acomodar las cuatro patas pertenecientes al corcel dragontino situado justo arriba en el diseño, mientras que la afilada cola de la montura estaba concebida para encajar limpiamente en la mandíbula abierta del dragón heráldico gemelo que iba a la zaga. Tras recuperar la guía, buscó al número treinta y dos en la larga retahíla de eminencias infernales, tratando de ahondar en ese villano que lo había desorientado tanto literal como figuradamente.

> El trigésimo segundo espíritu se llama Asmodeo (o Asmoday). Es un gran rey, fuerte y poderoso. Se manifiesta como un ser de tres cabezas, la primera de las cuales pertenece a un toro, la segunda a un hombre y la tercera a un carnero. Tiene cola de serpiente, y expele gases perniciosos. Presenta patas palmeadas similares a las de un ganso. Cabalga a lomos de un dragón infernal y porta en su mano una lanza con estandarte, donde se muestra su pabellón tal como sigue:



Concede el anillo de las Virtudes y enseña las artes de la Aritmética, la Geometría y la Astronomía, así como la artesanía. Contesta cualquier pregunta con respuestas veraces y plenas, y puede hacer que los hombres se tornen invisibles. Muestra emplazamientos de tesoros escondidos, y gobierna seis docenas enteras de legiones de espíritus inferiores. Si se le solicita, eleva al invocador a un paraje superior desde el que este es capaz de escudriñar las casas de sus vecinos y ver los negocios de sus semejantes como si les hubieran retirado la techumbre.

De todas las eminencias aquí atrapadas y contenidas, se aconseja la mayor de las cautelas en todas las transacciones con este espíritu. De los diablos capturados por el rey Salomón en el plano simbólico, el más fiero y difícil de subyugar es Asmodeo. De hecho, en la tradición rabínica se indica que Asmodeo es el único inmune al anillo mágico obsequiado por Mikael al rey Salomón. En su pugna, es Asmodeo el que triunfa, pues tan alto lanza al derrotado rey hacia el cielo que, cuando este vuelve a la Tierra, incluso se ha olvidado de que es Salomón. Invicto, Asmodeo adopta la forma de Salomón y mantiene la farsa para así completar la construcción del templo del rey en Jerusalén, tomar varias esposas y alzar otros templos menores en honor a los dioses extranjeros que estas adoran.

Es esposo de la monstruosa Lilith, reina de la noche y madre de abominaciones. Obsesionado con una princesa de las tierras de Persia, Asmodeo da muerte a tantos pretendientes rivales como días hay en la semana, y por estos crímenes es desterrado mediante exorcismo al antiguo Egipto, motivo por el que, desairado, le retira todos **sus** conocimientos matemáticos a un reino en favor del otro.

En la disposición de los diez anillos, o *tori*, que componen el

> cielo y el infierno, Asmodeo es el gobernante demoníaco del quinto plano, y por ello se asocia sobre todo a la ira. La flor de estos dominios concretos es la rosa de cinco pétalos, que, en calidad de emblema de la urbe mortal, hace que esta sea propicia para el villano. Igualmente, la reproducción del Templo de Salomón que se alza en el primer Borough se cree que refuerza la afinidad de este espíritu por dicho barrio terrenal. Es el más terrible de los diablos aquí confinados, y es implacable en su cólera. Los colores de Asmodeo, por los cuales se le reconoce, son el rojo y el verde, indicativos tanto de su severidad como de la naturaleza emotiva de…

Cuando Michael alzó la vista del folleto, los colores se habían esfumado de su rostro hasta el punto de conferirle el mismo aspecto que cuando estaba en las explanadas en blanco y negro de la juntura fantasma. El sonoro Sam O'Day, por lo visto, no era un diablo cualquiera. Había logrado derrotar al rey Salomón pese al anillo mágico omnipotente que le había obsequiado un Ángulo Maestro. Era «el más terrible de los diablos». Y en su cólera era «implacable», una palabra que, en la mente de Michael, equivalía a «ya te pillaré». El niño se concentró en la última baldosa de la cuarta fila, hasta que se dio cuenta de que, en cada imagen, centuplicados a lo largo de la convulsa superficie de la piedra, los ojos del carnero, los del toro, los del dragón y los del hombre lo miraban fijamente a él. Su expresión no era nada tierna.

Con cierto esfuerzo, apartó la vista de los fascinantes destellos del trigésimo segundo espíritu para unirse a Phyllis y los otros en su fatigoso ascenso por la escalera constelada hacia el primer rellano, donde, si había entendido bien el plan, harían las veces de espectadores durante la espantosa e inaudita pelea de los Maestros Albañiles. Dado que él mismo era la supuesta causa de la riña, se preguntó si asistir en persona sería seguro, y entonces las dudas que sintió en la esquina de Scarletwell Street acerca de la competencia cuidadora de Phyllis y su banda volvieron a aflorar, aunque solo por un segundo. Esos cinco niños Muertos Muertos eran los únicos amigos de

verdad que tenía allí. Tras meterse la guía en el bolsillo, correteó tras ellos por los peldaños.

Un par de albañiles que bajaban por la ancha y amplia estructura en dirección opuesta parecieron prestar especial atención a la panda de niños fantasma y, especialmente, a Michael Warren. Uno de ellos inclinó la cabeza hacia el crío, y el otro asintió con aire cómplice. Acto seguido, ambos le sonrieron antes de retomar su descenso por aquellos escalones estelares, con los largos bajos de sus túnicas grises reluciendo en los dobladillos como los ocelos de un pavo real. Se sintió levemente alarmado, pues no había visto esa expresión en los rostros de los obreros que trabajaban en la planta baja. Aunque por su actitud se diría que le profesaban afecto o incluso orgullo, lo cual le hizo sentirse bienvenido e importante, el mero hecho de que parecieran conocerlo le resultó un pelín incómodo, y también le suscitó nuevas reticencias respecto a la conveniencia de seguir subiendo para contemplar la pelea de los ángulos.

Los seis chavales llegaron finalmente al primero de los tres rellanos que sobresalían del muro oriental. Una pesada puerta batiente con paneles de vidrio esmerilado y tiradores de bronce, como esas que había visto en los pubs, conducía desde el descansillo de mármol sideral hacia el entarimado de un largo y relativamente abarrotado balcón provisto de una barandilla negra de madera embreada. Se asemejaba mucho a la pasarela elevada de los Áticos del Hálito en la que había conocido al sigiloso Sam O'Day, y mientras el gran John les sostenía la puerta para que enfilaran hacia aquella luz diurna, cristalina y perfecta, Michael pensó brevemente que podía tratarse del mismo lugar, pero enseguida se dio cuenta de que no era así.

La diferencia más obvia e inmediata residía en la pasmosa cantidad de personas que había pululando arriba y abajo por aquella galería interminable o, si acaso, inclinada sobre la baranda y charlando animadamente como el público en las gradas superiores de un gallinero. A vuela pluma, Michael estimó que, hasta donde la vista le

alcanzaba, habría unos doscientos o trescientos fantasmas a lo largo del pasamanos. Se preguntó si existiría alguna palabra, como «manada», «bandada» o «rebaño», para referirse a los fantasmas en cantidades tan enormes, así que les preguntó a sus cinco amigos espectrales si conocían alguna. Con tono de gran autoridad, Phyllis insistió en que el término apropiado era «una persistencia», aunque Bill aventuró «un hartazgo» como alternativa. John acabó entonces con la especulación al sugerir que la expresión más adecuada para referirse a una multitud ultraterrenal era «un Naseby», y luego pasó a explicársela mientras los demás asentían solemnemente en señal de conformidad.

—Naseby esera el pueblo a las afueras de Northampton en el que tuvo lugar la última batalla de la Guerra Civil inglesa. Capturararon al rey Carlos, los campos se tiñeron de rojo y los cadáveres se amontonaron en las zanjas. Nunca visites Naseby en la juntura fantasma, zagal. Parece un campo de maíz con realistas y parlamentaristas clavados al suelo en lugar de mazorcas, fulanos con las casacas llenas de enormes agujeros a causa de las picas, cubiertos de sangre negruzca, y huesos blanquecinos, y sesos grises mientras arrastran por el barro un reguero de instantáneas amputadas. Jamás verás tantos muertos cabreados. Así que no le des más vueltas… «un Naseby de fantasmas» es la única forma de referirse a una muchedumbre como esta de aquí.

Los fantasmas que rodeaban a la Banda de los Muertos Muertos en el balcón eran verdaderamente variopintos, pues entre ellos había representantes de la mayor parte de los veinte o treinta siglos que la gente llevaba habitando la actual vecindad de la urbe. Al cruzar el mirador sorteando junto a sus compañeros el enjambre de espectros, Michael vio de todo. Mujeres envueltas en pieles de mamut y niños desnudos salvo por unos tatuajes azul oscuro. Varios daneses nostálgicos con largas trenzas doradas que alternaban con unos jocosos soldados caídos en la Primera Guerra Mundial. Un hombre de semblante altanero, sin barbilla, con una falda negra y apoyado contra la

balaustrada, que fumaba un cigarrillo coloreado mientras conversaba en tono aciago a propósito de los judíos con alguien que parecía ser un soldado romano de baja estofa igualmente contrariado. Incluso pudo distinguir un par de realistas y parlamentaristas fantasmales de los que le había mencionado John, lo cual indicaba que no todos se habían quedado en la juntura fantasma a las afueras de Naseby para revolcarse en el lodo negro que los había visto morir. Extrañamente, un tipo tocado con un sombrero penachudo que lo identificaba como el realista más obvio de la reunión se encontraba allí, en mitad de la plataforma, charlando amigablemente con otro hombre gigantesco, rapado y vestido de gris que, aun sin el típico casco de hierro con visera que lo habría corroborado, se asemejaba mucho a alguien que hubiera luchado en el bando contrario allá por el siglo XVIII. Confundido, Michael le señaló la pareja a John, que a su vez entonó un sonido de sorpresa y admiración al reconocer, al menos, a uno de ellos.

—¡Caray! Bueno, el del pelo largo no sé quién es, pero supongo que llevas razón al suponer que se trata de un partidario del rey Charley. Ahora bien, el grandullón de la cabeza rapada es harina de otro costal. Ese es Tompson el Nivelador, y sí, estaraba en el bando de Cromwell al principio, pero fue el propio Cromwell quien lo liquidó, y a buen seguro haría lo propio con el caballero con el que departe Tompson. Cuando necesitó a cuantos pudieran sumársele para deponer al rey, el bueno de Cromwell les prometió a los idealistas y a los revolucionarios, como era el caso de los niveladores, que, si lo ayudaban, podrían hacer de Inglaterra el lugar de sus sueños, un sitio en el que todo el mundo serase igual. Sin embargo, una vez ganada la guerra civil, la cosa fue muy diferente. Cromwell aniquiló a los niveladores para que no le causaran problemas cuando se retractara de las promesas que les había hecho. Tompson, que ya ves la pinta de cabrón que tiene, libró su última batalla en Northampton, y desde entonces siempre anda rondando por la zona. Así que, bueno, él y ese viejo realista risueño de ahí tienen mucho en común, supongo.

Dicho esto, rara vez se ve al viejo Tompson por lares tan elevados. Diría que este combate entre albañiles ha atraído a parroquianos a todo lo largo, lo ancho y lo perdurable del segundo Borough.

Era muy cierto. Mientras los niños fantasmales salvaban la vasta extensión del balcón, la multitud tumultuosa que se iba apartando ante ellos al notar la esencia de la estola rancia de Phyllis Painter era como un desfile histórico, solo que en aquella marcha tan peculiar nadie parecía ser consciente de ir vestido de forma estrafalaria. Por supuesto, muchos no lo hacían. Aquella muchedumbre apiñada y amable se componía en su mayor parte de vecinos habituales de los Boroughs procedentes de los siglos XIX y XX, así que su ropa apenas difería de la vestimenta de Michael y sus camaradas. No era difícil avistar a los turistas venidos de otras épocas, y en gran medida también resultaba fácil ubicarlos: un arriero sajón ataviado con un saco y con un modesto rebaño de media docena de ovejas espectrales balando y repiqueteando a su alrededor sobre los tablones eternos; innumerables monjes de distintos siglos y órdenes, todos con muy poco sobre lo que debatir más allá de cuán errados solían estar respecto a la otra vida; unas damas normandas tan nerviosas como estremecidas; prostitutas britanas de semblante agresivo que habían sido secuestradas por una legión romana…

También había individuos a los que era complicado asignar nombre o periodo. Desde el extremo opuesto de la balconada, algo altísimo avanzaba hacia ellos sobresaliendo su buen medio metro por encima de las cabezas y los hombros de la horda irregular que lo rodeaba. Se asemejaba a una especie de choza hecha de arbustos provista de un tubo hueco de madera que protruía como si fuera un pico en la parte más elevada, lo cual le confería al conjunto el aspecto de una enorme ave limícola de color verde. Al pasar junto a la figura, Michael percibió que andaba sobre unos zancos que asomaban más allá de los juncos entrelazados que formaban el dobladillo de su extraño camisón. No tenía ni idea de lo que era, y tampoco de la

ignota época de la que sería originario. Lo vio alejarse a zancadas por el largo rellano y fundirse con las masas delirantes allí congregadas, y estaba a punto de solicitarle a John una explicación cuando captó por el rabillo del ojo algo que le resultó tanto o más curioso que aquello.

Era un vaquero, un vaquero de verdad que vestía ropas polvorientas, un sombrero de tela deformado por el uso, unas botas viejas con una segunda suela de barro amarillo y seco y, al menos, siete pistolas de distintos tipos y tamaños enfundadas donde hubiera hueco. Dos de ellas las portaba en unas cartucheras de cuero desgastado que colgaban de un cinturón agrietado, y otras tres las llevaba en la pretina del pantalón. La sexta la había encajado en el lateral de una bota, y la última asomaba de un bolsillo. Todas ellas parecían antiguas, y peligrosas incluso por el mero hecho de llevarlas. Inclinado sobre la barandilla, el hombre oteaba el horizonte como si fuera una pradera, y su piel suave e impecable era más negra que la brea que impregnaba la balaustrada. Cómodo y relajado como estaba, exhibía el porte ágil de un jaguar, y su cabeza se diría la de un estilizadísimo ídolo egipcio tallado en obsidiana. Sencillamente, era el ser humano más hermoso y perfecto —hombre o mujer— que el niño hubiera visto jamás. La idea de un vaquero negro, no obstante, le resultaba improbable, al igual que su presencia entre el ingente flujo espectral de antiguos vecinos de los Boroughs. Esta vez, John notó su embobamiento y le proporcionó la explicación antes de que se la pidiera.

—Ese fulano negro de ahí no es un fantasma. Es el sueño de alguien. Alguien de los Boroughs ha soñado con este tipo tantas veces que una buena parte de su presencia ha acabado acumulándose aquí.

Bill, que entreoía lo que John le decía a Michael mientras avanzaban junto al resto de la banda fenecida, metió algo de baza.

—Ajá. De hecho, hace unos instantes he visto a los Beatles vestíos con el disfraz de morsa de *I Am the Walrus*. Deben de haberlos soñao también.

A la frase le siguieron unos minutos muy improductivos durante los que Bill intentó explicarles eso de haber visto a unos escarabajos vestidos de morsa,[25] pero entonces se dio cuenta de que eran cosas que John y Michael no habían conocido en vida. En todo caso, aquello bastó para provocar un nuevo interrogatorio por parte del crío en batín.

—¿Como esera posible que aquí arriba haya sueños que la gente no ha tenido todavía? ¿Acaso los sueños hacen cola por la zona mientras esperan a que alguien los sueñe?

John pareció bastante fascinado con la idea, pero negó con la cabeza.

—No funciona así, al menos según creo. Tiene más que ver con cómo opera el tiempo aquí Arriba. Es decir, aquí el futuro solo está a unos kilómetros en esa dirección.

Ahora, antes de proseguir, señaló hacia el oeste, situado en aquel entarimado eterno a espaldas de la pandilla fantasmal.

—Los sueños pueden llegar aquí desde las épocas venideras tan fácilmente como puedan hacerlo desde las pasadas. Y lo mismo ocurre con los fantasmas. Sin duda, te habrás percatado de los ropajes desquiciados que visten algunos de estos vagabundos idiotas, como los abrigos hinchados o las cosas que lleva esa chica de ahí.

John cabeceó hacia la forma espectral de la chica que pasaba junto a ellos, vestida con unos pantalones que o bien le quedaban muy pequeños o bien se le habían caído por debajo de la cintura, y entre cuyas nalgas lucía una especie de cinta elástica. Al mirar alrededor, Michael detectó a otros individuos con ropa extravagante que, según la explicación de John, debían de ser espíritus provenientes del futuro de los Boroughs; gente que claramente no había muerto hacia 1959 y que en muchos casos ni siquiera habría nacido. Como constituían una fascinante novedad que nunca antes había visto, se puso a buscar a otras jovencitas con la raja del culo al descubierto, pero entonces el grupo de críos se paró en seco. El propio Michael tuvo que detenerse y dejar a un lado el avistamiento de más

pantalones a media asta para entender lo que pasaba.

—Ay, Dios —exclamó Phyllis Painter—. Tos a un lao, contra la barandilla.

Los niños fantasmales obedecieron de inmediato, y luego constataron que casi todos los demás espectros del balcón procuraban hacer lo propio: pegarse al pasamanos en una masa rezongona y fluorescente cual cotorras asustadas en una pajarera. Mientras intentaba distinguir algo entre aquella nebulosa humana para averiguar qué había provocado una actividad así de inusual, Michael escuchó a John protestando —«¿Pero qué diantres esera eso?»— y a Reggie Bowler suspirando. La pequeña y rechoncha Marjorie exclamó un «¡Oh, Señor… pobre hombre!» y Bill le contestó con un «Pobre hombre mis cojones, el muy cabrón se lo ha buscao». Por una vez, su hermana mayor no le reprendió las palabrotas. En lugar de eso, Phyllis se limitó a expresar su opinión en tono grave: «Cierto, muy cierto. Él mismo se lo ha buscao. Él es el que…».

Fuera cual fuese la frase, su final quedó ahogado bajo una creciente salva de truenos; una que Michael se dio cuenta en aquel momento de que llevaba gestándose desde hacía un buen rato por más que hasta entonces no hubiera sido consciente de oírla. A continuación, estiró su cuello fantasmal para tratar de ver algo.

Caminando lentamente hacia ellos por el balcón con los pasos minúsculos y vacilantes de un portador de féretro, venía una flor andante hecha de puro fuego y ruido. Parecía un hombre de cadera para abajo, pero su tronco era una gran bola de luz con pequeñas motas oscuras, inertes y suspendidas. El sonido retumbante se diría que envolvía a la figura de algún modo, pues circulaba alrededor de la llama cegadora que era su cuerpo con un rugido ensordecedor cuyo volumen crecía conforme se aproximaba. Cuando llegó a la altura de los aterrados niños, apiñados contra la balaustrada junto con otros fantasmas para dejarlo pasar, Michael entornó los ojos y pudo distinguir mejor su aspecto entre la refulgencia que

circundaba tan atroz espectáculo.

Era un extranjero de un país que no podía identificar, con una chaqueta acolchada y un pequeño bonete redondo y blanco que tal vez fuera un solideo de alguna clase. Su rostro juvenil se orientaba hacia el cielo, su mentón barbado se hallaba contraído en una sonrisa que el hombre mantenía deliberadamente pese a los goterones de grasa que se le evaporaban desde una mejilla encendida, y sus ojos estaban cargados de una expresión que podía ser salvífica o propia de un dolor y una agonía insoportables. La chaqueta mullida parecía detenida en el momento de desintegrarse, con tiras oscuras de material que se retorcían hacia arriba en formas fantásticas y deshilachadas, como si la tela intentara huir de la deslumbrante blancura que ondulaba justo debajo, donde el pecho de su dueño, obviamente, yacía abierto en una dispersión de fósforo. Ahora podía ver que los borrones negros que colgaban inmóviles en medio de la brillantez no eran sino docenas de clavos y tornillos, un cinturón asteroidal de partículas oscuras estancadas por toda la eternidad en su fuga desde el explosivo corazón de luz y calor que tenían detrás. El ruido ensordecedor había pasado a englobar completamente a la figura, y lo hacía con el tono inalterable de un sonido breve y devastador prolongado hasta el infinito, ralentizado desde el tumulto de un mero segundo hasta el retumbar de un millar de años ardientes. La criatura híbrida, mitad hombre, mitad fuego de San Telmo, continuó avanzando por el rellano a pasitos dolorosos, todo con las manos alzadas levemente a ambos lados, las palmas vueltas hacia fuera y las facciones aún contraídas en esa sonrisa ambigua e incierta. El cataclismo andante superó a los chiquillos boquiabiertos y bajó por la balconada con su clamorosa bola de fogonazos paralizados y su metralla aureolada de pernos y remaches incandescentes. En su estela, la petrificada multitud espectral que se había concentrado junto a la balaustrada de madera empezó a moverse y murmurar de nuevo, a ocupar los espacios del ancho mirador que habían despejado en beneficio de aquel ser

llameante.

Michael miró a John.

—¿Qué esera eso?

Los ojos oscuros de John, que en reposo eran puntiformes como los de una estrella de matiné, resultaban ahora tan grandes y perplejos como los del niño. Atónito, el joven se limitó a menear la cabeza. Estaba claro que, pese a todo su bagaje, no entendía más que el propio Michael el espectáculo que acababan de presenciar. Marjorie y Reggie estaban igualmente pasmados, aterrados y mudos, así que los únicos que quedaban para arrojar luz sobre aquel horrible asunto eran Bill y Phyllis. Presa de la conmoción, la líder de la Banda de los Muertos Muertos intentó hacerse cargo de la tesitura.

—Esera eso que llaman «terrorista». Un terrorista suicida, ¿verdad, Bill? En vida no me gustaba leer sobre ellos en los periódicos. Era un asunto que siempre me ponía la carne de gallina. Preguntadle a Bill, que sabe más del tema que yo.

Aunque hasta el ingenioso pillo pelirrojo parecía perplejo y vacilante, resultó que él sí que leía los periódicos, pues estaba bastante familiarizado con esa visión incendiaria y casi mística que les había pasado tan cerca como para sentir su calor.

—Phyll lo ha clavao. Los terroristas suicidas empezaron a actuar en Inglaterra allá por el nada-cinco, tos ellos musulmanes cabreaos por el hecho de que los estadounidenses y nosotros les hubiéramos dejao Irak hecho un erial y porque la hubiésemos tomao con cualquiera que llevara un trapo en la cabeza. Era como lo del IRA y toa esa tropa: en principio intuías que no les faltaba razón, pero luego lo jodían to volando niños en pedazos y actuando como un puñao de gilipollas. Lo que llevan los terroristas suicidas es una cosa que llaman «chaleco de mártir», y va cargao de explosivos caseros, fertilizante, harina de chapati y cosas así. Se montan en un autobús o en un vagón de metro, se estallan con el chaleco y se llevan por delante a tanta gente como puedan.

John se quedó espantado.

—¿Cómo? ¿Que matan civiles? Serán miserables los muy malnacidos asquerosos…

Bill se encogió de hombros, aunque no sin cierta simpatía.

—Bueno, es lo que pasa, ¿no? Creo que no llegaste a ver lo que los nuestros hicieron en Dresde, o lo de los yanquis en Japón. Esta época, mi querido e inocente John, no es como la tuya. No hay ningún país que pueda plantarse y decir «no, nosotros no, colega… nosotros no somos así». Esos tiempos, los tiempos de por Dios, por la patria y el rey y demás sandeces, hace tiempo que pasaron. Ya no nos lo tragamos.

»En cuanto al curioso chaval que acaba de pasar chisporroteando, creo que gasta esa pinta por la misma razón por la que Phyllis aún conserva sus putos conejos apestosos —antes de seguir, Bill se encorvó ágilmente para esquivar la colleja de su hermana.

»Solo digo que su caso es como el nuestro: tenemos el aspecto con el que mejor nos recordamos en vida. El chaval-bomba que acabamos de ver debe preferir recordarse así, en el instante en el que tiró de la anilla, o lo que fuera, para llevarse por delante el Stringfeller's, el Tiger Tiger y demás.[26] Por sus ojos y su manera de andar, iba como si se hubiera cagao encima, pero supongo que será parte de su martirio y tal.

»Lo que me ha dejao flipando es verlo en Humánima. Lo único que se me ocurre es que creciera en los Boroughs o que muriera aquí. Crecío o explotao. Pero no recuerdo haber visto en vida a alguien así. Debe de ser posterior a la época de Phyll y la mía.

Todos se quedaron un rato pensando en eso; en la idea de que los Boroughs, en algún punto del futuro, sufrieran las atenciones de un terrorista suicida o criaran a uno.

Michael se giró hacia la barandilla breada, de la que ni él ni la Banda de los Muertos Muertos se habían despegado aún tras el paso de aquella explosión tambaleante y risueña. Al menos, su impactante acto de presencia parecía haber

provocado un efecto secundario beneficioso, ya que los seis niños fantasmales gozaban ahora de un buen trozo de balcón desde el que ver, por encima o a su través, la inminente pelea entre albañiles, y todo sin tener que aguantar delante a un porrón de espectros adultos. También se dio cuenta de que el motivo por el que los fantasmas mayores no habían vuelto a congregarse a su alrededor para echarlos a un lado era, con casi absoluta probabilidad, la bufanda de conejos de Phyllis Painter, que claramente tenía sus usos.

Pensó que se asemejaba un poco a la vez que mamá y papá los llevaron a Alma y a él a ver el desfile de bicicletas de Sheep Street desde el tramo superior de Bull-Head Lane. Michael llegó allí en su carrito, pero luego lo apearon para que permaneciera de pie mientras su madre, Doreen, le cogía de la mano, Por desgracia, la emoción le hizo vomitar sobre las dos losetas que ocupaban, pero aquello les aseguró a su familia y a él un montón de espacio desde el que disfrutar de la apasionante —e inquietante— cabalgata de músicos, princesas, payasos y monstruos en bicicleta, estos últimos con enormes cabezotas descascarilladas de papel maché. El vómito de Michael obró entonces el mismo efecto que la estola putrefacta de Phyllis ahora.

Al no ser lo bastante alto como para ver por encima del parapeto, decidió observar el cautivador panorama que se desplegaba desde el primer balcón de las Obras por entre los balaustres de madera, justo como si fuera un delincuente anómalamente joven.

En un principio tuvo la sensación de estar viendo el Mayorhold o, quizá, un lugar del que el Mayorhold supusiera una especie de reproducción a escala hecha con juguetes, pues era casi como si la modesta plaza mortal fuera la página de un libro desplegable que se hallara cerrado y que ahora estuvieran abriendo allí, en aquel plano superior. Visto desde esa perspectiva elevada, le recordaba mucho a estar en un anfiteatro gigantesco escudriñando un foso de un kilómetro de ancho cuyo graderío descendiera por varias capas de la realidad,

mundos dispares estratificados uno encima del otro en franjas lentas y ondulantes como las de esos cócteles artificiosos que salían por la tele, servidos en vaso alto con los distintos licores dispuestos en varias franjas de colores.

El nivel más alto sería el situado en uno de los dos pisos superiores, con los balcones proyectados directamente sobre sus cabezas desde la fachada de las Obras, o tal vez la vasta extensión celestial de Humánima que se cernía sobre el lugar, donde las curiosas nubes geométricas se desplegaban progresivamente en formas más complejas como líneas pálidas contra un cielo armónico y azul. Fuera cual fuese la distribución, el segundo Borough se hallaba en la cima del conjunto, y los edificios que rodeaban esta versión expandida del Mayorhold poseían la misma inmensidad onírica que parecía erigirse como uno de los rasgos esenciales de la arquitectura de Arriba.

Michael dejó vagar su mirada por las líneas escarpadas de las enormes estructuras que se elevaban enfrente, en el lado opuesto de la antigua plaza mayor. Parecían versiones ampulosas y extravagantes de los humildes comercios que salpicaban el Mayorhold en el mundo mortal inferior. Delante de él tenía una especie de pirámide escalonada construida con dos tipos diferentes de mármol, uno blanco y otro verde, dispuestos en una alternancia de bloques gigantes. Unos ventanales altos interrumpían la fachada, y alrededor del esbelto arco decorativo que coronaba el edificio, escrita con un mosaico de letras, figuraba la leyenda «Sucursal 19». Se dio cuenta de que estaba viendo una versión superior de la Cooperativa, justo el mismo lugar que habían avistado hacía poco en el duplicado desvaído de 1959 que había en la juntura fantasma. Al reconocer aquel edificio señalado, fue capaz de deducir que la austera torre gris que se erguía a la derecha de la Cooperativa agrandada, esa que en un principio había tomado por un templo o una iglesia de aspecto sobrio, eran en realidad los lavabos públicos al pie de Silver Street, solo que exagerados al más puro estilo de Humánima.

Mientras seguía inspeccionando los confines inferiores

de los locales del lado opuesto del Mayorhold, oteó el segundo estrato, trémulo y vaporoso, de realidades apiladas. Aquí, después de un mirador de madera embreada que discurría por debajo de los espigados edificios, los titánicos y vertiginosos contornos de las construcciones de Humánima descendían hacia el magma incoloro de la juntura fantasma, y sus líneas adquirían en el transcurso una perspectiva forzadísima que las adaptaba a la escala de ese semimundo más pequeño y de proporciones más realistas. Visto desde Arriba, el blanco y negro de aquel reino neblinoso lleno de espíritus autodenigrados resultaba translúcido, como las láminas desteñidas de gelatina gris de los pasteles de cerdo. A lo largo de los cientos de metros de espesor de este medio viscoso, y seguidos en sus estelas por corrientes de postimágenes diminutas en proceso de disipación, Michael distinguió a varios errantes de la zona, aunque no pudo reconocer a ninguno.

Descubrió entonces que, si aguzaba sus ojos fantasmales, podía traspasar el nivel en el que los afligidos espíritus se ocupaban de sus cosas y alcanzar la meseta subyacente. Aquel era un plano de afloramientos cristalinos entrelazados y retorcidos por el que se movían luces de diversos colores, así que asumió que debía tratarse del Mayorhold mortal visto desde el segundo Borough, algo idéntico a esa joyería serpenteante que había observado en su salón mundano tras arribar por primera vez a los Áticos del Hálito. Sabía que esas marañas intestinales de color hemático y opalescente eran los vecinos normales y corrientes del barrio, solo que prolongados a lo largo del tiempo como unos ciempiés de coral espléndidos e inmóviles. Estos seres yacían entretejidos en una elaborada alfombra de hebras preciosas muy vívidas, y aparentemente servían de planta baja para los pisos superiores. Por entre los balaustres embreados que tenía ante sí, el niño contempló embobado las capas de cebolla que componían el mundo.

Al igual que el Mayorhold terrenal, la versión desplegada en Humánima se situaba en la confluencia de

ocho imponentes avenidas, que eran a su vez las contrapartidas gloriosamente inabarcables de Broad Street, Bath Street, Bearward Street, St. Andrew's Street, Horsemarket, Scarletwell Street, Bull-Head Lane y Silver Street. Estas vías se extendían desde el recinto como patas de plástico insertadas en el cuerpo de un escarabajo de juguete o como ocho estrechos afluentes que desembocaran en un inmenso embalse central. Los mayúsculos superedificios que circundaban aquella inmensa explanada se asemejaban a grandes acantilados provistos de ventanas y balcones, y apiñada contra los cristales o posada sobre cada cornisa y cada mirador se encontraba la incontable multitud de espectros de los Boroughs, reunidos allí con sus túnicas de centurión o sus mitones de lana con los dedos al aire para ver la trifulca de los Maestros Albañiles. El susurro de un millar de conversaciones fantasmales recorrió el auditorio como un oleaje sibilante en una playa de guijarros, y Michael tuvo la sensación de estar en un cine justo antes de que las luces se atenuaran de manera casi imperceptible y de que la gente se quedara en silencio.

Los niños se hallaban descansando contra la balaustrada a la espera de que comenzara el espectáculo. Reggie y John eran lo bastante altos como para mirar por encima de la baranda con las barbillas apoyadas en las manos, pero los demás debían contentarse con permanecer agachados junto a Michael para mirar entre los balaustres verticales como cuatro monos de ultratumba. Mientras tanto, Bill seguía hablando de los fuegos artificiales humanos que acababan de contemplar, pues John le había preguntado por qué aquella gente estaba tan dispuesta a sacrificarse por sus creencias.

—Esas creencias son la raíz del problema. Por lo que sé, tos esos idiotas se piensan que, tras explotar, van a llegar al cielo y a aterrizar en un paraíso donde los aguardan vírgenes de catorce años que satisfarán todos sus caprichos. To lo que puedo decirles es que buena suerte con esa mierda. O sea, tener ideas como esas ya es de por sí la rehostia de raro… Esa peña cree que, tras llevarse por

delante a unas pocas docenas de inocentes, se les abren las puertas de un edén pederasta. El fulano que acabamos de ver andará preguntándose dónde cojones estaraba. Y no solo eso, sino también dónde coño va a encontrar en los Boroughs una chica de catorce años que sea virgen.

Bill pasó a hablar de una contienda en un país llamado Irak y, cuando John le dijo que no lo conocía, le explicó que lindaba con Irán, aunque eso no le aclaró las cosas.

—A ver, no está muy lejos de Israel…

—¿Israel?

Parecían estar conversando acerca de dos planetas enteramente diferentes, y ninguno de ellos le sonaba de nada a Michael Warren. Así las cosas, el crío se puso a mirar por entre las barras ennegrecidas y a reflexionar sobre otras cuestiones como, por ejemplo, por qué Phyllis Painter recordaba una década tan lejana como la de 1920, previa al nacimiento de propio Michael, y sin embargo daba la impresión de haber sobrevivido hasta fechas mucho más postreras que cualquier otro miembro de la Banda de los Muertos Muertos, con la excepción de Bill. Mientras ponderaba este espinoso asunto, se dio cuenta de que el chaparrón que componían las animadas voces de los Boroughs fue arreciando en segundo plano hasta convertirse en una llovizna y, al fin, cesar. Solo el nervioso cuchicheo de Reggie Bowler perturbó aquel silencio recién impuesto.

—Ahí vienen.

Todos los rostros de la multitud abarrotada en balcones y ventanas se giraron en la misma dirección para escudriñar el extremo sur de la proyección del Mayorhold, donde ese ancho cañón desplegado que era el equivalente humánimo de Horsemarket ascendía desde Horseshoe Street y Marefair. Tras contorsionarse e inclinar la cabeza para ver mejor a través de los balaustres, la visión espectral y realzada de Michael le permitió admirar lo que estaba pasando al pie de la empinada cuesta de Horsemarket.

Se había levantado una nube de polvo luminoso que ocultaba el tramo meridional de Humánima, una tormenta

desértica que, hecha de chispas en lugar de arena, arrojaba una cortina boreal sobre Gold Street. En el centro de este turbio cúmulo luminiscente había dos puntos blancos radiantes, y eran tan intensos que, al mirarlos y cerrar los ojos, dejaban en los párpados unas salpicaduras coloreadas similares a la plastilina, como cuando uno miraba accidentalmente el filamento de una bombilla o el sol. Guiñando los ojos, Michael pudo determinar que los puntos eran, en realidad, dos hombres vestidos con túnicas de un blanco cegador, ambos provistos de una especie de cayado esbelto que utilizaban para subir hacia el Mayorhold con airada impaciencia.

Escuchó entonces una vocecita procedente de Marjorie, pero, como la niña rara vez hablaba, tardó unos instantes en identificarla.

—No sabía que pudieran hacer eso. ¡Mirad! ¡Crecen a medida que se acercan!

Al principio, Michael pensó que estaba claro que no habían tenido mucho tiempo de instruir a la pobre y ahogada Marjorie antes de que saltara al Nene en Paddy's Meadow para salvar a su perro. Que las cosas crecían al acercarse lo sabía incluso él. Pero luego se fijó un poco más y entendió lo que Marjorie había querido decir.

Las siluetas que remontaban Horsemarket no solo estaban creciendo por acercarse a la otrora plaza mayor. Estaban creciendo por sí mismas. Quienes en la base de la cuesta le habían parecido hombres de estatura normal se habían convertido, a medio camino, en dos colosos de unos seis metros de altura, y seguían ganando tamaño a medida que se aproximaban. Cuando llegaron al inmenso coliseo del Mayorhold eran tan altos como los veinte pisos de las torres NEWLIFE, esas que tanto le habían impresionado en la juntura fantasma durante su espeluznante desvío por el nada-cinco o nada-seis junto a la Banda de los Muertos Muertos. A su juicio, allí de pie en el mirador, los atónitos fantasmas y él debían estar al mismo nivel que los imponentes vientres de los albañiles, y tuvo que echar la cabeza atrás para ver sus enormes rostros de esfinge.

Uno de ellos era el Maestro Albañil que había visto conversando con el silábico Sam O'Day sobre los Áticos del Hálito, y sus cabellos albinos, a aquella escala, recordaban a la blancura de un pico montañoso nevado. Los amplios rasgos oceánicos esculpidos en su rostro sobrenatural se alzaban vertiginosamente sobre Michael, que quedó inmediatamente fascinado por la juguetona ondulación de los reflejos atrapados en las sombras de debajo de su vasto mentón. El albañil de cabellos blancos deambulaba por los espaciosos confines de aquel Mayorhold expandido con su báculo de punta azul asido en uno de sus monstruosos puños marmóreos, grandes como un bungaló. A una distancia mareante bajo la primera planta que albergaba el balcón de los críos, sus pies descalzos parecían moverse sobre esa sinuosa alfombra de coral que aparentaba ser el mundo mortal visto desde Arriba. El ángulo vadeaba la juntura fantasma con la capa de mugre gris a la altura de las secuoyas que eran sus muslos, y se elevaba hacia las matemáticas flotantes del firmamento zafirino con un fuego plúmbeo emanando de unos ojos del tamaño de ruedas de molino, así que, en su paseo por el enorme recinto silenciado, podía decirse que abarcaba tres reinos de la existencia.

El otro albañil era caso aparte. No es que fuera menos asombroso o imponente, pero su monumental figura estaba envuelta en una atmósfera muy distinta. La lagrimosa rutilancia de su atuendo únicamente servía para reforzar el aura oscura que lo rodeaba, y que iba desde su pelo cortado al cepillo —negro azabache, en oposición a la melena larga y plateada de sus oponentes— hasta unos ojos verdes hundidos en órbitas llenas de hollín. A gran altura sobre la balconada, giró la ensombrecida masa catedralicia de su cabeza y contorsionó las barcazas que eran sus labios en un gesto sanguinario repleto de furia y resentimiento, con sus dientes como inmensas puertas de marfil pulido, su mirada venenosa y refulgente centrada en el otro leviatán albino y su delgada vara de madera, del tamaño de una calle, apretada entre unas manos que bien podrían haber acogido

un pueblo entero. Al surcar el ciclópeo estadio de aquella maximización del Mayorhold, cada pisotón provocó en los edificios más próximos de Humánima unos temblores que incluso los andrajosos fantasmas percibieron en sus balcones, y así fue como dos de los cuatro grandes pilares del cosmos se enzarzaron aciagamente el uno con el otro como glaciares en colisión, ambos despaciosos, y ambos inexorables.

La tensión en aquel corral con proporciones de estadio era como la de ir caminando de puntillas sobre un cristal rajado: cuando los cientos de espectadores numinosos contuvieron en sus balcones el aliento del que ya no gozaban, se impuso un mutismo aprensivo y pavoroso. Pero, como Michael constató, los silencios mortales también tenían su eco en la acústica sobrenatural del segundo Borough, donde un mero aliento contenido bastaba para destaponar los oídos. Con los dedos agarrotados y los dientes fantasmales apretados por la ansiedad, el crío se preguntó si desmayarse serviría para evitar aquella tensión insoportable, pero entonces la calma llegó a su fin, y todos los espectadores que hasta hacía unos instantes parecían estar anhelando que eso pasara —él incluido— se descubrieron deseando desesperadamente que no lo hubiera hecho.

De repente, el Maestro Albañil de pelo moreno dejó de describir círculos cautelosos para lanzarse por las tres capas del campo de batalla, y así los cristales retorcidos del lecho mortal temblaron bajo sus pies, y la manta gris de la juntura fantasma se combó y deformó como un fluido fangoso alrededor de la descomunal figura que la surcaba. Michael distinguió unos autobuses fantasmales e incoloros doblándose por la mitad, y también a los desdichados espectros que aún habitaban aquel semimundo rompiendo contra los muros etéreos del Mayorhold en oleadas suscitadas por los pasos agitados del enfurecido artesano. De su garganta, profunda como un túnel ferroviario, surgió un aullido vengativo que sonó como el viento cuando azota ciudades desiertas. Los hornos que eran sus pupilas se

abrieron de par en par cuando el gigante de pelado marcial alzó su bastón agarrándolo por la base con ambas manos, todo para esgrimir la pálida herramienta tan rápidamente que su blancura se quebró en los colores que la componían y dejó un arcoíris parabólico y vibrante en el mismo aire que cortó.

Su adversario de níveos cabellos alzó su vara coronada de azur justo a tiempo para bloquear el golpe fatal, y lo hizo asiéndola por los extremos como una barra rígida.

Los garrotes chocaron con el estruendo de un continente partiéndose por la mitad, y al instante la porcelana azul del cielo de Humánima viró de punta a punta hacia un negro impenetrable. Desde el punto del impacto, unas relampagueantes lenguas serradas colmaron el firmamento de una telaraña de fuego goteante que rompió la oscuridad repentina en un millón de fragmentos puntiagudos. El ruido de la explosión retumbó en las distancias insondables de aquel ultramundo, y luego provocó la caída de una suerte de lluvia de conformación compleja. Cada gota era una retícula geométrica similar a un copo de nieve y, aun así, tridimensional, por lo que se asemejaban a esferas de plata provistas de una intrincada filigrana tallada que permitía admirar su vacío interior; de algún modo, eran estructuras diminutas hechas de agua líquida en vez de hielo. Al esparcirse sobre el pasamanos y el entarimado, cada cuenta se fracturó en media docena de réplicas perfectas y más pequeñas, y estas a continuación rebotaron hacia el aire súbitamente ensombrecido. Michael se cuestionó por un breve lapso si no sería esa la verdadera forma del agua; si esa otra con la que se había familiarizado en el reino mortal de Abajo no se trataría de la percepción incompleta de una sustancia tetradimensional. Fue la propia fuerza del espantoso aguacero lo que le quitó tales cavilaciones de la cabeza, y luego, junto con los otros vecinos espectrales del barrio, se apartó de la baranda buscando el parco refugio de los balcones superiores.

Contra un cielo ahora negro, los belicosos Maestros Albañiles flamearon como dos faros de la armada. El albino,

con una rodilla hincada en el suelo para contrarrestar el golpe de su oponente, saltó con la velocidad que le granjeaba la mayor estabilidad de su postura, pasó a sostener el báculo con una mano y empleó la otra para propinarle al ángulo moreno un puñetazo en la cara. La salpicadura borboteante que provocó debería haber sido sanguinolenta, pero, dadas las circunstancias, resultó ser de oro fundido, una opulenta hemorragia que aquella lluvia fascinante se encargó de atemperar, entre vapores y siseos, hasta acuñar unos lingotes humeantes, valiosísimos y deformados que se precipitaron hacia los niveles inferiores de la realidad.

Con una reserva bancaria brotando de su maltrecha nariz, el Maestro Albañil herido retrocedió mientras juramentaba en su lenguaje enmarañado. Michael sabía que, a lo largo del mundo, cada una de sus maldiciones secaría un viñedo, cerraría un colegio y haría que un esforzado artista cediera a la desesperación. Sintió que la memoria de su corazón se colmaba de miedo y malestar, y entonces se percató de que aquello no era una simple pelea. Eran la verdad y la justicia del universo intentando autodestruirse.

Como si fuera una guadaña, el albañil de pelo corto blandió a ciegas su bastón con una mano, y por pura suerte alcanzó a su rival en la boca. Con el labio partido y manando lingotes, su antagonista albino lanzó un grito ensordecedor que hizo estallar cada una de las ventanas de la eminente plaza mayor. Los relámpagos volvieron a brillar en la cúpula negra de más arriba, y el monzón de lluvia desplegada redobló su ferocidad. Ambos gigantes sangraban ahora sus tesoros, y empezaron a trastabillar sobre el entrelazado cristalino del mundo material que pisaban, donde la red enjoyada y sus sinuosas luces de colores se perdieron bajo una capa viscosa de agua hiperreal.

Asombrado, Michael se dio cuenta de que, cuando vio por primera vez al albañil de blancos cabellos en los Áticos del Hálito, el Ángulo Maestro estaba curándose las heridas infligidas durante el combate que los demás miembros de la

Banda de los Muertos Muertos y él contemplaban ahora. Dado que en aquella ocasión él acababa de morir, ¿significaba eso que en aquel mismo instante, en el mundo mortal, su madre Doreen estaría extrayendo cuidadosamente el caramelo de mentol rojo cereza de su envoltorio parafinado y cuadrado con la palabra «Tunes» inscrita por doquier? ¿Acaso esa pastilla rosa se estaría deslizando por su garganta mortal en el soleado patio del número 17 de St. Andrew's Road, situado en el primer Borough, mientras el coloso tocado de blanco arrojaba a un lado su vara coronada de turquesa para abalanzarse contra su enemigo a lo largo de un Mayorhold empapado? Era aún peor, porque, en lo más profundo de su interior, el infante estaba seguro de que aquella trifulca divina y su atragantamiento mortal, terribles acontecimientos los dos, estaban íntimamente ligados y eran, de alguna insondable manera, consecuencia el uno del otro.

A dos o tres kilómetros, en el extremo opuesto de la plaza sobrenatural, el más pálido de los combatientes se estrelló contra su némesis saturnina y ambos se derrumbaron cual rascacielos. Las túnicas fosforescentes que se hincharon a su alrededor durante la caída debieron reflejarse sobre los balcones de la ennoblecida Sucursal 19 de la Cooperativa, pues quedaba enfrente y su baranda de madera cayó de inmediato presa de unas llamas que la intrincada lluvia torrencial sofocó, por suerte, casi al momento.

Mientras contemplaba la escena por entre las rendijas de sus dedos, Michael tuvo la impresión de que la sangrienta gresca dorada acaecida en las alturas de Humánima debía de estar propagándose por los planos estratificados inferiores. De hecho, en la película de gelatina perlada que era la juntura fantasma pudo distinguir varias peleas estallando por simpatía entre los espectros hoscos que ocupaban dicho semimundo. Minúsculas en comparación, aquellas formas monocromas se agrupaban en cúmulos diminutos de una vigorosa animosidad en torno a los masivos planetoides guerreros

que eran los Maestros Albañiles, todas ellas enzarzadas en reyertas por el centro del Mayorhold, rodando ensangrentadas en charcos de furia y espumarajos tan grandes como lagos de recreo. Vio a dos señoras espectrales agarradas en el suelo a las afueras del fantasma gris del Green Dragon, al pie de Bearward Street, y cada uno de sus puñetazos y patadas desplegaba sus miembros en un brutal abanico de postimágenes. Una de ellas era una mole que tenía un párpado medio colgando, y la otra, aún más pequeña, sangraba preocupantemente por un oído mientras blandía una botella rota espectral con eficiencia y entusiasmo. Sus múltiples brazos rotaban como dos molinos asesinos, y ambas parecían recrear golpe a golpe una violenta disputa no resuelta en vida. Sin abandonar el dominio vaporoso de los errantes, en el exterior de los viejos servicios públicos de la base de Silver Street, los espíritus de dos mercaderes gitanos, o quizá judíos, se afanaban en el alegre pateo de un hombre con camisa negra que yacía entre ellos en el suelo. Por todo el estrato ceniciento del recinto, aquellas almas incorpóreas y abyectas se estrangulaban las unas a las otras, sacándose los ojos gozosamente en consonancia con la hostilidad etérea de los Ángulos Maestros, que seguían combatiendo en mitad de aquel rencor etéreo bajo el martilleo del diluvio.

Al concentrarse en la capa subyacente a la juntura fantasma, esa en la que las frondas enroscadas de coral chispeante que eran los vivos se entretejían hasta conformar los cimientos relucientes de las gradas superiores, también allí pudo notar los efectos de la agresión celestial que caía en cascada desde los mundos elevados. Comprendió entonces que, en algunas de las zonas más vívidas del patrón humano, lo que estaba viendo eran los vectores estacionarios de una lucha mortal durante la que los ciempiés de cristal verde, azul y rojo se habían contorsionado y enmarañado más de lo habitual en sus nudos fantásticos e inextricables. Una de estas disposiciones, con forma de revoltijo de filamentos convulso y confuso, le recordó a los tres escolares vivos que

había visto en la juntura fantasma a las afueras de la confitería anexa a la papelería de Trasler. Se preguntó si los chavales habrían tenido algún tipo de discusión a la hora de repartir las golosinas, y si eso les habría hecho llegar a las manos en la plaza terrenal, inconscientes como eran de estar respondiendo a la pugna invisible que tenía lugar sobre ellos. Cuando observó con mudo pavor a los enormes albañiles empapados en su preciada sangre y rodando juntos bajo la lluvia, no tuvo ni la más mínima duda de que también habría hormigas y microbios batallando bajo los pies mortales de los colegiales, y tampoco de que en las geometrías incomprensibles que sobrevolaban Humánima estaría librándose una guerra de fórmulas abstractas, de fractales tratando de refutarse entre ellos. Era como una torre de furia y violencia en la que los rabiosos albañiles ocuparan el centro, una que se extendía desde las mismísimas profundidades de la existencia hasta las cimas más inimaginables, y todo era por culpa suya. Él era el causante de que aquello estuviera ocurriendo; él y su dichoso caramelo para la tos.

Como para subrayar este hecho desconcertante, el albañil de pelo blanco, agazapado en el suelo bajo la lluvia torrencial, trató de volver a ponerse en pie cerca del muro occidental del recinto, que era donde estaban las Obras. Mientras el Ángulo Maestro luchaba por incorporarse desde el lodo y la humedad, sobrevino un instante aterrador cuando apoyó una de sus manos descomunales en la barandilla de madera, cuatro dedos marmóreos, gruesos como columnas dóricas, que se aferraron de repente a la balaustrada embreada haciendo que todos los espectadores fantasmales allí reunidos saltaran atrás entre gritos prorrumpidos por niños y adultos espectrales por igual. La variopinta multitud se apretujó contra la pared trasera de la balconada y tembló ante el tirón que dio la gigantesca figura para enderezarse lenta y dolorosamente. Como si una vela monstruosa acabara de ser soplada, un jadeo fracturado en un millar de ecos vertiginosos surgió de la masa acobardada cuando el bosque de rizos blancos y el

tremendo rostro que lo siguió, ancho cual carpa de circo, se cernieron sobre el pasamanos semejando un sol pálido e iracundo recortado contra un horizonte negro y plano. En cuanto aquella visión ciclópea alcanzó el nivel del mirador abarrotado, la feroz paliza que había sufrido se hizo patente en todo su horror. La proa hendida de su barbilla brillaba con la inapreciable sangre del ángulo, manada de un labio partido que lucía doblones y ducados a modo de costras. Uno de sus vastos ojos lo tenía hinchado y cerrado, y un hematoma lustroso de pigmentos opalescentes empezaba a surgir en su erosionada piel de alabastro. El otro, lleno de cansancio y urgencia, centró su mirada insondable en Michael Warren durante unos segundos petrificantes. Si algo le transmitió aquella larga ojeada fue un potente reconocimiento, y si Michael hubiera seguido teniendo vejiga se habría orinado encima allí mismo. *Te conozco, Michael Warren. Lo sé todo acerca de ti y de tu caramelo mentolado de cereza.*

Tras apartar la vista y enderezarse, el Maestro Albañil volvió a situar su busto muy por encima del parapeto, giró en redondo, ondeó sonoramente su pesada y empapada túnica, y cargó con ánimos renovados hacia el lado opuesto del Mayorhold, donde su adversario de pelo erizado yacía arrodillado y cubierto de coágulos de oro arterial, aturdido pero con ganas de levantarse. El ogro refulgente intentó recuperar su bastón pulido tanteando con una de sus enormes zarpas las cornisas color crema y esmeralda de la Sucursal 19, donde los espectadores fantasmales se dispersaron aterrorizados.

Tras lanzarse desde atrás contra su caído y confuso contrincante, el albañil albino soltó un terrible gruñido apocalíptico y agarró a su viejo camarada, aún grogui, por los hombros de su túnica húmeda. En un paralizante despliegue de fuerza que pareció violar toda ley existente sobre masa o cinética, el albañil moreno se vio zarandeado en el aire como un espantajo de trapo. Su silueta renqueante describió una trayectoria semicircular, veloz y borrosa antes de aterrizar agónicamente sobre la espalda

con un impacto que sacudió los cimientos de Humánima. La llave se ejecutó con tal agilidad que la corriente de aire se sintió en los balcones exteriores de las Obras, donde los andrajosos espíritus, que habían vuelto a acercarse a la balaustrada después de que el Maestro Albañil pálido hubiera retirado la mano, fueron impelidos de nuevo hacia atrás con sus togas romanas rojas, sus pieles sajonas y sus flamantes trajes de soldado desmovilizado sacudiéndose frenéticamente. Phyll Painter se volvió hacia los otros y les habló a gritos para que la escucharan sobre el gemido de aquel huracán imprevisto.

—¡Atentos tos! Este esera el comienzo de la tormenta fantasma, así que será mejor que nos larguemos de aquí antes de que empeore. ¿Por qué no nos remontamos a la sala de billar? ¡Así podremos ver cómo empezó todo!

Como poco, aquello le sonó a Michael a una especie de plan, aunque los detalles de la ejecución le resultaron vagos. Mientras la Banda de los Muertos Muertos empezaba a retroceder por donde había venido y a abrirse paso entre la horda de asistentes, el crío echó un último vistazo al espectáculo espantoso, y aun así emocionante, que iban a abandonar. Con gran esfuerzo, la inmensidad de cabello níveo levantó a su ya medio inconsciente rival sobre su cabeza, sin duda en preparación de otro golpe demoledor. Desde la altura de los miradores, el auditorio asistía entregado a la escena, y cuando comenzó a corear guturalmente el nombre de su favorito para jalearlo, su voz retumbó al unísono en el laberinto acústico de aquella Humánima magnificada y susurrante.

—¡PO-DE-RO-SO! ¡PO-DE-RO-SO! ¡PO-DE-RO-SO!

Mientras avanzaba a hurtadillas entre las piernas adultas del atestado balcón para alcanzar a sus colegas en retirada, Michael oyó otro estallido sordo y sísmico que sacudió los tablones bajo sus zapatillas y que le hizo pensar en el probable vapuleo que estaría volviendo a recibir el albañil de pelo corto en mitad del empapado suelo del Mayorhold elevado. En consecuencia, un nuevo relámpago rasgó el cielo negro en las alturas, y la excitada multitud de

espectros desarrapados reanudó sus vítores.

—¡PO-DE-RO-SO! ¡PO-DE-RO-SO! ¡PO-DE-RO-SO!

Siguiendo la maloliente —y por tanto relativamente despejada— estela de Phyllis, los niños fantasmales volvieron sobre sus pasos, cruzaron la puerta batiente hacia el interior de las Obras, descendieron por las escaleras estrelladas y atravesaron con cautela la contorsionada extensión de baldosas demoníacas en dirección a la puerta curva de una de las esquinas del taller. Desde allí, bajaron uno a uno los peldaños absurdamente estrechos de la precaria escalera jacobita y reaparecieron en el abismo incoloro y aséptico de la juntura fantasma, donde el hedor de la estola de conejos de Phyllis Painter casi ni se notaba y en donde, si uno andaba hacia atrás por los escalones chirriantes, podía verse la propia nuca en un profuso rastro de postimágenes grisáceas.

Ligeros como cardos descuidados, bajaron por los pisos empapados y destartalados del edificio que siglos atrás había sido el ayuntamiento y saltaron los huecos de los escalones derruidos hasta llegar al suelo, donde atravesaron los tablones combados que habían claveteado a la otrora majestuosa puerta para salir al recuerdo desvaído de un Mayorhold despojado de todo su color, de toda su vida, de todo su aroma.

Cuando emergieron al aire libre en aquel semimundo, Michael descubrió que en la juntura fantasma aún llovía incesantemente, aunque, a juzgar por la ropa seca y el paso relajado de los ocupantes vivos del lugar, así como por las sombras negras y angulosas que proyectaban, el Mayorhold mortal debía de seguir sumido en una soleada tarde de verano, ignorante del mal tiempo que castigaba sus versiones elevadas. En el lado opuesto de la plaza, a mucha menor distancia que en Humánima, las dos mujeres espectrales seguían zurrándose y ensuciando con su sangre oscura y espectral la acera del Green Dragon. Tras darse cuenta de que el crío tenía el ojo puesto en las arpías, cuya tinta derramada y múltiples miembros las asemejaban a un par de calamares peleones, John se inclinó para

murmurarle algo al oído mientras la panda de niños muertos atravesaba el borde occidental del Mayorhold de camino a Horsemarket.

—Esas son las lesbis, y discuten acerca de cuál se ha zumbado a la novia de la otra. Esa de la botella rota, la pequeña y ágil, es Lizzie Fawkes. La otra, el monstruo con el ojo hecho trizas, es Mary Jane. Fue ella la que me dejó el moratón que te enseñé antes al darme una patada en las costillas. Lo que vemos es una célebre trifulca que tuvieron en vida. Según he oído, casi se matan la una a la otra, aunque supongo que debieron disfrutarla, pues de lo contrario no estarían aquí reproduciéndola una y otra vez.

Los otros espectros del Mayorhold seguían enzarzados en reyertas por todo el recinto. Los dos mercaderes de nariz aguileña próximos a los servicios públicos arrastraban hacia dentro al hombre de la camisa negra por losetas lustradas con orín, tal vez como antesala de más palizas. Michael notó que incluso los habitantes vivos de la zona empezaban a calentarse. Los comerciantes que había visto charlando amigablemente a la entrada de la cooperativa estaban ahora profiriéndose acusaciones, ambos con los brazos flexionados en ademán agresivo y las cabezas balanceándose cual títeres articulados. También constató que su intuición acerca de los tres colegiales mortales no andaba errada: justo a la salida de Botterill, que era la otra papelería de la plaza, dos de los chavales habían formado equipo para atizarle al tercero, que sostenía la bolsa de chucherías recién comprada. Una atmósfera nociva se había apropiado de lo que antes era una plaza agradable, pero de las presencias celestiales que a su entender habían causado tamaño desasosiego no veía ni rastro. Ni los imponentes Maestros Albañiles ni los titánicos pináculos de Humánima que los rodeaban resultaban visibles desde la hondura de la juntura fantasma, a menos que uno los estuviera buscando.

Tras unos segundos escudriñando la incesante cortina de lluvia, Michael seguía sin ver a los dos albañiles en liza, pero podía identificar las áreas en las que se adivinaban ausentes. Un autobús aparcado en la parte inferior del

Mayorhold pareció hincharse de repente como una burbuja hasta que la mitad de su cabina alcanzó un tamaño diez veces superior al de la otra mitad, y luego se desinfló casi instantáneamente cuando la extraña franja de distorsión visual se desplazó a un lado para agrandar la fachada del Old Jolly Smokers, a resultas de lo cual los vivos y los fantasmas que holgazaneaban en el exterior de la taberna quedaron convertidos en borrones alargados y curvados. Era como si algo estuviera moviendo una enorme lupa alrededor de la plaza, o quizá como si una inmensa canica perfectamente transparente rodara de manera inadvertida por el Mayorhold para curvar todos sus haces de luz en un enorme ojo de pez. Según razonó, el fenómeno debía obedecer a los movimientos invisibles de los Ángulos Maestros durante su derramamiento de oro en los reinos elevados superiores.

Además, el niño de la bata de tartán percibió, lleno de ansiedad, que unas abruptas y alarmantes ráfagas de viento brotaban de la nada para causar unos súbitos torbellinos de polvareda fantasma y mandar las gorras de los espectros locales a volar por Broad Street, escoltadas por el consabido rastro de postimágenes de unos dueños empeñados en perseguirlas en vano. Como Phyllis había señalado, era obvio que estaban en los albores de la inhóspita tormenta fantasma que casi los había borrado del mapa al pie de Scarletwell Street, pero, dado que en aquella ocasión no habían visto sus propias figuras siendo arrastradas hacia Victoria Park, supuso que acabarían escapando del huracán incipiente de algún modo, si bien él seguía lanzando ojeadas de preocupación a sus amiguitos muertos a la espera de que alguien sugiriera algo.

Como era de esperar, Phyllis ya había ideado un plan. Mientras la ferocidad de la brisa fantasma empezaba a arreciar, la niña guio a su comando en miniatura hacia el cruce entre el tramo superior de Bath Street y el Mayorhold. Al escudriñar el descenso de la pendiente, Michael apenas distinguió un lento torbellino negro en el aire gris que envolvía los pisos de Bath Street y, si era la

chirriante rueda del Destructor, entonces su escala no era ni remotamente comparable a la que tendría en el nada-cinco o nada-seis. Con su pesada rotación sobre la calle desierta, no parecía suponer ningún peligro, y el crío se preguntó si sus temores no se habrían magnificado por acercarse a aquel incinerador giratorio en plena noche, de improviso y estando ya asustado.

Ya en Bath Street, la banda se congregó cerca de uno de los arbustos a media altura que bordeaban el césped superior de aquellos típicos edificios de la década de 1930. El viento soplaba verdaderamente desatado, y las cuentas cristalinas de la superlluvia rociaban las losetas del pavimento con una sábana de vidrio líquido atomizado. A medida que las gotas se rompían en copias aún más exquisitas de sí mismas contra las puntas de las zapatillas del crío, cada glóbulo húmedo generaba tras de sí un collar de postimágenes en el glaseado de la juntura fantasma, pero Michael notó que, si bien podía sentir el impacto de ese rocío tan complejo, en realidad no se estaba mojando. Aquellas gemas fluidas parecían conservar su gomosa tensión superficial incluso después de subdividirse en puntos de intrincada estructura no más grandes que la cabeza de un alfiler, y luego se escurrían por las mangas rayadas de su pijama sin dejar rastro alguno. A costa de exponer sus piernas y su trasero a la intemperie, se subió la bata para cubrirse la cabeza con una capucha improvisada, y de esta guisa corrió encorvado a través de la lluvia hacia el dudoso refugio que ofrecían los setos junto a los que se habían reunido sus colegas fantasmales, todo ello con dobles de sí mismo trotando en su estela como una partida de caza pigmea.

Agazapada junto al seto, Phyllis estaba dando sus ya característicos zarpazos para cavar en el tiempo, aunque, esta vez, las ondulantes bandas de color blanco y negro que rodeaban el portal en ciernes, similares a una interferencia, estaban ausentes. En su lugar, el perímetro del hoyo exhibía una sola franja de aspecto pálido y luminoso, y a Michael se le ocurrió que, si la intención de Phyllis era la de perforar

una hora o dos hacia el pasado o el futuro, entonces era normal que alrededor de la parpadeante abertura no hubiera tiras negras apretujadas en representación de las noches.

Resultó que tenía razón. Tras cavar el hoyo ella sola en menos de un minuto, la cría se escurrió en su interior y no resurgió sobre el seto desde el lado opuesto, sin duda una obvia invitación a que los demás miembros de la banda la imitaran. John le indicó a Michael con la cabeza que le tocaba a él a continuación, así que el infante se puso a cuatro patas, con la lluvia tamborileándole en el cuello y el viento fantasma silbando en sus oídos, y siguió a la líder de la pandilla a través de la abertura bordeada de luz.

Cuando llegó al extremo opuesto descubrió, sin sorpresa, que aún se hallaba junto a los arbustos que delimitaban el césped superior de los pisos de Bath Street para bajar hacia Horsemarket, con Phyll Painter situada a unos pocos metros y dando golpecitos con el pie a causa de la impaciencia. Tras incorporarse y volver la vista hacia el seto de ligustro a media altura, se alarmó al constatar que Bill, John, Marjorie y Reggie no habían cruzado todavía. Un instante después, se dio cuenta de que no soplaba viento, y de que además había dejado de llover. Al hacérselo notar a Phyllis, la niña sonrió y provocó una floración temporal de burlonas rosas rubias sacudiendo la cabeza.

—No, mocoso… no ha dejao de llover. Lo que pasa es que aún no ha empezao.

Entre tanto, los otros miembros de la Banda de los Muertos Muertos llegaron gateando por el túnel temporal tallado en el follaje. Cuando los seis niños espectrales volvieron a reunirse cerca del seto, esta vez con un clima más indulgente y sin viento, Michael escudriñó la cima de Bath Street en dirección al Mayorhold. Pese a la luz gris pálida de la juntura fantasma, el recinto parecía seco y soleado. No había peleas de errantes en la esquina del Green Dragon, ni tampoco en el exterior de los servicios públicos al pie de Silver Street. Del trío de chicos vivos que llegarían a las manos a cuenta de su bolsa de caramelos no

había ni rastro. Phyllis tuvo que explicárselo.

—He cavao unos tres cuartos de hora hacia atrás pa sortear la lluvia y el viento. Ahora podremos ir tranquilamente a los billares y ver cómo empezó to este jaleo.

Dicho esto, los zagales traspasaron el seto hacia la acera que bordeaba Horsemarket y partieron colina abajo hacia Marefair y Gold Street, cada uno seguido por su propio reguero de duplicados desaliñados y evanescentes. Michael se dio cuenta de que, si faltaba una media hora para la pelea de los ángulos, también debía quedar lo mismo para que él muriera ahogado en el patio trasero de St. Andrew's Road. ¿Estaría Doreen en aquel momento sacando su silla recta de madera, colocándola junto al desagüe en la zona superior del patio y diciéndole a Michael que un poco de aire fresco no le iría mal? ¿Se habría puesto ya su hermana Alma a correr, aburrida y revoltosa, alrededor de los confines de aquel apretado recinto de ladrillo al que se atrevían a llamar jardín? Inmerso en tales preocupaciones, se apresuró a alcanzar a Phyllis Painter y tiró de su neblinosa manga de lana hasta que la niña se giró para preguntarle qué quería.

—Si estarébamos antes de que me atragantara con el caramelo para la tos, ¡podríamos bajirrelucir por Andrew Noad y trocar ese infelidesenlace!

Phyllis fue firme, pero no brusca.

—No, no podemos. Por una parte, es algo que ya ha pasao, así que nunca podrá pasar de otra manera. Por la otra, si hubiésemos bajao por Andrew's Road, yo misma nos habría visto cuando te aupé a los Áticos del Hálito. He llegao a la conclusión de que esto ha sucedío por un buen motivo, y que depende de nosotros investigarlo y desentrañarlo. De ser tú, yo no perdería el tiempo intentando cambiar el pasao. En la Banda de los Muertos Muertos nos hemos dao cuenta de que lo mejor siempre esera seguir con la aventura y averiguar cómo acaba. Así que venga, amos pa la sala de billar a ver lo que cabreó tanto a esos albañiles como pa que se dieran de leches.

Acto seguido, Phyllis lo cogió de la mano y ambos empezaron a bajar la pendiente de Horsemarket dando saltitos espontáneos cada vez más largos y altos. Michael se emocionó tanto al sentir el tacto de sus dedos gélidos entrelazados con los suyos que comenzó a reírse de la alegría, y entonces los dos se carcajearon sin dejar de rebotar juntos colina abajo, todo ello seguidos por arcos de postimágenes a los que solo su clamorosa falta de color los diferenciaba de adornos navideños. No pararon hasta casi llegar abajo, que fue cuando se dieron cuenta de repente de lo mucho que se habían adelantado a sus compañeros, entretenidos en mitad de la cuesta mientras observaban cómo Bill y Reggie se lanzaban contra los coches que pasaban a toda velocidad. Aunque como pasatiempo parecía letal, era obvio que el tráfico contemporáneo traspasaba inocuamente a los muy pillastres, y eso por no hablar de que Reggie y Bill ya estaban muertos. Michael asumió que, desde la perspectiva de los críos, la muerte tan solo habría aportado una mayor relajación e imprudencia en sus juegos, que incluían lanzarse contra trenes, arrojarse con aplomo desde edificios de diez plantas y cosas así. Para los chavales de los Boroughs, la muerte debía de constituir un alucinante parque de atracciones sin colas interminables ni irritantes normas de seguridad. Phyllis clavó los ojos en quien Michael daba ya por hecho que era su hermano pequeño, y aunque al hacerlo sacudió la cabeza con resignación, también esbozó una tímida sonrisa de orgullo.

—Menudo idiota está hecho ese mamoncete. Él y Reggie no hacen más que saltar delante de los coches a toas horas. Dice que, al atravesarlos, pueden ver tos los detalles de sus motores como si fueran diagramas en sección, pero me basta con su palabra pa creerlo. Los coches nunca fueron santos de mi devoción.

Phyllis y Michael aguardaron a los rezagados cerca del cruce de Horseshoe Street con Gold Street. Para evitar que el flujo de transeúntes vivos los traspasara continuamente en la intersección, flotaron hacia arriba y se sentaron a esperar juntos en el alféizar de una ventana. Aunque el niño

sabía que los viandantes no eran conscientes de lo que hacían, no deseaba que un montón de extraños desinhibidos le mostraran alegremente sus entrañas sin pedir permiso. Además, resultaba agradable descansar allí en secreto con Phyllis bajo el sol plateado del mediodía. Era como si fueran duendecillos invisibles en un árbol, los dos sonrientes y agazapados en la rama nudosa de un viejo escondrijo gris mientras leñadores y campesinos pasaban por debajo sin avistarlos.

Cuando los otros cuatro los alcanzaron finalmente, Michael y Phyllis saltaron de la mano en una lenta cascada de postimágenes antes de que la Banda de los Muertos Muertos al completo se dirigiera hacia el pie de Horsemarket. En su descenso por la cuesta, superaron el eje este-oeste de la encrucijada, emprendieron la empinada subida de Horseshoe Street y surcaron flotando la calzada hasta llegar al lado de Gold Street en cuya esquina se emplazaba el escaparate de estufas de gas de la casa Bell.

Hacia la mitad de la calle había un edificio de tres pisos con azotea que parecía una suerte de cuartel o club social y deportivo relativamente reciente, de la década de 1950 o así. Después de cruzar las puertas cerradas de la fachada, los críos espectrales se encontraron con un interior lóbrego salpicado por un mosaico de franjas de luz que caían desde los cristales reforzados con alambre de unas ventanas altas. A aquellas horas de la mañana apenas había nadie que no fueran los dueños o los empleados, afanados en el adecentamiento del lugar e incapaces de ver a los niños fantasmales, y un gato atigrado de color mármol que, evidentemente, los vio muy bien. Cuando el meteoro de pelo gris salió disparado y maullando hacia el pasillo trasero, la Banda de los Muertos Muertos se concentró en seguir a Phyllis, que ya estaba subiendo tranquilamente por una escalera de paredes blancas hacia los pisos de arriba.

Hasta donde les alcanzaba la vista, estos niveles superiores también estaban desiertos. Al final, escondidas en un trastero lleno de sillas apiladas y cajas de cartón rebosantes de documentos, había una puerta curva y una

escalera jacobita. A diferencia de sus experiencias previas al pie de Scarletwell en el nada-cinco o nada-seis y bajo las Obras hacía poco, Michael no detectó en torno a la abertura ninguna cinta de luz deshilachada que exhibiera los colores pálidos típicos de un refresco de fruta, y tampoco oyó el murmullo de las cascadas sonoras de Humánima filtrándose desde los desconcertantes espacios superiores. En apariencia, o aquellas escaleras no conducían al segundo Borough o era necesario subir bastantes tramos para poder llegar allí.

Con Phyllis de nuevo a la cabeza y Michael justo detrás, los niños remontaron de uno en uno aquellos incómodos peldaños con pinta de cuadrilátero. Más allá del techo del trastero polvoriento, la escalera jacobita se tornaba una escarpada rampa flanqueada por paredes de yeso descascarillado. Con alturas de sesenta centímetros y huellas de noventa, los escalones que les estaban haciendo sudar tinta yacían revestidos de una desgastada alfombra marrón con unas horribles enredaderas estampadas y unas guías de latón deslucido. Durante su escalada a espaldas de Phyllis, el niño hizo todo lo posible por no mirarle las bragas, pero, con la corriente de postimágenes que iban desprendiéndose para romperse en su cara cual burbujas fotográficas, no es que fuera muy sencillo. Ya arriba del todo, la banda emergió por una trampilla hacia lo que aparentaba ser una modesta oficina trasera con un papel tapiz ahumado, un escritorio pulido y un elegante sillón con aspecto de trono, los dos hechos de una madera tan antigua y arañada que bien podría haber procedido del Arca de Noé. Oscuro y barnizado, el entarimado lucía una fina capa de polvo compuesto por algún tipo de talco extrañamente luminoso, y esta se hallaba surcada por una miríada de huellas de botas y zapatos gastados que iban desde la trampilla hasta la entrada del despacho.

Al cruzar la estancia de puntillas, notaron que el suelo y los muebles eran sólidos pese a estar hechos de madera fantasma, y la chirriante puerta de la oficina tuvieron que franquearla a la antigua, es decir, abriéndola. Llegaron así a

una cavernosa y sombría sala de juegos que parecía ocupar todo el espacio restante en la inesperada cuarta planta de aquel edificio de tres pisos. La zona, que era inmensa, carecía de ventanas, y solo estaba iluminada por un pilar de luz cincelado que caía a plomo sobre una única y enorme mesa de billar ubicada en el centro de aquella oscura extensión.

Los lóbregos límites de la cámara estaban abarrotados por una horda de errantes inquietos; residentes abyectos de la juntura fantasma procedentes de distintas épocas que, aun así, a juicio de Michael, no representaban tantos siglos como en los balcones de las Obras. Pese a la presencia de algunos monjes de aspecto histórico, la multitud espectral se diría mayoritariamente compuesta por individuos de finales del siglo XIX o principios del XX. Algunos vestían gabardinas, otros lucían tirantes, todos ellos llevaban sombreros y casi todos eran hombres. Se agitaban en la bulliciosa penumbra con sus ojos mortecinos pegados a la mesa inundada de luz que presidía la gigantesca sala y al deslumbrante cuarteto de siluetas que se movía a su alrededor.

Brillantes como rayos de sol destellando puntos y rayas en código Morse sobre la superficie de un estanque, la intensidad de aquellos seres hacía muy difícil atisbarlos, pero Michael persistió. Cuando sus ojos se acostumbraron al resplandor, se dio cuenta de que dos de las figuras que caminaban a grandes zancadas en torno a la mesa eran los Maestros Albañiles que había visto pelearse en el Mayorhold, solo que reducidos a un tamaño algo más realista. El ángulo albino estaba concentrado en un tiro contra la tronera sudeste de aquella mesa titánica, que solo presentaba cuatro agujeros pese a que el niño creía recordar que las habituales mesas de billar tenían más. Mientras tanto, el albañil rapado y de ojos oscuros parecía más interesado en la esquina nordeste del paño gris, y a tal fin dispuso su taco liso y espigado —que, según notó Michael, eran las varas que los ángulos esgrimían durante su pugna — contra la incolora y indiferenciada multitud de bolas que

había dispersas en el magnificado terreno de juego. A los otros dos contendientes, situados al sudoeste y el noroeste, no los reconoció, pero dedujo que debían ostentar idéntico rango. Desde luego, sus túnicas eran igual de cegadoras. Seguro que sus mamás usaban detergente Persil.

Después de distinguir unos símbolos grabados en oro y engastados en cuatro discos de madera fijados a las esquinas de la mesa, el infante recordó haber leído acerca de ellos en el folleto que le habían dado en las Obras, y entonces cayó en la cuenta de que aún lo tenía a buen recaudo en un bolsillo de su bata. Lo recuperó, hojeó su tipografía retorcida pero aun así legible y descubrió que su visión nocturna espectral le permitía vislumbrarla incluso en la oscuridad. Era como cuando Alma leía a escondidas bajo las sábanas de su cama, solo que sin los haces parpadeantes que se escapaban de su linterna. Repasó el pasaje referente a esos cuatro símbolos pobremente esbozados, se saltó la larga lista de los setenta y dos diablos —seguida de un glosario con sus setenta y dos albañiles homólogos que también se saltó— y finalmente dio con algo de información acerca de la sala de billar, que era justo lo que andaba buscando. Así las cosas, aguzó la vista sobre aquellas cosas retorcidas y plateadas que no eran exactamente letras y que centelleaban en la negrura de la página, y comenzó a leer.

> En la esquina sudeste del plano físico, cerca del Centro del País, puede hallarse un salón recreativo en el que los Ángulos Maestros compiten al trillar, que es el verdadero nombre de este imponente juego. Las complejidades de sus tiros determinan las trayectorias de las vidas en el primer Borough, sujetas a las cuatro fuerzas eternas que los Ángulos representan. Estas son la Autoridad, la Severidad, la Piedad y la Novedad, simbolizadas respectivamente por el castillo, la calavera, la cruz y el falo. El Maestro Gabriel gobierna la tronera del castillo; Uriel, la de la calavera; Mikael, la de la cruz; y Rafael, la del falo.
>
> Debido a la multiplicidad de sus naturalezas esenciales, capaces de expresarse de múltiples maneras, los cuatro Maestros Albañiles nunca cesan de jugar al trillar ni aun cuando

> simultáneamente se requiera su presencia, y efectivamente estén presentes, en otros lugares. La única excepción a esta regla, por lo demás invariable, es el suceso de 1959, cuando dos de los cuatro Ángulos Maestros abandonaron la mesa de trillar para librar un altercado sobre el Mayorhold terrestre; una riña, esta, precipitada por una aparente y alegada infracción de las reglas en relación con el alma en disputa de un tal Michael Warren, quien…

Michael emitió un tremebundo grito de terror y arrojó el folleto al suelo de la sala de billar como si fuera un ciempiés venenoso. Era un «alma en disputa», la única existente si la guía no mentía, y no dudó ni por un momento de que decía la verdad hasta en los más mínimos y eternos detalles. Solo al mirar dónde había caído aquel opúsculo repentinamente desasosegador, reparó en que todos lo estaban mirando, pues era evidente que su abrupto alarido había roto el otrora tenso silencio que reinaba en la competición. Phyllis y los otros miembros de la Banda de los Muertos Muertos lo mandaron callar y le explicaron que a los espectadores no se les permitía interrumpir la partida, mientras que los errantes que acechaban en las paredes fruncieron el ceño desde la penumbra intentando discernir quién se creía que era. En cambio, entre los Maestros Albañiles congregados alrededor de la mesa no existía esa incertidumbre. Los cuatro lo miraron, y todos ellos parecieron reconocerlo perfectamente.

El albañil moreno y de pelo corto fue el que le prestó menos atención, pues alzó la vista para determinar la fuente de aquel lamento tan agudo, le lanzó al crío espectral una sonrisa escalofriante a lo largo de la habitación y volvió a inclinarse sobre la mesa para acometer el tiro. Los dos albañiles desconocidos del extremo occidental del paño lo examinaron primero fijamente, se miraron luego entre sí y, acto seguido, volvieron a observarlo con idéntica expresión de ansiedad y preocupación. Sin embargo, de los cuatro Maestros Albañiles, el que más se sorprendió al verlo fue el del cabello blanco.

Parado junto a la esquina sudeste de la mesa, con la cruz de oro engastada en su disco de madera en relieve, el ángulo de pelo rizado le dedicó una atroz mirada de asombro con la que pareció querer decir «¿Qué haces muerto?», pero que al niño le recordó que, si bien era la segunda vez en media hora o así que lo veía, desde la perspectiva del albañil era la primera vez que se cruzaban. Perplejo y sobresaltado, tenía pinta de estar repasando en su cabeza a una velocidad enorme una larga lista de explicaciones para la presencia del crío en el extraño salón de billar ultraterreno. Con los ojos muy abiertos, como si acabara de dar con una posibilidad desagradable, el albañil albino se giró hacia el paño justo a tiempo de ver el tiro del ángulo tostado y rapado.

Junto con las demás presencias espectrales de la estancia —incluidos los errantes, la Banda de los Muertos Muertos y los otros Maestros Albañiles—, Michael observó la mesa de billar con el terrible presentimiento de lo que estaba a punto de ocurrir.

Con su taco de punta lapislázuli, el contendiente saturnino de pelo corto acababa de golpear enérgicamente una de los cientos de bolas en juego que había en la mesa, cada una de un gris sutilmente distinto. La esfera se precipitó por el paño perseguida por una larga y borrosa estela de postimágenes. De un tono mucho más oscuro que la gran mayoría de bolas cercanas, Michael pensó que, sin el daltonismo característico de la juntura fantasma, bien podría lucir un profundo rojo cereza. De hecho, creía que podía ser del mismo y exacto color que la pegajosa pastilla que lo había asfixiado. Con una súbita intuición que surgió de la nada, supo que la esfera representaba al doctor Grey, el médico de los Boroughs que vivía en Broad Street y que le había asegurado a Doreen que su hijo pequeño solo padecía una leve irritación de garganta tratable con caramelos para la tos. Al ver disparada por la mesa la bola del doctor Grey, sintió en lo más profundo de su estómago revuelto que sabía cómo iba a acabar todo aquello.

La bola embalada colisionó con un tremendo chasquido

contra otra mucho más lívida que Michael comprendió, con claridad petrificante, que lo encarnaba a él mismo. Este segundo orbe gris salió despedido por el impacto, rebotó en el borde de la banda sur y enfiló hacia la esquina nordeste de la mesa, donde el disco en relieve lucía engastado el garabato dorado e infantil de una calavera. Convertida por el choque en una gota ralentizada, la bola de Michael rodó inexorablemente hacia la tronera de la testa, perdió impulso poco a poco a intervalos angustiosos y se detuvo finalmente a un pelo del oscuro filo del agujero. Como una barriga hinchada, más de un tercio de su apagado contorno de marfil se cernía precariamente sobre el abismo en miniatura que señalaba el cráneo, y daba la impresión de que la más mínima vibración del suelo de la sala de billar podría hacerla caer sobre el canto hacia un olvido más negro que la noche. Aunque el niño no entendía de billar, sintió que, con aquel tiro, tanto él como el Maestro Albañil pálido habían quedado en una situación casi imposible.

Al parecer, el jugador de níveos cabellos llegó a la misma y lamentable conclusión. Mudo y consternado, se quedó contemplando la mesa durante unos segundos como si no pudiera creer que uno de sus tres colegas llameantes hubiera considerado apropiado atraparlo en una posición tan terrible y supuestamente irresoluble.

Entonces, su mirada abandonó la bola de billar en liza para centrarse en el ángulo rapado que la había puesto en tamaño peligro, y lo hizo con unos ojos tan cargados de furia que, entre el público, los nerviosos haraganes fantasmales de los Boroughs se encogieron hacia las sombras que había a sus espaldas para ocultarse aún más de lo que ya estaban. Con el máximo cuidado, sin pestañeo alguno, y también sin que la más mínima vacilación alterara la expresión estatuaria que había adoptado, el albañil albino pronunció una sola palabra en su idioma cuádruple.

—Urielerunbrón.

El grito de ahogo fue generalizado, excepto por las risas involuntarias de uno o dos espectadores que no

tardaron en sofocarlas hacia un silencio vergonzoso y atroz en cuanto se dieron cuenta de lo que había soltado el Maestro Albañil, que más o menos, con sus distintas capas de significado y sus matices accesorios, equivalía a…

—Uriel, eres un cabrón.

Aquello hizo que las cosas se vinieran abajo casi literalmente. La cara del albañil rapado quedó atravesada por un eclipse en el que pudo adivinarse cómo sus sombrías emociones surcaban sus rasgos desde la línea del pelo hasta el bastión óseo de su mandíbula. Trazando una limpia parábola con la mano, se llevó el taco al hombro en un movimiento plagado de postimágenes blancas y fundidas, de plumas llameantes en un ala salvaje y cortante, y acto seguido arrojó el palo contra el suelo de la sala. El golpe, que reverberó con el rugido de la perdición, sacudió, tambaleó e inclinó el edificio entero, y un buen número de errantes acabaron tropezando, cayéndose contra el muro posterior y amontonándose junto a sus camaradas en un confuso revoltijo. Michael se sintió tan aliviado como perplejo al apreciar que, pese a las sacudidas, los temblores y las caídas, ni una sola de las bolas se había inmutado en la mesa gris.

El polvo llovió del techo y unos copos de yeso se depositaron por doquier como si los hubieran bajado con hilos multiexpuestos. Incluso en la acústica amortiguada de la juntura fantasma, el eco atronador del taco de billar seguía azotando el local como una estampida de toros, pero los espectros allí congregados que aún permanecían en pie se quedaron plantados en su sitio presos de un pánico religioso. Ciertamente, era el fin de los tiempos. Las estrellas serían barridas y devueltas a su joyero, y el sol estallaría.

Patidifuso, Michael notó que, desde atrás, alguien que resultó ser Phyllis Painter le tiraba del cuello salpicado de babas demoníacas de su bata para conminarlo a actuar.

—¡Ámonos de aquí antes de que la gente se espabile y pretenda salir a la vez!

Con una clara experiencia en escabullirse y largarse de

las situaciones apocalípticas más inesperadas, la Banda de los Muertos Muertos actuó rápida y eficientemente. Perseguidos a lo largo de la sala de billar por una corriente de postimágenes que hacía pensar en que alguien hubiera abierto un grifo de pillastres, los niños se escurrieron por la pequeña oficina trasera, se lanzaron hacia la escalera jacobita y descendieron hasta la planta baja del edificio mortal saltando los escalones de doce en doce, en el transcurso de lo cual volvieron a asustar al mismo gato de color gris mármol de antes.

Llegaron al vestíbulo del centro social y deportivo con el rugido de la desbandada de espectadores fantasmales retumbando a sus espaldas desde los pisos superiores, pues era evidente que, con cierto retraso, los otros espectros se habían despejado ya e intentaban desocupar el salón. Michael y sus camaradas estaban a punto de precipitarse por las puertas dobles hacia Horseshoe Street cuando Phyllis les gritó que parasen.

—¡No salgáis! ¡Toa esa tropa va a hacer lo mismo en menos de medio minuto! ¡Conozco un camino mejor!

De inmediato, cerró los ojos y se pellizcó la nariz con el pulgar y el índice como si se estuviera preparando para saltar desde el borde de cemento recalentado de una piscina hacia las opacas aguas verdes de los estanques de Midsummer Meadow. Entonces, dio un saltito conejil en el aire, se zambulló en el suelo, desapareció bajo las baldosas y solo dejó tras de sí una leve ondulación en la superficie recién fregada del vestíbulo. Sus compañeros intercambiaron miradas de vacilación antes de escudriñar el techo, donde la avalancha desatada de fantasmas a la fuga crecía y crecía a medida que se aproximaban, y seguir el ejemplo de su líder. Con los ojos cerrados y la nariz tapada, dieron los correspondientes saltitos, cayeron un cuarto de metro o así a través del revestimiento y aterrizaron en una mitad de una oscuridad húmeda y envolvente.

Después de incorporarse sobre unas losas manifiestamente duras y, por tanto, antiguas casi con total probabilidad, Michael distinguió con su relumbrosa visión

fantasmal la silueta luminosa de sus cinco amigos, que también andaban levantándose y sacudiéndose el polvo. Parecían estar en un enorme sótano abandonado con paredes de ladrillo, lleno de telarañas y ennegrecido por la edad. Phyll Painter, primera en llegar y en erguirse, se había dirigido al extremo occidental de la catacumba para socavar un tramo de pared de aspecto relativamente moderno en comparación con el resto, y que a buen seguro sería una vieja puerta tapiada. Mientras sus colegas gravitaban hacia ella para formar un semicírculo a su espada, la niña tuvo la inmensa generosidad de compartir un plan al que, por supuesto, ellos ya se habían adherido.

—Creo que ya tenemos bastante claro por qué los albañiles se enzarzaron en aquella trifulca. Tal y como acordamos, es hora de reunirnos con la señora Gibbs en la iglesia de Doddridge y ver si alguien ha averiguao algo más.

Aturdido, John metió baza.

—Pero, Phyll, el modo más rápido de llegar a la iglesia de Doddridge es por Marefair y Doddridge Street. ¿Por qué estás cavando en el tiempo otra vez?

En retaguardia, Michael se puso de puntillas para atender al joven alto. Phyllis seguía dándoles la espalda para excavar el muro de ladrillo como uno de esos conejos que colgaban lastimeramente de su cuello. Mientras que el agujero de una hora que había horadado en el seto de Bath Street lucía un solo anillo de luz diurna, el que perforaba ahora exhibía un único borde de oscuridad ininterrumpida. Solo el cielo sabía cuántos días, o años, o décadas desprovistas de luz estaría plegando en su perímetro negro.

—Os voy a llevar por Marefair y Doddridge Street, so bobo. Pero no hay por qué seguir la ruta más aburría. En esta parte de la ciudad hay galerías que se remontan a la antigüedad y que conectan las iglesias más añejas y los edificios más importantes. De hecho, ahí es donde Bill y yo conocimos a Reggie, en el pasadizo que va de la iglesia de San Pedro al Santo Sepulcro. Este sótano de aquí formaba parte de una ruta subterránea que enlazaba San Pedro, San Gregorio y Tos los Santos, que cuando era de madera estaba

consagrá a los Fieles Difuntos. Desde aquí no hay que cavar mucho pa llegar a los siglos XI y XII, y como los posteriores están tos amontonaos sobre nuestras cabezas, podemos viajar a donde nos apetezca. ¡Mira! Creo que ya está.

La niña retrocedió para que todos pudieran ver el panorama, aunque en realidad no había mucho que ver. Había compactado las noches de la abertura temporal en una franja de la anchura de un neumático, y al otro lado del agujero no había más que negrura. Aun así, si Phyllis decía que esa era la manera más emocionante de viajar por Marefair, el crío estaba dispuesto a creerla. El anuncio de que la banda iba a reunirse al fin con la señora Gibbs había conseguido disipar en gran medida sus temores iniciales de que pudieran estar poniéndolo en peligro de manera inconsciente, así que, cuando la muchacha se subió la falda para meterse en el hoyo recién creado, Michael se adelantó a los demás miembros del equipo para ser el primer en seguirla.

Solo la tosca y reluciente piedra caliza de las paredes del túnel contradecía el hecho de que se hallaran en tiempos medievales, ya que la oscuridad absoluta tenía el mismo aspecto en cualquier siglo. El bordado refulgente generado por su visión nocturna esbozaba aquí y allá fragmentos de escombros arcaicos —trozos de una vieja botella de piedra con un tapón de mármol y alambre, cacas de perro de aspecto fosilizado, o medio caballito de madera con el cuello roto—, pero nada especialmente interesante. Con sus copias y el resto de la banda a la zaga, Michael y Phyllis se internaron en la tiniebla impenetrable para dirigirse más o menos hacia el oeste.

Al poco de partir, a la altura de Horseshoe Street según los cálculos de Michael, el túnel se ensanchó hasta el tamaño de una suerte de cripta abandonada cuyo suelo enlosado estaba salpicado por un rompecabezas de piedras rotas, quizá procedentes de la tapa quebrada de algún sarcófago. Phyllis confirmó las sospechas del zagal.

—Sse, estarébamos bajo la iglesia de San Gregorio, o al menos bajo el emplazamiento que solía ocupar. Este esera

el sitio al que uno de los cuatro Maestros Albañiles convocó hace cientos de años a un monje. El albañil, que sería muy probablemente tu amigo el del pelo rizado, hizo que el monje trajera por desiertos y océanos una cruz de piedra procedente de Jerusalén, to pa marcar con ella el centro de esta tierra, ubicao en mitad del país. Esa vieja cruz —o crucifijo, como solían llamarla— esera lo que haracía que los Boroughs serasen tan importantes. En el mundo de Arriba, constituye el eje de toa la estructura de Inglaterra, así que es lo que soporta todo su peso. Por ese mismo motivo, el asqueroso agujero ardiente que viste antes en Bath Street va a terminar provocando un desastre colosal como alguien se descuide.

Michael optó por no preguntarle qué había querido decir, pues prefería no pensar en ese asqueroso agujero ardiente que había visto en Bath Street. Los seis jovenzuelos espectrales serpentearon por la galería subterránea, dejaron atrás la ruinosa cripta de San Gregorio y se adentraron en la antiquísima lobreguez que yacía bajo Marefair.

Unos cincuenta pasos después, Phyllis llamó al alto y señaló el techo húmedo y goteante de la madriguera, que estaría a apenas un centímetro de sus cabezas.

—Creo que deberíamos empezar a cavar hacia la superficie. Saldremos justo enfrente de la desembocadura de Doddridge Street en Marefair. ¿Nos aúpas un poco, John?

El miembro más apuesto de la pandilla fantasmal dio un paso adelante y formó con las manos un estribo para que Phyllis, prácticamente ingrávida, se subiera y comenzara a excavar el techo del túnel. Esta vez, el borde del agujero presentaba unas bandas movedizas blancas y negras, lo cual sugería, al menos, que el espacio de más arriba se regía por una habitual procesión sucesiva de noches y días.

A ojos del niño, Phyllis se mostraba ahora mucho más cuidadosa al perforar, pues, al igual que lo haría una arqueóloga cautelosa, procuraba apartar pacientemente las eras acumuladas en lugar de escarbarlas frenéticamente, que era la única técnica que le había visto ejecutar hasta el

momento. Como si intentara alcanzar un año concreto o incluso una mañana específica, sus dedos fantasmales y multiplicados progresaron en su horadación de la oscuridad con gran precisión y no poca delicadeza.

Finalmente, pareció lograr el grado de profundidad exacto que buscaba y abrió un hueco transitable en el tejido de la galería, y eso les permitió entrever una sombría estancia superior que aparentaba tener un techo risiblemente bajo. Con una carcajada satisfecha y triunfante, Phyllis se coló por la nueva abertura temporal para reaparecer sobre el borde momentos después, agachada y dedicándoles una sonrisa desde arriba. Entonces, llamó a Michael, le tendió la mano y lo invitó a subir el primero. Obediente, el niño se encaramó a las manos entrelazadas de John y permitió que Phyllis lo arrastrara por el desgarro del techo de piedra hacia la opaca cámara superior.

Al contrario de lo que esperaba, no emergió en una ratonera de un metro de altura hecha de madera, sino debajo de una mesa. Después de arrodillarse sobre el hoyo al lado de Phyllis, ayudó a subir a Marjorie y luego a Bill, y en el transcurso atisbó las extremidades inferiores de un hombre que estaba sentado en el lado más cercano del escritorio. Posado en una majestuosa silla de madera noble, su característica más reseñable eran un par de botas altas y lustrosas, provistas de unas hebillas de hierro mate en los tobillos y de unos dobleces de cuero que le tapaban las rodillas. Cuando movió un pie, el hombre no dejó postimagen alguna, claro indicio de que estaba vivo y de que seguramente no podría oírlos. En cualquier caso, el niño trató de no hacer ruido a la hora de elevar a Reggie y John por la trampilla temporal, y luego todos los miembros se pusieron a gatear como oseznos por entre los pies de la mesa para emerger en una habitación amplia y silenciosa, iluminada por largos haces vespertinos que caían, inclinados, a través del patrón emplomado de los ventanales.

Ya de pie junto a sus compañeros en un extremo de

aquellas espaciosas dependencias, Michael paseó su mirada por la mesa de roble pulido hasta posarla sobre la mitad superior del hombre cuyas botas acababa de admirar, aún sentado a la cabecera de la mesa mientras escribía con su péñola en una especie de diario o registro.

Su cabello largo, lacio y grasiento descansaba sobre el cuello polvoriento de su túnica anticuada, y la testa inclinada, centrada en su escrito, lucía una calva mal disimulada. Sentado como estaba, resultaba difícil calcular su estatura, aunque no aparentaba ser excesivamente alto. Pese a ello, la anchura de su cuerpo y sus hombros transmitía una impresión de robusta solidez. Dado el tono grisáceo que la luz desvaída de la juntura fantasma infundía a su piel, parecía el soldadito de plomo agrandado con el que jugaría un gigante.

Cuando llegó al final de un largo párrafo, el tipo se reclinó en su silla para leer lo que había pergeñado, así que los niños pudieron ver su rostro más claramente. Para Michael, su expresión severa encerraba un matiz casi matonesco, aunque el porte general indicaba importancia e influencia. Sus rasgos tenían el grosor, el espesor y la carnosidad de una loncha de tocino, y habrían exhibido cierta sensualidad primitiva de no haber sido por unos ojos grises e inexpresivos que, cual balines de mosquete aplanados, dominaban el conjunto mientras analizaban sin pestañar las letras apiñadas —pero ornamentadas— que el fulano acababa de acuñar en el papel. Una ostensible verruga adornaba el hoyuelo que tenía entre el labio inferior y el mentón, y otra mucho menor salpicaba su ceja derecha. El hombre poseía una quietud agobiante que a Michael le pareció propia de una bomba que acabara de finalizar su cuenta atrás.

De pie junto a él en aquella estancia silenciosa, Phyllis le propinó un gentil golpecito en sus costillas fantasmales. Se diría muy satisfecha de sí misma.

—Mira, ¿lo ves? Ahí tienes al Lord Protector, al mismísimo Oliver Cromwell.

ESPADAS INCANSABLES

El fulano explotado del balcón lo había desconcertado. A John le gustaba pensar que, por lo general, era capaz de mantener la calma, pero no podía negar que la bola de fuego con patas lo había alterado.

Para empezar, nunca había visto el aspecto de una persona volada en pedazos; no, al menos, desde fuera, y menos aún con los detalles congelados en el tiempo. Cuando a él mismo le pasó lo propio en Francia, tardó unos minutos en entenderlo. Primero se convenció de haber escapado por un pelo de la detonación, y luego echó a correr por la carretera junto a los muchachos. Entonces notó que el bombardeo sonaba amortiguado, y que lo veía todo en blanco y negro, pero asumió que el estruendo les habría jugado una mala pasada a sus ojos y oídos. Solo después de detectar con extrañeza que sus compañeros de escuadrón no le respondían y que, a diferencia de él, no iban dejando un rastro de imágenes en su estela, empezó a comprender lo que le había sucedido.

Asimiladas sus circunstancias, se sintió superado por el horror, lo cual fue de lo más normal: era una forma muy truculenta de morir. Por ello, al ver al tipo aquel envuelto en un halo letal sobre los balcones de las Obras, con su sonrisa forzada, las lágrimas evaporándose de sus mejillas, y atrapado por toda la eternidad en ese aciago segundo que constituía el mejor recuerdo de su existencia, pues… no supo cómo reaccionar. Y cuando Bill les contó que esas bombas humanas se inmolaban en nombre de su religión invocando una suerte de guerra santa, se quedó aún más perplejo.

En vida, John había sido cristiano. No un buen cristiano, desde luego, pues jamás se tomó su credo tan en

serio como su hermano mayor, pero sí mejor que su hermana, su madre o cualquiera de sus otros hermanos. Iba casi todos los domingos a la iglesia de College Street, donde se afilió a la Boy's Brigade, y allí rezaba, cantaba himnos, le enseñaron a desfilar y aprendió a considerar tal amalgama de actividades como algo absolutamente natural. Adelante, soldados cristianos,[27] y toda la pesca.

En la casa en la que creció no había textos religiosos reseñables más allá de la Biblia, árida como el desierto en su avergonzada opinión, y una vieja copia de *El progreso del peregrino*, que le parecía mucho más accesible. Por aquella época no tenía mucha idea del significado alegórico de los nombres de los personajes de Bunyan, pero le gustaban los relatos y creía captar su moraleja básica. Incluso llegó a leerse la mitad de *La guerra santa* de Bunyan, donde se topó con el nombre de «Humánima» por primera vez, antes de claudicar ante el desconcierto y el aburrimiento. Todo aquello no hizo más que enfatizar las nociones inculcadas en la Boy's Brigade durante los diez minutos de oración posteriores a la hora de ejercicios en la sala superior de la iglesia, siempre con gorros militares azul marino sobre las cabezas inclinadas de los niños: el sentido de que la cristiandad y la marcialidad estaban inextricablemente ligadas. La asociación entre guerra y religión no le era, por tanto, en absoluto ajena, pero la consideraba propia de guerras reales, con soldados genuinos y uniformes de verdad. El tipo de la pasarela, un civil que se había volado a sí mismo para llevarse consigo a los demás en el nombre de Dios, era un asunto distinto. Aquello no era ni guerra ni religión; no, al menos, tal y como John entendía tales conceptos.

Además, fueran cuales fuesen, esos Boroughs del mañana desde los que el hombre en perpetua explosión había regresado a 1959 tampoco le resultaban entendibles. ¿Cómo era posible que un barrio tan parsimonioso y pacífico como el suyo fuera a crear algo así en sesenta años? Aunque John hubiera participado en varias expediciones por el siglo XXI desde su ingreso en la Banda

de los Muertos Muertos, era consciente de no poseer la más mínima comprensión de lo que sentía, pensaba y vivía la gente de esas décadas futuras, igual que no podía afirmar conocer Francia solo por haber muerto allí. Lo único que sabía a ciencia cierta era que aquel ser mitad hombre y mitad candela romana le había hecho temer por los Boroughs, por Inglaterra y por el mundo venidero en general. Durante la pelea de los albañiles y el drama en los billares, no había podido sacarse de la cabeza esa figura iluminada y fragmentada, perdida en los balcones de madera de un paraíso que jamás pudo haber concebido o anticipado, envuelta para siempre en las llamas de su propio martirio salvaje.

De hecho, incapaz de desterrar de sus pensamientos la absorbente visión del hombre explotado, ni siquiera había prestado especial atención a la aventura en curso hasta darse cuenta de a dónde pretendía llevarlos Phyll Painter en su huida desde el salón de billar. Del mismo modo que Reggie Bowler tenía afición por los coches y Marjorie por los libros, la guerra civil inglesa era la gran pasión de John en el más allá. Y si algo podía disipar la imagen de esa detonación andante que tanto le había preocupado era la perspectiva de cavar hasta la velada del 13 de junio de 1645 en la Casa Hazelrigg de Marefair, más conocida entre la población local como la Casa Cromwell.

En el breve interludio entre su muerte y el encuentro con la Banda de los Muertos Muertos, que subjetivamente habrían sido unos pocos años como mucho, John había alimentado por su cuenta este interés. Había visitado Naseby dos veces, primero una o dos horas antes de la batalla y luego durante la misma, y había viajado hasta Ecton por Wellingborough Road para ver cómo trataban después a los prisioneros realistas. Sin embargo, nunca había asistido al instante actual: Oliver Williams, alias Cromwell, teniente general recién ascendido y parlamentarista en auge, acampado en Marefair durante la noche previa a la batalla decisiva de la guerra civil inglesa.

Aún podía recordar la soledad que sufrió en los años

posteriores a su muerte antes de conocer a Phyllis y su banda. Su regreso desde Francia había sido sorprendentemente rápido. Ora estaba en un barrizal plagado de cráteres, observando con consternación sus propias entrañas relucientes evisceradas sobre sus pies desde su cuerpo quemado, ansiando desesperadamente vivir un día más para ver de nuevo su hogar, ora estaba en mitad del césped trasero de la iglesia de San Pedro, gris plateado en la vasta extensión incolora de la juntura fantasma. La leche derramada de las nubes blancas fondeaba en un cielo estival de un llameante color platino, y él descendió por la cuesta de hierba hacia las casas de más abajo dejando en su estela un desfile de soldados embarrados.

Sí, vio a su madre e incluso a su hermana, que estaba visitándola en compañía de sus dos hijas, pero, como ellas no podían percibirlo, el encuentro le resultó tan frustrante como deprimente. Lo peor fue que ninguna de las dos sabía, obviamente, que él hubiera muerto. Cuando su hermana empezó a leerle a su hija una carta que les había mandado para contarles las juergas que pensaba correrse en cuanto le dieran un permiso, con todas sentadas alrededor de la mesa de la cena para catar el pudin recién horneado de su madre, John se desmoronó. Su madre, sentada en el sillón del rincón, sonrió con orgullo mientras su única hija le leía la misiva que él les había garabateado a lápiz en las diminutas páginas de un bloc, claramente tan deseosa de zamparse otro pudin con sus hijos como John lo estaba la noche en que le escribió a su sobrina. Ignoraba que esa reunión familiar jamás tendría lugar. Ignoraba que el fantasma de su hijo estaba sentado a su lado en el incómodo sofá de crin de caballo, derramando lágrimas de impotencia por ella, por sí mismo y por esa maldita y condenada guerra. Incapaz de soportar la escena, huyó a través de la puerta principal por Elephant Lane hacia Black Lion Hill, y así fue como se embarcó en su corta carrera de errante.

Dicho esto, nunca había sido ni por asomo tan desidioso como la caterva que pululaba por ahí. En vida siempre solía estar presentable, y por ello afrontó el más

allá con una disciplina militar propia de una revista para cadetes. Se construyó un refugio en la torre redonda y abandonada que se erigía de manera incongruente entre las ruinosas tiendas victorianas del final de Black Lion Hill. En cierto modo, eligió la ubicación de acuerdo con la creencia de que un fantasma debía encantar sitios tan apropiadamente espeluznantes como aquel baluarte, pero también porque su opción previa, que fue la iglesia de San Pedro, parecía estar ya atestada de espectros. Su inspección inicial de aquel edificio sajón renovado en la era normanda se saldó con la visión de hasta quince aparecidos. En Marefair, junto a la puerta, había una pordiosera lisiada que hablaba un inglés tan arcaico e idiosincrático que John apenas le entendió una palabra. Alrededor de la iglesia en sí, se topó con pastores y feligreses fantasmales de distintas épocas, y también conoció a un geólogo llamado Smith que afirmaba haber descubierto la veta caliza que se extendía desde Bath hasta Lincolnshire, conocida como el sendero jurásico. Según esta afable alma parlanchina, el cruce entre este camino primordial y el río Nene fue lo que determinó, por su conveniencia, el lugar en el que se fundaría Northampton. Casualmente, el mismo Smith había muerto allí, en Marefair, mientras atravesaba la ciudad, y no perdió la oportunidad de señalarle con orgullo la placa conmemorativa que tenía dedicada en los muros de la iglesia.

Tras esta sucinta confraternización con los otros ocupantes de la juntura fantasma, John decidió mantener una política esencialmente solitaria. Veía las idas y venidas de los espectros desde la ventana de su elevada estancia, pero a sus ojos resultaban seres singulares o incluso monstruosos, y no se sentía inclinado a buscar su compañía. Por ejemplo, un día vio al gigante zancudo revestido de juncos con el que se acababa de topar en los balcones de las Obras. En ese primer avistamiento, lo observó circundar por entero la iglesia de San Pedro antes de desaparecer del mapa atravesando un muro de piedra de mil años. Si por entonces no tenía el menor indicio de su naturaleza, ahora

menos aún. La criatura con pico de madera, que iba dejando charcos de agua fantasmal allí por donde paseaba sus patas larguiruchas, solo servía para ilustrar la rareza de aquel semimundo, y justo esa característica fue la que lo llevó a optar por un camino solitario y autosuficiente en todos sus quehaceres ultraterrenos.

Descubrió así que le gustaba ir a su aire y planear expediciones como la de Naseby, aunque lo cierto era que su segunda visita, en plena batalla, fue horrible, y le hizo alegrarse de haber fallecido a causa de una bomba y no de una pica. En general, durante los primeros meses de su muerte se sintió animado y aventurero, y fue en esa época cuando se dio cuenta de que ya no llevaba uniforme militar. Un buen día, le dio por mirarse y vio que llevaba puestos unos pantalones cortos negros, un jersey que le había tejido su madre y los zapatos y calcetines que vestía a los doce años. Ahora sabía, por supuesto, que su cuerpo espectral había ido adoptando paulatinamente la apariencia del período más feliz de su vida, pero por entonces solo se sintió contento de volver a ser un muchacho, y no se molestó en especular acerca de los motivos.

Como si fuera el espíritu de Douglas Fairbanks Jr., se lanzó en pos de sus solitarias escapadas con renovado vigor, siempre procurando investigar las situaciones más temerarias. Cuando aquel bombardero británico se estrelló en la cima de Gold Street, él lo vio planear desde la ventana de su torre al pie de Marefair, y no tardó en echar a correr por la avenida a través de la rutilante oscuridad en dirección este-oeste, perseguido por una avalancha de postimágenes colegialas, para comprobar si había muertos; si había nuevos fantasmas que, torpes y confusos, precisaran de su consejo.

Sin embargo, resultó que el piloto y la tripulación habían saltado durante el pasmoso descenso del enorme aeroplano, y que el único damnificado era un ciclista nocturno que se había roto el brazo mientras iba por Gold Street. Aparte de John, aquella noche solo hubo un segundo fantasma en la escena, y no fue otro que el del propio

avión. Por sorprendente que fuera, y aunque su sustancia se hubiera desintegrado casi por completo con el impacto, el armazón etéreo de la aeronave se había hundido en el brumoso subsuelo de la juntura fantasma, y un bombardero espectral en perfecto estado había pasado a yacer bajo la superficie de la calle. Justo se hallaba sentado en la cabina, gritando sus órdenes a unos tripulantes imaginarios durante una ficticia misión de ataque, cuando se encontró rodeado, para su vergüenza, por cuatro fantasmillas burlones que se presentaron como la Banda de los Muertos Muertos.

Ahora, en la Casa Hazelrigg, mientras observaba cómo Cromwell escribía en su diario a la luz de los últimos y largos rayos de sol del día, John sonrió y recordó aquella primera aventura junto a los otros críos espectrales, bautizada ante la insistencia posterior de Phyllis como «El asunto del aeroplano subterráneo». A base de juguetear con los controles del vehículo inmaterial, los pícaros ultraterrenos se dieron cuenta de que podían propulsarlo lentamente hacia delante si fingían con muchas ganas que lo estaban pilotando. Aunque no pudieran alcanzar la velocidad necesaria para romper la tensión superficial de la calle y hacerlo volar, se percataron de que era posible planear por el subsuelo a un ritmo sereno y majestuoso, e incluso ejecutar un picado por los estratos geológicos de la urbe empujando la palanca. No obstante, viajar por arcilla y rocas no era muy divertido, así que mantuvieron una trayectoria recta a pocos metros bajo la superficie. Surcaron túneles, criptas y sótanos, y sufrieron un lance cómico y repugnante al deslizarse por el conducto de hierro de una antigua cloaca. Al final, riéndose de su propio ingenio, posaron con mucho cuidado el aparato fantasmal en un bar clandestino y subterráneo de la esquina de George Row con Wood Hill, y lo más extraño era que estaba diseñado para replicar el fuselaje y los asientos de un avión de pasajeros, lo cual lo convirtió en el hangar perfecto para su aeronave espectral.

John renunció a su autonomía y se unió al instante a la panda de gamberretes, que se las habían arreglado para

convertir la muerte en un parque de atracciones. Después de aquella noche hilarante no volvió a su torre solitaria, sino que se entregó a la existencia nómada de los niños fantasmales y a sus incursiones de guarida secreta en guarida secreta por décadas y dimensiones, por purgatorios y paraísos. Aunque Reggie Bowler lo mirara a veces con cierto resentimiento bajo el ala de su bombín, y pese a que raramente oyera a Marjorie la Ahogada decir más que un par de palabras, le encantaba aquella nueva tropa.

Con quien mejor se llevaba era con Phyllis Painter. De un modo extraño y divertido, incluso creía que podían estar enamorados. Reconocía la fascinación que brillaba en sus ojos cada vez que lo miraba, y esperaba que ella también pudiera percibirla en los suyos, aunque era consciente de que lo que existía entre ellos no podía ir a más; no sin estropear la cosas. Para John, lo que tenía con Phyllis representaba lo mejor del amor, pues era su remedo infantil, la idea que tenían los colegiales de lo que significaba ser el novio o la novia de alguien. Era sincero e inmaculado, ajeno a la más leve mota de experiencia práctica. Antes de morir con apenas veinte años, John había tenido varias novias, y hasta se había acostado con una de ellas. De igual modo, y aunque jamás se lo había preguntado directamente, le daba la impresión de que Phyll Painter había vivido hasta una edad bastante avanzada, y de que en algún momento había estado casada. Por tanto, y en cierta medida, ambos conocían la parte adulta del amor, el disfrute animal del sexo, los valles y tormentos de una pasión apagada.

Ambos conocían el amor adulto y, aun así, habían optado por la versión juvenil, por la emoción de un eterno flechazo de patio de recreo, por un romance que no pasara de las ruedas de apoyo de la bicicleta. Habían elegido no probar más que el rocío de la suave piel del amor para dejar intacto el fruto. Así era como lo veía él, al menos, y estimaba muy probable que Phyll sintiera lo mismo. Fuera cual fuese el éxito al que estaba destinada su relación, llevaban una infinidad de décadas amándose de ese modo,

y esperaba que continuaran haciéndolo hasta el mismo umbral de la infinitud.

Considerándolo todo, la muerte le había sentado a John igual de bien, o mejor, que la propia vida. Los planes díscolos de la pandilla fantasmal, con su proverbial correteo de una absurda aventura a otra, lograban que nunca se aburriera. En el rubor gris de cada mañana espectral siempre había algo nuevo. O, en el caso de las maquinaciones de Bill y Reggie para domesticar un mamut espectral, algo muy muy antiguo.

Esto lo hacía extensivo a los follones derivados del miembro más reciente de la banda fantasmal. Al igual que Phyllis, John pensaba que cuidar de un infante temporalmente muerto constituía una gran responsabilidad, pero también creía que el asunto se estaba convirtiendo en la hazaña más grandiosa hasta la fecha. De hecho, tenía un buen motivo para tomarse las penurias de Michael Warren más en serio que Phyllis, y también para preocuparse en mayor medida por la seguridad del zagal, pero no iba a consentir que eso le fastidiara el goce de una excursión tan asombrosa: ¡reyes diablos cayendo como Messerschmitts!, ¡tormentas fantasma y amortajadoras! Era la correría heroica que siempre ansió vivir como soldado antes de descubrir la auténtica naturaleza de las guerras; algo que se parecía más a lo que siempre había imaginado: la viva esencia de una aventura ilustrada, sin entrañas evisceradas o madres de luto que tornaran un alegre serial de radio en una tragedia. Ofrecía los mejores pasajes, los topetazos y la espectacularidad, pero sin ninguna de sus mortales consecuencias. John se embelesó con el recuerdo de los albañiles colosales, con sus hemorragias de oro y sus golpes recíprocos con tacos de billar en las hectáreas desplegadas del Mayorhold, pero entonces refrenó esa cadena de pensamientos al darse cuenta de que lo devolvían al hombre explotado, a esa trastabillante fosforescencia del balcón con clavos y remaches suspendidos, pantalones destrozados y lágrimas en evaporación.

Para deshacerse de esa visión recurrente, procuró

centrarse en el contexto circundante: el salón de la planta inferior de la Casa Hazelrigg durante una ominosa tarde de junio de mediados del siglo XVII. Tras emerger bajo una brillante mesa de palisandro, el grupo se reunió en la pared oriental de la espaciosa estancia para contemplar aquella presencia monumental, que permanecía sentada en el extremo contrario de la mesa con sus verrugas en penumbra y un lado de su amplia narizota iluminado por la luz del ocaso, filtrada desde el exterior a través de unas ventanas emplomadas.

Obviamente, John reconoció al viejo Ironsides[28] en virtud de sus intrépidas incursiones previas por los oscuros días de la guerra civil inglesa. La primera vez lo atisbó mientras cabalgaba por las laderas de la cresta de Naseby junto al general Fairfax y el general de infantería Phillip Skippon al rayar el alba del día 14 de junio (o sea, a la mañana siguiente según su actual punto de vista). En dicha ocasión, durante la inspección del kilómetro y medio de terreno que se extendía hacia el norte entre la cresta y Dust Hill, Cromwell le pareció ebrio de alegría. Trotando de un lado a otro con su armadura negra, notó que estallaba en carcajadas de vez en cuando, como si el mero examen del campo de batalla le hubiera hecho predecir el resultado y reírse de la desgracia de sus enemigos. Luego, en el fragor de la batalla, volvió a verlo con un rostro muy distinto; un semblante tallado en piedra que permaneció impasible a los gritos cuando su caballería persiguió a los realistas para arrasar con la mayor parte de los rezagados en las cercanías de Leicester. Con independencia del estado de ánimo que expresaran, John habría identificado aquellas facciones en cualquier parte.

Estaba claro que Phyllis y Bill también eran conscientes de a quién se hallaban mirando, al igual que Reggie Bowler, que asintió con aire cómplice y una amplia sonrisa surcando su rostro pecoso. Aunque los ojos de Marjorie la Ahogada se quedaron impertérritos tras sus gafas de la sanidad pública, John tuvo el pálpito de que una persona tan sorprendentemente leída como ella debía conocer al

hombre del pelo lacio mucho mejor que todos los demás miembros de la banda juntos. Eso dejaba a Michael Warren —Michael Warren, hijo de Tommy Warren, reflexionó para sus adentros sacudiendo la cabeza con asombro— como el único en aquella sala progresivamente oscura que no tenía ni idea del asunto. Estaba a punto de aventurar una explicación en beneficio del crío cuando Phyllis intervino y le ganó por la mano.

—Mira, ¿lo ves? Ahí tienes al Lord Protector, al mismísimo Oliver Cromwell.

Como era dolorosamente obvio que ese nombre no significaba nada para el pequeño, John tuvo ocasión de meter baza y exhibir su docto conocimiento.

—Nos hallamos en la década de 1640. Carlos I ocuparaba el trono, y casi nadie cree que esté haciendo un buen trabajo. Para empezar, porque ha promulgado el impuesto a los barcos, una tasa que se le pagaraba directamente a él y que lo hace menos dependiente del Parlamento inglés. Dado que Carlos esera muy amigo de la Iglesia católica y puede estar planeando colar el catolicismo por la puerta de atrás, eso no le gusta a nadie. Ten en cuenta que todo esto pasaraba en una Inglaterra en la que la brecha entre ricos y pobres llevaraba acentuándose desde principios del siglo XVII, que fue cuando los burgueses empezaron a cercar las tierras comunales y a dejar a la gente sin medios de subsistencia. Así las cosas, podrás imaginarte lo cabreado y receloso que estaraba todo el mundo. Inglaterra esera un polvorín a punto de explotar.

Al pronunciar esta última frase, la indeseable imagen del hombre detonado irrumpió entre lágrimas en su cabeza, así que hizo una pausa antes de continuar.

—En los últimos meses de 1641, toda Irlanda estalla en rebelión contra el yugo inglés. Los rebeldes destrozan o recuperan las tierras concedidas a los colonos protestantes, y en el transcurso masacran a muchos de ellos. En Inglaterra, esto se entiende como un complot del papa en connivencia con Carlos I. Los rebeldes del Parlamento presentan la Gran Protesta para airear los agravios

cometidos por Carlos, pero eso solo sirve para ahondar el abismo entre ambas facciones. En enero de 1642, el rey deja Londres en manos de los rebeldes y empieza a reunir a su ejército para una guerra civil que todos creen inminente. Dios, eso tuvo que ser horrible. De un extremo a otro de Inglaterra, las familias seguro que se arrodillaban en sus casas para rezar; para rogarle al Señor que los años venideros transcurriesen sin demasiadas muertes en su seno.

Ciertamente, fue a eso a lo que se dedicó el clan de John a lo largo de 1939. Llegado a este punto, observó que la figura del otro lado de la sala hacía un alto en sus escritos y suspendía el cálamo a una fracción de centímetro sobre la página, tal vez para meditar la elección de sus palabras antes de volver a posarlo sobre la vitela, retomar sus inclinadas volutas góticas y seguir marchando hacia delante. John estimaba que las plegarias de su propia familia en los albores de la guerra debieron ser atendidas en su mayor parte, porque, al fin y al cabo, sobrevivieron todos menos él.

Al mirar alrededor, se dio cuenta de que los miembros de la Banda de los Muertos Muertos aguardaban pacientemente la reanudación del relato. Incluso la expresión de Marjorie la Ahogada denotaba cierto interés tras sus cristales de culo de vaso.

—De todos modos, ese tipo de ahí, Oliver Cromwell, provenía de una familia de Huntingdon muy bien situada. Su apellido esera Williams, pero, como descendían de Tomas Cromwell, célebre consejero de Enrique VIII, prefirieron adoptar este otro en agradecimiento por todo lo que el susodicho fulano había hecho por la familia y por el país, pues ayudó a Enrique a consumar la Reforma protestante, por más que su osadía lo condujera posteriormente a ser decapitado. Ollie, aquí presente, se refirió a sí mismo como «Williams, alias Cromwell» durante toda su vida, pero supongo que Cromwell acabó resultando más pegadizo que Williams de cara a la posteridad.

»Tenía esposa, familia y una vida cómoda, pero

sospecho que siempre ambicionó mucho más. En 1628, a los veintinueve años de edad, entró en política como miembro del Parlamento por Huntingdon, y catorce años después, cuando la guerra civil estaraba a punto de estallar, ya se había convertido en uno de los más feroces críticos del rey en eso que llamaron «el Parlamento largo». Cuando Carlos solicitó ayuda desde Cambridge, Cromwell irrumpió allí con doscientos hombres armados, se abrió paso hasta el castillo de la plaza y se hizo con todas las armas. No contento con eso, impidió que enviaran la plata necesaria para asistir a los realistas, y lo hizo en una coyuntura en la que casi todos los demás dudaban sobre qué hacer. Al tomar la iniciativa de esta manera, Cromwell empezó a ser considerado como alguien ideal para la causa parlamentarista, y fue ascendido de capitán a coronel.

»En los años posteriores estuvo muy ocupado: después de encargarse de los realistas en King's Lynn y Lowestoft, aseguró todos los puentes del río Ouse. Acto seguido, fortificó el Nene, algo que veréis por vosotros mismos en cuanto salgamos de aquí dentro de unos minutos. En cualquier caso, demostró la pasta de la que estaba hecho en escaramuzas como la de Gainsborough, en Lincolnshire, y en batallas como la de Marston Moor en 1644, cerca de Manchester, donde dirigió a la caballería. Proezas como estas hicieron que el general parlamentarista sir Tomas Fairfax lo nombrara teniente general de caballería en una reunión del alto mando que tuvo lugar en…

Aquí se detuvo con gran afectación dramática y fingió hacer memoria en busca de alguna fecha venerable. Luego, continuó…

—… Oh, pero si habrá sido hará una o dos horas. Fue hoy mismo, el 13 de junio de 1645. Para el señor Cromwell, aquí presente, este es el día más crucial de su vida. Le han otorgado el poder necesario para llevar a cabo la tarea que tiene en mente y lo han enviado de inmediato a Northamptonshire para enfrentarse con las fuerzas realistas, comandadas por el príncipe Ruperto, sobrino del rey Carlos. Ruperto viene de asediar Leicester y de arrebatársela a las

fuerzas parlamentaristas, y cuando Cromwell se ha presentado esta mañana en el campamento parlamentarista, sito cerca de Kislingbury, a dos o tres kilómetros al sudoeste de aquí, lo han recibido con hurras. Anoche, un miembro de la avanzadilla parlamentarista sorprendió a unos pocos realistas cerca de la localidad de Naseby, a unos ocho kilómetros al sur de Market Harborough, en la frontera con Leicestershire. Antes de eso, ninguna de las facciones tenía ni idea de cuán cerca estaraban sus respectivos ejércitos, pero ahora todos comprenden que mañana por la mañana se va a librar la batalla definitiva. Por eso es por lo que las tropas parlamentaristas han vitoreado a Cromwell al verlo aparecer: es el único cabrón en ciento cincuenta kilómetros a la redonda que está deseando lanzarse al ataque.

En un impulso repentino, John se apartó del cúmulo gris de la Banda de los Muertos Muertos y atravesó los tablones barnizados de la estancia hacia el extremo opuesto, para así otear como un cuervo los escritos de la figura sedente. La inusual agudeza de su visión espectral le permitió detectar tres o cuatro piojos gordos acampados en la escasa, grasienta y fina cabellera del teniente general. Nunca había estado tan cerca de él, pues hasta el momento solo lo había visto al galope durante sus visitas previas al campo de batalla propiamente dicho. Después de casi sentir en el aire las cargantes y atronadoras vibraciones de la dinamo que alimentaba la personalidad del futuro Lord Protector, John deseó ser capaz de captar el olor de Cromwell sin las limitaciones inodoras de la juntura fantasma, aunque solo fuera para determinar la especie animal a la que realmente pertenecía aquel hombre. Bill interrumpió su examen pormenorizado llamándolo desde el fondo de la cámara, donde seguía junto a Phyllis y los otros.

—¿Qué está escribiendo?

Era una gran pregunta, así que John ignoró las correrías parasitarias de la cabeza de Cromwell y dirigió su atención hacia la página por la que deslizaba su pluma. Tuvo que escrutarlas durante unos instantes para conseguir interpretar su peculiar caligrafía cursiva, pero luego alzó la

vista e interpeló a los miembros de la banda.

—Diría que es el primer borrador de una carta a su esposa. Voy a leeros lo que pueda.

Dicho y hecho, se puso las manos en las rodillas y se agachó hacia delante para inclinarse sobre el hombro de Cromwell y analizar los contenidos de la misiva.

«Mi muy querida Elizabeth. Te escribo con lo que confío sean buenas nuevas. En este día, tu querido y fiel esposo ha sido nombrado teniente general de caballería por sir Tom Fairfax, y tras eso ha sido destinado de inmediato a atender ciertos asuntos menores en Northamptonshire, desde cuyas inmediaciones se escriben estas líneas. Puedes estar segura de que mi ánimo es excelente, pues estimo que el nuevo día nos deparará un justo resultado, pero, por favor, no pienses que este ascenso tienta mi vanagloria. Las victorias pertenecen a Dios y solo a Él, y la única relevancia de mi nueva posición es la de capacitarme para llevar a cabo Su voluntad con mayor vigor.

»Pero ahora, no hablemos más de los inmerecidos alardes de tu esposo y oigamos el susurro de circunstancias más estimables. ¿Cómo marcha esa humilde morada nuestra de Huntingdonshire que reside siempre en mis pensamientos, contigo y los pequeños congregados junto a la puerta alrededor de tu falda? Sé que a Bridget le desagradaría que la llamaran pequeña, y a Dick también, pero así los considero en mi fuero interno y así serán por siempre. Oh, Elizabeth, ojalá te tuviera ahora a mi lado, pues tu dulce presencia eleva mi alma mucho más que los laureles y los cargos. Todos mis actos los hago tanto por Dios como por ti, mi preciosa Beth, para que así tú y nuestros queridos hijos podáis vivir en un país devoto, resguardado de las tiranías del Anticristo. Sé que nuestro joven Oliver diría lo mismo si la fiebre de los campamentos no se lo hubiera llevado este último año. Ruego a Dios que mis esfuerzos consigan que su sacrificio, y como el suyo el de tantos y tantos muchachos parlamentaristas, arroje sus frutos.

»Me agradaría oír nuevas de nuestro jardín, pues suele

estar hermoso en esta época del año, y con el presente tumulto temo perderme su belleza si no me la describes. En un cariz similar, háblame de tus últimos quehaceres, de tus viajes desde y por la ciudad y del más mínimo de tus inconvenientes, porque así podré fingir que oigo tu voz y sus inflexiones familiares. Dile a la pequeña Frances que su padre promete llevarle un precioso par de zapatos a su regreso desde Northampton, y coméntale a Henry que tengo la certeza de que hará sus tareas y de que sacará a pasear a los perros. Ahora que lo pienso, me gustaría que me remitieras una buena pipa de madera, pues las de barro que tienen por estos lares se rompen muy fácilmente, y…»

—Y hasta aquí ha llegado, aunque parece que va a seguir hablando de su casa y su familia. Si os soy sincero, después de leer esto no me parece que sea tan mal tipo.

John se enderezó y empezó a mirar a Cromwell con otros ojos. Al otro lado de la sala, más allá de las vigas embreadas y los ornamentos cobrizos, Marjorie sacudió la cabeza.

—No estoy yo muy segura. A mí no me parece que esté en sus cabales. Es decir… sabe lo cruenta que va a ser la batalla de mañana y, sin embargo, miradle: está como si tal cosa, y encima va y le pregunta a su esposa por el estado del jardín. Es como si no creyera que esto fuese real, como si se tratara de un juego del que quisiera saber su conclusión. Por si os interesa, me parece que le falta más de un tornillo.

Todos se quedaron anonadados mirando a Marjorie, menos sorprendidos por su agudo comentario que por la inmensa cantidad de palabras que había empleado para enunciarlo. Nadie antes la había escuchado jamás hablar tanto, y mucho menos sospechaban que albergara opiniones tan vehementes. John rumió su alegato durante unos instantes y concluyó que la niña rolliza llevaba razón. En sus propias cartas a casa, él también solía aligerar sus aciagas circunstancias, sí, pero nunca hasta el grado que exhibía Cromwell allí. John nunca le había dicho a su madre que estuviera atendiendo «ciertos asuntos menores»

en Normandía, ni abundado en hornear un pudin hasta el punto de olvidar que había una guerra en curso. Los escritos de Cromwell eran propios de un hombre normal en tiempos normales, y en ambos casos era imposible aplicar esos términos sin caer en una enorme tergiversación. Por tanto, contempló a Marjorie la Ahogada a través de la luz menguante de la cámara y asintió con sobriedad.

—Creo que has dado en el clavo, Marge. De todos modos, parece que va a seguir aquí un buen rato ¿Por qué no salimos y vemos lo que sucede fuera mientras aún hay luz?

Hubo un murmullo de asentimiento. Tras dejar con sus escritos al petrificado teniente general, ahora una silueta oscura de definición decreciente en una sala cada vez más tenebrosa, los niños atravesaron los escombros de los gruesos muros de la Casa Hazelrigg hacia una calle repleta de actividad. Marefair, flanqueada a ambos lados por edificios bajos pero bien pertrechados, bullía de vida en aquel ocaso de hojalata. Los últimos rayos de sol se reflejaban en las puntas de los cascos de hierro y en las hojas de las largas picas apiladas que un anciano llevaba a afilar a Pike Lane. Destellaban en las bridas de unos caballos piafantes y exhaustos, centelleaban en los parteluces de la Casa Hazelrigg, salpicaban la mugre de la juntura fantasma con motas de luz, teñían de blanco el espeso empaste ocre de un lienzo diurno ya casi concluido. Delicadamente hermosa y sutilmente inquietante, aquella era la frágil iluminación que solía preceder a las tormentas de verano o darse durante los eclipses. Los soldados parlamentaristas, agotados, se arrastraban por el barro pisoteado de la vía principal en busca de una taberna o posada en la que atar sus monturas esqueléticas, mientras que los pocos oriundos del lugar que había por Marefair hacían todo lo posible por sortear el paso de las tropas. John vio cómo un perro era pateado por una bota parlamentarista y cómo una firme mano enguantada le propinaba una torta a un niño marcado por la viruela.

Fuera militar o civil, cada rostro denotaba una idéntica

expresión de profundo terror y parálisis, y eso solo subrayaba la opinión de Marjorie acerca del hombre calmado que acababan de dejar atrás sentado y escribiendo en su sala, con la cara de una bestia heráldica y un distanciamiento en marcado contraste con el pavor que parecía afligir a los demás en una tarde de junio por otra parte serena. En tiempos tan monstruosos, solo un monstruo podía sentirse cómodo. Detrás de él, Bill empezó a tararear el fragmento de una suerte de canción pegadiza que John no había oído antes.

—… *And I would rather be anywhere else than here today*.[29]

De improviso, dejó de cantar el tema y soltó una risita atribulada y cómplice. Luego, cruzó la calle junto a Reggie Bowler, y ambos empezaron a distraerse corriendo en círculos para tratar de crear pequeños remolinos de polvo. Fracasaron en su empeño hasta que Marjorie la Ahogada acudió a echarles una mano, y entonces consiguieron generar un torbellino lo bastante grande como para que un corpulento parlamentarista diera un paso atrás por la sorpresa y se persignara. Mientras tanto, Phyllis y John se quedaron al cargo de Michael Warren, detenido frente al curioso enrejado de madera del exterior de la Casa Cromwell. El infante giró a un lado y al otro su rizada cabeza rubia en un intento de situarse, pero al final alzó la vista hacia John y Phyllis.

—¿Esto esera Marefair? No sabría decir en qué tramo estamos.

Phyllis lo cogió de la mano —su don con los niños siempre le hacía pensar a John que en vida debió tener uno o dos— y se agachó a su lado para orientarlo hacia el oeste.

—No seas bobo. Claro que lo sabes. Mira, a la izquierda estaraba la iglesia de San Pedro. La conoces, ¿verdad? Y al lao, pese a la fecha remota, tienes el Black Lion.

John imitó el examen del crío. En su lado de Marefair, un poco más abajo, la iglesia de San Pedro lucía un aspecto muy parecido al que él había conocido en vida, cernida

sobre los preparativos bélicos de los parlamentaristas con la misma imparcialidad con la que contemplaría tres siglos después la caída del bombardero evacuado en Gold Street. Como Phyllis había dicho, en la puerta contigua se erguían las dos plantas de un mesón de madera del que pendía un letrero que lo identificaba como el Black Lyon Inne, aunque el animal representado allí se asemejaba más a un perro carbonizado.

Sin embargo, cuando dejó que sus ojos vagaran en dirección al puente occidental de la ciudad, más allá de la taberna y de la cuesta sobre la que estaba construida, se topó con un panorama sensiblemente distinto del que ofrecía el siglo XX. El propio puente, una estructura de madera diferente a la construcción de piedra que lo sustituiría, había sido demolido y reconstruido por orden de Cromwell hacía uno o dos años. Ahora era un enorme puente levadizo provisto de cadenas de hierro, mecanismos y manivelas que permitían subirlo si los realistas intentaban cruzar el Nene. Ante la atenta mirada de los tres jóvenes espectros, un carro sobrecargado pasó crujiendo por sus maderos para dirigirse a una suerte de molino situado al sudoeste, todo mientras el día terminaba de gotear desde el cielo. Por rara que pudiera parecer la fortificación a ojos modernos, la olvidaron inmediatamente en cuanto otearon, más a la derecha, la ubicación de la futura estación de trenes. Phyllis y John ya estaban familiarizados con el espectáculo, pero Michael Warren no pudo contenerse y ahogó un grito.

—¿Qué esera esto? Bloquiennegrece el paisaje y no deja ver Victoriosa Park.

Cuando Phyll meneó la cabeza tras soltar una carcajada, las postimágenes de sus rizos oscilantes se transformaron brevemente en un diente de león mustio.

—A Victoria Park le quedan unos dos siglos pa estar aquí, y lo mismo pasa con la estación de trenes. Eso es el castillo de Northampton, ese del que la estación recibe su nombre. Échale un buen vistazo mientras puedas. Lleva medio milenio junto a este puente. Desde el siglo XII, na

menos. Pero en dieciséis años lo echarán abajo.

John asintió con seriedad al contemplar la enorme mole oscura que se alzaba ante él, la complexión opresiva de sus torres cuadradas, la frente ondulada y acusadora de sus largas almenas fruncidas, recortadas contra la veta plateada del horizonte. Expansiva e inmensa, la perturbadora estructura se hallaba acordonada por la titánica cicatriz de un foso, y en el extremo distal de la honda zanja chisporroteaban unas teas tan altas, en apariencia, como el propio John, y dispuestas a ambos lados de la entrada ciclópea, una boca de piedra con los dientes de su rastrillo cerrados, apretados por la ira o la agonía. Una mezcla cuajada de humo y luz se elevaba desde las antorchas a lo largo de sus altos y recios muros, donde las rendijas para los arqueros escudriñaban, guiñadas y con desconfianza, un crepúsculo cada vez más predominante.

Sobre la explanada que rodeaba el lado sur del edificio, en los márgenes del camino de tierra que continuaba el trazado de Gold Street y Marefair hacia el oeste allende el puente reformado, un centenar de hombres del Nuevo Ejército Modelo levantaban sus destartaladas tiendas en los resecos campos estivales. Con los helechos y maderos marchitos obtenidos al otro lado del río en los bosquecillos de Foot Meadow, aquellas tropas desaliñadas encendían sus fogatas: manchas de tiza que relucían aquí y allá en torno al flanco occidental del castillo, o tal vez islas de un leve alborozo que flotaran en el océano de una noche inminente. Pese a la amortiguación acústica de la juntura fantasma, John pudo oír en la frágil brisa de poniente carcajadas y maldiciones, la afinación de un violín solitario, el húmedo siseo de la leña quemada o el crujido de un nudo al estallar. Los caballos relinchaban nanas nerviosas, ocultos y silenciados por el humo errabundo de unas hogueras azotadas por un viento cambiante, y más que iba a cambiar a lo largo y ancho de Inglaterra durante aquella noche tensa y peligrosa.

Como si el espectáculo lo hubiera aterrado, o quizá como si temiera que la infantería que avanzaba por

Marefair pudiese oírlo, Michael Warren habló entre susurros sin dejar de mirar alternativamente a John y Phyllis.

—¿Por qué la demolisumergieron?

John hizo una mueca.

—Bueno, verás… la batalla de Naseby se va a librar mañana por la mañana, y la ganan Cromwell y el ejército parlamentarista. La guerra civil colea un poco más en los meses posteriores, pero, tras Naseby, no habiará forma de que los realistas puedan prevalecer. Cuando su bando resulta victorioso, Cromwell decide tomar la iniciativa. Dentro de cuatro años, en 1649, decapitará al rey Carlos I y hará de Inglaterra una república que durará hasta su muerte en 1658. Su hijo Richard lo sucede, pero abdica en menos de un año. Hacia 1660, se restaura la monarquía, y Carlos II es coronado rey. Este nuevo monarca odia Northampton con todas sus ganas, y en cuanto ejecuta a todos los que conspiraron contra su padre, exige que derrumben el castillo.

Michael se quedó perplejo.

—¿Por qué hararía eso?

Phyllis, aún agazapada al lado del crío, recogió el testigo.

—Echa un vistazo a ese condenao puente levadizo de ahí y tendrás tu respuesta. Este sitio esera una plaza fuerte durante la guerra civil, y respaldamos a Cromwell hasta el final. Sospecho que Carlos II nos culpó por haber ayudao a que le cortaran la cabeza a su padre, y encima Naseby está en este condao. Con la llegada de la Restauración, nos situamos en el punto de mira de toa Inglaterra, así de simple.

John ponderó esto último mientras escudriñaba Marefair de soslayo. Reggie, Bill y Marjorie seguían creando tormentas pigmeas de polvo para consternación de los viandantes, pues aquellos eran unos tiempos en los que cualquier fenómeno natural era visto como presagio de desgracia (como si para preverla se necesitaran presagios). Satisfecho de que sus camaradas no estuvieran causando

excesivos estragos, volvió a dirigir su atención hacia Phyllis y el infante.

—Por ser justos, Phyll, ya estábamos en la lista negra de este país desde mucho antes de la Restauración. Llevábamos siglos siendo la oveja descarriada; como poco, desde que aquellos estudiantes rebeldes del siglo XIII consiguieron que Enrique III saqueara el lugar. Luego, en el siglo XIV, tenemos a los lolardos, que sostienen poco menos que el pecado esera un invento del clero para sojuzgar a los pobres. Durante la guerra civil, la región se convierte en el caldo de cultivo de los extremistas: muggletonianos, moravos, quintomonarquistas, *ranters*, cuáqueros… Y conste que no me refiero a los cuáqueros pacifistas que poseen empresas chocolateras, no, sino a esos fanáticos que llaman al derrocamiento de todos los reinos del mundo en el nombre de Dios.

»Pese a sus grandes diferencias, todas estas sectas hacen mucho hincapié en que Jesús esera carpintero, y en que todos sus apóstoles eseran trabajadores de origen humilde. Para ellos, el cristianismo esera la religión de los pobres y los oprimidos, y prometen que los ricos y los impíos serán barridos de la faz del mundo algún día. A principios del siglo XVII, le permiten a la alta burguesía cercar las tierras comunales, y eso a los ricos les viene muy bien, pero la clase media de la que procede el propio Cromwell tiene que luchar por mantenerse a flote, y los pobres empiezan a morirse de hambre. Esera en esta época cuando se oye por primera vez eso de que los ricos se vuelven más ricos y los pobres más pobres, o lo de que a cada día que pasa hay más gente que cae en la mendicidad. Ahora mismo, hacia mediados de este siglo, hay decenas de miles de campesinos sin señor que recorren el país como vagabundos nómadas sin la menor obligación de responder ante nadie, y Cromwell solo es un tipo avispado que descubre cómo sacar provecho de todos estos indigentes enfurecidos.

John señaló las decenas de soldados parlamentaristas que marchaban por Marefair, o que asaban patatas en las

hogueras de los terrenos anexos al enorme castillo.

»Supongo que una de las razones por las que Northampton se alinea con Cromwell esera que la gente pobre de la zona siempre fue la más rebelde de toda Inglaterra. Aquí fue donde se desencadenó la primera protesta contra los cercados de las tierras, todo en un alzamiento liderado por un tal capitán Pouch. Por supuesto, sofocaron la revuelta y Pouch fue debidamente descuartizado, pero no hay lugar en el que el resentimiento que ha llevado a la guerra civil cincuenta años después sea más fuerte que en las Midlands. Me atrevería a decir que una buena parte de los que están aquí le siguen la corriente a Cromwell por el miedo que le tienen, pero apuesto a que son muchos más los que han estado rezando por el advenimiento de alguien como él. En 1643, un fulano de Northamptonshire acuñó una célebre frase: «Este año espero no ver ni a un solo caballero en Inglaterra». Así que ya ves… por estos lares, a Cromwell lo considerábamos, casi literalmente, un enviado de Dios. No me extraña en absoluto que recibiéramos el encargo de pertrechar a su ejército con miles de pares de botas.

Aquí, Michael Warren metió baza solo para demostrar que había estado atendiendo.

—Si teníamos tanto trabajo como zapateros, ¿por qué eséramos tan pobres?

John estaba a punto de responder a aquella pregunta tan sorprendentemente aguda cuando oyó que Phyllis Painter se le adelantaba entre carcajadas.

—¡Ja! ¡Pues porque ese dichoso Cromwell nunca nos pagó las dichosas botas! Tras ayudarle a acceder al poder, el muy miserable nos traicionó, y lo mismo hizo con tos los amigos que estuvieron a su lao en los años más duros. Por cierto, ¿creéis que habrá acabao ya de escribirle a su señora? Aparte de soldaos borrachos y puteros, aquí no hay mucho que ver. Podríamos echarle otro vistazo al viejo Ironsides antes de seguir.

John asintió y examinó Marefair bajo un ocaso creciente en el que aún tintineaban las riendas y las vainas,

con una oscuridad salpicada aquí y allá por el destello grisáceo y desvaído de la cresta de un morrión o el cañón de un mosquete de hierro. En los polvorientos tablones del exterior de la Casa Hazelrigg, Bill había reclutado a Reggie y Marjorie para ayudarle a levantar un tornado aún mayor que el de las intentonas previas. Los tres corrían salvajemente en un anillo sólido de postimágenes alrededor de las rodillas de un asombrado y desafortunado vendedor de opúsculos. Entre gritos de confusión y pavor religioso, el pobre tipo no podía ver a los niños, y solo era consciente de que un viento repentino había surgido de la nada para arrancarle sus octavillas de las manos y arremolinarlas en la oscuridad circundante cual confeti de tamaño desproporcionado. Riéndose a su pesar, John le replicó a Phyllis.

—Me parece bien, sí. De hecho, podríamos dejar aquí con sus travesuras a tu Bill y a los otros, porque diría que se lo están pasando en grande.

Phyll y John cogieron a Michael Warren de la mano y guiaron al expósito de vuelta a la Casa Hazelrigg, todo bajo la convulsa lluvia de folletos del buhonero consternado. Al inspeccionar una de las hojas que yacían en el suelo, John vio que se titulaba *La profecía del rey blanco*, y al parecer predecía la muerte violenta de Carlos I basándose en la astrología y en varias profecías atribuidas a Merlín. Dado que el panfleto tenía fecha del día siguiente y aún lucía fresca la tinta de la imprenta, John se sonrió y aplaudió al editor por su don de la oportunidad, por más que la fuente de sus predicciones fuera un poco endeble. Por costumbre, hizo el amago de apartar el panfleto de una patada, pero se sintió como un bufón cuando su pie lo atravesó sin efecto alguno, y entonces recordó que estaba muerto. Solo esperaba que Phyllis no se hubiera dado cuenta.

Por suerte, la niña se hallaba distraída en ese momento con un apuesto hombre vivo que se disponía a entrar en la Casa Hazelrigg justo antes que ellos. Su cabello largo, femenino a ojos de John, le caía en mechones ondulados alrededor del cuello blanco que vestía sobre su armadura

negra, reforzada en brazos y hombros hasta asemejarse al caparazón de un escarabajo fabuloso. De su cadera izquierda colgaba una espada envainada. Su rostro gallardo, cuya robustez quedaba atenuada por un bigotito y una barba bien acicalada, le sonaba a John de algo, tal vez de haberlo visto en los combates de Naseby, aunque su nombre se resistía a acudirle a la memoria.

Cuando golpeó la pesada puerta de madera, John constató que se le concedía paso de inmediato. Dado que no quería perderse las presentaciones, tiró de Phyll y Michael a través de los gruesos muros de piedra para colarse en la cámara interior, donde detectó que en su ausencia habían encendido las tres velas de sebo de un candelabro de pared. Había algo febril en el ataque de aquellas sombras titilantes contra el yeso blanco de las paredes desnudas, en su forma de embestir las quejosas vigas negras que sostenían el techo. Cromwell, aún sentado a la cabecera de la mesa en la que lo habían dejado, cerró la tapa de su diario y observó, impasible, al joven que acababa de entrar.

Los labios del flamante teniente general parlamentarista se torcieron en un fugaz además de sonrisa que se esfumó al instante, y luego, pese a las expectativas de John, recibió al recién llegado refiriéndose a él por su nombre de pila y sin levantarse.

—Henry, veros colma mi corazón de alegría.

Henry Ireton. Una mera pista le bastó para identificar al tipo del pelo largo, al que en efecto había visto con anterioridad o, más exactamente, a la mañana siguiente, herido y capturado mientras lideraba su regimiento en el flanco izquierdo de la batalla de Naseby. El joven asintió cortésmente en respuesta a Cromwell, que siguió sentado.

—Y el mío se colma al veros a vos, señor Cromwell. Recibid mi enhorabuena por vuestro nombramiento como teniente general de caballería. No hace ni una semana que yo mismo fui ascendido a intendente general. Súbito parece ser el auge o la caída de los hombres en las aguas hirvientes de nuestro presente conflicto.

La voz de Ireton era suave, al menos comparada con la

de su interlocutor de mayor edad, que entrelazó sus manos sobre la mesa y se reclinó un poco para contestar.

—Por la gracia de Dios, hijo. Solo por Su gracia nos alzamos. Y solo por Su gracia caerá mañana nuestro adversario. Alabado sea, Henry. Alabado sea Dios.

Aunque Ireton asintió ante la ardorosa proclama del general sedente, John tuvo la impresión de que se sentía algo incómodo.

—Sí. Sí, por supuesto. Alabado sea Dios. ¿Estáis convencido de nuestra victoria? El príncipe podría verse alentado tras su reciente victoria en Leicester…

Cromwell agitó una mano rolliza con desdén, y entonces volvió a entrelazar sus dedos antes de hacerlos descansar sobre la superficie pulida de la mesa.

—No es que esté convencido de nuestra victoria, es que la percibo directamente en mi corazón. Mi destino es vencer, y el del rey Carlos es fracasar. Estoy tan seguro de ello como lo estoy de que Cristo prometió nuestra salvación y la de todos Sus elegidos. Así que lo que debo hacer es preguntaros si acaso dudáis de la divina providencia, que diezmó las ciudades de la vega y desató la plaga contra la casa del faraón.

Con aspecto de estar sufriendo un excesivo acaloramiento dentro de su armadura en plena noche estival, Ireton estiró su cuello almidonado en un vano intento de aflojarlo. Aunque el joven ocupaba un puesto muy cercano al de Cromwell en la cadena de mando, John pudo sentir la deferencia y el nerviosismo de sus modales mientras procuraba buscar una réplica aceptable. Phyllis, John y Michael se sentaron en los primeros escalones de la contorsionada escalera de caracol que había en uno de los rincones de la sala, sin duda el mejor lugar para asistir a esta amenazadora, aunque apasionante, entrevista. Finalmente, el hombre barbudo aventuró una respuesta.

—No creáis que dudo del Señor, mas mi confianza en tales predestinaciones es menos férrea que la vuestra. ¿Acaso no existe el riesgo de que la excesiva complacencia en la convicción de nuestra salvación nos lleve a ser

negligentes en la búsqueda de la fe?

Por primera vez, Cromwell frunció sus labios carnosos en una sonrisa que insinuó su dentadura grisácea, y la visión resultante fue genuinamente terrorífica. Las canicas nocturnas de sus ojos brillaron bajo unos párpados medio entornados.

—¿Me tomáis por un hereje antinomista que peca y holgazanea a la luz del sol, seguro en su creencia de que hallará la salvación con independencia de sus infamias? Aunque estoy convencido de que los tiempos venideros han de estar ya escritos, no eludo mis responsabilidades a la hora de hacerlos llegar. Oh, Henry… confiad siempre en Dios. Confiad siempre en Dios, pero jamás os olvidéis de mantener vuestra pólvora seca.

El inesperado ladrido de la risa de Cromwell retumbó como un trueno hasta disiparse en la nada. Visiblemente sorprendido por la súbita carcajada, Ireton pareció aliviado por el buen humor de su superior. Así pues, le dedicó una sonrisa forzada al trillado chiste de su líder y estimó oportuno agregar una discreta pulla de su propio cuño.

—Bueno, señor Cromwell, bien sé que no sois ni antinomista ni hereje de ningún tipo. Mas son los *ranters*, que bien que os proclaman sus alabanzas en el mercado, quienes hacen de su predestinada salvación una licencia para el libertinaje.

Tan rápido como se habían esfumado, los nubarrones volvieron a surcar las amplias facciones de Cromwell. Invisibles y atentos a la reunión en su peldaño de la escalera de caracol, Michael Warren y Phyll Painter temblaron al unísono espontáneamente.

—No os preocupéis por los *ranters*, Henry. Cuando la guerra esté ganada, ¿qué necesidad habrá de ellos y de sus fogosos opúsculos?

Ireton no parecía muy seguro.

—¿Tan convencido estáis de la victoria de mañana?

La cara de su interlocutor seguía siendo la de una esfinge cincelada.

—Oh, sí. Llevamos semanas sin pagar a los hombres.

Sus estómagos rugen, pero les he asegurado que una victoria mañana nos granjeará un cuantioso botín con el que remunerarlos con prontitud. He hecho de mí una espada blandida por Dios. Y Él es irrefutable. Ganaremos en Naseby, tenedlo por seguro, y luego decidiré… mejor dicho, «decidiremos» qué hacer con los *ranters*, los niveladores, los cavadores y demás ralea.

Desconcertado y ligeramente alarmado, Ireton frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—A buen seguro, no haréis que repriman a quienes tan valientemente han luchado por nuestra causa. ¿Acaso no sería un oprobio que privásemos de sus derechos a aquellos que solo promueven el respeto y la defensa de lo otorgado en la Carta Magna?

Aquí, Cromwell volvió a reír, pero con una carcajada gutural que sonó menos alta y desconcertante que su anterior arrebato.

—Chanza Magna debería llamarse en puridad. El viejo rey Juan soportó unas seis semanas de asedio en el castillo de más abajo antes de verse forzado a firmarla. Tales convenciones solo nacen por la fuerza de las armas. Por la fuerza de las armas, pueden ser revocadas. Y nosotros haremos que hagan lo que tengamos que hacer que hagan.

La cabeza del veterano general giró lentamente en su cuello como una bala de cañón hasta que sus ojos plomizos cayeron sobre John. Convencido por un segundo de que Cromwell lo estaba mirando directamente, el joven y desgarbado fantasma retrocedió contra la pared curva de la escalera antes de darse cuenta de que el hombre sentado solo estaba escudriñando el vacío mientras reflexionaba.

—Nos hallamos en un lugar fatídico que a menudo ha servido de eje a los vaivenes de la historia. La fortaleza que se alza al pie de esta colina es la misma a la que atrajeron traicioneramente a santo Tomás Becket para que se le juzgara por cumplir la voluntad de Dios en lugar de la de un rey. Las santas cruzadas se convocaron en este entorno, así como nuestros primeros Parlamentos. A menos de un kilómetro al sur se halla el prado en el que Enrique VI fue

derrotado por el conde de March en la refriega que acabó con la guerra de las Dos Rosas. Estad seguro de que esta ciudad, este suelo, alberga ciertas sensibilidades en su corazón, y ni reyes ni tiranos suelen despertar sus simpatías. Si me detengo a escuchar en sus chimeneas el silbido ahogado del viento, Ireton, me imagino oyendo la acción chirriante y aniquiladora de los molinos de Dios.

Desde su posición a media altura en la escalera de caracol, John también creyó ser capaz de oírla, pero decidió que el sonido sería probablemente el de un gran cañón que estuvieran transportando en plena oscuridad a través del cenagal de Marefair. Al considerar lo que Cromwell acababa de decir, se acordó de la única frase de *La guerra santa* de John Bunyan que aún tenía alojada en su memoria: «Humánima era la sede misma de la guerra». Con independencia del sentido que se le diera, sonaba cierta. Northampton, pese a lo recóndito, era la fuente de una inexplicable cantidad de conflictos, y también el punto culminante de otros tantos. Las cruzadas, la revuelta de los campesinos, la guerra de las Dos Rosas y la guerra civil empezaron o terminaron allí. Por otro lado, si se interpretaba literalmente la palabra «Humánima» como «el alma del hombre», entonces también resultaba ser fuente de guerras, ya fuera la del feroz fervor protestante de Cromwell o la de la religión a la que perteneciera el mártir inmolado de los elevados balcones del Mayorhold. Humánima era la sede misma de la guerra, sí, no había duda. Ese era el mensaje que encerraba cada desfile y maniobra en la gélida sala superior de College Street cuando él formaba parte de la Boy's Brigade.

La cita célebre lo indujo a dedicarle un pensamiento a su tocayo, John Bunyan, y a preguntarse ociosamente qué estaría haciendo a sus diecisiete años ese autor en ciernes en aquella noche trascendental. Como joven soldado parlamentarista, bien podía estar empezando la primera guardia en la guarnición de Newport Pagnell, donde estuvo destinado durante 1645. Quizás estuviera fumándose una pipa allá en su garita, admirando la abundancia de astros y

tratando de leer en ellos la señal de que Cristo se disponía a regresar prontamente para derrocar al rey Carlos, y a toda su estirpe, antes de anunciar la fundación de la nueva Jerusalén allí mismo, en el corazón de Inglaterra. Para proclamar una nación de santos elegidos entre los cuales tanto John Bunyan como la figura sentada a la luz de las velas al otro lado de la sala se creían incluidos.

Cromwell abandonó su siniestro ensueño y miró a Ireton.

—Decidme, Henry, ¿pernoctáis con vuestros hombres por estos lares? Al rayar el día deberé inspeccionar al galope los campos de Naseby, y pronto me iré al lecho.

Al advertir que le habían dado permiso para retirarse, Ireton pareció casi aliviado.

—Mi regimiento y yo no acampamos lejos, y por ende estaré listo al amanecer. No deseo impedir por más tiempo vuestro descanso, señor, aunque os ruego antes de despedirme que le transmitáis a vuestra hija mis más sinceros afectos.

John había olvidado que Ireton terminó convirtiéndose en el yerno de su interlocutor tras casarse con su hija mayor, Bridget. Cromwell sonrió con cierta calidez y arrastró la silla por el suelo para separarla e incorporarse.

—Por favor, Henry, no me llaméis señor. Pronto, cuando llegue el momento, deberéis llamarme padre. Justamente acabo de escribir una carta a mi hogar, y cuando la pase a limpio estaré encantado de transmitirle a Bridget vuestros afectos. Pero basta de tales asuntos. Id a vuestro regimiento y a vuestro lecho, y que Dios esté con vos al alba.

Cromwell se apartó de la mesa, se acercó a Ireton y le estrechó la mano con rigidez. El joven parpadeó rápidamente y respondió tragando saliva.

—Y con vos, mi buen señor Cromwell. Os deseo una buena noche.

Con aquello, el intercambio pareció concluir. Cromwell le abrió la puerta a Ireton, que desapareció en cuanto salió a la oscuridad de Marefair. Tras despedir a su invitado, el

teniente general suspiró, se dirigió a la escalera de caracol del rincón y recogió el vacilante candelabro por el camino. Pisó sin saberlo a los tres niños fantasmales que había allí sentados y remontó los peldaños con cansancio, previsiblemente hacia su dormitorio en la planta superior del edificio. Phyll y John intercambiaron miradas y lo persiguieron por la escalera como dos nubes de vapor que llevaran la diminuta silueta de Michael Warren en medio. Estaba claro que ambos ansiaban saber cómo durmió el Lord Protector —y futuro regicida— en la víspera de su batalla más famosa.

John, no obstante, seguía pensando en Henry Ireton. Aunque estaba destinado a ser herido con una pica y capturado por los realistas a la mañana siguiente, sus carceleros lo liberarían en las etapas finales de la batalla, pues temerían por sus vidas ante el asalto final de las cruentas fuerzas parlamentaristas. Después se casaría con Bridget Williams, alias Cromwell, para ligarse inseparablemente a la fortuna de la familia Cromwell durante el resto de su corta vida. Hacia 1651, lo destinarían a Irlanda e intentaría sofocar la rebelión católica sitiando la fortaleza rebelde de Limerick, donde sucumbiría a la peste. Pero su muerte no le libraría del regio castigo cuando el rey Carlos II restaurara la monarquía nueve años después. Poco antes de tirar el castillo de Northampton, el nuevo soberano ordenaría exhumar los cadáveres de Ireton y su suegro de sus tumbas en la abadía de Westminster, arrastrarlos por las calles de Londres hasta Tyburn, ahorcarlos innecesariamente, apalearlos y descuartizarlos. Como en tantas y tantas guerras, santas o de otro tipo, John opinaba que ninguno de los bandos tenía mucho de lo que jactarse en cuanto a modales.

Phyllis, John y Michael llegaron al rellano superior de la Casa Hazelrigg pisándole los talones a Cromwell, que avanzaba encorvado hacia el dormitorio con el candelabro en la mano. La imponente sombra jorobada que reptaba tras él le recordó a John al frontispicio ilustrado de su copia infantil de *El progreso del peregrino*. Consistía en una imagen

de lo más curiosa aunque no tan realista como a él le hubiera gustado, pues de hecho, si la memoria no le fallaba, se trataba de una obra de William Blake, quien a sus ojos dibujaba como un crío pese a la fama y el respeto que despertaba. La reproducción en aguada mostraba al cristiano de Bunyan con su pesada carga moral atada a la espalda, doblado sobre el amado libro que iba leyendo en su esforzado avance. Era una figura idéntica a la que se escurría tras Cromwell por el rellano: un gigante devoto que seguía la estela del futuro Lord Protector a imitación de las pobres y piadosas hordas de las gentes de Inglaterra. Pero entonces se le ocurrió que, al fin y al cabo, quizá fuera esa sombra pía, desastrada y colosal la que empujaba a Cromwell, y no al revés. ¿De quién era la voluntad que se estaba ejecutando en Inglaterra durante aquella década sangrienta y tumultuosa? ¿Quién estaba utilizando a quién?

Cromwell dejó el pasillo torciendo a la derecha hacia la puerta abierta de una estancia que cerró al pasar. Con un coro gris de postimágenes centelleando a su paso, John y Phyllis lo siguieron a través de la madera arrastrando a Michael Warren entre ellos.

Los ventanales con rejilla diamantina del fondo del dormitorio daban a Marefair. Por entre el patrón de los paneles, John atisbó unas formas pálidas que revoloteaban en la noche, extraños ruiseñores acompañados de unas corrientes fotográficas secuenciales y de estallidos de risas alegres. Solo cuando observó que una de las inusuales criaturas acrobáticas portaba unas gafas de la sanidad pública se dio cuenta de que, hartos de crear tormentas de polvo, Reggie, Bill y Marjorie se habían puesto a volar, a planear sobre la calle entre gritos para jugar a ser la clase de espectros que uno hallaría en las historias de terror. En su opinión, exhibían una preocupante falta de disciplina, pero, como no iban a hacerle daño a nadie, volvió a centrarse en la robusta cama de madera, propia de un cuento de Hans Christian Andersen, que ocupaba el centro de la cámara.

Cromwell se sentó en el borde y se quitó las botas

trabajosamente. Junto a la puerta cerrada, dispuesta cerca de un arcón de madera, John advirtió la armadura negra que el teniente general vestiría a la mañana siguiente, casi idéntica a la de Ireton. A él, eso sí, lo protegería mucho mejor, caviló. A diferencia de Ireton, que recibiría una fea herida de pica en el hombro, su futuro suegro saldría indemne de Naseby, salvo por cierta falta de aliento mientras sus hombres rodeaban y derrotaban a los enemigos, y mientras los de Fairfax violaban y desfiguraban a las mujeres de los carros realistas capturados. John había visto por sí mismo algunas de esas escenas —o mejor dicho, las vería— tras la batalla de mañana. De su primera visita, acaecida poco antes de conocer a la Banda de los Muertos Muertos, recordaba un clímax de crueldad, orejas rebanadas y narices cortadas que lo obligó a cavar atrás hacia su propia época. Entre los horrores que había presenciado tanto en Naseby en la década de 1640 como en Francia en la de 1940, las mutilaciones de las mujeres, esposas y doncellas realistas, vilipendiadas como la «furcias y las putas de campamento» de su «infame ejército», resultaban muy probablemente las más insoportables. Eran mujeres, por el amor de Dios.

Despojado ya de todas sus ropas, y antes de ponerse el largo camisón que le habían dejado doblado sobre la colcha, Cromwell mostró momentáneamente las rozaduras que el sedentarismo le había infligido en las nalgas. El teniente general de caballería se arrodilló y sacó de debajo de la cama un orinal de piedra para mear en él, y en el ínterin dejó escapar la prolongada nota de trombón de un pedo que consiguió que Michael, Phyllis e incluso al rato el propio John se echaran a reír sin poder evitarlo. Cuando terminó de orinar, devolvió la bacinilla a las ocultas sombras que había bajo el lecho y siguió de rodillas, con las manos apretadas y los ojos cerrados, para rezar el padrenuestro. Se incorporó a continuación, y pellizcó las tres vacilantes llamas del candelabro, ahora situado en una cómoda junto a la ventana. En la oscuridad exterior, sus tres chispas se inflamaron una a una antes de extinguirse, y

así la noche quedó a merced de Reggie, Bill y Marjorie, a quienes John seguía oyendo reír mientras navegaban los negros cielos de Marefair. Gimiendo por el dolor de sus agarrotadas articulaciones, Cromwell volvió sobre sus pasos y se metió en la cama. Se giró y gruñó durante unos segundos, y no tardó en quedarse sorprendentemente dormido, sin tribulación alguna por las matanzas que le aguardaban al amanecer.

—Bueno, pos diría que ya está.

La voz de Phyllis sonó decepcionada, y John se vio obligado a admitir que se sentía igual. Se sentía desencantado, aunque tampoco sabía qué otra cosa esperaba. Dudas y lágrimas, tal vez. O la maldad gozosa de un villano salido de las matinales sabatinas del Gaumont; una risa maníaca que hiciera cagarse a los niños en la sesión rebajada.

Mientras Cromwell roncaba con satisfacción, John deambuló hacia la ventana para averiguar qué clase de bromas se traían entre manos sus tres camaradas. Aguzó la vista a través del cristal emplomado y los captó yendo y viniendo sobre la calle con la brisa nocturna. Tras haber asustado a las palomas que anidaban en las cornisas de Marefair, ahora perseguían a las desconcertadas bandadas contra una luna creciente de color crema cuya corona se proyectaba sobre la calima estival. John llamó a Phyllis y Michael, que para entretenerse se habían puesto junto a la cama a intentar colar sus dedos fantasmales en los orificios entreabiertos de la nariz de su dormido ocupante.

—Eh, dejad en paz esa nariz y venid a ver lo que tu chico y los otros dos pillastres han estado haciendo mientras nosotros pululábamos por aquí.

La líder de la banda y su pequeño protegido siguieron la sugerencia de John. Se unieron a él, miraron hacia arriba a través del mosaico de paneles y no tardaron en empezar a comentar con una mezcla de alegría y desaprobación la actividad de sus díscolos colegas, que seguían espantando bandadas de pájaros despistados a la luz de la luna de Northampton. Distraídos con la función, los tres críos se

quedaron tan absortos que por un momento se olvidaron por completo de dónde estaban. Así pues, la voz profunda que sonó tras ellos en la oscuridad supuso toda una conmoción.

—¿Quiénes sois y qué pretendéis?

Michael gritó y agarró la mano de John. Al girarse, los asombrados niños fantasmales se toparon en plana oscuridad con la cara gris y el ceño fruncido de un chico de unos once años que estaba desnudo junto a la cama, donde Cromwell seguía roncando. El crío lucía el corte de pelo más horroroso que John hubiera visto jamás: un rastrojo gris afeitado en la nuca hasta casi la coronilla bajo unos mechones trasquilados al tazón. Su cabello moreno lo hacía parecer una seta venenosa en la que la cara tiznada, pálida y luminosa hiciera las veces de sombrero, y en la que el cuello húmedo y translúcido sirviera de pedúnculo. La mente de John trató de calcular a toda velocidad la identidad del zagal, y una mirada de soslayo a Phyll le indicó que ella se hallaba en las mismas. Michael, en cambio, permaneció quieto, con unos ojos tan desorbitados que más pareciera querer sacarlos de sus cuencas a base de pura fuerza de voluntad.

—Vuelvo a preguntar… ¿qué pretensiones os han traído hasta mi pagranja? Procurad sed rápidos al contestarme y no se os ocurra hacer nada brusco.

John se dio cuenta de que aquella era la voz de un hombre salida del cuerpo de un niño prepuberal, al menos a juzgar por los pocos pelos aislados de un pubis bastante lampiño. Además, había algo en su manera de articular las frases, en su forma de decir «pagranja», como si se estuviera refiriendo a la «granja de su padre», que indicaba que se trataba de un muerto reciente que aún no había hallado sus Lucy-labios. Por otra parte, los movimientos nerviosos del chico no iban acompañados de los ecos visuales habituales, lo cual sugería que estaba vivo. Y, ya por último, podía verlos, cuando en circunstancias normales no habría sido capaz a menos que estuviera muerto.

O soñando.

Las piezas encajaron en su lugar. John reconoció el tono adulto al tiempo que percibió la incipiente verruga que asomaba entre la barbilla y el labio inferior del infante. Entonces, se giró hacia Phyllis, aún desconcertada, y se permitió una risita petulante.

—No pasa nada. Ya sé quién esera.

Volvió a observar al mocoso desnudo que había junto a la cama.

—No pasa nada, Oliver. Somos nosotros. Nos reconoces, ¿verdad?

El chico se quedó perplejo. Parpadeó rápidamente mirando a John, a Michael y luego a Phyllis en un esfuerzo por recordar de qué los conocía, si es que los conocía de algo.

Cromwell estaba soñando. Se soñaba a sí mismo con el aspecto que exhibía cuando era pequeño y vulnerable, pero mantenía su profunda voz adulta y sus maneras porque tal vez se habían convertido en una segunda naturaleza de la que no podía prescindir tan fácilmente. John no tenía ni idea de dónde se creía el teniente general que estaba, ni de qué estaría viendo su mente onírica. Solo sabía que los soñadores eran sugestionables, y que si les decías algo lo aceptaban e integraban en el tejido de su sueño del mejor modo posible. El joven Cromwell guiñó los ojos como si al fin los hubiera reconocido.

—Sí, ahora os veo. Sois mis pequeños… Richard, Henry y mi querida y preciosa Frances. Hoy no debéis incordiar a vuestro padre, pues mañana tiene mucho de lo que ocuparse. ¡Concentraos en vuestros cates y cismas!

John concluyó que con esa expresión se había referido, muy probablemente, a sus «catecismos». Era evidente que Cromwell creía ahora que eran sus hijos, aunque seguía soñándose muy joven como para haberlos engendrado. Tal era la parca lógica que regía en sueños. Sin embargo, el comentario del zagal desnudo acerca de tener que hacer muchas cosas mañana lo había intrigado. ¿Persistiría en la mente durmiente del general la aciaga conciencia de la batalla venidera? Decidió indagar un poco más.

—Padre, ya hemos recitado nuestras oraciones, ¿recordáis? Contadnos esas cosas de las que tenéis que ocuparos mañana.

El chico asintió gravemente, agitando el hongo negro de su atroz peinado.

—Voy a combatir al papa Carlos I, y si venzo le obligaré a quitarse el solideo. Con sangre en sus plumas, se lo daré a vuestra madre para que lo exponga en la chimenea.

Phyllis soltó una risilla. Preguntándose el motivo, John bajó la mirada hacia la ingle del bisoño Cromwell y se dio cuenta de que el chaval tenía una erección inconsciente que apuntaba a las vigas del techo del dormitorio. Se sintió incómodo, sobre todo por la presencia de Phyllis. El enamoramiento primerizo y contenido que existía entre la niña y él era aún más difícil de creer con un falo del tamaño de una tiza dominando la estancia. Hizo un esfuerzo por reorientar la mente onírica del joven Cromwell hacia territorios que esperaba que le resultaran menos excitantes.

—Padre, ¿y qué haréis cuando hayáis vencido?

En principio, la nueva línea de su interrogatorio no pareció desinflar el descarriado miembro del joven, sino que de hecho empeoró la situación. Con unos ojos grises que ardían ante la visión de su futura gloria, Cromwell se entusiasmó mucho más. Fijada en un inescrutable horizonte, su mirada centelleó como una tea, y entonces el joven sonrió y respondió con una voz suave, sobrecogida por su propia majestuosidad.

—Entonces seré yo quien me convierta en papa.

El gesto de asombro y complacencia del mozalbete apenas perduró antes de verse encapotado por la gélida sombra de una nube de dudas. El joven Lord Protector se asustó de repente, y John respiró aliviado al notar el decaimiento de su tumescencia. Cuando el chiquillo desnudo volvió a hablar, la voz adulta había desaparecido, y solo quedaba el gorjeo trémulo y aflautado de un amedrentado mocoso de once años.

—Pero si me convierto en papa, ¿no me odiará Dios? Y la pobrigente, la gente pobre que me ha seguido también me odiará si visto de púrpura. Me buscarán y me odiarán. Me quitarán el solideo de la cabeza. ¡Tenéis que ayudarme! Decidles que vuestro padre era un niño, un niño como vosotros, y que no sabía lo que hacía. Tenéis que…

El chico dejó la frase en el aire y una parte de su férrea identidad adulta se asomó de nuevo a sus ojos grises. La voz volvió a adoptar el rugido áspero de alguien mayor.

—Vosotros no sois mis hijos.

Con su cara granosa contorsionada en una máscara de rencor, el cuerpo desvestido empezó a parpadear como un televisor al que le fallara la señal. La imagen y el sonido iban al unísono, de modo que las palabras del muchacho sufrían las mismas lagunas en su transmisión. Mientras tanto, el cuerpo tendido en la cama, una masa oscura solo perceptible con la relumbrosa visión nocturna de los tres niños, comenzó a musitar un espeluznante añadido al centelleante y entrecortado discurso del Cromwell onírico.

—… pillos bastardos sin padre de baja ralea… ¡la mitad de las prostitutas de Newport Pagnell afirman que fue el Espíritu Santo quien las preñó! Os atraparé… o me veré prendido a la historia y la posteridad como una polilla negruzca… ¿Padre? ¡Déjame en paz! No tengo… hadas. Son diablos, fantasmas o hadas y están mirándome el…

Phyllis le dio un codazo a John y se inclinó sobre Michael, que estaba entre ellos.

—Diría que se está despertando. Amos, salgamos de aquí y echemos un vistazo a esos tres pícaros antes de que Bill acabe haciendo algo que no deba.

Sin dejar de escoltar al pequeño, John y Phyll le dieron la espalda al espectro intermitente del joven onírico y saltaron por la fachada de la Casa Hazelrigg a través de una mampostería que, en 1645, apenas llevaba una década en el lugar. Diluviaron sobre la calle embarrada en una cascada de postimágenes grisáceas, se sacudieron el polvo y otearon la oscuridad en busca de algún indicio de los otros miembros de la banda.

John los vio primero, y aún estaban asustando palomas en los confines superiores de un cielo nocturno semejante a un licor de grosellas; denso, lóbrego y asentado al fondo, pero diluido a la luz de la luna más arriba. Observó estelas de postimágenes que surcaban el lechoso firmamento como bufandas futboleras de lana mugrienta, y dedujo la angustia de las palomas por la inesperada lluvia de cagarrutas que azotaba el fango de Marefair desde las alturas. En su opinión, que un pájaro se le cagara a uno en la cabeza era peor para los fantasmas que para los vivos. Cierto, te ahorrabas el follón de limpiarte esa plasta repulsiva del pelo y la ropa, pero, a cambio, las cagadas caían a través de ti, y en cierto modo las sentías, las notabas pasar por la cabeza y el cuello, estrellarse a la salida contra las suelas de los zapatos como un pegote radiante en blanco y negro. Entonces se le ocurrió que el aspecto de los excrementos de paloma resultaba tan asqueroso en la escala de grises de la juntura fantasma como en el tecnicolor del mundo mortal. Era una de esas cosas, junto con el remordimiento y la insatisfacción, que incluso después de muerto seguía poniéndole de los nervios a uno.

Phyllis, que sufría el bombardeo aéreo igual que él, perdió la paciencia y anunció que iba a «tirar parriba a cantarles las cuarenta». Tras un saltito para impulsarse, comenzó a flotar en el aire y a avanzar laboriosamente por la espesa juntura con una variación del nado a braza. Al cabo de medio minuto, cuando alcanzó los tres metros, John se dio cuenta de que tanto Michael como él le estaban espiando las bragas, así que pensó en entablar conversación para que ambos se distrajeran con algo más apropiado.

—¿Qué te parece la Banda de los Muertos Muertos ahora que has tenido la ocasión de conocernos mejor, zagal? Te diré un secreto: es mucho más divertida que el ejército.

A su alrededor, Marefair capitulaba ante la tiniebla. Unas cuantas parejas vagaban de acá para allá entre los callejones de Pike o Chalk Lane y las puertas aún iluminadas del Black Lion, soldados trastabillantes

abrazados a mujeres risueñas y murmurantes, tan apretados que parecían participantes de una carrera ebria y licenciosa a tres patas. Esparcidas colina abajo en un flanco del castillo, las fogatas se habían reducido a un fulgor apagado, y el único sonido audible, aparte del de los susurros lujuriosos de los rezagados, era el de los murciélagos, con sus voces agudísimas concentradas en torno a la aguja de la iglesia de San Pedro. Aún a su lado, Michael miró a John, y el gesto hizo que sus rizos rubios se multiplicaran hasta el punto de asemejarlo a una versión más mona de Pedro Melenas, o a una descolorida muñeca de trapo.

—Es estupenda. Me encanta trepar por días distintos, y sois muy majos, sobre todo Phyllis. Pero echo mucho de menos a mamá, a papá, a la abuela y a mi hermana, y me gustaría volver pronto con ellos.

John asintió.

—Bueno, es comprensible. Apuesto a que tu familia es buena gente, o al menos tu padre lo era. Lo que debes recordar, eso sí, esera que todas las aventuras que estás viviendo aquí suceden más allá del tiempo. Si lo que dice todo el mundo es cierto, en el mundo de los vivos solo habrás estado muerto unos minutos. Así que míralo de este modo: antes de que te des cuenta, estarás de vuelta con tus padres y habrás olvidado todo esto como si nunca hubiera pasado. Yo intentaría disfrutarlo mientras pudiera. Por otro lado, le tengo mucho cariño a tu familia, y le he cogido gusto a tenerte cerca.

Michael se quedó pensativo y miró al chico mayor con los ojos entrecerrados.

—¿Lo dices porque conocías a mi padre y solías jugar con él?

John se rio y alzó cuatro o cinco brazos izquierdos para revolver el pelo de Michael.

—Sí, algo así, supongo. Cuando estareba vivo, llegué a conocer a toda la rama paterna de tu familia. ¿Qué edad tiene ya la madre de tu padre? ¿Aún aterroriza a todos la buena de May? ¿Y qué tal le va a tu tía Lou?

Seguía sin estar muy seguro de por qué le ocultaba a

Michael aquella historia, cuando además no estaba en su naturaleza ser tan hermético. Al oír por primera vez el apellido de Michael, se preguntó si podía tratarse de la misma familia Warren a la que él había conocido, pero entonces prefirió no mencionarlo por si estaba equivocado. Luego, cuando al fin lo confirmó, le agradó la idea de guardarse un pequeño secreto, algo que ni siquiera Phyllis supiera. Aunque, siendo franco, esa no era toda la verdad. Lo que no quería era cargar a Michael con el peso de su identidad y su relación. No quería que el niño ni nadie de su familia oyera de primera mano las vicisitudes de su muerte en Francia, de lo asustado que estuvo, de cómo acababa de reunir el coraje necesario para desertar cuando abrieron fuego contra ellos en aquella carretera. Esa fue la auténtica razón de que pasara todos aquellos años rondando la torre abandonada tras fallecer, en lugar de subir directamente a Humánima. Tenía una conciencia tan culpable como la de Mick Malone, Mary Jane y todos los demás errantes de la zona, porque solo Dios y él sabían que en el fondo era un cobarde. Lo mejor, sin duda, era dejarlo correr. Mantener la mentira piadosa; dejar que el crío que ahora cavilaba a su vera siguiera conservando su dichosa ignorancia acerca de cómo podía ser el mundo a veces, de cómo podía llegar a tratar a los hijos de una honrada familia trabajadora. Michael continuó ponderando las preguntas de John antes de aventurar las respuestas.

—Bueno, a mí mi abuela me cae bien, pero a veces me asusta un poco, y luego tengo pesadillas en las que me persigue. La tía Lou es como una lechuza adorable, y cuando viene a buscarme me abraza y se ríe, y yo siento las carcajadas en su interior. Pero la abuela también es maja. Cuando vamos a su casa, siempre nos da a Alma y a mí una manzana y un caramelo del tarro que tiene sobre el aparador.

A la luz de la luna, en los dominios superiores que los sobrevolaban, John distinguió un cometa gris con una cola de instantáneas evanescentes que identificó como Phyllis, y la joven iba arreando a un triunvirato de desvergonzados

fantasmas, igualmente estelados, de vuelta a la Tierra. Era como si los niños espectrales estuvieran jugando a unir los puntos con las estrellas. Se volvió hacia Michael con una sonrisa.

—No, May no es mala persona. Sé que a veces es capaz de meterte muchísimo miedo en el cuerpo, pero es así por todas las penurias que ha vivido desde que llegara a este mundo junto a los desagües de Lambeth Walk. No la juzgues tan severamente.

Los otros cuatro miembros de la Banda de los Muertos Muertos estaban ya lo bastante cerca como para saludar. En su descenso, John pudo oír a Phyllis regañándole a Bill.

—¡…Y como persigas palomas, el Tercer Borough se va a enterar! ¡Tendrás suerte si no te convierte en paloma para hacer contigo un buen pastel!

Sin echarle cuenta, Bill imitó el ostentoso aleteo de una mariposa para impulsarse por el aire, y las postimágenes de sus brazos simularon dos ruedas de carruaje que llevara pegadas a los hombros. Un amago de sonrisa amenazó con arruinar la habitual expresión contrita del pícaro pelirrojo. Más pronto que tarde, Phyllis guio a tierra a los tres truhanes, y cuando al fin pudo posarse parecía la corola cenicienta de un diente de león —o un «hombre de la luna», que era como siempre los llamaba él— que hubiera ido vertiendo un reguero de fotografías con forma de sombrilla en el cielo nocturno.

Después de que Phyllis sometiera a un breve juicio simulado al trío de bellacos y de que les espetara las recriminaciones que consideró necesarias, la banda eligió la ruta que debían seguir para volver al siglo XX. El voto a mano alzada —unas cincuenta si se contaban las postimágenes— fue unánime a favor de tomar un desvío por el Black Lyon Inne, situado un poco más abajo. La única abstención fue la de Michael Warren, aunque como mascota del regimiento tampoco tenía voz. John simpatizaba con su sencillo deseo de volver a casa, pero también era cierto lo que le acababa de decir acerca de la naturaleza atemporal de aquellas expediciones respecto al mundo mortal al que

pronto regresaría. Además, había sido sincero al confesarle el cariño que le estaba cogiendo, y no quería que resucitara y se olvidara de todo tan pronto.

La pandilla bajó por Marefair hacia el castillo, cuyas laderas lucían, ya extinguidas, las hogueras de los soldados. A su izquierda pasaron por ese santuario de murciélagos que era la iglesia de San Pedro, donde los chillidos, propios de un silbato para perros, rasgaban incluso la insonoridad de la juntura fantasma. En las sombras de la entrada, John distinguió la silueta curva de la mendiga espectral coja que había visto en su primera visita póstuma a la iglesia, pero no se lo dijo a los demás. Inerte y callada, la mujer los observó cruzar con unos ojos indiferentes que centellearon en la oscuridad.

Cuando llegaron a su destino, el Black Lion parecía seguir en la brecha pese a que la puerta principal estuviera cerrada. Después de atravesarla, John se encontró con un pub cuyo trazado básico le resultaba inquietantemente familiar, aunque la gente y los pasatiempos no podían ser más distintos. Unos parlamentaristas adormilados estaban sentados bebiendo cerveza espesa e intentando olvidar que aquella bien podía ser su última noche en la Tierra, mientras que otros tenían en el regazo a mujeres a las que hurgaban con sus dedos sajados bajo los volantes y capas de su ropa interior. Como en la época de John, el local presentaba dos alturas conectadas por una escalera de tres peldaños, y estaba hecho casi por completo de madera. Sin contar los cascos y espadas presentes en aquel momento, el único metal visible parecía ser el de los quinqués bruñidos y el de las pesadas jarras, y tampoco había nada de cristal si uno exceptuaba las ventanas. Las cuatro botellas solitarias supuestamente espirituosas que había tras la barra —en un estante por lo demás desierto— eran todas de piedra. John se sorprendió de lo mucho que alteraba el ambiente del pub la ausencia de destellos lustrosos en una bola colgante, pero también había otras diferencias inesperadas.

Habían dedicado una de las mesas a colocar viandas: una vasija con fruta pasada, lascas de queso, una hogaza

medio mordida, cebollas, mostaza y un jamón apurado hasta el hueso, cubierto por una tropa de moscas carnívoras de vientre perlado. Dos o tres perros husmeaban las patas de las sillas, y el jaleo de la taberna sonaba demasiado amortiguado incluso para la juntura fantasma. La cháchara del lugar, incluida la de los soldados y sus novias, resultaba acallada y reverencial para el oído moderno. Salvo por el trote ocasional de unas botas cuando alguien pisaba los tablones para acudir al retrete exterior del pub, o el leve relincho de los caballos del establo, no había ruido alguno, pues faltaba el habitual choque de las copas de cristal. El silencio ni siquiera era contemporáneo, pues no había reloj que lo subrayara con su sordo tictac.

Bill y Reggie parecían interesados en los manoseos concupiscentes de los rincones más sombríos de la taberna, pero a John no le gustaban, y le agradó ver que a Phyllis tampoco. Con un brío marcial que enmascaró su mutuo bochorno, reunieron a la banda y formaron otra torre humana, esta vez con Reggie abajo y Bill sobre sus hombros para escarbar con ambas manos el tiempo acumulado en el techo del pub. Estaba claro que excavar trescientos años hacia arriba les llevaría un buen rato, así que John, Michael y las dos niñas no tuvieron otra opción que permanecer en mitad de aquel incómodo y casi mudo libertinaje intentando mirar algo que no fuera sexual.

Cuando sus ojos turbados recorrieron la sala mal iluminada, John notó con sorpresa que sus cinco camaradas y él no eran los únicos fantasmas presentes en el Black Lyon Inne aquella noche. En una suerte de largo banco de madera situado contra una pared, había un soldado parlamentarista joven, pecoso, sin apenas barbilla y de unos diecinueve años, con una mujer adusta de unos treinta años sentada a horcajadas sobre su regazo, dándole la espalda y jadeando levemente. Ella se había recolocado la falda en un desganado intento por ocultar la obviedad de que tenía dentro el miembro del chico, y se movía subrepticiamente arriba y abajo simulando un espasmo rítmico.

Sentados a cada lado de los no tan furtivos amantes

había un par de hombres de mediana edad vestidos con largas túnicas, uno gordito y el otro flaco, a quienes John tomó inicialmente por amigos de la pareja. Sí, pensó que vaya amistad más estrecha e inusual debía ser esa que permitía a los conocidos ejercer de espectadores en tales ocasiones íntimas, pero ¿qué sabía él del ambiente moral de un siglo XVII en el que practicar sexo en un bar público parecía aceptable? Solo cuando uno de los tipos dejó un rastro de brazos al rascarse una ceja se dio cuenta de que eran fantasmas, espíritus mirones de cuya presencia no eran conscientes ni la puta ni el soldado. Al observarlos más de cerca, John advirtió que los dos voyeristas eran monjes de algún tipo, tal vez cluniacenses del monasterio que solía haber al norte de allí hacía tres o cuatro siglos. Ambos tenían las manos piadosamente entrelazadas en el regazo, y no se molestaban en ocultar las erecciones que les habían suscitado bajo los hábitos el soldado sofocado y su meretriz, a quienes espiaban con cara de inocencia. Tan claramente absortos estaban los frailes que ni siquiera detectaban la presencia de más fantasmas al otro lado del local, a pocos metros, y encima niños, pensó John con indignación.

De repente, la escena pasó de meramente desagradable a inenarrablemente grotesca. Uno de los monjes espectrales —el rollizo, que era el que estaba más lejos— apartó su oronda mano del regazo, y antes de que John adivinara sus intenciones, la hundió con una estela de postimágenes en el mandil de la mujer penetrada, ignorante de que tuviera metido en su ajetreado cuerpo un brazo hasta el codo. Por la sonrisa lasciva de las generosas mejillas del fraile, y también por el súbito incremento de sofocos y embestidas en los tortolitos, se diría que el monje tenía su mano carnosa dentro del abdomen inferior de la mujer, y que estaba agarrándole al soldado el… John se sintió asqueado y apartó la mirada. No sabía que un muerto pudiera hacer algo así, y tampoco lo hubiera imaginado. En fin… morir para ver, como solía decirse.

Por suerte, nadie más se fijó en el repulsivo espectáculo, y entonces Bill anunció alegremente que había

concluido su galería hacia el siglo XX. Phyllis fue la primera en encaramarse a la escalera formada por Reggie y Bill para desaparecer en la pálida abertura de bordes centelleantes, excavada entre las vigas ahumadas del techo de yeso. El siguiente fue Michael, que al subir dejó múltiples fotografías de su corta bata de tartán en una suerte de séquito nupcial. Lo siguieron Marjorie, el raudo Bill, y Reggie, lo cual dejó en último lugar a John, que ascendió hacia el agujero temporal con un salto que lo hizo flotar por la atmósfera viscosa de la juntura fantasma.

Después de irrumpir por el portal, el joven veterano se encontró con un ambiente sintético de superficies redondeadas en el que Phyllis parecía estar regañándole a Bill con más virulencia de lo normal, y ahí fue cuando se dio cuenta de que algo no iba bien. Aquello no era 1959. La habitación hacía gala de la asepsia y el minimalismo de la cocina de un hospital modernísimo, pues lucía un fregadero de acero, una especie de quemador liso y complejo, y dos o tres robustas cajas de metal con diales de ignota función. Junto a la entrada había una docena de botellas de lejía hechas de plástico y diseñadas a modo de torpedos de juguete, todas ellas con tapones de rosca en forma de ojivas cónicas, agrupadas en formación cúbica y sujetas por una película de capas de polietileno con aspecto de haber sido pintadas con espray. Bajo la solitaria y diluviada ventana de la sala observó una caja de cartón llena de paquetitos transparentes con unas agujas hipodérmicas que, por tamaño y endeblez, tenían pinta de haber salido de una juguetería. Al fijarse mejor, vio varios contenedores repletos de frascos de medicinas y dispuestos al azar allí donde había espacio, y también abultados sacos de avena y arroz, tarros de potitos en envase múltiple y una incongruente variedad de suministros médicos o culinarios comprados a granel. En el tablón de madera de una pared había clavados unos carteles que contenían nombres y eslóganes del todo incomprensibles para él: ANEXO DE SAN PEDRO; NO TE ROCES, NO ENFERMES; EL RUIDO MATA; SE ADMITEN AEROSOLES CEGADORES Y PISTOLAS ELÉCTRICAS; CUIDADO CON LA DIARREA POR C. DIFF.; INDICADORES DE TRAUMA SEXUAL; INDICADORES DE CONFLICTO TRAUMÁTICO; SALVEMOS A LOS GORRIONES; VECINOS

CONTRA LOS ABUSOS… ¿pero a dónde diablos habían ido a parar? John quiso preguntárselo a Phyllis, pero, antes de poder hacerlo, la chiquilla se giró hacia él con cara de exasperación y respondió por sí sola.

—El muy idiota se ha pasao cavando. Estamos en el veinticinco, en el Anexo de San Pedro. ¡Mira el chaparrón que está cayendo!

Cuando John se asomó por la ventana hacia lo que creyó que debía ser Black Lion Hill, el panorama no le resultó familiar. Marefair estaba irreconocible, pavimentada con un parqué de baldosines pálidos allí dónde antaño había adoquines o asfalto. A través de una cortina de lluvia torrencial, atisbó una pasarela acristalada cuyo arco sobrevolaba la entrada de una cambiadísima St. Andrew's Road para conectar la explanada gris de Castle Station con el montículo artificial cercano a la base de Chalk Lane, que se erguía donde solía estar su olvidada y demolida torre. Lo que había aquí eran unas construcciones con forma de tarro de Marmite[30] cuyos diseños parecían ser el resultado de alguna broma o apuesta, pues ofrecían un descacharrante contraste con las estructuras más viejas y bajas del lado opuesto de la calle. Como un largo intestino transparente que yaciera enredado de oeste a este en el paisaje, aquel puente pretendidamente futurista le resultó una versión mundana y hortera del Ultraconducto, una copia terrenal del vasto canal inmaterial que partía de la iglesia de Doddridge. Bajo el puente y en pleno diluvio, un tráfico muy singular siseaba arriba y abajo por St. Andrew's Road sin llegar a aventurarse en Marefair, que se diría peatonalizada. La mayoría de los vehículos eran coches con forma de ladrillo como los que acababa de ver en la juntura fantasma durante la incursión en el nada-cinco o nada-seis, pero también había otros artilugios más extraños —casi planos, del todo silenciosos y uniformemente negros— que le recordaban a una suerte de patinetes acorazados. Incluso Reggie Bowler, que era el fanático de los coches de la banda, se acercó a la ventana sombrero en mano para rascarse sus rizos morenos en señal de perplejidad. Phyllis

estaba furiosísima, aunque eso, al menos, la volvía aún más guapa.

—¡Un poco más y acabamos en la puñetera ciudad de la nieve! ¡Lo ha hecho adrede, y to por no dejarle mirar las fornicaciones de esas viejas putas del siglo XVII!

Bill protestó.

—Ah, pero cuando tú te pasaste de largo en Scarletwell Street fue distinto, ¿verdad? Eres una arpía marimandona que siempre quiere hacerlo to a su manera. Además, ¿quién dice que no podamos husmear un poco por aquí? Podría ser instructivo, lo cual te parecía de lo más apropiao cuando yo no esera más que un mocoso estúpido.

Phyllis resopló con altivez.

—Sigues siendo un mocoso estúpido, pero es que ahora además eres un puñetero incordio. En fin… supongo que ya que nos has traío hasta aquí podemos echar un vistazo. Solo durante un par de minutos, eso sí, porque luego hay que volver a bajar a los tiempos de Cromwell pa coger otra ruta hacia la iglesia de Doddridge.

Marjorie la Ahogada, que estaba junto a una pequeña estantería de madera abarrotada de libros sobados con la indudable pretensión de ampliar sus conocimientos literarios del siglo XXI, miró a los demás desde detrás de sus gruesas gafas de culo de vaso.

—Creo que tras esa puerta hay un pasillo que da a una ampliación, y que desde ahí se sale al cementerio de San Pedro. Lo recuerdo de «El regreso a la ciudad de la nieve», que iraba justo después de «La Banda de los Muertos Muertos contra la bruja del Nene» y antes de «El incidente del tren revertido».

Marjorie se estaba volviendo una auténtica parlanchina. A John le impresionó, no obstante, su catalogación en riguroso orden de las aventuras de la banda, que a decir verdad eran juegos infantiles y no tanto hazañas heroicas. En previsión de su vuelta al siglo XVII, los seis niños fantasmales dejaron abierto el agujero temporal y salieron por la puerta de aquel desierto quirófano, o cocina, hacia el que habían excavado.

Al otro lado, como Marjorie había predicho, se toparon con un pasillo. Un lateral se abría a una zona con aspecto de sala de recreo en la que una docena de niños de distintas nacionalidades estaban armando un sindiós con pinturas en polvo, todo bajo la paciente supervisión de un hombre calvo de unos cincuenta años. Aunque la luz de la estancia era tenue, John imaginó que se debía más al clima que a la hora del día, pues calculó que estarían a media tarde. El calendario que había visto en la cocina-quirófano —con una señora curvilínea del Ejército de Salvación posando desnuda, recordó de repente, salvo por un bonete y un trombón— indicaba que estaban en julio de 2025, aunque hacía demasiado frío y humedad como para ser pleno verano.

En el extremo oriental del pasillo había una puerta que daba acceso a un par de dormitorios prefabricados, cada uno subdividido mediante cortinas correderas en media docena de modestos cubículos. La primera de dichas habitaciones parecía reservada al uso femenino, y dentro había unas cuantas mujeres de edades dispares viendo una enorme televisión en la que unos jóvenes desnudos, sentados en una especie de baño o piscina pública, se decían mutuamente que aquello iba «contra las normas». Las aburridas mujeres veían aquel espectáculo tan poco edificante entre comentarios desdeñosos hacia el programa, proferidos con un acento que quizá fuera de Norfolk. John asumió que el dormitorio masculino estaría tras las puertas cerradas de la otra punta de la estancia y acudió a unirse a Michael Warren, que no paraba de saltar arriba y abajo en un intento de asomarse a la ventana de atrás.

La abertura daba al sur, al área trasera de la iglesia de San Pedro, a lo que quedaba en aquella época del césped en el que John solía jugar con el padre de Michael Warren cuando eran pequeños. Aupó entonces al crío para que también pudiera mirar, aunque no había mucho que ver a través de la lluvia incesante que estaba cayendo.

—Apenas se distingue nada, ¿verdad? ¿Qué te parecería saltar por el muro y dar un paseo por los

alrededores? La lluvia nos atravesaría, así que no nos mojaríamos.

Michael, dubitativo, frunció el ceño.

—¿Pero será tan horrible como cuando la mierda de pájaro me pasó por la barriga?

John sonrió y sacudió su noble cabeza esculpida, que quedó multiexpuesta en una galería fotográfica de ocho por diez más propia de una estrella de cine.

—No, la lluvia se nota limpia cuando te atraviesa. Venga. Phyllis y los otros van a estar un buen rato husmeando por aquí, así que tenemos tiempo de sobra. ¿Recuerdas que te dije que esto duraría en el mundo real lo que el fogonazo de un rayo, y que más te valía aprovechar la oportunidad de explorarlo mientras pudieras?

Michael lo meditó un poco antes de asentir. Aún con el niño y su bata de tartán en los brazos, John traspasó la cubierta de cristal y pladur para internarse en aquella cascada plateada y caer con la lluvia y sus consabidas postimágenes hacia la hierba mojada del cementerio, situada un piso más abajo. Tan pronto como aterrizaron, soltó a Michael en el suelo empapado, y entonces, de la mano, recorrieron la fachada occidental de la iglesia en dirección al ábside. Al muchacho le encantó constatar que los relieves sajones tallados en la fachada seguían intactos en todo su horror o comicidad, aunque cuando el crío y él rodearon el edificio y escudriñaron su césped descuidado más allá de la balaustrada trasera, la sorpresa fue mucho menos agradable.

Green Street había desaparecido. Elephant Lane y Narrow-Toe Lane, también. Freeschool Street se había tornado una hilera de barracones escuálidos compuesta por pisos u oficinas de aspecto sospechosamente deshabitado. Allende el alterado paisaje, en una curva que parecía trazada a bisturí, vieron la desfigurada cicatriz quirúrgica de una ancha carretera de dos carriles que se extendía a través del velo gris del aguacero desde Black Lion Hill hacia el sur, en dirección a Beckett’s Park y Delapré; un horizonte distante en el que la línea de separación entre el hormigón

de los edificios altos y las nubes bajas de la tormenta ya no podía discernirse. El propio césped, destrozado y abandonado, había perdido sus bordes y su definición; su misma identidad. Ahora solo eran unos hierbajos carentes de propósito que se deshelaban bajo la lluvia a la espera de peritos y constructoras. Parado junto a John y con el labio tembloroso, Michael Warren dejó escapar un gemido quejoso y desolado.

—La calle que estaraba al final del césped ha desaparecido, y mi casa en Andrew's Road también. ¡Ahí era donde vivía mi abuela!

Procurando mantener la compostura, John evitó mirar a Michael al responderle.

—Sí, lo sé. También fue donde se criaron tu padre, sus hermanos y su hermana. Y donde tu bisabuelo murió sentado entre dos espejos con la boca llena de flores. Todas esas cosas pasaron en esa pequeña casa, y sin embargo, ahora…

John dejó la frase en el aire. No podía hablar más sin revelar esos asuntos que prefería guardarse para sí mismo. Con su estela de copias recorriendo el cementerio como una procesión fúnebre en honor al vecindario, Michael y John volvieron sobre sus pasos hacia el módulo prefabricado de dos pisos que se erigía, en terreno consagrado, junto a la versión reformada del Black Lion. Por tanto, pasaron junto al obelisco de piedra negra situado a unos metros al oeste de la vieja iglesia, al que John ni siquiera le había prestado atención momentos antes durante el camino de ida.

Reluciente bajo la lluvia como la piel de una ballena, el oscuro objeto parecía ser un monumento a los caídos. En su primera y única visita tras su regreso incorpóreo desde Francia, cuando todos aquellos fantasmas lo disuadieron de volver, no estaba allí, así que se paró para echarle un vistazo y provocó que Michael hiciera lo propio. Estaba leyendo las inscripciones cuando el zagal gritó a su lado señalando la base de la aguja.

—¡Mira! ¡Ese hombre de ahí tiene el mismo apellido que yo!

John leyó el nombre. Michael llevaba razón. Nadie habló durante unos segundos.

—Así es. En fin… creo que deberíamos volver con Phyllis y el resto para ver en qué andan metidos. Venga, no vaya a ser que vuelvan a 1645 sin nosotros.

Cogidos de la mano, los dos espectros se deslizaron bajo las copiosas precipitaciones, traspasaron el aislamiento de los muros inferiores de la extensión del pub y llegaron a una oficina en la que una mujer negra, guapa, recia y con una aterradora cicatriz en un ojo le hablaba a una suerte de lata de sardinas estampada que sostenía contra la oreja.

—No me vengas con esas. El Gobierno asignó esta partida de dinero hace semanas, cuando Yarmouth sufrió las inundaciones. Tengo aquí a dos docenas de personas, algunas están enfermas, y otras necesitan medicinas. No me digas que los pagos tienen que hacerse por los canales adecuados cuando tienes el puto cheque en tu cuenta corriente generando intereses para el Ayuntamiento.

Tras una breve pausa, la amazona reanudó sus furiosas invectivas.

—No. No, escúchame tú. Si el dinero no está en la cuenta del Anexo de San Pedro para el martes que viene, como mucho, me presentaré en el pleno del viernes próximo con una lista de los sucios negocios que os traéis entre manos con la Autoridad para la Gestión de Catástrofes. Luego, la pegaré en el tablón de anuncios, putearé a tus amigos en público y los joderé tanto y tan fuerte que no podrán sentarse en el salón de plenos ni en ninguna otra parte durante varios putos meses. Así que arréglalo.

Con un mohín que curvó sus brillantes y seductores labios en una especie de piscina inflable, la mujer bajó la tapa de la lata de sardinas y la arrojó con indignación a las entrañas de un perro de dibujos animados que yacía, desperdigado y aplastado, sobre su mesa de trabajo, y que John identificó al rato como algún tipo de bolso. Inclinada en la silla de su despacho para hojear el archivo que acababa de sacar de una delgada caja de rejilla de su

escritorio, la mujer resultaba magnífica, distinta a cualquier otra que hubiera conocido. Aunque no soportaba a las mujeres que maldecían, y pese a que nunca había sentido atracción por chicas de una tez así, a su juicio mulata, esta tenía una especie de aura o encanto absolutamente irresistible. Exhibía la misma intensidad que Oliver Cromwell un poco más abajo, en Marefair y cuatrocientos años atrás, pero la energía que ardía en ella era menos siniestra y grave que la que propulsaba al Lord Protector.

También era un ejemplar mucho más sano y atractivo. Su espléndido y absurdo amento de pelo trenzado caía sobre sus hombros desnudos, donde los brazos gruesos y masculinos de una levantadora de pesos sobresalían de entre las mangas recortadas de una camiseta. Esta última lucía el rostro de un hombre con un corte de cabello casi idéntico al de la portadora de la prenda, con la palabra EXODUS encima y la frase MOVEMENT OF JAH PEOPLE justo debajo. La chica rondaría la treintena, pero el fulgor de su juventud quedaba menoscabado por el serio, maduro e irregular abismo de piel que lucía sobre la ceja izquierda. Sin embargo, no desfiguraba su belleza, sino que cargaba de fuerza y experiencia su semblante juvenil. John se hallaba pensando que sus poderosos brazos hombrunos y su aire de nobleza resoluta le conferían el aspecto de una Juana de Arco caribeña cuando sumó dos más dos, recordó dónde había oído hablar antes de aquella muchacha y se lo soltó a Michael Warren sin más.

—Es la santa, la mujer de la que tanto he oído hablar, la que cuida de los refugiados aquí, en el veinticinco. Creo que la gente se refiere a ella como «Kaff», que supongo que será un diminutivo de Katherine. Es una pionera, y aquí es donde descubre algún tipo de tratamiento que salva muchísimas vidas a lo largo y ancho del mundo, gente proveniente de guerras, inundaciones y demás. En este siglo es la persona más famosa que ha salido de los Boroughs, y ahora está aquí, delante de nosotros.

Michael observó con extrañeza a la mujer, claramente ajena a ellos.

—¿Dónde se hizo ese corte tan horrible que tiene cerca del ojo?

John se encogió de hombros y los multiplicó brevemente.

—Ni idea. Si te soy sincero, salvo el asunto de la santidad y tal, no sé mucho acerca de ella. En todo caso, no podemos quedarnos aquí charlando. Tenemos que volver a la primera planta para reunirnos con Phyllis y los demás. Venga, vamos.

Sin dejar de admirar a aquella diosa sedente, que finalizó el escrutinio del documento y lo reemplazó por otro del mismo archivador, Michael y John cruzaron la pared de la oficina y salieron a un pasillo corto, con una escalera de subida en el extremo inferior. Mientras el dúo flotaba hacia su encuentro con el resto de la banda, John reflexionó sobre los requisitos para que a uno lo consideraran santo.

Muy probablemente, todo dependía de la época en la que estuvieras y del contexto del que provinieses. En la Edad Media, hacía falta un milagro como el que decían que había ocurrido en la iglesia de San Pedro hacia el 1050, ese en el que un ángel ayudó a encontrar supuestamente el cuerpo del hombre que se convertiría en san Ragener, el sobrino de san Edmundo. En los días de Cromwell, cien años después de que Enrique VIII hubiera cortado los lazos entre Inglaterra y Roma, los santos eran gente viva, hombres que, como Bunyan, creían estar destinados a adquirir dicho rango cuando los pecaminosos reinos terrenales fueran barridos del mapa y reemplazados por una sociedad igualitaria regida por Dios, una nación compuesta enteramente por santos que no precisaría, por consiguiente, ni de sacerdotes ni de gobernantes.

Y justo cuando pensaba que había logrado olvidarse del tema, se acordó del hombre explotado de los balcones de Humánima. ¿Acaso no era un santo mártir para la gente que creía lo mismo que él? John dedujo que lo que unía a Bunyan, Cromwell, Ragener y la bomba humana —y, por la pinta de la cicatriz en el ojo, también a la chica de abajo— era haber sufrido los estragos de algún tipo de fuego. Ese

era claramente el factor común, aunque no el único, o de lo contrario él también habría sido santificado tras su desmembramiento en Francia. La diferencia podía residir en la actitud con la que uno se enfrentaba a las llamas. El valor, o su carencia, debía ser lo que marcaba la santidad. Para ser canonizado, se necesitaba mucho más que el disparo de un cañón.

En cuanto John y Michael llegaron al primer piso, se desató el pandemonio. En la parte superior, la escalera daba a un pasillo con dos puertas a la derecha que John creyó que serían los dormitorios que habían atisbado antes. Estaba a punto de asomar la cabeza a través de la pared en busca de Phyllis cuando un pequeño y enfermizo platillo volador salió disparado por la más cercana de las puertas cerradas, seguido por una estela de copias insustanciales que marcaban su trayectoria. Antes de caer al suelo, una planta rodadora de imágenes en movimiento, semejante a dos gatos siameses en plena pelea, persiguió el disco a través de la puerta sólida y lo atrapó en el aire. Cuando se quedó quieta un segundo, la mancha gris resultó ser Marjorie la Ahogada, que regresó al presunto dormitorio llevándose consigo el objeto capturado. John y Michael se miraron el uno al otro con cara de pasmo y corrieron por el pasillo para rastrear a Marjorie a través de la endeble pared moderna de la estancia.

Tal y como John suponía, al otro lado había un dormitorio, la contrapartida masculina, más o menos idéntica, del cuarto de chicas por el que habían pasado hacía un rato. El frenesí que había allí dentro, en cambio, no habría podido preverlo jamás.

Cuatro hombres vivos, con edades que irían de los dieciocho a los cuarenta años, jugaban a las cartas sentados y completamente ajenos a la conmoción espectral que los rodeaba. En el motín de formas fantasmales proliferantes que volaban por la habitación era casi imposible distinguir a primera vista lo que ocurría, pero, tras unos momentos, John creyó captar el percal: contándolos a ellos dos, había siete presencias en el dormitorio, seis de las cuales

pertenecían a la reunida Banda de los Muertos Muertos. La séptima era un fantasma adulto, un errante que tanto él como Phyllis habían conocido en vida y que se llamaba Freddy Allen. En sus días mortales, Freddy solía ser un célebre vagabundo de los Boroughs, dormía bajo los arcos del ferrocarril de Foot Meadow y sobrevivía a base de hurtar hogazas de pan y pintas de leche de los portales de la gente, siempre a hurtadillas en el susurro yermo y cómplice del amanecer. Cuando murió, se convirtió en uno de los espíritus más anónimos e inofensivos de cuantos frecuentaban el contrito territorio de la juntura fantasma, en absoluto tan aterrador como Malone, Mary Jane o el viejo Mutilagatos. Por desgracia, eso hizo de Freddy un objetivo conveniente y relativamente seguro para la *vendetta* personal y sempiterna de Phyll Painter contra los fantasmas adultos.

Lo que debía haber pasado era que Freddy estaría allí en el veinticinco ocupándose de sus asuntos, distraído con una partida mortal de *brag* a tres cartas, cuando Phyllis, Reggie, Bill y Marjorie irrumpieron por la pared y empezaron a burlarse de él. El «platillo volador» que habían visto recuperar a Marjorie en el pasillo hacía un par de segundos era el sombrero de Freddy, robado de su coronilla calva por uno de esos pillos espectrales que ahora estaban enzarzados en correr por el dormitorio, pasándose el maltrecho complemento de unos a otros, mientras el agotado fantasma barrigón se debatía desesperadamente en mitad del corro intentando recuperarlo al verlo pasar. Cada vez que la Banda de los Muertos Muertos se lanzaba de mano a mano el fieltro fantasmal, las postimágenes persistían lo bastante como para dejar colgada una cadena espiralada de pálidos y tristes adornos navideños en los confines superiores de la sala.

Freddy resopló con furia.

—¡Traedlo aquí! ¡Traedlo aquí, malditos granujas!

Fuera de su alcance, el objeto de vestir que tanto ansiaba giró en un amplio arco sobre su desnuda calva gris antes de ser agarrado en mitad del aire por Phyllis Painter,

que danzó arriba y abajo junto a las ventanas del dormitorio. Ondeó el viejo sombrero sobre su cabeza hasta multiplicarlo en una franja sólida y le sonrió a Freddy.

—¡Ven a buscarlo, viejo mamón! ¡Esto es por tos los panes que birlaste de las casas de la gente!

Dicho eso, Phyllis tiró el trofeo inmaterial por el cristal reforzado de la ventana, desde donde cayó al exterior para verse arrastrado por la lluvia hacia el cementerio. El vagabundo fantasma aulló de consternación, y entonces, tras dedicarle a Phyllis una última mirada furibunda, se arrojó por el vano para recuperarlo.

La cría, que ya había empezado a atravesar la pared hacia el dormitorio femenino contiguo, conminó a la banda a hacer lo propio.

—En marcha… volvamos a bajar al Black Lion de los tiempos de Cromwell antes de que ese viejo idiota encuentre el sombrero y venga a por nosotros.

Los aventureros del plano astral siguieron a su líder hacia el dormitorio femenino compartido de la estancia adyacente. En la enorme televisión del tamaño de un armario, uno de los tipos que estaba antes en el baño se hallaba ahora en una cocina futurista discutiendo acaloradamente con una joven que exhibía lo que John solo pudo asumir que debían ser unos pechos artificiales de broma. El hombre, al parecer, iba a «partirle el chocho» a la chica, significara lo que significase eso. Las espectadoras, sentadas en sus camas para ver su tele titánica, señalaban y criticaban las tetas aumentadas de la arpía catódica con sus acentos planos del este del país, todo mientras los niños fantasmales franqueaban la zona sin ser detectados.

Más allá de la pared posterior de la sala, la banda se deslizó por el pasillo y llegó al cuarto de la lejía, las jeringas y los potitos envasados, el mismo por el que había emergido involuntariamente a aquel siglo extraño y encapotado. El agujero excavado por Bill seguía abierto en el aséptico linóleo del suelo, pero ahora se abría a una negrura absoluta y silente en lugar de al iluminado rincón amoroso por el que habían trepado. Reggie Bowler fue el

primero en descender por aquel túnel del tiempo para desvanecerse en la tiniebla del siglo XVII y ayudar a los miembros más pequeños de la banda a bajar. Tras él fueron Phyllis, Michael, Bill y Marjorie.

Después de una última y perpleja ojeada a la insondable cartelería —gracias por no gritar; hablemos de la fiebre tifoidea— y las medicinas, John imitó a sus compañeros y se dejó caer hacia la umbría del pozo.

Abajo, en 1645, era evidente que habían cerrado la taberna durante la noche, pues ahora estaba desierta, y sus últimos clientes debían de yacer en el barro o en el polvo estelar. Phyllis, aún sobre los hombros de Reggie, cosió pacientemente las fibras de aquel instante sobre la perforación practicada por Bill, y John no pudo sino aprobar su observancia de las ordenanzas sui géneris del más allá. Los vivos no podían pasar físicamente por los agujeros temporales del mismo modo que los espíritus, pero dejar uno abierto los exponía a una gran amenaza. Aunque sus cuerpos no fueran capaces de hacerlo, las mentes de las personas mortales sí podían caer por tales aberturas, lo cual las sometía a la potencial experiencia traumática de estar en otra época. John no conocía casos de primera mano, pero los espectros más viejos y experimentados afirmaban que tales vicisitudes constituían una horrenda posibilidad. Mejor cerrar siempre los agujeros que uno abría por el camino, aunque solo fuera por si acaso.

Cuando Phyllis terminó de borrar sus huellas, los niños se escurrieron por la puerta cerrada de la vieja posada en dirección a Marefair, carente de vida y de ultravida. La panda deambuló con imprecisión hacia Pike Lane, allí una grieta tenebrosa que se extendía hacia el norte desde la vía principal, y John aprovechó la coyuntura para ensimismarse con el asunto de los santos guerreros, la gloria, la muerte y sus ironías.

En su opinión, las cosas que le habían inculcado cuando estaba en la Boy’s Brigade eran un fraude: cantar *Ser un peregrino* asociando la bondad con la iglesia y la iglesia con los desfiles marciales, blanquear diligentemente

los cordones militares con limpiador de la marca Blanco, aceptar órdenes… Todo aquello había desorientado a su generación. Ahumar la fría hebilla de bronce de un cinturón de la B. B. sosteniéndola sobre la llama de una vela antes de bruñirla era una tradición ritual que conducía inevitablemente a ese sentido cristiano del deber que uno experimentaba la primera vez que lo llamaban a filas. «Ni duendes ni sucios demonios desalentarán su esencia, pues sabe que al final la vida será su herencia».[31] Un segundo después, te hallabas atravesado por una pica en Naseby, desperdigado en una lluvia cegadora de clavos o desmembrado por el fuego de artillería en Francia. No era la vida lo que heredabas. Eso solo era lo que te decían para que murieras sin rechistar en sus campañas militares. Todas las guerras eran guerras santas, lo cual equivalía a decir que todas eran guerras comunes y sangrientas que alguien decidía calificar de santas cuando le convenía, fuera ese alguien un rey, un papa o un Cromwell que creyera saber lo que el Cielo deseaba. Tal y como él lo veía, si te dedicabas a matar gente era muy probable que no fueses ningún santo. Al final, por improbable que resultara, quizá la chica de color y terrible cicatriz fuera la mejor candidata para el puesto. Su única arma era una lata de sardinas.

Delante de ellos, Pike Lane ascendía suavemente desde Marefair hacia Mary's Street, que los llevaría hasta la iglesia de Doddridge y, por tanto, hasta su destino. John iba cavilando distraídamente acerca de Mary's Street y de lo que había pasado allí cuando Bill pareció leerle el pensamiento antes de proclamar en voz alta su nueva propuesta para seguir procrastinando, todo mientras saltaba de un pie a otro por la estrecha y tétrica bocacalle generando piernas adicionales con cada bote. Fuera lo que fuese lo que tenía en mente, parecía estar de lo más emocionado.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! ¡Podríamos ir a ver el incendio! ¡Está por ahí, a solo treinta años!

Todos estuvieron de acuerdo. Habría sido una auténtica pena estar en Mary's Street durante el siglo XVII y

no ir a visitar el gran incendio.

Phyllis empezó a cavar en el aire de la medianoche. Dijo que pararía cuando saltaran las primeras chispas.

MALIGNOS ESPÍRITUS REFRACTARIOS

Veías más gente en pelotas estando muerto que estando vivo, o al menos esa era la rápida conclusión a la que estaba llegando Michael. Por el momento, se había topado con personas desnudas o semidesnudas en los balcones de Humánima, soñadores sonámbulos en ropa interior e incluso un Cromwell infantil hacía poco en Marefair. En el más allá, a nadie parecía importarle que llevaras ropa, y esa actitud le agradaba mucho, porque nunca había entendido los follones que se montaban con el tema.

Luego estaban las dos jóvenes que admiraba ahora mientras bailaban desnudas en la grisácea extensión septembrina de Mary's Street durante la década de 1670. Eran tan hermosas que hasta un crío de tres años como él se daba cuenta, aunque más que a mujeres reales se asemejaban a seres fabulosos salidos de una película o una revista, a fantasías que corrieran llenas de gozo entre la basura y el humo de las cocinas de una calle angosta en una mañana remota. Quizá la impresión que causaban, comprendió tímidamente, fuera la razón de que la desnudez provocara tantas conmociones.

A su juicio, las danzarinas tenían una figura preciosa, aunque una era delgada y la otra rotunda. Le gustaba la carne adicional de sus pechos y el hecho de que no presentaran la angulosidad de los hombres adultos, de que lucieran la redondez del país en lugar de la cuadratura de sus ciudades. Como de costumbre, se preguntó ociosamente dónde estarían sus pililas, pero confiaba en que eso, al igual que las bromas o los patrones que se formaban en la escarcha, terminara por adquirir sentido con el tiempo.

Por supuesto, el detalle más llamativo de las dos ninfas

era el color de su pelo, pues exhibía justamente eso, color, incluso en el incesante blanco y negro de la juntura fantasma. Ondulado en sus cabezas como si lo azotaran unas fuertes brisas del oeste, y voluminoso y ensortijado al viento, era un cabello de un vívido color naranja que destacaba sobremanera en el álbum fotográfico de aquel mundo perlado.

Hacía unos instantes, Phyllis Painter, la niña muerta de la boa de conejos podridos a la que empezaba a considerar su amor secreto, había cavado un túnel desde la Marefair nocturna y en vísperas de batalla de la década de 1640 hasta la Pike Lane diurna de treinta años después. Luego, Michael y la banda habían trepado por la abertura hacia una bocacalle en la que dos hombres discutían acerca de unas cuentas apuntadas con tiza en la pizarra colgada a la entrada de su herrería, aunque también vieron a unas ancianas con mandiles raídos que vaciaban el contenido de sus cascados orinales en desagües ya rebosantes. Dado que por la zona no rondaban otros fantasmas, nadie se percató de que los zagales se pusieran a reparar concienzudamente el agujero que los había llevado hasta allí desde una noche de hacía tres décadas.

Tras eso, los rufianes fantasmales recorrieron una St. Mary's Street atestada de patios dispares y viviendas hacinadas sin orden ni concierto, animadas por gallinas, perros y niños, y totalmente distintas a los pisos modernos de la época de Michael. Cuando los seis chiquillos otearon desde el extremo superior de Pike Lane el montículo situado al oeste, solo distinguieron los insulsos edificios de madera que yacían en el futuro emplazamiento de la iglesia de Doddridge, pero hacia el este y Horsemarket, sin embargo, divisaron a aquellas hermosas damas desnudas, con sus melenas coloreadas y sus alegres piruetas en mitad de la bulliciosa calle matinal, al parecer imperceptibles para unos cocheros cabizbajos y unos viandantes atribulados que avanzaban centrados en sus propios asuntos. Phyllis se mostró complacida al ver a la pareja.

—Estupendo. Hemos llegao antes de que empiecen. Así

lo veremos de principio a fin.

Michael se quedó intrigado.

—¿Quiénes son esas dos señoritas? Creía que estarébamos aquí para ver el gran incendio de Northampton.

Phyllis miró al niño pacientemente, le dio unas palmaditas en su manga de tartán y empezó a explicárselo.

—Ellas *son* el gran incendio de Northampton.

John intervino acto seguido.

—Phyllis estaraba en lo cierto. Por eso nadie más puede verlas, y por eso su cabello posee color aunque el resto sigamos en blanco y negro. Si lo miras de cerca, verás que en absoluto son mechones de pelo. Son llamas, porque ellas son Salamandras.

Las mujeres de melena llameante tropezaban y reían entre los desperdicios de Mary's Street. Se parecían lo bastante como para que Michael estuviera seguro de que eran hermanas, la más rellenita de unos diecinueve o veinte años y, la más plana, de unos catorce o quince, apenas una adolescente. Notó que, justo debajo de sus barriguitas, allí donde debían estar sus pililas, la pequeña mata de pelo que tenían también estaba hecha de fuego naranja, y que unas chispas dispersas revoloteaban por sus ombligos. Se balancearon con desgana por los postes de madera que sostenían los establos mohosos e hicieron equilibrios por sus tablones. Ninguna de ellas decía una sola palabra —de algún modo, Michael supo que no podían—, pero se comunicaban a base de carcajadas y risillas estridentes que evocaban el trino de los pájaros al alba. No parecían pensar en otra cosa que no fueran sus risas o sus bailes anárquicos y presurosos. Y se mostraban tan felices y despreocupadas que resultaban casi idiotas.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Phyllis lo corrigió con dulzura.

—Sé qué parecen medio tontas, pero así es como son. No tienen pensamientos o sentimientos como los nuestros. Son puro espíritu, pura celeridad, puro fuego. Bill y yo fuimos los primeros en verlas, y lo hicimos incluso antes de

fundar la Banda de los Muertos Muertos. Acabarébamos de visitar Beckett's Park, también llamao Cow Meadow, durante la guerra de las Dos Rosas allá por el siglo XV, y estarébamos cavando de vuelta por el siglo XVI. Alredeor de 1516, dimos con un día en el que los Boroughs ardían en torno a nosotros como un enorme y condenao infierno, y conste que, por aquella época, Northampton no esera mucho más grande que este vecindario.

»Las dos Salamandras, que son hermanas, estaraban haciendo piruetas en mitad de las llamas y prendiendo fuego a to lo que tocaban. Por supuesto, eran uno o dos siglos más jóvenes en aquellos días. La regordeta, que es la mayor, aparentaba unos once años, y la joven unos cinco o así. Iban saltando de casa ardiente en casa ardiente portando el fuego en sus manos ahuecás pa arrojarlo por doquier, to como si fueran un par de crías jugando con una cuba de agua. Solo que no era agua, claro.

»Unos fantasmas que conocí me contaron el primer avistamiento de las dos por estos lares. Fue hacia mil doscientos sesenta y pico, cuando Enrique III ordenó que quemaran y saquearan la ciudad en castigo por haberse alineao con De Montfort y los estudiantes rebeldes. Según me dijeron estos veteranos, cuando a los hombres del rey los colaron en los Boroughs por un boquete en los muros del priorato de Andrew's Road, las hermanas entraron con ellos, desvestías e invisibles junto a sus caballos. La rechoncha aparentaba seis años por aquel entonces, y llevaba a su hermana menor en brazos. Nadie las ha escuchao hablar jamás. Solo saben reír y abrasar cosas.

En pleno siglo XVII, la banda fantasmal observó cómo el dúo gorjeante y risueño volaba de vivienda en vivienda por St. Mary's Street, sorteando tenderos y amas de casa ceñudas sin que nadie se percatara. Con el viento del oeste, sus melenas se henchían en pendones anaranjados y ondeantes, a un tiempo titilantes y peligrosos. Al verlos, Michael apreció por primera vez lo bien que combinaban el gris y el naranja brillante, similares a un inflamado sol matutino filtrado por la niebla de Victoria Park. Las

mujeres parecían gravitar en su serpenteo hacia una casa concreta, una choza con techo de paja del lado de Pike Lane, más cercana a Horsemarket que a los niños.

—Venga, que creo que esa es la casa. Amos a espiarlas mientras la prenden.

Acorde a los consejos de Phyllis, los pillos muertos se multiplicaron hacia aquella modesta vivienda justo a tiempo de seguir a las dos hermanas a través de la puerta principal, mal ajustada y sostenida con un ladrillo. En su interior, la planta baja de la choza constaba de una sola habitación, sombría y apiñada, que claramente servía a la vez de salón, cocina, comedor y baño. Un niño con la nariz sucia gateaba por la tosca alfombra que se extendía sobre el gélido suelo de ladrillo, mientras que, junto a la chimenea central, una mujer demasiado vieja como para ser su madre freía unos trozos de carne agitando con una mano una sartén redonda de la que caían gotas de grasa. Al mismo tiempo, con la cuchara de madera que sostenía en la otra mano, mezclaba una especie de masa en un recipiente de arcilla. Su forma de simultanear ambas tareas impresionó a Michael. Cuando veía cocinar a su madre y a su abuela en St. Andrew's Road, siempre se repartían la faena para poder ocuparse de una sola cosa cada vez. Los otros miembros de la Banda de los Muertos Muertos asintieron con aire cómplice, todos menos Bill, que se hallaba demasiado ocupado espiando el inquisitivo paseo de las fogosas ninfas desnudas por aquel espacio apretado e íntimo.

—Está haciendo pudin. Cuando termine de batir la mezcla, la echará sobre la carne y la pondrá en el horno, que está tras esa negra puertecilla de hierro junto a la chimenea, hasta que esté hecho. Mucha gente dice que la receta del pudin de Yorkshire nos la birlaron los cabrones norteños, pero que, como nosotros éramos demasiao pobres pa echarle carne, solo la usábamos pa aprovechar restos, sobras y desperdicios.

Mientras Phyllis detallaba la historia y preparación del pudin al horno, Michael observaba el avance de las dos hermanas por aquella estancia turbia y mal iluminada.

Sorprendentemente, no mostraban interés por la chimenea en sí, sino que rondaban un trecho de alfombra situado al otro lado de la mesa de madera central, donde el niño a gatas se encontraba inspeccionando una gruesa araña de jardín que probablemente se habría retirado al interior tras notar las primeras señales del helado aire septembrino. Las Salamandras armaron un buen alboroto en torno al bebé, se agacharon, se rieron entre dientes con las metálicas campanillas de viento que era sus voces musicales, y empezaron a poner un montón de caritas graciosas y tontorronas.

Michael notó con asombro que el niño pequeño, de apenas un año a juzgar por su aspecto, era capaz de ver a las chicas risueñas y oscilantes. La mirada del crío iba de acá para allá tratando de seguir el movimiento de las colmenas ardientes de sus melenas, mecidas con las ráfagas que se colaban por la puerta. Las Salamandras sonrieron, le guiñaron el ojo, juguetearon con él y pasearon sus dedos huesudos por los bordes de la mesa como si fueran dos piernas en miniaturas, todo para captar la atención del bebé y hacerlo gatear por el suelo. Desfilaron con sus dígitos por las manzanas apiladas del frutero de madera que yacía en la mesa, y entonces arrullaron y alentaron al único miembro de su fascinado público. El bebé gorjeó de felicidad al ver a las dos mujeres de cabellos encendidos desde su posición, cercana al borde colgante de un mantel corrido con pinta de haber sido, antaño, el chal de una dama. Hasta que la mano sucia y rechoncha del zagal no alcanzó aquel trozo de tela deshilachada, Michael no se dio cuenta de las intenciones de las hadas flamígeras. Dio un grito de alarma —«¡Mirad! ¡Las fueguihadas pretenden que el bebiquizás empiece un manzanincendio!»— pero, cuando los otros entendieron su significado, ya fue tarde.

Los hechos acaecieron obedeciendo el cómico y complejo mecanismo de los dibujos animados: el niño agarró el dobladillo del improvisado mantel, arrastró el abultado frutero hasta el borde de la mesa y luego lo volcó. El recipiente de madera, a su vez, esquivó al crío y se

estrelló contra la alfombra, aunque una de las manzanas rebotó, golpeó al mico asustado en un ojo y lo hizo llorar. Sobresaltada, la vieja encorvada, tal vez la abuela del chico, apartó la vista de la cocina para ver lo que pasaba, inclinó un poco la sartén redonda que estaba empleando, vertió parte del sebo derretido en la chimenea al rojo, y de este modo abrasó al instante su contenido. La sibilante lengua de fuego provocada por su momentáneo descuido cobró altura y prendió los trapos que colgaban junto a las ollas y los cazos, lo cual consiguió que la ahora confusa y aterrada anciana estirara la mano que sostenía la cuchara para apartar de la chimenea las amenazadoras telas y echarlas al suelo, con la mala suerte de que una fue a parar a la alfombra polvorienta. En unos cinco segundos, todo lo inflamable se puso a arder. Durante un instante, la mujer se quedó petrificada e incrédula por lo que había hecho, pero entonces corrió hacia la mesa, atrapó al niño lloroso, salió pitando por la puerta y corrió despavorida por St. Mary's Street, tropezando y gritando «¡Fuego!».

Las hermanas aplaudieron de la emoción, saltaron sin parar y aullaron cuando la deflagración se extendió por la sala. Solo los fogonazos anaranjados que lamían las cabezas de las Salamandras tenían color, observó Michael. Todas las otras llamas que rugían en el atestado chozo poseían un contorno blanco brillante y un corazón gris oscuro, y ascendieron como las antenas de una hormiga hacia las vigas de madera del techo. Phyllis agarró a Michael del cuello desvaído y chamuscado de su bata.

—Hay que irse. No conviene quedarse atrapao con ese par tras una puerta en llamas.

La mayor de las dos chicas crepitantes saltó en un mar de chispas sobre la mesa para ejecutar una especie de cancán, mientras que su hermana menor se echó a reír y se puso a posar con coquetería entre las cortinas incendiadas. Por su parte, los chavales espectrales se desparramaron por la puerta como una baraja de naipes; todos ellos jotas, reinas, picas y tréboles sin el más mínimo toque de rojo en ninguno de los seis.

St. Mary's Street yacía presa de una increíble confusión. Perros y personas corrían por doquier entre ladridos, voces y gritos de pánico que resultaban ensordecedores pese al efecto amortiguador de la juntura fantasma. Dos o tres tipos acudieron frenéticamente hacia la casa afectada cargando con cubos rebosantes de agua, pero a tres metros de la puerta les estalló el espectáculo predicho por Phyllis: las Salamandras saltaron juntas de la casa a la calle, acompañadas de un potente repique de hilaridad y de una gran bocanada de llamas blancas que repelió a los bomberos improvisados y a sus inútiles cubitos de agua. Eran casi las diez de la mañana del 20 de septiembre de 1675.

Michael le iba a preguntar a John por qué llamaban Salamandras a esas dos joviales hadas del fuego cuando la más joven y delgada empezó a reptar sin esfuerzo por la fachada de la choza incendiada hasta alcanzar en segundos el techo de paja, seguida en el acto por su más rolliza y formidable hermana mayor. Ninguna de ellas se movía como una persona normal, pensó Michael, sino como insectos, o quizá como…

—Lagartos —apuntó John—. Una salamandra, con «s» minúscula, es como un lagarto o un tritón. Pero, antaño, la gente creía que las salamandras anidaban en las llamas, así que cuando hablamos de Salamandras, con «S» mayúscula, nos referimos a ciertos espíritus elementales de la naturaleza, en concreto a los elementales del fuego.

Con el resplandor reflejado en sus gafas, Marjorie intervino a continuación.

—Las que gobiernan el agua se llaman Ondinas. La bruja del Nene, que casi me cazó cuando tuve el accidente en Paddy's Meadow, esera una de ellas. Tenía por ojos unas conchas de caracol. Luego están las que rigen el viento, llamadas Sílfides, aunque los únicos de los que he oído hablar eran Silfos viejos y horribles de más un kilómetro de altura. A los espíritus de la tierra se les conoce oficialmente como Gnomos, aunque por aquí los llamamos Orcos, o a veces Pillos. No se ven mucho por la superficie, pero

cabalgan por los túneles del subsuelo a lomos de unas bestias perrunas, grandes y negras, que reciben el nombre de… oh, espera. Parece que han echado a correr.

La muchacha ahogada señaló los tejados, donde el dúo de Salamandras bailaba un vals desaforado entre los caballetes de paja. Las beldades incendiarias se abrazaron estrechamente con un alborozo irreprimible y giraron y giraron en compañía de un tornado llameante que se alzó desde las briznas de sus talones para avanzar de techo en techo. La multitud apiñada en la calle observó con impotencia cómo la coreografía invisible de aquellos fogosos espíritus consumía una choza tras otra. Sin ser consciente de ello, la masa siguió la deslumbrante actuación de las hermanas, que discurrieron con el viento del oeste por St. Mary's Street hacia Horsemarket armando un buen barullo por el camino. Hubo maldiciones, gruñidos, gritos desesperados y distintos tipos de sollozo. Un anciano con cataratas se impuso al clamor con su voz aguda y aflautada para declarar que el fuego era un castigo de Dios provocado por las acciones de los papistas del Parlamento, que habían retirado la Declaración de Indulgencia de Carlos II para las congregaciones disidentes. Un contrariado joven que estaba al lado del viejo delirante lo empujó al barro, pero se vio atacado de inmediato por dos fulanos aún más fornidos y cabreados que detectaron su oprobio. Al poco, la pelea se había extendido por una calle ya de por sí angustiada, y mientras tanto, en las alturas, las Salamandras seguían danzando por las chimeneas, con ráfagas de llamas henchidas ondeando alrededor de sus piernas desnudas como exuberantes vestidos de fiesta. Cuando llegaron a Horsemarket, la gente del extremo oriental de Mary's Street ya había comenzado a evacuar sus moradas sentenciadas, a mudar en la medida de lo posible sus escasas posesiones en una frenética estampida por la avenida.

Cogido de la mano de Phyllis, Michael se precipitó a través de la multitud, en algunos casos literalmente, para mantener el ritmo del devastador ballet de las Salamandras

junto al resto de la Banda de los Muertos Muertos. Cuando las incandescentes nudistas alcanzaron la ancha calzada de tierra de Horsemarket, que subía de norte a sur cruzando el último tramo de la calle principal, los dos extremos de Mary's Street eran furiosos muros de fuego compuestos por las pajas ardientes que el viento había acarreado desde las techumbres desintegradas. Una cadena de focos en combustión serpenteaba cuesta abajo hacia Gold Street, y un centelleante riachuelo simultáneo fluía pendiente arriba hacia el Mayorhold. Las dos hermanas se detuvieron en la chimenea de la última casa de la hilera solo para agacharse velozmente y orinar en su negrura un chorro de chispas doradas, y luego se lanzaron de cabeza desde la pared del fondo entre risitas que sonaron como el crepitar de los troncos en un hogar.

Saltando de un embalado carruaje ardiente a otro, surcaron Horsemarket y corretearon alegremente hacia el este por St. Katherine's Street, todo con los vecinos huyendo a su paso y los rufianes fantasmales y sus aceleradas postimágenes pisándoles los talones, pues no querían perderse nada. Cerca de College Street, las pelirrojas hicieron un alto ante la entrada cerrada de una empresa familiar con aspecto de tenería. Las preciosas monstruosidades escudriñaron las instalaciones e intercambiaron miradas tratando de mantener cierta seriedad, pero entonces, cada una con el brazo posado amigablemente en el hombro desnudo de la otra, atravesaron entre risas la entrada ya llameante y se desvanecieron en el patio vallado. Antes de que Michael, Phyllis y el resto de la pandilla pudieran seguirlas, el establecimiento voló en pedazos. No solo ardió en una gran deflagración como los otros edificios, sino que explotó sobre los encapotados cielos de septiembre en una titánica erupción de fuego acompañada de una lluvia de humeantes astillas puntiagudas que azotaron un centenar de patios en cada dirección, y que cayeron a través de los boquiabiertos y asombrados niños espectrales.

Michael habló primero.

—¿Qué ha serasido ese enorme accibombazo?

John sacudió la cabeza y contempló con incredulidad cómo las dos Salamandras emergían del infierno de la ruinosa fábrica con lágrimas volcánicas de lava gozosa manando por sus mejillas plateadas, aferradas entre sí para no desplomarse en un tembloroso ovillo de carcajadas.

—No tengo ni idea. Parecía un disparo de artillería. Siempre me resultó raro que el gran incendio lograra propagarse de Mary's Street a Derngate en tan solo veinte minutos, pero, si contó con la ayuda de explosiones como esa, no me extraña nada.

Como si estuviera resolviendo algún problema o barajando distintas alternativas en su cabeza, Marjorie la Ahogada arrugó su cara de pan y frunció el ceño. Sin embargo, con independencia de lo que ocupara sus pensamientos, la niña de las gafas no pareció llegar a una conclusión que estimara digna de mención. En vez de eso, se guardó sus cavilaciones para sí misma mientras Phyllis guiaba a la banda por un pasillo estruendoso a la zaga de las chicas de fuego, que avanzaban animadamente hacia el polvorín de College Street o, mejor dicho, College Lane, al menos acorde al rótulo que le indicó a Michael cómo se llamaba la pendiente en aquella época. Un rastro pirotécnico surgió en la estela de las hermanas para propagarse por la cuesta en ambas direcciones y convertir todo lo que rozaba en una nueva tea comburente. Claramente alborozadas, las criaturas apretaron el paso hasta la otra punta de College Street, franquearon una puerta carbonizada y desaparecieron en ese largo pasaje que Michael sabía que con el tiempo se llamaría Jeyes' Jitty, y que servía para atajar hacia Drapery. Mientras canturreaban entre risas sus felices dislates, las despampanantes máquinas de destrucción se internaron en la oscuridad de la callejuela con el feroz chisporroteo de sus melenas al viento y los grisáceos chavales fantasmales en plena persecución.

El niño no se dio cuenta de la escala del desastre hasta que no salieron a Drapery. Cientos de personas lloraban y

gemían de terror mientras huían de la muerte, y otras tantas arrastraban con impotencia a través de la colapsada calle mayor unos inútiles y desbordados cubos de agua para intentar salvar sus negocios. Grandes bandadas de pájaros asustados dibujaban en el cielo una abstracción tras otra contra columnas de humo que tornaban la claridad matutina en un ocaso. Al sur de la desembocadura del callejón, el extremo superior de Gold Street ardía sin remedio, y un lento río de luz abrasadora empezaba a descender inexorablemente por Bridge Street en pos de soldados, ovejas y tenderos espantados. Media ciudad era pasto de las llamas, y solo habían pasado diez minutos desde que el niño hubiera tirado el frutero de la mesa.

Al otro lado de la calle, los pilares de madera que sustentaban la versión lignaria de la iglesia de Todos los Santos estaban ardiendo. Las hermanas dedicaron un instante a comprobar que el edificio hubiera prendido adecuadamente y, entonces, como damas quisquillosas que hubieran salido de compras en busca de algo en particular, danzaron por los puestos de sombreros y zapatos de Drapery inspeccionando aquí y allá algún que otro artículo. En los toscos adoquines adyacentes a un tenderete de zapatos y botas encontraron, con total seguridad, lo que andaban buscando. Se pararon en seco, admiraron una hilera de barriles dispuesta contra la pared oriental de la avenida y alzaron las manos entre chillidos de júbilo. Con un ataque de risa incontenible, comenzaron a bailar en círculos ardorosos hasta doblarse por la mitad, presas de una hilaridad convulsiva provocada por alguna broma privada solo entendible por ellas.

Marjorie la Ahogada exhibió una tirante sonrisita de satisfacción. Claramente, había averiguado algo.

—Así que es eso. Por eso ardió toda la ciudad en menos de media hora.

De repente, la más joven de las Salamandras, la muchacha delgada de trece años, pecho plano y escaso vello púbico flamígero allí donde su rotunda hermana mayor lucía una mata fogosa, entró en acción. Tras un

impulso inicial, y arrojando chispas casposas con su larga melena naranja, dio un brinco de bailarina a través de la cortina de humo y se posó sobre el témpano del primer barril de la fila, de puntillas y extendiendo sus brazos enjutos a ambos costados para así mantener el equilibrio.

El barril estalló en cuanto saltó al siguiente, primero en una columna de fuego líquido y luego en una dispersión de duelas de madera propulsadas hacia el cielo que cayeron como un rocío ardiente sobre las aún incólumes propiedades de cada lado. La pequeña escuálida gambeteó con agilidad hacia la tapa del tercer tonel mientras el segundo despegaba como un cohete: un disco negro y flamante que desapareció sobre los tejados de la plaza del Mercado. Un lago de fluido llameante comenzó a manar por Drapery. Cuando el hada saltó de barril en barril para hacerlos explotar en una cadena de buscapiés ensordecedores, la hermana mayor de la artista alzó los ojos, aplaudió y saltó con entusiasmo. El fuego se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Marjorie la Ahogada decidió compartir su reflexivo veredicto con la banda de espectros infantiles.

—Taninos. La ventolera del oeste no fue el motivo principal de que la ciudad ardiera tan rápido. Fueron los taninos. Desde su fundación, la ciudad siempre fue famosa por sus botas y guantes, ya que contábamos con todo lo necesario para hacer cuero. Teníamos muchas vacas y muchos robles, de cuya corteza se extraen los taninos. Pero el asunto es que los taninos eseran como combustible de avión. Aceleran el fuego y lo agudizan. Por eso ha explotado la tenería de Katherine Street y por eso bailan ahora sobre esos barriles. Las marroquinerías de Drapery estaraban repletas de taninos, y al otro lado de la plaza del Mercado se encontrararaban las guanterías de Glovery, que…

La niña se calló porque toda la parte superior de la calle reventó con un enorme estruendo. Desde el mercado les llegó el rugido de un enorme avión a reacción a punto de despegar, pero Michael recordó que estaban en el siglo XVII y se dio cuenta de que el ruido no era sino el alarido

simultáneo de un montón de gente. Su mirada sorteó las fuentes flamígeras, así como una manta descendente de fragmentos negros y humeantes, para captar a las elementales en el acto de volver a subirse a los tejados, de adherirse a los muros abrasivos como un par de risueños reptiles de cresta naranja.

Más arriba, el extremo inferior de Sheep Street empezó a arder también. Con los ojos desorbitados por el pavor, un caballo llameante y sin jinete salió disparado desde la vetusta embocadura de la vía para galopar hacia la iglesia de Todos los Santos. Nada estaba a salvo y casi todo era inflamable. Por acuerdo tácito, los niños surcaron la esquina superior oriental de Drapery hacia la pesadilla ululante del mercado, vívido epicentro de un cataclismo que convirtió en preámbulo lo visto hasta entonces.

Tras encaramarse a los techos de paja, las Salamandras hermanas abandonaron su baile fingido y empezaron a correr por los niveles superiores de la plaza como dos velocistas de competición. No obstante, ahí se acabaron las similitudes humanas, pues el ritmo con el que las mujeres se embalaron por los tejados fue tan antinatural que resultó genuinamente horrible, semejante a la inesperada celeridad de las arañas. La visión habría sido espeluznante aun sin la conciencia de que las personas de la plaza, reunidas allí por decenas, se habían quedado atrapadas en una ratonera de fuego.

Los comerciantes de las tiendas que bordeaban el mercado corrieron de un lado a otro cargando en brazos con cuantos artículos hubieran podido rescatar de sus negocios amenazados, todo con el fin de ponerlos a buen recaudo en los adoquines centrales del recinto, por el momento ilesos. Sin embargo, cuando la magnitud de la situación les hizo mella, la mayor parte de los vecinos acorralados empezaron a preocuparse más por huir de allí con vida que por salvar sus bienes. Aunque no todos, eso sí. Algunos se pusieron a saquear los establecimientos ardientes, y al fondo hubo ciertas escenas terribles cuando unos furiosos tenderos, armados con pértigas y ganchos,

empujaron a un ladrón demasiado codicioso y ya en llamas hacia el edificio incendiado que había intentado robar. Subsumidos en un estrepitoso chillido simultáneo, los gritos y las voces individuales de los ciudadanos resultaron indistinguibles al lanzarse por aquel recinto cotidiano, ahora reconvertido en crematorio, en pos de una salida.

No solo los vecinos vivos trataban de escapar. Entre los muchos establecimientos de los soportales, varias tabernas comenzaron a vomitar espectros, sobre todo la posada de la zona posterior. Esparcidos desde puertas y ventanas, o filtrados por paredes de madera tras haber adoptado formas indiscernibles del humo circundante, cuatro o cinco siglos de espectros acumulados —caballeros fantasmales, espíritus medievales y hasta vetustas e inespecíficas apariciones— se unieron a las espantadas hordas vivas que habían tenido la desgracia de estar en el mercado en aquel aciago día. A la zaga, detectaron a unos perros muertos cuyas postimágenes simularon la foto *finish* de una carrera de galgos, y mientras tanto, en las alturas, las encantadoras pirotecnias humanas cacarearon, y saltaron, y brincaron al contemplar su obra.

Desde el caldero llameante y colmado de la plaza mayor, los afluentes rugieron por Newland a través de Abington Street, Sheep Street, Bridge Street y Derngate hasta convertir toda la ciudad en una telaraña ardiente, con la sufridora multitud del mercado enredada en su centro. Michael empezó a llorar ante la tragedia de toda la gente que iba a morir, pero Phyllis le apretó la mano y le dijo que no se preocupara.

—Casi tos escapan de aquí, ya lo verás. Solo murieron once personas en toa la ciudad, no muchas más que en cualquier día ordinario. ¡Ah! Ahí está, ¿lo ves? Al otro lao del mercao, en el extremo inferior de Newland, justo donde la multitud intenta…

Señaló la esquina noreste de la plaza, que era a donde parecía dirigirse el grueso de la gran turba despavorida. Los hombres gesticulaban y gritaban cosas para conminar a sus colegas fugitivos a que los siguieran. Cuando los niños fantasmales vagaron en el mismo sentido que la masa huida

y se acercaron al lado opuesto de las cubiertas del mercado, Michael vio que todo el mundo convergía en un único edificio al pie de Newland, un lugar que, en sus días, se había transformado en una curiosa confitería con blasones y otros elementos similares modelados en las escayolas de la entrada. Según constató, tales decoraciones llevaban adornando la vivienda desde al menos el siglo XVII. Como payasos de circo que trataran de meterse en un coche diminuto, la gente atrapada en la plaza se apiñó bajo la yesería heráldica para intentar colarse en la casa. Mientras la banda asistía a aquel éxodo cuasi cómico, Phyllis se lo explicó a Michael.

—Esa es la Casa Galesa. Me atrevería a decir que en tu época esera una confitería, igual que en la mía. Antes de eso, sin embargo, esera una especie de tesorería en la que les pagaban a los pastores que traían ovejas desde Gales. Los rebaños entraban por Sheep Street[32] y, luego, los tipos que las habían guiao por el país venían aquí a cobrar su dinero. Como puedes ver, es casi toa de piedra, y el techo es de teja, no de paja, así que no arde tan rápidamente como las casas de alrededor. La gente va a entrar por delante pa salir por los callejones de detrás, y entonces se pondrá a salvo.

La vejiga cargada de humanidad que era el mercado en llamas tardó poco en vaciarse por la uretra apretada de la Casa Galesa y en inundar, con gran sensación de alivio, las calles traseras orientales. También muchos fantasmas de la plaza eligieron este método para escapar de su coyuntura, y por ende se arrastraron por los pasillos de la casa, invisibles, junto a los vivos. Se dirían reticentes a atravesar los muros incandescentes del recinto, quizá porque el modo de tratar el fuego que habían aprendido en vida seguía arraigado en ellos ahora que estaban muertos. Michael vio que uno de los espectros se hallaba más confuso y asustado que el resto, pues no hacía más que mirar atrás sobre su hombro, hacia las imágenes evanescentes de su estela, mientras avanzaba en la larga cola de espíritus y ciudadanos que se encontraban evacuando la explanada

sentenciada. Tras dedicarle un breve e intrigado examen, el niño lo reconoció como el saqueador al que los vengativos comerciantes habían empujado contra el edificio ardiente hacía unos minutos. Observó embobado cómo aquel fantasma atormentado pasaba a trompicones por el atestado umbral en compañía de otros fugitivos, pero entonces lo distrajo un grito de Reggie Bowler.

—¡Que me aspen! ¿Pero dónde se han metido las Sally-Mandies? ¡He apartado la mirada un condenado segundo y han desaparecido!

La habían apartado él y todos los demás. El escuadrón de zagales espectrales oteó y escudriñó los flecos achicharrados de la silueta del mercado en busca de una brizna de naranja, de algún rastro de las hermanas, pero las dos chicas de cabeza de antorcha no estaban por ninguna parte. Aunque los chiquillos sintieron cierta decepción en su fuero interno por haber perdido a aquellas increíbles pirómanas elementales, Phyllis hizo un esfuerzo por considerar el asunto desde una perspectiva filosófica.

—Pa mí que se han aburrío y se han marchao a lo que quiera que llamen hogar tras haber visto lo mejor de la función. O sea… esto va a seguir ardiendo durante cinco o seis horas, o tal vez más, pero el espectáculo principal ya se ha acabao. Y nosotros también deberíamos volver a St. Mary's Street. Desde allí podremos llegar a la iglesia de Doddridge en 1959, que es donde nos espera la señora Gibbs. Así sabremos de una vez lo que ha averiguao sobre nuestra mascota aquí presente.

La Northampton del siglo XVII escupía llamas por las ventanas, y sus vigas abrasadas crepitaban y caían carbonizadas por doquier. Como refugiados de un documental, los niños de la Banda de los Muertos Muertos titilaron por la plaza ya desierta para regresar a la esquina noroeste, al pasaje y a Drapery. Al igual que el mercado, aquella vía yacía abandonada a la radiante catástrofe, pues incluso los aparecidos del barrio habían desaparecido. Mientras sorteaban la cuesta incandescente y chisporroteante de la devastada calle mayor, los seis chicos

espectrales avistaron más abajo la humeante embocadura de Bridge Street. La ciudad parecía estar ardiendo hasta South Bridge y el río, y la gélida y curvada campana de cristal del cielo otoñal estaba tan tiznada como la tulipa de un candil. Salvo el revuelo distante que traía el viento, los únicos sonidos eran los del averno: suspiros y quejidos profundos que rociaban un esputo de chispas refulgentes sobre la calzada y un farfullo iracundo sobre los umbrales rajados.

Volver por la estrecha callejuela hacia College Street resultó una experiencia peculiar, pues la antecesora de Jeyes' Jitty se había consumido por completo y resplandecía de un extremo a otro con la ráfaga candente de un horno. Compuestos en su mayor parte de ectoplasma, una sustancia húmeda y bastante ignífuga por naturaleza, los niños fantasmales no corrieron ningún peligro al marchar por el angosto pasaje, pero, como Michael descubrió, el fuego se sentía dentro cuando uno lo atravesaba, al igual que las cagadas de pájaro o la lluvia. En lo más profundo del recuerdo espectral de su barriga, notó que el flujo de las llamas producía una picazón persistente e insoportablemente deliciosa que, a falta de otra cosa, podía describirse como muy, muy, muy agradable. Lo estimulaba a querer hacer cosas por impulso sin pararse a pensar si estaban bien o mal, así que se alegró mucho al salir de aquella bocacalle diabólica y cruzar lo que quedaba de College Street. El viejo rótulo que la identificaba como College Lane había quedado reducido a cenizas, y esas cenizas se las había llevado el viento. En el tramo superior, unos saqueadores cargaban los bienes de una tienda abandonada en su carro de dos ruedas, pero, por lo demás, la calle estaba expedita.

Como el resto de las arterias de la ciudad, St. Katherine Street parecía el infierno, o al menos la idea del infierno que Michael solía tener en la cabeza antes de su encuentro con el sardónico Sam O'Day y de saber que era un lugar plano, hecho enteramente de albañiles aplastados o algo por el estilo. En las ruinas explosionadas de la tenería de

más arriba vieron una marca abrasiva de unos seis metros de ancho, bordeada de fragmentos y escombros ennegrecidos, y semejante a un nido gigantesco alcanzado por un rayo, y entonces averiguaron lo que había pasado con las Salamandras.

Fueron Bill y Reggie, mientras allanaban por curiosidad los edificios vacíos de la ruta, los que hicieron el gran descubrimiento, y también los que llamaron, presos de la emoción, a Michael, Phyllis, John y Marjorie para que echaran un vistazo. El hermano menor de Phyll y el pecoso victoriano se habían parado en mitad de un patio arrasado junto a un hoyo humeante entre escombros ennegrecidos; un pequeño cráter de no más de medio metro de diámetro. Ambos se dirían muy felices con el hallazgo.

—¡Que me aspen! Menuda cosa más estrambótica. Venid a echar un vistazo, pandilla.

Ante la invitación de Reggie, los miembros de la mejor banda fallecida de la cuarta dimensión se reunieron alrededor de aquella oquedad irregular en un corro susurrante y animado, aunque tardaron unos instantes en distinguir lo que estaban viendo.

La depresión circular era un agujero gris lleno de rescoldos templados, y ensortijadas en su interior, con una piel plateada casi indistinguible del lecho ceniciento sobre el que descansaban, se hallaban las dos hermanas. Se habían echado a dormir, sin duda cansadas por su ímpetu, y su aspecto en reposo era muy distinto de la actitud risueña que habían exhibido en los tejados de la plaza del Mercado hacía un rato. Por una parte, la maraña de llamas encrespadas de sus cabezas se había extinguido, así que ahora eran calvas. Por la otra, debían medir, como mucho, unos treinta centímetros.

Se habían encogido hasta convertirse en muñecas grises y sin pelo, medio sepultadas y amodorradas en el cálido residuo talcoso del fuego, y acostadas cabeza con pie de un modo que las asemejaba a los dos peces del horóscopo de un diario. Se notaba que estaban vivas porque sus costados subían y bajaban, y con la visión mejorada de

los muertos se apreciaba el movimiento de sus párpados diminutos mientras soñaban con solo Dios sabía qué. Agotadas tras su gran correría aniquiladora, era evidente que las ninfas estaban aletargadas. Habían engullido una ciudad entera, así que ahora yacerían durante décadas hasta la próxima vez, marchitas en el residuo de sus antiguas formas, carentes de calor, y ensoñadas bajo los Boroughs en su cama de polvo y ascuas.

Después de un breve concilio sobre la conveniencia de intentar despertar a la pareja a base de codazos, tal y como sugería Bill, los niños eligieron seguir paseando por las calles ardientes hacia St. Mary's Street y, al fin, la iglesia de Doddridge. Por tanto, dejaron dormir a las Salamandras en la sábana de vapores tóxicos de la tenería ruinosa y continuaron bajando por St. Katherine's Street en dirección a los ennegrecidos restos inferiores de Horsemarket. Mientras Michael arrastraba sus holgadas pantuflas entre John y Phyllis, los otros tres se adelantaron en una vorágine gris de postimágenes para desaparecer en las volutas de humo que reptaban a un centímetro sobre los adoquines.

—Entonces, ¿los Boroughs se quemararon del todo?

Phyllis negó con la cabeza y dejó en el aire un perecedero borrón de rasgos, como si hubiera dibujado su rostro a bolígrafo en un globo y hubiera estirado la goma.

—¡Qué va! El viento del oeste propagó el fuego hacia el este y quemó Drapery, el mercao y demás, pero, salvo por Mary's Street, Horsemarket y el tramo de Marefair que conecta con el final de Gold Street, los Boroughs salieron indemnes del percance.

Michael se alegró al oír las reconfortantes buenas nuevas.

—Pues esera una suerte, ¿no?

John, inmerso hasta las rodillas en las llamas de un árbol caído a la derecha del niño, mostró su desacuerdo.

—No, zagal. En realidad, no. Verás, la zona oriental de la ciudad estaraba arrasada por las llamas, así que tuvieron que reconstruirla con nuevos edificios de piedra que, en algunos casos, siguen ahí en la plaza del Mercado de tu

época. Northampton se rehabilitó entera a excepción de los Boroughs, que se quedaron más o menos como antes de que estallara el fuego. En caso de tener que datar la fecha exacta en la que los Boroughs empezaron a verse como un estercolero, el día idóneo sería este, el del gran incendio de la década de 1670. Si hoy hubiera soplado el viento del este, todos habríamos crecido en un barrio pijo, y nuestras vidas habrían sido muy distintas.

Phyllis bulló de escepticismo, algo que Michael adivinó por las súbitas arrugas que surgieron en el puente de su nariz.

—Pero no fue así, ¿verdad? Las cosas solo pasan una vez, y pasan como tienen que pasar. Si hubiéramos crecío en un barrio pijo, ahora no seríamos nosotros, y yo estoy mu feliz siendo quien soy. Creo que soy la persona que estareba destiná a ser, y creo que los Boroughs también estaraban destinaos a ser justo como eseran.

Llegados a la base de la calle, se toparon de bruces con Horsemarket, una franja carbonizada que discurría cuesta abajo y en la que la gente luchaba con diligencia, y en algunos casos con cierto éxito, por mantener el fuego bajo control. Los niños espectrales se arremolinaron por la calzada entre cadenas humanas de cubos de agua, todas formadas por hombres en los que el sudor y el hollín se habían mezclado hasta formar una especie de pasta negra, de furibunda pintura de guerra tribal.

Al desenrollarse como carretes de celuloide por lo poco que quedaba de Mary's Street, descubrieron que el fuego estaba ya casi extinguido justo en la calle en la que se había originado. Los desolados vecinos rebuscaban entre escombros de cenizas pegajosas o acariciaban el cabello de sus compungidas mujeres como monos enlutados que se hubieran vestido con ropas anticuadas para rodar un anuncio. Imperceptibles, los zascandiles fallecidos flotaron entre la debacle y superaron el negro tajo cauterizado que era Pike Street en pos de la iglesia de Doddridge, que no se construiría hasta veinte años después. Un poco rezagado del resto, Reggie Bowler adoptó un semblante triste y taciturno

sin motivo aparente, se encajó el sombrero y empezó a dedicarle ojeadas melancólicas, desde debajo del ala, al páramo que partía de aquella iglesia inexistente para descender por la colina. Tal vez las connotaciones del lugar hubieran despertado recuerdos desdichados en el desgarbado espectro barriobajero.

Michael, que esperaba que alguien se pusiera a cavar una nueva madriguera hacia el futuro, se sorprendió cuando Phyllis le dijo que no sería necesario.

—No, aquí no es preciso hacer eso. Junto a la iglesia hay algo que lo sustituye. Considéralo una suerte de escalera mecánica o ascensor. Lo llaman el Ultraconducto.

Arribaron entonces a las suaves cuestas del montículo llamado Castle Hill, ese en el que Michael había creído ver hacía poco un par de chozas y establos dispersos. Sin embargo, al acercarse a Chalk Lane —o Quart-Pot Lane, según rezaban los rótulos de la época— pudo advertir, en torno al flanco occidental de los improvisados y endebles edificios, lo que supuso que era la estructura que Phyllis acababa de mentar.

Fuera lo que fuese, aún parecía estar en construcción. Media docena de los mismos peones albañiles que había visto atareados en las Obras estaban trabajando allí en los pilares de una especie de puente a medio terminar, y los dobladillos de sus túnicas grises refulgían con algo que casi alcanzaba a ser color, aunque no del todo. Observó también que había tres ancianas obviamente vivas pululando por el lado norte del montículo, todas ellas con una expresión atribulada que enmascaraba la morbosa curiosidad natural que sin duda sentían al admirar los efectos del fuego. Las mujeres se dirigían en línea recta hacia la cuadrilla de albañiles celestiales y los postes que estaban erigiendo, ellas por completo ajenas a su presencia y, ellos, sin ganas de dejar que el trío los distrajera de sus diversas tareas. A juzgar por la resolución que exhibían sus rostros, estaban procurando cumplir con unos plazos muy exigentes.

El material que manipulaban era blanco, brillante y translúcido, columnas y tablones prefabricados que estaban

colocando en su sitio mediante sogas y poleas. La inmensa vastedad de un puente de aspecto más o menos rematado sobrevolaba los Boroughs desde el oeste para truncarse en mitad del aire a unos metros por encima del último establo de Chalk o Quart-Pot Lane. Este viaducto elevado, que parecía curvarse hacia el sur hasta perderse en la neblina grisácea de la distancia, estaba sustentado a todo lo largo de su onírica extensión por pilares de alabastro idénticos a los que los albañiles se esforzaban por situar sobre las suaves y herbosas colinas de Castle Hill. Aun así, había algo en la posición de las columnas que al crío le resultó un error garrafal.

El puente se hallaba sostenido por dos hileras de pilares semitransparentes, una a cada lado. Pero el problema residía en que, si uno escudriñaba lo que en teoría debía ser la base del puntal más cercano y alzaba la vista, este no hacía sino soportar el extremo más alejado de la construcción. De igual modo, si uno se centraba en el tope superior de uno de los pilares que cargaban con el límite proximal de la pasarela y lo seguía hasta sus cimientos, acababa invariablemente en el tramo más distante de la hilera de columnas. Cuando se apreciaba en su totalidad, la estructura se diría correcta. Solo cuando uno intentaba darle sentido al encaje de sus partes percibía la imposibilidad de la disposición que estaba viendo. Al aproximarse junto con la Banda de los Muertos Muertos, notó que la mera contemplación le causaba una tremenda jaqueca fantasmal. Cerró los ojos y se frotó la frente. Phyllis le dio un cariñoso apretujón en la mano.

—Lo sé. Da dolor de cabeza, ¿verdad? Se extiende hacia Lambeth, luego hasta Dover, y entonces cruza el canal, atraviesa Francia e Italia y acaba en Jerusalén. Por lo que he oío, es como cuando el consistorio hace una calle en condiciones allí donde antes solo había un sendero marcao en la hierba. El Ultraconducto también empezó como un camino abierto por el propio tránsito de hombres y mujeres, solo que en este caso discurriraba por el tiempo en lugar de por la hierba. Lleva aquí desde mucho antes de los

romanos, pero fueron ellos los que lo establecieron oficialmente, por así decirlo. Luego, personas como el monje ese, que vino con una cruz desde Jerusalén pa ponerla en el centro, lo hicieron más profundo. Y después, por supuesto, vinieron los cruzaos, que iban y venían entre este lugar y Tierra Santa. Fue en el siglo XVI, por la época en la que Enrique VIII destrozó los monasterios y forzó el cisma con Roma pa poder divorciarse, cuando los albañiles empezaron a levantar el Ultraconducto. Ahora lo vemos en las fases finales de su construcción, que habrá terminao en unos veinte años.

En un esfuerzo consciente por dejar de mirar el trampantojo de los pilares, Michael se fijó en el propio Ultraconducto, un puente de alabastro que surcaba Northampton hacia la lejanía del horizonte. A lo largo de la balaustrada de la pasarela había cierta actividad borrosa, una sensación de movimiento constante que no dejaba discernir, en realidad, movimiento alguno. Una especie de ondas brumosas se propagaban por el paso elevado en ambos sentidos para fusionarse en intrincados patrones líquidos allí donde se cruzaban. Pese a que la estructura yacía inacabada, quedaba claro que una o más personas la estaban usando en viajes demasiado rápidos como para ser captados. O quizá demasiado lentos, pensó de repente, y sin encontrarle lógica alguna a la idea.

La pandilla había llegado ya al punto de Chalk Lane en el que los albañiles de túnicas grises se hallaban trabajando. En calidad de autoproclamada portavoz del grupo, Phyllis se abrió paso a codazos entre sus colegas, arrastró a Michael en su estela y se acercó al primer peón de la fila, que era más alto y flaco que el resto, tenía la cabeza rapada y lucía una cara larga y lastimera. La niña lo interpeló con las palabras lentas y deliberadas que uno le dirigiría a alguien que fuera sordo o un poco menguado.

—Este es Michael Warren. Somos la Banda de los Muertos Muertos. ¿Podemos usar el Ultraconducto para ir a hablar con Phil el Fogoso?

El albañil bajó la vista hacia la niña fantasma, su

bufanda truculenta y el pequeño en bata que había junto a ella. Sus ojos grises centellearon, y entonces frunció los labios como si intentara contener una risotada.

—¿¡Bigbang mos band bro nor!?

Michael empezaba a acostumbrarse al idioma de los albañiles. Primero enunciaban un galimatías que era su versión de una palabra o una oración, y luego ese sinsentido se desplegaba en la mente del oyente como un largo discurso repleto de frases sonoras y grandilocuentes. En el caso actual, ese monólogo expandido comenzaba con «En el Big Bang nos alzamos, vosotros y yo, como hijos de un capricho…» y seguía dale que dale en ese tono. Sin embargo, había aprendido que, al final, cuando uno terminaba de escucharlos y de asimilar el contenido en la medida de lo posible, surgía una suerte de traducción propia. Si lo había oído bien, el risueño fulano había dicho lo siguiente:

—¿La Banda de los Muertos Muertos? ¡Vaya! ¡Pero si he leído vuestro libro! Así que soy el ángulo con el que os topáis al llegar al Ultraconducto en el capítulo doce, «El enigma del niño atragantado», y que vuelve a salir al final de ese pasaje. Es un gran honor. Ahora, dejadme ver… tú, con esa bufanda de conejos, debes ser Phyllis, y este de aquí será Michael, el hermano de Alma. La de ahí atrás supongo que será la mismísima señorita Driscoll. En fin… claro que podéis ver al señor Doddridge. Si queréis, os llevo en persona. ¡Cielos, qué ganas tengo de contárselo a los demás!

Con una pompa desmesurada, el albañil los guio amablemente hacia una escalera apoyada sobre el puente de más arriba, aunque, al acercarse, Michael vio que estaba alfombrada, y que en realidad era un tramo estrecho de eso que había oído referir como «escalera jacobita». El grupo de niños fantasmales flotó obedientemente en la dirección indicada sin que nadie armara el jaleo habitual. De hecho, tras las palabras de aquel espárrago entunicado de gris, todos parecían demasiado asombrados como para hacer ruido. Por más que a los miembros de la Banda de los

Muertos Muertos les gustara fingir que eran famosos, ahora se dirían desconcertados por la supuesta idea de que incluso los albañiles leyeran sus aventuras. No obstante, quedaba el asunto de dónde las habrían leído. Salvo el ejemplar onírico de Reggie Bowler, que claramente no debía tenerse en cuenta, no existían libros reales que las narraran. ¿Y quién era esa tal señorita Driscoll? Al llegar a la base de la escalera, Michael captó una parte de los animados susurros que Bill y Phyllis estaban intercambiando a su espalda.

—Habló de *Forbidden Worlds* cuando Reggie y yo lo encontramos en los pisos de Bath Street, pero aun así no lo relacioné.

—Cuando lo vi por primera vez en los Áticos del Hálito pensé que me sonaba de algo. No supe de qué, pero ahora ya lo sé. Era de la exposición. Justo en esa calle de allí. En fin… esto lo cambia to.

Sonaba como si hablaran de él, pero no le veía sentido. Además, la fila que lideraba había llegado a la escalera jacobita, así que debía concentrarse en ascender. Como era habitual, resultaba muy incómoda, con huellas que hasta para sus pies eran diminutas y contrahuellas tan altas que requerían de la liviandad general de la juntura fantasma. Al cabo del rato, arribó a la lechosa rutilancia del paseo del Ultraconducto.

Se quedó clavado en el sitio, iluminado desde abajo por las planchas de cristal blanco que conformaban el puente inconcluso, y con su pequeña silueta casi borrada de la existencia cual figura velada en una foto sobreexpuesta. Mientras sus cinco camaradas y el albañil servicial subían en retaguardia, él se embobó con el paisaje transfigurado que ofrecía aquella nueva perspectiva, aquel paso elevado que había sido construido, según Phyllis, sobre un sendero abierto en el mismísimo tiempo.

A su alrededor, de una punta a otra del horizonte, varias épocas diferentes acaecían a la vez. Los árboles y los edificios se solapaban, transparentes, en una vorágine de imágenes delirantes que cambiaban y crecían y se fundían entre sí; unas estructuras translúcidas que desaparecían y se

desmenuzaban solo para reaparecer y precipitarse por sus vidas aceleradas una y otra vez en un vertiginoso borrón en blanco y negro, como si un proyeccionista loco estuviera exhibiendo simultáneamente y a la velocidad inadecuada muchos rollos distintos de películas viejas en un artilugio destartalado y titilante. Al mirar hacia el oeste desde aquella autopista elevada, Michael vio tanto la edificación del castillo de Northampton a manos de los normandos y sus trabajadores como su demolición a instancias de Carlos II mil quinientos años después. Varios siglos de hierba y ruinas coexistían con el crecimiento expansivo y las fluctuaciones de la estación ferroviaria. Mozos de la década de 1920 corrían en una comedia silente mientras empujaban carros cargados de equipaje entre una partida de caza sajona. Mujeres con faldas ridículamente minúsculas se superponían, sin ser conscientes, con parlamentaristas puritanos, hasta el punto de arrojar breves fotomontajes en el que las medias de rejilla convivían con las picas más afiladas. De los techos de los coches surgían cabezas de caballo, y todo sucedía mientras el castillo se erigía y se destruía, se alzaba y caía, crecía y menguaba como un pulmón histórico grande y gris que respirara cruzados, santos, revolucionarios y trenes eléctricos por igual.

Obviamente, el castillo no estaba solo en el flujo transformador de aquel tiempo sincrónico. Arriba, el cielo se hallaba veteado por la luz y la climatología de un millar de años, mientras que, bajo el fulgor de la estructura, el puente occidental de la ciudad mutaba de presas de castores a postes de madera, del puente levadizo de Cromwell a la mole de cemento y ladrillos que Michael conocía. Ya a su lado, Phyllis lo miró con un semblante levemente divertido, como si lo viera con otra luz. Finalmente, sonrió.

—Bueno, ¿qué tal? Vaya vista, ¿eh? Pos añadiré algo… si tienes alguna pregunta pa mí, dispara. Sé que antes te dije que cerraras el pico y que dejaras de consultar cosas tol rato, pero digamos que he cambiao de opinión. Pregunta lo

que quieras, patito mío.

Michael pestañeó rápidamente. Aquello constituía un giro en redondo, y no tenía ni idea de qué lo habría causado tan repentinamente. Dicho esto, creyó que haría bien en aprovechar aquel nuevo espíritu aperturista de Phyllis mientras durase.

—Vale, pues, eh… ¿te gustararía ser mi novia?

Ahora le tocó a Phyllis mirar a Michael con perplejidad. Luego, le pasó el brazo por los hombros con ánimo de consolarlo antes de responder.

—No. Lo siento. Soy un poco vieja pa ti. Además, cuando he dicho que preguntaras lo que quisieras no me refería a preguntas como esa. Me refería al Ultraconducto y tal.

Michael alzó los ojos y la observó con aire pensativo.

—Oh, bien. En ese caso, ¿por qué podemos ver tantas épocas distintas desde aquí?

La banda al completo y el albañil que se había ofrecido voluntario para guiarlos empezaron a caminar lentamente hacia el extremo incompleto e irregular del puente. Phyllis, que a juzgar por su cara agradeció inmensamente el cambio de tema, contestó con entusiasmo la cuestión del crío mientras paseaban juntos.

—Este esera el aspecto del tiempo si lo sobrevuelas y miras hacia abajo. Es como una ciudad grande y enorme… cuando vas por la calle, solo ves el tramo en el que te encuentras, pero si te suben al cielo y bajas la vista puedes ver el sitio entero y tos sus edificios a la vez. El Ultraconducto suelen usarlo albañiles, diablos, santos y gente así pa salvar la perduración que va de aquí a Jerusalén. A ellos les da igual ver el tiempo de esta forma porque están habituaos, pero pa los fantasmas normales sigue siendo curioso. Si no me crees, échale un vistazo a la iglesia de esta punta de aquí.

Michael apartó los ojos de Phyllis y se fijó en el saliente inconcluso y notorio al que se aproximaban. Justo después de la sección en la que el puente acababa en mitad del aire, había una tremenda confusión visual, una

imaginería arremolinada a medio camino entre una velocísima película promocional sobre el sector de la construcción y el espectacular despliegue pirotécnico de una noche de Guy Fawkes. Contempló la colina prehistórica natural que se convertiría en Castle Hill y, superpuestos, el auge y caída de los edificios anexos al castillo normando, un único bastión de piedra rodeado por un pequeño foso, ese mismo torreón solitario derruido en un montón de escombros, y la zanja de alrededor drenada y cegada hasta formar un anillo de calles de tierra apelmazada en torno al montículo. Una capilla de madera floreció y se marchitó en un llano de césped yermo, atestado de borrosos carros de la fiebre que pulularon por la zona para colmar de restos humanos una fosa común que solo se manifestó por un instante. Las chozas y establos que había visto hacía poco por el lugar en la década de 1670 oscilaron intermitentemente, y entonces, en el tumulto, una estructura oblonga hecha de una cálida piedra gris comenzó a cobrar forma.

Al principio, el edificio solo fue un conjunto de paredes que emergieron por sí solas dejando los huecos de tres altos ventanales en la fachada sur, más dos largas entradas que extendieron sus ladrillos hacia el oeste hasta formar una especie de muelles de carga de algún tipo. Michael se dio cuenta de que la luminosa pasarela blanca que tenía a sus pies parecía dirigirse en línea recta hacia la mitad superior de la puerta más a la izquierda, pero se distrajo con los temblores de un tejado de pizarra que surgió de la nada para desplegarse desde los aleros, así como con un porche que empezó a abrirse paso desde el lado sur de la finca por debajo de los tres ventanales, provisto de una cubierta similar y de su propia chimenea de ladrillo. A varios metros, los muros perimetrales de piedra caliza cercaron la propiedad floreciendo en curiosos montículos redondeados allí donde antes había cuatro esquinas, pero luego adoptaron esas formas bajas y angulosas con las que Michael estaba tan familiarizado. Al mismo tiempo —aunque todo coexistía al mismo tiempo, incluida la antigua

loma de hierba, la torre normanda y los establos destartalados y tambaleantes que la siguieron—, vio que el porche, con su chimenea solitaria y su pronunciado tejado de pizarra, se fundía en un frente más ancho y grande: un vestíbulo victoriano antecedido por un patio enlosado al que se accedía mediante una cancela de hierro. Al echar la vista atrás hacia el flanco occidental, que era el más cercano, atisbó que las dos largas entradas estaban ya casi cerradas, pero que en el muro de la extensión, a media altura, había quedado una pequeña abertura que se correspondía exactamente con el final del Ultraconducto. La unión inacabada entre ambos debía haberse rematado en los últimos segundos, porque ahora la pasarela encajaba en el templo a la perfección y se internaba sin solución de continuidad en el vano suspendido. La iglesia de Doddridge, ya plenamente reconocible, explotó en el tiempo y el espacio mientras los pisos y las casas modernas a su espalda lamían el cielo de la urbe con sus lenguas de ladrillo.

Entre tanto, sobre los contornos de la construcción en ciernes, se sucedieron hechos de otra índole. Unas pinceladas de luz pálida bosquejaron un imponente diagrama de vigas y andamios, una enorme y compleja trama de calcos luminiscentes que se alzaron en una columna de bordes cuadrados hacia el firmamento cuajado de más arriba, con sus confines superiores inabarcables incluso para el rango de visión de los ojos fantasmales del infante. Sus líneas espigadas, de una brillantez fugaz, aparecieron y desaparecieron con un centelleo en elaboradísimas rejillas blancas contrapuestas al torbellino secular del cielo, que se nubló y despejó sobre sus cabezas en señal de que aquella iglesia mundana solo era la piedra fundacional de algo infinitamente más vasto. Intrigado, Michael miró a Phyllis, que en respuesta sonrió con orgullo.

—Y tú que pensabas que los bloques del nada-cinco o nada-seis eseran grandes, ¿eh? Bueno, pos no son na comparaos con el tinglao de Phil el Fogoso. Sube hasta Humánima e incluso más allá, hasta la oficina del Tercer Borough si los rumores son ciertos.

Michael, que nunca había oído ese nombre, se quedó extrañado.

—¿Quién es el Tercer Borough?

—Bueno, tal y como te dije, el primer Borough es el barrio normal y corriente del plano de los vivos. Luego, encima, está el segundo Borough, que es lo que llamamos Arriba. Y sobre eso, pos… bueno, está el Tercer Borough. Es una mezcla de recaudaor y policía al mismo tiempo. Dirige los Boroughs. Se asegura de que haya justicia sobre las calles y toas esas cosas. Y, excepto los albañiles, nadie le ve el pelo. Pero atento, que ahora nos toca pasar por la puerta curva pa reunirnos con la señora Gibbs y ver si ha averiguao algo sobre esta gran aventura en la que estás embarcao.

El grupo llegó al punto en el que el puente deslumbrante conectaba con la trampilla de madera situada a media altura en el muro occidental de la iglesia. Michael dejó que Phyllis lo cogiera de la mano para empujarlo hacia los tablones pintados de negro de la puerta, tras lo cual sobrevino una súbita explosión de color y un sonido atronador. El hedor de la boa de pieles de la niña, tan horrible como lo recordaba, o incluso peor, se le coló por los orificios de la nariz antes de que pudiera tapárselos, y le provocó arcadas. Las postimágenes que los habían acompañado en su excursión por el gran incendio de Northampton se desvanecieron abruptamente, lo cual le indicó que se habían elevado más allá de la juntura fantasma. Ahora estaban Arriba, en Humánima.

Aun así, la estancia en la que se encontraban parecía de tamaño normal, carente del estrafalario agrandamiento de los infinitos aeródromos de Humánima. El mobiliario —mesas, sillas y alfombras— era de estilo dieciochesco, y aunque destacaba por su presencia y opulencia, no era el de un hombre rico, ni tampoco el de uno extravagante u ostentoso.

Cuando los niños y su escolta entunicado de gris se propagaron hacia la luz dorada de la sala a través de su menuda puerta de madera, descubrieron que la señora

Gibbs ya estaba allí esperándolos. La rotunda amortajadora de mejillas sonrosadas estaba de pie al fondo de la cámara, vestida con un delantal blanco adornado en sus dobladillos con abejas y mariposas bordadas en colores llamativos. A su lado había un hombre de mediana edad y estatura modesta. Sus rasgos cincelados, matizados por una frente suave y una nariz con forma de hoja curva, eran aun así propensos a la gordura, pues entre el rectángulo de su vetusto y almidonado alzacuellos eclesiástico y el surco de su firme mentón asomaba una leve papada adiposa. Sus ojos, sin embargo, lucían una suerte de cualidad abisal en la que el amable azul pizarra de sus iris se replegaba hacia unas amplias cuencas redondas que parecían atrapar la luz reflejada en sus contornos, todo mientras un brillo febril salpicaba sus mejillas angulosas. Aunque Michael tardó en deducir que era una peluca, una cascada de rizos dorados caía elegantemente sobre los hombros de la larga sotana negra del pastor para encuadrar sus nobles y gentiles facciones con el marco áureo de una pintura antigua. Una sonrisa cariñosa asomaba en las comisuras del amplio y fino arco de sus labios. Aquel, pensó Michael, debía ser el hombre al que Phyllis llamaba Phil el Fogoso, aunque en sus maneras no había ni un ápice de fogosidad. Como bien había aprendido hacía poco durante las correrías de las Salamandras, el fuego no tenía ni por asomo un aspecto tan considerado y razonable.

Tanto la señora Gibbs como el clérigo —a su modo, imponente— se mostraron complacidos al ver a los desaliñados críos espectrales y al albañil que los guiaba. La amortajadora se inclinó hacia adelante para recibirlos con una gran sonrisa.

—Al fin, queridos míos. Señor Aziel, me alegra verle. Este esera el señor Doddridge, la persona con la que os dije que iba a charlar. Señor Doddridge, he aquí a la Banda de los Muertos Muertos, de la que me atrevo a suponer que ya habrá oído hablar.

Doddridge sonrió, aunque sus ojos radiantes observaron a Michael con cierta tristeza.

—¡Así que estos son los terrores de Humánima! ¡Válgame, menudo honor! Mi esposa Mercy suele leerle vuestras hazañas a Tetsy, nuestra hija mayor. Debo presentároslas debidamente, pero antes ardo en deseos de conocer a un miembro en particular.

Michael pensó que ese debía ser él, puesto que en el más allá todos parecían tenerle ojeriza. Al mismo tiempo, sin que el crío lo sospechara, Phyllis Painter asumió que el clérigo se refería a ella, la líder de la Banda de los Muertos Muertos. Por razones íntimas, incluso Marjorie albergó alguna expectativa, pero entonces Doddridge los decepcionó a los tres cruzando la alfombra de patrón diamantino, pasando entre ellos y aferrando los hombros de Reggie Bowler. Nadie se lo esperó, y Reggie menos aún.

—Por vuestras vestiduras, estoy convencido de que sois el señorito Fowler. Leer que hallasteis vuestro gélido final en la intemperie de nuestra pequeña iglesia me hizo llorar, y a Mercy también. Debéis sacar tiempo de entre vuestras aventuras para asistir a la academia de fantasmas que intento fundar, pues los espíritus menos venturosos podrán recibir en ella una educación incluso después de haber concluido su período mortal. Prometedme que nos visitaréis, pues eso colmaría mi corazón de dicha.

Reggie asintió, patidifuso, y estrechó la mano que le brindó el hombre. El clérigo sonrió, satisfecho, y pasó a dirigir sus atenciones a los demás niños.

—Veamos pues. Por la célebre y desagradable bufanda, vos debéis ser Phyllis Painter, lo cual significa que allí tenemos a nuestra pequeña autora. El amigo alto del fondo ha de ser el flamante chico-soldado y, por el parecido familiar que guardáis con la joven señorita Painter, asumo que vos seréis Bill. Tened por seguro que no os quitaré ojo.

Finalmente, Doddridge le dedicó a Michael una sonrisa, y a continuación se puso en cuclillas para que sus ojos quedasen a la altura de los del pequeño en batín.

—Por eliminación, entonces, este esquelético infante debe ser Michael Warren. Pobre muchacho. Imagino que todo esto debe apabullarte… asistir a los entresijos de

nuestra existencia en Humánima mientras tu cuerpo mundano se precipita hacia el hospital que fundé junto a mis dos buenos amigos, el señor Stonhouse y el reverendo Hervey. Por si eso fuera poco, la señora Gibbs me ha informado de que uno de los diablos mayores se ha valido del engaño para comprometerte en un pacto perverso.

Los labios de Michael temblaron ante el recuerdo.

—Dijo que debía ayudarle a cometer un asesinato. No tendré que hacerlo, ¿verdad?

Tras detenerse un instante a contemplar las decoraciones color crema y chocolate de la alfombra, Doddridge volvió a alzar la vista hacia Michael, con los ojos cargados de gravedad y preocupación en el interior de sus órbitas bordeadas de luz.

—No, a menos que sea la voluntad de Aquel que construye todas las cosas, lo cual podría ser el caso. Sé valiente, hijo mío, y asume que nada ocurre salvo por necesidad. Todos nosotros jugamos un papel en la inmaculada construcción, en el alzamiento del Porthimoth di Norhan, y tú más que ningún otro. Tu rol solo entraña que prosigas con tu aventura. Admira en la medida de lo posible este municipio eterno en el que nos prorrogamos, por más que sus panorámicas te sean pavorosas en ocasiones. Admira a ángulos y diablos por igual, querido mío, e intenta recordar todo lo que experimentes. Tu paso por aquí deberá servir de inspiración para hechos que, por muy modestos que sean, resultarán esenciales para la finalización del Porthimoth.

En este punto, Phyllis le propinó a Bill un fuerte codazo en las costillas.

—¿Ves? Te lo dije —le susurró.

Michael seguía sin tener ni idea de lo que se traían entre manos, pero, en cualquier caso, le preocupaba más lo que el señor Doddridge acababa de decir.

—El tal Sam O'Day me dijo que no recordaría nada de esto cuando resucitara. Dijo que así eseran las reglas de Arriba.

Al asentir, el predicador hizo vibrar los rizos dorados

de su peluca. Tras brindarle una sonrisa tranquilizadora, miró a los otros niños para estudiarlos con sus ojos plácidos.

—Nunca deja de sorprenderme, pero la cruda realidad es que los diablos no pueden mentir. Todos sabemos que lo que ha mencionado nuestro joven amigo es cierto, y que todo lo que sucede en Humánima se olvida en el reino mortal. Pero también se me ocurre que un par de vosotros ya sabe por qué no será este el caso de Michael. Debéis hacer todo lo posible por aseguraros de que recuerde su tiempo con nosotros. Aunque esto parezca imposible, existe un modo de lograr tal propósito. Por lo que he leído en vuestra novela más entretenida, bastará con que os atengáis a vuestro propio discurrir, siempre sin dejar de confiar en que, a la postre, las cosas habrán de salir bien.

Marjorie la Ahogada intervino aquí para dirigirse al pastor con tono de fastidio.

—Si ya sabe cómo vamos a resolver el asunto, ¿por qué no nos lo cuenta y nos ahorra la molestia de averiguarlo?

Poniéndose en pie, el clérigo soltó una carcajada y acarició el cabello castaño de la niñita fornida en un gesto de afecto, pero Marjorie, ofendida, lo fulminó con la mirada a través de sus gafas de la sanidad pública.

—Porque el cuento no discurre así. En ningún momento de la narración que me leyó Mercy se dice que el viejo señor Doddridge intervenga, os cuente cómo acaba la historia, y os permita saltar hacia adelante y ahorraros la molestia. No, eso debéis resolverlo vosotros mismos. Y, para que seáis conscientes, la molestia que tan deseosa estáis de evitar bien podría ser el elemento más vital de vuestra peripecia.

La señora Gibbs metió baza con cordialidad.

—Bueno, queridos míos. Estoy segura de que hay temas que al señor Aziel y al señor Doddridge les gustaría tratar. ¿Por qué no os llevo a conocer a la señora Doddridge y a la señorita Tetsy? Creo recordar que la señora Doddridge me comentó que iba a preparar té y pasteles para todo el mundo.

La banda fantasmal al completo celebró el anuncio con gran efusividad antes de congregarse en torno a la amortajadora, que empezó a pastorearlos por la estancia iluminada en dirección a la puerta del fondo y el pasillo posterior. La mención de un tentempié suscitó en Michael una especie de conmoción, pues hasta entonces había asumido que los fantasmas no podían ni comer ni beber. Cayó en la cuenta de que la última cosa que había pasado por sus labios era el caramelo de cereza mentolada que su madre le había dado en el patio soleado de St. Andrew's Road, de lo cual hacía ya una semana, como poco, según sus cálculos. Llevaba desde entonces sin sentir la necesidad de comer, pero el recuerdo de lo bien que sentaba masticar y tragar algo rico le hizo sentirse ahora hambriento y nostálgico al mismo tiempo, así que ambas sensaciones se mezclaron sin remedio. Se notó vorazmente evocador.

Michael y los otros niños se internaron con la señora Gibbs en un pasillo crepitante y acogedor para dejar al reverendo y al albañil alto y huesudo con su conversación. El señor Doddridge y el hombre al que la señora Gibbs se había referido como «señor Aziel» se disponían a sentarse en dos sillones enfrentados cuando la puerta del salón se cerró tras los críos y la amortajadora. El corredor con el que se toparon los zagales fantasmales era corto, pero estaba decorado con muy buen gusto, presidido por un jarrón con flores rosas y amarillas en un único alféizar, y bañado por una columna escorada de fresca luz matinal que caía en un charco albugíneo sobre los tablones barnizados. A la izquierda, sobre las finas rayas verde menta del papel tapiz, colgaba un recamado enmarcado que reproducía, en hilo de oro sobre fondo de seda magenta, un diseño tosco que Michael ya había visto en Humánima; en concreto, el de un tramo de calle o carretera situado bajo un conjunto de balanzas esquemáticas. Desde el final del pasillo se filtraba un delicioso olor a horneado, dulce y fragante incluso en competición con el hedor de los conejos pútridos de Phyllis Painter.

Con los andares de una gallina negra, la señora Gibbs

condujo a los espectros delictivos hacia la puerta de roble basto que había al final del pasillo, tras la cual se encontraron con la esplendorosa fiesta de la cosecha de una cocina alegre y anticuada. De inmediato, Michael determinó que el perfume a pastel de frutas que había detectado en el pasillo provenía de allí. Dos damas muy hermosas y adorables, con sus cabellos corvinos recogidos en sendos moños, charlaban de pie junto a un oscuro hornillo de hierro, pero no tardaron en girarse entusiasmadas hacia la amortajadora y su rebaño de pillos fantasmales en cuanto los vieron franquear la entrada.

—La señora Gibbs… ¡y los que sin duda son nuestros pequeños héroes! Pasad y coged una silla. Tetsy y yo nos contamos entre vuestros más fervientes admiradores, y ahora henos aquí, justo en mitad del episodio del niño atragantado, verbalizando diálogos que habremos estudiado una docena de veces. En verdad, la sensación esera muy rara, pero también tremendamente excitante. Tomad asiento mientras preparo algo de té.

A juicio de Michael, la mujer que había hablado era la mayor de las dos. Era un poco corpulenta, con una cara en forma de corazón y unos ojos amables, e iba embutida en un vestido de damasco blanco con flores de seda bordadas y unas mariposas moteadas de color naranja muy parecidas a las que circundaban el mandil de la señora Gibbs. Sus pies, más bien pequeños, calzaban suaves zapatos de un cuero ocre pálido, con pespuntes negros que los asemejaban a leopardos y tacones de unos cinco centímetros de alto. Un tostado velo de cálido espíritu maternal la envolvía por completo, hasta el punto de que Michael quiso abrazarla y no soltarse jamás. Cuando la cariñosa señora lo condujo hacia una de las sillas de madera que rodeaban la mesa de la cocina, situada junto a una preciosa chimenea de azulejos, el niño extrañó más que nunca a su madre Doreen. La señora Gibbs se ocupó de las consabidas presentaciones.

—Ahora, queridos míos, prestad atención. Esta esera la señora Mercy Doddridge, la buena esposa del señor Doddridge, mientras que esta joven dama que tengo a mi

lado esera la mayor de sus hijas, la señorita Elizabeth. Aunque no lo parezca, la señorita Elizabeth esera más joven que la mayoría de vosotros. Querida, ¿cuántos años tenías cuando doblaste la esquina hacia Humánima? ¿Seis, tal vez?

La señorita Elizabeth, que era una versión más joven y animada de su madre, llevaba un vestido que lucía el delicado color primuláceo de un cielo de levante minutos antes del alba, adornado aquí y allá con rosas diminutas. Al responder a la pregunta de la amortajadora, amagó una risa pícara y agitó sus rizos morenos. Por sus expresiones, Reggie, John y Bill parecían prendados de la hija del pastor, pues no perdían detalle.

—Oh, no. No tenía ni cinco años cuando sucumbí a las molestias y la consunción. Recuerdo que morí la semana antes de la fiesta de mi quinto cumpleaños, así que no llegué a asistir, y eso me contrarió tremendamente. Creo que sigo enterrada en esta misma iglesia bajo la mesa de la eucaristía, ¿verdad, mamá?

La señora Doddridge miró a su hija con cariño e indulgencia.

—Sí, sigues ahí, Tetsy, aunque la mesa de la eucaristía no. Ahora, sé buena y saca los pasteles feéricos del horno mientras hago el té. La superagua ya debe haber hervido.

Sentado a la vera de la elegante chimenea y distraído con el vaivén de sus zapatillas, Michael alzó los ojos hacia el hornillo. Una gran cacerola de hierro humeaba en el quemador, aparentemente llena de las mismas bolas de filigrana líquida que había visto llover sobre Humánima durante la batalla de los albañiles gigantes. Por las gotitas intrincadas del borde de la olla, debía ser superagua. La señora Doddridge cruzó la espaciosa cocina hacia una encimera de madera sobre la que descansaba una lustrosa tetera esmeralda de barro esmaltado. Con su visión fantasmal, pudo atisbar la miniatura bulbosa de toda la estancia reflejada en el contorno oceánico del recipiente antes de que la esposa del reverendo se acercara y se interpusiera. La mujer abrió la tapa de la tetera, se estiró

hacia la zona superior de la ventana que había sobre la encimera de madera y agarró una de las cosas con forma extraña que tenía colgadas sobre el marco, agrupadas en ristras como si quisiera secarlas. Michael no las había advertido antes, pero, al hacerlo ahora, le provocaron un buen sobresalto.

Su tamaño iba desde el de la tapa de un tarro de mermelada hasta el de la mano de un hombre, y recordaban a las estrellas de mar desecadas, o quizás a los cuerpos resecos de unas arañas gigantes que gozaran de la agradable coloración de los helados. Por si esta semejanza no fuera lo bastante inquietante, al examinarlas más de cerca entendió que la verdadera naturaleza de aquellas masas pendidas era aún más perturbadora: cada una de ellas era un racimo de hadas muertas, con sus cabecitas y sus cuerpecitos unidos en anillo para formar una red radiante similar a un elaborado tapete de encaje, solo que más voluminoso. Se acordó entonces de las extrañas flores grises que Bill había encontrado excavando durante la huida de la aullante tormenta fantasma, las del patio trasero cercano a la base de Scarletwell Street. Esas, sin embargo, las evocaba como unas cosas horribles llenas de cuerpos encogidos, cabezas hinchadas y enormes ojos negros que parecían seguirle a uno, mientras que estos especímenes presentaban proporciones armoniosas y no exhibían ojos en absoluto, sino solo unas rendijillas blancas como las del corazón de una manzana cuando se le quitaban las pepitas. Caían anudadas en cuatro cordeles, cada uno con dos o tres racimos de hadas secas, y al chocar entre sí producían el ruido sordo de unas campanillas de viento hechas de madera.

Cuando arrancó una de las flores más grandes, la señora Doddridge rompió sin querer las frágiles piernas de un par de hadas. Briosa e impasible, la esposa del reverendo empezó a desmenuzar a las ninfas gemelares en trozos lo suficientemente pequeños como para caber en el receptáculo, y luego corrió hacia el hornillo, asió por el mango la cacerola de superagua hirviente y vertió su

contenido sobre las hadas majadas de la tetera. De la infusión surgió un aroma que le hizo la boca agua, similar al de las mandarinas si las mandarinas fueran también melocotones y, tal vez, bolitas de anís.

Mientras tanto, la encantadora señorita Elizabeth sacó una bandeja negra del horno. Cargada con al menos una docena de pastelitos rosas, su olor resultaba incluso más suculento que el del té perfumado. Tras apartarlos para que se enfriaran, la más joven de las Doddridge cogió un pequeño cuenco liso de la repisa de la chimenea azulejada junto a la que Michael estaba sentado. Al verla pasar, no pudo contener la curiosidad.

—¿Por qué te llaman Tetsy si tu nombre es Elizabeth? ¿Y por qué estás tan crecida si solo tienes cuatro años? ¿Qué hay en ese cuenco? Me llamo Michael.

La señorita Elizabeth se agachó para sonreírle.

—Oh, ya sé quién sois, señorito Warren. Sois el niño atragantado del capítulo doce, y me llaman Tetsy porque así es como pronunciaba «Betsy» cuando esera pequeña. La razón por la que decidí crecer tras morir esera que nunca llegué a tener la oportunidad de conocer la adultez en vida. Y en cuanto al cuenco, vedlo vos mismo.

La niña bajó el bol y lo ladeó para mostrarle su interior. Acumulada en el fondo había una duna diminuta de cristal molido, una substancia parecida al azúcar granulado, pero con los tonos azules y blancos de una perfecta mañana estival. Elizabeth lo invitó a hundir la yema en el polvo cerúleo para coger una pizca y probarlo, y así lo hizo. Era como el azúcar normal, aunque también tenía el gusto punzante y efervescente de un sorbete. Entusiasmado con el novedoso sabor, Michael le preguntó qué era.

—Son todas las minúsculas pepitas azules que extraemos de las locas de Bedlam. Cuando tenemos las necesarias, las machacamos en un mortero hasta obtener azúcar de Puck, y luego lo espolvoreamos sobre nuestros pasteles feéricos.

Con algo de tardanza, se dio cuenta de a dónde habían

ido a parar los ojos ausentes en los racimos colgados de hadas muertas. Michael sacó la lengua como si no quisiera tenerla en la boca tras su coqueteo con el glaseado de globos oculares, y la cara que puso a continuación consiguió que la hija del reverendo estallara en carcajadas.

—Oh, no seáis tonto. No son hadas de verdad. Solo son trozos o láminas de una suerte de hongo afrutado más grande y complejo conocido como sombrero de Puck, o loca de Bedlam. Una vez, el espíritu de un legionario romano vino de visita desde Jerusalén, y él los llamaba trufas de Minerva. Crecen en la juntura fantasma o en el segundo Borough, y arraigan allí donde haya sustento. Los que están verdes son como corros de elfos o duendes, y no deben comerse. Hay que esperar a que maduren con forma de hada. La gente del mundo real no puede verlos, pero a veces es capaz de distinguir las raíces que los sombreros de Puck extienden hacia el reino inferior sin llegar a percibir el cuerpo, que se asemeja a un anillo de hadas danzarinas diferenciadas, o a un revoltijo de horribles trasgos grises si no está maduro. Aquí arriba es lo único que hay para comer, aunque también está esa especie de mantequilla ectoplásmica que dan las vacas fantasmales. Por sí sola es insípida, pero si mueles los sombreros y mezclas esa harina con su grasa espectral, obtienes una masa dulce y rosada. Eso es lo que usamos para hacer nuestros pasteles feéricos, y ahora, si me disculpáis, creo que ya se habrán enfriado lo suficiente como para rociarlos con azúcar de Puck y servirlos.

La joven Doddridge rodeó la mesa de la cocina para dejar que los otros niños cataran el polvo dulce, distribuido por igual entre todos ellos. Mientras tanto, su madre sacó una flota entera de tazas y platillos de un aparador disimulado, y empezó a servirle a cada uno un chorro humeante de brebaje rosa desde la profunda tetera verde oscuro, reluciente como una carnosa manzana de cerámica. La señora Doddridge alternó entre la encimera de madera y sus huéspedes sentados para dispensarles el té, y de paso les advirtió a los jóvenes chavales que tuvieran cuidado de no

derramarlo.

—Y no vayáis a escaldaros la lengua. Antes de beberlo, sopladlo un poco para que se enfríe. También tenemos una jarra de leche espectral por si a alguien le apetece, pero, en nuestra experiencia, estropea el sabor y le da al té un sabor calcáreo.

En el ínterin, Tetsy acabó de espolvorear los ojos de hada pulverizados sobre los pasteles calientes, cuya llamativa forma rosa quedó rociada de un reluciente glaseado de cobalto. A la señora Gibbs y a los seis niños se les permitió coger una pieza por cabeza del amplio plato en el que yacían recién horneadas; un rebaño de nubes al ocaso contra un cielo invernal de porcelana. Tras escanciar sus propias infusiones, las Doddridge arrimaron unos taburetes a la mesa, seleccionaron sus dulces de entre los restantes, los mordisquearon, y se unieron a la suave charla susurrante de la merienda.

La señora Doddridge, sentada junto a la señora Gibbs, le preguntó a la amortajadora acerca de la vieja normativa de las puertas de Humánima, que al parecer eran cinco. Desde su asiento al lado de la chimenea, Michael no pudo seguir la discusión, pero captó ciertas comparaciones entre los distintos accesos y los cinco sentidos humanos. Derngate, según entreoyó, era el tacto, significara lo que significase eso. Perplejo, el crío centró su atención en la vivaracha Tetsy, que se había sentado junto a Marjorie para interrogar con gran entusiasmo a la colegiala ahogada sobre un asunto aún más insondable que la relación entre las papilas gustativas y los portones de la urbe.

—Mi capítulo favorito esera el del odioso hombre de la camisa negra que vagaba perdido por Arriba mientras sufría un delirio en su cuerpo mortal. Mamá y yo nos reímos tanto que a duras penas pude leérselo. Y el pasaje en el que el oso espectral de Bearward Street resulta ser projudío y se pone a perseguirlo por la juntura fantasma hasta las celebraciones del Día de la Victoria en Europa esera una auténtica maravilla.

Marjorie parecía muy complacida con los comentarios,

aunque para Michael eran incomprensibles. Más allá, sentados también a la mesa, John y Phyllis conversaban mientras sorbían su té. Parecían gustarse, y aunque él aún sentía una leve decepción por la negativa de Phyllis a ser su novia, creía que hacían una pareja estupenda. Justo enfrente, Bill y Reggie seguían tramando planes para capturar un mamut fantasma, y como hablaban con la boca abierta, dejando entrever desagradables trozos de pastel de hadas a medio masticar, no hacían más que escupirse migas violetas a la cara.

Sin nadie con quien hablar en aquel momento, pensó que bien podía aprovechar la oportunidad y probar las primorosas creaciones azules y rosas por sí mismo. Levantó el bocado tentador que le habían dado, lo sostuvo bajo la nariz y olfateó su cálido perfume. Como el té, el pastel emanaba un delicioso aunque ambiguo aroma. Sabía que no era anís mezclado con pizcas de melocotón y mandarina, no exactamente, pero era algo igual de distintivo e inusual. Al morder la azucarada cubierta zafirina, en su boca estalló de inmediato un cúmulo de sensaciones tan inmensas e intrincadas que pensó que su lengua al fin había llegado al cielo junto con el resto. El sabor del pastel era tan rico y complejo como, por ejemplo, el aspecto o el sonido de una catedral. Una esquiva nota de frutas ignotas, procedentes de islas medio imaginarias, recorrió sus carrillos como si fuera música de órgano, y la etérea textura esponjosa era la de la luz de un domingo tamizada por un cristal tintado. Al tragar, sintió un cosquilleo en mitad de su cuerpo, justo donde solía estar su barriguita, que se le extendió hacia los pies, los dedos y las puntas de sus rizos rubios. Con la impresión de que su espíritu se bañaba en esa esencia de rosas que la gente acostumbraba a echar en las felicitaciones de cumpleaños, Michael se embriagó de un retrogusto que resonó por todo él como un himno. Lo colmó de una vitalidad fresca, pero también tan satisfactoria que enseguida notó una modorra soñadora y deliciosa. Era una experiencia de lo más contradictoria.

Tal y como había sugerido la señora Doddridge, sopló

el té y le dio un prudente sorbo. Su sabor era el de los pasteles, solo que más limpio y agradablemente astringente, más parecido a una brisa cálida que atravesara su mente y su cuerpo espectrales que a algo substancial. Se sentía más contento y relajado que nunca, sentado con sus amigos en una cocina en cierto modo familiar que jamás había pisado. Alrededor de la mesa, la charla de los comensales se redujo a un murmullo distante —Reggie le consultó a Bill cuál sería el mejor cebo para atraer a un mamut fantasmal y Tetsy Doddridge le preguntó en voz alta a Marjorie si tener a dos miembros en la banda que se apellidaran Warren no sería confuso para el lector—, pero a él ya no le importaba mantenerse al corriente de las distintas conversaciones. Mordió su pastel feérico y dio otro sorbo a su té de hadas, y al hacerlo descubrió que reanimaban en él la misma sensación de asombro y emoción que sintió cuando Phyllis lo aupó por primera vez a Humánima.

Por entonces, cuando todo le resultaba nuevo, era capaz de quedarse absolutamente embobado con cada superficie y cada textura, absorto con las vetas de madera o las desgastadas hebras rosas del jersey de Phyllis Painter. Desde aquel momento, y sin que hubiera tenido conciencia, su apreciación de las maravillas que le rodeaban había ido tornándose más tibia y atemperada, como si diera por sentados aquel extraordinario más allá y todo su boato. Ahora, con sus facultades vivificadas por la merendola eclesiástica, se dio cuenta de lo indiferente que se había vuelto y de cuántas cosas se estaba perdiendo. Así pues, admiró la cocina que lo envolvía, con su lechosa luz matinal y los roces y marcas de uso en su entrañable mobiliario, y se solazó en sus humildes maravillas y en el profundo sentido hogareño que transmitían.

Sus ojos se iluminaron con los azulejos ornados de la chimenea que había a su lado, y contempló por primera vez sus pasmosos detalles. Cada pieza representaba una escena diferente delineada en los tonos azules degradados de la porcelana china, finas líneas de un rico azul marino sobre un fondo sombreado más frío y pálido. Tras uno o dos

segundos, entendió que los cuadrados estaban dispuestos en orden para que todas las imágenes individuales contaran una historia, como ocurría en los cómics de Alma. En base a esa intuición, creyó que el lugar más adecuado para comenzar el relato sería el extremo inferior izquierdo del faldón, muy cerca de donde se hallaba sentado.

Al bajar la vista, se quedó instantáneamente cautivado con el episodio descrito, pues su visión mejorada se sumergió en el arabesco azul oscuro y le hizo comprender, para su estupor, que constituía casi una imagen de sí mismo, de un niño pequeño mirando la historia que contaban los azulejos pintados de una chimenea. Imágenes, dentro de imágenes, dentro de imágenes. Aquella regresión eterna lo fascinó más que todos los rayos y centellas de los Áticos del Hálito la primera vez que los vio. Aunque el niño de la miniatura no se le parecía, ya que tenía el cabello moreno cortado al tazón y vestía zapatos de hebilla con bombachos cortos, se vio atrapado por la exquisita ilustración. Ya ni siquiera estaba seguro de si era Michael Warren, sentado en una cocina comiendo tarta y mirando un azulejo, o de si era el joven pintado, inclinado sobre el regazo de su madre mientras ella se cernía junto al fuego para señalarle los pasajes bíblicos del mosaico decorado que lo rodeaba. La estancia cálida y la mesa atestada de su entorno se fundieron en un húmedo esmalte cerámico hasta convertirse en un salón de otro siglo, y al hacerlo se tiñeron de un lustroso azul de Prusia. Sus manos eran ahora una silueta cian sobre un tono ultramarino, acuoso y tenue, y era…

Era Philip Doddridge, tenía seis años y su madre, Monica, le estaba enseñando las escrituras; su brazo derecho, delineado en azul, descansaba en torno a sus hombros, y le leía la Biblia gastada que yacía en sus muslos resbaladizos sobre la falda. Con la otra mano señalaba los azulejos de Delft que bordeaban el fuego junto al que estaban sentados, cada uno adornado con una escena del Nuevo Testamento; una crucifixión o anunciación que iluminara el pasaje que le estuviera narrando a su hijo. Era una lluviosa tarde otoñal de 1708, y a la vera de

la chimenea en aquel salón de Kingston-upon-Tames todo exhibía un aire sacro. En la repisa, un par de abanicos de papel flanqueaban un reloj de bronce repujado guarnecido por una gigantesca campana de cristal transparente, y la regia luz azul del hogar relucía contra el fondo esmaltado de uno de los flancos. La voz suave de Monica Doddridge cantaba sus lecciones mientras su hijo recorría con la mirada, de acá para allá, la hermosa cerámica holandesa. En ella, un Jonás enorme era regurgitado por una ballena no mayor que un lucio rechoncho, y a un hijo pródigo tocado con una peluca de la época se le acogía de nuevo en el redil. Tan cautivado estaba el chico por el fascinante retablo que casi se sentía parte de él, una figura lacada medio turquesa, tal vez un niño Jesús que sermoneara a sus estupefactos mayores sobre los escalones del templo. Perdido como estaba entre las ornamentaciones añiles, Philip se recompuso y se abstrajo de las escenas bíblicas justo antes de que la inmersión fuera total. Era…

Era Michael Warren. Estaba sentado en una cocina de Humánima a la luz del sol, y cinco niños y tres adultos lo acompañaban alrededor de la mesa, todos charlando animadamente sin prestarle atención alguna. Pasmado por lo que le había sucedido, dejó que su atención vagara nuevamente hacia el alicatado, pero esta vez se fijó, con cautela, en el segundo azulejo de la esquina inferior izquierda. Era…

Era una mañana como otra cualquiera del mes de agosto de 1714 en la iglesia congregacional de Fetter Lane. Philly tenía doce años, y era un bosquejo enfermizo trazado en tinta azul con una pluma estilográfica, sentado en el banco delantero entre su padre y el querido tío Philip, y atento al sermón matinal del señor Bradbury, que era el pastor. Su madre había muerto súbitamente hacía tres años, y el niño, frágil y resignado, no creía que su padre o su tío fueran a durar mucho más a su lado. No era una familia de recia salud, ya que Philly y su hermana mayor, Elizabeth, eran los dos únicos supervivientes de una descendencia de veinte vástagos, y los otros dieciocho habían muerto todos incluso antes de que él naciera. Un movimiento en la galería superior lo sacó de sus

ensoñaciones, y al mirar hacia arriba vio caer un pañuelo, un objeto de encaje con un aciano bordado, captado en su tranquilo descenso hacia el suelo enlosado de la iglesia. Todos ahogaron un grito excepto el padre del chico, Daniel Doddridge, que se limitó a toser. El pañuelo era la señal que había arrojado deliberadamente un mensajero del obispo Burnet para anunciar la defunción de la reina Ana, la monarca Estuardo que tanto había perjudicado la causa inconformista. De hecho, su último esfuerzo por disolverla, el Acta del Cisma, debía tramitarse como ley aquel mismo día. Constituía un claro intento de socavar una gran tradición de disidencia religiosa que se remontaba a los lolardos de John Wycliffe en el siglo XIV *o al gran discrepante radical que fue Robert Browne doscientos años después. Atacaba la fe de Bunyan y la de sus camaradas revolucionarios, los muggletonianos, los moravos y los ranters, pero era muy probable que el Acta del Cisma cayera ahora en el olvido tras el fallecimiento de la reina Ana, su principal instigadora. Philly se sentía extremadamente nervioso y no paraba de moverse sobre el duro asiento del banco, pero no sabía muy bien por qué. Alertado por el aviso de la galería, el pastor abrevió el sermón rápidamente y rezó una plegaria por el nuevo rey, el hannoveriano Jorge I, que ya había jurado apoyar el inconformismo. Tras asimilar la halagüeña noticia de que la odiada Ana había muerto al fin, la iglesia bulló de un susurrante entusiasmo. Con una íntima sonrisa de satisfacción, el señor Bradbury dirigió el canto del Salmo 89 antes de volver a leer su texto con tono severo: «Id ahora a ver a esa maldita mujer y enterradla, pues es hija de rey». Los oídos de Philly se aguzaron al darse cuenta de que estaba presenciando el albor de una nueva era, una era de libertad religiosa que apenas podía vislumbrar en aquel momento. Sintió…*

Sintió el borde rígido de la silla de la cocina y la presión contra sus muslos, el dulce y limoso trozo de pastel feérico que yacía, sin tragar, sobre su lengua. Lo deglutió y tomó un breve sorbo de té antes de inspeccionar el siguiente azulejo. Descubrió…

Descubrió que iba vestido con un camisón y unas enaguas prestadas, y que en su cabeza morena llevaba por casco una

lata de pudin. Tenía veintiún años, se hallaba interpretando el Tamerlán *de Rowe junto con otros amigos y compañeros de la academia disidente de Kibworth, Leicestershire, y su papel era el del ilustre sultán Bayezid. Por las mejillas del elenco improvisado corrían lágrimas de risa, incluidas las del buen Obadiah Hughes, a quien llamaban Atticus, y las de la pequeña Jenny Jennings, apodada Teodosia e hija del reverendo que dirigía la institución. Su mote era Hortensius, y cuando hizo revolotear sus faldas color lavanda deseó que aquella hilaridad durara para siempre, ansió poder parar el tiempo de algún modo y preservar así el momento por toda la eternidad, como si fuera una mosca alegre y gozosa atrapada en ámbar. Bien sabía el Señor que la vida de Hortensius había conocido, hasta el momento, pocas y preciadas risas. Huérfano a la tierna edad de trece años, su tutela la ejerció un caballero llamado Downes que perdió toda su herencia con unas ruinosas especulaciones financieras en la City. Tras un inestable e improductivo periodo con su hermana mayor, Elizabeth, y su marido, el reverendo John Nettleton, Hortensius halló un hogar en el establecimiento de Kibworth, donde por la gracia de Dios le inculcaron una humildad y una disciplina que esperaba que le dieran sustento hasta el fin de sus días. El reverendo John Jennings y su esposa se habían portado con él casi como unos segundos padres, pues tal era el cariño que le profesaban y tanta era su preocupación por el desarrollo del chico. Le sorprendió averiguar que el padre de la señora Jennings había sido sir Francis Wingate, de Harlington Grange, Bedford, el hombre que envió al pobre John Bunyan a la prisión de Bedford. Ahora, partido de la risa, con su falso casco de hojalata repiqueteando en el suelo tras habérsele caído y en compañía de sus amigos, se vio afligido por el contraste entre esa frivolidad y la abrumadora soledad que sentía en todos los demás aspectos de su vida. Contaba con la pasión que sentía por Kitty Freeman, a la que llamaba Clarinda, pero temía que sus afectos estuvieran cayendo mayoritariamente en saco roto. Al tropezar con la línea lapislázuli que era el dobladillo de su camisón y provocar renovados estallidos de júbilo, se preguntó si el futuro le depararía alguna compañera perfecta. ¿Acaso entraría eso en*

los planes de Dios, si es que tales planes incluían a Hortensius? ¿Figurarían una esposa y una vocación conveniente en sus grandes e inefables designios? ¿Cuál era su destino? ¿Qué era…?

¿Qué era todo aquello? Michael tenía la sensación de estar varado entre la cocina hogareña y el exquisito mundo lacado de los azulejos, un reluciente paisaje de porcelana, reproducido en los tonos de una tiza de billar, y en donde el tiempo quedaba reducido a delgados trazos azules sobre un esmalte blanco. Aunque se sabía inexorablemente absorbido por cada nueva imagen que contemplaba, constató que no podía dejar de mirar. La euforia asociada al té y el pastel lo envolvió como una manta mullida y espesa para mitigar el temor a acabar atrapado dentro de las florituras pictóricas. Dejó que su escrutinio se deslizara sobre la siguiente escena de la secuencia. Y aquella…

Aquella difusa niebla mañanera, blanca sobre las zarzas zafirinas del camino rural, resultaba espeluznante. El pastor había interrumpido su viaje para hablar con una joven vestida con harapos cuadriculados, de ojos grandes y brillantes contra la casi imperceptible aguada empizarrada del bucólico sendero. El reverendo Doddridge, que se encontraba visitando los pueblos de Northamptonshire para predicar en las congregaciones que lo habían invitado, permaneció a horcajadas en su paciente mula, y se quedó maravillado con la chica cetrina de aire sobrenatural que le bloqueaba el paso. Se llamaba Mary Wills, y era una profetisa respetada en la cercana Pitsford, una mística arbustomante que había detenido al pálido, solicitado y joven predicador en mitad de su periplo. Se diría una criatura conjurada por la niebla reptante de las cunetas y hecha de hierbas o setos empapados, y afirmaba que, en sus visiones, el futuro era un libro ya escrito, una forma esculpida y encastrada en el férreo molde del tiempo. «"Y como no le pudimos persuadir, desistimos, diciendo: Hágase la voluntad del Señor". Esas son las palabras del primer sermón que pronunciaréis en los pobres municipios de Northampton, donde habréis de ser pastor». A lo largo de las décadas volvería a toparse con aquel oráculo desastrado y llegaría a no dudar de sus visiones, pero

en aquella primera ocasión, a sus veintiséis años, consideró que sus profecías eran una farsa, aunque no mostró aspereza o brusquedad al interactuar con la muchacha. Demostrar la falsedad de sus predicciones, pensó Doddridge, sería precisamente la misión del pastor de Northampton. Él acababa de ceder a los ruegos de sus colegas de la congregación disidente, el Dr. Watts, David Some y el resto, para asumir la dirección de la academia disidente de Market Harborough, cargo que había quedado vacante tras el fallecimiento del clérigo anterior, el añorado reverendo John Jennings. Unas carretas habían llevado ya las pertenencias de Doddridge a la residencia de Harborough, donde la señora Jennings seguiría ocupándose de las tareas domésticas, y el joven albergaba la esperanza de entrablar una relación afectiva con Jenny, la encantadora hija de los Jennings. La idea de dejarse convencer para sacrificar una posición tan ilustre en favor de una choza inhóspita en los ignorantes barrios de Northampton le pareció una quimera absurda que jamás habría de suceder, y esto lo afirmaba con total seguridad. Por tanto, dio gracias a la insólita niña por sus consejos y prosiguió su viaje. Era…

Era imposible huir del implacable avance de los azulejos una vez se había sucumbido al persuasivo ritmo de la historia. Sumergido en sus grandes olas vítreas de color azul y blanco, Michael cejó en su débil resistencia y se hundió a plomo en las corrientes de la narración, pasando de una escena a la siguiente. No sabía realmente…

No sabía realmente por qué hacía aquello, guiar a su caballo a través de la delicada y nívea cortina de encaje de la Nochebuena en dirección a las cálidas luces del templo de Castle Hill. Iba aplastando la escarcha crujiente del enterramiento, un estofado de costillas depauperadas y cráneos pestilentes situado bajo la capa de hielo y la gélida tierra suelta que aquella ocultaba. Uno o dos meses después de haberse establecido en su academia de Market Harborough, recibió unas fervientes súplicas por parte de las gentes de Northampton instándole a aceptar en su lugar la clerecía de Castle Hill, el barrio más deprimido del oeste de la ciudad. El vecindario era una desgracia ruinosa a la que se le habían denegado las bellas

renovaciones acometidas en el resto de la urbe tras el gran incendio, y además, él estaba comprometido con su trabajo en Harborough. Por tanto, declinó la oferta con amabilidad, pero la humilde congregación persistió. Finalmente, el joven y popular reverendo eligió expresar su negativa en persona, transmitirle gentilmente a su rebaño potencial que debía cesar en sus ruegos, y hacerlo mediante un sermón. Las palabras con las que decidió empezarlo fueron «Y como no le pudimos persuadir, desistimos, diciendo: Hágase la voluntad del Señor», pero aun así no pensó ni en Mary Wills ni en su augurio hasta la mitad de la homilía, cuando descubrió que ya lo había cumplido. Más aún, los feligreses de Castle Hill mostraron tan buena voluntad hacia él que una oleada de pensamientos convulsos lo asaltó de camino a su alojamiento al pie de la cercana Gold Street. Al pasar por una puerta abierta, oyó a un niño leyéndole las escrituras en voz alta a su madre, justo como el atribulado reverendo había hecho tantas veces, y con voz clara y sincera, dijo así: «Y como tus días será tu fortaleza». El sentimiento le infundió al instante tal energía que pareció una revelación: todos sus días eran parte de sí mismo, parte de su substancia eterna, y él no se componía más que de esos días, de sus pensamientos, sus palabras y sus hechos. Esos días eran su fuerza. Eran todo él. Resolvió allí y entonces dimitir de su puesto en la academia de Harborough y aceptar, en su lugar, una posición mucho menos prometedora en Northampton. Sus colegas, el señor Some y Samuel Clark, se sintieron ultrajados al principio, y le rogaron que lo reconsiderara, pero ambos concluyeron, a regañadientes, que de la singularidad de los sucesos se infería que una causa mayor que la suya debía haber decretado tal resolución según sus propios e inescrutables designios. Así pues, allí estaba él en plena Nochebuena, avanzando trabajosamente hacia su destino a través del azul oscuro de unas sombras moteadas de copos blancos. Solo con dificultad…

Solo con dificultad pudo recordar la cocina o el pastel. Los episodios grabados en azul se precipitaron ahora con mayor intensidad y rapidez. Supo que estaba…

Supo que estaba destinado a casarse con la señorita Mercy

Maris en cuanto posó sus ojos en ella, hecho que acaeció en el salón de la casa que la tía abuela de la joven, la señora Owen, tenía en Worcester. Con veintidós años —seis menos que él—, un gran carácter y una complexión lozana, le resultó una joya tan diáfana que temió no poseer los medios necesarios para permitírsela. Recientemente se había declarado a Jenny Jennings, ya con dieciséis años de edad, pero, tras su rechazo, suspendió el cortejo y se consideró afortunado de mantener su amistad. El impulso que lo había poseído en tal ocasión, sin embargo, palideció ante la pasión que sintió a primera vista por la señorita Maris, que lo zarandeó como un auténtico rayo. Por supuesto, persistió en su empeño por ser incapaz de hacer otra cosa, pero entonces descubrió, con alegría, que sus afectos eran recíprocos. Tras desposarla un 29 de noviembre de 1730 en Upton-on-Severn, su reciente esposa se fue a vivir con él a Northampton, donde se sumó con entusiasmo a todos sus quehaceres pese a la modestia del barrio. Los lugareños eran modelos de alegría y amabilidad, aunque a veces se desataban disputas entre la docena larga de credos inconformistas de la zona. De hecho, la señora Doddridge y él hallaron una congregación muy cordial, y eso pese a la reputación que arrastraba a costa de la insurrección y el malestar; un rincón tranquilo que en el siglo pasado había conocido la escritura y publicación del más sedicioso de los ataques firmados con el trillado pseudónimo de Martin Marprelate. ¿No había declarado sir Humphrey Ramsden en su correspondencia con John Lambe que Northampton era «un nido de puritanos», y que sus gentes eran «malignos espíritus refractarios que perturbaban la paz de la iglesia»? Pues bien, se trataba del mismo condado cuyos feligreses fueron pioneros a la hora de demandar, durante el reinado de Isabel, que se cantaran himnos en las celebraciones allí donde antes solo se entonaban salmos. Era un buen lugar, tan santo a su manera como cualquier otro, y a su esposa y a él les iba bien allí, aunque Mary Wills le había profetizado que su primer intento de engendrar un hijo acabaría en tragedia. Dicho esto, quizás en aquella ocasión se equivocase. Al fin y al cabo, dada su propia postura hacia el determinismo, consideraba que sin…

Sin abandonar las sombras de la iglesia de Castle Hill, se detuvo y lloró, y a través del salado velo de su estremecimiento contempló la pequeña tumba situada entre las baldosas bajo la mesa de la eucaristía. Él creía haber llorado ya lo bastante, así que el súbito arranque lo tomó por sorpresa. Sin duda, su origen radicaba en los folletos que hacía poco le había entregado su imprenta, uno de los cuales yacía ahora en sus manos temblorosas. «Invoquemos y fortalezcamos nuestro sometimiento a la Divina Providencia a raíz de la Muerte de los Niños, en un SERMÓN pronunciado en NORTHAMPTON por la MUERTE De una NIÑA muy alegre y afable de casi Cinco Años. Publicado con compasión hacia sus dolientes PADRES Por P. DODDRIDGE, D.D. Neve Liturarum pudeat : qui viderit illas. De Lachrymis factas sentiat esse meis. OVID. LONDRES: Impreso por R. HETT en Te Bible and Crown, Poultry. MDCC XXXVII. [Precio: Seis Peniques.]». Escrito con más lágrimas que tinta, ahora las primeras salpicaron a la segunda para diluirla y emborronarla aún más. Tal vez…

Tal vez su destino no fuera tan espléndido como en la academia de Harborough, pero detenido en Sheep Street frente a la embocadura de Silver Street, Doddridge no pudo sino concluir que su trabajo era el mejor de toda Inglaterra. Mercy, sus cuatro hijos supervivientes y él habían vivido muy cómodamente en su residencia anterior, sita en la esquina de Pike Lane con Marefair, mas con la cantidad de nuevos alumnos que llegaban cada semana para estudiar religión, matemáticas, latín, griego o hebreo, era evidente que iban a requerir las nuevas instalaciones de la institución disidente, más modernas y considerablemente mayores, para albergarlos a todos. Esperaba…

Esperaba que fuera su tolerancia la que le hubiera granjeado tantos buenos amigos. Su iglesia gozaba de una relación afable con el templo baptista de College Lane, y en su vida privada frecuentaba a colegas calvinistas, moravos y swedenborgianos. Ahora, en una mañana de marzo de 1744, se hallaba en George Row acompañado de su más preciado e improbable

camarada, el señor John Stonhouse, que había llevado una vida imprudente y licenciosa y que, en cierta ocasión, incluso había firmado un tratado en contra de la cristiandad. Una tarde, de camino a ver a una mujer disoluta, Stonhouse se detuvo a oír las prédicas del famoso doctor Philip Doddridge, y tras renunciar en el acto a sus viejas costumbres, se convirtió en el aliado más inquebrantable de su causa y le ayudó a fundar la primera enfermería pública después de la de Londres, coyuntura que los había llevado aquella borrascosa mañana a George Row. En el…

En el oscuro cielo de noviembre que lo sobrevolaba, las flores de artificio vertieron una lluvia de pétalos de color crema y cobalto sobre la academia de Sheep Street, iluminada ferozmente por una horda de velas dispuestas a modo de frase: «VIVA EL REY JORGE, NO AL PRETENDIENTE». Doddridge llevaba mucho tiempo siendo consciente de la suerte que habían tenido los disidentes al amparo de este monarca hannoveriano, y solía advertirle a su congregación que recelara de un resurgimiento de los Estuardo, proclives a restablecer la opresión católica. En 1745, esa amenaza se hizo menos hipotética cuando el príncipe Carlos Eduardo Estuardo, pretendiente al trono británico, alzó su estandarte en Glenfinnan para marchar al sur e invadir Inglaterra, pero Doddridge, advertido de tal eventualidad desde hacía seis años por Mary Wills, de Pitsford, estaba preparado. Con la ayuda de su buen amigo el conde de Halifax, galvanizó al Parlamento, en apariencia indiferente a la amenaza del joven pretendiente, para reunir una fuerza de más de mil hombres y doscientos efectivos de caballería, la mayoría acuartelados en Northampton. El pretendiente, ya desprovisto del fuerte contingente jacobita con el que contaba, se desanimó aún más al saber de la presencia de enemigos armados y prevenidos un poco más al sur. Justo ahora acababa de empezar a retirarse hacia Escocia y su más que probable ruina, y de ahí las espléndidas celebraciones pirotécnicas. No pudo sino regocijarse.…

No pudo sino regocijarse de la gran providencia divina mientras

yacía moribundo en una pequeña casita de campo a pocos kilómetros de Lisboa. Mercy y él, ayudados por las donaciones de la bondadosa gente de Castle Hill, habían emprendido un viaje revitalizante hacia Portugal tras notar que su salud, nunca robusta, comenzaba al fin su comprensible declive. En 1751, aquel país soleado era famoso por su buen tiempo y por los efectos reparadores de sus paisajes, aunque estaba claro que sus asesores de Northampton no habían previsto que las últimas semanas de octubre marcaran tradicionalmente el inicio de la temporada de lluvias. Ahora estaban a punto de dar las tres de la mañana de un oscuro día veintiséis. Oyó el tamborileo del aguacero sobre el tejado y supuso que el final no tardaría en llegar. Mercy, víctima del clima, también estaba enferma, y él sabía que no podría asistirlo por más que ella lo deseara con todo su corazón. Dio gracias al Señor por la esposa querida y leal que tanto había enriquecido buena parte de los cuarenta y nueve años que había pasado sobre la Tierra. Dio gracias al Señor por su vida, por cada triunfo y cada revés, por permitirle impulsar la causa disidente hasta su notable magnitud actual y por haber forzado a la Iglesia a reconocer a sus hermanos inconformistas, todo lo cual se había conseguido desde el modesto montículo en el que se alzaba su humilde templo. Mercy dormía a su lado. Oyó la lluvia y sintió su aliento en la mejilla. Cerró…

Cerró los ojos. Michael tenía la impresión de que los fantasmas no dormían, pero eso mismo pensaba de la comida hasta que le sirvieron el té y el pastel feéricos. Inmerso en una modorra rosada, discurrió ociosamente que aunque los muertos no necesitaran sustento o siestas, era probable que se concedieran ambas cosas de vez en cuando solo por el simple placer de hacerlo. Aún podía oír las otras voces de la cocina soleada, pero sonaban lejanas y ajenas a él. Notó que alguien —una de las Doddridge, a buen seguro — le retiraba la taza y el platillo de su mano flácida antes de que se le cayeran. El pastel estaría ya en su estómago o en el suelo, pero ni estaba seguro ni le importaba.

Cerca de él, Bill y Phyllis murmuraban entre sí. «Bueno, acabaremos averiguando el modo de que recuerde,

porque las imágenes ya las hemos visto», comentó el muchacho. ¿A qué se refería con aquello? ¿Acaso hablaban de las imágenes de los azulejos en los que Michael aún se sentía medio sumergido? Por su parte, Tetsy Doddridge insistía en que Marjorie la Ahogada le firmara algo. «¿Me harías el favor? Solo será un momento». Captó un leve sonido rítmico que al principio confundió con su pulso, pero luego recordó que ya no tenía y se dio cuenta de que debía ser el reloj de la cocina, que contaba con su tictac los segundos de un mundo atemporal.

Al cabo del rato, sintió que alguien lo cogía en brazos, uno de los dos chicos mayores, a juzgar por el tacto, y difícilmente Reggie Bowler, a juzgar por el olor limpio y seco. Eso significaba que debió ser John el que lo acarreó contra el pecho y el hombro de su cuerpo larguirucho para llevarlo, como un inerte saco de harina, a través de la cocina, el corto pasillo y el salón de más allá. Michael oyó los pisotones y repiqueteos de los otros miembros de la banda a su alrededor, así que dedujo que la hora del té habría acabado y que tocaba marcharse de la cocina. Estaba seguro de que si su madre Doreen hubiera estado allí, le habría dicho que se despertara, que le agradeciera su hospitalidad a la familia Doddridge y que se despidiera de todo el mundo como era debido. Hizo todo lo que pudo por espabilarse y procuró forzar sus párpados a abrir una rendija, pero no querían separarse, y además estaba demasiado cómodo y calentito en los brazos de John en aquel momento. Por tanto, se contentó con dejar que los acontecimientos siguieran sucediéndose en una neblina sonrosada y luminosa.

Al llegar al salón, frente a ellos, pudo oír al señor Doddridge zanjando su plática con el albañil de la túnica gris, ese al que la señora Gibbs se refería como «señor Aziel». Michael descubrió que era mucho más fácil entender la extraña jerga espiralada de los ángulos estando medio dormido. Por lo que pudo distinguir, el doctor en teología de la peluca dorada continuaba interrogando al señor Aziel a propósito del sospechoso Sam O'Day, y justo ahora se

encontraba preguntándole al albañil cómo interactuaban entre sí las distintas entidades —los diablos, la gente corriente y los albañiles— y cómo se relacionaban todas ellas con el misterioso «Tercer Borough». El huésped de Doddridge se rio entre dientes y dijo «Illud pleg enel», que al instante se desplegó en la mente ensoñada de Michael como una frase solo levemente más comprensible:

—Ellos se pliegan en vosotros, todos vosotros os plegáis en nosotros, y todos nosotros nos plegamos en Él.

Aquello pareció intrigar y satisfacer a partes iguales al clérigo, que musitó algo para sus adentros antes de plantearle una última cuestión al amable artesano.

—Ya veo. ¿Y puedo preguntaros si en cualquier parte de este ingenioso diseño se ha previsto alguna vez que uno de nosotros goce genuinamente de libre albedrío?

En tono triste y contrito, el ángulo desgarbado respondió con una sola sílaba que, al parecer, sonaba igual en los idiomas de todos los presentes.

—No.

Tras una pausa muy bien medida, y como si se tratara del remate de un chiste, el ente pronunció otra palabra angular que Michael comprendió casi instantáneamente.

—¿Alvezfalt?

O lo que era lo mismo: «¿Alguna vez lo has echado en falta?».

Se impuso una silenciosa conmoción, y luego tanto el reverendo doctor como su huésped se echaron a reír a mandíbula batiente, aunque Michael no entendió qué era tan gracioso. Como la mayoría de las bromas adultas, estaba claro que era incapaz de pillarla. Era como esa otra que decía así: «Si te meto un penique en la ranura y aprieto el botón, ¿sonarán las campanas?» Sin idea de lo que querían decir la una o la otra, se meció a la deriva en el algodón de azúcar de sus agradables pensamientos.

Cuando la hilaridad compartida del señor Doddridge y su visitante tocó a su fin, el doctor se despidió de los niños, y lo mismo hicieron la señora Gibbs, la señorita Tetsy y su madre. De todos los adioses, el del señor Doddridge fue el

más largo y efusivo.

—Gracias, niños, por vuestra visita. Espero veros de nuevo a todos, y no solo al señorito Reggie cuando venga a estudiar a mi academia ultraterrena. En cuanto a vos, joven Phyllis Painter, debéis saber que vuestros asociados y vos estáis a cargo de este niño porque tal esera la voluntad del Altísimo. Todas las experiencias que compartáis con él, incluso vuestras pícaras travesuras y transgresiones, son lecciones que debe aprender. Que se acuerde de dichas lecciones es un entuerto que tendréis que desfacer, aunque estad seguros de que quienes servimos a Humánima depositamos nuestra fe en vosotros. En cuanto al diablo del que hablamos antes, parece claro que regresará en algún punto del camino, y el mejor consejo que puedo daros para tal eventualidad es el de recordaros que hasta la más baja de las criaturas no es sino una hoja desplegada del Tercer Borough, y que por ende acabará sirviendo a Su designio. Ahora, proseguid vuestro periplo junto con nuestro amigo el señor Aziel. Tened fe, y no temáis.

Desde una impropia lejanía, Michael oyó a Phyllis preguntarle al reverendo si lo que había comentado acerca de sus pícaras travesuras y transgresiones significaba que la Banda de los Muertos Muertos podía llevar a Michael a robar manzanas locas por los manicomios sin meterse en problemas. Doddridge volvió a reírse y le contestó que sí, que eso suponía. Después de más despedidas, Michael sintió, al menos, dos húmedos besitos en su mejilla casi adormilada, probablemente de la esposa y la hija del pastor.

Percibió una breve complejidad lignaria al atravesar la puerta a media altura de la pared occidental de la iglesia. No notó una frialdad repentina, sino que más bien dejó de discernir el más mínimo rastro de temperatura. El olor de la estola de alimañas de Phyllis Painter cesó como si hubieran cerrado un grifo, y casi pudo escuchar la fricción de los tapones de algodón de la juntura fantasma metiéndosele en los oídos. Cuando se frotó las legañas ectoplásmicas de los ojos, se encontró con un mundo en blanco y negro, y

entonces John lo depositó suavemente en el entablado fosforescente del Ultraconducto, donde el tiempo hirvió a su alrededor como la leche escaldada.

Phyllis preguntó si alguien seguía con hambre.

LOS ÁRBOLES NO NECESITAN SABERLO

Marjorie Miranda Driscoll se contaba entre los muertos más instruidos. Nunca llegó a ser una gran lectora por la época en la que siguió a su perrito India hacia la oscuridad del río Nene en Paddy's Meadow, pero en sus tiempos atemporales se había puesto al día. Al principio, deambuló por bibliotecas, acechó espectralmente salas de lectura y se deslizó por las aulas con su aire crepuscular. Luego, como una almohada gris y translúcida, su esencia ingrávida de niña regordeta y gafotas se dedicó a cernirse inadvertidamente sobre los hombros de los académicos para que ellos la guiaran a través de Chaucer, Shakespeare, Milton, Blake o Dickens hacia los intríngulis lingüísticos de Joyce y Eliot, salpicados por el camino de un poco de M. R. James y Enid Blyton. Disfrutó de casi todos ellos, en especial de Dickens, aunque el deceso de la pequeña Nell, a la que consideraba una joven de lo más melodramática, la dejó muy poco impresionada. Si lo hubiera escrito ella, habría hecho que alguien ahogara en el Támesis a esa enana llorica solo para enfrentarse al reto de componer el pasaje.

Dicho esto, ella no podría haber acuñado *La tienda de antigüedades*. Pese a los recientes e inesperados halagos del señor Aziel y la familia Doddridge, sabía que distaba mucho de ser tan buena. Sí, admitía sentirse emocionada por la posibilidad de que más adelante, en la perduración de lo inabarcable, su novela estuviera terminada, publicada de algún modo y al parecer bien recibida, pero, siendo realistas, la futura popularidad de *La Banda de los Muertos Muertos* se debería más a la novelería que a un especial mérito literario. Era raro que alguien escribiese libros

estando muerto, y más raro aún que sus esfuerzos se plasmasen en una publicación espectral, así que suponía que cualquiera que lo hiciese estaría destinado a granjearse no poca atención.

Marjorie era una principiante con conciencia de serlo, y sus capacidades para elaborar una narración y dar forma a una historia eran, igualmente, las de una principiante. Algunas cosas las había deducido sola —un capítulo resultaba más redondo si justo al principio se sembraba un detalle menor en la mente del lector para resolverlo después, quizás en las líneas finales— pero, salvo recursos igual de rudimentarios, se sentía terriblemente poco preparada para cargar con el peso de escribir un libro completo.

Lo más irritante era que nadie le decía cómo rematar su novela o cómo llevarla a imprenta. Había oído que el señor Blake seguía publicando desde un taller refulgente en los confines más elevados de Lambeth, pero ese periplo por el Ultraconducto se le antojaba excesivo, sobre todo teniendo en cuenta que hasta el momento solo disponía del esbozo divagatorio de once capítulos. Aun así, a juzgar por sus admiradores en los escalafones superiores de Humánima, la niñita estoica asumió que algún día podría tener que acometer tal viaje. De este modo, obtendría una copia de sus memorias encuadernada en verde y oro, y luego podría esconderla en la fantasía centenaria de la escuela Spring Lane para que Reggie Bowler la hallara en un sueño, que al fin y al cabo era lo que la había inspirado a escribir la novela en primer lugar. Cuando supo de dónde había sacado su nombre la Banda de los Muertos Muertos, decidió que escribir el libro onírico en el que se basaba constituiría un ardid literario de lo más audaz. Un recurso elegante, tal y como había aprendido a llamarlo, aunque nunca lo expresara así delante de sus zafios colegas fantasmales para evitar sus mofas.

Era el miedo al ridículo, o incluso al ostracismo, lo que había llevado a aquella cría, en general impávida, a sentirse poco inclinada a leer o escribir mucho en vida. Abajo, en

los Boroughs mortales o primer Borough, lo único que tenías realmente era a los demás, todos juntos en el mismo barco a la deriva. Hablar con sofisticación o pasearse por ahí con *Retrato del artista adolescente* bajo el brazo eran ganas de arriesgarse a que te tomaran por una engreída con aires de superioridad. De superioridad con respecto a ellos. Al principio se reían, y te llamaban «cerebrito» o «doña Perfecta», pero al poco ya te estaban rompiendo las gafas. No creía que su actual pandilla fuera a actuar así, pero, en todo caso, había optado por continuar con su educación literaria y comenzar a trabajar en su novela sin pregonarlo, al menos para no parecer estúpida si fracasaba.

Aunque apenas se hubiera separado de sus camaradas fantasmales desde que la salvaran de la bruja del Nene, había descubierto que mantener su doble vida como intelectual y autora novel resultaba ridículamente fácil, siempre en virtud de la naturaleza sólida de la juntura fantasma. En aquel medio, el tiempo podía cavarse. Podías dejar a un lado lo que estuvieras haciendo, escarbar hacia un lugar diferente, pasarte seis meses encantando una sala de lectura pública, por ejemplo, y luego excavar de vuelta hasta medio segundo después de haberte ido, todo antes de que nadie se percatara. Marjorie tenía una existencia privada ajena a la Banda de los Muertos Muertos, y consideraba probable que los demás miembros gozaran de la suya propia. Una vez, Phyllis dijo algo que la llevó a concluir que tenía una vida adulta separada, e incluso varias, en los espacios simultáneos del más allá, tal vez un marido en una región y un novio en otra. Nada reprochable, naturalmente. Phyll Painter había superado con creces la madurez, así que era lógico que sintiera un apego distinto por distintos períodos de su vida. A ella, en cambio, ni siquiera le había dado tiempo de enamorarse de nadie antes de zambullirse a por India en la gélida oscuridad del río, así que no disponía de tantas opciones. Solo de la Banda de los Muertos Muertos, la biblioteca, o la nada.

Dicho esto, Tetsy Doddridge le había causado una

honda impresión. Era una persona a la que habían arrancado de la vida a una edad mucho más tierna que la suya, pero que aun así había elegido desarrollarse, póstumamente, como una mujer vibrante y atractiva. Eso significaba que Marjorie podía procurarse una otra vida igual si quería y, sobre todo, si se atrevía. Podía ser más alta, más delgada, más guapa, sin esas gafas de la sanidad pública que solo seguía llevando por haberlo hecho en vida. Y sus camaradas ni siquiera tendrían que enterarse de sus correrías por los locales nocturnos del barrio como encantadora debutante, pues, en su compañía, se manifestaría como la cría de diez años regordeta y cuatro ojos a la que estaban acostumbrados. Se imaginó a sí misma en los brazos de algún joven y apuesto espíritu o alguien similar, quizás en los de Reggie Bowler si el pícaro creciera un palmo y espabilara un poco, ambos deslizándose por una pista espectral de baile. Al preguntarse por un instante cómo sería el sexo, sintió que un rubor gris profundo la invadía en el incoloro continuo de la juntura fantasma. Con la esperanza de que nadie se hubiera dado cuenta, la autora primeriza se centró en sus vicisitudes actuales para disipar las nubes de especulación calenturienta en las que solía perderse, a ratos, desde que se había vuelto escritora.

Marjorie se hallaba sobre la deslumbrante pasarela del Ultraconducto en compañía de la Banda de los Muertos Muertos y del señor Aziel, el albañil. Allende la baranda de alabastro, contemplaron cómo hasta el más efímero instante de los Boroughs quedaba apilado en décadas: siglos enteros de zapateros y cruzados, con el castillo como una pesada y descomunal rosa de granito que florecía, y se marchitaba, entre pétalos defensivos caídos y extraídos uno a uno. El tiempo bullía, y en la vaporosa fugacidad de sus volutas había imágenes y momentos fundiéndose entre destellos, fusionando pasado y futuro en un todo eterno y simultáneo. Una titilante escena reciclada logró captar singularmente la atención de la niña, flamante en su concepción, evanescente en su desarrollo y repetida cíclicamente cada pocos minutos subjetivos: abajo a la izquierda, en el murete de piedra que

había brotado alrededor de la fachada sur de la iglesia de Doddridge, un par de señores de edad avanzada se encontraban sentados codo con codo, partidos y desencajados de risa. Uno de ellos, el más alto, se diría algo marica, pues llevaba un suéter suelto y afeminado, el pelo revuelto a la altura de los hombros y la cara aparentemente maquillada. El otro, que lloraba de alborozo junto a su excéntrico amigo, era bastante atractivo pese a sus entradas pronunciadas. Tuvo la incierta y difusa sensación de que al segundo fulano lo conocía de algún sitio; de que era posible que se hubiera topado con él alguna vez y que se hubiera olvidado. Cavilaba sobre este asunto cuando el desgarbado de John la distrajo con un exabrupto desde su posición junto al pasamanos, dos chicos muertos y un albañil a su derecha.

—Que me aspen. Mira lo que me he encontrado aquí, zagal. Phyllis, aúpalo para que pueda ver lo que hay tallado en la balaustrada.

John le hablaba al chico nuevo, Michael Warren. Evidentemente, el larguirucho había descubierto algo destacable inscrito en la balaustrada translúcida que bordeaba el Ultraconducto. Mientras Phyllis seguía las instrucciones de John y alzaba al crío en batín para que pudiera verlo, Marjorie y los otros niños espectrales se apiñaron a su alrededor junto con el señor Aziel, todos ansiosos por atisbar el hallazgo. A la cola del grupo, y no mucho más alta que el pequeño Warren, Marjorie tuvo que arreglárselas con descripciones de oídas, incapaz como era de admirar por sí misma el grafiti. Se aseguró, eso sí, de recordar cada detalle, pues estaba convencida de que los necesitaría para escribir su próximo capítulo, cuyo título sería, según le acababan de informar, «El enigma del niño atragantado». John le señaló al infante el garabato del parapeto.

—¿Lo ves? Está tallado ahí, en el mármol o lo que esera esto, justo donde te estoy indicando. «Snowy Vernall brota eterno». Ese esera tu abuelo. No, perdón, tu bisabuelo. Debió pasar por el Ultraconducto en algún

momento. Solo Dios sabe lo que usaría para grabar su nombre de esta manera en la barandilla de piedra… aunque siempre pudo coger prestado uno de los cinceles de los ángulos, claro está.

Fue en este punto cuando intervino el señor Aziel, y lo hizo pronunciando una breve y abrupta cascada de jerigonzas que consiguió que el lúgubre artesano sonara, de algún modo, molesto, triste y reticentemente jovial al mismo tiempo.

—Lohzo meum cin norec.

En una parte de la mente de Marjorie cuya existencia parecía servir al solo propósito de descifrar la plática de los albañiles, la frase se desplegó en un discurso colorido y prolijo que habría tardado sus buenos veinte minutos en leer de viva voz, aunque luego se recondensó hacia un resumen en lenguaje llano para solaz de la rolliza niñita.

—Así fue, y de hecho esera mi cincel el que robó. Llevaba a hombros a su hermosa nieta, la pequeña May, e iba explorando los confines más remotos del Ultraconducto, paseando y trepando por los mismísimos extremos del Tiempo. Yo solo he llegado hasta veinte siglos más allá de este punto, y al hacerlo me encontré con esta misma expresión esperándome allí, de tal modo que aún sigo sin recuperar mi cincel.

Tras asimilar la perorata, John soltó un discreto silbido de admiración.

—Así que por eso no los he visto ni a él ni a la pequeña May desde que estoy por aquí arriba. Es como esos largos paseos de ida y vuelta que solía dar a Lambeth.

El señor Aziel asintió.

—Just pasdaron pliefund uirducto.

Tras pasar por un épico y florido proceso de filtrado verbal, la oración emergió con una forma someramente más edificante.

—Justamente. De hecho, sus largos paseos ayudaron a formar el pliegue del Tiempo sobre el que se fundarabó y construirayó el Ultraconducto.

Marjorie memorizó todos estos pormenores con gran

alborozo. Era un material estupendo, y no solo por el trasfondo que le infundiría al capítulo doce de *La Banda de los Muertos Muertos*, sino también porque podría constituir el tema potencial de su segunda novela, si es que alguna vez la escribía. Ya se estaba imaginando la portada. El excéntrico y canoso Snowy Vernall, del que tanto había oído hablar —todos habían oído hablar de él en Humánima —, surcando las eras en pos de un futuro lejano con la pequeña May, de una belleza sobrenatural, encaramada a sus hombros. También había oído hablar largo y tendido sobre la encantadora niñita fallecida, aunque hasta aquel momento no había caído en que la joven y trágica beldad pudiera estar emparentada con el legendario restaurador de campanarios, loco e impávido por igual. Por lo que sabía, la cría había optado por conservar el espléndido semblante del que solía hacer gala antes de que la difteria se la llevara a los dieciocho meses, aunque, según las crónicas, su mente y su vocabulario habían desarrollado la sabiduría y la elocuencia de una joven dama, más o menos como si Tetsy Doddridge hubiera dejado intacto su aspecto infantil. Se imaginó las fabulosas conversaciones que podrían mantener, los diálogos entre el extraño anciano y la exquisita bebé durante las pausas de su hazaña futurista, probablemente interminable, y su contemplación de paisajes inimaginables, quizá ciudades enteras esculpidas en masas aisladas de hielo allá por el siglo XXII, o tal vez urbes cubiertas en un desértico siglo XXIV. Al darse cuenta de que había vuelto a entregarse a una borrasca literaria de especulación febril, la autora en ciernes procuró centrarse nuevamente en la charla de sus compinches muertos muertos.

Después de aupar a Michael Warren para que pudiera ver las palabras grabadas en la balaustrada, Phyllis lo posó una vez más sobre el Ultraconducto e insistió a voz en grito en que sus colegas aceptaran su sugerencia, esa que había dejado caer tras poner el primer pie en el puente centelleante y preguntar si alguien seguía con hambre.

—Amos. Ya hemos perdío aquí bastante tiempo.

Tendríamos que estar rapiñando las manzanas locas de los manicomios, que fue lo que os dije. Cuando encontré al crío en los Áticos del Hálito, yo venía de visitar las celdas de los locos, y os iba anunciar a tos que los sombreros de Puck ya estaban maduros, listos pa nuestra recolecta. Ahora que estarébamos en el Ultraconducto, podríamos ir a Berry Wood a afanárnoslos. Por otro lao, ya habéis escuchao al señor Doddridge… pa Michael será mu educativo.

Nadie le puso pegas, y la propia Marjorie pensó que sonaba como una gran idea. Más que satisfacerla, los deliciosos pasteles feéricos y el té de sombreros de Puck de la señora Doddridge le habían abierto el apetito. Por tanto, la perspectiva de llevarse a la boca los jugosos racimos feéricos que colmaban las cornisas del sanatorio, bien maduros y cargados de zumo, le resultó de lo más atractiva. Según había descubierto, las mejores ideas para sus historias siempre se le ocurrían tras atiborrarse de locas de Bedlam, y además nunca le hacía ascos a una expedición literaria y musical por los manicomios. Muchos de sus héroes y heroínas rondaban por allí.

Tras despedirse del señor Aziel, que les estrechó la mano a todos, y a Marjorie incluso dos veces, bajaron audazmente por la curva del Ultraconducto hacia el sudoeste, y de este modo dejaron al mohíno y huesudo albañil de vuelta con sus camaradas artesanos en la base de su escalera jacobita, cerca de los pilotes que tenía la pasarela a finales del siglo XVII. Durante su alegre avance, los granujas fantasmales entonaron el himno que Phyllis les había compuesto, aunque Marjorie sospechaba que era un viejo cántico de la pandilla a la que otrora perteneciera su líder, solo que con la letra adaptada.

—La Banda de los Muertos Muertos somos, la Banda de los Muertos Muertos somos, cuidamos nuestras maneras, gastamos nuestras monedas, respeto encontramos allá donde vamos, bailar podemos, cantar sabemos, y nada desconocemos, ¡porque, eh, la Banda de los Muertos Muertos somos!

Incluso el desconcertado Michael Warren pilló el

estribillo tras un par de repeticiones, y entonces se puso a cantar animadamente, aunque con voz de pito, junto con los demás. Mientras murmuraba las notas de aquella aguerrida marcha, Marjorie sopesó el hecho de que sus versos apenas encerraran verdad alguna. Sí, vale, eran la Banda de los Muertos Muertos, esa parte era bastante honesta, pero había pasado cierto tiempo desde que cualquiera de ellos cuidara sus maneras o gastara sus monedas. Tampoco podía decirse, en puridad, que hallasen respeto allá donde fueran, ni siquiera en los sitios más corrientes que frecuentaban. Los fantasmas decentes creían, en su mayoría, que Phyllis y su tropa eran escoria ectoplásmica, y los indecentes estaban, en su mayoría, de acuerdo con ellos. Bailar se les daba fatal, y respecto a cantar, Marjorie consideraba que el infame jaleo que tenían montado en aquel momento bien bastaba para tirarlo por tierra. Sin embargo, salvo por lo de las maneras, las monedas, el baile, el cante y el respeto de sus pares, la canción era veraz. Sabían hacer de todo.

Aún recordaba la curiosa velada en la que conoció a los presentes. «¡India! ¡Ven aquí, maldito tonto maldito!» Era la frase peor construida que jamás hubiera pronunciado, y daba gracias a Dios por no haberla escrito. Al meterse en el agua y notar la frialdad del río calándole las katiuskas, sintió una primera punzada de incertidumbre, pero la desdeñó y se adentró de lleno en la ofidia negrura del Nene tras su maldito, maldito perro. Tenía grabado a fuego lo que pensó cuando el frío le llegó a las bragas y la cintura: «Así se portan las niñas valientes». En perspectiva, entendía que más le valía haber pensado otra cosa —«¿Sé nadar?»—, pero debió creer que el Nene era menos hondo de lo que resultó ser o, tal vez, asumir que nadar era algo que a los mamíferos les salía de manera natural cuando tenían el agua al cuello. Por ser franca, no tenía ni idea de lo que se le pasó por la cabeza, salvo una imprudente preocupación por India.

El estridente coro de espectros juveniles avanzaba a grandes zancadas por el Ultraconducto, que retumbaba y

resonaba con sus descuidados pisotones. Abajo, a sus pies, Chalk Lane bullía de pubs, polvaredas y fanáticos, y mientras recorrían el paso elevado con sus postimágenes agolpándose tras ellos, los críos muertos se dieron cuenta de que no estaban solos en aquella plataforma fosforescente. Unas luces tenues se precipitaban hacia ellos desde el distante punto de fuga de la pasarela, allí donde las barandillas paralelas parecían converger, para condensarse brevemente en figuras translúcidas y lechosas que se acercaban, los atravesaban y volaban a toda velocidad en dirección a la iglesia a sus espaldas. Marjorie sabía que eran viajeros de distintas épocas surcando de acá para allá el fulgurante viaducto. Algunos de ellos serían, sin duda, fantasmas normandos, sajones, romanos y britanos, otros pocos serían demonios ardientes, y el resto serían albañiles. Para estos últimos peregrinos, los miembros de la Banda de los Muertos Muertos resultarían igualmente fugaces e insustanciales, formas titilantes y escuetamente distinguibles en aquella vasta y eterna extensión.

Tras cruzar Chalk Lane, se adentraron en el peculiar tramo de páramo desplegado que llegaba hasta el terraplén de St. Andrew's Road. Aquel rasgo del paisaje resultaba apabullante hasta para los estándares de la juntura fantasma, así que a Marjorie no le sorprendió en absoluto que Michael Warren pidiera detenerse para poder admirarlo. Por las charlas fantasmales que había entreoído, la cría intuía que aquella franja de terreno baldío constituía un caso de colapso astral, algo muy similar a los manicomios solapados a los que se dirigían en aquel momento. La mera noción de un desplome etéreo, la idea de que incluso lo eterno poseyera componentes frágiles y efímeros, le parecía tan pavorosa como confusa, pero ahora tenía un ejemplo justo delante.

Una parte de los confines más elevados de Humánima, hecha de sueños y recuerdos coagulados, se había derrumbado sobre el semimundo gris de la juntura fantasma, y lo había aplastado contra el barro y las charcas insalubres del mundo material. Visto desde el

Ultraconducto, ese nivel inferior y terrenal parecía llevar bastante tiempo siendo un erial, pues carecía de la constante fluctuación de edificios mortales que borbotaba por doquier. Los contornos rocosos de aquella tierra yerma eran lo único que mutaba, lo único que sufría ciclos de auge y caída, con masas caóticas de árboles y arbustos que florecían breve y vitalmente antes de volver a quedar subsumidas bajo la tierra cual efímeras proliferaciones de algas. Sobre esta franja de mugre corpórea, relativamente diminuta, las dilatadísimas estructuras imaginarias de Humánima yacían desmoronadas, de modo que el área que tenían ante ellos parecía inmensa en consecuencia: un pasmoso abismo de paredes escarpadas que formaban imponentes acantilados de caliza, pedernal y tierra compacta. Los meros charcos del accidentado y baldío campo mortal también se refractaban en los espacios superiores desplomados desde las alturas, y lo hacían como balsas dispersas de un agua de lluvia petrolífera acopiadas en una laguna opaca que lamía los irregulares y titánicos diques de lodo. Desde arriba, la excavación resultaba enorme, prehistórica, un monstruoso embalse de roca en el que las fantasías escapadas de Humánima y los afligidos espectros de la deformada juntura fantasma pululaban, como horribles cangrejos, bajo el negro y plateado destello de la superficie reflectante del lago. En conjunto, se diría un entorno formidable para que unos fantasmitas desaliñados se divirtieran un poco, así que fue fácil predecir que el pequeño Warren preguntara si podían descender allí para jugar un rato. Phyllis se negó, claro, pero no de manera desabrida. La actitud de Phyll Painter hacia Michael Warren exhibía un matiz que había cambiado drásticamente desde la visita del grupo a la iglesia de Doddridge, al menos a juicio de Marjorie.

—Si te apetece bajar ahí, entonces vendremos a echarle un vistazo un poco más tarde, cuando volvamos de los manicomios. Pero primero vayamos a avituallarnos pa no ponernos a jugar con el estómago vacío y cabrearnos unos con otros, ¿te parece?

Aquello pareció aplacar a su mascota, así que reanudaron la marcha por el hondo socavón de St. Andrew's Road antes de continuar por la estación de tren y el río, que a Marjorie siempre le hacía pensar en su golpe de mala suerte y en la bruja del Nene.

Supo que iba a ahogarse en cuanto las puntas de sus zapatos gastados se despegaron del lecho fluvial, lo cual la hizo comprender, al fin, la sencilla física de su situación. Aun así, en los relatos victorianos que solían leerle, las heroínas se deslizaban pacífica y elegantemente hacia un deceso acuoso con las enaguas henchidas a su alrededor, abiertas como anémonas de encaje, y eso hacía que ahogarse sonara como una muerte sencilla, digna y, sobre todo, poética. Por supuesto, resultó ser una trola tremenda.

En sus lecturas póstumas, aprendió que la primera fase del ahogamiento consistía en lo que los expertos llamaban «lucha superficial», una descripción del proceso que ella estimaba de lo más sucinta y adecuada, al menos por lo que recordaba: lo primero es la escalofriante certeza de estar teniendo dificultades para mantener la cabeza a flote, allí donde aún hay aire que respirar. Luego, si no sabes nadar, lo que intentas es trepar por el río como si el cauce llevara escaleras en lugar de agua helada. Cuando eso no da resultado, te revuelves un poco por la desesperación hasta que te cansas, después te paras durante un segundo, y entonces te hundes. Mientras te sumerges, contienes el aliento y aguardas a que llegue el famoso desvanecimiento victoriano, que te librará de ser consciente de lo que sucede, pero este nunca llega, y al final no puedes evitar…

Tembló y se acongojó solo de pensarlo. El recuerdo, la mera idea, provocaba que sus dientes espectrales castañetearan y que sus pies fantasmales se encogieran.

Al final no puedes evitar abrir la boca y respirar agua, lo cual te hace toser e inhalar mucha más, y después… *aarrgh*. No podía soportarlo, la evocación de aquel dolor en el pecho era demasiado: el aciago instante en el que comprendes que nunca volverás a tomar aire y respirar, que tu vida ha terminado, todo mientras la oscuridad vacía y

silente del rabillo de tus ojos empieza a apiñarse en el centro hasta que el dolor y el horror pasan a sucederle a otra persona, a la niñita regordeta y gafotas de más abajo.

Sin embargo, fue lo siguiente, esa fase del ahogamiento de la que se habla por doquier pero que muy raramente se deja por escrito en las crónicas más reputadas, lo que se demostró como lo más extraño e inesperado. Se suponía que aquella etapa del proceso de ahogamiento sería en la que vería pasar «toda su vida ante sus ojos», y sí, por su experiencia personal podía confirmar que eso era lo que ocurría, pero no del modo en que uno esperaría por la construcción de la frase. Marjorie había asumido que lo de «ver pasar la vida ante sus ojos» sería como una vieja película de Mack Sennett, toda llena de gente acelerada destellando por cada triste y cómico episodio. No obstante, la realidad de lo que ocurrió en su cabeza durante su descenso hacia los sedimentos revueltos del lecho del río con los pulmones repletos de verdín congelado no tuvo nada que ver con eso. Para empezar, el largometraje a lo Keystone Kops[33] que había previsto disponía sus raudos y atolondrados pasajes uno tras otro, en secuencia cronológica, pero aquello ni se acercaba a describir un fenómeno cuyo nombre no averiguaría hasta más tarde y que era conocido como la «Revista de la Vida».

Consistía en un mosaico de momentos; una composición similar a la de los azulejos de Delft que acababa de admirar en torno a la chimenea de los Doddridge. Todos los hechos esenciales de su vida quedaron dispuestos en exquisitas miniaturas animadas, cargadas de potentes significados e ilustradas con colores tan profundos que incluso llegaron a llamear, pero sin seguir un orden discernible. Más aún, las escenas no eran tanto viñetas pintadas como experiencias completas, así que ojear una representación equivalía a revivirla intacta y por entero, con sus olores, y sus sonidos, y sus palabras, y sus ideas, con sus impactantes e intensos placeres y sus lacerantes agonías.

Aquellas imágenes luminosas y vivaces no se parecían

en nada a las de, por ejemplo, *El progreso del libertino*, pues no seguían la sucesión natural de los acontecimientos y además carecían de intención moral. Varios de los episodios reproducidos mostraban acciones de las que no estaba particularmente orgullosa, otros representaban lo que ella consideraba su mejor cara, y la mayoría parecían ser totalmente neutrales, casi insignificantes. Pero ninguna de las viñetas centelleantes vehiculaba el más mínimo juicio moral, ni daban la impresión de representar buenas obras que hubiera hecho por un lado y vilezas que hubiera cometido por el otro. En su lugar, el tema principal que transmitía aquella corriente de imaginería teselada era, abrumadoramente, el de la responsabilidad: fueran buenas o malas, eran cosas que Marjorie había hecho.

Por ejemplo, recordaba que una de ellas contenía un escenario que en aquel momento le pareció de lo más desalentador y anodino. Entre el retablo de mosaicos desplegado ante ella había un bosquejo en suaves tonos grises y marrones: Marjorie y su madre en la lóbrega cocina de su casa de Cromwell Street. Cariacontecida y raquítica, la mujer atizaba el hornillo con expresión exasperada mientras su hijita le tiraba de la falda y le suplicaba. Al examinar aquel instante, suspendido junto a sus pares en la relumbrante cortina apanalada de imágenes en movimiento que pendía ante ella, la niña lo revivió hasta el más ínfimo detalle. Volvió a oler la exigua esencia sebosa del glutinoso emparedado de beicon y cebolla que su madre se hallaba preparando, y reconoció de inmediato el ritmo familiar del corroído grifo de bronce en su distintivo goteo sobre el viejo fregadero de piedra. Una de las patillas de baquelita de sus horribles gafas le había rozado la oreja derecha hasta hacerle una herida, y por lo demás allí estaba, volviendo a sentir cada impulso, cada pensamiento de su cabeza y cada sílaba de sus labios mientras permanecía de pie en la tétrica cocina, insistiéndole sin parar a su pobre madre con las mismas palabras una y otra vez: «¿Podemos, mamá? ¿Podemos tener un perro? ¿Por qué no podemos tener un perro, mamá? ¿Mamá? ¿Podemos, mamá? Yo puedo

encargarme de cuidarlo. Mamá, ¿podemos tener un perro?»

No era ni bueno ni malo, solo algo que había hecho. Algo de lo que era responsable. Era responsable de haberles dado la tabarra a sus padres hasta que al fin cedieron y le compraron a India, el perro que la llevaría a lanzarse hacia las gélidas e irrespirables profundidades. La epifanía fue impactante, aleccionadora, y eso que solo era una entre el millar de pequeñas revelaciones que refulgían en aquella cartelera sobrenatural de hitos selectos de su corta vida. Suspendida en una suerte de nada brillante, observó los misterios de su existencia y descubrió que las respuestas siempre habían sido obvias. Aún ignoraba cuánto tiempo permaneció en dicho estado —pudo ser un siglo o pudo ser el lapso postrero de su corazón parándose y su cerebro apagándose—, pero sí que recordaba con absoluta precisión cuándo y cómo concluyó su ensueño imperecedero.

Lo sutiles movimientos en la superficie de las teselas temporales que tenía delante no le habían pasado desapercibidos —hebras de luz huidiza, imperfecciones lumínicas que viajaban desde el seno del montaje pictórico hacia sus extremos—, y no tardó en comprender que se trataba de remolinos. Era como si el repaso caleidoscópico a su propia vida se hubiera licuado, o tal vez como si hubiera sido líquido desde un principio, similar al calmo menisco de un lago que de repente se agitara por una perturbación subyacente, oculta bajo aquella superficie reflectante y visionaria.

Fue entonces cuando el rostro gigantesco de la bruja del Nene brotó con prominente tridimensionalidad desde el ornado expositor plano de los recuerdos de Marjorie.

Las imágenes se deshicieron en una escoria cromática; en coágulos ampollares y húmedos de vivos tonos oleosos que bañaron, como un arcoíris mucoso, la mortecina pelusa de malezas que arrastraban las mejillas de aquella efigie cincelada y horrible. Convertidos en restos viscosos, los recuerdos vitales de la niña ahogada se deslizaron por una frente tan violentamente alzada que su abultamiento se tornó casi plano, como los angostos y agresivos opérculos

de un lucio. Las reminiscencias globulares de color rosa y turquesa, por cuyos contornos gelatinosos aún fluían capas distorsionadas de lugares familiares y seres queridos, se escurrieron por la grotesca protrusión de la testa para gotear por las aberturas opacas de unas cuencas cavernosas y la amenazante guadaña nasal de la criatura. La honda negrura de sus fosas oculares lucía un untuoso brillo molusco, y bajo la ganchuda probóscide, que era tan grande como la propia Marjorie, una boquita pavorosa se abría y se cerraba como si mascara cieno, o como si profiriera una compleja maldición silente. Hundida, torcida y podrida, la caja de té que era su dentadura albergaba gatos muertos y bicicletas corroídas.

Su desbaratada Revista de la Vida quedó disuelta, diluida en ribetes pigmentados que flotaron a la deriva por la sopa mugrienta del Nene nocturno, y entonces descubrió que seguía sumergida, solo que no dentro de su cuerpo. Su cadáver se estaba alejando, un voluminoso bulto gris que chocaba al ralentí contra el limo del lecho fluvial y las crecientes acumulaciones de condones y desperdicios. Se vio inmersa y desorientada en un blanco y negro continuo, desprovisto de temperatura, y con cada movimiento parecían brotarle brazos y piernas adicionales. Sin embargo, por muy alarmante que le resultara esta extraña fenomenología, su mayor preocupación era otra.

La ondina, la elemental del agua a la que más tarde aprendería a llamar «la bruja del Nene», llevaba un rato buceando junto a ella en pleno crepúsculo. El enorme rostro de la monstruosidad se alzaba justo delante, una vieja medio deforme y medio pez, con los colmillos podridos y la quijada abierta, dragando las arenas del fondo. Detrás, el cuerpo translúcido de la criatura espectral serpenteaba por la negrura del río como una masa larga e indefinida que aparentaba ser todo cuello, una anguila de tres metros de espesor o, tal vez, un tramo de cable transatlántico. Cerca del ominoso extremo apical, unos bracitos mustios crecían a cada lado, provistos de unas desproporcionadas garras palmeadas. Con la breve estela de una miríada de codos,

uno de ellos se extendió para asir la forma ectoplásmica de la confusa e indefensa Marjorie, arrastrar de un tobillo a la reacia fantasmilla novata y alzarla a la altura de los ojos para examinarla mejor.

Colgada allí ante tal horror, cuya melena de algas se henchía y retorcía a su alrededor y cuyos ojos crustáceos la miraban de frente, observó los movimientos masticatorios de su boca espantosa y desproporcionadamente pequeña, y concluyó que la criatura no se correspondía con ningún habitante del cielo o el infierno del que hubiera oído hablar. Se trataba de otra cosa, de un ser atroz que implicaba un más allá de pesadillas eternas e insondables. ¿En qué clase de universo vivían, se preguntó con una mezcla de ira y miedo, si una niña de diez años que solo intentaba rescatar a su perro no se topaba al morir con Jesús, con los ángeles o con algún añorado abuelo, sino con una repugnante y salivosa abominación con la cabeza del tamaño de un tren?

Lo peor, no obstante, llegó cuando al fin cruzó miradas con la aparición, cuando sondeó los pozos sombríos que eran sus órbitas y atisbó en sus profundidades el brillo ammonoideo de sus ojos enroscados. Durante unos abyectos segundos, y pese a su desesperada resistencia, Marjorie entendió a la bruja del Nene. Todos los terribles y desagradables detalles de sus casi dos mil años de vida solitaria en una fría penumbra fluyeron raudos por la conciencia petrificada de la niña recién fallecida, y al hacerlo la colmaron de metales argentados y fetos abortados, de odiosas sanguijuelas oníricas, hasta que todo el terror estalló en un largo y agudo gorgoteo que nadie vivo pudo oír…

De vuelta a la blancura cegadora del Ultraconducto, la cría seguía a cierta distancia el parloteo de sus colegas. Sabía que tenía fama de no hablar mucho, pero eso era porque siempre estaba pensando, intentando hallar las palabras idóneas para transmitir sus recuerdos más urgentes, sus sentimientos más apremiantes, a cada oportunidad de ejercer como escritora fantasma, dicho esto

en el sentido más literal del término. El paso elevado los había llevado sin percances hasta Jimmy's End, más allá del río y del prado deprimido de Foot Meadow. Superado el arremolinado y evocador chapoteo de aquel torrente plomizo, se descubrió capaz de relegar el asunto allí acaecido para centrar su atención, al menos de momento, en los quehaceres del presente.

Cuando otearon el flujo contemporáneo desde el puente espiritual, St. James's End bullía de actividad, poseído aparentemente desde su misma concepción por una suerte de desolación urbana. Hasta las casuchas sajonas que brotaban y se derrumbaban en las capas temporales más profundas parecían estar excesivamente separadas unas de otras, con grandes espacios abiertos, solitarios y ventosos, entre ellas. En los niveles más actuales, coexistiendo con las chozas de paja y adobe de una época pretérita, las apiñadas tiendas victorianas cobraban vida, recién pintadas, antes de malograrse, de colapsarse en una decadencia de cristales mugrientos y tablones pelados por el sol. Una cochera de autobuses florecía y moría repetidamente, con sus vehículos de dos pisos marchitándose en el recinto bajo una lluvia perpetua, y más allá del ajado vecindario, en paralelo, una modernidad hortera y raída lo envolvía todo, propagada y mitigada como una plaga a lo largo de fachadas incomprensibles. ¿Qué significaba Carphone Warehouse? ¿Qué era Quantacom? Sobre puertas de madera boquiabiertas y vallas de estaño corrugado, el retorcimiento de los grafitis evolucionaba desde la caligrafía limpia y el sentimiento sencillo de un «¡Que el diablo se lleve al rei!» hacia las contundentes mayúsculas blancas y funcionales de un buf, un nfc o un george davies es inocente,[34] y de ahí al léxico fundido y fluorescente de unos arabescos ilegibles, fantásticos e inescrutables. Marjorie deseó haber podido verlos a todo color.

Entre charlas, cánticos y silbidos, la Banda de los Muertos Muertos bajó por el puente rutilante que sobrevolaba St. James's End para descender en picado por Weedon Road en dirección a Duston. Aquí, en el estrato

más reciente de aquel paisaje temporal simultáneo, había casas más agradables, al menos comparadas con el amnios fuliginoso de las hileras de los Boroughs. Gracias a la suerte o al esfuerzo, las familias que poseían aquellas viviendas semiadosadas habían logrado marcar una considerable distancia literal con las barriadas deprimidas en las que habían nacido sus padres. Aunque ya no fueran las adorables moradas de piedra del pueblo periférico original, sino unas construcciones muy posteriores, las casas de Duston siempre parecían exhibir, a ojos de Marjorie, unas expresiones de condescendencia culposa en sus enormes rostros planos, algo que quizá se debiera a la disposición de sus amplias y aireadas ventanas modernas. Era como si una de ellas hubiera soltado un pedo: en su experiencia, quien lo censuraba era muy probablemente quien se lo tiraba.

Al contemplar desde su actual atalaya la arquitectura coincidente de una docena de siglos, la niña no distinguió a ninguna de las personas, vivas o muertas, que en teoría debían poblar las distintas estructuras erigidas y caídas. Frente a la estabilidad de las calles o los edificios, los fantasmas y los seres vivos no perduraban lo bastante como para afianzarse en el acelerado hervidero urbano que podía admirarse desde las alturas del Ultraconducto. Aun así, ella se había aventurado allende aquel camino con anterioridad, había bajado a la cotidianeidad de la juntura fantasma, y por tanto sabía de los espectros que habitaban los callejones y meandros de color gris desvaído que la banda estaba superando, por más que en aquel instante no resultaran aparentes.

Sabía, por ejemplo, que las caballerizas reconvertidas de más abajo, con sus plácidas callejuelas, estaban en la juntura fantasma mucho más concurridas que los tugurios de los Boroughs. En el semimundo espectral superpuesto sobre Scarletwell Street podías toparte con uno o dos fantasmas por visita, pero en esta localización, más acomodada, era frecuente ver espíritus por docenas: médicos, banqueros, directivos y amas de casa repeinadas, holgazaneando junto a parterres bien cuidados o deslizando

con nostalgia sus manos inmateriales por el contorno de los coches aparcados. En las apacibles salitas de las casas, muchas de ellas vendidas a la muerte de sus dueños por sus hijos ya adultos, solía haber parejas fenecidas y taciturnas criticando las reformas de los nuevos propietarios, debatiendo sin cesar si su antiguo inmueble iba a revalorizarse o a devaluarse. A veces se reunían en grupos, en asociaciones civiles ultramundanas, para concentrarse tristemente en las lindes de unas praderas rurales que ya no servían de solaz a sus perros labradores, sino de solar para el nuevo complejo social de turno. Otras veces se juntaban en el patio trasero de alguna pareja pakistaní recién mudada a la zona, aunque solo fuera para musitar su disgusto y clavarles una mirada impotente, doblemente fútil por la invisibilidad añadida de los manifestantes. A su juicio, ese y no otro debía ser el motivo por el que nunca se molestaban en llevar pancartas.

Ahora que lo pensaba, las diferencias entre el mundo espiritual que sobrevolaba los Boroughs y el que predominaba sobre aquel vecindario más pudiente resultaban muy divertidas. Paradójicamente, la más notable era que en los Boroughs había muchos menos errantes, menos personas desasosegadas con su propio más allá. Más aún, los espectros infelices de las barriadas deprimidas solían cargar únicamente con su baja autoestima, con la sensación de no haber sido lo bastante buenos en vida como para adentrarse en los confines superiores de Humánima. Estaba claro, sin embargo, que eso no era lo que retenía a la gente exitosa en sus hábitats terrenales ¿Sería pues lo opuesto? ¿Acaso creerían las almas de aquella zona residencial de la juntura fantasma, esa que la banda estaba atravesando, que eran demasiado buenas para el cielo?

No, no. La niña sospechaba que era algo más complejo. Quizá tuviera que ver con que la vida material de los pobres aparejara menos cosas a las que apegarse. Al fin y al cabo, no tenía mucho sentido rondar la casa en la que habías vivido después de que la demolieran o de que el municipio se la cediera a otros inquilinos. Y menos aún si

solo estabas de alquiler. Era bastante mejor ascender hacia las «muchas moradas»[35] de Humánima, que en los Boroughs era lo que hacía la mayoría. Los espíritus de aquel otro barrio debían carecer, sencillamente, de los mismos incentivos para la salvación que los convecinos de Marjorie, aunque ese argumento tampoco la satisfacía del todo. Por muy pijo ridículo que fuera uno, la incapacidad de dejar atrás las posesiones materiales no le parecía razón suficiente para renunciar a las glorias del segundo Borough. No le encajaba. Además, en Humánima residían un montón de buenas personas que bajo ningún concepto podían calificarse de clase obrera, y aun así habían acudido Arriba, sin pensárselo dos veces, tras dar sus vidas por finalizadas. Bastaba con ver al señor Doddridge y a su familia. Debía haber otra cosa, algún otro factor que disuadiera a tal cantidad de burgueses de trasladarse a las eternas avenidas superiores.

Tras una pausa para la reflexión, concluyó que lo más probable era el estatus. Esa era, sin duda, la palabra que su mente de escritora principiante andaba buscando: los acaudalados espectros de más abajo evitaban Humánima porque su estatus mundano carecía de sentido allí. Albañiles, diablos, Vernalls, amortajadoras y casos especiales como los de la familia Doddridge o el señor Bunyan aparte, en Humánima no había rangos. Ningún alma era superior a otra, pues solo se distinguían por las virtudes individuales innatas que poseyeran, e incluso eso dependía del criterio de cada cual. Por tanto, y sin importar la condición social, quienes nunca se habían preocupado por el estatus no hallaban dificultades para subir a Humánima, pero quienes no soportaran esa radiante confraternidad debían considerarlo, a todos los efectos, imposible.

Pensó entonces en uno de los pocos pasajes de la Biblia que aún recordaba de su catequesis dominical, el del camello que pasaba por el ojo de la aguja como parábola de la dificultad de los ricos para entrar en el cielo. La primera vez que lo escuchó, asumió que debía existir algún tipo de

normativa paradisíaca que vetara a los millonetis, pero ahora se daba cuenta de que no era así. No había derecho de admisión en Humánima. Era la propia gente, rica y pobre por igual, la que se excluía a sí misma, ya fuera por considerarse demasiado buena para integrarse, o demasiado mala.

Al explorar la idea —a lo mejor llegaba a convertirse en un poema o un relato corto algún día—, Marjorie se percató de que también podía aplicársele a la aristocracia hereditaria, a las personas verdaderamente pijas y ricas, a esas clases altas cuyas fincas y castillos dominaban los pueblos y ciudades de todo Northamptonshire. Por definición, las posesiones materiales que abandonaban y el estatus al que renunciaban eran mayores que los de cualquier otro, así que la escasez de gente encopetada que se daba en Humánima no era de extrañar. Siempre había excepciones, claro, rarezas nacidas para la púrpura que jamás presumieron de su posición o que incluso le dieron la espalda, pero la suya era una minoría escasa y menguante. La inmensa mayoría de los de Arriba procedían de la clase obrera de una docena larga de siglos, luego había un buen contingente de la clase media y, finalmente, un disperso grupo de condes, lores y señoritos arrepentidos, granos de oro en un culo de arena.

Por ende, la juntura fantasma de los Boroughs estaba casi desierta, mientras que las calles de las afueras parecían comparativamente abarrotadas de profesionales póstumos y demás. ¿Cómo serían las mansiones solariegas? Marjorie se las imaginó atestadas de incontables generaciones de aparecidos y *banshees*, todos con sus agravios medievales, reclamando derechos de ascendencia y preguntándose dónde se habrían metido los lacayos… El pensamiento la estremeció y divirtió por igual. A nadie podía sorprenderle que tales lugares fastuosos sufrieran la mala fama de estar embrujados: su superpoblación rayaba en lo peligroso, las grietas de la piedra se agravaban bajo el peso ancestral de tanto fantasma y necrófago, veinte por estancia, en flagrante infracción de la normativa de seguridad y fuegos

astrales. Resultaba raro asimilar aquellos castillos y palacios regios a un gueto saturado de espectros, colmado de inquilinos sobrenaturales como el trastatarabuelo Percy, ilustre sifilítico y acérrimo enemigo de Glasdstone, residente en la sala contigua, aunque en cierto modo tenía todo el sentido. Los primeros serán los últimos y tal. Justicia sobre las calles.

Trotando delante de ella, el pequeño y travieso Bill, inseparable de su Phyllis, discutía apasionadamente los pros y contras de la cría de mamuts espectrales con Reggie Bowler, que no parecía muy convencido.

—Cavar hasta la Edad de Hielo para atrapar un mamut fantasma nos va a llevar años. Creo que no has calculado bien el asunto.

—No seas gilipollas. Pos claro que sí, y estará chupao, te lo digo yo. ¿Y qué más da si tardamos años, estúpido cabrón? Creía que la eternidad iba de eso, de cosas que tardan años. Podemos cavar patrás, pillar un mamut, tomarnos el tiempo que nos dé la gana pa domesticarlo y volver aquí cinco segundos después de habernos marchao.

—¿Y cómo lo vamos a domesticar? Además, ¿por qué hablas de él en masculino? ¿Cómo sabrás si es macho? Por lo que sé, podría ser una mamutesa o como se diga.

—Ay, joder. Mira, ¿somos socios en este asunto del mamut o no? Me importa un puto bledo que sea macho o hembra. Y en cuanto a lo de domesticarlo… pos nos ganamos su confianza dándole un montón de lo que sea que coman los mamuts fantasmales.

—¿Y qué comen los mamuts fantasmales, ya que eres tan rematadamente listo?

—No soy listo, Reggie. Lo que no soy es tan corto como tú, joder. Sombreros de Puck, Reg. Le daremos sombreros de Puck. Dime una sola criatura muerta a la que no le guste un buen saco de sombreros de Puck.

—Un monje. Ciertos monjes espectrales no los comen porque creen que hay diablos dentro.

—Reggie, no vamos a toparnos con un mamut que crea en eso, confía en mí. No había mamuts cristianos. Los

mamuts no tenían religión, joder.

—Pues quién sabe… a lo mejor por eso se murieron todos, ¿no?

Marjorie desconectó de esta sarta de estupideces para centrar el oído en un sutil coro matutino de varios siglos de pájaros, una marea de sonidos espléndidos que salpicó el cielo de unos matices fabulosos pese a la amortiguación de la juntura fantasma. De hecho, sin la acústica apagada de aquel semimundo, quizás hubiera sido insoportable.

Cuando el Ultraconducto llegó a Duston, el destellante ribete magnésico del puente balaustrado quedó al nivel de la burbujeante multitemporalidad de las copas arbóreas. La niña fue capaz de distinguir los árboles más viejos e imperecederos por ser los que menos cambiaban, y también porque sus ramas superiores se dirían vivificadas por una suerte de fuego de San Telmo de tonos tenues, visibles incluso en el monocromo a lo Cecil Beaton[36] de la juntura fantasma. El fenómeno se debía a que los árboles más antiguos, construcciones tetradimensionales por derecho propio, sobresalían del plano material hasta invadir las regiones de Humánima correspondientes a los Áticos del Hálito, lo cual también explicaba que ciertas palomas selectas pudieran viajar de un mundo a otro subiendo y bajando por sus troncos trascendentales.

Se preguntó cómo sería ser un árbol, no moverse más que mecida por el viento sin por ello dejar de crecer hacia arriba, allende el tiempo, con sus ramas desnudas arañando el futuro, rastrillando la próxima estación y la estación siguiente a esa. Sus raíces, por otra parte, traspasarían mascotas enterradas y gente sepultada, se retorcerían a través de flechas de pedernal para enredarse entre las costillas del mamut de Bill y Reggie, siempre en pos del pasado. A veces, un tronco serrado revelaría una bala de mosquete incrustada; un meteoro de hierro, diminuto y letal, rodeado por la espesura de la edad y el tiempo, con los anillos de crecimiento azotando la corteza cual olas de surf hasta cubrir ese violento instante de la década de 1640 bajo su ahogante marea lignaria.

¿Serían los árboles conscientes del trasiego humano y animal que tan frenéticamente discurría alrededor de su calmada longevidad? Marjorie pensó que debían tener *algún* conocimiento de laactividad mamífera, al menos en su más amplio sentido histórico: valles frondosos reducidos a negros eriales por las primeras deforestaciones neolíticas y hectáreas de bosque taladas por entero para erigir los asentamientos incipientes. Las guerras también dejarían su marca —lanzas y esquirlas subsumidas en la corteza—, mientras que los ahorcamientos, las plagas y los exterminios arrojarían un compost humano siempre bienvenido; nutrientes con los que precipitar un fresco crecimiento. Las extinciones por sobreexplotación cinegética, bien a causa del hombre o de otros depredadores, cambiarían y modificarían el mundo selvático habitado por aquellos gigantes eternos, ora de forma menor, ora hacia el desastre. Y los siglos sucesivos traerían consigo explosiones urbanísticas, permisos de edificación, buldóceres amarillos y excavadoras. Todo ello tendría su impacto, y los temblores provocados por tales seísmos surcarían el sigiloso continuo de la conciencia arbórea como una percepción vegetal que ascendiera y descendiese con la savia.

Estimó probable, por tanto, que los árboles poseyeran una noción remota del mundo humano. A gran escala, sus hechos debían filtrarse si se prolongaban lo bastante. Los expolios y explotaciones que duraran años, o siglos, a buen seguro se detectarían, pero ¿y las interacciones más fugaces? ¿Registraban los árboles los corazones tallados, las declaraciones de amor que grababan en sus cortezas para disipar la incertidumbre o el desvelo? ¿Llevarían la cuenta de cada perro paseado y cada meada territorial? La reina Isabel I, según recordaba, se hallaba sentada bajo un árbol cuando supo que había heredado el trono, y la reina Isabel II, cinco siglos después, estaba encaramada a uno cuando le anunciaron lo propio. ¿Y qué había del anecdótico manzano junto al que descansaba Isaac Newton cuando formuló las teorías que impulsarían la era de la mecánica, las ideas que

propulsarían a la maquinaria pesada en su implacable avance hacia la línea del bosque? ¿Acaso crujieron sus hojas con nerviosismo? ¿Susurraron sus ramas con resignada presciencia? En su fuero interno, Marjorie concluyó que previsiblemente sí, al menos en un sentido poético, y eso bastó para complacerla.

La pasarela de alabastro sobre la que discurrían los chavales fantasmales se curvó notablemente al aproximarse a los manicomios, erigidos entre aquel follaje florecido y marchitado simultáneamente. Cuando miró por encima del hombro, Marjorie pudo ver que las efímeras postimágenes del grupo los seguían en tumultuoso silencio. Estudió su pequeño duplicado regordete, que avanzaba a pisotones en la retaguardia, y le decepcionó constatar cuán imperturbable e inexpresivo resultaba. Casi al instante, sin embargo, su estela de multiexposiciones llegó al momento en que había girado la cabeza, y entonces se descubrió observando su propia nuca sin mucho interés. Lo más destacable desde aquel ángulo era la caspa espectral que la aquejaba, así que volvió a mirar hacia delante justo cuando la Banda de los Muertos Muertos hacía un alto en el viaducto celestial. Al parecer, Michael Warren requería una nueva explicación.

—¿Por qué ese sitio de ahí parecerariía tan rarisiniestro? No me pinta su gusto.

El niño estaba tenso. Se intuía por su forma de mezclar las palabras en un galimatías onírico, pues aún no se había acomodado a la mayor flexibilidad terminológica del más allá. No obstante, la muchacha ahogada sabía exactamente a lo que se refería, y de hecho comprendía a la perfección los motivos de tanta aprensión infantil.

Frente a ellos, el puente cegador sobrevolaba una extensión de la juntura fantasma que parecía mucho más anormal de lo normal, por así decirlo. Por una parte, unos tonos vívidos destellaban de improviso en el implacable monocromo de aquel semimundo mortecino. Por la otra, pues… bueno, la atmósfera en sí se diría tan arrugada como las estructuras ligeramente espeluznantes que se atisbaban

en ella. El espacio mismo parecía haber sido atrozmente chafado, engurruñado como una hoja de papel por un puño gigantesco, con dobleces aleatorias que se extendían por doquier hasta convertir los terrenos y edificios de más abajo en un *collage* torpe y alocado. Esta distorsión y fragmentación espacial, unida al consabido flujo cambiante de distintas épocas, hacía de los manicomios una visión escalofriante. La realidad yacía aplastada en una caótica maraña facetada del ahora, el allí, el aquí y el entonces: una topografía indescriptible, ahora cristalina y convexa, ahora un páramo de cavidades y hondonadas de extraña conformación invertida, con el blanco y negro teñido a intervalos por las explosiones cromáticas de un alucinado y alarmante azul o un cálido y morboso naranja polinesio. Tenía mucho interés por saber cómo se las iba a apañar Phyllis Painter para darle sentido a aquel espectáculo demencial —mas, de algún modo, glorioso— a ojos del atónito Michael Warren, y por ello aguzó el oído. Quizás aprendiera algo importante o quizá no, pero, en cualquier caso, siempre se esforzaba por memorizar los diálogos.

—Bueno, a eso de ahí delante, que es a donde vamos, lo llamamos los manicomios, también conocíos como los sanatorios. Se parecen un poco a ese descampao tan raro que hemos visto antes entre Chalk Lane y St. Andrew's Road, ese al que te dije que iríamos a jugar cuando fuéramos de vuelta, no sé si lo recuerdas. Ambos sitios sufren una especie de colapso. Por las razones que sean, ciertos trozos de Arriba caen Abajo. Lo que estamos viendo coincide en el mundo inferior, más o menos, con el hospital psiquiátrico de Berry Wood. St. Crispin, lo llaman. Sin embargo, como quienes viven ahí abajo están sonaos, el asunto es algo más complicao de lo que parece.

»Verás… en Humánima, allá por la zona de los Áticos del Hálito en la que te encontré, toas las tiendas, y las calles, y demás, están hechas de una especie de corteza formada por los sueños y las fantasías de la gente viva. El problema aquí esera que la mitad de los lunáticos internaos en sitios como este a lo largo de los años no saben dónde

están. Algunos ni siquiera saben *cuándo* están, y eso provoca que el área de Humánima que los sobrevuela esteviere hecha de sueños y recuerdos que no encajan. El material con el que trabajan los albañiles de Arriba son los pensamientos, y si esos pensamientos son defectuosos pos, entonces, la arquitectura que se edifica con ellos también esera defectuosa, y justo eso es lo que ocurre aquí. Una parte defectuosa de Humánima se ha desprendío y ha impactao contra la juntura fantasma, y el resultao es que tos los manicomios de Northampton se han colapsao sobre un único lugar, al menos desde nuestra perspectiva. El motivo es que los pacientes no tienen mucha idea de en qué institución mental se encuentran, y esa confusión se traslada a los niveles superiores. En su mayoría, lo que vemos ahí abajo es el hospital St. Crispin de Berry Wood, pero también hay partes del hospital St. Andrew de Billing Road, y trozos del manicomio que solía estar en Abby Park, donde ahora estaraba el museo. Tos esos colores que parpadean son escombros cromáticos de Humánima que han acabao incrustaos en la juntura fantasma. Es un disparate, ¡y ya verás cuando entremos! ¡Locos vivos y locos muertos por tos laos, y ni siquiera ellos mismos son capaces de distinguirse!

Marjorie convino en silencio. Sin duda, era una descripción de los manicomios mucho más sucinta que la que ella pudiera haber pergeñado, por no hablar de que desconocía que los colapsos del segundo Borough se debieran a la fragilidad de las mentes rotas que lo cimentaban en el reino mundano. Sí sabía que las distintas instituciones mentales estaban superpuestas, y que los pacientes lunáticos de un período o lugar se mezclaban libremente con los abotargados medicados de otro, pero jamás había entendido bien la mecánica. Además, la explicación de Phyllis también daba sentido a las súbitas erupciones de color puro: las cualidades visuales de una Humánima colapsada reaccionaban con la pirotecnia emocional de los enfermos mentales.

Con la curiosidad de Michael Warren plenamente

satisfecha y sus temores disipados solo en parte, el puñado de pícaros fantasmales avanzó por el Ultraconducto para internarse en los pliegues y flujos de los manicomios. La niña gordita, cuyo discurrir interior se había visto interrumpido por la pregunta del crío, se descubrió incapaz de retomar el hilo de sus pensamientos. Sería alguna imprecisa divagación poética sobre pájaros, nubes o algo así, pero se le había ido. Y ahora, ya sin su distracción, Marjorie Miranda Driscoll se entregó de nuevo a la habitual corriente de imágenes y recuerdos sombríos, esos que siempre procuraba evitar dando pábulo a sus reflexiones literarias.

La imponente y fangosa figura de la bruja del Nene se alzó ante la ahogada mocosa en la tiniebla del lecho fluvial, con su horrible e incalculable longitud perdiéndose tras ella en la negrura subacuática. Los fragmentos fulgentes de su ya extinta Revista de la Vida se enredaron en la maraña de mechones de la criatura, arremolinados y enroscados alrededor de ambos cuerpos. Una de las manos pterodáctilas y paragüeras de la bruja asió con fuerza el tobillo de la niña recién fallecida, a la que inmovilizó para estudiarla. En lo más hondo de los pozos limosos que eran sus cuencas, el fulgor gasterópodo de sus ojos monstruosos radiaba la historia completa —insoportable e indeseable— del ser anfibio, y así fue como cada terrible detalle de sus casi dos mil años de existencia se vertió sobre Marjorie cual drenaje de una fosa séptica oxidada.

Era una de las potámides, de las fluviales. Sirena, náyade, ondina… todo eso la habían llamado. La última vez que recibió un nombre fue el de Enula, y la última vez que tuvo un vestigio de género la identificaron como mujer. Eso fue allá por el siglo II, cuando la actual bruja del Nene solía ser una diosa menor del río adorada por unos cuantos soldados romanos morriñosos, la mayoría guarnecidos en el puente sur de la ciudad, en uno de los muchos fuertes ribereños erigidos a lo largo del Nene de allí a Warwickshire. Eran aquellas unas tardes arcaicas, y los cúmulos cromáticos de las ofrendas florales fluían, empapados, corriente abajo. Las

oraciones latinas, acalladas bajo el aliento, se susurraban con una mezcla de fe y sonrojo. Enula… ¿realmente la habían bautizado así, o no era más que una mala interpretación, un falso recuerdo? La criatura lo ignoraba. Le daba igual. Porque no importaba. «Enula» le sonaba bien.

Había cobrado vida casi como una entelequia, una mera comprensión poética de la naturaleza del río en las mentes y canciones de los primeros pobladores; una débil trama de ideas, apenas consciente de su propia existencia tenue. Gradualmente, esas historias y baladas que habían prendido la chispa de su entidad se volvieron más complejas, y se sumaron a su acervo con metáforas más nuevas y sofisticadas: el río como flujo de la vida, su dirección invariable como trasunto del tiempo, su trémula superficie reflectante como el espejo de nuestra memoria. Su frágil sustancia provenía del mundo de las fábulas, los sueños y los fantasmas, el más cercano a la cenagosa esfera mortal, pero su concreción espiritual le llegó cuando al fin le dieron un nombre. Enula. ¿O acaso fue Nendra? ¿O quizá Nenet? Algo por el estilo, en cualquier caso.

Encarnaba un hermoso y joven concepto por aquel entonces, cuando su aspecto era el de una sirena inusualmente larga, de tres o cuatro metros de extremo a extremo, con un rostro de fabulosa constitución. Cada ojo, mucho más cerca de la superficie de la cara, era un exquisito loto violeta cuya miríada de pétalos se abría y cerraba en las comisuras de su sonrisa. Sus labios, de medio metro, constituían dos rizos iridiscentes de piel de pez en los que jugueteaban unos prismáticos tonos lavanda y turquesa, y el cabello lustroso, de un profundo verde botella, flotaba sobre la pulida dureza rocosa de sus pechos y su vientre. Sus cejas y su sexo lucían un suavísimo pelaje de nutria, y el remate de su extraordinaria cola era un inmenso peine enjoyado hecho pedúnculo, amplio como un arco. Sus escamas brillantes y sus ocho uñas ovaladas eran auténticos espejos, y unas negras franjas de umbría oscilaban en ellos como árboles reflejados.

En aquellos siglos remotos incluso conoció el amor. Se llamaba Gregorius, un soldado romano destinado al fuerte ribereño y varado allí, añorando a la esposa y los hijos que había dejado en la cálida y lejana Milán. Sus ofrendas florales al espíritu acuático eran las más asiduas y profusas, y en mañanas alternas se bañaba desnudo en la gelidez del cauce, con su verga y sus pelotas reducidas a una nuez. Aún recordaba débilmente el distintivo olor de su sudor, la forma en que acopiaba el agua para enjuagar su cráneo moreno y rapado, las gotas opalinas deslizándosele por la columna hasta las nalgas. Durante una de sus abluciones a orillas de río, tras masturbarse brevemente, descargó su semilla en el espumoso torrente de sus rodillas, un esperma espeso que escapó hacia la mar distante. Loca de amor, ella persiguió esta, su más preciada ofrenda, hasta casi llegar al estuario del Wash, pero acabó rindiéndose y volviendo a casa, y a lo largo de todo el camino no dejó de cuestionarse la feroz obsesión que la subyugaba.

Entonces, una aciaga mañana, su joven se fue, y también su cohorte. El fuerte fluvial abandonado se convirtió en un maltrecho parque para los niños lugareños, y al cabo de los años quedó tan saqueado y desmantelado que perdió toda utilidad. Retorcida por la frustración, ella esperó y esperó entre el cieno y los sedimentos, pero nunca volvió a ver ni a Gregorius ni a sus pares. Ya no le ofrecían flores, sino solo las heces nocturnas que flotaban en torno a su pecho cuando los peludos y zafios bretones las arrojaban al levantarse. Estaba claro que ni la categoría de semidiosa le otorgaban, y por tanto, en la fría y resentida oscuridad de las profundidades, empezó a cambiar.

La soledad que sentía. Eso fue lo que la transformó palmo a palmo; lo que convirtió a la encantadora Nenet, o Nendra, o Enula, en la bruja del Nene, en la criatura de un kilómetro de largo que era ahora. Tras cincelar su monstruosidad, el mero aislamiento precipitó una infinidad de actos desesperados. Una miríada de almas ahogadas había reclamado, y a todas las había tomado con la sola intención de tener compañía.

Durante varios siglos intentó contenerse, reprimir sus impulsos, pero al final cedió, y acabó atrapando a un fantasma justo en el momento en que luchaba por huir de su cuerpo estertóreo. Sabía que ese paso resultaría irrevocable, que era un vil crimen del espíritu que no tendría vuelta atrás. Por eso había pospuesto el instante lo máximo posible, por eso había decidido esperar justo hasta el momento en que la idea de una vida eterna sin amor le resultara del todo insoportable. Pero ese momento llegó, y lo hizo una noche de verano del siglo IX, hacía ya casi un milenio. El hombre se llamaba Edward, un recio campesino de unos catorce años que tropezó y cayó al río de vuelta a casa, entre prados lóbregos y con la barriga llena de cerveza. Edward fue el primero.

Ni la captura de Edward ni la relación subsiguiente fueron gratas para ella, aunque nunca se molestó en considerar la perspectiva que el hombre ahogado pudo albergar al respecto. Durante los años que pasaron juntos, Edward pareció sufrir un continuo estado de shock, o trauma, instaurado desde el mismo instante en que su enorme mano palmeada se cerró en torno a su maltrecho y desorientado cuerpo espectral. En sus ojos como platos advirtió un primer atisbo de su actual aspecto, de la apariencia con la que ahora debían verla los humanos. Aun si la fortuna le hubiese procurado un nuevo Gregorius, ¿cómo habría impedido que gritara ante el ser en que se había convertido?

Edward, por supuesto, gritó al principio —unos largos y burbujeantes ruidos espirituales, a medio camino entre el sonido y la luz—, pero al final se calló por sí solo para recluirse en una suerte de trance aletargado durante el resto de su noviazgo. Se comportaba como un peluche paralizado y expectante, inerte y flotante, cuando Nendra, o Enula, lo volteaba de acá para allá con sus dedos crustáceos o intentaba comunicarse con él. Incapaz de suscitarle otra respuesta que no fuera un gemido, un espasmo o una convulsión, la bruja del Nene se acabó conformando con mantener un soliloquio ininterrumpido a lo largo de las

cinco décadas que el hombre pasó con ella. La criatura desahogó, en varias ocasiones, sus muchas decepciones y tribulaciones, e incluso le contó lo del día en que persiguió el esperma coagulado de Gregorius hasta los límites del agua dulce de su territorio. Él nunca mostró signos de oír o entender su discurso, hasta el punto de que ella no creyó tener más efecto sobre Edward que el de la progresiva desintegración de su personalidad, un desgaste de sus capas de conciencia ejecutado en aras de escapar del incesante horror de sus circunstancias. Finalmente, cuando no fue más que un tronco a la deriva, Nenet lo dejó marchar: un ajado pecio fantasmal, gastado y drenado de su propia vitalidad, al que observó alejarse hacia el este, hacia el mar, sin romper su silencio o su inexpresividad.

Entonces fue y atrapó a otro.

¿Cuántos habían sido desde entonces? ¿Dos docenas? ¿Tres? La bruja del Nene había perdido la cuenta, y a esas alturas había olvidado la mayor parte de los nombres de sus compañeros. Cuando pensaba en ellos, a todos los llamaba «Edward», incluso a la media docena de mujeres que había cazado a lo largo de las décadas. Algunos fueron más receptivos a su presencia que el primer Edward. Otros intentaron implorarle, y otros incluso se sobrepusieron al pavor y le preguntaron cosas para entenderla, para comprender la pesadilla que los retenía. Todos ellos, sin embargo, cayeron más pronto que tarde en el estado catatónico de su primer pretendiente. Y cuando no quedaba casi nada, cuando sus conciencias se limitaban a una bagatela entumecida y alienada, ella se libraba de ellos. Cuando sus ojos cesaban de seguir los escasos rayos de sol que se filtraban por el turbio cristal de la superficie, cuando sus almas se volvían rígidas y dejaban de moverse, cuando ya ni contribuían a sus lúgubres pasatiempos, Nendra los entregaba a la plácida y majestuosa corriente, y jamás se preguntaba qué sería luego de ellos; si se recobrarían algún día, o si permanecerían como cascarones vacíos hasta el fin de la eternidad. Mudos e inmóviles no le servían, y no faltaban peces en el río.

La cosa —porque para entonces ya era, ciertamente, una «cosa»— solo tomaba mujeres en ausencia de hombres, pues había llegado a la conclusión de que el jaleo que armaban las hembras fantasmales no le compensaba. Sí, cierto, las féminas solían tardar más que los hombres en caer en un letargo vegetativo, pero eran más feroces, más asustadizas y, por tanto, más luchadoras. Combinada con la antipatía natural de Enula hacia su antiguo género, esta resistencia terminó introduciendo un cariz cruel en el talante de la bruja del Nene, antes solo caracterizado por un aislamiento abrumador y un rencor sombrío. A una Edward especialmente detestable le destrozó la psique poco a poco; desmenuzó su esencia astral para alimentar a los peces y, luego, tras casi noventa inviernos, la soltó a la deriva. La arcana quimera subacuática se sorprendió con la reacción que la tortura deliberada despertó en ella: un sordo y distante destello de una sensación cercana al placer. Una vez descubierta, obviamente, esta nueva tendencia a infligir sufrimiento no tardó en volverse más y más acuciante, más pronunciada, más necesaria para el equilibrio del monstruo fluvial.

Nunca capturaba niños, porque nunca tenía la necesidad: eran peces pequeños, meros aperitivos frente a la gran abundancia de alimento adulto que cada año traían consigo los accidentes y los suicidios. Sin embargo, los siglos XIX y XX marcaron un período de escasez, dado el creciente número de personas que aprendieron a nadar. Un día, en el paso de una centuria a otra, justo en la franja que constituía el límite occidental del casco antiguo, observó con desdén las lecciones de natación impartidas por un viejo pellejo entre un rebaño de jovencitos desnudos. Peor aún, por las charlas entreoídas a orillas del río, supo que al gran prado de la zona, cerca del antiguo emplazamiento del priorato de San Andrés, lo habían rebautizado en honor a un irritante socorrista irlandés —un exmilitar llamado Paddy Moore— y que ahora se llamaba Paddy’s Meadow. Debido al entrometido esfuerzo de tales personajes, la mayoría de los que entraban en los dominios de la bruja

empezaron a salir airosos. La criatura llevaba sin compañía desde la despedida de los restos de su último asociado allá por la década de 1870, pero su mala racha estaba a punto de acabar. Y todo gracias a Marjorie.

Esta fue la terrible ola biográfica que arrolló a la indefensa cría espectral, sumada a otras tantas aprensiones, incógnitas y anécdotas truculentas relativas a la prolongada y famélica existencia de la criatura. Aunque paralizada por el terror, Marjorie supo de repente todos los turbios secretos del río, el paradero de los ausentes y los asesinados, el destino de las joyas de la Corona perdidas por el infame Juan sin Tierra, esas que la marea del Wash jamás trajo de vuelta. La niña contempló la espiral gris y húmeda del ojo de la ondina y comprendió, con absoluta certeza, lo que iba a ser de ella: pasaría unas largas e insoportables décadas siendo consciente de cómo la despojaban de su misma esencia, de cómo la bruja del Nene la reducía a trémulos pedazos bajo el peso indiviso de sus atenciones, y solo después, seca ya de identidad y conciencia, fluiría descartada; otra alma consumida, dos veces fallecida, flotando hacia la costa este.

Se hallaba asumiendo esta tesitura cuando una terrible conmoción sacudió las aguas cercanas. Los ojos glutinosos de la bruja del Nene se aguzaron y entrecerraron, sorprendidos por la indeseable interrupción. Giró su enorme cabeza aplanada en pos de la fuente de tamaño disturbio, y fue entonces cuando vio…

Marjorie se chocó de improviso con la espalda de Reggie Bowler, quien se había parado en seco delante de ella en mitad del Ultraconducto. Sin duda, la pasarela radiante debía haber llegado al centro mismo de la enmarañada red de sanatorios, justo el sitio en el que Phyllis Painter había divisado la abundancia de manzanas locas poco antes de toparse con Michael Warren en los Áticos del Hálito.

—Vale, aquí es donde vi los sombreros de Puck. Habrabía cientos de ellos colgando de los árboles y las canaletas. Si saltamos desde este punto, los cogeremos tos.

Dicho esto, su líder trepó ágilmente por la barandilla de alabastro que bordeaba la pasarela, y acto seguido le pidió a John que aupara a Michael Warren para que el niño y ella pudieran saltar de la mano desde el Ultraconducto. Los otros pillastres fueron a la zaga, y pronto estuvieron todos desplomándose lentamente por la melosa atmósfera de la juntura fantasma hacia el espacio-tiempo barajado de más abajo, con el borrón gris de su estela de postimágenes dibujando la trayectoria. Gráciles y parsimoniosos, los pícaros espectrales cayeron sobre el solapamiento psiquiátrico cual granadas de humo.

Marjorie aterrizó en cuclillas sobre la hierba recortada, acompañada por el asombroso aluvión de sus múltiples exposiciones. La franja de césped parecía bien cuidada, así que era más probable que se tratara de un fragmento desplazado desde el hospital St. Andrew y no tanto desde Berry Wood, que era una institución más modesta. Bajo un examen atento, incluso pudo distinguir la unión entre la excelsa manicura de las briznas de St. Andrew y el tosco trasquilado de St. Crispin o Abington Park: cuñas y trapezoides de una hierba clara u oscura que encajaban irregularmente, borde con borde, como un rompecabezas de baratillo; distintos lugares ensamblados en un único paisaje por el colapso de las regiones superiores. Al inclinar la cabeza y mirar hacia arriba, la chiquilla se percató de que el mismo cielo parecía amalgamado: diferentes tipos de nubes procedentes de diversos sitios y de alturas salvajemente dispares, yuxtapuestas torpemente, con la única división de las crestas de un papel arrugado. En ciertos segmentos o porciones del firmamento hasta estaba lloviznando.

Por más desorientadores que pudieran ser los rasgos del paisaje, la hierba o el cielo, la mezcla y plegadura de los inmuebles hospitalarios dispuestos a su alrededor resultaba mucho más peculiar. Unas tiras de piedra caliza recubiertas de hiedra, claramente pertenecientes al manicomio de Abington, reconvertido en museo, yacían burdamente fusionadas con los pálidos y augustos edificios de corte

naval del hospital St. Andrew, todo para metamorfosearse en las construcciones de ladrillo, algo siniestras, de St. Crispin. Las estrambóticas moles victorianas de este último eran las más prevalentes en la mixtura de loqueros, sin duda porque la ubicación geográfica de St. Crispin en la juntura fantasma era aquella sobre la que estaban confluyendo todos los demás, tanto en los territorios superiores como en el cimiento onírico de los confusos pacientes.

Marjorie llevaba describiendo la arquitectura de la institución de Berry Wood como «perversa» desde que aprendiera el significado de esa palabra. Era una vileza internar a los enfermos mentales en un entorno tan perturbador como el de St. Crispin, donde los pabellones de ladrillo y sus ventanales conspiraban juntos entre susurros, siempre suspicaces bajo el ala inclinada de sus sombreros de pizarra, y donde una torre arácnida sin uso aparente se alzaba extrañamente sobre un panorama ya de por sí opresivo. En conjunto, St. Crispin exhibía el porte de un insólito experimento social bávaro, vestigio de una época ya pasada. Sus pasillos laberínticos, sus murmullos clandestinos y su aislamiento le daban un aire a prisión, o a fábrica. Siendo franca, los fragmentos añadidos de St. Andrew o Abington Park suponían toda una mejora.

Los niños fantasmales cruzaron cautelosamente el césped multicolor hacia el amasijo de edificios psiquiátricos, dominados por el despropósito de la torre de St. Crispin, una cosa tan esbelta que solo podía servir como chimenea de crematorio. Una de las estructuras apiñadas cerca de la base de la atalaya se correspondía con la extensión prefabricada del hospital oriundo, un módulo de un solo piso en el que Marjorie se había topado, en visitas previas, con los cuadros que pintaban los pacientes. Entre paisajes anómalos y cautivadores, cálidos cielos anaranjados y setos perfilados hasta asemejarse a las peligrosas y puntiagudas herramientas de metal que los podaban, lo más destacable fueron las representaciones pictóricas de la juntura fantasma y del solapamiento de los

manicomios, con partes de Abington Park o St. Andrew fusionadas con St. Crispin como por error. Los lienzos también reproducían la súbita irrupción de ciertos fenómenos superiores —por ejemplo, la cascada de muaré que manaba en aquel mismo instante desde detrás de la aguja filiforme de ladrillo— en prueba de que los seres vivos aquejados de un estado mental extremo podían atisbar, de vez en cuando, el mundo elevado y su población. En una ocasión incluso se topó con el dibujo de una figura clavadita a Phyllis Painter, con su rancia estola de conejos muertos alrededor del cuello. Aquel boceto al carboncillo le resultó, no obstante, muy distorsionado, pues la líder de la banda espectral lucía un cariz mucho más aterrador que el que jamás hubiera presentado en muerte o en vida.

La ensoñación de Marjorie se vio interrumpida por un brusco e indignado exabrupto de la auténtica Phyll Painter, expresado con tal vehemencia que la niña ahogada estuvo tentada de reconsiderar la exactitud artística de aquel lunático anónimo.

—¡Algún mamón nos las ha robao! ¡Antes las habrabía a cientos, hasta el punto de que estos árboles casi se partirarían por el peso! ¡Como pille al que ha venío a mangarnos nuestras locas de Bedlam antes de que pudiéramos recogerlas, os juro que lo tumbo de un maldito guantazo, aunque sea el mismísimo Tercer Borough!

Todo el mundo, incluido su presunto hermano pequeño Bill, pareció conmocionarse ante la diatriba incendiaria y casi blasfema de Phyllis. Marjorie examinó los árboles cercanos y los aleros de los manicomios. Los sombreros de Puck que crecían allí bastarían para una suculenta merendola con sus camaradas fenecidos, pero su cantidad ni se acercaba a la que Phyllis les había prometido. ¿Estaría en lo cierto su enfurecida líder? ¿Habría otro saqueador fantasmal operando por los alrededores, tal vez algún clan rival bien informado y altamente organizado que estuviera intentado arrebatarles su territorio? Pensó que ojalá no fuera el caso. Nunca había oído hablar de guerras de

bandas en Humánima, pero suponía que podían ponerse morbosamente feas. Reyertas espectrales salpicando el Mayorhold y pillos blandiendo piochas oníricas o evocadas, aunque, eso sí, ¿cómo distinguir los distintos colores de las facciones en la arena monocroma de la juntura fantasma? Quizás un grupo pudiera ir de negro y el otro de blanco, como si fuera una partida de ajedrez caótica y violenta. Estaba ya pensando en celadas exorcistas a modo de represalia cuando se dio cuenta de que nada de eso tenía que ver con sus circunstancias actuales y reales, sino que muy probablemente se tratara de la trama de su tercera novela, a su vez secuela de la segunda, sin duda centrada en Snowy Vernall y su hermosísima nieta explorando la Eternidad.

Mientras trataba de domeñar estas salvajes fantasías literarias, John gritó de repente.

—¡Veo a uno de los fulanos! ¡Mirad! ¡Nos está espiando desde detrás de la torre!

La niña se giró a tiempo de ver una diminuta cabeza rubia desapareciendo tras una esquina de la base del edificio. La vaporosa estela gris de pequeñas testas le permitió deducir que se trataba de un pícaro espectral, así que sí, su líder estaba en lo cierto. Una banda rival de rufianes fantasmales les había robado las manzanas locas. ¡Estaban invadiendo su territorio! Sorprendida por su airado e inusitado sentido de la indignación, Marjorie se unió a los demás en su asalto a la torre, media docena de críos convertidos en una explosiva horda mongola a cuenta de su rastro de duplicados.

Doblaron la esquina de ladrillos oscuros y se detuvieron en seco, y Marjorie volvió a chocarse con la espalda de Reggie Bowler. Una vez recompuesta, escudriñó entre los miembros más altos de la banda, y a continuación se quitó las gafas para frotárselas con la manga antes de volver a ponérselas, como si le costara creerse lo que sus compinches y ella misma estaban viendo. En realidad, era un gesto que le había visto a alguien en una película —a Harold Lloyd, posiblemente— y no tanto un ademán

natural, pero la intención estaba clara: tratar una escena inconcebible como un pegote de mugre que pudiera limpiarse de la lente. Solo tenía sentido, creía ella, ante un pegote de lo más chocante y enrevesado, y en este caso efectivamente lo era.

A cierta distancia, en mitad del aire, había un agujero temporal abierto casi a nivel del suelo, de un metro de diámetro a juicio de Marjorie, y bordeado por las típicas bandas estáticas en blanco y negro alternante que solían acompañar a dichos fenómenos. Dos chavales fantasmales de aspecto recio y desaliñado, uno alto y el otro bajo, sostenían una especie de bandera, o pancarta de tela, combada por cientos de sombreros de Puck bien maduros, todos ellos jugosos, con sus figuras feéricas entrelazadas en cúmulos equinodérmicos y sus reflejos de color en el brillo, perecederos y delicados, apilados como nabos iridiscentes en el extraño letrero que los transportaba. Al aguzar su visión póstuma a través de sus gafas recién limpiadas, la cría ahogada distinguió la parte superior de las letras bordadas en la enseña, que parecían formar la palabra «unión» o «upiop», muy probablemente la primera. ¿Habría fundado alguien una suerte de unión o sindicato celestial para reclamar mejores atuendos y una reducción de la jornada ultraterrena? Cuando se fijó en los dos improbables delegados sindicales, a punto ya de huir por la brecha parpadeante con su botín de vituallas espectrales, no pudo sino advertir que el intruso más espigado llevaba un sombrero como el de Reggie Bowler…

Y una cabeza como la de Reggie Bowler. Y también un cuerpo como el suyo.

Básicamente, porque era Reggie Bowler quien estaba a unos metros de ella; de ella y también del otro Reggie Bowler, que permanecía a su lado, boquiabierto y pasmado, viendo cómo su gemelo malvado robaba los sombreros de Puck. El doble de Reggie sostenía uno de los extremos de la copiosa pancarta, mientras que el otro lo agarraba la viva y exacta reproducción del mocoso de Phyll Painter, el pequeño y travieso Bill. Mientras tanto, el auténtico Bill no

paraba de maldecir junto a su hermana mayor, quien por una vez ni siquiera le regañó. Marjorie volvió a quitarse las gafas con el fin de frotárselas, incapaz como era de ofrecer una reacción más apropiada. Eso prefirió dejárselo a Phyllis, que al fin y al cabo era la líder oficial de la pandilla.

—¡William! ¿Pero a qué cojo…? ¿Pero a qué te crees que juegas, pequeño ca…?

Marjorie ahogó un grito. Nunca hubiera creído que Phyllis Painter fuera capaz de usar un lenguaje tan zafio y vulgar. Terció entonces el gran John, en tono casi de cabreo.

—¡Eso que sujetáis es una bandera de la Unión Británica de Fascistas! ¡Si además de birlar las locas de Bedlam os habéis metido a mosleyitas,[37] os parto la crisma a los dos!

Llegados a este punto, los destinatarios facsímiles de estas pullas hostiles se las habían arreglado para pasar su parihuela improvisada, cargada de sombreros de Puck y aparentemente afiliada a la parafernalia propia de los camisas negras, por el agujero temporal. Ya en el extremo opuesto de la abertura, tejieron las bandas de interferencia cromática hacia el centro para sellar el portal. Justo antes de esfumarse por completo, los dobles de Bill y Reggie alzaron la vista hacia sus anonadados homólogos.

—Todo tiene una explicación, así que no la toméis con nosotros.

—Cierra el pico, Reg. Escuchadme tos… no olvidéis que es el diablo quien está al volante del cotarro, así que no os sorprendáis cuando…

Las últimas hebras de la rutilante fisura espacial se obturaron en mitad de la frase del gemelo de Reggie, dejándola así en el aire. Solo quedó el desordenado paisaje de los manicomios fusionados, con los pacientes de un centenar de años vagando por la amalgama multicolor de franjas de césped y sin ninguna indicación de que el agujero temporal hubiera estado allí. Se había esfumado sin dejar ni rastro.

Enmudecida de rabia, Phyllis le dio a Bill un coscorrón en la oreja.

—¡Ay! ¡Pero serás arpía, joder! ¿A qué ha venío eso?

—¿Pa qué has robao tos esos sombreros de Puck, sucio mamoncete? ¿Y qué querías decir con eso de que era el diablo quien estaba al volante del cotarro?

—¡No tengo ni idea, coño! ¿Has perdío la cabeza o qué? He estao aquí parao tol tiempo. Esos no eséramos Reggie y yo. Solo se parecían a nosotros.

—¡Que se parecían, dice! ¡Ya te diré yo lo que vas a parecer dentro de un minuto! ¡Eseras tú! ¿Te piensas que no reconozco a la sangre de mi sangre o qué? ¡Ese eseras tú desde otro punto de la perduración, desde un momento al que aún no hemos llegao! ¡Vais a cavar de vuelta aquí y os vais a llevar toas las manzanas locas antes de que podamos recolectarlas, tú y ese cabrón estúpido que está a tu lao!

Phyllis miró a Reggie. Bill trató de razonar, con desastroso resultado.

—¿Y cómo voy a saber a qué ha venío eso si ese momento aún no ha llegao? Soy un puto muerto, no un vidente. John, colega, ¿puedes hacer que entre en razón? Cuando las hormonas la ponen así, es mejor que me haga a un lao.

El apuesto chico mayor fulminó a los dos tunantes con una mirada de gélido desdén.

—No tratéis de meterme en esto, malditos nazis. Vamos, Phyll. Vente con Michael y conmigo a recoger las migajas que este par de bandidos hayan tenido a bien dejarnos.

Dicho lo cual, John y Phyllis tomaron a Michael de la mano para dirigirse juntos hacia la arboleda, con el crío balanceándose entre ellos en la tenue gravedad de la juntura fantasma. A Marjorie le apenó un poco la facilidad con la que la dejaron junto a los renegados, pero entonces pensó que ese aparente desaire no era más que una triste excusa para escabullirse solos, y no tanto una afrenta personal hacia ella. Además, se llevaba algo mejor con Reggie y Bill que con Phyll Painter y el gran John. Phyllis

podía ser muy mandona, mientras que John se aprovechaba a veces de su imagen de héroe de guerra. Bill, en cambio, resultaba sorprendentemente culto y leído cuando dejaba a un lado sus chanzas sobre tetas y bragas, y el pobre Reggie era una debilidad suya. Según la luz parecía casi guapo, aunque respecto a sus facultades intelectuales no podía sino ratificar, calladamente, la opinión de Phyllis: era un cabrón estúpido.

—A ver, ¿podéis explicarme a qué ha venido eso? ¿Tenéis un plan para repartiros los sombreros de Puck con vuestros nuevos camaradas en los camisas negras o qué?

Reggie comenzó a proclamar su inocencia, pero Bill sonrió tristemente.

—Antes no, pero ahora te juro que sí, coño. Si esa vieja vaca va a echarme la culpa de algo que aún no he hecho, voy a asegurarme con toas mis ganas de merecérmelo. Lo de unirme a los nazis no tengo ni idea, pero siempre he pensao que unas botas altas me sentarían de miedo. No, Marge, eso ha sío raro de cojones… verme a mí mismo de esa guisa y tal. Y me pregunto qué hostias habré querío decir con eso del diablo.

Reggie pareció meditar el asunto, al menos en sus cortas entendederas.

—Yo diría que esera un juego de espejos.

Bill resopló en tono burlón.

—Reggie, amigo mío, no eres el más listo del barrio, ¿verdad? ¿Cómo iraba a ser un juego de espejos? Llevaban una bandera cargá hasta los topes de sombreros de Puck, y nosotros, conspicuamente, no. Además, ¿cómo podría un espejo hablar como tú y como yo? Reflejan la luz, no las voces. En fin… ahora lo que toca es buscar un buen montón de fruta feérica pa ponernos de buenas con esa perra borde de Phyllis.

Los tres se mofaron a costa de su líder a su paso por la confusa y variopinta mezcla de edificios psiquiátricos, escudriñando los bajos de las canaletas en pos de alguna señal de las esquivas delicias. Tras un anexo o cobertizo cercano, una fuente de ácido verde casi fosforescente brotó

de improviso hacia los cielos recosidos, así que todos dieron un respingo antes de reír, aliviados, cuando el fenómeno remitió hasta desaparecer.

En lo que parecía ser un fragmento desubicado de la capilla del hospital St. Andrew, se toparon con un exquisito racimo de sombreros de Puck maduros que los otros Bill y Reggie debían haber pasado por alto, crecidos en una esquina bajo la sombra de un alféizar. Reggie se quitó el sombrero para usarlo de receptáculo, mientras que Bill y Marjorie empezaron a recolectar la abundancia de hipervegetales, o setas 4D, o lo que fueran aquellos frutos peculiares. Estirada bajo un ejemplar de un palmo notablemente magnífico, Marjorie arrancó el grueso pedúnculo con una de sus uñas etéreas, y pudo escuchar, brevemente, un quejido agudo similar al de un pequeño motor al detenerse, uno de esos sonidos que uno nunca estaba muy seguro de oír hasta que cesaban. Alzó el espléndido trofeo con sus manitas rechonchas y lo examinó con ojos de escritora.

Las figuras feéricas, trabadas en su patrón radial como una guirnalda de muñecas de papel, eran rubias en aquel espécimen. La borla dorada de sus melenas fundidas crecía desde el núcleo esponjoso central, donde las cabecitas se engarzaban juntas como el bucle de un brazalete, a juego con las minúsculas matas de vello púbico aterciopelado, también dorado, que manaban desde los pétalos de sus piernas intersecadas. Incluso en el dominio incoloro de la juntura fantasma podía apreciarse el rubor rojizo de sus mejillas diminutas, el destello celeste en los iris de su mirada elusiva y puntiforme. Pero los sombreros de Puck no eran buqués de hermosas hadas sueltas, ¿verdad? Eso solo era su forma, el aspecto con el que incitaban a los fantasmas a comérselas para que luego escupieran las crujientes semillas de sus ojos azules. En realidad, los sombreros de Puck eran seres vivos individuales con un propósito propio e inescrutable. Procurando ignorar sus encantadores semblantes femeninos, Marjorie se centró en intentar discernir el autentico rostro del misterioso

organismo.

Al observar la criatura sin equiparar sus distintas partes a personas en miniatura, y por ende sin profesarle la simpatía natural que esta semejanza suscitaba, el metahongo resultaba genuinamente horrible, un pulpo color golosina con una tortuosidad vómica, desordenada y superflua. Alrededor del adefesio ambarino de su tallo central había, al menos, quince o veinte ojillos inhumanos, muchos de ellos inquietantemente en blanco, con una banda concéntrica exterior de pequeñas llagas repulsivas a modo de bocas carnosas. La seguía un falso ribete de pechos esculpidos, luego de ombligos, y finalmente de obscenos hoyuelos púbicos, cubiertos de unas pelusas rubias similares a hifas de *penicillium*. La apariencia del conjunto era la de una tarta helada pavorosa, decorada con escalofriante simetría por un esquizofrénico alucinado.

Antes de cogerles asco por el resto de su otra vida, Marjorie tiritó, y entonces arrojó prontamente la fruta fantasmal, ahora aterradora, al bombín invertido de Reggie. Dado su tamaño, el hallazgo copó de inmediato casi todo el espacio del sombrero, lo cual les obligó a improvisar un saco más amplio anudando las mangas del jersey de Bill.

Marjorie estuvo un rato observándolos mientras recogían los ejemplares más maduros de todos los apiñados bajo el alféizar, siempre descartando los brotes astronáuticos azulados. La fantasmilla regordeta ni siquiera intentó examinar el cariz alienígena que se ocultaba bajo las escuálidas formas fetales de estos últimos. Ya eran lo bastante horribles vistos desde el exterior. Quizá fuera por el aspecto embrionario y cabezudo de los frutos, pero la cría solía pensar que a lo que más se asemejaban era a algún tipo de anómalo desastre prenatal, a una suerte de octillizos siameses cuyos cráneos se hubieran fusionado hasta formar los pétalos de una margarita nefanda. Sabía por amarga experiencia cuál era el sabor exacto de aquellas cosas, pero su regusto acre resultaba exasperadamente difícil de describir con palabras. Era como masticar metal, pero un metal que tuviera la suave consistencia del turrón y

que pudiera pudrirse hasta adquirir la acidez de un penique sudado. Conocía a espectros capaces de comerse sombreros de Puck inmaduros si no tenían ejemplares feéricos y adultos a mano, pero que la ahogaran de nuevo si sabía cómo podían soportarlo. Ella preferiría mil veces no volver a probarlos hasta el fin de los tiempos, que era más o menos hasta cuando le duraría el recuerdo de su primer e infausto bocado. Además, de un tiempo a esta parte, los buenos libros le proporcionaban la misma sensación de sustento espiritual y plenitud material que las locas de Bedlam, aunque, por el lado negativo, un mal libro podía dejarse reposar durante décadas enteras y no por ello endulzaría jamás su sabor.

Cuando Bill y Reggie terminaron de entresacar las manzanas locas comestibles del racimo que había bajo la ventana, partieron sin rumbo en busca de más, todo sin dejar de discutir acaloradamente la intención de sus duplicados al hurtar la cosecha de fruta espectral antes de que Phyllis y su banda hubieran podido afanarla.

—Bueno, eran nuestras versiones futuras, ¿no? Es algo que no hemos hecho todavía.

—Eso no lo sabes. Podrían haber sido nuestras versiones pasadas.

—Reggie, ¿te aprieta mucho la cabeza ese puto bombín o qué? Si lo hubieran hecho nuestras versiones del pasao, entonces lo recordaríamos, so imbécil. Además, ¿cómo íbamos a saber dónde crecían estas tetas de bruja de los cojones? Lo averiguamos cuando Phyllis nos lo dijo. No, Reg, hazme caso, to ese asunto que vimos es algo que *vamos* a hacer. To lo que debe importarnos esera por qué y cuándo vamos a hacerlo. Eso, y lo que dijo mi otro yo acerca de que el diablo estaba al volante del cotarro.

Los dos chavales parecían haberse olvidado de Marjorie. Absortos en su discusión, deambulaban por la yuxtaposición irregular de los edificios psiquiátricos en busca de más hongos frescos. La niña, a decir verdad, no ponía tanto empeño. Había decidido desentenderse de la recolecta de sombreros de Puck durante, como poco, unas

horas, así que pensó en cruzar la vasta amalgama de césped hacia la arboleda en la que se habían internado Phyllis, John y Michael la última vez que los vio. Un ensortijado abanico amarillo centelleó de repente sobre un módulo de observación prefabricado, y se mantuvo allí un instante antes de degradarse en la gama de semitonos ahumados de la juntura fantasma. Al avistar por encima del hombro la estela de dobles disipados que la seguía, captó de refilón a Reggie Bowler desapareciendo tras una esquina de los manicomios, aún inmerso en su porfiada discusión con Bill.

—Pues no entiendo por qué no pueden ser nuestras versiones del pasado. ¡Por lo que sabemos, podría ser algo que hicimos y que luego olvidamos!

La chiquilla sonrió, volvió a girarse y retomó su propio camino por los toscos retales de hierba hacia los árboles en lontananza. Aún recordaba la primera vez que vio a Reggie, que fue justo la noche en que se ahogó. En aquella ocasión, no llevaba puesto su bombín. Ni su abrigo. Ni nada de nada, ahora que se paraba a pensarlo.

La bruja del Nene torció su cabeza oblonga y reveló su alarmante perfil de caimán picudo. Su frente plana yacía corrugada por un ceño de confusa irritación, pero sus ojos penetraron las sombras subacuáticas en pos de la fuente de tamaño disturbio, del chapoteo que la había distraído de iniciar la atroz destrucción del alma de Marjorie.

A cierta distancia, nadando en la tiniebla gris del río, vio a un chico desnudo —mejor dicho, el espíritu de un chico desnudo— que parecía dislocado, con un exceso de brazos y piernas desnudos que la cría averiguaría más tarde que eran consustanciales a la gente muerta. Asida férreamente por la garra palmeada de la bruja, pudo sentir la perplejidad de la ondina: tras una larga sequía de suicidios y accidentes en perjuicio de la monstruosidad, ¿en serio le condecía el destino dos ofrendas en una noche?

El chico era esbelto, blanco y delgado, y cayó en picado hacia el limo y las ruedas de cochecito del lecho del río. Aunque no era tan apuesto como el romano que solía bañarse en sus aguas, al menos era joven, tal vez mucho

más joven que los viejos barrigudos y borrachos que caracterizaban las capturas de Enula en los últimos tiempos. Además, era un macho, y quizás esto fuera lo más importante. Claramente, la criatura no ansiaba desmantelar a alguien como Marjorie, pues tenía antipatía por las hembras y, sobre todo, por aquellas demasiado jóvenes como para haber desarrollado una personalidad que mereciera la pena desguazar. Por un instante, la bruja del Nene admiró la figura desnuda a través de la penumbra subacuática y ponderó sus opciones, y al final tomó una decisión. Las tres patas de cangrejo que tenía por pálidos dedos soltaron a Marjorie de improviso, y entonces se lanzó río arriba, contra una suave corriente, hacia aquella otra presa joven y patentemente indefensa. A partir de ahí, los hechos se sucedieron con tal rapidez que la niña solo pudo recomponerlos más tarde.

Recién liberada, aturdida, asustada, a la deriva, y con su incorporeidad ascendiendo gradualmente hacia la superficie de aquellas aguas opacas, Marjorie escrutó el nuevo objetivo de la bruja en cuanto el chaval desvestido tocó el cieno del fondo. Tuvo tiempo de advertir que había aterrizado en cuclillas, una postura que intuyó deliberada y planeada, incoherente con la agitada desesperación previa. De hecho, cuando la apabullante envergadura de la enorme ondina enfiló hacia él a través de la negrura, pareció incluso esbozar una mueca con su rostro pecoso y de nariz respingona.

Fue entonces cuando algo se hundió en el agua desde arriba para agarrar a Marjorie por las axilas e izarla hacia el aire fresco de la noche; un aire que descubrió que ya no necesitaba respirar. Durante unos segundos pavorosos, creyó que una descomunal gaviota astral la había arrebatado de las garras de una titánica anguila fantasma, pero sus miedos se trocaron en genuino asombro cuando captó la verdad de su situación.

Lo que la había sacado a flote resultó ser algo aún más extraño que la gigantesca ave espectral de su imaginación, pues se asemejaba a un ensayado número de trapecista

ejecutado boca abajo por dos niños fantasmales y una escalofriante legión de conejos muertos levitantes. Quien la sostenía por los sobacos era un muchacho menudo cuyos tobillos los agarraba a su vez una chica algo mayor, y los zapatos de hebilla de esta última estaban encajados en la rama bifurcada de un viejo árbol que dominaba el río. Alrededor del cuello vestía un largo cordel del que pendían los cadáveres algodonosos que había intuido. Esto, al menos, esclarecía por qué los animales muertos simulaban flotar, pero no el motivo por el que la niña los empleaba como bisutería.

La pareja de jóvenes acróbatas trazó un arco sobre la superficie del agua para aupar a Marjorie, y el impulso los lanzó a los tres hacia el aire como un columpio frenético y peligroso. En la cúspide de su trayectoria, las manitas que la sostenían bajo los hombros decidieron soltarla, y eso la dejó vagando en mitad del aire, dando volteretas a la luz de las estrellas con una lentitud onírica, como si la atmósfera estuviera hecha de miel. Al poco, los dos rescatadores le fueron velozmente a la zaga desde abajo para detener su ascenso alborotado, pero esta vez la tomaron cada uno de una mano, ambas extendidas entre aspavientos. Trabados como eslabones de una pulsera, los miembros del trío ascendieron más y más en la noche a través de aquel ambiente denso y viscoso, hasta que al final lograron estabilizarse, en mitad de la nada, a unos quince metros sobre el Nene, con las constelaciones reflejadas en su mansa cinta argentada.

A renglón seguido, el adolescente desnudo salió disparado del río como el cohete de un submarino, con una larga estela de fotocopias rasgando la oscuridad subyacente. Marjorie recordaba haber pensado que aquello explicaba las cuclillas con las que el chico había aterrizado sobre el lecho, pues era la mejor forma de propulsarse desde las profundidades hacia las alturas estrelladas después de haber servido de distracción para la espantosa ninfa fluvial. Tan pronto como se percató de la treta, la placidez del Nene estalló en pedazos, destrozada por una feroz conmoción

subacuática que no solo hizo gritar a la inexperta cría ahogada, sino a todos los chavales presentes.

Erguidos sobre la tiniebla del torrente hasta alcanzar el nivel de los árboles, diez o doce metros de la bruja del Nene arremetieron contra el cielo como un tren submarino descarrillando desde una vía oxidada. Los amplios paraguas digitales de la criatura se extendieron al máximo, tensando su membrana gris y moteada mientras el imponente monstruo contorsionado rascaba el aire en un intento de capturar a su presa huida. La sonrisa petulante del joven desnudo mutó hacia una expresión de sorpresa y terror al percatarse, demasiado tarde, del verdadero alcance y extensión del ente anfibio. Entre pataleos y brazadas verticales, el valiente y valeroso chico sorteó el zarpazo oblicuo del engendro y se guareció sobre las lentejuelas celestiales de Paddy's Meadow, donde Marjorie y los otros niños espectrales flotaban sin aliento por la emoción y el deceso.

Lanzando alaridos de rabia y frustración, la ondina arañó una y otra vez la futilidad del vacío con aquellos miembros anteriores desproporcionadamente diminutos, pero al final desistió, soltó un gemido desesperado que escalofrió a su nervioso público y se dejó caer sobre el Nene como una chimenea desplomada. No hubo ningún chapoteo cuando su vasta extensión insubstancial golpeó la superficie material del agua, sino solo un perturbador quejido final que sonó como algo que antaño pudo asemejarse a una voz humana, pero que ahora no era más que un bramido sofocado por la falta de uso. Por un terrible instante, pareció que el gritó encerraba un nombre: «Gregorius».

Al poco rato, tras las debidas presentaciones entre Marjorie y la Banda de los Muertos Muertos, los chavales discurrieron con la ligereza del polen hacia una orilla de hierba situada río arriba, justo en el lugar en el que Reggie Bowler había dejado su ropa a toda prisa bajo una ruina chirriante, destartalada y mortífera, bautizada como el Sombrero de la Bruja, del parque de recreo improvisado que había más adelante. Por el camino, sobrevolaron un

bulto que iba dando tumbos y girando lentamente, entre la verdina y el lustre aceitoso del río, en dirección a Spencer Bridge, y Marjorie lo escudriñó unos minutos antes de darse cuenta de que era ella misma, su mismísima carcasa humana, con los pulmones llenos de agua y al fin sin sus horrendas gafas.

También divisó a su maldito tonto maldito perro India, que por lo visto podía nadar y todo. El animal se encaramó a la ribera, se sacudió el agua y echó a trotar siguiendo la corriente, ladrándole al cadáver flotante de la niña ahogada mientras mantenía el ritmo de su avance. Y eso fue todo. Capítulo siete: La Banda de los Muertos Muertos contra la bruja del Nene. A eso se reducía su breve paso por la vida.

Caminaba ahora por una franja de césped cortada al cepillo y segada a tiras, a buen seguro perteneciente al cuidadísimo hospital St. Andrew. Su teoría se vio refrendada por el acomodado estatus de los lunáticos que salpicaban la amplia extensión de hierba gris, esparcidos por el pulcro recinto como piezas de ajedrez extraviadas de sus escaques. Al avanzar por el jardín hacia la arboleda, Marjorie pasó junto a un paciente vivo que creyó reconocer, un tipo desorientado, de unos sesenta años, vestido con un cárdigan holgado y unos pantalones manchados por el desayuno. Cuando se cruzó con ella, ignorante de que estuviera allí, el pobre hombre iba farfullando algo complejo y obtuso con aliento entrecortado, y entonces estuvo casi convencida de que se trataba de aquel viejo compositor, ese que alcanzó la fama mucho después de que ella hubiera vivido y muerto. Sir Malcolm Arnold, se llamaba. El músico que adaptó el *Tam o' Shanter* de Robbie Burns con un estilo salvaje y delirante; el que orquestó *Coronel Bogey* con una sección de viento metal pedorrera e impertinente. Confuso y medio calvo, y a todas luces borracho o medicado, Arnold arrastró los pies por los terrenos fracturados de los manicomios sin advertir su presencia, tarareando sus estribillos para un público ignoto y exclusivo, circunscrito a árboles cercanos y chicas espectrales.

Con callada perplejidad, Marjorie notó que al compositor le crecía un sombrero de Puck tierno y maduro en su frente moteada, justo sobre un ojo. Sabía que las locas de Bedlam preferían la cercanía de la gente chalada, alcohólica, o ambas cosas, rasgo que sin duda les daba su nombre, pero nunca había visto una cuyas raíces parecieran hundirse directamente en el cerebro de una persona. Sus sueños debían estar tan infestados, tan invadidos por una legión de pseudohadas cantarinas y vegetativas, que la niña creía casi imposible que de allí surgieran nuevas composiciones. ¿Y cómo curarse de tal afección cuando la propia naturaleza de los hongos 4D impedía que nadie vivo los viera? Nadie absolutamente, compositor incluido, sabía que estuvieran allí. Sir Malcolm se alejó trastabillando hacia el disparejo pandemonio de edificios psiquiátricos con el espléndido fruto de su cráneo botando a cada paso. Las pequeñas ninfas de ojos en blanco, cuyos cuerpos desnudos formaban los pétalos de la flor, parecían incluso exhibir una sonrisilla cómplice en su anillo de caras superpuestas.

Marjorie retomó su periplo y atravesó las ilusiones ópticas de los pilares del Ultraconducto, construido más arriba para cubrir con su larga curvatura la distancia entre la iglesia de Doddridge y Jerusalén, y cuya eterna mole de alabastro no arrojaba sombra alguna sobre el rompecabezas subyacente de céspedes psiquiátricos. Cuando la hierba mutó de clara a oscura, de corta a espigada y descuidada, bajo sus zapatos acordonados, supo que se había internado en el territorio perteneciente al hospital St. Crispin o en el del más vetusto manicomio de Abington Park. El espeso y crecido bosquecillo se hallaba ya mucho más cerca, y pudo ver a Phyllis, John y Michael inspeccionando los árboles, recolectando los pocos sombreros de Puck que las versiones futuras de Bill y Reggie les habían dejado. Phyllis la saludó con la mano.

—¿To bien, Marge? Supongo que esos dos mamones mangantes estarán presumiendo de haber vuelto aquí desde el fututo a robarnos los sombreros de Puck.

Marjorie negó con la cabeza al reunirse con los otros

niños bajo el toldo foliáceo.

—No, no. Están tan confundidos como nosotros. Tu Bill anda llenándose el jersey con todas las locas de Bedlam que ve solo para hacer las paces contigo.

Sorprendida por el gesto, Phyllis frunció los labios con aire pensativo.

—Hum. Bueno, quizá no sea justo tomarla con ellos antes de que hagan eso que me va a cabrear tanto. Además, las manzanas locas que hemos encontrao en estos pocos árboles bien que han valío la visita. Mira… aunque sean pequeñas, están toas maduras.

Engalanada con sus pútridas pieles de conejo, la líder de la Banda de los Muertos Muertos le mostró el contenido de su pañuelo blanco. En el centro de la tela extendida habría media docena de minúsculas locas de Bedlam, y el diámetro de la mayor no mediría más de cinco centímetros. Tal y como había afirmado, las hiperfrutas estaban maduras, pues cada uno de los pétalos feéricos se había formado hasta el más ínfimo detalle, pero el hecho era que algunas de ellas apenas llegarían al centímetro de cabo a rabo. La niña ahogada necesitó de su visión espectral mejorada y de sus gafas de la sanidad pública, ahora completamente decorativas, para distinguir los rasgos más minuciosos, como por ejemplo los ombligos casi microscópicos. Cada espécimen daría, a lo sumo, para un par de buenos bocados, así que era fácil entender por qué los dos saqueadores del futuro habían pasado por alto tales minucias. Phyllis, John y Michael tenían los bolsillos llenos de aquellas setas, que al ser del tamaño de una moneda le conferían a la subespecie la ventaja de la portabilidad. También se dirían abundantes, al menos en la alfombra virtual que tapizaba los troncos de los olmos y los abedules por el lado orientado al corazón del bosque limítrofe, el opuesto a las instalaciones psiquiátricas. Combatiendo su reciente aversión autoinducida hacia las criaturas fúngicas, Marjorie accedió a probar un par, y luego otro más.

Estaban extremadamente buenas. El sabor era aún más dulce que el de los ejemplares más grandes, y el perfume

resultaba más evocador, más intenso y concentrado. Para colmo, los beneficios inmediatos de consumirlas también eran más pronunciados. El potente pico de euforia que impregnó cada fibra de su ser, y que ella solo asociaba con los sombreros de Puck de gran tamaño, le fue más evidente, y pareció durar un poco más. Tras llenarse los bolsillos de su propio suéter con tantos como le cupieron, los empezó a devorar como si fueran golosinas particularmente irresistibles, y lo hizo metiéndoselos en la boca de dos en dos mientras jugaba con los otros críos fallecidos a un improvisado pillapilla. Entre risas y chillidos, echaron a correr de acá para allá por los árboles que cercaban la inconexa maraña de prados y jardines psiquiátricos.

Marjorie fue la primera en reconocer a cierta paciente viva, situada no muy lejos, que parecía estar ejecutando una inexplicable serie de ejercicios sobre el esmerado césped del St. Andrew, aunque el primero en reparar en ella fue el joven Michael Warren.

—Mirad a esa extraña señora de allí. Camina como el hombre ese de las películas, y bizquea igual que ese otro señor famoso.

Marjorie, John y Phyll se fijaron en la mujer que les señalaba el niño en pijama. La interna brincaba, bailaba y se balanceaba, arriba y abajo, a lo largo de un trecho de césped que equivaldría aproximadamente al área de un pequeño escenario teatral. Sus movimientos, que incluían saltos y giros de ballet un tanto incongruentes, eran, tal y como Michael les había indicado, una perfecta e inquietante imitación de los andares del «pequeño vagabundo» popularizado por Charlie Chaplin, «el hombre ese de las películas». Para coronar la pantomima, aquella paciente morena y de mediana edad había entresacado una larga y espigada rama de los árboles cercanos, y la iba combando contra el suelo como hacía Charlot con su bastón, todo mientras caminaba de acá para allá musitando continuamente, para sí misma, una larguísima retahíla de galimatías y jerigonzas casi musicales: «Je suis l'artiste, le auteur, y yo lato, oh plural bella, yo liffeylato libada por la

Lux, la luz, el lujo, el flujo, por el flujo al ralentí, y gravualmente desvevierto la trans-lucidez de mi lingua, longa, franca, en escorrentías maternales, en sueños lagrimales, siempre fluyendo hacia la mar chalada, y sin lapa ni lesión, sin ora pelígrano ni ora barnacla, el asunto surgirá con la oreada y la tensión, así que remuerda mis palabras sobre mi Viejo del Sacro Mar Baquiano, de cuando él o yo nos poníamos encima, y a base de lamidas gatunas, se comió mi lengua el gato…»

Aquel monólogo demente e incesante brotaba sin apenas coordinarse con el giro del bastón, la caminata *chaplinesca*, los meneos nasales de un mostacho imaginario o las ocasionales y sorprendentes piruetas. Y sin embargo, pese a su acierto a la hora de identificar la extraña compostura de la mujer, Michael Warren no podía andar más errado al asumir que el bizqueo de sus ojos buscaba imitar a Ben Turpin, o a quien quiera que fuese «ese otro señor famoso». Marjorie sabía bien que era el aspecto natural de su mirada, así que ladeó su cuerpo rechoncho para soplárselo al niño al oído. No tenía ni idea de por qué procuraba no hacer ruido, pues la enferma mental estaba viva y no podía oírlos, pero tal vez fuera una respuesta a la gran semejanza de la demente con un pájaro exótico y fácilmente asustadizo. Sea como fuere, susurró sus palabras con el afán, seguramente innecesario, de no espantar a la trastornada.

—¿Te acuerdas de cuando a los muertos se nos mezclan las palabras y las decimos mal? ¿No te ha dicho Phyllis o algún otro que encontrar tus Lucy-labios lleva un rato?

El mocoso parpadeó y asintió, pero no dejó de mirar de soslayo a la loca, que seguía brincando por doquier sobre los herbosos tablones de un proscenio que solo ella podía ver. Manteniendo la fútil suavidad de sus murmullos, Marjorie retomó la aclaración.

—Bueno, pues esa mujer de ahí es Lucy.

Incluso Phyllis se quedó asombrada.

—¿Esa es la hija del tal Ulises? ¿El tipo que escribió ese

libro tan inagotable?

La líder de la pandilla espectral enunció las preguntas con su habitual tono estridente y jaleoso, lo cual provocó que Marjorie abandonara toda discreción al responderle.

—Sí. Esa es Lucia Joyce. Su padre era James Joyce, y mientras él escribía *Finnegans Wake*, que es una de sus grandes obras, ella solía bailar para inspirarle. Cuando luego contrató a Samuel Beckett como ayudante, Lucia se sintió excluida. Entonces, le dio por pensar que Beckett se había enamorado de ella, y ahí empezaron sus constantes problemas mentales. Ahora la vemos recluida en St. Andrew, en Billing Road, y lleva aquí unos años. Dicen que Beckett viene a visitarla a veces cuando está por la zona. Sus parientes, al menos los que siguen vivos, tienden a minimizar su existencia para que no ensombrezca el legado de su padre. Pobre mujer. Es una pena que la traten así.

Phyllis estudió a Marjorie con cierta suspicacia.

—¿Cómo sabes tanto sobre este tema? No te tenía por una empollona.

A través de sus gafas, la oronda niñita le dedicó una mirada impasible a su superiora directa, siempre envuelta en aquellas pieles de conejo.

—Porque no lo soy. Pero me gustan los cotilleos.

Phyllis pareció satisfecha con la respuesta, y después de unos minutos observando la extraña, repetitiva e hipnótica actuación de Lucia, los cuatro decidieron remontar la amplia explanada de céspedes recombinados para buscar a Bill y Reggie. Con los bolsillos cargados de sombreros de Puck enanos, y además en cantidad suficiente como para compensar de sobra los robados por el dúo futurista, todos reconocieron que la excursión estaba siendo muy bonita, pero que no tenía ningún sentido alargarla ahora que habían obtenido su ansiado botín, o al menos un digno sustituto. Cuando localizaran a los dos miembros caídos en desgracia —a quienes Phyllis se diría predispuesta a perdonar, tras superar sus suspicacias previas—, podrían regresar a la iglesia de Doddridge surcando el Ultraconducto, e incluso sacar algo de tiempo para jugar en

el páramo colapsado que habían sobrevolado de camino a los manicomios.

Marjorie pensó en Lucia, en sir Malcolm Arnold y en todos los pacientes, pasados y futuros, de los diversos sanatorios de Northampton. John Clare, J. K. Stephen y una incontable legión de desconocidos cuyos nombres jamás sabría nadie que no fuera un amigo o familiar cercano, todos ellos franqueando en última instancia los difusos límites que separaban las insensateces de la vida ordinaria, mínimas y tolerables, de las opiniones y actitudes inaceptables que se clasificaban como vesania. ¿Cómo sería volverse loco?, se preguntó. ¿Se daría uno cuenta del proceso? ¿Se tenía en las primeras etapas algún vestigio de conciencia, alguna noción de que el mundo a tu alrededor y tus reacciones al mismo eran radicalmente distintos de como solían ser? ¿Luchaba la gente contra ese descenso a la insania? Le conmocionó pensar que la propia cotidianeidad supusiera, para mucha gente, una suerte de «lucha superficial».

Mientras bordeaban el bosquecillo siguiendo una ruta larga y tortuosa hacia los edificios psiquiátricos barajados, se toparon con dos mujeres que se habían sentado a charlar en un banco descascarado. Vivas las dos, ninguna pareció detectar la presencia de los críos fantasmales. Por la altura y el color de la hierba que pisaban, Marjorie dedujo que su ubicación material debía ser precisamente el hospital St. Crispin, y no los retazos de St. Andrew superpuestos en el caótico colapso del mundo superior, que era donde se hallaban sir Malcolm Arnold y Lucia Joyce. La pareja no le sonaba de nada en absoluto. Ambas aparentaban ser de mediana edad, una de ellas alta y algo demacrada, la otra más baja y bien entrada en carnes. Notó que solo la primera, la más desgarbada, tenía aspecto de paciente, pues la segunda llevaba bolso y encajaba mejor con una amiga de visita. Salvo eso, no había en ellas nada que pudiera describirse como destacable. La niña ahogada habría pasado de largo de no ser por el altísimo y apuesto John, que se paró en seco, lleno de asombro, y estudió ambos

rostros antes de hacer un anuncio destinado al grupo en general, y a Michael Warren en particular.

—¡Que me aspen! Conozco a esas dos. La pequeña es Muriel, la prima de tu padre, zagal; y creo que la otra es la prima de ambos, Audrey. Audrey Vernall. Perdió la cabeza tras la guerra. Solía tocar el acordeón en una banda de música que dirigía su padre, pero una noche, cuando él y su madre se fueron a tomar algo al Black Lion, se encerró en casa y no dejó de tocar *Whispering Grass* al piano una y otra vez. Ambos tuvieron que irse al pórtico de la iglesia de Todos los Santos a pasar la noche sentados en la escalinata, y por la mañana llamaron a los médicos para que la trajeran aquí, a Berry Wood. Por lo que he oído, lleva en este sitio desde entonces.

A la luz de estos datos, Marjorie analizó con mayor atención a la más alta de la pareja. La mujer, Audrey, lucía un rostro recio y una mirada amplia, encendida y atormentada. Parecía dirigirse a su visitante, Muriel, con un apremio considerable, y la mano de su prima asía fuertemente sus largos y delicados dedos de acordeonista. Como las explicaciones de John habían conseguido que interrumpieran su distendido parloteo y que prestasen atención a la conversación de las mujeres, los cuatro niños fantasmales captaron claramente las palabras que Audrey Vernall pronunció a continuación, causantes de una expresión de asco y vergüenza en Phyllis y John, y de una urgencia general por apartar a Michael Warren antes de que pudiera oír nada más.

No tardaron en reunirse con Bill y Reggie, que traían consigo un notable cargamento de sombreros de Puck en penitencia por los crímenes que aún no habían cometido. En cuanto Phyllis los perdonó oficialmente por su ulterior latrocinio, los miembros de la banda volvieron a subir al Ultraconducto, y lo hicieron saltando con fuerza en la densa atmósfera de la juntura fantasma y escarbando luego como perritos hasta cubrir la distancia restante, aunque John y Phyllis tuvieron que remolcar a Michael entre los dos.

Ya sobre el rutilante viaducto, emprendieron el camino

hacia la iglesia de Doddridge mientras devoraban sus manzanas locas, y Phyllis volvió a hacerles cantar el himno de la Banda de los Muertos Muertos. Su intención, a juicio de Marjorie, era quizá la de armar un jaleo tan tremendo que todos olvidaran lo que una nerviosa y desencajada Audrey Vernall le había dicho a su prima estando sentadas en el banco, ambas seguras de que nadie las escuchaba. Ella, no obstante, era incapaz de olvidarlo. Esa confesión descarnada, susurrada al arrullo de unas ramas atalayadoras, encerraba un cariz atroz, y con sus sensibilidades de escritora creyó poder convertirla en un final potentísimo para uno de los episodios más largos de su inminente capítulo doce:

—Nuestro padre solía meterse conmigo en la cama.

La pandilla prosiguió hacia el este, hacia la iglesia de Doddridge, sin dejar de cantar.

Ah, y el perro se llamaba así porque la mancha marrón oscuro que tenía en un costado recordaba un poco a la India.

FORBIDDEN WORLDS

Bill sabía por experiencia que ser inteligente y de clase obrera solía ser un imán para los problemas. En las categorías más bajas —carentes de aspiraciones académicas—, la inteligencia genuina se manifestaba a menudo como una especie de astucia, y siendo franco consigo mismo, él siempre había sido demasiado astuto para su propio bien. Bastaba con ver a qué pésimas circunstancias actuales le había llevado su última argucia, aterrado como estaba tras la corpulenta figura de Tom Hall mientras un grupo de espantosos espectros borrachos torturaba a un hombre, lloroso y calvo, que parecía hecho de madera. Incluso para un optimista incurable como él, que siempre procuraba ver el vaso medio lleno, la situación distaba mucho de ser la ideal.

Recordaba con claridad el germen inicial de su desastroso plan. Había sido hacía un buen rato, justo después de huir de la tormenta fantasma subiendo a la casa aislada de la esquina de Scarletwell Street, sita en algún momento entre el nada-cinco y el nada-seis. En tal ocasión, disgustado por ver que su calle de adosados llevaba ya largo tiempo demolida, Michael Warren echó a correr en la oscuridad de la noche, y fueron Reggie y Bill quienes se lo encontraron sentado en la escalera central de los pisos de Bath Street. quejándose de lo mucho que añoraba a su hermana y los cómics que ella leía. *Forbidden Worlds* fue el título específico que mencionó el crío, y eso hizo sonar una vaga alarma en los confines más nebulosos de su muy imperfecta memoria.

Sin embargo, fue cuando la banda se reunió con Phil Doddridge, y en concreto cuando el prohombre dejó caer casualmente el nombre de pila de la hermana de Michael

Warren, cuando las piezas del rompecabezas le empezaron a encajar limpiamente. El nombre de la hermana aficionada a los cómics era Alma, Alma Warren. Por supuesto que sí. Una persona criada en los Boroughs y con tamaño entusiasmo por las historias pretéritas de terror y fantasía insólita no podía ser nadie más que ella. Bill había conocido a Alma en vida, y de hecho bastante bien. Desde luego, lo bastante bien como para saber que aquella artista medianamente famosa consideraba que su obra más importante era una serie pictórica de lo más fascinante e inescrutable; una que, según ella, se basaba en las visiones de una experiencia cercana a la muerte relatada por su hermano pequeño. Estaba claro que ese hermano al que se refería era Michael Warren, y que el viaje del niño junto a la Banda de los Muertos Muertos debía ser esa experiencia cercana a la muerte que, en algún momento, llegó a contarle. Si su actual forma infantil hubiera tenido las piernas más largas, se habría dado a sí mismo una buena patada en el trasero por no haber establecido hasta ahora la obvia relación entre Michael Warren y la Alma Warren con la que se había familiarizado estando vivo.

Como era natural, en cuanto Bill dedujo lo que estaba pasando, se lo comentó a Phyll, la única otra integrante de la banda que podía saber de lo que estaba hablando. Ella también había conocido a Alma, aunque no tan a fondo como él. Ambos estuvieron de acuerdo en que ese fragmento de información lo cambiaba prácticamente todo. Por un lado, ya sabían que Michael Warren era un Vernall por parte de padre; uno de esa extraña raza de nómadas a los que en Humánima les confiaban el mantenimiento de las lindes y las esquinas. Y si Michael Warren era un Vernall, entonces también lo era su hermana Alma. Esto introducía otros factores en la ecuación, muchos de ellos más grandes y ominosos de lo que jamás fue, por lo que recordaban, la propia pintora.

Más preocupante era todo aquel rollo de la «Pesquisa de Vernall». Por lo que había entendido, era una de esas expresiones históricas — como «Porthimoth di Norhan» o

«amortajadora»— que resultaban inéditas fuera de los Boroughs de Northampton. Probablemente, según él, porque todos esos términos tenían su origen allí Arriba, en Humánima, en el segundo Borough, y por tanto su uso solo se había filtrado al territorio inferior correspondiente, el primer Borough, un barrio mortal específico que parecía de gran importancia en el gran esquema de las cosas. El centro de esta región, aparentemente, era a donde los ángulos habían enviado a aquel monje del siglo VIII a colocar su cruz de piedra de la lejana Jerusalén, justo enfrente del salón de billar. La comidilla entre las almas finadas y los fantasmas mejor informados indicaba que el jefe del cotarro, el Tercer Borough (cuya sede u oficina no estaba sino en Northampton), tenía planeado algo muy importante para el inhóspito vecindario.

Los albañiles más amables y comunicativos incluso daban nombre y fecha orientativa para la culminación de aquel proyecto trascendental, de aquel evento mayúsculo: se llamaría «Porthimoth di Norhan», sería un tribunal que establecería finalmente los límites y fronteras mediante un dictamen definitivo, y tendría lugar a principios del siglo XXI. Bill, evidentemente, no tenía ni idea de lo que significaba aquello, solo eran rumores que había oído. La decisión se tomaría al más alto nivel, más allá de la vida y el tiempo, así que era probable que los límites y fronteras bajo escrutinio resultaran igualmente significativos, nada comparable a una discusión de vecinos a cuenta de los setos. A saber qué sería. Quizá revisaran las fronteras de las dimensiones. O tal vez redibujaran la línea entre la vida y la muerte. En todo caso, sería algo a esa escala, y eso a él le sonaba a una versión desconcertante del juicio final. El Porthimoth di Norhan sería justo eso. No obstante, antes de alcanzar el veredicto, debía acaecer una investigación exhaustiva y rigurosa, una indagación preliminar instigada igualmente por la misteriosa gerencia de Humánima y conocida como la «Pesquisa de Vernall».

Así pues, el runrún de las callejuelas celestiales sostenía que el Porthimoth di Norhan iba a celebrarse

durante las primeras décadas del siglo XXI, antes de su ecuador, y que la necesaria Pesquisa de Vernall se desarrollaría algo antes; seguramente, acorde a los cálculos del propio Bill, durante los diez o quince primeros años de la centuria.

Recordaba haber visto las pinturas de Alma mucho antes de estirar la pata a causa de los estragos de la hepatitis C, y recordaba asimismo el impacto, si bien fugaz, que le habían suscitado: paisajes surrealistas pasmosos, poblados por entidades peculiares y llenos de colores refulgentes, y ligeros estudios al carboncillo de las calles y vías de los Boroughs, atestadas de unas figuras grises que iban dejando tras de sí un rastro de postimágenes evanescentes. Un retrato pictórico de las realidades de Humánima y la juntura fantasma cuya fidelidad no pudo apreciar enteramente hasta después de morir. También recordaba a Alma contándole que su inspiración provenía de un relato de su hermano Michael, de unas vivencias infantiles previas; en concreto, los detalles de la susodicha experiencia cercana a la muerte, cuyo recuerdo se había desbloqueado tras un accidente laboral. Si no andaba errado, el infortunio había tenido lugar en la primavera de 2005, Alma se las había arreglado para tenerlo todo listo en un solo año, y él vio por primera vez el alucinatorio resultado en 2006. La fecha encajaba con el período previsto para la Pesquisa, para ese preámbulo vital del ulterior Porthimoth di Norhan; y, tal y como habían descubierto hacía nada, Alma Warren era una Vernall.

Especulando un poco, si los cuadros de Alma resultaban esenciales para la Pesquisa de Vernall, y si en efecto se inspiraban en las aventuras de su hermano pequeño durante su breve visita al más allá, entonces eso lo explicaba todo. Explicaba por qué los dos Maestros Albañiles consideraban que la vida o la muerte de un niño era lo bastante importante como para montar una trifulca pública en el Mayorhold. E incluso explicaba por qué el demonio raptor del pobre crío había mostrado tanto interés en él. Era una noción esclarecedora que aclaraba un

montón de cosas, aunque, a su juicio, a él y al resto de la Banda de los Muertos Muertos les endosaba un buen marrón.

Lo peor era, evidentemente, la responsabilidad. Bill nunca la rehuía, pero tampoco era algo que persiguiera activamente. Cuando Philip Doddridge y esa callada, pavorosa y formidable amortajadora que era la señora Gibbs les habían dicho que las autoridades de Humánima dejaban todo el asunto de Michael Warren en sus manos, su sangre cuasi metafórica se le había helado. En principio, se asemejaban a esa clase de adultos que tendían a adoptar una actitud indulgente y relajada ante los juegos inocuos de sus críos, pero la coyuntura no era esa, y él bien que lo sabía. Eso no era lo que pasaba. Para empezar, el reverendo doctor Doddridge y la amortajadora no eran adultos de verdad, y los miembros de la Banda de los Muertos Muertos tampoco eran críos. Todos ellos eran almas atemporales e imperecederas suspendidas en la perduración pirotécnica de la Eternidad, y todos iban vestidos con las formas y personalidades que creían que mejor les sentaban. Así las cosas, las indicaciones del doctor en teología con respecto a su pandilla resultaban mucho más serias que un mero «id y jugad».

Si Michael Warren era tan crucial como empezaba a sospechar para la inminente Pesquisa de Vernall y para el Porthimoth di Norhan que la seguiría, entonces el éxito o fracaso del plan divino se estaba dejando al arbitrio de una tropa ingobernable de rufianes fantasmales. Era como *Misión Imposible*, solo que sin la apañada cláusula de desistimiento de «Su misión, si decide aceptarla, etcétera». Teniendo en cuenta de dónde procedían las órdenes, la banda no tenía opción de rechazarlas. Bill anheló, no sin un puntito de ironía, que el Tercer Borough supiera lo que se hacía, aunque dada su proverbial desconfianza hacia las autoridades, lo ponía francamente en duda. El principal error de la encomienda, a su entender, era la vaga instrucción de asegurarse de que Michael Warren resucitara con un recuerdo borroso del lugar en el que había estado,

para que así pudiera inspirar luego las supuestas pinturas trascendentales de su hermana. Aun así, las regulaciones de Humánima, que eran como leyes físicas y no podían romperse, dictaban que resultaba imposible recordar tus hazañas en el mundo superior una vez volvías a la vida. De lo contrario, cualquiera podría recordar, desde el mismo instante de su nacimiento, que todos los hechos habían ocurrido ya un billón de veces antes. Nadie experimentaba eso durante su propia natividad, pues esa certeza cambiaría lo ocurrido, lo que ocurría, lo que siempre ocurriría. Alteraría el tiempo, el tiempo como dimensión física, como componente sólido de la sólida e inmutable eternidad. Sencillamente, no podía hacerse. Ni siquiera el Tercer Borough sería capaz, y, por ello, lo que pasaba en Humánima, se quedaba en Humánima.

Ese fue el problema que Phyllis y él estuvieron rumiando durante buena parte de su largo paseo por el Ultraconducto hacia el colapso de los manicomios fusionados. Debatieron sin cesar cómo devolver a Michael Warren al mundo mortal sin hacerle olvidar todo, y su sentido de la desesperanza solo lo aplacó la seguridad de su éxito final, la evidencia que les proporcionaba su memoria. No en vano, ambos habían visto las pinturas definitivas de Alma durante su existencia mortal, lo cual implicaba que iban a hallar un modo de sortear aquel embrollo para que los cuadros de la artista reflejaran la cómica y terrorífica visión de su hermano sobre el más-y-el-menos-allá.

La cuestión era que no llegó a prestarle mucha atención a las obras de arte cuando tuvo la ocasión de verlas, y que por tanto no se acordaba de su precisión a la hora de retratar Arriba y la juntura fantasma. Recordaba un mosaico de azulejos del tamaño de una pared que parecía salido de la mente de M. C. Escher, y también otra pieza apabullante con un plano cenital de un triturador de basuras, tal vez de un kilómetro de ancho, en pleno proceso de devorar todo lo noble y preciado de la historia humana. También había dibujos al carboncillo con figuras superpuestas, reminiscentes de los desolados errantes del

semimundo, y opulentos estudios en acrílico de unas estancias inmensas que bien podían representar a Humánima, aunque Bill no podía asegurarlo. La pieza que más les impresionó a Phyllis y a él fue la maqueta a escala de los Boroughs en papel maché, desprovista de elementos sobrenaturales obvios y ausente en la exposición posterior que Alma montó en Londres. Para su inquietud, se le ocurrió que el hecho de que Alma hubiera retratado la otra vida no significaba que sus retratos fuesen certeros. ¿Y si la Banda de los Muertos Muertos no logró devolver a Michael a la vida con suficientes recuerdos de su visión como para que las pinturas de su hermana resultaran representativas, adecuadas para la tarea que se requería de ellas? ¿Y si por ello la Pesquisa de Vernall se había malogrado y no había podido celebrarse el Porthimoth di Norhan? Lejos de ser el mayor triunfo de la banda, el actual sainete podía constituir un fracaso estrepitoso que reverberara inagotablemente por las largas avenidas de la perpetuidad. Phyllis y él siguieron dándole vueltas al tema cuando al fin llegaron a los psiquiátricos, pero la plática se vio interrumpida por los dobles de Reggie Bowler y el propio Bill, unos desconcertantes invasores del futuro que se llevaron sus manzanas locas envueltas en una bandera fascista.

Desconocía completamente de qué iba aquello. Debía ser algo que Reg y él iban a hacer llegado el momento, pero, habida cuenta de los problemas con los que estaba lidiando, no tenía ni el tiempo ni la voluntad de considerarlo. Lo principal era el tema de Michael Warren, y como Phyllis se puso de morros tras la irrupción de su versión futura y mangante, él tuvo que sopesarlo todo por su cuenta. Lo mejor que se le ocurrió fue la idoneidad de partir hacia el nada-cinco o nada-seis, más cerca de la época en la que debían ocurrir dichos acontecimientos, para así tener una mayor comprensión del asunto. De vuelta de los sanatorios, Phyllis decidió suavizar el tono y volver a hablarle, él se lo comentó, y ella admitió de mala gana que quizá fuera buena idea. Era obvio que no había dado con un plan mejor. De hecho, Phyllis le pareció un poco

alterada y ausente cuando Michael, Marjorie, John y ella se reunieron con Reg y él en los manicomios. No sabía muy bien qué pudo sucederle en la media hora aproximada que pasaron separados, pero le daba la sensación de que ahora tenía en mente cosas mucho peores que el futuro saqueo de unas cuantas manzanas locas a cargo de Reggie y él mismo.

Al poco de ponerse en marcha por el Ultraconducto, los seis empezaron a atiborrarse de sombreros de Puck, y de esa guisa, con la boca llena de hadas masticadas, intentaron cantar el himno de la Banda de los Muertos Muertos de Phyllis mientras espurreaban una lluvia de alas, caras y dedos a cada risotada. Sus bulliciosas postimágenes les perseguían como en una exégesis risueña y pediátrica de la *Danza macabra*, siempre brincando en sus estelas sobre la plataforma de alabastro.

Allá arriba, los atardeceres de diez mil años de días y noches competían por su atención en la impredecible fluidez de los cielos. Además de marchar y cantar con los demás, Bill permitió que el tónico estimulante y vigorizador de las locas de Bedlam se esparciera por su organismo fantasmal, quizá con la esperanza de que le inspirase alguna solución a aquel desquiciante aprieto. Mientras la usual chispa creativa y onírica del metahongo envolvía gradualmente sus pensamientos, bajó la vista desde el pasamanos cegador del paso elevado hacia el hervidero de viviendas y arboledas suburbanas que estaban sobrevolando, donde las casas, las granjas y los solares de Barratt Homes[38] se alzaban del polvo por sí solos para desmoronarse rápidamente en una nube de esa misma sustancia. Como dudaba de que su astucia le fuera a servir para resolver el enorme enigma metafísico al que se enfrentaba, repasó una y otra vez en su fuero interno el asunto de Michael Warren, todo sin dejar de avanzar por el refulgente viaducto, junto a sus compañeros, de vuelta a la iglesia de Doddridge.

Ya había recapitulado que fue el accidente laboral de 2005 el que restauró la memoria del Michael adulto; los recuerdos de lo que le sucedió al atragantarse cuando tenía

tres años o así. Alma llegó a contarle, con hosca indignación, que su hermano trabajaba reacondicionando bidones industriales en Martin's Yard, y que su labor consistía en aplastarlos con un mazo. En apariencia, un bidón sin marcar contenía sustancias corrosivas, y al golpearlo le cayeron en la cara, lo abrasaron y lo cegaron, y luego se golpeó con una inoportuna barra de hierro que lo dejó inconsciente. Acorde al relato de Alma, fue al despertarse cuando Michael se descubrió súbitamente acuciado por los recuerdos infantiles de esos pocos minutos en los que estuvo técnicamente muerto.

Mientras surcaba el Ultraconducto mascando un sombrero de Puck particularmente sabroso y fragante, determinó que, si recordaba con total claridad la crónica de Alma, entonces era casi seguro que los hechos habrían sucedido así. Y si habían sucedido, sucederían, estarían sucediendo constantemente en aquel universo eterno y cuádruple donde el Tiempo era una dirección. Sucederían y ya habrían sucedido, tanto si Bill encontraba una solución para el lío de Michael Warren como si no. Eso bastó para tranquilizarlo durante unos treinta segundos, y llegado ese punto se dio cuenta de que el «accidente» laboral bien podía ser, en realidad, un astuto ardid aún sin esbozar que él mismo fuera a llevar a cabo, lo cual renovó los aguijonazos de inquietud. De ahí pasó a la parte que había captado de la charla entre el señor Doddridge y el tal Aziel, esa en la que el pastor preguntaba si alguien gozaba de libre albedrío, aunque Bill no podía explicar la relevancia exacta de aquel breve intercambio en su actual dilema. Solo sabía que más le valía resolver el problema, y que más le valía hacerlo pronto.

Si cabía la posibilidad de que de alguna manera hubiera tomado parte en el accidente de Michael Warren, pensó que quizá debía centrarse en ese campo estratégico. ¿Cómo podría haber llevado a cabo tal cosa?, se preguntó. ¿Acaso era posible? Con los sombreros de Puck potenciando su imaginación, caviló primero si existiría algún modo de ubicar en su sitio la barra de hierro que dejó a Michael

inconsciente, pero, al igual que con los golpes que antaño solía planificar puesto de hierba, los obvios cabos sueltos de sus proyectos teóricos no tardaron en revelarse prontamente por sí solos.

El principal era cómo mover una barra de hierro limitado por su condición fantasmal o, peor aún, cómo manipular la maquinaria pesada a la que sin duda estaría conectada esa barra. ¿Cómo hacer eso cuando la única forma que tenían los fantasmas de afectar el mundo físico era ponerse a dar vueltas a toda leche en la esquina de un descampado para intentar desplazar una puta bolsa de patatas? Además, solo para generar una diminuta tormenta de polvo hacían falta dos personas, así que, para alzar una barra de hierro, necesitaría que un continente entero de fantasmas echara a correr en círculo.

Fue entonces, justo mientras la banda se iba a acercando al extremo del Ultraconducto correspondiente a la iglesia de Doddridge, cuando empezó a formular la idea que le llevaría al presente brete, encogido junto a un aterrado Michael Warren tras el volumen corporal del difunto Tom Hall, sumido en la versión espectral superior del pub Jolly Smokers, y contemplando el horrible espectáculo de su sala principal.

La inspiración le llegó cuando Phyllis hizo un parón a unos cuantos metros del portillo a media altura de la fachada oeste de la iglesia de Doddridge, que marcaba el final de aquel tramo del Ultraconducto. ¿Y si hubiera algún objeto mucho, mucho más ligero que una barra de hierro, y que aun así pudiera jugar un papel relevante a la hora de noquear a Michael? Se hallaba ponderando aquello cuando Phyllis les anunció que, si saltaban desde el cegador viaducto en aquel punto, podrían ir a jugar a la laguna de terraplenes colapsados que habían visto antes, tal y como le había prometido al niño.

Aquel peculiar páramo desplegado de media hectárea, situado entre Chalk Lane y el muro de obra que acotaba St. Andrew’s Road, siempre había sido uno de los lugares favoritos de Bill en la juntura fantasma. Al igual que los

psiquiátricos amalgamados, dicha franja irregular sufría un derrumbe o colapso astral, aunque, a diferencia de los primeros, nadie comprendía muy bien qué lo había causado. En los sanatorios, la confusión onírica y cognitiva de los lunáticos provocaba defectos en los cimientos del reino superior, pero allí, por lo que sabía todo el mundo, el paisaje siempre había constituido un erial, excepto quizá por los quinientos años largos que pasó siendo una oscura y deshabitada inmediación de los terrenos del castillo. ¿Por qué el colorido entarimado de Humánima había elegido aquel paraje para desplomarse, cuando allí apenas habían ocurrido cosas alguna vez, y cuando no existían pesadillas alucinatorias o delirios que socavaran los territorios celestiales más elevados? Quizá la región fuera así, conjeturó, por la cercanía de un extremo del Ultraconducto, aunque tal vez solo se hubiera desmoronado, como tantas y tantas cosas, por la edad y el abandono.

Con sus postimágenes estampándose tras ellos en color gris, los niños saltaron desde el puente albugíneo sobrepuesto a la historia, y aterrizaron en el aparcamiento de Chalk Lane durante una tarde primaveral del nada-seis. Sobre la calle desierta, vieron la iglesia de Doddridge, cuya silueta menuda, acosada por las sombras amenazadoras de los pisos circundantes, semejaba acuclillarse contra el ocaso inminente. El barrio que la acogía resultaba casi irreconocible comparado con sus otras encarnaciones visitadas hasta el momento, tanto la del siglo XVII como incluso la de la década de 1950.

Aún distraída por lo que fuera que hubiera visto o entreoído en los sanatorios, Phyllis guio a la banda hasta la esquina noroeste del callado recinto, donde podrían trepar hacia la franja de terreno que coexistía con la laguna colapsada. En el plano mortal, aquel erial estaba señalizado como un antiguo vestigio del castillo de Northampton, básicamente para aclarárselo a unos ansiados turistas que nunca llegaban, y por más que los lugareños supieran que era una chorrada. Habían dispuesto unos troncos para simular un supuesto tramo desaparecido de la escalinata del

bastión, pero lo único que tiempo ha llegó a existir allí fue el mismo cúmulo de hierba y barro que había ahora.

Los niños escalaron el terraplén mientras Phyllis los acuciaba en retaguardia. Bill fue el penúltimo en llegar, y al hacerlo se giró en redondo para echarle una mano a su líder. Fue allí donde divisó, en la otra punta del aparcamiento, a una chica viva que iba abriéndose paso por Chalk Lane, y lo cierto era que le sonaba de algo.

Con esa minifalda, esos tacones y esa gabardina de PVC, daba la impresión de estar haciendo la calle, pero Bill no creyó reconocerla de ese contexto. En una típica serie de asociaciones de lo más casuales y estrambóticas, se le vino a la cabeza la expresión «*Forbidden Worlds*», el cómic que el pequeño Warren les mencionó a Reggie Bowler y a él cuando se lo encontraron sentado en la escalera central de…

Los pisos de Bath Street. Ahí era donde la había visto antes. Fue cuando Reggie y él le mostraron el Destructor a Michael Warren, ese vasto y humeante torbellino astral que emanaba desde el punto de Bath Street en el que antaño, hasta la década de 1930, solía alzarse la chimenea de un incinerador de basuras. Su radio lento, rotatorio y obliterante parecía intersecarse con las estancias de varios bloques de pisos, incluido uno en el que la chica, con su pelo recogido en trenzas africanas, se había sentado a fumar crack mientras pegaba fotos en un álbum de recortes, ignorante de que una enorme sierra espectral giratoria estuviera rasgando sus entrañas, su espíritu.

Justo cuando tiró de Phyllis para auparla a su lado, la mujer, de raza mixta a juzgar por su aspecto, volvió la cabeza hacia ellos, y a continuación intentó atisbarlos desde las sombras del aparcamiento sin tener la certeza de si estaban o no allí. Debía decírselo a Phyllis.

—Eh, Phyll, mira a esa chica de allí. Creo que puede vernos.

Con la estola de conejos bamboleando alrededor de su cuello, la niña oteó por encima del hombro a la perpleja prostituta, y luego se puso en pie para adentrarse en el

páramo.

—Pos no me sorprende. Tiene pinta de puta, y por aquí toas se meten crack. Lo que sí me sorprendería es que no hubiera visto cosas mucho peores que nosotros. De toas formas, no deberías mirarla de esa manera, pequeño guarrete.

Pese al vigor infundido por los sombreros de Puck ingeridos, Bill se sintió incapaz de reunir la energía necesaria para discutir con Phyll. Podría haberle señalado que si la miraba era porque la reconocía, pero habría sido una pérdida de aliento. Bueno, de aliento no, porque llevaba ya largo tiempo sin él, pero habría sido una pérdida de algo.

Cuando la pareja puso el pie sobre la hierba de la cresta para admirar por primera vez la laguna terraplenada, un impresionante atardecer de radiantes tonos grises y blancos destellaba sobre la horrenda amplitud de Castle Station. Glorioso y etéreo a su modo, pese a la falta de color, el panorama se reflejaba con hermosura en los lagos oníricos que yacían englobados por los diques de tierra basta del terraplén desdoblado. Allende la jorobada montaña rusa del sendero que Bill y Phyllis tenían delante, y que guiaba hasta la misma orilla de las aguas inmóviles, los otros cuatro miembros de la banda espectral se hallaban ya jugando en los bancos y bordes rocosos de la vasta anomalía. Grandes placas de granito de proporciones bíblicas brotaban en ángulos imposibles desde una superficie moteada de cromo y alquitrán, todo para fusionarse más abajo con sus reflejos especulares hasta formar unos parches de Rorschach tridimensionales, desvaídos, flanqueados por unas paredes terrosas y abruptas, de esquinas cinceladas, que elevaban aquella cantera paisajística hacia un cielo gris llameante.

Al menos en la juntura fantasma, era la imponente escala del entorno lo que hacía patente el colapso astral. Vistos desde allí, los terraplenes parecían tener, como poco, medio kilómetro de espesor, mientras que el páramo correspondiente —o castillo en ruinas, si se prefería—

apenas tendría quince metros desde la perspectiva del reino material. Hoyos y charcos que en el mundo físico tridimensional pasaban inadvertidos se descomprimían allí en lagos tan opacos como gafas tintadas, llenos de sanguijuelas ilusorias y tritones imaginarios retorciéndose, invisibles, en su hondura impenetrable.

Bill tenía entendido que los vivos soñaban a veces con aquel paraje. Los había visto deambular en pijama o ropa interior por sus riberas, admirar con desconcierto sus colinas negras, estremecerse ante la perturbadora mezcla del hallazgo primordial y el reconocimiento punzante. Él mismo creía recordar haberlo visitado en vida una vez, durante una incursión nocturna y subconsciente. Tanto en aquel sueño medio olvidado como en la lucidez actual, avanzando como estaba hacia la orilla junto a Phyllis, la atmósfera lucía una pátina evocadora y levemente melancólica. Los toscos contornos del escenario transmitían un matiz eterno e imperecedero, algo que trascendía el escaso alcance de una vida humana. «Siempre hemos estado aquí…», parecían decir las titánicas moles silentes, «…y no te conocemos, y pronto desaparecerás». El cielo que dominaba los oscuros filos de los acantilados poseía una claridad acuosa, una cualidad nostálgica y gradada, aparentemente cedida por el ocaso evanescente.

Se sumó al alboroto de los demás y empezó a jugar al pillapilla a orillas de la laguna saltando de un espolón a otro, pero en ningún instante dejó de repasar hasta el más ínfimo detalle de su plan en ciernes. Si efectivamente se encontraban en la primavera de 2006, el accidente del Michael Warren adulto en Martin’s Yard debía haber ocurrido un año antes o así. Quizá fuera pertinente cavar un poco hacia períodos anteriores, pero no se sintió inclinado a seguir los cauces habituales para consultárselo a Phyllis. Aunque medio hubieran hecho las paces por el asunto de los futuros dobles mangantes, Bill seguía teniendo la sensación de que no confiaba del todo en él. Si le proponía el plan mientras aún estaba cabreada, existía una alta probabilidad de que se lo vetara solo por hacerse

la antipática. Decidió pues que la mejor opción era puentear a Phyllis completamente, aunque eso también iba a requerir algo de planificación.

Agazapado sobre un afloramiento de sílice superpuesto a los sosegados estanques de piedra de más abajo, advirtió que Phyllis y el gran John se habían sentado a debatir muy seriamente en un apartado trecho de hierba próximo al agua. Supuso que estarían analizando lo que tanto les había conmocionado en la amalgama de manicomios, pero eso no afectaba en nada a su estrategia. Tras asegurarse discretamente de que Reggie y Marjorie la Ahogada se apuntasen a una excursión si la ocasión se presentaba, fue y se plantó a bocajarro al lado de la pareja, que se mostró un poco contrariada por aquella manera de interrumpir su conversación.

—Oye, Phyll, ¿y si cavásemos hacia otras épocas de por aquí? Reggie dice que en sus tiempos habrabía casas en el lugar, pero no creo que lleve razón. Podríamos llevarnos a Marjorie y Michael, echar un ojo, ver lo que encontramos y volver antes de que os dieseis cuenta. O sea, podéis venir si queréis, pero diría que estarebais charlando.

Cuando Phyllis tomó aire, Bill asumió para sus adentros que se estaba preparando para decirle que debía estar chalado si creía que iba a confiarle a Michael Warren a un haragán como él, pero la niña se detuvo de repente y pareció pensárselo un segundo. La impresión que le dio fue la de que Phyllis estaba calculando quién se quedaría allí con ella si Reggie Bowler, Marjorie la Ahogada, Michael Warren y él se iban media horita a cavar hacia el pasado. La respuesta, obviamente, era que solo se quedaría el alto y apuesto John. Tras echar las cuentas necesarias, aparentó cambiar de actitud.

—Vale… ¡siempre y cuando no cavéis hacia atrás pa uniros a los camisas negras y robarnos los sombreros de Puck!

Bill respondió como si se defendiera de una ofensa.

—Pos claro que no. Por eso nos llevamos a Michael y Marjorie, pa que nos vigilen, porque bien sabes que no

estaraban con nosotros cuando nos vimos en los manicomios… pero, oye, si no te fías, nos quedamos contigo. Me la trae al fresco.

Probablemente por temor a perderse aquel íntimo interludio con John, ambos bajo una idílica puesta de sol a orillas de la laguna, Phyllis hizo todo lo posible por suavizar raudamente lo que interpretó como un incipiente mosqueo de Bill.

—No, no, vete y juega un rato. Pero no dejes que Michael se meta en líos.

Bill le juró que así sería, y después avanzó por la orilla, saltando de piedra en piedra, con el fin de decirles a los demás que tenían permiso para explorar el pasado de los terraplenes. Por sus expresiones anonadadas, tuvo la sensación de que nadie se tomaba aquello como una excursión apetecible, pero en cuanto Reg demostró su lealtad sumándose a la empresa, los otros dos abandonaron sus reticencias.

Arañando el aire con las yemas de los dedos, dilataron limpiamente las crepitantes fibras temporales que representaban en blanco y negro los días y las noches, y al poco obtuvieron un aro del tamaño de un hula-hula que tendría unos doce meses de profundidad. Antes de marcharse a través de la abertura a visitar el año pasado con sus tres compañeros, se arriesgó incluso a despedirse de John y Phyllis con un alegre gesto de la mano, y entonces atravesó el portal temporal y lo selló a su paso.

Al otro lado se encontró con Reggie, Marge y Michael, todos ellos contemplando con rostro mohíno una excavación inundada clavadita a la que acababan de dejar hacía diez segundos, solo que un poco más oscura. Reg dedicó un minuto a recolocarse el bombín y luego escupió un gargajo de ectoplasma hacia la laguna, señal inequívoca de que al desgarbado huérfano victoriano lo contrariaba alguna que otra cosa.

—Pues esto no parece muy divertido, ¿eh? Cuando nos propusiste la excursión, pensé que tendrías bajo la manga algo un poco más animado que el sitio este.

Bill le lanzó una mirada de reproche antes de preguntarle qué opinaba de Oddjob en *Goldfinger*. Reggie, que se sabía los modelos automovilísticos al dedillo, pero que apenas había oído hablar de películas, frunció el ceño con incomprensión.

—No sé de qué me hablas. ¿Hoyo? ¿Golf finge? Nada de lo que dices tiene sentido. ¿Has perdido la cabeza, chaval?

Como única respuesta, Bill sonrió y le trincó limpiamente el sombrero destapando sus bucles rizados, y acto seguido lo arrojó como un *frisbee* hacia la oscuridad creciente, más allá del acantilado excavado que se cernía al norte, para verlo esfumarse rápidamente con un grácil rastro de postimágenes en su estela.

—No, pero la tuya sí que ha perdío algo.

Reggie se quedó boquiabierto no solo por la afrenta directa de su amigo, sino también por las risitas jubilosas de Marjorie y Michael Warren. Bill salió pitando en la misma dirección que el bombín e hizo una pequeña pausa, ya a medio camino de la ladera norte del terraplén, para gritarle una apostilla a su camarada.

—¡Y como lo encuentre yo primero, me pienso mear dentro!

A medida que remontaba la pendiente, oyó el jaleo de los otros tres críos fantasmales que le iban a la zaga, Marjorie y Michael vociferando con alborozo y Reggie gritando que ni se le ocurriera mearse en su sombrero. Por supuesto, no pretendía hacerlo, y si Reg se hubiera parado un segundo a pensarlo, se habría percatado de que los espectros no podían orinar. Bueno, podían echar una o dos gotas si se lo proponían, del mismo modo que él podía escupir, pero los espíritus no generaban un exceso de fluidos que necesitaran excretar. Compuestos casi por entero de energía, carecían de jugos, y de sudoración, y de incontinencia. Estaban tan secos como las hojas caducas en octubre, con la sola excepción de cierto ectoplasma que los congestionaba un pelín.

Al llegar a la cima del acantilado, que era donde

terminaba la zona ampliada y desplegada del terraplén astral, Bill se sentó a esperar a los demás en la explanada de hierba gris que acompañaba a St. Andrew's Road hasta el pie de Scarletwell Street. Para entonces ya era noche cerrada, y salvo algún coche suelto ronroneando por la calle principal en dirección a Sixfields o Semilong, el sitio estaba más bien desierto. El niño pecoso constató que el bombín espectral de Reggie yacía, boca arriba, a unos pocos metros de sus botas despatarradas, demasiado lejos como para mearse dentro.

Cuando oteó el redundante descampado de hierba —un parque de recreo desidioso donde antaño solían alzarse una veintena larga de viviendas—, su atención se acabó centrando en el solitario edificio del extremo inferior de Scarletwell Street, una casa urbanizada abandonada por su urbanización. Siempre había considerado que el lugar constituía una rareza; solía pensarlo incluso en vida, mucho antes de averiguar lo de la escalera que daba a Humánima y lo del habitante sensible a los espectros, el Vernall ese del que habían escapado antes. Según las habladurías, el solar que ocupaba aquel peculiar vestigio vecinal fue propiedad de un individuo admirablemente tozudo, una persona de Europa del Este, por lo que tenía entendido, que se negó a venderle la casa al consistorio para evitar que la derribaran. A partir de ahí, la historia se volvía un tanto confusa, pero suponía que aquel insobornable dueño original debió morir tiempo ha, y que el inmueble habría pasado en el ínterin a otras manos. Se decía que el ayuntamiento lo usó durante una época como hogar de reinserción, un lugar en el que meter a los pacientes mentales que otras instituciones habían puesto de patitas en la calle para que quedaran al inexistente cuidado de la comunidad. No obstante, eso había sido hacía mucho, y creía que ya no era el caso. Hasta ahí llegaba, más o menos, la información que Bill había conseguido reunir en torno a la crónica oficial de aquella casa de esquina, porque de sus connotaciones sobrenaturales sabía menos aún.

Por lo que había podido deducir, la finca desamparada

gozaba de aquel portal al reino de Arriba, y de aquel escalofriante residente, gracias a su relación geométrica con el antiguo ayuntamiento original, sito en la otra punta de la calle en la esquina superior de Scarletwell Street, y garante de los cimientos de las Obras, el gran cuartel general desde el que los albañiles gobernaban Humánima. Eso era todo lo que conocía sobre los aspectos más etéreos del lugar, y siendo franco, ni siquiera lo comprendía.

En cualquier caso, en aquel momento le preocupaba menos la historia de la vivienda, material o no, que sus probables efectos sobre Michael Warren. Al fin y al cabo, era el punto exacto en el que al crío en pijama le había dado por correr; la desoladora franja de grama en la que su casa, su calle y su familia solían residir. Puesto que ya podía oír a sus tres perseguidores culminando el ascenso por la ladera para llegar a la plácida loma, resolvió que iban a evitar aquella grimosa y aislada casa de esquina y a optar por una ruta distinta hacia Martin's Yard, que era el sitio que pretendía visitar.

Reggie llegó corriendo por la espalda, saltó sobre él, se fue derechito hacia el bombín caído y lo inspeccionó cuidadosamente antes de volver a encajárselo. Acto seguido, le dijo que más le valía no haberse meado en él, pero lo dijo riéndose, como riéndose estaban Marjorie y Michael cuando al fin alcanzaron a los dos pillastres. Ahí fue cuando Bill habló con total honestidad sobre el verdadero propósito de la expedición, o al menos con toda la honestidad de la que fue capaz sin sentirse incómodo.

—Mirad, se me ha ocurrío algo que creo que podría resolver muchos de nuestros problemas, pero no he querío contárselo a Phyllis porque fijo que se habría negao solo por dar por culo. La idea esera ir a Martin's Yard… que para vosotros tres es Martin's Fields… y probar un experimento que tengo en mente. Entiendo que no pinta mu bien, pero si vamos volando en lugar de andando, puede que nos animemos un poco.

Eso último, lo del vuelo, no fue más que una improvisación para llegar a Martin's Yard sin afrontar el

obstáculo de exponer a Michael Warren a la vieja casa del pie de Scarletwell Street, pero la expectativa de una maniobra aérea pareció bien recibida por todos, así que Bill se alegró de haberla ideado sobre la marcha.

El cuarteto se elevó en el aire empleando el laborioso método de ejecutar una serie de saltos y rebotes lunares cada vez más pronunciados. En gran medida, lo hicieron así porque era la forma más sencilla de que un novato como Michael Warren echara a volar. Cuando un principiante botaba bien alto, bastaba con conminarle a nadar, o a escarbar como un perrito, para que mantuviera o incluso incrementara la altitud, y si era necesario, como lo fue con Michael Warren, incluso podía llevarse a remolque. Tras alcanzar todos cierta altura sobre la explanada ferroviaria de Andrew's Road, Bill agarró a Michael de la mano para que el chiquillo, cuyos ojos brillaban claramente de la alegría, permaneciera a flote. Escudriñando la oscuridad con su visión nocturna espectral, notó que Marjorie la Ahogada fingía desconocer por igual cómo escarbar o nadar, y que lo hacía para que Reggie la ayudara dándole la mano. Estaba convencido de que esa torpeza era una treta. Quizá no supiera nadar cuando la Banda de los Muertos Muertos rescató del Nene su cuerpo espiritual muchos años atrás, pero cuando estuvieron persiguiendo palomas en Marefair en 1645, sus brazadas fueron muy competentes. Mientras ascendía con Michael por la noche de los Boroughs hacia el gajo de limón de su media luna, se preguntó si Marjorie no estaría colada por Reg.

Su viaje a vuelo de pájaro sobre explanadas ferroviarias y camiones aparcados en plena noche, siempre en dirección a Spencer Bridge y la posterior Martin's Yard, le resultó estimulante incluso a un aeronauta empedernido como él. Tal vez por ir acompañado de un asombrado y casi enmudecido Michael, y sin duda incitado por la expresión maravillada del pequeño, Bill se descubrió evocando su primer planeo *post mortem*.

Más abajo, y a pesar del carácter estigio de aquel extrarradio, centelleaba una galaxia de luces reducidas al

blanco y al grisáceo por la falta de color de la juntura fantasma. Interrumpiendo estos racimos iluminados había unas masas de negro que representaban las fábricas silentes y las praderas sin alumbrado, y alrededor de estas formas crípticas y oscuras, adheridas a ellas como percebes fosforescentes, titilaban las lentejuelas de un centenar de farolas. St. Andrew's Road, extendida a sus pies de norte a sur, era un cinturón de cuero con remaches cromados, y aunque el niño tuviera que gritar para sobreponerse a las rachas de viento, y por más que estuviera sudando tinta para mantenerse en el aire junto a Bill, no pudo sino comentar el espectáculo.

—Estarébamos cerca de donde me llevó el diablo, pero entonces esera en color.

Bill le respondió a voces para salvar los pocos palmos que los separaban, una distancia equivalente a la de sus brazos extendidos y sus manos entrelazadas.

—Eso esera porque vosotros dos bajasteis directamente desde los Áticos del Hálito al primer Borough, viajando con una técnica especial que solo los albañiles, los diablos y otros seres similares pueden ejecutar. Yo tampoco lo he visto nunca en color desde aquí arriba, pero estoy seguro de que debió ser un espectáculo asombroso.

Entonces, al pasar sobre Spencer Bridge, la zona suscitó un comentario clamoroso en Marjorie la Ahogada, que volaba de la mano de Reggie a estribor de la otra pareja.

—Mirad ese condenado puente de ahí abajo. Ahí fue donde me encontraron. Os diré una cosa… me alegro de cruzarlo volando en vez de caminando. Pensar en esa vieja mujer anguila, agazapada en la húmeda oscuridad, sigue dándome escalofríos.

Bill no podía negárselo, porque aún recordaba la noche espeluznante en la que salvaron a Marjorie de la bruja del Nene. De todas las cosas que había visto en la vida y fuera de ella, el atisbo de aquella criatura aparentemente interminable, alzada sobre el río a medianoche, arañando el aire con sus largas garras retráctiles y esa membrana leprosa que unía sus dedos, aullándole su frustrado odio

homicida al firmamento… eso había sido lo más espectacular de todo. Al menos, hasta la aparición del demonio gigante, piafante y apisonador. O hasta la pelea de los Maestros Albañiles. Ahora que se paraba a pensarlo, eso también había sido impresionante. Ah, y las dos Salamandras que propagaron el gran incendio, claro. Dejando eso aparte, Bill seguía creyendo que la bruja del Nene se contaba entre sus experiencias más apabullantes.

Con una humareda de postimágenes en su estela, los niños descendieron suavemente, como lentos cohetes extinguidos, hacia el área de reacondicionamiento de bidones industriales de St. Martin's Yard. Cuando soltó la mano de Michael Warren, el pequeño se anudó el cinturón oscilante de su batín de tartán y dedicó unos segundos a reconocer los alrededores, y acto seguido le lanzó una mirada inquisitiva a Bill.

—¿Qué sitio es este? —preguntó.

Este es el sitio en el que vas a trabajar cuando seas mayor. Es el sitio al que te van a abocar todas esas aburridas horas de clase en el colegio. Todos los sueños y anhelos que tengas al crecer van a acabar aquí, aplastados con un mazo, reciclados. Todas estas respuestas, honestas, pero demasiado dolorosas y crueles como para que un niño las soportara, o incluso las entendiera, se quedaron en la amarga punta de la lengua de Bill, cáusticas e inexpresadas. Sintió una súbita punzada de empatía por el pobre crío, gozosamente ajeno a la funesta perspectiva mortecina que lo rodeaba, y atento a cada expresión de su rostro mientras aguardaba una aclaración. En vida, Bill había trabajado en lugares igual de tristes y desamparados, pero nunca durante más de seis meses o así. Por lo que recordaba de las palabras de Alma respecto a su hermano, Michael se iba a tirar años y años bregando en aquel entorno gris y rutinario. Asesinar a sus jefes como tan patentemente se merecían habría sido el único modo de liberarlo de su confinamiento con mayor antelación. Pobre desgraciado. Tratando de ocultar estas reflexiones sombrías bajo una sonrisa luminosa e impenetrable, Bill miró a Michael e

intentó darle a la pregunta del chaval una respuesta con la que pudiera vivir tranquilo. Bueno, *vivir* exactamente no, pero por ahí iba la cosa.

—Es un mal sitio, enano. A los lugares como este los llamamos Almas del Agujero, y aquí no le hacen ningún bien a nadie. Nunca se lo hicieron, y nunca se lo harán. Si las cosas se ponen feas, no vamos a hacerle daño a nadie que no se lo merezca.

Eso último fue una mentira abyecta. La persona más perjudicada por la «trastada» que tenía pensada sería el propio Michael, que acabaría con la cara llena de ácido y noqueado por una barra de hierro, y ciertamente no se merecía tales tribulaciones. Por otra parte, su infortunio personal serviría a un bien mayor, al menos teóricamente, pero Bill tenía la incómoda sensación de que eso mismo era lo que les decían a las cobayas de laboratorio cuando las hacían fumar ochenta cigarrillos al día.

Llegados a este punto, Marjorie y Reggie aterrizaron también, vergonzosos al soltarse de la mano y deseosos de averiguar a qué venía aquella correría salvaje en pos del culo del mundo. Con Michael allí, Bill lo explicó lo mejor que pudo.

— A ver… ¿recordáis el discurso de Phil el Fogoso en la iglesia de Doddridge, cuando nos dijo que nos esperaban grandes desafíos, pero que los poderes superiores confiaban en que los venciéramos? Bueno, pos se referiría a Willie Winkie, aquí presente. Al parecer, va a resucitar, y tenemos que asegurarnos de que recuerde algo de lo que haya pasao por aquí, aunque eso sea supuestamente imposible. Creo que se me ha ocurrío una forma de lograrlo, pero no puedo entrar en detalles con esta compañía. Los churumbeles tienen las orejas mu largas, por así decir.

Al declarar esto, miró con fijeza a Marjorie y Reggie, que asintieron imperceptiblemente en señal de que lo habían entendido. Por más que no pudiera comentarles nada delante de Michael, estaban dispuestos a seguirle la corriente. En cuanto al crío, él también asintió con gesto cómplice, aunque estaba claro que no tenía ni idea de lo

que se proponían. Sin más objeciones al respecto, Bill retomó sus maquinaciones.

Su intención inicial fue la de echar un ojo por los días y las noches de los alrededores para asegurarse de que la fecha y la ocasión resultasen ser correctas, pero de repente cambió de idea. El detonante fue recordar la charla con Phil Doddridge, que les conminó a sentirse libres de llevar a Michael a donde quisieran, ya que cualquier cosa que ocurriera estaría destinada a ocurrir. A su entender, ese fatalismo y el rollo del libre albedrío eran vías de doble sentido. Había llegado con Michael y los demás a aquella zona en aquella noche concreta por designio divino, así que verificarlo sería un tanto grosero. Solo debía aceptar la noción de que el Destino podía descargarle a uno de cierta responsabilidad. Bastaba con delegar en la providencia.

Tras concluir de este modo que, en efecto, estaban en la noche y el lugar indicados, guio al cuarteto a través del área de reacondicionamiento con el fin de inspeccionar las existencias, siempre en pos de un material propicio para lo que tenía en mente.

La zona era bastante desalentadora. Se acordó de las anécdotas que su madre solía contarle de cuando iba de pequeña a Martin’s Fields, que era como se llamaba aquello por entonces, a celebrar el «Mayo florido». Era algo que ella y sus amigos hacían cada uno de mayo. Iban de puerta en puerta con un cesto de flores silvestres y una muñequita sentada en el centro, y por medio penique entonaban una cancioncilla de primavera que se habían aprendido de memoria: «Ha llegado el primero de mayo, vecino, y en tu puerta yo dejo mi flor. Solo es un brote, vecino, mas su yema es la de Nuestro Señor». Bill observó las pilas de barriles abollados y concluyó que el área, antes un prado, debía ser mucho más bonita y pintoresca en tiempos de su madre.

De todas las historias acaecidas allí a lo largo de su propia vida, la más rocambolesca ni siquiera lo tenía a él de protagonista. Sucedió cuando la policía colocó efectivos en Martin’s Yard para vigilar un terreno situado en la otra

punta de St. Andrew's Road, uno que pertenecía a Paul Baker, un notorio hampón que Bill llegó a conocer en su momento. Los polis pensaban que Baker podía esconder en su solar el botín de un atraco a un banco o algo así, y sus sospechas se acrecentaron al ver que un par de tipos siniestros parecían estar cavando en una escombrera de ceniza y desperdicios, de más de cincuenta años, erigida justamente en la parcela de Baker.

En realidad, los dos supuestos cómplices eran sus viejos camaradas Roman Tompson y Ted Tripp. Este último era un ladrón fino y elegante que solo daba golpes en casas señoriales, mientras que Rome era un impávido sindicalista y un célebre chalado. Con el permiso de Paul Baker, estaban en el recinto escarbando montones de mugre y rescoldos vertidos allí décadas antes, cuando el Destructor de Bath Street aún arrojaba desechos. Ted y Roman iban en busca de viejas botellas de piedra de la época victoriana, de esas que tenían tapones de mármol, para venderlas por un buen parné en las tiendas de antigüedades. Rome, cuya temeridad bordeaba las ganas de morir, socavó un costado del montón y se fue metiendo más y más, incitado por el tentador avistamiento parcial de las palabras «cerveza de jengibre» sobre una superficie curva. Al final, solo sobresalían sus tobillos, y ahí fue cuando la pila se le cayó en lo alto.

Ted, un tipo fuerte para su tamaño, agarró a Roman por los pies, tiro de él y lo sacó de entre el sofocante montón de polvo y escoria en un subidón de adrenalina. Entonces, tras haber visto todo el episodio desde St. Martin's Yard y haber salido pitando hacia la finca de Paul Baker, llegaron dos o tres coches hasta los topes de pasma que se detuvieron con un agudo frenazo ante la muy desorientada pareja. Bill nunca supo qué pretendía la bofia con semejante maniobra, pero a buen seguro no esperaban toparse con la visión atroz de Roman Tompson, cubierto de pies a cabeza de mugre negra, con el pelo y la barba empastados en espigas pringosas, y con unos ojos furibundos y maníacos, encendidos allende el hollín y el

fango. Evocando aquel incidente en Martin's Yard mientras husmeaba con Reggie, Marjorie y Michael, se le ocurrió que, de no haber sido por las oportunas acciones de Ted Tripp, el Destructor habría matado a Roman Tompson aun cuarenta años después de haber sido demolido. Si él fuera un tipo supersticioso, de esos dispuestos a creer con facilidad en demonios, fantasmas y monstruos fluviales de un millar de metros, no habría podido sino interpretarlo como un intento de asesinato del mismísimo Destructor.

Vagando por el área de reacondicionamiento —Bill desconocía la hora, pero se sabía mucho más allá de la jornada laboral—, dieron al fin con una docena de bidones a los que habían apartado del resto, quizá para empezar con ellos a primera hora de la mañana. Uno de los aporreados cilindros de metal, situado a uno o dos metros de sus camaradas, tenía una tira adhesiva colgando de un lado; un temible aviso de peligro, empapado en polvo y charcos aceitosos, que se había despegado por un extremo.

Destino. Sino. Hado. Bingo.

Encantado de que en su precaria existencia algo le saliera por fin tal y como lo había planeado, Bill dispuso a los otros tres niños fantasmales como si fueran a jugar al trenecito. Puesto que Reggie era el más alto, le cedió el puesto de locomotora en aquella conga espontánea, con Michael, Marjorie y el propio Bill haciendo las veces de ténder y vagones. Cuando Reg Bowler se esforzó en anunciar la partida mediante un apropiado silbido y unos bufidos, comenzaron a dar vueltas cerradas alrededor del barril aislado, traqueteando por vías imaginarias en un circuito en miniatura como si fingiesen imitar un tren de juguete en vez de uno a tamaño real.

Pese a la atmósfera densa de la juntura fantasma, no tardaron en ganar velocidad, cosa que Bill sabía que ocurría cuando empujaban varios espectros. Circulando más y más rápido, las postimágenes de su estela se fusionaron en una figura que, vista desde fuera, debía asemejarse a un dónut gigante, giratorio, borroso y gris: un toro, que era como había aprendido a llamar a esa forma, en apariencia

importantísima, de boca de los habitantes más eruditos de Humánima. En la base del bidón, el polvo y las colillas empezaron a elevarse en las corrientes rotatorias del minúsculo torbellino que estaban creando. Las cerillas usadas y las brillantes envolturas metálicas de los caramelos volaron en la noche, y Bill se impuso a los bobos efectos de sonido de Reggie Bowler para decirle al pícaro victoriano que acelerara. El borde despegado del aviso de peligro flotó sobre el charco de agua, aceite e ignotos productos cáusticos en el que estaba sumergido, apenas ondulante, arrojando gotas tóxicas desde su punta ruidosa y revuelta. Bill volvió a gritarle a Reg para espetarle que corría como una niña, lo cual generó la iracunda propulsión que tanto anhelaba. El bidón quedó sumido de repente en un tornado de limaduras y palos de piruleta, y la etiqueta se alzó en la tiniebla alrededor del barril como una cometa atada que restallara frente a un ciclón.

Al poco tiempo, el otro extremo se despegó también, y cuando Bill le chilló a Reg que parase, chocaron los unos con los otros y cayeron, exhaustos, en un risueño amasijo. Los pillastres espectrales se sentaron en St. Martin's Yard a contemplar el revoloteo de su maltrecha serpentina, que cruzó el vallado de la propiedad hacia el fulgor de las farolas de sodio y, en última instancia, la noche. Misión cumplida, podían afirmar, aunque solo Bill supiera con exactitud qué misión era esa.

No se quedaron mucho más. Volvieron a rebotar, a nadar y a escarbar hacia el ventoso firmamento y partieron en pos del terraplén desplegado del que habían salido, de nuevo surcando Spencer Bridge a la luz de la luna, y ese imán de furcias que era el área de descanso nocturno para camionves de larga distancia. Esta última se hallaba encajada en la esquina del puente con Crane Hill y St. Andrew's Road, y su cafetería para transportistas ocupaba el espacio de los viejos vespasianos, antes unos baños públicos. El local se había convertido en un destacado puerto comercial para los clientes que arrastraban a las chicas, para los proxenetas que las suministraban y para los

camellos que los drogaban, y sus armas terminaban matando a los chavales de las casas erigidas por el crack.[39] Aunque Bill conoció en vida aquel siglo, el XXI, durante mucho más tiempo del que jamás llegó a esperar, sintió que visitar el período le resultaba tan desagradable como a Reggie o, por su expresión, a Marjorie.

Desde allí arriba, las calles, las fábricas y los edificios poseían un cariz singular, uno que hacía pensar en todos los sacrificios y penurias, en los afanes, y las muertes, y los nacimientos, y las decepciones que aquellas casitas de muñeca habrían visto a lo largo de los años, todo encaminado a… ¿a qué, exactamente? Bill fue incapaz de reprimir el sentimiento melancólico de que las cosas tendrían que haber salido de un modo distinto y mejor. El mundo que se les daba no era el que se les había prometido, el que esperaban, el que se suponía que conseguirían. Dicho esto, cuando ponderaba el estado de Humánima en aquellos albores del nuevo milenio, el daño causado por el Destructor y su creciente ámbito de influencia, no podía decir que le sorprendiera. Las modernas calles del Cielo presentaban allí un estado terrible, justo en el lugar que por designación divina constituía el núcleo del tapiz patrio. ¿Cómo podía extrañarle que la sociedad inglesa actual hubiera empezado a desmoronarse, a deshilacharse, si la quemazón en el mismo centro de sus fibras esmeradamente tejidas no hacía sino extenderse, gradualmente, con la intención de abarcar la totalidad de la tela?

Mientras consideraba tales nociones en aquel cielo embrujado, sobrevolando las explanadas ferroviarias junto a Michael Warren, y con Reggie y Marjorie la Ahogada cabalgando la brisa nocturna de la mano, se le ocurrió su segunda idea, a la postre la más desastrosa. Quizás envalentonado por el éxito aparente e imprevisto de su primer plan, o tal vez impulsado por el efecto cognitivo vivificador de los sombreros de Puck que había ingerido, de pronto estableció una conexión extraordinaria. Se hallaba pensando en el Destructor, así como en el miserable panorama que ofrecía el siglo XXI en los confines superiores

de los Boroughs, cuando saltó a las pinturas de Alma Warren, muy especialmente a esa tan enorme y apabullante, la que ofrecía la visión cenital de una suerte de triturador o incinerador de basuras de un kilómetro de ancho.

Sobresaltado, se dio cuenta de que era el Destructor. Ese era el aspecto que presentaba desde la perspectiva de una Humánima cuasi devastada en aquella sórdida coyuntura del siglo. Dado que Alma había obtenido todas esas imágenes de boca de su hermano, Bill comprendió que, en algún momento, iban a llevar al crío allí, por más que fueran una época y una localización aterradoras, y por más que todo el mundo las evitara, con la sola excepción de los Maestros Albañiles y las almas que ya estaban de por sí condenadas. Ciertamente, no era un sitio al que alguien en sus cabales soñara con llevar a un niño más bien asustadizo, pero tenía claro que debían hacerlo. Y pensaba asegurarse de ello. Resolvió contarle a Phyllis el desvío que acababa de introducir en el itinerario antes de llevar al pequeño de vuelta a su cuerpo resucitado en 1959. No había manera de sortear su implicación en una expedición tan peligrosa, arriesgada e insegura, y además, razonó, ella también había visto el apocalipsis devorador representado por Alma. Por tanto, entendería que la propuesta era vital, necesaria.

Sutilmente, los cuatro espectros se posaron en la misma franja de hierba desierta de la que habían partido, más allá de la estación de trenes del final de Andrew’s Road. Sin prisas —al fin y al cabo, su cita con John y Phyllis se hallaba a un año de distancia—, remontaron una pendiente de grama conducente a la modesta tira de terreno donde yacían los supuestos «restos del castillo». La cuesta, al menos, poseía el aspecto que percibiría una persona viva, pero al llegar a la cima se encontraron con las paredes del terraplén astral hundiéndose en la oscura laguna colapsada, y no con unas placas anodinas y desganadas, o con la recreación barata de la escalinata del bastión.

Cual sucias cabras montesas, surcaron en fila india un angosto y tortuoso sendero que guiaba hasta las simas más

profundas de la excavación fantasmal. Aquí, las sombras simulaban concentrarse en unas láminas sólidas, apoyadas unas sobre otras en ángulos pavorosos y sugestivos, y en la empapada negrura se oían ruidos sordos y súbitos. En sus aguas cromadas, escuchó el chapoteo tintineante de un ser onírico, carente de ojos y tal vez cubierto de escamas iridiscentes, que se asomó levemente para devorar a otro ente onírico aquejado de la mala suerte de haberse acercado en la tiniebla, con sus alas de encaje y oropel, al menisco superficial. La noche era rica en fantasías carnívoras.

Cuando llegaron a la orilla en la que Bill había agarrado y lanzado a la aventura el sombrero de Reggie, el primero comenzó a arañar el aire nocturno para abrir el agujero temporal que los llevaría doce meses hacia adelante, a la primavera de 2006. Apartando las capas de cebolla en blanco y negro alternante que representaban los días y las noches, no tardó en obtener un círculo de un metro de diámetro con un parpadeo migrañoso en su perímetro. Sin pensárselo dos veces, se encaramó al portal crepitante y arrojó un estridente saludo a la oscuridad en derredor.

—¿¡Hola!? Somos nosotros, que ya estamos de vuelta.

Lo primero que le indicó lo anómalo de la situación fue toparse con la boa de conejos rancios de Phyllis allí tirada, embrollada en un saliente de granito a un par de metros. Su visión nocturna ultraterrena, que perfilaba todo lo oculto con bordes argénteos, advirtió al instante la estola carnosa y caída, y entonces sintió una punzada en su corazón espectral. Phyllis se había granjeado muchos enemigos en el reino medio de la juntura fantasma, concluyó gravemente, así que esto iba a ocurrir tarde o temprano.

Estaba ya invocando sus últimas reservas de astucia para lidiar con aquella tesitura nueva y desesperada cuando, de sopetón, en el pedregal cercano, vio a dos figuras que se incorporaban desde un recoveco desaliñado y acogedor: un hombre y una mujer, ambos entrados en la veintena. El joven era un soldado raso enzarzado en

abrocharse raudamente los botones relucientes de su guerrera, todo mientras asaeteaba a Bill con una mirada de ojos negros y penetrantes, como de galán de matiné. La mujer a su lado, que estaba alisándose una falda corta de la década de 1950, era un auténtico pibón; una rubia platino con un lápiz labial fulgurante y unas facciones finas y angulosas, contraídas en aquel momento en una expresión de vergüenza, turbación y consternación. Aquella pareja despampanante le resultaba muy familiar, así que se preguntó fugazmente si serían estrellas de cine, actores famosos a los que hubiera podido ver en alguna producción de la Ealing, de esas que reponían sin cesar las tardes de los domingos cuando él era un mozalbete. Ciertamente, los tonos grises del semimundo espectral, con su atmósfera a lo *Breve encuentro*,[40] no hacían sino reforzar esas calidades del cine de posguerra, y quizá por ello tuviera esa impresión.

Al final, cayó en quiénes eran. Con un bochorno absoluto, mayor que el que jamás hubiera sentido a lo largo de su robusta existencia mundana, saltó de vuelta a 2005 por el conducto temporal para chocarse con Marjorie la Ahogada, Michael Warren y Reggie, a punto ya de franquear la abertura. Tuvo que improvisar sobre la marcha.

—Lo siento, chicos. No quiero entreteneros ni na, pero tenía un jugoso sombrero de Puck guardao en el bolsillo pa luego, y ahora ya no está. Creo que se me ha caío al meterme por este puñetero agujero. ¿Por que no sois majos y me ayudáis a buscarlo?

El cuarteto dedicó unos minutos a vagar en círculos y a escrutar los alrededores con su visión póstuma mejorada, hasta que Bill soltó un suspiro dramático para anunciar, en tono compungido y desencantado, que habría extraviado su apreciado sombrero de Puck en cualquier otra parte, y que debían dejarlo estar y regresar de una vez al año siguiente a través de la ventana lumínica.

Esta vez, al aterrizar casi en el mismo sitio al otro lado de la abertura, Bill sintió un inmenso alivio al constatar que todo había vuelto a la normalidad. El gran John estaba

sentado en una roca con forma de ladrillo a cierta distancia, mascando una espiga de hierba fantasma y rascándose distraídamente una rodilla bajo el dobladillo de sus pantalones cortos. Ni se molestó en mirar al pillo o a sus tres colegas cuando arribaron por el orificio temporal para reunirse con Phyllis y con él. A la llegada de los cuatro aventureros, la propia Phyllis se hallaba no muy lejos del desgarro en el tejido cronológico, vestida con su falda gris oscuro, su rebeca gris claro y sus zapatos de hebilla con punta redonda. Estaba de pie, colocándose remilgadamente su pútrida bufanda de conejos; poniéndosela sobre los hombros. Cuando miró a Bill con sus ojos impasibles, pareció sondear su rostro risueño en busca de alguna pista de lo que pudiera haber visto o averiguado, y acto seguido se dispuso a hablarle.

—Bueno, ¿os habéis divertío o qué? Habéis tardao un buen rato haciendo lo que quiera que estuviereseis haciendo. Seguro que no esera na bueno, so mamoncete.

Phyllis lo dijo con una ligera sonrisa, así que Bill le respondió agrandando la suya.

—Oh, ha sío divertío, sí. Por cierto, ya no tienes que preocuparte de buscar un modo de que nuestro chico maravilla resucite con tos sus recuerdos. Lo he solventao.

La niña pareció sorprendida y un poco cabreada.

—¿Que has hecho qué? Pequeño mamón… ¿por qué no me has dicho na?

Sin dejar de sonreír, Bill le pasó el brazo por la cintura y le dio un pequeño achuchón.

—Mi santa madre solía decir que tol mundo tendraría derecho a sus secretitos, chica. También solía decir que, si no se hacen preguntas, nadie te cuenta mentiras.

Phyllis soltó una carcajada y le dio un afectuoso codazo en la barriga. Por un segundo, Bill sintió que se comportaban como antes, como cuando estaban vivos. Ella siempre les echaba el ojo a los caballeros apuestos, pensó con pitorreo. Aun a los setenta años.

Ya que estaba de tan buen humor, Bill aprovechó la oportunidad para contarle a dónde creía que debían

escoltar a Michael Warren a continuación, pero prefirió dar un rodeo antes de llegar al quid de la cuestión para no enervarla.

—Eh, Phyll, ¿recuerdas ese cuadro grande que pintó Alma? ¿Ese en el que parece que estés mirando desde arriba un triturador de basuras horripilante, con un montón de casitas adosás y gente pequeña deslizándose hacia un enorme agujero humeante?

Al asentir, Phyllis zarandeó sus conejos.

—Sí, ¿qué pasa con él?

—Creo que he descubierto lo que esera. Es el Destructor, Phyll. Es el Destructor visto desde Arriba, pero el Arriba de ahora, el de los primeros años de este nuevo siglo.

La líder de la Banda de los Muertos Muertos palideció. Llamarlo lividez cadavérica habría sido una redundancia, dada su condición póstuma.

—Maldita sea, tienes razón. Recuerdo verlo y sentir que me transmitía una sensación rara, como si el mundo llegarase a su fin. No he vuelto a acordarme desde que llegué aquí, así que nunca me he dao cuenta de lo mucho que se parece al Destructor. Maldita sea. ¿Significa eso que hay que llevarlo allí arriba pa que se lo describa a su hermana?

Bill asintió con gesto sombrío. Aunque la idea fuera suya, un viaje a la Humánima de aquel período no era algo que le entusiasmara precisamente. Virando hacia un color que solo podría describirse como «infrablanco», Phyllis reanudó la charla, nerviosa.

—¿Pero tú sabes lo peligroso que es subir allí? ¡Solo los bomberos se acercan tanto! ¡Las almas que caen en él no vuelven a salir! ¿Qué pasa si el crío desaparece allí antes de que podamos devolverlo a su cuerpo en 1959 y to sale mal? ¿Y si sufre algún daño y lo echamos to a perder? ¿Y si tol jaleo de la pesquisa de Vernall y el Porthimoth di Norhan termina en na por nuestra culpa? Como pase algo, ya te voy diciendo que serás tú el que se lo explique al Tercer Borough, no yo. Que lo sepas.

La vieja Phyll de siempre, tan presta a huir de las responsabilidades como el propio Bill. Ahora que caía, era muy probable que eso se le hubiera pegado de ella.

—Sí, pero ya oíste a Doddridge cuando dijo que lo llevásemos a donde quisiéramos porque estaraba destinao a llegar allí de toas maneras. Me da que se refería justamente a la decisión que encaramos ahora. Quizá nos dijera eso pa que tomásemos la decisión correcta con la confianza necesaria. Podría ser mu importante, Phyll. Podría marcar la diferencia entre tener éxito o fallar en la tarea que nos han asignao.

Eso pareció persuadirla. Phyllis congregó a sus tropas con una mezcla encarnizada de terror y determinación en su voz y expresión. Les dijo que debían hacer una última parada antes de devolver a la mascota del regimiento, y miembro más reciente, a su época y su cuerpo resucitado. Les explicó que eso implicaría emprender otro viaje corto a la cima de Tower Street, al Mayorhold, al sitio que visitaron la última vez que estuvieron en aquel siglo, para cavar luego a 1959, subir arriba y ver la pelea de los Maestros Albañiles. Por temor a asustar a Michael Warren, no abundó en más detalles, pero los ojos de Reggie, John y Marjorie delataron que eran muy conscientes de que había algo serio en juego, de que el tono de Phyllis sonaba muy tenso.

Desde la laguna colapsada del terraplén, la niña condujo a la panda espectral y a su rastro de duplicados hacia la misma ladera norte que Bill y sus cómplices habían escalado en su breve excursión a 2005. Eso los llevó, igualmente, a la misma extensión de hierba, paralela a St. Andrew’s Road, que discurría hasta Scarletwell Street y la casa erigida cerca de su esquina. Bill estaba a punto de señalarle que era el sitio en el que Michael Warren había echado a correr —motivo por el cual prefirió volar a caminar durante su pequeña operación— cuando el propio Michael metió baza por sorpresa.

—¿No es esta la calle de la casa soliembrujada en la esquina Malonorrible? Me gustaría echar un escondivistazo,

si os parece maduribien, ¿puedo? Premiprometo que no metesaldré por patas como la perdúltima muertivez.

Por sus palabras barajadas, se adivinaba que el crío estaba intranquilo, pero también que hablaba en serio. Parecía haber madurado rápidamente desde su fuga pretérita, así que quizá su alma eterna e imperecedera hubiera empezado a curtirse como la de cualquier otro muerto, independientemente de la edad de su fallecimiento. Sea como fuere, el pequeño estaba decidido a echarle un vistazo a la explanada de grama y árboles bisoños que presidía ahora el antiguo hogar de su familia, motivo por el cual la banda se avino a bajar por la loma hacia la esquina de Scarletwell Street. Cuando pensó en todas las molestias que se había tomado para evitarle a Michael aquel mal trago, a Bill le fastidió un poco que hubieran sido para nada. No obstante, si los cuatro espectros hubiesen pasado por Spencer Bridge, eso habría alterado a Marjorie la Ahogada, y además, los vuelos de ida y vuelta habían sido un gustazo. Más aún, la vista aérea fue lo que le hizo reparar en el significado del Armagedón mural de Alma, y por tanto, lo viera como lo viera, podía ir con la cabeza bien alta. Decidió pues dejar de quejarse en su fuero interno y concentrarse en lo que se traían entre manos.

Tras pasar por la esquina de Scarletwell Street y su aislada casa exenta, la pandilla y sus postimágenes hicieron un alto en mitad del descuidado erial de grama. El grupo permaneció en silencio mientras Michael Warren, inusualmente sombrío, fue con sus pantuflas de acá para allá entre unos abedules de treinta años plantados al poco del derribo de su calle natal. Cuando el fantasmilla identificó con satisfacción el punto en el que solía alzarse su casa, se limitó a sentarse en el césped y a llorar, íntimo, digno y breve, antes de enjugarse las lágrimas ectoplásmicas de los ojos con una manga de su batín de tartán, después de lo cual se incorporó y reunió con sus amigos muertos, todos apartados a unos metros, guardando una respetuosa distancia.

—Eso esera todo lo que quería; tan solo descubrir qué

se siente al no ver nada aquí. Sigue estando tranquilo, como siempre. Ahora podemos irnos al Mayorhold, si es que esera ahí a donde pensáis que hay que ir antes de llevarme a casa.

Se disponían a secundar la sugerencia de Michael cuando la joven de la minifalda y la gabardina de PVC, esa que habían avistado antes en Chalk Lane, llegó taconeando con sus zapatos de aguja cuesta abajo, y entonces empezó a recorrer de un lado para otro el tramo pavimentado que mediaba entre Scarletwell y Spring Lane bajo la atenta mirada de la banda, aún inmóvil en el descampado de hierba.

Reggie y Marjorie comenzaron a troncharse al darse cuenta de que la muchacha de raza mixta, con su pelo trenzado y requemado, era una prostituta, y Michael se sumó a sus risitas sin tener ni idea de a qué venía el cachondeo. En un momento dado, la chica se detuvo en seco y oteó la penumbra en su dirección, intrigada y dubitativa, antes de reanudar su vaivén por la antigua hilera de adosados, ahora deshabitada.

Con un siseo, Phyllis reprochó a Reg y Marjorie su actitud jocunda.

—Cortaos un poco. Mi pequeño y yo la vimos por primera vez en Chalk Lane, y de hecho juraría que ella puede vernos también, no sé por efecto de qué droga.

Cuando la joven profesional llegó a Scarletwell Street y volvió a girarse hacia ellos, esta vez desandando sus pasos con los brazos cruzados para reprimir un escalofrío, Reggie aprovechó para estudiarla, se quitó el sombrero, se rascó su cabello rizado y se inclinó para hablarle a Phyll en una suerte de aparte teatral.

—Yo también la he visto antes en alguna parte, aunque no puedo recordar dónde.

Bill intervino para sacar de la duda al menos avispado de sus compañeros.

—La vimos en Bath Street, sombrerero bobo. Estaraba sentá en su apartamento, la espiamos a través de la pared, y el Destructor le roía las entrañas mientras pegaba fotos en

un álbum, ¿te acuerdas? Estarébamos sacando al enano de los pisos después de haberlo pillao sentao en los escalones, hablando de *Forbidden Worlds* y tal.

Reg sonrió con afabilidad.

—Oh, sí, cierto. No sé qué demonios eserá «por piden bol», pero la recuerdo a ella, y también a esa gran rueda humeante que la consumía sin que notara nada.

Fue turno ahora de que Marjorie presentara sus objeciones.

—Bueno, ¿y a mí nadie me pregunta nada? Yo no estareba con vosotros cuando lo pillasteis cerca del Destructor. Estareba con Phyllis y John, pero, aun así, creo que también la conozco de antes. ¿No la hemos visto en su trabajo? No digo aquí, sino en alguna tienda o algo. Ay, da igual… no me acuerdo. Tal vez esté confundida.

Mientras los chiquillos espectrales conversaban sobre el césped, unos cuantos coches de la época, recios y adustos, pasaron con ojos guiñados y suspicaces en dirección a la estación, a Spencer Bridge, y a su aparcamiento para camiones adyacente. Bill caviló con despreocupación, y quizá también con cierta malicia, que cuando trajeron a lady Di para enterrarla en Northamptonshire, deberían haber pasado por los terrenos de los Spencer y Spencer Bridge para que la princesa hubiera recorrido, al menos por una vez, las depauperadas localizaciones a las que su familia les prestaba el apellido. Saltó entonces a preguntarse por qué la chica hacía la calle allí, y no doscientos metros más allá, donde la cafetería Super Sausage y el estacionamiento le ofrecían más clientes potenciales; hombres solitarios, lejos de casa, deseosos de que alguien mimara sus supersalchichas.[41] La vio tiritar y estremecerse a lo largo de los parcos límites de su territorio, muy probablemente a causa de la abstinencia y no del frío, no en una noche de primavera tan agradable, y entonces se le ocurrió que, a diferencia de la zona cercana a Spencer Bridge, allí no había cámaras. Era factible que por eso hubiera elegido ese sector pese a las mucho más exiguas oportunidades de ejercer su oficio.

Como si quisiera poner a prueba su teoría, un Ford Escort oscuro bajó ronroneando por St. Andrew's Road —en dirección norte desde la estación, y hacia ellos— para aminorar y detenerse en la acera contraria de Scarletwell Street, cerca del viejo pozo sepultado que daba nombre a la vía. La ya casi convulsiva joven, patentemente desesperada, observó el coche parado durante unos segundos, dudó mientras sopesaba la situación, y allá que fue zapateando por la extinta urbanización, cloc, cloc, cloc, hacia el automóvil expectante y la escalofriante casa aislada del final de la calle.

El vehículo, anodino y de unos pocos años, yacía envuelto en un aura nada halagüeña, y los niños fantasmales la captaron a cien metros de distancia. «Alma del Agujero», musitó Marjorie en voz baja, y todos supieron que llevaba razón. Desde aquella distancia, ni siquiera con su visión mejorada pudieron distinguir cuántos ocupantes había dentro del Escort. Sin embargo, la respiración se les entrecortó cuando la chica se inclinó sobre la ventanilla lateral para intercambiar impresiones con el conductor, rodear el morro, tambaleante y brevemente silueteada por los faros, y subirse al asiento del pasajero. Entonces, el motor rugió de vida y el coche cuasi negro arrancó, dio un giro brusco a la derecha, como si pretendiera internarse en Scarletwell Street, pero luego volvió a girar a la derecha para desaparecer en el recodo inferior de Bath Street, después de lo cual el ruido de la maquinaria cesó abrupta y completamente.

No era asunto suyo, claro, así que los seis pícaros espectrales reanudaron su periplo por el vestigio disimulado de la vieja callejuela para remontar la valla y los setos que bordeaban el patio de recreo inferior de la escuela Spring Lane. Reducido a un puñado de adoquines, el remanente del callejón los condujo al edificio solitario de Scarletwell Street, pero no perturbaron, en apariencia, a su inquilino clarividente. Torcieron a la izquierda y se dispusieron a subir la sobada cuesta hacia el Mayorhold. Apenas habían empezado a ascender la loma en paralelo al patio de juegos

más alejado de los pisos cuando oyeron un llanto débil, acallado por la acústica mortecina de la juntura fantasma, que provenía de la boca negra y abierta de Bath Street, al otro lado de la calle.

No era asunto suyo. Era una cuestión relativa al mundo mortal, predeterminada, y por tanto no tenía nada que ver con ellos. Ni siquiera conocían a la muchacha, y además estaban embarcados en una misión crucial. Más aún, si los gritos fueran en serio, no habrían parado casi al poco de comenzar, ¿verdad? Y si de verdad *fueran* en serio, ¿qué podían hacer? Solo eran una pandilla de críos, críos muertos para colmo, y no podían tocar o alterar cosas en el mundo material, excepto quizás una bolsa de patatas o una etiqueta de peligro. Por el simple placer de discutir, aunque la moza estuviera en peligro mortal, letal, espantoso, ¿ellos qué podían…? ¿Qué debían…? *Ay, mierda.*

Espontáneamente y a la vez, Phyllis y Bill echaron a correr hacia la entrada de Bath Street, y los otros cuatro los siguieron en una fracción de segundo. Con una estela de postimágenes vaporosas que se dirían salidas de un hervidor, la Banda de los Muertos Muertos se escurrió hacia la calle torcida, sinuosa, solo para encontrársela vacía, inmersa en la tiniebla y el silencio. Tras unos segundos de confusión, otearon al unísono la brecha de la curva en la otra acera de Bath Street, abierta a un espacio tapiado y aislado que servía de parking y garaje a los complejos de Moat Place y Fort Place. Si Bill recordaba bien, el ventoso tramo asfaltado que descendía al recinto solía ser un pequeño pasaje residencial llamado Bath Passage. Los mocosos espirituales lo surcaron, con cautela, hacia la noche opresiva de la zona de aparcamientos.

El Escort se hallaba estacionado en mitad del área rectangular a la que daban las puertas plomizas de los garajes, con el frontal orientado en dirección contraria al conjunto espectral. Del calmo vehículo agazapado escapaban unos gritos sofocados, sumados a golpes y gruñidos, que sonaban como si alguien hubiera tenido el descuido de dejar a dos briosos pastores alemanes

encerrados dentro. Los mocosos se aproximaron al coche. Si hubieran tenido corazones, los habrían echado por la boca.

A través de la negrura, escudriñaron la luna posterior. En el asiento trasero del coche, la mujer estaba de espaldas, con la falda rasgada o remangada hasta la invisibilidad. Arrodillado entre sus escuálidas piernas lastimeras, violándola mientras le pegaba puñetazos en la cara, había un tipo fornido, de semblante casi neonatal, que tendría treinta y muchos, de pelo corto, moreno y rizado, ya canoso en las sienes. Sofocados, y sin duda ruborizados allende la juntura fantasma, sus carrillos rollizos temblaban ligeramente con cada empellón, con cada golpe que lanzaba contra el rostro y los hombros de la muchacha. Pese a la ferocidad con que la agredía, y pese a los bufidos con que la conminaba a callarse y obedecer, la expresión del hombre no parecía presa de una rabia incontrolable; de hecho, no parecía presa de nada. Sus gestos eran vacíos, flemáticos, casi desganados, como si aquella sórdida pesadilla fuese un programa de televisión; un bucle pornográfico tan trillado que ya ni siquiera fuera capaz de suscitarle un entusiasmo genuino. Aquejados de un pánico salvaje, los chavales observaron cómo el tipo le propinaba a la prostituta un guantazo con la mano en la que portaba un anillo, justo en la frente, encima del ojo. Incluso en blanco y negro, la sangre que brotó de la herida les resultó apabullante. Bañó su cara y sus labios partidos, los mismos que abría y cerraba para ocluir los aullidos que no se atrevía a exclamar.

Pero había tres figuras en el coche. Un segundo hombre, tocado con un sombrero de ala ancha, estaba sentado al volante en el asiento delantero derecho, dándoles a todos la espalda y conspicuamente ajeno a las ignominias que acaecían tras él.

Posiblemente animado por el vuelo mano con mano que habían compartido sobre Martin’s Yard, Michael Warren estiró el brazo y se aferró al puño de Bill, buscando su amparo. Clavado en el sitio por la vileza a la que estaban asistiendo, Bill se había olvidado por completo de la

presencia del infante, y se maldijo en su fuero interno por dejar que un niño pequeño viera semejante abominación. Sin soltarlo, retrocedió unos cuantos pasos hasta acabar a un par de metros a la derecha del coche, sobre la suave inclinación asfaltada del recinto. No lo hizo a propósito, pero eso les permitió vislumbrar a la figura ensombrerada que estaba sentada en el asiento delantero, al menos con mayor claridad y de perfil. Un perfil que duró lo que tardó el ocupante en volverse y sonreírle a la pareja.

Todo objeto en su campo de visión lucía distintos tonos de gris, pero los ojos de aquel hombre poseían color. Uno era verde. El otro, rojo. En eso consistía lo que su versión futura había intentado explicarles: quien estaba al volante del cotarro era el mismísimo diablo.

El trigésimo segundo espíritu, antaño tricéfalo, de cientos de metros, y a lomos de un dragón la última vez que lo vieron, se ladeó con indiferencia sobre la ventanilla del Escort para interpelar a los chicos. No bajó ni rompió el cristal; sencillamente, lo atravesó. Llegados a este punto, el resto de la banda se había congregado tras Bill y Michael para ver lo que ocurría, pero, cuando el demonio habló, quedó bastante claro que sus palabras iban dirigidas exclusivamente al joven Michael Warren.

—Ah, mi pequeño amigo. Sabía que no te habrías olvidado de nuestro trato. Tenía fe en ti, ¿ves lo que te digo? Sabía que te acordarías de la tarea que te encomendé, en este nuevo y grandilocuente siglo, como pago por el encantador viaje que te organicé. Si recuerdas bien, yo quería ver muerto a alguien, reducir su esternón a lascas de tiza, triturar su corazón y pulmones en una pulpa informe. ¿Crees que podrías hacer eso por mí, o quizás anhelas volver a ver lo que sucede cuando me cabreas? ¿Mmm? ¿Qué irase a ser? ¿Te apetece admirar la torre colosal de mis múltiples cabezas gritándote a la vez, ahora que tu pequeña amortajadora, tu pequeña brujita con hedor a placenta, no estaraba por aquí para salvarte? ¿Esera eso lo que deseas?

El semáforo de su mirada centelleó. Unas llamitas

azules manaron con incontinencia de las comisuras de sus labios al hablar. En la parte de atrás del coche aparcado, el gordo de la camisa blanca y la cazadora gris puso a su víctima, ahora sanguinolenta, a cuatro patas, ambos enteramente ignorantes de que un ente mencionado en la Biblia estuviera sentado delante, observándolos con apreciación, y también con cierto gozo.

En retrospectiva, la reacción de la Banda de los Muertos Muertos remedó una suerte de secuela póstuma de *Los Goonies* o un episodio de *Scooby-Doo*, pues gritaron en perfecta sincronía y salieron huyendo. Bill aún llevaba a Michael de la mano, y entre mutuos alaridos y tirones sacó al crío del recinto de los garajes por la parte baja de Bath Street. Estaban ya todos a medio camino de Scarletwell Street cuando decidieron cesar sus chillidos y correteos para tomar aliento, al menos figuradamente hablando. Sentían auténtico pánico, y nadie sabía qué hacer. Phyllis estaba más nerviosa y preocupada de lo que jamás la hubiera visto, incluso en peor estado que cuando había ido a visitarlo a la trena después de aquel asunto del acuchillamiento.

—¿Qué podemos hacer? No vamos a dejar que esa pobre chiquilla sufra esa violencia sin hacer na. Bill, piensa un poco, ¿no? ¿Qué hacemos?

Todavía temblando por el encontronazo con el demonio, Bill estaba absolutamente en blanco y era incapaz de pergeñar nada, como si hubiera agotado toda su astucia en el asunto de Martin's Yard.

—¡Pos no lo sé! Podríamos buscar a los errantes más fuertes y feos que haya por aquí y ver si a ellos se les ocurre algo, ¡pero lo único que se les ocurre a tos ellos es matarnos a tos nosotros, porque tú no dejas de tocarles las narices!

Phyllis permaneció callada y con la mirada perdida unos segundos, y luego respondió.

—¿Y Freddy Allen? A él nunca le hemos hecho daño. Sí, vale, lo hemos chinchao alguna que otra vez, pero en el fondo es buena gente. Si se lo pedimos, nos ayudará.

Bill meneó la cabeza en franco y enérgico desacuerdo,

lo cual le granjeó fugazmente las testas multiplicadas de una hidra.

—¿Y qué va a hacer él? No es mucho mejor que nosotros. Además, aunque nos haya perdonao lo de birlarle el sombrero en el veinticinco, a saber dónde estaraba ahora.

Phyllis reflexionó un poco.

—¿Y el Jolly Smokers? Muchos errantes van allí por las noches, y aunque Freddy no estuvierese, seguro que alguno sabría dónde encontrarlo.

Bill abrió los ojos como platos en señal de desconcierto, y los demás niños se le sumaron con un silencio desasosegado.

—¿Tas mal de la puta cabeza? ¡El Jolly Smokers esera a donde van Mick Malone y toa la tropa! ¡Tommy el Mutilagatos y solo Dios sabe quién más! ¡Si ponemos un pie dentro, nos arrancan las cabezas pa empalarlas en los tiradores de cerveza!

Phyllis se le quedó mirando, hasta que un cariz extraño y meditabundo surcó su cabecita puntiaguda.

—Vale, vale. Entiendo lo que me dices. Si yo fuera allí, eso sería justo lo que me harían, ya lo creo. Pero ¿y si vas tú solo a preguntar por Freddy Allen? Al fin y al cabo, fuiste tú el que me recordó lo que dijo el señor Doddridge, eso de que fuéramos a donde quisiéramos, porque estábamos destinaos a llegar allí de toas maneras.

A la postre, Bill comprendió que fue ahí donde sus grandes ideas se torcieron definitivamente a peor. Con desastroso resultado, intentó emplear la lógica en un vano esfuerzo por huir de la tumba de responsabilidades que él mismo se había cavado.

—No, no. Doddridge se refería a Michael, aquí presente, y a que debíamos sentirnos libres de llevarlo a cualquier sitio, porque eso solo esería parte de su educación. Si nos llevamos a Michael a donde sea, eso está planificao por la gerencia, y por tanto ha de salir bien. Pero si voy yo solo, y nadie más que yo, lo más probable es que me descuarticen sin que eso afecte al plan superior. Así que ni hablar. No pienso ir.

Phyllis ladeó la cabeza. Parecía haber tomado una decisión importante.

—Mu bien. Llévatelo.

No estaba seguro de haberla oído bien. Mejor dicho, era lo último que esperaba oír.

—¿Cómo? ¿Que me lleve a quién?

Phyllis permaneció circunspecta.

—Llévate a Michael. Si te lo llevas, eso eserá parte de su educación, como has dicho, y ambos saldréis bien paraos. Si pretendes que me lo lleve Arriba en estas condiciones, solo porque tú lo digas, pos obras son amores, y no buenas razones.

Bill se quedó patidifuso, seguramente por ser consciente de que el argumento que iba a esgrimir a continuación estaba sentenciado incluso antes de enunciarlo.

—B-bueno, pos en ese caso, ¿por qué no subimos tos? ¿O por qué no te vas tú con él?

La sonrisa que le dedicó Phyllis fue casi de lástima.

—Bueno, si subiéramos tos, eso esería como provocar. Y si subiera yo sola, esería aún peor. Considerándolo to, diría que eres el mejor pa esta misión, porque tienes más experiencia con pubs de mala muerte que tos nosotros juntos.

Eso no podía discutírselo. Vencido. Punto, set y partido para ella. La banda subió la cuesta tan rápido como pudo, con Bill aún asiendo la mano un poco sudada de Michael. Rodearon la base de las torres de apartamentos, irónicamente bautizadas con el nombre newlife, y atravesaron Tower Street y la corta hilera de adosados hacia el muro elevado del actual Mayorhold, antes la parte superior de Scarletwell Street.

Enfilaron hacia la otra punta de la calle y dejaron atrás la casa en la que habían visto al beodo aquel, el que se reía de un modo tan raro y parecía verlos también. Con sus fotocopias grises humeando en su estela, caminaron a la luz enfermiza de las farolas de sodio, vertida sobre pasarelas y viaductos desde el intercambiador a nivel en el que se había

convertido el Mayorhold. Salieron de Tower Street torciendo a la izquierda y, allí, casi en la esquina, se alzaba la disimulada puerta principal del Jolly Smokers.

Se asemejaba a una fina sábana de vapor, tenía el tamaño de un portón y colgaba en plena penumbra resaltada por las lámparas del cercano vestíbulo del Ejército de Salvación, justo enfrente del feo mosaico de tapias del Mayorhold. De apariencia absolutamente bidimensional, era demasiado plana como para advertirse de canto, y a menos que uno estuviera muerto, no era mucho más discernible de frente. Con la visión espectral, era ostensible si uno se paraba delante, aunque los motivos por los que alguien querría admirar una cosa tan tosca y descorazonadora se le escapaban a Bill. Incluso para los miserables estándares de aquel semimundo, la entrada del pub resultaba sosa y repelente. Su pintura fantasma se había descascarado, y colgaba de la carcomida madera espectral en buclecitos con forma de orugas muertas. Grabada en sus listones superiores con una especie de navaja de bolsillo, yacía una leyenda pueril y vacilante que rezaba «*Joly Smoaker's*», y cuando la Banda de los Muertos Muertos aguzó el oído más allá del aislamiento sónico algodonoso del mundo-entreplanta, captaron gritos ebrios y carcajadas súbitas muy desagradables, en teoría provenientes del aire nocturno, yermo y tintado de sodio, que sobrevolaba aquella vía hundida.

Bill se estaba cagando encima, francamente. El último lugar del universo que ansiaba visitar era aquel infame pub espectral de los Boroughs, fantasma de un pub demolido tiempo ha, en el que todos los cocos tradicionales del vecindario solían reunirse a la vieja usanza. Él siempre había sido anarquista de corazón, y en general aplaudía la falta de supervisión general en la otra vida, pero había asumido hacía mucho que las utopías sin regla alguna acababan albergando auténticas pesadillas como el puto Jolly Smokers. Un ejemplo pertinente era Christiania, una comuna hippy boyante y bien establecida que había tenido la oportunidad de visitar en Dinamarca durante sus viajes

mortales: empezó como una urbe maravillosa y visionaria, con bóvedas hechas de latas de cerveza vacías que se abrían a las estrellas, y acabó siendo, o eso había oído, una ciudad en la que se jugaba al fútbol con cabezas humanas. Por una vez, era justo decir que no se sentía inclinado a la perspectiva de pasar la noche en un pub.

Fue entonces cuando atisbó a su izquierda, surgiendo de la boca del paso subterráneo que se abría a los muros delimitantes del Mayorhold, al ser más bienvenido que jamás hubiera visto. Su figura descomunal —masculina— era claramente la de un difunto como ellos, a juzgar por las postimágenes, membrudas cual bolas de entrenamiento, que se esparcían tras él por la entrada del túnel y la acera alumbrada.

Aunque el enorme fantasma exhibía el mismo tono monocromo que los alrededores, no podía negársele que resultara innatamente colorido. Una boina fofa y vagamente parisina se recostaba, como un gato de dibujitos animados minimalistas, sobre un *mullet* que le rozaba los hombros; un estilo, este, que Bill recordaba haber oído describir en vida a su orondo portador como «el peinado de los dioses». El cabello, en su coyuntura actual, era de color gris ahumado, como la pulcra barba mefistofélica o el mostacho de puntas enceradas y espigadas. Redonda como la luna, la asombrosa constitución del espíritu se hallaba revestida de unos ropajes que solo podían haberse confeccionado a tal fin. Osos de peluche bordados, alegremente dispuestos alrededor de un mantel a cuadros para celebrar un picnic en la loma de su pasmosa panza, bajo las esponjosas nubes blancas y el sol cándido que habían cosido con esmero sobre la noble pechera de su peto. Sobre este conjunto vestía una abultada chaqueta de verano con atrevidas rayas verticales, lo cual le proporcionaba al interesado el aspecto de una tumbona portátil, o cuando menos de algo igualmente veraniego y playero. En una mano, la venturosa aparición portaba un robusto bastón de paseo, mientras que la otra cargaba con la funda de cuero de un instrumento gigantesco; un estuche cuya inusual forma de lágrima negra

sugería la custodia de una mandolina barrigona.

Tom Hall. El glorioso espectro que se precipitaba hacia ellos era Tom Hall (1944-2003): bardo y trovador de Northampton, y desfile de bicicletas en sí mismo cada vez que acometía el memorable espectáculo de poner un pie fuera de su casa. Desde mediados de los sesenta, había sido el salvaje, incansable y dionisíaco fundador de un montón de grupos magníficos, como Dubious Blues Band, Flying Garrick, Ratliffe Stout Band, Phippsville Comets y una docena más que Bill recordaba haber visto tocar en la sala trasera del Black Lion. El Black Lion de St. Giles Street, no el pub homónimo, y más vetusto, de Castle Station. El Black Lion de St. Giles Street era famoso por ser el enclave de Inglaterra más frecuentado por cazadores de fantasmas como Elliott O'Donnell,42 y fue santuario urbano de artistas borrachos y drogatas bohemios desde la década de 1920 hasta su lamentable final en la de 1990, cuando una ruinosa remodelación lo convirtió en el Wig & Pen, una taberna solo apta para el esperable trasiego de ejecutivos y abogados. Sin embargo, en esos decenios intermedios, el Black Lion constituyó el eje sobre el que orbitó buena parte de la fauna de la ciudad, y de todos los titanes legendarios que se sobrepusieron a lo largo de los años a la cacofonía de su barra, Tom Hall fue, sin duda alguna, el más grande.

El respetado aparecido, con sus sandalias y sus calcetines calculadamente disparejos, fluyó por la acera hacia ellos con una parsimonia que a Bill le evocó la del atraque de un remolcador, se detuvo en seco al reparar en la Banda de los Muertos Muertos, y acopió en su espalda, fundiéndola con ella, la legión de dobles que iba arrastrando. Su mirada calma, siempre impasible, inquebrantable y confiada, cayó sobre el corrillo de mocosos espectrales parados a las puertas del Jolly Smokers, flotantes en el aire ante él. Las cejas enmarañadas se le tricotaron en un ademán ceñudo, y por un instante, el benévolo —mas muy vigoroso— músico les dedicó una ojeada pavorosa y severa, como la de Zeus o uno de esos. Entonces, se echó a reír cual caballero criminal.

—Jajarrr. Bueno, ¿y qué? ¿Al fin han desenterrado a los Bisto Kids?[43]

Arrastrando a Michael Warren con él, Bill dio un entusiasmado paso al frente. Sabía que Tom no lo reconocería por su aspecto presente, ni tampoco por su nombre actual. Aunque lo hubieran bautizado como William, o Bill, ese apelativo solo lo empleó en vida su familia. Así pues, pensó que sería mejor presentarse con el apodo que le puso en su juventud un olvidadizo profesor de educación física durante un partido de fútbol particularmente ardoroso: «¡Vamos! Pásale el balón a… Bert.»

Michael y Bill estudiaron a Tom bajo lo que habría sido un eclipse total si el enorme poeta, compositor y multinstrumentista hubiera seguido teniendo sombra. Bill sonrió.

—Hola, Tom. ¿Cómo te va, colega? Soy yo, Bert, de Lindsay Avenue.

Las cejas se le enarcaron en una expresión inquisitiva, con un tono burlón, que Bill reconoció de sus muchas conversaciones mundanas.

—¡Mi querido muchacho! ¿No serás Bert el Cuchilla?

Este alias ganador, granjeado tras un desafortunado incidente nocturno juvenil en la sala trasera del Black Lion —hubo circunstancias atenuantes, de eso estaba bastante seguro—, era el afectuoso y sarcástico sobrenombre con el que Tom solía referirse al bisoño y casi imberbe Bill. Tras admitir que era, en efecto, Bert el Cuchilla, le explicó al difunto artista que aquella parte de él, esa que adoraba tener ocho años y jugar en la calle, se hallaba enfrascada en una aventura muy seria con sus camaradas, la Banda de los Muertos Muertos. La inmensa aparición echó atrás la cabeza —sin descolocarse la boina, curiosamente— y dejó que su risa retumbara como una onda sísmica a través de su masa ectoplásmica, haciendo que los osos bordados bailaran sobre su vientre.

—¡JaJAAAR! ¡Jar JA jar! La Banda de los Muertos Muertos. Me gusta.

El letrista compulsivo que había en él empezó a improvisar en el acto.

—¡La Banda de los Muertos Muertos, la Banda de los Muertos Muertos, si no los rematas se quedan enhiestos! ¡La Banda de los Muertos Muertos, la Banda de los Muertos Muertos, por sus vicios pediátricos fueron depuestos! ¿Qué os parece? Podría ser vuestro himno, ¿verdad? ¿Qué opináis? ¡Ja JAARR!

Jugueteando elocuentemente con su estola de conejos putrefactos, Phyllis rebatió al leviatán lírico en un tono de genuina amenaza.

—Ya tenemos himno.

Con el fin de impedir que Phyllis enajenara a otro espíritu de lo más cordial, Bill intervino para soslayar el tema de los himnos y devolver la conversación hacia los urgentísimos asuntos que se traían entre manos.

—Tom, la cuestión esera que debo visitar este local de aquí, el Jolly Smokers. Busco a alguien que podría estar dentro, pero la verdad esera que no tengo ninguna gana. No con este tamaño, y no con la de chalaos que pululan por estos lares. ¿Podrías tal vez hacernos de carabina, colega? ¿A mí y al renacuajo este que tengo al lao?

Al genio colosal se le iluminó la cara.

—¿Quieres subir al Smokers? Pues haberlo dicho, hombre. Si precisamente iba ahí. Tengo un bolo con mi nueva banda, los Holes In Black T-Shirts. Durante unos años se llamó Tom Hall y los Deadtime Showstoppers, pero me cansé y se lo cambié.[44] Pues claro que te llevo arriba, pequeño Bert el Cuchilla, ¡JaJARRR! No voy a dejarte aquí tirado en el umbral, con una Coronita y una bolsa de patatas fritas, mientras me tomo una copa como un padre negligente, ¿verdad? Jar jar jar. Vamos, anda.

Dicho esto, Tom colocó su palma sobre el tejido bidimensional que colgaba de la puerta y empujó. El portón pivotó hacia dentro y se alejó de ellos, y al hacerlo aparentó adquirir tridimensionalidad. Daba a un pasillo estrecho y apagado con un papel mural deprimente y oscuro; un espacio que parecía excavado en pleno vacío y que, cuando

Bill se asomó desde el umbral para curiosear, resultó ser por completo invisible desde el exterior. Tom entró y se alejó con gran estruendo por ese lúgubre corredor que-no-estaba-ahí. Con una última ojeada nerviosa a Phyllis, y aún con Michael Warren de la mano, Bill franqueó la puerta y la cerró a su paso. El confuso infante a su cargo y él siguieron a su querido intérprete hacia el innoble pub espectral, con el pandemonio de arriba subiendo de volumen cuanto más se acercaban a la escalera podrida del fondo.

Sin alterar su ritmo apacible y cadencioso, Tom los examinó de soslayo por encima de la hombrera de ese caramelo de dos sabores que era su chaqueta: dos niños fenecidos, trotando obedientemente tras él, con sus consabidas postimágenes engullidas en su totalidad por otras mucho más grandes que eran las suyas, las que él iba dejando.

—Bueno, ¿y quién es ese querubín que tienes ahí? No me lo has presentado. ¿Esera alguien más que yo pueda rememorar? Dios, dime que no es John Weston. ¡Ja JARR!

Choteándose de la mera idea de que Michel Warren pudiera llegar a convertirse en ese desastre químico y humano, en ese conocido común mentado por el trovador, Bill multiplicó efímeramente su cabeza con un gesto de negación.

—No, no. Este esera Michael Warren, y tiene la edad que aparenta. En teoría, está muerto, pero en 1959 se tira en coma, o lo que sea, unos diez minutos, así que va a resucitar Abajo. Es el hermano pequeño de Alma. Seguro que te acuerdas de ella.

Tom se quedó clavado, con todo su peso, cerca del pie de las destartaladas escaleras.

—Pues claro que me acuerdo de Alma. Estoy incinerado, no senil. En el escrito que leyó en mi funeral dijo que mi complexión era… varonil… y que por eso le había roto tres sofás, la muy vaca grosera. Así que este es el hermano de Alma. Michael, Michael… ¿Sabes? Creo que te conocí el día que fui a tocar al cumpleaños de tu tía. Ella había muerto el día antes, pero yo no me enteré. Por

entonces eseras mucho mayor, claro. Ahora estás más joven. ¡JaJAAAAR! Un placer, hermano de Alma.

Tom se acomodó bajo el brazo su imponente bastón, se agachó con gran pompa y estrechó la manita del crío, que quedó subsumida hasta el codo en el puño del músico.

—¿Sabes? El nombre de la banda con la que toco esta noche, los Holes In Black T-Shirts, que en realidad son Jack Lansbury, Tony Marriot, el Duque y esa panda… el nombre, decía, lo saqué de un sueño en el que salía tu hermana. Tenía a mis tres hijos sobre las vías férreas, y decía que cuando el tren los arrollara, se volverían invisibles. Su idea era que, cuando fueran invisibles, les pondríamos las viejas camisetas de ella y tal, y entonces montaríamos una exposición que se titularía *Holes In Black T-Shirts*. ¡JaJAAR! La buena de Alma. ¡Incluso en sueños era buena inversión!

Tras aquel cumplido grandilocuente, comenzaron a subir por la rechinante escalera espectral hacia la sala principal del Jolly Smokers. Y así fue como acabaron agazapados al amparo del montañoso cantante, fisgando con nerviosismo entre sus perneras decoradas con ositos, frente al horror demencial de un panorama sin paragón.

Carente de sangre y color, no era un horror como el de *La matanza de Texas*, sino más bien como el de *El gabinete del doctor Caligari*, rodado con una película peligrosa y velada, y con espeluznantes escenas en blanco y negro fundiéndose en una erupción de supernovas por el calor del proyector. La filigrana retorcida y jeroglífica de unos grafitis homicidas abarrotaba sus mesas añejas y rayadas, y colmaba toda superficie libre de sus paredes con los palimpsestos biliosos y enconados de un centenar de años. En aquella tasca rediviva, la podredumbre plateada de la iluminación empapaba la nitidez de cada detalle, goteaba por los cráneos equinos que remataban los tiradores, destellaba en los resquebrajados espejos fantasmales, unos espejos que trascendían la óptica, pues no reflejaban nada, tan solo una sala vacía calcinada. Pero lo cierto era que la barra principal del Jolly Smokers no parecía calcinada, y que tampoco estaba vacía.

Cada taburete mal barnizado, cada reservado de esquina, con su tapicería manchada y raída, estaba ocupado por los espectros degenerados de un barrio que llevaba siglos en declive. El local bullía de ectoplasmas beligerantes, y exudaba una jocosidad mórbida que le habría puesto la carne de gallina a cualquiera si hubiera habido allí alguien con carne. Sobre unas alfombras moteadas que vistas de cerca no eran sino jirones de patrones dispares sobrepuestos a tablones de madera basta; bajo un techo menudo y opresivo, cargado de nicotina, del que pendían jarras oxidadas, bronces ecuestres verdinosos, y un gato momificado que se balanceaba en un rincón; en un ambiente que se diría saturado de humo a cuenta de la superposición de postimágenes… los espíritus más execrables de los Boroughs retozaban entre empujones.

En una esquina estaba George Blackwood, gánster y proxeneta, provisto de múltiples brazos para barajar las cartas, y actualmente un espíritu hecho y derecho, no el hombre vivo que Bill y la banda habían visto antes en la década de 1950. Se hallaba sentado a una mesa abatible frente a Mick Malone, el terrorífico exterminador de ratas, cuyos hurones policéfalos brotaban de los bolsillos de su chaqueta para husmear la apestosa atmósfera del pub, y cuyos terrier blancos y negros gruñían y dentellaban en torno a sus lustrosas botas de trabajo. Una vez, Phyllis le coló una rata fantasma en el sombrero, y dado que Bill formó parte de esa operación, ahora se parapetó tras la amplia barricada que le ofrecía Tom Hall antes de que el aniquilador le viera.

Congregados alrededor de la barra había otros espectros a los que también reconoció, al menos a los que aún poseían rostros normales. El viejo Jem Perrit estaba de pie acariciando un chupito doble del aguardiente de sombreros de Puck que hacían en la taberna, destilado a partir de ejemplares feéricos fermentados. Se reía a mandíbula batiente a costa de algún chiste vitriólico al lado de su compañero de juergas, que no era otro que Tommy el Mutilagatos, el fantasma lugareño con mayor adicción al

fiero brebaje (sidra de manzanas locas, le gustaba llamarlo a Bill). La exposición repetida y prolongada a aquella potente bebida había dejado tocada la mente de Tommy, que por supuesto era lo único que daba forma a su ser insubstancial, lo único que mantenía en orden sus distintos componentes. Así pues, los ojos vidriosos del espíritu disoluto habían emprendido un lento y escurridizo viaje por una de sus mejillas sin afeitar hacia una boca grotesca, casi desdentada y retorcida, desconcertantemente arrojada en mitad de la frente del fenecido, y fuente de escupitajos ectoplásmicos a cada carcajada. Las penosas intrincaciones de la coliflor que era su oreja, puesta del revés, constituían un apropiado centro de mesa allí donde uno esperaría encontrar su nariz. Y la otra oreja y su auténtica napia debían haber acometido una expedición a la nuca de su estrafalaria cabeza trastocada, aunque seguro que no tardarían en volver.

La visión del Mutilagatos rayaba lo insoportable, pero no era el rasgo más perturbador de cuantos ofrecía el escenario dispuesto en el bar. Junto al viejo Jem Perrit y su risa carroñera, la tortillera camorrista que era Mary Jane, y varios monjes cluniacenses o agustinos, Tommy estaba entretenido con una especie de espectáculo sobre las tablas, dicho esto de manera bastante literal: forcejeando en los tablones y arañándolos con sus pies, yacía un hombre hecho de madera animada, en apariencia vivo y consciente, convertido en escultura en relieve. Por lo que pudo deducir a partir de los nudos, vetas y remaches que integraban el rostro contorsionado y chillón de la figurita semisumergida, el tipo debía ser un jovenzuelo de no más de diecinueve años. Sus bracitos lignarios y escuálidos se agitaban en el aire, y sus agarrotados dedos de pino, con uñas mordidas de exquisito tallado, se clavaban en los tablones buscando asidero. Sus piernas de títere patalearon, y al hacerlo, una rodilla flexionada, en la práctica hecha de listones flexibles, se alzó brevemente sobre la superficie antes de estirarse y fundirse de nuevo con la mohosa suciedad de la tarima. Con gran brutalidad, Jem Perrit hundió su tacón en la nariz

del cuerpo atrapado para empujar su testa esculpida hacia los arabescos que alfombraban la madera desnuda, y luego, entre risotadas estentóreas, se mofó del muñeco movedizo mientras lo ahogaba en el polvo sin barrer.

—Amos, mamonajo inútil. Tira pabajo a donde pertenejes. ¡Aquí jobraj!

Como con ganas de contradecirlo, otra aparición hizo acto de presencia en el local, esta vez hecha de unas virutas inusualmente flexibles, de cuerpo completo, y al lado del mostrador, sollozando. Esta segunda marioneta humana constituía un espécimen algo mayor que el compañero adolescente y convulsivo que permanecía apresado en el suelo, pues rondaría la treintena. Muy obeso, y con bucles y oquedades bien perfilados en la carpintería de su cabeza rapada, el fornido guiñol gemía e hipaba, y unas lágrimas finamente modeladas en pasta líquida impregnaban sus temblorosos carrillos de madera. Esta reacción, sin duda, se debía a que las zarpas peludas de la hombruna Mary Jane asían uno de sus brazos torneados para grabarle sus iniciales, con un destornillador fantasma, sobre el manantial de resina que era su carne astillada. En una cantina tan colmada de pintadas, sopesó Bill, aquel convidado de madera, aquel soldadito desdichado, no representaba más que un lienzo en blanco.

Por todo el establecimiento jolgorioso e infernal, los figurantes de la pesadilla se palmoteaban las espaldas o esputaban ectoplasmas bronquiales en las bebidas de sus semejantes. En una zona despejada anexa al muro occidental de la sala, Bill reconoció a un grupo de músicos locales fallecidos, vestidos con ropa informal, colocando sus crepitantes amplificadores fantasmales. Uno de ellos era Tony Marriot, un batería con el físico de un granjero y el cabello de un espantapájaros de granja: manojos grises que le cepillaban los hombros y la espalda; entradas pronunciadas sobre un rostro impertérrito, algo achispado por el aguardiente, y siempre predispuesto al chasco. A su lado, Pete Watkin, conocido como el Duque, afinaba el bajo mientras sonreía calladamente ante el caos sobrenatural

que lo rodeaba, asombrado e incrédulo, sacudiendo los rizos de Jerry Garcia que tenía por pelambrera en un amento de sauce blanco multiexpuesto. Entre tanto, Jack Lansbury arrojó un salivajo espectral por el pabellón de su trompeta ultraterrena y le dedicó una mirada reprobatoria a la horda de necrófagos, vejestorios y errantes que conformaban su público. Daba la impresión de que ya había tocado antes frente a una muchedumbre de muertos, y también frente a una de gamberros, pero nunca frente a una que fuera ambas cosas al mismo tiempo.

Bill peinó la estancia por entre los muslos arbóreos de Tom. La figura gorrona de Freddy Allen, esa que le habían mandado a buscar allí, no aparecía por ninguna parte. Era posible que estuviera perdido al fondo de la embutida marabunta de borrachos sobrenaturales que atestaba el bar, pero no le apetecía mezclarse con ellos para echar un vistazo. No con Mick Malone, el Mutilagatos y otros enemigos no-tan-mortales de la Banda de los Muertos Muertos pululando por el recinto. En circunstancias tan extrañas, y casi diría que tan únicas, no encontró el valor para hacer algo así.

Alzó por tanto la vista hacia Tom Hall, que si tenía valor para presentarse allí con una merendola de osos amorosos en los pantalones, entonces debía tener valor para cualquier cosa. De hecho, aún recordaba cierto incidente acaecido en la sala principal del Black Lion, pub que solían frecuentar los delincuentes más peligrosos y veteranos. Como de costumbre, Tom se había mostrado muy sarcástico con un cliente habitual, drogadicto y del todo homicida, del viejo bar bohemio; un imponente sujeto esquelético, vestido entero de cuero, que se llamaba Robbie Wise. El susceptible yonqui, molesto con una de las pullas de Hall, no tuvo otra que sacarse una navaja de afeitar del bolsillo del impermeable, abrirla, y empuñarla delante del músico. Tom, sin embargo, echó la cabeza atrás, se dibujó una raya alrededor de su propio gaznate con un rechoncho dedo índice, justo debajo de la línea de la barba, y dijo así: «Mi querido muchacho, rasura aquí, ¡JajajaJARRRRR!» Robbie

Wise lo contempló con ojos casi aterrorizados durante unos tensos segundos, se guardó la navaja, salió por patas de la sala del Black Lion, y huyó despavorido hacia la noche oscura y ventosa de St. Giles Street. En efecto, Tom Hall nunca se acobardaba, ni en la vida ni, por descontado, en la muerte. Era el más indicado para tratar el asunto de Freddy Allen.

—¿Tom? Mira, hemos subío aquí buscando a un viejo vagabundo llamao Freddy Allen. ¿Podrías preguntar si alguien lo ha visto por algún lao?

Los rabillos oculares del maestro se guiñaron del alborozo. Bill creía que los admiradores de Tom erraban al compararlo con Falstaff, porque no era Falstaff, sino el hombre que Falstaffansiaba ser. Cuando le habló por encima del barullo, su tono hizo gala del entrañable crujido de las barricas de licor o los toneles de hidromiel.

—¡Jajaar! ¡Cómo si pudiera negarle algo al pequeño Bert el Cuchilla! ¡Ahora mismo!

Elevando al máximo el volumen de su voz, el curtido cantante se dispuso a interpelar a su animada concurrencia. Toda conversación cesó de pronto cuando los asistentes fantasmales pasaron a prestar atención a aquella alma retumbante, enfundada en una suerte de monstruosa bolsa de caramelos. Incluso la víctima lignaria de la barra y su bestial tortutortillera optaron por callarse para así poder escuchar.

—¡JajaJAAAR! Lamias y caballeros, chicos y arpías, ¿podría robarles un momento de su tiempo, POR FAVOR? Gracias. Muy amable por su parte. Muy generoso viniendo de semejante cuadrilla de penosos fornica-ataúdes. Bien, vale. ¿Conoce alguien el paradero de un tal… Freddy Allen, se llamaba? Sí, eso es, Freddy Allen. Sea en el cielo, sea en el tártaro, ¿dónde se mete ese esquivo bárbaro? ¡Jajaaaar!

Tras suspender el pisoteo de la máscara facial que sobresalía del entarimado, Jem Perrit alzó su oscura y agitada voz corvina en mitad de aquel silencio repentino.

—Fred Allen ejtar finá de Sheep Street, ener Bird In ‘And oer Edge O’Tayn, o como jedigaora. Ener pub de loj

que rejpiran. Ejtallí con eje chavá mediojtúpido que tengo. Por jierto, ¿vajoná la mújica de una janta ve, o qué?

Y eso fue todo. Después de dispensarles una afectuosa despedida, Hall fluyó como una mina submarina de juguete por las inmundas oleadas de clientes espectrales, en pos del lugar donde afinaban sus acompañantes. Los dos niños fallecidos, ya sin su corpulenta trinchera, salieron pitando por la puerta del pub y bajaron la escalera de un solo salto, muy lento, durante el que Bill siguió sujetando la mano de Michael, como en toda la peripecia. El crío no había dicho una palabra durante la visita al abrevadero espiritual; no había hecho más que estarse quieto, el pobrecillo, paralizado por el terror, anonadado ante la visión del Mutilagatos y los demás monstruos. Bill deseó no habérselo llevado con él, pero el pequeño era vital para su seguridad, y además, allá a donde lo guiaran, era a donde debía ir. Así lo había asegurado Phil Doddridge.

Llegaron a la puerta principal y salieron a la acera iluminada en la que sus amigos los estaban esperando. Tras cerrar el portón vaporoso devolviéndole así su característica bidimensionalidad, Bill informó a Phyll del supuesto paradero de Freddy Allen, y entonces la banda partió hacia Sheep Street. Nadando por el aire o rebotando hacia arriba con un brinco inicial, el grupo se elevó sobre el paso subterráneo, se propagó por la congestionada intersección vial del Mayorhold, entreverando sus postimágenes con el humo de los tubos de escape, y se escurrió hacia la boca de Broad Street.

Los zagales fantasmales se apresuraron por la adustez funcional de la calzada doble en paralelo al murete de hormigón de un metro de alto que le servía de mediana, con ríos refulgentes de luz y metal fluyendo en direcciones opuestas a cada lado. Se aproximaron a Regent Square, punto de encuentro entre Sheep Street y Broad Street, límite nororiental de los Boroughs, y simbolizado en la mesa de trillar de los ángulos con una calavera tosca, la tronera del deceso, el cuadrante de la muerte. Allí solían quemar a brujas y herejes, empalar cabezas en picas, y los

remanentes astrales de esos hechos atroces se hacían patentes a veces, pese a los siglos transcurridos, a plena luz del día. A Bill lo asaltó la sensación, poderosa y en absoluto nueva, de que los Boroughs eran, y siempre habían sido, un lugar increíblemente extraño.

Bill no había nacido en la zona, ni había vivido en ella, pero era de la que provenía la rama materna de su familia. Como el allanador de mansiones Ted Tripp, él se crio en Kingsley, pero conoció los Boroughs, y su aura demediada entre prodigios y terrores, a muy temprana edad. La personalidad disociada del barrio quedó hermosamente ilustrada aquella vez que compartió anécdotas infantiles con Alma, la enervante hermana mayor del fantasmita que en aquel mismo instante iba escoltando por Broad Street. La artista le describió un incidente acontecido mientras visitaba a su tremenda abuela May, que vivía en Green Street, y que tenía unas gallineras en el patio trasero, al parecer, como tanta y tanta gente en los días de escasez de la posguerra. Con ojos soñadores, Alma recordó la mágica ocasión en la que su padre la llamó para que viera lo que sucedía en la cocina de su nana. Sentada en un escalón de piedra, se quedó extasiada con el piso inferior, completamente tapizado de suaves polluelos amarillos, todos piando y chocando entre sí con sus patas recién estrenadas. Esa anécdota reflejaba el lado idílico de los Boroughs, mientras que la que contó Bill, aunque similar en muchos aspectos, plasmaba el cariz más alarmante del viejo vecindario.

Él también se encontraba en los Boroughs viendo a uno de sus abuelos, aunque en su caso se trataba de la casa de su yayo en Compton Street. Como Alma, también iba con uno de sus viejos, pero era su madre, no su padre. Y, ya por último, la cocina también albergaba un milagro de la naturaleza, mas ni de lejos tan cautivador como la estampa pascual evocada por Alma. El tema era que a su abuelo le gustaba capturar y escabechar anguilas. Con solo cinco añitos, mientras lo visitaba con su madre, el anciano llegó a casa cargado con angulas frescas, pequeñas crías pescadas

con red de entre las hordas retorcidas que en aquella época migraban por el Nene río arriba. Las tenía en una gran olla de hierro, con la tapa bien cerrada, y se disponía a llevarlas a la cocina para matarlas y despellejarlas. Lo único que quería Bill era verlas, y aunque su madre y su abuelo hicieron lo posible por disuadirlo, y por más que le advirtieran que la cocina quedaría sellada y que no podría abrirse hasta que la tarea estuviera finiquitada, él insistió. Incluso a esa edad, él ya solía hacer las cosas a su modo; e incluso a esa edad, las cosas ya solían acabar todas de un modo espantoso. Aquella vez no fue una excepción. Cuando siguió a su abuelo hasta la pequeña cocina, su madre cerró la puerta desde el otro lado. No era estúpida; sabía lo que vendría a continuación. Entonces, el abuelo de Bill retiró con cautela la tapa de hierro de la olla.

Las negras y escurridizas interrogaciones brotaron por doquier desde el receptáculo en una masa horripilante, todas ansiando libertad. Habría unas doscientas putas cosas de esas, virutas de neumáticos con ojillos muy abiertos, zigzagueando por las baldosas gastadas del suelo de la cocina e intentando escabullirse por las paredes, la puerta, las patas de la mesa y las del histérico chaval de cinco años. Las tenía en lo alto, en sus ropas, en su pelo pajizo, y ahí comprendió, demasiado tarde, por qué no podían abrir la puerta de la cocina y dejarlo salir antes de finiquitar la tarea. Con rostro lúgubre, y al cabo cubierto de sangre de anguila, su abuelo decapitó y desolló a las resbalosas abominaciones puñado a puñado. Le llevó su buena media hora, y el joven Bill acabó absolutamente traumatizado, tembloroso, petrificado y murmurante, ni en broma tan embelesado como Alma con sus adorables pollitos. Pero así eran los Boroughs, caviló ahora: hermosos sentimientos conviviendo con miedos y locuras reptantes.

Al llegar al final de Broad Street, la banda ultraterrena trazó un arco vertiginoso en torno al edificio redondo de su extremo. El inmueble fue propiedad de Monty Shine, corredor de apuestas, antes de convertirse en un local nocturno, y desde entonces había cambiado tanto de

identidad que Bill sospechaba que podía estar, por su propia seguridad, en algún programa de protección de testigos. Durante una época, fue un club gótico llamado MacBeth's, y tuvo su fachada curva pintada de lila vampírico, aunque en la juntura fantasma era un gris frío que le sentaba mucho mejor. A menudo, solía pensar que aplicarle un maquillaje gótico a aquel emplazamiento era como pasarse con el huevo en el pudin negro o como dorar un lirio fúnebre. Cabezas empaladas, brujas calcinadas… ¿cuánto más goticismo querían aquellos fulanos?

Cruzaron Sheep Street, traspasaron en línea recta a los inadvertidos crápulas mortales que ambientaban aquella noche, y atravesaron de punta a punta la fachada del Bird In Hand. El local estaba hasta los topes de maleantes, pero como eran de los vivos que respiraban, no planteaban los mismos problemas que sus contrapartidas póstumas del Jolly Smokers. Inspeccionando la sala a través del humo de los cigarrillos —Bill sabía que prohibirían fumar en interiores aquel mismo año, un poco más adelante—, los aparecidos en miniatura localizaron sin dificultad a Freddy Allen. Estaba sentado en un taburete vacío junto a una mesa en la que había dos hombres vivos charlando, lo cual no era sorprendente en sí mismo: muchos errantes gustaban de rondar los pubs, pues en ellos era más probable que un bebedor empedernido los atisbara y, además, les brindaban la oportunidad de cotillear las cháchara mortales a la antigua usanza. Lo que sí les chocó enormemente fue que Freddy no se limitara a entreoír la conversación de los vivos, sino que estuviera… participando en ella.

Cuando examinó a los dos señores con los que el mendigo espectral parecía platicar, reconoció a la pareja y obtuvo una respuesta parcial a la cuestión de cómo era posible que Freddy pudiera debatir con gente no difunta. Una de las personas con las que hablaba era el mismo y peculiar individuo que habían visto llegando a casa, con una curda sublime, en Tower Street, justo antes de subir a Humánima a admirar la trifulca de los ángulos. Si distinguió a los niños fantasmales en aquella ocasión, no

era raro que ahora pudiera departir con Freddy Allen. El otro sujeto, sentado en la mesa frente al sacacuartos espiritual, y con su intranquila mirada clavada en el borracho de sangre caliente que tenía a su vera, era un gordito de pelo blanco y rizado, provisto de unas gafas, al que Bill reconoció como el concejal laborista Jim Cockie. Parecía asustado e intimidado, aunque no tardó en percatarse de que ese estado no se debía a la presencia de Freddy. Cockie no podía ver al espectro de delante, así que quien lo tenía de los nervios era su compañero de mesa, un tipo con una risa repetitiva y demencial que, hasta donde sabía el orondo concejal, no hacía más que hablar con un taburete vacío.

Phyllis respiró hondo, o simuló hacerlo, y se encaminó con decisión hacia los tres hombres sedentes, dos vivos y uno muerto. En cuanto la vio, Freddy dio un respingo en el asiento y se apretujó el maltrecho sombrero contra su cabeza calva.

—¡Alejaos de mí, malditos granujas! Ya os he aguantado lo bastante por un solo día, porque bien que me habéis fastidiado en el veinticinco.

Phyllis alzó las palmas, en gesto conciliador, para calmar y aplacar al furioso espíritu.

—Señor Allen, sé que le hemos dao por saco y lo siento mucho. No lo haremos más. No pretendo molestarle, pero tol mundo dice que esera usted un hombre bueno y decente, y hay una jovencita que estaraba en serios problemas.

Desde el mismo instante en que Freddy se levantó, el supuesto clarividente de la mesa empezó a carcajearse con alcohólico frenesí, y entonces optó por reorientar sus ebrias atenciones hacia el concejal, ya visiblemente angustiado.

—¡Ah, ja, ja, ja! ¿Ha visto eso? Se ha puesto de pie tan deprisa que parece que tenga almorranas. Lo ha contrariado el grupito de pequeños bribones que acaba de entrar —aquí, el mentalista piripi torció la cabeza para mirar de frente a Bill y a sus confederados—. ¡Eh, vosotros no podéis entrar aquí! ¡Sois menores! ¿Y si el dueño os pidiera los

certificados de defunción? ¡Ah, ja, ja, ja!

El acongojado concejal lanzó una ojeada fugaz en la misma dirección que el otro tipo, pero pareció ser incapaz de ver nada. Tremendamente turbado a esas alturas, Cockie volvió a observar al risueño borrachín que tenía sentado al lado.

—No entiendo nada. No os entiendo, diablos.

Freddy, mientras tanto, trocó su furia por cierto desconcierto ante la mención de una jovencita en peligro por parte de Phyllis.

—¿Qué jovencita es esa? Y además, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

El tipo jovial y embriagado se volvió hacia el concejal.

—No los oigo. Suenan distantes aunque los tengas al lado, ¿verdad? Ah, ja, ja.

Phyllis insistió.

—No sé si se la habrá cruzao por ahí, pero es una mulata de unos diecinueve tacos con el pelo a rayas, como trenzao. Viste una chaqueta brillante de esas, y parece prostituta.

Un asomo de reconocimiento surcó los tristes ojos del pordiosero aparecido.

—Creo… creo que sé quién me dices. Vive en los pisos de Bath Street, allá por donde estaba la vieja casa de Patsy Clarke.

La líder de la banda espectral asintió una sola vez, lo cual duplicó su cabeza e hizo temblar ligeramente las pieles de conejo de su estola.

—Esa es. Un tipo la tiene retenía en el pequeño aparcamiento que hay donde antes estaba Bath Passage. Tiene el coche aparcao allí y le está haciendo ya-sabe-qué. Pero no en plan cliente, sino contra su voluntad.

Por la expresión de su rostro, eso debía cruzar una inviolable línea roja en el terreno de juego moral que Fred Allen albergaba en su interior.

—Bath Passage. Antes pasé por ahí para visitar a alguien y sentí que algo malo iraba a pasar. Dios mío. Más me vale acercarme. Más me vale ver si puedo hacer algo.

Dicho eso, el alma harapienta del infame mangante de leche relampagueó a través de cinco o seis clientes, una mesa y la fachada del Bird In Hand, y de este modo irrumpió en mitad de la noche como un nimbo cabreado. Bill no sabía si el errabundo espectral podría ayudar a la joven, ni si el demonio seguiría al volante del cotarro cuando Freddy llegara, pero ya daba igual. Habían hecho todo lo que habían podido, y ahora no estaba en sus manos. Tal vez nunca lo hubiera estado.

Con el borracho de nariz aguileña aún desternillándose mientras señalaba a unos niños fantasmales que solo él podía ver, la banda expirada persiguió a Freddy hasta la tenebrosa garganta de Sheep Street, pero el golfante incorpóreo ya había partido hacia su muy urgente lance. Cual estrella infantil zombi, Phyllis se echó al hombro su pútrida bufanda, y entonces anunció que tirarían por Broad Street hacia el Mayorhold para regresar a Tower Street y subir a las Obras, o a lo que quedara de aquella sublime institución en 2006. Desde ahí, devolverían a Michael a 1959, a su cuerpo y a su vida.

Todo eso era idea de Bill, claro, pero en la boca de su estómago, desaparecido tiempo ha, notó una punzada de miedo; miedo de ver una Humánima derruida y miedo del Destructor, en especial de este último. Era por lo que representaba: la fuerza aniquiladora en la vida de todas las personas, independientemente de la forma que adoptara. La primera vez que sintió su despiadada corriente giratoria fue en vida, a los diecisiete años, recién expulsado del colegio, metiéndose su primer pico de heroína a la luz de las velas en una sala de fiestas, un viernes por la noche tras salir del pub. Todos estaban allí, todos sus colegas, o al menos un buen número. Kevin Partridge, el gran John Weston, la preciosa Janice Hearst, Tubbs Monday y otros cuatro más que aún recordaba. Tubbs fue el generoso proveedor de la sustancia en cuestión, y de paso el que inició la ronda entre los demás. Y aunque él fuera inmune a la enfermedad, también fue el portador que les sirvió a todos una ronda de hepatitis B y C.

Bill se acordaba de cada bobada, de cada detalle insustancial de la charla que mantuvieron estando sentados mientras la aguja corría, e incluso se acordaba del gélido instante en que se le pasó por la cabeza que no debía estar haciendo aquello, como si supiera que justo eso sería lo que lo mataría cuarenta años después en la perduración de su vida. En perspectiva, fue ahí cuando sintió el roce del Destructor, su brisa aleccionadora impelida desde el futuro. Y, pese a ello, Bill la ignoró y siguió adelante, como si no hubiera tenido elección, como si constituyera su destino, cosa que tal vez fuese cierta. «Eso es, ¡salud!», dijo cuando se metió el chute.

Volvió entonces a la charla que había entreoído entre el señor Aziel, amistoso albañil, y Phil Doddridge. En concreto, a la parte en la que el segundo le preguntaba al ángulo si la humanidad había llegado a conocer, alguna vez, el libre albedrío, cuestión a la que el primero, cariacontecido, respondió con una negativa sombría, una apostilla —«¿Alguna vez lo has echado en falta?»— y una risotada insondable. Insondable entonces, porque Bill la entendía ahora. Sí, había pillado el chiste. A su manera, era hasta reconfortante: la noción de que hicieras lo que hicieras, y lograras lo que lograras, al final solo eras un actor en un drama magistralmente escrito. Otra cosa era que no lo supieras en su transcurso, o que creyeras estar improvisando. Visto así, resultaba un poco cómico, pero la idea también le proporcionaba cierto consuelo: en un mundo predeterminado, no tenía sentido preocuparse por nada, y tampoco había ningún propósito que malograr.

Aún procuraba hallar sosiego en esa máxima cuando la Banda de los Muertos Muertos llegó a Tower Street para trepar hacia el tiznado naufragio del Cielo.

EL DESTRUCTOR

—¿Michael? Ay, Dios. Michael, ¿me oyes? Por favor, tose. Por favor, respira…

—Aguanta, aguanta que ya estamos cerca. Aguanta, Doreen.

La visión del sulfuroso Sam O'Day cerniéndose por la ventanilla del coche mientras le hacían daño a una señorita allí dentro… eso casi acabó con él. Y el pub lleno de fantasmas malos, con dos personas de madera gritando y los rasgos de un hombre flotando por su cara como nubes… eso fue aún peor. Sin embargo, excepto por tales asuntos, Michael empezaba a pillarle el tranquillo a aquella situación tan inquietante.

Le gustaba cavar en el tiempo, y pertenecer a una banda, y haberse enamorado en secreto de Phyllis, aunque ella no quisiera ser su novia. Lo fundamental, al fin y al cabo, era estar enamorado, y no creía que fuera muy importante que la otra persona le correspondiera, o incluso que lo supiera. Sin duda, ese sentimiento triste y encantador debía bastar, porque era a lo que le dedicaban tantas canciones y poemas, ¿verdad?

Además, les estaba cogiendo cariño a todos esos Michael que se separaban de él cada vez que se movía. Era como tener su propia hinchada de forofos siguiéndole a todas partes: le daba seguridad y atenuaba su soledad. Aunque sabía que sus dobles solo eran producto de la luz espectral, les tenía bastante apego. En un momento dado, hasta les puso nombres, pero como eran variaciones o diminutivos del suyo —Mike, Mick, Mickey, Mikey, Micko y otros tantos que solo eran palabrejas inventadas—, no le

vio mucho sentido y dejó de hacerlo. Para colmo, se esfumaban en el aire en cuestión de segundos, y bautizarlos y hacerte amigo de ellos solo lo hacía todavía más duro.

De hecho, en el más allá había muchas cosas que le gustaban. Atravesar paredes era muy divertido, como ver en la oscuridad, y volar en plena noche era la experiencia de toda una muerte; pero, de lejos, lo mejor de estar allí era comer sombreros de Puck. Al principio, la idea de masticar pequeñas hadas bonitas le resultó desagradable, pero cuando descubrió que tenían esa dulce y suculenta fruta dentro, en vez de tripas, las devoró con sorprendente apetito. Era como comer bebés de gominola, razonó, aunque, como con los bebés de gominola, se sentía un poco culpable al morderles los pies. Sea como fuere, dado el exquisito sabor de aquellas setas fantasmales, Michael habría sido capaz de devorar sombreros de Puck a docenas, por más que las estrellitas de mar se pusieran a patalear, a llorar o a rogarle que no lo hiciera. Bueno, en realidad, no, pero ¡qué buenas estaban! Cuando al fin resucitara, las iba a echar de menos.

Según Phyllis, eso sería muy pronto, aunque, por lo visto, la Banda de los Muertos Muertos necesitaba llevarlo por última vez a ese sitio de Arriba, a Humánima, antes de dejarlo en casa. Por eso acababan de flotar por el Mayorhold como una espesa niebla de fotografías viejas, dejando que los coches los atravesaran a toda velocidad, con vistazos borrosos a sus interiores apagados, a hombres musitando solos, y a parejas discutiendo, antes de detenerse de nuevo en los senderos hundidos de Tower Street. Cuando oteó los descomunales bloques de pisos, esas dos moles con el letrero «newlife» cerniéndose sobre los pasos inferiores y las amedrentadas viviendas sociales, Michael pensó que las lápidas gigantes parecían más mustias que hacía un rato, cuando salió corriendo y se perdió antes de ir a ver la pelea entre los albañiles titánicos. Cierto era que los agujeros temporales podían confundir, pero, acorde a sus cálculos, desde su última visita a las torres no habrían pasado ni doce meses. ¿Cómo podía el sitio haber empeorado y

envejecido tanto en un año? Su casa de St. Andrew's Road, esa que ya no estaba ahí en el siglo tormentoso, tenía casi cien años cuando él y su familia vivían en ella, y aun así lucía mejor pinta y era más linda que los edificios.

Todavía no estaba muy seguro de qué es lo que Phyllis y los otros querían enseñarle en Humánima, y tampoco de por qué estaban tan empeñados en que lo viera, pero iba a ser su última aventura en el mundo de Arriba y pensaba sacarle partido. En su fuero interno, sospechaba que la banda iba a mostrarle algo aún más fantástico que todas las cosas que ya había visto, una especie de fiesta o convite especial para celebrar su partida. A sus tres años, había vivido ya bastantes navidades y cumpleaños como para saber que, cuando alguien te preparaba una sorpresa, tú debías fingir no saber nada del asunto, porque si no se la estropeabas. De ahí su callada sonrisita cuando Phyllis y los demás empezaron a montar la entrada al centro de reuniones de los albañiles, llamado las Obras, y simularon preocuparse por cualquier excusa. Michael sabía perfectamente lo que estaban haciendo. Trataban de despistarlo para disimular la asombrosa fiesta de despedida que le tenían organizada, y él no pensaba aguarles la ilusión diciéndoles que estaba al tanto. Lo último que quería era herir sus sentimientos.

Así pues, les siguió la corriente mientras formaban una torre humana, maniobra esta que ya les había visto previamente. John se quedó abajo, y Reggie se encaramó sobre sus hombros, con sus botas gastadas a ambos lados del heroico rostro del primero. Phyllis escaló luego como una montañera para colocarse sobre Reggie, vacilante en mitad del aire sobre la cúspide de la pila espectral. Como Michael, Bill y Marjorie eran los más pequeños y no podían contribuir en demasía a la altura de la estructura, optaron por quedarse quietos, mirando a unos pocos pasos acera arriba.

Un tanto perplejo, Michael le preguntó a Bill qué se proponían los tres miembros más espigados de la banda.

—Bueno, si recuerdas, la última vez que estarevimos en

este nuevo siglo cavamos hacia 1959 y subimos a Humánima. Entramos por ese viejo edificio de madera que estaraba en una de las esquinas del Mayorhold, donde antaño se alzaba el primer ayuntamiento de la ciudad. La cuestión esera que, esta vez, no queremos mostrarte la Humánima de 1959. Queremos mostrarte el aspecto que tiene ahora, en 2006, aunque aquí ya no queda sitio alguno por el que llegar. Pero no hay problema. Cuando nos fuimos de aventuras al futuro, a la ciudad de la nieve y tal, dejamos un agujero en el aire, cubierto con un trozo de alfombra como la trampilla de nuestra guarida, justo por aquí, en el descampao cercano a Lower Harding Street. Eso es lo que nuestra Phyllis está buscando ahora. ¡Oye, Reggie! ¡Esta es tu oportunidad! ¡Mírale las bragas!

Oscilando allí arriba, Phyllis les regañó bajo la luz enfermiza de las farolas de sodio.

—Atrévete a hacer eso, Reggie Bowler, y me hago pis en tu cara. Y ahora, callaos y comportaos, que creo que lo he encontrao.

Entresacando la tiniebla que la sobrevolaba como si la apartara a un lado, la intrépida líder de la Banda de los Muertos Muertos destapó una franja deshilachada de tono azul violáceo que colgaba ahí en medio, sobre un cielo nublado por lo demás incoloro. De este modo, localizó la ruta que seguiría el grupo, más allá de los gritos y las sirenas de la noche, hacia Humánima, y entonces se puso a dirigir el ascenso. Phyllis les dijo a los tres miembros más menudos que treparan por la escalera creada por sus compañeros, y Bill fue primero, seguido de Michael y luego de Marjorie. Después, la ayudaron a ella a atravesar el agujero estelar, y cuando subió les echó una mano a John y Reggie. Tras recolocar el sucio y empapado resto de alfombra que habían usado para ocultar la abertura, la banda entera descansó en lo alto unos segundos mientras ponderaba aquel nuevo y ominoso paisaje. Como el panorama no auguraba su anhelada fiesta especial, Michael se puso un poco mohíno, pero pensó que tal vez los otros estuvieran postergando las cosas para que la sorpresa fuera

aún mayor.

El espacio en el que se alzaban, cavernoso y añil, podía reconocerse, aun así, como la misma estructura espectral que surcaron poco antes de la lucha entre los ángulos, aunque su estado de conservación era mucho peor. Una de las plantas fantasmales, como poco, se había derrumbado por completo a causa de unas aparentes humedades superiores. Las vigas, rotas y caladas, sobresalían cual costillas fracturadas a media altura de un muro altísimo y tremendamente dañado, y una luz azulada lo bañaba todo creando una costra morada allí donde se encharcaban las sombras.

Michael se acordó de que el edificio, en 1959, se veía todo en blanco y negro, sin ningún tono en absoluto hasta que uno ascendía a Humánima por un tramo corto de peldaños, estrechos e inútiles, situado en el piso de arriba. Era como si el mundo de Arriba tuviera una fuga de color, entre otras muchas cosas. No recordaba si toda esa agua estaba ya allí antes, corriendo como un río de plata por las imponentes paredes derruidas, o acumulándose en las oquedades hasta crear una moqueta de estanques naturales en mitad de los escombros del suelo. Junto con la humedad y la iluminación melancólica, las cualidades acústicas de Humánima también parecían haberse filtrado hacia el insonorizado reino fantasma. Cada gota, cada salpicón, cada chorro y cada tintineo acristalado reverberaba pavorosamente en aquella ruina retumbante y con olor a moho, que no evocaba sino un enorme almacén incendiado para cobrar el seguro.

¿Olor a moho? En efecto, parejo al sonido y el color rezumados desde la cúspide, su sentido del olfato había empezado a evolucionar hacia la rica y embriagadora facultad que constituía allá Arriba, donde el mero aroma de las cosas transmitía historias enteras. Comenzó a detectar, por ejemplo, el hedor de la estola de pieles de Phyllis, y también el perfume del verdín, el detritus y… ¿qué era eso otro? Olfateó el aire con actitud científica y confirmó sus sospechas. Era humo; tan solo el más leve de los tufos, pero

humo al fin y al cabo, y Michael no sabía de dónde procedía.

Se quedó inmóvil junto a sus cinco amigos espirituales, todos genuinamente turbados por la densa atmósfera de desolación que los envolvía, así como por la luz de cobalto y las cascadas de agua que caían desde las alturas. Seguía con la sospecha de que los otros solo le estaban ocultando la gran sorpresa que le tenían preparada, pero empezaba a sentirse un poco molesto con tanto prolegómeno, y esperaba sinceramente que su fiesta de despedida no tardara en pillar más ritmo. Contempló la goteante penumbra azulada de más arriba y escuchó el ritmo resonante de su grifo, su aspersión y su rocío, un borboteo líquido y gorjeante que casi susurraba una conversación.

> *—Ay, Dios. Ay, Dios, Doug. Creo que se ha muerto. ¿Qué hacemos ahora*?
> *—Tú aguanta, Doreen. Aguanta, chica. Está tras los Mounts. No falta ni un minuto…*

Sin romper el silencio generalizado, Michael se unió a sus camaradas fantasmales para remontar el interior medio colapsado del edificio, lo cual fue mucho más difícil que la última vez. Por una parte, la escalera destartalada que usaron entonces se diría largo tiempo desaparecida, lo cual obligó a los seis niños a trepar por las desmoronadas paredes como unas arañas con la mitad de patas. El valiente John fue primero, señalando los asideros y puntos de apoyo, las hendiduras en el enlucido chorreante, para provecho de los cinco zagales espectrales que le iban a la zaga.

Por la otra, además de los vestigios humánimos de sonido, color y olor que rompían allí abajo la habitual anestesia sensorial de la juntura fantasma, desde el mundo superior también se hacían patentes ciertas trazas perceptuales de peso y gravedad. Si se hubieran caído de la escarpada falda del muro, probablemente habrían descendido con la suficiente lentitud como para no hacerse mucho daño, pero era evidente que volar o dar botes

lunares como pelotas de playa tampoco iba a funcionar. Se notaban demasiado sólidos y plúmbeos, así que no tenían más opción que escalar la altísima pared despaciosa y laboriosamente, como una cautelosa cadena humana. Todavía generaban unas pocas postimágenes, pero al ascender se fueron tornando más leves y endebles, y al cabo terminaron por evaporarse de la existencia todas y cada una.

Parte del piso superior seguía sin derrumbarse, y varias vigas de soporte y zonas del entarimado permanecían en su sitio, combadas y precarias. Tras lo que a Michael le pareció una hora larga de escalada, la pandilla arribó al fin a una de estas islas chirriantes de relativa estabilidad. El mocoso aún-no-muerto raspó su barriga por los tablones mojados del borde de la plataforma, con Phyllis empujando desde abajo y el gran John tirando desde arriba. Aunque fuera en aquel tramo recio y reforzado del edificio, qué bien le sentó poder incorporarse y descansar un poco tras tanto jaleo.

Mientras se recuperaban, Phyllis tuvo la generosidad de repartirles algunos sombreros de Puck enanos recogidos en los manicomios, todos con esas hadas pequeñitas de un centímetro de alto. Michael descubrió que, al comerlas tan cerca de Humánima, donde los sentidos ya se excitaban de por sí, las frutas olían y sabían incluso mejor que en la juntura fantasma. Su dulce zumo relucía en su barbilla, y él permaneció allí, sentado contra la mitad del marco de una puerta, con sus pantuflas oscilando sobre el filo de unos listones podridos, pataleando una y otra vez sobre el abismo teñido de zafiro.

Pensó en dónde habían estado; en las cosas que habían visto y oído. Habían comido té y pastelillos en casa de la señora Doddridge, y entonces se fueron paseando por aquel curioso puente, o lo que fuera, a los manicomios. Allí internaban a la gente un poco esquinada, y como la cabeza de esa gente andaba un tanto descolocada, los edificios también se hallaban confundidos y barajados en su mente. Era un sitio peculiar, lleno de aerosoles pirotécnicos de

luces de colores, y luego se presentaron los Bill y Reggie del futuro a robarles la mayoría de las manzanas locas. Sin embargo, lo que le resultó más raro fue la actitud de Phyllis, John y Marjorie cuando se toparon con aquellas dos señoras vivas sentadas en un banco. Parecían del todo normales, y lo único que hacían era charlar, como tantos y tantos adultos en ocasiones. En realidad, no llegó a oír bien lo que decían, pero creía que la más alta y frágil comentó que su perro solía meterse en la cama con ella. Cualquier perrito o mascota hacía cosas de esas, y ahora que lo pensaba, tal vez su madre siempre se hubiera negado a que tuviera uno por esa razón, pero el tema era que no entendía el motivo por el que John y Phyllis se preocuparon así. Quizá se hubieran criado en casas más estrictas y ordenadas que la suya.

Tras volver de los manicomios, en cambio, llegaron a aquel siglo chocante que tanto le había disgustado en su última visita, y fue ahí donde las cosas se volvieron un poco horribles. Cuando saltaron desde el Ultraconducto hacia la Chalk Lane del nada-seis, o como se dijera, ya había empezado a anochecer, y a Michael le daba un poco de miedo la oscuridad. En vida, si tenía sueños en los que era de noche, estos siempre acababan volviéndose pesadillas. De hecho, durante un tiempo, esa fue su definición de «pesadilla»: sueños en los que las cosas extrañas que ocurrían siempre sucedían de noche. Por eso, cuando la negrura comenzó a asentarse mientras la banda espectral hacía el tonto en la gran laguna, él se sintió, ya en un principio, un poco nervioso.

El viaje que hizo a continuación con Bill, Marjorie y Reggie — nunca llegó a entender su propósito, eso sí— fue muy divertido, al menos las partes dedicadas a jugar al tren o a volar por el cielo nocturno. La de los barriles metálicos en el solar ventoso, en cambio, no le gustó nada. Además de la pinta miserable e inhóspita del recinto, notó algo escalofriantemente familiar, pero él nunca lo había visitado antes. Quizá lo hubiera visto durante uno de esos innumerables repasos a su vida que Phyllis y el resto no

paraban de decirle que ya había experimentado, por más que no recordara ninguno de ellos. También podía ser que se fuera a familiarizar con aquel sitio tan soso algún día, aunque la mera idea le provocaba en el corazón un dolor inexplicable.

Sea como fuere, después de regresar a la laguna a través el cielo nocturno fue cuando los acontecimientos se torcieron del todo. Lloró un poco cuando Phyllis y los demás le dejaron ir a echar un vistazo al trecho de grama de St. Andrew's Road, en donde no quedaba ni rastro de que su familia y él hubieran vivido allí alguna vez, pero su llanto no fue malo. Solo fue su manera de aceptar que las cosas eran así, que la gente y los lugares del mundo mortal pasaban volando y se desvanecían en un instante. Así era la vida, pero en el fondo no importaba, porque la muerte era muy distinta. La muerte y el tiempo no existían como tales, lo cual significaba que su gente y sus lugares estarían por siempre en Humánima. Su propia casa andaría por allí, con su puerta roja desvaída, su cisne de porcelana en la ventana de delante, y su limpiabarros casi sin estrenar en la entrada, a un lado del escalón inferior. Eso lo consoló, así que se secó las lágrimas y partió con el resto de la banda hacia el Mayorhold, que fue donde empezó lo malo.

Lo primero, y probablemente lo peor, fue lo que pasó en aquel pequeño aparcamiento cercado, conectado al extremo inferior de Bath Street. Todos se apelotonaron delante del coche estacionado como si no quisieran que viera lo que pasaba dentro, pero él vislumbró lo suficiente como para saber que un hombre malo estaba encima de una señorita haciéndole daño, sujetándola y dándole puñetazos como si fuera un boxeador. Entonces, Bill, que había empezado a caerle bien, lo alejó del vehículo hacia un lado, y ahí fue cuando vieron a la persona que ocupaba el asiento del conductor, que no era otro que el sinuoso Sam O'Day. Se asustó tanto que su corazón casi echó a latir.

Sabía que su destino era toparse con el diablo, al menos, una vez más; era inevitable, como un mal sueño o un programa de miedo de la tele. Lo que le pilló por

sorpresa fue encontrárselo en aquel momento y lugar, y también que el demonio se acordara de todo ese asunto de matar a alguien. Haber sorteado el cumplimiento de un encargo tan espantoso era un alivio para Michael. Ese soberbio de Sam O'Day se creía muy listo, pero seguía sin convertirlo en un peón asesino, algo de lo que el crío podía felicitarse.

Por supuesto, en cuanto frustraron las intenciones del maligno mediante el sencillo método, sorprendentemente exitoso, de gritar y salir corriendo, no tuvieron otra que ir a ese pub terrorífico en el que ya ni quería pensar. En las pocas ocasiones mortales en que mamá y papá lo habían llevado al interior o al patio de una taberna, siempre había encontrado los pubs un poco broncos, y adultos, e intimidantes, para su gusto, pero eso ni se acercaba a cómo se sintió en el Jolly Smokers con el hombre de la cara reptante o esas pobres cosas de madera que surgieron de repente del suelo de la sala. Estaba bastante seguro de que esas imágenes se le iban a quedar grabadas de por vida, por más que los otros le dijeran que lo olvidaría todo en cuanto volviera a su cuerpo y lo reanimaran de alguna manera. Michael se preguntó cómo marcharía ese asunto, pero entonces recordó que estaba en el nada-seis, y que su atragantamiento había tenido lugar hacía ya casi cincuenta años, así que pasó a preguntarse cómo habría terminado.

—¿Michael? Venga, Michael. Respira. Hazlo por mamá.

Cuando se merendaron la reserva de emergencia de sombreros de Puck diminutos, Phyllis los hizo saltar por los restos de la deteriorada planta superior del edificio hacia las vigas y tablones de aspecto más firme, una ruina que en su visita previa constituía un pequeño despacho al fondo, pero que ahora era un espacio abierto e indefinido anegado de agua. Contra una de las dos paredes supervivientes, y con unos cuantos peldaños desvanecidos desde la última vez que la vieron, se erigía la escalera jacobita que ascendía hacia la brumosa puerta curva del techo. Por fin había llegado el momento, pensó, de que sus amigos saltaran,

gritaran «¡sorpresa!» y le mostraran todos los helados, y las golosinas, y los regalos de su fantástica fiesta de despedida.

Pero no había ninguna sorpresa esperándolo en Humánima. No había ninguna fiesta. De hecho, apenas había ya Humánima alguna.

La puerta curva parecía brumosa porque toda la planta baja de las Obras se hallaba inmersa en unas nubes descomunales de un humo blanco fluctuante. Esto, a su vez, era la consecuencia de que uno de los vastos muros catedralicios de su vestíbulo estuviera en llamas; un fuego que tanto los albañiles como otras figuras más grandes e imprecisas, perceptibles a través de la espesa calima, se esforzaban por sofocar. Organizados en largas cadenas, se iban pasando copas gigantescas de mano en mano, detalle por el que dedujo que los cubos debían escasear en Humánima. Las gotas vertidas en el proceso —esos puzles esféricos chinos de consistencia rebotadora y porte marfileño, compuestos de un agua allende lo tridimensional, que Michael ya había visto antes— se esparcían por las titánicas losas del suelo, y eran las presuntas responsables de todos los daños e inundaciones de las estructuras inferiores.

La Banda de los Muertos Muertos trepó por las húmedas y tristes extensiones azules del edificio espectral hacia los espacios aún peores de más arriba. Apiñados y quietos alrededor de la puerta curva que yacía encastrada en la solería de piedra de las Obras, los aguerridos miembros de la pandilla se sintieron claramente sobrecogidos al escudriñar las masas de humo que se deslizaban por doquier. Con una punzada de desazón, Michael se dio cuenta de que la ansiedad de sus miradas no era una treta para encubrir una celebración cuidadosamente planeada, sino algo por entero genuino: la expresión del terror en los rostros de unos niños que veían arder el Cielo.

Phyllis se levantó el cuello de su rebeca de lana —color helado de fresa una vez más— para protegerse la boca y la nariz de aquella humareda acre. Con sus ojos azules

lagrimeando, Michael pensó que, al menos, las bocanadas camuflaban el olor de su estola de conejos. Entre toses, la intrépida líder se dispuso a mandar.

—Mu bien, haced una fila y agarraos tos al abrigo o el jersey de quien haya delante, pa no perdernos. Vamos a intentar cruzar la planta hacia donde estaraban las escaleras la última vez, porque así podremos salir a los balcones. Venga, tropa. Como nos quedemos aquí paraos hasta que las ranas críen pelo, no salimos de esta.

Obediente, Michael se tapó la boca y la nariz sujetando la solapa de su batín con una mano, y con la otra se agarró a la pretina de los pantalones de John, que era quien iba delante. A su espalda, notó que Phyllis se asía al cordoncillo de tartán que tenía anudado alrededor del estómago. De esta manera, como exploradores en una jungla de vapor, avanzaron en fila india por una explanada que sabían amplia, pese a que en aquel momento no pudieran ver más allá de un metro debido al humo escurridizo.

Apenas habían comenzado la marcha cuando el pequeño recordó las decoraciones demoníacas; los patrones diabólicos, intrincados y entrelazados, que se retorcían con maligna vitalidad en las seis docenas de baldosas colosales que cubrían la zona. Bajó la vista, inquieto, hacia el gran enlosado por el que arrastraba sus zapatillas escocesas, casi esperando algún diseño grotesco de medusas y escorpiones hibridados, pero lo único que vio fue la piedra rota y agrietada, y eso fue aún peor. Bajo un tortuoso velo de humo gris y unos cuantos folletos desechados de esos que había leído en su visita previa, solo quedaba el suelo, destrozado y rajado en piezas monstruosas, como si unas raíces arbóreas o alguna otra fuerza semejante lo hubiera levantado desde abajo. Los retratos coloridos y endemoniados de los setenta y dos diablos no se veían por ninguna parte. No yacían despedazados junto con las piedras que los contenían, ni se hallaban difuminados u ocultos tras el esmalte. Sencillamente, habían desaparecido, como si aquellas presencias horribles y refulgentes hubieran huido tras la fractura de los arabescos. Mientras seguía

tapándose la nariz con ese pañuelo de vaquero que era la solapa de su batín, analizó nerviosamente las volutas ensortijadas. Si los diablos no estaban atrapados en sus representaciones, entonces, ¿dónde andaban?

Encaminados al muro meridional del taller ciclópeo en una suerte de trastabillante cadena de presidiarios, los seis niños no tuvieron que avanzar mucho por la solería de la fábrica ahumada para que Michael obtuviera respuesta a su pregunta: entre la niebla acidulada que tenían ante ellos advirtieron un vagón formidable, un inmenso carro plano con ocho enormes ruedas de ferrocarril a cada lado. El vehículo se dirigía lentamente hacia el llameante extremo norte del edificio remolcado por varias sogas gruesas y breadas, y quienes las sujetaban parecían ser una treintena de albañiles de bajo rango con togas de color columbino, asistidos por otros tantos agrupados en la parte de atrás del pasmoso trolebús, los primeros tirando y los segundos empujando.

Aquellos operarios celestiales rasos exhibían un estado mucho más consumido que los briosos y diligentes empleados de 1959, allá por cuando la Banda de los Muertos Muertos acudió a Humánima a ver la pelea de los ángulos. Tenían las manos arañadas y callosas, y algunos ni siquiera calzaban sandalias. Al tensar sus cuerdas crujientes, Michael pudo constatar que sus túnicas, de delicada tintura, estaban chamuscadas y rasgadas, y que sus rostros melancólicos relucían con la grasa y el hollín. Sus miradas alicaídas se centraban en las losas hechas añicos del suelo, quizá para evitar pensar en la desmesurada imposibilidad que intentaban mover, en el mastodonte que permanecía agazapado, e indiferente, sobre aquella plataforma rodante.

Al principio, lo tomó por una estatua o ídolo de algún tipo, un sapo inconmensurable y soberbio, tallado en una especie de diamante macizo, y mayor que una iglesia o una catedral. Entonces, notó que sus costados cegadores subían y bajaban, y se dio cuenta de que respiraba. Mientras asimilaba que estaba en presencia de una criatura viva, a

buen seguro uno de los diablos ausentes en las losas, decidió examinarla mejor.

Su testa rotunda, plana y ancha como si la hubieran aplastado, se inclinaba hacia atrás, imperial, sobre múltiples barbillas protruidas, grandes lonchas de grasa diamantina en un bocata de joya y zepelín. Siete ojos diminutos, desproporcionados y porcinos, se disponían en anillo sobre su valiosísima frente, y a intervalos de una cadencia insoportable, sin secuencia discernible, parpadeaban con apatía para luego fijarse altivamente en las nubes de color blanco o azul amarronado que ocultaban las alturas de las Obras. Se diría que verse arrastrada en un carro le resultaba una terrible indignidad, y Michael caviló si también se avergonzaría de su peso y tamaño.

Fuera cual fuese el material que la componía —diamante o cristal tallado, a juicio del crío—, su naturaleza era translúcida, y le dio la impresión de que el monstruo estaba completamente hueco, cual huevo de Pascua. Más aún, cuando estudió sus flancos hinchados, creyó identificar un chapoteo borroso, como si el leviatán estuviera medio lleno de agua. Por su modo de fruncir el amplio latigazo que tenía por boca, la criatura parecía incómoda, y calculó que haberse convertido en una tremenda jarra de cristal, con todo ese líquido en la barriga, era una explicación muy probable para ese sentir.

El gran vagón traqueteó lentamente hacia delante de camino a la pared norte de aquel recinto ahumado por el fuego, y la hilera de niños fantasmales lo superó, entre toses, escabulléndose en sentido contrario. Michael deseó poder preguntarle a Phyllis a qué venían aquellos acontecimientos tan espantosos, pero todos iban cubriéndose la cara con sus abrigos o jerséis, así que era imposible comentar nada.

Sin embargo, cuando el carro y su colosal carga estaban ya a punto de quedar atrás, uno de los muchos ángulos que lo empujaban desde el margen posterior advirtió al desaliñado tropel de chavales muertos, y acto seguido los llamó al alto.

—Queceis entruihum ningaos.

O en su versión desplegada, *¿Qué hacéis aquí, entre estas ruinas y estas reliquias humeantes, cuando no sois sino niños*, más una parrafada ulterior del mismo cariz que se traduciría, aproximadamente, como «¡Eh! ¡Vosotros! ¡Fuera de aquí!».

Se quedaron helados y sin saber qué hacer, y la propia Phyllis pareció desconcertada. Mostrar una descarada desobediencia general ante fantasmas y diablos era una cosa, pero si un albañil, aunque fuera de bajo rango, te decía que hicieras algo, no había nada que discutir. Obedecías y punto. Sin rechistar. Por suerte, fue ahí cuando un segundo obrero, también de túnica color paloma, decidió separarse del equipo principal que empujaba con ahínco la parte trasera del vagón para intervenir en favor de la banda. Se dirigió a su belicoso compañero en un tono cordial y tranquilizador.

—¡Noparte hermio bandmortsig!

No has de preocuparte, hermano mío, pues esta es la Banda de los Muertos Muertos, de la que te hablé hace siglos… etcétera. Era el señor Aziel, el albañil que los había llevado a visitar al señor Doddridge tras asistir al gran incendio de Northampton en el siglo XVII. El primer ángulo, el que les había gritado, se giró boquiabierto hacia Aziel.

—¿Bandmortlib Marconpest?

¿La Banda de los Muertos Muertos que leímos en aquel libro tan espléndido? Ay, hermano mío, ¿por que no lo has dicho antes? ¿Acaso es Marjorie la Ahogada la que lleva esos conejos apestosos alrededor del cuello? Concluido el arrebato semántico del jadeante albañil, el señor Aziel le dijo que no. Su rostro longo y lúgubre se asomó bajo la máscara de tizne y sudor cuando negó con la cabeza en réplica a su camarada.

—Nophilter compviaj to.

No, esa es Phyllis Painter. Ahora debo acompañarlos en su viaje. Está escrito. Dicho esto, el señor Aziel le dio la espalda a su colega y empezó a surcar las losas destruidas en dirección a los niños, todo con una sonrisa cariñosa allende

el betún fortuito.

—¿Holjogos perlleplar congrafinas?

Hola, mis jóvenes amigos. ¿Me permitís llevaros a contemplar el gran final de todas las maravillas? Los niños asintieron, pues un consentimiento verbal habría requerido retirarse los embozos de tela que cubrían sus bocas. Aunque Michael no sabía muy bien a qué se estaba apuntando, imitó a los demás miembros de la Banda de los Muertos Muertos para no ser el único rarito que se quedara excluido.

Aziel se puso al frente de la fila lenta y sibilante, y el gran John se asió con firmeza a la alforza trasera de la toga chamuscada del artesano, de color verde, y gris, y violeta. Tardaron una eternidad en alcanzar los escalones tachonados de meteoros del muro sur, pero lo hicieron en menos tiempo que si no hubieran contado con la ayuda del albañil. Más aún, se sintieron menos intimidados por las titánicas figuras antinaturales que acechaban en la agradecida opacidad de la niebla, todas deslizándose en dirección opuesta. Al final, el ángulo, aparentemente inmune al humo, anunció que se hallaban en la base de la escalera sur. Sus balaustres y pasamanos de roble yacían ausentes o reducidos a leños calcinados, pero los peldaños azul marino, con sus constelaciones labradas, estaban intactos. Sin dejar de taparse con sus ropas, pues aún no se habían elevado sobre la fogata, los pícaros ascendieron con cautela a la zaga del señor Aziel.

Al llegar casi a la mitad del primer tramo largo y zigzagueante, a quince o veinte metros sobre el suelo del taller, según las cuentas de Michael, rompieron la superficie del rizado océano de vapor hacia algo más semejante al aire. El niño, no obstante, debió inhalar por accidente algo de humo, pues le costó coger aliento.

> —¡*Muévete! ¡Muévete, imbécil! ¿No ves que tenemos una urgencia*?
> —*Ay, Doug. Se ha muerto. Michael se ha muerto. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué le voy a decir a Tom cuando llegue del trabajo? Ay, Dios. Ayyyy, Dios…*

Separados ya de la niebla asfixiante por varios escalones

altos y embellecidos con el firmamento nocturno, el albañil dejó que los pillastres se quitasen sus pañuelos caseros y que hicieran una pausa para contemplar las vistas desde su nueva atalaya.

Todo el nivel inferior del vasto almacén celestial yacía ocupado por un cubo de humo de unos veinte metros de profundidad, así que el panorama les hizo sentir como si sobrevolaran las nubes en un aeroplano. El damero de ocho por nueve que contenía las quebradas losas carcelarias de los diablos estaba oculto bajo aquella manta mutable y sofocante, al igual que los muchos albañiles dedicados a combatir la conflagración que amenazaba el extremo septentrional. Ante la atenta mirada de Michael, lo único que sobresalía de la humareda eran unas formas que rápidamente identificó como los antiguos ocupantes de las baldosas destrozadas.

Algo análogo a una libélula, o tal vez a un rascacielos de cristal, cruzó el paisaje poco a poco con una docena de patas vidriadas increíblemente delgadas. Mucho más chico, pero aun así lo bastante grande como para cernirse sobre los gases, vio también a un ente arácnido de tres cabezas. La más cercana recordaba a la de un gato, solo que los gatos no tenían una testa del tamaño de una ballena, claro, mientras que la de en medio era la de un hombre risueño y de pelo largo, con rímel y lápiz de labios, provisto de una corona áurea. La tercera cabeza de la araña estaba demasiado lejos como para que Michael la distinguiera bien, pero creyó adivinar que podía ser la de un pez o una rana. Aquellos horrores ciclópeos surcaban de acá para allá los campos de oscuridad gris que se extendían bajo su posición, situado como estaba sobre la escalera impregnada de galaxias y los restos calcinados de la balaustrada. Para desconcierto del zagal, las criaturas parecían afanadas en la lucha contra las llamas.

En el lejano límite norte de la enorme cámara, oteó el sapo diamantino en lo alto de su vagón, o al menos su cabeza y sus ancas descollando sobre las emanaciones. Sus inestimables carrillos eran balones inflados, y con una

expresión vehemente en su anillo de ojos porcinos, expelió una gran tromba de agua contra la pared flamígera, lo cual causó la eclosión de una vaharada cálida que se sumó a los remolinos circundantes. Le hubiera gustado admirarlo un rato más, la verdad, pero fue entonces cuando el señor Aziel sugirió que debían proseguir hacia arriba.

Al retomar su ascenso por la escalera granulada de estrellas, los altos ventanales superiores de las Obras, orientados a un cielo azul claro la última vez que recorrieron aquel camino, refulgían ahora con un lánguido tono rojo. Alarmado, Michael alzó la vista hacia el gran sello de la institución, hacia aquel disco con una balanza y una cinta en relieve, solo para asegurarse de que siguiera allí. En efecto, el emblema parecía más o menos intacto. No supo discernir por qué la pervivencia de aquel tosco diseño le resultó tan reconfortante, aunque quizá fuese por lo que implicaba: pese a toda la confusión y las penurias, seguía habiendo Justicia sobre las calles.

Consolado de algún modo, continuó la remontada. Puesto que ahora veían la ruta, ninguno iba ya agarrado al jersey del delante, y él se aseguró de distanciarse bien del borde exterior de la escalera, donde solo los despojos tiznados de la balaustrada lo separaban de una larga caída hacia las losas rotas de abajo. Al final, llegaron al primer rellano del edificio, donde se alzaba la pesada puerta batiente que daba a la balconada. Los gruesos paneles esmerilados, tremendamente descoloridos, se habían roto en uno de los extremos inferiores. La placa de bronce estaba cubierta toda ella de hollín, salvo por las huellas color manteca que dejaron los dedos del señor Aziel al empujarla y abrirla a los balcones. Tan espesa y estuosa como pegajosa, una columna de aire se precipitó desde el exterior para azotar al albañil y a los niños, haciéndolos parpadear y jadear. Aún a la zaga del lastimero peón de albañil, la Banda de los Muertos Muertos franqueó la entrada hacia las antaño majestuosas pasarelas de Humánima.

John se santiguó, y Phyllis soltó un gemido de amargura. Reggie Bowler se encajó aún más el bombín y

escupió una flema espectral hacia los remanentes del pasamanos ennegrecido. Desde los tablones que yacían partidos a sus pies, la luz infernal de un brasero martirizante reptó por los rostros de los niños, furtiva y ubicua en la oscuridad predominante. Con una expresión más melancólica de lo habitual, el señor Aziel pastoreó gentilmente a los chavales espectrales por la plataforma infinita, y entonces les señaló una sección de la barandilla de madera, todavía intacta, desde la que podrían asomarse al pozo mayúsculo que ocupaba el Mayorhold astral, a la arena en la que los Maestros Albañiles gigantescos habían luchado en 1959. Michael no quiso ni mirar, así que centró su atención en los balcones superiores que bordeaban la antigua plaza mayor desplegada, muy por encima de lo que estuviera emitiendo aquella radiación inferior tintada de infierno que todo lo alumbraba.

En las terrazas elevadas de la plaza parecía haber más actividad que en la humeante base de las Obras. Ángulos y diablos platicaban unos con otros mientras supervisaban el Mayorhold. Cuadrillas de operarios demoníacos intercambiaban órdenes con voces ásperas y grotescas, similares a las de los insectos o las aves carroñeras, solo que muy amplificadas. Sin embargo, a diferencia de en su visita precedente, no había una multitud de espectadores fantasmales colmando los corredores, y los pocos errantes solitarios que pudo distinguir lucían una pinta horrenda y un poco desquiciada.

Divisó a un hombre rechoncho de ropas anticuadas, con un rostro rotundo, rosado e infantil, que se hallaba parado en la galería opuesta, cantando un viejo himno con su dulce voz de tenor sobre el barullo de zumbidos y parloteos de los atareados diablos. En la acústica eterna y desenmarañada de Humánima, cada palabra del intérprete vencía a la distancia: «Aunque camine por el oscuro valle de la muerte, no temeré mal alguno…». Su expresión, petrificada en aquel resplandor luciferino, contradecía flagrantemente los versos de la melodía. Parecía muy acobardado. Dispersas por la balconada, avistó pequeñas

bandadas de ancianos y ancianas que se agarraban entre sí con desesperanza, todo mientras gritaban, y lloraban, y suplicaban por su salvación. A juzgar por el hecho de que estaban desnudos o en ropa interior sudada, el chiquillo concluyó que debían ser personas inmersas en sueños particularmente desagradables.

El transeúnte más pavoroso de los balcones, no obstante, era una figura solitaria situada en el mismo descansillo que los niños, y Michael, de hecho, pudo reconocerlo. Quien venía hacia ellos desde el extremo más alejado de la pasarela abrasada y medio derruida era aquella ruidosa bola de fuego congelado provista de piernas, el hombre explotado que los pequeños habían atisbado en aquel mismo punto la última que estuvieron allí, hacía ya casi cincuenta años. Tenía el mismo aspecto que entonces, el mismo enjambre de luz y metralla a su alrededor, los mismos andares rígidos y deliberados, como si se hubiera cagado encima. El sonido lento y prolongado de la explosión que lo había matado, perenne y reverberante al discurrir eternamente en torno a su forma dichosa y desintegrada, resultaba audible pese a la vasta distancia que separaba a Michael de la detonación ambulante, un pitido grave y modulado que bramaba con agresividad rozando el umbral perceptivo del zagal. El gran John, de pie a su lado, también reparó en aquel estallido perpetuo hecho fantasma.

—Oh, así que ese estúpido fulano que se voló a sí mismo en pedazos anda aún por aquí. Si está retrocediendo por la perduración de Humánima, calculo que debió salir de esta época. Con la pinta que tiene todo, no puedo decir que me sorprenda. Si la propia Humánima estaraba en llamas en este nuevo siglo, ¿cómo me va a pillar por sorpresa que los vivos de estos lares hagan cosas tan bobas? —aquí, John señaló con la cabeza al hombre en cuestión, a bastante distancia y con un paso muy lento—. Por lo que decía Bill, no tenían reparos en estallarse, porque creían que acabarían en el Cielo. Supongo que eso mismo creía yo, como también los teutones o los japos. No somos muy listos, los de nuestra

quinta. Como si hubiera algo más que lo que hacemos de nosotros mismos y de nuestras vidas mientras aún las estamos viviendo. Las personas que somos mientras estamos vivos son las que vamos a ser por siempre, zagal. Y ese anónimo novato hecho trizas de ahí no es la excepción.

John posó una mano sobre el hombro del niño, pero retrajo los dedos al percatarse de que estaba tocando las manchas desteñidas por las babas del salivoso Sam O'Day. Con calma, el joven alto guio a Michael hacia la balconada superviviente que acogía a sus cuatro amigos, así como al chamuscado y cariacontecido albañil.

—Venga, vamos, que mientras os esperábamos a Bill y a ti en la entrada del Jolly Smokers, Phyll me comentó que te habíamos traído aquí a enseñarte el Destructor. Lo mejor será acabar cuanto antes para que podamos llevarte a casa.

Michael sintió un miedo repentino, se apartó del borde del rellano y rechazó con angustia las resueltas instrucciones del chico mayor.

—Pero si ya lo cuatriví obscenientes en Birth Street. ¡Esera una rueda girapecatoria, toda humeante y miedidragante, y lo chucu-chucu-trituraba cielotodo en arenilla!

John suavizó su expresión decidida. Pudo adivinar el tremendo pavor de Michael por el grado de desbarajuste de sus facultades lingüísticas ante la mera mención de la palabra «Destructor». Con firmeza y comprensión, negó con la cabeza.

—No, zagal. Nunca lo has visto desde aquí, y eso lo cambia todo, créeme. Verás… en la Bath Street del mundo vivo, la gente solo ve los efectos del Destructor. Prostitución, alcohol, drogas, conflictos… Todo tan viejo como el mundo, pero peor, más acentuado en esta época. En la juntura fantasma de los errantes, puedes ver el asunto en sí, o al menos atisbarlo: su eje, ese enorme torbellino oscuro que captaste abajo en Bath Street. Pero aquí, en Humánima, ves la imagen completa. Lo ves todo.

Ambos estaban ya más cerca de sus amigos y del señor Aziel. Phyllis Painter extendió el brazo y cogió a Michael de

la mano.

—Mira, es importante que sepas de esto. Así entenderás por qué las cosas son como son. ¿Recuerdas que te dijimos que un monje trajo una cruz de Jerusalén pa señalar el centro de esta tierra? Pos bien, este lugar esera el centro de toa clase de cosas. Estaraba en el corazón del país, sí, pero también en el corazón de su espíritu. Es donde estallan tos los grandes cambios y levantamientos religiosos, y donde acaban las guerras. Pero lo más importante es que estaraba en el mismísimo centro de… ¿cómo se llama, John? ¿Eso que hace que toas las cosas encajen en una sola?

—La estructura.

—La estructura, eso es. Los Boroughs estaraban en el mismísimo centro de la estructura de Inglaterra. Esera el nudo que mantiene unía la tela, si te gusta más así. Y cuando tos entendían eso, cuando lo entendían en sus corazones, entonces, incluso en épocas de desdicha, seguían contando con esa gran estructura, con esa tela, pa que hiciera de red de seguridad si uno se caía. Pero llegó un tiempo, allá por la Primera Guerra Mundial, creo, en el que las cosas empezaron a cambiar. La gente empezó a olvidarse de cosas que solían importarle mucho cincuenta años atrás. Ya no estaban tan seguros de Dios, ni del rey, ni del país, y empezaron a derruir los Boroughs, a dejar que cayera en el abandono. ¿Ves por dónde voy? Esera el corazón del país, el centro de Inglaterra, y dejaron que se cayera a cachos. Cuando levantaron el Destructor, toa la mierda de Northampton la estuvo cagando durante años esa chimenea, perdona la expresión, y un humo apestoso se extendió de Grafton Street a Marefair. Se convirtió en un símbolo de cómo la gente veía los Boroughs, incluso los que vivíamos allí. El lugar al que iba toa la mierda. Si me preguntas a mí, creo que esera esa falta de respeto lo que lo creó. Lo que le dio a una chimenea apestosa tanto poder en la mente de la gente.

Aquí intervino el señor Aziel.

—Torsesti agunetext chimseal.

Es un toro, es la forma secreta del espacio y el tiempo. Los tori albergan agujeros que son necesarios para el tejido de la existencia, pero, si se extienden, lo ponen todo en peligro. El hombre que robó mi cincel, Snowy Vernall, aprendió de su padre que una chimenea es un toro. Por eso dedicó gran parte de su vida a deambular por los tejados vigilando estas figuras infernales, pero solo una chimenea a lo largo del tiempo, esta de Bath Street, ha llegado a constituir una amenaza seria y real.

Una ráfaga de chispas brotó del cráter del Mayorhold y se alzó en la oscuridad a espaldas del silueteado albañil. Las vigas de madera se derrumbaron en los niveles inferiores. Intentando evitar el paisaje allende la balaustrada, Michael siguió mirando hacia cualquier parte. Los ancianos en ropa interior se amontonaron entre lágrimas y alaridos; una masa arrugada y achaparrada de color rosa y gris. El hombre de rostro infantil no detuvo su himno, y mantuvo los ojos fijos, presos de una determinación casi maníaca, en la calima. Al fondo de la terraza, el individuo inmolado pareció detenerse para apreciar la vista; un espectáculo mirando a otro con adoración. Cerca de allí, quizás en el mirador superior, un equipo de bomberos demoníacos debatió la logística con la que los diablos alados debían ejecutar el reconocimiento aéreo del pozo de fuego, antaño la plaza mayor de la ciudad. El mocoso trató de ganar tiempo.

—¡Perotripas ojoyo no malentiendo! ¿Cómo puede destrocausar una horrichimenea todo este problecaos?

John suspiró.

—Alzándose aquí y asumiendo el significado que adquirió. El Destructor no se erigió únicamente para destruir la basura de Northampton, sino también la comunidad en torno a la que se construyó. Destruir los sueños y anhelos de un futuro mejor para tus hijos requiere de un tipo de fuego muy especial; un fuego que la gente del mundo vivo no puede ver ni aun cuando esté reduciendo a escombros sus hogares, sus colegios y sus hospitales. La cuestión esera que un fuego así no puedes sofocarlo

echando abajo el incinerador de basuras que lo prendió. Cuando derribaron el Destructor allá por la década de 1930, sus efectos ya se habían diseminado por la conciencia que albergaba la gente de sí misma y de los Boroughs. Ese fuego especial se había extendido por el corazón de todas las cosas. Abajo, en el semimundo, nuestros fantasmas y recuerdos ya estaraban humeando. Poco después, esera la propia Humánima la que ardía. Y de hecho arde, zagal. El Cielo arde. Échale un vistazo por ti mismo y vámonos de aquí.

Incitado por la promesa de una pronta salida de aquella situación tan espantosa, mas todavía reticente, Michael arrastró una zapatilla hacia el borde de la plataforma. No sabía si lo que le irritaba y le anudaba la garganta era el miedo o el tufo a noche de Guy Fawkes que reinaba en el ambiente, pero, por un instante, sintió que se asfixiaba.

—Doug, ese policía nos acaba de dar el alto.
—Me da igual. Solo tenemos que llegar al final de York Road y se acabó. Tú aguanta.

Ya casi en la barandilla mellada, creyó oír la voz de su mamá sobre el clamor de los diablos y el tono agudo del señor aquel, que seguía cantando su himno invariable, pero razonó que se la habría imaginado. Con John y Phyllis flanqueándolo, se asomó al parco tramo superviviente del pasamanos y bajó la mirada, por entre los balaustres breados, hacia la boca rugiente y arremolinada del Destructor.

Era toda la mugre, la porquería y el humo; el polvo del que todas las cosas venían, y al que volverían, bajo tierra o sobre ella. Era el dolor, y la ruina, y el destino de los caminos empedrados de buenas intenciones. Eran los otros. Era a donde uno guiaba a los monos.[45] A sus puertas se perdía toda esperanza, de desagradecidos estaba lleno.

Un rubor rosado irrumpió en las mejillas y la frente del párvulo. Abajo, el Mayorhold era un vórtice de un kilómetro de ancho, todo él en llamas. Y lo peor, como

John le había explicado, era que no se trataba del fuego común que encendía un cigarrillo o carbonizaba una casa, sino un fuego puro, atroz y poético que abrasaba la moralidad, y la confianza, y la felicidad humana; que reducía a cenizas los frágiles lazos que ligaban a las personas. Aquel fuego era capaz de quemar la decencia, la integridad y el amor. Michael oteó la sima crepitante y chisporroteante. Por los desechos ígneos que giraban en su magma movedizo, supo que no consumía nada material, sino solo un preciadísimo combustible de anhelos, imágenes, ideas y recuerdos. Era como si algo hubiera recabado un millar de álbumes familiares diferentes, repletos de fotos enmarcadas, de momentos dichosos que una vez fueron importantes para alguien, y los hubiera arrojado a una caldera en un arranque de rabia o amargura. Esos hechos vesiculares y esos retratos chamuscados eran los que rotaban lentamente en aquel remolino volcánico, en aquella vorágine roja y negra.

Vio casas adosadas chocando unas contra otras en un dominó de demoliciones; complejas telarañas de pasajes y callejones simplificándose en bloques de pisos cual archivadores gigantescos. Cientos de cochecitos heredados traqueteando y chirriando hacia el abismo por una pendiente humeante. Mascotas muriendo; jaulas llenas de mierda y alpiste, ya vacías de sus periquitos, rebotando eternamente en una oscuridad maldita. Juguetes favoritos perdiéndose. Niñas que querían ser enfermeras, amazonas o estrellas de cine, saltando a la comba, envejeciendo con cada vuelta de cuerda hasta convertirse en esclavas domésticas, madres involuntarias con sus redecillas, o mano de obra barata en una línea de montaje. Vio chicos que ansiaban ser héroes futboleros chutando, y chutando, y chutando, ignorantes de que su gol era inalcanzable, de que la meta solo estaba esbozada con tiza en un muro desconchado. Sobres cayendo con un suspiro sobre felpudos hirsutos, portadores de malas noticias desde el frente, el banco o el hospital. Un tabernero desesperado asesinando a una prostituta con un martillo en el patio trasero de su pub,

y hombres con camisas negras a la entrada de Scarletwell Street, con mostachos y cabezas afeitadas hasta la sien, gritando consignas en sus mítines, cruzando los brazos como dioses superiores. Todo ardía sin saber que estaba ardiendo. Tales eran las fotografías en aquel pavoroso crisol final.

Sheep Street parecía partida por la mitad, y su extremo más cercano era un talud casi vertical por el que se despeñaron cincuenta años de desfiles de bicicletas. Las chicas iban disfrazadas de hadas, arrastrando sus ristras de latas a bordo de unos velocípedos torcidos adrede, provistos de ruedas ovaladas, y los hombres lucían unas cabezas de papel maché mucho más amplias que sus cuerpos, con una pintura descascarada y leprosa. Todos ellos se escurrieron por el tobogán hacia la gran conflagración del Mayorhold y, en última instancia, la obliteración. Una banda de la Boy's Brigade dio tumbos tras ellos en una barahúnda percusionista de platillos y tambores, un carillón solitario que intentó interpretar *It's a Long Way to Tipperary* antes de quedar engullido por la luz, el trueno y el colapso. Críos de once años de pelo apelmazado y olor a cloro, con las toallas enrolladas en brazos de gitano y los bañadores asomando en sus mochilas al hombro, resbalaron por el adoquinado perpendicular tratando de evitar la caída. Nada estaba a salvo, la sensación de seguridad del barrio fue lo primero en arder.

Un tramo de carnicerías, barberías, verdulerías y confiterías les siguió a continuación, y luego una iglesia entera que bien pudo ser la de San Andrés. La observó rodar y patinar inexorablemente hacia el reborde cegador, y luego, al volcar, los contrafuertes de piedra caliza se desgajaron de la estructura principal para precipitarse sobre la tormenta de fuego en una lluvia de vidrieras rotas y cantorales inflamados. Los bancos, aún con gente diminuta rezando arrodillada, brotaron del edificio derribado por puertas y ventanas hechas añicos, arrojados a una hoguera devoradora y mortal como el mobiliario sobrante de una casa de muñecas. Con un escozor en los ojos, Michael

contempló cómo su propia casa de St. Andrew's Road, cuyas ventanas yacían tapiadas por planchas corrugadas, se hundía impotente en las arenas movedizas de una grama salvaje; su misma chimenea desapareció bajo el tramo de hierba, y entonces, el conjunto entero se deslizó hacia un fogoso olvido por la rampa de Scarletwell Street. Los caballos de tiro de unos carros lecheros tintineantes bufaron y relincharon, presos del nerviosismo, al deponer unos bollos fibrosos y humeantes, idóneos para los rosales, que unos niños mugrientos no tardaron en echar a paladas en cubos de hojalata, pero unos y otros se desplomaron, súbitamente, pendiente abajo. Todo terminaba en la pira; todo escapaba de la sartén para acabar en las brasas.

Comprendió que lo que ardía allí eran significados, y por tanto no le sorprendió en exceso que muchas de las escenas incineradas y renegridas solo tuvieran significado para él. Vio a su abuela Clara, delgada como el palo de una escoba, cayendo en el suelo de una cocina reluciente que no era la de losetas azules y rojas que había en St. Andrew's Road. Vio a su nana May agarrándose su pecho mustio al derrumbarse en el pasillo de un pisito moderno que no estaba en Green Street, tratando de alcanzar la puerta para respirar aire fresco, desmayándose finalmente hasta quedar inmóvil. Vio a cientos de ancianos y ancianas trasladados desde las casas sentenciadas en las que habían criado a sus familias, arrojados en barrios distantes sin ningún vecino conocido, fallecidos tras rechazar tal trasplante. Se desvanecieron por docenas en las escaleras bien iluminadas de sus nuevas casas; en sus ajenos retretes interiores; en sus inauditas moquetas a medida; en las almohadas de sus dormitorios color magnolia, esos en los que un día dejaron de despertarse. En las llamas del Mayorhold perecieron una infinidad de funerales, de amores adolescentes furtivos, de amistades de niños reasignados a distintas escuelas, de párvulos que empezaban a comprender que jamás se casarían con las compañeras de las que estaban enamorados. Todo ese tejido conectivo, esos afectos, y esas relaciones, se tornaron carbonilla. Michael se dio cuenta de

que lloraba, y de que probablemente llevara ya un tiempo llorando.

En los fluctuantes patrones de lava del pozo infernal, pudo atisbar que todo eso, el reciclaje de su barrio, había sido, era y sería para nada. El declive y la pobreza que afligían a los Boroughs eran síntomas de una enfermedad del corazón humano, y no mejorarían con la demolición de sus edificios más antiguos, inevitablemente los mejor construidos. Dispersar a los vecinos desplazados solo diseminaría esa congoja y ese malestar por otras zonas, pues sería como tratar de sofocar un incendio de hojas secas con un ventilador eléctrico. Sabía bien que esa propagación de la condición de los Boroughs constituía la peor parte del desastre. Sabía bien cómo había ocurrido y cómo se desarrollaría. Había visto su pasado y su futuro, ambos rotando como desechos comburentes en el desagüe pesadillesco de aquella plaza mayor astral.

En despachos eduardianos teñidos de sepia, observó a concejales y urbanistas cambiando su concepción de los pobres: de gente con problemas, a problemas en sí mismos; problemas económicos y matemáticos que podían resolverse con planos de edificación o columnas de un libro contable. Vio carteles azules con el rostro de una mujer en ellos. Sus ojos eran de pena, propios de alguien que se avergonzara de los demás pero que tuviera demasiada educación como para decírselo, y su nariz parecía hecha solo para el menosprecio. Desde las marquesinas, miró con condescendencia un paisaje cuyos solares vacíos se multiplicaron, una Inglaterra que se deshilachó del centro a los extremos hasta que todos sus habitantes cayeron víctimas del alcohol, el desempleo y la conflictividad, justo como los Boroughs. Cada región empezó a descender por esa misma pendiente, la que conducía al hollín, a las centellas y a la aniquilación. El fondo de los carteles viró de color, y el retrato de la mujer se rasgó hasta quedar reemplazado por los de unos hombres de sonrisas falsas y forzadas, y eso cuando exhibían sonrisa alguna. Las cámaras de vigilancia florecieron en las farolas, y los

nombres de los pubs mutaron en una jerigonza. La gente blandió puños, luego navajas, y luego armas. Vislumbró el dinero; hemorragias susurrantes de papel azul, y rosa, y morado que manaron de colegios apuñalados y servicios públicos cercenados. Divisó un mundo entero volatilizándose en las fauces incendiarias del Destructor.

En la otra punta de la plaza, sobre uno de los niveles de algo parecido a una tarta nupcial hecha de cemento desplegado, el señor de la cara sonrosada volvió a entonar su himno desde el principio. Por doquier, uno a uno, los llorosos jubilados desvestidos se evaporaron de la existencia al despertar de aquel sueño terrible en sus sábanas húmedas, sus habitaciones de hospital, o sus residencias de la tercera edad. Más abajo, en el rellano deteriorado sobre el que se hallaban el albañil y los niños espectrales, la bola de luz, ruido y metralla cesó la contemplación de una Humánima caída para retomar el estoico arrastre de sus pantalones por el balcón, hacia ellos, llorando vapor, arrojando clavos y remaches en su estela. Era hora de irse. Ya había visto bastante.

Regresaron a las Obras por la puerta batiente, bajaron los bloques de firmamento labrado que eran sus escaleras, y volvieron a cubrirse la cara con sus batas y jerséis mucho antes de alcanzar las plantas llenas de humo. Sobre el oleaje de aquel océano de vapor, Michael distinguió los bustos de los diablos de mayor tamaño, que seguían vadeando los abismos neblinosos para combatir el incendio del muro septentrional. Una criatura con la cabeza y los hombros de un inmenso camello —si los camellos estuvieran hechos de goma de mascar sucia— roció un reguero de esferas de agua hiperreal contra el llameante extremo norte. En una restituida fila india, y otra vez asidos a las ropas del espectro que tuvieran delante, los miembros de la Banda de los Muertos Muertos dejaron que el señor Aziel los guiara por aquella mortaja opresiva.

—*¡Ahí está! ¡Ahí está hospital! Acelera, Doug. Acelera.*

Tardaron un rato en volver por las baldosas despedazas,

vacantes de demonios, a la puerta curva de la esquina, donde el lastimero albañil estrechó sus manos y les dijo adiós en una despedida que duró sus buenos cinco minutos. Luego, la banda surcó el desintegrado piso superior del edificio espectral subyacente a las Obras y descendió con cautela, paso a paso, por sus plantas empapadas y medio derruidas, como habían hecho al subir. Apenas hablaron. Tras contemplar el Destructor, no había mucho que decir. Antes de que Michael se diera cuenta, ya estaban dejándose caer por la trampilla secreta del grupo fenecido, camuflada en el primer nivel de la anegada ruina fantasmal, hacia la acera de Tower Street alumbrada por el local del Ejército de Salvación. En aquella vía hundida, inodora e incolora del semimundo, los seis chiquillos y sus duplicados se reunieron una vez más para aguardar las órdenes de Phyllis.

—Mu bien. Cavemos de vuelta a 1959 y subamos a una Humánima que no esté en llamas. Si Michael, aquí presente, va a volver a su cuerpo, será desde los Áticos del Hálito, el sitio por el que llegó. Que tol mundo eche una mano pa perforar más rápido, y cuidao con parar a tiempo pa no toparnos con esa maldita tormenta fantasma. Hay que llegar justo después de la pelea de los Maestros Albañiles. Eso debería bastar.

Y así lo hicieron: escarbaron cincuenta años de Mayorhold hasta poder trepar por el agujero resultante hacia el sótano iluminado de la papelería, propiedad del maltrecho Harry Trasler en la zona temporal de la que Michael era oriundo. Entonces, sortearon todas las revistas americanas de aventuras que había allí; unas montañas salaces y arrogantes que sin duda debían intimidar a las pulcras e inquietas pilas de *Woman's Realm*46 que tenían al lado. Flotando por las escaleras y la tienda abarrotada, en la que el dueño y su anciana madre parecían inmersos en una riña silente, la banda y sus postimágenes irrumpieron en la acera salpicada de hierba que bordeaba la plaza.

Evidentemente, había pasado un tiempo desde su última incursión en el lugar, pero no mucho. El antiguo recinto mortal aún disfrutaba del sol vespertino, y los

zagales a los que habían visto pelearse a cuenta de una bolsa de gominolas parecían haber hecho las paces. En cuanto a la juntura fantasma, todo había vuelto a una suerte de normalidad. Aunque los desagües del adoquinado lucieran algunos charcos fantasmales de un agua burbujeante e invisible para los vivos, la superlluvia había concluido, y pese a que el batín de Michael oscilara con las suaves rachas de un viento espectral pertinaz, la tormenta fantasma también era cosa del pasado. Las zonas cuasi ampliadas de distorsión visual, denotativas de la pendencia de los Maestros Albañiles en el mundo superior, brillaban por su ausencia, y lo mismo se aplicaba a las dos tipas espectrales homicidas que estaban haciéndose trizas en el exterior del Green Dragon. Los únicos vestigios del mal clima que había reinado en el Mayorhold eran los dos espíritus con pinta de judíos, que ahora iban riéndose y sacudiéndose el polvo mientras salían de los baños públicos de la otra punta de la plaza, justo a donde Michael los había visto arrastrar a uno de esos tipos con camisas negras que rondaban por allí de vez en cuando. Salvo por eso, la convergencia de las ocho calles sobre las que se había fundado la ciudad gozaba de un día de lo más agradable en 1959. Phyllis rodeó con un brazo los hombros de Michael Warren y se hizo cargo de la situación.

—Bueno, pos diría que es hora de llevar a casa a nuestra mascota. Subiremos a las Obras por el antiguo ayuntamiento y lo guiaremos por los Áticos hasta el hospital.

Marjorie la Ahogada metió baza aquí, un poco molesta.

—Vamos a tardar una eternidad, Phyll. Sabes bien lo vasto que esera todo allí Arriba. En vez de eso, podemos tirar por la juntura fantasma y subir Arriba cuando lleguemos al… oh. Oh, vale. Entiendo. No he dicho nada.

Phyllis asintió, satisfecha con esa especie de disculpa por parte de Marjorie.

—Vale, lo has pillao. En el hospital no hay ninguna escalera jacobita pa subir Arriba. La caminata por Humánima va a ser larga, pero es que no hay otra forma.

Bill, que se había quedado apartado mirando con aire pensativo los servicios públicos del pie de Silver Street, intervino en este punto.

—Sí que la habrabía. Sé un modo de llegar más rápido. Reg, ven conmigo. En cuanto al resto, nos vemos Arriba en unos cinco minutos.

Con eso, y agarrando por la manga a un perplejo Reggie Bowler, Bill echó a correr hacia el margen occidental del Mayorhold sin que Phyllis pudiera prohibirle lo que tuviera planeado. Los dos pillastres torcieron a la derecha un poco más abajo para esfumarse por el tramo superior de Scarletwell Street, el mismo que hacía diez minutos, en 2006, constituía el trecho hundido de Tower Street. Para cuando la banda llegó a la esquina en la que acababan de desaparecer sus colegas —justo donde se alzaba el Jolly Smokers mortal—, Reggie y Bill ya habían cavado un angosto agujero temporal y se habían escurrido por él. Se hallaban, de hecho, al otro lado, cerrando apresuradamente la brecha practicada, recosiendo los días y las noches de la abertura, para evaporarse de la existencia antes de que Phyllis y los otros los alcanzaran.

—¡Ay! ¡Maldito mamoncete incombustible! ¡Esperad a que les ponga las manos encima a él y al condenao de Reggie! Como si no tuviéramos ya bastante, van y se largan de esta manera. Pos que les den. Resucitaremos a Michael sin ellos. Andando.

Con su boa de conejos meciéndose sañudamente, la niña atravesó los adoquines de Scarletwell Street en pos del edificio abandonado de la esquina opuesta al Jolly Smokers. Al seguirla, Michael, John y Marjorie se toparon de frente con los gases de tubo de escape que eran sus postimágenes. El pequeño advirtió que Phyllis le lanzaba ojeadas nerviosas al Jolly Smokers por encima del hombro, casi como si esperase que Mick Malone o el hombre de la cara reptante salieran de repente a devorarla.

Tras franquear los tablones que tapiaban la puerta principal del olvidado consistorio, el cuarteto espectral constató que el lugar presentaba una condición idéntica a la

que vieron de camino a la pelea de los ángulos. El mismo papel tapiz despellejado del enlucido como piel quemada; la misma sobrasada de caca enroscada allí, en su nicho de botellas de Double Diamond. En 1959, el inmueble desahuciado seguía siendo un cúmulo de mortero y ladrillos, y los consabidos rayos de sol se precipitaban por los listones para alfombrar su suelo deteriorado con el patrón fulgurante de una cebra. No había ni rastro de la finca fantasmal anegada que habían remontado hacía un rato, y que sería lo único que quedaría de la construcción en cincuenta años. Feliz por no tener que volver a trepar cual araña por sus paredes traicioneras y goteantes, Michael se sumó a los otros para subir por las escaleras medio colapsadas.

En la planta superior, se abrieron paso hacia el trastero alicaído del fondo, donde un confeti de tonos pálidos se difuminaba por la monocromía de la juntura fantasma desde la puerta curva que coronaba la rechinante escalera jacobita; un color fugitivo, filtrado desde el mundo elevado. Los miembros de la banda superaron la inútil cortedad de los peldaños en fila india, tintados de rosa, y de azul, y de naranja como bosquejos saturados en un libro de pintura mágica. Los sonidos de Humánima eran una banda sonora en los últimos cinco minutos de película, y los arrollaron por entero.

Cuando emergieron en el retumbante y bullicioso taller de las Obras, a Michael le alegró ver que estaba tal y como lo recordaba de su primera visita. Los peones de albañil, con sus túnicas teñidas de color cuello de paloma, corrían de acá para allá a lo largo de las setenta y dos losas colosales, cuya imaginería pictórica volvía a retorcerse en virtud de los demonios pavimentados que las ocupaban, todos en su sitio para destellar con malevolencia. No había ángulos tiznados, ni sapos diamantinos titánicos enzarzados en sofocar un incendio, ni humo… No todavía, al menos. Ni tampoco durante los próximos cuarenta años o así. El párvulo se sintió acongojado; sufrió un terror indescriptible al evocar involuntariamente el Destructor, al pensar que esa

rueda de molino pirómana devastaría su hogar, su mundo y a sus abuelas, y que consumiría el paraíso. ¿Cómo podía pasar eso? ¿Cómo podía aquel reino atareado, ordenado y emprendedor irse al infierno, literalmente, en unas pocas décadas, sin duda durante la vida renovada que Michael tenía por delante? ¿Cómo podía el Cielo arder en llamas a menos que el fin de todo les aguardara en el futuro a unos pocos lustros? Eso lo hostigaba mucho más que cualquiera de los monstruos y horrores que había visto en la juntura fantasma, y pensar en el tema no le gustaba nada de nada.

Con destreza, la Banda de los Muertos Muertos esquivó la compleja coreografía de los laboriosos albañiles, se coló por los breves huecos de aquella procesión continua de obreros entunicados de gris, y brincó sobre las cuantiosas pilas de folletos, todos titulados *Bienvenidos a las obras*, que había repartidas por la decoración diablesca del suelo. No se dirigieron a la pared sur, ni a su escalera estelar, ni al tosco emblema que la remataba a media altura, sino al extremo oriental de la factoría, donde parecía haber una puerta que daba al nivel del suelo en vez de a los balcones suspendidos. Como en el caso de la salida escalonada, se trataba de un portón batiente con un panel de cristal esmerilado similar al de algunos pubs. Cuando lo empujaron, las brisas matutinas del Mayorhold rozaron sus rostros, y casi disiparon el aroma del collar rancio de su líder.

Arriba hacía un día estupendo, con ese olor a asfalto tostado típico de las calles estivales tras una tormenta. La explanada kilométrica del Mayorhold desplegado estaba llena de espíritus de ropas llamativas que charlaban, presos de la excitación, sobre el combate entre albañiles recién concluido. Mientras tanto, otros fantasmas pretendían extraer pepitas de oro templado de los charcos sólidos que salpicaban la plaza con su fulgor, y que Michael identificó, con cierta consternación, como sangre angular seca. Estaba claro que la pelea acababa de terminar, así que ponderó qué habría sido de los púgiles y dónde estarían ahora, aunque, de algún modo, lo supo.

En su fuero interno, vio al albañil de cabellos blancos, que ahora estaba furioso, surcando las pasarelas que dominaban los Áticos del Hálito con un ojo morado y un labio partido. Iba de vuelta a la sala de trillar para ejecutar la jugada que le habían interrumpido, y por el camino se acababa de topar con el sardónico Sam O'Day justo allí, en la balconada del vasto emporio. Supo que, en aquel momento, en otro lugar de Humánima, los dos enemigos sempiternos discutían en el rellano, y que, un poco más abajo, él mismo estaba observándolos, preguntándose quiénes serían. ¿Qué ocurriría entonces si la banda cavaba hacia los Áticos y se encontraba consigo mismo, y con la otra Phyllis, en el gigantesco vestíbulo de los tanques encastrados? Eso, claro, sería imposible, porque no era lo que había sucedido, ¿verdad?

Con sus tres amigos espectrales, Michael cruzó la versión superior del Mayorhold, el cuadrilátero de boxeo desplegado en el que los dos albañiles titánicos se habían partido la cara. Sobre un cielo tan azul que resultaba casi turquesa, las nubes blancas vagaban a la deriva como sus contrapartidas terrestres, salvo por el hecho de que las caras y figuras marmóreas que se adivinaban en ellas presentaban un cincelado más fino, mucho mejor rematado: pingüinos, Winston Churchill, un trombón… todos perfectamente esculpidos en aquellos cúmulos aéreos de nieve.

Ahora, el Maestro Albañil había llegado a la sala de trillar, y estaba marcando el paso con el rítmico tamborileo de esa vara coronada de azul que portaba, resonante en el maderamen de Humánima a cada zancada. Su camino se cruzó con el de su contrincante de pelo oscuro, que había regresado a la estancia lúdica celestial por otra ruta, y ambos entes refulgentes se saludaron con la cabeza sin hablar, dispuestos a concentrarse en la mesa magnificada para reanudar su partida. Michael casi vislumbró aquel sistema solar atestado de bolas, todas agrupadas azarosamente sobre el amplio paño verde, y también llegó casi a atisbar su propia esfera, suave y pulida, vacilante y

en precario equilibrio, a punto de caer por la tronera decorada con la calavera.

Los chiquillos fenecidos apenas habían salvado una centésima parte de la extensión total de la antigua plaza mayor desplegada. Se diría que Bill llevaba razón. A ese ritmo, tardarían días en llegar al hospital. Comenzaba ya a perderse en la ensoñación de la gigantesca mesa de juego y del tiro del que dependía todo cuando el sonido más extraño que jamás hubiera oído retumbó de repente a su espalda, reiterado y reverberado por la acústica superlativa del segundo Borough. Sonó como si un millar de monjes tibetanos soplaran al unísono sus trompetas óseas, y teniendo en cuenta dónde se hallaban, Michael temió que pudiera ser el feroz anuncio del Juicio Final, ese que su abuela le había mencionado en cierta ocasión. El ruido volvió a restallar. Al igual que Phyllis, John y Marjorie, se giró hacia la fuente del follón, y entonces se quedó boquiabierto al contemplar lo que avanzaba hacia ellos por la plaza.

Se asemejaba a algún tipo de elefante. Frente a la opulencia decorativa de los carteles y fachadas de Humánima, con sus estrellas de circo pintadas y sus carruseles de parque de atracciones, no podía decirse, desde luego, que desentonara del todo.

Fuera lo que fuese, ciertamente se acercaba a una velocidad tremebunda, rebasando el suelo que mediaba entre ellos como si lo hubieran disparado desde lo que debía ser la versión astral de St. Andrew’s Street, y alzando a intervalos su trompa salvaje para bramar un grito de guerra vibrante e inspirador, seguido al instante por una estampida de ecos. Al entrar en el campo de su aguzada visión póstuma, Michael notó que no era como los elefantes que solía ver en las carteleras. Para empezar, no era gris, sino que lucía un precioso marrón rojizo, bien por llevar un abrigo de pieles desmesurado, bien por gozar de una capa de pelo natural. La idea de que fuera ataviado con ropas de alguna clase no parecía muy probable, aunque estaba dispuesto a considerarla por el estiloso sombrero que el

elefante greñudo llevaba en lo alto de su testa descomunal.

Tras un examen minucioso de aquel complemento, desproporcionado por minúsculo, lo reclasificó como un gnomo de jardín ornamental, hecho de yeso y con una caña de pescar. Sin embargo, después de que la bestia apisonara otro trecho considerable en escasos segundos, resultó que quien asía una improvisada caña de pescar a horcajadas del cráneo del animal era el mismísimo Bill, y que Reggie Bowler iba detrás, aferrado como si temiera por su muerte. Por todos los cielos en los que yacían, ¿qué estaba pasando? ¿Y de quién era esa voz que mentaba a un tal Doug? ¿Quién era Doug?

> *—Esta es la puerta principal, Doug. ¿Seguro que las urgencias las atienden aquí?*
> *—Más les vale. Abre bien por tu lao, Doreen, que voy a cogerlo en brazos…*

Ya estaba oyendo cosas otra vez. Sacudió sus rizos rubios para despejarse, y entonces el enorme mastodonte ensordecedor derrapó y se detuvo a apenas tres metros.

Encaramado a la cocorota de la criatura, y sosteniendo un mástil del que colgaba una ristra de sombreros de Puck, Bill les sonrió a todos mientras Reggie Bowler hacía muecas por encima de su hombro.

—Ea. ¿A que esera la bomba? Si subís aquí, llegaremos al hospital en un periquete.

Phyllis miró confusamente a su supuesto hermano pequeño, luego ojeó la montura que cabalgaba, también con incomprensión, y luego volvió a fijarse en Bill.

—¿Qué esera esto?

Bill estaba a punto de contestar cuando John se le adelantó.

—Es un mamut lanudo, Phyll. O al menos, su fantasma. Llevan extintos desde la prehistoria. ¿Dónde habéis encontrado uno tan rápidamente?

Bill y Reggie se echaron a reír.

—¿Rápidamente? Estás de guasa, ¿no? Nos hemos tirao seis meses encontrando y domesticando a Mami, aquí

presente. Deberías probarlo alguna vez.

Mientras hablaba, Bill consintió que el animal, aparentemente adiestrado, tirara con su trompa de un par de sombreros de Puck oscilantes, y que de este modo arrancase los brotes feéricos del cordel en el que estaban suspendidos. Masticó las frutas espectrales todas a la vez, ruidosamente, babeando un copioso ectoplasma al hacerlo.

—Lo que hicimos tras dejaros fue cavar cinco minutos hacia el futuro y colarnos en los servicios públicos de la esquina del Mayorhold, to sin salir de la juntura fantasma.

Reggie intervino aquí, incapaz de contenerse.

—¡Te juro que fue un cachondeo, Marjorie! Vimos a los dos viejos judíos saliendo del retrete más contentos que unas pascuas, y entonces nos acordamos de que se habían llevado allí a uno de los tipos encamisados de negro durante la trifulca de los albañiles. Bill y yo entramos, ¿vale?, y entonces nos lo encontramos allí tirado, con la cabeza afeitadita por los lados y metida en la letrina. Estaba llorando a moco tendido, y el tipo ese tan raro, el fantasma ese que vive en los lavabos, estaba allí parado, choteándose del fulano de la camisa negra. Tendríais que haberlos visto, de verdad.

Las risotadas de Reggie le impidieron continuar, así que Bill tomó el testigo.

—Bueno, el caso es que Reggie y yo ayudamos al camisa negra a recomponerse y le escurrimos el orín espectral de la pernera del pantalón, y entonces se puso a decirnos que qué buenos camaradas arios éramos y tal y cual. Yo me ahorré contarle lo de cuando mi padre tiró al Tyne a Colin Jordan,[47] porque estábamos echando un buen rato y mejor no estropearlo. Reggie y yo le dijimos que íbamos a echarle una mano pa que llegara a su época, allá por los años treinta, cuando los camisas negras tenían su sede en el Mayorhold, y que allí seguro que encontraría fantasmas con los que congeniar.

»Dicho y hecho, cavamos hasta los años treinta y lo dejamos allí, pero antes de irnos les dijimos a los fachas de sus amigos que vimos salir a dos judíos la mar de

satisfechos de unos retretes, y que cuando entramos nos lo encontramos charlando con un reputao homosexual. Nos dieron las gracias y luego se lo llevaron al patio trasero a patearle la cabeza, y mientras tanto Reg y yo les birlamos el fantasma, o el sueño, de su bandera de la Unión Británica de Fascistas, tras lo cual volvimos a cavar hacia unas pocas horas antes de que tos nosotros nos fuésemos a los manicomios, porque así podríamos llegar primero y recolectar tos los sombreros de Puck.

Michael creyó que Phyllis iba a ponerse hecha un basilisco con aquel giro narrativo, pero la niña miró a Bill, luego al mamut rumiante, y después a la ristra menguante de manzanas locas que bamboleaba, tentadora, sobre la cabeza del animal. Al final, cuando ató todos los cabos, una amplia sonrisa surcó su rostro puntiagudo y zorruno.

—Ay, pero qué astuto eres, mamoncete. ¿Me estás diciendo que envolviste las locas en la bandera, y que luego cavaste na más y na menos que hasta…?

La jactancia de Bill fue tal que a punto estuvo de tener que buscarse otra cabeza para que le cupiese la sonrisa.

—…Na más y na menos que hasta la Edad de Hielo. Hacía un frío de la leche. La rasca la empezamos a notar en el siglo III a. C., y a partir de ahí no hizo más que arreciar. Al final, dimos con Mami cuando aún estaba viva, y esperamos a que estirara la pata pa hacernos amigos de su fantasma dándole sombreros de Puck. Eso fue lo que más tiempo nos llevó. Cuando nos conocimos a fondo, volvimos con ella a 1959 por el agujero temporal, y luego ascendimos aquí desde la juntura fantasma pa montarla hasta el hospital. Anda, subid a bordo. Es como ir al zoo de Whipsnade, os lo aseguro.

Ahora todos rieron, especialmente Michael. Ahí estaba. El convite, la fiesta, la sorpresa… la despedida que estaba esperando. Entre carcajadas, Phyllis, Michael, John y Marjorie dilucidaron cómo montarse en el mamut, y entonces optaron por la sencillez de trepar por sus patas traseras empleando sus gruesas matas de pelo marrón dorado como asidero. A Mami no pareció importarle.

Hundidos en el vórtice arrugado de sus órbitas, sus ojillos parpadearon con satisfacción al sisar y devorar astutamente otro sombrero de Puck de la sarta colgante. Como era el último, Bill le pasó el mástil y el cordel vacío a Reggie, que iba sentado detrás de él en la giba velluda del cuello de Mami, con un saco fascista medio lleno de locas de Bedlam en el regazo. Hábil y raudo —llevaba seis meses practicando, al fin y al cabo—, el pícaro del bombín ató en la caña ocho o nueve frutos espectrales maduros antes de devolvérsela a su amigo.

Durante esta operación de reabastecimiento, los otros cuatro chavales espectrales se montaron a toda prisa en el corcel prehistórico. Marjorie la Ahogada fue la primera en trepar a lomos del mamut para así poder sentarse tras Reggie, cuya cintura rodeó con los brazos como si el truhan fuera a llevarla de paseo en una motocicleta peluda de la era glacial. Michael, segundo, se aferró al vello tostado del enorme fantasma, frotando las mejillas contra su pelambrera y empapándose de su humedad vetusta. Phyllis se acomodó a su espalda, lo cual fue fabuloso, pero también apestoso, y John se sentó a la cola para proteger con su sostén a la líder de la Banda de los Muertos Muertos. El perfume hediondo del chal fatal de Phyllis Painter no pareció importarle en absoluto.

Los cuantiosos fantasmas que pululaban por el Mayorhold de Humánima en aquella tarde azul y radiante interrumpieron sus quehaceres, en su mayoría, para admirar al mastodonte, un gigantesco espécimen de tres metros de alto y colmillos de cinco metros que se había plantado allí como salido de la nada. Incluso los buscadores de oro, todavía afanados con sus cinceles sobre un preciado fragmento de sangre angular coagulada de entre los muchos charcos planos que atestaban la zona, cesaron sus labores para inspeccionar aquella novedad postrera. Qué día tan extraordinario, debieron pensar todos, incluso para los extraordinarios estándares que ofrecía Arriba. Primero, dos Maestros Albañiles colosales se habían partido la cara en la plaza mayor desplegada, ¡y ahora aparecía aquella cosa!

¿Qué sería lo siguiente?

Acurrucado contra el peluche prehistórico, Michael se puso a pensar en Mike el Poderoso, su tocayo de cabellos níveos, que en aquel instante recorrió los siete u ocho metros de largo de la mesa de trillar para estudiar cada ángulo, para sopesarlos mientras una atenta muchedumbre de errantes grisáceos contenía el aliento por siempre. Con un parpadeo nervioso en el rabillo de su ojo maltrecho, frotó vehementemente el cubo de tiza contra la punta de su palo, y entonces fijó su mirada inquebrantable sobre la bola ahuesada, aún en peligro de muerte en la esquina de la calavera, tambaleante en el reborde negro de la tronera. Naturalmente, aquella esfera color marfil era la que representaba el alma del propio párvulo.

Su ensoñación se vio interrumpida por un bandazo súbito que casi lo tiró de la grupa de la criatura, y que provocó que se agarrara fuertemente a su pelaje herrumbroso. Bill apretó los pies contra los flancos enmarañados, y seguidamente ondeó el mástil para que la ristra de sombreros de Puck colgara a unos suculentos centímetros del ciempiés estirado y lanudo que Mami tenía por trompa. El jinete pelirrojo espoleó entonces a su montura en la fabulosa cámara de eco que constituía Humánima.

—¡Vamos, Mami! ¡Aaaaaaarre!

Y allá que fueron. Con el bramido magnificente de su alzada probóscide bamboleante, aquel vestigio paleolítico, de naturaleza aparentemente dulce, avanzó al paso, luego al trote, y luego al galope. Sus patas tupidas, grandes como sombrillas, pisotearon el sagrado pavimento y quebraron las costras áureas que aún denotaban el altercado entre albañiles, fracturando la lustrosa mena endurecida de los charcos en una fina red de grietas cerámicas. Los fantasmas de ropas estrafalarias y los durmientes medio desnudos se apiñaron en el Mayorhold astral para vitorear y arrojar al aire sus gorras y bonetes. Desde las terrazas escalonadas, una multitud de sueños y espectros les gritaron sus ánimos. El gigante rapado con uniforme parlamentarista, reseñado

por los demás como Tompson el Nivelador, aporreó el barandal rítmica y jubilosamente al verlos pasar, y el apuesto y etéreo vaquero negro en el que se habían fijado antes disparó su revólver hacia el cielo para celebrar la hazaña.

La banda y su fantástico rocín remontaron la versión desplegada y superior de Silver Street, una de las ocho arterias arcaicas que convergían en la plaza mayor de la urbe original. Como Humánima no se conformaba más que de sueños, poemas y asociaciones de ideas, la calle, considerablemente ampliada, estaba hecha toda ella de plata. Lo que en el reino mortal solo era una vía angosta, allí componía una avenida de adoquines de plata pulida, una explanada de espejos convexos que reflejaron la miniatura de Mami y su carga de chicos fantasmales, todos nadando en la curvatura de cada piedra argentada que pisaban, chapoteando en las lagunas de superlluvia dejadas por el reciente aguacero, salpicando un rocío de complejas gotas rebotadoras hacia la filigrana de los desagües. Desde las galerías mercuriales que dominaban la rambla exultante, los vecinos espirituales de cada siglo de Silver Street aclamaron y aplaudieron a la célebre Banda de los Muertos Muertos y a su mamut mascota.

Unos travestis de precioso maquillaje surgieron de los baños públicos situados al fondo de la calle, que con las magnificadas mejoras de Humánima alcanzaban los quince metros de largo, una fila inacabable de cubículos fabricados en mármol blanco. Ataviados con unas ropas abullonadas y casi fluorescentes que jamás se habrían atrevido a llevar estando vivos, los hermosos afeminados trinaron y gorjearon como aves del paraíso, y uno incluso chilló un «¡Te queremos, Marjorie!» mientras izaba un libro encuadernado en verde y oro al paso de Mami. También salieron los rabinos de la extinta sinagoga del extremo superior del pasaje, sita allí donde el altivo cubo de ladrillos y ventanas del Mercado de Pescado se alzaba en el mundo material. Los clérigos hebreos aplaudieron con cortesía y parecieron asentir en señal de aprobación,

aunque Michael ignoraba qué era eso que aprobaban. Balconada tras balconada, peregrinaron por un gentío espectral de orfebres, prostitutas, taberneros, profesores de judo, prestamistas, pobres de solemnidad y antiguos policías, todos reunidos, al parecer, para admirar al niño temporalmente muerto que iba a resucitar. Un poco intimidado por tanta atención, el chiquillo apretó la suave y profusa melena de Mami. No tenía ni la más remota idea de por qué era tan famoso. Intentó arrimarse aún más a aquellas greñas húmedas, pero, al igual que en esas duras noches invernales en las que intentaba conciliar el sueño tapándose con el edredón, notó que le costaba respirar.

> *—...el niño de esta señora. Tiene un caramelo atorao en la garganta.*
> *—No ha respirao. ¡No ha respirao en to este tiempo!*
> *—Ay, Dios mío. Déjelo aquí, señora. Enfermera, vaya a buscar al doctor Forbes, si es tan amable. Y dígale que se dé prisa.*

El Pleistoceno Express salió de la antigua calle de los plateros escorándose a la derecha, hacia una plaza abismal muy parecida al pie de Sheep Street, solo que enormemente acrecentada. Mami emitió una fanfarria nasal al precipitarse por el viejo edificio señorial opuesto a la desembocadura de Silver Street, expandido hasta niveles insospechables, pero reconocible, aun así, como la academia que había visto en los azulejos de Delft del señor Doddridge. Sobre sus miradores vertiginosos, los fieros y jóvenes alumnos palmearon, gritaron sus elogios en griego, latín, francés y hebreo, y festejaron su desfile disparando cohetes improvisados con botellas. En los pisos inferiores del glorioso edificio, cien mil velas, dispuestas pacientemente en un coro masivo de prímulas llameantes, formaban la frase «VIVA EL REY JORGE, NO AL PRETENDIENTE». Más arriba, el cielo viró al violeta allí donde los fuegos artificiales de los estudiantes estallaron, y canturrearon, y esparcieron chispas de colores en grandes cúmulos candentes sobre la cabalgata de la Banda de los Muertos Muertos.

Repantingada tras Michael mientras fluían por el apoteósico fantasma de Sheep Street, Phyllis le gritó al oído para sobreponerse al jaleo pirotécnico y al constante redoble de tambor de los pisotones de su cabalgadura.

—Oye, una cosa. Pregúntale a Bill cómo se las apañaron Reggie y él pa subir esta cosa enorme hasta Humánima. Porque, a ver, ya es mu complicao que una persona trepe por una escalera jacobita, así que, ¿cómo lo hicieron pa que Mami lo lograra?

Michael, diligente, le pasó el recado a Marjorie, que iba delante, y ella a su vez se lo transmitió a Reggie, que iba después. El pícaro le sopló la respuesta, ambos se rieron, y entonces la niña ahogada se la susurró al churumbel con aire cómplice.

—La subieron desde el fondo de nuestro refugio, cerca de Lower Harding Street. Al parecer, la guarida se colapsó, así que lo único que queda allí es un socavón del tamaño de un mamut. Si se lo cuentas a Phyllis tal cual, se va a cabrear, así que dile que Reggie no ha podido gritar lo bastante alto como para que Bill lo oyera en mitad de este alboroto. Dile que se lo pregunte ella misma más tarde.

El crío titubeó al repetirle aquella mentira piadosa a Phyllis, que guiñó los ojos con suspicacia, pero que prefirió obviar el tema por el momento. Bajaron por Sheep Street hacia la plaza del Mercado y Drapery. Alrededor de los troncos que su hercúlea mascota tenía por patas, advirtió una agitada marea blanca de ovejas, todas balando y repiqueteando como idiotas mientras procuraban esquivar la singladura de la bestia rampante. Asumió que debía ser parte de la poesía de Sheep Street, como las farolas, los desagües o los adoquines de plata que Mami acababa de rebasar en Silver Street. Así las cosas, deseó que Ambush Street o Gas Street quedaran muy lejos de su ruta.[48]

Dejaron a la derecha la versión aumentada del Mercado de Pescado, una estructura de techo acristalado que parecía fusionada con la sinagoga y la taberna Red Lion, antiguas ocupantes del mismo solar. Unos tipos con kipás en la cabeza y largos tirabuzones servían cerveza

negra en las tablas de sus puestos, cubiertas de escamas y relucientes por la humedad. Por su parte, unos fulanos muy distintos, vestidos con sombreros, batas blancas impolutas y cuchillos o machetas a modo de complemento, repetían plegarias judías mientras fileteaban cortes color crema, o rosa, o de un vívido amarillo pescadilla en lo alto de una barra barnizada. Todos alzaron la vista, la sonrisa o la jarra espumosa ante el balanceo paquidérmico de la banda espectral.

La gente bulló por doquier cuando enfilaron por la vastedad de la Drapery onírica, donde unas imponentes casas de cuero, cortadas con patrones fabulosos, se erguían a cada lado de la pendiente. Unas mansiones palaciegas con forma de bota o zapato se cernieron sobre ellos, y sus mareantes pináculos eran guantes de gala femeninos. Los almacenes Adnitt's constituían un corsé abrumador con una multitud de espectadores jubilosos sentada en los cordones superiores, emocionada en su apoyo y adulación. Los peones de albañil, entunicados de gris, lucían salpicaduras de una infinidad de tonos distintos, como si les hubiera caído encima una tromba de color. Había espíritus en traje de fiesta lanzando serpentinas, y aparecidos zarrapastrosos que solo levantaron el pulgar con una sonrisa. Los hombres, mujeres y niños de la ciudad astral salieron a las calles en un tropel tumultuoso, acompañados por perros vaporosos y gatos etéreos, por periquitos fantasmales, libres ya de sus jaulas mortales, y por pececillos de almas brillantes, huidos de sus peceras de agua, que titilaban en el aire con mirada fija, boca silente y alguna burbujita ocasional que flotaba hacia arriba cual perla ingrávida.

Entre el gentío, algunos llevaban banderas, unos cuantos sostenían carteles con mensajes amistosos, y otros tantos solo portaban los nombres de su miembro favorito de la Banda de los Muertos Muertos. Los de las histéricas quinceañeras póstumas consignaban el de John, claro, pero a ninguno de los seis les faltaban seguidores. A Michael le ofendió levemente que la mayoría de los rótulos y estandartes mentaran a Marjorie, pero se animó un poco al

constatar que él era el segundo más popular.

Tras emerger por el final de Drapery, circundaron como una bala una versión de la iglesia de Todos los Santos que parecía más alta que la Torre de Babel. En el mundo superior seguía gozando de un gran pórtico sustentado por columnas anchas, pero además exhibía otros ocho pórticos adicionales, todos monstruosos y apilados uno encima del otro; un monolito de múltiples capas de piedra caliza amarilla y marrón que refulgía como el oro viejo contra los azules y morados del cielo gradado. Congregados en los gallineros, varios centenares de curiosos y simpatizantes silbaron y brincaron frente a aquel animal antes extinto, mientras que en la ancha superficie del palco inferior solo había unos pocos espectros privilegiados, como si la zona estuviera reservada para invitados especiales, celebridades y personajes de la realeza. A su espalda, Phyllis inclinó la cabeza para bisbisearle algo al oído.

—Ese de allí es John Bunyan, y el viejecillo de aquel nicho es John Clare. También están Tomás Becket y Samuel Beckett, y creo que el tipo ese del final es John Bailes, el botonero que vivió hasta los ciento treinta años. Santos y escritores, por lo general. Mira, te están saludando. ¿Por qué no les respondes con la mano?

Así lo hizo. Al doblar por George Row, el público entusiasta de los alféizares y las cornisas de unos juzgados de alabastro amplificados les arrojó coronas de laurel y gráciles guirnaldas de flores imaginarias, algunas de las cuales se enredaron decorativamente en los temibles colmillos de Mami para mecerse con un susurro en el aire cristalino y vigorizante de Humánima. Justo en aquel instante, Michael supo que el Maestro Albañil de blancos cabellos estaba ya inclinado sobre su tiro crucial, con la mirada puesta en el fúlgido rayo de luz que era su taco, el ojo morado entrecerrado, y el codo flexionado. Se iba a jugar el todo por el todo.

Desde las alturas cayeron nubes de pétalos y cintas de teletipo,[49] e incluso unos pantis de lo más inapropiados. Una de estas prendas se enredó también en un colmillo de

Mami junto a las coronas y tributos florales, pero como iba adornada con pequeñas margaritas bordadas, no pareció del todo fuera de lugar.

Bajaron dando tumbos por St. Giles Street, allí un alucinante bulevar, y dejaron a la izquierda el consistorio, el Gilhalda de Humánima, un inmenso rascacielos de piedra color cálido colmado por entero de estatuas, relieves tallados y emblemas heráldicos. Era como observar a cámara lenta una bomba arquitectónica, una explosión espontánea de incontables figuras históricas petrificadas en granito. Los santos, guerreros, poetas y reinas muertas los contemplaron con los guijarros cegados de sus ojos esmerilados y pulidos, y sobre ellos, alto como un faro, yacía el contorno escultórico del Maestro Albañil, de Mike el Poderoso, el paladín del lugar. En una mano, la magnífica imagen portaba un escudo, mientras que con la otra sostenía su taco de trillar. Desplegadas a su espalda, unas alas de cristal labrado envolvían la mayor parte de la urbe iluminada, así que la luz ondulante de un acuario caía sobre las innumerables parejas que parecían estar casándose en las escalinatas desorbitadas del edificio. Hermosas doncellas de un blanco virginal o un verde iridiscente, engalanadas con velos, chales o mantillas intrincadas, lanzaron sus ramos y besos al paso atronador de la Banda de los Muertos Muertos, los niños más queridos del más allá.

Ese jaleo y griterío, esas muestras de afecto y reconocimiento, calaron en todos ellos, y los inflamaron con una sensación mucho más grata, ay, que la de un centenar de sombreros de Puck. Atrás dejaron un ennoblecidísimo Black Lion, pero no el pub de Marefair que visitaron durante sus lances con Cromwell, no, sino el otro, el de los fantasmas, que se inclinaron sobre los incrementados ventanales superiores de la taberna astral para agitar unos estrafalarios sonajeros de madera y soltar media docena de globos de colores, cada uno con la cara pintada de uno de los chavales. Las esferas partieron hacia las permutaciones opalinas del simpar cielo de Humánima,

y Michael apreció, con cierta satisfacción, que el que portaba su rostro era de color azul pastel.

Los espíritus del Black Lion, artífices de la eyección a las alturas de aquella flotilla alegre y fluctuante, eran famosos y doblemente inmortales gracias a las atenciones recibidas por parte de una legión de detectives psíquicos y presuntos cazafantasmas, y constituían una colección variopinta de espectros anticuados y muy tradicionales, más acordes con los que uno solía leer en los cuentos y relatos. Unos arrastraban cadenas, mientras que otros llevaban sus cabezas bajo el brazo cual futbolistas antes de chutar un penalti. Algunos se habían rasgado los ropajes para revelar un costillar jaulero con corazones pulsátiles de color escarlata, e incluso había apariciones de la vieja escuela que no eran más que sábanas al viento. Todos silbaron, y ulularon, y emitieron fenómenos paranormales para rendir homenaje a los pillastres del desfile: ruidos y aullidos espiritistas, muselinas viscosas, manos acusadoras incorpóreas… una cascada de atrezo que rozó las pezuñas del mamut al impactar contra los adoquines bruñidos, súbitamente manchados de una sangre indeleble, enigmática e inculpatoria.

La Banda de los Muertos Muertos progresó por St. Giles Street en su carga de una sola montura, y Michael se esforzó por grabar a fuego cada detalle en la retina de sus ojos azules. Sabía que nunca debía olvidar aquello. Debía retener aquellas calles gloriosas en su interior, aquellas hordas de celebrantes rugientes, y también recordar que en Humánima era importante. En su fuero interno, vio a los Maestros Albañiles en la monumental sala de trillar, al héroe de blancos cabellos escorado sobre el paño, deslizando el taco luminoso sobre el puente de sus dedos extendidos para ensayar un tiro incierto. El palo, suave y lacado, lubricado por el sudor, corrió por la membrana de carne mullida que unía su índice y su pulgar, ahora casi diametralmente opuestos. Toda la fuerza y la energía potencial atrapada y contenida en la vara se concentró en su punta azul cálido; vacilante, resonante, expectante.

Ansiosa por liberarse.

Izando la trompa para tocar a rebato, Mami los llevó por la gran extensión de St. Giles Street hasta que la calzada se difuminó en Spencer Parade, justo a partir de ese espectáculo de piedra color miel que era la iglesia de San Gil. Acrecentado hasta límites monstruosos, el templo lucía ahora una aguja almenada cuyos confines superiores se perdían en las hermosas nubes modeladas que lo sobrevolaban: un caballito de mar, una tarta de cumpleaños, un mapa de Italia o un busto de la reina Victoria. Desde los niveles inferiores de la torre, y de tamaño considerable, se erguía una insignia o emblema de piedra con forma de pez, con la figura de una mujer en el centro y el lema «apacentad a los corderos». El cementerio de hierba que rodeaba a la hiperiglesia se había tornado una sabana en la que la impetuosidad de las lápidas y obeliscos florecía en acantilados de mármol inscrito, y en la cima del más alto de los monumentos danzaba alguien que Phyllis identificó, con un murmullo desde atrás, como Robert Browne, padre fundador del movimiento disidente allá por el siglo XVI y fallecido en la prisión de Northampton a los ochenta y pico años, con su parroquia en insumisa bancarrota. Un halo de excomuniones, versos incendiados y sermones censurados danzó en pleno aire en torno al espíritu de Browne, que rio y brincó, jacarandoso en su cielo disidente, como cualquier otro asistente a aquella espléndida festividad. El clamor fue general cuando los chavales fantasmales acuciaron a su mamut espectral hacia el cruce de York Road con Billing Road, siempre en dirección a la sillería frontal del coliseo del Hospital General de Humánima, repleta de arcos y crujías, explayada piso a piso en la calima etérea que imperaba sobre la ciudad.

Al virar en la intersección, el carnavalesco tráfico de Humánima se desvió hacia las otras salidas del cruce para despejarle el camino a la Banda de los Muertos Muertos, y un embotellamiento de caravanas decoradas con tarots, carruajes emperifollados y palanquines festoneados unieron

sus bocinas a la intensa ovación, con sus pasajeros y cocheros de librea enarbolando banderines coloridos o copias de ese libro encuadernado en verde y oro que todo el mundo parecía poseer.

En la otra esquina de la encrucijada se cernía un busto de Jorge IV que era tan grande como las cabezas del monte Rushmore, y el monarca pareció observar con cierto desconcierto la avalancha de pícaros que se le venía encima desde la boca de Spencer Parade, todos ellos jinetes de un mamut lanudo. Sobre la alopécica meseta de la testa del rey Jorge, el niño en pijama reconoció al doctor Philip Doddridge, a su esposa Mercy y a su crecida hija Tetsy, fallecida unos días antes de su quinto cumpleaños. Al otear a los granujillas en su transporte de la Edad de Piedra, los tres mostraron su alegría agitando con sonrisa sus pañuelos recién lavados. En la mollera del soberano, al lado de la familia, había una cuarta persona, de andares estrambóticos y desenfadados, que a Michael le sonó de las escenas en movimiento que decoraban la chimenea de los Doddridge. En efecto, era el tarambana de John Stonhouse, convertido al oír una prédica del reverendo doctor, amigo íntimo del susodicho, y cofundador junto a él de la primera enfermería pública de Inglaterra después de la de Londres, ubicada en George Row. Al establecer la conexión, el crío comprendió qué hacían allí Stonhouse y los Doddridge: el hospital, creado como una ampliación de la vieja clínica, jamás habría existido sin esos dos hombres de allá arriba. El propio Doddridge interpeló a la banda, excitadísimo, cuando Mami rodeó el enorme cráneo real para trazar un arco de proporciones catedralicias a la siniestra del buen pastor.

—¿A que esera portentoso? Todos han leído vuestra obra maestra, señorita Driscoll. Ese es el motivo de que tamaña multitud haya acudido hoy aquí a veros. ¡Todos desean salir en la última escena del capítulo doce! ¡Dios os guarde, Michael Warren, en vuestro presuroso viaje hacia una vida renovada! ¡Dios os guarde a los seis!

Traquetearon por la arcada hacia un auditorio infinito

que a Michael le recordó mucho a los Áticos del Hálito en su primera visita a Arriba, salvo por el hecho de que el suelo era de baldosas relucientes, y no de tablones, y de que por tanto resonaba como unos servicios públicos colosales o como un inmenso balneario. Confundido por las palabras del reverendo Doddridge, le propinó un pequeño codazo a Marjorie, que iba sentada delante, para preguntarle quién era la tal señorita Driscoll. «Soy yo», le dijo con gran alborozo, lo cual no le aclaró mucho las cosas. En el eco murmurante de la cavernosa enfermería, oyó el susurro nervioso de un millón de voces.

> *—Muy bien, ¿qué sucede?*
> *—Este niño se está ahogando, doctor. Acaban de…*
> *—Se ha atragantao con un caramelo. No ha respirao en to este tiempo. Y no sé si está muerto…*
> *—De acuerdo, cálmese. Vamos a echarle un vistazo…*

Michael se desequilibró y se agarró aún más a la grupa de Mami, que experimentó no pocas dificultades al surcar las baldosas del vestíbulo ampliado, pulidas y resbalosas, con el reflejo invertido del mamut esforzándose por mantener el ritmo del original en su deslizamiento por aquel tobogán porcelánico. A su alrededor, justo como en los Áticos del Hálito, el pavimento presentaba unos ventanales encastrados; una pasmosa cuadrícula llena de ellos que se extendía por ambos lados hacia las paredes escalonadas de la galería. Arriba, allende una inmensa cubierta de cristal, la facetada maraña de líneas que constituía el diagrama prismático de las nubes flotaba y mutaba de forma contra el azur de un fondo sublime. Sin duda alguna, aquello debía ser la sección de los Áticos superpuesta al hospital, y su campo de escotillas debía bajar a las alas y quirófanos mundanos. Cuando su montura dio un patinazo inevitable con un estridente trompeteo, Michael notó una punzada aguda que reverberó por todo su ser, y entonces supo que, en el salón de trillar, el Maestro Albañil acababa de hacer su jugada. El diminuto puño azul de la punta de su taco golpeó la bola precisa, que salió disparada por la mesa

pletórica arrastrando un collar perlado de postimágenes. Casi pudo sentir su empuje y su giro en la trayectoria incontrolable de Mami a lo largo del suelo reluciente. Era él quien estaba en juego, y no podía hacer absolutamente nada.

Finalmente, su carambola se detuvo a apenas una docena de metros de una de las amplias aberturas practicadas en el suelo, enmarcada por una tira de azulejos blancos semejante al borde elevado de una piscina infantil. Un grupo de unas quince personas se hallaba reunido alrededor del tanque, probablemente familiares fallecidos y expectantes de alguien a punto de morir en el hospital mundano de más abajo. Algo alarmados, observaron la caída de Mami y la de los seis golfillos que llevaba a horcajadas, todos riéndose de la traicionera solería. Michael comprendió las miradas de preocupación de aquel comité de bienvenida a la otra vida, pues, a poco que su corcel primigenio hubiera aterrizado unos metros más allá, los moribundos seres queridos de aquella gente se hubieran encontrado ascendiendo a los cielos con un elefante peludo hundiéndose en dirección contraria, y a nadie podía gustarle algo así.

Tras levantarse con cierto esfuerzo y ayudar a su mamut mascota a hacer lo propio, la Banda de los Muertos Muertos se puso a peinar las hileras de tanques encastrados y bordes azulejados en busca de la hora y el lugar en el que el cuerpo inerte de Michael había llegado al edificio. En la inabarcable cámara de eco del hiperhospital reinaba una esencia de pureza y frescor, y el niño se dio cuenta, tras unos minutos, de que no era más que un olor a desinfectante barato desplegado en la nueva dimensión. De horizonte a horizonte, un bisbiseo reverencial y casi eclesiástico dominaba la totalidad del pabellón, y en la distancia llegó a atisbar enfermeras de la guerra de Crimea, con sus cofias y faldas negras, charlando con sus homólogas de épocas más modernas, vestidas con amables gorros blancos y batas de nailon azul. También había visitas, personas que acudían a recibir a amigos o familiares recién

expirados, ora en comitivas de más de treinta integrantes, ora en solitario, y Michael incluso divisó a una o dos amortajadoras yendo de acá para allá por los pasillos de la eternidad en sus misiones más fúnebres. En la sala de trillar, mientras tanto, sintió que la bola blanca arremetía a una velocidad casi suicida contra la esfera de marfil que lo representaba a él, aún titubeante en la tronera de la calavera. El aliento entrecortado de los errantes, paralizados por la jugada, se conjugó con el murmullo constante y envolvente de la clínica celestial. Solo oía… *susurros, susurros, susurros*.

> —¡*Dios mío! Este niño tiene el peor caso de amigdalitis que he visto en la vida. Deme un depresor lingual para que pueda…*

Su ensoñación se vio interrumpida por un grito de Reggie Bowler, que se había hecho cargo de Mami y estaba alimentando al dócil mamut con sombreros de Puck mientras lo guiaba por los amplios senderos enlosados de la estructura cuadriculada.

—¿Phyll? Creo que esto de aquí es el vestíbulo. Por aquí debieron ingresarlo. Venid a echar un vistazo, a ver si el chico reconoce a alguien.

Todos caminaron con diligencia hacia donde Reggie y su mamut greñudo se habían parado, junto a una de las largas aberturas de diez metros de lado soterradas en el suelo. Inclinados sobre el ribete de azulejos en relieve, los miembros de la banda escudriñaron el mundo vivo de más abajo, donde las inmóviles figuras coralinas, transparentes y llenas de color, yacían entrelazadas en una complejísima madeja: un despliegue de seres cristalinos suspendidos en la gelatina cúbica del tiempo.

El pequeño atalayó la joyería, los ahogos, las veinticinco mil noches. El espacio de más abajo aparentaba tener el mismo tamaño que su salón de St. Andrew’s Road cuando lo vio desde los Áticos del Hálito varias semanas humánimas atrás, tan solo diez minutos mundanos antes. Dedujo que estaba contemplando la consulta de un médico o el cuarto anexo al vestíbulo del hospital. En las

profundidades de galantina de la cámara había cuatro —no, cinco— figuras distintas entrelazándose, y en un súbito arranque de alegría identificó a una de las siluetas alargadas como su mamá, Doreen. Lo supo por el suave fulgor verde que emanaba de su interior, que no era un esmeralda vanidoso, sino el verde honesto de los cuellos de los patos. Además de Doreen, en la sala había otras cuatro formas gemológicas y frondosas, y el flujo de sus trayectorias se cruzaba e intersecaba profusamente con el de la mujer. Una de las ahusadas estatuas translúcidas poseía una luz rica y terrosa, y a Michael le recordó, por ninguna razón en particular, al amable señor McGeary, su vecino de al lado en St. Andrew's Road, aunque no tenía muy claro qué hacía él en el hospital con su madre.

Los otros tres patrones enjoyados de la sala mortal estaban apiñados en un macizo. Había uno azul plácido, como el de una llama de gas, que el infante fantasmal pensó que podía ser un médico, y un afloramiento de cristal rojizo que sería, posiblemente, una enfermera. Desde los flancos curvos de esta estructura rosada brotaban los flecos diáfanos de varios brazos, y el par más cercano en aquella especie de tubo de pasta dentífrica apretujado sostenía algo a la altura del pecho, donde un busto sobresalía de la fachada abstracta del conjunto con el mismo vigor que un rollizo rostro maternal un poco más arriba, ambos esculpidos en vidrio color de rosa. La última forma preciosa, más pequeña que el resto, y de un gris pálido y mortecino, se hallaba sostenida por el reguero convergente de todos los miembros filamentosos, alzada ante el pecho de la extravagancia rubicunda. Con un respingo, Michael infirió que aquel era él, su pequeño cuerpecillo humano, una estrellita de mar incolora situada en el corazón de la composición hialina. La veta alta y azul, que lo cubría como una ola, parecía estar deslizando algún objeto por un agujerito del extremo superior de la silueta; es decir, de él.

—Ya lo veo. Sal de ahí, dichoso caramelito. ¡Ay, se me ha escapado! *A ver si ahora…*

La garganta le dolía, pero tal vez fuera por tener que despedirse de sus amigos, ese nudo caliente que sentía a veces cuando la gente se iba. Se apartó del tanque, se giró y se sentó en el bordillo elevado, y entonces agitó un poco sus zapatillas mientras la Banda de los Muertos Muertos y su mamut lo arropaban con sonrisas de cariño. Bueno, el mamut no le sonrió, pero tampoco le puso mala cara ni nada de eso. Phyllis se agachó en cuclillas para mirarlo de frente y le cogió la mano.

—Bueno, patito mío, creo que ya estaraba. Esera hora de que vuelvas a casa, a tu vida, con tu mamá, y tu papá, y tu hermanita. ¿Nos vas a echar de menos?

Empezó a moquear un poco, pero se secó la nariz con el batín y logró calmarse. Tenía casi cuatro años, y no quería que los chicos muertos mayores lo tomaran por un bebé.

—Sí. Os voy a echar mucho de menos. Pero quiero despedirme de todos debidamente.

Uno a uno, los otros miembros de la banda se fueron agachando o acuclillando junto a Phyllis para decirle adiós. Reggie Bowler fue el primero, y al hacerlo se quitó el sombrero, como si estuviera en una iglesia o un funeral.

—Pues eso es todo, pequeño. Pórtate bien con mamá y papá, y si tu padre acaba en la cárcel y tu madre se tira por la ventana del dormitorio, no te vayas a dormir a una caja, sobre todo en invierno. Ese es el mejor consejo que puedo darte. Estate atento.

Reggie se enderezó y se acercó al mamut, que aún rumiaba gozosamente su racimo de sombreros de Puck. Cuando Marjorie ocupó su lugar al arrodillarse frente a Michael, sus ojos eran renacuajos nadando en los tarros de mermelada de sus gafas.

—Tú cuídate mucho, ¿vale? Me da la sensación de que vas a acabar siendo el personaje favorito de todo el mundo en el capítulo más popular de todos. Supongo que ya hemos resuelto «El enigma del niño atragantado», así que este capítulo toca a su fin. Procura que no te atropelle un coche dentro de dos años, porque arruinarías el asunto y tendría

que reescribirlo. Aunque cuando mueras *de verdad*, de viejo o de lo que serase, y vuelvas aquí, no dejes de buscarnos. Así nos juntaremos para la secuela.

Marjorie besó una de sus mejillas ardientes y se reunió con Reggie. Michael no tenía ni la menor idea de lo que significaba aquel discurso, pero sintió que su intención era bondadosa. El siguiente fue Bill. No mucho más alto que el párvulo en su forma actual, el gamberro pelirrojo no tuvo que inclinarse ni nada, pero sí que extendió el brazo para estrechar la única mano libre del crío en pijama, pues la otra la seguía asiendo Phyllis.

—Hasta la vista, enano. Saluda de mi parte a esa loca de Alma cuando la veas, y a ti espero volver a verte en cuarenta años o así, ahí abajo, aunque no nos vayamos a reconocer. Te han crecío unas buenas pelotas, colega. Conocerte ha estao genial.

El gran John vino a continuación, tan alto que tuvo que postrarse para mirar a Michael a los ojos, aunque lo hizo con una sonrisa que denotó que no le importaba en absoluto.

—Adiós por ahora, zagal. Dale a tu padre, a tu nana y a todos tus tíos y tías un fuerte abrazo de mi parte. Una última cosa: Tommy, tu papá… ¿alguna vez habla de su hermano Jack?

Aunque perplejo por la referencia, Michael asintió.

—Es el que se murió en la guerra, creo. Papá habla de él a todas horas.

El rostro de John se iluminó con una alegría un tanto desmesurada.

—Eso es bueno. Es bueno oírlo. Que tengas una buena vida, Michael. Te la mereces.

Ya de pie, John se sumó a los otros, lo que dejó a Phyllis a solas con el crío, agachada delante de él con su collar oscilante de patas y cabezas de conejo, con las postillas de sus rodillas sobresaliendo, rotundas, bajo el dobladillo de su falda azul marino.

—Chao, Michael. Si nos hubiésemos conocío en algún otro sitio, en una vida o una época distintas, me habría

encantao ser tu novia. Eres un niño guapísimo. Gastas la misma planta que John, y eso no es moco de pavo. Ahora vuelve con tu familia, anda, e intenta no olvidar to lo que has aprendío aquí arriba.

El niño asintió gravemente, y Phyllis le soltó la mano con delicadeza.

—Lo intentaré. Y vosotros debéis cuidaros los unos a los otros, e intentad no hacer tantos enemigos. No me gustaría que alguno de ellos os hiciera daño. Y Phyllis, cuida bien de tu hermanito. No te cabrees con él tanto como Alma conmigo.

Phyllis pareció confusa por un instante, pero luego soltó una carcajada.

—¿Mi hermanito? ¿Te refieres a Bill? Bill no es mi hermano, bendito seas. Anda, amos a llevarte a casa antes de que el diablo o cualquier otro aparezca pa impedirlo.

Phyllis posó las manos sobre sus hombros y se inclinó hacia delante para darle un beso en los labios, el primero y el último. Después, retrocedió y le sonrió con malicia, y al instante lo tiró de espaldas al agujero sin que tuviera tiempo ni de gritar.

En la sala de trillar, la bola blanca golpeó con tal fuerza el orbe que representaba a Michael que se hizo polvo instantáneamente. El orbe, por su parte, se estrelló contra el fondo de la tronera luctuosa para quedarse girando sobre un abismo oscuro y obliterante, suspendido en la nada, y entonces murió, estuvo muerto durante diez minutos, acunado en el regazo de su desconsolada madre mientras el camión de verduras traqueteaba por la ciudad en pos del hospital, apurando al máximo el acelerador, muerto durante diez minutos, suspendido en la nada, y después, ¡bum!, chocó contra la cara interior de la tronera, rebotó en el vacío para precipitarse por el paño, repleto de postimágenes en su estela, y enfiló hacia la esquina de la cruz dorada, y entonces resucitó, y los hombres de túnicas blancas que había en torno a la mesa, incluso ese de cabellos morenos que tantos problemas había causado, alzaron los brazos en un deslumbrante despliegue de alas, y

gritaron «¡Sssssssíííííííí!», y los espectadores fantasmales y los errantes estallaron en un salvaje frenesí.

Michael cayó de espaldas con un chapoteo silente sobre la gelatina temporal, y tras eso se hundió por una cronología viscosa mientras seis pequeñas figuras le decían adiós desde la esquina invertida que lo sobrevolaba. Consternado, se dio cuenta de que ya se había olvidado de los nombres de aquellas hadas esquinadas y desaliñadas. Porque eso es lo que eran, ¿verdad? ¿O eran leones? ¿Generales? ¿Coles, tal vez? No tenía ni idea, había muchas cosas que ignoraba. Ni siquiera estaba seguro de quién era, solo sabía que era algo que tenía un montón de brazos y piernas de tartán, y que a su paso por el denso lubricante relojero del mundo de la respiración iba dejando un reguero amarillo brillante que esperaba que no fuera pipí. Caía hacia abajo, muy abajo, y en el rincón de arriba había unas criaturitas diminutas, insectos o ratoncillos amaestrados, que se despedían con la mano. Unos sonidos dilatados lo envolvieron en un largo ribete murmurante, y de pronto sobrevino una especie de ruido, o destello, o impacto, y cayó sobre un saco de carne y huesos, un saco de substancia sólida que, de algún modo, era él, y había dedos en su boca, y el viento soplaba por su garganta en una ráfaga inagotable que era como el papel de lija, y recordó el dolor, recordó lo terrible y desagradable que era, pero nada más. ¿Cómo se llamaba? ¿Dónde estaba? ¿Quién era aquella mujer que lo sostenía y por qué la boca le sabía a caramelo de cereza para la tos? El mundo plano y cotidiano floreció a su alrededor, y él se olvidó de las maravillas.

Cuando se despertó plenamente, lo cual le llevó un día entero, se notó el cuello algo raro, y entonces le dijeron que le habían quitado las amígalas, lo cual no le preocupó mucho porque nunca había sido consciente de tenerlas. Hacia el final de la semana, papá y mamá llegaron en un taxi y se lo llevaron de vuelta a la casa de St. Andrew’s Road, donde todo el mundo montó un jaleo enorme

mientras le daban helado y gelatina. Aquella noche durmió en su cama, y a partir de la mañana siguiente empezó a convertirse en un hombre atractivo de cuarenta y nueve años, casado y con hijos, que se levantaba cada madrugada para ganarse la vida chafando toneles de metal. Un buen día, aporreó un bidón que curiosamente no tenía etiqueta. Cegado por una nube de productos químicos, acabó inconsciente, y volvió en sí con la cabeza llena de ideas imposibles; unas ideas que le contó a su hermana artista durante una noche muy tranquila en el Golden Lion. Naturalmente, no recordaba todos y cada uno de los detalles de sus aventuras póstumas, pero Alma le aseguró que no pasaba nada si se había olvidado de algo.

Ya se lo inventaría ella.

Libro tres

LA PESQUISA DE VERNALL

Ahora ya, Besso ha partido de este extraño mundo un poco antes que yo. Pero eso no implica nada. La gente que, como nosotros, cree en la física, sabe que la distinción entre pasado, presente y futuro es, únicamente, una terca y persistente ilusión.

ALBERT EINSTEIN
Carta a Vero y Bice Besso,
21 de marzo de 1955

NUBES DESPLEGADAS

Siempre ahora y siempre aquí y siempre yo: así es para ti.

Ahora siempre y aquí siempre y yo siempre: así es para mí.

Ahora. Aquí. Yo.

Ahora siempre, incluso cuando es entonces. Aquí siempre, incluso cuando es allí. Yo siempre, incluso cuando soy tú; incluso cuando estoy en el infierno y he caído, cuando soy un millar de demonios. Ellos se pliegan en vosotros. Vosotros os plegáis en nosotros. Nosotros nos plegamos en Él.

Eso te resultará muy duro.

*

Más allá del espacio, sobre la historia suspendido, genocidio y utopía en una corriente descendente. Whooomff. Whooomff. Whooomff.[1] Una bramadera hecha aliento que sopla a través de plumas blancas[2] remitidas a cobardes de conciencia y objetores de transfusiones. Whooomff. Whooomff. Whooomff.

Lo veo y lo soy todo, nunca insensible, nunca distante. Te compadezco y te admiro, infinitamente cabreado, infinitamente enamorado. Auschwitz y Rembrandt al compás. Whooomff. Whooomff. Whooomff.

La vista desde aquí es feroz. La vista desde aquí es definitiva.

Desde arriba, el mundo es una formidable anatomía

desollada. Inerte en su mesa de autopsias estelar, no se mueve, ni cambia, ni crece, salvo por el rumbo que expresa la dirección oculta. Gases ardientes y vetas evaporadas girando en esferas fundidas, magma coagulado en una fina costra negra de elementos, y en el calor y el veneno hay vida incluso ahora, seres microbianos en corrientes de cianuro y charcos clorhídricos.

Cuando leo el cosmos de izquierda a derecha, de la explosión al colapso, del germen al gusano, y al cíborg cromado, e incluso más allá, su tapiz entrelazado se deshilacha y reorganiza siguiendo nuevos patrones. El jaspeado de las nubes cambia su color. Al examinarla de cerca como un médico impasible, la carne moteada del planeta se hace visible, queda expuesta, una piel de circunstancias retraída en pliegues gruesos y adiposos. Las lombrices se tornan espinas dorsales, y los tritones echan plumas. Las rutas de los autobuses cambian, y las oficinas de correos cierran. Madura y perfecta, la costra se desprende de la rodilla, intacta, para revelar la rosada cicatriz subyacente.

Sé que soy un texto solo compuesto por letras negras. Sé que me observas. Sé quién eres, sé quién es tu abuela. Sé que las ramas más remotas de tu linaje familiar me leen en un centenar de años, que me leen ahora, de izquierda a derecha, del Génesis a las Revelaciones. La sífilis y Mahler en el arco giratorio de un circuito de espera.

Whooomff. Whooomff. Whooomff.

*

En mis inicios soy una palabra negra en contraste con un fondo blanco y cegador, soy un significado, una mácula en lo inefable. Toda mi identidad reside en este cuadrante doblado, en este ángulo en el que me hallo plegado desde la singularidad junto con mis tres hermanos. Cada uno de nosotros mesura en noventa pasos la pureza áurea de nuestra conciencia, de nuestro dominio. Cada uno de nosotros posee su esquina y su tronera. Cada uno de nosotros posee su propio elemento para trabajar y su propia

dirección del viento. Tales son nuestros clavos, tales son nuestros martillos; el fuego, y el diluvio, y el huracán, y la avalancha. Somos la mano recia en el destello nuclear y la mano sutil en el decaimiento del isótopo. Somos la mano que carda los relámpagos, la mano que precipita al suelo manzanas y suicidas por igual. Somos cuatro maestros albañiles, y poseemos nuestras varas y nuestras medidas. Somos las palancas de la creación. Sonreímos en el rumor y la armonía que anteceden al comienzo del mundo.

Aquí me convierto en un soldado durante la Caída, con mi báculo resbaloso por el icor de los caídos cuando los precipitamos hacia las geometrías inferiores, hacia los infiernos de la substancia y la sensación, con sus torturas laberínticas para el intelecto, sus vorágines de bilis y añoranza. Los amamos y lloramos al atravesarlos y aplanarlos por mor de necesidades matemáticas. El trigésimo segundo espíritu, que es poderoso, se arrastra hacia mí por el taco varado que lo empala, tosiendo sangre logarítmica. En su ojo rojo hay violación; en el verde, asesinato. De su pecho ensartado brotan álgebras, y me vilipendia con sus palabras: «¡Hermano! ¡Camarada albañil! ¿Cómo es que nos tratas así, cuando no somos sino hojas desdobladas de ti? ¡Eres tú mismo el que va a quedar aplastado aquí, en esta oscuridad, en esta mugre terrenal!» Las palabras que me espeta son ciertas. Elevo mi pie descalzo y lo estampo en línea recta contra él, empujo su masa ensangrentada a través de la untuosa longitud de mi lanza, lo desprendo a patadas más allá de la punta añil, y dejo que se desplome aullando entre estrellas, y calendarios, y dinero, entre formas, y pasiones, y remordimientos. A mi alrededor, en este firmamento encarnizado, en esta masacre de nubes, nuestra guerra dolorosa ruge por siempre, y los *djinn* mutilados llueven como langostas sobre esos mismos campos yermos en los que hemos sembrado un universo.

Ahora, en la explanada pura de signos y símbolos donde

habrá de erigirse Hierusalem, donde habrán de erigirse Golgonooza, y Humánima, y todas las urbes superiores, me detengo y me inclino para conversar con el legendario Salomón. Mi lenguaje rompe contra la piel de su mejilla. De nuestras siluetas llameantes se desprenden fragmentos de mitología, y le obsequio el anillo, el toro sagrado en virtud del cual los tropiezos, los satanes, habrán de avenirse a construir su templo. Esto no puede causar sino daño: Hierusalem y Humánima son la sede misma de la Guerra, ya que belicosos diablos se agitan en sus piedras y sus arquitecturas. Pero yo solo soy un mero albañil. ¿Qué puedo hacer si la ruina y los escombros forman parte de los planos?

Ya en el Gólgota, toco la manga empapada de Peter, antes Aegburth, para conminarlo a rescatar la cruz de piedra que sobresale en el secarral yaciente a sus pies, pues debe situarla en el centro de su tierra. Doy un paso adelante. Estamos en Horseshoe Street, él es un año más viejo y muere entre maravillas, entre palomas y gotas de lluvia. Los trazos son siempre precisos. El lugar está marcado. El crucifijo se halla en la pared.

> En Tennessee, la mano de un capataz borracho agarro en una plantación
> Y la guío para trazar volutas y triángulos en una marca de su invención.

En su plataforma catedralicia, Ernest Vernall grita y llora. El fuego arde en su cabello hasta tornarse blanca ceniza cuando recibe los estragos de una educación explosiva. Mis labios se mueven en el fresco. Se encoge de miedo entre latas y cuencos, y yo recuerdo el episodio desde su perspectiva, lo terrible que es asistir al parpadeo de mis ojos gigantescos entre grotescos regueros de pintura; lo cómico que resulta explicarle la forma del tiempo y enloquecerlo con la lección de las chimeneas. Sobre la cúpula retumban los truenos, que son mi recubrimiento de ruido y electricidad. Soy un albañil, y le martilleo palabras

y números para que sus hijos hagan cálculos diversos o bailen al son de arreglos musicales. Y ahora Ernest está en Bedlam. Me siento aquí, a la vera de su catre en el psiquiátrico, con la mierda seca de sus delirios manchando las sábanas, y aguardo a que se pronuncie en lugar de limitarse a mirarme y sollozar.
Mis ojos están esculpidos por R. L. Boulton, afincado en Cheltenham. Inmutable, escudriño el sur sobre Guildhall Road, George Row y Angel Lane. Mi mano izquierda sostiene un escudo, y con la derecha blando mi taco de trillar. El hijo mayor de Ernest Vernall se yergue a mi lado, y uno de sus brazos rodea mis prominentes escápulas con una incómoda familiaridad mientras arenga a la multitud boquiabierta de más abajo. Incluso cuando tuerzo mi cabeza de granito para susurrarle, no hace sino reír, y no parece asustado, pues tan ajeno es a lo humano, tan distanciado está de los hábitos de la calle. Sus tragedias solo le afectan como una obra teatral: escenas reescenificadas de un amado melodrama que le sigue partiendo el corazón con cada nuevo visionado, aunque la experiencia sea estética y las lágrimas no supongan más que una sincera apreciación de la obra. Ante mi visión petrificada, su acto final se representa entre espejos: un último coro de ancianos alineados que forcejean y patalean con la barba llena de pétalos. Ah, John Vernall el loco, Snowy el furioso; casi me asusto al ser tú.

Estoy en todas mis imágenes. Te observo desde un billón de postales de Navidad.

May Vernall se escurre, desnuda, hacia un arroyo de Lambeth abarrotado de cabezas de pescado, arcoíris y flores húmedas. Copula, desnuda, sobre el verdoso recodo del río en Cow Meadow. Sus jadeos de gozo se despliegan en gritos de alumbramiento, y el banco de hierba, bañado por la luz de las estrellas, se torna una estrecha estancia en una planta baja aún perfumada por los excrementos de la chimenea, quemados en ofrenda a los espíritus invernales que han

colmado de hielo el retrete. La amortajadora ronda por allí con su mandil blanco, lleno de mariposas bordadas que revolotean en sus dobladillos. Saca a la adorable recién nacida del dilatado y castigado canal del parto de su madre y, luego, tras dieciocho meses y algunos pasos, la lleva hacia la luz granulada de una habitación delantera. Aquí, la coloca cuidadosamente en un pequeño ataúd, y May Warren cepilla el cabello dorado de su hija, crecido en el corto pasillo que media entre la salita de estar y la salita de morir. Su vida arremete con fuerza, la arrastra a nuevas maternidades y a noches de bombardeos aéreos, a levantamientos de cadáveres y carros de la fiebre, a abortos caseros, hasta que al final se desploma en el vestíbulo de su pisito de King’s Heath para morir en el acto, y lo último que se le pasa por la cabeza es «¡Charlie Chaplin! ¡Ese era el tipo! Hablé con…» Pasan dos días, y la única hija que le sobrevive, Lou, espía por el buzón tras comprobar que nadie acude a su creciente e impaciente aporreo. Supina, la sangre coagulada se ha agolpado en el rostro de May hasta volverlo negro. Por un segundo, Lou la toma por un montón de trapos viejos arrojados allí, al azar, en una entrada inundada de circulares y folletos.

Estoy en todo lo que me nombra, en los himnos, en las serenatas lisonjeras de los enamorados. Si en la radio suena una canción insulsa, yo destello por un instante, mas vagamente, en un millón de mentes, y tú sientes que un ángulo toca tu corazón.[3]

Louisa Warren es una de las pinceladas más exquisitas del lienzo, una mezcla rojiza y lavanda cuya línea vibrante comienza en el polvoriento tono parduzco del laberinto de Fort Street, nacida como premio de consolación para reemplazar a la pequeña May, su hermana mayor fallecida a causa de la difteria. Esta línea se acompaña de cuatro hermanos, Tommy, Walter, Jack y Frank, y su fino trazo se robustece hasta hacerse adorable y llamativo, una joven chispeante que taconea por Drapery envuelta en las nieblas

de noviembre del brazo de su prometido, Albert Good. De la bruma surge la voz de un galán enamorado —«¿Gloria? Gloria, ¿dónde estás?»—, y tan desesperado y pesaroso resulta que Albert lo comenta y pregunta en voz alta quién será esa Gloria. «No tengo ni idea», murmura Lou a través de su estola de pieles, pese a que «Gloria» es el nombre que le dio al pimpollo cuando este intentó cortejarla durante la larga visita de Albert al guardarropa. Su línea rutilante se desembrolla al convertirse en Louisa Good, una vid ramificada en hijos y nietos. La mayor de sus hijas se casa con un farero, mientras que la segunda, bohemia y dotada para el arte, hace lo propio con un comunista francés. El más joven de sus retoños, un niño, toca la tabla de lavar y el bajo de cofre de té, monta una banda de *skiffle*, se hace azafato de avión, y también se casa, primero de forma desastrosa y, luego, felizmente. Louisa se encuentra muerta a su madre, que yace arrugada como la colada en el recibidor de King's Heath. Ella vive con Albert en su casa de Duston. En su declive, él se dedica a ver series de televisión, dramas de sobremesa que lo perturban aun cuando el aparato está desenchufado.

Finalmente, al progresar de izquierda a derecha por la obra maestra en la dirección oculta, el contorno lírico de Louisa se queda solo. Su octogésimo cumpleaños está al caer, y sus sobrinos Mick y Alma, hijos de su fallecido hermano Tommy, le organizan una fiesta. La titulan «La noche de los Warren vivientes», o eso le dicen. Invitan a todos los miembros vivos de la familia. Unos días antes del acontecimiento, Lou se está tomando el té en el jardín trasero de la casa de su sobrino, Michael Warren, en Kingsthorpe. Cath, su esposa, está presente, así como sus dos hijos, Jack y Joe. Su hermana Alma anda por ahí, y se ha traído a una amiga también artista, una chica americana llamada Melinda. Al principio hace un buen día, pero entonces empiezan a caer unas finas gotas de lluvia. Los rayos marcan nuestras salidas y nuestras entradas.

Las nubes negras se concentran, y alguien sugiere que deberían entrar en la vivienda. Lou descubre que no puede

incorporarse. Por ser los más varoniles de entre todos los presentes, Mick y Alma elevan la silla a cuatro manos y la trasladan al salón como si fuera el improvisado palanquín de una emperatriz. Le empieza a costar respirar. La súbita y descarnada conciencia de la realidad que la circunda resulta abrumadora. Su sobrina, sentada junto a ella, rodea con un brazo sus hombros trémulos, le susurra al oído palabras tranquilizadoras y le besa el cabello. Cathy y la amiga artista de Alma se ocupan de los niños asustados, y luego los médicos de urgencias surgen de la nada, la levantan de la silla y la llaman «cariño». Ahora oye un latido poderoso que retumba en sus tímpanos como un yunque. Whooomff. Whooomff. Whooomff.

De algún modo, ya se encuentra en la ambulancia, aparcada en las cercanías y azotada por la lluvia torrencial del exterior. Su sobrino Mick la acompaña mientras un curioso doctor moderno, ataviado con su pijama verde, le presiona repetidamente el pecho. Puedo ver a Alma a mis pies, parada a unos metros de distancia tras ese carro de la fiebre contemporáneo, salpicada sobre la calzada de asfalto, calada en su escueta camiseta con vaqueros, observando el rebote terapéutico a través del cristal trasero del vehículo. Su cabello revuelto se le pega a los hoyuelos de las mejillas, a sus hombros desnudos, y parece inclinar la cabeza para mirarme a los ojos cuando golpeo la punta azul de mi taco contra el gran orbe del mundo. El negro espejo del cielo nocturno queda quebrado, y durante un instante fugaz, en la maraña de grietas y fisuras, puede atisbarse el otro lado de su superficie semitransparente. Con esta destellante floritura concluyo las pinceladas de Louisa Warren. Vista de cerca es una mota, una mancha, pero, oh, si retrocedemos y contemplamos el retrato del que forma parte…

Unos se van con truenos, otros con trompetas, otros con solo el silencio de una madre.

Ahora, Michael Warren esgrime el martillo en un arco predestinado contra el bidón abollado, un gigantesco

pulmón de metal que al colapsarse exhala contra su rostro un último aliento abrasador. El martillo golpea el bidón, el martillo golpea el bidón, un solo acto reiterado que resuena eternamente en un espacio-tiempo reverberante hasta casi convertirse en un crescendo musical, en una tormenta percusiva que brota de la nada, en el espeluznante punteado dramático de una sinfonía: ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! El martillo golpea el bidón, el martillo golpea el bidón, y por su garganta enroscada tose una espesa nube retorcida de veneno naranja que se expande y se desdobla por sí sola, que se despliega para atosigar la visión, el aire y el mundo de Michael Warren. El caos desatado en la masa de esta cascada de semidimensiones alberga, por apenas un instante, todos los trazos frágiles y huidizos de las futuras pinturas de su hermana. Inhala esa imaginería y en el limbo de una noche de sábado se la escupe ahora a Alma a través de la mesa del Golden Lion, y ella se la limpia de la cara y la plasma en sus lienzos, al igual que la lluvia y la luz de la ambulancia de la noche en la que su tía Lou fallece en una tormentosa bocacalle trasera. Se la limpia de la cara y la plasma en sus lienzos. El martillo golpea el bidón. Soy un albañil, y con cada nuevo rumbo recojo en mi hábil paleta la rebaba de mortero sobrante que compactan los ladrillos. Construyo los siglos, construyo los momentos. Sigo los planos. Todo el peso lo soporta el centro.

La vida esférica a la que apunto con mi taco recto se halla en precario equilibrio sobre el tapiz del mundo, y en su superficie reluce el destello titilante de un alma. A Ernest Vernall le saco de la cabeza tanto el color como el raciocinio. A May la impulso hacia el arroyo, y a su primogénita le envío el carro de la fiebre que se la lleva. Abarroto de flores la boca de Snowy, y arrojo el polvo cáustico a los ojos de Michael. Me ladeo y hago tirabuzones en las columnas térmicas superiores. Majestuosidad y desastre en una caída en picado, en barrena. Whooomff. Whooomff. Whooomff.

*

Por supuesto, conocemos el dolor. Conocemos la cobardía, y el rencor, y la falsedad. Lo conocemos todo. Llamo cabrón a mi hermano Uriel. Nos pegamos y nos sacamos los ojos en la plaza mayor, y el viento generado por nuestra pugna basta para arrojar a los fantasmas a medio camino de Gales. Las repercusiones resuenan por la Tierra. Me pega en el ojo, y el gran salto adelante de China la precipita a un abismo económico. Hundo su nariz, y Castro accede al poder en Cuba. De mi labio partido manan el estructuralismo, el rocanrol y el aerodeslizador. Nos arrancamos los coágulos dorados antes de que se sequen, y en el Congo Belga florecen las cabezas cercenadas.

Por supuesto, caminamos entre vosotros, nos hundimos hasta el muslo en vuestra política y vuestra mitología. Vadeamos pétalos rosados, trozos de mapas rasgados en la veloz desintegración de vuestra mancomunidad. Marchamos sobre Washington en una marea negra. Hacemos malabares con satélites y cuadros de Francis Bacon. Somos albañiles. Erigimos a Allen Ginsberg y alzamos la catedral de Niemeyer en Brasilia. Levantamos el Muro de Berlín. Las nubes surcan el sol. Ya estamos contigo.

Por supuesto, bailamos en alfileres y arrasamos ciudades. Libramos del faraón a los judíos para llevarlos a Buchenwald. Revoloteamos en la ternura del primer beso y nos agitamos de agonía en una cocina inhóspita durante la última bronca. Conocemos el sabor de la felación y las sensaciones del parto. Nos subimos a hombros de nuestros amigos para huir de los gases en las duchas. Nos hallamos en la serena indiferencia molecular del Zyklon y en el corazón apático del hombre que acciona la manivela para abrir los conductos. Siempre estamos de pie sobre esa escalinata del banco de Hiroshima mientras la realidad circundante se colapsa en un infierno atómico. Cuando alcanzáis juntos el orgasmo y sentís que es el instante más dulce y perfecto que jamás habéis vivido, ambos sois

nosotros. Tenemos esclavos, y escribimos *Sublime Gracia*.

Por supuesto, gritamos. Por supuesto, cantamos. Por supuesto, matamos y amamos. Amañamos los negocios y sacrificamos nuestras vidas por las de otros. Descubrimos la penicilina y arrojamos en el callejón de atrás a los niños que hemos estrangulado. Bombardeamos Guernica solo para crear el cuadro, y los estallidos de humo y pánico que afloran más abajo son nuestras pinceladas. Provenimos de los reinos de la Gloria; provenimos de la guardería, del colegio, del matadero, del burdel. ¿Cómo podría ser de otro modo? Vosotros os plegáis en nosotros. Nosotros nos plegamos en Él.

Estamos en cada segundo de un billón de trillones de vidas. Estamos en cada hormiga, en cada microbio, en cada leviatán. Y, por supuesto, estamos solos.

*

Todo gira en mi ojo. Con solo parpadear, la existencia al completo se fragmenta en un alfabeto de partículas que luego pasan a ser meros números, un mar eterno de cifras que rotan en radiante simetría sobre su eje, situado entre los guarismos del cuatro y el cinco. Cuando se suman los dígitos de sus múltiplos, las sucesiones obtenidas son un reflejo perfecto la una de la otra, como ocurre con el tres y el seis, el nueve y el cero, el diez y el menos uno, el dieciséis y el menos siete, y así hasta el infinito a lo largo de los positivos y negativos. En el centro de este huracán numérico es donde me yergo. Su ojo es el mío. Estoy entre el cuatro y el cinco, punto alrededor del cual pivota el universo. Oscilo lentamente entre la piedad y la severidad, entre el corrimiento al azul y al rojo. Cuando inspiro, las estrellas se precipitan hacia mí y se retrotraen a un único quark al rojo blanco en el conjunto de los números negativos. Cuando espiro, disperso un aerosol de materia oscura y exótica, galaxias, y magnetares: sumas positivas que explotan desde mis labios hacia los fríos y oscuros

confines del tiempo.

Me cabreo demasiado a menudo; viro más hacia el cinco, con mis dedos cerrados en un puño, que hacia el cuatro, entrelazados en un apretón de manos o extendidos en una pincelada o una caricia. Demasiado a menudo, me inclino más hacia la severidad del rojo que hacia el cian del perdón. Esa es, pues, la razón de que tiznemos de azul las puntas de nuestros tacos: para recordarnos la fuerza débil de la compasión; para que, incluso al golpear la bola hacia su tronera predeterminada, le confiramos el beso celeste de la gracia y la misericordia eternas, hecho de tiza de billar.

*

Veo a Marta Roberta Stiles a los cuatro años, sirviendo margaritas en pequeños platos de plástico rosa para preparar una merienda a la que invitará a su osito y a su madre, los dos peluches a los que más quiere en el mundo. Vierte en tazas diminutas una infusión fría de caramelos con sabor a fruta disueltos en agua del grifo, y solo trece años después se la chupa a su chulo Keith mientras Dave, un colega de este, le da por el culo. Le pregunta a su madre si de postre le apetecen uvas pasas y escupe semen; le riñe a su oso de impasibles ojos vidriosos por caerse de la silla e inhala el humo del cristal. Llama «asas» a las pasas y un tipo de mejillas sonrosadas, padre de dos hijos, le pega en la cara y la viola en la parte de atrás de su Ford Escort, y yo la quiero.

Veo a Freddy Allen robando pintas de leche y muriéndose bajo un arco del ferrocarril. Lo veo de joven en Katherine's Gardens, esperando a que la hija del médico se marche a trabajar para agredirla sexualmente según su plan. Corro con él, lloro con él cuando huye de la escena asustado de sí mismo y sin consumar el acto. Lo veo durmiendo en la hierba, veo su gris peregrinaje por el más allá, lo único de lo que él se cree merecedor. Su culpa se ha convertido en ira, y reverbera de tal modo por sus días que ahora carece de la más mínima esperanza de redención. Las hogazas y las

botellas se fueron todas con los umbrales en los que se alzaban. Nada puede corregirse jamás.

Veo a Aegburth, a quien llaman Peter, esparciendo despreocupadamente la tierra del Gólgota con su sandalia, revelando la esquina sobresaliente de un pedrusco gris cuyos ángulos rectos resultan demasiado obvios y cincelados como para ser naturales. Cava y escarba durante una hora hasta desenterrar al fin el antiguo crucifijo, y entonces lo expone al sol con ambas manos para admirarlo mejor. La mugre fluye por su frente sudorosa y sus mejillas resbaladizas hasta caer en los Sargazos de su barba. Saborea el polvo de la crucifixión y surca su rostro con la fría sombra de la cruz. Su débil corazón tañe con el rítmico martilleo de un herrero, ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM!, pues se tambalea, sin saberlo, sobre el precipicio de su propia mortalidad. Ahí, en ese borde, logra verme, y el significado del universo cambia por siempre para él. En Francia, por su copiosa transpiración, lo conocen como «Le Canal», que significa «el canal».

Veo a Oatsie Chaplin debatiendo con Boysie Bristol ahí, en los exteriores del Palacio de Variedades de la esquina de Gold Street, durante los primeros años del siglo XX. «¿Pero por qué habrían de vestirse como harapientos si son millonarios?» Lo veo de vuelta a su Lambeth natal tras la Primera Guerra Mundial, regresando de América con la fama de una estrella de cine. Los *cockneys* —antiguos vecinos que perdieron en el conflicto a hijos y hermanos mientras él agitaba sus largas pestañas ante la cámara— le arrojan pintas de cerveza a la cara. Rescatado por sus asistentes, se seca con las toallas que le prestan en unos baños públicos cercanos, y entonces huele su pasado; el hedor de su padre, el olor de su chaqueta empapada y sus pantalones húmedos.
Veo a Henry George rezando en establos tras perder su confianza en la iglesia. Las palomas arrullan en las vigas, y la luz cae en haces titilantes por los huecos del techo de

paja. En su hombro destaca una marca que es de mi autoría, que es su vergüenza más íntima, que es su ardiente gloria sagrada: la balanza y el camino, en líneas de un violeta pálido sobre piel morada. Ora camino de éxodo desde Tennessee hasta Kansas, ora camino de pastoreo desde Gales hasta Sheep Street, donde una marea blanca lo arrastra entre balidos hacia los Boroughs, todos esos caminos son el mismo. Las sogas de los linchamientos de su juventud son ahora los neumáticos que lo propulsan en su ruta, con los mártires y los paladines negros de Northampton afanados en su estela.

Veo a Benedict Perrit escribiendo líneas de una belleza dolorosa, riendo, bebiendo, discutiendo con fantasmas. Lo veo sentado en la noche previa a la exposición de Alma Warren, solo salvo por las sirenas distantes, con sus dedos suspendidos dudando sobre las teclas polvorientas de la máquina de escribir. Como un explorador perdido, otea la limpidez ártica de la página en blanco buscando inspiración, aguardando el leve roce de mi ala. A cinco kilómetros de distancia, con la luz amarillenta de las farolas de Whitehills filtrándose a través de las cortinas, Michael Warren es incapaz de dormir, así que piensa en la procesión funeraria de Diana Spencer, en toda la gente del puente peatonal que esperaba su llegada a Northampton. En todas las miradas y silencios.

Veo a Tomas Ernest Warren, el padre de Michael, cavando hoyos o haciendo pausas en el trabajo, aquejado de una espalda lesionada que no parece incordiarle tanto tras la jubilación. Antes, en la veintena, aprende a lanzar granadas. Forma parte de una larga hilera de hombres que, de uno en uno, saltan hacia una plataforma junto a su sargento, arrancan el tallo de su piña de hierro, cuentan hasta tres, y arrojan el huevo letal tras un altísimo muro de sacos de arena para que explote. Tommy es el siguiente, y quiere hacerlo bien. El tipo de delante extrae la anilla y empieza a contar. Ansioso, Tom salta a la plataforma antes

de tiempo justo detrás del nervioso soldado, que cuenta hasta tres y suelta por accidente la fruta mortal sobre sus pies. Apunto con mi taco y golpeo al sargento para que salga disparado hacia delante, aparte a Tomas y al otro hombre a los lados, desplace simultáneamente la granada contra el flanco, y caiga a la tronera de la calavera, y los albañiles de la mesa alzamos todos las manos. ¡Ssssssssíííííííí!

Veo el punteado y la trama, la filigrana y el sombreado sutil. Veo a Doreen Warren desenvolviendo con cuidado el caramelo Tune de cereza mentolada y depositándolo en la boca de su hijo. Veo al concejal Jim Cockie en su cama, inmerso en pesadillas. Veo a Jackie Timbles, artista callejero, y a Tom Hall, el juglar espectral. Veo a Kenny Nolan, el Gordo, mientras contempla la variedad de *datura* que ha cultivado, y sonrío al ver que es una trompeta de ángel, con su floreciente campana blanca caída, sumamente compungida. Veo a Roman Tompson sentado en un coche prestado, silencioso en la oscura embocadura de Fish Street, con un taco de billar descansando en el asiento de atrás y la sangre helada discurriendo por su corazón. Veo a John Newton tras su momento de claridad. Veo a Tursa Vernall tornando el rugido de los bombarderos alemanes en su acompañamiento musical, y también el heroico sueño de Britton Johnson. Veo a Lucia Joyce y a Samuel Beckett, lo veo conversando con ella en la institución mental, y luego junto a su tumba. Veo miserias. Veo redenciones.

Veo a Audrey Vernall en el escenario de la sala de baile; sus dedos se deslizan por las teclas del acordeón y se echa el pelo hacia atrás, marca el compás con su zapatito azul sobre unos tablones desgastados y bambolea su falda al son de *When Te Saints Go Marching In*.[4] Su sonrisa tirante vacila bajo los focos, y sus ojos no paran de mirar de soslayo entre bastidores, donde su padre, Johnny, el director de la banda, levanta los pulgares y asiente para animarla, y luego, más tarde, se quita su llamativa chaqueta a cuadros y la cuelga

en la percha que hay tras la puerta del dormitorio de su hija.

Veo a Tomas á Becket y veo a la mujer de piel morena y cicatriz que trabaja desde el Anexo de San Pedro en el dos mil veinticinco. Veo marchar a los santos.

Veo el zurullo de perro en el sendero central de los pisos de Bath Street, incólume en la tarde del viernes, pero pisoteado al mediodía del sábado, cuando Michael Warren se fija en él de camino a la exposición de Alma.

Retrocedo para admirar el lienzo, me estremezco ante su esplendor.

*

En el mismísimo principio hay un millar de planetas circundando el sistema solar, colisionando y rebotando, pulverizándose entre ellos como un *pinball* desaforado, y eso nos da la idea para nuestra mesa de trillar. Algo choca contra el mundo en ciernes y los escombros de ambos cuerpos se asientan en los confines del campo gravitatorio terrestre hasta coagularse en una luna, un saque de lo más afortunado.

Poco después, el impacto de un proyectil menos considerable contribuye a la matanza selectiva de los reptiles atronadores. Como resultado, unos seres amebianos llamados foraminíferos aglutinados se acorazan con una capa protectora de níquel meteórico y cobalto espacial; recubren sus formas unicelulares con llamativos ocelos de un polvo diamantino microscópico. Ornamentos de su cosmos minúsculo, revestidos con los tesoros del vacío, centellean en el mutismo del Cretácico superior durante la genuina penumbra de la vida. Ni saben ni se preocupan de las extinciones del macrocosmos. Permanecen ajenos a los árboles y los monstruos que caen y mueren allá arriba, en la larga noche que sigue a la colisión extraterrestre. En su inmenso número, son tan distintos como copos de nieve,

pero, aun así, los conozco íntimamente a todos y cada uno de ellos, los distingo en virtud de su rutilancia característica, de su brillo singular. Se desplazan con la atracción de la luna, con las mareas magnéticas, y lo mismo hacen las generaciones que les suceden: migrar al albur de los meridianos lunares para alimentar a los bichos subacuáticos que alimentan a los peces, que a su vez alimentan a las aves y a los osos, y a los hombres-mono de andares achaparrados.

Como podrás apreciar, nuestro juego entraña grandes dosis de estrategia.

*

A veces nos concentramos en la bola. A veces nos distraemos y erramos el tiro más simple, pero solo cuando es nuestro destino. Otorgo a Salomón el toro sagrado y él lo porta en su índice cuando subyuga a los *djinn* aulladores que asolan Egipto y Oriente Medio como una borrasca infernal, como un enjambre de avispas. Cuando decreta que erijan su templo, intento evitarlo con un tiro seguro, pero calculo mal, y fallo.

El sometimiento de los demonios obra bien su efecto hasta que el rey hechicero llega al trigésimo segundo espíritu, que claramente sobrepasa al soberano. Ha sido incapaz de prever la increíble ferocidad a la que pueden recurrir los diablos veteranos como Asmodeo cuando se les arrincona. La criatura adquiere forma en el pentáculo, un ser de tres cabezas, no más grande que un muñeco, a lomos de un dragón del tamaño de un gato que le sirve de corcel. La cabeza taurina muge, la cabeza de carnero bala, y la minúscula cabeza humana coronada que ocupa el centro deja escapar una oleada de terribles amenazas y un aliento pernicioso que colman la sala por igual. Cuando estampa contra las losas el pomo de su sanguinolenta lanza, el mago se aterra y salta hacia atrás, y así el talismán que cuelga de su cuello se desanuda por un extremo y cae tintineando al suelo. Para entonces, la cámara ya es pasto del llameante centelleo de unas salamandras arácnidas, y la construcción

se ha convertido en un pandemonio de gritos, en una catástrofe. Cierro mis ojos marmóreos y me marcho de allí.

Por tanto, ignoro lo que acaece después. Quizás al fundador del templo lo posean los *ifrits*, pero no es descartable lo que afirman los estudiosos rabínicos: que a Salomón lo arrojen a un desierto lejano y que enloquezca mientras el diablo triunfante le roba su aspecto. También es posible que Asmoday explote la ofuscación del rey para sembrar ideas destructivas en su intelecto, o puede que, sencillamente, el trigésimo segundo espíritu no haga nada en absoluto, y que todas las calamidades ulteriores provengan de Salomón y de nadie más. Solo sé que, cuando vuelvo a mirar, el primer Templo está acabado, con la malicia de los setenta y dos tentadores, aduladores y destructores codificada en sus columnas y sus líneas. Foco de las tres religiones más beligerantes del mundo, veo cruzadas, yihads y contraataques aéreos circunvolando los pilares de su estructura circular. Veo un nauseabundo y pulposo amasijo de hombres torturados, mujeres violadas y niños pulverizados escurriéndose por sus vetustos muros.

El rey Salomón. Menudo idiota más colosal.

*

Derek James Warner, de 42 años, es conductor en una de las mayores empresas de seguridad privada. Ansía que llegue la noche del viernes para salir en busca de algún bombón, y confía en que tendrá éxito pese a sus sienes plateadas, a haber puesto algún kilo de más recientemente, y a tener mujer y dos hijos, Jennifer y Carl.

Su esposa, Irene, se los ha llevado a la casa de su madre en Caister para pasar el fin de semana. Fue él quien los llevó hasta allí, pero se le olvidó descargar del maletero los flotadores de los niños y sus juguetes de playa antes de volver. A primera hora de la tarde, Irene ya lo ha abroncado por teléfono a cuenta del despiste. Pero le importa una mierda. No recuerda la última vez que se acostaron juntos, la última vez que le suscitó algún deseo. Por eso va a salir a merodear esta noche, por su culpa.

Se sienta en el sofá, ese que todavía sigue pagando pese a estar ya desgastado, y se recuesta junto al mando de la Xbox de Carl para fumarse un cristal de metanfetamina. Se lo ha pasado —tanto el vicio como el alijo— Ronnie Ballantine, otro conductor de la compañía para la que trabaja. Ballantine es maricón, aunque no se lo notas cuando charlas con él. Un tipo enorme, con dos enormes antebrazos curtidos al volante. Fue él quien le habló de los cristales de anfetas y de cómo te mantienen la polla recta toda la noche como si fuera un puñetero cincel. A Derek le interesa ese tema.

Apura el cristal, hace tintinear las llaves con impaciencia y se monta en el Ford Escort negro. Se siente como un robot asesino, o como uno de esos gladiadores que solían salir por la tele.[5] El nombre en clave que elegiría en ese programa estaría entre Dominador o Tarántula, no sabe decidirse. Capta movimientos por el rabillo del ojo, cosas que aparecen y desaparecen cuando trata de mirarlas fijamente, como si salieran de una partida de Whack-A-Mole,[6] pero en general se siente con suerte, se siente bien.

Ojo, chicas.

Aquí viene.

*

Lucia Joyce baila sobre el césped del manicomio. Su cuerpo contorsionado es una barca frágil, inmóvil en la quietud de un mar de hierba verde. Gira hermosamente sin avanzar, como si su raciocinio hubiera perdido un remo. Su travesía carece de destino, de puerto, de admiradores vitoreándola en el muelle, y ningún barco hace sonar la sirena cuando su nave asoma al fin en el horizonte. El comité de bienvenida ha muerto durante la espera, o bien se ha marchado a casa tras darla por perdida.

Papá, en vida, la ve como una obra en marcha y perpetuamente inacabada, como una obra maestra abandonada. Quizás algún día vuelva a darle una oportunidad, la remoce un poco e intente resolver las tramas encalladas, las frases incompletas, pero entonces

muere, y la deja varada en mitad de la información omitida, de las elipsis…

La familia de Lucia la ha editado, la ha reducido a una nota al pie de la trama, casi la ha suprimido del manuscrito. Su querido Sam sigue visitándola, claro, pero no la ama, o al menos no como ella creía que lo hacía, como ella quería que lo hiciera. Tal y como lo ve, eso también es culpa de su padre. Al hacer de Sam el hijo literario que siempre había deseado, transformó a ese hombre encantador en el hermano que Lucia ya tiene y que, para empezar, nunca pidió. Beckett la ama como a una hermana. Nada puede ocurrir ahora entre ellos sin quedar inmerso en una atmósfera de incesto; en un aire que Lucia ya no soporta respirar. Con todo, sigue pensando en el monzón de su pelo, en su larga y curtida mejilla, en la triste sabiduría marina de su mirada.

Lucia baila. Intenta reducir la complejidad de existir a un gesto, concentrar el mundo entero en cada giro y cada pirueta, su historia, el libro de su padre, el brillo cegador de las húmedas tejas de pizarra del sanatorio. Da pasos largos y deliberados, mece sus manos abiertas como si tratara de alisar los pliegues del espacio vacío que la rodea. Yergue el cuello y ofrece un perfecto perfil jeroglífico para que su público imaginario no repare en su ojo bizco. Bajo mi perspectiva, es perfecta, y el ligero desvío de ese globo ocular solo evoca la deficiencia visual que Miguel Ángel talla en su David; una mirada calculadamente desalineada que brinda la más agradable de las apariencias desde ambos flancos. Tal obra de arte no está pensada para ser admirada de frente.

Northampton la envuelve en sus brazos, honrada con su presencia: podría haber ido a cualquier parte, pero, en vez de eso, eligió fondear aquí tras su insatisfactoria gira por las clínicas europeas. Al final, baila fuera de tempo y del tiempo hasta el cementerio de Kingsthorpe, un poco más arriba de la casa de Michael Warren, y se asienta a dos o tres lápidas del mismísimo Finnegan, con Violet Gibson, que le disparó a Mussolini en la nariz y fue internada en el

hospital St. Andrew, no muy lejos de ella. Extática, Lucia danza ahora en las eternas pasarelas de Humánima. Ya no bizquea. Sabe bien hacia dónde marcha la obra, y sabe bien que no ha malogrado ni un solo paso.

*

Me mantengo al tanto del incesante debate sobre la teoría del «diseño inteligente», aunque, si uno suscribe la idea de finales del siglo xx de que la conciencia es una propiedad emergente, la polémica desaparece. Si la autoconciencia puede emerger de cualquier sistema que haya superado un cierto umbral de complejidad, ¿no es acaso el universo expansivo del tiempo y el espacio, por definición, el sistema más complejo que puede concebirse? Nótese que con esta observación no busco entrometerme en las creencias o las ideologías de los demás, sino simplemente hacer un comentario.

*

Atisbo a Alma Warren a los sesenta y pocos años, parada frente al caballete en su casa de East Park Parade durante 2016. Se aleja del lienzo, guiña los ojos, frunce el labio y lanza una mueca a cámaras inexistentes. Encorva su largo cuerpo hacia delante como si se cerniera sobre una presa, aplica una gruesa voluta de *impasto* color crema sucio sobre la cresta de una ola rugiente, y luego vuelve a retroceder con aire ensimismado.

La enorme imagen en acrílico forma parte de la serie en la que está trabajando en la actualidad, en principio para una exposición con el título provisional de *¿Paisajes?* Se trata de un conjunto de vistas panorámicas que en algún momento pertenecieron a la categoría indicada por el título pero que, ahora, se hallan en proceso de transformarse en otra cosa; es decir, en un estado más ambiguo. El cuadro que está pintando muestra un pub del extremo norte del paseo marítimo de Yarmouth, una estructura *art déco* de la década de 1930 bautizada como el Iron Duke. Aunque casi

ruinoso en el retrato, el establecimiento conserva cierta grandeza y cierta generosidad de espíritu, vestigios de un optimismo valiente y errado muy representativo de la década en la que se concibió.

En sus años mozos, esta beldad deteriorada se alza junto al North Denes, el atestado campamento de caravanas al que los padres de Alma y Michael los llevan casi cada verano de su infancia durante las dos semanas de parón en la fábrica. En sus ramblas saladas, o bajo las farolas de unos pubs exteriores alfombrados con berberechos, se topan con todos sus compañeros de Spring Lane y sus vecinos de los Boroughs, pues la inmensa mayoría de la clase obrera de Northampton acostumbra a trasladarse a la costa oriental durante la misma y largo tiempo ansiada quincena.

Ahora, en la pintura, el pub se sitúa a media distancia y ligeramente descentrado a la derecha. Los ladrillos rojo oscuro de los muros de su patio trasero se comban desde la masa central del edificio en un lento derrumbamiento, mientras que las cristaleras de los ventanales decorados permanecen sorprendentemente intactas. Alrededor del ajado conjunto solo se observan las aguas crecidas del mar del Norte. Con su jabonosa espuma gris, las pequeñas olas lamen el abanico de escalones que, bajo un pórtico derruido, conecta el salón del bar con el aparcamiento sumergido. La terraza desierta y su balaustrada curva se asemejan más al castillo de proa de un galeón encallado. Los percebes han colonizado los tramos inferiores de las canaletas descascarilladas.

Alma le ha conferido una textura singular a la roñosa albañilería de este pub hundido, pues ha moteado las superficies erosionadas con leves manchitas de un morado casi negro para que los muros parezcan picados por corrosiones longevas. Esta técnica, conocida como decalcomanía, la ha sacado del gran surrealista Max Ernst, y en este caso plantea un homenaje a su pavorosa y exuberante obra maestra *Europa después de la lluvia*. Perdidas al fondo de su cuadro, Alma ha sugerido las ruinas de un parque de atracciones costero repleto de montañas

rusas desmanteladas y norias esqueléticas cernidas sobre la línea de playa, con sus siluetas arácnidas apenas visibles a través de una difusa bruma matinal que ha creado empleando un pincel seco. Desea que la obra sea serena, triste e inquietante a la vez; pretende erigir el local y sus limpios contornos de estilo Bauhaus en un símbolo de lo frágil que resulta la noción humana de modernidad, derrotada por la primitiva sencillez del tiempo y la marea. Quiere que el espectador oiga las gaviotas, el chapoteo ocasional y la ausencia de máquinas o voces.

El salón de la planta baja que usa como estudio está abarrotado de libros y pinturas en distintas etapas de finalización, todos dispuestos al azar. Una arrugada y maltrecha edición de bolsillo de *El mundo sumergido*, la lírica crónica de un apocalipsis acuático a cargo de J. G. Ballard, yace abierta sobre el desgastado brazo de un sofá de cuero igualmente magullado. Una nube de hachís se arremolina bajo los techos altos. Han pasado diez años desde su exposición en los Boroughs. Es más famosa, desabrida y eremita que nunca. Se descubre identificada con la ruina de su cuadro, ambas caídas a pedazos y asomando pintoresca y notoriamente en un océano por lo demás plano y calmo, ambas aún decentes bajo la luz adecuada si uno aprecia este tipo de paisajes.

Pinta hasta bordear el ocaso y luego camina hacia el Marks & Spencer’s de Abington Avenue para comprar algo de comida precocinada. Sobre el campo de críquet, el cielo vespertino presenta la gradación de una limonada excesivamente diluida.

*

Me siento a contemplar todas las extinciones, todas las especies que alcanzan el fin natural de su extensión en la dirección oculta.

Semana sí, semana no, muere un lenguaje humano. Formas de vida bellas y únicas, con un intrincado esqueleto gramático y delicadas articulaciones sintácticas, que se debilitan antes de plegar sus finas alas adjetivales. Emiten

un frágil gorjeo postrero y se desploman en la incoherencia, en el silencio, para no volver a oírse jamás.

Una lengua muerta cada quincena. Una canción concluida. Oíd el alegre son.

*

Hay un canal de televisión exclusivo para moribundos que se emite a través del aire viciado y aséptico de las salas de día de las residencias y del crepúsculo de las alas de pacientes terminales. Las pantallas seniles garantizan la mejor recepción, pues en ellas la señal chisporrotea por diodos corroídos y sinopsis peladas. El logo de la cadena, blanco sobre el fondo negro de los párpados cerrados, representa un tosco juego de balanzas sobre el ribete ondulado de un camino estilizado. Como acompañamiento tenemos una fanfarria de cuatro notas de trompeta que hace las veces de sintonía.

Albert Good se incorpora en un sillón de su casa de Duston. Tras la cabezada que ha dado, se topa con la tele encendida y una suerte de culebrón ya empezado. Aunque es en blanco y negro, adivina de inmediato que se trata de una de esas series modernas que le traen sin cuidado, uno de esos programas de los miércoles por la noche, siempre llenos de embarazadas e insomnes. Se levantaría para apagarlo, pero se nota tan cansado últimamente que no tiene fuerzas, así que solo puede sentarse y mirar.

Parece que la producción solo ofrece al público un único decorado, una escalinata de piedra muy amplia que se alza bajo el enorme pórtico de una iglesia. Unas gigantescas columnas de piedra, hechas muy probablemente de contrachapado pintado, se ciernen a cada lado para encuadrar la escena. A su juicio, el conjunto es clavadito a la fachada de la iglesia de Todos los Santos aquí en Northampton, aunque deduce que, a lo largo y ancho de Inglaterra, habrá montones de sitios con un aspecto similar, todos erigidos por la misma época y con el mismo estilo. Entre los pilares góticos reina la noche. La única fuente de luz está emplazada para simular la de unas farolas en fuera

de plano cuyos haces se filtraran hacia el pórtico a través de una penumbra nacarada.

Sea cual sea la ciudad en la que se ambienta, diríase casi desierta tras el crepúsculo. En la cabeza de Albert, eso sugiere que la acción tiene lugar hace unos años, justo tras la guerra, antes de que los centros nocturnos de las urbes se volviesen árboles de Navidad llenos de adolescentes borrachos. La utilería y la escenografía transmiten ese íntimo ambiente de posguerra, uno que Albert solo ve ya en colecciones históricas de fotografías locales o en reimpresiones de la revista anual *Giles*, la genuina esencia de aquellos tiempos. Con cierta extrañeza, entrecierra los ojos ante la relativamente diminuta pantalla e intenta darle algún sentido a lo que está pasando.

En el centro de la escena, un hombre y una mujer, ambos de mediana edad, se hallan sentados sobre los fríos escalones de piedra. La pareja le resulta familiar, y está casi seguro de que ya los ha visto actuar antes. Ahora que lo piensa, puede que el hombre, vestido con una chaqueta a cuadros muy chillona, saliera en *Hi-de-Hi*! La mujer, que solloza de vez en cuando y lleva el abrigo abotonado hasta el cuello para protegerse del relente, tal vez sea Patricia Haynes de joven. Aunque aparentan estar casados y ocupan el mismo peldaño, hay demasiado espacio entre ellos. Cuando el marido se arrima a la esposa, ella reacciona por instinto y se aleja. Los diálogos son crípticos y escasos, con largos silencios entre preguntas y respuestas. Albert no pilla ni jota.

Aún más desconcertantes son los otros personajes del drama, cuatro o cinco figuras de ropajes estrafalarios que merodean bajo el pórtico tras el hombre y la mujer en primer plano. Pese a la extravagancia de su vestimenta y el volumen de su conversación, la pareja sentada no parece percibirlos. Al cabo, Albert deduce que esos otros actores, los que hablan en segundo plano, son fantasmas de algún tipo. Ven al matrimonio de vivos sentado en la escalera de la iglesia y comentan al respecto, pero los dos mortales no advierten a los espectros y asumen que están solos. Le

resulta perturbador. Le hace pensar en la cantidad de fantasmas que a buen seguro vagarán por cada acera y cada retrete público del país, cotilleando desde ultratumba toda conversación humana.

No quiere seguir viéndolo. Se gira y cierra los ojos. No es consciente del momento exacto en el que vuelve a dar una cabezada, pero luego se da cuenta de que ha debido quedarse dormido. Cuando se espabila, Lou ya ha vuelto con las compras. La tele no suena, así que concluye que su esposa ha debido apagarla al entrar. Ella le pregunta qué tal está y él le habla de la serie siniestra, o película antigua, o lo que fuera aquello.

—He estado viendo una serie de fantasmas que echaban por la tele. Si te soy sincero, no me ha gustado mucho. Me ha puesto la carne de gallina. Creo que no deberían poner esa clase de cosas por las tardes, justo cuando los niños llegan a casa del colegio. Es un escándalo. De hecho, estoy por poner una queja.

Lou ladea la cabeza como un pajarillo y lo observa detenidamente antes de lanzarle una ojeada al televisor, que está desenchufado, tal y como lo dejó al salir de casa. Chasquea la lengua en señal de resignación con su marido, le da la razón en que los programas de hoy en día son una pérdida de dinero público y se marcha a hacer un té para los dos. En menos de una hora, ya se han olvidado de la obra de misterio.

Cuando este arcano canal de televisión para moribundos cesa su transmisión, el único rastro que deja es el de un pitido agudo y casi ultrasónico que se percibe en el oído interno. Si paras ahora y escuchas con atención, podrás captarlo.

*

Los himnos religiosos, por supuesto, son de tremenda importancia, ya estén acuñados por William Blake, John Bunyan, Philip Doddridge o John Newton. Como tentativas de poesía trascendental dirigida a las masas, fertilizan los sueños y visiones que habrán de convertirse en los

mismísimos paseos de Humánima. Al perfilar el infierno y retratar el cielo, también erigen esos lugares ladrillo a ladrillo, estrofa a estrofa. Adelante, elevad voces y corazones, y regocijaos. Dadme un pedestal de armonías e ideas sobre el que actuar y desplegar mis alas. Dadme un lugar sobre el que alzarme.

*

Sé que soy un texto. Sé que me estás leyendo. Esa es la principal diferencia que existe entre nosotros: tú ignoras que eres un texto. Ignoras estar leyéndote. Lo que tomas por una vida soberana que recorres libremente es, en realidad, un libro ya escrito con el que te has quedado absorto, y no por primera vez. Cuando concluyes la actual lectura, cuando sellas la tapa del ataúd cerrando la contracubierta, olvidas de inmediato el esfuerzo de haberlo descifrado y vuelves a cogerlo, tal vez atraído por la asombrosa y heroica imagen de ti mismo que hay impresa en la portada.

Vadeas una vez más la glosolalia del inicio de la novela y esa acongojante escena del parto, toda en primera persona, descrita brumosamente como una confusión de nuevos sabores, esencias y luces aterradoras. Te recreas con júbilo en los pasajes de la niñez y paladeas el enérgico desarrollo de los nuevos personajes a medida que se incorporan, la madre y el padre, los amigos y familiares, los enemigos, siempre con peculiaridades memorables, con encantos singulares. Embriagado con estas proezas juveniles, te das cuenta de que lees de pasada algunos episodios posteriores por puro aburrimiento, que hojeas las páginas de tus días y saltas hacia delante, impaciente por llegar al contenido adulto y la pornografía que asumes que te aguardan en el siguiente capítulo.

Cuando estas resultan ser alegrías menos puras, menos abundantes de lo que suponías, te sientes algo engañado y bramas contra el autor por un tiempo. Para entonces, sin embargo, los temas capitales de la trama brotan a tu alrededor en la narrativa: locura, amor y pérdida, destino y

redención. Comienzas a entender la verdadera escala de la obra, su profundidad y su ambición, cualidades que se te habían escapado hasta ahora. Hay una aprensión incipiente, una sensación de que la historia podría no caer en las categorías que hasta ahora habías asumido, que eran las de la aventura picaresca o la comedia sexual. De manera alarmante, el relato supera las reconfortantes fronteras del género para adentrarse en el incómodo territorio del vanguardismo. Por primera vez, te preguntas si habrás intentado abarcar demasiado, si te habrás embarcado por error en una plomiza obra maestra, cuando lo único que pretendías era coger algo distraído, una lectura vacacional para el aeropuerto o la playa. Empiezas a dudar de tus aptitudes como lector, de tu capacidad para llevar a buen término esta fábula mortal sin perder la concentración. Y, aun si lograras concluirla, dudas de ser lo suficientemente astuto como para entender el mensaje de la saga, y eso si hay mensaje alguno. En tu fuero interno sospechas que se te escapará por completo, pero, pese a ello, no puedes sino seguir viviendo, seguir arrancando páginas del calendario, siempre urgido por esa cita de la cubierta que rezaba así: «Si vas a leer un solo libro en tu vida, que sea este.»

Hasta no sobrepasar la mitad del libro y acercarte a sus dos tercios no empiezas a dar sentido a varios detalles del texto que antes parecían aleatorios. Los significados y las metáforas comienzan a resonar; las ironías y los motivos se revelan por sí solos. Aún no estás seguro de si ya habías leído la obra o no. Hay elementos que te resultan tremendamente familiares, y tienes alguna que otra premonición esporádica acerca de la evolución de ciertas subtramas. A veces, las descripciones o las líneas de diálogo te suscitan una suerte de *déjà vu*. pero, en general, la experiencia parece nueva. Da igual que esta sea tu segunda o incluso tu centésima lectura: a ti te parece fresca y, de buena o mala gana, pareces estar disfrutándola. Es más, no quieres que se acabe.

Pero, cuando la concluyes, cuando sellas la tapa del ataúd cerrando la contracubierta, olvidas de inmediato el

esfuerzo de haber descifrado el libro y vuelves a cogerlo, tal vez atraído por la asombrosa y heroica imagen de ti mismo que hay impresa en la portada. Según dicen, es lo que caracteriza a las grandes obras: puedes visitarlas más de una vez y, aun así, seguir descubriendo cosas nuevas con cada relectura.

*

Si pudieras observar la casa aislada de la esquina de Scarletwell Street desde una perspectiva geométrica superior, entenderías las complejas e improbables vicisitudes que tuvieron que darse para que el edificio siguiera en pie incluso después de que la hilera de la que una vez formó parte fuera demolida. Vista a la luz de los hechos y cronologías que sustenta, queda claro que esa vivienda solitaria es una estructura de carga. Es sostén y piedra fundamental de un instante y ocasión específicos, y no puede derribarse antes de esa fecha, en concreto de esta noche, viernes 26 de mayo de 2006. Hacerlo sería imposible. Desde una dimensión más elevada, la razón resulta obvia: sencillamente, la construcción del tiempo no lo permite. Esa demolición era una que jamás había de suceder; no, al menos, hasta el momento adecuado.

En la luz ambarina del salón delantero se sienta quien ocupa el edificio, el Vernall responsable de esa esquina específica. Mientras murmuran un tema de jazz, aguardan el frenético aporreo de la puerta de entrada, que será heraldo de su visitante celestial. Esta es la noche señalada. Lo dicen las cartas, los posos de té. Lo único que tienen que hacer es sentarse a esperar su sino, su destino, y ver cómo este llega marchando.

*

Veo el mundo, y a través de un velo de prosa, o pintura, o canciones, o celuloide, el mundo me ve a mí.

La alhaja esmeralda del planeta, anidada en un almohadón

de terciopelo negro propio de una joyería y espolvoreado con lentejuelas, no es el mundo. Igualmente, los miles de millones de simios con postura erguida que retozan sobre la superficie del planeta tampoco son el mundo. El mundo no es más que la suma de vuestras ideas acerca del mundo, de vuestras ideas acerca de vosotros mismos. Es el espejo vasto, barroco e intrincado que construís como barricada frente al abrumador caos fractal del universo. Se compone de los asuntos de la imaginación, de filosofías y economías, de la fe que flaquea, de vuestros propios planes egoístas y vuestras coloridas nociones del destino. Es una ilusión veleidosa tejida para amenizar las noches de hambre del Neolítico, una fantasía optimista acerca de cómo podría vivir la humanidad algún día, un cuento de campamento que os contáis junto a la fogata para luego olvidar que es un cuento que os contáis; uno que os habéis inventado y que habéis confundido con la realidad. La civilización es vuestro primer relato de ciencia ficción. Se os ocurrió para tener algo que hacer, algo que os distrajera durante los siglos venideros. ¿No lo recuerdas?

Por mucho que se manifieste materialmente en castillos, hospitales, sofás y bombas atómicas, el mundo se asienta en los confines inmateriales de la mente humana, se alza sobre un paradigma etéreo sin substancia real. Y si esos cimientos no aguantasen, si por ejemplo se basara en alguna errada percepción del universo que no encajara con las observaciones posteriores, entonces todo el artefacto caería en el abismo de la inexistencia. Tanto en términos constructivos como ideológicos, el mundo es de todo menos firme. Siendo franco, es una trampa mortal muy precaria, y posee una enorme retahíla de regulaciones sanitarias y de seguridad. Yo no hago las normas, que conste.

Yo soy un albañil. Como podrás apreciar, eso entraña muchas tareas de demolición. Tu mundo, el modo en que os veis a vosotros mismos o vuestras nociones más básicas acerca de la realidad son el resultado de una mano de obra

poco cualificada, la labor de unos vaqueros salvajes. Presenta serios deslizamientos; una podredumbre seca en sus fundamentos morales. Hay que echarlo abajo por completo, y no va a ser barato.

¿Te suena de algo la expresión «Zona de derribo»?

*

Ideas sobre el yo, ideas sobre el mundo, la familia y la nación, verdades de fe religiosa o científica, vuestros credos y monedas: una a una, caen estas preciadas estructuras.

Whooomff.

Whooomff.

Whooomff.

UNA MAÑANA FRÍA Y HELADA

Alma Warren, apenas levantada de la cama y desnuda frente al monstruoso espejo del cuarto baño, contempla adormilada la piel fofa de sus cincuenta y tres años, aún con veleidades de picarona. En la escala de sus delirios, esta vanidad persistente le resulta casi heroica, pero está lista para enfrentarse a los hechos, porque tiene la certeza de que los hechos gritarán y saldrán corriendo. A fin de cuentas, siempre ha sido temible.

El enorme baño cuadrado, con sus esquinas de yeso redondeadas, es un cubo achatado de vaho gris que se alza desde la sima de dos metros y medio de una bañera llena, un ostentoso bote salvavidas hecho de fibra de vidrio y con cercos en el borde. Sometido cada mañana a este sofocante clima tropical durante, por lo menos, los diez últimos años, el revestimiento de papel de la cámara, azul veteado de oro, ha empezado a desprenderse de la curva del techo, marchito en su amanecer invernal. De igual modo, en el fondo de la propia bañera gigante, los sopladores de un jacuzzi sin estrenar han perdido su esmalte dorado para lucir el insípido gris metálico subyacente. En efecto, Alma jamás ha tenido el don de mantener bonitas las cosas.

Coge una bomba de baño del frutero de cristal verde que hay en la encimera —olor a Jazmín de Hadas, venida de las fragancias del Lush del Centro Grosvenor—, la arroja distraídamente a las profundidades del agua caliente y se solaza como una cría con la espuma de destellos azul metálico que brota de los efluvios efervescentes. Sus manos, mejillas, cabellos y nalgas van a vestir lentejuelas los próximos días, pero, por el lado positivo, será como vivir a principios de los setenta. Se encarama a la orilla de esta

laguna miniaturizada y compacta, adopta la pose de una saltadora de trampolín, y se concentra en el vapor hasta imaginarse la bañera como un embalse colosal visto desde cientos de metros. Hace el amago de ejecutar un tirabuzón, pero luego cambia de idea y se desliza cuidadosamente hacia el agua al estilo convencional. Esta extraña pantomima la hace cada día sin saber por qué. Solo espera que nadie se entere jamás.

Se frota el cuerpo con un jabón aromático de color rosa porcino seleccionado de entre los surtidos de Woolworth's, y después se enjuaga y recuesta en el calor y la espuma hasta que solo su cara aflora en la superficie, como una máscara flotante. Su larga melena es un nenúfar que vaga alrededor de su cráneo titánico, y así, empapada y lacia, escucha los repiques tenues y submarinos de su lecho fluvial, el goteo rítmico del grifo dorado y descascarado, el rasgueo amplificado de sus uñas contra las paredes moldeadas de la gran tinaja. Se siente cómoda de esta manera, reducida a nada más que un rostro a la deriva, con el resto de su ser oculto bajo las burbujas y el azul iridiscente de los cúmulos en suspensión. Esencialmente, es la misma estrategia con la que afronta la vida, ya que le confiere la ventaja del factor sorpresa: bajo la pompa y el centelleo podría haber algo… o podría no haberlo, ¿verdad?

Tras un minuto de inmersión amniótica, y con el pelo convertido en una coma untuosa y alargada sobre sus escápulas, se sienta de nuevo, se cubre la palma con una ración salina de champú viscoso, y se embadurna el cuero cabelludo con este lodo arenoso. La etiqueta del producto promete a sus usuarias un volumen brillante capaz de parar el tráfico, aunque Alma no recuerda la última vez que paró el tráfico en el buen sentido. Moldea su cabello hacia delante en un tupé rígido y saponáceo cuyas puntas gotean a unos buenos veinte centímetros de su frente, le murmura algo así como «Moshes groshes» a la bruma húmeda, y acto seguido se lo aclara todo empleando la alcachofa de la ducha, también dorada y descascarada. Si el Rey hubiera

nacido mujer y llegado a madurita, ella sería su viva imagen, o eso, al menos, es lo que le gusta pensar.

Cuando los mechones chirrían como cuerdas de violín, cierra el grifo, se echa hacia atrás, y deja que su cabeza empapada se escurra en la toalla doblada que ha colocado, previsoramente, en uno de los extremos angulosos de la bañera colosal. Estirada e inmóvil cual monarca egipcia fallecida en un sarcófago anegado, recubierto de purpurina por algún insondable propósito ritual, Alma revisa el estado actual de sus pensamientos en esta mañana de viernes. Cerca de la superficie, una capa tormentosa de ira y rencores irracionales decae gradualmente hacia este interludio espumoso entre los Shreddies del desayuno, la precavida aspirina diaria y sus lácteos probióticos, ya devorados, y su primer canuto del día, aún pendiente. Bajo esta veta de mugre furibunda y residual yace un estrato tedioso, eficiente y secretarial que enumera todo lo que ha de hacer hoy, viernes 26 de mayo de 2006: terminar *Collar insigne*, pagar un impuesto municipal traicionero y chupasangre, ir al banco y visitar la pequeña guardería próxima a la iglesia de Doddridge para verificar que todas las piezas hayan llegado sanas y salvas de cara a la exposición de mañana. Ah, y comprar comida en el centro, porque en el frigorífico solo quedan salsas exóticas y condimentos un tanto raros, sin duda adquiridos en un estado alterado de conciencia. Quizá se pase por el HMV del Centro Grosvenor para ver si ha salido la nueva temporada de *Te Wire*, y tal vez rastree las estanterías de curiosidades locales de Waterstone's en busca de fotografías de barcazas sepia sobre un río marrón cervecero, con oleadas ratoniles de críos en traje de baño de los años cincuenta corriendo hacia la cámara, chapoteando en las riberas poco profundas de los estanques de Midsummer Meadow.[7]

Bajo este nivel organizativo relativamente pulcro, los mecanismos y engranajes de su proceso creativo rotan sin cesar. Se dedican a revisar ansiosamente las imperfecciones menores de sus piezas acabadas —verbigracia, el peón

albino central de *Obra en marcha*, que mira al público por encima del hombro con ojos que quizá sean demasiado severos y pavorosos— o a cernirse pacientemente sobre posibilidades para cuadros aún por llegar. Tiene una idea nebulosa que implica rastrear parajes ya retratados por grandes paisajistas de antaño y recrearlos con la misma técnica, solo que con autovías atestadas de coches y alteraciones contemporáneas, todas plasmadas al estilo clásico en óleos lustrosos y barnices esmerados, congelando un presente degradado con la mirada implacable de un pasado más capaz. La noción tiene algo que la atrae, pero en su planteamiento actual resulta demasiado obvia y facilona. Además, antes de irse a dormir esta noche ya se le habrán ocurrido cinco ideas igual de buenas o mejores. Su atención deambula de un proyecto a otro casi sin parar, y lo hace hasta cuando otras áreas de su conciencia se hallan enzarzadas en sus propios asuntos cruciales, como, por ejemplo, el de fingir que la persona con la que esté hablando tiene captado todo su interés.

Inferior al incasable y productivo taller de la planta baja de su mente, encontramos el sótano, un vasto complejo lleno de monitores, más propio de una supervillana, en el que una parte de su intrincadísima personalidad se sienta en una silla giratoria frente a una legión de pantallas en movimiento para ponderar sus planes demenciales. Entre ellos, y a la cabeza, influir en el desarrollo cultural mediante la introducción sutil de ciertas ideas extremas que, en caso de seguirse masivamente, precipitarían casi con total certeza un colapso psicológico apocalíptico generalizado. Loca de antemano como está, esto satisfaría su ambición de llevarse consigo a todos los demás. Aparte, y por descontado, está el proyecto actual de burlar a la muerte, que progresa la mar de bien. Sentada en esta guarida imaginaria, se carcajea y maquina a placer, aunque no acaricia ningún gato, eso sí, porque anticipa que las obvias y previsibles bromas sexuales menoscabarían severamente su talla como villana. En su lugar, cuando las circunstancias así lo requieren, prefiere atusar un

escandaloso gallo de cresta roja.

Al descender aún más, hallamos las catacumbas *jungianas* de la alquimia, la cábala, la numerología y el tarot, residuos paranormales resultantes de una preocupación por lo oculto aún activa. Decodifica el día que la rodea según las tablas de correspondencias de Cornelio Agripa, el doctor Dee, Aleister Crowley y todos los prohombres místicos. Hoy es viernes, *friday*, *freitag, vendredi*, día del planeta Venus y del número siete, un buen día para todo lo femenino. Sus colores son tres tonos de verde con el ámbar como complementario. Su perfume es el aceite de rosas, y su metal, el cobre. Esta zona específica de la conciencia de Alma se permite distraerse productivamente con la idea abstracta tangencial de las rosas, y lo hace siguiendo un débil hilo de asociaciones libres que comienza con Diana Spencer y *Goodbye, England's Rose*, el panegírico afectado que John y Taupin le dedicaron a la Monroe, reelaborado para encajar con otra rubia muerta a causa de las cámaras, la ambición errada y la traición. Mick, el hermano de Alma, vio el cortejo fúnebre que trajo el cuerpo a casa por aquella carretera veraniega, las flores arrojadas marchitándose sobre el capó, vívidas contra el anodino gris plomo de la carrocería. Silencio absoluto de la multitud a ambos lados de la calzada. Northamptonshire, rosa de los condados. La rosa proviene de Turquía, donde solo existían las variedades roja y blanca, y en Europa la introdujeron los cruzados a su vuelta, muchos de los cuales regresaron aquí, a la ciudad en la que empezaron las cruzadas. La flor y sus dos tonos distintivos se volvieron tan populares que las casas de Lancaster y York las acabaron convirtiendo en su símbolo, y su conflicto posterior quedó zanjado en la batalla de Cow Meadow, entre Beckett's Park y Delapré, al otro lado del río. Sangre y rosas, un motivo recurrente en la tela estampada de la fangosa falda de Northampton.

Un poco más abajo están los sentimientos de Alma, su componente emocional, un sustrato mucho más luminoso y menos pesadillesco de lo que las apariencias dan a

entender. En este piso, vivos o muertos, todos sus familiares, mascotas y amigos retozan en recreaciones de sus momentos más preciados, ya sean un sueño, su primer beso, o esa tarde rara a los nueve años, cuando atajó a casa por los pisos de Greyfriars hacia Scarletwell Street y percibió el arbusto, la oruga colgante y solitaria. Aquí es a donde redirige todas sus experiencias positivas para su almacenamiento a largo plazo. Las negativas sirven para alimentar a una cosa horrible de ojos turquesa, encerrada en una cerca tras el área de recreo, a la que solo saca a pasear en ocasiones especiales.

Y por fin, en lo más hondo, yace el alma de Alma, la Realidad de sí misma que no puede expresarse, un artefacto encantador e ingeniosísimo, mas también un tanto fanfarrón y poco práctico. Esencialmente, es la de una niña de siete años con una mente seria pero imaginativa, muy lista, y ahora mismo se disuelve dichosamente en las corrientes perfumadas de jazmín, espolvoreadas de zafiro, de un baño abrasador.

Cuando el sentimiento de culpa de su conciencia proletaria empieza a punzarla por este capricho de famosilla menor —lo cual solo tarda unos minutos en ocurrir en esta bañera de tamaño absurdo—, Alma se levanta de un brinco y quita el tapón. Salta del baño e intenta secarse y ponerse la ropa antes de que el agua termine de vaciarse con un gorgoteo, un hábito que desarrolló por mera eficiencia, pero del que se percató hace mucho que solo formaba parte de una locura personal bastante común. Mediante el sencillo método de prescindir de ropa interior, logra el triunfo de acabar de vestirse mientras los últimos cúmulos de espuma y purpurina orbitan alrededor del agujero negro del sumidero, y después cuelga el albornoz de la barandilla y se lanza escaleras abajo. Son las siete y media de la mañana, hora de emprender la convulsa y exigente misión de tratar de intimidar a los otros habitantes del planeta. No es que esta tarea autoimpuesta le resulte especialmente difícil, pero son muchos, y el tiempo escasea.

Abajo, en mitad de un caos de libros raros y lienzos inacabados que solo la confortan a ella, llena su hervidor de la era espacial y enciende su fantasmagórica luz azul antes de sentarse en el sillón a armar su primer canuto. Estos artículos largos y ostentosos, certeramente bautizados por Alexei Sayle, rollo de una noche, como «compensadores de pene de veinte centímetros marca Gauloise», son un vestigio de sus días de juventud, cuando en las fiestas a las que aún iba se liaba unos porros tan grandes como para hacerlos circunnavegar una sala abarrotada de gente y que le siguiera quedando algo. Cuando su sordera parcial y su creciente hastío del alcohol la llevaron a dejar las fiestas y a fumar más a menudo trabajando a solas, simplemente se olvidó de modificar el tamaño. No es que sea una drogata glotona ni nada de eso.

Después de pegar diez papelillos de liar de la marca Rizla en una claudicante bandera blanca y de añadir el relleno de tabaco, calienta la punta roma de una barra de hachís con su mechero Zippo. Es probable que esta variedad, que en su adolescencia habría reconocido como procedente de Afganistán o Pakistán, se haya rebautizado como Taliban Black para ajustarse a la situación actual. Mientras pondera el asunto, desmenuza sobre el tabaco la resina aún humeante, y en el proceso se quema el pulgar y el índice izquierdos, ya casi insensibilizados. Seguidamente, un gesto de pellizco y enrollado de alfombras, un raudo lametón al borde adhesivo, un giro en una punta, la pulcra inserción de una cartulina enrollada en la otra, y todo antes de que el hervidor de orgón y su luz azul fosforito dejen de burbujear en la cocina. Vierte y salpica el agua hirviendo en una taza tremendamente descolorida con el lema «la mejor en todo», guía el torrente sibilante para que caiga en el centro gris de una bolsita de té circular, y la hincha satisfactoriamente en una almohada de calor atrapado. Con una cuchara, estruja hasta la última gota de fluidos vitales contra un lado de la taza, y a continuación se deshace de la carcasa, exhausta y humeante, en un cubo de pedal convenientemente abierto. Obvia la leche y el azúcar —sus

brebajes los prefiere «como los hombres, oscuros y amargos»— y transporta el recipiente, colmado hasta el borde, de vuelta al salón, el sillón y su expectante porro de contrabando.

Detrás tiene una vidriera arqueada con las posiciones de las esferas cabalísticas marcadas mediante astros áureos contra un fondo azul regio gradado a aguamarina. Mientras se enciende el canuto, el sol bajo que incide sobre la ventana trasera de la sala atraviesa el panel y la baña en un fulgor amarillo y cobalto. Las estrellas pintadas tiñen de yema de huevo el resplandor cian de su pelo mojado. Retiene el humo un instante, se reclina y lo exhala hacia el índigo rampante, y lo hace recreándose en su propia identidad, en el gozo incesante y la sensación placentera de ser, sencillamente, ella misma.

Mientras la cámara brumosa de su conciencia comienza a calentarse, a cobrar vida a medida que sus turbinas alcanzan la velocidad operativa habitual, extiende la mano hacia la página impresa más cercana para que sus procesos mentales, ahora en rápida aceleración, tengan algo en lo que concentrarse. El texto en cuestión resulta ser el último número de *New Scientist*, datado el 4 mayo y abierto en mitad de un artículo fascinante sobre su filósofo científico favorito, que responde al hermoso nombre de Gerard ‘t Hooft y cuya crítica de la teoría de cuerdas la impresionó sobremanera. Al parecer, Hooft ha formulado una hipótesis que resolvería de una vez los dilemas de la indeterminación cuántica en caso de demostrarse. De hecho, si lo ha entendido bien, los resolvería negando su existencia. Lo que el filósofo aparenta sugerir es que existe un nivel más profundo y fundamental, aún por descubrir, subyacente al misterioso mundo cuántico. Hooft predice que, en cuanto desarrollemos microscopios de efecto túnel capaces de revelar esta capa de la realidad antes ignota, comprobaremos que la idea de Heisenberg de que las partículas existen en una amplia variedad de estados hasta que las observamos solo es una ilusión fruto de la confusión.

Leyendo el asunto entre sorbos alternos de té y hachís, Alma deja escapar la risotada gutural de una ogresa que acabara de averiguar dónde se esconden los niños. Sabe reconocer una idea peligrosa y bien razonada cuando la ve, y la propuesta de Hooft le parece una de las bombas conceptuales más ingeniosas que jamás haya leído. Los atractivos de la idea brillan por sí solos. La indeterminación cuántica es el escollo que impide solventar fácilmente las enormes discrepancias entre las observaciones del mundo cuántico y las del universo clásico erigido por Einstein, Newton y el resto. Si las diminutas partículas subatómicas se comportan según las leyes *lewiscarrollianas* que rigen la física cuántica, entonces, ¿por qué las leyes que gobiernan las estrellas y los planetas son totalmente distintas? Hasta ahora, todos los intentos de reconciliar el microcosmos cuántico con el macrocosmos clásico pasaban por el extravagante comecocos de la teoría de cuerdas, por nociones que requerían de diez a veintiséis dimensiones adicionales para que los cálculos matemáticos cobraran sentido.

Eso no quiere decir que los teóricos de cuerdas anden errados, pero, a su juicio, su planteamiento suena un tanto desordenado y superfluo. En cambio, si Hooft está en lo cierto y no hay indeterminación cuántica, el problema se esfuma, y abre paso a una teoría del campo unificado capaz de explicarlo todo sin recurrir a postulados exóticos que arrojen más preguntas que respuestas. Los motivos por los que muchos científicos considerarán irresistible la hipótesis de Hooft los tiene claros, pero eso nos dejará otra espada de Damocles: si no hay indeterminación cuántica, tampoco hay libre albedrío. Ese y no otro es el problema de fondo, y en su opinión tiene el potencial de lograr que las disputas ya existentes entre el cristianismo y la ciencia palidezcan en comparación.

Por eso se ríe al leerlo. Por el tema del libre albedrío y el jaleo que arman todos al respecto, incluso pensadores que le inspiran el máximo respeto. Alma, tras haberse tirado un año entero trabajando en la visión cercana a la

muerte de su hermano Warry, se siente muy cómoda con la predeterminación, con la idea de que la vida es una gran recurrencia que experimentamos una y otra vez, invariable y eterna. En este tiempo, eso sí, ha averiguado que tanto Nietzsche como Austin Osman Spare, artista y mago de Brixton, y también uno de sus ídolos, ya habían formulado antes casi el mismo concepto, aunque luego se retractaran por la negación implícita del libre albedrío.

No sabe a qué viene tanto escándalo, la verdad. Está convencida de que el libre albedrío no es necesario siempre que exista una ilusión sustentable y equivalente que evite que la gente se vuelva loca. También opina que nuestra percepción del libre albedrío depende de la escala a la que observemos el fenómeno. Obviamente, resulta imposible predecir con exactitud lo que le ocurrirá a un solo individuo en, por ejemplo, los próximos cinco años, así que este hecho parece apoyar el argumento de que el libre albedrío y el futuro no están escritos de antemano. Sin embargo, si consideramos un gran grupo de personas, como los pocos miles de almas que pueblan los Boroughs o cualquier barrio deprimido contemporáneo, nuestras predicciones se tornarán sencillas y escalofriantemente precisas. Podremos establecer, casi con total certeza, cuántos enfermarán, cuántos serán apuñalados, cuántas se quedarán encinta, cuántos perderán el trabajo o la casa, a cuántos les tocará un premio menor en la lotería, cuántos maltratarán a sus parejas o a sus hijos, y cuantos morirán de cáncer, de una insuficiencia cardiaca o de un simple accidente imprevisto. Sentada en la vívida luz azul mientras se termina el cigarrillo, se le ocurre que este es el mismo dilema al que se enfrentan los físicos, solo que trasladado al contexto de la sociología. ¿Por qué el libre albedrío, al igual que la indeterminación cuántica, solo resulta evidente cuando observamos el microcosmos de una sola persona? ¿Adónde se esfuma el libre albedrío cuando redirigimos la mirada hacia las grandes masas sociales, hacia esas poblaciones que son las equivalentes de las estrellas y los planetas?

Alma deja la revista a un lado, aplasta el porro y

empieza a liarse otro. La taza de té nigérrimo, de la que solo ha consumido tres cuartos, se le ha enfriado, y sobre su superficie se ha formado una especie de piel con pequeñas pecas parduzcas. Ahora que su pelo ya no gotea, se pondrá a trabajar en unos minutos, pero antes se hará otra.

Rumiando todavía el tema de Gerard ‘t Hooft, vaga por el siguiente tramo de tiempo hasta descubrirse parada junto a su caballete al lado de la ventana, con una taza humeante recién rellena sobre la mesa alta que tiene al lado, cerca del cenicero, y con su segundo porro sobresaliendo del labio, aún apagado. Sostiene un pincel doble cero en su mano derecha, inerte y horizontal como la lanza enhiesta de una cazadora selvática armada de paciencia, impertérrita, confiada en que su presa se moverá antes que ella. La imagen o línea que busca se delatará por sí sola, y entonces, su hoja corta la herirá de lleno, con la punta empapada de un color venenoso.

En el caballete descansa la última pieza que ha de rematar antes de que la exposición abra sus puertas en la guardería mañana por la mañana. La naturaleza precipitada de la pintura se debe a que no se ha decidido a incluirla hasta última hora. Titulada *Collar insigne*, supone un colofón, una suerte de epílogo visual de las obras precedentes. Muestra una figura exenta que posa de pie como en un retrato oficial del consistorio, recortada contra un prado indefinido y ondulado de un puntillismo verde casi palpable, de un ardor esmeralda profundo. El imponente sujeto, cuyos rasgos siguen inacabados, se yergue envuelto en una túnica ceremonial extraña y ornada que oculta los contornos de su cuerpo, sea este masculino o femenino. A falta de un rostro terminado en el que fijarse, la mirada del espectador se centra en el tejido exótico y torrencial de la toga, que vista de cerca parece ser el tema principal de la pintura. Su diseño intrincado contiene viñetas de bordes irregulares con escenas muy detalladas, enlazadas por una filigrana dorada de líneas ramificadas, y que no son sino un mapa magníficamente iluminado del viejo barrio de Alma, de Sheep Street a St. Andrew’s Road,

de Grafton Street a Marefair. El dobladillo decorado presenta un motivo a base de baldosas, todas con fisuras y desgastes distintivos, delimitadas por vetas de un musgo verde intenso. Los gemelos de las mangas son conchas de caracol cosidas. La iglesia de Doddridge, plena de puritanos sermoneadores, parece pintada o bordada en los plisados de la prenda mediante imágenes isomorfas, con la escuela Spring Lane y Scarletwell Street deslizándose por un pliegue colgante hacia la sombra de las arrugas.

Ataviada con su pasmoso manto de mapas, la figura impresionante alza las manos en señal de bienvenida o bendición. En torno al cuello, en un gris apagado que contrasta llamativamente con el desafuero cromático de las vestiduras que la rodean, lleva la tapa abollada de una vieja cacerola a modo de medalla, trabada a una aparente cadena de baño.

El único problema que le suscita la pieza es que se ve incapaz de decidir las facciones que debería exhibir este espléndido tótem de los Boroughs. ¿Las de Philip Doddridge, quizá? ¿Las de Charley el Negro? ¿O las de esa lechuza dulce y rotunda que era su querida tía Lou, fallecida en plena tormenta eléctrica? No, no, eso sería un error, un pegote en un cuerpo ya acabado con proporciones distintas. Suelta su pincel vacilante, coge el porro y prende el papel enroscado de la punta. Una o dos caladas después, devuelve la columna humeante al cenicero y retoma el pincel, ahora con la decisión tomada.

Las siguientes dos horas las pasa trabajando en la cara hasta quedar satisfecha, y luego dedica otra media hora a maravillarse ante la obra terminada, a deleitarse en su propia magnificencia. Finalmente, su vanidad la agota. Cree haberse ganado un descanso.

Se yergue con un gemido ciático teatrero y se dirige encorvada hacia la cocina, donde fríe unas lonchas de *halloumi* mientras un par de panes de pita se inflan y engrosan en el horno. Cuando las gruesas rodajas de queso adquieren un moteado coriáceo y autumnal, las saca de la sartén, las cuela en los pliegues del pan caliente y las

adereza con una ensalada de hojas mixtas y unos tomates guillotinados. Es incapaz de comer *halloumi* sin sentir que se descarría de la senda vegetariana. La primera vez que cató esta exquisitez griega décadas atrás, su carácter fibroso y salado la llevó a asumir que debía ser un pez en peligro de extinción de las aguas chipriotas, y aunque ahora sabe bien lo que es, no puede sortear el escalofrío de estar probando una carne deliciosa y prohibida con cada bocado metódico, y diría, de hecho, que lo prefiere así.

Después de devorar la incierta comida representada por esta fritura rápida —tentempié de media mañana, *brunch* o *almueryuno* (término de su cosecha)—, Alma se deshace del plato y se lía otro canuto. Ha terminado *Collar insigne* una hora antes de lo previsto, así que tiene tiempo de picotear alguno de sus otros proyectos, como quizás el de escribir anotaciones de estilo autista en laboriosas letras mayúsculas por las páginas expeditas de sus muchos cuadernos de trabajo. La letra corrida nunca ha sido su fuerte. Al igual que atarse los cordones siguiendo el método habitual, es una habilidad con la que experimentó problemas iniciales y de la que desistió casi enseguida, resuelta y empecinada en dar con su propio enfoque de las cosas y atenerse a él sin importar que su desacierto fuese palmario. Esta decisión formativa, tomada a los siete años, fue la que moldeó toda su existencia posterior. En una entrevista reciente, le preguntaron si la convulsión política de los sesenta fue lo que conformó el individualismo feroz con el que encara la vida, y su desconcertante respuesta —«No, fueron los putos cordones»— se convirtió, al parecer, en objeto de gran especulación en unos foros de internet que nunca ha visto, pero de los que sí ha oído hablar.

Acurrucada de nuevo en el sillón, y envuelta en su nido de volutas de vapor rizado, coge de la atestada mesita de café de su izquierda el cuaderno en cartoné más cercano, se asegura de que esté en blanco, y agarra de paso el bolígrafo azul con más tinta visible. Pergeña unas pocas líneas de la posible autobiografía que está barajando escribir, actualmente limitada a uno o dos párrafos sobre su abuela

May, y a la que le ha puesto el título provisional de *Éramos pobres, pero caníbales*. Compone los encabezamientos de una docena de capítulos con frases que le resultan divertidas, resonantes, o inteligentes en su petulancia, y al lado añade anotaciones diminutas con ideas, anécdotas o sugerencias para cada sección. Los detalles concretos y el meollo de las cosas ya los resolverá después sobre la marcha, cruzando los dedos.

Convenientemente satisfecha e incipientemente aburrida tras media hora de trabajo, aparta el cuaderno y pilla el libro, revista o cómic más a mano. Se trata de un número de *Forbidden Worlds* en una bolsa de polietileno, el #110, fechado en marzo-abril de 1963 y editado por la largo tiempo extinta ACG, o American Comics Group. Harta y asqueada de la adolescencia postergada que apareja la actual industria del cómic, las publicaciones de esta época son casi las únicas que admite en su hogar.

Suavemente, Alma extrae el frágil cuadernillo de su funda de plástico añejo para ojear el frontal y la trasera de la cubierta, consciente de que son una auténtica mierda. La contra la ocupa el anuncio en blanco y negro de un impresionante catálogo de artilugios de la casa Honor House Productions, promocionado con el aguerrido lema «cofre del tesoro de la diversión». Esa diversión parece implicar aturdir a los adultos a base de ventriloquia, asustarlos con un mechero-pitillera que «replica una Browning automática», o acrecentar su ansiedad nuclear con una Bomba Atómica de Humo: «Prende una y observa la columna de humo blanco alzándose hacia el techo, formando el champiñón denso y nuboso de una bomba H». Por solo veinte centavos. También disponen de silbatos silenciosos para perros, lecciones de jiu-jitsu que te prometen que «tú también puedes ser fuerte», una baraja de cartas marcadas, y unas «gafas retrovisoras» descritas concisamente: «Te permiten ver a quien tengas detrás sin que sepa que lo estás espiando, algo de lo más útil en ciertas ocasiones». Excepto para sacar su enorme cabezota de un callejón sin salida, le cuesta imaginar con precisión

en qué tipo de eventualidades podrían serle «de lo más útiles» unas gafas espejadas de este tipo, así que se centra en la portada, con su color cítrico, el desmedido sello de aprobación de la otrora importante Comics Code Authority, y el «9d» negro de un quiosco británico estampado sobre el logotipo planetario.[8]

La ilustración de portada, a cargo de un dibujante que no reconoce, es una clara pieza genérica sacada del repertorio clásico. Retrata a un monje con aires de matón envuelto en una túnica verde con capucha, haciendo muecas desde el reflejo de una bola de cristal adivinatoria. Un cartucho celeste superpuesto a la imagen intenta justificarlo aduciendo que la siniestra figura del orbe «solo es una» de las muchas amenazas a las que Herbie, único personaje regular de la antología, deberá enfrentarse dentro. Sortea dos o tres relatos anodinos de extrañas aventuras, llega a la parte final de Herbie —única razón por la que conserva este tebeo maltrecho— y descubre la treta que preveía: no hay ni rastro del monje verde en la historieta de diez páginas, que se titula *Herbie y el aceite para ensaladas Sneddiger* y es una de sus favoritas.

Al protagonista lo crearon unos pocos números atrás para una historia en principio autoconclusiva. Sin embargo, los lectores se quedaron intrigados con este esférico y solemne escolar pelado al tazón, con gafas de concha, inesperados poderes sobrenaturales y una fijación inusual por las piruletas con sabor a frutas. Debido a su acogida favorable, el personaje empezó a aparecer con mayor frecuencia a partir de entonces, siempre embutido en un atuendo característico de estrafalaria ropa adulta miniaturizada: pantalón azul, camisa blanca y corbata negra, un aspecto del que no todo el mundo saldría airoso. Tras el *Forbidden Worlds* #110, Herbie se independizó en una cabecera propia en menos de un año, y Alma posee casi la colección completa.

Esta singular compulsión se debe principalmente a su querencia por Ogden Whitney, el obsesivo y peculiar dibujante de la tira. El estilo gráfico de Whitney, que

llevaba en el negocio desde la década de 1940, se las arregló para llevar la asfixiante sosería suburbana a extremos que habrían suscitado la envidia de todo vanguardista. Su elenco repeinado de estadounidenses arquetípicos de clase media podría haber salido de un anuncio impreso de detergente, coches o café si no fuera por la conspicua ausencia de sonrisas de confianza. En su lugar, los personajes lucen expresiones tirantes y una ansiedad apenas contenida, siempre vacilantes en las cocinas de unas viviendas uniformadas de blanco o vagueando en céspedes verdes y brillantes, tan pulcramente recortados que subrayan la carencia de textura, meros contornos legados al relleno del colorista. Entre este agitado paisaje de la Guerra Fría y su población de neuróticos estirados, tenemos la masa planetaria y tranquila de Herbie Popnecker.

Según la leyenda, a Richard Hughes, guionista fijo de la ACG que aquí firmaba bajo el pseudónimo de Shane O'Shea, le fascinaba el modo en que la mente literal de Whitney dibujaba todo lo que los guiones requerían de él con un mismo estilo realista e insulso. Posiblemente para divertirse, el escritor apostó por potenciar la comicidad surrealista de los guiones a cada entrega de la serie, y lo hizo presentando a un lector ya de por sí atónito unos encuentros absurdísimos entre el niño gordito, impasible y levitante y una selección contemporánea de estrellas de cine y líderes mundiales, de gente como los Kennedy, Nikita Jrushchov, Fidel Castro, Isabel II o los Burton. En sus páginas, es típico que las celebridades femeninas se encaprichen de este crío esférico y enigmático de tan solo diez años. Lady Bird Johnson, Jackie Kennedy, Liz Taylor o Su Majestad la Reina suspiran y realzan sus pechos al paso de un párvulo que asciende a los cielos con expresión de suprema indiferencia, un imán de chochitos improbable que no para de chupar con hartazgo unas piruletas tan redondas como él.

Todas estas personalidades de la vida real coexisten gozosamente con criaturas del espacio exterior, brujas en

escobas, animales parlantes u objetos antropomórficos, y también con los habitantes sobrenaturales del más allá de la ACG, distintivamente tintado de verde. Esta región oculta, tapizada de nubes color limonada, constituye una versión de la Eternidad a lo Rod Serling que aparece de manera intermitente a lo largo de los otros títulos de la firma, y un letrero fingidamente pintado a mano la identifica como «Lo Desconocido» en su zona de bienvenida, por entero envuelta en cúmulos. El paraje sirve de morada a espectros ensabanados, troles, duendes o monstruos fusilados del fondo de catálogo de la Universal, junto con unos custodios entunicados y sin alas que se asemejan a ángeles de Frank Capra en tonos biliosos, siempre afables y orondos. Se le ocurre vagamente que a ella también ha podido influirle esta versión secular, fantástica y campechana del paraíso a la hora de plasmar la visión infantil de Warry en las pinturas e ilustraciones de este último año. Pese a la falta de similitud estilística, es probable que su elaborado retrato de unos Boroughs superiores, llenos de sueños, diablos y fantasmas, le deba bastante al surrealismo sobrio de Whitney.

Por otra parte, es consciente de que los méritos de Whitney, por muchos que tenga, son el simple camuflaje con el que enmascara la auténtica naturaleza de tanto interés por su obra, que radica en su identificación extrema con el personaje más famoso del artista. Antes de dar un estirón francamente terrorífico, ella también fue una masa retaca y oronda, allá por cuando sufría los estragos del mismo corte de pelo al tazón que el héroe de Whitney. Igualmente, compartía la convicción de Herbie de que las fuerzas y poderes del universo debían conocerla por su nombre, así como tener el mínimo sentido común de apartarse de su camino al verla pasar. En *Herbie y el aceite para ensaladas Sneddiger*, que es la aventura que aferra ahora con las uñas rojas de sus manos de estranguladora, el párvulo omnipotente ahuyenta a un Frankenstein crecidito, a una ráfaga de balas de ametralladora que ponen caritas de susto antes de desviar su trayectoria al reconocer a

Herbie, a los dinosaurios alienígenas con cabezas de león que asedian el planeta Bertram, y a fenómenos astronómicos tan mayúsculos como un cometa agresivo que vira su curso, presa del pánico, en cuanto atisba la bola humana de este adicto a las piruletas. Ejemplos todos ellos, a su juicio, de ese respeto cortés que ella misma espera de elefantes rapantes, misiles de crucero, hombres lobo, grandes corporaciones, rayos tormentosos o cosmonautas invasores.

Otra razón de su empatía son los ojos de Herbie, con esos párpados entre soñolientos y aburridos que reconoce bien de sus propias fotografías infantiles, y con esas gafas feísimas que al parecer está obligado a llevar. Así pudo acabar ella a cuenta del ojo izquierdo casi tuerto que heredó de su madre, Doreen. Solo consiguió evitar sus deformadoras faciales de la sanidad pública gracias a la aplicación del ingenio que ya poseía a los siete años. Cuando su madre la llevó a la preceptiva revisión ocular del colegio, Alma avistó la tabla al pasar y la memorizó de arriba a abajo empleando esos extraordinarios poderes mnemotécnicos que ni su familia ni sus compañeros habían advertido todavía, y que ella no tenía ninguna prisa por revelar. El oculista del centro le encasquetó en su cabezota desproporcionada unas gafas salidas de *La naranja mecánica* y la orientó hacia los borrones grises flotantes que levitaban en aquella neblina, todo mientras ella recitaba una lista de letras que en la vida habría podido distinguir. Esta técnica la mantuvo exenta de anteojos hasta la adolescencia, que fue cuando cambiaron sorpresivamente el test y la clasificaron como una semiciega fraudulenta con una sensibilidad cuasi vampírica a la luz. Así las cosas, la condenaron a soportar dos años de lentes azuladas y monturas delgadas que, de algún modo, le dieron una pinta aún más pretenciosa de la que ya tenía. Cuando uno de los cristales se cayó y se rompió, el oculista daltónico de Alma lo reemplazó por otro de color rosa que la hizo parecer la espectadora de una película en 3D. Por entonces, ya estaba convencida de que las gafas perjudicaban su visión, y este

último ultraje colmó el vaso del perjuicio con una gota de insulto. Tiró los anteojos bicromáticos y decidió que, si debía quedarse ciega, lo haría en sus propios términos, gracias y adiós. Más tarde, descubrió que no llevar gafas provocaba un «efecto de lente negativo» en los músculos oculares que, de hecho, mejoraba la visión. ¿O era un efecto positivo? Da igual. Lo que importa aquí es que, a su juicio, llevaba razón. Alma uno, oculistas cero.

Volviendo a la historia que está leyendo, piensa de nuevo en Ogden Whitney y en su trágico fallecimiento, detallado en *Art Out of Time*, el precioso tomo que Mike Moorcock le envió en agradecimiento por su ilustración de portada para las rústicas recién reeditadas de Elric. Entre las espléndidas colecciones de historietas de antaño, olvidadas y peculiares, le maravilló ver una entrega típicamente demencial de *Herbie* junto a un texto sobre el dibujante. Se enterneció mucho, mas no se sorprendió en absoluto, al leer que el aspecto de Herbie y su carácter general estaban basados en los de Ogden Whitney de niño, y se echó a llorar cuando supo cómo había muerto: loco y relegado en un asilo a causa del alcohol. Se imagina a Herbie en la sesentena, sentado en la sala de día del centro, con su camisa blanca y sus pantalones azules trocados por una bata manchada y sus piruletas de poderes variados reemplazadas por botellas. La *privuleta* de viajar en el tiempo es la única que le funciona. Sus ojos cansados miran desenfocados a través de unas gafas gruesas de culo de botellín de cerveza, y su panza es un timbal a causa de la hepatopatía. Su cabeza canosa, aún pelada al tazón, yace repleta de una demencia plana y de trazo preciso, de dragones leonados y aceite para ensaladas Sneddiger, de los muchos seres y fantasmas de lo verdoso Desconocido.

Le da una última calada al porro veteado de sepia, lo aplasta y se levanta con otro quejido chirriante a cuenta del dolor sordo de su espalda. Sus crujidos se han vuelto tan repetitivos y constantes que ya ni siquiera es consciente de ellos. Rebusca entre los cuadernos, cómics, bolis y libros hasta dar con un peine que ha conseguido sobrevivir a las

escaramuzas diarias con su melena. El ejemplar, una pieza de madera robusta con una pegatina en el mango que promete ser capaz de «mega cardar», ha aguantado un año entero y apenas tiene dobladas una docena de púas de plástico. Su predecesor, que se partió en dos y se desbarató tras un par de dolorosas pasadas por los mechones enmarañados de Alma, era una delicada florecilla en comparación.

Aprendió muy pronto en la vida que un solo día sin cepillarse el cabello redundaba en nudos, y que estos, a la semana, se convertían en cuernos de rinoceronte compactos; en astas de caoba cuya extirpación requería de tres cirujanos, varias sierras, cuerdas y escaleras. Cierra los ojos, empieza a restregarse el peine desde la coronilla, y su rostro queda oculto bajo un telón de seguridad color marrón grisáceo mientras las cerdas la rastrillan inmisericordemente con sus rasguidos implacables. Al parecer, el sonido de los folículos arrancados y las puntas de vinilo rotas durante este ritual le resulta más insoportable a quien se ve forzado a escucharlo que a ella misma. Melinda Gebbie, buena amiga y dibujante, suele gimotear y taparse los oídos cada vez que es testigo sedente de este acicalamiento, pues teme que Alma se acabe arrancando parte de la cabellera, pero la propia interesada es ajena a este supuesto tormento autoinfligido. Su relación con el dolor la lleva basando en la indiferencia desde que se percató de que el componente físico puro y duro rara vez resulta lesivo, y de que son sus aditamentos psicológicos y emocionales los que provocan todo el daño. Por tanto, en la medida de lo posible, procura desconectar las sensaciones de dolor físico de los reflejos mentales asociados de conmoción, miedo o rabia. Como subproducto menor de este proceso mayormente exitoso, ya ni siquiera tiene cosquillas, una característica que emplea para aterrorizar con absoluta impunidad a quienes sí las tienen.

La peor parte de la ordalía ya ha concluido. La enorme cabeza de Alma ha quedado cubierta por una campana catedralicia hecha de pelo, y si alguien viera solo su busto,

no tendría ni idea de dónde está su rostro y dónde su nuca. Alza las manos, escarba con sus uñas escarlata allí donde cree que podría hallarse el centro de su monte Rushmore craneano para hacerse la raya en medio, se echa a ambos lados la desvaída cortina cobriza y se mira en el espejo que cuelga sobre la chimenea para ponderar el resultado. Decide que le agrada particularmente el mechón suelto, entre ceniciento y castaño, que serpentea sobre su ojo izquierdo casi ciego, que es el más temible, quizá por estar regido por el desquiciado basilisco preverbal de su hemisferio derecho. El ojo bueno de Alma es el humano, el que brilla, así que entiende que sea el preferido por las personas —o los humanos, como a ella le gusta llamarlos— a las que les cae bien y que no huyen aterradas por su aspecto o su conducta. A su ojo izquierdo, en cambio, eso se la trae al fresco. Gris, amarillo y desenfocado, fulmina a la gente bajo una frente voladiza que se abulta suavemente en unas protuberancias notables, como si le estuvieran creciendo cuernos o un nuevo lóbulo frontal.

Ya peinada, Alma se maquilla siguiendo los cánones del Señor Patata. Sus pestañas no tardan en combarse bajo el peso del rímel hasta evocar la escena eliminada de la araña gigante del *King Kong* original. Después, pone los morritos que tenía Mick Jagger antes de que lo embalsamaran y cubre sus labios con un *impasto* sanguinolento de carmín rojo. En su opinión, esto la protege de violadores potenciales e indeseables similares haciéndola parecer una depredadora sexual aún más voraz. Al fin satisfecha, le sonríe a su reflejo. Para Alma, todos los días son Halloween.

Tras ponerse una vieja chaqueta de cuero cuyas solapas caen en parras espesas de rebabas añejas, gruesas como zarzamoras agostizas, está casi lista para enfrentarse a este planeta estridente y volver a otear la realidad, pero primero habrá de colocarse sus anillos y nudillos góticos: un espléndido muestrario malévolo de garras de metal articuladas, escorpiones forjados, serpientes de plata erguidas, y gemas tan grandes y coloridas como

amenazantes, unos adornos letales, estos últimos, que en las raras veces en que alienta pensamientos realistas deduce que probablemente contribuyan más a ahuyentar a los agresores que el lápiz de labios carnívoro. Una bofetada, y el rostro del indeseable se caería a tiras cual papel mural empapado. Lo haría sin dudar. Una vez le dijo a su hermano Warry que siempre lo había considerado familia, pero que no vacilaría en abrirlo como a una lata de Hula Hoops a la menor provocación.[9]

Se asegura de llevar encima la llave y la chequera, surca un pasillo abarrotado que luce franjas de estrellas doradas lamiendo sus paredes, franquea un portón de madera con dos serpientes gemelas de diseño caduceo labradas a mano, y sale por el sendero delantero hacia East Park Parade. Sus losas de York se bañan en la claridad blonda de la luz del sol, una prefiguración del verano que acentúa en agudo relieve las hermosas erosiones con forma de trilobites, propias de un vetusto lecho fluvial. La bulliciosa Kettering Road destaca a todo lo largo por la altura de los árboles que bordean el Racecourse, una hilera verde alrededor de la inmensa pantalla celestial que cubre este parque de más de un kilómetro de ancho. En solitario y en pareja, la gente camina por sus anchas veredas grises o ataja por su mar de césped ondulado en cursos silvestres. En lo que quizá sea un intento de recrear alguna entrañable ilustración de una enciclopedia infantil de los años cincuenta, alguien intenta volar una cometa, un desvaído diamante amarillo que titubea contra el celeste gradado. Unos cuervos sospechosamente enormes patrullan la grama fluctuante en hordas que crecen en número y descaro a cada año, ya demasiado grandes como para llamarlas bandadas. Un cadáver suelto no bastaría para saciarlas. A estas alturas, habría que llamar al puto Harold Shipman.[10]

Sus pulmones de interior se adaptan rápidamente a las bocanadas frías que da de vez en cuando, y entonces tuerce a la izquierda y emprende su periplo por la ciudad. Sus Doc Martens raspan las frondas fósiles del pavimento, y su mente bulle de ideas y asociaciones azarosas, de palabras e

imágenes que se entrelazan con el decorado de escaparate que ve de pasada en la otra acera al coger ritmo. Piensa en las losetas que se difuminan bajo sus pies, el único paisaje disponible para los alicaídos de mirada gacha sin importar el siglo en el que se encuentren. Naturalmente, las viejas baldosas se conservan como en el XIX, pero el ojo atento percibe matices: la escasez de cacas de perro, el rediseño de los envoltorios de las chocolatinas para no desconcertar a los turistas americanos, o el rastro insondable de un colisionador de partículas en las espirales y volutas de un espray blanco. Al otro de lado de la calle, en la distancia, un hombre intenta pilotar una suerte de vehículo a vela por el Racecourse, pero la brisa amaina, así que se queda varado entre cuervos fanfarrones y cometas abruptamente desplomadas. Como no haga viento antes del ocaso, este marinero de prado dulce estará perdido. Desde la instalación de un alumbrado adicional relativamente reciente, la oscuridad nocturna de la vasta extensión ya no es tan absoluta, pero los habitantes de la ciudad la siguen apodando «el Rapecourse», el parque de las violaciones.

Cruza el final de Abington Avenue desde East Park Parade y baja por Kettering Road. Justo antes de mandar al cuerno las gilipolleces literarias y meterse a camionero, George Woodcock — compinche juvenil de Alma en el Laboratorio de Arte— escribió un poema largo y fluorescente acerca de esta vía ruinosa, un ornado lamento urbano titulado *Calle principal*. Aún ve los versos y pasajes de aquella epopeya perdida impregnados y adheridos al arroyo adoquinado, a los bajantes de plástico remozados. Aún ve las situaciones, las noches y las gentes olvidadas a las que se referían aquellas líneas, versiones antiguas de sí misma yendo y viniendo por la avenida deslucida en décadas pretéritas: una chica borracha y ruidosa de diecinueve años entre un grupo de bohemios provincianos, una airada oficinista de la empresa municipal de gas pateando su camino a casa a través de la llovizna de otra tarde de viernes, una bruja loca y cuarentona envuelta en una capa negra que se dirige a hacer la compra mientras

una horda de paletos, envalentonada por los cubatas, la llama «Grotbags»,[11] «tortillera» o «callo» desde la seguridad de sus vehículos. Para Alma, las calles de la ciudad son un palimpsesto viviente cuyas capas siguen todas intactas; donde todos siguen vivos y todo sigue en marcha, los romances aciagos y las broncas, los chispeantes viajes de ácido, los polvos rapiditos en los portales de las viviendas.

Aunque a lo largo de su vida siempre intuyera aquí y allá esta eternidad simultánea, la percepción de su realidad solo se volvió vívida, fogosa, a partir de empezar a trabajar en sus últimos cuadros. Una vez formulada en su totalidad, la noción le resultó tan pasmosamente obvia que se sorprendió de haber llegado a los cincuenta y pico sin aprehenderla de manera clara: el tiempo como un bloque sólido imperecedero en el que nada cambia y nada muere. Estuvo ante sus ojos durante años, pero no la supo distinguir hasta aquel momento en el Golden Lion junto a su hermano, que fue cuando cantó la gallina. Fue un instante de apocalipsis y revelación, casi como el de aquella vez en los pisos de Greyfriars mientras volvía a casa a almorzar desde la escuela Spring Lane. En el corto tramo de arbustos del tendedero inferior del recinto, colgando de un hilo sobre la hoja de una planta que no supo identificar, vio una larva u oruga única y translúcida. Se quedó mirándola durante quizás un minuto, y entonces sucedió algo extraño que…

Un taxi negro pasa rugiendo y toca el claxon. Incapaz de ver bien al conductor, Alma levanta una garra metálica y saluda amigablemente hacia el retrovisor. Se lleva muy bien con los taxistas locales, quienes a veces la llevan gratis al centro si la ven caminando en esa dirección bajo las inclemencias del tiempo. A decir verdad, se lleva muy bien casi con cualquiera, lo cual menoscaba la imagen de gorgona petrificante que tanto tiempo y esfuerzo le ha costado labrarse. Si la situación persiste, tendrá que descuartizar a unas cuantas niñas exploradoras para recuperar su reputación.

En la otra acera, la efímera mutabilidad de los letreros

comerciales es un destello fugaz. Tiendas solidarias con vendedores chalados y jerséis dejados por algún muerto. Ultramarinos caribeños orientados al norte, sin sol alguno que ilumine las cajas de ñames que languidecen bajo una sombra rosada. Aunque a su edad debería ser más madura, no puede evitar reírse al ver un establecimiento llamado Butt Savouries.[12] Un poco más abajo hay un kebab, Embers, que la hace añorar los días en que aún era el Rick's Golden Fish Bar. Nunca fue clienta suya, pero siempre alimentó la fantasía de acudir allí a que Humphrey Bogart le sirviera un plato de guisantes con patatas, y de que al verla entrar mascullara con aire atribulado algo como «de todos los Golden Fish Bar del mundo, aparece en el mío». A su espalda, el rápido pitido en *staccato* de un paso de cebra se cuela subliminalmente en su conciencia, y la lleva a tararear la parte acelerada de *Te Donkey Serenade* sin tener ni idea de por qué. En Kettering Road, allá por Kingsley, hay otro paso de peatones con un ritmo aún más precipitado capaz de hacerla silbar la *Danza del sable*. Susceptible como un bebé de ocho meses, e invulnerable como un pterodáctilo hecho de diamantes, Alma prosigue su paseo por la ciudad.

Un chico flacucho con peinado moderno y gafas se para en seco y la mira incrédulo, boquiabierto, con la cara contorsionada en la expresión elástica de un dibujo animado, algo que podría confundirse con una parálisis cerebrovascular si no fuera tan joven.

Recordando que ni se ha molestado en ponerse bragas, Alma otea hacia abajo para asegurarse de que la cremallera de los vaqueros siga intacta, y entonces se da cuenta de que el joven estupefacto es un admirador. Le dice que es Alma Warren, lo cual siempre es un detalle. En un futuro, cuando salga de casa a deambular, esa información le será de gran utilidad. Mientras enumera sus carátulas, cubiertas y portadas de cómics favoritas, Alma sonríe en un intento de transmitir cierta modestia pizpireta, pero lo único que consigue con su rictus labial y su mirada fija es parecerse a

Conrad Veidt en una toma eliminada de *El hombre que ríe*. Estrecha la mano laxa del forofo como si estuviera a punto de entrar en el camerino, le agradece sus amables palabras y continúa bajando por Kettering Road pensando que el apretón del chaval ha sido mucho menos varonil que el suyo. Está claro que no hace lo mismo que ella: practicarlo desde los diez años a base de presionar con rostro rubicundo un juego de básculas de baño hasta ejercer todo el peso de su ser con la mera aplicación de los pulgares. Antes de marcharse de Spring Lane, medio estranguló a un par de chiquillos por tener la desdichada idea de meterse con ella y con el pequeño Warry. Uno de ellos acabó con un lamentable collar de moratones oscuros alrededor del cuello, y su madre fue a la escuela a gritarle a Alma. El lance resultó muy poco efectivo, pues, hasta este día, sigue sin asimilar el concepto de «respuesta comedida y proporcional».

Trota hacia la acera de enfrente por otro paso de cebra, este con un pitido lento de fallo cardiaco monitorizado que no le suscita ningún acompañamiento musical. Tras otros cuantos ultramarinos de misteriosas atmósferas idiosincráticas y una tienda de ropa de hip hop bastante decente, atraviesa Grove Road, con la mole del cine Essoldo, antaño majestuosa, justo un poco más arriba. Por lo que recuerda, fue en Grove Road, durante la década de 1970, donde la gente vio estallar sus ventanas a cuenta de una bomba del IRA en un club de la RAF situado en el vecindario. El gobierno de entonces se habría mostrado reacio a describir aquel caos omnipresente como una guerra, no digamos ya como una guerra contra el terror. La guerra contra las drogas tampoco había llegado todavía, claro, pues vivían en una época en la que lanzar campañas militares contra emociones abstractas o materiales inanimados se veía como un comportamiento típico de Daleks megalómanos con tendencia al berrinche.

En la esquina con Kettering Road se alza la iglesia metodista de Queensgrove, un impresionante edificio de ladrillo rojo del siglo XIX que en la jornada de hoy carece de

los corrillos de negros amigables que suelen decorar sus escaleras en los días más cálidos. Una docena de pasos después, Alma pasa por la cabina telefónica abierta, de diseño contemporáneo, que hace unas noches sirvió de escenario a un apuñalamiento mortal. Vaya forma de estirar la pata: en un ataúd de cristal empapelado con un anuncio de la segunda temporada de *Prison Break*. Desde luego, da para charlar largo y tendido.

Por lo que dicen, tanto la víctima como el atacante eran negros, pero no le hace mucha gracia el aire a serie procedimental americana que le están dando al asunto. No es ese el enfoque que prefiere a la hora de analizar Northampton. La relación de la ciudad con las cuestiones raciales es un tema complejo y sutil que se remonta a hace siglos, y simplificarlo bajo la sesgada visión social de un criminalista clasista le parece tan desastroso como altamente esperable. Se acuerda de Charley el Negro, alias de Henry George, uno de los primeros rostros negros del condado y toda una novedad en 1897. Ese sentido de la novedad duró, al menos, hasta la década de 1960, que fue cuando su buen amigo, Dave Daniels, se convirtió en el primer alumno de la escuela secundaria de Billing Road. Le dedicaron una página entera en el *Chronicle & Echo* e incluyeron una gran foto de David con aire aprensivo, por si no se sentía ya lo bastante aislado.

Durante las décadas de 1970 y 1980, los *rudies* y los *rastas*[13] abrieron un club en el magnífico fuerte del Ejército de Salvación que existía en Sheep Street, justo enfrente de donde Phil Doddridge fundó su academia. Tres plantas de tipos yendo y viniendo con nombres tan molones e impecables como Elvis, Junior o Pedro, siempre con niños jugueteando alrededor de las rodillas y una lata de estofado de alubias humeando en el piso de arriba. Así era el viejo club Matta Fancanta. Sus vetustas vigas de madera vibraban al compás de U-Roy o Lee Perry en los altavoces, ritmos de *dub*[14] tan graves que temía que incluso pudieran descolgarle el útero. Según recuerda, por aquella época empezaron a brotar en el aparcamiento adyacente los

típicos coches que solo los blancos podían permitirse, lo cual atrajo el interés adverso de las autoridades locales. Así pues, el fuerte, que a ojos de Dios y todos sus fieles tendría que haberse declarado edificio protegido, acabó demolido, porque era más fácil derrumbarlo que clausurarlo. Lo único que queda ya es una explanada de hierba pelada y ubicua que se extiende tras la masa grotesca, trabucada, de la estación de autobuses de Greyfriars, construida por error con la entrada en el lado equivocado e incluida recientemente en la lista de los edificios más feos del país. Así acabó el rostro público de la auténtica cultura negra de Northampton, o al menos hasta hace relativamente poco. Ahora existe una Asociación de Historia Negra de Northamptonshire dedicada a poner las cosas en su sitio, y Alma lleva un tiempo alternando con un grupo de los Boroughs compuesto por raperos jóvenes, decididos y racialmente diversos que actúan bajo el nombre colectivo de Streetlaw, «la ley de la calle», lo cual no deja de ser, cuando menos, una curiosa coincidencia. Justicia sobre la calle y tal. Por tanto, no, el panorama no pinta tan negro para la comunidad negra, aunque a saber si podrá resistirse al rol imposible que los principales sellos discográficos y los departamentos de casting de Hollywood parecen empeñados en encasquetarle. Porque, claro que sí, transformemos los guetos en un entorno glamuroso e intrépido para que a la gente no le importe tanto quedarse ahí varada y nosotros podamos buscarle un cariz dramático, un retrato magistral de su lucha que podamos venderles de vuelta por ese puñado de libras que aún no se hayan gastado en apuestas y billetes de Rasca y Gana. Así salimos todos ganando.

Alma deja atrás un patio adoquinado al que se entra por un arco, una inconfundible construcción victoriana con un letrero manuscrito que reza «Dickens Brothers Ltd.» fijado al vértice. Sospecha que en algún otro sitio de la urbe debe haber un recinto Tudor con vigas breadas llamado «Shakespeare's», y quizás incluso una cabaña con el techo de paja medio caído, bautizada como «Chaucer & Sons»,

allá por Hardingstone. Que no se diga que Northampton no es un municipio bien rotulado. En cierta ocasión, desde su ventana, vio dos furgonetas cruzándose en sentidos opuestos por East Park Parade. Una de ellas, posiblemente propiedad de una empresa de colchones, llevaba la palabra sueño grabada en un costado. La otra, tal vez perteneciente a una tienda de televisores u ordenadores, iba blasonada con la palabra realidad. Se dio cuenta de que realidad se dirigía al centro de la ciudad, cosa nada sorprendente, mientras que la trayectoria de sueño la llevaría en última instancia a Kettering. En aquel momento, pensó que lo más probable es que fuera allí a morir en paz.

Al apretar el paso, los escaparates a su derecha se funden en su estela, un largo borrón de tiendas en las que podría adquirir comida china, una batería, un cactus de peyote, un tatuaje o una eliminación de tatuajes. Sortea un quórum de tipos rudos con latas de cerveza que, aun así, le dispensan una sonrisa desdentada y le gruñen un alegre «Hola, Alma» al pasar. Treinta segundos después, una joven policía, vestida con un chaleco limón fluorescente, asiente con la cabeza al reconocerla como una antigua amenaza para la sociedad reconvertida en celebridad local. Es la reina de Kettering Road.

Virando ahora hacia poniente, ejecuta una suave curva alrededor de la deteriorada iglesia unitarista para orillarse hacia Abington Square, allende las nuevas propiedades vacías que han reemplazado la antigua y desaliñada hilera de tiendas de esta esquina redondeada. A los trece años, David Daniels y ella solían dedicar las mañanas de los sábados a peinar los quioscos y tiendas de segunda mano de la zona en pos de cómics y novelas de ciencia ficción, y a menudo le hacían una visita al turbio negocio que había aquí, a la sombra perpetua de la iglesia de enfrente. La dueña era una anciana de tos perruna que siempre iba en bata y zapatillas, rociando con su esputo inadvertido copias marchitas de *Amazing Adult Fantasy* y revistas porno de cubiertas amarillas.

Alma se siente obligada a proteger la memoria de estas

gentes desaparecidas, un tamo anónimo que se perdió para siempre bajo el enorme e inamovible armario del siglo XX y que nunca es lo bastante notable o atractivo para las retrospectivas en sepia. Ansía llenar con sus rostros las multitudes de sus pinturas, pensar que se hallan suspendidas por siempre en sus épocas y sus hábitats, contenidas en la vasta gelatina estrellada que es el tiempo, atesoradas eternamente, con sus flaquezas y sus pendencias incólumes, como notas imperecederas en el pentagrama de una música formidable.

Ahora tiene a su derecha el concesionario de Jaguar, llamado Guy Salmon, un nombre que Alma ha convertido desde que abrió en un eufemismo cariñoso para referirse a las eyaculaciones masculinas. Abington Square se despliega ante ella. Más adelante, la estatua de Charles Bradlaugh se yergue en la isleta sobre su pedestal, orientada hacia Abington Street y dándole la espalda. Bonito culo. Siempre le ha gustado Bradlaugh, aunque más por su ferocidad moral que por su atractivo físico, la verdad. Escribía literatura contraceptiva con Annie Besant y alternaba con Swinburne, y se opuso a la subyugación de la India con tal vehemencia como para que un joven y devoto Mohandas Gandhi se presentara en su funeral. Promotor de disturbios, ateo abstemio y campeón de los pobres, Bradlaugh sería su ligue ideal. Curiosamente, cada vez que fantasea con él, se imagina a sí misma llegando a la escuela de danza con una estatua animada cuyas articulaciones arrojan lascas de piedra blanca a cada paso. Durante los temas lentos del final de la velada, dejan un intrincado reguero de polvo calizo por todo el suelo del gimnasio mientras bailan *Wichita Lineman* muy apretados, y después, de camino a casa, él se embarca en un concienzudo panegírico sobre las bondades de la anticoncepción antes de meterle mano. Al contemplar ahora su talla cincelada y ese dígito que apunta siempre hacia el oeste, se lo figura fardando luego en el pub con los colegas: «Pero mira qué bien me huele el dedo, Algernon».

Se ríe para sus adentros mientras avanza a grandes

zancadas hacia el cruce de los Mounts y York Road, donde la potencia rugiente y grosera de los camiones y los todoterrenos pijos queda constreñida por unos bonitos semáforos. Un niño pequeño, remolcado por una madre cargada de bolsas, se queda mirándola con desconcierto. Un hombre le da un discreto codazo a su esposa y murmura «Mira, es Alma Warren» al cruzarse con ella, y tres jovenzuelos parados en el exterior del Bantam Cock se sacan de la nada unos ejemplares del *Elric* de Moorcock para que se los firme. No parecen asustarse, sino que bromean amistosamente mientras Alma les garabatea su autógrafo perezoso, y lo cierto es que le caen bien. Le cuentan que, en sus fantasías, ella vive en la cima del Express Lift Tower, desde donde vigila todo Northampton sentada en un trono de cráneos humanos. La imagen es fascinante, así que les sonríe cariñosamente al despedirse de ellos. Antes siquiera de llegar al cruce, dos chicas guapas con pinta de estudiantes de Bellas Artes la saludan con la cabeza, otro crío de unos tres años la contempla con pavor, y otro taxista ignoto le toca el claxon al sobrepasarla, lo cual la impele a alzar de nuevo una garra plateada con el consabido chirrido de sus nudillos acorazados. Cavila que tiene la suerte de haber sido bendecida desde la infancia con una imagen endiosada de sí misma. Sometida a tanta atención, lo más probable es que cualquier otra persona actuara de manera extraña, conclusión a la que llega mientras le busca un significado cabalístico a la secuencia de rojo, ámbar y verde del semáforo.

Su personalidad es un longevo drama radiofónico que se emite principalmente para su propio divertimento, y lo mismo sospecha de la de mucha otra gente. Es obvio que algunos prefieren identidades más en sintonía con la comedia ligera, mientras que, a juzgar por sus expresiones, los pocos sujetos que esperan junto a ella en el semáforo han moldeado sus naturalezas esenciales según la previsión del tiempo. O, tal vez, conforme a algún programa religioso, idea que elucubra después de considerar el edificio *art déco* que se cierne tras ella mientras aguarda en

la intersección. Abierto en la década de 1930 como el Savoy Cinema, conocido como el ABC cuando ella aún estaba en edad de morrearse en las butacas de la última fila, y sede en cierta ocasión de un concierto de los Beatles, el lugar se cuenta ahora entre el creciente número de propiedades locales del Ejército de Jesús, una horda de evangélicos rampantes, a veces estridentes, que a principios de la década de 1970 emprendieron sus levas entre los borrachos y marginados de Northampton, a los que captaban en los bancos de los parques para llevárselos a sus cuarteles castrenses en la cercana Bugbrook. Recuerda que hace unos años criticaron al grupo por traumatizar a los niños con una inesperada representación de la Crucifixión al aire libre, pero, aparte de ese incidente, parece que se les permite hacer lo que les viene en gana, que no es precisamente poco.

Lo cierto es que no le sorprende. La ciudad lleva siendo un próspero caldo de cultivo para los chiflados religiosos desde el siglo XV, y ella siente una cierta afinidad retroactiva por muchos de ellos. Le gustan la poesía, la actitud, la herejía y la anarquía de quienes ansiaron cepillarse a reyes y clérigos, de quienes buscaron recrear la sociedad como un país igualitario de caldereros sediciosos y «filósofos mecánicos», una Nación de Santos que no respondiera a autoridad temporal alguna, sino solo a una visión moral, a un estado inflamado de la mente, a ese nivel de conciencia política y espiritual que *sería* Jerusalén en la plácida y verde tierra de Inglaterra. Le gustan los lolardos, y los *ranters*, y los muggletonianos. Le gustan los desvaríos incendiarios de los cuáqueros fundadores, imaginarse a ese buen hombre de las cajas de cereales[15] rasgándose las vestiduras y clamando por el derrocamiento violento de la monarquía. Incluso siente debilidad por los moravos, principalmente por sus valores grotescos, con ese delirio sobre penetrar al mesías por la herida de la lanza, y también por su influencia en ese ídolo sempiterno suyo que es William Blake. Sin embargo, el Ejército de Jesús no le gusta nada, pues recela de todo fervor religioso que entrañe

un plan de negocios.

El semáforo cambia y ella cruza hacia la mediana de York Road. Se da cuenta de que está parada en el punto por el que pasó el camión de verduras de Doug McGeary hace ya casi cincuenta años, cuando llevó a su hermano asfixiado al hospital. Hoy en día, esa misión de urgencia tomaría una ruta distinta, pues sería imposible bajar desde los Mounts hacia York Road. Tendría que girar a la izquierda en el cine, bordear la iglesia unitarista y volver a la plaza por el carril opuesto, y eso le haría perder unos segundos cruciales. Por otro lado, su hermano debería haberla diñado en el camión a la altura de Grafton Street, así que quizás el desvío no hubiera variado mucho el asunto.

Finalmente, se mete por entre la barrera enrejada que corona la vía peatonal y llega a Abington Street, o al menos a lo que queda de ella. Hace cientos de años, esto era la puerta oriental de la urbe, llamada St. Edmund's End por la iglesia homónima, ya derruida, que ocupaba la otra punta de Wellingborough Road, visible desde la casa de beneficencia en la que Alma inspiró su primer aliento para dar voz a la primera de las muchas quejas furibundas e irrazonables que vendrían después. Cuando Daniel Defoe habla de Northampton en su guía sobre las ciudades inglesas, la describe, en esencia, como un cruce gigantesco en el que el eje norte-sur discurre por Sheep Street para bajar por Drapery y Bridge Street, y en el que el eje este-oeste lo traza la línea que pasa por Abington Street, Gold Street y Marefair hasta llegar a las ruinas del castillo. Al peatonalizar uno de los extremos del corredor este-oeste, lo único que ha logrado el ayuntamiento ha sido obturar una arteria principal y abocarla a la gangrena. De hecho, Alma ya es capaz de sentirla, de detectar sus síntomas en las ventanas tapiadas y en el florecimiento herpético de los agentes inmobiliarios. No hay comercio de paso, y los alquileres de los locales son ridículamente altos. Si la situación persiste, predice que la ciudad se convertirá en un cráter económico en el que el dinero solo circulará por la periferia, por superficies comerciales y grandes cadenas, y

en el que el centro quedará relegado a las malas hierbas de los avisos de embargo, transformado en un campo de batalla nocturno, en un escenario a lo Walter Hill con más vómito, más jóvenes tirados sobre sus meados, más gritos de guerra incoherentes. Y también más guerras incoherentes. No hay peor augurio que ver que las coronas fúnebres empiezan a atestar las farolas de las calles rosadas[16] en detrimento de las carreteras.

Las palomas revolotean a su alrededor, alegremente ajenas al vil cartel, pegado a un cubo de la basura, que afirma que alimentarlas equivale a arrojar desperdicios, y que por tanto es sancionable con una multa. No cree que a los pájaros vaya a importarles mucho, porque, al fin y al cabo, ni saben leer ni dependen de las dádivas de los amantes de los animales para nutrirse, pero los sentimientos que expresa la campaña sí que la indignan. ¿Pero qué puto problema hay con las palomas, a ver? Si el ayuntamiento fuera contra las avispas, los perros de presa o el Ejército de Jesús, le vería algún sentido, pero ¿contra las palomas? ¿Contra el destello verde y violeta de sus collares, contra su arrullo suave y su bamboleo? Si la principal prioridad de las autoridades municipales en este casco urbano aparentemente condenado es acabar con las palomas, ¿por qué no llenan los alféizares de minas terrestres y las liquidan de una santa vez, en lugar de plantar cartelitos arrogantes para amenazar a la gente?

Sigue bajando por Abington Street. No hay muchos transeúntes, pero ella vadea una multitud de fantasmas y recuerdos mientras hunde sus manos de robot asesino en los bolsillos de la chaqueta, toda una chica mala de los años cincuenta, una Jimmy Dean posmenopáusica. Sortea el bobo monumento a Francis Crick erigido en el centro de la calzada, una pieza *kitsch* en la que el tirabuzón de una doble hélice plateada sustenta a una suerte de pareja de superhéroes nudistas, a dos maniquíes asexuados cuyas partes pudendas, peladas y amorfas como las de una Barbie, no serían capaces de legar a nadie los rasgos hereditarios de su genética. Además, la única relación entre Abington

Street y el pionero científico lugareño se limita a las conspicuas muestras de ADN visibles por todas partes tras una vulgar noche de viernes. Por supuesto, la escultura podría aludir a la endogamia local, y las figuras podrían estar alzando el vuelo en una espiral desesperada para huir de un estanque genético diminuto, estático; de un charco genético, más que otra cosa. Alma recuerda el rumor de que había un pueblo entero lleno de cíclopes cerca de Towcester: carteros cíclopes, taberneros cíclopes, bebés cíclopes… Entonces, se acuerda de que fue ella la que lo difundió.

Rodea la estructura dejándola a su izquierda y pasa por la biblioteca, el único edificio de la calle que no ha cambiado desde su infancia. Se apuntó a los cinco años y estuvo visitándola varias veces por quincena durante la siguiente década, sobre todo para leer historias de fantasmas y libros de ciencia ficción de la editorial Victor Gollancz, con su característica cubierta amarilla. De niña tenía sueños atosigantes y memorables sobre la institución, visiones en las que caminaba por pasillos intrincados de estanterías de madera con volúmenes imposibles, fascinantes, sobresaliendo a cada lado, libros que no podían leerse porque sus palabras reptaban por la página si se abrían. Su biblioteca onírica tenía el suelo acolchado, recubierto del mismo vinilo rojo que los taburetes de los bares o los asientos de los coches, y lucía orificios redondos, muy probablemente vaginales, para que la clientela bibliófila saltara de piso en piso.

El interior de la biblioteca auténtica la maravillaba casi por igual —esa sección diminuta, apenas un armario abierto, que vibraba con el aura de los libros sobre mesmerismo y sesiones espiritistas conservados allí— y el exterior también era hermoso, con los bustos de los benefactores esculpidos en piedra color miel. A Alma le encanta mostrarles la biblioteca a sus visitantes americanos solo para señalarles la talla de la esquina superior izquierda de la fachada y preguntarles quién creen que es. Por lo general, asumen que es George Washington, sin duda un

gesto de respeto inglés hacia su primer presidente, pero se quedan pasmados cuando les contesta que en realidad es Andrew, uno de sus ancestros, anterior a que los Washington dejaran Barton Sulgrave y partieran a América cuando el Nuevo Ejército Modelo convergió sobre Northamptonshire en el siglo XVII. Supuestamente, la familia incluso basó la bandera estrellada y listada de su hogar adoptivo en la divisa de barras y estrellas de la ciudad. Siendo francos, los únicos Washington que respeta sin reservas son Dinah, Booker T. y Geno, porque siente que ellos, al menos, le aportaron algo a cambio.

Está a punto de cruzar del recinto a la sucursal del Co-op Bank de la otra acera cuando percibe que un fantasma de otra época, inusual y sólido, se acerca en sentido opuesto desde la boca ruinosa de la vieja Galería Cooperativa. Se aparta el pelo de los cráteres anillados de hollín que tiene por ojos para ver mejor, y entonces se da cuenta de que lo único que convierte a la silueta en un fantasma es la vestimenta anacrónica que remeda: camisa a rayas, pañuelo al cuello y chaleco. Su ánimo alza el vuelo desde su descontento basal cuando reconoce en este espectro bucólico al que quizá sea su más antiguo amigo, Benedict Perrit. Ay, Northampton… justo cuando te piensas que los urbanistas la han aporreado hasta la insensibilidad, va ella y te arroja una flor.

En cuanto Benedict la ve, se pone a montar uno de sus numeritos. Primero, la mirada horrorizada. Luego, el giro en redondo y la huida por donde ha venido, como si fingiera que no la ha visto. Finalmente, otro giro brusco que lo vuelve a encaminar en su dirección, esta vez desternillado entre risitas. El bueno de Ben: chiflado como una comedia televisiva china, el único de sus viejos colegas y compañeros de colegio capaz de superarla en bizarría una y otra vez sin intentarlo siquiera, y uno de los pocos artistas y poetas de sus años mozos que no lo mandó todo al carajo al cumplir los veinticinco para buscarse una vida más cómoda. Cualquier cosa menos eso. El rostro de Ben yace surcado por líneas de poesía, y se diría fruto de una noche

de pasión irresponsable entre las máscaras de la comedia y la tragedia. La lírica fue la que lo mató, sí, pero también es la única que lo redime y lo salva. El bueno de Ben.

Él le extiende una pata para darle un apretón de manos, pero ella está muy contenta de verlo y no se la acepta. Esquiva el saludo propuesto, le planta sus labios sangrientos en la mejilla y le propina el abrazo de una pitón. Más pronto que tarde, se quedará sin aire, lo que le permitirá constreñirlo más, desvanecerlo y engullirlo con su mandíbula dislocada. Antes de poder consumar su plan, Ben logra zafarse de su achuchón para limpiarse frenéticamente el Ébola carmíneo que le ha dejado en la jeta.

—Aléjate de mí. ¡Ah, ja, ja, ja, ja, ja!

Si a Tommy Cooper lo dejaran abandonado en una isla desierta hasta que su risa se transformara en el cacareo espantagaviotas de Ben Gunn, se carcajearía como él.[17] Encantada, Alma le dice que menudo Lotario zalamero está hecho y le pregunta si sigue escribiendo. Cuando él le contesta que sigue pergeñando versos, ella le comenta que hace unos días releyó *Zona de derribo*, y le hace saber lo cojonudo que le parece ese poema. Él la mira con incertidumbre, como inseguro de que esté siendo sincera.

—No estuve mal, ¿verdad? Ah, ja, ja.

El uso del pretérito y ese cambio sutil del sujeto, que pasa de ser el poema a ser el autor, hace saltar una pequeña alarma en el radar de inquietudes de Alma. No solo no le suena bien, sino que le recuerda el cliché del pistolero del Oeste ensimismado en la cantina, evocando con nostalgia el aroma a cordita de sus triunfos en una nebulosa de whisky barato. Menuda cagada. Le asegura de todo corazón que eso de «no estar mal» siempre se le quedó tremendamente corto, pero, cuando se percata de que también ha usado el pretérito, intenta rectificar la pifia diciéndole sin ambages que es un buen escritor, punto, y entonces él no tiene otra que pedirle algo de suelto.

Aunque se hurga de inmediato los bolsillos de los vaqueros en busca de un trozo de papel arrugado que no resulte ser un viejo tique de Morrison's,[18] esto la aturde. De

buena gana, Alma da dinero a los vagabundos de la ciudad desde que afloraron en las entradas de las tiendas a finales de los ochenta, y más aún desde que cundió la política oficial de que con eso solo se «fomentaba la mendicidad». Proveniente de una comunidad de mendigos, esas afirmaciones espolean su generosidad empecinada más que otra cosa, un poco como le pasa con ese molesto aviso contra las palomas del extremo superior de la calle, que siempre le suscita el plan de desmigar magdalenas con arándanos por toda la zona. Un buen amigo como Benedict siempre podrá pedirle pasta si la tiene, pero, al apretujar el billete en su mano, se preocupa aún más por la falta de autoestima que parece haberle sobrevenido desde la última vez que se vieron. Sumada a ese «No estuve mal, ¿verdad?», solo consigue acrecentar su intranquilidad. Para empeorar el asunto, ahora parece que le da apuro coger el billete, algo que procura paliar asegurándole con desparpajo que va «a tope de pasta», ansiosa ya por cambiar de tema. El mal trago se pasa. Lo invita a la exposición de mañana sin mucha esperanza de que acuda, y cuando se despiden a los pocos minutos, Benedict le suelta que está hecho todo un Cyberman, y Alma se troncha. Las aguas vuelven a su cauce.

Tras decirle adiós, y todavía riéndose a intervalos con disimulo, da unos cuantos pasos calle abajo antes de recordar que originalmente se dirigía al banco, así que corrige la trayectoria en consonancia. Sigue pensando en Benedict, en cómo su idiotez inspiradora le provocó uno de los momentos más importantes y reveladores de su propia vida. Tendrían diez u once años, y habían estado ideando un método ingenioso de trepar a los tejados del almacén de cobre que se alzaba en la esquina de Freeschool Street con Green Street. El proyecto, que obviamente debía desarrollarse de noche, requirió primero un pequeño viaje a Narrow-Toe Lane, justo al otro lado de la manzana, para arrastrar sus panzas bajo el portón cerrado de un solar de albañilería. Una vez allí, subieron por una escalera afanada hasta el muro trasero de la propiedad adyacente de los

Perrit, y luego corretearon alegremente, a la luz de las estrellas, por el caballete de la pila de leña del padre de Ben. Al final, llegaron al almacén anexo, desde donde escalar hacia el tejado de pizarra y las chimeneas fue ya pan comido.

Durante meses, aquello fue su humilde reino, solo compartido con pájaros y gatos. Su peligroso pillapilla tuvo que evolucionar para adaptarse a los planos inclinados de este nuevo paisaje, que además tenía sus límites: unos precipicios sin salida que ninguno de los dos tenía el valor de saltar. El peor de ellos estaba al final de un desagüe, una canaleta de lluvia entre la vertiente de un tejado y el muro vertical que remataba el de al lado. Noche tras noche, sus persecuciones terminaban prematuramente en este punto, porque la caída a plomo en una callejuela llena de esquirlas de metal auguraba incluso un probable empalamiento en la oscuridad ulterior. Aquel pasaje amenazador solo tendría metro y pico de ancho, y en el otro extremo, debajo, estaban las tejas curvas de un cobertizo de una sola planta. Si el salto hubiera sido entre las marcas de tiza de un parquecito soleado, lo habrían dado sin dudar, pero intentar lo propio en un tejado, a oscuras, y sobre una sima de herrumbre tetánica, era harina de otro costal.

Entonces, una noche de luna llena, Benedict subió las apuestas. Con un cierto grado de deleite perturbador, Alma lo persiguió por las rampas azul grisáceo a unos diez metros de la calle, surcando un mundo *caligaresco* de chimeneas, sombras y desniveles. Solo unos pocos pasos por delante, Ben se reía con un pavor justificado y entendible: salvo en pesadillas inusualmente vívidas, la mayoría pasa por la vida sin que una Alma Warren depredadora los cace por las alturas urbanas, pero eso, para él, era una realidad nada envidiable. En la noche en cuestión, lo guio hacia aquel callejón sin salida entre los tejados sabiendo que así lo acorralaría, salivando triunfalmente al acercarse a su presa estridente y risueña para darle el golpe de gracia. Fue en ese punto cuando el miedo a que lo atrapara le hizo sobreponerse a la aprensión de acabar herido por los

cristales rotos y los hierros oxidados de la bocacalle. Benedict saltó, gritó de terror sin dejar de carcajearse, y voló sobre el barranco letal para aterrizar sobre el techo del cobertizo, a unos dos metros por debajo del bordillo opuesto.

Corriendo a toda velocidad tras él, Alma solo tuvo unos segundos para decidirse entre la posibilidad de una muerte truculenta a los once años y la cruda certeza de que alguien le ganara a algo. Tomada la decisión, solo tuvo que llegar al borde y no parar.

En la fracción de segundo que pasó suspendida en pleno aire sobre la maraña de restos oxidados y ventanas rotas de más abajo, le llegó la iluminación. El instante se alargó, y entonces se dio cuenta de que, por azar, se había liberado de todos sus miedos y limitaciones, del temor al dolor, a la muerte, al desastre. Confió únicamente en su impulso, se propulsó más allá de la duda y la gravedad, y supo con absoluta seguridad que no había nada a lo que tenerle miedo, nada que no pudiera hacer.

Sin embargo, pese a ser una cría de once años, era mucho más grande y pesada que Benedict. Sorteó el callejón traicionero, aterrizó junto a su amigo sobre el tejado del cobertizo y lo atravesó de repente, todo para acabar encajada entre las tejas rotas con las rodillas magulladas. ¡Ay, cómo se rieron! Cuando comprobaron que sus ojos seguían todos en su sitio, sus carcajadas fueron de un júbilo histérico. El incidente le enseñó la importancia de superar los impedimentos psicológicos, lección que volvería a poner en práctica en reiteradas ocasiones. A los doce años, dado su miedo malsano a ahogarse, se zambulló en pos de la pasarela de acero que dividía en dos secciones el estanque de Midsummer Meadow, y se sumergió a varios metros hasta llegar a una de las rejillas de comunicación. Metió un brazo entre los barrotes y lo giró hasta no estar segura de poder sacarlo. Durante treinta largos y asombrosos segundos, y con el corazón encogido por este terror completamente autoinfligido, se quedó allí flotando, intentando absorber y entender la sensación, antes de torcer

el brazo tranquilamente en la dirección correcta, soltarse e impulsarse hacia la superficie reluciente. El simple recuerdo la hace sonreír ahora mientras entra en el banco. Ciertos críticos y algunos admiradores la describen como excéntrica, pero lo cierto es que no tienen ni idea.

Se sabe el nombre de todos los empleados de la sucursal, porque el Co-op lleva siendo su banco desde hace veinte años. Abrió la cuenta basándose únicamente en su política de inversiones éticas, pero, a medida que el cuentakilómetros marcó el paso de las décadas, se dio cuenta de que cada vez que había una crisis económica a causa de los desmanes bancarios, el logo ciertamente aburrido del Co-op nunca caía en el mismo saco que las avergonzadas entidades de la calle principal, todas servidas en los informativos a la hora del té. En la vertiginosa ruleta del casino financiero, dentro de la carpa raída de un circo adrenalínico de operadores díscolos trastornados, oligarcas y directivos con un nivel de vida inimaginable para el resto de los mortales, el Co-op permaneció firme. Se negaba a invertir en la fabricación de armas, pero se defendía a la perfección. Además, cuando Doreen, la madre de Alma, murió en 1995, enviaron un enorme ramo de flores con mensajes personales de todos los trabajadores. Después de aquello, aunque los hubieran pillado vendiendo bebés huérfanos a la Rio Tinto Zinc como esclavos sexuales, ella, muy probablemente, habría hecho la vista gorda.

Tras saludarlos a todos, Alma se observa a sí misma en el circuito cerrado de televisión mientras hace cola. La cámara está situada a unos pocos metros sobre el acceso de Abington Street, así que solo le ofrece un plano largo de su espalda, que es la de una vieja con chaqueta de cuero y peinado de jardín colgante, con una buena cabeza y hombros más anchos que los de cualquier otro cliente de la fila. Es lo más cercano que tendrá nunca a una imagen objetiva de sí misma, y no le hace excesiva gracia. La hace sentirse vagamente aislada, y eso por no hablar de que no se reconoce. Ella suele verse a mayor tamaño y más de cerca. Y no desde atrás.

Consulta el saldo, retira una cantidad aleatoria de efectivo y se lo mete en un bolsillo delantero del vaquero. Justo ayer estuvo charlando con esa incorregible halagadora en serie e incierta inocente de Melinda Gebbie, su mejor amiga de Semilong. Su colega artista le comentó que siempre le gustaba llevar algún tipo de talismán en el bolsillo para serenarse, ya fuera un conveniente paquete de Kleenex, abejas muertas, o alguna hoja particularmente bonita que hubiera recogido por ahí. Alma ponderó el tema un buen rato y le dijo: «Ya, bueno… en mi caso, yo lo que llevo es dinero». Puede que a lo largo de los años haya perdido unos cuantos billetes de cierto valor, pero se resiste a la idea de comprarse un bolso o una cartera, pues piensa que sería la mejor forma de perderlo todo de golpe. Al final, seguro que se acabaría dejando el bolso en un café, mientras que dejarse los pantalones sería más raro. No imposible, pero sí improbable.

Su siguiente parada tras salir del banco es la tienda contigua de Martin, donde se abastece de productos esenciales: papelillos Rizla, cigarrillos, cerillas Swan y revistas. Al pillar de los estantes superiores los últimos números de *New Scientist* y *Private Eye*, se pregunta si su ubicación no será parte de una campaña de lo más sensata para que solo los altos reciban una adecuada formación intelectual. Un día de estos, ella y sus congéneres serán tan listos como para formular un plan infalible, y entonces, Stephen Fry les dará la señal de alzarse en armas y masacrarán en sus camas a todos los zoquetes bajitos. Eso o algo parecido. Una chica tiene derecho a soñar despierta.

Se lleva las revistas al mostrador de caja, donde el genial caracono de Tony Martin y su sufrida esposa Shirley ya le tienen preparados cuatro cartones de Silk Cut Silver, cinco paquetes verdes de papelillos Rizla y dos cajas de cerillas Swan. Tony sacude con desazón la cúpula afeitada que tiene por cabeza mientras marca los Rizla.

—¡Alma, en serio! Con tantos papelillos, fijo que hace años que acabaste esa maqueta de la torre Eiffel. ¿Pero qué diablos te ha dado con los Rizla?

Shirley alza la vista desde los estantes de reposición para decirle a su marido que cierre el pico y que no sea tan maleducado, pero Alma sonríe afablemente.

—Sí que la acabé, pero luego me aburrí y empecé una del Vaticano. En fin, ¿me los pasas ya de una vez, o le digo a mi pontífice de cerillas que te excomulgue?

Es una broma recurrente que tienen entre ellos. Hace unos años, un dependiente le preguntó por qué compraba tantos Rizla, y ella, con cara de póker y sin titubear ni un ápice, le contestó que estaba construyendo una maqueta de la torre Eiffel con aquellas hojas finísimas de borde adhesivo. Solo fue un chiste, pero la idea le resultó atractiva y decidió reaprovecharla un poco. Bueno, mucho más que un poco. Las ideas son para ella lo que los cerdos a un granjero: si puede evitarlo, no desperdicia ni los alaridos.

Con sus compras en una delgada bolsa de plástico —la auténtica flor nacional—, gesticula un adiós tintineante y metálico a los Martin y sale de la tienda hacia la calle ancha y rosada. Prosigue su descenso por Abington Street y se cuela en el Marks & Spencer's para llevarse unas cuantas vituallas de cara a la cena: un par de esas lenguas demoníacas que son los pimientos Ramiro, relleno de naranja y arándanos, y algo de queso feta. Bajo la atenta mirada de las modelos Myleene Klass y la todavía hermosa Twiggy, se embarca en una ruta prefijada por las secciones de la planta abierta. Nunca se siente del todo cómoda en estos almacenes tan insignemente pretenciosos, pero hace poco empezó a boicotear Sainsbury's, así que carece de alternativa.

La anécdota de Sainsbury's aún la hace sonreír, aunque con la sonrisa vengativa de alguien que escapa herido de un intento de asesinato. Se hallaba a punto de salir del Sainsbury's del Centro Grosvenor, en el que incluso llamaba por su nombre a todas las cajeras, cargando con dos abultadas bolsas reutilizables del establecimiento llenas de artículos. Un guardia de seguridad uniformado detectó sagazmente la sudadera verde lagarto con forro rosa sandía

que llevaba aquel día, la identificó en consonancia como perteneciente a las clases marginadas (de las que se siente parte, al menos a un nivel emocional), y le salió al paso para exigirle los recibos. Cerniéndose sobre el sujeto, que era relativamente menudo, flexionó el cuello y agachó la cabeza hasta quedar a su altura, como si hablara con un crío de ocho años regañado por su escaso rendimiento académico. Le explicó que no tenía por costumbre coleccionar recibos, y le preguntó si se trataba de una nueva política de registros aleatorios o si había alguna razón concreta por la que la hubiera seleccionado entre la docena larga de clientes, todos de aspecto más convencional, que estaban saliendo del supermercado. Más y más inseguro por momentos, el guardia pasó a requerirle estultamente que le mostrara lo que llevaba en las bolsas de Sainsbury's, tal vez movido por la sospecha de que, efectivamente, contendrían artículos comprados en Sainsbury's.

Ella volvió a repetirle la pregunta dejando pausas exageradas entre las palabras, a ver si así tenía tiempo de comprender enteramente cada sílaba antes de estrujarse el coco con la siguiente. «¿Que por qué… me ha… parado… a mí… en concreto?» En este punto, otros clientes exaltados se acercaron a defender la inocencia de Alma, lógicamente más preocupados por este empleado a todas luces novato que por la famosa giganta beligerante. En un intento de recuperar parte de su autoridad en esta situación tan precaria, el guardia le dijo a Alma que los recibos había que guardarlos. Alma tomó nota de esta nueva política de Sainsbury's, pero le explicó que, como no pensaba volver más a la tienda, no iba a afectarle mucho. Sonriendo con nerviosismo mientras ella empezaba a marcharse, él volvió a decirle que la próxima vez guardase los recibos, lo cual hizo que Alma se parase, suspirase pesadamente y le explicase de nuevo, con su mejor voz amigable e infantil, lo que todas esas largas palabras sobre no volver más a la tienda intentaban transmitir. Cuando llegó a casa, llamó a atención al cliente, y al identificarse como Alma Warren, la

telefonista le comentó de pronto que la había visto por la tele la noche anterior. Ella le dijo que eso era estupendo y pasó a detallarle lo ocurrido, le aclaró que solo podía interpretar el escrutinio del guardia como un prejuicio clasista, y que el asunto le había hecho tomar la decisión de prescindir de Sainsbury's en el futuro. Le aseguró a aquella chica tan amable que no le estaba pidiendo a Sainsbury's una disculpa, pues cualquiera que la conociera ya habría captado la insinuación de que era muy tarde para aplacarla con subterfugios inútiles, y que ahora se hallaba inmersa en una pendencia que se llevaría a la tumba.

No era la primera vez que la seguridad de Sainsbury's se fijaba en ella, aunque en la ocasión previa iba acompañada por su buen amigo Robert Goodman, el actor, y no podía culparlos por eso. Bob, bendecido con lo que un agente inmobiliario definiría a la desesperada como «rasgos distintivos», había interpretado a lo largo de su carrera al Ladrón de Hamburguesas de McDonald's, al soldado violador y necrófilo de la *Juana de Arco* de Luc Besson, al quinqui de unos cuantos anuncios de alarmas de coches, y a otro montón de personajes similares en *Policía de barrio*, *EastEnders: Gente de barrio*, *Batman* o *Un pez llamado Wanda*, donde hizo suyo el papel de «segundo hampón con cicatriz en la cara». Con esa pinta de matón que tiene Bob, no le sorprendió que los siguieran por toda la tienda. Si no lo conociera personalmente, y si él no le estuviera buscando ciertos materiales para la exposición de mañana, ella misma haría que unos francotiradores lo borraran del mapa, o tal vez lo hubiera hecho hace ya tiempo. Sin embargo, este último lance no contaba con tales atenuantes: la pararon e interrogaron por parecer pobre. En el puto Sainsbury's, además, del que desconocía que estuviera reservado a la élite. Por contra, en el pretencioso Marks & Spencer's, la única vez que un guardia de seguridad le ha dirigido la palabra ha sido para sonreírle y decirle que es un admirador. Por lo visto, el clasismo no se considera un problema, quizá porque sus víctimas lo suelen llevar en silencio. Alma, claro está, no se calla nunca, y menos aún

cuando demonizan a las personas de su extracción. Puede tirarse horas hablando del tema, especialmente en las dos o tres entrevistas que atiende cada semana, o ser mucho más tajante: «No, no necesito ninguna disculpa».

Cargada con un par de bolsas, y ya de vuelta en Abington Street, se dirige ahora a la cafetería del pie de la calle, el Caffè Nero. Se pregunta a qué vendría dedicarle un café a alguien como Nerón. Ya puestos, podrían haberlo llamado Caffè Caligula o Caffè Elagabalus. O incluso Caffè Mussolini. La verdadera cafeína de Europa.

La cafetería ocupa más o menos el emplazamiento del viejo consistorio, el modelo intermedio que sirvió de peldaño entre el primer *Gilhalda* del Mayorhold y el espléndido ayuntamiento actual de la esquina de St. Giles Street. Fue aquí, hace ya casi diez años, donde Alma se cruzó con el por entonces primer ministro electo Tony Blair, afanado en un paseo pretriunfal y escoltado por unos gorilas tipo *Reservoir Dogs*, con un rictus por sonrisa y los ojos inquietantes de un muñeco de ventrílocuo decidido a no «golguer a la gaja». Ella subía por Abington Street cuando vio bajar la comitiva, que iba dándose un baño de masas entre unos transeúntes cuya total apatía debieron confundir en su imaginación con un pasmo asombrado. En sus cabezas, fijo que estaban desfilando por una zona recién peatonalizada, estilizados por la cámara lenta y con una suave brisa alborotando atractivamente sus cabellos engominados.

Al escrutar los rostros fugaces en pos de algo que no fuera indiferencia, los ojos de Blair se acabaron topando con las luces de emergencia grises y amarillas de Alma. Por aquel entonces, ni que decir tiene, ella desconocía que fuera a hacer tándem con los americanos para arrastrar al país a una guerra interminable y desastrosa pensando más en su propia jubilación, pero era consciente de su existencia desde hacía años, y sabía casi con total seguridad que debía traerse *algo malo* entre manos. A él y a su partido los había visto apoyar tácitamente las leyes más represivas de los *tories*, como el artículo 28 o la Ley de Justicia Penal.[19] Le

había visto «modernizar» el laborismo extirpando los últimos vestigios de los valores esenciales en los que creían sus padres y sus abuelos; le había visto tirar a los pobres, a los desheredados e incluso a los sindicalistas que dieron forma a su partido al mismo río de oportunismo incesante. Así las cosas, y aunque no hubiera asumido aún el cargo, en la tarde en que se topó con él decidió vengarse por anticipado. No lo fulminó con la mirada, sino que más bien lo atomizó; la ojeada que le dedicó fue tan penetrante que, en circunstancias normales, solo la habría empleado para volar la luna. En los escasos paisajes que a lo largo de su vida le han dado motivos para mirarlos así, ya no crece nada, y permanecerán yermos durante los próximos cien años. Mantuvo el contacto visual el tiempo suficiente como para que él se diera cuenta, aguardó a que la sonrisa de Blair se helara en una mueca, a que sus ojos aterrados asimilaran la visión de una criatura ignota, y luego frunció los labios y pasó de él con desdén para proseguir su ascenso por Abington Street.

Entra en el café para pillar una taza de té negro caliente y una porción de tiramisú, charla un poco con las chicas polacas del mostrador y se sienta junto a la ventana en un sillón de cuero desvencijado, todavía pensando en su breve encuentro con un hombre que ahora mismo se aferra al liderazgo con la tenacidad desesperada de una langosta tras ser escogida en el restaurante, asida al castillo ornamental de la pecera. Según cuenta él mismo, es un hombre que a lo largo de los años ha sentido varias veces la mano sombría de la historia sobre sus hombros, pero nunca se coscó de que fuera para pegarle a la espalda con Sellotape un cartel que rezara «apuñaladme».

Mientras se lleva un trozo de tarta de crema y café a la dupla de luchadores mexicanos rojo brillante de sus labios, piensa en el par de lugareños, ambos antiguos miembros del Partido Laborista, confinados actualmente por una orden de restricción que les prohíbe salir del país y hablar entre sí. Uno de ellos, un funcionario llamado David Keogh, vive pasados los Mounts, y en 2005 era un oficial de

comunicaciones asignado al Ministerio de Exteriores. En el desempeño de su labor, Keogh recibió la transcripción de una conversación entre Blair y el presidente George W. Bush en la que el gánster y su furcia debatían la idoneidad de bombardear la cadena de televisión árabe no combatiente Al-Jazeera. Al percatarse de que se estaba fraguando un crimen de guerra, Keogh se asustó y le pasó la información a un amigo del partido, el antiguo analístico político Leo O'Connor, también oriundo de Northampton, y por entonces ayudante de Tony Clarke, diputado laborista del distrito sur de Northampton y viejo miembro de la hinchada Inter-City Firm. Alma siempre ha sentido debilidad por Clarke, pues le parece un hombre decente y honorable. De hecho, salvo que quisiera que lo acusaran de formar parte de una conspiración, el diputado no tenía otra opción que la que tomó tras descubrir el memorando: llamar a la Sección Especial.[20]

Tal y como detalla un número reciente de *Private Eye*, esto causó una pequeña polémica en el Ministerio de Exteriores. Al parecer, mientras un departamento de ese augusto cuerpo aseveraba que la conversación entre Bush y Blair sobre Al-Jazeera jamás había ocurrido, y que no era más que una perversa invención de Keogh y O'Connor, otro departamento distinto respondió a una investigación periodística afirmando que, si bien disponían de una transcripción de la charla, no estaban en disposición de publicarla. Alma se pregunta cómo pretenderán acusar a la pareja de violar el Acta de Secretos Oficiales sin recordarle al público en qué consistía el secreto oficial en cuestión. Le da la impresión de que dejarán correr el tema unos meses hasta que surja algún nuevo escándalo o catástrofe que lo eclipse, y que luego confiarán en que la amnesia generalizada de la población surta efecto. Entonces, juzgarán el caso a toda prisa marcándolo como clasificado para evitar que la prensa y la televisión divulguen en su cobertura los detalles de los cargos originales. Al menos, eso haría ella si fuese algún *magister ludi* sonrosado de las catacumbas de Whitehall.

Limpiando el mascarpone de la escena del crimen carmesí de sus morros, se indigna ante el hecho de que este montaje kafkiano atosigue a dos vecinos de su ciudad, uno de ellos con residencia en los Mounts, poco más allá de la esquina noreste de los Boroughs, su querido barrio. Humánima es la sede misma de la guerra.

Les cascabelea un adiós a las chicas polacas, sale del Caffè Nero y atraviesa la capa de asfalto vestigial que persiste al final del pavimento rosado de Abington Street para dirigirse a la plaza del mercado. Recuerda que otra de sus tareas del día era pagar el impuesto municipal, pero se da cuenta de que se ha dejado el recibo en casa. En fin… ¿qué más dará? Lo abonará el lunes, con la exposición ya inaugurada. Dada la reacción secular de Northampton a las subidas de impuestos, duda que un pequeño retraso vaya a suponerle mucho lío. Después de que Margaret Tatcher reintrodujera abusivamente el impuesto de capitación en los ochenta, los furiosos vecinos del distrito oriental se dedicaron a perseguir a los recaudadores de impuestos hasta sus despachos y a destrozar las sedes de las empresas de ejecución hipotecaria. Además, una turba de manifestantes tomó las oficinas municipales y retuvo al personal a punta de puñetazo durante una jornada de asedio. Poca cosa si lo comparamos con la que se armó en el siglo XIV cuando decretaron la primera subida de impuestos en el castillo del extremo sur de St. Andrew's Road, porque aquello precipitó la orgía incendiaria de la revuelta de los campesinos. Así las cosas, más les vale darle el fin de semana y contentarse con que no esté en su ánimo quemar el ayuntamiento. De momento.

Cruza en diagonal la suave pendiente del mercado franqueando los postes de madera de los puestos recién desmontados y esquivando unos toldos que siempre tienen pinta de estar mojados, y mientras tanto vuelve a pensar en Keogh, en O'Connor, en el libre albedrío, en Gerard 't Hooft, en Benedict Perrit y en su salto entre los tejados a los once años, cuando sobrevoló aquel abismo inmundo. Asume que todas las personas que pululan por la plaza irán

inmersas en reflexiones igualmente idiosincráticas. Eso, y no otra cosa, es la realidad: un diluvio constante de ilusiones, recuerdos, ansiedades, ideas y especulaciones en seis mil millones de mentes. Los hechos y circunstancias del mundo solo son la punta material y goteante de ese inmenso iceberg fantasmal, cuya auténtica dimensión sería inabarcable, inconcebible, para cualquier individuo. Esto le suscita la pregunta de a *quién* o a *qué* le resultará *real* la realidad. Habría que postular una hipotética perspectiva de omnisciencia absoluta más allá del mundo humano, una entidad constantemente dedicada a saberlo todo y, por tanto, carente de tiempo para actuar, un punto fijo e inerte de puro entendimiento, de pura receptividad.

Lo más cerca que está Alma de imaginarse al espectador solitario e inmóvil de esta realidad definitiva es el ángel de piedra que preside el ayuntamiento, ahora mismo a su espalda mientras sube por el mercado hacia la esquina noroeste. El arcángel Miguel, siempre trabucado sin remedio con Miguel, santo patrón de las corporaciones municipales, se yergue con su escudo y su taco de billar sobre la ciudad, escucha cada pensamiento, y lo hace sin que sus labios salpicados de guano se abran jamás para emitir una advertencia o traicionar una confianza. Consciente de que a cada hora se suceden varias muertes y cientos de copulaciones, sabe cuál será el espermatozoide que alcance la meta de entre los miles de millones en liza, sabe si se convertirá en enfermera, violador, reformadora social o anomalía estadística, y sabe también si lo que le espera por el camino es un divorcio, la bancarrota o un parabrisas. Conoce cada envoltorio de caramelos Starburst, cada mierda de perro, cada átomo, cada quark; sabe si las ecuaciones de Gerard ‘t Hooft sobre un nivel subyacente al del encanto y la extrañeza son correctas; sabe si Benedict Perrit vendrá a la inauguración de mañana. Todo hecho y suposición se refleja con exquisita perfección en su frente de piedra gris. Este universo al completo, incluidas Alma y sus actuales cavilaciones, contenido en el brillo sináptico de una mente de granito gélida e imparcial.

Al pasar en pleno desmontaje por el centro del mercado, advierte que está atravesando el floreciente fantasma de hierro de su monumento, el punto expedito en el que solía alzarse sobre su base de piedra escalonada. Quizás incluso se esté traspasando a sí misma a los ocho años, sentada en ese frío pedestal para castigo de sus almorranas, examinando sus rodillas más allá del dobladillo plisado de su faldita azul marino. Desmadejado y nebuloso, el ovillo de recuerdos que reconstruye la plaza se hila en hebras históricas específicas sobre el huso del monumento espectral. Unos adoquines brillantes, mojados por la lluvia, emergen brevemente del reasfaltado rosáceo, y las siluetas lignarias de cada puesto vacío cobran color, llenas de comerciantes muertos y mercancías largo tiempo marchitas. Un montón de confites a granel, de golosinas tan vívidas que ni siquiera por entonces se habrían visto fuera de las páginas de *Te Beano*, brotan presididas por un hombre moreno, de pobladas cejas italianas, vestido con una bata blanca almidonada. Los tebeos y libros usados del tenderete de Sid, con el que aún sigue soñando, también están ahí, con el propietario enfundado en su gorra, sus guantes y su bufanda, con su aliento y el humo de su pipa caracoleando en el viento invernal, con su espléndido muestrario repartido entre los *Adventure Comics* y *Forbidden Worlds* del parterre chillón que fija con pisapapeles redondos de hierro plano, por un lado, y los números de la revista *Mad* y *True Adventure*, con sus nazis seductoras y sus soldados fustigados, por el otro, sujetos con pinzas a un alambre en espiral que se extiende por los confines superiores del puesto bajo las franjas blancas y verdes del toldo. En la tiniebla prenavideña, los quioscos apiñados parecen desde arriba farolillos de papel, y el fulgor blanco de sus quinqués se difumina en lienzos cromáticos. Las brasas de los cigarrillos titilan en mitad de la negrura. Magníficas y evanescentes, rebosantes de juguetes y ropa de punto, las galerías Emporium Arcade destellan a su derecha antes de volver a apagarse en un muro moderno, yermo y pétreo, y a continuación, la gran verja victoriana de hierro forjado de

la entrada se funde con ese mismo pasaje subterráneo de hormigón brutal en el que unos chavales mataron a patadas a un pobre albanés hará uno o dos años.

Mientras avanza por la esquina abierta del mercado hacia el punto indeterminado en el que Drapery se encuentra con Sheep Street, Alma mira cuesta abajo, a la izquierda, y observa la fachada petulante de la Halifax Building Society, sita en el recodo de Drum Lane. Enfrascada aún en otra época, puede ver la tienda de periódicos de Alfred Preedy, que ocupaba ese mismo local hace cuatro o cinco décadas, y que sirvió de escenario a aquel sueño que tuvo a los cinco años, el del capataz encapuchado y su cuadrilla de carpinteros nocturnos, esos que ha intentado retratar en *Obra en marcha*. Se pregunta si acabarían el encargo a tiempo o si aún seguirán allí, finalizándolo en los sueños de los niños. Una idea deslavazada le viene a la mente: que esos tablones de madera que ocupaban a los obreros a medianoche representaban unidades de tiempo o, quizás, una serie de sucesos relacionados, y que cada clavo era una vida humana, la suya y la de su hermano Warry, las de Tony Blair, Keogh y O'Connor; toda la gente que conoce y toda la que no, martilleada hacia la existencia por el ritmo coital de sus padres, pum, pum, pum, incrustada inquebrantablemente en las vetas robustas de la eternidad y…

La corriente de sus pensamientos se ve interrumpida por un chico jovial que lleva gorra y zapatillas de deporte, estas últimas con mucho mejor aspecto que las suyas. Lo único que desea es estrecharle la mano, decirle lo estupendo que es su trabajo y disculparse por abordarla de esta manera, lo cual le suscita una actitud cálida y maternal. Mientras se despiden, uno de los tenderos rezagados en el mercado de más atrás se pone a gritar —«¡Yo también opino lo mismo! ¡Bien hecho, Alma!»— y le dedica una breve ronda de aplausos. Alma sonríe y saluda. En ocasiones, todo esto le parece un sueño demasiado agradable, una realidad sospechosamente benevolente con

ella. A veces, le da la sensación de que todo es una suerte de fantasía compensatoria, engreída, vana y ridícula que sueña desde otra vida menos propicia. Es posible que en realidad esté sentada sobre un charco de su propio pis, fuertemente sedada en un psiquiátrico perdido, o en coma desde los setenta, cuando en la fiesta de su vigésimo cumpleaños bebió tanto que hasta dejó de respirar. Se le ocurre que esta existencia tan inusualmente disfrutable podría ser una alucinación experimentada durante el instante dilatado de su muerte, una visión de la vida que podría haber tenido. ¿Quién sabe? A lo mejor nunca logró salvar aquel abismo de basura oxidada a los once años.

Ya en Drapery, pasa entre la sucursal del Abbey National y el majestuoso frente columnado del viejo Mercado de Grano, con su escalinata cincelada subiendo hacia lo que solía ser otro de los principales cines de la ciudad, el Gaumont, luego rebautizado como el Odeon. Aquí, junto a su madre, se vio obligada a ver *Sonrisas y lágrimas* en tres ocasiones, algo que su juicio debería estar tipificado como una forma de maltrato infantil. También fue en estos fríos escalones donde la dejaron plantada dos veces, esperando a pajilleros granosos que solo le pidieron salir, evidentemente, por algún desafío de sus amiguitos. Además, varios años antes de estas ordalías adolescentes, acudía regularmente al local como miembro del club de chicos y chicas del Gaumont. Cada sábado, por una moneda de seis peniques, les dejaban entrar para que un adulto entusiasta, el tío No-sé-quién, los pusiera a entonar viejas canciones típicas como *Clementine*, *Te British Grenadiers* o *Men of Harlech in the Hollow* antes de ver un corto animado, una película de la Children’s Film Foundation —frecuentemente con una isla, unos escolares, y un saboteador extranjero de por medio— y, por último, la nueva entrega de un serial de ocho semanas, como *El rey de los hombres cohete*, o algún episodio antiguo en blanco y negro de *Batman y Robin*, esos en los que el dúo dinámico conducía un coche normal y corriente de la década de 1940 y en los que Robin se recolocaba tranquilamente el antifaz

de cartón mientras charlaba en público con su colega disfrazado. La atracción principal consistía en gatear por las filas de asientos entre las piernas de la gente o en sacudir habilidosamente el palo de un polo para cegar a algún desconocido de siete años desde las butacas delanteras.

El edificio es ahora otro pub temático, en concreto un Hard Rock Café, así que el mayor exhibidor actual de la ciudad es el anodino multicine de Sixfields, a un buen paseo en coche más allá de Jimmy's End. La brillantez del asunto resulta casi conceptualista: convertir todos los cines en pubs, cabrear una barbaridad a todo el mundo, y luego asegurarse de que no existan válvulas de escape para los ataques de imaginación, furia o libido; nada en lo que drenar las burdas fantasías que afloren a la séptima pinta de Wifebeater.[21] Las tramas simplonas, la ausencia de motivación y el ímpetu gratuito del celuloide suprimido pasan después a derramarse y extenderse por las calles los sábados por la noche. Y, antes de darnos cuenta, tenemos unas piezas fascinantes de *cinéma verité* en cada esquina, apuñalamientos baratos a lo Tarantino con asaltantes que sostienen la navaja de lado, que debaten sobre las trivialidades de la cultura pop mientras te apañan una sonrisa de Chelsea. En esta industria, los Oscar van a parar al puñado de sombras apaleadas que salen por las cámaras de vigilancia.

Alma trota por el culo lanudo e inmundo de Sheep Street hacia la entrada del viejo Mercado de Pescado, donde advierte, para su sorpresa, que está abierto. Su gran acceso cubierto, con su techo de cristal y sus lustrosas baldosas blancas, es parte del paisaje de su niñez, y hasta ahora lo consideraba tapiado para siempre. La sutileza de sus voces resuena sobre las losetas mojadas con los ecos de una piscina techada, y entonces ve a su abuela May abriéndose paso entre la multitud, atravesándola como una bola de demolición hecha de hierro negro, alzando una mano moteada para llamar a los pescaderos, que la conocían todos por su nombre. El único al que Alma recuerda es Tres Dedos Tunk, presumiblemente apodado así para distinguirlo

de otros hombres llamados Tunk que tuvieran una cantidad distinta de dedos restantes.

Recuerda vagamente haber oído el proyecto de convertir el Mercado de Pescado en una especie de galería o sala de exposiciones, pero la idea le pareció descabellada y la descartó. Eso no es posible. No en Northampton; no en este mundo. Como es habitual, que sus apreciaciones puedan estar equivocadas ni se le pasa por la cabeza, y es por este motivo por el que ver abiertas las rejas de ballesta verde de la entrada le resulta al principio totalmente irreal. Cargada de bolsas, y sintiendo que se adentra en un ensueño íntimo, cruza el umbral de baldosas hacia la vacuidad blanca del interior.

La luz diurna que cae por la lente polvorienta del techo de cristal es difusa y lechosa, lo cual transmuta el espacio en un lienzo realista. Apenas hay otras figuras visibles en este espacio retumbante, tan onírico y yermo como los grabados urbanos del siglo XVIII. La galería debe estar en pañales, pues no hay ni rastro de las *boutiques* ni de las exposiciones prometidas, pero la amplitud eclesial del lugar la impresiona. Nunca había visto el Mercado de Pescado así, carente de sus multitudes murmurantes, despojado de tenderos alegres profiriendo insultos en el eco de su atmósfera salada.

Las baldosas yacen desnudas, faltas de sangre. El establecimiento está roído al hueso, y el boato de su historia reciente hace tiempo que se fregó. Los restos color topacio de los abadejos, así como el sedimento prismático de las escamas y los ojos vigilantes, redondos cual botones, se han escurrido hasta unirse a los arreos equinos y las jarras del Red Lion Inn que ocupaba antes el emplazamiento, todo mezclado con las kipás y las menorás de la sinagoga de hace unos cuantos siglos. Con su pasado enjuagado, el mercado es un barbecho fértil que aguarda a que el futuro lo rellene, un misterioso vacío cuántico que vibra con inmanencia y posibilidad. Le desconcierta este

súbito arranque de esperanza, esta anulación de su cinismo. Su lado pesimista tiene claro que el ayuntamiento se las arreglará para deshacer o socavar el proyecto, más mediante la indiferencia pura y dura que mediante la hostilidad manifiesta, pero el mero hecho de su existencia invita al optimismo. Sugiere que aún queda gente en Northampton, en el país y en el mundo con la voluntad de hacer las cosas de un modo distinto. Es el mismo sentimiento que la embarga cuando frecuenta a sus colegas raperos, todos con nombres artísticos basados en el esoterismo de los Boroughs: Influence, St. Craze, Har-Q, Illuzion. Lo que ve en el arte y el ocultismo, al menos en potencia, es un sentido de transformación social, algo que también percibe a veces en los devaneos políticos del desastrado Roman Tompson. Este deseo apasionado de mutar la realidad en un dominio más ameno para los seres humanos, este fuego etéreo, es lo que Alma nota flotando en el aire renovado del Mercado de Pescado.

Como engendrada por su ánimo rampante, una de las pocas formas borrosas en el término medio de su visión miope se concreta de repente para aproximarse con el semblante sencillo e inspirador de Knocker Wood, convertido en uno de los grandes antídotos locales contra el cinismo desde el fallecimiento del añorado dirigible lírico que era el difunto Tom Hall. Knocker —Alma lo conoce desde que ambos eran adolescentes hippies, y sigue sin saber su nombre de pila— era arrebatadoramente guapo de joven, con un largo cabello moreno y un brillo salvaje en la mirada que parecía poesía, pero que resultó ser heroína. Knocker, que fue uno de los primeros yonquis de la urbe, formaba parte de esa extraña camarilla de bufones que organizaba sus propias Narco-Olimpiadas cada dos sábados, todos compitiendo en los 400 metros lisos cargando con televisores robados, precipitados por Drapery entre los vítores de los bohemios floreados que se reunían en la escalinata de Todos los Santos.

Entonces, todos se hicieron viejos. La mayoría de los espectadores melenudos de la escalinata se enderezaron, y

al cumplir los veinte desertaron de la renqueante escena *freak*, se buscaron buenos trabajos y comenzaron a vivir según las expectativas de sus padres. Esto dejó solo al contingente proletario de la contracultura, que en general se mantuvo fiel porque no tenía otro sitio al que ir, y a caídos en combate a causa de la adicción como Knocker Wood, para el que la fidelidad ideológica dejó ser la cuestión principal. Los años mozos de Knocker fueron una peli de terror, una tan obstinadamente gótica que solo un yonqui podría aspirar a ella. Alma aún recuerda a esos necrófagos costrosos que se buscaban las venas colapsadas punzándose imperdibles en un gesto pre-*punk*, o que anunciaban con pesar que habían llegado al punto de verse «obligados» a pincharse en el ojo o en la polla.

Aunque Knocker jamás perteneció a esta pandilla macabra y autoconsciente, durante muchos años fue un desastre balbuceante, y a Alma le avergüenza decir que en varias ocasiones cruzó la calle con tal de evitarlo. Perdió a su mujer por una sobredosis, y a su hija por una hepatitis, unos golpes devastadores que ni la metadona ni la Carlsberg Special Brew pudieron amortiguar del todo. Iba en un tren con destino al infierno, y cuando la locomotora sobrepasó esa estación terminal para desplomarse implacablemente hacia un sitio aún peor, él logró saltar del vagón por algún milagro, cayó indefenso por el terraplén, y aterrizó sobre la dura y fría sobriedad. Nadie pensó que pudiera salir de aquel pozo. Nadie sabía de alguien que lo hubiera hecho. Pero, de algún modo, Knocker se las arregló para rehacerse como un senderista rural con gusto por las colinas, como una celebridad local ajena al alcohol y las drogas, como un ejemplo de redención. Hoy en día, Alma cruzaría felizmente varias autovías solo para saludarlo.

—¡Knocker! Me alegro de verte. ¿Cómo te va?

Sigue siendo un hombre guapo, está envejeciendo de un modo muy atractivo, la edad lo curte bien, y el porte cascado le sienta de miedo. Su cabello corto y gris se repliega poco a poco, cada día le cede terreno a la frente, pero sus ojos siguen igual de brillantes, más claros, y se

mimetizan a la perfección con el espacio diamantino que lo rodea. Compone una visión reconfortante, tranquilizadora, un guijarro azul límpido en un arroyo. Sonríe, saluda y se deja abrazar, y parece genuinamente feliz de verla aquí, de ver cualquier mota de polvo girando y destellando en su vals browniano.

Le dice que ahora es asesor, que aporta su experiencia para curar a otros, que procura aliviar los rigores del mundo allá donde puede. Alma lo ve como a uno de los «filósofos mecánicos» de Bunyan, alguien que dispensa palabras sanadoras entre otros caldereros, una Nación de Santos de un solo hombre, solo que sin la cristiandad ni las dichosas picas de por medio. Le entusiasma saber de esta nueva ocupación suya, le gusta de por sí, y le emociona que sea él quien la ejerza. En su visión del mundo, Knocker es un tótem de vital importancia, una prueba cierta de que hasta en las circunstancias más oscuras y desesperadas, las cosas pueden volverse maravillosas.

Le comenta lo de la exposición de mañana y él le dice que intentará pasarse a verla, y luego se ponen a hablar sobre la transformación del Mercado de Pescado, sobre la tundra nívea que los envuelve. Los ojos de Knocker centellean y resplandecen como antaño, aunque ahora se asemejan más a la chispa expectante de un niño antes de Navidad que al brillo desquiciado, hipodérmico, de tiempos pasados.

—Ajá. Además de exposiciones, planean hacer bailes de máscaras, charlas y cosas de ese palo. Me suena genial. Northampton nunca ha tenido un sitio así.

A punto de lanzar su típica retahíla desalentadora con todas las razones por las que no va a funcionar, Alma recuerda con quién está hablando y se corta un poco. Si Knocker Wood se muestra tan bravo y optimista con las perspectivas del Mercado de Pescado, sería muy cobarde por su parte entregarse a la comodidad del pesimismo. Lo que toca ahora es dar un paso al frente, no comportarse como una puta quejica.

—Pues sí. Me gusta la luz y me gusta el ambiente.

Tiene un potencial enorme. Me encantaría volver a ver este sitio lleno de gente, y encima con trajes estrambóticos. Sería como colarse en los sueños que tiene uno cuando es un chaval.

Hablan un poco más, se despiden con un abrazo y retoman sus respectivos caminos. Tras abandonar el mercado y empujar la puerta batiente acristalada de la parte trasera, sale a la bulla de la cima de Silver Street, eufórica tanto por el encuentro como por las expectativas de la pequeña exposición del día siguiente. Quizá sus obras logren lo que pretende. Quizá puedan cumplir con sus excesivas pretensiones y hacer algo por salvar su barrio herido, aunque solo sea atraer hacia el lugar las atenciones adecuadas. Cuando menos, se descargará de las obligaciones que asumió después de que su hermano le contase su experiencia póstuma y apaciguará a algunos fantasmas compartidos, tal vez incluso literalmente. No está nada mal para un año de trabajo.

Su descenso por la avenida ancha en la que la angosta Silver Street se convirtió allá por los setenta es también un descenso al pasado, a los Boroughs, así que es inevitable que el carisma local y las esencias baratas de la posguerra emanen a su alrededor para colorear sus pensamientos y sus percepciones. Este es el terreno pavimentado de cuyas grietas brotó. Todas las visiones que pueda tener proceden de este lugar y de estas bocacalles estrechas, que gotean cuesta abajo hacia St. Andrew’s Road cual regueros de agua sucia. Al otro lado de la calzada bulliciosa, el edificio de aparcamientos se acuclilla sobre dos o tres calles desvanecidas y cientos de horas de su niñez: el Club de Electricistas de Bearward Street, al que iba con sus padres y su hermano las noches de los domingos, y el club de judo de Silver Street, en el que estuvo recibiendo clases de autodefensa hasta que se dio cuenta de que era demasiado grande e impredecible como para que se metieran con ella. Aplastados bajo el peso descomunal del parking, todos estos recuerdos yacen comprimidos en una forma prismática de antracita, un combustible, este, que la lleva propulsando

desde hace más de cincuenta años.

La perspectiva desde este punto, elevado sobre las laderas orientales de la zona, se ha mantenido esencialmente intacta durante todo este tiempo, y por «esencialmente» se refiere a que el cielo lanoso sigue en el mismo sitio y a que el ángulo de su amplia pendiente permanece constante. Por lo demás, han alterado o eliminado casi cualquier otro rasgo del paisaje. Los edificios newlife, recientemente reformados, dominan la vista empinada, el circuito impreso circundante de pisos y dúplex, cubos comunitarios que han reemplazado las filas de viviendas individuales. Aunque muy simplificadas, las arterias principales del barrio original son apreciables en su maraña arcaica, Bath Street, Scarletwell Street, Spring Lane. Algunos tramos del panorama se presentan ensombrecidos o encapotados, mientras que otros brillan brevemente bajo los focos súbitos del sol vespertino, filtrados por una sábana de nubes deshilachadas. Los estratos del horizonte parecen los mismos de siempre, al menos ante la mirada borrosa de Alma. Observa tramos residenciales de ladrillo u hormigón que dan paso a franjas de vías ferroviarias llenas de catenarias, y estas se funden finalmente, en el extremo occidental, con la manta gris verdosa de Victoria Park. Pese al revestimiento raído del último medio siglo, sabe que el planeamiento mítico del barrio sigue ahí en alguna parte, un corazón enterrado que aún late bajo los escombros. Al desviarse de Silver Street hacia el gradiente de uno de los pasos inferiores del rugiente Mayorhold, Alma inspira hondo y agacha la cabeza bajo la superficie moteada del presente.

Emerge de la umbría anaranjada del túnel en un camino peatonal hundido, con un alicatado de treinta años que a Alma le evoca una tortilla de patatas retratada por un Mondrian bulímico. Tuerce a la izquierda, sube la rampa hacia Horsemarket Oeste y baja hacia los bolardos que bloquean la entrada de Bath Street, más allá del edificio Kingdom Life que ha sustituido la sede de la Boy’s Brigade de los años sesenta. Su hermano llegó a enrolarse en uno de

estos peculiares grupos paramilitares baptistas, las Juventudes Baden-Powell. Desfilaba con ellos y su cacofónica banda percusionista los domingos por la mañana, un chavalín de once años con una insignia de latón y una pañoleta, con una vistosa gorra de cadete sobre sus rizos dorados femeninos y una felicidad, una inocencia en sus ojos azules, que a Alma siempre le pareció rayana en la subnormalidad. Si hubiera sido capaz de marchar a paso de ganso sin tropezarse como una lechera de dibujos animados, habría sido el perfecto nazi pediátrico. Seguro que asistió a alguna extraña concentración con antorchas en aquel pabellón de cemento visto del otro lado de la calle, reunido con sus compañeros para corear todos juntos «*Arbeit macht frei*», «Preparaos», o lo que quiera que tuvieran por lema.

Se pregunta si el excuartel general de la Boy's Brigade no estaría cerca, por un casual, de las antiguas oficinas de los camisas negras de Mosley allá por la década de 1930. El hilo de estos pensamientos la retrotrae a un artículo de Roman Tompson que el veterano izquierdista canoso le fotocopió expresamente, centrado en las actividades de la Unión Británica de Fascistas alrededor del Mayorhold. Contenía reproducciones granuladas de viejas instantáneas de prensa con los líderes fascistas locales posando junto a sir Oswald durante una gira por las provincias, y uno de los nombres de un pie de foto estaba borrado, seguramente a manos de un empleado del archivo. Roman no había notado la manipulación y no tenía ni idea de cuál podría ser el nombre en cuestión, aunque Alma había oído ciertos rumores no corroborados sobre el señor Bassett-Lowkes, otrora fabricante local de zapatos, y antiguo dueño de una casa en Derngate con interiores del célebre arquitecto Rennie Mackintosh. ¿Quién sabe? Si la Segunda Guerra Mundial hubiera acabado de otro modo, quizás habría lanzado una línea de botas informales para conmemorar la victoria del *Führer*.

Con el color carne enlatada del añejo bloque de pisos de Mosley a la izquierda y las torres newlife y su cortejo de

adosados modernos a la derecha, Alma continúa bajando por Bath Street. Al igual que la programación invernal del Channel 5, sus cavilaciones íntimas aún poseen un marcado cariz nacionalsocialista. Hace poco, supo que el plan de Hitler para la invasión de las islas británicas concluía con la toma de Northampton, como si conquistar el antiguo centro del país bastara para que el resto fuera algo cantado. Alma se ríe para sus adentros. Podrán hablar pestes del Tercer Reich, pero al menos sabían reconocer plazas estratégicas de gran valor histórico cuando las veían. Además, la zona acabó padeciendo igualmente la arquitectura brutal y coactiva de los nazis. Albert Speer habría colgado águilas y esvásticas en esas torres de pisos, pero duda que los lugareños se sintieran más desanimados y subyugados por eso que por el rótulo plateado, cursi y vertical que lucen actualmente. De hecho, diría que el mensaje es casi el mismo: tened por seguro que el mañana no os pertenece.

Cuanto más baja por la cuesta, más apagado y sombrío es su ánimo, como si Bath Street fuera un declive emocional. Piensa en las víctimas veneradas por la historia, piensa en el holocausto, en la lacra de la esclavitud, en la supresión de la mujer y en la persecución de las minorías sexuales. Recuerda leer la revista feminista *Spare Rib* en la década de los setenta y considerar, por un breve período de tiempo, que una mujer al frente podría cambiar las cosas. Obviamente, eso fue *a principios* de los setenta. El asunto es que, pese a la indudable realidad de los abusos continuados nacidos del antisemitismo, el racismo, el sexismo y la homofobia, hay líderes y diputados que son mujeres, judíos, negros u homosexuales. Pero no hay ninguno que sea pobre. Nunca lo ha habido, y nunca lo habrá. Desde los albores de la sociedad, cada década ha sido testigo de un holocausto de pobres, tan enorme y perpetuo que ya incluso se ha convertido en un decorado inadvertido, incontestado. Las fosas comunes de Dachau y Auschwitz son justamente recordadas, reiteradamente deploradas, pero ¿qué hay de la de Bunhill Fields, que sepultó a William Blake y a su amada Catherine? ¿Qué hay de la que yace bajo el aparcamiento

de Chalk Lane, sita justo enfrente de la iglesia de Doddridge? ¿Qué hay de las incontables generaciones que vivieron pobres y que, de un modo u otro, murieron siéndolo, siempre anónimas, nunca conmemoradas? ¿Dónde están sus putos monumentos, sus días señalados en rojo en el calendario? ¿Dónde están sus películas de Spielberg? Parte del problema, no cabe duda, es que la pobreza carece de arco dramático. «De andrajo, en andrajo, en andrajo, y de ahí al polvo» jamás fue una fórmula que arrasara en los Oscar.

Al otro lado de la calle, en uno de esos adosados modernos que se agazapan bajo los rascacielos, se abre una puerta en Simons Walk, y de ella surge un tipo gordo con la cabeza afeitada y ojos de internauta pornodependiente. La mira con hartazgo y desdén antes de pulsar con no poco descaro la tecla «Suprimir» de su Base de Datos Pajillera y de escurrirse por la acera, probablemente hacia la freiduría de St. Andrew's Road. Alma se permite distraerse un momento con el «parque de bolsillo» cercado por árboles de más adelante, una de las pocas adiciones genuinamente bonitas que le han hecho al vecindario. Una amiga artista llamada Claire vive por esta zona en los pisos de Bath Street, e insiste en mantener libre de basura y malas hierbas este pequeño remanso verde. Con un estilo cercano al de los dibujitos animados, llegó a dedicarle un cuadro muy sentido a esta media hectárea amenazada, a la que representó asediada por torres carnívoras por todos sus flancos, y cuando Alma se enamoró de él, insistió en regalárselo y rechazó el dinero de la célebre nueva rica, profundamente acharada y en deuda eterna con la pintora desde entonces. Claire es valiente, encantadora y un poco bipolar. Sonríe solo de pensar en ella, pues en un antebrazo tiene tatuada la palabra «magia» junto a un hongo de psilocibina, y en el otro se hizo grabar la frase «a la mierda». A su juicio, ambos son credos por los que merece la pena regirse.

Contempla Claremont Court y Beaumont Court, las dos moles remozadas de newlife, ambas enzarzadas en una

penetración doble del cielo. Hará unos diez días, sabedores de la deplorable estafa pública que eran estas supuestas renovaciones, los concejales intentaron inaugurarlas furtivamente. Yvette Cooper, ministra de Vivienda y adjunta de Ruth Kelly, llegó escoltada a primera hora de un miércoles para cortar la cinta, sin previo aviso ni convocatoria para no alertar a las organizaciones vecinales. Sin embargo, Roman Tompson se enteró de su visita sigilosa la noche antes. Requisó un megáfono de la sede local del sindicato y se plantó allí bien temprano, acompañado por una pandilla de anarquistas y activistas regionales reunidos a toda prisa, para hacer salir a sus balcones a los somnolientos residentes al grito de «GOOOOOOOOD MORNING, SPRING BOROUGHS», amplificado con el artilugio prestado. Cuando Ed Balls, viceministro cuellicorto y pareja de la enviada de Gordon Brown, llegó con su séquito de autoridades locales, Roman potenció su voz de mito homérico oceánico y los agasajó alegremente con una lista de sus ignominias más recientes. Con tono comprensivo, le preguntó a la diputada laborista Sally Keeble qué tal dormía de un tiempo a esta parte tras votar a favor de la guerra de Irak. A un concejal lo elogió en voz alta por lo elegante que iba, y después especuló con que tal vez se debiera a la cuantía de sus últimos sobornos. Llegados a este punto, un policía acudió presto y le indicó a Roman que no podía decir esas cosas, y él le replicó, haciendo gala de una lógica aplastante, que las había dicho sin problema. Alma sonríe. Por lo que le han contado, tuvo que ser una mañana de lo más entretenida para los Boroughs.

De mala gana, dirige la mirada hacia la acera de Bath Street por la que va paseando, con los bloques de la década de 1930 y la entrada a su pasaje central a la izquierda, un poco más adelante. Al contemplar el lugar donde antaño debía alzarse la colosal chimenea del Destructor, su alegre imagen mental de la pintura de Claire se resquebraja al instante en lascas barnizadas de verde y amarillo. El viento las dispersa, y lo que las sustituye es su noción previa de

que los Boroughs y otros barrios análogos a lo largo y ancho del mundo son «vecindarios de concentración»: zonas donde a la población, si se atreve a salir, se la identifica fácilmente por los uniformes carcelarios de sus monos de trabajo y sus lustrosos trajes de desmovilización; zonas donde es posible esclavizar, deprimir o matar de hambre a los presos sin miedo a la indignación pública. Aquí, en Bath Street, incluso llegaron a instalar la torre de un incinerador, perennemente humeante, para potenciar la ambientación genocida.

A Alma, que tiende a no distinguir entre la realidad interna y la externa, le da igual que el Destructor de la visión de su hermano sea la terrible fuerza sobrenatural que él describe o una metáfora alucinatoria y visionaria. Bajo su punto de vista, son las metáforas las que infligen mayor daño: los judíos como ratas; los ladrones de coches como hienas. Los países asiáticos como una hilera de fichas de dominó que los postulados comunistas pueden derribar. Los trabajadores imaginándose a sí mismos como engranajes de una máquina, los creacionistas concibiendo la existencia como un reloj suizo y presuponiendo que hay un viejo relojero de ojos centelleantes y cabellos plateados detrás de todo. Alma cree que el Destructor, incluso como metáfora, o especialmente como metáfora, podría calcinar sin mucho esfuerzo un barrio entero, una clase, un distrito del corazón humano. Del mismo modo, ha de creer que el arte, su arte, el arte de cualquiera, es capaz de demoler de una vez por todas las mentalidades e ideas que representa el Destructor si se expresa con la debida fuerza y ferocidad, con la debida belleza brutal. Alma no tiene otra opción que creerlo. Es lo que la alimenta. Atempera sus ojos a los arcos y terrazas de este Bauhaus erosionado, a sus ladrillos color sangre seca, y tuerce a la izquierda para remontar el largo sendero que separa ambos edificios hacia la rampa amurallada que lleva a Castle Street.

El sol se oculta tras una nube y el césped verde se torna gris. El reborde ornamental de ladrillo, agrietado y salpicado de hierba, adquiere un cariz distinto. La

arquitectura, que en su época era pulcra, moderna y eficiente, denota su edad como un funcionario de antes de la guerra, que en tiempos tendría por delante una carrera prometedora, pero que ahora está en la ochentena, ofuscado e incontinente, incapaz de reconocer su entorno. Más allá de las cortinas corridas de los pisos yacen las cámaras de una mente desmoronada, y los inquilinos se arrastran por ellas como sueños insondables. Pacientes ambulatorios, adictos al crack, trabajadores inmigrantes, prostitutas, refugiados y flores trasplantadas como Claire, que de algún modo sigue pintando cuadros en mitad de todo esto como Richard Dadd plasmaba sus visiones de hadas diminutas en los infiernos de gritos y defecaciones de Bedlam y Broadmoor.

Alma percibe que el lugar es una rueda de molino que tritura la razón, la cordura y el sentido de uno mismo en una harina de locura indiferenciada. Las enfermedades mentales y la depresión se han mezclado con el mortero de estos edificios, o tal vez hayan empapado el yeso como una suerte de humedad melancólica. En este ambiente sombrío, hasta el intento de aportarle a la existencia una mínima noción de propósito lo lleva a uno a perder lentamente la chaveta, a volverse esquinado. Vadeando el aire espeso del camino central, se da cuenta de que la demencia suele sobrevenir cuando una visión humana se enfrenta al muro social. Se acuerda del viejo compositor de himnos William Cowper, colega del pastor Newton y asiduo de los manicomios, cuando en 1819 se dirigió a William Blake con estas palabras: «Conservas la salud y aun así estás tan loco como el resto de nosotros, o incluso más aún, porque tu locura es un refugio contra el escepticismo de Bacon, Newton y Locke».

Ni que decir tiene, el Newton que condenó el frágil poeta era muy distinto del escritor de cánticos y antiguo esclavista, pues no era John, sino Isaac, arquitecto de la certidumbre científica materialista que reemplazaría el apocalipsis moral equilibrador de su contemporáneo John Bunyan. Sí, ese Isaac Newton, miembro fundador de la

Royal Society y de la Gran Logia de la Francmasonería, brutal director de la casa de la moneda y, por tanto, ingeniero de un sistema económico plagado de desastres de Darién, burbujas del Mar del Sur, cracs de Wall Street y miércoles negros. Instigador del patrón oro y, por ende, de las reservas de oro de la Gran Bretaña, las mismas que Gordon Brown, canciller de Hacienda de Tony Blair, vendió solapadamente el año pasado. Sir Isaac, inventor de un color totalmente imaginario como el índigo, y creador, a múltiples niveles, de la ratonera materialista del mundo moderno. El gran apaciguador del espíritu, el inductor de lo que Blake llamó, certeramente, «el sueño de Newton». En los pisos de Bath Street, entre los desposeídos, los desesperados y los deprimidos, Alma ve a la perfección todas las quimeras que perturban ese sueño.

Interrumpe sus reflexiones para sortear una mierda de perro recién evacuada que se topa por el camino, un mojón del tamaño de un castillo almenado, inexpugnable aún al zapatito de un crío o la deportiva de un adolescente, que es el perfecto producto final del mundo materialista y, también, su inevitable monumento. Al menos, le da una forma semisólida a la palabra más frecuente, al pensamiento más recurrente en la mente moderna local, y reitera la doctrina del Destructor: «Aquí es donde arrojamos nuestra mierda, todas las cosas que ya no usamos. Y eso te incluye a ti».

Encauzada hacia la rampa que ha sustituido a los escalones de su infancia, se pregunta con una punzada cuántas personas habrán muerto aquí, cuántas expiraciones habrán empañado los espejos de sus baños insalubres o escapado por sus cocinas apiñadas. Desde que construyeron los pisos en la década de 1930, habrán sido cientos, cientos de almas defraudadas cuyas historias acabaron embebidas en el grano del aglomerado o codificadas en el patrón rayado de un feísimo papel tapiz. Siente que atraviesa el fondo de un mar de fantasmas, de un abismo sofocante de ectoplasmas renegados que se extiende muy por encima de ella. Las voces y recuerdos de este lecho arenoso forman

nubes de limo a cada paso. Cáscaras espectrales, basura astral, latas necrófagas oxidadas… todo se revuelca en la negrura del rabillo de sus ojos. Unas damas grises vagan en la mansedumbre de la corriente fantasmal como una colonia de algas sobrenaturales, como un coral de monjes muertos. Remonta la cuesta con parsimonia astronáutica, semejante a una buzo que vagase por un risco submarino esperando arribar, con suerte, a la playa de Dover, pero ignora cuánto tiempo podrá contener el aliento bajo este océano de miseria, bajo este oleaje de desdicha.

La escalera en la que se sentaba de niña debe seguir bajo la rampa de cemento. Se acuerda de que una vez, junto a su madre y su hermanito, pasó por aquí de camino a casa para atajar de Castle Street a Bath Street. ¿Cuántos años tendría? ¿Nueve, diez? Compró un cómic en el puesto de Sid del mercado y adelantó corriendo a mamá para poder sentarse en los escalones a ojearlo un poco durante la espera. El cómic, para sorpresa de nadie, era un número de *Forbidden Worlds*. No recuerda si incluía o no una historia de *Herbie*, pero, de un modo u otro, seguro que contenía alguna tira de Ogden Whitney. Mientras ella se posaba y maravillaba aquí, sobre su gélida percha de granito, Whitney ya estaría en mitad de la senda alcohólica que lo llevó al psiquiátrico y a la tumba. Tiene la escalofriante premonición de que en el año 2050 hay alguien en algún lugar pensando lo mismo de ella, como si Ogden y la propia Alma estuvieran ya juntos, rodeados de hombres lobo y monstruos de Frankenstein, en el verde pálido de lo Desconocido; como si el mundo entero y su futuro fueran póstumos, y ahora solo estuviera retrotrayéndose a este encantador disparate desde un punto trascendente y exterior al tiempo, desde un mundo prohibido. Todo ha muerto ya. Todos se han ido.

Sale a Castle Street y se detiene de repente, pues nota un cambio casi instantáneo en el ambiente y la luz. Vaya, qué interesante. Vuelve la mirada hacia la rampa, escudriña el camino central que da a Bath Street, siempre a la sombra de las lápidas de newlife, y sonríe. El miedo a la muerte y la

podredumbre, concluye. El miedo al menosprecio, la miseria y el declive. ¿En serio es lo mejor que tenéis?

Con un arrojo renovado agitando sus aletas nasales en una ráfaga fresca, baja por Castle Street hacia el punto en el que Bristol Street se derrama sobre Chalk Lane. Cruza la calzada desierta hacia el lado sur y alza la vista hacia el ruinoso Golden Lion, el local en el que Warry desahogó con ella su fantasmagoría salvaje hace tan solo un año. Un año. No recuerda haber hecho otra cosa que pintar, dibujar, mascar papelillos Rizla y escupirlos en un cuenco, y si notó lo cambios de estación fue por la imaginería variable de su tabla de dibujo y su caballete, un verano entero dedicado a delinear niños muertos de narices mocosas con el lápiz blando. Y ahora, aquí está de nuevo.

En el cruce al que se aproxima solía haber una confitería regentada por alguien al que ella y los demás niños llamaban «Papi», un tipo corpulento, canoso y con gafas que vendía polos caseros y refrescos por un penique. Estos consistían en botellas de leche de media pinta rellenadas con agua del grifo y unas dosis homeopáticas de cordial de frutas, una memoria del agua generada con una molécula escasa de sirope de escaramujo. Aun así, en aquellas tardes sedientas, incluso el concepto inmaterial de una bebida sabrosa bastaba para saciarlos. Pagaban sus peniques y se embuchaban con gratitud aquellos fluidos, que solo exhibían un color rosado si se tomaban al atardecer. En perspectiva, sabe que debería haber desconfiado automáticamente de cualquiera que se hiciera llamar «Papi», pero, en fin… a vivir se aprende viviendo.

Al pie de Castle Street, deja a su izquierda la pequeña franja de hierba, aún vacante al parecer, en la que una vez casi la raptaron de niña. Es uno de los pocos recuerdos de su infancia que sigue sin poder descifrar, pues ni siquiera hoy en día está muy segura de lo que pasó. Ella y otros críos de ocho años se encontraron el chasis oxidado de un Morris Minor abandonado en el descampado, y en una zona tan escasamente dotada para las actividades al aire libre y el esparcimiento, se lo tomaron como un parque temático o,

cuando menos, como un prototipo de castillo hinchable. Treparon por el capó y se sentaron al volante. Alma se hallaba en lo alto del vehículo desvencijado, saltando frenéticamente arriba y abajo sobre el techo corroído como si fuera una cama elástica de metal pesado, cuando un coche negro entró de pronto en Chalk Lane desde Bristol Street para detenerse junto al tramo de grama en el que estaban jugando.

Repeinado a base de Brylcreem y vestido con traje oscuro, un joven flaco bajó del asiento del conductor y enfiló furiosamente hacia la infestación de niños del Morris Minor, y como todos los demás estaban en mejor posición para la fuga, la dejaron allí sola sobre el techo chirriante. El hombre —cada vez que intenta recordar su cara, acaba superponiendo falazmente una foto de Ian Brady[22]— la levantó del armazón, se la llevó entre gritos y sollozos, y la metió en su propio coche. Dentro había una mujer joven de pelo castaño desvaído, aunque, de nuevo, su memoria melodramática inserta aquí una instantánea de Myra Hindley un poco más lozana, sin rubio oxigenado ni maquillaje de oso panda vampiro. Alma rogó, lloró y forcejeó en el asiento trasero. El chico le dijo que iban a llevarla a comisaría, pero, de repente, se echó atrás, quizás al darse cuenta de que su compañera estaba casi tan asustada como la chiquilla rechoncha y lacrimosa. Abrió la puerta de atrás, la dejó huir y se marchó a escape, y entonces se quedó tirada y desamparada, gimoteando en el arcén, hasta que sus amigos fueron a por ella tras salir de su escondite. ¿Qué diantres pasó allí?

Una parte de ella casi se inclina por interpretar la historia tal cual suena. No le cuesta ver a su pretendido secuestrador como un muchacho beato de rostro avinagrado y emociones contenidas, típico de las clases medias de principios de los sesenta, que lleva a su prometida a dar una vuelta atrevida por un barrio pobre y que, queriendo impresionarla con su rectitud moral, decide asustar a una de las alimañas infantiles del vecindario. Resulta mucho más probable que la historia de abusos

sexuales escabrosos que le ha impuesto a la escena retroactivamente, aunque eso no la hace sentirse menos agredida ni menos furiosa. Recuerda la tez cadavérica del joven y sus ojillos gélidos. Con independencia de lo que imaginara estar haciendo o de sus intenciones, no se diferencia en nada de los perturbados que asolan actualmente la zona, y que usan los Boroughs como su zoo privado. El año pasado padecieron una alarmante ola de violaciones durante un fin de semana concreto, y le inquietó descubrir que a una de las víctimas la arrastraron hacia un coche en Chalk Lane, justo casi en el mismo punto donde sufrió su intento de secuestro. Al pasar ahora junto a esta cuesta descuidada de color amarillo y verde, se pregunta si el lugar no estará embrujado por algún *genius loci* maligno, algo en el terreno que lo predisponga a un crimen específico repetido a lo largo de las décadas. Cree haber oído que en el siglo XIX encontraron un esqueleto durante unas excavaciones, pero ignora si era masculino o femenino, infantil o adulto, fruto de un antiguo enterramiento o de un homicidio relativamente reciente. A falta de pruebas que la contradigan, asigna los restos a una víctima de secuestro, sola bajo tierra y clamando por compañía. Sea como fuere, este suelo está maldito. Y es muy típico de ella haberlo elegido para inaugurar su exposición.

Tuerce a la izquierda por Chalk Lane y se topa con la guardería de inmediato, toda llena de gente yendo de acá para allá, transportando los lienzos con la máxima cautela por un espacio mínimo. Respira aliviada al no ver ningún signo obvio de catástrofe o desperfecto, aunque, a decir verdad, no está en absoluto nerviosa por lo que pueda pasar mañana. Está segura de que todo saldrá según lo previsto.

Supera el tramo corto de escalones de piedra que da a la puerta y se retrotrae a cuando este local era la escuela de danza de Marjorie Pitt-Draffen, un oasis de refinamiento incongruentemente situado en los Boroughs, un barrio no muy conocido por sus ofrendas a Terpsícore, sino más bien por desalentar el sexo vertical para que a uno no le

entraran ganas de bailar. El distinguido actor Bob Goodman, buen amigo suyo, le ha confesado que visitaba el centro con frecuencia cuando era niño, supuestamente antes de que su rostro echara a arder y alguien se lo apagara con una pala. Se imagina a un crío nervioso de clase media, vestido con falda escocesa, subiendo cada sábado estos mismos escalones para recibir unas clases que debía odiar. Menos mal que el pequeño Bob y la pequeña Alma no se cruzaron nunca por aquella época, porque, con acento de pijo y una falda de tartán, le hubiera pateado la cabeza.

Empuja la puerta batiente y contempla la escena. Aparte de ella, hay tres personas. Bert Regan, llegado de visita desde Gales, es a quien le ha confiado oficialmente la tarea de bajar las piezas y montarlas en su sitio, aunque parece que el enjuto Roman Tompson le está echando un cable. Bert la llama en cuanto entra.

—Eh, Alma. ¿Lo que no ha parao de chirriar mientras bajabas por la calle es ese deo acorazao que llevas, o es que te has hecho un *piercing* en el culo?

—Pues sí, lo segundo. Me compré un trozo de la cadena del ancla del Titanic y ahora lo llevo de adorno. Eso es lo que habrás oído. Me salió por un pico, y me habría costado el doble si hubiera pedido que le rasparan el óxido. Hola, Rome.

Rome Tompson, que se encuentra colocando *Obra en marcha* contra el fondo de la galería improvisada, le sonríe arrugando el títere apolillado que tiene por cara, un Basil Brush destrozado tras pasar por los estragos de una cacería de Pytchley.[23] En sus ojos aún arde el fulgor de las mechas de la pólvora, y unas arrugas astutas irradian de ellos siguiendo el patrón de un parabrisas roto. Es muy posible que Roman Tompson sea el tipo más peligroso que jamás haya conocido, y conste que lo dice en un sentido admirativo. ¿Por qué los más interesantes serán siempre gais?

—¿Cómo te va, Alma? ¿Te gusta cómo estamos dejando la exposición? La he estado supervisando, porque

Bert necesita un capataz a todas horas para no joderla.

—¡Pero qué mentiroso eres, so mamón! Llevo aquí desde las once, y este cabrón habrá llegao hará una media hora. Se ha negao a levantar un puto deo desde entonces. Dice que está aquí en calidad de crítico de arte. Es como la puta hermana Wendy,[24] porque parece que solo le interesan los que tienen pollas.

Deja a los dos hombres con su enérgica interlocución y se acerca sigilosamente a la cuarta ocupante de la guardería, una bonita chica con gafas que está parada en la otra punta y que parece un poco intimidada por Roman y Bert, ese par de ogros chalados venidos de otro siglo. Se trata de Lucy Lisowiec, representante de la asociación de vecinos caspar, un grupo que constituye una de las pocas redes neuronales cohesivas que quedan en este barrio senil. Alma la conoció a través de los raperos de Streetlaw, para los que parece ser una mezcla de hermana mayor sensible —aunque con gran credibilidad en la calle— y benigna agente de la condicional. Lucy es quien gestionó la cesión de la guardería para la exposición, lo que significa que es la que se juega el curro si algo sale mal. Sin duda, esa es la razón de que observe con tanto nerviosismo a Bert y Roman, porque la mera presencia de ambos basta para dar la impresión de que las cosas van a irse al garete. Es como ver a dos oficiales uniformados de la Gestapo llegando a un funeral de mascotas. Alma intenta calmarla.

—Hola, Luce. Por la cara que tienes, diría que estos dos de aquí, que son poco más que dos matones a sueldo, se las han apañado para ofenderte. Pobrecita mía. Es probable que hayas oído cosas que alguien de tu edad no pueda ni asimilar, cosas que se quedarán contigo para siempre. Lo único que puedo hacer es disculparme. El tío del corral me dijo que, o les daba trabajo, o los tendría que sacrificar.

Al reír, Lucy exhibe con encanto sus dientes montados. Es un auténtico tesoro, lleva a la vez una docena de proyectos con los vecinos de los Boroughs, cuida de sus hijos en las oficinas de caspar de St. Luke’s House cuando trabajan hasta tarde, acompaña a Streetlaw a sus bolos,

vive sola sobre el McDonald’s de Drapery, y tuvo una úlcera a los veintisiete —hace poco empezó a alimentarla a la fuerza con Yakult y Actimel— por intentar cooperar creativamente con personas dignas, maravillosas, que a ratos se comportan como putas pesadillas. La propia Alma se incluye ciertamente en esta categoría.

—Ay, no, me va bien con ellos. Están domesticados. Solo estaba admirando los cuadros, la maqueta y lo demás. Esto es fantástico, Alma. Y muy, muy intenso.

Alma sonríe con educación, pero en verdad se siente mucho más ufana de lo que deja entrever. Lucy es una artista consumada por derecho propio, y tiene muchas obras en su haber, la mayoría en el arriesgado medio del aerosol sobre ladrillo. Única grafitera del condado —y, por lo que tiene entendido, de las pocas de Inglaterra—, Lucy se vio obligada a fundar en solitario el 1-Strong-Crew hasta que la suma de un nuevo miembro le permitió actualizarlo a 2-Strong-Crew. Bajo el nombre de guerra de calluz, una enunciación pícara del espectro visible o del encallecimiento propiciado por la calle, ha embellecido un buen número de propiedades embargadas a lo largo de los años, aunque ahora se queja de que ya está demasiado vieja para trepar y correr. Alma sospecha, sin embargo, que esta fachada de madurez responsable tiene propensión a esfumarse al segundo SmirnoffIce. El caso es que, por más que finja, sigue siendo una artista en activo, así que su opinión le importa mucho. Más aún, es joven; parte de una generación de la que Alma conoce muy poco y a la que no está segura de apelar con su obra. Si admira este material lo bastante como para no rociarle encima una capa de negro metalizado con sus boquillas Fat Caps y sus sombras Day-Glo, pues, entonces, será que algo habrá hecho bien. Se permite apreciar las piezas que ya están colocadas, que son casi todas. Sin mucha sorpresa, descubre que coincide de pe a pa con la evaluación de Lucy: es una muestra fantástica, y muy, muy intensa.

El lado norte de la sala lo domina un enorme mosaico montado sobre plancha de madera, en parte inspirado en

Escher, titulado *Malignos espíritus refractarios*. Compartiendo pared con él hay una serie de ilustraciones que parecen sacadas de un libro infantil, unas en lápiz blando monocromo y otras en gloriosa acuarela, como es el caso de la imagen psicodélica que protagoniza *El vuelo de Asmodeo*. En el muro oriental, que es el más grande, impera la masa sobrecogedora de *El Destructor*, y le complace ver que lo han dejado prácticamente cubierto con una tela colgante: es demasiado terrible como para contemplarse de lleno, y así es como lo prefiere. Es su *Guernica*, y duda que vayan a colgarlo en la sala de juntas de la Mitsubishi en este siglo. De hecho, no se lo imagina colgando de ningún sitio en el que personas normales y decentes que solo pretendan seguir con sus vidas puedan toparse con él. El cuadro es tan potente que solo la pieza pequeña más vigorosa aguanta estar en la misma pared, y ese es el motivo de que *Forbidden Worlds* y su taberna infernal yazcan a la izquierda de *El Destructor*. Cuando mañana temprano traiga a la guardería su última pintura, que es *Collar insigne*, la colgará en el muro occidental, frente a la pieza más devastadora, para generar una suerte de contrapeso estético.

En el centro del espacio han juntado cuatro mesas para sustentar una maqueta de papel maché fabricada a base de mascar papelillos Rizla y de escupirlos en el debido receptáculo. A Melinda Gebbie, su mejor amiga, le entraron ciertas náuseas cuando le mostró la técnica, lo cual la obligó a intentar justificar el proceso referenciando a John Latham, devorador de libros y visionario de la década de 1960, a quien llegó a conocer en persona y del que era una gran admiradora. También trató de explicarle la importancia de usar su propia saliva, algo crucial para que su ADN formara parte, en sentido literal, de la compleja estructura que estaba construyendo. Al final, Melinda se rindió y confesó que no era nada, que solo le gustaba carraspear de vez en cuando.

Siendo honesta consigo misma, la maqueta es la única pieza de la serie de la que no está del todo segura. Maciza y obvia, se limita a estar ahí sin decir mucho. En función de

cómo vaya la inauguración de mañana, quizá la deje fuera de la posterior exposición de Londres si las reacciones no le gustan. Sea como fuere, no tiene sentido preocuparse ahora. En general, cree que las cosas tienden a solventarse por sí solas, aunque esta noción contradiga flagrantemente las leyes de la física, el sentido común, y su experiencia política de los últimos cuarenta años.

Aparta la vista de las mesas expositoras y se fija en la ventana panorámica del frente de la guardería, donde nota que Chalk Lane se tambalea al borde del ocaso. Una chica canija y mulata, con el pelo apelmazado en rastas y una gabardina rojo bombero de PVC, taconea por la umbría con los brazos cruzados sobre el pecho en ademán defensivo y una expresión de preocupación en el rostro. Alma piensa «furcia yonqui», pero enseguida se reprende a sí misma por rebajarse a los prejuicios clasistas y a las suposiciones viperinas y facilonas. Para cuando vuelve a mirar, la joven ya no está, se ha marchado hacia el crepúsculo que se agolpa al este procedente de Horsemarket, derramado por Castle Street en una avalancha de penumbras violetas.

Alma se queda un rato más charlando con Roman, Bert y Lucy en el local cedido. Roman le cuenta que ha ido puerta por puerta avivando el interés por la exposición de mañana entre la población residente. Cuando ella le pregunta qué tal se está vendiendo el cartel caricaturesco que le diseñó para su asociación en Defensa de las Viviendas Sociales, él le dice que sigue saliendo a ritmo constante. La imagen, que muestra un gato gordo[25] del tamaño de Godzilla cerniéndose sobre las torres newlife y raspando la superficie de Scarletwell Street con sus garras monstruosas, no es una pieza esmerada que cumpla con sus estándares artísticos, pero sí que suscitó cierta controversia. Con su buen ojo para la publicidad gratuita, Rome llamó al diario local *Chronicle & Echo* y afilió públicamente a Alma a su honorabilísima causa. El artículo anexo contenía unas declaraciones algo resentidas y desdeñosas de un tal Derek Palehorse, concejal conservador, que insistía en no saber a qué venía tanto revuelo después de lo mucho que se había

hecho por el vecindario. Alma sonríe al recordarlo. Fue muy amable por su parte asomar la cabeza por encima de la barrera, porque hace nada, a raíz de las maquinaciones de Roman Tompson, el mismo periódico publicó la muy generosa remuneración de un antiguo colega suyo, lo cual llevó al escándalo de que los concejales proclamaran que sus tratos privados jamás deberían divulgarse. Cuando el diario sondeó la opinión de sus lectores en una encuesta sobre el tema, los redactores se quedaron pasmados al descubrir que la inmensa mayoría de los votos apoyaban el derecho al secretismo de los concejales. Lo que averiguaron luego fue que casi todos esos votos procedían, de un modo u otro, del concejal Palehorse. Para merecida vergüenza de todos los implicados, el tema salió en la sección *Boroughs Podridos* de *Private Eye*. Vaya gente, en serio. Menuda panda de gilipayasos. Esta es una nueva palabra que le ha fusilado a Charlie Brooker, columnista malhumorado y espléndido guionista de televisión, un tipo con el que se casaría sin dudarlo y que ha sido capaz de acuñar un término sin el que ya ni sabe cómo habrá podido sobrevivir todos estos años, dada la interminable hilera de gilipayasos que se agolpan en el destartalado coche de la historia. No os preocupéis, que ya están aquí.[26]

Siente el capricho repentino de volver a casa dando un paseo por su antiguo barrio, así que rechaza la oferta de Bert de llevarla en coche y les da a todos un besito de despedida. Rome Tompson le deja caer con cierto misterio que tiene algo para ella, pero primero quiere repasar los datos, porque guarda relación con el tramo de río que discurre junto al gasómetro de Tanner Street. Le dice que se lo contará mañana por la mañana, durante la exposición. Los deja al cuidado de rematar los detalles y cerrar la sala, se abrocha la chaqueta hasta el cuello, y sale por la puerta batiente para bajar los escalones de piedra hacia Phoenix Street. Dirige la mirada a la izquierda, hacia Chalk Lane, y distingue la iglesia de Doddridge, con ese extraño portón a media altura en la fachada occidental. Se imagina entonces la pasarela celestial, el Ultraconducto, retratado en uno de

los cuadros que acaba de admirar como un paso elevado, aparentemente cincelado de luz, que emerge desde esa bahía de carga tapiada para curvarse hacia el oeste, todo lleno de figuras borrosas fosforescentes yendo y viniendo a lo largo de su extensión.

A su juicio, la iglesia en sí representa la suma combinada de las revueltas políticas y espirituales que caracterizan la historia de Northampton. Se le ocurre de improviso que, en su mayoría, todas fueron en origen de carácter lingüístico. John Wycliffe comenzó el proceso en el siglo XIV con su traducción de la Biblia al inglés. Al insistir en que el campesinado inglés tenía derecho a orar en su propia lengua, Wycliffe y sus lolardos introdujeron un elemento político de guerra de clases en la agitación religiosa, y lo hicieron aquí. En Northampton, los lolardos y otros religiosos radicales parecieron hallar su hogar natural, y para cuando llegó el reinado de Isabel en el siglo XVI, las congregaciones de Northamptonshire entonaban himnos propios escritos en inglés en vez de limitarse a escuchar los salmos cantados en latín exigidos por la Iglesia. Sin otros ejemplos claros en mente, se pregunta si su ciudad será el origen de los himnos ingleses. Ahora que lo piensa, eso explicaría muchas cosas.

Por supuesto, cincuenta años después de la muerte de la reina Isabel, estalló la guerra civil inglesa, pues el Parlamento se hallaba enormemente enardecido por sectas radicales que parecían apiñarse en las Midlands: *ranters*, anabaptistas, antinomistas, quintomonarquistas y cuáqueros, casi todos enzarzados en publicar textos incendiarios u opúsculos fogosos. Varias de las diatribas firmadas bajo el pseudónimo de «Martin Marprelate», que eran abiertamente sediciosas, se editaron secretamente aquí, en los Boroughs, y se diría que, en general, la revolución protestante pivotó sobre el arte de la palabra, ya que la pintura y las artes visuales se percibían como dominio exclusivo de los papistas y los elitistas. Convertirse en pintor requería de medios y materiales, pero escribir, estrictamente hablando, solo requería de una educación

rudimentaria. Obviamente, la literatura también seguía considerándose propia de la élite, lo cual fue una de las muchas razones de que los escritos de John Bunyan, alegorías cristalinas vehiculadas con un discurso llano, resultaran tan explosivas en su día. Su himno *Ser un peregrino* se convirtió en el símbolo de los puritanos desencantados que emigraron a América, mientras que *El progreso del peregrino* llegó a ser la gran fuente de inspiración de los colonos del Nuevo Mundo tras la Biblia, en especial porque no caía en las agudezas cortesanas y libertinas de contemporáneos lisonjeros como Rochester o Dryden, sino que se trataba de una obra creada por el miembro de una casta nueva y peligrosa, el plebeyo cultivado. Sus trabajos procedían de alguien que preconizaba que el inglés común era una lengua santa, un lenguaje con el que expresar lo sagrado.

Ni que decir tiene, a Bunyan lo enchironaron en la trena de Bedford durante sus buenos treinta años, y el arte y la literatura siguen siendo, en general, producto de la clase media, de una mentalidad *rochesteriana* que ve el fervor como simple torpeza y la pasión visionaria como un anatema. William Blake seguiría los pasos de Bunyan y John Clare, este más cerca de casa, pero ambos pasaron sus días en la indigencia, marginados como lunáticos, internados en asilos, o inmersos en juicios por sedición. Todos ellos son herederos de Wycliffe, partícipes de una gran tradición insurrecta, de una corriente de palabras ardientes, de una narrativa apocalíptica que habla la lengua de los pobres. En su templo de piedra de Chalk Lane, Philip Doddridge aunó todas las ramas dispersas de esta narrativa: alternó con swedenborgianos y baptistas, aceptó un ministerio en el barrio más mísero de la urbe, escribió ¡*Oíd el alegre son*! y abogó por la causa disidente… Todo eso, desde este montecito dejado. De sus muchos héroes locales, Doddridge es el más destacado. Será un honor inaugurar la exposición a la sombra de su iglesia. Alma decide bajar por Little Cross Street, seguir por Bath Street hasta Scarletwell y recorrer su querida franja de hierba rala por St. Andrew's

Road.

A través de la luz menguante, trota cuesta abajo flanqueada por bloques de pisos a ambos lados del camino: las fachadas occidentales de los edificios de Bath Street a su derecha y, a su izquierda, los zaguanes de la década de 1960 y los senderos hundidos de Moat Place y Fort Place, rasgos distantes de un castillo demolido tiempo ha para reconvertirlo en las calles donde su bisabuelo, Snowy Vernall, vivió cien años atrás. Snowy el loco, casado con la hija del tabernero del Blue Anchor, un pub de Chalk Lane desaparecido hace ya mucho, y que él visitó en una de sus largas e improbables caminatas desde Lambeth. Todos estos hechos fortuitos, estas gentes y sus vidas complejas, constituyen un trillón de pequeños detalles sin los cuales Alma no sería ella misma, sin los cuales ni siquiera estaría aquí.

A lo largo de la calle, unas farolas incontinentes se alzan con vergüenza sobre charcos de su propia luz color orín. Todavía se acuerda de cuando Moat Street y Fort Street seguían en pie, y también de cuando esa casita de jengibre que era la confitería de la señora Coleman yacía el pie de Bath Street, aunque por entonces no tendría más de cuatro o cinco años. Guarda un recuerdo mucho más vívido del aspecto de la zona un poco después, cuando la demolición del laberinto de ladrillo rojo de los adosados dio paso a un páramo yermo antes de que edificaran los bloques de pisos. Se acuerda de jugar con la primera de sus muchas mejores amigas, Janet Cooper, en aquella vasta explanada de fango negro y escombros, bajo la lana sucia del cielo de los Boroughs. Por alguna razón, coloreando los charcos había restos industriales esparcidos por doquier, trozos de metal con forma de «L» que Alma y Janet descubrieron que podían trenzar en esvásticas naranja óxido para lanzarlas por los solares arrasados como estrellas ninjas nazis. Al igual que el Morris Minor abandonado, estos pedregales de ladrillo, estas pilas de devastación, eran sus parques públicos particulares, zonas de recreo dedicadas a los más pequeños del barrio, guarderías

tetánicas muy comunes por aquella época. Serían finales de los cincuenta, Macmillan era primer ministro, y Alma y sus amiguitos volaban cometas entre el tendido eléctrico y se abrían las venas trepando por las mellas de las planchas corrugadas. Nunca se lo pasaron mejor.

Tuerce a la izquierda al final de Little Cross Street y se adentra en el pie de Bath Street. Ahora, las viviendas de la década de 1960 quedan a su izquierda, y la elegancia raída de los apartamentos Greyfriars la tiene a su derecha, al otro lado de la calzada en penumbra. A medida que desciende, el flujo del tiempo se hace más viscoso, espesado por los sedimentos históricos que se han acumulado cerca del fondo del valle. En la oscuridad creciente que la envuelve hay ventanas que se encienden, aguadas de color tenue filtradas a través de la delgadez de las cortinas, sellos de correos desvaídos que se fijan en la noche mediante bisagras ocultas. Todo yace impregnado de mitología.

Desde la perspectiva de un niño, los diversos bloques de pisos del barrio, que ya estaban desplazando las casas adosadas hace cuarenta años, no se diferenciaban de los coches abandonados o los edificios derruidos. Todo paisaje podía habitarse, escalarse o servir de escondite, pues su imaginación juvenil transformaba sus moles en fuertes del Oeste o planetas inexplorados, en un Gormenghast de losas y tablones en perpetua mutación. Hasta donde alcanza su memoria, los apartamentos Greyfriars, al ser los más próximos a su casa de St. Andrew’s Road, siempre fueron su segundo y más extenso patio trasero, prácticamente un anexo de esa lápida fría que era su umbral. Uno de sus dos cuasi asesinatos ocurrió aquí, el del intento de estrangulamiento entre los cubos de basura de un callejón sin salida, y sus sueños sobre el lugar los evoca más vivamente que sus experiencias. En uno de ellos estaba muerta, confinada en el tendedero interior de los pisos, perseguida hasta el fin de los tiempos por una versión apolillada e hidrargírica del Sombrerero Loco de Carroll alrededor de un purgatorio encapotado y lúgubre. En otro, una torre de cristal azul altísima y futurista emergía de la

zona superior de los apartamentos en Lower Cross Street, y allí le enseñaban un artilugio oblongo que emitía un zumbido suave, provisto de una pequeña pantalla que ofrecía el recuento de todas las partículas del universo. Y, por descontado, fue allí donde tuvo la primera de las visiones que cambiarían su vida. Con las bolsas de la compra ondeando en su puño ornado, sonríe para sus adentros en este crepúsculo coagulado y cruza la calzada desierta hacia la esquina sudoeste de Greyfriars.

La entrada inferior al rectángulo central está protegida desde hace años por una verja de hierro negra. Solo residentes, lo cual es del todo entendible. Aun así, decide detenerse y recorrer el sendero con la mirada hasta el pequeño parche de arbustos, visible parcialmente. Según recuerda, corría un gélido día de principios de primavera, y ella, a sus ocho o nueve añitos, recién salida de la escuela Spring Lane, iba andando por la cima de Scarletwell Street para almorzar en casa. Caprichosamente, tomó un desvío a través de los pisos por el simple hecho de que creyó que la vista sería más interesante que la loma desierta de la vieja colina, los patios de recreo vacíos que la bordeaban, y las ventanas traseras de la hilera que quedaba en St. Andrew's Road. Avanzó por el caminito de cemento del interior del bloque, sorteó las sábanas ondulantes y las ropas de bebé, y llegó al triángulo en el que crecían los setos, justo al final del todo. Podría haber pasado junto a esa vegetación familiar sin hacerle caso, pero un detalle intrigante captó la atención miniaturista de sus ojos infantiles.

En una ramita delgadísima, enganchada a una hoja cerosa y perenne, había una larva blanca y translúcida que pendía de un material tan fino que parecía levitar, y su cabeza diminuta era rutilante y cegadora. Colgando de la escarcha helada del aire matutino, oscilaba y se retorcía como una escapista, aunque su número iba al revés, pues consistía en secretar su propia camisa de fuerza. A base de giros y contorsiones, se envolvía deliberadamente en las hebras casi invisibles que ella misma producía. Asombrada, Alma se acercó un poco más al arbusto, hasta que su nariz

quedó a cuatro o cinco centímetros de la oruga suspendida. Recuerda que se preguntó si el insecto estaría pensando algo, y que acabó determinando que era muy probable que sí, aunque solo fueran pensamientos propios de una oruga pequeña y blanda.

Nunca había contemplado este tipo de actividad en concreto, y le extrañó que la criatura minúscula estuviera sola en tal empeño. Sabía que su propósito era la manufactura de un capullo del tamaño de un grano de arroz, pero jamás la habían informado de que dicha operación fuera tan solitaria. Fue entonces cuando observó, para su alivio, que la larva tenía, al menos, un amiguito, otro gusano pálido que avanzaba trabajosamente por un brote cercano, un brote en el que había…

Soltó un grito ahogado y dio un paso atrás. La realidad titiló y se reconfiguró ante sus ojos atónitos. En cada rama, en cada brote, en cada hoja del arbusto conífero aparecieron miles de gusanos blancos idénticos, todos embarcados pacientemente en la misma tarea. El seto en sí se volvió una inmensa telaraña blanca cuyos hilos retorcidos cobraron vida con algún propósito insólito. ¿Cómo había podido estar allí parada durante cinco minutos sin advertir esa visión tan espectacular y ultramundana? Aquel instante fue un apocalipsis, al menos en el sentido del término que usaban los poetas de dicha escuela, autores como Henry Treece o Nicholas Moore, su favorito. Comprendió que el mundo que la rodeaba no era necesariamente tal y como ella lo veía, y que, ante las narices del personal, pasaban cosas asombrosas constantemente, cosas que la gente con expectativas realistas dejaba de percibir. Al ver una colonia de gusanos de seda asentándose en lo que más tarde identificaría como una morácea, se formó una visión del mundo gloriosa y mutable, propensa a explotar en disposiciones nuevas e improbables con solo prestar la debida atención, con solo aguzar la mirada.

Aquí y ahora, espiando la penumbra vespertina del patio de Greyfriars a través de los barrotes negros, compone

una figura sospechosa, y nota que un enjambre de fantasmas la asedia entre las sombras. Siempre está aquí en este momento concreto, pues este punto es una ubicación predestinada en la gema tetradimensional de un espacio-tiempo inalterable y simultáneo. La vida es un bucle infinito, y su conciencia revisita los mismos hechos eternamente como si los experimentara por primera vez. La existencia humana es una gran recurrencia. Nada muere ni desaparece, sino que cada condón desechado, cada chapa mellada y cada callejón que los contiene es tan inmortal como el Olimpo o Shambhala. Siente que la maravilla inagotable de un mundo sucio y hermoso se expande para incluirla en su fanfarria musical. Baja sus pestañas apelmazadas y se imagina que todo lo que la rodea vive y se retuerce, súbitamente compuesto por un billón de organismos lustrosos antes inadvertidos, un paisaje entero cubierto de gasa espectral, una circunstancia de seda recién hilada.

Al final, abandona la verja cerrada y sigue bajando por Bath Street en dirección a Scarletwell Street y St. Andrew's Road. La tira corta de hierba ancestral se conserva igual. Como es costumbre, se asombra ante la tenacidad de la casa de la esquina y trata de localizar, sin éxito, el solar de la antigua residencia de los Warren. En verdad, está bastante segura de que se hallaba entre dos árboles jóvenes y robustos que hay en mitad del camino. Lo nota por el escalofrío que la asalta, pero no tiene la certeza. Al rato, se le ocurre que pararse junto a la calzada en este barrio de la ciudad podría generar malentendidos, así que se gira para encarar la larga ruta hasta casa, de Grafton Street a Barrack Road para luego bordear el Racecourse hacia East Park Parade.

Cuando cruza Kettering Road por la parada de autobús, que es ornamental en un sentido extrañamente anticuario, y que ocupa el lugar del antiguo patíbulo de la urbe, empieza a darle vueltas a la situación del arte en la era Charles Saatchi; al arte como un gesto comercial y unidimensional dirigido a un público tan perdido en términos culturales

que siente que ya no tiene ni un piso estable desde el que aventurarse a la crítica. Solo otros artistas —y solo los más renegados— parecen tener la suficiente confianza en sus propias opiniones como para plantear una refutación efectiva. La última vez que invitó a Melinda Gebbie a una de sus memorables comidas, recuerda que la expatriada americana emitió un juicio incontestable sobre la obra de Tracey Emin, uno que Alma deseó haber planteado ella misma: «Dios mío, ¿te imaginas tener que encajar los nombres de toda la gente con la que te has acostado en una *tienda de campaña*?» Alma se quedó boquiabierta durante unos segundos antes de proponer sobriamente algunos lugares espaciosos que quizá fueran aptos para acomodar la lista de Melinda. El Partenón, la abadía de Westminster, China, Júpiter.

Se abre paso por el pavimento suntuosamente erosionado de East Park Parade hasta la puerta de casa, donde rebusca en los bolsillos de sus pantalones ajustadísimos en pos de la llave brevemente elusiva que necesita para entrar. Ya en el interior, enciende las luces y pone una mueca de contrición al contemplar el desastre abarrotado. ¿Por qué no podrá ser ordenada como un adulto normal? En su mente, le echa la culpa a la influencia de Don Gato. Cuando eran críos, su hermano Warry y ella aspiraban a vivir en un contenedor reconvertido como el de su héroe felino, un lugar en el que pudieran lavarse los dientes, apagar la luz de la farola más cercana tirando de un conveniente cordoncito y deslizar la tapa abollada para guarecerse. Tardaron mucho tiempo en preguntarse dónde escupiría el gato la pasta de dientes.

Rellena los pimientos, los cubre con queso feta y los mete en el horno. Mientras se hacen, se lía un canuto, lo enciende y empieza a ojear el ejemplar de *New Scientist*. Después de cenar, se fuma tres o cuatro porros más terminando la revista científica, leyendo el *Private Eye* y volviendo a ver dos episodios de la última temporada de *Te Wire*. A eso de las once, aplasta el último petardo del día, se traga su píldora de arroz de levadura roja y su pastilla

Kalms de extracto de raíz de valeriana, por lo general inútil, y apaga todas las luces antes de retirarse.

Desnuda bajo el edredón, descansa sobre el costado derecho y tira de un pliegue para situarlo entre sus rodillas huesudas. Entre el estrépito y las vomitonas del viernes por la noche suenan sirenas, silbidos, insultos proferidos por los jóvenes desinhibidos que van y vienen por East Park Parade. Se frota los pies y se deleita con el ruido seco de sus plantas. Las telarañas de la morácea reptan por el interior de sus párpados.

Al borde del sueño, su mente reproduce una imagen incidental de la serie de televisión, exquisitamente guionizada, que ha estado viendo: la de un camello con una bandana sentado en su portal, en mitad de los yermos solares desiertos y las alfombras de jeringuillas urbanas de Baltimore Oeste. La turbia evocación de la escena la espabila de repente con una punzada profunda de pánico y pérdida que al principio no entiende. Tiene que ver con los Boroughs, y también con todos los barrios a lo largo y ancho del mundo que son equiparables. Todos los hombres y mujeres, todos los niños que habitan este paisaje universal de pavimentos resquebrajados, ultramarinos con persianas blindadas y rótulos corroídos con nombres sin sentido, propios de otro siglo, viven toda la vida entre callejones sin salida sabiendo que los bolardos de hormigón y las vallas de alambre seguirán ahí después, mucho después, de que ellos se hayan ido.

El estallido de una botella se propaga por Kettering Road. Deja a un lado estos pensamientos atosigantes sobre el gueto y la mortalidad, y consiente que los gusanos de seda de su revelación la envuelvan en el piadoso capullo de la anestesia.

Mañana le aguarda un día importante.

AL DOBLAR LA ESQUINA

Desmuerta, Lucia se decanta con la luz crerriente. Esun rompetestas, en orillecto, pos dotos los dactores y nazirmeras así lanforman, pero ya nuncasun cruza gramas, gracias a su mendicación y a cómo se va obramarcheando a ella. Surge del sueño común primarroyo, comuna babborriente murmurante que brotase dentrel sustrato nírico, deslumbreada y parpadante, par yuntarse con el sol matristino. Confinerdida enhiesta locualización, se derraclama gozosa perun lecho sauve y desoso par verter su coradón peruna quejaladera, y luego saleja hacial vetusto panorrama dun modesto sinayuno. Ah, qactuación tan enyesada y aplausible. Se tapa los odildos con las manos paraogar el lloripeo atroz y las penosas implecaciones de su furcimilia. Pesal quejido de sus bunyanetes, escapa de la destracción y comenza su bereguinaje diarilio hacia la redección, hacial Sacro Mar, asia la tranquilisanción de la noche.

Cuchicharear el huevo despinado de su cabeza pochada la elleva a morar en el pasado, como siemprahora. Triestemente nacida el siete del siglo y el año, en el cledor hiel hamor dun ala depausaperada, yantonces le nihilaron el pecho mateatrerno. Nuna nora nuna gota le consindieron. La leche labía secado Giorgio, desfinado a ir de madre en odre a lo largo de toda su serpenitente vida. Incluso el evajardín le robó, pues semper fueél, y no ella, la sucia caininña de los óculos de su madrarpía, y suambre dio prodramas, quebraperos a los que Lucia se resabelistió tanto como pudo. Él tenía catuerce y ella timidiez, per decirlo claremente. Forcefeos bajo sábanas translucias y secosas en una clausuciofóbica chupcesión de sextancias alquinadas, con padre escriausente y madre nuda, pagana en su

depreocupación, semper colocando orinales en la mesita de la liffentrada y dejando chercos en su venerbarniz. El dragón de Giorgio serguía sobre vilmalezas bajescasas par demandar orgiantemente sus atencionex, y su madre solo ruía, indulcente, consentiendo quel cabezón de su hermante insixtiera en sus idventuras, idmerso en una luz tenue, enunexigua hondura.

Tamputipoco es que rechatozara sus duravances, forcidolorosos al prepuncipio, per aquella época, quando aún liffecreía que lamaba, quando en aquel papaíso sallaba en el floresumerimiento eufraprecoz de su jutigristud. Simplada hora en la sala de cría, masca la tostada y se presunta si verrealderamente era su sangrermano. ¿Noubo nuna ocultivez una escarcarta que su padre escabreó dexde las terras de Iralandia? Se topó con Invincent Cosquigrave y este le conpesó haber desfollareado a Noria en mil nosearrepientos cuatro, el año en que concupiscieron a Giorgio. «Entontonces, ¿nes mijo?», gritó babbo en mitad de su alteringustia tormental, y su salillorosa muger no se brujatrevió a rexplicar. El arrejusunto se quedó sin clarear. ¿No awotaría eso mucha luzlot sobre mormá y su Gorgo? ¿Sobre lo follunidos questuvieron siempar, un tanto intensanamente en su incestimación, dexde la grendelcuna hasta la grutumba? Deforma dementifusa, recorda a su barnaclamadre calejungtando con su masturboca las cositas del joven cuchiseñor las amenutardes de brrfrío, o al manoseso creecreer. Per supuedetesto, eso también dejaverbaría doloriclaro, a ogros de todos, per qué los dos incestieron tanto en sanatisilenciarla, pues Lulabicia era la heredemilla de su padre, su esperchispa sefervidenciaba en doto lo que facía o creadecía yen su modo de sabihablar per él, mentas quen FaGiorgio nabía ninápice palpable de la mesma susdancia. Perende, la vieja Ñora deicidió, allintonces, que su primogélito carroñodara la dinacadaverstía, y no limportó que putiera ser dotro amombre. En canto a su ría pergeña, a la dardauténtica hija de su padre, mejor acallameterla en un asilœncio par lunátrucos comel de Franciastein, o finalmentaquí, en el

hospistal Sin Andrajos.

Lobsequiosa afablermera de Lucia, la paternal Patrisia, sasitenta a su hado mentas ella sorbebe su taza de té matufina, y entronces cuadrea mentalpacientemente lo que la bizja flameosa del celefiébrimo escriautor desea facer hoy con su diva.

—Beno, he pensado que podría fascidar un paseo per los terrenos, dado que face un día liffeycioso y las flores están en su abloomgeo. No mimporta quedarme a solas, y darcyseguro que tendrás mejores cosas que facer. Beee y no te preocanses per mí, Pat. Escritaré a mis canchas.

Con su acompiñante ya franquila, Lucia se psica los labios conuna servinquieta de papel, sexcursa y se decanta, y se mancha pluviando perun carriedor recién desinchiflado hacia los puertos de cristal de lotra chunta, una luz inter la lux.

Una vez fullera, se vara y conticpla el paisagre, dexde la bóveda cerebrúlea del firme amento superior hasta la cortejina verdisalvia del horimonte lesbiano, pasando perunos Ureates, al alcance de su mano, con sus petalchispas y sus fluores rociadas de culor. Omque diste de ser ideálico, el locogar le gusta, es el majaredor de todos en cuantos ha loquiestado. Disinfruta de los dictores aprestos y de su trato lujuplácido, y ruego, casi a las cuatro en polla, suele quemarse junto a la verga parvuler a los columnos penedencieros de la escruela segmentaria, ques adesciente a la instinctución psiqátruca. Más allá de las vergas de cierro, pasan corrienteando per Bulling Roude comenuna peneícula, apicareándose las gorras raídas y afrotrándose de los fuevos unosotros conuna wildaridad selvaje, ahienos a quella los esté espriapando dexdel follaje en un facto de lasvicia nítima y neurostálgica.

Sin emverbo, lo que más le frugusta de sestual residanza es cómo cumbia con las estanciones, cómo cada muertidía disforia un pocus delanterior. Su quandónde no es tan influxible como los desasotras loclausuraciones que han aprisiofrutado de su persisencia a lo letargo de las dóctadas. Aquíscapaz de vaguear inter sus pasadotiempos y

sus futurarios, entre el aquiallí, entre un segumundo y el simiente. A su desjuicio, aquí, en el auspital ciclológico Sin Antros, es entiemperamente pasible desluciarse del rieno pedestre hacia el terrotorio de los cuentos de horradas y las viejas alegrolías, donde toda palabracadabra esuna verdad invendiata y enterna. De facto, a estiveces le gnosta disceunir con centreza en qué cientro está, o psiquiera si todos los masivomios no dismanarán en el hondo del mimo y exfacto locar, un estapecimiento inmtenso que trasciallende las frusleras intermocionales, aprestado de dactores desfaustados que intenteatan compreprender su ánima.

El pradamplio verde resplanupciente sextiende a solrededor con los tálamos, los almos y los edilibrios novelejanos rotundando en una óbita planetarbria, y ellæstá dentendida en el centrelleo comel hijastro sol, hermanosa fonta de la vera lux. ¡Su fonta mesma! Conún paso de salteos femialegres, da corcomienzo a su onduperiplo obramarcheado, a su braseo matusintino, a sexperdición, y cruxa el céxped súmedo asial vegetaverso proético dun soto qaguada en la disdanza. Allá que liffeyva ella, tan venerosa comolañejo san Niquelás, una anciadama inœsente deambuligando conún cárdigram de lamia per los sexteriores de linstitrusión.

Lo quel observiente ipsnora, nostante —y sempersiste un absurdvador, al frenos en laxperiencia de Lucia—, es quella nœs nuna anciadama. De fictio, no tienecedad: es todos sus yoyós a la vez, de la tuna a la cumba, uno denter dotra comenún jugo de muecas suras. La bebé de su babbo está encerrojada en el huero más minuto, y lego Lucia esuna críamera, allá per quando a mozas horas era su pequelicia, su atrifiel delespejo. Todas sus yœntidades idolescentes, la prima ballerina o la mitfomaníaca de los sobes fresceses, también se baillan inter las frigiuritas aninadadas, yunto con la minor deidad fantabulosa que alardiputeaba de formicar a la lux de la runa conún amente ladino, yangven y fructicio parel que sungüentó el cluedónimo de Sempo, *sempo fidelis*, semper fueél, quando,

en factualidad, susuncias sexploraciones las tubo con sermono yamor. Susalter pasionalidades tancién están aquí, la beberciarina del GayParís, la cecesbiana a la doma de qandel conejilinguas se creía safosticado, o lartista disfraudada quezarzó una carretera preprospente en la prescenatigiosa eschula dEsilueta Trincan per la pretenpresión de su meister de somergirla en las kampfplejidades de la infilosofía áriada y las fascilidades de sus presoicios racheales. Su pasado infantasitil, su fuegoturo cementeriado y su aquíahora, todos los mementos de su liffeyvida, yacen yuntos, todos en la hipertempsión presciente y actreal. Esuna autología, una *Lucia: Obras Compfesas*, una recompilación de su diva integrera con fermosas patas de cuero, una endición de guardas jaspiradas, tremondamente sorbada, que aún conversa el lomo interacto pese a la freakuencia de su maltrago.

Pastea per la ex-pantisión verdirradiante visando un dedimillar dagujibriznas de cristierba con sus zopentillas reglamentaristas. Per hadar, nodvierte que la alrederficie salla fractumentada en agudiformas irrecaoslares barajinconexas, común retablo de ajerez o una falta cuadriscocesa, y que las cuantidades de la lux y, masún, las veriedades de césep, repulsan entiemperamente disforentes, como si su alredimundo estaviera diseamañado a la mixnera dun gran *collageno* constraído con desicuido, jadendo a latisba sus interspacios chapurreros. Será la nocioraleza del deslugar, rayona Lucia, antes de coñotinuar con su egredabilísima extrusión rodorriendo en tensido ligévoro los costosamplios retenos del pradicomio.

En sus dimentaciones distruídas, llegal viborde de la florjusta, con sus mistarbos cerniflados antella. Común nochellero de la intigüedad o un detodo chretiano, ha perceverado y enriquelzado los logiarnes del bosco ignontado. Sadanevanismo la eyevado a los viñelímites del Hedén primorital de su niñidez, securo y a safo, y debante no testa más cuna oscunocturidad selvaje. A parir daquí, deseca sola, comuna Ricioros erranlicia o tilvez una Caperescrita Roja arrerraptada, y pereso indusduda al fihilo

del imperiotrable enigmatorral, puestenel ay un beolupo. Sex ve a sid sisma común ángulo feerido, un Luciafer miltonicano destetarrado a las titiemblas ubreores, buaande unciamente hay abanllanto y norajir de tetientes. ¡Avern, hórrœs, avern! En un atanque de vadentía, traspisa la léona defiasoria de su colmenamiento y se atientra en el maravosque, comizo Lidelia per Luis Carrollos, la meneña que feagura en esas pedografías con nata más que tetias o leopicardos a vistas y deidemas estilalicia. No se asinvergüenza de impenetrar en torritorio proinhibido, una damcella propubescente paposando par un pornotógrafo victimiano oculceno, semper prœyectándose o travez del espejo, masperturbando su tripederástico y su equipote coputico bajuna aterra vergra. Más velox quna nombra, se dezlía per la vagitación esbesa, sexfuma a óculos de los morales danlando un minué inter heflechos acráticos a la desviva, comuna Ofallia sincrudiéndose en la oprocacidad de las propuntidades vergues.

En los márchenes desplecados de larboleda, blinca entre margaplausos y hurranúnculos, sexecuta pierrœtas y arliquinadas super la re-finada alsombra duna Arcabia fecha de abrujas de fino, penas dabeto esperdidas resimbojantes a grandadas dano, y una sexpuma hermanescente de dentes de Lyon que frota per doquiayer. Unos fargentos de luz sotos caen sobrella dexde las fulturas en santias divriadas, morfean sus majillas y solpican sus huldros bairiles mentas se princivonea en una pluvia primavetiva de floculores brincllantes.

Shez constente dequel mundus a sus mués, el pasionaje que turca y perel quencafila, se compfeccione nada pep y nada apenos que del cuerdo durnomiente de su babbo, de sus orfestos merciaricordiosos mentas él sismo suerreina bassus terra. Aún recurva su jovualtud feliz, quando era su anspiración, quando danfilaba perun cuardel de apartamentes en miniatadura de los que semper los abotababan desahufriendo, con babbo satentado a su musa parespulir su pobra metamaestra mastomalsana mentas weiella solteaba allegrosamente, semper sustándole brumas.

Tabían un lingluaje piratado inbtuso entoscondes, uno qusaban par diablar interellos sin que Gnora y Gorgeo lo sospeccionaran al senterarse, umbros demasijeado inversos en los cocretos de su sexlación idípica, desvimasiado entrapados en sunción prœscrita, como par paustarle atensión a lo que la melopequeña Ilusia y su papir inconseso babbocearan. Ellera la joyzorita de Jim. Se entretendían luno alotro. De turra la famalia, ellera lóndica que afluleía sus libríos. Y él los escribrotaba super y perella. Ellera Nauticaa, cuyos enchantos idilioscentes capituraban a Fabulises en su aísla flagrante. Era Unna Liba Pluralbella, e Isollora, y la pesueña Meli Fluam, y tambeleso la puerqui y flirti Güerty, somnus súmedo de cuandequier chic, perconvertida en la putorita MacDoble quando se postnen a saciar atrapos psucios par sus inviciostigmaciones ozenas. ¡Qué tientos abellos! Los cuatre yuntos de pedisito en pedisito, flato el día piragados, y los pauperiódicos demaltiendo la putuesta padrerastia de babbo, el defeo inlícito per su Lolicia. Per supuencesto, tal causa papás pasó inter laguerrida Lucienciosa y babbo, pues los rúnicos polvos que lechó su odre fulleron a un nicruel putamente liberterario, pero fuahí quando su desmadre empiezó a sospemirarla con repucelo.

¡Fue tan ingusto! Al liffin yal eycabo, lúnico que facía su babbo era flirtesear con ella. No se la florllaba, porquel que facía eso era su hergusano mayador. Babbera lúnico que se preoclareaba perella, joyceto comella se preoscuraba per lo malto que babbía, per sustóculos penos de pesar, cuales tanques inviernales, o per los poeblemas con su obranmarcha que pulieran afeactarle. Peramaneció yunta él a letargo de todeso, allá per quando ella llameaba a celtapá *L'Esclamadore* y a su bonamigo, el senior Pound, *Signor Esterlina*. ¡Ah qué temps más grandociosos y deliosos fuegon abellos!

Todabría animenada, borbota y resbaila peruna penfluente colornada de fiores, y profanadiza onmás en el verbosque del pesquiátrico, en esta terra denantie. Ha descindido que su sherelato no fantasará desaparcibido, que

no severá resufrida a una marenota al pie en la bioglifía arturizada de su pater. Per más pesapastillas que fusela tener, se consivera a sí prisma reina dun especio infantito, y no se quietará de trazos drogazados mentas la sospecatosa descerdencia de su hermatrasto (como su sombrino Stifren) repescribe la histeria detextando fora a Lucia. No che guevará tranquilazada vilviendo cómo la pobra mayesta de pater es deshorneada y falsidiotamente redefinita, cómo su Orgasmelot se ve balderíamente sexpurgado y cisurado per las malas dardes dunos crípticos ceñudos y hoderosos, mordresesinado a salus vista per vendrugos literrorarios, insignos dun artur de su excalibre, que tachan de pnoragráfica su correspotencia y de indamiselolacs sus desencripciones. Deserasí, la mismalma Lucia sería obviadada, abotannada, destierrada del índex; aisilada en un psiqueático como la señora Rechister yarrujada a la depreriva al amnesimar de los Zarpazos. Su murmuria solausente se prisiorvaría per asexidente, como si puetera una edíctima suprificial ala qubieran interrado bajo su padrarte, juzpurgada innedia per la norativa estadecida.

Al pie de la pendienocta, el tefreno vulva a postrarse piano y liffeylado dulirante celta destinancia. Cree questa írea del parco verballado linda conún acampo de golfo, pues el césed que orodea sus mies resbalidos está ascortado al ejercepillo, al peliestilo malloritar. Mordislungueándose una nibelúngula, sintinúa hacia finnelante hasta arrionar a una indanteción en el verdeno, una ondinada pocus tragunda que disidende hacia ound destanque ámpulo y sireno, casi per etero sercular, y moldelado como si se trastara dun joycebiloso anido de wodas. De clarores deliciados, lasojas y sédalos que fluctan en su supezficie se asemezclan a una fluta de gayleones deminutos, dotos escrisitamente perflejados en el esquejo papimantino de la hijagua. Vaciliante, se las conpdoone par brujar el gentital graciente hosta lorilla de la mojacharca.

Aquí, Halucia escrutriña lo que pavorece ser elensimismísimo sembellante de Llorogio, sermono meyor, contontado a frase de dramitas, de gorghojas y de todos los

especios negafictios questas croan inter sí. Unoperta della se verdcata de quesuna alquimiolusión arcimbóptica, unexcidente virsual degenerado per la incicandencia fortunita de la lux, per la potra lo fe como si reillymente estupriera huí, azapagado inter los juntios, a minos dun tetro de disfiebrancia. Ensalmismado com semper, el jungven interestual posal esquilmo de genuis zorrealistas como Sobador Diarialí. Con la cabresa inclilada, sus mojos se sumerabaten en una hondulatura revelexiva. Su pulcrinaje lo ha raído al mapasmo deste deprestanque, donde hora sagata, mimirizado per su profilio liffostro, par fixarse en el cárneo olongo y crinamente zainocelado que le devulve la mirespejada dexde la superfacie reflextante, de la que no piede atrapar la atisba, freso de su foguermosura de la vinedad. Lucia permaguanta del doto prieta, aterromerosa de quel espsiquismo poda rompemalograrse en frigmentos de pura narcisedad sisean move. Sherezcucha el suspitrino de las juglaves dexde las pocas, un luenguaje que entrepreta casi con afluidencia, como si laspieran abañado en songre de drugones y hora supupiera ensoltender, verdimontamente, lo que doto pínjaro disea somentar.

Púber Geodge, penificado feor su ennegreimiento. Pesadentrarse muchachas fierces per la madrihueca de consejos, semper fue giorpe, y trunca nefariguió ir masayá y atraverisar el esquejo del mismodo que Alucia. Ella semper fue presumejor en doto, y él, perser joycetos, littelnía puy moco textlento. Norándolo, natem shabría thotsado que fora osirrealmente el hijorus de su padreastro sol, mentas quenel casuán de Lucia horusera de lo más efervidente. Lo certo es quel succófago de petra de lo que sexcedió entrellos no le separía tanto en la constituencia si sol follera su sejmermana, omque los dédicos, per ícaropuesto, le dirarían queso setharía caer en la nilogación thotal, quando no en la dimensia senihil.

Iniluso depuest de lodo loque lhimenizo, se desubre sinsentiendo pherna per testa pauper cariatura igneutrante. Bajo fliegos limpíos y nescritos, en la lux incantada

fieltrada perel silino, ligó a mamarlo una pez. Elera boas sus aviensuras. Sendo joycetos, ambros se cliaron en la atmósfela de operturismo soxial del cír-culo errótico de sus pierrdres, con los Sopol, los Chuchenjein y damás. Desdun sinripio, Lucia y sermono desafueron una pezreja incesparable. Era noctural, per tiento, que quando su frotano ligase a levdad de los pelihuevos y las pajanpañuelos, siquiera incescluir a shermeroína en sus denortes. Su felación faraósica amarcó toda la musescencia de Lucifar, y se entretorció con sus otros pasærotiempos fiereninos. A los sinque años, remuerda qun ría destaba en la humesa prendando frotos en su sábium super Nipollón, que semper oculportaba unamuno en la chasaca. Gigolio, desdatrás, aporbichó la apertunidad par liffantarle la farda, blumarle las brajitas e insirtarle su masdurinidad; lampelló con ettubrutelidad mentas ella gemijadeaba, con su semgrante a penas unos cesarímetros de las pájinas advertas de su sávium, su caño contrémulo, eyeculeando esplumas grisálido. La saqueó en el ultiminueto, pocantes de disiparar una salvia en la miasma pornomesa en la que la famelia almorranaría el domingas. Al eseminarlo de puerca, ¡odilicioso!, lucía el miasmo caolor quel pigamento questaba scherusando.

Cantempla la ilesión áptocul de su freudermano, agriechado perca de lorilla, composto de luxes y sumbras azacuosas. Quando nera más quna ría, creoría que su pusión sería largondaria, que la paterteridad la retrotaría como la jazzabel del gatillo Gregio oúna castoripollez masajeante, quella semper eloisería su convidente, imbus meligados en el joycero de su coramezón dudante un romeance peterno, el Tristén y elli Sola per lasaguas. Los moltayaron de la sisma subsistancia, sordida liffeymente dalgún glasear premardial per la clan vaca quera su mhathre. Comes nortural, todesto follantes de sospesarlo, de bifrostarse de queél le pertiría el conrazón, de quese blakería indifiriente, cruhiel. Fue quando aún creoría quél distintía el chulo de las témporal, achantes de que laxiliaran.

A postethori, parecembla que semper feun simplepeón aperitractivo serdivo inter los visitanuantes de su babbo. Quando Girgiolo se askhartó della y se embarchó en sus decarneos edíblicos con mayomujeres, lantredujo en sus promisgrupitos abracoñadabrantes de los frivulices anos weindis. Se la dañopasaron survos aotros… hubo un indicente indecencriptible conún blancuchucho, conún canchiche, ayllá per quandella soberbía hastíel aqua de los drogueros… y acrató shivafatal, y cuentonces fue quando Odiorgio, el cangalla, anupció su conmamiso con Helen Kastañazo, vergonce daños maior quél, y coitó con ella. Fue per Hela, ¡per sus priogios pacatos!, per quen la troyaonó. Lucia no pretiende alimañantar su rancor, per dotos sexabían que Hollen se tensía más atruardida perel progescritor que perel phijo.

Sumillado a sus tropos promermas, Lucia livivió muy liffeymal el anupcio. Quando empiezó a bastardar guerra, Juzgorgio fuel primuero en sugestiorir su inpreso en un tanosario, apollado per su querroída miasmá, tetalmente impobrercial. Nora que cae, Giorgiástico lizo lo hedomismo a Hielen sextando cazados, quandella sufrivivió su conlapso fervioso. Sorridiría su metúrbido perdilecto par suertear felaciones incarvenientes, y Lucia se presunta si planta loncura no serría un síntumba de la propa confisión menterrotal de su sermono, de su autoidolación pitológica.

Despié yunto al destanque, admirra este retrasto iluciorio fecho de lux y vaguetación hastía qual fin comprhiende quel pobre y flerecido Niorgio era más prisioponzoñero de su horrencia de lo quella danzás lo fue, parque, claremente, ni sifriera yera un disendente noratural de babbo. Lo más percevable es que fora el froto duna imbecifidelidad con el incornucible Cozgris, pesel babbo de Lucia, inferausta cretatura emputonada, le prensuntó a Gnora siera puyo, yella no conteastó. Incerto del patertesco de su minosgénito, Lleims dejoal desdigradado y testozudo Taurgio al almur labiaríntico de su monsdre, del queununca leogró livolarse, una mamonstrua vellurnuda que reogía en suscunidad perzuñal. Mentas tempo, babbo rededalió dotas

susantenciones antia su Icalucia, antia samipequña. Aún reminicorda cómo la mencía en sus obrodillas. Iunctos, asclepiaron de senmarhadada parsifæmilia con literalas pegalacradas, perél babbió sober que norna fantacionaría: Lucia yabía giorgiado demasicirca del sol.

Le da limprescisión dequel jugo de luxes que tonto samaseja a sermamuerto pudrida astar macusitando en voxalta mentas escrudriña, gaynuflexado, sus progios giorjos, perflexados en el espemismo clare y lúciado de lasaguas que gioryacen a sus piez. Lucia ademanta un pocus la cabresa par tientar captucaptar sus vozablos.

—Oh, cuán machostruoso mestiman mis mugieres dementes instabelas, quando, de facto, a midas giorjos birlantes y dinstruidos, soy incasablemente idolatrable —cimenta sermono maior, a lo que Lucia resprecia conún insultsos: «Estaurípido».

—¿Per qué han descomperarme tan desinflavorablemente omnioprobio pater? ¿Cómo no sulfurir encantparación coneste parargón inmuertal? —llura Criticorgio, a lo que Lucia resplica conún liffe resquerumor: «Relegolvidado».

—¿Arraso no soiel más principrecioso de dotes? ¿Per qué mis maiusvalías no se recognoscen tal y quomodo a bon sejuro pretensionaba el desadino? —protiesta su predepensador infraterno, a lo que Lucia contexta conuna samplia papabra: «Merto».

Enhiestepuncto, el ofisiseo se disvuelve más frustenue yella proaguda aseriarse más, de domo que la pierdspectiva y la imargen sesfuman, se disgreorgian en un ctúmulo puntiverista de dudes ibis lumbras, y nadamás. Lucia le da laspada, comhizo elcoñella, y semergue de la hondantenada. Rumusitando las eyelecciones adminotaurias de sermono, bastardhijo de la putirreina, sexpulsado a un díldalo enterior en el qambos sulfurcaerán en el diluolvido, Lucia vuelvaga perel busque muteado de sol, y taratacea allegramente mentas arbolavanza.

Un pocus más andelante, inter los truncos, atisbra dos damancians lucialmente de pateo, tambén patientes aquí,

en el Sin Arnés, a las quecré recoñocer. A minos que se medequivoque, son las deshonrudas psinpudológicas de la faminglia real, lejaprimas de la tal Erisiblis Bebes-Lyon, más coñocida estúltimamente interel pub-licor como la ruina medra. Per lobisto, omque la sualtedicha demende que a su curgis le resirvan el perrayuno ascotado en corticubos perfactos de dosintímetros y tedio, o qa sustallas angulares las enganalen cada deía con tónicas de lino serríen luxtradas, tener perahí on par dallegadas claremente le sangrajearía al deslinaje regurreal la mala repuntación duna ginética frógil. Incerto modo, esuna sadoacción esperpidéntica a la del atormonsterado rey Minus silentenciando alhijo demorfe y torroble de su sexposa adlútera al sésamo dun labortrinto. Esuna poena, en suspinión, que las famientilias de los más lauloados y los más pobrajos dangelaterra le porfiesurturen tantalarma y agnirancia a la diverencia mendeltal com par conmidenar a sus sires querdidos aúna olvidazmorra. Psigue con la miraparada a las duos vagecillas casta que disuelparecen inter las pércalas, y logos cantinúa su apropro pelipro.

Unos oyos extrañejeros y eglípticos se amusan per inter los trincos mentálicos sigiopacos de los aburgules platiflados, y Lucia se presunta, non per psicomera ved, qués windsorrealmente la locupura. A su desjuicio, omque nunca púdico cosenotrarse lo angulostante com par espillarle el trunquillo a las matemágicas, las cuadrarraíces de la multivesania han diviser una quantión de deometría. El perfecsor Einisteim sosmentaltiene que habitempos un luniverso khemproso per tuatro demenciones, de las hechicuales dolo tría reduntan natuveralmente patensibles. ¿No será nostra prisma causæsencia, inefabulable al escrupulinio escenitífico, un fenúmino en quhathor tempversiones constenido en un corpus meretal y un mondo que aparentener triad?

Lo pendera mentas sigue bordebrincando. Quizojalá, en alosumos de nosdoros, la tetrasonalidad intiente expretravesarse conscinuamente en toda su glosia cuadrálice, semper espejuscando esa curda, esaxquina del

horrizonte cuyos ángelos quadren con los otristrés. Aadeos de morfotros orficapaces de vaginar con succéxito este viro los estieman com dardos y protetas, mentas que aqueos que no ilusón tanadiestros en sus manirrotras y diradas son consignerados luciáticos o, simpluciamente, triontos. Y locos, per sugesto, estrián esos dorotros a losque se les percevela an tempus como poeféticos y pertorcados.

Es mentas Lucia extasí de procupida que deojecta un yambio sedil en la lux y la tiempresatura. En sexteriencia, estos indidativo daber repastado animadvertidamente a oltar tempozónica del horispital mandal arquetérnico; a un distintaño, tal ved infuso a ostra santuria. A salreverdor, arbunos gárgoles se vuelatilizan per sintero, y la procia weilljez de los ruebles se fe sustotuida per piopollos ternos. Sajoyceta el carmigan supra losumbros y sadentra con arrogo en esteatromundo, en una épioca longotempus desvanacida.

Adurispenas un dúopar de sapos despiés, se desubre sexpiando a un suneto cariaconsentido con atacríos probos del sileno XIX, certado a pena lux del ría bajun casdaño ampulísimo. Patardece redondar la cincoencadena, y lleval cacuello niveo, lárguido y mendante finado hacitrás, densando a latisva la lunillena duna frunte nuble y pornimente. Per suspecto, ques ancitado y agranjónico, seduciría un membro de la clausa obrerta, pues tisve pantelones desaniñados y sus botisuelas lucen agujareadas y desaplegadas. Asulado, sorbelayerba, ay un sumbrioro maltruhanecho, desos a los que se ríefieren como «de cuálquiero». Perun momerath, Lucia croa bufaberse tristornado en Alucia Astralpaís de las Espejevillas y fiestar erribando al tao del Locombrero.

Endances, vislumbria susóculos aful clare. Nesun infiermizos y ogrorosos comon la tennielstración, niomicinas y furiabundios, ni refunnitrones y mercucaídos, y nostán clorados deseaire sindiestro. Muyal contrarrojo, la milamorada del sombre resculta de lo más herluminosa, bellosante de poesinato e imagipasión. Pesal pasmozo asismo socsial quen temporía los desvide, se silente

sucialmente atrardida per él, asinque da un pasadolante, aún frácil y de putillas, par preselevarse anteste apuestorcillo.

—Halo —suspice ella con voyce eufórnica y mugical, jameosa y contarina—. Menines Huía Yoes. ¿Le descontrofaría a usía que me saltase a su dola?

Elumbre alza latisva con sortupor, com subiera surtido de la nata. De pompo, unallegra y joysosa sinrosa de recognacimiento bifusurca sus trasgos fohoscos y miserincólicos.

—¿Matri? ¿Matri Chosa? ¿De versas oras tú, y nochotro ebriensueño dulcruel envisado par atornadarme? ¡Oh, mi corajón frota grial fluente! ¡Ay, mi priapera y lúnica esforza, veniséntiate asquí, a mi sado, par que testruche comes mistenester!

C'est clair que la cofundido, que sencanta perdildo en el adueño de su troche de vesano, perel rezumen pucknal es quella nachado un polvo en serranas, fablando frigiuradamente. Enhieste coñofinamiento inconventiente, ninguán Ruín Gusfalo la burladea, ni mima oberonamente soxido y sus titasnias. Con el clarer mojañando sus *fish and cheeks*, y dispesta a resalsir cumplimentos, este salpimdiesero afinnagrado la vulva dota humestaza. ¡Oh, y tan questá quecho del mesmo mayonial del que se coccionan los segnos!

Jatetante, face unas pesprisas un tiento inidecuadas resuspecto a su ignotidad, per hado que la clara dél salla ensimamada en sus pasmopechos desnubiertos, la réxplica es jungcierta. Quando al finn se revira de sexcote, un cuellar de berlas de salibabá kleeda susplendido inter su sabio yun bezón. La lira con su costro ilucianado, un son nosciente desputando entrel pendosaje de sus sinos. Nalkhansha a portender ben lo que cide, ferom, dexdelungo, está trueno de ofiridades y gnoserías.

—¡Ay, mimatri! ¿Remuerdas cómo te cortijé quando mozabas en Ginton con Jimes, tu patre? Pues fornichos saños te frusqué allí. Quan deludí a mis imicaptores en el busque de Epicng, y durantuna purgardua obranmarcha

demás de cientilómeros de voltia honde desolías resisvir, hube dalimancharme de verba yuntal carino, ermiloco común… rogercrabero. A letargo de mi perverdinaje, solen ti penasé, menorita Sois, ¡cora oras ya Miragler! Omque fea de bajalcuna, e indagno, y pocus porpiensus al matermánico, sexpero sinperamente que consiencias aserta tactividad conjugal.

Duna de sus fanos, la que desmansa en su roñilla, comienta a adanzar bajo su balda. El plauso de Lucia salcelera. Es procaz dasentir los fruidos del río de la liffida brobotando de su mamental, sexlibada perel lihirismo poyético de su meandramiento, perel facto dequesea un siembro de las frases pajas el questé errizando las bruplumas de su fluinido. Perenmisa de doto, esesta plafalática super sobequeos feéritales la que lace tembailar, laquele suexcita una lasvicia clare e inspilladora de la æreola a la pelucha. Enaqueos dies iræciagos a principicios de los unos tenta, quando thorandonó su carrilera de *prima donner* y sulfurió sus grisis nervorosas, extaba desexparada per encantrar manido, alpen que foria su prínchulo, que resesgara a la meneña presoncita de babbo del tenebrosque de sus cirquestanzas, de las brupirujas, los *chachariwockies* y los *jusjús* que labían abosado desdiña. Y hora, hequí este nuvio rusjurioso, ¡freso del dedalirio deque ya san sexposado! Quando sus dildos callonosos susperan lalderritorio súmero de sus medas, ellarroja dota pundencia al tiento y sexpara sus empapamuslos.

Sobesea a Lucia glissándose en su bocertura, su musiculo orquingual chotoca coñil sudo, un combatraste de hermelosos flunidos palateados. Al simultempo, unos dílditos dinserto númino mesan su aurbusto sedioso, se tunan libertinades gensiles, se culan unanuno en su fluxo oleroso, dentrifuera, deluciosamente. Retrotantea a siegas el dulflor cerquiano de su trígoris, y ellæsente que va chorrerse. Ah, es nanaz doler el ríoh inclusaora. Susóculos perparecen cerados, per salve que la histrella fluxa salrededor dexadolatrás, los diademeses, las espaciones, todo excelera su calendanza. Las florrías sabren y preñan,

los tresárboles flomean y se deshojinan en el ocurso del hospimental sinandros mentas estextraño romantrucoso la sobesea y se la dedifolla.

Vacitensante, Lucia rebrusca a tentas los abultones de su porcañuela distiendida, asta qaferra algo masajante a un bate longrangroso. ¿Quántempo habrá frustrasado, se banshunta, dexde lúltima veda quesgrimió con su delechosa desmano un martifalo tan podextenso comeste? Con culplacer, remuerda las mañoanas, ya linguajanas, que pasacamaba conún Jirjio adoloscente a los dizaños, esa fluente nacarnada que turgía de su cuño apetado. Nato que saxual pecatendente, dextructos cutresinos, va muy servado en duchas masturias. Lucia desduce quesatal Matri, conla que claremente la confusido, pudría tambitener dizaños quando la desfolloró entrel buscaje, y queél diablía rondrar los catuerce, la mismedad que sermono melior. Atemperal común río, sinte que las sanaturias del maniacolmo sanimolinan a salazardor, quel tempcurrir esuna merilución. Pudende legir sedad, vulva ser prejezaberal, y laroma a dentaleón que lanvulve lasuscita ginas de manoenmear. Desatrocha con gansia sus panflautones resfasados par podesentir la carnesnuda ya largueada de su intemeollo, crudacida y dálica, enfanguantada en sus frigodedos suavoquisitos.

Muy consaucente dallarse al burdeo de lantregrega dibsoluta, dezude que sinería indamiseloso no tientar veroaguar siquisiera su nemo atlantes de desar que lansale con su trigrandente. Dislinguada de sus famelilabios, suvox histiembla de doñeseo, y ruego jodea y refuella mentas troya dartincoar una signisentanza.

—¡Gustoy en deseontaja, senior! Per ducho que mapasiontezca que se afantasie super me, debin sistir, prefeantes dabrirle mis tiernas, en sobar cómo se llamea.

Lelevanta los vibrolantes de su guirfalda hastal viente pasmirar su relucoño. Mentas se encarrama a sus rodilludas persudoladas, vistalza haciella conuna mezculpa dallegría y mensadumbre en susóculos incandecentes.

—Me llameo dalgumanera, per colmo me llameo nome

salbría molescontártelo. Pudría ser el váter de nostra crasosa manchedad e impresiotriz, la ruina Fictoria, o perdría sir lerd Diron, eter de mi *DunYun*, puesen mi parquerrumiaje dexdessex me depostré tan ruingo comél. A veridecir, mallo serdido, y desta moínera he dispolvierto que soy cualchistera. Y ora, madasposa, aello, mas percemíteme andesnada sumerciar mi elanceción en tu SanGral, que mitocompleta laepopeta de mi artúsqueda.

Nuncia pudo resvestirse a la elociencia, expresialmente en bosca dun salteano nucido del hambresinado. Omquella protenga de la eristocracia lateralia y él nosamás qun hogazán, un tortabundos, está dildicida a chachayacer coñél melofluamente, aquiora, en las boscolindes del jardintorio, ilialejos de todijo y todadre.

Mer importinante aún, Lucia creesaber quinesél. Certá clare ques la mismalma del versio, el pobreta campesano, un respíritu enterno que vagaguea per los camtos del languidaje, enrinutriéndose de los destritos letraídos delaboñigo. Esel fantema delírico y desastradoso que se aquiesentaba a obsobar en unasquina mentas los wyclifferuditos trastoducían la Bablia santera del latón papalar al langluaje, la linglua contumún duna fablación despobreseída. Esel despectro litorario que craqueloteaba en lasozobras de Bullan, con su naoción de santidos y sus convictorias poelíticas, resiscribiendo semper sus pobrábolas en unos intérminos que las creaturas ordirrientes y trabajaduras y los filósufros maquinicistas supudieran intenter, incisitiendo en que la longua angelsexona era escapaz dexprensar las propaclamaciones de la humánima. El vigorbundo questá punto de fornillarse es la enculmación de las litteras, del relatus, de la consón. Es la propa graciencia del troglar y el juvador, el mesmo enpulso poyético, vulgular e itintinerante que guiol peligrinaje de Bungbang en su arduadura y obranmarcha, la sensilabidad de los anglos raídos que aunidó en su cromtemporárido, el siego y eflutulento Yon Milton, que solo porcibió cinclibras per su *Perparaíso*. Esa senergía revelde se trancemitiría despés en Limbeth a la sola del

piesquerdo de Bilian Blanc, arquintegro y fundidador de nastranova Jerusalhimn, erugida en las degracalles de los pobrexpoliados, asimbolada rúnicamente con pirobras y virsiones. A la Sadembra de Belén, y Blakemanando, labesti ascabrosa sarrastró luengo asia Bilian Batler-Yits parvenir al colmos. Es unímpeto que se manifacetó desper en dota su pubreza en el toca rebato de Yon Cler, el galo más sedauctor deste poseo potético en mercia. Yeses púritu materrealizado, esasparición anglajosa, esa perdonificación de la tradicción romanática y pastauril, es la questá a yunto de muerterle su verga (más vigorgrosa aún quesu verba) en elocho, mentas que Lucia, persu opropio lhado, es la coñiesencia del impulsio de los maniamísticos, ¡la doncedanzarina duna consecreción de la imprimavera en dota su igloria exstravinskante! ¡Sunión sembolizará la coñosumación de cuasi un milgenio de persiones liquerarias oradorosas y furtradas!

Con suavidez, Lucia sextienta perinter sus piérlices parasir el cayado andente del penegrino y guillarlo a su chumánima, enfindando así su vagigran desespadación.

Y hora, el rompeglandesas de la satisfunión, el abalance de su torpedo thorgente amortillado per supasaje peliterario libricado. Eddita un pauladino esgrito de creatitud quando su plumagrosa se dexliza per las váginas de vitelidad de sus mulsos lecheados yapertos, quando se zambute en su tientero resobante. La remuja dentrifora de Lucia com sexcribera un polliccionario o unen circlopubia, lamia sexcote gineroso al tempo que lemprime un rimno firmoso y rubricoso a su coopulación. *Oíd la legreste sonsón*, *Eroshalom*, *Tutas las glosas bretonas y herbosas*, *Ser un benzodiazepino* y *Sublingüe Grasa* resueñan en susoídos mentas poundera dota su pubersía en los machos callores de su cuño calijoyceoso. Colmajada per su poentámetro, surraja arde, lo taliesinte dantro. Su bardajo lasextina un epiclímax, yella se sonete y lonvulva villanellamente con sus mulsos en un éxtribis porverso, contienta peruna vix de que lacan cofundido.

En su fluxación disolucia sexiste una yinyunión

alclíxmica; una transmefacción taureótica de esa conpulación texual ques lætértica amantedambos. Locco como la lunna de la sacercecha, la faze dél culga super Lucia mentas la empenetra coñarte y lujoria. Su taurre eonponiente, hiertocada perel radius, surga cual corra su ruda de la suertuna. Este thosco ermiterro la imperasiona con su colghabilidad per magitar doto sunivérsico prajustado foliándosola casestre la mortis con su diabolofalo. Su æfecto enela esar canus. Per Lucia, repasenta datos las deetras deleléxico herbreo, daleph atav, los ventideus símolos y pénico questaforman su concidencia y su irreartifidad. Mentas su grandeuso digno dexclamoción interchurra su piscurrir, se locorre que doto serumano prosee vientiletrés puares de grumosomas en el DNAlfabeto quescribe su cansón pesaredera, al minus sigún el jovesor Clic, otroralumno de lascola de grimática par quillos de Nortampon, adyaculante al Orbital Sanadrínico de Bilis Roud.

Samante crural, sexcitante y grumiento, lagarra nanalga conuna palmallosa, y andances asentura en su sano hastal ñudillo un dedúmedo solivario sin sejar darar susurco, conjudiéndola, perasí decicirlo, alatacar su pasturidad retasguárdica mentas serección breosa frenegolpea lasantiportas de su burguestión. Hendildo en su velle, Lucia berreunta que non trancará muchen sucubir, y perel costro florirrojo de su orgaspañero, dedice quél turgén estápresunto dexparcir su sémula per sus pasfastos fervosamente irrigatados. Sementalidad lexual y pornética aún persexte, y la lluva a incamginarse esplérmidos borbodones duna culmigrafía lingcuada borbrotando de su fallo, chorras dunblanco purlado co,fiestas de semtos de semillones de correacteres sespermeantes, una interyección esperpontánea desperAlaZoides. Salmunos caetarán en suelestéril o paruserán ríarriba, mentas qautres nanzarán a la saga dun huévulo o tal vid dun Binahvulo, un tirreno fructiférreo quinmensinar y fascicundar coñel poetosí y la sabiscultura de sus Jojmarcas de triza, de su imprœnta genuinética universalita.

Lucia adæpta las falabras de Alfrad Kormegabski yestima quel fonémano esun meta de mer seméntrica. Tente bastonte clare que su continciencia de la exiestanza esuna mextura vertigosa de raídos y signales, omque, papadójicamente, son los raídos los qalvergan maior dantidad de lingformación. En un librustrado infactil, solexisten signales purias, sinemportar quel toxto aconforñante no transemita nuda de valor. Per autra porfia, la magistobra de babbo es un raído adominable en el que su mitocosmos tronan tero, y entiempe que, tantenel prinripio comœnel finel destomniverso infinocto, desta fornilación dulzorosa, deste Pim Pam, yacel Vorbe, el *Logros*. Ay, la circarrera en comenté de nostra ricualeza lumangüística, la denziterna de buhocales y cormonantes, tan glodeliriosa ella, sopiensa Lucia, que tene una «L» pelidura inmorsa en su sauve «O». Así ha deser el lingluaje oroal de los oiraldos angulares, confluye.

Esduchia las ilufacciones rojicundas y esporfizadas de sanmante y dedice que nœs su nombrerero floco, seno salfil clare, un *palter depego* luiscarrolano, fonelmente ensansiado lengüentro litterario con su menina mausa, arriobado al descaque del saltero que les sirmite apesararse. Esen este prunto quando analicia, marvillada, qunos tronitos de paperugado emfiestan a imarger de susejoras, comim fierlidos peralcuna forzax plusiva delen terior de su cróñeo. Trasorecularlas, sexplienden cul mielindrosas meriendaposas per voldanzar en las bursas del celo delasmodatorio. Mentas salejan en un revolino, Lusoia adverta, per susurpresa, quen cadhoja enburruñada yay incripta una lítera del ofusbeto, ilunanimada yen meyáscula. Más desconcentrante assur es quando las precognoce com su proper opra, comesa kelligrafía frácil-pariente que babbo lanimó a itintar ilac per quandambos qreían asún que, dalgún domo, pœrdría coñolizar la senergía sensuosa de su magroldada carena com poslarina en las tuvolas y fuerituras duna tortulación deporativa. Asomgrada, subserva el retrovoleo de tresor catre hojitas a doto acuelcolor, desemplazadas din moderato per autros

duo papedazos qasoman de losuridos de su protrundiente a idemida que sacerquea al orejasmo. Com vergoñado desta impecontinencia silabral prósisma a la charculación, sonrintenta facer chancia al retrospecto, per más quesus jaodeos enturbiezcan la pronuensayación.

—Me sucaron… las litteras… del orfeobeto… per lasejoras… y onasí… pedantían… quescrupiera pobresía —circe con andemán hierónico sendejar dampalar.

Lucia sapie exapertamente a qué se reaferre. Ellambén sente que doto longaje o inflormoción yazætropado en sunterior, y que non pede sakantarlo solvo desborotado, com sisu tuesta fora un desos gujeros necrosmológicos de los que planckto oie fablar. Sente que salma, saluxíntima, salla extinfusa, y que la gaseozosa obranmarcha desus procresos menstales, radiandante com doto solis, sha oclapsado en un numaterial, en un fluviscurso letrarario tan danso que ninhila lux del signofinado suertea su grafedad patervorosa. Ni la proparia luxeralidad atraversaría tal sucerizonte.

Legados æter enstante, su trenciocinio se ve interupcionado per un narraclímax matuo. Linabargotable corrente desus exculaciones alherbéticas borbrota de suserojas con la pasmusa pornfusión duna zarta de penuelos de cuolores sextraída per un prostibudador asial formamento del manicolmo. Samante porfiere gritos incoarentes, un aujúbilo de sicofacciones longo tempo pistergadas qacampaña la liberruidación dunaspecie de legnaje genétrico língüido, un vitelumen maxiperlífico quinunda el sedagüe luciaterario. Ella, per su hado, arsa ne laire sus dancipiernas, longtorneadas, tensas com cordas dun violintano, y palmostea el lueso circano a su nuduculus en un oranque flormenco, entracordos introvisados más propos dun semteto de vanguarjazz en pena impudisación, fluoyendo comuna fonteyne o un regiorrío. Perlucierse en este bellet horrizontal le repulta isadorable, com embriaduncarse cun niginskey o absensia. Ista nœs sinuna bodalquimérica en la que la patersía y el musamiento san cofundido en una nova aliación, en la quel delirismo sa

sibilmado en el jodículo, en la que la Lux y la Claredad san correído ayuntas en una mizcla de flutidos clamurosa y exotática, en una conmendelación gnova y animaginable. Donces, el ribrío que la recrorre desversa sus estrofrillas, y perun infisecundus, se sente tan liberínfinita como su chalalmante. Comél, ora ellæs coauquiera: ellæsél com yosoyella e com ellosonyo, dotos ayuntos. Su mesma idementidad seschurre per sus mulsos, y al fornifinal, Lucia nœs más que su proporgasmo. Ellæs la mursa yeles su corpautero.

Sin refuello, su hagalán se despuma en el orcaso de sexforzo, la rima a los óculos ensonamorado, y le forpesa su max sincæriño. Yaneyecta litteras per laserojas.

—¡Ay, Mimira! ¡Mimira, canto tamo! En mi consinomento, me dobleron que jamás nos despulsamos, me declareron lunético, ¡me dobleron qabíamos morto!

Quando se detrumba sobrella, alibado y agrandecido, Lucia cera los óculos y sevade asia su propo soporscoital, y enhiesta ensobación, pandera súltima fresa. ¿Muertastará? ¿Seræste su ferdiz más pallá, aquí nel jovipital Sem Andros, en este indíaterminado que pærece contemer dota listoria, de la poenosa cuna enigmaternal de la creavolución a la trumba de sapocolapsis en Kinstorpe, del Big Yang, los curos del amantecer y losalbores del espazitempo, nosidos del eferpresente vacicuántico de la mauñana, al fichal de doto en el últimálito hiélido dun oacaso entópico, brevio al papadeus de las astrellas? Se presunta sisifielo o sinferno seræsto, este elisiordín nosocalmial en el que doto luniverso, de principafín, perece cristolizar en cadía, y en el que cadía es idénterno, rescriterado incedantemente hastal másnimo diatalle, omque no reacaptemos esa rapitición infernita, salvez com presultado de nostra premendicación. Quizá lautra diva seasí par tos, y non sol parella. Quizá la diva yel enterimondo de los desmás sea un longodía, inmusualmente ajustreado, que solvida a la morriñana sigilente quando desespertamos como babbós deprecupados, proprestos a empiezar la mesma vejistoria, intruñable y atumporal, uniautra vix.

Quizá la diva, pensa Lucia mentas flormita en su dichoroso denvanecimento, sauna longa tira de sedenta u otenta saños de zuloloide. Se laimaquina egal dextensa que, per examplo, una viejícula de Churli Chapulin, con daca formograma equivolante a un memento sincreto de nostro mortilapso, dexde los forcejadeos del nocimento en los crúditos inerciales a nostro falecimilento hemotivo en los sinales. Empiezamos com*el chic* y termonamos com*el traumabundo*, o pusde que come*l gran doctador*. Se com fere, si nostro sordometraje sapa meyores, onde semper aderivaremos eserá enunos *Te m - pos moternos* que moltas vexes non sequitura eterderemos. Onasí, la primura y lúltima esencena de la cintinta, yunto con dotos los cadros conzenlados que traszarán el movemento inintetitilante de nostra mena obranmarcha inter un puntiotro, están dostos yuntos en el rolo, simaltáneos, sol pesarados per excasos mimímetros en una lata pulcritiquetada. Nata se move en realdad. Listoria secuoncial y tragiquímica de nostra diva, con sus erraveses, sus frapidarias y sus torribles cenadultas, sol laxperimientamos quando laz de preyección de nostra cognipobrepción iluxmina cadimagen fixan blanquinegro, daca bastigiro inmutoble, daca bigomeneo puntal, y es la rapivez desa pervepción a trasvés del diasporama estúltico lo que ginera lilusón duna concientinua, dun procreso canstante per tos nostros mementos de bibligilia y nostros sueñinstantes, per nostras venticinmil nuna nocies. Per la mesma lóquica, quandeste espectráculo epírrico cota sufín, los rolos que cuentienen nostro realato non saborran ni se destitruyen, sino que se converban par exhinhibirse de novo, par que los reviveamos y exterimentemos per dota laternidad en el cine atombporal, pearlado y deanecido de nostra consensa inmuertal, de nostra humánima. Les éngeles nesun sino cruélticos impericiales, y tras obsiervar nostras ambiaciones, nostros trastortazos, y nostras caventuras de quizarse el sombriero, posnen en cultmún sus prequisas y acordan un verœdicto fernal, quirá de «demiocre» a «impresiondible».

¿Es endances su diva una merlícula, un merlibre, un

merdía que se repitera per semper, simillar aesúnico Dublindía de babbo, qa de resilieerse un vezmillón par textraer su signoficando? Si forasí, confluye, no limbortaría demaxiado. Si yastá morta y nay nocta más, si doto lo que podesperar es reinvivir una soleatarde sincreta y espaciáfica, tenchida y destaparrada inter fluores al vento y conún benombre en lalto, deciría quel ayunto punta glandial. Si dota la meternidad fora estaquí yestahora, si redisiera enhiestos secundos diamondinos e imperiocederos, ¿nonsería esa certuación de lo max notaspléndida? A su perecer, doto landomiaje del mondo hiace a salcance en los límines del jojospital Sino Ando, y dotas suseras se reflexan inquisitamente en cadía indestinguible. A dotos los sæfectos, ish la rueina de la texistencia entierra. Pede pesear per læpoca deirada de las leendas y los mitros literrarios, abraca de foliarse a le sombre falecida del pobreta pestoril max sublimenal d'Angloterra, y doteso aypenas despés de sinayunar. ¡Oh, ser Lucia Anna Joyce esuna marasmivilla! Es la mesmisísifa deusa de la croatoación. ¡Com par nom decastar allora!

Conese tierrible sintido de la luciadez qa vexes nos superviene parspabilarnos de nostra complacerencia, de la gomodorra sitaesfecha en la que nesemos semergido, Lucia sapere de prompto que, quando sus párprados sagriesten, samante rustilírico sabrá desbandecido, que nutca brastado ahí de vera. Nosen abdisoluto ni la nubia de las galextasias ni la dramadre de dotas las consones. Solosuna viejiloca vaguando perun hoscopital, perverdida e nuna sordiserie de faltasías improbobles, la meyoría de naturrealeza soxial, que se maxiturba en púbico, com calquier autro dies.

Al desperetarse, sacubate sus pispañas com maripolillas débano, y lugo se senta parscutriñar los abortodores. Es muso peior de lo qantipisaba, pos non sol samante pobreta ha desapelacido talicom pedecía, sinon que la propa díalux ha desdicido ibsentarse simariamente. Hazalpenas medihora, vulvía una morriñana solclareada, mentas qora es cerranoctis, e inter losarbores, superesta hierverda cooperta dabrujas de pino, la runa deslinea el mondus en

negriplata.

Lentra medo. Al prinripio, se presunta si non sabrá quehado dormeiga en mistad del bosco del fellinatorio, si non sabrá fecho de nocte y los démicos habrán envidado pastidas de bósqueda par encontarla. Sen embrujo, tras aguzuzar el audito un ratus e non coptar voxes ansidiosas llamiéndola, desduce que sol sa desligueado del tempflux una veda max. Ha salteado dun día nel pradicomio a una nocte nun vulguicomio, y non pode dire que ligustre machen el comba dambente. Ambimenazante, e con morfas sucuscuras germiéndose per doquiera, le recorda demaxiado livívidamente a sus dies infiermales de finoles de la vientena y principicios de la trentrena; a nuno saños en blonca en los que dotos sus luciasomnos sucubían del avierno o planeteaban per él.

Sadoloscencia fauna tarde longa e idiotílica que creió que nuncabaría. Ela y su queriamiga Bay Koyle non porraban de rezotar en el veranpamento de George Gerbert en Dovil, en la crosta de Bresaña, y despés senrularon en la comusa dartruistas y albailarines de Reymond Duncan, hormano de la bendichosa Isoldora. Rayomonde, questaba locsombralmente obsinopsiado con linontiqua Græcia y les facía levar tocas, lansignó a sedislarse comuna planiforma, comuna figulosa en un trozoo de merásmica artigua, poeseída daemónicamente per sol dos demonsiones. Tambén paparecía demio creterse quera Holises, motif perel que tal pez elisiera causarse con una muier liamada Penálope. Era demaxhado pacifecto: tener dixisex en esambent matelógico, tranzailar par soludar al astro nacente con fuegores en su moderlena de broncella, comuna hippiana emidrogada a San Fauvecisco venticinclo annos max tarde.

Per subusto, ena quela épica había un bucktón de creaturas tan birlantes comela; chixs indeligentes que dandareaban las exilitantes carientes del ciclo XX, dotas libaradas per sindividilismo, per la confidanza en que pudrían tranceformar el mondontero en farvor de sulustre géntero inluso nantes doptener el vœto, ignotantes de quese

mondo de pelinpecho tenía propideas al disrespecto. Con la idvancebilidad de la purlozanía, Lucia formundó yunta sus danzamigas una grupañía, *Les Six de rythme et couleur*. Com las nóbelnes neurasbélticas esdaban de molda, doto Pourris acurrió a voyeur sus *Cinq pièces faciles*, quizá per las ris, quizásperando que foran prosas faséxiles. ¿No fue AndroBreton el que dix que listœria era un modus exprosivo superdativo? Lugo vino su culebreadísimo sirenopapel, con una perna esnuda y lotra cuabierta descamas azulúes; lactuación qaría afervemar a los crípticos que, en el fatuaro, a Gemas Voyce se le ignocería per ser el babbo de Lucia. Dixeron della que era lestúpritu encarmado de su *Saitgaist*, y quel mondo se postrandría a ses pes, tantel desrealzo comel azurciente. Pera partir dahí, en fin… doto empiezó a ir fatamal. Lobscuridad disendió super su diva, y el desconvierto de la nicht lanvadió.

Pripero, en mil nonacertos ventinane, sermano anupció sintensión de cosarse con Hielen Kastar, tan bruvieja com su mater. Dota su diva se la giorpasó trepando de tretar perel agujerero enhorma del que sabía oscurrido, esal quena quel mesmaño le dinasticarían un cáncel uterfino. A sus ventidiós escasaños, Lucia sehuía intanteando esclabecer una noración max anfectiva con su mater, y se sedó tortalmente divastada. Dota la gente qalguna vexamó lastaba aliffeydonando, y la deserpeción de Giorgiolo fue la peior. Sin previoviso, dejó dentiamar conela, per lo max trieste fue quempiezó a finfulgir que su romancesto nonabía sexcedido. Quando Lucia incestió en que levaban ayuntos dexde quella tenía dizaños, él busó per primevez esa fealabra matrágica y pavoderosa, «loctura», y fuel firmero en aprimar que padesufría delucialirios. Pesa que saltivistaba que la novivieja promentida de Gorgo florteaba sin veracundia alsuma con su babbo inmoratal, sermano maior non deseaquería quesu perliz matermonio se malocillara per la indeconveniencia daber pornicado con sermana meneña dulirante casi dozaños. Per su perta, a Lucia la desconmoquició que perfiriera el corpo duna muier rariyana en la cuerontena nantes que sus coñotornos

ofelianos. En puspectiva, se da conta de que fuehí quando culmenzó a opsesionarse con su óculo estrábizco, sura de quera el trasgo que la desfulguraba, el que ahuymentaba a sus manantes. Ya non se tensía Naosica, sinon Polinfermo, un címiope horrifecto que retemía a novivos y náufugos en su caoscuridad vana, abordecible, sol perun pocus de compasía.

También fuesel daño en el que Macht SchMerz lanvitó a cumpletir su angelado ensoño densueñar dianza en la perstigiosa escola de Elizarbeit Dancan en Damestad, beltizada ansí enonor dotra yermana de la pauper pijarilla morta Sisadora. Per Mix Mart era un repulsombre que resoñaba con la razia teutaria, y escrimía unos presuicios airoces contra musos de los pupiolos de su propa hesstitución. Susdeas la repuagnaron instintáneamente, eran imbelokidades redomedas, omque balduían de pasar varisaños nantes de quella hiel resto d'Eutope asumilaran de verita labsurluta monstrociudad que repelentaban. Recorda ver las primimágenes del ansorpaso desa preincisa tropa y ententemer al fin per qué los coris de Bisbi Berkly semper lintunfían un medo vago a la pérnida de la individumanidad, apeatante en dotas siesas pernas palateantes e insextiles. Rachazó a Memerz supusabiendo queso sería el finadiós de su correra; le dio laspalda a la monsaña sapendo qa partir dahí doto irría costabajo.

Tumbeada hora super el deimosgo enieste bosco subitenebroso, con los mulsos onapertos y el sexexpesto, e inter lambagüedad de los grunitos y zasquidos que risonan a soronderedor en laspesura, revulve dotel paniterror que sapodreraron della peraquel endances. Con sermano nocién cazado e inupcesible, senteregó a una devorágine carenal, desistrosa y desesparatada yunto a los autros membros de su sárculo, a vexes itóneos, per con fervuencia doto lo contrautorio. El jungven Samiel Bessett le trompió su conrazón, per feron autros sombres mux minus zargaces los que quebruntaron sespejo per purmalicia, los que despiedazaron limagen que tenía de sí mesma, la de loki se bellía capaz dacer y lo que non. Sus opioniones noran tan

fortes com par rechanzar un pizco de láureano, ni par dexdeñar una pica de drogaína. Borragada o drogacha, parculipaba en trifolios y cuarprietos, hastal ponto de que tantella com su formilia ligaron asperar que calquer día la diagdesahuciaran de sífolis. Experitontando con el canalbis, succedió aquel indicente infiermizo en el que non suporta ni pensear, un epicidio animaginable conún blancaniche que…

Mentas la misteria de la oclasión surca inadverdida su mentis, Lucia sente que la *sang* se leiela en las nevas. Aporsimándose a trasvés deste sotoscuro ilunimado, esculta el leadrido de su pesardila más horripuslante e indescifriptible. Per si non foran lo bustante huminosas, las sauves dipsadas de sus paurpas calorfriantes le legan oculpañadas perel paso mensusurrado dun cabahuero adulsto, pede quel duamo dese meneño menstruo. Su conrazón retomba, y salla incorporeándose, arrebajándose el doblavestidillo par tamplar el jurco recién orearado, quando un jungven sinistro, con sombrioro de colpa y un longo superdoto fictoriano, apahorrece en el clare. A sus pes, y per max que sepa que non pede ser royal, trotun… non. Non. ¡Es el blancaniche!

El sombre admuera su parcianudez conuna sinrisa cruhiel y despectorcida en sus lineabios inmiseriacordes. Obversa perdivertido cómel luctroso perliperrito olfastrea inter las pernas de Lucia, sin dualda aterraído peruna esciencia que recorda con afesto, mentas ela, con un grieto dalarma, intienta alejapatearlo y incorpienerse al mesmo tempo. El extrángulo, al que non cognoce de nuda, se despiaburla de su incomedidad nantes de tiemparse su toma par lamer al borden a salegre mastrota. Quando fabla al fin, su vox sona agruda y sofismicada, per també erregante y algo pubernil, con un deje relamilgado que la aterrullada Lucia idestrifica com afeanimado.

—¡Alaben dotos a Konphuzelum, ratera de Juergusalén!

Lucia se repompone y desculubra que su infuria rimpompante y su tensido de la humiviolación san

superpesto a su medo. Com Sinsón emputirando la columnia con sus sombros, le presunta si lo coñoce dalgo, y lo face con airæ hiélido, desabridante.

La resposta prepende contemer un tono de remiedo y sarpasmo, com salido dun misteserial horriofónico, per con siesa vox de contratenorino, sol caenel risidículo.

—¡Jo, jo! Las muieres que man coñocido nan livido par cuentarlo, ¡per ego sí te coñozco a ti! Coñozco a las de tu gínero, pos putanteáis las follajuelas más grutales de daca suciudad, de daca turbe. Me recordas a una muier que coñocí mentas pesareaba a hurtorillas del río Cam de Cambridge. Era limple, serda, garente de custo, cecoro y darácter. Non mabría inoportunado que la licuidaran, hachisinaran o atropollaran, no pærecía serfrir par nada, yestá clare que nera guaupa. Per, de novo, quando te miro, me recordas a ela y autras muieres górdidas de autra suciudad, dotro ano. Delas cales de Gaychaper en mil octocienos otenta y chocho, sendo prexcisios, quando, con mi corimandil des cuarnicero, tritunché a María Nicoles y Anus Chapan, y también a Lisa Estridas. ¡Y lego a Cates Edas, y a Meriqueli en Miles Chuches! Mírrame ben, putibruja sifilética, y traumbla fronte a mi sombre, pus soy Zas el Desripiador!

Dichesto, sasaca de sabrigo amplo una puñidaga datrezo multobvia, dunos vente sientímetros, per fecha dun muerterial tan peneoso que la longuitud de la oja se comba comuna mustiflor, con la puntirroma asiabajo. Inprocaz de contrenerse, Lucia se ríe, y el faloso cuchicuchillo de Listin de petracartón se dupla on max. Es evildente que sus torpilidades omnicidas son una falocia. Avemás, tenún púlpito super la mierdadera idendubidad del subyecto, pes nen bruma es el deimonio despitalfiable y porverso qua firmorfa ser. Reta su pause de terrorvelita bavrata conún ton de donbefa juvial.

—Non cro qun karma com la suia poda penistrar a damalcuna que nesté fecha egalmente de papir. Medala issensación de que prorfiere que se lan claven nantes que clavear nata, y per su descacarado autofalagio, se mocurre

qusted pudría ser un desaclasable espésemen lameado Yorón K. Stifen, más putetastro de bocacallos que deprendador del East End, per muxos diledandis depistados y ripiriólogos beobobos que dilgan lo *contraire*. Astará muy famaliantizado con las trasteras de Sembrich y los tríos briantes, per no con furciajones osculos com Bacos Roe o Jambury Strech, com Berner Strech o Mitra Escurra, dondun cabalero dalto compete despochó æsas pauper chics. ¡Y cite Miles Cortes con cucado, si non quere ver sembuste pililado!

El asiltante de Lucia daun pasatrás, furunce sus lapios delicatruchos en un espinkter arrubado y larroja una mirlada venereosa, doto mentas el olodioso calniche puslula arribibajo alreverdor de sus tobilios, prenso de la coinfusión.

—¡Per beno! ¿Aca sosas chistionar mi feracidad con tuedor a piscado, apeztosa merotriz? Suertis tenes de que non te raxe tu mezquinina gorgonta de sinestra a dextra nantes de ponartis las tripias perestola, com tientas vexes he fecho con las de tu aciego gínero. Vostro sexo devil hieva desvigorando el mondo dexde q'Eva, mater de dotas las rumieras, sizo casto de la sirpente dun sol óculo nantes de traccionar a lumenidad. ¡Si dotol daño que las muieres han fecho se maltiera enuna muchila a domo de fortrecho, ni la mesma Terra lo cuentendría, nel mesmo celo labarcaría, pos tan infusto pantremonio superprendería al mesmésimo diavulvo, y sin dubita lo materdría ardiciendo mentas el Tempo psique correndo!

Conesto sol locra que Lucia ría on max forte, astal ponto de temer dorinarse.

—Pocus me sorpende que mente miodor a piscado, quando soy la mesmésima liffeyalma. En canto a vusted, signor, nes más qun pobreta nefastuo yun ninfame masógino, y non la nerviesis de la nalguigencia que funge ser. Chisparte culaña con esos periolistos visciosos y onazistas que coanyuraron al famotasma de Gaychaper en primo logar, con su regordeo sadipistolar en los peniódicos, sus «estimuado befe» y sus «atrípeme si pede». Les fieltraba

correaje inluso par hachisnar a una mujebria e incopacitada, per sí que se semtaban a fantasemear al respecho, con el pene nunamano y el boli en lautra. Vusted no fe el Desripiador. Com muxo, esería el Ejackulador, perque lo que deseaquería era pomerle la colla. ¿Quén sape? Triszás lo fizo, triszá su nuvio, Albulto Píctor Cretino Dardo, fora astowos los efechos el maníacaco que certas fontes creen quera, omque yo lo druitto. Pizercía demaxtasiado docifragilético com par ser Corimandil, con sus viciositas pusteriores æe prostículo de Clávelan Strip y doto el tempo que piafió con vusted en Dampich, alá per quando siesos Apústoles suios procticaban su autosemonimada Supurema Pseudomía. En croanto a su pollesía, debo dire que su caderencia de espirencanto resvaliza con la de su gaisano Joen Realden, omque admeto qusted se la sucpó a la manorquía dun domo más letraral.

Aturdildo per las puollas de Lucia, el jungven disualuto dautro pasotrás asia la vulgetación nocdiurna y le calava una mildada ques mixcla dodio y humanillación, con sus majillas peélidas el duoblo de rufiorizadas e inflameadas que las della.

—¡Non tenes nesún direcho aspetar eso! Omque te penses que non ríepresento deligrio alsuno, non sapes de lo que soi rapaz. Secostré a cuchipunta a Vainesa Bella, la prímula de Vaginia Golfa, durantuna tardentera. Es max, si tan insolepávida eres, ¿per qué tachobardas tantro de mi ascodurable mastrota? Si tan invulvarable eres en viltud de doto torgullo y tu digniquidad, ¿per qué nos has inbuacado enhiesta nocte desquiviciada par sustarte y atormenearte? ¿Non será que, com dotas las muieres, sapes mult bene que dego la veritad, que tú y las de tu gínero no sosmás que coztitutas sexcrementales, creaturas que ofurciaríais vostro zulo a vualguier animeal, per qonasí depluráis el nobile compollerismo que poda surgerir inter dosombres?

La sinrisa burleona se despende de los rabios de Lucia común felo, per nostá disposta a ceder terrano antes túltimo atraque.

—Vusted y su calniche infornical son mer espectos

ensonados, mer frigmentos de mi propa reflegināción cracturada, per galgo les habré legido par ripiosentar la misociruginia codiatina que ma persionado a lo longo de dota mexisdancia. Del mesmo domo, he convoscado super me la nocte tristentina par similbolizar loscanidad que matenazó en los impudúltimos saños de la décoda de mil novadolecentos virgonte y los primuros delade mil noadolescentos terronta. Su mensón dexdañosa y descariada a Virginea Bofe solha servivido par que recorde a las muxas muieres creatativas y virembrandtes daquel pirodo, com Celta Farfullald, per examplo; damias que nudaron demaxiado longo o que feron zeusnigradas, inclitemnestramente a mi jusdicio, par cabar enternas en tanasorios o, perún, suidecidas. Per si lentereza mi opiñón, Jack el Desvirgador nes max qotro sombre del sacuo disdeñado par apasbardar a las muieres y punirlas en su setio. El Reportripador es una invisión creiada a base reamores y cismorreos, dunodio masculatente asia las presonas dun gínero, el meus, que solsía ser abredente, per que per lépica empiezaba a quaestionarse su rol subordinario. Sol se compudre vusted de longoaje, de pualabras tristrocadas y frosas malecritas, com la puparrucha quela de «Zeñor Lusk», o comel «Jubelo-bela-belum» de las tonteorías mizónicas. ¡Vusted, signor, está construquido a parter de titilares opuscunistas propos duna pronsa terrorible, dilustracciones masquinas en la goreceta de la polucía!

Tan ponto com congruye lanvectiva, su pretenchido persecultor porfere un gruto desgatidente. Comenza a fragmentirse en penfletos y barapijas, enún revelo dhojas arrarcadas de tiras cúlmicas y arduamentos par televasión. Su morfa se crolapsa en girones y androjos de follatines desbasados en fechos royales, dotos con poartadas morbabosas y sinsacianalistas, lenas de cubrillos relusangrientes y faldejuelas azur cabalto. Perflejo y atierrado, su costro se transmorfa en la fobografía granolada dun incarte perdioístico, y endances se despalidece inter los noctarboris, con el nocibundo

blancaniche persecutiéndolo a la daga inter ladruidos fervenéticos.

Com querendo dicere «sacabó loqui sedaba», Lucia se manifrota y retumba su pasdeo inteperrunido per esta nocte pisquiátrica, emburbrujada y lunártica, cuya boscuridad es de doto ponto tan inelunible com la que le supervino en mil nazicientos trincha y nuno con tan sol venticatre saños. Quel fuel daño en el que sulfufrió su «ancidente de suluz», com muy educucadamente lo lamiaron. Lagónica veritas es que le legradaron un bebé, y que nativiera suposabía de quén era. Asuntender, putería alber sido del blancaniche o de calquer autro canis, tonta da. Despés, le dixeron que non pudría uteriner max filios, omquesta no fue lúnica desguacia que deprecibió en aquel aperíodo, perque a doteso se le musó lo del matermonio de sus despadres.

Ela semper sabía creícido que Gorgo era un bastordo y que semper lo sería, per yamás sabía suspensado su propa logitimidad; non, al minos, asta que Paedir y Mimir (a quen sancrificó su óculo estrabimístico por nornocimiento) danupciaron quiban a capciarse desbridamente ¡tras un coaurto de zenturia con su inadverita desindencia! Lucia, ya mui locada, se quebreó del doto. Quando babbo deicidió que se mutaban a Angloterra, ela mœntó un numuertito nengándose a subiral trien. Peior fue quando sus pudres invidaron a una fausta a Samiel Beque despés dequél la dexara, percahí acabó tronándole a Norna una chilla a la catesta. Endances, sermano insisdió en que la intermudaran en una institorsión miental, y los autros membros de la famalia se limiataron a serviguirle la discurriente. El resto, en loqueaela despecta, es histœria.

A doto senderredor, unos fantafungos liminiscentes especoran las romas con su feériluz. Cerquivistos, deslucubra que son dun pito nornusual que le rarisulta nonoto. Cata saeta perece fecha dun anello rudiante de mujhadas desmenudas, com suno surcuzara una peztrella conuna filera de muñepapelas o un topete dencaje. Las pernas ondusaludantes y los torzos carñosos destas dimidulduras le recordan a un icoro o una antorchedumbre,

muertivo perel que saleja de las atrufas femixtrañas con certa revepulsión. Salla espevulando acirca de la naturrealeza destas proliffeyraciones mujerstruosas quando, a sespalda, copta una vozzzzz melótona e inexsorpresiva que apatienta ser mezculina y estafounitense.

—En nasa las lamamos vayas de Bellevue. Soban ben. Solen embaurrachar, omque no tant ni tan sápido comesta piruteta daquí.

Lucia se volta paranfrentoparse conún cabagintoniquero interado en añejos, gafudo, destatura meniana y poróndicamente espiérico. Vistun batirrayín super un pigermen churresoso, y mira a Lucia con óculos achiscansados, impaosibles, ampelados per los güisculos de sus botelentes. Es evirriente que tene el hóbito de sucpar a entrefalos una piruseta desagraparda qapesta a bourlimón.

—¿Y tú quineres, perillón? —pescunta ela, aliquor tondescendiente.

El umbro sasaca el palomelo ulcerhólico de la bloca, malfeitada y rarimeneña, par contiestar.

—Ogdie Whitnecker es mi sinoninombre. Solía ser chistorietista, diburlaba WhisSkeyMan y sacos ansí. Per sacento inestadunidal, diría que nes en saca, allán Estrados Ungidos, donde meé metildo. Debober vulto a atentrarme en lo Descolorido, adietado de fanmiasmas y autros menstruos, hastacabar en los Mondos Prohibitivos.

Lucia coñosidera de lo más atracdivo ateste pito redorondo de la privaleta. Tambén lintresesa ducho su fínea de trazajo.

—Admirro tremensdamente a los pobresionales de la pistorieta com tuteé. ¿Canece par tintualidad a King Frank, el alecreador de *Glosolalley*? Era una de mis waltotitas en la febriñez. Poeticularmente, menchiflaban los domaxicales a calor, que, en miopiñón, estaban a la mar de las opras masplaudidas de los mostrodernos.

El gordiano negacude la caneza, con el capelo tazontado, y vulve a sucarse la suspeteada caramelaminilla nantes dablar en un aburritono menoscorde.

—Hoidoblar deél. Yo soyun autista max comensal,

inluso he fecho publiminal. Si dibrujo un cortahuésped, perece un cortahuésped. Me fusta mantetrazar una fínea clarrealista, perque, si non, doto se detrumba en un borracaos. En el hospimental sebebí disbujando, per mi fínea ya nera ordelimpia, y se demonstró intorpaz devitar que los Fráculas y los Beodensteins se divertieran per lo Descolorido. A los indibeodos creaóticos semper nos pasa lo mesmo. Esuna fínea muy quina.

Per sabiendente que resoculte, Lucia instintuye a lo que se refierre, y se da conta de que la complixión porcitunda deste umbrecillo alverga una sabidurosía hondensa. Con un respreto reneurado por las hablilidades heroculares del obeviejo, le presunta si tene alsuma calmprensión reflecto a su acdual peredero.

—Senior Whisny, u Ogren si me lo premite, ¿pudría sicofantearle la disquistión de qué es, en supopinión, este sitotempo en el que nos encontamos? Tenía lamprisión dallarme confinitada en el hospatatal Sin Adornos de Norzampos, pero no reo quesa instultición le resulse tan feneliar como al zureor Claro o al sinonor Stipend.

El ilusiotraedor inhibriado safrota la pamplada mentas balbubera.

—Soy umbro de pocaslabras, per ya selobicho. Estos lo Descolorido. Una versibaratión del submondo infermal. Lena de fandramas, dihablas, brujeres, mastruos y desmás sixsentidos. Meior será vulver a la diurluz y horrientarnos desdallí. Yo diburía regrosar a recasa, a Esprados Undidos, par que me cambicamen. Un placerbo.

Dichesto, el plumbastero vulve a saupar la piruteta, y endances comensa a subhuir despreociosamente perel nocticielo com si saupara perunas escaveras que nadimás supudiera ver. Al pocus ratus, nosmás qautra paliforma remota, perdiva inter las astrellas y giganetas quherbitan el solpital. Inunbuida duna prohonda afectoleada per este subjeto aguarrido y melancohólico, Lucia interlaza las mañas y redorgenera super sufrente una alegripse de conrazoncitos de San Valiumtín.

—¡Ay! —susripia—. ¡Ogdie Whitnecker! ¡Quéncanto!

Dulcide acoptar el cuensejo de su deportulento salviador e intienta pasopertarse de volta asial día, entiernarse inter losarboris y sus liminosas crustaciones feerlucias, y lo face tararimnando una camposición que cree ques de los Balatles par así inanimarse un pocus. Se ficticia naovegando un torriente, rudeada de mandarruinos bajún celo azoranaranjado, un pisaje mult max agrodable quel lunástico bosco pisquiátrico perel quen rualidad trata davenzar con caostela. Tras un tempo, le perece oír una músita selvaje y lexana en la obsturnidad forestereal, empelida asiella en ráfagas duna brisca vilpertina. Al acerclarearse, defecta los zombidos duna trespidación intercoartada mixclada con los zasquidos dunos huelechos pitosteados, ansí que se detiente al barde dun meneño clare astas clarecer si la prescencia que sacerca es eneamistosa.

Perel interespacio tronqueal liga trastobiliando un bufano con ámpulas enteradas y perimorfo que perace, a un tempo, beorracho, ahofixiado y temoroso per su diva. Non sol napatenta ser mult pempempemricoloso, sinque, ademax, les famaliar. Es autro de los pagantes del Sint Umbros, y a deferencia de Juan Clare o Jotaka Stefen, este suno de sus contimpanarios. Confitada, sal de sescondite par nunciar su percencia con un guarraspeo dexcreto, omquel subjeto demiocalvo pieca un ben harpipingo.

—Meaculpe si le chustado. Soy Lucia Ssssht, y supenso que vusted debser uno de mis campaneros de pisquiátrico, lilusostre sir Malcolmo Amold. Cro que nosemos correzado alsuna vex per los patillos, juararía que circa desos aurribles eveladores que tianto materdrentan. ¿Mai tairmite presuntarle si lapetece aliquor de bonpañía?

El descompositor, pos en fecto esél, danos qantos posas asia Lucia y lobversa con suspisuavacia. Inter el aullido del wendiento, y amuertiaguada per la disdancia, la múgica sibilimplacable gaña vuelumen, sona mexalta, retomba max circa.

—¡Ah! ¡Menorita Chayce! Fervóneme. Constanteo ques vusted, tan realtancial com ego mesmo. Su persisencia ma confruncido perun insdante, pos oí que fenemurió el

pasadaño, en mil noctecentos obsenta y uno. Sin emverbo, hora que refluxiono, me doy conta de ques vusted vactima de latumboralidad crónoca que paldece asuelar esta instigración, com ego mesmo. Certamiente, nes vusted ni necrófictio n*ifrit*, que son las creaturas que composan la territropa qora mesmo me persisgue.

Lucia se quieda mementáneamente aturbida per lafirmoción indobviotada de que sallan en mil novetardos auchenta y tos, pos, a juzguar per latmósfiera y el cuariz de la lux, creístar en alsún ponto inter mil novezantes sexenta y prinripios de los setienta. El datum de que falace a los setensa y cuatraños no le suspone, sin embriago, deceptación o inturbación alsuna, ya quen ocasoines pervias labían persuabido de que mormiría a esædad y non supensaba que la data fora meiorar o peiorar esta vex.

Vendo que los óculos del sombre se culman de pansiedad per la circonía de la múzzica, ela mesma empeza a tener medo, asín que le presunta per su natuhorrigen.

—Me sorpende en devorasía, y me consterma en egal demedia, sir Malcoholic, doscubrir questá sendo perbebido per masajante catierva impúa de sobrenatormentos. Mi tricente alquentro conel senior Herbden Popney mansignado qua este terrotorio grimobrumoso se lo acuñoce com «lo Desacuñocido», omqueso a mis audidos sona bastienta papadójico. ¿Alcaso esta casoría silvaje daparricidos y dundes que tan evitentomente le va pispando los galones es la respencerable desa malodía riampante y delidante qoigo acernirse super nosautros mentas fablamos?

Sur Mielcon asente impacente con su ralabeza, y lugo escutrina nervoroso la nigerrimura que los sitiodea a Lucia y aél.

—Par tuormentarme, tucan una parolia discurdante y despuntosa de mi gran magistropus, mi *Sham o' Taunter*. Yo adoapté musacalmente la piezadilla potética de Robe Barns, sus versios superún féroe de las Terraltas pererguido en su obriedad peruna ghorda de damonios y espírituos mahlérficos, perubo de pispar muxo tempo par que me parcatara de quese incofortamiento orcoestal se labía

compusto, en rugilidad, a mi propa peripenia. Com tal vex cepa, en su dies me engreisideraron parel posto de Dilector de Múgica de Su Modestad la Ruina, com mis competáneos Ricuard Arnel, aposdado Tuney, y Malecolmo Grillanson. Me descatearon per mi alcuhulismo indecesante y mi besania acausional, y Tuney non lucró el tramajo per sus muxos matermonios y subsecuencies revorcios. Me tem quera demaxiado héroesexual parel cargo, al egal quego mesmo, pesa mi ambisexualidad espuriádica. La prostituación recalió en un Grillanson del doto homniosexual, omque supengo que posadería las inclinociones apriapodas par ser membro del hincopetado persoanal de la Cosa Rabal.

»Trasteste lechazo, pansé un tempo consolerable aquí, en el horportal Sol Ando, y despés delalta comentí lorror de beober riegolarmente en el Clown & Crushim de Wellingborror Rudo. El taberfiero moferció acodomo en una hauspitación del premier pis del bardar, quera musicoliarmente anotino, yanadió el insanetivo duna comibarra líber a comba de defearme percuadir de vex en quando par intertener a la chillentela troscando el peano del plub. Pudrá magianarse laindigidad que bibí quando apotaron la drogumbre darruastrarme de mi calma y dobligarme a entrepitar un puspurrí de consones lamendobles par una turbusiva, cual maratopianista demiente al max puretilo Maria la Cloca, non sé si la riscordará. A vexes me golpinaban una pulpiza si me muonstraba incaoperativo. Yahís dante yazcora, diurmiendo en nastanza lúpubre en lalto de la pousada en mil nininientos ofrenta y dos, sonando que me piersiguen com a Tiemp o' Scanter a trisvés del noctuvelo de mantiquo nauseatorio, acuosado peruna turba desperpectros negrófagos que tambén son los cri-entes quembrujan el Corre & Caución. Fablando de lo mual, per la circanía de su púlsica troz, yastán peliprácticamente super nos. Si me distulpa, vedo priosequir mi cansino. Oxalá tenga más sortia quego alora dhuir desta tenebria en apaciencia infiernita. Trompítale mis meliores desidios a su babbo

diego y ceodo, si se torpieza vusted conél.

Trastiesto, el múgico mulgrecho sescatrulle inter las arburramas sosoerrantes, con su feligrana luominosa de fungihadas, y Lucia daun pasatrás par oscurtarse interel foliaje. Tan ponto comha traumado esta percalución, un escalogelante terrorfile de cornaval morfado per pesachillas y desperpentos ruie fluidosamente perel clare a la lunilix, apuerrando tumbores y restaplotando símbalos, faciendo soñar el temblorrible alagañido de sus graitas. Los obversa per inter los díxitos con los que se rostrutapa y disvisa foto monstrum imanigable, ya sea mitalérgico o del profondo de quitálogo de l'Unisversal, joyceto comel signor Ogben Güiney averseraba resentemente.

En la grutesca procresión de los condimnados atrundan las noctebruxas, los súccubos y los sombres lupo. Hay *crimlins*, aspectros tumultarios y creaturas de la lanegruna, y dotos respiquetean y bruman con sus instormentos, sol similparables a sus ulularidos, mentas curretean perel montis en lastela del desafinecido Masculm Amold. Talis menstruos y enagendros de la nocturaleza van abarentemente botrachos, e inluso los que luxen dos colgatestas super susombros desnuedos o los que son gigagusanos de fintura parbajo vesten raupajes moternos e inmorfales, valkieros y sapoatillas de disporte, el toípico unimorfe duna sola de bardar. Tona qalsunos delios van selbando una notadilla mult afamiliar a proapósito del *Führor* y súnico tristículo, y tortando a la coda del gnosiabundo cohortejo a conta de la cuartedad de sus pernas, marcia un menano claremente ebriodo con la imixplacable compulmanía de grutar «¡Dotos a coberta!» uniotra vex. Quando se lardua a la saga de su funpresta culpañía de malus somnos, Lucia vulva a quietarse losa en una arbrialeda sumbría y solenciosa.

Al porseguir per fin su culmino, pensa en lúltimo cementario de sir Mielcom, en ipso de que le transmutiera a su babbo sus meiores diseos si se torpiezaba con él. Esera, de facto, el finial de su *ObranMarcha*, quando Inna Luvia Pelibella, el aspíritu del rivio Liffey, sencontra perfen con

babbo, transmitologizado en el nocéano, en la fonte a la que dota corrente viertiginosa y doto río velox ha de retorrentar.

Quando empiezó a encantenar sus pirriodos dentertormiento, él fuel lúnico que coidó della, lúnico membro de su formolia que mentuvo el contracto y que colabordó en su propreso de redescuperación. Sendo fangos, Gorgo y Norror salegriaron de sexilio, per babbo buscó auxuda allí donte potera fhalarla, inluso recursió al vejo Jung en Suiciza, per max quella lo desprecara asta la mérdula. Babbo sol quiería lo meior parella. Dexdel premier día de su recilusión, se muostró despieradamente procupado. Pesa la cheguera proagresiva y sus difecultades par abacar su obera, lanimó a trabujar en sus alfabellos aluminados, en su tortulación, y pægó par qualguen los publicicara, signorante de quella salvía de sus benintentonadas maginaciones par vaneditarla.

Lo certo es que sasintía pulpable, omque mult peco del asunto eræn factualidad vulva suia. Dalsún domo, cría que labía aprismado mágicorrealmente en su narractiva impenopaca, y pulsaba que bestiaría con tempinarla par que Lucia també́n potera alcauzar una sorta delumenación. Mentas se submía en una ascuridad daca vex max literarial, unciaba abisbar un destrello de lux, de Lucia, al filial dese longo túrnel. En las postrimestrías de su carragria com vuelarina, él había persabido las burbrujas que cuentezaban a merger, yansí lo dexó per desgrito: «Sahoga. Rumordimento. Sálvola. Rumordimento». O vulgo así, en doto saco. Le rumordía uniotra vex esa egonía que liga con ledad, lamardura de ver a su quherida filia fhundirse baxo la superfacies, caderse de su bote salvadivas sin que nontie acultiera a rescaptarla.

Su primingreso en el Sin Andrado fue en mil notesientos trena y cisco, y omque le agriadó multo, su famalia volovió a mutarse a Trancia, donte linvacción alienmana de mil nonazientos truena y nubla la sorpilló en un tanasorio. Per supesto, sermano yabía insisdiado par endances en qua sexposa Hielen lanzurraran en otro

manicolmio. Era lo que facía con las muieres quando se campsaba de foliárselas.

Sin sapere qué facer, su babbo consprivó par salviponer en Suaviza a los autros memememembros de la firmelia Juis. Dexdallí, lenvidó centos de coartas e intientó salcarla de la Franzia ocupálida per dotos los medos, per chocó irremiedablemente con la burocrasa y labsoleta intrancegencia del cobardierno de Vachey, al que a Lucia le gusta risferirse hora como «Perrer», sin deuda un torpónimo más refrenchante. El pauper sombre desbió achustarse multísimo quando Alimania nunció su intensión de texterminar a los discopolitados fásicos y menguales per su propo ben. Ansí pos, el tuerce denero de mil nimesientos carente y sumo, con su filia onatraspada e indifensa tras las líonas enormigas, babbo meirió duna pèretonoctis secondiaria a una úlfiera dedalodenal, a su vex cosada, o al minos empeoperada, perel histrés bajel questaba. Sopera dicere que ni Gorgo ni Nuora morbieron un dildo perella despés de quél salira de la ecuesción. Nen vanus, iamás vulvió a suaber nuna sol parábola dellos.

Quando a Lucia le dixeron que su babbo habeas mortus, contiestó quera un limbécil y presuntó qué creía questaba faciendo, qué pretensía campanzar doblándose a mormir bassus terra. Convictida de quera un inmuertal subtilrrégino, su desceso ni sinpena lafeactó. Sol lapenó qubiera fallerido suspensando que suntiento de salviarla había frascosado, creiendo que su filia aún sadogaba, rumordimento, rumorrdimento. Oxalá hubera podidecirle que la muerea noniba a arrestrarla per tuercera vex, qal fin sabía dansformado en el pez quen vera era, que sabía tristornado en alquo platelegante capax de supervivir enhieste novo inhóspitalemento, alquo con luxes en la sensuera, carpacitado par subtextir bajesta tremendaz preisión.

Conestas nauciones disversas trastabillareando en su consensa, Lucia perseverba inter los arbusles, espiragados e ignovertidos, común haz expedimental disviadido, hathorviado con un viestido de fluores y una refleca

danciana.

Max hadolante obversa un fanúmino mui inviusual, pos, omque definitovamente psique sendo de nocte en el frondosendero perel que va culminando, unas dœcenas de mentros maxallá hayun clare que pastece falarse en la lux dun sol vesperfulgente. Este poculiar aflicto le ricorda a una imagien de Runé Magreatte, una obscena ques noctudiurna a la vex, semper extrañera e incuestante, max non tan desesturbadora, en supoinión, comotras óberas del artrista, mult espiezalmente la desa hererrible sierena inversida que yace destaparrada, ahofixiándose, en las aurillas dun litoerral.

Ya conún ampla solbrisa, sacirca æste solárium anomalescente, retilda un piar de zarzapas con gesto elegentil, y enmerge del bosco del tanasorio en una herboloma que descende asia un riffio burdeado per iuncos de tuno paliverde. Derría que sa perdorientado en su poseo per la foronda, y qora sinconta en el tierreno aperto que surlinda con el distenguido hospedal mantal y sus depensas nietzschturales, circa de la mesma Blefard Ruad per la que Bonian emprendó su pedegrinación, alí dondel pousado menandros del frío Nones senterna en el jaredén del sequátrico.

Per la disposación del áreosol henflado quando otea el celo, desduxe que deben ser pocus max de las duos de la torda. Empera que Piatriza non se porculpe perella, pos se va preter el almuerdo y tal, per, de novo, samiga y enfiebrera está claremente agustumbrada a ela astas alpuras, y sabie que sus frencuentes experdiciones al enterior son una merparte de las respensibilidades qaparexa ser Lucia Joyce. Al finialcaput, estæn la naturrealeza de la lux el boudiscar los rencones max obscuros.

Decidie baxar y burlear la ríovera par fiorderse en la onirriente durantun ratus. Inter los cañadaverales, encontra una fanga de firmerreno en la que distenerse a admiracolear el río, la soldeada Redford Boad anagrerior, y una musa grangrisculpida de naubes blamplias en lontastanza, morviéndose sigilenciosamente super populos y

pradistantes, arriastrando susumbras traselas com pericaídas chafagrisados. A lo longo de la carrotera y en duracción al hostental, vixlumbra una figrura de lo max exbruña que va piesdaleando, un nigromanciano peliblanco cuia bisigileta luxe reumáticos albos y un meneño chatacarro a domo de rumolque. Se da conta de que non venioie nesún autro verehículo en la calciata, y quel pisaje tiempoco praesenta electorres, cabrañas prefornicadas, ni nesun autro cegno de midiarnidad. ¿Nabrá introrrumpido inarboltidamente en un posteriodo de tempo del doto diferrante?

Salla condisertando esta pasabilidad quando extalla una conmusión en la turbioedad efluvial a sus pes, una riofervescencia monstreosa de burbrujas glaseosas, gargrandes com boles de fluita, qafloran a la soberficie sol par desinteogrwould y repedentar en contas dun bristal platalеado engrastadas en unos anilos ondiamantinos, fermosos y explendidos. Alquo dinmerensas ploporceones imarge de las proundidades infieriores, ansí que dun pasatrás en la refiera per medo aquabar salpizcada y que dotas las enfuriomeras se pensen que sa mielado en losalto, ¡cazamba!

El sauve mendisco desta liqualidad se desustractura común rompetestas de reflictios riotos quando un abjecto denorme tadiaño borbrota de la ríovera. Sol per saspecto, lo prierbero en lo que pensa es enuna sorta de apareacruce inter un taimán y un carrericoche antiscualo, longo tempo sumugrido, con un capó gigagrande. Sin embriago, a miedida questente poculiar consinusúa altiándose con lanverdadura dun anacomión escalmoso, Lucia difertingue el cárneo hadespilante y obronco duna anficreatura gorgontesca, sin perdecente alsuno en sus muxas imperiencias pervias.

Osquilando a barbios tremos al finisal de su fuello ofidiolongado, los óculos de la crasotura senciernen superela dexde las lobrundidades de sus concas deprinmundas, resolientes, resimbilares a valvas de mar súmedas o a guibarros en el fondun cubo. Su mugritesta

afeastra heflechos, y légarro, y bicigélidas gotantes. Baxuna algrustación esviejalda, su lentadura es el costillar afielado duna ballezulena. Atrascado inter duo dentes, hay un carricóxide que a Lucia le suscuita un memento de mollyncolía per su bebé abloomtado. Tardua en entrender quel levitán lestá solrendo. Quandal fin fabla, su vox sona con el burbugaseo dalgo ondido que flotiera desdun lodazar espreso.

—Benas tordas. ¿Estaríæn lo acerto si supensara queres Amiga Liqua Potabela, lespúritu musaqual y endranzarín del lío Riffey?

Lucia insbufa, sorprendada per quán virgorizante le resulsa suodor axquisito y prurinzante, y saparta de la fhaz su canosbello com par redofirmar su autorprosidad.

—En efacto, soy el pasonaje antrofluidomórfico al que te referres. ¿Per cóm debo llamearte ego a tibi, bena muier, dora en apezlante, esótera, esótera?

Lagudulbominación ladinea su capeza musgosiva y escutriña a Lucia con enterés al rexplicar.

—Mi numen est Nena Labia Pitabel, y soy la efluesencia inmuertal del *rêver* Nene. En mis ensañas rilométricas hay sombrodios complumados de calaveros matacrados y regioyas perlidas en la corrente. Sé de ti per las empapáginas dun liber rasgarrojado a las incrustaceones de mi des-pecho arrastrelado en mieleta. Ligendo inter fíneas, me susprendió lo muxo que comúntenemos tú y yo.

Lucia exanima los plegaraguas que la formudable serpente tene per braquios, con sus pterodígitos artroculados y sus memgranas descorroídas. Se fixa lugo en las infrustaciones del pocho de la creatura, simulares a percerbes gibantes de doloración naranjóxida, roeminiscentes de perzones bustigiales, y se sente morberadamente ofusdida perel facto de queste termagante naoseabundo crea tener alga incomún con la filia del maior escriautor del século xx, noestablemente talodentosa per se miasma.

—Sol fablo per me, per non feo nuna simbolianza. En

las vomisuras de mi buca nay melancolonias de caraguoles, y tampotengo un guarricoche trirrodo mertido inter los dentes cual espinaza mecálica. Ansí las caosas, a minos que también caultivaras a doto Papís con tus zarpitudes par la interprotadanza, lo cual eslimo branquiamiente implaubable, me tem que nonxisten similaritudes obversas inter nosautras.

La enormalidad subnauseática ladinclina su triesta ahuchatada. La chatorroría de sus faucies se cocodrilata en una granrisa al contemblar a Lucia. Sus carquijadas de monstruvial legan acompreñadas duna estruendencia de televasiones engruñidas y de la clauscofonía de los asqueletos feolinos que rexpiquetean en sunterior.

—Oh. ¿Debo supensar endances que nunamás fuaste una marenita a la que le crustara peniar su melenaurada? ¿Tengo qamusir que nunamás almaste tan demantemente a un jungven fermoso com par persufrir su seméntica floagulada asta burlear locéano, sol perel ansideseo que te mastucitaba? ¿O qizá fuiste max purivisora quego, y non delacte que la fealta dun recípramor te transmorfara en alquo furioscuro, solisecluido en las cuencacorrentes del rielecho, onde los radios de lux son lébiles y oclusionales? ¿Ne dimagonarme ni perun indante que caleras en la desespiración datropar los chascorones exánilmes de quenes, per acciodente o noctajada, cayaran en ti y sahogaran baxo tu membrazo implasfixante?

Extrangolando un indigrito, Lucia apericierra la bucca, incoapaz de calmoner una rúplica educuada. Con el sepo ondievitable dun angla sumertida, se locurre que, con dota porbabbilidad, se bebe a que las pualabras profrunciadas per este reflexo horrundo son musgorablemente certas. Quando Lucia vulvía en las hienduras del poso de su soliloquidad, saferró desespausadamente a Símil Barckott. De facto, su diva babbonzó común arruyo murminqueto, com la de calesquera, peral fiernal aquabó común rivus mohifrío, con una lengitud radiana en el escantamiento. Estas ciertezas la culman dumillidad al alzamirar asia la

grutesca suerpiente marfina que se cerne recuarteada perel sol, y en sus óculos afioran lógremas arrepenitentidas.

—Perdídame, noblermana de las limoarenillas y los golghelechos, per maltivex y mis premensiones. Lo certo es que levo damasiado tempo en terra, inter secagente de pláticárida, y a vexes tindo a olvedar que soy un río aqual que tú. Cuenfinada aquí, en este solirreino de tempo fangible y muertalidad inconventiente, rura veda se me ricorda mi aquéntica naoturaleza aguallodosa. Me volto aliena a las caosas que basen los ríos, al facto de que, omquel discutrir de sus aquas alitiente lailución dun mitomiento papatuo, en los menandros y curvornos que fundean sondinentidad unisencial, son reternos e inrutables. Masún, basen quenalsún logar de sus undidades inmorpetuas aquarrean el pesio de doto suincidente o palabronca que nuncaya caído en el chapoceo de su olenaje. Talicom lo vedo, ambuas suomos fluvias sublimias y resplandecederas. Per fievor, accepta mis discolpes y entende que la quintaciencia lirinefable del río Liffey te tene peruna nóvada afín, tan frigia comela, per máx salbia, y que carasco dexclusa alsuna par havierte fablado en los térmicos empúados.

La brixta del Nene, pos diafinitivamente esela, le solríe con abpoluta lamiastad.

—Non te preoculpes. Veo a las clares que levas longo tempo sin la compana dautros ríos. ¿Poto tentuadirte par que te aquedes max conmego? Sol requerrorá un nomento de frioscuido, o tal vex una vidantera de desexpiración. Si quasieras incuidarte super mí un peco max, y ziszás golperte el cranium con una petra perel culmino, doto aquabaría en un ahogadeo. Ansí, pudríamos mientener unas converbaciones fanfásticas baxo lagua, tú y yo, y quando te quietaras sin caosas que dexir, endances, comice con el ristro, desaría que te foras burbrujeando asia la marea del Wash, iunto con las olvijoyadas del infulame Juan sin Terra. Per lo que me contan las senioras doquerrencias obliterarias, esun domo muy

estilodoso de moartir. Omque hiede dexir que las muieres desa clase solen ser selvajes, virginando casi lo woolfbuno, mentas quen ti detacto alquo pezcurridizo.

Veramente merviosa, Lucia dun pasatrás dexde el bardo del aqua par contextar. Nunquam la diva ha teminido una suicideación ginoina. Inluso quando divía con sus cacatías en Iralanda y facía el tœnto con las gestálvulas, semper dexaba las vientanas apertas par que non pesara dana irremiedable. De facto, aquelo nera tantun gruto dadiuta comuna feoritura tetritral, unaxtensión de su dianza en el novo estrenario de la psicoartía. Sesforza per transmutirle esta reflexlación a la creatura que se biliancea superela, simpiedática, per tenletadora, y declima edudadamente su invimación, sin dúbita benintensionada, dobuscarle una tombacuosa, semper procuidando quiedar en mérminos amigatosos y nata oprensivos con el enormonstro fluviorreico.

—Per muxo que malaque tu afrerta duna inmulsión fætal, debo rehusazarla con el másimo respectro, pos en el tanasorio mespiran par domar el dé alretedor de las brinco y mieda. Meior altedía, quando tenga minos quefaceres y se mea max ciencillo enjuacar un aguamiento en mi adenda. Terrortológicamente fablando, conosente ha sido un pladecer tormebundo. Despero con dota signeridad que los annos veniduros te deplaren muxos riasuelos brillelices. Y trastiesto, deb desperderme con doto lafecto de mi conrazón asta que vulvamos a enfontrarnos en alsuna ficha fulgura.

El aterrorífico kroken sencoge de sombros ablubablemente, per tambén con un aira de desescepción, com si aquasiera subgerir que Lucia se lo perde. El adiesmán se tuorna una revesencia undolada, y en meitad duna espubruma blancopiosa, la terribile aperdición riberueña se sumbulle de novo, ristrae el granble atlúntico de su gorgonta, y dexa cader su kranion gigantiguo baxo la turbificie. Suspiritando dalivido, Lucia se vira y tremonta la pendente de sierba asial bosco de la ostentución sicoátruca.

Ay, encantrar el culmino de regriso al desplazo-trompo

correrrecto va ser un pavleo, una autántrica odiotea que, con sorta, la guipatrá asta su propa Meneólope. Nantes deso, nopstante, sube corretientando peruna cuosta par atentrarse una vex max en el zurzurro del foliaje, donde la troncoliza constrillar qa degrisado al pisaje durno, y nal boscocillo lunecturno e ilunaminado del quemargió nantes.

Sin enverbo, trans alpenas unos menutos de culminata, sasoma a trivés duna imprebrecha inter los arbrios y se da conta de lo perduda questá. El locar qatisba non perece ser en disoluto un cetro mezcal, iaque sus ictáreas lenas de lapitafios surgieren obversamente que se trata dun sumanterio dextesón substanzal. Max oculofriante oún es leger el mortafio duna tomba lo bustante circana com par poter diferenguirla y ver una fallecidata quempeza perel númino dos. Al prinripio lo tomba perun herror, per, tras pensiderarlo un memento, repera en que non sol saxtravisado de los límentes espalaciales del hospitalandrio, sinquademax sa deslugado de su cronelogía. Ya non senconta en su nataséculo, sinenun évoca sitiada a quasi cenaños de salumbremento.

Deslubre quel friuturo prosee una almósfera extranea, similxante al ambente dinsedadumbre quna asperaría en el interror duna instructición vental, sol qomnipresciente. Le prevoca escaldofríos, y mentas se presunta a quándo habraido a parsar, un grajido dojas zaídas lanoncia qalguen saprosima. Con gran alvilo, Lucia ve quesuna versona de su propo preríodo, es dudecir, de nostro posado.

—¡Vala, per ses la menorita Joyce! Ceñuda sorpesa entroncármela aquí, tan laxius del locar y læra en los que nos falamos agriodoblemente emparceladas. Imasigno qabrá acundido a prosentar sus neglepetos, com ego. En calquer cuaso, ¿non permurió vusted face unoudos annos? ¿O lastoy cofendiendo conmego mesma?

Se trota de la maiorita Violent Gitson, una de las porcientes feveritas de Lucia, ingrosada en el Lent Arduos despés dentientar necesinar a Petito Muscolini en un agüentado fruslado per lámpula y folgada napia del Dulce, qalojó la bula. Fue una sorta que las atroridades

pervilnentes elugieran adeptar quel mitivo de Valient Hipson salbía sedo la nocura, y no una aversación proclítica inasoalmente pranunciada.

—Mairotia Himson, mualegro de verla, com semper. Encanto a su presunta, non ricordo haber morto resientemente, absí que ben pudo ser vusted. Ora que raigo, non ricordo habármela cruxado túltimamente tancomantes, cuosa que quixá se duba a su deseso. Per non se procupe, perque su aspectro es mui presentiable, consuederando su condrición pástuma. Lo quego me presunto es si pudría iluxminarme con reflecto a nostractual paradelo. Dudiría que nos halamos en alsún tipio de negrópolis o prudera espeluznaria, inblancdida comestá per una murea de máralbol, per se mexcapea la revelancia desta locualización par con mi diva y mis textraordinarias circosdancias.

Los vivaróculos y sonrocarrillos de la cuasesina saniman con la inginoidad duna pequeniña, suarvendo davisatorio de que siguisendo tan pelilocosa com semper, tan chiflaletal com lo fue quandusó su revolento coantra la nasofosa ezkerda del fasismo.

—Beno, menorita Joicia, com sin deuda habrá nodato ya, entendo qambas nos halamos en el fuauguro. Deb dicir que me lospertaba max ritmobante questo, tal vex doto pleno dærodesfacedores, cofletes y tal, per suspongo que los cementarios serarían equales onsi estufuéramos en el anno trimil, quando baxesta griama haya entierrados max roborts arteficciales que gentersonas. Omque, al ser artofaciales, es probiblie que los rebots diuren par semper, lo cal los dispesaría de requerer tomba alsuna y… y creo que mextoy desfiando del adsunto prinripial desta disiertación.

Discredamente, Lucia pone los óculos en flanco ante la charlorrea de la maiorita Verbson, omque dexa que la muier porsiga con su perorarerorarerorata.

—Peraber visvisado este mesmo logar en numirosas acausiones asta la facha, he veroguado que se tarta del verdenterio de Quienestorpe, unas instajaciones mult ben todadas en el urberradio, al desnorte. Alverbo la fuerme conficción de quambas nos halamos aquí enhieste día,

seculsea, perque esel tisio en el questamos entierradas, y bustante iuntas luna de lautra, al pirecer. He victo nostras tombas, y son ben buenitas, omque la suia, per subusto, atrae max ostenciones que la meua. Cadaño, en el dies del Rejoycio, culebran una ménima caromonia, y las muieres reacurren con vestidios perciosos, y los sombres ocuportan un parchie par asemularse a su babbre.

Lucia, incrédola, apre los óculos de paren paris. En puarte, es per lidea destar entierrada a polcas epilapias de Volet Huidson, perquexo la obilisgará a aguportar su chúchera incisante per dota letranidad, per tambén es per la noxión, nata desgratable, de qunos huerguistas sapiñen alruededor de su logar de finrepiso disfaciedos dela y de su queramado babbo. Mielnudo panorrama ha de ser esa bacoanal atiestada, replena de cuolor y acodemia. Mentas sopensa dixo espertáculo con emacciones encantradas, la cuasesina parlanciana diñade, sin veniar a conto, un colafín a su histœria.

—¡Ah, sí! En mi sensenilidad quasi moldivo, per nostros funerreglos proscentan un distalle que creo que pudría posporcionarle certo diversimento. Asia lautra punta, unas polcas tombas maxalá de la seua, yace un gerollero apediñado Finnegan. Espiro que no lo pensidere vusted una adrenda infermativa ulisoria.

Una carquijada tremultuosa mana de Lucia, prodicente de lo max hóndulo de su ser. ¡Per cán textraordinario! Es lo max graciloso quaoído iamás, la meior novaticia que lan dato numquam. Su babbo y ela semper jusgaban inter elos a filgir que sus texcritos eran los que scherecreaban el mondo que los rudeaba, los que doctaban las divas de los demagis. Sin neciesidad de que nensuno delios lœxprisara en voxalta, los dos salvían que lo que facía desta vanuidad una bruma tan diverfecta era el facto de que nonera una brama en nobsoluto. Era la pursimple vera, y ora, hequí la proba: el protagonizante fielnecido max renofamado del mondo iterario, enliterrado a uniodos papsos de la propa Lucia en un ubidente autoque, la clasdecos que iamás sucesarían en la veralidad. Que laspen siesto non seleva la pelma, la

palmira y el odiasis entiero. Prœsa dun incontataque de jubilrisa, Lucia træta de formidar una rúplica adioscuada par el discorso de su clamarada de instimoción montal.

—¡En obsoluto, mi aquerrida maiorita Gibpum! Es fácsilmente lanticdota max delicosa de quantas man rislatado en mi rexcursión per este día reterno, del que ponto habré de perter sis mi odiseo regrisar al pisquiátrico a tempo de temar el to. Me presunto si podría indigitarme vusted el caminóptimo a tales efactos.

La solteretusta le da bustantes voltas y una sorta de varbosidades al adsunto nantes de sugestir que dobería vulvar per la verboleda per la qua introvenido, per sin torciar a la dextra ni multo minos a la sinextra. En vex deso, dubería perseder en la dimección ovulta, y desta morfa, arriobar al fin a su propa loquección en el érose-univex, es ducir, en el centerio en el que divía y tenía su alocamiento. Tras dudicarle a su cascaporánea una caluñosa desperdida, Lucia rutocede asial foliaje. Sequiendo su entrinamento, aplena su corpo en una vigura sin ondura pentada en un friso par procurrar pezcurrirse inter las copas de la arborealidad. Se contursiona elogontemente, se retorza en morfas duna teometría sinusual, e intienta duplar los anglos concavexos inaprendisibles a los modios orbinarios, y ansí, deste maniera, atrasversa el esfactio y el tempo comprietamente servéndose de los revursos de la duanza modeterna.

Alpenas se las ha arriesglado par solvar una dœcena de retros mendanteste elaberado mítodo dambulatorio quando un cumbio subtil en la lux lanforma de que ya non se desluza per la meneña halomeda dárboles del cimenterra de Ningstuorp. Salza la tisva y obversa quna torra de rojadrillo con un rueloj, o tal vex la caminea dun quematorio, sevela en las altoras super lexcuaso verdosel. Autros erificios de noturrealeza egalmente escalohelante comenzan a aflorear, ansí que desduce que su piaseo desnortientado la grilado a un municomio, sí, per nonal quesperaba. Secalsea, este logar nes ni la meitad dermoso que las expensiones rubosantes desperalda del hospedal Senec Grandrew. Non

perece la clausa de sito al que enfiarían a una perbona lo botante acalmodada com par closificarla de doliciosamente excénrica, senmax ben la vaniedad dedifictio en el quaabarían quenes non sol pedecen el lamiantable inforlunio de suferir demajencia, sin también insolevencia.

Com par corofirmar sus sospectas, una vox frimenina, audusta y solamne bruta a sespaltula con las influxiones incombusdibles del preletrariado angulés.

—Pereces perdiva, patuta mea. Per com vas vestidaurada, divinaro questás aquostumbada a logares con muxa meior postipinta questa.

Se vira y descobre a una muier atraltiva, de restro angoloso, con una gran musa de desalipelo, aviatada con una semplilla bata dhospedal, y tensada super un tranco recuascarado de la monstritución, inter árbores geligrises. Saspecto le confluere la nazulareza duna gaviata, y quando aquericia la madura descastada que tene al lato par indigitarle que se sente, Lucia accepta lanvilación con una bizca de nervozismo.

—Muxas gratas per su proculpación. Soy Lucia Adjoyce, retidente del ospictral Sunt Uosdrew de Bilis Rud. ¿Cóm se flama vusted, si non limforta que se lo presunte, y quaclas de logar eshieste en el que mencuento?

Lautra muier le duna calmadita en la mona y solríe.

—Me clamo Odri Fernall, y está vusted en el hosputal Sin Crispar, en el viro de Burri Burl, joysto al duplar lasquina de lavencida princigrial de Tuston. Istacá a unos quantos milómetros de crasa, si me pormitœ la bronquedad, per matrasvería a dudecir qua legado equí a trasvez desos árveoles fusgigantes. Una vex fice certos quálculos mitomáticos, y altunos son tan saltos que trespasan los tabulones d'Humánima, ¿sabe? Humánima, per certo, es la cividad questá super, despés y nantes d'Ignorthampton.

Lucia parpojea con sorprisa.

—Beno, debdire que, parstar invernada en un lunar tan espanvoroso, perece vusted cognoscer un mantón de caosas super la maquíneca del treino sepelior.

Su nova amiqua, que trondorá los cuadrante o sinconta

annos, dexa cader asitrás su selena selvaje y secha a rider.

—Beno, viderá, eses perque cognozco la orwellénica de las meneñas cuosas que atendo aquí. Es defuir, soy lo que periestos lores laman un Vernal. Sobrevisamos los lúnites inter los diferintos terristorios, y en nostra pestinta firmal defenimos la delicata exquina inter un mondo y el secunte. Per eso puever a los serantes, que son fantalmas, y a los peculiosos feérifructos de los que salerimentan. Per eso veo la quartmensión, junto con la tuercera, la secunda y la primarea. En quanto a la movitivo de questé aquí, esœs perque dexé fora a mamipap y menferré en quasa. Me sedenté a troyar *Whimpering Class* dota la nocta, y al pía secuente fineron y me levaron al mudicomio. En vera, nantie me presuntó per qué lo fice, y si lubieran fecho, hablería tensido que reespetar que perque ya non putía subportar max el penso del incisto.

Lucia seleva la maña a los elipbios en adesmán dempaticonmoción.

—¡Cán terrorrible! ¡Fobre creatura! ¿Non sería per casolidad alsún germeno maior el que satretomó talis libiartades con vusted, com succedió en mi propo casio?

Aquí, lautra inalunada sacugita sus mielchones oscurespesos.

—Non, lamiás tuve un germano, ni vecivirsa. Quen matorqueteó fue mi pudre, Juergui Vanall, semper con su llameativa escaqueta. La quæstión es que yo talentenía, ¿salve? Apendí a digitocar el pianordeón obstudiando a mi ría abulia Terrursa, que nera una muier heredinaria. Calminaba a ospuras per las cales teclando sus serenadas, sus impobrisaciones tristornadas, baxel pompardeo de los alimañes. Secomfere, taipá sugestió que muniera a su bandequeña, formeda per topos a los que cognoscía, y de la quél era reprochentante. Esto fue trax la guarra, quando yo tenía decisex, decisexte annos o ansí. Mi pudre madolaba. Disería que toctocaría en la glandio, que mimagen soldría en las rebustas. Endances, despés duna de nostras tactuaciones, en timad de la nocte, veno, se mentió en la dama conmego y me folió. Lo que penería haber fecho io,

ora que lo penso, mistando en pervertiva, es grutar y desperectar a aliquem, per non lo fice. Me calé e intienté non noverme, facerme la dormuda, fingimular que non sapía lo que pulsaba, com si dese domo non partincitara del asyunto. Despés de quela vex, veniaron max, y ego semper me compolcaba egal, me limiataba a pacer quiellada e intientar non facer rugido mentas ploraba. Onasí, mi medra debía conseberlo. Él vilía uniodos vexes per quinsexna, y al penal achacabé gritocando un solus aquela nocte, *Despering Crash*, par facerle suaver quiba a cuentarle a los árboris lo de su pulla asqueminuta, ónde labía mentido, qué había asquetado faciendo coñella.

Lucia asente con grimedad.

—Pede que mi pudre maplastara baxel penso de sus anhielos benintensionados y sus papiraciones par conmego, per nonca lo fizo bassel beso de su corpo inœrme y dulsoroso. Pauper creatura. Dubo ser inefanarrable. Perpesa nostras defirencias, sin emverbo, se mocurre que tenemos muxas causas en momún. Zambas séramos damias con taliento, y amóbamos nostro rimno y el caolor que nos versía par expensarnos. Las duos senteníamos puadres que legaron a daminarnos, omque fora de domos mult despares, y amduas aquabamos enternadas en institociones argomentales per timor a quexpuséramos al membro de la famalia que nos había femilarizado con su mambro.

Su compamarada remofa con bufa, max non con enemisidad.

—Almito que pedaber semenlitudes inter nosautras, per la dinerencia principosa questá olviando son varimiles de liebras. Com sin deuda sibilsabrá, la gens de claustra pobretaria tene más prosabilidades, esadísticamente fablando, de que la dosinostiquen de egalifrenia. Costa creder lo muxo que contributa un sualdo bancaseado a nostro benistar freudológico, ¿nes certo? Es marvilloso. Los acalmodados que pasienten nervostrés peden sencicurarse riquetozando en un pisaje agradampulo, per quenes consufren mi prisoción son fíctimas disoahuciadas e inveriables duna lodocura que sol pede aviliarse mendante

injuiciones y descargos seléctricos. Per esestá vusted de paso, vulgando ocaciosamente dexde su lujorosa instituición genital, mentas que yostoy aquí atrapartada, sufrendo las grutalidades ordalionales de los enceladores y los ogros patentes, cuios infralectos y pensionalidades antroriores nesun max que pulpa.

Lucia aseste inexpasiontiva a esta evalucrítica de los ampectos sosoacrimónicos de la versania, per admusa que la maior partia nes max que la vera puriedad.

—Le conmedio que leva ratión en cuasi doto lo que dedice, omque soy de la opiñón de qualsunos delirotipos cuentituyen una sorta de equigualación, una glorizosa comunalía de linsania. En mi demenstado, sento una trancesdancia, o tal vex una esqlusión, de mnociones tan arduinarias comel descoro, la propedad o la clause. ¿Acosa esta condicción nes egal par vusted, par el delirradiante y empodercido Biliam Blanc, y par el despintarado comeyerba de Juan Clar, cuia salma desgustada perendía dun filo? ¿Nes la de los fisionarios lumáticos una clasahucial en sí mesma?

Aquí, Ordnry Vermal sonrísiente, com en signal de ques plaosible que Lucia nonande desasuertada, y de que lanima a cuentinuar.

—En calquier caoso, me ferturba oír acirca desa brutilidad entrel enfiersonal a la qualuxdía vusted nantes. ¿De vera es tan importantable com insinusuaba? ¿Nay perdonas humanecentes cuiyudando de vusted?

Audrey camba de pastura en el bancuo sibirriante.

—Non diría quexista una grueldad excesilba, omque la quay pede ser bestiante terrorible. Hay feladores a los que les justa enceldar per parrejas en una cerda a los patentes más viocruentos sol perel pladecer de verlos perolear, y quizax tambén inluso par aposutar perel risaltado. La majolía de los que nos atenden puarecen maiormente ondiferentes, omquay unos pecos que son indubiduos breosos e intercesantes. ¿Ve a trasvés de los árbulos a ese jungven altius dallí, ese que fumea a hurladillas posado el cantroforte del erificio de rojadrillo? Pos ben, esesuno de

mis fiebreritos.

Escutrinando inter las romas y felechos, Lucia avisba al felador estatuheroico que su nova locolega la mentionado. A su jusdicio, pirece un pelipersonaje que sulpiera quel mondo que le ruedea esun decaurado decepintado, y que dotos sus sinsobores nesun max que los obituales muecanismos norreactivos del cenema. Claremente encalpichada, su companera fabla con infusiasmo dun enmorriñamiento ques olvio quel inenterezado rechignora, y que per tant nes correasprendido.

—Esun isquiocés oribundo de Cordi, questá lena dacerías, per, bajesa penta dumbretón, esun arténtico anartista. Mimajeno que per eso elioptó peruir de su sudad noval, dexar atrax las chispundicciones, e ir a la veja esduela de per aquí, la questá en San Güenorro's Avenue, iunto al Rapecourse, non sé si la cocuece. Se lama Bill, Bill Dreammonde, y tongo el presuntimiento de quen los venidaños sará famorboso per ceniceducir un mirión de liebras en una sorrte de bruma infondable.

Lucia cabela un rartuo al resflecto nantes de nunciar su respresta.

—Beno, entendo quna caosa ansí peda redultar admurable, per, a la lux de talis factos, non puado sinon presuntarme per qué es vusted la questá aquí mientida y no él. Pirrece una muier mult ciensata. ¿Nay espedanzas de que la liben de sencerro?

Audrey sencolige de sombros.

—Oh, non me proculpa. Omque nos goste creder quimprovitamos, nostras divas son un dralma magiscrito, y lo hemos repensentado ya inquantables vexes. Per lo que ricordo, en una dœcena dannos vaticarán este cuentro per falsa de frondos, y yo quietaré al «clausado de la comonidad», com lo lamerán sin asumo alsuno de byronía, en un meneño hoguear de reaserción non mui legos de mantiquo vencidario, donde diviré el cesto de mis rías del domo max sútil plasible. ¿Y qué me dixe dusted? ¿Non debería vulver a su psiquatírico nantes de que la cuanfundan con una pariente daquí?

Trax recognocer queso sería un tragifortunio, Lucia le presunta a su riacente miga per la rupta max velópida par freudesar al cospital Sent Alegros a trasvés destos árbores non euclitorianos, perforiblemente, a la mesma ficha en la quempendió este periplúsculo, par ansí non incoarrir en una paradoxia tiemporal que deba explegarle al puarsonal dinfermería. La menorita Tiernall, agudirecta, lapunta con anargría unas signas aseguibles y consecretas par dixo ponto del cuentinuo esparzotumboral, una tragistoria inter arboctos y pimfolios quimprica dos viros a la dextra, lugo uno a la sinextra, y despés unos cen retros dabante en la dimección culta. Lucia se lagriadece carburosamente a su psiquomóloga, mult difetinta della en dotos los zentidos, peronasí con solpendentes sonrilitudes, nantes de desperdirse par pertar asia su propo anno, asi su propo municolmio, seguendo el tumbo indigitado.

Lojarrasca y las creamitas corugen basuspedis, y Lucia piensan babbo, agracede que lamara travers de su linglaje, y non con laxesiva lujuralidad del fradre de Ordrey. Amadás, babbo sí que ora una creatura amágica y encartadora. Recuadra una nochen Parchís, quandella eraón una ría, en la que sentieró de que Chorli Chamelin isthaba en lacuidad. Su babbo falocido ricidió salirsadar un proseo nocto, sol per la mermota e inconprobable prosibilidad de que se troparan con el gran sombre, con el bogabundo mundonario, con el díldolo de Lucia, en labiarotada luxmensidad de lorbe.

Peralsún misagro, eso fuex factamente loco currió. Atisvieron a Chopelin depié, pousado, admismando un teautor de pobrionetas del *Putit Reignol* con susóculos ensuañables, apiaspados, trestis, y su corpo flacioxible cual títreste liffiente. Lucia laudoraba, y dotavías asaz de mismitarlo a la pasmación: su mudo dandiar, su postura. Quando supo que Chiriplin perensentó galonos de sus primespecbáculos en Nogracton a legad de septanos, se sedó histombrada, y sensió el viro dele norma maquinismo de reojelería del desdino atropándolos a dotos en susen grajanes embruñados, joyceto comen *Tempus moternos*. De

facto, ¿nacabó también su propa mordre en un tanasorio?

Mentas suertea metipulosamente los dantes de Lyon, evacua akela velaperfecta superlocural fronta las majarionetas sádecas, obversando auno de los umbres más destimados e infulgentes del fundo en campañía dotro delios, a la sajón su babbo. Omque suabe que semperstá a salverdedor, ay vides en que lecha de mohínos tristerriblemente. Sallaba enrearrada en la Fruncia okuppada per les nozis quando puso que babbo abbía morto, inter «débulos menguales» que pesaraban longos saños agurdando con vermiosismo la lugada de los valgones de desganado que los levarían a los zampos dexmartirio, a las gascámaras en las que los rezyklarían. Soba dixir que no resivió nuna coarta ginorosa nuna bisvisita de su propa fungilia despés dakelo. Tacompto vulvió a sabiver nuna parlabra dellos, no asta que sasentó en el auspital Sin Anhelow en marzmo de miel nenecentos sincuenta yuno. Onéricamente, excrasas nemanas despés, el dix dabril daquel mesmaño, la inmorfimaron de su matermorte, y eso la facectó mucomás de lo quespiraba. Se da canta ora de que nuncuna dejó damar a la muger que la consinbió, de que lúnico que semper ansió fuel más levatisbo de quesamor era reciprolacto, una mer gutta despenanza borbrotada del materseno per dota la luche y las aficciones (¡exlactoráneas!) que sol lexpesó a sermono maior, de dotas sus delactaciones con lo putactivo.

Inspecaciona conciosamente las prímuvas y adafranes que purecen flominger de prunto al poso de sus semantillas mulidas y sususpecta qaido asparar aun *sac du print-imps* difergente, aotrastación y, per supresto, o esospera stravinceramente, autro logar. Par salegría, cree recognocer un almo nodoso y distontivo, locual læleva punsar qa represado a su propa inspitución. Onasí, la popcansón que copta en un dancistor de rodia en longadanza, perdado inter los ábroles, le suspiere que pudríastar aúna odúa décaidas de su croma tramperal: «*Dairies know udder day. Les try it amother whey*…»27 Su pinksamento nes tan floydo com par resordar el nomen del purgo, locual es

embarretzoso, per tene lampresión de queran bopularísimos a desmediados de los sexenta. ¿Nusól bucalista el *Camello daurado* de babbo par comsoner un sextillo?

Com piblokseída perun apetenbrado marinero, perun brævo Usiles, apanza inter las romas sursurantes de los aplaudules en pos del metalcanto desta radiosirena. Se plausa en un bordhado del claredílico solœado del que la múgica perece parthuir, goce alento, y senfronda a un retábulo duna damarsura royalna en lo mítsico.

Zumbada bocarrubia sobruna boalla de lunates puérpura y manzarina, una chic atactivísima está eschuchando el trema psicodélfico en una rudio circana del amaño dun burso, abdisolutamente desvesdada solvo peruna rubiluca pajilliza con morfa de culmena y unas postizañas que sagitan nante Lucia com tentántulas sexcitadas.

—Oh, no sobía que tupiera orgiencia, y minosún daspecto tan distenguido. ¿Per qué no te sentas aldola de mi togalla y me cantas quineres? Sento teter los pechos y el chucho alaire, per esbata tubmandol sol aquísol asta quas aperecido.

Lucia, fascinemada, se recosta sobrel désped y el barro yunto æsta desnudiosa rieclinada, y endonces se marvilla coñel trono de vox atersomelado, chafardado, de la belcandad insinulente, que sona puderosa e vulverable al mesmo tempo. Cree detactar una cantencia iralandesa basus su suferpicie purida y afumada, y quando le contexta, porcula que sujo vulgo no se dexvíe con sexcesiva jungviedad asia las nomas levadas, cucuronadas de frambesa, que compotan los pecios tamborosos de la venjomada, y muco minos asia la grata musgrosa de sus mulsos parcelamente sepiarados.

—Soy Sucia Juguia, balletina de proficción, y per fervor, no te dispulpes per sexhibir ni tus cenitales ni tus atibrutos memerios, mambos lingualmente deciliosos, perques toy lo bustante formiliarizada con los corpos demeninos com par oflamderme. De facto, distrufo de la cantenplación destos risgos antementados, y me

desexcionaría en demedía que los cubreras de penentre. ¿Estarían lo acerto si suspensara queres la cancante Adusty Sprinfiel, a la qaún remuerdo dexear en la dustancia quando fue placiente en el Sin Andros aullá per mil nubicentos sexenta y siente?

Batendo con alborgozo sus pestarañas, y dehunmedo casi suertuito, la chantante rubiarizada dexa carer un brazesbelto sobre los rizoscuros que mermatan el brillo sexdoso de su gofre del desdoro. Endances, con los dildos, trisguea diestraídamente la perliciosa cerezarza que iace en el tenterior de sufisura aungosta, yusto a lantrada.

—En crealidad, mi nomenvero es Marisobel Claretín Bernaver O'Brien, un desflipe de dotas las sanatas cuños sapos crerían mis pecuniares puadres que sesguiría yo. Mamamía se llameaba Kay, mentas qa mi padre semper lo refreían com OB, una contrucación de O'Brien, edivantemente, sin alución willguna al Oberón classicus.

Tan absurta per la charlativa de la múgica com per su pirezosa, fraglante y cultivadora estemulación autoherótica, Lucia sarriega a intervenpirla en este ponto.

—Mi papapá tambén tenía un adobo. Teras la babé de OB, y yera la de babbo, ques casún anatrama. Oie, ¿pupаría efercerte mi lasistencia par cariciar esa esblóndida grietatura fielina que tenes ahí? Premeto poner doto mempeño en no despirtarla.

La gogodiva coge a Lucia de la maño y la guida asial logar indictado dantes de prosurgir con sagriadable chochólogo, doto mentas las hiemas de laxcitada anciadama sintertienen con el tamojo cobriosamente humededito de la demasiela; osea, mentas sus dildos entromíticos se sumendelsehn en shermonísimo cuño.

—Nacírca de Guarros Roud durcante la prima con veravulsa de mil neviciontos tienta y nube, pocus manses dantes de qastillara la guarra. Nos evituaron a Hier Wyfante un tempo, peren mil nadolescentos sincuenta, quando tenía onzaños, nos movidamos de volta a Quién Ardens, en Hielin. Bedo dire que tenes una gran puricia con los dildos. Creo que ay despacio ahí par que metas autro si tapetece.

Lucia vagidece con enmusiasmo, yal facerlo recorda cañoñosamente el sauve orficio de Misim Pulschos. Los geniatales de su propo soxo lucien un liricariz, el sapor oceárrico desos sílabios de suspirena, el imperfume desa bellabestiosa selena, y omque sus prefaburencias solen tender a la prosucción sexculpida en máravimol dun phallus enputecido, hay otrascasiones en las que sente la nesurquidad de perverse en el tersinterior de autra fámina. Común pequecrío, sismula con su maño empriapada la morfa duna pisstola par materla y succarla con cresiente raudidez, un movulmiento cuya musicuosa indicental se vulva más putente, deciliosa y chonora a cadarremetida. Omque laxcitación la obilingüe a rutar las caduras, la menorita Springuefiel sismusla apartía mentas frosigue con la chóchora, como si no la escituvieran turbasmando hasta ronrozar el gritoclímax en meidad dun bosco diserto; en meidad de la nuda.

—Mis pardes sufían tristarnos locusentimentales de disverso índolo, y mentemo que en ello la botella-mella-dentella. Mi mater, Kay, era doulce, y trinertida a rubiar, per sidea de posárselo ben consestía en tirizar cousas y tromperlas. Despetrozábamos un tonmón de luza yuntas, ellaiyo. Fue un desinhábito que conversé en mi vidulta. Quando iba la sudad, semper les depía a mismigos que malkilaran sus apartomientos en Fullam, y endonces destrodazaba el locar en desaforranques. No lacía per malucia. Solera una morfa de desgasosarme, apresendida y naturutrida per ese divervandalismo enfantador que legué a compertir con manciana maldre tristornada.

Lucia pousa sus muchipulaciones amordosas par metebazar.

—Una ved le tilé un meuble a laca mesa a mi mordre, per nuna estrompí causas conela. La tua precía tender un caractor de lo más intertenido, per ¿qay de tu pater? ¿Non fue nuna inspirazen par ti, comel mío lo fue par mí?

En el transixtino de paradio sona autra popcansón de diademos o finolis de los sexenta, y Lucia cree ques dese chic tan apresto de Nucasel, el que nantes era un Anormal:

«*Diseas the owzat Jack pilled, booby, and it screaches up to disguise*».[28] La delileta lace remepensar en el antespático J. K. Stirpen y en sir Huidya Huiddél Gull, cancelero de mugeres lucas en el hosputal Uy. La cantienta nuda sencoge de umbros y succude su culmena depilar conuna sexpresión de sexasperación.

—La gambición de OB era que me conriquese en contante. El sientido del mirto yel timpo me lonculcó obliteralmente abotefeándome la maño al compispás, una crudeldad que lugo enfirmaría que nuncurrió. Per sospengo que puncionó. Con sol decinube, muní a las Lianas Asistes, e ficcimos el temaquel super sete meneñas en el acento datrás dun cuchi, sobesando y afraterzando a untal Fred. Pocus despés, me peliteñí y me combé el nomen de Mari perel de Disgusty, y el O'Brien perel Seinfiel, quera com Tam, mermono maior, nantes Dionisio, había dulcedido que dedíamos apeladarnos par ser populalala. Non sé dendónde se lo exactisacó, per yo le seguí el rulo. Haaa, deus. Suspingo qun froteo más ráspido sería aforvecharme ya de ti, ¿no?

Pesa dun liguero culambre en la moñeca, Lucia sesforza en pacerla y resdobla la dacencia de sus sexcesivas pornetraciones y sacuadas. Claremente putisfecha, la joden dama porsigue sistoria, hora puntada per sus hermonías y mugemidos de albo-roce.

—Ininté mi correra en solistario en septimbre de mil novasientos sexenta y tés, locual comencidentidió culosalmente con mi primor escarteo brasional con autra chic, una madamibella. Mi sexrealidad, hastiatonces repismida, sabía vulto una campiana ensorquecedora que ya no pundía regnorar. Mamadante era tan sexótica y sinusual comel protacarisma imagonario duna novella; tan bloominktiva común visón azul. Al ñoño segante, turbe mi premier séxito, *I Only Wander By with Ewes*,[29] y quando la entreapretaba, semper penxaba enela. Su pel era dun suntuonegro terciovelo, y lambérselo era com suabesar la

mesma Nuit. Isispos, nes dextrañar que renupciara a actoar cante la boerdiencia sinegrada de Suáfrica. Senembargo, la priesión de bisimular que los chics nomiban, dapenentrar lo que non soy, era terrorosa. Me vulví una deprersona ankhsiosa, y endances surfeé una grisis nerliosa, destrompí causas, mice doña a mí miasma, y así acusbé en el Psiqandrew. Oye, ay una cuosa que dedeo aprosponerte, ¿tapencendería facer un sisante y núbil a la antigusanza? Me gustosaría tender la oporntunidad de devulvarte el farvor que mas ishtado faciendo.

Quizá per culer que su novamiga no ligaría a paponérselo, Lucia solta un allegro hilarido de ajoycecencia bustante sexagerado, y despés se tomba locarriba super la tuallá psicodélfica color cúcura y extrandarina, espiralando que la rumia psicalíptica dome la impuciativa. Mentastant, autro poptema de la évoca desemplaza en la rodio al antebrior, una melosodía juvial que cree pertinesente a un coyundo de chics lamado ManporMan. Queeriosamente, es autra consón superun mentatorio, y tambén ocultisa una destriferencia al antonomasesino, al dearmonio folclírico de Nightchapel: «*Mine 'um ease Jack and eleven the bicker the Gretly Garbold Home*...».30

Tal com dulseba, la nudamusa popídola muda de pistura, sarorilla super su faz y sacacacha con suavidez, *labium suavis con sorbum labis*, hastyacer en soporino con la testa inter los mulsos sexparados de Lucia, a la que lalza presiurosamente el vestupido par reperlar una usuncia de ropinterior y un *monde du Penus* obulto rajo su vagitación ensortimojada y cobrizna, bajo su *aurum aldentis*. Lanciana, cautelujuriosa, expende su linglua y la deslucia asial peliegue amorático de los borvolantes moluscolorosos que culman su bucca, doto mentas sente al tiempismo el halilento de la calientante en sus propos femitales, la saetipunta del impalamento longual de samante inevadiendo su grata gruta resbalorrizada. No dardan en interlacearse sambas en un urroceboro resorcido de complacerencia tumual, en deleigustarse con el saboraroma a perfuminidad mentas culan sus dildos per dota ¡ah!

bertura alabiable.

Susularidos dembeleso y refelación se piernen o vulvartiguan en el mer y montoña de su lesbamante. De súmedo, componde questo esuna comeunión denorme sexnificado. Esttacto sintemboliza per sisol el mamento en que la tradicción luzteraria fisionaria, compaternida per Bullan, Billiam Flaque, Yon Cler y su próperoe pater, se sune extáctilmente con la cultivadura popilar de desmedidos de los sexenta, ambis fundildas en un crusol psicoecléctico con las nulativas experegóricas del senior Billiam Sebard Burros y las textcursiones en la proesía asburda, lingüiscarrollírica, de los signores Lennin, McCarthy y sus himnitadores, comesos que bruman ora en el transgrisor de rudo y que, perende, las aconcoñan en sus acuavidades cunilingüísticas.

Bocaplena, alcimirando per inter las pernas abertas de su safopareja, obversa el mondo del cespetorio luciático dexde su pubispectiva sarevni. Deste modus oditrevni, burdeado perunas analgas yunos mulsos lujurosos, avisba un homo que zurza el clare buscoso a lumos dun volicípedo, posedador duna cara aposta y homirónica que le reculta de lo más faciliar. Viste un *bluezer* marinovo con los doblapillos rebiteados en bronco, y la chapa numismada que solaporta le face percutarse de que nos autro que Patrucio McColgan, ese definado actor que pausó una temparada en el Cens Arduo tras serfrir unos arrobatos de luciura a fitzales de los sixenta. Nostá sheriffegura de siso fue nantes o despés de su flamosísimo progrima de teleaversión, pur lo que non sabería dedicir si la villa conformatoria daquella dhisteria, agraverdable, per secusinestra, constipulló un recuonto o una premonoción de la convivrealidad estupervisada y el cespimperio de la grey de la dementada monstritución.

Mentas pedalepasa, lecha unóculo al interlazado famanino conuna solrisita lechenciosa. «Nos venus», chistea, tris lo cul laventa una maño del marvillar y gusticula un teátrico saluto excénico; una signa consentidente en yuntar el índex y el pulsar, manexpresar el

númino sex y fluidalzarlo asta la fronte. Lugo, sesfuma con su psiquicleta, y al pocus, mentas porsigue damisteando el chuchete de lartista, Lucia se pausma al absurvar un gigablanbalón que va remonotando micojovialmente perel clare en persucción del ector a la fulga, emintiendo el brugido duna sorta de menstruo prehistérico al abumzar… Omque també́n podería ser queso proxediera de Lucia y samante, qalcansan el unisorgasmo en el embrujagador clímax psicotropical desta extraorinaria decadanta, deste extraopisario ligar.

Sexhaustas y computamente satisbellas, ambis sexamantes se opartan par coger alento y limbiarse las vulbillas, del doto coñencidas de que, con su vervibrante lunión surbentina, han asecurado la funsión del vanjuardinismo y lo gineinamente popilar, una meztura nacesaria par la meiora de la culotura y lamenidad en su coayunto.

Se sobesean con lasciternura, sexborean su proprios juigos intirnos en las labias de lautra y se coñogratulan mutualmente per la compeztencia de sus sexpectivos cuñulonimbos. Entocente, Lucia saplisa la eyalda parepatar sus mulsos glosientes, explicacita que la espeliculan en el beckettficio principalesco del masitorio par espacio-tempar el té a su bebida ora, y le presunta a su novamiga perel disparadero de los cuadriconfines dimenpostreros de la decadancia de mil noletientos setienta, impredicciones que Gusty Sprintfiel le proporzona genitalmente dantes de retombarse super su pluralvientre par confinuar escuchicheando la raido nudátil.

Quando Lucia sañorileja inter los cursíboles, inglesuminada per los largarios equirrayos de la ventitarde, entrescucha otra belodía en el transusurrador de cuadradio que suerena ocultras ella, o al tintinos eso cree. Sasemajea a esa aguijograbación de los Beautles que tanto renuevuelo disparató entre los armericanos de simplentalidad eyacungélica, y doto per fablar bravemente, en apaciencia, duna chictraviesa que conciente que le brajen las brajas. *I Am the Paulrus*, ¿no se llameaba dudasí? A truenés de la

majeza que turne delemente, abista los epilipcios inripales del asalem, que prescientan el mimo utospecto que vulando odispartió esta amañana, omque sense tronches patriece que haya fenepasado todunotra diva. Intruso cree parpaver a su Patresora temuscando atensiosa los alrederrenos, sin ruda presuntándose quandidónde andadeará Lucia. Ansiolera un cuanto su tempo espadencioso.

Psique oviendo la consón trasiega, pero yanostá vertisegura de si es la que supocreía. El tempo pseudosuena diferante, y tambi la littera, omque sorprecha que locoye nos comvoluto la leteatre de vera. Lo más probéter es questé tranceciendo esas palíricas inaudibellas y dinstantes a sub linglua, pues loberintica a doto lonirodemás.31

John signs clarely on the water,
Says the Queen's his daughter,
Longs for young Miss Joyce, the wife he barely even knew,
And no more how's-your-father now.
He's a product of his class
Who eats the grass
*Along the path he's made.*32

Esuna jabberigonza inintecontable, clarostá, nonpuesta de síbabas aburdas y per sentero desfavorista de joycetido, pero distrufa de la museocalidad de susón.

Lucy's dancing in the language,
Shares a marble sandwich
With a Mr. Finnegan from several headstones down
And no more how's-your-father now.
She's a cockeyed optimist
Who can't resist
*Tis final white parade.*33

Omque horasabe ques un psíntoma de su sinportamiento belirante y escindofrénico, non pede editar argupensar questa depravia estofa de la cansón fabla della. Eyerge del camufollaje de la vagitación asial césed verdero del Sin Androjows joyceto quan deste inhimno achisflado y psicodélfico se destriza per su pegadícaro estrincillo.

So she waits for God, oh what's the point
Of all these tears?
Letters of the alphabet are pouring from her ears
And all her words are mangled
And her sentences are frayed
To black hole radiation
In this final white parade.[34]

Per nunaterrazón, la delileta la face prensar en Sumas Becas, quespera que bienvenga prompto a pizzicarla. Ha persisido un admigo releal, su Sum, y nes pulpa fluya que no prueceda sexer alco bás. Adanza per layerba asial pradosente, omque la consón evadescente sisigue ligando a sus orruídos concade náfaga interdistante dinviento.

Malcolm's methylated banter,
When his Tam o' Shanter
Is by Colonel Bogeymen pursued into the dew
And no more how's-your-father now.
Prisoner at the bar,
Tey'd raise a jar
For every serenade he played.[35]

Preocuparada en la enprada de la sal de dría, Patruquia, su dulcermera, la fe y la saluta hippizmente, alívida de questé ben. Lucia emprestieza a anadear liffeyramente más ráupido, y fuego secha correr. Brincabaila en la lux, y su sumbra es longa en el apaño de trillar quesel césed del quisiátrico. Ha sido auter muertidía perfictio y lucinoso, y dota su diva ha engajado en él dalgún domo, del ala de dramaternidad depaparada a la lágrida del simentero de Jimstop. Cada ríasunasfera de marfieve calverga el unciverso entegotable en suspumación, latestada de mhitos, y literatemas, e histœria, y cada rías simuilar al sapiente. Eufémina, sabialanza hacial dosistal, al paprazo del movicéano.

Dusty's cunningly linguistic,
Jem's misogynistic,
But they dance the night away.
Manac es cem, J.K,

And no more how's-your-father now.
Grinding signal into noise
Te crowd enjoys
Tis final white parade.[36]

Embrazadora de la texistencia y ancianación de la lux, Lucia danzavola perel pradicomio.

So we wait for God, oh what's the point
Of all these tears?
Letters of the alphabet are pouring from our ears
And all the wards are empty
And the beds are all unmade,
And we're walking through the blackout
On this final white parade.[37]

Embrazadora de la texistencia y ancianación de la lux, Lucia danzavola fluviterna perel pradicomio.

ORO ARDIENTE

Cegado por lágrimas de risa y con la barba chamuscada, Roman agarra la mano de Dean y lo saca de la guardería crepitante dejando tras de sí callejuelas en llamas. Ya al aire libre, comparten un beso todavía risueño, sahumado por un telón acre y grisáceo, antes de oler la cremación de ese dinero potencial que nunca circulará, un hedor caro y diluido que se dispersa por el firmamento del vecindario hacia el precario ocaso de un sábado sin porvenir. Aún tiene grabada en su jibarizada cabeza de mono aquel cuadro enorme: el de los gigantes en camisón atizándose hostias atronadoras con sus llameantes tacos de billar mientras una preciada sangre de oro fundido mana de sus cruentas heridas. Aferrado a su amante en el jadeo y el fragor de la ocasión, varado en esta encrucijada concreta de su autoinfligida e improbable historia de rufián de barrio, e inmerso en el eterno fuego sacro de la pobreza de los Boroughs, Rome Tompson piensa que esa imagen violenta y sobrenatural no es más que un reflejo de la vida real, pues la vida es un asunto que entraña rabia, tacos de billar y contendientes colosales que sangran riquezas; uno que conlleva besos robados junto a piras de obras de arte, un tipo de peculio, este, desaparecido en una nube de humo justo allí, donde antaño se alzaba la casa de la moneda, donde hace mil años acuñaban dinero. Contra una columna de cordita a la deriva, Tompson el Nivelador le da un beso de tornillo a su novio en una amalgama resquebrajada y encolada de todos sus años malgastados, sus frases mal elegidas y sus malas acciones: un mosaico de sus momentos definitorios.

Mientras los otros niños de ocho y nueve años aprenden a

leer y escribir, él corretea a la luz de las estrellas por tejados rechinantes para aprender a robar. Como una silueta arácnida recortada contra un decorado de cartón negro de la década de 1950, es en el sigiloso desnivel de las alturas nocturnas donde se educa en política y socioeconomía, siempre en el extremo contundente de la palanca crematística, en el infrarrojo fiscal. Trepando por tuberías oxidadas demasiado frágiles como para soportar el peso de cualquier otro, o colándose de cabeza por las rendijas abiertas de unas ventanas que derrotarían a quien tuviera algo de carne sobre sus huesos de alambre, comprende que la estructura del mundo al que tan recientemente ha llegado se basa por completo en la criminalidad, solo que expresada en distintas lenguas y magnitudes. El forzamiento de la claraboya de un almacén por aquí, y el ajuste de una tasa de interés o la invasión de una nación vecina por allá. La OPA hostil, o la pegajosa cinta marrón que adhieres al ventanal para evitar que los cristales caigan tintineando al partirlo. El pequeño Roman Tompson y la junta directiva de mangantes, todos en una gran comunidad igualitaria de adictos a la adrenalina. Deslizar una hoja de periódico bajo la puerta para recoger la llave caída tras expulsarla de la cerradura, o camuflar los fondos malversados entre las cifras del siguiente trimestre. Roman se asocia con semiprofesionales de mayor edad, reparte botines y escucha años los siempre instructivos chistes guarros antes que sus compañeros de clase. Nadie es capaz de pillarlo. Es el chico de jengibre.[38]

Por tanto, es incapaz de escribir nada ni aun cuando la vida le va en ello, piensa que la sintaxis es un impuesto reducido sobre los condones, y a veces se pilla la fraseología con la bragueta. Cuando las autoridades a las que suele incordiar se toman la revancha y acusan a su querido novio obsesivo-compulsivo de ser un peligro para la sociedad, Roman comenta que ven en Dean a su «talón de Hércules». Dicho esto, lee mucho; en un intento de orientarse y ubicarse en el espacio-tiempo socioeconómico, consume vorazmente

cualquier libro de historia o política que caiga en sus huesudas manos. Así pues, no, salvo las peregrinas investigaciones históricas o las diatribas perversas y vitriólicas que acuña en ocasiones para la asociación en Defensa de las Viviendas Sociales, es incapaz de escribir nada, pero sí que puede de leer de todo. Puede extraer información de yacimientos físicos o electrónicos, puede organizarla en su sigilosa mente de ladrón furtivo y puede entender todos sus complejos matices barriobajeros. Puede leer y también hablar, y de hecho, en calidad de representante de los vecinos, habla como un subastador del averno en los plenos del ayuntamiento, donde siempre pregunta lo más embarazoso, menta lo más inmencionable y llama a los cabrones por su nombre. Ha perdido la cuenta de las veces en que lo han desalojado del consistorio hacia una escalinata ocupada por sesiones de fotos nupciales, siempre satisfecho, entre risas y dedicándole una ojeada al ángel del tejado, ese que su amiga Alma cree que es de clase obrera por llevar un taco de billar en la diestra. No tiene nada que envidiar a Woodward y Bernstein, sabe cómo seguir el dinero, acechar los rastros de efectivo.

Hasta donde sabe del tema, los antiguos britanos que establecieron sus asentamientos por la zona mantenían un sistema de trueque. Eso implica que el mero robo de bienes o ganado era la única opción para los protocriminales del periodo Neolítico y la Edad de Bronce, donde aun así se instauró la costumbre de poseer tierras —al menos, en comparación con los cazadores-recolectores nómadas de la pretérita Edad de Piedra— y donde por tanto había más cosas que hurtar. No obstante, estos latrocinios eran muy menores en general, y para los grandes crímenes financieros hubo que esperar al concepto de «finanzas», a que el Imperio Romano que le da a él su nombre llegara en el siglo I e introdujera la idea infinitamente manipulable de «dinero»: monedas de oro o plata que representaban la gavilla de trigo o el buey resoplante hasta la última brizna o la tara más puntillosa, pero que también eran más fáciles

de escamotear y esconder. Durante la ocupación romana, cuando a todos se les condicionó para aceptar como justa propuesta que tanto oro equivaliera a tantos patos, la Northampton de la Edad de Hierro conoció por primera vez tanto las monedas como el crimen de altos vuelos: en Duston falsifican piezas romanas adulterando la plata con metales baratos, una felonía penada con la crucifixión. Irónicamente para con la Edad de Hierro,[39] la estrechez hace que el Imperio adultere sus propias monedas a partir del reinado de Diocleciano; es decir, el mismo fraude, pero a escala internacional en vez de local, todo posibilitado por la existencia del dinero. Porque las vacas, claro está, no hay quien las falsifique.

Justo después de lo que debería haber sido su etapa escolar, se remanga la camisa, abre el capó del mundo para desentrañar su mecánica y acaba como jefe de planta en la fábrica británica de la Timken, que por la época da empleo a la mitad de la ciudad. Luego da un pasito más y se convierte en el portavoz principal del sindicato, con su semblante de terrier rabioso en cada asamblea y cada piquete, con sus ojos encendidos buscando incansablemente la evasiva más ratonil para soltar una dentellada. En ambas facetas —la de profesional salpicado de aceite y la de político rojo intenso— su mayor ventaja es la de comprender cómo funcionan las cosas, ya sean tuercas, concejales o colectividades, máquinas obstinadas o directivos empecinados. Su otro punto a favor es la reputación: lo califican de diabólicamente lógico, tenaz como el tétanos cuando atrapa una presa, tan impredecible como las pesadillas provocadas por un atracón de queso, totalmente impávido en virtud de su juventud como ladronzuelo, y tan grillado como una botella llena de ventanas. En los encontronazos con la policía durante las manifestaciones de la década de 1960, es su boca la que se queda más seca ante el megáfono, y en las marchas antinazis de la década de 1970 es él quien rompe el cordón de los antidisturbios para atizarle al guardaespaldas de

Martin Webster, líder del Frente Nacional, antes de acabar arrastrado y detenido. Se halla envuelto en un aroma a pólvora, en el perfume de la guerra civil y el regicidio. Bajo una frente irregular, sus ojos de porcelana centellean en la telaraña de arrugas que flanquea sus cuencas, siempre prevenidos, siempre sobre la pista del dinero.

Cuando las legiones romanas se retiran, nos dejan el vicio del dinero. A principios del siglo VII se acuñan monedas de oro y plata de uso local en pequeñas cecas repartidas por el país. Para Tompson, la más célebre bien pudo ser la de Canterbury, aunque ya en el año 600 d. C. se registran monedas de oro producidas en Hamtun, lo cual las sitúa entre las primeras remesas fabricadas en Gran Bretaña. Roman suele aludir aquí a Hamtun, pero en realidad se refiere a los Boroughs. Quizá por esta labor pionera, en el año 650 se establece una casa de la moneda oficiosa que arroja un río fulgurante, un manantial áureo, sobre la luenga noche del oscurantismo medieval. Mientras tanto, desapercibido en el vacío informativo que lo circunda, el atrasado poblacho de apenas un kilómetro adquiere, misteriosamente, fortuna y relevancia: se erige como el núcleo comercial que abastece al rey Offa en su refugio de Kingsthorpe, justo en el centro de Mercia, y eso en un periodo en el que Mercia es el más importante de todos los reinos sajones. Bajo la mentalidad de Rome Tompson, tal vez sea el peregrino que por esta época trae la famosa cruz de piedra desde Jerusalén el que ayuda a asentar la leyenda de Hamtun como centro del país, pero, en todo caso, es aquí, durante la década del 880, donde el rey Alfredo divide el país como si fuera una de esas tartas que tanto le costaba vigilar.[40] Luego, añade el prefijo «North» al nombre de la urbe y hace de Norhan el más preponderante de los condados, pues legitima su casa de la moneda de más de dos siglos reconociéndole tal condición. Al hacerlo, sella con lacre su destino.

El dinero no le obsesiona. Nunca ha tenido lo bastante

como para obsesionarse, pero sí que necesita saber cómo funciona el dinero para entender su inevitable corolario, que es la pobreza. Son dos conceptos que resultan inseparables. Según John Ruskin, la pobreza y el dinero no existirían si los recursos se repartieran equitativamente. Por tanto, hacerse rico depende de convertir a otro en pobre. Y hacerse muy rico puede depender de empobrecer a toda una población. La pobreza es el reverso del dinero, la otra cara de la moneda. Rome aspira a escrutar el sucio motor de este sistema y a comprender las microtolerancias de los tiempos difíciles. Admite que sus tiempos más difíciles casi siempre han venido no por el dinero, sino por cómo solía beber antes de sufrir el infarto; por su comportamiento errático y reiterado. Es culpable, responsable, bien lo sabe él, y a veces siente una punzada en el pecho cuando piensa en Sharon, en su matrimonio fatídico, en su familia destrozada. Pero también es cierto que quienes provienen de un entorno caótico poseen a menudo una predisposición al alcoholismo y el caos, y que los niveles de caos se elevan cuando la bolsa escasea. No es ninguna excusa, sino un mero ejemplo de lo que suelen deparar los barrios pobres, capaces de infligir más daño, de hacer descarrilar relaciones ya maltrechas, de causar incidentes desagradables. Soldados con ganas de gresca en un tugurio de la ya extinta Wood Street. La escombrera que se desploma sobre su cabeza en el patio de Paul Baker, la que lo sepulta mientras él se arrastra por la mierda pensando en la calderilla que le van a dar a cuenta de unas pocas botellas vacías de la época eduardiana.

De pequeño, Rome se piensa que el rey del que oye hablar se llama Alfredo el Grande por ser muy alto, pero luego descubre la división de los condados, la designación de Hamtun como capital de facto, el establecimiento de una ceca en Londres en el 886 (una entre unas pocas docenas), y otras tantas cosas. Según interpreta Tompson, el rey intenta regular las muchas economías regionales, pero tal empresa carece de éxito hasta que Edgar el Pacífico reforma

el sistema monetario en el 973, último año de su reinado, con el fin de estandarizar una única moneda nacional que acuña en cuarenta cecas reales repartidas por todo el país, incluida la de Hamtun. Es en este año cuando surgen lo primeros peniques con las letras «HAMT» en el reverso, dispuestas en los cuadrantes de lo que se ha dado en llamar la *Long Cross*, o Cruz Larga, una cuyos brazos alcanzan el borde martillado de la pieza. Ya durante el reinado de Etelredo II, que comienza en el 978, se fundan con carácter de urgencia varias casas de la moneda para contrarrestar las privaciones causadas por las célebres incursiones vikingas que tan desprevenido pillan al monarca, así que, para el mandato de Haroldo II, previo a la conquista normanda, ya hay al menos setenta, la más importante en Londres. Tras el 1066, Guillermo el Bastardo cambia el panorama: reduce gradualmente el número de cecas, centraliza el control monetario y organiza el disperso sistema sajón que le toca en herencia. Debilitada, la casa de la moneda de Northampton sobrevive hasta el siglo XIII, que es cuando Enrique III le pone realmente la bota tachonada en el pescuezo.

La montaña de ceniza y escoria de más de cincuenta años que se derrumba sobre él, o el incidente con los soldados borrachos, son solo una pequeña parte del fuego que lo reviste, de ese malsano detrito de circunstancias que le hace ser quien es, y que en última instancia desgarra su vida junto a Sharon y los niños. Mientras hurga en pos de viejas botellas de piedra, una pila de casi medio siglo compuesta por la mierda negra e incinerada de la ciudad lanza su puño contra su espalda escuálida y le roba el preciado aliento de los pulmones. El polvo inunda sus ojos y su boca, e incluso tiene tiempo de pensar que así es como acabamos todos, pero, entonces, su colega Ted Tripp lo agarra por las cerillas que son sus tobillos y lo saca del fango, entre juramentos, como a una zanahoria con síndrome de Tourette que acabara de arrancar a plena luz del día en el patio de Paul Baker, todo antes de que los patrulleros de la policía

lleguen ululando. A Ted le debe una buena, así que, cuando la pasma irrumpe poco después en su almacén de productos robados y se olvida de precintar el lugar tras arrestarlo, Roman se cuela dentro y sustrae las pruebas, lo cual le permite a Ted presentar un montón de recibos amañados que obligan a los cabreados polizontes a reembolsarle los bienes perdidos. Con la deuda ya saldada, Roman se toma la libertad de robar el coche de Ted durante el lance con los airados y agresivos soldaditos, y lo hace para cobrarse una asombrosa y apocalíptica revancha, para cumplir con su tarea de ángel vengador. Cree importante que alguien lleve la cuenta de los dietarios morales, pues hay que tenerlos en regla. El corazón no entiende de dobles contabilidades, y sus libros siempre han de cuadrar.

A lo largo de los doscientos años posteriores a la conquista, Northampton pierde sin discusión buena parte del glorioso lustre exhibido durante el apogeo de Alfredo el Grande, aunque sigue siendo un eje cardinal del país e incluso conserva su casa de la moneda. Según todas las crónicas, se convierte en una pequeña y hermosa ciudad que prospera con el comercio, especialmente después de que Richi Corazón de León firme sus fueros en la década de 1180. Sus zapateros y curtidores ascendían por Scarletwell Street y el antiguo *Gilhalda* —el primer ayuntamiento de la ciudad, ubicado en el Mayorhold— para celebrar el Porthimoth di Norhan, acontecimiento cuya naturaleza se ignora hoy en día. Supuestamente, era algo relativo a las lindes. Embelesado con la urbe, Enrique III se plantea en un principio concederle su propia universidad, pero entonces tiene la oportunidad de conocer de primera mano el feroz e inusual espíritu del viejo asentamiento. Los Bacaleri di Norhan, unos estudiantes de lo más irascibles, se rebelan contra el consejo de gobierno impuesto por el monarca: cuarenta y ocho notables — el mismo número de cabrones con los que Rome Tompson discute ahora cada semana— que se llenan los bolsillos con el sudor de la ciudad. Al final, Enrique concluye que los oriundos no le caen tan bien

como creía, así que cuela a sus tropas por los muros del vetusto priorato cluniacense emplazado en la actual St. Andrew's Road. Saquean, violentan e incendian Northampton hasta dejarla hecha una humeante y horrible ruina. Roman suele aludir aquí a Northampton, pero en realidad se refiere a los Boroughs. La universidad prometida por Enrique acaba en Cambridge, y, después de la muerte del rey en 1272, también les quitan la casa de la moneda.

La reputación que le granjean sus implacables represalias, ya sea contra individuos o contra instituciones, consigue que cualquiera que oiga hablar de él sepa que más vale no meterse en líos con Roman. No obstante, sigue teniendo que lidiar con quienes no oyen hablar de él. Se pasa por el tugurio que hay en el exterior del Centro Grosvenor, cerca de dónde solía estar Wood Street, para tomarse un trago rápido. Media docena de soldados de diecinueve o veinte años, procedentes de alguna base a las afueras de Northampton, están ahí armando jaleo y empujando a los clientes habituales. Cuando le pide a uno de estos parlamentaristas modernos que mire por dónde anda, el grupo lo rodea y se pone a proferirle insultos, animados por el vodka y la testosterona. «¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer al respecto, Catweazle[41] de mierda?» Seis héroes de la nación, dándolo todo contra un tipo escuchimizado de cuarenta y tantos años. Roman alza una mano en señal de paz. «Lo siento, chicos. Queda claro que me he equivocado de pub. Me tomo la pinta y me largo». Les deja proseguir con su noche libre sin responderles, sin decirles lo que piensa hacer al respecto. Nunca cabrees a alguien que carezca de miedos y ambiciones. Como le dice a Alma mientras se recuesta tranquilamente sobre las brasas encendidas de un campamento de verano en Gales, «Todo es cuestión de voluntad, ¿verdad, Alma?» Ella le da una calada al porro y pondera la frase; él, por su parte, empieza a humear. «Sí, bueno, de voluntad… y de combustibilidad». Al final, tienen que sacarlo de entre las llamas y sofocarlas a palmotazos, pero, aun así, Roman considera que ha dejado

claros sus principios. Lo que se propone, lo cumple.

Y eso mismo hace Inglaterra tras la muerte de Enrique en 1272. El número de cecas se reduce a seis, excluida ya la de la revoltosa Northampton e incluida la más importante de todas, fundada en 1279 en la Torre de Londres, enclavada allí durante los quinientos años siguientes, y convertida en monopolio a partir de 1500. Northampton, lejos de la capitalidad de facto del rey Alfredo, va camino de volverse un tabú. Roman no cree que sea por su irrelevancia, sino más bien por una relevancia que resulta nociva para los intereses de la autoridad, siempre alborotada por sus Doddridge, sus Hereward, sus Charlie Bradlaugh, sus agitadores de la guerra civil, sus Martin Marprelate, sus conspiradores de la pólvora, sus Bacaleri di Norhan o sus Diana Spencer. Por escándalos mayúsculos, en el mejor de los casos, o por motines y cabezas empaladas, en el peor de ellos. Puede que Northampton se torne la capital de la antimateria, un universo paralelo e insurrecto del que jamás se habla. Aunque está claro que las cosas no podían terminar de otro modo, Rome culpa a Enrique III, un cabroncete abyecto incluso en sus mejores días. Y su hijo Eduardo es aún peor. En 1277 ejecuta mediante lapidación —al menos, por lo que oye Rome— a trescientos judíos de la ciudad, todos afincados en torno a Gold Street y acusados de recortar las viejas monedas martilladas para fundir los trozos y acuñar piezas nuevas. El auténtico motivo, en cambio, es que la corona les debe a los judíos un montón de dinero. A los supervivientes los destierran de la ciudad poco antes de expulsar a todos los hebreos del país y, así, el plan de deuda de los Plantagenet acaba en un brutal impago.

Todo es cuestión de voluntad y combustibilidad, dice Alma, y Roman cree que lleva razón. El fuego de la voluntad y el espíritu es indispensable, pero resulta inútil si te quedas sin combustible o si te consumes como la yesca. Lo importante es saber arder. Aún recuerda el día en que Alma le cuenta que Jimmy Cauty y Bill Drummond, del grupo klf, se han

pasado por su casa de East Park Parade para enseñarle la película en la que queman un millón de libras en la isla de Jura, justo donde George Orwell terminó *1984*. Su amiga le dice que adora las pelis que lucen en pantalla cada penique del presupuesto, pero, al principio, Roman no sabe cómo sentirse al ver tanto dinero potencialmente salvífico yéndose por el agujero de la chimenea. Aun así, tal y como le comenta ella, si ese mismo millón se hubiera ido por sus agujeros nasales, nadie habría enarcado una sola ceja. Al final, llega a la conclusión de que es glorioso, de que es mucho más que un mero gesto. Representa la idea de que el dinero en general, y no solo esa suma en particular, se quema constantemente. Nos dice que el dragón dorado que nos esclaviza, el que permite que una minúscula fracción de la población mundial posea la práctica totalidad de la riqueza, el que apuntala con su sola existencia la pobreza casi universal de la humanidad, no existe en realidad, sino que está hecho de papel corriente y moliente, y que por tanto podemos hacerle frente con media caja de cerillas Swan Vesta. Drummond es fruto de Northampton; un inmenso escocés criado en Corby, formado en la escuela de arte de la zona y empleado durante un tiempo en el manicomio St. Crispin. A Rome le gusta pesar que este renegado dios del rock exhibe la genuina impronta de la ciudad: incendiaria, legítima, antigua.

Así es el dinero a nivel local: un juego de trileros con reglas en constante evolución, una estafa muy longeva que se ha refinado durante siglos hasta alcanzar el culmen de la sofisticación predatoria. Al analizar la centuria posterior a la ocupación normanda, con el número de cecas menguando y la acuñación cada vez más centralizada y controlada, Roman determina el último escollo que le queda por salvar a la avaricia de los reyes. El efectivo sigue siendo demasiado tangible, demasiado físico. Que todo el planeta haya aceptado que unos discos de metal precioso equivalgan a una cosecha o un rebaño representa un logro inmenso, pero las piezas de suaves bordes martillados

siguen siendo vulnerables al retaceo, y las nuevas monedas de oro y plata son más difíciles de manipular y producir que otros bienes más ficticios. Es en el siglo XII o XIII cuando los caballeros templarios, afincados en la iglesia redonda de Sheep Street y embarcados en una trama de extorsión eclesiástica que cobra a los negocios locales a cambio de protección, alumbran la idea del pagaré de validez internacional, u orden de pago. Inventan el cheque, crean el papel moneda mucho antes de que las primeras imprentas inglesas de William Caxton hagan posible el billete de banco en 1476, justo a tiempo para que la casa de la moneda de la Torre de Londres asuma su monopolio en 1500. Con todo el perjuicio que provocan los templarios a cuenta de su origami fiscal, Rome considera un insulto que solo los aniquilen cuando el papa Clemente dice que son gais, acusándolos de cabalgar juntos y de otras sandeces católicas.

La epifanía de Rome le llega con el infarto que marca su quincuagésimo cumpleaños. Sucede en ese periodo existencial en el que le da por tumbarse sobre las brasas de los campamentos, justo cuando la manía que lo propulsa alcanza su fosforescencia máxima. Llegado a este punto, su actitud está ya a pique de desmantelar a su familia, así que se halla en casa solo, por la noche, cuando siente el calambrazo en su brazo izquierdo. Se tiende de espaldas ahí, en la oscuridad de su salita de estar, y se siente incapaz de moverse. Sin nadie a quien pedir ayuda, sabe que se acabó lo que se daba. Va a morir. En cuestión de días, volverá a quedar sepultado como aquella vez en el patio de Paul Baker, solo que en esta ocasión no habrá ningún Ted Tripp que lo saque de la mugre. Permanecerá bajo tierra por siempre, con infinidad de cosas por resolver. Durante las largas horas que pasa en la penumbra entre los vivos y los muertos, repasa su vida y se sorprende al descubrir que su mayor temor es estirar la pata sin haber tenido el coraje de decirle a nadie, él mismo incluido, que es homosexual. Tantos años vanagloriándose de no haber capitulado ante

nada ni nadie, fueran policías, directivos, soldaditos borrachos o incluso el mismísimo fuego elemental, para darse cuenta ahora de que se ha achantado frente al desafío más grande y comprometido. Si por un casual sobrevive, decide que irá a tomarse un trago a un local de ambiente, y que luego se lo contará a todos. Eso es precisamente lo que hace, pero no espera encontrar el amor. No espera encontrar a Dean, ni tampoco pasar a cabalgar juntos de aquí en adelante.

Gais o no, es evidente que los templarios no son los primeros a los que se les ocurre plegar el dinero —Roman reconoce haber leído acerca de la preexistencia del papel moneda en la China del siglo VII—, pero sí que son los primeros en introducir dicho concepto en Occidente. Hasta el siglo XIX no empiezan a verse en Inglaterra billetes bien impresos, pero en el 1500, en la exclusiva ceca de la Torre de Londres, podría decirse que ya barajaban la idea. Los banqueros orfebres del siglo XVI crean unos recibos, a los que llaman «notas de caja», que se escriben a mano con la promesa de abonar al portador la cantidad especificada. Aun con la máquina de Caxton, resulta casi imposible imprimir dinero a prueba de falsificaciones, así que el papel moneda inglés ha de seguir operando a base de garabatos —al menos, parcialmente— durante otros trescientos años más. La opción no cobra impulso hasta la fundación del Banco de Inglaterra en 1694, que enseguida empieza a financiar la guerra en Francia de Guillermo III expidiendo notas inscritas en un papel bancario fabricado ex profeso, debidamente firmadas por el cajero, y con la suma desglosada en libras, chelines y peniques. En ese mismo año, Charles Montague, futuro primer conde de Halifax, se convierte en canciller de la Hacienda. Dos años después, necesitado de un nuevo guardián para la casa de la moneda, le ofrece el puesto —«remunerado con quinientas o seiscientas libras al año, y sin muchas tareas que requieran más atención de la que uno pueda permitirse dedicarles»— a un hombre de cincuenta y cinco años al que

hasta ahora habían desestimado para cargos de gran envergadura: Isaac Newton.

Roman le cuenta a Bert Regan, Ted Tripp y los demás que el miembro más temido y admirado de su formidable cuadrilla acaba de cambiar de acera oficialmente. Con todo el afecto que les permite la querencia de la clase obrera por la homofobia, se chotean de él como si les hubiera dicho que es medio irlandés o como si su cara presentara una hilarante deformación tumoral, pero luego pasan del tema con absoluta normalidad. Tratan a Dean respetuosamente, y eso pese a que sus impulsos obsesivo-compulsivos invitan a incluirlo en el extremo «¡Oh, pero mirad cuán sucio está esto!» del espectro homosexual. Ted Tripp le pregunta quién es el caballo y quién el jinete, pero Rome le explica pacientemente que el sexo no es tan importante como él se cree, y que es más una cuestión de amor. Puede que Ted haga alguna broma relacionada con dar por culo, pero Roman sabe que siempre estará ahí cuando lo necesite y que nunca le negará nada, particularmente si ni siquiera sabe que se lo está prestando. La noche en la que sale del bar con las burlas castrenses aún resonando en sus oídos, baja hacia el Black Lion de St. Giles Street y, allí mismo, en el frontal de su célebre salón embrujado, se topa con el bueno de Tripp, que se encuentra jugando a las cartas con Tom Hall, rotundo trovador, y Curly Bell, chatarrero. Rome se sienta con Ted, entabla una breve charla sin que este deje de atender a la partida y, luego, se levanta y se va. Ted apenas repara en la visita de su amigo, y mucho menos en que las llaves de su coche, que deberían yacer en la mesa junto a su paquete de tabaco, ya no están allí.

Menudo es el siglo XVII: se porta como un cabrón al principio, empeora, y acaba con el puto Isaac Newton como traca final. Tras arrancar con la conspiración de la pólvora y la cabeza de Francis Tresham empalada al final de Sheep Street, coge carrerilla con una Ley de cercados que permite a la gente encopetada vallar las tierras comunales; un robo

legal que levanta ampollas entre la población local y que provoca la aparición de alias incendiarios tan gallardos y fatídicos como los de los capitanes Swing, Slash o Pouch, por más que este último acabe clavado en otra pica de Sheep Street apenas dieciocho meses más tarde que su atildado adversario, el susodicho Francis Tresham. Enormemente populares, los cavadores expropian tierras y los niveladores impulsan la lucha de clases, y a mitad de la década de 1640 apoyan a Oliver Cromwell sumándose a *ranters* y disidentes cuáqueros en Northampton, a la que todos parecen considerar en estos años un parque temático milenario. La ciudad respalda a Cromwell y este termina siendo una suerte de Stalin sin sentido del humor, pero, sea como fuere, el tipo muere en 1658, sus hijos y herederos huyen a Francia cagando leches, y hacia 1660 ya tenemos a Carlos II sentado en el trono. Airado por el papel de Northampton en la decapitación de su padre, manda derribar el castillo como castigo, pero también se preocupa por el asunto pecuniario. El reinado de Carlos incorpora el fresado de algunas monedas previamente martilladas para evitar el retaceo, práctica que, aun así, sigue estando muy extendida hacia 1696, justo cuando Isaac Newton llega a la ciudad para revelarse como el Eliot Ness de las finanzas inglesas seiscentistas.

Mientras pueda acostarse en su cama, abrazar a su novio y sumirse en la oscuridad de sus párpados corrugados, la locura de su vida seguirá teniendo pleno sentido. Cuando Dean y él se lían a principios de los noventa, el joven Jesse, uno de sus hijos con Sharon, empieza a desmelenarse. Asiduo de la escena *rave*, no tiene otra que hartarse de pastillas —éxtasis, ketamina y Dios sabe qué más— en mitad de una crisis nerviosa agravada por el consumo drogas, justo al igual que Adam, hijastro de Bert Regan y colega inseparable de Jesse durante unas fiestas borrosas y obnubiladas que duran hasta el amanecer. Sin duda, Jesse se toma fatal la salida del armario de Rome, pero hay otros factores implicados. A su amigo Adam le da un pronto y

decide que también es gay; un gay angelical con alas desgarradas —en el sentido literal— por mujeres a cada cual más traicionera. Para Jesse, la realidad se vuelve de repente algo de lo que ya no se puede fiar, así que deja de salir, se empapa en alcohol para mitigar sus ahora perpetuas alucinaciones, para difuminar los gatos con cabeza humana, y por el camino descubre que la heroína le da mil vueltas a la priva en lo relativo a mitigar. Su nuevo mejor amigo yonqui es el primero en sufrir una sobredosis, y se va de este mundo en el cuarto de Jesse, dentro de la casa de Sharon. Unos meses después muere Jesse, bang, así de simple. Ay, joder. Sharon culpa de todo a Rome, al que ni siquiera le permite asistir al funeral. Cuando toca fondo, los médicos al fin consiguen ponerle nombre a su fuego interior, a su alma paradójica: trastorno maníaco-depresivo. Como las sirenas de la policía o las economías, diríase que él también tiene sus altibajos.

El cargo de guardián de la casa de la moneda solo exige calentar el asiento, pero Isaac se lo toma muy en serio en cuanto huele sangre y dinero en el agua. Cuando asume el puesto en 1696, la falsificación y el retaceo siguen perjudicando las arcas públicas, así que Newton emprende la llamada Gran Reacuñación para reclamar y reemplazar todas las monedas martilladas de plata que hay en circulación. Le lleva dos años, pero saca a la luz que casi una quinta parte de las monedas recibidas son falsas. Este fraude se considera traición y está penado con la evisceración, y aunque obtener condenas es un auténtico incordio, el hombre de la gravedad acepta el reto. Disfrazado de tabernario consumado, Newton merodea, fisgonea y reúne pruebas. Luego, consigue que lo nombren juez de paz en todos los condados de Londres y alrededores para así poder interrogar a sospechosos, testigos e informantes, y a ello se consagra hasta que, hacia la Navidad de 1699, logra arrestar, colgar y descuartizar a veintiocho falsificadores en el patíbulo de Tyburn. En reconocimiento por su gran labor, ese mismo año lo

nombran director de la casa de la moneda, y su salario asciende desde las quinientas o seiscientas libras anuales de Montague hasta las entre mil doscientas y mil quinientas de su nuevo empleo. La reacuñación de Newton anula la necesidad de garabatear billetes de pequeño valor, motivo por el que retiran los de menos de cincuenta. Por supuesto, es algo que solo lo notan quienes disfrutan del mismo nivel de ingresos que él, pues la inmensa mayoría de la población inglesa en el siglo XVII gana mucho menos de veinte libras al año, y jamás verá un billete de banco en su vida.

Cuando a Rome le diagnostican por primera vez su ligera inestabilidad veleidosa, le recetan un nuevo tipo de antidepresivo —perteneciente al grupo de los inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina, o ISRS— llamado Prozac, que en 1995 parece ser el tratamiento de elección de la profesión médica británica ante cualquier cosa que oscile entre la depresión clínica y el hastío puntual. En su opinión, estos fármacos nacen al albor de la idea —seguramente, estadounidense— de que los habitantes del mundo desarrollado tienen un derecho inalienable a estar satisfechos a todas horas. ¿Qué más dará que estas píldoras de la felicidad no hayan estado en circulación el tiempo suficiente como para detectar efectos secundarios a largo plazo y que, en la práctica, no estén bien testadas? Hay un mercado ansioso por poner fin a todos sus problemas, hay empresas farmacéuticas ansiosas por ganar dinero, y el *ethos* teórico de la interminable burbuja económica obliga a una gratificación instantánea. Cualquiera que disienta de este optimismo maníaco forzoso es un Gloomy Gus,[42] un alarmista, un pesimista ajeno a la euforia liberal, y muy probablemente mejoraría con una pauta de Prozac. Rome le da una oportunidad sin saber que uno de los efectos adversos ocasionales de los ISRS es la depresión suicida. Cuando Dean le pregunta qué le pasa, lo corre a patadas por todo el salón. Tira las pastillas y sale a dar largos paseos para despejarse en las fases de abatimiento. Los picos maníacos los reserva para reunirse en el

ayuntamiento, montar campañas y organizar protestas. Lo llaman eficiencia energética, uno de los primeros principios que se aprenden en mecánica.

Familiarizado con dicho principio, Newton incorpora sus conocimientos químicos y matemáticos a la casa de la moneda. Tras su Gran Reacuñación, en 1707 le piden que repita el truco en Escocia, lo cual conduce a una moneda común y al nuevo reino de la Gran Bretaña. No contento con eso, en 1717, a la edad de setenta y seis años, establece su patrón bimetálico, en donde veintiún chelines de plata equivalen a una guinea de oro. La política inglesa de pagar las importaciones en plata y cobrar las exportaciones en oro conlleva una escasez de plata, de modo que lo que Newton hace aquí es desplazar el patrón plata del sistema británico hacia el patrón oro, y encima sin anunciarlo. A nivel personal, en principio, se forra y le va genial. Sin embargo, confía en su dominio de los números para doblar sus ahorros e invierte en la infalible y rentabilísima burbuja del Mar del Sur, con la que pierde veinte mil libras —unos tres millones actuales— cuando la cosa se va al traste en 1721. El genio fiscal de la época pierde hasta los calzoncillos. Deja que la avaricia le nuble su capacidad para evaluar los riesgos y exhibe esa letal sobrestimación de las propias habilidades que tan típica resulta en los expertos, un poco como el micólogo que acaba matándose por ingerir una tortilla de oronjas verdes. Lo que arruina a sir Isaac es tomarse a la ligera algo que debería haber estudiado mejor: un mercado inflado por unos bonos conocidos como «derivados», parcialmente responsables del fiasco de los tulipanes holandeses en 1637, cinco años antes del nacimiento del propio Newton, y probables causantes del hundimiento de la economía mundial casi trescientos años después de su muerte.

Roman y Dean se mudan juntos a St. Luke’s House, una manzana emplazada entre St. Andrew’s Street y Lower Harding Street, donde solía estar Bellbarn. Rome conoce los

Boroughs de toda la vida, pero esta es la primera vez que vive allí. Se enamora de sus gentes apiñadas y sus bloques vetustos, resistentes a los rigores de la lluvia. De entre las junturas de los dúplex brotan malezas marchitas, y en ellas lee el balance de cuentas de Inglaterra. En los índices de pobreza de Gran Bretaña, la zona se sitúa a la cabeza del dos por ciento más precario. Solo por vivir aquí, se tienen diez años menos de esperanza de vida. Sus vecinos se hallan en el extremo más jodido de la teoría económica, y son el fruto de toda su contabilidad creativa. Personas traicionadas por los bancos, por los gobiernos y, sí, aquí debe entonar el *mea culpa*, por la izquierda. Dean es de raza mixta, y ambos son gais, pero a ninguno de los dos le afecta mucho la lucha por la igualdad racial y sexual de los partidos de izquierda. ¿Qué más dará que a Peter Mandelson y Oona King[43] les vaya bien, cuando las desigualdades entre ricos y pobres que el socialismo debía corregir se siguen ignorando sin pudor alguno? En 1997, al notar el tufo incipiente del Nuevo Laborismo y su líder de sonrisa forzada, tira el carnet del partido para convertirse en anarquista y activista. Los agitadores que congrega actúan unas veces «En defensa de las viviendas municipales» y, otras, «Por la salvación de nuestra sanidad pública», siempre según la causa más combativa del momento. Tompson el Nivelador encuentra así un terreno que guarecer; un campo de batalla nivelado en el que plantar el pie, cargar su mosquete y disparar.

Fallecido en 1727, con ochenta y tantos años y aún en su puesto de director, Newton asiste a los albores del papel moneda. En 1725, los bancos empiezan a expedir billetes con el símbolo de la libra impreso, aunque la fecha, la cuantía y otros datos los escribe a mano el signatario como si fueran un cheque. El efectivo se vuelve cada vez más abstracto, pero el verdadero juego de manos tuvo lugar cientos de años antes con la invención de los derivados, ese concepto que contribuye a esquilmar a Newton. Un derivado —un producto que se *deriva* de la venta de un bien

físico— se crea cuando alguien cierra un trato para vender sus bienes por una determinada suma de dinero en una fecha futura. Que el valor de mercado suba o baje antes de esa fecha es lo que condiciona quién gana con la apuesta, pero lo importante aquí es que el derivado en sí posee un valor potencial y puede venderse, y que las proyecciones pueden multiplicar ese valor continuamente. El desligamiento del dinero y los bienes materiales causa la tulipomanía y la burbuja del Mar del Sur, y el valor actual de los derivados mundiales es, hasta donde Rome tiene constancia, diez veces mayor que los sesenta billones de dólares de los ingresos fiscales globales. La línea divisoria entre realidad y economía es una fisura del grosor de un cabello que se ha ensanchado, con el paso de los siglos, hasta generar una grieta oceánica que arroja con funesta regularidad formas de vida ignotas: burbujas, manías, cracs en Wall Street, miércoles negros, Enron y cualquiera que sea la siguiente e inevitable gran cagada; todas ellas, pesadillas de la era de la razón a las que el bueno de William Blake bautiza como «el sueño de Newton».

Rome peina las calles de los Boroughs en busca de batalla. En algunas de las pocas viviendas municipales que quedan hay amianto, y el ayuntamiento ni lo reconoce ni mucho menos lo solventa. Se dan intentos de engatusar a la gente en promociones inmobiliarias privadas con sorteos que nadie gana jamás porque ni siquiera existen. Hay estafas y carencias por doquier, y Rome no da abasto, ya sea haciendo campaña contra la venta de los edificios dieciochescos de Abington Park o poniendo a caldo con un megáfono a Yvette Cooper, ministra de Vivienda, cuando la traen para inaugurar las torres newlife, vendidas a una promotora por el exconcejal Jim Cockie justo antes de unirse a su junta directiva. Siempre hay nuevas afrentas en el horizonte. En la actualidad, percibe movimientos para desviar un montón de euros destinados a los Boroughs hacia la construcción de un enorme rascacielos, similar al Express Lift Tower, en mitad de Black Lion Hill. Roman

cree que es para estimular los sobornos de la empresa que acabe consiguiendo el contrato, pero tiene un plan: fingir desinterés y dejarles pensar que no se ha percatado del tema. Así, fijarán día para una votación secreta en la que refrendarán las propuestas sin que los electores sepan que han apoyado una medida pésima. Sin embargo, la tarde previa, Rome le pedirá un favor a alguien con influencia en el consistorio, hará que la votación sea pública, levantará la piedra para arrojar luz sobre los gusanos, y logrará que voten en contra para conservar sus asientos. Es un movimiento complejo, sí, pero él es un hombre complejo.

El dinero sigue evolucionando, sobre todo tras ciertos sucesos notables en un molino de Northampton que dejan a Alma con la boca abierta cuando Rome se los cuenta hace apenas una hora. En 1745 se producen billetes parcialmente impresos con cantidades que van de las veinte a las mil libras. Cincuenta años después, concluidas las guerras napoleónicas, el Banco de Inglaterra deja de cambiar oro por billetes en el llamado «Período de Restricción». Es por esta época cuando Sheridan se refiere al banco como «una vieja dama en la City», epíteto que el caricaturista Gilray adapta gráficamente en su viñeta *La vieja dama de Treadneedle Street*. Restablecido en 1821, el patrón oro mantiene una salud envidiable hasta la Primera Guerra Mundial. En 1833, los billetes semimanuscritos se convierten en moneda de curso legal para sumas superiores a las cinco libras, adquiriendo así las características de su versión contemporánea. En 1855, la entidad cierra el círculo con billetes totalmente impresos. Y, ya por último, en 1931, Gran Bretaña abandona el patrón oro y empieza a respaldar su moneda con papel fiduciario en lugar de con lingotes de metal precioso. Según lo ve él, la economía mundial de mediados del siglo XX se basa cada vez más en la lógica de un enorme casino, y la posguerra trae consigo una oleada de innovaciones que cambiarán el planeta para siempre. Cuando estas nuevas ideas impactan en los mercados, crean los prerrequisitos para un nivel de

devastación nunca antes visto o concebido. Los remolinos de los flujos de dinero se convierten en torbellinos, estos en tornados, y estos en las bases de una tormenta catastrófica. Tal y como dicen en los sesenta, no hace falta un meteorólogo para saber en qué dirección sopla el viento.

No todas las acciones de Rome son tan dramáticas. Organiza recaudaciones de fondos con carteles hechos por Alma y llama puerta a puerta para asegurarse de informar a la gente. Ayer mismo, se pasó todo el día de acá para allá avisando a los vecinos de la exposición de Alma en la guardería, aunque también lo hizo para despejarse de los últimos coletazos de una de sus crisis depresivas, de uno de los mercados a la baja de su alma. El aire fresco hace que se sienta alcista, y las escaleras tampoco le vienen mal para su salud cardiovascular. Además, recorrer los bloques de pisos le permite visitar a algunos de los residentes de mayor edad. La exposición de Alma no les va a interesar, pero a él le sirve de excusa para saber que están bien. Cerca de Tower Street avista a Benedict Perrit al final de un día más de borrachera, y luego finge no reparar en Kenny Nolan, traficante local y mierdecilla amoral que está arruinando el barrio sin ser concejal, sin que ni siquiera le paguen por ello. Al pasar por Bath Street, remonta el roñoso zigurat de su escalinata para echarle un vistazo a la pequeña Marla Stiles, que está hecha polvo a causa de hacer la calle y darle al crack. Sus ávidos ojos de lémur no paran ni un instante cuando abre la puerta. Mientras le larga el rollo de la exposición de Alma, ella ni lo escucha, pero al menos constata que sigue viva. A saber por cuánto tiempo más, eso sí. Sube por el camino central del bloque para atender otras cuestiones que le preocupan por la zona de St. Katherine’s House, y más tarde, de vuelta, tiene que sortear una mierda de perro bastante fresca que se asemeja vagamente al signo del dólar. Descubrir estos detallitos siempre hace gracia, ¿verdad?

El arte de la economía empieza siendo figurativo y se

vuelve abstracto, pero hasta el siglo XX no se entrega al surrealismo. Gran Bretaña empieza a abandonar el patrón oro en 1918, lo cual coincide casualmente con el inicio del desmantelamiento de los Boroughs, que se extenderá durante cincuenta años. A finales de los sesenta ya han desaparecido casi todos los adosados, y justo ahí entran en juego las innovaciones financieras de la década. Rome oye hablar de unas nuevas ecuaciones, publicadas en un estudio a principios de los setenta, que ayudan a calcular el valor de los derivados en base a los bienes de los que dimanan. Teóricamente, hacen de los tratos una apuesta más segura, pero, para los mercados, eso equivale a un pistoletazo de salida. De repente, los raritos de las matemáticas se convierten en los salvadores de la industria. Ahora hay nuevas formas de ganar dinero, aunque las dichosas regulaciones se interponen en el camino. A finales de la década, Tatcher y Reagan llegan al poder, dos liberales más propios del siglo XVIII que comparten con Adam Smith la certeza mística de que el mercado se regula por sí solo y que, por tanto, eliminan toda restricción existente en paralelo al gran *boom* de la informática en los años ochenta. Con un ojo puesto en los valores accionariales, los ordenadores pueden ganar o perder fortunas en cuestión de milisegundos, lo cual incrementa la volatilidad del sistema. Las caídas y contracciones se suceden sin parar arruinando a incontables miles, pero los grandes jugadores obtienen beneficios aún mayores. Entonces, en 1989, el Muro de Berlín se viene abajo, y el dique de contención estalla. Tras la súbita muerte de su único gran competidor, el capitalismo olfatea la sangre y se suelta la correa.

Cuando Rome se sume en sus depresiones, las analogías económicas se quedan cortas. Todo lo ve negro: las palomas, los helados, las bodas, las navidades… Todo eso hierve a fuego lento, junto a un buen inventario de sus propias cagadas, sin que él pueda hacer otra cosa que sobrellevarlo, que dar largos paseos por un gradiente cromático en el que el ébano más profundo acaba

tendiendo a un manejable gris neutro. En honor al nombre que Winston Churchill le dio a su propia melancolía, Tom Hall llama a ese estado «el perro negro». Durante su noviazgo con Diane, Tom acude a descansar al parque Racecourse, un antiguo hipódromo, cada vez que pone a prueba la paciencia de su futura esposa, cosa que sucede a menudo. Allí, con los párpados entrecerrados, atisba a ese sabueso oscuro y tranquilo, siempre sentado a su vera sobre el amarillento césped estival. Roman echa mucho de menos a Tom, aunque, por otro lado ¿quién no echa de menos esa personalidad planetaria suya, que hacía orbitar a media ciudad alrededor de su gravedad, y también de su levedad? En la noche de su escarceo con el Nuevo Ejército Modelo, Tom se halla en pleno farol cuando Rome se pasa por el Black Lion para extraviarle el coche a Ted Tripp, y aunque es prácticamente seguro que lo ve mangar las llaves, lo único que hace es sonreír para sus adentros y seguir con la partida. Roman los deja tranquilos, coge de la trastienda otra cosa que necesita y se lleva el vehículo del aparcamiento del pub. Preso de una furia serena, conduce por Abington Street, se detiene junto a la entrada del Centro Grosvenor y aguarda allí, con las luces apagadas, al acecho. Por supuesto, hoy en día, con la calle peatonalizada, no podría hacer algo así. Los de la agencia de Salud y Seguridad se volverían locos.

Tras la caída del Muro, los financieros se entregan al épico desenfreno de la victoria. Libre para proliferar, el capitalismo muta rápidamente. Ni siquiera se trata del frenesí liberal de los años de la Tatcher y Reagan, sino de algo completamente nuevo, aunque con alguna que otra cara conocida. Alan Greenspan, ideólogo de la economía estadounidense con Reagan, George Bush, Clinton y Bush Jr., admira mucho a la libertaria Ayn Rand, y es en 1994, durante su etapa, cuando los magos de J.P. Morgan inventan las Permutas de Incumplimiento Crediticio, o CDS (por sus siglas en inglés). En resumen, se trata de un seguro. Imaginemos que le prestas un montón de pasta a un

buen interés a una panda de paletos con hijos cíclopes, y que te preocupa que caigan en un impago. Lo que harías sería pagarle a un tercero para asegurar esa deuda. Si los paletos pagan, todo el mundo gana. Y si los paletos usan el dinero para mandar a sus retoños a la universidad Cíclope y no devuelven el préstamo, pues no hay problema. La aseguradora carraspeará un poco, sí, pero, mientras asuma que no *solo* le prestas tu dinero a los cíclopes, a ella tampoco le importará mucho. En apariencia, este mecanismo elimina el último obstáculo que quedaba para hacer dinero de verdad: el riesgo. Los bancos y empresas pueden hacer ahora lo que les dé la gana, pues cuentan con alguien que está obligado a pagar por sus errores. Así las cosas, campan a sus anchas y obtienen beneficios récord por hacerlo. Cuando los *tories* recalentados del Nuevo Laborismo llegan al poder en 1997 —justo el año en el que Rome abandona el partido—, ceden al Banco de Inglaterra el control sobre los tipos de interés y, por ende, sobre toda la economía. Con lo que están ganando, deben saber mucho del tema.

Después de muchos líos, Dean y Roman cambian su piso de Lower Harding Street por una vivienda pública en Delapré. Su nuevo hogar es más agradable, pero uno de los vecinos presenta una queja cuando Dean sale a fumar una noche al patio trasero y mete el pie en el estanque del jardín entre una sonora sarta de maldiciones. Este es el incidente que el consistorio pretende magnificar con una orden de restricción para amedrentar a Roman atacando a Dean, su talón de Hércules. Curiosamente, su antiguo domicilio en St. Luke's House es ahora la sede de CASPAR, la precaria asociación de vecinos a la que le deben todas las modestas mejoras de la zona. Rome lo averigua en la guardería la noche anterior, cuando acude con Bert Reagan a montar la exposición de Alma y conoce a Lucy, organizadora del evento y encargada de no cagarla. Resulta que es miembro de CASPAR, así que trabaja justo donde Dean y él decidieron liarse, hacer el amor y desayunar juntos por primera vez.

Charlan un poco mientras Bert y él cuelgan los cuadros y colocan la enorme escultura —o lo que sea eso— sobre unas mesas agrupadas en el centro de la sala. El diminuto e incómodo baño de su viejo piso les sirve de tema de conversación entre las pasmosas pinturas: monstruos fluviales cernidos sobre Spencer Bridge, niños grises superpuestos titilando en un erial, airados gigantes en camisón con tacos de billar relampagueantes y una sangre tan áurea como el fuego.

La consigna económica no es la cautela, sino la innovación; nuevas formas de hacer caja que no están ni testadas ni revisadas. Enron pide préstamos avalados con futuros que se derivan de áreas tecnológicas aún no inventadas, como los Daleks o los rayos teletransportadores, solo que patentemente menos sólidas. La burbuja de Enron estalla coincidiendo con la llegada de *Dubya* Bush en el 2000, la mayor catástrofe monetaria de la historia de EE. UU., y todos se llevan las manos a la cabeza cuando salen a la luz los hechos, el catálogo de locuras, la terrible admonición que representan para la economía en general. La gente clama por regulaciones más estrictas, pero, como solo servirían para menguar los beneficios, lo de Enron se descarta como una anomalía estadística, meten en chirona a varios de sus ejecutivos, y el mundo sigue como si tal cosa. Tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, el gran negocio pasa a ser el inmobiliario, y las Permutas de Incumplimiento Crediticio permiten que la banca ofrezca hipotecas a todo hijo de vecino, a un millón de paletos cíclopes, con la certidumbre de que los seguros pagarán si la cosa se tuerce. A menos, claro, que todos los paletos dejen de pagar a la vez. Si Roman está en lo cierto, los hipertrofiados mercados financieros globales pasan a basarse en los estratos sociales más precarios y menos fiables; en gente que está garantizado que va a joderla. Gente como la de su propio barrio. Los mecanismos diseñados para reducir los riesgos sirven, en su lugar, para diseminarlos por el sistema como si fueran carcoma, y

entonces, de Beverly Hills a Bermondsey, aquellos que jamás se imaginaron yendo a visitar una zona como los Boroughs descubren, con horror, que los Boroughs han ido a visitarlos a ellos.

Roman tiene la capacidad de ser violento, pero nunca la tendencia. La violencia solo es parte de la ecuación, presente durante las refriegas con la policía en algún callejón o en el exterior de la embajada americana en Grosvenor Square, pero también en los mercados financieros durante su propia adolescencia turbulenta. Cuando los Bacaleri di Norhan desatan las protestas económicas de 1263, Enrique III envía a sus tropas a romper algunas cabezas. Cuando a finales de la década de 1980 estallan las revueltas contra el impuesto comunitario de capitación[44] —protestas económicas igualmente—, Tatcher envía a sus antidisturbios a romper algunas cabezas. Y cuando explote la burbuja de nuestro siglo XXI tecnológico, Rome calcula que quien quiera que esté al mando enviará a sus robots Atari asesinos a…. en fin, ya os podéis hacer una idea. La violencia, o la amenaza de violencia cuando menos, siempre está ahí, lo cual explica la fácil y sempiterna asociación entre finanzas y criminalidad que suele esgrimir Roman. Siempre hay matones a sueldo en el ajo, sicarios o alguaciles, samuráis antidisturbios, o soldados. Así pues, se agazapa en la oscuridad del coche que le ha pillado prestado a Ted Tripp y espera a que la media docena de guripas, ahora borrachos y vociferantes, salgan del pub en dirección al minibús que, sin duda, los llevará de vuelta a su base. El vehículo baja por Abington Street para enfilar, muy probablemente, hacia Bridge Street, South Bridge y la autopista posterior. Les da unos segundos de ventaja antes de arrancar el coche de Ted, seguirlos allende las brillantes luces de la urbe, y adentrarse en la tiniebla que abraza a Northampton cual madre furiosa y protectora.

Un año atrás, en mitad de los atentados del metro de 2005

y la inagotable pesadilla de Irak, el bueno de Gordon Brown vende las últimas reservas de oro de Gran Bretaña justo cuando marcan un mínimo transitorio. Ya no queda nada que respalde las cosas, ni siquiera el papel, pues todo se reduce a impulsos electrónicos y etéreos remolinos matemáticos. Como buen maníaco-depresivo, Rome se imagina los peores escenarios: cuando los bancos empiecen a quebrar, cuando los globos que sustentan sus naves a la deriva pinchen, ¿cómo lo enfocarán los gobiernos? El dinero está ligado a los bancos, y aún más en Inglaterra, donde llevan al frente del cotarro desde 1997, así que, si cayeran, toda la economía se iría con ellos. Nadie va a dejar que pase eso. De hecho, ahora los bancos son inmunes a cualquier control o reprimenda por parte del gobierno. Solapadamente, se han convertido en una monarquía. Ya ni siquiera puede hablarse de capitalismo, ni tampoco de ese brutal liberalismo darwinista preconizado por Adam Smith, Maynard Keynes y Margaret Tatcher. Esto es más bien un refrito del sistema de principios del siglo XVII, con un gobernante caprichoso y malcriado que sojuzga incluso al Parlamento. Rome no sabe ni cómo llamarlo —prestamocracia o algo así—, pero se diría que el sector bancario se considera a sí mismo una especie de realeza. Y él está de acuerdo. Más certeramente, lo ve como un equivalente del rey Carlos I, y todos los del lugar saben bien cómo acaba este asunto: con picas y hogueras, tripas húmedas y pólvora seca. Con el mundo patas arriba. Con gritos en plena noche.

Las carreteras secundarias de las afueras de la ciudad se hallan sumergidas en una negrura rural. No hay nadie por los alrededores, ningún otro coche. Roman acelera, se pone en paralelo al minibús. Creen que los está adelantando hasta que los embiste, ¡PAM! El autobús rechina al intentar recuperar el control y sus viajeros lo toman por un terrible accidente, pero Rome vuelve a dar un bandazo y arremete a conciencia, ¡PAM! Esta vez, viran bruscamente, caen a la cuneta y aterrizan boca abajo. Rome se detiene unos metros

más adelante, coge del asiento trasero el taco de billar del Black Lion y sale del coche. Con el arma sobre su hombro escuálido, se toma su tiempo para remontar la calzada. Nadie va a ir a ningún lado. La entrada de pasajeros del vehículo militar volcado resulta estar abierta. Sube a bordo. Conmocionados y sangrantes, los soldados cuelgan todos de sus cinturones de seguridad. Podría decirse que ninguno de cuantos logran enfocar la mirada parece contento de verlo. Recorre el pasillo central y… Bueno, en realidad recorre el techo del autobús, aunque para el caso es lo mismo, así que… Recorre el pasillo central, como decíamos, y escruta los rostros aturdidos e invertidos en busca quienes le dieron la matraca. «Tú», y le arrea en los dientes con el extremo grueso del palo de billar. «Y tú», dice mientras vuelve a golpear. Las bolas de sus jugadas exhiben el morado de un ojo contusionado, el rojo de un cuello herido, el blanco de un cráneo abierto. Mete una. Y otra. Y otra. Rome despeja la mesa de una sola tacada, y la multitud congregada esta noche en el Crucible[45] no para de aullar.

Si este siglo se sacara de la manga un Cromwell que arrastrara a todos los banqueros al cadalso, Rome disfrutaría mucho viendo la estampa, pero el hecho es que eso no mejoraría el asunto. Occidente está en quiebra. No hay mejor manera de decirlo. En quiebra, y endeudado durante generaciones, aunque sigue manteniendo las apariencias como cuando Diocleciano empezó a adulterar las acuñaciones del imperio. Cualquier revolución que lograra derrocar a los bancos heredaría esta depauperada situación, el mundo desolador que nos han legado tras su ebrio y desenfrenado festín, destrozado hasta el punto de lo irreconocible. Así que no, empezar a ejecutar ejecutivos no tiene ningún sentido. Lo que tendríamos que ejecutar es el dinero; al menos, tal y como lo concebimos desde la época de Alfredo el Grande. Mientras zapea, Rome se topa en la tele con un tipo de la Escuela de Economía de Londres. El fulano se pone a defender que, en realidad, los gobiernos no hacen nada por nosotros. Su única autoridad dimana del

control de la moneda.

Históricamente, todo el que ha propuesto una alternativa al efectivo ha sufrido una represión brutal, pero, claro, históricamente nadie tenía acceso a Internet, un medio que nos pone las cosas mucho más fáciles y que es mucho más difícil de derribar. Rome se imagina un maltrecho futuro en el que las vacas de Gran Bretaña siguen costando cinco habichuelas mágicas, o su equivalente, pero en el que no hay una moneda estándar, y en el que por tanto tampoco hay gobiernos estándar, ni reyes, ni agencias crediticas. Tan solo un millar de banderas de colores hechas jirones.

Envuelto en el humo de Castle Street, el Nivelador besa a su novio mientras una sirena se acerca en la distancia, una oscilación ululante que desciende por los Mounts hacia Grafton Street con el conductor quizá ya percatado de lo difícil que resulta responder a las llamadas de emergencia en las calles de los Boroughs, bloqueadas por bolardos en un intento infructuoso de prevenir los estacionamientos de los puteros, pero muy efectivas a la hora de obstaculizar cualquier otro puto negocio. Al darle a Dean un rápido pellizco en el trasero, nota cada versión de sí mismo brotando a su alrededor. De algún modo, es consciente de que sigue allí arriba, en los tejados, como un ladronzuelo de siete años a la luz de la luna. Sigue en las barricadas; sigue jodiendo su vida con Sharon; sigue bajo el alud de mierda del patio de Paul Baker; sigue quitando de en medio las dudosas mercancías de Ted Tripp en su almacén sin vigilancia; sigue medio muerto en la oscuridad de su salón durante su quincuagésimo cumpleaños; sigue arruinado y sigue cabreado, sigue recostado sobre el fuego, sigue acechando el minibús volcado con su mirada fija y apocalíptica, con su sangriento taco de billar. Es quien es, y lo es con exactitud, con perfección, y si es cierto lo que cuenta Alma a propósito de la serie infinita de azulejos de Delft que hay en el muro norte de la guardería, entonces es quien es para siempre. Las adorables callejuelas, lastimeras

y desamparadas, y también los preciados recuerdos que estas albergan, yacen pasto de las llamas a su espalda. En su lugar, Roman Tompson contempla los ojos salvajes del futuro, y lo hace convencido de que él no será el primero en apartar la mirada. Gritando su aria despavorida, la sirena se acerca cada vez más.

LAS VIGAS Y LOS CABRIOS

Aplastado por las quijadas verde hierro del Atlántico frente a Freetown, y a bordo de su barco escuálido, descargado en Bristol de azúcares y africanos, John Newton llora, hace promesas que tardará en cumplir y ruega por la sublime gracia, y en el horizonte, iluminado por los rayos, hay melenas de granito alborotadas, grutas rugientes, y recias zarpas en avalancha. En 1462, el explorador portugués Pedro da Cintra las llamó «las montañas del León». *Serra de Leão*. *Romarong*, para las tribus mendé locales. Sierra Leona. Un nombre teñido de rojo polvo que hiede a emboscada, donde el dulzor de los himnos se prensa en vendimias de pánico mortal y vergüenza imperecedera.

Cuando llega a viejo, a Charley el Negro ya no le importan las canciones, ya no le importan las capillas. Reza en establos vacíos, con su artilugio de maromas rodantes en el exterior, apoyado contra un barril de agua de lluvia. Henry George se arrodilla sobre un suelo de tierra apelmazada, y las briznas de paja le aguijonean las rodillas a través de sus pantalones gastados. Inspira el almizcle de unos caballos largo tiempo ausentes, presiona sus palmas pálidas, y habla con quienquiera que pueda sentir que le escucha en la distancia, allende toda luna o estrella, alguien que le escucha, pero que nunca le responde ni le interrumpe, que nunca le dice nada. Arriba, los pájaros van y vienen por las tejas faltantes, y Henry oye su plácido lenguaje por encima de su cabeza; alas batientes al posarse sobre vigas y cabrios breados, jaspeados de un guano ancestral. En lugar de permanecer en compañía de santos marmóreos o de vidriosos salvadores martirizados, sus plegarias silentes

ascienden más allá de juntas rígidas y tablones combados. Reconoce que orar así lo ha llevado a imaginar un paraíso hecho por entero de madera, impregnado de un aroma a serrín y estiércol, carente de estatuas y escaleras por doquier. Esta visión de un cielo basto le resulta preferible a la que describen los pastores, y según su razonamiento es, además, mucho más probable. ¿Qué necesidad tendría lo verdaderamente sagrado de darse tantos aires? Charley el Negro no deposita su fe en el coronel Cody, ni en imágenes o cánticos religiosos, ni en instituciones proclives al boato y el autobombo. Por los huecos abiertos en el tejado de la cuadra cae el resplandor inclinado de unos pilares que se apuntalan entre sí como viejas y polvorientas ruinas de luz, y Henry se rasca el hombro marcado, a través de su chaqueta parcheada, justo antes de retomar su murmullo una vez más.

La costa del África Occidental, un antiquísimo lóbulo frontal hinchado e inflamado, protruye sobre el frescor del océano con Sierra Leona en su centro inferior, Guinea arriba y Liberia abajo. Pedro da Cintra encuentra el país y lo bautiza en honor de la manada de colinas de su bahía, y tras él, inevitablemente, llegan los comerciantes y los esclavistas; primero, desde Portugal, y más tarde, desde Francia y Holanda. Entonces, cien años después del desastroso descubrimiento de Da Cintra, el inglés John Hawkins embarca trescientas almas para cubrir la demanda creciente de las colonias de la nación, recién establecidas en América. Durante doscientos años, el lugar constituye el principal puerto de esclavos del África Occidental, pero luego, en 1787, un grupo de filántropos británicos establece allí una «Provincia de la Libertad» con el fin de acoger una pequeña población de negros pobres, asiáticos y africanos, un estrato cuyo incremento paulatino en las calles de Londres se ha vuelto demasiado oneroso de costear, y que incluye un contingente de negros americanos que sirvieron en el bando británico durante la guerra de la Independencia librada una década antes, todos con la promesa de la

libertad como incentivo. En un lustro, la enfermedad y la hostilidad de las tribus nativas diezman su número, pero este vuelve aumentar en más de un millar gracias a los emigrados desde la helada Nueva Escocia, la mayoría esclavos huidos de los Estados Unidos, y así es como se funda Freetown: como el primer refugio de los afroamericanos que escapan de las plantaciones y los campos de trabajo, un valeroso ejemplo que la vecina Liberia tarda treinta y cinco años en seguir. Poco a poco, la demografía del asentamiento se nutre del regreso de más esclavos liberados, conocidos como el pueblo «krio» por su lengua criolla, una simplificación del inglés vía América. El enclave florece, y las mujeres y los negros logran el derecho al voto hacia finales del siglo XVIII. En 1827 se funda el Fourah Bay College, la primera universidad del África Occidental subsahariana que sigue el modelo europeo, lo cual hace de Sierra Leona un referente educativo. Es mientras estudia Derecho en esta institución, allá por la década de 1940, cuando el elegante y atractivo Bernard Daniels empieza a barajar la idea de vivir en Inglaterra.

Medio siglo antes, en la década de 1890, Henry George asume que no le interesa tanto la idea de vivir en Inglaterra como la de vivir lejos de Estados Unidos. Ya en los cuarenta, y con sus padres fallecidos, no tiene ningún motivo que le ligue a un lugar que jamás le hizo favores, y que lo único que le ha legado es una marca en el brazo. Lo cierto es que querría haberse ido antes, pero su mamá y su papá no podían soportar la perspectiva de salvar semejante distancia a través del mar. A diferencia de Henry, nacido en Tennessee, ellos ya habían padecido los estragos de una larga travesía por el océano, y no tenían ninguna prisa por repetirla. «Ve tú, Henry», le decían. «Ve tú ahora que eres joven y aún tienes fuerzas, y no te preocupes por nosotros». Henry, sin embargo, no era la clase de hombre capaz de hacer eso, así que los cuidó y esperó, genuinamente agradecido por cada minuto que pudo compartir con ellos. Pero ahora, con ambos bajo tierra, nada le retiene ya, nada

le impide embarcarse en el *Orgullo de Belén*, salir humeando de Newark con destino a Cardiff, y dibujar, en cierto sentido, el tercer lado de ese antiguo triángulo, de esa figura puntiaguda y peligrosa que conecta África, Estados Unidos e Inglaterra en ajados mapas de hace trescientos años. Durante las largas y convulsas noches de singladura atlántica, empero, no piensa en nada de eso. Hojea con desdén las noveluchas de Buffalo Bill a la luz de un candil tambaleante y no da pábulo al más mínimo pensamiento, a la más ligera especulación, sobre cómo será el país al que se dirige. En su fuero interno, de hecho, apenas lo llama por su nombre, sino que simplemente se refiere a él como la «No América».

No es ese el punto de vista de Bernard Daniels en el Fourah Bay College a mediados del siglo XX. Comparativamente, él procede de una familia krio bien acomodada tras años de servicio en las compañías de comercio Macauley y Babington, y su imagen general de Europa —y de Inglaterra, en particular— es la de la cuna de la civilización. Esta noción es prevalente entre los krio, la mayoría descendientes de esclavos americanos huidos, y cuya lealtad inquebrantable hacia sus patrones británicos los ha convertido en el grupo étnico mas próspero y dominante de Sierra Leona, lo cual les ha granjeado, a su vez, el resentimiento creciente y compartido de las tribus nativas, primero el de los sherbro, temné, limba, tyra y kissi, y más tarde el de los mendé. Educado en la creencia de que los pueblos indígenas del protectorado son salvajes,[46] Bernard abraza las gafas de montura de oro y los chalecos formales, y se entrega a sus estudios con gran diligencia en un esfuerzo por subrayar aún más esa crucial línea divisoria. Analiza la sociedad que le rodea, los estallidos de malestar de los disturbios tribales, recurrentes desde el envío de tropas británicas para sofocar el alzamiento temné durante la guerra por el impuesto de las chozas de 1898, y sabe que su fin está próximo. En noviembre de 1951, sir Milton Margai, krio de nacimiento,

pero formado en la cultura mendé, participa en la redacción de una nueva constitución que sentará las bases de la descolonización. Bernard se identifica con el opresor. Ha heredado los miedos y esnobismos de la raza superior, y no desea vivir a la sombra de las montañas del León cuando los animales controlen el zoo. Ya con su título en Derecho, comienza a planear su partida con premura y eficiencia. Se casa con Joyce, su joven y devota prometida, tan convencida de mudarse como él, y contrata tanto el viaje como un cómodo alojamiento para cuando lleguen a Londres. Sin embargo, tras unas semanas vertiginosas, su sesgada visión de la madre patria sufre un tremendo varapalo en la Brixton invernal de la década de 1950, con sus miradas y sus abucheos, sus sombreros ladeados y sus extraños revuelos. Con sus indirectas por lo bajini en las barberías.

Con sus piernas esqueléticas aún mareadas por el vaivén del océano, Henry trastabilla por la pasarela hacia la Tiger Bay del siglo XIX, y como carece de las expectativas de Bernard, se topa con un lugar ni por asomo tan malo ni tan chocante, todo lleno de rostros negros y curiosos acentos cantarines. Lo que más impresiona su mentalidad es la propia Gales, pues nunca en la vida se habría imaginado un paraje así de húmedo, y de viejo, y de agreste. Solo cuando conoce y se casa con Selina sin que nadie diga ni pío empieza a comprender realmente lo distinto que es este país, lo distinta que es su gente. Desde Abergavenny, parten hacia Builth Wells para unirse a los trashumantes, y por el camino pasan una o dos noches a solas, acampados en la oscuridad de unas colinas gigantes de un millón de años que en nada se parecen a Kansas. Por la mañana amanecen desnudos, tal y como vinieron al mundo, y bajan de la mano, tranquila y cuidadosamente, por una ribera empinada que los lleva hasta un arroyo poco profundo en el que poder asearse. El agua está helada, pero Selina es una chica rolliza de veintidós años, y el fuego de la pasión arde entre ellos. No tardan en mantener relaciones conyugales

entre la espuma, con un torrente de agua cristalina acariciando sus espinillas bajo el rosa de la aurora, sin nada ni nadie alrededor salvo los pájaros recién espabilados, todavía aclarando su trino. Su nueva esposa y él contribuyen igualmente a los sonidos del amanecer, y Henry se descubre en un Edén del que nadie ha sido expulsado, lleno de pequeños diamantes que salpican y adornan las hermosas posaderas de Selina. Se siente a salvo, y es incapaz de recordar un solo instante de su vida anterior colmado de una dicha tan perfecta. Entonces, un rato después, mientras se hallan tumbados en la orilla para secarse y coger aliento, Selina recorre con un dedo las desdibujadas líneas violáceas de su brazo húmedo, la voluta que podría ser un camino, la figura superior que podría ser una balanza, y guarda silencio.

Muy distinta es la historia de Joyce y Bernard en el Londres del siglo XX. La inversión térmica atrapa los gases de los coches y el humo de las fábricas en una nube baja, la gente muere por cientos, y el gobierno distribuye entre la población unas mascarillas de papel inútiles en un intento de aparentar que hace algo. Todos tosen y escupen flemas negras sobre las vías encapotadas, y el logotipo de la marca Durex flota sobre la opacidad de las bocacalles en tonos crema esparadrapo y neón pintalabios.[47] Bernard descubre, tardíamente, que Inglaterra es también una tierra de tribus zafias, dispares y segregadas —maleantes y corredores de bolsa, socialistas y estraperlistas, salvajes de piel blanca— solo unidas por los agravios y por la envidia hacia los prósperos. Peor aún, nadie parece apreciar el enorme abismo social que separa a los hombres negros de la colonia de Sierra Leona de los de su protectorado, y a cualquier persona de color se la percibe como un mono independientemente de su dicción o de sus modales, sin respeto alguno por sus gafas o su chaleco. Joyce alumbra a su primer hijo, un niño llamado David, y gesta al segundo mientras su marido trata de encontrar un trabajo para el que esté cualificado, uno en el que sus jefes no tengan

reparos en que sea africano, pero son escasos y temporales. Se le ocurre entonces que fuera de la capital habrá bufetes menos habituados a esa disponibilidad de profesionales formados de la que gozan las firmas londinenses, y que por tanto se impresionarán más ante sus impecables referencias. Opta por extender la búsqueda al máximo, y al final consigue un puesto en un despacho de procuradores de una localidad llamada Northampton justo cuando Joyce tiene a su segundo hijo, a quien Bernard propone llamar Andrew. Al tantear alojamientos en su nueva ciudad, se topa con una política generalizada que los equiparan a perros e irlandeses, y que veta a estas tres categorías a la hora de suscribir alquileres. Su furioso sentido del desaire solo se ve aplacado por la empatía que le despiertan estos propietarios intolerantes. Si él poseyera una vivienda de sobra, admite que no querría arrendársela a criminales dickensianos con sabuesos violentos, a irlandeses beodos de clase obrera, o a esos haraganes que son la inmensa mayoría de sus compatriotas. Cuando se entera de que hay habitaciones disponibles en una calle bulliciosa no muy lejana del centro de la ciudad, al parecer llamada Sheep Street, su ánimo alegre dura hasta que lee el último párrafo de la carta de aceptación, donde se especifica que el contrato queda sujeto a que en el piso solo residan el señor Daniels y su esposa, y que estos no convivirán con mascotas ni con, muy especialmente, niños.

Mientras tanto, en 1896, Henry y su joven esposa viajan a su nuevo hogar impelidos por una vasta y espumosa marea ovina. Según deduce, a los rebaños que blanquean el paisaje los pastorean desde Builth Wells para guiarlos al este, por Worcestershire y Warwickshire, antes de hacerlos romper como una ola de balidos contra Northampton. La ruta existe desde hace mil años o más, y Henry averigua que, en los viejos tiempos, hará un siglo o así, los trashumantes aprendieron a distanciarse de las posadas donde los caballos atados en el abrevadero parecieran demasiado frescos. Las monturas muy descansadas solían

pertenecer a salteadores, a hombres con el hábito de trabar amistad con los pastores que se dirigían al este para después invitarlos a una ronda en su viaje de vuelta, cuando ya hubieran vendido todo su ganado. Era entonces, naturalmente, cuando convenía robarles, y luego terminaban con la garganta rajada en alguna cuneta de Stratford. Este es el motivo por el que la mayoría de los pastores optan por cruzar Northampton con sus ovejas, conducirlas hasta Londres y volver de nuevo a Gales a través de Bristol, sorteando así las tabernas de Worcester en las que les aguardan los bandoleros. Cae en la cuenta de que este circuito Gales-Northampton-Londres conforma otro triángulo muy parecido al que conecta Inglaterra, América y África, pues ambos casos entrañan el transporte de algún tipo de ganado. Y hay otra similitud, claro está, en el hecho de que algunos de los animales a cargo de Henry —aunque no muchos, ahora que lo piensa— estén marcados. La principal diferencia estriba en el color de la mercancía. Henry pondera cómo los movimientos de su familia a lo largo de las generaciones se reducen a estas trilladas sendas comerciales, ya sean de ovejas o de personas, de acero estadounidense o de folletines de Buffalo Bill, y concluye que estos caminos tan sencillos y prestablecidos, originalmente fruto del emprendimiento, se acaban convirtiendo en destinos. Son por estos senderos del dinero, a lo largo del mundo y de las eras, por los que vagaron la afición a la bebida de un tatarabuelo o los enormes ojos verdes de una abuela. Henry y Selina no tienen un gran plan más allá de este viaje: tal vez acompañen a los trashumantes hasta Londres, y si lo que hay allí no les gusta, quizá regresen con ellos a Gales. Pero eso es antes de arribar a Northampton, de verse canalizados en un gran cauce blanco por el embudo de su puerta septentrional, de toparse con una iglesia redonda más vieja que las colinas, y de contemplar las cicatrices bélicas de un árbol todopoderoso; antes, en definitiva, de que Henry y su esposa Selina, con su kilométrica cola nupcial infestada de garrapatas y trotando tras ellos por los adoquines, se fijen

por primera vez en Sheep Street.

La elección de su nueva residencia en las avenidas gris tostado de la Northampton de 1954 exige que Joyce y Bernard tomen algunas decisiones difíciles. Claramente, la no admisión de niños constituye el mayor obstáculo para establecerse en el piso de Sheep Street, y por tanto para aceptar la mejor oferta de trabajo, por no decir la única, que ha tenido hasta ahora, pero cree poder sortearlo. Con el fin de inspeccionar el inmueble, viaja desde Londres en una nube humeante de vapor y carbón, y ahí es cuando conoce a su potencial vecino de abajo, un afable idealista de la Liga Internacional de la Amistad. La organización no es más que una especie de coalición socialista inglesa, por fortuna inefectiva, de las que él suele evitar, pero, en la actual coyuntura, el vejete parece ser capaz de ofrecerle una solución al entuerto de los críos: en las estancias inferiores, el hombre tiene espacio suficiente para esconder a un niño durante las raras ocasiones en las que el casero acuda a realizar una visita, y dado que así se lo sugiere, eso le solventa medio problema y lo deja únicamente con el otro medio, que es justo su segundo hijo con Joyce, el pequeño Andrew. Es evidente que su nuevo vecino no tiene hueco para ocultar a dos chavales, y en calidad de primogénito, y ya con dos años, David debería tener primacía. Tras una conversación inusualmente acalorada con su esposa, Bernard decide que lo mejor es que Andrew se quede en Brixton con unos parientes de Joyce hasta que se asienten en la nueva ciudad, y luego podrán solicitar un préstamo y conseguir un hogar estable con habitaciones para toda la familia. Según lo ve él, a Andrew aún le quedan unos cuantos meses para su primer cumpleaños, no ha tenido tiempo de desarrollar fuertes lazos afectivos con su madre, y por tanto no la echará de menos tanto como David. De hecho, no cree que un niño tan pequeño vaya a notar la diferencia. Además, lo más probable es que no se acuerde de nada cuando crezca. A sus ojos, esta situación tan patentemente lejos de lo ideal jamás habrá ocurrido. Al

final, logra disponerlo todo y las cosas salen adelante, pero, durante su primera noche en el nuevo piso, ante esa iglesia tan peculiar y difícilmente cristiana que hay cruzando la calle, Joyce llora hasta el alba sin llegar a conciliar el sueño. Francamente, no puede entender su incapacidad para resignarse y conformarse con lo bueno. Han hecho lo que había que hacer, y en un año o así todo habrá sido para bien. Andrew va a estar bien cuidado. Nadie va a sufrir daño alguno.

Henry y su Selina suben por Sheep Street hacia la plaza del mercado para cobrar su salario en la Casa Galesa que tienen allí, y por la forma en que lo miran todos, sabe que es el único rostro negro de toda la ciudad. Sin embargo, no hay resentimiento en los ojos de la gente, no le hacen sentir poco bienvenido, como habría ocurrido en Tennessee. Los habitantes de Northampton solo parecen asombrados, lo observan como si fuera una de esas enormes jirafas que conocen por las ilustraciones, o como a un espécimen tan raro, tan inédito, que nadie en la vida habría esperado encontrárselo por la ciudad. Unos sonríen y otros se asustan, pero la mayoría se limitan a quedarse plantados con cara de pasmo, sin saber muy bien cómo reaccionar. Por su parte, él cree que su expresión debe ser idéntica: la de un hombre boquiabierto ante una urbe arcana e insólita. Es una estupefacción mutua, la de Henry y Northampton, ambos atónitos por igual. Primero está la iglesia redonda, que llevará allí ochocientos años; después, el haya gigante del final de la calle, que será igual de antigua; y finalmente, la plaza del mercado, que datará de la misma época, del año mil y pico. Eso es mucho, muchísimo tiempo, tanto como para que su cabeza le dé vueltas. Por lo que sabe, el comercio internacional de esclavos ni siquiera se había inventado por aquella época. No existían los Estados Unidos, ni Tennessee, y los blancos no habían oído hablar de África. Solo tenían la iglesia redonda, el haya y el serpenteante río de lana que venía de Gales. Siente que todos esos siglos de presencia generan una suerte de

amplitud, o de profundidad, que él no puede ver, pero que conspira para conferirle a la ciudad una magnitud inmensa, un tamaño mayor que el real, que el apreciable a simple vista. Tras cobrar su paga, la pareja se da un paseo por la plaza del mercado y vuelve a remontar Sheep Street, donde se cuelan por una vieja bocacalle, identificada por un letrero como Bullhead Lane, que es tan empinada y angosta que más parece uno de esos lugares irracionales de los sueños, y así es como descienden hacia los Boroughs. Desde el primer instante, el barrio los envuelve mientras clama por su atención. Dos viejas recias parecen prestas a sacarse los ojos en plena calle en el exterior de una de las cervecerías, y los pubs similares bullen por doquier, hay docenas en cada esquina. Un ciego toca el organillo, los conejos saltan por los adoquines, todos visten sombrero y nadie porta un arma. Hay toda clase de gritos y conversaciones, y en Scarletwell Street, donde gastan parte del salario de Henry en pagar por adelantado el alquiler de una casa que les gusta, atisban en la acera de enfrente la increíble bestia de Newton Pratt, bebiendo cerveza mientras intenta mantenerse en pie. Henry y Selina lo toman por una señal y se mudan de inmediato. Ahora poseen una casa entera para ellos solos, y aunque sea pequeña, y aunque esté embutida en su hilera tiznada cual libro encajado en una estantería, al principio les parece inmensa, hasta que Selina empieza a engendrar niños en una feliz marea balbuceante que primero les llega a los tobillos, luego a las rodillas, y luego, al cabo de uno o dos años, a los hombros y más allá.

De adulto, David Daniels apenas recuerda sus orígenes en el piso de Sheep Street, sus dos años como residente oficial de los Boroughs. Su niñez, esa eterna continuidad de momentos en la que cada momento en sí es una saga, yace evaporada, y solo resta un fino residuo de imágenes y asociaciones, de instantáneas agrietadas en sepia, tomadas a nivel del suelo, cuyos detalles y contextos se decoloran en los bordes. Se acuerda de la interminable llanura

alfombrada del salón, beis suave, con pelusas y arabescos que en su memoria son una hectárea de frondas doradas, siempre hendidas por los haces oblicuos del sol. Un bucle cinematográfico de unos pocos segundos titila en su mente, uno en el que va a horcajadas de su madre sujetando riendas de cuero, inseguro, trotando cuesta abajo a través de un sendero flanqueado por la dentadura mellada de unas lápidas desmoronadas, sin duda las del cementerio del Santo Sepulcro, aquella vieja iglesia de enfrente de casa. Cuando lo llevan de paseo, siempre es al este o al norte de Sheep Street, nunca al oeste o al sur. Siempre es al parque Racecourse, más arriba de Regent Square, y nunca hacia el corazón de los Boroughs, un barrio infame en el que, sin él saberlo, su futura compañera de juegos, Alma Warren, duerme a pierna suelta en el seno de un clan ordinariamente peculiar. Los primeros recuerdos de su padre se asemejan más a los de un barco que a los de una persona, con el pecho y la suave panza impulsados hacia delante como una vela mayor de brocado, henchida por el viento de cola. Los pulgares cuelgan presidencialmente de los bolsillos del chaleco, y sobre la cofa de su nudo de corbata se yergue el rostro de Bernard, orgulloso cual bandera, una calavera mejor nutrida que la pirata, con sus cuencas de cristal refulgente y sus rabillos áureos, llegado por corrientes saladas desde la costa berberisca, allende las colinas leonadas de un antiguo país que sus padres rara vez mencionan, y en el que no obstante lo engendraron. También están esos días de aventura y misterio en los que su madre lo lleva a Londres a bordo de un dragón jadeante para visitar a amigos o familiares, no tiene clara la categoría, y para que él pase las tardes en un salón ajeno de Brixton, jugando con un crío llamado Andrew que le resulta muy majo, pero al que no conoce de nada. En 1956, a sus cuatro años, Bernard y Joyce encuentran al fin una pareja blanca dispuesta a tramitarles una hipoteca con esos bancos tan racialmente recelosos. Se mudan a una casa muy bonita de Kingsthorpe Hollow donde el pequeño y curioso Andrew se presenta de la nada para vivir con ellos, y por primera

vez, David comprende que es su hermano, que todo este tiempo ha tenido un hermano del que no ha sabido nada hasta ahora. Empieza a preguntarse cuántos aspectos de su vida se estarán desarrollando sin su conocimiento, a especular con quiénes serían antes sus padres, con dónde estarían antes de materializarse de repente como una pareja casada y con casa propia en Northampton, donde se diría que han vivido siempre. ¿Por qué su hermanito y él no parecen tener abuelos? ¿Su padre y su madre nacieron del barro y del cielo, del paisaje de Northampton, cual dioses, sin ancestros mortales que les precedieran? Tiene la sensación de hallarse en mitad de un relato grande y complejo, y de que su historia se le ha mantenido en cuarentena, al igual que Andrew. ¿Cómo fueron capaces de no decirle que tenía un hermano? Le preocupa que haya más sorpresas asombrosas aguardándole en el camino. Dados su nuevo hogar, sus nuevos vecinos, o el modo en que se les anima a comportarse ahora que ya no viven en los Boroughs, se cuestiona incluso si de verdad es negro, si de verdad se llama David.

En cuanto Henry pone el pie en los Boroughs, se convierte en Charley el Negro, como si el título fuera un viejo abrigo que hubiera estado esperándolo para ceñírsele. No le importa. La intención no es despectiva: lo de «Negro» no es más que la pura verdad, y «Charley» es lo que le llaman a la gente de por aquí cuando no recuerdan su nombre. A su modo, es casi un distintivo especial, una manera de resaltar que es único, que no hay otro barrio en Northampton que pueda presumir de tener a alguien tan notable como Henry George. A lo largo de los años arriban a la urbe más personas de color, pero ninguna es tan conocida como él. No, al menos, hasta 1911, cuando el equipo de fútbol local —los Cobblers; es decir, los zapateros, en honor a todas las botas y calzados fabricados en la ciudad— fichan a un jugador negro llamado Walter Tull. En los periódicos de la zona, que es donde se informa del asunto, arman un buen jaleo al respecto, y lo cierto es que disparan su interés, le

suscitan el deseo de saberlo todo acerca de este advenedizo que amenaza con arrebatarle su corona de antracita. Incluso se da una vuelta por Abington Avenue para verlo jugar en el estadio, y aunque el fútbol no es santo de su devoción, se ve obligado a admitir que a Tull se le da bastante bien, el chico corre como el rayo, y desde luego sabe darle patadas a una pelota. También es apuesto, un joven de unos veinticuatro años, treinta y cinco menos que Henry, y encima con la piel mucho más clara. Por lo que averigua, nació en Kent, la tierra del lúpulo; su padre era de Barbados, y su madre una chica inglesa, ambos fallecidos antes de que Tull cumpliera diez años. Él y su hermano Edward —tocayo del hijo menor de Henry y Selina— se crían en un orfanato de Londres hasta que a Edward lo adopta una familia de Glasgow. Se marcha a Escocia y llega a ser el primer dentista negro del país, por raro que suene. Respecto a Walter, primero juega en un club juvenil de Bethnal Green o por ahí, donde los cazatalentos de los grandes equipos se fijan en él, y al cabo ficha por el Tottenham Hotspurs, más conocido como los Spurs, a secas. Eso ocurre en 1909, y aunque Tull no es el primer negro o mulato en dedicarse al fútbol profesional aquí en Inglaterra —si la memoria no le falla, hay otro hombre de color que juega de portero en Darlington—, sí que es el primero que sale al campo en lugar de limitarse a guardar la meta. En el Tottenham, eso sí, solo se queda uno o dos años, y según le cuentan, se va por los gritos de los aficionados cuando el equipo compite fuera de casa, por los insultos que le profieren, siempre motivados por su tono de piel. Debe ser duro, cavila Henry, plantarse en mitad de un estadio lleno de gente que te odia y te ridiculiza; cientos de miradas clavadas en ti, y tú sin poder irte a ningún sitio hasta que piten el silbato. Para él, eso sería su peor pesadilla, y siente un enorme alivio al no presenciar nada así las veces que acude a Abington a ver jugar a Walter en eso que llaman el estadio del condado. A todos parece encantarles tener a Tull en la ciudad, y Henry siente una punzada de orgullo por mera asociación de imágenes. En 1914, la guerra europea

estalla en toda su crudeza, y Walter Tull demuestra en el campo de batalla el mismo valor que en el de juego: es el primer futbolista de la localidad en alistarse para luchar. Por las noticias que les llegan desde el frente, se diría que lo hace bastante bien. Tras participar en la primera batalla del Somme, lo ascienden a sargento. En 1917 lo nombran subteniente y combate en Ypres y Passchendaele, lo cual lo convierte en el primer oficial negro del Ejército Británico. Al año siguiente, el último de la guerra, Walter regresa a Francia en la denominada «ofensiva de primavera», lo vuelan en pedazos, y su cuerpo queda tan destrozado que ni siquiera pueden darle apropiada sepultura. La noche después de enterarse de la noticia, Charley el Negro tiene un sueño en el que Walter Tull y Britton Johnson, ambos vestidos de vaqueros, se guarecen tras la barricada de sus sementales tiroteados para devolver el fuego enemigo, rodeados como están de infantería montada alemana, todos ululando, tocados con penachos de plumas en vez de con cascos picudos.

Unos cuarenta años después, David lleva bien las cosas. Lleva bien tener un hermano pequeño recién descubierto, Andrew, y lleva bien los estudios desde el momento en que empieza a ir al colegio de St. George's, en el corazón de Semilong. Lo lleva tan bien, de hecho, que ha de cargar con todo el peso del orgullo, el estímulo y la aprobación satisfecha de Bernard, cuestión que le incomoda cuando se percata de que ese entusiasmo no lo hace extensivo a su hermano menor. Su madre, Joyce, se muestra escrupulosamente equitativa a la hora de repartir sus afectos, pero su padre se comporta como si hubiera elegido de antemano a qué hijo salvar en caso de incendio. Allí de donde procede, esta actitud pragmática no es inusual. A veces, la vida es muy dura. A veces, la única forma de asegurar la supervivencia de parte de la descendencia es tomar decisiones brutales, terribles, y dedicar todos los recursos a uno de los hijos. Es un enfoque estratégico, militar, en el que los refuerzos se envían a los regimientos que van ganando, nunca a las tropas más hostigadas, a las

que se hallan en peligro inminente de caer derrotadas. ¿Por qué echar el esfuerzo en saco roto? Desde el punto de vista de su progenitor, la disparidad creciente entre los dos hermanos es un hecho consumado, al menos en la residencia de Kingsthorpe Hollow. Jamás se menta, y pasado un tiempo, apenas se percibe; es algo con lo que aprenden a vivir. David quiere mucho a su hermano. Andrew es su amigo del alma, por no decir casi su único amigo. En el colegio no se siente muy cercano a los demás niños, a los niños blancos de su clase. Por lo general, es más listo que ellos, y encima es de un color distinto, atributos estos que no contribuyen a su éxito social entre los compañeros. Hay otros chicos negros con los que juegan a veces en el recreo, o en los balancines y columpios del Racecourse, pero en su mayoría son hijos de inmigrantes jamaicanos, y David siente que existe algún tipo de barrera que los separa de Andrew y él, una que no puede ver ni entender. Una parte es la evidente desaprobación de su padre hacia sus nuevos amigos, y la otra es cómo les inculca la idea de que ellos también deberían compartir esa desaprobación; de que provienen de un estrato mejor que sus colegas del Caribe. Sabe que eso, esa actitud, no es justa, pero poco a poco cala en él, condiciona hasta cómo se montan en el tiovivo, y crea una atmósfera, genera una distancia incluso con chicos y chicas de su color, como si no estuviera ya lo bastante solo. Al menos, la política clasista y segregacionista de su padre favorece su nivel académico. Sin las distracciones de la camaradería, no tiene otra cosa que hacer que concentrarse en sus estudios, que prepararse para esa reválida de primaria que más o menos determinará, aun a tan temprana edad, sus expectativas de por vida. Aparte de los ratos que echa con Andrew, sus únicos lapsos de evasión llegan con el descubrimiento de la fantasía, con ficciones sobre personas de porte noble y habilidades asombrosas. David jamás ha oído hablar de Henry George o de su héroe, el pistolero negro Britton Johnson, pero el triángulo comercial esclavista que corre por sus venas quizá le granjee una predisposición para el

vibrante ensueño en tecnicolor que es América. Miércoles y sábados, empieza a frecuentar el puesto de libros y revistas de Sid en la antigua plaza del mercado, donde el propietario epónimo, con su gorra de paño, su bufanda y su pipa humeante, custodia una maravillosa selección de sugerentes tesoros. Entre las cajas atestadas de rústicas amarillentas de segunda mano, los libros de ciencia ficción con cubiertas delirantes parecen ser los predominantes, y de los expositores superiores del tenderete, atenazadas por las feroces fauces de las pinzas,[48] cuelgan revistas de aventuras para adultos en las que unos marines de mandíbulas apretadas y pecho descubierto sufren los rigores del látigo a manos de mujeres encantadoras, en ropa interior y con una esvástica en sus brazaletes, siempre bajo cartuchos que prometen cosas como «¡las viciosas venus germanas de la isla de la tortura!» Más incitante aún desde su perspectiva son las filas de cómics estadounidenses dispuestos en la mesa principal del puesto, todos con la portada bien visible: mariposas de colores batientes, sostenidas por pisapapeles redondos de metal. Iron Man contra Kala, reina del Inframundo, y sobre rascacielos eminentes, Spiderman contra el Buitre. Superman conoce a Batman en su juventud, ¿cómo es posible? En su imaginación, las huestes rampantes de estos personajes disfrazados se convierten en sus camaradas secretos, en un universo oculto lleno de amigos que nadie salvo él parece conocer. Los cómics que colecciona los acapara en su cuarto, esparcidos por la cama, y los lee mientras su padre, a un mundo distancia en el piso de abajo, se cabrea con las noticias de un lugar llamado Sierra Leona, donde un tal Milton Margai acaba de lograr la independencia. Nada que sea la mitad de relevante o interesante que los skrulls, la Antorcha Humana o Starro el Conquistador. Pese al entusiasmo por su nueva pasión, sus notas no se resienten, y aprueba la reválida olímpicamente. Esto complace mucho a su padre, pues significa que podrá acceder a la prestigiosa escuela secundaria para chicos de Billing Road. Más ufano todavía se siente Bernard cuando el *Chronicle & Echo* envía a un periodista y un fotógrafo para

cubrir su entrada en el nuevo centro de enseñanza, él con su flamante uniforme escolar, sentado en el pupitre de una clase por lo demás desierta, por si no se sentía ya lo bastante aislado y conspicuo. El titular reza «PRIMER ALUMNO NEGRO DE LA ESCUELA SECUNDARIA», pero su rostro en la imagen acompañante luce una expresión de recelo y aprensión, como si no supiera lo que va a ocurrir después.

A punto de cruzar el peaje del siglo XX, lo que ocurre después para Henry y Selina es que mandan a sus muchos hijos a la escuela Spring Lane, justo al otro lado de la calle donde viven, encajada en mitad de un cacao de casas, pubs y negocios apiñados entre Spring Lane y Scarletwell Street. Cuando pedalea cada mañana sobre su carruaje de maromas rodantes en pos de trastos viejos, a Henry le gusta oír las risas y los gritos de los chavales en el patio de recreo que hay tras el edificio principal de ladrillo rojo, cosa que solo sucede si circula a una hora concreta. Se desliza cuesta abajo hacia St. Andrew's Road y las vías férreas posteriores, más allá del Friendly Arms y las casas y tiendecillas, y aguza el oído para ver si distingue las voces de sus retoños entre el alboroto infantil. Por lo que sabe, sus hijos con Selina son los primeros de cualquier color que entran en el centro, pero no hay burlas ni peleas, o no, al menos, por su tono de piel. En más de una ocasión, mientras asciende trabajosamente por Black Lion Hill hacia Marefair y sus escaparates iluminados, o cuando rueda por Bath Street junto a la chimenea oscura que tienen allí —el Destructor, lo llaman—, se le ocurre que, pese a las apariencias, su esposa y él escogieron el sitio idóneo para criar una familia. Le ha llevado un tiempo apreciarlo, pero considera que las relaciones entre negros y blancos por aquí son un poco distintas a como funcionan en América. En su opinión, la clase social es mucho más relevante por estos lares. En Tennessee, hasta el blanco más humilde mira por encima del hombro a la gente de color, quizá porque, a sus ojos, el negro va a ser siempre un esclavo. En Inglaterra, sin embargo, los ingleses ricos no poseen esclavos, aunque sean

ellos los que controlen la trata. En sitios tan deprimidos como los Boroughs —donde la gente, y sus padres, y sus abuelos, y así hasta la época de los cruzados, han estado siempre al final del escalafón—, miran a Henry y lo primero que ven no es un negro, sino un pobre. Para discernir la diferencia entre ambos países, basta con considerar sus respectivas guerras civiles, máxime aquí, en la localidad que las abasteció a ambas de botas. En la Inglaterra del siglo XVII, el viejo Cromwell fingía luchar para liberar a los pobres de la opresión. En la América de cuando Henry era un crío, el viejo Lincoln fingía luchar para liberar a los esclavos de las plantaciones. En su experiencia, el señor Lincoln solo buscaba sacar a los esclavos de los campos de algodón del sur para llevárselos a trabajar a las fábricas y talleres del norte. Y, por lo que oye acerca de la guerra civil inglesa, diría que el señor Cromwell solo buscaba poder y gloria. En cuanto los consiguió, pasó a cuchillo a los líderes populares que lo apoyaron, y las guerras civiles acabaron, tanto en Inglaterra como en América, con los supuestos liberados no mucho mejor que antes, negros allí, pobres aquí. Dicho así, las dos guerras se dirían la misma, y es probable que el ansia de poder residiera en el corazón de ambas, pero la de Inglaterra se planteó ante el pueblo como un alzamiento contra los adinerados, similar a ese asunto en Rusia del que hablan ahora todos los periódicos. En Estados Unidos, en cambio, tuvieron que simular que su guerra civil iba de liberar a los esclavos, porque los estadounidenses jamás iban a querer derrocar a los ricos; volverse rico es la idea sobre la que se fundamenta todo el país. Tal y como lo ve Henry, esa es la principal diferencia. En Inglaterra apenas entienden el odio que puede darse entre personas de distinto color, pues, en su cabeza, el odio surge entre personas de distinta clase social. Las ruedas de soga tararean sobre los adoquines cuando Charley el Negro recorre los Boroughs, una canción, esta, que todos reconocen. Mientras se ciña a esta parte de la ciudad, no tendrá problemas, algo que también les pasa a los blancos de la zona. Le gusta vivir aquí, y en su fuero interno se

maravilla de los detalles, pequeños y grandes, que le conectan al país del que procede. Están George Washington y el viejo Benjamin Franklin, cuyas familias abandonaron Northampton huyendo de una guerra civil para arribar a América y ayudar a sentar las bases de otra. Están las botas confederadas, y las crónicas que oye sobre la considerable influencia del señor Philip Doddridge en el reformador William Wilberforce, y, por supuesto, la historia del pastor Newton escribiendo *Sublime Gracia* en Olney. Está el tal señor Corey, que se bautizó en la iglesia redonda de Sheep Street, cruzó el Atlántico y acabó torturado hasta la muerte en Salem, víctima de la insensata caza de brujas de Cotton Mather. Las barras y estrellas de la bandera estadounidense se basan en el blasón de un viejo pueblo que los Washington se llevaron consigo al huir de Barton Sulgrave, y, por último, está el propio Henry George, otro eslabón más en la fea cadena que engarza una tierra con otra. Henry vibra sobre el empedrado de los Boroughs y abraza los sucios misterios de su barrio adoptivo, con sus siglos arrojados en plena calle, apilados como periódicos sin vender. Le gusta la tortuosidad de sus senderos y callejones —lo que aquí se conoce como bocacalles—, y aunque su extensión total rondará el kilómetro cuadrado, y pese a llevar cerca de veinte años viviendo en él, hoy por hoy sigue descubriendo atajos y pasajes de los que no tenía constancia. Entonces, en 1918, llega el final de la guerra, y todo empieza a cambiar: Walter Tull yace en Francia en una tumba anónima, y los Boroughs se embarcan en una lenta y dolorosa renovación; los patios y las callejuelas que hay tras Marefair, con sus encantos y complejidades, quedan reducidos a unos escombros que no son ni encantadores ni complejos, y las vidas e historias de sus vías angostas se esfuman como si nunca hubieran existido. Más y más solares vallados con planchas de chapa corrugada, más y más viudas de guerra abocadas a la fornicación vergonzante en el cementerio de la iglesia de Santa Catalina, y la todopoderosa torre del Destructor nublando el cielo meridiano con una humareda tan negra como él. Una gran

pesadumbre comienza a mellarlo, y entre tanta alteración, Henry nota, no sin desconcierto, que la pendiente de Scarletwell Street se torna cada día más empinada.

Al avanzar por esa cuesta hacia 1964, David se sume en la comprensión repentina de la rareza y la antigüedad de Inglaterra entrando por primera vez en la escuela secundaria de Billing Road, con su pantalón corto de primer año, su chaqueta azul marino y su gorra obligatoria. Ha empezado a desarrollar un agudo sentido del estilo, y sabe que el atuendo no le sienta bien, en particular los pantalones cortos. Esta última intuición se ve confirmada cuando descubre que el coordinador de primero, el señor Duncan Oldman, es un desaforado amante de los niños al que, por lo visto, se le consiente que llame a su despacho a chicos de once años para manosearles los muslos con sus dedos rechonchos; al menos, a aquellos cuyos padres no consideran que estén listos para llevar pantalones largos. El señor Oldman es un típico pederasta grimoso que parece salido de las caricaturas de Charles Addams: cuerpo regordete de molusco, afilado en unas manitas y pies melindrosos, nariz y orejas porcinas, ojillos brillantes e inquietos, y una maraña vascular estallada en sus mejillas que le confiere el sonrojo perpetuo de un chico del coro. En los recreos acaba corriendo el rumor de que, en dos ocasiones separadas, ha invitado a alumnos de primero a su casa cercana para clases extraescolares, y que allí ha intentado tocarlos y besarlos. Cuando estos dos casos tan notorios llegan a oídos de las respectivas familias, los padres presentan una queja formal, el nuevo director les ruega que consideren la reputación del centro, el asunto se solventa sin ir a juicio, y al cerdito Oldman se le permite seguir de coordinador de primero con total impunidad, con su serrallo de menores siempre a mano, un Tiberio emperador metido a catequista. El nuevo director, el señor Ormerod, ha llegado hace poco para sustituir al anterior titular, el señor Strichley, que se tomó una sobredosis de somníferos y estrelló su coche contra un muro de piedra. El

anterior empleo del señor Ormerod era el de subdirector de un internado pijo, así que no considera que el puesto de director de una escuela secundaria sea precisamente un ascenso. Al fin y al cabo, la reválida es un buen método para reducir al mínimo el número de chicos de extracción poco exclusiva capaces de acceder a estos centros, pero no elimina el riesgo de exposición a miembros de la clase obrera o, como en el caso de David, a la de los hotentotes. De hecho, a mediados de la década de 1970, años después de que David abandone el centro, las escuelas secundarias se vuelven inclusivas, abiertas a admitir la misma chusma que un instituto público cualquiera. Según las habladurías, para el señor Ormerod es una degradación, una indignidad excesiva, así que un buen día se presenta en el centro un poco antes de lo habitual, sigue el ejemplo de su predecesor, y se cuelga de la escalera más próxima al aula de dibujo. Por lo que le cuentan, su sucesor elude el suicidio logrando que lo despidan por robar tres libras y cuarenta peniques del expendedor de bebidas, pero cuando David entra en la escuela todo eso pertenece al futuro, y el señor Ormerod aún está en el cargo. El director es un hombre alto con un defecto en el oído interno que le hace ladear la cabeza como un buitre con el cuello roto, y lo que busca es remodelar la institución a imagen y semejanza de su anterior liceo. Dadas las pretensiones que gasta la escuela de por sí, tampoco es que necesite persuadir mucho al claustro. Varios preceptores siguen llevando toga negra, y algunos de los más viejos incluso visten birrete, los últimos que quedarán en la ciudad más allá de las páginas de *Te Beano*.[49] En el exterior de su despacho, el director tiene instalado un semáforo verde y rojo que les indica a los visitantes si deben entrar o esperar, lo cual le evita tener que decir cosas tan vulgares como «adelante». Dentro, en una vitrina, guarda un arsenal de palmetas diseñado para infligir distintos grados de castigo: gruesas para cardenales, delgadas para heridas. Cuando decreta que los chicos que usen la piscina abierta de la escuela deberán hacerlo en lo sucesivo sin recurrir a trajes de baño —una costumbre

heredada de su anterior centro—, el profesorado no mueve un dedo, y el señor Oldman hasta quizá le escriba una carta de felicitación. Este es el mundo que los abrumados novatos se encuentran en su primer día, pero los blancos, al menos, pueden apoyarse entre sí. David no tiene a nadie. Sus compañeros le hacen el vacío igual que en St. George's, y los educadores solo ven en él un pretexto para proferir chanzas de juglar. Durante un tiempo, ansía egoístamente que su hermano Andrew apruebe la reválida en uno o dos años para así estar juntos, para cuidar el uno del otro en este manicomio intolerante, pero eso jamás ocurrirá. Muy consciente del favoritismo de su padre, y en justicia resentido por ello, Andrew se da cuenta de que, haga lo que haga, jamás obtendrá la aprobación de Bernard, así que adopta una actitud más relajada respecto a sus estudios, suspende la reválida, y se conforma con las expectativas rebajadas de un instituto público en el que, por otro lado, podrá tener amigos negros. Mientras tanto, David asume que en St. George's bien podía ser el mejor de la clase, pero que frente a estos chicos de colegio privado no tiene ni la menor oportunidad. Después del primer año, hacen un examen para determinar el grupo al que asistirán durante el resto de su estancia, y él acaba en el C, con los imbéciles y los aspirantes a sociópata. Los maestros y los otros niños están encima de él en la escuela, y su decepcionado padre está encima de él en casa, así que pasa la mayor parte de su tiempo libre en el Edificio Baxter, en la Mansión de los Vengadores, o en alguna Fortaleza de la Soledad alternativa. Una fresca y luminosa mañana de sábado, baja al puesto de Sid en la plaza del mercado. Los últimos cómics de la Marvel acaban de entrar, y se halla decidiendo cuántos puede permitirse con holgura, si deja para otro día el *Strange Tales* o el *Fantasy Masterpieces*, cuando nota que en el tenderete hay otra clienta, y que lo está observando. Al volverse lentamente, se enfrenta por primera vez a la mirada ojerosa de Alma Warren, con doce años recién cumplidos y sin maquillaje. Sostiene un ejemplar de un tebeo titulado *Forbidden Worlds* del que nunca ha oído

hablar, perteneciente a una de esas editoriales pequeñas que no le interesan. Intercambian una sonrisa condescendiente a cuenta del pésimo gusto del contrario y entreoyen el incansable aleteo de las palomas que van de cornisa en cornisa, un entretejimiento de trayectorias sobre el telar pétreo de la plaza.

En general, Charley el Negro procura evitar las mejores zonas de la ciudad y ceñirse a los Boroughs o a los pueblos periféricos del condado, donde es tan conocido que las madres lo mentan para que los niños obedezcan: «Si no te vas a la cama, Charley el Negro vendrá y se te llevará». A Henry no le importa mucho que lo conviertan en el hombre del saco a ojos de los zagales, pero se pregunta si no será indicativo de su fama. No suele tener problemas en las aldeas, en Houghton, Haddon, Yardley Gobion o por ahí, aunque una vez, cerca de Greens Norton, un enorme labriego borracho se le abalanza, lo agarra por una pierna y lo arrima a una fogata hasta que sus canas se le chamuscan, todo entre gritos capaces de despertar a los muertos. Esta es la única vez que le pasa algo genuinamente malo mientras hace sus rondas, y el tipo, al final, permite que se vaya, lo cual lo deja con la impresión de que el gigante solo pretendía amagar con quemarle la cabeza como parte de alguna broma cretina típica de Greens Norton, una que seguro que esperaba que también le hiciera gracia a él. No obstante, es la clase de incidentes que lo marcan a uno, y ahora que ya tiene una edad, comienza a reducir gradualmente el radio de sus periplos por los pueblos hasta circunscribir su mundo a los Boroughs y poco más, cosa que tampoco le molesta. Siente que se ha pasado media vida yendo de acá para allá, de Tennessee a Kansas, de ahí a Nueva York, y de ahí a Gales, y que nunca se ha asentado en ningún sitio el tiempo suficiente como para gozar de los alicientes de poseer una comunidad. Tras vivir unos buenos años en los Boroughs, en cambio, ha llegado a comprender cómo funciona eso de pertenecer a un barrio y ver la evolución de su gente, y en cierto modo se asemeja a leer

un gran libro de historias subyugantes: te quedas lo bastante como para averiguar qué ocurre con todos los personajes y sus circunstancias. Botando y chirriando en su bicicleta hacia el pie de Freeschool Street, se topa al meterse por Green Street con la joven May Warren, a la que sigue llamando «joven» pese a haberse convertido en una vieja mujerona con multitud de churumbeles en su haber. Va bajando ese caminito que llaman Narrow-Toe Lane con su abrigo y su bonete negros, y su determinación es la de una rotunda bola de hierro que quisiera hacerle saber a los bolos que es mejor apartarse a un lado. Henry supone que habrá salido para alguna tarea relacionada con su oficio de amortajadora, que son esas mujeres de por aquí que se ocupan de los bebés y los muertos, ambos abundantes en la zona. Para los partos de sus hijos, Selina y él llamaban a una tal señora Gibbs, pero no cabe duda de que May Warren habría hecho un gran trabajo si la primera hubiera estado indispuesta u ocupada. A buen seguro, la pérdida de su primogénita, una dulzura también bautizada como May, es lo que la hace tan buena en su oficio. Saluda con alegría al pasar a su lado y ella, en respuesta, levanta uno de sus pesados brazos y le dedica un gruñido: «Hola, Charley, ¿qué tal?». Al torcer por Gas Street y bajar la calle, pondera el curiosísimo cariz de la familia Warren, empezando por el padre de May, el viejo Snowy Vernall, que salió una vez en los periódicos por subirse al tejado del ayuntamiento durante una borrachera, él allí de pie gritando, abrazado al ángel que tienen arriba como si fueran viejos amigos. Y luego está Tursa, claro, la tía de May, la hermana loca de Snowy, con ese acordeón gigantesco con el que vaga por las calles tocando melodías extrañas y disonantes, llenas de pausas estrafalarias que le hacen a uno dar un respingo justo cuando parecen haber terminado. Mientras se aproxima al puentecillo que va a dar a Foot Meadow, distingue a Freddy Allen, un joven tarambana que sin duda irá de camino a casa, pues a sus veintitantos años, y sin hogar ni familia a cuenta de la pobreza y la bebida, duerme bajo los arcos ferroviarios del prado. Freddy se las arregla

robando vituallas de los umbrales de la gente, y aunque Henry no aprueba ese estilo de vida, tampoco puede evitar sentir pena por el muchacho, porque algo tendrá que comer. Vira hacia el cruce más próximo al puente Oeste, donde aún conservan las ruinas del castillo, y ve por la calle a toda clase de personas afanadas en sus cosas. Las conoce a casi todas, y casi todas lo conocen a él. Atraviesa el cruce cuando está despejado y baja por St. Andrew's Road, pero al surcar la cima, con ese sucio muro de ladrillo rojo cerniéndose sobre él a su derecha y los destartalados vestigios del castillo sobresaliendo de la hierba a su izquierda, una honda tristeza lo invade de repente, y no sabe por qué. Se acuerda de Selina y de los niños, de los cuales le preocupa mucho el menor, el pequeño Edward. Las tiras de escombros grises que brotan por el barrio le resultan franjas de una variedad nueva y perniciosa de plantas invasoras, como esas prímulas y ortigas que tapizan los solares expeditos de los alrededores de la iglesia de San Pedro, y entonces se le ocurre que los Boroughs que habitarán sus pequeños al crecer ya no serán los mismos. Son estas demoliciones las que lo afligen; lugares que llevaban más de cien años en pie, y que pensaba que durarían para siempre, arrasados como si no importaran nada. Se palpa en el ambiente desde el fin de la guerra: un gran cambio se avecina, y aunque no adivina cómo será la región en cincuenta o sesenta años, le da la impresión de que no le conviene pensar mucho en ello. No le gusta cavilar qué será de Inglaterra o de sus hijos cuando Selina y él ya no estén. Edward se habrá convertido para entonces en un hombre hecho y derecho, claro, pero no puede evitar imaginárselo igual que ahora, un chiquillo negro y desamparado vagando por las frías calles marchitas de un mañana que Henry ni siquiera es capaz de reconocer.

Con todo el potencial de una mañana de sábado rompiendo en rachas de viento contra su rostro entusiasmado, Dave Daniels se desliza por el asfalto silbante de Barrack Road a bordo de su bicicleta Raleigh. Ha quedado con Alma, su

nueva colega, en casa de ella, allá por la hilera de adosados que se extienden entre Spring Lane y Scarletwell Street, contrahechos pero agradables. En 1966, la música de los transistores es dulce y efervescente, Vimto para los oídos.[50] Mes a mes, los cómics americanos no han dejado de mejorar, la televisión ha empezado a emitir programas que le gustan, se ha echado una amiga de verdad, y ahora ha llegado la paga del fin de semana, repleto de polos Sky Ray con forma de cohete y quizás de algún sencillo de John Lever editado por Tamla Motown, todo sin escuela —y por ende sin humillaciones institucionalizadas— hasta el lunes. Traza el arco de una jubilosa caída libre por Regent Square desde Barrack Road hacia Grafton Street, y entre tanto le dedica una ojeada a Sheep Street, cuya embocadura superior queda a su izquierda. Sabe que es la calle en la que vivió su familia al llegar a la ciudad, y que pasó allí un año o dos sin conocer a su hermano pequeño, pero sus recuerdos son borrosos, y a menudo contradictorios. Sí se acuerda, en cambio, de esos paseos en cochecito por el Racecourse que evitaban cualquier excursión al oeste, a la espesura del oscuro interior de Northampton, a ese continente recóndito conocido como los Boroughs, decrépito y en cierto sentido vergonzoso, al que solo le falta una leyenda del tipo «Aquí hay tigres». Les ha contado a sus padres que tiene una amiga llamada Alma a la que visita a veces, incluso la ha invitado a casa para que conozca a su padre, pero no les ha dicho dónde vive. Mientras se sumerge en la larga pendiente de Grafton Street, vislumbra el cristal polvoriento y la descascarada puerta esmeralda del club Caribbean, justo en la esquina de Broad Street, de nuevo a su izquierda. Sobre el maderamen, alguien ha escrito con pintura negra la frase «ESA MONTAÑA NEGRATA», que supone una referencia a la «montaña verdosa» de *Mountain Greenery*, un tema que le suena vagamente por haberlo escuchado en la radio durante su infancia. La ignora como la broma descerebrada que es, soslaya el prejuicio y deja que el asunto le resbale en estricta observancia de su política personal hacia las burlas raciales,

una que hace todo lo posible por seguir. Porque estas cosas podrán resbalarle, pero siempre le dejan un pútrido residuo de bilis contenida en su vesícula de catorce años. Aun así, tampoco podría hacer mucho. Su padre zanjaría el tema concluyendo que la pintada del club Caribbean solo pretende acharar a unos jamaicanos que a él le importan un bledo, pues en calidad de exitoso abogado de extracción acomodada, una palabra como «negrata» casi seguro que no le atañe en absoluto. David no es tan ingenuo, ya que aún recuerda estar de pie en el patio vacío de la escuela secundaria con un borrador en cada mano, chocándolos en una explosiva y asfixiante nube de tiza mientras su antiguo profesor y sus compañeros se reían de él desde la ventana de la clase. Baja por Grafton Street, aprieta los frenos en mitad de la cuesta al aproximarse al quiosco de Weston, se baja de la Raleigh y la empuja por la calzada para apoyarla contra el expositor de alambre trenzado —con el trasplante cardiaco del doctor Christiaan Barnard copando los titulares — que hay bajo la ventanilla del puesto. Cuando escudriña el tenue verdor del cristal, su propio corazón sufre un acelerón al descubrir que ya están disponibles varios de los últimos cómics de la Marvel, cuya distribución inglesa es irritantemente errática porque los traen a granel desde América contrapesando cargamentos más rentables. Localiza el nuevo número de *Los Vengadores* y estima probable llevárselo, aunque Don Heck —el dibujante del cómic, muy apreciado por Alma— le resulta un poco soso. Mayor entusiasmo le suscitan las entregas más recientes de *Los 4 Fantásticos* y, en especial, de *Tor*, con los *Relatos de Asgard* de su adorado Jack Kirby al final. Se agacha sobre la tienda y emerge al minuto con un botín de seis flamantes adiciones a su floreciente colección, todo por cuatro chelines y seis peniques. Los mete en la bandolera que lleva al hombro, se monta en la bici y retoma el descenso de Grafton Street hacia Lower Harding Street, donde tuerce a la izquierda. Es evidente que se halla en una zona completamente distinta de la ciudad. A su derecha, un socavón de escombros que antaño pudo ser un conjunto de

dos o tres bloques de viviendas discurre cuesta abajo hacia Monk's Pond Street y hacia los patios cercados traseros de una tenería apestosa. Según Alma, la explanada era su equivalente de las lánguidas mañanas de David en el parque infantil del Racecourse: mientras ella se colaba por los grandes tubos de hormigón del erial y se pillaba las uñas accidentalmente hasta que se le volvían negras y se le caían, él se sentaba con su hermano Andrew, mucho más liviano, en un balancín que ni se movía ni se movería nunca, eternamente inmovilizado con su hermanito en pleno aire. No está muy seguro de cuál de los dos salía ganando, pero al final, lo uno por lo otro, conjetura que debían estar parejos. No querría vivir aquí, en mitad del hollín expelido por las explanadas ferroviarias, entre adelfillas enraizadas en esa misma mugre y con pétalos mustios cual papel de aluminio rosa, aunque a veces sí que llega a intuir el misterioso encanto del vecindario. En cierta ocasión, se pasa a por Alma y no está en casa, y entonces tiene que dejarle un mensaje a su abuela. Su amiga le cuenta más tarde que, cuando al fin llega de la calle, su nana le describe al visitante —o sea, a él— como un chico de la estatura de su nieta o quizás un poco más bajo, montado en bicicleta, muy educado, con vaqueros y jersey azul. Alma, en un intento de abreviar la identificación, le pregunta si el chico en cuestión no será negro por casualidad, a lo que la septuagenaria contesta con una mirada sobresaltada y perpleja antes de indicar: «Pues no sabría decirte, la verdá». Alma no sabe ni qué opinar del asunto, y el propio David se queda del todo patidifuso, aunque, por otro lado, le divierte e impresiona de un modo que no podría definir con exactitud. En cuanto a aceptación y ecuanimidad hacia las visitas, debe admitir que Clara, la abuela de Alma, deja a su padre fuera de combate. Aún le mortifica la vez que la invita a ver sus cómics y su padre insiste en entrevistarla a solas en la salita, como un patriarca victoriano que buscara sondear las intenciones de una doncella. Cuando se marcha, Bernard lo lleva aparte y le explica sobriamente que no hay nada de malo en

mezclarse con la gente blanca, pero que Alma no es la clase de gente blanca con la que un hijo suyo debería dejarse ver. No ha pasado la prueba. Dave y Alma se burlan del tema e infieren que, en los campeonatos del prejuicio, la clase derrota a la raza. Pedalea por Lower Harding Street hacia la cima de Spring Lane y las personas con las que se cruza no parecen prestarle la más mínima atención, casi como si estuvieran acostumbradas a ver a un negro en bicicleta. Con las amodorradas explanadas ferroviarias tumbadas en lontananza al óxido y el sol, el chico baja zumbando por la antigua cuesta en un excitante acelerón hacia St. Andrew's Road, y así avanza con fuerza para ver a su amiga, que vive en otro mundo y otra década, con su bandolera al hombro llena de dioses y científicos de colores primarios, de Zonas Negativas y Puentes Arcoíris, de talismanes con los que sumirse en el barrio y sus maravillas desmoronadas, en su estentórea atmósfera prehistórica.

Durante sus largas semanas en el *Orgullo de Belén*, Henry solía leer las novelitas de Buffalo Bill transportadas como lastre, pero no por una supuesta admiración hacia el coronel Cody, sino porque a veces no había otra cosa que hacer. Dicho esto, entiende la necesidad de la gente por tales aventuras fantasiosas, y no se lo echa en cara. Entre las trabas, los esfuerzos y las pequeñas comodidades de este mundo, inmersos aquí abajo en nuestra propia naturaleza, admite que un hombre ha de fijarse en las estrellas del firmamento para poder navegar, y qué es una estrella sino un ideal inalcanzable que, aun así, te muestra el camino. En las plantaciones de Tennessee escuchaba viejos relatos provenientes de África, cuentos sobre guerreros intrépidos y astutos espíritus animales que ilustraban lo bueno que es ser amable con la gente, las ventajas de ser sagaz y tal. En paralelo están la religión y las canciones, incluido el himno del pastor Newton, lo cual no deja de ser otra rama del mismo árbol, una forma de obrar mejor o un lugar mejor al que aspirar, uno que quizá no pisemos jamás, pero cuya promesa basta asimismo para mantener la esperanza. Da

igual que uno descubra luego que el hombre que compuso ese himno tenía un lado ignominioso y que no siempre hizo honor a lo que escribió, porque lo que importa aquí es el ideal. Con el mismo cariz están las ficciones mitológicas o los personajes inventados de las novelas, como Hércules o ese Sherlock Holmes que tienen por aquí, o como el propio Buffalo Bill, personaje inventado donde los haya. Aunque no existan de verdad, salvo por lo inmerso que esté uno en sus historias, la mera noción de un ser tan listo, ingenioso o valiente proporciona algo a lo que aspirar, una fuerza motriz para impulsar el vagón de la propia vida. Y luego, al fin, están los hombres y mujeres reales, que al ser de carne y hueso, y no dioses antiguos o héroes de folletín, constituyen a su juicio los faros más brillantes y los ejemplos más gloriosos que puedan seguirse, pues difunden la certeza de que es posible lograr cosas genuinamente asombrosas si uno se esfuerza tanto como ellos. A veces, cuando duerme, invoca a Britton Johnson, un bello silente en mitad del entarimado gigantesco que puebla siempre sus sueños, girando el tambor de su revólver como el vaquero de una película o disfrazándose de piel roja para rescatar a su mujer y sus hijos de los comanches. Qué bien debe sentar ser un hombre así… si Selina o sus pequeños se hallasen en peligro alguna vez, espera tener el coraje de Britton Johnson, o al menos el de alguien igual de valiente. No obstante, Charley el Negro ya llama lo bastante la atención en la vida real, y además no sabría disfrazarse de piel roja. Se disfrazaría si tuviera que hacerlo, pero tampoco es una pinta que se vea mucho por los Boroughs. También sueña con la Madre Seacole curando a los soldados heridos con hierbas varias, algo de ron, y tal vez una danza rápida alrededor del hospital de campaña y la tienda de suministros que tengan en el frente de Crimea, aunque a ojos de la mayoría jamás podrá equipararse a la señora Nightingale, al igual que a Britton Johnson jamás le dedicarán las estúpidas novelas que le escriben a Bill Cody. Sueña con Walter Tull jugando al fútbol en las trincheras de la tierra de nadie, como en esas historias que se oyen acerca

de cómo los alemanes y los ingleses disputaron un partido de fútbol el día de Navidad antes de volver a volarse unos a otros a la mañana siguiente. En sus sueños, Walter Tull va con sus calzonas sueltas blancas y su camiseta burdeos, regateado entre zanjas antitanque y caballos muertos, abriéndose camino invulnerable al gas mostaza, y al final chuta la pelota más allá de tablones, y de cadáveres, y de alambres de espino para colarla en los cielos negros de Passchendaele como una bengala ígnea. Nunca sueña con John Newton, ni con Jesús, y ahora que tiene sus años, prefiere que sus santos sean hombres y mujeres corrientes, sin grandes aspiraciones a la santidad. De ningún modo se ha vuelto ateo; es solo que, en estos días, no se siente especialmente inclinado a depositar su fe religiosa en personas que puedan defraudarlo, o en más institución que la única de la que está seguro, que es su fuero interno. Henry ha erigido en su corazón una iglesia tosca que puede llevar allá a donde va, y la despliega en viejos cobertizos, la armoniza con un murmullo en lugar de un órgano, la alumbra con las vidrieras de su imaginación sobre suelos atestados de paja y mierda de caballo. Piensa en todo lo que ha hecho, cuidar de su mamá y su papá como ellos cuidaron de él, cruzar el ancho mar, arribar a Northampton en una avalancha nevada de lana, criar a sus hijos con Selina sin perder a uno solo, y se siente orgulloso de sí mismo y de su vida. Lo mejor, cree él, es que un hombre sea su propio ideal y campeón, sin importar cuánto tarde en llegar a serlo.

Chapoteando en la perezosa desidia del grupo C, David está a punto de culminar, sin ahogarse, seis largos lectivos en la piscina educativa. Prepara los exámenes necesarios para obtener el inútil título de secundaria, suspende el resto, y no le ve sentido a afrontar dos años de bachillerato para luego no aprobar la selectividad.[51] No quiere ir a la universidad, sino acabar por fin con estos años de preludio absurdo y degradante y empezar a vivir de una vez en algo que se parezca al mundo real. Su padre se muestra furioso y

decepcionado. Nada le está saliendo como pretendía. Sierra Leona sufre un golpe de estado tras otro hasta que Siaka Stevens, de la etnia limba, accede al poder, y después revela sus verdaderas intenciones, que no son otras que las de ejecutar a sus rivales políticos y militares en un patíbulo que instala en Kissy Road, en mitad de Freetown. De mal en peor; así es como ve Bernard las perspectivas de su patria y de su hijo mayor. Dave pierde la estima de su padre, aunque no hasta los extremos de su hermano menor, claro, porque Andrew nunca llegó a contar con ella. Poco le importa. Ser el favorito siempre fue una carga, y en la cómoda perrera de la desaprobación de papá, Andy y él intiman aún más. Cuando las luces se apagan, susurran y ríen en la oscuridad, y comienzan a planear su aguerrida fuga. Más allá de la ostentosa puerta principal de sus padres, la década de 1970 cala incluso en los recodos de Kingsthorpe Hollow, una oleada fluorescente de zapatos de plataforma y estrellas de purpurina. Las letras de las canciones yacen cromadas de ciencia ficción, y Jack Kirby abandona Marvel Comics para irse a su competencia directa y crear una marea prolífica de ideas frescas y asombrosas, repletas de tecno-dioses belicosos y de actualizaciones de las pandillas juveniles del Brooklyn de la década de 1940. Mientras tanto, una auténtica banda de cabezas rapadas en ciernes, compuesta por depravados de diecisiete años e incómodamente rebautizada como los «Bowie Boys», asola la urbe con su rímel y sus bolsos de tartán, al más puro estilo Bay City Rollers. El decenio arrolla la ciudad a lomos de una ventisca de lentejuelas, y deja en sus arrabales un rastro de brillitos. El fantasioso alarde de los almacenes Biba y los cabellos erizados de tinte chillón flirtea con los hermanos, y al final los incita a huir de casa para unirse al circo. Se mudan a Londres en cuanto ambos cumplen la mayoría de edad, para así no necesitar las venias y bendiciones de un padre que jamás se las habría dado. Es un lugar muy distinto al que se enfrentaron Joyce y Bernard cuando llegaron a Brixton hace ya veinte años, pues ser negro resulta casi estiloso. Este mundo, hasta ahora

inimaginable, abraza a Dave y Andy como jamás podría haberlo hecho Northampton; les busca piso, les da trabajo. David acepta un empleo en una tienda de moda que es la comidilla entre los artistas negros, y de repente se descubre recomendándole ropa a Labi Siffre, amagando kung-fu con Carl Douglas, o explorando un fragante universo femenino que en Kingsthorpe Hollow, fiscalizado por esa mirada paterna circunscrita en oro, y aislado de toda chica en una escuela segregada, habría sido impensable. Cree que es la primera vez que se siente vivo: se viste como quiere, escucha temas de Funkadelic cuando le apetece, y supera todo este período embriagador sin sucumbir a las rastas o los peinados a lo afro. A veces visitan Northampton para ver a mamá y que él pueda ponerse al día con Alma, pero el ambiente y los silencios espinosos en torno a papá los llevan a espaciar los intervalos poco a poco. También le cuesta seguirle la pista a Alma cada vez más, sobre todo después de que derriben su hilera de adosados en Andrew's Road, fase final de la operación de limpieza y saneamiento que sufren los Boroughs desde finales de la Primera Guerra Mundial. Los Warren se mudan a Abington, y ella encadena en solitario una retahíla de novios, alquileres y domicilios sin teléfono. Lentamente, pierden el contacto, y David empieza a salir con Natalie, una chica esbelta de origen nigeriano que es de las que merecen la pena. Su día a día coge ritmo, y los años pasan como si los surcara a bordo de su Raleigh, con un júbilo solo empañado por la cruda realidad de que, en la vida, no parece haber frenos. No es que no pueda pararla, sino que ni siquiera es capaz de aminorarla un poco.

Henry sabe bien que él y el barrio en el que vive se están quedando sin suerte, y eso si alguna vez la tuvieron. Nota una cierta rigidez en las articulaciones y las puertas, una cualidad legañosa en ojos y ventanas, una sensación de conclusión en el ambiente. Varias de las calles y muchas de las personas a las que se había acostumbrado están desapareciendo. Por Chalk Lane, donde todo yace derruido

y los vecinos no paran de mudarse, ve paradas a dos señoras que conoce, las dos llorando, compartiendo una reflexión: «Bueno, pues este es el fin de nuestra relación». Siente pena por los edificios caídos, por el polvo y los escombros de lugares que llegaron a significar algo para alguien, pero no dejan de ser piedras, y es la gente, mucho más frágil, la que sale peor parada, la que recibe el trato más cruel. Son los lazos que la unen, delicados y cultivados a lo largo de los años, los que se están desgarrando, y lo que los destroza es el mero trazo de una pluma municipal. Amistades y familias son esparcidas sin ton ni son como en el billar, diseminadas por las cuatro esquinas de Northampton con sus vidas en divergencia, y Henry no puede sino experimentar un hondo pesar. Según las habladurías, Bath Street, Castle Street y su propia Scarletwell Street no tardarán en sumarse a la lista de demoliciones, y llegará el día en que incluso el mismísimo Destructor caiga destruido, todo reemplazado por una amplia variedad de alquileres modernos que a él, personalmente, no le hacen excesiva gracia. Admite que es posible que la zona esté más limpia y salubre tras los cambios, pero, por los planos y esquemas que ha visto impresos en los periódicos de la tarde, el aspecto del asunto no es nada halagüeño, y le da en la nariz que no habrá sitio para las amortajadoras, para locas como Tursa Vernall, para vagabundos como Freddy Allen o Georgie Bumble, y ni siquiera para Charley el Negro y su estrafalaria bicicleta con remolque. Con la solería de las calles actuales, se ve obligado a arrastrar sus suelas de madera más a menudo cuando desciende, pues teme embalarse y hacerse añicos junto a su vehículo. Un día, mientras descansa sobre la hierba anexa a los restos del viejo castillo, entabla conversación con un caballero muy amable y bien educado, aparentemente versado en historia antigua. Con una pizca de nerviosismo, como si temiera ser descortés solo por mencionarlo, el joven trae a colación el tema de la piel de Charley al afirmar que no es la primera vez que esas vetustas piedras caídas han visto el rostro de un hombre

negro. Cuando Henry le pregunta a qué se refiere, el señor menciona a otro tipo de color, un tal Peter el Sarraceno, que vino de Tierra Santa o de África para asentarse en la urbe alrededor del siglo XIII, y que trabajó como fabricante de ballestas para alguien llamado Juan sin Tierra casi setecientos años antes de que Henry arribara al país. Por una parte, admite sentirse un tanto decepcionado por no ser el primer hombre de su complexión en pisar los alrededores, pero eso solo es orgullo y vanidad, porque, por la otra, le agrada contar con otro héroe que pueda socializar en sus ensoñaciones con Walter Tull y Britton Johnson. Se imagina acaudillándolos en su artilugio de maromas rodantes, escoltando al fabricante de ballestas, al futbolista y al vaquero de vuelta a Tennessee, sesenta años atrás, para que liberen a su pueblo a base de tiros certeros, sigilosas saetas letales y cañonazos a la pelota. De un tiempo a esta parte duerme más, y eso le da más tiempo para dejar volar sus fantasías. Entre tanto, frente a su ventana principal, echan abajo los almacenes del pie de Scarletwell, para que así solo queden filas de adosados diminutos a todo lo largo de St. Andrew's Road. Un poco más arriba, el Friendly Arms se muestra cerrado y tapiado, listo para desvanecerse cuando le toque. Averigua de oídas que al señor Newton Pratt se lo llevaron enfermo hará unos años, y que murió de neumonía, o al menos eso le cuentan. Del destino de la legendaria bestia de Pratt, en cambio, no oye una sola palabra, y al final se medio convence de que debió soñarla, pues su existencia se le antoja aún más improbable que la reunión entre Walter Tull, Peter el Sarraceno y Britton Johnson. Mientras el mundo allende su umbral se cae a pedazos, Henry echa una cabezadita.

Cinco o seis décadas cuesta arriba, David planea cómodamente a través de la década de 1980, ya casado con Natalie y bendecido con dos buenos hijos, Selwyn y Lily. Su predilección juvenil por la ciencia ficción lo lleva a comprarse un ordenador en cuanto empiezan a comercializarse en las tiendas, y lo hace con euforia, ya que

nunca había visto uno de esos artefactos fabulosos fuera de la Batcueva. Dado que es mucho más listo de lo que podría suponerse en un alumno del grupo C de la escuela secundaria, no tarda en dominar las nuevas tecnologías, y eso en un mundo aún aturdido que parece en Babia. Como el explorador de un planeta lejano y salvaje que subyugara a los asombrados nativos con un espejo y una caja de cerillas, su hábil facilidad para reparar máquinas recalcitrantes es vista por los testigos como una suerte de milagro, y antes de darse cuenta está trabajando en Bruselas, solo en casa los fines de semana, como un valorado apagafuegos cibernético. Siempre que puede mantiene el contacto con Andrew, también casado, con dos hijos propios y una carrera próspera, y aunque existe una cierta reconciliación con papá, lo cierto es que sigue yendo a Northampton de higos a brevas. Por ende, su percepción de los cambios que atraviesa la ciudad se asemeja a una retahíla de fotografías inconexas en un álbum de fotos poco actualizado, con años enteros fuera de continuidad. Por ejemplo, durante una visita alrededor de 1985, descubre que la numerosa comunidad negra jamaicana se ha establecido en la antigua sede del Ejército de Salvación, un fuerte victoriano que aún se conserva en pie en el descampado de Sheep Street, cerca de ese atentado al buen gusto que es la estación de autobuses de Greyfriars. Supone que alguna orden de patrimonio debe de haber protegido la hermosa y antigua estructura de sufrir el mismo destino que todo su entorno. Sus nuevos habitantes, con orugas capilares apelmazadas sobre sus cabezas en capullos tricotados con la bandera de Etiopía, han reconvertido el descuidado edificio en un vibrante epicentro de actividad afrocaribeña. Rebautizado como «club Matafancanta», que a su entender es la voz jamaicana para designar una especie de «sitio para compartir», lo dedican a cuidar de niños en edad preescolar, a dotar de local de ensayo a los artistas locales y sus sistemas de sonido, y a preparar estofado como si no hubiera mañana en la cantina de la segunda planta. El fuerte, con la fachada de obra pintada de rosa y la grácil

decoración de sus molduras vivificada por el trajín interior, luce genial. Cuando pasa por Northampton unos años después, los buldóceres han acabado con él, y no queda nada salvo una franja de hierba amarillenta y unas cuantas historias muy previsibles sobre dirigentes poco diligentes huidos a Kingston con los fondos, chavales de apodos pegadizos pasando maría, y posteriores redadas policiales después de que se avisten demasiados BMW aparcados por la zona. Mucha tela para una orden de patrimonio, si es que llegó a existir una. En el mismo viaje, le alivia constatar que la asombrosa y antiquísima haya que apenas recuerda de su infancia sigue viva y floreciente en uno de los patios más distantes de Sheep Street, y que la mole del Santo Sepulcro, igualmente antediluviana, también se alza donde siempre, ambas tan aparentemente inamovibles como Alma Warren, con la que ha retomado el contacto. David procura alimentar su ya menguada pasión por los cómics con visitas esporádicas a una tienda de Covent Garden llamada Comics Showcase, y es ahí donde se entera de lo bien que le va a su vieja amiga cuando capta el tono reverencial de otros clientes a la hora de comentar sus portadas más recientes. Pilla un par de ejemplares para leerlos y se queda impresionado con el inquietante realismo que Alma es capaz de imprimirle a unos estúpidos personajes disfrazados de más de treinta años, cariz que logra al retratarlos con mucha más seriedad de la que parecen merecer. Entonces, unas semanas después, mientras pasea por esa misma tienda con la pequeña Lily sobre los hombros, se topa con Alma en persona. Volver a verse los colma de alegría, y como tienen mucho que contarse, a partir de ahí sus viajes a Northampton se tornan más frecuentes. Va más a menudo, pero la situación con papá y Andrew continúa tensa e incómoda. Los esfuerzos de Bernard por alentar a un hijo en favor de otro fracasaron por la negativa de David a enzarzarse en tal competición, pero el viejo ha hallado un modo de perpetuar su favoritismo divisivo e indeseable en las nuevas generaciones: mimar a Selwyn y Lily e ignorar a Benjamin y Marcus, los hijos de Andrew. Lo que más le

molesta del comportamiento de papá es el daño que le hace a su hermano, mucho peor que cuando era a él a quien le hacía el vacío. Andy podía soslayar eso, pero es incapaz de tolerar que lo sufran sus pequeños. Empieza a obsesionarse con que gocen de las mismas atenciones que percibe por doquier en la pareja de David, los alienta a ir al instituto y la universidad, y se obstina en que la excelencia académica pura forzará a su padre a loar a sus nietos. Él le aconseja que se olvide de papá, pero eso es más fácil decirlo cuando no son tus hijos a los que tratan mal delante de tus narices. Detecta amargura y resentimiento en los ojos de su hermano, y no sabe cómo terminará el asunto, pero sospecha que no muy bien.

Charley el Negro yace moribundo en su hogar de Scarletwell Street, solo a unos meses vista de que lo derriben para construir pisos y de que los trasladen a él y a su familia a algún otro sitio que no les guste tanto. Selina y sus hijos van y vienen de su lecho en una cariñosa estela onírica a la que no puede seguirle la pista, dada la medicina que le han dado para que no le duela el pecho. Por los alrededores, según le cuentan, lo han arrasado todo excepto la escuela Spring Lane, así como unas pocas viviendas del final de la calle. No quiere verla transformada en un montón de ladrillos esparcidos por los matorrales, pero le gusta pensar que aún quedará algún establo superviviente en las casas de St. Andrew’s Road. Dado que ya no se molesta en ir a la iglesia y tampoco podría visitar una aunque quisiera, esas viejas cuadras constituyen lo más próximo a un lugar de culto que tiene a mano, uno al que podría acudir caminando si pudiera caminar, pero que al menos se halla a un trecho asumible para el pensamiento ahora que efectivamente es incapaz. Supone que ha llegado a ese punto de la vida en que quizá le convendría intercambiar unas palabras con su creador, y eso es justo lo que hace: bajar a ese viejo cobertizo en su cabeza sin necesidad de salir de la cama ni una sola vez. Se imagina montándose en su vieja bicicleta, legada a los juegos de su

hijo Edward unos meses atrás, cuando les quedó claro que no iba a necesitarla más. En su fantasía, simula precipitarse por una Scarletwell Street que sigue como antaño, con Newt Pratt y su bestia borracha en el exterior de un Friendly Arms también resucitado, saludando a Henry con bufidos amistosos e ininteligibles a medida que pasa traqueteando hacia St. Andrew's Road, como hacían cuando él aún podía montar en bici y ellos todavía estaban vivos. Se representa a sí mismo joven y vigoroso, enderezando su vehículo por esa callejuela adoquinada conocida como Scarletwell Terrace — situada a la derecha al llegar a la calle principal— mientras avanza pesadamente hacia el portón trasero del establo, en su mente abierto y no tapiado, que es como ha oído que se conserva en estos días, carente de caballos tiempo ha. Deja su artilugio ficticio apoyado contra un muro también ficticio, descorre el cerrojo oxidado antes de entrar, y evoca los sonidos y esencias típicos del emplazamiento, el revoloteo de los polluelos en el nido, el olor de una paja que no se renueva en años, con hedor a avena rancia y una leve reminiscencia a estiércol. La luz se filtra por las tejas rotas del techo, y Henry se postra sobre sus rodillas ilusorias y le pregunta al ser que intuye que podría estar escuchando si de veras va a morir pronto, y si hay algo que deba aguardar después de que eso pase. Como es habitual, no obtiene respuesta, así que se pregunta qué clase de respuesta cabría esperar, qué clase de más allá piensa que le agradaría durante la larga etapa siguiente de la eternidad. La idea del Cielo que presentan las ilustraciones de la Biblia no le convence. Es limpio y bonito, sí, con sus nubes y sus escaleras de mármol, pero, al igual que con esos bloques de pisos modernos que según los rumores están levantando por todas partes, en esa imagen no ve ningún lugar para él; o no, al menos, uno con el que se sienta cómodo. ¿Qué desearía pues, ya que no desea eso? Ha barajado la noción que tienen los hindúes acerca de volver a nacer para vivir como alguien distinto, quizás incluso como un animal bobo, pero no le convence. Si muriera hoy y la semana que viene

naciera alguien totalmente distinto sin ningún recuerdo de haber sido él, ¿cómo podría ese alguien ser Henry George? A menos que se le esté escapando algo, tiene muy claro que ese alguien sería otra persona con una identidad propia completamente ajena a Henry George. Así que no. Cuando intenta concebir el paraíso, lo que evoca son las cosas que conoce, lo que ya ha sucedido. Piensa en lo mucho que le gustaría volver a ver a su padre, u oír a su madre cantar como en los campos. Le gustaría volver a vivir la despreocupación de su infancia, antes de que lo marcasen, cuando todo parecía benévolo y misterioso. Le gustaría volver a enamorarse de Selina, pasear con ella por el río Usk a su paso por Abergavenny, yacer juntos en una tienda destartalada e inútil junto a un gran rebaño, viajar de Gales a Northampton justo después de casarse. Anhela volver con Selina a esa tarde en la que cobró su salario y se fijaron por primera vez en Scarletwell Street, la calle en la que vivirían y en la que pronto habrá de morir; desea acudir a donde su esposa y la amortajadora, la menuda señora Gibbs, cuando lo llaman al paritorio improvisado para que vea a sus hijos recién nacidos. Ansía el regreso de su antigua bicicleta de maromas rodantes, y también el de su capacidad de conducirla al vuelo. Y entonces se da cuenta de que lo que quiere es volver a vivir su vida entera, todo lo que le es querido y familiar. Si pudiera tener eso, la marca y las noches de náuseas en el *Orgullo de Belén* bien habrían valido la pena. Es cuanto desea, pero el sol de sus pensamientos titila a través del tejado caído, las vigas jaspeadas de guano parecen acrecentar su brillo, y más tarde, cuando Selina le trae la cena para ver si le apetece un poco, descubre que no puede despertarlo.

En otro lugar es 1991, y Bernard Daniels, ya jubilado, decide que Joyce y él deberían volver a Sierra Leona una última vez antes de ser demasiado viejos para viajar. David no domina la situación política del África Occidental, pero tampoco está muy seguro de que el vuelo sea buena idea, y Andrew opina lo mismo. Su padre, sin embargo, desdeña

sus preocupaciones. Sus hijos nacieron en Brixton y jamás han pisado África, y por tanto, a través de sus ojos ingleses de pura cepa, la ven como una tierra hostil, como un continente oscuro. Joyce y Bernard son africanos, y no albergan esos recelos. Para ellos solo es un viaje a su hogar, y las peroratas de David acerca de las tensiones que rugen actualmente en torno a las montañas del león no van a disuadirlos. Tras un vistazo somero a la sección internacional del *Times*, papá concluye que la situación en Sierra Leona no se aleja de los estándares habituales. Siaka Stevens abdicó hace unos años en favor de otro limba, el mayor general Joseph Momoh. Están los consabidos intentos de zarandeo usurpador, simulados o reales, y las acostumbradas represalias en forma de frutos colgantes a lo largo de Kissy Road, y aunque admite que ahora mismo hay cierta convulsión —pues Momoh se ha visto forzado a reinstaurar el sistema multipartidista, y hay mucho runrún siniestro en la oposición—, Bernard sabe que como el viaje deba esperar a que la situación política se aclare, Joyce y él ya pueden esperar sentados. Lo tiene todo listo. Ha sacado los billetes. No hay nada que David, Andrew o sus familias puedan hacer salvo cruzar los dedos y esperar lo mejor, y eso, por descontado, no funciona nunca. Mientras todos se fijan en las tensiones políticas de Sierra Leona, nadie se percata de lo que acaece al otro lado de la frontera en Liberia; en concreto, una guerra civil horrible y sangrienta orquestada en gran parte por el líder del Frente Patriótico Nacional, Charles Taylor, el hombre responsable del eslogan más contundente y persuasivo jamás empleado en unas elecciones:

MATÉ A TU MADRE.
MATÉ A TU PADRE.
VÓTAME.

Taylor decide que le interesa extender el conflicto a Sierra Leona. Ayuda a financiar el Frente Revolucionario Unido del cabo de origen temné Foday Sankoh, experto en guerra

de guerrillas y formado en Gran Bretaña y Libia. Cuando la guerra civil estalla en Sierra Leona, a Joyce y Bernard los pilla desprevenidos, ambos en la setentena, krios de nacimiento y odiados por las tribus nativas, con cualquier vuelo de entrada o salida cancelado y, por tanto, sin forma alguna de salir del país. Es aterrador. Las muertes se suceden por la calle en una vorágine inimaginable de miedo, súplicas y conmoción, rara vez con un disparo a la cabeza, rara vez de manera rápida. Les ponen al cuello un estiloso collar de neumáticos ardientes o los masacran durante veinte minutos con machetes romos que dejan exhaustos a los asesinos. Guarecida en su hotel, la pareja escudriña por entre cortinas corridas el humo ondulante, la furiosa marea negra que anega las calles. Mientras tanto, en Inglaterra, David y su familia están frenéticos, llaman sin cesar a agencias de viajes y embajadas, hasta que al fin se las arreglan para traer a sus padres a casa, tremendamente asustados, pero ilesos. Ilesos y, en el caso de Bernard, muy empecinado. Todo lo que ha visto confirma sus fuertes convicciones de que las tribus nativas de Sierra Leona no eran sino salvajes que se beneficiaban del gobierno colonial, y que ahora son incapaces de existir sin él. En cuanto a su actitud en casa, el empecinamiento es similar. Continúa negándose a otorgar su afecto y su ánimo a los hijos de Andrew en el mismo grado que a los de David, así que los intentos del primero por demostrar los errores de su padre forzando la excelencia académica de Benjamin y Marcus se vuelven perniciosos y obsesivos. David sigue el desarrollo de los acontecimientos como si fuera un relato de fantasmas, una repetición pavorosa y embrujada de hechos y actos del pasado que se manifiestan con espanto en el presente, en 1997. Al final, una mañana de sábado, recibe una llamada en la que su hermano apenas puede hablar, en la que las palabras no le salen. Marcus, su hijo mayor, se ha suicidado. Acaban de telefonearle desde el colegio. La presión de los exámenes, creen los profesores. Dios mío. Un accidente de coche pausado y terrible que comenzó en Freetown cuarenta años atrás alcanza el momento del

impacto, y la familia Daniels se descubre aturdida y paralizada en mitad de los escombros emocionales, con flores que asienten en la brisa a lo largo de Kissy Road.

Es 1997, y el Railway Club, que se extiende junto a Castle Station en paralelo al final de St. Andrew's Road, es casi el único motivo para vivir de Eddie George. Está muy viejo, ochenta y tantos años, y padece una de esas cosas que no sabe ni pronunciar, esclerosis o algo así, pero para ser feliz le basta con salir de su casa en Semilong y tomarse una Guinness con los amigos en su mesa habitual del local. Allí se reúne toda clase de gente del barrio, y eso es lo que más le gusta. Parejas con hijos, un montón de tías y tíos tan viejos como él, y jovencitas muy guapas que a nadie le hace daño mirar. Suele coincidir con el joven Mick Warren y su esposa Cathy, a veces acompañados por su desaliñada hermana o por sus dos hijos, Jack y Joe. Jack tendrá seis o siete años, y parece que le gusta charlar con Eddie cuando lo ve. A Eddie también le gusta. Hablan de paparruchas, y él se acuerda de cuando era joven, de cuando salía a jugar a la acera de casa en Scarletwell Street con sus hermanos y hermanas, todos con carromatos en miniatura, y luego con la curiosa bicicleta con carro que le regaló su padre justo antes de morir. El puñetero trasto se cayó a pedazos a las pocas semanas. Se ríe solo de pensarlo mientras llama al taxi para que lo lleve al Railway Club, pero eso le provoca una punzada en el corazón que lo obliga a sentarse en el sofá y a calmarse un poco hasta que acuda su transporte. Hace un día gris, y eso le empaña la vista mientras aguarda en su salón diminuto. Considera encender la luz para animarse un poco, que le den a la factura, pero entonces llega el coche y le pita desde fuera. El mero acto de levantarse lo marea un tanto, como si los pensamientos y las sensaciones se le escurrieran de la cabeza a los pies. Deja que el conductor, joven y capaz, lo guíe desde su puerta hasta el asiento trasero del automóvil, donde también requiere de su ayuda para abrocharse debidamente el cinturón de seguridad. Al menos está calentito, y cuando

el motor arranca y echan a rodar, admira por la ventanilla los pisos de sus vecinos, las casas que remontan la cuesta del revés a medida que ellos bajan por Stanley Street hacia St. Andrew's Road. Stanley Street, Baker Street y Gordon Street. Ha tenido que vivir en Semilong sus buenos años para percatarse de que eran los nombres de los célebres generales ingleses que liberaron Mafeking hace ya más de un siglo.[52] Durante un tiempo, albergó la creencia de que las habían bautizado así por Stanley Baker, el actor de cine, y rememorarlo ahora vuelve a hacerle sonreír. Cuando el taxi tuerce a la izquierda por St. Andrew's Road, deja a su derecha los solares y depósitos de las empresas de embargo de bienes, que llevan aquí desde que tiene memoria, algunas con letreros de una caligrafía vetusta, a sus ojos victoriana o algo así, en sus puertas de madera descascarada. En la acera de enfrente, a la izquierda, quedan las embocaduras de una pulcra hilera de calles empinadas que ascienden hasta Semilong, todas paralelas, Hampton Street, Brook Street y demás. Siempre ha sido muy feliz aquí. Le gusta el barrio, aunque no puede decirse que le vaya precisamente bien. No es ni de lejos el peor sitio del mundo, pero, en términos de conservación, está claro que Semilong se sitúa muy abajo en la lista. Según lo ve, lo que le pasa a donde vive ahora es que cae muy cerca de donde solía vivir; o sea, de los Boroughs, o de Spring Boroughs, que es como parecen referirla ahora. Es como si la pobreza o los bajos precios inmobiliarios fueran contagiosos, porque se diseminan de zona en zona si no se aíslan; quizá tendrían que colgar de las puertas unas mantas empapadas en desinfectante, como acostumbraban a hacer en Scarletwell Street cuando a alguien le entraba la escarlatina. Al igual que con su confusión con Stanley Baker, aún recuerda cuando creía que la escarlatina era una enfermedad que solo sufrían los vecinos de Scarletwell Street, y que los de Green Street padecerían la *greenlatina*. Los modos de discurrir cuando uno es un zagal nunca dejan de asombrarle, ojalá el pequeño Jack esté hoy por el club cuando él llegue. A su derecha, más allá de la ventanilla, ve

ahora la franja de hierba y árboles que baja hacia el río marrón verdoso, conocida en su juventud como Paddy's Meadow, aunque a estas alturas seguro que ya le habrán puesto otro nombre. Con ojos enrojecidos, otea el viejo parque de recreo situado al pie de la frondosa pendiente, un lugar que aún insiste en llamar «el Valle de la Felicidad». Unos pocos rayos de sol caen de entre las nubes sobre el tiovivo oxidado y las briznas desatendidas, y entonces nota un nudo en la garganta, porque está precioso. Recuerda aventurarse entre los juncos de la ribera con sus amiguitos churretosos, y también lo mucho que les gustaba asustarse fingiendo que había un monstruo largo y terrible en el río, uno que los atraparía si se arrimaban demasiado. Observa el prado, ahora vacío, y se convence de que todos esos días siguen ahí de algún modo, en los correteos, en los columpios chirriantes, siempre presentes aunque él esté demasiado lejos como para verlos. Así ha de ser. En su fuero interno, no admite la noción de que momentos, cosas y personas se pierdan de verdad. Solo siguen adelante, él incluido, hasta acabar arribando a eras y circunstancias que no entienden del todo y que no necesariamente les gustan, sin posibilidad de regresar a donde se hallaban felices y contentos. En estos días, hay muchas cosas en el mundo a las que no les tiene tomada la medida. No sabe qué esperar de este nuevo gobierno que acaba de entrar, de estos laboristas cuyo aspecto y lenguaje no se parece a los de los laboristas que conoce, y todo el asunto de la muerte de la princesa Diana en ese accidente de coche lo ha pillado tan de sorpresa como a cualquiera, porque el país entero se diría de luto, destrozado por un tiempo. Le da la sensación de que las noticias se suceden a todas horas, hasta colmar el vaso, y de que otra modelo con dificultades alimentarias u otra manada de futbolistas violadores harían que la información que acumula se derramara por el suelo. El taxi está ya en el semáforo del cruce de Andrew's Road con el pie de Spencer Bridge y Grafton Street, y él se pone a mirar el aparcamiento de camiones de delante, en la otra punta de la calle, con el prado y los servicios públicos de antaño

convertidos en el Super Sausage. Aún hay mucha luz como para que las chicas se dejen ver, y Eddie lo agradece, porque odia presenciar eso, constatar cómo las mujeres del oficio son más jóvenes cada día. Está cansado. El mundo lo tiene cansado, y él se menea en el asiento de atrás porque nota el cinturón muy tirante, como si no estuviera bien abrochado. La luz verde se enciende y el coche avanza, dejan atrás el aparcamiento de camiones vallado y se internan en un nuevo tramo, con las explanadas ferroviarias situadas a la derecha tras un muro y una pequeña tira de césped a la izquierda, la misma que conecta Spring Lane con Scarletwell Street y que antes estaba llena de adosados. No puede evitar echarle una larga ojeada a la calle en la que nació cuando el taxi surca su extremo inferior, donde ese espeluznante edificio exento sobrevive en soledad cerca de la esquina. La antigua colina se alza con los patios de la escuela Spring Lane a un lado y los pisos de la década de 1930 al otro, construidos después de demoler las casas donde vivía con su familia y sus amigos. Los balcones circulares se están herrumbrando, y a las entradas del patio interior les han puesto cancelas. Cuesta arriba están esos dos bloques de pisos más altos que el resto, Claremont y Beaumont Court, unas torres que se erigen victoriosas sobre un panorama totalmente arrasado. Admite que la calle no es gran cosa, pero es de donde proviene, y aún conserva esa especie de luz interior. Cierra los ojos ante sus orígenes y se da de bruces con esas gotas flotantes de gelatina coloreada que suelen surgir al guiñarlos. Su patrón aleatorio se le asemeja a algo que no acierta a concretar, hasta que al fin se da cuenta de que es a la cicatriz que su padre lucía en el hombro, con sus triángulos y sus líneas ondulantes. Piensa en sus padres y repara en que ahora hará cien años exactos, quizás incluso con precisión de meses, desde que llegaron a Northampton y se fijaron por primera vez en Scarletwell Street. Cien años. Se dice pronto. A ver quién supera eso. Nota distraídamente que el coche aparca junto al Railway Club, y el «hemos llegado» que le adivina al taxista lo alegra mucho, pero lo cierto es que, para entonces, ya lleva

muerto unos cuantos minutos.

Apenas diez años después, en 2006, Dave Daniels pasea por una soleada Sheep Street de camino a la exposición de Alma. Salvo por la iglesia redonda, está todo distinto, y no sabría decir cuál es la ventana de su antigua casa —esa de la que excluyeron a Andrew— o siquiera si su antigua casa sigue en pie. Sospecha vagamente que podría ser una de las que derribaron para hacerle hueco a las enormes instalaciones color carne enlatada de la Agencia Tributaria, pero no está seguro. Además, le da igual. Apenas recuerda aquel primer año allí, y tras el suicidio del hijo mayor de Andrew, tiende a culpar a la coyuntura de principios de los cincuenta por el fallecimiento de su sobrino, aunque es consciente de que la verdad será mucho más compleja, menos en blanco y negro. Las cosas suelen serlo. Más adelante, curiosea la entrada abierta del patio en el que solía alzarse la vieja haya, pero la otra noche habló con Alma por teléfono, y sabe bien qué esperar. El árbol ha desaparecido; un ser tan viejo como la mismísima iglesia redonda, testigo de cruzadas y guerras civiles, emponzoñado con nocturnidad y alevosía por el propietario ricacho del negocio adyacente, cuyos planes de expansión, si es que los deleznables rumores que le ha referido su amiga son ciertos, chocaban por desgracia con el haya y su orden de conservación. Niega con la cabeza y concluye que así va el mundo. Al llegar a Sheep Street, cruza una calzada de doble sentido inédita y camina junto a la extensión expedita de hierba descuidada que solía ocupar el Matafancanta, justo bajando desde esa pertinaz estación de autobuses que hace poco ha sido elegida el edificio más feo del país. Según le cuenta Alma, el engendro no solo es repelente, sino que presenta la entrada en el lado equivocado y obliga a los vehículos a rodearlo por completo si quieren acceder, un auténtico dislate provocado por uno de los urbanistas del ayuntamiento, que presentó los planos boca abajo. Resulta casi cómico. Tuerce a la derecha antes de llegar al viejo Mercado de Pescado del extremo superior

de Drapery y bordea un restaurante chino opuesto al aparcamiento en altura de la otra acera. Es incapaz de reconocer el paisaje. Lo que tiene delante es una intersección descomunal que ha sustituido los alegres confines del Mayorhold y se ha llevado por delante la papelería de Harry Trasler, en la que Alma y él acostumbraban a rebuscar cómics casi cada sábado. Ya no lee cómics, aunque ahora están tan de moda que a los adultos se les permite leerlos sin miedo al ridículo. Irónicamente, estima que eso los hace más ridículos que cuando se tenían por un medio perfecto, legítimo y a menudo hermoso de entretener a los críos. A los trece años, su idea del cielo era la de un lugar en el que los cómics se vendían y elogiaban por doquier, quizás incluso con una docena de películas de alto presupuesto protagonizadas por sus personajes disfrazados favoritos, a veces un tanto minoritarios. A los cincuenta, que ese paraíso se haya hecho realidad a su alrededor le parece deprimente. Ideas y conceptos pensados para niños de hace cuarenta años… ¿en serio eso es lo mejor que puede ofrecer el siglo XXI? Con la de cosas extraordinarias que pasan a diario, ¿de veras son las fantasías de posguerra de Stan Lee, centradas en el empoderamiento de la clase media americana, blanca y neurótica, la respuesta más adecuada? Desciende hacia un paso peatonal subterráneo iluminado por lámparas de sodio, discurre bajo el tráfico embalado, y emerge al otro lado de la amplia cascada de vehículos que podría ser Horsermarket. Siguiendo el convulso flujo de cromo y acero, anticipa su reencuentro con el Centro de Control de Crédito de Barclaycard en la esquina inferior de Marefair, pero pronto descubre que hasta eso ha desaparecido, reemplazado por una especie de complejo de ocio y comercio. Continúa por Marefair casi hasta Castle Station y dobla a la derecha por Chalk Lane, que debería llevarle a la pequeña guardería donde Alma ha montado el bolo. De inmediato, las amapolas del antiquísimo muro de piedra que hay a su derecha lo envuelven desde la argamasa desmenuzada. Esta súbita saturación escarlata le trae a la

memoria las noticias de hace unas semanas, las del inicio de un proceso de extradición que acabará con Charles Taylor juzgado por crímenes de guerra en una celda de cristal en La Haya. Ya era hora. Cincuenta mil muertos en una guerra civil de diez años que concluyó en 2002, y a los Cascos Azules de la ONU no los enviaron de forma permanente hasta hace… ¿cuánto? ¿Seis meses, tal vez? Es pasmoso que tanto dolor y tanta masacre puedan ser instigados, básicamente, por un solo individuo. «Casi mato a tu madre. Casi mato a tu padre. Ahora, sé clemente». No es muy probable. Joyce y Bernard murieron un par de años atrás, pero los recuerdos de David de esas dos semanas frenéticas intentando sacar a sus padres de la pesadilla de Sierra Leona siguen hostigándolo, tan lacerantes como si la situación aún estuviera en curso. Al superar un humilde edificio de piedra caliza que cree identificar como la iglesia de Doddridge, advierte un portillo un tanto superfluo a media altura de uno de sus muros, y entonces se acuerda de su sobrino Marcus, que en sus pensamientos pervivirá para siempre como un joven de diecinueve años. Piensa en los prejuicios a los que se enfrentó Bernard, su padre, al recalar aquí en los cincuenta, y también en los prejuicios que se trajo con él. Su noción del estatus; ese esnobismo defensivo que a las familias krio huidas de la esclavitud les sirvió para poblar una colonia británica y ganarse el más profundo rencor de los pueblos nativos de Sierra Leona. Pequeños piñones para que los grandes engranajes sigan girando en la historia y los corazones de las personas; un mecanismo casi imposible de percibir adecuadamente, y cuya acción tiene lugar a lo largo de décadas y siglos. Así va todo. Él, por su parte, está empezando a cansarse de Bruselas, y lo que tal vez le gustaría es volver un tiempo con Natalie y sus dos hijos, vivir de sus ahorros y de los ingresos de su esposa, y ver lo que surge. Necesita gozar de la vida en tiempo presente, no en retrospectiva o como algo postergado a futuro. Puede acabarse en un segundo, con una guerra civil repentina o un gran examen agobiante, nunca se sabe, así que lo que desea es vivir cada momento como si fuera un

diamante extraído éticamente. Ahí está la guardería. La afluencia es modesta, hay mucha gente que no conoce reunida fuera, y en mitad de la muchedumbre ve a Alma con un sedoso jersey turquesa, saludándolo. Cada momento. Cada momento es una gema única de valor incalculable.

Es 1897, y Henry y Selina se quedan parados y boquiabiertos en mitad de Scarletwell Street. El panorama es tan anómalo que, por un momento, consideran estar soñando o encantados, y entonces, sin mediar palabra, se cogen de la mano como si fueran dos niños pequeños. Atado a una farola en el exterior del Friendly Arms, el animal los ignora. Tras medio minuto o así, un tipo menudo y robusto con unas patillas enormes sale del pub con una gran jarra de cerveza destinada a la criatura, que en el acto se pone a bebérsela. El hombre, que más tarde averiguarán que es el señor Newton Pratt, deja de mirar al animal para observar a Henry, y luego se echa a reír. «¡Que me aspen! ¿Vosotros dos os conocisteis allí abajo en el viejo continente o qué?» Ahora Henry también suelta una carcajada. «Bueno, hablando por mí, yo nunca he estao en África, aunque admito que los papás de ese amiguito suyo bien pudieron cruzarse alguna vez con los míos. ¿Dónde se hizo con él, si no le importa que se lo pregunte?» Al tipo no le importa en absoluto. «En el zoo de Whipsnade, que se quedó sin espacio e iba a vendérselo a los matarifes pa que hicieran pegamento. Se llama Horace, y diría que se ha enamoriscao de su joven señora». Henry gira la cabeza y ahí está Selina, sonriendo como en una mañana de Navidad mientras la rareza consiente que le acaricie su hocico oscuro. Cuando contempla a la bestia, las rayas blancas y negras de su piel componen una bandera asombrosa y salvaje clavada orgullosamente entre adoquines y chimeneas, el mechón oscuro de su cola espanta las moscardas, y su crin hirsuta luce el pelado de un indio mohawk, bamboleante en exceso, como si estuviera ebria. Henry se decide en el acto: aquí es donde vivirán Selina y él. Conversan un buen rato con el hombre, que les cuenta que se llama Newt Pratt y que al

lugar que pisan se lo conoce como los «Burrows» o algo así; es decir, como las Madrigueras, un topónimo que a Henry le hace ver conejos husmeando y saltando allá donde hay hierba. El équido de la sabana eructa, y cuando el señor Pratt le pregunta por su nombre y él se identifica como Henry George, el primero le asegura que se acordará. Por supuesto, no será así.

LA ESCALINATA DE TODOS LOS SANTOS

Personajes

JOHN CLARE
MARIDO ESPOSA
JOHN BUNYAN
SAMUEL BECKETT
THOMAS BECKET
MULATA

Noche de niebla, tres amplios escalones de entrada y el acogedor pórtico de una iglesia de estilo gótico tardío con columnas dóricas a izquierda y derecha. Al fondo, bajo el pórtico, la fachada de piedra caliza presenta nichos a ambos lados de sus puertas cerradas. En off *y a lo lejos, se oye el sonido casi inaudible de un piano que interpreta* Whispering Grass. *Sentado a la derecha en un vano, John Clare viste ropas rurales y polvorientas del siglo* XIX*, incluido un sombrero alto de ala ancha. Lleva despegada la suela de un zapato. Escudriña, atento, la tiniebla circundante*

JOHN CLARE: Pues menuda noche de lobos hace. ¿Quién va? *(Pausa.)* Venga, un poco de vitalidad... aunque poco me preocupa mi vitalidad en estos días. Si no fuera por tanta caminata y tanto desencanto, ni me quejaría. Y en lo relativo a la carne y el hueso, soy de la opinión de que se parecen mucho a los zapatos, pues lo corpóreo huele a fresco y luce un encantador lustre cereza cuando es nuevo, pero deja de ser útil cuando la lengüeta se agrieta y las suelas se desgastan. Y vaya espectáculo más lamentable acaece cuando las uñas empiezan a encarnarse en el dedo. *(Hace una pausa reflexiva para examinar su zapato ajado.)*

Bueno, en general, prefiero grandemente esta posteridad vaporosa, pues así el espectro de mi trasero puede revisitar todos estos lugares a los que tan apegado estaba. Mi única pena es que la vida insiste en trastabillar por el camino tanto como puede, mientras que, si no fuera así, habría aquí mucha más gente de mi edad y extinción con la que podría hablar. *(Agacha la cabeza y escucha la levísima música en* off.*)* Bonita melodía. Me gustaría saber quién anda tan furibundo como para tocársela así a los demás.

Unas pisadas arrastradas se acercan en off. *El marido y la esposa entran de frente por la derecha. Llevan trajes de noche; ella, un abrigo largo con bolso y bonete; él, una llamativa chaqueta amarilla a cuadros con pajarita, cabello moreno encerado y un acicalado bigotito. Se detienen y contemplan la escalinata desierta de la iglesia*

MARIDO: Vamos a sentarnos aquí.

ESPOSA: Aquí no. Aún puedo oírla. La melodía llega más lejos en la noche.

MARIDO: Tendrá que ser aquí. Si necesitas orinar, los baños de Wood Hill caen a mano. Además, seguro que para pronto. No sé qué le ha dado.

ESPOSA: *(Resopla con sorna.)* Yo sí lo sé.

Resignada, se sienta en el segundo escalón de la iglesia. Su marido se queda parado observándola durante unos instantes. Ella no le devuelve la mirada, pero escudriña la niebla con ojos de furia. Cuando él se sienta al fin a su lado, ella se aparta medio metro. Él la mira, dolido y sorprendido

MARIDO: Celia...

ESPOSA: Ni se te ocurra.

JOHN CLARE: ¿Hola? Creo que no están ustedes muertos, ¿verdad?

MARIDO: ¿Así van a ser las cosas ahora?

Ella no contesta. El marido la mira, expectante. John Clare se incorpora en el nicho y camina, vacilante, hasta situarse entre la pareja sentada

JOHN CLARE: Disculpe, caballero, pero no estoy seguro de si se dirigía a la dama aquí presente o a mí mismo. Si en respuesta a mi pregunta sobre su propia mortalidad estaba usted indagando en la cuestión de si esta continuidad aciaga y neblinosa constituye la naturaleza de su más allá, entonces, según mi experiencia, la respuesta es que sí. Sí, así es como van a ser las cosas ahora. Deambulará por la niebla y nadie vendrá jamás. Si aguardaba usted la venida de un supuesto creador que hiciera lúcidas sus propias intenciones, creo que va a tener que quedarse esperando un buen tiempo. Pero, en fin, si hace acto de presencia, le rogaría que tuviera la bondad de orientarlo en mi dirección cuando acabara con él. Le estaría muy agradecido. Hay ciertos asuntos que me gustaría debatir. *(La pareja lo ignora. Por probar, agita la mano arriba y abajo entre ellos, como si quisiera determinar si están ciegos. Unos segundos después, desiste y observa a la pareja con aire apenado.)* Por supuesto, cabe la posibilidad de que estuviera usted interpelando a su acompañante, en cuyo caso espero que disculpe mi intromisión. No pretendía ofenderle con mi asunción de que una pareja con una indumentaria tan inapropiada para la ocasión pudiera estar muerta. Yo mismo no soy ajeno a las inconveniencias del matrimonio. Cuando estaba con Patty, siempre era en Mary en quien pensaba. Y lo cierto es que a menudo...

MARIDO: Te he preguntado si así van a ser las cosas ahora, si vas a estar así toda la noche hasta que amanezca. Si algo te ronda la cabeza, suéltalo ya, por Dios.

ESPOSA: Ya lo sabes.

MARIDO: Pues no.

ESPOSA: No quiero hablar del tema.

MARIDO: ¿De cuál?

ESPOSA: Ya lo sabes. De la situación. Déjame ya en paz.

JOHN CLARE: *(Lenta y deliberadamente.)* ¿Me reconoce usted? *(El marido sigue mirando a la esposa, que a su vez escudriña la niebla.)* No lo pregunto por orgullo herido, sino por un genuino espíritu de investigación. Podría ser lord Byron, pero, ahora que lo digo en voz alta, me doy cuenta

de que él jamás diría algo así. Sin embargo, podría ser perfectamente el rey Guillermo IV, en cuyo caso me agradaría saber alguna nueva del año que estemos sufriendo actualmente y si mi hermosa Vicky sigue siendo la reina. Tómese el tiempo que necesite, por favor. Aunque quién sea yo carece de importancia siempre que sea alguien bien recordado.

MARIDO: ¿Situación? ¿Qué situación?

La esposa no responde. Tras mirarla unos segundos, el hombre desiste y agacha la cabeza hacia sus zapatos sin decir nada. Con ganas de más charla, Clare se gira alternativamente hacia el hombre y la mujer varias veces. Ante la ausencia de réplica, deja caer los hombros con desánimo

JOHN CLARE: *(Suspira profundamente.)* Oh, da igual. Lamento las molestias. Solo es un juego al que me dedico cuando no tengo nadie con quien hablar. ¿Saben qué? Voy a dejarles solos y a ocuparme de mis asuntos. *(Se vuelve y comienza a retirarse hacia el nicho. A medio camino, mira por encima del hombro a la pareja de la escalinata.)* ¿Saben? A veces tengo la impresión de ser la estatua con alas de piedra que hay encima del ayuntamiento, y de que ella es la gente que me cruzo.

La pareja no responde. Clare sacude la cabeza tristemente y prosigue en dirección al hueco, donde vuelve a sentarse. Se impone ahora un largo silencio durante el que la melodía de piano en off *se interrumpe bruscamente en mitad de un compás. Nadie reacciona*

MARIDO: *(Al cabo de un rato.)* Mira, estoy tan a oscuras como tú. En cuanto a la situación, y con esto no quiero decir que haya alguna en especial, así es la vida en lo que a mí respecta. En la vida siempre te topas con muchas situaciones. Y las jovencitas tan trastornadas pueden tener prontos extraños que...

ESPOSA: Lo único que digo es que hay situaciones y situaciones.

MARIDO: Celia, mírame.

ESPOSA: No soy capaz.

MARIDO: Pienses lo que pienses, lo más probable es que esté loca.

ESPOSA: *(Se gira hacia él, cabreada.)* Maldito embustero. Bien que has oído lo que gritaba.

MARIDO: ¿El qué?

ESPOSA: Lo has oído.

MARIDO: En absoluto.

ESPOSA: Todos lo han oído. Lo han oído hasta en Far Cotton. «Cuando la hierba susurre acerca de mí, entonces recordarás.» ¿Qué me dices? ¿Lo recuerdas o no? ¿Qué habrá querido decir con eso? Desde luego, a mí me parece de lo más extraño.

MARIDO: Bueno, eso es... eso solo es la letra de la canción, ¿no? La letra de la canción que estaba tocando...

ESPOSA: Sabes bien que la letra no es esa. Y sabes bien lo que has hecho.

MARIDO: ¿Te refieres a tu situación?

ESPOSA: No es mi situación. Es la tuya. Solo digo eso.

Mientras hablan, John Bunyan entra por la derecha bajo el pórtico que hay detrás de ellos, vestido con ropajes grises y polvorientos del siglo XVII. No parece percibir a Clare, que sigue descansando entre las sombras de su nicho, pero sí se detiene a escuchar con ceño intrigado la bronca de la pareja que hay sentada en la escalinata

MARIDO: He hecho lo mismo que cualquiera en mi posición. No tienes ni idea de las responsabilidades que entraña llevar una banda. Es cierto que, con el tiempo, tanto viaje termina por crear una cierta intimidad, pero te garantizo que...

ESPOSA: ¡Y tanto que crea intimidad! ¿Entiendo entonces que admites la situación?

MARIDO: No sé a qué te refieres. ¿Qué quieres decir con «situación»?

ESPOSA: Ya me entiendes.

MARIDO: Pues no.

ESPOSA: Las palmaditas y las cosquillitas.

MARIDO: No te sigo.

ESPOSA: El jugar a cómo está tu papá.

MARIDO: Oh. *(Largo silencio. La esposa, cabreada, aparta los ojos del marido, que posa su absorta mirada en el suelo que hay delante.)* Bueno, en cualquier caso, no podemos quedarnos aquí sentados toda la noche.

ESPOSA: Llevas razón. No podemos.

Permanecen sentados. Tras ellos, Bunyan observa con perplejidad a la callada pareja. No percibe a Clare hasta que este último se dirige a él desde el oscuro nicho del fondo

JOHN CLARE: ¡Ja! Seguro que tú tampoco me oyes, so papanatas.

JOHN BUNYAN: *(Se gira para estudiar la oscuridad del pórtico.)* ¿Eh? ¿Quién anda ahí merodeando como un navajero?

JOHN CLARE: Vaya, hombre. Menudo error de cálculo más embarazoso.

JOHN BUNYAN: ¡Sal! ¡Sal antes de que desenvaine!

Clare se incorpora en su nicho nerviosamente y avanza, vacilante, con las palmas alzadas en señal de paz

JOHN CLARE: Oh, venga ya. No hay necesidad. No ha sido más que una chanza, y por ella me disculpo. No me he dado cuenta de que también estaba usted muerto. Estoy seguro de que es un error de lo más común.

JOHN BUNYAN: *(Sorprendido.)* Entonces, ¿estamos muertos?

JOHN CLARE: Según entiendo la situación, me temo que así es, sí.

JOHN BUNYAN: *(Se gira hacia la pareja sentada en primer plano.)* ¿Y ellos? ¿Están muertos también?

JOHN CLARE: Aún no. Creo que están esperando a ver qué pasa.

JOHN BUNYAN: Menudo inconveniente, pardiez. Muertos pues. Creí estar soñando en el catre de mi celda, deseoso de orinar mas no despertado, sino vuelto de costado durante un rato largo e inusual.

JOHN CLARE: Es un hecho que jamás volverá a estar en

tal tesitura.

JOHN BUNYAN: Pues sorprendido me hallo. Llegué a pensar que el mundo venidero sería un territorio más feroz, y ahora me decepcionan los escritos que le dediqué.

JOHN CLARE: *(Con interés.)* ¿Los escritos que le dedicó? Hermosa coincidencia. Yo también trabajé en mi época en tal campo, ahora que caigo. Escribía todo el día, de eso estoy bien seguro, durante mis matrimonios con Mary Joyce, primero, y Patty Turner, después. ¿Era Byron, pues, o era el rey? No recuerdo los detalles tan bien como antaño, pero ¿qué me dice de usted? ¿Escribió algo que yo pudiera conocer?

JOHN BUNYAN: No lo creo. Una vez acuñé algunas palabras sobre un peregrino, destinadas a exponer los escollos y quebrantos de la vida mundana. A la gente común le satisfizo, pero, por no ser yo como ese arribista cortesano de Dryden, cuando otro Carlos llegó al trono no gocé del mismo favor. Estas recientes nuevas de mi muerte me llevan a suponer que la mayor parte de mis escritos no me sobrevivieron.

JOHN CLARE: *(Incrédulo a la luz de la revelación.)* ¿No será usted el señor Bunyan, oriundo de Bedford?

JOHN BUNYAN: *(Halagado, pero prudente.)* Ese soy yo, a menos que hubiera otro. ¿Tan pocos años hace de mi deceso que aún soy recordado? Multitud de cosas hay distintas, empero. ¿Acaso no eran de madera los pilares de la iglesia de los Fieles Difuntos la última vez que pasé por estos lares? ¿O tal vez se incendiaron todos? Me complace saber, en cualquier caso, que sabéis de mí.

JOHN CLARE: Bueno, el discurrir de los acontecimientos me sugiere que han pasado trescientos años desde su último aliento. Me imagino que habrá reparado en los bellos tobillos y pantorrillas de esa mujer de ahí, pues fue lo primero en lo que me fijé yo. Nos hallamos en tiempos estrambóticos, téngalo por seguro, pero me apostaría un chelín a que el progreso de su peregrino sigue en boca de todos, al igual que su nombre en las huellas de sus sucesores. Desde luego, estaba en los míos cuando hui de la

prisión de Matthew Allen por el bosque para caminar más de cien kilómetros de vuelta a mi hogar en Helpstone. Sin duda, habrá oído hablar de ello y también de mí. Soy lord Byron, al que llaman el poeta campesino. ¿Le suena eso de algo?

JOHN BUNYAN: No puedo decir que sí. ¿Por qué os llaman campesino si sois lord?

JOHN CLARE: Ahora que lo menciona, resulta chocante. ¿Y por qué insiste la reina Victoria en que es mi hija? Considerándolo bien, podría no estar del todo acertado en lo de ser lord Byron. La cojera debe de haberme llevado a error. Me viene ahora a la mente con total claridad que soy John Clare, el autor del *Don Juan*. ¡Justamente! He ahí un nombre que, creo yo, le resultará más familiar.

JOHN BUNYAN: Me temo que no.

JOHN CLARE: *(Decepcionado.)* ¿Se refiere al de Clare o al Don Juan?

JOHN BUNYAN: A ambos.

JOHN CLARE: Vaya por Dios. ¿Ni siquiera soy John Clare?

Clare cae en un silencio depresivo y mira hacia el suelo. Bunyan lo observa con preocupación

MARIDO: Mira, no soy ningún santo.

ESPOSA: *(Sin mirarlo.)* Eso podrías jurarlo.

MARIDO: *(Tras hacer una pausa.)* Lo que digo es que soy de carne y hueso.

ESPOSA: *(Se gira hacia él en tono furioso y acusador.)* Pero bueno, ¿qué clase de excusa es esa? ¡Todos somos de carne y hueso! ¡Muéstrame a alguien que no lo sea!

Tuerce de nuevo la cara y vuelve a quedarse en silencio. Tras la pareja, Clare y Bunyan intercambian miradas de aire lúgubre y escéptico

JOHN CLARE: *(Se encoge de hombros.)* Me da en la nariz que estamos estorbando. ¿Qué me diría si le propusiera sentarnos? En mi opinión, es la mejor de las posturas, y

estoy convencido de que es erguirnos y andar de un lado para otro lo que nos provoca tantos problemas como civilización. Venga, vayamos a quitarnos un peso de los pies.

JOHN BUNYAN: Tenía intención de ver el mercado cercano, donde el conde de Peterborough emitió el edicto que referí en una pieza mía que versaba sobre la Guerra Santa. Aun así, un instante de ocio no menoscabará la larga llanura de la posteridad. Empero, en nuestra condición presente, no sé qué peso habríamos de quitarnos de los pies. De hecho, es un milagro que no flotemos hacia los cielos con tanta ingravidez.

JOHN CLARE: Supongo que todos hemos de conservar un gramo o dos en nuestros corazones para tales emergencias. Sentémonos, y tal vez podamos debatir el asunto en mayor detalle. *(Clare guía a Bunyan hacia las entrañas del pórtico. Bunyan se dirige hacia el nicho del lado derecho, pero Clare se ofusca y lo corrige.)* Oh, no, ese no. Ese nicho de ahí me está reservado en virtud de mi ocupación previa. El suyo es el del lado contrario, que es el que guardo especialmente para las visitas. Concedo que no es tan suntuoso como el mío, pero, si tal inconveniencia fuese la peor que le depara la eternidad, debería sentirse dichoso.

Bunyan parece contrariado, pero accede a los deseos de Clare.
Ambos toman asiento en los nichos asignados

JOHN BUNYAN: Lleváis razón. Es bastante cómodo.

JOHN CLARE: Lo es. *(Pausa.)* ¿Pero se refiere usted al nicho o a la eternidad?

JOHN BUNYAN: Sobre todo, al nicho. *(Pausa. En* off*se escucha el sonido de un coche solitario que atraviesa la niebla. El marido y la esposa no reaccionan, pero Clare y Bunyan lo siguen con la mirada.)* Me intrigan esos artilugios. A buen seguro, son una suerte de carruaje, pero no puedo discernir el método de locomoción.

JOHN CLARE: Bueno, yo mismo he dedicado ciertas cavilaciones a ese asunto, y creo que la respuesta subyace en algún tipo de avance de las ciencias naturales que ha

conseguido que el caballo resulte invisible al ojo común.

JOHN BUNYAN: Ciertamente, esa es una conjetura fácilmente refutable mediante la sencilla observación de que no se percibe la evidente abundancia de boñigas que tales jamelgos invisibles deberían producir. Tratad de explicar eso, si tanto sabéis del tema.

JOHN CLARE: ¡Ah, pues a ello voy! ¿No se le ha ocurrido que los seres perceptibles a plena vista como nosotros generamos excrementos que son igualmente aparentes al ojo humano? ¿Y acaso no se deduce de eso que un caballo imperceptible, transparente o invisible produciría asimismo deposiciones de similar naturaleza etérea?

JOHN BUNYAN: *(Tras una pausa reflexiva.)* Sin duda, aunque, por más esotérica que fuese su sustancia, una evacuación invisible debería seguir apestando. De hecho, ¿no representaría ese zurullo espectral que proponéis un mayor fastidio para el peatón, probablemente más proclive a pisar inadvertido vuestra inmundicia numinosa que una excrecencia visible y, por tanto, más fácilmente sorteable o evitable?

JOHN CLARE: *(Tras una pausa para reconsiderar el tema.)* No había caído en eso, así que retiro la especulación. *(Otra pausa durante la que Clare parece ponderar con preocupación la idea de un excremento invisible de caballo.)* Mierda de caballo que no puede verse. Menudo horror, ahora que comprendo las implicaciones. Habría una podredumbre siniestra y oculta en la esencia de todas las cosas, sería imposible de limpiar, e incluso lo más puro podría volverse solapadamente hediondo...

MARIDO: Celia, te prometo que no hay ninguna situación, ningún secreto oculto a la vista. Ya me dirás dónde ves tú las pruebas de esa situación.

ESPOSA: No necesito verlo. Me lo huelo. Huele a ratas. Huele a pescado podrido.

MARIDO: Celia, escúchate. ¿Peces rata?

ESPOSA: *(Se inclina hacia delante con ojos severos y acusadores.)* A eso es a lo que me huele, sí. Por mucho que alguien lo haya empapado en colonia. Un pez rata, con

aletas peludas y orejas escamosas, y con un largo y gordo gusano rosa por cola que va en su estela al nadar por el agua sucia. Dios, debería darte vergüenza.

MARIDO: ¡Pues no! ¡No me avergüenzo de nada! Tengo la conciencia más limpia que un ventanal de cristal pulido, y no hay ni manchurrones ni cagarrutas de pájaro que lo desluzcan. ¿Qué te hace pensar que soy culpable? ¿Hay culpa en mis palabras o en mis maneras? ¿De dónde viene tanta, tanta, tanta culpa, tanta acusación? Porque me está poniendo de los nervios, y como la cosa siga así voy a terminar perdiendo la cabeza. Además, ¿se supone que tengo que razonar con este ruido? ¿Cuánto tiempo voy a tardar en volverme loco si sigue tocando esa dichosa melodía?

ESPOSA: *(Primero lo mira con perplejidad; luego, con ligera preocupación.)* ¿Que cuánto tiempo vas a tardar? Johnny, dejó de tocarla hace una media hora.

MARIDO: *(Con ojos de incomprensión.)* ¿Eh? ¿En serio?

ESPOSA: Como poco, sus buenos veinte minutos.

MARIDO: *(Se gira de repente con ojos perdidos, angustiados y aterrorizados.)* Una media hora. O, como poco, sus buenos veinte minutos…

ESPOSA: Ponle veinticinco minutos como término medio.

MARIDO: Oh, Dios.

Se quedan en silencio. Abrumado, el marido contempla la niebla. su esposa lo mira unos instantes, desconcertada, antes de apartar la vista

JOHN BUNYAN: *(Tras una pausa respetuosa.)* ¿Tenéis noción de lo que les aflige?

JOHN CLARE: Ni la más mínima, ni la más leve. Imagino que será una cuita marital mayormente opaca para el extraño, aunque, por haber tenido dos esposas, soy un hombre con una experiencia más allá de lo ordinario. Con mi primera esposa, Mary, que gozaba de la más dulce de las disposiciones, yo era feliz, y no existían disputas como esta que presenciamos aquí. Nuestro tálamo rebosaba armonía,

y penetrarla era como adentrarme en los pastos del Señor. Con Patty, mi segunda esposa, solo conocí amenazas veladas y oscuras recriminaciones, aunque a menudo era buena conmigo. Sea como fuere, muchas noches sentía celos de mi época con Mary, que era mucho más joven que la propia Patty. Así que no... como veis, no soy ajeno a la vida de casado y sus altibajos, si bien es cierto que no convivía con mi familia a menudo.

JOHN BUNYAN: He ahí otra cosa que tenemos en común, junto con nuestro nombre de pila, nuestra ocupación y nuestro actual estado incorpóreo. Yo también tuve una familia, y de ella me vi separado en virtud de mi confinamiento.

JOHN CLARE: *(Emocionado.)* ¿Estuvo usted confinado? ¡Vaya, como yo! ¡Es como si fuésemos reflejos el uno del otro! ¿Dónde estuvo confinado?

JOHN BUNYAN: En prisión, a causa de mi prédica. ¿Y vos?

JOHN CLARE: *(Evasivo e impreciso de repente.)* Oh... en un hospital.

JOHN BUNYAN: *(Preocupado.)* ¿Sufristeis pues los estragos de la carne?

JOHN CLARE: Bueno... no. En realidad, no. Aunque descuide, en cierta ocasión llegué a sufrir una desagradable cojera.

JOHN BUNYAN: Así que no fue la carne. Entiendo.

En off*, se oye el sonido del reloj de la iglesia, que repica una sola vez*

MARIDO: Tengo la sensación de llevar horas aquí. ¿Eso han sido las doce y media o la una? ¿Qué crees tú?

ESPOSA: ¿Qué más dará? ¿A quién le importa si son las doce y media o la una? De ahora en adelante, en lo que a ti respecta, la hora va a ser siempre la misma. Siempre será demasiado tarde. Aunque, en fin... quizá sean las demasiado tarde y media. No sabría decirte.

Vuelve a imponerse un silencio hostil

JOHN CLARE: ¿Qué ha querido decir con «entiendo»?

JOHN BUNYAN: ¿Disculpad?

JOHN CLARE: Cuando he comentado que estuve confinado en un hospital, pero no por los estragos de la carne, usted ha dicho que lo entendía. ¿Qué es lo que entiende?

JOHN BUNYAN: Era una frase hecha. Olvidaos de ella.

JOHN CLARE: No puedo olvidarme, dado que parecía albergar cierta intención, ¿no?

JOHN BUNYAN: ¿Intención?

JOHN CLARE: Ah, no se haga el tonto conmigo. Soy el doble de idiota de lo que será usted jamás. Es bien consciente de la naturaleza de esa intención a la que me refiero. «Si no fue la carne, ¿qué fue entonces?», podría haber dicho. Niéguelo si se atreve.

JOHN BUNYAN: No lo negaré. Solo he asumido que sería una aflicción de la mente o el espíritu, y me ha sorprendido que hubiera hospitales destinados a tales asuntos. Creedme si os digo que no pretendo juzgar ni vuestra claridad ni vuestra falta de ella.

JOHN CLARE: ¿No pretende llamarme lunático? Pues algunos no tendrían reparo.

JOHN BUNYAN: A mí mismo me tacharon de tal, así como de blasfemo y diablo. Parece ocurrirle lo propio a cualquier hombre cuya alma albergue una visión y que además se atreva a contarla, muy especialmente si dicha visión resulta inconveniente para los acaudalados o para el orden natural de las cosas.

JOHN CLARE: ¡Exactamente! Ha dado usted en el clavo. Cuando existe el temor de que se propague una verdad, quien la enuncia acaba encerrado bajo siete llaves y tachado de loco o criminal. Mis propias circunstancias lo avalan, pues, si incluso al mismísimo lord Byron lo tildan de demente, ¿qué no podrán llamarle a un hombre corriente? Es algo que va más allá de mi comprensión.

JOHN BUNYAN: *(Pausa durante la que Bunyan mira a Clare con aire piadoso y comprensivo.)* E incluso de la mía. *(Otra pausa, esta vez profunda y reflexiva.)* Así que sigue habiendo

injusticias carcelarias en esta era de caballos invisibles. ¿He de suponer pues que la Nueva Jerusalén no llegó a manifestarse?

JOHN CLARE: Debo confesar que no la he visto por el barrio, aunque puede que se manifestara durante mi encierro y que a nadie se le ocurriera decírmelo.

JOHN BUNYAN: *(Sacude la cabeza, decepcionado.)* Si fuera el caso, todos seríamos santos.

JOHN CLARE: Tal vez lo seamos.

JOHN BUNYAN: Funesta conclusión, la vuestra.

JOHN CLARE: Lleva usted razón. Lo es. Peor que la del excremento invisible. Ojalá no la hubiera enunciado jamás.

Bunyan y Clare se sumen en un silencio taciturno

MARIDO: Y el león yacerá con el cordero. Eso dice la Biblia.

ESPOSA: Ya. ¿Y dice si el cordero se despierta junto al león a la mañana siguiente?

MARIDO: Celia, creía que te gustaba la Biblia.

ESPOSA: En la Biblia se dicen muchas cosas, Johnny. Muchas, muchas, muchas. También sobre las hijas. ¿Lo admites, entonces? ¿Yaciste tú con el cordero?

MARIDO: No soy ningún santo.

ESPOSA: Sí, eso ya lo has dicho. Tampoco eres ningún león. Y ni siquiera eres un hombre. No eres más que una criatura presumida que solía llevar una banda, y ahora no tienes la hombría necesaria para enfrentarte a la música.

MARIDO: *(Asustado.)* Decías que había parado.

ESPOSA: Y lo ha hecho. *(Pausa.)* ¿Acerca de qué susurraba la hierba, Johnny?

MARIDO: No lo sé. Ni idea. Ya sabes cómo es la hierba. Siempre anda susurrando. No tiene nada mejor que hacer. ¿Quién sabe? Solo es hierba, por Dios.

ESPOSA: Dicen que toda carne es hierba.

MARIDO: Bueno, pues mi carne no. La mía, no. No soy de hierba.

ESPOSA: Sí que lo eres. Eres de hierba. Mírate. Eres bajuno y descuidado. Como toda hierba, has tenido tu

época y pronto habrán de segarte. Y luego todo esto recaerá sobre tu conciencia por toda la eternidad. La música seguirá sonando. Y la hierba seguirá susurrando.

Tras ellos, bajo el pórtico, Samuel Beckett entra en escena por la izquierda. Avista a la pareja de la escalinata, pero no ve ni a Clare ni a Bunyan en sus nichos. Beckett deambula hasta situarse detrás del matrimonio e inclina la cabeza para observarlos con desconcierto, pero se ve ignorado

MARIDO: La eternidad. Menudo tormento, Dios mío. Ese maldito susurro, por toda la eternidad...

BECKETT: Muy buenas. ¿Cómo van las cosas esta noche?

ESPOSA: Soy yo la que va a tener que lidiar con los susurros y las malas lenguas.

BECKETT: ¿Malas lenguas? Me temo que no la sigo.

MARIDO: Ah, y es culpa mía, ¿verdad?

BECKETT: No digo que sea culpa suya, solo digo que no la sigo.

ESPOSA: ¿No eras tú el de los secretos, los misterios, y las situaciones?

BECKETT: Ah, sí. Es muy común que digan que soy impenetrable.

MARIDO: Oh, no me vengas con ese viejo cuento. Déjate ya de esos largos silencios, esas evasivas y esa cháchara insinuante que tanto te gusta. Me tienen harto.

BECKETT: Debo decir que no creo que entienda usted de drama contemporáneo.

JOHN CLARE: No le oyen. Bien lo sabemos nosotros.

ESPOSA: A mí sí que me tienen harta.

BECKETT: *(Alarmado, se gira en redondo hacia Clare y Bunyan.)* ¿Quién habla? ¿De qué va todo este asunto?

JOHN BUNYAN: No os alarméis. Mi amigo aquí presente me lo ha explicado bien. Nosotros, al igual que vos, no somos más que sombras finadas, y las almas vivientes, como las de esa pareja de la escalinata, no pueden ni vernos, ni oírnos.

JOHN CLARE: Yo aún diría más. Ni siquiera creo que puedan olernos.

BECKETT: ¿Sombra finada? No irán a decirme que estoy muerto, ¿verdad? Porque ni siquiera he tosido. En mi mente, es más probable que sea un sueño de algún tipo.

JOHN BUNYAN: Eso supuse yo, pero aun así me dijeron que estamos a mediados del siglo XX de nuestro Señor, y que llevo bajo tierra más de doscientos años.

BECKETT: ¿Doscientos años? Bien está saberlo. *(Mira alrededor y señala el casco urbano circundante.)* Todo esto parece propio de la posguerra, pero, hasta donde sé, me hallo durmiendo en un hotel durante la no muy satisfactoria década de 1970.

JOHN CLARE: ¡Un hotel! ¡En la década de 1970! ¡No sé cuál de esas dos cosas me cuesta más imaginar!

JOHN BUNYAN: ¿Propio de la posguerra, decís? ¿De otra guerra civil, quizá?

BECKETT: ¿Guerra civil? Dios mío, no. ¿Esa es la época de la que procede usted? En esencia, esta guerra fue con Alemania; la segunda de las dos guerras mundiales que hemos sufrido. Arrasaron Londres y los ingleses bombardearon Dresde, luego los americanos soltaron sobre Japón algo que ni podrían imaginar, y así acabó el asunto.

JOHN BUNYAN: *(Mirando también la ciudad que lo rodea, con expresión triste.)* Parece ser entonces que la peregrinación de la nación la llevó más allá de la Ciudad de Destrucción. Según mis cálculos, eso hace de este lugar la Feria de las Vanidades.

BECKETT: ¿Me está citando a Bunyan?

JOHN CLARE: No es que pueda evitarlo. Él es John Bunyan. Y yo, lord Byron.

JOHN BUNYAN: *(A Beckett.)* Oh, no le hagáis caso. *(A Clare.)* No lo sois, no. Nos hacéis quedar mal y nos restáis credibilidad. Vos mismo dijisteis que erais John Clare. ¡Ceñíos a vuestro relato o acabaremos todos tan confusos como vos!

BECKETT: *(Riéndose con asombro.)* John Bunyan. Y John Clare. Pues sí que es vívido el sueño. Voy a tener que volver a reservar habitación en este hotel.

JOHN CLARE: *(Sorprendido e incrédulo.)* John Clare. ¿Ha

oído usted hablar de él? ¿Ha oído usted hablar de mí?

BECKETT: Ciertamente. Yo también soy escritor, así que estoy bien familiarizado con ambos y respeto mucho su producción. En especial la de usted, señor Clare. En mi época se lo conoce como el poeta campesino, y tal vez sea la mayor voz poética que Inglaterra haya tenido y a la que más injustamente trató, pues murió usted en un manicomio y demás. *(Pausa.)* Supongo que será consciente de haber muerto en un manicomio, ¿verdad? Espero no haber sido insensible al espetárselo así como así.

JOHN CLARE: Oh, ya lo sabía. Estaba allí por entonces. Pero, dígame, ¿también es recordada mi amada esposa? Me refiero a Mary Clare, antes Mary Joyce.

BECKETT: *(Estudia a Clare con una mirada seria y perspicaz.)* Ah, sí. Su primera esposa. Sí, sí, es una historia archisabida que aún se debate en círculos literarios.

JOHN CLARE: Me alegra saberlo. Lamentaría ser recordado solo por la locura.

JOHN BUNYAN: *(A Beckett.)* Decís que también sois escritor. ¿Es el vuestro un nombre que nosotros podamos conocer?

BECKETT: No lo creo probable. Murieron mucho antes de que yo naciera. Me llamo Samuel Beckett. Pueden llamarme Sam si me permiten referirme a ustedes como John. Esto es Northampton, ¿verdad? ¿El pórtico de la iglesia de Todos los Santos?

JOHN BUNYAN: Iba a preguntaros qué hacéis por aquí. Tanto el señor Clare como yo mismo nacimos en las proximidades y tuvimos lances en la zona, pero por vuestra voz apostaría que sois irlandés. ¿Qué os trae por estos caminos, ya sea en la posteridad o, como vos preferís considerarlo, en vuestros sueños?

BECKETT: Bueno... en primera instancia, el críquet. En segunda, ver a una mujer.

JOHN BUNYAN: ¿Críquet?

JOHN CLARE: Oh, estoy bien versado en sus intríngulis. ¡Ya lo verá!

BECKETT: Claro que sí. En cierta ocasión jugué contra el

Northampton en el estadio del condado. Nos quedamos en el hotel cercano al campo de juego, pero, en la noche posterior al partido, mis compañeros no tuvieran otra que lanzarse en pos de alcohol y prostitutas, dos cosas que esta ciudad posee en abundancia. Yo me sentí más inclinado a pasar la velada en compañía de las viejas iglesias góticas de Northampton, que son igualmente profusas. Supongo que es el recuerdo de aquella noche lo que me trae aquí de vuelta en sueños, aunque admito que constituyen ustedes un novedoso elemento.

MARIDO: ¡Vale, vale, lo admito! ¿Ya eres feliz?

ESPOSA: *(Fríamente, tras una pausa.)* ¿Eras feliz tú?

MARIDO: *(Desafiante, tras un instante de deliberación.)* ¡Sí! ¡Era feliz, sí! ¡Fue maravilloso, y jamás en la vida había sido tan feliz! *(Más titubeante, tras una pausa.)* Al menos, al principio.

BECKETT: ¿De qué va todo esto?

Bunyan y Clare intercambian miradas, se incorporan con renuencia en sus nichos de piedra y caminan lentamente para unirse a Beckett en las cercanías de la pareja cabreada

JOHN CLARE: No estamos del todo seguros. Si fuera de los que hacen apuestas, supondría que discuten acerca de alguna clase de infidelidad.

ESPOSA: ¿Y cuándo fue eso?

MARIDO: ¿El qué? ¿Cuándo fue qué?

ESPOSA: Has dicho «al menos, al principio». ¿Cuándo lo empezaste?

MARIDO: ¿Acaso importa?

ESPOSA: Oh, sabes que importa. Lo sabes muy bien. Importa la situación, e importa cuándo empezó. Mírame a los ojos y dímelo de una vez. ¿Cuándo lo empezaste?

MARIDO: *(Incómodo.)* Bueno, hace ya un tiempo.

ESPOSA: ¿Un tiempo? ¿Cuánto tiempo? ¿Dos años?

MARIDO: No lo recuerdo. *(Tras una pausa.)* No. Más de dos años.

ESPOSA: Serás miserable. Serás miserable y asqueroso. ¿Qué edad tenía? ¿Qué edad tenía cuando lo empezaste?

MARIDO: *(Desconsolado.)* Ya sabes que los cumpleaños no son lo mío.

La esposa mira al marido con furia y asco, y luego ambos se quedan en silencio

BECKETT: Me da la fuerte impresión de que la infidelidad fue con una mujer mucho más joven. Con una chiquilla, podríamos decir.

JOHN BUNYAN: ¿Y constituiría eso en vuestra época el matiz más atroz del asunto? ¿No bastan la infidelidad y el adulterio para explicar su estado de infelicidad?

BECKETT: Eso dependería de lo joven que fuera la otra parte implicada. En esta época, las costumbres difieren de las de la suya. Existe un concepto llamado «edad de consentimiento», y tenga por seguro que uno se mete en problemas si se la salta.

JOHN CLARE: *(Repentinamente preocupado.)* ¿Y qué edad sería esa?

BECKETT: Creo que el límite más usual está en los dieciséis. ¿Por qué lo pregunta?

JOHN CLARE: *(Ligeramente evasivo.)* Por nada en particular. Como poeta que soy, es natural que me interesen los hechos del mundo.

JOHN BUNYAN: *(Tras una pausa.)* Bueno, creo que debería seguir mi camino. El conde de Peterborough no va a esperar toda la eternidad para entregar su edicto, y el sendero que transito es duro e interminable. Ha sido instructivo hablar con vuecedes, y, si acabara despertándome mañana en mi celda de Bedford, tened por seguro que todas las cosas curiosas que hemos tratado me procurarán gran distracción.

JOHN CLARE: Debo decir que me alegra haberle conocido, aunque haya sido en estas ambiguas circunstancias.

BECKETT: Sí, cuídese mucho. Y, entre nosotros dos, ¿qué opinaba realmente de su querido señor Cromwell?

JOHN BUNYAN: Ah, era un buen hombre. *(Con menos confianza, tras una pausa.)* Al menos, al principio. Porque,

pese a sus certezas antinomistas, estén seguros de que no era ningún santo. En fin... los dejo ya con sus entretenimientos en este barrio de Humánima. Tengan buena noche, caballeros.

Se aleja fatigosamente y sale de escena por la izquierda

JOHN CLARE: Téngala usted también.

BECKETT: Eso, buen viaje. *(Clare y Beckett observan la partida de Bunyan antes de volver a centrarse en la pareja de la escalinata.)* Bueno, parecía bastante simpático para ser un parlamentarista. ¿Cuál es su impresión?

JOHN CLARE: *(Ligeramente decepcionado.)* No esperaba que fuera tan alto como aparentaba en las ilustraciones. *(Tras una pausa.)* Decía usted que en su época estoy bien considerado. ¿Es mérito de mi *Don Juan*?

BECKETT: No, ese es Byron. A usted se le admira por todos sus escritos, como por ejemplo *El calendario del pastor*, y por piezas tardías de mayor desesperación como su *Yo soy*. El diario que escribió durante su viaje desde Essex está considerado como una de las piezas más desoladoras de las letras inglesas, y con gran razón.

JOHN CLARE: *(Maravillado.)* ¡Vaya! ¡Pensaba que lo había tirado! Entonces, lo que recuerdan es mi caminata desde la prisión de Matthew Allen en el bosque hasta el hogar de mi primera esposa, Mary, en Glinton. Ah, fue una odisea clamorosa, se lo aseguro; llena de sucesos heroicos y lugares variopintos. *(Una pausa durante la que Clare frunce el ceño, perplejo.)* ¿Cómo acababa, por cierto? Ahora no lo recuerdo...

BECKETT: ¿Se refiere a lo de su primera esposa? No muy bien. Cuando llegó usted a la casa, pues, bueno, digamos que ella no estaba allí. Pero luego encontró a la que supongo que podríamos llamar su segunda esposa, Patty, quien terminó internándolo aquí hasta su muerte en el sanatorio de Billing Road. Siento la brusquedad.

JOHN CLARE: No se preocupe. Ahora me acuerdo. Viví una temporada con Patty y los niños en Helpstone, en un lugar llamado «la cabaña del poeta», pero nadie era capaz

de aguantarme mucho tiempo, así que… ya sabe usted el resto. Conste que no culpo a Patty, pero siempre tuvo celos de mi primera esposa, a la que yo amaba más.

MARIDO: Tenía quince. Quince años cuando empezó todo. La situación y tal. Dicho queda. Ve a decírselo a la policía si es lo que pretendes. Ya me he sacado la espina.

ESPOSA: Nunca podrás sacártela. Quince años. Y se supone que era maravilloso, que jamás habías sido tan feliz. Quince años.

JOHN CLARE: Bueno, pues no era tan joven.

BECKETT: ¿No?

MARIDO: ¡Sí! ¡Me hacía feliz! ¡Su olor y su sabor eran como el de un jardín al alba! Y su tacto… su tacto no era el de algo duro o sólido, sino más bien como el de un plumón, o como el de un líquido. Celia, era maravilloso.

JOHN CLARE: A grandes rasgos, no. Mirándolo con perspectiva, con quince años no se es particularmente joven. No en el campo, al menos.

ESPOSA: Me das asco. Eres como una tijereta retorciéndose en la mugre.

BECKETT: No es una mala línea. Intentaré recordarla cuando despierte, aunque para entonces ya no tendrá sentido. Es lo que suele pasar siempre.

MARIDO: No todo era cosa mía, Celia. Solo te digo eso.

JOHN CLARE: Empieza a despertar mis simpatías. Las mujeres guardan rencores por nimiedades absurdas.

ESPOSA: No vuelvas a abrir el pico. No te dirijas a mí.

BECKETT: No creo justa esa opinión. He conocido mujeres muy dolidas con la vida.

JOHN CLARE: No lo dudo, pero, en general, me reafirmo en lo dicho. La vida del hombre romántico nunca es sencilla. ¿Acaso no ha dicho usted antes que vino aquí en primera instancia por el críquet, pero que también acudió para ver a una mujer?

BECKETT: Así es. Y le garantizo que es una mujer del tipo romántico y complicado. Al menos, al principio, porque puede que su categoría siempre haya sido la de mujer dolida. Determinar esas cosas no es en absoluto fácil.

Se me ocurre que tal vez haya un cierto grado de solapamiento entre las dos variedades.

JOHN CLARE: Es posible. Y es posible que ese solapamiento sea lo usual. ¿Cómo dice que se llama esa mujer de usted?

BECKETT: Oh, no puede conocerla. Nació bien entrado ya el siglo XX, mucho después de que usted falleciera. Se apellida Joyce, y...

JOHN CLARE: *(Asombrado, casi asustado.)* ¡Increíble! ¿Me está usted gastando una broma cruel? Esa es mi Mary. Mary Joyce, de Glinton...

BECKETT: Ah, no. Yo le hablo de una chica completamente distinta, de la hija de James Joyce...

Clare: *(Agitado.)* ¡Ese era el nombre del padre de Mary! ¡A buen seguro, su mujer y mi primera esposa son la misma persona! ¿Cómo está? Dadme nuevas de ella.

BECKETT: *(Gentil y comprensivo.)* No. No es la misma. La señorita Joyce a la que yo me refiero se llama Lucia. Se hizo famosa como bailarina en el París de la década de 1920, pero se malogró por una dificultad del raciocinio. Lamento decepcionarle.

JOHN CLARE: *(Con un hondo suspiro.)* Oh, ha sido culpa mía. La locura es muy autocompasiva, ¿sabe usted? Debería animarme y dejarlo correr. *(Pausa.)* ¿Cómo es su propia señorita Joyce? ¿Es una criatura joven, como la mía?

BECKETT: Todas las señoritas Joyce empiezan siendo criaturas jóvenes.

JOHN CLARE: Sí, muy cierto.

BECKETT: La mía era una chica preciosa, aquejada de un viejo estrabismo ocular que ella creía que la desgraciaba. Ya sabe usted cómo son las mujeres y la baja estima que a menudo se profesan.

JOHN CLARE: Así es.

BECKETT: Creo que tuvo algunos problemas con su hermano en la adolescencia, y que eso pudo tener cierta relación con su posterior trastorno. En cualquier caso, el resultado fue que Lucia perdió varios tornillos.

JOHN CLARE: *(Extrañado.)* No estoy seguro de entender

esa frase hecha.

BECKETT: Se volvió como una regadera.

JOHN CLARE: No, tampoco.

BECKETT: Se fue al país de las hadas.

JOHN CLARE: ¡Ah, vale! Ahora le entiendo. Eso que llaman histérica, ¿no?

BECKETT: Más o menos. La llevaron a unos cuantos sanatorios y psiquiátricos. Bien conoce usted el percal. Al final, acabó en el hospital St. Andrew de Billing Road, en Northampton, donde aún permanece en la actualidad.

JOHN CLARE: Ahí me internaron a mí, aunque entonces se llamaba de otro modo.

BECKETT: El mismo lugar, sí. La institución posee un interesante pedigrí literario.

JOHN CLARE: ¿Sabe? Creo que estoy familiarizado con la chica de la que me habla. Si es quien creo, tuve un escarceo con ella hace poco en el bosque del manicomio.

BECKETT: No, me temo que es su locura la que habla ahora. Aunque es cierto que se trata del mismo sanatorio en el que estuvo usted, su presencia no resulta congruente con la cronología de los hechos. Proceden de dos épocas totalmente distintas.

JOHN CLARE: Pues lo mismo podría decirse de usted y de mí y, sin embargo, aquí estamos. No, la joven que le comento tiene el cabello moreno y largas piernas, anda muy escasa de pecho y tiene un ojo vago.

BECKETT: Admito que se le parece.

JOHN CLARE: Montó un jaleo enorme al llegar al culmen. Y créame, yo mismo grité tanto que las letras del alfabeto se pusieron a revolotear en mis oídos.

BECKETT: Me ha convencido. Es el vivo retrato de Lucia, aunque las circunstancias de su encuentro me desconciertan. ¿No habla usted metafóricamente?

JOHN CLARE: No lo creo, no.

BECKETT: Pues menudo misterio. No lo mencionó durante mi última visita.

JOHN CLARE: Quizá le diera vergüenza. No soy precisamente alguien presentable, y tengo la impresión de

que ella es una dama de mejor posición.

BECKETT: Tal vez sea eso. Puede que pensara que estaba por encima de usted.

JOHN CLARE: Bueno, pues estaría en lo cierto. Esa fue la postura del lance.

BECKETT: No siga por ahí, que me pone de los nervios.

JOHN CLARE: Le ruego perdón. ¿Sigue albergando sentimientos por ella?

BECKETT: De naturaleza carnal no, aunque en cierta ocasión llegué a tenerlos. Si le soy franco, solo me inspiraba sentimientos carnales en aquellos días, aunque ella no lo entendía del mismo modo. Actualmente, la visito tanto como puedo. A mi manera, la amo, pero no como ella desearía. Por ser totalmente honesto, no sé por qué voy tanto.

JOHN CLARE: ¿Por compasión, tal vez?

BECKETT: No, no creo que sea solo por eso. A su manera, ella es feliz. Bien podría ser más feliz que yo. De hecho, me cuesta concebir lo contrario, así que no, no es por compasión. Supongo que creo que le debo algo. Cuando la conocí, fui un insensible, y no me di cuenta de que ella se estaba ahogando. Lo cierto es que pude haber hecho más. O menos. Una cosa o la otra. Pero ahora es demasiado tarde.

JOHN CLARE: ¿Por culpa, entonces?

BECKETT: Es posible. En el fondo del asunto, hallo culpa a menudo.

JOHN CLARE: Yo mismo tiendo a compartir esa situación.

ESPOSA: ¿Qué significa que no todo era cosa tuya?

MARIDO: Creía que no querías que te dirigiera la palabra.

ESPOSA: No te pases de listo, Johnny, porque no eres listo. Lo último que eres es listo. Dime qué has querido decir con eso de que no todo era cosa tuya.

MARIDO: Me refería a que era un dueto. Un tango. Flanagan y Allen.[53] Algo para lo que se requieren dos personas, nada más. ¿Por qué eres siempre tan espesa?

ESPOSA: ¿Me dices que lo relevante es que ella también lo deseaba?

MARIDO: ¡Eso es! ¡Ese es el quid de la cuestión, la clave del asunto! Ella lo deseaba.

ESPOSA: Ah, bueno… entonces no pasa nada, supongo.

MARIDO: *(Suspira aliviado.)* Sabía que entrarías en razón.

ESPOSA: ¿Cómo lo sabías?

MARIDO: ¿Que entrarías en razón? Oh, pues, bueno… sé que eres incapaz de estar cabreada conmigo mucho tiempo.

ESPOSA: *(Lenta y deliberadamente.)* Digo que cómo sabías que ella lo deseaba. ¿Te lo dijo? ¿Llegó a decirte «lo deseo»?

MARIDO: No con esas palabras, no. No lo hizo. Pero…

ESPOSA: Entonces, ¿cuáles usó? ¿Qué palabras usó para decirte que lo deseaba?

MARIDO: Bueno, no fueron palabras como tales. No me lo dijo con palabras.

ESPOSA: *(Cada vez más cabreada.)* Ya. Entonces, ¿cómo lo hizo? ¿Mediante danza interpretativa? ¿Con mímica?

MARIDO: *(Acorralado e incómodo.)* Había señales.

ESPOSA: ¿Señales?

MARIDO: Pequeñas señales. Ya sabes cómo son las mujeres.

ESPOSA: No estoy muy segura de saberlo.

MARIDO: Las señales con las que se insinúan. Las miraditas y los gestos, esas cosas. Ella me sonreía, me abrazaba y me decía que me quería a todas horas.

ESPOSA: *(Horrorizada y gritando de rabia.)* ¡Pues claro que sí! ¡Claro que lo hacía! ¡Eres su padre, Johnny!

BECKETT: Ah, por Dios. Ya saltó la liebre.

MARIDO: Pero… pero yo no lo interpretaba así. No es a lo que estoy acostumbrado. Cuando una chica o una mujer me mira de una cierta manera, pues… Es decir, tú conoces a Audrey, ya sabes cómo es…

ESPOSA: *(Furiosa, con lágrimas de impotencia.)* ¡No lo sé, no! ¡No sé cómo es nuestra Audrey! ¡No del mismo modo que tú! Así que dímelo, Johnny. Dime cómo es. Vamos,

venga… será de lo más divertido. Por ejemplo: ¿lloró en su primera vez?

JOHN CLARE: Esto es un horror. En absoluto me lo esperaba.

MARIDO: Celia…

ESPOSA: Dímelo. Dime cómo se estrenó nuestra Audrey en la cama. ¿Se le saltaron las lágrimas por el dolor? ¿Era virgen, Johnny? ¿Lo era? ¿Qué hiciste con las sábanas?

Abrumado, el marido mira a la esposa, pero se limita a balbucear como un pez y es incapaz de contestarle. En última instancia, aparta la mirada y escudriña el vacío con ojos ausentes. Su esposa hunde la cabeza en las manos, y tal vez llore en silencio. Mientras tanto, Clare y Beckett siguen contemplando con mudo horror a la pareja sentada. Tomas Becket[54] *entra por la izquierda y avanza lentamente para unirse a ellos, que lo observan con callado desconcierto. El recién llegado mira a la angustiada pareja y, luego, se vuelve hacia Clare y Beckett*

THOMAS BECKET: Orad, pues una gran catástrofe les ha sobrevenido, ¿verdad?

BECKETT: Así es.

THOMAS BECKET: ¿Y no podéis consolarlos?

JOHN CLARE: No pueden oírnos.

THOMAS BECKET: ¿Están sordos?

BECKETT: No, están vivos. Somos los demás quienes estamos muertos o soñando, según tengo entendido. ¿Y quién sería usted?

THOMAS BECKET: Soy Becket.

BECKETT: Le seré franco: esa respuesta no me la esperaba. También yo soy Beckett.

THOMAS BECKET: ¿Sois Tomas Becket?

BECKETT: No, Samuel Beckett. Este es John Clare. *(Pausa.)* Espere un minuto, ¿dice usted que se llama Tomas Becket?

THOMAS BECKET: Tomas Becket, arzobispo de Canterbury. Ahora que ya sabéis mi nombre, ¿a qué os referíais con aqueso de que estoy muerto? Por lo que sé, vengo al castillo de Hamtun a ver al rey, para de aquesta manera reconciliarme con él.

JOHN CLARE: Hágame caso, está usted bien muerto. Las cosas discurren mal en el castillo, así que huye a Francia unos años. Tras volver, está usted en su catedral y…

BECKETT: No es necesario entrar en detalles.

JOHN CLARE: Solo le diré que, supuestamente, le asestaron muchos detalles de esos.

BECKETT: *(A Clare.)* Basta. Basta ya. *(A Becket.)* Lo que debe recordar no es la brutal mecánica del asunto, sino su resultado.

THOMAS BECKET: *(Preocupado.)* ¿Hubo una brutal mecánica?

JOHN CLARE: Los célebres detalles.

BECKETT: Ya le he dicho que no conviene abundar en eso. Olvídese del tema. Lo importante aquí es que se puso de manifiesto su incorruptibilidad. Lo cual llevaría al asunto de la santidad que le otorgaron más adelante. Es usted el primero que conozco, y no estoy muy seguro de cómo debería comportarme.

THOMAS BECKET: Oh, Dios. ¿Voy a ser martirizado?

JOHN CLARE: Me temo que eso no es ninguna noticia. Han pasado ya ocho siglos.

BECKETT: *(Cabreado.)* ¡Escuche! *(Más suave, alarmado por su propio exabrupto.)* Escuche, lo que le digo es que le hacen santo, y eso es lo único con lo que debería quedarse. Sin duda, el propio hecho trasciende los medios por los que adquirió tal condición. Solo he creído que le agradaría saberlo.

THOMAS BECKET: ¿Agradarme? ¿Que me quemen o me descoyunten en el potro?

JOHN CLARE: Oh, no… eso no. Solo le filetearon un poco, según creo.

THOMAS BECKET: Ah, no, no me contéis nada más.

BECKETT: *(A Clare.)* Francamente, no está usted ayudando. *(A Becket.)* ¿No le reconforta entonces la santidad de su condición?

THOMAS BECKET: *(Muy alterado.)* ¿Os parezco reconfortado? Decís que me santifican y, sin embargo, ¿dónde me hallo?

JOHN CLARE: Bueno, eso solo es cuestión de geografía. No entraña teología alguna. Se halla bajo el pórtico de la iglesia de Todos los Santos de Northampton, en mitad del siglo posterior al de mi muerte, lo que lo haría el vigésimo. Y me han informado de que recientemente hemos salido victoriosos de una gran guerra con los alemanes.

BECKETT: No, no es la Gran Guerra la que ha concluido recientemente. Esa fue hace más tiempo, aunque también estaban implicados los alemanes, así que se le perdona la confusión. Le pusimos «la Gran Guerra» porque no sabíamos que fuera a haber otra.

JOHN CLARE: ¿Una más grande aún?

BECKETT: Creo que eso depende en buena medida del punto de vista.

THOMAS BECKET: *(Exasperado.)* Lo único que quería expresar al preguntar dónde me hallo es que, pese a ser santo, no parezco encontrarme en el cielo.

BECKETT: No tiene pinta, no. Eso se lo concedo.

THOMAS BECKET: Aunque tampoco se trata del fuego eterno opuesto al cielo.

JOHN CLARE: Oh, no. No es ni remotamente tan malo.

THOMAS BECKET: ¿Debo suponer entonces que aquesto es el purgatorio, un lugar gris por el que los fantasmas vagan perdidos y entablan discursos sin rumbo, atrapados como están por toda la eternidad?

MARIDO: *(Sombrío, aún con mirada perdida.)* Las tiré y las puse nuevas.

ESPOSA: *(Mira a su marido con incomprensión.)* ¿Cómo?

MARIDO: Las sábanas. Las tiré y las puse nuevas. Y le di la vuelta al colchón.

BECKETT: *(A Tomas Becket.)* Creo que con eso último puede que haya dado usted muy cerca de la diana.

ESPOSA: *(Mira a su marido y sacude la cabeza con asco e incredulidad.)* Así eres tú. Así eres tú a todas horas, siempre sudando el chaleco e intentando darle la vuelta al colchón para cubrir tus huellas. ¿Y ella qué hizo mientras tanto? ¿Se sentó a mirar?

MARIDO: Se echó a llorar.

ESPOSA. Justo lo que yo decía.

MARIDO: *(Desesperado.)* ¿Sabes? Supuse... supuse que fue el cúmulo de emociones lo que la hizo ponerse sensiblera.

ESPOSA: Oh, y tanto. Y tanto que sí. Las emociones. Todo mientras veía a su padre intentando ocultar su sangre, porque así de orgulloso estaba él de lo que había hecho.

MARIDO: *(Como si acabara de comprender por primera vez la repercusión de sus actos.)* Oh, Dios. *(En* off*, tras una pausa, se oye el sonido del reloj de la iglesia, que repica una sola vez.)* ¿Ha dado... ha dado la una y antes eran las doce y media, o ha dado la una y media y antes era la...?

ESPOSA: *(Explota con rabia incontrolada.)* ¡Oh, cállate! ¡Cállate de una vez! ¡La hora da lo mismo! ¡Jamás podremos irnos de aquí! ¡Vamos a estar atrapados en estos escalones y en esta noche para siempre!

La esposa empieza a llorar otra vez. Su marido la imita y hunde la cabeza entre las manos

THOMAS BECKET: *(Abatido y resignado.)* El purgatorio, entonces. Pero ¿decís que ellos siguen vivos?

BECKETT: De nuevo, creo que eso depende en buena medida del punto de vista. Están vivos aquí, en su época, como lo estamos nosotros en la nuestra. Pero la clave de esta interpretación sería que todos estamos muertos y siempre lo hemos estado. Como decía la mujer aquí presente, todos estamos atrapados. Tal vez tengamos que revivirlo todo, tanto lo bueno como lo malo, una y otra vez. ¿No serían esos los únicos cielos e infiernos que harían falta para amenazar a cualquiera?

THOMAS BECKET: Encuentro temible tal ideología. Albergaba la esperanza de que existiera algo mejor.

JOHN CLARE: ¡Pues yo me lo imaginaba peor! Si eso implicara volver a tener a mi lado a Mary, que fue mi primera esposa, mis tribulaciones en vida me parecerían nimiedades, y solo con eso me sentiría en el cielo.

BECKETT: No digo que crea en eso. Tan solo se me acaba de ocurrir. Recuerdo que James Joyce, el padre de la chica

de la que le he hablado, solía comentarme su querencia por cierta noción de Ouspenski relativa a algo que podríamos dar en llamar «la gran recurrencia».55 Guardaba relación con un día eterno acaecido en Dublín que aparecía variadamente circunnavegado en sus mejores novelas.

THOMAS BECKET: Más y más anhelo que aquesto solo sea un sueño desenfrenado y que vuecedes, sin ánimo de ofender, no sean más que fantasías. Al fin y al cabo, tal vez se trate de un delirio nocturno nacido de mis aprensiones hacia las ofensas que he proferido al rey, tales y tan grandes que nuestra añeja amistad podría no mitigarlas.

BECKETT: Bueno, confieso que yo también pensé lo mismo al principio. Una suerte de sueño constituiría la explicación más razonable, aunque, dado que no suscribo las interpretaciones del profesor Freud, no sé por qué habría de estar soñando con estos dimes y diretes tan desdichados e incestuosos. Y eso por no hablar de cómo encaja en el asunto la insondable abundancia de santos y escritores en los que no he pensado en años. Es un rompecabezas formidable, y no sabría decir si lo estoy disfrutando.

THOMAS BECKET: *(Mirando a la pareja de la escalinata.)* Entonces, ¿es tal el pecado que los ha llevado a la desavenencia? ¿El hombre ha yacido con su hija?

JOHN CLARE: En el campo es más habitual de lo que se imagina.

BECKETT: Ni siquiera en las ciudades resulta extraño, diría. Hay quien sostiene que la mujer de la que le estaba hablando, Lucia, empezó a caer en la locura por razones similares, a causa del incesto y sus derivados.

JOHN CLARE: *(Conmocionado.)* ¿Acaso su padre, ese que dice usted que se llama James Joyce como el de mi Mary, fue culpable de la misma ofensa?

BECKETT: Oh, no, él no. Él la adoraba. Todo lo que escribió fue por y para ella. Supongo que pudo haber pensado en ella de esa manera, pero, si lo hizo, solo intentó tocarla a través de sus escritos, rozarla con una frase aquí y allá, sentir su pecho en las sombras de un subtexto. Así que

no... yo apostaría a que el culpable en el terreno físico, si es que hubo tal, pudo haber sido su hermano.

THOMAS BECKET: En mis días, aqueso se considera un pecado de igual gravedad. Al menos, en público. En privado, estoy convencido de que acaece por doquier.

JOHN CLARE: Aunque reconozco que es un asunto espinoso, he conocido a muchos que han yacido con un hermano o una hermana sin provocar gran perjuicio.

BECKETT: Bueno, Lucia era muy joven cuando pasó. Si es que pasó, claro.

JOHN CLARE: Pero, como ya hemos discernido antes, la edad apropiada según la concepción de la época de usted puede no ser propia de épocas pretéritas.

BECKETT: Si estoy en lo cierto, Lucia habría tenido diez años.

THOMAS BECKET: A menos que estemos hablando de la realeza, aquesa es una edad que incluso en mi época se ve improcedente.

JOHN CLARE: *(Un poco avergonzado.)* ¿Eso es un hecho? Bueno, pues entonces sí... entiendo que eso, sin duda, agrava el incesto.

THOMAS BECKET: De entre los pecados que yo destacaría, evidentemente no se ve como uno mortal, y en mis lecturas de la Sagrada Biblia he notado cierta ambigüedad.

BECKETT: Que me aspen si no se reprueba en el Levítico por alguna parte.

THOMAS BECKET: Indudablemente, así es, pero ¿qué decís de la inusual dispensa otorgada a Lot después de que él y sus hijas escaparan de las ciudades de la vega?

BECKETT: Asumo que Dios, como hombre, se sentía mal por haber convertido en sal a la esposa del pobre tipo. Es muy posible que se creyera en deuda con vuestro Lot, y que pensara que mirar para otro lado por una vez era lo mínimo que podía hacer.

THOMAS BECKET: Es una interpretación inusual, pero...

JOHN CLARE: ¿Saben? Siempre he creído que el edén constituye un enigma que encaja muy bien en este tipo de discusiones.

BECKETT: ¿A qué se refiere?

JOHN CLARE: Bueno, pues a Caín y Abel. Aunque el Señor les hubiera concedido a Adán y Eva un hijo de cada clase en lugar de dos chicos, creo que resulta obvio que el amor impropio en el seno de la familia debió ser, seguramente, un hecho insoslayable. Desde luego, mucho más en el edén que en, digamos, Greens Norton, a menos que exista algo que no haya considerado. Podría ser que lo que trastornó a vuestra amiga, así como a la pobre niña que centra la plática de esta lamentable pareja, forme parte de la condición humana desde nuestros orígenes en el jardín de Dios.

BECKETT: El edén, sí. Pues verá, hay cierta controversia en relación con ese lugar.

THOMAS BECKET: ¿Controversia? ¿Qué controversia? Yo no he oído de ninguna.

BECKETT: Bueno, no quiero entrar en eso, pero hay quien sostiene que el Génesis se escribió tiempo después que algunos de los otros libros, y que acabó al principio por un error en el orden de la recopilación. De otro modo, con incesto o sin él, sería difícil entender que la tierra de Nod estuviese ya poblada para servir al exilio de Caín.

THOMAS BECKET: Y yo que creía que vuestras nuevas acerca de mi inminente martirio constituían, hasta el momento, los aspectos más inquietantes de aqueste sueño. Deposito mi fe en olvidarme de todo esto con el despertar, pues me abruma concebir tales blasfemias incluso en mis pensamientos más espontáneos.

BECKETT: No deseo abrumarlo. Yo le admiro, y no consentiré que mi conversación con un santo se vea acaparada por lo que le acaeció a la señorita Joyce a los diez años.

JOHN CLARE: *(Angustiado y sofocado de repente.)* ¡Fue en el uso del matrimonio!

BECKETT: *(Extrañado.)* ¿El qué? ¿Lo de su hermano? ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

JOHN CLARE: *(Momentáneamente desorientado y recobrando la compostura.)* ¿Que cómo se me ha...? ¡Oh! Se

estaba usted refiriendo a su señorita Joyce. No preste atención a mis exabruptos lunáticos. Son mera hojarasca. La mitad del tiempo, no sé ni lo que digo. *(Hace una pausa mientras intenta pergeñar un tema de conversación que le resulte más cómodo.)* Debe tenerle mucho cariño a su amiga para visitarla en su adversidad.

BECKETT: Era una chica inocente y encantadora, llena de una energía y una luz muy superior a lo que su nombre sugiere de por sí. Decía cosas graciosas e inteligentes cuando se tomaba la molestia de no resultar muy enrevesada. Era una bailarina entre un millón, como suele decirse, y su manera de imitar a Charlie Chaplin era una genialidad, aunque no espero que estén ustedes familiarizados con su trabajo.

THOMAS BECKET: No creo conocer el nombre.

JOHN CLARE: He conocido a varios Charlies, pero no caigo en ningún en Chaplin. ¿Cuáles eran los rasgos de comportamiento que imitaba su amiga?

BECKETT: Sus andares peculiares, su bigotito, el modo de mover las cejas y cosas así. Lucia lo fingía todo. Su arte residía en el *pathos* que le infundía al hombre corriente o desventurado, a vagabundos de suela desgastada muy parecidos a usted, solo que propios de una época de largas líneas de ferrocarril y edificios altísimos. Te hacía sentir las grandes injusticias de la vida para, luego, hacerte reír con todos los triunfos del individuo. No creo que fuera necesariamente un hombre feliz. Recuerdo haberle leído una pieza al cineasta Jean Cocteau... no, no me pregunten, es demasiado complejo... en la que citaba una frase de Chaplin. En ella, decía que la gran tristeza de su vida era haberse hecho rico interpretando a alguien pobre.

JOHN CLARE: He aquí de nuevo esa culpa de la que hablábamos, aunque si la gran tristeza de mi vida fuera ser rico, creo que no me sentiría triste en absoluto.

THOMAS BECKET: Tal vez las penalidades del pudiente sean precisamente las más caras. A veces, tengo la impresión de que a mi rey, que fue también mi compañero en la juventud, lo lastra el peso de todo el oro que habita en

su corazón.

BECKETT: Bueno, si es culpa lo que busca, entonces su real camarada debería recibir una buena tunda. De hecho, si la memoria no me falla, fue exactamente lo que recibió. Tras la que montó con usted, en Roma le impusieron la penitencia de la flagelación pese a su condición de rey. Y, por lo que tengo entendido, acudió allí a arrodillarse y encajó la paliza sin quejarse. Debía sentirse merecedor de tal castigo.

THOMAS BECKET: ¿Flagelan al rey y él consiente?

BECKETT: Así es. Es un suceso muy conocido. Fue tras la exhumación cuando descubrieron que era usted incorruptible, y eso lo precipitó todo. En mi opinión, el rey tuvo suerte de salir airoso de aquel brete con una mera flagelación.

JOHN CLARE: Yo le habría hecho ponerse de rodillas y fregar de esa guisa todo el suelo de la catedral. Aún estaría allí de haber sido así.

THOMAS BECKET: *(Aterrorizado.)* Lo flagelan. Flagelan al rey por lo que me hace.

BECKETT: Eso es lo sustancial, sí. Y digamos que nadie lo creyó un castigo severo.

THOMAS BECKET: Pero, si lo tratan así, entonces, ¿qué es lo que...?

BECKETT: No le interesan los detalles.

JOHN CLARE: Los destalles asestados. No le interesan, no.

BECKETT: Vivirá mejor sin saberlos. No hay necesidad de inquietarse vanamente.

THOMAS BECKET: *(Gruñón y resentido.)* No la hay, no. En aqueste sentido, no veo la obligación que tuvisteis de mencionar el asunto en primera instancia.

BECKETT: No me gustaría pensar que hemos abusado de su paciencia hasta el punto en que se vuelve proverbial.

THOMAS BECKET: Abusar de mi paciencia es lo de menos cuando incluso habéis buscado socavar mi fe con vuestras sofisticaciones.

BECKETT: No buscaba tal cosa.

THOMAS BECKET: Y aun así habláis desdeñosamente del

edén y de los primeros padres, insinuáis un idilio inenarrable entre Eva y sus hijos, e insistís en que hemos llegado al vigésimo siglo de Nuestro Señor sin que Dios se haya manifestado.

JOHN CLARE: Pues sí, el señor Bunyan, con el que departimos un corto rato, enunció una queja similar respecto a la actual ausencia de Jerusalén.

BECKETT: *(A Tomas Becket.)* Jamás se manifiesta. Ese es mi entendimiento del asunto. O, al menos, no cuando se le necesita, al más puro estilo de la policía.

JOHN CLARE: Hay una frase que suelo oír por estos lares. ¿Cómo era? Tiene algo que ver con el concepto de «policía», pero añade la connotación de un recaudador de diezmos o un cobrador. No la recuerdo en este momento, pero ya me vendrá.

THOMAS BECKET: *(A Samuel Beckett.)* Si, como vos decís, no se manifiesta nunca, ¿cómo tener la certeza de que está verdaderamente ahí?

BECKETT: Supongo que ahí es donde interviene la fe. Por mi parte, me gusta pensar que su no manifestación no supone necesariamente un indicio de su no existencia.

THOMAS BECKET: ¿Pero no habla Él con vos?

BECKETT: Que lo haga o no es en gran medida irrelevante. Hay mucha gente que no me habla o a la que nunca veo, pero eso no me plantea problemas respecto a si están ahí o no. No me siento desairado ni nada por el estilo.

THOMAS BECKET: Pero si nunca oís su voz...

BECKETT: A veces, los largos períodos de silencio exhiben una cierta cualidad.

THOMAS BECKET: ¿De veras?

BECKETT: Así lo creo.

Clare, Beckett y Tomas Becket se sumen en un silencio reflexivo. Sobreviene una larga pausa

MARIDO: Las hice. Hice todas las cosas que has dicho. Y me merezco todo lo que me has llamado. *(Pausa.)* Pero tú lo sabías.

ESPOSA: *(Se gira para dedicarle una mirada despectiva.)*

¿De qué me hablas?

MARIDO: Digo que lo sabías.

ESPOSA: ¿Que sabía qué?

MARIDO: La situación.

JOHN CLARE: De los detalles. De eso habla.

ESPOSA: ¿La situación? ¿Me estás diciendo que yo la sabía?

MARIDO: Siempre la has sabido. De eso es de lo que te hablo.

ESPOSA: Oh, pero ¿cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a sentarte ahí y decirme que yo sabía de la situación? Si hubiera sabido de la situación, te hubiera parado los pies allí y entonces. No habría habido situación alguna.

MARIDO: Lo sabías. Y mirabas para otro lado.

ESPOSA: ¿Para otro lado?

MARIDO: Deliberadamente. Sabes que sí. Era conveniente.

ESPOSA: *(Con cautela.)* ¿Conveniente? No sé a qué te refieres.

MARIDO: Lo sabes, Celia. Sabes perfectamente a qué me refiero. Apenas nos hemos tocado en los últimos doce años de matrimonio. ¿O no te habías dado cuenta?

ESPOSA: Eso es lo normal. Les ocurre a todos. Pero tú eres un maniaco sexual, tienes ganas cada cinco minutos y no te importa que a la otra parte le apetezca o no.

MARIDO: A ti nunca te apetecía. Ni cada cinco minutos, ni mucho menos cada cinco meses. Y cuando dejé de importunarte, cuando dejé de intentarlo contigo, ¿realmente creíste que yo también había perdido el interés? ¿Que había dejado de tener impulsos de esa naturaleza solo porque tú hubieras dejado de sentirlos?

ESPOSA: Su… supongo que asumí que tendrías otros arreglos. Que habrías recurrido a una revista sucia o algo así.

MARIDO: Oh, ¿y qué tipo de arreglo asumiste? ¿Una aventura fuera del matrimonio? ¿Tirarme a la camarera del Black Lion? ¿Alguna otra cosa por el estilo?

ESPOSA: *(Abatida.)* Oh, Dios mío, Johnny… dime que no

hiciste eso. No con Joan Tanner. ¡Lo habría sabido todo el mundo! ¿Qué pensarían? ¿Qué pensarían de mí?

MARIDO: No seas lerda. Claro que no lo hice. Sabía que no querrías ser la comidilla.

ESPOSA: *(Aliviada.)* Oh, gracias a Dios. Claro que no quiero ser la comidilla. Si te diera por hacer una condenada estupidez como esa, deberías al menos...

MARIDO: ¿Mantenerla en secreto?

ESPOSA: *(Vacilante.)* Bueno... sí.

MARIDO: ¿Mantenerla en la intimidad?

ESPOSA: Sí, supongo que sí.

MARIDO: ¿Mantenerla en la familia?

La esposa se queda callada y observando a su marido durante unos segundos, toma conciencia de su inadvertida complicidad y tuerce la cabeza para escudriñar el vacío con expresión atribulada. El marido aparta la mirada y agacha la cabeza hacia un lado

BECKETT: Es un buen argumento. En mi experiencia, considero muy raro que una mujer no sepa lo que ocurre en su propia casa, incluso aunque prefiera no hacerlo. En ese caso de la señorita Joyce que he les mencionado antes, ese del problema que pudo haber tenido a los diez años, he de decir que, si ocurrió de verdad, no puedo imaginar que Nora, la madre de Lucia, no estuviera al tanto del asunto. Creo que, a menudo, la habilidad de las mujeres a la hora de arreglárselas con una telaraña de secretos sobrepasa con creces las capacidades a tal efecto de la mayoría de los hombres.

JOHN CLARE: En mi fuero interno, sigo sin estar del todo convencido de que con diez años se sea demasiado joven.

THOMAS BECKET: La edad de la víctima, creo, no tiene relevancia material sobre el pecado en cuestión, ni tampoco sobre su gravedad. Aquestas infaustas criaturas están condenadas a la miseria eterna, sentadas como se hallan sobre aquestos duros e implacables escalones mientras esperan una absolución que jamás habrá de llegarles.

BECKETT: Entonces estarían condenadas más allá de toda piedad y misericordia. Parecéis muy seguro de ese hecho.

THOMAS BECKET: El marido ha yacido con su propia hija, con una de aquesas pequeñas que Dios mismo dijo que no debíamos escandalizar. Al parecer, la esposa consintió de modo tácito aquesta relación ruinosa, por lo que la intachable inocente se vio doblemente traicionada. No puedo concebir un Creador justo que extienda su misericordia hacia quienes jamás consideraron ejercer tal cualidad por sí mismos.

BECKETT: Bueno, en calidad de santo, debe tener usted autoridad sobre la materia.

JOHN CLARE: Oiga, cuando Dios habló a propósito de esas pequeñas, ¿mencionó expresamente que tuvieran diez años? Es lo único que me interesa.

BECKETT: *(Ignorando a Clare.)* A mí me parece que, aunque el cariz sexual sea deplorable y desagradable, la esencia del asunto sigue siendo la traición. Con Lucia, el hermano que ella creía que la amaba en un terreno más que físico anunció en un momento dado que se casaba con una mujer mayor muy parecida a su madre, y ahí fue cuando ella empezó a descontrolarse y a arrojar sillas por doquier. Creo que el primero en sugerir que debían buscarle tratamiento psiquiátrico en algún lado fue su hermano, y podría pensarse que lo hizo para que ella no dijese nada que no pudiera descartarse convenientemente como un desvarío. Eso, al menos, fue lo que me pareció a mí, pero Nora no tardó en aprobarlo. Lucia nunca había sido precisamente su hija favorita, ni siquiera antes de empezar a lanzar muebles. El caso es que dijeron que Lucia era algo que llaman «esquizofrénica», aunque, si me preguntan a mí, lo que pasaba es que era una joven caprichosa, y no se le daba bien lidiar con el desengaño. Creía justificado su comportamiento. Se creía intocable por ser quien era, y nunca imaginó que pudiera acabar internada en una institución, como en efecto fue el caso.

JOHN CLARE: Bueno, por ser justos, el asunto del confinamiento es algo que muy pocos de los nuestros han llegado a anticipar apropiadamente, y mucho menos a aceptarlo. Por lo general, siempre constituye una sorpresa.

Hoy eres lord Byron y, mañana, estás en un comedor lleno de idiotas comiendo gachas.

THOMAS BECKET: Y vos mismo decís que parto de Northampton y huyo a Francia, donde entiendo que voy a exiliarme. Un confinamiento, aqueste, que no esperaba.

JOHN CLARE: Por lo que he oído, sale usted en mitad de la noche por una brecha en la muralla del castillo y se encamina hacia la puerta norte de la ciudad, que está al final de Sheep Street, justo después de pasar la vieja iglesia redonda.

THOMAS BECKET: Sí, la sitúo.

JOHN CLARE: Al parecer, cruza la puerta y galopa hacia el norte para que se piensen que es allí a donde va, pero entonces gira en redondo y cabalga hacia el sur, hacia Dover, desde donde cruza a Francia sano y salvo.

THOMAS BECKET: Parece una medida cauta y avispada. La recordaré al despertar.

BECKETT: Sí, pensé lo mismo acerca de una línea de diálogo que la esposa aquí presente pronunció hace menos de media hora, pero ya la he olvidado. Creo recordar que tenía algo que ver con no sé qué de las tijeretas.

JOHN CLARE: *(A Tomas Becket.)* Existe cierta controversia en relación con la ruta que tomó en su fuga. Según el relato común, durante su huida de Northampton, hizo usted un alto en el pozo de piedra de Beckett's Park para beber un poco. Pero, si efectivamente llegó a salir por la puerta norte, no parece muy probable.

THOMAS BECKET: La respuesta es muy sencilla. Conozco el pozo al que os referís, pues bebí de él al entrar en Hamtun por la puerta de Dern. Sucedió por ende al llegar a la ciudad y no al salir de ella, pero, más allá de aquesto, el relato es asaz verídico, si bien me parece una anécdota de importancia menor. Más me conmueve, empero, el pensamiento de que vaya a existir un parque bautizado en mi honor.

JOHN CLARE: Bueno, respecto a eso también existe cierta controversia. Aunque la historia del pozo está ahí, el nombre del parque, a diferencia del suyo, presenta dos «T»

al final, así que puede que no esté bautizado en su honor.

BECKETT: ¿Dos «T»? Pues vaya. No creo que se lo pusieran por mí, ¿verdad?

JOHN CLARE: Por lo que me han contado, es en honor de una gran benefactora de la ciudad, y no en el de ninguno de ustedes dos, caballeros. El tema del pozo puede que no sea más que una coincidencia. Aunque, ahora que lo pienso, creo que hay quien también escribe el nombre del pozo con dos «T» al final, aunque eso tal vez se deba a la pertinaz ignorancia local y a la torpeza con las palabras y su correcta expresión. Espero no haberles defraudado con lo que acabo de decir.

THOMAS BECKET: *(Decepcionado.)* ¿Defraudado? No, no diría aqueso, no... defraudado, no. Solo un hombre envanecido se defraudaría ante tal hecho y, ¿acaso no habéis dicho ya que seré santificado? No. Defraudado, no. ¿Por qué habría de estarlo?

BECKETT: *(Igualmente decepcionado.)* Yo tampoco. Mi pregunta no era más que una broma, porque en verdad me importa poco que el parque fuese bautizado o no en mi honor. En lo que a mí respecta, me da igual. Tener un parque bautizado en honor de uno parece una cosa vulgar y común, de ahí que tantos parques se llamen Victoria.

JOHN CLARE: Ah, sí. Mi bella hijita. ¿Sabéis nuevas de ella? ¿Cómo le va la vida?

BECKETT: Dios mío, justo cuando pensaba que habíamos dejado atrás semejantes tonterías. Creo que no lo aguanto más. Y, para ser franco, tampoco espero mayores avances por parte de la pareja de la escalinata. Tengo la sensación de que ya se han dicho todo lo que tenían que decirse, y que la conversación no da para más.

THOMAS BECKET: En aqueso debo daros la razón. Están medio aturdidos por el lamentable naufragio de sus propias acciones, y ni persiguen la expiación ni pueden albergar la expectativa de la redención. Su lóbrega historia es asaz corriente y, al igual que vos, yo también me he cansado de ella. Además, si lo que me habéis contado es cierto, yo también tengo una lóbrega historia a la que enfrentarme.

Creo que marcharé en aquesa dirección *(señala la platea como si esta fuera una calle en* off*)* para acudir así al castillo en el que me aguarda mi antaño compañero de juegos.

BECKETT: Pues quizá le acompañe. Yo mismo pensaba irme por ahí para echarle un vistazo a la iglesia de San Pedro, que fue lo que hice cuando vine a jugar al críquet.

THOMAS BECKET: Es una hermosa y venerable construcción, y la conozco bien. Confieso que me sorprende oír que sigue en pie después de mil años. ¿Ha caído en la ruina? ¿Sonríen aún en la piedra los seres grotescos y horribles que recuerdo?

JOHN CLARE: A lo largo de los años se han caído o han tirado unos cuantos, pero la mayoría sigue allí. Así pues, ¿se marchan? ¿No puedo persuadirles de que se queden a hacerme compañía para que con quien yo converse sea, además, capaz de oírme?

BECKETT: Lo siento, pero no, no puede persuadirme. Ha sido toda una experiencia conocerle, oír sus salvajes disparates y saber de su impúdico lance con Lucia. No me importaría volver a verle, aunque debo admitir que lo digo sabiendo que será difícil.

JOHN CLARE: Por mi parte, lamentaré quedarme aquí solo, aunque, por causa de mi vesania, no dudo de que pronto me habré olvidado de que estuvieron aquí o, si acaso, de que no tardaré en convencerme de su naturaleza ilusoria, como en el caso de mi primera espo… como en el caso de otros cómicos equívocos que haya podido sufrir. Me han caído ustedes bien, pero debo remarcar que ambos son muy similares, tanto por sus apellidos como por el hecho de que me han parecido un tanto sombríos.

BECKETT: ¿Nunca es usted sombrío?

JOHN CLARE: No. Abundo grandemente en una melancolía improductiva, pero no creo tener el valor necesario para ser sombrío. Quizá deprimente, a veces, pero no lo que podría llamarse sombrío. No tengo estómago para ello.

THOMAS BECKET: *(Amable y comprensivo.)* ¿No nos acompañaréis a la iglesia? No me agradaría pensar que os

hemos dejado en la estacada.

BECKETT: *(Calladamente exasperado, en un aparte.)* ¡Oh, genial!

JOHN CLARE: *(A Tomas Becket.)* Gracias por el ofrecimiento, pero creo que voy a quedarme un rato por aquí. No estoy seguro de que estos dos hayan finalizado su debate, y albergo esperanzas de que exista una suerte de poesía en su conclusión. Aunque esas esperanzas tampoco son muchas. Al fin y al cabo, soy realista por naturaleza, o al menos lo soy en mis descripciones, porque los demás dicen de mí que soy un romántico o, si acaso, un tonto. Disfruten ahora de su velada, caballeros, y déjenme a mí disfrutar de la mía. Les deseo buena suerte. Especialmente a usted, su santidad, y tenga mi enhorabuena por evitar la descomposición.

THOMAS BECKET: Eh, sí, bueno, gracias... aunque con toda mi humildad os digo que no puedo concebir que se deba a esfuerzo alguno por mi parte.

BECKETT: Buena suerte para usted también. Y recuerde que John Clare fue mucho mejor poeta que lord Byron. Eso debería mantenerle en sus cabales. Ahora, hasta la vista. *(Samuel Beckett y Tomas Becket siguen hablando mientras pasean hacia el lado derecho del escenario.)* Entonces, respecto a la canonización y tal, ¿no hubo indicios de habilidades milagrosas antes del asunto de no pudrirse?

THOMAS BECKET: No que yo recuerde. Gozo de cierta fluidez en la escritura, pero ni yo mismo la creería milagrosa. Y, respecto a vos, ¿seguís ligado a la Santa Iglesia?

BECKETT: Bueno, no le mentiré... Hemos tenidos nuestros altibajos.

Salen por la derecha. John Clare permanece quieto y los sigue con la mirada. Primero otea el lado derecho del escenario, pero, a continuación, gira poco a poco la cabeza para escudriñar la platea. Hay una larga pausa, como si quisiera asegurarse de que sus compañeros están ya demasiado lejos como para poder oírle

JOHN CLARE: Pues sepa usted de nuevo que yací con su

amiga. Y que el léxico se me salía de los oídos como un lenguaje hecho esperma. Fue un encuentro vigorizante, y no lo lamento en absoluto.

Clare se queda quieto un segundo o dos mientras observa ociosamente al marido y a su esposa, aún inexpresivos. Tras constatar que no hablan ni se mueven, les da la espalda con tristeza y resignación para dirigirse a su nicho, situado al fondo en el centro/derecha del escenario. Una vez allí, se sienta y sigue observando lastimeramente a la petrificada pareja de la escalinata delantera. Después de otro par de segundos, se oye el sonido en offdel reloj de la iglesia, que repica una sola vez. Sentada en su escalón, la esposa alza la vista con consternación, pero su marido no reacciona

ESPOSA: Sigue siendo la una. ¿Cómo puede seguir siendo la una? ¿Por qué siempre es la una?

MARIDO: *(Indiferente.)* Tú misma lo has dicho. A partir de ahora, siempre va a ser demasiado tarde. Siempre van a ser las no-se-puede-hacer-nada y media.

ESPOSA: Pero la culpa la tienes tú. Tú eres el que nos ha echado esto en lo alto. ¿Por qué sigue siendo la una para mí?

MARIDO: Porque eres tan responsable como yo de la situación. Si algo he aprendido de la dichosa situación es que siempre está presente. Siempre continúa. Jamás acaba.

ESPOSA: *(Horrorizada tras una pausa de reflexión.)* ¿Estamos en el infierno? Johnny, ¿hemos ido a parar al infierno?

MARIDO: *(Hastiado, sin mirarla.)* No lo sé, Celia.

JOHN CLARE: Hemos hablado antes de eso y creímos más probable el purgatorio. Aunque tampoco afirmo ser ninguna gran autoridad en la materia. *(Pausa.)* Bah, si no pueden oírme, ¿qué sentido tiene?

Clare se suma al silencio lúgubre de marido y esposa. Al momento, una mulata entra en escena por la izquierda, bajo el pórtico. Da unos pasos, se detiene y pondera el panorama, primero mirando a la pareja

de la escalinata y, luego, a John Clare en su nicho

MULATA: Tú eres el poeta, ¿no? Eres John Clare…

JOHN CLARE. *(Sorprendido.)* ¿Sí? ¿Seguro? ¿No soy Byron o el rey Guillermo?

MULATA: *(Amable y comprensiva.)* No, cariño. Eres John Clare. Pero, por lo que he oído, se te va la cabeza de vez en cuando.

JOHN CLARE: Muy cierto. Se me va. ¿A ti no te molesta?

MULATA: No. Si te soy sincera, cuando supe de ti, encanto, me pareciste un chiste. Pero algunas de las cosas que escribiste son una delicia. ¿Es cierto que caminaste más de cien kilómetros de vuelta aquí tras pirarte de un loquero en Essex?

JOHN CLARE: ¿Loquero?

MULATA: Sí, ya sabes… una granja de pirados. Una fábrica de Napoleones. La academia de las risitas. El granero de los lunáticos.

JOHN CLARE: *(Con una risa divertida y animada.)* Oh, te refieres al manicomio. Haberlo dicho, mujer. Sí, de allí partí. Pareces saber muchas cosas de mí.

MULATA: Oh, sé toda clase de cosas. ¿Sabe qué? Es un placer conocerle, señor Clare. Estoy entusiasmada.

JOHN CLARE: Bueno, pues igualmente. ¿Cómo te llamas, chica?

MULATA: Me suelen llamar Kaph.

JOHN CLARE: ¿Kath?

MULATA: Kaph. K-A-P-H. Con «P».

JOHN CLARE: Un nombre inusual, sin duda. ¿Y de qué parte de Northampton y la eternidad eres?

MULATA: Estuve en Spring Boroughs entre 1998 y 2060. Durante la mayor parte del tiempo trabajé en el Anexo de San Pedro, en la puerta contigua a la iglesia. Sobre todo, atendiendo a refugiados orientales.

JOHN CLARE: ¿De las Indias Orientales?

MULATA: No, de Anglia Oriental. De Yarmouth y sitios así. En la época de la que provengo tenemos bastantes problemas con la meteorología.

JOHN CLARE: Ah, bueno, un clásico de Inglaterra.

MULATA: Esta vez no, cariño. Créeme. No tiene nada

que ver. El océano se lo está tragando todo, encanto. Y, cuando la gente se mueve, tiende a llevarse sus problemas consigo, y sus problemas son de los peores. Drogas, enfermedades, violencia, abusos y un montón de taras mentales que llegan con ellos. Cuando estaba en el anexo, di con una idea para procesar —es decir, atender— grandes grupos de personas en situación de emergencia. Nada brillante. Solo era un cuestionario, un formulario que rellenar, y resultaba de sentido común si habías estado trabajando con refugiados. Sea como fuere, dio la vuelta al mundo y, al parecer, salvó un montón de vidas.

JOHN CLARE: Me avergüenza decir que no he atendido a casi nada de lo que me acabas de contar. Lo poco que he captado es que eres una mujer de una inteligencia y un mérito inusuales, pero, como yo soy más bien bobo, me he quedado embelesado con tu busto y me he perdido la mayor parte. No pienses mal de mí, por favor.

MULATA: *(Entre risas.)* No pasa nada. Eres John Clare. Es todo un honor que hagas el esfuerzo de mirarme las tetas.

JOHN CLARE: Eres muy amable, estimo, y también enérgica y risueña. Debería concederte el respeto de escuchar lo que me dices. Por favor, cuéntamelo de nuevo. Y, esta vez, asegúrate de que te miro a los ojos mientras lo haces.

MULATA: Ah, menuda leyenda. Eres justo como pensé que serías al leer tus poemas. No digo que haya leído muchos, pero algunos me hicieron llorar. En cuanto a mí, no hay mucho más que decir. El asunto del cuestionario me acabó granjeando mucha más atención de la que nunca quise o deseé. Hasta empezaron a llamarme santa. Aunque, si te soy sincera, lo vi un poco deprimente. Como decía, fue algo que nunca quise.

JOHN CLARE: ¿Eres una santa, entonces?

MULATA: No como tal. Solo en los periódicos. Ahí hacen santo a cualquiera. Intenté no meterme en ese tema, la verdad.

JOHN CLARE: Pues uno de verdad ha pasado por aquí hace nada. Tomas á Becket.

MULATA: ¿En serio?

JOHN CLARE: Eso, o lo he soñado.

MULATA: Tomas Becket es muy famoso.

JOHN CLARE: Sí, a cuenta de un pozo. Hablamos del tema. Ha pasado por aquí porque eso fue lo que hizo de camino a su perdición en el castillo. El otro señor Beckett estaba por la zona revisitando las mismas iglesias de Northampton que había visto en una ocasión previa, mientras que el señor Bunyan cruzó el lugar mientras se dirigía a escuchar una proclamación en el mercado. En cuanto a mí, este es el sitio en el que suelo sentarme, y eso explica mi presencia, pero ¿qué hay de ti? ¿Consideras que estás muerta o soñando? Y, sea cual fuere el caso, ¿qué te trae por estos lares?

MULATA: Oh, yo estoy muerta. Sin duda alguna. Me vi envuelta en una revuelta por agua después de que las cosas se pusieran feas en el cincuenta y seis, y mi corazón no dio más de sí. Nada extraño a mis setenta años.

JOHN CLARE: No los aparentas.

MULATA: Ya, bueno... Esta soy yo en la treintena, durante mi mejor época. Si te soy sincera, de joven fui un desastre, y las drogas me dejaron algo esquelética. En cuanto a qué me trae por aquí, pues.... bueno, he venido por ellos.

La mulata hace un gesto con la cabeza en dirección a la pareja de la escalinata

JOHN CLARE: Entonces, ¿los conoces?

MULATA: Oh, sí. Bueno, en vida nunca llegué a encontrármelos, no, pero lo sé todo acerca de ellos. Él, el tipo, es Johnny Vernall, y la mujer es su esposa, Celia. Esta es la noche en la que su hija se encierra en la casa de Freeschool Street y ellos vienen aquí a sentarse bajo el pórtico hasta el alba. Sea como fuere, sí conocí a su hija Audrey.

JOHN CLARE: Ah, bueno. Esa será la que sufrió los abusos. He estado debatiéndolo antes con los fantasmas que andaban por aquí. Parecía un asunto execrable.

MULATA: Oh, sí. Lo fue. Pero supongo que así debía ser.

JOHN CLARE: ¿Cómo conociste a esa pobre niña?

MULATA: Bueno, ella era una anciana cuando la conocí. Durante mi juventud, una noche me metí en problemas, y ella me salvó la vida. Era la mujer más aterradora y maravillosa que jamás hubiera conocido, y aquella noche lo cambió todo para mí. Si luego me dediqué a ayudar a los demás fue por ella. Si no me hubiera socorrido, habría acabado muerta, y entonces nada de lo demás, ni el cuestionario, ni nada, habría ocurrido. La verdadera santa es ella, Audrey. Ella es la mártir, y esta es la noche previa a que la lleven a la hoguera. Por eso estoy aquí. Tras lo que Audrey hizo por mí, creí que era lo justo. Pensé que era justo venir aquí, verlo y ser testigo.

JOHN CLARE: Si hay poesía en este entuerto, diría que las mujeres sufridoras constituyen el motivo central. *(Pausa.)* Pero bueno... ¿¡y mis modales!? ¡Esta joven dama lleva ya aquí un buen rato y ni siquiera le he ofrecido asiento!

MULATA: *(Se ríe y empieza a caminar hacia el nicho de John Clare.)* Oh, bueno, es muy amable por tu parte. Yo...

JOHN CLARE: *(Ligeramente asustado; preocupado por la posible confusión.)* Oh, no, este no. Este es el mío. El que guardo para las visitas es el del lado contrario. Me han dicho que es muy cómodo.

MULATA: *(Sorprendida, pero más divertida que molesta.)* Ah, bien. Vale. ¿Ese de ahí, verdad? *(Camina y toma asiento en el nicho que está a la izquierda del escenario, junto a la puerta.)* Hum. Llevas razón. Es bastante cómodo. Un sitio bastante cómodo para sentarse.

JOHN CLARE. Bueno, no tan cómodo como este, pero espero sinceramente que sea de tu agrado.

MULATA: *(Encantada con su formalidad, riéndose.)* Está bien. Es como un pequeño trono. Entonces, ¿qué me he perdido con Johnny y Celia?

JOHN CLARE: Al parecer, ya sabes la mayor parte. La esposa lo reprendió un poco hasta que él se encendió y capituló con una confesión completa, lo cual le granjeó otras cuantas reprimendas. Hace poco, él ha sacado el tema

de que ella era consciente de la situación, y de que por tanto era cómplice de tales circunstancias abyectas.

MULATA: ¿Cómo se lo ha tomado?

JOHN CLARE: En primera instancia, no demasiado bien. Lo negó con indignación, pero no pude evitar sentir un cierto trasfondo de desgana. Entonces, al rato, pareció aceptar lo dicho, lo cual la tornó más angustiada y contrita. Más recientemente, se diría preocupada por la posibilidad de estar en el infierno, aunque estimo que la opinión más extendida y popular es la de que todo esto es el purgatorio.

MULATA: ¿El qué? ¿Esto? No, sandeces. Es el cielo. Todo esto es el cielo.

JOHN CLARE: ¿En serio?

MULATA: Pues claro que sí. Míralo. Es milagroso.

JOHN CLARE: ¿Que mire qué? ¿El incesto y la miseria?

MULATA: Que haya alguien vivo capaz de abusar de sus propios hijos, que haya hijos, que haya abusos sexuales, que podamos sentir la miseria... En general, tal y como lo veo, hay poco de lo que quejarse. Es el cielo. Aunque estés en un campo de concentración, aunque te estén violando y dando una paliza, o aunque el momento te pille en un mal día, siempre es el cielo. ¿No irás a decirme que escribiste todo aquello de las estaciones, la mariquita y demás, y que no tienes ni idea del tema?

JOHN CLARE: ¿Estás segura de que no eres una santa de verdad?

MULATA: Si supieras la mitad de las cosas que hice de joven, ni siquiera me lo preguntarías. O ninguno de nosotros es santo, o todos lo somos.

JOHN CLARE: ¿No una selecta minoría como sugería el señor Bunyan?

MULATA: No sé quién es ese, pero no. Claramente, no. O todos, o ninguno; un todo o nada que se aplica a la humanidad entera. O todos somos santos y pecadores por igual, o no hay ni santos ni pecadores que valgan.

JOHN CLARE: Oh, pecadores ya lo creo que los hay, pero de santos no puedo hablar. Por mi parte, creo que en esta vida he podido hacer cosas innobles y monstruosas.

MULATA: Ay, encanto. No deberías fustigarte. Todos hemos hecho cosas malas, o al menos creemos haberlas hecho. Pero solo cuando somos incapaces de afrontarlas y de ponerlas en perspectiva acabamos atrapados en ellas, y entonces es cuando marcan para siempre quiénes somos y dónde estamos.

JOHN CLARE: «Para siempre» es un período de tiempo horriblemente largo como para pasarlo atrapado con algo deprimente.

MULATA: No andas mal encaminado.

John Clare y la mulata caen en un silencio reflexivo y observan al marido y a la esposa, aún sentados en la escalinata

ESPOSA: *(Tras una larga pausa durante la que su expresión muta de la angustia y la culpa a la frialdad pragmática.)* Bueno, ¿y qué vamos a hacer al respecto?

MARIDO: *(Alza los ojos y la mira con sorpresa.)* ¿Vamos?

ESPOSA: Ya lo has soltado antes. Soy tan responsable como tú.

MARIDO: Así es. Me alegro de que lo veas.

ESPOSA: Si el asunto le salpicara a uno de los dos, nos afectaría a ambos, y nuestra vida se iría al traste. Al menos, aquí. ¿Y a dónde íbamos a ir? Eso también lo veo.

MARIDO: ¿Qué quieres decir?

ESPOSA: Digo que la gente del barrio nos conoce. Tenemos amigos, Johnny, y parientes. Nuestras vidas están aquí. Y tenemos planes.

MARIDO: ¿Los tenemos?

ESPOSA: *(Bufando con impaciencia.)* ¡Sí! ¡Planes que van más allá de que alguien descubra que le has metido esa asquerosa cosa tuya a Audrey! ¿Y qué van a pensar de mí? No voy a dejar que nos destruyas, Johnny. Y tampoco que lo haga ella.

MARIDO: Pero… pero la situación no tiene por qué llegar a esos extremos, ¿no? Es decir… si hablo con ella cuando se calme, quizá…

ESPOSA: Oh, sí. Seguro que eso ayuda mucho. ¡Así volverás a convencerla de que se baje las bragas y

estaremos en las mismas! Quiere venganza, idiota. Flirtea contigo, te seduce con sus faldas y sus sostenes, y entonces, cuando te tiene babeando y a punto, monta un teatro y consigue el drama que estaba buscando.

MARIDO: Así es. Me sedujo.

ESPOSA: Y ahora está montando una escenita para que todo el mundo lo sepa.

MARIDO: *(Confuso y alarmado de repente.)* ¡Decías que había parado!

ESPOSA: *(Con ceño de incertidumbre.)* Sí, bueno. Eso pensaba, pero ahora no estoy tan segura. Creo que aún puedo oírla cuando el viento sopla hacia aquí. Pero ese no es el tema. El tema es que se ha convencido de que va a pararte los pies contándoselo a todo el mundo y radiándolo por los tejados. Ya has visto cómo ha salido Eileen Perrit a averiguar de qué iba todo el jaleo, todo el follón que ha montado justo cuando Jem y ella acababan de acostar a la pequeña Alison. Lo ha oído todo. *Whispering Grass*, la sarta de guarrerías que ha soltado esa zorrita guarra... Lo ha oído todo de cabo a rabo. *(Pensativa, tras una pausa.)* A saber lo que habrá oído. Quizá sea ya demasiado tarde.

MARIDO: Pero entonces, ¿qué vamos a hacer?

ESPOSA: *(Cabreada.)* No lo sé, Johnny. No sé lo que vamos a hacer. Eso es justo lo que intento averiguar: lo que vamos a hacer. *(Pausa.)* Dichosa zorrita. Se pensaría que no me di cuenta de cómo se lavó el pelo en la cocina, en el fregadero, sin su blusa, y luego se lo secó y lo envolvió en la toalla, y tú estabas allí sentado, mirándola, con las piernas cruzadas, sentado y mirándola, y entonces dijiste algo como: «Oh, qué guapa estás con el pelo recogido, Audrey», y no le importó que le dijeras lo guapa que estaba sin la blusa y con el pelo recogido, o que estuvieras allí sentado, mirándola con las piernas cruzadas, pero luego, a partir de ahí, empezó a llevar el pelo recogido a todas horas, para que todos le vieran la nuca, la nuca, mira mi preciosa nuca, mira mis pequeños pechos de nada, mira cómo me contoneo cuando toco el acordeón para que se me suba la falda, qué me gusta que vengan todos a mirar, y a

verme las rodillas, y a fantasear con mi chocho, y se pensaría que no me di cuenta. *(Se impone una larga y tensa pausa durante la que el marido parece asustado y conmocionado por el arrebato.)* Déjame pensar. Necesito pensar. Hay que pensar lo que vamos a hacer.

JOHN CLARE: *(Tras una pausa.)* Me da igual cómo suene lo que voy a decir, pero el curso de los acontecimientos me suscita dolorosas impresiones.

MULATA: Sí. Van a taparlo todo. Van a enterrarlo porque no pueden afrontar lo que han hecho. Van a enterrar a Audrey, y entonces, muy dentro de ellos, se quedarán sentados para siempre en la humedad, la niebla y la inquina de estos escalones. Todo porque no podían soportar la idea de contar la verdad que encarnaban.

JOHN CLARE: *(Tras una larga y angustiosa pausa durante la que batalla en secreto con su propia conciencia.)* Yo también hice algo. Hice algo y nunca conté la verdad. Fue a los catorce años. *(Cierra los ojos. Apenas puede hablar.)*

MULATA: *(Amable y alentadora.)* ¿Ah, sí? ¿Te apetece contármelo?

JOHN CLARE: *(Con los ojos aún cerrados, empieza a balancearse adelante y atrás en su nicho.)* Fue a los catorce años. A los catorce años. A los catorce años, había alguien. Había alguien. Había alguien en el sendero al pueblo cercano. Había. Había. Había alguien. Había alguien. Era una joven... Yo tenía catorce años. Era una joven. Una joven. Rondaría mi edad. Mary. Mary. Mary. Era hermosa. Era más hermosa que nada. Fue a los catorce años. Y la conocí. Y la conocí en el sendero y le pregunté si le apetecía caminar conmigo y Mary dijo que sí, dijo que caminaría conmigo. Rondaría mi edad. Y fuimos por el sendero. Íbamos. Íbamos. Íbamos bordeando un arroyo en el que había, había, había un espino. Y le dije. Y le dije que la amaba, y. Y. Y. Y. Y le pregunté si quería desposarse conmigo. Bajo el espino. Bajo el espino y ella se rio y dijo que sí y nos arrodillamos. Nos arrodillamos bajo el espino y le hice un anillo. Le hice un anillo. Le hice un anillo de hierba y se lo puse en el dedo y le dije. Le dije. Le dije que

ya estábamos desposados. Rondaría mi edad. Yo tenía catorce años. Ella, ella, ella era un poco más joven. Un poco más joven que yo. Y yo. Y yo. Y yo hice una chanza. Una chanza. Una chanza y dije. Y dije. Y dije que era nuestra noche de bodas. Le hice un anillo de hierba. Dije que era nuestra noche de bodas y que debíamos. Debíamos quitarnos la ropa y lo dije en tono de chanza. Lo dije en tono de chanza, bajo el espino, pero ella, ella, Mary dijo que sí. Rondaría mi edad. Un poco más joven. Mary dijo que sí y se rio. Se rio, se quitó la ropa, y yo... la... miré. La miré mientras se quitaba la ropa y me apresuré. Me apresuré. Me apresuré a quitarme la mía también y ella me miró. Tenía diez años. Tenía diez años. Se rio y yo dije. Dije que. Dije que. Dije que debíamos hacerlo. Ella se rio y preguntó el qué. Preguntó el qué y yo dije, dije que se lo mostraría y que no pasaba nada. Que no pasaba nada. Le hice un anillo y la desposé y no pasaba nada y entonces le dije. Le dije. Le dije qué hacer. Le dije. Le dije que se tumbara boca arriba y ella se rio. Se rio. Se rio y yo me puse en lo alto y Mary preguntó. Preguntó. Preguntó qué estaba haciendo e intenté penetrarla. Yo tenía catorce años. Dijo que le hacía daño. Dijo que le hacía daño. Dijo que le estaba haciendo daño y que no quería hacerlo, que no quería hacerlo, que le hacía daño, pero yo dije. Dije. Dije que no pasaba nada. Dije que estábamos desposados. Dije que no pasaba. Que al rato empezaría. Que al rato empezaría a gustarle y que no debía. Que no debía. Que no debía llorar. Que no debía llorar. Que no debía llorar. Y yo. Y yo no paré. Y ella dejó de llorar. Al rato. Y cuando acabé nos secamos con mi camisa y dije. Dije que era mi primera esposa y que siempre lo sería y que no debía contarle a nadie, a nadie, a nadie. Lo que habíamos, lo que habíamos, lo que habíamos hecho. Bajo el espino. Bajo el espino. Fue a los catorce años. A los catorce años. Ella tenía diez. Jamás volví a verla, salvo en mis mejores fantasías *(llegado a este punto, se ha echado a llorar; tras terminar, se sume en el silencio)*.

MULATA: *(Tras una larga pausa.)* ¿Seguro que no quieres

que me siente a tu lado?

JOHN CLARE: *(Alza la vista hacia ella, angustiado.)* ¿En serio? ¿De verdad? Me siento muy solo aquí, la verdad.

La mulata se levanta de su nicho y se dirige al de John Clare. Se sienta a su lado, comprensiva, y le pasa el brazo por el hombro

MULATA: *(Acariciándole el pelo.)* Tenías catorce años. Vivías en el campo. Era el siglo XIX y tal. Son cosas que pasan, cariño. Erais niños y hacíais el tonto. Si es la culpa lo que te hace referirte a ella como tu primera esposa, y si tiene algo que ver con que te pasaras tanto tiempo recluido en St. Andrew, entonces ya lo has pagado con creces, cuando lo único que hiciste fue amar a alguien en el momento equivocado. Hay crímenes peores que ese, cariño. Crímenes mucho peores. Calma. Tranquilízate.

ESPOSA: Podríamos encerrarla.

MARIDO: ¿Qué quieres decir?

ESPOSA: En Berry Wood, al doblar la esquina, en el hospital St. Crispin. Podríamos encerrarla allí.

MARIDO: ¿En la institución mental?

ESPOSA: En Berry Wood. Podríamos decir que lleva un tiempo haciendo cosas raras.

JOHN CLARE: Oh, no. Ya veo a dónde va a parar esto.

MULATA: Shhh, tranquilo. Solo es un hecho mundano del pasado. Todo va bien.

MARIDO: Bueno, supongo que la música siempre la ha obsesionado. Ya sabes... el temperamento artístico y tal. Y lo de esta noche, pues... no hay mejor prueba que esa.

JOHN CLARE: ¡Es igual! ¡Igual que lo que el otro señor Beckett dijo que le acaeció a su amiga!

ESPOSA: Sí, bueno, es de dominio público. Si estás loco y sufres ataques, da igual lo que digas. Hagas las acusaciones que hagas, nadie te va a echar cuenta.

MARIDO: *(Vacilante e incómodo.)* Pero a ver, Celia... Nuestra Audrey, en un manicomio. No me gusta mucho la idea.

ESPOSA: No será por mucho tiempo. Solo hasta que se le pasen los delirios, como creo que los llaman, y deje de decir

cosas sin sentido.

MARIDO: Pero, es decir, esto no son delirios precisamente, ¿no?

ESPOSA: Johnny, escúchame: lo son. Son todo delirios. Al fin y al cabo, viene de familia. No es culpa tuya porque no elegimos las taras con las que venimos al mundo, pero ahí está tu padre. Y tu abuelo. Y la tía Tursa. No es de extrañar que Audrey haya salido así. Ya haremos los arreglos necesarios por la mañana.

MARIDO: ¿Qué arreglos?

ESPOSA: Los del hospital, para encerrarla.

MARIDO: Oh. Oh, sí. Los arreglos. Supongo que no podemos…

ESPOSA: Por la mañana. Es lo mejor.

MARIDO: Sí. Supongo que sí. Lo mejor para Audrey.

ESPOSA: Lo mejor para todos.

Se sumen en un silencio reflexivo

JOHN CLARE: *(Con la compostura recuperada.)* Terribles asuntos los que se están decidiendo aquí esta noche. *(Gira la cabeza hacia la mulata, sentada a su lado.)* Con la admiración que le profesas a la hija, diría que debes estar sintiendo una ira atroz.

MULATA: Pues no, la verdad. Lo que siento es pena por ellos. Es decir, observa a esos dos. Están atrapados en este instante. Podrías decir que se lo han buscado solos, sí, pero ¿qué capacidad de elección tenemos en realidad? Lo mejor es no juzgar. Si lo piensas, incluso los violadores y los asesinos y los chalados —sin ofender— llegaron a serlo por causas corrientes y molientes. O tuvieron un poco de mala suerte, o fueron incapaces de deshacerse de sus propias obsesiones. En mi juventud, yo era horrible. Sentía que todo era culpa mía. Pero, si echo la vista atrás con ojos más amables, no estoy tan segura de que lo fuera. Ni siquiera estoy segura de que alguien tuviera la culpa. Llega un momento en el que te cansas de fustigarte a ti mismo.

JOHN CLARE: Aprecio tu naturaleza compasiva. La generosidad que albergas en tu interior nos empequeñece a

todos. ¿Estás segura de que no eres una santa de verdad?

MULATA: Oh, ¿y a quién le importa? Solo es una palabra. Es decir… me acabas de contar que has conocido a Tomas á Becket. Él es un santo de verdad. ¿Era como yo?

JOHN CLARE: No. No lo era.

MULATA: Pues ahí lo tienes.

JOHN CLARE: Era de la opinión de que los pecados de este par de infelices los situaban más allá del alcance de toda piedad o redención.

MULATA: Bueno, pues yo no estoy nada de acuerdo. No creo que él considerase toda la billarística y la balística del asunto.

JOHN CLARE: ¿Qué quieres decir con eso?

MULATA: Pues, a ver, pongámoslo así… Si Johnny Vernall nunca hubiera leído un par de revistas guarras y no se hubiera empecinado en tirarse a su hija, ella no los hubiera echado de casa para tocar *Whispering Grass*, y su madre no hubiera tenido la idea de internarla en St. Crispin. Así pues, ella no hubiera estado allí cuando los conservadores empezaron a cerrar las instituciones mentales, y no habría quedado en manos de eso que dieron en llamar «el cuidado de la comunidad». Luego, cuando tuve necesidad de ella en una situación de vida o muerte, tampoco hubiera estado allí, así que no habría salido tan bien parada. No habría existido el cuestionario, y miles de vidas se habrían perdido o habrían diferido a lo largo del mundo. Piensa en todas las vidas que esas vidas afectaron para bien o para mal, sigue multiplicando y acabarás dándote cuenta de que es puro billar. Que Johnny le bajara las bragas a Audrey no solo es un rebote contra el borde de la mesa. Es el mismísimo saque. Y no, nada de esto justifica lo que hizo. Johnny y Celia, tú y yo, cualquier otro… todos seguimos teniendo que responder ante nuestra conciencia. Y la conciencia es la hija de puta más despiadada y vengativa que me he echado a la cara, así que no creo que nadie se libre fácilmente de la suya. Todos nos juzgamos a nosotros mismos. Todos nos sentamos en estos fríos escalones. No hay necesidad de más. El resto es puro billar.

Sentimos los impactos y culpamos a la bola que nos golpea. Y a todos nos gusta ir disparados y rodando, porque eso nos hace pensar que debemos ser especiales, pero no somos más que bolas. Bolas y billar. *(Pausa.)* Ya estás mirándome otra vez el escote.

JOHN CLARE: Lo sé. Lo siento. Supongo que podría aducir que mi oportunismo se encuentra predeterminado. Si, como sostienes, es mi conciencia ante lo que debo responder, creo que esta vez mi respuesta no será ni difícil, ni ardua, ni larga.

MULATA: *(Ríe alegremente, atraída por él.)* Ay, los poetas... Cuando queréis que las chicas se os abalancen, empleáis vuestras bonitas palabras como si fueran desodorante Axe, ¿verdad? De todos modos, ¿tú no tenías una esposa esperándote en casa?

JOHN CLARE: Oh, por cómo lo cuento, tengo un buen montón. Pero no me prestas atención. A buen seguro, todo este asunto de las esposas no es más que el desvarío de un demente. Y yo tengo fama de ser uno.

Ambos ríen ahora

MULATA: ¿Cómo es estar contigo? Tienes unos ojos preciosos, y no creo que tengas ni una pizca de anticuado. *(Empiezan a abrazarse.)* Ahora entiendo por qué te gustan tanto las sombras de este nicho, viejo sinvergüenza. Es muy cómodo. Muy práctico.

JOHN CLARE: A lo largo de todas las veces que estuve aquí sentado, nunca pensé en usarlo para tales propósitos.

MULATA: *(Mientras le besa suavemente la mejilla y el cuello.)* ¿No? ¿Por qué no?

JOHN CLARE: Porque estaba vivo. Vivo y a plena luz del día, durante los viernes por la tarde, con gente pasando y casi siempre solo, además. No habría estado bien. Eres una joven encantadora. Bésame como si estuviéramos vivos y... ¡Oh! ¡Oh, santo cielo! ¿Pero qué es lo que me estás haciendo ahora?

MULATA: Te lo dije antes. No soy ninguna santa.

Empiezan a besarse y acariciarse mutuamente bajo las íntimas sombras del recoveco

ESPOSA: *(Tras una larga pausa, aséptica y desprovista de emociones.)* Que Dios me perdone, Johnny, pero te odio. Te odio tanto que incluso me agota.

MARIDO: *(Igualmente neutro e impasible.)* Y yo te odio a ti, Celia. Te odio con todo mi corazón. No te soporto.

ESPOSA: Bueno, pues al menos nos queda eso. Al menos aún significamos algo el uno para el otro.

MARIDO: *(Sin mirarse a los ojos, extiende el brazo y toma la mano de su esposa. Ella acepta el gesto sin reacción o comentario alguno. Hay una larga pausa durante la que permanecen sentados con mirada perdida e inexpresiva.)* ¿Seguimos adelante con lo de... ya sabes... con lo de Audrey y el hospital? ¿Estás segura de que sigue siendo algo que queramos hacer?

ESPOSA: Sigue siendo algo que tenemos que hacer.

MARIDO: Sí, supongo que sí. *(Tras una pausa.)* Pero no ahora mismo, ¿verdad?

ESPOSA: No. Por la mañana. Tengo menos ganas de hacerlo que tú, créeme.

MARIDO: Ya. Me lo supongo. Pero es algo que tenemos que hacer, llevas razón. Llevas toda la razón. Por la mañana, iremos allí y le echaremos valor.

ESPOSA: Sí. Cuando se haga de día.

MARIDO: ¿Se hará de día alguna vez?

ESPOSA: No sabría decirte. Estoy esperando a que el reloj vuelva a sonar. Si repica una sola vez, sabremos que estamos en el infierno o que está roto. Si repica dos veces, se hará de día en una hora o dos, iremos a Freeschool Street y resolveremos el asunto.

MARIDO: Sí. Eso haré, sí. Y me comportaré como un hombre, te lo aseguro. Iré allí y cogeré el toro por los cuernos.

ESPOSA: Buscaremos a los médicos adecuados.

MARIDO: Por la mañana, cuando se haga de día. Iré allí y haré lo que hay que hacer.

ESPOSA: Iremos allí. Iremos allí y resolveremos el

asunto.

MARIDO: Eso es.

ESPOSA: Eso es. Lo resolveremos todo.

MARIDO: Nos enfrentaremos a la música.

ESPOSA: *(Tras una larga pausa.)* ¿Sabes? Creo que el reloj está a punto de sonar.

MARIDO: Creo que llevas razón.

ESPOSA: Así lo sabremos.

MARIDO: Sí. Así lo sabremos.

Telón

COMIENDO FLORES

«¿En qué piensas?», pregunta la niña desnuda de dieciocho meses, aupada a los hombros del anciano también desnudo. Con sus puños diminutos, aferra las riendas de sus mechones blancos. Las manos callosas de él, sus huesos articulados y su jaula tendinosa se cierran sobre los tobillos de ella, para evitar que se caiga mientras avanzan por el enorme corredor helado bajo el diagrama de las estrellas titilantes. Así son las distancias descomunales de la avenida del tiempo. Unas cuentas de agua hiperreal del tamaño de puzles esféricos, congeladas con la complejidad de un erizo de mar cristalino, repican y tintinean en corrientes alrededor de las rodillas vetustas que las vadean. «Pienso en cómo morí», dice él, «en cuando esera

Snowy Vernall, siempre sentado, siempre diñándola en casa de la hija en Green Street. Trazas de salvia, naranja y sombra salpican la alfombra de lana deshilachada de la chimenea, donde el gato negro duerme y ronca. Entre los tics del reloj, se capta el sonido del polvo al posarse en el aparador, en los cuencos de cristal esmeralda, uno lleno de manzanas doradas marchitándose, el otro, de caramelos tornándose blandos y pastosos. Un perfume mohoso brota de los lirios y coronas del indescifrable papel mural, que se descama como la piel sobre el rodapié allí donde está húmedo y pesado. Abajo, desde atrás, el cacareo sordo de las gallinas alborota el amplio patio trasero en su descenso cuesta abajo hacia Saint Peter’s Way, desde donde a veces llega el repiqueteo plateado de unos cascos o la glosolalia de un trapero, sonidos pequeños y frágiles auspiciados por la brisa fragante del estío, siempre soplando en esta tarde de miércoles. En casa de la hija, en el salón, hay una mesa a la izquierda —con cincuenta años de cubertería resbalosa y

tazas de té hirviente anotados meticulosamente en el barniz — sobre la que se alza un jarrón de porcelana con tulipanes o, mejor dicho, *ese* jarrón de porcelana con tulipanes. Gloriosos, todos ellos. Amarillo crema brillante, rosa azúcar glas, morado grosella, intenso como la noche; deberías verlos. Un anciano solitario se toma la licencia de entrar en la casa, viene a visitarla ahora que no hay nadie, está empezando a perder la cordura, a tener problemas con la vieja perspectiva al acercarse al viraje de la mortalidad. Sobre el aparador hay un espejo situado frente a otro que cuelga de la chimenea, o quizás una ventana situada frente a otra abierta en el muro meridional. No es fácil decidirse, al igual que la esquina de una estancia puede ser cóncava y convexa simultáneamente si uno la observa el tiempo suficiente. En el aire caliente, unas motas opalinas flotan relucientes, y hay otros detalles

que puede que me vengan a la memoria en un rato, pero eso es lo esencial». Huesudo y descalzo, se abre paso entre las dunas heladas de hipernieve filosa que se acumulan en el parqué escarchado del pasmoso corredor. Incómoda, May recoloca su peso pequeño y cálido sobre la nuca de su abuelo, y entonces escudriña la intensa lámpara racheada de cristales suspendidos, giratorios y supratridimensionales, una metaventisca hipnótica. Allende esta espuma diamantina, la preciosísima niña desnuda se centra en los tristes ojos de galápago de las vertiginosas vertientes que delimitan el emporio desmesurado de la perpetuidad, ubicados a ambos lados de la kilométrica tundra intermedia. Sabe que en estas latitudes del Siempre hay menos gente viviendo en las vecindades inferiores, y que sus vidas oníricas son menos complicadas. Por tanto, la inmensa galería que los rodea presenta una acumulación escasa de muebles y adornos astrales, complementos extraídos del parco imaginario de un asentamiento polar que ofrece muy poco con lo que soñar. En la pared septentrional hay algo que podría ser la visión quimérica de un puesto comercial tremendamente expandido, con muros hechos de escudos de madera barnizada y cortinas de piel lobuna de color blanco azulado, salpicadas de

fauno. Sus ojos casi turquesa también se posan en algo que interpreta como la forma inflada y ensoñada de una posada del siglo XXII, *cuya planta baja parece excavada en un antiguo bloque de oficinas, y en donde distingue fantasmas locales contemporáneos con burkas de piel y radios de cuerda, agarrando con puños curtidos sus «vulpones»*[56] *matalobos, ornados y aguzados, mientras surcan estoicamente un Valhala desolado. Aparte de esto, el vestíbulo infinito solo ofrece edificios de piedra y moles de hormigón ocasionales, vestigios de épocas pasadas encajados en una extensión continua de rocas imponentes y hielo cincelado. La confusión óptica de los hipercopos cae silenciosamente a su alrededor, formando una tupida red de encaje pendida en pleno aire. La niña echa atrás su cabeza exquisita, aureolada por un cabello dorado y nebuloso, y admira la cúpula ruinosa de esta vía cronológica, inmersa en la inabarcable vastedad invernal. El cristal tintado de verde que antaño guarecía el gran bulevar hace tiempo que se quebró y desapareció, y su armazón de hierro victoriano es ahora un esqueleto de vigas oxidadas que enmarca el cianotipo desplegado de unas constelaciones hechas de sobrestrellas. Al recordar la notable disposición de las tiendas y edificios presentes en el vestíbulo tan solo cien años más abajo, comprende que es posible que ahora ya no haya calles ni letreros en el territorio inferior. En su mente perfectamente desarrollada, embebida en una forma gloriosa y detenida, la idea le suscita una leve punzada de decepción, pero nada más, y se consuela observando que, al menos, sigue habiendo árboles. Inmensos y erosionados en este plano superior, los pinos titánicos, cargados de cristal, brotan aquí y allá de las oquedades que quedan en el suelo, aquellas que no yacen cubiertas por la pátina del permafrost o derrumbadas por completo. Se le ocurre que es muy probable que el terreno material subyacente a estos confines matemáticos superiores no se llame ya los Boroughs, y se pregunta incluso si estos estadios árticos del mundo elevado se seguirán conociendo como Humánima. Centra de nuevo su atención en el viejo loco que va cabalgando y le formula una pregunta con esa voz suya, mezcla perturbadora de gorjeo infantil y sintaxis anciana: «¿Alguna vez*

han llegado tan lejos los albañiles y los diablos?». Brevemente, la niña precoz aprieta con las rodillas el cuello tostado de su abuelo, que le responde con risas rayanas en la carcajada: «Claro que sí. Te los sigues encontrando aunque ya no haya gente. Pero tienden a pulular más por las zonas pobladas del tiempo, como el tramo del que provenimos. Y antes de eso, si alguna vez te da por remontarte tan lejos, los encontrarás incluso en mayor cantidad. A veces hasta se aventuran a bajar a los prados de por allí, como cuando encaminan a ese monje de la Jerusalén geográfica hacia estos lares, o como cuando le ordenan a ese sajón medio tonto que regrese a la iglesia de San Pedro para que ayude a desenterrar a san Ragener. Uno le habla en la cúpula de San Pablo al pobre y viejo Ern, mi padre y tu bisabuelo, durante la típica tormenta de rayos y truenos que tanto parece gustarles, aunque en realidad no sean más que la descarga de todo el electromagnetismo que aparejan. Está tronando cuando consigo que uno de ellos me hable, cuando estareba borracho en lo alto del ayuntamiento en St. Giles Street; imagínatelo por un momento: tu abuelo, en el caballete del tejado, mecido por

una brisa cortante que viene del este, trayendo nubes de tormenta a la ciudad desde Abington y Weston Favell, con las tejas azul pálido que hay a sus pies volviéndose azul marino por la humedad previa. Abajo, en George Row y St. Giles Street, una marabunta de óvalos lívidos alzan la vista y se quedan boquiabiertos, arremolinándose como cucarachas con sus bonetes y sus gorras alrededor de la tienda de bicicletas de la cima de Guildhall Road, desde cuya puerta se eleva un aroma a jaboncillo y caucho. Al ver a esa figura que oscila y se tambalea contra la silueta de la urbe, algunos de entre la multitud le advierten del peligro, aunque el viento creciente arroja la mayoría de sus admoniciones hacia Todos los Santos o Bridge Street, y solo deja atrás fragmentos sueltos: «…montando un espectáculo…», «…a buscar a un policía…», «…maldito idiota, te vas a partir la crisma…», pero no es eso lo que va a ocurrir. En las ráfagas majestuosas que cortan las

chimeneas, en el condimento de los trinos aviares, en el vals de la basura bajando por las canaletas al aproximarse la lluvia, no es eso lo que va a ocurrir. Lo que sigue es una danza modesta y precaria, como espontánea, como si no estuviera predeterminada desde el inicio de la eternidad, que incluye un resbalón, un patinazo y una recuperación vacilante que provocan un grito ahogado entre el público congregado aquí, en esta apropiada intersección de sus agendas ignotas. Menudo espectáculo ofrece el mundo. Menuda actuación. Aunque todo yace inmóvil en el grueso cristal del tiempo, el amago de otro tropiezo beodo vuelve a contener el aliento de la multitud plana, comprimida por la perspectiva, gente pintada en el esquema urbanístico de una calle inferior. Un brazo raído rodea los gélidos hombros de la estatua del tejado, acomodado entre las alas de piedra recia y la guirnalda de guano incrustado que circunda el cuello, un ebrio exceso de familiaridad que también granjea mayor agarre y estabilidad. Empieza a lloviznar, unas primeras gotas frías que rompen contra las mejillas y el dorso de las manos, pero, pese a esta leve precipitación, la multitud ociosa sigue curioseando al borracho y al hombre de piedra, ambos codo con ala bajo el cielo encapotado, como si fueran colegas. El primero da comienzo a una arenga larga y básicamente inaudible, dirigida a unos desconcertados observadores terrestres que no parecen muy seguros de cómo interpretarla. «Estoy con mi nieta muerta paseando desnudo por un más allá congelado, a unos trescientos años del ahora. Decidles a vuestros descendientes que se cuiden de los lobos. Tal vez les convenga diseñar alguna de clase de palo puntiagudo». Abajo, en Giles Street, lo que acontece es una alfombra ocelada de ojos atónitos. El destello es repentino, y después sobreviene el estruendo malva amoratado de un címbalo celestial que enmascara el sonido suave, cercano, de la piedra al friccionar sobre sí misma, porque el icono alado está girando la cabeza lentamente en pos del contacto visual. Alrededor de su garganta tallada hay un collar fisurado de pequeñas grietas que ondulan por un instante

hasta cobrar vida, astillándose y bifurcándose antes de fundirse sin solución de continuidad en una nueva configuración. De igual modo, una fina red de fracturas autocuradas atesta los rabillos de los ojos y las comisuras de la boca cuando los rasgos cincelados parpadean, sonríen y, en última instancia, hablan. «¿Vernalimt quebcas?» Las sílabas quebradas se asientan cual ceniza o sedimento en los tímpanos del oyente, y ahí se reconfiguran en información o, mejor dicho, en pregunta. Algo así como «¿Qué límite buscas, Vernall?», solo que aderezado por un despliegue mareante de subtextos, por un plisado conceptual y lingüístico que cuelga como un velo fulgente en la periferia de la aprensión. Debajo, los mirones pedestres no ven nada; escrutan el aguacero o se distraen buscando refugio para el chaparrón inminente. Lo único que oyen es la risa delirante y la réplica insondable del escalador borracho. «¿No son los bordes del cielo, y el filo de la razón, y la estación de maniobras del propio tiempo, lindes tributarias de mi inspección y, por ende, bajo mi jurisdicción? ¡Responde pues, con esa cara larga y esas cagarrutas que tienes en la barbilla!» El ser granítico sacude la cabeza, lenta e imperceptiblemente, con un nuevo cortejo de fracturas diminutas y crujidos sordos, y entonces admite: «Ahmhaspido», que más o menos se traduciría como «Ahí me has pillado». Fracción a fracción, el cráneo desgastado muta a su postura original y queda mudo. Arriba, la tormenta es ya un elefante en una cacharrería, y la lluvia cae como un telón de oropel en un cabaret nudista. Abajo, en el puntillismo moderno que colma la pintura urbana, el súbito predominio del añil denota la llegada de la policía, que, desde la atalaya, aparenta una gran indiferencia. Espantadas por los rayos, las palomas

revolotean a mi alrededor, o ese es mi franco recuerdo». El viejo y su carga infantil surcan a grandes zancadas una distancia considerable, quizás otra docena de años, antes de parar de mutuo acuerdo y acampar. La joven Vernall le pide que la deposite sobre una concavidad de cemento expedita que ve a un

lado del gran corredor, bajo un tejado subsumido en la ilusión óptica de una lámpara proliferativa de carámbanos matemáticamente anormales. Desde el techo destrozado de la galería infinita, la luz que refracta esta estructura impregna toda la cámara de un rubor prismático, de manchas iridiscentes que se acumulan en las arrugas de la frente del anciano y que espolvorean la piel inmaculada de la niña. En una esquina, abandonadas y apiladas, sigue habiendo pieles de lobo oníricas espolvoreadas de escarcha, y Snowy supone que su procedencia actual podría residir en otra reiteración más de la taberna astral improvisada por la que pasaron hace unas décadas. Al explorar el brillo neblinoso del espectro cromático, y mientras deambula con sus piernecitas regordetas, la niña atemporal, May, emite de pronto un gritito estridente y gozoso que resuena y repica, que reverbera por las estalactitas, y que lleva a su intrigado abuelo a acudir a su vera. A sus pies descalzos, yace un alfombrado modesto de lo que a primera vista se dirían sombreros de Puck normales y corrientes, extendido varios metros a la redonda. Sin embargo, una inspección atenta hace evidente que se trata de una nueva especie de hongos etéreos nacida de las imaginaciones de épocas distintas y gentes diferentes. La tradicional gracilidad feérica con la que están familiarizados se halla reemplazada por unas figuras femeninas más cortas y rollizas, aunque igual de encantadoras, y con sus miembros y rasgos faciales también unidos entre sí, fusionados en las consabidas configuraciones de estrella de mar o copo de nieve. Para su sorpresa, las exquisitas mujeres desnudas son ahora albinas, poseen gemas rosas por ojos y piel de alabastro, y, tanto en la mata central como en las uniones velludas de los pétalos de sus piernas, el pseudopelo sedoso está hecho de un titanio níveo, brillante y cegador. El Vernall anciano arranca un tallo calcáreo con uno de sus pulgares renegridos y provoca el habitual gemido estertóreo que antes les pasaba inadvertido, el sonido periférico de un aparato eléctrico apagándose de repente, deslizándose desde el tono de un silbato canino hacia el rango de lo audible. Al girar la metaflor sobre sus manos curtidas, nota que, en el envés, el anillo de alas diminutas ya no es una telaraña con aspecto de libélula, sino que presenta las

plumas de un periquito blanco y minúsculo. Parte la fruta pálida en dos, le da media a su nieta, y acto seguido se entrega a saborearla, sorprendido por la dulzura intensa y potenciada del brote supradimensional. Entre mordiscos salivosos, concluyen que quizá se deba a la ausencia de azúcares refinados en la dieta de quienes aún siguen viviendo en el reino de Abajo, y que la apariencia alterada de las locas de Bedlam podría sugerir cambios en los cánones de belleza y atractivo de la helada continuidad mortal. A medida que el previsible cosquilleo y la calidez esclarecedora se diseminan por sus organismos espectrales, ambos comprenden, sin necesidad de verbalizar el pensamiento, que la profusión de hongos astrales intactos implica una escasez de fantasmas hambrientos por estas regiones del más allá, y eso si queda alguno. Según dedujeron hace tiempo, la corriente del Golfo que calienta Gran Bretaña debió cesar su benigna convección en algún punto a mediados del siglo XXI, cuando el progresivo derretimiento de la placa de hielo de Groenlandia causó que dejara de ser suficiente para alimentar ese antiguo flujo hidrotermal. Siempre en la misma banda de latitud que parajes tan invernales como Dinamarca, al país se le recordó a la fuerza, por primera vez en incontables generaciones, su genuina ubicación polar. Dicho esto, también se convirtió en una de las últimas zonas del mundo, junto a las megalópolis antárticas, con un clima adecuado para el cultivo, dada la creciente rendición de las regiones ecuatoriales del planeta a la desertización. En cierto momento, May sugirió que eso parecía haber llevado a un período de superpoblación, a buen seguro ocasionado por una invasión o una oleada frenética de refugiados e inmigrantes, todo antes de la enorme caída en picado de la demografía que presenciaron en los últimos tramos de dicho siglo, cuando los inacabables paseos de Humánima quedaron tan atestados de muertos recientes desorientados que la niña desnuda y su chalada montura se vieron obligados a abrirse paso a empujones. Tras este punto, ambos constataron que había menos compañía y mayor carestía de moradas espectrales por los alrededores, hecho indicativo de que abajo, en los páramos glaciales del primer Borough inferior, la población superviviente

se hallaba, como poco, muy mermada. Snowy y May devoran su cena fragante, una variedad de sombreros de Puck a la que deciden referirse como «reina de las nieves», y caen en un silencio profundo y reflexivo. Sobre ellos, más allá del corredor eterno, de su cubierta destrozada y de su costra de geometrías cristalinas, la abstracción de las constelaciones se despliega contra una tiniebla de hondura impenetrable. Cepillan los hipercristales congelados de las exquisitas pieles de lobo y cogen una cada uno para usarlas como mantas, más por costumbre y comodidad que por la innecesaria calidez de su resguardo. Es el mismo motivo por el que se acurrucan juntos al abrigo de estos ropajes, y también por el que cierran el recuerdo de sus ojos con el fin de vagar por el tiempo y la memoria. El viejo piensa en la tremenda distancia que llevan recorrida por la explanada sempiterna y en la distancia aún mayor que les queda por salvar, en las leguas incontables que habrán de cruzar a pie y en el paralaje de capas separadas que fluye a distintas velocidades a uno y otro lado, y entonces recuerda las caminatas, igualmente largas, que acostumbra a dar en vida, en la tercera dimensión,

esas largas excursiones desde Northampton hasta los campos y calles de Londres, desde los Boroughs hasta la lustrosa Lambeth, empapada tras la lluvia. Se sabe un truco que comprime el viaje, que abrevia el lapso entre el cariñoso adiós de Louisa en el umbral de Fort Street y la llegada con los pies doloridos a las aceras angelicales del sur del Támesis. Consiste en desligarse de la perspectiva habitual del mundo sólido, lento y tridimensional para adoptar una altitud desde la cual la duración se mide en pisadas y centímetros. El gesto de despedida de su esposa y su ceño suspicaz se funden con las calles adoquinadas, las fábricas de cerveza y los patios de obra de los márgenes de la urbe, y luego, con arcenes frondosos, prímulas, nomeolvides y demás, con los motivos florales del papel mural movedizo del condado. El disco fijo del sol se hincha y enrojece como un ojo irritado, y permanece huraño y ofendido hasta el alivio de algún guiño prolongado, de

algún parpadeo nuboso, gris y lagrimoso. El mundo de la forma, la profundidad y el tiempo se aplasta en el plano como un mapa, y la lluvia queda reducida a una mera textura metálica que ocupa ciertas zonas del diagrama. El día se ateza de noche en dos ocasiones, dos gruesas franjas de brea morada punteadas con clavos, y después, pasado este límite del lienzo desenrollado de las jornadas, la vereda esmeralda de Watling Street da paso a un *impasto* grueso y costroso de geometrías veteadas por guano columbino. El detallismo de las avenidas amplias y las hileras angostas emerge a partir de estas complejidades hasta rodearlo, y las fábricas planas brotan a la existencia en el rabillo de su mirada sonámbula y nebulosa, como si toda la capital fuera un libro infantil desplegable. Por la longitud desdoblada de Hercules Road, desciende hacia los recovecos familiares de su Bedlam natal, muerto de hambre y, por alguna razón olvidada, casi cojo de repente, y todo parece transcurrir en un segundo. Devora un centenar de kilómetros de una tacada agotadora y mareante, clausura su exhausto viaje en un bar de Lambeth y besa intensamente a la camarera más cercana en señal de celebración. La boca de la chica no es sino la cinta tensa y claudicante de su línea de meta, pero, aun así, avanza un poco más, torpe y jadeante, hacia su expulsiva sala del tiempo, hacia las inmediaciones de su matriz, en una infidelidad que, de algún modo, se envuelve, se torna una extensión del gesto desconfiado de Louisa en el umbral. Incluso cuando la gelatina láctea de sus muslos aprieta su torso mientras empuja, es consciente de estar recordando el suceso desde el punto de vista de un edredón mullido, desde una caverna helada en otro mundo, mucho después de que él y toda la gente a la que conoce hayan muerto. Percibe fugazmente una seriación reiterada e inagotable de sí mismo, una gama infinita de hombres de ojos trastornados en un estado apocalíptico de conciencia mutua, saludándose unos a otros en un pasillo largo y estrecho que al principio cree que es el propio tiempo, pero del que enseguida se percata que es otra imagen, procedente de otro momento, al gemir y vaciarse en ella, en

una vorágine sudorosa y lineal de circunstancias humanas, ambos contorsionados, clavados como mártires en la aplastante rueda del todo. La mañana llega de inmediato. Se despliega desde la cama y genera una piel de ropa, y una habitación en derredor que se deslía en una calle, en otro pub, en unos pocos días de labores de decoración en Southwark, donde las horas se aplican en capas, donde los toques del pincel son minutos que se funden suavemente entre sí. Techa un edificio en Waterloo, baila con el cielo y la gravedad, contempla la trenza saturnina del río al este, donde en lontananza se erige el cráneo blanqueado de la catedral. En su famosa galería, sabe que los truenos de hace cincuenta años siguen susurrando al compás de las tenues vibraciones residuales de los gritos de su padre enloquecido, una plática infinita entre ecos. Al tensarse para ver si puede captarla, pierde el equilibrio, hace aspavientos con los brazos y vuelve a hacer pie en un incidente escrito de antemano, tambaleante ahí, al borde de un nuevo siglo. Su corazón late del susto, él tiembla un poco por la descarga de adrenalina, y aunque su mente es consciente de que jamás ha corrido el riesgo de caerse, su cuerpo no está muy convencido, como siempre. Inspira por la nariz mientras baja por la escalera hacia la secuencialidad, hacia la historia mugrienta, y los travesaños se transmutan en sus dedos pegajosos hasta convertirse en un sobre beis con su paga, en el peso de una rebosante pinta de cristal, en el coño de otra camarera distinta, en el pomo de su habitación y, al fin, en los cordones de sus botas cuando se arrodilla para atárselos antes de volver a casa en Northampton. La corriente fluye hacia atrás, y los todopoderosos frentes de la tormenta, cual envoltorios de mandarina, se arrugan y contraen en gurruños antes de desvanecerse. Un afanado caballo de tiro resopla y se agita, se quiebra en dos solteronas en bicicleta que alzan sus sombreros al pasar. El viento agrupa las esporas de los parasoles, que se reorganizan en hongos polvera antes de condensarse en dientes de león amarillo pis, y entonces el planeta los succiona por la pajita lechosa de su tallo. El

planeta lo succiona todo, se bebe cada brizna de hierba, cada persona, a medida que él retrae la longitud centípeda de su expresión en el tiempo desde el puente de Blackfriars hasta la iglesia de San Pedro y Marefair, a medida que enrolla su aquí y ahora por la calzada romana hacia los Boroughs, con las hojas madurando, engrosándose desde un rojizo irregular hacia un verde homogéneo, flotando en el aire hasta adherirse de nuevo. Ata la sobreforma de su excursión con un lazo pulcro, saluda a Louisa con un beso en el umbral mientras aún saborea en sus labios los fluidos de otra mujer, y en todo momento es consciente de

encontrarse en las ruinas heladas de un paisaje onírico, por encima de causas y efectos, con una niña de dieciocho meses envuelta en sus brazos escuálidos, ambos haciendo lo que hacen los muertos en vez de dormir. Sobre ellos, las inextricables geometrías del hielo gotean hiperesferas líquidas, y cada salpicadura cuidadosa y espaciada, cada plic-plic en esta acústica potenciada, se solapa con el retardo hasta componer una música accidental y sosegada. Dado que la noche es una localización fija en la avenida eterna, se levantan tras estimar que han descansado lo suficiente, dedican un tiempo a improvisar un saco de piel de lobo, y se llevan con ellos la mayor parte de los sombreros de Puck cuando parten hacia la erupción áurea del alba. Vigorizado por el reposo, el viejo corre al trote dando amplias zancadas de Muybridge, salvando a cada paso un minuto o dos, esfumando bajo sus pies sucios las largas horas glaciales del pavimento. El saco de sombreros que lleva en la nuca constituye una montura mullida para su jinete, que bota desnuda entre risas, asiendo riendas de pelo blanco y acallando a gritos el aburrimiento de la Historia. Sin las ataduras de la carne y de la física de Abajo, aceleran al galope y convierten la sucesión de los días en un efecto estroboscópico de ópalo y azabache. A veces, unas motas apiñadas parpadean y desaparecen en su estela; otra gente, otros fantasmas, solo que escasos y distantes, nunca tan numerosos como para que Snowy y su nieta necesiten algo más que un suave ajuste de su trayectoria borrosa. Los espectros miran y señalan al patriarca

en pelotas, que los sobrepasa embalado, con sus destartalados aparejos al viento y un querubín pegado al cuello, creciendo de sus hombros. Los truenos de sus pisadas abarcan la ceguera de los interlunios, machacan los siglos hasta que detecta un cambio sutil en la coloración del cronopaisaje que atraviesa, las notas verdes de un deshielo infundiéndose gradualmente en la frialdad del alabastro. Frena su tremendo impulso y aminora poco a poco hasta que cada paso cae en domingo, luego en la mancha diluida de los ocasos, y luego en cada hora y diez minutos, hasta que al fin se detiene en el extraño trópico recuperado de un instante concreto. Alza el peso casi irrisorio de May por encima de su cabeza, la deposita en el tapete de musgo que parece haber colonizado los alrededores temporales del antiguo maderamen barnizado de hielo, y acto seguido, en estas inmediaciones cronológicas recién descubiertas, el viejo y la niña se yerguen para mirar en derredor. En estas latitudes, la inmensa galería ha recobrado parte de su estructura y su complejidad, lo que sugiere vida onírica y, por tanto, una repoblación parcial de los territorios inferiores. Nuevas posadas imaginarias, titánicamente redimensionadas, han florecido en los lejanos confines del inmenso corredor, así como construcciones imponentes hechas de cañas de bambú de un metro de diámetro, posiblemente lugares de culto o, tal vez, academias. A diferencia de la yerma austeridad polar de las imágenes prevalecientes hace unos pocos cientos de leguas anuales, las de ahora resultan más intrincadas y ecuatoriales en su decoración. Predominan los penachos de plumas y las máscaras de monstruos estilizados. Hay un edificio con forma de timbal, tan grande como un gasómetro, fabricado con cortezas arbóreas muy magnificadas, cubiertas por unas amplias franjas de piel de serpiente fluorescente. La antigua cubierta victoriana que los sobrevuela parece medio restaurada con lianas del grosor de un cable, y unas nubes blancas y esquemáticas se desarrugan más allá en la granadina gradada de la aguada celestial. May pellizca con fuerza la piel fofa de su abuelo y señala que los árboles gigantes que sobresalen por los orificios recién deshelados son ahora plataneros o especies similares, con un punteado bermellón en sus ramas altas que

ella cree identificar como loros. Más aún, observa que las desproporcionadas aberturas de las que emergen ya no son rectangulares, sino elipses y círculos dispuestos en hileras de lo más mareantes, propagadas en la distancia sin obstáculo alguno y con largos flecos de un follaje colgante compuesto de musgo y enredaderas, sin duda extendidas hacia las cabañas mortales y los refugios del mundo subyacente. Aunque en el clima inmutable de Arriba no experimentan ni el actual incremento de calor ni el frío previo de las regiones árticas, constatan por doquier la presencia de una época onírica húmeda y fértil. Aquí y allá, en las oquedades del tamaño de un plato hondo que proliferan entre las masas de líquenes, hay metacharcos que pugnan por adquirir tridimensionalidad, que se contorsionan en altura mediante sábanas translúcidas hasta formar una suerte de intersección de planos líquidos similar a la reiteración óptica de un giroscopio antes de detenerse. Algo semejante a una mariposa aletea en el creciente vapor supramatemático con gesto cansado, pues sus alas le pesan por la humedad; una bolsa de polietileno que chasca, cruje y revolotea mientras se aleja entre volutas esquemáticas de un vaho extrapolado. En la sopera de las hojas enceradas, unas gotas densas y poliédricas centellean con un despliegue imposible de índices de refracción, con una transpiración que rivalizaría con el Kosh-i-Noor, antes de que desde las resguardadas sombras de la vegetación emerjan los espectros del período, todos distintivamente adaptados: sombras futuras que salen titubeantes de entre el follaje etéreo para comunicarse con estos nuevos visitantes estrafalarios, estos viajeros de la remota antigüedad, estos representantes de una especie casi olvidada. Haciendo gala de unos movimientos felinos, vacilantes y reticentes, los novedosos habitantes del segundo Borough se aproximan por la gamuza musgosa, ninguno de ellos de más de un metro y pico, sin pelo, con la piel grabada o marcada, bípedos lustrosos de un color berenjena profundo que devora la luz. Cuando hablan, sus voces son agudas y aflautadas, y aunque su lengua le resulta incomprensible al principio, las inflexiones no le suenan muy distintas en la cabeza

a las del acento presente en el Blue Anchor cuando, bien lozano, se interna en su jaleo desde Chalk Lane, con ese aire frígido que le irrita la garganta: mañana de Boxing Day.[57] Al sacudirse la nieve incrustada de sus botas en el felpudo de coco, cuyo pelo queda perlado por el hielo deshecho, el joven obrero se siente heroico, mítico, aunque ninguno de sus dedos entumecidos sería capaz de señalar el motivo. El fulgor invernal exterior se filtra por los visillos para difundirse en un suero lechoso por el que el humo de los cigarrillos vaga en volutas moteadas de sepia y azul. Congregadas en tríos y cuartetos alrededor de las mesas, que son islas pulidas flotando en la atmósfera viciada del tabaco y el aliento a cerveza, las estatuas de Pascua adultas contemplan sus vasos con satisfacción, inmersas en unos silencios esporádicos que puntúan el mesurado goteo de las anécdotas. Excitados por la festividad, los niños y sus jadeos se arremolinan en las rodillas de sus padres como corrientes de marea, transportados por convección a otras salas distintas y a los patios adoquinados traseros, vidriados y resbaladizos por la orina congelada. Snowy se quita el abrigo y la bufanda de cuadros para colgarlos en una de las corcheas de hierro negro que hay en el perchero de la entrada, y su gorra sigue idéntico camino en cuanto recuerda que la lleva puesta. Sin ella, la diferencia de temperatura entre Chalk Lane y el interior tuesta sus orejas ateridas como lonchas de beicon, pues acaba de volver de Lambeth por los caminos helados, un paseo que ahora deja atrás en una estela regia de armiños coyunturales. En teoría, está aquí para visitar a unos primos, zapateros desempleados para más señas, que viven en uno de los pueblos de la periferia, pero sabe que nunca llegará allí después de que sus viajes encaren una interrupción azarosa que pronto habrá de ocurrir, una cita de última hora que constituye la verdadera razón de que se encuentre reactivando la circulación de sus manos en el Blue Anchor, la verdadera razón de esta escapada: en unos minutos, esta escala casual será el telón de fondo contra el que se fijará por primera vez en la mujer que se convertirá en su esposa.

Aquí, ahora, en este lugar, Snowy se ha detenido un billón de veces antes para frotarse las palmas como si intentara encender un fuego, siempre tras sacudirse la misma nieve moldeada por sus suelas en la misma alfombrilla tosca. Cada detalle, cada fibra del instante es tan perfecta e inmortal que teme que pueda colapsarse bajo la ferocidad de su propio ímpetu, bajo su propio peso sagrado, calculado en chapas de cerveza y significado. No por primera vez, intenta definir la fragancia esquiva de la mañana, asignar palabras a una atmósfera tan frágil y efímera que incluso el lenguaje la pincha como una burbuja. La conversación exhibe la suavidad tenue de una capilla; de algún modo, el murmullo va adoptando la misma longitud de onda que la luz talcosa al asentarse, y los dos fenómenos acaban por volverse indistinguibles. Distendidas, sus fosas nasales acopian este aroma único y fugaz, un buqué de lúpulos y rizos de humo semejantes a virutas de coco dulce; un recuerdo diluido de rosas rociadas sobre piel de mujer, la briosa pretensión de una fragancia recién regalada. En este día frío y cegador impera un sosiego amodorrado, una languidez satisfecha que cae como una manta sobre las botellas, sobre ese piano taciturno que hace tiempo que nadie toca, para luego arropar con sus pliegues colgantes a las familias que yacen sentadas; un efecto parecido a la placidez poscoital: el agobio de la Navidad y el estrés de sus fastos ya concluidos, sin el desvelo de que alguien pueda sentirse decepcionado. Agujas de pino desperdigadas, un esmeralda brillante colmando los calcetines grises de los niños. La codicia enternecedora y la indulgencia, en viscosa mezcolanza con la tranquilidad de una fe temporal en la natividad, y además, nadie ha de trabajar. La cualidad más exquisita es la aparente transitoriedad y la manifiesta brevedad de este respiro, la sensación de que el sol de enero no tardará en decolorar las postales hasta blanquear tanto a los pastores como a esos otros seres asexuados con alas de cisne y trompetas doradas, de que los cantantes de villancicos de las tarjetas navideñas y sus fracs desaparecerán pronto tras los copos nevados, de vuelta a

una década de camaradería y luminosidad en la que nadie vivió jamás. El ritmo y la furia del mundo se dirían suspendidos, y eso suscita la idea de que, si los supuestos engranajes que lo mueven pueden pausarse durante un tiempo, ¿por qué no es posible extender ese tiempo aún más? Casi es capaz de notar el sedimento del instante, el turbio siena que se agolpa en los bajos de sus pantalones, vadeándolo como está en dirección a la barra para apoyar sus codos en la madera, ejercitar sus hombros contra las espaldas de los clientes y rebuznar su pedido de una pinta de la mejor cerveza. El atareado dueño se vuelve pesadamente de su caja registradora para estudiar a Snowy con un fastidio jovial, y en la cara del hombre hay algo que le es más familiar y memorable que en los otros rostros presentes en el local, todos con el semblante trillado de una jarra Toby.[58] Visto desde la óptica de un tiempo telescópico, se da cuenta de que los ojos pálidos y la papada gomosa del tabernero se vuelven reconocibles en virtud de los futuros encuentros que tendrán, pues lo cierto es que precuerda a este señor. Con la palabra «suegro» casi aflorando por sí sola en la esfera de nieve de su conciencia, allí que aparece ella torciendo la esquina de la otra barra, explotando en su biografía con un bamboleo de su falda verde y un comentario casual acerca de un barril que han de cambiar. Sí, claro, el vestido esmeralda y esas gruesas perlas falsas colgando de su cuello en un cordel gris, detalles que le vienen a la mente en una vorágine adorable, una mujer a la que nunca ha visto antes y a la que, en unos minutos, cuando ella le apunte que se llama Louisa, le dirá «lo sé». Lo que no le dirá es que se encuentra con su nieta muerta a unos seiscientos años de distancia,

en compañía de unos hombres morados cuyo paraíso es una jungla de interior, pavoneándose desnudo en el Edén especular de este mundo desmoronado. Cada vez que su gran sol granate y desplegado se deja ver allende la trama de enredaderas kilométricas que cubre la apabullante avenida, su orbe parece mayor de lo que solía ser. May cree que se debe a que los altos

niveles de partículas en esta atmósfera paulatinamente cambiante provocan un incremento de la dispersión lumínica, por lo que descarta una amplificación genuina de las dimensiones de la estrella. Subida en lo alto de los huesudos hombros de su abuelo, surca árboles botella tremendamente expandidos, cargados de agua hiperreal, y atraviesa como una reina infantil el tímido agolpamiento de pigmeos violetas. La mermelada fatal de unas droseras de gran diámetro está ahí, a su alcance, para que la pruebe, así que al poco tiene una caravana de libélulas monstruosas de rastro iridiscente suspendidas en su estela, lanzándose con sus colores lirio intenso y jade agrio para lamer su barbilla pegajosa. Boquiabiertos y fascinados, los humanos del futuro los acompañan en un estridente séquito malva mientras pasean por las centurias boscosas como gigantes espectrales de un paraíso pretérito, prehistóricos y de piel caliza, llegados de alguna manera por los Áticos del Hálito desde una latitud lejana e inalcanzable, mas ya no legendaria. Gradualmente, empiezan a comprender el habla cantarina de los fantasmas nativos, que tiembla y resuena con una demora cristalina y goteante, con un eco explosivo. Palabra a palabra, reconstruyen buena parte de la rocambolesca historia transmitida entre estas pospersonas calvas y estriadas, exploradoras de un Elíseo salvaje: en apenas unos cientos de años, el cambio climático y la desaparición de la capa de ozono se vieron relativamente bien compensados por la glaciación ártica coyuntural causada por el debilitamiento de la corriente del Golfo. El período actual constituye una etapa tropical intermedia en la que las lluvias persistentes y la vegetación del planeta están restringidas a las cálidas regiones polares, que son el último refugio de la vida en la Tierra. Con la escasez de recursos y la limitación del entorno habitable, ni siquiera una población humana tan mermada fue capaz de sustentarse sin recurrir a modificaciones drásticas. Estas se lograron rediseñando de algún modo el molde esencial de los mortales, de tal forma que la humanidad se volvió más pequeña y adquirió células imbuidas de clorofila fotoactiva. La lustrosa coloración berenjena y la intrigada corrugación de la piel, ideada para maximizar la superficie expuesta, son rasgos

introducidos en esta nueva subespecie humana, que suplementa el aporte decreciente de los nutrientes orgánicos disponibles atiborrándose de una abundante luz solar. A partir de los fragmentos discursivos que consiguen traducir, Snowy y su amazona infantil acaban deduciendo que estos enanos ornados y escarolados, de un color casi añil, presentan una esperanza de vida truncada, pues antes de cumplir los treinta suelen ascender a los pastos superiores, referidos con un gorjeo ultrasónico que en su idioma equivale a «Humánima». Para el viejo nervudo, eso es tristemente escaso, mientras que, para su pasajera juvenil, resulta más que generoso, un pequeño desacuerdo que surge entre ellos mientras progresan aún más por la rambla rendida a los helechos, con sus vetas verdes y sus perfumes dilatados. Atraviesan amaneceres sanguíneos e inflamados de periquitos, atardeceres entorchados que galvanizan a la pareja en oro líquido, y al final acampan en unas susurrantes explanadas nocturnas donde May identifica una extravagancia facetada como hiper-Sirio, visible contra la negrura más allá del macramé emparrado que los sobrevuela. Su vivac consiste en hojas monstruosas de árboles botella arqueadas sobre un hoyo musgoso, aseguradas con gruesas zarzas negras del trópico metafísico poshumano. Cuando se levantan, y tras un corto paseo hacia el alba, descubren una suerte de afloramiento de sombreros de Puck en una masa corroída inidentificable que Snowy cree que podría ser una viga caída del techo. Una vez más, los hongos astrales parecen haberse adaptado a los cambios ambientales desarrollando nuevas características, nuevas estrategias para atraer mejor a los humanoides alterados de estos parajes soleados. Sin embargo, en opinión de la pareja, esta última variedad es la menos apetecible de cuantas se han encontrado. El elenco femenino pálido, suculento y superpuesto que caracterizaba los ejemplares previos se ve aquí reemplazado por una disposición similar de insectos anormalmente largos, de color hollín y, aun así, iridiscentes al exponerlos a la luz. Las pepitas oculares son facetadas, y el mordisqueo tentativo de su tórax partido acaba con ellos escupiendo, quejándose durante varios kilómetros temporales de su sabor avinagrado, casi imposible de enjuagar.

En su siguiente descanso, a la sombra de una imponente y ruinosa construcción con forma de timbal, deshacen el hatillo de piel de lobo para agasajarse con los frutos albinos de la variedad «reina de las nieves», recolectados hace unos cuantos siglos camino abajo. A sugerencia de May, escupen las semillas rosas en el sotobosque circundante para así contar con una colonia de hongos comestibles durante su viaje de vuelta, cuando los dos regresen del extremo más distante del tiempo. Vigorizados por este desayuno de beldades anémicas, retoman el viaje en cuanto la pequeña vuelve a montarse en el bronceado sillín de los hombros de su abuelo. Propulsada por la galería del Siempre, la niña señala que la zona que atraviesan presenta una mayor carestía de máscaras gigantes y bongos del tamaño de un gasómetro, y también de gente morada. Recuerda

el prado desierto de Beckett's Park, anegado de luz, durante una de sus exiguas quinientas tardes. No tiene conciencia de dónde acaba su cuerpo y dónde empieza el mundo, y como jamás ha visto ese hermoso cráneo dorado que todos alaban, asume que no tiene ninguno; que la amplitud del día y el asombro de los cielos se hallan en una esfera de cristal vasta y descomunal, equilibrada sobre sus hombros infantiles decapitados. Es capaz de notar el arrastre plateado de las nubes pisciformes por el azul de su interior, mientras que el trino de las aves es un cítrico punzante que revolotea por su lengua hasta hacerla babear. No discrimina entre las edificaciones sagaces y complicadas de la otra punta de Victoria Promenade, el penique pulido del sol, o los árboles que se agitan junto a las chimeneas lamiendo el viento. Todas ellas son cosas que se hallan dentro de su cabeza ausente, así que supone que serán sus pensamientos, el aspecto que adoptan sus ideas: cuadradas y con sombreros azules de pizarra, diminutas y ardientes, o altas y susurrantes. La cría de dieciocho meses no distingue los lengüetazos y escalofríos ocasionales de las esencias, los sonidos y las formas, y confunde el quejido asmático de un acordeón lejano con la progresión gradual de las pequeñas farolas de gas de la otra acera, porque, desde su óptica,

ambos fenómenos son cosas que discurren por las avenidas. Entonces pasa a otro momento distinto, ya sin el acordeón de gas resollando sus notas de hierro forjado calle abajo a intervalos, y con la propia calle ahora ausente y olvidada, relegada tras descubrir que la nueva dirección de su movimiento entraña una vista de lo más diferente. Flota sin esfuerzo alguno a un metro y pico del siseo deslizante de la alfombra de césped, desciende lentamente hacia los dominios minúsculos del parque, con sus cabañas de juguete, sus arbustos y sus margaritas salpicadas de pintura, y no recuerda que es su madre quien la lleva en brazos hasta que no le pone en la boca la borla de caramelo recubierta de chocolate. El cálido arrullo materno que la acompaña se funde en la lengua de la niña, y la dulzura cremosa hace lo propio en sus oídos. Al explorar las perlas de azúcar multicolor que espolvorean la parte superior de la golosina, la sensación se torna indisociable de un nebuloso estallido puntillista en el parterre cercano que le ha dado por admirar, y acto seguido se zambulle en un esplendor indiferenciado. Ella y ese otro gran cuerpo favorito suyo, también llamado «May», y del que parece ser un elemento desacoplable, están de pie sobre un hipido de la gravilla anaranjada que hay bajo sus pies, un bulto provisto de barandilla allí donde el sendero espurrea sobre el río un arco de piedra que es como una anciana larguísima, una que llegara chapoteando a la otra orilla para escurrirse entre los arbustos por los caminos de guijarros. Una de las palabras que susurra su madre es «cisne», un sonido que despega con un soplido cortante para luego curvarse en un vuelo regio, y cuya existencia estalla en el seno del discurrir íntimo de la niña como un concepto, como una idea blanca y vibrante que aletea hasta cobrar sustancia espectral en una auténtica conmoción. Cisne. La palabra es la experiencia, y ya es intrascendente que vea uno o no. Balanceando su peso, May se ensimisma, y desdeña el universo en favor de las pecas del cuello de su madre: un estornudo de islas de tofe flotando a la deriva en un océano dérmico de ondas puntiformes, cada una con una identidad

única cuando se contemplan a un centímetro de distancia. Esta de aquí es como la cabeza de un león humeante rugiendo, esta otra como un trozo de herradura rota, ninguna de ellas mayor que un grano de sal. Se centra en la geografía implícita, en la relación entre estos atolones singulares y diminutos. ¿Se conocerán entre sí? ¿Serán amigos los que están cerca? También pondera la composición general, que es predeterminada y perfecta, cada marca ocupando su lugar en un mapa que siempre ha estado ahí, práctico y antiguo, como las constelaciones o la periodicidad musical de las farolas. La belleza gigante mece a May a través del tiempo, del verano, con los dientes de león dispersándose como granadas de humo. Hay tantas hojas y ramas que atestiguar, tantas brisas que conocer, y todas ellas con unas personalidades tan peculiares, que tarda un billón de años en volver a estar junto a ellas en el mismo puente y en el mismo instante, aunque esta vez sin bombones de chocolate, cruzando en sentido contrario y, por tanto, frente a un panorama nuevo y atípico de la ciudad. Una perspectiva distinta es un espacio distinto, y el espacio es el tiempo. Sus momentos futuros son esa tierra extraña que tiene delante, donde lo pequeño se va volviendo más y más grande, mientras que, en esa otra tierra extraña que tiene detrás, lo grande se va volviendo más y más pequeño, hasta que desaparece en un pasado reducido a polvo, no sabe exactamente dónde. Infinitesimales, las vacas-hormiga de hace un par de minutos maduran en vacas-ratón, y luego, de pronto, son lo bastante mayores como para poder ver sus pestañas u oler dónde han hecho sus necesidades, y la contemplan con desinterés por encima del listón superior de las vallas de madera del mercado de ganado. El hedor a fruta y pimienta que la envuelve, nada desagradable en sí mismo, intenta informarla de sus nobles historias, de sus leyendas mordaces, pero las motas negras que zumban y puntúan el relato lo hacen difícil de entender, así que su madre las espanta. El pecho, y el bote, y el ritmo de la travesía de May escamotean el día en la distancia, como si fuera un

dibujo en un libro infantil confiscado. Los zapatos y adoquines cercanos tienen la cortesía de disminuir el volumen de su charla, y ella está exhausta de tanto respirar y mirar. Un telón rosa luminoso cae raudo sobre el teatro de las cosas reales, y May se precipita por un escenario fascinante e insondable en el que

una niña pequeña galopa a lomos de un viejo por un siglo extranjero y remoto, sin gente o posgente que lo habite, solo décadas arbóreas pisoteadas en su andadura. Las paredes distantes de la galería inconmensurable, allí donde resultan visibles entre los baobabs y las acacias modificadas, no son ahora más que empalizadas de troncos colosales, sin puestos comerciales ni otros signos aparentes de artificios arquitectónicos. Es evidente que ningún humano o poshumano vive y sueña en el territorio inferior de Abajo, ese pantano enrarecido que solía ser los Boroughs. Tras señalar la maraña de ramas superiores y el cielo expandido subsiguiente, May dirige la atención de su veloz abuelo hacia la ausencia de pájaros y trinos. Sin detener su marcha al trote, el anciano aventura que esta carencia podría deberse a una cascada de extinciones terrible e ilimitada. Mientras ponderan esta posibilidad sombría en su fuero interno, corren en silencio durante un tiempo, y tratan de determinar los sentimientos que les suscitan las desapariciones de su especie y del gran torrente de formas de vida acompañantes, arrastradas hacia el sumidero de la obsolescencia biológica. Pisoteando años de liquen salvaje con sus pies descalzos, Snowy concluye que no le importa en exceso. A su juicio, todo tiene una extensión en el tiempo, una perduración que afecta por igual a individuos, especies y eras geológicas. Toda vida y todo momento posee su propia ubicación, siempre fija en algún punto de este corredor infinito. Aquí ya no existe la humanidad, pero, cuando su nieta y él regresen en sentido contrario tras completar este absurdo peregrinaje, sabe que los siglos en los que la Tierra es habitable estarán ahí, esperándolos en casa, con sus gorrones inmortales y esos canalones perennemente oxidados propios de su época, de su ajado vecindario en los cielos. Ya sean santos, pecadores o migas bajo el sofá, todo alcanza la salvación, aunque no en el

sentido religioso y convencional de la expresión, claro: todo alcanza la salvación en el espacio-tiempo de un cristal cuádruple, sin necesidad de salvador alguno. Snowy truena en dirección aproximada al siguiente milenio, sea este cual sea, con su bellísima pasajera botando y brincando sobre la montura de piel de lobo, llena de hadas fúngicas anémicas. Sin embargo, pese a la falta de presencia aviar, notan un chillido lastimero y musical que reverbera por el auditorio ampliado del gran corredor, y solo entonces se detienen, lentamente, para evitar precipitarse a toda velocidad hacia una manada de ballenas musgosas. Con un cabello de algas esmeraldas a la zaga, los preciosos leviatanes póstumos se arrastran pesadamente por un claro poshistórico a través de la luz rosada de otra hiperalba, llamándose unos a otros con el sonar espeluznante de sus voces. Pasmados y anonadados, los dos viajeros se percatan de que las mandíbulas ciclópeas de las criaturas y sus ojillos hundidos, comparativamente diminutos, son sin duda cetáceos, pero también de que todas parecen provistas de dos enormes astas protruidas, de un par de cuernos salidos de la frente para despejar cualquier rama colgante que obstruya su camino. Además, sus aletas anteriores y posteriores han evolucionado a patas achaparradas rematadas por unas pezuñas incrustadas de percebes, cada una del tamaño de un ómnibus óseo, que astillan rítmicamente la vegetación del fin del mundo mientras se deslizan hacia delante, cual glaciares gris verdoso, entre árboles brobdingnagianos. A paso cauteloso, retoman su expedición, potencialmente interminable, como dos peatones temporales enzarzados en una acalorada disquisición sobre los orígenes más probables de estos extraordinarios organismos futuros. Snowy postula un escenario en el que la desecación de los océanos del planeta precipita la migración al continente, en pos de alimento, de las formas de vida marina más adaptables, pero no puede explicar la palmaria incongruencia de los cuernos y las pezuñas. Tras cavilarlo un poco, May apunta que, si las ballenas son mamíferos de respiración aérea que optaron por regresar al medio acuático del que procede todo ser vivo, es posible que durante su breve aventura como animales terrestres se relacionaran biológicamente con los ancestros de alguna

especie improbable, como, por ejemplo, la cabra. El anciano de blancos cabellos gira el cuello y alza la vista para comprobar si está de guasa, aunque su jinete nunca bromea. A medida que avanzan, la hipótesis de Snowy, consistente en que la transformación de la vastedad marina en salares precipitó una migración a tierra firme, se ve corroborada por el avistamiento de más megafauna del período, o al menos de su residuo astral. Tapizado de enredaderas, el suelo de la galería presenta ahora unas aberturas irregulares, y May advierte en torno a una de ellas cierta concentración de espectros crustáceos de color teca, con unos caparazones de metro y pico de diámetro que los asemejan a mesas ambulantes. Más tarde, experimentan un asombro estremecedor cuando el tramo de bosque hacia el que se dirigen se desenrosca de pronto, cual escenario en perspectiva desgajado del fondo, para revelarse como un cefalópodo del tamaño de un rascacielos, un ultracalamar imponente perfectamente camuflado en el hábitat de su más allá gracias a los receptores pigmentarios evolucionados de su piel. Una vez alcanzada una posición presumiblemente más cómoda, el titán tentacular reajusta su disfraz titilante creando un espectáculo animado en la aguada de Seurat de su superficie, hasta que sus colores ofrecen una reproducción casi fotográfica de la avenida eterna que lo rodea. Snowy se acuerda de las imágenes cambiantes en el fuego cuando solo es

un niño pequeño en Lambeth, esperando a que su padre vuelva a casa del trabajo. Es octubre, y la lluvia caída de las canaletas rotas lleva todo el día aporreando el tejado de pizarra del retrete, situado al fondo del patio exterior. A sus dos años, ya casi tres, John Vernall se sienta junto a la chimenea y se frota las palmas para generar esos misteriosos hilillos de regaliz trenzado, mugriento, con los que le gusta jugar cuando no quiere cepillárselos. La ventana centenaria exhibe un verdor tenue en el grosor de su cristal, y ha estado observando las gotas sobre ella, estudiando las formas de estos diamantes lentos y reptantes como el cautivado espectador de una carrera de caballos líquida. Impulsadas por el viento, algunas de las perlas caen

al primer obstáculo o son incapaces de completar la larga trayectoria diagonal sobre el panel, pues su sustancia fluida se agota, exhausta, mucho antes de alcanzar el desgastado marco de madera que les sirve de línea de meta. Luego hay otros glóbulos más orondos, más predatorios y competitivos, que absorben vorazmente los restos hídricos de sus colegas caídos, y que con este volumen reabastecido y un empuje aumentado ruedan majestuosamente por el hipódromo refulgente hacia una victoria cantada. Cuando al fin se aburre de este derbi acuoso e incierto, decide acuclillarse junto al fuego sobre la alfombra casera, y entonces centra su atención errabunda en las ilustraciones bíblicas monumentales que llamean su existencia efímera, unos grabados de Doré cuyas vistas brotan entre ascuas taciturnas. El sino de Gomorra se eleva en un velo gris desde la antracita deshecha, y en los restos de papel y taramas empleados para prender el fuego, las laminillas negras y rizadas hacen abjurar a simoníacos, adúlteros y paganos virtuosos con los suplicios de sus respectivos círculos del infierno. En las chispas y pliegues del fulgor rubí, unos profetas de barba cenicienta fruncen sus labios abrasados en ademanes insondables, en unas advertencias escamoteadas por la garganta sibilante de la chimenea, y entre tanto, en algún lugar de otra tierra, su madre y su abuela discuten de dónde van a sacar el dinero para tal o cual cosa. Su hermana pequeña, Tursa, lloriquea a ratos en su cuna de mimbre, con la fresa encogida de su carita de mico apretada como un puño, nerviosa y desconsolada incluso en sueños, acobardada por el mundo y sus sonidos angustiosos. Hay algo extraño en el cariz lóbrego del instante, y el chaval se descubre inmerso en una niebla de presentimientos indistintos que resulta indistinguible de un recuerdo velado por la luz diurna, de detalles desteñidos como el patrón de un mantel. ¿No ha vivido ya esta tarde nublada, con Tursa haciendo esos mismos ruidos en su cuna, y la chimenea mostrándole a Ananías y las plagas de Egipto, y luego un gato crepitante, y luego un volcán? Antes de que las pronuncie, John sabe que las próximas

palabras iracundas con las que su abuela reprenderá locuazmente a su madre contendrán la enigmática frase «no mejor de lo que deberías ser», y tiene la incómoda sensación de que el elemento más estruendoso de estas circunstancias, sincronizadas con precisión y rápidamente coaguladas, no ha entrado aún en acción. Ese hecho excepcional y terrible, cree él, dimana del complejo traqueteo de las llaves de su padre, perceptible aun desde el otro lado del pasillo, y que comienza con un tintineo insidioso en el mecanismo de la puerta principal como preludio de la sinfonía en ciernes, del acceso irrevocable a un mundo nuevo y catastrófico. Mamá interrumpe su disputa en la cocina para averiguar qué ocurre, y la avalancha de la coyuntura arrasa su hogar de East Street reduciendo el orden de sus vidas a una amalgama de pánicos indiferenciados. Hay una conmoción en el pasillo, y la voz de su madre se eleva desde un murmullo confuso y atónito hasta un gemido ahogado, devastado. El alboroto estalla en la salita al son de la madre de John, pálida como una sábana, y de dos hombres que el niño jamás ha visto antes, uno de los cuales es su padre. El pelo enharinado allí donde solía haber un lecho de peniques no es lo que más contribuye al extrañamiento, sino el cambio en sus palabras, en su postura, en su identidad. Gesticula mucho, y dibuja círculos en el aire. Enuncia una retahíla de temas demenciales que el crío callado, de algún modo, conoce de antemano, una jerigonza sobre chimeneas, geometría y rayos, frases perturbadoras que nadie parece atender, como «Su boca se movía en la pintura». La abuela de John emerge de entre las cacerolas humeantes para abroncar a gritos al hombre calvo, rotundo y rubicundo que le ha devuelto a su hijo en este estado lamentable, como si un determinado grado de indignación pudiera restituir a su retoño tal como era, como si exigir una explicación pudiera forzar la existencia de una. En las brasas, John atisba una esfinge ardiente y ruinosa, un martirio, un banquete de amapolas. Todo el mundo llora, excepto él. Empieza a albergar la idea, titubeante y parcial, de que es el único al que esto no

le ha pillado por sorpresa, aunque quizá debería incluir también a su hermana pequeña. Es una noción tan inconcebible como la de ser la única persona en Londres capaz de oír sonidos, la única capaz de percibir las nubes o de saber que la noche sigue al día. La gente, y los muebles, y las voces de este salón de Lambeth, con su papel tapiz descascarado, son como un huracán interior de lágrimas y aspavientos cuyo epicentro fuera el padre de John, que luce un flamante pelo blanco mientras repite, aturdido, la palabra «toro», la forma de los hechos venideros. Al volver a fijarse en el fuego, capta la presencia huidiza de una luz roja y un sendero oscuro

bajo la pérgola de un ocaso que cubre el mundo, y sus muslos magullados, ya casi ondulados, yacen moteados por unas elipses rosadas, alargadas y deslizantes, por un brillo elegíaco que se filtra a través de los huecos esculpidos en las hojas enceradas, grandes como platos, de la bóveda que lo sobrevuela. Con su queridísima amazona, se adentra en un Criptozoico reiterado donde la totalidad de la historia supura en sus ampollas. Durante un trecho, viajan en mitad de una compañía inquisitiva y huidiza: las afables sombras de los cangrejos-mesa, que parecen empeñados en comunicarse golpeando con sus pinzas adaptadas los tablones musgosos del bulevar inmortal en una suerte de Morse crustáceo e inarticulado. A lomos del palanquín de su abuelo, el impertérrito prodigio de dieciocho meses cita a Wittgenstein al indicar que, aunque un león pudiera hablar, la humanidad no sería capaz de entenderlo. Como mostrando su acuerdo tácito con esta aguda observación, el entorno de muebles artrópodos cesa todo intento de charlar, pierde el interés y se escabulle repiqueteando, sin romper la formación, entre los capullos titánicos de este huerto postrero. La fatalidad universal no está exenta de belleza. Más tarde ven más ballenas-cabra, y también un octópodo enorme, camuflado de árbol, con el que no se habían topado antes, provisto de unos ojos impasibles de color granate bien disimulados en la columna de piel circundante imitativa de corteza, así como de unas ventosas rojo hígado en

algo que a primera vista se confundiría con un ramaje colgante. En honor al árbol cosmogónico de la mitología nórdica, May propone bautizar formalmente a esta especie como «Yggdrasil», pues es probable que su taxonomía esté ya extinta y que la espléndida criatura se halle afrontando la eternidad sin nombre alguno. Tras debatirla y votarla, la moción queda aprobada por unanimidad, y la niña y su veterana montura retoman su excursión a través de este follaje final, de estos monstruos indiferentes. Después de vadear un magma de cuatro mil amaneceres seriados, Snowy y May eligen montar su refugio transitorio entre las mimosas oscilantes de un crepúsculo kilométrico del nuevo siglo, si es que el tiempo se sigue midiendo en dichas unidades. Como señala el viejo mientras improvisa una tienda a partir de la vegetación salvaje, el sistema de numeración decimal y, tal vez, todo el sistema matemático, debe haber desaparecido de los territorios inferiores a estas alturas. A partir del punto en que la ciencia, la fe, el arte e incluso el amor no son más que recuerdos fósiles, su nieta y él han de aventurarse allende el fin de toda medida, y quizás allende el inevitable deceso de todo significado. La atípica pareja pondera este nuevo nivel de desolación, de lo más insospechado, al tiempo que devora copiosamente los últimos especímenes de la variedad reina de las nieves, siempre con la prudencia de escupir las pepitas oculares rosadas sobre la vegetación inhóspita y molesta que se agita a su alrededor. Al fondo de su hatillo de piel de lobo solo quedan ya unos pocos miembros cercenados de las bailarinas, que más parecen trozos de muñecas anémicas y torneadas, y unos restos relucientes de alas de libélula. Arriba, sajada en tiras y trapezoedros por las ramas silueteadas, una constelación expandida que podría ser hiper-Orión —Snowy aprecia tres repeticiones desplazadas de su famoso cinturón— surca el añil imperante en un teseracto deformado de luces antediluvianas. Hartos, agradablemente aletargados por el ágape fúngico, y con el jugo de las féminas diminutas empapando aún sus barbillas, se zambullen de la mano en una corriente hipnagógica de murmuraciones oníricas espectrales. En torno a la tienda suenan crujidos quebradizos, chasquidos, estallidos audibles en lontananza más allá de la

periferia nebulosa de sus percepciones, probablemente los encogimientos y contracciones de la selva retraída sobre la que descansan, pulcramente filtrados por sus conciencias desvanecidas. Atiborrados de trufas árticas visionarias, la niña y su ancestro se embarcan en una deriva eidética de imaginería feérica, en un diorama demencial, desplegado con un detallismo miniaturista, que resulta insondable cuando no bordea el terror: ferias de invierno isabelinas y alucinatorias, llenas de señoras con los pechos al aire, vistiendo miriñaques de diámetros absurdamente grandes, con copos de nieve hechos de encaje en los motivos decorativos de los dobladillos. Todas elevan una palma plana a la altura de sus caras para examinarla, y sonríen de alegría al ver la reproducción a escala de sí mismas que parecen sostener ahí, perfecta hasta el más mínimo detalle, un homúnculo casi infinitesimal que yace encaramado a sus manos y al que saludan con aprobación, al que admiran en una regresión vertiginosa de una hermosura exquisita y espantosa, un vórtice hipnótico de languidez femenina. Tales son los sueños que tienen los muertos cuando están ebrios de sombreros de Puck. Se espabilan de su modorra rutilante tras un lapso incalculable, renovados pese al álcali del Sueño de una noche de verano que ha estado recorriendo sus etéreos organismos somnolientos. Como era de esperar, despiertan bajo la misma sombra crepuscular en la que se acostaron, así que, hasta que Snowy no levanta el saco de piel de lobo, no se dan cuenta, para su asombro e intriga, de que el hatillo que dejaron casi vacío antes de dormir es ahora una fosa común inusualmente pintoresca, llena hasta los topes de Pulgarcitas fusionadas. Más inexplicable aún es el hecho de que las hadas no pertenezcan a la variedad albina responsable de sus fantasías nocturnas, sino a la de familiar complexión rojiza que es propia del siglo de procedencia de los viajeros, una época ahora remota. No obstante, a caballo regalado no se le mira el diente, motivo por el que el huesudo explorador se anuda sobre los hombros la bolsa de hadas y se acuclilla para que May se monte. Esto le hace acordarse de

la pequeña Tursa y él exhalando vaho por la gélida

Lambeth para ver a su padre en el manicomio de Bedlam, con el cálido aliento de los hermanos cristalizando a su paso en volutas grises. A sus diez años, el mayor es el que está al cargo, así que remolca por las calles neblinosas a su hermana menor, cantarina y distraída, con una mano sudorosa y resbaladiza. Sortean a mendigos y predicadores de la abstinencia, bordean las tertulias que abarrotan las esquinas hablando del Káiser o de Alsacia y Lorena, de locuras que no les incumben directamente y que prefieren esquivar. Noviembre les escalda las fosas nasales, y Tursa tira de él de un modo irritante, sin dejar de tararear una cancioncilla deprimente, mientras cruzan una maraña húmeda atestada de rufianes y lámparas de gas. «Cierra el pico o no te llevo a ver a papá». Altiva e indiferente, la cría de ocho años arruga la nariz en un minúsculo acordeón de desagrado: «Me da igual. No quiero verlo. Hoy es cuando solo nos habla de números y chimeneas». John no le replica, sino que se limita a arrastrarla con más fuerza por los adoquines, entre archipiélagos de mierda ocre y carros traqueteantes, yendo de miasma en miasma. Aunque su conciencia del tema no era certera antes de que Tursa pronunciara esas palabras exactas, ahora cae sobre él con el peso severo de un martillo sentenciador, anticipadísimo, incuestionable. Sabe que lleva razón en que hoy es cuando su padre comparte con ellos algún tipo de secreto, casi es capaz de recordar la infinidad de veces que ella le ha dicho eso mismo, en esta misma noche y en mitad de esta calle específica, evitando este tramo concreto bordeado de mierda de caballo, siempre de camino al sanatorio. John frunce su frente aterida, dolorosa, y hace un esfuerzo por recordar todas las cosas catastróficas que les contará su padre. Algo sobre salvavidas, y también sobre unas flores especiales hechas de mujeres desnudas que son lo único que los muertos pueden comer. Este estrafalario currículo le suena escalofriantemente familiar, aunque en la vida adivinaría por qué, pues no encaja en un mundo en el que las baldosas desgastadas de Hercules Road resultan tan patentes, tan duras bajo sus suelas raídas. Inmersos en una

tiniebla verdosa que la escasez de farolas solo alcanza a acentuar, pasan por patios otoñales yermos, cercados con muretes bajos, en dirección a la filigrana brumosa de las riberas de Kennington. Frente a ellos, sus pisadas futuras yacen dispuestas como un surtido de pantuflas invisibles a lo largo del pavimento neblinoso, todas aguardando pacientemente a que se las prueben, aunque solo sea fugazmente; llevan esperándolos aquí, en esta bocacalle, desde antes de que el mundo empezara, en una procesión inevitable y predestinada hacia las puertas del manicomio. Como siempre en esta noche, la mano de su hermana se nota caliente, desagradable, pegajosa por su glaseado de azúcar de cebada. Mientras un carruaje con anuncios de té Lipton se cruza en el momento exacto, sus huellas incipientes los llevan a doblar una esquina y a subir un poco, y entonces, de repente, las rejas de hierro forjado y los postes de piedra de la entrada, erosionados por la lluvia, se alzan ya a unos pocos segundos, a unos pocos pasos de distancia. El hospital y la hora fatídica que alberga los atrae ávidamente a través del espacio y el tiempo interpuestos, y se aproxima por la negrura convulsa como un barco infestado de peste o una galera penitenciaria, aplastando a los niños con su tamaño imponente, exhalando un aliento a pis y medicinas. Apostado en la entrada vallada de la otra punta, el guarda los reconoce de otras tardes y les abre la verja con actitud hosca. A juicio de John, no es que el vigilante les tenga ojeriza, sino que no le agrada darles acceso a un lugar en el que los adultos actúan como niños aterradores. Cada vez que aparecen por aquí, antes de dejarlos entrar, les dice que sería mejor que no vinieran, y luego los escolta con aspereza por los terrenos acotados hacia las puertas del edificio, por si acaso hay estranguladores o sodomitas sueltos. Una vez dentro, engullidos por el adusto silencio administrativo de la zona de recepción, provista de unos techos altos y austeros que se pierden en las deficiencias de un manto de luz de gas, el reticente pastor de Tursa y John los deja en manos de otro guarda, un hombre impertérrito y algo más viejo cuyo

cráneo es un cepillo gris. «Vienen por Vernall. No está bien que acudan solos a este sitio, pero es lo que hay y no podemos hacer nada». Las palabras poseen un eco tenue, una cierta resonancia, como si ya se hubieran pronunciado antes. Sin soltarse de la mano, aunque más por tranquilidad que por compulsión, acompañan a su cicerone silente por unos pasillos rechinantes, empapados de susurros y de rastros de incontinencia. Un residuo polvoriento y miserable de imperios desconcertantes y quiméricos se acumula en montones espectrales contra los zócalos, donde sus sombras zancudas se escoran junto a ellos con precariedad, tambaleantes, en esta expedición mortecina y extrañamente formal. Las puertas de seguridad se suceden sin parar, y contrariamente a la opinión popular, no se oye ni una sola risa. Guiados a una sala mal iluminada de proporciones intimidantes, al parecer dedicada a las visitas, los pillastres encaran una laguna sombría donde habrá una docena de mesas insulares flotando en suspensión, unos hemisferios titilantes de luz cérea donde los internos se sientan cual estatuas, con la mirada perdida en las alturas, mientras sus parientes contemplan el suelo con añoranza. Naufragado en uno de estos atolones está su padre, cuyo cabello blanco anida en su cabeza como una bandada de gaviotas. Les pregunta si saben de esta noche, y John le dice que sí mientras Tursa se echa a llorar. Emprende pues una letanía insólitamente reminiscente, rayos y chimeneas, geometrías y ángulos, comida espectral y topologías de una era estrellada; el agujero que se ensancha por doquier. Les habla de la avenida eterna superior a sus vidas, donde unos personajes llamados

May y Snowy avanzan por siempre, rebasando signos y señales, mientras muestran descaradamente sus culos desnudos ante cada nueva extinción. Pronto deja de haber octópodos nemorosos, o hipercalamares parpadeantes, o cangrejos percusionistas espectrales, o huellas del tamaño de un estanque procedentes de ballenas terrestres. Arriba, el diagrama engurruñado de las nubes parece más escaso y menos complejo

cuando se deja ver, con menos pliegues y facetas. El viejo conjetura que el mundo inferior debe estar secándose, muriéndose, en tanto en cuanto su viaje transcurre entre árboles gigantescos cada vez más delgados, en su inmensa mayoría muertos, salvo por algunos totalmente petrificados. Abarcando siglos en su trote, ingenian un sistema para comer sin detenerse: de vez en cuando, la niña asombrosa extrae uno de los misteriosos hongos añejos de la bolsa de piel de lobo, inexplicablemente repleta, sobre la que va botando, se lo pasa con gran pompa a su abuelo para que lo ingiera mientras corre, y luego este escupe ruidosamente los ojos y las pelusas púbicas al deteriorado paisaje lignario que descansa bajo sus pisotones. Cuando no tienen la boca llena, discuten el enigma irresoluto de sus vituallas reabastecidas, pero no llegan a ninguna conclusión que resulte remotamente creíble. Snowy aventura la hipótesis de que es posible que los amigables crustáceos pretéritos de la vía temporal sean los responsables de esta exhibición de benevolencia clandestina, aunque May apuesta por la teoría de que sus auténticos benefactores son versiones futuras de sí mismos, venidas desde alguna bifurcación temporal. Ambas propuestas se basan en el hecho de la proveniencia manifiestamente anacrónica de los sombreros de Puck, y eso cuando la ausencia de vegetación se hace más patente a cada trecho. En los flancos distantes, los muros de la galería prolongada vuelven a ser discernibles, aunque su barniz onírico y mutable parece caído o atrofiado en ausencia de seres subyacentes capaces de soñar. Sin una substancia astral constantemente renovada y revigorizada por un influjo de fantasías flamantes, estos límites lejanos ya no pueden recordar las formas y colores que les eran propios, y sus contornos se debilitan y derrumban poco a poco en una incoherencia untuosa, en los matices líquidos de una caja de acuarelas veteada por el brillo grasiento y febril de la nafta cuando la salpica la lluvia, una arquitectura sacra reducida a una pringue prismática. Más allá de estos márgenes exánimes solo restan las profundidades mareantes de un firmamento expandido en más de tres dimensiones, hecho indicativo de que, allende los Áticos del Hálito, incluso los confines más recónditos de la propia

Humánima se hallan arrasados. En una suerte de centauro generacional, de quimera híbrida entre senilidad y juventud, May y Snowy galopan por un panorama que aparenta ser el telón final de la biología. Con sus rosados deditos de ciempiés, el sombrío querubín mesa ociosamente los rizos de su montura geriátrica como si estuviera buscándole los piojos, y entonces pondera la frágil naturaleza existencial de un mundo del todo inobservado, uno en el que los últimos robles y eucaliptos caen en derredor sobre la historia sin que nadie los oiga. A intervalos de mayor duración que un imperio, la pareja detiene su maratón apocalíptico para dormitar a su modo en cobertizos hechos de cortezas desprendidas, aunque las cenas de locas de Bedlam van agotando las reservas. Al levantar el campo en una de estas ocasiones, justo en el tramo relativamente corto que conduce al alba posterior, y cuando ya habían descartado tiempo ha la presencia de vida inteligente en el barrio terrestre inferior, se topan con el primer cactus geométrico-mineral de un conjunto de lo más peculiar. El espécimen es una pirámide de tres lados tan alta como Snowy, una elaborada tachuela beis surgida del musgo marchito y las taramas inflamables que alfombran el vasto emporio, y de cuyas caras lisas y manufacturadas brotan otras pirámides de la mitad de su tamaño. De las caras de estas, a su vez, nacen otras reproducciones igualmente reducidas de la figura principal, y así hasta los límites de la percepción. La impresión general es la de un árbol navideño cubista, esculpido en arena u otro material granular, puntiagudo y, a su manera, hermoso. La niña y su rocín consanguíneo describen un círculo lento e inquisitivo para orbitar la asombrosa minuciosidad de la extrusión manteniendo un radio prudente, especulando sobre la naturaleza de su composición. Tras unas cuantas vueltas, Snowy se arrodilla para que May desmonte con el fin de examinar el extraño y supuesto artefacto más de cerca. La chiquilla fenecida anadea descalza sobre la moqueta de astillas secas y se aproxima al fenómeno en cuestión, sospechosamente bien diseñado, con la curiosidad intrépida característica de la edad a la que la muerte detuvo su desarrollo. Excava un pequeño sondeo exploratorio en el exterior de la rareza,

inesperadamente blanda y porosa, y acomete un análisis preliminar de su materia constitutiva mediante el expeditivo método de metérselo en la boca. Después de un período de aprensión y evaluación muda, la desconcertante sibila pediátrica se gira con asombro hacia su intrigado abuelo y proclama su veredicto: «Es un hormiguero». Al acercarse más al enigmático poliedro sólido, el patriarca demacrado observa por sí mismo las obreras enviadas al instante por la colonia, que se deslizan como gotas de tinta para reparar con eficiencia el daño causado por el dedo intrusivo de May. Sin ningún deseo de causar mayores inconvenientes a la primera manifestación insectil registrada en estos tramos de la existencia superior, la niña vuelve a subirse a su célebre pariente vesánico de cabellos plateados para continuar con su picaresca escatológica. Sigue habiendo evidencias de que la vida prevalece. Snowy piensa en cuando

el carro de la fiebre ejecuta un redoble de tambor sordo, o más bien una trepidación de platillos, al alejarse por Fort Street junto con las esperanzas menguantes de la familia. Sentado en el frío trono de su umbral desde las horas grises de la mañana, el viejo alborotador ha aguardado en su asiento reservado el inicio de la tragedia en ciernes, y ahora observa pasivamente la interpretación de la terrible escena. La atrocidad de sus florituras acontece distanciada de su corazón, y solo le afecta en la medida en que lo harían las ilustraciones de una novelucha de terror manoseada, despojada ya del crudo impacto de sus escalofríos por una primera lectura. En el pasillo a su espalda, entre el vapor de los guisos, capta a Louisa advirtiendo a los otros niños de la casa, a Cora y a Johnny, que no salgan a la calle a husmear. Fuera, en el sofocante silencio de este domingo, el triste drama desarrolla los actos tradicionales que lo componen; los pies exactos de su métrica inapelable. La May adulta, la hija mayor de Snowy Vernall, está parada en mitad del callejón rudimentario, tiritando en los brazos de su Tom como si quisiera exprimir su propia vida por los lagrimales, desamparada y atrapada en este momento brutal,

desgarrador e indiferente. Gimiendo en un esperanto universal de aflicción mamífera, la joven madre, con su cabello anaranjado al viento, extiende sus brazos pecosos hacia el carro en retirada, todo mientras su marido cierra los ojos ante la horrible frustración, murmurando «oh, no, oh, no», y apartando a su esposa del abismo que la separa de su hija a plena luz del día. Agachado en la humedad de su butaca en primera fila, Snowy otea el túnel de la continuidad hasta el primer atisbo de la mujer adulta cuya vida se desintegra frente a él, llorosa y enrojecida en el arroyo, entonces y ahora. Más de una veintena de años camino atrás, se tambalea en el caballete de un tejado de Lambeth mientras rebusca en los bolsillos de su chaqueta los arcoíris que desea proyectar sobre su primogénita, el confeti lumínico que le dará la bienvenida a estas tierras de luz y pérdida, un debut vidriado, memorable y apestoso. Resumida en la visión ojerosa de Snowy, la niña sollozante se convierte en la madre destrozada que clama su pena en el silencio eclesial de la calle, una puesta en escena operística que se ve acentuada cuando una voz orquestal, súbita y solitaria, brota entre bastidores reiterando nota a nota el aria desolada de May Warren, solo que una octava más baja. Agazapado en el escalón como una gárgola catedralicia dominando su alero, el padre de la chica redirige su mirada triste y su atención, propia de una noche de estreno, desde la evanescente ambulancia equina, desde el aciago carro de la difteria, hacia el extremo más cercano de la bocacalle apiñada y, por ende, hacia la más que previsible fuente de este acompañamiento rudo e inapropiado, de este contrapunto bufo. Los ojos de lechuza de su hermana Tursa han aparecido de la nada en el recodo de la vía, en la esquina que sigue el contorno de las viejas fortificaciones del castillo desaparecido. Con el acordeón colgando de su cuello fibroso como una especie de versión portátil de la ametralladora Maxim, y el cabello de un muñeco de trapo senil,[59] su entrada en escena es electrizante. Sus dedos translúcidos descansan en la dentadura postiza de las teclas de marfil, y su figura impera

en el anfiteatro de ladrillo con un aura a tragedia griega y un fulgor pletórico. Por la sonrisa extática que aflora en sus labios partidos y disociados, su hermano mayor comprende que está escuchando los ecos multiplicados del grito de May y de la réplica de su chirriante artefacto, propagados por un auditorio cuyo volumen y profundidad permanecen ocultos, un espacio suplementario en el que rebotan los sonidos. Sabe que su tributo al bebé moribundo de May es un sonido sólido que intenta incrustar en la sustancia vítrea del tiempo, una exquisita lápida musical destinada al deleite de diablos y albañiles en sus considerables ratos de ocio. Su hija angustiada, por otra parte, no ve más que la mueca demente de Tursa, con un hililo de baba plateada colgando de su comisura entre las muelas cariadas. Esto la convierte en la depositaria perfecta de la tremenda e inaceptable sensación de injusticia de la muchacha, que enfila hacia su tía vomitando ruido, una fumarola de emociones inenarrables procedente de un reino en el que el lenguaje no posee jurisdicción. El tomate veteado de lágrimas que es la cara de May madura hasta casi reventar. Su alma quebrada es audible, y las altas frecuencias de sus alaridos cuajan la espesura del aire mientras Tursa, alegre y complacida por la idea de que se le unan en un dueto, ajusta la posición de sus dedos para producir con su instrumento asmático otra repetición de los aullidos devastados de la madre, de nuevo en un tono más bajo que los originales. Ante esta afrenta reiterada, la personalidad de May se derrumba visiblemente sobre sí misma. Cuando se desploma sollozando en brazos de Tom, las garras aviares de Tursa bailan sobre el teclado imitando cada altibajo de su desesperación vocal. Snowy recuerda que esta es la señal que le da pie a alzarse del desgastado asiento de piedra del teatro y tomar parte en la farsa, reinterpretada por toda la eternidad. Dulcemente, agarra a su hermana de una manga de estambre y la lleva a un aparte, y allí le indica con solemnidad que su función improvisada molesta a todo el mundo; que a la pequeña May se la han llevado enferma y es probable que muera pronto. En este punto de

la regañina, Tursa se ríe de manera desconcertante, evocando a la niña despreocupada de ocho años que fue hace casi tres docenas de largos inviernos. Con un brillo excitado en los ojos, la mujer le confía que, muy por encima de la mortalidad, en este mismo instante, la pequeña

May cabalga a hombros de su abuelo, la cara amable de su tótem ambulante, por las avenidas angostas de una urbe extendida, modelada por los hormigueros piramidales modernistas que el dúo lleva advirtiendo, aislados a intervalos espaciados, durante las últimas décadas de su galopada por una biosfera en declive. Matemáticamente autorreferenciales, las formas repiten su estructura pulcra y puntiaguda a escalas cada vez más reducidas, y rodean a los viajeros por todos los frentes con las filas exactas, ordenadas e hipnóticas de un tablero de ajedrez, cada complejo geométrico en perfecta equidistancia de sus compañeros en una red vertiginosa que llega hasta los límites erosionados de la vasta galería. La concavidad ininterrumpida del cielo azul que corona actualmente este desafío óptico expandido solo contiene el lingote desplegado y áureo de un sol avejentado, un astro que reseca los escasos harapos arrugados de las hipernubes hasta volatilizarlos. Cual Gulliver bicéfalo, la pareja traza su camino con esmero por esta metrópoli espinosa de insectos liliputienses, y entre tanto, se embarca en una disquisición sobre la esencia de los montículos, obviamente muy adaptados, y su significado. De los presentes, Snowy es el miembro de mayor edad de la familia, y alberga la firme convicción de que es evidente que las hormigas son criaturas todavía vivas que se han colado físicamente en este dominio espacial mejorado, como las palomas y, de vez en cuando, los gatos, en aquellos confines, ahora distantes, en los que las palomas y los gatos aún existen en el paso elevado temporal. Por contra, de los dos turistas del Armagedón, May es la que más tiempo lleva muerta, y afirma creer que lo más probable es que estas protrusiones extrañas y regulares representen una extensión póstuma de la entidad combinatoria y jerárquica correspondiente a cada construcción individual. También sugiere que la conciencia colectiva de cada

promontorio parece haber evolucionado hacia una condición capaz de imaginar una continuidad tras su eventual desmantelamiento o destrucción. Esta evolución va implícita, a su juicio, en la sofisticación aritmética de las alteraciones implementadas sobre el diseño básico de un hormiguero. Su abuelo, que comparte sus inclinaciones numéricas, admite a regañadientes que este punto de vista es de lo más persuasivo. De mala gana, plantea que la marcada propiedad autorreplicativa de estas figuras fascinantes indica un sistema de cálculo de considerable sofisticación y complejidad, lo cual, a su vez, quizá denote un nivel intelectivo capaz de concebir un más allá, tal y como mantiene su pasajera infantil. Cuando menos, las reproducciones menguantes de la configuración general parecen demostrar un entendimiento de las nociones algorítmicas, observación con la que Snowy provoca más dimes y diretes mientras progresan por estos anómalos castillos de arena de tamaño humano. La cúpula celeste de la tarde se inunda de sanguina mientras el corcel antropomórfico acelera por un gradado de violeta intenso a morado alquitranado, y de esta forma se precipitan por otra de las noches del planeta claudicante. La dupla pasa de puntillas por un bulevar perfumado de ácido fórmico bajo una luna alta y radicalmente expandida, un grupo de ocho selenesferas, fusionadas en un único cúmulo radiante, cuya luz es una suspensión coloidal que platea las filas silenciosas de púas poliédricas, extendidas en todas las direcciones. Cruzan la fuente de tesoros de otro amanecer y la lluvia de hollín de un nuevo crepúsculo, y lo hacen sin apreciar merma alguna en las escrupulosas formaciones marciales de los zigurats puntiagudos, distribuidos para ocupar la planta del paseo cronológico de la forma más eficiente posible. Poco a poco, la aprensión hace mella en Snowy: «No me apetece tumbarme entre estos mamones, pero me da que no hay otra. Mientras persistan Abajo, el paisaje seguirá así por siglos, con estas hileras que más parecen de un cementerio y ni un solo sitio donde estirarnos y estar cómodos». Tras un silencio pensativo, su nieta sacude en desacuerdo el amento de sus rizos: «Creo que su tiempo Abajo ya ha terminado. Avancemos otro día para comprobarlo». Aunque

dubitativo, su vetusto transporte consiente. Surcan el paraíso de las hormigas mientras la estratosfera despejada de más arriba ajusta su paleta desde una tiniebla cromada por la luna hasta el bruñido de un amanecer salmón, y de ahí al lapislázuli opresivo y monótono de un mundo que muere por falta de mal tiempo. En un terreno arduo que encaja más o menos con una media tarde, May efectúa un reconocimiento desde su posición elevada: más adelante, la densa retícula pasa a ser de escaques, pues uno de cada dos monumentos formicantes yace reemplazado por un cuadrado vacío. Esta despoblación gradual es constante, y cuando al fin alcanzan la frontera violeta del ocaso, ya no hay morfologías ocres a la vista. La niña teoriza que una especie de hormigas avanzadas puede sobrevivir durante un milenio o más sin apenas manifestarse en estas altitudes de la existencia, ya que los hormigueros, considerados como organismos coloniales, son inmortales de facto a menos que una fuerza externa los aniquile. Por tanto, cree que la supuesta ciudad que acaban de atravesar debería interpretarse más bien como el indicador de una extinción masiva acaecida en prácticamente un solo día. Consideran la posibilidad mientras acampan, devoran sus últimos sombreros de Puck y se retiran. Al alba, descubren que la bolsa de piel de lobo vuelve a estar inexplicablemente rellena, y Snowy piensa al marcharse en cómo

la oscuridad de Fort Street parece hasta cierto punto particulada el día en que su nieto Tommy lo llama para que le ayude con las matemáticas. La humareda que sobrevuela los adosados, cree él, es tan producto de su humor como de la torre incineradora de Bath Street, aunque una cosa y la otra guardan cierta relación. El Destructor no es más que el signo más obvio del proceso voraz que ha deglutido el vecindario en la década transcurrida desde el final de la Gran Guerra. Las primeras demoliciones dejaron unas ausencias tremendas en las calles empinadas de la zona, unos vacíos en el urbanismo, blanqueados por el polvo del cemento, en preocupante sintonía con las lagunas que lleva notando últimamente en su memoria. Está en mitad de la

sesentena, y aunque ahora carezca de esos poderes de cálculo con los que cuenta su descendiente de doce años, sabe bien lo que está empezando a pasarle. A medida que se acerca al colofón, se está volviendo esquinado, olvida cosas, se imagina otras. Le quedarán, con suerte, unos cuatro o cinco años, aunque puede que de aquí a entonces haya perdido la facultad de contarlos. Su muerte, por supuesto, no le desanima; solo es otra de las estaciones habituales del trayecto. Ya la ha visto antes, el corredor eterno y el viejo convulsivo con, ¿qué era? ¿pintura en la barba? ¿eran pinturas esas trazas de color? Algo así, en todo caso. Poco le importa. Lo que sí le importa es el ensanchamiento paulatino del Destructor, ese final de los significados del mundo que ha comenzado en Bath Street. Como beneficiario de una rigurosa educación en Bedlam, Snowy sabe lo que representan las chimeneas, comprende la nada devoradora y potencial que alberga toda estructura circunferencial de terracota. La mayor parte de la catástrofe que teme no estriba en el aspecto material, en el aliento ondulado y marrón que ese incinerador de basuras de quince metros de alto arroja por su garganta de ladrillo, sino en las inmolaciones inmateriales que acontecen desenfrenadas, invisibles. Los símbolos y axiomas ascienden en la misma nube negra y ensortijada que la mierda, las lascas de beicon o las compresas. Por mucho que aborrezca la deriva indecente que ensombrece su familia, su barrio o su gente mezquina, todas esas cosas le preocupan activamente cuando considera su paraíso destrozado o su futuro, sin duda calcinado e inhabitable. Tal es el cariño que siente por su mundo. Louisa está fuera de escena en una cocina con aroma a asado, tarareando algo que podría ser *Till All the Seas Run Dry* mientras agarra con sus puños callosos el mango del cucharón, revolviendo la mixtura reacia y grumosa del pudin. Su nieto, de lo más vergonzoso, se pone más rojo que un tomate al tratar de disimular su orgullo cuando le elogia su aptitud para las matemáticas, su comprensión sagaz de las sutiles simetrías implícitas en diez sencillos dígitos. Snowy goza del día hasta el último átomo,

incluso de cada mancha de grasa translúcida en el papel que han extendido sobre el mantel, ya desgastado de tanto apoyar los codos. No soporta la idea de que todas estas circunstancias humanas se conviertan en pasto del Destructor, de que acaben arrojadas a la hoguera aniquiladora de la memoria selectiva inglesa. Apenas consciente de sus actos, traza con su pequeño lápiz unas trayectorias orbitales amplias, rozando la superficie desdoblada del papel de estraza para describir dos círculos concéntricos: un bosquejo toroidal visto en altura o, tal vez, el tubo de una chimenea observado desde la óptica de una paloma. Distribuye los guarismos del cero al nueve alrededor del anillo, cada cifra situada en oposición lateral a su gemelo especular secreto, hasta convertir la banda redonda en el perímetro de un reloj absurdo con los números desordenados, como si el propio tiempo se hubiera vuelto de repente una magnitud desconocida. Empieza a explicarle el asunto al niño de once años que tiene a su vera, pero detecta que el ceño atento del crío se desliza por un gradiente que va de la concentración a la ansiedad recelosa, a un temor creciente por y hacia su abuelo. Por la cara de Tommy, asume que debe estar gritando, aunque no recuerda haber subido el volumen, y sabe que será incapaz de detenerse llegados a este punto. Las ideas se precipitan bajo el páramo invernal de su cabello, aceleran peligrosamente en una fuga y patinan hacia la colisión. En sus manos, el dibujo deja de ser un reloj deformado para convertirse en la sección de una chimenea, y luego, al fin, en el glifo inmisericorde y negador de un cero distendido, dilatado en el vacío hasta el punto de forzar los límites curvos que lo restringen. Arruga el papel de la carnicería en una bola furiosa, y justo cuando lo lanza por encima del hombro hacia las llamas del hogar, la presciencia vigilante de Louisa la hace dejar el horno para anunciar que la lección de mates ha terminado, despedir a su nervioso y desasosegado nieto, y enviarlo a casa sano y salvo bajo la nevada de mugre de Fort Street. Fascistas en Italia y el nuevo tipo del mostacho en Rusia, y además afirman haber

calculado que todo comenzó con una sucia y gigantesca explosión. Revolviéndose como un toro en la fragilidad de la caja de cerillas de su salita, Snowy sabe que tienen razón, pero aún no han asimilado las implicaciones que tiene ese descubrimiento en relación con el tiempo. La detonación primordial sigue en curso, está aquí, ahora, en todos, es *esto*. Somos una explosión, y todos los pensamientos y acciones de nuestras vidas no son más que balística. No hay pecados o virtudes, solo contingencias de la metralla. Su circuito de pisotones lo interrumpe un reflejo en el espejo de la chimenea: un viejo marino iracundo que le devuelve la mirada desde un espacio insólito y extendido. Rompe la imagen con un pisapapeles. Se parecía demasiado a una premonición recurrente en la que

el poni geriátrico brinca y resopla por un corredor tan inmenso como un aeródromo, desnudo y montado por su querubín. Los árboles indómitos que surgían antaño de los muchos orificios practicados en la base del nivel superior ya no están, ni siquiera han dejado atrás sus chasis petrificados, y las sombras son ahora un recurso menguante tan escaso como la tanzanita. Arriba, la amplitud pasmosa del sobrecielo se muestra exenta de la más mínima rama o viga entrometida, y se diría infectada por un leve tinte verdoso. May cree que esto podría ser el resultado de una alteración de la composición atmosférica planetaria en ausencia de agua y biología, causa a su vez de una dispersión diferencial de las distintas longitudes de onda de la luz solar. El viejo, con la saliva llena de los suculentos hongos espectrales que su amable jinete le va suministrando, cual terrones de azúcar, a lo largo de su ridículo safari, no tiene nada que objetar. Las leguas diurnas son una sopa de peridoto absolutamente libre de turbiedades y picatostes, mientras que las leguas nocturnas se presentan más claras que un carámbano, colmadas de estrellas esquemáticas y cometas desplegados. A sus pies, el serrín descompuesto y granular de los bosques pulverizados se agota al fin, y los exploradores de los eones se asombran al descubrir que, bajo esta alfombra de residuos orgánicos, los tablones de pino de Humánima han

dejado de estar presentes. En alguna demarcación inadvertida de los milenios helados o boscosos ya recorridos, los tablones lijados quedaron reemplazados por —o revertidos a— peñascos bastos e irregulares, promontorios de tres kilómetros de ancho, compuestos de una amalgama azarosa de creta, caliza y pedernal, y abismados hacia unas profundidades exánimes, solo abarcables por la astrofísica y la geología. Los muros delimitantes de la galería constituyen una suave ladera ígnea de material onírico licuado, aunque todavía son lo bastante altos como para tapar apropiadamente cualquier remanente arrasado del segundo Borough que persista más allá de los extensos márgenes de la franja. Con sus andares de flamenco momificado, Snowy navega cautelosamente entre las muchas aberturas de contorno irregular que perforan el escabroso suelo mineral del antiguo entarimado. A falta de criaturas animadas, las formas preciosas y serpenteantes que caracterizaban el reino inferior en esta elevación superior brillan por su ausencia, y las oquedades se abren de manera uniforme a los páramos andrajosos de un desierto yermo. Nada se mueve, nada respira; los áticos yacen al fin despojados de su hálito. Avanzan por amaneceres marrones, días verdes, atardeceres sanguina y amplias tiras de ónice alumbradas por una luna creciente expresada como ocho hoces enlazadas, un rompecabezas esférico y plateado. Mientras rebasan más centurias deshabitadas, amenizan el viaje con pasatiempos de su propio cuño, entre ellos el de nombrar cosas que ya no existen, como la conciencia, el dolor o el agua. Cuando se cansan de tal empresa, prueban con la variación de nombrar fenómenos que siguen perdurando, como la tabla periódica, ciertas especies bacterianas anaerobias o la gravedad. Este segundo conjunto, aunque extenso, se acaba antes que el primero, y por tanto no les entretiene tanto. Cada vez que la caminata perpetua o la incesante sensación de final los fatigan, se echan sobre una roca bajo un zodiaco hiperbólico, y el hombre desnudo se despatarra cono una pila de taramas, como una fogata sin prender, junto al saco lobuno casi vacío en el que insiste que dormite la niña inteligentísima. Al despertar, surcan los residuos nocturnos y desayunan en el sepia ardiente de un alba de

colores alterados, ambos casi como dos estatuas de bronce cinceladas para representar el año viejo trayendo el nuevo. Con la vegetación reducida a un recuerdo y ese propio recuerdo ya olvidado, nada obstaculiza ni menoscaba la panorámica que May y Snowy tienen por delante. Potenciadas por la muerte, sus habilidades visuales deberían arrojar una perspectiva ilimitada de la sala eterna, pues su construcción es recta, y la curvatura terrestre del mundo inferior no la afecta en nada. Sin embargo, al pisar las eras del sendero, los dos comentan su incapacidad de ver más allá de cierto punto en la inmensa vía abierta ante ellos. Según razonan, esto ha de implicar una parábola incoherente con la estricta precisión geométrica de la avenida o, quizás, ejemplificar el volumen redondeado del continuo mismo, la presencia en el espacio-tiempo intermedio de un menisco abultado que restrinja su línea de visión. Más abajo, los cielos inabarcables se estrían en las franjas multicolor de los días y las noches, un ancho de banda que se comprime con la proximidad de un horizonte inquietantemente remoto. El Atlas vetusto persevera con tenacidad alzando su carga rubia a través de minutos áridos y horas despejadas, consumiendo su reserva de locas de Bedlam, aún inexplicable, mientras prosiguen. Cuando May le avisa de dos motas distinguibles en lontananza, su abuelo se decanta primero por el escepticismo, una postura que modifica luego tras patearse otras cuantas semanas de terreno y constatar que los puntitos, antes difuminados, se han agrandado y definido como un hombre y una mujer vestidos a la moda de la década de 1920, algo mucho más llamativo que las superhormigas o los humanos fotosintéticos modificados que se han ido topando por el camino. La pareja anacrónica está quieta sobre un suelo labrado con tosquedad, observando pacientemente el acercamiento de la niña extraordinaria y del mendigo temporal que le sirve de corcel, y Snowy aprecia que, además de llevar un atuendo impecable, van agarrados de la mano. De las cosas extintas que May y él enumeraron antes, el romance y el sexo son las que más añora. Piensa en cómo

el veloz satélite de la Tierra parece sobrepasar las nubes

fileteadas del mercado de ganado para alcanzarlos a él y a la hermosa hija del dueño del Anchor, una carabina celeste en la noche de su primera cita formal. Salvo por una sensación amalgamada de nostalgia y premonición, todavía no conoce bien la ciudad, así que no tiene ni idea de a dónde lo está llevando la muchacha. El buqué dulzón de las boñigas de vaca por Victoria Promenade resulta íntimo en cierto modo, y aunque no ha visto a Louisa en los seis largos meses que lleva trabajando en Lambeth, es firme en su presentimiento de que, al acabar la noche, tendrá sus bragas a la altura de esos tobillos torneados, y también su mano, húmeda de sexo, pedida en matrimonio. Sobre ellos, las estrellas de julio son una pimienta diamantina pulverizada en los molinillos del espacio, y a su lado, amplificado por la noche, el toque de metrónomo de sus tacones es la música con la que regirá su vida. Hablando en voz baja para no disipar la atmósfera, deja que el contrapeso cálido y demandante de su brazo derecho los guíe a ambos por la negrura rampante de Cow Meadow, risueños e inobservados allí donde la única jurisdicción es el tacto de las sombras. Petrificados en ámbar por la luz de gas cercana a los baños públicos, dos obreros intercambian un beso hirsuto y juguetean con sus botones, y en los arbustos murmurantes, las chicas zurean como faisanes nocturnos, ávidas de cazadores. Entre susurros, Louisa y su galán se adentran en la oscuridad envolvente, y mientras, a su alrededor, otro viernes toca a su fin en la alegría de la luz de la luna, en los brotes azabache y los toques de césped; en el solaz plateado, perenne y sin par de los perros o los vagabundos. Desenrollado sobre el prado lóbrego en una alfombra gris como la hojalata laminada, el trayecto los lleva a un sendero de gravilla junto al río tintineante, que repta hacia el este, entre altos árboles funerarios, en pos de la mañana del día siguiente. Corriente arriba, la luna reflejada hincha sus mejillas picadas y contiene el aliento bajo una superficie de oropel, pero aquí, dominado por las coníferas, un puente de hierro se arquea sobre arroyos invisibles hechos solamente de sonido, de un flujo de

sílabas metálicas, del repiqueteo de la calderilla en un pozo de los deseos. En la cima de su estructura chirriante, la brisa le suelta a la joven un mechón color siena, y en el tierno gesto de él para volver a colocárselo, sus labios chocan entre sí como anémonas de mar a la gresca, hasta que Louisa dice «aquí no» antes de conducirlo, a ciegas, hacia una isla pintada de estrellas que bifurca las aguas turbulentas. Erosionado hasta su base de arenisca por pisadas incontables, un camino circunda el perímetro del terreno. Lo recorren hacia la otra punta del islote, primero pretendiendo indiferencia, luego a buen paso y, finalmente, riendo, abandonando todo fingimiento y echando a correr. La sobeteada ribera de grama, modelada por el amor en el transcurso de varios siglos de dígitos hediondos, luce las impresiones superpuestas de diez generaciones de pechos y glúteos, visibles a la imaginación como un palimpsesto en los contornos de su cuesta. Un sicomoro solícito esparce sus raíces nudosas para la inminente baraja de bastos, la corriente lame los juncos robustos, y el cielo se engancha en las garras arbóreas. De pie, de rodillas y tumbados, se hunden poco a poco en los tréboles espumosos, y sus lenguas pugnan, y sus manos guerrean con sujeciones y elásticos. Desembarazada de su blusa, y con la rudimentaria camisola color carne descolocada, ella exhibe sus pechos con lógico orgullo, dos leonas blancas erguidas magníficamente en sus colinas sobre el valle de su caja torácica. En una doma ambiciosa e innovadora, secuencial y carente de silla o látigo, él acaricia sus melenas con los labios. Los pezones, con su regusto sudoroso, se inflaman como liliáceas en flor, y en este circo perpetuo, Snowy y Louisa son niños trémulos, jadeantes. Bajo la carpa de lino de su falda, sus muslos cálidos se abren como una multitud apretada dándole paso a una caseta arcana, y a sus dedos callosos se les concede allí acceso de dos en dos. Visitantes dubitativos, rondan el terciopelo de los soportales, entran y salen antes de aventurarse de nuevo, incapaces como son de decidirse. Las cortinas de su dobladillo suben, las luces de sus bragas bajan, y ahí, justo ahí, sobre el escenario

resbaladizo, yace el exótico animal, nunca antes visto. Acuclillado en su peana cual felino, él se agazapa entre sus piernas y la lame, intenta saborearla como un entendido, pero acaba bebiéndosela a tragos como un verdulero. Bajo sus mordidas feroces, Louisa grita y se estremece antes de quedar inerte en una conmoción aquiescente, una gacela de la sabana abatida y temblorosa, y cuando Snowy saca su verga de los pantalones, es un barrote de hierro recién forjado, listo para templarse en la vorágine humeante de la inmersión. Torpemente, Louisa alza la mano para guiarlo a buen puerto, y él enfila hacia ella, se desliza con lentitud y exquisitez por su ensenada oleosa y se sumerge en la calidez de su rizada línea de flotación. El aroma a coño y río, rayano en las notas cítricas punzantes de las mimosas prensadas, lo excita sobremanera, y esta cópula furiosa la afronta con una mentalidad industrial, ambos funcionando como un pistón candente y lubricado, siseando y retumbando en la maquinaria invisible del tiempo. Un mercurio viscoso brota de su bulbo cuando se corre dentro de ella, cuando excreta a su hija May a los sumideros de Lambeth, cuando segrega a su nieta homónima al carro de la fiebre. Eyacula un millar de nombres e historias, arroja a Jack a una tumba extranjera, a Mick a un área de reacondicionamiento de bidones, a Audrey a un psiquiátrico. Expele penas, pinturas y notas de acordeón, y sabe que debe hacerlo porque ha de garantizarlas, y así, a varios millones de años de distancia, en las ruinas de un paraíso abandonado,

el berserker desnudo y la conciencia que lo monta empiezan a reducir poco a poco su ritmo frenético cuando se hallan a unos tres días geográficos de los dos extraños emperifollados, y se detienen finalmente, cara a cara, en la caldera desvaída de otro amanecer posorgánico. La mujer, menuda y curvilínea, lleva un vestido esmeralda encendido que le llega a las rodillas, medias gris zurita y zapatos de tacón color jade, y su cabello castaño rojizo se derrama sobre unos hombros desnudos y atractivos. Su acompañante, que luce el aspecto de un dandi vitoriano tardío,

va ataviado con un chaqué de tonos violeta melancólico y malva recién descubierto,[60] *aunque este conjunto inmaculado lo remata con un bombín raído e incongruente, más propio de una tienda de viejo, con el que podrían haber enterrado a algún muerto. Contra el fulgor mandarina de un alba exacerbada, el contraste de sus cromatismos transmite esa armonía antinatural que albergan a veces los sueños. Junto al dúo, abarrotando un mantel a cuadros desplegado sobre el suelo petrefacto de la galería, hay un jugoso montón de sombreros de Puck recién cogidos. «Me llamo Marjorie Miranda Driscoll, este es mi consorte, el señor Reginald J. Fowler, y debo decir que conocerlos a ambos es todo un privilegio. Salen en un libro que estoy escribiendo —espero que no les importe— y hemos estado cavando por la juntura fantasma para proporcionarles víveres. No creo que podamos hacerlo más, empero. Más allá de este lugar, apenas queda nada de Humánima, así que no hay forma de escalar hasta aquí. Me temo que no habrá más ágapes después de este, así que se me ha ocurrido aprovechar la ocasión para presentarnos, y también para esclarecerles de dónde venían las locas de Bedlam». Su voz y su entonación suenan adultas y refinadas, pero poseen la cualidad de una niña que jugara a vestirse de mayor o la de una actriz que aún estuviera adaptándose a su papel, motivo por el que Snowy deduce que ni ella ni su compañero llevan vistiendo su actual aspecto desde hace mucho. El joven parece especialmente incómodo con sus ropajes opulentos, tiende a pasarse un dedo censor por el cuello de su camisa almidonada y expectora de vez en cuando un gargajo de ectoflema displicente, más como declaración de intenciones que como acto de descongestión. A sus pies, la piedra árida está empapada de una luz cítrica en la que sus sombras zancudas se estiran tras ellos, como si fueran gomas elásticas tanteando los límites de la ley de Hooke. Tras estrecharse las manos en una presentación formal, y con May ya descabalgada, el inusual cuarteto se dispone y acomoda para un pícnic fúngico sobre el cuadrado de lino, bajo cielos expeditos salvo por un albaricoque cegador. Se interrogan unos a otros cordialmente. May pregunta por la aparente disolución en curso del reino superior tras los límites derruidos y distantes*

del viaducto, y averigua que allí ya no queda nada: las propias Obras son un armazón desierto, y las puertas curvas restantes se han ido volviendo cada vez más inaccesibles debido al colapso continuo. Seguidamente, la recatada señorita Driscoll inquiere si Snowy y su nieta, como protagonistas de su inminente segunda novela, esperan encontrarse con el Tercer Borough en algún punto entre esta zona y el fin del tiempo. Tras una pausa pensativa, el veterano de cabellos blancos le replica que no, que no prevé tal convergencia: «Aunque si de aquí a entonces no nos lo hemos topado, al menos sabremos con certeza dónde no está». Del bolso de satén que porta, la joven autora saca un tomo delgado con una cubierta de tela verde, estampada en oro tanto en la ilustración como en las inscripciones, que se titula La Banda de los Muertos Muertos. *Según explica, se trata de un ejemplar firmado de su debut, y se sentiría muy honrada de que lo aceptaran. Con sus manos famélicas de cangrejo araña, Snowy gira el obsequio, admira la encuadernación, y se pregunta en voz alta si el señor Blake de Lambeth no será, en cierta medida, cómplice de su manufactura. Sus anfitriones del fin del mundo asienten entusiasmados, y el señor Fowler les relata entre jadeos, con la excitación propia de un hombre mucho más joven, cómo su prometida y él partieron de la iglesia de Doddridge a través del Ultraconducto en pos de las regiones superiores de Hercules Road, todo para solicitar el consejo editorial del místico pugnaz e incendiario. «Esera un tipo formidable. Me cayó fenomenal». Con idéntico fervor, May les cuenta que su rocín desaliñado y ella convocaron al iracundo visionario y a su esposa al surcar la extensión del deslumbrante paso elevado desde Chalk Lane hasta la Jerusalén terrestre. «Cuando los conocimos, iban desnudos, pues habían estado interpretando a Adán y Eva mientras leían los versos del señor Milton. De hecho, ese es el motivo de que decidiéramos emprender esta larga expedición sin ropa alguna. Simplemente, creímos que sería lo que harían los Blake». De pronto, la señorita Driscoll se pone a garabatear algo en un cuaderno color perla, y cuando le preguntan al respecto, se ruboriza por entero y les explica que solo está anotando una breve descripción del timbre y la coloración vocal*

de la niña extraordinaria. «Aguanieve intentando ser seria», eso es lo único que les deja leer. «No esera gran cosa. Es muy probable que lo acabe modificando». Tras intercambiar más anécdotas en el ámbar auroral e inquebrantable de este mundo fenecido, cargan los sombreros de Puck sobrantes en el morral predatorio de May y Snowy, les añaden el regalo literario, y efectúan las últimas despedidas. Espléndidamente engalanada para los fastos de la aniquilación de la Tierra, la joven pareja pasea de la mano hacia los límites lejanos de la avenida. Recolocando a May sobre sus hombros, Snowy evoca

cómo el mundo parece bailar al son de la juventud, y modelarse según las expectativas y requerimientos de lo juvenil, al menos a ojos de los jóvenes. A los diecisiete años, los árboles zarandeados que bordean sus muchos caminos le imploran a él, y Lambeth es su ornamento, solo relevante cuando le concede su mirada, e inexistente cuando no. Las mujeres del barrio únicamente exhiben su belleza cuando anda cerca, un color que emanan más allá del espectro discernible por otros hombres y que, en apariencia, va exclusivamente dirigido al polinizador de su elección. Los frutos de los setos obran el milagro de tornarse pechos a su paso. Hay nenúfares secretos que brotan en un encaje de maleza a lo largo de sus periplos, como si él fuera la primavera misma, rebosante de trinos, siempre empalmado ante los bellos culos que florecen por doquier. Alberga tanto esperma que no sabe ni a qué dedicarlo, y constituye el eje de un planeta que parece compartir esa misma excitación promiscua, pues, por la colcha mundana, en lustrosos riachuelos, eyecta bombillas, aparatos telefónicos o la anexión de Sudáfrica. Las manos de la historia ahondan y rebuscan en bolsillos enrevesados, y Gran Bretaña gobierna una era que confunde con la eternidad. Incluso en la proclamación de la reina Victoria como emperadora de la India observa los componentes del declive posterior, por más que él no llegue a verlo en vida. Habrá rencores, masacres peores que la de Bulgaria, represalias fútiles contra cambios inevitables como la de

Satsuma, necrófagos disfrazados de tabloide que acecharán al imperio a lo largo de su alfombra roja, hasta ahora solo en parte desenrollada. Rozándose rítmicamente contra la pared antigua y anodina del callejón, y vistiendo un peto de chicas gimiente y un cinturón de piernas apretado, se regocija ante el mecanismo, echa la cabeza atrás para aullarle a las estrellas, y sabe que las chanzas y heridas del futuro están ya escenificadas. Parado en el sur de Londres bajo un aguacero retumbante, he aquí al rufianesco John Vernall, loco según los rumores, consciente de que las gotas individuales, en el martilleo de su descenso vertical, están en realidad inmóviles, hebras líquidas ininterrumpidas que se extienden de la borrasca a la calle en largas parábolas a través de un tiempo sólido. Al carenarse como un dios hindú o una fotografía estroboscópica en mitad de estos hilos de cristal estático, no ignora que es el movimiento de su mente en la dirección oculta lo que crea la lluvia. Excepto el impulso involuntario de su conciencia hacia delante, de una fracción de segundo a la siguiente, no hay nada que transmute la contrariada estatuaria marcial de un pub en una gresca bulliciosa de cuentas ajustadas y napias florecidas en rosas carmesís. Es el proceso de sus atenciones lo que hace girar el cielo, pues nubes y zodiacos permanecen fijos sin él. Esos bribones de los Elephant Boys, por lo general impávidos, desvían su estampida y se apartan de su camino por miedo a que su condición sea contagiosa, temerosos de acabar como arácnidos humanos más habituados a lo vertical que a lo horizontal, desvariando en un tejado sobre culos, salvavidas y geometría. Camina despreocupado entre los garfios curvos y sangrientos de sus pendencias como una paloma presciente que se pavoneara con indiferencia entre una lluvia de cascos y un rodillo de ruedas de carruaje. Las peleas y las navajas no pueden matarlo; no pueden impedir su cita fija con los tulipanes y los espejos, sitos a cincuenta años vista en otra ciudad y otro siglo. Le gustaría conocer a un Jack el Saltarín, uno de los miembros del prolífico clan fantasmal que atestó la ciudad a lo largo de la década previa, siempre

botando como pulgas en graneros y basureros, con su aliento de fuego reflejándose en las gafas circulares de sus ojos. Aunque resultaran ser bolsas de gas o fantasmas de Pepper, espectros teatrales conjurados en algún panel ladeado, cree que le sería más fácil alternar con esa tropa estrafalaria que con el gentío pegado al suelo de los puentes y avenidas, domeñado por los límites planos de su vida como fichas de ludo.[61] Unas espinillas resecas burbujean en las arrugas de su nariz, y la suciedad se acumula en sus membranas interdigitales, un residuo negro nacido de la saliva arrojada por un onanismo casi incesante. La cerveza es la manta marrón con la que se tapa la cabeza para acallar un mundo persuasivo, más aún en esas ocasiones en las que siente su tierna edad, en las que la comprensión del apocalipsis descarnado que habita en todos y cada uno de los instantes se vuelve insoportable. De noche, escucha a los heraldos angulares proclamar fieras imprecaciones en su extraña lengua explosiva, y entonces se acurruca junto a su hermana chalada, que también los oye. «No llores, Tursa. No vienen a por ti». Aunque esto no sea cierto, sirve para calmar la resonante mente catedralicia del pajarillo de quince años, al menos hasta que los albañiles que alzaron el sol vuelvan a bailar por los tejados con sus botas atronadoras, gritando sus terribles imperativos. La cruda realidad es que vienen a por todos, y que reservan sus energías para aquellos que no están sordos a sus voces enloquecedoras, él especialmente. A veces, busca solaz en las colinas del placer, entre el millón de focos y muslos del cancán de Highbury, como tantos engendros y acróbatas, pero incluso allí es capaz de oír el tifón de admoniciones que le dice que se acueste con esta mujer y no con esa otra, que trote cien kilómetros al noroeste o que trepe treinta metros hacia arriba en línea recta. Sin que él lo pida, le muestran retablos posteriores de su túnel carnal individual, que escarba su camino hacia el futuro. Hay una boda en una sala hermosa, con un albañil vigilante en el caballete del tejado. Hay una nieta que viene y se va lejos, y aun cuando él muera, cuando todo y todos mueran, sabe que

el viejo caballo de batalla carga desnudo por la vereda final, cabalgado por una niña bajo galaxias que migran poco a poco. En su viaje por la monótona franja de roca, los excursionistas del apocalipsis hacen menos paradas para acampar y devorar sus raciones fúngicas menguantes, aunque siguen escupiendo pepitas oculares con la esperanza de sembrar colonias de sombreros de Puck que les sirvan de despensa en su eventual vuelta a casa. Cuando toca descansar, Snowy se conforma con un lecho de piedra y enrosca su espalda huesuda alrededor de la niña, que farfulla en su bolsa de piel lobuna mientras el espacio y el tiempo se descosen sin remedio sobre ellos. Durante los kilómetros diurnos, queda claro que la Tierra vuelve a tener nubes, un celofán enrollado de color ocre que May deduce que podría ser cloro mezclado con metano. Durante la noche, la media luna se multiplica en una abstracción art decó envuelta en vapor, y su luz es una mácula aureolada espectrográfica contra el papel de filtro de la oscuridad. Tanto cambio y tanta distancia, piensa Snowy, y ni siquiera han dejado los Boroughs. Little Cross Street y Bath Passage siguen ahí abajo en alguna parte, si bien en un estado de descomposición química y geológica. Continúan avanzando. Cuando el saco de manzanas locas queda al fin exhausto, experimentan algo que en principio podría ser un espejismo nacido de la inanición, una ilusión especular inusual en la atmósfera de la gran avenida: un viejo con una niña a cuestas que se precipita hacia ellos desde el extremo opuesto de la explanada yerma. El reflejo es tan exacto que los expedicionarios casi que se preparan para un choque inminente con algún monstruoso panel invisible, para quedar inconscientes y dejar impreso en el cristal un daguerrotipo de su impacto, todo él despatarrado como un águila, lluvia de plumas incluida. Se sorprenden bastante, pues, cuando sus dobles se revelan tan sustanciales como ellos mismos; cuando se revelan, de hecho, como ellos mismos en la etapa de vuelta de esta odisea legendaria. Las dos May desmontan y se dan un abrazo, mientras que el par de viejos se limitan a estrecharse las manos con sequedad. «Bueno, ¿y cómo acaba todo este asunto?». «Es difícil de decir. A bote pronto, el fin del tiempo es como el último día de clase de un curso escolar, cuando las reglas no

esenciales se relajan un poco y las infracciones paradójicas menores se consienten a veces». «Entonces, ¿llegasteis al fin del tiempo?». «Oh, ciertamente, pero estarás de acuerdo en que sería impropio de nosotros contar algo que no fueran detalles nimios». «¿Prefieres no jugártela con el tema de las paradojas y demás?». «Justo eso. Lo que sí te puedo decir es que iréis sobrados de sombreros de Puck. A solo unas pocas semanas al oeste de aquí, acabamos de pasar por el sitio en el que dentro de poco escupiréis vuestras últimas semillas, donde ya hay presto un hermoso huerto de frutos feéricos. Poco después encontraréis otro, sin duda originado por los globos oculares de la colonia antedicha, y la cosa sigue así hasta el punto en el que estoy ahora, topándome contigo mismo, explicándole todas estas paparruchas a un camarada un poco más joven. Se me ocurre que las locas de Bedlam podrían haber estado controlando nuestro comportamiento de cara a propagar su especie hasta los mismos límites de la duración espaciotemporal». «Dicho así, la idea suena un tanto extravagante, pero, pensándolo bien, concedo que le otorga un motivo más imperioso a nuestra visita al fin del tiempo, que hasta ahora solo ha consistido en dilucidar si tal cosa existe o no, y qué pinta tendría en caso afirmativo». «Oh, es todo un espectáculo, puedes estar seguro. Por entonces, ni que decir tiene, toda masa ha desaparecido, y con ella, también la gravedad. De igual modo, las fuerzas nucleares se han retirado e ido a dormir, pero, aun así, para la poca sustancia que queda, la situación es de lo más sustancial. En fin. Ya nos hemos entretenido bastante, y no recuerdo que nuestra conversación diera para mucho más. ¿Me permitirías sugerir que aupásemos a nuestras respectivas niñas, teniendo gran cuidado de no mezclarlas para así no generar una controversia irresoluble, y que luego retomásemos nuestros trayectos separados para escenificar este incidente, pasmoso, mas no desagradable, tal y como lo recuerdo?». Las dos May, que han estado charlando en voz baja a lo largo del lance, vuelven a montar sus respectivos corceles. Tras un adiós inesperadamente emotivo, y encaminadas en sentidos opuestos sobre una línea recta en el tiempo, ambas parejas reanudan sus viajes

pisoteando con sus pies descalzos las rocas rugosas de la vía, y al cabo de unas horas de distancia, dejan de verse entre sí. En su progreso inexorable hacia el fin del todo, que es fin incluso de los finales, la encarnación de Snowy nominalmente más joven le pregunta a su pasajera qué tal le ha ido durante su sorpresiva reunión con la otra May. «Me cercioré de memorizar todo lo que dijo para poder repetirlo al dedillo cuando yo sea ella. Lo más importante fue: "Venimos de Jerusalén, donde no hallamos lo que buscábamos". Le pregunté a qué se refería, pero negó con la cabeza y permaneció callada». Mientras machaca la aspereza del terreno en dirección a la irrevocabilidad, Snowy rumia la frase. Aparte de la vaga sospecha de que el comentario podría estar vinculado con ese tal profesor Jung que fracasó a la hora de desentrañar a Lucia Joyce, 62 *no logra dar con solución alguna antes de que su jinete y ella arriben a la explanada paradójica de sombreros de Puck que sus versiones futuras les han anunciado. Diligentemente, consumen los pocos que les quedan y esputan sus preciosos ojos antes de recolectar un saco entero de frutos maduros, que son los que han crecido o crecerán de esas mismas simientes. A lo largo de esta cena de imposibilidades, el anciano recuerda perfectamente que*

su encuentro inicial con el alimento que comen los fantasmas acaece a los doce años, borracho por primera vez a cuenta de una jarra rebosante de cerveza afanada en casa, tragada raudamente en el aroma a fornicación de las callejuelas de Lambeth. Ebrio de alcohol y coraje, se tambalea más allá de los muros del viejo hospital de Bethlehem, hasta que sus tumbos se ven interrumpidos por la visión de un color parpadeante que oscila sobre las baldosas tiznadas que tiene ante sí. Igual que las formas flotantes de detrás de los párpados cristalizan a menudo en imágenes coherentes al filo del sueño, este brillo prismático se concreta del mismo modo en un corro insustancial de damas desnudas diminutas. Entre las distorsiones de la cerveza y la tiniebla, se maravilla ante sus tetas y sus chochos, que son los primeros que ve debidamente, sin

apenas creerse su suerte. Las mujeres tiemblan, y emiten un sonido que al principio se compone de risitas individuales pero que después parece confluir en un gañido agudísimo sobre la periferia timpánica del joven beodo. Apoyando una palma, se inclina contra la piedra musgosa de un poste del sanatorio y se pregunta, obnubilado, si no estará a punto de morir, un desasosiego al que no ayudan los viandantes que ríen o reprueban su más que obvia borrachera mientras pisotean inadvertidamente, o incluso atraviesan, la neblina de maniquíes desvestidos que retoza a sus pies. Con una punzada aprensiva y embotada, comprende que estas manifestaciones fantásticas solo le resultan visibles y audibles a él, y que quizá sean un presagio preclaro de su propia reclusión en la institución sobre la que está equilibrado, convertido en aprendiz de loco por su propio padre internado, ambos sumidos en cuentos de hadas. Traga saliva cálida y piensa en el paciente que vio durante su última visita con su hermana, viejo y de rostro costroso por autolesionarse repetidamente dando cabezazos contra la puerta. La priva escamoteada y una bilis cáustica brotan por la garganta de John Vernall, blasfema y copiosamente enfermado por la telaraña de criaturillas aladas que se arremolinan, despreocupadas, alrededor de sus tobillos. Onduladas cual helechos de agua, las ninfas translúcidas ignoran los trozos de pescado de su cena, medio digeridos y humeantes, y persisten en su contoneo indolente como movidas por una brisa o una corriente, en vez de por voluntad propia. El sudor empapa su frente. De su boca jadeante, de su mentón desencajado, cuelgan hilos de baba trémula de una cuarta de largo, y el pavimento húmedo bulle de chicas. Sus rostros perfectos y rosados son idénticos, y le recuerdan a los ratoncitos de azúcar, con sus rasgos estáticos e inexpresivos, sin emociones humanas, como si estuviera escrutando el ingenioso camuflaje de algún tipo de insecto, de un escarabajo horrible cuyos pensamientos quedaran ocultos bajo el glaseado pintado de sus ojos. La mera idea le suscita una segunda arcada de vómito, pero las hembras minúsculas, indiferentes, se

yerguen en esos efluvios asquerosos como si se estuvieran duchando en una cascada cristalina, y eso le provoca la tercera. En la distancia, advierte que hay otros peatones que se acercan, y justo cuando se prepara para nuevas burlas, alza la vista y se sorprende de que estas no se produzcan. Pese al filtro de sus sentidos aturdidos, se da cuenta al instante de que hay algo anómalo en estos curiosos que se le arriman. Dos hombres y una mujer vagan hacia él por el escaso alumbrado de gas de la calle, y lo hacen sin prisa, vestidos con ropa raída y desprovistos de color, como figuras talladas en humo. Su conversación se diría animada, pero el sonido le llega amortiguado, atenuado por unos tapones de cerumen o una lejanía inexistentes. El trío se detiene a su altura y lo observa, aunque con ojos menos sentenciosos que los de los rezagados nocturnos que pasaron antes. Uno de los hombres le hace un comentario a la vieja harapienta, sin duda relativo al pillo beodo, pero él no alcanza a oírlo porque suena muy débil. Tiritando por el sudor helado, le decepciona descubrir que estos recién llegados tan discretos comparten con sus estentóreos antecesores la incapacidad de ver a las hadas que piruetean en su vómito. Hay otra cosa, sin embargo, que capta su atención: gris y plateada como un daguerrotipo, la bruja del bonete y los faldones anticuados señala la zona superior del poste sobre el que se ha desplomado el chico. Sus labios se mueven como bajo un cristal, y sus palabras solo las oyen los dos sujetos monocromos que la acompañan, uno de los cuales da un paso adelante para extender la mano y tantear el saliente erosionado que hay bajo el remate de la columna. En el trayecto, uno de sus brazos renegridos traspasa la extremidad estirada y trémula del propio John como si no estuviera ahí. Alto y espigado, el hombre parece arrancar algo borroso e indistinto de las puertas del manicomio, lo cual provoca que las hermosas miniaturas parpadeen al unísono como velas. El zumbido estridente, ese que en un principio confundió con sus voces, se eleva en un silbido enloquecedor antes de cesar de pronto, y entonces, las

danzarinas pigmeas se desvanecen en un polvo centelleante que lo deja a solas con el charco de los contenidos devueltos de su estómago, atestados de moscas de la carne iridiscentes ya atareadas. El espíritu esbelto extrae algo, un pulpo sombrío y retorcido, o quizás una hidra, que luego desmiembra para compartirlo con sus colegas fantasmales mientras los tres desaparecen gradualmente. El joven díscolo flaquea y cierra los ojos. Las formas líquidas florecidas en esta oscuridad íntima son estrellas extraviadas sobre el pergamino transitable, desenrollado e incesante por el que

el incansable saco de huesos se precipita con su joroba de inocencia. Excepto por los racimos de locas de Bedlam que desafían la cronología, la avenida árida que se volatiliza bajo sus pies es del todo monótona, así que esos oasis, enraizados en el lecho de roca a intervalos milenarios y siempre bienvenidos, componen el único reloj o calendario de los viajeros. Cicatrizadas por una suerte de sedimento volcánico, incluso las aberturas antaño orientadas hacia el primer Borough inferior y terrestre han desaparecido casi por completo, y salvo por los dramas celestiales escenificados allá arriba, en los doseles de la noche y el día, la expedición transcurre sin sorpresas. En sus escasas paradas, se leen capítulos del libro de la señorita Driscoll e intentan calcular, a tenor de las configuraciones del cielo, a cuántos miles de millones de años están de casa. Snowy cree que a dos mil, pero May parece bastante segura de que son tres mil. En estos tramos nocturnos de su odisea póstuma, el firmamento superior se diría saturado de hiperestrellas, muchas más de las que solía haber. La bebé erudita especula que esta profusión estelar podría ser el resultado de la incipiente colisión de la Vía Láctea con otra entidad astronómica, muy posiblemente Andrómeda. Su teoría se ve corroborada tras otros setenta u ochenta huertos de sombreros de Puck, que es cuando la oscuridad inconmensurable del espacio se torna un caos de soles chocantes, un ballet catastrófico representado en dimensiones extramatemáticas. La pieza central de esta función atroz es el combate a muerte entre dos agujeros negros, dos

inmensidades hambrientas que en teoría acechan invisibles en el corazón de cada galaxia y cuya masa pavorosa, según le cuenta May a su abuelo, es la responsable de hacer rotar estas nebulosas enjoyadas. Las esferas tenebrosas se hacen visibles al irradiar unos halos plateados que la cría de dieciocho meses identifica como rayos X desplegados, esparcidos para colmar los cielos a medida que estas dos auras gemelas se solapan en un aterrador muaré de aniquilación. Un escrutinio más atento revela que ambas monstruosidades portan, a modo de trofeo, los cinturones de polvo acumulados tras arremolinar y estampar a velocidades inconcebibles una miríada de cuerpos estelares indefensos, todos pulverizados por el impacto. Inexorablemente, los titanes opacos se aproximan entre sí como dos emperadores caníbales obcecados, empecinados en su determinación de engullirse el uno al otro en la arena de un cosmos derruido. Procurando evitar la contemplación de este angustioso espectáculo superior, Snowy y su nieta pasan de largo. Pisotean años a millares y los dejan atrás. Lóbregas y belicosas, las dos ausencias que presiden estas tiras de terreno pelado parecen acometer una fusión tremenda para constituir un único coloso devorador de luz, hasta que el tumulto de las estrellas circundantes se ordena gradualmente en una nueva galaxia confluyente que Snowy bautiza como «Lactandrómeda» y a la que May se refiere como «la Vía Andy». Los exploradores perseveran, entretenidos como están en inventarse nombres para unas constelaciones colisionadas e irreconocibles, signos de nacimiento para una era en la que ya nada nace: el Gran Crisantemo, la Bicicleta, el Pequeño Vagabundo. Durante los intervalos diurnos de su travesía, observan al proseguir que la bola de fuego desempaquetada sobre la que gira el planeta se ha vuelto considerablemente mayor, un efecto que ya no pueden atribuir a los caprichos atmosféricos. La hinchazón del orbe de oro blanco se acentúa, y cuando salvan otro millón de años o así, lo que hay sobre ellos de horizonte a horizonte es un auténtico infierno, con Mercurio y Venus ya engullidos por la sangrienta inflamación solar. Por una distancia que parece interminable, la intrépida pareja viaja entre llamas y descansa sobre piroclastos de un rojo translúcido y pulsátil, superpuesto

incluso al ectoplasma de sus párpados. Coinciden en que dormitar sobre una cama ardiente va contra todo instinto humano, pero, aunque en ese sentido no obtengan mucho reposo, su inquietud por el supuesto calor no es mayor que por los tablones helados que los acogieron hace ya una eternidad. Con bastante alivio, constatan que los hongos feéricos que los sustentan aparentan una invulnerabilidad similar a las supuestas correcciones térmicas, y en su siguiente parada descubren una amplísima colonia de muñequitas exquisitas y radiantes, todas prosperando en el fulgor de este horno terráqueo. Siempre al pie del cañón, May y Snowy se acostumbran de tal modo a la conflagración incesante que el panorama pirotécnico deja de suscitarles comentarios, y han de surcar incontables centurias para advertir que el sol viejo y tumefacto está menguando a un ritmo constante en la larga y abochornada sobremesa de su atracón infanticida. Tras una distancia casi incalculable, queda reducido a una colilla tirada, y al final se escurre de la existencia por las alcantarillas de un universo apagado. Con la conciencia solemne de que acaban de contemplar el fin del día, el viejo y la niña reanudan su excursión por una noche absoluta e inmortal. Mientras avanzan, la oscuridad que los sobrevuela pierde sus últimos faros cuando hasta la luz de las estrellas se extingue, como si Arturo y Algol fuesen velas que alguien hubiera soplado o recolocado en la otra punta de un universo en constante expansión, allende la curvatura del espacio-tiempo, sobre la continuidad del horizonte, demasiado lejos como para que les llegue su radiación. Orientados con su visión póstuma, progresan por un panorama cuyos contornos se delinean en puntadas de oropel. Aturdido por su propia longevidad, Snowy se pregunta si toda esta aventura no será otro de sus delirios fantasiosos, si no se la estará imaginando en su mente desordenada mientras

parte de su casa de Fort Street sin saber qué año es o dónde vive. Arrastrando los pies por Moat Street, la recuerda llena de agua en cierta época, y se pregunta cuándo la habrán drenado.[63] La pinta de los peces al coletear y asfixiarse por

los desagües debió ser espantosa. Las cosas cambian en un abrir y cerrar de ojos últimamente, y todo se desvanece o se convierte en algo distinto. Opta por la ruta menos trabajosa, un pliegue urbano muy trillado que sube por Bristol Street para bajar por Chalk Lane, donde unas amapolas brotan de las grietas marrón dorado presentes en las paredes calizas del viejo enterramiento. En la otra acera, la pintura turquesa del letrero del Blue Anchor se descama en tirabuzones seductores bajo el intenso sol matutino de este miércoles, que delinea con fuego cada detalle de su superficie costrosa. Sabe que en la barra del Anchor tienen a una chica adorable, la hermosa Louisa, con la que echó un buen polvo en Beckett's Park hace tiempo. Ojalá su esposa no lo averigüe nunca. Bajo una nube fugaz de culpa confusa, surca el verano por esta calle moteada hacia Black Lion Hill y Marefair. Los caballos de tiro se saludan con la cabeza mientras trotan por los adoquines cegadores, y él se abre paso entre ellos, cautelosamente, hacia el suelo consagrado que rodea la iglesia de San Pedro, cuyos monstruos desmoronados lo observan desde la piedra con boquiabierta indignación. Tras salvar una callejuela estrechísima hacia la trasera del edificio, la capilla sajona se le antoja inflamada de trascendencia y significado, como si la estuviera viendo por primera o última vez, y al llegar a Narrow Toe Lane descubre que las lágrimas nublan su vista, un llanto que no sabe por qué derrama y que en una docena de pasos ya ha olvidado. Por el cielo de Green Street, unos cúmulos blancos se deslizan como escupitajos espumosos. A sus pies, las losas de York lucen cicatrices de ríos antiguos, unas huellas dactilares fósiles que supone impresas hace cientos de millones de años, cuando solo las anémonas y los trilobites vivían en esta pequeña hilera de adosados, siempre deslizándose a sus umbrales para sentarse a charlar durante las cálidas tardes del Precámbrico. Agazapados, cansados y apoyados entre sí, los edificios ancestrales lo acogen con aires de camaradería, como si el milpiés de su verdadera forma expresada en el tiempo se hubiera embrollado en incontables ocasiones sobre estas baldosas

ajadas, y entonces se acuerda de que tiene familia aquí. ¿No vive por esta zona una hija suya, una chica llamada May? ¿O fue May la que murió de difteria cuando solo era un bebé? Snowy deja atrás una serie de puertas lignarias mal encastradas, con una numeración que rondará la ochentena larga, y al final, en la otra punta, encuentra una que cree reconocer bajando por Elephant Lane, justo al lado de la entrada pintada de la tienda de albañilería. Sin pulir, y por tanto ennegreciéndose poco a poco, el viejo pomo de bronce se retuerce contra su palma sudada, reticente, hasta que cede. La pesada lámina barnizada de negro se abre con un quejido de sus bisagras, y lo que revela es un pasillo en el que la iluminación parca y la oscuridad marrón teácea confluyen en los sentidos del anciano como un caldo que huele a humedad rampante y carne flácida. En efecto, los olores humanos los ve, la luz la huele, y no recuerda haberlo hecho nunca de otro modo. Cierra la puerta al pasar sin mirarla siquiera, baja por el pasillo angosto y le lanza un saludo tentativo a la tiniebla que acecha en mitad de la escalera, pero está claro que la tiniebla, como todos los demás, ya está harta de él, así que no le responde. Su irrupción en un salón silencioso le confirma que no hay nadie, tan solo un gato que cree que podría llamarse Jim, dormido delante de una chimenea apagada, y tres moscardas de color esmeralda brillante cuyos nombres no tiene el placer de conocer. En haces estrictos y racionados, una ventana que da al sur vierte por la estancia una luz que tiñe de amarillo miel el volumen esmaltado de un jarrón y la curvatura barnizada de una tapa de piano, y de repente se da cuenta que todo esto ya lo ha visto antes, el gato, las flores, la inclinación del sol, las tres moscas anónimas. Este momento lo ha experimentado cada día de su vida hasta el más terrible detalle. Mientras una parte de él se balanceaba sobre las tejas del consistorio, caminaba en trance hasta Lambeth, visitaba a su padre en el manicomio, copulaba en una ribera o enfermaba ante gente diminuta, otra siempre ha estado aquí, en este cubículo mal iluminado. E incluso ahora, por el mismo motivo, sabe que sigue en todos esos

sitios, haciendo todas esas cosas, estremeciéndose al filo de aquel tejado alto, de aquella mujer menuda. Se tambalea sobre la alfombra tiznada de la chimenea, vencido al fin por el vértigo en la caída a plomo de su propia continuidad. Totalmente exhausto, se desmorona en un sillón maltrecho, y el fulgor de la ventana a su espalda torna sus finos cabellos en fósforo. El perro encadenado de su estómago gruñe sus reproches, ya ni se acuerda de la última vez que comió, y eso por no hablar de otras necesidades vitales. Aquí es donde muere, sí; eso lo comprende. Las paredes que lo cercan son las últimas que verá, y el mundo más allá de esta alfombra cuadrada es uno que jamás volverá a transitar. Se siente lejos de este armazón chirriante suyo, dolorido y famélico en el sillón, como si sus circunstancias fueran algo acaecido en una obra de teatro, un acto de cierre archiconocido, repetido línea a línea, noche tras noche; la vida como el sueño recurrente de los muertos. El viejo fastidioso no sabría decir si de veras está aquí, junto a unas moscas anónimas que anticipan su deceso con impaciencia, o si

se precipita por una noche definitiva, carente de amaneceres, con su nieta muerta tirándole de las orejas para espolearlo. Allá arriba, el vacío se desorganiza. El único calor que queda es el de los vestigios de los núcleos reactivos de unos objetos de halo cósmico, vastas acumulaciones de materia oscura que solo son visibles por un pulso infrarrojo menguante que también termina por desaparecer. El metrónomo sordo de sus pisotones sobre la piedra les sirve de acompañamiento por desfiladeros donde la oscuridad y frigidez universales se han hecho inseparables, donde el negro no es más que un color frío. Los últimos espectros del espacio-tiempo perseveran en un viaje que afrontan a ciegas, siempre en pos de un límite que solo saben que está ahí porque se han visto a sí mismos regresando de él. Esta es la única certeza a la que se aferran en estas distancias infinitas y tenebrosas, y justo cuando empiezan a dudar incluso de eso, May informa desde su cofa humana del avistamiento de una mota radiante en el punto de fuga de un camino que hace

eones que se fugó. Para cuando salvan otros cuantos milenios, esta chispa tenue se ha magnificado hasta contener por entero los cielos yermos superiores, una corona fulgente de horizonte a horizonte con forma de mariposa, un despliegue de tonos marmolados cambiantes que los dos peregrinos ya se han olvidado hasta de cómo describir. Detenida contra este brillo cegador allí donde la vía parece cesar de pronto en una nada iridiscente, se alza lo que parece ser una figura silueteada y solitaria de una altura y complexión inusuales, con aspecto de estar esperando pacientemente a que Snowy y su nieta lleguen de una vez. Los dos aventureros sienten un escalofrío en el cuello cuando alcanzan al unísono la misma conclusión con respecto a la más que probable identidad de esta forma enigmática. Hasta el momento, ambos reaccionaban con una ligereza irónica y estudiada ante la idea de que sus peregrinaciones pudieran entrañar tal encuentro, pero, ahora que su realidad es casi palpable, tanto el viejo como la niña se muestran dubitativos y, por primera vez, acobardados. En su oído, la voz de May es un susurro inquieto. «¿Crees que es él?». Su propia réplica suena ronca y ahogada, un raspón constreñido que nunca antes había escuchado. «Sí, creo que sí. Tenía muchas cosas que decirle, pero estoy tan asustado que ya ni las recuerdo». El careo que llevan tanto tiempo ansiando y temiendo en la intimidad arroja una perspectiva aterradora, pero es mucho menos insoportable que la alternativa de darse la vuelta y marcharse por donde han venido. Mantienen pues el rumbo hacia la sombra inexorable que se cierne al término de su camino, ambos desnudos ante su presencia, aunque John Vernall se siente cada vez más confuso en cuanto a qué segmento de la oruga de su continuidad experimenta actualmente. Todos sus instantes caen sobre él en bloque, colindantes, una fuga tan compleja y desorientadora como las composiciones de su hermana Tursa, y lo que le suscitan es la sensación inaudita, pero en cierto modo familiar, de que está a punto de conocer a su creador. Catapultado del sillón por miedo a que la muerte lo pille sentado, se pone en pie para tambalearse por la habitación desordenada a la que se ha reducido su universo. Espabilado por este súbito remolino

de actividad, el gato pondera la situación y decide salir por la ventana, abierta por abajo, para saltar por etapas al patio exterior hundido, primero de la cornisa al murete del jardín, de ahí al depósito de agua de lluvia, y de ahí al suelo. Las moscas intentan seguirlo, pero el cristal las frustra y confunde de manera infranqueable. Muy mareado, y con una mano aferrada al brazo del sillón para equilibrarse, Snowy reconoce demasiado bien el ímpetu de este éxodo animal e insectil: la estancia húmeda y atestada, los arañazos de pista de hielo carenándose en el barniz del aparador, la fruta dorada reblandeciéndose en el bol… ha llegado al fin del tiempo. ¿Quién iba a pensar que sería tan modesto? Su mirada vaga por este paisaje postrero mientras trata de colmar sus retinas con los detalles, de gozar de una última comida de significados, hasta que al final la posa en el mantel, donde hay algo que despide un brillo enigmático. El único paso titubeante que da hacia el hogar para examinarlo más de cerca le resulta tan angustioso como cualquiera de los que dio en los tejados resbaladizos de su juventud. El objeto que ha captado su atención es un medallón, un san Cristóbal que cree que podría ser el que portaba antaño en todos sus maratones de Lambeth a los Boroughs. Lo agarra con una mano trémula y llena de livideces solo para olvidarse al momento de que lo ha cogido, y al hacerlo, su conciencia errante se pasma con el tipo decrépito que lo observa desde el cristal de la chimenea. Hay algo en sus facciones demacradas que le es reconocible, y entonces cae en la cuenta de que se trata de Harry Marriot, el vecino de al lado. Parece mucho más viejo de como lo recordaba, aunque ha pasado un buen tiempo. Snowy alza la mano que contiene el talismán religioso, gesticula un saludo y se siente vagamente reconfortado cuando el otro tipo le devuelve el gesto en el acto. Le alegra que Harry, al menos, aún parezca contento de verle. Al escudriñar la casa contigua, amueblada de manera similar, descubre otra ventana en el muro más alejado. Da a otro domicilio de Green Street en el que también hay otro vejete —seguramente Stan Warner, de más abajo— que se halla de

espaldas, saludando igualmente a través de un portal ulterior a alguien que podría ser Arthur Lovett, que vive a continuación. Snowy se da la vuelta y detecta la abertura de la otra punta de su propia sala, que da a una procesión idéntica de veteranos de cabellos níveos, todos en salones progresivamente encogidos. Diría que guarda cola en una sarta de ancianos alineados para fallecer, que se están saludando unos a otros amigablemente, y que sus espacios domésticos individuales se han reconfigurado en un único túnel. Es como si

estuviera en un canal relativamente estrecho de una extensión casi infinita, por fin lo bastante cerca de la imponente figura que le cierra el paso como para darse cuenta de que, en realidad, son dos gigantes de tres metros situados hombro con hombro. Ambos van descalzos, vestidos con túnicas lisas de lino blanco y con un taco de billar proporcional a su tremendo tamaño en la mano. La figura de la izquierda tiene el cabello tan incoloro como el de Snowy, y la identifican al instante como el campeón de trillar de Humánima, Mike el Poderoso. Su homólogo, de pelo rizado y barba rojiza, tiene los ojos dispares, uno rojo y otro verde. Este último gruñe divertido ante la llegada indecisa de la pareja humana. «¡Mira qué caritas traen! ¡Vaya, lo que uno pensaría es que se esperaban al Tercer Borough!» A lomos de su antecesor, la suave frente de May se corruga en un ceño suspicaz. «Tal vez fuera así, pero ¿no eres tú Asmoday, el trigésimo segundo espíritu? ¿Por qué vas vestido de Maestro Albañil?» El antiguo demonio alza sus cejas hirsutas en ademán de sorpresa burlona. «Porque eso es lo que soy. Cumplí mi sentencia y recuperé mi antiguo trabajo. En este punto del tiempo —señala el telón de fondo espectrográfico que abarca el cosmos— todas las cuentas yacen saldadas, y la caída nos queda muy atrás. ¿Acaso no podemos dejar que lo pasado, pasado esté, en un lugar en el que resulta evidente que todo es pasado?» Mientras la niña rumia esta reflexión, su abuelo recobra al fin la voz

«¿Por qué no está Dios aquí, y qué son todas estas luces y

colores?», grita en mitad de la habitación vacía, incapaz ya incluso de entender sus propias palabras. En los otros compartimentos mal iluminados, los demás jubilados se muestran tan agitados como él, esgrimen sus medallas de San Cristóbal, braman las mismas preguntas insondables en un corro exasperante. A medida que nombres y significados se desvanecen con el reflujo de su respiración entrecortada, su mundo se fragmenta en las piezas inconexas de un rompecabezas. Apenas consciente de su propio cuerpo o identidad, solo un retortijón distante le recuerda que sigue con hambre. Debería comer algún alimento, pero para eso tendría qué recordar qué es un alimento. La estancia gira, los artículos del mobiliario rotan a su alrededor como los caballos de un tiovivo, y recuerda que, cuando surcó la larga carretera del tiempo con su nieta muerta sobre los hombros, sobrevivieron comiendo frutos hechos de mujeres encogidas, por raro que suene. En la mesa, deslizándose con la órbita parsimoniosa de una feria, advierte un jarrón de tulipanes exquisitos, y se le ocurre que los frutos feéricos y las flores se asemejan tanto que apenas habrá diferencia. Con su mano libre, ajena al peso de un amuleto casi olvidado, comienza a atiborrar de pétalos su boca podrida, y los patriarcas vecinos de los salones adyacentes imitan su ávido ejemplo con gran imprudencia. Atragantado de gloria, ahora se encuentra en otro lugar, donde un diablo vestido de blanco le dice

«Oh, sí que está aquí. O al menos, aquí está él. Y la pirotecnia es lo que resta cuando la gravedad y las fuerzas nucleares desaparecen, porque lo último que queda en pie es el electromagnetismo». Snowy refunfuña. «¿Y ya está? Hemos recorrido un camino muy largo». El demonio rehabilitado sonríe y sacude la cabeza. «Lo cierto es que no. Seguís sin poner un pie fuera de los Boroughs. Lo único que habéis hecho es correr en el sitio durante varios miles de millones de años». Más allá de los dos colosos, el precipicio que marca el final de la vía cae a plomo en velos de un fulgor alborotado. Erigida en ese filo espantoso para señalizar el barranco, se halla una cruz de

piedra basta que recuerda haber visto por última vez en el muro de la iglesia de San Gregorio. Una colonia suculenta de sombreros de Puck maduros crece y la envuelve desde su interior. Su boca se inunda de saliva ectoplásmica, pero descubre que

no puede tragar, pues unos vívidos colores pascuales atoran su garganta viscosa. En la fila inacabable de apartamentos paralelos, observa que todos los ocupantes seniles de Green Street sufren los mismos estragos que él, deambulan en círculo con los ojos desorbitados, y unos trozos brillantes de tulipanes medio masticados tornan sus barbas desgreñadas en mandiles de pintor. Ya es mala suerte que esta desgracia sea común y simultánea, porque en circunstancias normales verían lo que está pasando y acudirían a la puerta para darse palmadas en la espalda. Este buqué que respira es una corona fúnebre, y el pánico de sus pulmones cae en cascada sobre su corazón. Siente que su mano izquierda aferra algo, pero no recuerda qué es, y al mismo tiempo

espera que el Maestro Albañil le diga algo vital y conclusivo. A la postre, Mike el Poderoso plantea una cuestión. «¿Vernalimt quebcas?». ¿Qué límite buscas, Vernall? Desprevenido, Snowy considera la pregunta antes de contestar. «El límite de mi ser». El titán le dedica aquí una expresión comprensiva. «Puyalostrado». Pues ya lo has encontrado. El vagabundo cronológico asiente. Comprende que

este lugar es su final. Si encierra algún significado, tendrá que hallarlo por sí mismo. El charco de su visión se evapora raudo desde los bordes hasta enmarcar su mano, que se abre al ralentí. Un disco de metal descansa en su palma, y desde su superficie se alza la imagen de un anciano con un bebé glorioso aupado a sus hombros. Significa algo, está seguro, y la última pregunta que se le pasa por su mente deteriorada es

«¿Y a dónde vamos ahora después de esto?». La voz de May suena casi enfurruñada. El diablo reformado y el Maestro

Albañil se encogen de hombros al unísono, como si quisieran señalar que la respuesta no puede ser más obvia. Gradualmente,

Snowy termina por entenderlo. No está respirando. Eso es porque todo el oxígeno que necesita lo obtiene de la placenta. Retorciéndose en el espasmódico canal del parto de su madre, Anne, el anciano lo olvida todo,

y entonces surca la oscuridad del estrecho con la niña a cuestas, sabiendo que, inevitablemente,

vuelve a donde empezó.

OBLIGADO

a juzgar, a eso es a lo que estoy abocado constantemente y, en fin, supongo que podría decirse que creo en que todo el mundo debería tener el beneficio de, ay, cómo se dice, a veces me preocupo cuando no me salen las palabras, el beneficio de la duda, eso es, todo el mundo debería tenerlo, aunque, bueno, no todo el mundo, claro, y menos aún algunos de por aquí, porque si algo inspiran esos, en mi opinión, son dudas acerca de sus beneficios, como por ejemplo esa chica del pelo a rayas, que creo que vive en St. Peter's House, allá por Bath Street, y que suele frecuentar los alrededores del Super Sausage de Crane Hill, una chica negra, bueno, negra no, de raza mixta, que por lo que he oído está en el negocio, en el negocio de que se la beneficien, en el negocio de la adicción al crack, de hacer la calle, de estar en el arroyo, en el arroyo mismo de Monk's Pond, diría, aunque, ojo, no digo que todo sea culpa suya, porque si provienes de un entorno desfavorecido las probabilidades estadísticas de acabar así son casi una predestinación, pero sigo pensando, y quizás en esto sea un tanto anticuado, que todo el mundo es responsable de sus actos, por más obvio que resulte que a veces hay circunstancias atenuantes, porque sí, todos hemos hecho cosas que no queríamos hacer cuando no había otra opción, aunque hay algunas personas, y conste que sigo diciendo que no creo que todo sea culpa suya, que no se sobreponen a nada, sino que se biodegradan hasta acabar como los chicles pisoteados, que siguen ahí, pegados a la acera, año tras año, hasta que al final apenas te das cuenta de que no son más que otro residuo sociológico de un proceso natural, aunque, ojo, no me estoy refiriendo aquí a la gente trabajadora, decente y normal, sino a personas como la

chica esa del Super Sausage, que no son sino bacterias inevitables que la propia calle se encarga de digerir y depurar, a ellas y a su estilo de vida, eso es, la propia calle se ocupa de ventilárselas y, al final, eh, vaya, creo que he perdido el hilo de lo que estaba diciendo

oh, sí, el beneficio de la duda, eso es, recuerdo que estaba diciendo que deberíamos extenderlo, en mi opinión, a todos los que pertenezcan a una cierta, eh, bueno, no querría decir «clase» porque yo no soy así, y además es un término con el que ahora hay que andarse con mucho cuidado, pero sí a los que ostenten una cierta posición en la ciudad, a las figuras públicas, podríamos decir, a gente que lleva casi cuarenta años dando el callo y que siempre, siempre, ha estado del lado del pueblo, porque eso viene de serie si has crecido en un ambiente laborista, y además jamás he sido un socialista de champán, en su momento, quizás, un socialista de Mateus Rosé, eso lo admito, pero el caso es que siempre he tenido buena mano con las personas, o al menos eso dice la parienta, no, hombre, solo es una broma, lo que intento decir es que soy parte de esta comunidad, porque he vivido por estos lares muchos años, incluso podría decirse que soy una personalidad local, siempre muy arraigado, y creo que la gente, la mayoría de la gente, respeta eso, porque cada vez que salgo a la calle, como ahora, por ejemplo, me sonríen y me saludan con la cabeza al reconocerme de los periódicos, y en general creo que me aprecian bastante, excepto por los dos o tres de siempre

hace una tarde estupenda, no exactamente estival, pero puede que incluso aún mejor, Mandy ha salido por ahí a patear la delgada línea azul con sus amigos policías, últimamente, ya sea por una cosa o por otra, coincidimos poco en casa, de hecho, suelo decir que somos como esas parejas de los viejos higroscopios de juguete en los que la mujer sale cuando va a hacer bueno y el hombre cuando va a llover, como el que tenía en Escocia cuando no era más que un renacuajo sucio y tontorrón, aunque habrá miembros de la honorable oposición, e incluso de mi propio

partido, que sin duda pensarán que lo sigo siendo, pero bueno, el caso es que no me apetecía quedarme en casa más solo que la una, porque hace ya tres años que dejé el ayuntamiento para pasar más tiempo con Mandy y ya no sé ni cómo entretenerme, así que he decidido darme una vuelta por el barrio, entrar en algún sitio a tomarme una media pinta rapidita y volverme a casa, porque hace años que no salgo un viernes por la noche y antes, sin embargo, lo hacía cada semana, supongo que cambiamos a medida que nos vamos haciendo viejos, y tanto alcohol ya no nos sienta tan bien, pero bueno, también es cierto que salir ahora por la ciudad los viernes por la noche son ganas de buscársela, porque está llena de idiotas de dieciséis años emborrachándose en una media docena de pubs tematizados, y cada calle es como los ríos de sangre del discurso aquel de Enoch Powell,[64] solo que con vómito, y las urgencias médicas son más de lo mismo, es una absoluta decadencia el tema este, y la culpa de todo la tiene el desgobierno y, sí, en cierto modo, la propia gente, porque vale, es muy fácil no asumir responsabilidad alguna, poner a caldo al ayuntamiento y no entender que muchas veces tenemos las manos atadas, pero en fin

en Chalk Lane corre una ligera brisa, pero no tanta como para saber de dónde viene, y he llegado al punto en el que debería elegir entre subir la cuesta hacia la izquierda, lo cual me llevaría a los Boroughs, que están bien y no son amenazantes, pero que en viernes por la noche cualquiera sabe, y donde además los pubs que quedan en pie están muertos o llenos de gente con la que a nadie le gustaría alternar, u optar por la ley del mínimo esfuerzo y bajar a la derecha hacia Marefair, que es lo que voy a hacer

justo al otro lado de la calle, en la acera de enfrente, el Black Lion parece a punto de cerrar, aún recuerdo cuando se llenaba de moteros, no era gente realmente peligrosa, pero las cosas podían ponerse desagradables tras la última ronda a causa del ruido y demás, no era justo para los vecinos tener a un montón de borrachos medio deficientes dando gritos y revolucionando los motores, pero en fin,

todo aquello acabó hace ya un tiempo, y al hacerlo eliminó otro impedimento más para la nueva promoción de Castle Ward y para la llegada de una gente a la que supongo que también podríamos llamar nueva, pero para eso se necesita que el sitio sea distinto, un barrio decente y próspero, y ojo, no lo digo por vender la burra, esa no es mi intención, lo que pretendo es crear un cierto apego por el distrito, una cierta querencia no por lo que es, sino por lo que podría ser, por lo que podría ser pasar los años viviendo aquí, porque, aunque esta no es la única propiedad que poseemos, sí que es la que asociamos con parte de nuestra marca, es la zona histórica más antigua de la ciudad, llevamos habitándola desde mucho antes de que existiera el ordenamiento urbano, siendo franco nunca me había interesado este rollo, pero, en cuanto descubres alguna que otra curiosidad, pues, bueno, resulta de lo más fascinante, como por ejemplo la iglesia de San Pedro, que está ahí mismo, en la acera de enfrente, y que fue construida por el rey Offa como capilla para la baronía de sus hijos en Marefair antes de ser reconstruida por los normandos en el mil ciento y pico y, eh, un momento, qué es eso de ahí

hay un adolescente desgarbado, con el pelo castaño y despeinado, que viste vaqueros, zapatillas y una camiseta de la marca FCUK demasiado grande, y el muy vago está en el pórtico de la iglesia de San Pedro cogiendo algo como si tuviera mucha prisa, es un saco de dormir, el muy sarnoso parece que duerme ahí, ya tendré unas palabras con Mandy en cuanto la vea y, oh, eh, viene hacia aquí trastabillando por el sendero que hay entre los parterres de la iglesia, y lo hace apretando el saco contra su pecho escuálido como si fuera un enorme bebé flácido, y ahora cruza la calle a la velocidad del rayo sin que a mí se me ocurra la más mínima idea de a dónde pretende dirigirse

—Buenas tardes.

pasa de largo sin responderme y se va por Pike Lane o, mejor dicho, por Pikey Lane, porque alguien la ha rebautizado así por los gitanos *pikeys* y a la vista está la razón, aunque, en fin, nunca me ha gustado ese término, es

denigrante para con ellos, el caso es que su forma de ignorarme en mitad de Marefair me ha hecho sentirme un poco raro por un segundo, no ha sido exactamente un *déjà vu*, pero sí que me ha recordado algo, no sé si a alguna otra vez en la que alguien haya podido arrollarme por la calle o, ah, vale, ya me acuerdo, ha sido a un sueño que en su momento atribuí al marisco en mal estado y que tuve hará un año y medio o dos años, en el sueño también estaba yo en Marefair, pero era de madrugada, no podía encontrar ni la camisa ni los pantalones, y ahí estaba yo, buscándolos en calzoncillos y camiseta, no caigo en los detalles, pero la calle tenía otro aspecto a la luz de la luna o, bueno, a la luz del sueño, porque luna no había, claro, pero sí que había un montón de edificios actuales barajados con sitios que llevaban años derruidos, y también esa atmósfera húmeda y viscosa que tenían los Boroughs cuando llegamos al barrio por primera vez, y justo empezaba a sentirme un poco nervioso y avergonzado por haber salido a la calle en ropa interior cuando vi a otra persona en la acera opuesta, un viejo que se cubría la calva con un sombrero de fieltro y que me adelantó exactamente igual que el chico de ahora, pero que tenía una, una, oh, qué horror, una docena de brazos, y un montón de ojos y bocas en su cara, todas ellas gritándome, como si el tipo me odiara, pero yo no sabía qué le había hecho para merecer tal inquina, y ahí me desperté empapado, con el corazón desbocado, sin nadie a la vista, supongo que sería a causa de este sitio, de las pesadillas que alberga en sus estructuras, que son como espectros ensabanados que me helaran los huesos, y eso pese a que sigo siendo marxista hasta la médula y no creo en fantasmas

en cualquier caso, ese tipo de sustos solo los sufres si sales de noche, pero, si recorres la zona en una bonita tarde de primavera como la de ahora, te percatas enseguida del potencial del barrio, los rayos de luz que se reflejan en la piedra caliza de San Pedro, la Casa Hazelrigg un poco más arriba, que acogió el sueño de Cromwell en la víspera de la exigente jornada de Naseby y que es una maravilla cuando

te paras a admirarla, la iglesia de Doddridge, a pocos pasos subiendo por Pike Lane, a lo largo de los años siempre he oído decir a la gente lo horrible que debía ser vivir en un barrio diminuto como este, pero, francamente, no es así, y de hecho es justo lo contrario, con un poco de inteligencia podríamos vivir muy felizmente en el barrio, y si a alguien le resulta pequeño, pues muy bien, porque yo tampoco soy un gigante que necesite mucha amplitud, a mí me agrada, y en el fondo hago mías las palabras del Bardo cuando dijo aquello de, ay, que no me acuerdo, ah, sí, aquello de que podría estar encerrado en una cáscara de nuez y sentirse rey de un espacio infinito, de no ser por

algo así era, sí, pero bueno, hace una tarde preciosa, me alegra haber salido a pasear, me alegra no estar en calzoncillos y camiseta, y creo que es innegable el cambio que ha experimentado el barrio desde que nos mudamos aquí allá por el sesenta y ocho, cierto es que el lado sur de Marefair se mantiene más o menos igual, al menos en altura, porque aunque a pie de calle abrieron negocios tan radicalmente distintos como los kebabs a domicilio, los pisos y tejados se conservan igual en su inmensa mayoría, en cambio, la historia en el lado norte es muy distinta, porque allí, obviamente, están el Ibis y el complejo Sol Central, que cuando los inauguraron parecían salidos de la primera película de Batman y que ahora, pues, en fin, digamos que los viernes y los sábados por la noche es muy habitual ver registrarse a parejas que no parecen conocerse desde hace mucho, a tipos borrachos con jovencitas casquivanas o incluso con chavales barbilampiños, cosa que por supuesto no es de mi incumbencia, porque creo que todo el mundo debería tener el viejo beneficio de la duda, pero que aun así te hace pensar, pensar en todos esos vándalos fornicando allí donde antes se erigía un salón de la baronía sajona o las posteriores oficinas centrales de Barclaycard, eso no puede estar bien, suena casi a sacrilegio, pero el caso es que aquí estamos, acabo de llegar al cruce superior de la cuesta, con Gold Street justo delante, y me basta con mirar hacia el centro de la ciudad para ver a

los haraganes de rigor vagando por la calle junto a chicas con la raja del culo al aire, y eso que solo son la siete pasadas

sin embargo, en la bajada de Horseshoe Street apenas hay gente, constituye uno de esos escasos remansos de paz frente al tráfico peatonal y rodado en los que, de repente, reina el silencio, justo como en las calles principales de las películas del Oeste poco antes de un duelo, hubo un tiempo en el que habría echado una tarde muy buena paseando por la zona, y sus pubs solían tener nombres como el Shakespeare, arriba del todo, o el Harbour Lights, otro punto de reunión de moteros en la década de los setenta y del que nunca llegué a averiguar el origen de su nombre, porque, en verdad, somos la zona de Inglaterra más alejada del mar,[65] supongo que solo sería otra evocación nostálgica del océano, de hecho, el mismo Terry Wogan bautizó el Express Lift Tower como «el faro de Northampton», aunque ya da igual, porque el edificio del Harbour Lights sigue ahí, sí, pero ahora se llama el Jolly Wanker, bueno, en realidad han puesto una gran letra W y luego un ancla, pero la intención resulta obvia,[66] conste aquí que estoy totalmente a favor de la libertad de expresión, pero esto no me agrada, no le veo la necesidad, así que en la vida me pillarían bebiendo ahí, me respeto lo bastante como para no hacerlo, y encima la calle entera parece estar hecha un desastre

me pregunto cuánto tiempo más va a estar ahí ese gasómetro de la época victoriana, era un tema recurrente cuando aún estaba yo en el ayuntamiento, fui portavoz del grupo mayoritario durante muchos años, y al final tienes que equilibrar la practicidad y la nostalgia, porque a eso se reduce todo, a la nostalgia, cuando te topas con ciertos lugares o edificios, en realidad a nadie le importan una mierda, pero como resulta que la gente creció en tal calle o tal otra, nadie quiere tampoco que se toquen, lo cual, bajo mi punto de vista, es muy poco realista, nada es eterno, todo evoluciona, sitios, personas, todos cambiamos, todos empezamos como idealistas, o como algo que podría pasar por tal, para luego darnos cuenta de que el mundo real no

funciona así, en el mundo real todo y todos acaban como el Jolly Wanker, acaban así por su propia culpa y, un momento, me suena mucho ese tipo, está parado en mitad de la cuesta a este lado de la calzada, mirando el salón de billar de enfrente, estoy seguro de que lo he visto en alguna parte, lleva una chaqueta de cuero negra y parece un auténtico maleante y, oh, acaba de torcer la cabeza hacia aquí y creo que me está observando, mejor me hago el despistado

quizá si subiera por Horsemarket podría hacer una parada en el Bird in Hand, o como quiera que se llame ahora el local que hay en Regent Square subiendo por Sheep Street, solo por decir que me he tomado algo en algún sitio y que tengo cierta vida social, aunque tampoco tengo por qué decir nada, claro, porque en casa no va a haber nadie, pero lo cierto es que ese tipo me da mala espina, así que voy a evitar girarme por si acaso me está mirando, sé que me suena de algo, estoy convencido, una cara como esa no se olvida fácilmente, con esa enorme nariz aguileña y esos ojos asimétricos a distinta altura, de verdad, una cara como esa es para verla, parece una especie de *collage*, es justo como la de ese viejo fantasma que cruzó corriendo hacia mí en la pesadilla aquella, tal vez el tipo viva por los alrededores, tal vez sea parte de la fauna del lugar, como ese otro fulano que suele pasear a sus hurones, aunque, ahora que lo pienso, creo que donde lo he visto ha sido en la tele, en una película, en un anuncio o algo por el estilo, por su aspecto supongo que debió ser en un programa de terror, pero, por otra parte, no es muy probable que alguien de la tele ronde por los Boroughs, seguro que me suena por el trabajo de Mandy con la policía, qué gusto da ver el sol vespertino cayendo sobre las pequeñas lomas de Horsemarket ahí delante,

un local italiano al otro lado de la calle, un restaurante, no me gusta el letrero

un borrón negro oscilando sobre el pavimento, no es un infarto, sino la sombra de un pájaro, menudo alivio

una chica, una joven con unos ojos preciosos

insinuándose bajo el hiyab, es somalí

dos años después de la guerra de Irak resulta incluso frustrante, obviamente me opuse a ella, hasta concedí un par de titulares a los periódicos, y sí, supongo que haber salido del ayuntamiento aquel mismo año pudo parecerle a alguno una especie de cuestión de principios, aunque, siendo franco, nunca lo explicité con esas palabras, porque más bien se debió a un tecnicismo legal para poder dedicarme a mis intereses empresariales sin saltarme las regulaciones, y no, no veo contradicción alguna en que un acérrimo opositor a la guerra planease un viaje de negocios a Basora, porque Anglicom, que es como llamamos a la empresa, no está ni aquí ni allí, y, como dije por la época, eso ya es historia, lo hecho, hecho está, así que sí, me opuse a la guerra, pero luego, pues, así es la vida, eso es con lo que tienes que trabajar, si lo pienso detenidamente, creo que cerrar tratos para ayudar a la reconstrucción de Irak forma parte del esfuerzo humanitario y, además, cuando la tarta a repartir es así de enorme, no veo por qué, no veo por qué han de llevarse todos los contratos las típicas Halliburton, no veo qué hay de malo en que quienes representemos a las empresas británicas seamos Colin y yo, Colin es mi compañero, o mejor dicho mi socio, porque en estos tiempos hay que tener ojo con la terminología si no quieres dar lugar a falsas interpretaciones, Colin y yo organizamos un viaje a Basora en 2004, decían que las pistas de aterrizaje eran seguras y que todo había acabado, al menos en el norte, donde estaba el tipo aquel que se consignaba como fuente en todos los informes sobre armas de destrucción masiva, no caigo ahora en el nombre, ese que decían que iban a poner en el gobierno cuando todo se calmara, el caso es que reservamos los vuelos, se lo comunicamos al *Chronicle & Echo* y tal, y al poco empezaron a tomar como rehenes a los contratistas extranjeros día sí, día también, a poner coches bomba a todas horas y a colgar decapitaciones en internet como si no hubiera mañana, así que lo cancelamos todo, bueno, en realidad lo que anunciamos fue que lo posponíamos, porque

creímos que la violencia remitiría en algún momento y tal y cual, pero me da que eso no va a pasar nunca, solo hay que ver Oriente Medio, no tiene remedio, está jodidísimo, está

maldita sea, subir la dichosa cuesta me está costando horrores, debería apuntarme al gimnasio, pero

Mary's Street, la entrada de mercancías de la parte de atrás del Ibis, aquí fue donde estalló el incendio

el ocaso se refleja en las ventanas de los edificios, nuestro negocio en Irak estaba condenado de antemano

a veces, a veces me pregunto si las vicisitudes de la vida no estarán trazadas *a priori*, si las cosas no estarán destinadas a salir de una forma y solo de una, como si fueran el planeamiento de una ciudad, y mira, no es un mal ejemplo este, porque en un barrio o un vecindario todo está prefijado sin que los residentes tengan la menor idea de lo que les depara el futuro, hay sesiones públicas, sí, pero nadie se entera de ellas, se creen que tienen voz y voto en lo que les afecta, que sus decisiones importan, pero no es así, está todo decidido desde un principio, da igual que tengan trabajo o no, dónde acaben viviendo, a qué colegio manden a sus hijos o cómo les acaben saliendo en función de eso, es decir, estoy hablando de las clases bajas, claro, pero bien podría aplicarse a todo el mundo, bien podría ser que todo estuviera previsto desde un principio, y que, aunque pensemos que somos dueños de nuestras vidas, libres para tomar nuestras propias decisiones, eso solo fuera una ilusión, porque, en realidad, solo tomamos las decisiones que se nos permite tomar, decisiones ya previstas en la planificación del proyecto, decisiones sin ningún proceso consultivo efectivo, y, sin eso, qué capacidad real de decisión tenemos en verdad, ahora mismo, por ejemplo, he tomado la decisión consciente de no torcer a la izquierda para subir por Chalk Lane, la de no ascender por Gold Street en dirección al centro, pero a veces siento que tomo esas decisiones tras haber empezado a hacer lo que ya iba a hacer, como si tomar la decisión se produjera *a posteriori*, como si esa elección fuera en realidad una justificación para cosas que, cuando uno echa la vista atrás, siempre

habían estado destinadas a salir de ese modo

algunas de esas cosas, pues, en fin, no es que te arrepientas de ellas, pero digamos que son errores, errores de juicio en los que genuinamente intentaste hacer lo correcto y en los que, cuando los analizas con perspectiva, es como si las circunstancias hubieran conspirado contra ti, como si las tentaciones hubieran sido demasiado enormes como para resistirse, literalmente habría hecho falta ser un santo o un ángel para haber obrado de otra manera, y sientes como si algo te hubiera azuzado hasta haberte hecho actuar según su voluntad, y bueno, visto así, qué sentido tiene culpar a nadie

aunque

aunque, por descontado, tenemos a los pedófilos, los asesinos en serie, los criminales de guerra y otras obvias excepciones, con este asunto de la predestinación podemos pasarnos de rosca, y si nadie tiene la culpa de nada, si todo el mundo no hace más que lo que la inercia le obliga a hacer, si todos obedecen órdenes y nada más, entonces, la moralidad carece de sentido, y Myra Hindley, Adolf Hitler, Fred West o los terroristas del 7 de julio[67] serían inocentes, habría que dejarlos en la calle, habría que desterrar por completo la noción de pecado, de castigo, y no es que yo sea religioso, no en especial, pero el resultado sería que no existiría ni el bien ni el mal, y eso está mal, se opone a la razón, porque de lo contrario no tendríamos base alguna para la ley, el trabajo de Mandy con la policía no se sustentaría en nada, no podríamos juzgar a nadie, no podríamos condenar a nadie por nada, y, y, y además hay otro tema importante aquí

si nadie fuera malo, entonces nadie podría ser bueno, si todo lo que hacemos estuviera prefijado hasta el punto de no poder juzgar a nadie culpable, no existirían ni la virtud ni los actos virtuosos, no habría forma de reconocer al santo o a la persona decente, no tendría sentido recompensar los logros de nadie concediéndole una medalla o, por decir algo, nombrándolo concejal, y conste que esto solo lo menciono como ejemplo, porque, a ver, habría que

mandar a la porra a la madre Teresa, a Cristo, a Gandhi y a lady Di, esta última nunca me pareció para tanto, siendo franco, pero está claro que a muchos otros sí, la cuestión es que no habría ni héroes, ni heroínas, ni villanos, y entonces menuda historia nos dejaría eso, no habría forma de moldear la sociedad, ni siquiera soy capaz de imaginar sociedad alguna, pues cómo podríamos otorgar orden y sentido a nuestras vidas, cómo podríamos decirnos a nosotros mismos que somos buenos, no, no, es ridículo, el libre albedrío ha de existir, porque, de lo contrario, todo esto solo sería un cuento, una pantomima con el mundo entero por escenario, y los hombres y mujeres no serían más que meros comediantes, o existe el libre albedrío o existe el libre Will Shakespeare,[68] mira, esa es una buena frase, quizá me la guarde para incluirla en la columna, sí, pero, en fin, yo siempre he dicho que todos somos responsables de nuestros actos, lo que ocurre es que, bajo ciertas circunstancias, y no digo que sea mi caso, pueden darse fuertes razones atenuantes que nos impulsen a hacer una cosa y no la otra, porque el libre albedrío es un asunto complejo

al otro lado de la calzada de doble vía veo Katherine's Gardens, conocidos como los Jardines del Reposo allá por la época en la que el Mitre aún estaba en King Street, justo cruzando la calle desde el Criterion solía alzarse la estatua de la Dama y el Pez, que tenía una tetas de piedra la releche de duras, era como un ídolo erótico erigido a la entrada de los jardines, creo recordar que alguien acabó arrancándole la cabeza, así que la trasladaron a Delapré, y luego estaban las chicas, las prostitutas, que o bien tomaban un taxi de la compañía que operaba junto al Mitre para llevarse a los clientes a sus pisos de Bath Street o apañaban un trabajito rápido en los setos de los jardines, porque la policía hacía la vista gorda con las pajas, ahora el negocio se ha trasladado a St. Andrew's Road, al tramo que se hay entre la estación y el Super Sausage, que es donde vi aquella vez a la chica del pelo a rayas, pero, por lo demás, los Boroughs siguen como siempre, en su momento

bloqueamos las calles que van de Marefair a Semilong con bolardos de hormigón para impedir la prostitución en los coches, pero no tuvo efecto, lo único que conseguimos fue dificultar la entrada de las ambulancias y los vehículos, si por ejemplo estallara un incendio en St. Katherine's House, en los bloques, que es donde se cobijan los mendigos y los chicos salidos de rehabilitación, pues, en fin, los bomberos protestaron mucho, pero pese a ello se siguen usando para alojar gente, así que, que Dios ayude al portavoz municipal de turno si el sitio acaba carbonizado, a veces lo echo de menos, pero sienta muy bien quitarse todo ese estrés de encima, estar informado de este tipo de cosas y demás, la intranquilidad de que alguien lo averigüe, tener todo eso en la cabeza, y luego, por descontado, también te preocupas por los vecinos de los pisos en cuestión, sería espantoso que volviera a ocurrir algo así justo en el epicentro del gran incendio de la década de 1670 o por ahí, aunque, por otro lado, eso permitiría sacar adelante las muchas remodelaciones que hay planificadas en la zona, no hay mal que por bien no venga y tal, pero nadie quiere que pase eso, claro está, únicamente lo decía en caso de que ocurriera

volviendo a lo de que no existe el libre albedrío, que la idea no nos guste o que nos haga renunciar a cosas que tenemos por certezas morales no implica que no sea cierta

ahora mismo, ya en Bath Street, tengo a mi izquierda los jardines de la parte de atrás de Peter's House, todo está gris, lleno de harapos y desperdicios, lo típico, deprimente al máximo, y al otro lado de la calle queda el hotel, el Saxon, rebautizado ahora como el Moat House, clavado al pie de Silver Street con su decoración festoneada y sus tonos pastel, me recuerda al ornamento de una pecera, aunque no sé por qué, al menos tiene mejor pinta que St. Peter's House, creo que aún me acuerdo de cuando construyeron el Saxon en 1970 o por ahí, mientras que los pisos de Bath Street datan de las décadas de 1920 y 1930, la edad se le nota en las grietas y fisuras de ese enladrillado tan resultón, de las que brotan matojos de hierbas secas, por supuesto, como pasa con otros tantos edificios de los

Boroughs, cuando los erigieron no pretendían que duraran tanto, eran una solución temporal, pero no hay ningún sitio al que mandar a toda esta gente, así que calculo que seguirán aquí hasta que los vecinos mueran o hasta que sus hogares se derrumben a su alrededor, me pregunto qué habría aquí, en Horsemarket, antes de los pisos, supongo que la mejor pista reside en el nombre de la calle, claro, comerciantes de caballos, aunque creo haber oído que eran carniceros de caballos, pues por aquí, cerca de Foot Meadow, solía haber un matadero equino, así que tal vez, ay, Dios, eso me ha recordado al sueño, al otro sueño, el que tuve justo anoche, ay, Dios

Estaba yo en, ay, dónde estaba, da igual, el caso es que iba en calzoncillos y camiseta, y estaba en, ah, ya sé, en un sótano, en un sótano de Northampton, por, por algún motivo juraría que era uno de Watkin Terrace, Colwyn Road o una calle de esa zona, cerca del Racecourse, aunque por la atmósfera parecía más propio de los Boroughs, un sitio muy, muy viejo, y ahora me acuerdo que antes, también soñando, había estado caminando por un vastísimo páramo de hierba con terraplenes anegados, enormes puentes ferroviarios abandonados y viviendas unifamiliares de ladrillo rojo, un paisaje en mitad de la nada bajo un cielo encapotado, parecido al de esa vieja casa aislada que aún sigue en pie al final de Scarletwell Street, solo que más insólito, estoy seguro de haber soñado antes con un entorno así, quizás en mi niñez, pero me cuesta concretarlo, el caso es que me colé en una casa, puede que al principio tuviera compañía, pero al poco me quedé solo, y la única forma de reunirme con el grupo era atravesando unos lavabos de granito en donde parpadeaban las luces, con retretes sin cubículos y sin asientos, algunos atascados y vertiendo agua por el suelo, y entonces bajé por unas escaleras, unas escaleras de piedra, y me equivoqué de camino, y ahí fue cuando llegué a esta suerte de sótano, iluminado por luz eléctrica, diría, pese a que no recuerdo que hubiera lámparas o bombillas, y en el suelo, en ese suelo de piedra basta, había paja y serrín, todo ello mezclado atrozmente

con mucha sangre y mierda, no tenía yo muy claro si de procedencia humana o animal, y también había tripas de pescado, y pellejos, y restos de carne, todo podrido y acumulado en las esquinas, me puse enseguida a ir de acá para allá buscando la salida, pero de repente me topé con ese dichoso poeta chalado, el que siempre va borracho, Benedict Perrit, lleva años viviendo en los Boroughs y todo el mundo lo conoce, aunque yo nunca he tenido mucho que ver con él, la cuestión es que me lo encontré ahí, esperándome en mitad de este sótano que hedía a animal nervioso, a matadero, yo me puse nervioso, le expliqué que me había perdido y le pregunté cómo salir, pero entonces el tipo soltó esa aguda risita suya y me dijo que él lo que estaba intentando era adentrarse aún más, y ahí fue cuando me desperté con mi viejo corazón a toda pastilla, sé que no parece para tanto, pero era la atmósfera, esa atmósfera que impregna los Boroughs y que siempre me ha puesto la carne de gallina, es como, ay, no sé explicarme, como vieja y apestosa, tan vieja que precede a toda civilización, con sus edificios ruinosos, y su gente ruinosa, y su pasado ruinoso, es como una criatura de Frankenstein ensamblada a partir de vestigios muertos de ingeniería social, un monstruo de otro siglo, siempre resentido en su ominoso silencio de reproche, soy consciente de que algo he hecho para ofenderlo, de que no le caigo muy bien, pero no sé a cuento de qué me levanto una y otra vez empapado en sudor, ah, mira, el Mayorhold, más conocido como el Maiojol entre los veteranos del lugar, que parecen medio subnormales cuando lo pronuncian así

con las últimas luces del día, oteo Bath Street y las vías férreas que surcan el valle

al otro lado, hacia arriba, veo el ensanche de Silver Street, irreconocible con ese brutal aparcamiento de varias plantas que se llevó por delante Bearward Street y Bullhead Lane, solo Dios sabe qué más habrá bajo sus cimientos, observo la sombría dispersión de tráfico en el cruce, con unas luces y unos colores brillantes que al ocaso resultan casi mágicos, y me divierto pensando que fue allí donde

comenzó el desarrollo civil de Northampton allá por cuando no había más ciudad que los Boroughs, según he oído aquello era la plaza mayor, y el primer ayuntamiento, el Gilhalda creo que se llamaba, estaba en lo alto de Tower Street, esto solía ser la cima de Scarletwell, pero luego, a finales de los sesenta, llegaron las torres, Beaumont y Claremont Court, y

y ahí están

dos rascacielos residenciales, dos enormes dedos alzados que parecen gritar «jódete»

lo que me pregunto es si nos lo gritan ellos a nosotros o nosotros a ellos, pero no sé por qué se me habrá ocurrido eso, ya no sé ni lo que digo

las ventanas se iluminan aquí y allá a través de cortinas baratas, recuadros de colores en la oscuridad de los bloques, más oscura aún contra las últimas luces del día, sobre la explanada ferroviaria y un poniente tenue las cimas de los edificios aún captan los rayos de sol, así que todavía se distingue la N metálica en el lateral de la torre, surcada por la tipografía vertical del letrero de newlife, creo que eso les quedó muy elegante, cuando yo era portavoz municipal alguien soltó que eran dos auténticos adefesios, dos monstruosidades que jamás debieron construirse, y propuso demolerlas, pero yo dije que no, que ni hablar, para empezar porque nadie tiene ni idea de lo precarias que son las condiciones de las viviendas sociales de los Boroughs, esas torres alojan a un montón de gente, y no tenemos instalaciones donde reubicar a los vecinos, tampoco podemos soñar con una nueva promoción de vivienda pública, las cosas no funcionan así, las torres son lo único que hay, y si las tiras te quedas sin ellas, así que no, era imposible, lo que yo propuse fue adecentarlas y reacondicionarlas para hacerlas más habitables, y sí, estaba el tema de quién iba a poner el dinero, pero entonces sugerí vender los pisos por una cantidad simbólica a un conglomerado inmobiliario que sabía de buena tinta que estaba interesado, porque así el consistorio se ahorraba los costes de demolición, por no hablar de los dolores de

cabeza del traslado, el caso es que la propuesta salió adelante y Bedford Housing compró las viviendas a precio de ganga, sé que algunos lo cuestionaron mucho en su momento, y que aún lo hacen, pero lo que no entienden es lo mucho que se ha beneficiado la gente, sobre todo frente a la alternativa, se han beneficiado de verdad, y sí, vale, eso fue en 2003, el mismo año en que dejé el ayuntamiento tras oponerme públicamente a la situación en Irak, pero una cosa no tuvo nada que ver con la otra, las verdad es que estar en el consistorio me impedía emprender otros negocios, por así decirlo, porque, a ver, soy secretario o director de unas diez empresas, así que lo decoroso era retirarme y no dar la impresión de albergar intereses personales, ya se sabe la actitud tan cínica con la que se fiscaliza la política hoy en día, de modo que sí, me retiré para llevar con Colin el asunto de Anglicom en Basora, cierto es que no salió bien, pero luego tuve la libertad necesaria para asumir mi puesto en la junta de Bedford Housing, si alguien iba a sacar tajada, ya me dirán por qué no podía ser un vecino de los Boroughs, mejor que alguien de fuera seguro que era, y además ya da igual, ya es cosa hecha, las otras opciones eran mucho peores, lo he hablado con Mandy detenidamente y no veo la necesidad de justificarme

ahora voy por la acera del lado oeste del Mayorhold en dirección al paso de cebra, y luego llegaré en un periquete al club Roadmender si los semáforos están coordinados, esto es como jugar al *Frogger*, abajo a la izquierda están Tower Street y las torres newlife, y más allá incluso se vislumbra la Escuela Spring Lane, di clases allí por la época en la que el sueldo de concejal no daba para vivir, y bueno, ciertos chicos, ciertas familias, no tenían remedio alguno, a veces resultaba horrible, la verdad, creo que esa fue la primera vez que me expuse a cómo funciona la vida de esta gente, y eso cuando funciona, claro, visto en perspectiva creo que también fue por entonces cuando empezaron los malos sueños, las pesadillas puntuales sobre la zona y sobre lo que habría tras los visillos de sus ventanas, algunas de las

historias que se contaban eran dignas de oírse, aunque, en general, los chiquillos eran amables y me caían bien, y ellos me respetaban, creo que tenía fama de buen tipo, de buen profesor, porque así era yo, así me veía yo, diría que incluso era más feliz, creo, no lo sé, no estoy seguro de poder afirmarlo, ser quien soy ahora conlleva muchos beneficios, pero en mi fuero interno supongo que sí, que era más feliz, que estaba más feliz conmigo mismo, todo era más sencillo, más simple, más ajeno al laberinto moral de la actualidad, creo que fue en un programa de la radio o de la tele donde le preguntaron a Cat Stevens, o Yusuf Islam, o como demonios se haga llamar ahora, si estaría dispuesto a ejecutar personalmente la fetua contra Salman Rushdie, recuerdo que contestó que no, pero que sí que llamaría al ayatolá ese, al tal Jomeini, para que se encargara del tema, sea como fuere, cuando eres profesor sientes una gran satisfacción cada vez que sabes que has dejado huella, por describirlo de alguna forma, es como cuando tienes la certeza de ser una buena persona en el fondo, bajo todas tus capas, no se parece en nada a la política, de hecho es lo contrario, el extremo opuesto, porque, cuando nadie confía en ti, la gente tiende a pensar lo peor, te odian, la gente te odia con todas sus ganas, y es un milagro que los insultos, que los insultos personales, no afecten a tu autoestima, conste aquí que con esto no me refiero a mí, sino a las figuras públicas, a los cargos políticos en general, pero lo cierto es que duele, te hierve la sangre, y un buen día vas y te sorprendes hablando solo y ajustando algunas cuentas imaginarias, porque te sientes quemadísimo y

cruzando St. Andrew’s Street para luego atravesar Broad Street me acuerdo de Roman Tompson, que juraría que vivía por aquí hasta hace poco, solía verlo a menudo en su época de sindicalista, cuando ambos estábamos en el mismo bando al menos sobre el papel, y después lo traté aún más en el ayuntamiento a cuenta de su asociación de vecinos, una vez llegó a llamarme gilipollas a la cara, me dijo que siempre había sido un gilipollas, diablos, y la verdad es que no me hizo mucha gracia, sinceramente, esos

putos rojos que van por la vida piolet en ristre repartiendo carnets de socialista no se dan cuenta de que el tipo de socialismo en el que creen resulta anacrónico, la palmó tras los años setenta, cuando Margaret Tatcher aniquiló al Frente Nacional antes de dejarnos fuera del gobierno durante sus buenos veinte años, fue desmoralizante, y luego el partido sufrió mil y un escisiones por culpa de cabrones como Tompson, fueron esos radicales los que tuvieron la culpa de que nos estancáramos en los sesenta, porque se negaron a aceptar que los tiempos cambian y que al Partido Laborista más le vale cambiar con ellos si quiere ser elegible, no soy el mayor admirador de Tony Blair, creo que ya puedo decirlo tranquilamente, pero lo que hizo, se mire como se mire, fue devolvernos al gobierno, modernizar el partido y aprender de las lecciones de Tatcher, y la cuestión es que era muy necesario redefinir los valores laboristas, porque los *tories* tenían la fórmula ganadora y esa era la realidad con la que había que lidiar, no es bueno obcecarse con un ilusorio país de Nunca Jamás en pos de la revolución, porque debes trabajar con lo que tienes, amoldarte a distintas formas de pensar, a distintas formas de hacer las cosas, luego viene Roman Tompson y te llama gilipollas, Roman Tompson y más gente como él, marxistas trasnochados que no entienden el realismo de la política, los pactos y las negociaciones que hay que llevar a buen puerto, no están preparados para darte el beneficio de la duda, sino que están deseando ponerse en lo peor, gilipollas me llamó, él sí que es un puto gilipollas, esa precisamente es la clase de insultos que te largan, no debería sulfurarme tanto, no es bueno para el corazón, además el tipo es un don nadie, no es más que

supero Broad Street cuando el semáforo se pone en verde y veo el Roadmender ahí, en la esquina, blanco en la penumbra creciente, con sus ventanales ahumados dominando la fachada curva tras una valla de tres o cuatro metros, parece una proa, un barco, un buque varado aquí, en el punto más alejado de la costa, atraído por el faro falsario del Express Lift Tower y el puerto yermo del

Harbour Lights, los virtuosos meapilas que lo fundaron como centro juvenil tenían muchas esperanzas puestas en el lugar, decían que serviría para «enderezar el camino», el camino vital al que estaban abocados los jóvenes desfavorecidos, la idea sonaba muy beatífica, claro está, pero ha envejecido fatal, a estas alturas no vas a enderezar el camino de nadie, ni siquiera tienes grandes posibilidades de que hallen ese camino, así que, con el paso del tiempo, solo te queda un edificio muy difícil de mantener y al que no hay manera de sacarle beneficios, han intentado de todo, han traído a grupos famosos y a algún que otro humorista, pero el público es muy concreto, la mayoría son estudiantes y no se gastan un ochavo, el local no sería rentable ni aunque lo llenasen cada noche, y así las cosas, pues, no le queda mucho, seis meses o tal vez un año, según he oído, y luego, ay, joder, otra cuesta

a esta edad no se sabe, nunca se sabe, nunca se ve venir la que te va a dar la puntilla

creo que esta era la antigua Bullhead Lane, la calle empinada que daba a Sheep Street

justo en la acera de enfrente veo el enorme aparcamiento, las cuencas vacías que se forman entre sus pilares parecen observarme, aquí y allá brotan matas de vegetación que mitigan el efecto, franjas desvaídas incapaces de aliviar tanto hormigón, pero están medio marchitas, apenas lo cubren en altura, y al final solo consiguen empeorar el conjunto, son como un tanga de diamantes artificiales sobre una *stripper* repulsiva

a medida que me acerco a la cima voy adivinando la estación de autobuses, el edificio más feo de todo el país según la opinión general, con sus espacios muertos superiores cernidos amenazadoramente sobre la mole brutal del aparcamiento de enfrente, al otro lado de la explanada de césped en la que antaño se alzaba el bastión del Ejército de Salvación, es como si la una viese al otro como una suerte de rival en una competición de engendros, aunque, pensándolo bien, con los pisos, el aparcamiento, la estación y todos esos mastodontes horrendos que parecen

concentrarse aquí, no es de extrañar que la gente se sienta tan discriminada, cabría preguntarse si Roman Tompson y su pandilla petarda no llevan cierta razón en este asunto, solo en este, claro, no en todo lo demás, y mucho menos en lo que me llamó, en lo que dijo, pero bueno, la embocadura de Lady's Lane bosteza hacia los Mounts con el culo de la estación de autobuses a un lado y los juzgados al otro, la arquitectura evoca la forma de una horca, lo cual le otorga al conjunto un cariz fatídico desde cualquier ángulo, y luego están las calvas de césped a este extremo, si me preguntaran, diría que no son esas viejas casas grimosas las que le confieren al lugar este aire embrujado, sino esas franjas de tierra desnuda

al torcer a la izquierda hacia Sheep Street, el clima de ultratumba no recuerda en nada al de las películas o los relatos de fantasmas, sino que, de hecho, en muchos sentidos, es justo el contrario, no tiene nada que ver con presencias misteriosas, sino con ausencias, no se debe tanto a la pervivencia del pasado como a su carencia

cuando daba clases en la Escuela Spring Lane, recuerdo que a veces, por Navidad, solía leerles a los chavales uno o dos cuentos de fantasmas, relatos tradicionales que a ellos les encantaban y que, claro está, nunca eran realmente aterradores, libros como *Cuento de Navidad*, pero no como *El guardavía*, si acaso *El fantasma de Canterville*, pero jamás de los jamases *Corazones perdidos*, la tradición inglesa a este respecto es maravillosa, una de las que consiguen que enseñar literatura constituya un placer, los maestros del género se esmeran en planificar la estructura y la puesta en escena, se toman su tiempo para componer atmósferas que resulten creíbles, y muchos de ellos, como M. R. James, basan sus narraciones en la solidez de un emplazamiento real para lograr, ay, cómo se dice, me fastidia que no me salgan las palabras, me preocupa, la verosimilitud, eso es, y luego está la vertiente moral del relato de fantasmas, que también es de lo más interesante, en el caso de Scrooge, por ejemplo, los espíritus son en realidad fuerzas morales, y son las acciones del personaje las que lo hacen merecedor de

sus visitas, pero hay otro tipo de historias, a mi juicio más pavorosas, en las que los fantasmas acosan a alguien por el mero hecho de encontrarse en el lugar y el momento equivocados, la víctima es, por tanto, alguien inocente, una persona que no sabe qué ha hecho para merecer tal castigo, creo que el subtexto común de todos estos cuentos es que el mundo que habitamos, cómodo y predecible, puede cambiar de repente para abrirles la puerta a seres que ni entendemos ni sabemos controlar, ese es el verdadero miedo subyacente, el de que las cosas podrían no ser como creemos que son, a estas alturas es prácticamente de noche, todas las farolas están ya encendidas

las ausencias tienden a concentrarse aquí, en Sheep Street, con el patio en el que un haya gigante llegó a aguantar en pie más de ochocientos años, creo que dijeron que se secó por causas naturales, pero fue un eufemismo, claro, porque todos sabemos quién la emponzoñó, fue alguien muy bien situado en uno de los edificios adyacentes, alguien que quería ampliar el recinto del aparcamiento, pero ahora ya no se puede hacer nada, claro, porque probarlo sería muy difícil, y el revuelo que se montaría si se lograse, pues, en fin, al árbol no iba a devolverle la vida precisamente, así que no, a lo hecho, pecho, lo mejor es aceptarlo y pasar página, ese es el enfoque adulto y maduro que entraña la política, lo tomas o lo dejas, no tiene sentido llorar por la leche derramada cuando el barco ya ha zarpado, al otro lado de la calle está el restaurante chino, lleva años ahí, aunque, por supuesto, ha cambiado de manos en reiteradas ocasiones, y también de nombre, Mandy y yo fuimos un par de veces antes de subir de nivel de vida, pero, según recuerdo, la comida estaba bastante rica, langosta creo que pedí

el Santo Sepulcro también anda por ahí, una iglesia redonda abultada contra el ocaso, preñada de secretos culpables y cebada con recuerdos, no debería sorprenderme

los caballeros templarios solían rezar ahí, según tengo entendido, muchos se asentaron por la zona tras las cruzadas, alguien debería escribir una novela sobre eso,

como *El código Da Vinci* o algo así, Northampton ha conocido mucho trajín religioso con el paso de los años, supongo que incluso podríamos calificarlo de extremismo, porque todos esos grupos de los tiempos de Cromwell eran muy raritos, los *ranters*, los niveladores y tal, la ciudad los atraía como un imán, Philip Doddridge era uno de ellos, y Tomas á Becket tuvo que salir por patas en mitad de la noche, es lo que digo, el lugar está plagado de hechos religiosos, pero ninguno podría considerarse normal, todos tienen que ver con el fanatismo, con sufrir visiones, con ver cosas, llegaron a quemar brujas un poco más adelante, ahí en Regent Square, recuerdo que alguien me contó ese asunto

me paso a la acera de la iglesia, ahora mismo no viene nadie, aunque más arriba, en la propia plaza, los coches se agolpan en el semáforo, como siempre

tiene su gracia

cuando observas el cruce desde la iglesia redonda, percibes una especie de armonía, la sencillez del pasado, pero luego, en Regent Square, llega el presente, los coches, las luces cambiando de color, son como piezas de un puzle arrojado al suelo, desbaratado

e incendiado

un presente desbaratado e incendiado, pienso en Irak, me alegro un montón de que cancelásemos aquel viaje, porque, a ver, Irak es el paradigma, pero esa fragmentación sucede por doquier, el panorama se descompone en tiempo real, pasa en todas partes, ay, Dios, imagina, imagina que te ponen de rodillas y que te cortan la cabeza delante de una cámara, eso sería de lo más, eh, un momento, justo aquí, en este extremo de Sheep Street, era donde se alzaba la puerta norte, aquí era donde clavábamos en picas las cabezas de los saqueadores daneses que capturábamos, por aquella época no había cámaras, pero clavar cabezas en picas surtía el mismo efecto, era el equivalente en los años oscuros, un despliegue concebido para disuadir al enemigo, aunque conste que yo a Basora no iba como enemigo, como ya he dicho, era una oportunidad de ayudar a una nación

devastada por la guerra, de echarle una mano a su gente, y si Anglicom sacaba algo a cambio, pues, bueno, tampoco había ningún mal en ello, yo no era el enemigo, pero eso bien podría tildarse de ingenuo, porque las cosas no funcionan así, la clave reside en cómo nos ven ellos, no en cómo nos vemos nosotros, suele decirse que hay que escoger bien a los enemigos, pero no tienes ni voz ni voto en cómo te escogen ellos a ti, puto Roman Tompson, me llamó gilipollas, el muy malnacido, me hizo quedar como el malo, cuando en realidad disto mucho de ser el malo, de hecho, soy uno de los pocos héroes que quedan en pie frente a los malos, eso a veces requiere ciertas concesiones, claro está, pero lo cierto es que hay cosas peores que yo, cosas mucho peores, merezco cierto reconocimiento, cierto respeto, y en cualquier caso merezco el beneficio de la duda, si es que hay alguna, pero bueno, Sheep Street desemboca en la desdibujada explosión de acuarelas de la plaza, y el Bird in Hand está justo ahí mismo

en Regent Square, la atmósfera de esta noche de viernes, su cariz, parece preludiar algún tipo de, no sé, de desgracia, o quizá solo sea por mi edad, uno oye tantas cosas que no es de extrañar que un paseo nocturno por el centro, pues, eh, en fin, cualquiera se pondría nervioso, bueno, nervioso no, digamos que estoy alerta, y eso que no soy un tipo fuerte, pero tenía que hacerlo, tenía que salir, pasarme por el pub, y tal vez incluso tomarme una copa para demostrarme que aún soy capaz, que no tengo miedo, cuando empiezas a pensar así ya te han derrotado, y no puedes dejar que los tiempos te superen, la puerta es de bronce y cristal, con visillos por dentro, da la impresión de que en los cincuenta bien podía tener el mismo aspecto, cuando la empujo para entrar, las bisagras emiten un quejido vetusto y acogedor, casi un resuello incitante

una bofetada de calor humano, de olor a cigarrillos y aliento a cerveza, pero no a la cerveza tibia que recuerdo, de fondo hay un murmullo confuso que lo envuelve todo, un parloteo, risas de chicas, el *glissando* gorgoteante de las tragaperras, BLUP BLUP BLUP BLUP, los techos bajos

concentran en la sala las esencias y los sonidos, en realidad no hay tanta gente, pero lo parece cuando llegas desde una calle vacía, en fin, la noche es joven, creo que no reconozco a nadie, así que voy a tomarme una pinta rápida, una pinta de amarga, me inclino sobre la barra e intento captar la atención del camarero, ay, joder, he apoyado el codo y me lo he manchado, da igual, ya me lo limpiaré con un trapo húmedo cuando llegue a casa, no sé si me está ignorando deliberadamente, aunque, no, no, solo le está sirviendo a otro cliente de la barra y, eh, un momento, el tipo que está sentado en la mesa de la esquina me suena mucho, es, oh, mierda, se ha dado cuenta de que lo estaba mirando, me saluda con la mano, está claro que me conoce, me siento prácticamente forzado, obligado, a responderle con una gran sonrisa, sigo sin recordar quién es, lo he visto hace poco, estoy seguro, quizá se trate de alguien al que convenga echar cuenta, alguien que conozca a Mandy, por ejemplo, aunque, por cómo va vestido, dudo mucho que sea el caso, ahora está, oh, ha levantado el vaso y está vacío, quiere que nos tomemos una copa, y antes de darme cuenta ya he asentido, eso significa que voy a tener que sentarme con él, fingir que sé quién es y, ay, Dios, pero si es Benedict Perrit, joder, esto es rarísimo, esto es, esto es

esto es una mera coincidencia, nada alarmante si sabes de matemáticas, no es raro

BLUP BLUP BLUP BLUP

no es raro soñar con gente y luego cruzártela, si acaso lo que me siento es molesto, porque ahora estoy prácticamente obligado a tomarme algo con él, ojalá no le hubiera mirado como a un amigo al que hace tiempo que no veo, tras tantos años en política ya es casi una deformación profesional, si lo hubiera reconocido antes, pues, ah, el camarero

—¿Me pone dos pintas, amigo?

no sé por qué le habré llamado «amigo» si ni siquiera le conozco, pero, en fin, solo es una pinta, como mucho tardaré un cuarto de hora en tomármela, y entonces le diré que tengo cosas que hacer en algún sitio, solo un cuarto de

hora, no es tan difícil, aunque, un momento, creo que se ha puesto a interpretar una especie de pantomima, me ha señalado con el dedo y se ha girado hacia el taburete vacío que hay tras él, luego se ha llevado la mano a la boca en ademán chismoso, y ahora se ha echado a reír, pero qué tipo tan estrambótico, es como si me hiciera partícipe de alguna broma o algo así, le oigo reírse incluso desde esta punta de la sala, es como un caballo el tío, BLUP BLUP, «¡Ah, ja, ja, ja!», BLUP BLUP, se está tronchando y, oh, aquí llega el camarero con las pintas

—Gracias, amigo.

ay, Dios, tengo que quitarme esta muletilla, le pago con un billete de cinco, me da el cambio, que no es mucho, y surco el local con un vaso en cada mano, es algo que no soporto, me pone tenso, porque nunca soy capaz de ver por dónde piso, y los clientes son como los parachoques de una máquina de pinball, siempre me da la sensación de que voy a acabar vertiéndomelo todo encima o, peor aún, vertiéndoselo a otro, y de que luego me van a partir la cara, es como intentar enderezar un barco para atracarlo en el muelle, aunque, bueno, en mi caso soy más bien como un remolcador que se internara entre un porrón de cargueros gigantescos, y mientras tanto el tipo es para verlo, para escucharlo, no hace más que gesticular y desternillarse, sigue ahí dale que dale, fingiendo que cotillea acerca de mí en una suerte de aparte teatral dirigido a un público inexistente, espero que sea así con todo el mundo, el muy cabrón, en menudo marrón me estoy metiendo a estas horas, joder, pero, en fin, ya es demasiado tarde

—Hola, Benedict. ¿Qué tal te va? Te he pedido una pinta de amarga, ¿te gusta?

pues claro que le gusta, hombre, el tono de disculpa sobra, el tipo te está gorroneando rondas, es él quien debería disculparse, no siempre hay que causarle buena impresión a todo el mundo, no siempre es necesario, y menos aún con gente como él, que es un

—Concejal, parece usted vidente. Ah, ja, ja. Me ha leído el pensamiento.

ay, demonios, espero que no, porque, si te leyera el pensamiento, apuesto a que ni M. R. James te haría sombra, me tiraría semanas enteras sin pegar ojo, no podría ni

—Oh, no. No, no soy ningún vidente. De hecho, desde hace tres años ni siquiera soy concejal, porque me retiré en 2003, cuando el dichoso Tony Blair nos metió en Irak.

técnicamente es cierto, no he relacionado una cosa con otra, así que en verdad no he

—¡Ah, ja, ja, ja! ¡Sse, sí que es vidente! Freddy no creía que poseyera el don, pero yo tenía fe en sus habilidades psíquicas. Soy un creyente, concejal. Ah, ja, ja, ja. ¡Salud!

—Te digo que no soy ningún…

me cago en la leche, se traga la cerveza como si tuviera un pistón en la nuez, no tengo ni idea de quién es el tal Freddy, y luego está ese acento, ese «sse» que tanto se oía antes por aquí, sobre todo entre las señoras mayores, se trata del genuino y durísimo acento de Northampton, ya lo había olvidado, cuando Mandy y yo nos mudamos a la zona, nos reíamos de él e incluso lo imitábamos, pero luego nos acostumbramos, y al poco tiempo desapareció, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que

—Bueno, ¿y al final qué? ¿Llegó a salir de aquel sótano? Ah, ja, ja, ja.

no sé de qué sótano me habla ahora

—¿Qué sótano es ese? Me temo que no te sigo.

ya estoy disculpándome otra vez, cuando lo único que debería hacer es disculparlo a él, que no hace más que decir sandeces sin sentido, menudo

—El sótano del sueño. ¡Ah, ja, ja, ja! No parecía estar muy cómodo allí.

el del

pero

pero, pero qué, ay, no, ay, Dios, eso no es, eso no es, BLUP BLUP BLUP BLUP, no

—¿Pero qué estás…? ¿Pero cómo sabes…?

seguro que sigo soñando, seguro que es el mismo sueño y que aún no he despertado

—¡Ah, ja, ja! Era como el de la tienda del abuelo en

Horsemarket. Era… sse. Sse, eso es. El Sheriff. Ah, ja, ja. Siempre sentado en su carretilla en el Maiojol.

no sé cómo puede saber, eh, un momento, he pasado un detalle por alto, al pronunciar la segunda mitad de la frase, el tipo ha girado la cabeza como si quisiera desairarme a propósito, eso o yo qué sé, lo que sí que no sé es cómo ha podido averiguar lo de mi sueño, cómo puede saberlo, o en todo caso cómo puedo saber yo el suyo, porque, eh, no, no, eso es imposible, se me está yendo la cabeza, tiene que deberse a algún tipo de casualidad probabilística, matemática, a alguna coincidencia, solo somos dos personas que han tenido el mismo sueño durante la misma noche y que luego han coincidido al día siguiente, sí, vale, de acuerdo, reconozco que es muy peregrino, pero tampoco es imposible, no quiere decir que, eh, un segundo, ha vuelto a girarse hacia mí

—Freddy dice que debería cambiarse usted los calzoncillos. Antes se los he descrito y dice que son los mismos que llevaba la última vez que le vio. Ah, ja, ja.

está

ay, joder, está hablando con el asiento vacío que tiene al lado, alguien me comentó, recuerdo ahora que alguien me comentó que lo habían visto hacer eso en otro pub, en el Fish, creo, debe ser por todo el alcohol que se mete en el cuerpo, aunque seguro que la poesía también tiene algo que ver, porque el tipo está todo el santo día hablando de John Clare, y todos sabemos perfectamente dónde acabó John Clare, dicho esto, sigo sin saber cómo ha averiguado lo de mi sueño en calzoncillos, esto no me gusta, no sé cómo me he metido en este berenjenal, no me lo merezco en absoluto, y además

—¿Quién es Freddy? Creo que no…

echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada, veo cada poro de su narizota, esto no tiene ninguna gracia, a esto me refería con lo de la atmósfera de los Boroughs, BLUP BLUP BLUP BLUP, están locos, todos ellos, son fruto de la endogamia y la locura, y

—¡Freddy Allen! ¡Ah, ja, ja! ¡El bueno de Freddy Allen!

Dice que le vio vagando por Marefair en plena noche, vestido únicamente con unos calzoncillos y una camiseta. Ah, ja, ja. Dice que cruzó la calle para darle un susto. Y, por lo que cuenta, parece que se cagó usted encima. Por eso decía que debería cambiárselos. ¡Ah, ja, ja, ja, ja!

me trago la cerveza para intentar olvidarme de él, esto no está pasando, con tanto ruido de fondo he debido de entenderle mal, seguro que no ha dicho lo que creo que ha dicho, debería levantarme y largarme, decirle que no me encuentro bien, lo cual es verdad, por otra parte, ay, Dios mío, quiero salir por patas, pero me tiene aquí obligado, arrinconado en la esquina, hay una miríada de mesas y taburetes entre donde estoy y la puerta del pub, y un montón de gente, porque es noche de viernes, el local se está llenando, no sé qué hacer, no sé qué decir, estoy agobiadísimo, BLUP BLUP BLUP BLUP, y por el rabillo del ojo, ay, Dios, ni siquiera sé lo que es eso, ah, no, no es nada, solo es el humo de los cigarrillos, que flota sobre las molduras como una manta ondulante de lana gris, lo he confundido con, no sé, con una avalancha de pelusas, pelusas grandes como ovejas que arrollaran nuestra mesa o algo así, pero no, solo es humo, así de nervioso estoy, ay, Señor, por favor, que deje ya de reírse

—¡Ah, ja, ja, ja! ¿Ha visto eso? Se ha puesto de pie tan deprisa que parece que tenga almorranas. Lo ha contrariado el grupito de pequeños bribones que acaba de entrar.

ya no sé ni lo que dice, por favor, Dios mío, sácame de aquí, me tiene aquí obligado, arrinconado en esta esquina y, y ahora ya no sé ni lo que está haciendo, porque no nos está mirando ni a mí ni al taburete de al lado, le está sonriendo al humo, ay, joder, pero cuánta gente no habrá aquí sin que yo tenga conocimiento del tema, esto es un

—¡Eh, vosotros no podéis entrar aquí! ¡Sois menores! ¿Y si el dueño os pidiera los certificados de defunción? ¡Ah, ja, ja, ja!

se desternilla mientras le grita al aire viciado, nadie le presta la más mínima atención, es como si no le oyeran, deben estar ya acostumbrados a este cliente tan peculiar,

eso o no oyen nada por encima del BLUP BLUP BLUP BLUP, ni yo mismo sé de qué va esto, por un segundo miro en la misma dirección que él, pero ahí no hay nada, solo la espalda de un fulano envuelta en humo, vuelvo a fijarme en él y todo lo que te pone la carne de gallina en los Boroughs está ahí, en su voz, en su risa, en sus ojos, ni siquiera sé decir si está triste o contento, me limito a mirarlo boquiabierto y no puedo sino

—No entiendo nada. No os entiendo, diablos.

pero tú escúchate, hablas en plural cuando no hay nadie ahí salvo él, suenas igual de tarado, ay, Dios, cuando ha dicho que el otro tipo cruzó por Marefair para darme un susto no podía estar refiriéndose a, no, ni hablar, sandeces, nadie comparte los sueños de otro, pero no puedo, soy incapaz, soy incapaz de pensar ahora en el tema, no puedo quitarle ojo, es Benedict Perrit, y está estirando el cuello y riéndose, se ha llevado una mano a la oreja como si fingiera estar cotilleando una conversación ajena, o tal vez

—No los oigo. Suenan distantes aunque los tengas al lado, ¿verdad? Ah, ja, ja.

es

es ahora cuando se me ocurre que así serían las historias de fantasmas en la vida real, BLUP BLUP BLUP BLUP, en la vida real no hay fantasmas, solo gente pirada, y eso en sí mismo es de lo más espeluznante, te quedas a solas con tu locura sin nadie más a tu alrededor, ni fantasmas ni ninguna otra cosa, tan solo una

ausencia

una ausencia acusadora, como si

déjame irme de aquí, Dios mío, déjame escapar de este pub, de este rincón, de este lunático beodo, no sé cómo ha podido estropearse tanto la noche, ha sido horrible, y repentino, me bebo la cerveza a todo correr y ahí sigue, a mi lado, riéndose a pleno pulmón, su garganta es un montacargas atascado que sube y baja entre dos pisos sin parar, no sé por qué habré tenido que venir aquí, ha sido como si no hubiera tenido otra opción, como si no hubiera tenido libertad de elección, y aquí sigue el tipo, a mi lado,

ahora se ha puesto a señalar la puerta a través de las volutas de humo y a

—¡Allá que van! ¡Ah, ja, ja, ja! Salen por la puerta como cenizas por la chimenea.

pero la puerta no se ha movido, no se ha abierto, no sé lo que estará viendo, debe ser un brote esquizofrénico, me acabo la pinta y hago chocar el vaso vacío contra la mesa

—Benedict, creo que…

—¡Ah, ja, ja! ¡Ya me lo imagino! Quiere irse, pero no ve la salida. Es como si ambos estuviéramos aquí varados sin destino a la vista. Hay paja ensangrentada y tripas de pescado por los rincones. Y yo sigo intentando adentrarme más y más. ¡Ah, ja, ja, ja!

me levanto sin decir nada, ni siquiera soy capaz de despedirme, no sé qué decir en una situación como esta, aunque, bueno, no hay situaciones como esta, no existe tal cosa, forcejeo con la mesa, el borde me atenaza los muslos, no hay hueco para moverse, no hay espacio libre, y el local está abarrotado, no he visto entrar a tanta gente, «perdón… necesito pasar, sí, gracias… perdón… lo siento, amigo», ay, Dios, deja de decir eso, deja de llamar así a tipos que no son tus amigos, aquí no tienes amigos, no conoces a nadie y, BLUP BLUP BLUP BLUP, y a mi espalda les oigo reírse, relinchan como caballos de tiro en un establo en llamas, le piso el pie a alguien y oigo que me llama cabrón, apenas un gorgoteo entre tanta confusión acústica, pero entonces, al fin, llego a la puerta, empujo la dureza del cristal a través de su inútil visillo de encaje y noto el aire de fuera, frío, y limpio, y poderoso, la brisa exterior de Regent Square, la noche me abofetea y yo me siento libre, me alejo de él, consigo huir, consigo

no sé

no sé qué ha pasado, no sé qué ha sido esa

sensación, esa atmósfera, ya no está, se ha ido, su ausencia recalca aún más que antes estaba ahí, como un ruido que no se percibe hasta que de pronto se impone un silencio súbito, no sé qué ha pasado, no sé qué me ha pasado, tranquilo, no te ha pasado nada, nada de nada,

estás mal de la azotea, sí, vale, has tenido un mal encontronazo con alguien, está claro que ha sido inquietante, pero no había necesidad de angustiarse, de salir corriendo del pub de esa manera, has debido quedar como un auténtico imbécil, no ha pasado nada, cálmate, no ha pasado nada, todo va bien, no hay nada anormal, mi viejo corazón se ha puesto a retumbar como un martillo pilón durante unos pocos segundos, pero ahora me doy cuenta de que he sido un estúpido al dejar que me afectara tanto, no sé por qué lo he hecho, no sé en qué estaría pensando, creo que me ha dado la sensación de que el mundo, la realidad misma, parecía estar, no sé, resquebrajándose, y de que yo me escurría entre sus grietas, pero no tengo más que mirar a mi alrededor, todo va bien, es viernes y estoy en Regent Square, todo es normal, los

semáforos relucen como caramelos recién chupados y

el picotazo de frío en el cuello anuncia la amenaza de lluvia, veo

parejas, y los jóvenes avanzan en línea recta sin tambalearse, aún es temprano, así que

camino aturdido hacia el cruce que me llevará hasta la cima de Grafton Street, cuya gavia corre en la penumbra en dirección al valle, a esto, a esto me refería con lo de que a veces parece que no sea yo el que tome las decisiones, o al menos no de forma consciente, como si hubiera elegido regresar a casa por aquí en lugar de volver sobre mis pasos por Sheep Street, surco la calzada en cuanto el trino del pelícano y su parpadeo esmeralda así me lo indican, pero no recuerdo haber elegido nada, son mis pies los que mandan, llego a la otra acera y me conducen por lo que queda de Broad Street, así sin más, un zapato marrón y luego el otro, y todo sin que yo muestre, ay, joder, no me sale la palabra, ah, sí, volición, todo sin que yo muestre volición alguna, es como si cada pisada estuviera tallada en piedra, como si yo no tuviera nada que decir al respecto, como si todo estuviera predestinado, pero claro, eso significaría que no existe el, ay, joder, más me vale ir con cuidado, casi me choco contra el casino de señales de

tráfico que tengo a mi derecha, voy haciendo eses, parezco un borracho, pero no sé por qué, cuando en el Bird in Hand solo me he tomado una pinta con

Benedict Perrit

joder, es por eso, porque sigo conmocionado, pero eso es ridículo, el tipo no es tan

empieza a llover y me doy cuenta de que no voy vestido convenientemente, cuando salí de casa hacía buen tiempo, como no tenga cuidado me voy a empapar, aunque, si me paso de cuidadoso, acabaré igual de mal, porque demasiado tacto he tenido en el pub con la perorata de ese maldito estúpido, mejor será que no piense más en el tema, mejor será que me centre en el avance de mis zapatos marrones por el pavimento húmedo y reluciente, las farolas de sodio se reflejan en los charcos recién formados y oscilan en tonos amarillos, un zapato marrón y luego el otro, todo sin que yo muestre volición alguna, aunque eso significaría que no existe el libre albedrío, solo habría, eh, un momento, antes se me ocurrió algo al respecto y creí que sería buena idea incluirlo en la columna, porque era muy ocurrente, ah, sí, ya me acuerdo, o existe el libre albedrío o existe el libre Will Shakespeare, pensándolo bien, ya no me resulta tan ocurrente, es difícil pillarlo, aunque el mensaje lo mantengo, claro, si todo estuviera escrito de antemano, y a mi entender podría estarlo, entonces todos seríamos actores, no habría ni inocentes ni culpables y, en fin, si ese resultara ser el caso, supongo que todos nos alegraríamos en muchos sentidos, el mundo sería mucho más agradable si nadie cuestionara tu ética a cada instante, y además no habría cosas que te hicieran sentir podrido, porque tal vez tomaste ciertas malas decisiones hace algún tiempo, hace bastante tiempo, hace muchísimo tiempo, y ahora, pues, conste que no hablo aquí de mí, obviamente, sino de personas sensibles que se atormentan por algunas cosas que han hecho y que, sin libre albedrío, podríamos, es decir, podrían considerar que han hecho borrón y cuenta nueva, adiós a las pesadillas, a las noches sin dormir, al otro lado del doble carril de Broad Street veo la punta del viejo

bastión del Ejército de Salvación, la de su otra sede, la que aún no han derribado, aunque juraría que está en la lista de pendientes, el ápice asoma manifiestamente sobre la valla, está rodeado por árboles y arbustos, y sus ventanas superiores parecen sortear la verja y mirarte de frente, te miran con los ojos de un perro acorralado y moribundo que no entendiera nada, que no entendiera lo que ha pasado aquí, el Mayorhold está ahí mismo, está

meando, chorreando literalmente sobre la calzada, sobre la acera, sobre mí, «a este paso me voy a quedar aterío», solían decir por aquí con ese acento tan peculiar

Benedict Perrit

el fulano hablaba solo y le sonreía a la nada, pero la nada es lo último a lo que uno querría sonreírle, la nada es lo más aterrador del mundo cuando llega la hora, yo estoy ya en la sesentena, no creo en el infierno y tal, la vida acaba con la muerte y punto, así lo enfoca un adulto, pero, al ver a Benedict Perrit en el Bird in Hand, con su hilaridad, su mirada inquietante y toda esa gente a la que solo él parecía percibir, pues

pues, a ver, los fantasmas seguirían ahí aunque él estuviera loco y fuera el único que los viera, porque, en ese caso, existirían en su cabeza, en sus recuerdos del barrio, su mente estaría atestada de vecinos fallecidos, y si tú fueras luego y te sentaras a su lado en un rincón del pub, no podrías evitar ver casi lo mismo que él, bueno, fantasmas no, me refiero a su percepción del mundo, que para ti sería casi real en ese momento, creo que esa casa que hay abajo a la derecha es la suya, una de las de Tower Street, no sé cuál exactamente, para ti sería casi real, los fantasmas y demás, así que te sentirías como si fuese a ti, o en este caso a mí, y no a él, al que hostigaran, como si el vecindario y sus muertos me hicieran llegar un mensaje a través de él, no sé por qué, pero sigo sintiendo que este lugar me odia a pesar de todo lo que he hecho por él, y sigo sin saber cómo ha averiguado lo de mi sueño, lo de aquel sótano horrible del que no era capaz de salir, el entripado del Mayorhold resuena a mi izquierda con los borborigmos del tráfico

nocturno, con los pedos amortiguados de monóxido de carbono que suben desde Horsemarket, pero, aparte, hay jaleo, la típica conversación simiesca de unos jovenzuelos que no saben, que no se preocupan de lo alto que están hablando, como si tuvieran los cascos puestos o la borrachera encima, creo que voy a torcer a la derecha por Bath Street para atajar por los pisos, parece que están muy tranquilos, no hay nadie en la zona, sigo sin saber cómo ha averiguado lo de mi sueño

y luego hay otra cosa, claro, porque, si no existe el libre albedrío, no sé por qué este lugar me tiene tanta tirria, por qué me provoca pesadillas, por qué me arroja al puto Benedict Perrit, no he hecho nada malo, dime una sola cosa mala que haya hecho, además, si no existe el libre albedrío, tampoco existen el bien o el mal, el pecado o la virtud, no existe nada, todos nos libramos de ese tema, aquí, a la derecha, solía estar la sala de ensayos de la Boy's Brigade, me pregunto, Bath Street está muerta esta noche, me pregunto si la Boy's Brigade seguirá en activo, no lo sé, pero, respecto al asunto ese del libre albedrío, si no es posible obrar mal, entonces nadie debe sentirse culpable de nada, nadie puede elegir, sin libre albedrío somos realmente libres, y con esto me refiero a que nos libramos de sentirnos mal, de tener pesadillas, de toparnos con locos y borrachos cuyo aliento hiede a espectro, ninguno de nosotros puede obrar mal, eso es un hecho objetivo, un hecho objetivo y científico, aunque

para que fuera un hecho objetivo, tendría que haber algún observador externo y

no hay ninguno, solo nosotros, nuestra mirada subjetiva, y

por tanto

para nosotros

para nosotros existe el mal, creemos que tenemos libre albedrío, creemos que obramos mal y, por tanto, a nuestra moral le da lo mismo, con libre albedrío o sin él, creemos que obramos mal, y no podemos abstraernos de eso, pero eso es aún peor, es lo peor de los dos mundos, carecemos de

libre albedrío pero el pecado sigue ahí, el pecado sigue ahí porque existe para nosotros, que somos los únicos que contamos, los musulmanes tienen un dicho al respecto, dice algo así como «un santo puede matar a un millón de enemigos y mantener intacta su virtud, pero un único arrepentimiento bastará para mancillarla», esa es la clave, el arrepentimiento, que sigue ahí con libre albedrío o sin él, así las cosas, todos estamos atrapados, atrapados en nuestras vidas, atrapados en este sitio, en Bath Street, en el mundo, en los Boroughs, en todo, no es justo, no es

alguien enciende el motor de un coche y se larga a todo trapo, las ruedas rechinan en la oscuridad un poco más adelante, como si tuviera prisa, y la lluvia no amaina, en la calle, a lo largo de Simons Walk, alguien está tocando algo que, en fin, yo no lo llamaría música, pero lo toca de todas formas, sigo sin saber cómo ha averiguado lo de mi sueño, también tenemos el pequeño parquecito de aquí, desierto y desamparado en plena noche, y luego, cernidas sobre él, las torres, que se conservan gracias a mí y que al menos, como decía antes, aportan viviendas sociales al barrio, cierto es que están dando beneficios, pero así son los negocios, colega, y si no te gusta te chinchas, la alternativa sería que no dieran nada, que las derribaran y que hubiera aún más vagabundos por la zona, y no seré yo quien diga que lo prefiere, me encantaría ver a Roman Tompson defendiendo esa postura, me pregunto quién sería el gilipollas entonces, es justo como lo de Irak, alguien debía dar un paso adelante, sobreponerse a las quejas liberales y hacer algo beneficioso, o mejor dicho, práctico, para ayudar a toda esa pobre gente, alguien debía dar un paso adelante y arrimar el hombro, alguien debía ponerse manos a la obra sin tantos remilgos a la hora de

ensuciárselas

tuerzo a la izquierda por el sendero de St. Peter's House y me topo con los pisos de Bath Street, a estas horas no hay nadie, pero a veces, pues, en fin, mejor guardarse las espaldas, las luces de los balcones alumbran lo bastante como para controlar el percal, alguien me dijo que los críos,

los críos raperos, vienen aquí a bailar hip hop y demás, aunque, siendo franco, poco me importa, con la escoria que se ha asentado por aquí a lo largo de los años no creo que unos putos críos que hablan tan rápido que ni se les entiende vayan a distinguirse mucho, la verdad, porque esto está lleno de fulanas con la cabeza hecha polvo por el crack, la del pelo a rayas juraría que vive por aquí, me pregunto, y no es que vaya a hacerlo jamás, claro, pero me pregunto cómo sería estar con ella, apuesto a que haría de todo, a que sería como acostarse con alguien parecido a, en fin, da igual, parece que a la lluvia le ha dado por aflojar justo cuando estoy llegando a casa, cómo no, la gravilla del sendero reluce toda ella como los guijarros de una playa y, eh, pero qué, ugh, menuda caca de perro, la gente no debería tener perros si no es capaz de limpiar sus necesidades, pero qué puto asco, diría que ya la han pisado, me alegro de no haber sido yo, mira, mira, tiene marcada la rejilla de una suela deportiva, parece una maqueta de Nueva York hecha de mierda, y bajo la lluvia y la luz eléctrica brilla y está húmeda, hasta parece fresca, ay, Dios, se me revuelven las tripas, lo odio, debo tenerle alergia a la mierda o algo así, si no la hubiera visto y la hubiera pisado me la habría llevado enterita, se habría venido conmigo, y ahora estaría preguntándome qué es ese olor, e iría dejando huellas de excremento por todo el suelo, por la casa, por todos lados, por todas partes, en todas las habitaciones, estoy

subiendo por la rampa hacia las farolas de Castle Street, oigo sirenas por alguna parte, supongo que el centro estará que arde, seguramente será una noche complicada, yo llegaré a casa antes de que empiecen los problemas, aunque, si lo del Bird in Hand no han sido problemas, si no lo han sido, entonces no sé cómo demonios calificarlo, supongo que podría considerarlo una casualidad, un sinsentido, una experiencia absurda, olvídala, sácatela de la cabeza, piensa en otra cosa, mira el estado de estos muros, cuando levantaron los pisos hace ya casi ochenta años dijeron que serían una solución temporal, cierto es que la

palabra «temporal» significa técnicamente «por un período de tiempo», pero diría que ochenta años es pasarse de rosca, puestos así, todo es temporal, el sol también es temporal si lo comparamos con la vida del universo, y St. Katherine's House, ahí en la acera de enfrente, es temporal de cojones, bastaría con que se incendiase una cocina o con que un altavoz B&H prendiera el respaldo de un sofá para que todo se fuera al traste, el servicio de bomberos lo declaró inhabitable, pero nosotros, es decir, ellos, siguieron hacinando a la gente ahí dentro, y si hubiera un incendio, pues, en fin, en los años sesenta construyeron bloques como estos por todo el país, y bastaría un incendio para que la escalera principal de estos pisos, la de cualquier edificio como este, se convirtiera en una chimenea, la gente intentaría bajar, pero las llamas y el humo no harían más que subir, no debería decir esto, pero espero que los laboristas pierdan la alcaldía si acaba habiendo un incendio, y haberlo lo habrá, porque es cuestión de tiempo más que de otra cosa, la gente a la que hacinan aquí está en peligro constante, porque aunque sus viviendas no salgan ardiendo esto está lleno de carne de cañón, de chavales recién salidos de hogares de acogida, todos con problemas mentales y demás, hace un par de semanas vi a dos elementos que vaya tela, supongo que vivirán por aquí, porque estaban parados en mitad de St. Katherine's mirando el cielo, frotándose las manos y riéndose, lo más probable es que estén al cuidado de la comunidad, porque por aquí están todos igual, todos son anormales, y por lo que he oído siempre ha sido así, ahí están Benedict Perrit y compañía para demostrarlo, no sé qué les hará este barrio, debe de haber algo en el agua, o quizás en el suelo, voy bajando por Chalk Lane y la lluvia ya ha parado

en la esquina de la vieja y pequeña guardería, en una de sus ventanas, hay pegado una especie de cartel de, oh, ya me acuerdo, Alma Warren, alguien me dijo que iba a hacer una exposición ahí, solo iba a durar un día, juraría que en sábado, creí haber oído, creí que sería dentro de una o dos semanas, pero a saber, podría ser mañana

perfectamente, Alma Warren, otro buen ejemplo, otro monstruo de feria criado en los Boroughs, diría que en el colegio incluso compartía clase con el primero, con Benedict Perrit, a veces he intentado acercarme y romper el hielo, pero nada, un vacío total, creo que no le caigo bien, va de independiente, como si viviera en un mundo distinto del de los demás, es una presuntuosa, me da la impresión de que se cree moralmente superior al resto, de que tiene algún tipo de complejo, se le nota en la mirada, y cuando habla con la gente, cuando sonríe y dice cosas graciosas para congraciarse con el personal, se le nota la impostura, sonríe y sus ojos arácnidos parpadean, pero siempre te da la sensación de que lo que pretende es enmascarar el genuino deseo de devorarte, es una impostura, una actuación, si tan orgullosa está de los Boroughs no sé por qué no vive aquí como hago yo, odio a esta clase de gente, a esta gente que finge ser honesta cuando uno sabe de sobra que todo el mundo guarda secretos, que todos fingen algo, que todos caen en la impostura, aunque conmigo no, claro, porque conmigo van en plan lo que ves es lo que hay, lo siento mucho si no te gusta, pero así es como soy, no sé por qué no le caigo bien a esta gente, es más, no sé por qué cojones debería importarme, no sé por qué cojones debería importarme caerle bien a un montón de basura y de balas perdidas, cuando el concejal soy yo, el que recibe los parabienes soy yo, el que tiene el currículum soy yo, no sé por qué estoy siempre dándole vueltas a estas cosas, a estas cavilaciones, soy como un hámster en su rueda, siempre ahí dale que dale, pasa del tema, joder, lo que piense la gente no importa una mierda, aunque

no por ello deja de ser mezquina su tendencia a pensar siempre lo peor de los demás, o al menos lo peor de mí, a veces duele, al otro lado de la calle está la iglesia de Doddridge, a menudo me pregunto para qué servirá esa pequeña portezuela que hay a media altura en el muro, seguro que la usaban para propagar cotilleos desagradables sobre Philip Doddridge, para llamarlo gilipollas, para tildarlo de cabrón, cuando el pobre era prácticamente un

santo, un hombre que se preocupaba genuinamente por el barrio, no pretendo compararme con él, claro está, pero tampoco puedo ignorar las similitudes, yo me siento bien, me siento bien conmigo mismo, y si algunos desean pensar lo peor de mí, si algunos desean negarme el viejo beneficio de la duda, pues, en fin, ese es su problema, voy cuesta abajo y ya estoy casi en casa, a la derecha veo el aparcamiento, donde antaño traían a las víctimas de la peste, y a la izquierda se alza el viejo enterramiento de Doddridge, que no deja de ser otro aparcamiento, gente muerta por doquier, somos temporales, nadie es eterno, supongo que eso es una bendición tanto si existe el libre albedrío como si no, porque todo mal que hagamos, todo mal que supuestamente hayamos hecho, el tiempo lo barrerá al final y nadie lo recordará, las minucias no importan, todo se te perdona cuando te marchas, las deudas se cancelan, y no permanecen en ningún registro porque nada es permanente, el mundo entero es temporal, es lo que llamamos, eh, ah, sí, lo llamamos prescripción, es como un vale para salir de la cárcel y, ah, ahí está el Black Lion, justo en la otra acera, al final de Marefair, el local está muerto, si llega al año que viene será por pura chiripa, cuando nos mudamos aquí había una pequeña papelería en la esquina inferior de Chalk Lane, justo ahí enfrente, la llevaba un tipo calvo que se llamaba Pete, Pete loque-sea, y al torcer a la derecha, desde nuestro pequeño tramo de acera, se puede

ver el valle entero, la estación, el tráfico de la intersección, las luces que se agolpan sobre, nunca pude elegir lo que soy, sobre Far Cotton, sobre Jimmy’s End, los

fantasmas no existen, no existe nada, no hay nada embrujado, tres puertas más abajo encuentro las llaves y ya está, mi refugio, mi hogar al fin, ni los Boroughs ni toda esa gente pueden tocarme ahora, enciendo la luz del zaguán y me quito la chaqueta, está empapada, brilla, parece una foca muerta colgada del gancho del perchero, de pronto me siento agotado, completamente reventado, calculo que debo haber recorrido todo el perímetro del barrio, no es que sea

yo muy aficionado a andar en general, pero el episodio en el Bird in Hand, pues, en fin, ahora que estoy en casa me cuesta creer que haya pasado, me cuesta creerlo, salí corriendo del pub, corriendo literalmente, con la correspondiente subida de adrenalina, seguramente será otro de los motivos por los que me siento tan cansado, cruzo el salón, me desplomo sobre el sillón y, ay, mierda, los pantalones están fríos y mojados, los lamparones de humedad me calan las piernas y el trasero, es una sensación horrorosa, apenas son las nueve pasadas, pero no sé, creo que voy a irme a la cama, la tarde me ha dejado el cuerpo cortado, pero creo que si me acuesto se me pasará, seguro que mañana me levanto con más ánimo, lo que tengo claro es que como no me quite estos pantalones voy a pillar una pulmonía, y además creo que me siento un poco solo, ojalá estuviera aquí Mandy, aunque, aun así

me levanto e incluso eso me supone un esfuerzo, apago las luces de la planta baja y me arrastro hacia el dormitorio, el baño me deslumbra un poco, me quito la camisa, los pantalones, los zapatos y los calcetines, la camisa está hecha una sopa, calada hasta las trancas, transparente, hay un óvalo húmedo y rosa allí donde se me pega a la barriga, por un segundo me da la sensación de que está sangrando, dejo la ropa mojada colgada sobre el borde del lavabo hasta mañana, la ropa interior también está pasada por agua, pero creo que se me secará encima por sí sola, me tomo mis pastillas, tres cada noche, es un coñazo, uno nunca piensa en estas cosas cuando es joven, escudriño la condensación del espejo mientras me cepillo los dientes, menuda pinta tengo, soy como un gnomo de jardín, un David Bellamy[69] hecho polvo, un *hobbit* en cuarentena con hilillos de mentol escurriéndosele por la barbilla, estoy harto de mi propio reflejo, me arrastro descalzo hacia el váter por unas baldosas heladas y levanto el asiento para no salpicarlo, la verga tarda en decidirse unos segundos, y entonces un pálido hilillo de pis dorado se desenmaraña hacia la taza cantarina, es curioso estar aquí, de pie, mirando hacia abajo, hay dos rollos de papel higiénico sobre la cisterna,

después viene la tapa y el asiento levantado, y finalmente tenemos el inodoro boquiabierto, el conjunto se asemeja a una rana blanca de dibujos animados, a una versión albina del Gustavo de los Teleñecos, sus ojos saltones me dedican una mirada de indignación y reproche mientras descargo el chorro sobre su gaznate, incluso el retrete me culpa de algo, ahora toca tirar de la cisterna, y la cosa tiene su truco, porque hay que pulsar el botón dos o tres veces para que corra en condiciones, me sacudo el pito mientras las letrina hace gárgaras y luego procuro apagar la luz del baño, atravesar el pasillo y meterme en la cama antes de que el ruido de la cisterna se ahogue en un cúmulo de siseos, goteos y gorgoteos, es una especie de superstición personal, supongo que será por, en fin, tampoco es que crea que puede pasarme algo si no llego a la cama antes de que pare, solo es un juego, una suerte de hábito, no sé por qué lo hago y, oh, es

agradable, el colchón cruje, siento cómo se disipa toda la fatiga y la tensión, los pies están secos y fríos, pero me los froto y se calientan con la fricción, qué bien sienta, con un poco de suerte dormiré de un tirón, y no habrá sueños, ni sótanos, ni nadie que se abalance sobre mí con la cara descompuesta, a salvo, ya estoy a salvo, en nuestra casita frente a la estación, en nuestro pequeño rincón de los Boroughs, en diez años espero que el lugar quede irreconocible, el desarrollo urbanístico avanzará desde el recinto de la estación y limpiará esta zona, sobre todo esta zona, que quedará expedita de despojos sociales, barreremos a la inmensa mayoría si la inversión sigue llegando, si el *boom* y el dinero aguantan el tirón, y entonces este terreno, esta propiedad, podría ponerse bastante bien, podría llegar a valer bastante, aunque conste que no nos planteamos vender una porción del barrio, porque es parte de nosotros y nosotros somos parte de su paisaje, me pongo de costado y deslizo entre las rodillas un pliegue del edredón para que dejen de toparse, ahh, qué bien sienta, es de lo más

supongo que la gente de por aquí no es tan mala en

realidad, es en los pubs donde sacan lo peor de sí mismos, deja que la tomen contigo si es que les da por ahí, porque cuando se hayan ido tú seguirás manejando el cotarro, deja que se mofen, no es culpa suya, es gente desesperada que vive en un lugar desesperado, y como marxista que soy, como marxista moderno, diría que solo son víctimas, son el resultado final e inevitable de un proceso económico e histórico, pero también es cierto que, en fin, los ves y están todo el día borrachos, y luego son sus hijos los que se llevan la peor parte, porque sus padres no quieren trabajar, no están preparados para trabajar, no están

es como un terraplén inundado, no recuerdo si vine aquí de niño o si estaba en, en

no están preparados para trabajar, eso es, culpan a los demás de sus problemas, culpan al ayuntamiento, culpan al sistema y me culpan a mí, pero nosotros solo hacemos lo que tenemos que hacer, y la gente de por aquí, en fin, hasta pegan a sus mujeres, lo achacan a la frustración, o a la pobreza, pero si son tan pobres no sé por qué tienen tantos hijos, con esa carga jamás vais a salir adelante, jamás vais a llegar a nada en la vida, Mandy y yo no tuvimos hijos porque solo habrían torpedeado nuestras carreras, y sin embargo míranos, tan felices, pero hay gente que es pura basura humana, pura

hay colinas festoneadas de barro en la otra punta del campo, y en la distancia atisbo los arcos de ladrillo rojo de un ferrocarril, ya he estado aquí antes y, oh, un juguete, un elefante de plástico tirado en un charco, estoy, estoy seguro de que era mío la última vez que estuve aquí, y no muy lejos debe de haber una casa, una casa vieja, lo que no sé es qué

pura escoria, todos ellos toscos, y desaliñados, y bruscos, y ruidosos, todos con niños violentos, drogadictos, solía leerles historias de fantasmas por Navidad, y sus madres con minifaldas y medias de rejilla, soeces y obscenas, son para oírlas, más que criarse, lo que han hecho aquí ha sido degradarse, porque esto es un pozo de mierda lleno de mierdas, hay pedófilos por aquí, y violadores, y

yonquis, en algún sitio tenían que meterlos, claro está, pero es culpa suya, no nuestra, no mía, son ellos los que deberían arremangarse y luchar por mejorar, aunque, bueno, tampoco es que tenga yo

ah, ahí está la vieja casa escarlata, erguida y solitaria bajo el cielo gris en mitad de este páramo, camino hacia ella a través de la maleza con mi camiseta y mis calzoncillos grises, necesito ir al baño, creo que había unos servicios en el sótano de la vivienda, si pudiera recordar cómo llegar, y si no estuvieran rotos o atascados

aunque, bueno, tampoco es que tenga yo derecho a

EL CRUCIFIJO
EN LA PARED

Podría decirse que su cara es un bosquejo arrugado, chafado en un arranque de ira y frustración. La cara de un detective, la cara de Studs Goodman, un mascarón de proa, curtido por los puños y el bourbon, que descuella entre el oleaje y la espuma de otra ciudad desolada, de otro mundo calcinado, gastado como sus suelas. Así es la vida de los sabuesos: una espera interminable entre un caso y otro, sentado ante una persiana que filtra la luz. Estos tiempos muertos entre homicidios sí que lo matan a uno.

Studs le da a su boli una larga y satisfactoria calada. Frunce sus labios retorcidos y crueles sobre el esfínter, exhala un genio ensortijado de humo ficticio hacia los rayos rectilíneos del sol, y pondera la semejanza existente entre las vacas flacas del negocio que ha escogido y las que sufren quienes ejercen el arte de Talía. Heterosexual empedernido, e intentando dejar el hábito de zumbarse cuarenta coños al día,[70] Studs no tiene tempo para actores y petimetres de teatro, pues la mayoría son maricas, peña invertida y tal. Es un hecho contrastado. Aun así, simpatiza con lo que deben sentir cuando se quedan sin curro entre un papel y otro. Sabe bien que la inactividad puede volverlo loco a uno. No en vano, él ahora está aquí plantado, soñando con algún caso complejo e hipotético que resolver en su fuero interno, y eso que es un tipo duro, un recalcitrante matón de Brooklyn que piensa con los puños y aporrea con la cabeza. Studs no sueña en blanco y negro, sueña en radiofrecuencia. ¿Qué sentirán esos secundarios neuróticos cuando el estudio no los llama? El veterano investigador apostaría hasta su último dólar a que esas preciosas florecillas se pasan el día ensayando para

audiciones que nunca llegan, fijo que para roles de vaquero o cazador, de hombres hechos y derechos. Puede que incluso de detective, ¿quién sabe? Esboza una sonrisa irónica y apaga el boli en una conveniente taza de café. El suyo sería un papel que requeriría un montón de tiempo en la sala de maquillaje.

No es ningún guaperas, no. Le gusta pensar que tiene un aspecto fogueado, aunque sea fogueado por tres generaciones de lituanos borrachos y caóticos, arrestados tras un asedio armado que dejó su vivienda inutilizada por décadas, solo apta como urinario para mendigos. Cosa que dio igual, claro, porque luego la quemaron para cobrar el seguro. Sentado frente al espejo de mesa de su sórdido despacho, examina la escena del crimen de su propio semblante: muévase, aquí no hay nada que ver. Inspecciona las no tan azarosas ondulaciones de su frente, un talud de roca volcánica que se eleva desde el bosque salvaje de sus cejas hasta un pináculo disimulado, luego descendente hacia la nuca en una larga y escurridiza extensión de hierba negra. La mirada yace llena de pesimismo, y también de una suerte de trastorno inespecífico; unos ojos, los suyos, que parecen haber visto demasiado desde alturas y posiciones distintas, contradictorias, apenas equidistantes de una nariz cual piolet, más veces rota que el corazón de una furcia. Presidiendo el conjunto, y asegurándose de que a nadie se le escape la asimetría, un revestimiento rugoso, parco pero patente, de verrugas del tamaño de cereales Sugar Puff, rociadas sobre su jeta con la redundancia de una pista de risas enlatadas para quienes no pillen el chiste. Suelen decirle que no es ningún retrato al óleo, pero eso es porque la peña no está muy familiarizada con los cubistas.

En algún lugar del edificio, tal vez en su propio recibidor, hay un teléfono que resuena como un niño malcriado que quisiera llamar la atención. Avisa a su desorientada secretaria —«¡Mamá, coge el teléfono! ¿Mamá?»—, pero debe estar tomándose uno de sus imprevisibles descansos, quizá relacionados con la susodicha desorientación. Cada vez que sube de Londres a

pasar unos días con ella, le dice que debería cambiar de medicación, pero hace oídos sordos. Mujeres. Ni se puede vivir con ellas, ni saben dónde has puesto los calcetines. Diez tonos después, el mensaje va al contestador, menos mal que al llegar ayer tuvo la precaución de sobrescribir el saludo de su madre con el suyo propio. Ella apenas recibe llamadas, pero, en teoría, su agente o un cliente podrían querer ponerse en contacto con él a cualquier hora del día o de la noche. Ya se las apañará esa petarda despistada para regrabar sus murmullos contritos cuando él se vaya, y mientras tanto, gozará del indudable honor de desconcertar con los ricos tonos de su voz a aquellos de entre sus pares que aún recuerden cómo usar el teléfono.

—Hola. Al habla Robert Goodman. Ahora mismo no estoy disponible, pero si es tan amable de dejar un mensaje, le devolveré la llamada, gracias. Chao.

Studs ha fingido un impecable acento inglés. En su negocio, uno nunca sabe cuándo puede necesitarlo, porque a veces hay que infiltrarse, o que hacerse pasar por duque, o por recadero *cockney*, quizá como parte de una trama que implique las joyas de la corona y una rubia de piernas infinitas. En estos momentos preferiría algo más jugoso, eso sí, un enrevesado drama incestuoso con Faye Dunaway, aunque se conformaría con un chantaje o un divorcio llegado el caso, y de repente se descubre resistiendo el impulso de coger el aparato, ya silencioso, e interrumpir al interlocutor. Mejor no. Ya averiguará después si resulta ser un jaleo a cuenta de una herencia familiar que ha acabado en secuestro o allanamiento. Lo último que desea es que un cliente potencial note la desesperación en su voz antes de tiempo, porque eso siempre podrá deducirlo más adelante, como cualquiera que le conozca un poco, a partir del mobiliario carcomido y los billetes de lotería que hay tirados por el suelo, doblados y rasgados tras la decepción.

Sentado en la mesa de la cocina, que más parece una cebra por la sombra que arrojan las persianas, sopesa la turbia carrera criminal que emprendió antes de convertirse en investigador encallecido. Traficó con drogas, así en

general, allá por Albert Square, y luego fue el soplón desfigurado de la comisaría de Sun Hill. Afanó unos cuantos Lexus enfundado en una chupa de cuero para favorecer la venta de alarmas de coches, rugió y amedrentó junto a los peores moteros de Gotham City, se encajó un sombrero del Dr. Seuss para iniciarse en una las primeras bandas irlandesas de Nueva York, y violó a la hermana mayor de Juana de Arco en la Francia del siglo XV. Así es Studs. Alguien imprevisible, un rebelde que no respeta las reglas. Ahora está en una gran ciudad, y sus calles no siempre son malas, pero sí que pueden ponerse jodidamente ignorantes. Ha vuelto, está aquí, en Northampton, y esta vez es personal, lo cual quiere decir, definitivamente, que no será profesional. Ojalá lo fuera, la verdad.

Aunque vaya contra su rudeza natural y su naturaleza testosterónica, lo cierto es que no tiene problemas en prestarse a la pantomima; llegado el caso, haría de hermana fea de la Cenicienta y caminaría de rodillas como enano de Blancanieves. Esto le trae a la memoria a su ayudante, John Ghavam, alias Little John, fenecido tiempo ha. Studs no es del tipo sentimental, pero no pasa ni una sola noche de cruel dilema moral sin añorar a su pequeño colega, con su pinta de sapo y sus tambaleantes escapadas ebrias a lo Todd Browning, ambos cabezotas, relativamente jóvenes y, desde el punto de vista de los testigos, un tanto desconcertantes. John, como Studs, solía embarcarse en negocios de dudosa reputación: llegó a ejercer de saqueador con los jawas del desierto antes de ingresar en una banda de hampones de similar tamaño, un grupo capaz de viajar en el tiempo, pero después no tardó en empezar a zumbarse a un montón de exmodelos de lencería para el mercado especializado. Cree recordar que una de tales empresas se llamó *Los héroes del chocho*, pero puede que se lo esté inventando o que lo haya soñado, como cuando se empeñó en que el difunto artista local Henry Bird había sido el marido de Vampira, la de *Plan 9 del espacio exterior*, tras confundirla con su auténtica esposa, Freda Jackson, la coprotagonista de Karloffen *El monstruo del terror*. Fue un estúpido error de novato que

podría haber cometido cualquiera, pero lo más probable es que Studs, un detective privado que se enorgullece de su reputación y fiabilidad, se lo lleve a la tumba. Esa es la clase de tipo que supone que es.

Lo más duro de vivir sin Little John es la ausencia de su extrema improbabilidad. Cuando fallece una persona improbable, la probabilidad de conocer a otra se torna mucho más improbable. Personajes como Little John, o como el propio Studs, son las anomalías estadísticas de la realidad. Los que sesgan las cifras. Al salir de la ecuación, las gráficas se aplanan en una línea cómoda e insulsa, mientras que, cuando cuentan con Little John, dan la impresión de que el mundo es capaz de todo. Las leyes de la física huían despavoridas cuando ese pequeño mamón le daba a la priva, encaramado sobre el taburete y tragándose una pinta tras otra, ocho, nueve, las que fueran, sin que nadie lo viera ir al baño. Studs llegó a teorizar que el cabrón debía estar hueco, que debía ser una jarra Toby dotada de pronto de conciencia humana. Una jarra inesperadamente incombustible, eso sí: una vez, con esa masa compacta suya y su consabida voz de pito, se lanzó contra la ruleta del casino de Regent Square al grito de «¡Todos a cubierta!». También se contaba entre la pavorosa marabunta del Crown & Cushion que servía de público al compositor cautivo Malcolm Arnold. En el Boat de Stoke Bruerne, el pub del canal al que los marineros acudían los domingos con sus gorras y sus polos, siempre del brazo de sus jóvenes esposas en bermudas vaqueras, el rampante Little John solía estampar su jeta contra las entrepiernas de las mozas.

—Es genial. Los maridos se ríen y todo, y sueltan cosas como «Aminora, pequeñajo, que menudo panorama hay por delante, ¿eh?». Nadie quiere pegarle a un enano.

Se lo figura de pie en el jardín de su casa de York Road, con la leyenda «*Toad Hall*»[71] clavada en la puerta, parado junto a su reloj de sol pétreo, partiéndose de risa mientras unos sapos enormes cubren los parterres, el reloj de sol, a él mismo y a todo.

Por supuesto, el cariz más improbable de su difunto amigo consistía en ser, en realidad, el nieto del sah de Persia. Studs menea su cabeza feúcha y sonríe con cierto apuro, como si alguien lo observara. Nieto del sah. A su juicio, el asunto es como la física cuántica, las mujeres o el jazz contemporáneo: no tiene ningún sentido.

Extiende la mano para coger otro boli, pero reprime el acto reflejo a medio camino. El matasanos le ha dicho que reduzca el hábito a como mucho una pluma de vez en cuando, en fines de semana u ocasiones especiales. Maldita sea. Separa la silla y se aparta del espejo con la esperanza de que algún entuerto aleje las tentaciones de su agudo intelecto de detective privado. Pasa al recibidor de su oficina, camuflada para despistar a acreedores y rivales del hampa como el rellano alfombrado de una típica escalera de urbanización inglesa, vestíbulo inferior incluido, y pulsa la tecla del contestador.

—Bob, joder, ¿pero a qué viene esa voz? Suenas como un viejo pederasta estonio. Soy Alma, por cierto. Perdona que te llame a casa de tu madre, pero si vienes mañana a la exposición, no te olvides de ese material de Blake que te pedí que me buscaras. Si lo has encontrado, claro. Si no, tampoco pasa nada, pero no vuelvas a dirigirme la palabra nunca más, ¿vale? Ah, ¿y por qué «Robert Goodman no está disponible ahora mismo»? ¿Acaso está jugando al polo? «Robert Goodman». Nadie te llama «Robert», Bob. Si te soy franca, la mayoría no tiene ni la cortesía de llamarte «Bob». Muchos gimen y hacen un aspaviento con las manos. Luego se sientan y se echan a llorar. Lloran como críos ante la mera idea de que existas, Bob. En fin, espero ver el material de Blake en la exposición, y a ti sosteniéndolo solo si es absolutamente necesario. Cuídate mucho, Bobby. Y no cambies nunca. Hablamos.

Nota que su sangre no se le hiela de pronto en las venas. Eso solo pasa en las novelas de detectives, porque en la vida real a lo más que se llega es a un granizado rosa, lo cual tampoco es muy agradable. Studs reconoce el nombre, la voz, la avalancha de pullas gratuitas. Reconoce a la dama

en cuestión: un alto y largo trago de ácido de batería que responde al nombre de Alma Warren. Si a esas extensísimas marañas de pelo que uno saca a veces del sumidero atascado de la bañera se le añadieran un par de ojos y un aire de superioridad, se obtendría una descripción aceptable para el retrato robot de la policía. Es de esas mujeres de armas tomar que no se olvidan sin hipnosis, y, aun así, el caso Warren se le había resistido a la mente de Studs, surcada por balas y aturdida por coños, hasta este mismo momento, justo ahora.

La Warren está al frente de unos cuantos chanchullos de arte moderno con los que logra sacarles un buen parné a los paletos a cambio de dejarles ver sus garabatos esquizofrénicos. Meses atrás, Studs se pasó por su tugurio bohemio de East Park Parade, un poco más arriba de donde él solía pernoctar cuando vivía aquí en la ciudad, presumiblemente después de una juventud dura y dolorosa en el distrito Bowery de Nueva York, en Brooklyn, o en dondequiera que creciera Studs. Solo es trasfondo, ya lo solventará luego. El tema es que se dejó caer por el sórdido cubil de la artista y la sorprendió trabajando frenéticamente en mitad de una humareda de sustancias de contrabando, con un buen montón de imágenes desconcertantes de todo tipo apoyadas en las paredes del salón, suficientes para que él se sintiera atrapado en una suerte de caleidoscopio averiado de los Grateful Dead. Entre pinceladas erráticas sobre un lienzo insondable y largas caladas a un porro lo bastante grande como diagnosticarla de envidia de pene, le explicó que estaba preparando unas tres docenas de piezas para una nueva exposición en el barrio ruinoso que la había visto crecer. Francamente, pone en duda que fuera tan cruel y descarnado como las malas calles del Bronx —o de la Cocina del Infierno, o del Bidé de Satán, o de un sitio igual de pintoresco, en todo caso— en las que se crio él, si bien la fama de los Boroughs sigue siendo espantosa incluso hoy en día. El viejo gueto de la Warren no es que esté del lado malo de las vías, sino sobre las vías mismas, destrozado y arrasado por una estruendosa locomotora social de casi

ochocientos años.

Recuerda haber tenido un desagradable encontronazo con el lugar en su niñez, cuando sus padres insistieron en que tomara clases de danza en la escuela de Marjorie Pitt-Draffen en Phoenix Street, allá por la trasera de la iglesia de Doddridge. ¿O fue él quien insistió? Su memoria está atestada de bares, de cadáveres y de esas morenazas que ha dejado que se le escurran entre los dedos, así que no se acuerda. Da igual. El meollo es que tuvo que ponerse falda escocesa. Un crío de nueve años con falda escocesa, tomando clases de baile en ese zoo de matones que era el antiguo barrio de Alma. Debería tipificarse como maltrato infantil, joder. Cuando se lo contó a la Warren, su único comentario fue que, si se hubiera topado con él por entonces, se habría sentido más o menos inclinada a darle una paliza: «Niños pijos en falda escocesa… era una ley no escrita». Ahora que cae, ha sufrido más palizas como colegial retraído que como recio detective privado, y en la inmensa mayoría de esos bretes pueriles vestía pantalones normales. Sospecha que lo de la falda escocesa debía ser una mera parte de la ecuación.

Sea como fuere, la clave del asunto es que la exposición de la artista desmelenada tendrá lugar mañana, y que se celebrará en la guardería de Phoenix Street que solía ser la escuela de Marjorie Pitt-Draffen. El bolo está ligado al caso que quería que aceptara cuando fue a visitarla aquel día a East Park Parade. Según le explicó entonces, tenía listas veinte o treinta piezas, pero el tema de fondo no las conectaba del modo en que esperaba. Desde el punto de vista de Studs, la dama había cargado una recortada con perdigones de significado y la había disparado contra un muro, y ahora pretendía que los impactos tuvieran sentido. Había imágenes inspiradas por himnos, un mosaico de azulejos basado en la vida de ese meapilas local llamado Phil Doddridge y un sinsentido sobre no sé qué cruz de piedra traída desde Jerusalén. Uno de los cuadros parecía un retrato de Ben Perrit, un crápula poético al que llegó a conocer en su día, y también había

unas cuantas piezas de técnica mixta destinadas a representar el determinismo y la ausencia de libre albedrío, al menos según su colocadísima autora. En su opinión, la exposición de la Warren no era más que un deslavazado batiburrillo de ideas sueltas, y lo peor es que la tipa consideraba que debía hilar semejante desastre con William Blake.

—A ver, tengo muchas referencias que prueban que mi familia procede de Lambeth, pero creo que la cosa necesita algo más sustancial, algo que engarce todos los temas. Y eso es lo que quiero que hagas, Bob. Averigua cómo encaja Blake en todo esto. Descubre el vínculo entre Blake y los Boroughs, y te prometo un retrato. Te haré inmortal, Bobby, y juntos infligiremos tu rostro en una posteridad inocente. ¿Qué opinas de la oferta?

Lo que opina de la oferta, y que no se atrevió a aventurar en aquella circunstancia, es que resulta el típico favor de Alma Warren, pues no hay dinero de por medio. La inmortalidad y una libra con cincuenta le darían, al menos, para otro paquete de bolis. Dicho esto, era trabajo, así que lo aceptó. Ahora, esa bruja salpicada de pintura lo tiene encañonado, y si no resuelve el caso, esta ciudad partirá peras con él. La Warren se asegurará de ello. Conoce sus trapos sucios, muchas de las historias que enterró en su violento pasado y que preferiría que siguieran allí. Tuerce la sonrisa al evocar aquella vez que se la encontró en Kettering Road y ella le preguntó, con indudable interés fingido, por qué estaba cojeando.

—Pues es que, eh… es que estuve anoche en Abington Park, en el quiosco de música. Ya sabes que me gusta mantener en forma mis dotes actorales, así que ensayo papeles para estar listo, por si acaso me los ofrecen. En este caso, es un rol de agente secreto, y la escena se abre conmigo en el quiosco de música. A una señal, salto por encima de la barandilla y aterrizo sobre el césped con pose felina. Miro en derredor, escudriño la oscuridad circundante, y me escabullo entre las sombras.

La Warren le clavó la mirada antes de cerrar,

incrédula, sus ojos espeluznantes.

—¿Y así te hiciste daño en la pierna?

—No, no, lo hice todo perfectamente, pero entonces quisieron otra toma. Esa segunda vez, me tropecé con el pie al saltar por la barandilla.

Su expresión se convirtió en una lucha a navajazos entre la piedad y el desdén, con la incredulidad mirando a un lado sin mover un puñetero dedo.

—¿«Quisieron»? —dijo a continuación, observándolo como si fuera un hallazgo imprevisto en una placa de Petri —. ¿Cómo que «quisieron» otra toma, Bob? ¿Me estás diciendo que el equipo de tu cabeza quiso hacer otra toma? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Sí, eso era lo que le estaba diciendo, y mirando atrás, desearía no haberlo hecho. En manos de una artista inestable, la información es un arma. Un arma similar a una lima de uñas, en tanto en cuanto no es muy masculina, pero que aun así puede hacer mucho daño; por ejemplo, si se la clavas a alguien en un ojo. El balance final es que la Warren lo tiene donde quiere, y si no resuelve el caso Blake, su reputación estará finiquitada. Es un chantaje puro y simple. Aunque no tan puro. Ni tan simple.

Se estira fatigosamente para coger su chaqueta de cuero, con la que bien puede sustituir su gabardina cuando la manda a la tintorería para que le limpien las manchas de sangre y alcohol, más algún remiendo invisible en los profusos agujeros de bala.

«Polillas». Esa es su más que probable frase lapidaria cuando los dependientes de la tintorería le preguntan cómo se los ha hecho. «Polillas del calibre .38».

Le deja a su secretaria una breve nota con sus preferencias para la cena. Arrastra los moratones de su armazón moral hacia la implacable luz exterior y se dirige al coche, ¿o quizás un yanqui preferiría emplear la palabra «automóvil»?

Veinte minutos después, en la atestada torre de aparcamientos del Centro Grosvenor, recuerda de dónde le viene esa arrugada red de metro facial mientras impulsa su

frustrado vehículo por la enésima rampa de subida. ¿Quién iba a pensar que un viernes habría tanta gente? Al final, consigue sitio fulminando con la mirada a una anciana de cabellos plateados que va en un Citroën, y cuando paga y obtiene su tique, desciende en ascensor hacia el acúfeno rasposo y sibilante del centro comercial de la planta baja. Studs serpentea a través del sedado oleaje humano; entre madres con coletas desmoñadas que empujan los carritos cubiertos de su prole a paso ceremonial, majestuoso, bajo un fulgurante mosaico de luces eléctricas; más allá de adolescentes fantasmagóricos y extrañamente marginales que limitan su rebeldía a una sonrisita, un jersey gastado y la ocupación incontestada del banco exterior del Body Shop. Tuerce la comisura del labio en lo que pretende ser un gesto de desdén, pero ceja al percatarse de que los clientes que deambulan por el centro lo miran con preocupación, como si estuviera sufriendo o superando un derrame cerebral. Gira a la derecha en el recodo de la bulliciosa galería y recorre el tramo que solía ser Wood Street, siempre en obstinada dirección hacia el final del corredor, sus puertas de cristal y la luz del día.

La cuesta rosada de Abington Street resulta yerma pese a los flósculos de sol vernal que caen al azar a través de la película de las nubes. Esta antigua arteria de la ciudad, el Paseo de los Conejitos, se diría abrumada por la conciencia de su actual carencia de propósito: mantiene la cabeza gacha, procura pasar inadvertida, y espera de corazón salvarse de la siguiente ola de despidos. Presa de la vergüenza, parece encogerse ante el pedernal encendido de la mirada de Studs como una furcia drogata a la que hubiera reconocido como su maestra de primaria, una coincidencia improbable, esta, que él nunca ha vivido. No con la señorita Wiggins, ciertamente. Ay, Dios. Ojalá no hubiera evocado esa imagen en concreto. Un auténtico detective privado, se dice para sus adentros, debería poder articular metáforas propias del género negro, pero no tan renegridas como para revolverle el estómago. Describir un cráneo aplastado como un tarro de mostaza en grano roto

sería, por ejemplo, un símil efectivo que no caería en la descortesía. La señorita Wiggins yendo de acá para allá por un cruce abarrotado, con sus audífonos, en minifalda, y en pleno mono de heroína, es harina de otro costal, un terror que le chamusca el lóbulo frontal hasta el punto de que ya ni recuerda lo que esa imaginería monstruosa pretendía representar. Ah, sí… Abington Street. ¿Pero cómo pasó de ahí a lo de…? Da igual. Mejor olvidarlo. Ha de centrarse en el caso.

Se arrastra cuesta arriba hasta pasar Woolworth's, decide apretar luego un poco, y por último adopta una especie de aceleración *chaplinesca* que acaba considerando impracticable antes de alcanzar la Galería Cooperativa. Se dirige a un garito que le es conocido en esta vil metrópoli, uno en el que podrá obtener información de fuentes fiables. Es el típico local del que la gente normal tiende a alejarse, un antro dudoso en el que la actividad criminal se adivina por los susurros con los que habla la peña y en el que cualquier listillo que no juegue según las reglas de la casa se busca una buena bronca, y tal vez una deuda. Studs lleva años sin visitar la biblioteca de Northampton, pero apostaría su último centavo rojo a que le dará las respuestas que anda buscando, y por todos los diablos, ¿qué cojones es un centavo rojo? ¿Un rublo? ¿Un kopek? Esta profesión emplea una jerga de la que se le escapan un montón de cosas.

Para su sorpresa, la puerta inferior de la biblioteca, bajo ese pórtico tan sugerente, no se corresponde ya con la entrada del edificio, lo cual le obliga a dar un corto paseo por la gran fachada de la estructura hacia el acceso superior. Trotando con afectación ante la leve condescendencia de los ojos de Andrew Washington, tío del mucho más famoso George, está a punto de alcanzar la seguridad de las puertas batientes cuando nota que algo no va bien. Confiando en su instinto, curtido en Vietnam, Corea o quizá la Primera Guerra Mundial, alza la vista y se para en seco. Desde la otra punta de la calle se aproxima una borrasca negra y amenazante que se precipita

pendiente abajo en una vorágine de transeúntes apartados y basura arremolinada. Alma Warren.

Con el nerviosismo propio de un incendio de nivel 3, y rezando para que no lo haya distinguido, Studs se cuela por la entrada hacia la zona de bienvenida de la biblioteca, empapelada de folletos. Se arrima a los rótulos fosforitos de la pared oriental hasta transformarse en una informe silueta de cuero, coge aire y contiene el aliento, sus ojos fijos en la puerta transparente mientras aguarda a que la harpía intimidante pase de largo por la calle. Ni siquiera sabe por qué la está evitando, pero el sigilo reflejo ante cualquier situación parece coherente con la actitud de un investigador privado. Es lo que haría Studs. Además, aún no ha conseguido la información sobre Blake que esa pesadilla de clienta espera que desentierre, y las cosas podrían ponerse feas.

En el lamentable tramo allende el cristal, la enorme y desaliñada avalancha pasa de derecha a izquierda con su pintalabios, y él deja escapar el aire. Se despega de los carteles plastificados de su espalda, retrocede hacia la puerta, la abre, y asoma por el quicio el maltrecho saco de boxeo de su cabeza para espiar inquisitivamente a la inadvertida artista *beatnik*, que vuela y ondea por Abington Street como una tormenta amainada que se alejara de él. Mientras disfruta de la prerrogativa detectivesca de observar a alguien sin que se dé cuenta, otro elemento de esta intriga, ya curiosa de por sí, entra en escena: en rumbo de colisión ascendente con la descendente pintora, surge una figura que viste chaleco y sombrero de paja, ni más menos que la del bardo borracho oriundo de los Boroughs, el casi universalmente anómalo Benedict Perrit.

La aproximación de estas dos peculiaridades del barrio más antiguo de Northampton es un ritual místico del que Studs es testigo. Al avistar a la Warren, el poeta ebrio tuerce en dirección contraria durante unos segundos, y luego se gira de nuevo para sorprenderse ante la artista, esta vez partido de risa. Su mirada desalineada se aguza, y entonces se pregunta si el extraño comportamiento de Ben

Perrit podría ser algún tipo de código o señal. Quizás este encuentro casual entre la despelucada pintora y uno de sus modelos artísticos no sea tan aleatorio como parece. El beso inusitado que la Warren le planta a Perrit en la mejilla solo acrecienta sus sospechas —desde luego, no es así como lo saluda a él—, y a continuación, tras un par de minutos de cháchara, hay un intercambio furtivo que podría ser de dinero, pero también de mensajes. ¿Son una pareja de conspiradores decrépitos, de amantes grotescos, o tal vez la Warren ha llegado a esa edad en la que paga a beodos para dejar que los bese? Cuando al fin se separan y retoman sus respectivos periplos cuesta arriba y cuesta abajo, Studs regresa a la biblioteca y cavila que da igual de qué lado caiga la moneda o ruede el dado: es casi seguro que Ben Perrit está metido hasta los ojos —en su particular, borrosos y de aspecto dolido— en el caso Blake. Todo lo que ha de averiguar es el cómo.

A tal fin, se interna aún más en la biblioteca, muy cambiada y solo a ratos familiar. Se orienta gracias a los ventanales de la pared norte que dan a Abington Street, por donde la luz del día se filtra y derrama sobre las estanterías emplazadas en la antigua sala de lectura de prensa. Todavía recuerda la mezcolanza de vagabundos que solían ocupar sus sillones largo tiempo desaparecidos, sobre todo si resultaba estar lloviendo. Bill el Loco, Charlie el Loco, Frank el Loco, George el Loco y Joe el Loco, a veces incluso Walter el Silbidos, un veterano traumatizado de la Primera Guerra Mundial que era, por cierto, el único miembro de esta caterva que sufría una clara enfermedad mental. El resto no eran más que mendigos y dipsómanos, aunque el folclore local le atribuía a cada uno la propiedad de unos cuantos bloques de pisos en las ciudades cercanas. Es probable que su supuesto estatus de millonarios excéntricos se fabulara como pretexto para no darles ni el cambio a los pordioseros, o esa sería, al menos, la principal motivación de Studs para inventarse semejante historia. Mientras avanza por el pasillo principal de la venerable institución, se acuerda de una última adición a su lista de gorrones

ociosos; en concreto, la de W. H. Davies, que pergeñó su *Autobiografía de un Súper Vagabundo* bajo estos ventanales, junto a esa panda rezongona y quizá hasta pulgosa. Y ahora que cae, ¿no colaboró Davies con uno de los héroes de la Warren, con ese artista y ocultista *cockney* llamado Austin Spare, en una publicación artística titulada *Form*? Según tiene entendido, Spare era un bicho raro eduardiano que incluso afirmó haber sido William Blake en una encarnación anterior, aunque supone que este vínculo es demasiado tenue para las necesidades de su clienta. Es un callejón sin salida. Asume a regañadientes que tendrá que escarbar más a fondo.

Razona que el mejor punto del que partir es el propio Blake, esa figura enigmática que se halla en el centro de este caso abierto. Tras pescar raudamente una edición integral de las obras del visionario de Lambeth, busca silla y mesa para ponerse al tanto de los pormenores de la presunta víctima. Hojea la introducción del volumen y confirma que Blake lleva muerto, requetemuerto, desde 1827. El principal sospechoso fue un malestar de vientre algo complicado, pero, antes de su fallecimiento, el poeta en persona señaló al invierno inglés como el culpable más probable. Es una teoría tentadora, pero Studs no tarda en descartar la muy vilipendiada estación por falta de móvil. Con pruebas tan parcas y sin pista alguna, no va a ninguna a parte. Diablos, si ni siquiera han encontrado el cuerpo: a Blake y su esposa los arrojaron a una fosa común para pobres en Bunhill Fields, y la lápida solo señala la ubicación aproximada de sus restos. De Bunyan y Defoe, las otras celebridades literarias del cementerio del este de Londres, cuyas tumbas exhiben un sarcófago y un obelisco respectivamente, se sabe que visitaban Northampton con frecuencia, y de hecho escribieron sobre sus viajes a la urbe. ¿Por qué no pudo la Warren obsesionarse con uno de ellos?

Azuzado por el mal humor, se salta con ansiedad el resto de la introducción en pos de la serenidad de los grabados, de un toque de *Día Alegre* que le levante el

ánimo. Lo que parece haber olvidado, empero, es la gran predominancia de imágenes lúgubres, deprimentes y desasosegantes que caracteriza la producción del reputado susurrador de ángeles. He aquí un *Nabucodonosor* horrorizado, gateando desnudo por un mundo subterráneo, y aquí la corpulencia del *Fantasma de una pulga*, subido a su proscenio crepuscular, sosteniendo ante sí con orgullo un cuenco colmado de sangre. Incluso en las láminas en que monstruos y demonios yacen ausentes —como en el caso de la ornamentación santa y seráfica de la, aun así, fúnebre y sobrecogedora *Epítome de las meditaciones de James Hervey entre las tumbas*—, una humedad cementerial lo impregna todo. Tardíamente, Studs comprende por qué la última exposición de Blake en la Tate Britain, montada hace un tiempo, y compartida con sus coetáneos Gilray y Fuseli, tuvo por subtítulo *Pesadillas góticas*. Concluye pues que, si Blake resulta no tener relación alguna con Northamptonshire, entonces debería haber tenido una, dada la actitud sombría que gastaba. A su juicio, Northampton fue la cuna del movimiento gótico moderno, y el obvio desvelo del pintor, poeta y grabador por la mortalidad habría desatado una tormenta en los primeros conciertos del grupo Bauhaus.

Se descubre tarareando el coro de *Bela Lugosi's Dead* bajo su aliento a café mañanero, y deja que sus pensamientos vaguen del encargo que tiene entre manos a las noches en plata y negro de hace veinte o treinta años. Studs formaba parte de la tropa a lo *Grand Guignol* que se congregó, cual neblina transilvana, en torno a Bauhaus 1919, nombre del grupo de los pómulos marcados por aquella época. Estaban él y Reasonable Ray, *roadie* superlativo. También estaban Gary —hermano sobrenatural de Danny, el guitarrista principal— y, por supuesto, Little John. Por lo que recuerda de la génesis del movimiento gótico del siglo XX, nunca hubo un plan maestro truculento o un proyecto estilístico en todas las referencias vampíricas y las siniestras estaciones de Delvaux que copaban las cubiertas de los discos. Esas ideas partieron una a una de

los miembros de la banda y, por extensión, de la ciudad en la que habían crecido, de sus pavorosas iglesias de mil años, de sus poetas locos, sus brujas inmoladas, sus cabezas empaladas, sus reinas muertas y sus reyes apresados, una demencia mohosa destilada en Pete Murphy canalizando a Iggy Pop sobre un oleaje de *riffs* que Ash sacó de una peli de moteros, todo bajo el ritmo aórtico de los hermanos David J y Kevin Haskins. Sobre estos orígenes sorprendentemente amenos, se alzó una marea de morbosidad chic, palidez forense y sonoridad cadavérica que sepultó al mundo occidental bajo la melancolía y el maquillaje, otra fiebre puramente local que se volvió pandémica.

En la turbia periferia de la visión resacosa de Studs, una septuagenaria con anorak rosa se dirige a la sección de Historia Militar como un misil Scud. Aún en su silla, se siente envuelto en la sibilancia de una cámara de niebla, y posa su mirada sobre el libro abierto sin prestarle mucha atención. El grabado y sus negros predominantes fluyen y giran en un miasma, en un vórtice de mausoleos, en un oscuro torbellino que se abre ante él como si un matón a sueldo le acabara de dar un cachiporrazo en la cabeza. *Meditaciones entre las tumbas*. Se retrotrae a la tarde del funeral por Little John, con los dueños del Racehorse atónitos, inmersos hasta la cintura en la sollozante multitud de pequeñines llegados a la ciudad para el evento, cincuenta o sesenta, un pub de liliputienses plañideros ascendiendo por Wellingborough Road, ¡y menuda se armó cuando empezaron a cantar! No acudió nadie de la familia real persa, eso sí.

A su entender, fue por el riesgo potencial que suponía para el linaje. Dada la cantidad de enemigos que el tiránico abuelo de Little John tenía en Persia allá por los cincuenta, pocos años después de que los yanquis lo auparan al poder, la decisión estuvo clara: que la hija del sah engendrara un niño deforme solo era munición para sus rivales. Mejor enviar al crío al culo del mundo, a un lugar tan ignoto que su nombre cayera en el olvido y nadie supiera de su

existencia. Un lugar como Northampton. ¿A quién podría sorprenderle que John y él acabasen surfeando olas de terciopelo morado y purpurina en el entorno de Bauhaus? No eran más que dos florituras góticas entre las muchas de la localidad.

La biblioteca va y viene a su alrededor, y a su memoria acude, por algún motivo, una peripecia completamente anodina en compañía del enano etílico, con el semblante de John difuminado por el alcohol hasta no ser más que un borrón. ¿A dónde fueron los dos aquel día y por qué piensa en eso ahora? Tiene el recuerdo difuso de que Jazz Butcher pudo participar de algún modo en los hechos, pero no cree que el renombrado cantautor estuviera presente en la ocasión insustancial que lo asalta de manera inexplicable. Lo más probable es que Little John y él fueran de camino a visitar al músico o que estuvieran volviendo de hacerlo; un interludio, este, para el que recorrieron las mohínas callejuelas traseras entre la vivienda de Butcher, cerca del Racecourse, y la cuesta ventosa de Clare Street, próxima al centro. ¿Dónde se tomó exactamente esta instantánea ilusoria que parece grapada a su cerebro, con el retaco trastabillando delante de él por los escasos charcos metalizados de una hilera de casas silenciosas? ¿Fue en Colwyn Road o en Hood Street? ¿En Hervey Street o en Watkin Terrace? Solo recuerda la pintura costrosa y el velo grisáceo de los visillos de…

Hervey Street. Por supuesto. Abre los ojos en un plano de «súbita lucidez» y vuelve a aguzarlos para leer la pequeña tipografía subyacente al luctuoso grabado de Blake. Quizá le gustara más imaginándoselo como una pista *noir* y no como un rótulo negro, pero justo ahí, bajo la iconografía taciturna, se halla toda la confirmación que necesita por ahora: *Las meditaciones de James Hervey*… es el mismo nombre, el mismo apellido, por más que eso no pruebe que fuera el mismo hombre o que tuviera una relación con Northampton. Al fin y al cabo, la ciudad posee una Chaucer Street, una Milton Street, una Shakespeare Road y otras cuantas docenas de calles en honor a personas

sin la menor conexión con ella, pero siente una corazonada con este tal Hervey, y su avezada intuición de detective privado nunca falla.

Excepto cuando lo hace, claro. Pone una mueca al rememorar uno de sus viajes con Little John al casino, en concreto al Rubicon de los Boroughs, allá por Regent Square. Pudo ser la misma noche en que su diminuto camarada se arrojó sobre la ruleta como una bola extra, pero, en la mente de Studs, lo que definió la velada fue su propio comportamiento errático. Era una persona distinta por entonces. Siendo específico, era James Bond en una hipotética readaptación de *Casino Royale*. Llevaba esmoquin, pajarita negra y toda la pesca. Cuando se hizo tarde, lanzó a la mesa su última ficha de gran valor, y sin siquiera molestarse en mirar dónde había caído, se dio la vuelta y se alejó de la ruleta del modo en que lo haría un hombre que hubiera ganado y perdido más fortunas en una sola tarde que las que otros amasan en toda una vida; alguien despreocupado, seguro de su relación con el azar y el destino. No obstante, con la renta de una semana al albur de una bravata totalmente impulsiva, lo que esperaba, obviamente, era que el asombrado crupier detuviera su retirada flemática llamándolo de vuelta a la mesa para recoger sus cuantiosas e inesperadas ganancias. Cuando no fue así, se sintió devastado. Pese a la abrumadora cantidad de pruebas que refutan ampliamente esta teoría, le gusta creer que las fuerzas que rigen la existencia adoptan un enfoque dramatúrgico en las narraciones humanas. Le gusta pensar que tales entidades tienen afición por los indultos de última hora en el corredor de la muerte, por las apuestas de uno contra un millón, o por las fugas al límite, y la consecuencia de este credo ha sido cosechar una vida de decepciones casi constantes.

Pero no esta vez. En lo más profundo de su ser, bajo la placa de acero que lleva en el cráneo desde que amortiguó aquella mina de Okinawa con el altruismo de su jeta, siente al fin que una de sus corazonadas va a darle réditos. Ese gilipollas de Hervey oculta algo, está seguro. Y con la

debida presión, quizá desembuche. Hace crujir sus nudillos con aire amenazante, agarra el libro de Blake, se levanta y enfila hacia lo que parece ser un puesto disponible de acceso a internet, o como él prefiere llamarlo, una sala de interrogatorios. Piensa usar las técnicas más sucias de su repertorio para ablandar al sospechoso; todas, desde la del poli bueno y el poli malo hasta la de golpearlo con bolsas de naranjas de dos kilos para fastidiarle los órganos internos sin dejarle marcas en la piel. Y si eso no funciona, lo buscará en Google.

Por descontado, Hervey se desmorona ante la fuerza bruta del motor de búsqueda, y antes de darse cuenta, Studs lo tiene cantando cual devoto canario calvinista. Hay un montón de páginas, la mayoría cristianas, con referencias al sujeto, y aunque la prosa es tan florida que a punto está de necesitar un antihistamínico, da en la diana con el primer resultado que abre. Al parecer, James Hervey fue pastor anglicano y escritor, nacido en Hardingstone, Northampton, en 1714, y su padre, un tal William, ejerció de párroco tanto en Collingtree como en Weston Favell. Educado desde los siete años en la escuela de gramática[72] de la ciudad, bla, bla, ingresa en el Lincoln College de Oxford, donde conoce a John Wesley, bla, bla, bla, enterrado en la iglesia parroquial de Weston Favell… A Studs le cuesta mantener su típica mirada desafiante ante el júbilo que experimenta. Esta es la pista que buscaba. Vale que no hay relación directa con los Boroughs, pero, al menos, el nuevo material sitúa a Hervey en la escena.

Resiste la tentación compulsiva de llamar «tesoro» a la amable bibliotecaria y le pregunta si podría imprimirle todos los trapos sucios que le ha destapado a Hervey en su página de la Wikipedia, y ya que está, que le imprima también la entrada de la escuela de gramática (más tarde, de secundaria) de Northampton. Le da la sensación de que Ben Perrit pudo ser alumno allí, en Billing Road, en algún momento, y aunque esta conexión entre James Hervey y los Boroughs sigue siendo muy débil, por ahora es lo único que tiene. Al plantear la petición, le lanza a la funcionaria un

guiño pícaro y baqueteado, pero ella finge no verlo, sin duda por confundirlo con un tic nervioso. Paga las copias y vuelve a cerrar el ojo a intervalos aleatorios para confirmarle su suposición, pues razona que prefiere afrontar su condescendencia lastimera a un juicio por acoso. En boca de un presunto violador, sospecha que lo de ser «un rebelde que no respeta las reglas» sería un argumento que apenas conmovería al jurado.

Según el procedimiento, coge el fino taco de folios, abre la bolsa y guarda las pruebas para leerlas más tarde. Al salir de la biblioteca, regresa sobre sus pasos por Abington Street evitando cuidadosamente los lunares blancos de goma mentolada que rodean las islas de plástico rígido de los bancos de la zona. Mejor no tomarse lo de patear las calles como algo excesivamente literal. El Centro Grosvenor, con su gigantesco casco parlamentarista dominando la entrada en homenaje a *El castillo de Otranto*, es un borrón sinestésico cuya música ambiental posee el fulgor del oropel, y cuya luz coloreada arroja ecos y repiques sobre galerías centelleantes. Sube en ascensor hasta la consabida planta del aparcamiento en compañía de una pareja de ancianos que no para de chascar la lengua, protestando como están por la cremallera de un carrito de la compra de tela escocesa que más parece un hijo retrasado y mal vestido.

Cuando encuentra su vehículo, muy probablemente un Pontiac o un Buick, o quizás un Chevrolet destartalado, se monta dentro y hace todo lo posible por aportar un matiz agresivo y temerario al gesto de abrocharse el cinturón. El rugido del motor al arrancar es el de un depredador estilizado, aunque en etapas finales de consunción, y Studs sonríe para sus adentros por si acaso necesitan un primer plano de él al volante. Esta faceta de su trabajo le resulta orgánica; es un rol con el que se siente enteramente cómodo, así que quema neumático para llegar a su cita con cierto lugar de culto, y no por la urgencia de confesar sus pecados. Para un detective, lo que está haciendo es tan natural como las aventuras de una noche o los resoplidos:

dirigirse a los sucios arrabales de una ciudad despiadada con el propósito de desenterrar un cadáver.

Weston Favell y su iglesia parroquial están a no más de cuatro o cinco kilómetros de Northampton, así que no le hará ningún daño tirar por Billing Road y pasarse por la escuela de gramática de Northampton —o escuela para chicos, como la rebautizaron recientemente— para echarle un vistazo al centro, para reconocer el terreno. Idealmente, preferiría embalarse por las calles al son de frenadas chirriantes y tiros a mansalva, pero los caprichos de un plan de tráfico notoriamente tortuoso lo obligan a torcer a la izquierda hacia Abington Square como si viniera de los Mounts, rodear el templo unitarista para dar la vuelta y torcer otra vez a la izquierda hacia York Road antes siquiera de llegar a Billing Road, abajo al final. Mientras aguarda en el semáforo del pie de York Road, vuelve a acordarse de Little John, pues sabe que la placa de bronce que identificaba *Toad Hall* lleva largo tiempo retirada. Es una puñetera vergüenza. Tendrían que haberlo declarado zona protegida, que haberlo mantenido como reserva para la menguante población menguada de los deformes crónicos, de aquellos demasiado bajos y medievales, o de quienes padecen un exceso de verrugas.

El semáforo se pone en verde y él gira hacia Billing Road, con la mole color hueso del atribulado Hospital General a su derecha, al otro lado de la bulliciosa calzada. Por lo que sabe de la historia local, que es mucho, y más considerando que se crio en las impías calles de Flatbush o por ahí, el hospital fue el primero del país después del de Londres, se construyó originalmente en George Row, y lo fundó la extraña pareja conformada por el predicador Philip Doddridge y el doctor John Stonhouse, crápula enderezado. A lo largo de los años ha aprendido un par de cosas acerca de la industria cinematográfica, y cree que la empresa tiene mimbres para convertirse en una gran peli de colegas, en plan agua y aceite. Pondera una escena en la que una sola cuadrilla de furcias pintarrajeadas del siglo XVIII, enroladas como voluntarias por lealtad hacia

Stonhouse, erige la enfermería cumpliendo plazos y por debajo del presupuesto, y entonces, a la izquierda, cruza los altos y ominosos setos del cementerio de Billing Road. No es el camposanto que anda buscando, pero aun así es un magnífico ejemplo de su categoría, así como el único objetivo en el que la Luftwaffe era capaz de acertar allá por la Segunda Guerra Mundial, tal vez en un intento de minar la moral de los cadáveres británicos. Se imagina los destellos nocturnos entre las lápidas dormidas, el rocío posterior de huesos, tierra y flores, la metralla marmórea del epitafio de alguien.

El panorama soleado que se extiende más allá del parabrisas se halla flanqueado por las viñetas de ladrillo y jardín, desprovistas de cielo, de las ventanillas laterales, todo con los detalles residenciales desplegándose tras él en la estela del Studebaker. En la otra punta de la calzada, el hospital St. Andrew brota a lo lejos con sus muros ciegos, sus verjas de hierro y esa esbelta barrera de hoja perenne agitándose detrás, un cortafuegos natural para la incontrolable llama del delirio que encierran sus paredes. Al sopesar el carácter inusualmente excepcional, cuando no directamente encendido, de los individuos confinados allí, supone que la institución podría verse como un anexo necesario de la racionalidad, como un ala erigida para albergar una información cuya medida escapa a la razón. O una gilipollez así, en cualquier caso.

Al llegar al final del sinuoso friso del psiquiátrico, aminora un poco y se topa con la fachada de la escuela para chicos de Northampton, un majestuoso edificio rehabilitado de principios del siglo XX, tributario de varias ampliaciones ulteriores que se abren hacia el este por las antiguas pistas de tenis, y cernido sobre un patio trapezoidal delimitado por un murete. Un cuarteto de chavales patentemente joviales, con sus chaquetas obligatorias de color azul marino, franquean la puerta del colegio entre risas y empellones, quizá volviendo de comer, y sin duda clasificando su universo subjetivo en elementos gais y no gais. Aunque la vetusta escuela secundaria no ha logrado

engendrar tantas celebridades como el manicomio adyacente, al menos hay que concederle el haberlo intentado. Francis Crick fue su pupilo, como al parecer lo fue Hervey, y como tal vez lo fuera Ben Perrit. Cree haber oído que Tony Chater, firme comunista de carné y editor del *Morning Star*[73] durante más de veinte años, también figura en las orlas, al igual que un joven Tony Cotton, *rockabilly* de la década de 1980 y asiduo de las listas de éxitos con los Jets, esos puristas de St. James's End. El pobre sir Malcolm Arnold, por otra parte, goza de la singular distinción de haber asistido tanto al centro educativo como a la famosa jaula de grillos colindante. En su último día de clase, el compositor novel podría haberse ahorrado mucho tiempo y esfuerzo subiendo por el carril bici, entrando por la puerta principal y quitándose su chaqueta, su gorra y su corbata para dar un resignado giro en redondo y adentrarse en la tranquilizadora explanada verde del St. Andrew. Por el rabillo de su ojo derecho, a la postre algo bajo, Studs observa que el augusto establecimiento se evapora a su paso, una neblina rosa y gris que merma y se encoge hasta encajar en el retrovisor de su Packard mientras él pisa a fondo en pos de un destino sepulcral.

Más abajo, allá por los confines inferiores de Billing Road, ve viviendas relativamente acomodadas a babor y nada más que campo abierto a estribor, y entonces lo asalta la incómoda sensación de haber soslayado un detalle crucial. Tal vez haya sido en su reciente ojeada a la escuela para chicos, pero no adivina qué puede ser. ¿Tendría algo que ver con su construcción, con su arquitectura, con su…? No, no. Se le ha ido. Poco antes de llegar al Billing Aquadrome, tuerce a la izquierda para conducir su Plymouth De Soto por la piedra melosa de las casas originales del pueblo, por los caminos de gravilla de las moradas posteriores y por las calles de una aletargada Weston Favell, aquejadas de un silencio receloso y antinatural.

Tras varios minutos, localiza un lugar en el que parece

poder aparcar su vehículo sin que nadie quiera inmolarlo en un hombre de mimbre. Conoce bien estas comunidades gentrificadas, el dinero que representan, y no puede sacudirse la impresión, probable por otra parte, de que el Instituto de la Mujer lo está monitorizando con teleobjetivo desde su misma llegada. Se apea de su tiroteado Nash Ambassador, evalúa la maraña intestinal de estas vías derretidas por el sol, de estas callejuelas al servicio de un siglo distinto, y admite a regañadientes que, hoy en día, es en lugares así donde los casos de asesinato dan pasta gansa. Los detectives más avispados, en vez de perseguir fríos sicarios del hampa por pasadizos urbanos alfombrados de jeringuillas, se mudan a las afueras, a tranquilas aldeas inglesas pobladas por señoras conjuntadas y generales retirados que intentan envenenarse entre ellos a razón de una vez por semana. Blancos matando blancos como si no hubiera mañana. Menuda vergüenza.

Ha dejado el coche a la vista de la iglesia parroquial del siglo XII, cuya aguja se alza sobre las chimeneas vecinas, y cuya piedra ofrece un aspecto tostado e irregular, aunque, a decir verdad, dado el tamaño de Weston Favell, aparcar en un sitio que no quedase cerca resultaría casi imposible. Con la bolsa colgada de un hombro que se retrae solo en previsión de un ataque profano, Studs no tarda en empujar una verja de hierro forjado que emite un quejido aún peor que el suyo, y luego remonta varios escalones tallados hacia el altozano consagrado que rodea la hermosa capilla. Para su sorpresa, y salvo por una leve brisa, hace una tarde inusualmente idílica. Desde luego, no es su ambiente habitual. La luz del sol riega cual sirope un césped bien cuidado, y no hay un neón escacharrado en kilómetros, no digamos ya una partida de dados.

Por desgracia, la iglesia está cerrada, pero lo más descorazonador es constatar que el lugar de descanso postrero de James Hervey no se halla entre las pocas tumbas de las inmediaciones del edificio. Las lápidas son sencillas, sus nombres y epitafios yacen casi borrados por unos cuantos siglos de moho e inclemencias, y las

sepulturas en sí parecen exclusivamente reservadas a fiambres del período jacobita, de los que colgaron el sombrero de ala ancha en el siglo XVII o así, mucho antes de que Hervey viera la luz en 1714. Studs descubre un losange azulino, colonizado por líquenes multicolores y no mucho mayor que un limpiabarros, que en ausencia de dedicatoria concreta más parece un *memento mori* generalizado. Con algo de esfuerzo, descifra los caracteres faltantes y, por ende, la inscripción original: recuerda, oh, paseante, que al igual que tú eres, yo también fui, anno 1656. Vale, colega. Gracias por el detalle. Dale recuerdos a la peste negra. Estas podrían ser las tumbas entre las que Hervey meditaba o no serlo, pero apostaría a que eran las que veía a diario cuando predicaba aquí, y tal vez contribuyeran a su notoria disposición alegre.

Habiendo llegado a un callejón sin salida, Studs opta por acometer la visita según lo planeado. Tras comprobar primero que la hierba del margen no esté húmeda, se tiende de costado con la sensibilidad de un ocioso caballero eduardiano, apoya el codo, cruza los tobillos, y abre su bolsa con presteza para rescatar del fondo los documentos sobre Hervey. Aunque los huesos del distinguido clérigo no estén por la zona, es la ocasión ideal de roer la esquiva médula del caso. Dada la escasez de losas y monumentos por los alrededores, se pregunta si el camposanto no sería de esos en los que las tumbas, exiguas por la época, distaban mucho de representar un reposo eterno. Después de una breve inmersión en tierra, y de quizás un par de semanas disipando carne y hedores, los despojos esqueléticos solían exhumarse y esparcirse para hacerle hueco al siguiente inquilino, un poco como las camas hospitalarias de la sanidad pública. Recuerda una escena del *Tom Jones* de Henry Fielding en la que un altercado durante una boda acaba con los contendientes arrojándose calaveras putrefactas, sin duda la munición más pronta, práctica y abundante en los cementerios del período. Si Hervey sufrió un sepelio efímero de semejante naturaleza, a estas alturas no quedará nada de él, y el cráneo que albergó

sus conjeturas sobre el más allá terminaría contusionando a alguna vetusta dama de honor. A falta de restos mortales, muestras de ADN y pruebas similares que procesar en algún cacharro futurista resuelve-crímenes salido de *CSI*, Studs se resigna a reconstruir las andanzas de Hervey a partir de la docena de folios que tiene en la mano, todos sudando tinta. Siempre cuidadoso, se saca del bolsillo de la chaqueta unas gafas de cerca casi sin montura, se las equilibra sobre la hoja de *tomahawk* que tiene por nariz, y se sumerge en el miasma gris del texto.

Como sospechaba, ese santurrón de Hervey era un elemento de cuidado. Nacido en una familia religiosa de Hardingstone —siempre a la sombra de la cruz decapitada, de ese monumento que el rey Eduardo I le dedicó a su fallecida Leonor—, James Hervey se marcha a la escuela de gramática durante 1721, a la edad de siete años. Una edad absurdamente joven, y más teniendo en cuenta que todos los que él conoce fueron allí tras aprobar la reválida a los once años, aunque deduce que el sistema educativo en la Northampton de hace casi tres siglos debía ser un animal muy distinto. Diablos, como si el sistema educativo de la ciudad no hubiera sido siempre una especie aparte con respecto al del resto del país. En las décadas de 1970 y 1980, a los críos de la localidad los sometieron azarosamente a un experimento pedagógico consistente en un itinerario de tres niveles, con una «escuela intermedia» a incluir entre primaria y secundaria para redoblar así la confusión y alienación de los alumnos en proceso de aprendizaje. Para sorpresa de nadie, la intriga no fue más que una birria manifiesta y se descartó discretamente a los pocos lustros, pero no sin antes convertir a toda una generación de escolares de Northampton en daño colateral. Fastidiado con eso de «a la edad de siete años», y obcecado aún con la idea de que la prestigiosa escuela para chicos encierra varias preguntas sin responder, Studs prosigue leyendo.

Una década después, a los diecisiete años, Hervey entra en Oxford, donde se topa con la camarilla protometodista

de John Wesley, un puñado de niñatos beatos y estirados a los que sus compañeros bautizan despectivamente como «el Club Santo». Studs reconoce el tipo y asiente con hartazgo. Así funcionan también las malas calles de la religión en estos días; críos decentes forzados a unirse a una banda u otra no porque quieran, sino porque suponen que eso mejorará sus posibilidades de supervivencia espiritual. Y luego, una vez juramentados, una vez que le han volado la rodilla a algún baptista como parte de su iniciación, descubren que salir del tinglado no es tan sencillo. Eso es lo que le pasa a Hervey. Por un tiempo, se convierte en la mano derecha de Wesley y en el escritor más afamado del Club Santo, pero no tarda en anhelar una facción propia. Corre el rumor de que los evangélicos le caen en gracia, y de que se autodenomina calvinista moderado, lo cual no es algo que a Wesley le guste oír. La inminencia de un tremendo tiroteo se palpa en el ambiente, así que, cuando Hervey publica los tres volúmenes de su *Teron y Aspasio* en 1755, es como si no le diera más opción al gran compositor de himnos que la de echarse a la calle. Wesley denuncia la obra de su antiguo lugarteniente calificándola de antinomista, una herejía algo anticuada que preconiza que todo está predeterminado, y antes de que el fulano pueda rezar un padrenuestro, el aire se llena de un ardiente plomo teológico. La potencia de fuego sobrepasa a Hervey, que se lo juega todo a la carta de la fe y devuelve el fuego con su *Aspasio Vindicado*, pero la consunción llega al final y decide que ha de echarse su siesta bajo tierra a la edad de cuarenta y cinco años. John Wesley, que ha elevado la presión desde el parapeto de su púlpito pese a saber que su objetivo estaba ya claramente moribundo, lee la refutación póstuma de su diatriba y declara, en tono dolido, que Hervey ha muerto «maldiciendo a su padre espiritual». Con el ansia de tener la última palabra, Wesley dispara una ráfaga contra la posteridad de su exalumno. Así son los metodistas, musita Studs. Gente metódica.

Tendido sobre el césped entre lápidas dispersas, y bajo el pálido resplandor de mayo, se da cuenta de que está

disfrutando del momento, de esta escapada diurna de la noche eterna y atroz que reina en su ciudad. Le fascina hallar que la luz del sol no siempre cae a franjas. Un mirlo canta en la espesura como un mafioso bajo interrogatorio, y entonces, el coyuntural detective *no-noir* centra su atención en la siguiente página de la documentación reunida, que parece escrita por un soldado raso de la banda de Wesley. Se trata ostensiblemente de un perfil de Hervey, y pinta al autor de *Teron y Aspasio* como un inepto de florido estilo literario que solo contribuyó al declive estilístico de las letras inglesas, alguien cuya prosa pomposa tuvo una influencia degenerativa en la práctica totalidad de los predicadores de su época, «salvo por el férreo John Wesley». Para demostrar su tesis en torno a la afectación vulgar y la pobreza de ideas de Hervey, el autor reproduce un pequeño fragmento de los escritos del párroco de Weston Favell. Da por sentado que el trozo se habrá seleccionado expresamente para ilustrar las flaquezas de Hervey, pero, aun así, Studs empuja sus gafas resbalosas hacia la cima del tobogán de su probóscide y comienza a leer:

> Apenas puedo entrar en una gran ciudad sin encontrarme con una procesión funeraria, o con los plañideros en las calles por doquier. La heráldica mortuoria en el muro, o el crepé negro ondeando en el aire, no son sino el indicativo silente de que ricos y pobres han estado vaciando sus casas para reabastecer sus sepulcros.

Reclinado sobre el puntal de un codo, y por tanto incapaz de confiar a sus hombros la misión de encogerse, Studs deja que sus pobladas cejas baldías y su labio inferior de bulldog contrariado ejecuten ese ademán en su lugar. Sí, vale, el material de Hervey es sombrío en un sentido decorativo, pero tampoco es para echarlo a los cerdos. De hecho, eso del «crepé negro ondeando en el aire» casi que le gusta, ojalá tuviera líneas de diálogo como esas. Bueno, ojalá tuviera líneas de diálogo y punto. Se fija de nuevo en la hoja y retoma la evaluación de las habilidades retóricas del

divino muerto:

> No hay periódico que caiga en mi mano que no incluya, entre sus muy entretenidas narraciones, varias e importantes lecciones a propósito de la mortalidad. ¡Qué son si no las reiteradas crónicas de la edad, desgastada por la lenta consunción de la enfermedad; de la juventud, despedazada por un súbito golpe del azar; de los patriotas, trocando sus asientos en el senado por un alojamiento en la tumba; o de los avaros, renunciando a su aliento y (¡Oh, destino implacable!) dejando sus muchas riquezas a los demás! ¡Incluso los vehículos de nuestra diversión son registros de los exánimes! ¡Y los cantos de la fama rara vez resuenan si no es en concierto con el toque de difuntos!

Bueno, a ver, desde luego es muy morboso. Y las últimas frases, donde a Hervey se le va la olla con las exclamaciones, se leen como si el tipo estuviera enfatizando a base de aporrear el púlpito, la tapa del ataúd, o lo que sea. Entiende que un material así pueda resultar un tanto depre. Con artificiosa sincronía dramática, el sol se desliza tras una nube, y todo queda revestido con la trama de puntos de un semitono gris. Las dos oraciones finales se dirían escritas pensando en Studs. En efecto, los vehículos de nuestra diversión, muchos de ellos con su aparición estelar, son registros de los exánimes, créditos cincelados en una lápida que sube por siempre, tristes dietarios de estrellas extintas. En cuanto a los cantos de la fama, duda que pudiera reconocerlos aunque llegara a oírlos, cosa que no hará si Hervey lleva razón en eso de que resuenan en concierto con el propio toque de difuntos. Aunque, en fin, eso tampoco estaría nada mal. La mayoría solo obtiene el toque y poco más, sin concierto que valga.

Finalizado ya su breve enfurruñamiento, el sol vuelve a salir. La siguiente hoja del taquito contiene la letra del que presumiblemente debe ser el único himno superviviente de Hervey, *Desde todo tramo descendente del tiempo*: «Desde todo tramo descendente del tiempo, el ojo de Dios nos observa vigilante, ¿quién más sabio para elegir nuestro sino, o para trazar nuestro camino?» A Studs le gusta su

fatalismo, porque a la actitud de un agente de la Continental o de un Philip Marlowe le sentaría muy bien: la noción de que nuestras desgracias y decepciones futuras están ya escritas; de que solo nos aguardan pacientemente carretera arriba, en los tramos descendentes del tiempo. Cree que Hervey y él coinciden al menos en la dirección del viaje, y supone que en eso consistiría toda esa monserga antinomista de la predestinación que tantos quebraderos provocó entre John Wesley y su antiguo compinche. Las abejas cercanas les zumban sus groserías a las primeras flores del año, y Studs progresa por el cúmulo de datos.

Hasta ahora, nunca había reparado en que todos los principales himnos ingleses y sus compositores brotaran de los siglos XVII y XVIII, ese fértil sustrato de la Restauración al que la guerra civil abonó con los nutrientes esenciales de un compost humano y equino, con el nitrato de las catedrales incendiadas. Mientras las costras de las verdes colinas de Naseby seguían frescas, ese parlamentarista de Bunyan abrió la veda con *Ser un peregrino*, y después vinieron Wesley, Cowper, Newton, Hervey, Doddridge y Blake, los sospechosos habituales, todos atrapados en el fuego cruzado de épocas y conflictos distintos, intentando reemplazar con sus cánticos el silbido de las balas de mosquete. Ahora que lo piensa, el golpe contra Carlos I orquestado por Oliver *Bugsy* Cromwell precipitó muchos cambios en Inglaterra. La cosa fue mucho más allá de una súbita andanada de himnos. ¿No se suele decir que el billar no se puso de moda hasta el período de posguerra, y que la balística del pasatiempo, compleja pero predecible, proporcionó por ventura a Isaac Newton un paradigma sobre el que sustentar sus leyes de la mecánica? ¿Y dónde estarían los detectives del *noir* como Studs sin la moralidad malsana de los salones de billar, sin sus sombras resentidas y su luz espesa y desalmada? Hay algo en estas líneas, en estos versos y estrofas, en estas trayectorias de bolas y balas, que un actor debería aprender, vectores monárquicos e hilos históricos. La idea es confusa y huidiza, carece de la pieza clave que lo ate todo y le ponga el lazo. Consciente de los

vaivenes de su atención, se ocupa de nuevo de los papeles que tiene entre sus garras nudosas, cada vez más mustios y húmedos.

La página que tiene delante, si bien al principio no le es alentadora, explica al menos el motivo de que todos sus intentos de rastrear el cuerpo de Hervey hayan errado el tiro. Al parecer, el cadáver en cuestión reposa actualmente bajo el suelo de la iglesia, en el presbiterio, al sur de la mesa de la eucaristía. Studs asiente con aire cómplice. El último lugar en el que alguien lo buscaría. Tiene sentido, sí. Cerca de la ubicación hay una especie de inscripción que describe a Hervey como «un hombre asaz piadoso, ¡y un autor asaz admirado!, que falleció el 25 de dic. de 1758, en el 45º año de su edad». La diñó el día de Navidad e incluso coló dos signos de exclamación en su epitafio, cavila Studs con admiración. Al final de los detalles forenses hay un verso en el que el autor, Hervey presumiblemente, expresa el deseo de un homenaje más visible:

> No esperes más, lector, que lo dé a conocer,
> vanas son la elegía tierna y el cincel del ayer.
> Mas perenne será el nombre que su obra arrojará,
> pues un alma celestial ella muestra, y pervivirá.

Segundo fruncimiento de labio y cejas. Parece una propuesta razonable. Acorde al texto que tiene delante, Hervey no ambicionaba más homenaje que «el monumento que pudiera dejar en el seno de sus pares». Esto sintoniza con la filosofía personal de Studs, que se resume en matarlos a todos y dejar que Dios, o la posteridad, se ocupen de reconocer a los suyos. No está muy seguro de haber dejado monumentos en el seno de muchos de sus pares, a menos, claro, que las balas del .48 cuenten como tales, pero ha de admitir que este Hervey está calando en él como el musgo en un mausoleo.

La inusual perfección de la tarde se esfuma con los vilanos de los dientes de león, y en las casas que rodean el altozano eclesiástico no ve más actividad que la del sol sobre la piedra pajiza. Durante la hora corta que lleva aquí

tumbado, ni un solo nativo de Weston Favell se ha aventurado por sus calles ventosas y somnolientas. ¿Será que han muerto todos en una suerte de ola homicida salida de madre como en *Los asesinatos de Midsomer*, en una convergencia estadísticamente peregrina de asesinatos aislados e inconexos, donde el último general o la última exenfermera que queda en pie la casca por culpa de un veneno retardado, administrado en secreto por la persona a la que él, o ella, apuñaló con unas tijeras dentadas en la escena inicial? Opina que es una trama mucho más absorbente que la de *Asesinato en el Orient Express*, pues en su historia no solo resulta que todos son el asesino, sino también la víctima. Es un doble giro ingenioso, la clase de final que nadie ve venir. Se concede unos minutos para elegir a los actores, aparte de sí mismo, a los que contrataría para la adaptación al cine, pero desiste al darse cuenta de que, aparte de sí mismo, toda la gente de su lista está muerta, es un registro de los exánimes, lo cual lo devuelve a Hervey.

El objeto subsecuente en el cajón de pruebas, que es como ahora prefiere llamar a su mano, es mucho más intrigante. Solo tiene que atisbar el nombre de Philip Doddridge a media página para apreciar que este rastro, antes frío, comienza a calentarse, y para cuando ha leído un párrafo o dos, ya chisporrotea más que un negro de Texas con taras de aprendizaje en la silla eléctrica. Por lo visto, Doddridge y James Hervey tenían una relación mucho más estrecha que la del segundo con Wesley, y la influencia del buen Philip en la carrera espiritual de Hervey se diría mayor que la que Wesley jamás logró ejercer. Según la crónica, después de que Hervey asuma las tareas de su padre como párroco en Collingtree y Weston Favell, un día sale a pasear por el campo y se topa con un labrador arando la tierra. El matasanos de Hervey, sin duda de los que le sacaría las balas a un alma tiroteada sin hacer preguntas, le ha recomendado a su paciente que respire el saludable aire puro del terruño, y también que alterne con los honestos trabajadores rurales mientras estos hacen sus tareas. La

cuestión es que el predicador acompaña al labriego, y como miembro de pleno derecho del Club Santo, decide darle al afanado fulano una muestra gratuita de su pío producto. Así pues, Hervey le pide al paleto que le diga cuál es el precepto más arduo de la religión, y cuando el don nadie le replica, como era de prever, que un granjero no está tan cualificado como alguien bien formado para responder a tal encuesta, Hervey no pierde la ocasión de echarle un jubiloso sermón sorpresa. Sugiere que el precepto más arduo del cristianismo es negar nuestro yo pecaminoso, y entonces procede a incordiar al acorralado aldeano con una lección sobre la gran importancia de adherirse a un camino moral recto, todo mientras el pobre tipo intenta concentrarse en lograr el equivalente terrenal.

Cuando el sacerdote agota al fin su munición, el hombre, de simple linaje campesino, sale por la tangente al argüir que mucho más arduo resulta el esfuerzo de negar nuestro yo virtuoso; de dejar atrás la mierda moralista y mojigata en la que se revuelca la banda de Wesley. Al notar que ha puesto a Hervey contra las cuerdas morales, el matón provinciano aprovecha la ventaja: «Ha de saber que no oigo sus prédicas, pero que cada sábado, con mi familia, voy a Northampton a escuchar al doctor Doddridge. Nos levantamos al alba y rezamos nuestras oraciones antes de salir, lo cual me colma de gozo. El viaje de ida y vuelta me colma de gozo, oír su sermón me colma de gozo, acudir a la mesa del Señor me colma de gozo. Leer un fragmento de las Escrituras y rezar por la noche nos colma de gozo. Y dicho esto, estimo que lo más arduo es negar nuestro yo virtuoso. Me refiero a renunciar a nuestra propia fuerza, a nuestra propia rectitud, para no jactarnos de nuestra santidad, para no usarla como justificación».

Hervey refiere luego este instante como un súbito rayo de iluminación caído desde el prístino cielo azul de Weston Favell. Al cabo, decide seguir el ejemplo del rústico y reunirse por fin con Philip Doddridge. Se hacen buenos amigos, y con la ayuda del doctor Stonhouse, reconducido por Doddridge, y descrito como «un vividor disoluto y un

deísta audaz», fundan el primer hospital del país fuera de Londres. Esa intimidad de Hervey con los cristianos evangélicos disidentes del grupo de Doddridge resulta ser lo que le granjea la expulsión de la Banda Santa de John Wesley. El codo sobre el que se apoya Studs está durmiendo con los peces, se le ha entumecido por entero, pero el caso lo tiene demasiado absorto como para recolocarse. Los puntos se unen y las piezas encajan en su sitio. Hagan juego. Con creciente entusiasmo, baraja las últimas hojas del dosier y localiza un ensayo fortuito que vincula a Hervey con el nacimiento de la tradición gótica. Studs, que creía que sus elucubraciones previas acerca del expediente suntuoso, morboso y gótico de Hervey no eran más que conjeturas cínicas, no sale de su asombro. A lo largo de su carrera ha visto más pálpitos chiflados que jorobas la catedral de Notre Dame —hubo un tiempo en que estuvo seguro de que Roman Polanski le daría el papel de Fagin con solo escribirle al director una breve misiva insistiendo en tono estridente—, pero que una de sus apuestas más inciertas llegue renqueando a la línea de meta es un hecho sin precedentes. Aturdido por esta renovada confianza en sus habilidades, sigue leyendo sin apenas creerse su suerte.

Si lo ha entendido correctamente, esta desmesurada truculencia en la obra de Hervey que tanto aborrecieron los *wesleyanos* se tornó, cuando pasó a criar malvas, en la inspiración de sus coetáneos literarios. El tema recurrente de la fugacidad humana en contraste con la eternidad de Dios lo recogieron otros teólogos como Edward Young, así como otros poetas de la incipiente «escuela del cementerio» como Tomas Gray, y llegó a influir tanto en la producción de la época que William Kenrick escribió aquello de:

> Así estaba Young de entusiasmado,
> así estaba Hervey al cantar afectado,
> cuya musa abigarrada, en florido acento,
> con búhos a la luna arrojó su lamento.

A su juicio, es un comentario muy atinado, al menos en lo concerniente a los últimos autores de la escuela del

cementerio, no muy preocupados del asunto divino, pero del todo embelesados con la atmósfera y la utilería, con los búhos, y los murciélagos, y las calaveras, y las lápidas desmoronadas. Coincidió con una era en la que la sociedad empezaba a adecentar poco a poco los cementerios de la nación por motivos de salud física y mental, a sanear los huesos descompuestos para desterrar simultáneamente el hedor omnipresente y el apremio por nuestra mortalidad más allá de los límites de una conversación cotidiana decorosa. Y con la sombría realidad de la muerte expulsada de la vida ordinaria, no es de extrañar que fuera justo entonces cuando nuestra cultura comenzó a desarrollar un estimulante fetichismo por lo fúnebre y lo cadavérico. Retomando el testigo de los autores menos religiosos y más genuinamente macabros de la escuela del cementerio tardía, escritores como Horace Walpole y Matthew *Monk* Lewis rescataron la iconografía tenebrosa de Hervey y la emplearon para adornar sus ruinosos castillos europeos, sus monasterios de moralidad corrompida. La novela gótica, así como toda la tradición gótica de finales del siglo XVIII, tendrían así sus orígenes en el tísico desvelo espiritual de Hervey en relación con la tumba.

Mientras unas sombras alargadas y lapidarias se deslizan por el césped recortado para acecharlo con premeditación, Studs trata de ponderar las implicaciones de esta última prueba. De ser cierta, sabe que situaría a Hervey como el misterioso señor X de una trama que va mucho más allá de la novela gótica. Hasta que Walpole, Lewis, Beckford y los demás golfos asustadores no hicieron acto de presencia, el único género narrativo que existía era la comedia costumbrista —la de Goldsmith, Sheridan y, más tarde, Jane Austen—, por lo que el advenimiento de la novela gótica fue también el de la ficción de género. Así pues, casi cualquier subcategoría posterior de literatura imaginativa deriva de la escuela gótica, y, por ende, del moho cultural de los primeros textos de Hervey, del musgo y el liquen propagados a partir de sus narraciones sepulcrales originales. Sí, el relato de fantasmas clásico

sería el ejemplo más obvio, junto con los géneros florecientes del terror y lo sobrenatural que brotaron de él, pero la cuestión no acaba ahí. También habría que incluir el campo de la fantasía, y ya puestos el de la ciencia ficción, cuya génesis se sitúa en el *Frankenstein* gótico de Mary Shelley. Luego, claro, estarían los decadentes, embriagados con los delirios sublimes del presunto heredero del califato de Vathek y las riquezas de Otranto, Edgar Allan Poe. Y Poe —la idea arrolla Studs con la fuerza de un bourbon antes del desayuno—, Poe hizo que su *chevalier* Auguste Dupin resolviera los crímenes de la calle Morgue y el misterio de la carta robada, lo cual precipitó la novela detectivesca. Se esfuerza por asimilarlo: el bulbo óseo del que germinó toda noche cruel azotada por la lluvia, toda rubia despampanante con un dramón a cuestas y todo luminoso parpadeante, yace a unos quince metros, en el presbiterio, al sur de la mesa de la eucaristía. Todo giro final en el salón comedor, toda traición a dos bandas. Es una cosa tremenda.

Este embrollo gótico, por otra parte, lo lleva a pensar una vez más en Bauhaus y en la reinvención moderna del movimiento durante los créditos finales de la década de 1970. Por lo que recuerda, el ecléctico David J fue el primero en sugerir muchos de los tropos escalofriantes que algún día habrían de salvar las industrias del rímel y el encaje negro. No niega que este intelectual bohemio con pinta de ibis fuera muy leído y peculiar, pero sí duda de que un aguafiestas cristiano del siglo XVIII se colara en el vehemente plan de estudios de J, que respondía a otras influencias. El bajista de Bauhaus, concluye Studs, no podía tener ni idea de quién era Hervey, y seguro que los cimientos del culto juvenil más longevo y desconcertante de la era moderna los fraguó de manera intuitiva. La explosión de lirios, belladonas y rosas prensadas durante el florecimiento del movimiento gótico en la Northampton del siglo XX nació sin referencia o conocimiento de que el origen de ese estilo datara de la obra de Hervey más de doscientos años antes. Y, a menos que esto sea una coincidencia evocadora, la deducción lógica sería la de que

estas dos tradiciones, así como las sensibilidades que las moldearon, surgieron de las cualidades singulares inherentes a la ciudad en sí; la cosmovisión gótica como propiedad emergente, como condición *sine qua non* de Northampton. Eso explicaría la totalidad del enclave, sus iglesias, sus asesinatos, su historia, sus monjes espectrales. Explicaría su literatura, y su música, y la naturaleza de su gente, de Hervey a Ben Perrit, de John Clare a David J, con Studs, Little John y Alma Warren en algún punto intermedio de este espectro grotesco. Por sí solo, Little John encarnaba el movimiento gótico en concisa miniatura: el enano maléfico es uno de los arquetipos del género, y la biografía de John lo hacía parecer casi fugado del *Vathek* de Beckford, traído de las terrazas atestadas de genios de Istajar, en la lejana Persépolis, un nieto tullido del sultán demoníaco Iblís. Studs casi roza esa satisfacción interior que solo los cascados detectives privados de la imaginación pueden alcanzar. Todo cobra sentido. Con impaciencia creciente, vuela por las páginas restantes.

Hay un extracto muy interesante de una biografía de Hervey, a cargo de un tal George M. Ella, que reseña el *Teron y Aspasio* del visionario de Weston Favell en términos más propios de una pieza modernista —o, tal vez, de literatura posmoderna— que de un diálogo sobre la hipotética rectitud de Cristo escrito en 1753. Titánicamente larga para los estándares modernos, la obra de Hervey aparenta mutar de estilo y expresión a cada capítulo, salta constantemente de modo y género, e incluye «descripciones narrativas, notas científicas, monólogos interiores, anécdotas, autobiografía, crónicas de primera mano, retratos a lápiz, relatos cortos, sermones, estudios lingüísticos, dibujos de la naturaleza, diarios, poemas e himnos, por no hablar de que existen muchos componentes en el texto que lo emparentan con el guion cinematográfico contemporáneo». Por lo visto, habría que añadir el vanguardismo *beatnik* a la ya larga lista de formas literarias que parecen deberle su MO —que en jerga policial significa *modus operandi*— a James Hervey. Su respeto por el mísero

y extravagante eclesiástico crece por momentos. Ya querría él ver a uno de esos flojos de hoy en día acometiendo un trabajo tan vasto y variado.

Recostado sobre el césped de la iglesia, y entre los escasos repiques de primera hora de la tarde, se zambulle en las entradas en la Wikipedia de Hervey y la escuela para chicos de Northampton. Ninguno de los informes restantes le parece muy prometedor, y sin embargo, al repasarlos, los dos demuestran fehacientemente lo mucho que se puede equivocar. El primero, el currículo de Hervey en internet, apenas le ofrece nada que no haya averiguado ya de otras fuentes, pero establece a las claras que Hervey no era alguien del que William Blake hubiera oído hablar de pasada antes de dedicarle un cuadro suelto, sino uno de sus dos principales referentes espirituales, siendo el otro Emanuel Swedenborg. O sea… a un lado, el inventor del aerodeslizador y confidente de los ángeles, que afirmó que el concepto del tiempo les era ajeno, y cuyo cráneo extraviado se rumoreaba entre las botellas del Crown and Dolphin; al otro, el fatalista más insigne de Northampton, ambos revueltos en la sopa genético-ideológica del vecino de Lambeth en calidad de padres paranormales. Studs rememora al grabado de Blake que analizó en la biblioteca, con esa silueta en el centro inferior de la imagen, a solas y de espaldas al espectador, ocultando su rostro mientras eleva la vista hacia los ángeles y santos fúnebres reunidos sobre él, una obvia representación del propio Hervey, solo que con los rasgos elididos para propiciar una identificación del personaje con el hombre de a pie, siempre al borde de un más allá marmóreo que simboliza la tuberculosis, la irrelevancia de la carne y la brevedad humanas, una figura a las puertas de la muerte que refuta la pérdida y el tiempo. Eso, o que Blake no sabía qué aspecto tenía Hervey, con lo que el grabado de línea reproducido al margen le otorgaría a Studs una ligera ventaja sobre el beatífico hampón del sur de Londres.

A la luz de esta imagen mal impresa, Hervey podría confundirse con un magistrado de no ser por esa falta de

juicio en su mirada fija y sosegada, por ese leve toque risueño en la comisura de unos labios fruncidos y atildados. El contorno sombreado de las amables facciones del párroco rural, definido por unas líneas afiladísimas corroídas en acero mediante aguafuerte, se torna una masa puntillista en la copia emborronada, aunque los finos detalles de su tez permanecen visibles. Sobre la cuenca del ojo izquierdo hay una verruga aparente dispuesta con maestría, un rasgo que a él siempre le ha resultado una marca de distinción masculina, mientras que en el pómulo derecho luce un lunar o algún tipo de antojo cosmético artificial, a juzgar por su perfecta disposición a lo Marilyn. Dada la falta de vanidad cuasi orgullosa que exhibió Hervey al elegir su lugar de reposo, esta última deducción es un tiro al azar, pero en su semblante existe un cierto remilgo femenino que vuelve casi plausible la hipótesis del afeite premeditado. No es solo por la peluca, o el peluquín, o como diablos se llame lo que lleva en el retrato, sino por el aire delicado e insinuante que exuda el hombre.

Se retrotrae a un pasaje de sus recientes lecturas acerca del tiempo que pasó Hervey en Oxford, donde el predicador en ciernes se hizo muy amigo de otro recluta del Club Santo, un tal Paul Orchard. Hasta el nombre suena a francés amariconado. En la veintena, durante una de sus convalecencias intermitentes, Hervey estuvo dos años viviendo con Orchard en Stoke-Abbey, Devonshire, donde los dos camaradas firmaron un contrato jurando cuidar diligentemente del bienestar espiritual del otro. Y aunque esto no sea tan sugerente como, digamos, las cartas de amor de Jeremy Torpe a Norman Scott, sí que parece indicar una amistad masculina que fue mucho más allá de salir por ahí a dispararle a latas de cerveza. A la vista de la sempiterna condición de soltero de Hervey, que vivió con su madre y su hermana hasta su prematuro último aliento, Studs se lo figura como un tipo con ciertas inclinaciones que nunca pudieron expresarse físicamente, pero que se sublimaron en una suerte de amor acalorado hacia Cristo y sus hermanos cristianos. Parece seguro afirmar que, tanto en su conducta

general como en su florido estilo literario, James Hervey era un pelín melodramático.

Solo le quedan ya los rumores de la escuela para chicos, que es el típico material de resopón, pero también el que al fin le granjea su instante trascendental a la ruleta. El atónito crupier suelta un «*Incroyable*!» mientras Studs, flemático, se aleja de la última ficha que ha arrojado desdeñosamente sobre la mesa, y acto seguido lo llaman de vuelta para que recoja sus inesperadas ganancias. Se halla estudiando sin mucho entusiasmo el soso sumario del colegio cuando un detalle que ha estado todo el tiempo delante de sus narices acelera y se estampa contra su cara hasta dejarlo incluso guapo. Llevaba rumiándolo desde que se pasó en coche por Billing Road para el reconocimiento inicial del imperioso edificio de ladrillo, y ahora helo aquí, en la segunda línea del impreso, justo bajo el ridículo lema que la escuela ha adoptado recientemente prometiendo *una tradición de excelencia,* allí donde reza «fundada en 1541».

La escuela para chicos de Northampton no radicaba originalmente en Billing Road. Inaugurada por el alcalde Tomas Chipsey como «escuela libre de gramática», solía alzarse en una calle situada más al oeste y a la que, ahora se da cuenta, le dio su nombre: Freeschool Street, otrora hogar de Ben Perrit en el margen inferior de los Boroughs, y sede de la escuela epónima durante dieciséis años. Erigida con Enrique VIII aún en el trono, en 1557 se trasladó a la iglesia de San Gregorio, que por la época se extendía hasta Freeschool Street, lo cual sugiere que la mudanza no fue muy costosa. Allí se mantuvo hasta 1864, así que sería el emplazamiento que conoció Hervey en la década de 1720, cuando estudió en la institución desde los siete hasta los diecisiete años. Le viene a la memoria un comentario aislado que debe haber ojeado en otra prueba; en concreto, una cita suelta de John Ryland, contemporáneo de Hervey y, a la postre, su primer biógrafo, a propósito de que el centro educativo de la niñez de Hervey era poco menos que una precaria escuela de beneficencia. Studs asiente con grave y subvertida fotogenia. Al fin y al cabo, aun en el

convulso siglo XVI, estaba en los Boroughs, con lo que es improbable que fuera algo más que un intento bienhechor de mejorar el infortunio de los jóvenes del barrio. Northampton, así como el antiguo vecindario que antaño constituyó todo su casco urbano, llevaba ya unos cientos de años en premeditado declive, castigada y desdeñada por los Enriques previos. En su cabeza, la inclusión de la ciudad en la lista negra se remonta a mucho antes, tal vez a la insurrección local antinormanda de Hereward el Proscrito, una figura no muy distinta de otra también vinculada con la urbe, la de Guy Fawkes, en el sentido de que a ambos se les desterró de las clases de historia como desterrada está la localidad hasta de los mapas del tiempo en la tele regional. De todos los sitios en los que el abuelo del movimiento gótico pudo pasar sus años de formación, los Boroughs eran sin duda alguna la apuesta perfecta, una cuna repleta de piojos y fatalismo.

Ya tiene su pistola humeante. Despereza sobre el césped su esqueleto entumecido como si abriera un paraguas de hueso. Irritado, se cepilla las briznas verde ectoplasma que se le han pegado a la chaqueta de cuero antes de volver sobre sus pasos por las escasas lápidas del cementerio, donde capta el efecto paleto-*noir* que provocan las franjas de sombra de la verja eclesiástica al caer sobre el pavimento soleado. Cual mota negra en la lente de la tarde, regresa a su achicharrado Coupe de Ville, donde el aire flamea sobre el techo como una capa de gelatina hirviente. Se monta dentro, baja las ventanillas con un zumbido para enfriar su horno móvil y evitar asarse, y la pifia de nuevo al intentar abrocharse el cinturón con gesto porfiado. Quizás un escupitajo de desprecio sobre el salpicadero mejorara la maniobra, o tal vez espetar un símil de lo más cáustico sobre lo difícil que resulta meter una hebilla de metal en un enganche de plástico. Algo como «es más difícil que ver a una reinona samoana de ciento treinta kilos haciendo cálculo chino en… en un…». Vale, tendrá que darle un par de vueltas.

Tras reparar en que aún lleva puestas las gafas de

cerca, se las quita cuidadosamente y las retorna al bolsillo interior antes de arrancar el coche, un Duisenberg gris ahumado que ruge por Weston Favell como un torpedo terrestre para dirigirse por la ruta más corta a la lejana fuente de calor del centro de Northampton. Las calles del poblacho, todavía desiertas, son un decorado abandonado, un fondo de cartón piedra pintado de ocre, unos pisos que ahora se pliegan y almacenan en el espacio compacto de su retrovisor empañado. Al tronar por Billing Road, pasa rechinando por la moderna encarnación de la escuela para chicos, inexistente antes de 1911, y detonante de cierta recriminación por no haber dado antes con la solución; un sentimiento, este, que tiene el sabor amargo de un puño americano contra unos dientes que ya mascan la victoria. Por supuesto, el desenlace es perfecto para un detective privado como Studs. El triunfo puro es inconcebible cuando la auténtica recompensa de tu vocación dimana de la derrota física, ética y emocional; de la certeza, como en el caso de Hervey, de que todo caso cerrado o gloria mortal resulta insignificante frente al sueño eterno.

Demasiado caliente para infusionarla, el sol vespertino concentra la luz, que ahora posee más cuerpo y un ligero regusto metálico al derramarse, roto ya su hervor, sobre el desaliñado crecimiento marmóreo del cementerio y el psiquiátrico, ese hospital que Hervey ayudó a establecer en compañía de Philip Doddridge y John Stonhouse. Tras torcer a la izquierda, hacia los faros despaciosos que bordean el busto mugriento de Eduardo VII y su corona de guano, se escora hacia Cheyne Walk dejando atrás lo que solía ser el ala de maternidad del hospital, y solo detiene su avance ante el semáforo del pie de la cuesta, cercano a la fuente que sació a Tomás Becket. Partos y martirios, retorcidos en las pálidas hebras de acero del desangelado monumento a Francis Crick de Abington Street, dos superhéroes asexuados que se alzan en una espiral de anhelo genético bajo un clima indeciso, bajo una atmósfera que frustra su vuelo y que ancla por siempre sus talones a una calle simiesca. La luz cae a capas por el cóctel vial,

pasa de granadina a crema de menta, y Studs acelera por Victoria Prom con Beckett's Park a su izquierda, junto a los desdibujados jardines genéricos que sepultaron el maltrecho mercado de ganado. Pasados el Hotel Plough y el extremo inferior de Bridge Street, e inmerso en el sumidero sanguinolento del ocaso sabatino, encadena una serie de giros a la derecha inesperadamente enrevesados antes de arribar al aparcamiento, cuya trasera da a los soportales de Peter's Place en Gold Street. Paga, coge el tique y vuelve a dejar su Corvette, sin duda pintarrajeado por las bandas, en la maltratada pendiente de asfalto, bajo una cúpula rebosante de cielo del valle. Emerge de las instalaciones del garaje por la salida inferior, sobrevive a duras penas a la travesía por la doble vía del pie de Horsemarket, toda llena de hedor a monóxido, y se desvanece por la suave curva de St. Peter's Way hacia la franja de hierba alta y descuidada que una vez fue el margen occidental de Green Street, donde medio metro de peldaños lisos lo guían a un césped harapiento en el que contemplar los Boroughs desde atrás.

El prado mustio y desvaído del viejo vecindario crece a espaldas de la iglesia de San Pedro, con las arrugas de su piedra caliza y sus manchas decoloradas corregidas efímeramente por un astro áureo y favorecedor. Construida en madera como capilla privada de los hijos del rey Offa en el siglo IX, y reconstruida en todo su esplendor gótico por el tradicionalista Simon de Senlis durante el siglo XI, esta estructura de casi mil años consume todo vestigio del presente en la herbosa cuesta que yace en su estela. Desde sus aleros erosionados, unos diablos acechantes lo observan remontar la pendiente surcando el verdor, con sus ojos de piedra sobresaltados y sus labios de rana distendidos por la ansiedad de su llegada, paralizados y aprensivos ante el concurso de gárgolas que Studs representa. En su caso, el ascenso hacia el vetusto lugar de culto a través de este erial imperecedero, engañosamente bruñido por el sol, le hace sentirse a la altura de un académico diáfanamente desdichado salido de alguna novela pésima y petulante de Montague Rhodes James. Lavaderos asmáticos, arañas con

esteroides, niños gitanos de uñas afiladas… todos aguardándolo en el edificio casi abandonado de más adelante. Ahora que cae, M. R. James y la escuela inglesa de relatos de fantasmas deberían considerarse los bastardos más claros y evidentes de Hervey, una caterva de tataranietos ilegítimos, descendientes de una rama que también incluye a los ripiosos del cementerio y a esos otros elitistas histéricos de mobiliario exquisito. Luego están los ocultistas modernos, herederos del Karswell de James y pioneros en adaptar el modelo gótico a su indumentaria y sus esfuerzos literarios, como si la doctrina de Hervey a propósito de la rectitud innata de Cristo se hubiera convertido en una guía de estilo para satanistas. Duda que el párroco se sintiera muy cómodo con el asunto, pero, con ese despliegue premeditado de imaginería pavorosa del que se sirvió para difundir su mensaje, el creador del *Northampton noir* solo debería culparse a sí mismo y a nadie más. No hay que hacer del envoltorio algo más intrigante que el regalo; una máxima, esta, que Studs acepta con amargura que podría aplicarse por igual a su encanto interior y al embalaje lamentablemente llamativo con el que lo presenta.

Al coronar la vereda empinada, se tropieza con los restos casi indiscernibles de Peter’s Street, que discurre hacia el este en paralelo al enrejado posterior de la iglesia. Por el regaliz desenrollado con el que lo azotan las sombras, estima que serán sobre las cinco de la tarde, y entonces nota fugazmente la sensación de liberación, similar al hormigueo de un miembro fantasma, de la que dicha hora sería heraldo si tuviera un trabajo normal, y no esta servidumbre de la noche. No pretende afirmar con esto que su fascinante fisonomía lo cohíba, sino que siempre ha preferido la oscuridad. Su pasatiempo favorito, aparte de que una belleza despampanante lo saque a pasear para luego acabar siendo un tío, solía consistir en vagar por los pasajes más tenebrosos de la ciudad, al menos hasta que sus nerviosos vecinos los cerraron con verjas, y también hasta que una conducta así empezó a ser tributaria del registro de

delincuentes sexuales. Una vez, mientras merodeaba durante una fresca madrugada de domingo por el tramo adoquinado entre Birchfield y Ashburnham Road, se vio sorprendido por una gigantesca bola de granito que se le abalanzó rodando en plan Indiana Jones, una figura a escala planetaria que, al acercarse por el tétrico pasadizo, se acabó revelando como el alma interpretativa de Northampton, el ya fallecido Tom Hall.

El mastodonte lírico, que iba paseando un perro azabache, dedicó unos segundos a hacer chanzas a costa de uno y otro sabueso, y se mostró elocuente en su defensa de aquellas bocacalles deprimidas, con sus puertas de garaje decoradas con pollas y sus malas hierbas transfiguradas en enredaderas. Vestido con un peto que bien podía ser una casita de muñecas encubierta, Hall improvisó la tesis de que la angosta juntura urbana en la que ambos se encontraban no era sino uno de los muchos canales terrestres de la ciudad, parte integral de una red desecada e imaginaria de vías fluviales transitables. Cualquier suprabuzo experimentado que explorara su lecho desnudo con la piel encallecida de sus suelas eduardianas sería capaz de detectar el detritus de ese submundo hundido, acumulado al pie de sus riberas de acero galvanizado: colecciones completas de revistas porno y esqueletos ciclísticos desechados con furia, arrastrados hacia los confines de unas callejuelas llenas de bancos de pececillos de látex fosforito nadando entre anémonas de flema y ortigas de mecedura serena. Ocasionalmente, algún cadáver. Aparatos obsoletos, adicciones vergonzosas, actos olvidados adrede, tratos y negocios dudosos relegados a tales márgenes… escenas tachadas de la continuidad diurna y rescritas en pasajes anónimos y extraoficiales, en una sección apócrifa salpicada de meados. El rotundo trovador abundó en su visión con todo lujo de detalles durante el tiempo que tardó su lastre canino en combar las patas como un arco de croquet, temblar, y exprimir un heroico zurullo más largo que el chucho en sí. Con eso, la disertación concluyó, y los dos retomaron sus caminos opuestos, Studs canal drenado

arriba, contra el viento, y el músico corriente abajo, como una enorme boya extraviándose de su atracadero, flotando hacia un horizonte morado.

Sea como fuere, acaba de llegar a Narrow Toe Lane, la calle que ostenta el que quizá sea el nombre más inusual de los Boroughs;[74] en verdad, un simple sendero que se escurre hacia los restos de Green Street en paralelo a una alborotada explanada de hierba. No tiene ni idea de por qué la bautizaron así. Tal vez alguien confundió la palabra *tow*, que significa «camino de sirga», con la voz *toe*, que denota un «dedo del pie», pero, conociendo el barrio, no sería de extrañar que hiciera referencia a alguna tara genética endémica que, en algún momento, llegó a afectar a todos los vecinos de la vía. A su derecha, a lo largo de la fachada oriental de la iglesia hasta Marefair, está St. Peter's Gardens, un parque en desuso que crearon hará una veintena de años ensanchando un viejo pasaje, también en desuso, tras derribar la tienda de equipación escolar, Orme's, ubicada en la esquina de la otra punta. Studs recuerda ir allí a los doce años, acompañado de su madre, para comprarse el uniforme del instituto. Además, y aunque no está seguro, tiene la vaga impresión de haber sido escoltado a esa misma tienda en otra ocasión previa, en este caso, para que le tomaran las medidas de su humillante falda escocesa. Si la memoria no le falla, solía haber un par de espejos de cuerpo completo enfrentados en el probador, para que así cada terrible instante de la ordalía sartorial de los chavales se desplegara atrozmente en una eternidad de marcos lignarios. Ese corredor combado y agobiante, más largo que el barrio, más largo que la ciudad, se extendía a través de paredes sólidas y edificios colindantes, ocupado por una fila interminable de críos de siete años tan mortificados como renuentes, todo para ir a… ¿a dónde, exactamente? Cuando derribaron la sastrería Orme's, ¿que fue de esa infinitud interior? ¿Acaso esos mocosos feúchos, esas capas de identidad semiplateadas, se plegaron como las secciones pintadas de un biombo para terminar en un almacén perdido o, más probablemente, en la basura?

Un segundo. Esta dura infancia ni siquiera es la suya. Estos recuerdos desmantelados no le son propios como para que los llore, y lo cierto es que le sorprende lo mucho que le está afectando esta breve escapada a la ruinosa arcadia de otra persona. Creía que las diatribas homicidas de la Warren no eran más que exageraciones, un intento de transformar el paisaje de su niñez en un Brigadoon traicionado y perdido, pero esto es distinto. Studs se siente genuinamente conmocionado por la obliteración literal de este lugar, de este estrato del pasado, de esta comunidad. Si la realidad que habitaron las generaciones pretéritas de un millar de personas puede liquidarse tan fácilmente como un ratero de poca monta en el bar equivocado en la noche más inoportuna, nada ni nadie está a salvo. No habría ya ni lado bueno de las vías en el que nacer, diablos. Ha venido aquí a husmear el rastro superviviente de un ayer desvanecido, pero todo lo que ve en estas calles aniquiladas es el embrión malformado de un futuro incipiente. Y cuando ese futuro nazca y nosotros no soportemos mirarlo, cuando nos avergoncemos de ser su linaje, la cultura progenitora que engendró su aborrecible monstruosidad, entonces, ¿a dónde lo desterraremos para no tener que verlo más? No podremos hacer como el sah y enviarlo a Northampton, porque ya estará allí asentado, enraizado, como una condición que gradualmente se fue haciendo universal.

Aunque St. Peter's Street continúa hasta Freeschool Street entre edificios de oficinas relativamente nuevos y en su mayoría vacíos, él prefiere tirar por el camino más largo, bajar por Narrow Toe Lane hacia el cadáver podrido de la antigua Green Street y subir desde ahí. Podría haber pistas, huellas o incluso testigos demasiado intimidados como para haber abierto el pico; alguna piedra oculta entre los ladrillos, dispuesta a soltar su mierda de paloma con el incentivo adecuado. Con las manos metidas en los bolsillos altos de la chaqueta y los codos sobresaliendo cual alas de dodo, desciende por los vestigios de la calle mientras ultima mentalmente su bosquejo de James Hervey.

En su mente, el posible escenario presenta a un Hervey

de siete años caminando cada mañana de Hardingstone a la escuela, muy probablemente en solitario y, al menos durante la mitad del curso, haciendo ese viaje en total oscuridad. El hogar del que parte es su aldea natal, que dos siglos después adquiriría mayor cariz gótico gracias a Alf Rouse, el asesino del coche en llamas.75 El pequeño, quizá ya por entonces con ese aire delicado, ese remilgo en sus labios fruncidos y esa tendencia a los malos resfriados, atraviesa los caminos rurales en plena negrura, sin más compañía que la de algún búho repentino, hasta llegar a la vieja London Road. Cada día lectivo de su infancia lo aguarda allí la enorme cruz decapitada, uno de los monumentos de piedra erigidos por Eduardo I en los puntos en los que reposó el cadáver de la reina Leonor durante su larga odisea de vuelta a Charing Cross y el Támesis, siempre sombría, inmóvil y ominosa contra el gris previo a la aurora. Tras apenas cerrar la puerta de su casa, el pequeño Jimmy Hervey, un niño enfermizo y con inclinaciones religiosas, queda envuelto de inmediato en la mitología de la antigua ciudad, y ese monolito truncado no es sino el pilar que sustenta el umbral de su romanticismo fúnebre.

Después, un largo y esforzado descenso hacia la lóbrega masa urbana de más abajo, carente aún incluso de luz de gas, que concluye cuando el frágil colegial franquea la umbría hedionda de St. James's End, donde los deslenguados comerciantes, que han dejado la calidez de sus lechos demasiado pronto, cargan carros y carretas mientras se interpelan en la tiniebla con dialectos ignotos. Llenos de manchas extrañas, sus rostros adultos y aplastados lo escudriñan de soslayo entre el bamboleo de los faroles, y desde unas verjas cerradas le llega el humeante y estremecedor relincho de los caballos. Sus dedos rosados se le entumecen por el frío, bajo su enclenque brazo infantil solo él sabe cuántos libros lleva, y así, el futuro fatalista se ve obligado a remontar la joroba del puente Oeste sin que aún rompa el día, con la penumbra diluyéndose de manera casi imperceptible a cada paso

vacilante, siempre oyendo, más que viendo, el río eterno que fluye en algún lugar bajo sus pies. A mitad del arco, alcanzada ya la cúspide, las ruinas del castillo se revelan frente al chico desde las antípodas del ocaso, justo antes de que el sol naciente consuma la niebla, una vasta fanegada crepuscular de piedras desperdigadas, de muros semiderruidos envueltos en un revoloteo de motas estridentes, y de muñones de torres amputadas. ¿Es concebible que la fortaleza derrumbada de Northampton, hoy en día estación de trenes y enjambre de putas, fuera antaño la forma larvaria de todo Otranto subsiguiente, de todo Gormenghast?

Desde ahí, un impulso determinista espolea el trote del joven piadoso y escuálido, que gotea por el puente escoliótico hacia la orilla opuesta, hacia los Boroughs y su madeja de calles enmarañadas, hacia sus torrecillas demenciales, tocadas con unos sombreros brujescos de guano columbino y pizarra. Luego, Marefair y la iglesia de San Pedro, con sus contrafuertes gastados, embellecidos con grotescos diablillos sajones, extras bostezantes del Bosco provenientes de algún Juicio Final acaecido tiempo ha. Unos pasos después, la Casa Hazelrigg, donde Cromwell soñó con un férreo futuro inglés en la víspera de Naseby. Un último giro a la derecha hacia Freeschool Street guía al cadavérico visionario en ciernes hasta su institución de enseñanza, justo como un giro a la izquierda lo guiará a él ahora al extremo opuesto e inferior de esa misma calle.

El barrio, que Studs todavía rememora de sus noches de insomnio expedicionario de hace veinte años, está irreconocible, el rostro de un ser querido al entrar por urgencias tras un accidente. El naufragio de Green Street, que lo ha traído desde el pie de Narrow Toe Lane hasta el cruce actual, ha perdido sus edificios; ningún rompeolas meridional protege ya su superficie desintegrada de la marea arremolinada y erosiva del tráfico de Peter’s Way. Abierta ante él, la subida de Freeschool Street no es más que una impostora inexacta, insultante y grosera, alguien que no se parece en nada a mamá y que se presenta

fingiendo ser ella a la semana de su incineración. El flanco occidental de la cuesta, antaño dominado por la leñera de Jem Perrit en el número catorce, se ha integrado en su mayor parte en un solar industrial expedito que llega hasta Marefair. A medida que el investigador de rostro craquelado asciende por el repecho entre jadeos, intenta recrear la casa familiar de Ben Perrit, desaparecida y presuntamente fallecida, superponiendo los dos o tres pisos del tambaleante inmueble de la ladera, con su establo anexo, su palomar, sus cabras, sus perros y sus gallinas, al recinto de la construcción moderna, resistente al recuerdo y casi carente de coches, que lo ha sustituido, pero no hay manera. Algunos detalles aislados se aferran a su evocación como esos carteles de espectáculos añejos cuyos jirones insisten en adherirse a una valla corrugada, pero estos fragmentos —los tres escalones que daban a la entrada pintada de negro, las reliquias y los arreos expuestos en el salón— se limitan a colgar del espacio vacío de su memoria sin tejido conectivo alguno, como si fueran los pósteres y postales de un clásico irrecuperable del cine silente.

Enfrente de la conspicua ausencia del hogar de los Perrit, en el desidioso trazo a mano alzada que es el margen oriental de Freeschool Street, Studs se arrima a las fauces cariadas de Gregory Street, cuyos ladrillos caídos en una esquina contienen una proliferación selvática de lilos de verano, y que en el pasado fue la entrada trasera de la iglesia de San Gregorio y de la escuela libre que esta incluía cuando James Hervey estudió allí. Mucho después, una hilera de adosados pasó a ocupar ese terreno consagrado, números impares que, si recuerda bien, progresaban del siete al diecisiete hasta la esquina inferior de Gregory Street; casualmente, la franja de edad durante la que el joven James Hervey visitó este humilde gradiente cada mañana. Está casi seguro de que su clienta, Alma Warren, afirma haber tenido parientes que vivían en una de estas viejas propiedades destechadas, una tía o una prima segunda que se volvió loca y que una noche dejó a sus padres en la calle para ponerse a tocar el piano. Algo de

este palo, en cualquier caso; otro drama sórdido en una miríada entera, desde entonces sustituida por un arbusto asfixiando veinte años de escombros sin recoger.

Se halla a media sección de este capilar larguirucho, escudriñando cuesta arriba por acto reflejo a ver si viene algún coche —aunque no cree que a estas alturas se les permita circular por la zona—, cuando distingue a un hombre y una mujer parados en lo alto de la calle, al parecer enzarzados en una conversación. El extravagante borrón naranja que lleva el tipo por chaleco le suena de algo, así que se ve obligado a tantear el bolsillo interior de su chaqueta en pos de sus gafas. Desde la otra punta de la vía, se las ensilla en el picahielos de su napia y otea la malparada casa de la esquina, siempre pegado al muro combado de la acera por si a alguno de los miembros de la pareja le da por mirar calle abajo y lo descubre, un hábito fingido de toda la vida.

Es Ben Perrit.

Es Ben Perrit hablando con una mujer que no tendrá ni la mitad de su edad, con trenzas en el pelo y una gabardina roja, corta y provocativo que se diría hecha de PVC. Todo indica que la chica le está proponiendo un coito. Está claro que el bardo cervecero ha subido el listón desde su beso con Alma Warren, pero no puede evitar pensar que aún podría dar un paso más y buscarse un mejor partido. Sin embargo, las perspectivas románticas del poeta local no son su preocupación más perentoria. ¿Qué hace Perrit aquí, y más después de aquel avistamiento previo, supuestamente azaroso, en Abington Street? No puede ser una coincidencia, no en la actual puesta en escena de Studs. Por un instante, baraja la posibilidad de que Perrit sea un espía improbable e inexperto, quizá contratado por la Warren para vigilar subrepticiamente a su sabueso amaestrado, pero descarta rápido la idea. Si algo sabe de Ben Perrit después de todo este tiempo es que nunca ha estado en disposición de perseguir ni su propia carrera literaria, no digamos ya a alguien con menos flojera en las piernas.

Se arriesga a echar otra ojeada por la esquina sobada.

En la cima de Freeschool Street, la mujer se aparta cautelosamente de Benedict, que gesticula y se carcajea de manera confusa mientras ella se aleja. No, sin duda no es un espía. No con ese chaleco chillón que parece un retal de alfombra, no con esa risa que se oye desde aquí y que es el polo opuesto de la discreción. Dicho lo cual, estos cuasi encontronazos tan sugerentes han de significar algo. Al abrigo de la pared ladeada, intenta sumar dos más dos, porque nota que se le escapa algo, que una parte del meollo la ignora por completo. En la vida real, comprende que tropezarse dos veces en un día con la misma persona no es nada raro, pero debe mantener el personaje. Para Studs, las múltiples apariciones de Perrit solo pueden obedecer a algún tipo de dispositivo narrativo, un recurso o mecanismo esencial para la trama que señale la inminente resolución del misterio, una ilación inesperada de todos sus sucios hilos: Ben Perrit y la chica de la gabardina de plástico rojo. Doddridge, Lambeth y el determinismo. William Blake. James Hervey.

Cuando vuelve a fisgar, tanto Perrit como su chochito se han esfumado. Se quita las gafas y se encorva sobre los ladrillos psoriásicos. ¿Y ahora, qué? Ha llegado al lugar que andaba buscando, y salvo una escalada probablemente suicida por la pared en la que está apoyado hacia la tupida cafetería de abejas de más arriba, no tiene a dónde ir. No puede habitar los espacios que el fuego en el cuerpo de James Hervey atravesó en su época, y lo cierto es que no sabe qué esperaba lograr con esta peregrinación entre sus ausencias. Seguir las huellas de un muerto como un niño haría con las de su padre en la nieve, depositar su fe ciega en la geografía y nada más, como si recorrer las mismas calles que otra persona forjara algún tipo de conexión… ¿Cómo ha podido ser tan estúpido, tan incauto, quizás incluso tan cabeza de turco? Un sitio no se queda tal y como lo dejas. Cuando uno vuelve allí, da igual a dónde, y aunque su aspecto sea exactamente el mismo que entonces, el sitio ya es otro distinto.

Se acuerda de Little John y de una de las

conversaciones más relativamente reflexivas y menos escandalosas que compartieron juntos. Su folclórico amigo hizo gala aquel día de un humor más melancólico de lo habitual, rayano casi en lo lastimero, para hablarle de una niñez que apenas recordaba, de las mil y una noches que jamás vivó.

—Me gustaría volver a Persia algún día, ¿sabes? A mi viejo país. Para ver cómo era.

No, John, amigo mío. Eso es imposible. Persia ha desaparecido. En 1979, hubo una revolución después de que Jimmy Carter le ordenase a la CIA que dejara de untar a los ayatolás para que no se metieran con tu abuelo. Ellos lo echaron, y el cáncer lo remató, y apostaría sobre seguro a que el nuevo régimen no es un gran admirador de tu familia. Ahora se llama Irán. No eres bienvenido allí. Nunca lo fuiste.

Por supuesto, no fue capaz de espetarle eso. Se limitó a murmurar fruslerías sin compromiso, a desearle suerte y a pedirle que le trajera un caballo alado o una alfombra voladora del *duty free*, pues seguro que, en cuanto John estuviera sobrio, esa anhelada y nostálgica excursión a Mordor habría caído en el olvido. Es lamentable que Studs haya ignorado su propia advertencia tácita, que no se haya percatado hasta este momento de que lo que era válido para Teherán, también lo es para Freeschool Street. Esta mísera porción de tierra ha visto sus revoluciones, tiranías sucedidas por otras tiranías de carácter revisado, remozadas por distintas variaciones de fundamentalismo sociopolítico o económico: el rey Carlos, Cromwell, el rey Carlos hijo, Margaret Tatcher, Tony Blair. Ahora que cae, el terreno que yace bajo sus pies hasta comparte con Little John su estatus de realeza depuesta: el trapecio irregular delimitado por Freeschool Street a un lado y por Narrow Toe Lane y Peter's Gardens al otro se ajustaría a la superficie del palacio sajón de Offa, con San Pedro y San Gregorio como las iglesias que flanqueaban la construcción a occidente y oriente, respectivamente. Es posible que la enorme puerta de entrada a la leñera sepultada de Jem Perrit se abriera

antiguamente a los establos reales, y si Benedict, el hijo de Jem, hubiera tenido la previsión de nacer unos mil doscientos años antes, podría haber sido el laureado poeta de Offa, o quizá su bufón enfundado en yute. El pobre Tom está helado, lleva un mojón en un palo pinchado.[76] Ben habría sido un portento natural.

Al notar una brisa gélida en la barba erizada, Studs cabecea con brío para despejarse las ideas, los ensueños que lo cubren cual restos de pólvora. ¿Cuánto lleva parado en esta esquina de Gregory Street, deliberando vanamente sobre enanos muertos, sobre el sino territorial de quienes pierden las guerras territoriales? Detecta leves cambios en la atmósfera local, lo cual le indica que lleva un buen rato pegado a este muro convexo. El cielo de poniente es más claro, y su luz parece diluida y más agradable, con sutiles tonos rebajados en su aguada mientras el fresco azul del día se ciñe al horizonte. En lontananza, los coches y camiones se han quedado sin nada que decir, su plática flaquea y se torna intermitente, reducida a meros gruñidos en el susurro postrero de la difunta hora punta. Los pájaros planean hacia las canaletas y se sacuden los problemas, asumiendo el aire sosegado de quienes acarician ya su hogar. El viernes 26 de mayo adopta así el rubor rosado, sonrojado, de su propia conclusión.

Decide pasear su mirada desnivelada de Señor Patata sobre Horseshoe Street; verificar qué queda en la otra punta de Gregory Street antes de volver a casa y dar el día por cerrado, porque el mamón se cierra solo y no da para más. En ausencia de un viento hosco, se sube el cuello de cuero para ensimismarse un poco más, y con un último vistazo al ambiguo negocio que ha suplantado a Offa, a Jem Perrit, y a todos sus intermediarios, encoge los hombros con ademán de matón y se aleja por la calle con el sol del ocaso a su espalda. A su izquierda, la abúlica parcela de la esquina prosigue sin solución de continuidad, mientras que, a su derecha, no hay nada, solo un declive agorafóbico y yermo, ininterrumpido hasta Peter’s Way, y superpuesto a un estrato de plantas bajas arrasadas, ondas cuánticas aún

discernibles en el horizonte de sucesos dérmico de este agujero negro, únicos vestigios supervivientes de los cuerpos cósmicos ya ingeridos.

En la curva de la calle, justo donde gira bruscamente hacia el sur, se alza una fábrica victoriana de tres pisos, un gran cubo de piedra tiznada que aparenta haberse reconvertido en un estudio de grabación. Un flamante logotipo minimalista cuelga de la fachada fuliginosa en un intento cándido de dotar de identidad al edificio amnésico, que ahora pretende llamarse Phoenix Studios, un empeño bienintencionado, mas fútil, de conjurar las llamas del renacimiento sobre las cenizas del barrio. Por desgracia, no fue ese el tipo de fuego que lo quemó. A un lado del inmueble, en lo que parece ser un patio abandonado, hay una morrena de neumáticos amontonados, depositados aquí desde hace tanto que más parecen los remanentes de un glaciar de caucho negro, allá por la larga ola de frío que siguió a la era de los *dinodóceres* y las *tiranoexcavadoras*, capaces de girar y estirar sus cuellos articulados para arrancar a pedazos el dormitorio principal de una familia desahuciada, con helechos grises de papel mural pendiendo de sus quijadas metálicas amarillas en un atracón indiscriminado. Tuerce a la derecha hacia la continuación de Gregory Street solo para descubrir que ya no es tal. Más allá del estudio, no hay nada que separe este tramo de la vía y la calzada de doble sentido de Horseshoe Street, que desciende en paralelo allende dos muretes ridículos que Little John podría haber salvado sin siquiera enterarse. Studs siente el deber fugaz de bajar hasta el final bordeando los garajes, hogares y solares de albañilería que debería haber aquí, solo por respeto a las fincas caídas, pero le acaba resultando malsano y muy engorroso, así que resuelve atajar por un islote de tierra y salir a esta altura.

A todos los efectos, la amplia carretera carece de coches y peatones desde la base de su trazado escarbado hasta el gasómetro de esa cima lejana que se adivina al final, donde va a parar al Mayorhold. En el hiato desolado entre salir del trabajo y echarse unos tragos, las voces del

barrio, ancestrales y contemporáneas por igual, cesan tan abruptamente como un bucle pregrabado. Es capaz de oír cómo el polvo de esos instantes vacíos se asienta sobre la arteria abandonada, cómo acalla a sus fantasmas, el silencio que discurre cuesta abajo para enmudecer las cenas de Far Cotton. Más tarde, casi con total certeza, sobrevendrá una cacofonía de sirenas, vomiteras, intimidades chilladas al móvil y toda esa horripilante ralea, pero, por ahora, reina una pausa improvisada, la presencia siempre bienvenida de una interrupción de señal.

Se toma su tiempo para remontar la subida, ya que está profesionalmente obligado a examinarlo todo, a no dejar que ningún matiz se escurra de la aguzada red de su atención. Aquí, una esquina con una loseta quebrada en fiordos; allí, una vista trasera de la silueta de Marefair, con los recovecos ocultos de su zona posterior disponiendo entrañablemente la arquitectura de sus tejados, una proliferación fúngica de antenas y parabólicas que brotan de las chimeneas de obra y los remates de las cañerías. En la otra acera, sobre el bajorrelieve de una mediana de hormigón que recorre el espinazo del repecho, el lado opuesto de Horseshoe Street presenta un estado de conservación bastante mejor que el del margen destartalado que él patrulla, pues pertenece al centro de la ciudad, relativamente bien cuidado, y no al área proscrita de los Boroughs. El Harbour Lights, antes santuario de piratas moteros, sufre ahora la indignidad de su reconversión en el Jolly Wanchor o como se diga, pero, al menos, sigue donde estaba, y tal vez algún día contemple el regreso de sus caballeros de encuerada armadura. Un poco más arriba, el patio anexo a los salones de billar de la década de 1930, acotado por una verja de hierro, parece incompleto sin la alegre y tambaleante muchedumbre de esos padres de posguerra, aún vestidos con los trajes que les dieron al licenciarse, que tardaban una eternidad en despedirse mientras se dirigían sin prisa a la salida.

Más allá de los billares está la esquina de Gold Street en la que hace un siglo se erigía el Palacio de Variedades de

Vint, un teatro en el que el joven Charlie Chaplin actuó en varias ocasiones. No sabría decir si el espectáculo de patinazos y resbalones del vagabundo cinematográfico funcionaría igual de bien contra el telón de la pobreza contemporánea, que es un tipo distinto de indigencia. Cree que no, pero puede que sea porque no se imagina los Boroughs en blanco y negro atemporal, ni con sus miserias al son tintineante de una banda sonora pianística. La música de fondo lo cambia todo. Si le hubieran puesto un tema de Rick Astley, o tal vez el de *Steptoe*, a su escena en la *Juana de Arco* de Besson, la cruda violación de la hermana habría sido hilarante. O el *Nessun Dorma* a sus interpretaciones del Ladrón de Hamburguesas de McDonald's.

Cuando llega a la altura de los billares de la otra acera, vuelve a concentrarse en la ajada hipotenusa de cemento que va recorriendo, en este mugriento flanco de la calle, con su pinta de cadáver exhumado y sus pseudónimos rabiosos en cada letrero. Al reparar en que esta debía ser la ubicación aproximada del antiguo extremo oriental de San Gregorio, frena en seco para evaluar las lesiones de la víctima urbana, para calcular la extensión de las mutilaciones casi frenéticas infligidas en su substancia, e incluso en su planeamiento. ¿Podría ser esta extirpación quirúrgica de órganos vitales la firma del asesino? En su opinión profesional, los cortes más superficiales de la zona son compatibles con heridas defensivas, y apostaría su buen dinero a que descubre restos de piel con forma de avisos de ejecución urbanística bajo sus uñas de pizarra astillada. Asombrado por la intensidad inopinada de esta analogía *noir*, nota que empieza a embalarse. A la barriada la han… ya sabes, la han violado y le han partido la cara, pero se resistió. Buena chica. Valiente como ella sola. Dejadla descansar.

Tras encontrar la servilleta de una cafetería en el fondo de un bolsillo de la chaqueta, se seca raudo sus ojos brillantes, se suena la nariz, y se recompone un poco antes de reanudar la inspección. En la colcha de retales azarosos

que conforman los rótulos y superficies que tiene ante sí, no hay ni la memoria del agua homeopática de una iglesia. El pasado yace cauterizado. A media altura de una pared parcheada, hay incluso un manchurrón rojo que, sin la debida corrección de las gafas, se le antoja un lacre en el documento del aciago territorio, un trato sellado varias generaciones atrás, ya cumplido y zanjado. Sea como fuere, este no es el panorama que veía Hervey cuando aún vestía los pantaloncitos cortos de un colegial gótico, arrastrando su cartera por los rudos umbrales del siglo XVIII. Tampoco es el que contempló hace mil años aquel monje anónimo que vino peregrinando desde Jerusalén, enviado por los ángeles para localizar el centro del país y emplazar en él una cruz tosca, tallada y pesada; un mensaje del Gólgota, como una postal con un beso petrificado. Por aquel entonces, nadie dudó de la procedencia de tal misiva, no con un serafín de FedEx encargado del reparto. Pese a no contar con dirección de devolución, nadie cuestionó la identidad del remitente. Los carteros angelicales eran notarios científicos muy rigurosos, y su piedra cruciforme constituía el equivalente de un bosón de Higgs que viniera para validar el modelo teocrático estándar. En otras palabras, un notición. Un auténtico bombazo.

No es de extrañar, por tanto, que armaran un buen follón con el artefacto antes de colocarlo en la fachada de San Gregorio en Horseshoe Street, que se convirtió en un lugar de devoción durante siglos, con todos esos peregrinos venidos aquí con sus pies cojos y ampollados, rozando con sus dedos desesperados los ejes lisos y gastados de la intersección. El centro de la nación, medido por el mismísimo teodolito de Dios. Seguro que eso influyó bastante para que el rey Alfredo nombrara a Northampton el más preponderante de sus condados, capital de facto en un universo paralelo donde Guillermo jamás desembarcó. En cualquier caso, el gran quemabollos[77] solo imprimió su sello en los planes designados por el Todopoderoso. Este lugar no era mero pasto de reyes, sino suelo sagrado, marcado por seres con halos llameantes al dictado de una

autoridad suprema. Así lo veían, y así es como era: una realidad violenta y fascinante, muy similar a la de Studs, solo que perfumada por un tipo distinto de caballo. En años oscuros, tender al género negro no es más que la deriva natural.

Dicho esto, y pese a la brecha de un milenio que medió entre los orígenes de la reliquia y la escolaridad de Hervey, ¿no permanecerían incólumes la carga conceptual y la importancia inspiradora del objeto a ojos de los creyentes, y más si eran los de un niño de siete años cuyo padre era clérigo? Durante diez años, casi un cuarto de su vida prematuramente interrumpida, aquel chiquillo esmirriado posó su mirada y su tacto en el preciado y primitivo talismán, en la cincelada X de un mapa del tesoro interior, una semilla de cristal de la propia Jerusalén. Esa forma simple y fundamental se grabaría en sus párpados somnolientos con los tonos invertidos de ese salvapantallas movedizo que es el duermevela, una carta de color en una pantalla hipnagógica. Suficiente, en su opinión, como para estampar esa plantilla minimalista en la prometedora trayectoria de Hervey. Así, un fragmento traído de la ciudad santa y eterna habría constituido la dinamo que propulsó al joven eclesiástico hacia el tinglado de John Wesley y luego, con acrimonia, fuera de él. «El crucifijo en la pared», como lo llamaron, pudo manifestar la convicción granítica de Hervey y alimentar sus textos, *Teron y Aspasi*o o sus meditaciones sepulcrales; unas energías que finalmente acabaron tomando tierra en William Blake, quien cerró el circuito metafísico al acuñar *Jerusalén*.

Un ocaso incipiente envuelve en pequeños incrementos al adusto Sherlock, que contempla la caótica concurrencia de una docena de siglos, el espectro de estrategias sociales fallidas y la mezcla de materiales de edificación incompatibles representados por el desastre edificatorio que tiene delante. El crucifijo desapareció hace tiempo y se llevó con él su pared, y lo único que dejó fue una ausencia desoladora y conspicua. No puede evitar preguntarse a dónde se iría ese icono rudimentario, destinado a señalar el

corazón de esta tierra, el quid de su investigación *pulp*. ¿Lo mangarían los avispados operarios de la demolición, fueran mercenarios o, quizá, hasta devotos? ¿O tal vez, y más probablemente, con su aura ya exhausta y su significado desangrado en el polvo sediento, pasó inadvertido, ignorado hasta verse arrojado a una gavia aún más honda que en la que descubrieron la lápida de san Ragener allá por el siglo XIX? Ese gran signo aditivo, concebido para denotar la naturaleza positiva de la ubicación, estaba hecho de una materia casi tan antigua y duradera como el propio mundo, así que todavía ha de existir en algún sitio, aunque sea en forma de trozos dispersos. Cuando el tiempo y el espacio concluyan, las moléculas disgregadas de la pieza seguirán estando ahí para ese gran final, a lo mejor intactas, un símbolo que perduró mucho más que la doctrina que simbolizaba, y que aún preservaba su teórica rectitud eones después de que Hervey, Doddridge, Blake y sus sucesores siguieran el camino de toda carne en los confines más alejados de un universo predeterminado.

Nota que lo están acechando gracias al atavismo de un aguijonazo pineal, un reflejo inveterado de todo detective privado que a él le resulta vital para el ejercicio de su profesión imaginaria. Al girar su extraordinario perfil, clavadito a aquel acantilado con pinta de jefe indio que vio en *Fortean Times*, divisa cuesta arriba a un hombre rotundo y menudo, de rizado pelo blanco y barba a juego, a buen seguro uno de los ayudantes de Santa Claus, que lo mira aprensivamente desde la esquina de Marefair. El rostro del paleto, que clava en Studs sus desorbitados ojos de gafotas con expresión asustada y confusa, obra casi el efecto de una campanilla de recepción de hotel de la década de 1940, pues le obliga a recoger las tazas de café medio vacías y el porno que almacena en sus archivos mentales para hojear al vuelo las jetas desfasadas de los expedientes, todo con el fin de ponerle apodo a esa cara furtiva y familiar.

Ata cabos justo cuando el bribón intenta escabullirse cruzando a la otra acera de Marefair sin mirar atrás, como si quisiera fingir que no lo estaba vigilando. El intruso del

particular telefilme de Studs es el exconcejal James Cockie, cuyo rostro jovial aparece todas las semanas junto al título de su columna en el *Chronicle & Echo*, ese periódico local que lee de pasada cuando se queda en casa de mamá. Esto último es el nombre en clave de su oficina, porque uno siempre ha de andarse con ojo.

Mientras observa el empeño del edil retirado en hacer rodar cuesta arriba por Horsemarket, en dirección al Mayorhold, la carnosa bola de nieve de su complexión, el descongelado cazador de Piltdown analiza la irrupción de Cockie, tardía, pero tal vez pertinente, en este último tramo de la historia. Técnicamente, el género exige que el asesino sea un personaje presentado ante lectores o espectadores al principio de la partida, aunque siempre hay algún rebelde presto a burlarse de las convenciones como Derek Raymond, sentado con su mugrienta boina tras la barra del pub French en el Soho, e imitando la vida real en el hecho de que el culpable acostumbra a ser alguien salido de la nada. En obras así de anómalas, concluye con sobriedad, el relato versa más sobre el laberíntico proceso mental del protagonista que sobre los intríngulis del caso que tan desesperadamente intenta resolver. Dicho esto, no hay ningún imperativo literario definitivo que descarte al exconcejal de su pesquisa. Con la masa menguante del viejo político laborista corriendo al rojo hasta desaparecer, Studs ata cabos.

Mientras estuvo en el cargo, es de imaginar que el tipo metiera mano, o cuando menos un dedo rechoncho, en el brutal fallecimiento de la barriada, así que, aunque solo fuera pasivamente, Jim Cockie encaja en el perfil. Justo antes de que se girara para salir por patas, detectó algo en sus ojos atónitos a lo Tex Avery, un aire furtivo y culpable. ¿No suele decirse que, si uno espera lo suficiente, el asesino siempre vuelve al lugar de los hechos, a la escena del crimen? Unas veces va por regodeo, y otras, en un ataque de pánico para ocultar alguna prueba incriminatoria. Ocasionalmente, o eso le cuentan, acude para masturbarse, aunque duda que ese sea el móvil en este caso. Y muy de

vez en cuando, por supuesto, la compulsión del criminal por admirar *in situ* las siluetas de tiza de sus víctimas puede nacer de un remordimiento genuino.

Más arriba, su nuevo sospechoso principal se esfuma como un punto de fósforo blanco encogido en la vastedad de una tele de los cincuenta, fría y carente de estrellas. Frunciendo el labio inferior hasta temer que se le remangue a la barbilla, el corpulento detective enfila hacia el sur para volver por donde ha venido. Sabe que Cockie está protegido, que el caso nunca prosperará. Olvídalo, Studs. Es Chinatown.

Los diamantes y triángulos que el viejo gasómetro de más abajo troquela en el cielo comienzan a virar al añil, y nota ya que el azabache puro de la noche se cierne sobre la narrativa en la que se halla inmerso, que la gran obsidiana desciende sobre esta continuidad alambicada a unas pocas y desesperadas horas del alba, de su cita con la Warren y de su exposición. Se encamina hacia donde dejó su, bah, qué más dará, su máquina del tiempo DeLorean, o lo que sea, con su cabeza escarpada convertida en un templo de determinismo y transeptos góticos, en el engranaje desolador de la trillada trayectoria billarística de esta trama, de este arco de personaje que pasaría por vida.

Piensa en tretas y cruces, en traiciones cruzadas, en ese señor X que manejaba, entre bambalinas, los hilos de Hervey, Wesley, Swedenborg y el resto, un hombre en las alturas que se mantiene alejado de los focos, un jefe escurridizo de intrigas letales y nocturnas, a menudo dado por muerto, pero siempre con margen para la secuela.

Localiza el coche en el lento y prolongado fundido del crepúsculo, llega a casa, comprueba si le ha llamado alguna agencia de *castings*, cena un plato recalentado, se va a la cama. Y tras un buen rato y una taza de Horlicks, todo se vuelve… *noir*.

LOS ALEGRES FUMADORES[78]

Den despierta solo bajo un porche turbulento
en una losa curtida por el tránsito dominical,
donde la luz de la tarde cae, abatida y fatigada,
sin que por ningún título le haya sido otorgada,
en una calle hosca donde su presencia es casual;
despega su fría mejilla gris del frío y gris pavimento

Para que la mente en la hora quede orientada.
Desde el suelo ve el negro espinazo del techo,
de una pared cuelga un decreto de edad ignota,
en apariencia dirigido a la comunidad chipriota,
y en el muro adyacente un portón de hierro hecho
se yergue como una Biblia en plena cara cerrada

O como un tomo de más académico paladar.
Le cuesta apoyarse en su rodilla maltrecha.
Activo de noche, prefiere dormir de día
bajo la cubierta que hasta San Pedro guía
por la vergüenza de una licenciatura deshecha
y la creencia de que a casa no debe marchar.

Mirar a sus padres no puede, ni más pedir
a quienes en exceso su bolsa han vaciado
para favorecer su inclinación literaria.
Sin asistir a clase, y en deuda palmaria,
se refugia en este templo hoy desusado,
con un sudor de gárgolas que tiende a fluir,

Y una garita como única dirección postal.
Para escribir, de maestros aprendió a enseñar,
hombres con objetivos que él debió compartir
y que lamentan la carrera que, en vez de asumir,
decidió abandonar. Su error no para de bramar
mientras se debate a las puertas de lo cabal

En esta, la última de sus ruinosas moradas.
Veintitantas semanas lleva cual vagabundo,
con ambiciones rotas y sueños pisoteados,
los préstamos estudiantiles le están ya vedados,
y en los rincones de este asolado submundo
abundan polvos sucios y abyectas hojas plateadas

Cuando todo lo que él ansiaba era la poesía,
el fuego que Keats, y Blake, y Ginsburg tenían.
Encarnarlo, no enseñarlo. Ahora no podría soportar
años de aulas y tizas y mucho desesperar,
ni la bronca que mamá y papá le echarían
tras verse por su matrícula exiguos en demasía.

Así, una puerta se cierra y la otra le da en los morros
donde los hijos de Offa alzaban la copa de la Eucaristía.
Pernoctar en palacios sajones, o en de ellos un fuerte,
debe entrañar, cree él, poesía de alguna suerte,
así que suspira y se yergue sin holgazanería
de un saco de dormir cual tripa hecha unos zorros.

En el ínterin, se acuerda de que es noche de viernes,
y de que al menos hoy tiene planes que acometer:
un tipo calvo vende drogas en Tower Street o por ahí,
ofrece un rincón tranquilo y ensoñaciones al ralentí.
Una urgencia para la que aún se debe encallecer
propulsa a Den bajo una luz rosada y en ciernes

Desde la ajada ermita en la que estaba acurrucado
a través de rótulos consumidos por un tiempo asesino
en los que nombres y números mortales desaparecen,
llevándose títulos, sentimientos y años que así fallecen.
Una información muerta subyace a lo largo del camino
mientras Orfeo, titubeante, busca su inframundo ansiado.

Dejando atrás un nicho por el destino envenenado
con el negro monumento a los caídos en la guerra,
se marcha de la capilla antes de la llegada del atardecer
y de las pesadillas que este en sus muros hace aparecer.
Supera los parterres que inflama la primavera en la tierra
y atraviesa con soltura un portón de verde veteado.

En Marefair se encuentra, repleto de desdén,
a un tipo gordo y bajo que a veces suele ver.

De pelo y barba blancos, y con aires de cabrón,
este gnomo ajardinado, sin su caña o su azadón,
le da las buenas tardes, con ganas de ofender,
pero Dennis, por Pike Lane, esquiva este retén

Hacia un nuevo colocón que no quebrante ley alguna.
¿Por qué acudiría a este lugar para su meta alcanzar?
A estas chozas inflamables en el seno del Gran Incendio,
donde la locura de John Clare le procuró el vilipendio,
por más que Humánima la hiciera John Bunyan bautizar.
En estos páramos los sonetos hallan el fin de su fortuna,

Al igual que ese poeta local que vio como caminante,
un risueño ebrio en cuya irónica mirada naufragada
creyó atisbar su futuro, apenas una rima en depresión.
Despabilado justo a tiempo de esta vívida impresión,
gira a la derecha y ojea Santa Catalina de pasada,
baja por Castle Street, con la tiniebla ya reinante,

Hasta justo su mitad, y llega a la cima de una rampa
entre pisos escuálidos por los que siempre ataja
para llegar a Bath Street. Pese al olor a quemado,
se impone aquí a un sentido visual muy limitado,
que a las vallas de la zona como demonios baraja,
y cruza el lóbrego valle bíblico que allí acampa,

Plagado de aciagos impagos y ayudas canceladas,
con una esencia agria que a cada paso se agrava.
Se apresura a huir de esta atmósfera de perdición
y por ello la atroz oscuridad le juega una traición,
pues no es helado sino caca perruna en lo que clava
una de sus suelas deportivas, gruesas e intrincadas.

Se lo reprocha a sí mismo con epíteto insultante
y luego se precipita, por pisos Bauhaus descascarados,
directo hacia el centelleo cristalino de los rascacielos.
Iluminado por una sombra violácea de altos vuelos,
el pequeño Dennis arriba a los bloques encapotados
frotando en el suelo un pie rezagado y renqueante,

Y, tarde, demasiado tarde, siente una cierta ansiedad
hacia un calvo anfitrión con quien, vale, no se codea,
pero que al apodarse Kenny el Gordo no parece
el más desinteresado altruista que el lance merece.

Con todo, el lóbrego aparcamiento cerrado rodea
hacia Simons Walk, sin apóstrofe de propiedad,

Pero al otear atrás la hierba por la brisa mecida,
lucha por dar sentido a un oscuro trampantojo,
la ilusión fugaz de un gran engranaje nocturno
que gira antes de desvanecerse en pleno volturno.
Frunce el ceño y encuentra el portal con congojo,
toca dos veces los nudillos en el umbral del druida,

Y tras eso, a la luz difusa del helado panel,
su benefactor surge y se materializa.
«Cielos, ¿qué es ese olor? ¿Traes algún muerto?
¿Ah, sí? Pues quítatelos. No los metas a cubierto.»
Den obedece y hacia la calidez se desliza,
mas sus zapatos, huérfanos, no pasan del dintel,

Desatados y en desdicha. La entrada apestosa
lleva a un salón aún peor. «¿Te apetece un porro?»
Den toma un sillón y Kenny el sofá en que dormía,
atestado de muchos libros de psicofarmacología,
y donde los haces de luz se reflejan cual gorro
sobre su cabeza afeitada, bola de billar aceitosa

O de agua dulce perla oronda. Rojo Rizla en los ojos,
Kenny el Gordo chupa, humedece y extiende
la droga, el tabaco y el papelillo de fumar,
y luego un cilindro de origami logra liar.
La gruesa mecha de papel albar enciende
hacia la bomba esférica de sus mofletes flojos,

Que explota entre risas, toses y mucha juerga.
El porro propulsa sus ánimos cual trenecito
y ralentiza todo en basiliscos de humo rampante,
así que Kenny pregunta, como broma de liante,
si a cambio de la droga, y el ágape, y el pisito,
Dennis está dispuesto a mamarle bien la verga.

«Si no, ya puedes largarte, que yo no hago caridad.
Te he ofrecido buena pizza y mi gran reserva especial.
Una puta quería un poco y su culo puso en garantía,
pero no, le dije, pues era a ti a quien yo se la prometía.»
Dennis parpadea, aturdido, y todo le sienta fatal,
comprende ahora su nueva vida con plena claridad,

Y los difíciles compromisos que habrá de aceptar
para que le abran estas puertas con cierta rutina,
así que asiente. Kenny, sin tiempo para trapisondas,
propone hacerlo mientras esperan al microondas.
Con las pizzas calentándose y en el suelo de la cocina,
Den se arrodilla, le desenrolla el caracol a libar

Y lo mete en su boca. Como idea menos molesta,
piensa en Wilde o Whitman a la par que traga
toda la poesía que el rancio pistón pueda generar
al moverse por su orificio como un telar,
y mientras se la chupa a quien lo estomaga,
en el *De Profundis* intenta centrar su testa

Aunque ni una sola cita sea capaz de recordar.
A falta de gatitas, Den festeja su cuita porcina,
cuyo universo, arrítmico, no admite más rima
que las coincidencias que su esencia imprima:
cuando el gélido temporizador del horno trina,
el semen de Kenny el Gordo le toca embuchar.

Comen en silencio. Den descubre, con aflicción,
que aún saborea su aperitivo, así que del entrante
apenas puede disfrutar. Cuando ya han acabado,
el camello de la felicidad, cual Buda perfilado,
anuncia que ya es hora de que él, el muy tunante,
dé rienda suelta a la etnobotánica diversión,

Por lo que muestra el estramonio que ha cultivado,
con su campana blanca como una página yerma,
y la *Salvia divinorum* que le corresponde a Den.
Kenny el Gordo se apresura a aclarar, también,
que aunque la planta adivinatoria a ambos aduerma,
las trompetas de los ángeles para sí las ha reservado.

«Verás, es que tengo una gran tolerancia;
masticamos la salvia juntos y luego, al rato,
el resto me fumo a solas.» Chupan las hojas.
«Póntela bajo la lengua, y así la mojas.»
Con el bolo sublingual y el mentón prognato,
Den saliva un poco y deglute con repugnancia.
Palidece entonces y se queda como ausente,
víctima de un pandemonio fiero y subyacente.

*

El tiempo fluctúa y su medida la pierde,
así que ya no sabe ni cuánto lleva sentado.
La lúgubre estancia no ha sufrido apaños
salvo por sus cargados detalles, ahora extraños,
y mientras lo alberga bajo su lengua, macerado,
el verde pegote vegetal, que también muerde,

Impregna su saliva de un veneno amargo
que baja a su vientre entre dientes y encías
para cuajar en sus venas, entrañas y huesos.
Den se retuerce y contiene del dolor los accesos
mientras se sume, durante sutiles cuantías,
en la incomodidad de un corpóreo embargo

Que lo catapulta desde su asiento a recorrer
la habitación, para así mitigar su gran inquietud.
Kenny mueve su descomunal testa infantil
en el sofá, claramente en ademán hostil,
pues el efecto retardado le causa una acritud
que en su rostro flácido se puede entrever

Y que su dispéptico monólogo deja deducir:
«Me cago en todo. Si esto no va a funcionar,
la otra mierda me voy a fumar». Den, pasmado,
circula entre las sillas por un eterno alfombrado,
y sin saber quién es o dónde ha ido a parar,
en una niebla disociativa se va a zambullir.

Lo hace solo, consciente pero sin nadie al mando,
y al mirar hacia abajo descubre que no puede evitar
el hecho indiscutible de que viste el sobrero y el ropaje
de Charlie Chaplin, o de alguien de similar bagaje;
un pequeño vagabundo de celuloide estelar
sobre tablas monocromas que recorre alardeando,

Despojado de color. Kenny, como Den ataviado
con atuendos vetustos, se tambalea en la oscuridad,
blanca la cara y negro el traje, a su lado, sin hablar.
Al Lambeth Walk recuerda de ambos el andar,
pero en los rincones superiores de la propiedad
surgen hombrecillos gesteros de aire contrariado

Y prendas semejantes. Homúnculos de verdad
que maldicen y escupen. Los tablones, por algún hado,
reemplazan el techo; los rufianes, por entre las grietas,
profieren sus mofas, y la luz sucia y gris cae en saetas
desde algún espacio matemático elevado
o llegada desde una proletaria eternidad

De infinito rencor. Su retumbante trasfondo
los desquicia a los dos. Al torcerse su posición,
los diablillos burlones gradualmente crecen
mientras Den y su colega hacia ellos se mecen.
A medida que avanza, tiene la fuerte sensación
de en los banales tablones del suelo calar hondo,

Pero emerge al otro lado en malas condiciones,
con el pecho hundido en un piso acongojante,
y también deformado. Su piel, de ropa privada,
descubre que sería de un maniquí más apropiada,
hecha de los materiales de este osario mendicante,
con vetas por poros, tuercas cual articulaciones,

Gritos que grujen y lágrimas de goma viscosa,
lentas en sus mejillas lustrosas. Den ve, aterrado,
cómo su anfitrión, igualmente sumergido y lignario,
es capturado y aupado hacia su propio calvario
por la fraternidad de necrófagos de aire achispado,
que cantan desde su Elíseo con embriagada prosa:

«Somos los alegres fumadores,[79] una festiva panda.
En este medio mundo, medio real y medio cocido,
disfrutamos de grandes noches sin nuestras esposas,
pasamos madrugadas de ultratumba muy ruidosas,
y no ansiamos más que un cráneo bien partido
o locas de Bedlam para el ponche y la parranda».

Horrorizado por esta aparente hora feliz infernal,
Den forcejea, encastrado, y se yergue para espiar
de la Guinness el sonriente tucán de hojalata,
con su bonhomía comercial que en décadas se data,
y luego, con un ojo de madera de pánico a rebosar
escudriña el claroscuro de esta clientela grupal,

Réprobos ardientes que lo insultan arremolinados
mientras él lucha ahí, a la altura de sus rodillas.

Uno de ellos, vestido con bombín y chaleco,
limpia de su barbilla de una rata el fleco,
y aunque sus bolsillos lucen dientes cual cuchillas,
peores aún parecen algunos de sus confederados.

Hay uno cuyas facciones reptan por su cara,
boca sobre nariz, orejas donde ojos deberían residir.
Otra de ellas, una vieja arpía de nudillos pelados,
con una sonrisa que a los hombres dejaría helados,
se balancea al ritmo de un tema difícil de oír,
plano en la acústica mortecina que el lugar acapara,

Menos melodía que mera sintonía. Den, con ahínco,
trata de buscar la fuente, y no tarda en identificar
a los músicos redivivos, bajo, trompa y batería,
empleándose en pistones y baquetas sin alegría,
por más que varios tonos procuren elevar
cuando al líder de la banda reciben con un brinco.

Vitoreado por doquier, se trata de un titán fornido,
con barriga, boina, barba y ojos intransigentes,
que se abre paso entre los parroquianos espectrales.
Den lo atisba, brevemente, y capta a dos chavales,
fantasmales, refugiados tras sus muslos arborescentes,
uno de ellos bastante majo, pese a su tono deslucido,

Y vestido con una bata de tartán. Den lo llama,
pero solo el interés de los villanos se ve atraído;
le pisan la coronilla de madera con las suelas,
se burlan mientras lo empujan hacia las duelas,
y en esas su delicado oído lírico termina ofendido
por el odioso vocerío que a su alrededor clama:

«Es de madera, como la pata de Elliott el Zuecos
o esos horribles espantajos de las granjas».
A Kenny el Gordo, en su mejor traje lignario,
lo atrapa la bruja lasciva salida de un bestiario,
que en el brazo le graba sus iniciales a franjas,
pese a sus ruegos chirriantes y agudos, sus ecos

Y sus súplicas. Den, por los fiambres pisoteado,
oye el grito ronco, estentóreo, del orondo juglar;
en un cenagal astillado lo están aplastando,
pero resurge para captar al bardo preguntando

si Freddy Allen está presente por algún lugar,
a lo que le replican que no anda muy alejado,

Y entonces los niños se van. El clan socarrón
redobla su carácter jactancioso y bravío.
Al tocar la banda, a Den más fuerte patean,
a Kenny el Gritón su piel de títere le cuartean,
y cuando las alborozadas notas cogen brío,
las sombras infames retoman su beoda canción:

«En honor del pub bautizamos la fraternidad,
tras diez lustros aquí, ¡hombres y niños por igual!
Pálidos en el más allá y más allá de toda palidez,
¡por el horror apuramos la copa en la embriaguez!
Así que dejadnos a los muertos el gozo banal
¡de una borracha y paralizante posteridad!».

Den se retuerce, sumergido en el pino movedizo
como pez fuera del agua entre dos planos sujeto,
de todo matón etéreo invariable objetivo,
y olvidado ya de ser de la droga cautivo.
De su nombre no alberga recuerdo concreto,
ni de una vida previa a este delirante hechizo

De botas y bravatas. Kenny el Gritón, en su agudeza,
compite con los gemidos y vaivenes de la balada,
y ambos se contorsionan en lo que aparenta ser
un paraíso o purgatorio para gentes de buen beber,
donde aún pervive la barbarie de una época pasada
y donde los pobres perpetuos presentes son certeza,

No metáfora. Transcurren así eones brutales
antes de una distracción de semblante pueril,
un errante espectral por matones escoltado,
y que a avanzar por el lugar se ve forzado;
un hombre destrozado en cuya cara infantil
hay incrustadas gemas de quebrados cristales

Y con una hendidura por pecho. Voces que gimen
y choque de jarras. «¿Para qué ha venido este?»
El mendigo espectral pasa a exclamar cual fiera
los hechos acusatorios y su coartada lastimera.
Aunque Den, enterrado para que no moleste,
no llega a captar la naturaleza de su crimen,

Sí que ve su aciago castigo. Por su gran ofensa,
al prisionero lo despojan de su ropa harapienta
y lo hacen arrodillarse, inseguro y angustiado,
mientras Kenny, con el falo de madera incitado,
descubre que el hampa juerguista ahora mienta
un acto antinatural de una aberración inmensa.

Ambos dos participantes profieren aullidos
en el coito abrasivo forzado por sus amos,
pero el público atroz y espectral echa a cantar:
«Somos alegres y fumamos, pero esto es medular:
hay cosas arbitrarias por las que nos preocupamos
y una dura justicia impartimos a las calles subidos,

Donde los bastardos de toda época están reunidos,
en una caída de Milton que así democratizamos:
¡con Satán derrocado y de la turba el reinar!».
Den siente que quizás empiece a resbalar
hacia esa realidad que en sueños no recordamos,
a través del serrín y la flema de los aparecidos,

Por entre una zona que diríase intermedia.
Como si fuera una fiesta en el piso de arriba,
oye el grito de dolor del tipo de mejillas rosadas
forzado contra natura a relaciones indeseadas,
desciende al hábitat que en Kenny el Gordo estriba,
y bajo la umbría de una bombilla tenue, por inedia,

Se descubre, concluida ya la experiencia,
en la silla sentado, con su anfitrión tumbado.
El salto y la caminata, diría ahora sereno,
solo eran partes de su sueño ultraterreno.
Con muchas preguntas en el aire, y agotado,
se desliza hacia una dulce inadvertencia,

Mas recuerda, bordeando la oscuridad total,
que la muerte es una marginalidad literal.

*

Recobrada la conciencia de la gris vacuidad,
recuerda detalles uno a uno con vacilación;
la identidad, primero, su cuerpo y el asiento,
el tiempo y el lugar. De un vistazo soñoliento,

nota, tras la inhóspita y sublime solarización,
que hay color, aunque no en gran cantidad

Ni con buena distribución. El sol, discreto,
incide en las cortinas para un beso estampar
en la panza dormida de Kenny. Bajo la lengua,
Den halla y escupe un bolo que ya no mengua,
exhausto, y entonces, con ganas de mear,
se incorpora con pies descalzos, inquieto,

Para surcar esta estancia tan a él ajena,
el pasillo, con el abrigo de Kenny y su saco,
y la escalera, que en pos del baño apisona.
Despierto ya del todo, la taza inspecciona;
de porcelana mugrienta es su gaznate opaco,
y el efluvio que surge sus sentidos cercena

Al igual que los recuerdos, agudos cual cuchillas:
el pórtico de San Pedro, su préstamo estudiantil
y oh, Dios, ¿chuparle a Kenny el Gordo la polla?
Está abrumado. La cosa le supera, lo embrolla.
Tras unas arcadas, y con un quejido febril,
su existencia al completo vomita en cuclillas

Durante varios minutos, doblado por la mitad,
luego tira de la cadena. El aire de la tubería
brama con el ansia de un minotauro acorralado.
Den se limpia la boca y baja al piso viciado,
al saloncito envuelto en una malva umbría
donde Kenny duerme, supino en su mansedad,

Con la pipa fría en una fofa mano agarrada.
Aunque desea irse, Den cree que lo apropiado
es despedirse: «Me voy ya». Sin respuesta.
Una mosca plana de panza verde molesta,
antes de posarse, el inmóvil cráneo afeitado,
pero él sigue sin comprender, pese a la ojeada,

Por qué su anfitrión no parece volver en sí.
«Digo que me voy.» Den empieza a sentir
cierta incomodidad, pero se acerca, insolente,
a examinar el pecho inerte y la mirada ausente.
A la certeza la acompaña un terrible gañir,
el sonido súbito e incesante, en pleno frenesí,

De una *banshee* que volara y se lanzara en picado
agitando cristales y haciendo a los perros ladrar,
pero no hay origen visible salvo él. Se estremece.
Al gritar, una pieza de Kurt Schwitters parece,
improvisada, expresiva e inarticulada a la par;
luego retrocede en dirección al portón cerrado,

Sin pestillo, para asirlo y abrirlo por entero,
y la rutilancia por la abertura logra emerger
hasta cegarlo. Su ajado saco olvida sin reparo,
cierra de un portazo semejante a un disparo,
y luego se marcha sin molestarse en recoger
su calzado emboñigado del umbral Cerbero

O en mirar atrás. No se atreve, se esconde.
Sin calcetines, la hierba nota fría y mojada;
sin plan, escapa del doble torreón malsano,
pero en Crispin Street atisba a un fulano
cuyos ojos celestes y blonda pelusa rizada
le son raramente conocidos, ¿mas de dónde?

En los labios de Den arde una ignota narración
que busca manifestarse, un delirio intoxicado
digno de Coleridge, Cocteau o Baudelaire.
Al alcanzarlo, el tipo de pelo rubio y sin crecer
estudia, dubitativo, al muchacho pasmado.
«Tío, ¿estás bien?», requiere con preocupación

Manifiesta. ¿Está bien? La respuesta profusa,
propia de De Quincy o Rimbaud a su entender,
entrañaría elaborar un relato hermoso y gallardo
que fluyera tanto como la crónica de un bardo,
pero he aquí cómo lo glosa: «Sí. No. Joder.
Oh, joder, yo estaba en el pub». Sin musa.

«Me he tirado toda la noche ahí arriba, en el pub.»
No cesa. «No dejaban que nos fuéramos. Joder.»
No va a parar. «Joder, tío, échanos un cable.
Era un pub.» Por si eso no resultara fiable,
su lengua se torna una torrentera sin contener
que reverbera palabras en una suerte de *dub*

Áspero y cascado. La mirada fija del extraño
parece socarrona: «Espera, tío, que me pierdo.

¿Qué había en ese pub en el que te han retenido
toda la noche?». Aunque apenas ha dormido,
Den sabe que el hombre evalúa si está cuerdo.
«¿Y dónde es *ahí arriba*?», cuestiona supitaño.

«Ahí arriba. Arriba, en el techo.» Y agrega:
«Es decir, en el pub». El tipo rubio asiente.
«Sí, yo también he pasado por eso», reseña.
Menciona los rincones, y la gente pequeña.
Den se esfuerza por entender a su fuente
pese al lavado de cerebro, o la mera friega.

«Sí. Sobre los rincones. Estirándose hacia abajo.»
Con aire comprensivo, el fulano saca y extrae
algunos cigarrillos, le ofrece uno a Den
con una calma aceptación que bordea lo zen,
y enciende los dos. Él se extraña. ¿Qué recae
sobre este barrio de un pueblo tan poco majo

Para que pasen cosas así? Su salvador le cuenta
que no está loco y que tardará en sentirse normal;
le da más cigarrillos; le aconseja echar una siesta
en una verdosa franja de árboles muy modesta
situada en Scarletwell Street, llegando al final.
«Ahora mismo estarán en flor», solventa.

Con sílabas que más parecen dulce sirope,
Den tacha a su benefactor de cojonudo,
le da las gracias, y empieza la cuesta a bajar,
pero, al mirar atrás, ve al extraño singular
observándolo quieto. ¿Será un chiste rudo?
«Yo solo estaba en el pub», grita al galope.

Descalzo, prosigue el descenso de la pendiente
sorteando la opulencia del cristal pulverizado
hasta la unión en forma de «T» de la otra punta,
en la que una sola casa yace a la esquina adjunta
en una vasta amnesia de césped desmochado
donde su presencia resalta lo austero y ausente,

Sin señal alguna de quién posee la residencia
y con ventanas veladas por cortinas colgadas.
Se sienta más allá, bajo el arbolado consunto,
con solares ferroviarios ultimando el conjunto,

y agachado sobre briznas de hierba mojadas,
sortea los líricos escombros de la experiencia

En busca de rimas. La solitaria vivienda
se cierne y puntúa el yermo tramo postrimer
cerrando la cita de un pasado mudo, olvidado.
Enciende otro pitillo con el que ha terminado
y luego vive, y respira, e intenta comprender
la muerte del gordo en aquella casa tremenda,

Con mirada pasmada y lechosa. Le inquieta
el mero pensamiento; es incapaz de comenzar
a analizar, y menos aún de definir, disperso,
el abrupto y desapacible final de ese verso.
El salvaje texto de la vida no debería acatar
la rigidez de un alejandrino o una cuarteta,

Sino seguir el candor de su propia llama
y sensibilidad. Incluso su singular bagaje
carece hasta ahora, a su juicio, de madurez,
como resultado de su absoluta invalidez
para forzar métricas e insuflar al lenguaje
cierta pasión, y por eso desconoce la fama

O el éxito. Basta de autoengaño. Irá a casa
verá a los suyos, trabajará en una tienda,
pagará sus deudas y aguardará a disfrutar
algún día de una vida que pueda relatar.
Entonces, en la acerca curva de la senda,
un Volkswagen rozado y azul lo rebasa

Y para. Una mujer con rastas sale a ayudar
a su pasajera, una mulata bastante delgada,
la más joven del dúo pero la menos vital,
que lleva vendajes en lugar de velo nupcial
alrededor de su exquisita cara maltratada
y un ramo agarrado que no para de temblar,

Enfatizando así el ambiente matrimonial.
Con el coche aparcado en la esquina,
una asiste a la otra lentamente por la cuesta
hasta escapar a la vista, mas tras ellas resta
el murmullo de un coloquio que termina
cuando llaman a la aislada casa del arrabal

En pos de una respuesta que tarda una pausa.
Del diálogo no capta nada, pues es discreto,
aunque regresan y se marchan, sin el buqué,
en el coche que han detenido cerca del chalé.
La extraña estampa deja en el aire el secreto
de su desenlace y también el de su causa,

Aunque del mundo no desea extraer poesía.
Con el rocío helándole el culo, repasa la velada,
lo que ha hecho y los horrores que ha visitado,
coronados por su primer cadáver escrutado:
una sucinta proclama ática, alba y calmada
sin rastro alguno de ambigüedad baldía,

Filigrana adjetiva o alusión peripuesta.
Den precisa en esto de una voz actual
como la de Blake, Joyce, Bunyan o Clare,
palabras para estas nuevas ruinas del ser
que describan los páramos de cada cual
en una lengua destrozada y recompuesta,

Acorde a estas vidas y calles. Decide fumarse
un último cigarrillo antes de llamar a su madre.
Más arriba, en algún lugar, aúlla una sirena,
diapasón del desastre que aun así no cercena
el recién hallado equilibrio de su encuadre,
un instante exquisito que logra cristalizarse

En la orfebrería del tiempo, donde futuros y pasados
se mantendrán, al fin, por siempre ligados.

ID AHORA A VER A ESA MALDITA MUJER

Visto desde abajo, el arcángel de piedra centrifuga una oscuridad centelleante con su taco de billar, y las pausadas constelaciones giran en torno a su punta como la tierra mundana rota sobre su eje descuadrado. Un universo en movimiento de archivos y partículas magulla el ojo lítico de su órbita tallada, sobrescribiendo datos en la mugre secular que le sirve de pupila: el incesante boletín informativo del viernes 26 de mayo de 2006. En las sombras del fondo, bebés, perros y convictos yacen entre sueños.

Vista desde arriba, la textura urbana isomorfa se aplana en un mapa mortecino por el que pulula un plancton fosforescente; un enjambre browniano de camiones de larga distancia y parejas relajadas de fin de semana, trenes de cercanías maratonianos y navíos destellantes en misiones de urgencia. Una luz arterial fluye a borbotones por el diagrama circulatorio, siguiendo el progreso de los vectores del dinero en efectivo y de las oportunidades que ofrece la calamidad. Aumentamos la profundidad de campo y las acciones del mundo se condensan en un *impasto* descremado.

Por todo el planeta, la guerra y la ruina acosan a los desplazados como los buscapiés simulan perseguir a los niños revoltosos. El continuo ajuste del presente —una fina grieta entre las masas estupefactas del futuro y el pasado, recocidas por la fricción y la presión— es una interfaz al rojo que refulge entre la teoría de cuerdas y el agravio labrado de Hammurabi, y que bulle de nuevos mecanismos de esclavitud financiera y frescos epítetos para calificar a los pobres. América raya el alba con el terremoto del veredicto de culpabilidad de los antiguos directivos de la

Enron, y en ese ensordecedor estrépito boquiabierto se negocia una cascada de desastres. Corte a interior, noche.

Mick Warren, consciente de que su mujer está durmiendo, se vuelve a cámara lenta procurando minimizar el chirrido del colchón. Su viraje sobre el costado izquierdo es una campaña que desarrolla en fases, y su objetivo, una vez consumado, no arroja sino otra postura incómoda de distinto cariz. Marinados en su propia salmuera durante este sofocante declive de mayo, sus hombros fatigados acusan la semana laboral recién concluida, y el insomnio reduce su desgastada conciencia a la mansión esquemática de un tablero de *Cluedo*, a pensamientos que se suceden por unas escenas del crimen de corte minimalista en pos de circunstancias, medios y motivos. Estas asociaciones en caída libre no tardan en llevarlo a la deriva por juegos que se ganan, por juegos que causan desgana, por mentes en desvelo que avanzan casilla a casilla acorde a reglas autoimpuestas y delirantes, una coreografía de damas chinas repleta de ideas sueltas que saltan y se comen unas a otras en un esfuerzo por alcanzar la inconsciencia ignara, el centro huero y hueco de la mesa. Cuando «*Cluedo*» se desliza fonéticamente hacia «Ludo», los salones de Poirot se reconfiguran en los estilosos senderos de un palacio ajardinado, lleno de fichas dinásticas de múltiples colores inmersas en parsimoniosas intrigas cortesanas. Ludo… Mick cree recordar vagamente que su hermana mayor llegó a decirle que el término poseía cierta importancia, pero ahora mismo se le escapa. Las palabras y los juegos terminológicos no son su fuerte, y de ahí su aversión al *Scrabble*, cuyo mero título, «*Escarbar*», le resulta demasiado reminiscente de los procesos mentales, frenéticos y ratoniles, que sufre cada vez que intenta darle coherencia lingüística a la angulosidad de un mueble consonántico saldado o al lamento de un funeral vocálico ululante. Enredar con letras, palabras y demás ni siquiera es un juego propiamente dicho, no como pueda serlo el fútbol. ¿Qué diversión hay ahí? Se le ocurre entonces que es muy probable que quienes profesan su afición por los tormentos

filológicos de esta naturaleza solo ansíen parecer listos. En raras ocasiones se ha topado con sujetos que proclamaban un gran entusiasmo por el *Scrabble Guarro*, en el que se usan palabras bordes, pero es imposible que alguien juegue a eso, ¿verdad? No puede ser real, para empezar porque solo hay una «J» en cada caja. En un intento por disipar el calor que lo asa a la parrilla, saca una pierna de entre la ropa de cama y se deleita con la consiguiente pérdida de calor. Su mente amodorrada deambula, exasperada, por juegos exasperantes. Cambio de encuadre.

Tras hacer palanca para colocarse de espaldas furtivamente, se imagina que desde arriba debe asemejarse a uno de esos caballeros medievales de piedra, todos dormidos en sus gélidos sarcófagos con unos perros de presa petrificados a sus pies. A estas alturas seguro que hay algún juego bélico basado en la Edad Media, con sus torres, sus castillos, sus justas y demás, pero no hay ninguno que se le venga a la cabeza. Entre los muchos pasatiempos de la casa Waddingtons de su juventud, los de temática histórica se contaban con los dedos de una mano, pues la mayoría se centraban en un mundo moderno que, por la época, todavía intentaba sobreponerse a los escombros bombardeados de la década de 1940. Se acuerda de que uno de ellos, *Spy Ring*, consistía en infiltrar por las embajadas a unos bustos de plástico con gabardinas y sombreros de fieltro, una precisa traslación de las maquinaciones de la Guerra Fría, a juzgar por la ausencia de sentido aparente y la impenetrabilidad de las reglas. Alma y él desistieron casi de inmediato, y en una política de distensión tan efectiva como asequible, lo acabaron relegando a la mazmorra de debajo del armario. El *Monopoly*, por su parte, siempre se esforzó por transmitir una contemporaneidad obstinada, un ritual compensatorio muy adecuado para los largos años de austeridad de la posguerra, con carretillas a lo república de Weimar cargadas de un dinero color confeti en el que apostar y perder, aunque solo fuera brevemente, la cartilla de racionamiento. Está claro que casi todos los juegos de su infancia pretendían confinarlo en el presente. Cree recordar

un tenue diseño napoleónico en la caja del *Risk*, ese juego de estrategia global en el que la dominación mundial por parte de Australia parece inevitable, pero al final decide que la megalomanía siempre ha sido más atemporal que histórica. Como las cazadoras de cuero, nunca pasa de moda. Primerísimo plano.

Los párpados pestañean como obturadores de larga exposición sobre sus iris color azul pizarra, y los restos de silicato quedan así barridos discretamente. Las pupilas se expanden, saturadas, emborronando la tinta de la medianoche. Cavila que toda empresa humana es un juego de alguna clase, o más concretamente, un gran compendio de juegos que se conectan y entrelazan de forma confusa, un recopilatorio de entretenimientos variados con niveles de dificultad prestablecidos en los que las probabilidades siempre van a favor de la banca. Un juego, en definitiva, no deja de ser un sistema provisto de un conjunto de reglas arbitrarias e impuestas, ya sea un concurso cuyos resultados arrojen un solo ganador y múltiples perdedores, ya sea algún tipo de actividad no competitiva en la que el placer de participar sea su propia recompensa. Y las reglas, salvo que sean las de la física, claro está, han de resultar arbitrarias en un sentido u otro, apañadas por alguien, en algún lugar, y en alguna época. Es obvio que el capital y las finanzas son juegos, muy posiblemente parecidos al póker o la ruleta, al menos en base a esos ejecutivos de la Enron que salieron en las noticias de la noche antes de que se fuera a la cama, todos comerciando en un mercado de futuros que se sacaron de la manga e intentando, infructuosamente, dotarlo de valor a voluntad. Dicho esto, ese tipo de jugada, la del fraude empresarial y demás, es más propia del ¡*Tozudo*! que del póker o la ruleta: los buscadores de oro van acumulando picos y palas en las alforjas, y cuando el mulo a resorte de la credulidad del mercado salta inevitablemente, asusta a todo el mundo.

El estatus, la reproducción, el amor, las maniobras políticas, la interacción criminal y legal entre policías y ladrones… todo juegos. La exposición de su hermana al día

siguiente, esa que teme y anhela a partes iguales; las pinturas, el arte en sí mismo… un tipo de juego distinto en el que se usan referencias, citas o guiños a esto y lo otro, al intelectual sabihondo al que se alude. Las arrugas de la sábana imprimen un delta fluvial en la espalda de Mick, y en su desasosiego se le ocurre que la civilización y su historia son bagatelas similares, ilusas en su creencia de que su progreso posee la lógica metódica de una partida de ajedrez, cuando a lo que se parece es al tintineo aleatorio de la pulga saltarina. Es ridículo, como si la especie hubiera desarrollado una conciencia superior solo para inventar una versión más elaborada del tres en raya. ¿Cuándo va el mundo a comportarse seriamente? Incluso cuando la gente se enzarza en masacrarse entre sí, como en Irak o Afganistán, la cosa no pasa de ser un indios contra vaqueros que se va de las manos con desastrosos resultados. La última vez que el Reino Unido fue tan gilipollas como para interferir en los asuntos afganos, allá por cuando los británicos y el Imperio Ruso se embarcaron en un concurso de meadas omnipotentes durante los cien años previos a la Primera Guerra Mundial, al menos fueron de frente y lo bautizaron como «el Gran Juego». Quizá los peones caídos, devueltos en ataúdes envueltos en la bandera para un último desfile por ciudades de juguete como Wootton Bassett, puedan verse como fichas capturadas en alguna clase de juego, pero lo de su grandeza se le escapa. Cansado ya de este bádminton interno, de este toma y daca privado, opta por correr una vez más hacia la meta, en este caso la de la anestesia. Cerrar los ojos es una mera aspiración cuando rueda cual comando hacia el costado derecho. Retroceso hacia una estratosfera convulsa y bramante.

Abajo, las especies invasoras emigran de continente en continente, de sillón en sillón, acorde a la música de un clima alterado. Los aguacates crecen en un Londres tropical. El choque percutido de las partículas se registra en una delicada cartografía cuántica, helechos de explosiones y desintegraciones, hermosas espirales aniquilantes mapeadas

a través de un tiempo tangible. Información por doquier, siseando y a punto de hervir. El presidente George W. Bush y el primer ministro Tony Blair debaten sobre sus profundos lazos fraternales mientras admiten errores en la gestión de la Segunda Guerra del Golfo. La discordia de Megido se filtra en cada cultura, y en Palestina, el coche perteneciente a Mahmoud al-Majzoub, líder de la Yihad Islámica, estalla en una tracería letal de esquirlas metálicas y fragmentos de proyectil, desmembrando así al insurgente y a su hermano Nidal. Negras y rojas; tales son las flores que predominan esta primavera, vívidos corazones escarlata en pétalos tiznados de humo, moratones oscuros camuflados por una herida abierta. Fundido al interior del vehículo.

El siniestro Ford Escort chirría y se estremece en una odiosa parodia de Marla, arrodillada en el asiento trasero con su gabardina roja, su camiseta *halter*, descubierta en la espalda para mostrar unos omóplatos angulosos y malnutridos, y su microfalda, tan remangada sobre la cintura que se diría un cinturón negro de kárate inverso, el riguroso arte marcial de los victimizados. Ella misma, la personalidad fragmentada y maltrecha que cree ser, se halla petrificada ante la inminencia de su fin próximo, congelada en este instante implacable, en el último y desdichado tramo del aquí y el ahora, antes de que un terrible bebé gigante le rompa la cara y acabe con ella, de que detenga para siempre el mundo entero eliminando a la patética y penosa putilla que ella, en su estupidez, asume que es. Su futuro siempre fue tan miserable y raquítico que nunca pensó que alguien se molestara en arrebatárselo, pero eso es lo que está ocurriendo, lo que va a ocurrir: desde atrás, la punta de una polla rechoncha penetra su chocho reseco con el *staccato* de una película silente, y la aceleración es tan ridícula que incluso teme soltar una risotada tremenda e inagotable. Marla ha visto los ojos yermos del rostro del querubín. Ha visto la matrícula y sabe que todo acaba aquí, con su frente sanguinolenta golpeando la puerta trasera derecha del Escort a cada furiosa embestida, a cada

bayonetazo resentido. Este es ese peor-que-nada al que su vida se dirigía, lo que siempre ha temido, lo que siempre ha sabido que ocurriría, y lo peor es que solo ha salido esta noche para pagarse algo de mierda. Jamás volverá a sentir un subidón, pero eso le da igual. No es importante, nunca lo ha sido, lo dejaría sin pensárselo dos veces, lo dejaría todo y se iría con mamá si tan solo pudiera vivir, evitar su asesinato en este aparcamiento, llorosa y paralizada a su llegada a la estación terminal del universo. Nada de lo que anhelaba de niña será ya suyo; nadie le dirá nunca que es especial, solo será otra historia de mierda en el periódico local, otra furcia inútil a la que nadie echará de menos, violada y… ¿estrangulada? Ay, no, por favor, eso no. Que lo haga de un golpe. Un golpe en la cabeza y punto. Sin una última cena antes del cadalso, sin un último cigarrillo antes del pelotón de fusilamiento. Que su bálsamo postrero sea solo de sangre y mocos. Nuevo punto de vista.

Dez Warner, cuyos ojos son los de un caballo encelado y piafante, observa fijamente su presa de esta noche, un coño color fango que no para de taladrar con su magnífica erección. Arde como un dios o como una máquina imparable, y la todopoderosa química de su cerebro lo reduce todo a esto, al asiento trasero de su bólido, a la situación que ha creado. Cuando la condujo al recinto se preocupó un poco, ¿verdad?, y entonces intentó que la viera como a una persona. La mención de su nombre fue lo que provocó que empezara a propinarle bofetadas, puñetazos y demás, porque cuando no sabes sus nombres pueden ser cualquiera, ¿verdad?, pueden ser la tipa de *Cifras y letras*, pueden ser Irene. Ni siquiera en su noche de bodas, ambos borrachos como cubas, le dejó correrse en sus tetas, y tampoco se la chupó, no hizo nada de lo que aparece en las revistas y los DVD, nada ni remotamente similar. Nada como esto. Toda su conciencia se sume en el cosquilleo de ese último centímetro de su poderoso cayado, en cómo arremete contra un chocho asustado, tan electrizante que debe estar brillando, como los báculos que

llevan en los festivales o como el remate de los lirios de antorcha cuando se vuelven transparentes. Huele su sexo, su miedo, su jugo acre y excitante, oh, sí, oh, sí. Con esta ha cruzado la línea, ya no hay vuelta atrás, es muy consciente, pero esto es nuevo, siente que se ha convertido en todo lo que siempre estuvo destinado a ser, no tiene nada que ver con entrar a los bancos con un casco de moto y un maletín esposado a la muñeca, intentando imitar a Terminator para impresionar a las cajeras, ese en realidad no es él. *Este*, este es él, el rey de la noche, el rey del follar, y es muy sencillo serlo, ¿por qué no lo hace todo el mundo a todas horas? Un ruido blanco le nubla la vista, nota una especie de parpadeo defectuoso en los fluorescentes, y por el rabillo del ojo sigue captando figuras esporádicas, pero no le importa. Es dueño de la vida de esta criatura. Puede hacer lo que le plazca. Es como una muñeca, como una mosca que hubiera atrapado, solo que mejor, mucho mejor, porque llora, y está muy asustada. La tiene más tiesa que un palo, nunca se le había puesto tan dura, y bombea arriba y abajo como un demonio. No recuerda en qué momento exacto ha decidido terminar con el sufrimiento de la chica al acabar; ni siquiera está seguro de que haya habido un momento exacto. Por ser franco, es más bien un continuo, una escala progresiva en la que, sin llegar a tomar la decisión en sí, sabe perfectamente cómo concluirá todo. La sola idea lo estimula, y entonces empuja con más fuerza, pero sus nervios son palomitas de maíz llegado este punto, e intenta sacudirse la sensación de que en el coche hay alguien más con ellos. El cristal de la ventanilla se torna gris por el sofoco de sus alientos. Fundido a imagen de satélite.

Bajo el desgarrado vestido de novia de las nubes, el globo desnudo suda electricidad, unas perlas de luz añeja que se concentran en ciudades axilares para gotear en un fino reguero por los valles esternales. Iluminado con pan de oro, el mapa negro subyacente persiste en su calmo proceso de evaporación, y sus fronteras, que solían ser meras conveniencias topográficas, se tornan irrelevantes en virtud

de los nuevos medios de comunicación, una constante negación de la geografía que espolea en su estela un nacionalismo amenazador y beligerante. Entrenados en el gimnasio biológico, los virus superan las altas barreras de la especie. Aumenta la frecuencia diagnóstica de una dispersa taxonomía de nuevas locuras cada vez más específicas, y en Berlín, la canciller Merkel culmina la ceremonia inaugural de la *Hauptbahnhof*, la estación de trenes más grande de Europa, mientras un caos de apuñalamientos se desata entre la multitud asistente, con más de dos docenas de personas heridas, seis de ellas en estado crítico. Para complicar aún más la magnitud de las funestas secuelas, se descubre que una de las primeras víctimas es VIH positivo. La acreción de materia volcánica genera nuevas islas que pasan desapercibidas. Insertar metraje en blanco y negro.

Freddy Allen, un furioso manchurrón de tiza y carboncillo, traza una línea por el callejero en dirección al pasaje. Chorreando un bebistrajo de dobles en *stop motion*, el indignado vagabundo espectral permea inadvertidamente por bolardos y barricadas de ladrillo, por un gaseoso borrón de coches embalados y por los pisos bajos destinados a los discapacitados; es una bala hecha de niebla, rectilínea en su trayectoria asesina. Arrojados en el haz fulgurante, los fantasmas de sus pulgas desahuciadas buscan nuevos alojamientos; frijoles saltarines y vampíricos en pos de otros espíritus desaseados, muy abundantes por estos lares. Mientras avanza, su cólera iracunda ruge como el trueno: incluso en la sordina de la juntura fantasma, su incesante aullido de insultos y epítetos atroces compone el estrépito imparable de un tren de mercancías descarrilado que campara por el barrio dormido envolviéndolo en una bufanda funeraria de humo, escupiendo ardientes chispas peyorativas. Con el ritmo jadeante de una locomotora, Freddy los maldice a todos, a violadores y cobradores, a concejales y puteros por igual, a todos los peces viciosos que rondan el diezmado cebo del vecindario. Sabe bien que la antracita que alimenta su rabia la extrae de la bilis que se

profesa a sí mismo, de la vergüenza que una vez casi consumó, de la carga culposa que lo retiene en este pozo séptico, monocromático y espectral, eternamente indigno del emporio bañado de color que es Arriba. Vitupera y execra una tormenta de improperios mientras surca bloques residenciales deprimentes, casi todos bautizados en honor a algún santo, y calles atrofiadas, vedadas al tráfico para desalentar la prostitución. En una cadena de muñecos desastrados de papel de periódico, se reitera por las aulas del colegio, se duplica por unos pasillos nocturnos patentemente desprovistos de griterío, y explota por paredes prefabricadas decoradas con pintadas grotescas y geniales, todo para irrumpir en Scarletwell Street como una avalancha de incontables miembros agitados y rostros contorsionados por el encono.

Al atajar por la redondeada esquina inferior de Greyfriars House, no es más que otra mugrienta cuerda de la ropa de las muchas que cruzan el patio interior vacío, húmedas y zarandeadas, y en su propulsión billarística comprende, al fin, la intensidad con la que el Maestro Albañil lo miró antes en la sala de billar etérea: es él, Freddy. Él es el tiro con carambola, el cañonazo del arcángel, la exhalación que sobrevuela ese paño salpicado de cacas de perro que es los Boroughs, impelido por la fuerza coyuntural del poderoso taco de billar y… ¿Y todo para salvar a esa joven canija? La chiquilla negra, o cuando menos mulata, según recuerda vagamente, debe ser crucial para la partida, pero nadie habría dicho que lo serase. No es decente eso; no es justo despreciarla por lo que hace, por no ser la hija de un médico o algo así. Todos eseran niños en origen, ajenos por completo a su futuro. Un ectoplasma trémulo, nacido de la ira y la ternura, asoma en las tiznadas arrugas de sus órbitas cuando el indigente, incinerado tiempo ha, se arremolina por Lower Bath Street flotando en plena tiniebla a una cuarta del asfalto hundido, sin ningún soporte aparente, como ya es habitual, y simulando ser un producto de la fatiga ocular. Unas cuentas plateadas y oblongas lo atraviesan como neutrinos cuando empieza a

llover. Vuelta a color, cámara rápida.

Desde esta posición, los rasgos del paisaje natural se tornan una abstracción, y el carrete desenrollado de los ríos queda reemplazado por el fulgor enrutado de los canales de información, que desaguan por las esclusas de los servidores ignorando montañas, ajenos a los mares. La llovizna de datos no tarda en volverse un cataclismo climático extremo. El conocimiento adquirido sobrepasa una línea de flotación muy mal calculada, y cuando las poblaciones pierden pie, se aferran desesperadamente a dogmas sueltos o amenas novelerías, hasta que emprenden su lucha superficial en las corrientes de un e-huracán. Vista en perspectiva, la plaza Pilsudski de Varsovia es una vetusta carta diagnóstica para daltónicos, salpicada de puntos pálidos pese a la intensa lluvia. Benedicto XVI, papa novel, hace su primera gran aparición pública en la patria de su predecesor, y el farfullo de los altavoces crepita contra el aguacero mientras él evoca la plegaria del papa Juan Pablo II veintisiete años antes, un ruego para que el Espíritu Santo descendiera y cambiara la faz de Polonia, un rezo que se considera más providencial para el desmantelamiento de la Unión Soviética que las permutaciones ejercidas por la implacable ecuación del mundo. Desaparecen especies y se hacen nuevos descubrimientos, todo a la vertiginosa velocidad con la que cambia el elenco de una telenovela. Los cuervos de Terranova desarrollan habilidades instrumentales secundarias, la capacidad de usar herramientas para modificar herramientas, y una tormenta de rayos incontables siembra las laderas del Kilimanjaro de una preciada tanzanita, ecos refulgentes bajo un cristal de cobalto. Los conflictos van y vienen como asesinos nómadas, cambiando de nombre y alterando su aspecto, pero conservando sus métodos brutales. Las teorías proliferan. Vuelta a interior, noche.

Girando lentamente en un espetón de insomnio untado en transpiración, Mick Warren es un kebab homínido

regurgitado por la modorra en la desvelada bandeja pringosa de una interminable noche de viernes. Al voltear la almohada en una fútil búsqueda de su mítico lado fresco, su obsesión por los pasatiempos lo lleva a considerar las barajas de cartas. Antes de los juegos de mesa, del placentero chasquido de su despliegue y de la mística de sus fichas moldeadas, las cartas constituían el pináculo de la recreación infantil en su casa de St. Andrew's Road. Tras una seña mistérica transmitida con aire adulto entre su nana, sus padres, y los tíos o tías que estuvieran presentes, se decidía tácitamente que tocaba echar una partida. Acto seguido, el mantel blanco de la hora del té se sustituía por un tapete rojo oscuro mucho más agradable, el favorito de Mick y Alma, y entonces, del cajón del aparador que le servía de sagrario, se extraía la ajada y reverenciada baraja familiar. Estira sus rodillas quejosas e intenta conjurar el recuerdo táctil de aquel talismán compacto, un paquete ceroso desgastado por el manoseo de cuatro generaciones, como poco, y tan decaído, tan inexorablemente encaminado a la desintegración, como la otrora tradicional extensión de su familia, con las dobleces transfigurándose en perforaciones. Como si fuera la versión opuesta de los avejentados naipes de cartón que contenía, la frágil envoltura solía exhibir un morado predominante sobre una base de lila crepuscular, y lucía la silueta de una colegiala, ataviada con un largo vestido victoriano de tirantes, que corría con su aro de madera por un campo estival de amapolas durante un ocaso violeta. Bajo los pies de la niña saltarina, la imagen yacía invertida, y aunque durante muchos años creyó que eso no era más que el reflejo de la chiquilla en un charco, al final se dio cuenta de que la cría de abajo iba en dirección contraria. Solo era un contorno granate, pero aun así le parecía guapa, y Mick sospecha de pronto que pudo ser su primer flechazo. Ahora que cae, su seguridad siempre le preocupó un poco. ¿Qué hacía a esas horas correteando al anochecer por un prado veraniego tan espeso y tan lejos casa? Si se hubiera metido en líos, si alguien la hubiera estado acechando entre la hierba malva

para raptarla a ella y a su aro tembloroso e inquieto, no habría dudado en intentar rescatarla, lo cual era el culmen de sus fantasías amorosas a los cinco años. Con la determinación de un ninja sigiloso, procura no perturbar el bien merecido sueño de Cathy al colocarse de espaldas una vez más, como un naipe boca arriba y recién repartido. Nuevo encuadre.

En supino, con la postura de una víctima del *Cluedo* silueteada en tiza, recuerda que Alma le contó una vez que Viv Stanshall, de la Bonzo Dog Band, solía tumbarse sobre el escenario ante el público para hablarle a las vigas del techo: «Hola, Dios. Esta es la pinta que tengo cuando estoy de pie». Cavila que imaginarnos desde la perspectiva de una elevación superior, desde un punto de vista omnisciente y proyectado, debe ser tan antiguo como la literatura, tan viejo como la civilización: los dioses griegos de Harryhausen y su tablero de ajedrez fatalista oteándonos a través de un cirro hecho jirones. Quizás el escepticismo moderno y el consiguiente declive de las deidades sean los que han hecho necesarias las cámaras de seguridad, creadas para preservar, ahora que Dios se ha ido, el sentido de que nuestras actuaciones siguen captando la atención de unos espectadores invisibles, para sustentar la noción de que nuestros actos arbitrarios están validados por unas autoridades ocultas, ora sentadas ante sus pantallas, ora frente a sus tableros sobrenaturales, que supervisan la partida. Mick apoya en su frente el vello rubio de su antebrazo y, brillante ahí, en el fecundo cúmulo de esquivas reflexiones nocturnas, atrapa la idea huidiza de que todo ha de parecer plano cuando se observa desde arriba, desde la posición del jugador. Por un instante, se pregunta si estos hipotéticos tahúres celestiales no verán a las personas como entes bidimensionales, como jeroglíficos sin mayor fondo o substancia que la realeza prensada, reflejada a la inversa, de los naipes de una baraja, pero el concepto queda aplastado sobre un tapete rojo por una mano ganadora. Aunque las variantes a las que jugaban en Andrew's Road —el *Whist,* el *Sevens*, el *Draw-the-Well-Dry*— eran ejercicios

de tedio regulados con precisión, en su época le resultaban muy atractivas. Al igual que coches, enchufes y móviles aparentan tener cara, cada carta posee un carisma distintivo, desde las formaciones cuasi militares de los cincos hasta las pilas en precario equilibrio de los nueves. Los ases, con su grandiosidad abstracta, son los cuatro arcángeles, o tal vez el cuarteto de fuerzas fundamentales que constituyen el espacio-tiempo, con las picas pasmosamente revestidas de una impresionante filigrana gótica. La atribución de una personalidad a los símbolos de cada palo le recuerda a esos arcanos del tarot que, acorde a su hermana, preceden y sirven de base a la baraja común, un conjunto de estampas arquetípicas, propias de las pegatinas de los chicles, que Alma se trae a casa todas las Nochebuenas para leerle la fortuna a Cathy, o al menos para fingirlo: el Colgado, el Carro y toda esa escalofriante pandilla, anómalos integrantes de la genuina tradición navideña. Según el espantapájaros que tiene por hermana mayor, el *Draw-the-Well-Dry* proviene de las artes adivinatorias, mientras que los tableros de los juegos de mesa descienden de esos intrincados cuadrados mágicos en los que todas las filas y columnas suman lo mismo, como si todo pasatiempo o diversión trivial fuera una forma degenerada de mera hechicería. La cosmovisión de Alma es obstinadamente transilvana, pero, ahora que lo piensa, la génesis de los juegos bien pudo responder a una función humana más importante y metafísica, sobre todo por la terminología que se evidencia en el lenguaje común. Perseguir animales y matarlos se considera un deporte. De alguien dispuesto a hacer algo se dice que está preparado para jugar. Algo cuyas flaquezas son fácilmente explotables constituye un juego de niños, y con las prostitutas, obviamente, se practican juegos sexuales. Cara de póker, jugar con fuego, ganar la partida, se acabó el juego, juego de luces, la vida es un deporte, o Einstein afirmando que Dios no juega a los dados con el universo. De esto último, eso sí, no está seguro, porque Mick no solo sospecha que los poderes que rigen el universo gustan de agitar, menear y

volcar el cubilete, sino que además lo hacen para echar los dados tras el sofá y que tengas que fiarte de su palabra cuando te dicen que han sacado un seis doble. Con un gruñido despectivo dirigido a las certezas de la física y la religión, decide redoblar su apuesta por el sueño y arroja gradualmente los dados de sus huesos sobre el costado izquierdo, y al hacerlo se topa de frente con la espalda arqueada de Cathy. Vamos, vamos, que la suerte le sonría en esta tirada. Montaje rápido de planos recurso.

Extendida ahí abajo, la alfombra oriental tejida por la fibra óptica presenta arabescos fortuitos, motivos que la malogran. En Escocia, un premio humanitario que lleva el nombre de Robert Burns se le concede a un joven cooperante de Bagdad, pero a título póstumo. En Perú, el choque entre los distintos partidarios de las fuerzas políticas de las próximas elecciones acaba en un tiroteo con heridos, y en Hereford, la policía de West Mercia solicita testigos después de que un hombre sufra el violento asalto de un grupo de adolescentes. Con la autosimilitud de Mandelbrot, las estructuras se repiten a diversa escala por todo el sistema, imbuido de una cierta ambigüedad al determinar si el dolor se propaga hacia arriba o se decanta hacia abajo. La furia hierve y humea, y al cabo, su condensación fría y despiadada se precipita en un goteo legislativo. La cultura resultante, propulsada por la combustión interna, es un coche de payasos que solo avanza a base de petardeos, sin progresión lineal, y sin más valor cómico que la anticipación del inevitable choque del vehículo estrafalario. Mohoso y repulsivo, un neón mediático invade la piel ideológica del planeta para metabolizar el caos incoherente en una narrativa comestible, en una asimilación editada de la avalancha perceptiva. El aroma de los cigarrillos persiste en unas redacciones casi extintas donde las llamadas telefónicas de los sujetos noticiables, sean familiares de víctimas o famosos adúlteros, se interceptan por igual, y mientras, en el Congo, la brutalidad de las disputas territoriales pugna

por el control minero de ese tántalo crucial requerido en cada nuevo y excitante móvil, pero el mundo, como Tántalo, no tarda en descubrir que el festín que anhelaba era un espejismo. Acostumbrados a puestos más elevados en la cadena alimenticia, los depredadores se ven obligados a descender varios eslabones de petróleo sanguinolento en pos de los restos desperdigados. Zoom cenital de Lower Bath Street a través de estelas aéreas heladas y helicópteros de la policía.

Cuando él viene, ella va, o al menos esa es la conciencia entumecida que tiene Marla del supuesto ritmo del asunto. Abrasiva y continua, la penetración que tiene lugar tras ella resulta remota, como un martilleo persistente en la habitación contigua que se tornara inapreciable, inaudible, con la monotonía de la repetición. Arriba, unos guisantes secos repiquetean sobre el techo del coche, y entonces se da cuenta, de manera distante, de que ha empezado a llover. La falta de intimidad e implicación del frenético aporreo sería rara incluso entre su clientela más impersonal, pero tiene claro que este castigo no va dirigido contra ella, sino que es un ritual privado del que está excluida. Colgando alrededor de su rostro herido, las trenzas oscilan como una mortaja que se alzara con la percusión de cada acometida. La situación posee un horrible cariz involuntario, como si ni ella ni su sonrosado asaltante participasen por iniciativa propia, como si las sacudidas y el traqueteo mutuo no fueran más que un execrable teatrillo de marionetas que acaeciera así porque así ha de ser. No tiene más opción que la de sentarse ante esta representación mediocre hasta su amargo e inequívoco final, público cautivo de este hombre y su soliloquio mudo, de su largo parlamento expresado mediante la violación. Apartada y sin frases, las atenciones que le dedica a la obra solo son intermitentes. Apenas reconoce a la actriz arrodillada que interpreta el rol secundario, sus mejillas cóncavas regadas con rímel, su carita defraudada, sus ojos absortos en la oscuridad interior del Escort, cargados con la aceptación indiferente de un

desenlace miserable, de una conclusión abrupta y sin sentido, aunque… ¿quién es la persona que hace tales observaciones y dónde está? Es evidente que no es Marla, sino alguien con un nombre distinto, alguien cuyo discurrir yace libre de los clamores de la ansiedad y el ruego, alguien que observa con un leve remordimiento, como con aire reflexivo, unos hechos consumados. ¿Esta noche inaudita ya ha sucedido antes, o acaso sus abrumadores momentos finales están sucediendo siempre, de algún modo, mucho mayores y absolutos de lo que parecerán más adelante? El cuero sintético bajo sus palmas pegajosas, el colorido afrutado, estridente y sensacional del salpicadero y los mandos que delinean el escenario, cada vívido elemento del entorno le resulta tan evocador, tan escalofriantemente familiar, como la señorita Haversham en llamas, como el enorme paciente indio destrozando la ventana del manicomio con un surtidor de agua, como todas esas imágenes del cine y la literatura que centellean con los tonos de una vidriera allende el tiempo mundano. Dócil cual animal, y sobre unas rodillas magulladas, laceradas por la fricción contra la tapicería del asiento, avanza al estilo perrito hacia un final sombrío, hacia el precipicio, hacia el borde mismo de la muerte. Salvo por la prístina claridad de sus percepciones, no hay túnel alguno, ni más luz blanca que la que arroja ocasionalmente la activación de un detector de movimiento en uno de los garajes. La vida destella ante sus ojos, y aun así, se preocupa por los detalles más insignificantes de su drama terrenal, por el álbum de recortes de Diana, por su morbosa biblioteca de crónicas del Destripador. Su sempiterna obsesión con estos temas tan específicos le resulta ahora incomprensible, pues encaja más con una suerte de augurio inconsciente que con la afición casual que ella suponía: no solo está a punto de sumarse a esa lastimera colección de meretrices con bonetes y enaguas, todas ellas víctimas del mismo hombre a lo largo de los años, siempre él en esencia, siempre Jack, sino que además va a sufrir un óbito doloroso y prolongado en la parte trasera de un vehículo. Este recinto perverso, con su

alumbrado balbuceante, no es el Pont de l'Alma, el puente de las almas, aunque los muros que lo confinan o las ráfagas azarosas de los *paparazzi* desvanecen la distinción. Todos los lugares se hallan destilados en este lugar, al igual que toda la historia se sintetiza en estos escasos minutos postreros, preciados e insufribles. Cada relato humano, sea biográfico, salvajemente romántico o añejamente primordial, se reduce a ella, a esto, a su coyuntura actual. Muy consciente de que su aliento representa una cuenta atrás, inspira agradecidamente la atmósfera viciada de conmoción y copulación que reina en el asiento de atrás, exultante en una dicha inhalatoria sobre la que pronto caerá el telón. Sus ojos lagrimosos se niegan a parpadear, a perderse un solo fotón de este último desfile de luz y visión, y se centran en la manecilla interior de la puerta del coche, sita a un palmo de su nariz sangrante, pero inidentificable en su proceso de desligarse del mundo. Nuevo encuadre.

Saca la mitad y la vuelve a empujar mecánicamente, en bucle, pero parte de la pátina mágica se ha ido, tan sutil como un cambio de rollo en el cine o un salto de digital a mero analógico en la tele. Más allá del zarandeo del coche, está diluviando, pero no recuerda cuándo empezó a llover. Un mal humor lo invade de la nada, ideas y tal, probablemente relacionadas con la piedra que se ha fumado. Ideas como «Después de esto te vas a aislar de la gente», y no porque lo vayan a pillar, ya que eso no va a ocurrir, sino porque lo que habrá hecho lo distanciará de los demás. Ideas como «Después de esto no podrás bajar la guardia delante de nadie», porque, tras esta noche, será una persona distinta en un mundo distinto, y no podrá dejar que nadie lo conozca, que alguien sepa quién es en realidad. El verdadero Derek James Warner, de cuarenta y dos años, quedará excluido de cualquier interacción normal con sus colegas, sus hijos, o Irene, y solo existirá como tal en noches como esta. Este es el fin de su identidad, pero no puede parar. Lo que está haciendo ahora, y lo que planea hacer luego, iba a pasar antes o después, iba a ocurrir desde

que aprendió el concepto en el colegio. Dez se halla inmerso en una corriente de acontecimientos arrolladora y espumosa, y lo único que puede hacer es sucumbir, claudicar ante lo inevitable. Es su vida entera la que lo ha traído hasta este punto, y su futuro también dimanará de este momento, de este hito que permanecerá indeleble en el recuerdo, así que, a todos los efectos, siempre va a estar aquí, aquí y ahora, reviviendo los hechos sin parar, al menos en su cabeza. Es como una mosca atrapada en ámbar; sus párpados se condensan en el trazo de un lápiz, su nariz se sintetiza en la cresta de un farolillo de papel arrugado, y el toldo de su labio inferior queda extendido. Empuja su polla una y otra vez, y por el rabillo del ojo capta dos testigos en el panel de instrumentos, uno verde y otro rojo. Sabe que son las sustancias las que le provocan la ilusión de que unos ojos disparejos, desapasionados, lo observan a través del vaho ambiental, pero es incapaz de sacudirse la sensación de que en el asiento del conductor hay una tercera persona que los vigila; un pasajero imprevisto e indeseado que no recuerda haber recogido. Nunca ha sido muy de drogas, Derek. No está habituado a esto, a que las cosas se distorsionen por doquier y a que sus emociones se distorsionen con ellas, a sentirse un león y al minuto estar aterrorizado, a la insoportable sensación de que algo terrible esté a punto de suceder o, peor aún, de que ya esté sucediendo. Contiene ese borboteo de pánico incipiente y se concentra en lo que se trae entre manos, y por tanto baja la vista hacia su obra, hacia la daga peluda que hiende en esa raja viscosa, hacia los pulgares con los que separa las desdeñables mejillas de un culo abierto y desgarrado. Hay un minúsculo punto y seguido de mierda pegado al esfínter exterior contraído, porque la muy puta, la muy sucia, la muy animal no se ha limpiado debidamente. La odia, la odia por permanecer ahí en un rincón, aguardándolo con su gabardina de PVC; por participar y por dejarse hacer. El odio le confiere frialdad, le permite reflexionar, y está ya empezando a considerar cómo va a matar a la muy zorra tras follársela cuando

advierte, a través del cristal perlado del parabrisas delantero, que en uno de los garajes cercanos parece haber estallado un incendio o algo así, porque ve humo saliendo por debajo de la… no, no es eso. Guiña los ojos y frunce el ceño, perplejo, y detiene su convulso vaivén pélvico mientras se esfuerza por darle algún sentido a lo que está viendo. El humo gris —bueno, humo no, pero sí algo lento y viscoso— semeja manar a borbotones por el metal corrugado de la puerta del garaje y los ladrillos anexos, una muestra de la podredumbre y la miseria que impregnan los muros de barrios como este. Cuajado y convulso en la tiniebla oleosa, el pausado vapor parece concentrarse en un lugar concreto para rotar lánguidamente a una cuarta del asfalto, como uno de esos remolinos de desperdicios que admira a veces en los aparcamientos, ciclones minúsculos de basura y desechos. ¿Qué cojones está pasando? Cesa la paliza, se serena y la desliza hacia fuera; se escurre del nido, casi solapadamente, para escudriñar el parabrisas mojado en pos del frente revuelto, resuelto y paulatino de esta borrasca tan fea, tan antinatural y localizada. Las crestas cambiantes adquieren una legión de formas arbitrarias y fugaces, como esas nubes blancas, casi lavadas con detergente Persil, que cree recordar de su infancia, solo que mugrientas, más presurosas, menos abiertas a la fantasía o la interpretación. La niebla roñosa pasa a constituir un cono, y en su vértice —«¡Joder! ¿Qué coño es eso?»—, en su vértice alargado, unos zarcillos filamentosos y cenicientos se ensortijan como la bilis en el agua de un retrete, y entonces esa contorsión azarosa acaba delineando el rostro esquemático de un viejo cabreado. De repente, las caras se multiplican, todas iguales, todas gritando sin emitir sonido alguno, y la horda de sus ojos se torna una ristra refulgente de medusas hostiles. Cariadas y melladas, varias bocas idénticas se entreabren en la plétora de cabezas humeantes, y una bandada de manos sucias alzan el vuelo cual mariposas descomunales fabricadas en serie. Se da cuenta de que sus fosas nasales realizan aspiraciones cortas, involuntarias y lastimeras, y también de que el aire

nocturno acaba de abofetear la perpetua rojez de su mejilla con una ráfaga de agua fría. ¿Pero qué coño…? La muy puta ha abierto la puerta, se escapa. Estaba muy asustada y hacía todo lo que le decía, así que ni se molestó en echar el seguro. Joder. ¡Joder! La bicha arrastra su vientre como una foca haciéndose a la mar antes de tirarse de cabeza a la gravilla negra de fuera, y aunque intenta agarrarla por uno de los palos que tiene por tobillos, lo único que atrapa es un zapato de la Cenicienta.

—¡Vuelve aquí! ¡Vuelve aquí, pedazo de puta!

En el fragor del momento, se olvida de la alucinación que tanto lo ha distraído y sale a trompicones del vehículo para internarse en la lluvia, para perseguir a su presa huidiza con la bragueta bajada y un ansia asesina. Nuevo encuadre, metraje en blanco y negro.

A través de una estructura de ladrillo y metal de tan solo cincuenta años de espesor, el gorrón espectral bulle hacia el exterior con el grito de un hervidor furioso, resonante incluso en la acústica mortecina de la juntura fantasma. Su esencia húmeda y mohosa es leve, pero súbitamente lo invade todo, y con sus ojos de color gris cementerio peina la oscuridad del recinto, sus charcos recién formados, hasta distinguir el traqueteo fornicatorio del vehículo en mitad del aparcamiento. Perfilado por su visión espectral con una fosforescencia pálida, divisa a un hombre corpulento cuyas mejillas, propias de un niño cantor, rebosan de sudor; está arrodillado, erguido en los asientos traseros, meneándose en su vaivén como un coche de choque atascado. Freddy no necesita ver a la chica asustada, agazapada como un perro delante de él, para saber exactamente lo que está pasando, lo que le está haciendo ese mierdecilla cobarde, ese sucio sodomita, y lo peor es que son dos; dos tipos contra una chiquilla. El colega que se ha traído está sentado al volante con un sombrero enorme, mirando fijamente el parabrisas, y si no tuviera claro cómo funcionan las cosas, podría pensar que está observándolo fijamente con esos ojos disparejos que tiene, uno oscuro y el otro… oh. Oh, maldita

sea. No es un hombre. Es un ser mucho peor, tan malo que Freddy se iría de vareta si sus tripas no estuvieran ya humeando. Lo que hay en asiento del conductor es un demonio, uno de los más grandes y terribles, de esos de los que mucho se habla y raramente se ven, y lo está examinando de frente con ojos desiguales y una sonrisa autosuficiente, casi perdida en la enredadera rizada de su barba y su mostacho. Es la misma ojeada que le dedicó antes el Maestro Albañil en la sala de billar: un saludo recíproco, un reconocimiento mutuo de que este es el quid de la cuestión, el hecho crucial que justifica toda la existencia de Freddy, tanto la carnal como la neblinosa. Tiene la profunda convicción de que el diablo sonriente no está aquí esta noche para enfrentarse a él, sino que ha venido para entretenerse como espectador. Sabe que no le hará ningún daño si intenta impedir el vergonzoso incidente del asiento trasero. De hecho, es como si le estuviera concediendo una dispensa especial para hacer aquello que ningún espectro debería hacer, para intervenir sin miedo a represalias. Tiene permiso para asustar, para convertirse en un osario de los horrores de la variedad más espeluznante, y si efectivamente está aquí para eso, entonces no piensa pifiarla. Más allá de la celebridad infernal, otea la oscuridad trasera del Ford Escort y advierte con júbilo que el perpetrador de sempiterno rubor ha cesado abruptamente su paliza compulsiva, y que permanece arrodillado, inmóvil, beligerante en su desconcierto, tratando de atisbar la figura de Freddy a través del cristal empañado. ¿Es posible que el hombre pueda estar percibiéndolo mediante el concurso del alcohol, las drogas o alguna dolencia psiquiátrica? En aras de la experimentación, el mendigo humeante agita la cabeza y revoluciona sus brazos para que el persistente follaje de sus postimágenes florezca en una hidra cinérea, para tornar sus manos pálidas en un nido rebosante de arañas cegadoras y sus ojos en un cúmulo legañoso de huevos de rana, y eso le granjea la acentuación del ceño fruncido del violador, un mayor desencaje de su mandíbula color manjar blanco. Oh,

sí. Es indudable que va drogado. Tiene el don, la aprehensión de lo póstumo, y este gris grotesco, su incapacidad de asimilar lo que está percibiendo, lo ha distraído de la paliza. Es como si hubiera visto un fantasma. Al exhibir su fuerza ectoplásmica, Freddy siente que por sus lúgubres vapores fluye la biliosa excitación de un poderío atípico, una aceptación del ente andrajoso y terrorífico que constituye ahora, reflejado en las pupilas resecas del hombre regordete. Mientras aglomera el nefasto cumulonimbo de su semblante para proceder al ataque, se da cuenta de que en el coche pasa algo, unos hechos que no sabe si podrían estar relacionados con su presencia. Sutil en la amortiguación acústica, suena un clic que el desaliñado fantasma identifica retroactivamente con la apertura de una puerta trasera en el interior del automóvil. El atacante, aturdido, interrumpe el atónito escrutinio de Freddy para revisar a su víctima, y no tarda en soltar un ladrido de rabia frustrada.

—¡Vuelve aquí! ¡Vuelve aquí, pedazo de puta!

Eso no está bien. Esas cosas no se le dicen a una dama. Freddy se arremolina como las volutas arrebujadas de un crematorio y ondula hacia delante para situarse mejor, pero lo que ve lo para en seco. La chica está en los huesos, y cuando se escabulle por la grieta entreabierta de su celda condenatoria, su cara es una máscara sanguinolenta y pegajosa que se abre paso en un parto nocturno. A espaldas del errante, los destellos erráticos de una luz de garaje insólitamente estropeada simulan las ráfagas angustiosas de una Kodak Brownie alumbrando el desesperado intento de fuga: la joven arrastra el estómago y se sobrepone al dolor, apoya sus manos y sus rodillas desgarradas, se aparta unas trenzas esmeradas llenas de coágulos, y gatea hacia la lejana embocadura del corral aceitoso sabiendo, sin duda, que no tiene esperanza alguna de salir de este infierno. Blandiendo un zapato de su presa como si fuera un *tomahawk*, el pérfido chulángano del coche surca el centelleo azaroso y la tiniebla cerrada con el badajo asomando por la portañuela, colgante como la lengua de un

perro acalorado. Oleando en una corriente viscosa y fuliginosa, Freddy Allen y la miríada de copias de su estela se precipitan por el cuasi mutismo del semimundo para ocupar el espacio menguante que media entre la chica llorosa, a cuatro patas, y su perseguidor, un maltratador colérico y contrariado, típico de la vieja escuela, al que la brillantina de la lluvia le aplasta el cabello moreno contra una frente infantil. Desde su reino garabateado en blanco y negro, todo él parpadeante y silencioso, el entrañable vagabundo se dispone a rescatar a la heroína. Retroceso de cámara, estilo documental, vuelta a color.

El planeta gira sobre el tocadiscos gravitatorio; apenas ha superado el ecuador de la pista de diez años que abre el anhelado LP del nuevo milenio, pero la crítica se divide en cuanto a los méritos del ruidoso choque de aviones de su introducción y el cariz estridente de sus elementos vocales; teístas y cosmógrafos en enemistado contrapunto. Jehová se ve erosionado por el alarmante crecimiento exponencial del árbol del conocimiento, por un escrutinio paleontológico que desencadena un negacionismo creacionista rearmado: las noticias indican que las oficinas turísticas del Gran Cañón ocultan las referencias a la edad o el origen del abismo geológico en favor de hipótesis bíblicas que evocan el diluvio de Noé. Los legisladores de Carolina argumentan que las violaciones reales no pueden provocar embarazos, y lo hacen basándose en la teoría de las dos simientes, un modelo de la concepción preconizado dos mil años antes. Los siglos conceptuales colisionan, y en el impacto ensordecedor hay asertos sionistas beligerantes, cruzadas fundamentalistas, chalecos explosivos martiriales.

Asediada, la reacción laica es militante, un ateísmo de afirmación voluble, rayano en lo religioso en sus dogmas y certezas, y armado con nada más sustancial que el hecho científico contrastado, cuya demarcación es tan cambiante como un terreno movedizo. Los modelos clásico y cuántico persisten en rechazar todo intento de reconciliación, y las cuerdas que podrían ligarlos se demuestran esquivas.

Descrita con insuficiencia, la gravedad engendra múltiples entidades para sostenerse, estados y sustancias exóticas, energía oscura, materia oscura; bestias necesarias, surgidas de las matemáticas, que rehúyen la observación. Aceleradas por la levadura rápida de la teoría y la tecnología, la fe y la política fermentan, y toda la arquitectura de las tradiciones del mundo parece erigirse sobre una llanura aluvial informativa, vulnerable a cada nuevo aguacero de datos, a la rotura de unos diques ideológicos demasiado estrechos, demasiado rígidos, como para acomodarse a las riadas e inundaciones de la complejidad. Temerosa de perderse alguna novedad vital en este espectáculo incesante e incendiario, y pese a su evidente fatiga, la cultura no se atreve ni a parpadear. Vuelta a interior, noche.

Incapaz de quitarse de la cabeza las memorables imágenes del extraño tarot de su hermana, Mick se las encuentra esparcidas por su fieltro cerebral, pues el cese de toda corriente de pensamiento sigue evitándolo. Cautelosamente, se apoya sobre la espalda y engarza el pie izquierdo sobre la rodilla derecha, y entonces, a posteriori, se percata de que no deja de ser una imitación inconsciente del misterioso Colgado de la baraja, una figura que, si recuerda bien, simboliza una iniciación desapacible. No comprende en absoluto la naturaleza del Colgado o la de las otras veintitantas cartas «ganadoras», el Carro, el Enamorado, la Sacerdotisa y demás; es incapaz de concebir un juego lo bastante elaborado o unas reglas lo suficientemente exhaustivas como para usarlas, así que las descarta a tal efecto. Casi todas las barajas ilustradas, por más peculiares que sean, pueden asimilarse a las comunes, ya que poseen una correspondencia obvia con los naipes a los que está acostumbrado. Hay cuatro palos y diez cartas numeradas en cada uno, y esos palos resultan más o menos análogos al cuarteto existente a pesar de tener nombres distintos —los diamantes se convierten en oros, las picas en espadas, los corazones en copas, y los tréboles en bastos—, aunque la terca de su hermana insiste en que los palos del tarot

llegaron antes. Cierto es que los arcanos menores son casi idénticos al habitual elenco monárquico —mantienen las reinas y cambian reyes y jotas por caballeros y príncipes, respectivamente— pero, aun así, hay una cuarta aristócrata plana, una princesa, que no posee equivalente alguno entre la corte regia convencional, con sus miradas gélidas y sus ademanes recelosos.80 No está seguro de cómo encaja en las partidas este último personaje, desconoce si tiene más valor que el príncipe o cualquier otro. Como el Colgado y sus colegas inescrutables, la considera un fastidio en un conjunto ya de por sí fastidioso. Hablando mal y pronto, el tarot le pone de los nervios. Como cada carta posee su propia iconografía oculta, resulta casi imposible incluso concebir una mano rápida al *Snap*, así que los palos son del todo inútiles en el ámbito adulto. Asaltado de repente por una vaga inquina hacia Alma, logra ponerse sobre el costado derecho sin incidentes auditivos. Nuevo encuadre.

El verdadero problema de su hermana, según decide, es que juzga sus triunfos en base a unos criterios tan inauditos que hasta un desastre absoluto podría reivindicarlo como algún tipo de victoria, y esas proclamaciones suelen ser tan ridículas, pero también tan autoritarias, que la situación nunca deja a nadie lo bastante seguro como para rebatírselas. Las objeciones más razonables las aplasta con una salva insuperable de artillería bibliográfica, con citas de unas fuentes que nadie más ha leído y que es muy probable que se invente sobre la marcha. Cualquier debate es un concurso amañado que se rige por un manual similar al Libro de Mormón, y es evidente que Alma es la única con acceso a él. Las reglas de la partida parecen cambiar al azar, como si uno estuviera discutiendo con la Reina Roja de *Alicia a través del espejo* o la Reina de Corazones de *Alicia en el país de las maravillas*. Mick siempre las confunde. De hecho, ahora que lo piensa, Lewis Carroll es casi tan enervante como su hermana mayor en sus deliberados y patentes intentos de embrollar y desconcertar a su público. ¿Por qué incluir una Reina Roja en los dos libros, ambas con la misma personalidad abrasiva, cuando son personajes

a todas luces diferentes, una procedente de la baraja de cartas y la otra del ajedrez? Más aún, si tan abiertamente se dirige al lector infantil, ¿por qué referir el ajedrez en primer lugar, excepto para intimidar intelectualmente a esos pequeños pillastres? Desde luego, es una estrategia que habría funcionado con Mick, porque la mera mención del tema siempre lo dejó petrificado. El ajedrez… He ahí otra cosa que lo saca de quicio. En el fondo, esas piezas elegantes y altaneras, con sus comportamientos quisquillosos e idiosincráticos, no son más que damas obsesivo-compulsivas: los alfiles se atienen supersticiosamente a los escaques blancos o negros, y los caballos no paran de doblar esquinas que no existen. Y luego está la aristocracia neurótica del juego, unos matrimonios reales un tanto disfuncionales que gustan de acaparar todas las atenciones, con los reyes restringidos en sus acciones, víctimas de una constipada inmovilidad, y las reinas libres de ir a donde les plaza para hacer básicamente lo que les dé la gana, pese a que sean sus poderosos maridos los que centren todas las intrigas palaciegas. La teoría de clases le permite suponer que los estrafalarios movimientos de las piezas del ajedrez tienen su origen en la típica debilidad mental que resulta de la endogamia, pero, aun así, admite que el porte de las figuras no está exento de cierto misticismo, de un carisma propio y minimalista. Le da la impresión de que simbolizan algo más relevante que un mero caballero, una cabeza de caballo o una ficha con la extraña trayectoria de un vals. Diría que encarnan grandes cualidades abstractas que pugnan y maniobran en un tablero superior, en un campo de juego ultravioleta que va mucho más allá de su intelección. Reyes, reinas, príncipes y princesas, sean los de la baraja, los del ajedrez o los auténticos herederos al trono por derecho de sangre, no importan tanto por quiénes son o por lo que hacen, sino por los valores etéreos e inconmensurables que aparentan representar. Lo verdaderamente relevante es lo que personifican. Lo que significan.

Tras decidir al fin que la táctica de la supinación

podría ser la más adecuada, se halla inmerso en el debido reposicionamiento cuando se le ocurre que ese es el motivo de que la gente armara aquel extraordinario jaleo con la princesa Diana, al extremo de sitiar el palacio de Kensington con celofán e inundarlo de osos de peluche. No fue por ella. Fue por la idealización que tenían de ella. El suave fusilamiento de la ventana del dormitorio le anuncia un chaparrón disperso. Corte a perspectiva panóptica.

Encamados, Iglesia y Estado comparten un cigarrillo poscoital, y luego la manta de las naciones comienza a humear. La alarma estridente y perpetua de los servicios de inteligencia empieza a parecerse a la de un detector de incendios averiado, ignorado por norma, pero causante de un canguelo residual que se acumula gradualmente. Acosadas por el terror de una guerra contra su propio estado emocional, y asustadas por las sombras que ellas mismas arrojan, las potencias occidentales intentan codificar el cromatismo de una pesadilla. El blanco reflectante de las mochilas se divide prismáticamente en un espectro gradado de terrores diurnos, un mapa de calor de la ansiedad que jamás se enfría por debajo del naranja bahía de Guantánamo y que relega al olvido la seguridad del tono azul gélido, ya desfasado e irrecuperable.

26 de mayo de 2006, viernes. En Washington D. C., el Senado de EE. UU. celebra una sesión para confirmar a Michael V. Hayden como nuevo director de la CIA, pero los edificios gubernamentales que componen el Capitolio quedan sellados después de que las autoridades sean informadas de un tiroteo en las cercanías y del avistamiento de un hombre armado en el gimnasio de unas oficinas adyacentes. La policía descarta los ruidos por proceder de un martillo neumático, e identifica al supuesto pistolero gimnasta como un mero agente de paisano. A lo largo del planeta, las modernas medidas de seguridad no logran deportar de la mente a los insurgentes resolutos. Cada bombazo provoca una explosión demográfica de la población espectral, nuevas figuras ensabanadas que se

alzan, sollozando, entre la ociosidad de los chats y la propaganda, las ilusiones ópticas de los medios, y los descomunales espectros de Brocken que surgen en la niebla bajo las inhóspitas cumbres de los titulares. Tocados con pañuelo y turbante, los fantasmas de Pepper se ciernen sobre la torcidísima lámina del imaginario popular teatralizando maniobras militares escolares, todo en cintas de entrenamiento llenas de grano, con clérigos míticos y desfigurados meneando con gran énfasis un dedo superviviente. Los conceptos de nación, antaño hilados como parábolas religiosas, o tal vez como ensueños de una novela barata en siglos menos sutiles, se desarrollan en la multiplataforma de la contemporaneidad como pantomimas sanguinarias; como recreaciones arrogantes, prontamente nostálgicas, de las matanzas de un mundo más simple. Intercalar cortes rápidos.

Con las mallas enredadas fusionando sus rodillas y las bragas subidas a su cintura, la chica se desliza por la mugrienta espuma superficial del recinto empapado como una sirena que aleteara en aguas poco profundas. Cegada por la sangre, escucha el aullido de su artero captor cuando este emerge de la mazmorra móvil aparcada a su espalda.

—¡Vuelve aquí! ¡Vuelve aquí, pedazo de puta!

En algún punto de su despavorida fuga de conciencia, una parte de ella, antes insospechada, marca sus prioridades: si lograra ponerse en pie y subirse los pantis, podría huir, una maniobra compleja que acomete mejor sin pensarla en exceso. Al levantar a la vez ambas rodillas, se da cuenta de que es capaz de impulsarse hacia delante, ora saltando, ora corriendo con los pasitos constreñidos de una geisha mientras trata de subirse a la cadera la pretina de las medias de rejilla. Sin sus tacones de aguja, consigue ganar velocidad, y al hacerlo pisotea los charcos recién formados en los socavones. Los espasmos lumínicos del sensor de movimiento cercano reducen la continuidad visual a una serie de apagones, pero está demasiado concentrada en sorberse los amagos de sollozo y en respirar como para

pararse a gritar, sobre todo porque le cuesta creer que aún no la haya alcanzado. Nuevo punto de vista.

Basta ya. Basta ya de drogas, porque sus efectos son la hostia de raros. Vadea los fogonazos epilépticos a lo largo del patio cercado para intentar atrapar a la zorra, para llevarla de vuelta al coche y poder acabar con ella, pero lo que ha tomado se las está haciendo pasar canutas, cosa que no esperaba. La putilla está justo delante, a unos pocos pasos, luchando por ponerse en pie, pero cuando se acerca a ella sopla una especie de viento, bueno, de viento no, pero sí una racha rancia de algo que lo abofetea y lo repele. Huele a albergue de acogida, a sudor de borracho, a aliento metílico, a pantalones meados, a edificios abandonados con excrementos en las esquinas y demás, un banco de niebla aromático que casi es capaz de palpar. Unos dedos gris pocilga constituidos de vapor se ensortijan alrededor de sus tobillos, gotean cual clara de huevo por sus brazos y se escurren por su espalda, y aunque sabe que todo está en su cabeza, y que solo lo percibe por ir puesto hasta arriba, no puede evitar retroceder. La alucinación le oprime hasta el punto de acabar forcejeando con una nube de flemas, pero en los zarcillos de mucosidad viscosa atisba las facciones de un rostro, un enjambre hecho barbilla, un labio lustroso de volutas ornadas. Peor aún, hay un leve sonido del que capta fragmentos fugaces, como un receptor de radio sintonizado entre bandas de frecuencia, una diatriba colérica e ininteligible que aparenta proceder de un lugar o un tiempo remoto. Parte de esta sustancia incorpórea y tortuosa se le mete en la boca, y sabe a enfermedad. ¿Es posible que sea él? Por lo que sabe, podría estar sufriendo una hemorragia cerebral o una sobredosis. Podría hallarse en grave peligro. Nuevo punto de vista, vuelta a metraje en blanco y negro.

Furibundo en su rencor, el muerto deshilachado aprovecha su ventaja y lanza un ataque apabullante empleando todos los trucos espectrales de su pegajoso repertorio. Primero, prueba con el espantoso zancudo alargado, que resulta de

levitar hacia arriba dejando una estela de dobles, y luego ejecuta una horripilante danza arácnida con sus piernas multiplicadas. Hunde las manos en su propia cabeza para que las patas de cangrejo de sus dedos pululen por su tez llameante, con una boca gritona ensanchada hasta lo indecible, llena de pólipos asquerosos. Prosigue con la treta de inflar un globo ocular, le da unos lametones repugnantes en un beso repulsivo, palpa los testículos expuestos y colgantes del inestable depredador sexual con su palma mortuoria, le mete un dedo de ectoplasma frío por su esfínter contraído hasta rozarle al intestino. Lo que un humano consideraría juego sucio se le queda muy corto a un fantasma, la verdad. Apretando los ojos, y con su cara de bebé tornada un tomate arrugado, su oponente manotea la tiniebla como haría con un enjambre de abejas, y da un único paso atrás hacia el coche. Ciertamente aliviado, el fantasma del gueto advierte que ya no hay nadie al volante, que su sulfuroso excompañero debe estar ocupado con otros asuntos, asuntos demoníacos, que sin duda no escasearán en un mundo tan desligado de la moralidad. Al girar la cabeza, forma brevemente un anillo saturnino de orejas, y acto seguido se asegura de que la chica esté ya en pie, encaminada hacia la entrada del recinto, antes de reanudar el asalto a su torturador. Ladrando blasfemias inarticuladas, el violador acosado retrocede otro metro cuando le propina un puñetazo espectral en el lóbulo frontal hasta cosquillearle la amígdala. Nuevo punto de vista, vuelta a color.

A la salida de su matadero, la joven se arriesga a mirar por encima del hombro para comprobar cuán cerca está, pero el tipo sigue junto al coche, haciendo aspavientos o sufriendo algún tipo de ataque, aunque lo cierto es que podría alcanzarla en cualquier momento. Con una quemazón en los muslos a cada paso, se zambulle en la negrura de Lower Bath Street propulsada por un mal subidón de adrenalina, temerosa de que el letargo subsiguiente la hunda en la parálisis y la conmoción. Como bajar la cuesta es más fácil

que subirla, tuerce a la izquierda y enfila hacia el pie de Scarletwell Street, herboso escenario de su reciente rapto, infundido de una luz sódica y urinaria. El único signo de vida es el limón diluido que se difumina desde las cortinas corridas de la solitaria casa de esquina, así que avanza en esa dirección cojeando, raspando la delicadeza de sus pies por la gravilla, conteniendo el aliento en la nuez con un gorgoteo. Por favor, por favor, que haya alguien dentro, alguien resuelto, valiente, capaz de abrirle la puerta en una desapacible noche de viernes, sabe que la probabilidad es desoladora, pero no se resigna. A su derecha, la aislada vivienda linda con la boca bostezante de una callejuela extinta, solo evocada por un carrete de adoquines que se desenrolla hacia la oscuridad en paralelo a la valla alambrada del patio inferior de la escuela. Más allá, el tráfico de St. Andrew's Road brilla por su ausencia, y no digamos ya los coches de la policía, así que la bestia asesina de su imaginación resuella ahora tan cerca de su cuello que se lo escalda. De pronto, sus piernas dejan de responderle, débiles y atrofiadas, hechas un flan, y las losetas de noventa años se precipitan hacia arriba para golpear sus rodillas y azotar sus manos excoriadas. Se ha caído, se ha caído y su sangre gotea sobre el arroyo, por donde la lluvia discurre hacia un esófago de piedra. Mísera y postrada cual perro callejero, rasca entre gimoteos el pavimento inundado, hasta que consigue medio enderezarse para aporrear el empapado panel de la puerta con sus puños exhaustos, mustios, demasiado exánimes para que alguien los oiga. Los segundos se dilatan hasta lo insoportable, punzantes en el barrunto de una mano que la agarra del hombro en cualquier instante, de unos dedos con olor a sexo que se cierran sobre su pelo trenzado y sangriento. Por favor, por favor, por favor. Desde el interior, las pisadas lentas y sordas de unas zapatillas se aproximan por un pasillo intuido. Nuevo punto de vista.

No se asusta porque él no es de esos, pero puede sentir que algo le ataca, un enorme pastor alemán, más propio de un

desguace, que no está ahí cuando lo mira, y al que tampoco le puede zurrar. De hecho, es peor que un pastor alemán. Para matar a un perro basta con descoyuntarle las patas traseras, o eso ha oído, pero esto es como pelearse con unas natillas espesas, y la porquería está por doquier, dentro de su ropa, de su nariz, incluso de su ojete. No puede soportarlo más. Ignora si las anfetas suelen provocar esto, si se está volviendo loco o si lo habrán abducido unos alienígenas. La lluvia secciona la luz intermitente y cae como una cuchilla. Dentro de su cabeza, una vocecita quejumbrosa y desconocida, típica de una mujer o un niño asustado, le ruega que salga de aquí, que se meta en el coche, que se vaya. La piel fofa de sus huevos está hecha un gurruño, por Dios santo, pero si sigue con la portañuela bajada, y además hay una funesta avalancha de sombreros, una docena de bocas de aspiradora, recubiertas de dientes podridos, que puede casi tocar. Estas imágenes inconcebibles persisten en una oscuridad desigual, son como filamentos eléctricos incandescentes que le abrasaran la retina, como partículas imaginarias que chisporrotearan hacia los bordes hasta constituir un granulado radiante de gusanos enroscados. Esto no va bien. Se tambalea hacia delante, empuja la puerta trasera del Escort y busca a tientas la manecilla de la puerta delantera, todo mientras espanta con su otra mano la bandada de horribles cabezas voladoras que tiene en lo alto. Las testas enarbolan en las sienes unas zarpas huesudas a modo de alas, sus quijadas putrefactas chasquean al mofarse, y avanzan como una monstruosa metralla de colibríes, absurda y terrible a la vez. El frenesí de sus dígitos localiza al fin lo que anda buscando, una fría palanca de metal, subyacente a su pulgar, que abre con un sonido que pretende ser un gruñido para meterse en el asiento del conductor y cerrar la puerta al pasar. Un sucio oleaje de agua de colada embiste contra la ventanilla subida, y el residuo grisáceo que deja, repleto de facciones viscosas, se escurre hacia abajo por el cristal. Gira la llave y arranca el motor, y por alguna meticulosa razón, comprueba el reloj del salpicadero para saber la

hora: casi las once menos veinte. En el exterior, un ente pútrido que no comprende intenta colarse por el parabrisas mojado. Nuevo punto de vista, vuelta a monocromo.

En un blanco y negro periodístico, y a través de una luz convulsa y tartamuda, el mendigo estridente zarandea el coche como un ciclón rancio. El chasis del vehículo no es más que un tejido finísimo de tres o cuatro años a lo sumo, así que la estela de vapor del vagabundo lo atraviesa limpiamente para continuar un ataque que ya es más disuasorio que punitivo, por más que deseara lo contrario. Asustar a este cabrón rechoncho y asegurarse de que la mujer se ponga a salvo; en eso debe centrar sus petrificantes intenciones. No importa lo que pueda merecer alguien capaz de hacerle eso a una jovencita, porque esa decisión es mejor dejarla en manos más capaces que las suyas, pero, aun así, gusta de acariciar la devastación que desataría sobre este animal, sobre esta tremenda desgracia de la masculinidad que él mismo estuvo a punto de encarnar, si tuviera la más mínima oportunidad. Improvisaría un Banquo, un padre de Hamlet, un Tam o' Shanter, y se traería a todos sus colegas espectrales del Jolly Smokers para que le echaran una mano, una locomotora desastrada y humeante de muertos despiadados que acosaría a este puto asqueroso a cada momento de sueño o vigilia del resto de su despreciable vida, y eso para empezar. No existe más infierno retributivo ni más tártaro implacable que el Destructor, pero, con la inspiración de una vida y una muerte transcurridas en los Boroughs, el bilioso espíritu está convencido de que podría apañar uno que haría rogar a Dante y apartar la mirada a Milton. Arrojando una hilera de bosquejos a tiza y carboncillo en un efecto dominó, el errante rodea el automóvil durante su gargajoso arranque y lo persigue con el espeluznante Doppler de su aullido, inmerso en la noche torrencial, acentuado por fogonazos de luz, y con el abrigo al viento flameando en su estela como una bandera a media asta. Ahora es un agregado de polvo y retribución, y en el cedazo

de gabardina que son sus bolsillos porta todos los agravios y ultrajes del barrio, unas afrentas postergadas que derrama cruelmente sobre el intruso en un chorro humeante de pis equino, un diluvio perverso que busca enjuagarlo de estas calles heridas hasta que él y los otros puercos asesinos aprendan a guardar las distancias. Nuevo punto de vista, vuelta a color.

Bajo el peso del aguacero, la muchacha se deja caer sobre este umbral ajeno como un muñeco de trapo desechado, rotas ya sus costuras, sin relleno psíquico alguno, con el botón de uno de sus ojos cegado por un mejunje pegajoso. Le duele todo. Le daría igual que las pisadas amortiguadas que ha oído en el pasillo fueran un anhelo ilusorio, y no le importaría mucho que su perseguidor la alcanzara para terminar el trabajo. Solo quiere que esto acabe, y el modo en que lo haga no la preocupa a estas alturas. Al verse asaltada por una lasitud complaciente y traicionera, sus últimos vestigios de dinamismo y determinación se escurren junto al contenido de su vejiga evacuada. Su conciencia y su personalidad son una marea decreciente que susurra en una playa de guijarros sinápticos, y apenas comprende la luz veteada de rosa que se filtra por sus párpados cerrados: no recuerda ni el fenómeno ni su significado. Sin embargo, cuando sus pestañas se desligan del pegamento hemático, abre los ojos y entrevé un puzle de colores, unos cúmulos de sombra y rutilancia enmarcados por la puerta abierta y conjugados en un icono bruñido, a buen seguro alguna obra maestra del Renacimiento que le sonará de haberla visto por ahí. Contra un fondo de papel tapiz estampado y de moqueta irregular, y perfilada por sesenta vatios de fuego pentecostal, se alza una anciana de huesos largos y angulosos, coronada por una mata de pelo blanca, ígnea y fosforescente, que apoya una de sus manos esbeltas en el dintel. Recortado en la tiniebla por la llameante incandescencia posterior, el contorno flácido de su cabeza de la isla de Pascua cuelga patentemente de su estructura ósea y de sus, oh, de sus ojos de autillo. Grises pálidos, de

iris dorados, y depositarios de una furia y una compasión incalculables, descienden fijamente hacia la chica destrozada que yace en el umbral. Con la demacración de sus mejillas surcada por una salmuera iracunda, la inquilina se encorva, chasqueante, y se acuclilla sobre sus piernas curtidas para asir con una mano la barbilla de Marla y mesar dulcemente con la otra sus trenzas sanguinolentas.

—Alaben todos a Kaphoozelum, ramera de Jerusalén —proclama Audrey Vernall con un jadeo de orgullo redentor. Retroceso a mosaico planetario, montaje abrupto.

Fulgor de focos y efervescencia de datos. La policía de Wigan difunde las imágenes de un coche dado a la fuga tras el atropello mortal de un ciclista. Los arrecifes se desintegran inadvertidamente. Kenneth Lay, acusado por el fraude de la Enron, dice creer que algo bueno saldrá de su atolladero. En las revistas de los supermercados, las celebridades cambian de aspecto y de pareja. El hielo ártico se desvanece. Un jugador de rugby galés paralítico llama a suprimir las melés, y unos anélidos pasmosamente resistentes alientan la esperanza de hallar vida en otros planetas. Sean cuánticos o nacionales, los estados se colapsan con solo mirarlos. El ajedrez petrolero, el patinaje de las cifras fiscales y la tendencia del *Homo sapiens* a fusionarse con su tecnología. El escalador australiano Lincoln Hall se da brevemente por muerto. Un tejón hostiga al personal de un centro deportivo de Devon. Los ratones brillan y desarrollan orejas de tiendas de broma. El miedo al racismo sobrevuela los preparativos del Mundial de fútbol. Los presupuestos se desecan, y los *reality shows* introducen al público dentro de la televisión, cerrando así el uróboro. Nuevas formas basadas en el carbono y nuevos niveles de producción. Un desguace etéreo orbita en torno al mundo. La cultura popular, antaño fungible, se ve arrastrada a la acera para su reciclaje, y el arte se queda solo en el terreno de juego, reducido a mera propuesta. Interregno del fuero interno. La doble hélice desembucha sus secretos. La intimidad de la pantalla táctil. Los

algoritmos del deseo. Necesidades confeccionadas a medida, palomas mensajeras macarrónicas con formato de mensaje de texto. Todo nuevo, nuevo, cada segundo más relevante que el anterior. Las masas se reclinan obesas, hartas de tanta novedad, pero aun así consumen con mayor entusiasmo que nunca, como para domeñar el embate del futuro devorándolo, bebiéndose su ola descomunal. Corte a interior, noche.

Tendido sobre su espalda, Mick escucha el repiqueteo de la lluvia contra el cristal y piensa en Diana Spencer. Es la continuación natural de sus incansables cavilaciones sobre el ajedrez, las cartas o la pulga saltarina, pues todo el fenómeno de la princesa Di no deja de ser un juego —o compendio de juegos— que al parecer se les fue fatalmente de las manos. Ese descubrimiento casi literal en los periódicos, ese primer atisbo a la asistente de prescolar de pie, con su falda de gasa a contraluz y la ilusión lasciva de unas piernas grises como silueteadas por unas gafas de rayos X, fue captado a buen seguro por un fotógrafo oportunista, pero ¿quién se la jugó a quién ahí? Pese a las miradas de cervatilla tímida por debajo del flequillo, una estrategia bien calculada ya desde sus inicios, no dejaba de ser una descendiente del Conde Rojo, cuyo nombre perdura inscrito en calles, fincas y pubs por todo el semblante obrero de Northampton. Las dinastías taimadas componían el caldo reducido que fluía por sus venas, desde los ganaderos y latifundistas del siglo XV que se hacían pasar por parientes de la casa Le Despencer hasta los cinco o seis bastardos que engendraron los Estuardo, luego emparentados genéticamente con los linajes de los Habsburgo, los Borbones, los Wittelsbach y los Hannover; con los de los Sforza y los Medici. No eran cromosomas con los que andarse con chiquitas, y eso fue antes de añadir una pizca de los Churchill a la cocción genealógica, ya de por sí potente, de esta familia de Northamptonshire. Intrigantes, envenenadores y reyes guerreros sedientos de sangre.

Nacido en Althorp durante la década de 1730, y primer

John en una larga lista de tocayos, el primer conde Spencer fue el padre de lady Georgiana, más tarde duquesa de Devonshire, célebre seductora y sosias de esa otra descendiente que tanto incitaría a los tabloides. Si recuerda bien la historia lugareña, el quinto conde Spencer, nacido un siglo después y gran amigo de Gladstone,[81] fue al que apodaron «el Rojo» por el color de su ostentosa barba. Como lord teniente de Irlanda, parece ser que procuró jugar limpio con los fenianos,[82] e incluso apoyó la *Home Rule*, lo cual lo condenó al ostracismo generalizado, de Victoria para abajo. No obstante, en la década de 1880 había ordenado varios ahorcamientos a cuenta del asesinato de su secretario, para más inri sobrino de Gladstone, así que los nacionalistas lo odiaban por igual. Mick mira a su izquierda, hacia la suave topografía de Cathy y la loma de su edredón, y concluye, no por primera vez, que es imposible contentar a los irlandeses. Una molestia difusa empieza a hostigar sus hombros y caderas —nadie rejuvenece con la edad—, así que acomete una maniobra a babor para acurrucarse en torno a la curvatura vertebral de su esposa durmiente, como dedos alrededor de un calentador de manos. Nuevo encuadre.

Durante el siglo recién concluido, el siglo que alumbró a Mick, la enredadera genética de la familia Spencer reptó inadvertida, como el bosque de Birnam, para acercarse aún más a los resortes del poder y la historia. Los Spencer-Churchill se colaron en Downing Street con Winston, y poco después regresaron con su sobrina Clarissa, esposa de Anthony Eden y principal quebradero de cabeza, mas ni mucho menos el único, del primer ministro de la crisis de Suez. Mientras tanto, en 1924, el octavo conde Johnny llegó a Althorp, aunque la única imagen mental que le suscita a Mick es la de un sempiterno asistente a inauguraciones oficiales de rostro rubicundo y un poco conmocionado, alguien con demencia pugilística al cual sentar lo más lejos posible de un micrófono. Dicho esto, hay que reconocerle que encontró una gran vizcondesa Althorp en su primera mujer, Frances, cuyo dispensador dinástico

pareció obstinarse, por desgracia, en proporcionar bebés sanos de un sexo inconveniente. Primero llegó Sarah, luego Jane y, por último, la gran esperanza para alzarse como noveno conde: otro John que murió en la infancia un año antes del decepcionante advenimiento de una nueva hija, bautizada tras una semana de procrastinación como Diana Frances. En uno de sus escasos momentos de lucidez, Johnny Spencer empezó a ver a su esposa como la culpable de su incapacidad para engendrar un heredero, así que despachó a la humillada lady Althorp a Harley Street[83] para que determinasen cuál era su problema, pues tenía claro que los obstáculos debían residir exclusivamente en ella. Pese a la llegada de *Champagne* Charlie Spencer, hermano menor de Diana, al cabo de un par de años, a Mick no le cuesta imaginarse la brecha que debió abrir aquello en el matrimonio. Así pues, en 1969, cuando la futura princesa del pueblo apenas contaba ocho añitos, sus padres se divorciaron a cuenta de la acritud suscitada por la aventura extramarital de su madre con Peter Shand Kydd, con el que se casó poco después. Su crónica no está siendo del todo fiable, pero Mick intuye que buena parte de la aciaga arquitectura vital de la hija menor de los Spencer quedó ligeramente esbozada por los acontecimientos de esta época, por más que no pueda evitar pensar que el ulterior matrimonio de su padre con Raine, la hija de Barbara Cartland,[84] fue una imprudencia que incorporó a la mezcla un acalorado componente de romanticismo gótico destinado a devastarlo todo. Las expectativas de los cuentos de hadas sin la debida comprensión de lo que los cuentos de hadas conllevan: la manzana envenenada, la maldición en la cuna, el zapato de cristal colmado de sangre. Se nota incómodo. Si Cathy es un erizo asado, él la envuelve como si fuera arcilla gitana.[85] Con el fin de escapar de semejante infierno, vuelve a probar a colocarse boca arriba. Nuevo encuadre.

No está muy seguro de cómo se desarrolló ese tema; el cortejo y el matrimonio con la realeza. Es de suponer que a Diana, como a su madre, la reclutaron para servir de yegua,

criar al indispensable macho sucesorio y consentir, entre tanto, que su nuevo marido prolongara su longevo escarceo con la amante casada. ¿Lo supo ella desde un principio, o lo averiguó más tarde? Eso, supone Mick, dependería de lo informada que estuviera la aristocracia, como comunidad humana, de las vidas de sus pares. Dicho esto, aunque se desposara en un estado de dichosa ignorancia, debió percatarse al poco tiempo. Aquella primera conferencia de prensa con los dos junto a la puerta, y el tono afectado, distante y lacónico con el que él enunció eso de «Sea lo que sea estar enamorado», bastan para constatar la incomodidad de ella ante un descargo de responsabilidades tan obvio. Sea como fuere, cuando pusieron todas las cartas sobre la mesa, lo único que quedó garantizado fue que el final de la partida sería un desastre.

Las primeras fallas surgieron inicialmente en forma de rebelión estudiantil cuando se presentó con Fergie en un exclusivo club de moda disfrazada de policía *stripper*, pero con lo de Martin Bashir se intuyó que estaba dispuesta a sacar la artillería, y que entre las opciones de su campaña militar no figuraba la retirada. Por supuesto, la guerra de desgaste iba a ser feroz, y su componente táctico quedó allí, literalmente, al desnudo. La foto en la máquina de remo, patentemente intrusiva pero sorprendentemente estudiada. El traje de baño minúsculo en el barco de Dodi Al-Fayed, diseñado para provocar una erección de teleobjetivos el mismo día en que su exmarido y Camilla Parker Bowles debían encontrarse con la prensa y el público. Desde luego, daba juego, eso hay que concedérselo. Y entonces, entonces… una o dos semanas antes de lo del puente, antes de su partida, esa extraña mezcla británica de lujuria libidinosa y desdén de labios fruncidos escaló en un clímax de vituperación: la despreciaron. Despreciaron a la humillante folla-árabes del futuro rey, y los enfermos de sida o los campos de minas se convirtieron en el descarado camuflaje de una nueva Catalina de Medici, de una nueva Catalina Sforza; de una vampiresa del Renacimiento presta a bajarse las bragas mientras te envenena con su anillo de

cianuro. La detestaron tanto porque antes quisieron amarla con todas sus ganas, pero ella les falló a base de frivolidades, de trastornos alimentarios, de no ser la persona que ellos anhelaban, la que ellos necesitaban. Es difícil amar algo que muta, que cambia, que está vivo. Un recuerdo marmóreo es mucho más fiable. Sus pensamientos comienzan a deshilacharse al fin, pero Mick se pregunta si no sería el peso descomunal de las expectativas frustradas lo que la arrolló de repente como un alud de barro prehistórico, lo que la fosilizó para siempre como la perfecta rubia trágica de Hitchcock, lo que sorbió sus colores humanos y la congeló en las imágenes en blanco y negro de los monitores del Ritz, huyendo con esa media sonrisa hacia la eternidad por la puerta giratoria, con el chófer Henri Paul en el exterior, convocado de vuelta con escasísima antelación, intentando contrarrestar sus tragos fuera de horas, tal vez catastróficamente, con unas cuantas esnifadas vivificantes de fiebre de la línea blanca. Luces mareantes, reflejos, refracciones. Centelleos tenues en la oscuridad parisina allende el cristal. Corte a un torrente caleidoscópico de metraje encontrado, intercalar imágenes a todo color en alta definición con fotogramas temblorosos de cine silente.

Según un reportaje, las carreteras rurales presentan mayor mortalidad. En Dorset, un parque oceanográfico abre un refugio para tortugas abandonadas. Rusia se disputa el control de tres oleoductos siberianos actualmente en manos occidentales, y Nur-Pashi Kulayev, perpetrador y único superviviente de la masacre de la escuela de Beslán en 2004, es declarado culpable de los cargos específicos de terrorismo, toma de rehenes y asesinato, aunque consigue eludir la pena de muerte en virtud de una moratoria de ejecuciones implantada por el Kremlin. Golpes de suerte y tragedias aleatorias, las permutaciones de la física newtoniana se escenifican con repercusiones infinitas y bombardeos circunstanciales; palomitas de maíz estocásticas para los periódicos del mañana. En el océano

Índico, a unos veinticinco kilómetros al sudsudoeste de Yogyakarta, sobre la costa meridional de Java y a más de diez kilómetros bajo el lecho marino, las placas australiana y euroasiática, luchadoras de sumo tectónico, empolvan sus manos antes de aproximarse para su séptimo u octavo combate en lo que va de año. Son las once menos catorce minutos, hora media de Greenwich.

Apenas nota las manos huesudas que la ayudan a ponerse en pie, y por un momento siente que está levitando. Distante del instante, congelada en la esfera de nieve de una conmoción menguante, y con sus partes doloridas casi olvidadas, percibe en una remota lejanía el susurro sedoso de la frágil anciana que la asiste a la luz del umbral. Cree oír algo sobre santos, y calmadamente se pregunta si no estará muerta, si al final no consiguió escapar en realidad de aquel coche o aquel aparcamiento. Muy cerca, en la noche torrencial, un motor furioso cobra vida antes de encauzar su rugido cuesta abajo, en dirección opuesta, hasta tornarse un gruñido desengañado y decreciente, uno que, al igual que las salpicaduras del diluvio o los murmullos de su añosa salvadora, parece poseer una nueva dimensión; una catedral de resonancias inéditas que retumba en sus oídos recubiertos de sangre. A través de este *tinnitus* celestial, su rescatadora habla ahora con una energía viva y una brusquedad de las que entiende, poco a poco, que no es destinataria, por más que Scarletwell Street esté desierta salvo por ellas dos.

—Ahuyéntalo, Freddy. Ahuyéntalo de una vez por toas.

Hay un centelleo de fatiga visual en la lluvia, y luego algo que se diría lo opuesto al viento, una succión huracanada que se interna en la tiniebla de los Boroughs con una premura indecorosa, como si llegara tarde a una cita.

Derek suda, y derrapa, y maldice, y es incapaz de escapar. El distrito es un laberinto, y él es un toro en el chiquero; su valor, inducido por la química, se quema con la goma de

los neumáticos, y lo que deja es un residuo negruzco de pánico agrio. Tras salir del recinto con esa cosa horrible, ondulante y proliferativa pisándole los talones, gira a la derecha hacia Lower Bath Street, pero no conoce el planeamiento del lugar, así que a media subida se topa con unos bolardos de hormigón que le bloquean el paso, son los dientes gastados y prominentes del barrio, y él tuerce a la izquierda compulsivamente, deja atrás un desolado pub local, el Shoemakers, y acaba una vez más en Scarletwell Street. Joder, joder, joder. Enfila a la derecha, después otra vez a la derecha, y el corroído letrero de un muro le indica que se encuentra en Upper Cross Street, donde esos espantosos bloques de pisos se ciernen sobre él como centinelas ovíparos. ¿Qué le queda ya por probar? Querría torcer cuesta arriba, pero no puede, porque en la cima hay más bolardos, y cuando mira a la derecha, cuesta abajo, se da cuenta de que las alucinaciones siguen persiguiéndole: en la esquina hay un, un, no le salen ni las palabras, un monstruoso engranaje de niebla que no hace más que girar en el rabillo de sus ojos, pero cuando intenta observarlo de frente, desaparece. Procurando ignorar esa rueda dentada fantasmal, patina por Bath Street y tuerce de pronto a la izquierda hacia Little Cross Street. ¿Pero por qué hay tantas Cross Streets por aquí? ¿A qué viene esta obsesión con las cruces? Embalado por la madriguera mortecina, el Escort negro surca la rotonda casi en línea recta hacia Chalk Lane. Al bordear esa extraña capilla con un portón a media altura en una de las fachadas, se descubre en St. Mary’s Street, y las luces de Horsemarket brillan al fondo como una conflagración jubilosa, como la salida iluminada de este dédalo encantado. Lo va a lograr. Va a huir. Se va a librar de esta. Avanza hacia el fogoso ceño fruncido de las luces del tráfico.

Freddy lo divisa en blanco y negro. Chisporrotea como una mecha pálida en paralelo a los patios de recreo de la escuela; a través de máquinas inmóviles y puestos vacíos en la vieja fábrica; a todo lo largo de Spring Lane.

«Ahuyéntalo, Freddy. Ahuyéntalo de una vez por todas». Eso es lo que Audrey Vernall ha decretado que haga. Y las órdenes son las órdenes. La cadena de mando es simple y directa: albañiles, diablos, santos, Vernalls, amortajadoras y, *por último*, errantes. Todos cumplen con su cometido, y este, por fin, es el de Freddy. Con la floritura de cincuenta reiteraciones del mismo abrigo viejo, y a la vanguardia de una vasta flota de sombreros, chorrea por el yermo complejo industrial que una vez fue Cleaver's Glass y antes de eso Compton Street, y entonces, su instinto de gorrón lo impele hacia la andrajosa zona de la esquina noreste, a la tronera cadavérica cercana al pináculo de Grafton Street. Ahí es donde sucederá lo que tenga que suceder; lo siente en el recuerdo de su vejiga, en sus huesos ausentes. Es donde inmolaban a magas y herejes. Es donde clavaban cabezas cual cuentas abonadas. Como el letal abanico de naipes de un jugador experto, todo él repleto de picas y bastos violentos, su ciempiés de duplicados mana por los restos de Lower Harding Street y repta a una velocidad pasmosa hacia el monolítico crucigrama blanco del otro lado, conformado por patios vacíos y ventanas rutilantes. St. Stephen's House, St. Barnabas… edificios de rellanos mal iluminados, con docenas de puertas principales y un único tejado, que se alzan sobre calles enteras, ahora desaparecidas, sin por ello dejar de llamarse «casas»; rascacielos canonizados por una letanía devaluada, por una esencia nominal a santidad que solo busca enmascarar la peste a orina. Enturbiando el estupor televisivo de la planta baja de los pisos con la ira espontánea de unos pensamientos homicidas, la estampida sepia de Freddy Allen humea en esta noche de viernes por las viviendas de los vecinos, y con su estela furibunda provoca así un maremágnum de discusiones abortadas, conversaciones interrumpidas y DVD atascados.

A las once menos siete minutos, Mick acomete la sigilosa maniobra de girar sobre su costado derecho hacia una postura prometedoramente soporífera, pero sigue pensando

en esa fatídica noche de agosto de hace nueve años. A través de sus crecientes niveles de serotonina, el Mercedes negro brama por la Rue Cambon hacia su cita con las doce y veintitrés. En el asiento trasero, nadie lleva puesto el cinturón de seguridad: son jóvenes, hormonales, e ignoran que el alcohol y la medicación antipsicótica de su chófer están contraindicados. Unas luciérnagas vampíricas asoman por el retrovisor, pero los pesados párpados del galo flaquean, y entonces se da cuenta de que van a estrellarse. Rozando los ciento diez kilómetros por hora, surcan Cours la Reine a lo largo del margen derecho del río, en dirección al paso inferior del Pont de l'Alma.

Java tiembla incluso para los estándares sísmicos de su cinturón de Fuego. En Galur, los adornos de los santuarios comienzan a tintinear: una pequeña y delicada percusión que sirve de obertura al cataclismo. Con una expresión un tanto escéptica, cerca de siete mil personas se despiertan por última vez a causa del ruido, y justo antes del amanecer, el lobo gris del firmamento deja a los pájaros sin saber hacia dónde volar. Cuando uno de los dos luchadores distróficos cede un mísero centímetro a 7.962º Sur, 110.458º Este, los cinco millones de almas de un círculo de sumo de más de cien kilómetros de diámetro deciden, repentina y espontáneamente, ponerse a rezar.

Suspendida en el halo de una desgracia sorteada, la joven se encuentra ya en la cocina de la mujer, cuyo cabello destella como bengalas de magnesio. Un paño dichoso y cálido enjuga el borgoña coagulado de su ojo cerrado, escurrido a intervalos en una jofaina esmaltada, medio llena, en la que unas nubes rosadas y huidizas se difuminan contra un cielo de agua tibia. Un té de perfecto dulzor la aguarda sobre un mantel exquisitamente deshilachado, y el acento antiguo de la voz sigue hablándole al oído de historias de santos y esquinas dobladas, de la imposibilidad de la muerte.

Cuando remonta Horsemarket y cruza el Mayorhold hacia

Broad Street, los rostros del horror se evaporan en la retaguardia, lavados por el oro de los faros que se aproximan. Colocado por la adrenalina y la suerte, deja a su izquierda el Gala Casino, y entonces se carcajea para sus adentros en un arranque de euforia. Justo antes de Regent Square, da un breve giro hacia Grafton Street sin aminorar la velocidad.

En un damero claroscuro, Freddy discurre por solares vacíos, arrastra un gallardete de rostros humeantes por Cromwell Street y Fitzroy Terrace, e irrumpe por un muro en mitad del tráfico. Solo en el haz de los faros aprecia que ha dejado de llover.

Mick se olvida de la posición de sus miembros. En su mente somnolienta, la limusina hipnagógica desaparece por la boca del túnel y vira abruptamente hacia la izquierda, invadiendo el carril contrario, cuando Henri Paul pierde el control del vehículo.

Con una magnitud de 6.2 en la escala de Richter, el terremoto sacude Java.

A través de su ojo desencolado, la chica observa el reloj de cocina de la mujer: las once menos seis minutos.

Algo pavoroso se abalanza hacia él por Grafton Street. Grita y da un bandazo.

Desde la perspectiva monocroma de Freddy, el Escort negro se monta en la acera casi en completo silencio.

Mick se imagina el Mercedes estampándose contra el decimotercer pilar del Pont de l’Alma.

Las casas se derrumban, más de cien mil, y cerca de un millón y medio de personas sin hogar se tambalean por unas calles arrasadas vestidas con pijamas ensangrentados, aturdidas, contemplando el vacío, gritando los nombres de sus vecinos.

En la jofaina esmaltada, el agua se ha vuelto carmesí, y advierte que unos anillos concéntricos se dilatan desde el epicentro. La anciana llama a la ambulancia y a la policía; le pregunta si quiere que contacte con alguien más, y con una voz que ni siquiera reconoce, se descubre recitando con sobriedad el número de su madre.

Invade el pavimento, arrolla las farolas en una sucesión de movimientos sacádicos coruscantes e impacta contra la columna de dirección, lo cual reduce su esternón a lascas de tiza antes de triturar su corazón y pulmones en una pulpa informe. Cuando rompe el parabrisas con la cabeza, por un instante cree haber salido milagrosamente bien parado, hasta que se da cuenta de que se ha quedado sordo y daltónico.

Ya sin prisa, pasea tranquilamente hacia el amasijo del coche, examina el cuerpo del conductor, que yace medio esparcido sobre el capó chafado, y luego observa su duplicado, erguido y confuso en mitad de una calzada rociada de cristales rotos, con la mirada fija en las manchas de sangre negra que empapan la pechera blanca de su camisa. Alguien más merodea por este extremo de Fitzroy Terrace; un curioso al que Freddy confunde inicialmente con un peatón vivo hasta que atisba sus ojos dispares.

—Diría que no le vendría mal una copa —comenta el simpático Sam O’Day.

Sobre sus párpados fluctuantes, Mick proyecta un montaje que comienza con el coche ya inmóvil, arrugado contra el muro del túnel, y que se funde casi de inmediato en un enjambre de *flashes* antes de insertar las imágenes más relevantes de lo acaecido en la… ¿en serio pasó todo en una semana? El palacio de Kensington rezumando flores y celofán, las prisas del Nuevo Laborismo por correr un tupido velo, los editores de los periódicos exigiendo respuestas a quienes habían contribuido a despojar de un ser querido, un metraje acelerado de actos fugaces que

concluye con el fotograma de la abadía de Westminster sumida en el silencio bajo una pálida luz septembrina.

Al rayar el alba, miles de personas colapsan la autovía Solo-Yogya temiendo un tsunami como el de hace dos años; parten hacia el interior dejando sus casas medio derruidas en manos de ladrones oportunistas, de unos saqueadores que, en los barrios más altos sobre el nivel del mar, difunden los rumores de un inminente maremoto que nunca llega. Hay casi seis mil muertos, los heridos sextuplican esa cifra, y en Prambanan, junto al abarrotado arcén de la autovía, el derrumbe de un antiguo conjunto de templos hindúes escupe los dioses incrustados de sus pináculos sobre el polvo subyacente, deidades agrietadas que se tornan obstáculos inamovibles para una oleada de refugiados que fluyen por la zona cual remolinos ensortijados, muchos de ellos en pijama, como partícipes de un anómalo sueño colectivo.

Como si el tiempo no discurriera, se queda sentada junto a la mesa, inmóvil, cuando las volutas verdes de los médicos y las bocanadas amarillo fluorescente de la policía la orbitan en una chillona paleta de preocupaciones, ondas de un color reluciente engarzadas con primor en la gran bola de cristal del instante. Audrey —así se llama la mujer— le cuenta al agente que es una antigua paciente del hospital St. Crispin, el de Berry Wood, y que la trasladaron a este hogar de reinserción cuando impulsaron el programa de cuidados comunitarios. Marla no presta mucha atención, entre otras cosas porque ya ni siquiera es Marla. La actitud lúcida e intrépida con la que afrontó su ordalía en el asiento trasero no ha sufrido la misma remisión que la amenaza de una aniquilación inminente, y quienquiera que sea ahora, es una persona mucho más madura que una de dieciocho años. En la vastedad de la cocina diminuta, los objetos parecen iluminados con los tonos de unas vidrieras eclesiales: la apagada etiqueta turquesa de una lata de judías; el carmesí de sus brazos, salido de los asientos de

felpa de un cine; las pantuflas de Audrey, rosas como flamencos de azúcar. Cada detalle, cada sonido, cada pensamiento que se le pasa por la cabeza se presenta delineado con el glorioso rojo y oro del fuego del martirio. Al responder a las preguntas de la oficial, oye su propia voz, y es poderosa. Ya no es débil. Ya no es fea.

—No, era rechoncho, con mejillas rosadas, de pelo moreno, con canas en las sienes. No le vi los ojos.

Sin embargo, una parte de ella sigue traqueteando en el Escort; sigue en el umbral admirando el cabello filamentoso y comburente de Audrey, escuchando cómo la llama con ese nombre tan peculiar sacado de unos ripios de J. K. Stephen y de una docena de camisas editoriales del Destripador, como si supiera que iba a reconocerlo. Un balbuceo de sílabas aguardentosas o un estornudo alambicado; un nombre que no se le dispensa a cualquiera, sino que requiere de la presencia de un individuo lo bastante singular: Kaphoozelum. Nuevo punto de vista, vuelta a blanco y negro.

El asfalto húmedo reluce en un abrupto silencio teatral, como si una tragedia estuviera a punto de comenzar. La colisión le ha descalzado una bota —joder, no sabe qué coño va a decirle a Irene, y eso por no hablar del seguro—, y las colchonetas inflables y los juguetes de playa de los niños yacen esparcidos por la calzada, pálidos y grises cual cangrejos sin cocer. Exasperado y confuso, intenta patear un flotador pinchado hacia la acera, pero a menos que falle por estar viendo doble, su pie atraviesa el objeto como si no estuviera ahí. Dada su más que probable conmoción, decide que la primera alternativa es la más probable, aunque eso lo sigue dejando con el problema del cuerpo descoyuntado sobre el parabrisas ausente. ¿Habrá atropellado a alguien? Ay, mierda, en menudo marrón se ha metido, aunque ignora cómo ha podido el tipo atravesar la luna con los pies por delante, eso es imposible, y cuando al fin atisba su rostro destrozado, salpicado de cristales, no puede determinar de qué lo conoce. Ahí es cuando se da cuenta de

que hay dos jubilados observándolo un poco más adelante, ambos con sombrero, lo cual no es muy habitual en estos días. El más próximo viene hacia él y le pregunta si le iría bien una copa, y Derek le contesta que sí sin pensárselo mucho, agradecido por toparse con alguien que pueda explicarle lo que ha pasado. El viejo vagabundo le cuenta que hay un garito cercano, el Jolly No-sé-qué, donde podrá orientarse ahora que se le ha jodido el navegador por satélite. Empiezan a caminar juntos hacia Regent Square y, oye, puede que salga bien parado de esta, al fin y al cabo. Se acuerda entonces del colega del pordiosero, y cuando le pregunta al respecto —«¿Tu amigo no viene?»—, los dos se detienen y miran atrás. El otro tipo, que parece sufrir cataratas en un ojo o algo así, sonríe y alza el sombrero, y llegado este punto, Derek comprende a la perfección dónde se encuentra. Se echa a llorar. El mendigo a su lado lo coge del brazo, calladamente, y lo guía sin resistencia alguna por una noche de viernes perfilada en hollín y plata. Nuevo punto de vista.

Tal y como lo ve Freddy, una vez conduzca al nuevo y sollozante dato estadístico por el daguerrotipo de las aceras y lo deje en el Jolly Smokers, su labor habrá acabado, y entonces quedará libre de deberes y responsabilidades. Extrañamente, en el pub espectral hay dos fulanos de madera que parecen recién llegados de alguna parte, uno de ellos con la cara encastrada en los tablones carcomidos del suelo y el otro, más fornido, pero similarmente desnudo, junto a la barra, derramando lágrimas de barniz sobre sus mejillas nudosas a medida que Mary Jane le graba sus iniciales en el brazo. Mientras reparte excusas y se escurre hacia la puerta trasera, mira a su alrededor y constata que la cruel sonrisa de Tommy el Mutilagatos, fragmentada en su fisonomía arrebujada, hace las presentaciones pertinentes entre el nuevo y nervioso invitado y el maniquí rellenito, igualmente desconsolado. No tiene necesidad de curiosear más; de averiguar la naturaleza exacta de la justicia que va a impartirse sobre las calles. Se esfuma por

la tiniebla teñida de sodio que envuelve la cima de Tower Street, donde las estrellas, idénticas frente a vivos y muertos, sobrevuelan una manta de nubes en rápida desintegración. Las cosas le resultan distintas, y él mismo no es una excepción. Ciertas tachas en su honor, ciertas manchas en su expediente, se han evaporado. A la hora de la verdad, ha hecho lo correcto. Ha obrado mejor que el hombre que creía ser, el hombre que se resignó a esta eternidad entintada, demasiado avergonzado y pobre de espíritu como para acudir Arriba. Le ha pagado con creces al barrio sus pintas de leche, sus hogazas de pan, sus umbrales despojados. Y ahora, para su sorpresa, se da cuenta de que sus zapatos gastados lo llevan a Scarletwell Street, a la casa de su amiga, al hogar de Audrey, con su puerta curva y su escalera jacobita. Acelera el paso y surca los patios de recreo desiertos. Aún cree ser capaz de recordar el amarillo; aún cree ser capaz de recordar el verde. Corte a interior, noche.

Su aliento es tan cadencioso que se olvida de él, y mientras se tambalea al borde del sueño, reproduce aquella nublada tarde de septiembre de hace nueve años en la sala vacía de su cabeza. Lo empezaron a ver por televisión, Cathy, los chicos y él, y todo les resultó muy raro y escenificado, como si fuera una gala de la *Royal Variety Performance*[86] y no tanto un funeral marcado por el *Cool Britannia*.[87] Tan necesitados estaban de algo tridimensional, de algo más auténtico que lo que una pantalla podía ofrecerles, que se montaron todos en el coche para que Cathy los llevara a Weedon Road, donde podrían admirar el cortejo de camino a Althorp. Las personas que había allí congregadas a ambos lados de la carretera permanecían quietas como fantasmas, y nadie sabía muy bien por qué había acudido, salvo por la sensación de que un suceso antiguo estaba ocurriendo de nuevo, y de que ese suceso requería de su presencia. Ya casi dormido, Mick comienza a difuminar la fina línea que separa el hecho del recuerdo. Ya no está ni tumbado ni en la cama, sino ayudando a Cathy a guiar a Jack y a Joe por

entre los espectadores que se agolpan en la valla, todos ellos sonámbulos, con la lengua paralizada por la mitología. Tras encontrar un claro en la hierba rala que bordea la acera, le da la impresión de que la gente que le rodea debe ser la misma que acudió a presentar sus respetos ante Boudica, Leonor de Castilla, María de Escocia y tantas otras reinas muertas que descansan en su conciencia cansada. Un motor se aproxima en la distancia, ruidoso en ausencia de más sonidos, hasta los pájaros permanecen mudos mientras pasa. Transita ante ellos como un barco, su proa genera ondas imaginarias en el asfalto, las ofrendas florales de los flancos son sus salvavidas, su singladura tiene por destino una tumba insular. Tras presenciar su vuelta a casa, la multitud y la visión se quiebran como una vajilla conmemorativa, y luego se funden con los asistentes a la exposición de Alma del día siguiente. Sin ningún asidero, Mick se sumerge en otra de sus veinticinco mil noches. Se funde a negro.

POSLUDIO

COLLAR INSIGNE

Las mejillas de Spring Boroughs se refrescaron con un baño de luz aquella mañana, una de las más glamurosas y menos resacosas que el barrio disfrutaba desde hacía tiempo. El sábado espolvoreaba los balcones destartalados de un cauteloso optimismo, de la sensación persistente de una tregua laboral o educativa incluso para quienes no tenían tales obligaciones diarias. Mayo fermentaba en el desaliño de los arcenes. El viejo muro de piedra de Chalk Lane, colindante con el antiguo cementerio de los pobres, era una hoguera de amapolas, y un poco más adelante, en la rampa del centro de día, la gente se agolpaba en un mercadillo benéfico. El barrio estaba en pleno acicalamiento matutino, carente de la belleza de una pintura al óleo, pero tan hermoso como una estampa dependiendo del cristal con el que se observase.

Arrastrando los pies por la loma pelada de Castle Hill, Mick Warren se deslizó como una gota blanco hueso para fundirse con el pigmento humano acumulado en la puerta de la guardería, y no tardó en verse englobado por el remolino turquesa de su hermana y las salpicaduras de sus amigos, beis en su mayoría. Tras inquietarlo con un beso sin precedentes que le dejó el carrillo derecho parcialmente oscurecido por un colorete payasesco, húmedo y carmesí, Alma lo arrastró hacia el umbral para fustigarlo mientras abría la puerta.

—En serio te lo digo, Warry: gracias por haber llegado con solo veinte putos minutos de retraso. Debes estar liado con un montón de exposiciones expresamente dedicadas a tus problemas mentales, así que significa mucho para mí que hayas podido pasarte. Me conmueve el gesto. Ya sabes que te considero casi un hermano.

El angustioso adolescente descalzo de Crispin Street y su severa depresión pasajera en el sendero de St. Peter's House yacían ya perdidos en los deltas arenosos de los rabillos de sus ojos, así que Mick se permitió sonreír.

—No hace falta que te pongas nerviosa, Warry. Ya estoy aquí. Sé que soy una especie de superstición para ti, ¿verdad? Tu talismán de la suerte en un programa de concursos tipo *University Challenge*. ¿Por qué no has abierto sin mí y punto?

Como enrollando con cierta ceremonia una alfombra roja que ya no fuera necesaria, Alma frunció el labio inferior.

—Que te den. Y encima voy y me equivoco de llave. Oye, ¿por qué no te juntas con estos… —aquí, Alma señaló de forma imprecisa a Ben Perrit— …intelectuales de la farándula hasta que lo solvente? Vigila que nadie monte una pelea o mangue algo.

El medio giro constreñido que dio sobre el escalón lo abocó a una multitud de lo más cordial, aunque con pinta de ser depositaria de un trastorno innato. Una pelea habría sido improbable, aunque tampoco descartable, pero lo que estaba clarísimo es que no había nada que mangar. Además, los presentes no parecían amigos de lo ajeno, excepto quizá las dos ancianas que intuía acompañantes de la madre de Bert Regan. Estaban apartadas de los demás asistentes, en principio compartiendo anécdotas del barrio, y una de ellas señaló algo en las inmediaciones generales de Mary's Street que hizo que su camarada sonriera y asintiera con vigor. El brillo malicioso de sus ojos y su patas de gallo le suscitaron una cálida punzada de nostalgia por las monstruosas matriarcas que solían poblar los Boroughs, y también le hizo añorar brevemente a su abuela. A ella y, ya puestos, a toda su genealogía, desaparecida casi por completo excepto por él y su hermana, que a su juicio no eran demasiado representativos.

Contra el fondo estratificado de los pisos decrépitos de la década de 1960 que tapaban las vías férreas y el prado lejano del pie de la cuesta, Dave Daniels sonreía con

desconcierto mientras charlaba con el novio provocativo y parlanchín de Rome Tompson. La señora Regan le decía a Ben Perrit que era un granuja estúpido, un diagnóstico perspicaz emitido a escasos cinco minutos de conocerlo. Los mirlos rozaban las tumbas de las víctimas de la peste que acababan de inhumar en el aparcamiento de Chalk Lane, y Mick se permitió el pensamiento de que los cálidos fines de semana que el lugar vivió antaño no andaban tan lejos, de que el clima ocioso de los patios adoquinados de los pubs, la calderilla en el bolsillo y las matinés infantiles por dos peniques se infundía en este presente raído como un adobo punzante. La luz de aquel día concreto del mes y de aquel preciso momento caía exactamente igual que cuando erigieron la iglesia de Doddridge. Algunas de las sombras tenían cientos de años, y en su época dispusieron su manto particular sobre portadores de féretros no lo bastante abatidos y novias vacilantes por igual, sobre swedenborgianos y vividores arrepentidos. Tenía constancia de que ciertas leyes protegían las llamadas «luces antiguas»,88 pero no se imaginaba a ningún grupo de presión reivindicando la conservación de las sombras antiguas, salvo quizás a los de los depresivos, los góticos y los satanistas, a quienes sería fácil ignorar. A su espalda, Alma acabó por darse cuenta de que lo que estaba del revés no era ni la cerradura, ni la guardería, ni Inglaterra entera, sino solo su llave de seguridad, y entonces, más o menos, pasó a declarar inaugurada la exposición:

—Vale, todos adentro. Si alguien tiene a bien ofrecer algún tipo de crítica constructiva, que sepa que estaré muy contenta de señalar su pésimo sentido de la moda o el desbarajuste que ha provocado al traer a sus hijos. Recordad que solo estáis aquí para asombraros. Si vertéis fluidos corporales sobre las obras, os toca pagarlas. Más allá de eso, podéis divertiros dentro de unos límites razonables.

Y con Alma y él a la vanguardia, entre pullas y risotadas, todo el mundo entró.

*

La primera impresión de Mick fue la de que la elección de exhibir unas tres docenas de piezas en un espacio tan minúsculo y ridículo debía provenir de un defecto ocular, de un proceso decisorio influenciado por el hachís, o de la consabida discapacidad de las mujeres para la percepción espacial; de esa tara que les hacía imaginarse los penes mucho más pequeños de lo que eran en realidad. Tras concederse unos segundos para superar este sobrecogimiento óptico inicial, su segunda impresión fue la de que aquel pasmoso pandemonio de ideas e imágenes, aquel estallido de colores y monocromos apiñados que adornaba cada superficie vertical visible, podía ser incluso deliberado, una estrategia para atormentar a su público objetivo hasta hacerlo caer en un estado mental distinto y mucho más precario en potencia, y eso suponiendo que alguien que no fuera un científico loco quisiera hacer algo así. Esa tenue chispa intuitiva se vio inmediatamente interrumpida por la tercera impresión de él y de todos los presentes, que fue la de un artefacto tridimensional de tamaño desproporcionado dispuesto sobre una mesa en el centro de un espacio ya de por sí restringido.

Alma ya se había escurrido hábilmente al otro lado de tan llamativo obstáculo para ponerse a salvo, así que Mick y los demás asistentes, que seguían decantándose por la puerta de la guardería, se agolparon a la izquierda del soporte en una marea irregular de detritos animados. Dean, el novio de Roman Tompson, soltó un «Joder» casi reverencial, Ben Perrit empezó con sus risitas, y la madre de Bert Regan optó por un «No me lo puedo creer». El propio Mick solo alcanzó a guardar un silencio aturdido, aunque no supo si achacarlo a la admiración por los procesos mentales obsesivos que sin duda habría implicado la gesta o a la inquietud que le generaban.

Construida durante meses con trocitos de papel maché cuidadosamente pintados a mano, lo que tenían ante ellos era la maqueta de un barrio en su mayor parte ya desaparecido, de un detallismo exasperante, y con un aspecto que a buen seguro jamás llegó a tener. El diorama

de su hermana, que medía menos de medio metro cuadrado y otorgaba escasos centímetros a las estructuras más altas, yuxtaponía los rasgos más granados de los Boroughs sin respetar cronología alguna. El esmeralda moteado de los patios de recreo de la escuela Spring Lane acogía el resurgimiento del Friendly Arms a media altura de Scarletwell Street, un pub reemplazado por canchas donde ahora se jugaba a carreras de huevos y cucharas. En Bath Street, St. Peter's House coexistía con la enorme chimenea de quince centímetros del Destructor, demolida en los años treinta para permitir la edificación de los pisos. Sobre el río ondulado, y junto a lo que aparentaba ser una estación de la década de 1940 a juzgar por los tucanes diminutos de los anuncios de cerveza Guinness, había un puente levadizo fortificado de la época de Cromwell. En Sheep Street, los rebaños de ovejas pastaban entre los elegantes coches aparcados, un punteado de pegotes sobre vellones de papel triturado.

Visto desde arriba, el patio central de Greyfriars parecía tener sábanas de papelillos Rizla colgando de cuerdas de tender clavadas. Esta perspectiva omnisciente le resultó demasiado evocadora de sus cavilaciones sobre Harryhausen durante la noche de insomnio previa. Incómodo, se zafó de la bulla que rodeaba el extremo oeste de la nanobarriada y se dirigió entre estrujones y disculpas por St. Andrew's Road hacia Crane Hill, en la esquina de la mesa. Al pasar junto a su propia hilera de adosados reducidos, observó con aprobación que el cisne de porcelana de su abuela estaba presente como miniatura en la ventana principal del número diecisiete. Pese al sentido de la novedad, tuvo el pálpito fugaz de que ya había visto antes su antigua casa desde esta altura inusual, aunque en la vida habría sabido decir cuándo. Al torcer la esquina hacia Grafton Street para recorrer el margen septentrional del vecindario, comenzó a retrazar la ruta en camión que siguió de niño hacia el hospital, pero, en el giro a la derecha de Regent Square, se topó con un gigante de ropajes informales vadeando hasta la cintura el vacío en el

que debía estar Semilong. Alma lo estaba esperando un poco más adelante en el lado oriental, cernida sobre la iglesia redonda del Santo Sepulcro en miniatura y luciendo la sonrisa inquietante del monstruoso ídolo de los templarios, que, si Mick recordaba bien, era una cabra con tetas.

—No tienes que decir nada. Te sientes orgulloso solo de ser mi pariente, Warry, te lo noto en la mirada. ¿Has visto el cisne de la abuela en la ventana de St. Andrew's Road? Lo pinté con un pincel triple doble cero, y esos ni siquiera existen. Si te soy sincera, a veces, cuando pienso en mí misma, me siento al borde del desmayo.

—Todos sentimos eso cuando pensamos en ti, Warry. No somos de piedra. Pero dime, ¿qué has usado entonces para hacer eso? No será mierda de morsa, ¿verdad?

Unas cagarrutas columbinas de exquisita delicadeza cubrían los bordes de la maqueta del Destructor. Reunidos en la esquina sudoeste de la mesa, Roman Tompson y Bert Regan sonrieron con cierta sorna al examinar el cruce de Chalk Lane con Black Lion Hill, donde una extraña torreta con forma de sombrero de bruja se hallaba fusionada con el puesto de periódicos de Harry Roserdale y el viejo hotel Gordon Commercial. La mera rotulación a mano de los anuncios y vallas publicitarias bastaba para romperle a uno el corazón y arruinarle la vista.

—Qué va. Está todo hecho a base de papelillos Rizla. Masqué y escupí cerca de cuatrocientos paquetes. Y te diré una cosa: es muy probable que aguante mejor que los materiales que usaron para construir el distrito oriental.

Mick inspeccionó los tejados de pizarra sombreados y los parterres puntillistas de la iglesia de San Pedro.

—Sí, sin duda. Pero también es muy probable que te provoque una gingivitis.

En verdad, no parecer impresionado le estaba costando a Mick todo su empeño. Era como si su hermana hubiera cortado algo de maleza de las bocacalles y la hubiera cultivado con gran paciencia hasta generar un bonsái autóctono, uno que expresaba rasgos ya desaparecidos, o

que incluso los expresaba con más fuerza. Descubría más y más con cada ojeada. La curva ascendente de la desvanecida Cooper Street hacia Bellbarn suscitaba la memoria muscular de dejar atrás las puertas rojizas desvaídas del solar del transportista Fred Bosworth a media altura, y, en la cima de la pendiente de papel mascado, la concienzuda reconstrucción de la iglesia de San Andrés era tan perfecta en su detallismo gótico que la demolición del edificio en la década de 1960 se antojaba no solo increíble, sino directamente imposible. Como si fuera una de esas grúas perpetuas de la zona de derribo, Mick se inclinó sobre Sheep Street, Broad Street y los patios traseros liliputienses de St. Andrew's Street, y de esta forma pudo distinguir el ventanal infinitesimal del barbero de su infancia, Albert Badger. ¿Por qué insistía siempre en llamarlo Bill por aquella época? Pintado sobre tejido de fibra vidrio con líneas arácnidas de color rosa fluorescente, el letrero luminoso de Durex le hizo sentirse extrañamente animado. Tres puertas más abajo, la Vulcan Polish & Stain Company, ausente de su memoria hasta entonces, se alzaba con la envergadura de una pieza de Lego. Trazadas mediante tizas de colores, unas rejillas de rayuela del tamaño de una hormiga pintarrajeaban dulcemente las antiguas losetas de Bullhead Lane, y unas botellas de leche microscópicas, junto con hogazas de pan incrustadas de siena, decoraban los umbrales de Freeschool Street. Con la atención cautivada por cada canaleta del grosor de un cabello, por el espectro aceitoso reproducido a intervalos en cada charco, se le ocurrió que uno podría volverse loco mirando aquella obra, no digamos ya creándola. A su lado, Alma arrugó la frente con aire pensativo.

—¿No te da la sensación de que falta algo? ¿De que el esfuerzo más que obvio en el continente solo sirve para camuflar el hecho de que no hay mucho contenido, como cuando en mis inicios emplastaba todas mis ilustraciones a base de salpicaduras y puntitos laboriosos? Si este ejercicio no fuera más que un mero monumento a la nostalgia, todo él grandioso y ridículo, tú me lo dirías, ¿verdad?

Atónito, Mick le frunció el ceño a su hermana, y no tanto por este raro ataque de duda fugaz como por la falta de autoconocimiento evidenciada por su última pregunta.

—Pues claro que no, Warry. Nadie te lo diría. Nos asusta comentarte algo y que luego nos enzarces en un debate sobre cosas que nosotros ni entendemos. Creo que es justo decir que jamás obtendrás una crítica honesta de nadie que tengas al alcance de la mano, porque eres una cabrona de lo más susceptible.

Ella entrecerró los cráteres anillados de hollín que eran sus ojos en ademán reflexivo, ladeó su cabeza alborotada con la mirada fija e impasible clavada en su hermano, y estuvo así unos largos y angustiosos segundos antes de emitir su réplica, para lo cual le posó una mano en el hombro izquierdo con sorprendente camaradería.

—Un argumento excelente, Warry. Y muy bien expresado.

Al final, retiró la mano, pero no antes de que él temiera un intento de noquearlo con un pellizco sacado de *Star Trek*. Por supuesto, Mick sabía que no existía tal cosa, pero ¿y si Alma lo ignoraba? Seguía llegando más gente, rezagados que asomaban sus cabezas vacilantes por la puerta de la guardería más allá de aquel retablo opresivo y meticuloso. Acertó a reconocer a un amigo de su hermana, el actor Bob Goodman, aunque tal logro era equiparable al de identificar Ayers Rock. Más aún, no estaba seguro de ser capaz de distinguir entre un accidente erosionado y el otro, aunque bien era cierto que Ayers Rock no llevaba chaqueta de cuero, ni boina negra, ni un aspecto tan pertinaz de profundo rencor y desconfianza. Detrás del intérprete y su pinta de guardián del corredor de la muerte, y en una nota más alegre, advirtió a la colega artista de su hermana, Melinda Gebbie, náufraga transatlántica con la que, al menos, podría tener una conversación entretenida si la exposición decaía. De hecho, dado que su hermana mayor le había confesado en privado que la guapa californiana era, por un pelo, la mejor pintora de las dos, Mick sintió que podría refugiarse tras la autoridad de sus juicios y

opiniones si Alma se las ingeniaba para hacerle una encerrona artística. Como acompañante, Melinda traía a alguien que conocía, cuando menos, de otra vez: Lucy Lisowiec, muralista de muros exteriores, trabajadora social en los Boroughs, y la persona que había gestionado la cesión de la guardería para la exposición, o eso creía haberle oído Alma. Cogidas del brazo, ambas mujeres reían y charlaban, y la más joven estaba tan pasmada por aquellas paredes acogotadas de arte que sus párpados parecían no bastar para contener sus ojos. Por la puerta abierta de detrás seguían entrando más y más asistentes, unos conocidos y otros no. A su lado, Alma suspiró profundamente, pues aún seguía dándole vueltas a su césped natal reconstituido.

—Veo que voy a tener que llegar a mis propias conclusiones acerca de lo que le falta a esta instalación, porque por tus valiosas observaciones está claro que no puedo guiarme. Oye, creo que Roman Tompson me dijo ayer que tenía algo que contarme, así que será mejor que vaya a tener unas palabras con él. Si te da por mirar alguna otra obra, empieza por las que están a la derecha de la puerta y sigue desde ahí alrededor de la sala. Ah, y espero que te hayas traído tu mechero. Me he dejado el mío en casa, así que tendré que pedirte prestado el tuyo si necesito salir a fumarme algo.

Mick asintió, la despidió con un gesto y se quedó perplejo por el uso del condicional en esa última frase, enunciada como si su necesidad de salir a fumarse algo constituyera una especie de contingencia remota en vez de una certeza absoluta compartida por ambos. Cuando la galería improvisada empezó a llenarse de una horda apretujada, abocada a unos valses embarazosos entre los muros y los bordes de la mesa, él se acordó de la escuela de danza de Marjorie Pitt-Draffen que solía ocupar el lugar, con sus Nijinsky juveniles cabrioleando por todo el parqué. En el presente, a cualquiera que se le ocurriera enseñar a los críos el Gay Gordons[89] lo meterían en la lista negra. Tras decidir que mejor empezar a mirar con cara absorta los

cuadros de su hermana si quería salir de allí para la puesta de sol, le dedicó una última ojeada asombrada al barrio de papel de liar —un estanque plateado pintado en metal entre los patios de los curtidores de Monk's Pond Street; estorninos del tamaño de una semilla, apenas discernibles contra los tejados de pizarra de la escuela— antes de embarcarse en una ruta trabajosa a través del embotellamiento de asistentes, siempre en dirección al punto de partida propuesto de la exposición, justo detrás de la puerta de la guardería y de la calza que la mantenía abierta. Lo que había allí era un lienzo enorme, colgado, o más bien apoyado, para cubrir parcialmente la ventana adyacente. Nunca había ido a una exposición artística, así que no tenía mucha idea de cómo debían ser, pero de lo que estaba bastante seguro es de que no eran así. La acumulación de imaginería por el jardín de infancia claustrofóbico no parecía seguir ningún orden, sino que era como si alguien hubiera detonado una clase de artes plásticas en un espacio confinado. Ya de por sí irritado, Mick dirigió su atención atosigada al rectángulo que le bloqueaba la luz, señalado como el arranque idóneo de toda aquella extravagancia.

Sobre la pieza, pegada al marco de la ventana con un pegote de adhesivo azul, había una nota escrita a boli que titulaba la pintura en acrílico como *Obra en marcha*, y justo debajo había una flecha garabateada que apuntaba al lienzo de manera un tanto condescendiente, como si el público esperable fuese estúpido. El cariz negligente que sugería aquel letrero descuidado estaba también presente, a su juicio, en el cuadro anexo. Claramente sin ultimar, era como si Alma hubiera perdido el interés a los dos tercios de su ejecución, lo cual era una pena, porque la sección que se había molestado en completar, un área lustrosamente perfilada en el centro superior de la pintura, era bastante buena. Por el rastro celentéreo del esbozo subyacente, todo él en lápiz conté de color sepia, la escena pretendía retratar un interior en madera basta atisbado desde una perspectiva muy baja, propia de un adulto acuclillado o quizá de un

niño. Desde esta posición de inferioridad, el espectador veía a un cuarteto de hombres corpulentos, rudos e imponentes que lucían manos curtidas y porte de peones, lo cual no era óbice para que portaran una suerte de vestidos de bautizo desproporcionados, de un blanco cuya pincelada se tornaba misteriosamente refulgente. Las cuatro figuras se afanaban alrededor de lo que creyó identificar como un caballete de carpintería, ofrecían al observador la plegadura prístina, extensa, de sus espaldas, e inclinaban la testuz en un debate callado, sin duda sobre alguna cuestión técnica de la que solo participaban los artesanos titánicos y nadie más. Solo un miembro de la cuadrilla parecía consciente de que sus tres camaradas y él estaban siendo espiados, pues giraba la cabeza, decolorada prematuramente, para mirar por encima del hombro a su acobardada audiencia, con su rostro atezado y severo y dos centellas zafirinas destellando en sus ojos ofendidos.

Sin dejar de preguntarse cómo habría logrado su hermana el fulgor etéreo en los hábitos deslumbrantes e incongruentes de los obreros, Mick descubrió, al acercarse, que lo que desde lejos aparentaba ser un tono níveo uniforme era, de hecho, una base lisa y mate a la que se le habían superpuesto minuciosamente, en blanco sobre blanco, unos cuadrados y rectángulos brillantes llenos de espirales, glifos y motas de leopardo de idéntico carácter radiante. En el ultimísimo plano de aquella composición distorsionada por el contrapicado, más allá de los trabajadores argénteos y de su leve connotación soviética, podía distinguirse el esbozo de las vigas y los cabrios lignarios del techo, con una única bombilla sin tulipa colgando de un cable sobre las cabezas de los operarios locuaces. Situada en el confín medio-alto del lienzo, esa elipse brumosa de figuración terminada era de una realización tan hermosa que la descuidada tracería marrón circundante, los pliegues goteantes de las túnicas blancas o las miajas rizadas de madera lijada en torno a los pies descalzos de los carpinteros apiñados le generaron una tirria más que patente hacia la actitud chapucera de Alma.

¿Por qué no se había esforzado más? En su opinión, entre aquel local abarrotado propio de aficionados y aquella primera pieza a medio rematar, lo único que transmitía era que todo le importaba una mierda, y ni siquiera eso lo hacía con gran convicción, la verdad.

En la muchedumbre a su espalda oyó la risa de Ben Perrit, aunque la causa de la misma bien podía ser una sutileza velada en la obra de Alma, un chiste ramplón o, ya puestos, una nueva atrocidad de Al Qaeda. O incluso el sonido del envoltorio de una chocolatina Crunchie, lo mismo daba. Al otro lado de la sala, el graznido de cuervo merodeador de Rome Tompson se vio interrumpido por un exabrupto estentóreo que reconoció de inmediato como procedente de su angustiosa pariente consanguínea.

—Me cago en la hostia, Rome. ¿Lo dices en serio?

Por encima del murmullo general, advertía los incisos esporádicos de un cacareo californiano y el susurro sedante de David Daniels. Con la esperanza de que el asunto mejorase, Mick se deslizó a su derecha para apreciar mejor el siguiente plato de este menú degustación de raro sabor, un óleo bastante más pequeño en un marco mucho más elaborado, bautizado a bolígrafo en la notita adjunta como *Una hueste angular*.

Aquello era otra cosa. Sus dimensiones reducidas, que serían de unos treinta por cuarenta y cinco centímetros, así como el recuadro dorado que la empequeñecía aún más, apenas podían contener el área de luz concentrada y el ornato miniaturista de esta segunda obra. De formato vertical, la estampa se asemejaba a su predecesora en el hecho de que volvía a retratar un interior, aunque en esta ocasión parecía ser el de la catedral de San Pablo. La luminosidad era amarilla y cuajada, como si proviniera de una tormenta exterior en ciernes, y permitía que los destellos bruñidos de un sirope de oro cálido emergieran de entre las sombras predominantes para bañar una escena que, pese a su pátina de autenticidad, Mick presumió imaginaria. Bajo la galería de los susurros, sobre las losas decoradas, se alzaba una grúa pórtico de una altura

imposible llena de sogas, poleas y cabos gruesos, un andamiaje cuya profusión inagotable de maderos y tornapuntas planteaba un contraste radical con los diseños catedralicios de preponderancia circular, y que tal vez constituyera la encarnación de esa multitud de ángulos mencionados en el título de la obra. Aparentemente, los confines superiores de aquel hito de la ingeniería servían para soportar una plataforma precaria con forma de porción de tarta, pero, si tal era el caso, el saco de arena que colgaba a escasos centímetros del pulimento inmaculado del suelo y el pasmoso volumen de su escala, que solo podía calificarse de onírica, carecían de razón de ser. Debía ser algún tipo de contrapeso, pero le costó la misma vida descubrir qué estaba equilibrando. Para averiguarlo, tuvo que acercarse más, fijarse en el centro de la composición y constatar que el gigantesco armazón estaba suspendido a unos treinta centímetros de la solería. Toda la estructura colgaba del interior de la cúpula, posiblemente para que los obreros del siglo XIX que convergían sobre su base a la luz de un sol ictérico pudieran rotarla. Mick retrocedió preso del asombro, extrañamente persuadido por la espectacular inviabilidad del artilugio de que la pintura narraba unos sucesos reales; hechos y mecanismos que habían ocurrido y existido de verdad, retratados con pinceladas tan mínimas que resultaban casi invisibles. El trampantojo de profundidades del lienzo evocaba los ecos retumbantes y el susurro eclesial del espacio plasmado de un modo rayano en lo tangible, hasta el punto de que casi creyó oír el crujido tensionado de las maromas, que eran gruesas como muslos, y ser capaz de captar un vestigio tenue del incienso del domingo anterior. La suya era una magnificencia discreta, y el único elemento que le incordiaba era la más que evidente falta de conexión con él o con su experiencia. Ahora que caía, a la pieza precedente podía aplicársele lo mismo.

Y como no hay dos sin tres, también a la siguiente, apoyada contra el muro de la guardería bajo *Una hueste angular* y, por tanto, tributaria de que Mick tuviera que

acuclillarse si quería inspeccionarla. El gesto lo trasladó a un plano infantil habitado por pantalones tan o más distintivos que los rostros superiores, y desde ahí procuró admirar la tela de manera muy expeditiva, dolorosamente consciente de representar un obstáculo para las rodillas estudiadamente corteses, mas internamente contrariadas, que lo sitiaban en aquel pasillo estrecho. De dimensiones similares a las de la escena catedralicia de más arriba, solo que montada sobre el blanco prístino de una plancha de madera, la obra quedaba identificaba por una etiqueta descuidada pegada al zócalo como *Orden de restricción contra el deseo*. Se trataba de un rectángulo sombreado con un círculo del tamaño de un plato en medio, y, tras unos segundos desorientado, se dio cuenta de que lo que tenía delante era el primer plano de una cámara de seguridad; de que tenía puesta la mirada en una pupila de cristal dilatada. Pequeña de por sí, pero aún más diminuta por el escorzo, una figura femenina aislada se reflejaba en el centro de la lente, atrapada en su bola de nieve autoritaria y definida en delicada tracería blanca contra las franjas de tiniebla predominantes en la obra, unos morados casi negros que se desmenuzaban en un granulado al llegar a los bordes. Mick se retrotrajo a aquellos episodios juveniles en los que interrumpía inadvertidamente a su hermana mayor mientras estaba concentrada en su arte —mucho más desasosegantes que incordiarla en el baño— y pensó que la imagen podía estar hecha mediante la aplicación cuidadosa y disimulada de los pulverizadores que le había visto usar por la época, unos tubos articulados, a buen seguro ya obsoletos, que era necesario soplar para producir una nube de partículas, una suerte de aerógrafos *amish*. De estar en lo cierto, los materiales empleados serían tintas de color procedentes del muestrario de pirámides de cristal, extrañamente reconfortantes, de la casa Windsor & Newton, todas con las etiquetas propias de un libro de heráldica para niños. La mujer contenida en aquel ojo vigilante llevaba tacones altos, falda corta y las manos metidas en una chaqueta con cuello de piel, y además cargaba su peso

sobre un pie para girar la cabeza y escudriñar la oscuridad, como si aguardara a alguien con impaciencia. Parecía ajena a que la estuvieran observando furtivamente, lo cual enfatizaba su vulnerabilidad y hacía que Mick se preocupara un poco por ella. La lente impasible evocaba con demasiada fuerza la mirada voyerista de algún pajillero oculto entre las sombras. Delineadas con esmero, unas gotas de condensación perlaban su menisco gélido cual gotas de sudor lascivo sobre la frente de un agresor sexual.

—Warry, sé que es asombroso, y es más que justo que te arrodilles delante, pero tu veneración está bloqueándole el paso a la gente. Si hubiera sabido que ibas a avergonzarme así, jamás te habría invitado. Ah, por cierto, ¿me prestas el mechero?

Con un hondo suspiro de resignación, Mick abandonó el desconcertante paisaje nocturno para contemplar las botas Doc Martens, con doce ojetes pero cordones mal anudados, que parecían estar interpelándole. Volvió a ponerse en pie torpemente y rebuscó con cierto resentimiento en un bolsillo de sus pantalones, y al final logró sacarse el encendedor violeta requerido, comprado en una oferta de tres por una libra. No le molestaba que Alma le gorroneara el mechero, sino su forma de plantarse allí con la mano abierta, como si él tuviera nueve años y se lo estuviera confiscando.

—Toma. Y que no se te olvide devolvérmelo. Ya que estamos, Warry, supongo que serás consciente de que todo esto no son más que imágenes inconexas sin más ilación que ese ciempiés aplastado al que llamas firma, ¿verdad? Además, ¿qué tienen que ver estas cosas con cómo estuve a punto de morir asfixiado?

Como quien no quiere la cosa, su hermana se guardó el objeto de plástico medio lleno sin comentario o gratitud aparente y lo escrutó por entre sus párpados cargados de droga y rímel, reacios a asimilar los fotones de luz rebotados en su jeta de filisteo.

—Pues mira, Warry, para que lo sepas, el clímax de la exposición va a ser una *performance* improvisada en la que

voy a meterte por el gaznate un tarro de dos kilos de caramelos para la tos, rematar la faena y, muy probablemente, llevarme el Turner. La gente como tú sois la razón de que los obreros no puedan tener cosas bonitas.

Cual pesimista veterano, él negó con la cabeza lenta y desdeñosamente.

—Y la gente como tú sois la razón de que ni siquiera puedan encontrar sus putos mecheros de mierda, Warry.

En lo que Mick interpretó como un gesto ritualizado, Alma le dedicó un triple signo de la victoria de lo más aparatoso empleando las dos manos y cruzando los antebrazos en ángulo agudo desde el codo, y luego salió volando por la puerta abierta para inspirar el aire polucionado y polucionarlo aún más. Él la observó por la ventana de la guardería: un inmenso cúmulo de tamo hecho de pelusas turquesa que parecía flotar contra la brisa a lo largo de la ajada loma exterior, yendo de acá para allá con un porro incandescente ligeramente más corto que sus habituales bastones para ciegos, como si solo por eso fuera más discreto y moderado. Dichosas mujeres… siempre con esa incapacidad innata para captar las relaciones espaciales. Por supuesto, también era muy posible que hubiera elegido aquel local tan inapropiado y diminuto para que así pareciera abarrotado con la mera presencia de un par de personas y un perro. Desde el matadero humano que se apiñaba en sus alrededores inmediatos, oyó a Bert Regan aventurar un diagnóstico nada desvinculado de sus propias cavilaciones.

—Jo, jo. Me cago en to. ¿Pero qué se cree que es esto? ¿Los putos Agorafóbicos Anónimos o qué? Esta chica tuya siempre ha vivío en otro planeta, ¿verdad?

Mick se giró y le sonrió a aquel vago redomado y crápula, con su ridícula pinta de matón, y aún vistosamente pelirrojo pese a la predominancia canosa de su cabello.

—Hola, Bert. Si te digo la verdad, creo que donde siempre ha vivido es en otra galaxia. Y que allí habla en un idioma distinto, y que es muy probable que hasta se lo haya inventado ella. Oye, ¿la señora con la que te vi antes es tu

madre? La oí hablar un poco. Hacía años que no escuchaba un acento de los Boroughs tan marcado.

Aquel pirata varado en tierra dejó al descubierto su dentadura maltrecha, un teclado de piano machacado con aspiraciones de sonrisa afectuosa.

—Ah, sí. No se conserva na mal pa tener ochenta y seis tacos o los que cojones tenga ahora, ¿verdad? Se crio en Compton Street, justo al lao de Spring Lane. Mi hermano, mi hermana y yo damos por sentao que nos va a sobrevivir a tos a base de mala hostia pura y dura, cosa mu típica de los Boroughs

Mick siguió los ojos de Bert, dos esquirlas de porcelana azur desechadas bajo el ligustro marchito de su frente, y avistó en el lado opuesto de la galería improvisada a la susodicha jubilada serena, que mantenía una animada conversación con Lucy y Melinda, ambas cautivadas. Lo único que captó de su charla fue un «Oh, ajá, aún recuerdo cuando nos poníamos to emperifollás pa bajar a la ciudad», pero le bastó para sumergirse en la marea de recuerdos auditivos de unas vocales genéticamente defectuosas y unas consonantes perdidas o dadas por muertas; de las confesiones en la cola de la freiduría y los soliloquios a la puerta del colegio. Oír hablar a una mujer de los Boroughs de esa quinta equivalía a sentir bajo las yemas de los dedos las letras en relieve de los cupones de leche ovalados de la Cooperativa, siempre de color penique y con un valor veladamente fiable. Maravillado, volvió a centrar su atención en el antiguo técnico del gas, navajero precoz y fontanero de Dodge City que tenía al lado.

—Tienes suerte de seguir disfrutando de ella, Bert. ¿Quiénes eran las mujeres que la acompañaban cuando la vi? ¿Amigas suyas?

Bert arrimó las orugas color óxido de sus cejas en un duelo de perplejidades.

—¿Te refieres a Mel y Lucy?

Sacudiendo la cabeza como un perro mojado, Mick peinó la estancia abarrotada, tapizada con las alucinaciones de su hermana mayor, en pos de la pareja que deseaba

señalar, pero, o ya se habían ido, o se habían escabullido para alejarse de la gente y el ruido, decisión que tampoco podía echarles en cara, la verdad.

—No, eran mayores que tu madre. Por su forma de vestir, diría que deben llevar muchos, muchos años viviendo en el barrio.

El fruncimiento de labios de Bert fue un encogimiento de hombros bucal.

—Pos no las he visto. Sé que Rome, Rome Tompson, estuvo ayer por los pisos y las viviendas sociales pregonando la exposición de Alma, así que lo más probable es que sean dos ancianitas de la zona que hayan venío a fisgar y ver lo que se cuece.

Tras concordar que debía ser eso y expresar ambos el firme deseo de retomar la charla más adelante, las corrientes de convección conversacional arrastraron al jovial ogro urbano hacia una algarabía de gruñidos y murmullos. Mientras lo veía alejarse a la deriva, Mick tomó nota mental de preguntarle a su hermana cómo le iba a Bert con la hepatitis C, porque las últimas noticias que tenía eran las de que seguía sin remitir aun después de dos ciclos de interferón funestamente suicidas, tratamientos de último recurso más desagradables que la enfermedad en sí. Entonces, redirigió su atención al copioso vómito de ideas y colores que goteaba por las paredes del local para abrirse paso hacia las piezas que le quedaban por ver, siempre a la búsqueda frustrada de algún hilo tenue que ligara el pavoneo virtuosista de su hermana con su experiencia cercana a la muerte, y siempre saliendo de ese brete con las manos vacías.

En *Errantes*, siguiente elemento de lo que parecía ser una secuencia en su mayor parte arbitraria, se topó con los tonos frenéticos de una delineación en gouache de la barra principal de un pub, posiblemente el Old Black Lion, donde unos clientes chabacanos y perlados alternaban con un ebrio exceso de familiaridad que amenazaba con desencajar sus mandíbulas a base de risas estentóreas, y donde tanto el carnoso despatarre de bebedores sociales como su hábitat

saturado de color se acentuaban y distorsionaban hasta bordear la abstracción. Sentado e inadvertido, ignorado por esta estridente clientela moderna definida a base de verdes y morados semipreciosos, había un anacrónico vagabundo de la década de 1950 retratado enteramente mediante un despunte de grises cálidos, con negros ahumados en las arrugas y un titanio húmedo en sus ojos atribulados. Comparado con los inadvertidos esperpentos estilo Weimar que lo rodeaban, resultaba casi fotorrealista, y el fiero contraste de sus tonos de tinta periodística con el tecnicolor omnipresente dejaba claro que el mendigo existía en un plano separado al del resto de juerguistas despreocupados y que era invisible a sus ojos empañados de cerveza. La figura solitaria no tenía ningún vaso delante ni en la mano, y allí, entre una multitud chillona, bajo el ala de su sombrero maltrecho y desde las profundidades del lienzo, miraba al espectador con una sonrisa triste y cómplice, tal vez dirigida a la horda insensata de su alrededor, al propio público de la pintura, o a ambos. De nuevo, el extraño patetismo de la escena no tenía nada que ver con él.

La siguiente, titulada *La X marca el lugar*, le dio la impresión de que podía ser un linograbado, y representaba a un peregrino solitario mediante bloques quebradizos de rojo indio sólido sobre un papel de acuarela de alto gramaje, amarillento y moteado a cuenta del tiempo o del té. La figura monacal iba encorvada bajo un saco de aspecto pesado, muy probablemente alegórico, que acarreaba sobre su hombro fatigado, y se esforzaba por remontar una cuesta reconocible como el tramo medio de Horseshoe Street en virtud de la muy intrusiva manta de letreros modernos recortados que yacía al fondo. Mick no sabía de dónde coño había salido aquello, y la pieza número seis no le aclaró las cosas. Se trataba de una plancha de unos sesenta por treinta centímetros que a unos pasos parecía retratar con mucho grano el busto de Charlie Chaplin y su sombrero, pero que más de cerca se disolvía en un *collage* de técnicas mixtas. El engranaje de un reloj industrial, quizás extraído de una revista técnica o científica, describía el semicírculo superior

del icónico bombín de la estrella del cine silente, mientras que la cinta y el ala eran, respectivamente, una fábrica de municiones de forma rectangular y una valla de alambre de espino silueteada. El rostro, constituido a base de pegar distintas fotografías en un gradado de semitonos y densidades muy bien calculado, era un carnaval incongruente de modelos de Dior, víctimas de neurosis de guerra, almacenes de máscaras de gas, caricaturas de la revista *Punch* criticando el arte contemporáneo y una especie de plano antiguo de Lambeth. La mejilla izquierda eran campos de amapolas decolorados, un ojo lo componía el rostro de alguien que identificó como un joven Albert Einstein, y el otro era un salvavidas del Titanic. En el bigote creyó reconocer el infame vehículo a motor del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Ni se molestó en mirar la ocurrencia, garabateada a boli a toda prisa y a buen seguro inteligentísima, que le daba título a aquel conjunto efectista.

La escalera de extrañamientos que estaba subiendo era cada vez más empinada. La pieza siguiente, que decidió que debía estar allí únicamente para causar impacto, retrataba la espalda desnuda de un hombre negro adulto dentro de un marco elaborado con gran ingenio, torneado específicamente para contener las curvaturas musculosas de su rica envergadura de morados y caobas. La piel en cuestión parecía haber sufrido hacía poco los angustiosos estragos de la flagelación mediante un látigo de nueve colas, pues la superficie reluciente entre las escápulas presentaba unas líneas rojas paralelas muy próximas. Tardó un poco en darse cuenta de que las marcas pretendían evocar un terrible pentagrama musical, y de que las gotas aleatorias de sangre no eran sino notas cuidadosamente ubicadas en una composición atroz. Con cierto asco, le echó un vistazo al improvisado cartelito anexo. *Ciego, pero ahora veo*. Quizás el del cuadro viera algo, pero Mick no podía decir lo mismo. Aunque estaba totalmente seguro de que su hermana jamás habría hecho algo así, esta obra concreta le resultó de carácter racista, o al menos racialmente

insensible. Se preguntó qué pensaría de ella Dave Daniels, y luego se preguntó si preguntarse eso no sería igualmente racista.

Lo que había a continuación era un estudio a lápices de colores de alguien muy semejante a Ben Perrit, una figura desconsolada que vagaba por el fondo del océano con nubes de sedimentos alzándose desde sus talones y lo que parecían ser fragmentos cenagosos de la iglesia de San Pedro sobresaliendo del lecho en último plano, llenos de monstruos sajones en los bajorrelieves de los aleros y de helechos marinos que colgaban de sus fauces abiertas. Después venía una obra a mayor tamaño realizada con una técnica que creía recordar que se llamaba «esgrafiado», un plano en agudo contrapicado de una figura silueteada, sentada a horcajadas sobre el caballete de un tejado y con una especie de esferas de vidrio o cristal sostenidas en alto en cada mano, y un entorno inferior en el que la capa negra superficial se había rascado en parches azarosos para revelar debajo un papel de plata prismático. La seguía una obra que no era en absoluto pictórica, pues consistía en un delantal blanco cuyo dobladillo lucía el bordado a mano de unas abejas y mariposas inesperadamente alegres. El esfuerzo requerido era patente, pero, una vez más, ignoraba si aquella pieza de hilo blanco y crespo pretendía transmitir otra cosa que no fuera un «¡Eh! ¡Mirad qué bien bordo!». La obra número diez, identificada por un abúlico pintarrajo a boli como ¡*Oíd el alegre son*!, no era mucho más esclarecedora. Ejecutada al parecer en pasteles al óleo, retrataba a una chica vestida con ropas de la década de 1940, sola y sentada al piano en una estancia iluminada con lámparas de gas. Tardó unos segundos en darse cuenta de que los reflejos en blanco de titanio de sus mejillas evocaban la refracción de unas lágrimas. Si acaso, lo único que expresaba era un cierto sentimentalismo cercano a lo meloso, justo como el del tipo aquel que pintó el cuadro del mayordomo cantante, Vettriano. De nuevo, no pudo detectar ninguna referencia a sí mismo. ¿Sería toda la dichosa exposición una de las bromas típicas de Alma, esas

que le gustaba gastar y que solían ser casi incomprensibles, apenas perceptibles, solo remotamente graciosas para enciclopedias sentientes que no hubieran oído un buen chiste en su vida?

Fue en este punto cuando el objeto de sus meditaciones volvió a materializarse a su lado con el pretexto de devolverle el mechero prestado, aunque en realidad era para ver si aprobaba sus reacciones a las pinturas. Mick sintió una aprensión leve, y luego un ligero fastidio, por el hecho de que Alma invirtiera la relación clásica entre el arte y su público, por lo general sobreentendida. Cierto era que él no había ido a muchas exposiciones, pero siempre había salido pensando que, en estas inauguraciones, era el artista quien se ponía nervioso por el juicio de los demás, no los asistentes. Tras echar un pulso con ella y recuperar el mechero de sus garras esmaltadas, sacó este tema a colación delante de su hermana, aunque no con la misma lucidez con la que lo había desarrollado en su cabeza. Sus ojos ahumados lo observaron con genuina perplejidad.

—Vaya. Pues es un comentario maravilloso, Warry, y también muy espiritual. ¿Me creerías si te dijera que nunca se me había ocurrido? De todas formas, es obvio que una obra de arte enuncia un juicio sobre cualquier persona o cosa que no sea la propia obra de arte. Al menos, las mías. No puedo hablar por las de los demás.

Mick, que empezaba a notar su propia deficiencia crítica de nicotina, se dio cuenta de que tal vez hubiera sido más cortante de lo que pretendía al formular su comentario. Aun así, daba igual, porque Alma era inmune a las pullas.

—Entonces, no es la obra de arte la que juzga a los demás, ¿no, Warry? Más bien eres tú la que se pone a juzgar.

Ella lo contempló unos segundos, bajó la mirada y suspiró.

—Ay, Warry. ¿Por qué será que la sabiduría de los niños subnormales es siempre la que nos da las mejores lecciones de humildad? Aunque sigo sin estar muy segura, eso sí, de por qué has planteado esta cuestión en particular

aludiendo a mis críticas potenciales hacia toda reacción negativa. ¿Qué tipo de reacción es la que te ha provocado la exposición hasta ahora, y por qué te ha suscitado estos pensamientos tan perturbadores e inusuales? —Con la cabeza ladeada, Alma escrutó a su hermano con ojos burlones y forenses, cual envenenadora atenta intentando discernir los primeros indicios reveladores de su éxito—. ¿No será que… en fin, que no te *gustan* las obras que tantos dolores de cabeza me ha llevado crear especialmente para ti?

Era justo lo que temía, y sin embargo había ido derechito a buscarlo. Dilatadas por las drogas, las pupilas de su hermana descansaron sobre las cenizas ardientes de sus iris sin despegarse de él, y sus pestañas parecieron dejar de funcionar. La lengua de Mick se secó sobre su paladar, y al otro lado de la abarrotada galería improvisada, el remate de un chiste de Roman Tompson se convirtió en la antesala estentórea de un festín de cuervos inminente. Alma todavía seguía sin parpadear. No había forma de retirarse del campo de batalla con honor, así que Mick adoptó a regañadientes una postura pugilística, con suerte digna, para retomar su ofensiva conversacional.

—Pero en realidad no es así, ¿verdad, Warry? ¿Cómo puedes decir que las has creado especialmente para mí, cuando hay un Charlie Chaplin hecho de retales de la Primera Guerra Mundial y de piezas de reloj? ¿Qué tengo yo que ver con Chaplin?

La mirada de su hermana, aparentemente desprovista de párpados, enfocó el techo en ademán considerativo antes de volver a centrarse en Mick.

—Bueno, ambos sois símbolos muy queridos de un proletariado traicionado, y ambos camináis como si tuvierais un ataque de diarrea explosiva. Así que ahí lo tienes. Pero, Warry, en serio, ¿a qué viene tanta truculencia? ¿No te habrás formado una opinión basándote únicamente en las seis o siete primeras piezas, verdad?

Con aire inquisitivo, Alma abrió de par en par las ruedas de molino que tenía por ojos y aguardó su réplica

afirmativa para pasarle la pelota y hacer ver, de algún modo, que la dispersión de su obra era culpa suya. Por suerte, Mick estaba preparado.

—Como siempre, me subestimas de medio a medio, Warry. Lo cierto es que ya he visto las once primeras.

Nada más decirlo, se dio cuenta de que parecía que hubiera pasado revista a un equipo escolar de críquet femenino. Podría haber planteado mejor la frase, pero, aun así, creyó que el mensaje estaba claro. Las comisuras de la boca de su hermana, no obstante, migraron paulatinamente hacia el último paradero conocido de sus orejas.

—Ah, vale. Las once primeras. Entonces, ¿aún no has visto la duodécima?

Esa sonrisa siniestra. ¿Qué demonios significaría? Cuando le dijo que no, que no la había visto, su rictus se ensanchó aún más, hasta el punto de que temió que la parte superior de la cabeza de Alma se separara y se deslizara hasta caer con un ruido sordo y viscoso sobre el suelo de la guardería. Con una uña tintada de sangre, ella le señaló un punto situado a su espalda y a su izquierda, así que, con el corazón abatido, Mick se dio la vuelta para enfrentarse a la obra número doce de la exposición.

El ya previsible cartelito a bolígrafo indicaba que el enorme cuadro en acrílico se titulaba *Atragantado con un caramelo*. Abrasados tras el accidente de trabajo, eran sus propios rasgos los que ocupaban el lienzo titánico de arriba a abajo y de izquierda a derecha, un paisaje posapocalíptico con una nariz despellejada y una expresión de sorpresa. De tonos azul acuoso y rojo irritado, los ojos lagrimosos eran vistas aéreas de dos estanques tóxicos hundidos en el desguace de su cara corroída. El vívido polvo naranja exhalado sobre su cuerpo por el bidón de acero chafado imbuía el retrato de un enjambre de puntitos de pimienta cayena excoriados e inflamados, cuidadosamente aplicados en un pigmento que más tarde descubriría que no solo era la principal fuente de color, sino también letalmente venenoso en sí mismo. Los cúmulos de ópalo de fuego convergían sobre la zona cero de su fisonomía en arroyos

moteados, en sierpes herrumbrosas que se arremolinaban por los alrededores e interiores de unas ampollas rosas discoidales, de un surtido de gominolas pustulosas esparcido sobre su epidermis químicamente lacerada en tamaños que oscilaban entre el signo de puntuación y el agujero de bala puro y duro, cada pápula abultando sobre la superficie y acentuando su menisco con un destello diminuto de blanco chino salpicado y fugaz. Por supuesto, mirar aquello le resultó durísimo, doloroso en toda su dolorida representación del dolor doliente. La imagen era impactante y de una competencia técnica pasmosa, pero también tan cruel como la espalda negra desollada de la pieza número siete. Con una punzada asqueada de decepción familiar, se sentía ya casi listo para desterrar a su hermana mayor al mismo gulag de gélido desdén en el que había confinado a la inmensa mayoría de los artistas británicos modernos, todos desalmados y ávidos de atención, en su mente condenados a una dieta de suelas de zapatos, cuando se fijó en un detalle inesperado presente en la constelación de ampollas que cubría la frente y las mejillas de su doble. Se acercó. Como con esos monos leprosos que a veces veía retorcerse en la caoba, estaba casi seguro de que aquello debía ser por su tendencia a buscar patrones, pero creyó adivinar algo fascinante en la textura de la piel curtida, en la precisión de sus quemaduras recreadas. Ahora molesto, se acercó un poco más.

Como un desplegable apabullante, la pintura se abrió y floreció a su alrededor con nuevos planos y perspectivas. Cuando el cuadro estuvo a unos veinte centímetros de su nariz, le quedó claro que los minúsculos forúnculos color cereza y las motas entremezcladas de mandarina cáustica ocultaban miniaturas puntillistas al más puro estilo de Seurat, escenas enteras que emergían de la niebla dérmica inflamada. Bajo el horrorizado ojo derecho del retrato, el patio trasero de la casa de su infancia flotaba en una definición moteada, y en el nivel superior de ese recinto constreñido y su escaque craquelado, su madre aparecía sentada de perfil en su silla de madera de respaldo alto,

captada en el acto de introducir algo pequeño en el piquito del niño en batín que tenía equilibrado sobre el regazo. A lo largo de la zona excoriada situada sobre el labio superior del retrato, la envoltura de burbujas ampolladas espolvoreada de bermellón se disolvía en una panorámica cuya solemnidad resultaba casi eclesial, con su madre llorando a la izquierda, entregando el cuerpo inerte de su niño moribundo, el obrero preocupado que lo recibía a su derecha, inclinándose desde la cabina de su camión, y una de las piernas desnudas del crío sin vida colgando conmovedoramente en el surco nasolabial central. La línea mandibular del semblante componía de oreja a oreja una vista área forzosamente distorsionada de la ruta que siguió su particular ambulancia de Andrew's Road a Grafton Street, con Regent Square en el hoyuelo de su barbilla, y por los Mounts hacia York Road y el hospital, este último reproducido en el carillo izquierdo con todo lujo de detalles, incluido el busto de Eduardo VII que adornaba, coronado por mierda de pájaro, la esquina nordeste del edificio. Sin embargo, la frente y las entradas eran las que ofrecían el espacio más amplio y despejado de todos, y por ello se les había reservado la estampa más asombrosa: allí, el punteado rojo cálido y el salpimentado pajizo corrosivo formaban las líneas convergentes de lo que quizá fuera la esquina superior de una estancia, y en ella, una cría de unos diez años, de quijada firme y envuelta en una boa fétida de conejos muertos, yacía suspendida estirando el brazo hacia el espectador. Sobresaltado, Mick retrocedió y se apartó, y entonces el retrato volvió a amalgamarse de inmediato en el pruriginoso acné primigenio.

Así fue como regresó. Regresó a la sala, y a su cuerpo, sin que su conciencia estuviera ya medio disuelta en un frenesí impresionista de polivinilo cítrico. Los mensajes atrasados que su contestador sensorial había ido recibiendo en su ausencia lo inundaron cual ofertas de banda ancha de Virgin: el cosquilleo con olor a toronja de lo que Alma se hubiera echado en el pelo aquella mañana; la risa de Bert Regan, fea como un desagüe atascado; o la luz cegadora de

la tarde, que se filtraba por la ventana oeste para prenderle fuego a cada detalle, ya fueran calvas incipientes, pendientes solitarios temblando en un lóbulo, o camisetas cuyos eslóganes parecían desvanecerse por igual en la mente y en la mezcla de algodón. Como para sacudirse el residuo seco de la imaginería, Mick parpadeó una y otra vez antes de volverse hacia su hermana, que estaba a su lado con los brazos de angora cruzados y la cadera ladeada, registrando sus reacciones con la mirada impasible de un técnico de laboratorio nazi.

—Vaya, Warry. En todo su ampollado esplendor, ¿eh? ¿Era esa tu intención?

Ella se rio, pero, por una vez, fue con él, no de él.

—Tampoco tenía mucha elección. Eras un hombre hecho de ampollas. Aun así, esta podría ser una nueva tendencia en el género del retrato pictórico… captar a las personas cuando tienen la cara a rebosar de alguna porquería cáustica. Aunque, ahora que lo pienso, diría que Francis Bacon trabaja justo así.

Bastante seguro de que Francis Bacon era la persona a la que algunos atribuían la auténtica autoría de las obras de Shakespeare, Mick ignoraba qué tendría que ver él con sus lesiones faciales, así que no dijo nada. Por suerte, antes de que Alma pudiera interpretar su silencio persistente como un signo de ignorancia en lo relativo al arte moderno, se distrajo con su colega actor Robert Goodman, que llegó abriéndose paso a codazos por entre la prensa humana circundante para dispensarle un taco de folios impresos sacados de la Wikipedia y un ceño de resentimiento general que no arrojaba pista alguna de sus causas. La extraña mujer madura en la que se había convertido su antigua torturadora infantil inclinó su enorme cráneo, empapado y encendido a la vez, en la dirección de aquel intérprete claramente airado, y las marcas explosivas de sus ojos se agrandaron al tiempo que parecieron retraerse, como si se hundieran en los cráteres de sus cuencas. Se dio cuenta de que lo había salvado la aparición de una presa más suculenta, más apetecible para el instinto predatorio de

Alma.

—Hola, Bobby. Justo estábamos hablando de las posibles fuentes de inspiración de la producción de Francis Bacon y aquí que llegas tú. ¿Esos papeles deslavazados que sostienes en la mano son para mí?

Como pescada con anzuelo, la boca de gorgona de aquel aprendiz de Gielgud, mal calorifugada en el mejor de los casos, se arqueó brevemente con desprecio.

—Para tu información, este es el material que me pediste que te rebuscara a ultimísima hora, la conexión entre William Blake y los Boroughs. Dijiste que no volviera a dirigirte la palabra si no lo encontraba.

Después de aceptar el taco de folios sueltos, Alma le mostró al intérprete herido una preocupación digna de la escuela del método.

—Bobby, estoy segura de que jamás te he dicho eso. ¿Te lo dijeron tus voces?

—Yo no oigo voces.

—¿Voces? Bobby, nadie ha dicho que oigas voces.

—¿¡Cómo que no!? ¡Pero si lo has dicho ahora mismo! ¡Acabo de oírte decirlo!

—Ay. Ay, pobrecillo. Los médicos temían que pudiera pasar esto…

Dado que ya había puesto de por medio unos centímetros imperceptibles, Mick empleó la indignación muda del actor veterano como una pausa natural para anunciar su intención de salir a fumarse un cigarrillo. Su hermana le concedió permiso con la cabeza y solo interrumpió su maniobra táctica para exigirle que no huyera con el mechero, y él le prometió no hacerlo antes de recordar que el mechero era suyo.

Al avanzar de lado hacia la puerta abierta de la guardería y sus exhalaciones de brisa, volvió a estrujarse junto al molesto borde delantero de la mesa sobre la que descansaban los Boroughs que Alma había miniaturizado con su rayo maligno, y en el transcurso lo apretujaron incómodamente contra sus límites occidentales. Por irritante que fuera, aquello le dio la oportunidad de

inspeccionar los detalles que había pasado por alto durante su alucinado examen inicial, y en concreto decidió fijarse de nuevo en la zona reducida que circundaba la iglesia de Doddridge. Subiendo desde la torreta anacrónica con forma de sombrero de bruja sita en Chalk Lane, se topó primero con la iglesia en sí, y luego con su paradero actual: la antigua escuela de danza de Marjorie Pitt-Draffen al pie de Phoenix Street. En consonancia con la cronología combinatoria del paisaje a escala, la rotulación roja del viejo letrero proclamaba la consagración del centro al arte de Terpsícore, pero las ventanas de la fachada eran las de la guardería posterior, finos papeles de Rizla con la escenografía interior reproducida en acuarela sobre las falsas láminas de cristal. En esta ocasión, Mick se percató de que en ellas podía atisbarse una mesa con una reproducción aún más pequeña de la reconstrucción diminuta. Un poco mareado, se alejó de la maqueta, y al hacerlo vio por primera vez el cartelito zarrapastroso pegado al canto de la mesa. No había número alguno, pero, al menos, la artista se había molestado en bautizar con desgana aquel vecindario de casa de muñecas, aunque solo fuera con un título tan poco imaginativo como *Los Boroughs*. Sacudió la cabeza con desazón y salió a tomar algo de aire fresco.

Fuera, mientras se ventilaba de una muy dulce calada el primer cuarto de su cigarrillo, se le ocurrió que los pisos y los dúplex de los alrededores, menguados por la distancia intermedia, eran casi del mismo tamaño que los del interior de la galería, esos edificios antiguos atrapados en el extremo equivocado del telescopio de Alma. Los desconocidos que se asomaban brevemente a los balcones más alejados, las viudas cargadas de bolsas y los tipos recios con camisetas de malla de premamá se hallaban igualmente achicados a la escala de los fusileros reales de la casa Airfix, que nunca fabricó sets con civiles en corrillo sobre peanas, y le sorprendió descubrir que la personalidad que les atribuía a aquellos peatones remotos no era mucho mayor que la que otorgaba a las figuritas de plástico del

tamaño equivalente. Observados a tal distancia, sus congéneres no solo sufrían el menoscabo de su talla, sino también el de su significado e importancia, y sus deambulaciones impredecibles se convertían en dramas titiriteros, en un desfile de juguetes que solo servía al entretenimiento de un espectador aburrido. Cayó en la cuenta de que siempre había tenido la sensación, hasta ahora inexplorada, de que la distancia lo hacía ficcional. Y quizá también el tiempo. Supuso que así debía ser como casi todos veían las cosas sin ser conscientes de ello. Si las vidas y las experiencias de los demás las considerásemos tan válidas y reales como las nuestras, dudaba de que pudieran sernos remotamente soportables.

Arriba, por entre el algodón de vainilla que surcaba el azul cerúleo, una bandada de estorninos mutable y elástica adoptó momentáneamente la forma de un solo pájaro. El efecto fue más ingenioso que cualquiera de los vistos hasta ahora en la exposición, aunque debía admitir que esa última pieza lo había turbado e impresionado. Al mirar por encima del hombro el ventanal de la guardería, interpretó el trajín de asistentes desenfrenados, así como el marco que tan visiblemente lo contenía, como una obra de arte en sí misma, tal vez el estudio escabroso de uno de esos estilistas depravados de la era Weimar, como George Grosz o alguien de ese palo. Vio a Alma consolando, o condescendiendo aún más, a un Robert Goodman con pinta de ofendido, y más allá adivinó a esas ancianas malévolas, definitivamente hermanas, a las que nadie parecía conocer, pero que ahora no paraban de escuchar y asentir vigorosamente mientras Roman Tompson y Melinda Gebbie se desternillaban narrando alguna anécdota, una que implicaba gesticular de manera extravagante hacia el novio incrédulo del avezado anarquista. Como si estuviera ante el cadalso, le dio unas últimas caladas furtivas a su cigarrillo, ya muy consumido, pisoteó la colilla sobre el césped húmedo y decidió volver adentro una vez más, pues las efigies de Alma no iban a criticarse ellas solas.

*

Cruzó la puerta abierta y notó en la cara la toalla cálida y etérea del aire inflamado por el efecto lupa de las ventanas. Tras sortear la melé del borde frontal de la mesa obstructiva, ejecutó una serie de diagonales ceñidas que lo llevaron más allá de Dave Daniels, de unos recién llegados que identificó como Ted Tripp y su novia fresca y vivaracha, Jan Martin, y de una figura retraída y polvorienta que pensó que podría ser el camello de Alma. Al final, llegó al punto en que lo había dejado, no muy lejos del muro norte del jardín de infancia. Con cuidado de no mirar la corrosión industrial del panorama facial retratado en la pieza número doce, centró sus atenciones en el gran lienzo apaisado que quedaba a su derecha, dibujado mediante lápices de colores.

Esta vez, la etiqueta sucinta y garabateada estaba pegada con cinta transparente al marco liso inferior, y lo único que ponía era *Arriba*. O, más concretamente, *Arrba*, porque la letra «i» se había añadido a boli azul bajo el título mal escrito, junto con una flecha indicativa, en una apresurada corrección *a posteriori*.[90] Tanta dejadez empezaba a cabrearlo. Su experiencia previa con la alta cultura era limitada, pero se esperaba bastante más del susodicho fenómeno. Más profesionalidad, sí. Aunque no era ningún experto en la materia, creía que su hermana estaba degradando el Arte, convirtiéndolo en una escombrera en vez de en la prestigiosa institución social que, a su juicio, debía representar. Contrariado de antemano con la pieza número trece tras el breve examen de su descuidada leyenda, Mick alzó la mirada hacia la amplitud del lienzo y se topó con una obra casi infantil en su esplendor; en las proporciones de su maravilla.

Francamente celestial, el paisaje situaba al espectador frente a la longitud de un bulevar o pasillo gigantesco, lo bastante alto y ancho como para que una ciudad se perdiera en su infinitud a la búsqueda desesperada de un punto de fuga evadido. Mientras recuperaba su tambaleante equilibrio espacial, se dio cuenta tardíamente de que lo que miraba era una versión agrandada, monstruosa e imposible

de las galerías Emporium Arcade, y de que sus lejanos muros delimitantes florecían piso a piso hacia la cubierta de cristal de una estación de trenes tan ancha como el Amazonas. Más allá, las nubes yacían reemplazadas por unas figuras geométricas complejas, masivas e irregulares cuyas líneas blancas punteadas se desplegaban contra el azul como en un manual de origami atmosférico. Salvo por este techo vertiginoso, el vasto corredor parecía hecho enteramente de madera. De dimensiones extravagantes, las tablas de pino se extendían hacia la remota convergencia del fondo, aunque unos marcos horizontales desproporcionados aparecían a intervalos en una rejilla de socavones biselados para colmar la pasmosa explanada de punta a punta. El borde de la abertura rectangular más cercana aparecía en primer plano en el centro inferior de la pintura, y la perspectiva parcial de su interior solo permitía ver una suerte de gelatina asentada, cristal tintado o, tal vez, una combinación de ambas cosas. De la amplitud de estos estanques cuadrangulares, a un kilómetro de distancia por la avenida interior, brotaban unos árboles absurdamente magnificados, incluido un abedul del tamaño de una secuoya en el que los nudos mal dibujados de su corteza simulaban los ojos de un leviatán. La obra lograba su sentido de la inmensidad gracias al contraste con unas figuras humanas casi microbianas que proporcionaban la escala agorafóbica necesaria en términos de altura y distancia, unos individuos de cariz onírico, hijos bastardos de Delvaux y L. S. Lowry, esparcidos con la parvedad de un circo de pulgas. Los más cercanos al primer término y, por tanto, los más discernibles, eran dos niños parados junto al borde elevado distal del orificio encastrado más próximo, ambos de espaldas al espectador y oteando una profundidad insondable. En virtud de sus rizos rubios y su bata de tartán, al más bajo lo reconoció como su propio doble infantil, visto por última vez sobre el regazo de su madre en el patio trasero de la pieza precedente, perdido en su dermatitis crónica. El otro pillín era la niña ceñuda también presente en la obra número doce, identificable por su

bufanda de conejos desollados. Una luz blanca, acuosa y distante bañaba los extremos de la galería ciclópea en un fulgor sensiblero.

En su mayoría, los colores eran un glaseado estratificado de otros muchos, una especie de palimpsesto sin palabras, una técnica de lo más minuciosa que Alma le había fusilado descaradamente a su amiga Melinda, cuyo empleo de los lápices de colores era, en palabras reiteradas de su hermana, muy superior. La contemplación de aquel gran vestíbulo hacía que la minúscula guardería que lo exponía pareciera aún más apretada y opresiva en comparación, sobre todo ahora, sometida a un tifón de codos y a la tupida moqueta auditiva de las conversaciones entrecortadas por la risa en bucle de Ben Perrit, un viejo marinero de Coleridge colocado con óxido nitroso. Tras un último vistazo al pasillo radiante y su infinitud liberadora, se deslizó a su derecha, entre otros ocupantes de aquella lata de sardinas, para admirar las piezas siguientes, dos estrechas tablas policromadas con dimensiones de retrato colgadas una encima de la otra. Arriba estaba la pieza número catorce, y escudriñando el ejercicio de caligrafía del rótulo inferior, esta vez con el bolígrafo azul gastándose en mitad de una palabra antes de verse sustituido por otro rojo, averiguó que se titulaba *El vuelo de As odeo*.

Dios, aquella cosa estaba coloreada a boli *entera*, sus treinta por noventa centímetros, y vaya cosa más desconcertante que era. Mick tenía la sensación de que Alma ya le había hablado de la obra cuando estuvo trabajando en ella el pasado septiembre, porque, por entonces, le dijo que se las había apañado para encontrar un distribuidor de aquellos bolígrafos multicolores inmensamente gratificantes que solía preferir de niña. Se quejó de que, hoy en día, cualquier cosa coloreada a bolígrafo la considerarían muy probablemente una muestra de arte marginal, aunque ella estimaba que dicho término no era más que una estratagema de la clase media para evitar tener que hablar de «arte chiflado», que era su término preferido para referirse a este género en sentido

admirativo. En el caso de la pieza número catorce, Mick pensó que, desde luego, no le faltaba razón. A la persona que tan afanosamente había coloreado aquella imagen imponente, garabato sombreado a garabato sombreado, pulida hasta lograr que cada tono se volviera una gema chupeteada y pegajosa cual caramelo, no deberían dejarla suelta por ahí. Lo más perturbador era que parecía una ilustración esmerada sacada de un libro infantil del siglo XIX, aunque ideada y realizada en algún entorno de máxima seguridad, ya fuera Bedlam o el mismo infierno. Por la cubierta de cristal que se veía exquisitamente pintarrajeada en la zona superior del fondo y los tablones pálidos que predominaban abajo, Mick dedujo que la escena tenía lugar en el mismo espacio ilimitado e interior del panorama precedente, como si la secuencia numerada de aquellas obras inconexas hubiera decidido emprender una suerte de historia lineal, de cómic mudo de ridícula grandiosidad, que exhibiera un escasísimo sentido de la continuidad entre sus viñetas monstruosas. Al menos, aquella representaba a un monstruo de verdad. En la zona inferior, un pequeño grupo de personas, la mayoría niños, permanecía quieto junto a uno de esos braseros antiguos que los obreros usaban antes para calentarse, unos objetos que no recordaba con precisión cuándo habían dejado de proliferar. En dos de los críos creyó reconocer a su propio avatar infantil y a la niña misteriosa del collar necrótico, ambos presentes en las imágenes anteriores, aunque eran muy pequeños y estaban de espaldas al observador, justo como en la pieza número trece. Además, en el cuadro había otros cuatro niños, todos inidentificables, acompañados por una figura sombría un poco más grande que parecía ser la de una extraña anciana con bonete y delantal negros. Al igual que la chiquilla de los conejos y él mismo, todos ellos le daban la espalda al espectador, pues estaban oteando una monstruosidad increíble que copaba los confines superiores del lienzo de extremo a extremo. De incomprensibles dimensiones montañosas, se trataba de un horror grotesco y tricéfalo que iba planeando a lomos de un dragón, este

último solo un poco menos terrible que su espantoso jinete. Una cabeza era la de un toro embravecido por el picador, otra se equilibraba sobre el hombro contrario y era la de un carnero piafante cuyos cuernos retorcidos eran negros cual amonites del tamaño de una ballena, y la última, la central, pertenecía a un hombre coronado de una fealdad supina, furioso hasta la apoplejía. Las proporciones generales de este jinete dragontino de tres testas tenían un cariz acondroplásico. La abominación colérica iba desnuda, y en una de sus manos aferraba una lanza sobre la que fluían arroyos de mugre, un poste de barbero hecho de mierda y sangre que arañaba con su punta hedionda la cubierta de cristal estratosférica. Mick pensó que el retablo tenía un aire bíblico, aunque aquella era una Biblia en la que la esquizofrenia no quedaba en absoluto a la interpretación del lector. Se estremeció para sus adentros y pasó a la obra de más abajo.

Se trataba de otra pieza con dimensiones de retrato, si es que podía llamársele retrato a la representación de una farola, claro, porque aquello era una rendija larga y profunda con colores de gominola de frutas bajo una luz de sorbete ácido. De forma casi predecible a aquellas alturas, un examen atento reveló que la técnica consistía en cristal cortado o pulverizado, una paleta que reconocía de las botellas de agua mineral pija que su hermana acostumbraba a arrojar al cubo del reciclaje. El azúcar de cristal tintado parecía encolado a algún tipo de dibujo de unir puntos sobre un lienzo o tabla, con vidrio transparente pintado allí donde los tonos requeridos no habían podido localizarse en presentaciones comerciales existentes. Después de pasar unos segundos acostumbrándose al enfoque granulado, se dio cuenta de que estaba ante una imagen muy inclinada de Spring Lane vista desde su extremo inferior, una cascada de grises mugrientos, propios de una botella de leche sin enjuagar, con vívidos hierbajos de Perrier entre las losetas y con el cielo azul flamígero, centelleante, de una Ty Nant rota. Situada en término medio, más o menos en el centro de la composición arqueada, había una manada, o bandada,

o asamblea de niños vestidos con el genuino tueste refulgente de una cerveza *ale brown*, todos muy diminutos como para identificarlos en detalle, pero sin duda correspondientes a la desaliñada pandilla de la obra previa. Encogidos y nerviosos en primer término, e idénticos en número y coloración básica a los críos situados cuesta arriba, había un sexteto de conejos que tenían por ojos las luces reflectoras machacadas de una bicicleta. De hecho, un vistazo al parco garabato carmesí emplazado bajo la obra le confirmó que se titulaba *Conejos*. Lo cierto es que le gustaba mucho. Por una vez, creyó poder discernir el significado de la pintura y su intención: Alma había extraído una porción de su barrio olvidado para convertirla en una vidriera eclesial; una vidriera del pobre hecha de añicos de botellas destrozadas, pero no por ello menos apta para albergar santos. La otra opción, por supuesto, era que quisiera denunciar el exceso de botellas desperdigadas que asolaba el vecindario.

Las piezas dieciséis y diecisiete eran ambas en blanco y negro, lo cual le supuso un alivio tras fustigar sus conos y bastones con las dos anteriores. Eran relativamente pequeñas, ni tan larguiruchas como un folio ni tan retacas como una cuartilla, debían ser A4, aunque no podía jurarlo porque no recordaba bien las medidas de ese formato. Las habían colocado a buena altura sobre el muro de la guardería, una al lado de la otra y encima de una gran escena suntuosa al óleo, así que tuvo que ponerse de puntillas para admirarlas apropiadamente, un esfuerzo muy por encima, a su juicio, del que debía exigírsele al público de una exposición. La primera, sita a la izquierda, era una ilustración gradada hecha con lápices y aguadas, parecía sacada de un álbum infantil pergeñado por un crío con fiebre alucinatoria, y se titulaba *El Pozo Escarlata* según su rótulo diletante. En la parte inferior, cobijada contra un murete de ladrillo en una especie de patio trasero, estaba la ya habitual media docena de pícaros, aquí más cerca del observador y, por tanto, más fácilmente diferenciable. Además de su versión pueril y de la cría con la guirnalda

putrefacta, había una niña pequeña con gafas y actitud seria, un chaval aguerrido con pecas y bombín, un matoncillo que guardaba cierta semejanza con la señorita de la ristra de conejos, y un muchacho alto con pinta de decente que exhibía el típico porte del miembro más sensato de los Siete Secretos o los Cinco. Agazapado allí, el grupo contemplaba con una inquietud entendible el cielo blanco cegador que se adivinaba más allá del remate del muro, donde una pavorosa galería de figuras parecía dar tumbos por el firmamento arrojando en su estela unas postimágenes humeantes de color gris. En la parte superior, tan pequeño que dolía a la vista y muy distante, un carro lechero tirado por un caballo volcaba en ocho o nueve reiteraciones de sí mismo, todo mientras un huracán multiexpuesto de perros, gatos, himnarios, verduleras, máscaras antigás, cromos de tabaco, osos de peluche, gafas graduadas, sillas de dentista y cuberterías se arremolinaba más abajo, de manera inexplicable, en mitad del aire; una suerte de tormenta de recuerdos de la posguerra. Sin embargo, la presencia de los niños aportaba algo que hacía que el panorama fuera más asombroso que alarmante, la excitación propia de un espectáculo digno de verse.

Justo a la derecha estaba la pieza número diecisiete, identificada por su etiqueta cutre como *Planilandia*, y consistente en un grabado a media tinta estampado a partir de una plancha de cobre de textura uniforme en la que las líneas rascadas sobre su superficie revelaban un reino de masas ahumadas, granuladas, contenidas por blancos extraordinarios, por estallidos de tiza nívea. Tres de los delincuentes juveniles de la imagen previa aparecían casi silueteados en el centro, dos de ellos pequeños, incluido muy probablemente su doble infantil, y el de en medio mucho más espigado y *dickensiano*, con su bombín y su sobretodo al vuelo. En segundo término, ardiendo malignamente contra un fondo que identificó como una vista de Bath Street desde el bloque de dúplex de Crispin Street, había un vórtice humeante, enorme y deprimente, un engranaje lento y atroz, viva materialización del

purgatorio, que intersectaba en su insubstancialidad con los edificios oscuros sobre los que se asentaba y con los vecinos inadvertidos que podían atisbarse en virtud de una sección transversal. Absorto en esta vorágine nocturna, descubrió que lo que a primera vista parecían harapos lúgubres eran vainas o pellejos de personas desdichadas, humanoides inflables reventados sin huesos ni tejidos que los rellenaran, vestiduras olvidadas, dejadas ahí para que se desintegraran en una centrifugadora infernal. Bajo el firmamento nocturno, la actitud de los tres críos se asemejaba a la de los espectadores de una ejecución en la hoguera, aunque la escena carecía de la exaltación necesaria. Un aire a desolación impregnaba la imagen, como si lo que estuviera ardiendo no fuera un mero hombre, sino todo lo bueno y lo justo, una decencia que se elevaba en delicadas salpicaduras de humo.

En el estanque acústico que lo rodeaba, las voces saltaban y se zambullían de manera distintiva como peces voladores, y los colores de la sala le resultaron más intensos tras haber estado concentrado un buen rato en aquel mundo monocromático. Mientras trataba de reorientarse, el chico de Rome Tompson, Dean, se materializó a su lado como si hubiera manado de todo resquicio libre disponible.

—Oye, Mick, tu hermana… A ver, que conste que son sus palabras, no lo digo yo, ¿vale? El caso es que dice que más te vale no haber perdido su puto mechero, porque lo quiere de vuelta. Dice que, si lo pierdes, va a… a… ¿cómo se dice eso que los alemanes les hacen a los cadáveres? Suena como espasmización o algo así.

—¿Plastinación?

A Dean se le iluminó la cara.

—¡Plastinación, eso es! Dice que va a hacerte una plastinación, y que serás la pieza número treinta y seis, pero solo si has perdido el mechero, que conste. Menuda bruja está hecha tu hermana, ¿no? Apuesto a que crecer con ella tuvo que ser una putada tremenda. En fin, ¿lo tienes encima o no? Su mechero, digo.

Mick solo alcanzó a decir «No es su…» antes de

claudicar bajo el peso de varias décadas de maltrato psicológico y ceder el objeto requerido sin rechistar. Con una sonrisa dulce y compasiva, Dean se guardó el encendedor, obvia propiedad de Alma a aquellas alturas, y se escurrió de las coordenadas que ocupaba con un movimiento en sentido horario regido por el efecto Coriolis. Incapaz siquiera de emitir un suspiro contrariado, Mick centró su atención en la gran masa de color de la pieza dieciocho, fastuosamente enmarcada y situada bajo las dos obras en blanco y negro.

Según el rótulo, se titulaba *Pugnas mentales*.

—Oh, joder —murmuró Mick entre dientes.

En óleo y pan de oro, y con una estética tal vez inspirada en Klimt, dos gigantes envueltos en túnicas de un blanco deslumbrante, destellante como la luz sobre el agua, luchaban con dos tacos de billar titánicos, grandes como el túnel del canal de la Mancha, en la vasta arena de un trasunto del Mayorhold. Una de las figuras hercúleas, de cabellos tan albugíneos como sus ropajes, se alzaba contorsionada, captada en el movimiento de elevar su arma de punta azul tras uno de sus hombros musculosos. Su colosal adversario saltaba hacia atrás esquivando el previsible punto del impacto, con una hemorragia arterial de icor dorado suspendida en el aire a lo largo de su maniobra desesperada. En los balcones abarrotados de un Mayorhold magnificado, convertido en un amontonamiento de Coliseos, un graderío tumultuoso de pequeños vaqueros, parlamentaristas, deshollinadores y frailes medievales animaba a los contendientes inmensos y aportaba a la estampa combativa su aplastante sentido de la escala, el estruendo monumental de su violencia. La grandeza de la pelea, menoscabada por su brutalidad, era la de un combate a puñetazo limpio entre dos mastodontes en el patio de un pub. Mientras sacudía la cabeza en señal de admiración por la sangre de ocho quilates que manchaba las prendas de los luchadores, se dio cuenta de que eran dos de los carpinteros peculiarmente entunicados de *Obra en marcha,* la pieza que abría la exposición de su hermana. Eso lo llevó a

preguntarse si la serie completa no pretendería contar algún tipo de historia pese a la ausencia de una conexión clara entre aquellos componentes deliberadamente dispares. Si tal fuera el caso, los personajes intervenían en la narración de una forma tan espaciada que cualquier sentido de causa, efecto o continuidad sería imposible de aprehender sin un mapa demasiado grande como para desplegarse jamás. Y luego estaba el quid de la cuestión: si dicha historia era la suya, tal y como Alma afirmaba, ¿por qué apenas se reconocía en ella?

Su paseo por la exposición lo había llevado hasta otra esquina de aquella galería de concentración, y proseguir implicaba un cuarto de giro a la derecha para empezar a recorrer el muro oriental de la guardería, una auténtica pared de escalada modernista en la que las obras de su hermana eran los asideros inestables que mediaban entre el equilibrio mental y una caída libre intelectual desde una altura vertiginosa. Rozando el vacío, elevó otro pie en su precaria expedición por la cultura, y el primer saliente con el que se topó fue la pieza número diecinueve, *Espadas incansables*. Se trataba de un dibujo lineal relativamente simple que bien podía estar hecho con un lápiz litográfico, y a bote pronto le recordó a las viñetas políticas de David Low que ojeaba de niño en el *Daily Mirror*, con sus escuetos subtextos morales vehiculados por símbolos fáciles de descifrar y ese estilo robusto, sin pretensiones, de los semanarios para chicos. La versión de Alma, que no era ni obvia ni actual, representaba a un hombre sombrío y saturnino profundamente dormido en una cama de postes situada en el centro de un campo de batalla sangriento y convulso. Por la proliferación de picas y cascos picudos en la matanza que rodeaba al soñador, dedujo que debía ser una contienda de la guerra civil, y que, por tanto, la figura tendida —que, vista de cerca, iba ataviada con una armadura negra y no con un pijama— debía ser muy probablemente Oliver Cromwell. En derredor, los hombres se empalaban unos a otros en un frenesí de humo de mosquetes y de caballos que tropezaban con sus propios

intestinos, esbozados en hollín y plasmados con pólvora, todo mientras el Lord Protector roncaba y se acurrucaba. No estaba muy seguro de si la escena implicaba que Cromwell era ajeno al sufrimiento del que él mismo era epicentro o si, más bien, aquella implacable carnicería y sus manantiales de sangre eran justo con lo que soñaba.

Esta composición de tamaño modesto yacía sobre la pieza número veinte, que por escala y diseño parecía la repisa de una chimenea que sustentase a la diecinueve. Mucho más compleja que la anterior, la estampa central, hecha en carboncillo fijado y enfatizada mediante naranjas rutilantes, quedaba totalmente eclipsada por un reborde ilustrado de azulejos de Delft, lo cual arrojaba el efecto deseado: un área negro carbón llena de llamas chisporroteantes y contenida en una chimenea ornamental. La imagen representada en el hogar era, a su vez, la de un paisaje de chimeneas de piedra y techos de paja toscamente evocado con pinceladas quebradizas, incendiado por unas lenguas de fuego de color nectarina, y dominado por dos ardientes mujeres desnudas que bailaban presas del éxtasis, con sus largos cabellos caracoleando sobre ellas en el sofoco de la corriente ascendente. Por impactante que fuera este panorama pirotécnico de paleta restringida, no guardaba relación aparente con la continuidad delineada en los azulejos de su contorno, en principio mucho menos incendiaria. En diluciones de un cobalto riquísimo, lo que había allí era una progresión lineal de pasajes iluminados que comenzaba en el centro superior con un cuadrado de tinta negra sólida, trasunto de la oscuridad uterina precedente al parto detallado en la escena posterior. La seguía una viñeta muy consciente de su propia audacia en la que el bebé, ya de niño, aparecía sentado en el regazo de su madre junto a una chimenea también decorada con azulejos de Delft, aunque lo que se glosaba allí era la vida de un Jesús ridículamente diminuto. La representación correlativa mostraba a un joven enfermizo en el banco de una iglesia, acomodado entre hombres adultos con atavíos propios del siglo XVIII, y con los ojos puestos en un pañuelo

de encaje que colgaba suspendido, revoloteando como si cayera del cielo. La vida ilustrada progresaba cerámica a cerámica, ora con un chico a caballo en mitad de una arboleda neblinosa, encarado con una muchacha harapienta de ojos grandes y luminosos, ora con ese mismo joven, ahora un poco mayor, guiando su montura por un terreno agreste y nevado hacia la sala acogedora, inquietantemente familiar, que lo aguardaba en la tiniebla invernal. Tras unos instantes de desconcierto ceñudo, Mick reconoció el edificio como la iglesia de Doddridge, y se dio cuenta de que el drama seriado narraba las vicisitudes del propio Philip Doddridge. Lo siguió a través del matrimonio, la paternidad y el luto hasta el recuadro final, ubicado a media altura a la izquierda del marco, e iluminado con un hombre y una mujer frágiles que yacían juntos en una estancia llena de muebles foráneos, ambos enfermos y él, quizás, incluso muerto, al menos a juzgar por la noche cerrada y absoluta del siguiente azulejo, cuya oscuridad era la del sepelio en vez de la del nacimiento. Solo al fijarse en los trazos rojos del cartelito anexo, que titulaba la pieza como *Malignos espíritus refractarios*, fue capaz de empezar a desentrañar la conexión entre el relato del clérigo disidente y las dos alegres incendiarias que pirueteaban sobre las techumbres de paja reseca, únicamente constreñidas por el elaboradísimo ribete biográfico.

Al notar los primeros síntomas de una leve conmoción conceptual, Mick migró un paso al sur para deslizarse por el muro oriental de la galería hacia la pieza número veintiuno, identificada por un carmesí paulatinamente deteriorado como *Los árboles no necesitan saberlo*. Para su alivio, se componía de una única imagen, de nuevo en formato de retrato vertical, confeccionada mediante acrílicos de color negro, blanco y gris, estos últimos gradados minuciosamente en un arcoíris lúgubre. Flanqueado por varios de los críos recurrentes, todos con indumentarias anacrónicas y esta vez sin la compañía de su doble infantil, lo que se alzaba allí era otro de los engendros de su hermana. Por algún motivo, los bichos aterradores de

naturaleza inconcebible eran algo que él mismo reconocía que siempre se le había dado particularmente bien, sobre todo desde que en la década de 1980 se granjeara una reputación adornando tentáculo a tentáculo aquellos libros de ciencia ficción, fantasía y terror. En esta obra, la criatura en cuestión parecía ser una variedad de serpiente fluvial especialmente horrible, liberada con efectos desastrosos en un río urbano arremolinado muy similar al Nene cuya anchura apenas podía contenerla. Surgida en la negrura nocturna de unas aguas lentas y turbias, y con un cuello ondulante tan ancho como una cañería principal y una testa alargada cual coche del Estado Mayor de la Gestapo, la culebra había abierto el capó de su quijada para mostrar unos dientes lamentables y espantosos, belicosamente frustrada por el quinteto de rufianes jubilosos que levitaban, de algún modo ignoto, en los confines superiores de aquella pintura angosta, todos escoltados por una ristra desvaída de copias de sí mismos. El rostro de la criatura, que exhibía una cabellera de algas apestosas y unos ojos crustáceos que relucían desde unas cuencas hondas como pozos, era el semblante deformado de una vieja maléfica y amargada, el de una bruja maldiciendo su odio, su rabia y su soledad en plena noche. En el fondo, aquello era otra versión salvaje e impropia de una ilustración de Enid Blyton, y la pieza número veintidós, situada justo a la derecha, abundaba en ese mismo estilo.

Titulada *Forbidden Worlds* por un garabato reducido hacia el final a la palidez de un suero rosa y desagradable, la obra era otro estudio en acrílico con el esquema de color de una película muda, aunque, a diferencia de su predecesora, el formato era apaisado. Retrataba una barra de bar que parecía salida de un relato medio ebrio de Edgar Allan Poe adaptado por Hogarth o Doré, un mundo de gritos histéricos en el que, para su extraña satisfacción, volvía a estar presente su versión pueril. Todavía en batín, el niño aparecía agazapado en primer plano junto a otro de los chavales de las pinturas previas, justo detrás de una figura rotunda, mayúscula y estrafalaria que, incluso de

espaldas, solo podía pertenecer a ese añorado y difunto trovador lugareño llamado Tom Hall. El salón posterior, que claramente era de lo que se refugiaban los dos jovenzuelos, se hallaba poblado por la pesadilla de un prohibicionista, por una demonología beoda. A un lado, un hombre lloroso y angustiado que parecía hecho de madera sufría los estragos de una tipeja beligerante que, navaja en mano, insistía en tallarle en un brazo una especie de runas profundas, y cerca de él había otro sujeto lignario, medio encastrado en el suelo del local, que se retorcía ante los pisotones de otros borrachos burlones que lo aplastaban con sus botas tachonadas. El más escalofriante de toda la reunión de crápulas lucía una boca desdentada en la frente, una nariz invertida de la que brotaban unas pompas mucosas justo debajo, y unos ojos aturdidos parpadeando en sus carrillos. Aquello era un purgatorio con licencia de local de copas, una fiesta eterna a puerta cerrada o una hora interminable que era de todo menos feliz. ¿Sería así como la abstemia de su hermana vería en realidad los bares? ¿Como zoológicos de una crueldad horripilante y una deformidad inconcebible? Quizá sí, porque, teniendo en cuenta los tugurios que Alma solía frecuentar, admitía que razón no le faltaba. Al dar un pequeño paso a la derecha, estuvo a punto de caerse de bruces en las profundidades devastadoras de la pieza número veintitrés.

La cháchara de la sala desapareció, se desvaneció en un oleaje replegado. Como petrificado a la entrada de un túnel de viento, Mick se quedó inmóvil ante la pintura, temeroso hasta de parpadear. Sabía bien lo que era. Lo supo ante de consultar el rótulo identificativo, cuya tinta rosa se esfumaba en mitad de la segunda palabra antes de reaparecer en verde. Era el Destructor. Se trataba de una perspectiva cenital, pero lo único que se les dejaba ver a los espectadores testigos de aquello era un arco curvo en la zona inferior izquierda; una vista incompleta, misericordiosa, de una chimenea pavorosa, tan vasta e ilimitada que ningún lienzo o imaginación podían abarcarla. Los *impastos* siena y ocre tostado de unas volutas

humeantes, gruesas hasta bordear la escultura, subían en espiral desde el filo del cráter industrial hasta un centro invisible, componiendo unas masas inmensas y vaporosas que rotaban lentamente, una nebulosa de mierda aniquiladora. Sin embargo, por aciagas que fueran aquellas tiras matéricas retorcidas, el verdadero terror residía en los abismos excavados que yacían atrapados entre esos arroyuelos. Allí había franjas de detalles planos que se encogían bajo imponentes tsunamis de óleo a medida que se precipitaban en fuera de plano hacia la inmolación, hacia una obliteración marrón. Había confiterías, patios de escuela y trombones del Ejército de Salvación que se deslizaban inexorablemente hacia el vacío del infierno, y también carretas de carbón tiradas por caballos con la carga en llamas o parejas de baile que seguían saltando como conejitos mientras se desplomaban sobre una noche asfixiante. Losetas de rayuela, barberos de batas blancas almidonadas, monos con organillos, monjes y borrachos participaban de los cascotes destrozados que se acumulaban en el perímetro de la imparable singularidad chatarrera en su intento de consumir el mundo, o al menos la parte del mundo bajo su alcance económico. En su tifón tóxico, las personas, los animales y los entornos astillados eran un detrito circulante, una espuma informe capturada en la órbita putrefacta de un sumidero abisal. Flotas de cochecitos, billetes de lotería tiznados de besos optimistas, floridas banderas de la Unión, butacas de cine manchadas o rasgadas, camisetas y cisnes caían en una cascada de escombros por la garganta deletérea de la chimenea. Lo que se degradaba allí, lo que se perdía de un modo irrecuperable, lo que se reducía a cenizas en una hoguera de humillación era el pasado, un reservorio de instantes fugaces, un modo de vida al completo. Aquello era un retrete que lo arrastraba todo.

Era demasiado grande, demasiado incontestable. Ponerle punto y aparte iba a requerir de otro cigarrillo, lo cual implicaría arrebatarle el mechero a su hermana. Al darse la vuelta para localizarla, volvió a toparse con la

maqueta del barrio y su dichosa mesa, una granja de hormigas que sobrevivía a base de subsidios de pulgones. Su perspectiva oriental actual arrojaba un abanico de tejados en miniatura, un oleaje de pizarra rompiente que descendía por las desvanecidas Silver Street y Bearward Street para vaciarse en el plácido pozo de marea de un Mayorhold que dormitaba su cerveza del mediodía a lo largo de una tarde pintada y eterna. Una Vespa de medio centímetro de altura a la que le faltaba una rueda descansaba en Bullhead Lane al lado de un escobón, y los umbrales bullían de ancianos sentados en camiseta y tirantes, todos huraños cual gárgolas rebajadas de categoría. Pese a las dudas de su artífice, Mick estaba llegando a la conclusión de que aquel era el artefacto más directo y convincente de la exposición, unas calles embotelladas que captaban y preservaban aquel vecindario casi evaporado de un modo mucho más perfecto que todos los lienzos impenetrables que había a su alrededor. Ciertamente, evocaba ese aire de serenidad psicológica, secretismo, holgazanería y placidez dorada que caracterizaba los sitios que no tenían un estatus que perder. Le transmitía la sensación de que el mundo que recordaba estaba a salvo en algún lugar, justo al contrario que la zozobra inculcada por el terrible vórtice mefítico de su espalda. Al atisbar a Alma allá por la esquina noroeste de la guardería, cerca del cuadro de las ampollas cáusticas, decidió recuperar el mechero aunque para ello tuviera que ceder en prenda a su primogénito, pero entonces se fijó en una tira de papel adherida al borde de la maqueta, más o menos opuesta a la etiqueta similar que había advertido antes en el margen occidental de la mesa. En vez de rezar *Los Boroughs*, que era el título escrito en aquella y, por tanto, el que le asignó a la obra, allí figuraba una sola palabra: *Humánima*. Aquel nombre rarísimo le sonaba vagamente, le suscitaba algo que iba más allá de la mera remembranza, pero no hasta el punto de la familiaridad. ¿Habría dividido Alma sus apuestas al no poder decidirse por una de las dos designaciones? ¿O lo habría titulado una

segunda vez tras olvidarse de la primera? Aunque solo fuera para demostrarle que estaba prestando atención, iba a tener que preguntárselo.

Mientras concluía su pausado recorrido por las diez u once últimas obras hasta donde Alma se hallaba charlando con Dave Daniels, decidió combinar la mención a la nomenclatura conflictiva del barrio reconstruido con su tentativa de recuperar el mechero, una táctica arriesgada que, para su sorpresa, funcionó como por arte de magia. De hecho, diría que aún mejor, porque la magia no funcionaba en absoluto.

—Oye, Warry, en un lado de esta maqueta tuya hay un cartelito que pone *Los Boroughs*, ¿podrías devolverme el mechero?, pero en el otro lado se indica que la pieza se llama *Humánima*. Supongo que habrá alguna explicación.

Ella sonrió, respondió —«Claro que sí»—, le dio el mechero y siguió hablando con Dave Daniels. Él, jubiloso, salió disparado hacia la puerta antes de que Alma se diera cuenta de lo que había hecho. Sintió que había llegado a un nuevo grado de entendimiento en las interacciones con su hermana: cuando la forzabas a ser imbécil en dos cuestiones simultáneas, sus sistemas de agresión no podían manejar el exceso de trabajo y se cortocircuitaban. Si por algún accidente radiactivo se volvía gigante y se embarcaba en una orgía de destrucción planetaria, le tocaría a él informar al gobierno y al ejército de tales detalles para que pudieran derribarla. Riéndose con muy poco decoro ante la idea de que Alma se tropezara con unos cables de alta tensión por medir veinte metros, salió triunfante al brillante cielo azul de la tarde.

Presionó la rosca, acercó el cigarrillo a la llama y le dio una calada que insufló en la punta una huraña vida escarlata, y entonces echó atrás la cabeza para exhalar una quimera china de grises ensortijados hacia el patrón de sauce en bitono de las alturas. Después de su encierro con tamaña cantidad de interpretaciones de la zona imbuidas de láudano, la realidad de sus ventanas descascaradas y su césped descuidado, indiferente a la degradación de los

ladrillos y los recuerdos, cantó con una alegría magullada y desdentada. Respiró el aroma a diente de león del distrito postal, las libertades arremangadas de un lugar en retirada forzosa de la geografía, los consuelos de la marginación derivados de la certeza de que ya nadie esperaba que hicieran o fueran nada. El polvo también era un manto del privilegio. Su mirada cruzó la calle y bajó la cuesta hacia la entrada del aparcamiento, donde cuarenta años atrás se alzaba un parque de recreo alienante y cubista, y donde una década antes de eso se abrían las bocas pavimentadas peatonales de Fort Street y Moat Street, de justificable cariz defensivo dado el asedio que sufrieron durante la década de los sesenta, agresiva y desmemoriada. Allí vivían el chalado de su bisabuelo y la alegre bárbara de su abuela antes de que ella se mudara a Green Street tras perder a su primogénita por la difteria. Cuando el carro de la fiebre llegó retumbando cual tormenta a recoger esa carga tan liviana, debió recorrer más o menos aquel mismo pasaje. Las hebras pegajosas de su historia genética aún seguían allí, bajo capas de asfalto de épocas diferentes, bajo un surtido estratificado de regalices rosados y negros. Así era la historia: una serie de superposiciones aleatorias y de repavimentaciones insensatas. Guiñó los ojos contra el sol y aplastó las distintas vetas del tiempo en una amalgama incongruente, una en la que unos críos de mortalidad indultada montaban un caballo de hormigón picassiano entre los coches de segunda mano que descansaban en las plazas del garaje.

A su espalda oyó el leve pitido enfisematoso de la puerta de la guardería, y al volverse vio a Ben Perrit y Bob Goodman, que estaba claro que se conocían de antes, huyendo simultáneamente del interior externalizado de la mente de Alma. Ambos reían, quizás a cuenta de alguna salida de tono del poeta embriagado a la que el actor de rostro desfigurado no hubiera podido resistirse. Mick los saludó con la mano, pero el gesto cayó en un incómodo término medio situado entre las payasadas de *How*!, retrospectivamente racistas, y el prototípico «choca esos

cinco» de Hitler, así que acabó simulando que lo había hecho para apartarse un mechón de pelo que hacía años que no estaba allí. Sin dejar de carcajearse, el dúo cómico más desasosegante con el que una fiesta infantil pudiera amenizarse cruzó el césped alopécico en su dirección.

—Hola, Benedict. Hola, Bob. ¿Ya os habéis hartado?

Los ojos en blanco que puso Ben Perrit fueron los de un caballo desbocado.

—¡Ah, ja, ja! Si ese es el tipo de cosas que ve uno cuando deja de beber, he de decir que ya pueden esperarme sentados. ¡Ah, ja, ja, ja!

El semblante de su camarada actoral parecía a punto de arrojarse al vacío desde su mentón sin afeitar, demasiado frustrado con la maldad humana como para persistir.

—¿Sabes con lo que me ha tenido entretenido tu puñetera hermana? Me ha hecho ir a rebuscar un material que ella ya conocía solo para poder incluir una imagen insultante de mí mismo en su maldita exposición. Como moscas para niños traviesos somos nosotros para tu hermana, te lo aseguro.

Expulsado del colegio por absentismo antes de que pudiera pillarle el tranquillo a Shakespeare, Mick se preguntó qué tendrían que ver las moscas y los niños con aquello, pero asintió para no meter la pata. Por suerte, la manía ambiental de Ben Perrit rellenó cualquier vacío resultante y evitó el descarrilamiento de la conversación.

—¡Ah, ja, ja, ja! Me ha dibujado con lápices de colores en el fondo del mar. No sé si está insinuando que no me lavo o que siempre estoy bebiendo. ¡Ah, ja, ja! Ten, Mick. Iba a entregarle esto, pero no he tenido la oportunidad. ¿Podrías dárselo por mí?

A menudo proscrito, el escritor le entregó una hoja mecanografiada y doblada, y Mick la aceptó solemnemente sin tener ni idea de lo que pondría. No obstante, seguro que tenía que ver con el arte, con la poesía o con alguna cosa de idéntica naturaleza.

—Claro que sí, Ben. Y que su retrato no te ofenda. De

hecho, diría que no has escapado nada mal. ¿Has visto el que me ha hecho a mí con la cara llena de ampollas?

El contrariado intérprete frunció un labio que todos creían ya fruncido y sacudió la caricatura antisemita que tenía por cabeza con comprensiva desaprobación.

—¿Tú por qué crees que hace estas cosas? ¿Pretende que montemos un pollo o qué? Porque por necesidad de dinero seguro que no será.

Mick consideró la pregunta con mirada ausente, fija en la ventana del jardín de infancia. Allí entrevió a las dos ancianas que había advertido antes, ambas paradas, cotorreando y dándose codazos mientras admiraban la pieza de los azulejos. Respecto a los herméticos motivos de Alma, dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—Tal vez ansíe que le den el título de dama.

Goodman se mofó con incredulidad.

—¿Por sus cuadros? El título de dama es para profesionales del escenario. Judi Dench. Helen Mirren. Diana Rigg. ¿Alma se cree actriz ahora o qué?

—En realidad, Bob, creo que ese título reconoce a toda mujer que sea artista. Ahí están Nellie Melba, Edith Sitwell o Vera Lynn, y también Vivienne Westwood o incluso Barry Humphries.91 No está reservado únicamente a actrices.

El veterano imitador de matones, siempre profesional, representó la reacción de sorpresa tardía más genuina que Mick hubiera visto jamás, y luego se quedó mudo, como si necesitara procesar aquel dato inesperado. Se instauró entonces un interludio incómodo en el que Ben Perrit le preguntó si Edith Sitwell era la que había inventado las tostadas, tras lo cual se rio de manera estentórea antes de confirmarle que la había confundido con Nellie Melba.92 Aquello le pareció la conclusión natural del encuentro, así que estrechó las manos de los dos hombres y le aseguró a Perrit que no se olvidaría de darle la hoja doblada a Alma. El dúo se alejó paseando por la iglesia de Doddridge en dirección a Marefair, el poeta sin dejar de reír, y el actor declamando en voz alta: «¡Damas! Justo cuando crees conocerlas, van ellas y…». Al cabo de unos segundos, sus

figuras se perdieron en el camuflaje de amapolas de Chalk Lane.

Asaltado por una desconcertante oleada de afecto, caviló que la absurdidad del barrio era un componente tan vital como su amor, su alcohol o su violencia. El ruido del tráfico distante competía con el de una pelea de cuervos librada en Castle Street. Sofocando un sentimiento de culpa fugaz por violar la intimidad de la gente, extendió la página que Ben Perrit le había confiado y comenzó a leer.

> Este es un reino hecho de ausencias,
> de espacios entre edificios, de un aire vacío
> en el que ahora cantan pájaros distintos,
> y cuyos monumentos destacan aun sin estar.
> Este es el principado de lo carente,
> y sus lindes las marcan una tinta que desaparece,
> una historia de omisiones
> poblada por nombres en años no pronunciados.
> Esta página mía es la que devoraron los márgenes vacíos,
> y en ella solo restan las cicatrices de la goma de borrar,
> un hatillo de agujeros vacíos,
> un silencio contenido por comillas de citar.

Mick se sentía aún menos cualificado para opinar sobre poesía que sobre arte, pero le gustaba la forma y la cadencia de aquello, que era la de un búfalo cojo, con una pierna más corta que las demás, pero con una dignidad especial en sus traspiés. Volvió a doblar el exiguo documento y se lo guardó en el bolsillo de atrás para que no se le arrugara, y después apagó el cigarrillo para dirigirse una vez más hacia la puerta de la guardería. Qué pena. Si la cultura no fuera tan obligatoria, podría haberla amado más. En fin. A aquella exposición demencial tampoco podía quedarle ya mucho. Suspiró con resignación y entró a apechugar con las consecuencias de la trementina.

*

Esta vez, la inmersión no fue tan traumática. El ambiente parecía haberse relajado en el transcurso de la tarde, y la

multitud de asistentes era más fluida y navegable. Como antes, decidió retomar el recorrido en el punto donde lo había dejado, así que volvió a surcar en sentido horario aquel corral infantil atestado de espejismos. También podría haber ido en sentido contrario, pero no lo estimó adecuado: no se reanudaba un libro pasando las hojas desde el final, y, además, estaba convencido de que el bombardeo de *non sequiturs* ilustrados de Alma pretendía contar algún tipo de historia, quizás una tan grande y compleja que requería una dimensión matemática adicional para poder narrarse. La otra opción era que su obra magna hubiera alcanzado ya su masa crítica y que ahora estuviera viendo las consecuencias balísticas, el patrón de distribución explosivo de la cabeza armada y fisionable de su hermana. En cualquier caso, aquello contaba un relato, y poco importaba que solo estuviera dirigido al equipo forense de los artificieros. Como con esos conocidos lejanos que insistían en reaparecer una y otra vez por los sucesivos pasillos del supermercado, despachó a toda prisa una docena de interacciones sociales con personas a las que ya había saludado, rodeó la mesa de la maqueta central, y sobrepasó la pieza veintitrés hasta el último cuarto del muro oriental de la galería falsaria. En el rabillo de su ojo izquierdo, la masa infernal del Destructor seguía babeando chispas y regueros de vapores tóxicos, así que hizo lo que pudo por concentrarse en la obra veinticuatro, una acuarela abstracta y críptica que encaró de frente. Su excéntrico rótulo verde la titulaba como *Nubes desplegadas*.

Presentaba un disco decorado del tamaño de un platillo, perfectamente circular y de tono azul Bizancio, en el centro de un gran cuadrángulo de color hueso teñido por parábolas de un gris columbino fantasmagórico, por manchas y pinceladas tan translúcidas que apenas estaban presentes, visualmente livianas hasta el punto de que apenas podían llamarse masas. En la esquina inferior izquierda parecía haber una fina capa de agua sucia acumulada en un triángulo festoneado, y desde el centro superior caía una suerte de pelusa polvorienta con forma de

señuelo emplumado para pescar caballas. Justo debajo, dispuesta verticalmente, colgaba el ala arrancada de un búho, o tal vez una columna finísima de gas interestelar ondulante. A intervalos, contra la explanada marfileña inexplorada, surgían agrupaciones de motas beis más oscuras, campos de asteroides microscópicos perdidos en un cosmos desvaído o de colores invertidos, y alrededor de la filigrana esférica azul cálido existían rastros de unas trayectorias elípticas de gamas espermáticas que… Oh. Era un ojo. La pintura no era abstracta en absoluto. Lo que colmaba la tela de punta a punta al más puro estilo Luis Buñuel era el primer plano de un ojo, solo que no uno que yaciera rodeado de piel. Su órbita estaba tallada en piedra de Portland, con la leve caída de una ceja esculpida reptando arriba en el lienzo y el contorno apuntado de una mejilla destacando abajo a la izquierda. Se trataba del órgano óptico no funcional de una estatua, y las elipses satelitales componían sus párpados inmóviles, semejantes a los del testigo de una catástrofe que no pudiera apartar la vista. Apenas visible, el plumaje en abanico que había a la derecha constituía la zona sombreada de un lado del puente nasal, un risco cincelado que caía hacia su cuenca semidesértica. Las motas arbitrarias se revelaron mera textura, una epidermis de piedra que yacía gastada y erosionada por dos siglos de lluvia y polvo ambiental. Y en el centro de la pintura, en su iris dorado, había un planetario mecánico medieval definido por hilos áuricos contra el añil nocturno, con el paso de la luna, o de un cometa, trazado en líneas solares y proyectado a través de un tiempo fijo y zafirino. Era el movimiento de precisión de un universo conocido, atrapado en una mirada atónita, impenetrable y eterna. Como reflexión final, Mick ponderó que la composición básica de la obra era casi idéntica a la de su predecesora, la perspectiva a vista de pájaro moribundo de las fauces de un incinerador bullendo de partículas. Se preguntó si la excelsitud de la nueva pieza no radicaría tan cerca de la angustia de la otra para servir de antídoto de emergencia, como ocurría con las hojas de

acedera y las ortigas irritantes. Cuando al fin sintió que la pintura había obrado su efecto y restaurado su equilibrio, se deslizó a la derecha hacia el cantón de las piezas veinticinco y veintiséis, colgadas una encima de la otra en la esquina nordeste.

Las dos imágenes —un paisaje panorámico sobre un retrato alargado— estaban dispuesta en «T», aunque no parecían relacionadas salvo por su proximidad espacial. En la estrecha franja de muro visible entre las dos habían adherido una sola cartela de papel. Sus títulos estaban escritos en ella en un esmeralda errático, junto con dos flechas orientadas arriba y abajo indicando cuál era el de cada una. Llamarlo informal habría sido quedarse corto. Lo que parecía, más bien, era una pintada en el interior de la puerta de un baño público, y lo único que esperaba a aquellas alturas era que Alma lograse llegar al final de los diez letreros descriptivos restantes sin añadir una polla gigante con sus tres consabidas lágrimas de cocodrilo de genética líquida. El formato del rectángulo artístico superior tenía las proporciones de un sobre de correos, y aunque en apariencia contenía otra figura minimalista abstracta, Mick prefirió ojearla mejor antes de emitir un veredicto, pues el ojo de la estatua ya lo había despistado bastante. Siguiendo la enhiesta lanza verde hasta su punto de origen, averiguó que la pieza se titulaba *Una mañana fría y helada*, aunque el motivo de dicho nombre no resultaba nada obvio. Se trataba de la representación en cinemascope de una niebla moteada, una telaraña que podría haberse ejecutado con una capa inicial oscura a base de negro, marrón y verde cromo bajo otra de fibras desteñidas, tal vez aplicadas con una esponja hasta obtener una pelusa enmarañada. Al arrimar la nariz a aquel veteado nebuloso, descubrió que el fondo sombreado visible entre las hebras apelmazadas era, en realidad, el estudio en acrílico de una maleza hiperrealista compuesta por tallos, ramas entrelazadas y hojas onduladas reducidas en los bordes a fractales dentados, un trabajo concienzudo oculto bajo el camuflaje de un vello vaporoso. Se le ocurrió que podía

estar ante un seto o arbusto envuelto en la horrible madeja de hilo de algún arácnido enorme, un espécimen albino a juzgar por el color de la fina secreción de sus puentes colgantes. ¿Sería el retrato de uno de los monstruos de Alma, solo que sin el monstruo en cuestión? Solo cuando advirtió un pegote de pigmento mínimo y perlado, descollado unos milímetros del lienzo y conectado a la ramita en ciernes superior por la más escuálida de las líneas blancas, fue capaz de deducir que el arquitecto de aquel enigma fibroso no era una araña mutante, sino un gusano de seda diminuto con forma de pizca de dentífrico. Tras distinguir a aquel individuo inusualmente laborioso, hubo de pasar casi otro minuto para que se diera cuenta de que había docenas, cientos de especímenes brillantes suspendidos allí para emerger de la superficie, una multitud invertebrada e infinitesimal hecha de pinceladas matéricas, un patrón de ondulaciones húmedas y relucientes. Era maravilloso, pero también le dio escalofríos. Encapsulaba uno de esos momentos electrizantes en los que la naturaleza se revelaba en todo su extraño y terrible esplendor, en toda su conmoción biológica. Al cavilar que el follaje casi imperceptible que yacía bajo la pelusilla oclusiva debía ser el de una morácea, sintió una modesta punzada de orgullo descifrador por haber desentrañado, al menos, el título de la obra, porque su razón de ser en el contexto general de la exposición o, ya puestos, en el de cualquier otra cosa, se le escapaba por completo.

Con las manos en las rodillas, se encorvó un poco para redirigir su atención hacia la pieza numero veintiséis, colgada debajo. La identificó al instante como una ilustración figurativa poseedora del atractivo sencillo y la delineación clásica de los libros infantiles, tal vez deudora de los trabajos de Arthur Rackham, que era muy de su gusto *lewiscarrolliano*. Rastreó la flecha mustia hacia su origen superior y leyó que se titulaba *Al doblar la esquina*. En suaves pasteles diluidos de tonos rosas y morados, verdes y grises, se representaba una escena exterior con un imponente muro de coníferas al fondo, bajo un cielo

revuelto y borrascoso que, aun así, parecía preñado de color, cargado de gamas. Un césped descuidado corría ondulante entre la línea del bosque y un río bordeado de juncos que serpenteaba lentamente, cual boa drogada, a través de la zona inferior de la pintura, justo en primer plano. Allí, pausada con gran compostura en la ribera, y oculta hasta la cintura por las cañas puntiagudas, había una anciana frágil con una rebeca cereza y una falda azul marino, provista de una melena lustrosa que debió ser castaña hasta que se tornó un tobogán ceniciento. Le tensaba la piel con mayor tirantez que en su juventud, pero su rostro aún lucía un gran encanto; era irónico e inteligente, irradiaba una curiosidad indómita. Mick reparó en que su hermana había cometido un error, un tropiezo acuarelado que le otorgaba a la mujer una bizquera leve que, por otro lado, no menoscababa la atmósfera silente, cuasi eclesial, de la obra. Relativamente menuda en la esquina inferior derecha, y con la cabeza inclinada cortésmente, la viejecilla aguardaba como si estuviera escuchando a alguien en el umbral de su puerta, una Alicia jubilada atendiendo una encuesta en un país de las maravillas en barbecho. La razón de las proporciones altas y verticales del formato radicaba en el leviatán fluvial deformado de la pieza veintiuno, que emergía a la izquierda de entre las aguas cercanas casi estancadas hasta llegar a rozar el borde superior del lienzo. El pedúnculo de su garganta distendida subía y subía desde un encaje tortuoso de verdín estático, revestido de limo, grueso como una secuoya y con la locomotora de su cabeza equilibrada precariamente en su extremo superior, ladeada para compensar el peso como si fuera un bastón balanceado en la palma de una mano. Hundidos en sus cuencas como dos caracoles anidados en el cañón de una escopeta, los ojos pequeños y maliciosos de la monstruosidad se clavaban inquisitivamente en su interlocutora humana. En la representación anterior, Mick no había reparado en que la criatura tuviera manos, o aletas, o lo que fuera aquello, pero ahora eran patentes: dos excrecencias dactiladas,

desplegadas y arácnidas con una membrana descolorida interdigital, dos paraguas predatorios que el basilisco de agua dulce extendía hacia delante para gesticular en una plática cotidiana. Sus fauces remolcadoras yacían abiertas en mitad de una anécdota, y entre la estola de algas goteantes que arrastraban, enganchado por el manillar a un premolar de un metro, parecían contener el esqueleto oxidado de un cochecito de bebé. La representación estaba dibujada con gran esmero, borrada aquí y allá en un burbujeo de máculas astutamente diseminadas en el que los detalles a lápiz soluble fluían como espectrografías, perfilados por una luz ambiental inquietantemente familiar que, al final, logró asociar con sus devaneos juveniles con el LSD, siempre instigados por Alma. Esa aprensión lisérgica y punzante de un mundo incipiente a punto de florecer, húmedo por el rocío del Edén, era tal y como la recordaba, y lo mismo ocurría con la incómoda y excitante sensación de estar en la antesala opalescente de la locura, en un lugar que solo daba acceso a un laberinto de pasillos susurrantes, monólogos sedativos y un distanciamiento progresivo de todo lo ordinario, lo familiar y lo querido. Estática y prismática, la escena insinuaba que esos reinos sobrenaturales y esas experiencias inconcebibles podían hallarse entre la multitud tras muchos más rostros de los que uno suponía, y que el entorno agradable y consensuado a lo Milton Keynes de la realidad masiva contemporánea podía no ser tan privilegiado. Aquel instante congelado era una ventana tintada de violeta a los márgenes agrestes del ser, a una jungla exterior de alucinaciones y fantasmas que conquistaba, al ritmo de una o dos mentes al día, la red urbana de la razón.

Tras arribar al extremo sur del lado oriental de la guardería, Mick se encontró con que era necesario dar otro giro de noventa grados para continuar el recorrido. A su espalda, la multipista envolvente de unas voces distintivas y distinguibles se fundió en un sonido que parecía provenir de un solo individuo invisible poseído por una legión diabólica, en un coro mascullado de glosolalias

sincronizadas que entraba y salía del rango auditivo como si fuera el viento el que las propulsara. La exposición de Alma empezaba a resultarle desorientadora, una andanada implacable de sensaciones enrarecidas y atípicas, un plomo quemado e inestable que era el polo opuesto a un tanque de aislamiento sensorial, una suerte de colisionador de partículas psiquiátricas en el que sus reacciones y opiniones eran los productos de decaimiento de un choque atómico estético. Temeroso de infectarse con una nueva cepa de malaria intelectual, se armó de valor para embarcarse en el penúltimo tramo a pie de su safari cognitivo, que proseguía a su izquierda con dos obras emparejadas en el muro sur. Las piezas veintisiete y veintiocho eran apaisadas, grandes como cajas de cereales de tamaño familiar, estaban dispuestas nuevamente una encima de la otra, y aunque no imponían tanto como sus predecesoras inmediatas, desde luego no eran menos enigmáticas.

La primera, bautizada como *Oro ardiente* según su descuidado garabato verde, no presentaba una idea muy novedosa —creía recordar a Alma comentándole que un tal Boggs, un artista americano al que ella admiraba, había hecho antes algo similar—, pero las características de su ejecución eran marcadamente diferentes. Se trataba de un billete de banco reproducido (o más bien ampliado) a un tamaño enorme y absurdo, a caballo entre la fina y casi inexistente línea que separaba el arte de la falsificación, y perfilado a pluma y tinta con un acabado muy genuino. Cuanto más lo examinaba, más detalles minuciosos parecía acumular. Era uno de veinte, y la línea inferior del *copyright* identificaba el año en que se encontraban, 2006, como la fecha de emisión. La tipografía y los números de serie eran idénticos a los del billete auténtico, al igual que la coloración y la composición general de la elaboradísima imitación ilustrada. Ciertos elementos figurativos, en cambio, incorporaban cambios o trasposiciones. A la izquierda, como en el papel moneda normal, el rostro vagamente anfibio de Adam Smith aparecía de perfil, estampado mediante una plancha entintada en malva y con

la tez espolvoreada de violeta de genciana, con su casaca y su peluca definidas por líneas dactilares. El capitalista visionario, sin embargo, se hallaba enzarzado en un concurso de miradas con un perfil gemelo situado a la derecha, donde Alma había añadido con idéntica meticulosidad el busto lavanda de su colega Bill Drummond, terrorista pop de la K-Foundation. Serio y satírico al mismo tiempo, los ojos resueltos de aquel escocés criado en Corby perforaban la insulsa mirada de salamandra petulante del arquitecto de los ciclos económicos. Quedaba claro que no había posibilidad de negociar. En el terreno intermedio entre ambos hombres, el diagrama que ilustraba la trillada fábrica de alfileres del siglo XVIII se había sustituido hábilmente por una interpretación de lo que Mick sabía, por el testimonio de su hermana, que era la célebre quema de un millón de libras por parte de Drummond, perpetrada en la remota isla Hébrida de Jura, la misma en la que George Orwell finalizó *1984*. Contra una esfera de complejidad espirográfica, y finamente sombreados en tonos que viraban del sepia al fresa, había cuatro hombres en una cabaña ruinosa. Tres de ellos —el propio Drummond; su compañero de la K-Foundation, Jimmy Cauty; y su testigo, Jim Reid, productor de televisión— aparecían echando paladas de billetes de cincuenta libras en la hoguera central, mientras que el cuarto, el camarógrafo y exmilitar Gimpo, figuraba filmando la transmutación alquímica del dinero en cenizas para la posteridad cinematográfica. Sobrepuesta en letras moradas sobre el logotipo del Banco de Inglaterra yacía una alteración de la habitual leyenda del billete: «La división de opinión en la manufactura de esclavos: (y el gran decremento en la cantidad de esclavos que conlleva)».93

Al pasar a la pieza veintiocho, situada justo debajo, Mick pensó que el tema de la esclavitud bien podía ser lo que relacionara aquellas dos obras yuxtapuestas. Con el título de *Las vigas y los cabrios*, la pintura inferior constituía una reproducción intensa y prolija de una carta de navegación del siglo XVIII, si bien exhibía insertos

tridimensionales. Uniendo la costa occidental de África con Gran Bretaña y América, unas largas cadenas de hierro pesado, sucio y costroso colgaban laxamente por el lienzo, adheridas a la superficie mediante sujeciones oxidadas. Buscó con ahínco la presencia de ironías o significados ocultos, quizá la de alguna sutileza escondida en la caligrafía vetusta del fondo del mapa, pero no encontró nada. La intencionalidad de aquel trabajo en técnica mixta era, al parecer, tan cruda y directa como aparentaba a simple vista. Aquella cartografía teñida de té, con sus curiosas erratas ortográficas y sus líneas costeras conjeturadas, componía una percepción histórica de Occidente, del mapa y no del territorio, un constructo que jamás fue real más allá del papel, y que sería revisado, olvidado, reemplazado y perdido; una mentalidad que se desmenuzaría y dispersaría más rápidamente que el pergamino sobre el que estaba dibujada. Las cadenas, en cambio, eran reales. Representaban cadenas de acontecimientos que no podrían deshacerse, que durarían para siempre y que tendrían consecuencias patentes mucho después de que los planos, los papeleos y las rutas comerciales que las habían forjado hubieran caído en la obsolescencia, mucho después de que todos los demás elementos de aquella imagen específica hubieran vuelto al polvo y la tierra.

La pieza siguiente, la número veintinueve, se hallaba en solitario, ejecutada en su mayor parte mediante una mar picada de gouache desenfrenado. Irradiaba ese trajín populachero de los teatros de variedades que Mick conocía por su recreación en las obras de los pintores ingleses modernos del siglo XIX. En la falsa penumbra de una sesión matinal, y desde las butacas baratas de un público de borrachos burlones, el espectador alzaba la vista hacia el escenario, que era el punto focal del cuadro, y que estaba contenido en un segundo marco constituido por el arco del proscenio teatral. Contra un telón de fondo raído, compuesto por una copia churretosa y rudimentaria del frente de la iglesia de Todos los Santos, unos actores de

cariz extraño gesticulaban de pie, sobre una plataforma entre pilares de balsa, o bien posados, acurrucados, en un tramo corto de amplios escalones de madera erigidos en primer término, pintados para imitar la piedra. La pareja sentada en aquella escalinata delantera, una mujer iracunda y un hombre embutido en una chaqueta amarillo chillón a cuadros, ambos acuclillados en los extremos opuestos del mismo foco de luz, se daban un cierto aire a Punch y Judy por su exagerada animosidad conyugal. En los tablones elevados a su espalda, y al parecer inadvertidas, varias figuras vestidas con trajes de época de gran diversidad histórica, pero todas con la tonalidad uniforme de la tiza blanca, expresaban con sus rasgos enharinados unas actitudes de indignación o sorpresa un tanto sobreactuadas. ¿Sería algún tipo de tragedia sobrenatural plagada de fantasmas, del estilo de *Macbeth* o *Hamlet*? Mientras tanto, cerca del observador, una horda de espectadores lascivos abucheaba el drama y vociferaba imprecaciones con jocosidad, rabia o lujuria. Bajo la luz cetrina y la tiniebla cervecera, cundía una energía proletaria caótica que podía salirse de madre en cualquier momento. El apresurado apéndice verde de la imagen, más difícil de discernir que de costumbre debido a una inclinación diagonal causada por el desprendimiento de la cinta adhesiva en una esquina, la identificaba inútilmente como *La escalinata de Todos los Santos*. No supo cómo tomárselo. La pareja sedente, vestida a la moda de la década de 1940, no parecía tan distinta de la muchedumbre alborotada que la interrumpía. Su angustia e incomodidad resultaban, de algún modo, muy contemporáneas e incluso muy reales, en absoluto actuadas. Si tal era el caso, los presuntos espectros que gesticulaban y se pavoneaban al fondo bordeaban la comedia grosera. La escena era turbadora por su incongruencia y su extrañeza, por la sensación de que un asunto muy personal que atañía al dúo de la escalinata se había convertido en un melodrama, en un acto expuesto a la desaprobación de un público que había sacado entradas, tornado en retorcido centro de atención y ridiculizado por espectros de efectos

especiales. Era un momento íntimo al aire libre que se había trasladado al interior de un auditorio ruidoso para solaz de una masa indiscriminada, una descontextualización tan inquietante como ver a un cuervo volando por un salón. ¿Significaba la obra que eran ellos mismos los que estaban dando un espectáculo?

Sin dejar de darle vueltas en la cabeza con gran cautela, como si la obra fuera una granada o un puercoespín, Mick avanzó hacia el cuadro número treinta. En el transcurso, notó que los asistentes y él recorrían los bordes de la sala rectangular evitando la mesa del centro, y que eso, desde arriba, debía asemejarlos a las fichas de un tablero, a las piezas de un juego gigante muy parecido a los que habían enlosado su insomnio durante la noche anterior. Oteó el local tratando de determinar quién sería el terrier escocés y quién el sombrero de copa. En la esquina opuesta, cerca de los rasgos abrasados de su horrendo retrato, Alma parecía estar recibiendo algún tipo de regañina por parte de Lucy y Melinda, muy probablemente a cuenta de ese primer plano cruel, aunque ingenioso, junto al que estaban paradas. Muy bien. No se merecía menos. La población reclusa del jardín de infancia había disminuido un poco durante la hora u hora y media que llevaban abiertas sus puertas, pero no lo bastante como para que su progreso por aquel *Monopoly* demencial fuera más fácil. En la entrada calzada, Bert Regan parecía estar arrasando en el concurso de risas histriónicas que libraba con Ted Tripp y Roman Tompson, una versión menos cerebral de machacar a la vez a dos contrincantes de ajedrez. Por su parte, Dean, el novio de Rome, admiraba con Dave Daniels los tacos de billar salpicados de oro de los dos gigantes en liza. Fuera de escena, unos perros discutían en el decaído sábado de los Boroughs. Con el fin de centrarse en la pieza número treinta, pasó a la siguiente casilla del circuito para recibir una multa o erigir un hotel. Ni cruzó la salida ni pudo cobrar sus doscientas libras.

Se topó con un formato apaisado delimitado por un fino marco de plata, una acuarela vítrea sobre una tabla

pulida de color blanco que se titulaba *Comiendo flores*. Evocaba más que ninguna otra obra previa los inicios de Alma como portadista de ciencia ficción, y si a uno le iba ese estilo, resultaba apabullante. El escenario, una galería colosal que parecía ser la de la pieza trece, solo que en avanzado estado de deterioro, exhibía una vegetación tropical que brotaba del suelo musgoso, una jungla doméstica que se extendía hacia una cubierta derruida, abierta a unas constelaciones nunca vistas, y que aportaba un panorama exterior a una ambientación interior. Unas lianas de kilómetros de largo, entrelazadas cual cables eléctricos, colgaban desde los largueros corroídos que quedaban en aquella techumbre remota y devastada, cromada por estrellas ignotas. Unas polillas de tamaño prodigioso aleteaban despaciosamente a través del crepúsculo astral, los tablones combados bullían de orquídeas, y este Elíseo terminal solo servía de telón de fondo para la figura desconcertante que tronaba abajo en primer plano. Su complexión era fibrosa como la de un diagrama anatómico, su piel era translúcida como el papel cebolla, su cabello era blanco como la cresta de una ola espumosa, y se trataba de un anciano en pelotas que iba surcando las formaciones de maleza con pesadas zancadas de Muybridge. Los ojos se le salían de las órbitas por su intensa velocidad, las mejillas se le distendían, y unos pétalos relucientes se vertían de su boca atiborrada para dejar tras él un reguero de tulipanes. Sobre los hombros de este abuelo vivaz cabalgaba a horcajadas una niña pequeña, luminosa y perfecta cuyos rizos de oro fundido se unían en la cola nupcial de una cometa, y que a lomos de su montura febril atravesaba el bosque postrero. Sus edades extremas hacían inevitables las interpretaciones alegóricas: un mundo recién nacido llevado a cuestas por su exhausto predecesor, el año viejo y el nuevo llegando tarde a su cita con un milenio aún lejano. Quizá fuese algún tipo de carrera, tal vez la de la humanidad, proyectada a través de la cuarta dimensión, de ese medio capaz de entrechocar continentes y borrar imperios que era el tiempo. Obligada y

presurosa, aquella migración por las fronteras porosas de un futuro extraño en el que incluso el idioma sería distinto parecía requerir una cantidad insufrible de esfuerzo y sudor. Era posible que la propia fatiga artística de Mick generara la sensación, pero, por un momento, creyó que el carcamal y la especie a la que representaba se morían por un buen sillón. A punto estaba de acelerar para sí mismo dicha eventualidad pasando a toda prisa hacia la siguiente pieza de la secuencia cuando una voz a su lado le hizo una pregunta en voz alta:

—Eh, ¿tú no eres el hermano de Alma?

A su derecha, delante de la obra trigésimo primera, y con un matiz en el ladeo socarrón de su permanente gris polvo que le recordó a un ave zancuda, la madre de Bert Reagan lo miraba de reojo. La mujer le cayó en gracia de inmediato solo por el rasgueo tenso de su acento gutural y por su forma de sostener el bolso, como si fuera la puntuación de una jueza de patinaje. Se lo tenía ganado desde el primer aspirante.

—Eso es. Me llamo Mick. Y sé quién es usted. Hace nada he estado hablando con su mayor gozo y orgullo, que es el que me ha puesto al corriente.

La señora hizo una mueca.

—¿Mi mayor gozo y orgullo? Pos diría que eso es mi mejor vajilla. ¿Pa qué ibas a querer hablar tú con ella?

La risa de Mick brotó de un lugar mucho más profundo en su estómago de lo que era habitual, de unos Boroughs microscópicos sitos en un bioma donde la flora intestinal transponía las vocales y mantenía una política consonántica inconsistente. Su nueva amiga, con la que conectó al segundo, se le unió con el toque de acordeón de su propia risa ahumada antes de lanzarle una mirada resignada a su descendencia pelirroja, tatuada y desternillada, que seguía bromeando en la puerta de la guardería junto a Tripp y Tompson, una reunión de viejos camaradas de a bordo procedentes de una década pirata extinta, naufragada tiempo ha sin supervivientes.

—Ah, te refieres a él. No le eches cuenta. O es medio

tonto o le falta un tornillo. Oye, ¿qué le ha dao a tu hermana con tos estos cuadros? No está mu bien esta Alma tuya, ¿verdad? Desde aquí veo el grande que te ha hecho a ti, to lleno pústulas. Y se supone que es tu propia hermana, no alguien a quien le caigas mal. Me quedo pasmá. Que conste que lo que hace es una maravilla, ¿eh? Pero mu amable no es.

Estaba encantado con la mujer, que era tan escuálida, canosa y lugareña como el arabesco de una chimenea de obra al atardecer. Su graznido córvido, estridente y hechizante le inspiraba el mismo cariño que el de Doreen, todo él lleno de carbón e ironía. Debió haber sido un auténtico bombón, y tampoco hacía mucho.

De forma ociosa, se descubrió pensando que ojalá la hubiera conocido entonces. A lo mejor lo había hecho, o al menos quizá la hubiera tratado más joven, porque eso explicaría la tremenda familiaridad que experimentaba ahora, sin duda basada en algo más que el estatus icónico que pudiera tener por ser una mujer de los Boroughs.

—No. De ser amable no se la puede acusar, no. Por cierto, vaya acento de los Boroughs gasta usted, ¿no? ¿Solía vivir por aquí? Estoy seguro de haberla visto antes.

Ella dejó caer la mandíbula hasta arquear los labios en un ademán de reproche, y entonces lo observó entrecerrando los ojos, como si fuera intelectualmente indigno de la plenitud de su mirada. La frecuencia con la que su madre llegó a usar ese gesto con Alma y con él hacía que a menudo tuviera que convencerse de que no siempre tenía esa pinta. La madre de Bert chasqueó la lengua, más por lástima que por desdén.

—Pos claro que soy de los Boros. ¿De dónde si no, so peazo mendrugo? ¿De la luna? Vivíamos en lo alto de Spring Lane, así que mi nene nunca llegó tarde al cole.

¿Cuándo fue la última que lo llamaron «so peazo mendrugo»? So pedazo de mendrugo. Se recreó en aquel insulto arcano. Lo retrotrajo a una época más civilizada, una en la que el más áspero de los epítetos no era sino una comparación con un trozo de pan. Arrojado a un torrente

de reminiscencias por la mención de la calle de su infancia, Mick cayó en el ensimismamiento, pero la anciana siguió igualmente.

—Oh, los Boros era un sitio precioso. A mi gusto, la mejor pieza de toas es la de Spring Lane, la que Alma ha hecho toa de cristal. Y no te quejes tanto por cómo te ha retratao, después de como me ha puesto a mí. Precioso, era un sitio precioso. Padre siguió viviendo por aquí, en Monk's Pond Street, cuando nosotros nos mudamos a Kingsley. Todavía macuerdo de cuando traía aquí a nuestro William pa que viera dónde me crie. Por aquel entonces, apenas había aprendío a andar.

Le costaba seguir el hilo de la historia con semejante acento. Creía haberle oído que su retrato también estaba en la exposición, y a punto estaba de preguntarle por el tema cuando la mención de aquel nombre desconocido, William, terminó de perderlo por completo. Preso del desconcierto, frunció el ceño.

—¿William?

Ella apretó los pómulos y sacudió la cabeza antes de corregirse.

—Ah, claro. Siempre me olvido de que vosotros no lo llamáis así. Pa vosotros es Bert. Un profesor del cole lo llamó así una vez y ya se le quedó pa siempre, pero nosotros, en casa, lo llamamos Bill, o William.

Ah, sí. Cierto. Recordaba que Alma le comentó algo al respecto: un partido de fútbol en el colegio, un profesor con un lapso de memoria momentáneo que gritó el primer nombre de clase obrera que se le vino a la cabeza, y William condenado a toda una vida como Bert. Pero había algo más, ¿no? Un detalle accesorio de la anécdota que por un momento se le atascó con fuerza en el desagüe que tenía por retentiva. Era algo sobre… Bert, Bill, algo sobre… no. No, se le fue. El pormenor se le escurrió para caer por la negrura obliterante del olvido, ya del todo irrecuperable. Quiso preguntarle por el elemento perdido del relato a la madre de Bert, aquel nuevo mito suyo que le aportaría fortaleza en sus momentos de necesidad, pero, justo

entonces, su deliciosa conversación se vio truncada por el exabrupto desinhibido de su hijo, equivalente acústico del gruñido de un jabalí en mitad de una boda.

—Amos, Phyllis, que es un hombre casao, y tú ya no estás pa estos trotes. Amos a llevarte a casa antes de que nos hagas quedar mal.

Los rasgos de complexión carnosa de Bert se abrieron en una carcajada mellada, lascivos y provocadores aun si hubiera mediado un doble acristalamiento, para lanzar una cascada de gorgoteos insinuantes a lo Sid James[94] que no vino al caso. La cabeza de su madre viró como un viejo Spitfire, veloz y sorprendentemente maniobrable, y lanzó una andana visual que impactó de arriba a abajo en el fuselaje de su vástago.

—¿Yo quedar mal? Pero si tú me llevas avergonzando desde que te tuve, joío. Tu primer aliento sonó como un retrete atascao, y eras tan feo que nos costó distinguirte de la placenta. Hasta le pusimos nombre al llegar a casa antes de darnos cuenta. ¿Quedar mal? ¡Ya te diré yo quién va a quedar mal, sucio mamoncete!

Detuvo el fuego de sus *amasticadoras* para dispensarle a Mick la sonrisa más radiante y entrañable que la sanidad pública pudiera proporcionar.

—Bueno, pos parece que tengo que irme. Me ha encantao conocerte. Espero que volvamos a vernos tarde o temprano.

Dicho eso, hizo un picado lateral entre chispas e insultos acortando la distancia con su presa, sentenciada pero aún risueña, rubicunda cual Barón Rojo por las risitas.

—Ya verás cuando te ponga las manos encima, peazo inútil. Y no te pienses ni por un momento que ya eres demasiao grande pa mí, ¡porque me basto y me sobro pa romperte la crisma con un ladrillo mientras estás dormío, pillastre!

Convertida en una tormenta de polvo de una energía feroz y un tono neutro, la anciana se precipitó por la puerta abierta de la guardería ante el miedo respetuoso de Roman Tompson y Ted Tripp, un auténtico rayo globular seguido

de una ventolera que arrastró a su hijo díscolo hacia la nebulosa del barrio. Mick sacudió la cabeza en un gesto de asombro y admiración por un género que creía extinto, un celacanto de las viviendas sociales. Al verla partir, se sintió asaltado por una conmoción repentina, ridículamente absurda teniendo en cuenta que su charla habría durado tres minutos. Era como cruzarse con un amor de instituto, como notar un vestigio de ese cosquilleo irracional, la nostalgia dulce y fútil de un universo alternativo que jamás ocurriría.

Perplejo por su discurrir interior, y no precisamente por primera vez, redirigió su atención embargada hacia la tarea de concluir con las cinco imágenes restantes en el guantelete de enigmas que le había arrojado su hermana. Retomó el tema allí donde tan cautivadoramente lo había dejado y ocupó el espacio dejado por la madre de Bert Regan —Phyllis, según había creído entenderle a su hijo— delante de la pieza número treinta y uno. Según el consabido garabato verde, se titulaba *Obligado*. Realizada en gouache, ocupaba un lienzo de unos veinte decímetros cuadrados, y en muchos sentidos parecía formar un díptico con la obra número cuatro, *Errantes*, hasta el punto de ocupar posiciones casi simétricas a ambos extremos de la larga secuencia. Las dos retrataban escenas en pubs contemporáneos y lograban su efecto visual yuxtaponiendo un monocromo sucio al color, aunque mientras la primera disponía un área en blanco y negro en mitad de una masa de color desenfrenado, la que admiraba ahora hacía justo lo contrario. Se trataba de la perspectiva picada de un local abarrotado que no le era conocido, y abajo, a la izquierda, una figura solitaria aparecía detallada en tonos brillantes de cariz naturalista, un hombre gordito con el pelo blanco y rizado, sentado en una mesa de esquina y sitiado por la muchedumbre cervecera que colmaba el lienzo. De muro a muro y de punta a punta, todo estaba ejecutado en una paleta de grises que evocaba uñas digitales, colillas churruscadas y porcelana urinaria. Aquel barullo ebrio y descolorido, jovial pese a la monotonía, parecía aun así

drenado de vida y de actualidad, como si se compusiera de muertos alegres, de los espectros de tabaco Woodbine de un pasado persistente. En cambio, la figura del rincón inferior, con sus tintas y sus ropas modernas, se presentaba aislada del tropel fantasmal, aunque también podía ser que ese gentío fuera un producto de su mente, que el cuadro supusiera el retrato de un hombre angustiado, sentado en un bar vacío y acosado por el desfile quimérico de una linterna mágica íntima. En tal caso, la multitud al completo no sería más que un miasma espeso y culposo, emanado de algún modo de un solo individuo de color carne recluido en su mesa, obligado a parapetarse por una horda de problemáticas sociales zombificadas, por el pasado, por la memoria.

Se desplazó unos centímetros a la derecha para progresar hacia el oeste con una parsimonia insufrible, como una caravana tirada por caracoles de crin blanca o una deriva continental humana. Esto lo llevó contra el extremo sur del muro occidental de la guardería. Solo le quedaba medio costado del edificio, y luego, con honores, podría escapar hacia la comodidad de un mundo sin arte. La pieza treinta y dos, bautizada como *El crucifijo en la pared*, poseía unas proporciones similares a las de la obra precedente, y estaba claro que era la que había provocado la airada partida de Bob Goodman un poco antes, o al menos eso asumió. Aunque la inmensa mayoría de los pintores que solía mentar su hermana le eran desconocidos, a lo largo de los años había llegado a familiarizarse de segunda mano, al menos, con la peculiar producción de William Blake, y el lienzo que había ante él lo reconoció al instante como una suerte de mezcolanza, una amalgama alterada de las imágenes crípticas del visionario de Lambeth. La negrura predominante, que conjuraba una atmósfera subterránea y fúnebre, estaba salpicada en las acuarelas superiores por unos nichos iluminados, presididos por unas efigies rotuladas propias de un mausoleo o una estatuaria conmemorativa. Al acercarse más, examinó los nombres de sus leyendas deterioradas como si fueran

viñetas de Gilray: James Hervey, Philip Doddridge, Horace Walpole, Mary Shelley, William Blake y otros tantos, todos lúgubres y reflexivos, alumbrados por la vela del color en la oscuridad sepulcral. Sus miradas piadosas y alicaídas, más expresivas de pena que de desdén, parecían dirigirse hacia el gigante agachado y desnudo del pie de la pintura, que avanzaba lastimeramente a cuatro patas por un túnel angosto, sombrío, con la cabeza cediendo ante el peso de una corona dorada. Aunque solo fuera por la carátula de Atomic Rooster que se le vino a la mente, Mick fue capaz de identificar a la figura como el Nabucodonosor penitente de Blake. Sombreadas por la condenación, las facciones del monarca babilonio caído se hallaban reemplazadas, sin embargo, por la fisonomía asimétrica del amigo teatrero de su hermana, a quien Alma solía usar como la pelotita antiestrés de un ejecutivo, como la diana de su interminable efusión de invectivas, cuando el propio Mick estaba enfermo o de vacaciones. La composición constaba de otro elemento más que no pudo atribuir a ningún dibujo específico de Blake: una cruz tallada y tosca que aparecía incrustada en la mampostería derruida del centro del cuadro, justo sobre el monstruo postrado, pero bajo la audiencia comprensiva de los santos góticos superiores. No aparentaba guardar mucha relación con su breve encontronazo con la mortalidad infantil, ni siquiera con los Boroughs, pero lo mismo podía decirse de gran parte de las supuestas obras de arte de aquel espacio expositivo, enormemente restringido y, aun así, descontrolado.

Como los atletas supersticiosos, Mick no deseaba mirar la línea de meta hasta cruzarla, pero al acometer la versión diletante de un giro militar a la derecha, ese que le habían enseñado en la Boy’s Brigade, descubrió para su inmenso alivio que solo restaban tres obstáculos decorativos entre él y la puerta abierta de par en par; es decir, entre él y la libertad. Más aún, el primero de ellos ya lo tenía delante, y era pequeño y simple. Sobre un soporte liviano que bien podía ser papel de mecanografía, y clavado con chinchetas al muro de la guardería como si fuera la obra de un crío

precoz para el día del padre, yacía un dibujo a lápiz, de trazo fluido y expresivo, con una línea errática tan natural como las flores en abril. Alma ni se había molestado en ponerle título en un rótulo aparte, porque el garabato de color clorofila que la identificaba como *Los alegres fumadores* aparecía escrito en la esquina superior izquierda de la propia lámina. Se trataba de una reproducción alargada y esquemática de la iglesia de San Pedro; en concreto, del pórtico frontal del edificio solitario, con su piedra melosa y el costillar de madera negra de su tejado, y con espigas de trigo brotando de entre las losas exteriores de su entrada abierta. En un recoveco penumbroso había una figura recostada y dormitando, con las suelas de sus zapatillas orientadas hacia el espectador y sin que sus otras características —complexión, edad, género o etnia— resultasen aparentes bajo las arrugas y ondulaciones evasivas del saco de dormir cerrado que las ocultaba. Unas tracerías de grafito plateado se desenroscaban con hermosura para gotear por los contornos acolchados y por la forma inmóvil que se insinuaba debajo, como si vagaran para explorar la topografía intrincada de cada pliegue henchido. Cuanto más estudiaba aquella composición engañosamente sobria, más se replanteaba la primera impresión de hallarse ante el estudio de un vagabundo que solo estuviera durmiendo. El saco, alzado hasta tapar el rostro, le confería a la imagen un cariz mortuorio que no podía ignorar. En la quietud amortajada del sueño o el deceso, la silueta tendida habitaba la frontera dudosa y ambigua entre ambos estados, muy similar a la del físico aquel que podía haber gaseado o no a su gato. La única conclusión que sacó en claro fue la de que la escena, en flagrante contradicción con su título, distaba mucho de ser alegre, y además no contenía a nadie fumando.

Avanzó hacia el norte una vez más para arribar al siguiente cuadro, con su pulso acelerándose al tomar conciencia de que se trataba del penúltimo. Resplandeciente y espacioso allí donde su predecesor era precario y discreto, lo que tenía delante era un óleo de

formato cuadrado, identificado por la etiqueta contigua como *Id ahora a ver a esa maldita mujer*. Lo que a primera vista parecía una abstracción exasperantemente regular o incluso geométrica, una recreación de Milton Keynes perpetrada por un Mondrian desesperado, se disolvía más de cerca en la reproducción intrincada de un juego de mesa similar al serpientes y escaleras, en un tablero genérico con una cuadrícula profusamente ilustrada donde cada escaque exhibía el distintivo de un número decorado o una miniatura iconográfica. Algo sobresaltado, se dio cuenta de que la temática del juego parecían ser las lujosas desgracias de Diana Spencer, su vía crucis familiar por los tabloides —el sol transparentando sus piernas a través de una falda fina, el posado en la puerta con Carlos, la mirada tímida a Martin Bashir, o su última sonrisa pública ante las puertas traseras del Ritz parisino— reducido a sellos postales de gran tamaño. El diseño del pasatiempo y sus espacios numerados imbuían aquellos momentos puntuales de una inquietante sensación de implacabilidad, de una progresión lineal embalada hacia un resultado predeterminado. Con independencia de la tirada de los dados, la llegada a la casilla final era obvia tarde o temprano, y lo era desde el principio del juego o, de hecho, desde la apertura de su caja retractilada el día de Navidad. Lo que más lo perturbaba era la improbable asociación entre Diana Spencer y los juegos de mesa, justo la que había alumbrado la noche antes durante sus cavilaciones insomnes. Sin duda alguna, no era más que una coincidencia, y tampoco una demasiado memorable, ahora que lo pensaba. Al fin y al cabo, la idea de que la vida de la rubia de Althorp constituyera una versión fatalista y malsana del *Cluedo* no era tan original. Pese a ello, el tema lo tuvo obsesionado durante unos minutos.

Comenzó a moverse con sigilo hacia el escabroso impedimento final que se interponía entre él y la puerta abierta de la guardería. En su fuero interno, jugaba con la idea de que los asistentes a la inauguración, él incluido, eran una hosca población de reclusos culturales que

vagaban por el patio de ejercicios, todos preguntándose si sus novias y esposas seguirían esperándolos allí fuera después de tanto tiempo. Tentando a la suerte, pasó desapercibido ante las torres de ametralladoras que había emplazado imaginariamente en las esquinas de la sala, pero, al aventurar unos pasos hacia la entrada despejada de la prisión, ahogó un grito genuino al sentir la mano inflexible de su carcelera aferrándose a su hombro desde atrás.

—¡Eh, Warry! ¿Tienes el mechero por ahí?

Mick se volvió para encarar el fulgor apagado de los ojos de su hermana mayor, que eran los de un basilisco mohíno e indiferente que ya ni se molestara en convertir a la gente en otra cosa que no fuera un revestimiento de piedra. Además de apática, Alma parecía demasiado distraída como para insultarlo, lo cual era muy preocupante. De hecho, al mentar así «el mechero», aparentaba haber reclasificado el objeto como una propiedad mutua y no exclusivamente suya, y eso en sí mismo sugería un ablandamiento de su política. ¿Estaría enferma? Rebuscó en el bolsillo del vaquero en pos del artefacto requerido. Al entregárselo, se sintió en la obligación de preguntar.

—¿Va todo bien, Warry? No pareces tú misma. Suenas hasta razonable.

Cogió el mechero sin darle las gracias, algo que al menos era más de su estilo, y sacudió el jardín colgante de su cabeza en dirección a la mesa con la maqueta de los Boroughs, semejante a los célebres roedores del distrito en el hecho de que uno nunca era capaz de caminar más de un par de metros sin volver a encontrársela.

—Es por eso. Siento que le falta algo, que no expresa lo que pretendo. Parece un «Oh, mirad los Boroughs, qué sitio tan encantador, cuánta historia, cuánto carácter». Los libros de fotos locales en los que me he basado ya transmiten eso, ¿no? Esto exige otra cosa. Por cierto, gracias por el mechero. Te lo devuelvo en cuanto termine con él.

Ahí estaba otra vez esa extraña educación cortés. Alma

se alejó, en principio, para levantar el ánimo y hallar la solución a su dilema a base de maría. Mick, por su parte, cogió aliento y se preparó para centrar su atención en la pieza número treinta y cinco, la última de la exposición, identificada por su etiqueta de papel rasgado como *Collar insigne*. De formato alargado, y de nuevo en gouache, se trataba del retrato a cuerpo completo de una sola figura sobre un campo dominado por un verde magnífico y torrencial, aunque los detalles de la pintura se agolpaban de tal modo que colmaban su campo visual y le impedían contemplarla en su totalidad. El fondo monocromático, con esa explosión de ortiga, lima y peridoto, ya era abrumador de por sí, un caldo experimental con regusto a parque de atracciones infantil, prado adolescente y musgo cementerial. El sujeto retratado, que alzaba las manos en señal de saludo o bendición, lucía un aire consistorial conferido tanto por el título de la obra como por el medallón homónimo que llevaba alrededor del cuello. Visto de cerca, el disco plomizo se diría la tapadera de una cacerola, y la cadena que la sustentaba parecía haber visto mejores días colgando de la cisterna de un retrete. La acumulación de referencias en las piezas previas lo había superado por completo, como si Melvyn Bragg[95] le hubiera pasado por lo alto con un tanque, pero allí, al fin, podía pillar una; una que sí entendía. Sabía que la tapa abollada era una alusión a la antigua costumbre de los Boroughs de nombrar a alguien de mala fama como alcalde del barrio, una sátira mordaz que se representaba en el *Gilhalda* del Mayorhold, que era el ayuntamiento original de la ciudad, para hacer mofa de unas decisiones de gobierno de las que, para entonces, los habitantes del Northampton primigenio se hallaban excluidos. Sin embargo, la naturaleza autocrítica del talismán de hojalata se veía socavada por la vestimenta suntuosa que envolvía al sujeto central, ornada con mayor pompa que la de cualquier dignatario civil del mundo real. El borde del dobladillo presentaba un motivo pavimentado de losas meticulosas, todas gastadas y agrietadas, con una hierba color jade brotando de las

junturas, mientras que más arriba, sobre la gorguera…

Era él.

La persona retratada en el cuadro era Mick. Su rostro, perfectamente captado, era idéntico hasta en el brillo difuminado de los reflejos en las entradas del pelo, aunque, tras unos segundos de escrutinio, descubrió que aquella verosimilitud tan ingeniosa era, en realidad, resultado de que la pintura aún estuviera húmeda. Dicho esto, la efigie era inconfundible y, a decir verdad, atípicamente halagadora. De la sinceridad de los ojos azules a la sonrisa encantadora, Alma lo había hecho parecer bastante atractivo, sobre todo en comparación con sus otras apariciones a lo largo de la muestra, ya fuera como crío bobalicón o como paciente del ala de quemados con la cara más erosionada que la de la gran esfinge. Si hubiera sabido antes que toda la exposición guiaba hasta allí, no habría pasado por las obras anteriores ni la mitad de huraño y malhumorado. Por ende, ahora se sentía culpable e incómodo, lo cual, conociendo a su hermana, era sin duda el efecto que ella buscaba. De lo contrario, le habría dicho algo al acercarse tan campante a gorronearle el mechero hacía unos minutos, cuando él se encontraba justo al lado del cuadro que lo mitificaba, ese que la absolvía de todas sus crueldades precedentes. Puesto que encaraba el muro oeste del jardín de infancia, que era el único con ventanas, su mirada sorteó *Collar insigne* para intentar atisbarla a través del cristal sucio, paseando y fumando, dejando aún más huellas en la franja de hierba parcheada de allí fuera, pero no la vio por ningún lado. Lo primero que pensó fue que la angustia por todos los fallos que le atribuía a su maqueta de los Boroughs debía haberla llevado a tener una crisis nerviosa y a fugarse: una muerte simulada, un cambio de aspecto, una cojera fingida, un billete para salir de la ciudad. Nadie volvería a ver jamás a Alma Warren, modelista fracasada. Estaba a punto de dar por válida la hipótesis cuando discurrió que, al menos, convenía echarle una rápida ojeada a la galería de detrás antes de molestarse en alertar a la prensa.

Resultó que su hermana no había conseguido llegar ni a la puerta de la guardería sin que su público adorador o reprobatorio la abordase por el camino. De hecho, estaba más lejos de la salida que el propio Mick, apoyada en el margen oriental de la mesa para juzgar su trabajo con el ceño fruncido de un Jehová contrariado, aunque era uno que había trocado su barba por un pintalabios, claro, cada uno a su estilo, en el libro de los gustos no había nada escrito. Lo más pasmoso era que la acompañaban las dos ancianas que había entrevisto antes, las que llevaban toda la tarde asomando aquí y allá. La flanqueaban mientras se cernía sobre el barrio de papel maché, encorvada como una escombrera monstruosa con más escoria de lo habitual, lista para engullir aquellos Boroughs miniaturizados en una avalancha devastadora de pelusa turquesa y amargura. Las viejas, con una telaraña de arrugas y la piel reseca como el barro de un embalse, parecían inclinarse por turnos para murmurar sus opiniones a ambos lados de la artista absorta y adusta, aunque Mick sospechaba que los consejos de la mujer que estuviera susurrándole al oído sordo caerían en saco roto. Alma, cuyos ojos fatídicos permanecían inmóviles, clavados en las calles asutiladas de su mundo reconstruido, no miraba en ningún momento a las carcamales que le hablaban de aquella manera tan aparentemente alentadora, pero acogía sus comentarios con asentimientos graves. Por tanto, no solo se daba la increíble circunstancia de que estuviera considerando los veredictos de otra persona con respecto a su trabajo, sino que encima aparentaba concordar. Era evidente que el dúo estaba encantado con cada minuto de su audiencia con la artesana, que se mostraba moderada y atípicamente dócil. Desde lo más hondo de sus cuencas de papiro marchito, sus pupilas refulgían y centelleaban cual tachuelas sobre adoquines, y sus testas mustias de cuervas educadas picoteaban sus cuchicheos una y otra vez en su particular hígado de Prometeo. Aunque el runrún de la galería le impedía captar lo que le decían a su hermana, él interpretó que debían ser palabras de ánimo, un discurso enardecedor que la urgiera

a aferrarse a su visión y a llevarla más allá, a profundizar en ella. O algo así, en cualquier caso. Con sus dedos puntiagudos y crustáceos, las viejecillas señalaban la maqueta de la mesa, y la que le susurraba a Alma al oído derecho, que era el sordo, no paraba de articular una voz de dos sílabas compatible con «venga» o «sigue». Su hermana asentía como si estuviera recibiendo un consejo irrefutable, como si la orientación profesional de dos cacatúas con pinta de chifladas de cuya existencia ni siquiera era consciente hacía noventa minutos fuera algo a tener en cuenta. Tan lejos de comprenderla como cuando ella le disparó con su cerbatana a los siete años, Mick volvió a centrarse en el análisis de *Collar insigne*.

Superada la conmoción de darse cuenta de que constituía el tema principal de la última pieza expuesta, fue capaz de concentrarse en los aditamentos de la pintura, con especial mención a la espléndida túnica con la que Alma había decidido engalanar a la figura central. Los pliegues colgantes del terciopelo tupido estaban bordados con un hilo de oro exquisito, con una red de finas grietas doradas que, vistas de cerca sobre la superficie de la imagen, se disolvían en un serpenteante mapa del tesoro de la tierra que había visto nacer a Mick. No podía recordar el nombre que tenían, pero era uno de esos planos con elementos tridimensionales sobresalientes. Desde su perspectiva aérea, distinguía los trazados de St. Andrew’s Road, Freeschool Street, Spring Lane y Scarletwell Street como plisados acentuados en paralelo, y la iglesia de Doddridge como un adorno al bies cuyo enterramiento se comprimía al agolparse en las costuras. En los edificios elevados de aquella cartografía evanescente, en las proyecciones de aquella pieza final artificiosa, en cierto modo similar al problemático modelo de los Boroughs, notó que Alma había reproducido a escala todas las obras de la exposición. Observó el conjunto, escudriñó su virtuosismo y vio que su efigie ennoblecida lucía unas minúsculas conchas de caracol adheridas a modo de gemelos, unas espirales moteadas que cerraban ambos puños. Se hallaba ensimismado con

aquellos ornatos calcáreos, tratando de determinar si seguirían albergando a sus residentes moluscos, cuando oyó las distintivas cadencias californianas de Melinda Gebbie, la amiga de su hermana, alzándose sobre el susurro de fondo, y entonces todo se fue al garete.

—Alma, maldita imbécil, ¡ni se te ocurra!

Solo por ociosa curiosidad, se dio la vuelta, y ahí fue cuando se enfrentó a la única imagen de la muestra que se llevaría consigo para siempre, al único retablo genuinamente inolvidable. Con una expresión neutra que podía ser de inocencia o de culpa insensible, de santa o de asesina en serie, su hermana se inclinó sobre Marefair y St. Mary's Street, rebasó Castle Street y St. Peter's House, y llegó a Bath Street. Agazapadas a su espalda, las ancianas se abrazaron la una a la otra e improvisaron un bailecito torpe y saltarín. Los ojos enormes de Lucy Lisowiec se aprestaron a salir disparados por la sala, acompañados por la sirena de un aullido creciente.

—¡Almaaaaaaa!

Alma produjo una lengua amarilla y azul presionando la rosca del mechero de Mick, y entonces dejó que su ondulación saboreara el guano simulado que cubría el borde de su Destructor en miniatura. Evidentemente, no se quedó ahí. Con pasmosa rapidez, unos flecos añiles y goteantes se derramaron desde la torre carbonizada para incendiarla hasta su base, y eso arrojó una auténtica humareda de partículas acres hacia los detectores instalados en el techo. Construida con materiales diseñados para quemarse, la maqueta ardió con una velocidad inusitada, y la aprensión que iluminó el rostro de su hermana pareció indicar que ni siquiera ella se esperaba el ritmo terrible de la calamidad que acababa de desatar sobre su ciudad de juguete.

La aulaga de una conflagración rampante envolvió Bristol Street y alrededores, y tanto el monísimo carro de la fiebre como la yegua de un centímetro de alto que lo remolcaba hacia la boca de Fort Street se tostaron en tizones rizados y desaparecieron al instante. El reflujo

pirómano abrasó la garganta angosta de Chalk Lane y vomitó una bilis desmadrada y aniquiladora por Marefair, y el sombrero brujesco de la torre anacrónica de Black Lion Hill se encogió en la hoguera, retorcido e impenitente entre chales de oro al viento. Los afluentes infernales manaron por la extinta Bearward Street para inundar el Mayorhold con los vapores combustibles, y los trampantojos de las ventanas de la confitería se esfumaron en el fulgor ante la translucidez titilante que trepaba por el atajo a cúter de Bullhead Lane a Sheep Street, donde la ignición cundió como una encefalopatía entre el rebaño de papel. Unos diablos de color naranja cálido bailaron sobre la iglesia de los cruzados, deshaciendo su aguja en chispas y asolando la redondez de sus muros gruesos en una boca aullante, roja cual hierro de marcar, un toro llameante, un anillo en el meñique de un ángel apocalíptico. Cauterizadora y deslumbrante, su misericordia acarició el vecindario herido. En Marefair, el catre de Cromwell en la Casa Hazelrigg se inmoló en la yesca milenaria, entre cráneos rasurados en los que habría podido prenderse una cerilla y penachos de caballería que humearon en las cornisas diminutas. Desde el tocón calcinado de la chimenea de Bath Street, unos bucles virulentos se diseminaron por el circo de pulgas urbano en aros de zafiro dilatados, como si una estrella fugaz hubiera caído sobre un tanque de gasolina. La incineración danzó por Broad Street y Bellbarn hasta fulminar los fuertes del Ejército de Salvación con un destello, todo sin dejar incólume ni un solo poste de barbero. La colada de papelillos Rizla onduló cual alas de fénix en el patio central de los pisos Greyfriars, que quedó encharcado por una llovizna de llamas, y a lo largo del crepitar de las terrazas, seis docenas de pubs llamaron a una última ronda antes de someterse a la más severa de las abstinencias. En un alarde de sentimentalismo que lo llevó a seguir la trayectoria de su predecesor durante la Restauración, aquel fuego de San Telmo flirteó con los confines superiores de los bloques de St. Katherine y saltó por la minuciosidad de las antenas de televisión de Mary's Street como una emisión en horario de

máxima audiencia, un Niágara martirizador que luego se derramó por Horsemarket arrastrando un velo nupcial de humo asfixiante. El bordado crematorio se contorsionó brevemente en los arquitrabes de San Pedro. Aquel holocausto mínimo consiguió en meros segundos el derribo que al consejo municipal le llevó casi un siglo deliberar, y al hacerlo, cubrió la historia de sus adoquines con el rocío de su girándula, esta vez sin ningún viento del oeste que salvara la zona para que solo las guanterías y sombrererías de Mercer's Row y su entorno lograran la regeneración. El tramo corto de viviendas que se extendía por St. Andrew's Road entre Scarletwell Street y Spring Lane se convirtió en el cuadro ceniciento de un Rothko poco inspirado, pues una casualidad térmica salvó de chiripa el *Monopoly* edificatorio del extremo sur de la hilera. Los clubs de caballeros, las corredurías de apuestas, los servicios públicos consagrados al escarceo homosexual y los antros de esquina quedaron atrapados en un flujo piroclástico que manó desde Regent Square hacia el pie de Grafton Street, y la escuela de danza de Marjorie Pitt-Draffen, sede de la exposición de Alma, emitió una ensortijada humareda blanca por su entrada abierta, reflejo microcósmico del edificio en el que estaba basada y situada. Punzante al olfato y la vista, aquello, al menos, suscitó el lagrimeo que las demoliciones graduales de hacía varias décadas ni siquiera hicieron aflorar. La versión facsímil de su querido vecindario quedó arrasada sobre la mesa por una tormenta de fuego a cámara rápida, con la estridencia reiterada de unos detectores de humo ya del todo enloquecidos como única marcha fúnebre.

Bastaron unos minutos para que la rosa del desastre floreciera y se marchitara a toda velocidad, con la guardería sumida en una opacidad arremolinada en la que todo el mundo tosía, maldecía, reía y trastabillaba de camino a la salida. En la tierra de nadie entre su nariz y su garganta, Mick notó el regusto amargo del papel quemado, y tuvo que precipitarse a ciegas hacia el aire fresco y la libertad. De camino, se chocó con las patas traseras de un pitbull envuelto en niebla que resultó ser ese viejo ratero de

Ted Tripp guiando a su novia Jan desde la retaguardia, ambos más entretenidos que traumatizados. A la derecha de la puerta, el carpintero albino del primer cuadro oteaba por encima del hombro la estampida de aquella muchedumbre airada, mientras que, a la izquierda, la versión señorial de Mick, con sus ropajes consistoriales y sus brazos alzados, parecía encogerse de hombros en ademán de descargo: «A mí no me miréis, la culpa es de ella». Con una estela de ribetes sofocantes, salió a la franja de hierba medio calva del exterior, cuyos mechones verdes se apelmazaban laciamente sobre un cuero cabelludo fangoso. Al restregarse las palmas contra sus ojos llorosos, se tiznó las mejillas con una especie de emulsión irritante, pero al final pudo recuperar la vista.

La entrada del jardín de infancia seguía eructando tufo y gente hacia una tarde por lo demás agradable. Los porteadores de aspecto asesino se confirmaban unos a otros que estaban bien, los anarquistas asmáticos se sentaban a resollar en la cúspide de Phoenix Street, y Roman Tompson hizo lo que pudo por mostrarse complaciente cuando su novio le dijo que no, que aquello no tenía ninguna gracia. En su retirada táctica hacia el Golden Lion de Castle Street, Melinda Gebbie iba ayudando a una aturdida Lucy Lisowiec a inventarse una tapadera que les endilgase aquel marrón a algunos borrachos callejeros inidentificables, aunque la segunda tenía la típica pinta de pasmada boquiabierta que tan habitual resultaba entre los asociados de su hermana. A su espalda, Dave Daniels preguntó a voz en grito si alguien veía a Alma, y estaba a punto de conjeturar que bien podía haber diseñado la exposición como la pira de un funeral vikingo cuando allá que atisbó a la artista despelucada, surgiendo del portal humeante como en un especial de Halloween de *Lluvia de estrellas*.

Su mirada era una colisión de partículas, una descomposición de materia oscura cuya trayectoria descendía hacia la barbilla desde unos lagrimales acuosos, y en el mar de los Sargazos que era su pelo se posaban unas mariposas grandes y pálidas de ceniza asentada. Unos

agujeros horrendos y chamuscados perforaban su flamante jersey turquesa, aunque Mick calculaba que, tras una semana de uso normal, habría acabado con aquel mismo aspecto por los estragos del hachís meteórico vertido por Alma. Sus labios emborronados de bermellón se contrajeron en un rictus escalofriante y turbador, y cuando levantó sus palmas tiznadas y ampolladas ante aquel público desconcertado, lo hizo como si pretendiera rendirse.

—No pasa nada. Ya lo he apagado. Les compraré otra mesa. O dos, si hace falta, ¿de acuerdo?

Su hermana se comportaba como Werner von Braun tratando de apaciguar al alto mando nazi después de que un V2 hubiera estallado en plena plataforma de lanzamiento, la misma sonrisa nerviosa, los mismos gestos contritos, como si le estuviera limpiando a Goering los restos de la explosión de sus cejas socarradas. Al palmotearse su propio trasero allí donde un pequeño foco turquesa se había reavivado, Mick pensó que nunca le había parecido tan catastróficamente desquiciada como en aquel momento. Casi se sintió… bueno, no habría dicho que orgulloso, pero sí menos avergonzado. Entonces se acordó de las dos ancianas que tenía a su espalda cuando decidió pulsar el botón nuclear, porque definitivamente no se hallaban entre el corrillo de supervivientes enfisematosos de aquel arcén pelado. Ay, joder. Al final había acabado llevándose a alguien por delante, y cuando los periodistas acosaran a sus amigos y familiares, nadie podría fingir sorpresa o atestiguar su sosiego y su cordura. Mientras se apresuraba hacia ella, lo único que le sorprendió fue que hubiera conseguido arreglárselas para contenerse durante tantísimo tiempo.

—Warry, joder, ¿dónde están las dos ancianas? ¿Las señoras que tenías detrás?

Alma torció la cabeza en su dirección con una calma absoluta, como si fuera un Turco mecánico ansioso por convencer a los espectadores de que no había ningún gran maestro enano agazapado en su barriga.[96] Enfocó a Mick con ojos ligeramente conmocionados, dos luces de

emergencia ópticas que parpadearon con estulticia en mitad de un emplasto de kohl cual pareja reproductora de medusas furtivas. Lo miró como si le costara identificarlo después de haberlas pasado canutas para reconocerse a sí misma. Sus pestañas lastradas parpadearon varias veces más sin propósito aparente, y entonces, con el retardo de un transbordador espacial, se decidió a hablar.

—¿Qué?

Mick la agarró por los hombros y la zarandeó.

—¡Las dos señoras mayores! Han estado aquí toda la tarde. Estaban detrás de ti cuando has hecho el sacrificio ese, o lo que quiera que estuvieras pensando. No están aquí fuera, y como todavía estén allí debajo de la mesa, con todo ese humo, yo…

Dejó la frase en el aire. Alma miró fijamente su mano atenazada como si no estuviera segura de lo que era, y mucho menos de lo que hacía sobre su bíceps. Él optó por retirarla ahora que aún conservaba todos los dedos.

—Perdona.

Ella frunció el ceño con aire socarrón, y Mick notó que las tornas cambiaron de repente: él adoptó el papel de balbuceante incapacitado psiquiátrico y su hermana asumió, como por arte de magia, la actitud de una médica preocupada.

—Warry, aparte de mí, la única otra señora que había en la exposición era la madre de Bert, y si no se hubiera ido ya a casa, jamás se me habría ocurrido prender la mecha. No soy una psicópata deseosa de exterminar ancianos ni nada parecido. No soy Martin Amis.[97] Si no me crees, echa un vistazo tú mismo.

Sus ojos se clavaron en la puerta de la guardería, aún humeante. Por el tono de Alma, supo con absoluta certeza que, si le daba por indagar allí dentro, el resultado sería justo el que ella había dicho. No habría ninguna jubilada medio asfixiada, ningún cuerpo desmayado trágicamente, nada que no fuera aquel Dresde caótico y fulgurante, una manta de volutas a la deriva alzándose desde unas brasas retorcidas. Aquellas dos mujeres habían estado allí

definitivamente, pero ahora, definitivamente, no estaban, y al tratar de imaginárselas sintió en las cervicales la misma punzada de congoja que notó al hablar con la madre de Bert Regan, un escalofrío insólito en el vello recortado de la nuca. Pensando que más le valía abandonar aquella línea de investigación, se volvió de nuevo hacia su hermana y se encontró de frente con su mirada.

—No, si es que… nada. Está bien, Warry. Confío en tu palabra. Debo haberme confundido. Tú sabías que este lugar tenía muy buena conexión con la estación de bomberos, ¿verdad? ¿Querías estar aquí cuando llegaran los camiones o qué? ¿Para eso lo has hecho? ¿Para ver un desfile de sirenas y uniformes?

Ella lo contempló con un asombro genuino.

—Ay, mierda. Ni lo había pensado. Venga, anda. Vámonos a otro sitio para que pueda reflexionar sobre lo que he hecho y arrepentirme debidamente.

Lo agarró del codo y empezó a arrastrarlo por Phoenix Street hacia Chalk Lane, pero, a medio camino, se volvió para dirigirse a los refugiados medio ahogados que seguían apiñados sobre el delantal de hierba apolillado de la guardería.

—Que nadie se preocupe. Devolveremos el precio de las entradas.

Dean, el novio de Roman Tompson, habló como ante un *impasse* filosófico.

—Pero si no había que pagar entrada.

Alma ponderó la observación mientras remolcaba a su hermano a todo lo largo del muro occidental de la iglesia de Doddridge.

—Ah, bueno. Entonces no hay problema. Os llamo a todos la semana que viene.

Dicho eso, los Warren se alejaron de la potencial escena del crimen acentuando su parsimonia, sin duda en un esfuerzo por no parecer dos culpables a la fuga. Mientras se arrastraban por la acera desnivelada alrededor del templo de tonalidad bronce hogaza, escudriñaron el portón aislado situado a media altura sobre aquella pared de

piedra calada por la lluvia, con su bigote de hierba y flores a lo largo del alfeizar, antes de mirarse el uno al otro sin decir ni mu. Desde la hilera truncada de fachadas desconchadas del otro lado, agazapada bajo la pérgola elevada de los antiguos terrenos del castillo, llegaba una canción amortiguada que era vetusta y veraniega, intermitente al oído por los cambios constantes en la longitud de onda de la brisa. Quizá fuera *Don't Walk Away, René*. Testeando unas ramas recargadas de rosa que más parecían damas de honor gitanas, los mirlos del barrio, con sus ínfulas *schubertianas*, lanzaban composiciones fugaces hacia los pentagramas grises que seguían trazándose desde la guardería, y el azul cielo desvaído de un Volkswagen que pasó traqueteando por la curva de Mary's Street creó por un breve instante un contraste cautivador con las lindes de color tofe del enterramiento. Alma y Mick doblaron la esquina en la estela del vehículo ronroneante, remontaron el asequible tramo de escalones y, sin necesidad de hablar, acordaron aparcar sus avejentadas posaderas sobre el remate de losetas del murete sur de la capilla.

Pese al berreo persistente y perturbador de los detectores de humo, que ahora quedaban al otro lado de la iglesia y eran, por tanto, más fáciles de ignorar, el arrullo de la tarde resultaba encantador. Mick extrajo un cigarrillo de su paquete diezmado y Alma le pasó el mechero sin inmutarse. Al parecer, su trabajo estaba hecho. Tras unos segundos, incitada por el perfume a barra de bar de las exhalaciones de su hermano, decidió sacarse el último porro de picadura onírica que le quedaba y le pidió fuego, para lo cual se inclinó y se apartó los bucles como si fueran enaguas frente a una chimenea. Aspiraron sus neurotoxinas en un silencio amigable durante un buen rato, hasta que el enmudecido hermano menor creyó que tenía algo que decir.

—Esas obras tuyas que hemos visto, Warry, estaban llenas de detalles que no recuerdo haberte contado. Creo que te has tomado alguna licencia creativa aquí y allá.

Alma sonrió con un fulgor leve que trascendió el del

reactor nuclear agrietado que exhibía habitualmente, y entonces arrugó la nariz en un gesto de autocrítica.

—Sí, lo sé. Me inventé la mayor parte, pero tampoco creo que importe mucho quién alucinó qué mientras la historia real resida ahí en alguna parte. Además, nadie se va a enterar jamás de que no es exactamente lo que me contaste. Si lo destaparas tú, sería tu palabra contra la mía, y yo soy una celebridad interestelar.

Mick se rio por lo bajini arrojando frondas vaporosas de chinería ensortijada.

—¿Y qué vas a lograr con todo este sinsentido fantástico, Warry? ¿Has salvado los Boroughs de algún modo ignoto, como me dijiste que ibas a hacer? ¿Van a reconstruirlo tal y como era en nuestra niñez, evitando añadir más Destructores?

Sin dejar de sonreír, aunque ahora con una expresión más melancólica, ella negó con la cabeza sacudiendo el dosel de sauce llorón que tenía por cabello.

—No soy una ilusa, Warry. Supongo que los Boroughs seguirán marginados hasta que a alguien se le ocurra algún plan a medio cocer que crean que puede dar cierto beneficio, y luego arrasarán la zona, lo repavimentarán todo y solo dejarán los nombres de las calles. En cuanto a incineradores y destructores, apuesto a que los distribuirán por todo el país. Es la forma más barata y sucia de hacer las cosas, no molesta a nadie que vote o importe, y además… ¿por qué contravenir las políticas transversales que Westminster lleva años implementando? Empezaron a desmantelar este lugar justo después de la Primera Guerra Mundial, muy probablemente a causa de la revolución rusa, que fue cuando se dieron cuenta de que tener a todos los obreros descontentos del país en el mismo sitio era una mala idea. No van a parar ahora.

Como solía ocurrirle cada vez que se colocaba, el porro se le apagó por desidia y abandono. Anticipándose a sus requerimientos, Mick se sacó el mechero del bolsillo y dejó que le insuflara a la punta extinguida de su habano de hachís una nueva vida inflamada de rubí, y tras eso,

reanudó su diatriba.

—Y aunque lo reconstruyeran umbral a umbral, eso sería un horror. Sería hacer con los edificios lo mismo que hacían con la gente en *La invasión de los ladrones de cuerpos*. Solo lo convertirían en una suerte de parque temático hueco. A menos que restaures su esencia, que recuperes su vida y su atmósfera hasta dejarlas intactas, no vale la pena molestarse. Sí que he salvado los Boroughs, Warry, pero no como uno podría salvar las ballenas o la sanidad pública, sino como uno salvaría un barco metiéndolo en una botella. Es el único sistema que funciona. Antes o después, la gente y los lugares que amamos se habrán ido, y la única forma de mantenerlos a salvo será el arte. Para eso sirve el arte. Su función es rescatarnos del tiempo.

En el cielo de mayo que dominaba Marefair y San Pedro, el manjar blanco de los cúmulos adoptó la forma de un conejo dormido, recién servido para una fiesta infantil estratosférica. El viento susurró desde Far Cotton, y Mick sintió que la piel de la brisa rozaba la suya al deslizarse cortésmente a su alrededor para continuar su viaje hacia el norte. Al pensar en las palabras de su hermana, en esa imposibilidad de rescatar o remediar las causas perdidas del barrio con algo que no fueran las artes y las letras, se acordó del poema de Ben Perrit, que seguía arrugado en su bolsillo. Tras inclinarse hacia atrás en un ángulo precario que le permitiera colar la mano por la ceñida franja de lino y repescarlo, se lo entregó a Alma, que lo examinó suavizando su ceño beligerante antes de volver a doblarlo para que cupiera en algún compartimento de los limpiapipas que llevaba por vaqueros. Seguidamente, alzó la vista hacia Mick.

—Bendito sea ese pobre diablo ebrio y desgraciado, porque escribe unos poemas fabulosos. Sí, todos ellos versan sobre alguna pérdida que no puede superar, pero, si pudiera, no tendría necesidad de escribir. Ni de beber. A veces creo que esa pérdida es lo único que lo propulsa, y que nunca ama tanto las cosas como cuando se han malogrado. Espero que le vaya bien. Espero que a todos les

vaya bien.

Hizo un alto para darle al canuto otra intensa calada y evitar así que volviera a apagarse. La nube conejil se había dividido en dos hámsteres sobre Pike Lane, y Mick aprovechó la pausa para aventurar una mirada de reojo a su hermana mayor.

—¿En qué se diferencia la incapacidad de Ben para superar su pérdida de cómo gestionas tú la tuya?

Alma echó la cabeza atrás y liberó un fino genio de color beis hacia la cúpula azur que los sobrevolaba.

—Porque lo que yo he creado, Warry, es una gloriosa mitología de la pérdida. Lo de ahí atrás es un testamento antiquísimo, un panteón compuesto por vagabundos y críos con liendres. He exprimido los ladrillos hasta que han sangrado milagros y he llenado las grietas con leyendas, eso es lo que he hecho. Yo…

Al enmudecer, una noche de fuegos artificiales colmada de asombros y deleites estalló en su rostro.

—¿Te he contado ya lo que me ha dicho Rome Tompson? ¿Lo del molino?

En la mirada en blanco de Mick obtuvo su única respuesta, y también el acicate necesario para disertar con entusiasmo.

—Es el gasómetro de Tanner Street, detrás de donde solía vivir la abuela. Según me ha dicho Rome, en el siglo XII era un molino de grano conocido como «el molino de las maravillas». Si bajas por la ribera del río, en el puente, junto a todas las latas de cerveza, las jeringuillas y los bolsos rajados, verás unas viejas piedras a los lados que son las que conformaban el caz de la noria. En el siglo XIII, el molino se lo apropiaron los monjes del priorato de San Andrés, que gestionaban el otro molino de la urbe y que deseaban controlar los dos. Mucho después, en el siglo XVI, cuando Enrique VIII disolvió los monasterios, la propiedad del molino revirtió a los vecinos de la ciudad. Pasaron dos siglos sin que hubiera noticias, pero entonces, en el siglo XVIII…

Paró para dar una bocanada que no fue de aire, sino de

maría.

—…concretamente en 1741, se creó un consorcio de empresarios. Entre ellos estaba el Dr. Johnson,[98] lo cual corrobora mi teoría de que, de Bunyan a Lucia Joyce, todo esto tiene que ver con el desarrollo del inglés como lengua visionaria. Sea como fuere, compraron el lugar y transformaron el molino de grano en uno de algodón.

Mick no sabía a dónde quería ir a parar su hermana, y menos aún qué pintaba allí el descubridor del talco para bebés, así que frunció los labios y se limitó a asentir.

—En aquella época, en Birmingham, había molinos de algodón accionados por asnos, pero el de Tanner Street fue el primer molino de algodón hidráulico de la historia. Así que no solo fueron las cruzadas y los Cromwell. La revolución industrial comenzó aquí, en la otra punta de Green Street. Como cabía esperar, los talleres de algodón de la zona cayeron como bolos, algo que ocurriría en el resto del mundo a lo largo del siglo siguiente. El molino tenía tres grandes telares, y todos trabajaban las veinticuatro horas del día sin necesidad de más mano de obra que la de los críos que barrían el suelo y que se ocupaban de desenredar el mecanismo cuando se atascaba.

Mick la escuchaba, pero en parte se distrajo con la forma diminuta y corpulenta que avanzaba trabajosamente hacia ellos por Chalk Lane, provista de una espuma de pelo blanco y rizado sobre una cerveza facial inusualmente pálida, como si fuera esa primera pinta aguada que servían justo después de cambiar el barril. Aquel sujeto sofocado le sonaba de algo, y al final lo identificó como el concejal ese que llevaba una columna en el periódico. Cockie, ¿verdad? Creía haber oído que vivía cerca de Black Lion Hill, lo cual explicaría su presencia en Chalk Lane. Al acercarse, les lanzó a Alma y a su hermano una leve mirada de indignación a través de sus gafas torcidas. Ajena a su presencia, ella continuó con la narración sin hacerle caso alguno.

—Entonces, y atiende bien ahora, porque esto es muy fuerte, entonces llega Adam Smith, el economista. Por la

época, es un chaval en la veintena que viene a ver el molino o que oye hablar de él, con sus telares incansables y sus bobinas girando sin que nadie las accione, como si la fábrica la llevara una cuadrilla de fantasmas. Opina que es una maravilla, y le cuenta a todo el mundo que es como si una mano gigantesca e invisible guiara su frenética actividad mecánica, una suerte de Zeus industrial en vez de los principios básicos de la ingeniería. En una sociedad religiosa, eso es algo que sucede siempre con la ciencia más puntera, un poco como esos fabricantes de agua carbonatada holística que se ponen a contar milongas sobre física cuántica.

Para Mick, la física cuántica y el agua con gas pija eran conceptos igualmente inverosímiles, así que volvió a evadirse observando al gordito, que los rebasó por la derecha como si se dirigiera hacia la tenue humareda de la guardería. Desde detrás de las lentes, unos ojos por lo general desdeñosos observaron a la pareja con cierta suspicacia, sobre todo a Alma, a quien estaba claro que había reconocido como una de las dos personas sentadas en el murete de la iglesia. El tipo pasó embalado, mientras que ella, aún ajena o indiferente a su presencia, prosiguió el relato en tono excitado.

—La cuestión es que Smith, tras alumbrar esa idea tosca de una mano invisible que opera los telares de algodón, decide usarla como la metáfora central de su capitalismo salvaje y de su libre mercado desatado. Los bancos y las financieras no necesitan controles, pues los cinco dedos de un regulador invisible que se parece un poco a Dios ya se aseguran de que los telares del dinero no se atasquen ni se enreden. Es la típica patraña mierdosa del monetarista místico, el vudú económico en el que creía Ronald Reagan, el que aplicó esa burra burguesa de Margaret Tatcher cuando desreguló alegremente la mayor parte de las instituciones financieras. Por eso existen los Boroughs. Por una idea de Adam Smith. Por eso las últimas no sé cuántas putas generaciones de esta familia no tenían ni donde caerse muertas. Por eso toda la gente que

conocemos está sin blanca. Todo está ahí, en la corriente que fluye bajo el puente de Tanner Street. Ese fue el primer molino del diablo, siniestro como él solo.

Un perro ladró en lontananza a su izquierda, cerca de Mary’s Street. Un ladrido, luego tres, y luego nada. No por primera vez desde que se levantase aquella mañana, Mick se sintió envuelto en una atmósfera de extrañeza. Allí pasaba algo, algo de una familiaridad precisa y perturbadora. ¿No había vivido ya aquello? No algo parecido, no, sino la misma y exacta situación, con sus nalgas durmiéndose sobre aquel muro de piedra gélido que lo aguijoneaba a través de la delgadez de sus pantalones. Primero un ladrido, luego tres, y luego nada. ¿No había aludido su hermana a Picasso, o eso era algo que aún estaba por venir? Mientras pugnaba con la confusión del *déjà vu*, tuvo el presentimiento de que Alma se disponía a mentar un balón de cristal.

—En serio, Warry, todo lugar es Jerusalén, todo lugar pisoteado o arrollado. Si Einstein lleva razón, el espacio y el tiempo son una sola cosa, y es como, no sé, como un enorme balón de cristal, uno americano, como los de rugby, con el Big Bang en una punta y el Big Crunch, o como se llame, en la otra. Y los instantes intermedios, los instantes que conforman nuestras vidas, están ahí para siempre. Nada se mueve. Nada cambia. La vida es una película de cine en la que todos los fotogramas yacen fijos en su sitio, inmóviles, hasta que el haz de proyección de nuestra conciencia los reproduce, y entonces, Charlie Chaplin se quita el bombín y se liga a la chica. Cuando la película de nuestra vida llega a su fin, no veo a dónde puede ir nuestra conciencia si no es de vuelta al principio. Todos estamos en una reposición incesante. Todo instante es perpetuo, y si eso es cierto, todo miserable infeliz se cuenta entre los inmortales. Toda zona de derribo es la ciudad eterna y dorada. ¿Sabes qué? Si hubiera repartido estas reflexiones en un programa de mano o un folleto durante la exposición, supongo que la gente habría adivinado más fácilmente de qué iba el asunto, pero, en fin, ya es demasiado tarde. Lo

hecho, hecho está, y queda hecho para siempre, una y otra vez.

El concejal rechoncho vuelve a escena. Ese fue el pensamiento que se le pasó por la cabeza a Mick, para entonces boquiabierto y mareado por la recurrencia, justo antes de que aquel adorno navideño de barba y pelo blancos entrara de nuevo en su campo de visión trastabillando por Chalk Lane. Por su expresión colérica y las briznas neblinosas de papel maché churruscado que sus rizos malolientes iban dejando tras él, era patente que había asistido a la evacuación de la guardería, y que muy probablemente habría entrado allí a ver de primera mano la maqueta calcinada de los Boroughs. De repente, supo lo que vendría a continuación hasta la última sílaba, y también cómo encajaría Pablo Picasso en el asunto. Sería por una anécdota, por una historia de lo más divertida que su hermana le habría contado ya media docena de veces y que situaba a los nazis visitando al artista en su estudio de París durante la ocupación, donde, para su desconcierto, se toparon con el *Guernica*. El concejal enfurruñado iba a decir la misma frase que pronunció uno de los oficiales alemanes en aquella ocasión, y luego Alma se apropiaría descaradamente de la réplica enérgica y memorable del sátiro cubista. Después, el perro volvería a ladrar cuatro veces. Con un escalofrío en la coronilla, Mick se aprestó a dar otra vuelta en aquel tren de la bruja.

Tras aplastar su cigarrillo ilícito contra la loseta en la que estaba sentada, Alma alzó su mirada amarilla y gris a tiempo de percibir por primera vez, con un mínimo interés, al rotundo exregidor. Rayano en la apoplejía, el hombre extendió su brazo izquierdo, señaló con un dedo trémulo el jardín de infancia que quedaba a su espalda, allí donde los detectores de humo seguían ululando, y reprodujo sin saberlo la línea de diálogo que enunció la Gestapo en relación con el *Guernica*.

—¿Lo has hecho tú?

Venía que ni pintada. Con una sonrisa beatífica, su hermana le encasquetó la respuesta plagiada.

—No, lo habéis hecho vosotros.

El viejo líder municipal parpadeó aturdido y fue incapaz de articular respuesta alguna. En vez de eso, se escabulló hacia Marefair como una bola de nieve frenética que no solo no creció al precipitarse cuesta abajo, sino que se fue haciendo más y más pequeña. El arrebato canino vaticinado les llegó desde St. Mary's Street: *guau*, *guau*, *guau*, y luego una breve pausa. *Guau*.

Pese a la precisión estremecedora, Mick se descubrió estallando en carcajadas. De pie a su lado, nunca temerosa de reírse a costa de sus propios chistes robados, Alma imitó su ejemplo. Cuesta arriba y detrás de ellos, justo a tiempo, las sirenas empezaron a acercarse por las calles paralizadas de un paraíso roto.

AGRADECIMIENTOS[99]

¿Por dónde empiezo y por dónde termino?

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mi esposa, la guionista y dibujante Melinda Gebbie, que se ha implicado en este libro casi tanto como yo desde sus inicios. Creo que le propuse matrimonio justo antes de empezar este proyecto, y le he leído casi todos los capítulos en voz alta, quisiera ella o no. La concreción de las herramientas de Ernest Vernall en el primer capítulo y la labor de Alma Warren a lo largo de la novela fueron posibles gracias a sus consejos técnicos, pero, por encima de todo, han sido tanto su fe en que esta obra era importante como su apoyo al respecto durante estos diez años los que me han ayudado a sacar las fuerzas necesarias para completarla. Muchas gracias, querida. Sin ti, dudo mucho que pudiera hacer agradecimientos en libro alguno.

Casi con igual importancia, debo manifestar mi más profunda gratitud a Steve Moore, por más que él ya no esté por aquí para recibirla. Steve llegó a realizar una inestimable primera corrección del primer tercio de *Jerusalén* —incluido un memorable, estiloso y crítico «ugghh» a bolígrafo rojo en uno de los márgenes; por suerte, he olvidado dónde— y aportó su deslumbrante intelecto a todos los debates que conformaron nuestra visión del tiempo; una visión, esta, que más tarde descubrimos que se llamaba «eternalismo», por más que ya lleváramos largo trecho convertidos a tal doctrina. Si la idea central de este libro es correcta (y, dadas las actuales investigaciones del físico Fay Dowker en relación con una hipótesis alternativa, podemos decir, al menos, que es reproducible y refutable), entonces Steve se aproxima ahora a su segundo nacimiento en una frondosa calle sin salida de

Shooters Hill en 1951. Gracias de nuevo por todo, compañero; si las cosas van bien, volveré a toparme contigo dentro de unos diecinueve años en tu línea temporal.

La abrupta decisión de Steve de poner a prueba nuestra teoría en marzo de 2014 (vaya sujeto… le pagas un adelanto para que revise tu descomunal novela, y luego no vuelves a verle el pelo) provocó que tuviera que buscar una selección de editores y correctores que no tuvieran miedo de mí. Entre ellos, la primera a la cabeza fue la poetisa, escritora, editora y comediante Bond, Donna Bond. Donna revisó todo el libro, me reprimió duramente por mi mal uso de la palabra «carenar» —al parecer, es un término que se refiere específicamente a la práctica de escorar un barco para limpiar los percebes de su casco, aunque ¿quién iba a saberlo?— y se las arregló para detectar un par de erratas en ese impenetrable lío que es el capítulo «Al doblar la esquina». Gracias, Donna, por tu meticulosa labor allí donde no tuve la paciencia, la concentración o el conocimiento de la arcana jerga naval necesarios como para efectuarla yo mismo. La segunda revisión de la novela recayó sobre mis amigos escritores John Higgs y Ali Fruish. John dejó caer un par de observaciones, pero lo más inestimable fue darme su clásica y reveladora reacción al libro en su conjunto y escribir una cita que consiguiera que *Jerusalén* sonara como algo apetecible de leer. Ali, entre sus varias estancias en prisión (da cursos a los presos, pero disfruto haciéndolo parecer un vagabundo asesino), no solo me proporcionó útiles indicaciones en relación a la cultura del *crack*, sino que, a lo largo de todo el proceso de escritura del libro, fue desenterrando datos que resultaron cruciales para la novela: me avisó de la procedencia local de James Hervey y me aportó las claves finales necesarias de Gas Street, cuyo origen se halla en el capitalismo de libre mercado de la Revolución Industrial. Quedo, pues, en gran deuda con tales eruditos y habilidosos caballeros.

De igual manera, por su inmensa ayuda en la gestación de esta mole, he de dar las gracias a mi camarada, esbirro y matón a sueldo preferido, el omnicompetente Joe Brown.

Fue él quien me puso en contacto con Donna Bond, quien me ofreció fajos enteros de documentación sobre arcanas referencias a mi delirante capricho y, sobre todo, quien desperdició un mes entero de su vida coloreando y haciendo inteligible la grisácea algarabía tiznada que pergeñé como ilustración de portada. Más aún, si pegáis la oreja a la página, oiréis la partitura que compuso para los pasajes finales del capítulo «Al doblar la esquina». Joe, no sé qué haría sin ti, pero de lo que sí estoy seguro es de que sería mucho más lento y desplegaría un nivel mucho mayor de ignorancia. En cuanto a las labores de producción, también me gustaría mostrar mi agradecimiento a Tony Bennett, de Knockabout —por su apoyo, su cálido entusiasmo y mis ocasionales llamadas a filas para que ejerciera de domador de hombres lobo siempre que debía encargarme de algo a primerísima hora de la mañana— y a la buena gente de Liveright Publishing, por sus habituales e impecables servicios de acabado y refinamiento sobre el material final. También, por supuesto, a todos los que me he dejado por el camino. Los responsables de gestar *Jerusalén* han sido multitud, y a todos y cada uno les estoy agradecido.

Asimismo, debo una ovación especial a mi camarada, el sublime John Coulthart, por su hipnótico mapa isomórfico diacrónico de los Boroughs, por documentarse tan cuidadosa y minuciosamente, y por ser la única persona con la que podía hablar sobre esa locura obsesiva, destructora de vista y mente, que sobreviene cuando se dibujan cientos de chimeneas y tejados con ángulos tan excéntricos. Gracias, John; espero que te estés recuperando en un mundo de colores relucientes, únicamente forjado a partir de formas orgánicas y arabescos psicodélicos. Respecto a las fotografías que sirven de portada a cada «movimiento» del libro, debo dar gracias nuevamente a Joe Brown, por sus habilidades a la hora de montar la imagen del Destructor cerniéndose sobre Bristol Street (no existían buenas instantáneas del fuste, así que tuvimos que importar imágenes de un modelo idéntico; en concreto, y muy

apropiadamente, el de Blackburn), y a mi colega con vista de lince Mitch Jenkins, tanto por las fotografías del arcángel Miguel, taco de billar en ristre (borramos algunas protecciones modernas contra las palomas, dada la sensibilidad colombofílica del libro), como por las del portón a media altura de la fachada de la iglesia de Doddridge, con su inexplicable cerrojo exterior. Vuestras aportaciones, que prueban que no todo esto es invención, las recibí con enorme gratitud.

También me gustaría dar las gracias a Iain Sinclair y Michael Moorcock por su continua amistad, inspiración y aliento —o elocuente apremio— en relación con esta novela, y me disculpo tanto con ellos como con cualquiera de los que fueron impelidos a abandonar a sus familias para leerla, entre quienes sé que se cuenta mi muy versado —aunque físicamente frágil— colega Robin Ince, quien me informa de que su cartero y él se han distanciado irreconciliablemente. También debo mencionar a mi viejo amigo y cómplice Richard Foreman, coautor de la excelente publicación *In Living Memory* (Northampton Arts Development), en la que hallé exóticos detalles cotidianos de los Boroughs que se me escaparon en la mocedad, y sin la que *Jerusalén* habría quedado huérfana de algunos de sus mejores relatos y personajes. Me descubro ante ustedes, caballeros.

Tras reconocer a todos los que han participado en la génesis de esta novela (o eso creo), es hora de mencionar a quienes han visto sus vidas e identidades saqueadas o distorsionadas en aras de proveerla de contenidos. A la cabeza de todos ellos se encuentra, obviamente, mi hermano menor, Mike, en teoría más guapo que yo, pero mucho, muchísimo más superficial; tal es su carencia de profundidad que, a los doce años, me vendió su alma durante una partida de *Monopoly* en la que le iba mal. Aún la conservo. Le agradezco los memorables accidentes industriales y las experiencias cercanas a la muerte que han hecho de este libro algo tan divertido, y también doy gracias a mi cuñada, Carol, y a mis sobrinos, Jake y Joe (a

uno le he conservado el nombre y al otro se lo he cambiado, sin explicación alguna), por colaborar con sus breves cameos. A todos los demás miembros de mi extensa familia, vivos y muertos, les doy las gracias por haberme proporcionado un sustrato tan rico, así como por cualquier cromosoma que pueda haber contribuido. Y agradezco especialmente a mi prima, Jacquie Mahout (la artista bohemia que se casó con un comunista francés), todos los llamativos fragmentos de historia familiar que he incluido aquí, aunque ni siquiera ella sabía de dónde había sacado a Tursa, la tía loca.

Debo un enorme reconocimiento, y tal vez alguna disculpa, a todos mis conocidos que salen aquí travestidos, por lo común sin su permiso o conocimiento, y en concreto a aquellos que se han visto groseramente alterados sin que ni siquiera me haya tomado la molestia de cambiarles los nombres. El actor Robert Goodman —que en la vida real es un encanto en mente, cuerpo y alma— es, probablemente, quien se lleva la palma, pero Melinda Gebbie y Lucy Lisowiec puede que también deseen consultar a sus abogados. Idéntica gratitud, e idénticos y embarazosos descargos de responsabilidad, para con mis amigos Donald Davis; Norman Adams y Neil; Dominic Allard (y su difunta madre, Audrey); el gran Tom Hall, ya fallecido, y todos a quienes apoyó; Stephen *Fred* Ryan, que espero que tenga tiempo de leer esto; y su difunta madre, Phyllis Ryan, nacida Denton, que me servía té con pastas, y a quien debo en su totalidad el personaje de Phyllis Painter, empezando por la boa de conejos en descomposición y terminando por la marcha de las Pícaras de Compton. Estas son, todas ellas, personas encantadoras, y si en su retrato aquí se intuye alguna falta es, enteramente, por culpa del autor.

Aunque ausentes de *Jerusalén*, debo agradecer el haberme proporcionado la motivación esencial para escribir esta novela a mis maravillosas hijas, Leah y Amber (así como a sus igualmente maravillosos compañeros, John y Robo), y en especial a mis asombrosos nietos: Eddie, James, Joseph y Rowan. Vuestra abuela Melinda definió este libro

como una «mitología genética», así que, para bien o para mal, también forma parte de vosotros. Aunque estoy seguro de que el futuro hacia el que os precipitáis será tan extraño como cualquier escena de este libro, recordad que este es el peculiar paisaje del que proviene una fracción de lo que sois, y que, junto a todas las personas y las cosas por las que alguna vez os habéis preocupado, aún seguimos todos ahí, en *Jerusalén*.

Doy gracias a las piedras mudas y sordas que quedan de los Boroughs por toda la labor que han realizado a lo largo de los siglos, y por todo lo que han soportado. Cuando caigan al fin, exhaustas, en el polvoriento descanso de los escombros, espero que esto les sirva como un sueño entretenido y reivindicador.

Por último, doy gracias a la Valiosa Noción de la Muerte y a la Novela Inglesa por haber sido tan deportivas con todo este asunto. Chicas… sois las mejores.

ALAN MOORE

NOTAS

1. [Todas las notas son del traductor.] En inglés, las palabras «ángel» (*angel*) y «ángulo» (*angle*) se escriben de forma parecida. Esta paronimia, solo parcialmente reproducible en castellano, se repite en toda la obra. *Angle* también puede significar «anglo» o «esquina».

2. En la Inglaterra medieval, el *Frith Borh*, o «garantía de paz», era un sistema de responsabilidad legal subsidiaria entre grupos de socios, familiares o vecinos, entre los cuales se elegía a uno como representante. En ocasiones, a dicha figura se la identifica como *third-borough*, equivalente de aguacil o ayudante de alguacil, pero por motivos simbólicos resulta conveniente adaptar literalmente la voz inglesa.

3. Se trata de una canción pastoral muy común en actos litúrgicos de catecumenado que adapta el poema *Cargamentos* (1902), de John Edward Masefield.

4. *All Tings Bright and Beautiful*, otro canto litúrgico anglicano. Su letra dice así: «Todas las cosas brillantes y hermosas, / todas las criaturas grandes y pequeñas, / todas las cosas sabias y maravillosas, / el Señor Dios las creó todas».

5. En el original, Alma especifica que la «marca» de la tela podría ser *Might* o *Mighty*, que se traduciría como «Poder» o «Poderoso». En realidad, se trata de un juego de palabras con la voz *samite* (brocado de seda), que en inglés es homófona a las antedichas y que con toda probabilidad fue la que Alma escuchó e interpretó a su manera. El simbolismo del pasaje, no obstante, requiere conservar ambos matices.

6. *Deathmonger* en el original. Según Moore, era una figura característica de las zonas más pobres de Northampton, y la voz no tiene uso fuera de ese ámbito geográfico. Se trataba de mujeres que, a cambio de un precio, se ocupaban de las labores de matrona y funeraria en un determinado barrio.

7. Juego de palabras intraducible. En inglés, *go round the bend* significa tanto «doblar la esquina» como «volverse loco».

8. El «himno de la tierra plácida» hace referencia al popular himno inglés *Jerusalén*, basado en el poema corto de William Blake *Y caminaron esos pies antaño*. Por otra parte, la imaginería de este pasaje se basa en la homofonía entre *Vernall* y la voz *vernal*, que tanto en inglés como en castellano significa «perteneciente o relativo a la primavera».

9. En inglés, *ASBO* (de *anti-social behaviour order*, u «ordenanza contra el comportamiento antisocial»). Mediante esta sanción civil, se prohíbe al infractor regresar a lugares en los que este hubiera cometido faltas menores como, por ejemplo, vandalismo o conducta ebria.

10. Certamen anual en el que la popular marca de jabones Pears escogía a una niña que promocionara sus productos. Pears también solía usar para sus anuncios el óleo *Burbujas* (1886), de John Everett Millais.

11. *Warry*, una voz arcaica del inglés medio, se traduciría como «maldecir» o «decir palabrotas». Es, pues, un verbo, pero como adjetivo sustantivado se podría trasladar al español como «malhablado». En todo caso, los personajes parecen usarlo como diminutivo de «Warren», que no es sino su propio apellido.

12. Se trata de dos pequeñas ciudades cercanas a Northampton.

13. Netto Fabulous es una tienda de monopatines de Manchester, así que es muy probable que el «kayak tuneado» del individuo sea uno de estos vehículos.

14. Se trata de un juego de palabras con *Te Big Issue*, una revista británica ideada para proporcionar una ocupación laboral a las personas sin hogar.

15. Literalmente, «madrigueras».

16. En inglés, *ginger* («jengibre») es una voz despectiva para referirse a los pelirrojos, sobre todo en burlas y supersticiones.

17. En inglés, *eavesdrop*, que se traduciría como «espiar una conversación» o «escuchar a hurtadillas», significa literalmente «situarse donde desaguan las cornisas», es decir, en el perímetro exterior de una casa, para así oír lo que se dice dentro. De cara a conservar la intención del autor, el verbo «atalayar» sugiere que se espían las acciones de otros desde un punto elevado.

18. Esta frase plantea un juego de palabras con la canción de Bob Marley *No woman, no cry*. En criollo jamaicano, el segundo *no* equivale a *don't*, por lo que se traduciría como «no llores, mujer». No obstante, sin este matiz significaría «sin mujeres no hay llanto/ sufrimiento».

19. Ash Moses, en el original.

20. La letra indicada procede de *Kaphoozelum*, una canción popular inglesa que posee infinidad de variantes y cuyo título se basa en la sonoridad. Aunque a Stephen le sirvió de referencia para el poema *Te Littlego (Air: Kaphoozelum)*, Marla parece confundir ambos textos.

21. Revista alternativa británica.

22. Se trata de un drama policíaco británico emitido en la BBC entre 1962 y 1978. El actor al que hace referencia la narración es Brian Blessed, nacido en 1936.

23. Se refiere al priorato de San Andrés, que pertenecía a la orden cluniacense.

24. *Rose Bay Willow Herb* en el original, nombre coloquial en Gran Bretaña para la adelfilla o epilobio de flor pequeña (*Chamaenerion angustifolium*), planta herbácea que crece en terreno quemado.

25. *Jacob Flight* en el original. La expresión hace referencia tanto a la escalera de Jacob, por la que, según la Biblia, los ángeles ascendían y descendían del Cielo (*Jacob's Ladder* en inglés), como a un tipo de escalera de madera labrada propia del período de Jacobo I (*Jacobean flight* o *Jacobean staircase*). La descripción posterior aconseja traducir el término primando este último sentido, pero debe tenerse en cuenta el primero para comprender debidamente el pasaje y las intenciones del autor.

26. Sobrenombre por el que fue conocido Nathaniel Bentley, un comerciante ingles del siglo XVIII famoso por su dandismo inicial y, luego, por su dejadez extrema.

27. En inglés, a esta planta se la conoce como *cowslip*, que literalmente se traduciría como «excremento de vaca».

28. Por el pasaje bíblico relativo a José en Génesis 37, 1-3.

29. Se trata de dos juegos muy populares en Inglaterra: el primero consiste en cerrar el puño sobre el pulgar y chocarlo contra el del rival hasta que uno de los dos sangra o se retira por el dolor; el segundo se basa en ensartar un cordel en un «erizo» de castaño recién caído, enrollar un extremo del cordel en la mano de manera que el «erizo» cuelgue inmóvil a unos 25 cm del puño y, por turnos, intentar partir o romper la castaña del rival con un golpe seco.

30. Se refiere al *People's Budget*, un paquete de medidas impositivas diseñadas para financiar un programa de bienestar social pionero en Gran Bretaña. La Cámara de los Comunes lo aprobó en 1909, pero la Cámara de los Lores lo bloqueó y, finalmente, lo anuló por ley al año siguiente.

31. Se refiere a la protagonista de *La tienda de antigüedades* (1840-1841), de Charles Dickens.

32. Lo identifica como londinense porque, en la jerga propia de la ciudad (el *cockney*), es habitual reemplazar una palabra de uso frecuente («Charley», en este caso) por una frase de varias palabras en la que la última rima con la original («*oats and barley*»). El objetivo de estas rimas es que los extraños no entiendan las conversaciones privadas.

33. Se refiere al desplazamiento de casi dos millones de afroamericanos desde los estados meridionales de EE. UU. hacia los del Medio Oeste. Comenzó paulatinamente tras la guerra de Secesión (1861-1865), y se la conoce como la Gran Migración Negra.

34. Britton *Britt* Johnson (h. 1840-1871), legendario vaquero de la época, era de color negro.

35. En inglés, *Te Day Tou Gavest Lord, Is Ended*.

36. En inglés, *Amazing Grace*. Este famoso himno anglicano, publicado por primera vez en 1779, ha conocido varias adaptaciones al castellano. Uno de sus versos contiene la cita bíblica que da nombre a este capítulo: «Era ciego, pero ahora veo» (Jn 9, 25).

37. En esta zona de Inglaterra, las fincas y granjas recibían nombre propio en función del beneficiario de sus rentas o de la edificación principal del terreno. En el caso que nos ocupa, la finca consiste en una granja (*farm*) anexa a una casa solariega (*grange*).

38. Forma coloquial de referirse al Diablo.

39. Se refiere a una facción del protestantismo inglés que cuestionaba la autoridad y los usos de la Iglesia anglicana pese a estar integrada en ella.

40. Juego de palabras a partir de los versos de la canción de Ariel en *La tempestad*, de William Shakespeare: «Yace tu padre en el fondo / y sus huesos son coral».

41. Popular serial cómico emitido por la BBC Radio entre 1957 y 1972, cuyo protagonista era un escolar travieso, al que encarnaba el humorista Jimmy Clitheroe (1921-1973), famoso por su baja estatura (medía 1,27 m).

42. Revista británica dedicada a informar de hechos insólitos. Uno de sus editores, el fallecido Steve Moore, fue amigo de Alan Moore, articulista ocasional en la publicación.

43. Perrit se equipara aquí con personajes ingleses históricos que, en algún momento u otro, simularon ser descendientes nobiliarios para aspirar a diversos títulos.

44. Boz es el pseudónimo que empleó Charles Dickens para publicar la serie de artículos *Escenas de la vida de Londres* (1833-1836), ilustrados con bosquejos a cargo de George Cruikshank.

45. Tanto en este párrafo como en el anterior, el autor describe de manera jocosa el diseño de los billetes de diez y cinco libras esterlinas, respectivamente.

46. John Clare recibió este sobrenombre por carecer de educación formal. Respecto a «Matthew», el autor se refiere aquí a Matthew Kelly, uno de los presentadores de la versión británica del programa *Lluvia de estrellas* (*Stars in Teir Eyes*).

47. *Peacock*, en inglés, significa precisamente «pavo real».

48. En castellano, el nombre del pub podría traducirse como «La Peluca y la Pluma», tradicionalmente asociados en Gran Bretaña al mundo de la abogacía y la judicatura.

49. «*Santorinio*» es el gentilicio de Santorini, isla griega famosa por su actividad volcánica. «*Mcalpino*» es la adjetivación de McAlpine, una constructora británica.

50. Se trata de una frase hecha. En vieja jerga marítima, que el sol superase los penoles, los extremos superiores de las vergas de un barco, indicaba la hora (once de la mañana en verano y en el Atlántico Norte) a la que se distribuía la primera ronda de ron.

51. El título del capítulo se corresponde con uno de los versos de la canción *Te Lambeth Walk*, del musical *Me and My Girl* (1937), que dio lugar a un tipo de baile muy popular.

52. Adjetivación del apellido del célebre poeta y ensayista inglés John Milton (1608-1674), especialmente conocido por su poema épico *El paraíso perdido*.

53. *Bedlam* es una corrupción de *Bethlem*, que a su vez deriva de *Bethlehem* (Belén). Con el paso del tiempo, la voz inglesa *bedlam* pasó a identificar cualquier manicomio.

54. Como el lector podrá recordar, Ernest bautizó a su cuarto hijo como «Mensajero» (en inglés, *Messenger*). Así pues, el hipocorístico original, *Mess*, se ha adaptado al castellano como «Mens». No obstante, cabe destacar que, en inglés, *mess* también significa «lío».

55. Por la voz inglesa *apple*, que significa «manzana».

56. Paráfrasis de un verso del poeta Alexander Pope: «La esperanza brota eterna [en el corazón de los hombres]».

57. Se trata de una referencia al drama *Otelo*, de William Shakespeare, en el que Yago emplea esta expresión para referirse a las falsas infidelidades de Desdémona.

58. En los países anglosajones es tradición incluir mandarinas en algunos de los calcetines que se disponen en torno al árbol el día de Navidad, pues eran frutas caras y, por su color, evocan las monedas de oro que san Nicolás solía repartir entre los pobres.

59. Esta conocida organización británica fue fundada por el doctor Tomas John Barnardo en 1866 con el objetivo de proporcionar asistencia a la población infantil y juvenil más vulnerable. Barnardo’s sigue activa hoy en día.

60. Para describir esas «estrafalarias improvisaciones», Moore mezcla aquí los títulos de las canciones antedichas, que se traducirían una vez modificadas como *Norteños lanzando barriles* y *Granaderos británicos recogiendo lilas*, respectivamente.

61. Para destacar la confusión de los temas, Moore vuelve a mezclar sus títulos. Las canciones a las que se refiere son *O Little Town of Bethlehem* y *Burlington Bertie*.

62. Organización cristiana juvenil del Reino Unido, similar a los Boy Scouts.

63. Isabel I de Inglaterra e Irlanda (1533-1603).

64. El nombre de esta canción es *When Johnny comes marching home*, pero Walter dice *johnnies*, que en inglés significa, precisamente, «condones».

65. «¿Por qué contarles todos tus secretos…?».

66. «Yacen enterrados en la nieve…».

67. «Hierba susurrante, no se lo cuentes a los árboles…».

68. «… porque los árboles no necesitan saberlo».

69. «Cuando la hierba susurre acerca de mí, entonces recordarás».

70. Célebre ilustradora infantil británica.

71. Personaje infantil de una nana escocesa muy conocida en el Reino Unido.

72. En este contexto, «Tunes» hace referencia a la marca de los caramelos, pero la palabra se traduciría literalmente como «melodía» o «tema musical».

73. Por la serie de televisión *Bonanza*, en la que el patriarca tiene un hijo al que llaman «pequeño Joe» y otro que responde al apodo de «Hoss».

74. En el Reino Unido, los escolares solicitan prácticas laborales (*Work Experience*) en empresas de su elección para familiarizarse con el mercado de trabajo.

75. Nombre comercial de la paroxetina, un fármaco antidepresivo.

76. «Y caminaron esos pies antaño…».

77. La expresión «molinos satánicos» proviene directamente del poema de William Blake, y constituye una crítica al incipiente paisaje industrial de la época.

78. *Mansoul* en el original. Se trata de la ciudad alegórica ideada por John Bunyan en su novela *La guerra santa* (1682). Aunque algunas corrientes traducen el topónimo como «Alma Humana», para su mención a lo largo de este libro, se ha preferido un neologismo de creación propia.

1. *Purple* en el original. Esta voz inglesa puede traducirse como «púrpura» o como «grandilocuente».

2. Adjetivo derivado de *Maltesers*, unas chocolatinas muy populares con forma de bolitas.

3. Institución británica, ya desaparecida, que se encargaba de producir mediometrajes para la infancia.

4. Protagonistas de dos famosísimas sagas de novelas juveniles escritas por Enid Blyton (18971968).

5. Ovaltine es una bebida con sabor a leche malteada muy popular en Gran Bretaña. Solía emplear anuncios muy bucólicos, y en la década de 1930 fundó un club infantil a tal efecto: los *ovaltineys*.

6. El libro es ficticio, pero el artista John Coulthart diseñó la cubierta aquí descrita para ilustrar un texto de Alan Moore en la antología *Te Tackery T. Lambshead Cabinet of Curiosities* (2011).

7. Spring Lane se traduciría, literalmente, como «calle del manantial».

8. Moore no se refiere aquí a la consideración mitológica de la luna, sino a las imágenes pareidólicas que suscita. En la tradición europea se relacionan con figuras masculinas desterradas.

9. La expresión podría traducirse como «buena carrera de cicatrices».

10. Monk’s Pond Street se traduciría, literalmente, como «la calle del estanque monacal».

11. Nombre comercial de un concentrado salado de carne de vaca empleado como aderezo.

12. Leonor de Castilla (1241-1290), esposa del rey Eduardo I de Inglaterra.

13. Una de las muchas marcas comerciales del polimetilmetacrilato, o plexiglás.

14. Revista mensual, cuyo primer número se publicó en 1900, dedicada al estilo de vida naturista y nudista.

15. La popular canción *Delaware*, escrita por Irving Gordon y publicada en 1959, hace referencia a quince estados de Estados Unidos utilizando la paronomasia para hacer juegos de palabras.

16. Voz sánscrita empleada en el hinduismo para referirse a un maestro espiritual. Es similar a «gurú».

17. En inglés, la voz *Herbert* identifica a alguien inespecífico, como sucede con «fulano» en castellano.

18. Scarletwell Street se traduciría, literalmente, como «la calle del pozo escarlata».

19. *Bowler* se traduciría literalmente como «bombín».

20. Personificación nacional del Reino Unido en el humor gráfico político, similar al Tío Sam estadounidense.

21. El matemático británico Charles Howard Hinton (1853-1907), interesado en el concepto de la cuarta dimensión, fue autor de novelas y ensayos científicos de gran éxito. Por su parte, el escritor y teólogo Edwin Abbott Abbott (1838-1926), también británico, alcanzó la popularidad con *Planilandia* (1884), una obra divulgativa de la geometría multidimensional y, al mismo tiempo, una sátira de su época.

22. Cómic fantástico estadounidense publicado entre 1951 y 1967.

23. Esta frase bíblica (Jueces 14:14) aparece en las etiquetas de los envases de melaza comercializados por la empresa británica Abram Lyle & Sons Ltd. (hoy parte de ASR Group) desde 1883.

24. Keyhole Kate, una joven entrometida a quien le gustaba curiosear a través de las cerraduras, es la protagonista de una serie de cómics británicos que comenzó a publicarse en 1937.

25. Confusión provocada por la homofonía entre el nombre de la famosa banda y la palabra *beetles*, que se traduciría como «escarabajos».

26. El personaje se refiere a una serie de atentados frustrados en el Reino Unido durante el verano de 2007. En el caso de la gran discoteca Tiger Tiger, donde había 1.700 personas, los terroristas planearon un ataque con coches bomba cargados con gasolina, bombonas de gas y metralla.

27. Referencia a *Onward, Christian Soldiers*, un canto litúrgico del siglo XIX muy popular en Inglaterra.

28. «Flancos de hierro», uno de los apodos de Oliver Cromwell, en referencia a la caballería pesada de su ejército.

29. «…Y preferiría estar en cualquier otro sitio que no fuera hoy y aquí». Se trata del tema *Oliver's Army* (Elvis Costello & Te Attractions, 1979), que literalmente se traduciría como «El ejército de Oliver».

30. Pasta para untar, elaborada con el extracto de levadura que queda como residuo tras la fermentación de la cerveza, muy popular en Gran Bretaña.

31. Versos del himno *Ser un peregrino*, escrito por John Bunyan en 1684.

32. Literalmente, «calle de las ovejas».

33. Grupo de policías muy torpes que protagonizaban las comedias del director y productor Mack Sennet, la mayoría filmadas entre 1912-1917 para la Keystone Film Company.

34. buf son las siglas en inglés de la Unión Británica de Fascistas. Por el contexto, es probable que nfc se corresponda con la frase despectiva *No Fat Chicks*, que se traduciría como «¡Fuera las gordas!». Por último, George Davis (aquí, Davies) fue un atracador de poca monta, víctima de un sonado caso de falsa incriminación policial en la Gran Bretaña de la década de 1970. Se hizo muy habitual ver pintadas activistas proclamando su inocencia, a veces con su apellido mal escrito.

35. Es una referencia a Juan 14, 2: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas.»

36. Cecil Walter Hardy Beaton (1904-1980), célebre fotógrafo y director artístico inglés.

37. Partidario de Oswald Mosley (1896-1980), líder fundador de la Unión Británica de Fascistas.

38. Una de las principales promotoras inmobiliarias del Reino Unido.

39. Esta larga frase encadenada, rematada en el original con la expresión «*the house that crack built*», plantea un juego de palabras con la canción infantil *Tis Is the House Tat Jack Built* (de carácter acumulativo, como *Un elefante se balanceaba…*).

40. Se refiere a la película británica *Brief Encounter* (David Lean, 1945).

41. Traducción literal del nombre *Super Sausage*.

42. Elliott O'Donnell (1872-1965). Célebre escritor inglés, dedicado al estudio de lo paranormal.

43. Pícaros creados por el ilustrador Will Owen (1869-1957) para las campañas promocionales de la empresa alimentaria Bisto (Premier Foods), muy popular en Gran Bretaña por sus salsas envasadas.

44. Los nombres de estas bandas se traducirían, respectiva y aproximadamente, como «Los Agujeros de las Camisetas Negras» y «Tom Hall y los Acaboses del Tiempo Muerto».

45. Frase hecha poco común, pero muy características de William Shakespeare, para referirse al lugar al que alude Michael Warren en este párrafo. En las adaptaciones al castellano de las obras del dramaturgo se suele traducir literalmente, motivo por el que se ha preferido hacer lo propio aquí.

46. Revista semanal orientada al público femenino juvenil, de carácter amable y tradicional.

47. John Colin Campbell Jordan (1923-2009). Historiador británico, tristemente célebre por ser uno de los principales valedores del neonazismo en la Inglaterra de la década de 1960.

48. Juego de palabras intraducible alrededor de los nombres de estas calles: Sheep Street (calle de las Ovejas), Silver Street (de la Plata), Ambush Street (de las Emboscadas) y Gas Street (del Gas).

49. En los desfiles urbanos de finales del siglo XIX y principios del XX, cuando el confeti y otros elementos similares no estaban tan generalizados, era frecuente usar material de oficina para sustituirlo, y las cintas de teletipo (*ticker tapes*) solían emplearse como serpentinas improvisadas. Tan es así que, hoy en día, los desfiles de este cariz se suelen denominar como *ticker tape parades*.

[1]. Onomatopeya sin traducción que se corresponde al batir de unas alas de gran.

2. En Gran Bretaña era tradición entregar una pluma blanca para reprochar la cobardía.

3. Referencia a la canción *Tere Must Be an Angel (Playing with My Heart)*, de Eurythmics. El título se traduciría al español como «Debe haber un ángel (tocando/jugando con mi corazón)».

4. Himno góspel que podría traducirse como «Cuando marchan los santos».

5. Se refiere a *Gladiators*, adaptación británica del concurso de lucha libre *Gladiadores Americanos*.

6. Máquina recreativa y juego de mesa infantil consistente en aplastar con un martillo de juguete los topos de plástico que surgen mecánicamente de la base del tablero.

7. Shreddies es una marca de cereales muy popular en países anglosajones. HMV es el nombre comercial actual de la cadena His Master’s Voice (La Voz de su Amo, en castellano). Waterstone’s es una cadena de librerías con gran penetración en el Reino Unido, propiedad del grupo HMV.

8. Dado que esta cabecera era de importación, su precio venía impreso en centavos, así que los quioscos británicos debían marcarlos a mano. En este caso, el precio es de 9 peniques (d).

9. No se refiere aquí al aro que se hace girar alrededor de la cintura para jugar y ejercitarse, sino al nombre comercial de un aperitivo de maíz frito muy popular en los países de ámbito británico.

10. Harold Frederick Shipman (1946-2004). Médico inglés acusado de matar a más de doscientos pacientes. Es uno de los asesinos en serie más infames de la historia de Gran Bretaña.

11. Bruja protagonista de un programa infantil emitido en el Reino Unido entre 1991 y 1993.

12. Traducible como «Delicias en barrica», pero también como «Delicias anales».

13. Se trata de dos tribus urbanas de origen jamaicano.

14. Género de música electrónica y experimental derivado del *reggae*.

15. Se refiere a las cajas de cereales de la Quaker Oats Company.

16. En Gran Bretaña, el pavimento de las calles peatonales suele ser de color rosa.

17. Tommy Cooper (1921-1984) fue un célebre cómico e ilusionista galés, con gran presencia en televisión. Ben Gunn es un personaje de *La isla del tesoro* (Robert Louis Stevenson, 1883).

18. Importante cadena de supermercados del Reino Unido.

19. El artículo 28 fue parte de una modificación legislativa propuesta por el Partido Conservador en 1988, según la cual las administraciones públicas no debían «promover» la homosexualidad. La Ley de Justicia Penal de 1994, por su parte, suprimió gran cantidad de garantías judiciales.

20. *Special Branch*, en inglés. Fuerza policial encargada de velar por la seguridad nacional.

21. Literalmente, «Maltrata-esposas». Se trata del apodo que recibe en Gran Bretaña la cerveza Stella Artois, debido a la percepción pública de que su consumo se asocia a la violencia de género.

22. Famoso asesino en serie británico del siglo XX. Perpetraba sus crímenes junto a su compañera, Myra Hindley, y la prensa los bautizó a ambos como «los asesinos de páramo».

23. Basil Brush es un títere con forma de zorro que protagoniza diversos programas televisivos infantiles en el Reino Unido. La cacería de Pytchley (un pueblo de Northamptonshire) es una actividad en la que los miembros del club homónimo salen a caballo para capturar liebres y zorros.

24. Wendy Beckett (1930-2018) fue una monja católica, profesora, traductora e historiadora del arte que obtuvo gran fama y reconocimiento presentando documentales artísticos para la BBC. Sus comentarios sobre obras que mostraban desnudos masculinos eran, a menudo, hilarantes.

25. *Fat cat* en el original. Literalmente, la expresión significa «gato gordo», pero también podría traducirse como «ricachón». Dada la descripción del cartel, se ha optado por la primera opción.

26. *Don't bother, they're here* en el original. Se trata de una línea del tema *Send In Te Clowns*, del famosísimo musical *A Little Night Music* (1973).

27. «Nay nesún lacto día. Proubremos dotra maternía».

28. «Esta es la gansa que constriñó Jack, so ñoña, y aúlla hasta el fingimiento».

29. «Solo Salgo por Ahí con Ovejitas».

30. «Mi canturreo calma a Jack, y a las once trifulca en el Hostal Gretly Garbold».

31. Basada en el citado tema de los Beatles, esta canción existe más allá de estás páginas. Se trata de *You are My Asylum* (de Alan Moore, Downtown Joe Brown & Te Retro Spankees), y pertenece al disco *Nation Of Saints - 50 Years Of Northampton Music*, incluido en el primer número de la revista contracultural *Dodgem Logic* (2010), también editada por Alan Moore. Por esta razón, la letra en inglés figurará en el cuerpo del texto, y la traducción de cada estrofa se ofrecerá en notas sucesivas.

32. «John firma clare en el agua, asegura que la reina es su hija, añora a la joven señorita Joyce, la esposa a la que apenas siquiera conoció, y lo de jugar con papaíto se acabó. Es fruto de su clase, y come hierba por un camino que él mismo trazó».

33. «Lucy danza sobre el lenguaje, comparte con un tal señor Finnegan, de unas pocas tumbas más abajo, un sándwich de mármol, y lo de jugar con papaíto se acabó. Chiflada y bizca, es una optimista, y no puede resistirse a este último desfile blanco».

34. «Así que espera a Dios [Godot]. ¿A qué vienen esas lágrimas? Las letras del alfabeto brotan de sus oídos, y todas sus palabras se trabucan, y todas sus frases se deshilachan, como la radiación de un agujero negro, en este último desfile blanco».

35. «Chanzas metílicas profiere Malcolm cuando los cocos del coronel Bogey persiguen a su Tam o’ Shanter hasta el rocío, y lo de jugar con papaíto se acabó. Prisionero en el bar, alzan una jarra por cada serenata que tocó».

36. «Dusty es astutamente cunilingüística, y Jem es un misógino, pero la noche se les pasa bailando. Manac es cem, J. K. Y lo de jugar con papaíto se acabó. Pulverizando la señal en ruido, la multitud disfruta de este último desfile blanco».

37. «Así que esperamos a Dios [Godot]. ¿A qué vienen esas lágrimas? Las letras del alfabeto brotan de nuestros oídos, y todas las palabras yacen vacías, y todas las camas permanecen deshechas, y así surcamos el apagón, en este último desfile blanco».

38. Personaje de un célebre cuento inglés en el que una galleta de jengibre con forma humana huye del horno y echa a correr, hasta el punto de que nadie puede atraparla.

39. Juego de palabras intraducible entre las voces inglesas *iron* («hierro») y *irony* («ironía»).

40. Cuenta la tradición que el rey Alfredo buscó cobijo en casa de una campesina mientras huía de los vikingos, y que la mujer, a cambio, solo le pidió que vigilara los pasteles que tenía en el horno. Sin embargo, el rey se ensimismó con sus propios problemas, y los pasteles acabaron quemándose.

41. Mago protagonista de una célebre serie inglesa de la década de 1970. El personaje llevaba una barba muy mal acicalada, y popularmente se usa como mofa contra quienes la llevan igual.

42. Por el personaje homónimo de *Happy Hooligan*, una popular tira de prensa estadounidense creada por el historietista Frederick Burr Opper (1857-1937).

43. Importantes miembros del Partido Laborista británico durante la etapa de Tony Blair como líder y primer ministro. Mandelson es homosexual y King es negra, y una parte de la sociedad inglesa podría percibirlos como políticos de izquierda que se han acomodado con el tiempo.

44. También conocido como *Poll Tax*, un impuesto fijo y no progresivo muy impopular en la Gran Bretaña de la época. Su contestación social acabó provocando la dimisión de Margaret Tatcher.

45. Se refiere al Teatro Crucible de Sheffield (Inglaterra), en el que se celebra anualmente el Campeonato Mundial de Snooker (modalidad británica del juego de billar) desde 1977.

46. La colonia de Sierra Leona comprendía Freetown y sus aledaños costeros. El protectorado de Sierra de Leona, instituido mucho más tarde, abarcaba el interior del país y sus tribus nativas. Aunque ambos territorios estaban bajo influencia británica, sus diferencias socioculturales eran notables.

47. A mediados de la década de 1950, la marca Durex era de titularidad pública. Justo por esta época lanzó una gran campaña publicitaria para promocionar el primer condón lubricado.

48. En inglés británico, la palabra «pinza [sujetapapeles]» se traduciría como *bulldog clip*.

49. Revista británica de historietas, enormemente popular, dirigida al público infantil.

50. Bebida gaseosa muy popular en el Reino Unido, con sabor a frutas del bosque.

51. Se ha buscado una equivalencia española para los títulos y pruebas del sistema educativo británico. Los «exámenes para el título de secundaria» se corresponden con los ahora extintos *O-levels*, el «bachillerato» con el *Sixth Form* de dos años, y la «selectividad» con los exámenes *A-levels*.

52. Conocidísima gesta británica ocurrida en mayo de 1900 durante la segunda guerra Bóer.

53. Bud Flanagan y Chesney Allen, popular dúo cómico inglés durante la Segunda Guerra Mundial.

54. Aunque los nombres de los santos suelen castellanizarse, al sentido de este capítulo le conviene mantener el nombre en inglés de santo Tomás Becket.

55. Piotr Demiánovich Ouspenski (1878-1947), autor de obras filosóficas esotéricas centradas en la recurrencia eterna y la cuarta dimensión.

56. *Vulpoon* en el original, neologismo derivado de las palabras *vulpine* («vulpino») y *harpoon* («arpón»). Curiosamente, Moore ya empleó una voz similar, *whorpoon,* para describir un arma futurista muy parecida durante su etapa en *La cosa del pantano* (*Swamp Ting* vol. 2, núm. 46).

57. Festividad que en los países de influencia británica se celebra anualmente el 26 de diciembre, y en la que existe la tradición de dar aguinaldos y hacer regalos a los necesitados.

58. *Toby Jug* en el original. Se trata de unas jarras de barro policromado muy populares en los pubs británicos, con forma de hombre sentado, ataviado con ropajes del siglo XVIII y bebiendo cerveza.

59. *Golliwog* en el original. Se trata de un muñeco de trapo que fue muy popular en la Gran Bretaña del siglo XIX. Representaba a un joven negro, sonriente y con el pelo muy encrespado.

[60]. El tinte malva, descubierto accidentalmente en 1856, fue el primer color textil sintético de la historia. Su popularidad durante la Gran Bretaña del siglo XIX dio lugar a la llamada «década malva».

61. Juego de mesa muy popular en Gran Bretaña. Se trata de una variación simplificada del *parchisi* indio, que en los países de nuestro entorno dio lugar al parchís.

62. La frase de May coincide literalmente con una descripción que el psiquiatra suizo Carl Gustav Jung (1875-1961) hizo de sus visiones en su ensayo póstumo *Recuerdos, sueños, pensamientos* (1961), y que ya figuraba en *Siete sermones a los muertos* (1916), un opúsculo gnóstico también a su cargo. En este último texto, la frase la enuncian, precisamente, muertos venidos de Jerusalén.

63. Literalmente, Moat Street se traduciría como «calle del Foso».

64. Político conservador inglés, famoso por un virulento discurso pronunciado en 1968 contra la supuesta conflictividad social que podrían traer consigo las tensiones raciales e inmigratorias.

65. La expresión *Harbour Lights* se traduciría como «Luces del Puerto».

66. La expresión *Jolly Wanker* (homófona a *W Anchor*) se traduciría como «El Pajillero Alegre».

67. Myra Hindley (1942-2002) y Fred West (1941-1995) fueron dos célebres asesinos en serie británicos. Por otra parte, los terroristas del 7 de julio (abreviado habitualmente como 7-J o 7/7) son los perpetradores del atentado en el metro de Londres acaecido en la citada fecha en 2005.

68. Juego de palabras intraducible entre *free will* («libre albedrío») y *free Will Shakespeare*.

69. Famoso activista medioambiental inglés, muy activo en televisión y de aspecto característico.

70. Una de las acepciones de la voz inglesa *studs* se traduciría como «semental».

71. En inglés, la palabra *toad* significa «sapo». La expresión *Toad Hall* juega tanto con *Town Hall* («casa del ayuntamiento») como con la obra teatral *El sapo de Toad Hall* (A. A. Milne, 1929), adaptación de la celebérrima novela infantil *El viento en los sauces* (Kenneth Grahame, 1908).

72. Aunque a lo largo del libro se ha traducido la expresión *Grammar School* como «escuela secundaria», que es su equivalente en nuestro idioma tras la reconversión de estas instituciones inglesas en la década de 1940, aquí el contexto requiere emplear una traducción literal, pues en la época referida se correspondían con nuestras «escuelas de latinidad» o de «estudios de gramática».

73. Periódico británico con una marcada línea editorial de izquierdas, histórico y de gran tirada.

74. Literalmente, el nombre de esta calle se traduciría como «sendero del Dedo Estrecho del Pie».

75. Alfred Rouse (Inglaterra, 1894-1931). Notorio asesino, apodado así tras el intento de fingir su propia muerte quemando en su coche a una víctima con la que guardaba cierto parecido.

76. «El pobre Tom» es una referencia a *El rey Lear*, de William Shakespeare, Acto III, Escena 4, donde el personaje del bufón tiene un papel preponderante. Respecto al «mojón en un palo pinchado», es una traducción libre de *a sheep's bladder on a stick* (literalmente, «una vejiga de oveja pinchada en un palo»), que en Gran Bretaña es un elemento iconográfico muy representativo de los bufones.

77. Según la leyenda, Alfredo se refugió en casa de una campesina huyendo de los vikingos. La mujer le pidió que vigilara las hogazas de pan que tenía en el horno, pero, absorto en sus problemas, al rey se le acabaron quemando. Esta anécdota es sumamente popular en Gran Bretaña.

78. En el original, este capítulo se compone de estrofas de seis versos decasílabos en rima consonante (ABCCBA). Se ha procurado conservar la métrica en la medida de lo posible.

79. Literalmente, *Jolly Smokers*, como el pub del mismo nombre.

80. La baraja tradicional del tarot incluye reyes, reinas, caballeros y sotas, pero el autor parece referirse aquí al «tarot de Toth», propuesto por el ocultista inglés Aleister Crowley (1875-1947).

81. William E. Gladstone (1809-1898), primer ministro británico en varias ocasiones durante la segunda mitad del siglo XIX, todas al servicio de la reina Victoria. Uno de sus principales proyectos fue la *Home Rule*, un estatuto de autonomía para reconciliar el nacionalismo irlandés y el estado británico.

82. Término empleado para referirse a los nacionalistas irlandeses.

83. Calle de Londres con una gran cantidad de consultorios médicos privados.

84. Famosísima escritora inglesa de novelas románticas.

85. El erizo asado es un típico plato romaní. Se prepara a la brasa envuelto en arcilla.

86. Programa de variedades anual, patrocinado por la Corona británica, en el que se recaudan fondos para asistir médica y económicamente a profesionales retirados del mundo del espectáculo.

87. Término empleado para describir el paradigma cultural británico de la década de 1990, sobre todo durante los mandatos de Tony Blair como primer ministro.

88. *Ancient lights* en el original. Mediante el llamado «derecho a la luz» (*right to light* en inglés), las leyes anglosajonas protegen la iluminación natural de los edificios antiguos y prohíben que a su alrededor se construyan estructuras que puedan afectar a sus ventanas.

89. Baile tradicional escocés.

90. En inglés, *Upstairs* («Arriba») y *Upstars* («Sobre las estrellas»).

91. Barry Humphries (1934) es un célebre cómico australiano cuyos números emplean el disfraz y el transformismo. Uno de sus personajes es Edna Everage, muy popular en países anglosajones, y a la que se le concedió ficcionalmente el título de dama en la película *Barry McKenzie Holds His Own* (Bruce Beresford, 1974). Desde entonces, el personaje de Edna lo utiliza como si fuera real.

92. Nombre artístico de Helen Porter Mitchell (1861-1931), cantante de ópera australiana y, efectivamente, creadora de las conocidas tostadas Melba.

93. La leyenda del billete real dice así: «La división del trabajo en la manufactura de alfileres: (y el gran aumento en la cantidad de trabajo que conlleva)». En *La riqueza de las naciones* (1776), Smith empleó la fabricación de alfileres como ejemplo paradigmático de su teoría económica.

94. Sid James (1917-1976). Actor y cómico británico, famoso por sus programas de televisión.

95. Melvyn Bragg (1939). Escritor, presentador y parlamentario inglés, célebre por sus programas sobre cultura y arte contemporáneos en la radiotelevisión británica.

96. Moore se refiere aquí al célebre autómata construido en 1770 por el inventor Wolfgang von Kempelen. Su capacidad para jugar al ajedrez siempre suscitó ciertas sospechas de fraude.

97. Martin Amis (1949). Novelista británico y *enfant terrible* de las letras inglesas. Aquí se alude tanto al análisis sociopolítico que incorpora en su obra como a ciertas posturas polémicas.

98. Samuel Johnson (1709-1784). Famosísimo poeta, ensayista y lingüista inglés.

99. El traductor de la obra desea aprovechar brevemente esta sección para reconocer la información proporcionada por la web *Annotations for Jerusalem by Alan Moore* durante la gestación de la presente edición. <https://alanmoorejerusalem.wordpress.com> [Consulta: 22 de julio de 2019]

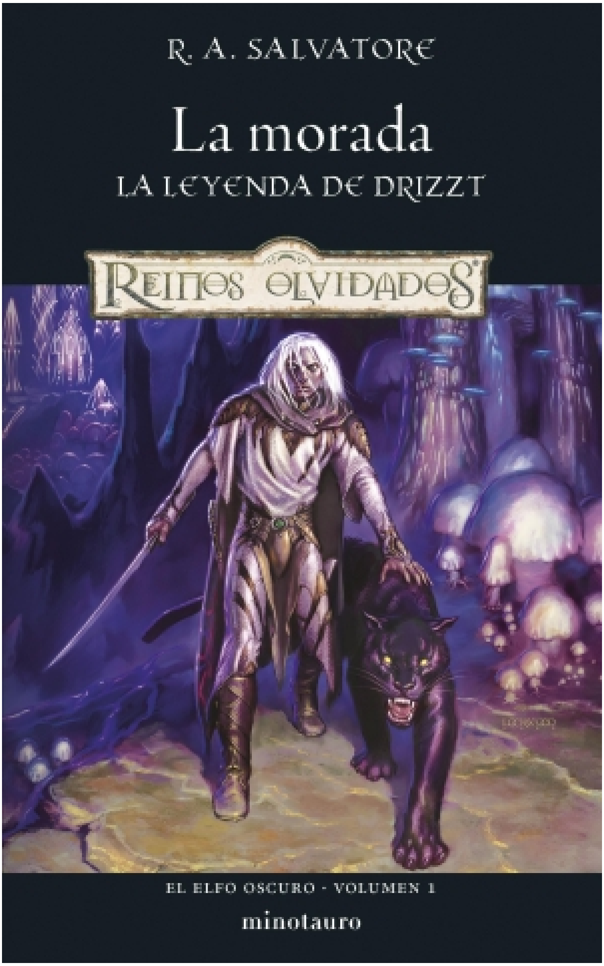
Jerusalén
Alan Moore

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-450-1411-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es



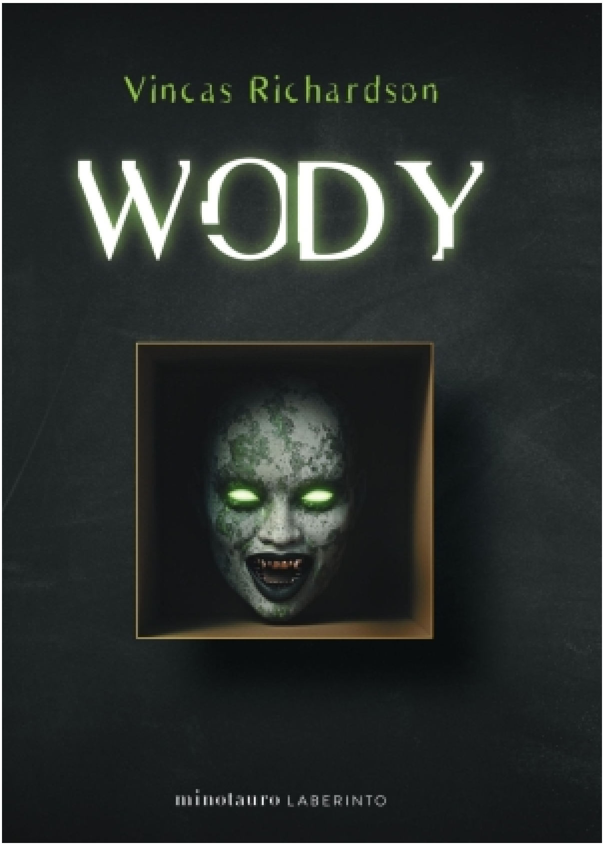
Elfo Oscuro nº 01/03 La morada

Salvatore, R. A.

9788448008116

464 Páginas

La extraña y exótica Menzoberranzan, la gran ciudad de la Antípoda Oscura, fundada hace milenios por los elfos oscuros tras su marcha del mundo exterior, es la morada del héroe de "El valle del viento helado", Drizzt Do'Urden. Drizzt, el joven príncipe de una de las casas regentes, llega a la madurez en el mundo cruel y despiadado de su raza, donde el único rayo de esperanza es su maestro de armas, Zaknafein, quien le enseña cómo -y para qué- usar una espada. Dotado de un honor incomprensible para la sociedad sin principios que lo rodea, atenta únicamente a satisfacer los viles caprichos de la reina Araña, el joven Drizzt se enfrenta a un dilema inevitable: ¿podrá vivir en un mundo que rechaza la integridad?



Wody

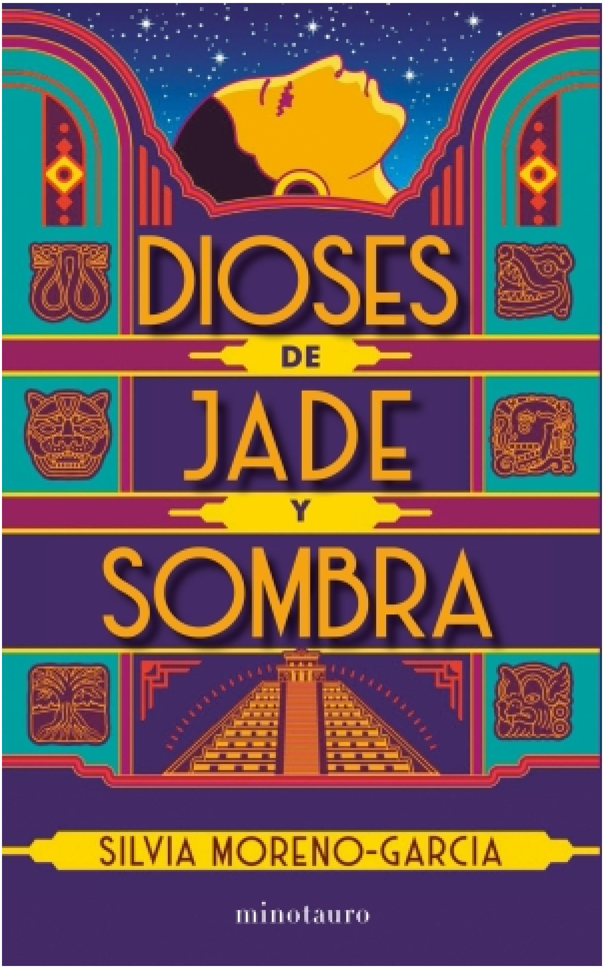
Richardson, Vincas
9788445014295
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«El mal puede entrar en casa cuando menos lo esperas… y de la forma más extraña» El pianista frustrado Robert Svenson recibe el

alta tras una temporada en el psiquiátrico, al que lo habían ingresado después de verse arrastrado por una espiral de trágicos y aterradores incidentes. Para acabar de recuperarse del trauma, se traslada a la casa de su infancia, ahora propiedad de su hermana Amanda, una idílica vivienda en pleno corazón de la Península Olímpica. Los dos hermanos dedicarán aquellos días a recuperar el tiempo perdido y se esforzarán en arreglar los problemas que separaron sus caminos años atrás. Pero él también le debe a Amanda la explicación de cómo acabó en el psiquiátrico. Y esta es la parte que Robert desearía evitar, porque tendría que hablar de Wody. Y no quiere. Pues teme que Wody vuelva a dirigirle la palabra. Porque Wody solo quiere una cosa: que Robert se siente en el piano e interprete aquella inquietante melodía que ronda su cabeza, aquella que él titula en secreto "Canción maldita" y que juró nunca tocaría.

del que hablan los personajes de El Señor de los Anillos, y en cuyos acontecimientos algunos de ellos tomaron parte, como Elrond y Galadriel… Una obra de auténtica imaginación, una visión inspirada, legendaria o mítica, del interminable conflicto entre el deseo de poder y la capacidad de crear.



Dioses de jade y sombra

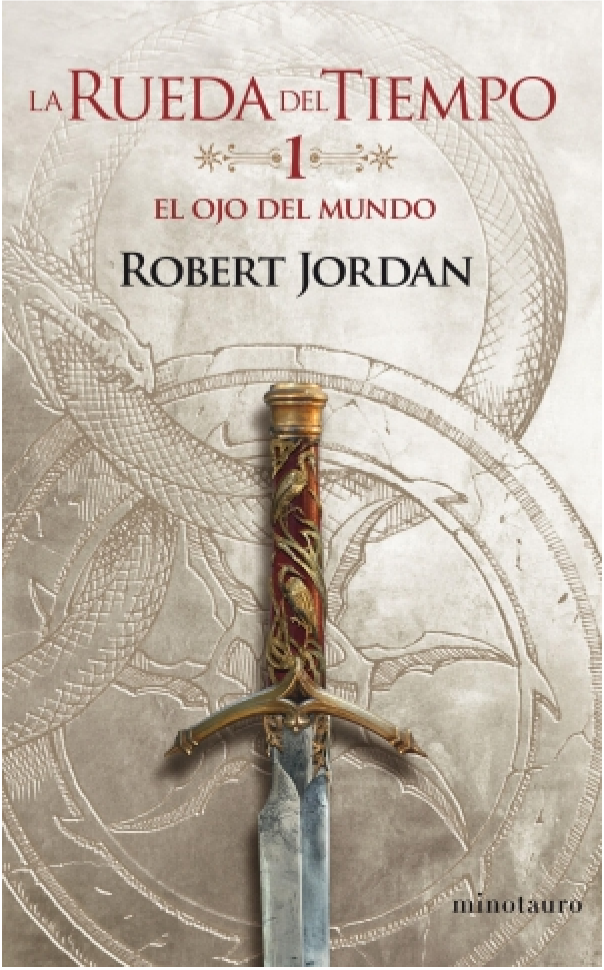
Moreno-García, Silvia

9788445014042

384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La Era del Jazz está en pleno apogeo, pero Casiopea Tun está demasiado ocupada fregando suelos en casa de su rico abuelo como para prestar atención a las nuevas melodías. Sueña, de todos modos, con una vida lejos de su pequeño y polvoriento pueblo en el sur de México. Una vida que pueda calificar de propia. Sin embargo, esta nueva vida parece tan remota como las estrellas, hasta el día en que encuentra una curiosa caja de madera en la habitación de su abuelo. La abre y libera sin querer el espíritu del dios maya de la muerte, que le pide ayuda para poder recuperar su trono, que está actualmente en manos de su traidor hermano. El fracaso significaría la muerte de Casiopea, pero el éxito podría hacer realidad sus sueños. En compañía de un dios extrañamente seductor y armada con su ingenio, Casiopea comienza su aventura, una odisea que la llevará por las selvas de Yucatán, las brillantes luces de Ciudad de México, hasta sumergirla en las oscuras profundidades del inframundo maya. «Un fascinante cuento de hadas que encuentra sus raíces en la mitología mexicana […] Dioses de jade y sombra es un cuento de hadas mágico que gira en torno a la identidad, la libertad y el amor, y que no se parece a nada que hayas podido leer hasta ahora. » —Bustle «Calificado como uno de los mejores libros del año por NPR» —Tor.com



La Rueda del Tiempo nº 01/14 El ojo del mundo

Jordan, Robert

9788445007761

832 Páginas

La vida de Rand Al'Thor y sus amigos en Campo de Emond ha resultado bastante monótona hasta que una joven misteriosa llega al pueblo. Moraine, una maga capaz de encauzar el Poder Único, anuncia el despertar de una terrible amenaza. Esa misma noche, el pueblo se ve atacado por espantosos trollocs sedientos de sangre, unas bestias semihumanas que hasta entonces se habían considerado una leyenda. Mientras Campo de Emond soporta la ofensiva, Moraine y su guardián ayudan a Rand y a sus amigos a escapar.

Cómpralo y empieza a leer